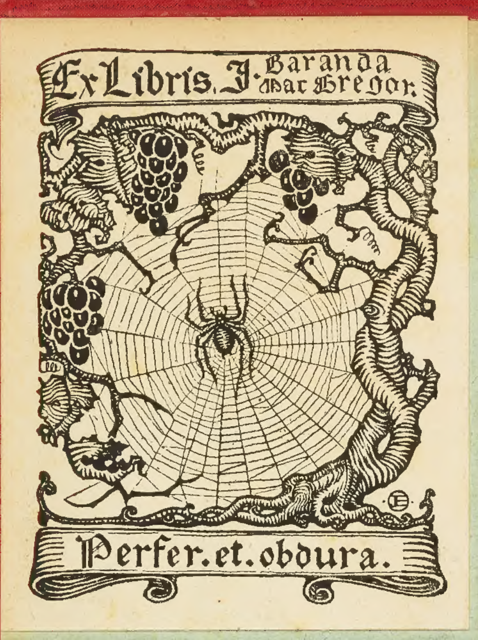
EL MUNDO.

Semanario ilustrado




Ex Libris. J. Baranda Mac Gregor.
Perfer. et. obdura.

EL MUNDO.

TOMO I. MEXICO, ENERO 3 DE 1897. NUMERO I.

Pauperismo y Plutocracia.



La limosma de Año Nuevo.

Dibujo de J. M. Villasana.

"EL MUNDO"

Semanario Ilustrado.

Teléfono 434.-Calle de Tiburcio núm. 20.-Apartado 87 b.
MÉXICO

Toda la correspondencia que se relacione con la Redacción, debe ser dirigida al

Director, Lic. Rafael Reyes Spíndola.

Toda la correspondencia que se relacione con la edición debe ser dirigida al

Gerente, Lic. Fausto Moguel.

La subscripción á **EL MUNDO** vale $1.25 centavos al mes, y se cobra por trimestes adelantados.
Números sueltos, 50 centavos.
Avisos: á razón de $30 plana por cada publicación.

Todo pago debe ser precisamente adelantado.

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE.

«Agentes exclusivos para los Estados Unidos y Canadá The Spanish American Newspaper Company, 136 Liberty St. New York, E. U.»

Política General..

1896-1897.

Al hundirse un año en la noche sombría de la eternidad, creemos generalmente que hemos vencido una etapa del camino, y casi juzgando interrumpida la sucesión de los aconcecimientos en el espacio y en el tiempo, nos detenemos un momento á contemplarlos como si hubiera soluciones de continuidad en el curso incesante de los días y de los siglos. Es que, impotentes para abarcar en una sola mirada lo pasado que se aleja presuroso, lo presente que se desvanece como un soplo, y lo porvenir que no nos pertenece, nos fingimos esas divisiones para que nuestra limitada inteligencia se alivie, como el fatigado caminante señala sus jornadas cabe la fuente sonora ó en el risueño oasis que han de dar descanso y consuelo á sus miembros que han quebrantado las asperezas de la sierra ó los ardores enervantes del desierto. Es que, acosados por el misterio que tenemos delante, y envueltos por la sombra que dejamos atrás, abandonados por el *ayer* que huye, y atraídos con magnética fascinación por el *mañana* y sus espejismos seductores, queremos un punto de reposo para coordinar nuestros recuerdos y en ellos fundar nuestras previsiones, las más veces inconsistentes y frágiles, como creaciones más bien de la fantasía arrebatada que del criterio sano y reposado.

***

Una nube negra de tormenta se cernía sobre el viejo mundo y relámpagos de tempestad alumbraban con cárdenos fulgores los horizontes americanos, cuando lució la primera aurora del año que hoy termina.

La concurrencia vital que coloca frente á frente pueblos y naciones, por virtud de esa serie de luchas infinitas que por ley implacable han de dar la victoria á los más aptos y conceder la supremacía á los más fuertes, era igualmente manifiesta en toda la extensión de la Europa civilizada, y que en el Asia legendaria en el Africa abierta á todas las ambiciones.

Cuba sacudida por volcánica erupción buscando su independencia y libertad, Venezuela refugiada tras la doctrina Monroe, para poder resistir á las pretensiones británicas, y Estados Unidos amparando á la República sud-americana bajo la égida de su diplomacia, daban ocasión á que los ánimos se inquietaran, al comenzar el año de 1896.

Hondos clamores de dolor atronando los aires, rumores subterráneos anunciando estremecimientos genesiacos: esa era la herencia legada al mundo civilizado. Hambrienta de ideales nuevos, anhelante de consuelo en la suprema angustia que la aflige, deseosa de encontrar alivio á la infinita dolencia que la agobia y claridad en las densas tinieblas que la cercan, la humanidad alzaba ayer sus manos dolientes al cielo, buscando sus ídolos rotos y sus dioses caídos.

Hoy nada en el conjunto ha podido cambiar. La religión con sus augustos misterios, la filosofía con sus luminosas enseñanzas, la ciencia con sus asombrosas conquistas, al arte con sus bellísimas creaciones, la poesía con sus inefables ternuras, no han podido darla en la breve duración de un año los consuelos que no lograron en la inmensa cadena de los siglos pasados.

***

Cuando al salir el mundo de la edad antigua, al empuje asolador de los pueblos germánicos, se encontró, entre los escombros de aquel inmenso cataclismo, hechas pedazos las teogonías, derribados los Partenones y vacíos todos los Olimpos, pudo á la voz de los apóstoles desnudos y de los anacoretas hambrientos que predicaban la austeridad y enseñaban el martirio de la materia, ir á buscar en los desiertos y el ascetismo la realización mística de la idea cristiana que lo arrullaba en ensueños ultra-terráqueos.

Cuando abrumado por la pesadumbre del antiguo régimen, veía al siervo de la gleba perecer al peso de las aristocracias, martirizado por los privilegios, y agobiado por todas las explotaciones, pudo el mundo moderno sentirse como regenerado por las candentes llamas de la Revolución Francesa que alumbraban los derechos del hombre, pudo confiar en las promesas de los jacobinos que anunciaban una nueva ley, dictada como la ley antigua entre los relámpagos y truenos de las iras populares estallando en gigantesca explosión de odios acumulados en siglos de servidumbre y abyección.

Pero agobiados los pueblos de ese mundo que fué, con la pesada carga de un feudalismo anticuado, de una burguesía explotadora, de un cesarismo armipotente; obligados á sostener sobre sus hombros el complicado andamiaje de la paz armada, que mantienen las rivalidades de los poderosos y los rencores tradicionales; constreñidos á ver perecer á sus hijos asfixiados en el taller que el capital explota, envenenados en la mina subterránea que ha abierto la codicia, ó marchitos en el cuartel que ha multiplicado la venganza; ¿á dónde volverán los ojos angustiados, cuando sientan el corazón sin creencias, y la mente sin ideales? á dónde querrán dirigir la planta vacilante, errantes peregrinos, donde alzarán la tienda movediza, si ven extinto el fuego sagrado de los altares, rotos y desligados los lazos de la familia, y helado y en cenizas el amor patrio......?

¡Ah! y es tanta la angustia infinita de esas agrupaciones sociales, tan hondo su dolor y tan devoradora su aflicción al contemplarse y comprenderse carcomidas de podredumbre por arriba y roídas de corrupción por abajo, que no ha faltado quien declare á la ciencia en bancarrota, achacándola todos los males, y equivocando sus fines que se dirigen todos al conocimiento, atribuyéndola hechos y consecuencias que no son de su dominio.

***

Y allá van esas míseras agrupaciones sociales enfermas de decadencia, en medio de su grandeza, heridas de muerte, en medio de sus pasmosos triunfos; allá van, ostentando sus vestiduras de púrpura cubiertas de oro y pedrería deslumbrante, pero á través de las cuales se descubren las úlceras que la devoran y los achaques que las debilitan, los males que las amenazan, frutos naturales de su estado de progreso, que si ha servido para el desenvovimiento de sus fuerzas activas y para la diferenciación evolutiva de sus elementos, por ley ineludible ha dado nacimento también á producciones morbosas que no se ven en los organismos jóvenes, donde la savia nueva lleva á las sociedades que atraviesan las primeras etapas de su evolución, oleadas de sentimientos puros y corrientes de aspiraciones nobles, capaces de ahogar en germen los producctos del egoísmo y los engendros de las pasiones torpes.

Allá van, desgraciadamente, confiadas en que una catástrofe de esas que conmueven á la humanidad, esperando que una general conflagración, un fiero cataclismo, de esos que sacuden las bases y fundamentos de la sociedad, las hagan salir de ese estado de turbación enfermiza, que ha de ser pasajero como las grandes crisis de la humanidad.

¿Quiénes caerán en el tremendo juicio? ¿Quiénes serán derribados en las convulsiones apocalípticas de esa metamorfosis?...... ¡Quien sabe! pero ha de ser terrible ese cuadro de desolación y de ruina, que habremos de presenciar en no lejano día.

***

Devorada Europa, no tanto por los odios tradicionales que han dividido á las razas que la pueblan, cuanto por la ruda concurrencia vital que se hacen en las diversas regiones de la humana actividad; amenazada de un crecimiento de densidad demográfica muy superior al que puede sustentar su estrecho territorio: no sólo son los añejos rencores no satisfechos, ni las injurias envejecidas no vengadas aún, lo que la hace aparecer como sobre la cima de un volcán próximo á entrar en erupción. Formada por Estados que no alcanzan todos el mismo grado de cultura, ni han corrido con iguales sacrificios los periodos de su evolución, ni se han constituido sobre las mismas bases, las instituciones difieren y las competencias de nación á nación se ahondan en el orden político, como se agigantan en el económico y social.

Por eso nada consigue en favor de la paz europea esa marcha triunfal del Czar omnipotente á través de las capitales, que lo reciben en medio de festejos y lo aclaman en medio de las pompas y entusiasmo de los pueblos. Todos comprenden la supremacía del autócrata moscovita; todos saben que en los pliegues de su manto imperial lleva ocultos auras de paz y rayos de exterminio; pero por lo mismo que la diplomacia lo acecha y la astucia lo rodea, para obtener cada cual en su provecho los favores de su omnipotencia, vuelve á sus palacios de San Petersburgo, después de presenciar cauto y prudente las manifestaciones de Breslau y las ostentaciones de Chalons.

En vano se han reunido congresos y se han celebrado concilios de sabios y filántropos para resolver el problema social y para desatar el nudo de la paz armada: sus notables aspiraciones han sido estériles, sus resoluciones no han encontrado eco en las esferas del poder, y su voz se ha ahogado por las aclamaciones de innúmeros ejércitos, dispuestos á entrar en combate, singular á la primera señal de alarma y á la primera explosión del rencor que los ha levantado.

***

Ni siquiera el problema turco que ha reclamado por dos años la atención del mundo civilizado, ha alcanzado todavía satisfactorio desenlace, ni lo obtendrá tal vez en breve plazo.

La crueldad del Sultán ha corrido parejas con su astucia refinada, y su tolerancia rayana de la complicidad ha igualado en más de una ocasión á la barbarie ciega y al salvaje fanatismo de los que no se han hartado con la sangre de los míseros armenios.

Como si bastaran á reivindicar los fueros de la civilización conculcados por la perfidia y el odio religioso, las protestas platónicas de las potencias y las notas diplomáticas de los ministros, nadie se ha atrevido á sofocar con férrea mano esos escándalos, nadie ha osado poner la mano sacrílega sobre el hijo del Profeta, ni ha habido quien pretenda arrojar del suelo europeo esa mezquina *sombra de Dios sobre la tierra*, que mancha con sus tinieblas y escarnece con su presencia las claridades de la civilización cristiana.

Es que todos se inclinan á una intervención armada, pero nadie quiere tomar sobre sí la responsabilidad de un conflicto que habría de ocurrir á la hora del reparto de los despojos y la distribución del botín; es que el miserable Abdul Hamid que comprende las disidencias que apartan y los odios que dividen á las grandes potencias que lo amenazan, confía en su astucia solapada, se deja llevar de ciego fatalismo y dilata y transfiere indefinidamente el cumplimiento de sus promesas.

Y la sangre cristiana vuelve á empapar la tierra europea, y los lamentos de las víctimas vuelven á formar concierto doloroso, y el mísero Sultán á vivir y á perpetuarse en el poder por la compasión que inspira á unos, el asco de otros y los recelos de todos.

***

El Africa, tierra fecunda donde se han dado cita todas las ambiciones y donde se han acumulado todas las concupiscencias, es todavía hoy como era ayer causa de temores y motivo de sobresaltos para la paz universal.

Allí la Gran Bretaña que aspira al dominio de lcontinente, desencadena odios y desata tempestades con su expedición del Soudán y siembra rencores y engendra nuevas rivalidades con las tendencias de Cecilio Rhodes á quien proteje sin embozo. La *cruz británica* que ha de extender sus formidables brazos desde Alejandría al Cabo de Buena Esperanza, y desde Mombaza y Zanzíbar á la desembocadura del Gambia y las costas de Sierra Leona, tiene construidas ya sus estribaciones primeras.

Allí Alemania, soñando con un imperio colonial, que sirva de escape al exceso de su población. Allí Italia, humillada por las hordas del fiero Menelik. Allí Francia, olvidando sus tradiciones republicanas y sembrando en Madagascar el exterminio por medio de aventuras que la debilitan, y aspirando en vano á la posesión de Egipto, que conserva Inglaterra en nombre de Gordon, aunque la República lo pretenda en nombre de Napoleón de Lesseps. Allí, en fin, todos los que arrastrados por la necesidad, urgidos por la ambición ó aguijoneados por la fiebre colonial que los acosa, tratan de ser los primeros ocupantes de ese inmenso territorio abierto á la ciencia para que lo explore y á la civilización para que convierta las agregaciones protoplásmicas de sus pueblos en sociedades diferenciadas, capaces de evolucionar y de entrar de lleno en el concierto de las naciones.

Pero para que llegue ese anhelado día, ¡cuántos choques, qué tremendas competencias ha de presenciar antes la humanidad que trabaja en la obra inacabable del progreso!

***

América, por su apartamiento natural y su particular organización no forma parte de ese cuadro donde, si hay ráfagas resplandecientes de luz, acabamos de sorprender el lado de sus tenebrosas sombras.

Al proclamar ante el mundo su doctrina Monroe que sostiene Cleveland y que predica Díaz, se ha puesto fuera del alcance de esas ambiciones, y protegida por la fuerza de su derecho propio, se ostenta resuelta á defenderse con el derecho de su fuerza. La vieja Europa monárquica ha tenido que inclinarse ante esta magestad, y la solución final que ha tenido el conflicto anglo-venezolano es prueba inequívoca de que no somos vistos ya con el desdén de los pasados días; ya no se nos considera *valdíos*, expuestos á la conquista de los aventureros y á la rapacidad de las osadías. Ya somos dueños legítimos y no hay quien se atreva á disputarnos la posesión del territorio que nos pertenece, y está á salvo de hoy en más de agresiones injustas y pretensiones audaces.

Ojalá se consolide esa unidad continental conservándose incólumes las unidades nacionales, y la América republicana y libre y próspera y feliz, siga siendo la tierra prometda á donde se convierten con asombro los ojos de los pueblos fatigados en busca de una tierra virgen, libres de los achaques que aflijen á las civilizaciones caducas.

No importa que, nacidos ayer, aún sintamos los estremecimientos que sacuden á los mundos en vía de formación; no importa que las influencias atávicas muestren acá y allá sus morbosos engendros, y todavía se manifiesten las inquietudes dolorosas y las alucinaciones engañadoras que afligen á los pueblos jóvenes. Hay en nosotros vitalidad suficiente para evolucionar en sano desarrollo; hay poderosas energías que nos libren de vicios ingénitos y nos impulsen á corregir los errores tradicionales.

Ahí están los Estados Unidos y México al Norte, y buena parte de las repúblicas del Sur que, dispuestos los primeros por su admirable estructura social, y resueltas las segundas á olvidar sus hábitos de raza y sus defectos de educación, y decididas á emprender nuevos caminos de paz y de progreso, dan testimonio irrefutable de la potente fuerza que poseemos para mostrarnos al mundo dignos de nuestro destino y acreedores al papel que nos toca desempeñar en el concierto universal.

Felices si logramos conservar el fruto de una experiencia dolorosa.

DR. CONSTANCIO PEÑA IDIÁQUEZ.

31 de Diciembre de 1896.

NUESTRO OBSEQUIO DE AÑO NUEVO

Llamamos la atención de nuestros lectores sobre el nuevo cromo que acompañamos á nuestro número de hoy y que será como el prólogo de los obsequios que en el nuevo año nos proponemos hacerles, entre los cuales se cuentan los *doce tomos* de la BIBLIOTECA MINIATURA.



El Transporte "Oaxaca" en el Varadero Nacional de Guaymas.

"CLARO-OBSCURO."

De Ciro B. Ceballos.

Patriciado Lírico.

Yo había soñado con cuatro libros, de esos para la biblioteca íntima, para el librero que está junto al lecho, en la alcoba, al alcance de la mano y que guarda los tomos queridos; los que despiertan en el espíritu fatigado de la trivial literatura que nos inunda, invade y rodea, sensaciones ha mucho tiempo dormidas, sentimientos acurrucados en lo más oculto, en lo más hondo, en lo más inviolado.

Serían esos cuatro libros, de factura extraña, un si es no es arcaica, breves, más pletóricos de exóticas esencias: el *Oro y negro* de Paquito Olaguíbel, el *Florilegio* de Juan Tablada, la colección de versos de Balbino Dávalos y el *Claro-obscuro* de Ceballos.

Oro y negro: un elegante cofre de laca y oro, joyero de lises hechos de amatistas litúrgicas, topacios misteriosos y esmeraldas episcopales: una pedrería elegantemente taciturna.

El *Florilegio:* un baudeleriano haz de flores enfermas, de aroma penetrante y exquisito, muy semejantes á las que la mano larga y amarfilada de la marquesa del Siglo XVII dejó en su libro de horas exornado de iniciales rojas y estrellas de plata; flores de todos los invernaderos patricios, hechas para el corpiño de terciopelo de la gran duquesa ó para el ojal de la casaca del Rey Sol.

Los versos de Balbino: desdeñosos señores de talante altivo, vestidos de negro frac irreprochable, Brummels de buena cepa, Lauzuns caballerescos con sus puntos de filósofos pesimistas, desgranadores de madrigales finos y religiosos observantes de la forma gentil, donairosa y grave. Príncipes de Rohan de la literatura.

Claro-obscuro: atleta rudo, de grande mirada abierta, de amplio torax é hinchados biceps, que desprendería una estrella del saten brillante de la noche y no recogería una florecilla matizada, por miedo á deshojarla; prosa bien constituida, con mucha sangre de glóbulos ricos, con nervios complicados y vibrantes y vigor de pugil; un gran burgrave de florida testa, que ama el cáliz henchido de tockay real, y no el cristal bohemio en que hace visajes tétricos el ajenjo.

Cuatro libros......... y acaso uno después, con la literatura exquisitamente anémica y estragada de un niño que crecerá mucho: Bernardo Couto... Cinco libros, cinco petalos de una rara flor de lis dinástica y heráldica: cinco hojas de un trébol kabalístico, impregnado de prestigio oriental; cinco artistas quintaesenciados que yo congregaría bajo esta denominación:

«Patriciado lírico.»

***

Soñaba con esos libros.

Y llegó á mí el penúltimo: y vibro hiriente y limpia la diana en la torre señorial de mi burgo. ¿Vendrán los otros? ¡Ay! quien sabe; mas qué importa después de todo si los que los leerán ya los conocen, los aman y los recuerdan?

***

Leí Claro Obscuro y hallé en él todas las impurezas del oro virgen y todas las virilidades del Hércules niño.

En los escritores hay siempre algo femenino: fibras delicadas y vibrátiles que se estremecen á todas las auras de la vida; en Ciro B. Ceballos no existen esas fibras: moldearía jarrones etruscos, no porcelanas de Sevres. En la cuna le dió la leche de sus pechos robustos el naturalismo desnudo y libre: la leche de los fuertes. Tolstoi, el conde formidable y Zola, el inmenso demoledor, fueron sus progenitores; amó á Gautier por la viveza retadora de los matices de su paleta; no sabe, pues, de esas tonalidades medias en que se funden (connubio de luz!) las zonas del arco-iris. Su numen va del contraste al contraste: de la altura á la sima.

A pesar del vigor de su cerebro, Ceballos no ha encauzado aún su estilo y sus tendencias por un cauce definitivo; es versátil con la versatilidad de los númenes adolescentes: la frase lo seduce, el exotismo lo deslumbra y sufre el alma de su prosa del atavío heterogéneo con que la viste.

Fáltale además observación; no sabe hacer hablar á sus hijos; préstales un verbo todo suyo: sobrado pomposo ó sobrado rudo; más apenas ha traspuesto la linde de los veinte años......*il fera son chemin:* las madureces de su otoño estarán henchidas de jugo, pesarán en los ramajes y atraerán á las aves del cielo.

Esperemos á que el Verbo se haga carne y luz y medula......esperemos.

Y soñaré entre tanto en los otros cuatro amigos que acaso llamen un día á mi parca biblioteca, todos enfermizos, próceres todos, todos hechos para los *treinta y seis* del viejo Barbey......Soñaré en ese *Patriciado lírico,* unico que despierta mis fibras y acelera mi pulso y sabe buscar como el arquero habil el nudo de mis nervios para herir allí produciendo la convulsión voluptuosa que anuncia al arte nuevo, al arte Mesías, al arte Rey!

Amado Nervo.

Diciembre de 1896.

UN FILAMENTO DE CARBON.

Ya el título es extraño.

Hay, y todo el mundo conoce, filamentos de cáñamo, filamentos de algodón, filamentos, en suma, de diversos jegidos vegetales.

¡Pero un *filamento de carbón*! ¿Qué quiere decir esto? ¿y para qué sirve?

¿Y quién para mientes en engendro tan baladí, dado que exista, y cuyo nombre, en todo caso, más que otra cosa parece un atrevimiento de la gramática y una impropiedad del lenguaje? ¡El carbón en filamentos!

Todo el mundo conoce el carbón; pero lo ha visto, y se lo figura en forma de masa, más ó menos compacta; como el carbón de encina que viene del monte: como el carbón de piedra, arrancado á pedazos del fondo de una mina.

Pero, ¿quién ha visto ni dónde se encuentra *un filamento de carbón* en el seno de la naturaleza, á pesar de ser tan pródiga en asombros y aun en caprichosas combinaciones?

En la naturaleza podrá no encontrarse, ó se encontrará difícilmente, porque á pesar de ser tan rica y tan poderosa, no tiene el ingenio sublime del hombre. Es la naturaleza un *rico torpe y rutinario:* siempre lo mismo.

Jamás la naturaleza ha fabricado una locomotora ni un dinamo: habrá minas de carbón y de hierro; pero no hay minas de donde se saquen ya fabricados dinamos y locomotoras. La acción directriz, la fuerza combinatoria, la luz divina del espíritu humano son necesarias para realizar los portentos de la ciencia y de la industria.

Un *filamento de carbón* procede de un filamento vegetal ordinario; por ejemplo, de una fibra de bambú, de una mecha de algodón, de una especie de cinta de papel, que celulosa es al fin y al cabo, y por lo tanto de origen vegetal.

Si estas fibras se colocan en un molde de metal y se someten al fuego, se carbonizan, es decir, todo lo que no es carbón, el hidrógeno, pongo por caso, *se va,* y no queda más que un *hilillo de moléculas de carbono.* A esto es á lo que llamamos *filamento de carbón.*

Que, por lo demás, puede obtenerse de muchas maneras, y hasta del carbón directamente, sin pasar por las fibras vegetales,

Pero nuestro objeto no es explicar los procedimientos que emplea la industria para obtener filamentos.

Sólo nos proponemos un fin filosófico-científico, digámoslo así. Sólo nos proponemos, repito, poner ante nuestra vista un *hilillo de partículas de carbón* y quedarnos en meditación profunda delante del insignificante y ruin y negruzco sér. ¡Un hilo de carbón! ¡Para qué sirve! volvemos á preguntar.

Es que á veces los seres más insignificantes, más ruines, más despreciables, son por lo menos gérmenes de sublimes grandezas y de luces maravillosas.

Cruzad el campo y ved sobre el terruño un pobre labrador, tosco, prosaico, sucio; tierra cuajada y amasada con sudor; un grado más alto, sólo un grado, que las bestias que trabajan junto á él ó que van delante; un último y modestísimo escalón en la escala zoológica que empieza por el *homo sapiens* y sigue bajando.

Pues ¿quién sabe? Quiza en ese rudo y tosco y embrutecido sér está el gérmen divino de un gran artista, de un gran poeta, de un hombre de Estado, de un sabio, de un general victorioso, de un gran inventor. *Él* fué tosco carbón vegetal, negruzca masa que rodó por aquel surco, que sus bueyes arañaron en la tierra con la uña del arado; pero su hijo ó su nieto recogerán en el robusto ó sutil cerebro, flor de aquel campo los resplandores de la idea y las palpitaciones del espíritu humano.

Que aquella fibra vegetal la carbonice la sociedad con su fuego y la electrice con sus corrientes y brotarán torrentes de luz.

Pues eso hace el *filamento de carbón.*

Pero con su cuenta y razón brilla.

Si se le pone en la atmósfera, en contacto con el aire, y se hace pasar por el hilillo de carbón una corriente eléctrica, arde sí y luce breves instantes, pero pronto el oxígeno atmosférico *lo consume*: el carbón se quema: su luz se apaga: su vida es breve: sus resplandores efímeros.

Mas si se le protege con una *envolvente cristalina* y dentro del espacio protegido se hace el vacío, sigue ardiendo días y días, meses y meses, quizá ochocientas horas, quizá más: *luce y no se consume,* ó se consume á la larga.

Así el sér humano, así la más noble inteligencia, el cerebro más poderoso. Si se entrega á la acción corrosiva del medio ambiente, si se deja quemar por el oxígeno de las pasiones que le rodean, pronto es triste silencio, fría ceniza, fúnebre sombra. Es forzoso que algo puro, cristalino, una coraza transparente le proteja; que á él llegue la vibración etérea, no la acción combustible; murallas protectoras cristalizadas: pase por ellas lo que pueda ser luz, no pase lo que ha de ser humo; fórjelas la idea del deber y el amor al bien.

Todo esto es explicar por símbolos del orden moral una de las más portentosas maravillas de nuestro siglo, tan sencilla como prodigiosa.

A saber: la *lámpara de incandescencia.*

Y en rigor ya la hemos descrito: un globo de cristal, en cuyo interior se hace el vacío, un vacío casi perfecto, y en el cual se coloca un filamento de carbón.

Por un extremo del filamento entra la corriente eléctrica, por el otro sale, y al pasar por el *hilo de carbón* lo hace vibrar y lo ilumina. No más.

Lo ilumina, porque la luz no es más que vibración del *eter*, comunicada al eter por los cuerpos vibrantes, cuando la rapidez de las vibraciones es suficientemente elevada: como el sonido es la vibración comunicada al aire por el cuerpo sonoro.

Esta es la explicación que da la ciencia, y la realidad será de este modo, ó de este modo podrá ser simbolizada. La verdad es que nosotros no conocemos las cosas como ellas son, porque no estamos dentro de ellas y con ellas confundidos, sino por los *símbolos* que despiertan en nuestro cerebro.

Pero, ¿cómo la corriente eléctrica hace vibrar las partículas del hilo de carbón?

Válgame otra imagen, que sobre símbolos é imágenes trabaja la imaginación y funcionan las potencias intelectuales: sobre *representaciones* de las cosas, dicen los autores de psico-física.

Cuando un arroyuelo de poquísima profundidad corre por un lecho lleno de piedrecitas, ¿no es cierto que al chocar con estas se cubre de blancas espumas la corriente?

Pues algo así sucede cuando la corrieute eléctrica pasa por el hilo de carbón, cuyas moléculas son como las piedrecillas del fondo, en el ejemplo precedente. Sólo que aquí la fuerza de la corriente es tan grande, que las moléculas vibran y engendran la luz, viene á ser como la luminosa espuma de aquel arroyuelo eléctrico.

Y si la comparación no vale por sí, valga al menos como medio mnemotécnico para fijar el fenómeno en la memoria.

De suerte que hay una diferencia radical entre las lámparas que se llaman de *arco-voltáico* y las lámparas de *incandescencia.*

En aquellas, el carbón, que es una barra relativamente gruesa dividida en dos trozos, ó mejor dicho, dos barras, vibran al aire libre y el oxígeno las quema y las barras se consumen.

En éstas, es decir, en las de incandescencia, el hilillo de carbón vibra en el vacío y no se quema ni se consume, ó se consume lentamente.

Y hé aquí como nada, por humilde que sea y despreciable que nos parezca, es despreciable, ni en rigor humilde. ¡Un hilillo de carbón! ¡Qué negro, qué ruin!

¡Un filamento de carbón! ¡Hilacha carbonizada!

Si una hilacha vale tan poco ¡cuánto menos valdrá cuando esté reducida á carbón!

Pues esa hilacha negra ¡es luz! ¡Luz admirable que brilla desde la modesta vivienda del menestral al palacio del magnate!

Con *hilachas* convertidas en carbón se alumbra hoy el género humano.

Es que en el universo no existe lo ruin, ni lo despreciable. Sólo es ruin lo que está *inmóvil*, porque entonces se confunde con la *nada*.

Pero lo que más *ruin* nos parezca, como se agite, como se mueva, como trabaje, no con agitación desordenada que se destruya á sí misma, sino con esa ordenada agitación que se llama *vibrar;* que en el instrumento musical es *armonía*, y en eter es *luz*, y en literatura se llama *verso*, y en el cerebro acompaña al *pensar*, y en el mar es *oleaje*, y en los espacios celestes es eterna trayectoria elíptica; eso, repito, ¡que se nos antoja más *ruin*, engendrará *luz* y *armonías* y *estrofas* y *pensamientos* y *oleajes* y *eternas músicas pitagóricas* en las profundidades de los cielos.

No existe lo ruin; existe lo perezoso.

Existe *la sombra*, que es la *inmovilidad* del eter; y el *silencio* que es la *inmovilidad* del aire; y el *sueño* ó la *muerte*, que son la *inmovilidad* del pensamiento.

Tomad *carbón* y es negro, feo, sucio, sombra cuajada, recuerdo infame de las tinieblas de un abismo; haced que pase por él la corriente eléctrica y vibrará y será *luz*.

Tomad carbono, azoe, hidrógeno, oxígeno y pocos cuerpos más en mínimas cantidades, y bien poco valdrá todo ello. Pero combinadlo de cierto modo, colocadlo en el centro de esa asombrosa lámpara de incandescencia, que se llama cerebro humano, haced que pase la corriente espiritual por las hilachas de la masa y la veréis iluminarse con los *resplandores de las ideas*.

Todas estas cosas y otras mucha pienso cuando veo lucir una lámpara de incandescencia, y en ella el filamento de carbón hecho luz.

Línea brillante que finje no sé qué signos misteriosos.

Porque ya hasta la luz se ha espiritualizado, si vale la palabra.

Ya no es hoguera alegre, pero humosa: masa y volumen de luz y fuego.

Ya no es tosca y voluminosa mecha mal oliente y carbonizada, que con el pábilo está haciendo escarnio de sí misma.

Ya no es mechero de gas tendido en abierto abanico; pero amenazando con la explosión á cada instante.

No es ni *volumen*, ni *superficie de luz:* es *una línea*, no más que *una línea*, que no da humo, que casi no da calor.

La geometría de la luz se va simplificando: su variedad se va condensando en una unidad cada vez más brillante.

José Echegaray.



Srita. Elena Ortega [de Tapachula.]

RECUERDOS DE ESPAÑA
Por Ricardo Palma.

ESBOZOS.

CAMPOAMOR.

Quien pasando por la Carrera de San Jerónimo, en las últimas horas de una tarde de invierno, entre en la librería de Fernando Fé, no podrá menos de fijarse en un anciano de ojos azules y cabello cano, cara ancha y regocijada, encerrada entre patillas blancas, gordura de canónigo, que viste de gabán de pieles, y á quien rodean, respetándole y mimándolo acaso más que á un monarca los cortesanos, muchos de los literatos que hoy dan honra á las letras españolas. Ese tan venerable como simpático y querido anciano es Don Ramón de Campoamor.

Entre los más asiduos de los que forman la tertulia vespertina del creador de las *Doloras*, se ve á Manuel del Palacio, el poeta de las chispeantes agudezas; á Eugenio Sellés, el aplaudido autor del *Nudo gordiano*, cuya candidatura para la vacante de Zorilla en la Academia patrocinaron, con calor á que no correspondió el éxito, Núñez de Arce, Castro Serrano, Tamayo y Campoamor; José Alcalá Galiano, el escritor que, en los versos de su libro *Kaleidoscopio* y en sus artículos en prosa, sobre todo, luce por la especialidad de la forma humorística, y de quien Valera aspira á hacer un académico; Ricardo de la Vega, el tan justamente popular sainetero; Peña y Goñi, Vicente Colorado, Navarrete, Pina Domínguez, Joaquín Dicenta, los Sepúlveda, el Conde de las Navas y diez ó doce escritores más. Castelar y Núñez de Arce no desdeñan ir, de vez en cuando, á solazarse en la librería de Fé, oyendo contar chascarrillos á Don Ramón, que es el regocijo hecho hombre.

La librería de Murillo, en la calle de Alcalá, es también, después de las cinco de la tarde, otro centro de gente de letras. Menéndez y Pelayo, Barbieri, Catalina, Zaragoza, Colmeiro, el padre Fita, Jiménez de la Espada, Fernández Duro y otros académicos de la Historia departen allí reposadamente, sin la animación y hasta el bullicio de los tertulios de la carrera de San Jerónimo. No es raro encontrar en ese círculo de gente grave á Cánovas, á Silvela, á Pidal, y al marqués de la Vega de Armijo.

Campoamor hizo sus primeros estudios en un colegio de jesuitas; pero se disgustó de ellos porque en un examen, en que el alumno soñaba lucir por sus adelantos en latín y griego, los examinadores se ocuparon en elogiar su robustez, su perspicacia de vista y su agudeza de oído. Refiriéndose á este examen decía Don Ramón: Los jesuitas buscaban ante todo el hombre. Después, si les convenía, harían el sabio, el soldado, el predicador ó el comediante.

Tratándose de la existencia de Dios, dice Campoamor que él no cansa su cerebro buscando razones ni argumentos; que él cree en Dios, *porque sí*. Eso de discutir á Dios se hizo para los holgazanes que no tienen en que ocuparse.

Estudió dos años medicina y la dejó, porque no acertaba á explicarse la teoría del estornudo. Se dedicó otros dos años á la jurisprudencia, y las Pandectas lo hicieron bostezar y aburrirse.

Alguien le dijo una tarde aludiendo á su fecundidad poética: hay que reconocer en usted, Señor Don Ramón, el mérito de la laboriosidad; trabaja usted bastante. Pues está usted equivocado; porque la hija del capataz de mi hacienda, á quien hicieron creer lo que usted piensa, exclamó al conocerme:—¡Anda! ¿Cómo dicen que el señor trabaja mucho? ¡Y no se puede agachar!

Campoamor posee una fortuna que le permite vivir con holgura y sin preocuparse del mañana. Le es del todo indiferente el que se celebren ó no tratados sobre propiedad literaria entre España y las Repúblicas americanas; pues él no se cuida de reclamar de los editores de sus obras derechos de autor. Sus amigos pueden reimprimir cuanto él ha escrito, sin que se enoje porque hayan olvidado solicitar su aquiescencia. Colabora en la *España Moderna* con sus *Humoradas*, nada más que por cariño á Pepe Lázaro. En una palabra, es el único escritor de fama á quien su pluma no produce dinero.

Hoy Don Ramón tributa culto á la pereza. Ya no lee ni estudia. Dice que á Menéndez Pelayo le tiene encomendado que lea y estudie por los dos. Lo que en España ignore Marcelino, añade, de seguro que no hay español que lo sepa. ¿A qué fatigarme? Cuando me hace falta aprender algo se lo pregunto al sabio por excelencia, y trabajo hecho. Por Menéndez Pelayo tiene Campoamor adoración.

Y ese conversador, tan plácido y variado en la tertulia de la Carrera de San Jerónimo, es otro hombre en las sesiones de la Academia Española. No abre la boca sino para decir *sí ó nó*, cuando en una votación es interrogado. Parece que hubiera hecho voto de silencio. Si por enfermedad del Conde de Cheste ó de Don Aureliano Fernández Guerra á quien sigue en antigüedad, pues cuenta más de treinta años de asiduo concurrente á la casa de la calle de Valverde, se ve obligado á presidir una junta, es Tamayo y Baus, el Secretario perpétuo de la Corporación, quien, por lo bajo le indica las prácticas reglamentarias á que ha de ceñirse.

Campoamor es de los pocos hombres que viven contentos con ser lo que son y que nada ambicionan. Recuerdo que cuando rehusó el título de Castilla, con grandeza de España, con que el Gobierno creyó honrar al egregio poeta dijo, justicieramente, un diario de Madrid:—Nos explicamos que para honrar un grande se le dieran los tîtutos de Campoamor; pero darle á Campoamor el título de grande sería un verdadero colmo. Campoamor está por encima de todo lo grande, y todo se puede engrandecer, menos su gloria.»

No ha faltado quien pretendiera crear algo así como antagonismo entre Núñez de Arce y Campoamor, como si eso, llámese rivalidad ó antagonismo, fuera posible entre dos astros que brillan con luz propia y que giran en órbita distinta. Don Ramón encontró recientemente la oportunidad de aplastar á los que lo consideraban capaz de mezquindad envidiosa, escribiendo este precioso autógrafo en el album con que los literatos españoles agasajaron, en el día de su último cumpleaños, al poeta del *Vértigo* y de *Raimundo Lulio:*

Tanto aumenta la gloria su estatura
Que á ese genio gigante,
Le llamaran el grande, allá en la altura,
Shakespeare, Ariosto, Calderón y Dante.

Menendez y Pelayo.

De pie, en actitud reverente y sombrero en mano, debe hablarse del hombre que encarna en sí la doble realeza del saber y del talento.

Cuando llegué á Madrid se hallaba Don Marcelino Menéndez y Pelayo, el cerebro más enciclopédico de la España contemporánea, veraneando en Santandér. Los tres ó cuatro meses que pasa en su tierra natal, son para él los días felices de su existencia. Allí tiene su casa y su biblioteca, á la que, según afirman los que la han visitado, sólo la de Cánovas puede aspirar á entablar la competencia. Santandér es el tónico que el poderoso cerebro de Don Marcelino necesita para trabajar durante los ocho meses que está obligado á residir en la capital del reino.

Que nuestro amigo, en Madrid, no se tiene por un vecino sino por un huesped, lo prueba el que habita en una modesta fonda de la calle del Arenal.

Difícilmente se encontrará un literato más laborioso que Menéndez y Pelayo. Escribe cada año por lo menos un libro; redacta extensos informes sobre asuntos á él encomendados por las cuatro Academias á que pertenece; da lecciones en la Universidad; concurre á las sesiones del Senado; va al teatro, á tertulias, á paseo; á todo atiende y para todo tiene tiempo, hasta para leer cuanto de nuevo é interesante se publica en Europa y América. El hombre es de una actividad que parece inverosímil.

Físicamente no luce una organizacion robusta y á prueba de fatigas; pero bajo apariencias delicadas, su organismo es tan privilegiado como su inteligencia. De mediana estatura, delgado, pálido, en sus ojos que son hermosos y en la serenidad de su mirada, se refleja su gran espíritu. Cuando yo lo conocí, acababa él de cumplir treinta y seis años, representando edad inferior á la que le asigna su fe de bautismo.

Una cualidad que embelesa en Menéndez y Pelayo es su modestia, no diré si real ó simulada. Desde el primer momento en que conversais con él os trata con exquisita llaneza, os inspira confianza, discute tranquilamente y sin dogmatizar, y dista mucho de acalorarse, como Tamayo y Baus, cuando se le contradice. No pertenece Don Marcelino á la secta de los infalibles, y sabe ser tolerante con los hombres y con sus doctrinas y opiniones por absurdas que ellas sean. El no habría condenado á Galileo.

No creo á Menéndez y Pelayo poseedor de grandes cualidades oratorias, á pesar de lo facil y correcto de su palabra. Más que hombre de fantasía es hombre de criterio claro y sereno, y sobre todo de muy singular y admirable percepción estética.



Un idilio de pobre.
Dibujo de Martínez Carrión.

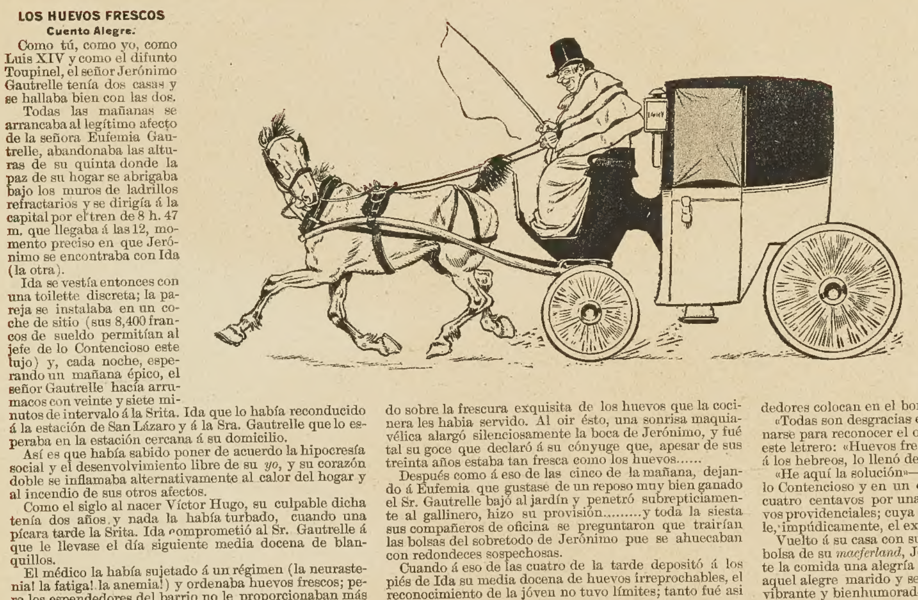
LOS HUEVOS FRESCOS

Cuento Alegre.

Como tú, como yo, como Luis XIV y como el difunto Toupinel, el señor Jerónimo Gautrelle tenía dos casas y se hallaba bien con las dos.

Todas las mañanas se arrancaba al legítimo afecto de la señora Eufemia Gautrelle, abandonaba las alturas de su quinta donde la paz de su hogar se abrigaba bajo los muros de ladrillos refractarios y se dirigía á la capital por el tren de 8 h. 47 m. que llegaba á las 12, momento preciso en que Jerónimo se encontraba con Ida (la otra).

Ida se vestía entonces con una toilette discreta; la pareja se instalaba en un coche de sitio (sus 8,400 francos de sueldo permitían al jefe de lo Contencioso este lujo) y, cada noche, esperando un mañana épico, el señor Gautrelle hacía arrumacos con veinte y siete minutos de intervalo á la Srita. Ida que lo había reconducido á la estación de San Lázaro y á la Sra. Gautrelle que lo esperaba en la estación cercana á su domicilio.



Así es que había sabido poner de acuerdo la hipocresía social y el desenvolvimiento libre de su *yo*, y su corazón doble se inflamaba alternativamente al calor del hogar y al incendio de sus otros afectos.

Como el siglo al nacer Víctor Hugo, su culpable dicha tenía dos años y nada la había turbado, cuando una pícara tarde la Srita. Ida comprometió al Sr. Gautrelle á que le llevase el día siguiente media docena de blanquillos.

El médico la había sujetado á un régimen (la neurastenia! la fatiga! la anemia!) y ordenaba huevos frescos; pero los espendedores del barrio no le proporcionaban más que huevos hueros é Ida contaba con la amabilidad de su Jeronimito que le llevaría del campo unos grandes y nuevecitos. Diciendo esto, la encantadora criatura alejaba con su manecita el craneo administrativo del Sr. Gautrelle.



El Jefe de lo contencioso en la A. C. H. F., prometió todo lo que Ida quiso y partió con el corazón lleno de esperanzas en vagas recompensas.

Mas ay! la investigación de las primeras causas y de los primeros principios puede parecer casi un juego de niños en comparación de média docena de huevos frescos forzosos. Después de haber vagado dos horas á través de las callejas de su colonia, después de haber sido víctima del escepticismo irónico de dos ó tres honestos expendedores de blanquillos que acogieron su demanda con sonrisas de compasión, y del tranquilo cinismo de todos los otros que le juraron por su honor que jamás habían vendido huevos frescos, el Sr. Gautrelle volvió desolado á su conyugal domicilio. Al día siguiente, Ida lo acogió con acritud y le dijo:

—No es por tu bella cara por lo que te quiero! Y si me rehusas ese pequeño gusto......

El Sr. Gautrelle se enredó en explicaciones desesperadas. En vano intentó consolarla, en vano mostró una galantería agresiva; tuvo que volverse á su casa desolado y sin esperanza.

Justamente esa noche, en tanto que platicaban de sobre mesa, la Sra. Gautrelle atrajo la atención de su marido sobre la frescura exquisita de los huevos que la cocinera les había servido. Al oir ésto, una sonrisa maquiavélica alargó silenciosamente la boca de Jerónimo, y fué tal su goce que declaró á su cónyuge que, apesar de sus treinta años estaba tan fresca como los huevos......

Después como á eso de las cinco de la mañana, dejando á Eufemia que gustase de un reposo muy bien ganado el Sr. Gautrelle bajó al jardín y penetró subrepticiamente al gallinero, hizo su provisión.........y toda la siesta sus compañeros de oficina se preguntaron que traírían las bolsas del sobretodo de Jerónimo pue se ahuecaban con redondeces sospechosas.

Cuando á eso de las cuatro de la tarde depositó á los piés de Ida su media docena de huevos irreprochables, el reconocimiento de la jóven no tuvo límites; tanto fué asi que al Sr. Jerónimo se le pasó el tren y llegó á su casa con hora y media de retardo.

***

Algunos dias después, cuando el Sr. Gautrelle, al fin de la comida conyugal se preparaba á pasar á su gabinete de trabajo, para fumar su pipa leyendo el tomo vigésimo cuarto de los *Misterios del Pueblo*, Eufemia, con un gesto gentilmente autoritario le ordenó que se sentase y con voz llena de misterio le dijo:

—Jerónimo, creo que nos han robado.

—Que nos han robado? Y quién, Dios mio?

—Lo ignoro, repllcó la vigilante esposa, pero es seguro que, desde hace tres días la criada no recoge más que dos huevos cada mañana, en lugar de siete ú ocho que teníamos en otro tiempo...... Esto no es natural.

—Pero hija—se atrevió á decir el culpable y astuto Gautrelle,—si no recogemos tantos huevos como antes, será porque las gallinas ya no ponen......

Esta explicación, sin embargo, no pareció convencer á Eufemia que movió la cabeza sin replicar si bien es cierto que por la mañana el Sr. Gautrelle no se atrevió á bajar al jardin por temor de despertar nuevas sospechas. Así que, cuando llegó á la casa de Ida con las manos vacias y el corazón lleno de amor, fué recibido como lo sería un escritor naturalista por la Academia Francesa. Ida, decepcionada no quiso oirlo. Para colmo de desgracia, el doctor O. que fué á hacerle una visita, gruñó en presencia de Jerónimo, prediciendo á la indócil cliente que si se obstinaba en no seguir sus consejos, no respondía de nada. Después se retiró, no sin haber prescrito de nuevo un régimen austero: «y sobre todo, huevos frescos, muchos huevos frescos!» clamaba su voz profesional en la escalera.

—¿Ya lo ves, Jerónimo? ¿ya lo ves?

—Bien lo veo, ¿pero como quieres que me proporcione huevos frescos ahora que mi mujer se ha apercibido de la desaparición?

—Eso no es cuenta mía. Arréglate como puedas sólo que si no hay huevos frescos, no hay amor ¿eh? ¿lo entiendes?

El Sr. Gautrelle quiso protestar á lo menos por gestos, pero la escena fué tormentosa. Ida le recordó su calva, su vientre, y el Sr. Gautrelle se retiró maldiciendo.

***

Pasó siniestramente la semana, durante la cual el Sr. Gautrelle se abstuvo de ver á Ida y pudo así comprobar que no le era posible vivir sin ella y que desde que no la veía en nada apreciaba ni su pipa de espuma, ni su perro, ni su mujer, ni el 24º tomo de su novela.........En su injusta ira odiaba á la Sra. Gautrelle (que por su parte aplaudía ingenuamente la fecundidad de sus ponedoras,) y hacía amargas reflecciones sobre las alegrías ridículamente insuficientes del hombre que suelen depender hasta de unos viles huevos frescos.

El sábado siguiente, cuando se dirigía, al salir de su oficina, á la estación, meditando sobre las desconsoladoras desproporciones de los efectos y de las causas, se dió un fuerte golpe en la rodilla contra uno de esos puestos ambulantes que los expendedores colocan en el borde de las aceras.

«Todas son desgracias en este mundo,» clamó, y al inclinarse para reconocer el obstáculo tropezaron sus ojos con este letrero: «Huevos frescos del día,» que, como el maná á los hebreos, lo llenó de gozo.

«He aquí la solución»—exclamó alegremente el jefe de lo Contencioso y en un decir Jesús cambió una pieza de cuatro centavos por una media docena de aquellos huevos providenciales; cuya frescura no vaciló en garantizarle, impúdicamente, el expendedor.

Vuelto á su casa con su paquete bien disimulado en la bolsa de su *macferland*, Jerónimo Gautrelle mostró durante la comida una alegría infantil. Eufemia no reconocía á aquel alegre marido y se regocijaba de poseerlo así, tan vibrante y bienhumorado.

***

Al día siguiente, muy de mañana, Jerónimo bajó al corral con su paquete de «huevos frescos del día,» y los sustituyó á media docena de los acabaditos de poner.

Orgulloso del éxito deslizó su hurto en la bolsa de su macferland y subió de nuevo á su habitación.

A la hora del almuerzo, frente á frente de su mujer toda fresca y linda con su vaporoso peinador, el Sr. Gautrelle se exaltaba silenciosamente á la idea de la recepción que le esperaba en la casa de Ida, cuando fué interrumpido en su ensueño por un grito agudo de Eufemia que acababa de hundir su naricita en la cáscara de un huevo.

—Pero esto es espantoso—clamaba—este huevo está podrido, completamente podrido, y lo acercó á las narices de su esposo.

El Sr. Gautrelle debió convenir en que el huevo era perfectamente nauseabundo. Eufemia se puso furiosa y al acompañar á la estación á su marido, que le aseguraba que se retardaría un poco porque iba á asistir á un banquete dado por una sociedad técnica para protestar contra la supuesta bancarrota de la ciencia, notó con sorpresa que Jerónimo llevaba un abrigo de invierno á pesar del calor sofocante. El Sr. Gautrelle se vió precisado á ponderar la frialdad de las noches.

La alegría de Ida ante los seis huevos fué demasiado demostrativa para hacerle olvidar todo. La muchacha declaró que no había hombre más cumplido en el mundo y el jefe de lo contencioso fué el más dichoso de los mortales, felicitándose de haber encontrado por fin el equilibrio de sus dichas paralelas.

***

La visita matinal al gallinero se renovaba diariamente y el Sr. Gautrelle vivía confiado en su ardid, cuando una



tarde, al volver á su casa, con el corazón lleno todo de *Ida reconquistada*, distinguió á su mujer, que, apoyada en la barrera del jardín lo esperaba en actitud hostil, con las narices palpitantes y las cejas fruncidas. El jefe de lo



contencioso aventuró ante los barruntos de tempestad deshecha, una sonrisa tímida.

—Sr. Gautrelle, esclamó bruscamente Eufemia, usted me oculta algo.

—Yo ocultarle algo? pero estás loca mi querida Eufemia......

—Entonces que significa esto? preguntó la esposa irritada abriendo sus manecitas en las que había dos huevos cuya corteza llevaba esta denunciadora inscripción con lapiz azul: *cuatro centavos.*

—Que quieres que te responda, dijo el Sr. Gautrelle aplastado por la evidencia, veo el hecho pero no lo comprendo......



—Ah! no lo comprende usted? replicó la Sra. Gautrelle, con la voz ya falsa por las lágrimas. Pues bien, yo temo comprenderlo......Hace quince días vengo notando que los huevos tienen un gusto insoportable y aunque usted diga lo que quiera la cosa es clara. Quien me prueba que no es usted quien se lleva los huevos frescos á ese París (aquí la Sra. Gautrelle mostró con el puño la silueta lejana de la Torre Eiffel) y para darselos aquien, á quien? ..... á mujercillas probablemente......

Esta insinuación acabó en sollozos, el Sr. Gautrelle comprendió que sólo un golpe de audacia podiá salvar la situación y atrayendo á su corazón á la pobrecilla que resistía su abrazo, le dijo

Escucha, querida, voy á confesártelo todo.

—Ah! gimió la Sra. Gautrelle, lo había adivinado, me engañabas...... y lo confiesas...... sí, lo confiesas!

—Pero déjame explicarte—suplicó el jefe de lo contencioso, cuya voz se volvía temblorosa y persuasiva......... Pues bien, sí, soy yo quien trae los huevos que encuentras tan malos. Te veía tan triste desde que las gallinas no ponían que quise consolarte á todo precio. Desde entonces, tarde por tarde, compró en París huevos que pongo en la mañana en el gallinero y esto á riesgo de atrapar un reuma. Tú has interpretado mal esta atención—añadió amargamente—y me acusas de una infamia...... Ah! me haces muy desgraciado!

Y Jerónimo se dejó caer sobre un banco, llevándose el pañuelo á los ojos, perfectamente secos.

«¡Tú has hecho eso!—exclamó la gentil Eufemia, dejándose caer sobre las rodillas del Machiavelo de su esposo. ¡Pobrecito mío! ¡Y yo que lo calumniaba! ¡Qué bestia soy Dios santo! ¡Como si esas mujerzuelas se contentasen con huevos frescos...... Estaba loca!

El Sr. Gautrelle triunfaba modestamente. Ella le miró con sus hermosos ojos húmedos y convulsa aún por los sollozos le preguntó:

»Jerónimo, mi Jeronimito, ¿me perdonas?

El jefe de lo contencioso no respondió sino estrechando contra su pecho á la confiadísima Eufemia. Y toda confusa en medio de su reconocimiento, la Sra. Gautrelle comprendió que estaba perdonada.

"Eu fico"

Estas dos palabras dichas en el idioma de *Tiradentes*, fijaron un día la estabilidad de un imperio. ¡En qué insignificancias suele estribar á veces el porvenir de las naciones!

HAMILTON.

A UNA BOGOTANA

Pasillo en prosa.

El pasillo, señora, hermosa niña es como un lento y rosado vals. Vea usted cómo aquellos dos enamorados pueden llevar el compás en medio de la más ardiente conversación. El dice que los lindos ojos de una mujer valen por todos los astros, y los lindos labios por todas las rosas.

Como ella quiere demostrar lo contrario, le mira con los bellísimos ojos suyos, le sonríe con sus inefables labios, que son en un todo iguales á aquellos con que la señorita Abril dió el primer beso al caballero de Mayo. El pasillo, señora, hermosa niña, es como un lento y rosado vals.

***

¡Oh! sí, sí. La fuerza de una pasión es mayor por infinitas veces, que el empuje de ese enorme y poderoso Tequendama. ¿Usted conoce la catarata? Dicen que sus aguas saltan de un un clima á otro. Que allá abajo hay palmas y flores; que allá arriba, en la roca que conoció las espuelas de Bolívar, hace frío. ¡Que delicia estar allá abajo, dos que se quieran! La soberana armonía de la naturaleza pondría un palio augusto y soberbio al idilio. Al ruido del salto no se oirían los besos. ¡Idilio solitario y magnífico! Sabe usted, señora, que tengo deseos de que se casen dos amables solteros, al comenzar á florecer los naranjos? Efraín Isaacs con Edda Pombo. ¡Qué envidiable pareja! ¿Está usted agitada?...... El pasillo, señora, hermosa niña, es como un lento y rosado vals.

***

—En cuanto las heridas alas de mi pegaso me lo permitan—¡heridas, ay, por dolores hondos y flechas implacables!—iré señora, á la vía lactea, á cortar un lirio de los jardínes que cuidan las virgenes del paraíso. Al pasar por la estrella de Venus cortaré una rosa, en Sirio un clavel, y en la enfermiza y pálida Selene una adelfa. El ramo se lo daré á una gallarda y pura mujer que todavía no haya amado. La rosa y el clavel le darán su perfume despertador de ansias secretas. El lirio será comparable á su alma cándida y casta. En la adelfa pondré el diamante de una lágrima, para que sea ella ofrenda de mi esperanza......... Bien se conversa al compás de esta blanda música. El pasillo, señora, hermosa niña, es como un lento y rosado vals.

***

Conque se va? Feliz, muy feliz viaje! Así sucede en la vida...... el alba que abre los ojos en una diana de liras, dura un momento: ¡dichoso el monje que oyó por largos siglos cantar al ruiseñor de la leyenda! Adios, golondrina; adios, paloma........ ¡Pero, ¿quiere hacerme un favor? Cuando llegue usted á su gigantesco Tequendama, deshoje, á mi memoria, la flor que lleve en su corpiño; y arrójela en las locas espumas, que allá abajo, sobre las rocas, junto á las palmas, hacen temblar su iris........ El pasillo, señora, hermosa niña, es como un lento y rosado vals.

RUBÉN DARIO.



PAISAJE DE ENERO

Opaca transparencia difúndese en el cielo:
bajando por las faldas de montes y colinas
la brisa desparrama su gris y tenue velo
en forma de inconsútil y diáfana cortina.

Natura sus cendales recoge con pereza;
sus miembros ateridos entre la bruma esboza
y sólo un pico escueto sepulta la cabeza
en el difuso pliegue de nube que lo emboza.

Al pie de una eminencia de frente levantada
que hiende por su altura la bóveda infinita,
despliega el verde manto la fértil hondonada
con el sereno aspecto de un lago que dormita.

Sobre una cortadura de rápida vertiente,
cercana de la cumbre que altiva la corona,
se yergue una cabaña muy pobre, pero riente,
en cuyo techo el cielo las nubes amontona.

Airosas nubecillas errantes y sin senda
agrúpanse formando como azuloso grumo,
y del hogar que anima la rústica vivienda
asciende por los aires en hélices el humo.

De abajo, desde lejos, enlaza aquel retiro
al valle esplendoroso tendido en horizonte,
la línea de una senda que con incierto giro
escala por las faldas el término del monte.

Cruzando las praderas, ribazos y repechos
que en trazos desiguales diseña la Natura,
el áspero camino contémplase por trechos
como una roja sierpe dormida entre verdura.

Abajo, por el valle sin quiebras y sin lomas,
las cúpulas de un templo de góticas arcadas
parecen en lo blancas dos cándidas palomas
entre árboles espesos al par acurrucadas.

Más lejos una sombra de azul monotonía
encumbre con sus sábanas el horizonte vago,
y míranse las chozas allá en la lejanía,
así como albos cisnes dispersos en un lago.

En tanto que sin orden sus techos aglomera,
en medio á la verdura, la soñolienta villa,
formando los mil cortes de una áspera cantera
que de rojizo pórfido con los esmaltes brilla.

JUSTO A. FACIO.

EN INVIERNO.

NOCHE DE LUNA.

Es una noche fría en que el vientecillo besa á cada momento nuestro rostro. La luna se pasea majestuosa por el cielo, escoltada por millares de luceros; y un perpétuo enamorado de los llenos de luna, lánzase á la calle.

No ha caminado mucho cuando se encuentra con un recinto construido, tal vez, para que las diosas del amor vengan allí á traer á los corazones rocío vivificador y los enamorados querubes regalen á las bellas con coloraciones celestes para sus mejillas.

Es un largo patio sembrado de rosales, margaritas, geranios, claveles, jazmines, y de todo lo que en ricas plantas posee nuestra flora; y allá y acá como guardianes de los peños arbustos, la selva colosal de tupido y verde ramaje; el cedro alto como el del Líbano y el pino del Norte, el perpetuo subidor, el que nunca se cansa de escalar los aires para lucir allá arriba en su débil punta que á impulsos del viento se mueve suavemente como la espiga rubia del trigo.

Los altos muros del jardín, los árboles corpulentos y el color verde obscuro de los arbustos, hace que algo así como claridad de vespertino crepúsculo invada aquel bellísimo lugar. En distintos puntos, bancos de madera, kioskos primorosos en los que la enredadera parcha ha entrelazado sus largas guías y para regalo de los ojos de los paseantes ha dejado colgar caprichosamente hermosas combas de verde claro, tan lindas y tan bien formadas como las de una amazona helénica.

En una lagunilla del centro en que por el día pintados ánades toman su baño y hacen ejercicios de natación, la luz de la luna cae de lleno; y una profusión de rayos luminosos viene á refugiarse á la pupila del caminante de la luna llena. Por el lado del Oeste, entre el claro que dejan las ramas de la ceiba, recibe toda la luz amarillenta del astro de las noches; y mudando de lugar, á pequeños pasos, estableciéndose corto tiempo en ellos, va la luz de la luna perdiendo dimensión y al chocar con el verde obscuro de las hojas, forma millares de estrellitas que alegran el alma, y que cayendo en el suelo producen sombras caprichosas y fugaces.

Ni los pasos de los caminantes, ni la algazara de las gentes alegres, ni la música del organillo que recorre las calles de la población, nada llega hasta aquel rincón delicioso; y el caminante de las noches de luna sigue solitario y errante, recibiendo en las mejillas ósculos mil del airecillo helado, soñando con las cosas bellas, á mil leguas de distancia del mundo, sentándose en los bancos, aspirando el aroma de las rosas, tronchando un clavel, tan blanco como las enormes masas que el viejo invierno forma allá en las regiones polares, y el cual ha de morir en el pecho de su amada; recogiendo en diversos puntos hojas de todos los matices con que hacer un capullo; le-

vantando la vista para alcanzar la alta punta del pino que lanza rítmicamente á la luz de la luna como queriendo dibujar en el centro de ella alguna de las hermosas cosas que ha visto acá en la tierra, y el roble, gigante dormido, que apenas mueve sus hojas, y el cedro que descansa impasible esperando la mano del artífice que ha de sacar de su carne el sinnúmero de artefactos.

Impasible, sin fatiga al parecer, continúa su paso, luciendo rosas en el ojal, las manos cargadas de colores, recibiendo á cada momento caricias heladas, hasta que ya cansado se entra en un kiosko á dormir sueño feliz y á esperar que el señor de la mañana y la multitud de avecillas canoras que en la ceiba reposan, vengan á darle su saludo matinal, concluyendo así con aquellas horas pasadas en brazos de las hadas.

Angel C. Rivas.



AZUL Y GRIS

Bajo un castaño en toda florescencia, bajo el amparo de un cielo turquí que se teñía de sangre al morir el sol, he besado en la boca á mi amada.

¡Oh! Al chocarse los labios tembloros, llenos de fuego, se ha producido algo como un rumor de alas que se baten presurosas.........

—Me amas?

—Te amo!

En íntima plática, los ojos de ella que se clavan persistentes y serenos en los míos, mi mano que juega con las suyas, mórbidas, suaves ..... Así, así pasamos la tarde, hasta que vino la noche, negra, tétrica; hasta que en el cielo, en soberbia explosión, se encendieron las rosas de oro. Ella se despidió de mí:

—Adiós!

—Adiós!

Y se perdió entre los árboles, y yo, triste, meditabundo, busqué consuelo en el fondo de mi cuarto, donde, dentro de rico cuadro luce el lienzo el busto de mi amada......

* * *

¡Oh niña de los ojos verdes! ¡Oh niña de las mejillas de rosa! ¡Oh niña de los labios de frambuesa! Dónde estás?

He abierto mi balcón tras largas horas de dolor, tras largas horas nostálgicas en que he llorado y pensado en tí. Con los ojos fijos en lo profundo del cielo obscuro he buscado entre el titilar de las estrellas la luz de tus ojos de gacela. Dónde estás? Estoy sufriendo por tu ausencia.

Niña mía, musa mía; te busco en todo y no te encuentro en nada. Para tí es mi verso sideral; para tí mi prosa llena de riquezas. Por qué huyes? Vienes?......

—Oh, niño! No la busqueis! Es inútil. Ella era tu musa. Bien! Se ha ido. Ha volado mientras dabas tu amor á otra mujer que no era ella. Tuvo celos y se venga de tí buscando otro amante............ Desde hoy tu estrofa sideral, tu prosa llena de facetas ricas, se tornarán pálidas y enfermizas..........

Y la voz se ha callado, he cerrado el balcón y desde entonces guardo avaro, en el fondo del pecho, el poco de amor que me queda.

Arturo A. Ambrogi.



ULTIMA POESIA DE CARLOS LOPEZ.

(INÉDITA.)

De "El Jardín de la Muerte."

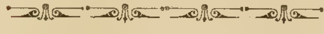
Llegué. La luz besaba
las flores rojas y los blancos lirios......
....

Llegué. Detuve el presuroso paso
y vi un jardín de lágrimas cubierto;
yo creí que eran gotas de rocío,
pero eran ¡Oh, Dios mío!
gotas de llanto que caído habían
en la tumba de un muerto.

—

Llegué,..... toqué muy quedo.........
Iba en busca de un sér que quise mucho;
y las puertas del triste cementerio
abriéronse, dejándome perdido
entre las frías sombras del misterio
á que llaman olvido.
....

México, Panteón de Dolores 1893.



Egoísta y falaz, siempre he creído
que el velo te pondrás de desposada
tan pura como el día en que has nacido,
más pura con el alma desflorada.

* * *

Conocerás, lector, por tu conciencia,
que allí donde hay amor, no hay inocencia.

* * *

La amé el año pasado
y ya hace un siglo, ó dos, que la he olvidado.

Campoamor.

LAS CANASTAS

Entre hacer un pequeño servicio que se olvida pronto ó un grave daño que deja honda huella en la memoria del perjudicado, elegid. Os contaré lo que me pasó una tarde de invierno con un pobre hombre llamado Vassielich. Os juro que yo soy bueno, soy un buen padre de familia, mas es en días que hay sol sobre este cielo brumoso. Oh, la bruma me mata y me hace malo. Si yo fuera sacerdote, en verano rendiría culto á Dios y en invierno al diablo; en invierno le amo, siento que se introduce en mi ser, estruja mi espíritu y aviva mis malos instintos, en invierno me siento nihilista y me creo capaz de ser ladrón y asesino; moralmente lo soy, amo lo rojo, y lo afilado y punzante me enajenan. Cuando empiezan las primeras heladas mi mujer me dice:

—Marcof, padrecito mío, las malas ideas comienzan á pintarse en tu cara. Mira, no te alejes de la estufa porque el frío te hace malo.........

Decía que iba á contaros una historia y ya lo olvidaba. Escuchadme:

Iba yo una tarde, por un puente muy estrecho con mi pipa en los labios. Un carretero sordo llamado Vasielich seguía el mismo camino que yo y conducía en su carro veinte canastas de pescado de diferentes dueños que le habían encargado las llevara al mercado para la venta del siguiente día. El carro á causa de la curvatura del puente se inclinaba hacia el borde de este, pero no había peligro de que pudiera caerse al río, pues el pretil era suficientemente alto para impedir la caída. Con todo, hubiera querido darle un susto al buen Vassielich. Creeme que que no soy malo, pero lo deseaba con toda mi alma, y aunque fuera algo más que susto, como por ejemplo, enviarle con carretón, caballo y canastas al río, lo hubiera hecho con mucho gusto. ¡Y el pobre Vassielich jamás me había hecho daño y era un buen hombre! Yo iba un poco más atrás de la carreta. De repente la cuerda que sujetaba las canastas se rompió ó desató. A fe que sentí un vuelco de gozo en el corazón. El puente es largo y estrecho, la carreta caminaba despacio y saltando mucho; y del centro á los bordes del puente hay una inclinación bastante sensible.

A los pocos momentos ¡pum! una de las canastas cayó al pretil del puente y de allí se precipitó al río. La ví caer, y una voz muy débil me murmuró aquí dentro algo así como: «avisa á ese infeliz carretero que su carga se va al río» pero el invierno me gritaba más alto: «cállate, ¿no es curioso ver caer veinte canastas una tras otra como una manada de carneros?» Y la verdad es que preferí esto. Cierto que Vassielich iba á sufrir mucho con su desgracia, pero ¿y á mí qué me importa eso? ¿Perdía yo algo con la desgracia de Vassielich? No, al contrario, ganaba la diversión durante el paso del puente que tiene más de cien metros. Ya os lo he dicho: el invierno habla muy fuerte en mí. Callé y ví caer la segunda canasta y luego la tercera y la cuarta y la quinta y otras muchas. Sólo cuatro canastas poco cargadas no quisieron seguir el camino de sus compañeras. El pobre Vassielich como era un poco sordo no oía el ruido delicioso que hacían las canastas al romper la superficie del río fragmentándola en chorro de espuma. El caballo advirtió mejor que Vassielich lo que pasaba, pues al sentir la carreta menos pesada apuró el paso. Cuando acabamos el puente corrí hacia la carreta.

—Eh, Vassielich, amigo mío.

—Qué quieres? Tengo prisa.. .....

—Ay padrecito, ya no la tengas porque voy á comunicarte una desgracia.

—¡Dios de Dios! Ha muerto Ivanowna, mi mujer?

—No, te juro que es algo peor.

—Ha muerto el Czar?

—No, hombre, así reventaras!

—Habla, habla.

—Bueno, detén el carro porque es grave la noticia que voy á darte ..... .

—Pero va á anochecer pronto y tengo prisa por llegar á la ciudad que dista aún dos verstas......

—No la tengas.

—¿Por qué?

—Sencillamente, porque el señor río se ha enguillado una tras otra las canastas de pescado, soy testigo ocultar.

Vassielich volvió vivamente el rostro y al asegurarse de su desastre se puso pálido como un cadáver. Después enrojeció y se puso á dar de gritos desesperados. Apeóse de la carreta y se asomó al río.

—Eh, amigo, piensas ver los huecos que han hecho en tus canastas al agujerar el río? Ya se taparon.

Vassielich se puso á llorar. No tenía dinero con qué pagar; le embargarían sus casas; Ivanowna y sus hijos sufrirían la miseria y si no alcanzaban á pagarlo todo, le meterían á la cárcel. ¡Y el invierno era tan crudo!

Creí que le entrara la tentación de arrojarse de cabeza al río. Si lo hacía, quizá su caballo se animara á hacer lo mismo, y si no, le habría obligado. Pero el muy necio de Vassielich se contentaba con llorar amargamente. Su estupidez me dió cólera.

—Pude avisarte, padrecito, desde que se cayó la primera canasta. Mas ¿para qué? Mañana habrías olvidado el pequeño favor que te había hecho. Cuando Ivanowna y tus hijos estén llorando y te lleven á la carcel, os acordaréis de mí. Me maldeciréis; no importa.

Vassielich no me respondió; aturdido como estaba con su desgracia no me atendía ó no me oía: no hacía sino llorar. Yo me encogí de hombros y continué mi camino fumando mi pipa.

¡Qué diablo! El sitio de los peces es el agua y no las canastas! He restablecido el equilibrio de la naturaleza.

Clemente Palma.

—

«Quien sabe de dolor, todo lo sabe!»

Decididamente, los sábios más ilustres de la humanidad, deben hallarse entre los *voluntarios* de nuestros cuarteles.

G. García Hamelton.

EL ZAPATO BLANCO.

......Registrando, sin saber por qué en el fondo de una gaveta he encontrado, entre otros objetos ajados y marchitos, un diminuto zapato de satín blanco. Un zapato—dije, como esos que las mujeres acostumbran llevar á los bailes, arqueado, monísimo, adorable. Se le supondría un escarpín de marquesa ó el calzado hechicero que perdió una noche entre dos minués la bella Cenicienta. La blanca seda había tomado en el cofre los tonos del ámbar, á igual de esas antiguas telas que pertenecieron á nuestros abuelos y que exhumanos de vez en cuando de los profundos baúles.

* * *

Es una historia feliz la de este zapatito blanco! Los detalles acuden á mi memoria uno á uno con su encanto nostálgico. Lo que voy á referiros aconteció en una noche de invierno; debíamos asistir á un baile en casa de la condesa Micheline.

Nos habíamos entretenido hasta el último momento saboreando el gozo de estar juntos en una habitación herméticamente cerrada, en la que ardían los tizones, se marchitaban los ramilletes de violetas y las lámparas iluminaban cada objeto con una vaga claridad amarillenta. Es tan delicioso charlar así en las horas avanzadas en que París al fin duerme y en las que á penas se oye el monótono rodar de los fiacres!

No pensábamos en la invitación aceptada por mero cumplimiento. Mi adorada se había sentado en mis rodillas y apoyaba en mi hombro su cabeza despeinada. Charlábamos. Charlábamos. Ah! los bellos proyectos, los deseos, las promesas que se sucedían interrumpidas por largas treguas de besos, por risas alegres, y esas palabras, ¡esas palabras, siempre las mismas, que se repiten sin motivo cuando se ama! El reloj daba las horas y se burlaba. Nosotros no las oíamos adormecidos por ese entorpecimiento inevitable que nos sujeta en la tibia paz del hogar cuando son dos, completamente solos!

Pero á media noche fué necesario decidirnos y pensar en la partida. Un gesto de fastidio se dibujaba en los labios murmuradores de mi amada. Bostezaba desesperadamente y nada es tan contagioso como un bostezo de mujer bonita, especialmente cuando no se tiene el menor deseo de trajearse de etiqueta ni de ir á fastidiarse durante largas horas en un salón. Pero qué pretexto encontrar para decir "no" cuando está hecha la toilete y habeis jurado á vuestra mejor amiga que no tendríais la más leve jaqueca en el momento supremo?......

—Si yo hubiera sabido!......exclamó ella suspirando de pesar.

—No volverán á cojernos más! dije yo en voz baja.

Mi adorada se extendió sobre la silla de extensión, y cariñosamente, recalcando las palabras, me preguntó:

—Dime! Si no llamáramos á Dionisia, serías tan galante que me calzaras tú mismo mis zapatos de baile?.. . ..

Cojí en mis manos sus pequeños piés. Ella reía burlándose á boca llena de mi torpeza y enviando á rodar hacia el fondo de la alcoba, con un movimiento travieso el zapato blanco. Este juego duró largo tiempo, y, por último, cuando el zapato estuvo calzado, aquello fué otro asunto. Su pié bailaba la *gavotte* en aquella prisión espaciosa en demasía. Y la querida coqueta se desolaba rehusando salir así. Luego, como para seducirnos más aún, el perfume de las violetas volvíase por momentos más embriagador, las lámparas cubiertas por las grandes pantallas color de rosa envolvían el cuarto en esa media luz misteriosa de las alcobas y la tibieza de la atmósfera impregnaba nuestro sér y nos dejaba sin fuerzas.

Ella me había atraido poco á poco á su lado sobre el estrecho mueble......

—No vayamos, ¿quiéres? Estamos tan bien. Suplicaba ella.

Y se bailó sin nosotros aquella noche en casa de la Condesa, quien no nos lo perdonó jamás.

* * *

Yo apreté contra mis labios como una sagrada reliquia el querido y diminuto zapato blanco, reliquia santa donde queda algo de una dicha que no existe.

René Maizeroy.



FATUM.

Vernal la mañana. Nimbada de brumas
erigen al lejos los montes sus crestas;
trinando las aves alisan sus plumas,
y forman sus trinos alegres orquestas.

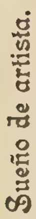
Azul está el cielo; la mar sosegada.
Ya lista la góndola aguarda á sus dueños.
En ella se embarcan amado y amada,
el bardo y la musa que inspira sus sueños.

Tendidas las velas, la góndola parte
rasgando ligera la lámina verde.
Va en busca del mágico imperio del Arte
y en la amplia, temblante llanura se pierde......

¿Hallólo?...... Una noche de luto, sin rumbo
la góndola, en medio de un mar formidable,
deshechas las velas, en lúgubre tumbo
hundióla del Odio la ola implacable!

Dario Herrera.





Sueño de artista.



EN EL PRIMER DIA DEL AÑO.

Ninguna familia más unida que la familia Rigot. Componíase de la bisabuela, Sra. Bigot Rezons, su hijo, Sr. Bigot, la mujer de éste y sus tres hijos. Estos últimos, un hombre y dos mujeres, estaban casados y á su vez tenían hijos. Incluyendo, pues, á estos tres matrimonios,—el Sr. y la Sra. Bigot, jóvenes, el Sr. y la Sra. Rigourd, y el Sr. y la Sra. de Prechasse,—eran dieciocho á la mesa, el día primero del año, y contando al doctor Gonín, un viejo amigo de la casa, se llegaba á diecinueve.

Pero el número siempre era veinte, y la vigésima invitada no era otra que la anciana Bernarda, la antigua doncella de la Sra. Bigot-Rezons, la bisabuela. Sus servicios de veinticinco años, su adhesión á toda prueba, hacían que, en aquel día, se la admitiese en la comida de familia. Y se sostenía muy bien, completamente derecha, con su vestido negro, muy sencillo, y casi monástico, su vieja cabeza de campesina, de pómulos arrugados, como manzanas sonrosadas, dentro de un gorro de tul negro. Verdad es que se sentía un poco cortada, y que no desplegaba los labios, por más que se le dirigiese continuamente, con bondad, la palabra; pero la anciana se ocupaba de sus preferidos, una fresca rubita de la familia Prechasse, y un mofletudo de los Bigot, jovenes, entre los cuales, y por un sentimiento delicado, la habían colocado.

La comida tocaba á su fin;—preciso es decir que esto acontecía desde la fundación de la vieja familia Bigot, y por más que parezca complicado, os aseguro que todo el mundo se encontraba allí muy bien;—la comida, pues, llamaba á su fin; se había tomado una sopa de puré, un pescado normando, un filete de ternera, guisantes, el tradicional pavo trufado, una ensalada, un pastel de frambuesas, y se escanciaba el el *champagne*, estando las demás copas agrupadas en fila, por tamaños, llenas de vino del Rhin, Chambertin y Chateaux Margaux.

El Sr. Bigot, padre, un hombre alto y grave, tomó la copa; establecióse muy luego un completo silencio, merced á los enérgicos *chuts* y á las palmadas que las mamás aplicaron á los niños en las manos; y todas las miradas se convirtieron sobre la anciana sirvienta, quien llena de confusión, pero comprendiendo que no tenía razón de ruborizarse, fijaba sus ojos, á través de la mesa, en una de las criaturas, en la pequeña Renata Rigourd, con esas miradas tiernas y serias, de una hermosura sonriente y algo fatigada, que tienen ciertas mujeres del pueblo.

Un soplo de simpatía flotaba en torno suyo, se fijaba en su rostro—¡debía haber sido muy bella y sufrido mucho!—bajaba á lo largo de sus espaldas encorvadas por veinticinco años de una servidumbre digna é irreprochable, y se hacía preceptible en sus manos, unas manos de trabajo y de obediencia, surcadas de cicatrices, hinchadas, echadas á perder, muy encarnadas, pero muy limpias, y que tenía el orgulloso instinto de no pretender ocultar bajo los manteles.

Así, pues, el Sr. Bigot se levantó con la copa en la mano; á su lado, la bisabuela con una sonrisa en su amplio semblante pálido que generalmente no sonreía ya, hizo un movimiento con la cabeza á su anciana, á su fiel sirvienta, como para alentarla, y con su medida voz de magistrado dijo muy sencillamente:

—Antes de beber al nuevo año y á las esperanzas de dicha que puede traernos, creo que tenemos que hacer un brindis: hay entre nosotros una anciana, una fervorosa amiga, diría casi una parienta nuestra. (Bernarda, en efecto, hacía recordar á una tía pobre de provincia). Durante veinticinco años ha rodeado de cuidados á nuestra madre (y se volvió á la bisabuela) ha hecho bailar á mis dos hermanas y á mí sobre sus rodillas, y ahora consagra su ternura á nuestros hijos: por vosotros hablo, chiquitines míos; un día, sabreis cuán buena, noble y desinteresada se ha mostrado Bernarda, qué ejemplo de sencilla probidad y de fidelidad ha dado. Y por esto, Bernarda, bebo á la salud de usted y le ruego que alce su copa con nosotros. Todo el mundo, aquí, quiere á usted y la respeta. Permítame que la desee que, como hasta ahora, se conserve animosa y fuerte, y deciría que un día beberá usted, así lo espero, á la salud, no solamente de estas chaturas que ha visto nacer, sino á la de los hijos de sus rijios!

Prodújose un gran tumulto, todas las copas se tendieron hácia Bernarda, todas las miradas, impregnadas de afecto, y todas las sonrisas, llenas de reconocimiento, se dirigieron á ella. Y respondió sencillamente:

—Gracias, señor Eustaquio, gracias á todos.

Y cuando volvió á sentarse, dijo á la rubita de los Prechasse, vecina suya, á su preferida:

—Yo no sé hablar, naturalmente.

Y la niña, abriendo sus grandes ojos admirados, se recostó en ella y la dió un beso.

Pero el Sr. Bigot, joven, se había levantado, á su turno, y acarició por un momento su barba sedosa; era un joven abogado de talento, muy dulce, con ojos de un azul soñador.

—Ahora, dijo, tengo una súplica que dirigir á Bernarda. Deseo que nos proporcione un gran honor: esperamos—y sonrió á su esposa—un quinto *bebé* el mes próximo. Suplico á usted, Bernarda, que consienta en ser la madrina de este niño.

Resonaron entusiastas aplausos; pero la pobre anciana, desprevenida, porque esto no estaba en el programa como el brindis anual, no sabía en dónde ocultarse; púsose roja, después pálida, con unas grandes ganas de llorar.

—Cosa hecha, ¿no es verdad, Bernarda? Usted será la madrina de Juanito—á menos que sea Juanita. Todo el mundo se lo pide.

Y un amistoso coro encareció estas palabras; aun los mismos criados, halagados, dando al olvido sus celos, movían las cabezas.

—Sí, señor Enrique, dijo débilmente Bernarda.

—Y yo seré el padrino! exclamó el bueno del doctor Gonín, gozoso y rejuvenecido. Deme usted la mano, comadre, y verá usted qué bien hacemos las cosas.

—¡Oh! balbuceó la anciana; y enternecida, pensando en toda su vida pasada, en sus dolores, pensando en su edad avanzada, en que un día ya no estaría honrada y festejada, en aquel lugar, tomó en sus brazos á su rubita vecina y abrazándola locamente, con desesperación, se fundió en una oleada de sollozos amargos y dulces, á la vez.

PAUL MARGUERITTE.



DE HEINE

En las mejillas de mi amada vive
verano abrasador,
en tanto que el invierno, el frio invierno
vive en su corazón.
Mas luego, espero en Dios, en sus mejillas
un día no lejano
el invierno estará, y en su alma pura
habitará el verano.



UN QUID PRO QUO.

CUENTO POPULAR.

Hay en uno de los pueblos de Andalucía que alza sus blancas casas bajo un cielo que crió Dios, sólo para cobijar á España, desde Despeñaperros hasta la ciudad que defendió Guzman el Bueno, un convento abandonado como todos, gracias al *progreso de las ruinas*, situado sobre una elevación del terreno, al fin de una ancha y solitaria calle, á la que dió su nombre San Francisco, y es hoy, más propiamente que nunca, la última casa del lugar. Eleva el convento su grandiosa puerta hacia al pueblo y extiende su huerta en el campo.

Hubo en estas huertas muchas palmeras, hay ancianos que las recuerdan; pero sólo quedan dos, unidas como hermanas. Hubo en el convento muchos religiosos; pero ya no queda sino uno sólo. Las palmas se apoyan una en la otra: el religioso en la caridad de los fieles. Todos los martes viene á decir una misa en aquella magnífica iglesia abandonada, que ya no tiene campana para llamar á los fieles.

Cuentan las crónicas antiguas que en aquellos tiempos en que el convento hallábase ocupado por monjes, quedábase todas las noches un padre velando por si lo requerían. Una noche le tocó la vez á un padre muy conocido y bien visto en el pueblo, que se llamaba el padre Mateo, vinieron á llamar tres hombres á la portería, requiriendo á un religioso para que fuese á auxiliar á un hombre que se estaba muriendo.

El portero avisó al padre Mateo, que bajó al instante. Pero apenas se había cerrado la puerta del convento, los tres hombres le dijeron que era preciso que á buenas ó á malas dejara vendarse los ojos. Al padre le hizo aquello una gracia como si le sacaran las muelas; pero ¿qué había de hacer el santo varon sino agachar las orejas? porque aunque era un mocetón como un trinquete, y tenía buenos puños para defenderse, aquellos eran tres, era gente del bronce, y venía armada.

Además, tampoco podía su merced desatender á su ministerio, y sólo Dios sabía cuales eran las intenciones de los que la llamaban. Así fué que se dejó vendar y dijo: ¡A Roma por todo!

Nadie puede saber las calles que le hicieron andar, por esta me entro, por esta otra me salgo, hasta que llegaron á un casucho, lo subieron por una escalera, lo empujaron en un cuarto y lo encerraron.

Quitóse la venda pero todo estaba obscuro como boca de lobo; oyó entonces un gemido en un rincón de la estancia.

—Quién se queja? preguntó el padre Mateo.

—Señor, soy yo—contestó una voz lastimera de mujer, aquí me tienen esos malvados, que me quieren matar después que me haya puesto bien con Dios. ¡Esto es una iniquidad! Padre, por María Santísima, por la Sangre de Cristo Nuestro Señor, por los pechos que lo criaron, padre, sálveme vd!

—Hija y ¡cómo podré yo salvarte? respondió el padre Mateo, ¿qué puedo yo sólo contra tres hombres, armados y sin conciencia?

—En primer lugar desáteme vd., dijo acongojada la mujer.

El padre Mateo se puso á tientas, y como Dios le dió á entender, á desatar los nudos de las cuerdas que le ataban á aquella infeliz las manos y los piés; pero estaban apretados y no se veía, y el tiempo volaba como si un toro corriese tras él.

Llamaron á la puerta.

—No ha despachado vd...... padre? preguntó uno de los hombres.

—¡Cá! no dar prisa, contestó el padre, que tenía el corazón puesto, pero no acertaba como salvar á aquella infeliz que temblaba como una azogada y lloraba como una fuente.

—Qué hacemos? decía el pobre señor, condolido y asombrado.

Como las mujeres son capaces de discurrir tretas hasta con un pie en el hoyo, discurrió ésta esconderse debajo de la capa del padre Mateo, que como ya dije, era un hombron que no cabía por la puerta.

—Mal medio es—dijo su merced;—pero á no haber otro, preciso es valerse de él, y salga el sol por Antequera.

Púsose cerca de la puerta llevando á la mujer debajo de su capa......

—Acaba vd., padre?—preguntaban los desalmados.

Acabé,—contestó el padre Mateo al que no le llegaba la camisa al cuerpo.

—Señor, no me desampare vd. —gemía la mujer, más muerta que viva.

—¡Calla! encomiéndate al Señor de los Desamparados y sea lo que Dios quiera—contestaba éste.

—¡A vendarse y ligero!—dijeron los hombres, volviendo á cubrirle los ojos; y cerrando la puerta con llave, bajaron los tres custodiando al padre, no fuese que intenta se quitarse la venda y conocer el paraje en que se hallaban.

Después de dar las mismas vueltas y revueltas, se hallaron en la calle de San Francisco; entonces los tres echaron á correr y desaparecieron como por ensalmo.

Apenas se hubieron ido, cuando le dijo el padre á la mujer:

—Ea, ahora, hija mía, pon los pies en polvorosa, y ve donde te escondes, que yo no puedo llevarte al convento. No me des las gracias, sino á Dios que te ha librado; no te detengas, que aquellos foragidos conforme se hallen con que voló el pájaro, van á venir á alcanzarme.

Dicho esto, ella echó á correr, y el padre en tres zancadas se plantificó en su convento. Conforme entró se fué á la celda del padre guardián y le contó cuanto le había pasado, añadiendo que aquella gente de cierto vendría al convento á preguntar por él.

No bien lo hubo dicho, cuando se oyó llamar á la puerta. El guardián fué el que bajó y se presentó.

—¿Qué se ofrece, caballeros? preguntó.

Acá venimos, contestaron, en busca del padre Mateo, que estaba ahora poco confesando á una mujer.

—No hay tal: el padre Mateo no ha confesado esta noche á ninguna mujer.

—¿Que no? ¡pues si se la ha traído aquí por más señas!

—¿Qué estáis diciendo, deslenguados? ¡Una mujer al convento! ¿cómo se entiende, quitar de esa manera la estimación al padre Mateo é infamar al convento?

—No, no señor, no lo decimos con esa intención, sino que......

—¿Sino qué? preguntó cada vez más enojado el guardián. ¿Qué motivo honrado puede acaso haber para traer de noche una mujer al convento?

—Bien te dije yo, murmuró el uno, que esto no era cosa natural, sino milagrosa.

—Sí, se dijo el otro: esto es obra de Dios ó del diablo.

—Del diablo no, porque no se mete á impedir lo que le tiene cuenta.

—Id con Dios, mal hablados, dijo en voz campanuda el guardián, y guardaos de acercaros á los conventos con malos fines; ni tendáis lazos, ni levantéis calumnias á sus pacíficos moradores, que como el padre Mateo, descansan tranquilamente en su celda; que nuestro Santo Patrono vele sobre nosotros.

—No te quede duda, dijo el más encogido de los tres, ha sido el mismo San Francisco que ha venido con nosotros para salvar con un milagro á aquella mujer.

—Padre Mateo, dijo el guardián cuando se hubieron ido, se han sobrecogido mucho y os han tomado por San Francisco. Más vale así, pues son gentes temibles y están furiosos.

—Mucho me honran, contestó el padre Mateo; perdeme V. P. permiso para marcharme esta madrugada á un puerto de mar, y de allí, en el primer barco que salga, á las Indias, no sea que piensen mejor y me cuelguen á mí el milagro de San Francisco.

F. CABALLERO.



Teme á las ilusiones;
que es peor la ilusión que las pasiones.

CAMPOAMOR.

PRELUDIO DE INVIERNO.

A Manuel Gutiérrez Nájera.

Como reina viuda, su crespón inmenso
La enlutada noche por el cielo extiende,
Y la luna, enferma, tras el velo denso
De pluviales nubes de la mar asciende.

Sobre la baranda del balcón marmóreo
Reclinado, sólo, el poeta medita;
Mientras sus cabellos el viento hiperbóreo
Con sus recias alas sollozando agita.

Su flotante clámide al lejos la bruma
Desenvuelve en vagos, nostálgicos limbos
Y fosforescente, vibrátil, la espuma
Nimba el oleaje con argénteos nimbos.

Febril el poeta siente en la cabeza
De insomne neurósis la caricia cálida,
É imprime en su alma la musa Tristeza
El doliente beso de su boca pálida.

Y sombríos versos su cerebro labra,
Donde las ideas simulan espectros
Que bailasen danza trágica, macabra,
Al compás de extraños y siniestros plectros.

¡Ah la alegre musa de las ilusiones
Que el cerebro enflora con azules sueños!
Ella ya no rima triunfante canciones!
Ya no pinta cuadros de tintes risueños!

Ya, oh triste poeta de los versos negros,
Ante los altares del amor no invocas
El bendito beso de dulces alegros
Que unían dos almas al unir dos bocas!......

....

La enlutada avanza, y al balcón marmóreo,
Solitario, insomne, el poeta medita,
Mientras sus cabellos el viento hiperbóreo
Can sus recias alas sollozando agita

Darío Herrera.



EL ABRAZO DE AÑO NUEVO

Había en el hogar que abrigó mi infancia, bajo cuyas alas me acogí como un polluelo abandonado en la noche de la vida, una anciana que había sido hermosa en su juventud, que había brillado entre la garzonía de los buenos tiempos de Santa Anna, que había sido cortejada por brillantes jóvenes que ahora sorbían su rapé en las frescas mañanas de invierno, rodeados de sus nietos.

Recuerdo vagamente que Rosalía, á quien nosotros llamábamos la madrina Rosa, tenía una sonrisa de luz en sus ojos que eran aún hermosos, y una trenza de nieve que hacía palidecer de envidia á las muchachas.

Pero la pobre no tenía más...... ¡ah, sí! poseía un tesoro, un amuleto sagrado que quitaba de su corazón los pesares como un sueño bienhechor. Todos los años, Rosa ponía su «nacimiento,» su portal de Belén donde acostaba un Niño Dios adorablemente hermoso, el *Niño Dios de Rayas*, que en lejanos tiempos había sido el encanto del rico mineral guanajuatense.

Era un Niño Dios que había sido esculpido maravillosamente por un artista ignorado, en una actitud de supremo consuelo: cuando lo cogíamos en brazos, como á los niños pequeños, su bracito ebúrneo quedaba sobre nuestro cuello, aprisionándonos en un abrazo que nuestra infantil imaginación tenía por celestial. Ese Niño Dios era la única joya de la madrina Rosa, y por eso, como una prueba augusta de su cariño, todos los días primeros del año nos llamaba á nosotros los niños nada más, á los de corazón puro y alma límpida, y bajando al Niño Dios de su lecho de pajas lo ponía en nuestros brazos, sellaba nuestra alianza con él por medio de esa encantadora caricia, y luego nos daba un puñado de caramelos y colaciones, con el orgullo de habernos hecho dichosos por todo el año......

Los tiempos volaron, mi corazón se abrió al amor y al mal, mi espíritu se ennegreció con la nublazón horrible de la duda, mis esperanzas tendieron el vuelo......

Y con el alma enferma emigré á otras regiones y perdí los últimos destellos de amor que había salvado.

Después de diez años volví al hogar querido y lo hallé triste, porque las pasiones habían despertado en los corazones que yo había dejado niños......

Volví á huir acaso para siempre; la lucha me llamaba con gritos fatídicos y atronadores y yo cerré mi corazón á las viejas afecciones y desaparecí......

—Cuando pases por Guanajuato, haz una visita á la madrina Rosa.

Prometí hacerlo, y apenas llegué á la orgullosa ciudad, corrí por una callejuela de Tepetapa, pregunté, inquirí, y con el corazón palpitante llamé á una puertecita humilde. Entré y en la única pieza que era alcoba y sala, hallé á Rosalía, la garrida muchacha de los tiempos de Santa Anna, pero en qué estado!

Sus piernas estaban baldadas, su cabellera blanca había desaparecido casi, y sólo era un copo de nieve sobre su cabeza venerable. Apenas me recordó, y después de platicar un poco de los tiempos que habían huido, me despedí haciéndole un pequeño regalo...... Su corazón se abrió á cariños apagados y muertos, bien se veía ésto en sus ojos que brillaban de alegría, y no hallando cómo obsequiarme, volvió los ojos y señalando un pequeño altar de Belén, me dijo gozosamente:

—¿Te acuerdas?

¡Oh, sí! Allí estaba el Niño Dios de Rayas, en su lecho de pajas, con sus ojos pensativos y su bracito pidiendo un cuello amigo para estrecharlo......

La anciana se arrastró penosamente, lo bajó con su mano trémula y haciendo que me inclinara, lo puso en mis brazos.........

Entonces sentí algo inexplicable en mi corazon; un paisaje que aparecía al volar las brumas que se habían acumulado sobre mi alma precita......algo que me sacudía hasta lo más hondo de mi sér y me derrumbaba al golpe espantoso de lo invisible......

El paisaje de mi niñez apareció radiante y vívido, y al sentir el abrazo sagrado que tantas veces me había dado la felicidad, una voz dulcísima arrullaba en mi alma con arrullo de palomas:

—Tú eras bueno y eras humilde, no eras ambicioso ni la maldad te había manchado......¿Por qué te has olvidado de mí?......Ya ves que siempre, en cualquier momento de tu vida, soy tu amigo, porque mi inocencia no sabe nada de lo que me has ofendido......tu corazón es un abrevadero de pesares porque te ha faltado mi abrazo de año nuevo......ya ves cómo la única felicidad consiste en volver á ser niño......

Rubén M. Campos.



Sobre los hombros gráciles cayeron blancas pieles;
la parda golondrina marchóse á otras regiones.
Polícroma paleta no tiene ya Cibeles
ni los castaños hojas, ni fresas los gorriones.
Aliento gris del Norte ya empaña el manto azureo
y las nudosas ramas como corales blancos
reflejan débil rayo de opaco sol purpúreo
que en la penumbra deja los cincelados bancos.
Sobre el asfalto y teja y plomos y pizarra
la nieve lenta cae. Ya la paciente hormiga
triunfó de la traviesa, monótona cigarra.
Hambriento aulla el lobo y el pobre un pan mendiga.
Llegó el augusto abuelo de los cabellos canos,
con sus azules pieles y sus harapos negros.
En su capullo sueñan con alas los gusanos
y el ruiseñor prepara sus místicos alegros.
Ya sobre el glauco vidrio de linfas que se duermen
surcos de plata deja la audaz patinadora.
El fecundante polen y el impalpable germen
no vibran en el viento que gemebundo llora.
Las cárdenas ojeras y los semblantes pálidos
son de ese cuadro tintas, son de ese cuadro arpegios.
En su rincón oscuro ya gimen los inválidos
y se embriaga Venus en los festines regios.

....

Y la enfermita pálida de los azules ojos
por el desierto campo va en vusca de su leña.
Aunque los piés desnudos se hiere en los abrojos
sobre la nieve avanza: la pobrecita sueña.
De pronto se detiene. No hay nadie que la escuche;
Suplica—pide y llora—No hay nadie que responda.
Sobre el sudario frío de virginal peluche
sus lágrimos parecen diamantes de Golconda.
Al fin rendida cae. Sucumbe la materia
y la paloma blanca va en busca de su nido.
¡Cuán triste es el invierno! ¡Cuán triste es la miseria!
¡Cuán fría es la nieve! ¡la nieve del olvido!

Ernesto O. Palacio



SINFONIA DEL AÑO

Fragmentos.

PRIMAVERA

El germen revive
y horada la tierra;
el cesped despunta
y el suelo recama;
las bardas de hojas
deshacen sus brotes
mostrando en sus puntas
las lilas moradas.
Cepillo de piedra
la guija, hace locas
virutas del agua.
El alma revive,
y el sol elabora con rayos de oro
la flor en la rama.

***

Su muestrario de colores
despliega la mariposa,
y por el verde capullo
asoma, viva, la rosa.

***

Rondan las abejas los frescos rosales;
echan sus penachos los cañaverales;
dejan los reptiles su sueño tranquilo,
y baja la araña pendiente del hilo.

***

Inquieta y movible,
pequeña y redonda,
es duende del agua
la búrbuja loca.
El iris la pinta,
el aire la sopla,
su origen la crea
pupila graciosa.
Es punto de randa,
lunar de la toca,
brillante movible
que tiembla y que flota.
Borda las orillas,
engarza la roca,
las flores salpica,
y el musgo corona.
Dejadla que brinque,
dejadla que corra,
la idea del agua,
la búrbuja loca.

***

El pez en el estanque,
deshecho el duro hielo
desliza bajo el agua
su góndola de fuego.

***

De fimbrias vistosas recámase el prado;
El lirio enarbola su hisopo morado;
enredan las zarzas sus velos obscuros,
y van las madreselvas sobre los muros.

***

El ave *humana*, la golondrina,
se cuela, sin permiso por las ventanas;
lanza píos sonoros bajo los techos,
ruido de abanicos forman sus alas.
Recostado en su cuna la mira el niño,
que tras su vuelo errante la vista vaga;
á la madre le pide que la detenga
y ella finge ademanes para alcanzarla.

***

La que llevó lazo azul,
vuelve con lazo de grana:
¡Es el querido recuerdo
de otros seres y otra patria!

***

Forma la lluvia sus chasquidos huecos,
desfleca el aguacero su cortina,
y una línea de sol rubia y divina
brilla y traspasa los brillantes flecos.
Alzando el agua susurrantes ecos,
imita en el rosal su cavatina;
el rumor de las trompas en la encina,
y ecos de caja en los arbustos secos.
Cubre el agua los términos distantes;
Abril baña sus tintas y colores,
para lucirlos luego más radiantes.
Joyas son los capullos y las flores,
y de un tropel de chispas de diamantes
los empiedra la luz con sus fulgores.

***

Estación hermosa,
dulce primavera,
¡á tu impulso florecen las almas
y es nido de amores la tierra!

ESTIO.

Doctor es el higo chumbo,
estudia ciencia de espinas,
y en el ilustre birrete
le sale borla amarilla.

***

El tronco echa sus gomas del sol al rojo brillo;
la abeja unta en las flores sus patas de amarillo;
la rana da en la peña, dejando el agua rota,
y templa el grillo negro su lira de una nota.

***

Pendiente entre flor y flor
de un hilo leve de araña,
el gusano se columpia
como un mecedor de plata.
Sueña en la esfera redonda
de la teñida manzana,
que habrá de darle un asilo
entre su carne aromada.

***

Tienden las palmeras
sus arcos flotantes,
como laberinto
de columnas árabes.
Sus mil abanicos
refrescan el aire



Sra. Mercedes Barajas de Diez Gutiérez (de San Luis Potosí).

ý arrullan la siesta
con ruidos vibrantes.
En los verdes bosques
simulan encajes
y templos soberbios
y selvas de alfanjes.
Alzándose enhiestas
en rocas distantes,
se entienden, y besan
por medio del aire.
Vigilan el amplio
desierto gigante,
y velan el sueño
gozoso del árabe.
A la carabana
dan sombra inefable,
y oyen del serrallo
las zambras brillantes.
La esfinge coronan
con palio flotante,
¡y á Cristo celebran
del templo en las naves!

***

En el intenso rayo de lintas foscas
bailan sus rigodones las pardas moscas;
sacuden y apalean, batiendo el ala,
los átomos que, viva, mueve la escala.
Una mosca se cierne y otra se agita;
otra en el rayo de oro se precipita;
ésta zumba, da vueltas y se alboroza,
y aquella que la sigue sus alas roza.
El aire caprichoso la cinta orea
y en ver el raro baile se rigodea,
hasta que hace, soplando loco y sin tino,
con chispas, sol y moscas un remolino.

***

Rendida al mar de llamas
que baja de la altura,
la sombra busca todo,
la sombra y la frescura.
Y sólo los lagartos
se asoman al boquete,
vestidos con casaca
del siglo diez y siete.

***

Brillan los relámpagos,
ruge la tormenta,
bailan los granizos
en las chimeneas;
el chubasco alegre
de redondas perlas
pica en los cristales,
bota en las monteras,
vibra en las campanas
y el campo apedrea.
Unas formán tímpano
sonando en las tejas,
otras por las ramas
del arbusto ruedan.
Allá va el chubasco
de crugientes perlas,
haciendo al ganado
correr por la vega,
dejando tan sólo
tras sí como estela,
el acre perfume
que exhala la tierra.

***

Sacude el tridente
la parva en la era;
la paja se huye
y el grano se queda.
Al revés sucede
con alma y materia;
el cuerpo sucumbe
y el alma se eleva.

***

Sus élitros moviendo, colgada de una espiga,
preside la cigarra sus fiestas estivales;
su canto no conoce la lánguida fatiga
y son en la natura sus ecos inmortales.
Su voz cascada y bella madura los racimos
templados en la tierra del sol por los calores;
y tiñe de los frutos espléndidos y opímos
la piel iluminada de vívidos colores.
Es ella la que canta la música que escribe
el rayo del estío sobre la fuente rota;
es la que entre las frondas y los ramajes vive,
es el verano ardiente metido en una nota.

SALVADOR RUEDA*

PLUMAS Y LAPICES.

I

Tengo tres plumas en el carcaj de cristal de Bohemia que abrillanta el escritorio de nogal cubierto de dijes y perfumado por las violetas que trae mi buena ama.

Una es de acero, otra de oro, amarilla como el ala del canario y la blanca es de ave tajada por el amado.

La de acero escribe los artículos rudos y obligados del periodismo en las horas de hastío de la existencia, horas grises en que la ley del trabajo hace inclinar la frente para llenar deberes contraídos.

Escribe con tinta.

Escribe con hiel.

Escribe con sangre!

....

La de oro, preciosa pluma de mis triunfos, de mis glorias literarias, que la amo y la acaricio como á la compañera en las tenaces batallas del pensamiento y de la idea; ella traza los libros en cuyo fondo vierte la fantasía calenturienta, los colores ya vivos, ya sombríos de la vida real, y aspira á conmover la sociedad provocando la ira santa del presente para ganar los galardones del porvenir.

Sí! yo quiero vivir para después!

La amarilla, escribe con la savia del cerebro robando la vitalidad del amor material con el hielo de la experiencia que paraliza las fogosidades del alma.

Ella trabaja!

....

Y la blanca!

La de paloma, que modula cantos en la copa mecedora de los sauces, esa suavecita pluma que resbala sin rechinar sobre el papel como la de acero, ni mostrándose dura como la de oro; esa viene del carcaj, entre mis nerviosos dedos, cuando escribo al amado; cuando recuerdo la Patria á mis hermanos; cuando el alma llora en pobre rima de mal pergeñados versos, los más de ellos escondidos tras la gasa de nombres ficticios, por mí sola conocidos en el torbellino de los vivos, porque son cipreses y epitafios puestos sobre el cadáver de los recuerdos!

Mi suave y nevada pluma.

Imagen de la Felicidad; de la Resignación; de la Esperanza! es decir: ayer. hoy, mañana! .....

Ella le ha dicho al amado todos los secretos grandes y pequeños, aprensiones y niñerías, angustias y congojas.

Y él ha sonreido tal vez! ..... ¿Qué sonrisa más divina?

Mi nevada pluma, la de paloma, escribe ahora con el jugo del corazón que asoma cristalino y tembloroso á la pestaña, ora con la miel encerrada en el cáliz de las amapolas, beleño del alma que al alma vá!

Oh mi blanca pluma! Yo la enristro como el gladiador romano que se lanza á la arena, repitiendo con el poeta.

«Hay plumajes que cruzan el pantano. Y no se manchan.

Mi plumaje es de esos!»

....

No importa que los guzanos crujan bajo la tierra que el escritor pisa, si la pisada es firme!!

II.

Tres lápices guarda la zapatilla de lana, puesta á la derecha, sobre el escritorio de nogal, sostenida por dos angelitos de rostro radiante y risueños ojos.

Rojo, como la flor del granado, como los kepis de los soldados de mi patria; es el primero y echa tarjaduras y hace rayas sobre los periódicos que leo y marco en la faena del periodismo.

Señala transcripciones que enrojecen algunas mejillas y azotan algunos rostros; y el lápiz rojo vuelve á la zapatilla de porcelana.

***

Con el azul, simpático lápiz! hago las anotaciones marginales en los libros que leo y él me acompaña durante largas horas del día y de la noche junto al atril de lectura.

Trabaja el lápiz azul cuando las campanillas florecen en la maceta y se alegra el corazón.

Sus rayas, puestas aquí y allí, se muestran como girones de cielo detrás de las viajeras nubès que se amontonan, se esparcen y se van.

Ay! azul fué la sortija que el amado puso en mi dedo!

He visto que de azul se engalana la aurora al nacer

Azules han sido los más queridos sueños de mi vida.

Por eso amo mi lápiz azul!

***

El tercero, es negro. Barnizado por fuera tiene el corazón de carboncillo.

Tétrico, pero simpático.

Con él hago la lista de la lavandera y rubrico los recibos del carbón y del cocinero.

¡Pobre lápiz!

Negación de colores ausencia de luz.

Mas, él es obediente y callado, marca el aseo de la casa y la vida de la familia.

Mi lápiz negro es el mejor.

III

¡Plumas y lápices!

¡Ay! Yo que amado tanto y que tanto he sufrido; pido al Destino que, al llevarse la juventud, me deje mi lápiz negro y mi pluma blanca.

¡Quiero ahogar recuerdos! .....

CLORINDA MATTO DE TURNER.



A todo va la inmensidad unida,
si entre el ser y no ser media un instante
tiene el punto presente de la vida
un infinito atrás y otro delante.

CAMPOAMOR.



EL SIMBOLO DEL INMORTAL ESPOSO.

Cuento de Invierno.

I

El no la había visto durante la eternidad de cuatro años que habían transcurrido lentos y amargos después del matrimonio. No había querido encontrarla en tanto que ella pertenía al *otro*, al que la había tomado muy bella, á los dieciocho años, virgen......

La última vez que vió sus ojos negros y oyó su voz dulce, fué la víspera del matrimonio, cuando los fríos de Enero. Hacía una simple visita, al azar, viajando, y como nadie le había advertido, se sorprendió mucho de encontrar en el viejo castillo una reunión numerosa y mezclada de amigos é invitados.

Recordaba ahora su dolor mundano de entonces; palabras vacías y gestos convencionales en lugar de poder abandonarse al sufrimiento que le invadía, febricitante y agudo. Los padres de la joven reunidos en una terraza sombreada, después del almuerzo, consideraban su llegada con inquietud, porque estaban informados de sus sentimientos y con miradas amables lo despedían dulcemente.

A pesar de esto, permaneció más de lo que convenía á fin de verla. Y ella apareció con la alegría en sus movimientos y el orgullo en sus ojos,—la alegría y el orgullo de la desposada. Se aproximó á él sin asombro, como si le esperase y le presentó al marido del día siguiente, un desconocido que le saludó fríamente y luego volvió el rostro á otra parte.

Ella llevaba una toilette rebuscada y se mantuvo cerca del otro inconscientemente.

Eso le hab.a hecho mal, á él que llegaba sin saber nada, con recuerdos y con una esperanza, y partió muy triste, perdiendo todas sus creencias.

El visitante había vuelto todos los años, cuando los fríos de Enero, para encontrar las sensaciones llenas de frescura que cantaban aun en él. La vieja abuela que vagaba en la soledad en tanto que los otros habitantes del antiguo castillo hallábanse diseminados en villas de placer, la vieja abuela que *lo comprendía*, le hablaba de ella y le mostraba retratos que él no se cansaba de ver.

Cuando part.a no podía evitar volver la cabeza para mirar una vez más las torrecillas enguirnaldadas de yedra y el jardín en que la joven le había ofrecido una rosa blanca cierta tarde á la hora del crepúsculo......

Se llamaban Armel é Ivona: nombres de novela y de poesía que han tenido una influencia misteriosa sobre la vida y que son frecuentemente retratos que se parecen.

II.

Armel, elegante joven de treinta años, esperaba, pues, en el gran salón sombrío del castillo romántico; volvía, como todos los años, á la peregrinación de sus primeros pensamientos; pero esta vez iba por fin á encontrar á su amiga. Iba á encontrarla con traje de viuda, porque había recibido una carta de duelo, con la letra trémula de la abuela sobre la cubierta encuadrada de negro.

Y esperaba aún, como en otro tiempo, olvidando el matrimonio en sus ideas de soñador; por que no tenía en su mente la imagen de *eso;* porque no había visto á Ivona cuando era la mujer del *otro;* porque no había sufrido con la realidad; porque había vivido de la frescura de sus recuerdos, en la juventud de su alma, en el aislamiento de su independencia de hombre libre.

De suerte que en la oleada de sus ensueños, ese matrimonio se volvía algo inmaterial, algo no real, cuya amargura se caracterizaba solamente por el cuidado que él tomaba de no pensar en ello.

Un paisaje claro aparesía entre los pesados cortinajes de las altas ventanas estrechas, con mucha luz blanca y el debil sol de Enero.

Armel respiraba el aire frío de los campos que se insinuaba entre el moviliario solemne del salón. Estaba sentado frente á las ventanas, en el rincón deun canapé de tapicería severa que le traía recuerdos enternecedores. Sus ilusiones volvían ahora que iba á verla de nuevo y pensaba que acaso, como antes del matrimonio, se sentaría en el otro rincón del canapé.

Como buscase con los ojos el retrato de la joven, el retrato de la viuda, notó cerca de sí, en el mármol gris de una pequeña mesa redonda, un estuche de pergamino color de marfil, cifrado con iniciales entremezcladas, que tomó y abrió, encontrando dos retratos gemelos: el de Ivona y el de el *otro*—con una mirada fría.

III

Oyó un crujido de sedas y ella entró mostrando su sencillo traje negro de viuda joven, con el rostro empalidecido, la fisonomía fatigada, el andar lento.

El se levantó bruscamente, teniendo en la mano torpemente el estuche de pergamino que no supo poner en su sitio. Ella vió eso y le causó una impresión inopinada.

La aproximación de esos jóvenes que se amaban acaso tanto el uno como el otro, era tan conforme á las leyes de la naturaleza y estaba tan bien en el orden de las cosas, que se encontraban, después de cuatro años de separación, como seres que *debían* volverse á ver.

Sin fórmulas triviales y sin frases, se cogieron las manos un instante y se colocaron en los dos rincones del canapé de tapicería, á distancia. Antes de hablar, él contemplaba á la mujer convertida en madre, con una beldad diferente y la mirada más profunda; y ella le contemplaba también, pero sobre todo para saber si la encontraba cambiada, si la estimaba menos linda.

El la contemplaba y se entristecía porque no era ya la joven que había dejado un día la víspera del matrimonio. Después de los vagos ensueños, encontrábase frente de la realidad brutal. Se sentía languidecer observando que las formas vacilantes cuya visión tenía aún, muy pura, estaban animadas de una vida nueva, de una vida extraña...... y sorprendía un pensamiento profano en los ojos agrandados de la mujer.

Como era morena y bien desarrollada, y su persona y su rostro tenían un caracter apasionado, esas cosas se acentuaban más aún, de suerte que sufría mucho.

—Qué ha hecho usted durante este tiempo? preguntó ella sencillamente, con una voz blanda que él no le conocía.

Mas como continuase hablando, aquella voz blanda turbaba extrañamente al joven; veía de otra suerte aquello que al principio le había afligido y una sensación pérfida se apoderaba de su voluntad.

Respondía sin pensar, con palabras que significaban que no había cesado de amarla. Sólo que ella parecía no oirlo, y, muy femenina, desviaba la conversación, en un *flirt* involuntario, para llevarla á las pláticas que habían tenido otras veces.

Decía con su voz bla nda cosas lindas y encantadoras. Sin embargo, Armel se ponía más y más triste porque no reconocía ya las ideas ingenuas é irreflexivas de la joven, que era tan amablemente crédula y no encontraba ya su naturaleza impulsiva, abnegada y generosa. Hablaba ella, hermosa é insinuante y evocaba imágenes impresionantes; pero él sentía en todo esto la educación del *otro*, del que la había tomado para formarla á su imagen y semejanza y la poseía hoy todavía—después de su muerte.

El hombre de mirada fría le había transmitido una segunda naturaleza, preciosa y disimulada, que razonaba y se contenía; una naturaleza ficticia, que sobrevivía al esposo. Este se había asimilado su mujer, dejándole una huella tenaz, de suerte que era aun el *otro* quien pensaba y hablaba en ella. Las contradicciones de la viuda parecían ser la rebelión del marido contra el intruso y el desacuerdo de la conversación representaba el símbolo de una lucha entre los dos rivales.

En su melancolía, Armel dijo á Ivona:

Usted no es ya la misma......

El hizo un gesto de renunciación.

Entonces ella tuvo la intuición del sufrimiento del joven y dócil, se aplicó á ponerse en comunión de pensamiento con él.

Esta era para Armel una esperanza de quitársela al *otro* y de volver insensiblemente á su amiga á su primera naturaleza, expansiva y entusiasta, que se aliaba tanbién á la suya, en otro tiempo, cuando se calentaban juntos al mismo sol de invierno, bañando sus miradas en las inmaculadas blancuras del paisaje ....

Permanecían sentados, en una semi-intimidad, en los dos ángulos del canapé, ante las altas ventanas abierta, que dejaban entrar un poco de aire al departamento austero.

Armel oía hablar á Ivona, y como mútuamente resentían el error de aquel matrimonio y él hubiera querido rehabilitarla de haberlo desdeñado, le pregunté casi en voz baja:

—¿Por qué hizo usted eso?

Ella respondió:

—Yo no sabía .....

La languidez de sus ojos profundamente negros decía lo demás y el joven que se desesperaba á la idea brutal de la realidad irremediable, que imaginaba locamente la visión del primer abrazo....... cobardemente se echó á llorar.

Entonces ella comprendió el pensamiento que lo desolaba y se arrojó generosamente en sus brazos, angustiada, convulsa, para consolarlo y para ser perdonada. Abandonáronse á largos abrazos apasionados y cerraron los ojos, olvidando el pasado, olvidándolo todo para amar y ser amados......

Cuando se abismaban en la efusión de su ternura, entró, saltando, un niño, por la puerta abierta del jardín.

—¡Mamá! ¡mamá! exclamó riendo.

Y ella desprendióse de él, sobresaltada, muy pálida, trastornada, en tanto que Armel quedaba con la muerte en el alma.

El niño se detuvo asombrado, inquieto, vacilante y quedóse mirando obstinadamente á aquel extranjero que usurpaba su puesto al lado de su madre y á quien él no conocía. Y durante el silencio sólo se oía el suspiro del vientecillo leve de invierno en el jardín.

El jóven y la dama permanecían inmoviles, como unos culpables á quienes se sorprende *infraganti*.

—¡Mamá! gritó aun el niño, irritado.

Y repitió:

—¡Es mi mamá!

Lanzóse hacia ella y en tanto que Ivona la besaba furiosamente y la estrechaba contra su seno, toda conmovida, dominada toda por el amor maternal, la niña observaba al joven y parecía desafiarlo con sus ojos azules.

Volviendo de su ensueño, Armel notó como se parecía la hija al padre y encontró en aquella maligna mirada que se le clavaba en el rostro, la mirada fría del esposo que le había tomado á su novia para formarla á su imagen; la mirada del muerto cuya alma animaba aún á la viuda y revivía en la niña; la mirada del *primero* del *inmortal esposo*.

En tanto las campanas de la aldea sonaban el *angelus* de medio día que tintineaba alegremente—y Armel comprendió que la vida le llamaba á otra parte, á él, elegante joven de treinta años.

ROBERTO CAZIN.

CROQUIS DE ENERO.

Era un mocetón de seis pies de alto y manazas hercúleas. Se llamaba Miguel y vendía flores en uno de los boulevares. Varias veces prendióme en el ojal del jacquet, pálido crisantemo ó escarlata flor de terciopelo.

Entre el montón de mujeres elegantes, envueltas en pieles, que husmeaban los rasos de los escaparates, emergía la voz chillona del vendedor de flores.

Frente á su puesto, una vitrina incitaba con sus sombreros de colores, sus plumas y sus frascos de aguas de escandalosas etiquetas, y en el centro un busto de cera giraba mostrando el último y ridículo peinado de moda.

Miguel adoraba ese busto. Por muchos años saludaba todas las mañanas á su novia virgen, que en vueltas eternas, enseñaba ya la nuca donde caían miles de rizos de oro, ó la frente blanca donde morían bucles color de sol.

Sentía celos cuando la chicuela del mostrador enredaba ó deshacía los cabellos, enseñando las miles de vueltas á la vanidosa parroquiana.

Miguel vivía en los suburbios de un barrio bajo, y bien de mañanita, en el crudo amanecer de invierno, resbalando sobre la nieve ó desafiando el aire del polo, llegaba el primero á la ancha acera para saludar temprano á su amada insensible, que en su giro, miraba vagamente con sus ojos sin luz y sonreía tristemente con sus labios de cera coloreados de bermellón.

Un amanecer muy frío, Miguel sintió que una bocanada de aire le corría por el pecho, y ardiendo en fiebre, y con un dolor agudísimo en la espalda, vociferaba, brin-

dando á las damas el gajo de diez centavos donde temblaban las violetas y sonrosaban los claveles.

Y llegó una tarde en que las pocas personas que circulaban, huían de la nieve, la cual blanqueaba los techos y empañaba los cristales; Miguel respirando apenas, gruñendo bajo la bufanda escocesa, ofrecía sus flores con los ojos cerrados por la fiebre, el andar vacilante y temblón, recostado á la vidriera donde la bella cabeza de cera, el divino busto, de facciones finas y ojos rasgados, parecía en una sonrisa, coquetear con el único transeunte de la ancha acera.

Llegó la noche lívida, pálida.

La nieve formaba montecillos y Miguel desplomado veía cubrirse sus piernas de motitas blancas, con los ojos desmesuradamente abiertos, fijos en el busto, que en su delirio creía tener cerca, balbuceando frases ardientes, dialogando con la muda amada, y así solo, tranquilo, fué muriendo, mientras que el busto de cera seguía girando, descubriendo ya la nuca donde caían los rizos color de sol ó la frente blanca donde dormían los bucles color de luz.

***

Yo acompañaba el cadáver de un amigo viejo, el mismo día en que Miguel rodó á la fosa de los pobres; y á la vuelta, detenido en la cantina donde los cocheros calientan sus miembros congelados, ví al conductor del carro donde fué Miguel, alzar su copa de alcohol y vaciarla en la boca enorme, murmurando sarcásticamente:

—Eh, copero, á la salud del pobre muerto!

Francisco Garca Cisneros.



LA FLECHA, EL ALA Y EL CORAZON.

(Sobre un pensamiento de Catulo Mendez).

Tuvo una apuesta mi hechicera amiga,
la de gentil belleza;
es una apuesta extraña
que la ingrata ganó. Nada mitiga
desde entonces la fúnebre tristeza
que tenaz por doquiera me acompaña.
Un arquero decía:—En este mundo
nada existe más raudo que mi flecha:
en menos de un segundo
atraviesa el espacio velozmente
y al blanco llega rápida, derecha.
¿Hay algo, por ventura, más ligero?—
Así dijo el arquero
y mi amiga sonriose alegremente.
Dijo una golondrina:—Bajo el cielo,
bajo ese cielo de un azul profundo,
donde el astro fulgura
brillante, envuelto en luminosas galas,
nada iguala á mi vuelo,
al vuelo raudo de mis negras alas
que atraviesan en menos de un segundo
de un extremo hasta el otro la llanura.—
Así repuso el ave,
y alzó los hombros desdeñosa, grave,
mi amiga, la de expléndida hermosura.
—¡Pues qué! dijo el arquero,
¿algo á mi flecha en rapidez iguala?
¿qué existe que mi flecha más ligero?
¡Pues qué! también la golondrina agrega,
¿algo existe más rápido que el ala
que con el viento á su destino llega?
—Sí, respondió mi amiga sonriente,
mi dulce amiga—sueño del poeta—
hay algo más veloz que la saeta,
más rápido que el ala en el ambiente.
Apostaron. Partió rauda la flecha,
partió rápida el ala,
veloz como la bala,
veloz como los vientos silbadores
que en las ramas entonan triste endecha;
pero antes que la flecha vibradora
el blanco hubiese herido
con lúgubre silbido,
y mucho antes que el ala voladora
rozara sin esfuerzo ni fatiga
de la pradera las fragrantes flores,
el corazón de mi hechicera amiga
volado había en pos de otros amores.

Carlos Ortiz.

EL SACRIFICIO DE VENUS

Al comenzar el siglo XVII, la calle que hoy se llama del *Ave María* se llamaba calle del Barranco: aún á principios del siglo pasado existía en la de la *Esperanza* una imagen de Nuestra Señora de este título, colocada por el venerable siervo de Dios fray Simón de Rojas, y que dió nombre á esa calle. Cuando aquel santo varón vino á Madrid, reinaba ya Felipe III y el lupanar que existía en el Barranco estaba convertido en la callejuela de la Rosa. Los vecinos del Barranco, en unión del virtuoso fundador de la Congregación de Esclavos del Dulce Nombre de María, pusieron bajo el patronato de la Virgen aquella calle, para hacerla perder su mala fama, colocando estampas del Ave María en sus puertas, é ingresando en la hermandad, en que era obligatorio á los cofrades decir Ave María setenta y dos veces diarias, y servirse de aquella salutación siempre que se encontraban. El venerable Rojas fué el autor de aquella reforma en las costumbres: todo Madrid, desde el Consejo de Castilla y el Ayuntamiento, hasta el pueblo que derribó las puertas de la Trinidad, para hacer reliquias con los hábitos del Padre Rojas, el día de su muerte, le tuvieron por santo: y los vecinos del barrio del Ave María, le consagraron una calle que se llama de San Simón en honor suyo: es decir, le proclamaron santo ciento diez años antes de que Roma le declarase venerable: tuvo gran influencia el ilustre vallisoletano: su consejo pesó mucho en el ánimo de Felipe III para la expulsión de los moriscos, y en el reinado siguiente para impedir la boda de la hermana de Felipe IV con el príncipe de Gales, luego Carlos I, á quien sus vasallos cortaron la cabeza.

I

Aunque la calle del *Ave María* estaba ya purificada con su título, no transitaban por ella todavía carrozas elegantes, togados con garnacha, ni hidalgas servidas por un tropel de pajes al uso de la época; era calle bastante concurrida por archeros, mozos de sillas, frailes mendicantes, lacayos con libreas de felpa y terciopelo, soldados viejos con la ropa acuchillada por los flamencos y los sastres, pícaros de cocina y caballeros del milagro. De vez en cuando atravesaban algunas buenas mozas, que iban á callejear envueltas en sus mantos, y dejaban ver entre el embozo ó lucían en la cabeza, un Agnus Dei, ó cruz, ó algún otro capricho con guarnición de esmeraldas y diamantes; ó beatas jóvenes, que sólo apartaban la vista del rosario para fijarla en un galán; ó viejas con hábitos de estameña que, desamparadas de la carne, habían ofrecido al Señor sus esqueletos.

No se veían desde la calle en las modestas casas, ni los trofeos militares, cascos, petos, lanzas y arcabuces que adornaban en otros barrios los palacios de los nobles; ni los tapices de Bruselas y cuadros italianos y flamencos, que pagaban á peso de oro los indianos; sino humildes colgaduras de tafetán, en las más ricas, estampas de santos ó imágenes de bulto, y en las más de ellas, fraguas, bancos de carpintero, telares y patios con emparrado, en donde hilaban y cosían las vecinas. Sólo en alguna que otra casa se veían, atisbando por las celosías y enrejados, ricos espejos, escritorios, vitrinas en que brillaban la plata, y el oro, y pabellones de rizadas telas florentinas.

Un grupo de gente apareció por la calle de la Magdalena, rodeando á un fraile trinitario, que avanzaba con dificultad entre los que le besaban la mano ó le pedían bendiciones.

—Padre Simón decían unos—reparta rosarios y estampitas.

—Padre Rojas—repetían otros—que estoy en ayunas.

—Lea, por caridad, el Evangelio á esta criatura que está enferma.

—A mí, á mí primero—repetía llorando una hermosísima mujer con el traje descompuesto y suelta la sedosa cabellera: ¡mi pobre hijo se está ahogando!

—Sí, sí; á ella primero—dijeron todas las madres empujando al religioso hacia una casa inmediata, modesta en la fachada, pero que dejaba ver en su interior molduras de ébano y dorados. El fraile entró, seguido de otro compañero, pero retrocedió al momento hacia la puerta.

—¡Ave María! No he de entrar—dijo—mientras no quemen antes ese cuadro.

—¿Cómo he de quemarle si no es mío?—respondió la mujer con desesperación.

—He visto vuestra cara, vuestro cabello y vuestra impureza en esa pintura desvergonzada.

—¡Oh! Que mi hijo se muere......

—Dios quiere salvar á este ángel, arrancándole de esta casa. No le mata su enfermedad sino la desnudez de su madre en ese lienzo. Marchémonos, fray Bartolomé.

—No, no—dijo la mujer arrodillándose—yo vivo de mis pecados, y un pintor me pagó para que le sirviese de modelo; esa Venus no me pertenece, pero yo la echo de mi casa y os la entrego; vos habréis de devolvérsela.

—Que tapen ese lienso deshonesto—dijo el Padre Simón á fray Bartolomé—y lo lleven á la Trinidad. ¿Quien es el pintor?

—Vicente Carducho.

—¡Cómo! ¿El pintor de cámara? ¿El hermano del virtuoso Bartolomé? Cubran la pintura de modo que nadie pueda verla y que la lleven al claustro bajo. Yo respondo de ella ante su autor. Y ahora entremos á pedir á Dios la salud de ese niño, si le conviene. ¡Ave María! ¡Ave María!

II

La gente esperaba en la calle con gran curiosidad, agolpada á la puerta de la casa.

—¿Creéis que sanará al niño el trinitario?—decía un zapatero á una vecina.

—No que nó; ha resucitado muertos y, entre otros, dicen que á su médico.

—Sin embargo, yo que la madre, hubiera llamado á Mariana de Jesús, la mercenaria; plantó una rama seca de oliva en su huerta de la plaza de Santa Bárbara, después de bendecirla, y se hizo un árbol. Por algo la consultan las señoras de la corte.

—¿Creéis que al Padre Simón no le piden consejos? Nuestro rey D. Felipe III tiene en mucho su dictamen.

—Pues en los Trinitarios Descalzos de la calle de San Agustín hay un joven que no ha de valer menos con el tiempo. Lee en el pensamiento de los demás como en un libro.

—¿Cómo se llama?

—Fray Tomás de la Virgen.

—La verdad es que hay mucha gente mala, pero también hay en nuestro tiempo muchos santos.

—¡Ya se llevan el cuadro! Dicen que es prodigioso.

—Es una grandísima desvergüenza—respondió una vieja—esa mala mujer se había hecho retratar en carnes vivas.

—¡El niño se ha salvado!—gritó una mujer asomándose á la ventana. —Vitor al padre Rojas.

—Vitor al santo—repetían las gentes.—Vitor, vitor!

—Entre tanto, en uno de los extremos de aquel tropel de gentes forcejeaban dos hombres; uno ya anciano, vestido pobremente, de rostro noble, nariz aguileña y frente despejada, oprimía la mano derecha de un arrogante joven, impidiéndole que sacase la espada.

—Dejadme, ¡vive Dios!—decía el joven—ese cuadro que se han llevado es mío, y á cuchilladas han de devolvérmelo.

—Sólo sé que váis á desenvainar la espada contra un trinitario, y no ha de ser; he sido cautivo, y ellos me rescataron.

—Pues evitad con la otra mano que saque mi daga.

—Eso ya no podré hacer; la otra mano me la estropearon los turcos en Lepanto.

El pintor, ya sosegado, miró con curiosidad al anciano, y dijo:

—Os doy las gracias por haber contenido mi arrebato; pero no pude contenerme cuando me contaron lo que pasa. Sabed que esa Venus que me arrebatan es mi mejor pintura.

—El padre Rojas sólo aprecia el arte piadoso; sus pensamientos vuelan por encima de nosotros.

—¿También pintáis?

—Pinto con la pluma; acaso habéis oido hablar de un librejo mío intitulado *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*.

—Luego sois Miguel Cervantes? Muy buenos ratos os debo.

—Pues pagádmelos, no rescatando el cuadro por la fuerza, sino por la industria. Y pronto; antes que el Padre Rojas lo destruya.

—¿Tendrá valor?

—Oid—dijo tomando al pintor por un brazo y apartándole de aquellos sitios—oid lo que me dijo su reverencia, hablándome un día del *Quijote*. El arte que no se dedica á Dios, no pasa de las esferas inferiores. He leido un capítulo del *Quijote* y admiro vuestro estilo; pero quemad esa obra frívola y mundana y escribid libros devotos.

III.

El convento de la Trinidad estaba entonces en reparación: los muros interiores se habían desmoronado, y rota la clausura, se comunicaba el convento con las casas inmediatas. En la misma noche de los sucesos anteriores, el pintor Vicente Carducho esperaba, en compañía de otro embozado, en el patio de una casa contigua, dispuesto á traspasar el muro, aún de escasa altura, que le separaba del convento.

—¿Decís que está el cuadro en la parte de la izquierda?

—Sí: en aquel rincón. ¿Entramos? Hace un buen rato que se acabaron los maitines y la comunidad estará ya recogida.

—Quedad aquí: yo basto para descolgar el lienzo, separarle con la daga y arrollarle: mi calzado es muy fino y nadie ha de sentirme. Vos me guardaréis la salida.

Dicho esto, traspasó el muro, y apoyándose en la pared del claustro, marchó á tientas hacia una imagen alumbrada por una lámpara de aceite. Cerca de ella distinguía un cuadro sin colgar y vuelto del revés, que reconoció ser el suyo por lo nuevo del lienzo y la armadura. El artista se detuvo para cerciorarse de la soledad del claustro: luego sacó la daga y avanzó de puntillas hasta tocar su tesoro con la mano; entonces se persignó delante de la imagen y sus rodillas flaquearon de terror. Había oido un suspiro muy cerca, como desde una altura, y no se atrevía á alzar los ojos; cuando se determinó á levantarlos, cayó de rodillas aterrado. Un fraile, sujeto en una cruz elevada é inclinada sobre la pared, gemía y le miraba tristemente. Sólo después de un buen rato y de haberse encomendado á Dios, pudo reconocer en el fraile al Padre Simón de Rojas.

—¿Qué hacéis así?—le dijo.

—Hago penitencia por tí—respondió el fraile—para que tu mano, creada para servir á Dios, no sirva al denonio.

Aquellas palabras atrajeron al lego Bartolomé, que estuvo á punto de pedir socorro, al encontrar un hombre ante la cruz.

—Descolgadme ya—dijo el Padre Simón.

El lego desató las muñecas y tobillos del prelado, cárdenos é hinchados por el peso del cuerpo y la presión de los cordeles. El Padre Simón se arrodilló con trabajo.

—Dad á este hidalgo las disciplinas—dijo descubriendo la espalda—y que me castigue con ellas: he prometido recibir cien azotes diarios hasta que queme esa figura que ha pintado.

El pintor rehusó el manojo de cordeles.

—Azotadme vos, fray Bartolomé.

—Padre, ya habeis sufrido mucho.

—Azotadme por obediencia, dijo con firmeza fray Simón.

El lego descargó los cordeles sobre la espalda acribillada del trinitario. Pero Carducho le arrancó las disciplinas.

—Padre mío—le dijo—prometo no pintar sino cuadros piadosos, si me permitís conservar ese lienzo.

—Siga mi penitencia—dijo el fraile.

—Nunca—exclamó el pintor besándole la mano—destruid esa Venus: no puedo resistir este espectáculo.

El lego descolgó la lámpara, sacó el cuadro al patio, y aplicándole la flama, las llamas se apoderaron de la pintura. Vicente Carducho, pálido y casi lloroso, veia arder el cuadro: al resplandor de aquel incendio vió por última vez la Venus de que esperaba eterna fama.

Parecióle que se despedía sonriendo y que un coro de amorcillos volando por encima de las cruces del convento, la esperaba para conducirla á las esferas donde Ganimedes sirve el néctar á los dioses, ó hasta la concha donde Venus se columpia sobre el agua en el archipiélago de Grecia.

José Fernández Bremón.

ACUARELAS DE ENERO.

Tarde de invierno.

El cielo, plomizo, cobreado de franjas blanquecinas, derrama una claridad turbia, dudosa, inquietante. En el oriente se extiende la curva policroma del arco-iris; hacia el occidente, salpicaduras de escarlata y de violeta subido revelan el ocaso del sol.

El mar, gris. crespo, flordelizado de espuma, semeja una inmensa pizarra rugosa, donde un genio formidable hubiese trazado con tinta de perlas caracteres misteriosos.

La playa, extensa, solitaria, con su superficie blonda mojada por el reciente flujo. Sobre la arena un bote volteado dibuja su lomo bruno, brillante de limo.

Allá, en el linde de la arena, á la entrada de un bosque, se alza una choza de paja, con paredes de barro rojizo. Un viejo moreno de cabellos y barba de armiño, vestido de gruesa tela azul, está sentado á la puerta de la casucha, bajo el dintel, sobre una troza de madera, fumando en una pipa de yeso. Cerca del viejo un muchacho adolescente, flaco y desmelenado, zurce una red de pescar que se agruma á sus pies. En el interior sombreado de la choza, en un rincón del piso terroso, resplandecen, como luminosas manchas de sangre, las brasas de un fogón.

La tarde declina. El muchacho zurce y canta monótonamente; el viejo fuma, siguiendo con la vista el humo de la pipa, que asciende por el aire en círculos cándidos.

El muchacho:

—Papá, ¿la comida?

Sí, ya es hora.

Se levanta el zurcidor flaco y desmelenado, carga sobre sus hombros la red y entra en la casa; el viejo, solo ya, continúa fumando.

En tanto, el crepúsculo se extingue; cielo y mar vélanse con tetricas brumas, y la sombra cae, cae rápidamente, en copos espesos. Los contornos de la casa se esfuminan; el cuerpo del viejo se borra, quedando sólo visible su cabeza, en que albean los cabellos y la barba de armiño.

Y en el hueco cuadrado y sombrío de la puerta, aquella cabeza de nieve se destaca vigorosamente, cual si hubiera sido pincelada sobre un clarobscuro rembrandtesco.

Darío Herrera.

El amor á los niños y á las flores,
son amores tan dignos de los cielos
que son tal vez los únicos amores
que nunca dan á los amantes celos.

Campoamor.



"Desde el primero hasta el último ciudadano......



todos carecen de energía! ¡No hay resistencia!



El lazo de la familia está deshecho ... .



Y si los hombres pacíficos no hacemos un esfuerzo sobrehumano......



¡la anarquia nos aplasta!"

EL MUNDO.

TOMO I. MEXICO, ENERO 10 DE 1897. NUMERO 2.



Los desheredados.

DEL NATURAL, POR J. M. VILLASANA.

"EL MUNDO"

Semanario Ilustrado.

Teléfono 434.–Calle de Tiburcio núm. 20.–Apartado 87 b.
MÉXICO

Toda la correspondencia que se relacione con la Redacción, debe ser dirigida al

Director, Lic. Rafael Reyes Spíndola.

Toda la correspondencia que se relacione con la edición debe ser dirigida al

Gerente, Lic. Fausto Moguel.

La subscripción á **EL MUNDO** vale $1.25 centavos al mes, y se cobra por trimestes adelantados.
Números sueltos, 50 centavos.
Avisos: á razón de $30 plana por cada publicación.

Todo pago debe ser precisamente adelantado.

RÉGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE.

«Agentes exclusivos para los Estados Unidos y Canadá The Spanish American Newspaper Company, 136 Liberty St. New York, E. U.»

Notas editoriales.

¿El liberalismo se vá?

Alármese un renombrado publicista francés ante la aparición de un hecho que cree de enorme importancia en la historia de la política contemporánea: los partidos liberales tienden á debilitarse en los países constitucionales del viejo mundo.—Y en apoyo de su afirmación cita las tendencias de socialismo de Estado del partido liberal en Holanda; las posibles disgregaciones del partido liberal belga y las que se acentúan en el francés, hechos que están á la vista de todo el mundo.

Creemos nosotros que estas alarmas son infundadas y que en la apreciación de tales sucesos hay un sofisma que interesa desentrañar.—Desde luego la desaparición del partido liberal no es la desaparición del liberalismo, como la desaparición del profeta que predicó un sistema religioso no significa la desaparición de su doctrina. Los partidos liberales pueden morir y el grupo de principios que constituye su programa penetrar y desarrollarse en una sociedad. Y esto es lo que está sucediendo.

Hace algunos años un amigo nuestro provocó un tempestad de protestas publicando un artículo titulado: 'No existe el partido liberal."—Y sin embargo, nuestro amigo asentaba en aquella ocasión una verdad indiscutible. Los partidos liberales se debilitan precisamente porque el liberalismo va ensanchando su esfera de acción, porque ya la idea reaccionaria ha caido en el desprestigio y los mismos grupos conservadores se han visto obligados á introducir en sus programas hechos y principios de la fracción enemiga.—De igual modo que el publicista francés ha dicho que los partidos liberales tienden á desaparecer, podría haber añadido que con los partidos conservadores está sucediendo lo propio.

¿Qué separa en la actualidad un partido de otro, en algunos países? Cuestiones económicas, controversias sobre detalles. Así ¿es necesario, por ejemplo, el funcionamiento del partido liberal en los Estados Unidos? Claro es que no, porque la República entera pertenece á este partido. La lucha política no tiene allí por objeto la discusión de principios aceptados por el pueblo; nadie se alza frente á las instituciones y por lo tanto no es necesario un grupo encargado de sostenerlas y alentarlas.

Y tal es, en efecto, lo que caracteriza á un partido político como fuerza social: la necesidad de salir al encuentro de elementos antagónicos y de propagar sus doctrinas; pero una vez aceptadas éstas y sin enemigos al frente, no se explica esa organización de grupo militante que tendría mucha semejanza con la descomunal batalla del héroe manchego contra los molinos de viento.

Los países que en sus constituciones han logrado alcanzar todos los fines propuestos por el liberalismo, pueden tranquilamente observar como desaparecen los partidos liberales, sin temores de ninguna especie, porque en este caso la extinción de los partidos liberales más se traduce en un fenómeno social favorable á la libertad, que en un síntoma de retroceso.

Doce años de Administración.

Acaba de darse á conocer del público el Informe rendido por el Presidente de la República á la Nación, sobre actos de su gobierno en los períodos constitucionales comprendidos entre los años de 1884 á 1896.—Forma este trabajo un volúmen de más de 160 páginas, en el que, ramo por ramo, se pasa una compendiada revista á los progresos realizados en el país en este fecundo espacio de tiempo.

La obra de la prosperidad nacional, lentamente elaborada, en medio de los obstáculos que se arrojaban á su encuentro queda fijada en breves términos, sirviendo como de necesarias funciones de los músculos de un programa, enunciando con notable claridad y energía.—Encauzar todas las aspiraciones latentes, todos los vagos ideales que flotaban en el ambiente del país á la terminación de la última guerra civil, ha sido una ruda tarea, porque estos ideales y estas aspiraciones pugnaban con viejos dogmatismos, con arraigados prejuicios que formaron la base de sustentación en que se apoyara el criterio de largas generaciones.

Pero para reunir y encauzar los elementos con que contaba la República, era preciso, ante todo, conocer estos elementos, hacer un balance de lo que había, operando después sobre esta materia prima.—El balance nacional presentaba en 1876 un saldo muy raquítico á favor del país: un sistema arterial ferrocarrilero de poco más de 600 kilómetros (3.48 k. por 10,000 k. c.); una potencia productora apreciada por una exportación que no llegaba á treinta millones de pesos; una potencia de adquisición medida por una suma de importaciones que á duras penas alcanzaba á veinte y seis millones de pesos; una arteria telegráfica de 8,000 kilómetros en todo el territorio.—He aquí, en substanciosa sinópsis, tomando las manifestaciones de más relieve de la vida de un pueblo, el *activo* que figuraba en este balance, en los momentos, como acabamos de decir, que una nueva corriente, todavía caótica y mal interpretada, arrastraba á la nación en otras direcciones.

El progreso nacional exigía, pues, del programa político que en aquel momento iba á desarrollarse, un perfecto conocimiento del medio, como punto de partida, y una exacta noción de las necesidades de ese medio, como detérmino de toda iniciativa. Sin estas dos condiciones, la tarea de la administración no hubiese respondido á las terminantes que la llevaron á ejercer el Poder público.—Ninguna otra publicación como el *Mundo* ha apoyado esta política informada en las necesidades económicas; ningunos con mayor claridad que nosotros, en estas columnas, hemos amparado y sostenido esta función administrativa informada en el bienestar social, derrotero trazado en el Informe á que estamos haciendo referencia.

Hoy, frente á esa artería ferrocarrilera de 600 kilómetros, podemos presentar una extensión de 11,469 kilómetros; haciendo *pendant* á una exportación de 26 millones de pesos, un total de envíos al extranjero valorizando en 42 millones; al lado de una red telegrafica de 8,000 kilómetros, otra de 45,000 kilómetros; y en oposición de una cifra de exportaciones equivalente á 30 millones, otra, que se elevó al último año fiscal á 105 millones.

La transformación se ha operado, el compromiso contraido—de lanzar á la República en el camino de la properidad imprimiéndola las huellas del progreso—se ha cumplido. Como comentario de la tarea administrativa de que da cuenta el Informe Presidencial, pueden escribirse en las páginas que la historia consagrará á estos doce años de gobierno, las siguientes palabras, desprendidas del notable documento que sirve de explicación á las funciones de gobierno desarrolladas de 1884 á la fecha: «La fuerza y la grandeza de los pueblos modernos, fundadas principalmente en el trabajo pacífico, radica actualmente en su organización económica y se mide por el desenvolvimiento de su riqueza y por el estado floreciente de su erario y y de su crédito público."

Política General..

RESUMEN.—El problema cubano.—Rumores alarmantes y versiones contradictorias. La autonomía prometida y la intervención americana.—Ni España la ofrece ni Cuba la aceptaría.—No hay solución. —La Gran Bretaña y la política africana.—Claridad ante todo.

Después de los alarmantes rumores de desavenencias próximas que amenazaban quebrantar la buena harmonía que ha reinado entre España y los Estados Unidos, no obstante la manifiesta simpatía del pueblo americano por los insurrectos cubanos que luchan desesperadamente en la *manigua* con el ansia del gobierno propio, y á pesar de las exaltaciones patrióticas de los españoles, que en más de una ocasión han estallado en verdaderas explosiones de hostilidad contra los yankees, por esas simpatías hechas patentes en reuniones públicas y privadas, en la prensa y en la tribuna, y más que todo en las expediciones filibusteras que á la continua parten de las costas de la Florida, para ir á prestar auxilio á los rebeldes cubanos; después de que esas murmuraciones se hicieron más consistentes, crecieron y se agigantaron entre los que pretenden en los periódicos ser eco fiel de la pública opinión, y llegaron á tomar las proporciones formidables que correspondían á la posibilidad de una guerra intercontinental, á raíz de la publicación del mensaje remitido por Cleveland á las Cámaras federales de la Unión Americana y de las proposiciones presentadas por varios senadores, á efecto de reconocer no ya la beligerancia, sino la independencia de los rebeldes, y de exigir en general del gobierno una política más activa, más en consonancia con las aspiraciones populares, que piden en todos los tonos abierta protección para los revolucionarios que sueñan con la «estrella solitaria;» después de todo esto, que han podido considerar con relativa calma los periódicos españoles, y han podido estudiar con laudable tranquilidad, dos versiones persistentes han corrido en los últimos días, transmitidas por las agencias cablegráficas, semillero fecundo de noticias no pocas veces contradictorias.

Son tomadas de diversas fuentes, son apoyadas en opiniones contrarias de la prensa europea y americana, y por eso capaces de dejar perplejo al que, siguiendo el curso de los sucesos, guiado por los diarios telegramas, pretenda averiguar lo cierto, y formar idea cabal de la verdadera situación política de la Isla de Cuba y del rumbo que toma la revolución.

***

Se dice con insistencia que ha habido un acuerdo entre los gabinetes de Washington y de Madrid para hacer cesar la insurrección; sirviendo aquel de intermediario entre el gobierno español y los jefes rebeldes, Cánovas del Castillo ofrece la autonomía á la revuelta colonia, y Mr. Olney se compromete á convencer á los insurrectos de que deben someterse á las condiciones impuestas.

Con igual insistencia se ha dicho que el presidente del Consejo de Ministros en el gobierno de Madrid ha protestado una y otra vez contra tales aseveraciones, y dándole la apariencia de nota oficial, se ha repetido que España no cedía un solo punto en su primitiva actitud; que sólo implantaría reformas políticas y económicas en Cuba, cuando estuviera sofocada la insurrección por la fuerza de las armas ó por la sumisión de los jefes; que rechazaría como siempre ha rechazado toda intervención extraña, siquier se cubra con el pomposo título de *buenos oficios* internacionales; y que ni de los Estados Unidos ni de nación alguna toleraría el que se mezclara alguien en los asuntos interiores que sólo competen á su soberanía.

***

¿De dónde parten esos rumores? ¿por qué persisten con apariencias de verosimilitud, cuando los que se refieren á la pretendida inteligencia entre los gobiernos español y americano, carecen de consistencia? En vano se alega que el partido liberal de España ha declarado por medio de su jefe reconocido el Sr. Sagasta, que deben implantarse las reformas á la mayor brevedad posible, y aun antes que las armas hayan decidido la contienda; en vano la prensa madrileña se desata contra la administración del General Weyler y censura de modo acre la dirección de la campaña. Ni los conservadores que están en el poder ni los liberales que se sientan en los bancos de la oposición serían los que habían de atraerse las iras populares, que soplarían, probablemente, al saberse que se entraba en arreglos para aceptar una intervención extraña por todos rechazada.

Por lo demás, no creemos que fuera la ingerencia del gobierno americano más aceptable á los insurrectos que por cerca de dos años han luchado por su independencia, y precisamente apresuraron la hora de la insurrección, porque temían que las concesiones que ahora se les ofrecen, decretadas por las Córtes españolas al comenzar el año de 1895, fueran bastantes á resfriar el entusiasmo de los comprometidos en la revolución proyectada.

¿A qué luchar con ese brío que los ha arrastrado á desesperados sacrificios? ¿á qué la sangre, la ruina y el incendio? ¿á qué ese sacudimiento que ha conmovido la preciada Antilla, si todo había de parar en obtener después de la tremenda lid lo que al principio fué rechazado con indomable energía? Si las reformas prometidas no satisfacen las aspiraciones de los rebeldes, no es más de aceptarse para ellos la misma autonomía, y así lo declaramos, por más que nosotros hemos creido y seguimos creyendo que esta era la única solución al romperse las hostilidades.

***

No es la autonomía que se promete suficiente á dejar al pueblo cubano en cierta libertad, capaz de educarlo y prepararlo al ejercicio de su soberanía é independencia; y aunque lo fuera, si se resuelve así el problema político queda en pie el económico y la colonia autónoma que hoy se halla abrumada al peso de la deuda antigua, sucumbiría á la pesadumbre inmensa de la nueva que tendría que caer sobre una agrupación debilitada, empobrecida, aniquilada, por dos años de una guerra de exterminio.

Si la revolución ha tenido, como es indudable, causas de naturaleza económica, no es la autonomía la que la hará cesar, á la altura á que ha llegado la lucha. El nudo no se desata fácilmente, y no es la intervención de un gobierno extranjero ni la garantía de un ministro de buena voluntad lo que puede dar pacífica solución á la lucha de tan opuestos y encontrados intereses como radican en la cuestión cubana.

El asunto es en la actualidad de vida ó de muerte. Pueden los filántropos soñar en pacíficas mediaciones; creemos que ha pasado la oportunidad de las lamentaciones, y hoy sólo hablan la espada con sus tremendos golpes y el cañón con su horrísono estampido.

Desgraciadamente, no vemos otra solución que la que puedan dar los azares de la campaña.

***

Un célebre inglés que en el Africa del Sur ha representado los intereses coloniales de la Gran Bretaña, y por mucho tiempo ha sido el porta estandarte de la política británica, acaba de hablar con claridad meridiana y ha presentado sin embozos las aspiraciones de los cartagineses modernos.

En reciente banquete ofrecido á Cecilio Rhodes, después de su gloriosa campaña contra los rebeldes matabeles, ha dicho el antiguo primer ministro de la Colonia del Cabo, el oculto organizador de la invasión del Transvaal, el rey del oro en los campos de Kafir, ha dicho que siendo limitada la superficie de la tierra, la mejor política sería la de apoderarse del mayor territorio posible.

Eso es hablar en plata; eso es decir la verdad de las expediciones del Soudán, de los ataques á Zanzibar, de los prometidos auxilios á los italianos humillados por Menelick, de los levantamientos de Jameson y de las aspiraciones de la principal colonia sud africana.

Si el Marqués de Salisbury no da solemne mentís á tales aseveraciones, prepárense á la lucha todos los que de algún modo se interesan en la posesión del Continente Negro. Ya saben á que atenerse.

X. X. X.

7 de Enero de 1897.

La apoteosis de Sarah Bernhardt.

¡Sarah!

¿Quién no la conoce?

¿A qué cortijo, á qué hogar por humilde é ignorado que sea no llega su nombre y el eco de su gloria sin ocaso? Ha mucho que la gran trágica se desposó con la fama y la historia del arte la ha colocado ya en el templo de los inmortales al lado de Talma y de Rachel.

Vistoriano Sardou, el viejo dramaturgo, el rey del artificio escénico ha escrito para ella sus mejores obras. París y América, han delirado de entusiasmo á sus plantas y la manifestación que el gran mundo intelectual de la metrópoli de Francia acaba de hacer á su gloria, á nadie sorprende.

Nos ocuparemos de esta manifestación efectuada el 9 de Diciembre último, porque la reputamos casi como un acontecimiento local, primero, y luego porque es el asunto del día en la ciudad cerebro de Europa.

¿Un acontecimiento casi local? dirán ustedes —Sin duda, responderemos: Sarah Bernhardt estuvo en México no ha muchos años, en todo el apogeo de su gloria. Trabajó en el teatro Nacional henchido de espectadores locos de entusiasmo. Nuestros poetas la cantaron y uno de ellos, Peón del Valle, recibió su beso, el beso de aquellos labios gloriosos, como premio de los versos que dijera en su loor. Todo el México artístico y literario aclamó á la gran trágica y en su camino de luz muchos corazones mexicanos la han seguido.

Un acontecimiento europeo.?

Sin duda tambien: Desde luego los acontecimientos parisienses son acontecimientos europeos y Paris ha delirado de entusiasmo como el sabe delirar.

El nombre de la divina actriz ha volado de boca en boboca y aun se habla de un fabricante ingenioso que ha ideado un jugete de sorpresa que recuerda el chasco que se llevaron los admiradores de Sarah cuando intentaron que el gobierno la condecorase con la gran cruz de la Legión de Honor, honra que no podía naturalmente discernírsele en razón de su sexo. Este jugete nos recuerda las mil pequeñas invenciones del mismo género á que dió lugar la popularidad de Boulanger y si ambos nombres pueden asociarse en el recuerdo de los grandes entusiasmos parisienses, se verá desde luego que no exajeramos al asentar la frase arriba leida: "París ha delirado de entusiasmo ante Sarah.»

Pero reseñemos y para esto, demos á continuación debidamente traducido el siguiente artículo de una revista francesa:

"Rachel, dicen los murmuradores, no fué festejada así. Rchel, no ganó tampoco los dollars que Sarah ha obtenido en América: Los tiempos y las costumbres han cambiado. En gloria como en dinero el fin de este siglo paga más liberalmente que se pagaba en sus medianías.»

"La fiesta del 9 de Diciembre no exaltó empero á Sarah Bernhardt por encima de Rachel. Sarah Bernhardt se ha beneficiado de la prodigalidad de una época que no sabe ya casi contar ni medir; he aquí todo el alcance de las murmuraciones de los escepticos, á los cuales podría responderse. "Si Rachel viviese sería festejada así"

Y además, bien mirado, cuales han sido las exajeraciones que marcaron esa fiesta organizada en honor de la primer artista dramática de la actualidad, por sus amigos?

El número de los amigos de Sarah Bernhardt fué por ventura excesivo? Sin duda había ahí al lado de los admiradores sinceros, *Snobs:* los hay en todas partes. –Se abusó de la publicidad? Dirijir este reproche á Sarah Bernhardt y á sus admiradores del mundo de la prensa, no sería serio.—Fué demasiado esquisito el banquete dado en su honor en el gran Hotel donde se efectuó la manifestacion? y por último, en el Teatro del Renacimiento, en la función de gala, Fedra fué demasiado elocuente en sus maldiciones, y Posthumia demasiado trágica en su dolor? Serían dignas de risa tales críticas. Sarah merecía una manifestación semejante y le fué discernida.

Cuando la gran trágica descendió del primer piso del Gran Hotel á la sala del Zodiaco donde se habían levantado las mesas llenas de flores del banquete, los quinientos convidados que la esperaban batieron palmas frenéticamente. Si hubieseis visto á Sarah con su luengo traje blanco guarnecido de encajes de Inglaterra, bordado de chinchilla, recamado de oro, deslizarse á lo largo de la rampa de la escalera con la flexibilidad harmoniosa que es su secreto, vosotros también la hubierais aclamado, como aplaudis en el teatro lo imprevisto de sus nobles gestos y la gracia de sus nobles actitudes.

Victoriano Sardou, colocado á la derecha de su gloriosa intérprete, elogió en un brindis (véase el grabado relativo). «á la artista sin rival, á la soberana indiscutible del arte dramático, á la grande y buena Sarah.» Podía Victoriano Sardou escatimar el elogio á la que ha sido Fedora, La Tosca y Gismonda?

La juventad de las escuelas ofreció un laurel y dijo un cumplido á la actriz; fué este el homenaje de «la juventud efímera á la juventud eterna» –Por último, los académicos-poetas (véase la ilustración relativa) que habían escrito versos para el Czar y la Czarina, recitaron á Sarah Bernhardt sonetos:

¿Qué hubo de excesivo en todo esto? El homenajé fué grande, pero la actriz es inmensa!

EL PRINCIPE KHEVENHULLER

El jueves en la mañana llegó á esta Capital el príncipe Kevenhüller que hace ya treinta años combatió en México, con valor á toda prueba, al lado de Maximiliano. No trae el príncipe misión alguna oficial; su viaje es de mero recreo y le acompaña su esposa, distinguida y hermosísima dama.

Muchos recuerdos deben encontrarlo por todas partes en un país donde pasó el épico periodo de las tremendas luchas entre el Imperio y la República y donde tantas veces puso á prueba su brío y su denuedo.

Ese país por su parte lo recibe afectuosamente.

Sea bien venido y halle en la vieja México todo lo que pueda hacer su estancia agradable.



EL PRINCIPE KHEVENHULLER.

El "Three Friends."

Aunque *El Mundo* diario publicó ya el grabado de este buque al cual tocó en suerte sostener la primera escaramuza naval con un buque español en aguas de Cuba, damos la fotografía que inmediata hallarán nuestros lectores, porque está más detallada y mejor hecha que la anterior.

PAGINAS FILOSOFICAS.

LA GUERRA.

Sólo con pensar en esa palabra, la guerra, me conturbo todo, como si me hablasen de brujería, de inquisición, de una cosa lejana, acabada, abominable, monstruosa, contra naturaleza.

Cuando oímos hablar de antropófagos, sonreímos con orgullo, proclamando nuestra superioridad sobre esos salvajes. ¿Cuáles son los salvajes, los verdaderos salvajes?

Los que pelean para comerse á los vencidos, ó los que pelean por matar, nada más que por matar?

Los soldados que corren entre los pinos, por la playa, están destinados á la muerte, como las manadas de carneros que un carnicero conduce por las carreteras. Irán á caer en una llanura, con el cráneo partido de un sablazo ó el pecho agujereado por una bala; y son jóvenes que podrían trabajar, producir, ser útiles. Sus padres son ancianos y pobres; sus madres, que por espacio de veinte años los han amado y adorado como las madres, recibirán dentro de seis meses, ó de un año tal vez, la noticia de que su hijo, el hijo criado con tanto trabajo, con tanto gasto y cariño, fué arrojado á un agujero como un perro muerto, después de haber sido despanzurrado por una bomba y pisoteado, aplastado, hecho jigote por las patas de los caballos. ¿Por qué han matado á su hijo, á su buen mozo, su única esperanza, su orgullo, su vida? No lo sabe. ¿Por qué?

¡La guerra!...... ¡Batirse!....... ¡Matarse!...... ¡Asesinar hombres!...... Y hoy, en nuestra época, con nuestra civilización, con la ciencia y el grado de filosofía á que se cree llegado el genio humano, tenemos escuelas en las que se aprende á matar, á matar desde muy lejos, con perfección, mucha gente de un golpe, á matar miserables hombres inocentes, cargados de familia y excentos de toda condena judicial.

Y lo más asombroso es que el pueblo no se alza contra los Gobiernos. ¿Cuál es la diferencia que existe entre las monarquías y las Repúblicas? Lo más asombroso es que la sociedad en masa no se subleva á la sola palabra de guerra.

¡Ah! Siempre gravitará sobre nosotros el peso de antiguas y odiosas costumbres, de preocupaciones criminales, de ideas feroces de nuestros bárbaros abuelos, porque somos animales y seguiremos siendo animales dominados por el instinto y que nada transforma.

¿No se habría apedreado á cualquiera otro que Víctor Hugo si hubiese lanzado este soberbio grito de libertad y de verdad:

«Hoy día llámase la fuerza violencia, y comienza á juzgarse; la guerra está encausada. La civilización acudiendo á la queja del género humano, instruye el proceso criminal de los conquistadores y capitanes. Los pueblos llegan á comprender que el engrandecimiento de un crimen no representa su diminución; que si matar es un crimen, matar mucho no puede ser la circunstancia atenuante; que si robar es una vergüenza, invadir no puede ser una gloria.

«¡Ah! ¡Proclamemos estas verdades absolutas; deshonremos á la guerra?»

Cólera vana; indignación de poeta. La guerra se venera más que nunca.

Un artista habil en esta materia, un matador de genio, M. de Moltke, respondió un día á los delegados de la paz las singulares palabras que van á leerse:

"La guerra es santa, institución divina; es una de las sagradas leyes del mundo: mantiene en el ánimo del hombre todos los grandes y nobles sentimientos: el honor, el desinterés, la virtud, el valor, y, en una palabra, le impide caer en el más asqueroso materialismo."

Llega la guerra. En seis meses los Generales han destruido veinte años de esfuerzos, de paciencia y de genio.

¡Eso es lo que se llama no caer en el más asqueroso materialismo!

Así, pues, reunirse en rebaños de cuatrocientos mil hombres; andar de día y de noche sin descanso; no pensar en nada, ni estudiar nada; no aprender nada, ni leer, ni ser útil á nadie; pudrirse de suciedad, dormir en el fango, vivir como las bestias, en continuo atontamiento; saquear ciudades, incendiar aldeas; esquilmar á los pueblos; dar luégo con otra aglomereción de carne humana, arrojarse sobre ella, formar lagos de sangre, llanuras de carne machacada, mezclada con tierra fangosa y enrojecida; montones de cadáveres; quedarse sin brazos ó sin piernas; perder el cerebro sin provecho de nadie, y reventar en un rincón del campo, mientras vuestros padres, vuestra mujer y vuestros hijos se mueren de hambre. ¡Eso es lo que se llama no caer en el más asqueroso materialismo!

Hemos visto la guerra. Hemos visto á los hombres convertidos en irracionales; enloquecidos, matar por gusto, por terror, por altanería, por ostentación. Cuando el derecho no existe, cuando la ley ha muerto y ha desaparecido toda noción de justicia, hemos visto fusilar á inocentes, hallados en un camino y considerados como sospechosos, porque tenían miedo. Hemo visto matar á los perros encadenados a la puerta de sus amos, para ensayar revólvers nuevos; hemos visto ametrallar, por distracción, unas vacas tendidas en un campo, sin razón alguna, por disparar tiros y divertirse.

¡Eso se llama no caer en el más asqueroso materialismo!

Entrar en un país, matar al hombre que defiende su casa porque está vestido con una blusa y no lleva un kepis en la cabeza; incendiar las habitaciones de los miserables que carecen de pan; romper muebles ó robarlos; beberse el vino que se encuentra en las bodegas; violar á las mujeres que se encuentran en la calle; quemar millones de pesos en pólvora, y dejar en pos de sí la miseria y la cólera! ¡Eso se llama no caer en el más asqueroso materialismo!

¿Qué han hecho para probar siquiera un poco de inteligencia los hombres de guerra? Nada. ¿Qué han inventado? Cañones y fusilería náda más.

¿No ha hecho más en favor del hombre el inventor de la carretilla, con la sencilla y práctica idea de ajustar una rueda á dos palos, que el inventor de las fortificaciones modernas?

¿Qué nos queda de Grecia? Libros y mármoles, ¿Es grande por haber vencido ó por haber producido?

¿Acaso la invasión de los persas le impidió caer en el más asqueroso materialismo?

¿Fueron las invasiones de los bárbaros las que salvaron y regeneraron á Roma?

¿Continuó por acaso Napoleón I el gran movimiento intelectual que comenzaron los filósofos al finalizar el siglo pasado?

Sí, sí; ya que los Gobiernos se arrogan de tal modo el derecho de muerte sobre los pueblos, nada de particular hay en que á veces los pueblos se arroguen el derecho de muerte sobre los Gobiernos.

Se defienden, están en la razón. Nadie tiene el derecho absoluto de gobernar á los demás. Sólo puede hacerse en bien de aquellos á quienes se dirige. Sea quien fuere el que gobierne, tiene el mismo deber de evitar la guerra que el capitán de un buque el de evitar el naufragio.

Cuando un capitán ha perdido su nave, es juzgado y condenado si se le reconoce culpable de negligencia ó de incapacidad.

¿Por qué no juzgar á los Gobiernos que declaran una guerra? Si los pueblos lo comprendiesen; si ellos mismos hiciesen justicia de los póderes mortíferos; si se negasen á dejarse matar sin razón; si empleasen sus armas contra aquellos que se las dieron para matar, aquel día habría muerto la guerra......¡Pero ese día no ha de llegar!

G. de M.



EL THREE FRIENDS.

El "sport" de moda.



SALUDO.

(Véase el Artículo relativo.)

El "sport" de moda.



"DEGAGÉE".

EL SPORT DE MODA

DAMAS FLORETISTAS.



EL "SPORT" DE MODA.—Tregua.

Hace pocos años aún el *Sport* en México era algo exótico de lo que tales y cuales individuos que habían viajado por Europa, tenían sólo noticia. Viósele después con cierta prevención, como tarea de desocupados, impropia de gente seria. La prevención y el desagrado aumentaron cuando el entusiasmo por los diversos ejercicios deportivos extendió su esfera de acción á las mujeres, y los moralistas adustos y los teorizantes rígidos lanzaron su anatema sobre las jóvenes que con el apasionamiento de la edad y cautivadas por la hermosura de los ejercicios físicos, dedicáronse á ellos.

Hubo quien juzgase incompatible la delicadeza y recato de una señorita con su dedicación á los pasatiempos deportivos y la despectiva palabra *marimacho* salió de muchos labios que se plegaban desdeñosamente.

Han variado los tiempos desde entonces. Empezóse por pensar que dadas las actuales condiciones físicas de las razas, de la latina sobre todo, que es la última floración pomposa de una rama próxima á marchitarse, era indispensable para restablecer el roto equilibrio entre el sistema y la parte moral, la regresión á aquellas hermosas costumbres de los antiguos que daban al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios, es decir, su adecuado pasto al intelecto y su pasto no menos adecuado al cuerpo cuyas energías acrecían los juegos atléticos en el glorioso curso de las heroicas olimpiadas. Fueron aquellas razas duras á la adversidad y á la lucha, y así potentes para esgrimir las armas en la batalla como para contender en la liza de las escuelas filosóficas.

La fuerza, la belleza de la forma, las ciencias metafísicas y las ciencias naturales fueron, con la poesía lírica y el poema grandioso, sus cultos, y no descuidando ni el justo tributo al espíritu ni el justo tributo á la materia, conservaron la sana alegría de vivir, de sentirse inteligentes y ágiles, alegría que constituye uno de los más hermosos dones de Dios y que después perdieron los humanos.

Más substituyó el Dios de sacrificio y abnegación á los alegres dioses del Olimpo enamorados de la plástica, que apuraban con sus divinas cónyuges el rico jugo de las viñas en los banquetes célicos. Predicaban los sacerdotes el advenimiento y el reinado de un Dios lleno de dolores, muerto en la cruz, al cual debía imitarse, y la alegría emigró de la tierra y al hambre de vigor substituyó el hambre de penitencia. Empero la guerra siguió siendo la ocupación predilecta de los pueblos; se peleaba por un ideal nuevo, pero se peleaba en fin y los penosos ejercicios que las grandes bregas épicas exigían, continuaban vigorizando los cuerpos, continuaban criando atletas. Llegó empero un día en que la faz de las cosas volvió á cambiar. La ávidez del placer se apoderaba más que nunca de los ánimos, la literatura aguijoneaba las imaginaciones, la orgía mataba las virilidades y una reina pálida, una triste desconocida, la Neurosis, extendía por doquiera su fúnebre imperio. A la moda de ser fuerte substituyó la moda de ser debil, de languidecer elegantemente y hubo lozanas hembras que recurriesen al vinagre para atenuar los frescos colores de su tez y que anhelasen la tisis como aristocrático desenlace de una vida valetudinaria de palpitante actualidad.

Nuestra generación es hija de esa generación que se desesperó con Werther, que blasfemó con Don Juan, que se embriagó con Musset y lloró ficticios dolores con Espronceda. Nuestros padres y abuelos derrocharon la herencia de salud y de vigor que les cupiera en suerte, y como en la vía del derroche nadie se detiene, dilapidaron también la nuestra y henos aquí á los latinos vueltos unos mezquinos seres, cuyo cerebro atormenta la anemia, cuyos nervios azota la neurosis, cuyo estómago mata la dispepsia: míseros legatarios de unos capitalistas que hicieron derroche de la herencia de centenares de generaciones...... Henos aquí, hombres impotentes, mujeres anémicas, procreando para dar al mundo un contingente impuro de mezquinos seres......

La consideración de tal miseria debía acabar por influir en los animos y lo consiguió: el único remedio estaba en el ejercicio fício, en respetar de nuevo los fueros de la naturaleza y los moralistas austeros acabaron por deponer el ceño adusto, y el sport visto antes de reojo penetró triunfante en las costumbres.

A la amazona gallarda que paseaba su anemia por las alamedas en alas de un brioso troton, substituyó la ciclista esbelta, enemiga del reposo. Vino con esta la patinadora ágil y donairosa, asomó después la miembro de un club atlético y llegó por último la esgrimidora. El hombre que había ya recorrido estas etapas, enamorado nuevamente de los colores sanos y de las formas robustas, tendió la mano á la compañera de su vida y la ayudó á iniciarse en la gran vía de la regeneración.

Y ahora.........

El invierno llega envuelto en su jaique de brumas, blanqueando prados y matando savias y hojas.........

Mas no veréis por eso á la elegante señorita, hundida en somnolencia vaga en el tibio rinconcito del *budoir*. Mas que buscarla ahí para el *tête à tête* confidencial que cuchichéa entre sorbo y sorbo de té, venid conmigo, lectores, y os mostraré un espectáculo del todo nuevo y cautivador.

***

¿Dónde estamos?

En México, en Paris, en Nueva York.?

Pschel Qué importa! Donde querais.

Es un salón espléndidamente iluminado. A lo largo de un muro corre una ancha cinta de madera, especie de plataforma que deja una zona paralela donde hay alineados numerosos asientos ocupados todos por encantadoras damas.

En los muros, grandes trofeos de armas rutilantes. En sitio preferente del fondo del salón un estrado para jueces con faldas, y cerca de él una puertecilla velada por elegante *portier*.

Vibra agudo un timbre y el *portier* se levanta y una jóven alta, divinamente esbelta, vistiendo sencillo pero hermoso traje de esgrimidora, avanza y se coloca enmedio de la plataforma sonriendo bajo la rejilla de su visera á los aplausos entusiastas de la concurrencia. No es ya la anémica marquesita á quien el melenudo doctor del año de 30 recetaba reconstituyentes. Es una rozagante rubia, á través de cuyo peto blanco en el que se destaca un corazón, late el de carne, pletórico de vida. Calza guante mullido de asalto, amplia manopla que arroja al suelo con garbo. Quítase la visera y sonríe complacida. Es reina del mundo. Sin perder su belleza ha conquistado la fuerza; bajo su enagüilla negra avanza la pierna firme, y bajo sus hombreras los brazos redondos se extienden potentes.

Aun no se ha desvanecido en sus labios la sonrisa que saluda, aparece una morena vestida de la misma suerte é igualmente esbelta y gallarda, y el asalto da principio con el encantador preliminar de la muralla. Manos fuertes son las que sostienen los aceros, que ya avanzan, ya se inclinan, ya se levantan, ya culebrean como centellas, ya chocan chispeando. Por los rostros corre el sudor, brillan los ojos, el rosa estalla en las mejillas y en los labios.

Hay en rededor un gran silencio alterado sólo por el chasquido de las hojas de acero ó por el «touché» pronunciado breve y secamente por alguna de las contendientes.........

Cuando después de saludarse clavan sus floretes en tierra, es uno é indescriptible el ¡hurra! que cien bocas rosadas de espectadoras lanzan al viento.

Las dos divinas amazonas desaparecen tras el pesado *portier* y las substituye una más, sola, sonriente como ellas. Esta entrégase á ejercicios de florete y á gimnasias diversas con no menos atingencia y brío. Clava la punta de su acero en el blanco movil, alardea de firmeza de pulso y á cada triunfo saluda.

Y surge la contendiente mefistofélica, vestida de rojo retador, que lidia con ella y que tras poderosos asaltos reposa olímpica con la espada en la diestra, y á ambas reemplazan dos nuevas luchadoras que, disputándose el premio de la fuerza, se agitan sin descanso hasta que rueda una, vencida, á los pies de la otra.........

***

¿Fantástico?

No por cierto, lectoras mías; la esgrima gana terreno entre el bello sexo, y en México mismo hay en la actualidad hermosas y distinguidas damas que son sus devotas.

Por lo demás (y esto os lo digo confidencialmente) no sólo fortifica, no sólo vigoriza y distrae...... es enemigo de la obesidad, como podéis verlo por las siguientes líneas de una pluma verídica, que he separado para vosotras:

Jacquarina, la famosa profesora de florete y sable, en uno de los clubs atléticos de Chicago, dice que cualquiera mujer gorda que quiera perder la obesidad, no tiene más que dedicarse á la práctica de la esgrima.

La simpática tiradora es esbelta, bien formada, no parece pesar más de 140 libras, y sin embargo, pesa 193.

Nada le produce cansancio, nunca ha tenido un dolor de cabeza; su cutis tiene la suavidad de la seda y la blancura del mármol, y sus mejillas están teñidas de suave carmín.

Jacquarina nació en la Baja California, y desde muy niña gustó de los placeres del *sport*. Ha tomado parte en muchos asaltos con muy buenos tiradores, y la victoria ha estado siempre de su parte.

Actualmente se prepara para un asalto con el capitán Javier Orlofsky, excelente tirador del ejército ruso, siendo la apuesta de mil pesos.

—La esgrima es el mejor ejercicio para la mujer—dice Jacquarina—y dedicándose á ese género de *sport*, se evita la mala conformación del pecho ó de la espalda. La esgrima hace á la mujer graciosa, bien formada, sana y elegante; hace la respiración fácil y evita las desagradables arrugas que algunas veces aparecen en la boca y en la nariz. Una mujer que tira el florete, economiza seguramente dinero en polvo y colorete. En una ocasión visité una escuela donde había 300 muchachas, todos las cuales se dedicaban al ejercicio de la esgrima. Ni una sola de aquellas jóvenes tenía el semblante pálido ó los ojos tristes. Todas tenían muy buen color; estaban muy robustas; en fin, rebosaban salud.

Cuando cumplí nueve años—continuó Jacquarina—estaba yo muy delgada, muy pálida, parecía que estaba yo amenazada de tisis. Los médicos recomendaron á mi madre que me mandara al Sur, á pasar el invierno; pero mamá dijo que nó; que con la esgrima me iba á curar. Y efectivamente, antes de seis meses estaba yo en vías de restablecimiento. Mire usted, tiente aquí, no le dé pena. Toda soy músculos, y por más que usted quiera, no podrí darme un pellisco.

Miss Jacquarina tiene una academia para señoritas, á



EL "SPORT" DE MODA.—En guardia.

la que asisten más de 50 jóvenes de la mejor sociedad de Chicago.

La simpática *feacing mistress*, dice que vale más un mes de esgrima, que cien botellas de Emulsión de Scott.

***

¿Ya lo veis?

Valía la pena de que El Mundo os ofreciera los hermosos grabados que encuadran estas lineas y ahora, para concluir, ahí va un primoroso cuentecillo de Catulo Méndes que parece escrito para remate de notas como las presentes:

Y resolvieron, Marieta y Mariana, terminar la querella con un duelo á muerte.

La situación era por demás insostenible.

Puesto que el amado no quería renunciar ni á la una ni á la otra. (¡Oh! cuánto le elogio y le envidio......) y puesto que no podían resignarse á la cruel compartición, lo mejor era recurrir á un término sangriento.

A Mariana ó á Marieta pertenecería por entero el viudo de Marieta ó Mariana.

¡Todo está acordado! ¡Armas, el florete! ¿Sitio? este mismo *budoir;* testigo, la Providencia; y por padrinos, las imágenes de las dos combatientes reproducidas en los espejos de Venecia, enguirnaldados de verdes ramas donde se ven las colombinas besar las máscaras de arlequín.

En un instante estuvieron desvestidas.

Mariana no conservaba más que su fina camisa de Alenzón y su pantalón de seda azul.

En guardia........

Las hermosas combatientas se consideraron antes de cruzar los aceros, y se encontraron, con los hombros y brazos desnudos, bellas, deliciosamente seductoras!

¡Oh! y una de ellas, dentro de un momento, estaría convertida en forma inerte y fría, á la que ni aun los besos harían estremecer!!

A causa de su misma belleza, la rabia les llenaba el corazón, aunque menos violenta en Mariana, que admirando á su adversario reflejaba en sus ojos la ternura.

En guardia......

Cruzados los hierros, el combate empezó feroz, encarnizado, encantador.

Los diminutos pies calzados con elegantes pantuflas golpeaban el tapiz.

Los inflamentos producidos por el aire exageraban la anchura de los pantalones.

Los brazos de nieve y rosa se tendían, y el resoplido de las gargantas anhelantes se oía.

¡Mariana lanzó un grito!

Había creido ver sangre en el pecho de su rival.

Sin duda la había herido: matado tal vez......

Lanzando el arma se precipitó sobre Marieta, y llena de arrepentimiento se puso á besar, llorando, la herida que había ocasionado.

Puede ser pensase ella, á causa de ciertos recuerdos de lectura, que curaría á su víctima, aspirando la sangre de la herida!

Y su creencia en la eficacia del remedio se robustecía al observar que Marieta actualmente parecía no experimentar dolor alguno, respirando á gusto, un poco fuerte.

Una cosa sola sorprendía á Mariana, y era el no sentir bajo sus labios la humedad de la sangre.

Al darse cuenta de esta particularidad, se retira, mira y sonríe......

La herida que había besado, inocente, era, vista á travéz de las transparencias de la camisa, la rosa tinta del seno de Marieta......

Una cuestión importante.

El doctor Audiffreut, uno de los continuadores de Augusto Comte, ha consagrado al desarme universal un estudio interesante. Un periódico de San Petersburgo no vacila en asociarse sin restricciones á la idea de la neutralización de Alsacia-Lorena.

Ese periódico admite con el Doctor Audiffrent que al estudiar los antecedentes hisóricos y las costumbres de los pueblos anexados á Prusia en 1817, se ve claramente que Alsacia ha sido siempre una de estas pequeñas nacionalidades con caracter acentuado y vida propia.

Si las necesidades defensivas que presidieron á la formación de los grandes Estados han impedido á veces el respeto á la autonomía de las pequeñas nacionalidades, tal vez sea llegado el tiempo en que la conveniencia general vea en ese mismo respeto la garantía de una paz duradera.

Así se llegaría á suprimir en la política europea un factor de ininteligencias y odios y una fuente perenne de conflictos internacionales.

Es indudablemente un síntoma que verán con buenos ojos los hombres de progreso, la difusión y la aceptación generalizada caba vez más de estas ideas antes consideradas como paradojales y absurdas.



Procreación del Elefante.

¿De quién va á fiarse uno, si hasta los príncipes de la ciencia nos engañan?

Buffon, con Plinio el joven y Linneo, es el naturallstá que con más renombre ha pasado á la historia, y durante 160 ó 180 años nos ha tenido engañados como á miserables chinos.

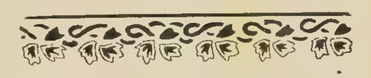
Dijo y afirmó el célebre escritor francés que el elefante no reproducía mientras estaba cautivo, y ahora salimos con que una señora elefantina, que no tenía mucha más libertad que la que gozan las oposiciones en ciertas provincias de ciertos países, y algunos periodistas independientes de otras ciertas localidades rurales, ha dado á luz un pelón, y digo pelón, porque, según he sabido, el elefante es en los paquidermos casi lo que el célebre Cristino Martos era en la raza de los descendientes de Adan, un barbilampiño.

No he de ocuparme, ciertamente, de los usos y costumbres de estos apreciables paquidermos, por más que su vida pacífica y honrada lo mereciese, y mucho; no: este no es un párrafo de Historia Natural, ni á mis lectores les interesaría mayormente el que yo les contase lo que de sobra olvidado tendrán, respecto á ese animal que si en la antigüedad fué casi un semi-dios, hoy sirve para que con sus defensas nos entretengamos, echando unas carambolas y haciendo un casin.

Quiero, unicamente, apoyándome en un artículo que encuentro en *La Nature*, desvirtuar la opinión erónea del primero de los naturalistas franceses y volver por la reputación y dignidad de nombre del elefante, que lo mismo en la soledad de los bosques como enmedio del bullicio de las ciudades, cumple con el precepto evangélico: *crescite el multiplicamini.*

¡Pues no faltaría mas, sinó que la dura suerte del cautiverio le obligase á perder su nombre, á extinguir su raza teniendo que pasar á la historia como ha pasado el megaterio y oros animales prehistóricos: en calidad de estampa zoológica,

Dura lex sed lex: Dios lo creó, Noé lo recoleccionó, y el paquidermo sigue cumpliendo á maravilla su misión.



MUERTE DE UN NIÑO PRECOZ.

No ha muchos días falleció en Springfield (Illinois,) E. U., un niñito, hijo de los esposos Tilson. Este niño era un prodigio. Aunque no tenía sino 16 meses su estatura era de tres pies ingleses, y su peso de 57 libras y ya sabía hablar.

ERRORES EN LOS CÓMPUTOS.

El costo del canal de Manchester se calculó en......... $28.750,000, pero se habían gastado cerca de $80.000,000 antes de que estuviera listo para utilizarse.

La comisión internacional informó en 1856 que el costo del canal de de Suez no pasaría de 40,000,000; pero había costado cerca de $ 94.500,000 sin contar la construcción gratuita por el Kedive de Egipto, de Faros, la limpieza de puertos, dinero adelantado sin devengar interés, y donativo de trabajadores forzados, que por todo montó á $ 20,000,000 más. Los ingenieros estuvieron un año entero recogiendo datos para su informe sobre el ferrocarril en el Congo, (Africa). Dijeron que se podría construir la línea por $ 5.000,000. Ahora dicen que se necesitará de 12.000,000 á 15.000.000.

Los equivocados cálculos sobre el costo del canal de Panamá, por poco hacen fracasar la empresa antes de que el robo por mayor completara su ruina. Las fortalezas del río Meuse, presupuestadas en $4.500,000, costaron más del triple de esa cantidad.

El canal de Corinto costó $ 12.000,000 en vez de los $ 6.000,600 que se había tenido por suficientes para el caso. Un puerto y un camino de hierro en la isla de la Reunión consumieron $ 13.000,000, cuando el costo se habría ocultado en $ 6.800,000. El ferrocarril del Senegal que debía completarse por $ 2.600,000, absorvió $9.000,000, y el otro de Langson en Tonquin, Asia, que no debía de pasar de medio millon de pesos, costó á la Tesorería de Francia $ 4.367,790.

Las setenta y dos razas que habitan el mundo se comunican en 3004 lenguas diferentes, y profesan como 1000 religiones. El número de hombres y mujeres es casi igual, y su longevidad media de 38 años; como una tercera parte de la población muere antes de alcanzar 17 años.



EL "SPORT" DE MODA.—Vencida!

La apoteosis de Sarah Bernhardt.



El homenage de los poetas.

La apoteosis de Sarah Bernhardt.



El Brindis de Victoriano Sardou. (Véase el artículo relativo.)



TRAVESIA EN EL PAPALOAPAM

[De mi novela "Sangre jarocha."]

Cuando me embarqué en Alvarado, á bordo del *Tenoya*, pequeño vaporcito de río, el cielo estaba deliciosamente nublado. En el embarcadero se agitaba una multitud de boteros, jurando con su gracioso ceceo jarocho, embarcando fardos y pasajeros en los vapores que atracaban en el muelle.

Cada uno fué zarpando lentamente, creciendo en velocidad á medida que se alejaba, hasta doblar la rada y desaparecer. Solamente el *Tenoya* se había rezagado, como esperando algo. Y en efecto, una alegre banda de muchachas bajaba á la playa, agitando sus chales vaporosos á semejanza de una parvada de gallináceas blancas que huyeran á flor de agua con las alas abiertas.

Pedían por señas que el barco las esperara y llegaron parloteando y riendo, dando las gracias al patrón por su amabilidad, y subiendo velozmente, sentáronse en las bandas de estribor y partimos. Volvían de un baile á Tlacotalpam y todas estaban deliciosamente tocadas, con sus cabelleras negras ó rubias empenachadas sobre la nuca, ó caracoleando en crenchas sueltas por la espalda. Sus trajes eran vaporosos, blancos ó de matices pálidos, y calzaban primorosos zapatitos de raso blanco.

Sus manos estaban cuajadas de cintillos y en sus brazos lechosos y mórbidos, descubiertos hasta el codo, llevaban brazaletes de coral y de oro. La fatiga de la carrera había encendidos sus palmitos casi siempre pálidos, y se abanicaban precipitadamente con abanicos de sándalo y palmera. Su parloteo se hizo vivaz y melodioso; contábanse sus prisas para despedirse, sus ansias por no perder el vapor, y al oir algún detalle cuchicheado, sus risas sonoras volaban gozosamente entre el jadear de la máquina que hacía rehiletear la hélice entre las olas verdes.........

Ibamos entonces á doblar la rada y contemplamos las gigantes olas del Atlántico levantar estallantes copos de nieve al chocar contra la corriente del río. Viramos á babor y apenas pude ver los buques que nos habían precedido, perderse como pequeñitos pájaros de mar que se zambulleran en las aguas.

La brisa errante del mar acariciaba mi cabeza que había descubierto, y me eché á soñar en medio de las risas de las jarochas.........

La vegetación iba acumulándose prodigiosamente en las márgenes anchurosas, y la lujosa flora de la tierra caliente abría su palacio encantado de selvas vírgenes estrelladas de flores. Los cocoteros erguían sus pebeteros desmayados de savia, los plátanos salvajes bebían la vida y la desplegaban en radiados alfanges verdes, y la muchedumbre de lianas que abrazaban locamente los troncos de millares de árboles desconocidos y verdehermosos, semejando su ramaje la malla impenetrable hilada por los arácnidos, danzaban en el viento, meciendo sus guirnaldas floridas como hamacas flotantes en que durmieran las hadas del hechicero río.

Las olas irisadas de luz fosforescente rielaban en pequeñas escamas doradas y plateadas, como ramificaciones centelleantes que corrieran sobre un haz de luz verde, y se espaciaban, se multiplicaban en innúmeras trasformaciones hasta lamer los estrechos ribazos de légamo negro, en el que había estampadas las huellas de millares de aves acuáticas.

En los girones de isletas salpicadas de nenúfares, entre el verde brillante de las algas henchidas de agua y los juncales apretados de saetas como microscópicos tulares, corrían las zarcetas grises y los mirasoles de buche blanco; multitud de zancudas de espigados tarsos saltaban locamente persiguiendo langostas de río; una nube de pajaritos de agua se abatía sobre los ribazos ó erraba á flor de agua en vuelo sesgado y raudo, y esparcidas al acaso, como flores vivas de la fauna acuátil, estólidas y pensativas, erguíanse á lo lejos las garzas de cuello enhiesto y lírico, garzas blancas, garzas azules, garzas rosadas, garzas morenas de delicioso tono plombagino, todas hermosas, indolentes y solitarias.

En el cielo nublado esplendía una encantadora semi-luz de luna. Las nubes desenrollaban hasta el infinito su ropaje de lino gris, y la claridad hiperbórea daba una semejanza de ensueño al paisaje. El golpe del ala del viento fresco deshebraba los rizos hechiceros de las jarochas y la contemplación había dado á sus ojos una tristeza apasionada y á sus bocas bermejas una dulce sonrisa. Su alegría había huido. Se diría que su espíritu se había inundado de la diafanidad de las aguas y su pensamiento de la inmensidad del cielo......

Los viajeros iban también silenciosos; cada uno se había trazado un rumbo al vuelo de su imaginación, y embebecía sus ojos en la hermosura de las cosas sin alma, en la perenne belleza de las salvajes vegas Las costas cantaban el poema de la vida inconsciente, el abrevadero de la savia y la lujuria de las fuerzas pletóricas que suben en un empuje poderoso á la cima de los cocoteros y brotan como pubertad de la flora en granos gigantescos henchidos de agua aljofarada.

Las jarochas entrecerraban sus ojos soñolientos; inundaban su imaginación voluble de la sensación fresca de las brisas impregnadas de rocío, y al ir desapareciendo el calor sofocante de la tarde una deliciosa laxitud enervaba sus cuerpos, desmayados de haber bailado toda la noche .....

Se diría que al reclinarse unas en las otras, fingían abandonarse al abrazo amado y descansar sobre un hombro joven al ritmo de la música.

Súbitamente un estremecimiento corre por mi espina dorsal y me produce frío: una de las jarochas, enfermizamente pálida, de ojos negros como el mal y tristes como el hastío, me mira, me mira, hondamente, intensamente, esplendorosamente, con sus ojos de tísica, sin pestañear, abstraida y soñadora, y aquella mirada nimbada de intensas ojeras parece decirme:

—¿Quién eres tú? de dónde vienes? tan joven y tan pensativo, á dónde vas?......

Y una oleada de alegría cunde de pronto, una agitación invade el *Tenoya*, los viajeros se aprestan á recoger sus fardos, sus cestos llenos de cocos y racimos de plátanos, una algarabía de aves que se despiertan garrulea entre las jarochas, un silvido agudo del vapor me hace volver la cabeza y miro un puertecito pintoresco, empenachado de cocoteros, puesto en la bifurcación del Papaloapam y el San Juan como un palomar al margen del agua, y siento un placer inexplicable al oir este grito que me anuncia un oasis:

—¡Tlacotalpam!

RUBÈN M. CAMPOS.



MIEDOS.



El salón estaba obscuro, muy obscuro. Los espejos cegados por la obscuridad no reflejaban en sus colosales pupilas los buques chinos de marfil, los dorados muebles, las sedosas cortinas, ni las caprichosas licoreras y chucherías que adornaban los chineros.

En la puerta del salón, como dos hujieres medioevales, estaban reflexionando, de pie sobre sus pedestales de mármol, envueltos en la gasa intangible de las tinieblas, Dante, en su actitud hierática, con el dedo sobre los labios, y Petrarca recostado sobre su lira. La araña como una inmensa plomada de cristal, se descolgaba largamente del techo, y cada vez que un carruaje estremecía el salón con su escandaloso rodar sobre las piedras de la calle, interrumpía el silencio con el tintineo de sus prismas sonoros. El riquísimo Pleyel, abierta su bocaza de madera, reía sin ruido haciendo jugar sobre su larga hilera de dientes ese átomo de luz que siempre existe disuelto en toda obscuridad. Parecía una inmensa cabeza de hotentote risueño. Lejanos relojes daban campanadas cuyos ecos se colaban por las junturas de puertas y ventanas, y resbalando sobre la alfombra de Bruselas iban á perderse en las demás habitaciones. Luego...... nuevamente el silencio.

Dieron las tres, y una de las puertas se entreabrió y penetró en el salón una sombra, lentamente, arrastrándose como un gnomo curioso que camina con precaución para no hacer ruido. Subió al piano, y caminando sobre el teclado, produjo una escala imperfecta. Probablemente le disgustó al gnomo su poca disposición para la música, porque inmediatamente se alejó y fué á esconderse á uno de los sillones.

Poco después se estremeció el aire encajonado del salón con unos ruidos extraños que venían del sitio en que se había ocultado el gnomo; un frou-frou constante y desesperado, sollozos ahogados, gritos de dolor que se revolvían en un gruñido sordo. Se hubiera creido que el gnomo, herido de muerte, se revolcaba sobre la seda en una agonía lenta y dolorosa.

Dante hundió su mirada de águila en la obscuridad y Petrarca levantó la cabeza; pero no se veía nada. El sillón estaba á sus espaldas, y en la imposibilidad de ver, volvieron á su actitud meditabunda.

En la habitación contigua una muchacha, rubia como los trigos, estaba en un lecho adornado con angelitos, temblando de miedo. Se despertó á los gritos del piano mortificado con las pisadas del gnomo.

—¡Oh, Dios mío! pensó; ladrones.

Y se quedó fría, inmóvil, conteniendo la respiración, sin atreverse á hacer el menor movimiento para no atraer la atención de los ladrones. ¡Si se movía, la matarían para que no avisase!

De pronto llegó á sus oídos un prolongado gemido, extrahumano, como los que la imaginación popular supone que salen de los *labios* de las almas en pena. La muchacha se estremeció, presa de indecible espanto; quiso gritar:

—¡Abuela, abuela...... luz...... están penando en el salón!

Pero se le ahogó la voz, movió los labios; mas la lengua ni la garganta quisieron obedecerla. Con los cabellos erizados y los ojos desmesuradamente abiertos, esperaba á cada segundo sentir la impresión de frialdad de una calavera que se acostara sobre su misma almohada; veía en el aire canillas que se cruzaban, largas túnicas por cuyas mangas voladas salían brazos y manos óseas. Aterrorizada se tapó la cabeza y se estuvo así, escuchando gemidos y rodeada de horribles visiones, hasta que por el tejido de la sobrecama vió colarse un estirado rayito de luz matinal como un alambre de oro.

Eran las seis de la mañana. Se destapó medrosa aún, pero poco á poco se tranquilizó: de día las ánimas en pena vuelven al cementerio. A las siete su abuela, una viejecita de andar ligero á pesar de sus setenta años, estaba ya levantada y caminando por toda la casa.

—Buenos días, hija, ¡á levantarse!

—Buenos días, abuelita, contestó la linda rubia, besando la mano de la anciana.

Tenía la muchahca quince años y unos labios frescos y rosados, bajo los que había una nidada simétrica de perlas. Sus senos virginales, duros y redondos, comenzaban á darla aspecto de mujer y levemente levantaban la alba camisa de dormir, menos blanca que su piel suavísima. El miedo y el insomnio de la pasada noche habían dejado una línea azulada bajo sus rasgados ojos de cielo. La abuela notó las ojeras de la doncella y se lo dijo; ella iba á referirla lo de las penas, pero se contuvo: sabía que su abuela se reiría de sus miedos y no la creería .....

Levantóse, y después de bañarse, entró en el salón á repasar una lección de piano......

El salón estaba claro, muy claro. Grandes haces de luz se precipitaban por las ventanas teatinas en el afán de penetrar todos á la vez. Luego se desbandaban sobre los muebles haciendo brillar la seda. Los espejos se hacían todos ojos y, ansiosos de ver, reflejaban en las lunas venencianas los buques chinos, las mesas, las chucherías que llenaban los chineros, todo, todo cuanto podía caber en sus colosales pupilas. Dante, bañado en esa inundación de luz que daba tintes y brillores amarillentos á su gran túnica de bronce, continuaba en su actitud hierática, con el índice recostado en su labio inferior, y Petrarca se preparaba á tañer la lira. Sobre los cuadros de las paredes, sobre las alfombras y los muebles celebraban la fiesta de la luz, la apoteosis del Sol, una infinidad de espectrillos solares despedidos de los irisados prismas de la araña, que revoloteaban inquietos como alegres pajecillos de Febo vestidos con túnicas policrómicas, en tanto que el piano, con la risa congelada, dejaba juguetear francamente sobre sus dientes de marfil la luz que se precipitaba de las ventana......

Entró la rubia con la cabecita despeinada y humeda, de la que caía sobre sus espaldas una muda catarata de oro. Había olvidado ya sus terrores y sólo pensaba en repasar su lección: una linda melodía de Godefroy, que debía saber á las once, cuando viniera el profesor. Se sentó en el banquillo de altura variable, recorrió el teclado y comenzó á brotar del marfil un raudal de armonías encantadoras. ¡Oh! el hotentote estaba contentísimo, y al sentir la caricia de esos blancos dedos diminutos y ágiles rompía en la más melodiosa de sus risas.

—¡Miau! ¡miau! oyó la rubia á sus espaldas, y giró rápidamente; luego dió un grito de repugnancia y sorpresa y corrió gritando:

—¡Abuela, abuela, venga usted á ver!......

Sobre el sillón estaba echada una gata dirigiendo á todas partes la mirada de sus redondos ojazos amarillos.



Tres gatitos con los ojos cerrados; grises, cabezones, estaban prendidos por el hociquillo rosáceo de las hinchadas ubres de la Mirriña.

Regresó la rubia con su abuela y una sirvienta. La señora refunfuñó, riñó á la Mirriña por sucia y sin vergüenza, como si la gata pudiera comprenderla; la amenazó con arrojarle los hijos á la alcantarilla, y á punto seguido la buena viejecita ordenó á la sirvienta que la llevara á otro cuarto, con sillón y todo, para que no se maltrataran los hijuelos. El lujoso asiento de valiosa seda y talladuras trabajosas sirvió en adelante de lecho mullido á la Mirriña.

Siguió la doncella tocando su melodía de Godefroy, después del incidente. De pronto, la idea de la gata, se asoció al recuerdo de las penas y terrores que no la dejaron dormir: entonces se sonrió, y dos hileras de perlas se reflejaron en la charolada caja del piano,

CLEMENTE PALMA.

EL CURA DE HORTIES.

Un terrible combate se libraba á algunas leguas del pueblo de Horties: el ruido llegaba confusamente, sobresaltando á todo ser viviente. La metralla desgarraba el aire, el cañón despertaba los ecos, y en lontananza se distinguían las humaredas de pólvora.

El cura estaba en la iglesia rogando por la patria.

A su alrededor, con la frente en tierra y pálidos de terror, se encontraban los vecinos, pidiéndole á Dios que los protegiera.

El ruido de los clarines y trompetas se oyó al mismo tiempo que algunas sombras alemanas se deslizaban por el valle corriendo á la batalla.

Su número era grande, y precipitaban el paso para llegar á tiempo.

Los alemanes querían tener su parte de presa, ya que llevaban hierro y bronce para destruir á los franceses.

Sus soldados eran ya tres contra uno y era preciso ser más numerosos aún.

Antes de entrar en el círculo de fuego, reunieron todas sus fuerzas, haciendo alto en la encrucijada de Chataigáiers.

Una línea de centinelas protegía un descanso que debía ser corto.

Por muy próximos que estuvieron estos centinelas, no pudieron impedir que dos jóvenes se aproximaran entre los matorrales acercándose sigilosamente, y tirasen sobre los alemanes.

Sonaron cuatro tiros, y se vió á dos jóvenes huir como venados y meterse en un campo de trigo.

Veinte balas silbaron á sus oídos; pero no se halló en la tierra ni una mancha de sangre. Muchas veces en su fuga fueron vistos; pero eran muy jóvenes, ágiles y valientes, y lograron huir.

Debemos añadir que tiraban hábilmente, porque tres prusianos rodaron por el suelo heridos en el pecho, la cuarta bala fué á coronar el águila de dos cabezas que adornaban la placa de un casco oficial.

—Escopetas de caza de dos tiros, dijo el oficial.

Entonces un destacamento de soldados alemanes se dirigió al pueblo; al entrar cogieron á los primeros seis vecinos y los llevaron á la alcaldía. El jefe del destacamento dijo al Alcalde:

—Usted es la primera autoridad, y vengo en nombre de mi augusto soberano á decirle que han sido muertos algunos alemanes cerca de este pueblo, y siendo sus habitantes los más cercanos al lugar del suceso, ellos son responsables. Es preciso, pues, que se nos entreguen los culpables, y si no, seis vecinos serán fusilados. Dad vuestras órdenes, que yo esperaré hasta mañana á las once. Debiendo tener lugar la ejecución al medio día, no hay tiempo que perder; entretanto, el pueblo quedará ocupado militarmente, y guardará los seis rehenes.

Imposible es pintar la desolación de la pobre gente del pueblo.

Las mujeres gritaban desesperadas, los hombres querían huir, pero los alemanes guardaban las avenidas. Reuniéronse todos los vecinos, y convinieron que la suerte señalara las víctimas.

Los que habían disparado contra los alemanes no pertenecían al pueblo, seguían la columna prusiana para escoger el momento favorable. ¡Puede que su padre hubiera sido asesinado, su madre hubiera muerto de dolor, ó su casa incendiada!

Pasó aquel día entre discusiones; gemidos y desesperación.

El Alcalde, el Cura M. Gerl, y dos ancianos más, ya octogenarios, suplicaron en vano al oficial prusiano que perdonase; se le probó que los del pueblo no habían tomado parte en aquella traición; las mujeres lloraban á sus piés. Todo fué inútil. El capitán hacía ejecutar la consigna con gran exactitud y fría cortesía, pero sin cólera y sin denuestos.

Los seis desgraciados que la suerte había señalado, fueron entregados á las cinco de la tarde y encerrados en la sala de la escuela, en el piso bajo de la alcaldía.

El oficial prusiano autorizó al Cura para que les llevase los consuelos de la Religión. Tenían las manos atadas á la espalda, y una misma cuerda unía los piés de todos.

El sacerdote encontró á todos aquellos hombres en tal estado de postración, que apenas comprendían sus palabras.

Dos de ellos parecían sin sentido, otro era presa de la fiebre y de delirio. Al extremo de la cuerda, con la cabeza erguida y serena en apariencia, había un hombre de cuarenta años, y padre de cinco niños, de los que era el único sostén.

Al principio escuchó con resignación las palabras del sacerdote, pero desesperado luego, prorrumpió en las más horribles imprecaciones.

Maldecía á la naturaleza entera, lloraba por sus hijos, que quedaban expuestos á la mendicidad y tal vez á la muerte. Entonces quería que sus cinco hijos fueran entregados con él á los prusianos: y con risa sarcástica exclamaba: "Sí señor, fué Bernardo, el chiquitín de tres años el que disparó contra esos miserables."

Todos los esfuerzos del sacerdote fueron inútiles para llevar la paz al alma de aquel pobre desesperado. El Cura salió y marchó lentamente hácia el reten donde se encontraba el oficial. Este fumaba en una gran pipa de porcelana. Escuchó al Cura sin interrumpirle, dejando entretanto escapar de sus labios ligeras bocanadas de humo.



Srita. Agustina Larrañaga (de Oaxaca).

—Señor capitán, dijo el Cura, se les ha entregado á ustedes seis rehenes que dentro de pocas horas serán fusilados. Ninguno de ellos ha tirado sobre vuestros soldados. Habiéndose escapado los culpables, vuestro fin no es más que presentar un escarmiento á los habitantes de otras localidades. Poco les importa, pues, fusilar á Pedro ó á Pablo ó á Juan, Además, que cuanto más conocida sea la víctima, más saludable será el ejemplo. Vengo, pues, en consecuencia, á pedir á usted el favor de que me permita ocupar el lugar de un pobre padre de familia, cuya muerte hundirá en la miseria á cinco niños. El y yo somos inocentes, pero mi muerte aprovechará mas que la suya.

—Bueno, dijo el oficial.

Cuatro soldados condujeron al Cura á la cárcel, donde fué atado con las otras víctimas.

El padre de los cinco niños abrazó á su Cura y corrió á su casa para consolar á sus hijos.

No pintaremos las agonías de aquella noche. Solo diremos, que cuando amaneció, el Cura había reanimado el espíritu de sus compañeros de infortunio. Esos infelices, antes embrutecidos por el terror, habíanse transformado en gloriosos mártires sostenidos por la Fe cristiana y la esperanza de una vida eterna.

A las once, una escolta esperaba en la puerta y los prisioneros se pusieron en marcha. El Cura iba á la cabecera recitando el Oficio de difuntos. Por el camino los vecinos arrodillados dirigían á su pastor su última mirada.

Se acercaban al lugar de la ejecución, cuando un oficial de Estado mayor prusiano, que pasaba con sus asistentes, se detuvo.

El Cura le había llamado la atención. El capitán le explicó la cosa, que no pareció al superior tan natural como á su subordinado. Mandó suspender la ejecución, y dirigió una información al general. Este hizo comparecer al sacerdote.

La explicación fué corta, el general era un hombre de corazón, que lo comprendió todo, y dijo al Cura: "Señor, yo no puedo hacer una excepción en favor de usted, y sin embargo, no quiero que usted muera. Váyase, y diga á sus feligreses que por usted perdono á todos. Pero que sea la primera y última vez."

Cuando el Cura salió, dijo el general á los oficiales testigos de esta escena: "Si todos los franceses tuvieran el corazón de este sencillo sacerdote, no permaneceríamos mucho tiempo del lado acá del Rhin."

GENERAL AMBERT.



«El amor es el sublime arquitecto de la naturaleza.»
Sin embargo, los monumentos que eleva á la felicidad, raras veces resisten á los vendavales del tédio ó de la inconstancia.

LAS IDEAS.

Surge á veces en el llano;
Y en la loma á veces brota
Susurrando mansamente
Como de una arteria rota,
Cristalino manantial;
Manantial inagotable,
Cuya linfa fresca y pura
Se desliza misteriosa
Bajo arcadas de verdura
Como sierpe de cristal.

Dánle sombra con sus ramas
los arbustos de la orilla,
Y despliega ante sus plantas
La balsámica gramilla
Su magnífico tapiz.
Ya se vuelca en un ribazo,
Ya se arrastra en una hondura,
Ya parece desde lejos
En la faz de la llanura
Misteriosa cicatriz!

Pero avanza, siempre avanza,
Deja el llano, cruza el monte,
Y al murmullo de sus pasos
Se va abriendo el horizonte
Como el velo de un altar.
Lo saluda el ave errante
Con dulcísimos gorgeos,
Y le cuenta el aura tímida
Sus amantes devaneos
A la luz crepuscular.

La onda leve se agiganta,
Su rumor se torna en grito,
Como el pecho en que fermenta
La ansiedad del infinito,
La inquietud del porvenir.
Y creciendo y avanzando,
El raudal se torna en río,
Y va el río tumultuoso
Impertérrito y sombrío
Con el mar á combatir.

Así nacen las ideas,
Manantiales de onda pura!
Las ideas, que no tienen
Más escudo ni armadura
Que el escudo de le fe!
Pero avanzan silenciosas,
Se retuercen, forcejean,
Y se allanan las montañas
Y los páramos chispean
A los golpes de su pie!

OLEGARIO V. ANDRADE.

CANTARES MARINOS.

Cuando salto á tierra,
¡adiós mis ahorros!
Pues á mí, lo mismo que al barco,
me *limpian los fondos*.

VITAL AZA.

***

Estoy mirando las olas,
que siempre vienen y van;
Estas olas me trajeron,
no sé si me volverán.

CELSO LUCIO.

***

Todo el que sin que le enseñen
quiera aprender á rezar,
que se meta á marinero
y que corra un temporal.

FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ.



Un Ydilio Romántico.

UN VIAJE A PARIS.

—Papá, ya soy un hombrecito.
—Es verdad, hijo; ya tu padre está viejo. ¡Cómo pasan los años!
—Papá, yo quiero ir sólo al teatro.
—Pues ve, hijo. Toma para que compres la entrada.
—Es que yo quiero que usted me diga lo que debo hacer. Yo quiero echarla de hombre, papá.
—Entonces, hijo, tienes que estar en los usos del buen tono.

Oye, pues, y toma mis consejos: entras de rondón, das el billete á la entrada; sigues á tu asiento de anfiteatro; no te quitas el sombrero, te dás con el bastón unos cuantos golpes en la pierna; te haces el fastidiado; te levantas, sacas un cigarro, pides el fuego al más viejo de los concurrentes, y te fumas tu *Honradez* ó tu *Hidalguía* con gran desembarazo, teniendo cuidado de echar el humo sobre el policía que se pasea, que con eso dormirá más á su gusto.

—¿Y si me hablan de música, papá? ¿Si me preguntan qué me parece la ópera?
—Mala, muy mala, niño; tú dirás echando bocanadas de humo del cigarro; ¿Campanini? ¡bah! ¿La Dactri? ¡oh! ¿Abrameff? ¡uf!; y así agotas las interjecciones de desprecio. Luego te llevas la mano al bolsillo y dices: ¡vean ustedes! ¡aquí traigo el pito para silbarlos esta noche! Aunque no tengas el silbato ni tales intenciones, esto da mucha importancia.
—¿Y si me preguntan dónde hay artistas mejores?
—¿En donde? En París, en Milán, en......
—¿Y si me preguntan si yo he estado alguna vez en París, Papá?
—Les dices con cierto aire de autoridad: «Yo no he estado nunca en París, amigos míos, pero un tío mío estuvo para ir ahora dos años.»
—Se reirán de mí, papá, y á mí no me gusta que se rían en mis barbas.
—Tú no las tienes todavía, hijo.
—Pero tengo quijadas, papá.
—Pues bien, si lo que necesitas es un viaje á París, ahora te llevaré. Harás de balde un viaje como el que hacen nuestros jóvenes en el día gastando mucho dinero. Te aseguro que sacarás el mismo provecho que ellos.
—Partiremos ahora mismo, sin movernos de nuestras butacas.
—¿Y cómo? ¿por obra de encantamiento?
—No, hijo, por obra de la imaginación.

Imagínate que vamos ya rodando por el camino de la Guayra, metidos en uno de los cajones rodantes de Giráldez y Compañía. Llegamos á Guaracarumbo; comemos allí pan viejo, bebemos ron nuevo y fumamos Virginia ni nuevo, ni viejo: de la edad media. Estamos en la Guayra. Sudamos, comemos pescados y mameyes, y nos embarcamos. A los pocos días, en Saint Nazaire: venga el tren y á París.

¡París, hijo! el gran mundo, la capital del universo!
—Papá, yo quiero que tú me lleves á Mabille. Todos los que vienen de París dicen que es lo mejor que se ha visto.
—Pues á Mabille, hijo, á Mabille. ¡Qué expléndido jardín! ¡que damas tan hermosas! Mira, hijo, mira aquella de los cabellos rubios, que lleva colgando á un inglés de frac verde y patillas de azafrán; ve la otra de más allá, de cabellos negros y perrito blanco, y la otra, y aquellas, y todas, hijo, todas, ¡qué bellas! ¡qué hermosas!
—Papá, yo quiero verlas más de cerca.
—Las verás, hijo, las verás.
—¿Y no me darán su retrato? Luisito tiene un paquete de retratos de ellas en todos trajes.
—Sí, hijo de mi alma, te darán su retrato y los llevarás á Caracas, y eso te dará importancia, y te harás adorar de los papamoscas. ¡Ay, hijo, qué alegría! ¡cómo te va aprovechando el paseito! Pero ahora vamos al jardín de plantas, y dejaremos para otro viaje el ver los Museos y las Bibliotecas, y los monumentos y las oficinas y todo ese fastidio. ¡Al jardín de plantas, Pepillo, al jardín de plantas!
—Papá, yo quiero ver el oso.
—Míralo, míralo, hijo, aquel que anda en dos patas como alguno de tus amigos; aquel es el oso. Arrójale pedazos de pan. Uno, dos, tres, ¡allá va! ¡qué divertido!
—Y aquel otro animal tan largo, papá, ¿quién es?
—La girafa, y el otro el león y el otro la zebra.
—Y el burro, papá, ¿dónde está el burro?
—Ya lo verás de sobra cuando regresemos á Caracas, hijo. Vamos ahora á los títeres.
—Papá, yo quiero almorzar con Víctor Hugo.
—¿Para qué, niño? ¿Para poner el yugo á tu país? pues no lo necesitas; aprende á decir *oui*: á pedir *pardon*, y sobre todo (y ahora que digo sobre todo, acuérdame que tenemos que comprar un *surtout*;) y sobre todo, hijo, aprende á despreciar todo lo que no sea de esta tierra deliciosa.
—Papá, ya me voy sintiendo muy suficiente; pero quiero ver los títeres.
—Ya llegamos, Pepito, aquí están los *marianotes*. Aquel es Pierrot, el otro Arlequín, y el otro Polichinela, mira cómo bailan, cómo saltan y cómo brincan, ¡qué felicidad!
—Papá, yo me quiero ir para Caracas; aquí no hay nada que ver. Todo lo hemos visto, y todo lo hemos aprendido.
—Pues vámonos, hijo.
—Yo quiero llevar algo para Caracas, papá.
—Eso es muy justo. Toma, aquí te he comprado lo que debes meter en tu maleta, y con lo que harás furor entre tus amigos. Un sombrero á la *bombé*, un pantalón á la *flauté*; un paletó á la *farolé*; unas botas á la *grillé*; un chaleco á la *corsé*; una leontina á la *perré*; un cuello á la *degollé*; y una corbata á la *estrangulé*. Los guantes *gris perlé*, el bastón de vista microscópica; los lentes que cuelgan y los puños flotantes. Unas fotografías profanas; un album *en cuir*, y pomada *hongroise*.
—Papá, parece que se me quiere olvidar el francés.
—Con tal de que te quede el *oui je vous aime*, *pardon*, estás fresco, hijo.
—Pues ya podemos marcharnos, papá.
—Ahora mismo, metámonos en el wagón. Ya llegamos á Saint Nazaire; ya tú ves, hijo, en menos que bautiza un cura loco. A bordo y sobre la marcha á la Guayra.
—Papá, ya estamos allá; mira, yo conozco á aquel Señor que está en el muelle es el..........
—Calla, hijo, calla; no debes conocer á nadie; y cuando entremos en Caracas, me deberás preguntar en la calle "mon papá, ¿es que tú sabes donde demora la Librería de Monsiur Emeterio Hernández? ¿Dans quelle place queda la botica de Monsiur Rocha y la confitería de Monsiur Poguape fils?"
—Pero si yo sé donde viven todos esos señores, papá.
—Debes fingir que lo has olvidado, niño, para que puedan creer en tu importancia.
—¡*Oui*, papá.
—Ya tú ves, hijo, lo que es un viaje á París; cualquiera de esos que te discutirán sobre la ópera y te hablarán primores sobre música y verán con menosprecio nuestra compañía lírica no han visto nada más de lo que tú acabas de ver en este paseo fantástico, vete, hijo, al teatro, vete, y cuando te hablen de Tiberini, háblales de Mario, y cuando te vengan con la Patti, arremételes con la Nilson, y si te echan alguna que tú no hayas oído nombrar, inventa una de tu caletre, que con tal que la hagas terminar en *ini* será italiana, en *off* rusa, en *ao* portuguesa.
—Papá, ya son las ocho y yo me voy para el teatro.
—Vete, hijo, y no eches en saco roto cuanto te acabo de decir.
—Y el sombrero, papá?
—En el cogote, hijo, ese es el tono.

N. Bolet Peraza.



DEL LIBRO "EN LA ALDEA."

PROBLEMA.

Como en la misma iglesia vive el cura,
Al primer resplandor de la mañana,
Le visitan en turba soberana
Niños de seso y niñas de hermosura......
El les deja jugar á su ventura;
Y al par que uno sacude la campana,
Otro hecho fraile en levantar se afana
El cáliz sacro á la divina altura......
Si el cura al cielo lo mirada tiende,
Todos los niños en alegre coro
Ante el altar de Dios rezan y cantan......
Diga el cristiano si el Señor desciende
Cuando el cura levanta el cáliz de oro,
O cuando aquellos niños lo levantan!

José S. Chocano.



ALFABETO DE SEÑALES.

Los siniestros marítimos causados por colisiones de buques han sugerido á M. Brunel, de Rouen, un alfabeto de señales que sería conveniente y aun indispensable hacer obligatorio por medio de un acuerdo internacional.

Lo que debe preocupar ante todo en esta materia no es tanto el alcance de los sonidos cuanto la precisión del significado que se les dé y la facilidad de su comprobación. El ideal sería que todos los buques de todos los países al oir las señales de alarma maniobraran en consecuencia tan rápidamente como un soldado al oir el toque de derecha ó izquierda.

Es este el sistema de señales ideado por M. Brunel es excelente y producirá los mejores resultados al aceptarse.

En substancia á esto se reduce:

Dos sirenas, una de voz profunda y otra estridente, como si dijéramos una contralto y una soprano. Un silbido grave y otro agudo dirá Norte; la marcha hacia el Sur se indicará con dos silbidos graves y dos agudos; una serie de sonidos graves significará la dirección Poniente y la de Oriente una serie de silbidos agudos.

Este sencillísimo sistema de facil inteligencia, aun para las más obtusas, pone á un capitán en condiciones de evitar hasta donde sea posible colisiones en tiempo brumoso.

La Comisión Internacional de abordajes de mar estudia la cuestión y es de esperarse que pronto, gracias á su intervención, se inscriba en los reglamentos y se aplique universalmente este sistema genial y practico—y esta idea humanitaria.

EL HADA DE LAS PERLAS

Cuentan que allá, en las poéticas playas del Cantábrico, donde los antiguos trovadores llegaban á cantar al compás de las enfurecidas olas sus galanos poemas á la belleza, se abrieron un día las turbias ondas y dieron paso á un apuesto doncel, que bajo el brazo llevaba su bandolín sonoro; medioeval trovador, sin duda, que bajó al fondo del mar en busca de divinas sirenas á quienes cantar sus poéticas trovas.

En la orilla y casi á flor de agua era esperado por regia escolta de delfines, señores del mar, que á su paso se hacen tocar alegres marchas por las músicas reales compuestas de tritones.

Llegó al fondo donde fué saludado por bellísimas Náyades, Hadas y Sirenas, y del espeso follaje de luminosas algas se desprendía el suavísimo rumor de una orquesta de sonoras cornamusas, que le volvían loco, y se sentía desfallecer por aquel medio ambiente saturado de los ricos perfumes que las perlas, al abrir sus nacaradas conchas, exhalan.

—¡Canta, poeta, canta! le repetían las náyades y sirenas en medio de las más dulces caricias que jamás mortal alguno recibiera.
«Canta á nuestra belleza.»
«Canta á nuestras riquísimas perlas.»
«Canta y pide nuestro amor.» «Canta, y serás amado.»
"Canta, y te daremos ricos palacios".
"Canta y te haremos gozar placeres paradiasicos"
"Canta y te pondremos ricas vestimentas de brocado y oro" y esto decían locas de amor, sedientas de placeres, Náyades, Hadas y Sirenas.

Era imposible; nadie podía sacarle de aquel sopor, y, poco á poco, las Náyades, Hadas y Sirenas, cansadas de rogar al apuesto doncel, se fueron retirando.

Habíanse ido casi todas, y no quedaba ya más que una hada hermosa, de ojos negros y cabellera de ébano, que le dijo:
—Quieres venir á mi palacio?—Mi dueño, mi señor, ven conmigo, ven.

El poeta le dirigió una mirada desdeñosa que decidió á la encantadora á seguir el camino de sus compañeras; más de pronto díjole él:
—Espera—¿quién eres tú?—dónde está la estancia perfumada que sin duda habitas?
—Soy el Hada de las Perlas y mi palacio está hecho de una sola perla negra, junto al del opulento Rey de los corales—quieres que te diga algo más?

No, basta ya; cuando la luz del nuevo día bese la onda inquieta, iré á cantarle la serenata de mi amor. Y el Hada, loca de pasión, se fué á su palacio, á esperar al apuesto mancebo.

La luz de la alborada que las ondas reflejaban, como de un diamante en las finas facetas, corrientes de vivísimos colores, recordó al trovador su compromiso de cantar y se fué al palacio hecho de una sola perla negra, junto al del Rey de los corales.

Paróse frente al rico alcázar del Hada de las perlas, al pie de una ojival ventana hecha de coral, cuyos ricos arabescos parecían encajes de Bruselas y soberbias bordaduras de Damasco; templó su rico bandolín y empezó á cantar su sentida trova, y la hermosa, á los dulces acordes del bandolín sonoro, abandonó el lecho, y calzando sus menudos piés con unos primorosos chapines de seda se acercó á la ventana, y á traves de la celosía, espiaba, inquieta, al mancebo gentil.

El Rey de los Corales, viejo de luenga barba y ojillos vivos, eterno adorador del Hada, despertó á los acordes de aquel extraño instrumento y dispuesto á averiguar quién lo pulsaba, abrió la ventana y vió al doncel; vistióse con precisión y bajó para vengarse de su rival, á quien encontró todavía cantando al pie de la ojival ventana hecha de coral.

Mudo de coraje, arrebató al doncel de las manos su precioso instrumento, el que rompió contra una de sus rodillas, y al reventarse la última cuerda, el poeta cayó exánime, y con la postrera vibración, el poeta expiró.

Y allá adentro, se oyó un grito débil y doloroso: el Hada de las perlas había muerto también.

De aquel tiempo data la carestía de las Perlas Negras.

I. G. Fuentes

NO SE DECIRTE MAS.

Gloria tiene que haber mientras aspires
Al bien eterno que alcanzar esperas;
En el mundo hay amor mientras tú quieras,
En el cielo habrá luz mientras tú mires.
Las puras auras mientras tu suspires
Besarán á las flores hechiceras,
Y habrá virtud hasta que tú te mueras,
y habrá belleza mientras tu no espires.
Que por tí que eres causa del anhelo
Que siente por la gloria el alma mía,
Tienen: elpecho amores y consuelo.
La noche estrellas, claridad el día,
Y si no hubiera por desgracia un cielo,
Cuando murieses tú se formaría.

Un Punto.

EL ROSARIO

Dos son los principales recuerdos que conservo de la noche que pasamos en *Orgiva*.

Es el primero (en el orden cronológico nada más), nuestra comida en la posada, reunidos los diez viajeros en un grupo digno de Velázquez ó de David Teniers, á la *pretendida* luz de los candiles (¡y eso que eran dos!), y celebrando y sellando recientes amistades con el placer de yantar juntos......... no así como se quiera *en mesa redonda*, sino *en sartén redonda*, todos á una, con militar franqueza, á fin de que la *paella* de rigor no perdiese su virginal perfume al pasar por el trámite de la vagilla......

¡Cuántos banquetes precedidos, de programa de divertirse mucho en ellos, y muy preparados, muy costosos y muy opíparos, no han resultado tan alegres, tan cordiales, tan apetitosos, tan gratos al alma y al cuerpo, como aquel improvisado y humilde festín, sazonado de hambre, de novedad, de indulgencia, de cariño, de confianza, de pimientos picantes y de aquella cortesía del corazón que vale más que todos los primores del ingenio!

Sin embargo, confieso que no nos hubiera venido mal otro par de candiles.

***

Mi segundo recuerdo se refiere á unas religiosas campanillas, á unas grandes farolas, á unos santos estandartes, á muchas ramas de tejo y á más de cien indescriptibles caras de chiquillos, cuyas alzadas bocas cantaban en coro y á voz en cuello: «*¡Dios te Salve, Reina y Madre......!*»

Porque habeis de saber que todo esto y algo más penetró de golpe en la posada, cuando estábamos en lo más profundo del arroz; dejándonos suspensos, atónitos, embelesados y sin saber á qué atribuir aquella súbita visita de tanta luz, de tanta inocencia, de tanta piedad, de tan sencilla y tierna serenata á la *Reina y Madre de los desterrados hijos de Eva.........*

¡Ah! La voz de los niños tiene algo del cielo; y cuando esta voz canta y reza á un tiempo mismo, cuando en medio de las borrascas de la vida, óyense sus puros acentos en son de mística plegaria, más que los hijos de los hombres empezando á gemir y llorar en este valle de lágrimas, parecen ángeles que desde la gloria intervienen por nosotros, repitiendo como suyas nuestras preces.

Los que conserveis la buena costumbre de ir á la iglesia, habréis sentido esto mismo oyendo á los *seises* niños de coro de nuestras catedrales, alzar sus francas y agudas voces sobre el concertado estruendo del órgano de los sochantres y de todos los instrumentos y cantores de la capilla; como se perciben claros los trinos de atribuladas aves sobre el ronco estrépito de majestusa tempestad. Y los que solo vayais al teatro, habréis experimentado también algo parecido (ya que de manera alguna lo propio), durante el cuarto acto de *El Profeta*, cuando aquellos otros *seises* (que por lo regular son los mismos), cantan el grandioso villancico:

Le voilá le roi Prophete!
Le voilá l'elu de Dieu!

¡Oh! ¡Los niños! ¿Los niños!......—«*¡Lástima que se conviertan en hombres!*»—exclamaba Lord Byron—«*No tenemos padre!*»—gritan ellos en el místico poema de Jean Paul.—«*No escandeliceis á estos pequeñuelos.*»—dice la Palabra divina.

Por todas estas razones, y *porque sí* (que es la gran razón de tejas abajo), nos quedamos embebidos oyendo la fervorosa *Salve* que cantaban los muchachos de *Orgiva*.

Por lo demás, pronto supimos que en aquella sublime escena no había nada de insólito, sino que era el mismo *Rosario* que se recita todas las noches, en aquel santo tiempo de Cuaresma, ciertas en y ciertas casas de la villa, cuidando de no olvidar las posadas, donde siempre hay fieles transeuntes más necesitados que nadie de los consuelos de la religión.

***

¡Oh vida segura, la manta pobreza,
dádiva santa desagradecida!,
[*Juan de Mena*].

¡El Rosario!......... Veinte años hacía ya por lo menos que no lo veíamos recorrer á aquella hora y de aquel modo (según la inmemorial costumbre) otras ciudades, villas ó aldeas de la proverbial *Tierra de María Santísima*.

¡Y qué veinte años! Durante ellos, los mismos que solíamos felicitarnos de la desaparición del antiguo orden social y político de España, si bien no hayamos llegado, ni creamos posible llegar jamás á poner en duda la bondad abstracta de las nobles, justas y *sinceras* ideas de nuestro siglo, hemos venido á reconocer, en cambio, á fuerza de crueles lecciones (¡oh desengaño! ¡oh conflicto! ¡oh problema para el porvenir!) que esa libertad y esas ideas, lejos de domesticar, de civilizar, de dignificar más y más cada día á las clases bajas (como nos dignificaron á nosotros), las han hecho retroceder á la primitiva barbarie.

Inútil, ocioso, necio, y sobre todo peligrosísimo (señores del centro de todas las Cámaras del mundo), fuera cerrar los ojos á esta verdad que palpita en el fondo de la conciencia de cuantos hemos dirigido la voz al pueblo (creyéndonos sus redentores) desde el periódico ó desde la tribuna, desde el libro ó desde la cátedra......¡Imposible escapar á nuestros remordimientos! Los espantosos resultados de nuestras bien intencionadas, pero imprudentes predicaciones, están harto á la vista de todas partes.

Mirad: los ignorantes de ayer se han trocado en los insensatos de hoy. La antorcha de la filosofía moderna, en lugar de iluminar la mente de los desheredados por la fortuna, la ha incendiado, dejándola llena de humo y de cenizas.

Quisimos enseñarles mucho, y les hemos hecho olvidar lo poco que sabían. Creían algo, amaban algo, respetaban algo, adoraban algún ideal, y hoy no creen, aman, respetan ni adoran sino lo concerniente á sus sentidos corporales.

Tenían fé, paciencia, esperanza, y los hemos exasperado y desesperado. Eran, cuando menos, séres sociales, y los hemos convertido en enemigos de la sociedad. Eran ya hombres, y los hemos vuelto á hacer fieras.

Así pudiera continuar mucho tiempo á riesgo de que se me considerase neocatólico, ultramontano, retrógrado, obscurantista, persa, carlino y partidario del feroz Tribunal de la Inquisición.

Mas creo haber dicho ya lo bastante para explicar la profunda complacencia que nos causó aquella noche ver al pueblo orgivense, representado por sus hijos, hacer pública profesión de su fe cristiana.

P. A. DE ALARCÓN.



RITMOS

Una noche feliz, en que la luna,
toda envuelta en la túnica opalina
de vaporosa nube,
por el azul purísimo ascendía,
cual virgen desposada
que pudibunda, tímida,
al misterioso lecho
de la nupcial alcoba se encamina,
en el jardín, que al soplo fecundante
de Mayo, florecía,
posado en la corola de una rosa,
cuyos pétalos rojos se entreabrían,
cual labios de mujer adolescente,
al aura de la risa,
Puck, mi amigo Puck, el duendecillo
vagabundo y travieso, me decía:

«Queda cumplido tu deseo, he visto
á la adorable niña,
que del país lejano
en que dichosa habita,
para su album, precioso florilegio,
una flor de tu musa solicita.
Asomada esta tarde en la ventana
miraba, pensativa,
al sol, que desde ocaso,
como mágico artista,
por el azul profundo derramaba
de su paleta las rojizas tintas.
Yo, oculto en el alero,
absorto la veía.
¡Qué hermosa estaba la gentil doncella,
la virgen pensativa,
con su niveo corpiño, que escorzaba
sus formas exquisitas;
con su sedeña cabellera obscura
sobre la airosa espalda descogida:
con su edénica boca,
al beso ardiente del amor propicia;
con su cutis moreno y transparente
como la tenue sombra vespertina,
y con sus ojos negros,
do irradian las pupilas
cual dos vívidos astros desde el fondo
del cielo en noche lóbrega y tranquila!
Todo en ella es hechizo subyugante.
Te juro, á fe de Puck, que no es más linda
la esposa de Oberón, ni más hermosa
la blanca, rubia y triunfadora Cipria.»

Calló Puck; de la rosa dirigiose
á un boscaje de lilas;
mientras que yo, meditabundo, triste,
y con la mente fija,
al través de la niebla del ensueño,
en vagas, idealea lejanías,
quedé envidiando al vagabundo duende,
que en el país que habitas,
una tarde te viera en la ventana
mirando pensativa,
el sol, que desde ocaso,
como mágico artista,
por el azul profundo derramaba
de su paleta las rojizas tintas.

DARÍO HERRERA.



UNA MUERTE DICHOSA.

—Ha leido usted—me dijo el doctor encendiendo un cigarro—el relato de la ejecución de Damperier?

—Sumariamente. Siempre es lo mismo. El sentenciado á quien preparan para el trance fatal; la bruma, la descripción de la plaza, las lamentaciones de los *reporters* que no han podido acercarce......Es una desconsoladora monotonía.

—Lo que usted no sabe es que el reo ignoraba que iba á ser ejecutado. Caminó hacia el cadalso con la sonrisa en los labios, de suerte que el golpe fatal fué para él el colmo de la dicha.

—¿Y cuál fué la causa de esa ilusión?

El doctor sonrió maliciosamente, y dijo con sencillez.

—He suprimido la pena de muerte por medio de la sugestión. La sugestión es el apoderamiento del hombre por el hombre.

Y aquí se encuentra justificada la confirmación de esa fecunda ley de la selección natural, tan maravillosamente formulada por Darwin.

Aquél que fué mejor dotado por la naturaleza, aquél cuyas aptitudes de combatibilidad son más enérgicas, es él más propio para llegar á ser uno de los hombres que dominan y dirigen á sus semejantes.

La sugestión puede crear las alucinaciones más variadas.

Por parte de la vista, se puede sugerir una apreciación fatal de la forma, el color y la situación de un objeto; producir un error sobre la identidad de una persona que se toma por otra; evocar la presencia de una persona ausente.

Por parte del oído, se puede hacer oír un espantoso ruido en medio del silencio más absoluto.

Por parte del sentido del gusto se puede hacer comer un papel que sepa á jamón, y beber agua de mar que sepa á Champagne.

Y así, en los demás sentidos.

Yo me interesé por Damperier, que ha pagado hace pocos días con su vida, su falta.

Mi profesión me permitió verle en su celda; no le abandoné sino cuando cesó de latir su corazón en el patíbulo.

Nadie ha podido ver mejor que yo al pobre Damperier en sus últimos momentos.

Pues bien: Damperier ha escapado al castigo; ha muerto dichoso, bendiciendo la justicia de los hombres!

Vea usted, caballero, cómo se ha realizado este fenómeno.

La pena de muerte no es, como es sabido, puramente física.

Desde este último punto de vista, la piedad de los sabios cree haber dicho su postrer palabra.

La sección de la espina dorsal y la evolución del cerebro por la sangre, parece que aseguran inmediatamente la cesación de la sensibilidad. Resta que calcular un sufrimiento moral, difícil de apreciar por razón de temperamento y de tiempo transcurrido.

La espera del momento supremo aplastará á un sanguíneo, torturará á un sensible, no hará huella en el idiota.

Mientras que el trance fatal está lejano, el reo vive y se sostiene de la esperanza. Sólo en el breve paso de los últimos instantes, es cuando el sentenciado á muerte sufre el castigo en todo su rigor.

Ha esperado; ya nada más puede esperar.

Toca con el dedo la muerte.

Ninguna evasión es posible.

Este tormento dura media hora, pero es atroz.

Pues bien; la ciencia viene á transformar la angustia de estos treinta últimos minutos en una beatitud incomparable.

La víspera de la ejecución, el abogado de Damperier pudo introducirme en la celda del reo.

Facil me fué dormirle, y como yo conocía por las sesiones de los Tribunales la historia trágica de su crimen, le dije:

—Mañana por la mañana vendrán á buscarle; Matilde, á quien creía usted haber matado en un momento de celos, no ha muerto, y se va á casar con usted.

La sugestión se verificó, y vea usted cómo ha tenido efecto en la práctica.

En el momento en que el verdugo fué introducido en la celda del reo, Damperier se adelantó hacia él con las manos tendidas, exclamando:

—¡Gracias á Dios!

—Luego, mientras la gente le rodeaba, él hablaba con un gozo infinito:

—¡Qué mañana tan hermosa! ¿Verdad? Voy al patíbulo contentísimo...... No perdamos un instante en vanas fórmulas...... Vamos, amigo verdugo...... Por tu mano voy á recibir la dicha más grande que he tenido en la vida...... ¿Quieren ustedes beber algo? ¡Regocijémos!

Ninguno de los asistentes sabía lo de la sugestión.

Estupefacto el director de la prisión, hizo servir un vino blanco, no del todo malejo.

Se bebieron unas copitas, y ya iba á secundarse con otras, cuando el reo se opuso.

—¿En que piensan ustedes?—dijo —¿Y esa multitud que nos espera en la plaza? Vamos; seamos exactos

Se le vistió; él lanzó un suspiro de satisfacción!

Ya vestido, se dirigió hacia la puerta de la celda, y recibió á las personas que entraban como á otros tantos invitados.

Llegado el momento se lanzó fuera, dirigiéndose con paso seguro hacia el lugar de la ejecución.

—¡Ved qué hermoso está! No he visto altar más ornado de flores. Los cirios ardiendo, parecen estrellitas por cima de la frente divina de mi novia.

Y en el momento en que se le apretaba el cuello, Damperier exclamó con sonrisa inefable:

—¡Es el primer beso!

¿Por qué no se persuadiría á los sentenciados á muerte de que el último suplicio contiene la felicidad suprema?

AURELIANO SCHOLL.

Al mostrar á esta niña encantadora,
suele decir su madre embebecida:
«Aquí teneis la Aurora
de los días más bellos de mi vida.»

Ya, al pretender ser tierno,
sale del pecho mío
un aliento más frío
que una ráfaga de aire del invierno.

Por no ser natural hace, cuando ama,
de cada paso de comedia un drama.

CAMPOAMOR.



LA MODA

Desprendemos de nuestro cambio extranjero algunos ds los figurines más hermosos de la estación, en los que se ha dado campo la fantasía de los modistos y las modistas. Son trajes de paseo y de calle de encantadora novedad, el buen gusto de los cuales apreciarán sin duda nuestras lectoras.

No entraremos en descripciones tan enojosas como inútiles, limitámonos á mostrar los modelos más elegantes y que nuestras lindas favorecedoras elijan.

Traje de recepción.



Para una matrona joven.

Si te casas, Inés, ten por seguro
que todo novio es un traidor futuro.

***

Te morías por él, pero es lo cierto
que pasó tiempo y tiempo, y no te has muerto.

CAMPOAMOR

MERMELADA DE MELOCOTONES.

Mondados y hechos trozos los frutos bien maduros se echan en una cacerola; se calientan á fuego moderado hasta que se deshagan, sin dejar de removerlos, y se pasan luego por el tamiz. Por cada 500 gramos de puré se toman 350 de azúcar; se cuece esta á la bolita; se agrega después la pasta con un poco de vainilla, y cocida la mezcla á la capa, se la encierra en bocales de cristal ó de gres.

MERMELADA DE PERAS.

Se toman buenas peras, se dividen en cuarterones; se mondan y se ponen en una cacerola con un poco de agua y un puñado de azúcar; se cuecen á un fuego moderado. Cuando se ha reducido su humedad, se pasan por un tamiz; el puré se vuelve á poner en la cacerola. Por un kilógramo de puré se añaden tres cuartos azúcar molida, un trocito vainilla ó una cortecita de limón. Se hace reducir á fuego vivo, revolviendo la pasta y sin dejarla hasta que esté en el punto de á la capa. Se encierra últimamente en tarros de cristal ó de loza.

MERMELADA DE ALBARICOQUES.

Se eligen maduros los frutos; se parten en dos suprimiendo el hueso. Se ponen los albaricoques en una cacerola, se los hace disolver á un fuego moderado, removiéndolos sin cesar: después se pasan por un tamix.

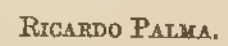
Para cada kilógramo de puré se toman 500 gramos de azúcar en trozo; échanse estos en un perol, se añade un poco de agua y se cuecen á la bolita. Después se agrega el puré y algunas almendras de albaricoques, mondadas y blanqueadas; se cuece todo á la capa; se vierte en vasos, cuando está frío; se cubre primeramente con un círculo de papel humedecido con aguardiente, después se cierra el vaso con papel sujeto por bramante ó con vejiga reblandecida.



El Salmo de la Vida.

Por H. W. Longfellow.

¡Ah! ¡No! No me digais con voz doliente
Que la vida es un sueño;
Que el alma muere donde el cuerpo acaba,
Que es nuestro fin incierto.
Polvo que vuelve al polvo es la sentencia
Funesta para el cuerpo;
Pero el alma que es luz, en luminosa
Región busca su centro.
Placeres y amarguras no son sólo
De la existencia objeto;
La vida es acción viva, afán perenne......
La vida es lucha, es duelo.
La obra del hombre es lenta y el tiempo huye
Rápido como el viento;
Y el corazón la marcha del combate
Sigue siempre batiendo.
¡Alerta! en la batalla de la vida
Reposar un momento
Es torpe cobardía: la victoria
Es hija del esfuerzo.
Da un adiós al pasado, y del mañana
No busques los destellos;
Pon la esperanza en Dios, mira el presente
Y lucha con denuedo.
La historia nos lo dice: la constancia,
El valor y el talento
Engrandecen al hombre—Fe y audacia!
También grandes seremos!
Y más tarde ¡quién sabé! si otro hermano
Al cual agobie el peso
Del infortunio, revivir se sienta
Siguiendo nuestro ejemplo!
Trabajar es luchar. A la obra, á la obra,
Sin desmayar, obreros!
Grabemos esta máxima en el alma:
Trabajar...... y esperémos.



RICARDO PALMA.



Para una señorita.



Traje de casa y de calle.

AMELIA.

Amelia, la enamorada esposa, estaba en los brazos de Leonardo, el fiel compañero de su vida, quien, ciego desde su niñez, sólo podía verla con los ojos del alma.

—¡Adorarte y no contemplarte jamás!—exclamaba Leonardo. Si yo te hubiese conocido en aquellos primeros años de mi vida, cuando aún podía contemplar el azul de los ciélos y el resplandor de las miradas, los rojizos matices de las rosas y de los labios, tendría fijos en mi memoria los rasgos todos de tu belleza, y tu imagen se destacaría sobre la negra noche que rodea á mis pupilas. Pero cuando mi corazón se abrió al amor ya estaban cerrados mis ojos á la luz, y nunca, nunca, podré admirar los tesoros de la hermosura que poseo y desconozco. ¡Amelia mía, fuente de todas mis venturas y del dolor que me agobia y me mata: refiéreme tú, con ese celestial acento que para siempre supo hacerme esclavo tuyo, las perfecciones de tu idolatrado sér. Descríbelas una por una, detallada y minuciosamente, y acaso el encanto de tu voz realice el milagro de que yo pueda llegar á imaginarte tal cual eres.

—No me atrevo á intentarlo, contestaba ella con encantadora modestia.

—¡No te atreves! Dí que no me amas como yo te amo y que no quieres complacerme.

—Interrógame y trataré de contestarte.

Y á cada pregunta de Leonardo sobre el color de los cabellos de Amelia, sobre la claridad y pureza de sus ojos, sobre los contornos de su cuerpo, contestaba ella con frases en que se mezclaban por partes iguales la sinceridad y el pudor, y que colmaban al pobre ciego de nuevo orgullo y de nueva y desesperada amargura,

La idea de la hermosura de Amelia crecía, se agigantabe en su espíritu; su confusión y su impotencia, al tratar da precisarla con líneas y colores, eran á cada instante mayores.

II.

El amor de los dos esposos no era el que se extingue, ni de los que se disminuyen, ni siquiera de los que con el tiempo se modifican. Era siempre el mismo.

En ella producía una felicidad sin límites el constante entusiasmo, la misma amargura de no poder realizar su absurdo deseo.

Llegó en esto á la ciudad donde habitaban Leonardo y Amelia, un médico famoso ya en todos los países del mundo, por sus extraordinarias curaciones.

Devolver la vista á los ciegos, el oído á los sordos y la palabra á los mudos, era la cosa más sencilla para aquel sabio incomparable.

Se aseguraba que nunca dejaba de curar radicalmente á cuantas personas acudían á su consulta, y Leonardo sintiéndose penetrado de la fe que animaba á todos, abrió el lecho á la esperanza y resolvió ponerse en manos del doctor.

—Curadme, le dijo, devolvedme la vista y tomad ne cambio, entera, mi fortuna. Haced que contemple al fin la más bella de las mujeres nacidas, á quien adoro mil veces más que á mi propia existencia. Y Leonardo siguió hablando y dando cuenta al famoso doctor de sus deseos y de sus angustias, y dejándole ver entero, con el institivo afán de conmoverle y decidirle más y más á procurar su curación, el profundo y agitado fondo de su alma.

El doctor escuchó á Leonardo con interés y con pena, y le respondió sonriendo amargamente:

—¡Dios me libre de abrir tus ojos á la luz y Dios te libre de conseguir jamás tus deseos! ¡Amas como á nadie has amado en el mundo y anhelas ver el objeto de tu amor!............¡Eres un niño! El cielo te ha concedido el supremo bien de alcanzar la posesion sin agotar sus alegrías y pretendes sustituir á tu ilusión hermosísima la verdad siempre árida y fría. ¿No comprendes, desventurado, que á causa de ese mismo misterio en que para tí está envuelta tu amada, la imaginas mil veces más bella de lo que realmente puede ser. aunque sea, como tú crees, la mujer más perfecta del universo? El momento de verla sería siempre para tí úna espantosa decepción, porque el sueño, aun el susceptible de ser realizado, no está libre nunca de desencanto sino á condición de no llegar á realizarse jamás. Confórmate con tu ceguera y acostúmbrate á considerarla como el origen de tu felicidad, el eterno entusiasmo en el amor, y compadece al resto de los mortales condenados á ver la imperfecta belleza de los seres y de las cosas sin que las lágrimas que tan á menudo nos hacen derramar nublen por completo nunca la claridad de nuestras miradas.

Catulo Mendes.

«La mujer es un angel sin alas.»
Las hay que, sin tenerlas, suelen alzar el vuelo!

«Vine, ví y vencí.»
¡Cuantas lechuzas nutridas con *átomos de César*, habrán comido ya los nietos de los que fueron sus esclavos!

EL MUNDO.

TOMO I. | MEXICO, ENERO 17 DE 1897. | NUMERO 3.



Recepción del Sr. Presidente de la República y de su esposa

En el baile dado en su honor en Minería.

(Del Natural por Carlos Alcalde.)

"EL MUNDO"
Semanario Ilustrado.
Teléfono 434.–Calle de Tiburcio núm. 20.–Apartado 87 b.
MÉXICO

Toda la correspondencia que se relacione con la Redacción, debe ser dirigida al

Director, Lic. Rafael Reyes Spíndola.

Toda la correspondencia que se relacione con la edición debe ser dirigida al

Gerente, Lic. Fausto Moguel.

La subscripción á **EL MUNDO** vale $1.25 centavos al mes, y se cobra por trimestres adelantados.
Números sueltos, 50 centavos.
Avisos: á razón de $30 plana por cada publicación.
Todo pago debe ser precisamente adelantado.
REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE.

«Agentes exclusivos para los Estados Unidos y Canadá The Spanish American Newspaper Company, 136 Liberty St. New York, E. U.»

Notas editoriales.

Cómo nacen los partidos políticos.

Recientemente se ha ocupado la prensa de la creación de los partidos políticos, discutiéndose si la oposición nace al influjo de los partidos, ó los partidos, toman cuerpo á impulsos de la oposición.

Es interesante investigar cómo nace un partido político en un Estado. El partido político no es un producto de generación espontánea; se informa en una agrupación de hechos, que propagados en una sociedad, forman un cuerpo de doctrina común á un grupo social. En términos más precisos: el partido político se crea en virtud de necesidades, de intereses, de aspiraciones, de tendencias de una porción de la colectividad. Mientras los intereses no han tomado un gran desarrollo, mientras las necesidades no se dejan sentir con demasiada violencia, el partido político no surge: es necesaria una etapa superior á la vida económica de un pueblo, para que aparezca.

Claro es que una oposición que no representa intereses de ninguna especie, que no ampara ninguna aspiración social, que no está apoyada, en suma, en algo positivo, no es tal oposición, en el sentido político que debe darse á esta palabra.

Un género de oposición últimamente desarrollado, ha sido el obstruccionismo; y el obstruccionismo es un combate de guerrillas, una guerra de alfilerazos que no está informada en ninguna disciplina, que no obedece á ningún programa: su función es la de hacer daño á toda costa, su tarea la de no hacer concesión alguna al poder público. El obstruccionismo no puede tomarse como la característica de un partido serio fuertemente constituido; y si renombrados hombres de Estado se han aprovechado de esta arma, ha sido como un procedimiento, como un medio; nunca como fin de una agrupación política sólidamente organizada.

La oposición nace con los partidos: porque como se ha dicho muy bien estos últimos días, estos son el *órgano* y aquella la *función*. Para que nazca un partido, se necesita que haya un grupo de intereses que lo determine, pues lo que da fuerza y consistencia á los grupos militantes, no son las estrofas de los poetas, no son las ideas de los filósofos, no son los discursos de los oradores, no son los artículos de los publicistas: son las necesidades sociales en lucha constante por ser satisfechas.

La superstición del kilómetro cuadrado.

No hace muchas semanas discurríamos en estas columnas acerca de esa extraña locura de los pueblos modernos—postrer reducto de un criterio formado en el período de conquista de las agrupaciones humanas—consistente en procurarse la mayor extensión de territorio, y sosteniendo á costa de los sacrificios más graves esas lejanas tierras disgregadas de la patria, procedimiento del que surgen necesariamente esos conflictos coloniales que en la actualidad se desarrollan.

Precisamente las últimas publicaciones europeas se han apoderado del asunto amplificándolo y robusteciéndolo con el impulso de espíritus superiores y el auxiliar de abundante documentación.—La tendencia á que hemos aludido, la pasión á que se ha hecho aquí referencia, ha sido encerrada en los términos de una nueva frase que ha venido á enriquecer la por hoy exhausta nomenclatura de la ciencia social: la *kilometría cuadrada*.

La *kilometría cuadrada*—es decir, el deseo inmoderado de apropiarse nuevos girones de territorio, arrancados de no importa cual comarca lejana del planeta, el anhelo de aumentar el suelo nacional incorporando terrenos arrebatados á quien sabe qué *tinieblas del Africa*, el delirio de aparecer grande, con una grandeza, no fundada en la cuantía de una producción desbordante, no en el desarrollo de los elementos de actividad, sino apoyada en la *superstición del kilómetro cuadrado*, extravagante megalomanía que consume riquezas y agota esfuerzos y despuebla territorios y siembra de cadáveres los más apartados rincones del planeta.

En vano es que se haga ver á los pueblos que la tierra, cuando el trabajo humano no se le incorpora, no es un *producto cotizable*, y que si esta tierra representa una suma mayor de sacrificios que de rendimientos, su *valor* resulta negativo; todavía la humanidad no se despoja de su primitiva piel de horda que vive de la rapiña y sueña en alcanzar por la conquista lo que por el trabajo no logra.

La nueva superstición amenaza minar á las nacionalidades contemporáneas en las bases de su bienestar y su riqueza sociales.

El Estado y las profesiones.

Un diario de esta Capital acaba de inaugurar una seria campaña contra la instrucción profesional gratuita, aduciendo en favor de su proyecto ideas que, no obstante haberse calificado de *poco nuevas*, merecen ser tenidas en consideración. En materia de progreso hay que recurrir en ocasiones á viejas verdades todavía poco difundidas en nuestra sociedad.

Hemos sido nosotros, los que no hace aún una docena de años hemos escrito con motivo del tema puesto al debate: En México hay *oferta de sabios* y *demanda de alimentos!* Faltan *cosechas* y sobran ilustraciones! Existe una plétora de hombres *profesionales* en medio de una inmensa extensión territorial de la que apenas una vigésima parte está cultivada, y entre la actual riqueza pública de las naciones latino-americanas y su equilibrio económico se opone el legislador, el jurista, el político, el poeta, el abogado...... una enorme cantidad de ciudadanos superiores robados á la labor de la tierra. Estos constituyen un obstáculo en el desenvolvimiento de los elementos naturales de cada nación americana.

En los Estados Unidos, el hombre no se preocupa por obtener un título pagado con los sacrificios de las clases trabajadoras. Allí, el ideal es llegar á ser una fuerza más agregada al conjunto de las fuerzas sociales. El *yankee* cree que se prestan los mismos servicios y que se es tan útil explotando un *pozo de petróleo* como pronunciando un discurso en el parlamento.

Los latino-americanos pensamos que el hombre es útil por su *levita*, por su *título*, por su *mise en scène*. Hay un culto hacia las grandes palabras, hacia las *botas de charol*, hacia los galones de jefe, la dialéctica del diputado, el bastón del médico y la gravedad del jurisconsulto. Y como la materia prima de nuestra riqueza social no ha avanzado paralelamente, se observa un notable desequilibrio, una laguna inmensa, imposible de colmar hasta que las corrientes de los espíritus no emprendan otro más saludable derrotero. Para nosotros, el problema consiste en que el aumento en la producción no se encuentre por debajo del aumento en las profesiones: que cada nuevo representante de una carrera compense para la sociedad al obrero perdido, que un sabio sustituya al agricultor que se escapa!

***

Se ha dicho muy bien: el Estado no está interesado en formar sabios, sino en formar ciudadanos, y la sociedad civil, tal como los gobiernos modernos la preparan, acabará por parecerse según frase de un ilustre economista (M. P. Leroy Beaulieu, *El Estado moderno y sus funciones*) á uno de esos viejos ejércitos centro-americanos, en los que el número de los generales y coroneles es superior al número de los soldados.

Preciso es instruir á las masas, ya que la instrucción es la base de las instituciones y del bienestar de un pueblo, y que ese gasto salga del fondo común, puesto que á todos aprovecha. En este sentido ha podido repetir un diario la frase lanzada por un pedagogo de este lado de acá del Atlántico: *Gobernar es instruir*.—Pero que los sacrificios hechos por países, que apenas comienzan á dar sus primeros pasos en el camino del ensanche de la riqueza social, no sirvan para favorecer á una clase privilegiada que puede, por sí sola, procurarse armas profesionales para triunfar en la lucha por la vida.

Tal vez no esté lejano el día en que esta reforma se realice y entonces ya no veremos ahogarse en la atmósfera de las antesalas á esa avalancha de *jóvenes de carrera*, en solicitud de una frondosa rama del *árbol—presupuesto* cuya sombra cubre amorosamente á tanto ciudadano.

Política General.

RESUMEN.--Historia del arbitraje general anglo-americano.--La Gran Bretaña y los Estados Unidos.--Exaltaciones de ayer y sensatez de hoy.--La doctrina Monroe.--Enseñanza elocuente al mundo civilizado.

Cuando hace un año los dos pueblos anglo-sajones que juntos representan una misión altísima en el mundo civilizado y vinculan las tendencias de una raza y los intereses de una familia, parecían orillados á un serio rompimiento por causa del conflicto venezolano, en que uno pretendía defender la fuerza del derecho contra las aspiraciones del otro que sólo se apoyaba en el derecho de la fuerza, nunca pensamos en que terminaran esas dificultades de otro modo que como resuelven de ordinario sus problemas las naciones prácticas y como sortean los escollos que á su paso encuentran la Gran Bretaña y los Estados Unidos.

Creímos que á pesar de la exaltación malsana de los britanos mercantiles y la excitación morbosa de los yankees laboriosos, todo se arreglaría pacíficamente y no tendríamos que presenciar una guerra, que habría sido formidable entre los vástagos de una misma estirpe, ligados por comunidad de aspiraciones y estados íntimamente con el fuerte lazo de los intereses económicos y comerciales.

Y así sucedió: á la explosión *patriotérica* anti-americana que produjo en Inglaterra y alguna de sus colonias el mensaje del Presidente Cléveland, definiendo la casi olvidada doctrina Monroe y ofreciéndola como égida protectora á la República Sud-Americana, contra los desmanes del gobierno británico en las codiciadas riberas del Uruán y en las fértiles márgenes del Orinoco; al entusiasmo anti-británico que estalló en los Estados Unidos provocado por las palabras del Presidente, exajerado por las excitaciones del *jingoismo* de algunos senadores y enardecido por las resistencias que en un principio ofreció el gabinete de Salisbury y la actitud idéntica de la prensa inglesa, siguió muy luego la calma sensata y la serena meditación. Los hijos de Albión pronto recobraron su tranquilidad y los buenos hijos de Penn vieron desvanecidos sus impulsos hostiles.

Pudo más en ellos la consideración de los intereses que resultarían náufragos, caso de un rompimiento, que el halago engañador de la gloria, en el evento indeciso de un triunfo problemático. Y se estudió, se discutió, se hizo á un lado patrióticamente la envidia y rivalidad que asomaban entre naciones del mismo origen, y quedó decidido el arbitraje en la cuestión anglo-venezolana, solución que en vano había perseguido Venezuela en su debilidad y había rehusado constantemente Inglaterra, en su grandeza. La doctrina Monroe recibió así firmísimo apoyo y el mundo occidental quedó desligado de estrañas intervenciones y libre de las rapacidades de la Europa monárquica, que por más de cuatro centurias había ejercitado en él el inicuo derecho de conquista.

***

Mas no bastó á la diplomacia anglo-sajona haber zanjado esa dificultad, y conjurado la tormenta que enturbió su cielo con sombras amenazantes, para precaverse de nuevas tempestades y ponerse á salvo de otros choques que en un momento dado pudieran arrastrarla á excisiones verdaderas en su propio seno: acaba de concluir un tratado de arbitraje que deja todos los disturbios futuros á la decisión de jueces serenos que alejen para siempre todo posible rompimiento.

Y he aquí que esa raza fría y calculadora, que comenzó por sentir el latigazo de un cáncer que pudiera corroerla, que se estremeció á los asomos de la envidia que pudiera dividirla y se exaltó á los primeros vajidos de un rencor que pudiera apartarla de la misión que desempeña en la obra de la civilización moderna, vuelve sobre sí, reflexiona, y da al mundo el grandioso espectáculo de una tendencia bendita hacia la paz universal.

La Gran Bretaña y los Estados Unidos tienen y representan poderosa vitalidad y poseen en los elementos de su organismo suficientes energías para sostener sus derechos de nación soberana, y abdican de esas fuerzas, olvidan esas energías, para entregar sus futuras disidencias al frío raciocinio y seguir siempre unidos por los lazos del interés económico y de la comunidad de aspiraciones que los han guiado en su camino triunfal.

No podían ser como no fueron, los problemáticos derechos á un territorio reclamado por Venezuela, causas que interrumpieran todo un programa de tradición y de abolengo; no podía ser la interpretación de una doctrina internacional americana, vista con supremo recelo y mal disimulada prevención por la Europa entera lo que apartara á los dos grandes pueblos de habla inglesa. Si necesitaba la doctrine Monroe la aceptación de parte de una potencia del viejo mundo para recibir su sanción perfecta en el derecho positivo que informa las relaciones de los Estados modernos, el tratado preliminar que ha terminado el conflicto anglo-venezolano es la mejor demostración de que esa doctrina, presentada como salvaguardia de las jóvenes repúblicas latino-americanas contra las rapacidades de la conquista, es acatada por una nación poderosa del viejo continente.

Vean en ese tratado los Estados rivales que sólo escuchan las insinuaciones del rencor y atienden á las torpes sugestiones de la envidia, de qué manera se establece la harmonía y la concordia, y se echan las bases de la paz universal. Comprendan también cómo se sacrifican hasta lar rigideces de un amor propio mal entendido, para hacer que la política, libre de los movimientos pasionales, ajena á los arrebatos del entusiasmo sentimental, ocasionado á ofuscaciones y devaneos, sea siempre el resultado del razonamiento sereno y luminoso.

Desgraciadamente, todavía está muy distante el reinado de la paz sobre la tierra, todavía tendremos que ver á las naciones rodeadas de todos los elementos refinados de la guerra para vivir en paz con sus vecinos, y habremos de presenciar esos sacudimientos apocalípticos que conmueven los ejes del planeta, envolviendo á los pueblos en catástrofes espantosas y ruinas asoladoras.

Pues aunque llegáramos á presenciar una política de conciliación que momentáneamente nos librara de los grandes armamentos sobre los cuales descansa el trabajo y equilibrio de la paz actual, siempre quedarían palpitantes los antiguos rencores, y en el fondo de la aparente calma quedaría la hiel de los amargos recuerdos, el fermento de las venganzas, la levadura de atávicas morbosas rivalidades.

14 de Enero de 1897. X. X. X.

OTRO PAGO DE $10,000.00 DE "LA MUTUA" EN GUADALAJARA.

Guadalajara, Enero 8 de 1897.

Sr. D. Carlos Sommer, Director General de "La Mutua." México.—Muy apreciable señor mío:

Tengo el gusto de manifestar á usted que hoy recibí de esta sucursal del Banco de Londres y México, con mi carácter de tutor legítimo de mis menores hermanos María Concepción, María de la luz, Elena y Salvador Brambila, la suma de ($10,000) Diez mil pesos, valor de la Póliza núm. 769,546 constituida á favor de mis expresados hermanos en la Mutua de New York, compañía de Seguros de vida que usted dignamente dirige. Con la expresada suma recibí también doscientos veinte pesos diez centavos como devolución de premios respectivos.

Por la actividad y eficacia con que usted se ha servido proceder en este asunto, tengo el gusto y la satisfacción de dar á usted las más sinceras gracias en nombre de mis expresados hermanos.

Tengo el honor de repetirme de usted su más adicto y S. S.—José I. Brambila.



ESTER TAPIA DE CASTELLANOS
† el día 8 del actual en Guadalajara á la edad de 57 años.

La aplaudida poetisa michoacana, cuyo retrato damos arriba, vió la luz en Morelia, y por los años de 60 á 62 fué á residir en Guada ajara, donde colaboró con aceptación en las revistas literarias de la epoca, en unión de los mejores escritores jaliscienses y publicó dos colecciones de versos muy conocidas: «Flores silvestres» y «Cánticos de los niños.»

Era socia correspondiente de varias distinguidas agrupaciones literarias.

Su muerte ha sido verdaderamente sentida.

Halle su espíritu la paz.

EL BAILE EN MINERIA

Por fin llegó esa noche maravillosa, esa noche de cuentos de hadas, esa noche de encanto indescriptible tan locamente esperada por mil corazones jóvenes. Efectuóse por fin en el edificio de Minería—el primero de México—el gran baile que en obsequio del Sr. Gral. Díaz organizaron las principales clases de nuesta sociedad, con motivo de la nueva toma de posesión del poder y á la hora en que esto escribimos, mal alumbrados por el velón cuya luz lucha con las primeras claridades trémulas del alba, ya callaron las harmonías, ya se extinguieron los focos, ya descendió sobre los párpados fatigados el sueño, ya se desvanecieron como no escuchada queja las notas de la magistral orquesta del Conservatorio y el recuerdo espera acurrucado en los níveos cortinajes de los lechos á que se despierten las lindas pupilas negras y azules para extender ante ellas el divino espejismo de lo que fué.

***

Nó, no me pidais nota completa de lo que ví, de lo que oí, de lo que sentí......Es aun muy pronto. Las sensaciones se agolparon en mi cerebro en confusión caótica y aun revolotean locas en él; dejad que el orden suceda al caos, mañana os lo diré todo, cuando el sueño como un triste pastor vuelva mi espíritu al redil. Ahora sólo os daré notas aisladas, rasgos impresionistas, algunos nombres y algunas observaciones breves......Aguardad á mañana......

***

¿Las luces? Se llamaban legión: 2,500 poco mas ó menos, proporcionadas por las compañías electricistas Nacional y Knigh. De esos focos, setenta de gran tamaño, distribuidos, 40 en el centro de cada uno de los arcos de ambas regias series de corredores y los otros en los salones y en el vestíbulo.

Ya podréis imaginaros aquel desvarío, aquella locura de esplendor.

¿El adorno? Baste decir que el Sr. Ignacio Bejarano lo tuvo á su cargo para que nadie dude de su exquisita elegancia y buen gusto.

Leed empero las siguientes notas que debo á un compañero discreto:

Una combinación feliz de estilos producía el más cautivador efecto.

Los arcos de la parte baja, que son de arquitectura toscana, ostentaban cortinajes de espléndido peluche, de varios colores, formando ondas en la parte superior y caían con naturalidad hasta el piso. Para que nada quedase descubierto de la cantería, se cubrió el resto de los arcos con una decoración floral apropiada. Las columnas estaban elegantemente vestidas de palmas y guías de rosas.

Los muros de los corredores, correspondiendo á dichos arcos, ostentaban grandes bastidores forrados de raso, también circuidos de flores. Sobre pedestales de un metro de altura, se colocaron artísticos macetones dorados, conteniendo plantas exóticas.

Son veinte los arcos de que hablamos. Los dos céntricos de los corredores Norte y Sur, mostraban lunas de Venecia, biseladas, en las cuales reflejábanse como en un lago encantado de diafanidad incomparable, el rítmico movimiento de las parejas, el frac severo y el pomposo y crujiente raso de los trajes femeniles.

Son veinte también los arcos de la parte alta; pero de orden jónico, y lucían cortinajes de raso: color blanco los del lado Sur, amarillo los del Norte, verde los de Oriente y rosa los del Poniente, yendo también sus dobles columnas revestidas de palmas y guías de flores.

El cielo raso estaba formado por un gran lienzo pintado de colores, formando *casetones* en su totalidad y pendía del centro un resplandor circular, de cuarenta y ocho rayos y un gran candil dorado, de fantasía.

Las dos extremidades del corredor Sur, del primer piso, estaban cubiertas por dos grandes cuadros que representan perspectivas: uno, las ruinas de Wortenstein, en Zurich, Suiza; y otro, un lago de azuladas ondas de la Baviera Superior, cercado de floridos arbustos y teniendo al fondo una cadena de montañas rocallosas.

Estos dos cuadros fueron pintados por el señor Jesús Herrera Gutiérrez.

Las regias escaleras, hechas para todos los desfiles hidalgos, para que por ellas discurran

el vizconde rubio de los desafíos
y el abate joven de los madrigales,

ostentaban también un adorno vistoso y delicado. En su parte alta, cubriendo el tragaluz de cristales, iba un gran bastidor cuadrado, cubierto de crespón verde, azul, rosa y amarillo, formando abullonados y contenía 400 luces. Lucía en el centro un cogín de razo blanco que llevaba una corona de luces.

Diverso era el adorno del vestíbulo; pero no menos notable. En las partes más visibles había dos bellos pastorales: una aldeana y un zagal.

***

¿Las damas?

¡Pecador de mí! Desde el momento en que recibido por numerosa y elegante comitiva el Sr. Presidente de la República se presentó en el salón, hasta en el que empezó á palidecer la luz de las estrellas, asistí á un divino desfile de ojos tropicales, de ojos de lago de Escocia, de ojos fulgurantes, y ahora que querría pronunciar nombres, no puedo. ¿Quién ha contado todos los diamantes luminosos de la Vía Láctea?

Esperad también. Y entre tanto, leed los siguientes datos que anticipa *El Mundo Diario:*

El traje de la Sra. Carmen Romero Rubio de Díaz es de riquísima seda con gran cauda y adornos de azabache.

El traje de la Sra. Amada Díaz de la Torre, es de color rosa con hermosos adornos. El de la Sra. Prida de Núñez, color violeta de piel de seda. El corpiño lleva flores sobrepuestas de color amarillo, especie de margaritinas, que lucen mucho. El de la señora Whith, blanco con adornos color de rosa y encajes de punto de Inglaterra. El de la señora Tagle de Rivas, de terciopelo negro con pasamanería bordada de plata.

Señora de Choussal, traje azul pálido con ricos encajes de Inglaterra. El corpiño es de color amarillo naranja, de terciopelo.

Señora Concha Rivas de Torres, enagua de *broché*, rameada de tonos, amarillo y crema, chaqueta de muselina bordada de pedrería é hilo de oro.

Señorita Laura Enríquez, vestido verde Nilo con encajes y fl

Señorita Aurora Enríquez, color rosa, de raso *Liberty*, con muselina.

Señorita María Luisa Enríquez, de raso blanco con lentejuelas y flores.

Señorita Adela Fernández, color rosa, salpicado de perlas y lentejuelas de oro.

Señora Brier, vestido negro con aplicaciones de avalorio y bordados de oro.

La señora esposa del Ministro inglés, traje de fondo blanco realzado con rosas de finísimo oro, adornos amarillo paja de gró é hilillos de pequeños y valiosos brillantes.

***

Y ahora, hasta luego; dejad que el sueño, ese pastor silente vuelva mi espíritu al redil; dejad que duerma... .. Mañana os diré tantas cosas.......

UN PUNTO.



El baile dado en Minería en honor del Señor Presidente.—Las invitaciones.



El baile dado en Minería en honor del Sr. Presidente.—Aspecto del Salón la noche de ayer. (Del natural por J. M. Villasana.)

Srita. Concepción Zivión y Saravia.

A la original y hermosa fotografía que publicamos y otras que lo son no menos, con que engalaneremos nuestras páginas, nuestro especial amigo el Sr. D. Mariano Salas, de Guatemala, que tuvo á bien hacernos la donación simpática, acompañó una nota en que expresaba la convicción de que nuestros poetas no podrían menos que inspirarse, ya que no á la vista del original, cuando menos á la de la copia, para desgranar á los pies de esas hermosuras los claveles rojos de sus cantos eróticos y las rosas reales de sus lisonjas perfumadas. La presunción era justa......... pero nuestros poetas ya no cantan sino en los ratos perdidos, y, *hombres al fin del siglo diecinueve*, procuran perder los menos. La curia, la medicina, el periodismo, los empleos y aun el comercio, preocúpanlos más que el Ideal más ó menos hecho carne en alguna hermosa. No, nuestros poetas ya no cantan á la donosura y gentileza de la Eva eterna, porque hancaído en la cuenta de que la belleza que premia con miradas y caricias, demanda para poseerla honesta y legítimamente un cuadro de opulencia y aspiran ellos desde luego á adquirir el cuadro, para conquistar después la belleza.

No cantan y es de sentirse porque hermosuras como la que hoy engalana nuestra revista, hechas son para recibir el perfume de todos los inciensos y la frescura de todas las flores. Son hermosuras hermanas de las nuestras, que EL MUNDO ha presentado con orgullo en opulenta galería, desde su fundación hasta ahora, á sus lectores, hermosuras *hechas de sombra y luz* que diviniza el trópico y que hacen recordar los versos del cantor de Luzbel:

......Negros sus ojos, negro su cabello;
competir en su rostro parecía
la noche con el día
pero acaso el crepúsculo no es bello?

hermosuras, en fin, que así hilan la rueca llena de copos lácteos en el hogar escondido y dichoso, como esplenden al áureo sol de las arañas en los salones del gran mundo.

¡Sombra y luz!......

***

Y nosotros que hemos deslumbrado tantas pupilas jóvenes, mostrándoles los rostros ideales de las bellezas mexicanas, debíamos, rompiendo fronteras (que para nuestra circulación no existen) asociar á nuestra galería las bellezas guatemaltecas, también hispanas y deslumbradoras también.

Hacémoslo así, con agrado, iniciando hoy la nueva galería, y puesto que nuestro semanario, que ya circula mucho en centro América, empieza á extender su esfera de acción á la America del Sur, á las bellezas centro-americanas, haremos suceder las surianas donairosas y así habremos logrado que con el movimiento político, literario y científico de América, nuestra revista refleje la alma luz de la hermosura femenil del privilegiado mundo de Colón!

DAMAS GUATEMALTECAS.



Señorita Concepción Zivión y Saravia. (En traje de fantasia.)
(De fotografía enviada por nuestro amigo el Sr. Don Mariano Salas de Guatemala.)



TRES PERIODISTAS Y UN REO DE MUERTE.

I.

En el mes de Septiembre de 1857 hallábase en Madrid la famosa trágica Adelaida Ristori, representando con éxito excepcional en el Teatro de la Zarzuela.

Una noche tres jóvenes periodistas, casi desconocidos, llamaron á la puerta de su cuarto, en ocasión que la actriz iba á transformarse en la *Medea* de Legouvé.

—¿Qué queréis, señores?—preguntó entreabriendo.

—Hablarle cinco minutos.

—Perdón, ahora es imposible. Vuelvan en el primer entreacto.

—Sería tarde, señora. De vuestra conferencia depende la vida de un hombre.

—¿La vida de un hombre? Entonces pasen ustedes.

Y la Ristori, maravillada, los invitó á que esplicasen el enigma.

—Señora—dijo uno de los jóvenes—en este instante se halla en capilla, para ser fusilado al amanecer, un soldado que se llama Nicolás Chapado; contaba once años de conducta irreprochable en el servicio, pero un sargento cruel lo golpeó sin causa, y aquel tiró del sable para contenerle, aunque sin herirlo. Por este solo hecho se le ha condenado á la última pena.

—¡Dios mío! ¡qué horror! ¡qué lástima!

—Mas, usted puede salvarle la vida.

—¡Yo! ¡Ojalá!

—El indulto ha sido negado á varias diputaciones; pero sabemos que el arte ha sido omnipotente; sabemos que si usted implora á la Reina y al primer Ministro, alcanzará la victoria; ambos se hallan en el teatro; llame usted á Narvaez, ahora mismo, y al terminar el acto primero preséntese en el palco real.

—Pero, señores, ¿llamar al ministro? ¿Vendría?

—Es un caballero español.

Entonces dispongan ustedes de mí: intentaré lo que desean.

II.

El Duque de Valencia fué avisado, y no tardó en acudir. La Ristori le invitó á entrar en su cámara, encerrándose bajo llave para no ser interrumpida.

Mariscal—le dijo con voz preñada de lágrimas—varias veces me ha asegurado usted que nada me rehusaría.—Le pido la vida de ese pobre soldado que se merece clemencia.

—Señora, respondió el duque—¡es imposible! Lo lamento mucho; pero se impone un ejemplo duro. Nuestras revoluciones comienzan en el ejército; la disciplina está relajada. Todo el Municipio ha implorado á la reina el indulto de ese soldado, y yo me he opuesto. En estos instantes la clemencia sería peligrosa.

Entonces la Ristori apeló á todos los recursos de su maravilloso arte para conmover al viejo guerrero. Una interna lucha se revelaba en el rostro del duque: las lágrimas consiguieron triunfar, y tomándole una mano:

¡Ah, señora—exclamó, me ha vencido usted! Si la Reina consiente, no me opongo. Pídale usted una audiencia; será usted recibida en un entreacto; arrójese á las plantas de su majestad; sea usted tan elocuente como conmigo, la Reina quedará perpleja. Dirá á usted que el Presidente del Consejo se opone á la gracia...... Me hará llamar...... yo acudiré...... ¡Esperemos!

Una emoción verdadera ahogaba á la Ristori, no podía hablar, estrechó la mano de Narvaez con gran efusión, prometiéndole seguir sus consejos.

Apenas se marchó éste todos la rodearon preguntándola: ¿Ha rehusado? ¿Ha consentido?

Y la Ristori contestoba:

Dejadme, dejadme.... Os lo ruego. ¡No puedo aún deciros nada!

II.

Concluido el primer acto, se dirigió la Ristori al palco real acompañada por Barbieri.

La Reina la esperaba: varios Ministros rodeaban á su Majestad.

La gran actriz, sin vacilar un instante, se arrojó á los pies de Isabel II, pidiendo gracia para el pobre soldado con no menos elocuencia de la que la había hecho triunfar de Narvaez.

—Cálmese usted—le dijo la Reina, levantándola, sin poder disimular su emoción.—Yo accedería, pero el primer Ministro......

La Ristori, olvidando toda etiqueta, interrumpió á Su Majestad.

—Señora, dígnese preguntárselo. Yo conozco sus sentimientos humanitarios, y no persistirá en su rigor.

Narvaez, que se hallaba presente, se inclinó ante la Reina sin pronunciar palabra.

Esta entonces exclamó conmovida:

—¡Pues bien, sí, sí; concedemos el indulto.

Y la Reina pidió una pluma y firmó la gracia deseada.

Después dijo á la Ristori sonriendo:

—He aquí una tragedia que termina bien: guarde usted esta pluma, que será para usted y para los suyos un recuerdo bendito.

Con esa reliquia en la mano y el corazón desbordando alegría salió la actriz del palco real, y atravesó la concurrencia que esperaba ansiosa el resultado de su tentativa.

—¡El indulto! ¡Tengo el indulto! gritaba fuera de sí.

Algunos instantes después apareció en la escena, y era acogida por una inmensa aclamación. Los vivas y aplausos resonaban intermidables, uniendo los nombres de la Reina y el suyo.

Aquella noche obtuvo la Ristori la ovación más grande é imponente de su vida.

VI

Apenas se supo la fausta nueva cuando los tres jóvenes autores del *complot* nobilísimo, abandonaron el teatro y uniéronse al Gral. Enríquez, ayudante de Narvaez, para ir á las prisiones militares.

En ellas aguardaba la hora de amanecer el condenado á muerte, ya perdida la más remota esperanza.

Enríquez mostró al Gobernador la real orden y acordaron comisionar al Cura Berrocal para que revelara al reo la noticia gradualmente.

Así convenido, entró aquel á la capilla: los tres jóvenes se quedaron en la puerta asomados á la mirilla enrejada.

El preso hallábase sentado y liaba un cigarrillo de papel. No hizo movimiento alguno cuando distinguió al sacerdote, y éste, esforzándose por disimular su alegría, le dijo:

—¡Hijo mío! ¿como tienes el ánimo? ¿Esperas aún?

—Nada, Padre: bien lo sabe usted.

—Yo sé que la caridad cristiana nunca se rinde. La esperanza no debe abandonarse hasta el último momento. No estás olvidado......y ¡quién lo sabe!

Chapado miró fijamente al Cura: cayósele el cigarrillo de sus manos, que temblaban, y preguntó con voz ronca:

—¿Hay algo?

—Sí, hijo mío, sí! ¡Dale gracias á Dios!—repuso aquel;—la Reina acaba de firmar tu indulto.

El reo se puso de pié y dió un grito estentóreo diciendo:

—¡Viva la Reina!

E inmediatamente cayó desplomado y sin sentido á los piés del sacerdote.

V

Los tres jóvenes llorando de emoción se miraron y se estrecharon las manos; parecían darse la enhorabuena por la hermosa obra realizada.

Pocas veces se unieron tres manos á impulso de tan santo motivo.

Pocas veces logró tanta fortuna una inspiración juvenil.

Inspiración hija no del acaso, sino de la grandeza de corazón y entendimiento que atesoraban aquellos jóvenes, que años después serían verdaderas glorias de la Patria.

Sí, porque los tres periodistas, redactores de *La Discusión* y de *El Pueblo*, y salvadores de un semejante, fueron D. Pedro A. de Alarcón, D. Gaspar Núñez de Arce y D. Manuel del Palacio.

¡Envidiemos esas páginas de sus vidas!

PEDRO DE NOVO Y COLSON.

Cualquiera que sea el techo ó la bóveda que un niño tenga encima de su cabeza, el cielo siempre se refleja en sus ojos.—*V. Hugo*.



"El Tepozteco."—Frente del monumento mostrando el atrio del segundo piso.

"EL TEPOZTECO"

Un monumento de nuestras antiguas razas.

Ahora que el Ferrocarril de México-Cuernavaca-Pacífico está para llegar á esta ciudad, creemos oportuno dar á conocer á los lectores de El Mundo todo aquello que pueda parecerles agradable ó interesante, del hermoso valle en que tuviera su primera morada en Nueva España el conquistador Cortés. Cuernavaca, por la benignidad de su clima, por su proximidad á la Capital de la República, (poco más de 3 horas de ferrocarril) y por sus hermosos paisajes, atraerá, en época no lejana, multitud de *touristes* é invernadores. Nos proponemos, pues, escribir una serie de artículos ilustrados, en los que daremos á conocer todo aquello que, bajo cualquier concepto, pueda atraer la atención de los viajeros. A título de curiosidad y por el interés que pueda despertar entre los aficionados á la arqueología, damos hoy una descripción, aunque somera, del curioso monumento llamado «El Tepozteco.»

***

Hasta á mediados del año de 1895, «El Tepozteco» permaneció abandonado: con excepción de algunas personas de la localidad, casi nadie conocía el interesante monumento, de cuya existencia, aun ahora, muy pocos tienen noticia. Cubierto de escombros, completamente invadido por la vegetación, «El Tepozteco» hubiese desaparecido si el Señor Presidente de la República, que se interesa siempre por todo aquello que pueda influir en el adelantamiento del país, no hubiera nombrado al Sr. Ingeniero Don Francisco M. Rodríguez para *exhumar* el magnífico monumento.

Los vecinos de Tepoztlán, Santa Catarina, Santiago y San Andrés, con entusiasmo digno de encomio, concurrieron á trabajar, gratuitamente, en las obras de exhumación; y es tanto más laudable este hecho, cuanto que la ascensión á la cima en que tenían lugar los trabajos, es muy larga y excesivamente penosa. La conclusión de las obras, hábilmente dirigidas por el Sr. Ingeniero Rodríguez, fué celebrada con serenatas é iluminaciones, y desde entonces «El Tepozteco» ha sido visitado por multitud de *touristes* y lo fué por algunos miembros del Congreso de Americanistas.

He aquí una ligera descripción de «El Tepozteco:» situado al N. de la villa de Tepoztlán, sobre una peña enorme. El monumento, de forma piramidal, tiene una altura de veinte metros y está construido con *tezontle* y piedra basaltica: Tiene tres cuerpos, y en el primero, por los lados E. y S. hay amplias escalinatas, bastante bien conservadas, de las cuales, la del S. conduce al atrio, frente al altar de los sacrificios, situado en el eje de la escalera que conduce al 3er. piso.

En el interior del 2º Cuerpo, cuyo piso está á nivel del atrio, está depositado el cadaver del rey tepozteco que ordenó la construcción del soberbio monumento, y algunos otros que se supone sean de miembros de la familia real, ó personajes prominentes de la Corte: entendemos que aún no ha sido bien explorado ese sarcófago. Al acabar de subir la escalinata que conduce al 3er. piso, se halla el visitante frente á las tres puertas (que ven al O.,) que dan acceso al grandioso *Teocalli*. Tiene éste una superficie de 48 metros cuadrados, y está dividido, de N. á S., en dos grandes secciones ó recintos, uno de mayores dimensiones, en cuyo centro se encuentra un hueco rectangular, que era donde se mantenía el *sacro fuego*, según lo demuestran los fragmentos de carbón vegetal y de *Copalli* que allí fueron encontrados: éste recinto era el destinado al público que asistía á las ceremonias. El segundo recinto, al que sólo tenían acceso los sacerdotes, és el más pequeño; en el centro y junto al muro, se encuentran los restos del altar en donde estaba la divinidad que allí recibía culto, y de la que sólo quedan dos piedras preciosas, una primorosamente esculpida y decorada, de coral rojo, y mostrando la otra el *Coqilli* que coronó al rey de *Tepoztla*. En uno y otro recinto, adosados al muro, hay asientos de piedra, cuyas caras tienen multitud de inscripciones geroglíficas perfectamente conservadas. Los muros están preciosamente decorados con estrías, dentículos, perlas, grecas, etc. toda esta decoración es *policroma* y de muy hermoso efecto artístido. Llama la atención del visitante la solidéz y magnificencia de la construcción, que revela prafundos conocimientos de arquitectura.

De las fotografías con que ilustramos este artículo, la número 1 es la del *frente* del monumento, mostrando el atrio del segundo piso en donde está la piedra de los sacrificios; la escalinata que conduce al tercer piso, los restos del altar, los asientos de piedra y fragmentos de la decoración mural. La fotografía número 2, muestra una parte, la más pintoresca del pueblo de Tepoztlán, y la montaña en cuya cima está situado el monumento. La número 3 está tomada de una parte del camino que conduce al «Tepozteco:» el lector podrá formarse una idea de lo imponente del paisaje, teniendo en cuenta que la más pequeña roca no mide menos de diez metros de altura.

Los viajeros tendrán, antes de mucho tiempo, grandes facilidades para visitar el curioso é interesante monumento que hemos descrito, pues el ferrocarril de Cuernavaca pasará precisamente por Tepoztlán.

L. E. Gutièrrez.

Cuernavaca, 1897.

EL "DONATO GUERRA."

UN BUQUE LUJOSO.

Damos un fotograbado con detalles completos del nuevo vapor guarda-faros «Donato Guerra,» hecho construir por nuestro gobierno en el puerto de Filadelfia.

Anu cuando las ediciones diarias de esta casa han publicado el grabado del nuevo buque, creemos conveniente dario en El Mundo semanario, primero porque la fotografía que aquí ofrecemos es naturalmente mejor que un dibujo hecho á líneas, y segundo porque nuestro periódico es de colección, en tanto que un diario se rompe ó descuida una vez leido.

El «Donato Guerra» acaba de zarpar de Filadelfia y estará muy en breve en Veracruz donde la gente de mar se apresta á recibirlo con grandes festejos. Elógiase mucho el lujo de este buque y para que nuestros lectores se formen cabal idea de sus comodidades y *confort* transcribimos las siguientes notas de uno de nuestros redactores á este respecto:

El salón principal, independiente de la cámara de oficiales y destinado á comedor, es de madera fina, perfectamente barnizada y con relieves dorados; el piso es de mosaico de madera y el techo, pintado de color crema, tiene también relieves de rosa y oro. En el fondo ostenta un elegante aparador de nogal con tapas de marmol para guardar la vajilla y la cristalería del servicio. La mesa que ocupa el centro puede servir para doce personas.

De este salón se pasa á los departamentos de los inspectores, decentemente amueblados, y que constan de alcoba y cuarto de baño y por su pasadizo se llega á la despensa y otros sitios accesorios.

Por una escalera de caracol se asciende á lo que se llama el *cuarto de cartas*, que es el verdadero lujo del vapor.

Consta éste de una alcoba lujosamente decorada y de un saloncito con una estatua de marmol, muebles de muy buen gusto; y ostenta en las paredes los retratos del General Donato Guerra, que dió nombre al buque, del Presidente de la República, General Porfirio Díaz y del General Mena, actual Ministro de Comunicaciones. Estos retratos son obsequio de los señores Samuel Hermanos, contratistas para la construcción del navío. El saloncito tiene las paredes de caoba labrada y pulida con reales dorados.

Todos los demás departamentos del buque están arreglados con orden y buen gusto, mereciendo mencionarse el de la marineria, que es cómodo é higiénico.

Los instrumentos del vapor van en un cuarto especial sobre cubierta, para utilizarlos facilmente en los momentos del servicio.

El «Donato Guerra» será, pues, un cómodo alojamiento para los empleados que se destinen á la inspección de faros y su llegada á las aguas mexicanas debe ser motivo de regocijo, porque viene á inaugurar una importante mejora en el servicio marítimo de las costas del Golfo.



«Educar es redimir.»

Así también lo entienden los *cacos*, y por eso se educan en el arte de prestidigitación, para redimir al prójimo de la pesada esclavitud del dinero.

G. García Hamilton.



"El Tepozteco"—El pueblo de Tepoztlán.



"El Tepozteco."—Fracción del camino que conduce al monumento.

PAGINAS OLVIDADAS

CON PRETEXTO DE "MARIA"

Este es un libro que yo guardo en el estante honrado de mi humilde biblioteca, junto á la *Magdalena* de Sandeau y los Cuentos de Carlos Dickens. Este es un libro que leeré á mis hijos, cuando los tenga, y que ha pasado ya por las manos de mi novia. Este es un libro casto, un libro sano, un libro honrado.

Me parece que ya han corrido muchos años desde que lo leí por primera vez. Fué en el jardín de una hacienda, á la hora de la siesta, bajo el nogal hospedador, donde anidaban tantos pájaros cantores. La tarde fué cayendo, y los rayos del sol en el poniente teñían de color de rosa la nieve de los volcanes. Apenas se veía. Hasta el lugar en que yo estaba, tendido indolentemente sobre el musgo, llegaba el balido de las ovejas que volvían á sus rediles y el retintín de las esquilas.

Los bueyes mugían entrando á sus establos, y los peones, sudorosos y cansados, regresaban al caserío. De cuando en cuando dejaba el libro abierto sobre el césped, y veía el cielo azul, color de «*no me olvides*.» Luego acabó la luz, volví á la casa, y á la indecisa claridad de un gran velón, terminé la lectura. Nadie estaba en la sala: era víspera de una solemne fiesta religiosa, y amos y criados habían ido á la capilla para adornar los altares y confesarse con el padre cura. El jardín olía á flores nuevas y la casa á incienso. Dios estaba allí.

Me parece que ya han corrido muchos años. Acaso nunca volveré á la quietud reparadora de aquel campo. Tal vez no vuelva á leerte, pobre libro! Ya estás viejo, tu pasta se ha desteñido; muchas de tus hojas tienen dobladas una de sus puntas y hay en los márgenes de otras, apuntes, fechas, nombres, versos manuscritos y figuras dibujadas con lápiz. Así trato los libros que más quiero. Pero allí estás, en el estante honrado de mi humilde biblioteca, junto á la *Magdalena* de Sandeau y los *Cuentos* de Carlos Dickens. Me hablas de ese horizonte soberano que divisaba desde el jardín en que te leí; del silencio sonoro que reina eternamente en ese valle; de la capilla con sus blancos cirios y sus flores frescas y sus imágenes toscamente esculpidas; del amplio confesionario á donde iban, con los ojos húmedos y la voz compungida, las devotas penitentes; del rosario, rezado en común poco antes de la cena; de aquella calma, de aquella serenidad, de aquel contento; de la mujer que más he amado y de las horas en que más he creido! Tú fuiste el único libro que leí en aquellos días, si no es un libro la naturaleza, y otro libro más admirable aún, el corazón.

En varias ocasiones he querido leer de nuevo la historia de *María*. Ocúrreme, sin embargo, lo que pasa tal vez á los avaros, cuando presumen que alguien abrió sus cofres y les robó su oro. El hombre avaricioso, pálido de emoción, mira los cofres entreabiertos y no se decide á levantar la tapa para cerciorarse de sí ya el robo se ha verificado. Pues así pienso yo cuando toco ese libro que, á manera de urna, guarda tantos recuerdos de cariño. ¿Se habrá evaporado la esencia? ¿Volveré á sentir las tiernas emociones que me produjo su lectura? No quiero conocer la huraña realidad; no quiero sujetar entre mis dedos las alas de la mariposa, desmenuzando su polvillo de oro. Las sensaciones mudan, el griterio varía, los años pasan; tal vez el rostro de la mujer que amamos está ajado por la vejez, pero el corazón terco no quiere creer en esas lógicas mudanzas, y los ojos del alma siguen mirando hermosa y joven á la pobre mujer cuya sedosa cabellera ha encanecido y cuyo cutis de durazno han arrugado los años. No veáis á la novia de ha veinte años, sino queréis perder las delicias del recuerdo. No leáis el libro que tradujo tan bien el poema de vuestros primeros amores.

***

No sé si ha dicho alguno, ó lo digo yo ahora, que la música encanta porque ponemos en ella nuestros propios sentimientos. Con efecto, lo que nosotros queremos oír es lo que oímos. Una misma armonía aumenta nuestra tristeza si estamos tristes, ó nuestro regocijo, si la alegría nos baña el alma. Las notas son como cápsulas huecas, en las que ponemos la miel de la dicha ó el ajenjo del dolor.

Pues cosa parecida á esto que digo de la música, puede tambien decirse de «*María*.» Es un libro que poco ó nada significa para aquellos que no saben leer entre las líneas, esto es, en el corazón. Como pintura de la tierra americana, posée, es verdad, grandes bellezas; pero estas ya estaban comprendidas en la oda milagrosa que escribía Don Andrés Bello, y en muchas otras piezas peregrinas de la literatura americana. Quien busque tales excelencias en el libro, puede ocurrir, si es por ventura artista, á los pintores; si es hombre de ciencia, á los tratados de botánica y á las obras de historia natural. Todo eso no es más que un paisaje, el cuadro, el marco. Si buscáis el idilio, el drama, el poema, bajad á vuestro mismo corazón. Ahí está otra *María* tan hermosa como ésta y que se le parece mucho, como se parecen todas las estrellas.

Por eso leemos con deleite la obra del narrador americano. No leemos á él: nosotros mismos nos leemos. Y como la memoria es siempre un libro nuevo, cada vez encontramos detalles más delicados y episodios más tiernos de la sencilla historia de esas dos buenas almas, qué se aman, sufren y mueren.

Cuando me han dicho algunos aristarcos que Núñez de Arce plagió á Isaacs, en su famoso «Idilio,» he soltado á reir. De ese modo plagian todas las aves que se abrevan en la onda azul del mismo arroyo y vuelan en la misma atmósfera y ven el mismo cielo. El amor es monótono, desde que el mundo es mundo; los hombres no han encontrado para expresarlo más que esta sola frase ¡te amo!

Lo que constituye cabalmente el mérito peregrino de «*María*,» es la llaneza de la fábula. Ese es un libro que todos habríamos escrito, si tuviéramos tanto talento como Jorge Isaacs. No encierra nada extraordinario; es la historia de los amores inocentes, la novela mía, la de usted y la de todos. El autor no puso de su cosecha propia más que el hilo dorado con que ciñe y cose esas palabras y esos episodios que ha dicho y ha sufrido. Lo demás viene de arriba y su autor es Dios.

Producir un sacudimiento de terror trágico, es más fácil que enternecer. Cuando se logra esto, se ha encontrado la juntura de la coraza por donde va la espada al corazón. En la novela de Jorge Isaacs, no hay gran esfuerzo de imaginación; pero las almas buenas lloran al leerla, como si Efraín fuera su novio y María su hermana. La verdad es que lloran por sí mismas: esas escenas y esas frases son el perfume de una cabellera que nuestros dedos ya no pueden despeinar, y las notas de un vals que se escuchó hace muchos años.

Hay mucho propio de nosotros en la historia de esos pobres enamorados. Es un libro nuestro.

Y todo en la novela ocurre fácilmente
"*Como la noche llega cuando la luz se va.*"

....

¡Así se ama y así se muere! No hay complicaciones ni engranajes intrincados. Esa máquina es tan sencilla como la máquina que más á menudo se rompe: el corazón. Sería vano también buscar en la novela un minucioso análisis psicológico. ¿Para qué? Basta narrar los hechos: el lector ha hecho ya el análisis y lo pone por su cuenta. Estas cosas jamás pueden explicarse: se sienten y se ven.

Hablando de «*María*,» podría decir perfectamente aquella frase que Saint Beuve aplicaba al soneto: «es una lágrima dentro de una gota de rocío.»

***

Si buscáis un exámen más prolijo, no queráis pedírmelo. Ya he dicho que no he vuelto á leer la historia de "*María*." Hubiera necesitado apercibirme á esa lectura, como los niños se preparan para hacer la primera comunión. Cuando tenga una casa, y en la casa una cuna, y en la cuna un niño, volveré á deletrear en mi corazón, quiero decir, volveré á leer la historia de "*María*." Ahora no; estoy muy lejos de los ojos negros que es como quien dice: estoy helado en la noche inacabable del Polo Norte. Pero tengo los ojos vueltos al cielo, guardando la postura de esos cadáveres egipcios que enterraban de cara al Oriente en espera de la resurrección; y cuando luzca el sol, leeré de nuevo el libro casto de mi adolescencia. Por ahora lo guardo en el estante honrado de mi humilde biblioteca, junto á la *Magdalena* de Sandeau y los *Cuentos* de Cárlos Dickens.

En otro armario veo la pasta vinosa de *Nana* y la cubierta negra de Musset. Esparcidas en mesas y sillones, yacen los ejemplares de la novela encanallada. Mientras no salgan estos de mi gabinete, "*María*" no volverá, como la esposa permanece ausente mientras no se despide la querida.

¡Pobre libro! Tus páginas son blancas como los azahares, como el vestido de las novias y como el cútis de los niños rubios! Ya tengo sed de leerte. Es la sed que se siente cuando se ha bebido mucho vino. ¡Cuánto bien hace entonces un humilde vaso de agua!

¡Dios mío! ¿Cuándo leeré la historia de *María*?

M. Gutiérrez Nájera.



BASTA Y SOBRA.

¿Tú piensas que te quiero por hermosa,
por tu dulce mirar,
por tus mejillas de color de rosa?
Sí, por eso, y por buena nada más.
¿Que entregada á la música y las flores
no aprendes á danzar?
Pues me alegaa, me alegra que lo ignores:
yo te quiero por buena, nada más.
¿Que tu ignorancia raya en lo sublime,
de Atila y Genjis-Khan?
¡Qué muchacha tan ciega...... Pero dime:
si lo supieras, ¿te querría más?
Bien se están con su ciencia los doctores,
la tuya es el hogar;
los niños y la música y las flores,
bastan y sobran para amarte más.

Rafael Obligado.



El amor en los distintos pueblos.

El español tiene el amor franco, lleno de abnegación y de celos. La española tiene el amor alegre y voluntarioso.

El francés tiene el amor vivaracho, ingenioso y comunicativo. La francesa tiene el amor irresistible, encantador é inconstante.

El inglés tiene el amor frío, preciso. La inglesa tiene el amor romántico, veleidoso.

El italiano tiene el amor apasionado, receloso y rencoroso. La italiana tiene el amor ardiente, devoto y dispuesto á romper.

El austriaco tiene el amor profundo, leal y positivo. La austriaca tiene el amor anti-platónico, seductor y tranquilo.

El americano tiene el amor atrevido y apasionado. La americana tiene el amor provocatibo, tiránico y caprichoso.

El ruso tiene el amor misterioso y fantástico. La rusa tiene el amor vivo y ardiente, embriagador.

El turco tiene el amor despótico, sensual y cambiadizo. La ondalisca tiene el amor pasivo, resignado ó ardiente y arrebatador.

El alemán tiene el amor pesado, crédulo. La alemana tiene el amor sentimental, dulce y desordenado.

El belga tiene el amor honrado y profundo. La belga tiene el amor serio y sencillo.

El suizo tiene el amor tímido, bueno y cándido. La suiza tiene el amor apacible, virtuoso y creyente.

El sueco tiene el amor reservado, poético é inalterable. La sueca tiene el amor casto, tranquila y fiel.

Dejando al tiempo que ande,
y viviendo en un éxtasis risueño,
como decía Calderón el Grande
voy tomando la vida como un sueño.

***

Mo hay mujer que no sea,
al huir de algún hombre, Galatea.

***

Merced á tus encantos sobrehumanos
no pueden retratarte los pintores
porque, al ver de tu cara los primores,
el pincel se les cae de las manos.

Campoamor.



El "Donato Guerra"

Nuevo vapor guarda-faros para las costas del golfo



Una Estatua de David.

Por Paul Bourget.

Durante quince años todos habíamos envidiado la fortuna persistente de Ives Clouet, el estatuario. Cuando digo *todos* me refiero á un grupo de escritores y de artistas, cada uno de los cuales dice ahora *yo*. Sólo que cuando se ha codeado uno en la intimidad más estrecha de un cenáculo, en la dura época de los *debuts*, no cesa uno de acompañarse en espíritu, si no con benevolencia cuando menos con un interés siempre muy personal y muy vibrante. Para Ives Clouet, por otra parte, los más olvidadizos tenían un motivo de no olvidarlo: la serie no interrumpida de nobles obras que han asegurado al escultor un sitio tan aparte en nuestra escuela contemporánea, desde su *Proserpina cogiendo la granada* de su primer salón en 1877, hasta su *Tumba de Alba Steno*, expuesta en Mayo último. Sí, tenía una persistente, una insolente buena suerte. Haber sido hermoso á los veinte años, con una hermosura de joven patricio del renacimiento italiano y á los treinta y cinco serlo aun al grado de llamar la atención de las mujeres en las calles y en los teatros;—haber tenido al salir del colegio la más amplia independencia pa.a poder evitar á su talento, todas las servidumbres del oficio y que ese talento, delicado y robusto, sutil y potente, haya sido de los que seducen igualmente á la multitud y á los refinados;—haberse casado, joven aun; por amor, con una doncella, de la gracia y del esplendor de una Venus antigua y que esta Venus haya poseido al mismo tiempo todas las difíciles virtudes necesarias á la esposa de un gran artista: la absoluta abnegación, la inteligencia reconfortante, la modestia sumisa y esa delicadeza de amante que da á la honestidad del hogar la quemante poesía de la pasión!...... Muy á menudo, hablando de Clouet, entre viejos camaradas, nos hemos dicho:

«Yves es el único de nosotros que no ha frustrado su vida......»

Y como la dicha de otro no es siempre una sensación agradable, seguía luego algun comentario picante:

«No es difícil tener éxito cuando se es el mimado del público», decía uno, severo cronista de á cinco luises la invectiva en un periódico de *chantage* financiero, financiero y mundano......

—Se llega á todo cuando no se tiene un céntimo de corazón..... » decía otro, un músico, cuya mujer murió de miseria y de abandono.

—Ya verán ustedes lo que quedará de eso dentro de veinte años», concluía un tercero, un esteta de cervecería que jamás ha expuesto una tela ni publicado un volumen, pero que se intitula él mismo por imitación del inglés William Blake, del cual ha leído vagos estudios, *el pintor poeta!*

Estos epigramas y otros más crueles redactados en forma de artículos, llegaban al vigoroso tallador de mármoles sin turbar su serenidad. Teníaesa buena fortuna, superior á todas las otras, de ser infinitamente sensible á la alabanza y perfectamente insensible á la crítica. Los artistas muy convencidos son frecuentemente así. La envidia hablada ó impresa le hacía reir, con su alegre risa que descubría sus dientes blancos sin una mancha de oro entre sus lábios de un rojo tan sano, y repetía:

"Los envidiosos miden nuestro talento como la sombra mide nuestra estatura."

Por mi parte creo no haber experimentado ante esa admirable fortuna el vil crispamiento de la envidia odiosa en la cual Ives no erraba al reconocer una especie de homenaje. No: por extraño que deba parecer este matiz de sentimiento después de lo que acabo de referir, Ives Clouet me inspiraba, al contrario, una aprensión, un terror, casi una piedad. De todas mis experiencias de las cosas humanas ninguna ha sido más constante que la de la ley encarnada por los antiguos en el mito de Nemesis, la diosa de las compensaciones. Yo creo profundamente, absolutamente, en la universal igualdad de la suerte y en que toda alegría se paga con un exacto rescate. Cuando encuentro una persona á quien el destino parece conceder todo lo que desea, haría con ella voluntariamente lo que el rey de Egipto con el fabuloso Polícrates.

Habiendo sabido la historia del anillo arrojado al mar por el tirano de Samos y encontrado en el pez, rompió su amistad, no queriendo, dice Heródoto, asociar en modo alguno su suerte á la de un hombre al cual una dicha tan insolente destinaba á horribles catástrofes......» Cada vez que yo pensaba en Clouet, me venía está leyenda á la memoria. Esperaba, no sin angustia, el giro que tomaría la fatalidad para herir á ese gran artista á quien yo admiraba en ese tiempo, lo confieso, más que lo amaba. Lo que distingue en efecto la manera de ser de Clouet, es un paganismo dichoso y fácil como su destino; al cual verdaderamente ha faltado, hasta en estos últimos tiempos, esa "leche de la humana ternura" de que habla un poeta. Su ideal manifiesta una alegría de fuerza y de salud, una adoración de la naturaleza libre, un animalismo sereno, en exceso contrario á mis propias aspiraciones. Se creería que ese muchacho que vive desde su juventud en un cuadro de esplendor, entre las maravillas de una casa colmada de obras maestras como un museo, no ha supuesto jamás ni siqiuera lo que es el sufrimiento.

Cuántas veces al verlo vestido de terciopelo en su taller y exaltándose al mostrarme algunos de sus hallazgos de escultura toscana: su *Anunciación*, de Nino de Fiesole,—su *San Sebastián*, de Civitale, réplica exquisita del de Lucques, su *San Juan*, de Michelozzo, sí, cuántas veces me he dicho que tenía, artísticamente hablando, como un sentido menos; un sentido, el de la pena, el patético puñado de lágrimas; la idea de que hay en el mundo otra cosa que formas elegantes y robustas, telas suntuosas, armas cinceladas y delicadas orfebrerías. Cuan-



do nos acontecía discutir juntos algún problema de estética—porque ese gran realizador es también un teorizante,—cuantas veces le ví concluir la conversación con un movimiento de sus anchos hombros y añadir: «Todo eso es literatura....... El dolor y el pensamiento constituyen acaso el dominio de ustedes los escritores, aunque lo dudo. Nosotros los artistas tenemos el dominio de la belleza, algo que proporciona placer al espíritu á traves de una caricia de los sentidos.»

«El Cristo no murió por tí,» le decía yo bromeando.

«Creo que no,» respondía, pero con una voz casi seria. Porque en aquella época había realmente en su adoración por la Belleza pagana como un extremecimiento religioso, casi una idolatría. Y aun su gravedad misma, ese fervor de su paganismo, lo ennoblecían á pesar de su excesivo orgullo de la vida. Este orgullo se vuelve fácilmente vulgar. Pero se puede acaso nunca ser vulgar cuando ama uno su arte como él amaba el suyo, hasta pasar seis horas de labor sobre el agotador trabajo del *modelaje*, encarnizado en la perfección é indiferente al éxito después de haber conocido todas las embriagueces? Este es el heroísmo más raro de que un artista sea capaz. Tal nobleza le era empero tan natural al artista como tener sus pupilas claras y su tez morena de árabe, sus cabellos negros, su corta barba rizada, esa aristocracia de fisonomía que le hacía un hermano moderno del célebre retrato del Louvre: *el Hombre del guante*.

«¡Oh!» decia algunas veces con la magnífica fatuidad instintiva á los artistas que ven en su propia persona un modelo de pintura como otro cualquiera: «Si Ticiano me hubiese conocido!......»

Y esto era talmente verdadero que se olvidaba uno de sonreir.

Hace cuatro años este hombre venturoso tuvo una suprema felicidad. Su mujer estaba en cinta. En los primeros años de su matrimonio habiáme él repetido frecuentemente que se regocijaba de no tener hijos. Temía las deformaciones de la maternidad por la admirable criatura cuya belleza soberana era el orgullo de su hogar. Esta impresión se avenía perfectamente con el resto de sus ideas y el conjunto de su carácter, para que yo dudase de su sinceridad. No fué menos sincero en la alegría profunda é ingenua que experimentó cuando tuvo ante sí la perspectiva de ser padre y él mismo me dió la razón de esta aparente falta de lógica en una carta que he guardado y de la cual me contentaré con transcribir aquí un fragmento sin añadir otro comentario que subrayar la fecha.

Esta acabará, mejor que todos los análisis de explicar las singularidades, las anomalías de alma, si se quiere, de este hombre que se equivocó evidentemente de siglo. Debió nacer en la corte de un Ludovico el Moro ó de un Alfonso de Este. Esa carta permitirá asimismo medir la profundidad de la herida que la eterna Nemesis iba á inferir á un corazón tan hinchado de una esperanza tan apasionada. Por último, hará más inteligible el extraño procedimiento de consuelo por el cual nuestro amigo intentó engañar la más dolorosa de las pruebas. Pero copio sus propias frases:......"Voy á confesarte—me escribía pues, un sentimiento que encontrarás mediocre y que sin embargo no lo es. No puedo soportar verme envejecer y mucho menos ver envejecer á mi mujer. Ella ha sido y es aun tan bella que la sola idea de una marchitez en su belleza me inflinge el mismo dolor que he experimentado ante tí, en Londres, cuando visitamos la sala del *British* donde se encuentra la procesión de las Panatheneas. Y yo mismo, bien lo sabes he tenido por mi cuerpo un culto desde mi juventud, he practicado todos los ejercicios, he sido sobrio, casto, regular, para hacer de mi lo que los atletas antiguos hacían de sí mismos: *un hermoso animal humano*. No temo que sonrías ante estas confidencias. Nosotros nos envanecemos frecuentemente de los esfuerzos merced á los cuales se desarrollan y se mantienen nuestras energías cerebrales. Porqué no me envanecería yo de mis esfuerzos para mantener mis energías físicas? Pero contra el tiempo, qué remedio? Ya á los treinta y cinco años no tengo mi comba de otros tiempos, esa línea de los riñones flexible, alerta, divina, que ciertos pintores del siglo quince copiaron tan atrevidamente: te acuerdas de los Signorelli del Monte Olivete y los Fiorenzo de Lorenzo de Perusa?......Dentro de diez años Laura y yo no seremos ya más que la imagen degradada de lo que hemos sido.

«Ahora bien, he aquí el verdadero motivo por el cual tengo ahora un apetito de paternidad igual al temor que esta perspectiva me inspiraba en otro tiempo. En este niño que va á nacernos vamos á revivir, á rejuvenecernos, vamos á durar en él, compréndeme bien, no solamente con algo de nuestra sangre, de nuestro pensamiento, de nuestro corazón, sino con nuestra forma, ese yo no sé qué de misterioso que en el hombre es más que él mismo, puesto que es la raza, esa raza de la cual él no forma más que un momento. Cuando me miro en mi espejo, veo á mi padre, afinado por mi madre. Mi hijo,—porque tendré un hijo, lo siento—será yo mismo, afinado por mi mujer. Yo quiero que sea mas aún. Quiero que todos los grandes artistas de todos los tiempos hayan conspirado á esta obra maestra viviente. Desde que sé que el niño está ahí, no puedes imaginar que precauciones tomo para que la madre no tenga al rededor de sí mas que impresiones de belleza. Pasa ella sus horas en el taller, donde he dispuesto, cerca de los mármoles que conoces, los ejemplares más nobles del arte antiguo. El *Hermes* de Olimpia, los Caballeros de Fidias. Cuando salimos es para ir al Louvre. Las veladas las empleamos en oir música, páginas de maestros, de Beethoven, de Gluck, de Wagner, que ella ejecuta para ella, para mí *y para él* con la solemnidad sincera que tú conoces en su ejecución. Leemos versos de Hugo. de Gauthier, de Ronsard, de Shakespeare también y de Homero. Quiero que no lleguen hasta ese niño, á través de los sentidos de su madre, sino las altas y delicadas vibraciones de la vida y que le quede una gracia en los ojos, en la sonrisa, como un halo de ensueño alrededor de su belleza. Es una estatua como cualquiera otra, pero viviente y yo la habré animado ¡como un Pigmalión......»

Esta carta que tengo á la vista lleva la fecha del 9 de Mayo de 1891. El 14, exactamente, cinco dias después, cuando Laura Clouet bajaba la escalera de cinco á seis escalones de mármol que lleva del taller al pequeño Jardín, se le deslizó un pié. Cayó—tan desgraciadamente—que dió á luz algunas horas después, antes de tiempo, un niño que valía más no hubiese vivido porque es ahora, y han pasado ya cuatro años, un pobrecillo chicuelo deforme, un enano que lleva una gran cabeza hundida en espaldas gibosas, infeliz aborto que no crecerá más, y la Nemesis ha herido dos veces al padre: el médico que sacó al mundo á ese monstruo, ha declarado que la mujer no tendrá ya hijos.

***

Cuando torné á ver á Clouet habían transcurrido tres años completos desde el nacimiento del pequeño Alberto—así se llamaba el pobre niño que había frustrado de una manera tan cruel la exaltada esperanza del artista.—Yo no había hecho durante este período sino una brevísima estación en París, entre un largo viaje á Oriente y uno no menos largo á América, y durante esa breve permanencia, Ives estaba ausente. Había permanecido todo este período sin escribirme, lo cual no me asombró, conociéndole poco aficionado por naturaleza á escribir. Yo comprendía por otra parte que había debido sufrir singularmente con una catástrofe semejante, sobrevenida después de una esperanza tal y no había osado cuestionarlo. El amigo común que me había anunciado el accidente de la señora Clouet me dijo que nuestro camarada no se consolaba de ese hijo deforme. Yo había pensado que eso significaba simplemehte una de esas penas de los artistas, como nosotros las llevamos en lo íntimo del corazón, por una cosa muy hermosa que debió suceder y que no sucedió. Sabía que era tan robusto, tan enérgico, tan profundamente poseído de su arte sobre todo, y me decía: «No hay pesar del cual no pueda consolarle una hora de escultura......» Iba empero á experimentar cuanto me engañaba, en mi primera visita al hotel de la avenida de Segur, donde Ives habita desde que le conozco: adorable asilo de trabajo y de ensueño, oculto entre los árboles del otro lado de los Inválidos. Muchos entre nuestros camaradas envidiaban sin duda el lujo de ese peque-



ño hotel al escultor célebre, como le envidiaban su celebridad. ¡Ay! nuestros celos sobreviven muy frecuentemente á la dicha de aquellos que nos los inspiran y se siente una amargura más cuando es uno mordido por ciertas iras, al ver que han sido desencadenadas contra nosotros por una felicidad que ya no existe!

Ives Clouet no estaba en casa.

Pregunté si la señora Clouet se encontraba ahí. El criado vaciló un segundo en responderme. En otro tiempo la puerta de la joven estaba siempre abierta á los amigos de su marido y esta sóla vacilación probaba un cambio en las costumbres que yo había conocido tan sencillas, caracterizadas por esa bonhomía un poco bohemia, por ese encanto incomparable de las costumbres de los artistas, cuando va unida á ellas la honestidad. Sin embargo, el criado tomó mi tarjeta y volvió para decirme que la señora me recibiría. Una mirada me bastó, apenas entrado al salón, para conocer que en efecto el ama de la coqueta morada no era ya la que yo había dejado: la sonriente y serena criatura que parecía tener en su esplendor como una placidez vegetativa, la gracia feliz y semi inconsciente de una flor crecida sin esfuerzo en una natural harmonía con la tierra y el aire, y los días lluviosos sin hacer jamás otra cosa que crecer y ensancharse.

El dolor había tocado á ese sér admirable, y á través del dolor, el pensamiento. Era siempre bella; pero con una belleza de otro género, mortecina, violada, como enternecida por la existencia. Dos pliegues cruzábanse en las esquinas de su boca, en los cuales podía yo leer la contracción de los ensueños solitarios y tristes, prolongados durante largas horas. Sus párpados estaban abatidos y sus ojos habían llorado. Todo su cuerpo parecía asimismo haber experimentado el choque de la pena que se adivinaba en su fisonomía. Yo la había conocido opulenta, de talla casi pesada, como esas robustas venecianas que Bonifazio y Giorgone evocan en sus Conciertos campestres. La idea fija la había como afinado, como espiritualizado. Por último, algunos hilos blancos lucían en la espesura de su cabellera negra. Estaba sentada, aunque ya estábamos á fin de Abril, cerca del fuego, junto al cual jugaba el pobre pequeñuelo en otro tiempo esperado con tanto orgullo; era este una especie de gnomo de ojos demasiado grandes, demasiado expresivos, en un rostro ya viejo, una de esas máscaras de niño enfermizo, donde hay un infinito de miseria el presentimiento completo de un destino de aborto y de humillación. A la edad de tres años, Alberto Clouet, el hijo del expléndido atleta cuya fuerza vital habia yo envidiado tan frecuentemente, y de aquella Venus de Milo, todavía hermosa en su melancolía, era apenas más alto que un niño de un més y el cuerpo en que su inmensa cabeza estaba encajonada, era tan deforme, que daba pena verla. Y con esto, el tímido impulso que á mi entrada le hizo replegarse contra su madre, me mostró el precoz despertamiento de la facultad de sufrir en ese embrión de jiboso, así como la caricia de la mano de la madre en el rubio oscuro de su cabello, su única belleza, atestiguaba la profunda, la apasionada ternura de esa mujer. Comprendí que espiaba ella mi rostro con la más ansiosa curiosidad para leer en él mi primera impresión al ver á su hijo; y nunca olvidaré la especie de claridad que brilló en sus ojos cuando vió en mí un movimiento para acariciar los bucles de la cabeza del niño, en tanto que decía para ganármelo: "Vamos, señorito Alberto, no da usted los buenos días á su nuevo amigo? Ya verá usted cómo yo sé jugar también como cualquiera otro."

"¡De suerte que usted recuerda su nombre!" dijo la madre. "¿Entonces Ives lo menciona alguna vez en sus cartas?"

Podía yo responder la verdad á una pregunta así formulada, con ese acento de súplica por medio del cual las mujeres infortunadas parecen implorar que se las engañe? Y podía así mismo resistir al deseo de saber en detalle el drama moral del cual veía la huella en todos partes, impresa en el rostro de la señora Clouet y al rededor de ella y cuya causa adivinaba? Comencé, pues, por interrogarla sin dudar de que iba á provocar así á mi vez un interrogatorio de su parte, horriblemente difícil de soportarse. «Pero, dije; es muy natural que Ives me hable de su hijo, ¿por qué se admira usted de eso?

—¿Por qué? ¿Por qué?— repitió ella con una voz profunda–y mirándome con una mirada que me hizo mal, me interrogó: ¿Y qué le dice á usted? Y como yo vacilase, desconcertado menos por esa iuquisición directa que por la visible fiebre de la joven madre: ¡Oh! dijo, usted es bueno. Usted no quiere, usted no puede repetirme lo que yo sé demasiado: ¿Qué necesidad tengo de que me lo digan?

—Yo le aseguro á usted, señora, le respondí, que Clouet no me ha escrito jamás nada que no pudiese repetir á usted. Yo comprendo muy bien lo que la atormenta, añadí, pero sí comprendo que he tocado sin querer en un sitio enfermo y pido á usted perdón.........

—¡Ah! dijo ella con tono de abatimiento, no hay sitio enfermo. El enfermo es todo mi corazón......... Después, con una gracia encantadora en la sonrisa: Soy yo quien pido á usted que me perdone; desde la primera visita le inicié en miserias que usted ha adivinado demasiado pronto, continuó mirando sus hombros adelgazados, y sus hermosas manos, cuyo enflaquecimiento podía yo reconocer en lo holgado de las sortijas que adornaban sus dedos, se posaron ambas sobre la cabeza del niño que la miró con sus ojos tiernos. Ella le dijo: «Vete á jugar» y en tanto que el chicuelo hojeaba un libro de estampas en un ángulo del salón, con esa docilidad taciturna de los niños demasiado razonables en los que no hierve jamás la exhuberante fuente de la vida, cayó el silencio entre la madre y yo, silencio que ella rompió la primera.

«Debo á la vieja amistad de usted por nuestro matrimonio, una explicación, dijo con una especie de solemnidad esta vez; pero no pienso que tendría la fuerza de hablar á usted sino esperase un servicio que sólo usted puede prestarme, prestarnos, insistió. Ya hace meses que tengo la idea de escribir á usted y resisto á ella. De todos los amigos de Clouet usted es el que ha preferido siempre y además los otros no vienen ya casi ahora.»

«¿Ives ha cambiado, pues, mucho?» pregunté.

Esa tristeza, esa nerviosidad, esas quejas mezcladas de reticencias, acababan de volverme más obscuro el misterio de la tragedia moral que el nacimiento del pequeño Alberto había provocado entre los dos esposos, y yo consideraba á la señora Clouet demasiado infortunada para no tener miedo al presente á que le causase algún mal su confidencia.

«Bien cambiado, respondió, y por qué razón?... Usted sabe, y su voz se hizo más sorda—cuán apasionadamente había deseado tener un hijo. Recordará usted como esperaba, como esperábamos la llegada del niño!..........
Yo he reflexionado mucho desde entonces y he comprendido que teníamos demasiado orgullo de nuestra juventud, de nuestra fuerza y de nuestro amor. He comprendido que yo estaba demasiado orgullosa, bien puedo decirlo ahora que la pena ha blanqueado mis cabellos, sí, muy orgullosa de mi belleza y aun no estábamos satisfechos, aun pedíamos á la suerte el hijo ideal que el me describía con un entusiasmo que yo compartía. ¡Ah! eso era demasiado, demasiado! y usted sabe como hemos sido castigados por nuestra felicidad. ¡Ah! hemos pagado todo en un momento; cuando yo le ví tomar en sus manos á ese pobrecillo sér, verlo, verme y devolvérmelo con un movimiento que casi me mató, ahí, en mi lecho—y apoyando su mano en mi brazo que movió convulsivamente, la esposa del escultor añadió con voz casi extinguida en tanto que se llenaban sus ojos de quemantes lágrimas: Acababa de ver que Ives odiaba á su hijo. «Pero eso es imposible, señora,» exclamé. «Permítame usted decirle que su imaginación la atormenta. Usted es madre, usted tiene el corazón más tierno que un hombre, más delicado, sin duda, más expansivo sobre todo.........»

Cuando haya usted visto á Clouet en presencia de su hijo, respondió la madre, verá cuanta razón tengo...... Escuche usted, continuó con una aspereza de acento con la cual se desahogaba una larga desesperación y al mismo tiempo su voz se hacía mas baja como si temiera que el niño pudiese oír y comprender. Esto le parece á usted monstruoso; no es cierto que una miseria tan grande y tan injusta debía enternece á un padre? Una pobre criaturilla no ha podido nacer: nace. Una fatalidad quiere que sea desde el dia de su nacimiento herida por una prueba que debe pesar sobre toda su exitencia. Pues bien, esta es una razón para amarla dos veces, no es esto? y para darle de antemano en ternuras la alegría de vivir que le será siempre rehusada. Y sin embargo......no! Yves no ha podido perdonar jamás esto......Yo que le conozco tan bien, cuando entra á la cámara y ve al niño, léo en sus ojos una especie de horror que me hace mal......Ah! mucho mal!..... Es como si al lado del pobre pequeñuelo que no es culpable, distintamente, realmente, apercibiese al otro, al que había soñado......Recordará usted que nosotros hablábamos como de un sér presente. Dios mío! habíamos amado juntos á ese hijo que no nos ha nacido. Pero si él no nació éste ha venido......Diga usted si no es una locura, una crueldad, un crímen no amar al hijo que está ahí, que sufre en su carne, que respira, que es nuestro? Y por qué? A causa de una visión, de una idea que jamás ha vivido......Y bien! esta locura es la de Clouet desde el nacimiento de su hijo. Esta crueldad es la suya. Este crímen lo comete todos los dias, todas las horas......

Cálmese usted, le respondí; puesto que tiene tanta confianza en mí, le prometo ensayarhablarle, reconquistarle, volverle en sí mismo......... Yo le he conocido siempre tanta generosidad en el corazón! Acaso es víctima de una idea fija......... ciertas penas producen justamente este efecto sobre las sensibilidades de artista como la suya......... Y además, el tiempo vuelve á poner todo en su lugar; el tiempo y el trabajo.

—«Hace tres años que nada ha hecho,» interrrumpió la señora Clouet, y mostraba al pronunciar esta frase, más tristeza aún en sus ojos profundos,

Yo que la había conocido tan enamorada del talento de su marido, tan ingenua, tan absolutamente asociada al esfuerzo feliz del noble artista, comprendía demasiado cuanto dolor representaba para ella una frase semejante y había así mismo admirado mucho, envidiado mucho el entusiasmo constante de Ives Clouet, sus alegres fiebres de creador facil, el atrevido regocijo de su invención, para no permanecer confundido ante el misterio de esta repentina importancia.

«Tres años en que nada ha hecho, repetia yo. Pero eso es imposible.

—Y sinembargo cierto, insistió ella. Ha ensayado trabajar. Lo ensayará siempre. Pero se diría que está atacado ahora de una enfermedad que le disgusta de todo aquello que emprende antes de haberlo concluido......En otro tiempo, usted lo recuerda, tenía como una magia en sus dedos.

Jamás hubo idea que no tomara forma, jamás un sueño que no se realizara.........Cuando comenzaba un grupo con un proyecto determinado y después se disgustaba de él, cambiaba su proyecto sobre la marcha en el mismo barro, en el mismo mármol. Un día le ví acabar á golpes de cincel un Baco en una estatua que había comenzado en Ninfa; es la del Parque Monceau, su obra maestra acaso.........Ahora parece que esta confianza se ha agotado en él, ó mejor dicho se ha roto como un resorte.........No vaya usted á creer que tenga ahora menos talento...... Cuando vea usted los bosquejos que ha ido sucesivamente abandonando, lo comprobará por sus propios ojos, no ha perdido nada, nada más que esta fuerza de rematar sus obras, de la cual decía siempre, usted lo recuerda, que era el gran deber del artista......

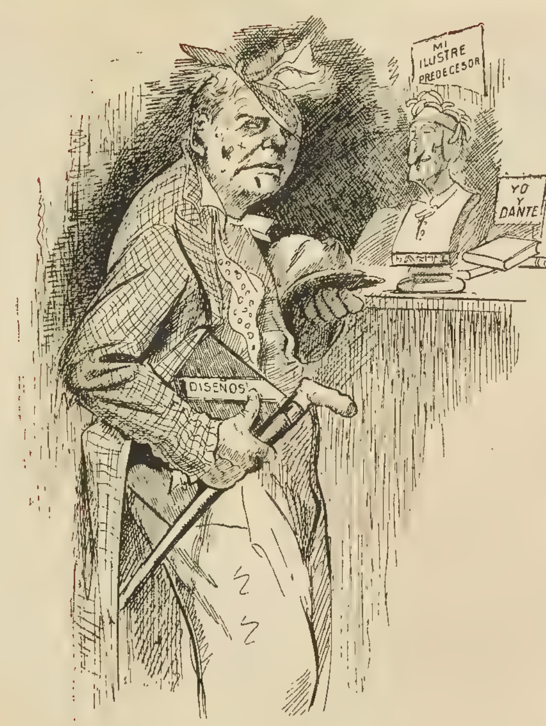
Si supiese usted cuán frecuentemente he ensayado reaccionar sobre él. No por cierto en el primer año; yo era entonces tan desventurada como él, sino en seguida, cuando caí en la cuenta de que su carácter cambiaba, que no estaba él sobre sí mismo, que se disgustaba siempre y siempre más, y también—pareció vacilar un segundo—que buscaba distracciones indignas de él...... Hubo un tiempo en que pasó todas sus veladas en el círculo, jugando......... Pero yo le perdono todo, todo, repitió ella con más pasión aún, todo, menos que odie á su hijo......

—Eso que usted me refiere es muy extraño, respondí, pero ha tenido usted una explicación con Clouet? ¿Le ha hablado como acaba de hablarme á mí?

—No he podido, respondió. Lo he intentado. Pero él me respondió la primera vez bromeando, con esa especie de juguetona ligereza, que es tan hiriente para una mujer. La segunda vez bromeó aún. La tercera permaneció una semana sin hablarme palabra........ Yo no osé proseguir...... Tuve miedo...... A la cuarta vez se iría, me abandonaría...... Y sin embargo, continuó después de un silencio; he vuelto á esperar en estos últimos tiempos. Si, desde hace quince días ha comenzado de nuevo á trabajar con un poco de la fiebre que usted le conoció.

En lugar de salir todas las mañanas y todas las tardes, como lo hacía desde hace meses, se encierra de nuevo en su taller......... Sólo que la puerta está condenada...... Usted querría que yo tuviese una explicación con él? Va usted á medir el rencor que me guarda por mi última tentativa...... No me ha dicho una palabra de la obra á la cual se consagra ahora...... ¡Ni una palabra! Antes de ayer, como al almorzar le advertí su mirada de otras veces—¿se acuerda de sus hermosos ojos brillantes de genio, cuando había roto el molde y *veía* ya su estatua?—me aproximé en el momento en que se levantaba de la mesa y le pregunté: «¿Tienes un nuevo trabajo en obra?...... Sí, respondió, y ví que se ruborizaba un poco.—¿Un grupo ó una figura aislada? insinué.—Vaciló: No lo sé aún, dijo por fin.—¿Y no me mostrarás el bosquejo? ¿No me dirás el asunto......?—Se ruborizó más aún y respondió: «Más tarde.»

(Concluirá en el próximo número).



EL REPORTER MATIAS CUMPLIDO.—Unico sujeto que desde los tiempos de Dante haya tenido el valor de explorar las regiones infernales.

EL DANTE EN MEXICO.

VIAJE DE UN REPORTER.

Y lo soy por vocación, porque así me nació.

Comencé mi carrera desde soldado raso, enfajillando, engomando recortes y direcciones, poniendo títulos y numerando cuartillas; llevando y trayendo el correo del apartado; persiguiendo subscriptores morosos en el pago y acompañando á la ama de llaves del Director al circo, los jueves, con boleto de prensa.

Pasé á la gacetilla y supe inventar párrafos de aquellos que no comprometen, como por ejemplo asegurar que en un pueblecito de la Siberia, había fallecido un pastor de frío, que era notable el número de perros en la calle de las Damas; que se había roto la crisma un asno en la calle de la Canoa; que un coche estuvo á punto de atropellar á un tranvía en el crucero de Santa Isabel; que el vecindario de las Moscas no podía resistir á los cilindreros y destruían el pavimento los coches de sitio de la calle de Gante; después me mandaron á los jurados é hice sus crónicas; fuí adquiriendo facilidad enumerativa, aventuré mis comentarios y me metieron á la cárcel, y en esa escuela del crimen obtuve el título profesional de *reporter;* un mes entre los *pericos*, es la mejor recomendación que puede presentarse para ser admitido en una redacción.

De entonces acá me río de las escabrosidades de la carrera, he comentado 30 robos: 25 homicidios en riña y 12 fuera de ella; 240 lesiones agravadas por practicantes de comisaría; 820 agresiones á la policía; 1400 ebriedades escandalosas; 30 adulterios, 28,940 raterías, 5 infanticidios; 2 muertes repentinas; 4 incendios; 5 fusilamientos; 3 violaciones; 48 matrimonios por interés ó edad crítica; 1 por amor; 6 suicidios; 326 representaciones teatrales (sin contar tandas); 1 derrumbe; 2 apariciones; 2 envenenamientos casuales; 2 hidrofobias; 3 motines; 625 colisiones entre simones; 849 escándalos entre decentes; 1 autopsía; 20 entierros con biografía y coronas.

No me considero una potencia, pero modestamente me gano la vida; ocupándome de la ajena.

Sé lo reporterilmente necesario de inglés, francés é italiano, escribo muy mal el español, pero muy bien el caló de la calle y el dialecto de las bartolinas; tengo tres chavetas con sangre y una bala de fusilado; leo *La Gaceta de Policía*, *Los Misterios de la Inquisición*, y las *Causas Célebres*, puedo bailar mis lanceritos, danza y hasta valse con gentes de confianza; no se me suben los ponches, conozco el nombre de las telas femeninas; conozco la parroquia de las cantinas, esa Bolsa de la noticiería callejera; tengo tarjetas con y sin luto; sé en qué prenderías alquilan fluxes para días de campo, casacas, trajes de luto, corbatas y guantes para una ó varias noches; como por abono; ando á pie varios kilómetros; puedo montar en bicicleta; me subo y bajo por las plataformas delanteras; prometo recomendar con Eduardo Velázquez á todos los gendarmes; trato de *manises* á todos los empleados de comisaría; oigo misa de doce cuando puedo; conozco á los de la *reservada*, ¿quién no los conoce? esos pobres muchachos se rien conmigo.

Carballeda se para á saludarme; echo medias suelas á mis zapatos y me guarda muchas consideraciones Nacho Bejarano; debo dos reales á una corista, carezco de novia, tomo las *once* con militares y vivo por Tepito, en casa de una señora paralítica, á quien leo cuando el tiempo lo permite, algo del *Año Cristiano* que es para mí el *vade mecum* de los reportazgos de la antigüedad.

Y en caso como el presente, sin equipaje, vengo en un *Pullman* con puros periodistas, sin que me cueste un centavo y lo que es peor, sin equipaje, y lo que es superlativamente peor, sin boleto: porque entrar invitado todos lo hacen, pero como yo, sólo los muy finos, los muy linces... ....

Eso sí, mis apuntes van al pelo; cuatro cuartillas que remitiré por el primer telégrafo con descuento; describo quiénes vienen, qué dicen, quiénes traen puros y quiénes caldos, cuáles brindan y cuáles adulan; qué sujetos peroran y qué personas no chistan, íntegra consigo la disertación de un literato sobre esta frase cursi «á vista de pájaro,» según el orador: un águila no ve lo mismo que una lechuza, ni una gallina de igual manera que un huitlacoche, de lo que han deducido que hay cotorras periodísticas; igualmente he tomado cuenta de las opiniones sobre los carros salones que se han expresado y de los *sandwichs* que prefiere la graciosa, delicada y espiritual cronista Mab.

Pero el negro del *Pullman* no me quita la vista: habla al oído del conductor, me miran, siento que el suelo se me hunde, que el vino se me sube, que voces airadas me delatan como intruso; que me hablan en ingles, que piden el *pase*, que no entiendo, que me toman del cuello de la levita, me sacan á la platoforma, me suspenden por los aires, me sueltan, me arrastra el vértigo......... y no sé más de mí.

(*Continuará*),



RIMA.

Por cada beso tuyo me decía,
se enciende un astro en la región vacía!
y entonces no creí sus frases bellas,
porque pensé que hubieran ese día
faltado cielos y sobrado estrellas.

Mas tarde—cada lágrima vertida
mata un astro, me dijo conmovida;
y no creí sus frases de quebranto,
porque pensé que hubieran en mi vida
faltado estrellas y sobrado llanto.

Muerto ya el corazón comprendo ahora
de aquella alma sensible y soñadora
las frases de pasión ó de reproche,
pues de mi triste vida en el derroche
yo tuve noches de color de aurora
y hoy tengo auroras de color de noche.

FEDERICO RIVAS FRADE.



Odiando el matrimonio,
¿te casas? Pues mejor para el demonio.

CAMPOAMOR.



El sucesor del señor Dante cae de un tren demasiado rápido.



Luz y sombra.

LO QUE ME DIJO UN ESQUELETO

....

Sentí un extremecimiento en la sombra y oí una voz que me dijo:—«Levántate, hoy tendrás muchas visitas, hoy es el día de todos los Santos. Despierta, polvo vano, hace mucho que duermes!»

Una luz indescriptible iluminó de pronto el horrible recinto en que me hallaba.

A mi derecha, acurrucado y tiritando de frío, reía un esqueleto, húmedo y amarillo, pero reía con una risa espantosa, fatal!

¿En dónde estaba yo?—¡En la tumba!

De pronto pensé y á mi memoria vinieron los recuerdos terribles de mi última agonía.

Después de recibir una grave ofensa de la mujer que había sido en el mundo el sol, el bello sol de mi alma, me enloquecí, y una noche muy negra llegué á su casa, con el pecho henchido de amargos sollozos.

Temblé al mirarla. La soledad era profunda y le dije estas palabras, bañado en sudor frío:—«Me has herido el corazón de muerte, pero está sufriendo mucho y vengo delante de tí á acelerar su inmensa agonía.»

Agarré con mi mano temblorosa una arma fría que llevaba en mi bolsillo.

Una nube roja me empañó los ojos.

Mi amada se tambaleaba, como que quiso hablar, pero se le helaron las palabras en la boca, lívida como su rostro......... ¡Ah! si hubiese hablado......... tal vez......

Hubo una detonación.

Mi cuerpo cayó al suelo, como una masa inerte, bañado en sangre, y aquella mujer cayó sobre mi cuerpo como una loca, empapada en lágrimas.

Convulsa, me besaba en la boca, me pedía perdón y apretaba con su manecita pálida su cabellera blonda, como un río de oro sobre la herida que en mi cabeza manaba sangre á borbotones, queriendo con las delgadas hebras de sus cabellos detener esa sangre que se llevaba mi vida.

Su boca descansaba sobre la mía cuando dejé de respirar.

¿Cuánto tiempo hacía que estaba en la tumba? No lo sé, pero mi carne había sido devorada por los gusanos.

Me llevé la mano á la frente, como temeroso de que aquello no fuese más que un sueño, pero mi mano tropezó con el agujero que la bala había formado en mi cabeza.

Una lluvia de oro resbaló lentamente por entre mis dedos. Era una mata de pelo.

—Es de *ella*, exclamé con voz ronca. ¡Tantas veces la había acariciado!

—«Sí, murmuró el esqueleto que tiritaba á mi lado. *Ella*, desesperada por tu suicidio, cortó sus trenzas y rogó que las colocaran en tus manos al dejarte para siempre en esta cueva.»

—¿Y quién eres tú, esqueleto horrible? pregunté al montón de huesos que me hablaba.

—Soy tu retrato, me replicó, porque soy la muerte, la misma que te despertó—y se echó á reír.

—Y bien, si eres la muerte, ¿por qué le devuelves ahora la vida á un esqueleto?

—¿No recuerdas que la noche en que te suicidaste dijiste al espirar estas palabras: devuélveme la vida?

No era posible devolvértela entonces, pero ya ves que hoy lo hago.

Hace cinco años que moriste y hoy es el día de todos los Santos. Hoy te vendrán á visitar.

—Y ella vendrá, ¿no es cierto?

—Ya lo creo. Como que por aquí tiene un pedazo de sus entrañas. Y continuó:—¿Ves esta rendija, aquí detrás de la lápida? Por ahí podremos ver á los visitantes; asómate y mira.

Acurrucado como pude me asomé y reconocí aquel sitio del cementerio.

Los árboles se mecían bamboleando sus copas macilentas. Un perfume delicioso de flores recién abiertas entraba por aquella grietecita. El sol ya estaba un poco alto. Oh! qué hermoso me pareció el mundo, y eso que no miraba más que el cementerio!

Entre diferentes grupos de personas que paseaban, reconocí á muchos amigos míos que charlaban bajo los tristes cipreces; sentí ímpetus de abrazarlos y esperé con paciencia que alguno de ellos se acercase á mi pobre tumba; pero ¡oh decepción! á poco se despidieron sin lanzar una mirada á mi desteñida lápida.

De cuando en cuando llegaba hasta mis oídos el eco triste de los responsos que cantaban los clérigos.

De repente por entre las tumbas viejas, una mujer de ojos grandes y quemadores apareció ante mis cuencas vacías, como una visión celeste; mis huesos tiritaron y estuve á punto de empujar la piedra que me impedía llegar hasta ella; pero mi compañero me detuvo.

Traía una corona de flores blancas y azules y se dirigía al lado de mi tumba.

Era mi amada.

¡Oh dulce fruición la de un esqueleto, ver á la mujer por quien se ha dejado la vida! Ya llega, decía yo, viéndola acercarse, ya llega, ya está aquí. Pero ¡Dios mío! ni una mirada tampoco. Pasó airosa con la linda corona.

Entonces un estremecimiento poderoso pasó por mis huesos, y dos gotas de sombra quemante cayeron de las cuencas de mis ojos. Sentí rabia y quise de nuevo desprender la lápida, correr á *ella* y arrojale á la cara aquel montón de cabellos rubios que en ese instante rompía entre los huesos de mis manos, pero tan sólo pude murmurar: ingrata!

Mi compañero volvió á detenerme.

—Déjala, me dijo, pobre esqueleto. Ella va á visitar la tumba de su hijo, muerto hace un año, y á dejar esa corona que lleva; y rió como de costumbre.

—Ah! la infame, exclamé, ¿con que ha tenido un hijo?

—Como que hace tres años que se casó, balbuceó la muerte, riendo todavía.

Al oír estas últimas palabras, me desplomé como un saco.

De repente oí la misma voz, que me decía:

—Levántate y mira; no te pesará; tú eres el ingrato.

—No, maldita muerte déjame, déjame dormir.

—Levántate, que alguien solloza al pie de tu tumba.

Ay! podía ser *ella;* hice un esfuerzo sobrehumano, me enderecé y miré.

Una mujer con la cabeza cubierta de cabellos blancos, vestida de negro y con una corona en las manos, de rodillas, sollozaba sobre el césped. De repente alzó los ojos aquella mujer, y un raudal de lágrimas resbaló por la piel de una cara arrugada y triste, se abrieron unos labios pálidos en aquella cara, y con el timbre más puro que hay en la vida, sonó esta frase; —¡hijo mío!

¡Era mi madre!

JULIO FLÓREZ.



MISTICA.

I

Pálida estrella,
flor del ocaso,
fúlgida imágen, casta hermosura,
¡cuán dulcemente, con leve paso
hiendes el aire, celeste y pura!

II

Sobre la tumba
del sol poniente,
blanca te elevas, muda y piadosa,
como una llama resplandeciente
sobre la piedra de humilde fosa.

III

Por el espacio
trémula subes,
con invisibles alas movida. ....
y resplandece sobre las nubes
tu cabellera de luz ceñida!

IV

Cuando en el aire
tu luz se inflama,
La flor del campo se abre anhelosa......
sueña la virgen en el que ama,
vuelta á los cielos la faz hermosa!

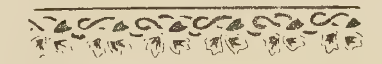
V

Y á tus fulgores
blanda armonía
vibra en el harpa del sentimiento;
mientras con honda melancolía
suspira el agua y arrulla el viento!

VI

Ay! cuando mires
desde esa altura
la hora suprema de mi agonía,
rasga en el aire la noche obscura
y alumbra el vuelo del alma mía!

MILK.



CUENTOS TRISTES.

¿Por qué me pides versos? Hace ya tiempo que mi pobre imaginación, como una flor cortada demasiado temprano, quedó en los rizos negros de una espesa cabellera, tan tenebrosa como la noche y como mi alma. ¿Por qué me pides versos? Tú sabes bien que del laúd sin cuerdas no brotan armonías y que del nido abandonado ya no brotan los gorjeos. Vino el invierno y desnudó los árboles; se helaron las aguas del río donde bañabas tu pie breve, y aquella casa, oculta entre los fresnos, ha oído frases de amor que no pronunciaron nuestros labios y risas que no alegraban nuestras almas. Parece que un amor inmenso nos separa.

Yo he corrido tras el amor y tras la gloria, como van los niños tras la coqueta mariposa que se burla de la persecución y de sus gritos.

Todas las rosas que encontré tenían espinas, y todos los corazones olvido.

El libro de mi vida tiene una sola página de felicidad, y esa es la tuya.

No me pidas versos. Mi alma es como esos pájaros viejos que no saben cantar y pierden sus plumas una á una, cuando sopla el cierzo de Diciembre.

Hubo un momento en que creí que el amor era absoluto y único. No hay más que un amor en mi alma, como no hay más que un sol en el cielo—decía entonces. Después supe, estudiando Astronomía, que los soles son muchos.

Toqué á la puerta de muchos corazones y no me abrieron, porque dentro no había nadie.

Yo vuelvo ya de todos los países azules en que florecen las naranjas de color de oro. Estoy enfermo, triste. No creo más que en Dios, en mis padres y en tí. No me pidas versos.

Preciso es, sin embargo, que te hable y te cuente una por una mis tristezas. Por eso voy á escribirte, para que leas mis pobres cartas junto á la ventana, y pienses en el ausente que jamás ha de volver. Las golondrinas vuelven después de larga ausencia, y se refugian en las ramas del pino. La brújula señala siempre el Norte. Mi corazón te busca á tí.

¿De qué quieres que te hable? Deja afuera la obscuridad y haz que iluminen tu alma las claridades del amor. Somos dos islas separadas por el mar; pero los vientos llevan á tí mis palabras y yo adivino las tuyas. Cuando la tarde caiga y las estrellas comiencen á brillar en el espacio, abre tú los pliegos cerrados que te envío, y escucha las ardientes frases de pasión que lleva el aire á tus oídos. Figúrate que estamos solos en el bosque, que olvidé todo el daño que me has hecho, y que en el fondo del *coupé* capitoneado te hablo de mis ambiciones y de mis sueños. Óyeme, como escuchas el canto de las aves, el rumor de las aguas, el susurro de la brisa. Hablemos ambos de las cosas frívolas, esto es, de las cosas serias. La tarde va á morir: el viento mueve apenas sus alas como un pájaro cansado; los caballos que tiran del carruaje, corren hacia la casa en busca de descanso; la sombra va cayendo lentamente...... aprovechemos los instantes.

***

Hace muy pocos días paseaba yo por el parque, pensando en tí. La tarde estaba nublada y mi corazón triste.

¡Cómo han cambiado las cosas! Los carruajes que van hoy al paseo no son los mismos que tú y yo veíamos. Veo caras nuevas tras de los cristales y no encuentro las que antes distinguía. ¿Te acuerdas de aquella que encontrábamos siempre en *trois quart* á la entrada del paseo? Pues voy á referirte su novela. Amaba mucho; las ilusiones cantaban en su alma, como una parvada de ruiseñores; se casó y la engañaron. Todavía recuerdo la impaciencia con que contaba los días que faltaban para su matrimonio. La noche que recibió el traje de novia creyó volverse loca de contento. Yo la miré en la iglesia al día siguiente, coronada de blancos azahares, trémula de emoción y con los ojos henchidos de lágrimas. ¿Quién nos hubiera dicho que aquel matrimonio era un entierro? Se amaban mucho los dos, ó por lo menos, lo decían así. Iban á realizar sus ilusiones; la riqueza les preparó un palacio espléndido y los que de pie en la playa la miramos partir en barca de oro, dijimos: Dios la lleva con felicidad!

Unos meses después, encontré á su marido en un café.

—¿Y Blanca?

—¡Está algo mala!

Era verdad, Blanca estaba mala; Blanca se moría. Enrique la dejaba por ir en pos de los placeres fáciles, y Blanca, sola en su pequeña alcoba, pasaba las noches sin dormir, mirando como se persiguen y se juntan las agujas en la carátula del reloj. Una noche Enrique no volvió. Al día siguiente, Blanca estaba más pálida: parecía de cera.

Hubiérase creido que la luz del alba, que Blanca vió aparecer muchas veces desde su balcón, le había teñido el rostro con sus colores de azucena.

¿Por qué no viene? -Preguntaba sondeando con los ojos la obscuridad profunda de la calle.

Y graznaban las lechuzas, y el aire frío de la madrugada le hería el rostro, y Enrique no volvía. De repente suenan pasos en las baldosas. Blanca se inclina sobre el barandal para ver si venía. ¡Esperanza frustrada! Era un borracho que regresaba á su casa, tropezando con los faroles y las puertas.

Así pasaron los dias, semanas, meses: Blanca cada día estaba peor. Los médicos no atinaban la cura de su enfermedad. ¿Acaso hay médicos de almas?

Una noche, Blanca le dijo á Enrique:

«No te vayas. Creo que voy á morirme. No me dejes.»

Enrique se rió de sus temores y fué al círculo donde le esperaban sus amigos. ¿Quién se muere á los veinte años?

Blanca le vió partir con tristeza. Se puso después frente á un espejo, alizó sus cabellos y comenzó á prender entre sus rizos diminutos botones de azahar.

Dos grandes círculos morados rodeaban sus ojos. Llamó en seguida á su camarera, se puso el traje blanco que le había servido para el día del matrimonio y se acostó. Al amanecer, cuando Enrique volvió á su casa, vió abiertos los balcones de su alcoba; cuatro cirios ardían en torno de la cama. Blanca estaba muerta.

—¿Ya lo ves? La vida mundana, tan brillante por fuera, es como los sepulcros blanqueados de que nos habla el Evangelio. La riqueza oculta con su manto de arlequín muchas miserias.

Cierra tus oídos á las palabras del eterno tentador. No ambiciones el oro que es tan frío como el corazón de una coqueta. Se buena, reza mucho y ama poco.

M. GUTIÉRREZ NÁJERA.



HECES.

Siento una mezcla extraña
De pena y alegría:
Crepúsculo del alma, torva nube
Que un lívido relámpago ilumina.
¡Oh, tengo ganas de reír! Há tiempo
Que no reía yo con esta risa,
Carcajada de loco que se burla
Del íntimo dolor que lo asesina.
Ahora desprecio el llanto,
Desprecio al que lo vierte en su agonía......
¿Pues no es mejor reír? ¡Oh amor, qué amargas
Las heces de la copa de la dicha!

ISAÍAS GAMBOA.

San Salvador—1896.

¿CARA Ó SELLO?

(TRADICIÓN)

En cierta noche del año de 1824 hallábanse en un mezquino cuarto de posada, en la ciudad de Huamachuco, en conversación íntima, sazonada con sorbos á una taza de té y besos á una copa de ron de Jamaica, dos caballeros que vestían uniforme militar y que, por su fisonomía y acento, denunciaban de á legua su nacionalidad inglesa. Eran los coroneles irlandeses Arturo Sandes y Francisco O'Connor, ambos al servicio del ejército colombiano.

O'Connor había llegado en la tarde á la ciudad, y como de larga data no veía á su camarada Sandes, ya supondrá el lector que tendrían mucha tela por cortar, muchas confidencias por hacerse, y muchas añoranzas que compartir. Llevaban una hora de espansiva charla cuando á un discreto golpe á la puerta, anunciador de visita, contestó O'Connor: Adelante!

El que venía á interrumpir el coloquio de los amigos era nada menos que el General Antonio José de Sucre, cuya frente orlaban ya los laureles de Pichincha y que, en breve, obtendría también los de Junín y Ayacucho.

O'Connor llamó al asistente y le ordenó que sirviese taza de té y copita de ron al General.

Reanudóse la conversación, que fué toda sobre política y planes militares de campaña; y á propósito de un expreso que, pocas horas más tarde, debía salir del Cuartel-general con pliegos para Quito, dijo Sucre:

—Aproveche usted de la oportunidad, coronel Sandes, si quiere enviar alguna carta. Yo sé que no le falta á quién escribir.

—No tengo urgencia—contestó lacónicamente el irlandés.

—Hablamos—continuó Sucre con franqueza de soldados y de caballeros. Sé que usted protende, en Quito, á la hija del marqués de Solanda. Yo también pretendo casarme con esa señorita, y como nuestra sangre no ha de derramarse por otra causa que por la de la libertad americana, me permito proponer á usted que confiemos á la suerte nuestra pretensión. Tiremos un peso al aire para ver quien gana la mano de la marquesita.

—Convenido, General—contestó Sandes con la genial flema irlandesa.

—Ea! O'Connor, saque usted un peso de su bolsillo—prosiguió Sucre.—Elija usted, Sandes........¿cara ó sello?

—No, mi General. Elija usted como mi superior.

—Precisamente por eso no debo ser el primero en elegir. No es asunto de servicio militar......

—Sino del servicio del dios Cupido — interrumpió O'Connor—servicio en que la igualdad es absoluta, que en levas de amor no hay tallas. Déjense de cortesías y acuérdenme el derecho de elegir.

—Muy bien! Aceptado!—contestaron á una los rivales.

Cara para el General y sello para mi paisano—dijo O'Connor, y lanzó un peso fuerte hasta la altura del techo.

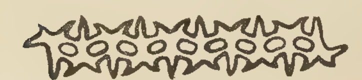
La suerte fué adversa para el coronel irlandés.

Ah! Los Libertadores! Los Libertadores!

En los tiempos de la capa y la espada los líos amorosos se desataban á cintarazos. Los Libertadores supieron, hasta en eso, romper con el rancio pasado, y jugaban la posesión de la dama á cara ó sello. Fueron muy hombres y......muy *cundas*.

Siendo ya Presidente de Bolivia, el General Sucre envió poder á Quito para su casamiento con la marquesa, ceremonia que se efectuó en el mismo día en que el esposo era herido en un brazo al sofocar un motín revolucionario contra su gobierno.

RICARDO PALMA.



CLEMATIDE.

Mira el cielo qué gris!
Las brumas pálidas
de otoño tienden sus crespones blancos
sobre el dormido espacio donde apenas
parpadea una estrella; sopla un hálito
de muerte que entumece los botones
vírgenes y hace enmudecer los pájaros.
En vez del soplo tibio del perfume
que emerge del rosal, va el viento helado
cerrando con sus dedos temblorosos
los cálices en flor.
Los rojos labios
en su carcel de púrpura aprisionan
la enamorada música del canto
y el tropel argentino de las risas;
sobre los hombros blancos torneados
cae el sedoso abrigo, y las arañas
derraman de su luz el oro pálido,
en un florecimiento cristalino
por la callada estancia donde el piano
espera silencioso que desate
su carcajada rítmica el teclado.
Es la hora misteriosa en que los sueños
sacuden, al pasar, el suave raso
de sus temblantes alas en la frente
de la dormida virgen, que, en letargo
de amor, entreabre la camelia roja
de su boca que oprime un beso alado,
mientras sueña que estrecha dulcemente
á un amado invisible entre sus brazos......
Es la hora de los tristes pensamientos,
de los rumores hondos y lejanos;
la hora de la plegaria de las hojas,
la hora en que gime y se estremece el árbol;
la hora en que las flores que se cierran
se coronan de lágrimas, temblando;
la hora de las ansias melancólicas
en que sueña el poeta enamorado
con una mujer pálida y hermosa
que en el alto balcón le está esperando!

VICENTE ACOSTA.



PARAFRASIS

Amensé, la esclava etiope de los castos embelesos,
Amensé, la virgen núbil de las francas alegrías,
Por las férvidas caricias, por la ausencia de los besos,
Siente amargas y profundas, voluptuosas nostalgías.

Faraón ya no la adora. En sus brazos tiene opresos
Nuevos talles que columpia, al sonar las sinfonías
Que otras veces la arrullaron del placer en los excesos,
La arrullaron en sus noches siempre tibias, nunca frías.

¡Oh, qué triste! ya no adorna la esplendente flor de Loto
Ni las carnes de sus senos palpitantes é intranquilas...
¿Para qué si el lazo estrecho de cariño ya está roto?

¡Oh, los celos! Algo apura: es el néctar del demonio...
Y al morir queda una imagen retratada en las pupilas
De sus bellos ojos tristes circundados de antimonio.

QUIRINO ORDÁZ.



DE HEINE.

Huyó la risa de mis labios tristes,
hermosa infiel, cuando te ví partir;
escucho sin cesar bromas y chistes;
¡y no puedo reír!
El llanto huyó de mis cansados ojos,
hermosa infiel, cuando te ví marchar:
rasgan mi corazón duelos y enojos
¡y no puedo llorar!

TEODORO LLORENTE.



PARA UNOS OJOS

Ojos de vivos resplandores
Y lánguidez crepuscular,
Astros de efluvios soñadores
Y de brillante claridad;
Ojos tan claros como el cielo
Que un misterioso y casto anhelo
Llena de albores y de luz,
Ojos que cruza en lento vuelo
Un vagaroso sueño azul.

Rasgad el velo que sepulta
El misterioso porvenir,
Mirad si trémula y oculta
La blanca aurora espera allí;
Las ilusiones que en la noche
Del alma duermen, despertad,
Y con espléndido derroche,
—Aureo florón que rompe el broche,—
Surja el sol vívido y triunfal.

Como luceros en la altura,
Pupilas trémulas, brillad!
En la tediosa noche obscura
Tremen los sueños y se van......
Loco el espíritu se lanza
Tras un destello de pasión......
A los anhelos dad confianza,
Marcad su ruta á la esperanza,
Guiad los pasos del amor.

La turbia imagen del pasado
Es un crepúsculo otoñal,
Girón de cielo sepultado
En la profunda obscuridad.
Flores marchitas deshojadas,
Recuerdo odioso, ya dormid!......
......Las esperanzas en bandadas
Se van, las alas desplegadas,
Al misterioso porvenir.........

FRANCISCO M. DE OLAGUÍBEL.

LA AVARICIA.

(Cuento Oriental).

I.

El viejo Alí habitaba con sus hijos en una opulenta ciudad de Asia..

Su palacio brillaba como el sol; porque sobre sus muros de marmol bruñido se reflejaba por la tarde el astro del día.

Las numerosas joyas que cubrían las ricas vestiduras de sus bellas esclavas, semejaban las estrellas del firmamento.

El número de sus rebaños jamás llegó á contarse; y el polvo que levantaban sus yeguas en el desierto, era confundido por la temerosa carabana, con el del terrible «Simoun.»

II.

Una noche, en que la luna negaba sus pálidos reflejos á la tierra y en que el ruido del trueno y el estallido del rayo llenaban de terror el ánimo del extraviado viajero, tocó á la puerta de Alí un pobre peregrino pidiendo, por amor de Dios, un abrigo contra los elementos desencadenados.

Alí escucbó su voz; pero ninguna orden dió á sus criados. La puerta permaneció inmóvil.

—¡Abrid, por Dios, hermano! repitio, y su voz no obtuvo respuesta.

Cansado de fatiga, aterido de frío, cayó de rodillas sobre las baldosas de la calle, y en un momento de desesperación y de angustia, exclamó:

—¡Oh! tú á quien he demandado un asilo contra la tormenta; tú, que has permanecido sordo á la voz de la indigencia, confúndate Dios, y que el frío de tu corazón se apodere de todo tu cuerpo, y no encuentres calor ni en tus riquezas ni en los rayos del sol.

III.

El sol de la mañana iluminó con su dudosa luz de los cristales del palacio de Alí. Este se levantó y miró hacia la calle.

Un cadaver yacía tendido frente á la puerta. Era el cuerpo del pobre peregrino.

IV.

Ya en los salones del palacio de Alí no resuenan gritos de alegría, ni se oyen en él los acordes del armonioso laúd pulsado por las bellas esclavas. La servidumbre toda se agita por las habitaciones como si una desgracia tuviese lugar en aquel soberbio recinto.

Alí, el rico, el poderoso Alí, sufre en aquellos momentos la más atroz enfermedad.

Presa de un frío que traspasa sus huesos, sus miembros se tuercen como serpientes enfurecidas, y en vano clama pidiendo calor para su aterido cuerpo.

—Ponedme mis más ricos vestidos, —dice á sus hijos — arropadme con las más espesas pieles, y que todo el brocado de mis tiendas sirva para darme el calor de que carezco!

Y los hijos de Alí envuelven á su padre en multitud de telas preciosas. Pero él les dice:

—Aún siento frío, quemad el ambar y las recinas de mis almacenes y formadme una atmósfera de fuego, porque muero de frío.

Una nube de aromáticos vapores llena la cámara donde se halla el enfermo.

—¿Aún sentís frío, padre?—preguntan los hijos de aquel desgraciado.

—Sí, quemad todos mis muebles, el palacio mismo para morir más bien abrasado por el fuego, porque lo que siento es horrible!

Y una llamarada inmensa se levantó de aquel opulento edificio.

V

Al siguiente día, una carabana fúnebre caminaba hacia el desierto.

Eran los hijos del viejo Alí que conducían las yertas cenizas de su padre.

En medio de las movibles y candentes arenas del desierto, sepultaron aquellos despojos para que el sol los calentase.

Pero también el sol negó sus rayos á los huesos de Alí.

Cuentan que una negra nube oscureció desde entonces aquella parte del desierto, y que jamás los rayos del sol pudieron traspasar su espesura.

La maldición del peregrino se había cumplido.

N. BOLET PERAZA.



AZRAËL.

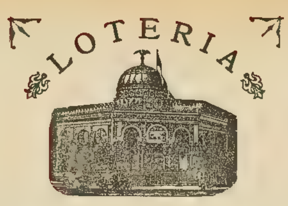
Now I must sleep.
Byron.

Azraël abre tu ala negra y honda;
cobíjeme su palio sin medida
y que á su abrigo bienhechor se esconda
la incurable tristeza de mi vida.

Azraël, angel trágico, angel fuerte,
angel de redención, angel sombrío,
Ya es tiempo que consagres á la muerte
mi cerebro sin luz: altar vacío!

Azraël, mi esperanza es una enferma,
ya tramonta mi fe, llegó el ocaso;
ven...... *ahora es preciso que yo duerma......*
Morir..... dormir..... soñar..... soñar acaso.....

AMADO NERVO.



— DE LA —

Beneficencia



CIUDAD DE MÉXICO.

El próximo sorteo, con premio mayor de

$10,000

se verificará en el Pabellón Morisco, á las tres de la tarde, el Jueves

11 DE FEBRERO DE 1896.

bajo el plan siguiente:

14,000 Billetes á $ 2.00 cada uno, divididos en vigésimos de á 10 centavos.

Fondo: $ 28,000.

PREMIOS:

1	Premio de.... $ 10,000....	$ 10,000
1	„ „ „ 1,000....,	1,000
1	„ „ „ 500 ....,	500
1	„ „ „ 200....,	200
2	„ „ „ 100....,	200
10	„ „ „ 50....,	500
25	„ „ „ 40....,	1,000
100	„ „ „ 20....,	2,000
200	„ „ „ 10......	2,000
2	Aproximaciones de á $ 100; una anterior y otra posterior al número premiado con los ...... $ 10,000 ....$	200
2	Aproximaciones de á $ 50; una anterior y otra posterior al numero premiado con los $ 1.000........................$	100
845	Premios que hacen un total de	$ 17.700

El próximo sorteo, con premio mayor de

$ 60,000

se verificará en el Pabellón Morisco, á las 11 a. m., el Jueves

28 de Enero de 1897.

bajo el plan siguiente:

60,000 BILLETES. FONDO: $ 320,000.

PRECIO DE LOS BILLETES:
Enteros: $ 4.00.–Medios: $ 2.00.
Cuartos: $ 1.00. – Décimos: 40 cents.
Vigésimos: 20 cents.

PREMIOS:

1	Premio mayor de..........	$ 60,000
1	Premio principal de......,	„ 20,000
1	Premio principal de......,	„ 10,000
5	Premios de $ 1,000......,	„ 5,000
10	Premios de „ 500 ......,	„ 5,000
25	Premios de „ 200 ......,	„ 5,000
100	Premios de „ 100 ......,	„ 10,000
260	Premios de „ 40 ......,	„ 10,400
460	Premios de „ 20 ......,	„ 9,200
100	Premios de $ 60, aproximaciones al premio de $ 60,000.............$	6.000
100	Premios de $ 40, aproximaciones al premio de $ 20,000.............$	4.000
100	Premios de $ 20, aproximaciones al premio de $ 10,000.............$	2.000
799	Terminales de $ 20, que se determinarán por las dos últimas cifras del billete que obtenga el premio mayor de $ 60,000 ......$	15.980
799	Terminales de $ 20, que se determinarán por las dos últimas cifras del billete que obtenga el premio principal de $ 20,000....$	15.980
2.761	Premios que hacen un Total de..	$ 178.560

☞ Todos los sorteos están bajo la vigilancia y dirección personales del Sr. D. Apolinar Castillo, Interventor del Gobierno, y de un empleado de la Tesorería General de la Nación.

Oficinas: 1ª San Francisco núm. 12.
U. BASSETTI, Gerente.



"HUMBER"

Hilario Meenin tiene la honra de participar á su numerosa clientela y al público en general, que acaba de recibir el nuevo catálogo inglés

DE LA MAQUINA "HUMBER,"

para 1897, y que recibe desde ahora pedidos para trasmitirlos á Inglaterra.

BICICLETAS "HUMBER," "STEARNS," "TURIST" "RECORD."

GRANDFS TALLERES DE COMPOSTURAS Y MAGNIFICO SURTIDO DE ACCESORIOS.

AVENIDA JUAREZ 4. MEXICO. APARTADO 189.

LA CERVEZA FERRUGINA,

RECONSTITUYENTE, EXQUISITA Y DIGESTIVA.

Se recomienda á los anémicos, á las jóvenes cloróticas, y á las personas debilitadas por una prolongada permanencia en las regiones cálidas y malsanas.

De venta en casa de los Sres. E. Dutour y Comp., Agentes Generales; en el establecimiento de la Sra. Viuda de Geniny Comp., 2ª de Plateros número 3, y en todos los principales establecimientos.

La Compañía de Construcciones y préstamos en México.

1ª DE SAN FRANCISCO Nº 12.

Apartado Nº 84 B.

Lic. Emilio Velasco, Presidente.
Jhon R. Davis, Vicepresidente.
Julio Limantour, Tesorero.

PIDASE PROSPECTO Nº 6.

Suponiendo que las presupuesto acciones monten á $100.00 en 96 meses habrá pagado como derecho de admisión y exhibición $58.10 ganancia 41.90 ó sea 18 1/9 p%.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en **cajas**, para la barba, y en 1/2 **cajas** para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el ***PILIVORE***. **DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, París.**

EL MUNDO.

TOMO I. MEXICO, ENERO 24 DE 1897. NUMERO 4.

Recuerdos del Baile dado en Minería en honor del Sr. Presidente.



El General Escobedo introduce á la Sra. Doña Carmen Romero Rubio de Diaz al Salón.
(Dibujo de J. M. Villasana.)

"EL MUNDO"

Semanario Ilustrado.

Teléfono 434.—Calle de Tiburcio núm. 20.—Apartado 87 b.

MÉXICO

Toda la correspondencia que se relacione con la Redacción, debe ser dirigida al

Director, Lic. Rafael Reyes Spíndola.

Toda la correspondencia que se relacione con la edición debe ser dirigida al

Gerente, Lic. Fausto Moguel.

La subscripción á **EL MUNDO** vale $1.25 centavos al mes, y se cobra por trimestes adelantados.
Números sueltos. 50 centavos.
Avisos: á razón de $30 plana por cada publicación.

Todo pago debe ser precisamente adelantado.

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE.

«Agentes exclusivos para los Estados Unidos y Canadá The Spanish American Newspaper Company, 136 Liberty St. New York, E. U.»

Notas editoriales.

El nuevo plan de estudios de la Escuela Preparatoria.

En el presente año escolar se han introducido varias reformas en el plan de estudios de la Preparatoria de esta Capital, siendo la más importante la unificación de las asignaturas antes de comenzar cualquiera carrera.—Era una necesidad esta unificación, si habíamos de contar con hombres profesionales, sólidamente ilustrados, sin brechas en su educación y poseedores de un método eficaz para la investigación de las verdades científicas.

Hay que tener en cuenta que la ciencia contemporánea tiende á la unidad, que los conocimientos se apoyan los unos en los otros, que la solidaridad es mutua y que los ramos del saber humano van rompiendo las fronteras que antaño los separaban, para formar un solo cuerpo de doctrina. La educación preparatoria ha de responder á estas exigencias del espíritu moderno, ansioso de encontrar relaciones de causalidad, enlace en las ideas, cohesión en las verdades adquiridas. Y esta educación no podrá alcanzar tan altos fines si no está coordinada por la inflexible disciplina de un método, que es lo que realiza el nuevo plan de la Escuela Preparatoria.

Un hombre de carrera debe ser necesariamente un hombre ilustrado, y jamás puede pasar por ilustrado el individuo que desconoce nociones generales que informan el criterio de la moderna intelectualidad. Todavía nos causa risa la respuesta de aquel licenciado y doctor y Ministro de Justicia, de quien se refiere que al discutirse las bases del tratado de Guadalupe, y al oír que los americanos pedían que se les concediese hasta el *grado treinta y tres*, decía: «Jamás pasaré por semejante cosa, á lo más, á lo más, que se les dé hasta el *grado diez ó quince.*» Pero, se dice, ¿qué falta hace al abogado el estudio de la Geografía, y al ingeniero el estudio de la Historia, y al Notario el de la Química? En el estado actual de la civilización, todo hombre que aspire á pasar por culto, está obligado á adquirir los conocimientos que la civilización reclama. No son solamente ignorantes los que no saben leer y escribir; lo son también los que no saben interpretar los hechos que desfilan ante su vista.

La Escuela Preparatoria—se ha dicho muy bien en estos días—es un plantel para la *gente de levita*, para las clases más elevadas, y en este sentido tenía razón el inolvidable Don Gabino Barreda: "*cortar la carrera á un alumno*, en el antiguo sistema, era, casi con toda seguridad, condenarlo á llevar una vida obscura y miserable; hoy, sólo será cambiar el rumbo de su actividad, pero dejándole siempre abundantes medios de asegurarse un bienestar independiente y de hacer honradamente su fortuna.» Con el método adquirido en la Preparatoria y los conocimientos que forman los peldaños de esta escala, todo hombre, al salir del establecimiento, podrá cooperar al bien de sus coasociados y al suyo propio, cualquiera que sea la dirección que tome su espíritu.

***

En nuestro país, esta falta de conocimientos ordenados nos ha llevado á cometer una interminable serie de errores que han causado lesiones graves. Alguna vez hemos dicho que se ha procedido en México por medio muy semejante al de *Bouvard* y *Pecuchet*, los dos célebres majaderos de la obra de Flaubert. Hemos soñado con la cría de avestruces, con la propagación de los camellos, con la sericicultura, con la piscicultura; imaginando que nuestras tierras son aptas para toda clase de cultivos, se ha intentado el del ramié en gran escala, el de la vid, y así sucesivamente. Y á cada uno de estos ensayos, el presupuesto abría copiosamente sus mezquinas corrientes, laborando de este modo á la magnitud de una crisis que posteriores fenómenos económicos acabaran por determinar.

Hemos sido educados precipitadamente, nuestras *informaciones* han estado prendidas con alfileres, y mientras el progreso acrecentaba el caudal de conocimientos, en nuestra República nos ha bastado saber que éramos *muy* ricos, *muy* hombres y *muy* demócratas. De nuestros establecimientos profesionales ha salido una juventud repleta de errores, impregnada de falsedades, con enormes lagunas intelectuales, con conceptos equivocados. Ministros de Hacienda sin saber sumar, criminalistas sin nociones de psicología, estratégicos desconocedores de la matemática, diplomáticos sin idiomas, publicistas sin lógica: toda una colosal oleada de eminencias, sin suficiente bagaje para resolver los problemas de orden social y político que les estaban encomendados.

El nuevo plan de la Preparatoria viene á realizar el pensamiento que la Administración pública se ha propuesto en materia de educación: formar hombres útiles á sí mismos y á la sociedad en que viven.

El republicanismo del Diablo.

Un periódico de Francia, con motivo del entusiasmo provocado con la estancia del Czar en aquella nación, preguntaba si las manifestaciones á que se entregó el pueblo durante la regia visita lo acreditan como demócrata, ó si los herederos de la Revolución ocultan tras el velo de las instituciones una suma tibieza hacia la forma republicana de gobierno. El periódico que así se produce ha caído en el error jacobino de sujetar los más graves problemas políticos á un juego de palabras, y ante un: «¡Viva el Emperador!» declara muerta la República y se alarma frente á las manifestaciones hechas en favor del soberano de un país amigo.

Esta explosión revolucionaria prueba una vez más cuán lejos se hallan todavía muchos espíritus del verdadero concepto que debe informar á los grupos humanos dignos de ser libres, cuando una palabra se les antoja que pone en grave riesgo las instituciones. Para los jacobinos, en efecto, débese vivir en odio mortal contra toda manifestación contraria á su programa de exterminio, y por rencor á la tiranía son capaces de proceder como los más feroces tiranos.

La República francesa ha podido, en virtud de una regla de cortesía, manifestarse respetuosa hacia el Jefe de una nación amiga, sin que el testimonio de este respeto pueda traducirse como un acto de desafecto hacia su forma de gobierno.

En realidad, el verdadero *republicanismo del diablo*, como lo llama la publicación á que aludimos, consiste en ampararse tras un ideal que trata de establecer sus cimientos en la libertad, para dar muestras de la más escandalosa y terrible opresión de las conciencias.

Política General.

RESUMEN.—Recelos de la Triple Alianza.—El nuevo Canciller ruso y las reformas militares francesas.—Las perpetuas rivalidades y el arbitrage anglo-americano.—Otra vez la barbarie musulmana.—El Sultán siempre pérfido.—"Anatema sit."—Las Cámaras francesas y el Parlamento inglés.—Temores y esperanzas.

Después de la gran excitación que reinó en los pasados días, con motivo del anunciado aumento del efectivo en el ejército francés y la reforma general de la artillería de campaña; después de las alarmas que tales medidas ocasionaron entre las naciones que forman la Triple Alianza, que ven en tales preparativos amenazas terribles para lo porvenir, y se miran obligadas por modo indirecto á continuar en esa interminable senda de odios y rivalidades, que se manifiestan en los ejércitos cada vez más formidables y las escuadras á cada paso más poderosas, hay en estos momentos un hecho nuevo, que viene como á agregar combustible á esa inmensa hoguera que brilla con inminente riesgo de envolver en sus llamas fatídicas á la Europa entera en general conflagración: se trata del nombramiento de Secretario de Estado en el gran Imperio moscovita.

La repentina desaparición del príncipe de Lobanoff-Rostowsky, muy conocido por sus sentimientos anti-germánicos y por ende, contrarios á las aspiraciones encarnadas en el emperador Guillermo y sus devotos aliados, dejó un vacío en el gabinete del Autócrata ruso, que cada cual deseaba ver colmado según sus propios intereses. Larga fué la zozobra y prolongada la ansiedad con que todos esperaban ese nombramiento; de modo que, al anunciarse que el favorecido por el Emperador Nicolás II es el Conde de Mouravieff, ministro plenipotenciario de Rusia en la Corte danesa, unos han experimentado las palpitaciones del entusiasmo, en tanto que otros sienten los amargos dejos del desencanto.

Es que el elegido conde de Mouravieff se ha formado al amparo del panlavismo más puro, y ha crecido al abrigo de los que sueñan con extender la influencia moscovita donde quiera que la reclame la raza, y cualesquiera que sean los intereses que se opongan á la realización de estos propósitos.

Con gran apresuramiento ha marchado á Berlín el Canciller del Imperio austriaco, conde Gochowsky, á conferenciar con el augusto Hohenzollern sobre las cuestiones que amenazan empañar el cielo político de Europa.

***

No pueden las potencias que forman la *Dreibund* dejar pasar inadvertidos esos armamentos nuevos que proyecta Francia, ni menos ser indiferentes al aumento del ejército francés en medio de la paz engañosa que á nadie convence ni tranquiliza. No pueden considerar sin sobresaltos la exaltación de un ministro, que anuncia una política que puede hacerse agresiva en un momento dado de parte del Autócrata del Neva, cuando mire completa la cifra asombrosa de sus soldados que todos creen se elevará de modo fabuloso en el presente año. No pueden contemplar sin recelo la posibilidad próxima de que Rusia reclame, en medio su expansión hacia todos los rumbos, las provincias esclavonas que aun viven sujetas á la tutela germánica.

Y como todo esto está en la conciencia de los que dirigen á estos pueblos ligados en la paz y apercibidos para la guerra, ya se presume claramente la misión del Canciller austriaco en la corte del emperador Guillermo.

Nada importará ni ha de influir en sus decisiones la resistencia que en el Reichstag alemán han de oponer á los nuevos créditos para el ejército y la marina los liberales, los católicos y los ya poderosos socialistas; nada, las dificultades financieras de Italia, que aun no se repone de las catástrofes de Abisinia, y apenas va trabajosamente restañando las heridas de su erario empobrecido; nada la actitud semipasiva del Austria-Hungría, mal de su grado arrastrada en la corriente que la señalan los vencedores de Sadowa y los aspirantes al Trentino, después de la adquisición del Lombardo-Véneto: contestarán los soberanos al reto mal encubierto de la República francesa, y los pueblos, que no tienen más que una válvula para el escape de la opinión en los campanudos parlamentos, tendrán que aceptar la nueva carga que se les impone, por cuenta de rivalidades y rencores, y que seguir gimiendo bajo la pesadumbre de los presupuestos de guerra, cada vez más abrumadores, cada vez más agobiantes.

No es, pues, ésta la mejor oportunidad, para que se prediquen por algunos la concordia aparente ó real de que acaban de dar prueba la Gran Bretaña y los Estados Unidos en su tratado de arbitraje; no es la presente la mejor coyuntura, para proclamar el general desarme que en utópicos delirios, aconsejaban el pasado año el congreso socialista en Londres y el internacional de la Paz en Buda-Pesth.

***

Ya era tiempo de que las tantas veces prometidas reformas turcas, para remediar la triste condición de los súbditos cristianos, se hubieran llevado á efecto y renaciera la confianza que su implantación debiera inspirar. Tiempo era ya de que la intimación categórica del ministro francés en la corte de Constantinopla y las declaraciones formales del embajador del omnipotente Petersburgo, hechos á nombre de las potencias occidentales, surtieran sus efectos, y los asendereados armenios dejaran de ver suspendida sobre su cabeza la cimitarra del musulmán, mil veces manchada con el asesinato y envilecida en la barbarie. Pero está escrito que el Sultán no ha de ceder en sus odios ni cejar en sus persecuciones, mientras la fuerza y la violencia no lo obliguen á contrariar lo que Mr. Gladstone ha llamado instintos de fiera y hambre de asesino en el pérfido Abdul-Hamid. Está visto que, escurridizo ante las amenazas pacíficas de la diplomacia, y perjuro contumaz en todos los compromisos que no contraiga al filo de la espada, se ha de burlar de todos los ardides de los embajadores y ha de romper la red de todas sus combinaciones, con los inagotable recursos de su audacia en las pavorosas sombras de su perfidia.

Como lobo acosado en su guarida, pareció descansar para tomar aliento, no para abdicar de su sed de sangre y de matanza, y recobrado de sus vanos temores, cuando comprendió que no estaba marcada la hora de la expiación, por falta de acuerdo en sus jurados enemigos, el Califa de los Creyentes ya vuelve á tolerar las iniquidades de sus fanáticos sectarios, ya se registran nuevos asesinatos cometidos en indefensos cristianos y se anuncian nuevas explosiones de odio entre los salvajes muslimes, estallando horribles contra los aborrecidos armenios.

Contados están los momentos de ese reinado de la injusticia; no ha de ser larga la tregua que se conceda al corrompido Imperio otomano, roído de podredumbre en sus entrañas y amenazado de disolución en sus elementos.

Y llegarán del Norte y del Occidente, armados de todas armas los pueblos cristianos; entrarán á sangre y fuego en las ciudades malditas, y la nación musulmana, que por tanto tiempo ha manchado con la sombra de su caduca civilización y el vapor caliginoso de su miseria el cielo de la culta Europa, desaparecerá para siempre del cátalogo de los pueblos soberanos.

Así debe ser: ya no la defiende el escudo de Bayaceto ni la ilustra el Magnífico Solimán. *Anatema sit.*

***

Con las solemnidades de estilo acaban de reanudar sus tareas legislativas las Cámaras francesas y el Parlamento inglés.

Como una especie de aprobación á la política que sigue el gabinete presidido por Mr. Mélline, y como protesta contra las utopías socialistas, que en días pasados y bajo la dirección del radicalismo más avanzado, amontonaban negros nubarrones en el cielo azul de la República francesa, el pueblo en las recientes elecciones de Senadores, ha dado su voto á los candidatos moderados, á los republicanos que, igualmente apartados de las ilusiones monárquicas como de los delirios radicales, son la mejor garantía para la paz y la tranquilidad del país.

Ojalá y el Senado, ese cuerpo conservador por excelencia, instituido precisamente para moderar las impaciencias de unos y evitar las metamorfosis reaccionarias, los retrocesos morbosos de otros, llene debidamente su misión, y sea como lo fué el año pasado, con su entereza, la roca inamovible donde se asiente la República, amenazada de anarquía en el seno mismo de la representación nacional.

No así tranquilo se anuncia el período legislativo en el otro lado de la Mancha. La oposición liberal que un punto se sintió debilitada, falta de jefe reconocido, por renuncia de Lord Rosebery, tiene ya su *leader* en la persona de Lord Kimberley, que se apercibe á la tarea. Los mismos conservadores, dóciles á la disciplina del Marqués de Salisbury, aun pretenden quebrantar la mayoría ministerial por asuntos de política interior. Veremos si la excisión temporal se efectúa; en ese caso, se apelará probablemente á nuevas elecciones, no dando el espectáculo de un cambio de Ministerio, en los momentos en que el gran Imperio británico se prepara á celebrar en solemne festival el sexagésimo aniversario de la inauguración de este reinado, el más dilatado, si no el más glorioso que hayan presenciado los pueblos modernos.

X. X. X.

21 de Enero de 1897.

PAGINAS ESCOGIDAS

LADY CLARE

«Era el tiempo en que florecen los lirios y en que las nubes se agitan en lo más elevado de los aires."

Lord Ronald, al regresar de una cacería regaló á su prima Lady Clare una cierva blanca como una azucena.

Enamorados y prometidos los dos primos, debían unirse en matrimonio al día siguiente.

¡Que Dios bendiga ese hermoso día!

—Mi prometido no me ama ni por el orígen de mi cuna, ni por los vastos dominios que poseo. Me ama por lo que soy y esto es lo que más me satisface—pensaba Lady Clare cuando partió de su lado Lord Ronald.

En eso entró en su estancia la anciana Alicia, que había sido su nodriza, y la preguntó:

—¿Quién ha salido de aquí?

—Mi primo—contestó Lady Clare.—Mañana se celebra nuestra boda.

—¡Dios sea bendito!—añadió Alicia.

Todo sale á medida de mi deseo, y puesto que tu felicidad está asegurada, ha llegado el momento de que te haga una revelación. Has de saber que tú no eres Lady Clare y que Lord Ronald no es tu primo y sí el legítimo heredero de todos los dominios que posees.

¡Nodriza, nodriza! ¿Has perdido la razón? ¿Qué cosas son esas que estás diciendo?

—Te digo la verdad, como se la digo á Dios que sabe todo lo que pasa en nuestro corazón. Eres mi hija, la hija del viejo conde, á quien has considerado como padre, murió en mis brazos; pero como tú y ella apénas habían cumplido el primer mes, enterré á la niña, á quien criaba como si fuera mi hija, y á tí que eres la hija de mis entrañas, te puse en su lugar.

—Obraste indignamente. Si es verdad todo lo que cuentas, madre mía, cometiste una gran iniquidad, privando por tanto de su legítima fortuna á Lord Ronald, que es el hombre más bueno de la tierra.

¡Bah, bah!—interrumpió la nodriza.—Déjate de esas cosas; guarda el secreto, y como vas á unirte con Lord Ronal, sin que él sepa el engaño, le devuelves de un modo indirecto su fortuna.

—No, madre. Si nací pobre, como odio la mentira, revelaré el secreto que has tenido guardado.

Quítame el broche de oro y separa también de mi cuello el collar de diamantes.

—No, hija. Oye mis súplicas. Guarda el secreto. Mereces ser feliz y lo serás.

—De ningun modo. En medio de mi profunda pena, revelando lo que acabo de saber, conseguiré dos cosas: no manchar mi conciencia con la mentira, y averiguar hasta dónde puede llegar el cariño de un hombre.

—¡El cariño! -dijo Alicia.—No esperes gran cosa del cariño de tu prometido en cuanto sepa que la fortuna que posees es suya.

—Y la recibirá de mis manos—añadió la jóven—aún cuando muera de dolor por perder su cariño.

—Ten presente, hija mía, que si he cometido esa falta ha sido por tu bien; al menos perdóname, y para que la desesperación no me mate, permíteme que imprima un beso en tu frente.

—¡Ah, madre! ¡Cuanto daño me has hecho! Pero no importa. Besa mi frente y recibe con otro beso en tu mano la muestra de mi respeto.

La bella jóven se despojó de sus galas, se vistió un traje de aldeana, prendió una rosa en sus cabellos y se alejó del castillo dirigiéndose al parque.

La cervatilla que retozaba, al verla, corrió á su encuentro como para implorar sus caricias; y Lord Ronald al contemplar aquel hermoso cuadro desde una de las torres del castillo, bajó tambien en busca de su amada, diciéndola:

¿Por qué te has disfrazado de ese modo? ¿Por qué te has convertido en humilde aldeana, cuando eres la reina de estos contornos?

—Si me veis vestida de aldeana—contestó la jóven—es para presentarme con el traje que corresponde á mi humilde condición; porque habéis de saber que no soy Lady Clare.

—¿Qué significa esa burla?—exclamó sorprendido Lord Ronald—¿No sabes que soy tuyo en cuerpo y alma? Explícame ese enigma.

Entonces ella con arrogancia y haciendo un gran esfuerzo, refirió á Lord Ronald el secreto que poco antes le había confiado la anciana nodriza.

Lord Ronald, después de oirla la tendió los brazos, y estrechándola con efusión:

—Si no eres Lady Clare—exclamó—como mañana van á unirse para siempre nuestras almas, serás Ladi Ronald.

La jóven no se había engañado. El verdadero cariño lo puede todo."

TENNYSON.

VALLES Y MONTES

Los mares cubrían casi todo el esferoide terrestre.

En el seno de las aguas se cuajaban los continentes, como inmensas cristalizaciones.

Hervían las entrañas del globo, como calderas titánicas de un infierno geológico.

Y por el espacio cruzaban en todas direcciones manadas sin fin de nubes, que al caer la tarde empujaban el sol hacia los negros establos de la noche, punzando sus enormes lomos con rayos de luz á modo de enrojecidas aijadas.

Cayeron en la nada esas gotas enormes del tiempo, que se llaman siglos, y por entre los océanos empezaron á surgir los continentes, como séres titánicos que se asomaban á ver las estrellas y el sol: la naturaleza, como mujer, es á veces curiosa; pero sus curiosidades son curiosidades enormes.

Subió una planicie inmensa, inmensa como el Asia, como América, como toda la Europa; pero al principio subió muy poco, quedó casi al nivel de los mares: parecía un mar petrificado. La alta marea la cubría, la marea baja la dejaba en seco; era como una marisma estupenda.

Y aquella masa de tierra, aquel continente achatado estaba en sus glorias con su igualdad niveladora y estéril. Era feo todo aquello: era desolador, era de una monotonía mortal, pero estaba todavía al nivel.

Aquí quedaba al retirarse la marea una laguna á modo de charco; allá brotaban unos juncos, más lejos se enredaban unas algas á las asperezas del terreno. La lluvia batía por igual á toda la planicie: por igual la abrasaba el sol como lluvia de fuego, y el viento la barría toda ella como rasero flotante del espacio.

Como todo estaba igualmente muerto y desolado, ningún pedazo de la llanura envidiaba el pedazo de más allá: la misma marea, el mismo cielo, los mismos desiertos horizontes, la misma miseria de vida.

Pero desde el interior del globo fuerzas gigantescas y misteriosas empezaron á empujar hacia arriba el centro de la planicie, fajas caprichosas y *privilegiadas* comenzaron á subir lentamente, empinándose en el espacio y acercándose á las nubes.

Ya toda la planicie no era igual: iban dibujándose las llanuras, iban arrugándose las montañas, iban quedando los valles entre arruga y arruga del monstruo de piedra, que trepaba por los aires.

Y entonces sucedió una cosa extraña.

Desde el orígen de aquel continente, cuando todo él estaba á nivel y era como prolongación del mar, *una gran sombra* de extraños contornos lo había cubierto casi

Una sombra parecía; algo así como si se proyectasen abajo los infinitos nubarrones de arriba. Pero en la sombra colosal había un contorno parecido á una cabeza en que dos charcas dibujaban los ojos amarillentos con ásperas y verdosas pestañas de juncos. En la sombra había dos contornos que semejaban á dos brazos con zarpas de roca, hundiéndose en la marisma y desgarrándola con sus desgarraduras rellenas de sal. En la fantástica sombra había otros dos contornos mayóres, que imitaban las siluetas de dos piernas apoyadas en los lindes y playas del mar, y como rechazando á patadas su poderoso oleaje; diríase que era el asno monstruoso de la nada coceando contra lo infinito.

Pero, en fin, mientras la planicie no se desniveló, *aquella sombra* fué sombra caprichosa no más; fingía una cabeza, unos miembros desquiciados; en suma, una silueta fantástica apagada y desvanecida.

Pero á medida que iban creciendo los montes con sus robustos espinazos encorvados, que se iban tendiendo los llanos con sus verdes praderas, y que se iban ahondando los valles con sus fuentes y sus ríos; *la sombra fantástica* empezó á espesarse y á tomar relieve; parecía una inmensa ostra negra apegada al terreno. Y sus miembros se agitaban lentamente, y sus piernas rechazaban el oleaje blanco y azul de la costa, y sus manazas se hundían en la sal de la marisma, y las dos enormes charcas eran ya dos ojos sin pupila avahados de vapores biliosos.

Al fin todo se supo: brisas murmuradoras lo iban contando por las cañadas: era el espíritu de la envidia; *la envidia misma*, que había estado aplastada y durmiendo sobre la planicie muerta, y que despertó al fin con las trepidaciones ascendentes de los montes y con el nuevo calor de la vida nueva que comenzaba á fermentar en los valles.

Y á medida que se hinchaba el monstruo, susurraban por los valles y por los llanos voces apagadas y amargas, inspirando á todo lo que estaba bajo, á todo lo que era modesto, á todo el que se tenía por humilde, ideas tristes y dolorosas: veneno invisible esparcido por la atmósfera.

«¡*Pobre terruño*, qué flojo eres y qué bajo estás! -decían aquellas voces.—¡Mira, mira aquellos montes como tocan con las nubes! ¡*tú*, tierra que se deshace; *ellos*, roca; ellos, granito; ellos, pórfido!

¡*Valle*, que entre montañas te hundes, bien les sirves de alfombra! ¡*tú*, arrastrándote con tu río y *ellas* mirando de cerca al cielo y coronadas con diademas de plata.

¡*Llanos humildes*, bien os anega la inundación; aquellos picachos como están en alto se ríen de aguaceros y tormentas, toman las nubes por dosel y hacen del rayo un cetro! ¡La inundación...... pero si de aquellos montes viene, si ellos son los que la mandan!

Bosques y selvas, ¿qué os han dejado? La sombra, la humedad, la charca infecta; ved en cambio en aquellas cordilleras, cómo el sol por la mañana y por la tarde dora las crestas, y las corona de rayos, y fabrica prodigiosos cortinajes de gasas y brocados con flecos de plata y oro.

¡Sí, terruños, llanos, bosques, valles, hondonadas, oíd, *todos los que están abajo*: esos montes que están arriba con armaduras de jaspe, coronas de plata, aureolas de luz fabricadas por el mismo sol, mantos de escarlata, dosel de nubes, y que si suben un poco más van á tocar con el cielo, *á vuestro nivel estuvieron*, fueron como vosotros, de la misma tierra que vosotros estan fabricados, no os miraban desde las regiones del sol y del rayo, no os escupían con espumarajos de torrentes, no os pisoteaban con estribaciones de piedra, no os quitaban la luz del sol que nace ó del sol que se pone con sus miembros gigantescos que se calientan de cerca al fuego del cielo.

Fuisteis iguales, y ahora, ¿qué sois vosotros? ¿qué son ellos? Vosotros en la hondura, comidos de gusanillo y de alimañas; ellos, en el espacio azul, adulados por las águilas. Para vosotros torrentes de cieno; escurriduras de lo alto; para ellos enormes coronas de nieve, que centellea como plata en reflejos rosados. Para ellos el día es más largo y los horizontes más anchos; para vosotros la noche se prolonga con la sombra en esos montes, y el horizonte se estrecha entre matorrales. Ellos son los poderosos, los soberbios, los felices: vosotros los humildes, los pisoteados, los ruines. Y fuisteis iguales cuando *yo, la sombra de los ojos verdosos*, os cubría abrigando por igual vuestra miseria!»

Esto murmuraban los aires, y valles y llanos se extremecían.

Y los montes estaban tan arriba que nada de esto pudieron oír.

Pero otras voces dulces y consoladoras se mezclaban, viniendo no se sabe de dónde, á los amargos y penetrantes acentos del monstruo de la envidia.

«Abajo está, decían, la renovación, la fecundidad, el amor, la vida. Arriba esta y debe estar la majestad del silencio, y del sacrificio.

La corona de nieve que brilla en las cimas, se derrite para alimentar las fuentes y los ríos del valle.

El sol no juguetea en las crestas para bañarlas de luz, sino para fundir sus diademas.

La tierra sustanciosa y fecunda de las regiones bajas, y de los flancos de las montañas, vino arrancada por los torrentes, y de los altos montes no quedó más que la osamenta. Esqueletos son coronados de espinas de hielo, no soberanos triunfadores.

Frescura da su sombra mientras el fuego del cielo calcina sus cúspides.

La vida vibra en el valle mientras la muerte y la soledad se envuelven en la altura en sudario de niebla.

El riachuelo que alegre serpentea sobre arena y guijo; la savia que rebosa en ramajes y hojas; la flor, que es tálamo de silenciosos amores; el pájaro que es todo pluma y trinos; sombras y luces que se mezclan sobre la hierba; brisas y aromas que perfuman los verjeles, todas estas explosiones de vida y amor, todas estas reverberaciones de color y luz, *de arriba vienen*, de la majestuosa é inmóvil montaña, *madre* que dió su carne y su jugo, su sombra y reflejo al valle y á la llanura.

Estaba en alto, debió sacrificarse y se sacrificó; por eso el sol naciente la acaricia con besos de color de rosa: por eso el sol poniente le presta al morir diadema infinita de rayos de oro: no adula la grandeza, glorifica el sacrificio.»

Y valles, llanos y oteros se estremecieron de gratitud y amor.

La envidia se encogió de envidia; se encogió mucho, mucho, mucho y pensó «con la *naturaleza no puedo*.»

Y por la floresta y abrazados amorosamente vió venir dos hermosos mancebos: se llamaban Caín y Abel.

«Con la naturaleza no puedo, repitió; veremos si puedo con el hombre.»

Y aquella *sombra inmensa* que había cubierto todo un continente al brotar de los mares, ahora muy encogida, muy chiquita, muy reconcentrada, se posó sobre Caín: la boca y las zarpas en el corazón, las extremidades interiores sobre la frente.

Y Caín se puso verdoso; y el corazón se le llenó de sal y de amargura; y las olas de azul y plata que venían de lo infinito sobre su frente, se vieron rechazadas por el cocear del monstruo.

Y la envidia pensó: en ésta ya hice presa, que me la quiten.»

Y todavía no ha soltado su presa.

José Echegaray.

NOTAS E IMPRESIONES

Arte y crítica.

Un excelente crítico sería un artista que tuviese mucha ciencia y gusto, sin prejuicios y sin envidia.

Voltaire.

⁂

Para ser un maestro en su arte se necesita ser un hombre habil en su oficio.

Alex Dumas hijo.

⁂

La multitud no comprende la belleza, la siente.

Beulé.

⁂

El artista necesita conciencia, confianza y perseverancia.

Corot.

BIBLIOTECA MINIATURA

Recordamos á nuestros lectores que en el presente mes repartiremos á los subscriptores de El Mundo Ilustrado el primer tomo de la *Biblioteca Miniatura*.

La obra que elegimos—muy interesante y amena—vale un peso en las librerías de la Capital.

OTRO PAGO DE $5,000.00 DE "LA MUTUA" EN GUADALAJARA.

Guadalajara, Enero 16 de 1897.

Sr. D. Carlos Sommer, Director General de «La Mutua.—México.

Estimado señor:

Hoy he recibido ante Notario Público, en esta Sucursal del Banco de Lóndres y México, ($5,000.00). Cinco mil pesos valor de la póliza bajo la que estaba asegurado en «La Mutua» el señor mi esposo Don Ramón F. de la Mora, que falleció hace tiempo.

Por medio de esta carta doy á usted y al Sr. Don Miguel Serrato y Durán, que gestionó activamente el pago, como agente de «La Mútua,» las debidas gracias y los autorizo para que la publiquen.—S. S. Concepción C. N. de la Mora.

Recuerdos del baile dado en Minería en honor del Sr. Presidente.



El "Ambigú."

(Del natural por Carlos Alcalde.)

EL BAILE EN MINERIA

IMPRESIONES

Llego, lectoras mías, cuando la prensa diaria ha volcado ya, de prisa, ante vosotras, el caudal de sus notas rápidas, cuando lo que fué luz, esplendor, ruido...... vértigo, tiene ya la apacible y soñadora hermosura del recuerdo; cuando el comentario sutil ha agotado ya todo el manjar de novedad que nos ofreció una fiesta inolvidable. Será preciso empero que me escuchéis por breves momentos. Yo os había dicho en mis anteriores notas, en las escritas cuando el alba que sucedió á esa noche feérica, teñía apenas las vidrieras de vuestros balcones, que mi cerebro era un caos de emociones de donde en vano intentaba que brotase la luz. Hoy, esa luz ha brotado; es pálida y tenue y se llama recuerdo; á su esplendor suave voy á conduciros por el regio salón y leeréis, no la noticia que, árida y comentada, holgaría, sino las impresiones de un amigo que desea conversar con vosotras acerca de una fiesta ansiosamente esperada y realizada con brillo inusitado.

***

Minería es sin duda el más hermoso edificio de México, así por la harmonía de su sobrio y elegante estilo como por su regia amplitud. La elección no podía, pues, ser mejor para una fiesta en que las clases sociales pudientes intentaban ofrecer un homenaje de respeto y cariño al Presidente de la República. El adorno en tan bello edificio debía lucir notablemente más que en cualquier otra parte y la concurrencia femenina, moviéndose en un cuadro tan vistoso y rico, producir debía el efecto más encantador que darse pueda.

Esto supuesto y más que todo la incuestionable habilidad y buen gusto de nuestro inteligente amigo el Sr. Diputado Don Ignacio Bejarano, que tuvo á su cargo el adorno, nadie extrañará que éste, que pasamos á describir, haya dejado las más bellas impresiones.

Ante la puerta del centro del edificio púsose un gran *portier* de madera cubierto de lienzo á rayas vivas, el cual protegía á las damas desde el momento en que descendían de sus carruajes. Grandes y primorosos macetones flanqueaban una calle que conducía al salón que no se percibía desde el exterior, gracias á un gran cuadro, representando un mosquetero, que cubría el arco de la entrada. Una vez que la mirada se aventuraba por el salón, el efecto era indescriptible. Parecía que á un conjuro mágico el salón se había transformado. Del centro de cada arco pendía un gran foco de intensa luz y aquí y allí, bordando los arcos, prendiendo diamantes en los muros, multiplicándose hasta lo increible en todas las posiciones, veíanse centenares y centenares de lámparas incandescentes. En la planta baja, el adorno consistía en cortinajes inmensos de peluche de vivos colores, que formaban un *portier* á cada arco y que dejaban ver, en las galerías, grandes figuras decorativas en bronce, de severo efecto.

En los dos arcos principales, el que vé á la escalera y el que á este se opone, dos gigantescas lunas biseladas, encuadradas en flores, multiplicaban en su diáfano é inalterable seno la esplendidez de aquel recinto.

En la galería Sur, en las extremidades, admirábanse dos hermosos paisajes de que hablé ya á mis lectoras en mi nota anterior.

Correspondía á este espléndido adorno de la planta baja el de la alta. Escaleras tapizadas: aquellas regias escaleras! flores por donde quiera, en los pasamanos, en las columnas, en los muros, gasas, guías, magníficos guardarropas, tocador elegantísimo, *buffet* espléndido y severa sillería.

El conjunto único deslumbraba la mirada, así la admiración, domeñaba el espíritu...... Aquellas encantadoras historias de la adolescencia, aquellos cuentos mágicos de palacios que relampaguean como ascuas de oro, en medio de bosques encantados y donde brindan con fiestas y saraos el Príncipe Azul y la Princesa Blanca, aquellos ensueños de poetas fantásticos que sobrecogen el alma del niño con sus narraciones maravillosas, parecían haberse realizado ahí, en el gran salón, por no sé qué mágico poder.

A las nueve y media de la noche comenzó el gran desfile de invitados que instantaneamente poblaron el palacio, y media hora después, á los acordes del Himno Nacional y la marcha de honor, presentóse el Sr. Presidente de la Repúbilca.

Aquel momento de mudo, pero elocuente entusiasmo —dice á este propósito un compañero mío que describe la escena—fué indescriptible. (Y tanto, que creimos conveniente elegirle para asunto de uno de nuestros grabados.)

Damas y caballleros sin previo acuerdo, sin que nadie lo hubiera indicado, se levantaron de sus asientos, y ocupando las señoras la primera fila, formaron á la entrada del salón, una deslumbrante valla, como homenaje de cariñoso respeto á la Sra. Romero Rubio de Díaz.

En la puerta del edificio, la comisión nombrada, que estuvo compuesta de los señores Sebastián Camacho, General Escobedo, Coronel Tovar, José Sánchez Ramos, José W. de Landa y Escandón, León Signoret, Lic. Alfredo Chavero, Wright y Bejarano, habían recibido ya al señor Presidente, á quien acompañaban la señora su esposa, la Srita. Luz Díaz y el Estado Mayor de riguroso uniforme.

El Sr. General Escobedo ofreció el brazo á la Sra. de Díaz. el Sr. Bejarano á la Srita. Luz del mismo apellido, y el Señor Presidente, acompañado de los demás miembros de la comisión, se dirigió á la sala.

La presencia de la distinguida señora produjo verdadera admiración por la sencillez y elegancia de su traje, confeccionado en París con riquísima tela de seda negra y adornos de azabache, que hacían resaltar su reconocida belleza.

En la parte alta del peinado, lucía la señora tres grandes brillantes en artístico broche, no menos valioso que los broqueles, el magnífico collar de perlas y brillantes y las soberbias pulseras que completaban su *toilette*.

La señora saludó, estrechando la mano á sus amigas y en seguida, acompañada por las Sras. González de Cosío, de Chavero, de Liceaga, de Sánchez, de Zaldívar, de Casasús, de Camacho, y otras que no recordamos, fué á tomar asiento ante el espejo cubierto con plantas exóticas, colocado en el arco central del edificio.

El señor General Díaz se situó cerca del ángulo N.E. del salón, donde permaneció algún rato conversando con sus amigos.

***

Momentos después empezó el baile. Aquí, lectora, el caos vuelve á reinar en mi mente: estoy ante el vértigo una vez más; paréceme que un torbellino armonioso hace presa en mí; que giro, que giro sin descanso, sin aliento, y que caigo ó me remonto á regiones extrañas donde anida el éxtasis. La harmonía y el color me dominan como dos genios poderosos, hácenme ascender á su carro de cristal tirado por cuadriga luminosa, y me pasean á traves de un mundo arcano. ¿Desciendo ó subo? Lo ignoro. Pásame lo que á los febricitantes: las nociones de las cosas pierden en mi cerebro su proporcionalidad; nada sé de nada, salvo que navego en un mar de fulgores, en un mar sonoro, en un mar que brilla y canta......

Poco á poco torna el equilibrio á mi espíritu y veo, veo entonces un enjambre de bellezas que en brazos de caballeros radiantes, van, vienen, se balancean con languidez tropical, avanzan y retroceden, sonrientes, dejando cada una en mi retina la impresión de un color, y en mi oído una harmonía tenue, como la oída por los poetas cuando las mariposas agitan sus alas, y la seda de los botones se hincha al sol.........

Aun no he apreciado un color cuando me sorprende otro; es una locura de matices.........

Aun no he acabado de aspirar el efluvio de unos ojos, cuando otros ojos pasan......... Por no sé qué extraña asociación de ideas pienso que asisto á una lluvia de estrellas: de estrellas blancas, de estrellas rubias, de estrellas azules, violetas, esmeraldas.........

RECUERDOS DEL BAILE DADO EN HONOR DEL SR. PRESIDENTE. -Sra. Hampson—Una de las reinas de la fiesta.

El cosmos se despuebla......... y al compás de un himno divino envía sus luminares á un punto dado.........

Pero, pedís nombres......... ya os escucho......... Nombres. Muchos nombres...... y os los daré todos. El MUNDO DIARIO ha facilitado mi tarea y solo tendré que añadir algunos.

Leed pues:

Srita. Josefa Méndez Rivas, traje azul claro con adornos blancos de encaje.

Sritas. Andoquio Sánchez, y Cagigas con elegantes y costosos trajes.

Señora Luz Acosta de González Cosío, lujoso traje negro y oro, Doña Guadalupe Camacho de Icaza, lleva bonita *toilette* verde Nilo; Doña Dolores Jauregui de Liceaga, traje negro y ricas joyas, y Doña Leonor Rivas de Rivas, cubre su airoso cuerpo con regio traje de terciopelo guinda:

Sarita Chavero, hermosísima como siempre, viste de amarillo; su hermana Magdalena viste de lila, con grandes moños púrpura en los hombros; Luz Díaz viste de color rosa con flores de terciepelo salmón, y Conchita Lascuráin viste bonito traje azul.

Emilia González Cosío lleva elegante *toilette* crema y rosa, Elenita Ituarte, de azul pálido; Juana Herrán, de amarillo oro; María García, traje también amarillo; Juanita Torres Rivas, de blanco; Leonor, su hermana, de color rosa; Anita Arrillaga, de blanco y rosa; Angelita Escudero, de azul pálido; Dolores Castillo, de blanco, y Carmelita Mariscal, de azul.

Antonieta Morales está encantadora con un precioso traje color de rosa; Mariana Iglesias, viste de lila con adornos de terciopelo guinda; María Sagaceta, viste de rosa pálido; Virginia Alcalde, de amarillo; *Cuma* Gamboa, de azul pálido, estaba muy simpática y elegante.

Lupe Arrillaga vestía *toilette* color lila; Enriqueta Sánchez, color de rosa, y Carmen Urueta de blanco.

La Sra. Camacho de Landa llevaba elegante traje negro floreado é hilos de perlas; la Sra. Manuela Acevedo de Castillo vestía de azul pálido, y la Sra. Catalina Cuevas de Escandón portaba riquismo traje de piel de seda color de rosa, y llevaba collar de perlas y briliantes.

Doña Paz Barroso de Hanh llevaba hermoso vestido blanco con flores rojas en el corpiño; Doña Beatriz Redo de Zaldivar, realzaba su clásica hermosura con un lindísimo traje de raso rojo obscuro adornado con crespón de idéntico color.

Doña Carmen L. de Baz llevaba rico *toilette* de piel de seda amarillo, adornado con terciopelo verde esmeralda, bordado de oro; en el cabello ostentaba estrella de brillantes.

Doña Elisa Linch de Camacho vestía rico traje verde nilo y llevaba hermoso collar de perlas y brillantes.

La Sra. Hampson llamaba la atención por su hermosura, y vestía sencillo y á la vez elegante traje de raso blanco; no llevaba ni una joya.

La Sra. Guzmán de Ramos cubría sus formas delicadas con bonita *costume* de piel seda amarillo y llevaba collar de perlas.

La Sra. González Cosío de López, vestía de raso blanco á rayas negras; diamantes en el cabello.

Dª Concepción Cardona de Iglesias, vestía de amarillo; Dª Sofía Osio de Landa, de blanco; Dª Clementina Osio de Lerdo de Tejada, de amarillo; Dª Soledad Gamboa de Sagaceta, de oro viejo, y Dª Laura Formento de la Torre, de azul.

Lolita Liceaga estaba ideal con un elegante traje crema, no menos hermosa su hermana con bonita *toilette* azul.

La Sra. Sara Guzmán de Ramos, lucía elegantísimo traje de seda *broché*, con adornos de encajes y perlas, magnífico collar de brillantes y artístico broche en el peinado; las Sritas. Lucrecia y Delfina Jiménez, vestían sencillos y lujosos trajes de crespón crema y blanco, respectivamente, adornado el descote y las hombreras, crisantemas artificiales; la Srita. Amelia Echeneque, estaba bellísima con su traje de crespón amarillo, adornado con finas blondas y flores artificiales; la Sra. de Vélez, traje de raso de la India, color crema, y valiosísimas alhajas, pulsera de brillantes, pedrería en el abullonado del corpiño, collar de muy claros brillantes y no menos rico broche en el peinado; la Sra. de D. Trinidad García, hermoso traje de terciopelo negro y buenos brillantes; la Sra. Matilde Castellanos, hermoso traje de seda blanco con aplicaciones, salpicado de piedras; la Sra. Mariana Enríquez de la Mar, traje crema, corpiño con encajes *alençón* y un precioso ramo de flores en la hombrera izquierda; la Srita. Luisa Zubieta y la Sra. de Lancaster Jones, lujosísimos trajes, color claro el de la señorita, y negro el de la señora; la señorita Dolores Defis, crespón rosa pálido; las Sritas. Watson y Fitcher, muy elegantes.

La señora Castillo Negrete de Arroyo de Anda, traje negro adornado con blondas cremas; las señoras Barron y Moya, trajes negros también y en el cuello triple collar de brillantes, sobre un listón de terciopelo que hacía resaltar el valor de aquellas alhajas.

Srita. Lupe Riva, vestido color paja, adornado el talle con bordados de colores, oro y lentejuela, dejando salir un bonito encaje de muselina; lazo de cintura, azul pálido.

Sra. de Riba, vestido color heliotropo, con adornos de abalorio negro y encajes finos de *guipure*.

Srita. Lupe Villada, vestido de *crêpe* de China, todo bordado de seda de colores; el talle lleva encajes y ramos de violetas.

Srita. Carmen de la Torre, vestido *santín Liberty*; el talle va todo plegado de muselina con bolero. Componen el adorno abalorio y perlas blancas.

Srita. Luisa de la Torre, vestido *satín Liberty*; el talle lleva una draperia de muselina salpicada de lentejuela; cintura de raso, y en un lado guirnaldas de flores.

Sra. Izunza, vestido de raso gris perla con un riquísimo peto bordado de blanco y oro y perlas; cintura del mismo color, y además ramilletes de rosas.

Sra. Castañeda de Dutour, vestido verde Nilo, cubierto todo de encaje cogido con flores á lo largo de la falda; el talle lleva también encajes con cintura verde y flores.

Recordamos además á la muy encantadora Srita. Dolores Belauzarán, Lola Santa Cruz, con traje de gasa blanca, Amada Díaz, *foulard* morado, Sritas. Margarita y Matilde Blásquez, vestidas de tul y blanco respectivamente; la Sra. de Rodríguez, raso verde y crisantemas; la Srita. Paz, seda color rosa pálido; la Sra. Ester Murúa de González Suárez, traje blanco, crisantemas y valioso collar; la Sra. de Izunza, precioso traje de seda *mastic*, hombreras de listón y peto adornado con perlas; las Sritas. Ortega Reyes, vestían trajes oro adornados con crisantemas y blondas; la Srita. Luz Pasquel, sencillo y elegante traje de seda crema; Srita. Enriqueta Sánchez, rosa; Srita. Elisa González Suárez, también rosa pálido, lo mismo la Srita. María Murúa; María López y María Zamacona, trajes de gasa blanca floreada; la Sra. Terreros de Algara, soberbio traje de terciopelo verde obscuro, con adornos color salmón.

El traje de la Sra. Amada Diaz de la Torre, color de rosa, también de seda, traído de París.

Señora de Flores, de razo azul pálido con encajes de Bruselas.

Sra. Murphy, de treiopelo negro, con golpes de avalorio.

Sra. Prida de Núñez, color violeta, de seda; el corpiño iba adornado con flores sobrepuestas de color amarillo, y pedrería.

Sra. Whith, blanco con adornos color de rosa; llevaba encajes de punto de Inglaterra.

Sritas. del Río, color lila, de gasa, adornado con flores y abalorio.

Sra. Tagle de Rivera, de terciopelo negro, cón golpes de galón bordados de plata.

Sra. de Chousal, traje francés azul pálido, de piel de seda, siendo el corpiño de terciopelo naranja; llevaba riquísimos encajes de punto de Inglaterra.

Sra. Concha Rivas de Torres, enagua de cola de *braché* riquísimo, á ramos de dos tonos, amarillo y crema, dejando ver á un lado un riquísimo bordado de oro y piedras, sujeto por un lazo de muselina, también salpicado de pedrería y un ramo de crisantemas de dos tonos; chaqueta de muselina, cintura de oro con bordados de piedras; hacia el lado izquierdo se veia otro ramo de crisantemas.

Srita. Laura Enríquez: vestido verde nilo con encajes y flores, cintura de terciopelo del mismo color, bordada de piedras de dos tonos verdes.

Srita. Aurora Enríquez color rosa de raso *Libertty*, con muselina. El talle llevaba pliegues con acordeón: á un lado una crisantema lila, cintura de terciopelo bordada de piedras de varios colores.

Srita. María Luisa Enríquez: vestido de raso *Liberty* blanco; iba cubierto el talle de gasa salpicada de lentejuela, cintura de listón blanco y flores aprisionando la chaqueta.

Srita. Adela Fernández: vestido color de rosa de dos tonos; en el talle un encaje que formaba el corpiño con adornos de ante, bordados de perlas y lentejuelas, á un lado ramo de rosas té y el otro graciosamente adornado con terciopelo verde nilo: cintura del mismo color.

Señora Victorina de Rivas: vestido lila con faldas de color; el delantero todo bordado de flores de metal de varios colores: el talle tenía un peto de terciopelo verde, bordado también de piedras de colores, cintura verde.

Sra. Brier: vestido *moiré antique*, negro, con cola, abierto de los lados, dejando salir un plegado de muselina color naranja; el talle llevaba un corselete negro con aplicación de abalorio negro y oro; hacia la parte de atrás subía un cuello á la Medicis, también de abalorio negro y oro, lo mismo las mangas.

Srita. García Ramírez: vestido color de rosa cubierto de gasa, la falda iba adornada de varios listones salpicados de lentejuelas, el corpiño graciosamente cojido con flores, cintura color de rosa.

Sra. García Ramírez, vestido negro de piel de seda, con adornos en la falda de finos encajes *chantilly*, y el corpiño llevaba golpes de abalorio blanco y negro.

Sra. Carolina de Mac Manus, riquísimo traje rameado de broché lila y verde nilo; llevaba una gran cauda, el talle erd de muselina, cogido con ancha *tour de centure* bordada de pieles y abalorio de todos colores: en la parte de arriba lleva encajes finos y un ramo de violetas.

***

A las doce de la noche sirviose la cena, en la que los sibaritas pudieron recrearse con la más completa rima de salsas francesas de que un *cordon bleu* pueda ser autor.

El Sr. Presidente y Carmelita, comieron con varios amigos en el gabinete que les estaba reservado, y el eco de las conversaciones lisonjeras, de los brindis úitimos, de las risas francas sucedió al gran bullicio del baile, en los diversos grupos formados en derredor de las mesas.

A las dos de la mañana el Sr. General Díaz y su esposa dejaron el salón, mas el baile había reandudado su curso y sólo cuando cayó la sombra vencida, cuando la explosión rosada del alba rompió en Oriente, cayaron las notas y la plévade de beldades se dispersó—aves fatigadas,—en busca del tibio nido del hogar.

El homenaje al Jefe de la Nación había superado á todas las esperanzas. Superará el recuerdo de tan hermosa fiesta á todos los recuerdos? ¡Ah! la vida está hecha de memorias que se van y memorias que llegan. Una impresión brillante sucede á la ya pálida de ayer mas, de todas suertes, la remembranza que hoy llena todas las memorias luchará potente y formidable contra el olvido!

ADRIANA BUSQUET

—Convengamos—me decía mi amigo Labouleé, mientras se nos servía el café y fumábamos nuestros cigarros—convengamos en que todos esos hechos que se atribuyen á un estado no definido aún del organismo, la doble vista, la sugestión á distancia, los presentimientos confirmados y otros fenómenos por el estilo, no han podido estudiarse, la mayor parte de las veces, de modo que satisfagan por completo las exigencias de la crítica científica.

Hay muchos testimonios que certifican de la veracidad de estos hechos; pero por muy sinceros y muy respetables que esos testimonios sean, la ciencia no puede admitirlos, porque la ciencia solo se nutre de demostraciones.

Yo era también de los que dudaban, hasta que tuve en mi poder las pruebas, de que existen estos casos, con el estudio de uno que voy á contarte y que he presenciado yo.

—El matrimonio Buquet —continuó mi amigo—era una pareja sencilla y vulgar, cuya sola ambición para el porvenir era la de procurarse una rentita, y cuyo sólo anhelo al presente era el de obtener, de regalo, cualquier teatro. Buquet era un hombre bonachón, de carácter completamente débil; su mujer era muy guapa, de un temperamento bilioso, y nervioso, en el cual la vida agitada de París, que se infiltra hasta en los hogares más tranquilos había hecho que predominaran los pícaros nervios.

—El matrimonio Buquet tenía muy pocas relaciones y una sóla amistad: la del *amigo Gérand*, como ellos le designaban siempre, un mozo de 30 á 40 años, que por nada del mundo hubiera dejado de asistir á la oficina de la casa de banca en que trabajaba, ni de llegar un minuto más tarde de la hora señalada para la comida en el domicilio de los Buquet, que á diario le recibía cariñosamente, señalándole con una sonrisa su puesto en la mesa.

Muchas tardes iba yo también á casa de los Buquet, á la misma hora de la comida, para llevarles unos billetes de teatro.

Uno de estos días, encontrándome con unas localidades, de las que no sabía que hacer, me fuí á la calle de Grenelle, á casa de mis amigos.

Llegué un poco más tarde, y cuando entré en el comedor ya estaba servida la sopa. Noté con sorpresa que el *amigo Géraud* no estaba.

El bueno de Buquet rabiaba de hambre y quería sentarse á la mesa, pero su mujer se oponía, diciendo que era necesario tener un poco de paciencia hasta que llegase *Géraud*.

—¡Acomer, á comer!—dije al entrar, para interrumpir la disputa que empezaba.—Hay que acabar pronto si quereis aprovechar este palco para los *Franceses*. Esta noche se representa *Dénise*. Es preciso ver comenzar el primer acto.

Se pusieron á la mesa. Buquet comía de prisa, tragando á grandes sorbos sus cucharadas de fideos, y recogiendo con la lengua los hilos que se le caían en los mostachos. Adriana, la mujer, visiblemente nerviosa é intranquila apenas podía pasar bocado.

—Las mujeres son extraordinariamente nerviosas—dice de pronto Buquet.—Figúrate, querido Loubelleé, que Adriana está inquieta porque Géraud no ha venido á comer esta tarde. Estoy seguro de que está pensando mi mujer en algún accidente; alguna desgracia, algún absurdo.

¡Qué tiene de particular que Géraud no venga! El tiene sus negocios, es jóven, le atraerá cualquier asunto...... En definitiva, es libre y no tiene á quien dar cuenta de su persona!

Por otra parte, Géraud nos dedica todas las tardes y hay que concederle un poco de libertad. Yo profeso el principio de que no debe uno preocuparse nunca de lo que los amigos hacen.

—Mi mujer, por lo visto, no piensa de la misma manera.

Madame Buquet respondió con voz emocionada:

DAMAS GUATEMALTECAS



Señorita Rogelia Jáuregui.

—No estoy tranquila; tengo el presentimiento de que á Géraud le ha sucedido algo.

—¡Qué ha de sucederle!—gritó Buquet, y continuó comiendo.

Se levantaron de la mesa sin que se pronunciara una palabra más.

—Ve á vestirte, Adriana—dijo el marido á la mujer, que permanecía indecisa.—Yo no necesito más sino ponerme el paletot. Aquí te esperamos.

Adriana salió y nosotros nos quedamos fumando y charlando.

Apenas habían transcurrido cinco minutos desde la salida de *madame* Buquet, escuchamos un grito de espanto, seguido del golpe que produjera un cuerpo al caer sobre la alfombra.

Buquet y yo nos precipitamos hacia una habitación vecina, donde encontramos á Adriana tendida en la alfombra con el rostro lívido y el pecho convulso y jadeante.

Entre los dos la transportamos á la cama, donde haciéndola respirar unas sales, la volvimos al conocimiento.

—¡Ahí, ahí!—fué su primera palabra—¡Ah!—continuó señalándonos un armario de luna.—Le he visto. Le he visto en el espejo.

Me volví á verle, creyendo que se encontraba tras de mí, y al observar que no había nadie, *comprendí* y casi desmayada.

—Pero querida mía—preguntó el esposo ¿que diablos has visto?

—Lo he visto á él, á Géreud.

—¡A Géraud!

—Sí, lo repito, le he visto y él me ha mirado también.

Buquet me miró asustado.

—No te alarmes amigo mío—le dije.—Estos accidentes son muy explicables, y no tienen ninguna gravedad. Adriana está mejor, y no hay inconveniente alguno en que se vista y os vayais al teatro. Yo iré con vosotros.

—Sí, sí—dijo Adriana pricipitadamente—vamos: pero á condición de que pasemos antes por casa de Géraud.

—¡Pero si no hay necesidad!—interrumpió el marido.

—Iremos—dije entonces,—La casa de Géraud está cerca; no nos entretendrá la visita y con esto quedará Adriana completamente tranquila.

Poco después entrábamos en un carruaje, dando orden al cochero para que nos llevara al número 5 de la calle del Louvre

Estas eran las señas de Géraud. Este vivía solo, atendido por la portera, que tenía una llave de su habitación.

Apenas llegamos á casa de Géraud, Buquet saltó del coche y penetró en la portería.

—¿Y el Señor Géraud?

—En su cuarto. Vino á las cinco y no ha vuelto á salir.

—¡Ya ves, querida mía! —dijo Buquet volviendo al carruaje. —Géraud está en su cuarto y no le pasa nada. Tus presentimientos no tenían sentido común.

¡Cochero! A la comedia Francesa.

—No, Buquet—gritó su esposa.—No nos vayamos aún, hay que verle, es preciso.

—¡Subir cuatro pisos para nada! Adriana, por tu culpa vamos á llegar tarde al teatro. En fin, subiré. ¡Cuando una mujer se empeña en una cosa!......

Madame Buquet, y yo quedamos solos en el coche. Yo miraba á Adriana, presa de la más grande agitación, con los ojos muy abiertos, fijos en la puerta por la que había penetrado su marido.

A poco rato reapareció éste.

—He llamado tres veces y no contesta—nos dijo.—El tendrá sus razones para encerrarse á esta hora.

Creo que ya podemos irnos al teatro.

Miré á Adriana y ví en su rostro una expresión tan trágica que, yo mismo comencé á experimentar seria inquietud.

Después de todo, reflexioné, no es cosa natural que este Géraud, que nunca come en su casa, haya faltado á la de sus amigos para estar encerrado allí desde las cinco de la tarde.

—Esperadme—dije al matrimonio—voy á preguntarle á la portera.

A ésta también le había parecido extraño que Géraud estuviese en su cuarto tanto tiempo.

Esperad—me dijo—tengo otra llave de su habitación. Podemos subir y sabremos qué le pasa.

Penetramos en el cuarto de Géraud. No había luz por ninguna parte. La portera llamó tres ó cuatro veces, sin que le contestara nadie.

Llegamos á la habitación de Géraud caminando á tientas, dando tropezones y siempre en medio de la mayor oscuridad, porque no llevábamos cerillas.

—Sobre la mesa de noche debe haber una caja de cerillas—me dijo la portera, que comenzaba á temblar y que no podía dar un paso.

Me acerqué, palpando sobre el mármol. De pronto sentí en mis dedos algo que me hizo una impresión profunda, algo que me anunciaba no sé qué drama espantoso.

Seguí buscando hasta encontrar las cerillas. Cuando encendí luz, ví á Géraud tendido en su cama, con la cabeza destrozada de un balazo.

Junto al cadáver hallé una carta manchada de sangre. Géraud se despedía en aquella de su amigo Buquet, sin decir las razones porque se mataba.

Reconocí el cadáver, apreciando que la muerte debió haber ocurrido hacía una hora. La misma, precisamente, en que Adriana Buquet tenía la siniestra visión en el espejo.

***

—Esta es mi historia—concluyó mi amigo.—¿No es bastante para confirmar la existencia de esos casos de que te hablaba, los cuales hacen trabajar á la ciencia con más celo y más conciencia que buen éxito en sus estudios.

ANATOLIO FRANCE.



LOS MAESTROS

NUÑEZ DE ARCE

Entré al salón y mi jefe me dijo señalándome á un hombre pequeño de estatura, de barba recortada en punta, con una cabeza semejante á la de algunos retratos de iconnografía shakespereana: «Aquí tiene usted una visita del señor Núñez de Arce.» La sorpresa fué grande y agradable. Después todo fué afecto, cariño, franqueza cortés, y de parte mía un aumento de admiración agradecida.

Por allí, entre varios papeles y libracos, alcanzó á descubrir una *Sagesse* de Verlaine. «Eh,» exclamó, uno de los de plaga! Verlaine, Rollinat, Richepin......... ¿Qué piensan ustedes de ellos?

—«Algunos, señor, enfermos.........»

El prosiguió entonces, lleno de fuego nervioso, vibrante, con su sonora voz personal que resuena simpática. «¡Sí! esa es la palabra: enfermedad. Toda la literatura francesa está enferma, está decadente, en el legítimo sentido de la frase. Esos neuróticos, esos diabólicos, están demostrando que la Francia contemporánea ha caído, en lo que á la poesía toca, después de la muerte de Víctor Hugo.» Y en seguida de un apasionado y hermoso ataque contra «La Plaga» de París, pasó á hablarme de la poesía americana, con una brillantez y un entusiasmo que hubieran regocijado á Gutiérrez Nájera. Dijo que era aquí, en nuestra América, donde para la lengua española estaba reservada la gran poesía de nuestra maravillosa naturaleza, «que todavía no ha tenido cantor digno de ella.» Poesía robusta y sana, rebosante de savia y de fuego. «Eso debéis hacer vosotros los poetas nuevos de América, inspiraos en las grandezas naturales del Nuevo Mundo, escribir versos, poemas, que tengan el aliento de aquella tierra ubérrima: señalar un nuevo campo á las musas. Nosotros, los peninsulares, no tenemos aquí sino los gloriosos recuerdos del pasado, los monumentos de piedra, la historia. Vosotros sois el porvenir,» Así hablaba el poeta del corazón joven, el forjador de versos de acero, el que con sus endecasílabos bien templados—endecasílabos de Toledo,—hace ya tiempo se conquistó el alma de la juventud americana, nuestra admiración y nuestro cariño.

Se notan en él una agilidad de espíritu, un chispear de ideas, un brillar de ojos, que hacen pensar en que algún cordaje metálico se halla bajo ese cuerpo, y alguna divina electricidad tiene en ese cerebro choques, relámpagos y súbitas auroras.

Su casa es la morada de un poeta, de un poeta elegante y acomodado. Estamos lejos de la opulencia de Cánovas, del lujo de Castelar y del nido calientito, confortable, burgués de Campoamor. Al entrar, un salón con biblioteca, muebles de muy buen gusto, mesa central con libros de lujo y objetos de adorno. En el centro de la biblioteca un vaso antiquísimo de la India Después, otro saloncito, antes del gabinete de trabajo, que es chico, lleno de objetos de arte, una arca antigua, libros, siempre libros, libros por todas partes; dos poetas de bronce sobre la chimenea ya en las paredes, por todos los cuatro puntos del recinto, dibujos, fotograbados, pinturas, todo irradiando algo de la gloria del ilustre trabajador. La admiración le ha llenado la casa de tributos. Hay uno, dos, tres, cuatro Núñez de Arce firmados por distintos pintores. Uno hay, obra de un escultor, un Núñez de Arce de metal, materia que más á propósito es para encarnar al fuerte poeta. Luego, asunto de sus poemas, motivos de sus versos trasladados al lienzo, al papel, por la mano de egregios artistas; obras con la firma original ó reproducidas en los talleres de Goupil, en París. ¿Está el faro de *La Pesca?* No estoy seguro. De lo que estoy seguro es de ciertas escenas del *Vértigo*, del *Idilio* y de la *Visión de Fray Martín*. De esta última hay un grupo escultórico, de tamaño natural. Y una composición admirable—un Rops menos oscuro—la escena de la tentación, que deja en las imaginaciones revuelto conjunto de grupos blancos de mujeres y capuchas de fraile.

En ese saloncito de trabajo, una tarde otoñal, el gran poeta tuvo la bondad de leerme lo que tiene inédito de su poema *Luzbel*. Leía con aquella voz suya, profunda y emocionada. El fragmento publicado del poema es grandísimo; pero es superior lo que guarda el poeta para más tarde. Es el mismo soberbio cantor; pero hay en la obra nueva del maestro, coloreando los endecasílabos, un rayo que supera á todos los de la gama conocida. Su demonio no es el de Milton, estirado y discursero: ni el del Dante, trágicamente subterráneo; ni siquiera el diablo moderno de Richepin, parecido al hermano del poeta Bouchor. El *Luzbel* de Núñez de Arce con el que tiene mayores analogías, es con el Satanás póstumo de Víctor Hugo, aquel enorme ángel abatido que medita, siniestro, sobre el picacho espectral, viendo apagarse la chispa agonizante del astro postrero.

Llaman á Núñez de Arce, el cantor de la Duda, por los versos famosos á esa oscura deidad. Mas es de ver cómo en la copia de cantos que forman el caudal poético suyo, no existe ningún negror de pesimismo. Hay queja, desesperación delante del misterio, desconfianza de lo ideal. Pero no le ha dado jamás con su verso ninguna puñalada á la esperanza. Llega á lo gris, jamás á lo negro. Tiembla delante de la terrible Isis; clama ante los ojos implacables de la pálida y solitaria esfinge. Pero siempre Dios resurge: siempre la esplendorosa dificultad de lo supremo ilumina esa lira, que en veces, ya en sus magnas escenas de la edad media, ó en sus versos claro-oscuros claustrales, suena con són de órgano, con ecos de anchas y sagradas naves de basílica.......... Y con todo, le hace falta al poeta la pura y salvadora fe cristiana, le hace falta la piedad sincera conque en su primera edad se arrodillaba en las viejas catedrales. Siente la más amarga de las nostalgias de la Fe. Quiere él recobrar su tesoro, y lo logrará porque Jesús está siempre á la entrada de la eterna Jerusalén, con los brazos abiertos. Confíe, espere el batallador en la estrella de Cristo, y así guiado, Rey mago de harmoniosa magia, llegará al reino deseado, donde, no en pesebre, sino resplandeciente de virtudes y de prodigios, en una infinita apoteósis, encontrará á quien impera por los siglos de los siglos. El, el hombre de la tormenta y de la brega en el océano de nuestra edad, sálvese en la barca que cruza las olas vencedoras, y cuyo barquero es Pedro el pescacador.

—Y *¿Hernán el Lobo?* le dije.

—*Hernán el Lobo* no lo concluiré jamás, lo que he publicado con ese título fué un simple capricho literario. Es un fragmento de un poema que no escribiré nunca.

Aún le veo reclinado en su sillón, pensativo, como preocupado siempre por algo, como poseído de una invencible tristeza. No le ví reír jamás; sonreír, varias veces. Así es el poeta que ha hecho resonar en la España del siglo décimonono, el más tremendo de los misereres, al cual hace comparecer los secos esqueletos de los Césares, que duermen en el Escorial. Página que solamente es comparable con la del poeta alemán de la revista macabra, en que, caballero en la osamenta de su caballo, un Napoleón espectral contempla su ejército de sombras. Núñez de Arce ha sido, sobre todo, poeta de las grandes batallas morales de este siglo. Es el luchador. En medio de la campaña ha lanzado sus *Gritos de Combate*.

Desde los comienzos de su gloriosa vida clamó con su robusta voz: «¡Despierta hierro!» Ha cantado en el fragor de revoluciones intelectuales y políticas, y ha sido en sus intermedios de descanso cuando ha dado vida á alguna delicada flor de poesía, tributo al amor, al eterno y avasallador femenino—algún sano y fresco ramillete, como el *Idilio*. El grupo legendario de sus personajes atraviesa el campo de la moderna poesía hispana, soberbiamente. A la cabeza el caballero dantesco que hace resonar las baldosas del templo bajo las herraduras de su caballo; *Raimundo Lulio*. Después el tempestuoso fraile de la Reforma; el asesino que corre en la noche siniestra, castigado por la conciencia: «delator, juez y verdugo.» En *La Selva Oscura* se oye un clamor como escapado de la boca del Dante. Y en un fondo de noche, á lo Doré, se percibe la negra mancha enorme del monasterio; las torres del castillo, los picos del risco, las grandes rocas á la orilla del mar.

RUBÉN DARÍO.

DAMAS GUATEMALTECAS



Señorita Adelaida Jáuregui.



Como te amaba tanto,
el curso se torció de mi destino,
pues iba para santo,
y después que te ví perdí el camino.

CAMPOAMOR.



Pensativa.



Una Estatua de David,

Por Paul Bourget.

(*Concluye*).

«Después me abandonó bruscamente como si mi pregunta le hubiese hecho mal»......... «¡Dios mío! continuó la pobre mujer juntando las manos y mirándome con mirada suplicante, ya comprenderá usted cuan herido tendrá mi corazón, ahora que sabe el silencio de Clouet sobre su nueva obra, que me espanta...... Es insensato lo que voy á decir á usted, pero me parece que en el momento en que me respondió «más tarde» miró á Alberto con una mirada tan cruel......... ¡Ah! Prométame usted que ensayará ver ese bosquejo—á usted se lo mostrará sin duda—y que me dirá que obra es y si usted le ama le ayudará, le alentará para que la acabe. Si llega á acabar algo, acaso nos salvaremos... ..»

Ciertamente yo he recibido en mi vida de novelista un gran número de confesiones, y algunas muy singulares, de tal suerte la necesidad de hacer confidencias, divirtiéndose—ó divirtiendo á los otros—es natural á nuestra especie. En las épocas de fe profunda, las almas, cargadas del peso de su desgracia ó de sus faltas, iban á donde debían continuar yendo: hacia Dios y sus representantes. Nosotros hemos cambiado todo eso y con ayuda de la vanidad, los escritores se hacen un oficio de analizar los sentimientos de los enamorados y de las enamoradas sobre todo y después, del inmenso rebaño de egoístas imaginativos, para quienes las emociones no serían completas si no se difundiesen en bravatas. Sí, cuántas confesiones he debido escuchar así, de las cuales no me quejo porque de mil acaso, bien ha habido seis ó siete sinceras y tres ó cuatro muy conmovedoras. Pongo en primer lugar entre estas últimas la que la señora Clouet acababa de hacerme, no para darme un asunto de novela sino por una especie de confianza desesperada en mi imperio sobre su marido. Este imperio era bien quimérico, por que si el escultor me había mostrado, durante toda nuestra juventud, una ferviente afección, era justamente porque yo aceptaba su absorvente personalidad sin discutirla. Esto no impedía que la invocación de la señora Clouet hubiese sido demasiado dolorosa para dejarme indiferente; por lo demás la asombrosa anomalía sentimental descubierta así en casa de mi antiguo camarada, bastaba á interesar profundamente lo curioso de natura humana que vela sin cesar en todo letrado. Y he aquí por qué, dos días después de esta primera visita al hotel de la avenida de Segur, volví. Pero esta vez había pedido á Clouet un *rendez-vous* por medio de una carta en que le decía mi impaciencia por ver las obras nuevas que lo habían ocupado durante nuestra larga separación y, detalle que me pareció de un favorable augurio para la información á la cual deseaba entregarme, él me había respondido prometiendo mostrarme su taller: «No encontrarás gran cosa de nuevo, concluía ese billete, sin embargo, sería feliz de saber tu opinión respecto de una estatua que cuento con acabar hoy mismo.»

«Es la sola cosa completa que haya hecho desde hace tres años. *Envejece uno.*» Y había subrayado estas palabras trazadas, como el billete, con una escritura menos firme y más nerviosa. No importa. Yo iba á saber lo que deseaba saber tambien la Señora Clouet. Guardaba yo una impresión tan profunda de su melancolía que por primera y última vez en mi existencia traicioné la gran causa de la fracmasonería masculina. Le envie la carta de su marido, á la cabeza de la cual escribí «Valor.........» y era este verdaderamente un grito de mi corazón hacia el de la pobre mujer, ese corazón de madre y de esposa cuya ensangrentada llaga había yo podido sondear. Desde luego pude ver que esa llaga estaba más envenenada aún de lo que yo pensara. Fué ella misma quien habiendo espiado mi llegada por la ventana, me abrió la puerta toda pálida, toda temblorosa, y me suplicó juntando las manos:

«No me ocultará usted nada de lo que le diga, aun cuando hable de Alberto. ¡Yo quiero saberlo todo!»

Entré al taller, con el corazón muy conmovido por esta última y querellosa invocación de la madre, y sin embargo, es preciso que lo confiese, más interesado aún por el misterio moral que provocaba esa invocación: Que el amor apasionado de la belleza posee á ciertos artistas hasta el punto de alterar en ellos algunos de los sentimientos de la humanidad, lo sabía yo hace algún tiempo, pero que esta alteración llegase hasta desnaturalizar una alma de hombre al punto de abolir el amor paternal, al punto, sobre todo, de reemplazar este amor por el odio de que había hablado la Señora Clouet, ¿era eso posible? ¿Era también posible que la decepción de esta paternidad frustrada hubiese paralizado á un grado tal esa fecunda imaginación de un creador tan fácil y repentinamente herido de esterilidad? Esas preguntas se oprimían en mi pensamiento y el aspecto de Ives Clouet, tal cual me apareció en el vasto taller, no era á propósito para apaciguar mi curiosidad. Si había yo advertido un cambio profundo en su joven mujer, en él la metamórfosis era más evidente aún.

Había dejado un atleta tranquilo y sonriente, orgulloso de su fuerza y que parecía invencible á la vida y encontraba un neurópata, inquieto, incierto, envejecido diez años, con la pupila irritable y el gesto brusco.

A él también le habían blanqueado los cabellos, su rostro estaba hollado. Por la primera vez, ese hombre feliz, ese colmado, había encontrado ante él algo severo, y yo que tenía tan presentes en mi recuerdo sus teorías de otro tiempo, las insolencias de su dicha soberbia de pagano moderno que desafiaba la suerte, comprendí cuan dura prueba había sido ese mentís dado á todos sus orgullos y se lo dije sencillamente. Por cambiado que estuviese, Ives debía haber permanecido el mismo respecto á un punto: el horror de las finuras é indirectas. El más seguro, el único medio de conocer lo que pensaba de su hijo, era preguntárselo. Con cualquiera otro el procedimiento hubiera sido brutal, con él era una delicadeza ahorrarle lo que detestaba más en el mundo en otro tiempo: las alusiones y los equívocos.

«He sabido que has sido muy desventurado—comencé —y si no te había escrito es que no hay frases con que lamentar ciertas penas.»

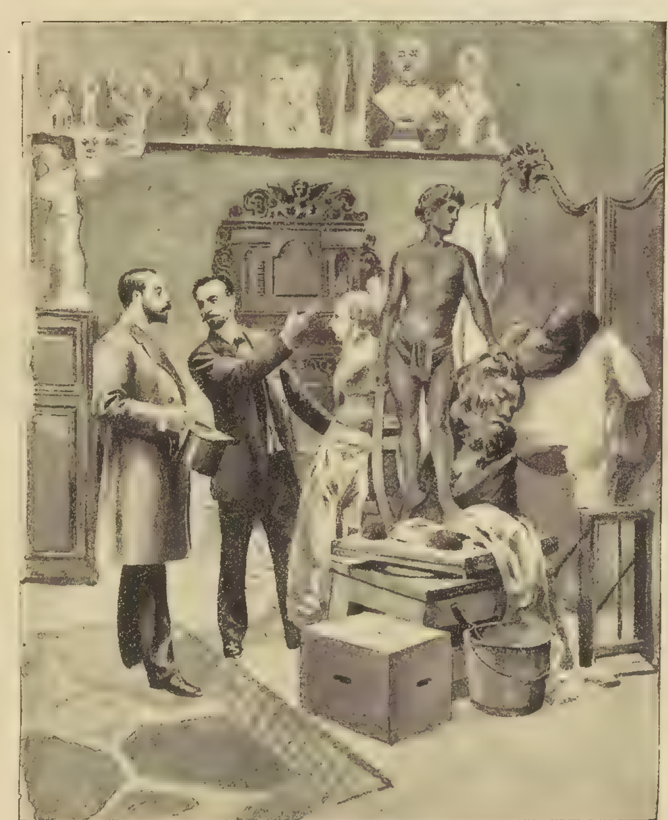
—«Y yo, respondió él—si no te había escrito por mi parte, es porque no hay frases tampoco para expresar esas mismas penas. Laura me dijo que habías venido antier...... ¿Viste al niño?»......

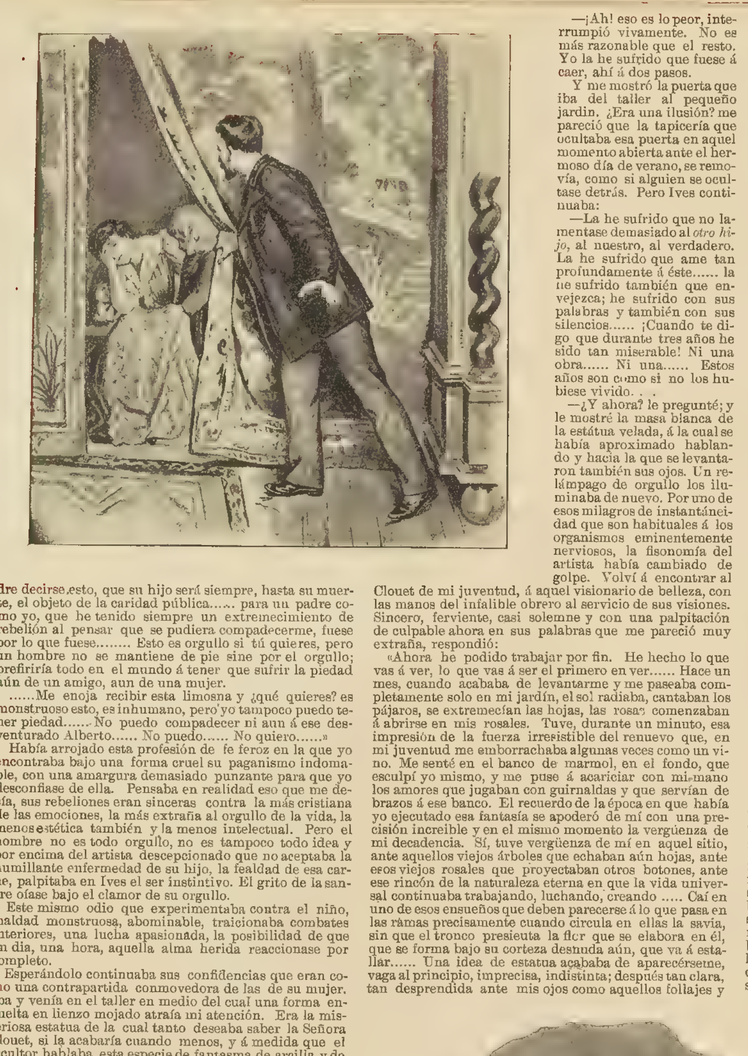
Formuló esta pregunta con una brusquedad apasionada que me desconcertó con todo y lo que esperaba de su franqueza.

«Sí que le he visto,» respondí sintiendo que enrojecía, y añadí:

—¡El pobre pequeñuelo! Cómo debes haberte apiadado de él, mi querido Ives. Qué prueba para un ser humano recibir la vida en esas condiciones......

—Piedad.... .. piedad....... repitió él, y ví enternecerse sus pupilas, y expresar todo su rostro ese sufrimiento contraído y seco de los rencores injustos, en que hay á la vez cólera y remordimientos. Y continuó:—Sí, tienes razón, es el solo sentimiento que le pueda inspirar este niño, mi hijo...... Pero si supieras cuan duro es para un pa-





dre decirse esto, que su hijo será siempre, hasta su muerte, el objeto de la caridad pública...... para un padre como yo, que he tenido siempre un extremecimiento de rebelión al pensar que se pudiera compadecerme, fuese por lo que fuese........ Esto es orgullo si tú quieres, pero un hombre no se mantiene de pie sine por el orgullo; prefiriría todo en el mundo á tener que sufrir la piedad aún de un amigo, aun de una mujer.

......Me enoja recibir esta limosna y ¿qué quieres? es monstruoso esto, es inhumano, pero yo tampoco puedo tener piedad...... No puedo compadecer ni aun á ese desventurado Alberto...... No puedo...... No quiero......»

Había arrojado esta profesión de fe feroz en la que yo encontraba bajo una forma cruel su paganismo indomable, con una amargura demasiado punzante para que yo desconfiase de ella. Pensaba en realidad eso que me decía, sus rebeliones eran sinceras contra la más cristiana de las emociones, la más extraña al orgullo de la vida, la menos estética también y la menos intelectual. Pero el hombre no es todo orgullo, no es tampoco todo idea y por encima del artista descepcionado que no aceptaba la humillante enfermedad de su hijo, la fealdad de esa carne, palpitaba en Ives el ser instintivo. El grito de la sangre oíase bajo el clamor de su orgullo.

Este mismo odio que experimentaba contra el niño, maldad monstruosa, abominable, traicionaba combates interiores, una lucha apasionada, la posibilidad de que un dia, una hora, aquella alma herida reaccionase por completo.

Esperándolo continuaba sus confidencias que eran como una contrapartida conmovedora de las de su mujer. Iba y venía en el taller en medio del cual una forma envuelta en lienzo mojado atraía mi atención. Era la misteriosa estatua de la cual tanto deseaba saber la Señora Clouet, si la acabaría cuando menos, y á medida que el escultor hablaba, esta especie de fantasma de arcilla y de tela, comenzaba á animarse para mí con una existencia más enigmática aún. Ives decía:

"Tú no ves nada nuevo en el taller, cuando en otro tiempo hubiera tenido tantas obras nuevas que mostrarle. El hombre es atacado, cuando sufre, en su fuerza íntima. La mía estaba en mi arte y durante tres años—¿has oido bien? -tres años, he conocido la impotencia. Tu no has sentido jamás esto, esta tortura de la idea fija que no se deja sacudir, como una hoja de puñal roto en la llaga y que no nos permite ir en pos de otro placer, de otro ensueño, de otra voluntad. Y además, ha habido en mí desde este nacimiento un sentimiento extraño: el de que debía pagar toda mi antigua ventura, que ninguna empresa, en adelante, se me lograría, que tenía una fatalidad sobre mi edad madura......No comprendes esto? Otros más grandes que yo han sido rotos por esta creencia de que una vez concluida la juventud ha acabado el talento. Musset no escribió nada después de los treinta años....... Y aun aquellos de entre nosotros que continúan trabajando con los cabellos grises, te imaginas tú que no han atravesado por esa crisis de duda cuando han sentido partir á la juventud, á la juventud santa......

Esta crisis la he experimentado yo más que ningún otro, yo que he sabido que envejecía, que no lo he creído......... Acaso me tomes por un insensato. Pero durante quince años yo he sido como se pretende que son tantos orientales, *no he sabido mi edad.*»

Había subrayado estas palabras con un acento tan conmovido, que no pensé en sonreír. Toda la tragedia interior de que era víctima se esclareció para mí poco á poco.

«Te comprendo bien, le dije, esa desgracia ha sido dos veces una desgracia, por sí misma y á causa del periodo de tu vida en que te ha herido. La has sentido más aún porque á través de ella has sentido el resto: la inevitable huida de los años, la necesidad de aceptar, de organizar la bancarrota cierta: Pero en cambio ¡guardabas tantas cosas en la vida! Desde luego tu cara mujer......

—¡Ah! eso es lo peor, interrumpió vivamente. No es más razonable que el resto. Yo la he sufrido que fuese á caer, ahí á dos pasos.

Y me mostró la puerta que iba del taller al pequeño jardin. ¿Era una ilusión? me pareció que la tapicería que ocultaba esa puerta en aquel momento abierta ante el hermoso día de verano, se removía, como si alguien se ocultase detrás. Pero Ives continuaba:

—La he sufrido que no lamentase demasiado al *otro hijo*, al nuestro, al verdadero. La he sufrido que ame tan profundamente á éste...... la he sufrido también que envejezca; he sufrido con sus palabras y también con sus silencios...... ¡Cuando te digo que durante tres años he sido tan miserable! Ni una obra...... Ni una...... Estos años son como si no los hubiese vivido. . .

—¿Y ahora? le pregunté; y le mostré la masa blanca de la estátua velada, á la cual se había aproximado hablando y hacia la que se levantaron también sus ojos. Un relámpago de orgullo los iluminaba de nuevo. Por uno de esos milagros de instantáneidad que son habituales á los organismos eminentemente nerviosos, la fisonomía del artista había cambiado de golpe. Volví á encontrar al Clouet de mi juventud, á aquel visionario de belleza, con las manos del infalible obrero al servicio de sus visiones. Sincero, ferviente, casi solemne y con una palpitación de culpable ahora en sus palabras que me pareció muy extraña, respondió:

«Ahora he podido trabajar por fin. He hecho lo que vas á ver, lo que vas á ser el primero en ver...... Hace un mes, cuando acababa de levantarme y me paseaba completamente solo en mi jardín, el sol radiaba, cantaban los pájaros, se extremecían las hojas, las rosas comenzaban á abrirse en mis rosales. Tuve, durante un minuto, esa impresión de la fuerza irresistible del renuevo que, en mi juventud me emborrachaba algunas veces como un vino. Me senté en el banco de marmol, en el fondo, que esculpí yo mismo, y me puse á acariciar con mi mano los amores que jugaban con guirnaldas y que servían de brazos á ese banco. El recuerdo de la época en que había yo ejecutado esa fantasía se apoderó de mí con una precisión increible y en el mismo momento la vergüenza de mi decadencia. Sí, tuve vergüenza de mí en aquel sitio, ante aquellos viejos árboles que echaban aún hojas, ante esos viejos rosales que proyectaban otros botones, ante ese rincón de la naturaleza eterna en que la vida universal continuaba trabajando, luchando, creando ..... Caí en uno de esos ensueños que deben parecerse á lo que pasa en las rámas precisamente cuando circula en ellas la savia, sin que el tronco presieuta la flor que se elabora en él, que se forma bajo su corteza desnuda aún, que va á estallar...... Una idea de estatua acababa de aparecérseme, vaga al principio, imprecisa, indistinta; después tan clara, tan desprendida ante mis ojos como aquellos follajes y aquellas rosas. Hubiera surgido en medio del césped, sobre su zócalo blanco y no hubiese sido más visible á mi mirada...... Esa estatua era la del hijo que yo había deseado tan apasionadamente ver, que hubiera tenido sin aquella horrible caída.

Estaba ante mí, de pie, á los quince años, esculpido en mármol en la magnífica desnudez de una adolescencia de joven Dios. Tenía todas las formas de mi cuerpo con las curvas, los piés y las manos de su madre. De su madre tenía el óvalo del rostro, la barba, las orejas, la frente, la sonrisa de las mejillas, y aquella boca un poco crecida, la sublime boca de las cabezas griegas del siglo diez y seis donde hay un algo de egipcio. Sus cabellos se rizaban sobre su frente y tenía ahí, bajo la arcada subciliar, esa noble profundidad que da á la mirada de Laura, una expresión tan grave y tan dulce...... En fin, era nuestro hijo, y yo iba á ensayar modelarlo realmente......¿Cómo no me había ocurrido antes este pensamiento? No lo sé. Pero sí sé que me levanté de ese banco con las manos temblorosas y el corazón palpitante. Entré al taller con una emoción que no puedo traducirte, de tal suerte estaba mezclada de embeleso y de espanto, de deseo y desconfianza. Iba yo á encontrar por fin para esa obra que estaba ahí, en mi cabeza, tan presente, tan clara, tan bella, mi vigor perdido? ¿Ese hijo que la suerte no me había permitido tener, en carne y en hueso, iba á tenerlo por fin, en esa materia que parecía muerta? Mas cuando la forma se ha impreso, vive, con una vida superior á la otra, pues que desafía la muerte. Y comencé á modelar la arcilla piadosamente, religiosamente. ¡Ah! las primeras sesiones de ese trabajo único! Tú no te imaginas las zozobras, los entusiasmos, los desalientos, y cuando estuvo *él* en pie, en realidad, ante mí, ocupando el espacio; cuando palpé sus músculos, toqué la delicadeza de sus miembros, encontré su mirada!......Mira, yo me quejaba de mis penas hace un momento; pero esas alegrías las han pagado, te lo juro...... Pero vas á *verlo.*»

La exaltación lo poseía todo entero, al presente sus manos temblaban de nuevo, en efecto, para despojar á la estatua de sus lienzos húmedos, y continuaba:

"Lo he alegorizado en David á causa de la frase de la Biblia. He leído no recuerdo dónde y he amado la frase apasionadamente *Erat autem rufus, et pulcher aspectu, decoraque facie et aït Dominus: Surge ungue eum, ipse est enim.* (Ahora bien, era rubio y hermoso de actitud y de un noble rostro. Y el Señor dijo: «Levantaos y ungidle, *porque es él.*)» Estas son las tres palabras que yo quiero grabar sobre la base: *Ipse est enim* Porque es él!...... Ven, mira...

El último lienzo había sido desprendido y la estatua aparecía ya en esa sinceridad del *modelage* directo en que se siente el debastador, la mano del artista, su espíritu, su fiebre. Jamás en sus mejores días el escultor se había aproximado tanto á la belleza perfecta, como en esa obra, de la cual me había referido el extraño y doloroso génesis. El Triptolemo del célebre obelisco del museo de Atenas, entre Demeter y Persephone, no es de estructura más elegante y de posición, como lo era el sedicente David, simplemente de pie sobre su pierna derecha y con la izquierda un poco hácia adelante, como en las estátuas arcaicas, y la *gracilidad* vigorosa de las piernas, la comba gallarda de los riñones, la flacura apenas musculada de los hombros, la linea delgada del vientre, daban á ese cuerpo de adolescente, un caracter incomparable de esbeltez viril y de energía, en tanto que la finura de sus manos y piés, y sobre todo la delicadeza de sus rasgos, el rostro encuadrado en los bucles de una cabellera rizada á la manera de Leonard, adornaban á ese sér delicioso de una languidez del todo femenina. Era realmente la fusión de las dos bellezas que el artista había soñado y obtenido. Para mí que sabía de cuánta melancólica fantasía así el logro el David en el que reconocía yo algunos de los gestos de Clouet, su estructura, su actitud, y la sonrisa, la gracia, la mirada de su joven mujer, esa estatua tenía algo de aparición, y—¿debo decirlo?—casi de sacrilegio. No, ese no era un David, el príncipe que debe vencer y reinar; era la imágen del joven héroe que no vivirá: un Eurialo, al cual su Nisus llamará en vano, un Icaro que zozobrará en el inapaciguable Océano, un Orpheo á quien desgarrarán manos crueles de Ménades,—una figura sin promesas de porvenir, pero tan heróica, tan tristemente bella...



Y yo podía apenas, de tal suerte estaba conmovidó, expresar mi admiración, de la cual gozaba el artista con esa ingenuidad de orgullo tan natuaral después de una creación semejante. Nosotros no hacemos tales obras. Se hacen ellas en nosotros y casi á pesar de nosotros... Callábamos los dos, cuando oímos venir de fuera, de aquella puerta, al salir de la cual la madre del pequeño Alberto había caído al fin de su embarazo, una queja sorda al principio y contenida, después más alta, un gemido entrecortado por sollozos, la más desesperada lamentación que haya jamás herido el corazón..... Ives y yo nos miramos.

Por aquel rostro que acababa de ver transfigurado de nuevo por todas las fiebres del entusiasmo, pasó una pena y como el remordimiento de un crimen. No teníamos necesidad de ir y levantar la tapicería para comprender que era Laura la que lloraba así. Había ella venido impulsada por una curiosidad irresistible. No había osado franquear el dintel y lo había oído todo—su lamentación decía con qué sentimiento.—Subía esa lamentación, crecía siempre y el rostro del escultor se contraía más y más aún, hasta que hubo un momento en que dos gruesas lágrimas le brotaron de los ojos y rodaron sobre sus hundidas mejillas. Y de un golpe, sin cuidarse más de mi presencia que si yo hubiese sido un personaje de uno de los moldajes fijados á los muros, se precipitó hacia la puerta. Vió, sentada sobre las gradas de la escalera á su mujer que sollozaba apretando contra ella al pobre pequeñuelo abortado y disforme, para quien el padre había tenido durante esos tres años un odio tan injusto, y con una sorpresa que á mí también me puso las lágrimas en los ojos, ví á aquel hombre arrodillarse y apretar á su mujer contra su corazón y abrazar á su hijo diciendo: «¡Ah, perdóname!...... perdóname...... siento que lo amo. Te juro que lo amo y que no sufrirás ya. Mira...... pero mira!......»

Y cubría al pequeño Alberto de besos apasionados, en tanto que la madre, desfallecida por la sorpresa de encontrar en su marido una piedad que ya no esperaba, apoyaba la cabeza sobre su hombro con un gemido que fué endulzándose, endulzándose aún, y comprendí—los hechos me han probado después que tenía razón,—comprendí que el escultor era sincero y que podía realmente amar al pobre aborto, ahora que posía en su taller al hijo con que había soñado tanto. Tenía yo ante mí, en el grupo de aquellos tres seres reconciliados, á algunos pasos de la estatua de arcilla inmóvil sobre su pedestal, el símbolo de los beneficios del arte, y pude verlos aún mejor algunos instantes después, cuando la madre levantando la cabeza sin dejar de estrechar al hijo viviente contra su pecho con extremecidas manos, sonrió al otro, al hijo que *hubiera debido y podido tener*, á la obra libertadora que le había restituido á su esposo.

PAUL BOURGET.

(de la Academia Francesa)

[*Traducido para* EL MUNDO.]

GRANDEZA Y DECADENCIA DE LA HOJA DE HIGUERA

He aquí lo que me contó un rabino:

«Cuando el primer huésped del Edén despertó, vió al lado suyo, en vez de su costilla, la carne de su carne y los huesos de sus huesos, y su último sueño fué su postrer descanso.

Había nacido la mujer; la serpiente, que es la más astuta entre todos los animales, se acercó á ella y le murmuró al oído: «¡Cuán hermosa sois!» Luego le aconsejó que comiera la fruta del árbol de la ciencia.

—He ahí, dijo la mujer, un sér que me inspira gran confianza por su franqueza; es evidente que no querrá engañarme.

Cogió la fruta y dió la mitad á Adán.

Pero este hizo en aquella primera vez lo que siempre ha hecho después; en vez de comprender que, puesto que iba á ceder y á obedecer entonces, tanto valía hacerlo gustoso, regateó, se defendió, se negó, y luego concluyó por morder la fruta.

Pero Eva había empleado todo el tiempo de su vacilación en roer su manzana con sus lindos dientecitos blancos; tenía ya la ciencia del bien y del mal, cuando Adán estaba todavía tal como le habían amasado. Luego, cuando se decidió, cuando comió su media manzana, cuando á su vez se enteró de la ciencia del bien y del mal, la mujer le llevaba un cuarto de hora de ventaja, y siempre lo ha conservado. Esto es lo que constituye y constituirá siempre nuestra inferioridad relativa.»

Comprendió la mujer en seguida, con el auxilio del diablo, la importancia de aquel cuarto de hora, y se apresuró á emplearlo en dar bases sólidas á su imperio. Hizo que Adán se avergonzase de la desnudez de ambos y le sugirió la idea de coger hojas de higuera para salvar tal inconveniente. Los rabinos que lo saben todo, y con frecuencia suelen saber mucho más, hubieran debido decirnos cómo se adaptaban aquellas hojas. Aun no había periódicos de modas en aquella época, y la tradición nada nos ha conservado acerca de tal materia. Lo cierto es, que al decir á Adán: «Amigo mío, sois más alto y más fuerte que yo, alcanzad y cogedme una de las hojas de ese árbol, os lo ruego,» creaba á la vez el pudor y la coquetería, los celos y la supuesta superioridad de las fuerzas del hombre.

Desde aquel momento quedó fijada la suerte de ambos, así como la de todos sus descendientes. La mujer conservó y ha conservado ese adelanto de un cuarto de hora. Todo lo sabe cuando menos un cuarto de hora antes que nosotros. Un niño no es mas que un galopín que sólo piensa en el aro, la pelota y la peonza; una niña no es sino una mujer más pequeña.

En cuanto al hombre, bajo el pretexto de que es más grande, más fuerte y más inteligente, no ha dejado á la mujer ninguno de los trabajos de la vida. Por lo demás, sus fuerzas, su valor, su energía entera se han gastado en todo tiempo del mismo modo. Eva dice siempre á Adán: «Amigo mío, cogedme esa hoja de higuera,» y Adán se condena por alcanzarla. La hoja de higuera ha ofrecido grandes modificaciones desde la primera Eva. Mi amigo el rabino me ha comunicado algunas de las variaciones de la moda durante los antiguos tiempos.

La primera higuera á la cual se pidió su hoja fué el *ficus rubiginosa*, al cual sucedió el *ficus bengalénsis*, y luego el *ficus virens* y el *ficus mauritana*. Hacia la cuarta generación se pusieron en moda las hojas pequeñas del *ficus repens*. Esto se llamaba entonces vestirse ó ir escotado, como hoy al ponerse vestidos casi sin cuerpo.

Al ficus repens sucedió el *ficus mymphœfolia;* se adornaron después con las hojas inmensas del *macrophilla;* luego volvieron al *ficus repens* bajo el nombre de *ficus scandens;* luego al *ficus elástica;*, y luego pasaron á la seda y el brocado.

La hoja de higuera no tiene en el día menos de catorce metros de extensión por razón de los volantes, y Eva continúa diciendo á Adán: «Amigo mío, dadme esa hoja de higuera.»

Y Adán, para dar la hoja de higuera, trabaja, pasa las noches en vela; roba, saquea, asesina y se condena.

Uno de los signos de su origen que ha conservado la hoja de higuera en medio de sus transformaciones, es que se marchita, cae y es sustituida por otra hoja; sólo que la primitiva, la que se ve todavía en nuestros jardines, no cae ni se renueva mas que una vez por año, mientras que de progreso en progreso, la que emplean las mujeres cae y ha de ser sustituida todas las semanas. Las nuevas hojas nacen de árboles muy altos, espinosos y difíciles. Adán vacila algunas veces. "Amigo mío, dijo Eva á Adán, si os ruego que cojáis para mí esa hoja de higuera, no es tanto por mí como por vos: es para velar á las miradas de los demás estos débiles atractivos que han tenido la fortuna de agradaros, y que debo y quiero conservar á vuestro amor." Y Eva lejos de pensar en conservarse para Adán, arregla y coloca la nueva hoja que ha obtenido, de modo que la imaginación libre adivina y centuplica lo que oculta. El pudor es la coquetería más segura.

Una nueva hoja de higuera sólo sirve para obtener otra por la buena gracia que sabe darle y el nuevo saborcillo que añade á su belleza.

"Aún no es eso todo, dice Eva á Adán, si al pronto y en primer lugar os pido esa hoja de higuera por pudor y á fin de reservarme para voz, podréis observar que os pido la que está en la parte más alta del arbol. Las que están en las bajas llenarían lo mismo el objeto, y no os expondríais á romperos la cabeza. Pero quiero que digan al verme:

«Ved á Eva: su hoja de higuera ha sido cogida en la cima de la higuera más alta. Preciso es que Adán sea hombre muy fuerte, muy valeroso, y permitidme añada, que es preciso que Adán ame mucho á Eva.»

Adán contesta: "Es cierto!" y trepa lleno de gratitud á lo más alto del árbol.

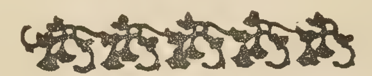
Además de las modificaciones sucesivas de las hoja de higuera, Eva ha inventado accesorios, y sirviéndose hábilmente del cuarto de hora de inteligencia que lleva de ventaja al hombre, le ha presentado bajo un aspecto favorable la necesidad de estos accerorios. "Amigo mío, le ha dicho; sois el más fuerte, sois el amo, sois mi señor. Me envanezco con ser vuestra, y quiero el distintivo de mi servidumbre. Agujereadme la naríz y las orejas en testimonio de esclavitud y ponedme eslabones de cadena. Ponedme cadenas en los brazos, para recordar á los ojos de todos que sólo soy vuestra criada."

De aquí resultaron los pendientes y los brazaletes.

Algunos adanes dejan que les persuadan de que así como hacen trasportar los vinos exquisitos en un barril doble, sería prudente hacer enterrar á Eva en una envoltura doble, en dos hojas de higuera: la segunda se llama un carruaje, y va tirada por dos caballos.

En fin, todos esos hombres que se agitan, andan, corren, se codean, se baten, se matan unos á otros, son adanes á quienes sus Evas han dicho: "Amigo mío, coje para mí ésa hoja de higuera," Hoy en día, la moda no admite más que las hojas de las ramas más altas lo cual hace que casi todos se desuellen las manos y las rodillas para alcanzarlas, y que muchos se rompan los huesos.

ALFONSO KARR.



TIBI REX

¡Oh mi príncipe encantado de la tez de nieve y rosa!
Yo conozco ha mucho tiempo tu mirada misteriosa;
A su lumbre, el alma mía nuevo aliento y vida toma,
Y amorosa se adormece como tímida paloma.

Yo conozco hace ya tiempo esa noble frente altiva
Como blanco lirio roto si se dobla pensativa;
Como nube orlada en fuego que en la altura albea sola
Si del blanco lirio se alza la magnífica corola.

Al sentir las radiaciones de tus ojos soberanos
Me he cubierto deslumbrada el semblante con las manos.
¡Oh mi mago, más hermoso y más dulce que un ensueño!
Yo te he visto, ¿en dónde? ¿acaso fué en el mundo? ¿fué en un sueño?

Si no existes en la tierra, ¿cómo en sueños me visitas?
En mi frente siento el roce de tus reales manecitas,
Y mis manos, en los pliegues de tu negro ferreruelo,
De tu daga el puño tocan bajo el tibio terciopelo.

Yo te siento palpitante y percibo tu perfume,
En la lumbre de tus ojos toda mi alma se consume,
Y sedienta de inmortales, de divinos embelesos,
¡He apurado sin saciarme, todo el néctar de tus besos!

¡Oh mi príncipe encantado de pupilas misteriosas!
Son rocío de diamantes tus palabras cariñosas,
Y en el campo yermo y triste que las penas agostaron,
A su influjo hermosas flores sus botones reventaron.

¡Oh tú, Mago de mis noches, el de negro ferreruelo!
Necesito adormecerme bajo el tibio terciopelo,
Y apoyando mi cabeza en tu pecho noble y fuerte,
Brote el ósculo supremo de mis nupcias con la muerte.

JULIA.

Mérida, Yucatán, Enero de 1996.

PREGUNTAS SIN RESPUESTA

(Poema en cuatro sonetos.)

I

FILOSOFIA

¿Qué es el hombre? Un misterio—¿Qué es la vida?
Un misterio también —dijo un poeta—
¿Esta vida á otra vida está sujeta
O en el no ser concluye la partida?
¿Será el alma una antorcha combatida
Del viento vario de la duda inquieta
O, cerca de morir, una secreta
Voz nos revela la verdad temida?
¿Aquello que llamamos desventura
Es nuestra imperfección que nos consiente
El que hagamos cantando la jornada?
¿Será la Eternidad frígida, obscura,
O la hoguera del sol resplandeciente?
—Hágale las preguntas á la almohada.

II

PATRIA

¿Acaso de Nerón el rigorismo,
Cercenando cabezas vocingleras
O entregando á las fauces de las fieras
A los que predicaban cristianismo,
Un reflejo no fué del patriotismo
Que á la revolución pone barreras?
¿Del dios Exito rojas las banderas
No glorifican siempre el egoísmo?
¿Y patriotas no son los lenguaraces
Que en carne de cañón á la obcecada
Turba convierten, en matanza impía?
¿Los programas no son siempre falaces?
¿Cuándo la patria no quedó burlada?
Respuesta á todo te daré otro día.

III

AMOR

¿Del Paraíso la primer aurora
Es idilio de dicha, ó quizás Eva
Al someter á Adán á dulce prueba
Cedió sólo á la sierpe tentadora?
¿Es el amor la fuente redentora
En que su sed el peregrino abreva?
¿El mal ó el bien en sus misterios lleva?
¿Es arca de salud ó de Pandora?
En fin ¿es el amor rayo divino,
Dos epidermis en contacto acaso,
O una expansión del alma soberana?
¿Astro que alumbra nuestro erial camino
O el abismo en que se hunde nuestro paso?
—Quede la solución para mañana.

IV.

SUICIDIO

No más vivir! Salgamos de la escena
Que á tan imbécil sociedad me obliga......
La carga de la vida me fatiga
Como al pobre galeote su cadena.
Una hora de placer no ví serena,
Ni hay necio que sus cuitas no me diga;
Ni hombre leal ni cariñosa amiga
Me han consolado en mi insondable pena.
Escrito estaba!!! Cúmplase mi sino!
Con la carne luchar es necesario
Y vencida la tengo en el combate.
Adiós vida! Valiente el peregrino
Va á romper del espíritu el sudario.....
—Pero antes tomaremos chocolate.

RICARDO PALMA.

Te ví una sola vez pero mi mente
te estará contemplando eternamente.

Purifica el olor de la opulencia
cuando huele á tomillo la indigencia.

Es tu historia en mi vida entremezclada
una sombra, en la sombra condenzada.

CAMPOAMOR.



EL DANTE EN MEXICO.—En camino para el Infierno Matías Cumplido se aproxima

EL DANTE EN MEXICO.

VIAJE DE UN REPORTER.

(CONTINUA.)

No podía orientarme; desperté, ó más bien dicho, volví en mí, aturdido y magullado entre las madejas de un breñal; las ramas tenían escrecencias color de azufre: busqué á diestra y siniestra, ni el rastro siquiera de una vía ferrea; ví al cielo, negrura impenetrable; quise retroceder, una valla de malezas coronadas de púas me cerró el paso, y á pesar de la profunda noche yo veía, díjerase que cuanto me rodeaba tenía una luz propia, si es que luz puede llamarse á la fosforescencia extraña que bañaba los objetos: árboles, árboles inmensos, siempre árboles, pero de forma tan bizarra, con actitudes tales, que más que ejemplares de una flora parecían producciones en las fronteras del mundo animal, porque aquellos inmensos colosos tenían fisonomía; en sus ramas se adivinaba la anatomía de un trazo inmobilizado, negro como el miembro convertido en carbón por súbito cataclismo; en sus troncos el escorzo violento de un hombre que pugnara por desasirse ó huir de tremenda sujeción; en sus raices la contracción de un pie deformado cuyas uñas hincadas en el suelo hubieran sido afianzadas por la roca; algunos se elevaban al cielo sin una hoja, como manojos de nervios petrificados por el dolor; otros lloraban madejas canosas; muchos desaparecían bajo un follaje enfermo que parecía azotarlos, y en cada uno se pintaba la escena final de una tragedia, y á medida que mis ojos atónitos se fijaban en todos, descubría más y más pormenores, pensaba en coincidencias inesperadas ¿que bosque era aquel, Dios mio? ¡qué bosque terrífico! qué bosque de expiación, pues que ahí encontraba un manzano ceñido por serpientes en cuyo tronco se veían grabados estos nombres: *Adan, Eva,* entre un corazón traspasado por una flecha? El árbol del Paraíso.... y junto una vid endrina sin racimos: la de Noé quizas; más lejos un arbusto con marañas de cabellos de Absalon; y otro con una cuerda de ahorcado: la de Judas; y la encina real de Luis XIV; y el ahuehuete de la Noche Triste; y un pobre leproso acribillado de heridas de machete y puñal y arma de fuego; un infeliz leproso sin corteza á trechos, con colgajos de oropel y depúrpura y de paño militar y de piel humana: el árbol de la libertad sin duda, mal trecho á través de los siglos

Si hubiera olido á azufre, á pez hirviente ó plomo fundido quizá me hubiese supuesto en el territorio infernal, pero, nó, la ráfaga tan pronto helada como un viento polar, tan pronto quemante como anuncio de *simoun,* arrastraba olores di... de éter, de cloroformo, de tabaco, de ajenjo, de trufas, la más insigne é ilógica asociación de emanaciones disonantes, seguí avanzando, y él calor crecía, el cierzo tomaba otro rumbo pues me hería el rostro una bocanada de hornaza; mirábanse en el lodo carbonoso huellas delatoras, pisadas humanas, zurcos de ruedas, veredas ahondadas por bicicleta y signos visibles de luchas y arrastramientos pues mirábanse ... allá botones de paletó, trozos de tirante, puños de camisa, mechones de cabello, un fragmento de dentadura automática, lentes rotos, pelucas, botones hechos trizas y hasta alas de sombrero. No dudé un punto, al avanzar unos cien metros más, llegó hasta mí un sordo rumor de colmena, un condenado vocerío de maldiciones y juramentos cosmopolitas y políglotas; una manecilla negra señalaba con el índice un rumbo, el de una vereda protegida por alambres con puas, cinta crugiente tapizada con polvo de carbón, en cuyo extremo mirábase una entrada como de caverna, y en los postes del telégrafo atizados por el humo se encontraban los primeros anuncios y avisos, en un marco de canillas fósiles y con un timbre correspondiente cancelado con el sello de Salomón se av...ba al transeunte que un sindicato americano, había hecho contrato con el cielo para entender se con la administración de los Infiernos, de ahí, pues, que todos aquellos anuncios estuvieran en Inglés, de ahí que al acercarme ... á la mansión triste y súcia oyera palabrotas dichas por soeces negros, de ahí que me asaltara un sujeto de camisa roja y tirantes de luto ofreciéndome un carro de Express porque aunque corto el camino era muy pe...

Quise retroceder pero ya no me dejaron, un vigía había dado aviso de mi presencia; dos agentes, en obsequio de la verdad muy comedidos, me hablaron algo que no entendí; comprendiendo mi origen me llevaron con un intérprete que me tomó del brazo y me preguntó si tenía boleto. Este amable sujeto me hizo favor de traducirme los letreros fijos en los árboles, en los muros, en las fachadas y en algunos puestos cercanos, me dijo llamarse Torquemada, ser inventor de no sé cuántos suplicios y me dió pormenores.

Había que dejar toda clase de abrigos; al Infierno, porque en el Infierno estaba, ño podía irse sino en paños menores. A últimas fechas se había creado la guardarropía y se toleraban pequeños comercios como por ejemplo el de trocitos de hielo, abanicos de palma, limonadas, naranjas, con tal que no se llevara sino un ejemplar de cada cosa. Podía á precios módicos entrar á pie, tomar el descensor, ó una línea muy incómoda de montañ... sas; había que firmar en el registro, retratarse, ser identificado, filiado, pesado, esculcado, numerado, etc.

Ya no es el Infierno lo que era antes amigo mio, estamos á la última moda. Va usted á ver cosas curiosas como no las alcanzaron Dante y sus imitadores. Aquí nos paramos porque tienen que recibirnos los delegados del Consejo Superior de Salubridad por aquello del tifo y la desinfección ó la falta de vacuna y habremos de esperar á los vistas de Aduana. Quítese usted el sombrero por que ese es uno de los Jefes. Y no hay más novedad—dijo el recien llegado—que esta alta mi Coranel.

(*Continuará*).



Todo en amor es triste,
mas, triste y todo, es lo mejor que existe.

CAMPOAMOR.



EL DANTE EN MEXICO.—La entrada 'Resolví dominar mis miedos ...

«Caminante, vé á Esparta y dí que aquí hemos muerto por defender sus le...

¡Cómo deben reirse de Leonidas nuestros gobiernos!

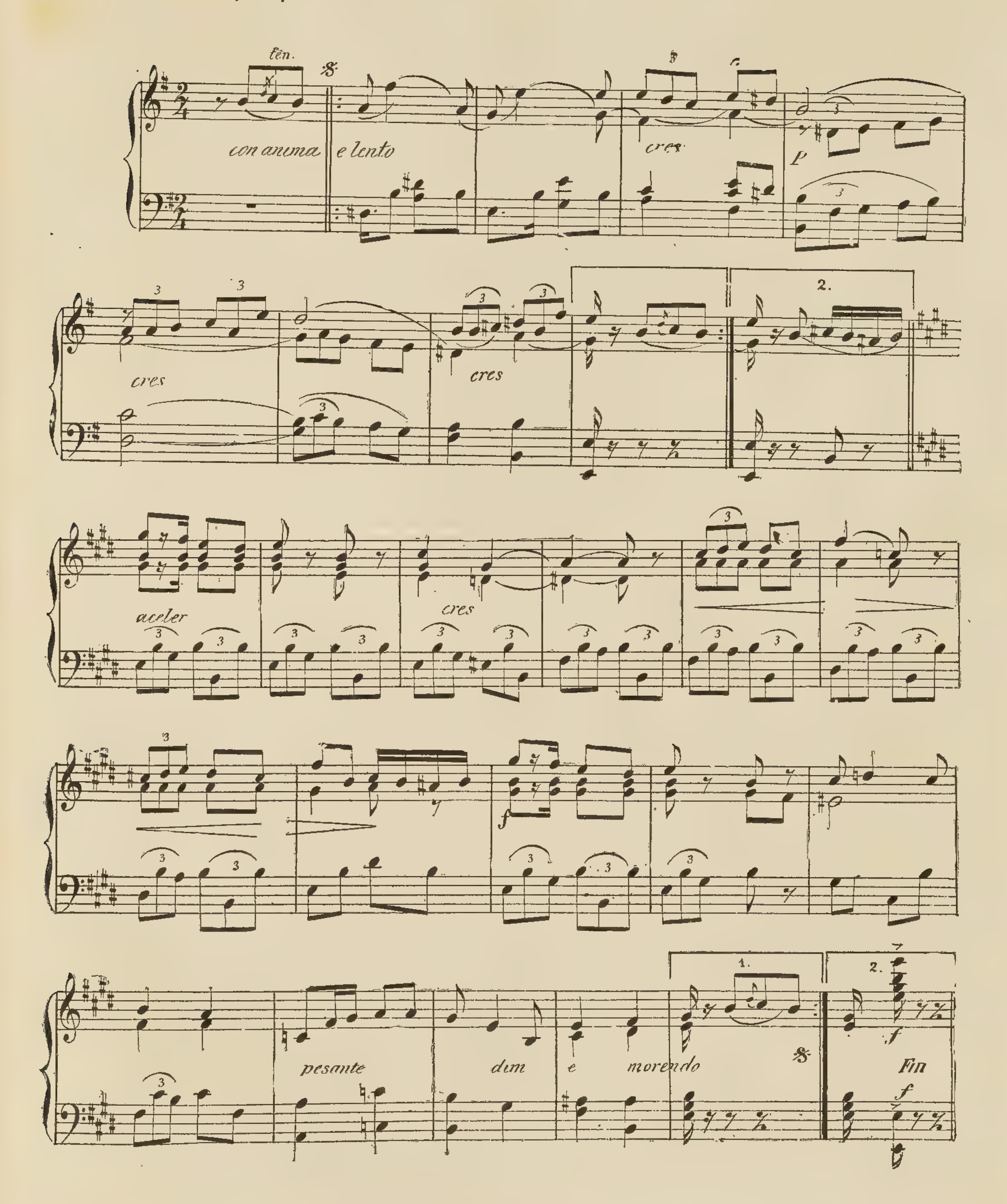
G. GARCÍA HAMILTON.

A la niña Sara Moguel y Rosas.

CAPULLO

Danza de salón para piano.

Por A. C.



LA HADA AMOROSA.

Dime, Ninón, ¿escuchas cómo bate en los vidrios la lluvia de Diciembre? Quéjase el viento en el largo corredor. Noche es desapacible, una de tantas en las que el pobre tirita á la puerta de el rico que el baile arrebata en sus danzas bajo las doradas arañas. Deja tus zapatitos de raso, ven á sentarte en mis rodillas cerca del encendido atrio. Deja tu preciado prendido, que he de contarte esta noche un hermoso cuento de hadas.

Sábete Ninón, qué era en antiguos tiempos, en lo alto de una montaña, un vetusto castilllo sombrío y lúgubre. Volvíase todo torreones, murallas, puentes levadizos cargados de cadenas; hombres cubiertos de hierro velaban noche y día en las almenas, y únicamente los soldados recibían buena acogida del señor del feudo, el conde Enguerreando.

Si hubieses visto al anciano guerrero, paseando sus extensas galerías, si hubieras escuchado la pujanza de su breve y amenazadora voz, temblado habrías de espanto, cual de espanto temblaba Odeta, su sobrina la piadosa y linda damisela. ¿No reparaste nunca al alba cómo se abre una margarita á los primeros besos del sol, entre ortigas y zarzas? Pues así se desarrollaba la joven entre aquellos rudos caballeros. Cuando siendo niña, se le presentaba su tío, á lo mejor de sus juegos, deteníase y los ojos se hinchaban de lágrimas. Ahora que era ya esbelta y bella; llenábasele el pecho de vagos supiros; y espanto más hondo la sobrecogía siempre que aparecía á su vista el señor Enguerrando.

Moraba en separada torrecila ocupada en bordar lucientes pendones, descansando del trabajo en la oración, contemplando desde su ventana la esmeralda del campo y el azul de los cielos. ¡Cuántas veces, abandonando el lecho por la noche, había mirado las estrellas! y ¡cuántas su corazón de diez y seis abriles se había elevado hacia el ceruleo palio, preguntando á sus radiantes hermanas lo que de tal modo podía agitarla! Tras estas noches sin sueño, tras estos transportes de amor; tentaciones tenía de suspenderse al cuello del anciano caballero. Pero una palabra dura, una fría mirada la paralizaban, y, temblorosa, recogía la aguja. ¡Oh! Ninón, ¡compadeces á la pobre doncella! Era cual fresca y embalsamada flor que ve su brillantez y aroma desdeñados.

Un día, la desolada Odeta, que seguía con la vista dos tórtolas errantes, oyó una voz suave á los pies del castillo. Inclinando su frente vió á un apuesto doncel que reclamaba la hospitalidad cantando. Escuchó, sin lograr comprender las palabras, pero la dulce voz la oprimía el seno, y el llanto corría, lento, por sus mejillas humedeciendo una rama de mejorana que tenía en la mano.

El castillo no se abrió y un hombre de armas gritó desde una almena:—«Retiraos, sólo hay aquí guerreros.» Seguía mirando Odeta, y dejó caer el tallo de mejorana que fué á dar á las plantas del mancebo. El cual, alzando el rostro, viendo la cabecita rubia, besó el ramo y se alejó, no sin volverse á cada paso.

Cuando hubo desaparecido, echada en su reclinatorio, oró largo tiempo Odeta, dando gracias á los cielos sin que supiera por qué; sentíase jubilante, aunque ignorase la causa de su júbilo.

Hermoso sueño tuvo aquella noche. Creyó ver el tallo de mejorana que arrojara. Con despacio, de las trémulas hojas surgió una hada, una hada toda gracia, con dos alas de llama, corona de miosotis y larga falda verde, color de esperanza.

—Odeta, dijo con harmonioso acento, yo soy la hada Amorosa, y yo te envié esta mañana á Loís, el doncel de voz suave: yo soy quien vió tu llanto y ha querido secarlo. Mi sino es andar el mundo recogiendo corazones y uniendo los que suspiran. Visito chozas y palacios y á menudo me ha encantado unir el cayado al cetro de los reyes. Flores vierto á las plantas de mis protegidos y los encadeno con tan brillantes y preciosos hilos que sus corazones tiemblan de gozo. Moro en las hierbas de las sendas, en los relucientes tizones del atrio, allá en invierno, en las cortinas del lecho marital, y allí, do poso el pié, brotan los besos y las cántigas tiernas. No llores más, Odeta; soy Amorosa, la hada amable, y vengo á secar tu llanto.

Y se ocultó en la flor que, cerrando el broche, fué de nuevo capullo.

Bien sabes tu, ¡oh! Ninón, que la hada Amorosa existe. Mírala bailar en nuestro hogar y compadece á los pobres que no crean en mi hermosa hada.

Al despertar Odeta, iluminaba el cuarto blanco rayo de sol, alzábase en los aires el cantar de un pájaro, y el viento matutino acariciaba sus doradas trenzas, perfumado con el primer beso que dado había á las flores. Levantóse la vírgen contenta, pasóse horas cantando, confiada en lo que la dijera la hada. De vez en cuando contemplaba el campo, sonriendo á los fugaces pajaritos, movida por arranques que la hacían brincar y dar palmadas.

Al caer la noche bajó á la grande sala del castillo, donde, junto al conde Enguerrando, un caballero escuchaba la voz del viejo. Tomó la rueca, sentóse ante el atrio donde cantaba un grillo y el hueso de marfil giró con rapidez entre sus dedos. Metida en su trabajo, dirigió la vista al caballero, descubrió entre sus manos el ramo de mejorana y reconoció á Loís el de la voz suave. A punto estuvo de exhalar un ¡ay! de júbilo. Para ocultar su rubor se inclinó hacia las cenizas y removió los tizones con larga vara de hierro. El brasero chisporroteó, retociéronse las llamas, luminosas chispas crujieron, y de pronto, entre ellas, apareció Amorosa, solícita y sonriente. Sacudió de su falda verde las partículas inflamadas que corrían por la seda, cual lentejuelas de oro; de un vuelo entró en la sala, yendo, invisible para el conde, á situarse tras los jóvenes. Y allí, mientras el viejo caballero refería tremebundo combate contra los infieles, díjoles blandamente:

Amaos, criaturas mías. Dejad los recuerdos á la vejez austera, dejadle las narraciones junto á los tizones rojos. Que sólo el rumor de vuestros besos se mezcle al chisporroteo de la llama. Tiempo habrá luego de endulzar vuestras penas recordando estas tan dulces horas. Cuando se ama á los diez y seis años es inútil la voz; vale un largo discurso una mirada. Amaos, criaturas mías, dejad que hablen los viejos.

Y los ocultó con sus alas de tal modo que, el conde, que explicaba como el gigante Buch, Testa de Fierro fué occiso con un tajo terrible de Giralda, la pesada espada, no vió que Loís besaba por primera vez la frente de Odeta, trémula.

Tengo que hablarte, Ninón, de las hermosas alas de mi hada Amorosa. Eran cual el cristal transparentes y ténues como de abejorro. Pero, cuando dos amantes se hallaban en peligro de ser vistos, crecían y se tornaban tan obscuras y tupidas, que detenían las miradas, sofocaban el ruido de los besos. Así fué que el anciano prosiguió mucho tiempo su relato y mucho tiempo acarició Loís á Odeta, en las barbas del malvado conde.

¡Oh! ¡Dios de Dios, qué hermosas alas eran! Hanme dicho que, á veces, las hallan las doncellas, y más de una vez se ocultan así de sus parientes. ¿Será verdad, Ninón?

Cuando hubo acabado el conde su tan largo relato, desapareció en las llamas la hada Amorosa, y se marchó Loís dando gracias al huésped, enviando á Odeta un último beso. Tan feliz durmió Odeta aquella noche, que soñó con montañas de flores alumbradas por millares de astros, más fulgentes que el sol cada uno de ellos.

Al otro día bajó al jardín, buscando las glorietas obscuras: encontróse á un guerrero que saludó, é iba á alejarse cuando vió entre sus manos el ramo de mejorana bañado en llanto. Y de nuevo reconoció á Loís, el de la voz suave, que acababa de entrar en el castillo merced á otro disfraz. Hízola sentar en un banco de musgo cercano de una fuente, y los dos se miraban extáticos de verse en pleno día. Cantaban las currucas y sentíase en el aire que por allí vagaba el hada bondadosa. No te diré cuantas palabras escucharon los discretos robles; era gozoso ver charlar á los enamorados; tanto duró que á un pájaro en un zarzal vecino, le sobró tiempo para hacerse un nido. De súbito resonó en la senda el paso del señor Enguerrando y temblaron los dos amantes. Pero cantó más dulcemente el agua de la fuente, y Amorosa salió solícita y sonriente de la clara linfa del manantial. Rodeó á los amantes con sus alas y con ellos se deslizó ligera, pasando junto al conde, sorprendido de haber oido dos voces y de no ver á nadie.

Meciendo á sus protegidos; les decía:—Soy la que protege los amores, la que cierro los ojos y los oídos de los que ya no aman. Nada temais, enamorados: amaos en pleno día, en las sendas, junto á las fuentes, de quiera os halléis. Yo velo por vosotros. Dios me ha mandado al mundo para que los hombres, burladores de toda santidad, no turben vuestras puras emociones. Ma ha dado mis prestigiosas alas diciendo: «Anda y que los pechos jóvenes se regocijen.» Amaos, yo velo sobre vosotros.

Y libando el rocío, su único alimento, arrastraba en alegre ronda á Odeta y Loís, enlazadas sus manos.

Me preguntarás qué hizo de los dos amantes? En verdad amiga, no me atrevo á decírtelo. Temo que te niegues á creerme, ó que celosa de su sino, no me pagues mis besos. Pero te veo curiosa y me será forzoso contentarte. Sabe, pues, que la hada corrió así hasta el caer de la noche. Cuando quiso separar á los enamorados los vió tan tristes de separarse, que les habló en voz baja. Parece ser que les decía algo hermosísimo, pues sus semblantes irradiaban dicha. Y cuando ella hubo hablado y ellos consentido, tocóles con su varilla en la frente.

De pronto......... ¡oh! ¡Ninón, que ojazos abres de asombro! ¡Qué pataditas darías si no acabase!

De pronto Loís y Odeta fueron convertidos en ramas de mejorana, mejorana tan bella, que sólo un hada puede hacerla igual. Estaban tan reunidas que sus hojas se confundían. Eran maravillosas flores que debían permanecer abiertas, trasmutando eternamente sus perfumes y rocío. En cuanto al conde Enguerrando, se consoló, según dicen, contando todas las noches cómo el gigante Buch, Testa de Fierro, fué occiso con un tajo terrible de Giralda, la pesada espada.

Y ahora, vNinón, cuando ayamos al campo buscarémos as mejoranas encantadas para preguntarles en qué flor se halla la hada amorosa. Tal vez amiga mía, existe una moral en este cuento. Pero sólo te lo he dicho sentados ante el atrio, para hacerte olvidar la lluvia de Diciembre que bate los cristales, é inspirarte esta noche, un poco más de amor por el joven entusiasta.

EMILIO ZOLÁ.

AL OLVIDO

¡Oh! tú, girón del tiempo que sombrío
Ocultas los placeres del pasado......!
¿Por qué también, olvido, no has borrado
La pena que tortura el pecho mío?

Onda negra de un mar inmenso y frío,
Si en tu seno profundo se han ahogado
Mil recuerdos de amor ¿por qué has dejado
Vivir los del dolor en mi albedrío......?

¡Cuán dulce fueras si á la vez que matas
Las memorias felices de la mente,
Con tus sombras cubriéraslas ingratas!

Mas, ¡ay! tu honor en agotar estriba
De los recuerdos plácidos la fuente,
Para dejar la de los tristes viva!

C. CASTILLA.

A UNA NIÑA.

Purísima: las estrellas
tachonan el firmamento,
y mustias las hojas huyen
arrancadas por el cierzo.
Puro, casto y esplendente
irradia tu pensamiento
como las estrellas blancas
que brillan alla en el cielo,
y como las hojas secas
arrastradas por el viento,
así se secan mis días
al soplo de los recuerdos.

* * *

Ven, oh Pura, y estas hojas
darán á tu pie pequeño
pobre alfombra, si la pisas
no escucharás un lamento.
Ven conmigo, y en la playa
juntos perlas buscaremos,
y te adornaré con ellas,
y con ellas te haré versos.
Ven conmigo, ven, oh niña
purísima; sólo quiero
ver la risa de tu boca
qne es un botón entreabierto.

* * *

¿Y por qué, por qué no vienes?
¿Es que acaso tienes miedo?
¡Si solo vivo la vida
punzante de los recuerdos!
Tú eres virgen, yo cansado
ya por el mundo atravieso.......
¿Es que acaso te detienen
lejanos presentimientos?
No Purísima; más tarde
cuando en tu frente, de besos
lleves el surco, haz que entonces
nunca más nos encontremos.
Porque, entonces impelidos
por huracanes opuestos,
cual dos llamas forman una,
dos fuegos harían un fuego.
¿Por qué huirlo?...... Es que hoy ignoras
que ese amor se apaga luego
y que quedan, torturantes,
las cenizas del recuerdo.........

* * *

Hoy no temas; ven conmigo,
ven con ánimo sereno;
tú eres virgen, yo cansado
ya por el mundo atravieso.
Ven, la playa nos espera.
Ven, oh Pura, y diré: creo
que hay quien viva, que hay quien ría
sin tenaz remordimiento.

J. SÁNCHEZ AZCONA.



NOCTURNOS TROPICALES.

¡DIES IRÆ!

Vago rumor desciende de la sierra
Al valle solitario,
Y una nube gigante crece, crece
Y cubre todo el sur en vuelo raudo.

Un relámpago lívido serpea
Y azota el negro espacio,
Y un trueno inmenso su fragor difunde
por las cavernas de rugientes antros.

De jaguares hambrientos la jauría
Lanza aullido lejano:
Por la terrible noche protegida,
Baja, cobarde, al indefenso campo.

En el aduar la escucha la vacada,
y mugiendo de espanto
Sacude la cabeza formidable
Irguiéndose y un círculo estrechando.

Anchas gotas de lluvia se desprenden
De los cúmulus bajos,
Y despedazan su cristal vibrante
Al chocar en los áridos peñascos.

Presto desencadena todo el cielo
Sus aguas, que silbando
Barridas por los vientos, culebrean
Y su oleaje aéreo causa espanto.

Vuelan gemidos hondos, penetrantes,
De clamor funerario:
¡Es la danza macabra de las brujas!
¡Es el coyotl, que se lamenta aullando!

Y en medio á la terrible sinfonía
Se oye el lúgubre canto,
En la barranca estrecha y tenebrosa,
Del órgano salvaje de los cactus.

RUBÈN M. CAMPOS.



LA MODA.

Algunos modelos de tocados.

Peinados y corpiños, hé aquí el asunto de nuestra plana de hoy, lectoras. No siempre hemos de mostraros la elegancia y riqueza de las faldas: habríamos alguna vez de ofreceros la nota ilustrada de los caprichos de última actualidad, respecto á los peinados, y ahora encontraréis modelos que de fijo satisfarán aun á las más descontentadizas. Holgaría toda explicación viendo los grabados y por lo mismo nos abstenemos de darla, advirtiendo sólo que hemos hecho la más escrupulosa selección entre los tocados más bellos que en este invierno están en boga en París. Acompañamos á los modelos en cuestión varios figurines de corpiños de la más encantadora fantasía.

Algunos tocados de actualidad.

DON QUIJOTE.

«Si Don Quijote no fuera más que una caricatura, no hubiera conquistado tanto el afecto de la humanidad. La imaginación humana es, en el fondo, triste y seria. Entre los séres ficticios, no admite en su intimidad más que á los que la conmueven y la ennoblecen. Los bufones, cuando tienen ingenio, son á menudo apreciados de ella, y como los reyes de la edad media, ella les concede toda licencia y se complace en su compañía. Pero si permanecen sus favoritos no vienen



Peinado de Soirée.

á ser nunca sus amigos. Cierto desprecio se mezcla á la alegría que inspiran: regocijan el espíritu pero el corazón les queda cerrado. La desgracia que el viejo Falstaff sufre no enternece á nadie; puede Panurgo ahogarse con sus carneros sin conmovernos; y la agonía de Scapin, en la comedia de Molière, aun cuando fuera real y no fingida no entristecería ni un momento la alegría de sus *Embustes*. Don Quijote, al contrario, nos conmueve á la vez que nos divierte; se hace respetar al hacernos reir, y los burlones endurecidos compadecen secretamente sus infortunios.

Es que el valiente Caballero de la Mancha, oculta el alma de un héroe bajo el saco de un loco, y que sus actos más absurdos no son más que la desviación de una idea sublime. Proteger á los débiles, castigar á los malvados, enderezar entuertos, *desfacer* agravios, ejercer la magistratura del acero vengador en todos los caminos reales de la vida humana: he aquí el programa de su empresa. Sus quimeras tienen el vuelo de las águilas, su locura se cierne sobre él con las alas de la victoria.

Tal es Don Quijote, el ideal hecho carne, la abstracción hecha hombre. Sobre la visera de su grotesto casco está escrito un desafío al mundo exterior: «¿Qué hay de nuevo entre vosotros y yo? La realidad se venga del desprecio que públicamente, tiene para ellas con crueles represalias detiene con los más viles obstáculos sus más arrogantes empujes: vuelve polvo sus más hermosas visiones. Todos sus sueños se derrumban, sus fantasmas se desfiguran. Toma una sórdida venta por un magnífico palacio y á horrorosas Maritornes por una deslumbradora sultana. Cada hazaña termina en revuelta indescriptible: conquista una bacía, provoca unos molinos de viento, revienta unos cueros, hace pedazos unos manequíes, vence clérigos y monjes. El peligro, aun cuando es serio, no lo toca: los leones de quienes abre la jaula, le vuelven desdeñosamente la espalda, los toros lo pisotean sin darle con los cuernos. "Ve á que te maten á otro parte!" Así parece que le dicen las cosas ó los séres provocados por él. La fatalidad corresponde á las estocadas con palizas.



Modelos de prendas para recepción.

Esto es todo: sembrando absurdos beneficios, recoge inmerecida ingratitud. Las falsas víctimas de que se declara defensor se vuelven contra él con irritados semblantes. Sancho sólo se engaña durante una hora. Don Quijote desde el principio hasta el fin de la cruzada, salta hacia lo sublime y cae sobre el ridículo.

Y sin embargo, el Caballero de la Mancha sigue siendo noble y grande en medio de las decepciones que lo abruman. Burlado por todos, es invulnerable ante el desprecio. Todo miente en su derredor excepto su valor. Con el heróico furor de un valiente de Romantesco, se baña en la sangre de los cueros; cae en el piso de una bohardilla con tanta grandeza como en el campo de batalla.

No desde el principio Cervantes ha alcanzado la perfección de semejante tipo. Se comprende que lo ha concebido en una carcajada y que lo ha terminado con eternecida sonrisa. En la primera parte del libro, el poeta maltrata cruelmente á su héroe. Pero luego el artista se enamoró de la creación, la purificó y la perfeccionó en todos sentidos. Mientras más avanza Don Quijote en su novelesca campaña, más crece en honor, magnanimidad y justicia; los grotescos relieves que afeaban su noble perfil, se suavizan poco á poco; sus intervalos de lucidez aumentan: pasan días enteros sin accesos. Entonces parece que vemos á Alfonso el sabio, recorriendo Castilla, reformando leyes y pronunciando sentencias.

En la antigua Grecia, cada isla, cada comarca tenía una divinidad especial, guerrero ó campesino, agricultor ó marino, adecuada al país, y moldeada sobre el carácter de sus habitantes. Este dios indígena le llenaba con su presencia y su influencia. Sus estáuas surgían en cada encrucijada, en cada cima; su leyenda estaba mezclada con la historia, sus oráculos llenaban las grutas, allí se respiraba su aliento con el aire.

Ideal ó imaginario, como los dioses de la Grecia, Don Quijote como ellos, ha tomado posesión del país que le ha dado el sér: ahí está como la divinidad del lugar. Su largo aspecto no abandona al viajero que recorre la Mancha y las dos Castillas. La aridez de las grises llanuras recuerda la flaqueza del caballero andante; el áspero perfil de las rocas que erizan la estrecha vereda, represéntalo en pie sobre los estribos de su flaco corcel. No hay molino de viento que no parezca provocarlo, se busca su lanza en el ángulo obscuro de la posada, en que atroces maritornes, sirven el rancio jamón y el vino con sabor á cuero que constituían sus sobrias comidas; se cree reconocer su bizarra silueta entre las sombras que la humeante lámpara recorta sobre la pared. Y parece que al descorrer las cortinas de sarga de la desvencijada cama á que os conduce la hostelera, vais á encontrar á Don Quijote sentado allí, con los ojos fijos, el bigote atuzado, el rostro vendado, envuelto en su sábana, como en una mortaja, tal como apareció á doña Rodríguez, ó más bien, tal como está el Cid, sobre su sepulcral sillón.

«En San Pedro Cárdena está embalsamado el Cid, el vencedor invicto de los moros y de los cristianos. Está sentado en su sillón; su noble y valiente persona ha sido vestida y adornada; su rostro lleno de gravedad, esta descubierto. Tiene á su lado su famosa espada Tizona. No parece muerto sino vivo y muy honrado.

PABLO DE SAINT VICTOR.

Vivimos con nuestros defectos como con los perfumes que llevamos encima: ya ni siquiera los sentimos; y sólo incomodan á los demás.

Mad. de Lambert.

PAGINAS CURIOSAS

EL POLVO EN LA NATURALEZA.

Sin polvo no veríamos azul el firmamento; el cielo estaría más negro que en noches sin luna. En ese fondo obscuro brillaría el sol con aguda intensidad, y la superficie de la tierra estaría caracterizada por vivos contrastes de luz intensa y obscuridad profunda. La luna y las estrellas—visibles durante el día—apenas podrían mitigar un tanto esos cambios bruscos. La iluminación de la tierra sería semejante á la que se observa en la luna, cuando se la mira por un telescopio; porque en nuestro satélite no existe envoltura atmosférica y no hay, por consiguiente, polvo en suspensión.

Al polvo que flota en nuestra atmósfera debemos del todo el goce de una luz suave y uniforme—para la cual están nuestros órganos visuales adaptados especialmente—y nada contribuye más á la belleza y variedad de los paisajes que ese mismo menudo polvo.

Acabamos de ver cómo el polvo hace luminosa toda la bóveda celeste. pero falta explicar por qué se reflejan de preferencia los rayos azules de la luz blanca del sol, mientras que los verdes, amarillos y rojos casi no sufren esa perturbación. Todo depende del tamaño de las partículas de polvo que flotan en el aire. Las corrientes aéreas, apenas tienen fuerzas para llevar á todas las capas atmosféricas las más menudas partículas, y solamente éstas son las de significación en el fenómeno en cuestión.

Basta en efecto, considerar el mecanismo de la luz y la brevedad y pequeñez de las olas del éter, que constituyen la esencia de aquella. Esas olas varían muchísimo en longitud, aunque todas son de tamaños microscópicos. El menudo polvo atmosférico contiene muchas partículas suficientemente grandes para reflejar las olas cortas del éter, características del color azul, mientras que se encuentran pocas apropiadas para reflejar las olas correspondientes al verde y al amarillo, y más raras aún las que podrían quebrar las largas olas etéreas del color rojo. De aquí que la luz roja pase por la nube tenue de polvo que nos circunda y nos envuelve, sin que sufra mayor alteración. Los rayos azules, por el contrario, son interceptados y esparcidos y se vuelven visibles. Por esta razón, el más menudo polvo, y así también la atmósfera, aparecen azules.

Pocos habrán dejado de observar que la corona de humo que se forma cerca de la parte encendida de un cigarro es azúl, al paso que el humo que se exhala y pasa de allí es blanquecino. En el último caso, las partículas ya unidas pueden reflejar la luz blanca. Así también, en los campos, en días despejados, el cielo se presenta de un bello color azul, mientras que la atmósfera de las ciudades se ve blanquecina, á causa de las gruesas partículas en suspensión.

El intenso color azul del cielo se observa especialmente en las grandes alturas de las montañas, porque la atmósfera, enrarecida ya, apenas puede soportar partículas de polvo muy menudas, y si se lograra ascender lo suficiente, hasta que desaparecieran casi por completo, se vería negra la bóveda celeste. Cuando se dirige la vista á las capas inferiores de la atmósfera, en el horizonte, todo palidece.

Pero cabe preguntar: ¿por qué el cielo de Italia y el de los trópicos es de un azul más intenso que en otras partes? ¿Será que el polvo es más menudo en estas localidades? A la verdad que lo es; no porque allí no se levante polvo grueso, sino porque en esos climas las partículas de polvo pronto se saturan de humedad y se vuelven más grandes y pesadas. Al contrario, en las regiones cálidas, el vapor de agua no se condensa tan presto en los polvos flotantes, y solamente se convierte en nubes cuando ha sido arrastrado por las corrientes de aire á grandes alturas.

Réstanos considerar, sin duda, el papel más importante que desempeñan las partículas de polvo en la Naturaleza: su influencia para terminar las lluvias, por la condensación del vapor acuoso en torno de ellas, como núcleo. Se puede aceptar como hecho comprobado, que de toda el agua evaporada por el calor solar de la superficie de los mares, ni una sola gota vuelve á descender sin que haya sido condensada sobre una partícula de polvo. La demostración es sencilla. Tómese un vaso de regular tamaño y llénese de aire filtrado por un filtro grueso de algodón, hasta que todas las partículas de polvo que existen en el aire hayan desaparecido. Diríjase luego una corriente de vapor de agua al mismo vaso, y se observará que permanece completamente transparente, y por consiguiente invisible, sin la apariencia nublada familiar á todo mundo. Se notará, sin embargo, que las paredes internas del vaso principian á humedecerse, porque el vapor se condensa en este caso á medida que se enfría. Pero si en lugar del aire purificado, se sopla aire ordinario, cargado de polvo, inmediatamente se formará una nube de vapor, y poco á poco principiará á caer en el vaso una lluvia menuda, debida á la pronta condensación sobre las partículas de polvo.

Así, pues, sin polvo atmosférico no tendríamos nieblas, nubes, lluvias y nevadas; no gozaríamos de brillantes y hermosas puestas de sol; no agradaría nuestra vista un cielo profundamente azul. La superficie misma de la tierra; los árboles, las casas, los animales y hasta el hombre, serían los únicos objetos en donde el vapor acuoso vendría á condensarse, y tan pronto como el aire llegara á enfriarse lo suficiente, todo quedaría empapado. En invierno, todo estaría cubierto de una costra de hielo. Nuestros vestidos se saturarían de humedad y de nada servirían abrigos y paraguas. El aire, cargado de humedad, penetraría hasta el interior de nuestras habitaciones y los muros y muebles se humedecerían contínuamente. En una palabra, el mundo que habitamos sería enteramente distinto, si no existiera el polvo en los espacios.

Apenas los hombres de ciencia principiaron á darse cuenta del papel importate que desempeña el polvo en la Naturaleza, se apresuraron á poner los medios para contar el número de partículas en un espacio dado. En Londres y en París, en la superficie, se ha hallado que un centímetro cúbico de aire, contiene poco menos de un cuarto de millón de partículas de polvo en suspensión. En la cima de la torre de Eiffel se cuenta apenas la mitad de este número, mientras que en las cumbres más elevadas de los Alpes, no hay sino doscientas partículas por centrímetro. Gran parte del polvo que se encuentra en las altas regiones de la atmósfera, es polvo cósmico, compuesto de hierro y carbono, como los demás meteoritos.

J. DE LA C. POSADA.



CHARITAS.

A Vicente de Paul, nuestro Rey Cristo.
Con dulce lengua dice:
—Hijo mío, tus labios
Dignos son de imprimirse
En la herida que el ciego
En mi costado abrió. Tu amor sublime
Tiene sublime premio: asciende y goza
Del alto galardón que conseguiste.
El alma de Vicente llega al coro
De los alados Angeles que al triste
Mortal custodian: eran más brillantes
Que los celestes astros. Cristo, sigue—
Dijo al amado espíritu del Santo.—
Ve entonces la región en donde existen
Los augustos Arcángeles, zodiaco
De diamantina nieve, indestructible
Ejército de luz y mensajeras
Castas palomas ó águilas insignes.
Luego la majestad esplendorosa
Del coro de los Príncipes
Que las divinas órdenes realizan
Y en el humano espíritu presiden;
El coro de las altas Potestades
Que al torrente infernal levantan diques;
El coro de las místicas Virtudes,
Las huellas de los mártires
Y las intactas manos de las vírgenes;
El coro prestigioso
De las Dominaciones que dirigen
Nuestras almas al bien, y el coro excelso
De los Tronos insignes,
Que del Eterno el solio
Cariátides de luz indefinible,
Sostienen por los siglos de los siglos,
Y el coro de Querubes que compite
Con la antorcha del sol.
Por fin, la gloria
De teológico fuego en que se erigen
Las llamas vivas de inmortal esencia.
Cristo al Santo bendice
Y así penetra el Serafín de Francia
Al coro de los ígneos Serafines.

RUBÈN DARÍO.

Los grandes artistas son poco habladores.

En Zurich ha podido verse al gran poeta G. Keller, y al célebre pintor Ronckin, sentados uno junto al otro en el café, pasar horas enteras sin pronunciar más que diez ó doce palabras.

Mr. A. Zullivan refiere lo mismo de Rubinstein.

—Una noche—dice—fuí á visitar á Rubinstein al hotel donde se hospedaba. Me dió un apretón de manos, salimos á una galería, me dió un cigarro de papel, nos sentamos uno frente al otro, en cómodas mecedoras; después de un largo silencio pregunté á Rubinstein:

—Os agrada mucho Beethoven, ¿no es verdad?

—Sí.

—¿Y Wagner?

—No.

Luego seguimos meciéndonos y fumando; á las dos horas dije:

—Es tiempo ya de retirarme.

—No, no—contestó Rubinstein.—¡Se habla tan á gusto con vos!

Me quedé y continuamos meciéndonos y fumando. Hacia la madrugada me levanté y exclamé:

—Me marcho: hemos hablado ya bastante.

Rubinstein sacó su reloj, y viendo la hora añadió:

—¡Las dos y media!...... ¡Es extraordinario lo pronto que pasa el tiempo cuando se está en agradable compañía!



«Muerto á la libertad, nació á la historia,
Y es su sepulcro el templo de la gloria!»

Un aerolito:

—Id y preguntad al mundo de que yo formé parte; que hizo de los sepulcros de sus sabios y de sus héroes.

G. GARCIA HAMILTON..

EL MUNDO.

TOMO I. MEXICO, ENERO 31 DE 1897. NUMERO 5.



Traiciones de Amor.

"EL MUNDO"

Semanario Ilustrado.

Teléfono 434.—Calle de Tiburcio núm. 20.—Apartado 87 b.

MÉXICO

—

Toda la correspondencia que se relacione con la Redacción, debe ser dirigida al

Director, Lic. Rafael Reyes Spíndola.

Toda la correspondencia que se relacione con la edición debe ser dirigida al

Gerente, Lic. Fausto Moguel.

La subscripción á **EL MUNDO** vale $1.25 centavos al mes, y se cobra por trimestes adelantados.
Números sueltos, 50 centavos.
Avisos: á razón de $30 plana por cada publicación.

Todo pago debe ser precisamente adelantado.

RÉGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE.

«Agentes exclusivos para los Estados Unidos y Canadá The Spanish American Newspaper Company, 136 Liberty St. New York, E. U.»

Notas editoriales.

Siempre el jacobinismo.

Un diario de esta Capital acaba de acusar de *inconsecuencia* á otro colega, que, habiendo elogiado sinceramente el nuevo plan de estudios de la Escuela Preparatoria, ha expresado sus temores de que el tiempo asignado á cada materia no baste para adquirir un conocimiento completo. Es un vicio de nuestro carácter no admitir sino una *admiración incondicional* ó una feroz *intolerancia* hacia toda materia de opinión por la prensa. Los periodistas están obligados á mostrarse de un horrible radicalismo, sea en pro ó en contra de determinada idea, y el que se permite el lujo de desviarse un cienmilímitro de esta línea de conducta, trazada de antemano por una ley inflexible, como una varilla de acero, corre el riesgo de ser envuelto en un proceso público como *inconsecuente* con sus ideas.

En el fondo de todas estas explicaciones aparece el *jacobinismo* con su criterio de sectario y su programa de perseguidor. Así, los partidos políticos han sido, durante largos años, instrumentos de odios desenfrenados, de rencores interminables, imaginando cada uno para su adversario planes de exterminio, fórmulas de tortura, irreconciliables, no ya en sus elementos constitutivos, sino en hechos y principios comunes á la especie humana. Un buen liberal no debía estar nunca de acuerdo con un conservador sobre *ninguna materia*, y un buen conservador se encontraba en el deber de no aceptar ninguna afirmación de un liberal *cualquiera que ella fuese.* De este modo se era fiel al grupo á que se pertenecía, aunque se desertase de la verdad y de la justicia.

Semejante criterio es el que ha creado el sistema de la *condicionalidad* absoluta é indiscutible, sólida como una pirámide igipcia y resistente como un muro de granito. En virtud de esta doctrina, lo acaba de decir un periódico, el hombre que protesta guardar y hacer guardar una ley, jamás tiene el derecho de juzgar esta ley, ni presentar las observaciones y las modificaciones que este juicio le inspire; todo el que haga conocer las deficencias de una legislación á la que se halla sometido, será considerado como un *apóstata* y un *traidor*. y aunque hasta en los concilios se ha discutido la infalibilidad de los Papas, los liberales pertenecientes á esta escuela, han hecho pasar el óleo santo de los ungidos del Señor á la cabeza de los legisladores.

En virtud de este criterio también, un escritor público que se muestra conforme con el espíritu de un principio cualquiera, está forzado á mostrarse igualmente conforme con la *forma* en que se aplique este princi pio, y el partidario de la *pena de muerte* debe aplaudir que se aplique ésta á los inocentes.

Tan absurdo radicalismo es impropio de hombres que pretenden haber limpiado sus espíritus de irritantes prejuicios políticos y fundir en una harmonía general conciencias entenebrecidas por pasiones deprimentes, ya por fortuna calmadas y adormecidas en la nueva etapa que ha comenzado á recorrer la República.

Patriotismo y "Patrioterismo."

En Francia, como en México, se ha comenzado á hacer una saludable campaña contra ese sentimiento malsano que, pretendiendo tener sus orígenes en el amor á la patria, se niega á reconocer todo hecho que acusa una debilidad, un vicio, un defecto, ó una vergüenza nacional. Un periodista francés, Enrique Fouquier, acaba de defender con mucha elocuencia y mucha lógica, un libro de un escritor ruso, relativo á las guerras napoleónicas en el gran imperio.

Naturalmente, el publicista ruso, desprendido del prejuicio patriótico, ha escrito páginas que, naturalmente también, han disgustado á un grupo de espíritus en el que el *chauvinisme* ha hecho profundos estragos. ¡Qué mucho que esto ocurra á un escritor extranjero, cuando el ilustre Taine se vió obligado á expatriarse en el centenario de la Revolución—ídolo derribado de su pedestal por el Maestro—ante el temor de ser víctima de algún atropello!

El escritor ruso ha hecho de la campaña de Rusia un cuadro palpitante, impregnado de obscuros manchones, que no ha agradado á los *chauvinistes* franceses, y que tampoco será del agrado de ciertos periodistas extranjeros residentes en nuestra República.

Es cierto, dice Fouquier en las columnas del *Fígaro*, este cuadro se horrible. ¿Pero por qué rehusarse á verlo? ¿Porqué atenuar los colores? El patriotismo no consiste en ocultar los defectos de un hombre, los desalientos de un ejército, de un pueblo entero. Negar la falta es propio de la debilidad de los niños. Lo viril es reconocerla, expiarla y repararla.

Estas enérgicas frases indican que ya principia á abrirse paso, á través de arraigados prejuicios sociales la voz de la verdad, que es la única que debe informar al patriotismo de buena ley, sincero y robusto.

El coletazo del gigante.

Es indudable que la proximidad de los Estados Unidos ha de influir por modo poderoso en el desarrollo material, económico y político de nuestra República. La nación vecina no es solamente un amplio mercado de consumo para los productos nacionales, sino también un foco de donde recibimos buenas ráfagas de luz. México se encuentra físicamente colocado en condiciones ventajosas para aprovecharse de una civilización que, dígase lo que se quiera, y hecho el balance entre las cantidades positivas y las negativas de la cuenta corriente abierta por esta nacionalidad al progreso, siempre arroja un saldo favorable.

Inyecciones saludables de capitales americanos han venido á difundirse por nuestras arterias sociales, que devuelven en oleadas de riqueza pública las energías que les han sido transmitidas. Las enseñanzas de un pueblo fortalecido en el trabajo, repleto de actividades, diligente y luchador por la existencia, al ponerse en contacto con nuestra anemia tradicional, ha de arrancarnos de ese marasmo en que yacemos, y en la lucha de la competencia, el trabajo mexicano ha de salir fortalecido y sano.

Y este fenómeno ya lo estamos observando: al aliciente de una demanda creciente de productos mexicanos, hemos visto ensancharse la labor de los campos, los salarios ameritan su tipo, se incorporan nuevos capitales á la tierra, y los cuadros de exportación acusan una alza constante.

Y si en el campo económico la influencia americana se traduce en un movimiento en pro de la riqueza pública, en el terreno de la política lléganos excelentes soplos de un pueblo robustecido en el ejercicio de las instituciones liberales, severo admirador de las leyes y exacto en el cumplimiento de sus deberes. ¿Cómo han de pasar inadvertidos estos hechos para los que, como nosotros, comenzamos á hacer nuestros primeros aprendizajes en la Democracia?

Como fenómeno digno de mención, recordaremos que mejoras de la importancia de la instalación del teléfono y el alumbrado eléctrico se han utilizado en la Capital de la República, mucho antes que en importantes capitales europeas.

Como en los tiempos de Voltaire, *la luz viene siempre del Norte!*

Política General.

RESUMEN.—El Senado americano y la cuestión de Cuba.—Denuncias y acusaciones.—España y Estados Unidos.—El fin de una administración.—El Conde Mouravieff en París, y el Presidente Faure en San Petersburgo.—¿Esperanzas ó amenazas?

¡Cuánta actividad la desplegada por el Senado americano en estos últimos días! La cuestión de Cuba, palpitante de interés, el tratado de arbitraje general con la Gran Bretaña en el que están fijas las miradas del mundo, el Canal de Nicaragua, donde se puede decidir la predominancia de los Estados Unidos sobre el hemisferio occidental, han sido las tareas preferentes á que se han dedicado en la alta Cámara. La proposición de Mr. Camerón, que al principio de este periodo legislativo fué como el botafuego que incendió en patriotismo los corazones españoles, ha sido el asunto principal, y sostenida por otro senador que en elocuente frase ha estudiado el asunto, desbordándose en acusaciones contra el gobierno y la dirección civil y militar de Cuba y ensalzando á los rebeldes que en la manigua luchan desesperados por la soñada independencia, ha sido el odjetivo de la pasada semana.

Y no es sólo el orador americano el que en los pasados días ha lanzado tremendas acusaciones contra el General Weyler, periódicos españoles de no escasa importancia se han atrevido á descubrir la llaga que la corroe, han mostrado en toda su horible desnudez vicios y miserias en la administración pública de la Gran Antilla, denunciándolos á la Nación y señalándolos al Gabinete responsable para que acuda á su remedio.

Mas así como los hechos denunciados por *El Heraldo* y *El Imparcial* de Madrid, causaron en los primeros momentos profunda sensación en los círculos sociales y políticos, y luego se desvanecieron las acusaciones, se demostró su falsedad ó se encontró decidido el apoyo oficial, para que las cosas siguieran su marcha señalada, así también en los Estados Unidos, á la gran excitación que provocaron las proposiciones primeras, presentadas en el Senado para el reconocimiento de la beligerancia ó de la independencia de Cuba, á la explosión de sentimientos francamente favorables á la insurrección, sucedió una discusión meramente doctrinal en la prensa y en la tribuna sobre las limitaciones que pudiera tener el Congreso, según la Constitución, en sus facultades soberanas, y sobre la determinación de quien debía hacer el reconocimiento y la declaración de beligerancia, si las Cámaras Unidas ó el Presidente de la República.

Y pasó el entusiasmo; la actitud de Cleveland y de su Secretario de Estado moderó los ardores, y ahora apenas si la voz de Mr. Turpie ha podido despertar los arrebatos populares que hace un año estallaron á las puertas mismas de la representación nacional.

Es que el gobierno americano, práctico ante todo y enemigo de aventuras, ha manifestado francamente su plan de conducta, y en las postrimerías de una administración no había de dejar al nuevamente electo, las nebulosidades de un conflicto internacional, cuando en su opinión no juzgaba prudente intervenir en Cuba como lo había prometido. Es que también,—cualquiera que sean las declaraciones de la prensa oficial y oficiosa de las dos naciones comprometidas en el embrollo cubano—ha habido alguna inteligencia secreta, oculta, y cuidadosamente reservada entre los gabinetes de Madrid y de la Casa Blanca, y ya puede considerarse bien recompensada la actitud asumida por Cleveland con las ofrecidas reformas de tarifas, favorables al comercio americano en Cuba y Puerto Rico.

De seguro que esas promesas han debido influir más directamente en el aspecto relativamente tranquilo que actualmente ofrece el conflicto hispano-americano, ayer candente y amenazador, que las noticias propaladas y repetidas una y otra vez, con más ó menos fundamento, sobre la completa pacificación de las provincias ocidentales de Cuba y el cuasi aniquilamiento de la insurrección.

Semejantes afirmaciones en los momentos mismos en que la prensa no cesa de publicar relatos de combates con varia suerte y diversa importancia, podrán seducir á otros que á los americanos que por de pronto, parecen haber conseguido ventajas de consideración en sus relaciones mercantiles. Después, si Mr. Kinley quiere cumplir con la plataforma republicana que lo elevó al poder, podrán aspirar á los idealismos de redimir esclavos y manumitir naciones, á trueque de serios conflictos internacionales.

***

No contento el Czar con haber nombrado un Secretario de Estado, que despertando celos y envidias por una parte, es prenda segura de la firmeza de la alianza franco-rusa, por otra, quiere dar á entender á la culta Europa que son falsas todas las versiones que han circulado sobre la harmonía y cordialidad que lo unen á la Gran República' y que, lejos de haberse entibiado sus relaciones y relajado los lazos que las unían, hoy más que nunca, pretende ostentar la estrecha unión que hay entre Rusia imperial y Francia republicana.

Por eso apenas exaltado al poder el Conde Mouravieff, emprende viaje á París para sellar esa alianza y para invitar al Presidente Faure, en nombre del augusto soberano, á una visita oficial á la capital del Imperio moscovita en la próxima primavera.

Aunque todos confiesan la circunstancia especial que distingue al nuevo ministro, y es su tradicional sentimiento antigermánico, no quieren confesar que su viaje á París pueda influir en la conservación de la paz; no quieren ver en esta visita más que un efecto de pura cortesía, ajeno á toda prevención que altere la buena amistad, que en la apariencia es la base de las relaciones de todas las potencias europeas.

Alucinados con su optimismo digno de alabanza, apartan los ojos de los formidables elementos de guerra que va acumulando Rusia á las orillas del Ponto Euxino, sin que explique esa concentración de fuerzas la solución pacífica que las potencias han dado al parecer á la cuestión armenia.

Ojalá sus esperanzas sean fundadas, y no resulte ningún conflicto. Nunca han estado más cerca las tempestades internacionales, que cuando los gabinetes se han empeñado en darse mutuamente pruebas de cordial confianza. Nunca aparece más sereno el piélago, que cuando los vientos callan y las olas se abaten hasta convertirse en inmenso espejo azul, como para prepararse á la furia desenfrenada de los elementos en cercana borrasca.

Ojalá esa unión del Imperio del norte con la República del centro de Europa, que sancionará de modo solemne é indudable la presencia de M. Faure en San Petersburgo, constituyendo fuerza incontrastable, sea en verdad nuncio seguro de paz y no heraldo fatídico de guerra y exterminio.

X. X. X.

28 de Enero de 1897.

OTRO PAGO DE $3,000 DE "LA MUTUA"

EM MEXICO.

Sr. D. Carlos Sommer, Director General de «La Mutua.—México.

Presente.

Muy señor mio:

Muy agradecida á usted como digno representante de «The Mutual Life Insurance Company of New York» en esta República le dirijo la presente para manifestarle mi reconocimiento por la eficacia y prontitud en el pago de ($3,000) tres mil pesos, valor de la póliza núm. 518,748 bajo la cual estuvo asegurado á mi favor mi esposo el Sr. D. Guillermo Sennor, y cuyo importe recibí hoy ante el Sr. Notario D. Daniel Castañeda en la oficina de «La Mutua.»

Para conocimiento de los asegurados en la referida Compañia y por creerlo de interés público, autorizo á usted para dar publicidad á la presente.

Quedo de usted con toda consideración á sus órdenes.

JOVITA M. DE SENNOR.

EL CONCIERTO DEL LUNES ULTIMO

Nota postrera y brillantísima de las fiestas con que la Sociedad Mexicana obsequió al Presidente de la República con motivo de su nueva elevación al poder, fué el concierto dado en el Teatro nacional el lunes de la actual semana.

Valiosos elementos se agruparon para hacer de esa fiesta el *clou d'or* del obsequio afectuoso de que se hizo objeto á nuestro primer Magistrado y entre ellos debemos mencionar con predilección al grupo artístico que tuvo á su cargo la parte musical. Estaba constituido este grupo por las Señoras Virginia Galván de Nava, Isabel Watson de Gibbon, Srita. Emilia González Cosio, Srita. Paulina Zurita y Srita. Cármen Munguía y por los Sres. José Nava, Alfonso García Abello, A. Hermosa, Cárlos Meneses y Pablo de Bengardi, aquellas, hermosas, distinguidas é inteligentes; éstos hábiles y verdaderamente artistas.

El programa elegido con sumo gusto fué el siguiente que reproducimos como un recuerdo de la fiesta.

I

Núm. 1. 2º acto de «Rigoletto,» Verdi.

Reparto: Gilda Sra. Virginia Galván de Nava.—Duca, Sr. José Nava.—Rigoletto, Sr. Alfonso de García Abello.—Sparafucile, Sr. A. Hermosa.—Coro.

II

Núm. 2. Prólogo «I. Plaglaci,» Leoncavallo, Sr. Alfonso de García Abello.

Núm. 3. «Mero et fille,» Gustavo Dampa, Sra Isabel Watson de Gibbon y Srita. Emilia Gonzáloz Cosío.

Núm. 4. «Dio posente,» «Fausto,» Gounod, Sr. Oscar Braniff.

Núm. 5. «Suite,» Gran Orquesta, Grieg. (A) Le mantin. (B) Mort d' Ase.—(C) Danse d' Amitra. (D) Dans le balle du Roi de Mantagne.

Núm. 6. Aria de las Joyas, «Fausto» Gounod, Srita. Paulina Zurita.

Núm. 7. 2º Concieto. Piano y Orquesta, C. Saint Saens, (A) Allº Scherzaudo. (B) Presto, Srita. Carmen Munguía.

Núm. 8. «C'est la» «Mignon,» A. Thomas, Sra. Isabel Watson de Gibbon.

Nóm. 9. «Il Profeta,» Meyerbeer, Srita. Emilia Gozález Cosío.

10. Obertura «Tanhauser,» Wagner, Gran Orquesta.

III

Núm. 11. Tercer acto de «Aida,» Verdi.

Reparto: Aida Sra. Virginia Galván de Nava.—Amneris, Sra. Isabel Watson de Gibbon.—Radamés, Sr. José Nava.—Amonasro, Sr. Alfonso de García Abello.—Ramfis, Sr. A. Hermosa.

IV

Núm. 12.—Himno Nacional.—Coro de señoras. señoritas y caballeros.

Director de orquesta, Sr. Carlos Meneses.

Director de escena, Sr. Pablo de Bengardi.

La Sra. Galván de Nava obtuvo en su parte de ejecución fervorosísimas muestras de aplauso, y á fé nuestra con sobrada justicia, pues posee cuanto es necesario para enloquecer á un público inteligente: Voz dulce, bien timbrada y de amplia extensión, admirable escuela de verdadera maestra, belleza suma y elegancia indiscutible como lo probó con los riquísimos y hermosos trajes que lució en la escena. En cuanto á la Sra. Watson de Gibbon atrajo todas las miradas por su elegancia también y por su consumada habilidad artística y las Sritas. González Cosío, Zurita y Munguía formaron la trinidad más agraciada que darse pueda.

La colaboración de los Sres. García, Abello, Hermosa, Meneses, Nava, de Bengardi en sus diversas atribuciones fué verdaderamente preciosa y la Nota final, el Himno coreado por encantadoras señoritas de nuestra buena sociedad, contribuyó al más cumplido remate de tan encantadora fiesta.

Al surgir aquellas notas marciales de bocas tan delicadas, de bocas de viva fresa, los santos Ideales de amor y de patria, en divino connubio fraternizaban en el alma!...

Tarde llegamos para hablar del adorno. Ya los periódicos diarios le consagraron toda su atención. Empero no podemos pasarlo en silencio y le consagraremos algunas líneas que completará el grabado que publicamos.

El adorno del pórtico fué sumamente sencillo: leves guías de laurel y encino sobre el cornizamento y parte de las paredes. En el barandal rectangular de la parte alta una cornisa elegante; abajo, artísticamente distribuidas numerosas plantas, y algunos detalles decorativos del mejor gusto. Las escaleras, tapizadas de rojo, estaban también exornadas de plantas. En los muros laterales grandes cortinajes de peluche y oro con bonitos lazos; á la entrada del patio había un busto en bronce del obsequiado, en el centro de aureo disco y circundado por corona de laurel y al pie del zócalo que lo sostenía, un guerrero trofeo de admirable vista.

En cuanto al salón el efecto que producía con sus cuatrocientos cincuenta focos incandescentes, veinte más de arco y veintitrés estrellas de siete focos cada una, era indescriptible. Los palcos y plateas sencillos pero habilísimamente adornados, eran grandes *corbeilles* de flores animadas y el palco presidencial, adornado de magnífico terciopelo guinda obscuro, coronado por áurea águila, apoyada en amplio pabellón de seda, era de una severa opulencia.

La comisión de ornato presidida por el Sr. Valleto puede estar orgullosa de su obra.

En cuanto á la concurrencia nada diríamos que diera una idea aproximada de la elegancia, del brillo, de la hermosura que desplegó lo mejor de México reunido ahí. Citaremos los nombres que hemos podido anotar y bastará esto para que el lector se de cuenta de lo que decimos.

Señorita Manuela del Villar; señor Doctor Ocampo y familia; señor Doctor Ortega Reyes, Fernanda y Manuela del mismo apellido y Soledad de la Cagiga. Señoritas Ana, Luisa, Julia, Lupe y Elvira Arrillaga, familias Lavista, Collado, Marrón, Virginia Gavito, Sagaceta, Dr. Gayón, Fernández del Castillo y señora, Sánchez de Lara, Montiel y familia, General Loera y señora, Coronel Ramos Cadena y familia, Gobernadores Martín González y González Cosío, Lic. Patiño Suárez, Manuel Larrañaga Portugal y esposa, señor General Don Rosendo Márquez y familia, señor Ricardo Trejo y familia, Trinidad García, Aspe, Aldasoro, Paz, señora Máriscal de Morán, señora Lynch de Camacho, señor Julián Herrera y familia, señor Bernardo Urueta y señora, señor Cárlos Rivas y señora, señor García Ramos, señora Juana Rivas de Torres, señoras de Arista, Juárez, de Sánchez, Escudero de Ortega, Sánchez de Lara y señora, Lic. Rebollar y señora, Sr. Ingeniero Mateo Plowes y señora, Sr. Francisco González Cozío (hijo), señoritas María, Emilia, Luisa, Concepción y Laura Fischer, señorita Matsson, de blanco; Josefina G. de la Vega de Zevada, Sritas. Ana, Marta y María González Cosío

Entraña este concierto de tan brillante éxito gran significación; más acaso que ninguna de las anteriores fiestas dadas en honor del Sr. Presidente. Fué una fiesta ofrecida por la clase más elevada de México y concurrieron á ella con sobra de expontaneidad y entusiasmo, todas ó casi todas nuestras familias distinguidas, que si hubo alguna que no estuviese ahí, fué debido ó á lutos ó á falta de tiempo para prepararse ó alguna otra circunstancia de segundo orden. Las clases pudientes, han mostrado pues con esa fiesta que aquilatan y aprecian como la gran masa del país, los beneficios de la actual administración.

La señora del Presidente, comprendiendo cuanto hubo de expontaneo en esta fiesta dedicada á su esposo, así por parte de los organizadores del concierto como de los artistas, ha manifestado á aquellos su gratitud y la ha téstimoniado á estos que—las señoras sobre todo—con tanta gracia se presentaron, luciendo trajes elegantísimos y del mejor gusto,—con delicados presentes hábilmente escogidos.

Concluyamos enviando nuestros plácemes á la alta sociedad mexicana y á los inmediatos organizadores de la inolvidable fiesta.

EL ECLIPSE DE MAÑANA

Notas instructivas.

Mañana tendrá verificativo un *Eclipse anular* de sol visible como parcial en México, y que principiando á las 2h. 27m. 39s. de la tarde, terminará á las 4h. 14m. 48s. de la misma.

Parécenos oportuno con este motivo dar á nuestros lectores algunas notas científico-recreativas acerca de los eclipses, debidas á la amena é instructiva pluma de Flammarion.

Todo objeto iluminado que no es trasparente, produce una sombra en dirección opuesta á la de la luz que lo alumbra.

Observamos este hecho en nosotros mismos, ya nos hallemos al sol, ya estemos á la luz de la luna

Por lo tanto, el globo terrestre produce constantemente detrás de él una sombra que se halla situada á la parte opuesta del sol. Ya hemos visto que la noche no es otra cosa más que esta sombra.

¿Qué forma tiene y cuál es su longitud?

Si examinamos la causa que produce la luz, es decir, el sol, y nos fijamos en su magnitud y su distancia, comprenderémos perfectamente la forma de esta sombra. Como el sol es mayor que la tierra, la sombra producida por ésta tiene la forma de un rastro cónico.

Este cono de sombra producido por la tierra, tiene en la proximidad del globo que habitamos un diámetro de 3,180 leguas, como la tierra misma. Va disminuyendo poco á poco, y se extiende hasta 108 veces el diámetro de la tierra, es decir hasta 347,000 leguas y al llegar allí termina en punta.

Como la luna circula á 96,000 leguas de la tierra, le sucede algunas veces que pasa á través de esta sombra. Esto es lo que produce *los eclipses de luna.*

El eclipse es *total* cuando la luna se sumerge enteramente en la sombra arrojada por la tierra. Es *parcial*, cuando pasando más lejos del centro de la sombra, no es á oculta la luna más que en parte, y se halla, por decirlo asi, cortada por el contorno de la susodicha sombra.

Esta sombra de la tierra se halla rodeada de un anillo menos obscuro, que se llama *penumbra*.

En efecto, alrededor de este cono de sombra los puntos del espacio reciben la luz del sol, pero no en su totalidad. En las inmediaciones del cono de sombra, se ve un poco de sol y solo *un poco*, porque la tierra oculta lo demás, que es casi todo. Un poco más lejos se ve más todavía. Hasta llegar al sitio en que se ve el *disco entero* del sol, la luz no es completa: hay por lo tanto penumbra.

Los eclipses de luna no pueden tener lugar más que cuando la luna está llena, pues sólo entonces se pone la tierra entre el sol y la luna. Si la luna pasase justamente detrás de la tierra, habría eclipses todos los meses; pero no es así: porque al moverse, tan pronto pasa por encima de la sombra de la tierra, como por debajo, en cuyos casos está llena y no eclipsada.

El eclipse no puede tener lugar más que cuando pasa precisamente por la parte opuesta al sol.

Quince días después de la luna *llena* viene la luna *nueva*, y todos los meses pasaría la luna por delante del sol, precisamente entre él y la tierra, si su curso fuese invariable; pero pasa del mismo modo tan pronto un poco por encima como un poco por debajo del sol.

Sólo cuando pasa justo por delante del sol, lo eclipsa. Y esto esto es lo que se llama *eclipse de sol*

El eclipse es *total* cuando los 3 centros del sol, de la luna y de la tierra están en línea recta, estando al mismo tiempo la luna suficientemente cerca de nosotros para parecernos mayor que el sol, puesto que la distancia de la tierra á la luna varía.

Cuando sólo la primera de estas dos condiciones se cumple, se verifica lo que se llama un eclipse *anular*. Cuando la luna no pasa precisamente delante del sol y no lo tapa más que un poco, el eclipse es *parcial*.

Como se ve, la causa que produce tanto los eclipses de sol como los de luna es muy sencilla. Basta conocer perfectamente el movimiento de la luna al rededor de la tierra para poder anunciarlos con anticipación. Los astrónomos conocen tan bien este movimiento, que calculan el momento en que va á tener lugar un eclipse, muchos años antes y sin equivocarse en un centésimo de segundo. Por supuesto los fenómenoe estos tiene lugar siempre precisamente á la hora anunciada.

Los eclipses más curiosos son los eclipses totales de sol, y es este un espectáculo no solamente curioso sino solemne é imponente. En medio de un día hermosísimo, con un cielo claro y transparente, sin una sola nube, empieza de pronto el sol á perder una parte de su luz. Su disco que antes estaba tan resplandeciente, se va ocultando detrás de un arco negro que avanza insensiblemente y que le quita al astro del día una parte cada vez mayor, hasta que no queda más que medio disco. Desde este momento en vez de la luz clara y brillante del sol, no hay más que una claridad pálida y triste. La naturaleza entera pierde su color. Los pajarillos interrumpen sus melodiosos cantares, y van á recogerse como á la caída de la tarde; las flores extrañando la falta de luz, cierran sus cálices; las ovejas balan en el campo; los polluelos van á guarecerse bajo las alas de sus madres.

Ya no queda más que un trozo de sol que va disminuyendo por momentos, hasta que desaparece del todo. Es de noche en pleno día! Las estrellas brillan como todas las noches; la temperatura baja hasta el punto de sentirse un fresco desagradable. Todo interrumpe su curso habitual. Reina un profundo silencio en la naturaleza; los caballos se niegan á seguir su camino; los perros azorados, se echan á los pies de sus amos, como si temiesen algo; y hasta los hombres, llenos de emoción, aunque ya lo esperaban, no piensan más que en el eclipse; desde el más rico al más pobre, desde el más instruido hasta el más ignorante. Porque efectivamente, ¿qué sucedería si el sol se apagase para siempre? Pero no; el lugar que ocupa el sol está siempre marcado: alrededor del disco negro de la luna, se distingue una especie de resplandor, y cuando los ojos se van acostumbrado á la oscuridad, se nota que la noche no es tan profunda como había parecido al principio. ¡Ah! exclaman de pronto mil espectadores que estaban inmóviles y silenciosos hacía cinco minutos, ¡ya sale el sol! Y en efecto, un rayo de luz sale de detrás de la luna. Es que ésta ha llegado al segundo contacto y deja escapar un rayo de luz que poco á poco se va convirtiendo en una parte del disco solar.

Toda la naturaleza, hombres y animales, sonríe de gozo al volver á ver la luz del sol.

El eclipse de sol ya sea *total*, ya sea *anular*, no lo es completamente más que para los puntos del globo situados dentro de la sombra lunar; y para los puntos vecinos no es más que *parcial*. Si están demasiado separados de la sombra proyectada por la luna, los habitantes de esa región no tienen eclipse.

No sucede lo mismo con los eclipses de luna, pues éstos se ven en toda la mitad del globo en que era visible la luna, momentos antes de eclipsarse. De manera que un eclipse *total* de sol, no es visible más que en un número muy limitado de puntos, puesto que la sombra de la luna, á la distancia á que nos encontramos de este astro, no tiene más que unas veinte leguas de ancho. Es un círculo negro que pasa sobre la superficie del globo tanto sobre el mar como sobre la tierra firme, lo mismo por los desiertos que por los bosques y por los países habitados.

En definitiva, es un fenómeno bastante raro para un punto determinado del globo.

Siempre hay por lo menos dos eclipses al año, y lo más siete para la tierra entera. Cuando no hay más que dos, ambos son eclipses de sol. Cuando hay siete, cuatro son eclipses de sol y tres de luna. Pero aunque los eclipses de luna no son tan frecuentes en general, tienen lugar más á menudo en un lugar determinado, pues como hemos visto se pueden observar desde un hemisferio entero.

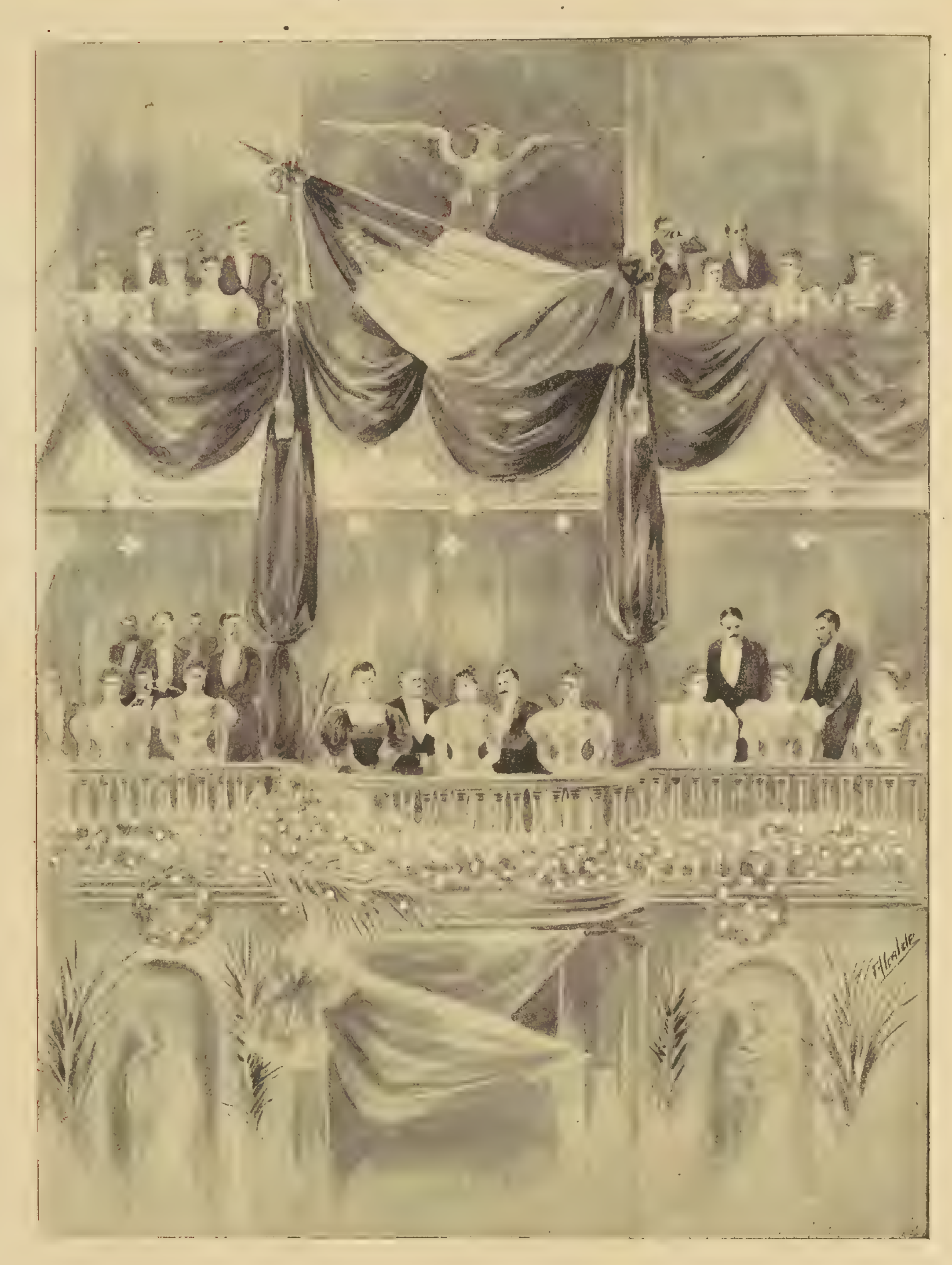
Al cabo de 18 años y 11 días se reproducen los eclipses en el mismo órden, sin que por esto se repitan las mismas fases de eclipse, ni los mismos sitios de la tierra para puntos de visibilidad. En este intervalo hay 70 eclipses 29 de luna y 41 de sol.

Los antiguos conocían perfectamente este periodo, y por lo tanto la causa de los eclipses. Así es que se cuenta de Pericles, que estando un día en un navío y viendo que el piloto se asustaba de un eclipse que comenzaba en aquel momento, le tapó los ojos con su capa, diciéndole; "Esta es la imagen de un eclipse; no hay por lo tanto motivo para asustarse, ni para creer que esto anuncia alguna desgracia." Después del descubrimiento del Nuevo mundo, Cristóbal Colón estuvo á punto de morirse de hambre él y sus compañeros, porque los indios se negaban á pagarle el tributo. Reunió á los diferentes jefes y les declaró que les privaría de la luz de la luna y después de la del sol, si seguían empeñados en no obedecer sus órdenes.

El primer tomo de nuestra "Biblioteca Miniatura."

El número excesivo de ejemplares que hemos impreso de la primer novela de nuestra serie, nos impide hacer simultaneamente el reparto de ellos y del semanario y organizar á la vez el despacho del correo; así pues, terminado el envío de este número, procederemos á arreglar la encuadernación de la novela y el juéves ó viernes próximo haremos la distribución á los suscriptores de la capital, procediendo en seguida á la remisión á los suscritores de los Estados.

El concierto efectuado el lunes último en el Nacional.



Aspecto de los principales palcos.
(Del natural por Carlos Alcalde.)

DAMAS MEXICANAS



Srita. Mercedes Quesada, de Guadalajara. (Fotografía de Arturo Jorge González.)

LOS PRIMEROS TRABAJOS
PARA LA
EXPOSICION UNIVERSAL DE PARIS

Ha comenzado el año de 1897. Tres años nos separan apenas de 1900. Los proyectos hechos para el gran certámen han sido por fin adoptados, y entramos en el periodo de ejecución. Algún tiempo más y se habrán olvidado los preparativos. Así, nos parece bueno conservar por algunas líneas, el recuerdo del primer acto de esta empresa colosal. Ya se sabe bien que esta vez se han aumentado notablemente las superficies útiles. El recinto comprenderá el Cours de la Reine, los muelles, la explanada de los Inválidos, el campo de Marte, el Trocadero. La entrada principal se encontrará en los Campos Elíseos, cerca de la plaza de la Concordia, casi en pleno París. Puede decirse que la inauguración de los trabajos data virtualmente de la colocación de la primera piedra del puente Alejandro III, por el Emperador de Rusia. De hecho los primeros golpes de pica no fueron dados sino los últimos días de Noviembre, para establecer el túnel que durante los trabajos ligará el Sena á los palacios nuevos que hay que construir sobre el sitio actual del Jardín de París. Para no impedir la circulación sobre el muelle, se ha tomado el sabio partido de hacer llegar los materiales de construcción al pie de la obra y de llevarse lo inservible por una vía subterránea de comunicación con el río. Los buques llevarán al muelle las piedras y los fierros, y desembarazarán las canteras de los diversos desperdicios. Algunos días después de las fiestas rusas, se había comenzado la instalación de las palizadas que limitan ahora el emplazamiento de los trabajos de construcción y demolición. Estas palizadas debían permanecer en su sitio durante largo tiempo y por eso se las hizo elegantes. Se va á proseguir simultáneamente la demolición del Palacio de la Industria y del palacio de la ciudad de París para hacer un sitio determinado, y abrir la gran arteria que se prolongará por el puente Alejandro III hasta los Inválidos. A fines de Febrero se habrá demolido ya todo el frente N. O. del viejo palacio de 1855.

Las salas consagradas á la Exposición de las artes decorativas no existirán ya. No se conservará sino la nave y la parte opuesta del edificio para dar un último asilo al concurso hípico y al salón de 1897.

M. Girault termina los últimos estudios relativos al grande y al pequeño palacio de Bellas Artes. El palacio pequeño será ejecutado según el proyecto premiado, con muy pocas modificaciones. El gran palacio se ha detenido en sus grandes líneas. El estudio está casi terminado. Para que se den los curiosos plena cuenta del efecto arquitectural de este palacio, se ha hecho un modelo en yeso, en el cual puede apreciarse el valor artístico del monumento.

En cuanto al puente Alejandro III, el proyecto hecho por M. M. Résal, ingeniero en jefe, y Alby, ingeniero ordinario de puentes y calzadas, ha sido aprobado definitivamente. Este puente tendrá un solo arco de 110 metros de longitud y unos 6 metros de flecha. Tendrá 40 metros de anchura y el arco llevará tres articulaciones. La obra será de acero colado.

Ya se vé por estos preparativos, que la Exposición Universal de París, tendrá la magnificencia que de ella se espera.

LA GUERRA EN CUBA
Lo que es la manigua.

Dedicamos hoy dos planas á la cuestión cubana; la una que representa detalles importantes de la campaña; la otra que nos muestra un trozo, una fracción lujuriosa de la Manigua. Hay, entre la inmensa mayoría de los lectores que se interesan en los asuntos de la Antilla una completa mala inteligencia respecto de lo que es la manigua y quien con pasmo, quien con irónica sonrisa ve como se prolonga esa espantosa lucha entre un gran ejército aguerrido y mal disciplinados hombres sin armamento, durante meses y meses sin dar trazas de llegar á un resultado definitivo. El mismo Pi y Margall, en un momento de pasión, clamaba no ha mucho: «Tenemos en la Antilla un ejército cuatro veces más numeroso que el Cubano y no vencemos. Cada cubano, pues, vale por cuatro españoles!»

Tal es el criterio de mucha gente y convengamos en que, quien se deja llevar de las apariencias más ó menos ilusorias, no puede explicarse el fenómeno de la prolongación de una lucha en que los beligerantes son tan desiguales.

Cómo, se dice, ese formidable ejército perfectamente pertrechado, sujeto á una disciplina hábil, provisto de todos las recursos, nada puede contra los puñados de insurrectos mal organizados y débiles?

Empero quien gusta de penetrar al fondo de las cuestiones, no incurre en este error, ni de esta suerte piensa. Ese ejército perfectamente disciplinado, pertrechado y provisto de recursos, no lucha solamente con la inferioridad numérica de los rebeldes; tiene como antagónicos otros dos elementos formidables: el clima y la manigua. Respecto del primero, poco tenemas que decir para que nuestros lectores convengan en la verdad de nuestros asertos.

A nadie se le oculta la total carencia de analogía que existe entre la tórrida Cuba y la península española, y cuan fácilmente el paludismo en todas sus formas debe hacer presa en un ejército sujeto á influencias del todo diversas á las que va á afrontar.

Más bajas causa la fiebre en las filas españolas que las sangrientas batallas en que al plomo sucede el hierro para producir el exterminio. Y aquí no cabe el arrojo ni supone nada el valor. El enemigo es omnipotente y hiere en la sombra sin piedad. No parece sino que se ha aliado con el insurgente para luchar por el triunfo de su causa y que le presta con celo no desmentido sus formidables servicios. Ahí donde no llega la bala mortífera, ahí donde no alcanza la metralla preñada de muerte, ahí está la fiebre, solapada é invencible. A veces, aun no ha recibido el bizoño soldado el bautismo de sangre, no ha oído siquiera el silbo de las balas y yace ya postrado por profundo sopor en el lecho de un hospital!

En cuanto á la segunda, la *manigua*, sí debemos entrar en algunas explicaciones con nuestros lectores para que se den cuenta de todo lo que supone: La Manigua no es una región mas ó menos agreste, mas ó menos agria y difícil: es una verdadera maraña de vegetación escandalosamente lujuriosa: un seno tan intrincado y misterioso como los bosques vírgenes del Brasil: Gargantas hondas en que las lianas se buscan de un lado á otro y se unen en firme red; malezas pomposas propicias á todas las ocultaciones, donde el guerrillero y su bestia se ocultan á la mirada más avizora; laberintos inextricables, dédalos de ramas, troncos y parásitas...... un vegetal laberinto de Creta, inexpugnable á todos los esfuerzos. Ahí, en el desfiladero, en la caverna, en el pajonal enmarañado, entre los peñascos agrios, en el enmalezado soto, en todos los hierbazales, en todos los escondrijos, acecha la muerte......... El espía bien puede agazapase, bien puede la avanzada insurrecta atacar; para toda sorpresa sin exito, para todo combate en detall, mal afortunado, hay el recurso de la manigua protectora donde los criollos se dispersan y ocultan impunemente. Ya se vé pues que no es el valor bastante para vencer en sitios tales. Nula es la superioridad numérica, nulo el arroyo, nula la disciplina.

El insurrecto sabe que es para él de vital importancia la economía de hombres y de sangre, y hace de su intrincado campo de operaciones, una salvaguardia y una compensación! Y así prosigue la lucha, de esta suerte equilibradas las fuerzas y el triunfo permanece incierto.

El porvenir decidirá.

ARTILLERIA AEREA

A pesar de los pesares y de tantos y tan excelentes deseos, los maridos, hermanos, primos y demás parientes y vecinos de los ciclistas y de los ligueros y ligueras de la paz continúan armándose hasta los dientes.

Aumentan los ingleses de dia en día sus aprestos militares, y no satisfechos con los que poseen para combatir en la tierra y en el mar á sus futuros enemigos, discurren la manera de combatirlos en el aire.

A este fin tienden los ejercicios de artillería que se están practicando en Schoeburyness con objeto de atacar y destruir los globos que se lancen á los espacios para observar los movimientos del ejército, para salir de una plaza sitiada, para hacer señales ó para dejar caer proyectiles explosivos.

Idénticas experiencias se han realizado ya en los campos de tiro de Alemania y de Francia, logrando *bombardear* (sic) globos cautivos y en pleno movimiento, con sujeción á un cable, por efecto de las corrientes de aire, situados á alturas de 900 á 950 metros.

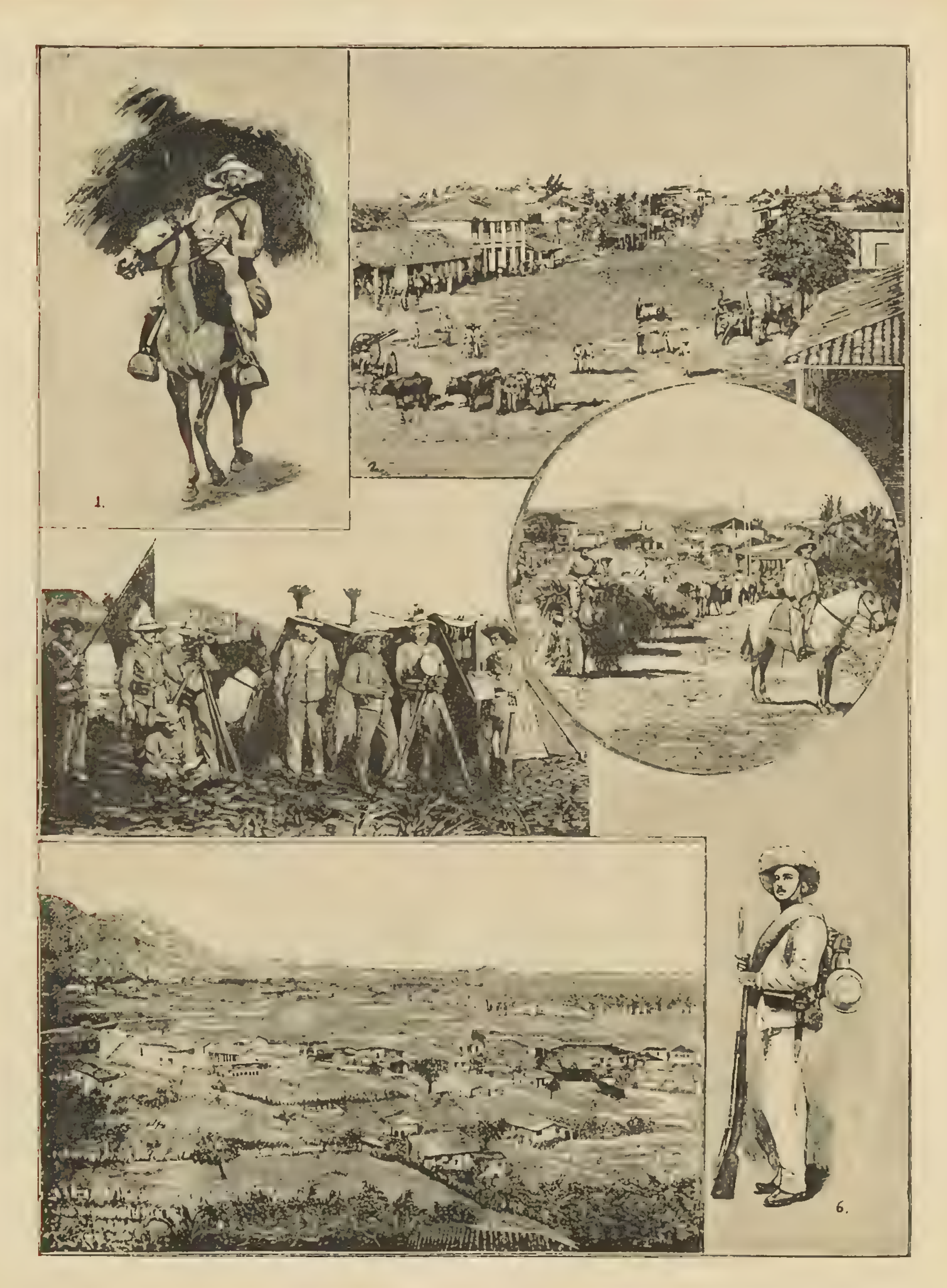
Parece que los resultados son satisfactorios para la artillería, aun dado un movimiento del globo en el espacio, de 20 á 25 kilómetros, que es lo que puede llamarse calcular y apuntar bien.

Los efectos del espíritu destructor se extienden ya, pues, á la región de las aves y de la snubes, y aseguran para las víctimas á quienes alcance, n si no la muerte por el destrozo de los cascos de una bomba, la pulverización por aplastamiento contra el suelo por la caída; otra nueva conquista bienhechora debida á los progresos de las ciencias aplicadas á la guerra. Y como complemento de las maravillas de la artillería del momento, oportuno es el registrar los ensayos del cañón sistema Frederik Ladulip, de Siracusa, estado de Nueva York, que también se practican hoy en el polígono militar de Sandy Hook. ¡Trátase de un cañón, no de acero ni de bronce, sino de cuero! En efecto, la parte esencial y principal de la pieza es una capa ó faja de tiras de cuero colocadas entre dos tubos de cuero, y á la cual debe su formidable resistencia.

El cuero, sin secar, se moldea en el agua, y cortado en tiras se sumerge en una disolución concentrada de amoniaco, y luego se somete á otras manipulaciones y baños químicos, hasta que adquiere el máximun de resistencia. Cuando las bandas de cuero así preparadas recubren el tubo interior y quedan adheridas á él mediante un cemento especial, se les envuelve en una especie de cápsula ó funda de acero. En el cañón que hoy se ensaya, y que tiene un metro y 70 centímetros de longitud, el grueso de la envoltura de cuero es de 0,024 metros en la boca y de 0,08 en la recamara, y de 0,02 y 0,04 el de los tubos. Las presiones que resiste son increíbles: de 210.000 kilógramos por centímetro cuadrado. La noticia ó *canard*, digna del clásico país del *Humbug*, merece también 210.000 años de cuarentena.



Los primeros trabajos para la Exposición Universal de París. Vista de la entrada del túnel subterraneo.



LA GUERRA EN CUBA.—OPERACIONES EN PINAR DEL RIO

1. Guerrillero montado.—2. Pueblo de Viñales, centro de las últimas operaciones del general Bernal contra Maceo.—3. De vuelta de forragear.—4. Transmisión de un parte al general en jefe, desde las lomas por medio del Heliógrafo.—5. Vista general de Guane.—6. Soldado de infantería en campaña.

(De fotografías de Cuba.)



LA VEGETACION EN CUBA. —Manigual en el salto de agua de los Baños de Soroa (Candelaria.)
(De fotografía de Don Rafael Roselló.)

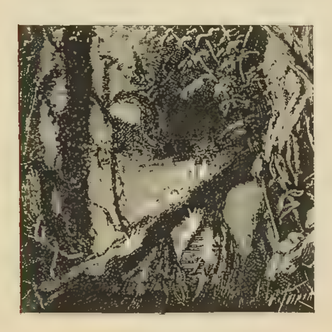


La tumba de Pasteur.

LA TUMBA DE PASTEUR

El sábado 26 de Diciembre último, tuvo lugar la translación del cuerpo de Pasteur, de Nuestra Señora al Instituto de la calle Dutot de París. Puede decirse que Francia entera asistió con su corazón y su pensamiento á esta imponente y conmovedora ceremonia Pasteur, como en una apoteosis tomó sitio en su morada definitiva. Todo lo que lleva un nombre en las ciencias, en las letras, en la política, había ido á llevar un supremo homenaje al que no fué solamente el más ilustre sabio de su tiempo, sino que quedará también en la memoria de los buenos como uno de los más grandes benefactores de la humanidad.

El cortejo, al salir de Nuestra Señora se había formado en el orden siguiente: Sir Joseph Lister, presidente de la Sociedad real; Sir John Evans; Sir Dyce Dukwort; Sir W. Priestley; MM. Sterling Crookchank; el Consejo de Administración del Instituto Pasteur; el General Tournier y el Comandante Moreau, representanto al Presidente de la República; MM. Loubet y Brisson, Presidentes del Senado y de la Cámara de Diputados. M. M. Meline, Presidente del Consejo; Rambaud, Ministro de Instrucción Pública; los representantes de otros ministros: los Senadores y Diputados, etc; el Consejo de la Universidad; los miembros del Instituto: el Prefecto de la Seine; el Prefecto de Policía; el Presidente del Consejo General de la Seine; el Presidente del Consejo Municipal; los miembros de la Facultad de Medicina; el Comité consultivo de Higiene; los representantes de la Asistencia Pública; la Academia de Medicina; la Escuela Normal Superior; la Escuela Politécnica; la Escuela veterinaria de Alfort; la Asociación de Estudiantes y los invitados.



Lianas fosforescentes.

Los periódicos parisienses han dado los detalles de la ceremonia y reproducido los numerosos discursos pronunciados por M. Rambaud, ministro de Instrucción Pública, por Bertrand, Legouvé, Sir Joseph Lister, Cornu, Bergeron, Perrot, Parry, Perrier y Duclaux, director del Instituto Pasteur. Nosotros no nos extenderemos acerca de esto; tratamos simplemente de conservar por medio de la pluma y del lapiz el recuerdo de ese supremo homenaje discernido al gran Pasteur. Nuestros lectores desearán saber algo de la cripta y la reproducimos aquí tal cual fué fotografiada la víspera de la ceremonia.

La cripta donde acaba de ser depositado el cuerpo de Pasteur fué construida en la extremidad de la planta baja del Instituto Pasteur, bajo la escalera y el vestíbulo que preceden á la sala de la Biblioteca. En lugar muy visible, entre delicados arabescos, se lee:

AQUI REPOSA PASTEUR.

La bóveda rampante que domina las gradas por las cuales se desciende á la tumba, lleva como inscripción, destacándose sobre el fondo de oro de los mosaicos, el pasaje siguiente del discurso de recepción del maestro en la Academia Francesa, especie de invocación que saluda desde el dintel al visitante:

Feliz aquel que lleva en sí un Dios, un ideal de Belleza, y que le obedece, ideal de Arte, ideal de Ciencia, ideal de Patria, ideal de las virtudes evangélicas.

A la derecha y á la izquierda, á lo largo de las superficies murales cubiertas de ese magnífico marmol de Carrara llamado «paonazzo,» hay grandes grupos de flores de donde surgen, como un cortejo triunfal, palmas tendidas hacia la inscripción. Después abátese un primer arco ornado de composiciones decorativas que recuerdan los trabajos de Pasteur sobre la rábia. A la izquierda, en paisajes claros, hay perros, á la derecha conejos, y en el centro de la clave de la bóveda, en recuerdo de las primeras inoculaciones, el Pastor Jupil extrangulando con su fuete á un perro rabioso. Más allá de este arco, levántase, sobre el sarcófago muy sencillo, de pórfido de Suecia con incrustaciones de ópalo, una cúpula decorada por cuatro figuras simbólicas enlazadas por sus alas desplegadas; y representando la Fe, la Ciencia, la Caridad y la Esperanza. A la derecha y á la izquierda, vastos lienzos de mármol paonazzo muestran sus soberbias arborescencias naturales, así como las tapicerías en que se leen con letras rojas los descubrimientos memorables de Pasteur. *1848, Disimetría molecular.—1857, Fermentaciones.—1862, Generaciones dichas expontáneas.—1863, Estudios sobre el vino.—1865, Enfermedades de los gusanos de seda.—1871, Estudios cobre la cerveza.—1877, Enfermedades virulentas.—1880, Virus vacunales.—1885, Profilaxia de la rabia.*

Estas inscripciones están encuadradas por follajes de lúpulo y de parra.

Viene en seguida un segundo arco, decorado como el anterior, de motivos tomados de los trabajos del ilustre sabio sobre las enfermedades virulentas: bueyes, gallinas, corderos, en tableros, entre los cuales serpea la decoración floral.

Los dos arcos dobles reposan de cada lado sobre tres columnas de pórfido, de capiteles y mosaicos de mármol blanco. Estas doce columnas se levantan á la cabeza y al pié del sarcófago, como una guardia de honor imponente de majestad.

Una pequeña capilla ocupa el ábside de la cripta y está enriquecida, como toda la parte superior del monumento, de mosaicos sobre fondo de oro.

Por encima del altar, en el encuadramiento de un arco de círculo, una paloma celeste que desciende á vuelo rápido hacia la tierra, proyectando un haz de rayos de oro sobre flores primaverales, forma el más admirable efecto sobre el mármol. La bóveda del coro está ornada de una larga cruz que flaméa sobre fondo de amatista.

A la derecha se destaca en letras negras esta conmovedora inscripción:

«Este Monumento fué elevado en MDCCCXCVI á la memoria de Pasteur por la piedad de su viuda y de sus hijos.»

FLORES Y PLANTAS LUMINOSAS

Quien en ciertas regiones del mar océano viaja en noche lóbrega en que no brilla un lucero, observa que al golpe de la hélice sobre las aguas, brotan miriadas de chispas de plata. De dónde proceden? El mar es luminoso dicen los poetas; el mar es fosforescente, dicen los observidores. La ciencia esa ilustre entrometida, no podía quedarse con la curiosidad y echóse á investigar las causas de ese fenómeno luminoso.. A lo que parece hay en la superficie de ciertos mares infinidad de animálculos que fosforescen en la noche, ó mejor dicho que en la noche pueden hacer visible su fosforescencia y de ahí dimana el hermoso fenómeno.

Más no solo hay fosforescencia en ciertos mares, tambien la hay en ciertas plantas y de estas vamos á ocuparnos. Los fulgores fosforescentes que producen en las tinieblas ciertas flores ó plantas, constituyen, hay que reconocerlo, uno de los fenómenos mas extraños del reino vegetal. Fué el ilustre Linné quien, el primero, atrajo la atención del mundo sabio sobre estos hechos singulares no observados ó desconocidos hasta entonces.

Paseándose en una tibia y hermosa noche de estío en el Jardín de su padre, quedóse muy sorprendido ante un macizo de *Tropæum majusla capuchina* común, que parecía tener flores resplandecientes de coloraciones irisadas en medio de la oscuridad.

Cautivado por la novedad de un espectáculo semejante, que tan inopinadamente se ofrecía á sus ojos, el futuro sabio renovó muchas veces sus visitas nocturnas. y cada vez, bajo la bóveda sombría de los cielos adormecidos, pudo darse cuenta de que hasta el alba, esos peregrinos fulgores se escapaban de las flores de la capuchina. Un electricista de la época, Wilcke, á quien el joven Linné había dado parte de sus interesantes observaciones, atribuyó esta particularidad á un fenómeno eléctrico, opinión de que participaron inmediatamente numerosos escritores que se ocupaban entonces de esta curiosa propiedad.

Sin embargo, no todos estaban de acuerdo sobre este punto; algunos de ellos emitieron la opinión de que esta fosforescencia no podía y no debía ser sino aparente, fundándose solo en una ilusión de óptica. Sea cual fuere la certidumbre de estas opiniones, divergentes, la verdad es que como la producción de luces tiene principalmente verificativo durante las noches que la electricidad atmosférica predomina en el estado latente, la afirmación de Wilcke ha encontrado siempre ardientes partidarios.



Flores y plantas fosforescentes.

EL PINO

Desde aquí, desde el pie de mi ventana
y en medio de las sombras, aquel pino,
tal parece un cansado peregrino,
á quien atrás dejó la caravana.
Será delirio de mi mente insana;
pero á veces, mirándolo, imagino,
que espera junto al borde del camino
alguna hermosa aparición lejana.
¡Arbol agreste y funeral! Tus hojas
son menos que mis íntimas congojas,
menos que mis pesares ignorados.
¡Ay! el dolor me advierte que tú existes,
del mismo modo que las almas tristes
y que los corazones desolados.

B. BYRNE.

LOS VENCIDOS

A Amado Nervo.

I

Es el bosque, huraño y grave,
de regazo siempre virgen,
regio tálamo de fieras
y jaula de águilas libres!
Al gran dombo de esmeralda
son los troncos ejes firmes;
por ellos bajan los rayos
como eléctricos reptiles.
Y son las ramas robustas
brazos de atléticos biceps
que sujetan las tormentas
por las erizadas crines......
En medio de ese derroche
de fortalezas viriles,
¿que haces tú, doliente tronco,
qué haces tú, tan solo y triste......?
Cuando tu garrida prole
con arreos juveniles
el vernal soplo embalsama,
¿qué pesadumbres te oprimen?
¡Oh, veterano del bosque!
¡Oh luchador invencible!
Cuando rugió la tormenta
¿qué anhelos sordos sentiste?......

II

Es de la playa riscosa
en el oculto arecife,
donde se hendió el duro casco,
al chocar, del viejo esquife.
En el légamo arenoso
echó profundas raíces
el domador de tormentas,
el burlador de las sirtes!
Y allí, en la costa desierta,
doliente, olvidado y triste,
si el mar ruge, desparece......
Si su furia amaina, se irgue!......
Cuando en cóleras estallan
los aquilones terribles
y los relámpagos raudos
sus alfanges de oro esgrimen,
allí en tus huecas entrañas
¿qué hierve, qué ruge ó gime?
¡oh, domador de tormentas!
¡oh, burlador de las sirtes!......

III

Allá en el mundo desierto
alza sus paredes grises
—agrietadas de los siglos
por la guadaña impasible—
el pobre templo en que ayer
se elevaron las sutiles
espirales del incienso
á las mansiones felices.
Allí el réprobo calmó
sus pesadumbres horribles;
halló grata paz el bueno
y consuelo dulce el triste;
subió al cielo la plegaria
y al conjuro irresistible
de las salmodías del órgano,
bajaron los serafines......
En las losas ulceradas
hoy serpean los reptiles
y en el viejo campanario
moran buhos irascibles......
Cuando pasa el peregrino
que sin rumbo el viaje sigue
y ante la cruz olvidada
se detiene y reza y pide,
¡oh despojo profanado!
en las grietas de tus grises
y carcomidas paredes;
en las manchadas efigies
de tus frescos ya borrados;
en tus bóvedas sublimes,
¿qué tristezas se estremecen?
¿qué nostalgias hondas gimen?

IV

¡Oh, tristezas! ¡Oh, nostalgias
de los viejos adalides,
de los vencidos ideales!......
¡No estáis solas! ¡No estéis tristes!

JOSÉ I. NOVELO.

Mérida, Enero de 97.



Evocación

Por Emilia Pardo Bazán.

El Marqués de Zaldúa, era al entrar en la edad viril, Secretario de la Embajada, garzón cumplido y apuesto, con una barba y un pelo que parecían siempre acabados de estrenar, manos tan pulcras como las de una dama, vestir intachable y conversación intachable y en general discreta: en suma dotado de cuantas prendas hacen brillar en sociedad á un caballero. Y en sociedad brillaba realmente el Marqués: sonreíanle las bellas, y de buen grado se refugiaban en su compañía á la sombra de una lantana ó de un gomero, en una *serre*, á charlar y oir historias, á desmenuzar el tocado ó á comentar los amoríos de las demás. Su brazo para ir al comedor, su compañía para el rigodón, eran cosas gratas; su saludo se devolvía con halagüeña cordialidad, de igual á igual; ramo que él regalase se enseñaba á las amigas, previo este comentario: «De Zaldúa. ¡Qué amable! ¡Qué bonitas flores!»

En vista de estos antecedentes, no faltará quien crea que nuestro diplomático es un afortunado mortal. No obstante, el Marqués, que por tener buen gusto en todo hasta tiene el de no ser jactancioso ni fatuo, afirma, cuando habla en confianza absoluta, que no hay hombre de menos suerte con las mujeres.

Si me pasase lo contrario; si fuese un conquistador, me lo callaría—suele añadir sonriendo.—Pero puesto que nada conquisto, no hay razón para que me haga el misterioso y oculte mis derrotas. Soy el perpetuo vencido: ya he desesperado de sitiar plazas, porque sé que habría de levantar el cerco prudentemente, para salvar siquiera el amor propio.

Reflexionando sobre el asunto he dado en creer que mi mala ventura es hija de lo que llaman mis éxitos de salón. ¿Ha observado usted que las mujeres menos amadas son esas tan festejadas, esas reinas mundanas que al pasar levantan rumor de admiración y á quienes todos los hombres tienen alguna insustancialidad que decir? Algo parecido nos debe de suceder á los que en los círculos algo escogidos no hacemos papel del todo desairado. También creo que me perjudica ..... no vaya usted á reírse...... la buena educación de familia. Me la inculcaron desde niño, y soy extremadamente cortés con las señoras: imposible que nadie las trate con más respeto, con más delicadeza. Al hablarlas las incienso; al sonreírlas les dedico un poema. Y aunque parezca extraño...... á veces se me ocurre que las mujeres, por la dependencia en que vive su sexo desde tiempo inmemorial, tienen un flaco inconfesado por los hombres insolentes y duros, reconociendo en ellos al amo y señor. Los que estamos dispuestos á descolgar la luna para complacerlas, quizás pasamos por sandios ó por débiles, dos cosas igualmente malas.

Cierto día, hablando así el Marqués á un amigo suyo, el amigo le preguntó si era posible que tanta galantería, tanta corrección, no le hubiesen valido algo más que simpatias, si nunca se había creído dueño del corazón de una dama. El Marqués, después de algunos instantes de perplejidad contestó:

—En fin, ya ha pasado tiempo; la interesada no existe, y si usted me permite callar el nombre, contaré la única fortunilla que tuve...... Después de que usted se entere, no me hallará alabadizo por haberla contado...... es una victoria negativa, que concurre á demostrar lo mismo que decíamos antes, (y aquí el Marqués sonrió con cierto humorismo triste), que no eclipsaré yo á los Tenorios ni á los Mañaras.

«Una de las veces que viví en España con licencia para ver á mi madre, encargóme ésta que al regresar á París visitase á una Duquesa amiga suya, á quien no había visto en muchos años, porque vivía retirada, desde la muerte de una hija muy querida, en soberbia quinta, á poca distancia de Bayona. Resuelto á cumplir el deseo de mi madre, resolví también no aburrirme, ó al menos no demostrarlo, en las horas que la visita durase. Me bajé en la estación más próxima á la quinta, donde ya me esperaba el capellán de la Duquesa con un break.»

«A fuer de señora fina, la Duquesa me recibió con muestras de contento, y salió á saludarme al vestíbulo, toda



de luto, sin más adorno que unos pendientes de perlas de inestimable precio por lo iguales, lo gruesos y la hermosura de oriente......»

—¿Cómo aquellas dos perlas que usted lleva en la pechera muchas noches?

—«Justo. Mi primer movimiento al ver á la señora, fué tomarla la mano y besársela con devoción y viveza. Noté sorprendido que tan sencilla atención le hacia salir el color á las mejillas. ¡Cuánto tiempo que nadie le besaba la mano! No sé por qué, al advertirlo, me ocurrió lisonjear un poco á la pobre señora, tratándola como se trata á una mujer joven, guapa y digna de un muchacho de buena sociedad, con habil mezcla de respeto y galantería. Las primeras palabras de la Duquesa fueron para notar mi gran parecido con mi madre, y lo dijo con la tierna turbación del que recuerda afectos y alegrías pasados. Después añadió que, comprendiendo lo que son muchachos, me rogaba que me considerase en su casa enteramente libre, y que sabiendo las horas de comer, y enterado de que en la quinta había coches y caballos á mi disposición, podía arreglar los días á mi gusto. Respondí con calor que no me había desviado de mi camino sino para verla y acompañarla, y que ella no sería tan cruel que no me permitiese gozar, aunque solo fuese por breve tiempo, de su conversación y trato. Nuevamente se coloreó su cara, y como hiciese una indicación al capellán para que me mostrase la quinta, la supliqué,—sino la era molesto—que me la enseñase ella misma, á la hora que tuviese por más conveniente, porque el recuerdo de aquella finca se uniese al de su dueña en el santuario de mi memoria. Al punto la Duquesa pidio su sombrilla, su sombrerito de jardín, y sin dilación quiso que fuésemos á recorrer arriates, estufas, bosque, río ó granja ó caserío de los colonos. La presenté el brazo y la sostuve con alma, con la tensión de músculos que en un baile desarrollamos para pasear por los salones á la reina de la fiesta y ostentarla.

«Durante el paseo la fuí animando, á fuerza de atención, á que hablase mucho, y dos ó tres veces la hice reir y contestar en tono chancero. En el invernáculo nos paramos delante de una flor rara, el jazmín doble, y alabando su aroma, la rogué que me pusiese una rama en el ojal. Consintió declarando que era yo muy caprichoso: y mientras me sujetaba la rama con sus dedos torneados aún, la miré al fondo de las pupilas, con una gratitud risueña y,... no sé como diga...... iba á decir *amorosa*......en fin, con un no sé qué, que la hizo bajar los ojos...... ¡Sí, bajarlos!

«Volvió de la excursión algo fatigada; subió á arreglarse para comer, y durante la comida procuré seguir entreteniéndola, sin que la conversación languideciese un minuto. A los postres, volví á ofrecerla el brazo, y ya lo tomaba para pasar al salón, cuando el capellán, asombrado, la recordó que faltaba dar las gracias. Rezamos, y ya en el salón; me senté al lado de la Duquesa é insensiblemente la traje á hablar de su juventud, de sus triunfos. Al contarme que en un baile de casa de Montejo llevaba traje rosa salpicado de jazmines—justamente de jazmines—exclamé como involuntariamente:—¡Qué hermosa estaría usted!—Volvió la cabeza, hubo un silencio eléctrico de algunos segundos...... y noté que su respiración se hacía difícil.

«Al retirarme á mi cuarto, recapacité, y me alarmé, lo confieso; ví en perspectiva la ridiculez posible de una situación hasta entonces tan original, tan graciosa, tan culta...... y resolví marcharme á coger el tren que pasa al amanecer por Bayona. Dicho y hecho: salté de la cama, me vestí, bajé á la cuadra, mandé poner el break, y dejé una cartita para la Duquesa, donde presentándola todas mis excusas, indicaba que las despedidas son siempre melancólicas, y que mi deseo era que no quedase ningún mal recuerdo de mi breve estancia.

«El día de año nuevo recibí en París una caja. No contenía más que jazmines dobles. El día de mi santo recibí otra. Igual contenido. Al cumplirse un año—día por día—de mi llegada á la quinta, más jazmines. Ya no pude dudar de la procedencia. La Duquesa los criaba á precio de oro y me los enviaba en toda estación.

«Después nada recibí... más que la noticia de la muerte de la Duquesa, y á poco me entregaron esas perlas que usted sabe—sus pendientes—que en su testamento me legaba á título de recuerdo del día *en que nos conocimos*. Así rezaba la cláusula: *en que nos conocimos*.

«Ea, ya sabe usted mi conquista......»

—¿Y usted cree—preguntó el amigo con suma curiosidad—que la Duquesa no enfermó de pena de no verle?

—La Duquesa tenía sesenta y cinco años—dijo por vía de contestación Zaldúa.

EMILIA PARDO BAZÁN.



Por burlarse tal vez de lo que es santo,
creo que fué el demonio
quien llamó al matrimonio
la noble institución del desencanto.

***

En guerra y en amor es lo primero
el dinero, el dinero y el dinero.

CAMPOAMOR.

EL SOMBRERO DE CHISTERA

A no ser porque los voraces ratones se lo llevaron en claro, así como otras partes del interesante manuscrito, yo podría decir ahora mismo el nombre del afortunado pueblo en que nació la moda del sombrero de desaforada copa que generalmente se conoce en España con el nombre de «Chistera,» y en otros países de nuestra habla le llaman sombrero de pelo, sorbete, bomba, ¡pumpá! y de otras varias y chistosas maneras.

Mas es fatalidad perseguidora de los abnegados varones que nos dedicamos á la gloriosa tarea de escarbar en apolillados archivos para ver de desentrañar los orígenes y principios de cosas no sabidas por la historia, el que, si á dar llegamos con algún precioso legajo, quiera el mezquino acaso que resulte trunco en aquello que más interés encierra, ora porque el olvidadizo narrador se lo dejó en el tintero, ora porque lo escribiera con las heces de la tinta, y en la dicha substanciosa parte, con preferencia á otras de mayor desabrimiento, se cebase el diente de iliterata bestia ó de golosa musaraña.

No reza, pues, el vetusto papel que á la vista tengo, cuál fué la galardonada villa ó aldea en donde por primera vez se miró lucir, sobre la cabezas de criaturas del género másculo, el sombrero, betuto ó cesto que ha llegado á ser de uzanza universal, vistoso ápice y supino ornamento de la humana estructura.

De que fuera pueblo de España, no queda la más leve duda; no tanto por estar en purísima lengua de Castilla escrita la memoria que me porpongo extractar, como por constar en ella muy prolijamente los nombres y señas de las personas todas que, á la historia, siempre tardía pero á las vegadas justiciera, se recomendaron en grado eminente como promovedores de tan peregrina invención.

Puerto de mar era, y ha de serlo todavía el pueblo en cuestión, y asi lo podrá jurar sobre cruces el lector impaciente; si refrenar logra las ansias de su curiosidad y se deja conducir á las conclusiones luminosas á que derechamente pongo proa en la presente exploración de tan importante arcano indumentario.

Era el ignoto pueblo famoso entre sus vecinos por la abundante pesca, por la hermosura de sus mujeres y por la celosísima disposición de éstas, que sólo podía ponerse en parangón con la traviesa inclinación de los hombres; y muy particularmente los de estado casado. Y dicho sea de paso, que el á veces irreflexivo autor del manuscrito, acaso por echarla de imparcial, se permite decir que si mozos y viejos eran dados á algo más que á chicolear la mujer del prójimo, no se andaban ellas por las ramas en punto á correspondencia; y va el muy osado hasta querer probar, con desusados escarceos y distingos psicológicos, que el celar mucho no excluye en la mujer el cojear un poco; con lo que se viene á poner en claro que el tal era de los que por aliviar su propia alforja echan en la del sexo debil los pecados gordos del suyo fuerte, y sostienen que no enlaza el ladrón la vaquilla, sino que es ésta la que se va tras la soguilla.

Costumbre era ya en los maridos el venirse á casa pasadita la media noche, y en no raras ocasiones al despuntar del alba; permaneciendo durante esas mortales horas las pobres esposas en constante vigilia, contando y tornando á contar las vigas del techo ó pasando unas tras otras las avellanas y nueces del rosario, no tanto para distraer su pena en este monótono ejercicio, como por ver si con el afán del rezo alcanzaban de algún compasivo santo la merced de sacarles á sus maridos de los malos pasos en que andaban y se les trajesen á casa á la hora en que se recogen las personas decentes y cristianas.

Algo zumbón parece ser quien quiera que escribió los apuntes que voy siguiendo, pues que dá él en la flor de atribuir la poca ó ninguna ayuda que á las afligidas esposas lograban sus continuos rezos, á que no los endilgaban á los patronos especialistas que á su cargo tienen en el cielo el iluminar con luces de arrepentimiento la conciencia de los pecadores maridos, ó que los santos ponían orejas de mercader á sus ruegos, por ser muchas y á un tiempo las que pedían el mismo milagro.

Dejando á un lado las nada ortodoxas deducciones del preocupado cronista, las cuales indulto yo por considerarlas como picaresco adorno de su interesante relato, diré de una vez que los maridos continuaban incorregibles, y así ponían ellos mientes á los edificantes sermones de sus lastimados cónyuges, como pudieran ponérselas á las arengas del rey que rabió; y ya quisiera yo que me oyese el muy sarraceno del cronista, para espetarle las razones que á este punto de su historia se me ocurren, y es que todo lo que en el ingenioso mundo en que habitamos sucede, no es sino en bien de lo mejor, como lo patentiza el presente caso; porque muy á las claras está que si aquellos extraviados maridos hubiesen vuelto al redil de la honestidad, no hubieran podido verificarse los graves sucesos que por resultado dieron la invención famosa de los sombreros de betuto, que es una de las cosas de más primor y utilidad que en el cuasi expirante siglo en que vivimos se han podido imaginar.

Escrito estaba que la paciencia de aquellas santas mujeres había de llegar al límite que todas las cosas humanas tienen señalado; y una de ellas, de temperamento más sulfurable que las otras, se decidió á dar por fin el escándalo gordo que todas deseaban.

Frondosa y musculada era la moza, y aunque mansa, no por la índole sino por el mucho amor que á su marido tenía, en trascendiéndole á la sangre la pimienta de los celos, la borreguita se revelaba, y como ella misma decir solía: se le alumbraban los faroles y se le subía á la mollera toda la injundía vizcaína de su propia serrana.

Cierta noche en que como de ordinario aguardaba despabilada, y no parecía por puertas el tarambana del marido, arrojó á la mesa el rosario con que rezaba, y ya con el vizcaíno en el moño dijo:

A paseo se va ahora mismo toda la santería del calendario; que yo soy muy mujer para barrer los vicios de mi propia casa.

Que lo de barrer no lo dijo como simple tropo de su celosa ira, lo probó echando mano á la escoba que por ahí

se estaba como previniendo el caso, y ocultándose la ahimosa señora detrás de una hoja de la puerta, aguardó al perdido, en la actitud en que se espera á perro ladrón para derrengarlo de un solo palo.

El perdido no apareció hasta que el sereno hubo cantado las cuatro en punto, con tiempo nublado.

Más nublada tenía el alma la infortunada mujer; así es que al entrar el infiel, levantó ella el vengador garrote, y descargó á su marido en la cabeza (para que le librase Dios de los malos pensamientos) tan soberano cachiporrazo, que le dejó tendido por el suelo, bañada la faz por enorme caño de sangre, como si por allí se le derramase la vida.

Testarudo era el libertino, y lo era de ambos preceptos, lo que para él resultó ser grande fortuna, pues el palo había sido como para abrirle en canal, y así lo declaró él físico llamado de prisa á socorrerle, al ver que necesitó hasta tres pulgadas de emplasto adhesivo para tapar la brecha que el paciente en el bautismo tenía.

Curóse al fin de su avería el buen señor, y cándidamente creyó su esposa que curado hubiese también del viciejo aquel. Pero muy lejos de arrepentirse de su pecaminosa afición, en cuanto puso patitas en la calle, volvió á las andadas, y con redoblado gusto, pues en comezones de este jaez la privación aviva el prurito muy lejos de aplacarlo.

Hacíase entre tanto todo lenguas el desocupado pueblo, comentándose en corrillos de ambos sexos el escandaloso caso, y ya se puede imaginar el lector si se pondría por las nubes en los corros femeninos el valor y la prudencia de la viril esposa, á quien de Juana Robles, que mondo y lirondo se llamaba, dieron en decirla Juana de Arco, aludiendo en lo posible á la doncella de este nombre.

—Pues no tiene sangre de rana la Juanica,—decían las demás mujeres en coro.—Así: ¡por la cabeza! que por donde pecan paguen, y muy recio que de alcornoque la tienen los muy pillos!

Dado como estaba el ejemplo, naturalmente encontró imitadoras. Y ¿quién dijo miedo?

Refiere el no muy escrupuloso narrador de este verídico caso, que las mujeres del lugar acudían en tropel á procurarse escobas flamantes á las tiendas en donde esta clase de artículos se tiene, y hasta dá por cierto que las amotinadas compradoras al perplejo vendedor decían:

—Un comino se nos dá de que sean ó no buenas para un barrido, pues para un fregado es que se han menester. Búsquelas vuesamerced bien recio el palo, y de lo demás no se cure.

Cosa que, bien mirada, no ha de tenerse sino como exageración de la pluma desbocada del primitivo autor de esta crónica, porque, ¿cómo habían de carecer en sus casas aquellas hacendosas señoras, cuando menos de un veterano escobón: ni cómo habían de ir á hacer novillos de aquel secreto plan que concertaron?

Con mucho tiento ha de irse el que la dá por escribir historias, pues que no es para esta rama de las letras el dejarse llevar por los caprichos de la imaginación, lo cual sólo cuadra en las ficciones del arte poética: así como tampoco cabe en los sucesos verídicos que se cuentan, el introducir donaires que alterar puedan la esencia y verdad de lo que se va relatando; prurito muy censurado á Herodoto, quien siempre confundió lo cierto con lo fabuloso, por lo que, con ser escritor tan ilustre, no logró ser historiador fiado; y ningún crédito se dá á sus relatos, mientras que á Tácito y á otros de la misma laya nos los ponemos sobre la niña de los ojos, por siervos de la verdad que en todo fueron.

Lo que debió decir parcamente, y se habría quedado en lo verdadero el narrador que ahora seguiremos sin cejar un punto, es que había conspiración general en las mujeres casadas del pueblo. Y en efecto, (y sin que nos engolfemos en averiguar cómo y en dónde hubieron ellas las homicidas escobas, ó si algunas las suplieron con formidables porras ó con descomunales estacas, que todo cabe en lo posible si en cuenta se tiene el desesperado trance de aquellas ofuscadas matronas), el hecho es que concertado se hubo el trágico plan de que, en una noche dada, cien esposas ofendidas debían de caer á rompecabezas sobre sus trasnochados maridos, con el loable y muy santo fin de volverles á la olvidada devoción de la sola mujer que les entregó la Iglesia, con exclusión de toda pecaminosa promiscuidad.

Cuenta el minucioso describidor de estos sucesos, en tono que por alzarse á lo épico se extrema en lo hinchado y altisonante, que eran siniestras las intenciones y pavorosos los aprestos de la conjuración; lo cual pudo quedar dicho con la requerida propiedad y menos caudal de pasión, pues no era aquello tenebroso plan catilinario ni cosa parecida, sino desesperado recurso de pobres mujeres agraviadas en el más peliagudo precepto del decálogo.

Y tanto fué así, que las presuntas víctimas olfatearon la celada, y con grande diligencia y mejor guardado secreto, diéronse prisa á apercibirse para el lance.

Despuntaba ya en el horizonte el lucero de la alborada, cuando los esposos correntones asomaron las narices por las puertas de sus respectivas moradas, y apenas hubieron dado un paso, cayó sobre sus cabezas, con toda la agigantada fuerza de los celos, el palo vengador. Más con sorpresa y grande desaliento de las confabuladas esposas, los garrotes no produjeron daño alguno en la cúpula pensante de los refractarios maridos, antes bien rebotaron sordamente, de la propia manera que si hubiese dado contra almohadicas de pura estopa ó guarda-infantes de flexibles juncos.

Corramos un velo, dice el socarrón del cronista, sobre esta escena de drama trastrocada en salida de entremés hagamos como que no vemos el despacho de las adoloridas mujeres y la burlona risa de sus empedernidos consortes, y digamos tan sólo la causa del deplorable fracaso, que no fué otra sino que advertidas las víctimas, del riesgo y peligro que corría la integridad de su bautismo, acomodáronse sobre de él, en vez de sombreros unas cosas huecas y flexibles de más que mediana altura, a manera de chisteras de pescadores, puestas á modo de morrión, que parecían como de encargo para resistir la mujeril paliza, siendo maravilla que las acometedoras no hubiesen advertido tan desacostumbrado como desmedido ornamento, que á quienes lo llevaban les impartía apariencia de verdaderos espantajos.

Hermana melliza de la fama es la deidad éxito, como lo pantentizó muy bien la voluble y servil opinión pública de aquella idea, tornándose en cobardes risas los aplausos que antes daban todos á la espartana determinación de las egregias mujeres. Corridas se quedaron las agraviadas, pero no del todo tranquilos los del agravio, quienes, temiendo un nuevo y mejor concertado ataque, continuaron por muchos días llevando en la cabeza aquella rarísima montera, coraza ó capirote, á que debían la sanidad de sus molleras.

Quiso entonces él acaso (lo más derecho es creer que fuese providencial concidencia), el que á ese tiempo arribaran al pueblo unos marinos de la América del Norte, los cuales se maravillaron de tan excelente usanza, y dando por cierto que era moda novísima que hasta allí se había corrido desde los centros de la Europa, al punto lo noticiaron á sus armadores de Filadelfia, enviándoles también unos muy bien pergeñados diseños con su indispensable escala de proporciones á la margen, de aquellos flamantísimos sombreros que ellos no encontraban modo ni palabras para decir lo bien que les parecían, acaso por antojársele á su ingenio mecánico de raza, algo así como cajas ó fundas protectoras de la máquina de pensar.

Esta carta. en que además se decía que al referido parapeto sombreril se le llamaba «Chistera,» fué á manos de unos sabios que á la sazón componían una Enciclopedia, y los tales sabios, con exactitud digna de loa, dieron en su libro la definición ilustrativa del invento, verbigracia:—«Chistera:—Sombrerero de mimbre en forma de cesto alto y angosto, descubierto en España por marinos americanos.»

Cayó en poder de cierto sombrerero cuákero la ya dos véces mentada carta, con los diseños y todo, y dióse maña para fabricar con láminas de hojalata muy febles un molde ó armazón, sobre la cual montó en seguida fajas de cartón encoladas, y por último la aforró lindamente con unas bandas como de á cuarta, de velludo muy sutil; y todo con tan exquisita arte rematado, que primero por docenas y más después por cientos, llovíanle los encargos de la famosas chisteras. Con una de ellas acertó á hacer su entrada á París un diplomático yankee. Burláronse al principio los currutacos parisienses del sombrero del americano, más á la postre lo adoptaron, conservándole el primitivo y chusco nombre de Chistera, que de España le viene como de perlas.

Sostienen algunos arqueólogos eximios que el nombre de Chistera cuelga su origen en el hecho muy probable de que fueron reales y efectivas cestillas de pescadores las que los maridos de marras se colocaron á guisa de blindaje protector en la noche de la fracasada paliza de las escobas; en tanto que otros no menos profundos, resueltos á no dar á torcer su brazo en tan intrincada materia, se aferran con ingeniosísimas razones á la versión que quiere que el tal nombre tenga por fuente ó raíz el juego de los vocablos «chiste—era,» aludiendo á lo del chasco en que por vez primera figuraron aquellas extravagantes fábricas en cabeza humana.

Mengua fuera de las resplandecientes luces que en el presente siglo alumbran, si por incuria ó por cualquier otro motivo, permitiesen las muchas y buenas academias que en las varias ramas del saber tenemos, el que quedase sin el debido esclarecimiento este principalísimo punto de la historia; que á otros habrá de tocar la no menos gloriosa empresa de sacar en limpio comprobanzas irrefutables del hecho ya patente casi de que, el (como ahora se estila llamarle) vertiginoso progreso moderno ó alto vuelo del humano ingenio, débese, en no exigua proporción, á la influencia del sombrero de Chistera sobre las regiones del intelecto, las cuales es sabido que el susodicho aparato protege, refresca, acondiciona y corrobora.

N. Bolet Peraza.

HISTORIA DE UNA GATA



En mi destierro de Jersey tenía una gata por la que me interesaba vivamente y la que,—antes de ser mi compañera de proscripción—lo fué de cárcel, pues había nacido en la Conserjería cuando estuve en ella; hija de una gata blanca que un preso político llevó todavía pequeña y que había visto crecer allí. La preferí á tres hermanos que tuvo, por su mansedumbre, por su sedosa piel, por su actitud inteligente, por sus grandes ojos de vivas miradas que tenían algo de humano. La obtuve de su dueño, quien me la cedió de buen grado; la cobré especial afección y al salir de la cárcel, Gris, —pues llevaba el nombre del color de su piel, —me siguió al destierro, á Jersey.

Extraña impresión sintió aquella gata nacida en un presidio, viajera de cien leguas en el fondo de una cesta, al encontrarse de repente al aire libre, en pleno espacio, á todos los vientos, entre el océano y el cielo. Acostumbradas sus pupilas á los sombríos pasadizos y á las celdas obscuras en las que siempre fué noche al mediodía, no podía explicarse los explendores de la luz solar sobre las aguas. Le espantaba el oleaje tumultuoso, su azotar incesante sobre los bancos, el inmenso vaho océanico, acompasado y mugiente. Venía hacia mí, arrastrándose, erizada, deslizándose entre mis piernas, ó bien me saltaba al hombro, se restregaba en mi cuello y trataba de ocultarse debajo de mi barba. No se atrevía á irse sin mí; al dar yo el primer paso hacia la casa, corría precipitadamente allá, al llegar á la puerta se detenía, me aguardaba y me hacía mil caricias como agradeciéndome el regreso.

Era tímida, delicada, tierna; todos la querían; desde la prisión se impuso por el afecto; los ladrones detenidos; que eran nuestros criados, se guardaban bien de hacerle daño. Se nos encerraba á las diez de la noche; un enorme cerrojo atravesaba la férrea puerta de la celda, hasta las siete de la mañana, por más que enfermase alguno. A veces, en el momento en que se nos emparedaba, Gris, que no conocía del todo las costumbres de la cárcel, no había entrado aun: los guardias nocturnos la encontraban maullando á mi puerta y faltando á la consigna corrían el cerrojo para que entrase.

En Jersey gozaba grandes privilegios. Comía á la mesa, en la cual tenía su plato en un ángulo, manejándose de modo que á nadie incomodaba. En mi habitación era soberana: tenía derecho á la mejor poltrona, y como á los gatos les gusta el lujo, una encantadora dama la había bordado rico y muelle cojín. Durante la noche, para calentarse, se acostaba en mi cama; en el invierno se metía dentro de las sábanas. Cuando sentía demasiado calor, sacaba el cuerpo ó la cabeza fuera de los cobertores; yo me sentía penetrar complacencia cuando, al despertar, encontraba su cabeza al lado de la mía.

Era la dulzura personificada. Un día, sin embargo, se tornó feroz. A poco de salir volvió trayendo entre los dientes algo que colocó en medio del cuarto. Era un ratón.

Allí estaba el infeliz ratón, inmóvil, silencioso, fija la mirada, estupefacto. Gris hizo que se alejaba; su víctima trató de huir con presteza, pero una zarpada violenta la detuvo: volvió á soltarla y el ratón intentó una nueva huida, pero fué tan desgraciado como en la anterior. Así pasó un cuarto de hora, Gris cojiendo su presa y soltándola, permitiéndole por instantes alejarse un poco y saltándole encima con increible agilidad, recogiéndola de nuevo más y más ensangrentada y moribunda.

Hubo un momento en que el ratón comprendió que su enemiga se burlaba de él; desistió de aquel peligroso *juego* y se quedó inmovil. Gris se alejó un poco, luego más, volvió la mirada hacia otro sitio, contemplando con atención una mosca que revoloteaba en la vidriera; con todo, este olvido no duró sino cinco minutos. Recobró alientos el desdichado ratón y aunque corrió velozmente hacia la puerta, ya tenía encima la inevitable garra,

Desde aquel momento, por más que Gris se alejara al extremo del cuarto y se entretuviese cazando la mosca ó haciéndose al descuido la *toilette*, el ratón no se movía. Al fin, la gata se percibió de que aquello era un ardid; empleó la violencia y saltó sobre su víctima, hundiéndole dientes y uñas en las carnes. El ratón, en efecto, corría tratando de fugarse y lanzando chillidos dolorosos; pero en vano; Gris lo perseguía, lo mordía, lo arrojaba al aire, lo recibía entre las uñas, lo volvía á lanzar, lo apretaba contra la pared, lo arrastraba, loca, ébria de sangre, espantosa, soberbia y colérica. Erizada de frenesí, brillaban sus ojos como brasas y parecía la tigre que había en el fondo de la gata! Los chillidos de la víctima fueron debilitándose, al fin cesaron: lanzada casi hasta el techo, cayó inerte. Había muerto.

Gris la consideró un momento, como diciendo *ya!*, la arrojó con desdén á un rincón y fué á tomar el sol.

Presencié aquella tortura con horror, pero sin intervenir, gozoso de poder reprochar á la naturaleza aquella agonía abominable, diciéndome: «Eso concierne á Dios, que así ha dispuesto las cosas; no seré yo quién las enmiende: allá se los haya!» Sin embargo, me arrepentí luego de haber permitido aquella atrocidad, y siempre que he visto un ratón presa de un gato lo he protegido.

Pero ¿qué les habrán hecho los ratones á los gatos en épocas anteriores á su existencia?

Nacen con ese odio hereditario, y si acaso no lo sienten lo bastante, las madres se los inspiran. Recuerdo que la gata blanca de la Conserjería se instaló en mi pieza con sus pequeñuelos y que no tenían aún cinco semanas de nacidos, cuando una noche la madre les trajo un ratón que colocó sobre una losa. Los cuatro gatitos se aproximaron tímidos y curiosos; la gata comenzó su lección de tortura cogiendo y soltando alternativamente su presa; pero como las celdas no son tan espaciosas como las alcobas, y como la madre, atenta á sus hijos, no vigiló lo suficiente al ratón, éste pudo escaparse de prisa,

El descontento y la humillación de la gata no tuvo límite; sentía sobre sí las miradas de sus cuatro hijos que parecían decirla: *y bien?* Su dignidad de madre y su odio de gata estaban comprometidos y ultrajados; movía la cola airada, y como uno de los gatitos se acercara para acariciarla, y le pisase la cola, le dió tal arañazo que lo hizo rodar debajo de la cama.

El ratón se había escapado por el intersticio de una plancha de metal de la chimenea. La gata se colocó frente á aquel agujero, fija la mirada, absorta, inmóvil; cuando se convenció de la inutilidad de su vigilancia, pues el ratón no salía, resolvió entretenerse con sus hijos.

Transcurrieron tres días después de esta aventura que ya había olvidado, cuando ví aparecer al borde del agujero á un ratoncillo de amortiguados ojos, que parecía buscar á alguien. La gata madre acababa de salir y los cuatro gatitos dormían en un rincón sobre una piel de carnero que se les había comprado. El ratoncilló adelantó las dos patitas delanteras, luego su cuerpo enflaquecido y estenuado; probó á dar algunos pasos con lentitud; cayó sobre el dorso y expiró. Siñ duda el agujero no llegaba hasta la pared ó ésta era demasiado maciza y no tenía grietas en donde ocultarse: el ratoncillo había pasado allí tres días sin comer, prefiriendo morir de hambre, antes que tropezar de nuevo con el terrible felino.

Auguste Vacquerie,

EL DANTE EN MEXICO

VIAJE DE UN REPORTER.

(CONTINUA.)

...Y no sé cómo, sin darme cuenta, llegué á la cumbre de un acantilado, desde la cual se dominaba una plazoleta, cuyos términos de peñones cortados á pico y escarpaduras espeluznantes, fingían en el fondo negro de lanoche fatídicos y caprichosos lineamientos: un torso diabólico, una espina dorsal gigantesca, un monstruoenorme, un hipopótamo leproso, una salamandra colosica.

A lo lejos, en las tinieblas, brillaban los astros como chispas de fragua. Busqué un tanto extremecido y confuso—cosa rara y perjudicial en un *repórter*—á mi Virgilio.. .. pero señores, saben ustedes quién es mi Virgilio? No esaquel buen poeta latino de las églogas, el que adoraba la Naturaleza y cantó las proezas de Eneas, el que sopló con alientos del Helicón y amor del Pindo en el caramillo de Pan, el que amaba á los pastores y se complacía en seguir con la mirada las palpitaciones iracundas en el pecho de Juno; no, mi Virgilio, menos clásico, y quizá, quizá, más humano, es un travieso espíritu, malévolo por condición y por temperamento, que á semejanza de Puck, hace cuantas diabluras puede, y á imitacion del famoso *Cojuelo* levanta los techos—las caperuzas de las casas—para sorprender el secreto de las costumbres, el misterio de las virtudes y el escondite de los vicios. Mi Virgilio sabe muchas cosas—no tantas como las que sé yo—y, aunque invisible, se pasea todas las mañanas por Plateros para recoger la nota del día en las deshilachadas conversaciones callejeras: sabe del alza y baja de las minas, por los *coyotes*; del alza y baja de la política, por los diputados, y del alza y baja del honor por los *irresistibles*.

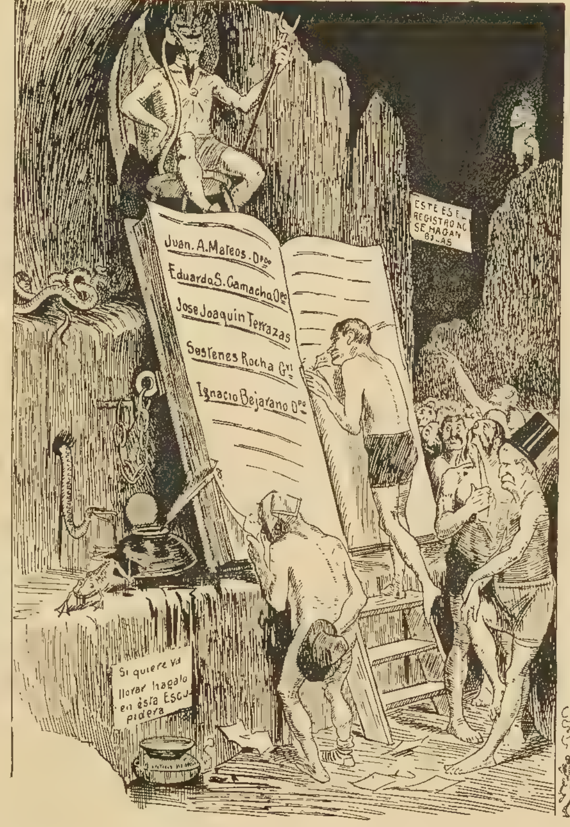
En Plateros, de doce á una, se tiende el ejército de los desocupados, si es que todavía se entiende por ocupación emplear el tiempo en algo honorable y honrado. A primera vista, tal parece que los *caballeros de boulevard* están ocupadísimos; el rumor de las conversaciones parece ruido de monedas; todos los paliques son juegos de bolsa; el aire está lleno de transacciones....... En el fondo, y bien mirado, la calle de Plateros es un centro de banqueros de pega y de prestidigitadores mercantiles. Hay también sus *rateros* de reputaciones y sus calumniadores de profesión. Mi Virgilio es un espíritu punzante que conoce al dedillo los círculos y vericuetos de este infierno. El me indicó, desde luego, á un grupo de condenados que, á paso fatigoso, se filtraba por el estrecho tajo de una peña.

Frente á ellos, en el extremo opuesto, sobre el altar salvaje de unas rocas, un gran libro abierto, se despanzurraba, encadenado á las piedras como un Prometeo lleno de desesperación......

A su lado un tintero colosal y una gran pluma de águila hacían las veces de las oceánides consoladoras.

Saqué mi carnet y me dipuse á tomar los apuntes de este extravagante *riportage*. Mas ¿qué ví que me intimidó é hizo temblar el lápiz en mi mano?

Por encima del libro, en un banco de taberna, en actitud hierática, con las membranosas alas extendidas, y con su bidente en la diestra, estaba socarronamente sentado un diablo cuya cola retorcida descansaba por la punta en la oreja izquierda, tal como suelen llevar los portaplumas, cinco horas por lo menos de los siete obligatorios, los escribientes de los ministerios. Al principio tuve un miedo cerval; mas conforme fuí mirando el rostro impasible de este sér infernal, entré en sosiego: no era mal mozo. Se parecía un poco á Nacho Bejarano, y tal vez al simpático Luis Galván: tenía los bigotes finos y retorcidos, los ojos entrecerrados y la fisonomía apacible y serena. Así es Nacho cuando se pasea por los salones del Gobierno del Distrito y Galván cuando suspira, en conciertos selectos, sus exquisitas y aristócratas romanzas. ¡Oh, Conserje de las profundas y aterradoras simas, atractiva mezcla de Bejarano y de Galván, en tu plácido semblante se adivinaba la satisfacción, el bienestar de los favoritos y de los mimados; Lucifer, probablemente debía de tenerte mil consideraciones y de premiar con su afecto tus servicios decorativos!



EL DANTE EN MEXICO—EL REGISTRO.—"No se hagan bolas.

Poco á poco la banda de condenados llegó hasta el libro. ¿Quiénes eran? Me restregué los ojos con un movimiento de impaciencia, procurando penetrar las sombras con el rayo de mis miradas. ¿Los conocía? Ah, ¡Sí!........

Allá va Juan Mateos, el furioso jacobino, defensor de pasados ideales y de utopías sublimes; allá va Terrazas, católico volcánico; maniático de santidad y quizá también de idolatrías y de egolatrías extravagantes; allá va un obispoo cuya mitra, vista de lejos, semeja en sus contornos la silueta de un gorro frigio; allá va Orozco, el buen mozo, el *bell ami*, el eterno domador de las hermosuras indómitas; allá va el General Rocha cargado de cruces y de gloria. —Y tomando nota, me preguntaba: ¿por qué estarán aquí, por qué irán á penetrar en el laberinto de los hondos misterios estos célebres personajes?

Mi Virgilio invisible murmuró:

—Porque la opinión los ha condenado. Ya sabes; la opinión, esa locuela que hoy ama lo que mañana desdeñará y que acostumbra confundir en un momento dado clases, condiciones y méritos, cuando así le parece. Juan Mateos tiene mucho talento, Rocha mucho valor, Terrazas mucha fe: pues el discurso de uno, el rasgo heróico de otro, y un artículo del Reino Guadalupano, bastan para que en un momento la opinión se ponga á discutirlos, ácensurarlos y á condenarlos á las llamas eternas.

—¿Y quién es esa señora la opinión á la cual no he lo grado conocer?—me atreví á interrogar tímidamente.

Pues Chico—me contestó Virgilio estás atrasado de noticias: no te me figuras reporter; la opinión, esa casquivana, es hija de muchas madres, principalmente de la *prensa*, una cotorrona muy encopetada que en todo se mete, sin conocer, por lo común, nada de aquello en que se mete. La opinión, la haces tú, la hace el parlachín de café, la hace el mozo de *restaurant*, la hace cualquiera; el caso es que tenga un poco de auditorio; la opinión, como las tragedias griegas, necesita un coro. La humanidad marcha en manadas, según dice la vieja metáfora. Un día, Mateos, Rocha y Terrazas están en el pináculo de la gloria, no es difícil que al día siguiente hayan caido.

Pero, y bien, ¿á qué los condena la opinión? pregunté con cierta violencia.

—Los condena á ser siempre los mismos: los condena á inmovilidad perpetua; los obliga á cargar una cadena de forzado. Mateos no puede quitarse el sombrero para saludar á un carruaje por temor de que sopeche la opinión que en ese carruaje iba el *Divinísimo;* Rocha no puede dar explicaciones por haberle pisado el pie á un ciudadano, porque la opinión sospechara de su valor; Terrazas no puede asistir á una comedia casera por miedo de que le señalen como un hereje; Orozco no puede claudicar cuando le duela una pierna por no perder su fama de elegante. La opinión condena á los hombres que se distinguen entre la multitud, á no variar, á conservarse inmóviles, á ser de una pieza.

—Tremendo castigo—exclamé, bajando de mi trono de rocas.

Mientras iba meditando, por la ruda pendiente, encontréme con una escalera que se delineaba en el fondo de una caverna. Estaba decidido á hacer un viaje provechoso; así es que venciendo mi timidez, penetré, subí, columbré en la penumbra, un rótulo, alumbrado por luces fosfóricas que fingían parpadeos de luciérnagas: *Oficina Privada de Satanás*, decía.

Toqué, y como nadie me respondiera, empujé el portón de hierro: la placa humeante me quemó la mano. Entré sin vacilar.

—¿Da usted su permiso?

(*Continuará.*)

TODO ES ASI.

Un cielo azul, un horizonte limpio,
Donde brilla la luz de la esperanza,
Un enjambre de bellas ilusiones,
Un pebetero que perfumes manda,
Un raudal de inefables harmonías,
Un ensueño que lánguido desmaya,
Una alfombra de flores por camino,
Una deidad por la mujer amada;
Flores y luz, aromas y cadencias.........
Es muy bello todo eso......... ¡pero amarga!
Aspirar el perfume de las flores,
Escuchar arrobado lo que canta,
Saborear los encantos de este mundo,
Lo poco que en la vida nos halaga;
Alumbrar del espíritu la tarde
Con el ténue fulgor de la esperanza,
Sentirse amado y apurar la copa
Con que nos brinda la mujer deseada,
Vivir en medio del festín, contento.........
Es muy bello todo eso......... ¡pero cansa!
No ver las cosas á través del prisma
Que con bellos cambiantes nos encanta,
Alejarse de influencias seductoras,
De la hermosa ilusión que nos engaña,
Trocar el mentidor kaleidoscopio
Por el cristal que la verdad retrata
Y aceptar de la vida el prosaísmo.........
Es muy bueno todo eso......... ¡pero amarga!

UN PUNTO.

* * *

(De "Místicas.")

¡No te amaré! Muriera de sonrojos
antes bien: yo que fuí cantor maldito
de blancas hostias y de nimbos rojos;
yo que sólo he alentado los antojos
de un connubio inmortal con lo infinito!

¡No te amaré! mi espíritu atesora
el perfume sutil de otras edades
de piedad, de esperanza redentora,
y ese noble perfume se evapora
al soplo de burguesas liviandades.

Mi mundo no eres tú: fueron los priores
militantes, caudillos de sus greyes;
fué la edad en que, omnímodos señores,
fulminaban los Papas triunfadores
su anátema fatal contra los reyes.

Fué la edad singular en que la musa
llevaba al talabarte la tizona,
la edad del burlador y la reclusa,
la edad en que la negra caperuza
forjaba el silogismo en la Sorbona.

Y no sé de pasión. Y me contrista
pulsar la lira del amor precario.. .
Sólo brotan mis cláusulas de artista
al beso de Daniel, el simbolista,
al ósculo de Juan, el visionario!

AMADO NERVO.

EN MAYO

Es el mes de las rosas. Sus copas
Al sol balancean las lilas floridas,
Azahares gotea el naranjo
Y en oro se bañan las verdes colinas.
¡Oh, mi amada! ¿no oís cómo en torno
En lira se cambia la rama que vibra,
Y se enarca y columpia, y nos manda
Un soplo de esencias en ráfagas tíbias?
El Amor es quien pasa y nos dice:
«En la copa bebed sin medida,
Que enardece á los tristes poetas
Y hace amar á las pálidas niñas.»

VICENTE ACOSTA.



El arte y la vida se sirven recíprocamente de modelo y en nuestros días no se sabe cual de ellos pierde más.

G. M. Valtour.

* * *

En arte es preciso tener éxito.

Sainte-Beuve.



DOS ESPOSAS.

LAS TIJERAS

—El matrimonio—decía el padre Olivier, terciando sin asomos de intransigencia en una discusión azás profana, —el matrimonio...... se parece á las tijeras.

—¿A las tijeras, padre?......—exclamó uno de los presentes manifestando extrañeza.—¿Sabe usted que es una comparación original?

—Más que original, adecuada—declaró el padre rehusando con una seña la segunda copa de *Kummel* de Riga.—Las tijeras, como ustedes saben, son un instrumento que consta de dos partes iguales ó muy parecidas, unidas por un eje y un clavito del mismo metal. Aunque cada parte de las tijeras sea fina y bien templada, si falta el eje...... las tijeras no sirven. Unidas por ese clavito pueden hacer primores y cortar divinamente la tela de la vida.

—Entendido—dijo otro de los que escuchaban al padre, hombre experto, algo marrullero y escamón.—Sólo falta que usted nos diga si cree que abundan las tijeras excelentes.

—Lo excelente no suele abundar nunca...... ó al menos somos tan descontentadizos que siempre nos parece poco, respondió sonriendo aquel hombre evangélico, y al par (hermosa conjunción) bien educado.—Aunque el intríngulis del matrimonio consiste en el eje...... también la calidad de las mitades importa mucho...... Entren ustedes en una tienda y pidan tijeras. Les sacarán dos docenas, todas al parecer iguales, todas del mismo costo. Sólo llevándose las dos docenas á su casa y usándolas, podrían hacer verdadera elección: al uso se descubre la condición de la tijera. Las costureras están tan persuadidas de esto, que la tijera que les *sale buena* no la darían por una onza. Yo he encontrado tijeras de oro! ¿Qué tiene de particular? ¡El amor natural, acendrado por la ley divina!.... Voy á referirles á ustedes un caso que presencié y que me conmovió...... aunque no pasa de ser un drama vulgar, y sus héroes gente llana y prosaica......

Hallándome en el convento de S......, para restablecerme de unas calenturas que cogí en Tánger, y que se agarraban como lapas, tuve ocasión de conocer, entre otras muchas familias, á un matrimonio, tenderos de paños, franelas y colonias, establecidos en los soportales de la Plaza Antigua, no lejos de la Catedral. No se confesaban conmigo, sino con el cura de su parroquia, pero gustaban de consultarme, amistosamente. Ella se llamaba Dª Consuelo y el esposo D. Andrés. Acomodados y bien avenidos, podrían ser dichosos si no tuviesen un hijo de la misma piel de Barrabás que les daba un disgusto cada mañana y un sonrojo cada tarde. Pendenciero, estragado y derrochador, ni las lágrimas de su madre, ni las reprimendas de su padre, ni las exhortaciones que á ruego de ambos le dirigí varias veces, consiguieron que renunciase á una sola de sus malas mañas; y en vista de que parecía incorregible el mozo, mi consejo fué que le enviasen á una tierra donde la necesidad y la falta de arrimo le obligasen á mirar por sí.

Cuadró bien la idea al padre, y la misma madre vió que era el único recurso, y habiendo preferido el desterrado el viaje de Oceanía al de Africa y América, á Manila se le despachó, con muy apremiantes cartas de recomendación para el rector de un convento de nuestra orden.

A los seis meses empecé á recibir gratas noticias de la conducta de mi recomendado: alababan su laboriosidad, su despejo; iba enmendándose; los viejos, al saberlo, no cabían en su pellejo de gozo. Era el rector el que me trasmitía tan buenas nuevas, pues el muchacho no acostumbraba á escribir.

Así pasó algún tiempo, hasta que un día la carta del rector, en vez de felicidades, trajo una terrible novedad: el hijo de Don Andrés había sido muerto á cuchilladas, en riña, al salir de una gallera. Yo quedaba encargado de ponerlo en conocimiento de los padres.

Triste era la comisión; pero de tristezas andamos rodeados siempre, y juzgando que el padre tendría más fortaleza en el primer momento que la madre, llamé á mi celda á D. Andrés, y trasteándole lo mejor que supe, le hice beber el trago. No estuvo rehacio en comprender: más bien parece que adivinaba. Apenas indiqué *herida*, tradujo *muerte*. No lloró, pero la expresión de su cara era como la del reo cuando, al abrirse la puerta de la prisión, se encuentra al pie de la escalera del patíbulo —y me sirvo de esta comparación, porque he auxiliado á algunos infelices en tan amargo trance.......

Así que D. Andrés pudo respirar, cruzó las manos: «Padre, tengo que pedirle á usted un gran favor. Entre los dos, vamos á que no sepa Consuelo lo sucedido. Mi mujer era hace pocos años rolliza y muy fuerte; el tósigo del hijo la ha matado; pronto cumplirá los sesenta, y padece una enfermedad grave, una especie de consunción. Si sabe la desgracia se *va detrás* en seguida. Si logramos ocultarle que han matado al niño...... (le llamaban así aunque pasaba de los veintisiete) puede que dure algo más. Yo corro con todos los gastos que allá se hayan ocasionado...... entierro, justicia...... Perdono de corazón á los asesinos...... pero que Consuelo no se entere.»

¿Hice bien ó mal en acceder? No lo sé; el alma me pedía complacer á aquel desventurado. Cada quince ó veinte días iba á la tienda con cartas forjadas que suponía haber recibido de Manila, en que se hablaba del ausente y se alababan sus progresos en el trabajo, la formalidad y la virtud.

Doña Consuelo, en quien el mal avanzaba á ojos vistos, y que ya tenía una tos incesante y una fatiga cruel, se reanimaba con la lectura; la celebraba con extremos pueriles, y exigía que D. Andrés compartiese su regocijo.—«Ves, Andrés, cuántos favores nos hace San Antonio?» exclamaba con los ojos vidriados de un llanto que yo atribuía al exceso de contento.—«¿Ves qué fortuna? Ya es bueno el niño; ya se porta honradamente. Así que pase allí algunos años...... volverá aquí y le pondremos al frente de nuestro negocio. Padre Oliver, voy á darle un poco de dinero para que allá se lo entreguen: bien sabemos lo que es la juventud...... y yo no quiero que le falte nada al hijo mio!» Y su marido, ahogándose, poniéndosele la cara de color de violeta, contestaba: «Bueno, mujer, tráele al Padre aquellos treinta duros...... pero para eso no es menester afectarse, ¡qué tonta!»

Aquello era una cosa de compadecer: los duros que me entregaba la madre para que los disfrutase el hijo, me ordenaba el padre secretamente invertirlos en sufragios por su alma.

Yo no me apartaba de mi papel un punto; pues veía á Doña Consuelo empeorar; cada día hubiese sido más peligrosa la puñalada de la noticia. D. Andrés, ó temeroso de una indiscreción mía, ó por deseo de no apartarse de la enferma, siempre estaba presente cuando yo iba á acompañarlos un rato. Los encontraba juntos como pájaros posados en la misma rama, y que se aprietan para no sentir tanto el frío: ella tosiendo y afirmando que «no era nada,» él amoratado, semiasfixiado, asmático, pero sacando fuerza de flaqueza para bromear con su mujer y hasta para echarla flores, lo cual, en otras circunstancias, me parecería cómico y risible, y en aquellas me enternecía.

Y adelante con la farsa de las cartas, que producían tal efecto en la pobre madre, que hasta creí notar que me hacía señas cuando su marido no nos miraba; señas de aprobación, de súplica, de agradecimiento. Yo las interpretaba así: «Aunque el muchacho haga una tontería, siga usted diciendo á Andrés que se conduce como un ángel.» Esto no pasaba de suposición mía, pues repito que jamás encontré sola á Doña Consuelo.

Una tarde me llamaron á deshora. D. Andrés venía á decirme que su mujer se moría ó poco menos, que tenía el capricho de confesarse con migo precisamente, y que era indispensable inventar una carta con nuevas de que llegaba *el niño*...... «A ver si así la sacamos adelante por unos días,» añadió, tan tembloroso, que no supe rehusarle este último favor. Apenas entré en el cuarto de Doña Consuelo, ésta miró á su marido, y D. Andrés salió, no sin hacerme un expresivo gesto, advirtiendo é implorando.

Me acerqué al lecho de la enferma, que movía los labios apresuradamente, como si rezase; me senté á su cabecera y la dirigí esas frases afectuosas que son cucharaditas de bálsamo y que ya por costumbre decimos á los moribundos; pero fué grande mi sorpresa al ver que volviendo hacia mí su rostro en que brillaba el agradecimiento, y cogiéndome la mano para besarla, me dijo:

Padre Oliver, ¡que Dios le pague tanto, tanto tiempo como hace que está engañando á mi marido! ¿Prométame que no lo desengañará después de que me muera!

—¿Qué es eso? Engañar?......—pregunté, creyendo que desvariaba con la debilidad y la calentura.

—Si no fuera por usted—prosiguió sin atenderme—Andrés estaría también agonizando, porque sabría lo *del niño*. . . . ¡Qué no lo sepa nunca!

—¿Lo del chico?—exclamé recordando mi compromiso con Don Andrés.—¡Si el chico está perfectamente, y va á llegar, y le abrazará usted pronto!

—Sí que le abrazaré...... en el otro mundo...... conmigo no se moleste, Padre, que lo supe al momento y hasta me lo daba el corazón. ¿Usted cree que no tenía allá persona encargada de escribirme cuanto le pasase á mi hijo? Las cartas venían á nombre de una amiga, y así Andrés no podía enterarse si le sucedía algo malo...... Y como yo le había escrito al Padre rector pidiéndole que sólo le dijesen á mi marido las cosas buenas y alegres..... cuando usted venía con las cartas fingidas, de que el niño vivía y trabajaba...... le ayudaba á usted á engañar al pobre Andrés...... que no está nada bueno y que no le convienen las desazones...... Me ha costado trabajo disimular, Padre...... porque en tantos años de matrimonio no le he callado otra cosa

Aquí cortó su narración el Padre Oliver, y mirando al rededor, vió nuestras caras animadas por la simpatía más vehemente.

—¡De manera que los dos lo sabían y mutuamente se lo ocultaban! ¡Qué drama interior!—exclamó el que primero había hablado.

—De esas tijeras, Padre—dijo el escéptico—bien puede usted afirmar que eran de oro puro, con incrustaciones de brillantes.

—Puedo afirmar que las he visto abiertas en figura de cruz—contestó el Padre intencionadamente.

E. P. B.



DE "IRIS Y PETALOS"

Si todo concluyó, si de esa historia
los nombres se borraron de tu pecho,
y aquella imangen que formó tu encanto
como fantasma huyó de tu cerebro;
Si ya todo acabó, si con el nido
las hojas se llevó también el cierzo
y en la marchita fronda no se escucha
batir de alas ni rumor de besos;
Si la rama está mustia y no da flores,
si no hay savia en el arbol y está seco,
si ya en tu corazón no hay esperanzas
y se halla solo, abandonado, yerto:
Déjame que yo riegue con mis lágrimas
el pie del arbol que se encuentra muerto
y acaso, acaso—¡te he querido tanto!—
podrá dar aquel tronco brotes nuevos.

OCTAVIO BARREDA.

Enero de 96.



Las probabilidades de casamiento para una mujer.

Si representamos por 100 las probabilidades de matrimonio tratándose de una mujer, los números siguientes marcarán la proporción de las probabilidades que tendrán en las distintas edades de su vida:

De 15 á 20 años,	16	por	1000.
De 20 á 25	52	„	„
De 25 á 30	18	„	„
De 30 á 35	15	„	„
De 35 á 40	4	„	„
De 40 á 45	3	„	„
De 45 á 50	5	„	1,000,
De 50 á 55	3	„	„
De 55 á 60	1	„	„

El anterior cálculo demuestra que hasta los 25 años puede *elegirse* libremente entre varios pretendientes; que de 25 á 35 no hay mucho tiempo que perder en andar *eligiendo*; que de 35 á 40 hay que *decidirse* por el primero que se presente (si se presenta alguno, que suele ser difícil) y que de 40 en adelante es preciso *arrebatar* (si alguno se deja *arrebatar*, lo cual es más difícil).

"LA CASA COLORADA"

Publicamos en otro lugar algunas vistas de la gran refinería de alcoholes, conocida universalmente bajo el nombre de «Casa Colorada.»

Este histórico edificio se halla situado al Poniente de la ciudad de México y cerca del castillo de Chapultepec (á la izquierda del Paseo de la Reforma). Fué edificado el año de 1795 para casa de campo, haciéndose célebre en la época de la invasión americana, por haberse establecido en él un hospital de sangre, y en sus alrededores se conservan muchas pruebas de los sangrientos combates de que fué testigo. Posteriormente desde el año de 1880 fué dedicado á varios usos industriales, y definitivamente el año de 1885 á la refinación de alcoholes.

Esta importante industria fué establecida por el finado General Sr. D. Ramón Corona y el capitalista español Sr. D. Francisco M. de Prida, quienes encomendaron la gerencia al Sr. D. Prudencio Gutiérrez Pérez, á cuya inteligente y acertada dirección se debe el estado próspero de la negociación, al pasar, el año de 1894, á poder de sus actuales propietarios.

Los productos de esta fábrica son muy variados, y su especialidad son los aguardientes y sus múltiples derivados, como Cognac de varias edades, Rhums, Anisados, Ginebras y toda clase de licores.

REFINERIA DE ALCOHOLES Y FÁBRICA DE LICORES.

"CASA COLORADA"

PATIO PRINCIPAL.

SALON DE EMPAQUES.

SALON DE EMPAQUES.

TRADE MARK

FUNDADA EN 1885.

ALAMBIQUES

REFINERIA.

SALON DE MUESTRAS.

DINAMO, MOTOR Y CALDERA.

BODEGA.

MEXICO.

ESTADISTICA GRAFICA, N.

Industria Nacional.--Vistas de algunos departamentos de la Gran Destilería de Alcoholes "La Casa Colorada."

EL MUNDO.

TOMO I. MEXICO, FEBRERO 7 DE 1897. NUMERO 6.

Ynauguración del templo de San Felipe de Jesus.



Vista del Ynterior.

"EL MUNDO"

Semanario Ilustrado.

Teléfono 434.–Calle de Tiburcio núm. 20.–Apartado 87 b.

MÉXICO

—

Toda la correspondencia que se relacione con la Redacción, debe ser dirigida al

Director, Lic. Rafael Reyes Spíndola.

Toda la correspondencia que se relacione con la edición debe ser dirigida al

Gerente, Lic. Fausto Moguel.

La subscripción á EL MUNDO vale $1.25 centavos al mes, y se cobra por trimestes adelantados.

Números sueltos, 50 centavos.

Avisos: á razón de $30 plana por cada publicación.

Todo pago debe ser precisamente adelantado.

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE.

«Agentes exclusivos para los Estados Unidos y Canadá The Spanish American Newspaper Company, 136 Liberty St. New York, E. U.»

Notas editoriales.

El aniversario de la Constitución

La promulgación de la Carta Fundamental de 1857 representa para el país un enorme progreso en materia de libertades públicas. Obra realizada en breve espacio de tiempo, en medio de una lucha política, cuando las pasiones vibrantes se desbordaban, la Constitución debía contener en su cuerpo de doctrina imperfecciones que sólo la práctica habría más tarde de dejar señaladas. Hicieron mucho los legisladores de aquella época, proclamando valientemente doctrinas rechazadas por la opinión é inspiradas en un ideal extraño á las tendencias y á las aspiraciones de la sociedad en que fueron difundidas.

La Constitución americana fué la expresión de un pueblo, y en ella quedó encerrado el espíritu de un grupo humano. La Constitución mexicana fué el código de una minoría ilustrada, oprimida y entusiasta, que sin tener en cuenta el medio que la rodeaba soñó con alzar de sus miserias á una multitud sumisa y abatida por legendarias desventuras, para colocarla en el pedestal de los hombres libres. Los constituyentes, como todos los soñadores, como todos los videntes, como todos los apóstoles, han sido los porta-estandartes de un ideal noble y levantado, y á título tal, su labor merece la gratitud de la patria. No se gobierna á los pueblos con ideales; pero entre la aspiración y la realidad, traza un reguero luminoso la esperanza.

No hay que olvidar, por otra parte, el carácter educativo de toda legislación, y que en el curso de cuarenta años se ha ido progresivamente abriendo paso. Principios que antes eran objeto de abierta hostilidad y cuya simple enunciación provocaba tempestades de ira, circulan en la actualidad sin despertar protestas y van día á día, momento á momento, ensanchando su círculo de acción.

Hemos combatido nosotros ese concepto de infalibilidad que un grupo de liberales ha pretendido dar á la Constitución, y hemos indicado las imperfecciones á que ya van acudiendo las reformas; pero nunca dejaremos de reconocer, expresándolo muy alto, la gran trascendencia de un código en el que se proclamaron las primeras libertades nacionales. Esperamos que algún día el pueblo se encuentre á la altura de sus instituciones.

Perfiles de un estado social.

La prensa diaria nos ha dado á conocer últimamente un hecho revelador: un hombre comete un delito en la vía pública, un agente de la autoridad trata de aprehenderlo, pero un grupo popular, que ha presenciado el suceso, acoge bajo su protección al delincuente y lapida al guardián, en medio de delirantes manifestaciones de entusiasmo. Esta página negra de nuestra vida social, repetida con extraordinaria insistencia, pone de relieve una de las enfermedades más características de nuestra incipiente democracia.

El gobierno del *pueblo por el pueblo* reclama una agrupación conocedora de sus derechos, pero también fiel observante de sus deberes, inteligente y apta para cooperar á las necesidades económicas, políticas y morales de la colectividad. Cuando un pueblo desconoce esos intereses, cuando su acción tumultuosa no se ejercita en amparar garantías sino en proteger culpables, este pueblo dista mucho del nivel indispensable para gobernar á una sociedad.

Lo cierto es que con esta masa se ha fabricado una entidad abstracta, repleta de heroísmos y pletórica de virtudes, y ¡desgraciado del que se atreva á dudar de la clarividencia y de la sabiduría de esta divinidad de una época que, después de haber derribado to los los dioses, se complace en mantener el último ídolo!

Sobre estos abismos de la ignorancia y de la inmoralidad populares, se ha tendido un puente aéreo por el que pasa vencedora y triunfante una clase ilustrada y fuerte, inspirada en las necesidades de la civilización. Esta minoría es la que en México, como en otras partes del mundo, ha realizado la obra del progreso, á golpes de martillo y á golpes de audacia, y por ella y para ella se conserva la República. En los fondos de nuestro estado social, se agitan los apetitos, fermenta la barbarie, se ama el pulque y la riña, se odia la propiedad y se apedrea al gendarme.

¿Qué rayo de luz se deslizará en medio de este antro? Un artículo constitucional al descender en el interior de estas conciencias no abrirá en ellas mayor brecha que la punta de una pluma pretendiendo perforar una montaña.

Tras el atentado á que se ha referido la prensa en estos días, existe una profunda mancha que obscurece la radiosa claridad que esparce nuestro progreso nacional: hay una mayoría de seres idealmente redimidos por nuestras leyes, á quienes la inmoralidad y el salvajismo mantienen aún en la esclavitud más oprobiosa!

El héroe de la jornada.

En estos días, con motivo de la consagración del templo de San Felipe de Jesús, como no hace todavía dos años, con motivo de la coronación de la Virgen de Guadalupe, la figura del Padre Plancarte se ha destacado vigorosamente, como la personalidad directora, alma de estos dos acontecimientos religiosos.

Cuando un hombre con enemigos tan poderosos, aún dentro de la congregación á que pertenece, triunfa de todos los obstáculos que se arrojan á su paso, es que posee notables cualidades que lo hacen apto para sostener con ventaja todas las luchas.

Y así es, en efecto. El Padre Plancarte es una energía poderosa, uno de esos caracteres de una sola pieza, sostenidos por una voluntad inquebrantable. Este aliento, encauzado en dirección de una propaganda de otras ideas, haríán de él un elemento altamente útil en favor de la República.

En la obra que ha emprendido, los liberales no podemos observar el desorrollo de estas actividades, sin pensar en el porvenir y lanzar la voz de alerta: ¡No hay que perder de vista á este hombre!

¡Puedan los hechos desmentir nuestras palabras!

Política General.

RESUMEN.—El Transvaal y la paz europea.—Revelaciones nuevas.—Ingleses y alemanes en el Africa austral.—La revolución en Guatemala. La República Mayor y la desunión Centro-americana.—Nuestros deseos.

Parecía que con el juicio y sentencia que recayó sobre el infeliz Dr. Jameson, que en hora infausta acaudilló la expedición inglesa contra la República del Transvaal, destrozada por las tropas del presidente Krüger en los campos de Joahnesburg, habrían terminado las complicaciones europeas que provocó esa malaventura sud africana: todo hacía creer que hasta ahí acabaría el odio antibritánico que estalló al comenzar el año pasado entre los *boers*, y la excitación manifiestamente hostil para Alemania que alteró la impasibilidad inglesa, por virtud de las simpatías visibles del emperador Guillermo en pró de los que habían logrado triunfar de las maquinaciones y domeñar las rapacidades de los agentes británicos en el Africa austral.

Pero nuevas sorpresas nos reservaba el porvenir, y todavía habremos de presenciar de nuevo el espectáculo de ver frente á frente las rivalidades de dos pueblos, y los intereses de dos naciones; aún habremos de observar disputándose influencias en aquellas apartadas regiones al indomable Hohenzollern, que sueña á todo trance en expansiones coloniales, y al gabinete responsable de su augusta abuela la reina Victoria.

Como quiera que resultaban responsabilidades evidentes en aquella frustrada invasión contra el antiguo primer ministro de la Colonia del Cabo, Mr. Cecilio Rhodes, como aparecía clara y evidente la culpabilidad del omnipotente aventurero que se ha hecho paladín de la política inglesa en el sur del Continente Negro, se le ha llamado á contestar los cargos formulados, y para justificarse acaba de hacer importantes revelaciones que está dispuesto á probar con documentos irrefutables.

Dice que la invasión al Transvaal fué un acto encaminado á frustrar las maquinaciones de Krüger, que, en connivencia con el Emperador de Alemania, trataba de librarse de la tutela británica á que está sujeto por ley, y pretendía independerse de toda extraña influencia que no fuera la de su protector sucitado. Y como los centinelas avanzados de la primera potencia colonial no podían tolerar el menoscabo de su soberanía, organizaron y llevaron á cabo con éxito desgraciado la aventura del Doctor Jameson.

Si se logra averiguar la complicidad de Guillermo en esas sordas agitaciones que se tramaban en la sombra, ¡cómo habría de estallar en Inglaterra el sentimiento antigermánico que presenciamos un año ha, que llegó al extremo de quemar en efigie al arrebatado emperador! ¡Y cómo también contestará el patriotismo alemán, dispuesto siempre contra los rivales de su grandeza y los denunciantes de sus ambiciones.

No creemos que el asunto alcance las proporciones de un conflicto, ni tememos que pase de los fuegos artificiales de la prensa; pero su simple anuncio nos hace comprender la inminencia de futuros choques, y nos da á conocer de modo evidente cómo la Europa, asentada en la cima de un volcán, se ve expuesta á cada paso, y por los motivos más fútiles y baladíes á verse envuelta en voraz conflagración. Todo eso nos indicará que el artificioso andamiaje sobre el que se asienta la paz universal, está amenazado á cada momento de venir al suelo con espantoso estruendo, arrastrando tal vez en su caída pueblos y estirpes, glorias y tradiciones.

***

Hace poco nos anunció el cable con su pérfido laconismo la aparición de la revuelta en la vecina república del Sur, en la siempre agitada Guatemala. Sin detalles, sin pormenores, con la concisión acostumbrada, se daba cuenta de una invasión efectuada en territorio guatemalteco, por fuerzas organizadas en el Salvador. No decía más el mensaje ni explicaba si los invasores eran ciudadanos guatemaltecos que pretendían una revolución local ó si, más serios en sus pretensiones, eran las avanzadas de un ejército extranjero, dispuesto por la República Mayor de Centro América para someter á la nueva federación la odiada rival que no ha querido junto con Costa Rica someterse á las decisiones aprobadas en las conferencias de Amapala.

Aun no se confirma debidamente la especie propalada, ni siquiera se han comunicado nuevos datos; pero aun suponiendo que fuera un *canard* de esos que con lamentable frecuencia inventa la prensa norte-americana, no por eso perdería importancia la noticia. Basta pensar que está en el orden de lo posible, para juzgar de las dificultades á que están sujetas esas minúsculas nacionalidades, inquietas por temperamento y tornadizas por costumbre. Basta recordar que no ha mucho se hablaba de ligas secretas y alianzas ofensivas celebradas entre el Salvador, Honduras y Nicaragua, que hoy forman y constituyen la llamada República Mayor, para vengar añejas ofensas recibidas de la apartada Costa-Rica, y calcular que esas uniones deleznables y efímeras no se han efectuado al calor de la concordia ni al abrigo del material interés, sino al amparo de rivalidades que rugen, de odios que matan, de morbosas fermentaciones que envenenan.

La unión centro-americana celebrada ahora, donde faltan Guatemala que es casi la fuerza y Costa-Rica que significa la paz, ha nacido con escasa viabilidad, y amasada con rencores profundos y ambiciones sórdidas y miedos asustadizos, tiene que dar en no lejano día el amargo fruto que nos acaba de anunciar el telégrafo, si es que á la hora presente no ha germinado ya la semilla de esas violentas manifestaciones enfermizas, achaque común de pueblos en períodos de transición.

Ojalá y en esta vez resulte falsa la anunciada crisis, y puedan esas naciones hermanas buscar en positivos ideales la base de su grandeza y la realidad de su política consolidación. Ojalá sean vanos nuestros temores y faltas de fundamento nuestras zozobras, y logremos verlas, fuertes y unidas, marchando sin intermitencias en la ancha vía del concierto universal de los pueblos cultos.

X. X. X.

5 de Febrero de 1897.



Hay séres á quienes enternecen los recuerdos después de haber permanecido casi indiferentes con la realidad; que se enamoran de las mujeres á quienes han abandonado, y que echan de menos con pena los lugares en que antes vivían aburridos; raza levantisca que del presente sólo conoce los hastíos y para la que el pasado reviste un encanto sin igual y conmovedor ¡sólo por ser pasado!

—Existen almas que no solamente están muertas, sino que extienden á su alrededor el contagio de la muerte.

P. BOURGET.



INAUGURACION

DEL NUEVO TEMPLO DE SAN FELIPE DE JESUS

En otro lugar hablamos de la solemne consagración de este hermoso templo, dedicado al proto-martir mexicano, y destinado á la gran obra de la expiación.

Tócanos ahora decir algo acerca de la inauguración efectuada antier y describir el interior del notable edificio, de cuya belleza puede enorgullecerse y ufanarse con razón el padre Plancarte, al cual se debe el digno coronamiento de la magna obra.

Hermoso golpe de vista ofrecía el suntuoso templo el último viernes á las nueve de la mañana. Más de seiscientas damas severa y elegantemente vestidas, ocupaban la nave central, en la cual hallábanse congregados asimismo, innumerables caballeros y sacerdotes, instalados cerca del altar. El Illmo. Sr. Arzobispo ofició de Pontifical con toda la pompa del caso, y la ceremonia transcurrió pausada y augusta, á los magníficos acentos de músicas y cantos sagrados, desempeñados por notables cantantes. La misa fué especialmente compuesta para la solemnidad. El sermón estuvo á cargo del Illmo. Sr. Montes de Oca, y fué un bello panegírico del santo titular, en el cual el inteligente prelado depuró algunos errores históricos y tuvo notables rasgos de elocuencia.

Concluida la solemnidad, el templo fué visitado hasta el obscurecer por innumerables fieles.

Ahora digamos algo de su disposición y ornamentación.

El Nuevo templo de San Felipe. Se vino á decretar hasta el año de 1861.

En 1866 se colocó la primera piedra es decir, hace treinta años.

La construcción del nuevo templo ha costado más de $300,000, de la cual cantidad, asegura el Sr. Plancarte, ha puesto de su peculio más de $100,000,

El templo está construido en la parte que ocupó la capilla de Aranzazú en el templo de San Francisco.

Tiene la forma de una cruz latina en su planta. Consta de tres naves; las dos laterales mucho más bajas que la central, lo que permiten proporcionar al interior gran cantidad de luz.

El edificio está embovedado en su parte superior.

En el fondo de la nave central está el *ábside* de planta semicircular y cubierta por una bóveda esférica.

La sacristía está situada al lado del Evangelio y tiene comunicación directa con el templo, y además otra entrada por el exterior.

Nuestros lectores pueden ver en este número un grabado que representa la fachada del nuevo templo; es de cantería, estilo romano, lo mismo que todo el templo. Sus labrados son severos.

Tres puertas de roble con adornos de hierro dan entrada al templo.

Las tribunas están colocadas en la parte posterior é inmediata á los brazos de la cruz. Esas tribunas reemplazan al coro de los antiguos templos.

La tribuna del lado derecho se destina á las orquestas, etc., y la de la izquierda al órgano moderno.

El decorado es de estilo bizantino puro.



Emilio Dondé. Ingeniero arquitecto que dirigió los trabajos del templo de San Felipe de Jesús.

Los cristales de las ventanas están grabados con caprichosas guardas, cuyas márgenes forman mosaico.

La linternilla de hierro y cristal es un modelo de grabado.

Las bóvedas laterales tienen pinturas de tintas ligeras azul y rosa, verde nilo y oro, y tanto los arcos como las pilastras, tienen guardas de refría y oro, pintadas directamente sobre la cantera.

El altar principal es de mármoles de Carrara, rojo de Africa y Tennesse.

El sagrario tiene cincelado arriba de la puerta, de metal, un cisne alimentando á tres polluelos.

Las tres gradas están cinceladas con primor y tienen incrustaciones de mármol, lo mismo que los ornatos de la mesa.

Es notable, no solamente por lo artístico del trabajo, sino por ser de una pieza, y pesa dos mil kilos.



Pbro. José Antonio Plancarte y Labastida.
(Débese á él la erección del templo de San Felipe de Jesús.)

Esa plancha descansa sobre cuatro columnas de mármol rojo de Africa, y en el fondo de la parte baja del altar, hay cincelado un buen bajo-relieve que representa un cordero sobre el libro de los sacramentos.

Las gradas que conducen al presbiterio, son de mármol gris de Orizaba

Esta obra fué contratada por la Compañía de Mármoles Mexicanos; los trabajos tanto preliminares del altar como subsecuentes, incluyendo los artísticos, fueron hechos por obreros mexicanos y sólo dilataron veinticinco días en labrar los mármoles y armar el altar.

En su parte inferior y á derecha é izquierda de la puerta central, se ven pintadas al óleo las armas de las ciudades de México, Morelia, Guadalajara, Oaxaca, Durango y Nuevo León, donde residen los seis arzobispados.

Abajo de cada escudo están grabados en planchas de piedra los nombres de las diócesis que dependen de cada arzobispado.

En los otros muros de las naves laterales, lo mismo que en la parte alta de la nave central, hay imágenes pintadas al óleo, que representan á Santo Domingo, Santa Catalina de Sena, San Pedro Alcántara, Santa Clara, San Ignacio de Loyola, Santa Brígida, San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesús, San Felipe Neri, Santa Coleta y otros.

Cada una de las imágenes allí pintadas, representa á un fundador de las órdenes monásticas en México.

La bóveda central tiene la particularidad de que siendo esférica, cubre una superficie rectangular. El fondo de ella es dorado, y está dividida en cuatro arcos que amparan á los cuatro evangelistas.

En el lugar de honor del templo, hacia su fondo hay un cuadro al óleo que representa al santo patrono del templo.

El tabernáculo fué obsequio del Sr. Saviñón. Es de metal dorado: su base son cuatro columnas, y un capitel labrado que sostiene la cúpula.

En el centro queda encerrada entre las cuatro columnas, la gran custodia, sostenida en su base por ángeles de bulto.

El disco de esa joya está formado con piedras muy bien trabajadas, pero falsas.

Los nichos están colocados á uno y otro lado del ábside. Son de medio punto, y en ellos se colocaron imágenes de bronce.

En los muros laterales hay otros dos nichos.

En las capillas del fondo hay dos altares de nogal muy bien tallados.

La balaustrada que sirve para ministrar el Pan Eucarístico, es de encino.

El púlpito es de nogal labrado; se sube á él por dos escaleras qua tienen pasamanos calados.

Los confesonarios son de bonito gusto y también de madera de nogal.

Al destruirse la iglesia de la Merced, el Ingeniero Don José Joaquín Arriaga se encontró las reliquias que se pusieron al consagrar aquel templo y las obsequió al Padre Plancarte para que sean colocadas en la mesa del altar del nuevo templo.

Para concluir: He aquí los nombres de las personas que han dirigido los principales trabajos de la obra.

Ingeniero Arquitecto, Sr. Emilio Dondé.
Sobrestante, Sr. Víctor Rodríguez.
Maestros de albañilería, José María Vargas y Anacleto Arenas,
Sillería y ornato en piedra, Remigio Fuentes.
Modelador, Antonio Romero.
Carpintero, Encarnación Ramos.
Hizo el púlpito el tallador Manuel Esparsa.
Los altares laterales, Joaquín Torres.
Grabó los cristales de las ventanas Francisco Licéaga.
El mosaico y el pavimento son obra del italiano Luis Pesseto.

Las pinturas se deben al pincel de Bartolomé Gallott y el resto del decorado á Claudio Molina.

El enverjado fué hecho en los talleres de Don Francisco Pozo.



PAGINAS ESCOGIDAS

LA MUJER NUEVA

Cualquiera que, abstraído de toda comunicación con las razones y necesidades á que obedece el continuo cambio de aspecto de las sociedades, se asomase á mirar á la gran escena, como un sordo-mudo que tiene dos de sus sentidos ausentes del espectáculo, le parecería el mundo una farsa compuesta por algún bromista, en la cual no hay plan ninguno, y cuyos personajes aparecen inopinadamente sobre las tablas como si fueran disfrazes de mascarada.

Así ha aparecido en estos momentos cómicos de fin de siglo, un extraño tipo, á cuyo derredor se agrupan los curiosos, murmuran los malévolos, sonríen los críticos, hacen frases irrespetuosas los *reporters*, se sulfuran los moralistas, y el socialista filósofo filosofa. Ese tipo advenedizo es la *mujer nueva*, como lo ha clasificado la historia natural de gacetilla; y aparece en traje masculino, á horcajadas sobre el moderno hipógrifo de acero, que también ha cambiado de sexo, pero á la inversa, pues antes de ser *bicicleta* fué *velocipedo*.

La mujer en calzas es una provocación que se presenta á tres autoridades: á la Sociedad, á la Higiene y á la Estética. La Estética, es por ahora, la más ofendida de las tres. Dice que la mujer ha ido á copiar moda salvaje; que ha ido á copiar el traje de las mujeres Esquimales; dice que las formas femeninas, cuyo mérito escultórico consiste en ciertos pleonasmos de contorno que no caben en el prosáico vestido del varón, pierden todo su encanto natural. Y la Sociedad alega que los pantalones y el *sport* en la mujer la desenfemeninan y hombrean; y por último, la Higiene abre su gran libro estadístico, para probar con resultados de observación, que el traje masculino, cuando no viste formas masculinas, tiene sus inconvenientes, y como quiera que la mención de esos inconvenientes se la guarda la Higiene para exponerlos en la Clínica, resulta que los profanos nos quedamos en ayunas de inconvenientes.

A mí me estan dando ganas de despedir de este jurado á la Estética. ¿Qué género de fe pudiera darse á la opinión de una autoridad tan tornadiza y versátil, Madre de la Moda, que es como decir, abuela del capricho? Que comparezca ahora mismo la Estética á probarnos, con argumentos helénicos y aún con sus propias opiniones de hace tres años, la gracia que encuentra en las mangas desaforadas que actualmente impone como ideal de lo bello y de lo elegante en los vestidos femeninos. La



Bartolomé Gallotti. Autor de las pinturas del templo de San Felipe de Jesús.

cuestión de Estética no es en caso como el presente, sino cuestión de óptica. La primera mujer que usó ampollas en los brazos fué silbada. Hoy, que todos los brazos andan en sus vejigas, nos parecen las tales la quinta esencia del buen gusto, por más que sean un estorbo insuperable para la aproximación de los seres en la efusiva institución del abrazo.

Si la moda llegase á cundir, (de ello nos libre quien pueda), y todas las mujeres cambiasen el traje talar por los arreos masculinos, nuestra retina, habituada al espectáculo, llevaría á los órganos sensorios una impresión normal, que luego se convertiría en sensación grata, y al fin despertaría la emoción estética. Nos haríamos un poco turcos en cuanto al ideal indumentario, y acaso, como los hijos de la feliz Arabia, adoptaríamos para

cubrirnos, lo que la mujer quiere abondonar: las ropas talares.

Shakespeare, cuyo instinto estético está por sobre toda crítica, nos demuestra con personajes animados, puestos á vivir por su genio, que el amor, poeta y astuto consumado, no se resfría, sino que más bien se exalta ante la mujer vestida de lo que no es. Orlando, el caballero bardo y atleta que ama á Rosalinda, y que cuelga los árboles con madrigales en loor suyo, y escribe su bello nombre en la corteza de los olmos, y se la pasa haciendo otras niñerías de amor por ella, la encuentra en el bosque vestida de paje, y aunque no la reconoce, se siente arrastrado por secreta simpatía hacia el pajecillo, y consiente en dejarse sanar por él de su amor por Rosalinda; resultando de este «similia similibus curantur,» lo contrario de lo prometido; á saber: que más se enamora Orlando de Rosalinda mientras más quisiera olvidar á Rosalinda, Orlando.

A esto se dirá que resta por averiguar si los Ganimedes de ahora no llegaran á perder el aire mirrino, la gracia felina que Rosalinda supo conservar bajo sus ropas de paje. Resta saber si los ejercicios calisténicos, el *sport* vigorizador á que la mujer se entrega actualmente, con tan buen éxito para su desarrollo físico y hasta para su temple de ánimo, no llegarán á virilizarla demasiado; en cuyo caso témese que la mujer pierda un considerable tanto por ciento del poder que su debilidad y su mimo le dán sobre el hombre.

Yo no consiento en que se me considere partidario de la tramutación aparente de la mujer en hombre; pero examinando el caso desde el punto de vista fisiológico, me resisto á creer que la ley de la naturaleza, que nada tiene que ver con los caprichos de la moda, detenga las atracciones imperiosas de los sexos por cuestión de pura moda. En los tiempos bíblicos, todos, mujeres y hombres vestían talares ropas; y valgan las Sagradas Escrituras, se amaba lo mismo y diz que aún más que ahora, que nos diferencían pantalones y refajos. Los salvajes de tierras cálidas no usan sino una misma primitivísima *toilette* para ambos sexos; y por allá anda el amor haciendo de las suyas como en todas partes. Cuestión de óptica; nada más que costumbre del órgano visual.

Recalcando siempre sobre la anterior declaración de mi neutralidad en el asunto, no puedo dejar de exponer aquí un cargo contra mi propio sexo, reo de ciertas injusticias en detrimento de la mujer, y una de estas injusticias viene á ser, en parte, agente impulsador para la reforma en el vestir que proclama la *mujer nueva*.

Citaré un caso de ayer no más; crónica de hace pocos días. Un operario de los que componen el alumbrado eléctrico en las calles de Brooklyn, tocó accidentalmente un hilo vivo de la luz eléctrica. El choque fué terrible, y el pobre mozo cayó al suelo como muerto. Acudió prontamente la ambulancia, se lo llevó al Hospital, se le tendió en la mesa de examen, y al irle á auscultar el corazón el facultativo, recibió este á su vez un choque inesperado. No fué por cierto, choque de electricidad lo que sacudió al bueno del Profesor, sino un choque de sorpresa. ¡Había descubierto que el paciente era una mujer! Vuelta en sí, la infeliz confesó lo que ya no podía ocultar, agregando que había adoptado los vestidos de hombre porque con los de su sexo ganaba menor salario, pues el trabajo de la mujer, por más que sea igual al del hombre, se considera inferior, á la hora de pagarlo.

Resumiendo: la Estética, en punto á vestidos no tiene leyes permanentes; la higiene se contradice á menudo, y la Sociedad no sabe las más de las veces lo que se pesca, pues en ocasiones va corriente arriba cuando el espíritu del progreso echa corriente abajo, hacia la ancha mar de las amplias ideas.

Queda la cuestión de gustos. ¿No le parece bien al lector la mujer vestida de hombre?

Estamos de acuerdo; pero si todas se pusiesen los pantalones, no por eso habría yo de calarme el habito y meterme á fraile.

N. Bolet Peraza.



Domadores de serpientes.

Tetuán, la ciudad blanca. Era la primavera, el crepúsculo de Mayo, la paz de las inmóviles tardes color de rosa. Sobre las terrazas, sobre las viejas, pequeñas cúpulas, sobre el conjunto de las viejas casitas centenarias, se extendía la blancura infinita de la cal; por doquiera se extendía el misterio de esta misma sábana blanca. Lentos paseantes, vestidos de exquisitos matices, pasaban mirando sus sueños, y sus ojos negros, magníficos, no parecían ver las cosas de la tierra. El ocaso alumbraba dorado, alumbraba color de rosa, y, en los recodos de las viejas casas sin forma casi y sin edad, la cal poco á poco tornábase azulada como nieve entre sombras.

Había transeuntes de oro viejo, de verde pálido ó de color de salmón: transeuntes de azul y transeuntes de rosado; otros que habían escogido los más raros é indecibles matices; todos majestuosos y graves, rostros de bronce y mirada intensamente negra. Aquí y allá brotes de frescas plantas primaverales: mastuerzos, resedas, botones de oro, reventando nacidos y floridos al azar, sobre las viejas tapias. Mas la muerta blancura de la cal dominaba todo; parecía alumbrar, reflejando luz atenuada, el profundo cielo dorado, ya luminoso. Ni sombras duras, ni contornos precisos, ni colores sombríos; sobre esa blancura de todo, los seres vivos, en lento movimiento, sólo hacían pasar tintes claros, extrañamente claros, frescos como visiones ultra-terrestres, todo atenuado y amalgamado en la tranquila luz; no había de negro más que todos esos grandes ojos soñadores.........

Inauguración del templo de San Felipe de Jesús. —Vista del exterior.

A lo lejos se oía preludiar la flauta muy triste, muy triste, y el sordo tamboril de los domadores de serpientes. Entonces los lentos paseantes, que antes caminaban sin rumbo por el blanco dédalo, se dirigieron poco á poco hacia el mismo punto, respondiendo al llamamiento de aquella música.

En una amplia plazuela, en el linde de la ciudad, habíanse colocado los domadores. Desde ahí en las profundidades que tomaban tintes azules, veíanse sucesiones de líneas blancas y casi sin contornos, que eran terrazas, algo como un desprendimiento de blocs de nieve, que era Tetuán semi-perdido en los vapores de la tarde de Mayo.

Sus hombres de largas túnicas hacían círculo en torno á los domadores. Y los domadores desnudos y salvajes, cantaban y danzaban agitando su rizada cabellera, danzaban como sus serpientes, retorciendo su busto leve al compás de su música de flautas. Y todo era bello, desde el cielo hasta el más humilde camellero de brazos bronceados, que miraba soñando, sin ver.

Yo permanecía allí entre ellos, sin apreciar las duraciones, embebido como ellos, y reposándome un poco por casualidad, en medio de aquellos inmóviles, ignorantes de las horas que pasan.

Y los tamboriles, las tristes flautas—y toda esta Africa ejercían sobre mí su encanto arrullador, tán magníficamente como otra vez, en mis lejanos años juveniles......

Verdaderamente, es siempre este país el que me canta, con dulcísimo ritmo, la universal canción de la muerte......

Pierre Loti.



El que no está preparado á la desesperación, no está preparado á la vida.

Goethe.

LA CONSAGRACION DEL TEMPLO DE SAN FELIPE DE JESUS

Notas curiosas.

El miercoles último, en la mañana, efectuose la solemne consagración del nuevo y hermoso templo de San Felipe de Jesús: una verdadera preciosidad artística situada en la principal avenida de la capital y destinada sin duda á convertirse en el *rendez vous* de las damas piadosas de la buena sociedad. Hizo esta consagración el Señor Arzobispo de México, ante escasa concurrencia y revestido de riquísimos ornamentos.

El acta de la consagración, escrita en pergamino, decía así:

"En el día 3 de Febrero de 1897, yo Arzobispo de México, consagré esta Iglesia y Altar en honor de San Felipe de Jesús, encerré con él las reliquias de los santos mártires, y concedí á los fieles cristianos, que hoy visiten la misma, un año, y á los que lo hagan en el día aniversario de esta consagración, cuarenta días de verdadera indulgencia, en la forma acostumbrada por la Iglesia."

Este documento está sellado y firmado.

Como se sabe, el rico templo fué inaugurado con toda solemnidad y pompa el viernes último. Ahora bien á reserva de ocuparnos de esa suntuosa inauguración de la cual hallarán nuestros lectores nota completa en otro lugar, vamos á dar aquí algunos detalles relativos al origen y forma de las consagraciones para que se formen idea de la ceremonia del miércoles y conserven en un periódico que como el nuestro es de colección y recuerdos, datos curiosos é instructivos como estos que en seguida transcribimos:

Es de tradición apostólica la consagración de los templos, pues se inició en los primeros tiempos de la iglesia.

Los apóstoles y primeros cristianos y su sacerdotes, hacían sacrificios en casas y pretorios y más tarde, se erigieron templos haciéndose solemnes fiestas en su dedicación.

En la antigüedad, dicen los Padres de la Iglesia, que hubo una sombra ó figura de esta consagración, en los siguientes episodios:

El Exodo dice que Moisés, por orden del Señor consagró no sólo el tabernáculo sino también el altar, los vasos y los instrumentos usados en el sacrificio.

En la ley natural se habla de la escala de Jacob, quien al despertar de su sueño tomó la piedra donde había reclinado la cabeza, la ungió y la consagró, llamandole lugar santo. También á su vuelta de Mesopotamía, junto á Bethel, cuando el Señor lo bautizó con el nombre de Israel, bendijo el lugar donde se verificó ésto, y sobre él ofreció sacrificios.

Siempre han concedido los cristianos gran importancia á la ceremonia de la consagración, diciendo que ella representa la santidad que consiguió la Iglesia por la Pasión de Cristo, haciendo tan solemne esta ceremonia como la de la dedicación de los templos, que dura ocho días.

En Roma se celebran las dedicaciones de los templos de Santa María la Mayor de la iglesia lateranense, de San Pedro y otras. La iglesia Hierosolimitana celebra anualmente la dedicación del templo llamado «El Gran Martirio,» que fué edificado por el Emperador Contantino.

Las iglesias de Toledo, Tarragona y las otras principales de España celebran la dedicación de sus templos, y en Zaragoza se celebra el 12 de Octubre, la dedicación de la Virgen del Pilar, en su metropolitana iglesia, con solemnísimo octavario.

Los judíos también consagraban y dedicaban sus templos.

Para justificar estas consagraciones de lo inanimado, los creyentes se apoyan en textos de San Agustín y Salomón, diciendo que aunque la iglesia y templo sea inanimado, por la consagración adquiere una espiritual virtud, que hace aquel lugar apto é idoneo para el culto divino.

La ceremonia es tan imponente como larga y de ella daremos solo la fisonomía principal.

En el momento de la consagración que es secreta, toda la gente desocupa el templo, quedando adentro el diácono á puerta cerrada. El prelado consagrante bendice el agua y la sal, con bendición ordinaria y con un manojo de yerba de hisopo, rodea la iglesia por fuera rociándola con agua bendita. Llega el consagrante á la puerta y la hiere, con la parte inferior del báculo, diciendo aquellas palabras de David. *Atollitas portas principes vestrae*, etcétera.

Hace lo mismo segunda y tercera vez; con esta diferencia, que en la primera rocía los cimientos, en la segunda á medio cuerpo, rocía las paredes, y en la tercera rocía á la mayor altura posible las mismas paredes. Toca á la puerta en forma de cruz dos veces más y el Diácono abre.

El señor Arzobispo y sus ministros entran diciendo *Pax huic domine etc.* y puesto en el medio de la iglesia, comienza el Himno *Vená Creator Espiritus etc.*, se rezan las letanías y entretanto uno de los ministros esparció ceniza por el suelo formando una cruz. El consagrante escribe en ella los abecedarios griego y latino para significar la unión de las dos iglesias griega y latina.

En las paredes del templo hay doce cruces de latón, teniendo luces enfrente de ellas.

Después de la cruz greco latina se bendice otra agua con sal, vino y ceniza, se consagra el altar, da el oficiante tres vueltas á la iglesia, se ungen las doce cruces y se colocan las reliquias en el lugar que está reservado en la mesa del altar.

Una vez puestos los manteles el celebrante dice misa revestido con flamante ornamento.

Dispuesta la urna en que se encierran las reliquias del Santo bajo cuyo título se dedica la iglesia, y cuyo nombre se invoca en casi todas las oraciones y bendiciones, se preparan el Santo Crisma, el óleo de catecúmenos, dos libras de incienso, y cuya mitad está en grano, el incensario con navecilla, un bracerillo con brasas ardiendo, un vaso grande con cenizas, otro con sal, otro con vino, un aspersorio de yerba de hisopo; manteles de lienzo grueso, otra cubierta de lino encerrada, cinco cruces pequeñas para el altar, hechas de pequeños cerillos; espátulas de madera; cal y arena para hacer la mezcla ó composición con que se forma un cemento y cerrar el sepulcro de las reliquias y las junturas de la mesa del altar; dos cirios encendidos y vasija con agua, miga de pan, toallas, otros dos vasos con agua que han de bendecirse, y los ornamentos y vasos sagrados que han de pertenecer al culto en la iglesia, además de los paramentos que ha de usar el Arzobispo en la consagración.



El nuevo templo de San Felipe de Jesús.—Cabecera opuesta al altar.



El nuevo templo de San Felipe de Jesús.—Arcos de la nave central.

Al presentarse el Arzobispo consagrante, reconoce la iglesia instalándose en un sitial bajo, que estará en el centro de la nave central. Después sale de ella con los que le acompañan, quedando solo un diácono revestido, y se cierran las puertas.

El Arzobispo con sus auxiliares, va al lugar donde están las reliquias, reza los siete salmos penitenciales, se reviste de amito, alba, cíngulo, estola y capa, pluvial; la mitra y el báculo, vistiendo los paramentos el diácono y subdiácono, y sobrepelliz los acólitos y familiares.

Terminado esto, se dirige el Arzobispo á las puertas de la iglesia é invoca á la Santísima Trinidad, pidiendo al Señor que prevenga y ayude sus acciones, se postra sobre otro sitial de cerca de la puerta, en la parte de afuera, mientras en el coro se entona la letanía de los santos. Se levanta, bendice el agua y la sal, se rocía con ella á sí mismo y á los circunstantes.

El arzobispo oficiante penetra sólo con los ministros, los cantores y los que han de cerrar la urna de las reliquias, dejando á los demás asistentes fuera del templo y volviendo á cerrarse las puertas. Luego que entra el consagrante anuncia la paz á aquel lugar y los cantores la invocan con una antífona.

El Arzobispo se postra y los cantores prosiguen las letanías que comenzaron afuera. Antes de concluirse, el oficiante se pone en pié y dice: «que te digues visitar este lugar.» El coro responde: «te rogamos óyenos.» Y el Arzobispo dice: «que te dignes establecer en él la guarda de tus ángeles.»

Después, haciendo la señal de la cruz con la mano derecha sobre el templo y el altar, dice: «que te dignes bendecir esta iglesia y este altar que se ha de consagrar á tu honor y bajo el título de San Felipe de Jesús.»

Hincado el oficiante ante el altar mayor, pronuncia las palabras:

"El señor sea en nuestro auxilio," y el coro responde: Señor, dáos prisa á ayudarnos." Dice por tres veces el Gloria Patri y comienza á exorcizar y bendecir la sal y el agua, y después la ceniza, con exorcismos, preces, oraciones y bendiciones propias, mezclando la sal, la ceniza y el agua con el vino que bendice, é invocando el auxilio divino.

El oficiante hace después otras muchas ceremonias y reza oraciones, llega á consagrar el altar, sobre cuya mesa hace la señal de la cruz, y después pone cinco cruces.

Concluido esto, el consagrante dice: «vió Jacob una

escala, cuya extremidad tocaba á los cielos, y á los ángeles que bajaban, y dijo: verdaderamente este lugar es santo.»

Siguen á esto dos oraciones y un prefacio que canta el consagrante, con bendiciones, todo lo relativo á la dedicación de la iglesia, á los divinos misterios que en ella se han de celebrar y á las gracias que el Señor dispensa á los fieles en el lugar santo, se llega al altar y en él hace con la misma agua bendita, cal y arena, la mezcla con que se han de cubrir las junturas de la lápida bajo la cual quedarán las reliquias, sale en procesión al lugar en que la víspera quedaron reservadas las reliquias y se lleva el Crisma hasta las puertas de la iglesia.

Se cantan los «kiries» y se leen los decretos del Concilio Tridentino.

Se levanta, en presencia del fundador, el documento ó instrumento público que corresponde.

El consagrante se dirije después á las puertas de la iglesia, las unge, mojando el dedo en el Santo Crisma y haciendo con él la señal de la cruz por fuera, diciendo: "En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, seas ¡oh puerta! bendita, santificada, consagrada, consignada y encomendada al Señor Dios, seas ¡oh puerta! la entrada de la salud y de la paz, seas puerta pacífica, por aquel que se dignó llamarse Jesucristo Nuestro señor.»

Después de pronunciadas las anteriores palabras, los presbiteros levantan el féretetro de las reliquias y entrando en procésión á la iglesia, el coro entona esta antífona: «entrad Santos de Dios, pues preparada está por el Señor la habitación de vuestra silla, el pueblo fiel, con gozo sigue vuestro camino, para que roguéis por nosotros á la Majestad del Señor.

El Arzobispo, al cerrar el sepulcro en que se depositan las reliqias dice: «sea consagrado y santificado este sepulcro: en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Sea la paz para esta casa.»

El consagrante recorre después todo el templo y frente á cada una de las doce cruces que están en las paredes dice: «Sea santificado y consagrado este templo: en nombre del Padre y del Hijo y del Espíri tu Santo, en honor de Dios y de la gloriosa Virgen María y de todos los San tos; al nombre y memoria de San Felipe de Jesús. La luz sea para tí.»

Mientras el consagrante se lava las manos, los subdiáconos limpian la mesa del altar, presentan los mánteles con que ha de cubrirse y los vasos y ornamentos destinados al culto, para que sean bendecidos.

Tales son las principales ceremonias, cada una de las cuales tiene su significación especial, que no trascribimos porque nos extenderíamos demasiado. Merced á ellas el hermoso templo dedicado al proto martir Mexicano está en aptitud de amparar bajo sus naves las plegarias de la piedad y de la fe.

México cuenta con un templo más, y el arte patrio con una nueva obra que lo honra.

Datos biográficos de San Felipe de Jesús.

Los que van á leerse son entre los más reputados como exactos, por haber sido escritos por el cronista de la orden de San Francisco Fray Baltasarde Medina.

Según todas las pruebas recogidas, Felipe de Jesús nació el 1º de Mayo de 1575, en la ciudad de México, siendo sus padres Alonso de las Casas y Mariana Alvarez, naturales de Illescas (España.) Pasaron á Nueva España y Don Alonso enriqueció por medio de su trabajo, dedicándose al comercio.

Fué este señor uno de los primeros familiares del Santo Oficio y del Tribunal de Fe en el año 1571.

Del citado matrimonio nacieron además de Felipe, cinco hombres y cuatro mujeres de los cuales Juan de las Casas que salió en busca de su hermano, murió martirizado por los bárbaros en Filipinas y Francisco tomó el hábito de Agustino, y de su muerte, dícese que acaeció la coincidencia de que fuese el día de la fiesta de San Francisco.

El Padre de Felipe murió en 1599 y por su testamento se ve que el santo, á quien estamos biografiando nació en una casa de la calle del Arco de San Agustín, que Don Alonso dió en dote á Doña María de las Casas; hermana de Felipe que casó con un comerciante rico.

No hay constancia en los libros parroquiales de la fecha en que se bautizó Felipe de Jesús; pero la pila bautismal que hasta la fecha se conserva hace creer que tal ceremonia se verificó en los primeros días del citado mes de Mayo.

Felipe, á la muerte de su padre, era fraile menor y tal vez por esta circunstancia que lo incapacitaba para la herencia, no hay en el testamento de Don Alonso de las Casas ninguna cláusula que á él se refiera.

Felipe era el primogénito de la familia según todas las probabilidades.

Acerca de esta no se conserva sino datos cómicos, en los que se hace aparecer á San Felipe como un chicuelo muy travieso de quien su *cuidadora*, una negra, decía que sería santo cuando retoñara la higuera que aun existe en la casa núm. 5 de la calle q ue hoy lleva el nombre del mártir mexicano y que fué la habitada por sus padres en aquella época.

Ya en la adolescencia se sabe que sus padres lo dedicaron á aprender el oficio de *platero*, sin duda por inclinación de Felipe, pues su padre era bastante acaudalado para necesitar hacer de su hijo un artesano

Pocas constancias hay de esto, y los biógrafos comienzan á seguir firmemente la vida de Felipe de las Casas, desde que ingresó al colegio *Máximo de San Pedro y San Pablo* con el fin de estudiar latinidad.

Del colegio citado. San Felipe pasó al convento de Santa Bárbara, en Puebla, donde tomó el habito de los franciscanos de la orden reformada de descalzos.

El carácter inquieto de Felipe toma más grandes proporciones en la adolescencia y antes de *profesar* abandonó el convento, causando con esto tan grave disgusto á su padre, que éste, con férrea energía encontró en tal deserción, motivo bastante paro confinarlo á Filipinas, donde lo consignó con recursos y recomendaciones para que se dedicase al comercio, aunque hay algunos que sospechan pasó á Manila con plaza de soldado.

Si esto es así, ó si simplemente obedeciendo á las costumbres de la época, Felipe, mercader, se disfrazó de soldado alguna vez, lo cierto es, que joven, apuesto y de carácter rápido, se adiestró en el manejo de las armas.

En Manila el bizarro mancebo, gastó gran parte de su caudal en verdaderas calaveradas, hasta que hastiado de aquella vida de disipación, volvió á tomar el hábito en el convento de Santa María de los Angeles de Franciscanos descalzos.

Pasó el año de prueba y en 22 de Mayo de 1594 profesó, trocando su apellido de las Casas, por el sobrenombre *de Jesús*.

En la profesión de pobreza, renunció Felipe á todas las posesiones y riquezas.

Desde que volvió á ingresar al convento, su vida—dicen los cronistas—varió enteramente y se distinguió notablemente por su humildad, virtudes y penitencia asidua.

Reconcialiados los Padres de Felipe al saber que había profesado, gestionaron lo necesario para que regresase á Nueva España y el prior de su convento de Manila, le ordenó que se embarcase en el Galeón San Felipe, en 12 de Julio de 1596.

Acompañaban á San Felipe en este viaje siete sacerdotes más, y todos admiraban las virtudes y energía del recién profeso.

Apenas dado á la mar el Galeón San Felipe, se desataron—dice el cronista—terribles tormentas, en el cielo apareció un cometa cuyo núcleo tenía la forma de cruz, grandes y monstruosos peces rodearon la embarcación y por fin, después de muchas fatigas y larga navegación, llegaron á las playas de la provincia de Tosa.

El galeón encayó y como si esta contrariedad no fuese bastante, el Gobernador de la Provincia previno á los navegantes que no saldrían de allí sin orden del Emperador.

La leyenda cuenta muchos y muy grandes prodigios que procedieran al martirio, la tierra tembló, los templos de los japoneses quedaron destruídas, llovió ceniza etc., pero esta crónica ya es demasiado larga, para que nos detengamos á narrar tantos episodios de la tradición; así es que llegaremos al momento del martirio.

El Gobernador de la Provincia permitió que seis religiosos, entre ellos Felipe, fuesen á Mecao en busca del Emperador.

En el camino predicaron, catequizaron á unos dieciocho japoneses, y esto, unido á los informes que habían dado los favoritos ambiciosos del Emperador Taycozoama hizo que el cargamento de la tripulación se embarcara, y el tirano, en la creencia de que la llegada de los sacerdotes era presagio de arribo de conquistadores, resolvió matarlos, condenándolos primeramente á sufrir la amputación de las orejas y después á morir en una cruz, atravesados por bárbaras lanzadas.

San Felipe fué el primero que murió de los veintiseis mártires ejecutados, recibiendo tres lanzadas en los momentos en que ya lo asfixiaba una de las argollas de la cruz, y aseguran sus panegiristas que murió dando muestras de regocijo y bendiciendo á Dios.

Cuando Felipe murió tenía 25 años de edad.

La beatificación de Felipe fué decretada por el Papa Urbano VIII, el año 1627 y su canonización se verificó en 1861.



San Felipe de Jesús.—Proyecto primitivo de B. Gallotti para el gran cuadro del altar principal.

PAGINAS OLVIDADAS

ANTE EL ANFITEATRO DE ROMA.

......Yo, para distraerme, empecé a fingirme allá, en la mente una fiesta del Anfiteatro. No era la inmensa mole este inmenso cadáver. Aquí se levanta una estátua allá un trofeo, acullá un monolito traído del Asia ó de Egipto. El pueblo-rey entra por los vomitorios, después de ha berse bañado y perfumado en las inmensas termas, subiendo hasta la cima, para desde allí repartirse en las respectivas gradas que de antemano le estaban señaladas. A un lado se veía la puerta sanitaria por donde vienen los combatientes; á otro lado la puerta mortuoria por donde sacan á los muertos. Los gritos de la muchedumbre, los agudos sonidos de las trompetas, se mezclan con el aullar y el rugir de las fieras. Mientras llegan los senadores y el César, algunos empleados de baja esfera municipal, reparten entre el pueblo garbanzos tostados, que llevan, como nuestros feriantes. en esportillas. El suelo reluce con polvos de oro, de carmín, de minio, para dismular el color de la sangre, mientras templan la luz grandes toldos de oriental púrpura, que entonan todo el espectáculo con sus encendidos reflejos.

Los senadores van ocupando las gradas más bajas. Tras de ellos colócanse los caballeros. Más arriba los padres de familia que han dado al imperio cierto número de hijos. En las gradas superiores el pueblo. Y por último, coronándolo todo, las matronas romanas, vestidas de ligeras gasas, cargadas de riquísimas joyas, embalsamando los aires con esencias que vierten de pomos de oro, y enardeciendo los corazones con sus palabras de amor y sus voluptuosas miradas.

Mientras los espectadores aguardan al César, que debe dar la señal del comienzo de la fiesta, entréganse á toda suerte de murmuraciones. Mira aquel glotón. Ayer se le quemaron los jardines de Pompello, y es tan rico, que no sabían fuesen suyos. Lolia Paulina lleva sobre el cuerpo en esmeraldas, sesenta millones de sextercios, pequeña suma en comparación con las infinitas robadas por su abuelo á las opresas provincias. Aquel que acompaña siempre al César, hurtó en cierta cena de Claudio, una copa de oro. Estos calaveras saludan al orador Régulo, porque temen el veneno destilado de su víbora lengua. El tiene honores, mientras generales que han vencido á los bárbaros y han muerto en defensa de Roma, están hace diez años insepultos. El médico Eudemio llega, no tardarán ciertamente en aparecer sus pupilas de corrupción y de amancebamiento. Mira aquella niña: tiene ocho-

años y no es virgen. Su ilustre madre, con pertenecer á una de las familias romanas más nobles, se ha borrado de la lista de las matronas y se ha inscrito en la lista de las prostitutas.

Pero viene el César y el pueblo lo aclama, siempre agradecido á las fiestas, y, sobre todo, á las matanzas. Los sacerdotes y las vestales consagran sacrificios á los dioses protectores de Roma. La sangre corre; las entrañas de las víctimas se consumen y se disipan prontamente en el fuego sagrado, suenan los coros y la música, vocifera nuevamente la muchedumbre; á una seña imperiosa aparecen los gladiadores, que saludan á todos con la sonrisa en los labios, como si les aguardara festín sabrosísimo, en vez de la implacable muerte.

Divídense estos infelices en varias categorías. Los esedarios guían carros pintados de verde. Los mirmillones se ocultan trás redondos escudos de hierro, por uno de cuyos lados muestran afiladísimos cuchillos. Los requiarios tiran al aire y recogen con gran habilidad sus tridentes. El traje de éstos, vistosísimo, es: túnica roja, borceguíes celestes, casco dorado, que remata un luciente pez. Los ecuestres recorren con gran agilidad en sus caballos el circo. La luz se refleja en los petos de acero y en los collares y en los brazaletes. Sus túnicas son multicolores y recuerdan los trajes orientales. Los bestiarios vienen los últimos, todos escogidos entre los más hermosos, todos desnudos, todos imitando en sus actitudes, artísticas posiciones de clásicas estátuas, todos saludados con mayor frenesí por el pueblo, porque son los más fuertes, y los más expuestos y los más valientes.

Han nacido en las montañas, en los desiertos, entre las caricias de la naturaleza, respirando el aire puro de los campos y la sagrada libertad. La guerra y solamente la guerra ha podido arrancarlos á su patria. Ya en Roma los han cebado para que tuvieran sangre, sí, sangre que ofrecer en holocausto á la majestad del pueblo romano. Allá en la ergástula, quizá muchos de los que ahora van á herirse ó matarse entre sí han contraído estrechísimas amistades. Quizá muchos son hermanos por la naturaleza, hermanos por el sentimiento, y habrán de herirse, habrán de inmolarse, cuando unidos en los mismos afectos, podrían hundir las espadas en las entrañas del César, y vengar á su gente y á su raza.

Pero ya se acechan, ya se buscan, ya se amenazan, ya se enredan y se empeñan bárbaramente en cruentísima pelea. Si alguno, movido de miedo por sí ó de compasión por su contrario, retrocede, el maestro del circo le clava un botón de hierro candente en las desnudas carnes. La roja sangre cae y humea por todas partes. Uno se ha resbalado en ella. El pueblo grita creyéndole muerto, y le silba cuando se levanta vivo. Este se desmaya después de esfuerzos gigantescos para sostenerse de pié. Aquel cae desplomado de una sola herida sobre su escudo. El otro se retuerce en dolores infinitos, y tiene el estertor de una agonía epiléptica Dos se han herido mortalmente entre sí; pero al caer, soltando sus espada, se han abrazado para sostenerse y auxiliarse en la muerte. Miembros mutilados, tripas rotas, sollozos de agonía, estertores de moribundos, rostros contraídos de muertos, últimos suspiros mezclados con quejidos, gritos de rabia y desesperación; todo esto es grandioso espectáculo para el pueblo romano, que grita, palmotea, se embriaga, se enfurece, sigue con nerviosa atención el combate, saltándole los ojos de las órbitas como para ver más la matanza, abriendo las narices y el pecho para recoger los vapores de la sangre.

La cólera, sí, la cólera flotaba como única pasión sobre toda aquella carnicería. La escultura antigua, generalmente de una severidad tan olímpica, nos ha dejado la imagen viva de esta cólera en la escultura del gladiador combatiente. Dilátanse sus ojos, sóbre los cuales como que extienden tempestuosa nube las fruncidas cejas. Sus miembros robustísimos adquieren una infinita tensión. La cabeza se avanza hácia adelante inclinada sobre el pecho, á fin de parar los golpes. Su cuerpo está en actitud de lanzarse á la pelea sostenido sólo por el pie derecho. El brazo izquierdo amenaza, en tanto que el puño derecho, fuertemente contraído, se apercibe á dar un golpe mortal. Aquella estátua es la imagen viva del odio. Y el odio contínuo ha engendrado en torno de Roma espesísima nube de cólera, de maldiciones, que tuvieron su satisfacción terrible en la noche apocalíptica de las venganzas eternas, en la noche de las victorias de Alarico, y de las orgías de los bárbaros, los hijos de los esclavos y de los gladiadores.

¿Quién, quién puede extrañar los castigos de Roma? Toda su fuerza, toda su majestad, toda su grandeza han sido destruidas por una idea. Allá en las catacumbas se ocultan oscuros sectarios que quieren oponer al sensualismo antiguo el espíritu, á la religión pagana y al Imperio dogmas que Roma no podía admitir sin perecer.

Esos sectarios huyen de la luz del día y se encierran temerosos en las catacumbas: Allí pintan el Buen Pastor que les guía á la eternidad, la palma que les anuncia el término del gran diluvio de lágrimas en que se ahoga nuestra vida. Allí entonan himnos á un tribuno obscuro, pobre, débil, que no ha sabido matar como los conquistadores, sino morir humildemente en ignominiosa cruz. De allí han salido estos confesores de la nueva fe, para sellarla con su sangre sobre las arenas de este mismo circo. El anciano, el joven, la tierna doncella han oído sin estremecerse el maullar del tígre asiático, el rugir del león africano. Las fieras hambrientas han salido de las grandes jaulas que todavía en los cimientos del circo se ven, y han clavado sus garras y sus dientes sobre los cuerpos indefensos de los mártires. Mientras se repartían las panteras, las hienas, los tígeres, los leones sus restos palpitantes; mientras bebian con furor insaciable la sangre, los romanos aclamaban al César, creyendo que con aquellos miembros devoraban las fieras una superstición, y con aquella sangre se bebían las fieras una idea. Y los césares han muerto, y los pretorianos se han dispersado, y las piedras del Coliseo han caído y una nueva idea ha reemplazado á las antiguas ideas, que convirtiéndose de perseguida en perseguidora, ha intentado á su vez destruir nuevas sectas, ahogar nuevas creencias, no pudiendo llegar con sus excomuniones, ni con su inquisición ni con sus tormentos, al dieco inmortal del espíritu humano, que brilla eternamente entre las ruina y entre los dioses, entre los pueblos que mueren y los pueblos que empiezan, entre las creencias y los dogmas, como el sol penetra entre los coros de los mundos.

EMILIO CASTELAR.


San Felipe de Jesús.—Proyecto de B. Gallotti adoptado y llevado á cabo.

Todo lujo juicioso constituye una especie de reserva para las circunstancias imprevistas y los tiempos de necesidad.

Paul Leroy Beaulieu.

JONATHAN Y SU CONTINENTE

(Fragmentos.)

AMERICA cuenta en la actualidad sesenta millones de habitantes...... la mayor parte de ellos coroneles.

Si la tierra es pequeña, la América es grande, y los Americanos...... *inmensos!*

Este gigantesco país fué descubierto, en el siglo XV, por Cristobal Colón, que había dado ya pruebas de un genio de invención extraordinario, haciendo que los huevos se mantuviesen de pie sobre las mesas.

He aquí, el decir de un célebre humorista americano, como realizó el descubrimiento de América.

El rey de España charlaba una noche con Cristobal Colón. Repentinamente, sorprendido por una idea luminosa, dijo Su Majestad á Colón:

—Colón ¿por qué no vas á descubrir la América?

—Iría, Señor, si Vuestra Majestad me diese un barco.

Cristobal Colón obtuvo un barco é hizo vela hacia el sitio en que imaginaba que se encontraba la América. Los marineros, al cabo de algunos días de viaje, comenzaron á quejarse y declararon que no creían que hubiese tal América.

Colón se mantuvo firme.

Después de largas jornadas de navegación, el piloto vino á decir al gran navegante:

—Colón, veo tierra.

—Debe ser América, contestó Colón.

—¿Estás cierto?

—Nada más sencillo que confirmarlo, dijo Colón con calma; veo en la orilla una gran cantidad de indígenas y vamos á preguntárselo.

Colón desembarcó inmediatatamente en una lancha con algunos marineros y se dirigió á los salvajes.

—Eh! amigos ¿es aquí America?

—Exactamente contestaron los salvajes.

—¿Y vosotros sois todos americanos, supongo?

—En efecto.

En seguida llegó la vez de preguntar el jefe de ellos á Colón.

—Y tú ¿serías por casualidad Cristóbal Colón?

—El mismo! Lo has adivinado.

Entonces el jefe, volviéndoe á sus camaradas les dijo:

—Amigos míos, no tenemos que ocultarle: estamos descubiertos.

Colón, encantado por el excelente éxito de su empresa, volvió á España á dar parte al rey de su descubrimiento.

Un inglés se jactaba un día ante un francés de la inmensidad del imperio británico:

—Sí señor, exclamaba á modo de peroración, el sol no se oculta nunca en las posesiones de los ingleses.

—No me maravilla esto, respondió tranquilamente el fránces; el sol se ve obligado á tener abierto siempre el ojo sobre estos tunantes.

El sol puede, sin embargo, hacer en la actualidad el viaje de Nueva York á San Francisco é iluminar á su paso una nación libre que, en 1776, suplicó á Inglaterra que tuviese la bondad de ocuparse en sus propios negocios.

LA mérica se extiende de Este á Oeste, en una longitud de diez mil kilómetros, y aquí es llegado el momento de prevenir al lector, para el caso de que Jonathán llegase á dirigirle una de sus preguntas favoritas: ¿Dónde está el centro de la América? Podríais, en efecto, imaginaros, que partiendo de Nueva York y avanzando hacia el Oeste os encontraríais en la extremidad de América, al llegar á San Francisco. Nada de eso, allí es donde os espera Jonathán. Sabe que váis á engañaros, y si queréis agradarle, engañáos, porque le haréis llegar al colmo de la dicha, ofreciéndole una ocasión de rectificar nuestro error. En San Francisco parece que no os halláis ni á la mitad del camino, y que el centro de la América está en realidad en el Oceano Pacífico. Jonathán no ha hecho más que duplicar la extensión de su continente en 1807, época en que compró el territorio de Alaska á la Rusia, mediante la suma de cuatro millones de dollars.

No contento con estas inmensidades, Jonathán se complace en contemplar á su país á través de vidrios de aumento y es preciso admirar su patriotismo, que lo hace ver todo doble.

población, progreso, civilización, todo aquí avanza á paso de gigante. Las ciudades parecen salir debajo de la tierra. Tal población de veinte mil almas, con sus iglesias, sus bibliotecas, sus escuelas, sus bancos, era hace uno ó dos años, un pantano ó un rincón de bosque. Hoy se siguen allí las modas de París, como en Londres ó Nueva York.

Todo es grande, inmenso en América: el justificado orgullo de los ciudadanos en la joven República, esta alimentado por la grandeza de sus montes, de sus desiertos, de sus cataratas, de sus puentes suspendidos, de sus ciudades babilónicas.

Jonathán pasa su vida extasiado ante todo lo que es americano. No puede volver en sí.

Pero yo vuelvo de América y tampoco vuelvo en mí. Me siento sofocado, trastornado. Es pura fantasmagoría,



El nuevo templo de San Felipe de Jesús.—Un detalle de la nave central.



El nuevo templo de San Felipe de Jesús.—Nave lateral.

es Roberto Houdin, es á ocasiones también Roberto Macaire...... pero no anticipemos nada. Concededme el tiempo de respirar y poner en orden mis ideas, que dan una voltereta en mi pobre cerebro de europeo. No hay ya nada imposible, y los cuentos de hadas son aventurillas insignificantes al lado de lo que he visto. Todo es grande, al vapor, á la electricidad, todo vertiginoso, y no me sorprendo de que los americanos no empleen otro adjetivo que el superlativo.

Un pueblo que tiene apenas cien años de existencia y compuesto de los elementos más diversos, no puede tener rasgos caractirísceos muy acentuados.

Hay americanos, pero el americano no existe todavía. El habitante del Noroeste de los Estados Unidos, yankee, difiere tanto del americano del Oeste y del Mediodía, como el inglés difiere del alemán ó del español.

Por ejemplo, llamad á un yankee «embustero» y saldrá de su habitación diciendoos: «Lo que dice usted, caballero, no prueba nada.» Pero id hacia el Oeste y llamad «embustero» á un americano de Pensilvania, y os dará un bofetón. Id al Mediodía ó al *For West* y allí tratad á un habitante de embustero y sacará su revólver y os levantará la tapa de los sesos.

Que un ministro se permita en el púlpito algunas observaciones más ó menos hetorodoxas: el americano del Este se contentará con alzar los hombros y, al domingo siguiente, irá á orar á otra iglesia. Cuando no está contento con uno de sus proveedores, lo cambia. El americano de Pensylvania abrirá una violenta polémica en los periódicos de la localidad; el americano de Kansas aguardará al ministro á la puerta de la iglesia y le administrará una buena rociada de bastonazos.

El carácter del americano es inglés, desde el punto de vista de las contradicciones y de los contrastes, que en él están más acentuados que en el inglés. ¿Hay, por ejemplo, algo más delicioso que el modo con que Jonathán ha sabido conciliar lo profano y lo sagrado? Es aún más hábil que John Bull y esto es quizás la clave de su buen éxito.

Teníamos á bordo del paquete cinco americanos que pasaron los ocho días de la travesía jugando al *pokar*. El salón de recreo se extremecía de la noche á la mañana, con los juramentos que soltaban cada vez que arrojaban una carta á la mesa. Tenían un caudal de estos juramentos tan inagotable, que rara vez el mismo salía por dos veces de su boca. El domingo, después del almuerzo, vino una joven á sentarse al piano y se puso á tocar con acompañamiento de unos cánticos monótonos. ¿Qué sucedió entonces? Pues que los cinco jugadores fueron á colocarse en torno del piano y durante dos horas entonaron cánticos para la edificación de los pasajeros que se hallaban reunidos en el salón. Yo estaba asombrado.

En Francia tenemos personas que juran y personas que cantan salmos. La raza anglo sajona es la única que suministra personas que hacen una y otra cosa con igual aptitud...

....

MAX O. RELL.



El nuevo templo de San Felipe de Jesús.—El Púlpito.



Cuando pienso que el mundo en que estamos es un inmenso navío, que «sin cesar navega por el piélago inmenso del vacío,» como dijo el poeta, no me extraña que haya á bordo tan gente mareada.

José Echegaray.

La primera mitad de la vida se pasa deseando, y la segunda echando de menos la primera.

Alfonso Karr.

LA VIDA Y EL ARTISTA

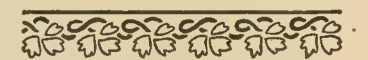
Los más grandes pintores de la naturaleza humana, los que han escrutado profundamente sus misterios, y más elocuentemente traducido sus alegrías y sus dolores, ¿fueron acaso hombres que vivieron vida apasionada y cargada de dramas del corazón?

No, sino más bien artistas de profesión, de corta experiencia, de destino casi sin importancia y de monótona vida, retraídos del mundo, y cuyas importantes aventuras fueron sencillamente sus obras.

¿En qué momento Shakespeare, por ejemplo, ha podido vivir y dejarse arrebatar por la multitud humana, él, que durante treinta años tuvo apenas tiempo para desempeñar las laboriosas funciones de autor dramático, de actor y de empresario? ¿En que época Moliére, á quien su profesión tenía separado del mundo, pudo experimentar el amor en condiciones tan mediocres y casi ridículas? ¿En qué época Balzac, ese presidario, ese forzado de la literatura, que antes de 1829 había ya compuesto una biblioteca entera de novelas firmadas con seudónimos, y que de 1829 á 1849 concibió y realizó los cuarenta volúmenes de la *Comedia humana?*

El desvío es demasiado notable en esos maestros eminentes de la observación entre la obra y la experiencia pasional, para que pueda atribuirse á tal efecto semejante causa; por el contrario, la literatura expontánea de memorias y de correspondencias, que tanto interesa á nuestra generación y que emana con frecuencia de personas que han vivido mucho y con vida muy intensa, ¿sobresale, con raras excepciones, el nivel del documento? El don de expresión es allí infinitamente raro, infinitamente raro también el don de dar colorido á esa vida, de la cual los autores han participado, sin embargo, y á la que se encuentran todavía mezclados por el rencor, los pesares, el amor propio ó el entusiasmo. Concluyamos pues, que la mejor condición de nacimiento y desarrollo para el talento literario, es una existencia mediana, mas bien reflexiva que agitada, y más de contemplativo que de hombre de acción.

PAUL BOURGET.



Cuando se ha sufrido mucho no se piensa ya. La estupidez es el golpe de gracia de la miseria.

Anatole France.



(*) Parecía bueno! ¡Limpio, muy cepilladito, con su águila á guisa de alfiler y caminando siempre por el lado de la sombra, para dejar al sol la otra acera! No tenía mala cara el muy bellaco y el que sólo de vista lo hubiera conocido, no hubiera vacilado en fiarle cuatro pesetas. Pero... crean ustedes en las canas blancas y la plata que brilla! Aquel peso era un peso teñido: su cabello era castaño, de cobre, y él por coquetería, porque le dijeran:—Es usted muy Luis XVI, se lo había empolvado.

Por supuesto que era de padres desconocidos. ¡Estos pobrecitos pesos siempre son expósitos! A mí me inspiran mucha lástima, y de buen grado los recogería; pero mi casa, es decir, la casa de ellos, el bolsillo de mi chaleco está vacío, desamueblado, lleno de aire, y por eso no puedo recibirlos. Cuando alguno me cae procuro colocarlo en alguna cantina, en una tienda, en la contaduría de un teatro; pero hoy están las colocaciones por las nubes y casi siempre se queda en la calle el pobre peso.

No pasó lo mismo, sin embargo, con aquel de la buena facha, de la sonrisa bonachona y del águila que parecía de verdad. Yo no sé en dónde me lo dieron; pero sí estoy cierto de cuál es la casa de comercio en donde tuve la fortuna de colocarlo, gracias al buen corazón y á la mala vista del respetable comerciante cuyo nombre callo por no ofender la cristiana modestia de tan excelente sujeto, y por aquello de que hasta la mano izquierda debe ignorar el bien que hizo la derecha.

Ello es que, como un beneficio no se pierde nunca, y como Dios recompensa á los caritativos, el generoso padre putativo de mi peso falso no tardó mucho en hallar á otro caballero que consintiera en hacerse cargo de la criatura. Cuentan las malas lenguas que este rasgo filantrópico no fué del todo puro; parece que el nuevo protector de mi peso—y téngase entendido que el comerciante á quien yo encomendé la crianza y educación del pobre expósito, era un cantinero—no se dió cuenta exacta de que iba á hacer una obra de misericordia, en razón de que repetidas libaciones habían oscurecido un tanto cuanto su vista y entorpecido su tacto. Pero sea porque aquel hombre poseía un noble corazón, sea porque el coñac predispone á la benevolencia, el caso es que mi hombre recibió el peso falso, no con los brazos abiertos, pero sí tendiéndole la diestra. Dió un billete de á cinco duros, devolvióle cuatro el cantinero, y entre esos cuatro, como amigo pobre en compañía de ricos, iba mi peso.

Pero ¡vean ustedes cómo los pobres somos buenos y cómo Dios nos ha adornado con la virtud de los perros: la fidelidad! Los cuatro capitalistas, los cuatro pesos de plata, los aristócratas, siguieron de parranda. ¡Es indudable que la aristocracia está muy corrompida! Este, se quedó en una cantina; ese, en la Concordia, aquel en la contaduría del teatro......... ¡Sólo el peso falso, el pobretón, el de la clase media, el que no era centavo ni tampoco persona decente, siguió acompañando á su generoso protector, como Cordelia acompañó al rey Lear. En la Concordia fué donde lo conocieron; allí le echaron en cara su pobreza y no le quisieron fiar ni servir nada.

La única moneda buena se escapó entonces con el mozo—no es nuevo que una señorita bien nacida se fugue con algún pinche de cocina—y allí quedó el pobre peso, el que no tenía ni un real, pero sí un corazón que no estaba todavía metalizado, acompañando al amparador de su orfandad, en la tristeza, en el abandono, en la miseria......... ¡Lo mismo que Cordelia al lado del rey Lear!

¡De veras enternecen estos pesos falsos! Mientras los llamados buenos, los de alta alcurnia, los nacidos en la opulenta casa de moneda, llevan mala vida y van pasando de mano en mano como los periodistas venales, como los políticos tránsfugas, como las mujeres coquetas; mientras estos viciosos impenitentes trasnochan en las fondas, compran la virtud de las doncellas y desdeñan al menesteroso para irse con los ricos, el peso falso busca al pobre y no lo abandona, á pesar del mal trato que éste le da siempre; no sale, se está en su casa encerradito; no compra nada y espera como sólo premio, de virtudes tan excelsas, el martirio, la ingratitud del hombre; ser aprehendido, en fin de cuentas, por el gendarme sin entrañas ó morir clavado en la madera de algún mostrador, como murió San Dimas en la cruz. ¡Pobres pesos falsos! A mí me parten el alma cuando los veo en manos de otros.

El de mi cuento, sin embargo, había empezado bien su vida. ¡Dios lo protegía por guapo, sí, por bueno, á pesar de que no creyera el escéptico mesero de la Concordia en tal bondad; por sencillo, por inocente, por honrado. A mí no me robó nada; al cantinero, tampoco; y al caballero que le sacó de la cantina, en donde no estaba á gusto, porque los pesos falsos son muy sóbrios, le recompensó la buena obra, dándole una hermosa ilusión: la de contar con un peso todavía.

Y no sólo hizo eso...... ¡ya verán ustedes todo lo que hizo!

El caballero se quedó en la fonda meditabundo y triste ante la taza de té, la copa de Burdeos, ya sin Burdeos, y el mesero que estaba parado en frente de él como un signo de interrogación. Aquella situación no podía prolongarse. Cuando está alguien á solas con una inocente moneda falsa, se avergüenza como si estuviera con una mujer perdida; quiere que no lo vean, pasar de incógnito, que ningún amigo lo sorprenda...... Porque serán muy buenas las monedas falsas...... ¡pero la gente no lo quiere creer!

Yo mismo, en las primeras líneas de este cuento; cuando no había encontrado un padre putativo para el peso falso, lo llamé bellaco. ¡Tan imperioso es el poder del vulgo!

Todavía el caballero, en un momento de mal humor, que no disculpo en él, pero que en mí habría disculpado, luego que quitaron los manteles de la mesa, golpeó el peso sobre el mármol, como diciéndole: —¡A ver, malvado, si de veras no tienes corazón! ¡Y vaya si tenía corazón! Lo que no tenía el infeliz era dinero.

El caballero quedó meditabundo por largo rato. ¡Quién le había dado aquel peso? Los recuerdos andaban todavía por su memoria como indecisos, como distraídos, como soñolientos. Pero no cabía duda, el peso era falso! Y lo que es peor, ¡era el último!

Su dueño entonces se puso á hacer, no para uso propio, todo un tratado de moral.—La verdad es, se decía, que soy un badulaque. Esta tarde recibí en la oficina un billete de á veinte. Me parece estarlo viendo...... *Londres-México*...... el águila......Don Benito Juárez...... y...... una cara de perro. ¿A dónde está el billete?

En los zarzales de la vida deja
alguna cosa cada cual: la oveja
su blanca lana; el hombre su virtud!

Y lo malo es que mi mujer esperaba esos veinte. Yo iba á darle quince......... pero de ¿dónde cojo ahora esos quince?

El caballero volvió á arrojar con ira el peso falso sobre el mármol de la mesa. Por poco no se le rompió al infortunado el águila, el alfiler de la corbata! La única ventaja con que cuentan los pesos falsos, es la de que no podemos estrellarlos contra una esquina.

¡A la calle! La Esmeralda que ya no baila sobre tapíz oriental ni toca donairosamente su pandero; la pobre Esmeralda que está ahora empleada en la esquina de Plateros y que, como los antiguos *serenos*, da las horas, mostró á nuestro héroe su reloj iluminado: eran las doce de la noche.

A tal hora no hay dinero en la calle. Y era preciso volver á casa.

—Le daré á mi mujer el peso falso para el desayuno, y mañana......... veremos! Pero nó! Ella lo suena en el buró y así es seguro que no me escapo de la riña. ¡Maldita suerte.......!

El pobre peso sufría en silencio los insultos y araños de su padre putativo, escondido en lo más oscuro del bolsillo. ¡Solo, tristemente solo!

El caballero pasó frente á un garito. ¿Entraría? Puede ser que estuviera en él algún amigo. Además, allí lo conocían...... hasta le cobraban de cuando en cuando sus quincenas...... Cuando ménos, podría abrir los créditos por cinco duros......Volvió la vista atrás y entró de prisa como quien se arroja á la alberca.

El amigo cajero no estaba de guardia aquella noche; pero probablemente volvería á la una. El caballero se paró junto á la mesa de la ruleta. No sé qué encanto tiene esa bolita de marfil que corre, brinca, ríe y da y quita dinero; pero ¡es tan chiquitina! ¡es tan mona! ¡Se parece á Luisa Theo! Los pesos en columnas se apercibían á la batalla formados en los casilleros del tapete verde. ¡Y estaba cierto nuestro hombre de que iba á salir 32! ¡Lo había visto! ¿Pondría el peso falso......? La verdad es que aquello no era muy correcto...... Pero alcabo, en aquella casa lo conocían...... y...... ¡cómo habian de sospechar!

Con la mano algo trémula, abrió la cartera como buscando algun billete de banco— que; por supuesto no estaba en casa—volvió á cerrarla, sacó el peso, y resueltamente, con ademán de gran señor, lo puso al 32. El corazón le saltaba más que la bola de marfil de la ruleta. Pero, vean ustedes lo que son las cosas. Los buenos mozos tienen mucho adelantado... Hay hombres que llegan á ministros extranjeros, á ricos, á poetas, á sabios, nada más que porque son buenos mozos. Y el peso aquel—ya lo había dicho—era todo un buen mozo...... un buen mozo bien vestido.

¡Treinta y dos colorado!

La bola de marfil y el corazón del jugador se pararon, como el reloj cuya cuerda se rompe. ¡Había ganado! Pero...... ¿y si lo conocían......? ¡No á él...... al otro...... al falso!

Nuestro amigo— porque ya debe ser amigo nuestro este hijo mimado de la dicha— tuvo un rasgo de genio. Recogió su peso desdeñosamente y dijo al que regenteaba la ruleta:

—Quiero los otros treinta y cinco en billetes.

¡No lo habían tocado!...... ¡No lo habían conocido......! Pagó el *monte*. Uno de veinte...... uno de diez...... y otro color de chocolate, con la figura de una mujer en camisón y que está descansando de leer, separada por estas dos palabras, *Cinco pesos*, del retrato de una muchacha muy linda, á quien el mal gusto del grabador le puso una águila y una víbora en el pecho. El de á diez y el de color de chocolate eran para la señora que suena los pesos en la tapa del buró. El de á veinte, el de Juárez, el patriótico, era para nuestro amigo...... era el que al día siguiente se convertiría en copas, en costillas á la milanesa; y, por remate, en un triste y desconsolado peso falso.

¡Qué afortunados son los pesos falsos y los hombres pícaros!

Los que estaban al rededor del tapete verde, hacían lado al dichoso *punto* para que entrara en el ruedo y se sentara. Pero, dicho sea en honra de nuestro buen amigo, el fué prudente, tuvo fuerza de ánimo y volvió la espalda á la traidora mesa. Volvería, sí, á dejar en ella su futura quincena, ó propiamente hablando, el futuro imperfecto de su quincena, pero lo que es aquella noche se entregaba á las delicias y á los pellizcos del hogar.

Cuando se sintió en la calle con su honrado, su generoso peso falso, que había sido tan bueno, y con el retrato de Juárez, con el busto de un perro, y con el grabado que representa á una señora en camisón, rebosaba alegría nuestro querido amigo. Ya era tan bueno como el peso falso, aquel honrado é inteligente caballero. Habría prestado un duro á cualquier amigo pobre; habría repartido algunos reales entre los pordioseros. Caminando aprisa, aprisa por las calles, pensaba en su pobrecita mujer que era tan buena persona, que lo estaría esperando...... para que le diera el gasto.

Puis, l'epoux volage
rentrant au logis
pour paraître sage
prend des airs contrits.
Il pense á sa femme
—seule dans son lit—
et de chez madame
un galan s'enfuit. ....!
Voici l'aube vermeille,
Etc.

Esto cantan en una opereta que se estrenó en París á fines del mes pasado y que se llama *El Huevo Rojo;* pero esto no lo tarareaba siquiera nuestro predilecto amigo, porque no lo sabía.

Al torcer una esquina, tropezó con cierto muchachito que voceaba periódicos y á quien llamaban el *inglés*. Y parecía inglés en verdad, porque era muy blanco, muy rubio y hasta habría sido bonito con no ser tan pobre. Por supuesto no conocía á su padre...... era uno de tantos pesos falsos humanos, de esos que circulan subrepticiamente por el mundo y que ninguno sabe dónde fueron acuñados. Pero á la madre, sí la conocía. Los demás decían que era mala. El creía que era buena. Le pegaba. Ese sería su modo de acariciar. También cuando no se come, es imposible estar de buen humor. Y muchas veces aquella desgraciada no comía. Sobre todo, era la madre; lo que no se tiene más que una vez, lo que siempre vive poco; la madre que aunque sea mala, es buena á ratos, aquella en cuya boca no suena el *tú* como un insulto...... la madre, en suma...... nada más la madre! Y como aquel niño tenía en las venas sangre buena—sangre colorida con vino, sangre empobrecida en las noches de orgía, pero sangre, en fin de hombres que pensaron y sintieron hace muchos años amaba mucho á la mamá...... Y á la hermanita, á la que vendía billetes...... á esa que llamaban la *francesa*.

* Como un homenaje á la memoria de Gutiérrez Nájera, en el segundo aniversario de su muerte, publicamos este cuento uno de los mejores que salieron de su fecunda y elegante pluma. y que fué escrito para nosotros é impreso en las columnas de *El Universal*.

La madre, para él, era muy buena; pero le pegaba cuando no podía llevarle el pobre una peseta. Y aquella noche—¡la del peso falso!—estaba el chiquitín con *El Nacional*, con *El Tiempo de mañana*, pero sin un centavo en el bolsillo de su desgarrado pantalón. ¡No compraba periódicos la gente! Y no se atrevía á volver á su accesoria, no por miedo á los golpes, sino por no afligir á la mamá.

Tan pálido, tan triste lo vió el afortunado jugador, que quiso, realmente quiso darle una limosna. Tal vez le habría comprado todos los periódicos, porque así son los jugadores cuando ganan. Pero dar cinco pesos á un perillán de esa ralea, era demasiado. Y el jugador había recibido los treinta y cinco en billetes. No le quedaba más que el peso falso.

Ocurriósele entonces una travesura: hacer bobo al muchacho.

—Toma, *inglés*, para tus *hojas* con catalán, ¡anda! ¡Emborráchate!

¡Y allá fué el peso falso!

Y no, el muchacho no creyó que lo habían engañado. Tenía aquel señor tan buena cara como el peso falso. ¡Qué bueno era! Si hubiera recibido esa moneda para devolver siete reales y medio, cobrando *El Nacional* ó *El Tiempo de mañana*, la habría sonado en las losas del zaguán, cuyo umbral le servía casi de lecho; habría preguntado si era bueno ó nó, al abarrotero que aun tenía abierta su tienda. Pero ¡de limosna! ¡Brillaba tanto en la noche! ¡Brillaba tanto para su alma hambrienta de dar algo á la mamá y á la hermanita! ¡Qué buen señor!...... ¡Habría ganado un premio de la lotería!...... Sería muy rico!...... Quien sabe......

¡Qué buen señor era el del peso falso!

Le había dicho:—Anda, ve y emborráchate!........ Pero así dicen todos.

Recogió el arrapiezo los periódicos, y corriendo como si tuviera fuerzas, fué hasta muy lejos, hasta la puerta de su casa. No le abrieron. La viejecita—la llamo viejecita aunque aportaba á ese muchacho, porque, al cabo esa infeliz era padre, era madre—se había dormido cansada de aguardar al *inglesito*. Pero, ¿qué le importaba á él dormir en la calle? ¡Si lo mismo pasaba muchas noches! ¡Y al día siguiente no lo azotaría!....... ¡Llegaba rico!......... ¡Con un peso!

¡Ay, cuántas, cuántas cosas tiene adentro un peso para el pobre!

Allí, en el zaguán, encogido como un gatito blanco, se quedó el muchacho dormido. Dormido, sí; pero apretando con los dedos de la mano derecha, que es la más segura, aquel sol, aquella águila, aquel sueño! Durmió mal, no por la dureza del colchón de piedra, no por el frío, no por el aire, porque á eso estaba acostumbrado; pero sí porque estaba muy alegre y tenía mucho miedo de que aquel pájaro de plata se volara. ¿Creen ustedes que ese muchacho jamás había tenido un peso suyo? Pues así hay muchísimos.

Además, el *inglesito* quería soñar despierto, hablar en voz alta con sus ilusiones.

Primero, el desayuno...... Bueno, un real para los tres! Pero los pesos tienen muchos centavos, y hacía tiempo que el *inglesito* tenía ganas de tomar un tamal con su *champurrado*: Bueno, real y tlaco. Quedaba mucho, mucho dinero........ No, él no diría que tenía un peso... aunque le daban tentaciones muy fuertes de enseñarlo, de lucirlo, de pasearlo, de sonárselo, como si fuera una sonaja, á la hermanita; de que lo viera la mamá y pensara: «Ya puedo descansar, porque mi hijo me mantiene.» Pero en viéndolo, en tomándolo, la mamá compraría un real de tequila. Y el muchacho tenía un proyecto atrevido: gastar un real, que iba á ser de tequila en un billete. Y, sobre todo, recordaba el granuja que debía unos tlacos en la panadería, otros en la tienda........ y era imposible que la mamá los pagara si él le diera el peso. ¡Reales menos!

¡No! era más urgente comprar manta para que la hermanita se hiciera una camisa. ¡La pobrecilla se quejaba tantísimo del frío!...... Decididamente á la mamá cuatro reales, un tostón....... y los otros cuatro reales para él, es decir, para el *tamal*, para el billete, para la manta...... ¡y quién sabe para cuantas cosas más! ¡Puede ser que alcanzara hasta para ir al Circo!

¿Y si ganaba trescientos pesos en la lotería con ese real? ¡Tres cientos pesos! ¡No se han de acabar nunca! Esos tendría el señor que le dió el peso.

....

Vino la luz, es decir, ya estaba para llegar, cuando el muchacho se puso en pie. Barrían la calle....... Pasaron unas burras con los botes de hojalata, en que de las haciendas próximas viene la leche. Luego pasaron vacas... En Santa Teresa llamaban á misa.......—¡Jaletinas!, gritó una voz áspera.

El rapazuelo no quiso todavía entrar á su casa. Necesitaba cambiar el peso. Llegaría tarde, á las seis, á las siete, pero con un tostón para la madre, con manta, con un bizcocho para la francesita y con un tamal en el estómago. Iba á esperar á que abrieran cierto tendajo, en el que vendían todo lo más hermoso, todo lo más útil, todo lo más apetecible para él, velas, indianas, santos de barro, madejas de seda, cohetes, soldaditos de plomo, caramelos, pan, estampas, títeres........ Cuanto se necesitaba para vivir. Y precisamente en la puerta se sentaba una mujer detrás de la olla de tamales.

Fué paso á paso, porque todavía era muy temprano. Ya había aclarado. Pasó por San Juan de Letrán. De la pensión de caballos salía una hermosa yegua con albardón de cuero amarillo y llevada de la brida por el mozo de su dueño, aleman probablemente. Frente á la imprenta de *El Monitor* y casi echados en las baldosas de la acera, hombres y chicuelos doblaban los periódicos todavía húmedos. Muchos de esos chicos eran amigos de él, y el primer impulso que sintió fué el de ir á hablarles, enseñarles el peso....... pero ¿y si se lo quitaban? El cojo, sobre todo, el cojo era algo malo.

De modo que el pillín siguió de largo.

Ya el tendajo estaba abierto, y lo primero, por de contado fué el tamal...... y no fué uno, fueron dos: ¡al fin estaba rico! Y tras los tamales, un biscocho de harina y huevo, un rico bollo que sabía á gloria. Querían cobrarlo adelantado; pero él enseñó el peso con majestuosa dignidad.

—Ahora que compre manta, cambiaré. Y pidió dos varas de manta; compró un granadero de barro que valía cuartilla y al que tuvo la desdicha de perder en su más temprana edad, porque al cogerlo, con la mano convulsa de emoción, se le cayó al suelo; le envolvieron la manta en un papel de estraza, y él con orgullo, con el ademán de un soberano, arrojó por el aire el limpio peso, que al caer en el zinc del mostrados, dió un grito de franqueza, uno de esos gritos que se escapan en los dramas al traidor, al asesino, al verdadero delincuente. El español había oído y atrapó al chiquitín por el pescuezo.

—¡Ladroncillo, ladrón! Vas á pagármelas!

....

¿Qué pasó? El muñeco roto, hecho pedazos, en el suelo......la india que gritaba......el gachupín estrujando al pobre chico......la madre, la hermanita, la *francesita*, allá muy léjos......más léjos todavía las ilusiones......y el gendarme muy cerca.

Una comisaría......un herido......un borracho......gentes que le vieron mala cara......hombres que le acusaron de haber robado pañuelos ¡á él que se secaba las lagrimas con su camisa! Y luego la Correccional......el jorobadito que le enseñó á hacer malas cosas......y afuera la madre, que murió en el hospital de diarrea alcohólica......y la hermanita, la francesa, á quien porque no vendía muchos billetes, la compraron, y á poco la pobrecilla se murió.

¡Señor! Tú que trocaste el agua en vino; tú que hiciste santo al ladrón Dimas: ¿por qué no te dignaste convertir en bueno el peso falso de ese niño? ¿Por qué en manos del jugador fué peso bueno, y en manos del desvalido fué un delito? Tú no eres como la esperanza, como el amor, como la vida: peso falso. Tú eres bueno. Te llamas caridad. Tú que cegaste a Saulo en el camino de Damasco, ¿por qué no cegaste al español de aquella tienda?

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.



El ángel bueno pone un poco de perfume en cada rosa y un poquito de amor en cada alma.

EL DUQUE JOB.



El haz de violetas.

Llegué á casa con el haz de violetas que me obsequiaste y que yo prendí con orgullo en el ojal de mi levita. Mi humilde cuarto de estudiante se tornó de pronto en camarín oriental, luego que las hube colocado en el florero de porcelana azul único ornato de mi mesa. Allí quedaron como en un trono, húmedas, lozanas, fragantes y exquisitas, las florecillas que ataste en manojo con las hebras de tus cabellos; allí quedaron tiritando de frío, al contacto del agua, que gimió al recibirlas, y se desbordó en gruesas lágrimas; tus predilectas, tus consentidas, las violetas que cultivaste con esmero en tu jardín y que arrancó tu mano más tarde para que las llevase sobre el corazón como un trofeo y engalanara mi estancia. ¡Bien hayan estas flores que se rebujan en chales de esmeralda para ocultarse á los besos de Céfiro, que á veces acaricia y á veces deshoja...... Bien hayan estas niñas tímidas que no prestan oído á las lisonjas de silfos enamorados...... Bien hayan las violetas que se parecen á ti!... ..

Y cada día las amo más: por la noche abro la ventana de mi aposento para que puedan respirar mejor; el aire penetra en ráfagas silbantes, las columpia con balanceo de hamaca, y azotando las alas en los desnudos muros, las empapa en oleadas de perfumes y se aleja cantando. Entre tanto ellas duermen, la luna las baña en tremulante claridad, esparce en torno de ellas su luz de cirio, les da livideces cadavéricas y mientras derrama en la atmósfera átomos luminosos y arranca á la vidriera relampagos, las mira callada y sonriente como el ángel de la guarda, puesto el dedo sobre los labios, á los niños que duermen en la cuna.

Cuando amanece, las violetas tienen aspecto enfermizo; en vano trato de reanimarlas con el calor de mis besos.... ¡están anémicas! Empero repongo el agua del florero; nace el sol engrandeciendose, enhebra en las ondas, se tamiza por la enradera—malla verde de la ventana—y filtrándose hasta ellas las baña en menudos chorros de luz, haciéndolas adquirir tersura de raso y lozanía de vírgenes. Hay mometos en que merced á una alucinación, me parecen las violetas tan aromadas y tan frescas, como tan frescas y aromadas las de los florestales en primavera. Sin embargo, ¡cuán distintas unas de otras! Aquellas son urnas rebosantes de miel que se disputan rondas de mariposas y enjambres de abejas; aquellas tienen gotas de rocío, donde la luz quiebra su colores de iris como en las facetas de un prisma—perlas que ruedan lentamente por cada pétalo, como en la mejilla de un niño rubio, silenciosas lágrimas......—¿Y éstas? ¡pobrecitas! Aunque aparentemente hermosas, van perdiendo el perfume, que es el alma de las flores...... ¡Cuánto amo tus violetas y cuánto lloraré su prematura muerte! Cuando vivían contigo eran felices; ellas me lo han dicho, eran felices...... ¡Si supieras que son indiscretas¡ Una noche me despertaron de mi sueño cuchicheos misteriosos, voces ahogadas: eran ellas que se lamentaban de vivir conmigo. Y una decía: «Oh, mis hermanas, cuán triste es estar lejos del suelo donde brotamos y envueltas en esta atmósfera densa de sufrimiento, sin ver revolotear en torno nuestro el enamorado colibrí, sin sentir en nuestra frente el beso de las brisas y sin poder perfumar la mano que nos cultivó, ¡ay! aquella mano que nos cortó para que viniésemos á vivir al lado de un pobre poeta, del soñador por quien suspira...... ¡Si ella supiera la suerte que nos ha tocado! Aquí todo es tristeza; ya lo véis: á nuestro lado volúmenes de versos, revueltos sobre una mesa borradores de artículos literarios y contrastando, junto á nosotros, la esfinge de la muerte—el frío cráneo donde nuestro dueño y señor estudia anatomía.»—Después calló la flor; sobresaltado me senté al borde del lecho exclamando á solas: «¡Sueño despierto! ¿Conque las flores hablan?»......... Y como intentara acercarme á ellas para oírlas mejor,—pues que empezaron á conversar en voz baja al escuchar mi grito de sorpresa,—permanecieron mudas.

***

Yo sé por tus violetas—mensajeras de tus suspiros—que me amas con la pasión infinita del primer amor; que las tristezas se condensan en el fondo de tu alma en nube tormentosa, y que á veces suele esa nube subir á tus pupilas para resolverse en lluvia de lágrimas...... ¡Si pudiera enjugarlas con un beso! Pero ya llegará el día en que unidos, en la casita blanca que soñamos, seamos felices. No dudo ya de tu cariño, y mientras llega el día en que coloque sobre tu frente de inmaculada la blanca corona de azahares, espero me obsequiarás nuevas violetas que substituyan las ya marchitas de mi florero.

JUAN B. DELGADO.

Febrero de 1897.

***

Es propio de la juventud aceptar las ideas con docilidad y defenderlas con violencia.

Etienne Lami.

***

Arte moderno, belleza moderna, son vanas palabras: el uno y la otra son eternos como la verdad.

Ch. Gaunod.



ETERNO AMOR

Tengo novia que es en el mundo
mi única dicha,
y soy joven y creo y adoro:
¿por qué me asesesinan?
¿Porque siempre retratan mis ojos
su imagen querida?
¡Ah! si acaso esa luz fulgurante
os hiere y lastima,
ya sabéis, mis eternos verdugos,
¡cegad mis pupilas!
Y si aun ese holocausto no puede
saciar vuestra envidia,
con la negra ponzoña del dolo
quitadme la vida.
Y perdón si bendigo, verdugos,
la dulce agonía,
y perdón si en el trance postrero
me ahoga la risa.
Pues sabed; nunca tocan el polvo
las frentes altivas,
y en la noche los astros del cielo
emergen y brillan.
¡Oh, cuan torpes! es luz en mi alma
su imagen querida,
y doquier y por siempre la lleva
el alma infinita.
Absorved esa luz ¡oh, vampiros!
con ávida inquina.
Aquí está de mi pecho la arteria,
¡quitadme la vida!
Más perdón si en el trance postrero
me ahoga la risa.

QUIRINO ORDÁZ

Febrero de 96.



SALVE

¡Qué triste Enero, pálido y frío!
El viento zumba, cuaja el rocío
Que brilla en perlas en el maizal;
Desnuda ramas, deshoja flores,
Arranca nidos y á sus rigores
Tiemblan las cañas del carrizal.
Adios los nimbus de oscuro manto,
Rayos que truenan metiendo espanto,
Alegre lluvia de otra estación;
Desde que flotan blancas neblinas,
Del techo huyeron las golondrinas,
Las ilusiones del corazón.
Adios ardiente noche de Junio;
Vierte hoy sus galas el plenilunio
En luz de nieve por la ciudad;
Azul ropaje la noche viste;
¡Ay del enfermo, ay del que triste
Devora cuitas en soledad!

Primaverales brisa de Marzo,
Tornad veloces, romped el cuarzo
De estas entrañas que encierro aquí;
Que cuando vuelvan los ruiseñores
En cruz las alas, cantando amores,
No hallen invierno dentro de mí.
Alma doliente ¿dónde está el mimo
Conque soñaste? ¿dónde el arrimo
Que ni en la cuna dado te fué?......
Valle de penas, mundo de sombras......
¡Oh dicha! dicha de miel te nombras,
Y eres de espinas. ¿Por qué? ¿Por qué?
Del pecho franco la endeble puerta,
Por esperarte tengo ya abierta,
Abierta, abierta de par en par,
Y con cadenas el pensamiento
Porque no estorbe para el contento,
Porque no enlute con su pesar.
Salve viajera de lontananza,
Consoladora, dulce esperanza,
Salve si vienes á mí esta vez;
No te amedrentes, que no te exijo
Ni la alegría, ni el regocijo
Ni las quimeras de la niñez.
Quiero en un pecho sencillo y sano
Posar mi frente, poner mi mano,
Y sus latidos con ansia oír;
Cuando ya el seno de amor no salta,
¡Para el descanso qué poco falta!
¡Qué poco falta para morir!

LAURA MÉNDEZ DE CUENCA.



INVERNAL

Dónde están las bandadas de ruiseñores
que en tu copa dejaron alegres trinos?
¿Dónde está aquel ramaje lleno de flores,
cuya sombra fué madre de peregrinos?

En dónde, árbol desnudo, tu pompa agreste?
¿En dónde están tus flores tan olorosas,
aquellas que ostentabas por regia veste?
¿Qué se hicieron las rondas de mariposas?

Sobre la tierra todo tiene mudanza,
Pero tú, si te inclinas mustio, sombrío,
huérfano de tus hojas verde-esperanza
y sufriendo el azote del cierzo impío;

Sabes que pasajero será tu daño,
que ha de volver tu pompa tan lisonjera
como las golondrinas año tras año;
¡sólo es triste el invierno del desengaño,
porque despues no vuelve la primavera!

VICENTE DANIEL LLORENTE.



EN EL CAMPO

Tengo el impuro amor de las ciudades.
Y á éste sol que ilumina las edades
Prefiero yo del gas las claridades.
A mis sentidos lánguidos arroba,
Mas que el olor de un bosque de caoba,
El ambiente enfermizo de una alcoba.
Mucho más que las selvas tropicales,
Plácenme los sombríos arrabales
Que encierran las vetustas capitales.
A la flor que se abre en el sendero,
Como si fuese terrenal lucero,
Olvido por la flor de invernadero,

Más que la voz del pájaro en la cima
De un árbol todo en flor, á mi alma anima
La música armoniosa de una rima.
Nunca mi corazón tanto enamora
El rostro virginal de una pastora,
Como un rostro de regia pecadora.
Al oro de la mies en primavera
Yo siempre en mi capricho prefiriera
El oro de teñida cabellera.
No cambiara sedosas muselinas
Por los velos de nítidas neblinas
Que la mañana prende en las colinas.

Mas que el raudal que baja de la cumbre,
Quiero oír á la humana muchedumbre
Gimiendo en su perpétua servidumbre.
El rocío que brilla en la montaña
No ha podido decir á mi alma extraña
Lo que el llanto al bañar una pestaña.
Y el fúlgor de los astros rutilantes
No trueco por los vívidos cambiantes
Del ópalo, la perla ó los diamantes.

JULIÁN DEL CASAL.



Se perdona mucho al artista dominado por el ideal: en el más humilde de los devotos se adora á Dios.

***

Frecuentemente basta haber tomado un partido para ver bien las razones que había para no tomarlo.

I. M. de Valtour.



EL DANTE EN MEXICO.—La oficina privada de Satanás.

EL DANTE EN MEXICO

VIAJE DE UN REPORTER.

(CONTINUA.)

¡Adelante! dijo una voz que, con gran sorpresa mía no era la de los Siete Truenos, no extremecía los monolitos, dentados que me rodeaban, ni retemblaba en las bóvedas de la informe gruta.

Con la rapidez del pensamiento que hasta ahora tiene el *record* de las rapideces magüer la electricidad dinámica y la luz, púseme á pensar con extrañeza que aquel timbre de voz no convenía al príncipe de los infiernos: era en efecto una voz medianamente ronca y familiar, nada metálica y de intensidad común y corriente, poco propia del enemigo personal de Dios.

—Como engañan á uno las nodrizas y los libros piadosos, pensé y con resolución digna de un reporter avesado á todas las *interviews* dí dos pasos al frente.

Un personaje de alta talla, perfectamente musculado—no desdeciría ante Romulus—presentóse á mis ojos. Vestía un caprichoso traje de verano: calzón de bañista, sábana leve á guisa de capa ó capa á guisa de sábana, que esto no lo pude averiguar, y—detalle bizarro—un cuello de percal á rayas, una corbata de plastrón y una chistera completaban la poco atrayente indumentaria. Sostenía horizontalmente con ambas manos un bidente al cual se enroscaba su cola—hermoso apéndice terminado en aguijón y desgraciadamente remendado á consecuencia de algún percance—y en uno de cuyos extremos se posaba un buho de fosforescentes ojos sobre el cual hacía equilibrios un murciélago.

Satán extraía de su puro la más sabrosa bocanada de humo, al presentarme y á mi saludo respondió con ligera inclinación de cabeza, merced á la cual su chistera cónica se ladeó con cierta gracia hacia el apéndice cartilaginoso de la izquierda, y mascullando las palabras con el puro, me preguntó:

—Usted deseaba.........

Antes de procoder á explicarme observaba yo su rostro atezado en el que babía mucho de la fisonomía de Juan Mateos y un poco de la de Bejarano y que exhornaban negrísimos bigotes y pera no menos negra y bien acondicionada. Hubo de caerle en pandorga mi atención sin duda, pues clavando en mí sus ojos con cierta dureza, profirió:

—Me obsérva usted bastante. ¿Por ventura no soy demasiado decorativo?

—No mucho si he de decir verdad, respondi. Si hubiese tenido el honor de entrevistar á usted hace doscientos años, confieso que la impresión recibida sería gratísima, dados los antecedentes que acerca de su figura se tenían entonces; antecedentes demasiado espeluznantes que no concuerdan con lo que veo en estos momentos; más la concepción moderna del diablo, á lo menos según lo que yo sé, es más aceptable—si no ha de herirle mi franqueza—que la realidad de la cual me es dado juzgar......

—Expliquese usted......

—Con mucho gusto. El diablo del siglo XIX es Mefisto—un diablo encantador, no agraviando lo presente—personaje de mucho mundo, de fisonomía espiritual, de hondo, pero alegre escepticismo. Muy dado á los madrigales, buen surcidor de cuentos, malicioso orfebre de frases intencionadas, de finos-quid-proquos; dadivoso en extremo y calaverón como él solo. Su buena suerte con las mozas es incuestionable porque conoce la psicología del sexo y calcula con precisión por ende, el cuarto de hora; el número de sus satélites y corifeos es excesivo porque puede mucho y sabe hacer favores, y se le admite con agrado en los salones, porque ni hay forma social más cultivada que la suya ni corrosivo más mordente que su murmuración... Es un Brummel satánico con visos donjuanescos, del mejor gusto.

—Y decía usted......

—Que su señoría no realiza ese tipo. Es usted un diablo demasiado bourgués, un poco marcial, es cierto, pero también un poco comistrajo, si vale la palabra.

Temí haber dicho demasiado y me puse inquieto, pero mi real interlocutor me tranquilizó en breve con un suspiro de fuelle cansado y las siguientes palabras:

—Qúe quiere usted...... el romanticismo ha muerto y el siglo no tiene más ideal que la aritmética. Con el tiempo me he trasformado y las circunstancias me han obligado á descender del pináculo de mi prestigio á ciertos detalles poco elegantes. La influencia americana, hijo, la influencia americana...... Estos endiablados yankees en su afan de establecer empresas han mercantilizado mi reino donde hoy por hoy tiene usted grandes fábricas de azufre, baños termales, canteras en explotación, luz incandescente, bicicletas y qué se yo cuantas cosas, y he debido asumir actitudes y fisonomías de acuerdo con la actual índole de mi país donde no queda una pisca de lirismo....... *Cosi va il mondo.*

—Pero—objeté—cuando menos en los tormentos sigue usted los antiguos sistemas penitenciarios de que nos hablan algunos libros tales como *Gritos de los condenados* y otros que he visto por ahí... . ..

—Diré á usted, el sistema es el mismo pero los procedimientos de aplicación varían. Al *caso mocho* hemos preferido la sartén y á la leña la gasolina, como puede usted ver—y llevándome á la entrada de la caverna, me mostró no lejos un individuo á quien se asaba concienzudamente, conforme lo indicará el apunte respectivo. Son más expeditivos, continuó y hemos debido adoptarlos. Para los descoyuntamientos nos servimos del Interoceánico, ferrocarril que debe usted conocer, y así sucesivamente...... Ya ve usted que en esto el cambio es accidental... pero me dispensará usted —concluyó—si le dejo. Debo hacer hoy una visita á ciertas dependencias que, según informes, han sido descubiertas en desfalco, y estoy urgido de tiempo. Como supongo que su viaje es de observación y sin tiempo fijo—pues me informan que es usted *reporter* de un periódico caracterizado—aun tendremos oportunidad de vernos. Entre tanto prometo á usted todos los datos que pueda necesitar.—Y sin aguardar mis frases de agradecimiento, desapareció por una salida secreta.

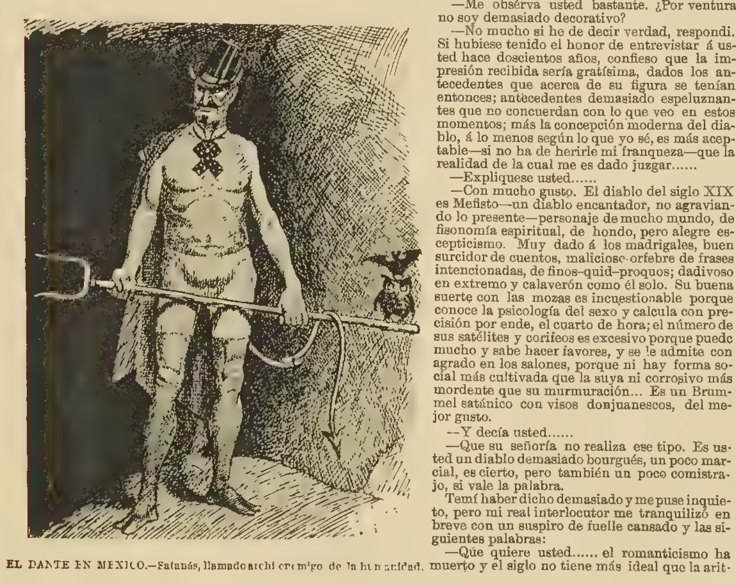
Yo aun permanecí algunos momentos en el gabinete, contemplando el moviliario y sin dar mucha importancia á los ímpetus de Cerbero que pugnaba por hacerme una caricia. Junto al escritorio de neta factura americana alumbrado por un globo de luz incandescente, hallábase el teléfono, del todo moderno, y sobre la tarima, en grato desorden yacían algunos periódicos eutre los cuales distinguí al *Monitor Republicano*, al *Nacional*, al *Tiempo* y algún otro. En las paredes, varios retratos—el de San Pedro en lugar preferente—y dibujos de más ó menos buen gusto. En suma, salvo tal ó cual detalle macabro—la habitación era alegre, confortable, limpia y muy americana.

—Decididamente—repetí—esto pierde su prestigio y su aureola de extrañeza.

Los *satanistas* parisienses se llevarían aquí un chasco. El Satanás moderno es sobrado burgués. Preferiría en todo caso una fisonomía mefistofélica: la de Bengardi por ejemplo......

Sería más decorativa.

(*Continuará.*)



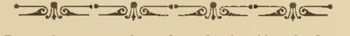
EL DANTE EN MEXICO.—Satanás, llamado archi enemigo de la humanidad.



INMORTAL

Morían las luces de la tarde
En el cristal de tu ventana,
Y sus fulgores temblorosos
Al despedirse acariciaban
Tu cabellera color de oro
Que en ondas rubias, sepultaba
El alabastro de tu seno
Y el níveo marmol de tu espalda.
¡Qué embriagador era el perfume
Que las gardenias exhalaban!
¡Qué deslumbrante tu blancura
Y qué amorosas tus miradas!
....
Si en el océano del olvido
Todo recuerdo al fin naufraga;
Si la luz muere, y se marchitan
En el jarrón las rosas blancas,
¿Por qué en mi boca se estremecen
Todos los besos que me dabas,
Y no se borra en mi memoria
Este recuerdo que me embriaga?

FRANCISCO M. DE OLAGUIBEL.



Las mujeres son celosas de su dominación y los hombres de sus placeres.

Henry Fouquier.

***

La delicadeza es la sonrisa del corazón.

Edouard Galloo.



¡Al fin sola!

SINFONIA EN GRIS MAYOR

El mar como vasto cristal azogado,
refleja la lámina de un cielo de zinc;
lejanas bandadas de pájaros manchan
el fondo bruñido de pálido gris.
El sol, como un vidrio redondo y opaco,
con paso de enfermo camina al zenit,
el viento marino descansa en la sombra
teniendo de almohada su negro cojín.
Las ondas que mueven su vientre de plomo
debajo del muelle, parecen gemir;
sentado en un cable, fumando su pipa,
está un marinero pensando en las playas
de un vago, lejano, brumoso país.
Es viejo ese lobo. Tostaron su cara
los rayos de fuego del sol del Brasil,
los recios tifones del Mar de la China
le han visto bebiendo su frasco de gin.
La espuma impregnada de yodo y salitre
ha tiempo conoce su roja nariz,
sus crespos cabellos, su gorra de lana,
sus bíceps de atleta, su blusa de dril.
En medio del humo que forma el tabaco
ve el viejo el lejano brumoso país,
de donde una tarde caliente y dorada
tendidas las velas partió el bergantín......
La siesta del trópico. El lobo se aduerme.
Ya todo lo envuelve la gama del gris;
parece que un suave y enorme esfumino
del curvo horizonte borrara el confín.
La siesta del trópico. La vieja cigarra
ensaya su ronca guitarra senil,
y el grillo preludia su solo monótono
en la única cuerda que está en su violín.

RUBÉN DARIO.



REMORDIMIENTO

.........Sí señores, soy un asesesino!

Veinte años tenía cuando cometí este crímen. Ahora tengo sesenta; soy notario, alcalde en mi pueblo natal, condecorado, rico, venerado. Y, sin embargo, maté á uno de mis semejantes.

En vano me repito que este homicidio fué involuntario, que me hice inconscientemente homicida; siento unos remordimientos tan vivos, como si hubiese premeditado la muerte de mi víctima. Y el recuerdo de tan siniestra aventura coloca una nube negra en el azul de mi felicidad.

No siempre he sido el personaje frío, acompasado, solemne, austero que soy en la actualidad. Hace cuarenta años seguía yo mi curso de Derecho en......... y puedo decir sin vanidad retrospectiva (pues por lo demás he expiado muy cruelmente tan triste honor) que era yo el mayor bromista de la facultad. A la verdad, en quella época nuestras distracciones no eran muy variadas y nos veíamos obligados á amenizar con travesuras de nuestra invención aquella monótona existencia de estudiantes de provincia. Nuestro amor propio estaba interesado en distinguirse por las más extravagantes mistificaciones; y cada noche, en el café, entre dos partidas de billar, cada uno de nosotros refería sus hazañas.

Hallábame yo aposentado á la sazón en el hotel de Bretaña, ruidosa colmena llena de estudiantes, donde resonaban desde la mañana á la noche nuestras canciones y nuestras risotadas. Dícese que hoy día los jóvenes son taciturnos, nosotros no habíamos leído á Schopenhauer, y nos dábamos una vida jovial.

Por casualidad y quién sabe si de intento, como para calentarse á la llama de nuestro buen humor, un anciano, empleado retirado, había elegido domicilio en nuestro hotel.

Setenta años cumplidos tenía el tío Gourlot (así le llamábamos) y ocupaba en el segundo piso un cuarto contiguo al mío. Ambos cuartos estaban separados por un delgado tabique en cuyo centro se abría una ventana. Abríala él cada mañana para darme los buenos días, y todavía me parece estar viendo en aquella abertura su bonachona faz, rosada y regordeta, con dos ojillos pardos, vivos y sonrientes.

Su vida era ordenada como un reloj. Salía á las doce para ir á almorzar y no volvía en todo el día al hotel. La mayor parte de su tiempo la pasaba en el café de los *Tres Reyes* jugando al Chaquet con dos ó tres pequeños rentistas, amigos suyos. A las diez de la noche oía rechinar yo su llave en la cerradura, y al breve rato se acostaba tranquilamente.

¿Cómo se me ocurrió la idea de perturbar aquella alma sencilla, de aterrar aquel pobre sér pacífico é inofensivo? Era durante las vacaciones de Pascua. Todos mis camaradas habían salido......... y como mis padres se hallaban viajando, habíame quedado yo casi solo en el hotel, sólo con el tío Gourlot.

Una tarde entré en su cuarto por la ventana intermedia y preparé un ingenioso sistema de bramantes y poleas, hábilmente disimulados, que me permitían hacer mover en todos sentidos su sillón y sus sillas. Dos cuerdas atadas á los pies de su lecho, un lecho desvencijado que crujía á la menor sacudida, corrían á lo largo de la pared para terminar en la ventana. Empleé en mi tarea una paciencia, una conciencia de artista; en breve todos sus muebles quedaron armados con la decoración de una magia. Por remate, coloqué bajo de su almohada una larga culebra que había cazado yo la víspera á la orilla de un campo. Después apagué la luz y esperé.

A las diez, el tío Gourlot entró, se acostó sin desconfianza, y dando un soplo á su bujía, no tardó en dormirse. Llegado era el momento. Tiré de uno de mis bramantes, una silla rodó sobre el suelo con estrépito, en dirección á la cama. Despertando con sobresalto por tan insólito ruido, incorporóse el anciano en la cama, atónito; una segunda silla siguió á la primera, y después el sillón. La culebra atraída por el calorcillo de las sábanas, se delizó desde la almohada arrastrándose á lo largo de la espina dorsal del anciano. El infeliz exhaló entonces un grito terrible. Su lecho crugía y se balanceaba como nave en mar revuelta. El tío Gourlot empezó á aullar con una voz agudísima, entrecortada por convulsivo hipo; pero nadie podía oirle; el gerente del hotel dormía en la planta baja, y los camareros en los sotabancos. Durante un cuarto de hora saboree el espectáculo de su espanto; regocijándome de antemano á la idea de la narración de la aventura á mis camaradas, cuando regresaran...............

El anciano había cesado de gritar. Un rayo de luna, filtrando á través de las cortinas, iluminaba su descolorida faz; sus ojos, singularmente abiertos, lucían en la sombra de modo extraño; roncaba tendido de espaldas, inmóvil de terror..........

Entonces tuve miedo yo á mi vez, y no queriendo llevar demasiado lejos la broma, cerré suavemente la ventana.

Dormí mal, aguijoneado por una inquietud, por un sentimiento. Al clarear el alba, corrí á la ventana. El tío Gourlot continuaba en la misma posición, la faz terrosa, los ojos en blanco......... Salté á su cuarto y me acerqué á su cama. Toqué sus largas manos secas, crispadas sobre las sábanas: estaban frías......

El anciano había muerto de susto.

Por algunos instantes permanecí allí, estúpido, aplomado en una silla, comprendiendo apenas toda la extensión de mi necedad: acababa de cometer un crímen, ¡un crímen!

Era preciso ocultar para siempre el secreto de aquella muerte repentina, en un abrir y cerrar de ojos quedaron los muebles en su primitivo orden; hice desaparecer la culebra y volví á mi cama......

A nadie le pasó por las mientes acusarme...... Atribuyóse la muerte del tío Gourlot á la ruptura de un aneurisma. Pero, desde entonces, un espectro ha venino á perturbar mi sueño: en alucinaciones vengadoras percibo los rasgos de mi víctima, oigo sus agónicos estertores y siento helarse mi sangre con escalofríos de espanto.

MARCEL RHÉTY.



Versos de Jorge Isaacs.

Los sauces alineados del camino
dejaban soñolientos
sus verdes plumajes peinar á los vientos,
jugar en sus sombras á un sol mortecino.
Ya nada nuestros labios se decían
mas sus ojos buscaban
mis húmedos ojos, después que miraban
los últimos rayos del sol que morían.
Vencida por mi amor y su ternura
reclinaba incoente
entonces en mi hombro su pálida frente,
turbando su peso mi marcha insegura.
Vegas del Medellín ¿qué se juraron
su corazón y el mío?
Llevadme á las vegas que baña ese río;
Volvedme esas noches que nunca tornaron.



PAISAJE

El oriente semeja regio palacio
por cuyo pórtico amplio de azul y rosa
se asoma la mañana con faz de diosa
extendiendo sus bucles en el espacio.
En irisada capa de estambre lacio
se envuelve, en sus paseos, la mariposa,
y en las frondas y el musgo brilla radiosa
la gota de rocío como el topacio.
Allá en la cumbre enhiesta, blancos y azules,
como banderas, flotan rizados tules,
y acá, el vergel esparce gratos olores;
cantan los colorines en el follaje,
liba néctar la abeja de rubio traje
y el valle es todo lluvia de luz y flores.

L. TORRES ABANERO.



Tal, que pobre no sería más que un hombre ordinario, rico es un necio.

Octavio Feuillet.

JASPES

I

Un rayito de luz meridiana,
va á quebrarse en el rojo tapiz,
refractando su pálida lumbre,
como una mirada de un nuevo zenit,
sobre el busto de un negro que ríe
mostrando sus dientes de blanco marfil.

II

Sobre un marmol con venas azules,
hay dos vasos con vino del Rhin
que inyectados los ojos de sangre
parpadean del viento al batir;
y al rodar un cupido de bronce
se rompen los vasos y acaba el festín!

III

En su seno turgente brillaba,
simulando ser ojo de un león,
un brillante de tantas facetas
como hilos de fuego se ciernen al sol;
ella puso la mano en su pecho,
y la piedra sobre él se durmió!.........

IV

La camisa rasgada en el tórax
el puño reluce de un fino puñal:
en el rostro un visaje, en la boca
una injuria que quiere tronar.........
Así yace el campeón sobre el puente
del ruinoso castillo feudal.

D. MARTÍNEZ LUJAN.



LAS FLORES

(De Alphonse Karr.)

Hay muchas maneras de amar las flores. Los sabios las aplastan, las disecan y las entierran en cementerios llamados herbarios, para ponerles luego pretensiosos epitafios en bárbaro lenguaje. Los aficionados, por su parte, sólo aman las flores raras, no para verlas y aspirar su perfume sino para mostrarlas con orgullo. Todo su afán consiste en poseer ciertos ejemplares que no tienen los demás. De aquí el que desdeñen otras flores ricas y galanas que la bondad de Dios ha hecho comunes como el cielo y el sol.

Cuando en un bello día de Febrero descubrís al pie de un matojo la primera florecita, un sentimiento dulce y jubiloso se apodera de vuestro espíritu: es la primera sonrisa de la primavera. Entonces despertais entre sombras de árboles y cantos de pájaros y os sentís bajo el influjo de la calma, de la inocencia y del amor. Tales impresiones obedecen á que no sois un *amateur* verdadero. Si lo fueseis, no os dejaríais sorprender así, de improviso, por esas impresiones falaces y poéticas...... Pronto recordaríais que en plena primavera los estambres se levantan sobre el pistilo. Si, por el contrario, el pistilo se yergue sobre los estambres, el verdadero aficionado no puede sentir placer alguno ante una flor tan incorrecta—le produce el mismo efecto que los guijarros del camino—y si semejante flor se permitiese brotar en su jardín él las arrancaría, arrojándola á sus pies.

La rosa *canina* es la única admisible para el sabio. La rosa doble, la de cien hojas, la de espuma que ostenta cambiados en pétalos sus estambres, son ejemplares monstruosos, al igual de ellos—los sabios—que siendo simplemente como los demás hombres se duplican y triplican por la ciencia.

El *amateur* no admite en sus colecciones la rosa de cien hojas ni tampoco la de espuma. Las considera vulgares, porque para él no son flores, son *bouquets*. «Allí tenéis os dice—el resultado de mi obra: ese rosal. Soy el único que ha obtenido sus semillas y jamás ha querido florecer. Mis amigos han hecho esfuerzos imposibles por un ingerto de este arbolillo extraordinario; pero yo seguiré siendo el único que lo posea.»

Hay otras gentes más felices y sencillas que deben á las flores sus más puras alegrías y que aman á tadas las que las hacen el honor de brotar en su jardín. Sin embargo, es preciso distinguir entre esos individuos los que aman las flores por sus recuerdos ocultos en las corolas como las hemadriadas en la corteza de las encinas. Ellos recuerdan que las lilas florecían la primera vez que se encontraron, y tal vez evocan el cobertizo de madreselvas donde, sentados el uno junto al otro, cambiaron dulces juramentos que ¡ay! sólo uno de ellos ha cumplido. Quizás, queriendo formar un ramo para ella les hirieron las espinas, y su amada puso sobre la herida el pedazo de tafetán inglés, después de pasar la bienhechora tela sobre sus labios de rosa. Y así mismo evocan el día en que juntos cogieron *wergissmein* en la orilla del estanque y tambien los tiempos ya lejanos, cuando crecían los pálidos alelíes en los viejos muros de la iglesia de su pueblo en donde se encontraban todas las mañanitas del domingo. Así, en cada primavera, brotaban de nuevo sus recuerdos, lo mismo que las flores.

Pero hay un momento en que se evocan estos dulces sentimientos engendrados por galanas ilusiones, un momento en que creemos convertirnos en sabios porque empezamos á convertirnos en muertos; y es que entonces empezamos á entregarnos, sin saberlo, á otras ilusiones. El punto de vista del anteojo que achica los objetos, no es más verdadero que el punto de vista que lo agranda. Al llegar á esta reflección definitiva, se aman las flores por ellas mismas; se las ama por el cuidado que nos exigen; se descubre que todas las riquezas de los opulentos no son más que imitaciones imperfectas de la salud de los pobres, y se ve que los diamantes que tantas vergüenzas causan y tantos orgullos provocan, ya quisieran reflejar el brillo de las gotas de rocío á los primeros rayos de la aurora.

Compréndase, al fijarse en esta idea, que Dios, en verdad ama á los pobres y que les deja acercarse á él como á los niños......... ¡Dichosos los que aman las flores! ¡Felices los que no tienen otro amor que el de las flores!



Figura 1.—Traje de recepción, de brocado.

LA MODA.

Como el invierno es el tiempo en que la aristocracia europea diseminada durante el estío y parte del otoño en las estaciones balnearias, en las *villas* de placer, y en la divina región montañosa de Suiza, torna á sus confortables habitaciones de las capitales é inaugura una serie de recepciones muy hermosas, los periódicos de modas no nos traen hoy por hoy más que figurines adecuados á estos saraos familiares ó rumbosos. Escogemos dos de los más bellos de estos figurines atendiendo á que en México rige la misma costumbre europea de que hablamos y confiando en que nuestras lectoras corroborarán nuestra elección.



Espalda de la Figura núm. 1.

La risa.

Tu risa, oh! mi novia, es cristalina como el agua de los arroyuelos.

Tu risa es un canto de cadencias adorables, y toda ella forma en conjunto un inimitable himno á la alegría de la vida.

¡Y aun hubo un filósofo antiguo, que aconsejaba no reir nunca!

Tú has de reir siempre. Porque tus carcajadas palían mis amarguras.

Además, no hay nada tan adorable como la risa.

Yo la creo uno como saludable rocío, que refresca nuestro espíritu cansado de este hondo batallar, y que viene de no sé qué adorable lugar, donde es perpétuo el reinado de la primavera, á donde nacen flores de divinos aromas.

Si supieras. Yo también río las más de las veces.

Pero no me sale la risa de adentro, sino que río sólo con los labios, y por eso mi risa es una salvaje ironía.

Una vez una mujer jugó con mi corazón: Deshechó mi amor, como se deshecha un mueble inútil, y llenó por siempre mi alma de negros sinsabores.

Ya lo veo pasar á mi lado y...... río. Oh! más bella que nunca, con aquellos sus ojos repletos de luz y de vida, grandes y de largas pestañas, y río, me río de su orgullo nécio, con quien poseyó su corazón.

Yo en el fondo no siento sus perfidias, y veo que en mi alma ella sirve de pábulo á mis odios por todas las miserias de la vida.

***

Tu risa, adorable señorita de quince años, es el rocío de ventura, que Dios envía sobre mí todas las mañanas.

Cuando penetras en mi cuarto, atravesando la sábana de luz que el sol hecha por mi ventana, tranquila, blanca, risueña, olorosa á lilas y á no sé que otros aromas; flotando al aire tus dorados cabellos, henchido el seno de suspiros; mi alma se llena de una inmensa alegría y la esperanza de mejores días vuelve á mi corazón. Entonces me siento casi feliz, y tus besos confortan mi espírifu que desfallece.

Tú tapas mis ojos con tus manecitas de muñeca, y después me besas, después ríes sonora, cadenciosamente como el correr de un arroyo cristalino.......

Y pasar el día conmigo, ayudándome, saludándome, tú la más linda y espiritual de todas las mujeres!

***

Yo te adoro toda entera. Amo en tu cuerpo la pureza de sus líneas de escultura griega. Amo el inimitable sonrosado de tu carne joven; la luz de tus ojos negros como un dolor; el tinte de tus bucles rubios, como un haz de hilillos de oro, y la perenne belleza de tu faz tranquila y plácida como la de Venus Victrix.

También adora en tí la sutileza de tu espíritu pulido como el de un filósofo epicureo, tu sabiduría, la que te lleva á gozar de todas las venturas de la vida. Porque tú amas la naturaleza como á única madre de todo lo que existe, le das todo el amor de tu corazón y consagras á ella todo el valor de tu cerebro.

¡Ah! también amo en tí más que todas tus perfecciones, el timbre argentino de tu voz semejante al tintineo de las monedas de oro, y adoro sobre todas las cosas tu risa que parece un gorgeo de pájaros felices en una mañana primaveral, cuando el padre sol nos da vida y alegría y están floreciendo todos los árboles de nuestros bosques.

MIGUEL IZAGUIRRE VALERO.

El mundo tiene el aire de un pensamiento frustrado.

***

El cielo estrellado es la fisoaomja del Universo.

***

Los ingleses comienzan siempre sus colonias con un banco, los españoles con una iglesia y los franceses cen un café concierto.

ARNAOLD GALOPIN.

***

El acorde expresa el dolor ó el placer de varias almas; el canto llano el de un individuo. ¿Cuál es el más estético?

Una orquesta es el llanto ó el himno de una multitud, el del pueblo judío, por ejemplo, al avistar la tierra prometida; un violoncello expresa un dolor ó una alegría no compartida, una duda no escuchada; un duo parece la amistad: Cristo y María; Belisario y su hija.

MACEDONIO FERNANDEZ.



Figura 2.—Traje francés de recepción.

Un músico inspirado.







EL MUNDO.

TOMO I. MEXICO, FEBRERO 14 DE 1897. NUMERO 7.



Predicando en desierto....

[Dibujo de J. M. Villasana.]

"EL MUNDO"
Semanario Ilustrado.
Teléfono 434.—Calle de Tiburcio núm. 20.—Apartado 87 b.
MÉXICO
Toda la correspondencia que se relacione con la Redacción, debe ser dirigida al
Director, Lic. Rafael Reyes Spíndola.
Toda la correspondencia que se relacione con la edición debe ser dirigida al
Gerente, Lic. Fausto Moguel.
La subscripción á EL MUNDO vale $1.25 centavos al mes, y se cobra por trimestes adelantados.
Números sueltos, 50 centavos.
Avisos: á razón de $30 plana por cada publicación.
Todo pago debe ser precisamente adelantado.
REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE.

Notas editoriales.

Características de un progreso intelectual.

Como hecho que demuestra un progreso constante en el movimiento intelectual de la República, consignarémos el que acaba de darnos á conocer el gerente de una de las más importantes librerías de esta capital: hace un buen período de tiempo, los balances anuales de dicho establecimiento arrojan un aumento invariable de *veinte mil pesos* en las ventas de obras sobre el año anterior. Este desenvolvimiento corre paralelamente al que ha adquirido la prensa en estos últimos tiempos.

Un diario que alcanzara una circulación máxima de *diez á doce mil ejemplares*, pasaba antaño por ser un poderoso vehículo de publicidad; actualmente un colega, *El Imparcial*, hace un tiro diario de más de *treinta mil* números, y todavía no parece restringido á este periódico el campo de circulación.

El año de 1892 escribimos en un periódico de esta ciudad: «llegaremos á tener *veinte mil ejemplares* de circulación diaria.» Han transcurrido cinco años y el progreso del país ha permitido que nuestros deseos, siempre basados en una labor sostenida, hayan llegado á mayores alturas: la empresa editorial de EL MUNDO, en las diversas publicaciones que lanza al público, ha alcanzado la cifra de *cuarenta á cuarenta y dos mil* ejemplares diarios, y los domingos este tiro se eleva de *cincuenta á cincuenta y dos mil* ejemplares, que cualquiera persona puede comprobar acudiendo á nuestras oficinas los sábados, de 10 a. m., á las 6 de la mañana del domingo.

Todas nuestras predicciones se han realizado, y nos es grato estamparlo en estas columnas, no ya con el objeto de la propia satisfacción, sino como una prueba notablemente halagadora del avance de los espíritus en un tan breve espacio de tiempo.

Habíamos, pues, adivinado la evolución del periodismo nacional, lo que indica que teníamos una idea clara del impulso que recibiría el país, fijados ya sus elementos de desarrollo, como las consecuencias salen de las premisas en un silogismo.

Decíamos el citado año de 1895: «Hace algunos años, los que se preciaban de conocer á fondo el periodismo mexicano, pretendían arrancarnos lo que estimaban como una ilusión irrealizable: la estrechez de límites que se marcaba al periódico, parecía oponerse á la empresa. Se nos señalaba como ejemplo la larga campaña emprendida por algún diario, para dar como resultado un núcleo fijo de lectores, imposible de ensancharse por ley inexorable, por algo así como un fatalismo intelectual.

«No se nos convenció. Creíamos y seguimos creyendo, que si esas viejas hojas no han llegado á obtener un público numeroso, es por su apatía, por su falta de voluntad en complacer á ese público. *El Monitor Republicano* encastillado en su vetusta tradición, con sus procedimientos de hace treinta años, no llegará á conquistar *un solo lector más* y habrá de contentarse con un grupo de subscritores subordinados á la disciplina de la empresa, que se ha propuesto publicar un periódico á gusto de ella y no á gusto del público.»

¡Dígasenos si nos hemos engañado!

El Monitor Republicano acaba de perecer, por no haber entrado en la evolución periodística—según confesión de su editor—y los que con fe hemos tomado parte en esta contienda, hemos logrado ya la primera victoria.

Hoy, como hace cinco años, decimos al porvenir: tendrémos *cien mil ejemplares de circulación diaria.*

El día en que hayamos realizado esta aspiración, la República estará de enhorabuena, porque habrá alcanzado un nivel mucho más alto en el termómetro de su instrucción, auxiliar fundamental de todos los problemas que se desarrollan á nuestra vista.

Perfiles de un estado social.

Según datos que trasmite la Administración de Rentas Municipales, existen en la capital 346 carnicerías contra 789 pulquerías. Este dato es instructivo porque revela la siuatción de un grupo humano en una ciudad montada con todo el aparato de la moderna civilización.

Hay bajo los focos de nuestra luz eléctrica una clase social qeu lleva tres siglos de hambre, y aniquilada por le anemia acude al *licor blanco* para reparar sus fuerzas; existe en la orgullosa capital un núcleo de habitantes que incuba sus riñas frente al fermentado vaso y sale del antro, ébrio de licor, ébrio de sangre, lacerados los intestinos, con un puñado de tinieblas en la conciencia y un girón de energía arrancado á su vacilante organismo.

En este círculo dantesco se mueve nuestro excelente pueblo: carece de actividad para el trabajo porque su alimentación es escasa, se embriaga porque está mal nutrido, y se enferma y se mata porque se embriaga.

La megalomanía cortesana ha llamado á México la ciudad de los palacios, pero si palacios no hay, se registran 798 pulquerías en las que se despanzurra un ciudadano cada veinticuatro horas.

Nuestros *legisladores de la calle de Plateros*—como los ha llamado un escritor distinguido—pretenden que la felicidad nacional se hace con una ley, y olvidan que una población en que el hambre, la ignorancia y la embriagez, forman el trípode sobre el que descansa una porción de los ciudadanos, no puede jamás presentarse como el modelo ideal de un agregado humano que en vano pretende ajustarse á los moldes del progreso contemporáneo.

Política General.

RESUMEN.—Las reformas de Cuba.—Cómo son recibidas.—Entre los partidos españoles y entre los rebeldes.—El problema político y la cuestión económica.—Ilusiones que se desvanecen.—La deuda de la guerra y el abismo.—Esperanzas frustradas.—La causa de la revolución en pie.

Aunque todavía no puestas en vigor, por fin se han publicado las prometidas reformas que venía ofreciendo el Gobierno español á la revuelta Antilla, hace dos años levantada en armas contra la metrópoli, y hace dos años envuelta en los horrores de una guerra tremenda y destructora.

Si hemos de creer las notas que diariamente nos comunica el telégrafo sobre la impresión causada por la obra del Señor Cánovas del Castillo, fruto de árdua labor y producto de meditado estudio, en los círculos políticos de España; si hemos de dar crédito á las opiniones de personas caracterizadas y á lo que dice la prensa y nos trasmite el cable sobre las reformas de Cuba, habremos de convenir en que han logrado el triste privilegio de no contentar á nadie, dada la acerba crítica que se las dirige, aun en las filas del partido conservador que ocupa el poder y encarna sus aspiraciones en la persona del hábil estadista que las ha formulado.

No hablemos de los corifeos de la insurrección que por boca de Estrada Palma en Nueva York, han rechazado con incontrastable energía toda idea de avenimiento que no se funde sobre la base de la absoluta independencia de la Isla, y por declaración de Máximo Gómez en el campamento mismo, han desautorizado los rumores de conciliación pacífica que últimamente han circulado. No pretendamos referirnos á los cabecillas y directores de la revolución que mal pueden aceptar hoy, después de tanta sangre derramada, después de tantos sacrificios, lo que ayer rechazaron emprendiendo la campaña antes de conocer las concesiones que discutían las Cortes españolas. Todas esas opiniones son parciales, se han engendrado al calor de la pasión y no deben tomarse en cuenta.

***

Son de tal naturaleza las reformas según el texto publicado, que apenas comprendemos, cómo es que unos las tachen de excesivamente liberales, y en arrebatos de lirismo ministerial, las consideren superiores á cuanto pueda conceder una metrópoli á su colonia, sin romper del todo los lazos de la natural dependencia; en tanto que otros no vean en ellas, sino concesiones platónicas, halagos ilusorios, que poco han de servir en la obra de la pacificación, y poco han de alcanzar de los que luchan por la libertad y sueñan con la independencia.

Si se ha procurado resolver la cuestión política, concediendo algo como el derecho de sufragio á los habitantes de Cuba y se les dá facultades para nombrar los Ayuntamientos, organizar las Diputaciones provinciales y tomar en cierto modo alguna parte en la dirección general de los asuntos de la Isla, al elegir veintiuno de los treinta y cinco consejeros que han de formar el Consejo General de Administración; si al establecer este Consejo se ha pretendido levantar como una forma de parlamento, dándole atribuciones y asignándole prorrogativas que hacen de él un remedo de Asamblea Legislativa; si de algún modo se han menoscabado las omnímodas facultades que ha ejercido el Capitán General y parece que sobre él, estarán además del Gobierno Soberano de la metrópoli, las decisiones del Consejo, no está resuelto el conflicto en armonía con las aspiraciones de las clases ilustradas de Cuba, que anhelan á mayor representación en el ejercicio de la soberanía y no se conforman con la parte que toman sus representantes en las Cortes, ni pueden quedar satisfechos tampoco con la existencia de ese Consejo más parecido á un cuerpo consultivo que á una asamblea deliberante.

Esa autoridad suprema, representada por el Capitán General, que nombra la metrópoli, y compartida con los empleados superiores que seguirán viniendo de España, continuará en sus funciones á pesar de todos los consejos generales y diputaciones provinciales, ejerciéndose sin más responsabilidad que la que quiera exijirle el Gabinete de Madrid

Con razón pues, denunciaba el Sr. Cánovas cuando de este asunto se trataba, que nunca llegaría España al grado de conceder á Cuba la solicitada autonomía en el sentido británico de la palabra. En vano se hablaba de reformas liberales y de amplias concesiones; en vano se decía que para satisfacer todas las aspiraciones no necesitaba el gabinete conservador más que desarrollar el programa de la ley votada por las Cortes en Marzo de 1895: ni esa ley dió derechos autonómicos á la colonia, ni pudo el Sr. Cánovas concederlos, ni los hubiera concedido el partido liberal; la masa del pueblo español habría protestado en nombre del patriotismo, en nombre del honor nacional.

***

Y si el problema político de Cuba no puede considerarse resuelto con las reformas aplazadas todavía indefinidamente en su aplicación, mucho menos puede decirse desatado el nudo gordiano apretadísimo de la cuestión económica y financiera.

Danse al Consejo General de Administración facultades de señalar los impuestos, y concédensele atribuciones que á primera vista lo constituyen soberano en el ejercicio de un derecho primordial: el señalamiento de las obligaciones publicas más trascendentales, la indicación de los tributos. Pero está esa facultad tan limitada de por sí, con las trabas que se la ponen, queda tan sujeta á la suspensión ó *veto* del Capitán General y á la revisión del Gobierno español, y puede ser tan hondamente, tan radicalmente modificada por las decisiones de las Cortes que discuten los tratados internacionales, que se hace ilusoria y desaparece como por encanto toda facultad, entre la nube halagadora de pomposas promesas que forman el fondo de todas las reformas.

Además, ¿qué es de la abrumadora deuda cubana? ¿á quién corresponden los cuantiosos gastos de la presente guerra? ¿hasta dónde se piensa comprometer el tesoro cubano, que sólo con el servicio de intereses quedaría arruinado y en perpetua bancarrota?......

Ni una sola palabra sobre asunto que es por sí mismo tronco y raíz de todos los descontentos, fuente de todos los odios y orígen de todos los movimientos insurreccionales; ni una palabra que rasgue ese velo sombrío que envuelve con tupidas mallas el porvenir financiero de la Isla, y encierra su problema económico, que es su problema de vida y de verdadera autonomía en el antro pavoroso del misterio. Y como habrá de suceder probablemente, como en la anterior revolución, que se deje caer sobre el tesoro cubano la pesadumbre de la nueva deuda de guerra, con más la inmensa suma de indemnizaciones, que en esta vez tienen que ser más cuantiosas que nunca, las reformas que tienden á la pacificación, dejan en pie las causas que han empujado á los rebeldes, y mas hondo el abismo que separa la Colonia de la Metrópoli.

Con razón, pues, decíamos, que la obra del Señor Cánovas ha tenido el privilegio de contentar á los menos, atraerse la crítica de muchos y ha dejado sin satisfacer las aspiraciones de la mayor parte.

Febrero 11 de 1897. X. X. X.

EL JAPON EN EL AÑO DE 1597.

Por qué crucificaron á San Felipe.

Los mexicanos de los tiempos modernos sólo debemos á los japoneses distinguidos, consideraciones que satisfactoriamente nos condujeron á tener y estrechar relaciones oficiales notables por su cordialidad. Oficial y personalmente debo atenciones á japoneses de todas las clases sociales y sin tocar al valor, á la fe y á los méritos que para la causa cristiana tuvo nuestro compatriota Felipe de Jesús, declarado santo por la Iglesia católica; creo de oportunidad hablar del Japón del año de 1597, época del martirio de San Felipe, con el objeto de hacer precisa la impresión histórica respecto de los japoneses en la conciencia de mis compatriotas.

El edicto imperial de expulsión de los extranjeros es de 1637, y dice:

1º Ningún navío ó embarcación de cualquiera clase, ni japonés alguno podrá salir del país. El que viole esta disposición será castigado con la pena de muerte y el navío con todo y mercancías será secuestrado.

2º A todo japonés que vuelva al Japón procedente de un país extranjero, le será aplicada la pena de muerte.

3º Toda la raza de los portugueses con sus madres y nodrizas, será remitida á Macao con todo lo que le pertenece.

4º Al que se le encuentre una carta de país extranjero ó que vuelva después de que se le destierre, será condenado á muerte con toda su familia, y á los que se atreviesen á pedir por ellos.

5º Nadie podrá comprar ni vender mercancía ú objeto alguno á un extranjero, bajo pena de muerte.

6º Aquél que descubra un sacerdote tendrá una gratificación de 500 Schults de plata, y al que entregue á un cristiano, se le gratificará proporcionalmente.

Al leer este edicto hay que preguntarse: ¿qué odiaba, no el pueblo sino el gobierno japonés? ¿el cristianismo ó los extranjeros? Del documento publicado resulta que las dos cosas, bajo la evidente preferencia del odio al extranjero.

El Japón no fué conocido de la *Antigüedad clásica* ni de los cristianos de la Edad Media. Alejandro el Grande se detuvo en la frontera de la India sobre una gran montaña y preguntando qué país se extendía á sus piés le fué dicho *que el Olimpo de las Divinidades terribles del Mundo*. Según se cuenta el conquistador respondió: «Como dios soy su igual, y como terrible nadie ignora que lo soy más que ellos; este bello país mi espada lo tomará como jardín de invierno.» Pero Alejandro murió sin su jardín de invierno y la conquista romana tampoco tocó la India.

Marco Polo en el siglo XIII, no vió, sino que oyó hablar del Japón, bajo el nombre *Chipangu*, como de un país lleno de oro, de hombres blancos y de mujeres bellas y cariñosas. Los filólogos modernos alemanes han descubierto que desde el siglo X, los árabes conocían el Japón, bajo el nombre de Nâfoun y como la mayor de las islas Afortunadas y Eternas, llenas de las cosas más bellas.

***

Los cristianos tuvieron noticia de que existía el Japón hasta 1542, con motivo del naufragio del navegante portugués Fernao Méndez Pinto; una ola lo arrojó á la costa japonesa en Tane-ga shima. El primer misionero que pisó tierra japonesa fué San Francisco Javier, quien llegó al Japón el 15 de Agosto de 1549. El misionero jesuita venía de la India, y según sus más fieles historiadores, el grande éxito que alcanzó en el Japón en sus trabajos de catequismo, le inspiró dirigirse á China. Alentados por San Francisco Javier á su regreso á Goa, partieron más ardientes misioneros para el Japón.

De estos hechos de origen jesuíta, al relatar la vida del insigne misionero, se deduce que los japoneses no eran intolerantes en materia religiosa en 1549, puesto que sin molestarlo en lo más mínimo, llegó á catequizar á soldados y oficiales del *Shogoun* (emperador) con el conocimiento de este. San Francisco Javier de vuelta á Goa, envió otros misioneros al Japón, no al sacrificio sino á un éxito fácil y seguro como él lo había obtenido. ¿Por qué los japoneses no martirizaron á San Francisco Javier en 1550 y martirizan á San Felipe de Jesús en 1597? Por qué acogen bien al santo europeo y ejecutan al santo mexicano, cuando la fe que los dos profesan es la misma? Espero poder contestar satisfactoriamente:

Los japoneses no eran en 1597 intolerantes en materias religiosas como no lo son en la actualidad. No hay, ni ha habido, ni puede haber gobierno, ni pueblo intolerante en los países donde hay dos ó más religiones libres, dividiéndose casi por partes iguales el culto de la total población. Cuando hay intolerancia, hay fanatismo, y este ocasiona la agresión mutua que tiene como resultado la destrucción. Mientras hubo fanatismo en Europa, no pudieron subsistir dos religiones, más que privilegiada una y perseguida y encadenada la otra, como en Inglaterra desde Isabel hasta principios del siglo. En Francia, Alemania, Holanda y Suiza, hugonotes, católicos, luteranos y calvinistas nunca tenían paz sino treguas. Dos religiones sólo pueden coexistir en paz libremente con clases directoras y pueblos ilustrados ó escépticos. Sólo una alta idea de la justicia ó la nada del escepticismo han podido hacer posible la libertad religiosa.

Los japoneses tenían por religión el *sintoismo* cuando recibieron el *budismo*. ¿En qué fecha? No se sabe la época precisa, pero ya en el siglo XIII, el budismo se dividía con el sintoismo la población japonesa. El púlpito ha validó poco á las religiones positivas; los misioneros católicos trabajan en China desde hace quinientos años, y apenas hay un millón de católicos *entre cuatrocientos dos millones de chinos*. El *heroísmo militar*, espada en mano, ha sido siempre el gran apóstol de cualquiera fe. En poco tiempo la Europa, el Asia y el Africa se volvieron cristianas, con las armas del imperio griego, de los reyes bárbaros, de los reyes francos y sobre todo de emperadores como Carlo-Magno. El islamismo convierte el Asia, el Africa y parte de la Europa, durante una gloriosa marcha militar, bajo el alfanje de Mahoma y cuatro de sus sucesores kalifas; la América se convierte inmediatamente á la fe católica con poco catequismo y mucha arma española. Los paladines de la religión de Brahama fueron los guerreros vedas, el paladín de la religión egipcia la javalina de los héroes nubios; el paladín de la religión caldea fué la pequeña lanza de los Césares de Assur y de Babilonia. La flecha persa lanzó la religión iraniana hasta las fronteras de la India; los terribles guerreros mongoles sirvieron de campeones del *budismo*, frente á los guerreros tártaros que habían convencido á millones en la religión del taoismo. David fué el guerrero del judaísmo; sólo Grecia, Cartago y Roma no llevaron en sus banderas una fe. Grecia presenta en sus estandartes todo lo que es bello, Cartago todo lo que es útil, Roma todo lo que es inmoral.

La flamígera espada mongólica picó el corazón de los japoneses, introduciéndoles la semilla celestial de la religión de Budha, y cuando San Francisco Javier llegó en 1549, encontró viviendo en paz y dividiéndose el culto de la población á las dos religiones que hasta el día dominan: el *sintoismo* y el *budismo*. Como lo he afirmado, una nación que como sucedió con el Japón en 1549, llevaba más de tres siglos de tener dos religiones libres y florecientes, era imposible que fuera intolerante, y en virtud de este hecho, fué bien acogido, bien escuchado, bien atendido y regresó á Goa, altamente satisfecho de su estancia en el Japón, San Francisco Javier.

***

¿Qué pasó con San Felipe de Jesús?

Según la historia del Japón, hasta 1565, había reinado en paz y sin interrupción la dinastía fundada por el shogóun (emperador) Taka-Udjí en 1334, hasta que el usurpador Matu-Naga, príncipe desleal y ambicioso; instigado, seducido y dirigido por los jesuítas, se rebeló contra su señor en 1565 y lo arrojó del trono. Un bravo guerrero, *Nobunaga*, hijo de un simple *daimio* (hidalgo) deshizo la obra política de los jesuítas y repuso en el trono al hijo del emperador legítimo, Yoshi-aki. En 1582 los príncipes de Bungo, de Arima y de Omura, enemigos poderosos del emperador legítimo, enviaron una embajada á Roma, presidida por el Padre Jesuita Alejandro Valignani, reconociendo su autoridad, y tal embajada fué recibida con gran solemnidad por el Papa Gregorio XIII.

No se sabe si el emperador legítimo Yoshi-aki, aburrido de la tutela de su protector Nobunaga, ó al fin seducido ó convertido por los jesuítas ó los franciscanos, desconoció á su protector y se puso al lado de sus enemigos. Nobunaga, jefe del partido militar, no se conformó, y arrojó del trono al ingrato príncipe, Nobunaga, sin tomar el título de shogóun (emperador), gobernó algún tiempo el Japón, hasta que no obstante las hazañas y la bravura de su lugar-teniente Hide-yoshi, fué al fin vencido por el *cuartelazo* del general Aketi-Motsu-hide. Nobunaga se suicidó entonces, por medio del *hara-kiri*, operación que consiste en abrirse el vientre con un sable.

Hide-yoshi lugar-teniente de Nobunaga, continúa la campaña, vence á los traidores á su jefe suicida, les corta la cabeza, y gobierna con acierto hasta 1591, en que abdicó para ceder el trono á su hijo adoptivo Hide-tsugu, quien contaba con toda la simpatía de los jesuítas, y para probarles á su vez su afecto, y conociendo las rivalidades entre jesuítas y franciscanos, mandó quemar á los tres más notables franciscanos, en la ciudad de Nagasaki en 1593, precisamente cuatro años antes del martirio de San Felipe. Hide-tsugu desconoció á su bienhechor, que había guardado la soberanía espiritual del *sintoismo*, quien castigó la traición del hijo adoptivo, degollándolo en 1595, dos años antes de la muerte de San Felipe. El vencedor hizo emperador al general japonés victorioso en la campaña contra los chinos en Corea, cuya paz fué firmadada en 1597, y Taiko-sama, emperador, murió sin que hubiese terminado la campaña el 15 de Septiembre de 1598.

De manera que si San Felipe de Jesús fué martirizado en 1597, Taiko-sama era el emperador. Pero hay un hecho extraño, Lavisse y Rasuband, compiladores de los mejores documentos, dicen que en el ejército de Taikosama había muchos soldados cristianos, y que algunos historiadores reputados de la Iglesia aseguran que dichos soldados fueron enviados á la campaña de Corea, precisamente para deshacerse de ellos, sin que nadie pudiese notar persecuciones. Entonces, ¿cómo considerar un martirio público como el de San Felipe?

De todos modos, el Japón, después de la expulsión de los extranjeros laicos y eclesiásticos, quedó en paz hasta 1868. Los japoneses han sido un pueblo militar muy altivo, y han dado pruebas de saber defender su nacionalidad, y lo que es más admirable, han demostrado que un pueblo puede civilizarse sin misioneros ni conquistadores. Jamás ha sido conquistado el territorio japonés después de su organización como nación, y siendo tolerantes, cuando los conoció la Europa en 1542, y no pudiendo ser intolerantes, puesto que ya llevaban más de tres siglos de practicar la libertad de cultos, cuando llegó San Francisco Javier, quien elogia las maneras afables de los japoneses y su tolerancia, quiere decir, que si los japoneses han matado misioneros, no ha sido por fanatismo, no ha sido por odio á otras religiones, sino por odio al yugo extranjero, por odio á la conquista, por odio á la suerte de todos los pueblos conquistados, que dan hasta su porvenir para ser rabiosamente explotados en nombre de todos los apetitos. Los emperadores japoneses hicieron bien en defender su trono, su autonomía y la paz de la nación atacada, no por la religión, sino por la política de conquista, de intriga y de exterminio de su raza, de su tradición y de su libertad.

***

Los libros que para escribir este artículo he consultado, no hablan de San Felipe, pero aun cuando nuestro compatriota haya hecho religión y política en el Japón, cumplió con el deber que la época imponía á los misioneros: atacar la fe pagana y á sus Césares; la política era una consecuencia de la misión del sacerdote, cuando la Iglesia había presentado una serie de Papas guerreros de la fuerza de Alejandro VI y Julio II; San Felipe fué siempre el mártir de su causa, aunque ésta haya sido mitad política y la otra mitad religiosa.

Pero los emperadores japoneses cumplieron un deber al defender su poder y su patria de la ambición de los conquistadores; creyeron entonces lo que ahora afirman que la tolerancia religiosa no es la tolerancia para conspirar contra la paz de un pueblo y la estabilidad de su gobierno.

Los católicos mexicanos celebran actualmente la gloria mística de un compatriota; los japoneses celebran anualmente la gloria de su civilización anunciada por un emperador, cuando se le presentó la juventud del Japón frente á la augusta antigüedad de China. «Convengo, dijo, en que por lo mismo que no nos corresponde el pasado, seremos los dueños del porvenir.»

F. Bulnes.





Jarrones de Sevres obsequiados por el Señor Presidente de la República á la Señora Isabel Watson de Gibbon.



Anforas de Sevres obsequiadas por el Señor Presidente á la Señorita Emilia González Cosío.

Valiosos regalos.

Para completar la información, adecuada á nuestro periódico y relativa al concierto que en honor del Sr. Presidente de la República se efectuó en el Teatro Nacional, publicamos tres fotogafías que tuvimos la fortuna de adquirir y que representan los regalos hechos por el Sr. Gral. Díaz á algunas de las apreciables personas que tomaron parte en el expresado concierto.

Según dijimos todas recibieron del primer Magistrado de la República ricos presentes y los que fotografiamos dan fe de ello.

Tres son nuestras fotogrfías; representan: un par de jarrones de Sevres, ofrecidos á la Sra. Isabel Watson de Gibbon; dos ánforas, de Sevres también, ofrecidas á la Srita. Emilia González Cosío y una corona de plata, ofrecida á la Sra. Virginia Galván de Nava.

Los jarrones y las ánforas, de esa magnífica porcelana preciada tanto en Europa, son verdaderas joyas de riqueza y arte. La base y el remate son de bronce dorado, con primorosos esmaltes, y el dibujo de la porcelana es admirable. En cuanto á la corona, no es menos rica y delicada. Está hecha de hojas de plata, y de bellotas de oro. Los lazos que graciosamente la ciñen van ornados de pedrería, y en el centro dela regia corona se levanta un águila notablemente trabajada.

Nuestros lectores pueden formarse una cabal idea de esos presentes por estas notas, y los grabados que las ilustran.

BANQUETE DIPLOMATICO

Nuestros lectores saben ya por los colegas de la prensa diaria, que el Señor Presidente de la República obsequió al Cuerpo Diplomático de esta ciudad, con un banquete, efectuado la noche del jueves último en los salones de la presidencia.

Ofrecían estos un aspecto de inusitada pompa. El gran moviliario de nogal, roble y piel de Rusia, los hermosos bronces, los grandes jarrones, los regios tapices, la multitud de plantas tropicales, eran, á la múltiple luz de incontables focos, de un efecto prodigioso. El salón comedor, tapizado de guinda, era verdaderamente feerico, con sus magníficos espejos biselados, con sus *chinosseries* exóticas, su gran mesa llena de flores, admirablemente dispuesta. Los grandes cuadros enviados por la Academia de Bellas Artes, consagraban al Arte augusto el magnífico salón.

Detalle fué digno de mencionarse en el servicio de mesa, el de los menús, impresos en tarjetas pintados á la acuarela por el genial Ramos Martínez con una fantasía incansable. Cada tarjeta llevaba asunto diverso y la elección hubiera vacilado ante todas.

A las ocho y cuarto dió principio el banquete, congregándose en el salón las siguientes personas:

Señor Presidente de la República, de etiqueta.

Señor Ministro de Relaciones, Mariscal, de etiqueta. Señores Ministros Baranda, Mena, González Cosío y Señor Presidente del Ayuntamiento, de etiqueta. Señor Lic. Dorantes, Presidente de la Suprema Corte de Justicia y Señor Gobernador del Distrito, de etiqueta. Señores Ministros de Inglaterra, de España, de Francia, de Rusia y del Japón, en uniforme diplomático.

Señor Ministro de Guatemala, de etiqueta.

Señor General Vélez. Señor General Berriozabal, Ministro de la Guerra.

En cuanto á las damas he aquí algunos nombres:

Señora Romero Rubio de Díaz; vestía traje negro; adornaba su cabellera un broche de brillantes, y llevaba al cuello valioso collar; señora de Gonsález Cosío; lucía traje negro, y llevaba magníficos broqueles de gruesos brillantes; señora duquesa de Arcos, llamaba la atención con su preciosa diadema de preciosas piedras; señora de Vélez; lucía traje negro con peto granate, una media luna de brillantes en el cabello, y magnífico collar; señora de Dorantes, traje negro, peto esmeralda y gruesos brillantes; señora Lynch de Camacho; vestía un traje amarillo caña, con adornos rosas, y llamaban la atención su flecha de brillantes; en el peinado, su collar era de valiosísimas piedras, sus pulseras no menos lujosas, y también los cintillos que lució al caer la manopla de sus guantes de banquete.

Señora de Dering; vestía traje blanco adornado con vistosa lentejuela de acero; señorita Pauncefote, de crema con adornos rosa; señorita González Cosío, de terciopelo negro con adornos de encajes; la señora de Mariscal, de azul pálido con hombreras formadas por preciosas amapolas rojas; señorita Adela Fernández; señorita Luz Díaz, con sencillo traje crema con adornos rosa y señorita Mariscal con precioso traje rosa.

El Menú fué exquisito y á los postres, la cordialidad, verdaderamente cautivadora. No hubo brindis.

La música de Zapadores y la orquesta del Conservatorio, encantaron las breves horas del banquete, que terminó á las once.



Corona de plata con brillantes, obsequiada por el Señor Presidente de la República á la Señora Virginia Gàlván de Nava.

La mujer que se masculiniza para probar su igualdad con el hombre, prueba que no se cree su igual permaneciendo mujer.

Mme. Nelly Lieutier.

***

Los hombres admiran en sus semejantes las bestialidades que los animales rehusan cometer.

Roberto de Flers.



COPIA.

Recibí de «The Mutual Life Insurance Company, of New York,» la cantidad de $1,000.00 (un mil pesos) en pago total de cuantos derechos se derivan de la póliza número 652,019, bajo la cual estuvo asegurado el finado mi esposo D. Gerónimo Aguado y Lares, y para la debida constancia, en mi carácter de madre, en el ejercicio de la patria potestad, sobre mi menor hija Elvira Aguado y Moreno, beneficiaria nombrada en la póliza, extiendo el presente recibo en la misma póliza que se devuelve á la Compañía para su cancelación, en Acapulco á 21 de Enero de 1897.

(Firmado) *Carlota Moreno*, viuda de Aguado.

El C. Lic. Domingo Zambrano, Juez de 1ª Instancia de este Distrito, y por ministerio de la ley encargado de la Notaría Pública del mismo, certifico: que la Sra. Carlota Moreno, viuda de Aguado, suscribió á mi presencia y de su puño y letra la antecedente firma y rúbrica, que dice: «Carlota Moreno, viuda de Aguado.»

Y á pedimento de la misma interesada, lo hago así constar para los efectos consiguientes, en Acapulco, á veintiuno de Enero de mil ochocientos noventa y siete. —Damos fe.—(Firmado. *Lic. Domingo Zambrano.*—A. (Firmado) *Gilberto J. Martínez.*—A. (Firmado) *V. Orozco.*

Leemos en los periódicos que acabamos de recibir de París y bajo el título "Ultimos ecos de las fiestas Rusas:"

Los cuartos de tocador de S. M. la Czarina y de S. M. el Czar y del Presidente de la República han sido surtidos exclusivamente de perfumería, de la casa *Ed. Pinaud.* Una indiscreción nos permite informar á nuestras lectoras de que había en ellos perfumería «Violette Preciosa,» esencia, jabón, agua de tocador y el agua de Colonia «María Louise,» añadiendo que nos consta que sus Majestades quedaron sumamente complacidas de estos preciosos productos de la perfumería francesa.

Aprovechamos gustosos esta feliz circunstancia para anunciar á nuestras lectoras que bajo este mismo título de «*Preciosa*» la perfumería *Ed. Pinaud*, acaba de introducir en México sus más finas y exquisitas esencias, tales como: «Preciosa Violete,» «Mimosa,» «Muguet,» «Héliotrope,» «Peau d'Espagne,» «Iris,» «Rosa Mousseuse,» «Lilas.»

Ya se admiran en nuestros elegantes salones esas exquisitas preparaciones, y sabemos que el polvo de arroz «*Preciosa*,» el que tiene la gran ventaja de dar á la piel un brillo y lozanía incomparable y de quedar al mismo tiempo invisible, tiene alcanzada la más lisonjera aceptación entre todas nuestras señoras y señoritas.

LOS GRANDES CUADROS MURALES DEL TEMPLO DE SAN FELIPE DE JESUS.—Santos fundadores de Ordenes.

(Al óleo por B. Gallotti.)

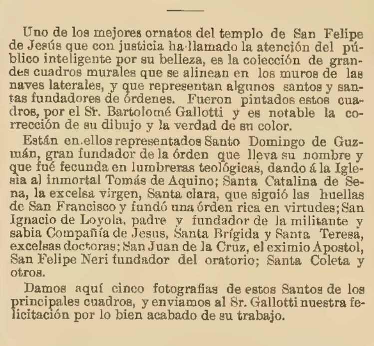






Los santos del templo de San Felipe de Jesús.





Uno de los mejores ornatos del templo de San Felipe de Jesús que con justicia ha llamado la atención del público inteligente por su belleza, es la colección de grandes cuadros murales que se alinean en los muros de las naves laterales, y que representan algunos santos y santas fundadores de órdenes. Fueron pintados estos cuadros, por el Sr. Bartolomé Gallotti y es notable la corrección de su dibujo y la verdad de su color.

Están en ellos representados Santo Domingo de Guzmán, gran fundador de la órden que lleva su nombre y que fué fecunda en lumbreras teológicas, dando á la Iglesia al inmortal Tomás de Aquino; Santa Catalina de Sena, la excelsa virgen, Santa clara, que siguió las huellas de San Francisco y fundó una órden rica en virtudes; San Ignacio de Loyola, padre y fundador de la militante y sabia Compañía de Jesus, Santa Brígida y Santa Teresa, excelsas doctoras; San Juan de la Cruz, el eximio Apostol, San Felipe Neri fundador del oratorio; Santa Coleta y otros.

Damos aquí cinco fotografias de estos Santos de los principales cuadros, y enviamos al Sr. Gallotti nuestra felicitación por lo bien acabado de su trabajo.





Las exequias del Sr. Gobernador de Durango.

Como saben nuestros lectores, el Sr. Gobernador de Durango, que había ido á Santiago Papasquiaro á inaugurar algunas mejoras, resultó repentinamente enfermo y murió el Sábado 30 de Enero último. La noticia causó gran sensación en Durango donde el Sr. General Flores era muy querido, y la Diputación permanente reunióse con premura decretando duelo oficial.

El día 1º de Febrero, el cadaver del alto funcionario fué conducido con los honores debidos á la capital del Estado, y ahí se le consagraron exequias dignas de su memoria.

Nuestro corresponsal se sirvió enviarnos dos fotografias que muestran el aspecto de la calle de la Constitución al entrar la comitiva fúnebre que conducía el cadaver. Nuestros lectores las hallarán ilustrando estas líneas.





LAS EXEQUIAS DEL SEÑOR GOBERNADOR DE DURANGO

Calle de la Constitución al entrar la comitiva. (Véase el artículo relativo.) **La misma Calle al pasar el féretro.**

LA PRINCESA Y EL TSIGANO

La princesa y el tsigano......... se necesitaría habitar las altas planicies del Tibet, encerradas por montes de seis y ocho mil metros, para preguntar qué Tsigano y qué princesa.

Son ya dos sin embargo, las princesas que han tomado una tras de otra, el audaz partido de arrojar sus coronas cerradas, por encima de los molinos. No se ven ya reyes que se casen con pastoras, en revancha hemos visto, desde hace menos de dos meses, á Elvira de Borbón, princesa por la sangre, huir en compañía del pintor Jolchi; y á Clara de Caraman-Chimay, princesa por alianza, raptarse al violinista tsigano Janesi Rigo.

Pero la escapatoria de Emilia de Borbón, y de Jolchi, fue relativamente discreta. La princesa de Caraman-Chimay y su Tsigano, han adoptado otra actitud: han escojido para abrigar allí sus amores, una de las más agitadas capitales de Europa, Buda Pest; viven en el hotel; reciben á los reporters; y si no comen en la sala comun, se

La princesa de Caraman-Chimay. (Véase el artículo relativo.)

divierten cuando menos mucho si se les refiere que un zapatito muy mono de la princesa, obtenido merced á una recamarera infiel, ha dado de mano en mano la vuelta á la mesa del hotel.

En los *interwieu* obtenidos por unestros colegas húngaros, la princesa de Caraman-Chimay, ha referido complacientemente su vida juvenil, su matrimonio, su huída, sus impresiones nuevas y sus proyectos para el futuro. De esta suerte hemos sabido que Clara Ward, hija de un riquísimo americano del Estado de Michigan, no ha tenido menos de trece hermanos y hermanas; hay que convenir en que es difícil hacer la desesperación de una familia mas numerosa. Clara era la más joven. Cuandó su padre murió heredó por su parte millon y medio de dollars; y fuese con su madre á residir á Europa. La dote era llamativa; pero las actitudes emancipadas de la joven americana, asustaban á los pretendientes. Por otra parte, no tenía más que diez y ocho años. Un gran propietario alemán se presentó; su físico sedujo á Clara Ward; desgraciadamente se supo bien pronto, que se había enriquecido en la explotación de un café falsificado. Estando así las cosas, el príncipe de Caraman-Chimay Conoció en París á Mis Clara y á Mis Ward. La madre y la hija quedaron fascinadas ante el blason del príncipe. Este, aunque muy enamorado no decía esta boca es mía; víctima de una timidez y de una reserva extremadas, bajaba los ojos ante la provocativa americana, de tez deslumbradora, y de ojos de fuego. Esto pasaba en Marzo de 1890, Mis Clara Ward supo con una decisión del todo americana, precipitar los acontecimientos, y el veinte de Mayo de 1890, el principe de Caraman- Chimay la conducía al altar.

La princesa de Caraman-Chimay, tenía su puesto marcado en la corte de Bélgica, allí fué acogida desde luego con solicitud, pero se produjeron algunos incidentes azas misteriosos; con ocasión de una *Garden Party* en Laeken, hubo un escándalo; en suma, el príncipe y la linda princesa, abandonaron la capital del rey Leopoldo y se instalaron definitivamente en Francia.

En París, la pridcesa á pesar del nacimiento de dos hijos, adoptó un género de vida singularmente excéntrico, é independiente, pero su última excentricidad ha hecho olvidar todas las otras. Fué en el restaurant Paillard donde encontró á Rigo, que dirigia la orquesta de Tsiganos. Ya se sabe lo demás.

En Buda Pest ha mostrado á uno de sus visitantes, su brazo tatuado de una serpiente, «Emblema de su amor eterno por su Janesy». Janesy Rigo por quien la princesa de Caraman-Chimay se ha tatuado, tiene 35 años. Con su pequeña talla, su cara picada por la viruela, los cabellos lucientes de pomada y el chaleco atravesado por muchas cadenas de reloj, es un specimen cumplido de la raza Tsigana.

Casado tambien Rigo, podía temer una venganza de su mujer, pero esta ha preferido mejor á lo que se dice, dar á la cuestión un desenlace cómico, desapareciendo á su vez con un galan.

En estas condiciones es probable, que los tribunales de Charleroi y Stuhlweissenburg, votarán bien pronto un doble divorcio.

El automovilismo rey del porvenir.

Los elegantes carruajes tirados por soberbios troncos y guiados por vistosos automedontes, en los cuales se da ancho campo para su refinamiento la fantasía de los poderosos de la tierra, están llamados á desaparecer. El automóvil ligero, silencioso, rápido, empieza á sustituirlos ya en algunas capitales europeas y el aspecto de las grandes arterias, cambia, se transforma, adquiere fisonomías extrañas.

Muchos son los modelos de automóviles en uso ya en París. De ellos damos dos que nos han parecido más hermosos. El primero es un vehículo movido por petróleo (fig. 1.) de M. Darraq, extremadamente curioso, tanto por la novedad de la transmisión como por el mecanismo entero.

La directriz no lleva ni engranajes ni correas, ni conos de fricción ni aparatos de cambios de velocidad. Suprime pues todos los pequeños inconvenientes inherentes á esos diversos mecanismos.

Estos son remplazados por un órgano único, que permite hacer variar las velocidades por grados insensibles, desde la suspensión de ella hasta 30 kilómetros por hora, y que permite al mismo tiempo hacer recular al coche.

La ventaja de poder avanzar tan suavemente como se desea, se comprende con facilidad por que los parajes más difíciles pueden así ser franqueados con facilidad.

El vehículo que representamos aquí es del tipo *Petit Duc* de dos asientos. *La carrocería* ó estructura es muy elegante y el conductor tiene en sus manos los órganos necesarios para asegurar la marcha y la dirección del coche.

El motor difiere esencialmente de los construidos hasta el día. Dos pistones trabajan en un cilindro único, la cámara de explosión está situada en medio del cilindro. Este motor es de cuatro tiempos. Da un explosión por cada dos vueltas del arbol motor.

Este sistema permite atenuar en gran medida las vibraciones desagradables que se resienten, sobre todo cuando el vehículo se detiene. En efecto, esta disposición aplicada á dos pistones que se desplazan en un cilindro comun y que obra sobre manivelas caladas á 180° produce un equilibrio en todos los puntos del curso de los pistones, lo que suprime las vibraciones y los choques que provienen de la potencia viva del sistema en movimiento.

El sistema de arrastre es novísimo, pero no entraremos en descripciones técnicas que serían tediosas para muchos de nuestros lectores. Baste decir que en este vehículo y en la (fig. 2.) de ingenieros no menos aventajados que el que nos ocupa, la perfección en el mecanismo es notable. Muy en breve veremos en nuestras ciudades, el reinado del automóvil.



Janesy Rigo. (Véase el artículo relativo.)

LA PESCA DE LA BALLENA

Las ballenas no están aún á punto de desaparecer de la superficie de los mares; basta para convencerse viajar en los océanos que se avecinan de los polos. En esas regiones se encuentran diariamente; pero perseguidas con ahinco, se han vuelto más y más desconfiadas, más y más difíciles de cazarse, y se ha necesitado modificar completamente los útiles de pesca de esos grandes cetáceos.

En otro tiempo un navío ballenero era, en general, un gran buque de tres mástiles, de quinientas á ochocientas toneladas,—algunas veces más—muy sólidamente construidó, para resistir á la presión eventual de los hielos, y armado de una tripulación numerosa. Se partía para largas campañas, que duraban algunas veces uno ó dos años. Cuando se encontraban ballenas, los botes del navío acercábanse á ellas y las atacaban con arpón y con lanza, no sin grandes peligros para los asaltantes. Cuando la béstia era cazada, se la ataba á lo largo del casco y se la despedazaba por una maniobra especial, que consistía en pelarla en espiral, como se pela una naranja; esa



La pesca de la Ballena.—El vigía en lo alto del mástil avistando al cetáceo.

piel cargada de una costra de veinte á treinta centímetros de espesor, era fundida á bordo del navío, momentáneamente trasformado en caldero! Las barbas, que constituyen el producto más precioso de la ballena, eran recogidas cuidadosamente; después el gigantesco cadaver, desdentado y descortejado, se abandonaba á la descomposición. Así se perdía una maza de carnes y de huesos, que constituyen, sin embargo un cierto valor.

Ahora esa pesca se *industrializa* mucho. Si existen aún unos cuantos balleneros que proceden según acabamos de decirlo, el mayor número de ballenas capturadas han sido cazadas por pequeños navíos construidos especialmente para este uso.

Esos pequeños balleneros, del todo minúsculos en comparación del gigante al cual tienen la misión de perseguir, miden apenas veinte metros y tienen una capacidad de 40 á 80 toneladas.

Se concibe que con tan débiles dimensiones esos balleneros no puedan emprender las grandes campañas de sus predecesores, que eran á la vez viajeros, cazadores, preparadores, y trasportes de productos. Aplicando los principios modernos de la división del trabajo, los balleneros modernos no han conservado mas que el papel de cazadores. El taller está en otra parte, en algún paraje donde puede hallar la fuerza motriz ó cuando menos el agua necesaria para sus calderas.

Esos talleres se instalan naturalmente en los parajes frecuentados por las ballenas. Hay muchos en las islas Lofoden (costas noroeste de Noruega), otra existe en los alrededores de Vardoe, pequeña ciudad situada en la costa de Laponia, al Este del Cabo norte. Por último, cinco existen actualmente en Islandia.

Los productos que se obtienen de la ballena, son los siguientes:

Las barbas, conocidas en el comercio con el nombre de *ballenas*, van siendo cada día más caras. Sirven para corsés, paraguas, abanicos, biombos y otra multitud de objetos.

El aceite, que se divide en dos calidades: la primera, obtenida por la fundición en el baño-maría, de las cortezas; la segunda por la ebullición de las carnes. Estas se cortan con una guillotina á vapor, de movimientos muy rápidos, é impresiona verdaderamente verla funcionar.

Las carnes, desembarazadas del aceite que encerraban, son desecadas en hornos especiales, después quemadas y trasformadas en un polvo oscuro, casi inodoro y que se vende como abono para la agricultura.

Por último, los huesos encuentran un empleo, ya en su estado natural, ya por su conversión en negro animal.

En Onondar-Juord se benefician hasta doscientas ballenas por año. Cada una de ellas mide veintiocho metros por término medio, y produce unos tres mil francos ó sea un producto total de 600,000 francos; pero los gastos son muy elevados; el material es considerable, y se concibe que el personal sea exigente en el monto de los salarios; sin embargo, la remuneración del capital invertido es aun así muy satisfactoria.

Volvamos á los balleneros, de los cuales nos hemos apartado un instante. Esos pequeños buques están provistos de poderosas máquinas que les imprimen de 12 á 14 nudos de velocidad. En la proa va instalado, como lo muestra nuestra grabado, el cañón que lanza el obús-arpón. Este proyectil, en efecto, está destinado á matar á la ballena. al mismo tiempo que á capturarla. Así el obús arrastra consigo una larga cuerda, gruesa como el puño, y sin embargo, blanda como la seda—una de estas cuerdas cuesta 2,000 francos—va unida á una polea y se lava con sumo cuidado.

Este pequeño aparato es una simple maravilla mecánica. En tanto que la ballena se debate furiosamente, el hombre que maniobra deberá conservar la cuerda siempre tendida en su parte intemediaria, ni demasiado, ni muy poco. Tendrá que conservar durante la agonía, á veces larga de la bestia, su sangre fría, para enrollar ó desenrollar su cuerda en un momento dado. La suerte del buque depende de este instante.

Los balleneros que describimos son todos de construcción noruega; inútil es decir que los tripulantes son hombres de una energía y de una constitución excepcionales.

En sus expediciones, un hombre va de vigía en un pequeño tonel colocado en lo alto del mástil. Luego que es avistada una ballena, el buque se dirige sobre ella; lo más frecuentemente huye, y en ese caso la persecución es inútil. Algunas veces se tiene la suerte de encontrarla dormida en la superficie de las olas; entonces puede el buque aproximarse á buena distancia y dispararle.

Si el golpe fué bien dado, la ballena muere por la explosión del obús en sus órganos vitales; pero esto es muy raro. Otras veces se queda como aturdida algunos instantes, pero lo más frecuentemente se sumerge á pico, con espantosa rapidez, arrastrando al ballenero, al cual remolca con el cable del arpón. En este momento crítico, un falso golpe de barra del timonel, una falsa maniobra harían sozobrar al buque sino se cortase á tiempo la cuerda.

Una vez muerta la ballena, vuelve á la superficio. Después que se está seguro que no hay nada que temer de sus últimas convulsiones, se la ase de la cola por medio una cadena especial, áseséla asimismo de la cabeza y se pega á lo largo del buque y se la lleva así hasta que se halla un remolcador que la lleve al sitio donde debe beneficiarse

Como se ve, son por demás curiosos los procedimientos empleados para la caza de ese mónstruo que acaso pronto desaparezca para siempre de nuestros mares hiperbóreos.



La pesca de la ballena.—Proa de un ballenero moderno.

DEL "LIBRO DE MIS VIAJES"

[Fragmento.]

«¿Por qué has creado el infierno 'Alláh? ¿No habías creado ya Chamb?»—Exclaman los afghaneses.—Yo, imitando á los indígenas de aquella abrasadora comarca, modifico la frase y digo en buen cristiano:—¿Por qué has creado el infierno, Dios mío? ¿no habías creado Cuernavaca?

Bien sé que puede sudarse más en otras partes; bien sé que el inmenso desierto extendido, como un arco de círculo, entre las islas del Cabo Verde y la gran muralla de la China, el Este y el Norte de Sahara, el pie del Himalaya, el valle del Sagrado Ganges y las estepas sin fin del Afhganistan y la Bukaria, son los hornos de la tierra.

Sé también que sin salir de México, podría sufrir la temperatura de Iguala y los chorros de plomo derretido que vierte el sol de Texas. Pero mi carne es flaca y yo no quiero enflaquecerla más. Para mis pecados pobretones y vulgares, con un infierno como Cuernavaca basta.

No me arrepiento, sin embargo, de haber venido á este *Sudatorium* con honores de ciudad. Abro el balcón y admiro extasiado el horizonte incomparable de nuestra tierra caliente.

Cuando se baja á Cuernavaca por la rápida cuesta de Huitzilac, este cielo cuyas últimas líneas color de ópalo van á perderse en las montañas donde empieza la gran Sierra del Sur, produce en el ánimo una sensación parecida a la que causa la contemplación del mar en la hora del alba. Hay algo de Mediterráneo en ese azul fluido.

Es el mar como lo soñamos antes de conocerlo, el mar de los dioses griegos, el mar de Anfitrite. En esas ondas se ocultan las sirenas quo oyó Ulises. Si de súbito surgiera en esa quieta superficie una vela latina, sin duda nos parecería un hecho tan común y natural como la aparición de una ave ó de una nube.

La inmensidad es una como Dios. Ya la admiremos en el mar, ya en el desierto, ya en el cielo, produce siempre en nuestro espíritu el mismo sentimiento de dilatación. Por eso, desde el rústico hasta el sabio, todos comparan el desierto con un mar, y ven el cielo como un océano superior surcado por la «góndola de plata.» Este sentimiento no lo determina el color, sino la extensión.

El horizonte que tengo ahora ante mis ojos, puede parecerse al mar que inventa la fantasía; al mar que canta en los versos de Homero; al mar que pintan con vago colorido los pintores *trasparentistas*. Pero el mar verdadero no es así. El azul que le damos sólo puede encontrarse en ciertas aguas, y en la cinta donde confina con el cielo. El mar es verde acá, negrusco allí, gris en aquellas vastas lontananzas, aceitoso, pesado y duro en todas partes. Es grave, adusto: es el Titán insomne, agobiado por un inmenso remordimiento.

En las hondas de azul purísimo, de ópalo fluido y de ámbar en fusión, que tengo ahora sobre mi cabeza, deben navegar los ángeles en góndolas de pluma. Si no fuera un absurdo, diría que la mirada siente, al perderse en esas olas de luz, la sensación de bienestar que dan al cuerpo los baños orientales.

* * *

Cuernavaca es la reina de este infierno que se llama la tierra caliente: es Proserpina! Se ha detenido al borde del inmenso caldero, como la joven que, encontrando hirviente la agua de su baño, encoge la pierna que iba ya á sumergir en la ancha tina de alabastro. El vapor del agua en ebullición se cuaja en su rostro. Es la sultana á quien sumiso esclavo nubio, abanica con plumas de faisán! El esclavo nubio que mueve el abanico de Cuernavaca es Huitzilac.

Allí está el monte obscuro, coronado de pinos silvestres, pensativo y triste como el esclavo que ama sin esperanza á la mórbida reina del harem. Sus celos se llaman tempestades. Junta las nubes negras, las enreda en las torcidas ramas de sus arboles, las agrupa en terribles escuadrones, y con impulso formidable los arroja sobre el valle. Pero, á poco, su cólera se extingue; el pino enhiesto que pugnó en vano por desenraizarse y correr á la llanura, yace en tierra; los rabiosos alaridos del titán desahogaron su pecho: triste y docil, sigue el nubio agitando su abanico, mientras duerme en silencio la sultana:

Un pino se alza en la cumbre
De un monte del Norte helado.
Sueña; la nieve y el hielo
Lo envuelven con su sudario.
Sueña con una palmera
Que en el oriente lejano
Se alza solitario y triste
Sobre un peñón abrasado.

***

Apartando la vista del frío Norte, partamos «de cara al sol,» como el Byron de Núñez de Arce. Antes de examinar la población, miremos á vuelo de pájaro los campos amenísimos que la rodean. Podeis subir á la torre de la vieja iglesia de franciscanos ó al mirador del antiguo palacio de Cortés. Desde la torre tended la vista hacia el Poniente. Bajo tupidos bosques de guayabos se oculta el caserío, desparramado, de San Antonio. No pueden verse las casitas. Diríase que están desnudas y que se ocultan pudorosas detrás de los árboles. Sólo la iglesia empina su torre por encima de los guayabos, como para mirar si el cazador que sorprendió en su blanca desnudez á las traviesas campesinas, se ha alejado.

El paisaje que se descubre desde el palacio de Cortés, exige en el artista que se proponga descubrirlo, el colorido, lleno de sol, de Eugenio Fromentín. Los campos de caña, ostentan su verde claro, intenso, deslumbrante en los últimos planos del paisaje. Parecen tersos, sin arrugas y sin pliegues, como si gigantes invisibles se entretuvieran en restirarlos durante la noche. En primer término, bosquecillos de plátanos mueven sus largas hojas........ ¡los ceñidores de la rubia Eva! Al Noroeste los cerros se aproximan á la ciudad y al Sur la vista se pierde en la extensión de los campos sembrados cuyo término apenas se columbra. Los severos bueyes, *las grandes víctimas del Clytumno*, no aparecen en la llanura. Ningún tropiezo encuentra la mirada en el cuadro tranquilo que recorre. Las cimas de las montañas remotas parecen de lapizlázuli. Una cinta de singular y armónico colorido une la tierra y el cielo, por gradación casi insensible de colores,

¡Cuán grandioso es el espectáculo de la puesta del sol en este sitio! Indecible sentimiento de inquietud se apodera del espíritu. En los montes boscosos, el crepúsculo es trágico. Los árboles cobran vida y voz humanas. Las montañas se calan sus capuchos colosales. El venado huye y en las ondas del viento suenan las voces y las escobas de las brujas.

La muerte en este sitio y á tal hora, debe parecernos menos dura. Así murió Sócrates, contemplando la inmensidad del océano en cuyas ondas los rayos del sol poniente iluminaban la popa dorada de la nave que regresaba de la isla de Delos, en tanto que bajaban los rebaños de las cimas del Taygetes y el Citceron nadaba en un mar de oro.

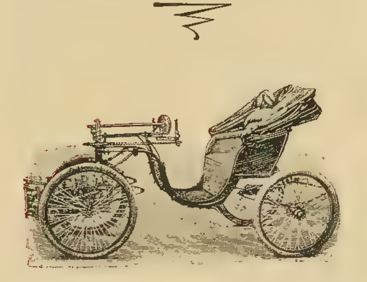
Inconscientemente ante el grandioso cuadro qui ilumina una luz fuerte, intensa como la que alumbra los paisajes de Claudio Lorena, se recuerdan las grandes perspectivas de la bahía de Nápoles con sus riberas bordadas de naranjos, las montañas de la Apulla, la isla de Caprea y la costa del Pausylipo. El espíritu encuentra el parecido sin poder precisar en dónde está. Un vapor violeta rodea las colinas distantes. No hay un átomo opaco en el Acre. El verde claro de aquellos grandes llanos bebe luz.

Aquí, el escrúpulo es la muerte, sin dolores, de una niña cuya alma se va al cielo. La naturaleza no se ennegrece, se duerme. Dulce melancolía nos rodea en sus gasas, y pensando en la celeridad de la existencia, recordamos el *Carpe diem* de Horacio; el *Te spectem suprema mihicum venerit honra* de Tibulo y el admirable *Invalidisque tibi tendès*, ken! *hon, tua, palmas*, de Virgilio.

Cuántas veces pasaría pensativo Hernán Cortés por este mirador de paredes desnudas y anchos arcos! Sentado aquí, podía admirar en todo su esplendor la tierra prometida á su codicia. Y cuando fatigado de ambiciones se entregaba en brazos del amor ¿qué sitio más hermoso para desatar voluptuosamente las trenzas negras de la joven india, mientras el valle duerme, el sol se oculta y llena el aire de sonidos metálicos el coro de las chicharras invisibles? La campana que da el toque de oraciones apenas suena. Las ondas sonoras pasan muy arriba y el sonido enervado por el calor y la pereza, cae á plomo. La luna brota y su claridad amarillenta se difunde en el aire. Blancas nubes simulan en las crestas de los montes diademas de nieve y en el zenit rebaños gigantescos.

EL DUQUE JOB.

Agosto 21 de 1891.



Los nuevos automóviles, Figura 1ª. (Véase el artículo relativo.)

QUINCE AÑOS DE CLOWN

No tardarán en cumplirse los quince años del día—mejor de la noche—en que Ricardo Bell se presentó por vez primera al público de México: por aquel entonces la *troupe* de Mr. Orrin semejaba más á aquella descolorida comparsa de Tomaso Bescapé, melancólicamente trazada por Edmundo de Goncourt, que al brillante séquito del Circo Molier, iluminado *á giorno* por la elegante frase complicada de Feliciano Champseur, en una de sus encantadoras narraciones.

Entonces el Circo era poco más que una barraca y hoy es más que un teatro—dígalo si no la inteligente cubanita Luisa Martínez Casado;—el *clown* cantado ya por Teodoro de Banville, (*Polichinelle et clown, j'ai su, qu'on s'en souvienne-joindre à l'humeur anglais la verve italienne*) no había roto aún el tosco perfil del bufón de la Edad Media: era aquel buen, tradicional *payaso* lento en sus movimientos, de andar torpe, desgarbado, recio y fornido, Hércules enharinado, con traspiés de beodo, enredado en figura de cotillón; de éstos una buena puñada había atravesado las *pistas* de nuestros barracones; de Inglaterra nos venía la mayor parte de ellos, y es que Inglaterra—ha dicho el autor de *Les frères Zemganno*—ha ideado asociar el ingenio á la materialidad del ejercicio de fuerza, la gimnasia se ha transformado en pantomima: siniestra se ha vuelto allí la gracia del payaso y la caricatura se trueca en fantástica pesadilla.

Ah! es que el *humor* se *padece* cada vez con mayor tristeza; es que desde Deburau—el ilustre, el apologiado por Teófilo Gautier, el amigo de Julio Janin y de Carlos Nodier, el eternamente triste,—hasta aquel Mazurier,—de quien dice un biógrafo que en *Yocko*, hacía reír con sus muecas y llorar con su muerte—Mazurier, rival de Talma y de la Mars—todos han podido repetir la frase sacramental de los payasos ingleses: *Here we are gain-all of a himp!—How are you?*



Qnince años de Clown.—Ricardo Bell.

Bell ha hecho fortuna porque es un buen *reidor*, porque detrás de aquella máscara blanca no se descubre la sombra de esa punzadora enfermedad que resulta, según la expresión de Bourget, de «la desproporción entre la realidad y el deseo;» porque en su carcajada franca no hay nada del amargo dejo de ese emponzoñado licor que apuramos todos...... todos, hasta el *payaso*, porque el veneno ¡ay! se ha infiltrado, más que entre ningunos otros, entre los que ríen; porque de la risa de Bell podría decirse lo que de la risa de Shakespeare ha dicho Carlyle: es una oleada alegre que nos refresca el corazón.—Hé aquí todo el secreto.

Bell ha tomado la divisa de desempeñar alegremente su oficio, ya recomendado por Mirabeau, y se le da un ardite lo que haya escrito Marco Aurelio en sus *Pensamientos*, ó lo que Bakounine haya consagrado en sus *Cartas á los oficiales rusos*. El acepta el mundo tal como es, no pretende corregirlo siquiera; la humanidad no es tan mala como opinan algunos misántropos, pero siempre conviene que haya Código Penal; el *hombre sólo*, ensalzado por Rossean no le causa gran admiración: las masas suelen ser dominadas por un sentimiento, como dice Mr. Taine, pero es más facil dominarlas por una carcajada; la dicha, la desgracia, abstracciones que viven dentro de nosotros mismos, *puntos de vista*, nada más; al través de todas las tristezas de la humanidad se descubre un punto luminoso, como en esos días lluviosos de Primavera, hay un espacio azul; y allá mucho más allá, ¿cómo ha de faltar un rincón de cielo para el que ha llenado alegremente su tarea? ¿No equivale todo esto á un sistema completo de filosofía?

¡Quince años! En este espacio de tiempo, ¡cuantas eminencias han pasado de prisa y corriendo al lado de Bell, mientras el *ceown*, firme en su puesto, ha ido noche á noche, luchando á brazo partido contra este gran inconstante que se llama el público!

¡Quince años! Sabeis que ninguna de esas eminencias hubiera resistido á esta tenaz persistente batalla? Nosotros, que á la segunda temporada que nos sirve Sieni un mismo tenor ya comenzamos á murmurar contra el *impresario*, y cada vez que Coquelín ha repetido una pieza, no hemos acudido á la cita, hemos mimado, consentido, glorificado á este hombre, y cuando anuncia dos beneficios; aun nos parece poco y pedimos siempre: ¡más, más! ¡Sí, más, más! es decir otros quince años más!

Y siempre victorioso, siempre alerta, siempre en lo alto, flotante al viento el amplio pantalón de abigarrados colores, la chaquetilla de bordados fantásticos, el gorro puntiagudo, la boca prolongada en cuadro, de oreja á oreja, la nariz avanzando al aire por atrevido pincelazo, los grandes lagrimones negros, los ojos encapotados bajo enorme aglomeración de cejas, el semblante de muda interrogación cómica, de curiosidad maliciosa, una personalidad de arte que se ha paseado triunfadora de uno á otro extremo de la República y á quien debemos las risas más frescas que han asomado á nuestro corazón en el que resuenan como puñado de monedas de oro arrojado en vaso de cristal de Bohemia, las risas de nuestros hijos, las más amadas, las más suaves; las más refrescantes, las más ansiadas. ¿Cómo queréis que no tengamos gratitud á este hombre? Gracias señor Bell, muchas gracias!

Un niño que piensa en Bell, es casi un angel que sueña en el cielo. Para estos pequeños amados seres, Bell es sinónimo de bondad, de perfección absoluta. Bell debe poderlo todo: hay *bebé* que lo mezcla en sus oraciones. Una niña dice á su hermanito: no seas malo por que te castiga Bell. Y los padres: si eres bueno te llevo a ver á Bell, Bell ¿ha hecho el mundo? Mi hijo lo cree firmemente. Yo creo que si no lo ha hecho, no se opuso. Nadie le pidió su opinión; de habérsela pedido, vota por la afirmativa, estoy seguro.

El mundo ¡vaya! y los demás planetas, y el sol, y las estrellas, y en cada una de estas lucesitas que nos miran, un circo con grandes cartelones en la puerta: «Esta noche *Pantomima Acuática*,» muchas luces, coches, niños que ríen y un *Mister Bell* en cada una de estas habitaciones celestes! Porque si allá arriba, muy arriba, no hubiera un Mister Bell, la creacción no sería completa y Dios ha hecho bien las cosas, porque el es bueno, y Bell...... también.

Figúrense ustedes, después de esto, ¿si tendrá razón el *clown* de Mr. Orrin para importársele un ardite de Bakounine y de Marco Aurelio y de todos.

los muchos sabios que en el mundo han sido?

Pero ¿y el Arte?—Un momento caballero: Yo no me explico á esos buenos señores que creen firmemente que cada vez que se habla de Arte, hay que ponerse serio. Estos *rígidos* son capaces de cerrar las puertas á todo lo que no sea *mármol de Pharos* y por amor á Wagner arrojarían á Offembach del reino de los cielos.—El Arte, señores míos, se roza con los de arriba y se codea con los de abajo. ¿Cuál de estas dos poesías bucólicas es mejor: la *Charogne* de Baudelairé, ó el *Idilio* del Padre Pagaza? preguntaba Urueta á Tablada, no hace mucho. Pues...... el Arte se queda con las dos. ¿Por qué? Porque en materia de Arte yo no conozco más géneros que dos: el bueno y el malo.

Queda el regular.

Peor que el malo, creanlo ustedes.

Después de la *Loca de la Casa*, de Pérez Galdós, se puede asistir á la *Pantomima acuática*, y yo he visto á la Jane Hading aplaudir con convicción á Bell.

Edmundo de Goncourt, á quien arriba cité, se complace en dar públicamente las gracias á Victor Franconi, á León Sari y á los Hermanos Hanlon-Lees, «quienes—escribe el maestro, en la portada de sus *Frères Zemganno*—aparte de sus destreza gimnástica, son capaces de raciocinar acerca de su profesión como sabios y como artistas.» —Hostia es el Arte que pasa de mano entre los elegidos.

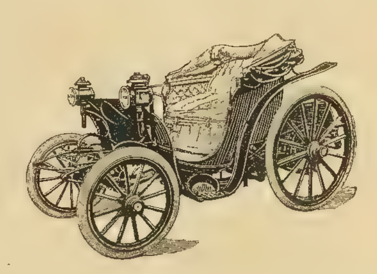
***

Ricardo Bell tiene todavía un mérito: todos los años deposita un hijo en el mundo.

¡Ah! Y los ama entrañablemente.

¡Figúrense ustedes si tendrá el hombre motivos suficientes para mi admiración!

CARLOS DÍAZ DUFOO.



Los nuevos automóviles. Figura 2ª. (Véase el artículo relativo.)



Rosa de la Mañana.

Por René de Pont-Jest.

Goulab-Soubi, ó Rosa de la Mañana, era pura y bella como sus hermanas las vírgenes, en medio de las cuales vivirán los elegidos de Mahomet en sus «Jardines de las delicias.» Nacida en el recinto de la pagoda de Sriringam, dedicada desde su nacimiento al culto de Vichnou, *Rosa de la Mañana* era á los quince años la más instruida y la más graciosa de las *Devadassis*, las bayaderas que sirven á los dioses.

Apenas, si con largos intervalos, para correr como una gacela en libertad, entre los bosquecillos de almendros que rodeaban el templo, había franqueado las puertas sacras coronadas por pirámides de piedra de quince pisos de altura. Jamás había atravesado el puente de veinticinco arcos del Kavery, para salir de la isla sobre la cual se eleva, en medio del río, uno de los más prodigiosos monumentos de la India. Sólo los fieles admitidos en el santuario cerrado para los profanos, la habían admirado cuando al son de las campanas de bronce y de los tamboriles, en la atmósfera de las flores y de los perfumes, danzaba ante los ídolos dorados y salmodiaba con su voz dulce como un canto de ruiseñor las alabanzas del Dios de amor de la trinidad hindu.

Nada de fuera había llegado hasta ella; sus hermosos ojos de pupilas agrandadas por el kohol, no conocían otros horizontes que los grandes árboles de las riberas de la isla santa, y sin embargo, cuando con sus dedos aguzados hacía vibrar las cuerdas de su *sitara*, gorgeando alguna poética canción indostana, su corazón palpitaba más fuerte y sus miradas se velaban á medias como en una aspiración inconsciente hacia lo desconocido.

A pesar de esto, permanecía sorda á los homenajes más exaltados, á las declaraciones más ardientes. Seder Ali, hijo de uno de los ricos mercaderes de perlas de Tanjora, usaba en vano de todos los medios de seducción. Gracias á sus ofrendas había ganado á los brahmines, y la pagoda le estaba siempre abierta; pero *Rosa de la Mañana* no le respondía ni aun cuando deteniéndola al paso, le murmuraba palabras de amor y no aceptaba ninguna de las joyas que le enviaba.

Seder Ali, era, sin embargo, un soberbio malabar, joven de facciones regulares, de ojos llenos de fuego, de fiero andar, y además, generoso, presto á consagrarle su vida entera. Pero *Rosa de la Mañana* se inquietaba poco de eso. Su compatriota no era el héroe de sus sueños de virgen, y cuando lo distinguía en su camino, se escapaba como dominada por el terror.

Entonces Seder Ali, no reprimía un gesto de cólera; sus labios tenían una mala sonrisa y con una mirada á la vez odiosa y apasionada, la seguía á través de los jardines y de las galerías de la pagoda, hasta que desaparecía.

Ahora bien, una mañana, en el momento en que ella adornaba con perlas su lujuriosa cabellera de ébano, el jefe de los brahmines le dijo que se pusiese sus más brillantes trajes, que se adornase con sus más ricas joyas, que se acordase de sus danzas más ligeras. El radjah de Tanjora, Silvaji, daba una fiesta á lord William Bentick, gobernador de Madrás y había expresado el deseo de que las más lindas sacerdotisas de Vichnou se dirigiesen á su palacio para encantar al noble representante de Inglaterra.

Este deseo era una orden, así es que el mismo día, luego que habieron cedido los grandes calores, Goulab-Soubi y sus compañeras se pusieron en camino, recostadas sobre los cojines blandos de sus palanquines de madera de sándalo.

La noche bastó á los *báhis*, los infatigables portadores, para franquear las doce leguas que separan Sriringam de Tanjore; las *Devadassis* pasaron el día en la pagoda, y en la noche, á su llegada, bajo la larga verandah del palacio de Silvaji, cuando habiendo preludiado los músicos, dejaron caer sus largos velos de muselina blanca, con un triple *hurra* saludaron los ilustres ingleses la graciosa sorpresa que les daba el radjah.

En uno de los extremos de la galería había sido reservado un largo espacio para las danzas. Alfombras finas y suaves, como los tejidos de kachemir, tapizaban el suelo; *massalchis*, portadores de antorchas perfumadas desnudos hasta la cintura, se mantenían contra el muro, inmóviles, semejantes á las estátuas de bronce. Lord William Bentick ocupaba el puesto de honor, cerca del príncipe; después venían á la derecha y á la izquierda de esos dos principales personajes, los dignatarios de la corte con trajes constelados de pedrería, y en gran uniforme los oficiales de la comitiva del gobernador de Madrás, entre los cuales se distinguía su sobrino, sir Albert Stanley, uno de los más jóvenes y de los más hermosos oficiales del ejército del Bengala.

Sir Albert tenía apenas veintidos años; desde la edad de cuatro años vivía al lado de su tío y hablaba correctamente el indostano y el bengalés, los dos idiomas más usados en la península indostana. Soñador y romancesco, arrullado con las melancólicas baladas de Ossian, comunicando poco con sus camaradas del regimiento, viviendo casi aislado sobre esa tierra cuya historia está hecha de fantásticas leyendas, se había enamorado de esas costumbres extrañas, de esas religiones peregrinas, de ese medio de supersticiones.

Así, pues, la aparición de las lindas *Devadassis* le pareció la realización de uno de sus sueños, y cuando *Rosa de la Mañana* se adelantó sola hacia el frente del estrado, radiante de belleza, en la gracia de sus quince años, creyó que era la que su corazón esperaba y todo su sér se lanzó hacia ella.

Cierto es que la sierva de los dioses era adorable. Su piel estaba apenas bistreada; sus muñecas y sus tobillos eran de una delicadeza extrema; sus grandes ojos sombreados por largas cejas negras, tenían miradas tímidas y quemantes á la vez; su sonrisa era á la vez voluptuosa y casta.

Su traje se componía de una camisa diáfana de hilos de ananas, de largos pantalones de seda que caían hasta sus tobillos rodeados de oro; de un zagalejo corto y muy ancho, hecho de una tela finamente bordada, y de una pequeña veste de saten rosa, que no se unía al zagalejo, deteniéndose por encima de los senos, sin ocultarlos. Sus puños estaban ornados de preciosos anillos, y los dedos de sus piecesitos combos, estaban como los de sus manos, pequeños, cargados de sortijas chispeantes. Un pesado collar de piedras rodeaba su cuello, y en los lóbulos de sus orejas balanceábase una multitud de pequeños sequins.

Sólo respecto á un detalle de su adorno había abjurado de la moda hindu: no tenía en el cartílago de su nariz anillo alguno sino únicamente en la ala derecha, trasparente y rosa, una perla de un incomparable oriente. Se hubiese dicho que la graciosa criatura no quería entre sus labios y los del amado ningún obstáculo para el beso. Tampoco mascaba betel; eso se veía en el esmalte nacarado de sus dientes; pero sobre su frente se extendían de través las dos líneas blancas cortadas por una línea roja, de los sectarios de Vichnou. Por último, su larga y sedosa cabellera caía hacia atrás en dos pesadas trenzas, salpicadas de perlas, que descendían más abajo que sus caderas flexibles.

Rosa de la Mañana, al principio danzó para la masa de los espectadores, yendo sus dulces miradas del uno al otro, acariciadoras, inquietas acaso, acaso investigadoras; de pronto sus ojos se fijaron en los de sir Albert, como si algún fluido de magnetismo los hubiese atraído, y sus pasos se hicieron más lascivos aún en su embriagadora castidad. Con un movimiento de una gracia exquisita se envolvía la cabeza y el rostro con su largo velo, y de pronto, dejándolo deslizar hasta sus piés, se echaba hacia atrás descubriendo las riquezas de su talle fino y combo; algunas veces se alejaba lentamente con los ojos bajos, en una actitud de defensa púdica imposible de describir; con los brazos sobre su pecho como para oprimir los latidos de su corazón, deslizándose como una sombra ligera. En seguida volvía lentamente, pareciendo luchar contra un espíritu invisible, lanzando á través de su velo miradas suplicantes; después, repentinamente, pareciendo ceder á una potencia irresistible, se lanzaba de un salto, yendo á caer de rodillas ante el estrado, con los labios húmedos, los ojos brillantes, la sonrisa llena de promesas, los brazos extendidos hacia el sobrino de Lord Bentick.

Estalló un *hurra* frenético. En cuanto á Sir Albert, permaneció ahí inmóvil, fascinado, llamando aún con los ojos, con el corazón y con los sentidos á la linda sierva de los dioses, cuando arrastrada por sus compañeras, *Rosa de la Mañana* había desaparecido ya hacía largo tiempo.

Esa noche el enamorado oficial vivió más á su lado que nunca; y cuando abandonó los salones, fué para ron-

dar en los jardines alrededor donde las *Devadassis* reposaban.

Al día siguiente muy temprano, acompañado de su doméstico malabar, Roumi, galopaba sobre el camino de Tanjore á Tritchinapaly. Sabía que las valladeras habían partido al alba para volver á Sriringam y tenía prisa por unirse á ellas. Cuando lo logró, el sol llegaba al zenit, el calor sofocaba, y las hijas de Vichnou se habían detenido para sestear, bajo un bosquecillo de bambús, en las riberas de un pequeño lago que bordaban los bananeros y cocoteros.

El paraje era encantador, lleno de frescura y de poesía. Sir Albert echó pié á tierra, y se deslizó hasta el campamento, á lo largo de una calle perfumada por almendros en flor. Nadie le había visto venir, y se había aproximado demasiado para no perder nada de lo que pasaba. Repentinamente tuvo que comprimir los latidos de su corazón, al mismo tiempo que prestaba más atento oído y que á través de las ramas, sus miradas se detenían, embelesadas, sobre *Rosa de la Mañana*, á quien acababa de descubrir. Acurrucada sobre los cojines de su palanquín y acompañándose de su *cítara*, la adorable niña comenzaba una de esas canciones indostanas que son obras maestras de imaginación y de gracia. Cantaba los amores de Krichná. Su voz era á la vez dulce y apasionada, sus senos se levantaban, sobre sus lábios carmíneos erraba una sonrisa de ternura infinita. Irresistiblemente atraído, Albert Stanley buscó un escondite apartando las ramas de los almendros, y llegó así hasta muy cerca de la joven que, ruborizada, se detuvo al reconocerlo. Entonces, suplicante, con un acento conmovido y tierno, le dijo: «*Gana sada, maïn ian ashik, gana sada!* «¡Canta aún amor mío, canta aún!»

Inmediatamente con sus hermosos ojos fijos en el extranjero cuya imágen, desde la víspera, vivía en ella, *Rosa de la Mañana* prosiguió el relato de las aventuras galantes de el Apollon de los Hindous.

Una hora después, gracias á las generosas ofrendas, el sobrino de Lord Bentick había obtenido todo lo que deseaba de los brahmines, bajo la dirección de los cuales estaban las *Devadassis*. Fué aceptado como un compañero de camino, y cuando la caravana se volvió á poner en marcha, quiso escoltar á pie el palanquín de la bien amada, los bahis del cual marchaban, aislados del resto de la comitiva sobre los flancos del camino; y cuando, en la noche, las bayaderas atravesaron el Kamery para volver al recinto de la pagoda, los dos enamorados habían cambiado tan tiernos juramentos, que largo tiempo vacilaron antes de separarse.

Al día siguiente y los que viniéron después, el oficial inglés no abandanó la isla sagrada; pasaba ahí horas enteras con *Rosa de la Mañana*, bajo los ramos de jazmines; despues, una noche en que el sitio estaba desierto y en que la luna había abandonado el horizonte, dos palanquines de viaje se detuvieron á la entrada del puente de los veinticinco arcos. Diez minutos más tarde, la linda sierva de Vichnou desaparecía con Sir Albert.

Largo tiempo la estrechó él sobre su corazón y ella, en tanto que arrojaba una última mirada hacia las pirámides de la pagoda, que se recortaban sobre el cielo y que las estrellas parecían festonear de oro, le murmuraba al oído, con ternura infinita:

«¡Ya ves si te amo: por tí abandono á mis dioses!»

Entonces, inmediatamente, como si hubiese temido que le robasen á su adorada, la llevó hasta el palanquín que le estaba destinado, la extendió allí dulcemente, tomó sitio en su palkee, y dió orden á los portadores para que se pusiesen en marcha, sin encender antorchas, ni salmodiar los cantos acostumbrados á los cuales arreglan sus pasos. Intentaba él alejarse lo más pronto posible de la pagoda, los brahamines de la cual, presas de los remordimientos podían apercibirse pronto de la patrida de su pensionista, la perla de su joyero, y perseguir á su raptor. Se atravesó, pues, sin ruido, el barrio de Tritchinapaly para ganar el camino de Varadatchilamu, que llevaba directamente á Pondicheri. La comitiva se componía de treinta individuos; los dos equipos de seis bahis para cada palanquín, y de una media docena más de hindus cargados de bagajes, de provisiones y de tiendas. Dos guías armados marchaban á la cabeza, después venía Roumi, á caballo y llevando de la mano la montura de su amo.

Siendo los bahis por tradición fieles servidores, bastaban ellos para no temer á los ladrones de los grandes caminos, ni á los *thugs* aislados que iban siendo cada día más raros.

Extendido en su palanquín y con los ojos fijos en el de *Rosa de la Mañana*, Sir Albert no pensaba, pues, más que en sólo sus amores. No tenía noción alguna de la escena de que había sido teatro, pocos instantes antes, una casita frente á la cual había pasado con sus gentes antes de abandonar la ciudad.

Desde la terraza de aquella mansión aislada, donde no brillaba luz alguna, dos hombres habían espiado la caravana, y cuando esta pasaba, habían descendido á la planta baja.

Uno de esos hombres era Seder Ali, el rico y hermoso malabar cuyos homenajes había rechazado tan duramente *Rosa de la Mañana*; el otro, igualmente hindu, estaba miserablemente vestido, era joven, bien musculado y de apariencia robusta. Su fisonomía era feroz, su andar el de un felino. Sus ojos brillaban con un resplandor extraño, y examinando su frente se habría podido descubrir, aun cuando estuviesen casi borradas, las huellas de las rayas horizontales de bermellón, por medio de las cuales se distinguen los servidores de la sangrienta Kali, la diosa de la muerte.

«Scanda, le dijo con voz iracunda, el amante despechado, cuando estuvieron en el patio de la casa, uno de los dos palanquines que acabas de ver, lleva una mujer que se ha burlado de mí por amor á uno de nuestros opresores, que se la roba. Yo no quiero que ese extranjero salga vivo de la provincia ó si Brahma le proteje, es preciso que no llegue á su palacio sino con una amada muerta entre sus brazos. ¡Ella ó él!

—Al raptor yo le conozco, respondió el Hindou, tú me los has nombrado: más si le acontece alguna desgracia, el gobernador de Madras vengará á su sobrino. En cuanto á la mujer, quien es ella?

—Una de las *Devadassis* de la pagoda de Sriringam, la más bella de todas, Goulab-Soubi.

—No sabes acaso, que las danzantes están al abrigo de nuestros golpes? exclamó Scanda vivamente. Kali las protege contra el paño sagrado y nosotros no tenemos el derecho de verter su sangre.

—Qué me importan vuestras costumbres! que el uno ó la otra mueran de cualquier modo! he aquí cien rupias de plata. Corre hacia ellos, úneteles, y el día en que me traigas la prueba de que estoy vengado en ella ó en él, te daré cien rupias de oro.»

El thug asió la bolsa que le tendía el malabar, reflexionó un instante, después sus ojos arrojaron un relámpago de baja envidia, y ganando la puerta de la casa:

«Hasta luego Seder-Ali, dijo; prepara tus cien rupias de oro!»

Y flexible como una fiera, desapareció en medio de la noche.

* * *

Entretanto, la caravana prosiguió su marcha bajo el cielo estrellado, en la soledad del camino que, solamente al alba, se pobló de viajeros: comerciantes que se dirigían hacia el Sur; estos, modestamente, á pie, pesadamente cargados como mozos de cordel; aquellos, inclinados sobre los elefantes y seguidos de numerosos servidores: los otros, extendidos en pesados carromatos arrastrados por bueyes; cipayos que se dirigían con paso alerta hacia sus regimientos; yogis, peregrinos haves, descarnados, muertos de fatiga, pero siguiendo siempre rectos y erguidos hacia la pagoda del dios venerado, y por último, mendigos acurrucados al borde del camino.

Esto duró hasta el momento en que el sol, levantándose por encima del horizonte, dardeó sus rayos oblicuos sobre los bahis agotados por diez horas de camino. Entonces Sir Albert echó pie á tierra, corrió hacia *Rosa de la Mañana*, que le recibió con las dos manos tendidas y con una sonrisa, y ordenó que hiciesen alto.

A cien metros de camino, en medio de un bosquecillo de majestuosos bananos, se levantaba un bungalo de un aspecto muy agradable. Nuestros viajeros no iban á encontrar allí más que un abrigo y agua: pero no pedían más, pues que Roumi había cargado á sus portadores con todas las provisiones necesarias.

El viejo cipayo, guardián del bungalo, las puso por completo á la disposición del oficial inglés, y cuando la linda tránsfuga del templo de Vichnou descendió de su palanquín, con la cabeza envuelta en su largo velo de muselina, adivinó sin duda en parte la novela de amor de que era la heroina, porque sonrió, inclinándose, y llevándose las dos manos á la frente.



Un cuarto de hora después, los bahis habían terminado sus abluciones y su frugal almuerzo de arroz, y se extendían sobre tapices, bajo la verandah, para tomar un reposo que habían ganado bien. El fiel Roumi pidió á su amo permiso para imitar á sus compatriotas, y bien pronto Sir Albert y *Rosa de la Mañana* estuvieron solos en la gran sala del bungalo, medio reclinados sobre los cojines de los palanquines, con los cuales se había hecho divanes, y cerca de una mesa cargada de sabrosos frutos. Porque no tenían sueño ni ella ni él. ¡Deseaban decirse tantas cosas! Su amor era demasiado profundo para no ser casto, y en aquel largo camino que acababan de hacer juntos, no habían en realidad estado solos un instante. Y ahora que estaban el uno cerca del otro, con las manos entrelazadas, callaban. Alberto, que se daba cuenta de la responsabilidad que asumía y cuya alma era digna, no podía ser un amante vulgar; quería que aquella á quien había sustraido á sus dioses, comprendiese que sería su compañera adorada para toda la vida, y, en la expresión de su rostro, había aun más de entusiasmo, más de ternura que de pasión.

En cuanto á la adorable niña, parecía no explicarse como y por qué se encontraba tan lejos de la pagoda donde había pasado su infancia, tan lejos de sus compañeras que debían llorar su ausencia, tan cerca de aquel extranjero, cuyas manos apretaban con fiebre las suyas, y cuyo mutismo mismo, más elocuente que las palabras y el fuego, turbaba todo su sér.

Temblaba pareciendo temer algun terrible peligro desconocido, y, en un extremecimiento de embriaguez, cerraba los ojos, como si quisiera escapar á las cosas exteriores para interrogarse más seguramente. Después, tornaba á abrir las pupilas; sus miradas volvían á encotrar las miradas de aquel que la había hecho olvidarlo todo; enrojecía un poco y dejaba caer su cabeza de virgen sobre el hombro de su raptor, que entoces le repetía:

«No temas nada, serás mi esposa bien amada: te amo!»

Así pasaron el dia en sus sueños de porvenir, y cuando el sol comenzó á descender, la caravana se preparó para la marcha.

Por tranquilo que estuviese respecto á las consecuencias de la aventura, el joven oficial tenía prisa de llegar á Pondichery, de donde se dirigiría facilmente á Madrás,

término de su viaje. De suerte que mandó á los bahis que apresurasen el paso, lo cual hicieron cantando.

La ruta era muy bella y bordada de árboles centenarios cuyas espesas sombras temperaban los últimos calores del día. Atravesaba campos de arroz y de cañas de azúcar, separados por pequeños arroyos y estanques, que cuando venía la noche parecían manteles de plata.

Por fin Roumi, que había tomado la delantera, volvió á anunciar que no estaban más que á tres millas de Wodiarpoliám y que bien pronto iban á llegar al sitio más favorable para acampar hasta el día siguiente.

Menos de un cuarto de hora después, en efecto; Sir Albert pudo juzgar por sí mismo que su guía no se había engañado. A cien pasos de un pequeño río y en medio de un collado, un bosquecillo de majestuosos mangueros, ofrecía el abrigo más encantador.

Bastaron diez minutos á los mozos para levantar la gran tienda encima de los palanquines de sus amos, y no había llegado aún la noche, cuando la tropa estaba ya instalada para pasarla. Acostados bajo sus pequeñas tiendas, los hindus formaban una especie de muralla viviente al campamento, sobre el cual iban á velar, levantándose de dos en dos horas, centinelas designados por el jefe de los bahis.

Era esta, á lo que parecía, una medida inútil; porque el país gozaba de particular seguridad, y no existían en la región ni fieras ni reptiles. Además, el tiempo era maravilloso, el cielo cintilaba de estrellas, la atmósfera estaba embalsamada por las flores abiertas de los mangueros, y los cocuyos estiraban de puntos de oro las tinieblas de los follajes. Bajo su tienda, alumbrada por una antorcha de recina perfumada, de nuevo *Rosa de la Mañana* y Alberto, estaban solos; pero la linda Devadassis no temblaba ya; saboreaba con delicia las dulces palabras que se escapaban de los labios del bien amado, y cuado este, despues de un beso postrero, cerró las cortinas de su palanquin para que pudiese dormir, ella le repitió veinte veces «Hasta mañana, te amaré siempre!»

Y él enamorado, loco, se dirigió á su lecho, donde se prometia no cerrar los ojos sino á medias, á fin de velar el sueño de la que adoraba.

Roumi se había extendido en el piso de la tienda frente á la puerta, despues de haber atado sus caballos á las ramas de un almendro. Todo reposaba en el campamento. No se oían más que el murmurio de las aguas que rozan las cañas de la ribera, el canto del bulbul, que enviaba á los ecos en notas estridentes, la relación de sus amores, el roce de alas de las palomas dormidas en los grandes árboles, y el silbo del gaya, ese pájaro pequeño que alumbra su nido con gusanos luminosos y lucientes, y del cual los hindus hacen un servidorcillo alado.

Largas horas habían pasado así, la antorcha se había extinguido y Alberto tan completamente había sucumbido á la fatiga, que el día comenzaba ya á apuntar cuando abrió los ojos. De pronto, bajo el imperio de un terror inconsciente, reprochándose haber cesado un sólo instante de velar sobre el sér adorado, se levantó á medias para lanzar á su derredor miradas inquietas.

Pero todo estaba en calma; se tranquilizó. Entre la abertura del portier de la tienda, reconoció á Roumi que, siempre acurrucado sobre el suelo, fumaba tranquilamente su houka; reconocía el ir y venir de los hindous que, hechas sus abluciones en el rio, preparaban el desayuno, el arroz de kari; y de las cortinas del pálanquin de Goulab-Soubi, salía una de sus pequeñas manos de dedos cargados de sortijas. Entonces sonriendo, se puso de pié, se deslizó sin ruido y fué á rosar con sus labios ávidos, aquella mano que acaso pensaba él, la dulce niña le había instintivamente ofrecido durante su sueño,

Pero apenas dado aquel beso, el enamorado experimentó una sensación dolorosa; la mano de la bayadera estaba helada; no había respondido á su caricia con una débil sacudida nerviosa. Lleno de sorpresa, recorrió las cortinas del palkee, se inclinó sobre la joven y arrojó un grito de espanto.

Los ojos de *Rosa de la Mañana* estaban desmesuradamente abiertos, y sus extrañas miradas fijas, expresaban el sufrimiento y el horror. Cuando él la llamó tiernamente por su nombre, ella agitó los labios, pero sin pronunciar una sola palabra. De su lecho se escapaban efluvios de perfumes acres y penetrantes.

Entonces, en el colmo del terror, él la tomó entre sus brazos y la llevó afuera de la tienda, donde la acostó á pleno aire, con un cojín bajo la cabeza, sobre el tapíz de donde el vigilante se había levantado al ver aparecer á su amo cargado con su precioso fardo.

Aunque la atmósfera estuviera ya caliente, porque el día llegaba con rapidez, *Rosa de la Mañana* temblaba de frío. Además, estaba horriblemente pálida; sus labios tenían, como sus narices, un tinte azulado, y llevaba sus pequeñas manos á la frente como si allí estuviese el mal que la atormentaba. Roumi la envolvió en una esbozama de seda, en tanto que Sir Albert le frotaba las sienes y los puños para restablecer en ella la circulación de la sangre, que parecía interrumpida. El jefe de los bahis, que se había aproximado, examinó atentemente á la pobre niña, y se lanzó hacia la tienda de donde salió casi luego, con las manos cargadas de hojas de un verde sombrío, de flores amarillas, de bayas de un rojo vivo, y exclamó arrojando á tierra con disgusto aquella horrible mezcla: «Flores de upas y frutos de manzanillo ;la palkee está llena de ellas! ¡La han envenenado, la han perdido!»

Al oir esas palabras, el amante de *Rosa de la Mañana* pensó volverse loco de desesperación, ¿Quién podía haber cometido un crímen tan cobarde? La víspera ella se había dormido tan dulcemente sobre su hombro repitiéndole: ¡Te amo! ¡Qué celosa ira había podido herirla así? ¿Acaso los brahmines de Sriringam, para castigarla por haberse escapado? ¿Pero cómo un emisario infame había podido penetrar á la tienda? ¡El no la había abandonado ni un instante! ¿Y ella debía morir, morir á los quince años, ella, la adorada? ¡No, eso era imposible, había que salvarla á todo precio!

Y le decía todo esto estrechándola contra su corazón. Le había rodeado la frente con un lienzo húmedo; con la esperanza de arrancarla á su sueño mortal, le hacía beber café ardiendo, que el cocinero de los bahis había hecho á toda prisa. Y permanecía inclinado sobre ella, suplicándole con la mirada, con sus caricias, con la voz, que le reconociese y le respondiese.

Entonces, al cabo de algunos momentos, como si ella no pudiese resistir á su plegaria, á sus lágrimas, á sus besos, ó mas bien, como si la vida, parecida á una lámpara que arroja un fulgor postrero antes de extinguirse, se despertase momentáneamente en ella, sus miradas perdieron su fijeza, se animaron; sus labios se entreabrieron, murmuró con un inexplicable acento de amor y de fatalismo: «Yo te amaba con toda mi alma Sahib, pero Brahma no ha querido que fuese feliz contigo! ¡Que él nos perdone! ¡No olvides demasiado pronto á la pobre *Devadassis* infiel á sus dioses por amor á ti!»

Sir Alberto desesperado, mantenía contra su pecho la cabeza de la pobre niña, pero no podía pronunciar una palabra; sus lágrimas hablaban por él, cubría de besos sus labios ya helados.

De pronto, ella echó sus brazos al rededor de su cuello y se pegó más estrechamente contra él, repitiéndole:

«¡Qué frío tengo y cómo sufro.........! ¡Oh, sí, estréchame contra tí! Siento que voy á morir. ¿El amor es pues la muerte? ¡Entonces no echo de menos la vida, puesto que voy á morir por haberte amado! Tú me harás elevar una hermosa pira, para que Indra me reciba sin cólera. Cuando pases frente á la pagoda de Vichnou, le ofrecerás flores y frutos en recuerdo mío. ¡Oh, el fuego, el fuego que me devora!»

Se retorcía con atroces dolores, con el pecho levantado por espasmos nerviosos, con los grandes ojos abiertos, pero ya vidriosos, tratando con sus manecitas de disolver las tinieblas que se formaban al rededor de ella, y repitiendo con una voz silbadora palabras sin conexión: «¡Ah, lo comprendo......... es Kali que me llama......... el veneno......... ¡Te amo! ¡Te amo!»

Después reinó de pronto la calma en su rostro, sus labios sonrientes parecieron pedir un beso, y echó dulcemente la cabeza hacia atrás. ¡Estaba muerta!

La escena entonces fué horrible. Alberto extendió el cuerpo de la adorada sobre las alfombras, y arrodillado cerca de ella, con las manos juntas y los ojos extraviados, lloraba como un niño y repetía: «¡Hasta muy pronto, amada mía, hasta muy pronto! ¡Soy yo quien te ha matado: sería un cobarde si viviese sin tí!»

Agrupados ante la tienda, los bahis, profundamente conmovidos, participaban del dolor del extranjero; las grandes palomas azules volaban rastreando para cazar; el gaya mataba los gusanos lucientes de su nido; la flores abrían sus corolas á las abejas, que comenzaban su tarea cuotidiana; el bulbul saludaba, con sus cantos harmoniosos, al sol, imagen de la vida, cuyos primeros rayos, deslizándose á través de los almendros, nimbaban de oro la cabeza de la muerta.



Algunos minutos después, activando los preparativos de la partida, Roumi descubrió el misterio del atentado de que *Rosa de la Mañana* había sido la victima.

En el sitio en que su palkee tocaba la pared de la tienda, se había hecho en la tela, con ayuda de un puñal, una abertura demasiado larga para dar paso al miserable, que no había tenido más que abrir en ese mismo lado las cortinas de la bayadera dormida, para sembrar al derredor del cojín de seda donde reposaba su cabeza, las hojas, las flores y los frutos malditos cuyas emanaciones deletereas debían envenenarla.

Y así fué como, sin violar la ley de la secta que le prohibía extrangular á una danzante y verter su sangre, Scanda, el secretario de Kali, había ganado las cien rupias de oro que Seder-Ali le había prometido si su rival no llegaba á Madras sino con el cadaver de aquella á quien había sustraido á su amor y á sus dioses!

La caravana se volvió á poner en camino en la misma mañana. Goulab-Soubi reposaba su eterno sueño en el palanquín del oficial inglés, que la escoltaba á caballo, mudo, y con el rostro lívido. Al día siguiente llegó á Pondichery, donde, después de haber sido purificada según los ritos y envuelta en muselinas blancas el cuerpo de la joven, siempre adornada con sus joyas, fué encerrada en una ataud de sándalo y transportada luego á Madras.

Y veinticuatro horas después de su llegada, la alta sociedad inglesa sabía con dolor pero sin demasiada sorpresa, porque se conocía la exaltación de Sir Albert Stanley, que fiel al juramento que había hecho á la bien amada moribunda de no sobrevivirle, el hermoso oficial se había matado de un tiro sobre la fosa provisional donde la que había sido la más linda de las *Devadassis* del templo de Sriringam esperaba tomar posesión de la rica tumba que su amante había dado orden de levantarle en el cementerio hindu.

***

El desenlace trágico de la pobre bayadera y del oficial inglés se extendió rapidamente por la India entera, desde el cabo de Comorin hasta las riberas del Ganges, y bien pronto el drama se hizo poética y dulce leyenda. Yo la oí diez años después de labios del guardián de la necrópolis á quien pregunté qué quería decir aquella misteriosa inscripción grabada en *tamoul* y en inglés sobre el mármol de un hermoso mausoleo que sombreaban majestuosos mangueros:—GOULAB-SOUBI-ALBERTO; 15, 22.

Nadie habría podido referírmerla más exactamente que ese guardián: era Roumi, el antiguo servidor de Sir Albert Stanley, y cuando hablaba gruesas lágrimas se escapaban de sus ojos.

Esas cifras indicaban la edad de los dos infortunados que la muerte sola había unido, y su tumba, lugar de peregrinaciones para las amantes europeos é hindus, estaba siempre cubierta de flores, no de aquellas flores malditas con ayuda de las cuales Scanda había ganado sus cien rupias de oro, sino de las flores sanas y perfumadas, como las que los brahmines hacían regar en las losas del santuario de la pagoda, cuando, ante las estatuas de los dioses venerados, debía danzar *Rosa de la Mañana*.

RENÉ DE PONT JEST.

Traducido para EL MUNDO.



EFECTO DE BLANCO Y ROJO

Cuando viene á misar el padre cura,
á la nave risueña y aliñada
penetra con el sol una parvada
de palomas que anidan en la altura.
Desata el piano su oración alada
y del gótico altar en la blancura,
diáfana, leve, inmaterial y pura
se levanta la Forma consagrada.
Canta entonces el Blanco sus cantares;
blancos son: alas, naves, luz, altares,
hostia, cura senil, incienso vago.........
Y en esa nitidez que al hielo enoja,
agresiva, vivaz, llameante, roja,
se destaca la veste del monago.......

AMADO NERVO.



TOUJOURS FIDELE

Como la flor marchita que ya perdió el prostrero efluvio de esperanza
Y que aún así la novia conserva entre las cartas del pérfido traidor,
Tú guardas en la urna de todos tus recuerdos la dulce remembranza
Del paraíso de oro que se perdió en las sombras con tu primer amor.

Era el instante amargo en que las flores mueren y las estrellas lloran
Las lágrimas brillantes, las lágrimas sentidas, las lágrimas de Dios;
Era el amargo instante en que el Destino hiere dos almas que se adoran
Y rompe sus cadenas de blancos eslabones con el fatal ¡Adios!

Adios, horas felices. . Adios, diálogos tiernos... Adios amantes citas...
El iba al viejo mundo siguiendo los fulgores del sol del porvenir,
Mientas que tú quedabas como la triste Ofelia cortando Margaritas
Y viendo la esperanza como angel de consuelo brillar en el zafir.

Cuando se desasieron sus manos de las tuyas, turbado y afligido,
Como apurando el cáliz que le ponía en los labios la cruel adversidad,
"Por tí, por tí me ausento—te dijo—cree y espera, no temas al olvido."
Y fueron sus vehementes, sus últimas palabras: ¡amor! ¡fidelidad!....

Contaste tú las horas de los eternos días de interminables años
Y cuando los sombríos crespones de la ausencia el alba desgarró,
Alzaste las llorosas pupilas ¡ay! y viste tan negros desengaños
Que tu alma, como lirio cuando el invierno llega cruel, se marchitó.

Perdona si el secreto que tú me revelaste en breve confidencia
Se escapa de su carcel y para no perderse se imprime en el papel.
Yo quiero que ilumine y rompa el insondable capúz de la conciencia
Del infidente ingrato que te decía con dolo: "toujours, toujours fidele"
Febrero de 1897.

ARTURO L. CASTAÑARES.



La vida es un bostezo continuado,
pues al rico y al pobre, á juicio mío,
les hace bostezar, según su estado,
pobres el hambre y ricos el hastío.

CAMPOAMOR.





EL DANTE EN MEXICO.—Los periodistas en las canastas.

EL DANTE EN MEXICO

VIAJE DE UN REPORTER.

(CONTINUA.)

Así reflexionaba cuando llegó á mi oído desconcertado rumor de aplausos y gritos.

Dejé el gabinete de Su Majestad y aventurándome, guiado por los ruidos que á mí llegaban, por un dédalo de obscuras galerías, me encontré de pronto con el abismo á mis piés, pero un abismo alegre, ruidoso, lleno de luz.

Era nada menos que un profundo circo rodeado de ariscas rocas, en las cuales estaba tallada la gradería.

En la parte más visible levantábase un estrado de madera y frente á él un elevador de grandes proporciones, por donde bajaban, en grandes canastas individuos cuyas fisonomías no me eran desconocidas.

Las cabezas asomaban como pidiendo suscripciones (por lo que se verá después). Al primero que conocí fué á Don Gregorio Aldasoro, embutido con un cesto con el *duque Juan*, barba y todo.

¿Qué tal amigo Don Gregorito?

—Sufriendo la pena negra Fígurese usted que la única distracción que ma permiten es la lectura de los versos de este *duque* ó de los recuerdos de la Revolución francésa, obra y gracia de Don Antonio García Cubas......

A medida que cada una de aquellas canastas llegaba á tierra, los que la ocupaban, haciendo contorsiones y muecas se desparramaban por la arena, donde una especie de capataz armado de recio látigo los ordenaba en grupos y les iba marcando las suertes que les tocaban en *ídem*.

El amplio local estaba á reventar y apenas si con esfuerzos supremos logré penetrar é instalarme cerca del palco de honor. Satanás acababa de llegar y acertando á verme tuvo la bondad de llamarme á su lado con un expresivo guiño de rabo.

—Este es un espectáculo de encantadora novedad para usted—me dijo.

—Sin duda—respondí, pero no estoy aún muy al cabo de lo que se trata. ¿Quiénes son esos individuos que descienden en amplias canastas y luego cirquéan en la arena?

—Periodistas, hijo.

—¿Periodistas?

—Es claro, debía usted conocerlos en sus contorsiones.

—En efecto, y se les condena......

—A hacer suertes, equilibrios, chistes, á dar volteretas, á maromear...... en fin á continuar, más á lo vivo sus tareas usuales en la tierra.

—Hombre, no me parece mal......

—El castigo es apropiado, ¿verdad?

—Sin duda.

—¿Ve usted á aquel individuo que se empeña en andar para atrás y en obstruir el paso de los otros?

—Aquel que hace gestos avinagrados?

—El mismo. Pues bien: es un Señor García Torres á quien debió usted oir nombrar por allá arriba.

—En efecto, no me es desconocido el nombre.

—Aquí se le considera como el tipo del pesimismo gubernativo. No creyó jamás en un gobierno bueno, tenía la monomanía del ataque y me cuentan que se combatía así mismo cuando no tenía á quien combatir. Pasó cincuenta años diciendo á un gobierno lo que le había dicho al anterior, y murió el día que tuvo que convenir en que había un gobernante aceptable.

—¿Y aquel que después de cada maroma toma carbonato?

—¡Ah! Gil Blas......... ese murió de una indigestión de faltas de ortografía. No lejos verá usted probablemente á un individuo jovencito él, delgadito él, esqueleteadito y de cara un poco agarbanzada, que prepara el trampolín...

—Lo veo en efecto.

—Es un editor de periódico que se indigestó á su vez, pero de vanidad. A lo que parece se había clasificado á sí mismo como gloria nacional y como el público no lo tomase á lo serio......

—Ya, Ya...... ¿y mi amigo el de luenga barba que saluda á todos?

—Ese pasó su vida saludando á unos y otros...... al gobierno y á la Iglesia, al elemento oficial y al clero...... á todo el mundo. Fué incoloro y por inofensivo se le condenó á una suerte facil.

—Cual?

—Nadar entre dos aguas en esa urna de cristal que vé usted.

—No me es desconocida la fisonomía del que fija los programas en las entradas. Se servirá usted decirme quien es?

—Otro editor, hijo, otro editor que llevó á Mexico una especialidad: tirar periódicos á dos colores: café desteñido y azul celeste. A ese lo ejercitamos en los programas y demas *remiendos*.

—Y aquel niño que se encoje como para reducirse á la raíz cuadrada de sí mismo.

—No es niño, hombre, que niño va ser. Hizo oposición en un periodiquito de á centavo y como el público quería noticias, el periódico perdió ventas y se fué empequeñeciendo como las barajas en manos de los prestidigitadores...

—Precisamente en este momento juega al toro con otro niño que embiste...

—Precisamente. Ese niño fué tambien editor. Tenia la monomonía de las embestidas. Se embestia á sí mismo y murió de indigestión tambien. Parece que Spencer y Le Roy Beaulieu y Stuar Mill se le indigestaron...

—Y en general que opina usted de la prensa de México?

—Le diré á usted.—Y el diablo se rascó la cola en actitud pensativa, en general está aun en el periodo cuaternario: gases densos y lodo espeso; plesiosaurios, dinosaurios, ictiosaurios...... mamouths.... abortos indefinidos.... Acaba de salir del periodo del tarro de cola y las tijeras y aun no puede definirse bien. Por lo demás es inofensiva: juega á la zancadilla y al burrito. Con el tiempo ya veremos......

—¿Y quiénes le son á usted más útiles aquí?

—¿En el circo?

—Sí.

—Pues hombre, hay algunos alumnos muy aventajadas. D. Juan Pedro Didapp, por ejemdlo. ¡Hace cada *plancha!*.........

—¿Promete, verdad?

—Y no sólo promete, cumple á las mil maravillas; me he fijado en él para Director de *El Universal*.

—Y de lectores, ¿cómo anda usted?

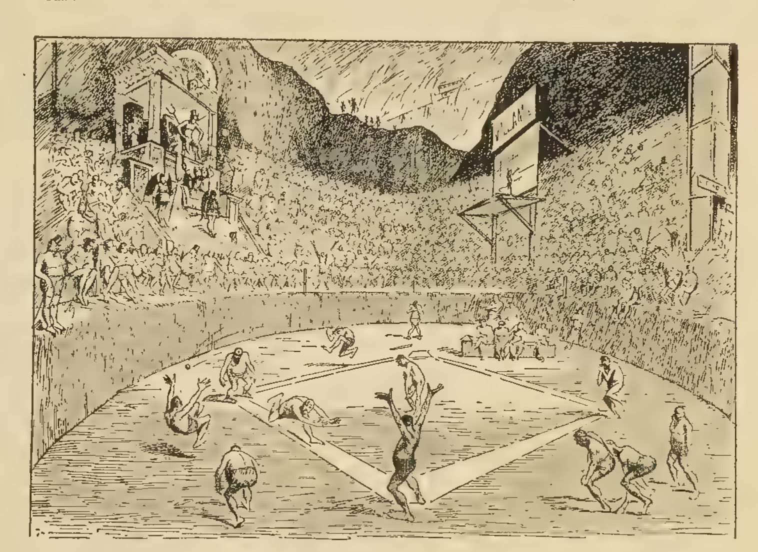
—No del todo mal, y eso que no entran aquí los que leen artículos de Torito y versos de Manuel Caballero.

—¿Por qué?

—Porque esos van al cielo.

A la sazón el espectáculo concluía con la pantomima acuática desempeñada por varios editores y periodistas conciliadores y Satanás dejó su palco dando la señal de dispersión.

(*Continuará.*)



EL DANTE EN MEXICO.—Los periodistas en el circo.

Un francés que cita oportunamente un verso latino, está muy cerca de la verdadera felicidad.

Teófilo Gautier.

***

La sabiduría consiste en dar á la vida, ya sea moral, ya física, un poquito menos de lo necesario.

Pérez Galdós.

***

Una violenta encefalitis, esa especie de apoplegía de conocimientos positivos, que fué el proceso de la educación de Carlyle y de Mill, de Taine y de Renán, es la enfermedad de casi todos los maestros de la filosofía contemporánea.

Paul Bourget.

Toda pasión sincera es egoísta, lo mismo la pasión intelectual que otra cualquiera.

Paul Bourget.

***

Mientras ya me dan pena
el oro y los diamantes,
envidio esos instantes
en que van, agachándose en la arena,
á coger caracoles dos amantes.

¡Cuántas horas felices y tranquilas
pasará de tí enfrente,
el que pueda vivir eternamente
asomado al balcón de tus pupilas!

CAMPOAMOR.



Una belleza italiana.

LAS HADAS NEGRAS

Perdido en el centro de la cordillera inaccesible á los hombres, el viejo volcán era el sitio más propio para celebrar el aquelarre. Su enorme crater, apagado desde siglos, parecía entrar de nuevo en actividad, tan grande era el ruido que allí metían todos aquellos seres fantásticos, reunidos en espantosa saturnal, con objeto de practicar á favor de la claridad de la luna misterios horrendos.

El conjunto del espectáculo era indescriptible, digno del loco pincel de Goya; una mascarada espeluznante en que figuraban viejas desgreñadas y lúbricas, al lado de hermosas jóvenes en lascivas actitudes de bacantes. Feos gnomos, barbudos y deformes, retozaban haciendo sonar los cascabeles de sus gorros, en tanto que horribles brujas, sentadas en cuclillas al rededor de grandes calderos, llenos de filtros y bebistrajos abominables, atizaban las hogueras con sus dedos flacos, armados de largas uñas encorvadas. Multitud de sabandijas, á las que se mezclaban galápagos y culebras, iban arrastrándose por entre las patas de monstruos estrafalarios, parecidos á los que se ven en las gárgolas de las catedrales góticas, sin que nadie se cuidase de ellos.

El tumulto crecía por instantes con la llegada de nuevos asistentes, ansiosos de ocurrir al Sábado. Los hechiceros y nigromantes volaban por los aires agitando sus negras alas, semejantes á enormes murciélagos, y las brujas cabalgaban sobre palos de escoba. En un extremo, rodeado de sombras, alzábase el trono rústico de S. M. Satán, el soberano todopoderoso, cuya silueta siniestra se destacaba indecisa en la penumbra, cubierta la cabeza por un sombrero empenachado con plumas de gallo negro. A su lado estaba su compañera, la más joven y hermosa de las brujas, desnuda y coronada de flores silvestres.

¡Abracax, abracax, abracax!—gritó la bruja de pronto.

A esta voz todos enloquecen, y llenando el aire con aullidos frenéticos, se precipitan á adorar al soberano Su compañera le acaricia en medio de la algazara general. Hecho esto comienza el banquete, inmunda orgía en que todos se embriagan con un líquido infernal, á la luz vacilante de las antorchas y de los cirios verdes que blanden algunas de las brujas. Todos se aman sin pudor, ébrios de vino y de lujuria.—Al banquete sigue la danza; las manos se unen, suenan las flautas y los tamboriles y todos parten en una farándula vertiginosa, vueltas las espaldas á Satán que se yergue fatídico en el centro, bañado su velludo cuerpo por el resplandor de los fuegos, por encima de los cuales van saltando los danzantes.

Llega después la hora de la misa negra y la bruja se prosterna para que sus ancas sirvan de altar. Un demonio se aproxima en ademán de oficiante á consumar el sacrilegio. La escena es terrible, pero de una belleza salvaje que impone y sobrecoge. Un grito de alarma interrumpe de improviso la siniestra burla; cesa el bullicio, al cual sucede un momento de espectante ansiedad.

—¿Quién osa turbar esta fiesta?—pregunta Satán con voz ronca y amenazadora.

—Señor—responde Ariel, uno de los demonios favoritos,—son tres hadas negras que desean verte y probar el alcance de tu poder.

—Tráelas á mi presencia.

Desaparece Ariel y vuelve luego con las tres hadas que tiemblan de pavor á la vista de cosas tan horribles. Rodean las gentiles, elfos y gnomos, codiciosos de su belleza.

—¿Quién sois y que pretendéis de mí?—interrogó Satán.

—Poderoso monarca de las sombras—responde una de ellas, la más hermosa,—venos aqui postradas á tus plantas, en demanda de una gracia que no hemos podido obtener de ninguno de los misteriosos espíritus del mundo. Pero tú, cuyo poder es infinito y para cuya voluntad no existen obstáculos, has de lograrlo si te mueve á compasión nuestra desgracia. Somos hermanas la tres, nacidas en un mismo día y de una misma madre; y aunque ahora ves nuestros cuerpos negros como el azabache, éramos al nacer más blancas que los nardos. De cien leguas á la redonda venían gentes á conocernos, tanta era la fama que cundía de nuestra gentileza. Esta fué la causa de la desgracia que nos aflige, porque una hada muy poderosa, enemiga y rival de nuestra madre, resolvió vengarse de ella, destruyendo lo que era su mayor orgullo: la singular hermosura de sus hijas. Vanos fueran todos los cuidados y tiernas solicitudes que se emplearon para sustraernos de la maldad de la rencorosa enemiga. Un día se le presentó la ocasión que tanto deseaba. Dormía nuestra madre sobre la hierba fresca á orillas de un río y nosotras flotábamos sobre una cuna de hojas de nelumbo, escondida en medio de los juncos, cuando sobrevino el hada. Al amparo del traidor silencio con que se fué aproximando, burló la vigilancia de nuestra madre, la cual no pudo impedir que nos cubriera con un pérfido velo que poseía la virtud de ennegrecer la más cabal blancura. Todos los médicos han sido agotados para destruir el maleficio. Los hábiles encantamientos han fracasado ante su misterioso poder; negras nos hemos quedado y negras seguiremos siendo si tú no lo remedias. Oh, Satán, señor omnipotente de las tinieblas, sé generoso, compadécete de nosotras, y devuélvenos nuestra piel de lirio.

—Accedo á vuestros ruegos—replicó Satán, y volviéndose al concurso, añadió con acento imperioso.

—Acudid á mi voz, negros espíritus de las sombras, brujas y hechiceros, gnomos, elfos y lutinos. Obedeced lo que os mando. Juntad vuestra ciencia infernal y preparad un filtro que á estas hadas devuelva su blancura.

A este llamamiento del amo, todos se aproximan en actitud humilde.

—Señor, exclama una bruja centenaria, horrible y desdentada, el filtro que ha de obrar esa maravilla yo lo conozco, más para hacerlo, se necesitan, entre otras, dos cosas indispensables: la sangre de un recien nacido y el corazón de un avaro.

—Ven aquí, Puck—llamó Satán,—tú, el más listo de mis demonios, parte en el acto y traenos lo que esta vieja pide. Roba á la madre feliz su tierno hijo y rasga con tu puñal el duro pecho del avaro.

Puck, desaparece en una espiral de humo. Antes de un cuarto de hora vuelve triunfante con lo pedido. Entonces la vieja prepara los ingredientes y pronuncia los conjuros. Después lo echa todo en un caldero y revuelve los tizones para cocinar el brevaje, mascullando formas cabalísticas. Brilla la lumbre y comienza de nuevo la ronda infernal en torno de la hoguera. Cada vez son más violentas las llamaradas; pinos enteros se retuercen con estallidos lúgubres, y la vieja no cesa de atizar el fuego. El cráter tiembla de placer como renaciendo á una nueva vida; los diablos mismos admiran la intensidad del incendio y es milagro que no se funda el caldero, que ya está casi blanco.

—¡El alba, el alba!—exclaman varias voces, y por encanto desaparecen todos. La vieja, ya montada en su escoba, les grita desde muy alto:

—Si el corazón del avaro se ha ablandado, el filtro es bueno, y bebiéndole, recobraréis vuestra blancura.

***

Ya el fuego ha muerto y las tres hadas se aproximan al caldero, llenas de esperanza. Sacan del fondo al corazón, ¡Oh, dolor! ¡está petrificado! todos los fuegos del infierno no han podido ablandarlo.

Entonces con el pecho lleno de sollozos y cuajado de lágrimas los párpados, alzan tambien el vuelo: y al llegar á la cúspide del cráter, el primer rayo del sol naciente puso en sus negros cuerpos un reflejo sombrío como el de las perlas.

RICARDO FERNÁNDEZ GUARDIA.



ESCENA DE LA VIDA DE LOS ESTUDIANTES

El ladrón.

I

—Desde el momento que les digo que no me van ustedes á creer!

—No importa. ¡Cuenta hombre!

—¡Bueno! Pero tengo obligación de manifestarles que mi cuento es verídico en todas sus partes, á pesar de su inverosimilitud. Sólo los estudiantes no extrañarán, principalmente los viejos, que han conocido esta época en la cual no dejábamos el cultivo de la broma aun en las circunstancias más graves.

El viejo estudiante se puso á caballo encima de un taburete y empezó:

II

Habíamos cenado en casa de Soriol, hoy muerto, el más endiablado de todos nosotros. Eramos tres no más: Soriol, Potvin y yo.

Basta decir que habíamos cenado en casa de Soriol para que comprendan que estábamos ébrios. Potvin sólo había conservado su juicio, algo turbado pero lúcido todavía. ¡Eramos jóvenes en aquel tiempo!

Recostados sobre alfombras, discutíamos locamente en el pequeño cuarto que daba al estudio.

Soriol, de espaldas en el suelo, las piernas en una silla, hablaba de campañas, pintaba los uniformes del primer imperio, y de repente, levantándose, descolgó un uniforme completo de húsar del grande armario donde coleccionaba los despojos de los ejércitos pasados y se lo puso. Luego obligó á Potvin á vestirse de granadero, y como este se resistía, lo agarramos, y después de haberlo desnudado, le encajamos un vestido enorme, en el cual quedó hundido.

Yo mismo me vestí de coracero, y Soriol nos hizo ejecutar maniobras y ejercicios complicados. Luego hizo esta proposición: «Ya que estamos vestidos como veteranos, bebamos como veteranos!»

Al efecto, un ponche fué preparado y bebido, y luego por segunda vez la llama ardió sobre la palangana llena de ron.

De repente Potvin, que quedaba, á pesar de todo, dueño de sí, nos hizo callar; y después de un silencio de algunos segundos, dijo á media voz: «¡Estoy seguro que hay alguien en el estudio.»

Soriol se levantó como pudo y gritó:

»¡Un ladrón! ¡Qué suerte!»

Y siguió entonando *La Marsellesa*.

"Aux armes citoyens!"

Tomó armas de una panoplia pegada de la pared y nos armó, según nuestros uniformes.

Recibí un mosquete y un sable, Potvin un gigantesco fusil con bayoneta, y Soriol, no encontrando lo que necesitaba, se apoderó de una pistola de gendarmería que engancho en su cinturón y de una hacha de abordaje que agitaba encima de su cabeza.

Luego abrió con precaución la puerta del estudio y el ejército entró en el territorio sospechoso.

Cuando estuvimos en la inmensa pieza, obstruida de cuadros enormes, de muebles, de objetos extraños é imprevistos, Soriol nos dijo:

"Me nombro á mi mismo General. Formamos Consejo de guerra. Tú, *los coraceros*, te vas á cortar la retirada al enemigo; es decir, á dar una vuelta á la llave de la puerta: tú, *los granaderos*, vas á servirme de escolta."

Ejecuté el movimiento ordenado, y luego me junté con el *grueso* del ejército que efectuaba un reconocimiento.

En el momento que iba á meterme detrás de un gran biombo, estalló un ruido furioso. Me abalancé llevando siempre la vela en la mano. Potvin acababa de atravesar de un golpe de bayoneta el pecho de un maniquí, al cual Soriol descalabraba la cabeza á hachazos. Reconocido el equívoco, el General mandó: "¡Seamos prudentes!" y las operaciones siguieron adelante.

Hacía veinte minutos por lo menos que registrabámos las esquinas y los rincones del Estudio, sin éxito, cuando Potvín tuvo la idea de abrir un enorme armario.

Era sombrío y hondo; adelanté el brazo que llevaba la luz y me eché para atrás estupefacto; un hombre estaba allí, un hombre vivo que me había mirado.

Inmediatamente volví á cerrar el armario con doble vuelta de llave, y tuvimos otro consejo.

Las opiniones estaban muy divididas, Soriol quería ahumar al ladrón, Potvin quería reducirlo por el hambre, y yó propuse hacet volar el armario con pólvora.

El voto de Potvin prevaleció, y mientras hacía la guardia con su gran fusil, fuimos á buscar los restos del ponche y nuestras pipas. Luego nos instalamos delante de la puerta cerrada y bebimos á la salud del prisionero.

Al cabo de media hora Soriol dijo:

"No importa, pero deseo mucho verlo de cerca; ¿si nos apoderáramos de él por la fuerza?"

Grité: "Bravo," y cada uno se precipitó sobre sus armas. La puerta del armario fué abierta, y Soriol, armando su pistola que no estaba cargada, se lanzó el primero.

Le seguimos aullando. Esto fué un atropello tremendo en la oscuridad. Y después de cinco minutos de una lucha estupenda, sacamos á la luz una clase de viejo bandido, lleno de canas, asqueroso y harapiento.

Le ligamós los pies y las manos y le sentamos en un sillón.

No abrió la boca.

Entonces Soriol, penetrado de una borrachera solemne, se dirigió á nosotros.

—Vamos á juzgar á este miserable!

Yo estaba en tal estado de embriaguez que esta proposición me pareció de lo más natural.

Potvin fué encargado de presentar la defensa y yo de sostener la acusación.

Fue condenado á muerte por unanimidad de votos, menos uno, el de su defensor.

—Vamos á ejecutarlo, dijo Soriol.

Pero tuvo un escrúpulo:

Este hombre no debe morir privado de los socorros de la religión; hay que buscar un sacerdote.

Hice la objeción de que era muy tarde; entonces Soriol me propuso desempeñar el oficio y exhortó al criminal para que se confesase conmigo.

El hombre hacía como cinco minutos que meneaba los ojos con el mayor espanto y se preguntaba con qué clase de seres tenía que habérselas. Entonces articuló con voz cavernosa, quemada por el alcohol: «Ustedes bromean, sin duda!» Pero Soriol le arrodilló á la fuerza y le dijo:

«Confiésate con este caballero; tu última hora ha sonado!»

Aterrado el viejo bribón se puso á gritar: «Socorro!» con tal fuerza que tuvimos que ponerle una mordaza para que no despertara al vecindario. Entonces se revolcó por el suelo, tirando patadas y retorciéndose, derribando muebles y rompiendo cacharros. Alcabo de algunos momentos Soriol, perdiendo la paciencia, gritó: «Acabemos!»

Y apuntando al miserable, echado por tierra, apretó el gatillo de su pistola, el que cayó con un ruido seco. Arrastrado por el ejemplo tiré á mi vez: mi fusil, que era de eslabón, brotó una chispa que me sorprendió.

Entonces Potvin pronunció con solemnidad estas palabras:

«¿Tenemos el derecho de matar á este hombre?»

Soriol, estupefacto, contestó: «¡Desde el momento que le hemos condenado á muerte!»

Pero Potvin replicó: «No se fusilan los civiles; este debe ser entregado al verdugo, conduzcámoslo á la Comisaría de Policía.»

El argumento nos pareció concluyente.

Levanté al hombre, y como no podía caminar, le coloqué sobre una tabla de dibujo, sólidamente amarrado, y me lo llevé con la ayuda de Potvin, mientras que Soriol, armado hasta los dientes cerraba la marcha.

Enfrente de la guardia el centinela nos detuvo.

El comisario llamado nos reconoció, y como cada día era testigo de nuestras bromas, de nuestras excentricidades, de nuestros inventos increíbles, se rió y rehusó nuestro prisionero.

Soriol insistió: entonces el centinela nos ordenó con severidad volviéramos á nuestra casa sin promover escándalo.

Nuestra tropa se puso en marcha y volvió á la sala de estudio.

Pregunté: «¿Qué hacemos del preso?»

Potvin, enternecido, aseguró que el pobre hombre debía estar muy cansado: en realidad parecía agonizando, así ligado, amordazado, amarrado sobre la tabla.

Me agobió también á mi vez, una lástima inmensa de borracho, y quitándole la mordaza le pregunté: «¿Y cómo te va, mi pobre viejo?»

Gimió: «Basta, por la Virgen!»

Entonces Soriol se volvió paternal; le soltó de todas las ligaduras, le hizo sentar, le tuteó, y para reponerlo, nos pusimos inmediatamente á preparar un nuevo ponche.

El ladrón sosegado en su sillón, nos miraba. Cuando el líquido estuvo á punto, le alargamos una copa y bebimos á su salud.

El preso bebió tanto como un regimiento, pero como empezaba á amanecer, se levantó y con un aire muy formal dijo: «Me veo en la precisión de dejaros, porque tengo que volver á casa.»

Nos quedamos muy afligidos; quisimos detenerlo un poco más, pero se excusó con cortesía.

Entonces nos apretamos las manos y Soriol lo alumbró con la vela hasta el zaguán, gritando al último: «¡cuidado con el paso de la puerta!»

III

Nos reíamos á carcajadas al rededor del autor del cuento. Se levantó, encendió su cachimba y añadió plantándose enfrente de todos nosotros:

«Y lo mejor de todo es que mi historia es la pura verdad!»

GUY DE MAUPASSANT.

LAS FRESAS

I

Una mañana de Junio, al abrir las ventanas recibí en el rostro una ráfaga de aire fresco. Durante la noche había estallado una violenta tempestad y el cielo azul parecía renovado y embellecido tras la furia de la tormenta.

Los techos y los árboles estaban mojados todavía por la lluvia, y de los jardines inmediatos se exhalaba un marcado olor á tierra húmeda.

Vamos, Ninon, exclamé en tono alegre, ponte el sombrero, hija mía.

Ninon batió palmas y acabó de vestirse en diez minutos, lo cual es muy meritorio, tratándose de una coqueta de veinte años.

II

¡Cuántos enamorados han paseado sus amores por aquellos bosques!

Son allí interminables los senderos, y la tierra está cubierta de una alfombra de finísima hierba, sobre la cual el sol, penetrando por el follaje, lanza vivísimos reflejos de oro.

Y hay caminos estrechos y sombríos en los cuales es preciso estrecharse al pasar, uno contra otro.

Ninon, que había abandonado mi brazo, corría como una cervatilla, muy satisfecha al sentir en sus tobillos el cosquilleo de la hierva. Luego volvía á mi lado y se colgaba de uno de mis hombros, fatigada y cariñosa.

El bosque se extendía como un mar infinito en el que se agitaba un inmenso oleaje de verdor.

—¡Fresas! ¡Fresas!... exclamó Ninon saltando una zanja como una cabra fugitiva y registrando la espesura.

III

Pero no eran fresas, sino fresales lo que había visto.

Ninon, sin miedo á los insectos, por los que tanto horror sentía, paseaba sus manos por entre la hierva, levantando todas las hojas y desesperada por no encontrar en parte alguna el fruto apetecido:

—¡Se nos han adelantado!—dijo haciendo un mohín de despecho.—Busquemos bien y encontraremos algo.

Y nos pusimos á buscar con una conciencia inrreprochable.

Con el cuerpo inclinado, el cuello extendido y los ojos fijos en el suelo, íbamos andando despacito, sin proferir ni una palabra y olvidados del bosque, de la sombra, del silencio y del camino que recorríamos.

No pensábamos más que en fresas.

Recorrimos así más de una legua, encorvados y divagando de izquierda á derecha. Pero no se veía en parte alguna ni una sola fresa.

IV

Habíamos llegado á un ancho talud sobre el cual caía de plano el sol. Ninón se acercó á el, resuelta á cesar en sus investigaciones, cuando de pronto lanzó un agudo grito. Acudí asustado, creyendo que se había herido, y la encontré sentada en el suelo.

—Mira—me dijo señalándome con el dedo una diminuta fresa del tamaño de un guisante y madura por un sólo lado—cógela.

—No—le contesté sentándome junto á ella—tú la has encontrado y tú debes cogerla.

—No cógela tú.

Tanto y también me defendí, que Ninón se resolvió á cortar el tallo con sus uñas. Sin embargo, después surgió una nueva dificultad cuando se trató de decidir cuál de los dos se comería aquella fresa que tanto nos había costado encontrar.

Ninón quería que fuese yo el elegido; pero me resistí con entereza. Luego, de concesión, acordamos partir la fresa en dos.

Ninón se la puso en los labios y me dijo sonriente: —Vamos, tóma tu parte.

Así lo hice, sin saber á punto fijo si la fresa fué partida fraternalmente. Tampoco sé si llegué á saborear el delicado fruto, por lo bien que me supo la miel del beso de Ninón.

V

El talud estaba cubierto de fresales pero de fresales de verdad, la cosecha fué abundante. Habíamos puesto en el suelo un pañuelo blanco, jurándonos solemnemente depositar en él toda la fruta, sin probar de ella ni un sólo bocado.

Después de terminada nuestra tarea, nos dedicamos á buscar un sitio apropósito para almorzar y á pocos pasos de distancia descubrí un precioso nido de hojarasca.

Dejé el pañuelo en tierra y nos pusimos á admirar la belleza del paisaje.

Ninón me contemplaba con ojos centellantes, y al ver reflejado mi cariño en mi mirada, se inclinó hacia mí, tendiéndome sus manos con un ademán de adorable abandono.

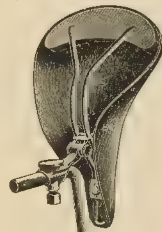
El sol brillaba en todo su explendor sobre el follaje, lanzando reflejos de oro á nuestros piés.

Almorzamos al fin; pero cuando buscamos las fresas para comérnoslas, notamos con gran estupor que nos habíamos sentado precisamente sobre el pañuelo que las contenía.

EMILIO ZOLA.

El desprecio es el recurso de los *parvenus*, de los pretensiosos, de los feos graciosos y de los tontos; la máscara bajo la cual se abriga la nulidad y algunas veces la vileza, y que dispensa de todo talento, juicio y bondad.

ALFONSO DAUDET.



LAS TRES HADAS

Todas las hadas habíanse reunido alrededor de la cuna......

El padre y la madre escuchaban enternecidos y silenciosos.

—Niño—dijo una de ellas—tú serás apuesto, hermoso, gallardo. ¡Serás héroe! Ceñirá tu frente doble corona de oro y laurel. A tu presencia estallará en entusiasmo la multitud. Innumerables admiradores seguirán el carro de tus triunfos. Harás reír y llorar, provocarás en el alma de los pueblos ya la ternura, ya el espanto. Desgarrarán los poetas sus perlas á tus pies. Acordarán los músicos sus liras para cantar tus alabanzas. Serás amado por cien heroínas......... El puñal y el veneno no podrán nada contra tí; tu renombre salvará Océano y montañas.

La madre cayó de rodillas dando gracias á las hadas; pero la puerta abrióse de pronto y apareció el hada de las glorias eternas.

—No puedo—dijo—compartir ese agradecimiento. Me habéis olvidado, y en castigo, he aquí mi predicción: Las coronas de oro serán de cartón; reirá, amará, llorará; pero á voluntad de otro. Los que le aclamen, rehusarán luego su íntima estimación. El pueblo, del cual será ídolo, lo romperá un día en cien pedazos ó lo encadenará al carro del nuevo triunfador. Las coronas de laurel se cambiarán en coronas de siemprevivas, y morirá en el olvido y pasará sin dejar huella.

—¿Qué será entonces mi hijo?—gritó el padre aterrado.

—Será cómico.

Pero el hada de la muerte se apresuró á exclamar

—No te importe, niño infeliz; yo te vengaré...... Después de tu muerte yo me valdré de tu recuerdo para hacer difíciles los primeros pasos de cualquier otro artista.

SARAH BERNHARDT.

EN EL MAR

(Pequeño poema en prosa.)

Es un mar de pizarra, con una multitud de florecimientos de nieve; es un mar gris oscuro, en mil puntos en donde estallan copos de espuma,

Chente Quiroz me llamó poeta niño.

No me subleva el adjetivo. Victor Hugo da ese nombre al formidable anciano Homero.

Pero en el Océano me siento niño. Siento siempre aquella primera impresión de las potentes aguas inmensas. Siento lo que tan admirablemente expresó Pierre Loti. Me miró chico y pobre ante tanta grandeza y tanta riqueza. Una onda me canta la eterna canción de la esperanza, y otra me repite la salmodia misteriosa de la muerte.

Me acuerdo de los tristes poetas, de los pálidos soñadores. Me acuerdo de los que van sobre el mar, de los que tienen su pensamiento y su corazón expuestos á los golpes del ala de la tempestad......

Allá va una nube. ¿A dónde va? Es caprichosa como una mujer. Son tres hermanas: la mujer, la onda y la nube. A la primera la increpó el Padre Eterno; á la segunda el poeta Shakespeare. La tercera, es la poliforme errabunda de la región azul.

Se mueve como el corazón esta gran máquina que arrastra el navío. Es un organismo esta casa flotante. Tiene aorta, nervios, pulmones: y allá en lo alto del mástil, la bandera de las estrellas, la bandera de la Libertad.

¡Bendito sea el Dios de los errantes, la Providencia de los viajeros!

¡Bendito sea El que manda á Tobías el arcángel, á Colón los líquenes de América, á Dante la soberana figura del dulce Virgilio!

RUBÉN DARÍO.





Industria Nacional.--Vistas de algunos departamentos de la Gran Destilería de Alcoholes "La Casa Colorada."

EL MUNDO.

TOMO I. MEXICO, FEBRERO 21 DE 1897. NUMERO 8.

Costumbres curiosas del lejano Oriente.



Tantah.—El Khalifa en la procesión.

[Véase el artículo relativo.]

"EL MUNDO"
Semanario Ilustrado.
Teléfono 434.-Calle de Tiburcio núm. 20.-Apartado 87 b.
MÉXICO
Toda la correspondencia que se relacione con la Redacción, debe ser dirigida al
Director, Lic. Rafael Reyes Spíndola.
Toda la correspondencia que se relacione con la edición debe ser dirigida al
Gerente, Lic. Fausto Moguel.
La subscripción á EL MUNDO vale $1.25 centavos al mes, y se cobra por trimestes adelantados.
Números sueltos, 50 centavos.
Avisos: á razón de $30 plana por cada publicación.
Todo pago debe ser precisamente adelantado.
REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE.

Notas editoriales.

La alimentación y el trabajo.

Se ha puesto en estos días al debate un viejo tema, siempre de interés palpitante: la escasa alimentación de nuestras clases populares. Reveladoras estadísticas han demostrado que existe un desnivel notable entre la suma de sustancias nutritivas de que dispone la población de la República y el esfuerzo reclamado de un pueblo que pretende alcanzar un cierto grado superior en el desarrollo de su riqueza pública.

Los pueblos trabajadores son los que poseen una nutrición completa y el nuestro no se encuentra en este caso. Así, para no referirnos sino á la ciudad de México, vemos que el consumo de carne no llega á cinco onzas por habitante, promedio muy lejos de ser satisfactorio.

Observaciones prácticas hechas en las fábricas, han comprobado que el obrero que mayor cantidad de labor arroja es el mejor alimentado, y que así como en algunas naciones del viejo mundo hay una relación constante entre el precio del trigo y el número de defunciones, de igual modo existe un enlace de causa á efecto entre la nutrición y el trabajo.

Este problema de la poca energía del trabajo nacional será una de las rémoras con que ha de tropezar siempre nuestro problema económico. Necesitamos fortificar esta red de nervios lacios de nuestro organismo social.

Es hecho que llama la atención de los modernos sociólogos cómo el trabajo de ciertos pueblos y de ciertas razas ofrecía proporción superior en el periodo de la esclavitud que en la época moderna de la libertad de las contrataciones El pueblo que construyó las pirámides yace en un sopor de siglos, no siendo ya estimulado por el látigo de los faraones.

Asusta verdaderamente la magnitud de tal obra, cuando se piensa de que dos mil hombres fueron empleados durante tres años en trasportar una sola piedra de Elefantina á Sais (Herodoto), y que para edificar una pirámide fué necesario el esfuerzo de 360, 000 hombres en el espacio de 20 años (Diódoro de Sicilia).

Pero en aquellos tiempos el trabajo humano era derrochado insustancialmente, con locas prodigalidades; mientras que en la época moderna, cada unidad humana es economizada prudentemente. El hombre se ahorra, la actividad vital no se desparrama en disparatadas empresas. Cada existencia tiene su cuenta corriente abierta en las fuerzas activas de la creación, y la suma anotada en el *Haber* de sus funciones musculares ó intelectuales, tiene su contrapartida en el *Debe* de la reparación de las fuerzas perdidas en la tarea general.

Lo que el trabajo impuesto arrojaba con estériles sacrificios de vidas, la civilización lo realiza en virtud de la ley de la economía de la naturaleza, que quiere que las especies no puedan desempeñar las funciones que les están asignadas, sino bajo la condición de conservarse y multiplicarse, según una frase de Molinari.

En tanto que una reparación vigorosa no fortifique la extrema debilidad fisiológica de nuestras clases inferiores—es decir: en tanto que la alimentación sea como hasta hoy deficiente—la total adición del trabajo de la República, se arrastrará penosamente aplastada, á semejanza de las víctimas fanáticas del Indostán por el carro del ídolo de Jagrehnat, por el poderoso motor de nuestro progreso.

Las relaciones comerciales entre México y los Estados Unidos.

Ya se han iniciado en la vecina República las reformas arancelarias que el triunfo del partido proteccionista habría necesariamente de traer consigo. Hasta ahora las dos cuotas que de algún modo pueden afectar á nuestra producción nacional, son las que se se refieren á las frutas y el ganado. En cambio, los nuevos derechos que se anuncian á los minerales no harían otra cosa sino alentar á los industriales americanos dispuestos á fijar su residencia en nuestro país.

Como hemos dicho ya en otra ocasión, al prepararse la lucha electoral en los Estados Unidos, la situación de México es bastante ventajosa para ser influenciada por el triunfo de cualquiera de los dos partidos que se disputaron el poder, y no es hacia este lado ciertamente por donde se descubre peligro alguno para nuestras finanzas nacionales.

Se ha hecho observar en estos días que la tarifa Mac Kinley, vigente en 1891, no afectó al tráfico entre los dos países, y solamente dió por resultado la creación de industrias nuevas, que han aumentado por notable modo la suma de nuestra riqueza pública.

En la tarifa americana de 1891 quedaron libres de derechos los siguientes productos de exportación mexicana á los Estados Unidos: café, henequén, cueros, fibra y hules, que forman la base de nuestros envíos á la República del Norte. ¿Modificará el actual Presidente su anterior política económica?

A juzgar por las reformas que nos anuncia la prensa del otro lado del Bravo, el movimiento proteccionista será detenido en sus avances por la opinión popular que en la última campaña del sistema se mostró muy descontenta por el enorme aumento que habían sufrido las mercancías destinadas á satisfacer las primeras necesidades. No es de creerse, por este motivo, que la administración que debe inaugurar sus funciones el mes de Marzo próximo, extreme la nota de su programa fiscal.

Por otra parte, el sostenimiento del *talón oro*, seguirá proporcionando á nuestros exportadores una buena prima suerte de proteccionismo creado por los países que han adoptado el metal amarillo—en favor de los Estados de moneda de plata.

Las próximas sesiones del Congreso Americano nos dirán dentro de breve espacio de tiempo, si nos equivocamos.

Política General.

RESUMEN.—La revolución de Creta. —Impaciencia de los cristianos y crueldades de los turcos.—El Rey Jorge y sus nobles ambiciones.—La paz europea y las disidencias de los gabinetes.—Principios del fin en el Imperio Otomano.—Conclusión.

Pacientemente esperaron los habitantes cristianos de la isla de Creta las prometidas reformas que las potencias europeas habían impuesto á la Sublime Puerta, para hacer cesar el estado de excitación y de anarquía en que por largos meses se agitaron el año pasado. Las hondas heridas que abrió la cimitarra musulmana se iban cicatrizando; los pechos se dilataban con la risueña esperanza de mejores días; las madres sin ventura secaban el llanto de sus ojos, y todos sonreían al halago de un hermoso porvenir, libre de sombras y salpicado de arreboles, aunque fuera bajo el yugo otomano que no habían logrado sacudir, pero que haría más suave el manifiesto amparo de los árbitros de Europa.

¡Vana ilusión é inútil esperanza! En medio de la general espectación que ansía el remedio á los males tradicionales que aquejan á los súbditos cristianos del Sultán, estalla un nuevo motín, forjado probablemente en las antesalas de palacio, ó engendrado en el tenebroso corazón del tres veces pérfido Abdul-Hamid, y la sangre vuelve á correr á torrentes, y el fanatismo turco y la crueldad salvaje de la soldadesca vuelven á regar de cadáveres las calles de Canea, y la infeliz Creta se retuerce en las convulsiones del martirio á que la sujetan sus infames verdugos.

¿A dónde volver los angustiados ojos, si la civilización cristiana permanece indiferente y muda ante esas escenas de horror y de matanza? ¿á quién pedir auxilio cuando se ha visto que no bastan las manifestaciones platónicas ni las protestas pacíficas, para desarmar el brazo del fiero otomano que hiere de muerte al infeliz armenio? ¿dónde encontrar amparo contra las hordas desencadenadas de fanáticos que no conocen freno ni obedecen autoridad, ó son el ciego instrumento de los que mandan?......

La sangre helénica hierve y acude por sus fueros, los cretenses se levantan en armas contra sus enemigos, devuelven golpe por golpe, á sus inícuos opresores, y la isla arde presa de general conflagración.

Desde la cumbre del monte Ida, tumba ciclópea del divino Hércules, se descubren las playas del Peloponeso, se alcanzan á ver las costas griegas, y allí se agitan brazos fraternales preparados á recibirlos; la insurrección estalla, se proclama la independencia del dominio turco, y en los campos y en las ciudades se habla de anexión al reino de los helenos. El rey Jorge ha escuchado sus clamores: lo que no han podido las grandes naciones que tienen la omnipotencia de la fuerza, porque el odio las aparta, y las rivalidades las dividen y los recelos las alejan, lo hace el soberano de un país pequeño, lo intenta un príncipe que no ha mucho congregaba á los pueblos para recordar las glorias inmarcesibles del eterno helenismo, por más que comprenda que la vida autonómica de su reino depende de la magnanimidad de los poderosos, y apoya abierta y decididamente á los insurrectos cretenses, tratando de engarzar un nuevo y brillante florón en su corona.

***

Mas ¡ay! que si en su noble ambición el rey de Grecia se lanza á nuevas y atrevidas aventuras, no ve el abismo que se abre á sus pies; no ve que puede dar ocasión á la temida guerra continental, y que al arrancar el primer girón del suelo otomano, amenazado de próximo é inevitable repartimiento, despierta codicias dormidas, concupiscencias ocultas, que han de oponerse á sus designios; pues ni se han puesto de acuerdo antes para el descuartizamiento del suelo turco, ni se han consultado los intereses de los poderosos, pendientes de solución en el viejo conflicto oriental, semillero de discordias y foco de zozobras continuas para los gabinetes europeos.

Es verdad que Grecia parece alentada por la Gran Bretaña, y que no se puede comprender que sola y aislada, contando con sus débiles escasas fuerzas, se atreviera por sí misma á intentar lo que ha menester del concurso de todos para lograrlo; es cierto que debe poseer algún fuerte apoyo para pretender romper á viva fuerza el tratado de Berlín que garantiza la integridad de Turquía; pero no ha bastado ese apoyo oculto ni esa simpatía manifiesta.

Si el golpe de audacia no ha llegado hasta el extremo de provocar abierta guerra entre el reino helénico y el imperio caduco de los Califas, es porque á tiempo las potencias han tomado posesión de las ciudades principales, mientras las tropas enviadas por el rey Jorge desembarcaban y se apoderaban de los campos de Creta. Hubieran dejado á los contendientes abandonados á sus impulsos, y ya la Tesalia hubiera sido invadida, pero también los Estados Balcánicos, prestos á sacudir el yugo musulmán, se hubieran levantado en armas y habrían dado nuevo motivo y ocasión al general disturbio.

***

La revolución cretense viene á poner una vez más de manifiesto, no las crueldades legendarias y proverbiales del Sultán, no su perfidia y mala fe de todos conocida, no sus maquinaciones torpes y sus astucias groseras para esquivar sus compromisos, si no la dificultad invencible las más veces que hay para que se pongan de acuerdo las naciones poderosas del continente europeo, siquier se trate de volver por los fueros de la civilización cristiana, villanamente hollados por los turcos, ó de apresurar la hora en que desaparezca del mapa esa mancha que se llama el otomano Imperio, baldón infamante de la moderna cultura.

Por un momento pudo creerse que la chispa que brotaba en Creta, y que atizaba abiertamente Grecia y á hurtadillas como siempre la Gran Bretaña, incendiaría la Europa en llama abrasadora, y al fin presenciaríamos la temida guerra continental anunciada para la primavera del presente año. Afortunadamente para la causa de la humanidad no ha sido así, y el sólo hecho de haberse abrogado las potencias el derecho de resolver el conflicto, con el consentimiento del gobierno turco que se deja llevar por su fatalismo mahometano, es prenda segura de paz.

Ya se habla de autonomía concedida á Creta por unos, ya se murmura de aceptación de hechos consumados, á pesar de que aun no se llevan á cabo; ya se sabe de protestas de Inglaterra oponiéndose al bloqueo de los puertos griegos que proponía Alemania, y al fin sucederá que contra todos los tratados, como la Rumelia Oriental se segregó hace diez años para unirse al principado de Bulgaria, tendrán al fin que sancionar los signatarios del pacto de Berlín la anexión de Creta al reino helénico.

Un paso más y se consuma el anhelado desmembramiento, si Francia acepta la ocupación británica del Egipto, y no hay quien se oponga á que el estandarte del águila bicípite de Rusia flote orgulloso sobre la Basílica de Santa Sofía.

X. X. X.

18 de Febrero de 1897.

EL IDEAL DE LA MUJER EN LOS DIVERSOS PUEBLOS

Según el clima, la raza, la educación y las constituciones de cada pueblo, la mujer se forma del hombre un ideal diferente y lo acaricia é incuba, hasta que puede ó cree poder realizarlo. Ama ó aborrece, se entrega ó desdeña, se casa ó se condena al celibato, según que encuentra al paso ese tipo supremo, que en sus ensueños se ha forjado, ó que no tropieza sino con adoradores que chocan con él ó lo contradicen.

La mujer americana es el más *viril* de todos los tipos femeninos. Sedienta de libertad é independencia; refractaria á las esclavitudes del hogar; anhelante de los derechos y funciones políticas; tendenciosa al trabajo personal y al ejercicio de las profesiones que el hombre ha querido reservarse; su idea es análoga á los ideales masculinos, sus aspiraciones, las aspiraciones de hombres; sus preferencias, las preferencias varoniles. De ahí que profese el culto de la fuerza y del éxito; de la fuerza económica representada por la riqueza, de la política representada por la posición social; de la fuerza física, representada por la estatura aventajada, la estructura atlética, la salud y la exhuberancia de la vida en general y del trabajo en particular. Pocas mujeres como la americana, gozarán con los espectáculos atléticos y los ejercicios exportivos; pocas también se alucinarán á tanto extremo con los títulos nobiliarios y académicos ó militares y con las condecoraciones de sus pretendientes, manifestaciones todas de fuerza personal ó social, más ó menos real. Una caricatura típica representa á una millonaria yankee en busca de marido. ¿Qué le exige? ¿amor? ¿virtudes? ¿sumisión? ¿ternura? ¿belleza? No; le exige una proeza, un *tour de force*, una hazaña especial. Los pretendientes ponen manos á la obra: el uno inventa la navegación aérea, el otro un buque submarino, el de más allá da la vuelta al mundo en cuatro pies. La divina yankee no se muestra satisfecha, é imponeú como condición ltima para conceder su mano, el obtener pronto y bien la comunicación en el teléfono. Los heroicos aspirantes se retiran desalentados ante el imposible que de ellos se exige. A parte de la fisga á las señoritas de la Oficina Central, la caricatura pinta todo un estado de alma y todo un fondo de carácter. Para conquistar á una americana, es necesario ser alto, robusto, colorado, sano; es preciso además ostentar un título nobiliario ó social; ser mayor cuando menos, ya que no conde ó marqués; es indispensable invocar una hazaña cualquiera, un ayuno de cuarenta días, un viaje al polo, un golpe de bolsa, una función pública elevada. Y ¡ay de aquel que se arroje á sus pies pálido, moribundo, extenuado de amor! puede estar cierto de ser desairado y hasta despedido. Más probabilidades tienen de éxito Fitzsymonds, aunque burdo, ó Roberto Lee, aunque anciano, que todos los Romeos y todos los Marius de la tierra. Esto no impide que sean las esposas más fieles y abnegadas que pueden darse.

La mujer inglesa, como tambien el inglés, buscan ante todo y sobre todo la corrección. Una juventud arreglada, una vida laboriosa y metodizada, la consagración de la existencia á un fin noble y útil, modales y continentes irreprochables, tales son las dotes que exije á su esposo y tales las cualidades que impone á sus pretendientes. Los espasmos, las expansiones, los gritos, los gemidos, la melena hirsuta, el traje desarreglado, la ociosidad ó el desaseo fracasan invariable é inevitablemente ante una inglesa. Quiere que la amen de un modo tranquilo y apacible, prevee las exigencias del hogar, sueña con él y aspira á él y busca la forma de las manifestaciones del afecto compatibles con la fundación de una familia, y con la educación de los hijos; huye, por consiguiente, de todo lo excesivo, de todo lo teatral, de todo lo trágico; quiere, en suma, un jefe para la familia y no un galán joven para el escenario. Lady Byron, inglesa, jamás entendió á su marido ni pudo vivir con él, y la condesa Guiccioli pudo soportarlo y fué feliz á su lado entre los gritos trágicos y las crisis nerviosas, que el uno y la otra se procuraban, y se hacían mutuamente lanzar. La conquista de una inglesa supone cualidades y medios peculiares, circunspección, moderación, corrección, y hasta algo de respetuosa timidez. El matrimonio inglés es monótono y serio, pero idealmente feliz, y fecundo.

En Italia, las cosas pasan de otro modo. La italiana es ardiente, tumultuosa, apasionada. Tiene en el espíritu un declive acentuado hacia lo trágico. Ama y quiere ser amada entre torrentes de lágrimas y explosiones de ira. Es celosa hasta la locura, riñe con su amante y con su marido; busca en ellos antes adversarios que compañeros. El tipo físico preferible para ella es el del *condottieri* ó el del contrabandista. Ojos negros como la noche, cabellera selvática, traje descuidado y rico; nada le importa que su preferido lleve negras las uñas, si con ellas puede desgarrar á su enemigo; cuando está á su lado, disimuladamente le busca el puñal en la cintura, como buscan las inglesas la orquidea en el ojal del frac de sus prometidos. A la italiana se la conquista como á una fortaleza, por asalto. Una audacia la encanta, el peligro la atrae, la contrariedad, la estimula. Hay que pasar sobre las resistencias de la familia, sobre los celos de los rivales, sobre las convenciones sociales y enamorarla tocando zafarrancho, á tambor batiente y bandera desplegada. El matrimonio italiano es turbulento, accidentado y extraña los atractivos y los goces de todo lo pintoresco.

La francesa es en materia de amor es esclava del buen gusto y del qué dirán. Generalmente no escoge su marido; se lo escogen sus padres. Pero para amar á un hombre lo primero, lo principal, casi lo único que le exige, es que no sea ridículo. La cualidad que las domina, que las subyuga, es el sprit, es el buen gusto del talento. Elegancia en la persona y los modales, aventuras de juventud finas, discretas y de buen tono; posición social visible dentro del buen mundo, son atributos indispensables para seducirla. Ya casada y madre de uno ó dos hijos, vive sin cuidarse de su esposo, como él sin cuidarsese de ella, y siguen siendo dichosos si el marido observa las buenas formas y delante del público la trata con finura y distinción.

Para conquistar á una mujer mexicana se necesita saber inspirarle compasión. Es fuerza aparentar sufrimiento físico ó moral, aparecer desgraciado ó perseguido, presentarse á sus ojos como buscando protección y amparo. Los aires de conquistador le repugnan, las suficiencias de fatuo le chocan, la ostentación de poder, de riqueza, de fuerza en cualquiera de sus formas, la dejan fría. La mujer mexicana comienza á amar en cuanto empieza á consolar; la forma fundamental de sus afectos es la ternura; una lágrima es para ella más elocuente que un poema; hay que suplicar, que implorar compasión, que pedir gracia. Los fanfarrones, los vanidosos, los fatuos, fracasan y sorprende á cada paso ver á mexicanas bellas y vigorosas como Juno, casadas con seres enfermizos y enclenques; á herederas ricas como cresas unidas á escribientes de juzgado menor; á aristócratas intransigentes fundando hogares con bohemios y advenedizos. Y es que la mujer mexicana nació para madre y es el modelo de las madres; que es toda abnegación, sacrificio, martirio; que sólo aspira á proteger al debil, á amparar al desvalido, á consolar al desgraciado y que es una síntesis de las más altas y excelsas virtudes femeninas.

Por eso no hay madres ni esposas como las mexicanas ni hogares más tranquilos y felices que los nuestros.

DR. M. FLORES.

Febrero de 1897.



No se habla jamás tanto de cuestiones coloniales como cuando se las ignora.

Eugenio Etienne.

***

En el curso de los destinos humanos, el caracter es de mayor peso que el ingenio y la tenacidad del genio.

Andrés Lebon.

***

Para colonizar, no vasta tener el suelo, el fierro y el oro, se necesita cabeza, corazón y brazos.

Un Africano.

***

Un pueblo que trabaja, con las funciones públicas y las pone á su favor en almoneda, no merece ser libre.

G. Boissier.

***

Se necesita ser religioso para cambiar de religión.

Condesa Diana.

Sección científica y recreativa.

He aquí la lista de los hombres públicos más notables que han sido asesinados durante el presente siglo: el Czar Pablo en 1801; el Sultán Selim III en 1808; el Presidente Kapodistias, de Greccia, en 1831; el Duque Carlos de Parma, en 1854; el Presidente Salnade, de Haytí, en 1860; el Presidente Lincoln, en 1865; el Príncepe Obenowich, de Servia, en 1868; el Príncipe García Moreno, del Ecuador, en 1875; el Sultán Abdul Asis Chan, en 1876; el Presidente Gardfield, en 1881; el Czar Alejando II, en 1881; el Presidente Carnot, en 1894 y el Shah de Persia en 1896.

—Asegura un filósofo, que la materia no es más que energía mental convertida en masas susceptibles de ser percibidas por los sentidos, así como el agua es el resultado de la mezcla de gases invisibles.

—La planta del Espíritu Santo ó *peristeria alata*, es una planta originaria de Centro-América. El tallo de la flor tiene de 5 á 6 pies de alto y en su extremo superior tiene numerosas flores blancas y fragantes de figura de Tulipanes y que se asemejan á palomas con las alas extendidas.

—Se da el término genérico de *humus* á una agrupación de sustancias muy aliadas entre sí que forman la materia orgánica del suelo. El color del humus varía entre gris amarillento y negro, y contiene principalmente carbono, hidrógeno y oxígeno. Su cualidad principal consiste en poder fijar la armonía que resulta de la descomposición de las materias vegetales.

—La tinta de China se fabrica de hollín del humo de sesame mezclado con goma animal; tambien contiene un 2 p§ de alcanfor quemado y una pequeña cantidad de perfume.

—Desde el punto de vista comercial los únicos países que producen el añil son la India inglesa y la América Central. El distrito de la principal producción en la India es el de Bengala, cuya cosecha no baja de 80,000 quintales al año. El añil puro es de un color azul obscuro, casi purpurino. Su gravedad específica es cerca de 1.50. Es insoluble en el agua. Cuando se restriega alguna substancia dura con un cubito de añil, deja una huella brillante color de cobre. No tiene olor ni sabor.

—El metal llamado *Indium* fué descubierto en 1863, por Reichter y Reich. Se encuentra en el chistrofita de Sajonia y en Mainc. Puede también prepararse con el zinc crudo por medio del ácido nítrico y amonia. Su peso atómico es, de 113,6, Su gravedad específica es de 7,421. Se derrite á los 349° F. El *indium* tiene un lustre de plata azulado y parecido al plomo, el cual se asemeja también en suavidad y ductilidad.

—La Ravenala de Madagascar se conoce también con el nombre del arbol del viajero. Es una planta del orden de las musaceas y difiere del plátano común en la circunstancia de que las hojas, que tienen de 10 á 14 pies de largo, sólo crecen en dos líneas opuestas del tronco formando un abanico gigantesco. El tallo de las hojas contiene, en toda época del año, más de dos libras de agua pura y agradable, de suerte que donde quiera que crece la Ravenala no hay peligro de padecer de sed, por árido y seco uue sea el terreno.

—Constantinopla tiene una población de 680,000 habitantes.

—La primera máquina de escribir fué Rogistrada en la oficina de patentes de Wáshington en 1858.

La isla del Halcón, en el grupo de Tonga, ha estado jugando escondite con los exploradores ingleses y franceses desde 1889. Algunas veces aparece sobre el mar cubierta de verdura, con costas elevadas y bien definidas y á los pocos años se hunde, sin dejar el menor rastro tras de sí. En otras ocasiones asoma solamente la punta de una roca sobre la que se estrellan las olas y derepente vuelve á aparecer en todo su esplendor, vestida de arbustos y de flores.

El pueblo de los Estados Unidos emplea 900,000 personas en el servicio de sus 1,890 ferrocarriles. Este ejército de la paz es igual al ejército permanente de Alemania. Según datos exactos, en 1890, esos ferrocarriles trasportaron 600 millones de pasajeros y 800 millones de toneladas de carga.

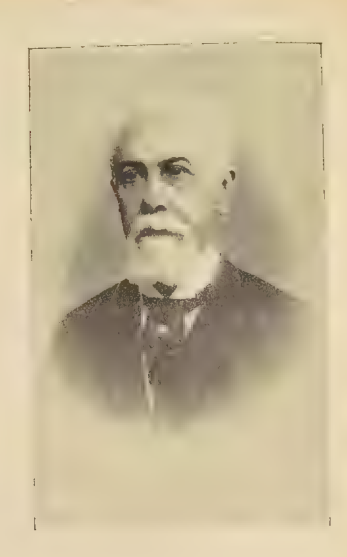
Teóricamente hablando, todos los súbditos ingleses, están obligados á servir de verdugos, si fuesen llamados al efecto por la autoridad correspondiente. El sueldo de que disfrutarían es de una libra esterlina á la semana, con el aditamento de dos libras esterlina después de cada ejecución.



Ingeniero José N. Rovirosa.



General Juan Manuel Flores, Gobernador de Durango. Muerto últimamente.



El Sr. Lic. Don Francisco Martínez de Arredondo.

UN ALMUERZO CON CASTELAR

Desde que he sabido que la admiración franca é ingenua es de mal gusto, y que la señora de Lockroy se reía con todas ganas de los que llegaban á casa de Víctor Hugo temblando del sagrado terror del dios, tengo ya mucho cuidado en enfrenar mis nervios, y suelo hacer á los grandes hombres á quienes con placer besaría la mano y daría un fuerte abrazo, saludos bastante corréctos. Castelar...... ¡cómo soñaba yo, desde el principio de mi juventud, en llegar á ver algún día la faz del hombre de la maravillosa lengua! Oírle, mirar los vivos ojos suyos; bajo la gran frente y sobre los grandes bigotes que las ilustraciones han multiplicado por todos los puntos del mundo: esa era la esperanza que alguna vez debía cumplirse.

Venir á España á no conocer la Alhambra, y el Museo de Pinturas...... y á Castelar, es no venir á España. Hay que ver á este pontífice, y hacerle la reverencia y oír el acento de esa voz que ha resonado por toda la tierra. A la verdad no fué poca la impresión que sentí cuando, al llegar á mi fonda ayer mañana, encontré una esquela, de letra que me era muy conocida, y que decía así:

«Mi querido Darío: tengo encargo del Señor Castelar para invitar á usted á que vaya mañana sábado, á las doce y media, Serrano 40. Le he dicho que yo no puedo acompañar á usted, pues me resiento del reuma.—Su constante admirador y buen amigo,—R. DE CAMPOAMOR.

Con gran sentimiento de no tener la honrosa compañía del ilustre poeta y bondadoso amigo, fuí puntual á la cita. A las doce y media subía las escaleras que conducen á la morada del monarca intelectual. Soy franco en decir que al ver de pronto en la puerta, sonriente, afable, á Castelar, que me tendía la mano, me poseyó la emoción aquella de Heine delante de Gœthe, y de Amicis delante de Víctor Hugo; y mi saludo fué quiza suficientemente correcto. Algo extrahumano estaba delante de mí; veía por fin al divino parlante, al mago rey de la oratoria.

Felizmente estaba cerca de él un Diputado liberal, de barba gris, mortal como yo, y hubo la presentación del caso, durante la cual mi ánimo se calmó y pude contemplar el genio con tranquilidad.

Deseo á las personas de mi cariño, en especial á mis colegas que hacen versos simbólicos y son nerviosos y vehementes, que cuando hagan sus visitas á los hombres gloriosos que conmueven, se encuentren siempre con diputados liberales de barbas grises.

Muerto Víctor Hugo,—Carlo Magno, Emperador de la barba florida!—no hay testa coronada que el mundo admire más: Castelar es de aquellos predilectos cuya sombra alcanza á toda la tierra.

Famas de poderosas alas y largos clarines, han sido las hadas de su cuna. Su nombre y sus victorias se han escrito en todas las lenguas. Nueva York pesa en balanzas de oro su frase pletórica, y París que le ha hecho parisiense, como ateniense le haría Aténas, le llama *cher maître*; canción lisonjera que el gallo de Galia no canta á ningún otro extranjero en nuestros días.

El estudiante inglés solicita su lección; el diario alemán que le combate lo hace con el casco en la mano; Roma le sonríe; por su escalera suben todos los grandes de España que se descubren ante la luminosa realeza de ese republicano que ha hecho que miren con ojos simpáticos su República, tanto el viejo león monárquico, cual él sacro cordero pontificio. El orador es lo primero, pero no es todo el orador en Castelar. Su fuerza principal consiste en su organismo de apóstol, en que encarna un ideal, en que pocos caballeros de los pueblos han podido escribir en su escudo con más verdad y brillo qu él estas palabras: LIBERTAD. El sinfonista de la historia, el evocador de épocas y el analista lírico de imperios y reinados; ese lo conoce toda la humanidad contemporánea que ha abierto los ojos á la constelación espiritual que ilumina este siglo.

Jamás ha brotado la palabra humana con mayor caudal; jamás la idea ha tenido órgano de tan enormes fusiles, sonoras trompetas, tubos inauditos, armonías excelsas y pasmosas.

Castelar ciega. Leído, es como leer el Niágara: un Niágara prismático y musical. ¡Qué oleaje de pensamientos; qué espumas de adjetivos; que corriente soberbia de colores.

Queda su obra, su prodigiosa producción, confusa, enorme, como una selva. El mundo se admira de que haya habido boca humana por donde haya brotado tal oceano de ideas y de palabras mágicas. Este hombre de cuerpo pequeño y voz que al oirla por primera vez no agrada; este exquisito conversador, en Grecia hubiera sido divinizado, cuando junto á los blancos pórticos de mármol......

—Pero coma, coma usted esas perdices que están ricas! me dijo *él*, interrumpiendo mis callados soliloquios y mis ocultos pensares. Son regalo de mi amiga la Duquesa. La Duquesa de Medinaceli.

Ya sabía yo que el repúblico era amigo muy querido de las linajudas damas, de las más ricas hembras de la Corte. Y aún no faltaron quienes me dijeran: «Bah! Fíese usted de la democracia de Castelar! Si él pudiera ser Rey...!» Como á Hugo, ¿le tachan que le guste lo bello, lo noble, lo rico, la poesía de la vida y la poesía de la historia?

Su rostro es fresco. Su espíritu es jovial; la salud sonrosa la piel; la sonrisa y la risa son frecuentes en sus labios. La anécdota abunda en el curso de la charla familiar. Tras un apotegma, un chiste; luego una lección; luego una censura, una alabanza, una espina, un ramo de laurel, un hachazo; vive con lujo, el lujo que le da su trabajo: Castelar es un trabajador que maravilla. A propósito de su labor, le hablé de *La Nacion*.—Sí, me dijo. Mi diario. Usted va á hacer una cosa, Darío, que le pido yo. Escriba á los americanos la verdad de la libertad en España. Dígales cómo aquí somos libres con todo y existir la monarquía.»

Ah, y cómo lo son los españoles! Y cómo comparar esta libertad con la de las Repúblicas nuestras, da tanta tristeza y tanta vergüenza!

El tribuno sabe nuestra desgracia, y como yo le quisiese narrar algo de ellas, demostróme que está tan bien enterado como nosotros.

El almuerzo iba á llegar á su fin. Castelar come admirablemente. Kasabal, un revistero madrileño, que le ha retratado en su vida íntima, se queda corto en ponderar su buen diente. Yo pondero á plena voz el comedorcito monísimo, la vajilla, los tapices; pondero al maestro cocinero que rima salsas como un parnasiano versos; pondero el áureo vino pontifical que le envían de bodega espléndida, y del que dan cuenta y fin, principalmente, los hijos de Inglaterra que visitan el coloso; pondero, en fin, el ambiente de dicha y de gloria que se respira en la casa.

Comenzando por hablar de Víctor Hugo, llegó la conversación á D. Pedro del Brasil, á quien con un entusiasmo decidido y en el elevado tono apologético, dediqué un imprudente recuerdo, ¡ay de mí!

Sí, ay de mí: porque Júpiter arrugó el entrecejo; porque toqué el panal de las sagradas abejas. Tuve la pena de ver que no saliese muy en buen pie el Emperador de los brasileños. La verdad es que olvidé el desafecto profundo que Castelar profesa á los Braganzas; y aprendí una vez más cómo es el castigo de los inmortales, y cómo hiere y raja el cuchillo con que Apolo desuella.

Para nota final, y junto con el chartreuse, una mala noticia. Castelar no piensa ir nunca á América.

RUBÉN DARÍO.



Tenemos el gusto de publicar el retrato de este caballero, Presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación.

El Sr. Martínez de Arredondo llegará dentro de breves días á esta Capital, de regreso de Yucatán, su Estado natal, donde es muy apreciado, y á donde fué á pasar una corta temporada, y los numerosos peninsulares residentes en esta capital, se aprestan á recibirlo con el cariño y entusiasmo que en ellos ha sabido despertar.

Por nuestra parte deseamos un feliz regreso al estimable viajero.

El Señor Ingeniero José N. Rovirosa.

Este señor cuyo retrato tenemos el gusto de publicar, viene hace tiempo llamando la atención del mundo científico por sus profundos conocimientos en botánica, en la cual ha hecho vastísimos estudios. Es autor de una amplia obra que, ilustrada, está en prensa y que se refiere á la flora tabasqueña, y miembro de la Sociedad científica de Historia natural. El Sr. Rovirosa es nativo de Tabasco; vió la luz en Macuspana y tiene en la actualidad 47 años. La ciencia espera, pues, aún mucho de él.

OBSEQUIO A NUESTROS LECTORES

Con este número reinauguramos la série de novelas ilustradas que con tanto agrado han recibido siempre nuestros abonados. *Hilda*, la que empezamos á publicar hoy, es una preciosa narración de excepcional interés dramático, que irá ilustrada con primorosos grabados. Los que hoy la acompañan, darán fe de ello.

No se olvide que aparte de esta novela incluida en el cuerpo del periódico, seguirémos repartiendo un tomo mensual de la Biblioteca Miniatura.

COPIA.

Recibí de «The Mutual Life Insurance Company, of New York,» la suma de $2,434.40. Dos mil pesos, suma asegurada, cuatrocientos treinta y cuatro pesos cuarenta centavos, devolución de premios, en pago total de cuantos derechos se derivan de la póliza número 546,237 bajo la cual á mi favor estuvo asegurado mi finado esposo D. Gerónimo Aguado y Lares, y para la debida constancia, en mi carácter de beneficiaria nombrada en la póliza, extiendo el presente recibo en la misma póliza que se devuelve á la Compañía para su cancelación, en Acapulco á 21 de Enero de 1897.

(Firmado) *Carlota Moreno*, viuda de Aguado.

El C. Lic. Domingo Zambrano, Juez de 1a Instancia de este Distrito, y por ministerio de la ley encargado de la Notaría Pública del mismo, certifico: que la Sra. Carlota Moreno, viuda de Aguado, suscribió á mi presencia y de su puño y letra la antecedente firma y rúbrica, que dice: «Carlota Moreno, viuda de Aguado.»

Y á pedimento de la misma interesada, lo hago así constar para los efectos consiguientes, en Acapulco á veintiuno de Enero de mil ochocientos noventa y siete. —Damos fe.—(Firmado. *Lic. Domingo Zambrano*.—A. (Firmado) *Gilberto J. Martínez*.—A. (Firmado) *V. Orozco*.



Entre el mundo y el claustro.



La Feria de Tantah.—Llegada de una caravana fellah.

COSTUMBRES CURIOSAS DE LEJANOS PAISES

La Feria de Tantah.

Tantah, tercera ciudad de Egipto por la cifra de su población, situada en plena delta, entre los brazos de Roseta y de Damieta, sobre la vía ferrea de Alejandría al Cairo, es célebre por su triple feria anual, á la vez peregrinación y mercado. Tantah tiene, pues, algo de la Meca y de Nijni Novogorod.

En Enero, en Abril, en Julio, una multitud enorme invade la ciudad santa del bajo Egipto, la ciudad de las catorce mezquitas y de los inmensos y magníficos bazares. A decir verdad, las ferias religiosas ó *mouleds* de Tantah, conocieron días más tumultuosos y más brillantes: aquellos en que el tráfico de los esclavos era libre. Su prohibición ha dado la señal de un lento declinar. Además, cada vez que el cólera se ha abatido sobre Egipto, ha hecho de las suyas en Tantah, en la época de la feria de estío. De suerte que el *mouled* de Julio fué suprimido el año último por las autoridades anglo-egipcias.

La Meca es la ciudad de Mahomet; Tantah es la ciudad de Saïd-el-Badaoui.

Hay acerca de esto dos leyendas.

En el año 596 de la hegira, dice la una, Saïd el Badaoui nació en Fez, y su padre, un santo hombre de Maugrab, á quien el dedo de Dios había conducido á Marruecos, tuvo inmediatamente la prueba de que un destino extraordinario esperaba al recién nacido. Este, en efecto, tenía ya todos sus dientes. En mantillas recitaba el Koran á sus padres, en presencia de vecinos que acudían para ver el prodigio. Y la leyenda cuenta otros cien rasgos semejantes.

Saïd-el-Bedaoui tenía treinta y ocho años cuando, de regreso de un viaje á Medina, se detuvo y se fijó en Tantah, donde su origen extranjero le valió su nombre, que significa el beduino. Murió en el año de 675, después de haber vivido cuarenta años sobre la terraza de la mansión donde había recibido hospitalidad.

Sobre su tumba, Abd-el-Aly, su pariente, elevó á su costa una pobre mezquita, y los amigos del difunto creáronse la costumbre de ir á orar ahí. Este culto piadoso creció poco á poco, y las ferias actuales no son sino la continuación de aquellas peregrinaciónes que tan humilde principio tuvieran.

La mezquita edificada por Abd-el-Aly, se ha convertido en la principal mezquita de Tantah y los descendientes de Saïd-el-Bedaoui, como los sucesores de Mahomet, tienen el título de *khalifas* y son venerados como tales por los fellahs.

Según la versión segunda, Saïd-el-Bedaoui, era un francés, un desertor de la cruzada del rey Luis IX. Refugiado en Tantah, utilizó su conocimiento de los simples y supo adquirir una reputación de curandero y de santo. Naturalmente, abandonó su nombre de cristiano y se convirtió en el Bedaoui: el Beduino, el extranjero. Sea como fuere, al misterioso Saïd-el-Bedaoui debe Tantah su larga prosperidad religiosa y comercial. Un beneficio tal, bien vale una procesión.

***

Asistir á la procesión del Khalifa, del sucesor de Saïd-el-Bedaoui, es el deseo ardiente de todo fellah. Esta fiesta cierra la feria de Tantah. La víspera, después de la mañana y toda la noche, hasta la mañana del gran día, pueblos enteros hacen su entrada á la gran ciudad, en todos los instantes. En la noche, sobre todo, esas llegadas forman cuadros singularmente conmovedores, de un encanto raro, betlhémico. El viejo jefe del pueblo va delante, llevado por un asno gris, con las babuchas pendientes y el aspecto de un patriarca que condujese el éxodo de una tribu.

Y la tribu sigue á lomo de camello, en pollinos y á pie. He aquí, bajo el cielo estrellado, el domo de la mezquita de Saïd-el-Bedaoui, que hizo milagros y fué un santo. En su honor los jovenes tocan aires en sus flautas y sus tambores, y las jovenes, instaladas en cofres, á derecha é izquierda de la jiba de sus camellos, cuyos cascabeles tintinean, salmodian oraciones.

Sigámosles á través de las calles estrechas. Tantah es la ciudad árabe por excelencia. No hay casas ni vías europeas. Por un instante se vive un ensueño encantador de un Egipto antiguo, no turbado por las avaricias de los occidentales.

Y luego, de pronto, surge la barahunda de un desembarque inglés en el andén de una estación de ferrocarril cuya existencia se había olvidado. Son los turistas ingleses, alemanes, franceses, egipcios, del Cairo, etc., que vienen por ferrocarril á mezclarse con los creyentes y con los campesinos que se encaminaron hasta aquí con el báculo en la mano á horcajadas sobre los asnos.

Pasado el puente del camino de fierro, el camino aparece radiante de iluminaciones y de fuegos de artificio con que se extasían los fellahs, pequeños y grandes. Por todas partes conciertos, orquestas, ruido. Más lejos aún, se extiende el barrio reservado á los placeres de los ricos, indígenas ó extranjeros. Ante todas las casas hay puestos de pasteles y de fruta; por encima de las puertas se ven guirnaldas de lámparas iluminadas; en los umbrales de las puertas, en plena luz, hay mujeres provocativas y sonrientes. Y los ritmos que acompañan la danza de vientre de las egipcias y de las maugrabinas, llenan todos los cafés cantantes donde se oprime una multitud sin cesar renovada.

El espectáculo es más curioso aun para el extranjero en un barrio más sombrío y más pobre. Ahí se regocijan los negros comerciantes llegados del Soudan en caravanas, ó los esclavos manumitidos, tiradores del Egipto. Al fulgor de quinqués humosos, hay rondas furiosas de mujeres y de niñas que se tienen de la mano. En el centro, un gran negro, vestido solamente de una camisa, con la cabeza cubierta por una larga peluca de crines de caballo, lanza gritos guturales ejecutando una mímica de un efecto único.

Así se pasa la noche que precede al gran día, el día de la clausura de la fiesta.

***

Tantah no se ha dormido, y sin embargo, en la mañana hay una impresión de despertamiento. Oleadas humanas se desparraman en todos sentidos. La Kermesse está por todas partes. La multitud hace círculo alrede-



Domador y su mono sabio.



La feria de Tantah.—Una danza en el barrio negro.

La danza sagrada.

dor de los relatores, esos troveros del Oriente, de los titiriteros, de los domadores que la divierten con la malicia de los pequeños monos, la falta de destreza de sus osos sabios y la docilidad de sus serpientes magnetizadas. El calor es intenso, sofocante. El sol está en el zenith...... Un extremecimiento corre por la multitud, el joven Khalifa, el descendiente del Saïd va á pasar.

Gritos de alegría se elevan y de la cabeza del cortejo surge en medio de un remolino de la multitud.

Una música árabe, timbaleros, un destacamento de infantería, abren la marcha. Después avanzan las corporaciones religiosas: estudiantes de las diferentes mezquitas; *cheiks* mendigos y ciegos; sacerdotes de los diversos ritos musulmanes, con la frente ceñida por el turbante, y el rostro oculto por velos de lana. Inmediatamente detrás de ellos marcha un grupo inesperado. En número de cinco, con yelmos ó cascos, el uno acorazado, el otro vestido de una cota de malla, este provisto de brazalés, todos encadenados, con sus armaduras incompletas, mal ocultando las túnicas de fellahs, representan á los cruzados vencidos.

Han muerto demasiados caballeros cristianos, franceses principalmente, sobre la tierra de Egipto, para que pueda creerse. Los egipcios escépticos y bien informados afirman, sin embargo, que los despojos verdaderos de los cruzados han ido, no se sabe en qué fecha, á enriquecer alguna colección pública ó privada y que han sido sustituidos con piezas de fantasía. Poco importa. Esta conmeración de la derrota en Egipto de los cruzados que conducía San Luis, es uno de los lados más curiosos, para los europeos, del Mouled de Tantah. Los vencidos de las cruzadas preceden al caballo del Khalifa. El sucesor de Said el-Bedaoui va cubierto también de un casco que parece recordar el origen que una leyenda atribuye á su antepasado, especie de marmita vuelta al revés, que llevaban numerosos soldados de Luis IX. Un fino tejido de fibras de palmera oculta el fierro pero el rudo baberol aprisiona el rostro del Khalifa.

El heredero del Santo cuya tumba atrae á Tantah á todos los peregrinos de Egipto, es muy joven. El papel que representa es abrumador. Parece aplastado bajo el peso del manto que o envuelve este fué el del Saïd venerado, y la tela entonces era ligera, pero una antigua tradición quiso que cada califa la recubriese con una nueva seda; poco a poco, gracias á los tegidos superpuestos la veste se ha converlido en una verdadera carga. Bajo el doble fardo del casco y del manto, el joven khalifa oprimido, casi desfalleciente, se aplica sin embargo á llenar hasta el fin su cruel y divina misión. Sacerdotes, *cheiks*, tocadores de tambor y de timbales, le rodean. Los abanicos de plumas, los estandartes, se balancéan se despliegan por encima de su frente; y á la derecha y á la izquierda, mujeres, hombres, niños, ancianos, se atropellan impulsados por atroz curiosidad.

El Khalifa ha pasado; el cortejo no termina aún. La costumbre quiere que detrás de los fantasmas de los cruzados caídos en la delta del Nilo, hace seis siglos y medio, detrás del Khalifa en fin, desfilen á su vez las cortesanas. A este bizantinismo se mezcla un modernismo raro.

A caballo, vestidas de singulares trajes masculinos ó extendidas en coches descubiertos y adornadas de *toilettes* donde sus modas y las europeas se confunden de una manera sobrado original, pero de mal gusto é indecente, mujeres muy hermosas, y otras horribles, pasan en desfile interminable.

Como acaba la fiesta, facil es adivinarlo...... En el Egipto antiguo las ciudades de Bubastis y de Canope fueron célebres por su licencia; cada año las fiestas religiosas eran pretexto para excesos y orgías, de las cuales el viejo Heródoto nos ha transmitido el recuerdo. La tierra de Egipto no tiene ya los mismos dioses, pero tiene las mismas costumbres y en el delta del Nilo, las ferias de Tantah, bajo el aspecto de peregrinaciones perpetúan fielmente las tradiciones lujuriosas de Canope y de Bubastis.

El amor es como la fiebre: nace y se extingue sin que la voluntad tenga en ello la menor parte.

Stendhal.

***

Tomad del amor lo que de vino toma un hombre sobrio, pero nunca os emborrachéis.

Alfredo de Musset.

***

Para un hombre extraviado, creer en una posada, es creer en Dios.

Victor Hugo.

***

El misticimo del honor puede hacer víctimas, como toda crisis puramente cerebral.

Emilio Zola.

***

El progreso debe respetar lo que remplaza.

Nisard.

Los dramas de la conciencia tienen muchas veces una intensidad muy aguda. Cuando el mundo ve una mujer que deserta de sus deberes, pronuncia casi siempre un juicio apresurado, sin estudiar las circunstancias excepcionales que han precedido á la caída. La opinión no se determina nunca según la falta; la situación social es todo. Para las mujeres ricas y que se creen sostenidas por sus aliadas, el mundo tiene tesoros de indulgencia: reserva sus severidades para las humildes y las débiles. Y en estas ejecuciones sumarias, la cobardía de los hombres no iguala sino á la perfidia de las mujeres.

Alberto Delpit.



El vagón cantina, vista interior.

LOS VAGONES CAPILLAS Y LOS VAGONES CANTINAS

La prodigiosa línea férrea que los rusos han establecido á través de toda la Siberia, se ejecuta rápidamente, á pesar de las dificultades que se encuentran. Es este un trabajo formidable que pondrá el extremo Oriente á algunos días de Europa. La construcción no es solamente interesante por la inmensidad de la empresa, sino más aún quizá por las condiciones del todo especiales en las que se encuentra. Los rusos son reputados maestros en la creación de esas vías ferreas que nacen como por encanto sobre los territorios más ingratos, en medio de las planicies de arena, de las vastas soledades: todo el mundo ha conservado el recuerdo del famoso camino de hierro transalpino, que ahora se trata de prolongar más aún. Sus procedimientos son particularmente interesantes en una época en que se habla tanto de lanzar líneas ferreas á través del Africa. Todo hay que inventarlo, así para la explotación como para la construcción del ferrocarril transiberiano: la travesía del continente asiático, que forzosamente durará días y días, necesita un material rodante del todo especial, así como instalaciones propias para asegurar la existencia de los agentes del camino de hierro, á lo largo de la línea, en las estaciones frecuentemente aisladas del todo de los pequeños centros habitados.

Todo este material está en vías de crecer, á medida que va avanzando la vía, porque desde ahora los trozos demasiado considerables entregados á la explotación dan lugar á una corriente enorme de viajeros; no solamente los obreros y el personal en general que se dirije á las canteras, sino también á una multitud de hombres, de niños, todos gentes robustas que se van alegremente hacia las tierras vacantes del Este, á colonizar la Siberia y ponen á provecho el nuevo medio de transporte tan cómodo que se les ofrece.

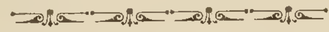
No diremos gran cosa de las estaciones, construcciones de ladrillos, demasiado agradables de aspecto, á las cuales está siempre contiguo el reservario de agua, montado sobre una torre de granito; no se ha olvidado un jardín y muy frecuentemente se encuentra un buffet donde se utilizan las largas detenciones que hace el tren á cada instante.

Estos trenes se componen de tres clases: algunos vagones de segunda clase que provienen aún ahora de las redes ferrocarrileras propiamente dichas; luego coches de tercera de un excelente tipo, establecidos expresamente para el transiberiano y que en la noche se transforman en dormitorios de tres líneas de camarotes. Hay, por último, la cuarta clase, compuesta únicamente de furgones, en las paredes de los cuales se han abierto algunas ventanas y donde se han dispuesto bancas rudimentarias.

Pero este material rodante acaba de aumentar con vagones de un tipo absolutamente nuevo. Se conocían hasta aquí los vagones-lechos los vagones-restaurants, los vagones-cuadras, los vagones-salas, y el tren especial imaginado para la construcción del transcaspiano, contenía un vagón-despensa, donde los obreros podían comprar cuanto necesitasen. Ahora se tiene el vagón-capilla, además de un vagón-cantina. A decir verdad, hace ya cierto tiempo que en los Estados de la Unión Americana, donde la población está muy desparramada, en la Dakota septentrional con especialidad, se había imaginado poner iglesias sobre ruedas, y trasportarlas de estación en estación, para tal ó cual de los cultos que abundan en el territorio de la confederación. Pero los vagones-capillas del transiberiano, son mucho más numerosos, mejor instalados, y en esta vez forman realmente parte del material de explotación de un camino de fierro. Fué el comité ordenador de la construcción del transiberiano el que, bajo la presidencia del emperador decidió la erección de estas capillas ambulantes; se había hecho notar que la mayor parte de los empleados de las estaciones secundarias y los que se alojaban en las barracas intermediarias, para la vigilancia y el mantenimiento de la vía, no podían frecuentar las iglesias de las ciudades ó de las aldeas que están naturalmente muy diseminadas á lo largo de la línea. Se necesitaba, pues, á fin de satisfacer sus necesidades religiosas, hacer circular un vagón convertido en capilla y provisto de todos los objetos necesarios al culto ortodoxo y servido por un padre que nombraría el Santo Sínodo.

Damos dos fotografías de una de estas capillas rodantes, mostrando su interior y su exterior y una del interior de un vagón *bar room.*

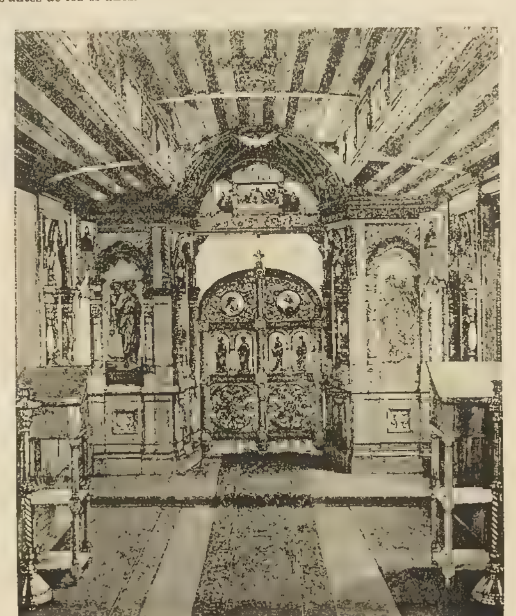
Exteriormente esos coches-capillas no se distinguen muy netamente de los vagones ordinarios; se puede notar, sin embargo, que las ventanas afectan una forma y los ornamentos característicos del estilo arquitectnralbizantino. Hay una puerta en una extremidad y de cada lado del vagón, sin contar una abertura que permite la intercomunicación con el resto del tren. Encima de las puertas de entrada hay una arcada de la cual está suspendido un juego de campanas destinadas á llamar á los fieles del rito griego. En cuanto al interior, es bastante elegante y decorado segun los motivos demasiado brillantes del arte ruso. Los muros están cubiertos de pinturas que representan las imágenes santas; por último, no se han olvidado el altar, el tabernáculo y los candeleros para los cirios. Y el *pope* va de estación en estación, en su casa rodante, para celebrar el culto divino ante los pobres aislados de la gran linea asiática.



A través de las grandes vidas.

Los genios no han desperdiciado ni los momentos de la ancianidad para estudiar. La perseverancia, el espíritu de detalle y las ocupaciones múltiples los han caracterizado.

Händel no publicó ninguna de sus grandes producciones antes de los 48 años.



Vagón-capilla, vista exterior.

Scott tenía 56 años cuando empezó el estudio del hebreo.

Wate, en la imposibilidad de leer las obras que trataban sobre mecánina, publicadas en francés, se puso á estudiar este idioma á los 40 años.

A Roberto Hall, cruelmente atormentado por el deseo y la imposibilidad de comprender el paralelo escrito por Macauley entre Milton y Dante, se lo encontró un día estudiando el italiano en su ancianidad, acostado en el suelo.

Spelman comenzó el estudio de la ciencia á los 60 años.

Franklin á los 50 años se dedicó de lleno al estudio de le filosofía natural.

Boccacio tenía 35 años cuando empezó su carrera literaria.

Alfieri á los 45 años comenzó á estudiar el griego.

Scott y Dryden se hicieron conocer por sus recientes obras, después de los cuarenta años de edad.

Entre nosotros, el general Mitre aprendió bien el latin con la traducción de Horacianas, trabajo de aliento potente realizado á la edad increíble de 75 años.

Andersen entró á la escuela primaria á los 19 años. Antes de esa edad no conocía ni las letras. A los 23 años ingresó á la universidad de Copenhague. Y fué, como se sabe, autor de los célebres cuentos, de novelas, dramas. comedias, tragedias, artículos periodísticos varios, etc.

Tiziano Vecellio, el glorioso pintor del renacimiento, «el más íntimo confidente de la naturaleza,» como le llamaron, sólo dejó el pincel á los 99 años.

Tintoretto (Jacobo Robusti), discípulo del gran Tiziano, produjo admirables obras hasta la edad de 82 años. Tuvo envidiable perseverancia. Su maestro, Tiziano, observando un día que su discípulo tenía dotes extraordinarias y que podía llegar á superarle, lo despidió de la escuela. Este hecho avivó el amor propio de Tintoretto, que se propuso igualar á su maestro, consiguiendo con perseverancia y labor, sobrepasarlo en el dibujo é igualarlo en la pintura.



Vista de conjunto de un vagón-capilla.

Preguntósele un día á Lord Palmerston á qué edad consideraba él que un hombre se hallaba en la plenitud de la vida, y contestó en seguida: «á los 79 años.» «Pero, agregó guiñando un ojo, como yo acabo de cumplir mis 80, puede ser que me halle un poca más allá.»

Bernardo de Palissy murio á los 78 años, en medio de su ruda labor, llena de luchas y sinsabores.

El hombre de trabajo no tiene ocaso en la vida.

La acción de los genios ha sido múltiple. Voltaire decía que el verdadero espíritu de la literatura es el mismo que el de los negocios, porque la perfección del uno y del otro consiste en la unión de la energía y de la previsión, de la inteligencia cultivada y de la sabiduría práctica, de la esencia activa y contemplativa.

Así Milton, el sublime ciego que veía con el alma las claridades espléndidas del arte, fué maestro de escuela, ocupación que tuvo en mucha honra y que desempeñó con diligencia y amor.

Shakespeare fué un mediano actor de teatro. Representaba sus propias producciones con muy poco éxito y se preocupaba más de sus ganancias pecuniarias que de sus triunfos artísticos.

Dante fué químico y droguista; y con Bocaccio y Petrarca estuvieron muchos años ocupados en embajadas importantes.

Andersen, que sufrió en su niñez y juventud penalidades sin cuento, fué comediante, bailarín, aprendiz de fábrica, carpintero, cantante, etc.;

Ciceron fué un trabajador abnegado. A pesar de su dispepsia aguda, pudo vivir mucho, gracias á su sobriedad, en medio de una labor sin interrupción. No cobraba nada por sus trabajos, porque sólo ambicionaba la gloria. Parece haber sido el primero á quien se le concedió el título de «padre de la patria.» Tenía una verruga en la nariz, en forma de garbanzo. De allí le provino el nombre (cicer, en latín.) Y se firmaba así Marco Tulio y en seguida un garbanzo.

CLEOPATRA MUERTA

No creais, distinguida señora, que lo que voy á relatar es simplemente una caprichosa farándula urdida en la fantasía.

Tampoco imaginéis qué embrollo y hago la historia de lo no acontecido nunca por más que ese defecto sea una mala costumbre en la que confieso francamente, incurrimos todos los desperdiciadores de papel.

No, señora mía, Silvestre existe, os digo más, somos íntimos amigos, tan íntimos, que nunca nos hemos pedido prestado un duro.

Voy á referir uno de sus desengaños, el más amargo tal vez, pero antes, permitidme hacer, no la anatomía de su corazón—que esa sería tarea prolija y superior á mis fuerzas—sino una brevísima digresión que os ponga por decirlo así en verdadero conocimiento del temperamento de mi héroe.

No hagais una muequecilla encantadora para decirme que ya no hay héroes ni en las novelas por entregas; no, interesante burlona, aplacad compasiva vuestra mofa porque estoy bien seguro de que mi atolondrado joven es muy merecedor del calificativo.

Silvestre (si lo queréis) podrá ser un joven bien parecido, su físico interesa poco y no dará motivo á una disputa, lo que sí me importa asegurar es que al tropezar con él, podreis facilmente confundirle con cualquier pacífico faquin, lo cual no quiere significar que vista con burgués aliño y lleve en la truculenta testa un sombrero de seda acepillado al contrario; no, discretísima señora, es tan limpio y pulcro, como un gato molondro, habla bien de los que piensa mal, escucha sin sentirse acometido de hidrofobia todas las sonatas con que le obsequian sus amigas, paga puntualmente á los acreedores, bebe gín viejo y tiene amor fanático á una buena copia del Perseo de Collini modelada en bronce florentino.

Como podría haber sido carbonero, millonario ó gendarme, resulta pintor.

En su oficio, odia cordialmente todos los simbolismos de sus colegas de Munich, las complicadas refinaciones del Renacimiento, las apopléticas y beodas rubicundeces flamencas y hasta las blancuras desmayadas de esa escuela religiosa que se inicia en Gioto y termina en beato Angélico.

En los esbozos de que está atestado su estudio ha visto el color atormentado y pervertido hasta lo increible.

¡No sé de qué extraña orquestrica arranca ese endiablado artista las estrambóticas actitudes de sus figuras!

Intenta un claro-obscuro á la Rops, y sobre fondo negro como techumbre de fragua, amontona matices amortecidos y humosas penumbras para retratar la cabeza del suicida en cuya lengua colgante y coagulada por las sanguinolencias del veneno se clava un dardo de luz muerta.

En las fisonomías que pinta, está redivivo y palpitante el vicio.

Veréis en ellas la mirada torva del bebedor de ajenjo, la aneblinada del *haschichino* ó la del neurótico consumido por el morfinismo; observaréis los visajes de la desesperación asomándose por dientes rotos y amarillos incrustados en encías violaceas recocidas por el alcohol, manos velludas ostentando una ramificación de nervios atrofiados por el agotamiento, las piernas anquilóticas de los que mueren en el hospital ó los cadáveres de los victimarios del odio artificial con su torax acribillado de heridas sangrantes como bocas de odaliscas embadurnadas de kohol......

Su mundo está en lo más opaco y negro de los antros.

Como al Dante parece que lo han tragado las fauces del Averno, pero menos afortunado que el viajador florentino, sale siempre del foco del Mal sin haber llegado con Beatriz al Primer Movil.

Como profesa ideas brutalmente pesimistas y tendencias morales maleadas hasta el peor grado, sus instintos, de suyo generosos, padecen lamentablemente haciéndole descender á las vulgaridades más innobles.

Es misántropo porque con todo el encarnizamiento y la impiedad de los verdaderos perversos ha picoteado con el escalpelo del análisis sus cariños más sinceros.

Un día llegó á su taller solicitando jornal de modelo, una pobre mozuela de esas que se hunden en los lodos del arroyo con la casta inconciencia de la primera embriaguez pasional.

Después de mucho vacilar, aceptó Silvestre á la desvalida, obrando así, únicamente porque era bonita y le inspiraba cierta conmiseración muy semejante á la que experimentaría un compasivo mirando una gaviota anidar en la zahurda.

Y, no es que fuera redentorista de los que creen que toda mujer caida puede convertirse en angel y llegar al cielo con las alas salpicadas por el salibazo farisaico de la preocupación social; tampoco es un romántico de 1830, ni siquiera un inofensivo imbécil de los que degradan su sexo deificande á la hembra en altares idolátricos.

Nada más lejos que eso; comprendía muy bien que Eva ha sido siempre malvada por capricho ó tontería y no se escapaba á su observación que todos los vicios que aidan en el corazón de una perdida pueden también prosperar en la beldad más buena.

Direos la verdad plena, mi querida señora: Silvestre recibió á la muchacha porque en su embrutecimiento de soltero empedernido se despertaba con gruñidos feroces la necesidad animal é imprescindible de una compañera.

Me hace daño la risa que os produce mi crudeza, sin duda me juzgais mal educado, pero reid mucho, mucho, os lo suplico...... ¡tenéis tan bonita dentadura!

Cuando las mujeres lindas rien hasta ajar las blondas del corpiño y romper las varillas del corsé, antójaseme que arriba oficia el buen Dios y la querubinesca chiquillería de los limbos repica con vibrantes campanitas de oro......

Teresa se abandonó al protector, enamorada, porque creía gallarda su presencia; agradecida, porque había encontrado un amparo en su abandono, humilde, porque admiraba con entusiasmo el talento de su amigo y era la primera vez que sentía en su piel el calorcillo voluptuoso de una caricia no pagada á puntapies ó con monedas injuriantes.

Finada la misa aurea de aquellos esponsales, llegado el tenebroso De Profundis de sus ardorosos deliquios, cuando la razón (el cuervo insaciable) comenzó á morderla las entrañas, ocurriósele al pintor que la tierna enamorada no sólo iba á entibiar su tálamo en las veladas invernales, sino á hacerle la revelación suprema, á encarnar el verbo de su genio con la pristina y gloriosa epifanía.

¡Su obra maestra!

Creyó encontrar la verídica *icónica* del ideal columbrado en muchos días tristes é insomnes noches.

Con mirada de iluminado sorprendió todas las patricias perfecciones del privilegiado cuerpo de su amante.

Pasaba el tiempo, olvidado de los pinceles, de su cantimplora de añejo gín, de la enorme pipa turca que le brindaba opiaceos vapores poblando su mente de sueños de sátrapa, de la gatita coquetuela, de las pindáricas estrofas del poeta favorito ó los crisanthemos que cultivaba en el jardín.

Vivía, contemplando absorto el grano sedeño de aquella piel que tenía heroicas nitideces, pasmado ante ese bélico himno de la carne que se revelaba en curvaturas de inaudita gallardía.

Besaba con sus pupilas inmensamente dilatadas las combas rebeldes del seno de su amada, los nevados hombros, la flacura egipcia de la cadera, la mano de monja taciturna, el rostro bíblico, serenamente expresivo, circuido por negrísimos cabellos que chorreaban como duelo sobre el témpano hiperboreo de los hombros.

Su primera pesadilla sensual junto á Teresa no fué el vil sasiamiento del deleite impuro, antes bien, la resurrección de un Mito muerto, la encarnación ingenua de su futura gloria artística.

La humilde bohemia había llegado al abandonado tugurio para ofrendarle el mas sublime de los amores, el de las musas que ciñen la corona de espinas tan codiciada por los que saben que sobre las mezquindades de la vida corriente, flota un fantasma, que solo prodiga sus besos de fuego á los raros, á los ungidos por el gran sacerdocio del Arte, á esos claudicantes que desprecia el vulgo porque son los desertores de la lucha perenne de las ambiciones de la ralea común.

¡Su obra maestra!

Sentía aproximarse el momento de la concepción.

La cobardía del neófito, le intranquilizaba llevando á su imaginación un infierno de preocupaciones.

¡Si no tenía talento, si era un pobre embadurnador, si después de vivir para un ensueño lo veía convertido en cruel fracaso!

Ante la primera audacia sentía el miedo del ladrón que roba la custodia, el trágico pavor del que nunca se ha visto cara á cara ante la Muerte.

¡Su obra maestra!

¡La que eleva una muralla entre el necio y el vidente!

Trabajaría con asiduidad incomparable, trabajaría, sí, mucho, tenazmente, hasta ver sus ambiciones resueltas en el triunfo al trasladar á un lienzo aquella fiebre de calenturiento que inflaba sus arterias .....

Preparó con lentitud el trabajo, puso varios colores en las paletas, colocó el caballete en la mejor posición y después llevó á Teresa á un lugar del aposento donde toda la claridad diurna bañara sus formas con polvillo de sol.

Pintaría á Cleopatra muerta.

Por largo tiempo fué un devoto de la gran reina tebana.

Amó furiosamente sus obscuros ojos sombreados de antimonio, sus lujosas túnicas bordadas de grecas caprichosas, sus fetiches de alabastro y lapizlazuli, á Isis y á Nephitys, á Sumanti el de la cabeza de cinocéfalo y á Hater con su airón de plumas de avestruz.

Respetó también los animales sagrados que adornaban las columnatas de sus palacios faraónicos, sus amores formidables, sus glorias cortesanas y su muerte tan grandiosa!......

La brocha lamió la tela dándole al momento colorido.

Después de un trabajo fatigoso y complicado terminó Silvestre el cuadro aquél.

Lo contempló un instante.

Su mirada se enturbió y llevando las manos al rostro demudado lloró copiosamente.

La producción le avergonzaba.

Era odiosa.

Carnes magulladas y de amarillez ictérica, expresión estúpida en la faz, senos de nodriza, músculos exangües y contornos acentuados con una grosería viril.

Cualquiera supondría que estudió frente á la plancha del anfiteatro, ante el cadáver de esas impulsivas que truecan al fin su lecho de placer por el horrendo y exclusivo de la Muerte.

Cuando se aplacó un tanto su estupor sintió que—nuevo Lasconte—le atormentaban las serpientes de un furor insano, y, en un rapto de cólera bestial, se arrojó sobre el modelo con el ímpetu de los leones del Atlas sobre las mártires cristianas.

La lucha fué breve.

Las manos atenacearon el cuello de Teresa dejando azulada huella!......

¡Singular fenómeno!

Frente al despojo mortal de la joven comprendió el asesino que la inspiración bajaba á cubrirle con su velo ingrávido......

Pintó de nuevo con rapidez vertiginosa y después de muchas horas de trabajo vió coronados sus empeños por la victoria tan deseada.

Entonces sintió una inmensa piedad por la que fué su víctima; comprendió que la amaba con locura, pero se resignó á su suerte porque no ignoraba que cuando la fama anuncia con su estridente claridad el triunfo de un artista es porque le ha matado el corazón.

....

No creais distinguida señora que lo que os he relatado es simplemente una caprichosa farándula urdida en la fantasía.

Ciro B. Ceballos.

Febrero de 96.



Damas guatemaltecas.—Srita. Jesús Monteros.



Damas guatemaltecas.—Niña Margarita Novella.

DELICTA CARNIS

De las "Místicas."

Carne, carne maldita que me apartas del cielo,
carne tibia y rosada que me impeles al vicio,
ya rasgué mis espaldas con cilicio y flagelo
por vencer tus impulsos... y es en vano! te anhelo
á pesar del flagelo y á pesar del silicio!
Crucifico mi cuerpo con piadosos enojos
y se abraza á mis plantas Afrodita la impura;
me sumerjo en la nieve; mas la tibian sus ojos;
me revuelco en un tálamo de punzantes abrojos
y sus labios lo truecan en deleyte y ventura!
Y no encuentro refugio, fortaleza ni asilo
y en mis noches pobladas de imposibles quimeras,
me persigue la imagen de la Venus de Milo,
con sus lácteos muñones, con su rostro tranquilo
y las combas triunfales de sus amplias caderas!
....
¡Oh, Señor Jesucristo! guíame por los rectos
derroteros del justo; ya no turben con locas
avideces la calma de mis puros afectos,
ni el caliénte alabastro de los senos erectos,
ni el marfil de los hombros, ni el coral de las bocas!

Amado Nervo.





HIDROTERAPIA Y AMOR

Don Prudencio Farfán la Higuera, de cincuenta y tantos años, soltero, con ama de llaves setentona, bonachón y de mediano entendimiento, vivía enteramente consagrado al estudio, si no con gran fruto, con perseverancia admirable. Era de aquellos á quienes los periódicos califican, si son catedráticos, de doctos, si senadores de elocuentes, si publicistas de ilustres, y de eruditos cuando les hacen académicos; pero el dictado que más le convenía era el de laborioso, porque si á fin de año se pusiera en balanza el pan que comía y las resmas que emborronaba, de fijo pesara más el papel que las libretas.

Cuando en bibliotecas y librerías solemos ver los *plúteos*, como dice el gran libro de la calle de Valverde, cargados de muchos tomos iguales debidos á una sola pluma y en cuyo tejuelo se lee *Fulano: Obras Completas*, ó *Mengano: Opera Omnia*, nos causa maravilla que pueda un hombre producir tanto, y nos decimos que para el Tostado y Lope, por ejemplo, debía tener el día más de veinticuatro horas; ó ellos por arte de magia las multiplicaban; mas conociendo tipos como Don Prudencio, nos convencemos de que la constancia lo vence todo, y que cualquiera podría llegar á ser Lope y Tostado, si todo consistiera en devorar volúmenes, tomar apuntes, evacuar citas y llenar cuartillas.

Levantábase con el sol en todo tiempo, lavábase apenas por no perder minuto, y sentado ante su mesa de despacho, donde se alzaba un mediano monte de tomos en rústica, pasta ó pergamino, muchos apolillados, algunos malolientes y los más sin otro mérito que la rareza, sorbía el chocolate entre dos párrafos, y aun á veces tenía que mascarlo, porque de puro frío se le quedaba hecho pan de hígado. Almorzaba apoyando en la copa del agua algún catálogo, en seguida, vuelta al despacho, donde nadie podía entrar sin excitar su ira; á la hora de comer engullía sin paladear, leyendo entre plato y plato, y al acostarse, colocaba en la mesilla de noche papel y lápiz, por si le desvelaba la comezón de apuntar alguna idea soñada. Sus paseos eran desde el bufete á la estantería y viceversa; la calle casi no la pisaba; y la mayor suma de ejercicio que hacía era recorrer á zancadas un pasillo de pocos metros. Sus relaciones con el mundo exterior se reducían á escuchar los cantos cocineriles de la vecindad, ó leer algún trozo roto de periódico en el cuarto más chico de la casa, y sus goces, que él llamaba purísimos, era ver impreso su nombre en algún boletín académico y oírse llamar sabio benedictino por un abijado socarrón y perdido que iba de cuando en cuando á visitarlo olfateando herencia, para calcular lo que le quedaba de vida.

Habiendo consagrado toda ella al estudio, era Don Prudencio sapientísimo en letras sagradas y profanas, y en cambio ignorantísimo en cuanto á la realidad y á la vide se refiere; y como la esencia de la realidad y la vida és el amor, claro está que de esto no sabía palabra.

Para él el amor era en parte impulso pecaminoso y en parte elemento literario. Nunca lo consideró sino como arma de Satanás ó pretexto para ficciones poéticas. Esto, en cuanto á las causas; pues por lo que se refiere á los efectos que el individuo puede estudiar en sí mismo, su experiencia amatoria era poca y adquirida en malas condiciones.

El amor es escenario de ópera donde cada hombre busca tiple para cantar su dúo: el más dichoso conquista á la primadona; otros nacen predestinados á partiquiquinas, el mayor número no pasa de figurantas y coristas, en una palabra, así como hay quien no estudia, pinta ó describe más que las últimas capas sociales, Don Prudencio no conocía más que las últimas enaguas: el proletariado del amor. Además nunca llegó á celebrar con mujer alguna un verdadero tratado; jamás pasó del *modus vivendi* momentáneo y grosero que despoetiza la pasión. No sabía lo que era una señora, ni vió en su vida bajo finos, ni pies bien calzados, ni oyó una frase delicada, ni pudo formar idea de lo que es la honesta coquetería del pudor, ni se halló en situación de apreciar que la voluptuosidad intelectual es cien veces más noble y deleitosa que la de los sentidos. Pero como el hombre es un animal que se contradice, á Don Prudencio le dió principalmente por estudiar lo que no podía comprender, y todas sus disquisiciones, ensayos y memorias tenían por objeto puntos de historia y de literatura relacionados con el amor. Ni más ni menos que si un ciego escribiera de óptica; porque Don Prudencio conocía el amor grosero y primitivo del Viejo Testamento, el panteísta y simbólico de los poemas del antiguo Oriente, el meramente sensual que pinta Longo y que cantó Lucrecio, el caballeresco y platónico de los paladines andantes, el licencioso y pervertido del Aretino y de Boccacio, el pastoril incoloro de Sannazaro y *La Galatea*, el venal y cortesano que entronizaron los Borbones franceses y hasta el amor envilecido de los que hoy buscan la reputación por el escándalo; pero todo ello fantaseado, desvirtuado por su propia ignorancia de la realidad, por su carencia de sentido artístico, visto siempre á través de su criterio mezquino, de su falsa idea de la moral y de aquella eterna manía retórica, eterna sofocadora de la verdad de la vida.

El caso fué que á fuerza de leer y escribir tanto del amor, sin disfrutarlo ni entenderlo, con tanto trabajar, comer tan poco, dormir tan mal y digerir peor, comenzaron á alterársele las funciones todas de su organismo, hasta caer enfermo, sufriendo juntamente y en alarmante desorden, inapetencias y empachos, cólicos é indigestiones, formando todo ello un cuadro sintomático capaz de volver loco al médico más sereno. Mientras pudo trabajar lo llevó con paciencia; mas cuando tuvo que prescindir de papelotes y libracos, determinó ponerse en cura.

Consultó primero al doctor García, quien tras minucioso reconocimiento de toda su persona, le dijo lacónicamente:

—Malas digestiones por exceso de sedentarismo. Vaya usted á *Saludes* y beba aquellas aguas. No hay otro remedio.

Tan insoportable le pareció la idea de separarse de su biblioteca, y sus apuntes; de tal modo le horrorizó la perspectiva del viaje, que resolvió hablar con otro medico. Dirigióse al doctor Gómez, el cual, luego de hacerle muchas preguntas y tentarle en muchos sitios, le habló así:

—Hipertrofia del hígado. Si quiere usted conservar el pellejo, vaya usted á la *Charca* y beba todo lo que pueda.

No contento con esta opinión que también le exigía el apartamiento de la biblioteca, procedió Don Prudencio á tercera consulta, dando lugar á que el doctor González le dijese:

—Vaya usted á las aguas de *Cerrajas* y tómese usted cuatro vasos al día.

Creyó que se burlaban de él. ¿Cuál de los tres tendría razón? ¿Dónde estaría su mal? Ni asiento de colonia fénica, ni inscripción de lápida celtíbera, ni vocablo godo corrompido por átabes, le preocuparon tanto como aquellos tres nombres; *Saludes*, *Charcas*, *Cerrajas*. Entre tanto su mal avanzaba de manera que, imaginando su fin cercano, y discurriendo como quien era, se dijo: «Los médicos tanto sabe uno como otro...... Veamos qué historia tiene cada uno de esos pueblos. *Saludes* está en el riñón del antiguo califato, y Avicena no habla de sus aguas. Poco valdrán. No voy á *Saludes*. La *Charca* es pueblo de origen latino: los romanos construían thermas; allí no las hay, luego no consideraron que las aguas fuesen buenas. No voy á *Charca*. En cuanto á *Cerrajas*, es otra cosa. Créese que allí hubo en el siglo XIII un monasterio de jerónimos, los frailes que más se cuidadan y mejor comían; viéndolo bien comerían mucho, tendrían indigestiones y padecerían del estómago. Hasta el siglo XI no hablan los autores de aquel manantial; la fundación del convento es anterior; de modo que los frailes no lo conocían indudablemente. Sin embargo, ningún individuo de la comunidad lo menciona: prueba evidente de que se reservaban su uso; es decir, las aguas son buenas.»

Y determinó ir á *Cerrajas*.

....

—Viene usted muy débil—le dijo el médico balneario.—Coma usted bien, pasee moderadamente unos días, fortalézcase algo y luego comenzará usted á beber.

Hízolo así y en pocos días se puso como nuevo; pero en cambio, sufrió un desengaño tremendo, porque tras mucho hablar con gente del lugar, supo que ni allí ni en treinta leguas á la redonda hubo nunca frailes jerónimos. ¿Pero qué iba á hacer sino beber?

El primer vaso le puso á morir, haciéndole pasar tan mala noche, que juró por todos los libros de su biblioteca no volver á tragar gota de aquel agua infame; y como á la madrugada se sintiese aliviado, tornó á discurrir sobre lo del convento, pareciéndole absurdo admitir que aquellos indoctos patanes supieran más que los autores por él consultados. ¿Cómo no había de existir ó haber existido el monasterio, si lo citaba el padre maestro fray Martín Trolero en una nota de su libro *Hispaniarum regione incognita*, edición de Amberes, 1595, al folio 42 vuelto? En vista de lo cual, ya que la Providencia le condujo á tales parajes, resolvió aclarar la duda, averiguando si en la décimatercia centuria hubo ó no hubo en *Cerrajas* convento de frailes jerónimos.

Comenzó, pues, á hacer excursiones, recorriendo la comarca en todos sentidos, visitó cuantas ruinas había en los contornos, inspeccionó libros y registros de Munipios y parroquias, no escatimó gasto ni se perdonó fatiga y anduvo tanto que con el mucho ejercicio le volvieron las ganas de comer; el no trabajar le facilitó las digetiones, el cansancio le devolvió el perdido sueño, y todo ello junto le restituyó la salud, sin que hablase segunda vez con el médico, ni tomara un segundo sorbo de agua.

Una tarde que se alejó mucho del pueblo, divisó en la falda de un cerro dos grandes muros de granito, sobre uno de los cuales se alzaban varias piedras que á él se le antojaron base de torre ó parte inferior de campanario. Apretó el paso para llegar antes que tramontara el sol, tocó por fin el muro, y como descubriese argollas de hierro entre las junturas de los sillares, dedujo, ébrio de gozo, que aquel fué convento, porque allí era donde se sujetaba la cadena á que se agarraban los criminales perseguidos cuando se acogían á sagrado. Dió en seguida la vuelta al paredón y entonces fué su desencanto; porque en lugar más visible y admirablemente conservado, sin injuria del tiempo, ni cantazo de los chicos, había un escudo, ilustre jeroglífico, en que, alternaban perros, calderos, cascos y dragones, admirablemente conservados y ceñido el conjunto por inscripción con mote nobiliario, para demostrar que aquel no fué jamás convento, sino morada de señores guerreros. Grande fué la desilusión del erudito, pero aún le quedaba al bueno de Don Prudencio Farfán la Higuera otra y más estupenda sorpresa que experimentar.

Deseoso de ver si se conservaban habitaciones en el interior del ángulo formado por los muros, dió la vuelta á uno de ellos y cuando esperaba hallar vestigio de cuadra abandonada ó señal de oratorio derruido, contemplaron sus ojos el cuadro más hechicero que pueden admirar los nacidos. Restos de patio, lozas contorneadas de musgo, cornizas con colgaduras de piedra, arranque de una escalera con balaustrada gótica, donde el mármol parecía encaje, una estátua medio hundida en tierra, y sentados sobre la escultura rota, como la juventud y la muerte, una mujer y un hombre estrechamente abrazados y hablando, á pesar de hallarse solos tan bajito, que no podía saberse si lo que el viento arrebataba de sus labios era rumor de besos ó sonido de palabras. Don Prudencio les conoció en seguida. Eran unos recién casados que se hospedaban en su misma fonda: ella elegante y hermosísima; él, enamorado y gallardo; ambos jóvenes. El sol parecía detenerse en la línea del horizonte para dorar los cabellos algo revueltos de la muchacha, y una ráfaga de aire se había ido llevando lejos la sombrilla abierta, de seda roja, que parecía una flor descomunal nacida entre la hierba. Ellos de nada se cuidaban.



....

Volvió á Madrid sin hallar rastro del convento y sin beber las aguas; pero curado. La misma noche de su llegada se encontró al doctor García, quien al verle fuerte y de buen color, le saludó diciéndole:

—Ya sabía yo que en *Saludes* se pondría usted como nuevo.

Don Prudencio riéndose de todos y aún de sí mismo, dijo para sus adentros:

—La vida del campo, el aire puro, la comida sana, trasladar el cerebro desde el encierro del estudio á la libertad de la Naturaleza...... ¡esas sí que son aguas minerales!

Y luego burlándose de las pasiones retóricas y del falso amor de los libros, se acordó de la pareja de recién casados, añadiendo para completar su pensamiento:

—¡Aquello sí que era poesía!

JACINTO OCTAVIO PICÓN.



No te enfrentes jamás al problema, niño de los blondos cabellos, no te acerques á la esfinge que ha desgastado nuestras energías y debilitado nuestra fe. Y pensamos tenerlos todavía en nuestros brazos, arrullarlos en una caricia salvadora, conservarlos en esa etapa de somnolencia inconsciente que los aparta de la vida.

Pero el niño se pone triste, ya en sus pupilas se condensan las lágrimas y hay veleidades en su sonrisa, y entonces ¡oh Dios! protestamos contra esa ley de dolor por la cual se perpetúa la especie, larva de humanidad arrojada á través de todos los tiempos.

¡Oh, mi niño, mi buen niño, no estés nunca triste! Que yo pueda saldar mi amarga cuenta con la vida, pero que no pase nunca á tus tranquilas noches, que el trágico fantasma no cruce en tu camino, que no turbe una arruga el sereno lago en que navegas. Cuando en la noche oigo un grito tuyo rasgando la tiniebla, siento acudir llanto á mis ojos; y me pregunto qué nuevo sacrificio, qué otra tortura será necesario que padezca, para desvanecer la visión aterradora. Siniestra leyenda, eres cruel, eres implacable: los pecados de los padres pasarán á los hijos. Y tú, poeta, tenías razón? «Dar vida así ¿no es un crimen?» ¿Somos todos culpables de ese gran delito de perpetuar la vida? Y ellos, los condenados de antemano ¿no pudieran como el Segismundo de *La vida es sueño* pedirnos cuenta de nuestro crimen?

Pero ya su respiración se ha calmado, ya no oigo el ruido de las hojas de rosas que produce su cuerpecito al agitarse bajo las sábanas, ya reina una inmensa quietud en su alcoba......! El nuevo día lo sorprenderá riendo.—Ríe, ríe todavía, mi buen ángel. Aún no vives, puesto que aún no sufres, puesto que aún no lloras.

CARLOS DIAZ DUFÓO.

Clemenceau acaba de recoger en su reciente obra «La mêlée sociale,» un hecho desolador, una dolorosa página de este cansado *fin de siglo*: el suicidio de un niño de doce años. La triste enfermedad ya mina las blancas conciencias, las almas diáfanas: ya no hay niños en esta etapa de la vida humana; la desesperanza enturbia los primeros sueños, y en la amada cunita las blondas cabezas se mecen en un deseo de escaparse á la vida, en un febril anhelo de huir muy lejos, al viaje sombrío, al irreparable, en una necesidad de reposo eterno. Nuestros niños son viejos, nacen al mundo con treinta años, en sus sonrisas hay rastros de lágrimas, y en sus miradas húmedas punza un amargo desconsuelo. Les comunicamos por inexorable ley hereditaria, el acerbo sufrimiento de una sensibilidad enfermiza. ¡Oh bellas auroras, de serenos horizontes y límpido azul de cielo! Ya no iluminaréis más los nacientes ensueños de nuestros hijos?

Una inmensa fatiga ha aguzado nuestro sistema nervioso, lo ha depurado, y las impresiones, quintaesenciadas, repercuten en nuestro organismo con extraordinaria viveza. El golpe de rechazo hiere á los amados pequeñuelos, á quienes condenamos á torturas inexplicables, á conmociones extrañas. Hemos condenado á muerte á esos queridos séres, que llevan invisible cadena que los aprisiona.—Cuando el Oswaldo de los *Aparecidos* de Ibsen, se siente deprimido en toda la fuerza de su juventud, en toda la energía de las primeras luchas, acude á la ciencia que le dice: «tienes algo *vèrmoulu* desde tu nacimiento.» El virus ponzoñoso corre en la sangre fresca, bajo la suave epidermis, salta y bulle en oleadas negras. La vida que derrochamos con la insustancialidad de un pródigo, va acortando la de estos niños abatidos y pálidos que se sienten profundamente tristes, en esta gran renovación de fuerzas que palpita en la naturaleza. Llevan consigo un legado que los martiriza, y un día en que las rosas han comenzado á abrirse y los alientos de la primavera esparcen su soplo reparador y saludable, el ángel experimenta la nostalgia de las comarcas lejanas y abandona su lecho tibio, en donde los labios han ido á colgar su nido de besos.

¡Ah blanca urnita cubierta de flores, que atraviesas la ciudad en un vuelo rápido! Allá van nuestras pasadas orgías ó nuestras hondas crisis. No hemos podido, no, ofrecer una vida sana á la nueva simiente, el grano brota del surco debil y sin fuerzas.

Pero los que quedan, ¿tendrán las bellas risas, las francas, las que suenan como chorros de monedas de oro cayendo sobre ánfora de cristal? ¡Que rían, Señor, que dejen correr la bulliciosa corriente de sus frescas carcajadas! Y quisiéramos arrancar tinieblas de sus almas y arrojarlas al antro de donde salieron. ¿Por qué no hemos sido más felices para que ellos lo fueran más? ¿Por qué no hemos gozado más de la existencia para que ellos sufrieran menos?

Y á cada nuevo amanecer sondeamos la infantil cabecita de ondas doradas para descubrir si estallan dentro de ella los gérmenes del mal que padecemos, si detrás de la tenue claridad que preludia al día se anuncian las violentas tormentas que nos conmueven. ¡Ah! si nos fuera dable desterrar la idea de aquel cerebro que vibra su ritmo de vida y al que la curiosidad—la gran pérfida—se asoma por momentos! Inmovilizar aquella conciencia, suspender aquella emotividad en un sueño de hadas, en un sopor vago é indeciso, ¡qué ideal imposible!



En vísperas de viaje.

Cuna de Allende, tierra de amores,
Nido de ensueños, bendito hogar:
Entre mujeres, aves y flores
Deja á la alondra que sus dolores
Eche en olvido para cantar.

Eres el huerto que yo soñaba
En mis delirios locos de amor;
El mismo cielo que contemplaba,
El mismo albergue que yo buscaba
Para ocultarme con mi dolor.

Vergel risueño, mansión de calma,
Oasis que en vano triste busqué:
Aquí reposa tranquila el alma......
¡Tú eres la sombra de aquella palma
Que en mi desierto jamás hallé!

En tí residen vírgenes bellas,
Cutis de rosa, talle gentil,
Y ufanas lucen estas doncellas,
Como en el cielo lucen estrellas
Y lucen flores en el pensil.

Cuando las miro desaparecen
Las tempestades de mi dolor......
Ora se encienden ó palidecen:
Son sensitivas que se estremecen
A la primera frase de amor.

¿Y las esposas?......... ¡Qué gran fortuna
Guardan los hombres en el hogar!
En esas tibias noches de luna,
Yo las he visto junto á la cuna
Durmiendo al niño con un cantar.

Eden florido: no bien asoma
Por el Oriente vivo arrebol,
La madreselva te da su aroma,
Te arrulla el canto de la paloma,
Te incensa el aire, te besa el sol.

Y así despiertas, después te aliñas,
De nubes de oro formas tu chal;
Y de Guadiana por las campiñas,
A cortar flores lleva á las niñas
No sé qué genio primaveral.

....
....

Adiós...... me alejo y el labio calla,
Tiemblan las notas de mi canción,
Entre mis manos la lira estalla;
Mas aunque lejos de tí me vaya,
Te dejo todo mi corazón!

Cuando mañana levante el vuelo,
Lejos, muy lejos me perderé......
Y al contemplarte bajo otro cielo,
Con honda angustia, con hondo duelo,
Por tus encantos suspiraré.

JUAN B. DELGADO.



DURANTE EL CREPÚSCULO

I

Aun del alto balcón la luz discreta
En hilos de oro pálido caía,
Y aun la canción del último poeta
Temblaba en la marmórea galería.

Dudé; temí...... confuso y vacilante
Detuve en el umbral la incierta planta,
Y un dulce acento murmuró: «¡adelante!»
Y una voz juvenil me dijo: «canta.»

Entonces penetré: cobarde y mudo
Clavé en el fondo del salón los ojos,
Y ví brillar el esmaltado escudo
Bajo un dosel de cortinajes rojos.

II.

Y la miré...... Sobre el sitial obscuro
Lo inmaculada faz resplandecía,
Y se bañaba el tapizado muro
En la azul claridad que la envolvía.

Hermosa aparición!...... Doblé la frente,
Pulsé el laud y medité un momento......
Y empecé á desatar tímidamente
El ala entumecida al pensamiento.

Canté: «Yo soy el nuncio de la pena;
Vengo de las comarcas del olvido,
Y, bardo errante, mi palabra suena
Con algo de sollozo comprimido.

Señora mía, ya fragantes flores
Los caballeros á tus piés regaron;
Ya en el rojo escabel los trovadores
Para verte y cantar se arrodillaron.

Hizo verter tu mágica belleza
Raudales de armonía á los laudes,
Y ciñe, como el nimbo, tu cabeza
El fulgor celestial de tus virtudes.

El áureo manto de tus hombros rueda,
En blandos pliegues por la rica falda,
Hasta el chapín, que bajo el brial de seda
Despide sus destellos de esmeralda......

¡Conserve Dios tu vida y tu abolengo!
Yo me alejo de aquí...... noble señora;
Que soy el nuncio del dolor y vengo
Del lejano país donde se llora!

Morir debieran en el aire mudas,
Las pobres notas que mi lira arranca;
Yo sólo sé cantar amargas dudas,
Y trovas tristes á mi musa blanca!......»

III.

Después...... colgé el laud, la ví un instante,
Holló mi planta la tupida alfombra,
Y tímido, confuso, vacilante,
Dejé el salón y me perdí en la sombra.

LUIS G. URBINA.



Mártir en lo pasado, ya inclemente
aspira á ser verdugo en lo presente.

* * *

¡Falsa! Al hablarme, una hilación extraña
me trae á la memoria
que á mí solo me engaña
cuando me dice la verdad, la historia.

* * *

Tal vez hallar consiga
á mis grandes errores un consuelo,
viendo que, á veces, por bondad del cielo,
el rayo que va á un rey, da en una hormiga.

* * *

¿Es sueño, ó realidad, lo que he vivido
No lo sé; pues, yo que hablo, no estoy cierto,
si al juzgarme despierto, estoy dormido,
ó al creerme dormido estoy despierto.

CAMPOAMOR.

EL DANTE EN MEXICO

VIAJE DE UN REPORTER.

(CONTINUA)

Ya era tiempo de continuar mi exploración si quería que mis notas fuesen completas. Las regiones infernales son vastas: Santa Teresa, en uno de sus éxtasis consuetudinarios, vió caer al infierno tantos réprobos, que, al volver en sí, me admiré—dice,—de que aun quedasen hombres en el mundo. Ya se comprenderá pues, que este cuarto seno de las ánimas, no es una casa de vecindad de México. Los departamentos de hombres están en inmensa mayoría respecto de los de mujeres. Esta, al parecer anomalía, me la explicó un diablo oficioso, corpulento, ventrudo y muy semejante en lo achocolatado y simpático, á Gabriel Villanueva: Los hombres, me dijo, se pierden habitual y continuadamente por las mujeres, y ellas se pierden...... cuando quieren y, sobre todo, cuando han echado de cabeza á diez varoncitos por lo menos.

—Pero,—observé—¿usted no ha leído las redondillas de Sor Juana?:

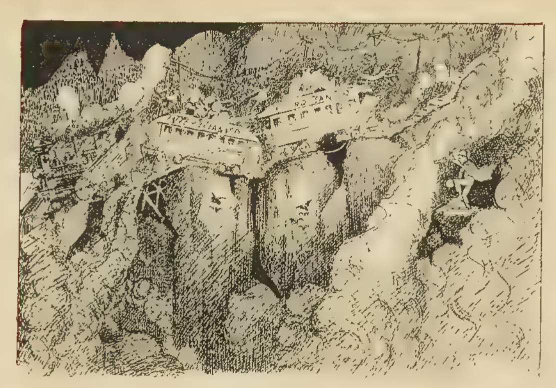
Hombres necios que acusais
A la mujer sin razón!

—¡Qué bien se conoce que es usted mexicano por lo lírico y versero! Los hombres serán necios, no me opongo; lo traen de abolengo; pero las mujeres no tienen disculpa. Que, ¿no clama al cielo esa legión de empleados cuyas hijas les convierten el sueldo en telas que lucir en Plateros? ¿Esos míseros oficiales que usan un uniforme roto para que sus conyuges se uniformen según las prescripciones de la andante cursilería? ¿Que no le dan á usted lástima esos maridos ricos, viejos é insensatos, esos maridos *in partibus*, que pagan á peso de oro la ridícula vanidad de unir sus entusiasmos seniles, manidos y averiados, á la casquivana juventud de una pseudo-bonita? ¡Ay amigo —y el diablo hacía tambor en su vientre con los dedos:—Ese México está peor que Dinamarka en tiempo de Hamlet!

Y á fe que tenía razón. Mas por lo mismo que la tenía, tocábame apresurar mi expedición para conocer todas las regiones donde los hombres pagan el cuarto de hora que las mujeres les llevan de ventaja.

Dispúseme, pues, á partir. El Interoceánico ó *ferrocarril terror* pasaba cada cinco minutos por la estación más próxima, con el fin de que los que quisieran suicidarse lo hicieran á horas fijas y tomé un carro de primera.

Pronto el gran dragón de hierro partió, agitando al aire su cimera grisacea, y las hurañas perspectivas de un camino erizado de rocas, desfilaron ante mi vista con la rapidez del sueño. Habríamos andado veinte millas cuando, naturalmente, el tren descarriló, desbocándose hasta ir á hundirse en la arena de un vallecillo árido en cuyo centro espejeaban aguas infectas y pesadas: una especie de mar muerto oliente á petroleo. Dirán ustedes que cómo pude darme cuenta de la topografía del terreno supuesta una catástrofe, y les responderé que yo gozaba de inmunidad merced á un pase firmado por Satanás.



EL DANTE EN MEXICO.—El descarrilamiento habitual del Interoceánico

Con prontitud salté á tierra, y apenas afirmado en ella, me ví rodeado de un inmenso grupo de ciudadanos de sombreros de petate y ciudadanas de rebozo de hilaza, que esperaban la llegada del «Donato Guerra,» tripulado por un Carón de agua dulce, para que los transportasen á la ribera opuesta: eran las víctimas de Temamatla, é impacientes por la tardanza del vapor, se desquitaban diciendo pestes de México.

—Figúrese usted, señor Cumplido—que hace meses y meses que estamos aquí, condenados á no pasar el lago hasta que la empresa del Interoceánico indemenice á nuestros deudos...... Como esto no habrá de sucedr porque las piernas, brazos y demás adminículos de nuestras plebeyas humanidades no se cotizan á precio alguno; desesperados, hicimos ayer una manifestación á Satanás, el cual, compadecido al fin, nos permitió que nos embarcásemos en el «Donato», pero estamos tan de malas, que aun no llega. Como en este país no se tiene noción de lo que vale el tiempo......

EL DANTE EN MEXICO. -El suplicio de los reporters mentirosos.

—Hija, es usted más bachillera de lo que parece.........

—Claro, como que nací de buena casa. Mi padre fué diputado, pero como tuvo que dejar la curul en un periodo en que entró á la cámara toda una familia de México, fuimos descendiendo la escala social, y aquíme tiene usted......

Un agudo pitazo del *Donato*, que por fin llegaba, la interrumpió:

Fué de verse entonces el alboroto y la zambra de aquella gente. Por fin iban á pasar el charco, y en un vapor nuevecito......

Como pude, me embarqué á través de aquel maremagnum de zarapes y enaguas de estampado y busqué un rincón donde echar un tabaco y estar á salvo de la charla general. Quiso mi buena fortuna que lo encontrara, pero apenas saboreaba las delicias de mi instalación cuando: ¡cataplum!...... El buque dió con una draga y empezó á tragar líquido por una abertura de proa, enorme.

Cuando volví en mí—que también los reporters se desmayan—estaba tendido, cuan largo era, la borde de un río, en el cual nadaban *vagres* enormes, inverosímiles. En la ribera opuesta que formaba una especie de cantil, suspendidos de grúas hincadas en la roca y casi á flor de agua, estaban varios individuos haciendo visajes y contorsiones, para esquivar el ataque de los *vagres* monstruosos. Lleno de curiosidad que me hizo olvidar mi susto, pregunté á un peladillo de los de Temamatla que estaba cerca de mí: ¿Sabe usted qué significa eso?

EL DANTE EN MEXICO.—Caron conduce á las victimas de Temamatla.

—Son *rotos*, me contestó desdeñosamente.

—¿Pero qué clase de rotos?

—Reporters, mi jefe, y están camelados á todas horas por los *vagres*.

—Pero y los *vagres*.

—Son los noticiones que le dieron al público......

—¡Ajá!

—Misté: ese que se retuerce ahí fué el que inventó un bríndis presidencial con motivo de una convivialidá diplomática.

—Ese otro del pantaloncito rabón, dió crónica del baile de Minería la víspera de que empezara.

—Hombre, ¿y cómo?

—Pos dicen que vió el adorno de Bejarano......

—De Minería, dirá usted ....

—Eso es, de Minería, y pidió lista de invitaciones. Así pudo describir el salón, mencionar invitados, que al fin no fueron—algunos por no gastar los quinientos del vestido de su mujer—y lo demás se lo imaginó......

—Me gusta el procedimiento.

—Dicen que así se usa hoy pa la oportunidá.

—Es una oportunidad laudable.

—¿Y ese calvo de bigote de alero que guiña el ojo?

—Se llamó Don Modesto Costa, y no está aquí por reporter mentiroso, sino por calumniador.

—Explíquese usted.

—Yo nada sé; pero me dicen que calumniaba á la antigüedad; fué esculcador de bibliotecas y les colgaba á los reyes, á los santos, á los héroes y á la gente antigua en general, unos milagros que daba miedo......

—Si, ya me acuerdo......

Los desgraciados en tanto se debatían presas de pavor frente á las fauces de los monstruos.

He aquí lo que cuesta lo sensacional, dije—pero en fin, eso es lo que el público quiere...... Peor para el público y peor para los *reporters!*

El peladillo me miró con zocarronería y soltó á modo de comentario;

—Mi jefe, si el público *semos* nomás nosotros, está bien dicho, pero si son también ustedes los *rotos*, ¿por qué no se civilizan?

(*Continuará.*)

Un literato que entra en la política, es como un sibarita entrando en una fonda china.

El mejor crítico musical sería un hombre completamente sordo.

De aquí á cincuenta años—si sigue el sistema de ducación á la moderna—son los hijos los que reprenderán á los padres y los que los pondrán á pan y agua.

CONDE KOSTIA.

La familia no es solamente para comer juntos.

GOUNOD.



EL PADRE-NUESTRO DEL DANTE

Canto XI del Purgatorio.

«Padre nuestro que te hallas en el cielo
No circunscrito, pues tu amor benino
En lo infinito se difunde al suelo.

«Sea alabado tu poder divino
Y tu nombre, por toda criatura,
Que grata te tributa incienso dino.

«Venga en paz el tu reino de ventura,
Porque si de tu seno no desciende,
No alcanzaremos solos tanta altura.

«Tu voluntad que el sacrificio enciende
Y tus ángeles cantan en su *Hosanna*,
Se haga en la tierra que tu amor comprende.

«Danos del pan la gracia cotidiana,
Porque sin ella en árido desierto
Marcha hacia atras aquel que más se afana.

«Y así cual perdonamos de concierto
Recíprocos agravios, tú perdona
Las culpas del humano desacierto.

«Nuestra virtud que debil se abandona,
Del amigo güarda y del pecado,
Y líbranos del mal que nos baldona.

«Esta última plegaria, padre amado,
No es por nosotros; son nuestros clamores
Por los que allá en el mundo se han quedado.»



HILDA.—Novela por Gaudard de Vinci.

El Castillo de Charlottemburgo está pintorescamente situado entre los lagos Wettern y Boren, sobre una eminencia cubierta de espeso bosque, al pié de la cual serpentea el Motala. Este riachuelo, que une á los dos lagos, y tendrá á lo sumo tres ó cuatro kilómetros de longitud, se desliza á través de una de las más bellas comarcas de la Suecia. Sus aguas son limpias y claras como cristal de roca, y su corriente, en la apariencia tranquila, inspira la seguridad y la confianza. Pero esta calma es en realidad engañadora, pues si bien la navegación á remo es allí practicable, nadie puede, sin embargo, aventurarse sin tener gran experiencia y conocimiento de los numerosos escollos, rápidas y remolinos de esta falaz corrriente, cuyo encanto y hermosura son tales, que se siente un deseo casi irresistible de explorar en canoa sus ondulaciones caprichosas y costear sus pintorescos y sombríos recodos. No puede formarse una idea contemplándolo á distancia, del ímpetu y violencia de estas trasparentes aguas, morada favorita del salmón, y admira ver los esfuerzos musculares que el pescador tiene que desplegar para cortar esta masa líquida.

A su salida de Wettern se ve obstruido el río por la compuerta de un molino y por rápidos que hacen la navegación imposible en este parajo; pero un poco más

abajo puede intentarse su navegación en las condiciones indicadas, y así continúa hasta el lago Boren donde se precipita, disminuyendo su empuje á causa del ensanchamiento. Su punto de reunión con el pequeño lago se oculta á la vista de los bejucos, á través de los cuales se filtra con un ligero susurro.

En la época á que se refiere mi relato, el río, que alcanza su mayor anchura frente al castillo de Charlottemburgo, tenía su leyenda, la cual se perdía, como todas, en la noche de los tiempos.

Había, justamente en el centro de la corriente un escollo de forma circular al cual era puntos meno que imposible aproximarse, debido á la violencia de las aguas. Producíanse allí remolinos tan extraños, y saltos tan desordenados que parecían ocasionados por la acción de algún fuego subterraneo que hubiera puesto el líquido elemento en ebullición, más bien que por la configuración submarina de los arrecifes. Se podía percibir claramente desde la escarpada cima de la montaña que en el centro mismo de este hervidero había un pequeño espacio, como de dos metros de superficie apenas, en donde el agua se mantenía tan tranquila que parecía un espejito colocado en medio de una caldera hirviente.

Por eso se designaba este sitio con el nombre de «La Caldera» y la tradición pretendía que en el tiempo en que los rios tenían sus hadas, el Motala albergaba una de admirable belleza, naturalmente, pero caprichosa y porfiada como las aguas que gobernaba. Había elegido el sitio que acabo de describir para su gabinete de *toilette;* asilo impenetrable donde nadie podía sorprenderla. La linda hada había acabado por desaparecer como lo hacen, ¡ay! todas las hadas y todas los leyendas, ahuyentada por el discordante silbido de las fábricas movidas por vapor, que vienen á establecerse á corta distancia, trayendo consigo el ruido y el movimiento en una comarca hasta entonces tranquila y apacible. Sin embargo, el antiguo *boudoir* de la hada existia, lo mismo que ella lo había dejado. El pequeño espacio de agua, con su superficie clara y transparente, era el espejo donde se contemplaba en otro tiempo, y allí estaba siempre, intacto y cintilando á los rayos del sol.

Los ancianos del lugar recordaban perfectamente haber visto á la hora del crepúsculo, en las hermosas tardes de verano la preciosa aparición, sentada sobre una roca en el centro de la Caldera, peinando su larga cabellera y contemplando su imagen retratada en la onda cristalina, como la Soreley de la balada alemana. Aseguraban que aun podía verse el rostro de la linda hada, animado y sonriente en el fondo de su estanque, donde parecía estar indeleblemente impreso, reposando allí como en un marco argentado, al abrigo de la mirada sacrílega de los hombres, protegida en el fondo de aquellas aguas bulliciosas; rodeada de aquellas inaccesibles rocas que la protegían con sus agudas aristas.

Llegar hasta el centro del arrecife era, segun se decía una empresa dificil y peligrosa, sin ser imposible. Existe en efecto cierto sitio por donde podía hacerse penetrar una pequeña embarcación tripulada por una sola persona, y una vez traspuesto este paso dificil, se llegaba con relativa facilidad á la piedra que la leyenda titulaba *«el taburete de la hada»*, al pie del cual se encontraba el espejo. No obstante esto, aun para el remador más diestro y conocedor de los obstáculos del escollo, la menor vacilación, el más ligero descuido podían ser fatales. Si el frágil esquife se desviaba tan sólo una pulgada de la línea que debía seguir, era envuelto por una especie de ciclón subterraneo que lo hacía girar tan repentinamente como una peonza durante un segundo, para sepultarlo despues en el hondo abismo, apareciendo al cabo de ocho ó diez dias los restos de la embarcación y del atrevido navegante, que flotaban á merced de la corriente ó varados entre las cañas del Boren.

Como podrá suponerse, esta hazaña no seducia por cierto á ninguno; sin embargo la tradición del país mencionaba los nombres de algunos audaces que la habían efectuado, unos con buen éxito, y otros que habían perecido en su temeraria empresa; y aunque todas estas relaciones eran consideradas tan sólo como legendarias, lo cierto era que desde hacia muchos años nadie había intentado repetir una proeza tan inútil como peligrosa.

El castillo y la poseción de Charlottenburgo eran propiedad por aquel tiempo, del barón Hammarhielm quien la habitaba en compañía de su única hija Hilda. Hacía bastantes años que había quedado viudo, y vivía en el retiro y en el aislamiento. Se le tenía por un hombre de carácter duro y violento, por lo demás poco se hablaba de él,

Tales eran los informes generales que yo pude obtener acerca de esta región que me era conocida desde hacía mucho tiempo, á causa de los relatos que sobre ella se habían compuesto á causa de sus sitios pintorescos y románticos, y por eso formé el proyecto de visitarla y estudiarla á fondo durante el verano.

Así pues en la primera quincena de Junio, provisto de buena cantidad de telas y colores, desembarqué con mi hijo Raul, recientemente llegado de Düsseldorf, donde había estudiado la pintura, en la pequeña ciudad de Motala situada á la desembocadura del río, cerca del lago Wetern.

Casado desde muy temprana edad, y á consecuencia de una calaverada de aquellas que únicamente se hacen en la primera juventud, con una mujer que solo me había cautivado por su belleza corporal, pronto llegó el dia en que lamenté amargamente mi elección, y sobre todo la precipitación con que obré en acto tan trascendental; el nacimiento de un primer hijo, al cabo de un año, costó la vida á la madre y con la viudez recobré la libertad. Aunque sólo tenía veintiseis años, había ya esperimentado de tantos sinsabores durante mi vida matrimonial, que esto me hizo formar la inquebrantable resolución de no casarme por segunda vez, en cuyo propósito he permanecido firme por completo. En consecuencia, todas mis afecciones las concentré en este hijo único.

En la época en que se desarrollan los sucesos que voy á referir, era yo joven aún y como Raul, de veintiun años, estaba demasiado crecido en proporción de su edad, se nos hubiera podido tomar por dos camaradas, que por padre é hijo.

Encontrándome por primera vez en ese país, convenimos en consagrar los dos primeros dias á recorrerlo á pie, con el objeto de estudiarlo antes de ponernos á trabajar.

A tout seigneur, tout honneur. Nuestra primera idea, al dia siguiente de nuestra llegada fué el ir á visitar la «Caldera», cuya historia había yo referido á Raul, tal como acabo de relatarla.

Nos impresionó sobre manera la hermosura del paisaje y la rareza del fenómeno. A nuestros piés una superficie de agua cristalina que cintilaba iluminada por el sol, comó una gasa de plata, agitándose en toda su extensión; tan uniforme era el movimiento del agua en este lugar.

En el centro de este campo perfectamente unido, elevábase algo como una marmita cuyos bordes se hubieran mellado, y cuyos flancos obscuros se distinguieran apenas á traves de los millones de burbujas que formaba el agua que le rodeaba.

En la misma linea, sobre la orilla opuesta erguíase altivo sobre la colina el castillo de Charlottemburg cuyas torres se destacaban en toques claros sobre la espesura del follage sombrío que lo circundaba.

Raul estaba sobrecogido de admiración, y sólo pensaba en el modo de reproducir fielmente sobre la tela esta grandiosa escena.

Descendimos bien pronto por la pendiente escarpada y cubierta de maleza, á fin de examinar el fenómeno algo más cerca y darnos cuenta de la perspectiva que ofrecía el paisaje al nivel del río.

La vegetación en este valle es extraordinariamente exhuberante para un país tan septentrional como la Suecia, y en tal abundancia que hacía dificil el acceso de la ribera.

Llegamos, sin embargo, á la orilla del agua en un momento, conversando y bromeando, como se hace cuando es uno joven, sin cuidados por el porvenir y creyéndose solo en un bosque.

Grande fué nuestra admiración al encontrarnos de súbito, al desembocar de un grupo de sauces que bañaban sus raíces en el río, frente á frente y tan cerca que hubiéramos podido tocarlo con la mano, en un hondo botecito guiado por una joven á quien nuestra aparición repentina no pareció sorprender en mayor grado, y aquien sin duda había anunciado nuestra llegada el ruido de nuestros pasos y el animado diálogo que sosteníamos en el camino. Probablemente la habiamos sorprendido mientras se ocupaba en copiar de la naturaleza, por que estaba precisamente acabando de colocar en su barco, un caballete y otros varios utensilios de pintor.

Saludamos y balbuceamos algunas escusas á las cuales respondió sólo con un ligero movimiento de cabeza, sin volverse, y aun sin dignarse honrarnos con una mirada. Luego que terminó sus preparativos, con toda calma asió sus remos y nos indicó por medio de un ademán altivo ó imperioso, pero tan expresivo, que era imposible dejar de interpretarlo en su verdadero sentido, la cadena que sujetaba su embarcación al tronco de un sauce.

Obedeciendo á esta orden muda, me apresuré á desenganchar la marra, lanzándola sobre el banco, hecho lo cual, impulsé suavemente la barquilla para ponerla á flote. Una sonrisa casi imperceptible fué mi recompensa; después la linda batelera cuyo rostro estaba vuelto de lleno hacia nosotros, se alejó apoyándose muellemente sobre sus dos remos.

Dirigía su embarcación con una gracia y una perfección notable, y el movimiento cadencioso y regular del remo hacía poner de relieve su admirable talle, flexible y esbelto así como las bellas proporciones de su busto. Nada de apresuramiento, nada de inquietud en los movimientos que indicara la joven colegiala, gazmoña y torpe, sorprendida y huyendo sin saber porqué. Al contrario, nos miraba cara á cara con esa mirada franca y discretamente interrogadora de la mujer de mundo á quien nuestro continente un tanto cuanto encogido producia su pizca de ironia.

Sin duda estaba habituada á navegar en estas aguas pues se dirigía en línea recta hacia La Caldera, sin volver para nada la cabeza y sin permitir que la corriente desviara una sola línea su embarcación; rodeó el escollo y la lanzó rápidamente en dirección de la orilla opuesta donde la vimos abordar á un pequeño desembarcadero formado con planchas de madera; dejó su bote y desapareció por la pendiente boscosa que conduce al castillo. Pudimos seguir con la vista aún, durante un minuto, las ondulaciones de su ropaje blanco que aparecía y desaparecía alternativamente á través de los arboles.

Sólo hasta entonces recobramos el uso de la palabra, volví la vista hacia Raul y ví que parecía despertar de un sueño.

—¡Qué encantadora aparición! exclamé. Sin duda es una de las damas del castillo, pero, si yo estuviera dotado de una imaginación romántica, haría de ella la hada moderna de este río; casi, casi la veo penetrar en la Caldera. ¿Te fijaste en sus ojos Raul? Qué extraño color tienen, exactamente el matiz verdoso de estas hondas pérfidas, y de una expresión tan singular. Todo el resto del día me pareció que Raul estaba más sombrío y preocupado de lo que yo hubiera querido verlo. Exploramos las orillas del río hasta el lago Borea, lo que nos entretuvo por todo el día y sólo ya muy entrada la noche, fatigados pero encantados con las bellísimas perspectivas del paisaje que teniamos en la imaginación y que nos proponiamos reproducir en nuestra cartera, buscamos el abrigo.

Habíamos convenido en principiar las operaciones al día siguiente con un estudio de la Caldera tomado desde el puesto en que la habiamos contemplado por la vez primera. Nos dirigimos, pues, con nuestros avíos.

Después de unos instantes de trabajo, Raul, que estaba pensativo, me dijo:

—¿No convendría que fueramos á hacer una visita al castillo, aun cuando no fuese más que para presentar nuestras excusas á la señorita á quien perturbamos ayer? Estábamos en sus posesiones y por consecuencia, somos verdaderamente unos intrusos en sus dominios.

Esto era el principio de lo que yo temía. Conocía bien la naturaleza impresionable y el caracter apasionado de Raul. Tenía el culto de lo bello y el gusto de lo romántico. Yo presentía que si él volvía á ver á esta mujer se enamoraría perdidamente de ella; lo había leido en su mirada, pero al mismo tiempo preveía que este amor no sólo sería una interrupción para sus estudios, sino que lo haría desgraciado, como no lograra sustraerse con tiempo á su influjo.

—Raul, le dije, ayer después de la cena, cuando subiste á acostarte y yo me disponía á seguirte, el anciano propietario de nuestro hotel me invitó á fumar un cigarro en la terrasa. Nos pusimos á platicar indistintamente, y de asunto en asunto, al llegar al modo con el cual cumpliamos nuestro día, me vino la idea de interrogarle acerca del barón de Hammarhielm y su familia.

Bien, señor, me dijo, sabrá usted que la baronesa muerta hace 20 años era veinticinco menor que su marido. Era una mujer de admirable belleza, algo altiva, como conviene á una castellana. Montaba perfectamente á

caballo y tenía pasión por la naturaleza y los ejercicios al aire libre, en los cuales sobresalía. Inmediatamente después de su matrimonio, que se efectuó en el estranjero, el barón y su esposa fijaron su residencia en Charlottemburgo. Durante los dos primeros años de su vida conyugal todo fué á maravilla y la joven baronesa parecía ser relativamente dichosa. Pero ¿conocía ella los antecedentes de su marido, al consentir en unirse á él? todo indica que no. Como lo había conocido en el extranjero, fué cosa facil ocultarle que era viudo y que su primera mujer había desaparecido de un modo tan extraño como misterioso.

Esta infortunada joven (hablo de la última) me acuerdo perfectamente de ella, continuó el dueño del hotel pasando su mano por la frente, porque en aquel tiempo habitaba yo en el castillo, donde desempeñaba las funciones de mayordomo los días de recepcion, era sonámbula, y muchos la vieron, como yo, pasearse cubierta de un blanco peinador, por la orilla del río durante las noches de estío. Cierto día se comprobó que había salido de sus aposentos durante la noche y que no había vuelto. Se le buscó por todas partes: en el bosque, á lo largo de la corriente, y después se notó que el pequeño bote en el cual acostumbraba la baronesa costear los bordes, faltaba igualmente. Se continuaron las pesquisas hasta el lago Boren y se encontró enredados en las cañas parte de los restos de la embarcación. Ya no podía haber duda sobre la suerte de la desgraciada mujer; era evidente que se embarcó en un acceso de sonambulismo, y habiéndose acercado demasiado al escollo, había encontrado allí la muerte.

El pesar del barón fué ruidoso, pero nadie lo creyó sincero, todos sabían que estaba sujeto á ataques de una especie de demencia hereditaria, tanto más peligrosa, cuanto que sabía ocultarlos con simbólica astucia á todos, menos á su víctima. Nadie le había visto nunca que maltratara á su mujer, nadie le había oido proferir amenazas ó injurias, y, sin embargo, sabíase que le amargaba la vida con sus malos tratamientos y sus brutalidades.

«El río no devolvió jamás el cadaver. En cuanto á los restos de la barca, puedo hablar de ellos con conocimiento de causa, porque fuí uno de los que los recogieron: no ofrecían en nada el aspecto de objetos de naufragio que han estado hundidos en las profundidades del escollo. Por otra parte, hay un hecho bien comprobado, y es que la Caldera nunca devuelve antes del cuarto día los cuerpos que en ella caen, y aquellos de que nos ocupamos fueron hallados en la mañana misma que siguió á la noche de la catástrofe. El barón ordenó que inmediatamente los quemaran, pretextando que verlos le hacía daño. Nótese además, que los cadáveres siempre se han encontrado, más ó menos tarde, en el río ó en el lago. Así, pues, el caso de la baronesa séría único en la historia del fenómeno natural de nuestro valle.

En aquella época, según contaban en la comarca, el islote que formaba la Caldera estaba en comunicación directa con el castillo por medio de un subterráneo que pasaba por debajo del lecho del río, y cuya entrada estaba en determinado sitio simulado con montañas de espinas y zarzales, que ahora colmaban las zanjas. Dicho subterráneo misterioso terminaba en una especie de bóveda arruinada á medias, la cual estaba inmediatamente debajo de la Caldera.

«Como este hecho se mencionó en las diligencias judiciales, se mandaron hacer pesquisas por los alrededores del río, con objeto de establecer el mayor ó menor fundamento de aquellos rumores y con la débil esperanza de tener algún medio que permitiese á la justicia establecer de una manera cierta la causa de la desaparición de la baronesa.

«Ahora bien, la noche misma que precedió al día señalado para el exámen de aquellos sitios, prodújose un derrumbe súbito debajo del lecho del río, entre la Caldera y la ribera del castillo.

«El único testigo que pudo dar algún dato sobre este suceso era un campesino viejo llamado Svensson, que habitaba en una chozita en la ribera opuesta. Sea lo que fuere, á la mañana siguiente, notábase muy bien una depresión en el lecho del río.

«Las pesquisas produjeron, en efecto, el descubrimiento del orificio del subterráneo en los fosos del castillo, y hasta pudieron penetrar y seguir avanzando hasta cierta distancia. Después el paso quedó de repente completamente obstruido por la tierra del reciente derrumbe y se hizo imposible seguir adelante. Entoces se abandonaron las averiguaciones, y la desaparición de la baronesa se registró como muerte accidental. El barón salió para el extranjero y no se le volvió á ver sino al cabo de diez años, cuando trajo á su nueva esposa.

«A poco de su llegada á Charlottenborg, la nueva castellana mostró viva curiosidad hacia el fenómeno natural que se verificaba en los dominios de su marido. Inquirió todas las particularidades legendarias y reales que se relacionaban con el fenómeno, se informó del nombre de algunos atrevidos á quienes el rumor público designaba por haber penetrado en la Caldera y por haber vuelto á subir vivos ó en el estado de cadáveres, é hizo que le explicaran la disposición exacta de las rocas y las maniobras que tenían que ejecutarse para salir á buen paraje.

«Cierto día, aprovechando la ausencia de su marido, se embarcó ella en su pequeño yole, remó en derechura al escollo, penetró en él, sujetó su barca al Taburete de la hada y se inclinó ávidamente sobre el espejo de las aguas. Nadie la vió llevar á cabo aquel audaz capricho, á excepción del viejo Svensson que la siguió con la vista desde su cabaña, de tal manera estupefacto por el miedo, que no pudo articular palabra ni hacer un sólo ademán para atraer la atención de su mujer, ocupada en esos momentos en la cocina.

«—De repente, refirió el campesino, ví que la baronesa se echaba para atrás con un ademán de indecible horror, en seguida volvió á contemplar el espejo, inclinándose hasta donde le fué posible, como para penetrar mejor el misterio. Al cabo de un rato, volvio á subir á su barca, saliendo del escollo con la misma ventura con que había entrado; remó hacia la ribera, volvió á entrar en su morada y se encerró en su aposento. Los criados que la vieron pasar cuando volvía de su excursión observaron que sus facciones parecían alteradas por el terror y que estaba sobrecogida por una viva emoción. Cuando el barón volvió, nadie supo con precisión lo que entre ambos pasó, pero en lo sucesivo le notaron la misma mirada sombría y huraña que tenía en los últimos meses de la existencia de su primera mujer. Lo que sí es seguro, por el dicho de los criados, es que hubo una violenta escena entre los dos cónyuges á causa de este suceso, que la baronesa guardó cama por espacio de seis semanas, y que en lo sucesivo la existencia de la pobre dama fué un verdadero infierno.

«Algunos meses después de su expedición á la Caldera, dió á luz una niña, la misma que usted encontró esta mañana, sin que por este suceso mejorase en nada la conducta que con ella observaba el marido.

«Esta vida de miseria se continuó por algún tiempo todavía, hasta que en una hermosa tarde de verano, la desventurada castellana emprendió una segunda expedición á la Caldera, la cual le fué funesta, si es que puede emplearse tal expresión, cuando nos libra de una existencia amarga. Hallaron su cuerpo á los ocho días, en las aguas del Boren, así como los pedazos del yole. ¿Fué este un suicidio ó un accidente? Nunca se ha podido mas que formular conjeturas en este particular.

«Como ya se había notado después de la muerte de su primera mujer, el barón recobró cierta calma y sus ojos perdieron su expresión huraña y maligna. Hízose más taciturno y más retraído, y ahora vive en una soledad casi completa.

«Su hija Hilda, que tenía dos años á la muerte de su madre, fué educada por una aya inglesa, que hace pocos años murió. Al contrario de lo que era de esperarse, su padre la idolatra, y para él son órdenes sus deseos más insignificantes. Es muy inteligente, muy instruida y muy diestra en todos los ejercicios corporales, como lo era la madre. En cuanto á su índole, nunca he oído hablar mucho, si no es que por este lado, más bien se parece á su padre, de quien ha heredado los modales orgullosos y altaneros, moderados no obstante, á lo que se dice, por cierta amabilidad llena de encanto, que era la dote natural de la madre. Una sola vez ó dos en estos últimos años, me la he encontrado por estos rumbos, y, á la vez que rindo homenaje á su altiva y aristocrática hermosura, debo confesar que tiene en la mirada un no sé qué, que me recuerda demasiado á su padre, para que ello pueda agradarme mucho.»

II

Raul, que había escuchado mi relato con suma atención, se levantó, retrocediendo algunos pasos para contemplar mejor su tela, en la cual apenas había intentado un bosquejo general.

—Todo es muy interesante, me contestó; pero nada veo en ello que pueda estorbarnos cumplir con un deber de cortesía hácia la señorita Hammarhielm. Me parece que le somos deudores de esta atención.

—Muchacho querido, repuse, estás en libertad para hacer lo que quieras en este particular; te he referido sencillamente la historia de nuestro huésped para ponerte en guardia contra los riesgos que se te esperan si persistes en querer conocer á una persona, en cuya familia hay evidentemente una especie de locura ó de monomanía, que quizá sea hereditaria. Sé lo que vas á contestarme: que no te enamoras con tanta facilidad. Está muy bien; muy posible es que yo exagere los atractivos que esa doncella puede ejercer en lo sucesivo en tu corazón. Lo que yo quiero únicamente, es recordarte que hemos venido aquí á trabajar y estudiar. Tienes un corazón tierno y dado un tanto al romanticismo; eres un entusiasta y un artista. Desconfío de tus sentimientos y de tus impresiones. Como acabas de oirlo, la locura hereditaria reina en esa familia, y lo que acabamos de saber de su pasado, no me da gana de conocerla con más intimidad. Creéme, no tratemos de cultivar las relaciones que ayer contragimos por una mera casualidad. Por lo que á mí respecta, te lo declaro de una vez: irás solo al castillo. De ninguna manera quiero perder el tiempo en hacer visitas. Además, la joven, como acabas de oirlo, es orgullosa y altanera, por lo que es más que probable que se tenga por oriunda de una estirpe social superior á la nuestra, y que, por lo mismo, tenga en muy poco el trato de dos pobretones que por azar se presentan ante su paso.

Sin embargo, á pesar de todo lo que podía decirle—y estuve hablando todavía por largo tiempo—noté muy bien que no lo disuadiría de su proyecto.

Así pues, después de la comida, se puso en traje de visita y se fué al castillo, mientras que yo me instalaba bajo los álamos para hacer algunos croquis.

Estaba de vuelta en el hotel y fumaba un puro en la balaustrada, cuando él volvió. Había estado ausente toda la tarde.

—¡Ah, padre mío, qué encantadora mujer! Figúrate que es artista por el entendimiento y por el corazón, como tú y yo, y que tiene un verdadero talento de pintor. Me llevó á su estudio, amueblado y decorado con el gusto de un Macquart, y situado admirablemente en una de las torrecillas del castillo. Me enseñó buena cantidad de estudios, de bocetos y de telas, realmente notables tratándose de una persona tan joven y que no es pintora de profesión. Su conversación es de las más interesantes porque ha viajado, es muy instruida y ha visitado los estudios de varios reputados artistas.

—¿Entonces te recibió bien?

—¡Con la graciosa amabilidad y los modales fáciles de una castellana de la Edad Media. Me dijo de rondón y sonriendo, que después de nuestra brutal irrupción á su santuario ayer, esperaba nuestra visita, y me preguntó por qué tú no habías venido conmigo. Ah! no, no hay ni asomos de locura en aquellos hermosos ojos, radiantes de inteligencia y de vida, nada de incoherente ó anormal en su palabra elegante y vívida, nada de extraño ó equívoco en sus pensamientos llenos de originalidad......

Su entusiasmo me hizo sonreír. En todo eso lo reconocia como hijo mío.

—¿Y qué te has hecho toda la tarde? ¿Has visto al barón?

—¡Oh, no! La señorita Hilda me hizo comprender desde luego que la quebrantada salud y la provecta edad del barón, su padre, la forzaban á estarse casi siempre en su aposento, y que ella representaba, en suma, todo lo visible de la familia Hammarhielm. Después de haber estado como dos horas en el taller, haras que se me figuraron minutos, porque ella supo hacerlas interesantes, me propuso que fuéramos á dar una vuelta al parque, y en seguida me llevó á la orilla del río, en donde nos paseamos un breve rato. Por el camino llegamos á un pequeño desembarcadero en donde se ve anclado el yole que tú conoces. Me convidó entonces á dar una vuelta por el río en barca, y como iba yo á tomar los remos, ella me dijo:

—Si usted conociera como yo la perfidia de este hermoso río, seguramente que no habria aceptado desde luego y con tanta facilidad mi propuesta, y después no f recería usted tan á la ligera sus servicios para dirigir la

barca. Tenga usted entendido que, si le dejara obrar, habría nueve probabilidades contra diez de que dentro de cinco minutos estuviésemos los dos en el fondo del agua luchando con las angustias de la muerte.

Yo interrumpí á Raul.

—¡Vamos, le dije para echar una poca de agua fría sobre la entusiasta admiración que con zozobra veía yo que se desarrollaba en su interior, esa jovencita romancesca pretende hacer el papel de una hada de río! ¿Y tú has consentido en dejarte guiar por una joven evaporada, y dejarla hacer esfuerzos de torax y de blancos brazos, mientras que tú, noblemente sentado en la popa, recogías neuúfares ó le recitabas versos?

—No te burles, padre mío, contestó él con un tono un poco perplejo. ¿Qué éra lo que yo podía hacer? Si rehusaba, después de lo que ella acababa de decir, habría creído que tenía yo miedo! Así pues atravesamos el río y desembarcamos precisamente en el sitio en donde yo le había dicho que tú habías ido para hacer tus croquis. Pero acababas de haberte ido, y todavía estaba la yerba pisada en el lugar en que te habías instalado. La reconduje al castillo, me despedí de ella y volví por el camino real y por el puente.

Al día siguiente, estábamos ocupados en continuar nuestro estudio del Chaudrón, y de tal suerte estaba yo absorto en mi trabajo que no pensaba en ninguna otra cosa, cuando repentinamente ví que Raul se levantaba. Escuchamos un ligero roce de vestido en las zarzas y.. ... Hilda de Hammarhielm apareció.

Como antes lo dije, había tenido ocasíón de arrepentirme cruelmente de haberme abandonado á la impresión producida por la belleza física de la mujer, y la experiencia que de esto tuve en mi corta vida conyugal, me había vuelto singularmente receloso respecto al bello sexo. Yo temía para mi hijo las seducciones de una cara bonita, porque sabía muy bien lo que todas ellas encubren y á lo que pueden conducirnos. Yo mismo las evitaba porque me sentía aún demasiado joven para estar por completo al abrigo de su influencia y porque mi afecto á Raul me había inspirado la inquebrantable resolución de no reincidir.

En consecuencia, había yo adoptado en mis relaciones de sociedad, con las mujeres todas, y sobre todo con las más hermosas, una actitud cortesmente escéptica y ligeramente burlona, á propósito para alejarlas. Era esto como una especie de coraza que impedía toda conflagración que una sola chispa, al llegar á las partes más inflamables de mi corazón, habría podido producir.

El ser que dentro de mí vibró, al inesperado aspecto de la hechicera criatura que de aquel modo se me presentaba, con la sonrisa en los labios, de ningún modo era el hombre tal como usted lo comprende y ama, mi querida lectora, y como lo habría usted encontrado en Raul, sino sencillamente el artista, es decir el práctico experto, cuya conocedora vista abraza los contornos, aprecia los matices y pesa los valores estéticos comparándolos con modelos bien definidos. Inmediatamente vino á mi imaginación el recuerdo de Van Beers: «He aquí de pies á cabeza una de esas deliciosas criaturas que tienen á la vez algo de mariposa y algo de flor y que constituyen la delicia de su pincel,» decíame á mí mismo, sin detenerme desde luego más que en el buen gusto y lo nuevo de su traje, la gracia y la flexibilidad de sus movimientos, y la nota viva que mezclaban en el sombrío follaje el vestido blanco y el quitasol rojo de la Señorita Hammarhielm.

—Así como el hijo de usted, Señor Lagnières, se lo habrá dicho, dijo ella, yo no puedo pretender el título de artista, pero al menos me he ocupado suficientemente en pintura para que se justifique mi interés por el arte, y para que usted pueda comprender en qué grado la presencia de un artista de fama en nuestro tranquilo valle ha podido inspirarme el deseo de ver más de cerca al pintor bien conocido, cuyas producciones he admirado con frecuencia en Stockolmo y en otras capitales.

Yo hice una respetuosa inclinación.

—Pues bien, señorita,—dije, con un tono agridulce, porque de antemano le tenía mala voluntad por las divagaciones que iba á introducir en nuestras ocupaciones, para no decir nada de los temores más serios que yo experimentaba á propósito de ese entusiasta de Raul;—debo decir que casi no me esperaba una *interview* en los floridos bordes de este río, y estaba en la firme creencia de que al venir aquí, íbamos á poder, con plena seguridad, mi hijo y yo, recogernos en el sosiego de los campos, y hacer, á solas con esta hermosa naturaleza, é inspirados por ella, amplia provisión de temas de estudios.

Pero semejante salida, poco cortés, convengo en ello, no alteró para nada la serenidad de su mirada y de su hechicera sonrisa.

—Está usted en un error, señor, contestó ella festivamente. En estos lugares me reputan un poquillo la hada del rio, y, como ustedes han venido á instalarse en mis dominios, creo que debo aprovechar lás circunstancias y acortar un tanto cuanto las alas de vuestra independencia. Pero, fuera de bromas, ardo en deseos, mezclados con temor, por escuchar la opinión de un maestro sobre mis débiles ensayos, y espero, señor, y al menos usted lo reconocerá sin demasiados subterfugios que le debe usted una visita á la castellana de los sitios que usted se propone entregar á la posteridad en las ilustraciones de su pincel.

(*continuará.*)



EL MUNDO.

TOMO I. MEXICO, FEBRERO 28 DE 1897. NUMERO 9.

Escenas mexicanas.



A gato viejo...

(Dibujo de J. M. Villasana.)

"EL MUNDO"
Semanario Ilustrado.
Teléfono 434.—Calle de Tiburcio núm. 20.—Apartado 87 b.
MÉXICO
Toda la correspondencia que se relacione con la Redacción, debe ser dirigida al
Director, Lic. Rafael Reyes Spíndola.
Toda la correspondencia que se relacione con la edición debe ser dirigida al
Gerente, Lic. Fausto Moguel.
La subscripción á EL MUNDO vale $1.25 centavos al mes, y se cobra por trimestres adelantados.
Números sueltos, 50 centavos.
Avisos: á razón de $30 plana por cada publicación.
Todo pago debe ser precisamente adelantado.
REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE.

Notas editoriales.

El "chinaco" de antaño y el liberal de hoy.

Hace treinta y cinco ó cuarenta años, un liberal era un hombre sospechoso para la sociedad, que veía en él un peligro para los *grandes intereses constituidos*, una amenaza contra lo existente.

Las generaciones liberales de aquella época se lanzaron á sostener sus ideas, en medio de violentas tragedias domésticas, siendo objeto de acres recriminaciones por parte de los padres, bañados de lágrimas maternas, causando profundo horror á los deudos y escándalo inusitado á la *servidumbre*.

Un *chinaco* era entonces un personaje terrorífico, un sér impregnado de malas pasiones, perdido para el bien y para la patria. El joven de familia respetable que se pasaba á la *mala causa*, cometía, según la opinión sensata reinante, un acto digno de reprobación.

El partido conservador—justo es decirlo—reclutaba la mayor parte de los hombres de mérito que contaba el país, y el que se alejaba de estas filas reñía con la sociedad, con el hogar, con el porvenir y hasta con la mujer que amaba.—La generación liberal á que nos referimos, fué verdaderamente heroica al arrostrar los anatemas que sobre sus soñadoras cabezas se descargaron; al romper los lazos que los ataban á los afectos más tiernos, dieron muestra de sus nobles energías.

¡Cómo han cambiado las corrientes!

Hoy, ningún padre—aunque sea conservador—se indigna por las opiniones liberales de un hijo suyo; la madre, que lo enseña á rezar de niño, no se alarma ante la evolución de su espíritu y la sociedad le abre sus puertas. —Entre el *chinaco* de antaño y el liberal de ahora, media toda la distancia que hay en el progreso de las ideas.

El mismo partido conservador ha acabado por aceptar doctrinas y principios con los que parecía en antagonismo eterno, en tanto que el grupo liberal, poco á poco curándose de su radicalismo exagerado, ha tomado el lugar de honor que le corresponde en el avance de las clases ilustradas.

El *chinaco* ha muerto, pero su hijo, el liberal, ha comenzado á vivir una existencia nueva, compartida y vivificada por la sociedad mexicana.

El gran problema.

La prensa diaria se ha ocupado últimamente del problema siempre obscuro y nunca deseado de la sucesión del General Díaz. ¿Qué horizontes se descubren en la vida nacional futura, cuándo—y el país anhela con nosotros sobornar al tiempo—la gran energía que hoy anuda y encauza todas las actividades patrias, no se encuentre al lado de la República para ampararla y sostenerla? ¿Dónde se halla ese hombre desconocido que ha de recoger la herencia del Presidente? ¡Y bien! Ese hombre no existe ni puede existir y pretender formar uno, es un descabellado pensamiento.

Un hombre de Estado, de superiores tamaños, con aptitudes aceptadas y reconocidas para desempeñar funciones tan excepcionales como las desempeñadas por el actual Jefe de la Nación en la presente etapa evolutiva, no se *forma* en un día, ni en un año, ni en diez años. Una personalidad de tanto relieve es el producto de infinidad de circunstancias anteriores, de hechos eslabonados que van lentamente determinando su prestigio, su influencia y su poder. En la figura del General Díaz se ha gastado una vida de actos salientes, de episodios palpitantes, que por aglomeraciones sucesivas lo han colocado en el puesto que hoy ocupa de respeto y consideración por parte de las clases activas de la República.

¿Se imagina acaso que es tan fácil improvisar una personalidad provista de tales atributos?

La historia nos demuestra que los *sucesores* de los grandes gobernantes, hacen fiasco en todos los tiempos y dentro de todos los climas. Son éstos á modo de esos cuerpos opacos que no tienen más luz que la que reciben del sol, cuya órbita recorren; desaparecido el foco que les prestaba claridad, se pierden obscuramente en el ala inmensa del infinito.—Los príncipes herederos, peligrosos siempre, no son jamás los continuadores de los grandes reinados.

El Generrl Díaz no dejará detrás de sí un sucesor; bastantes personalidades ha impulsado en el camino de la política, sin que ellas, en contacto con las necesidades de la vida pública, hayan logrado alzarse sobre el pedestal de los estadistas. Sobrados ensayos de esta *educación* tenemos al frente, que hemos visto hundirse repentinamente á impulsos de pasiones exaltadas, de impropias ligerezas, de cóleras desbordantes, de orgullosas intolerancias, atributos que no constituyen la madera en que se tallan los hombres de Estado.

El General Díaz no tendrá sucesor; pero como ha dicho bien el *Mundo* diario, ha acudido á resolver el problema, procurando, *no formar un hombre*, sino *formar un pueblo*, por medio de la creación de intereses y también por medio de reformas á las instituciones.—El Presidente lo ha dicho en el elocuente Manifiesto dando cuenta al país de los actos de su administración: «De hoy en adelante, sólamente serán fuertes los gobiernos legales.»

Dejar un *pueblo*, es algo más que dejar un hombre; dejar *instituciones* es más importante que dejar *sucesor*.

No busquemos en las lejanías del porvenir la *unidad* que ha de poner en movimiento el organismo; busquemos esta unidad en los esfuerzos coordinados de todos para hacernos dignos del único legado que recibirá la República: la legislación de un pueblo libre.

Política General.

RESUMEN.—Misterios de la diplomacia europea.—Europa á favor de Turquía.—Grecia en la sombra.—Paz que no engrandece.—El grito de Baire.—Segundo aniversario.—La insurrección cubana y lo porvenir.—Conclusión.

Imposible prever confundamento y predecir con tono profético cuando se trata de las sombrías profundidades de los gabinetes; imposible desenmarañar la madeja que guía sus pasos y seguir el hilo misterioso que los conduce á través del dédalo de sus argucias. Pérfida como la onda, y cambiante y tornadiza como las nubes, la astuta diplomacia tiene flexibilidades de serpiente y nos reserva á cada momento sorpresas de gnomo.

Nadie hubiera creído que la Europa cristiana, que en arranques platónicos y arrebatos sentimentales, ha protestado por cerca de dos años contra las crueldades salvajes de los turcos, nadie hubiera creido que esa Europa, que alardea de culta y humanitaria se pusiera del lado del Imperio Otomano en el conflicto que ha provocado Grecia en los campos crentenses, sacudidos hoy con volcánicos extremecimientos. Y sin embargo, esas potencias que se hacen los porta-estandartes de la civilización y se declaran los paladines de los oprimidos, han hecho armas contra los griegos que significan la libertad, en favor de los musulmanes que encarnan la tiranía, la persecución, la intolerancia, el odio de todo lo inmutable del pasado contra todo lo que se mueve y se agita al soplo del progreso.

Los buques extranjeros surtos en la bahía de Canea, bombardeando al campamento de los insurrectos cretenses y dando abrigo á los que ayer ensangrentaron las comarcas de Trebizonda y de Erzorvum, y hoy desgarran el seno de Creta infelíz, están fuera de su misión, han defraudado las esperanzas de los hombres de buena voluntad que confiaban en que ellos se colocarían al lado de los mártires y nunca serían empleados en defensa de los verdugos.

Es verdad que Grecia invade ageno territorio, cierto que sin consultar con los poderosos, se ha lanzado á una aventura peligrosa, y pretende una anexión que comienza el desmembramiento de Turquía; pero ya es tiempo de que comience ese reparto, ya debe terminar esa historia de crímenes y sangre que mancha con sus emanaciones putrefactas el cielo de Europa, ha sonado ya la hora del imperio de los Califas, que falto de virtud y de justicia debe desaparecer de la haz de la tierra.

Dice bien un diario liberal inglés: antes que ver á las potencias cristianas defendiendo la iniquidad, que estalle la guerra desde las márgenes del Rhin hasta las cimas nevadas del Ural.

No opinan así los árbitros de la paz del mundo, los que llevan en los pliegues de sus mantos de púrpura rayos de exterminio y brisas de bonanza; no opinan así, y por eso vemos el contraste inconcebible de que se defienda la sombra en nombre de la luz, la tiranía en nombre del derecho, la opresión en nombre de la libertad. Obscuridades inexplicables de la diplomacia; misterios augustos de los gabinetes.

***

Dos años han pasado desde que en los campos de Baire un grupo de ciudadanos que rechazaban con energía las reformas políticas y administrativas que las cortes españolas prometían á la *siempre fiel* Isla de Cuba, lanzaron el grito de independencia, y buscaron por medio de las armas y de tremenda lucha la realización de sus hermosos sueños de libertad.

Dos años han pasado y á pesar del derroche verdadero de patriotismo y energía de parte del pueblo hispano que ha acudido á sofocar la insurrección que le arrebataba un pedazo de territorio, la revolución está en pie.

De ambos lados se ha peleado con desesperación. España ha visto sacrificada buena parte de su vitalidad ahogada en el abismo de la manigua que consume hombres y riquezas sin cuento; ha visto sin desmayar, que sus fuerzas vivas eran devoradas y que sus hijos perecían en aras del Moloch implacable de la guerra.

Cuba ha visto caer á sus mejores paladines, y su entusiasmo no se agota. Ni promesas, ni amenazas, ni innúmeros ejércitos, han logrado abatir sus bríos ni podido desvanecer las ilusiones de los que anhelan ver libre la patria cubana. ¿A dónde van? El capitán General, sembrando la ruina y la desolación para acabar con todo lo que sea refugio de rebeldes; los rebeldes extendiendo la desolación y la ruina, para cegar las fuentes de riqueza, allá van haciendo de lo que ayer era vergel hermoso, un triste páramo, un yermo escueto alumbrado por la claridad indecisa de un sol moribundo.

¡Qué oscuro porvenir! ¡qué lastimoso presente! Tarde ha llegado la promesa de una autonomía trunca; por eso ha sido rechazada, y allá van todos, regando de cadáveres el suelo, y estremeciendo el aire con los clamores de una lucha que no acaba. ¡Infeliz Cuba! cuánto tiempo necesitarás para cicatrizar tan hondas heridas!

X. X. X.

Febrero 26 de 97.

BIBLIOGRAFIA

OBRAS ESCOGIDAS DEL PENSADOR MEXICANO

La emprendedora casa de los Sres. J. Ballescá y sucesores, dará en breve al público, en edición que se repartirá por entregas, impresa en buen papel y con profusión de grabados las obras del Pensador Mexicano. Hemos recibido los seis primeros cuadernos del «Periquillo» y podemos asegurar á nuestros abonados que la forma tipográfica y las ilustracionesson verdaderamente sugestivas.

EN TIERRA YANKEE

NOTAS A TODO VAPOR

NEW-ORLEANS

Entramos en una ciudad vieja, achacosa, súcia de humo de carbón y de tierra. Es una de esas ciudades del Golfo que parecen hermanas todas, pero muy grande, muy desarrollada; en ella caben Tampico, Veracruz y Campeche, y algo tiene de todas ellas, de Veracruz sobre todo; la impresión primera es desagradable, por el desaseo; ¡una ciudad costeña que no se lava la cara! ¡Horror!—Las calles muy estrechas, tanto, que un wagón-pullman, atravesado en la extremidad de la calle por donde vamos, oculta sus dos plataformas, recortado por las aristas de las esquinas; las casas en este barrio son verdaderos tugurios infectos, medio ocultos por montones de basura, de tablas, de barriles, de papel viejo, hacinados por donde quiera, á la orilla de las aceras de piedras partidas y disparejas. A medida que nuestros coches avanzan, las casas van siendo muy altas, lo que hace más sombrías las calles; algunos edificios suben á siete y ocho pisos, con balcones que son por sus proporciones, verdaderas galerías de fierro apoyadas en columnas metálicas en los bordes de la acera y que se unen de piso en piso por sus arquerías llenas de arabescos y adornos; de donde resultan fachadas enteras de fierro calado. En esta esquina y en la de más allá y en muchas otras, unos enormes armatostes de hierro que parecen abortos de la torre Eiffel, estorban el paso y hacen cavilar al transeunte novel ¿para qué puede servir esto? Para lo que sirven tantas cosas; para nada. Después supimos que estos adefecios iban á servir para los tranvías eléctricos y ahora sirven para anuncios: ¿Hay algo en los Estados Unidos que no sirva para anuncios? parece que hubo en todo un negocio medio bizco; en todas partes cuecen habas y por aquí á calderadas.

Desembocamos en Canal-Street; muy amplia vía, bordada de construcciones de grandiosa arquitectura, sin proporciones, pero con dimensiones casi enormes; un río no muy raudo de gente orientada hacia el negocio, el bisnes (*bussines*) como dicen todos con singular energía de acento, llena la calle; este río se abre y cierra al paso de los carros eléctricos que aturden con su perenne campaneo y distraen con sus largos dedos de hierro que van pellizcando el alambre trasmisor de la corriente que sujetan otros alambres frecuentemente *conectados* con los hilos del telégrafo ó del alumbrado. De cuando en cuando un tren de vapor llega arrastrando dos ó tres wagones de pasajeros, por el centro mismo de la avenida, y pasa cerca de una estatua que parece esculpida no con el cincel, sino con el hacha y que descansa su cuerpo de plesiosauro parado sobre la cola, en unos bloques rudos y mal acondicionados, que forman un pedestal no tan malo....... como obra de albañilería....... hasta la estatua parece hecha por un albañil. Es (descubrámonos) la del gran Henry Clay. Nosotros los mexicanos inscribiríamos en ese pedestal estas palabras que el gran *speaker* dirigía á su amigo Channing. «*Hay crímenes que por su enormidad rayan en lo sublime: la adquisición de Texas por nuestros compatriotas tiene derecho á este honor. Los tiempos modernos no ofrecen otro ejemplo de rapiña cometida en tan vasta escala.*» Cito de memoria, pero eso es poco más ó menos.

***

Nos alojamos en un lujoso y confortable hotel en la esquina de Canal-St. y Carondelet y salimos en busca del Consul mexicano, de Manuel Gutiérrez Zamora, nombre que su ilustre padre hizo histórico. (1) Esto nos proporcionó el gusto de ver algunas calles feas, algunos enormes efidicios, de marmol y granito rojo uno de ellos, no destituido de majestad. Un banco en construcción, tiene en su pórtico cuatro ó seis columnas de mármol purpureo de cerca de un metro de diámetro. Mucho comercio y mucha gente, esto se notaba al primer golpe de vista pero nada extraordinario. Poco gusto para presentar las mercancías en los escaparates. Un sastre ha colocado en la entrada de su establecimiento una serie de muñecos que representan personajes de la historia de los Estados Unidos, vestidos con muestras de la ropa hecha, que allí se vende; de modo que puede uno ponerse los calzones del general Sherman, hombre de muchos calzones indudablemente.

(1) Gutiérrez Zamora murió hace algunos meses. Cuanto mexicano haya estado en Nueva Orleans en estos años últimos, habrá deplorado su muerte, como nosotros.

Recomiendo á los turistas gastrónomos (bellísima cualidad que es el antidoto de la gula, al grado de que en vez de «contra gula templanza» como reza el catecismo, deberíamos decir, «contra gula gastronomía») les recomiendo, decía yo, los manjares de N. Orleans. ¡Qué bien comimos! En la *gargote* de una vieja alsaciana, legitimista, por más señas, y cuyos manteles albean más que la bandera de las lises, en lo alto, en lo más alto de una casuca que tiene ventana sobre el río y se yergue en un extremo del negro y tortuoso barrio criollo; entre una abigarrada clientela de antiguos obreros franceses y viejos pilotos en receso, y á flor de cocina, eso sí, saboreamos un pescado maravillosamente guisado, una morcilla aderezada por mano de hada y unos camarones delicadamente amortajados en sus rosadas cornucopias de nacar. ¡Y en el aristocrático *restaurant* de Moreau. ¡Qué ostras! ¡qué delicado *pape botte!* qué truchas supremas, capaces de enflaquecer de envidia al gordo cacique de las piscinas de Chimalhuacán! Con decir que solo en Campeche se come mejor, está dicho todo, y eso que pronto hará treinta y ocho años que no como en Campeche!

Un tren de vapor nos condujo á orillas del lago desfilando por entre los suntuosos edificios de Canal-St. que parecen hechos de yeso pintado; al salir de la gran calle entramos en un barrio de casas de madera, primorosas algunas; después bordeamos un vasto cementerio, verde, de cesped aterciopelado abajo, verde obscuro arriba, en donde balanceaban sus grandes hojas lustrosas y sus enormes copas de perfume los árboles de magnolia; en el claro que dividía las dos zonas verdes, blanqueaban los sepulcros de marmol y de piedra, simples estelas fúnebres, la mayor parte; uno que otro hermoso, con la hermosura del arte industrial. Luego costeamos una ancha esplanada, pavimentada de madera, salpicada de kioskos medio moriscos y medio chinescos, como todos los kioskos que desde hace un siglo cubren el planeta con su vegetacion de fierro colado; vemos con complacencia las casitas de baños instalando confortablemente en el agua su frágil y caprichosa arquitectura, los miradores elegantes desde donde se domina el lago, los *bars* que encierran un lago venenoso en sus millares de botellas multicolores y *stopamos*. Así se dice en el castellano de la N. Orleans: el lector está en su derecho para leer: y *paramos*.

Cruzamos un puente sobre un ancho canal; cuando llegamos al otro lado, un chiquillo movió una palanca y el puente semi-giró sobre un piñón de hierro y tomó una posición vertical á la que antes tenía; una gran lancha de vapor, remolcando cuatro ó seis balsas formadas por magníficos troncos de abeto, pasó; el chiquillo movió de nuevo su palanca y el puente se formó en cinco minutos.

El lago este, es un mar color de violeta bajo nuestros ojos, lentamente azul á compás de la vista que se levanta sobre él é inmensamente azul en su horizonte elegantísimo de oceano dormido. Démonos el lujo de un crepúsculo vespertino aquí, meciéndonos en una *rocking-chair*, flanqueados por un vaso de líquido helado (me da vergüenza decir que era cerveza) y acariciados, sin metáfora, por una brisa de esas que murmuran á través del ventalle de las palmas en los versos de mi pobre Alfredo Torroella ó que vagan perfumadas de azahar en las confidencias de Lamartine. Sobre el raso joyante del lago una cúpula de raso sin mancha, el cielo; el pomo infinito de aire zafirino y la ilimitada placa de cristal no se confunden, se tocan en una curva de lapizlázuli y los dos matices del azul parecen dos aspectos de un solo ensueño. Un solo celaje, encima del sol que en el ocaso

Ferme les branches d'or de son rouge eventail;

una sola nubecilla de encaje tramado de luz y teñido de amatista purísimo por arriba, flotaba lentamente en un segmento verde del cielo. El sol escarlata, pero de un escarlata absoluto, como si saliera de un baño de sangre humana, se destaca ovalado y deforme en el vaho violaceo de la atmósfera; del otro lado la luna, oxidada, con una cristalina palidez de histérica, viendo el sol al soslayo, con grandes ojeras azulosas de desvelada, una luna dulcísima é impura, en fin, que denunciaba en su luz enfermiza, en su mirada lánguida, la sensualidad suprema de sus amores tormentosos con el mar. A veces un soplo que viene del Oriente y que parece el hálito de la luna, hace correr un estremecimiento de plata por el lago que en el ocaso semeja un disco de acero que el sol damasquina de arabescos de oro.—Los faros se encienden en las riberas y la luz eléctrica crepita y azulea entre los globos deslustrados; enfría la brisa y el alma sale de su anestesia como si acabara de ser creada: Pienso como si pensara, por vez primera; pienso en ellos; pienso en la que nos dejó. Volvamos; mientras volvíamos cantaban en mi memoria los versos del martir Juan Clemente Zenea.

El sol al ver la luna acorta el paso
y quédanse mirando frente á frente,
un globo de oro y sangre en el ocaso
y un globo de alabastro en el Oriente.

***

A trip to China-town.—Un viaje á China-town, es un *vaudeville* ú opereta funambulesca en que se caricaturizan ciertas costumbres de la gente de trueno en N. York; la escena pasa en Bowery, la famosa calle ó avenida popular y de malísima fama nocturna en la ciudad imperial; pegado á ella hay un barrio chino; ese es China-Town. Una serie de escenas ridículas y risibles, iguales á las pantomimas que organiza y anima Ricardo Bell; un rosario de interminables canciones, ensartadas en airecillos graciosos, pero infantiles, como el del valsecillo americano que cantan aquí y en México todos los chicos: *después del baile;* una colección de habilidades, silbidos, mugidos de locomotora, qué se yo, ejecutados á maravilla por uno de esos hombres que se disputan los empresarios de *circo......* Eso es el famoso *viaje;* algunas bonitas decoraciones, algunas luisianesas bonitas, muy airosas, muy grandes de ojos y de boca, ¿inglesas? ¿francesas? ¿españolas? No sé; algo de todo eso con una gota de esencia africana en el fondo de la mirada negra y de la sangre roja.

***

Dormí un poco dentro de una bañadera de marmol llena de agua tibia; pero ya en mi cama; me tuvieron despierto los campanillazos incesantes de los *tramways.* La civilización como el crimen de Macbeth ha matado el sueño; para dormir cual un patriarca precisa volver al tiempo de los patriarcas. La civilización ha inventado ruidos nuevos ó ha hecho nuevas combinaciones de ruidos viejos. Por eso me aparece en mi insomnio como una joven *yankee* con una corona de estrellas eléctricas, unas inmensas alas blancas de algodón fenicado y dos frasquillos májicos en las manos: uno de bromuro de potasio y otro de cloral.

Muy de mañana, después de tomar algunas frutas heladas y un poco de té, salimos á vagar por las calles; el jefe de la caravana, una primilla mía de diez años, esbelta y graciosa como una luisianesa, otro excelente compañero de viaje que habla en español un copioso inglés de Ollendorf y vuestro servidor. Una brisilla fría y sabrosa nos convidaba á andar y vagamos...... vagamos. Los bloks (nosotros diríamos las manzanas de habitaciones) se suceden en las irregulares casillas de interminable tablero. En unos domina el rojo, el color instintivo de la fabricación yankee, otros son amarillentos, y grises y color de humo todos. Mark Twain dice que desearía para Nueva Orleans uno de esos colosales incendios como los de Chicago ó Boston, para que en la ciudad nueva hubiese un poco de arquitectura; no la hay, en verdad. La célebre *Bolsa del algodón* con su jactancioso estilo del renacimiento francés, sus cariátides y su ornamentación profusa, me pareció de *papiermaché.* Más me gustó por dentro; su confortable instalación, su movimiento, no extraordinario, pero constante, revelan la gran importancia de la mercancía—reina en la metrópoli mercantil del bajo Misisipí.—En una inmensa carta de los Estados Unidos están marcadas las temperaturas diarias de las ciudades principales. Las líneas de balcones de fierro calado, se interrumpen aquí y allí por alguna enorme construcción de muchos pisos, acribillada de ventanas; es una fábrica, un edificio de oficinas, una colmena humana. Por la calle Laffayette, fea y obscura, pasamos á la calle St. Charles, amplia y hermosa, en torno de un jardín lleno de copudos árboles, una iglesia gótica, un edificio público (la casa de ciudad) con altas escalinatas y enormes columnas grises en su fachada; del otro lado un templo masónico.

El tranvía eléctrico nos condujo á Carrolton; el frío picaba y mordía á su gusto; espléndidas avenidas de árboles, apenas despojados de hojas en los primeros días de su *toilette* de Otoño; casas de madera, algunas grandes y hasta suntuosas, rodeadas todas de jardincillos ordenados á la francesa; grupos de niños y niñas muy limpios y muy alegres que van á las escuelas. En una plaza, sobre altísima columna blanca, la estatua del gran rebelde Robert Lee.

***

Lonchamos (perdón Peñita, pero lo volveré á hacer)

y salimos á pie para el barrio criollo, en compañía del buen Gutiérrez Zamora, á quien entregué una carta que, por su delicada amabilidad, llevaba desde la primera línea la firma del señor Mariscal. Entramos en la catedral, vetusta, insignificante, fea; las naves laterales están cortadas en su parte superior por grandes galerías ó tribunas; algunas pinturas bastante malas; dos viejas mulatas rezan devotamente junto á la reja que cierra el ábside. Por fuera una fachada vulgar rematada por dos torres piramidales.

Salimos al parque Jackson; me acerqué con viva curiosidad al bronce ecuestre que le sirve de centro; la estatua de Andrés Jackson. Nueva Orleans debe la vida á este hombre; en 1815 la salvó de los ingleses que la amenazaban y la salvó de él mismo, porque cuentan que estaba resuelto, en caso de derrota, á reducir la ciudad á cenizas antes que dejarla en poder del enemigo; enérgico, iracundo y brutal como era, habría ejecutado su propósito. Y de mucho más era capaz el bilioso magistrado duelista del Tennessee, el rabioso exterminador de los indios del sudeste americano, el soldadón sin escrúpulos, que es seguramente el más notable hombre de guerra que presenta la historia de los Estados Unidos, á la par de Sherman y Lee y el temperamento de soldado más radical que la más turbia, pero la más exaltada de las popularidades haya sentado en la silla presidencial de Jorge Washington y del impecable repúblico J. Q. Adams. Sólo Jackson y Ulises Grant, han seguido siendo soldados aun en la presidencia; Washington, Tylor, no fueron más que ciudadanos.

Nueva Orleans ha hecho bien en cobijar con su manto azul maculado de humo, á los dos irreconciliables enemigos, al soberano orador Clay y al semi-Cezar Andrew Jackson. ¡Y pensar que si Clay hubiera ganado al general la presidencia, nuestros negocios con los vecinos habrían tomado mejor y más cristiano y honrado camino, y que probablemente hubiéramos economizado la guerra que hace medio siglo nos dilaceró y nos mutiló! Esta presidencia de Jackson costó mucho; en su tiempo quedó planteada y formulada por el fanatismo elocuente y sombrío de Calhoun la cuestión de *los derechos de los Estados* que había de resolverse á sangre y fuego en la guerra de secesión; en su tiempo se inauguró el *sistema de despojos*, que ha convertido las luchas electorales en combates por los empleos, que ha convertido á la democracia americana en un ejército mandado por los politicians; ese sistema que ha hecho impopular la honradez de Mr. Cléveland, el valeroso presidente que ha reobrado contra él y contra la política de corrupción y de injusticia que entraña. No importa; esta democracia, no presentará, sino muy de paso, el horrendo espectáculo de una democracia esclava; hay en ella fuerzas formidables almacenadas que la salvarán en caso de peligro; un glóbulo de sangre de los viejos padres peregrinos de la *Flor de Mayo*, basta para encender en el corazón del último *yankee* el amor indómito y sagrado de la libertad.

Nada de esto me decía la vulgar é inexpresiva fisonomía de la estatua del general Jackson......y seguimos. Feo barrio éste; en el centro de las calles apenas corre el negro y mal oliente arroyo, oculto por basuras, papeles, restos de barricas; las casas cubiertas de yeso, descascaradas, ennegrecidas; el teatro de la Opera francesa, galerón que se abre sobre un pórtico de pilastras cuadradas, blanco embadurnado de humo, es ignominioso. Mas no sé qué olor de viejo, de historia, de costumbres crueles, pero pintorescas, de dueños de esclavos, reina allí y encanta; y luego los nombres del as calles: *rue Bourbón, rue Conti*......hacen un efecto dulce y melancólico sobre el espíritu y remueven la arquilla de los recuerdos......

Habéis leído alguna de esas delicadas novelillas luisianesas de Jorge Cable? allí pasan con las timideces de las razas aristocráticas y los estupores de la elegancia caballerezca ante las brutalidades de la civilización del carbón y del fierro, algunas mujeres de la antigua sociedad criolla y francesa de esta comarca. Todavía hay representantes de ella aquí; entramos á una casita modesta y confortable, y un amigo que nos acompañaba, nos presentó á su esposa. Era una joven madre ligeramente opulenta de formas, pero tan elegante bajo la ondulación rítmica de su vestido de muselina; era la suya una encarnación láctea y rosada tan muelle, tan fina, con tan delicadas veladuras de ámbar sobre la sedeña tez; y el peinado recogido en lo alto de la cabeza en una apretada diadema de tonos dorados, como los tocados de principios del siglo y el francés que hablaba, ligeramente arcaico, pero con modulaciones tropicales de música tan marfilina y suave, que todo nos hacía creer que la francesita de Luisiana se había escapado de un paisaje de abanico de raso de los que usaban las lindas damas del primer imperio y que hoy conservan todavía en sus pliegues ligeramente marchitos el divino perfume de las flores muertas. ¿Ibamos á oír de sus labios la llorosa protesta de las criollas de Nueva Orleans contra la infame venta de la Luisiana á los Estados Unidos? No; mi patria, nos decía, es los Estados Unidos y México.

* * *

Mas tarde hicimos el viaje á la *levée* acompañados de un joven mexicano muy listo y muy amable, hermano de nuestro excelente amigo el Director del *Universal* Las calles que llevan á *Crescent City* (la ciudad media-luna) son animadísimas, incesantemente surcadas de tramways, de carros y carretones, bordada de grandes casas, de enormes cubos de piedra gris ó roja, perforados de centenares de ventanas, como el *Correo*, la *Aduana*, una refinería de azúcar; el Correo es magestuoso, con sus cuatro pórticos y su aire severo. De una ventana de este edificio hizo colgar el proconsul Butler á un energúmeno borracho que había arrastrado la bandera de la Unión por las calles de la ciudad, después de haberla hecho capitular el heróico Farragut en 1862.

Llegamos á la *levée*, inmenso dique de tres ó más millas, en forma de arco y cuajado de muelles, que defienden á la ciudad de los caprichos del *padre de las aguas*, del viejo Meschasebé. Colocados en uno de tantos muelles en medio de un verdadero laberinto humano, tratamos de ver; arriba una nube espesa que se nos metía por las vías respiratorias en forma de moléculas de carbón, producto del aliento de las chimeneas de los vapores que llegaban y salían; primera nube negra. Otra abajo; ésta la componían algunos centenares de negros y mulatos que gritaban, juraban y saltaban como gorillas en asueto, yendo y viniendo de los muelles á los vapores por medio de puentes volantes de tablones, con fardos y carretillas haciendo un ruido diabólico; le faltó al Dante, para un cuadro al carbón de los que componen su galería infernal, una vista á *Crescent City*.—Entre esas dos nubes negras había una faja clara que permitía ver en último término la opuesta orilla cubierta de casitas (todas iguales) y de fábricas humeando; de esa orilla se desprenden los *ferrys*, cargados de coches, de caballos y pasajeros. El río describe frente á nosotros su espléndida media luna (de donde el nombre de *Crescent City*) El Mississipi, el río más grande del mundo (4,300 millas agregándole su tributario el Missouri) tiene la particularidad de irse angostando á medida que se acerca á su Delta. El capitán Marryatt le ha dado el nombre de *cloaca máxima* por la prodigiosa cantidad de lodo que arrastra (más de cuatrocientos millones de toneladas, depositadas cada año en el Golfo de México). Así sale, entre estrechos y tortuosos canales y pantanos, al mar y algún día llegará al canal de Yucatán y dejará convertida en una charca gigantesca la parte occidental del Golfo; si esta fuera la solución de la cuestión cubana, habría que esperar un poco, unos millones de años tal vez.

Los vapores blancos de dos ó tres pisos de camarotes y puentes, que remontan el río, recogen sus pasajeros al són de la campana, izan sus banderas y parten describiendo una airosa curva. ¡Y pensar que esta inmensa arteria de la circulación mercantil del planeta, descubierta por Soto en 1542, no fué explorada por La Salle hasta las postrimerías del siglo XVII y que no ha sido empleada en el tránsito mercantil hasta después que Napoleón vendió la Luisiana á los norte-americanos en 1803, en ochenta millones de francos!

El día siguiente lo empleamos en visitar al *maire* de la ciudad, hombre excelente y campechano; en dejarnos reportear por un amable muchacho de Mazatlán, redactor del *Picayune*; en hablar mal de los irlandeses y de los negros que se disputan la riqueza y el trabajo en la reina del Mississipe y en vagar.......

Al obscurecer del día tres de Octubre, partimos.

JUSTO SIERRA.

Febrero de 1897.

Las cuestiones políticas y militares agitan al mundo; los intereses económicos lo conducen.

G. M. Valtour.

FISONOMIAS MEXICANAS

A GATO VIEJO......

(Véase nuestro grabado.)

Por idiosincracia, por atavismo, por todas esas cosas que hoy se mencionan con palabras nuevas, ó por lo que ustedes gusten y manden, los mexicanos no podemos ver á una mujer, guapa ó fea, con tal que sea joven, sin derretirnos de amor y—lo que es peor—sin decirle que nos derretimos. De abolengo los latinos somos *floreadores* y enamorados; pero á los mexicanos nadie nos gana á querendones. Ver una hembra y dispararle todo el surtido de exclamaciones sentimentales *ad hoc* que tenemos en la mollera, es todo uno.

Tan nutrida llegó á ser la granizada de piropos que los desocupados de Plateros lanzaban sobre las muchachas paseantes, que D. Pedro Rincón Gallardo, de pía memoria, ó D. Eduardo Velázquez (no lo recuerdo en estos momentos) penaron con retención y multa á todo *lagartijo* que floresase á una mujer.

Las damas, por su parte, aunque enamoradas de la lisonja, detestaban y detestan las triviales flores callejeras, y si en un baile, respondían y responden al clásico: *es usted muy linda* con el cursi *es usted muy galante*, en Plateros se enfullinaban y se enfullinan aun á la hora en que esto escribo, ante una palabrita melosa.

Las biliosas suelen responder con esta exclamación: ¡grosero!

Las nerviosas con una mirada que querrían tener todos los fuegos del Cosmos para aniquilar al molesto moscardón; las anémicas mueven desdeñosamente los hombros y las linfáticas prosiguen impávidas su camino. Pero sean cuales fueren las manifestaciones de las doncellas *floreadas* ante el *floreador*, no cabe duda de que este constituye una calamidad social, una *melena* de género diverso á la que reina en Oaxaca, pero no menos atroz. Ha llegado hasta entorpecer el movimiento de Plateros y es frecuente—merced á él—oir diálogos como este:

—¿Niña, no vas á hacer tus compras?

—Sí, mamá, pero en coche.

—No, á pie, que te sirve de ejercicio.

—Sí, pero me florean......

—No haces caso.

- Ay mamá! parece que no conoces á los lagartijos. . . .

La señora suspira pensando:

—¡Hace tantos años que soy vieja!

Y la niña pide el coche para hacer sus compras.

* * *

Empero, por atroz que sea la erotomanía en un joven, tiene disculpa.

Lo que no la tiene es la erotomanía en un viejo.

La escena que ha servido de asunto al pincel de Villasana, es, sin embargo, común, acaso porque lo bueno es lo raro.

¡Oh! los tenorios seniles! Asomaos por las noches á las dulcerías, pastelerías y salones de refrescos servidos por muchachas, y sorprenderéis más de media docena de osos valetudinarios, de esos que ya ni pecar pueden sino imaginativamente, de esos faunos cincuentones de vientre exageradamente combo y piernas exageradamente flacas, ó del tipo que queráis, desgarrando sus añejas y averiadas lisonjas insinuantes al oído de una burlona muchacha, entre vaso de soda ó de vichí y pastillita de chocolate.........

Los yankees, que según la feliz expresión de Paul Bourget, ven en la mujer al individuo y no al sexo, capaces son de convivir con lindas mexicanas en una pastelería, sin mengua de la integridad moral de unos y otras, mas que entre al establecimiento un viejo *alifafado* de esos que en el otoño de la vida refinan su paladar, y adiós claustral y pura fraternidad, adiós paz eucarística del establecimiento: las solicitudes cautelosas se tocarán en el aire, estarán en la atmósfera, y los deseos estragados burbujearán con la soda, en las copas de cristal.

En México ni el reuma crónico, ni el asma, ni la debilidad senil impiden á un Don Juan de dentadura postiza y macferland abrigador, buscar la fruta del arbol prohibido.

¡Oh! comodinos gatos viejos que durante el día *runruneais* en la silla de cuero de la oficina ó del despacho, entreabriendo apenas un ojo para firmar minutas ó recibos de renta. y merodeais en la noche á caza de ratones tiernos; gatos viejos que engendrais hijos escrofulosos, epilépticos y maniacos, en trabajosos horas de idilio...... *vade retro!*...... *retirad vuestra bandera*...... *Dios lo quiere* y el diablo.....os desecha.



Señorita Julia Novella, de Guatemala.

GUATEMALA

Monumento á Colón.—La primera instalación para el certamen.—Una belleza.

Creemos no tener necesidad de repetir que, circulando ampliamente nuestro semanario en la vecina República del Sur, es natural y justo que de vez en cuando consagremos parte de nuestras columnas á la descripción de bellezas y monumentos dignos de tomarse en cuenta. Cumpliendo, pues, con este propósito, damos hoy un grabado del hermoso monumento á Colón, erigido por decreto de 12 de Octubre de 92 é inaugurado el 30 de Junio de 96, en la capital de la República, en el parque de la plaza de armas. Refiriéndose á ese monumento, nos dice un cronista guatemalteco lo siguiente, que puede servir de amplia descripción:

El señor D. Tomás Mur ha dado vida á una hermosa idea en el monumento, en el que no hay accesorios inútiles de ornamentación, ni detalle alguno supérfluo, y que no contribuya por consecuencia, al desarrollo de aquella. Página artística é histórica, todo se une para formarla y para darle claridad y expresión.

El basamento es de base cuadrada: todo él de mármoles blancos y rojos, tiene próximamente dos metros de altura. Sobre él, una semi esfera representa el antiguo hemisferio, sobre el cual posan sus plantas tres figuras atléticas en diferentes actitudes, pero que contribuyen al esfuerzo común de sostener y elevar en sus hombros el mundo completado por Colón, cuya figura se alza de pie sobre el globo en actitud tranquila, señalando á sus pies el resultado de su obra. Las tres figuras representan la Ciencia, la Constancia y el Valor, y tienen de altura vez y media el natural.

La Ciencia tiene á sus pies las columnas de Hércules rotas, aplastando en su caída la tradición del *no más allá:* en una mano alza un *puñado* de laurel, pues el señor Mur ha huido de coronas y de ramas bien *colocaditas*, para representar unas hojas cogidas al acaso y ofrecidas en el entusiasmo del primer momento. En la otra empuña la simbólica palanca, con la que sostiene el mundo; el extremo de la palanca se apoya en la Constancia, figura de actitud reposada, que sostiene en su mano izquierda antigua ánfora de la que se desprende una gota de agua que cae sobre una peña desgastada, en la que se lee la inscripción latina *«gutta cavat lapidem.»*

La tercera figura representa al Valor: figura muy movida, de actitud arrogante, se apoya en el timón de un bote casi sumergido en las olas, como desafiando á la tempestad; pero empuñando prudentemente un cable, pues el valor no ha de ser temerario sino inteligente.

Las tres figuras señalan cualidades que distinguieron á Colón. Ciencia, Constancia y Valor.

En la semi-esfera de la base hay cuatro coronas de laurel que descansan en otros tantos pedestales de mármol, unidos al basamento, con el que forman parte integrante. En la faja ecuatorial está escrita la leyenda-dedicatoria: «Guatemala á Cristobal Colón,» en caractéres antiguos, de relieve y de bronce dorado.

En la esfera superior se dibuja en la misma forma, el mote «Plus Ultra, 12 de Octubre de 1452,» y en su frente principal campea algo en escorzo, el escudo de los Reyes Católicos, que en un monumento dedicado al descubrimiento de América, no puede ni debe faltar el recuerdo de la Reina magnánima, por cuenta de cuya corona se acometió la considerada como temeraria empresa. Corta el escudo la faja ecuatorial y anima con sus minuciosos detalles y artística ejecución un gran espacio que de otro modo resultaría poco agradable. Sobre la superficie de la esfera se dibuja en relieve, la masa de continentes é islas que constituyen el mundo moderno.

La ejecución del monumento es esmerada hasta en sus menores detalles. La figura de Colón es dos veces al natural próximamente. Ella por sí sola trae toda la atención, por su majestuoso aspecto por su expresiva actitud y por su belleza. La cabeza es verdaderamente hermosa: impreso en ella el sello de su época, retrata al pensador y al hombre de carácter firme y enérgico, que dió remate glorioso á la empresa llena de dificultades. Atrae y hace pensar. Sus líneas severas no lo son hasta el extremo de hacerla antipática, antes bien expresa la bondad del hombre y la inteligencia superior del genio. A su lado el simbólico quetzal, tiende sus alas como para remontar su vuelo.

Las tres figuras de los atletas son magníficos estudios del desnudo, en los que el señor Mur ha hecho gala de sus observaciones anatómicas y de su conocimiento de las reglas de la composición, para harmonizar entre sí tres figuras semejantes, y que sin embargo, expresan ideas y hábitos enteramente distintos.

El monumento, en su totalidad tiene diez metros de altura; y está rodeado de una verja, estilo del siglo XV, colocada sobre base de mármol, y toda ella bronceada.

En el frente del zócalo se ha colocado una loza sencilla y elegante, con la siguiente inscripción: «Se erigió este monumento por decreto de 12 de «Octubre de 1892, siendo Presidente de la República el «General D. José María Reyna Barrios. Inauguróse el «30 de Junio de 1896.»

El costó total del monumento no baja de $40,000, según los datos que he recogido.»

De artístico hemos calificado el proyecto del señor Mur, y la ejecución que ha sabido darle. Y en efecto: si bien la crítica severa puede hallar repetición de motivos en el duplicado de las esferas, para nosotros esa redetición precisamente es la que merece nuestro calificativo, pues completa el pensamiento concebido y realizado por el inspirado artista.

* * *

Como nota curiosa relativa á la Exposición de Guatemala, darémos la siguiente: La primera instalación organizada, corresponde á la casa de Krupp.

La gran fábrica de cañones, fusiles, balas y corazas, formidable en la guerra y temible en la paz, no se apresuró á exhibirse ni en Francia ni en Chicago, y se apresura á hacerlo en Guatemala.

¿A qué obedece esto? Imagínome que el Sr. *manager* de la formidable empresa alemana se ha dicho para su coleto: Los franceses con dificultad se lanzarán á una nueva empresa bélica. Tienen grandes intereses industriales que proteger y pocas ganas de gastar sus millones en balas, á pesar de las líricas declamaciones de la *Revanche.* Los yankees......... uff! esos no pelean. Tienen mucho dinero y mucha calma. ¿A qué enviar, pues cañones con tanta anticipación á esos señores? En Guatemala ya es otra cosa...... Las Republiquitas latinas tienen lo belicoso en los glóbulos de la sangre. Allí no se concibe la vida sin cuestiones internacionales......... Vayan, pues, mis Krupp. ¡Los venderé bien!

Y las formidables máquinas han llegado á la cita las primeras y bostezan ya en su instalación, por su amplia bocaza, preñada de muerte.

* * *

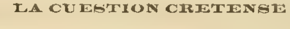
Engalanamos nuestras columnas con una belleza más de la capital de Guatemala. Viene su hermosura de Francia; hay rasgos galos en ese rostro iluminado por la inmensidad radiante de dos pupilas obscuras

Se llama...... para nosotros la mujer bella no tiene sino nombres vagos: es un destello de la hermosura suprema. Se llama ensueño, ilusión, cariño, esperanza.........

Y como por esta vía el Pegazo de la imaginación pudiera irse muy lejos, ponemos punto.



Guatemala.—Monumento á Colon, inaugurada el 30 de Junio de 1896.



LA CUESTION CRETENSE



Panorama de Candia.



Un soldado cretense.



La cuestión de Creta.—Panorama de Canea.



Un sacerdote cretense.



Bombay.—Torre del silencio.

LA REVOLUCION DE CRETA

NUEVA FAZ DEL ASUNTO

El asunto de palpitante actualidad en Europa es la cuestión cretense que ha tomado un aspecto del todo nuevo é inesperado por la intervención del Rey Jorge de Grecia.

Fresca aún la sangre vertida en las espantosas matanzas de Constantinopla, y un tanto apenas tranquilizados los ánimos por la intervención de las potencias que exigieran algunas reformas al sultán; la revolución estalla en Creta, la gran isla del azul mediterraneo, y se repiten las escenas de exterminio, en las que familias enteras caen bajo el yagatán del turco ebrio de sangre, clamando en vano piedad y misericordia......

Como en Armenia, el horror de la tragedia es infinito y los cretenses cristianos, bartos de la tiranía turca, y cansados de sus crueldades, han contestado á los furores musulmanes con explosiones de fanatismo cruel, y buscando un nuevo refugio han proclamado su anexión al reino de Grecia.

El rey Jorge, inspirado en las ideas de su pueblo, que aspira á extender la influencia helénica, ha aceptado la declaración de los cretenses, y hace lo posible porque triunfe la revolución, desafiando al pérfido sultán y exponiéndose á las iras de las naciones poderosas, que no se atreven aún á herir de muerte al infeliz caduco imperio de los Califas.

Por el tenor de los telegramas, parecía que las potencias, con excepción de Alemania cuyo Emperador no está en buenos términos con el gobierno de Atenas, favorecían la anexión de Creta al reino de Grecía; pero el bombardeo hecho por los cruceros extranjeros al campo insurgente y las amenazas del Almirante inglés, nada menos que á un Príncipe de la casa real de Grecia, que manda la flotilla de torpederos en las aguas de Creta, hace pensar que tal vez á última hora las potencias han decidido contener las ambiciones del Gobierno helénico.

Estremece contemplar ese cuadro de horror, donde el fanatismo cruel y la superstición salvaje chocan en convulsión trémenda.

No es sólo el odio tradicional entre los adoradores de la cruz y los sectarios del Corán lo que produce esas explosiones; se ven allí como los espasmos de un pueblo moribundo que en su desesperación hiere, mata y destruye antes de hundirse en el abismo.

¿Cuándo querrá la Europa cristiana borrar para siempre á la Turquía del catálogo de sus pueblos? ¿Cuándo se librará de esa úlcera que la avergüenza?

Damos varios grabados que ayudarán á nuestros lectores á formarse una idea cabal del teatro en que se desarrollan los sucesos á que nos referimos.

EXOTISMOS DE LA INDIA

La peste y los parsis.

El asunto que va á inspirar estas notas juntamente con la cuestión cretense que desfloramos en otro lugar, son hoy por hoy los asuntos de interés en Europa. No hay revista extranjera que de ellos no se ocupe, y si EL MUNDO ha de reflejar la fisonomía europea como la americana, justo es que á su turno les consagre algunas líneas.

Hecha esta breve salvedad, pasemos al asiento. En 1894, la peste ó *tchouma*, que venía de uno de sus focos endémicos de la China, de las altas planicies de Yun-Nan, donde diezma, desde 1850 á los habitantes durante una parte del año, stalló bruscamente en Cantón. En algunas semanas hizo más de 6,000 víctimas.

De Cantón, la plaga no tardó en pasar á Hong Kong. En 1895, cuando los focos de Cantón y de Hong-Kong estaban aun en plena actividad, la epidemia se extendió á los alrededores de la ciudad y ganó en seguida la ciudad de Macao. Hace un año la isla de Formosa estaba contaminada.

A fines de 1896, Bombay, uno de los centros más populosos de la India Inglesa, estaba infestado y pagaba á la peste, desde el primer día un espantoso tributo. De Bombay, por último, la peste se embarcó con los peregrinos hindus y ha desembarcado estos últimos días en Camararos en el Mar Rojo.

Se han atribuído los estragos de esta plaga á causas bien diversas. Basta, para comprobarlo, mencionar esas *Torres del silencio* que debieran llamarse más bien torres de la muerte.

Las *Torres del silencio*, en número de 115 en la India, sirven de lugar de sepultura á los parsis. Ya se sabe que esta secta, una de las más curiosas y de las más civilizadas de la India, profesa el culto del *Fuego Sagrado*.

En Bombay, donde su colonia llega á 47.458 habitantes, han hecho sucesivamente elevar siete torres que sirven para la inhumación de sus correligionarios.

Estas torres ó *Dakmas* están agrupadas en la cima de una colina, *Malabar* Hill, que domina la mar á algunos kilómetros de Bombay.

Al contrario de lo que pudiera suponerse, Malabar Hill es un barrio lujoso donde se agrupan deliciosas quintas, á las cuales la vecindad de los Dakmas no asusta en manera alguna.

Estas torres están por lo demás rodeadas de jardines magníficos; para dominarlos, basta estar autorizado para subir á la terraza de uno de los tres *Sagris*;—se llama así las capillas en la cual es mantenido el fuego Sagrado.—Desde esta eminencia, la vista se extiende á lo lejos hasta el mar. Bombay y su maravillosa rada aparecen en parte ocultos por plantaciones de cocoteros; á lo lejos, la cadena de los Ghates, alrededor un parque inmenso que circunda los *Dakmas*. ¿Son estas verdaderamente torres como se las ha llamado? Su altura no guarda proporción con su diámetro. La más grande de las cinco tiene 90 pies de diámetro por 35 de altura. Son masas enormes de manpostería demasiado resistentes para durar siglos, construídas de granito negro y duro, revestidas de una capa de cal blanca.

En el centro, un pozo de quince pies de profundidad y de 45 de diámetro, conduce por un agujero practicado en la mampostería á cuatra canales dispuestos en ángulos rectos el uno del otro y terminados cada uno por huecos llenos de carbón. Un parapeto de piedra de catorce pies de altura, rodea la parte superior é impide ver al exterior. Este parapeto es el que, visto de lejos, parece formar una sola masa con el aparato de piedra, y á causa de sus revestimientos de cal, da al conjunto la apariencia de una torre aplastada.

La plataforma está dividida en setenta y dos compartimientos ó cajas abiertas que parten del punto central y están dispuestas como los radios de una rueda y se hallan repartidas en tres filas concéntricas, separadas las unas de las otras por estrechos conductos de piedra que sirven para llevar la humedad á los pozos y los canales inferiores.

Es bueno hacer notar que el número tres es el emblema de los tres preceptos de Zoroastro, y el número 72 el de los capítulos del Yasne, una de las secciones del Zend-Avasta.

Cada línea de ataudes de piedra está separada por un pasadizo, lo que viene á hacer trs pasadizos circulares; el último rodea al pozo central. Estos tres pasadizos están atravesados por una calle que conduce á la puerta única por la cual entran los portaderes. En la primera fila están colocados los cuerpos de los hombres, en la de en medio los de las mujeres, y en la última, la más pequeña, cerca de los pozos, los de los niños.

Sir Monier Williams, que ha asistido á los funerales de los Parsis nos los describe así:

En tanto que yo me ocupaba con el Secretario en examinar el modelo de la torre, cierta agitación llamó nuestra atención: una centena de pájaros reunidos sobre uno de los Dákomas, comenzaron á moverse, en tanto que otros se dejaban caer pesadamente de los árboles vecinos. La causa de este movimiento nos fué bien pronto revelada; Un convoy se aproximaba. El cuerpo sea cual fuere el rango del difunto: rico ó pobre, y así esté próxima ó lejana su morada, es llevado siempre por los nasasalars, que forman una clase aparte en la comunidad. Las personas que siguen el convoy van después, Como los cargadores son supuestos impuros á causa de sus funciones, viven completamente separados del resto de la comunidad y son ampliamente retribuidos.

Antes de llevarse el cuerpo de la casa donde están en asamblea los padres y los amigos, se recitan plegarias que contienen ciertas Ghatas ó preceptos morales, y el cadaver es expuesto á la mirada de un perro que los Parsis consideran como un animal sagrado. Esta última ceremonia se llama *Tag-did*.

«El cuerpo, envuelto en trapo blanco, es colocado en seguida sobre un ataud de fiero, y los cargadores, vestidos de blanco también, avanzan hácia las torres.

«Los padres y los amigos, igualmente vestidos de blanco y unidos de dos en dos por medio de un pañuelo siguen á la distancia de unos treinta pies.

«La torre elegida para la exposición contenía ya los restos de muchos miembros de la familia. Los dos Nasasalars abrieron la puerta rápidamente y llevaron respetuosamente el cuerpo al interior; después, con detalles invisibles para todos, le depositaron, según los ritos en uno de los *Kesh* Cinco minutos después reaparecieron con el ataud y el sudario blanco. Apenas habían cerrado la puerta, una docena de pajarracos, rápidamente seguidos por los otros, se abatieron sobre el cuerpo. Bien pronto volvieron á aparecer y volaron á los árboles: no habían dejado más que los esqueletos......

* * *

¿A qué atribuir las causas de esta enfermedad infecciosa que los parsis niegan haber provocado por sus usos funerarios? Al contagio, que no debe confundirse con la epidemia. La peste es contagiosa y se comunica por el tacto. Se desarrolla también por la suciedad de Bombay. Esta hermosa ciudad contaba con 800,000 habitantes. Ahora ha quedado reducida á la mitad

En la India todo es extraordinario......... ¡hasta la muerte!

Las naciones no tienen grandes hombres sino á pesar de ellas.

BAUDELAIRE.

* * *

Un voto en tiempo de paz, vale tanto como un sablazo en tiempo de guerra.

SIR JOHN LUBBOCK.



Escenas de Carnaval.—¿Y ahora, nos conoces?



La primera lección.



EL PARRICIDA

El abogado alegaba como circunstancia atenuante la locura de su defendido. ¿De qué modo, si no, podía explicarse tan extraño crimen?

Habíanse encontrado una mañana, en un cañaveral cerca de Chatou, los cadáveres de un hombre y una mujer, muy conocidos por su posición social, casados hacía un año, después de tres meses que llevaba de viudez la dama.

Nadie les conocía enemigos que hubieran podido asesinarlos, y sin embargo, los dos cadáveres presentaban evidentes señales de un crimen.

Hiciéronse varias investigaciones para dar con los asesinos y se interrogó á los marineros de aquella ribera; mas todo resultó infructuoso.

Cuando ya se iba á abandonar el asunto por imposible, constituyóse preso voluntariamente un joven de un pueblecillo vecino.

Era un carpintero llamado Jorge Luis, conocido por el sobrenombre del «Burgués,» quien respondió á cuantas preguntas se le hicieron, diciendo:

—Yo conocí al hombre hará unos dos años y á su esposa la conocí hace seis meses. Como paso por hábil en mi oficio, solían encargarme la reposición de muebles antiguos.

Y cuando se le preguntaba:—¿Por qué les habéis dado muerte? respondía con terca obstinación:

—Los he matado porque he querido.

Y no hubo medio de arrancarle otra respuesta.

Era el joven un hijo natural, criado en el país y abandonado después á sí mismo. No tenía más nombre que el de Jorge Luis; pero como á medida que se fué desarrollando se iba haciendo más inteligente y mostrando gustos más delicados, pusiéronle sus camaradas el sobrenombre del «Burgués,» y no se le conocía de otro modo.

Teníasele por notable en su oficio, en el que hacía obras de verdadero mérito, demostrando grandes aficiones á la escultura en madera, y considerábasele como un exaltado y acérrimo partidario de las doctrinas comunistas. Era, en fin, un constante lector de novelas de aventuras y dramas sangrientos, y un hábil orador en todas las reuniones públicas de obreros.

* * *

El abogado alegaba la locura.

¿Cómo podría, de otro modo, explicarse que este obrero hubiese asesinado á sus mejores clientes, gentes ricas y poderosas que le habían dado á ganar en dos años más de 3,000 francos, según constaba en sus propios libros?

Esto sólo tenía una explicación: la locura, la idea fija del desheredado que descarga sobre dos personas su venganza por odio á una clase.

Aquí el abogado hizo una oportuna alusión al sobrenombre puesto por las gentes á este sér abandonado, exclamando con vehemencia:

—¿No es esto una cruel ironía, capaz por sí sola de exaltar á este desgraciado muchacho que no tiene padre ni madre?

El es un ardiente republicano, ¿qué digo? pertenece á ese partido político que la República fusilaba y deportaba hace poco y que hoy acoge con los brazos abiertos; á ese partido para el cual el incendio es un principio y la muerte un simple medio.

Estas tristes doctrinas, aclamadas en las reuniones públicas, han perdido á este hombre. Ha oído á los republicanos, á las mismas mujeres, pedir la sangre de Gambetta, la sangre de Grévy, y su espíritu enfermo, ha querido la sangre de un burgués.

¡No es, pues, á él á quien debéis condenar; es á la Comuna!

Estas palabras fueron acogidas con murmullos de aprobación, que hacían presumir que la causa estaba ganada.

El Ministerio público guardó silencio.

Entonces el presidente hizo la pregunta de costumbre:

—Acusado, ¿tenéis algo que alegar en vuestra defensa?

Levantóse el reo.

Era de pequeña estatura y tenía el pelo rubio como el lino. Los ojos eran grises y de mirar profundo.

Comenzó á hablar, y su voz fuerte, franca y sonora, cambió bruscamente la opinión que de él se había formado.

Hablaba con acento un tanto declamatorio, pero tan claro, que todas sus palabras se oían hasta el fondo de la sala.

—Señor presidente, dijo, prefiero la muerte á ir á un manicomio, y voy á declararlo todo.

He matado á aquel hombre y aquella mujer, porque eran mis padres. Escuchadme ahora; después me juzgaréis.

Una dama tuvo un hijo legítimo y lo dió por mediación de su cómplice á que lo criase una pobre mujer.

Aquel ser recién nacido, venido á la vida, era inocente, pero estaba condenado á la miseria eterna, á la vergüenza de un nacimiento ilegal; más que esto, á la muerte misma, puesto que se le abandonó, porque al no recibir la nodriza su pensión mensual, pudo, como hacen muchas, dejarle perecer de hambre.

Pero la mujer que me recogió fué honrada, más honrada, más grande, más madre que mi madre, y me cuidó y crió en vez de abandonarme.

Crecí con la vaga impresión de que llevaba sobre mí el deshonor. Los muchachos que conmigo jugaban me llamaron un día bastardo. No sabían lo que esta palabra significaba. Yo también la desconocía, pero la presentí.

Era entonces uno de los más inteligentes de la escuela, puedo asegurarlo, y hubiera sido un hombre superior, si mis padres no hubieran cometido el crimen de abandonarme.

Este crimen fué cometido contra mí.

Yo fuí la víctima. Ellos fueron los culpables. Estaba sin defensa, y no tuvieron piedad. Debían amarme y me rechazaron.

Yo les debía la vida, ¿pero la vida es un beneficio? La mía, en todo caso, sólo era una desdicha. Después de su vergonzoso abandono, sólo les era acreedor á la venganza.

Ellos cometieron contra mí el acto más inhumano, más infame, más monstruoso que puede cometerse contra un sér, y yo tenía que vengarme.

Un hombre injuriado, injuria; un hombre robado, recupera por la fuerza lo que le pertenece; un hombre engañado, burlado, escarnecido, martirizado y deshonrado, mata. Yo he recibido todas estas ofensas y me he vengado matando. Era mi legítimo derecho.

Les he quitado un vida feliz á cambio de una horrible existencia que me habían impuesto.

Se me dirá que soy un parricida, no lo niego; ha sido por culpa de mis padres, que considerándome como una carga abominable, porque mi nacimiento fué una tacha de infamia y una vergüenza, me arrojaron de su lado.

Ellos buscaban un placer egoista y tuvieron un hijo imprevisto que abandonaron; ahora ha llegado mi ocasión y he hecho lo mismo con ellos.

Y sin embargo, yo estaba dispuesto á amarles.

Hace dos años, cuando él fué por primera vez á mi casa, no supe nada. Me hizo diversos encargos y volvió con frecuencia, pagando siempre con esplendidez y conduciéndose de modo que comencé á sentir por él cierta afección.

A principios de este año llevó consigo á mi madre en una de sus visitas.

Cuando ella entró en mi casa temblaba de tal modo, que la creí presa de un ataque nervioso.

Aceptó una silla y un vaso de agua que le ofrecí; pero permaneció sin decir nada. Contemplaba mis trabajos con aire extraño, y sólo contestaba por monosílabos á cuantas preguntas le hacía su marido.

Cuando partieron, me ocurrió pensar si aquella mujer estaría trastornada.

Volvieron al siguiente mes, pero entonces ya era dueña de sí. Permanecieron hablando largo tiempo en mi casa, y me hicieron bastantes encargos.

Después los ví otras tres veces, sin adivinar nada, hasta que un día comenzó á hablarme ella de mi vida, de mi infancia y de mis padres, á lo que yo respondí:

—Mis padres, señora, fueron unos miserables que me abandonaron.

Causáronle tal impresión estas palabras, que llevándose las manos al corazón cayó sin conocimiento.

—Esta mujer es mi madre, pensé en aquel instante.

Mas me guardé de dar á entender lo que había conocido. Quería verla venir. Una vez hecho este descubrimiento, decidí informarme acerca de sus antecedentes, y supe que sólo estaban casados desde el mes de Julio anterior y que mi madre había enviudado hacía tres años.

Luego era indudable que se habían amado en vida del primer marido; más no existía una prueba concluyente.

La única prueba era yo, que nada podía decir, por esto decidí esperar.

Nuevamente volvieron á visitarme, y el día en que esto tuvo lugar parecióme mi madre más emocionada que de costumbre. Estuvieron un rato en mi compañía, y al partir me dijo:

—Yo os quiero bien porque me parece que sois un hombre honrado y trabajador, y como supongo que acaso penséis en casaros algún día, quiero ayudaros á elegir libremente la mujer que os convenga.

Yo que fuí casada una vez contra mi corazón, sé lo que se sufre con esto. Así es que tengo gusto en ayudaros, y como soy rica, sin hijos, dueña de mi fortuna, quiero dotaros. Y me entregó un sobre grande cerrado.

Yo la contemplé un momento fijamente, y la dije:

—¿Sois mi madre?

Retrocedió tres pasos al escucharme, y se tapó los ojos para no verme. Sostúvola su marido entre sus brazos, y, exclamó, dirigiéndose á mí:

—¿Estáis loco?

—No, respondí; bien sé que sois mis padres y que no me equivoco. Reconocedlo, guardaré el secreto; no os pediré más: siempre seré lo que soy, un pobre carpintero.

Hízose atrás con ánimo de salir, sosteniendo á mi madre, que sollozaba; pero yo me apresuré á cerrar la puerta, guardando la llave en el bolsillo.

—Contempladla, le dije, y negad que esa mujer, es mi madre.

Palideció espantado, sin duda ante el temor al escándalo que presentía, y que había evitado durante tantos años para salvar su buen nombre y su reputación, y exclamó con ira:

—Sois un miserable que sólo queréis sacar el dinero. ¡Lástima de beneficios los que se prestan á estas gentes!

Mientras esta escena se desarrollaba, mi madre sólo acertaba á decir:

—¡Vámonos, vámonos de aquí!

Pero como la puerta permanecía cerrada, gritóme mi madre:

—Si no abrís, inmediatamente os mando encarcelar por violencia.

Estas palabras me hicieron volver en mí, y en el mismo instante abrí la puerta, dejándoles partir.

Al verme solo me pareció que acababa de quedar huérfano, de ser abandonado de nuevo. Apoderóse de mi una espantosa tristeza, mezclada con ira; sentí así como un sublevamiento de todo mi sér, y corrí tras ellos á lo largo del Sena por el camino que tenían que seguir para ganar la estación de Chatou.



Pronto los alcancé. La noche era obscura. Yo caminaba con paso de lobo sobre la hierba para que no me sintieran, y procuraba oirles.

Mi madre seguía llorando en tanto que su esposa le decía:

—Tuya ha sido la culpa. ¿Por qué has querido verle? Esta ha sido una locura. Hubiéramos podido hacerle todo el bien que hubiésemos querido; pero desde lejos y sin mostrarnos. Si no le podemos reconocer, á qué venían estas visitas?

Cuando escuché estas palabras, púseme entre los dos manifestándoles:

—¿Me negaréis ahora que sois mis padres? ¡No, no me lo neguéis! Ya que me rechazásteis una vez, no lo hagáis la segunda!

Entonces, señor presidente, levantó mi padre su mano, os lo juro por el honor, por la ley, por la República y me cruzó el rostro. Quise sujetarle; mas él se desasió y sacó su revólver.

Al ver su movimiento no sé lo que sentí; ello es que recordando que llevaba mi compás en mi bolsillo, lo saqué para hundirlo en su pecho no sé cuántas veces.

Mi madre comenzó á gritar: ¡socorro! ¡asesino! Yo, sin darme cuenta de lo que hacía, la herí también.

Cuando vi sus cadáveres por tierra, los arrastré sin reflexionar. Esto es todo. Ahora juzgadme.

***

Volvió á sentarse el acusado, y ante las revelaciones que acababa de hacer, quedó aplazada la sesión.

Si nosotros fuésemos Jurados, ¿qué haríamos con este parricida?

GUY DE MAUPASSANT.



SINFONIA

Aun no baña la luz nuestro hemisferio.........
Y no tañen los vientos escondidos
de la selva el magnífico salterio.........
¡Están aletargados los sonidos
en brazos de la sombra y del misterio!
La bruma, como un palio vaporoso,
prende su manto bajo el hondo piélago
del cielo azul, y sobre el bosque hojoso......
¡Turban sólo el silencio temeroso
el repentino vuelo del murciélago,
y esas flébiles voces—de una gama
como notas confusas—esparcidas
en la hoja seca, en la menuda grama,
en las grietas del tronco, entre la rama,
en un inmenso acorde confundidas!
La tierra duerme...... á trechos se espereza
y un solemne rumor llega al oido,
como si algún gigante que bosteza,
postrado de cansancio y de pereza,
revolviera su cuerpo entumecido.
Mas viene á despertarla de su sueño
el Noto que apareja su cuadriga;
que con tenaz y formidable empeño
del negro campo de los aires dueño,
sus corceles indómitos fustiga.
La bruma en mil girones destrozada,
huye de la ventisca que alborata
el aprisco, el cubil y la nidada
y que con furia indomeñable azota
el dorso de la férvida cascada.
El huracán con poderoso empuje
las moles de las nubes disemina;
y cuando el trueno como fiera ruge,
el grueso tronco de la recia encina,
treme, y la rama vacilante cruje.
Crece el fragor en la extensión inmensa,
que es pavoroso campo de batalla;
el eléctrico fluido se condensa;
como alarido de titán estalla,
y el monte asorda y la llanura extensa.
Por la rápida racha conmovidos,
de un lado y otro lado cabecean,
como juncos, los árboles fornidos,
cuyos robustos gajos sacudidos
parece que al chocar se abofetean.
Se oye el clamor del gárrulo follaje
y descifrar no sabe el pensamiento,
abismado ante el lóbrego paisaje,
si el ramaje con furia azota el viento
ó el viento azota al trémulo ramaje.
Se rompen y dispersan y confunden
los gruesos hilos de la lluvia al fuerte
empuje del turbión; y se difunden
por los aires los présagos de muerte
del cárabo infernal que miedo infunden!
Como un dragón de resonante escama
se retuerce en su cauce el hondo río
que raudo arrastra la rompida rama,
su voz uniendo en el tremendo drama
de la ave herida al doloroso pío.
Las fieras, entre zarzas espinosas,
se arrastran de su cueva en derechura;
y del rayo las llamas sulfurosas
acrecen el horror y la pavura
de esa explosión de la ira de las cosas.
El duro bronce de la pobre ermita
la tempestad indómita golpea;
su voz solemne en la tormenta invita
á orar, y de las chozas de la aldea
sube hasta el cielo la oración bendita..........
....
Se aplaca el viento. La ventisca abate
su rabia destructora, y el estrago
cesa ya en la palestra del combate ....
¡Y la aurora gentil al suave halago
del aura mansa, las guedejas bate!
Surge de pronto el luminar del día
bajo el limpio zafir, sus rubios lampos
derramando la paz y la alegría
sobre la verde alfombra de los campos......
Y dejan los pastores su alquería.
Y comienzan á erguirse, recelosas,
las ramas del arbusto en la floresta,
á discurrir las lindas mariposas
de flor en flor, y á preludiar su orquesta
las aves por los nidos y las rosas......

JOSÉ I. NOVELO.



ENTRE CHICUELOS

Como se ingenió Santiaguito para escaparse de casa aquella tarde, á pesar de la vigilancia que sobre él ejercía su madre, es cosa no averiguada todavía.

—Lo que á ese se le ocurre—decía la buena señora—ni el mismísimo demonio es capaz de llevarlo á cabo.

El tal Santiaguito, según ella, era peor que el santo de su nombre, y la culpa la tenía el *difunto*, su esposo, que le dió una educación desastrosa. ¡Como que una noche, cuando apenas contaba seis años el pequeño, se lo trajo borracho como una cuba! En suma, que el muchacho llagaba á pillo por el más corto de los caminos.

Un día que lo encontró desplumando vivo á un pollo, decidió meterlo definitivamente en el colegio, y al principio todo iba bien; pero ya fuera cuestión de temperamento, ya de costumbre, es lo cierto que Santiaguito dió al traste con la formalidad, y como era bien quisto y precóz entre los suyos, logró formar de sus condiscípulos «una partida» que alborotaba á todo el pueblo cuando salía, en medio de atronadoras algaradas, á espantar animales al campo y á robar nidos de pájaros.

La escapatoria del chicuelo obedecía esta vez á un compromiso de *honor*: su ejército, ese temido ejército capaz de conquistar el barrio entero á pedradas, le esperaba en disposición de librar una batalla con las tropas del *señorito Julio*, un caballerete de doce años, que se había permitido cortejar á Sofía, la novia de Santiago.

Porque Santiaguito tenía novia, y guapa, ¡Pues no faltaba más!

***

En efecto, nada más hermoso que aquella niña de trece años, con sus líneas gloriosas de talle esbelto que acusaban proyectos de hembra elegantísima

Santiaguito la vió por vez primera en una tienda en día de Navidad: esperó que saliese y sin más rodeos nuestro héroe, con su lenguaje peculiar de conquistador decidido, le propuso un noviazgo en toda forma; ella se hizo un almíbar, y sintiendo que la sangre le bullía como dicen que le bulló á nuestra madre Eva cuando lo del Paraíso, no puso reparos al insólito afán amoroso del «mancebo.» Estas relaciones de tres años de paseos, balcones, dulces y muñequerías vino á turbarlo la indiscreta presencia de Julio. El coraje de Santiago no tuvo límites, y, claro, como él era «hombre» de resoluciones decisivas, y en asuntos de «honor» no hubo *en jamás* quien le pusiera el pié adelante, desafió para un «encuentro» guerrero á su adversario.

Y ya es hora de que sepámos el resultado de tan bélica jornada.

***

Era tal la algarada de los valientes soldados, que los vecinos salieron precipitadamente á los balcones creyendo que algo muy grave acontecía. Las mujeres sobre todo se impresionaron mucho, y hay quien habla de alguno que otro síncope y tal cual «pataleta» sin más grandes ni terribles consecuencias. Pero enterados al fin de lo que se trataba, acabaron por tomar en broma aquel ejército de gente menuda cuya indumentaria de plumas de gallo, cintas de colores «rabiosos,» fajas y bolsas para cargar piedras, era de lo más curioso. Nada faltaba allí, hasta un pequeñito seguía el regio paso del jefe, haciendo de tambor, el cual tambor era una vieja lata de petróleo que metía más ruido ella sola que toda la turba voceando.

A poco andar, y cuando el entusiasmo estaba en punto de locura, encontraron al enemigo atrincherado, y allí fué el repartir órdenes: el valeroso caudillo, poseído de su papel, mandó rodear el barranco casi inaccesible donde se refugiaba Julio, y sin intimidarle aquellas ventajosas posiciones, exclamó con su vocesita enérgica.

—Hala, muchachos, arriba...... Tambor, paso de ataque......

Un redoble formidable, y empezó una lluvia de pedradas, vidrios y cascotes que era una delicia. A ratos dominando la horrenda algarabía de la pelea, se escuchaba la voz del jefe:

—¡Hala, muchachos, al barranco!

El chico tuvo ímpetus de héroe. Con el cabello en desorden, el rostro inflamado y el cuerpo erguido, avanzando sin titubear, apostrofaba á los de arriba y les llamaba: «¡Cobardes!» En lo más crudo de la refriega, en medio de las vociferaciones, de los golpes de lata y de los estrépitos de los cascos rotos, hecho, no ya un héroe, sino una furia, emprendió la cuesta de la altura mientras sus compañeros empezaban á retroceder agobiados por la lluvia de piedras: ya se dispersaban, flaqueban los primeros bríos, la derrota era segura, y, algunos creyeron propicio el instante para tomar el olivo...... Apenas se oía entre el espantoso jaleo del combate, como jadeante alerta, el golpe del tambor. Pero el temerario Santiaguito continuó impávido la ascensión del barranco entre piedras y terrones que se desmoronaban bajo sus pies. Así, por la senda tortuosa, dando saltos, agarrándose, braceando y encogiendo el cuerpo, trepó al fin con pasmosa agilidad. Y fué aquel supremo esfuerzo tan audáz, que cesó como por encanto la batalla. Ambos ejércitos quedaron inmoviles. Santiaguito y Julio estaban frente á frente.

Salvada la distancia que durante la reyerta separaba á los encarnizados adversarios, el primero, sin más vacilaciones, puesto en jarras y con la voz un poco temblorosa por el esfuerzo que acababa de hacer, gritó con mal contenida rabia:

—¡Ya estoy aquí, Julio!......

—Y yo tambien, ¿qué quieres?

—¿Qué quiero? ¡Pues vaya una pregunta!...... Que me dejes en paz á la Sofía...... y luego *pa*, que no te burles de los hombres......

—¿Qué?...... ¿Me ibas á matar?

—*¡Puede*...... quizas!

Y durante este feliz diálogo se acercaban lentamente el uno al otro.

—Mira que falta *verlo*, Santiago.

—¡Pues míralo! gritó enfurecido el muchacho, y lanzándose sobre Julio lo agarró violentamente por el cuello; pero Julio era de los que no se huían por golpe de más ó menos importancia, y contestó á la agresión estrechándose á su enemigo. Entonces aquellos dos muchachos, con los brazos y las piernas enredadas, rugiendo, bomitando insultos, arrancándose los pelos, forcejeando con desesperación, con rabia, con verdadero odio de «hombres,» rodaron por el suelo hechos una bola. Unas veces era Santiaguito quien intentaba incorporarse, y otras Julio; ambos caían nuevamente, pero sin ceder continuaban en su espantosa lucha, y rodando, rodando al borde del abismo......

—¡Qué os vas á caer!—gritaron de ambas partes los chicos llenos de espanto; pero el aviso llegó tarde: al primer grito se unió un segundo alarido de cien bocas, un sólo alarido que repercutió sonora y tristemente en todo el campo.

Santiago y Julio, arrastrados por aquellos decisivos esfuerzos de la lucha; llegaron á la orilla...... y enroscados y retorcidos, brazos, cuerpos y piernas, cayeron rebotando por la pendiente hasta el fondo, donde se oyó sordo é ingrato el chasquido de dos cráneos que se rompían de un golpe......

Poco después de este suceso, una encantadora niña de trece años y un joven de su misma edad se despendían de esta suerte en el balcón:

—Cumplirás tu ofrecimiento? ¿No volverás á hablar con Santiaguito?......

—Ni con Julio; con ninguno de los dos.

—¡Bueno!...... Hasta luego, Sofía.

—Adios, Juan, hasta luego.

MIGUEL EDUARDO PARDO.



EL DANTE EN MEXICO.—Los aduladores.

EL DANTE EN MEXICO

VIAJE DE UN REPORTER.

(CONTINUA.)

No lejos de las tumultuosas aguas donde los reporters mentirosos purgaban de tan extraño modo su ligereza, abríase amplio estanque de hirvientes aguas, al cual surtían infinidad de llaves de grueso calibre. Dentro, haciendo visajes, tomaban un baño poco agradable, á juzgar por la expresión de sus fisonomías, varios individuos, de aspecto monacal unos, otros de fisonomía mofletuda y vulgar.

Me aproximé con el sombrero en la mano á un demonio que afilaba en un mollejón movido á vapor el aguijon de su rabo, y él me informó, sin dejar su tarea, del objeto y destino de aquel departamento.

—Aquí hallará usted á los que no se lavaban.

No creí que eso constituyese un delito.

—Y grande, amigo Cumplido; todas las religiones bien nacidas prescriben las abluciones como predisponentes á la santidad, y en los tiempos modernos un pecado contra la higiene es el más feo pecado que puede darse. No ve usted que estamos en la época de la microbiología?

—Y me diría usted en qué gremios son más numerosos los enemigos del jabón?



EL DANTE EN MEXICO.—Por "remendón" de música.

—Ay amigo, y el diablo untaba un poco de saliva al filo de su aguijón, en todos! La limpieza es casi un mito en México. Si pudiera usted penetrar los misterios que ocultan muchas pecheras de lino almidonadas y muchos calcetines de hilo de Escocia! Si las faldas crujientes de seda dijesen su secreto! Naturalmente el pueblo de México tiene el *record* de la suciedad; pero, á ese no lo traemos aquí: hay para él un gran estanque con legía. Aquí nos vienen sólo los sucios copetudos, en su mayoría gentes de iglesia: monjas capuchinas y teresianas que jamás cambian de habito y allá por campanada de vacante de ropa interior; curas ventrudos que llevan la sotana hecha una babilonia de rapé, ceniza de puro y residuos de ensaladas; y abarroteros al por mayor, y militares y...... cuanto usted quiera. En general hay en México un santo horror á la agua fría.

—Y esas duchas lavan la conciencia?

—El diablete sonrió filosóficamente, y prosiguió su tarea. No creí oportuno insistir y escapando como pude de los duchazos de agua á diversas temperaturas que llovían sobre aquellos infelices, me aventuré por un pasadizo, del fondo del cual surgían aullidos de dolor. Dicho pasadizo se abría sobre una meseta plana y tersa, de alguna elevación conforme lo indicaba el declive del talud, y sembrada de tachuelas cuyas puntas veían hácia arriba, en atroz profusión. Ahí danzaba con piruetas que daban lástima, una multitud de cariacontecidos sujetos, pugnando en vano por acertar con sus pisadas en los intervalos donde las tachuelas eran más escasas. Un diablillo, desde la cornisa de una roca frontera á la meseta, pinchaba con un bidente á los remisos, y hacía continuar sin interrupción aquella danza tremenda de gestos y contorsiones.

A lo que parece y por lo que pude colegir, se penaba ahí á los aduladores serviles de todos los tiempos, á los Rigolettos de todas las épocas, á los que bailaron y sonrieron perpetuamente ante un señor á quien velaban las miserias del pueblo y de quien obtenían grandes concesiones. Leve era en verdad el castigo para maldad tamaña—y perdone el que leyere si Matías Cumplido se echa á filosofar— pòca una eternidad para compurgarla. Los gobernantes, como las mujeres hermosas, suelen no ver más que el lado bello de la vida. Cuando no son combatidos, cuando el monstruo Revolución, no lanza sus rugidos á sus pies, son víctimas de un optimismo consolador que coloca frente á sus ojos prismas rosados de encantadoras facetas. A veces, el adulador procede con tan poca maña que su dios penetra pronto el más velado engaño, mas así y todo es criminal, que el mal éxito de una acción en nada influye sobre su moralidad, y merece por ende, bailar sobre tachuelas *per secula seculorum.*—Filosofía de reporter—dirán ustedes, y dirán bien. Filosofía de reporter que luego echa á perder las mejores publicaciones, pero ¿cómo había de sustraerme yo al achaque común de todo reporter mexicano? Porque el reporter mexicano es de suyo filósofo, romántico y un si es no es lacrimoso. El reporter americano ensarta diez mentiras en un entrefilet, el mexicano diez lirismos: aquí nacemos en redondilla y ay nos morimos en endecasílabo! Muchas veces, tras un juicioso editorial en que se flagela, pongo por caso, el proteccionismo á *outrance*, un repórter sentimental se queja á propósito de cualquier cosa, de que los mexicanos no protegemos la industria nacional vistiéndonos de casimir del país.

He visto en un diario, tras un tonante artículo contra la mendicidad, la gemebunda declamación de un reporter sobre la dureza de corazón de los ricos que permiten que las pobres criaturitas de los mendigos, esos angelitos de Dios, anden con los piecesitos al aire, cuando con unos centavitos que se le dieran al limosnerito se remediaría...... ¡todito! Oh, sentimental, pío, azucarado y tierno corazón de los reporters......

***

—Y ese individuo que con una vara de paraguas en la mano resiste el chaparrón más deshecho?

—Es un mal artesano justamente castigado. Fabricaba paraguas y seguía el procedimiento común á los artesanos de México, á muchos de los cuales hallará usted penados por donde más pecado han habido.

—¿Qué procedimiento, si usted gusta?

—Uno muy complexo por sus componentes: pedir para material caro y comprarlo de mala clase; prometer bajo palabra de honor entregar el trabajo tal día y entregarlo ocha días después; suplicar anticipos todos los días; emborracharse sábado y domingo, curársela lunes y martes; comprar material el miércoles y trabajar jueves y viernes.

—En efecto, es usual eso.

—¡Y tan usual!

El artesano mexicano cederá su puesto al extranjero, no porque éste tenga más aptitudes aun cuando entre nosotros no andan escasos los cretinos sino porque tiene más formalidad. Emborracharse los domingos es—en los tiempos que atravesamos,—casi legítimo; curársela el lunes tempranito, muy disculpable; pero gastar tres cuartos de semana en «operaciones» tan sencillas, es impasable.

Además, el artesano mexicano, deja el aprendizaje cuando aun no gana ni tres reales diarios, y por sí y ante sí, se proclama maestro. (Aquí, todos son maestros, desde el remendón de zapatos hasta el remendón de mazurkas). El artesano yankee, se retira del taller cuando ha concluido su enseñanza y es hábil.



EL DANTE EN MEXICO. -Por mal artesano.

El artesano mexicano no aspira á traer pantalones. No le importe mostrar (puntos suspensivos).... lo que la decencia prohibe. Así, pues, en habiendo pulque.. ¿Y cuándo nos regeneraremos, preguntará usted? Pues sencillamente, (con perdón de Terrazas y de Agüeros) cuando merced al cruzamiento de razas se haya transfundido á nuestras venas algo de la vigorosa sangre sajona, que mejore la empobrecida sangre que corre por las venas de los cinco millones de alcohólicos, de los seis millones de histéricas, de los quinientos mil epilépticos, de los seiscientos mil alucinados, de los cien mil enfermos de males venereos, etc. etc., que constituyen la mayoría de la población, y vivifique los doce millones de impotentes de la voluntad, que entran á la lotería y sueñan místicamente en herencias y en tesoros escondidos ...

¡Oh! cuántas cosas más me dijo el diablete mi interlocutor, á propósito de aquel otro pobre diablo....¡Pero no las digo!

(*continuará.*)

Para una sociedad de pícaros, la virtud no es más que la impotencia de tener vicios.

Alexis Chavanne.

***

La desconfianza es el alma del régimen parlamentario.

Vaebert.

Cuando se acaba de ver á la mujer amada, la vista de cualquiera otra no es agradable; físicamente hace daño á los ojos: ya comprendo el por qué.

***

El imperio de las mujeres es demasiado grande en Francia; el imperio de la mujer demasiado limitado.

***

La imagen del primer amor es generalmente la más conmovedora; ¿por qué? porque es casi el mismo en todos los países y en todos los caractéres. Por lo tanto, este primer amor no es el más apasionado.

***

Tener firmeza de carácter, es haber probado el efecto que los demás producen sobre uno mismo; por consiguiente, necesitamos de los demás.

STENDHAL.

***

Como los individuos, las naciones tienen sus anemias.



EL DANTE EN MEXICO.—Castigo de desaseados.

HILDA.—Novela por Gaudard de Vinci.—Núm. 2.



Cambiamos todavía unas pocas de banalidades; se puso á examinar con mucho interés nuestras telas, y en seguida, declarando que no quería ser importuna por más tiempo, se despidió de nosotros y desapareció.

—Vaya una persona amabilísima, y que no peca precisamente por el lado de la timidez, dije con sequedad á Raoul. Ya no me extraña que la tarde que pasaste con ella en el castillo, te haya parecido tan llena de encanto. Sin embargo, yo habría preferido que esa hada de río ó esa diosa de los rosales, según como le convenga apellidarse, hubiese tenido una poca de la reticencia que engalana, según dicen, sus modelos, y que fuese no poco menos sociable. Hénos aquí con una invitación que tiene aires de una orden. No parece sino que no puede uno pisar la yerba de este valle sin irle á pedir permiso á esa señorita.

—Padre mío, eres un ingrato, me contestó con aire sombrío. Mlle. de Hammarhielm ha tenido contigo una amabilidad del todo singular. Hay por allí muchos que se tendrían por felices si tan seductora persona les mostrase tanto interés. ¡Ni siquiera te has fijado en que te mostraba tantas atenciones, que apenas si tuvo una mirada para mí.

Creo realmente que el pobre muchacho estaba celoso. Este descubrimiento me preocupó porque no hacía más que confirmar y aumentar mis recelos.

—Ella tiene sencillamente el deseo de aprovecharse de mí para aprender á pintar; pero si está en la creencia de que voy á divertirme dándole lecciones, se equivoca, contesté con gesto enfadado. Bien veo que estaré obli-

gado á hacerle una visita, puesto que ella nos pone la pistola en el pecho; pero después...... si ella se imagina que me volverá á ver con frecuencia!.....

Ambos fuimos al día siguiente.

Me sorprendí al ver en las telas y bocetos que Hilda de Hammarhlielm me enseñó, un verdadero talento, por más que pecaran en general, por el defecto de casi todos los principiantes ó aficionados, la falta de acabamiento, y ciertas imperfecciones de dibujo.

Bajamos después á la orilla del río, porque yo tenía curiosidad de ver la Caldera por aquel lado. Veiásele más de cerca, se destcaaba mejor en un horizo nte más claro, y tenía algo de más grandioso y de mas característico. Imediatamente formé el proyecto de hacer los estudios necesarios para mi cuadro principal de aquella región. El taburete de la hada se presentaba á descubierto y, si se hubiese podido colocar allí un modelo ó un maniquí, la leyenda habría podido reproducirse en la tela, por decirlo así, *d'après nature*.

Parece que la señorita Hilda, que estaba á mi lado, adivinó mis pensamientos, porque repentinamente me dijo:

—¿Usted necesitará su hada allí, sentada en su taburete, verdad?

—Esto facilitaría mucho las cosas, contesté; sin embargo, no es enteramente indispensable; más tarde puedo agregar la hada, en mi taller: lo esencial es representar bien este espectáculo único y el paisaje que lo rodea. ¿Querría usted permitirnos, señorita, que viniésemos por aquí una série de mañanas? Usted sabe que casi no es posible trabajar en el mismo sitio más de una hora seguida, á causa del cambio de los efectos de la luz.

—Ya lo creo que sí, señor, vengan ustedes tantas veces cuantas quieran. Mucho gusto tendré en verlo á usted trabajar, y espero que me permitirá que lo vea manejando el pincel y mezclando los colores, cosa que será muy ventajosa para mí. ¿El caballero Raul vendrá también ó preferirá continuar sus estudios por el otro lado del río?

Si usted lo permite, señorita, dijo Raul ruborizándose un poquillo, acompañaré á mi padre. Como he venido para trabajar bajo su dirección, tenemos la costumbre de estar siempre juntos.

—¿Cómo es posible, señorita, le dije en seguida, para llevarla poco á poco al capítulo de la misteriosa Caldera, que se halla dejado subsistir un escollo tan peligroso, que según se dice, ha causado más de un accidente, cuando sería tan facil por medio de algunos cartuchos de dinamita hacerlo desaparecer? No alcanzo á creer que las autoridades lo conserven simplemente por amor á lo pintoresco y por respeto á una novela romancesca.

—Desde luego, señor, contestó ella, le haré á usted notar que las autoridades nada tienen que ver en esto. El escollo está en propiedades de mi padre y nadie tendría derecho á quitarlo, supuesto que no es un obstáculo situado en una vía de navegación pública. Soy sin embargo de la opinión de usted, la Caldera está como un perro rabioso y encadenado en nuestros dominios. Y no basta para seguridad del público, que se sepa que debe evitarse su proximidad, porque muy posible es que con él se chocase por casualidad. Por otra parte, pueden venir algunos extranjeros que ignoren estas particularidades; por lo que creo que el escollo debía desaparecer. Sin embargo, un día que hablé á mi padre, proponiéndole que cavase una mina debajo de la Caldera para hacerlo saltar y desembarazar de una vez por todas el rio, se mostró singularmente opuesto al proyecto. De esto tuve que inferir que tenia particular cariño á este fenómeno de la naturaleza que la casualidad tuvo á bien poner en sus propiedades. Ya usted sabe que á la edad que él tiene se arraiga uno á lo que posee, no se aman los cambios y se tiene un respeto innato por las tradiciones, aun cuando confinen con la leyenda. Estaba muy agitado y observé que no se calmaba sino cuando le ofrecí que nunca volvería á hablar del asunto.

Ella hablaba con tono tranquilo y juicioso, sin el menor embarazo y sin que nada en su voz ó en su mirada pudiese traicionar la agitación que involuntariamente tenían que producir los penosos recuerdos. De esto deduje que ella ignoraba completamente las terribles sospechas que sobre su padre pesaban.

—Es indudable que usted sabe que mi madre perdió la vida en estos pérfidos torbellinos, continuó ella, tomando su voz una inflexión mas grave y su fisonomía una expresión más seria, como deben provocarlas la evocación de un recuerdo de duelo en toda persona bien educada. Sin embargo, como apenas tenía yo dos años cuando sucedió esta desgracia, no puedo decir que el aspecto de la Caldera evoque en mi alma ningún penoso recuerdo. Al contrario, me he acostumbrado á considerarlo más bien como una especie de monumento fúnebre erigido á la memoria de mi madre, que como el instrumento de su muerte.

—¿Y desde la imprudencia que costó la vida á la baronesa, dije, nadie ha tenido la temeridad de intentar penetrar al escoilo?

Ella desvió la cabeza con una imperceptible sonrisa.

—¡Qué interesante sería conocer á fondo y con todos sus detalles la historia de este escollo! dijo ella, aparentando no haber oido mi pregunta. Es indudable que está íntimamente ligada á la de este castillo. ¡Cuántos dramas horribles han de haber pasado allí! Usted ha de saber que en otra época había un subterráneo que lo unía con los calabozos y que partía de los cimientos mismos de la mansión. ¡Imagínese usted cuántos siniestros Barba-Azul de la Edad Media, de los que hacían desaparecer á sus mujeres unas después de otras, ó cuánto galán trovador de los que arriesgaban sus días para complacer á la hermosa, yendo quizás por indicación de la cruel castellana, á cantarle un lied de amor en el taburete de la hada!...... ¡Yo tengo adoración por aquellos tiempos heróicos! ¡cuánto desearía haber vivido entonces!

—Démos gracias á Dios de que os hizo nacer en un siglo menos romancesco, señorita, interrumpí, para cortar esa retahila de frases sentimentales y necias que yo detesto y que me sorprendía escuchar en aquellos labios.

Yo no pongo en duda que usted hubiese enviado á la muerte docenas de trovadores, y que el lago Boren hubiese exhalado torrentes de harmonía al recibir y al frotar contra sus rosales todas las guzlas que la Caldera hubiese devuelto sin echarlas demasiado á perder.

—Mi señor burlón, dijo ella riendo con toda gana, tenga usted entendido que es usted un oso y un excéptico, lo que sólo es excusable en los artistas de su reputación y mérito, que por sus obras manifiestan que son idealistas entusiastas, al mismo tiempo que aparentan señalarse como tarea el protestar constantemente, con sus palabras crudas y hasta cínicas, contra su temperamento aristocrático y las tendencias elevadas de su conciencia.

III

Así, pués, volvimos al castillo al día siguiente, y vimos otra vez á Mlle. Hammarhielm, y en la tarde cuando tuvimos que ir á pescar cangrejos con ella en el río, y así sucesivamente, y día á día por espacio de semanas enteras.

A menudo, no pudiendo decidir á Raul á que renunciase siquiera por un día á aquella sociedad, hice rancho aparte, y, creyendo haber dado con un sitio solitario en donde poder trabajar á solas, lo dejaba que fuera á incorporarse con Hilda. Pero era muy raro que al cabo de un instante no los viese llegar á ambos á mi retiro.

Me daba cuenta perfecta de que lo que yo había previsto y recelado para mi pobre Raoul había sucedido, y que él estaba profundamente enamorado de la joven, y aun me había yo visto tentado á abandonar aquellos lugares, y substraer á mi hijo, por medio de la fuga, á las consecuencias de un amor que, según eran mis creencias, no podía tener otro término que una cruel decepción para el muchacho.

Sin embargo, la joven había hecho tantos progresos en mi estimación, se mostraba tan modesta, tan natural, tan franca y de tan buena índole, que era imposible dejar de amarla, aun haciendo abstracción de su belleza y de su gracia, si esto hubiese sido posible. Así pues, había yo llegado á preguntarme si no era posible dejar que las cosas siguieran su curso natural, con la secreta esperanza de que ella acabaría por corresponder á su cariño; porque, en mi fatuidad de padre, me parecía aveces imposible que la joven no llegara á compartir los sentimientos de Raul.

Desgraciadamente, y esto con alguna frecuencia, el amor que exige el concurso de dos seres, dice un refrán de un cruel realismo, quiere que uno de ellos ame, mientras que el otro se deja amar. En este caso particular, evidentemente Raul conjugaba el verbo activo y Hilda el verbo pasivo. Lo que más me impacientaba era el ver que, realidad ó afectación, ella aparentaba ignorar por completo los sentimientos que inspiraba.

Yo, sin embargo, no me atrevía á inducir á Raul á que se declarara; había algo en aquellos hermosos ojos, de matiz indefinible, que yo no comprendía y que me ponía inquieto. Sin embargo, yo esperaba siempre; Raoul, que se parecía á su madre, era un hermosísimo muchacho; era joven y de índole excelente, aunque un poco blando de temperamento. Por último, no tenía ningún concurrente. «Preciso sería, me decía á mí mismo, que esa joven tuviese un corazón singularmente duro y frío para que al fin y al cabo no se dejase impresionar.»

Trabajábamos ora casi todo el día juntos, ora en un paraje, ora en otro. En la noche, conveníamos en el lugar en donde nos encontraríamos al día siguiente en la mañana y en el sitio al que consagraríamos nuestros estudios. Si llegábamos los primeros, Raul y yo á la cita, Hilda, seguida del criado que llevaba sus aperos de artista, no tardaba nunca mucho en aparecer. Ella iba haciendo notables progresos bajo mi dirección y se mostraba discípula aplicada, inteligente y llena de talento.

El estudio de la Caldera, que yo había principiado desde la orilla del castillo, había tenido sus interrupciones, y las sesiones que yo le había consagrado no habían sido muy seguidas, porque varias mañanas las ocupamos en otras cosas. Por último, convenimos un día en volver á aquellos sitios para seguir ese estudio y terminarlo.

Habíamos llegado y nos disponíamos á instalar nuestros caballetes, Raul y yo, cuando vimos á Hilda que llegaba sola y con las manos vacías.

Ella explicó que no se encontraba en esa mañana con ganas de pintar, y que prefería vernos trabajar.

Se sentó un rato á mi espalda, sobre la yerba, con su sombrero en la mano, y parecía absorta en verme trabajar. Derrepente, señalando con la punta de su sombrilla el Taburete de la hada, al que yo estaba dando algunas pinceladas complementarias, me dijo:

—¿Qué, no podría yo servir á usted de modelo para la hada que desea poner sobre esa roca?

—¡Vaya, si nó! Esa es una excelente idea, contesté. Sería usted una hada encantadora, quizás un poco moderna, pero tanto más interesante cuánto que se destacaría por el contraste con un paisaje severo y accidentado. ¿Pero tendrá usted paciencia para conservar una misma postura? Vamos á escoger una piedra ó una roca, lo más semejante que sea posible con el asiento de la hada, y en la cual pueda usted instalarse con toda comodidad. Por otra parte, la postura no tiene para qué ser cansada, y hasta puede adoptarse cualquiera. Una hada sentada con naturalidad y cierto abandono, eso es todo lo que yo exigiré, ¿Se siente usted con fuerzas para imponer esa violencia á su vivacidad natural, señorita Hilda?

—Ya se ve que sí, si usted lo desea, contestó ella.

Al cabo de algunos minutos se levantó, y, dejando su sombrilla y su sombrero en el suelo, se dirigió á su barquita azul. Se embarcó y se puso á bogar con aire negligente é irresoluto.

Tan amenudo la habíamos visto proceder de aquella manera, tan acostumbrados estábamos á verla atravesar el río costeando el escollo, ó remontar su corriente, ó bien bajar con ella, que ni Raul ni yo teníamos la menor sospecha de lo que pasaba en aquella preciosa cabeza, cuya cabellera ondulada era agitada por la brisa.

De súbito mi hijo, que la devoraba con los ojos, se levantó precipitadamente, llevóse las manos á las sienes, con ademán de espanto, y gritó con ronca voz:

—¡Padre mío...... está abordado el escollo!

Me levanté de un salto.

En lugar de seguir al contorno del arrecife, según lo acostumbraba, ella acababa de dirigir la proa de su embarcación contra la primera línea de los rompientes....... Vímosla que daba dos ó tres vigorosos golpes de remo que elevaron la embarcación á la mitad de aquella línea, en seguida ella se levantó, tomó uno de los remos con las dos manos y lo apoyó contra una punta de roca que venía á estar detrás de su bajel.

La yole se alzó de adelante para atrás, como un caballo que se encabrita y desapareció por un segundo á nuestra vista, con la intrépida joven, detrás de una peña.

Un instante después, trepaba ella al Taburete de la hada agitando su pañuelo.

Aunque al alcance de la voz, el rumor del agua no ha-

bría permitido que nos comunicáramos; así pués, era inútil tratar de entendernos por medio de la palabra.

El tiempo que había corrido entre el instante en que yo la había visto allí, al lado mío, y aquél en que acababa de verlo aparecer sobre aquella roca maldita era tan corto que me pareció estar soñando.

Aquel capricho audaz me heló de terror. ¡Si por lo menos estuviese ahora fuera de riesgo! pero todavía faltaba la vuelta, y la salida de la Caldera presentaba exactamente el mismo peligro que la entrada. Y qué podíamos hacer nosotros para auxiliarla? No teníamos á nuestra disposición ninguna barca, y, aun cuando la hubiéramos tenido ¿de qué nos habría servido?

Raul estaba lívido; iba y venía por la ribera gesticulando como un loco.

Entretanto la joven acababa de sentarse en el Taburete de la hada y comprendí al verle que permanecía enteramente inmovil, en una actitud graciosa á la vez que natural, que ella había llevado á cabo aquel *tour de force* para colocarse como modelo, y que no abandonaría aquel sitio maldecido hasta que yo le hiciese señas de que había terminado mi boceto.

Así, pues, volví á tomar mi paleta y mis pinceles, y me puse á satisfacerla, con el corazón torturado por la angustia, imaginándome que esa sería quizás la última vez que yo la contemplaba viva, y figurándome la desesperación de Raul si la Caldera se tragaba á su víctima.

Cerca de media hora estuve trabajando febrilmente y logré hacer, á pesar de mi agitación, un estudio muy semejante á mi modelo.

Ya había terminado, pero no me atrevía á hacer una seña, y cuando pensaba que aquello sería quizas la muerte de aquella hechicera doncella, mi corazón se oprimía y las lágrimas subían á mis ojos. Me causó sorpresa descubrir de repente el lugar que ella ocupaba en mi corazón y el vacío que su muerte me dejaría.

No sé si ella adivinó lo que pasaba dentro de mí, pero de repente ví que se levantaba y que desapareció detrás del Taburete. Estaba sin duda ocupada en desatar su barco para la peligrosa vuelta. ¡Mi corazón había cesado de latir!

Vímosla pasar como flecha por el pasadizo fatal, después detrás de la roca...... Hundióse la proa de la yole, levantando la popa como en un adios á la Caldera!......... después y súbitamente la vimos fuera de la zona peligrosa. Un instante después, desembarcaba, un poco pálida todavía, pero con una sonrisa de triunfo, aunque tuviese una ligera expresion de niño que se espera lo vayan á regañar.

Raul se había preciptiado á su encuentro y la ayudaba á que saliese de la barca.

—¡Ah! señorita Hilda! ¿cómo ha podido usted exponerse de este modo? empezó á decir estrechándole las manos y mirándola con los ojos llenos de lágrimas, en los que se pintaba muy bien la pasión para que ella pudiese ignorarla por más tiempo.

—Vamos, Raul, cálmese usted, contestó ella con un tono que me pareció un poco seco. Como este río ha de ser algún día de mi propiedad, fuerza es que lo domine.

Mientras que él amarraba la embarcación en su lugar, ella corrió hacia mí y, mirándome con esa singular mirada que siempre me desorientaba, se inclinó sobre mi tela, murmurando, al menos hasta donde pude entender:

—¿Y bien comprende usted ahora?

Yo había tenido tiempo de sosegarme y de limpiar algo que me hacía cosquillas en los párpados. Mi angustia había desde luego cedido ante un corto instante de enternecimiente y de júbilo al verla fuera de peligro, pero ese corto instante de emoción había sido seguido de otro de colera y de indignación que duraba todavía.

—Señorita Hilda, le dije, con gesto severo, si tuviera la honra de conocer al padre de usted, iría inmediatamente á decirle que su hija no se halla todavía en estado de separarse de su nodriza y que, si ya se despidió á ésta y quiere conservar á su heredera, es preciso que se procure una buena aya, una mujer de peso, cuyos ataderos de delantal sean bastantes fuertes para que resistan las cabriolas de una niña indisciplinada é imprudente!

—O mejor un buen marido, capaz de satisfacer las mismas condiciones que la ama de gobierno, añadió ella riéndose y mirándome de hito en hito, aunque un poco ruborizada.

Esta respuesta me impresionó; me ocurrió de súbito que aquella era ocasión excelente para decir algo á favor de Raul. ¿Pero qué cosa y de qué manera? Yo sentía muy bien que si hubiese pertenecido al sexo que se recrea en este género de intrigas, habría cogido hábilmente la pelota al vuelo, para hacerle comprender cuanto la amaba él y qué excelente marido sería para ella. Por desgracia el tiempo urgía y el joven al incorporarse con nosotros, me obligaba á aplazar para mejor ocasión mis proyectos de intermediario en operaciones matrimoniales.

—¿Y es la primera vez que usted lleva á cabo esta hazaña? le preguntamos los dos.

—Nó, contestó ella, ya lo he hecho dos veces, sin que mi padre lo haya sabido, se entiende, porque nunca me perdonaría esta imprudencia, si llegara á saberla. Por lo demás, se ha exagerado mucho la dificultad de penetrar en la Caldera; se trata únicamente de saber en qué momento preciso hay que levantarse y empujar la canoa hacia adelante manteniéndose uno de pie hacia atras, porque el paso por este paraje es demasiado estrecho para que puedan emplearse los remos horizontalmente. Así es como se salva el punto crítico, y esto lo enseña la tradición, y la noción se trasmite del uno al otro como un secreto. Es también preciso saber que no hay más que un sólo punto en la roca en donde la punta del remo se fije sin resbalar; si no se toca ese punto, es uno perdido!

—No ví que se quedara usted contemplando la límpida corriente, le dije; sin embargo, la tradición dice que todavía se vé allí el bello rostro de la hada de otros tiempos. ¿Nada tiene de tentador para usted tal espectáculo? Sin embargo no hay que temer la comparación poniéndo al lado de aquella la imagen de la hada de nuestros dias.

—Ese es un cumplimiento, tanto más agradable para mí cuanto que no estoy acostumbrada á recibirlos de usted, señor mentor, contestó ella sonriéndose. Por lo demás, algo me debéis para que os perdone vuestra impertinencia de hace un rato.

—Y bien señorita, usted no ha contestado á mi pregunta: ¿cómo es que usted no ha tenido la idea de mirar á la fuente del hada?

—Porque sé muy bien lo que se vé dentro de ella, contestó con tono seco, y, según me pareció, con un ligero extremecimiento, y ningún empeño tengo en volver á mirar. Pero observo, agregó ella volviéndose al caballete, que los temores que me lisonjeo de haberos hecho sufrir no le han impedido á usted pintar una hada á la que me siento orgullosa de haber servido de modelo. Yo no quería pecar contra la modestia, pero hasta me parece que es un retrato y de los más parecidos.

VI.

Al día siguiente, como no tenía disposiciones á la sociabilidad, declaré á Raul que mi intención era dejarlo ir sólo al castillo, cosa que no pareció disgustarle mucho.

Necesitaba estar sólo para poner una poca de calma en la agitación de mis pensamientos y para analizar algunas sensaciones desconocidas que parecían ser la consecuencia del sacudimiento moral que dentro de mí había producido el acontecimiento del día anterior.

Sentía una secreta ira contra mí mismo y más aún contra esa joven, cuyo verdadero carácter me aparecía más incomprensible que nunca. ¿Pertenecía ella á esa categoría de personas cuya característica parece ser una necesidad innata de hacer precisamente lo contrario de lo que uno querría que hiciesen, y cuyos actos parecen producidos por un sentimiento de oposición, que flexible siempre en apariencia, pero obstinado y terco como un resorte de acero, no sólo opone á los buenos oficios de parientes afectuosos ó á los consejos de amigos sinceros una invencible fuerza de inercia, sino que parece ingeniarse en hallar algo de contradictorio para encolerizarlos y hacerles sentir hasta donde se burlan de sus buenos consejos?

—Esta joven, decíame, que se halla por decirlo así sola en el mundo, sin amigos, sin parientes, sin consejeros, se da perfectamente cuenta del interés que me inspira. Finge que aprecia mis consejos, que está agradecida por mis deseos de contribuir á su dicha. Ella misma debe sentir que necesita de alguno que la ame y que la dirija. Su soledad y su juventud deberían predisponerla á contestar con ahinco á la voz del amor. Muy bien sabe ella que mi mayor placer sería verla compartir con los sentimientos de Raul, sabe perfectamente que despreciándolo lo haría desdichado. Y, lejos de dejarse llevar por una vía á donde todo la impele, la felicidad de otro y la suya propia, parece, á guisa de formidable arco á la entrada del camino que la conduciría á la ventura, resistir riéndose á todo lo que uno puede hacer para inducirla. Y hasta parece que, presa súbitamente de ese deseo instintivo de seducción que existe más ó menos en todas las mujeres y las inclina con frecuencia á ejercer el poder de sus encantos precisamente sobre los seres más refractarios, parece, me decía á mí mismo, que esta joven, cuyo carácter sencillo, recto y digno me era tan amable, quiere repentinamente ensayar en mí el poder de la coquetería. ¿Sería posible que ella quisiese, al ver que los sentimientos que me había inspirado no eran más que los de un cariño paternal, y con el ahinco súbito y culpable de cambiar su índole, inaugurar una nueva y odiosa táctica y tratar de hacerme creer que á mí es á quien ama? Debía conocerme lo bastante ahora para saber cuán inútil sería una tentativa semejante, aún cuando mi cariño á Raul no me la hubiese hecho odiosa.

Así me hablaba la voz del amor paternal, que yo calificaba de razón y que procuraba darle toda mi atención. Pero al lado de ella escuchaba otra voz mucho más incoherente, pero que evocaba dentro de mí una sensación tan agradable y tan dulce que me subía del corazón como embriagadoras bocanadas de júbilo supremo.

Estábamos entonces en la primera quincena de Julio. El verano estaba en su plenitud, todas las plantas se abrían en la íntegra madurez de su florecencia. Las flores brillaban con sus más hermosos colores y exhalaban sus más delicados perfumes; los insectos zumbaban y las aves cantaban en el denso follaje con una unanimidad y un ardor que parecía demostrar la breve duración del estío escandinavo y que, aguijoneados por la naturaleza, trataban de suplir la brevedad de la vida por su mayor intensidad.

Todos los seres que me rodeaban, vegetales, insectos ó pájaros, me parecían revestidos con galas de fiesta, y creía yo oír salir del campo de trigo dorado, de la espesa yerba ó del follaje de profundidades misteriosas, como una multitud de acentos gozosos que se harmonizaban en un coro para cantar el himno de amor á la naturaleza.

—¿Y si realmente fueras tú el amado? murmuraba la voz pérfida. ¿Te opondrías á tu propia ventura cuando viene ella misma á ofrecérsete? Si ella te ama, es porque no le ama á él. ¿Por qué, pués, ese empeño en lanzarla á sus brazos, cuando ella cree que su dicha está en los tuyos?

—Es demasiado joven para tí, decía la otra voz; no podría amarte por mucho tiempo, si cedieras á este capricho, nacido del gusto por la contradicción. Es una consentida de la fortuna; quiere el fruto que no puede atrapar y del que en breve se disgustaría, si llegase á obtenerlo No cedas, no te pongas en ridículo, tú el hombre fuerte y excéptico. Recuerda tu experiencia matrimonial, abandona estos lugares, deja á Raoul solo con ella y todo tomará el mejor pase para bien de todos.

Razonando de esta suerte, iba yo andando un poco al azar, sin preocuparme gran cosa de los sitios y de los puntos de vista. Había yo salido para pasearme, y, como no me sentía con ganas de trabajar, no había llevado más que mi bastón. Casi sin notarlo, no tardé en salirme del camino, y me entré por unas praderas pantanosas, plantadas de árboles y de zarzales, que están cercanas al río en la ribera opuesta á Charlottenberg.

Al desembocar en la pradera, divisé una modesta cabaña medio oculta entre los árboles. Erase la casa habitada en otro tiempo por el viejo Svensson, que ya había muerto hacía muchos años y al que habrá sucedido el arrendatario de la pesca de salmon por toda la parte que corría en las tierras del barón de Hammarhielm.

Resolví inmediatamente hacerle una visita. Me lo encontré en un cobertizo fuera de la casa, ocupado en ordenar sus instrumentos de pesca. Me recibió con los modales corteses y hospitalarios que caracterizan á los Suecos de todas las clases de la sociedad. Era un hombre de unos cuarenta años, de expresión seria y benévola. Declaró que me conocía mucho de vista, porque nos había observado, á Raul y á mí, pintando ó paseándonos con la señorita del Castillo. Platicamos un rato de pesca y salmón, y este tema nos llevó con toda naturalidad á la Caldera.

—¿Ha intentado usted alguna vez penetrar en ella? le pregunté.

—Una sola ocasión, me contestó. Trabajaba yo entonces para el viejo Svensson. Aunque muy joven todavía,

ya conocía todas las dificultades de la navegación por este río y ardía en deseos de tentar el golpe de la Caldera, de ir á ver lo que había de hermoso en esa decantada fuente de la hada. El viejo Svensson, que gustaba mucho de charlar, sobre todo cuando había bebido, me describió una noche tan menudamente la maniobra para penetrar en el escollo, que resolví hacer un ensayo al mismo día siguiente. Llevé las cosas perfectamente; pero nunca he vuelto á hacer ese alarde, y nada ni nadie podrá decidirme á volver allí por segunda vez.

—¿Y qué vió usted en la fuente de la hada?

—Pues yo, señor, contestó el pescador después de vacilar algunos segundos, lo que allí ví me inspiró tal terror, que estuve á punto de perder la sangre fría para salir sano y salvo del escollo. Pero supongo que usted estará al corriente de lo que se refiere sobre el pasado del viejo barón, y que no es ya un misterio para nadie.

Yo le probé en pocas palabras que no ponía excepción á la regla.

El continuó:

—Mi curiosidad era grande, como puede usted imaginárselo; así es que, una vez que entré á la Caldera me apresuré á amarrar mi barca y á subir al trozo de piedra que lleva el nombre de Taburete de la Hada. Me incliné ávidamente sobre la superficie límpida y sosegada, esperando que vería algún reflejo extraño ó algún juego de la naturaleza que fingiera el rostro de una mujer. ¡Retrocedí lleno de horror! Lo que en un principio tome por un informe paquete de hilaza y por vestidos manchados y hechos trizas, se precisó muy pronto ante mis ojos, dentro del agua transparente é inmóvil. Era el cadáver, ó mejor dicho la parte superior del cadáver de una mujer. Lo que yo había tomado por hilaza era su larga cabellera que flotaba en desorden sobre la superficie del agua. Los pies y las piernas desaparecían en el fondo del estanque. La cara, ó más bien dicho lo que de ella quedaba, parecía vuelta al cielo. Las carnes, aunque blanqueadas por el tiempo y privadas de color por su permanencia dentro del agua, cubrían aún aquella calavera cuyas órbitas, dos agujeros negros, parecían implorar piedad, mientras que un horrible «rictus» que descubría la blanca dentadura hacía un gesto de risa del que me acordaré toda mi vida.

¡Y érase en semejantes cercanías, ante un espectáculo tan repulsivo y casi tan espantoso como lo era el mugiente abismo que ella había tenido que atravesar, en donde aquella joven extraordinaria se había expuesto durante media hora para servirme de modelo!

—Evidentemente ese es el cadaver de la infortunada víctima del barón, dije. ¿Pero como se explica usted que haya quedado allí?

—Eso se explica muy bien, señor. Usted sabe que el barón, cuando supo que se habían ordenado pesquisas judiciales en los alrededores del castillo para saber si había ó no un subterraneo en comunicación con el arrecife, parece que llevó en la noche una buena cantidad de pólvora al subterraneo que el hizo saltar aquella misma noche; quería impedir con la destrucción de ese túnel que alguna vez pudieran llegar hasta el misterioso reducto, en donde probablemente había ocultado el cadaver de la infortunada degollada por él en un momento de furiosa locura. La explosión de aquella mina no sólo destruyó la parte del subterraneo que estaba debajo del lecho del río, llevandose la corriente hasta el menor vestigio, sino que debe haber producido algún cambio en la disposición de las rocas que forman la base de la Caldera. En efecto, nunca, antes de estos sucesos se había hablado de un cadaver dentro de la fuente de la hada, y además este estanque, según el dicho de los que lo habían visitado era tan profundo, que no se podía ver el fondo. Ahora bien, como acabo de decir á usted, el cadaver, cuando yo lo ví, tenía las piernas metidas entre las piedras del fondo, el cual se distingue muy bien. Así pues todo inclina á creer que el espejo de la hada, que evidentemente era una especie de chimenea natural, comunicaba más ó menos directamente con la bóveda ó más bien con la cueva en la cual terminaba el subterraneo. La presión del aire producida por la explosión de la mina debió proyectar todo lo que se hallaba en la gruta, y esta quedó obstruida hasta cierta altura por los escombros y fragmentos de roca, y entre los cuales el cadaver quedó aprisionado y detenido en la posición que acabo de describir. En cuanto á su estado de conservación por espacio de tantos años, nada tiene de extraordinario si se considera que estas peñas son de composición calcárea y que el agua del estanque, constantemente renovada por las infiltraciones, está siempre muy fría.

Dí las gracias al pescador por su interesante relato; en seguida, despidiéndome de él proseguí mi paseo, que me llevó haste el punto donde se reunen el río y Boren.

Imposible me parecía ahora creer que Hilda ignorase el terrible episodio que figuraba con caractéres de sangre en la historia de la vida de su padre. Ella había visto el cadáver y no le causaba el menor asombro. ¿Era por sequedad de corazón ó por fuerza de carácter?

No volví al hotel sino hasta en la tarde, y encontré á Raul solo en nuestro aposento. El pobre muchacho empezaba á revelar los signos exteriores de la pasión que lo consumia. Habia enflaquecido y habia perdido, con el gusto y con el interés por el trabajo, toda la alegría y el entusiasmo que en otro tiempo hacian de él un excelente compañero.

Al verlo sentado, pálido, abatido y meditabundo, en un sillón, con la barba en la mano y la mirada febril, fija en el vacio, mi corazón se oprimió dolorosamente.

—Raul, querido hijo, díjele ofreciéndole la mano, creo que debemos pensar en irnos. Ya tomamos un número suficiente de bocetos y de estudios para trabajar en el taller, y podriamos volver á Stockholmo dentro de dos ó tres dias. ¿A qué fin quedarnos aquí más tiempo? Veo muy bien que Hilda no te ha dado ningún estímulo que te permita abrigar la menor esperanza. Así pues, prolongar nuestra estancia aquí, sólo nos traerá daños, mientras que, si volvemos á la ciudad, tú tendrás trato social, y este trato, unido á tus habituales ocupaciones, pronto te hará olvidar tu pena.

—Como quieras, padre mio, me contestó. Sin embargo, concédeme aún tres dias. Como tú mismo lo habrás notado, cada vez se patentiza más que los sentimientos de Hilda hacia mi no son sino los de la amistad, y de dia en dia estoy perdiendo la esperanza de que cambie, aunque á veces se me figura que, si ella supiese cuánto la amo, esto podria tener influencia en ella y traer un cambio en sus impresiones. Aparenta ignorarlo tan completamente, que en ocasiones pienso.. ... En una palabra, yo no quiero irme sin intentar...... sin haberle hablado. Deseo, cueste lo que costare, hacerla salir de esa amabilidad altanera y fria; pero la misma siempre, que parece ser su norma de conducta para conmigo. Quiero que ella sepa todo, quiero averiguar por mi mismo si conoce mi amor, ó si únicamente finge que lo ignora.

(*Continuará.*)



BRONCE FLORENTINO

Su pelectro no es de oro:
de fierro y formidable.
Su espíritu no es suyo:
lo trajo un avatar.
Su acento es el de Bóreas.
Su afán es indomable.
Su goce es el martirio,
y es llanto su cantar.

Ama lo tenebroso,
Busca lo inexcrutable.
Quisiera por regiones
de sombras divagar.
O de encrespadós mares,
el piélago insondable
en noche sin estrellas
impávido surcar.

No fora la áurea rima;
la endecha afeminada
que lleva los recuerdos
de amores á la amada
ó armónica difunde
en música sutil.

El es bardo guerrero,
él es robusto atleta,
que quiere con el verso
que con el símil reta
y esuda con la estrofa
su pecho varonil.

CARLOS PIO UHRBACH

Hay muchas cosas en política á las cuales se resigna uno sin estar convertido á ninguna de ellas.

Thiers.

El peor efecto de nuestras enfermedades morales es el de quitarnos los deseos de curarnos.

G. M. Valtour.



HECHO EN MEXICO PARA "EL MUNDO" POR J.E. MEYER

LA REINA DEL BAILE.

EL MUNDO.

TOMO I. MEXICO, MARZO 7 DE 1897. NUMERO 10.



Guillermo Prieto. † el 3 del actual.

(De fotografía de Torres hermanos.)

[Véase nuestro artículo editorial.]

"EL MUNDO"

Semanario Ilustrado.

Teléfono 434.-Calle de Tiburcio núm. 20.-Apartado 87 b.

MÉXICO

Toda la correspondencia que se relacione con la Redacción, debe ser dirigida al

Director, Lic. Rafael Reyes Spindola.

Toda la correspondencia que se relacione con la edición debe ser dirigida al

Gerente, Lic. Fausto Moguel.

La subscripción á EL MUNDO vale $1.25 centavos al mes, y se cobra por trimestes adelantados.
Números sueltos, 50 centavos.
Avisos: á razón de $30 plana por cada publicación.

Todo pago debe ser precisamente adelantado.

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE.

Notas editoriales.

Guillermo Prieto.

Acaba de apartarse de nuestro lado una de las figuras más genuinamente nacionales, una personalidad distinguida que viene á compendiar el carácter, el espíritu, el modo de ser de toda una época. Con Guillermo Prieto desaparece, en efecto, un pedazo de vida nacional, de esa vida que, con sus vicios y sus virtudes, sus triztezas y sus glorias, sus entusiasmos y sus depresiones, ha animado y resumido la típica leyenda patria.

¿Quién no conoce en la República la historia de esta existencia? ¿Quién ignora los títulos que amparaban á Guillermo Prieto para ocupar un lugar predilecto en el corazón de los mexicanos? Rodeaba al ilustre anciano una como aureola formada por la gratitud y el cariño popular. Iba él de este modo protegido, á semejanza del héroe de Horacio, por una triple coraza de afectos, que la muerte ha, por fin, hecho pedazos.

Los hombres que sobreviven á su tiempo y logran conservar intacta y de una sola pieza su personalidad, es que poseen dotes superiores. Guillermo Prieto, en quien se traslucía un ligero dejo de amargura hacia las nuevas generaciones, supo, sin embargo, darlas la mano y fortificarlas. ¿Qué importaba que las ideas hubieran sufrido una transformación completa, cuando la conciencia nacional había tendido un puente entre el porvenir y el pasado, entre la realidad y la esperanza?

De aquellos soñadores entusiastas, de aquellos espíritus apasionados, de aquellas almas desbordantes de ideales, somos hijos nosotros. A ellos les corresponde un primer puesto en la historia de nuestra joven nacionalidad; para ellos es toda la gloria y todos los honores. Hombres de lucha y hombres de emoción, sirvieron á su causa con la espada y con la lira, con el lamento de Job y la imprecación de Isaías, con la serenidad del martir y la energía del guerrero.

A este heróico grupo perteneció Prieto, y más que ninguno otro contribuyó á esparcir el credo de la democracia, disponiendo de ese aparato luminoso y vibrante que le ponía en comunicación con la conciencia popular: su poesía nacional, es desbordante de entusiasmo, ingenua y burlona, haciendo del chiste una epopeya y convirtiendo cada harapo en un pabellón de victoria; poesía que sale de lo hondo de ese pueblo, que se mira en ella como los astros en la móvil onda de los lagos.

Guillermo Prieto vivirá eternamente en la memoria de los mexicanos: su nombre será conservado como una reliquia legada por la Libertad á las nuevas generaciones nacionales. ¡Hagamos un alto solemne en el borde de este amado sepulcro!

Españoles y mexicanos.

En estos días y con motivo de un hecho desagradable ocurrido en Puebla, y en el que intervinieron unos súbditos de España, ha tratado la prensa diaria de los elementos que constituyen la base de las relaciones entre mexicanos y españoles.

La colonia española representa una parte importante en la explotación de la riqueza nacional y por su actividad y sus energías ha sabido conquistarse una posición que la enaltece. Hay, es verdad, entre algunos de sus miembros, restos de ideas, que si tienen razón en su patria, aquí, dada la tendencia de los espíritus, no gozan de crédito.

De aquí dependne en la mayor parte de los casos, esos arrebatos explotados por la *patrioteria* reinante en españoles y mexicanos, puedan fácilmente degenerar en un conflicto que todos lamentaríamos.

Nunca como ahora se hace indispensable una gran dósis de sangre fría.

En vista del estado de ánimos, debe hacerse el sacrificio de obtener halagadoras victorias tras de empeñadas polémicas. En este asunto la razón la tendrá siempre el más correcto.



General Guadalupe López,
Jefe de la 5ª Zona Militar. † en Guadalajara el 1º del actual.

Política General.

RESUMEN.—Mc Kinley en el poder.—La exaltación de ayer y la pacífica concordia de hoy.—El programa republicano de Chicago y la nueva administración.—La doctrina de Monroe y el proteccionismo.—Paz de nombre y guerra de tarifas.—El porvenir de México.

Si con profundo interés seguimos el año pasado los movimientos de la política americana, preparándose á determinar por el ejercicio del sufragio, el más solemne de los actos en los pueblos democráticos, disponiéndose á definir por medio de las urnas electorales la marcha administrativa en el nuevo período presidencial que hoy se inaugura; si nos fijamos con singular atención en el rumbo que tomaban los partidos, las fuerzas que desplegaban y los programas que discutían, y vimos cuidadosamente cómo se iba formando la pública opinión en el club, en el *meeting* y en las grandes convenciones nacionales, á favor de las fuerzas vivas y de las clases directoras de la nación, á impulso de los grandes intereses puestos en juego, del poderoso aliento democrático que agitó todos los espiritus y despertó las latentes energías políticas de un pueblo que vive sólo de su riqueza y su trabajo, ajeno en general á los ensueños hermosos y bellas utopías que seducen á otros: no debemos, ahora que comenzará á ponerse en práctica el resultado de esa agitación, dejar de dedicar una mirada á la administración republicana que hoy entra á funcionar bajo la dirección del célebre campeón del proteccionismo, William E. Mc Kinley.

* * *

Lo primero que desde luego llama nuestra atención y casi nos asombra, á nosotros inquietos latinos acostumbrados á escuchar más las sugestiones de la pasión, á atender más las insinuaciones seductoras del partido, es ver la absoluta sumisión de todo un pueblo á las decisiones sancionadas de las mayorías. Ayer la agitación en masa, el choque formidable de intereses opuestos, la lucha gigantesca entre encontradas concupiscencias y contrarias doctrinas, el combate sangriento entre fuerzas y actividades poderosas que parecían irreconciliables á perpetuidad; hoy, la unión de todos los ciudadanos y la liga pacífica de los elementos más disímbolos, para acatar la autoridad suprema, y prestarla cada cual su contingente, unos acelerando y otros retardando la marcha resuelta en los comicios, pero cada cual en su puesto en el admirable mecanismo del complicado aparato gubernamental. Ayer la pasión y el prejuicio, el odio y el rencor, empujados á poderosa lucha y ocasionados á choques espantosos; hoy la calma tranquila, la fría serenidad rindiendo pleito homenaje al elegido del pueblo, sometiéndose de grado á la voluntad, manifiesta entre relámpagos y truenos en la hermosa tempestad de los comicios.

¡Pueblo viril y grande el que así combate con energía republicana, y esgrime todas las armas de su vital constitución plutocrática en los días de discusión, en las horas del sufragio, para seguir después, sin asomo de domésticas rencillas, sin resabios de las pasadas luchas, majestuoso y altivo en el desarrollo interminable de su soberana grandeza!

* * *

Y no esperemos que la administración que hoy se inaugura cumpla en todas sus partes el programa de la Convención Nacional Republicana, dictado en las horas de exitación política, cuando los cerebros caldeados al rojo en la animada discusión, trataban de deslumbrar con la pompa de sus declaraciones.

Con una prudencia astuta, el candidato elegido que hoy se coloca en la primera magistratura de la gran nación americana, aceptó el puesto que se le ofrecía, pero nunca se comprometió explícitamente á seguir al pie de la letra las decisiones lanzadas en el calor de la refriega por los convencionales de Chicago. Conocidos como eran sus ideales políticos, reputado ya ante la nación entera como el paladín de un programa eminentemente económico, basado en las consideraciones del proteccionismo más radical, quiso Mc Kinley que así lo aceptaran. Y así, sin sin compromisos previos, sin recibir condicones de nadie, sin escuchar insinuaciones de ninguno, sin vanas promesas es como ha ascendido al poder.

Esto no significa que su administración vaya á caminar sin rumbo fijo. Si alguien se deja penetrar fácilmente en sus planes y propósitos, es sin duda el célebre estadista de Ohio.

No seguirá la política agresiva que en las relaciones con las potencias extranjeras le aconsejaban los republicanos de la Convención; probablemente, desatendiendo á las ardientes simpatías que han manifestado los partidarios que lo eligieron, y sin fijarse platónicamente en la tremenda lucha que hace dos años sacude con estremecimientos de volcán los campos antillanos, no ha de tender la mano á los tenaces insurrectos de Cuba; verá con gran satisfacción que el tratado de arbitraje permanente con Inglaterra ponga á los Estados Unidos al abrigo de formidable choque entre dos poderosas naciones; dejará en el olvido, ó por lo menos no irá á desenterrar del polvo de los archivos para renovarla: la debatida doctrina Monroe, tan sujeta á provocar conflictos como ocasionada á despertar envidias y rencores; no pretenderá, como lo soñaban sus defensores, que la Unión americana se entrometa en la politica europea, favoreciéndo armenios perseguidos ó amparando cretenses insurrectos, exponiéndose á dificultades que lo aparten de sus propósitos.

Pero si en su política extranjera activa dejará satisfechas las aspiraciones pacíficas de la nación, es seguro, es indudable que inaugurará una guerra, más formidable quizá que la que se hace al resplandor fatídico de los disparos y al estruendo ruidoso de los cañones: la guerra de las tarifas, contra todo aquel que se quiera oponer á las exigencias de un pueblo compuesto de setenta millones de estómagos acostumbrados á una substanciosa y nutritiva alimentación.

Esa será la política republicana que ha de conmover á la vieja Europa.

Afortunadamente para México, su admirable situación lo pone al amparo de esas conmociones, y lejos de temer por su creciente bienestar, mira confiado esos nuevos derroteros, que á la postre nos ponen en condiciones de continuar sin zozobras nuestro progreso iniciado ya con firmeza, al abrigo mismo de ese proteccionismo americano.

X. X. X.

4 de Marzo de 1897.

LA PUREZA Y EL ARTE DRAMATICO

Animado debate se sostiene en estos días en la prensa parisiense, respecto á la delicada cuestión de saber si la pureza y la inocencia son compatibles con la profesión de artista dramática. No versa la discusión sobre los peligros que corre entre bastidores la virtud femenina, ni sobre las tentaciones que dimanan de la ficción del amor, del remedo de la galantería de las caricias y frases ardientes en el escenario y del trato de los Don Juan y de los Lovelace fuera del teatro. Tampoco está á discusión si es ó no una necesidad para la actriz el recurrir á la galantería para bastar á las cuantiosas exigencias del desenfrenado lujo de trajes, joyas y atavíos que impone la escena moderna, que imperiosamente exige el público, y que no bastan á cubrir los honorarios, por suntuosos que sean, de que se goza en la privilegiada profesión. Sobre estas materias hay estudios serios, y Alejandro Dumás, hijo, pronunció la última y siniestra palabra levantando el oropel que cubría la úlcera, que él con la «Dama de las Camelias,» había contribuido á gangrenar.

La cuestión palpitante y actual es diferente, más profunda y menos circunstancial que las otras y de cuya solución está pendiente el público francés. ¿La pureza y la inocencia de la actriz, pueden permitirle la expresión perfecta y completa de las pasiones, de las tempestades, de los ímpetus que el drama moderno pone continuamente en acción? ¿Es posible la interpretación en el teatro de las inquietudes de la mujer adúltera, tipo favorito del drama contemporáneo; de las volubilidades de la coqueta, de los éxtasis y transportes de la mujer enamorada, cuando se tienen la conciencia limpia y el alma inmaculada, cuando no se conoce del amor sino la apariencia, y cuando se es tan sólo un teórico de la más intensa de las pasiones? ¿O es, por el contrario, indispensable haber vivido, haber amado realmente, haber apurado hasta las heces el caliz de hiel y de ambrosía, que se llama una pasión, para afrontar el fuego de la rampa, para poder presentar al público la imágen viva y palpitante de la pasión sentida y vivida, sus ansias, sus trances, sus delirios y sus tormentos?

Esta última opinión tiende á prevalecer. Directores de teatro, dramaturgos, artistas y pensadores, consultados al efecto, han opinado en ese sentido y Claretie, Zola, Coquelin Cadet y otros muchos, afirman excátedra, que hay incompatibilidad radical y absoluta entre la pureza y la inocencia y las manifestaciones elevadas y supremas del arte dramático. Para sostener esta tésis, se citan precedentes, se invocan textos, se exponen los usos y costumbres. Zola, consultado á ese respecto, estudia la cuestión en todos sus aspectos, y después de meditarla mucho, y de extenderse en considerandos de todas clases, acaba diciendo: «¿Pero á qué ocuparnos de estudiar la pureza de las actrices, si no ha de presentarse el caso?» y se cita, por último la frase de Agustina Brohan á una aspirante al tablado: «Tienes mucho talento, no hay duda; pero te estorba tu inocencia.»

***

De ser real y efectiva esa incompatibilidad, resultaría un hecho completamente desconsolador, el de que el ejercicio de una de las artes más nobles y elevadas, y una de las más características del siglo XIX, trae aparejado necesariamente el vicio, y de que no podrá admirarse en el escenario un talento femenino, sin que quede el resabio de que aquel genio es pura y simplemente una mujer perdida.

¿En qué puede fundarse opinión tan desconsoladora? Pues en consideraciones de un carácter profundo y cuya solidez no puede ponerse en duda. El teatro antiguo y el arte dramático correspondiente, eran esencialmente artificiales y convencionales. Pasiones decorativas, personajes inventados, lenguaje especial, estilo declamatorio y dialéctico, la regla de las tres unidades: la de acción, que simplificaba la intriga; la de tiempo, que forzaba los acontecimientos y precipitaba los sucesos; la de lugar, que reducía á su más simple expresión la *mise en scène*; la proscripción de las pasiones bajas y de los personajes vulgares, hacían de las tragedias de Racine y de Corneille, modelos del género, verdaderas *loas* acompasadas y majestuosas en las que, como dice Taine: «personajes de cartón, sentados en sillones clásicos, discutían cuestiones generales, en un salón abstracto.» Nada de preciso ni de concreto, ideas generales en vez de personajes vivientes; todos los pormenores característicos suprimidos. Julio César no es un hombre, es la idea imperial; Bruto no tiene sangre ni carne, es el principio democrático; un grupo sin carácter ni tipo definido, representa al pueblo; á cualquiera, á todos, á ninguno. Como decoración, un pórtico ó un jardín; como mobiliario, unas banquetas forradas de sarga roja; como indumentaria, la peluca empolvada para los actores y el peplum y el velo para las actrices.

Un teatro de este género no exige ni impone al actor la observación de las pasiones, ni de los caractéres, ni de las actitudes, ni de la gesticulación humana. Ciertas entonaciones de pacotilla para la indignación, la ternura ó la ira; actitudes copiadas del Museo Vaticano; ademanes calcados de los altos dignatarios del Estado, ó de la nobleza, ó del rey mismo; gemidos mitigados y aprendidos por imitación del director de escena; explosiones de pólvora mojada encauzadas en el bien parecer; grupos excémicos imitados de Rafael: tal es el arte dramático que exige el teatro clásico. Claramente se comprende que la más inocente pensionista del Sagrado Corazón pueda representar con éxito las Cleopatras, como las Jimenas de la tragedia clásica. Para morir como Mitrídates ó como Julio César mueren en ese teatro, bastantan sólo un buen maestro y muchos ensayos, y no se necesita ni la observación directa, ni menos aún la experimentacion en materia de dolores ni de pasiones reales.

***

El teatro contemporaneo ya es otra cosa. Como todo el arte de nuestros días, como la pintura, la escultura, la literatura y hasta la música, propende á la imitación de lo real. Aboca su objetivo fotográfico sobre los hombres, las cosas y los sucesos, y saca clichés sorprendentes de exactitud, impregnados de vida efectiva, palpitantes de emoción verdadera. Ya no son muñecas descarnadas, ni maniquíes automáticos los que desfilan sobre el escenario, son hombres reales y verdaderos con todo el conjunto complexo de sus múltiples atributos; ya no son tésis escolásticas las que desenvuelven en figuras de retórica ante el espectador, sino amalgamas de sucesos, de episodios históricos ó biográficos. Los personajes viven y sienten, pertenecen á su raza y á su medio, hablan el lenguaje de todo el mundo, viven la vida general, dialogan como financieros ó como cocheros, respiran la misma atmósfera y se nutren de los mismos jugos que la humanidad. La intriga se burla del tiempo y del espacio; los sucesos se desenvuelven en todos los continentes; las acciones se mezclan y atropellan como en el mundo real. La imitación exacta y precisa va hasta el extremo; la indumentaria se inspira en la arqueología y en el Gabinete de las Estampas; se mandan hacer el puñal ó el frasco de veneno del modelo auténtico y adecuado; las joyas, los accesorios y el moviliario son objeto de los más profundos y detenidos estudios; las decoraciones reproducen exactamente los panoramas, las perspectivas, los accidentes del paisaje en cuyo seno se supone pasan los sucesos.

En estas condiciones autores y actores viajan, descifran manuscritos, estudian psicología, filosofía é historia; observan personalmente; visitan, vestidos de frac, los palacios y concurren, revestidos de blusa, á las tabernas y á los tugurios.

En los hospitales observan las ansias del agonizante, los hipos precursores de la muerte, las demacraciones de la tisis, las convulsiones de la histeria y las actitudes de la catalepsia. En los anfiteatros estudian la facies cadavérica, la rigidez de la muerte. Con los grandes médicos aprenden á distinguir el asma brónquica de la cardiaca. El corazón humano lo estudian en el mundo y en la sociedad, frecuentan todas las clases sociales, se codean igualmente con los magnates y con los obreros, con la virtud y con el vicio, con la riqueza y la miseria, destilan de todo el basurero humano, como un elixir, todo lo que la vida tiene de típico, de característico y lo sirven al público en forma de drama ó de novela.

Desde este momento, nada más natural que exigir del artista que para representar un papel, haya vivido la vida del personaje; que haya experimentado sus mismas pasiones, corrido los mismos riesgos, profesado sus mismas ideas. Y siendo esto así, no hay lugar en el teatro moderno para la inocencia y la pureza de las mujeres.

***

La mujer figura en el teatro moderno, de toda preferencia, como coqueta y como adúltera. Para traducir en acentos verdaderos, en actitudes apropiadas, en gesticulación vigorosa, las pasiones que el teatro le atribuye, necesita haberlas experimentado. Le es forzoso haber coqueteado para saber coquetear, y si ha sido esposa fiel y leal ni conocerá ni podrá interpretar los arrebatos, los terrores, los remordimientos del amor desleal. Con menos razón aún podrá llenar su delicada misión si han anidado en su corazón las blancas palomas de las virtudes femeninas y no las víboras de las malas pasiones. Cuando una mujer no ha hecho otra cosa que suspirar y sonreír, cuando no ha soñado más sueños que los de Graciela, ni experimentado otros anhelos que los de Ofelia, ni entrevisto otros horizontes que los del velo sobre el altar, le están vedadas las frivolidades de Frou-Frou, las pasiones de Lucrecia y las venganzas de la Tosca; está fuera de cuadro en el teatro moderno y, madura para fundar un hogar honrado, fecundo y feliz, está tierna y verde aún para fundar una escuela dramática ó interpretar un personaje del teatro actual. Pero que esa mujer llegue á vivir, que engañe al marido, que se escape del tibio hogar para cenar en alegre compañía; que su amante mate en duelo al marido, que la justicia le arrebate á sus hijos, que escale el calvario de todos los dolores y baje á la letrina de todas las degradaciones, y entonces, y sólo entonces será artista, podrá pisar con aplomo el escenario, habrá en ella materia prima para representar los personajes; con el vicio habrán llegado hasta su espíritu la luz, y hasta su corazón el fuego del genio y Sardou y Zola é Ibsen habrán encontrado la intérprete ideal de sus obras y la representación viva, palpitante y sincera de sus personajes.

Así como antiguamente se fingían en cartón los leones y panteras del Circo Romano, cuando las necesidades del teatro imponían su presentación al público, y hoy se alquilan las fieras reales y efectivas del Jardín de Plantas; así el mezquino teatro antiguo llevaba á las vírgenes á representar prostitutas, y ya es tiempo de que esa convención acabe. Los fueros del ante teatral moderno reclaman que cada personaje encarne en un *profesional* de la clase correspondiente.

Tal es el alegato; no hemos disimulado ni su apariencia seductora ni mitigado su fuerza intrínseca. Veamos ahora la réplica y la refutación. Ese modo de razonar, no sólo produce escándalo y casi provoca nauseas, sería esto lo de menos, bien que triste, si el argumento fuera sólido y la conclusión verdadera. Inclinaríamos resignados la cabeza si estuviera demostrado que es una fatalidad humana el que sólo por el camino del vicio se llegue á la meta del arte dramático. Pero, lejos de ser válido, el argumento es vicioso y conduce al mayor de los absurdos.

El principio, si es verdadero, tiene que ser general; si vale para una pasión, el amor impuro, vale para todas las demás, y si se prueba que la mujer necesita para representar haber sentido y experimentado personalmente las pasiones y ejecutado los actos que las provocan ó que son su natural consecuencia se habrá demostrado que el hombre está en el mismo caso. Veamos á cuanto desatino conduce esa opinión. Desde luego, si una mujer no es madre, no podrá representar la ternura, la abnegación, el sacrificio maternal; luego toda actriz necesita ser madre, necesita igualmente haber tenido hermanos y haberlos amado y haber conocido y venerado á sus padres para representar los papeles que le exigen estas diversas especies de afectos. Esto es facil de allanar. Pero entonces ¿quién podrá representar el papel de Fedra? ¿Es de suponerse ni por un momento que la Ristori ó la Pezzana, ó Rachel ó Sara Bernardht hayan sentido esa pasión repugnante y antinatural por su propio padre? ¿O vamos á admitir que Fedra no ha tenido intérprete, contra la opinión unánime de la crítica universal? ¿Si la artista ha de representar el tipo de una infanticida, necesita haber dado muerte á sus hijos ó haber experimentado impulsos hacia tan nefando crímen? Las mujeres que matan, deben tener intérpretes asesinos; intérpretes ebrios, las mujeres que beben; intérpretes ladrones, las mujeres que roban.

Los hombres están en el mismo caso. Para representar á un banquero habría que ser millonario y jugar á la bolsa. Napoleón será imposible en el teatro sino lo interpreta el General Saussier por lo menos y como para representar monarcas se necesita haber reinado, sólo las testas coronadas podrán interpretar á Luis XI ó á Enrique IV, y en las puertas de los teatros habrá que poner cartelones que digan «Se necesitan asesinos» y en ninguna parte representará el drama meojr que en los presidios.

Ante tanto y tan colosal absurdo, los más fervientes partidarios de la descabellada tésis tienen que retroceder, y ante la disyuntiva de negar la posibilidad del teatro tendrán que admitir que son compatibles la pureza y el talento dramático y que se puede á la vez admirar á una muger como artista conservando el derecho de respetarla como dama.

Doctor M. Flores.

COMO SALVO GUILLERMO PRIETO A JUAREZ

Mis compañeros quedaron en el despacho del Sr. Juárez, y yo salía con mis útiles de escribir en la mano.

Estaba remudándose la guardia, había soldados de uno y otro lado de la puerta: por la parte de la calle; al entrar yo en el zaguán, para salir, se volvían dentro de él los soldados: á mi me pareció, no sé por qué, que eran arrollados por una partida de mulas ó de ganado, que solía pasar por allí: me embutí materialmente en la pared y me coloqué tras la puerta; pero volví los ojos para el patio, y ví, ensangrentado y en ademan espantoso, al soldado que custodiaba la pieza: gritos, mueras, tropel y confusion horrible, envolvieron aquel espacio.

El lugar en que yo estaba parado era la entrada á una de las oficinas del Estado; allí fuí arrebatado, á la vez que se cerraban todas las ventanas y la puerta, quedando como en el fondo de un sepulcro.

Por la calle, por las puertas, por el patio, por todas partes, los ruidos eran horribles; oíanse tiros en todas direcciones, se derribaban muebles, haciéndo estrépito al despedazarse, y las tinieblas en que estaba hundido exageraban á mi mente lo que acontecía y me representaban escenas que felizmente no eran ciertas.

En la confusión horrible en que me hallaba, ví que alguno de los que estaban encerrados conmigo en aquel antro, salía para la calle impunemente: yo no me atreví á hacerlo, pendiente de la suerte de mis amigos, á quienes creí inmolados al desenfreno de la soldadesca feroz.

Los gritos, los ruidos, los tiros, el rumor de la multitud, se oían en el interior del Palacio. Como pude, y tentaleando, me acerqué á la puerta del salón en que me hallaba y daba al patio, apliqué el ojo á la cerradura de aquella puerta, y ví el tumulto, el caos más espantoso: los soldados y parte del populacho corrían en todas direcciones, disparando sus armas; de las azoteas de palacio á los corredores caían, ó mejor dicho, se descolgaban aislados, en racimos, en grupos, los presos de la cárcel contigua, con los cabellos alborotados, los vestidos hechos pedazos, blandiendo puñales, revoleando como arma terrible sus mismos grillos.

En el centro del patio de Palacio, había algunos que me parecían jefes, y un clérigo de aspecto feroz.......

Algunos me instaron á huir; á mi me dió vergüenza abandonar á mis amigos. Luché por abrir la puerta ..... la cerraba una aldaba, que después de algún esfuerzo cedió: la puerta se abrió y yo me dirigí al grupo en que estaban los jefes del motín

A uno de ellos le dije que yo era Guillermo Prieto, Ministro de Hacienda, y que quería seguir la suerte del Sr. Juárez.

Apenas pronuncié aquellas palabras, cuando me sentí atropellado, herido en la cabeza y en el rostro, empujado y convertido en objeto de la ira de aquellas furias......

Desgarrado el vestido, lastimado, en situación la más deplorable, llegué á la presencia de los señores Juárez y Ocampo. Juárez se conmovió profundamente; Ocampo me reconvino por no haberme escapado; pero hondamente impresionado por que me honraba con tierno cariño.

Apenas recuerdo, después de los muchos años que han transcurrido, las personas que me rodeaban.

Tengo muy presente el salón del Tribunal de Justicia, sus columnas, su dosel en el fondo. Estoy viendo en el cuartito de la izquierda del dosel á León Guzmán, á Ocampo, á Cendejas junto á Fermín Gómez Farías; á Gregorio Medina y su hijo, frente á la puertecita del cuarto; á Suárez Pizarro, aislado y tranquilo; al general Refugio González siguiendo al Señor Juárez.

Se había anunciado que nos fusilarían dentro de una hora. Algunos, como Ocampo, escribían sus disposiciones. El Señor Juárez se paseaba silencioso, con inverosímil tranquilidad: yo salía á la puerta á ver lo que ocurría.

En el patio la gritería era espantosa.

En las calles, el Señor Degollado, el General Díaz de Oaxaca, Cruz Ahedo y otras personas que no recuerdo, entre ellas un médico Molina, verdaderamente heroico, se organizaban en San Francisco, de donde se desprendió al fin una columna para recobrar Palacio y libertarnos.

A ese amago aullaban materialmente nuestros aprehensores: los gritos, las carrerrs, el cerrar de las puertas, lo nutrido del fuego de fusilería y artillería, eran indescriptibles.

El jefe del motín, al ver la columna en las puertas de Palacio, dió orden para que fusilaran á los prisioneros. Eramos ochenta por todos.

Una compañía del 5º se encargó de aquella orden bárbara.

Una voz tremenda, salida de una cara que desapareció como una visión, dijo: «Vienen á fusilarlos.»

Los presos se refugiaron al cuarto en que estaba el Señor Juárez; unos se arrimaron á las paredes, los otros como que pretendían parapetarse con las puertas y con las mesas.

El Señor Juárez avanzó á la puerta; yo estaba á su espalda.

Los soldados entraron al salón...... arrollándolo todo: á su frente venía un joven moreno, de ojos negros como relámpagos: era Peraza. Corría de uno á otro extremo, con pistola en mano, un joven de cabellos rubios: era Moret. Y formaba en aquella vanguardia Don Filomeno Bravo, Gobernador de Colima después.

Aquella terrible columna, con sus armas cargadas, hizo alto frente á la puerta del cuarto...... y sin más espera, y sin saber quién daba las voces de mando, oímos distintamente: «¡Al hombro! ¡Presenten! ¡Preparen! ¡Apunten!»......

Como tengo dicho, el Señor Juárez estaba en la puerta del cuarto: á la voz de «apunten,» se asió del pestillo de la puerta, hizo atrás su cabeza y esperó......

Los rostros feroces de los soldados, su ademán, la conmoción misma, lo que yo amaba á Juárez...... yo no sé... se apoderó de mí algo de vértigo ó de cosa de que no me puedo dar cuenta...... Rápido como el pensamiento, tomé al Señor Juárez de la ropa, lo pusé á mi espalda, lo cubrí con mi cuerpo...... abrí mis brazos...... y ahogando la voz de «fuego» que tronaba en aquel instante, grité: «¡Levanten esas armas! ¡los valientes no asesinan!»...... y hablé, hablé yo no sé qué: yo no sé qué hablaba en mi, que me ponía alto y poderoso, y veía, entre una nube de sangre pequeño todo lo que me rodeaba; sentía que lo subyugaba, que desbarataba el peligro, que lo tenía á mis pies..... Repito que yo hablaba, y no puedo darme cuenta de lo que dije...... A medida que mi voz sonaba, la actitud de los soldados cambiaba...... un viejo de barbas canas que tenía enfrente, y con quien me encaré diciéndole, «¿quiéren sangre? ¡bébanse la mía......!» alzó el fusil, los otros hicieron lo mismo. .... Entonces] vitoree á Jalisco.

Los soldados lloraban, protestando que no nos matarían y así se retiraron como por encanto . ... Bravo sepuso de nuestro lado.

Juárez se abrazó de mí.. ... mis compañeros me rodeaban, llamándome su salvador y salvador de la Reforma......... mi corazón estalló en una tempestad de lágrimas.

GUILLERMO PRIETO.

DAMAS MEXICANAS



Señorita Elisa Corona.

Nuestro grabado suplementario y el 2º tomo de nuestra "Biblioteca Miniatura."

Acompañamos á este número de nuestro Semanario un precioso grabado á colores: «La Reina del Carnaval» y el 2º tomo de nuestra Biblioteca Miniatura, conteniendo hermosas páginas de lectura, de cuya amenidad é interés respondemos á nuestros lectores, á quienes esperamos complacerán mucho ambos obsequios.



El Polo Norte. El "Fram" entre los hielos.

EL POLO NORTE

CONFERENCIAS DEL DOCTOR NANSEN

El Doctor Nansen ha sido en estos días el asunto de todas las conversaciones en el Reino Unido. Los ingleses muéstranse un si es no es orgullosos, porque según palabras del audaz explorador, «no hubiera logrado nada, sin los derroteros que los expedicionarios ingleses de varias épocas le habían marcado de antemano.»

Raza de audaces es la escandinava, que, viviendo en vecindad con la eterna esfinge de hielo, no se da punto de reposo en perseguir su secreto. De ahí las continuadas tentativas que no son parte á impedir los mil peligros, los arcanos riesgos que acechan por todas partes al navegante.

El Doctor Nansen no se sustrae á la influencia ambiente, y aun es más propicio á ella. Sabio y marino, temprano sintió con intensidad mayor que muchos otros, el afán de resolver el eterno problema. Su biografía, en breves rasgos, es la siguiente:

Llega ahora Fridtjo Nansen á 37 años. A los 19 ingresó á la Universidad de Cristianía con la intención de dedicarse especialmente al estudio de la zoología. Teniendo esto por fin, ingresó en 1882 á los vapores noruegos de los mares de Spitzbergen y recorrió sucesivamente las costas de Islandia y Groenlandia. A su regreso fué nombrado Director del Museo de Historia Natural en Bergen, y en 1888, después de recibir su grado de Doctor en filosofía, se embarcó con su famosa expedición de Groenlandia que fué descrita en un volúmen publicado hace seis años. A su vuelta permaneció en su casa durante un período en que por nombramiento del gobierno fué Director del Museo de Anatomía comparativa, en la Universidad de Cristanía.

Pero la tendencia del explorador era fuerte en él, y cuando la Asamblea noruega votó un crédito para costear una expedición al Polo Norte, él aceptó con agrado. En 1892, el Doctor Nansen acabó la construcción del famoso buque «Fram,» y en 24 de Julio de 1893, salió con doce compañeros, iniciando la larga y peligrosa serie de aventuras, que concluyeron hasta el otoño del año último. Cómo se salvó de la muerte gracias al feliz encuentro de la expedición Jackson Harmworth, será capítulo de la historia contemporánea.

***

El Doctor Nansen fué á Londres con el fin de dar conferencias relativas á su viaje en la Sociedad Real de Geografía, y ha sido objeto de mil atenciones, no sólo de parte del mundo científico, sino de la nobleza. La Sociedad en cuestión agracióle con su gran premio de medalla de oro que le fué entregada en el City Hall, por el Príncipe de Gales, enmedio de las demostraciones de aplauso de la alta sociedad inglesa. Notable era el aspecto que presentaba el salón la noche de esa entrega memorable, y significativas las muestras de aprecio recibidas por el sabio. Tiene éste una mujer encantadora, que con estoicismo verdaderamente noruego, aguardó su regreso durante tres años, en que nadie daba noticias suyas, repitiendo con convicción profunda:

—Él volverá.

Es además padre de una angelical criatura y le sobran las consideraciones sociales y los medios de subsistencia. Y sin embargo, deja su hogar para lanzarse á formidables aventuras geográficas! Singular y poderoso espíritu el escandinavo que se nos aparece á través del tremendo viejo Ibsen......

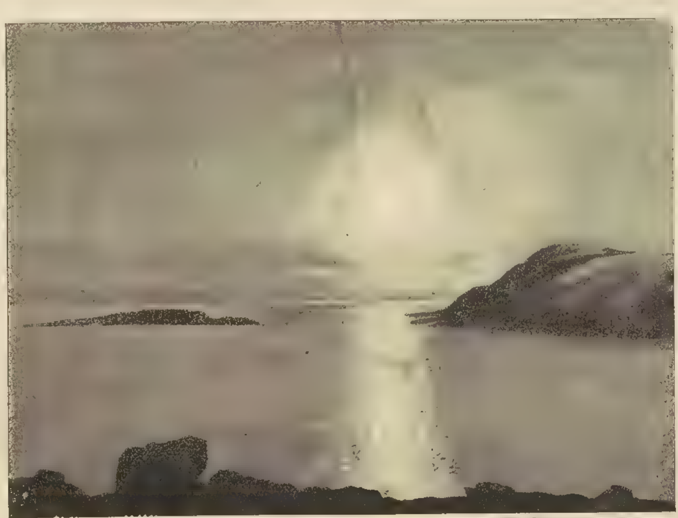
***

Describir lo que vió el audaz noruego durante su larga expedición, sería digna tarea de un poeta de numen poderoso. Gautier hubiera hallado en las blancas praderas polares la realización de su inmortal *Sinfonía en Blanco Mayor;* hubiera encontrado al hada blanca que la inspiró; Alarcón escrito hubiera una nueva *Historia escandinava*, y Julio Verne imaginado una nueva novela.

Uno de nuestros grabados representa una escena Polar: El sol de media noche.......

¿El sol de media noche?

—Sí, incomparable lectora. Usted sabe desde la escuela, que en determinada época del año, en las regiones polares no se pone el sol. Hay días que duran meses, pero no días radiantes, inundados de claridad y de calor, como los que usted contempla en este valle de bendición de donde nunca se va la pri-



El Polo Norte.—El sol de media noche.



Doctor Nansen.

mavera, sino días misteriosos semi-alumbrados por el astro opaco que describe una curva sobre el horizonte y une á veces los crepúsculos con las auroras.

Imagínese usted un paisaje blanco, de un blanco irritante, inmaculado, implacable, feroz...... Arriba, un cielo gris, de un gris uniforme. A lo lejos un globo rojizo que parece enfermo...... Un barco aprisionado por enormes masas de hielos. Algunas siluetas se mueven como algo de extramundo en la infinita soledad del paisaje.... Finja usted luego muchas luces; la luz rosada de la aurora, la cárdena luz del crepúsculo, la refracción de los hielos...... y por fin que extienda en el horizonte su abanico de llamas una aurora boreal! Qué paisaje tan hermoso verdad? Creeríamos estar en Selene la pálida, ante una pomposa naturaleza muerta......

Oh linda amiga mía; usted que ha pasado muchas navidades en la tibia sala iluminada donde el piano canta y campanillean las risas infantiles; oiga como describe el noruego las noches buenas de su destierro:

—Llegó, dice, el veinticuatro de Diciembre de 94 y nos aprestamos mis diez compañeros y yo á celebrar los Christmas. Una nube de tristeza empañaba los semblantes. Aquellos hombres de hierro, inquebrantables siempre, pensaban hoy en el jubiloso movimiento de Christiania, en las amplias calles invadidas por la multitud regocijada, en los cafés de donde escapan llamaradas de gas y gritos alegres, y, sobre todo, en el saloncito tibio donde se adereza el pavo, donde esparce husmos sabrosos la salchicha, y van y vienen la esposa de cofia blanca y los niños alegres. Escogimos algo de lo mejor de nuestras provisiones; conservas y vinos. El *Fram* yacía muellemente sobre los hielos, y para alegrarlo, improvisamos en los mástiles farolillos de varios colores. El frío era tremendo, nuestras pieles apenas bastaban á guarecernos un poco de él: En el cielo brillaban como diamantes pálidos algunas estrellas, en la sábana blanca que nos rodeaba, ni un rumor fuera del gruñido lejano de los osos, ni un movimiento, salvo el de las focas que penosamente se arrastraban sobre los témpanos: Cenamos y bebimos á la salud del lejano hogar, y cuando terminaba nuestro ágape modesto, una aurora boreal desplegaba, como serpentina misteriosa, su tela sonrosada en el horizonte!

Verdad que esa descripción es una balada de las nieves? Que prestigio tienen para nosotros esos países de lo blanco, para nosotros que contemplamos los abanicos de las palmeras y los azahares perfumados!

Las plagas de la India.

Torre del silencio en Bombay.

Ls higienistas, que con tanta razón se preocupan de la peste que aflige este invierno á los habitantes de la India inglesa, estiman como una de las causas indudables de tanto estrago, la falta de higiene en toda aquella región y las costumbres funerarias de la secta india de los Parsis, á la cual pertenecen la mayoría de los habitantes de Bombay. Estos, según dijimos, no entierran sus muertos, sino que depositan los cadáveres en las famosas «torres del silencio,» una de las cuales, en su parte interior, reproduce nuestro grabado, con tal fidelidad, que nos excusa entrar en largas descripciones. Apenas la familia ha dejado el cadaver en la *pila* correspondeinte, numerosas bandadas de buitres se arrojan sobre el muerto y dejan de él solamente la osamenta pelada, que á poco tiempo pasa al pozo central, dejando el sitio vacante para otro cadaver. Las emanaciones de estas «torrrs del silencio» son, como puede suponerse, causa constante de insalubridad y peligro manifiesto en tiempos de epidemia.

La ciudad de Bombay, y esto lo expresamos también, contaba hace unos cuantos meses la respetable suma de ocho cientos mil habitantes. Hoy, merced á las defunciones y á la emigración, ha quedado reducida á la mitad. Los pobladores se desbandan llenos de terror.

Como si el tremendo azote de la peste no bastara, el hambre reina también en la India y las escenas de desolación que se contemplan, son verdaderamente lastimosas. Uno de nuestros grabados representa una de ellas, en que una turba de hambrientos se lanza sobre algunos víveres.

Los ingleses procuran remediar males semejantes en cuanto pueden, pero su tarea es débil ante la magnitud de los desastres.

Los precios de los granos son muy crecidos en los mercados locales y el Gobierno británico, para proporcinarlos brinda trabajo á todos los que se le presentan; pero aun hay un número excesivo de habitantes que por enfermedad y debilidad suma, no pueden desempeñar tarea alguna, y éstos arrástranse en los caminos, agrúpanse á las puertas de las ciudades y ofrecen por donde quiera el espectáculo desgarrador de su miseria. En sólo una semana, según cifras que tenemos á la vista, los ingleses proporcionaron la subsistencia á dos millones y medio de individuos: 1.254,000 en las provincias del Noroeste; 327,000 en la Presidencia de Bombey; 339,000 en Bengala; 97,000 en el Punjab; 28,000 en las provincias centrales; 25,000 en Rajputana; 69 en los territorios de la India central, y algunos más en la Presidencia de Madrás y Burma. Por fortuna las lluvias empiezan á declararse y el precio de los granos tiende á declinar.



Las plagas de la India.—Torre del Silencio en Bombay. (Interior.)



Nansen indicando la ruta que siguió en su expedición, ante la Sociedad Real de Geografía, de Londres.

Lo que sí no cesará, es la causa de la terrible epidemia, que, como decimos, se atribuye á la manera de enterrar sus muertos, que tienen los parsis.



Notas é impresiones.

La tradición de la revolución es como una mina, que sus fieles guardianes hablan siempre he hacer saltar.

G. M. Valtour.

***

Las necedades de los padres son perdidas para los hijos; cada generación hace las suyas.

Federico II.

***

En todo país las costumbres son inferiores á la moral que predican las religiones ó las filosofías.

Gabriel Compairé.

***

Evolución: Complaciente sinónimo de variación.

***

Más se hiere á los amigos por la moderación en el elogio, que á los enemigos por el exceso en la crítica.

G. M. Valtour.

***

La verdad domina todo; no se la desprecia impunemente. Solo ella presta servicios definitivos.

Berihelot.

***

La verdad en el caracter es la sinceridad, la verdad en el ingenio es la naturalidad.

Félix Himón.

***

Nuestros jueces absuelven al borracho que golpea, hiere y mata: en la actualidad el vicio excusa al crimen.

G. M. Valtour.

***

Si los gastos continúan como hasta hoy, vendrá un día en que los franceses no serán más que un pueblo de mendigos ante una fila de cuarteles.

Gambetta.

***

No es el remedio de la miseria avivar los odios.

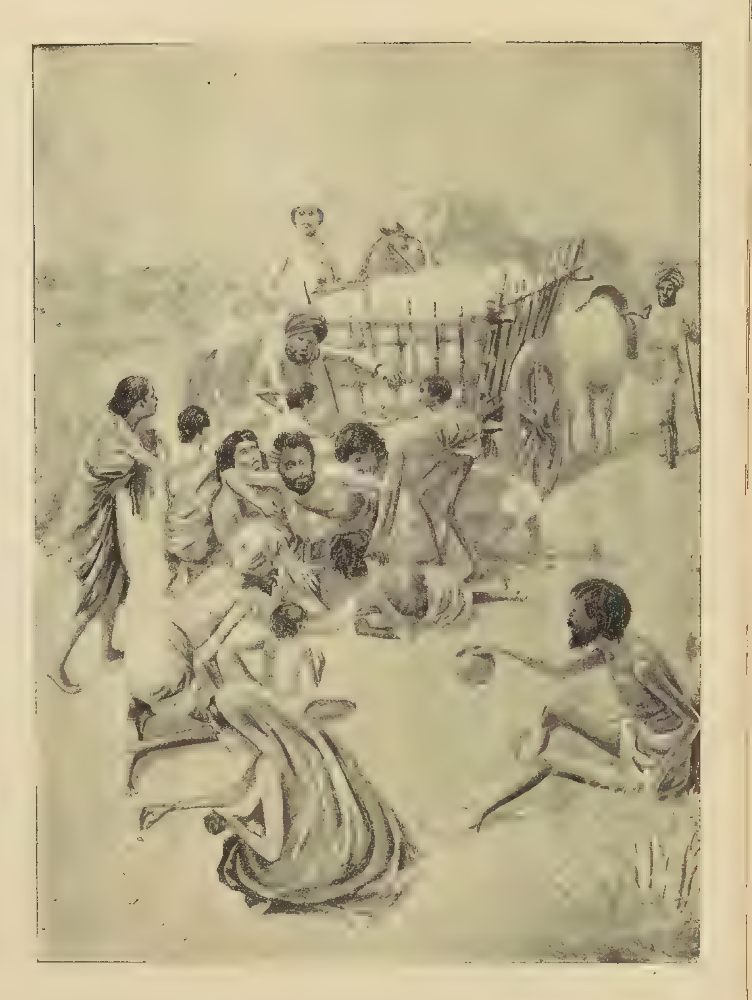
Conde de Haussonville.



Las plagas de la India.



Huyendo de la peste



Tribu Hambrienta.



Después de vejez viruelas.



EL CARNAVAL EN MEXICO —Por Olvera.

LA CARCAJADA

En el cementerio que rodea la iglesia, siempre fresco, lleno de flores, y dorado por el sol, vi una muchacha de diez y siete años, aún no cumplidos, apoyada sobre una tumba y riendo á carcajada tendida.

No es posible imaginar nada más hermoso que aquella criatura angelical, esbelta, agraciada, con sus cabellos rubios, no muy largos, sus ojos centellantes y sus labios de coral.

Pero me disgustaba que no dejase de reir, porque no está bien eso de mostrar alegría junto á las tumbas donyacen los muertos.

Me acerqué y no pude resistir á la tentación de hablarle en estos términos:

—Hace usted mal en reírse, señorita. Estoy seguro de que no ha conocido usted siquiera al que descansa bajo esa losa.

—¿Qué no le he conocido?—dijo la joven.—¿Qué no le he conocido? Era mi novio, que me adoraba con delirio y á quien yo correspondia con pasión. Mi felicidad era la suya; corrían parejas nuestras esperanzas, y cuando mi amado murió, creí morir yo también.

—Pero el caso es que usted se ríe—repuse yo.

—¡Ah!—contestó la doncella. —Me río para rendir un tributo á mis recuerdos de ventura.

—¡No comprendo!..

—Cuando vivía, estribaba su mayor goce en verme alegre y contenta, y si me pusiese á llorar sobre su tumba, estoy segura de que habría de producirle un profundísimo pesar.

CATULLE MENDES.



VIENDOLA LLORAR

¿Por qué llueve en el obscuro firmamento de tus ojos?
¿En el búcaro de flores encontraste los abrojos?
¡Oh! estrellita de mis cielos y sirena de mis mares:
Tu no sabes los enojos que me causan tus pesares,
Tu no sabes los pesares que me causan tus enojos!

¿Qué girón de niebla esfuma tus azules perspectivas?
¿Qué infernal caricia agosta tus fragantes siemprevivas?
¿Qué reproche palidece tu ideal color de rosa?
¿Es la duda, ese fantasma, esa nube tempestuosa
Que atraviesa por el cielo de las frentes pensativas?

Yo no quiero que en los nidos del jardín de tus amores
Haya tórtolas enfermas y dolientes ruiseñores;
Cuando sufres y la inclinas me parece tu cabeza
Una estrofa de Lord Byron empapada de tristeza:
¡Yo no quiero que tú sufras!... ¡Yo no quiero que tú llores!

Yo que amo la existencia por el goce de mirarte,
Por la dicha de quererte, por la gloria de besarte;
Yo que adoro lo que tocas y bendigo lo que pisas:
Diera todos mis deleites, diera todas mis sonrisas
Si pudiera en tus momentos pesarosos consolarte.

Que no llueva en el obscuro firmamento de tus ojos,
En el búcaro de flores, es mentira, no hay abrojos:
Oh, estrellita de mis cielos y sirena de mis mares:
Tú no sabes los enojos que me causan tus pesares,
Tú no sabes los pesares que me causan tus enojos.

ARTURO L. CASTAÑARES.

Marzo de 1897.



CANCION

Alma blanca, más blanca que el lirio,
Frente blanca, más blanca que el cirio
Que ilumina el altar del Señor,
Ya serás por la aurora encendida,
Ya serás sonrosada y herida
Por el rayo de luz del amor.

Labios llenos de sangre divina,
Labios donde la risa argentina
Junta el albo marfil al clavel!
Ya veréis cómo un beso os provoca
Cuando Cipres envié á esa boca
Las abejas sedientas de miel.

Manos blancas como hostias benditas
Que sabéis deshojar margaritas
Junto al fresco rosal del pensil,
Ya daréis la canción del amado
Cuando hiráis el sonoro teclado
Del triunfal clavicordio de Abril.

Ojós bellos de ojeras cercados,
Ya veréis los palacios dorados
De una vaga, ideal Stambul,
Cuando lleven las hadas á Oriente
A la bella del bosque durmiente
En el carro del príncipe Azul.

Blanca flor! de tu cáliz risueño
La libélula errante del sueño
Ya alzó el vuelo veloz; blanca flor!
Primavera su palio levanta
Y hay un coro de alondras que canta
La canción matinal del amor.

RUBÉN DARÍO.

LA ORACION

Gratas memorias del hogar paterno,
Que acarician mi mente enamorada,
Voluptuosas creaciones del proscrito,
Fragantes como flores de mi patria!
Venid conmigo á la colina triste
Por arreboles pálidos bronceada,
Y escucharéis el canto lastimero
Que inspira la oración al extranjero.

Sentado allí, sobre la piedra grande
Que va escalando la espinosa zarza,
Sobre mis manos mi cabeza débil
Melancólicamente reclinada,
Miro la noche que de oriente impulsa
Sobre los cielos su luctuosa gasa,
Y escucho del lejano campanario
El són, en mi paraje solitario.

Acentos quejumbrosos de la tarde,
Suspiros que venís de la montaña
Los balidos trayendo del rebaño,
Con los cantares que el labriego ensaya;
Rumor confuso de sonora fuente,
Helado cierzo que silbando pasas......
Me alivia vuestra fúnebre armonía,
Murmullos que al morir modula el día.

Oídme, ¡oh sol! tu lívida lumbrera
Baña desde las cumbres azuladas,
Cual la antorcha de un féretro los valles
Donde las sombras de la noche vagan,
La espuma argente del lejano río,
Del templo abandonado la cruz parda,
Mientras llegando la tiniebla impura
Te arroja su enlutada vestidura

En vano busco los hermosos sitios
Do las tardes pasaron de mi infancia,
Donde á la luz del arrebol lujoso
Las sencillas leyendas me contaran:
No escucho la castruera melodiosa
Del labriego al volver á su cabaña,
El cuerno del pastor, ni los graznidos
De aves que buscan sus ocultos nidos.

Hora de arrobamiento doloroso,
Indiferente al lloro que derrama
En silencio ante tí la desventura,
En él tu vela de crespón empapas;
Toma también el llanto de mis ojos,
Y á saludarte volveré mañana,
Sobre el negro peñón de la colina
O entre los cardos de la triste ruina.

JORGE ISAACS.



Aunque vé que la engañan con frecuencia,
No se quiere curar de su inocencia.

CAMPOAMOR.



AMOR INSULSO

Se conocieron siendo todavía muy jóvenes.

Desde el primer instante atrájolos una viva simpatía; pero nunca lograron ver prosperar sus deseos, debido á la tenaz policía materna que á ella perseguía y á la suceptibilidad quijotesca de él.

La primera floración del amor que había de consumirles toda una vida, fué desde muy temprano asperjada por las lágrimas.

Su idilio era misterioso y mudo, con el mutismo cobarde que se posesiona siempre de las grandes afecciones.

Cortábanlo á grandes intervalos viajes veraniegos ó enojos originados, ya por una mirada grave, ya porque él observó con pecaminosa insistencia á otra mujer ó ella fué perseguida por cualquier mentecato; ora porque pasó él por los lugares donde acostumbraba encontrarla y no la vió; ora porque un día pluvioso se asomó ella al balcón en un momento triste y no pasaba él por la calle.

Cuando se columbraban en algún lugar, su fugaz vistazo era un simpático saludo.

Ella parecía decir:

—Ha dormido poco ó le aniquila algún dolor interno; sí, debe ser de los que sufren solos; la tristeza tiene una fisonomía cuyas demacraciones solo perciben todos los que han padecido alguna vez...... Esos ojos de mirada torva, su semblante sañudo, la mueca desdeñosa, me lo dicen claramente; ¿será pobre?

Por su parte, divagaba al contemplarla él:

—Yo te quiero; una voz sigilosa me dice aquí dentro que me estás predestinada y debes unir tu destino al mío con cadenas inrompibles; junto á tí mi existencia sería paradisiaca; muchas noches cuando me hace temblar el frío de la soledad, reconstruyo poco á poco el cuadro imaginado: una casita blanca en el campo, arriba mucho azul, abajo primavera; los dos muy solos nos besaríamos bajo el emparrado, contemplaríamos la muerte del sol en los crepúsculos campestres; al llegar la noche sentiríamos el pavor del *Angelus* al oír tremer broncamente los cobres del campanario; después la cena, un ágape de enamorados, luego una visita á los pobres del bohío y por último el descanso, pensando en un niño rubio y blanco como tú.

Otras veces se veían en el teatro, y sus observaciones peregrinaban en el desbocado Hipógrifo de las congeturas:

—¿Seré un simple?...... ¿Cómo pude colegir las opulencias de esta niña......... ese vestido no acusa á la heredera, la tela es barata, su confección deja mucho que desear, las flores del sombrero se han ajado y veo en todo su continente no sé qué desgaire de mal tono...... ¡parece distraída!...... ¿será tonta?...... creo que sí, porque se ríe de las simplicidades de este Talma de la legua.

Ella cavilaba al mariposear de su abanico:

—No es un hombre vulgar; me enamora su elegancia por lo severa y soberbia; sus modales son impertinentes, pero de una altivez muy distinguida...... ¡parece un burlón de gran tamaño!...... ¿tendrá dinero?......... probablemente; la miseria y el orgullo no han podido nunca desposarse...... ¡me está mirando!...... ¡Dios mío y con qué fijeza!...... quisiera corresponder á esa mirada, hacerle comprender de algún modo que me simpatiza; pero no, es mal visto, creería que soy coqueta...... procuraré estudiarlo con el rabillo del ojo...... ¡Así!...... Al disimulo....

Otras veces se encontraban el uno frente al otro y la idea que incubaba en su pensamiento era idéntica:

—¿Quién será?

Y sucedía también con frecuencia que al verse pasaban de largo como dos viejos camaradas que por conocerse mucho no tienen ya nada nuevo que decirse.

El.

—Ella.

Sus vidas por un largo periodo de tiempo se deslizaron sin accidentes acariciando una esperanza que acaso porque estaba lejos los hacía dichosos.

María estaba segura de que Luciano nunca se vería impresionado por los encantos de otra mujer que no fuera ella.

El, con una candidez, impropia de varón, fiaba incondicionalmente en la fidelidad de su desconocida.

El tiempo, ese viejo alado de la barba florida, llovió ceniza muchos inviernos y hojas de rosa otros tantos veranos.

Tornóse María seria y huraña por parecerle el recato llevado al puritanismo, la mejor prenda de una mujer discreta, y Luciano, ofendido por lo que suponía un desdén inmerecido fué hosco y brutal con la doncella.

¡Singular fenómeno: mientras más empeño ponían los dos en convencerse íntimamente de la antipatía que se manifestaban, más omnipotente y grandioso se revelaba en sus corazones el cariño; llegaron á odiarse de una manera estúpida, porque los amores cuanto más grandes, más próximos al aborrecimiento están; sus miradas, aquellas miradas que se besaron voluptuosas y tiernas en otros bellos días, al cruzarse, chispeaban como puntas de espadas, eran algo semejantes al reto provocado por una injuria inolvidable.

Concurrieron cierta vez á un baile, y él, después de infinitas vacilaciones decidióse á solicitar un vals de su enemiga; ella por toda respuesta extendió trémula y vacilante la etiqueta. Luciano apuntó su nombre con letras incomprensibles, y después de muchas ceremonias frívolas, viéronse estrechados por furioso abrazo y confundidos en el turbión de los bailantes.

La imprevista emoción de aquel encuentro, entorpeció sus sentidos embotando la sensibilidad de los dos en una atonía que se acercaba mucho al idiotismo; el joven, que no era tonto, dijo aquella noche todas las patochadas que podría decir decir un cretino de buena cepa, desperdició ridículamente la oportunidad que el acaso le deparaba; no osó estrechar un poco el talle que se quebraba entre sus brazos, ni ella supo alentarlo á las licencias que en el caso especial en que se encontraban, hubieran sido lícitas por atrevidas que fuesen.

Al despedirse sus manos se estrecharon bruscamente. Fué todo.

En poder de Luciano había quedado como prenda inestimable, un guante de María, que conservaba el perfume de su manecita imperial, y en el que las arrugas no conseguían deshacer el modulado impreso por los dedos á la cabritilla.

Fue el amuleto del maniático, lo guardaba siempre junto al pecho creyendo en su nunca igualada locura que al poseer esa bagatela de María la llevaba siempre consigo y se encontraba junto á ella escuchando alelado el áureo campanillear de sus risas inocentes.

Su pasión se quintaesenció en el egoísmo y principió á padecer los celos insensatos del amante sin ventura, odió ferozmente á las hermanas de su amada, á su mamá, esa señora enlutada con perfil de cariátide que siempre la acompañaba, á sus amigas, á los nécios que la saludaban, y á todos aquellos seres que merecer pudieran alguna manifestación amable de la joven.

El tiempo, ese viejo alado de la barba florida, llovió ceniza muchos inviernos y hojas de rosa otros tantos veranos....

Luciano y María asistían á la agonía de su juventud; en las más secretas reflexiones, apareciáseles el cadáver de su amor, y frente á él, sentíanse abrumados por toda la vergüenza de la simplicidad al comprender que si no les tocó una parte de dicha en el terrestre abrojal era por que se rezagaron en la carrera haciendo pompas de jabón y desperdiciando oportunidades que sólo en raras ocasiones se presentan al mortal.

El ímpetu que vivificara sus afectos juveniles estaba ya debilitado por la edad, el fuego sagrado se apagaba lentamente en sus corazones y el épico entusiasmo de la edad moza, había cedido sus trofeos á la torpe displicencia de los años......

Los hilos de lino que se espiraleaban en sus cabelleras eran los dolores que extrangularon las mariposas doradas de la ilusión, difuntas y enterradas ya en el osario de sus recuerdos.

En sus arterias no correrá más la sangre encandescida por las fiebres interiores, porque—amadores líricos—encendieron piras al Amor Humano y no supieron coronar de pámpanos sus frentes......

Es triste sentir la aproximación de la Exterminadora Taciturna cuando aun no se han aburado los labios con el quemante vino del deleite!

El tiempo, ese viejo alado de la barba florida llovió ceniza muchos inviernos y hojas de rosa otros tantos veranos......

Los amantes esquivaban mútuamente su presencia, comprendiendo que sus fisonomías serían en el futuro, una implacable burla del pasado.

¿Se debe amar cuando la calenda de las pasiones ha disecado los músculos y el rostro es sólo la máscara gesticulante de los padecimientos condensados en lo más incógnito del alma?

¿La atracción psíquica ó animal de la mujer prevalece á través de las distancias y las corporeas metamórfosis cuando se ha plantificado en las más sensibles placas de la mente?

¿No?

¡Sí!

La atracción psíquica ó animal de la mujer prevalece á través de las distancias y las corporeas metamórfisis cuando se ha plantificado en las más sensibles placas de la mente.

Podrá estallar la lujuriosa poma en el terreno requemado por las lavas de cien cataclismos.

Se debe amar cuando la calenda de las pasiones ha disecado los músculos y el rostro es sólo la máscara gesticulante de los padecimientos condensados en lo más incógnito del alma

¿Qué importa que el tiempo, ese viejo alado de la barba florida haya llovido ceniza muchos inviernos y hojas de rosa otros tantos veranos?......

Luciano y María, ancianos ya, mortificados por la consunción y el reuma, sintiendo el frío de una vejez solitaria y la necesidad de algún amor, comprendieron que en el período trágico de preparar el bagage del material embeleco para consignarlo á las entrañas de la madre tierra, debían acoplarse santificando en santa unión el martirologio de su vida; pero en ese momento solemne un pudor infantil que fué su última timidez, los separó hasta que marcharon claudicantes á la sombra......

Marzo de 97. CIRO B. CEBALLOS.



Permaneció inmóvil, con el brazo izquierdo tendido á lo largo del cuerpo y el derecho apoyado en el alféizar de la ventana de la guardilla. Había cesado la lluvia, pero el cielo estaba aún cubierto por densas nubes de color de plomo. Allá abajo, en la calle, todo era luz y alegría. Los faroles del alumbrado público y los mecheros de las tiendas enviaban á las alturas oleadas de resplandores; al ruido de los carruajes y el que producía la muchedumbre taconeando fuertemente sobre las losas de las aceras, uníanse el eco de canciones alegres y los gritos de los vendedores de periódicos y baratijas: de los balcones de un piso segundo salía un raudal de notas cancanescas, arrancadas al piano por los hábiles dedos de un futuro Rubinstein......... Allá arriba, en el espacio inconmensurable, todo era sombra y tristeza. Las compactas nubes, impulsadas por viento huracanado, pasaban veloces, atropellándose, como pelotones de un ejército que huye á la desbandada, y formando en sus mil caprichosas combinaciones, figuras extrañas de gigantescos monstruos.

Raimundo miró al cielo, miró á la tierra y recordó su pasado en el que había también luces—muy pocas: las de las ilusiones—y sombras—muchas, las de la realidad.

Recordó su pasado...... El pueblo que le vió nacer y en el cual había vivido hasta que vino á la corte; sus estudios de segunda enseñanza interrumpidos por la muerte de sus padres; su triste, su penosa existencia al lado de un hermano de su madre, de aquel viejo avaro que gozaba fama de rico y que se negó rotundantemente á que el huérfano continuara sus estudios.

Y si únicamente hubiese tenido que sufrir esta injustificada oposición...... Pero no fué esto solo: el huérfano vióse precisado á apurar hasta las heces la copa de la humillación y el sufrimiento. Su tío no perdonaba ocasión de martirizarle, no se cuidaba ni mucho ni poco de renovar sus destrozadas ropas, su mugriento sombrero, sus botas torcidas y agujereadas. Su tío solía decirle con frecuencia: «¡Holgazan, vete al campo y coje un azadón, si quieres comer! ¡que equivocado estás si crees que tengo obligación de mantener á señoritos gandules!»

Y Raimundo sufría en silencio aquellos brutales insultos; se retiraba al cuarto más obscuro de la casa, y pasábase allí las horas llorando, maldiciendo su delicada naturaleza y la educación que había recibido: esas dos cosas que hacían de él un sér inservible para el trabajo corporal.

¿Y luego?... Transcurrieron tres años y consiguió una plaza de escribiente en el Juzgado, retribuida con doce pesos al mes. Entregaba once á su tío y el peso restante lo invertía en comestibles que devoraba ansioso todas las noches al encerrarse en su habitación, porque el infeliz jamás pudo satisfacer por completo las exigencias de su estómago.

Fué entonces cuando empezó á sentir un afán de gloria creciente, avasallador. El sentimiento de lo bello inundaba su alma de artista, de poeta, de sér privilegiado que olvida en sus locos devaneos lo material para pensar en lo intangible. ¡Oh, qué ratos tan deliciosos aquellos en que podía sustraerse á las miserias, á las impurezas de la realidad y dejar que vagara su espíritu en una atmósfera de luz sonrosada y deslumbradora! En tan hermosos sueños, las amarguras y privaciones del presente desaparecieron por completo de su imaginación y eran reemplazadas por la felicidad de un porvenir que brillaba ante sus ojos con todos los bellos colores del arco-iris

Aquellas ilusiones halagüeñas, engendradoras de una alta fiebre intelectual, dieron el resultado consiguiente. Raimundo rompió la cadena que le tenía sumido en la más insufrible de las esclavitudes y se presentó en la capital, en ese gran palenque donde riñen en batallas encarnizadas las virtudes y los vicios, la miseria y la opulencia, las ambiciones nobles y las ambiciones mezquinas, la lealtad y la apostasía, el talento y el descaro.

....

....

Y fué derrotado. Una de esas derrotas que producen en el espíritu del que las sufre, primero temor, después pánico y, por último, desaliento; una de esas derrotas que cierran el camino de la esperanza y que colocan ante los turbios ojos del caminante la palabra *¡atras!* escrita con caracteres de fuego sobre un fondo negro como el de insondable abismo.

Y el huérfano veía la enérgica palabra, el mandato imperioso, allá arriba, en el espacio lóbrego surcado por gigantescas masas de vapores...... Hubo un momento en que le pareció que él formaba parte del tropel de nubes que corrían empujadas por el huracán sin saber cuál sería la duración del termino de su viaje.



Nubes que ruedan por el espacio arrastradas por una fuerza superior, irresistible...... y luces que caen vencidas en la lucha por la existencia.......... Hay entre unas y otras exacta semejanza. Piérdense aquellas de vista trás el horizonte; desaparecen estas del palenque social. ¿A dónde han ido? ¿Quién sabe ni á quién le importa?. ...... Mientras hay a oleadas de luz que deslumbre, y voces alegres y acordes y armoniosas que impidan oír el grito de angustia del infeliz vencido.........

TOMAS CAMACHO.



SUR LA BRECHE

I

Si vivir es luchar,—cuando la pluma
vibra en la mano del poeta ardiente,
debe el poeta levantar su frente
y sacudir el miedo que le abruma......
Si escribir es luchar,—la gloria suma
es azotar al crítico insolente;
que al estallar la ola prepotente
cubra su sien en delicada espuma.........
Reviente el verso al roce de la chispa:
y zumbe de la gloria de las palmas
con el tenaz zumbido de la avispa......
Que por la ley eterna de las cosas,
y por la ley eterna de las almas,
¡los versos sin espinas no son rosas!

II

Para vengar mis íntimos agravios
lucharé con el mundo, cuando el mundo
me arroje ese desdén torpe é inmundo
conque ¡infeliz de mí! manchó á los sabios...
Bástame del dolor estos resabios
para sentirme excéptico profundo;
y saber desplomarme moribundo,
con la frase de Bruto entre los labios: á virtud
—Virtud, necio: eres un nombre......
gritaré flajelando altivo y loco
el espíritu crédulo del hombre......
Y envuelto en mi bandera ensangrentada,
he de irme muriendo poco á poco,
¡con la mano en el puño de la espada!......

III

Hoy, ¡oh mundo brutal! mi alma te mira
con lástima y desprecio; que tú mismo
vas á ocultarte al fondo del abismo,
aun impotente en medio de tu ira.........
El sacro fuego que á cantar me inspira
resistirá tus soplos de egoísmo:
No insultes mi doliente excepticismo,
no profanes el culto de mi lira!.... ....
¡Vano es que quieras apagar mi fuego!
tenaz y altivo,—al modo de aquel griego,
ya que nunca tu aplauso me concedes,
......Saldré á encontrar el carro del destino,
y arrojándome en medio del camino,
gritaré á toda voz:—Pasa, si puedes!

JOSÉ S. CHOCANO.



CONFITEOR

Si acariciar un sueño es delito,
Si es un pecado este amor infinito
Que aquí en mi fiel corazón vive opreso,
Caigo á tu planta y murmuro contrito:
¡Oh Diosa mía! yo á ti me confieso.

Pequé, y contigo me acuso turbado
Que tu recuerdo querido he guardado
En mi memoria cual santo amuleto,
Y que mil veces mi pena he calmado
Con el placer de adorarte en secreto.

Que te he formado en mi pecho un santuario
Do la esperanza, inmortal lampadario,
Vierte su luz, do la fé siempre brilla.
Y fervoroso ante el blanco sagrario
A suplicarte mi amor se arrodilla.

Me acuso, puesto á tus pies, ¡oh mi Diosa!
Como una tierna plegaria repito.
Que de mi sueño tu imagen radiosa
Miro surgir, y tu nombre bendito,
En mis insomnies, con voz temblorosa

Que de tu templo al umbral, taciturna,
Llora en silencio la pobre alma mia,
Y melancólica virgen nocturna,
Te va á dejar de la rima en la urna
Mis pensamientos: la triste elegía.

Escucha, ¡oh pálida y triste princesa!
Esta pasión tanto tiempo callada,
Y abre tus húmedos labios de fresa
Para que cumplas la grata promesa
Que hizo á mi amor tu apacible mirada.

Mas si es un sueño no más la ventura
De ser tu esclavo y amarte de hinojos,
Si no ha de ser para mí tu ternura,
Si he de olvidar mi infinita amargura
Viendo la dicha en tus lánguidos ojos,

Señora, el bálsamo dulce derrama
De tu perdón en mi pecho que te ama,
Y contemplando tu regia belleza,
Ante tus pies, abrasado en la llama
De mi pasión, moriré sin tristeza.

EFRÉN REBOLLEDO.

Marzo de 1899.

PREDESTINADA

Está tu rostro transparente y flébil
De tus muertas virtudes ante el túmulo,
Y tu sonrisa—cual lamento débil—
Flota de tus recuerdos sobre el cúmulo.

***

Era la herencia atroz, era el estigma
Cumplido, al fin, como un conjuro mágico;
Y—descifrado el oprobioso enigma—
¿A quien sorprende el desenlace trágico?

***

Aún tus blancas inocencias duermen
En el nido sin luz de tu modestia;
Tornando en sangre el clandestino gérmen
Habló en la sangre la iracundia bestia.

***

Nubló la carne tu razón, en vano
Contener el impulso pretendiste
Y, al fin, al sucio fondo del pantano
Como una rosa tropical caiste.

***

¿Tu calma te condena ó te prestigia?
¿Te entristece tu mal ó de él te alegras!
¿Acaso tu alma atravesó la estigia
Sin enlodarse con sus ondas negras?

***

Si un profundo y fatal desequilibrio
Ha encarnado en tu sér, desde su origen,
¿Cómo han de merecer torpe ludibrio
Las inconscientes faltas que te aflijen?

***

¿Qué culpa tiene el huracán violento
Que azota al valle, con estruendo ronco,
Si cae—herido al soplo de su aliento—
Del roble hospedador el viejo tronco?

***

Y sin embargo, ¡oh pecadoras buenas!
Desesperad del anhelado puerto:
¡Hay en el mundo muchas Magdalenas
Pero Jesús, el redentor.........ha muerto!

M. BOLAÑOS CACHO.

Marzo de 1897.

ORIGEN DEL NOMBBE DE ALGUNAS FLORES

La *fusia* tomó su nombre de Leonardo Fuch, un sabio botánico alemán.

La *begonia*, fué llamada así en honor de M. Begón, botánico francés.

Jazmín es corrupción de la palabra árabe *ysmim.*

El *plúmbago* se llama así, porque los médicos antiguos suponían que era eficaz para curar el envenenamiento por plomo.

El nombre de la *lila* es casi igual al que esta flor tiene en persa?

Atthea procede de una palabra griega que significa «curar.»

La *dalia* tomó su nombre de un célebre botánico sueco, Andrés Dahl, que fué discípulo de Lineo.

El *amarilis* fué llamado así en honor de la ninfa de este nombre cuya historia refiere Virgilio.

Cuenta Ovidio que un joven bien parecido llamado *Narciso* se convirtió en la flor que lleva su nombre.

Lirio se deriva de la palabra célica *li*, que significa blanco. Esta flor ha sido considerada siempre como emblema de la pureza.

Pedro Magnol, Profesor de Medicina en la Universidad de Montpelier, Francia, dió su nombre á la *magnolia.*

El *adonis* tomó su nombre del hermoso joven de su nombre, muerto en una cacería.

Desde muy antiguos tiempos se ha considerado el *pensamiento* com un emblema de recuerdos cariñosos.



EL DANTE EN MEXICO.—El esposo de sí mismo.

EL DANTE EN MEXICO

VIAJE DE UN REPORTER.

(CONTINÚA.)

Y érase que se era un individuo de aspecto duro, ventrudo, que de la manera más infeliz llevaba un mal pergeño de mujer y á quien un satanacillo travieso y otro que no lo era menos ponían como nuevo—pues era un viejo—entre las risotadas de un grupo de diablejos espectadores.

No me fué preciso inquirir que mala persona era aquella: un letrero prendido al hombro y otro donde dijimos, lo explicaban claramente: «El esposo de sí mismo,» es decir, el ególatra, el egoísta, el que ha hecho de sus comodidades, de su bienestar, un culto.

Campoamor en una de sus más bellas doloras, explica cómo el hombre casado empieza por amar sobre todas las cosas á la mujer, continúa por querer más que á su cónyuge á su hijo, y concluye por amarse á sí mismo más que á sus hijos y á su cónyuge; pero este postrer egoísmo ha sido precedido siquiera por abnegaciones, y no se pena en el infierno, porque el amor antiguo, anticipadamente lo redimió. El figurón que yo tenía ante mis ojos, de tan extraña manera vestido y penado, era un solterón (casta de víboras) que pagaba caro su auto adoración, su egoísmo y su sequedad de espíritu......

—¡Ay de los célibes! exclamó un Belial de enroscada cola, que mascaba chicle no lejos de mí. Sabe usted, añadió, entre nuestros vecinos los del Paraíso, se tiene por hombre de pro al casado.

—Pero hombre, si hay algunos matrimonios que.... vale más no hablar del asunto.

—Con todo y eso patrón, un mal marido, cuenta más ante el Amo que dos solteros y para probarle mi aserto, allá va una historieta,

—Suéltela usted, hombre, pero no masque chicle, que parece usted *galleta*.

—Entre galletas anda precisamente la cosa—respondió. Oiga usted:

Acertaron á llegar á las puertas del paraiso un soldado y una monja, jóvenes ambos y no mal encarados. La monja que se había anticipado al recluta llevaba ya un buen plantón en el sardinel de la puerta sin lograr mas que un «aquí no entran las inútiles,» pronunciando entre sorbo y sorbo de jarabe balsámico, por San Pedro, y le refirió sus cuitas al soldado:

—¡Ay! mi alma, exclamó éste, pues si á usted que es una palomita sin hiel que se aplicó saraban das en penitencia toda la vida no la dejan entrar, qué será á mi, trigueña de mis entretelas?

—Pero qué ha hecho usted? preguntó la monja, dejando ver una mueca de púdica alarma?

—La mar de cosas. Yo florecí en México en la época de las «luchas intestinas» (que eran verdaderos cólicos de invaginación) y me pronuncié con diez generales y luego contra los diez, robé tlacos de haber á mi compañía, introduje tripas al cuartel y día lo que era de otros para los onomásticos del jefe.

—Pues ahí es nada, ¿y ahora que hacemos?

—Tengo una idea exclamó el soldado, dándose una palmada en la frente como todos los héroes de las novelas por entregas, y sin más decir tomó en sus brazos á la oblata y se la echo al hombro como si fuera fusíl, tras de lo cual llamó con garbo á la desvencijada puerta del edén.

Abrió Pedrito, que deglutial una sopa de chocolate, y encarándose con el intruso preguntó.

—Con quién hablo?

—Libertad!—gente de paz!

—Viva México!

—Quienes son ustedes?

—Un soldado y su galleta.

Que entren, respondió Perico Nieto desde adentro—y cierra Pedro por que va á empezar el concertante de Tronos y Potestades.

***

Y he aquí comprobado, concluyó el diablete rascándose la cola, que un casado vale por dos solterones.......

—No quiere usted á los célibes.

—Porque los conozco. Cuando vea usted en un *landau* á una vieja de bigote marcial y falderillo al canto, santigüese usted Cumplido. Vestirá de sedas al falderillo y no dará agua al gallo de la pasión. Esos cincuentones que llenan el vacío de su corazón vano con hipotecas de casas, pericos de colima, perrillos de Chihuahua y paliques con clérigos, son malos, amigo Cumplido... La vida que no se vive un poquillo para los demás, es nociva, criminal á inútil.

— Y usted dice eso! proferí—usted. un enemigo de la humanidad? Vamos, es usted un pobre diablo.

—Amigo, desengáñese usted, hoy por hoy hasta el diablo es un ente vulgar.

***

Aún debía encontrar motivo de asombro aquél día. Al regresar al *centro* porque era tarde, encontré en el recodo del camino el más peregrino grupo: uno de la comparsa infernal extraía á tirabuzón, la entraña principal de un viejo verde que fué el Don Juan averiado—pero rico y dadivoso—de todos los salones.

—Ay amigo, en punto á *viejos verdes* se yo más que usted. Váyase por Plateros y verá..

(*Continuará.*)



A tí, ducha en amor, ya te da risa
una loca de atar como Eloisa.

CAMPOAMOR.



EL DANTE EN MEXICO.—Dentro de poco tiempo.



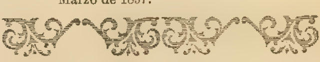
EL DANTE EN MEXICO.—En la tierra.

LA LINTERNA

Entre la zarza y la caverna
Un cura va, solemne y lento;
Le lleva el santo sacramento
A un moribundo á la taberna.
Ante su paso, una cisterna
Finge un bostezo descontento.
Entre la zarza y la caverna
Un cura va, solemne y lento.
Mas en la opaca noche eterna
Súbita estrella, en un momento,
Rueda del alto firmamento
Y hace las veces de linterna
Entre la zarza y la caverna.

MAURICE ROLLINAT. BALBINO DÁVALOS.

Marzo de 1897.



SUEÑOS

De mi alma haré una gota de rocío
Para regar con ella tu corola;
Haré un sublime altar del pecho mío
Y en eso altar te adoraré á tí sola.

Brillará en las tinieblas de mi suerte,
La luz de sol de tu mirar divino;
Será un perfune para tí mi muerte
Y mi vida una flor de tu camino.

Te creí realidad y eres fulgente
Ilusión de mis días halagüeños;
Te ví, Señora, y coroné tu frente
Con el lampo inmortal de mis ensueños.

Ven, dejemos el lecho del proscrito,
Del mundo impuro, que tu planta toca,
Ven conmigo; yo haré del infinito
Una copa de amor para tu boca.

La triste noche plegará sus velos
Y tu voz en mi lira de poeta
Agregará al «Te-deum» de los cielos
El mágico nocturno de Julieta.

Ven, yo te amo; la luz que tú destellas
Será mi eternidad, y en santa calma,
Tú buscarás á Dios en las estrellas,
Y yo lo encontraré dentro de tu alma.

JUSTO SIERRA.



Aspiré á verte un día,
pero después de verte
como dijo Jesús, Dolores mía,
«mi alma quedó triste hasta la muerte.»

***

¡Feliz si en tu semblante aún ve tu esposo
la materia en estado luminoso!

CAMPOAMOR.



HILDA.—Novela por Gaudard de Vinci.—Núm. 3.

V

Todavía me faltaba una sesión para completar el estudio de la Caldera, que había emprendido. Raul y yo resolvimos ponernos á la tarea desde el día siguiente.

Así, pués, á la mañana siguiente, á la hora acostumbrada, estábamos sentados en el mismo sitio, en donde habíamos asistido al rasgo de fuerza llevado á cabo por Hilda.

Esta no tardó en aparecer. Si Raul se había resuelto, en virtud de la conversación que habíamos tenido la víspera, á precipitar los acontecimientos y á hablar á la joven de sus sentimientos amorosos, en ésta se veía aquel día algo que parecía indicar que también había tomado una resolución, que había formado un proyecto cuya naturaleza era difícil adivinar.

Manifestaba un aire agitado y nervioso que no le era habitual; su mirada tenía algo de más profundo y hasta

una expresión de gravedad, que su encantadora sonrisa no era capaz de disimular por completo.

Sin embargo, estaba jovial como siempre, y aun aquella mañana se mostró más amigable que lo de costumbre con Raul.

Cuando le dije que empezábamos á pensar en nuestra partida, ella me pidió como favor especial que le hiciera un pequeño estudio en tinta de china del pórtico del castillo que estaba del lado norte, es decir, en la fachada opuesta á aquella en que nos encontrábamos.

—Este será un recuerdo de ustedes que me traerá á la memoria las agradables horas de trabajo que hemos pasado juntos, dijo ella.

Como el ornato y el dibujo de arquitectura eran precisamente los ramos á que Raul se había dedicado, especialmente durante el invierno, lo designé como más calificado que yo, para aquel género de trabajo, y la joven, volviéndose hacia él, le preguntó si tenía buena voluntad para ejecutarle aquel trabajo.

—Con muchísimo gusto, señorita, contestó el joven.

Reunió inmediatamente sus efectos y partieron juntos para el paraje desde donde Hilda deseaba que se hiciera el estudio.

Al cabo de un rato, ella volvió sola y se sentó al lado mío.

—¿Ha comenzado Raul su bosquejo? la dije.

—Está en pleno trabajo y más absorto en su asunto de lo que nunca he estado yo en presencia de su caballete, contestó ella.

—Esto consiste en que le ha tomado gusto al encargo, contesté.

—¿Y por cariño á vuestro hijo, señor de Lagières, usted, viudo á los veintitres años, no ha querido volver á casarse? me preguntó ella de repente. ¿Sería posible que el amor paternal llevara á cabo tales sacrificios?

—Yo no comprendo lo que este sacrificio pueda tener para usted de extraordinario, contesté, casi lastimado, por el tono en que se me hacía la pregunta; cesaría realmente de serlo, si usted conociera mejor á mi hijo, si usted supiese qué corazón tan abnegado, tan......

—De ninguna manera pongo en duda que él posea todas las cualidades posibles, interrumpió ella con tono seco. Sé perfectamente que es un joven apreciable en todos conceptos; he tenido tiempo sobrado para convencerme de ello, y creo que conozco al hijo de usted casi tanto como usted mismo.

—Pues bien, señorita Hilda, usted debe saber, en tal caso, que el muchacho la ama vivamente, dije yo, decidido á aprovechar aquella ocasión para hablar un poco en favor de Raul y tratar de averiguar si él podía tener alguna probabilidad de hacerse aceptar por la joven.

—Yo sé que él me ama, contestó ella sencillamente; si tiene la intención de pedir mi mano, usted podría prestarle un servicio de amigo y excusarle un paso cuyo resultado le sería muy desagradable, dándole á entender que mis sentimientos hacia él no son de ninguna manera los que él querría. Me parece que he demostrado suficientemente, en estos últimos días, que nada tenía él que esperar, añadió con un tono duro y recargando la voz sobre esta última expresión.

Yo me había impresionado tan dolorosamente el día anterior por el estado de sombría desesperación en que había encontrado á Raul y del cambio físico que aquel fatal amor le había acarreado, que aquellas palabras me causaron un vivísimo dolor. A pesar de todo, él había conservado alguna esperanza, sus últimas palabras no me habían dejado duda alguna sobre este particular. Las palabras que Hilda acababa de pronunciar, sonaban como el doble fúnebre de todas nuestras esperanzas, las mías y las de él.

—¿Pero por qué no podría usted amar á mi pobre muchacho? le dije, quizás un poco aturdido, y movido únicamente por ese sentimiento que nos impulsa á defender palmo á palmo un terreno que sabemos que esta perdido. Todo parece manifestar que él es el marido que usted necesitaría, y tiene todas las cualidades que deberían complaceros.

—Señor de Laguières, el oficio de corredor de amores es indigno de usted, exclamó ella sonriéndose. Cerrando los ojos, creería uno estar oyendo á una tía vieja tratando de acreditar á su sobrino. Realmente lo veo á usted en un papel tan nuevo y que tan mal le sienta, que me cuesta trabajo reconocerlo á usted. Para terminar esta cuestion, tenga usted entendido, de una vez por todas, que profeso mucha amistad y estimación á Raul, pero nada que pueda parecerse al amor. Si usted no estuviera tan cegado por el amor paternal, continuó con un tono de despecho, usted habría podido observar esto desde hace tiempo, y, habiéndolo observado, usted jamás habría alimentado la esperanza de que Hilda de Hammarhielm pudiera consentir alguna vez en casarse con el hijo de usted, por cualquiera consideración que pudiera ser. Y ahora, permítame, para cambiar de tema, que le recuerde que mi pregunta ha quedado sin respuesta. La repetiré: ¿Cómo es que usted que sabe defender tán elocuentemente la causa de las personas casaderas, nunca ha contraído usted nuevos vínculos? ¿Ninguna mujer, desde la que usted perdió, ha hecho latir su corazón? ¿Así, pues, ninguna mujer existe que pueda inspirarle amor? ¿O quizás, sintiéndose usted tan superior á las debilidades de este mundo, ha hecho un pacto con la musa de las bellas artes y le ha jurado que jamás se dejará distraer del culto que le ha consagrado, por un amor á mujer terrestre? Un día me contó usted que su amor paternal había sido una especie de preservativo contra el otro. ¡Vaya! ¿Acaso no vemos adonde quiera que dirijamos los ojos, ejemplos que nos manifiestan que hacen buenas migas juntos?

Si hubiese estado menos absorto por la idea de la desesperación que no dejaría de apoderarse de mi hijo cuando le refiriese las palabras decisivas de la joven, habría notado la amargura y la vehemencia con que fueron pronunciadas aquellas irónicas palabras.

Fuera lo que fuese, las burlas de Hilda me volvieron en mí, y me hicieron ver que estaba próximo á hacerme ridículo; sin que por ello ganase algo la causa de Raul.

—Tiene usted razón, señorita, contesté. Debería haber conocido á usted lo bastante para saber que usted, la hada de ese río pérfido y de esa roca insensible y cruel, debe tener en buena proporción los elementos que entran en la composición de los objetos con los cuales usted se identifica. ¡Empresa vana es intentar evocar en usted sentimientos que no es posible que experimente! ¡Sería lo mismo que pedir á ese río que cesará de correr ó á esa roca que derramara lágrimas por las víctimas que ha hecho! Así, pues, con permiso de usted y para no perder el tiempo, vuelvo á mi trabajo, sin contestar á las preguntas que usted me hace y que consideraría simplemente como sarcasmos bien merecidos que no exigen contestación.

—Muy bien, señor de Laguières, replicó ella sonriendo, hasta que ví que volvía usted á ser el mismo que he conocido. ¡Cuánto más prefiero las respuestas incisivas de usted á las melosidades sentimentales de los jóvenes á la moda! ¿Me permite usted que le cuente lo que la hada de ese río, supuesto que así me llama, soñó la última noche? Soñé que amaba á un oso, continuó sin esperar respuesta, un bueno y corpulento animal, que no quería comprender que yo lo amaba y que sólo respondía con patadas y gruñidos á todas mis caricias. Era extraordinariamente distraído mi oso, pero yo tenía la persuación de que sí lograba separarlo del objeto de su distracción, no permanecería por más tiempo insensible á mis encantos y que había de hacer de él lo que quisiese. Así, pues, resolví hacerle sufrir una dolorosa operación que me lo entregaría sumiso y abnegado. Me lo llevé un dia á la roca de la hada, terreno en el cual, siendo la hada del río, estaba yo dotada de una fuerza extraordinaria. Luché con él, lo derribé y le perforé la nariz, por la cual pasé un anillo. El expresó su dolor con lastimeros gritos; en seguida la herida se fué cicatrizando poco á poco y cesó de hacerlo sufrir. Entonces pasé una cuerda por aquel anillo y presto mi oso fué todo mío, y en lo sucesivo se manifestó el más tierno, el más amante y el más feliz de los osos

Sorprendido del tono profético de aquellas palabras que no sé por qué me causaron desagradable impresión, involuntariamente volví la cara hacia mi interlocutora. Ella alzó la cabeza y nuestras miradas se cruzaron. El calor habitual de sus ojos se había cambiado en un matiz glauco como ciertos reflejos del rio y parecía que brillaban con una llama singular que podía indicar la pasión, pero también quizás la locura.

No obstante, aquella extraña expresión no duró más que un instante, y casi inmediatamente recobró ella su fisonomía habitual.

—¿Qué es lo que usted piensa de mi sueño, me preguntó ella?

Entregado por entero á lo que acababa de saber y á la pesadumbre que por ello resentía, no había yo escuchado las últimas palabras de Hilda sino distraidamente, con el sentimiento vago y confuso de que se trataba únicamente de una tentativa de coquetería, tanto más odiosa cuanto que seguía inmediatamente á la declaración tan categórica, que echaba por tierra las esperanzas de Raul y las mías.

—Nunca he dado á los sueños ninguna importancia, contesté, dando principio á recoger mis efectos, porque estaba demasiado agitado para continuar pintando y me disponía á retirarme.

—Señor de Laguiéres, repuso la joven al cabo de un rato ¿alguna vez se le ocurrió á usted, en el curso de su viudedad, que usted y su hijo hubieran podido enamorarse de la misma mujer?

—Jamás, contesté secamente.

—¿Pero si eso hubiese sucedido, qué había usted hecho?

Ella bajaba la cabeza al pronunciar aquellas palabras y aparentaba estar muy ocupada en reunir algunas briznas de yerba que arrancaba una á una con una precipitación febril. Aquella preciosa mano blanca, de dedos finos y aristocráticos, que tanto había yo esperado ver entre las de Raul, hacia cintilar el diamante del dedo anular con tanta vivacidad que parecía que salían chispas de la yerba.

—Si eso hubiese ocurrido, nadie lo habría sabido—dije yo—Jamás me habría interpuesto como un obstáculo para la felicidad de mi hijo.

Ella levantó la cabeza:

—¿Pero si el objeto del amor de ustedes dos hubiese amado al padre y no al hijo?

La voz que había yo escuchado la víspera durante mi paseo solitario, esa voz que sólo el aspecto triste y cabizbajo de Raul pudo hacer callar, se hizo oír de nuevo. Sentí ruborizarme y puse los ojos en Hilda. Sus mejillas habían palidecido y su ansiosa respiración por sí sola me habría hecho comprender la importancia que ella daba á mi contestación, si su mirada intensa y la expresión de sus labios entreabiertos no me lo hubiesen revelado patentemente.

¡Y como estaba hermosa, exponiéndome su corazón con menoscabo de todas las conveniencias! Sus mejillas encendidas, su mirada chispeante y como agrandada, parecían manifestar lo que costaba á la altanera Hilda de Hammarihelm humillarse hasta el punto de ofrecer su amor á un hombre que no se lo demandaba.

Ella estaba apoyada en una de sus manos, con la trenza medio deshecha de sus cabellos negros que caian en cascada de sus hombros sobre su pecho. Tenía el rostro vuelto hacia arriba y su mirada audazmente fija en mí. En aquel caluroso día del estío, ella iba vestida con un traje blanco que dejaba libres los antebrazos y el cuello, que un cálido rubor acababa de invadir como si todo su ser protestase contra el atrevimiento de sus palabras. Yo veía que todo su cuerpo estaba temblando por el esfuerzo que hacía para contener su agitación.

Un segundo de vacilación, y yo quedaría vencido.

Al decir: «Hilda, yo te amo, sé mía» yo la hacía feliz.

—¿Y yo?......Oh! yo sentía que el amor sería aún para mí muy dulce. Ahí estaba, muy próximo á penetrar, y muy pronto me hallaría invadido y domeñado.

Pero, en aquel momento supremo, la imagen de mi pobre hijo no me abandonó. Al amar a aquella mujer, agregaba á la desesperación de Raul los tormentos de los celos y del odio. ¡Raul tal vez me habría odiado! Esta idea fué para mí como el dique que detiene el torrente é impide la inundación.

La sangre, que á mí me parecía que había abandonado mi semblante, refluyó con fuerza. Me desvié y respondí con un tono tranquilo y resuelto:

—Yo no habría correspondido á ese amor.

Hubo un momento de silencio, durante el cual no me atrevía á mirarla. Yo sufría por ella, sentia que debía experimentar, aunque quizás en menor grado, lo que Raul iba á sufrir y además los tormentos que su altivéz y un temperamento nervioso debían causarle bajo el latigazo de la humillación y del amor propio herido.

Y tales tormentos no debían ser bagatelas en aquella joven de sentimientos romancescos y exaltados, habituada á hacer lo que se le antojaba, colmada de todos los

bienes de la fortuna, tanto como de los de la naturaleza.

Pero era demasiado dueña de sí misma y demasiado mujer de mundo para dejarse influenciar en apariencia por la confusión y la perplejidad. El penoso silencio que siguió á mis palabras, no duró más que brevísimo rato, lo preciso para permitirle que se repusiera, y con su aire jovial y la sonrisa en los labios dijo irónicamente:

—¡Es usted verdaderamente sublime, señor de la Lagniéres!

—Y hasta podría usted decir que he salvado el paso que separa lo sublime de lo ridículo, dije para mis adentros, porque á pesar de todo, y aunque no hubiera siquiera permitido al amor paternal que entrase en lucha con el otro, sentía dentro de mí algo de ese sentimiento doloroso de desgarramiento que produce el sacrificio y al que siguen los remordimientos.

Después de esto, le tendí la mano en signo de despedida, como todos los días lo hacía, sin decirle sin embargo que era mi intención no volver á verla.

Estaba resuelto á llevarme á Raul al día siguiente sin pretexto alguno. Ya no había para él en aquellos sitios más que nuevos sufrimientos que esperar. Y yo corría un grave peligro.

Sin embargo, por más que hice por dar á mis facciones su habitual expresión, sentí que mis ojos se humedecían, y observé que una lágrima brillaba en los de ella, pero una lágrima que se quedaba en el fondo, y que ella no permitió que se asomase á los párpados. Ella debió adivinar mi pensamiento, porque me dijo:

—Adios, señor de Lagniéres, ó más bien hasta la vista, porque usted volverá á verme.

VI

Volví directamente al hotel, y me puse á esperar con impaciencia á Raul. Tenía yo el presentimiento de que él hablaría esa misma mañana á Hilda, y me puse á pensar que después de todo valía más que así fuese, y que escuchara su sentencia de labios de aquella misma.

Para esperarlo, me ocupé en poner en orden nuestros efectos, y empecé á empacar.

El llegó derepente, y entró á nuestro aposento con el paso precipitado de un hombre que viene á buscar un objeto olvidado y mostróse muy sorprendido de encontrarme allí. En efecto á esa hora estábamos por lo común casí siempre ausentes, ocupados en trabajar al aire libre, sea juntos, sea separadamente, ó en excursiones de exploración en busca de motivos de estudio.

—¡Ya por aquí, padre mío! Yo te creía en el Boren, concluyendo tu estudio de rosales.

Yo me lo quedé mirando ávidamente. No tenía de ninguna manera el aspecto de un hombre que acaba de sufrir un desaire de la mujer amada. Tampoco le veía yo con ese aspecto sombrío y desesperado con el cual lo veía yo volver del castillo casi diariamente. Al contrario, más bien parecía contento, aunque su, aire preocupado y cierta agitación febril mostrasen hasta la evidencia que había habido alguna explicación entre los dos.

Como antes lo he dicho desde que el caracter de Raul se había formado y se había transformado en un hombre, las relaciones que nos unían habían sido más bien las de dos buenos amigos íntimos y cariñosos. Nunca teníamos nada oculto el uno para el otro: él conocía todo mi pasado, y yo conocía, no solo el suyo, sino también todos sus pensamientos. Cada alegría, cada disgusto que acontecía al uno, era inmediatamente comunicado al otro y compartido con él.

—¡Y bien! Raul, le dije bruscamente, ¿Has hablado con Hilda?

—Ya le hablé, me contesto, y lejos de repelerme definitivamente, como nos lo esperábamos, me ha pedido algunos dias de reflexión.

Esto se hallaba tan lejos de lo que me esperaba, que la sorpresa me dejó mudo por algunos instantes.

Sin embargo, mirándolo con más atención, ví inmediatamente que él trataba de ocultarme algo. Sin hacerme ninguna ilusión respecto de lo que podían ser los sentimientos de Hilda para con él, ví inmediatamente una mira torcida en esta esperanza que la joven le había dejado y su inesperada respuesta no me pareció en consonancia con la conversación que conmigo había tenido.

Tomé entonces á Raul por la mano, y, abligándolo á que se sentara al lado mío, le participé todo lo que ella me había dicho. Le dije todo...... exepto que ella amaba á otro y que este otro era su padre mismo.

Habría temido, al hacerlo, despertar sus celos, habría temblado si me enajenaba el cariño de mi hijo único, de aquel por quien yo viviría únicamente...........

¡Ay de mí! ¡Cuánto me he arepentido de esos temores! No ocultándole nada, descubriendole toda la verdad, quizá él habría podido amarme menos, pero habría quedado mejor persuadido de que aquella pérfida mujer, al hacerle esperar su amor sin condición, solo quería su pérdida. Habría comprendido que ella no lo consideraba sino como un obstáculo por suprimir, ó quizás únicamente como el mejor instrumento de su venganza.

El me contestó inmediatamente que, como su conversación había tenido lugar despues de mi partida, podía ser muy bién que antes de venir á verlo ella hubiese hecho reflexiones cuyo resultado le habría sido más favorable, y que él no quería todavía abandonar toda esperanza. El se daba cuenta perfecta, me dijo, de lo que se deducia de mi relato, y también de lo que ella le había dicho. Así, pues, si ella consentia finalmente en casarse con él, era porque tenía otro móvil distinto del amor. Sin embargo, estaba tan seguro de hacerce amar en lo sucesivo, que estaba dispuesto á aceptar todas sus condiciones, resuelto á todo para obtener su mano.

El pobre muchacho estaba tan poco acostumbrado á ocultarme nada, que yo le arranqué, por decirlo, así á pedazos toda la verdad. Sin embargo, me obligó á que le prometiera antes de contar todo, que yo no me opondría á su proyecto si él me comunicaba la condición que la joven había puesto para otorgar su mano. Esperaba yo tampoco lo que iba á decirme que se lo prometí, con la condición de que yo quedara bien convencido de la imposibilidad para él de llegar á la realización de sus deseos de otro modo cualquiera, y de que lo que fuese á ser nada tuviese de reprensible ó que pusiese su vida en peligro.

A esto me contestó que amaba tanto á Hilda, que el mayor peligro que pudiera amenazar sus días, era tener que renunciar á ella, y los signos exteriores del mal que lo devoraba, eran tan visibles que acentuaban enérgicamente sus palabras.

He aquí, pues, lo que le hice decir.

Hilda después de haberse separado de mi lado, se había reunido con él y se había mostrado tan afectuosa y tan amable, que él por último se había encontrado con ánimos para decirle que la amaba y para solicitar su mano.

Ella le contestó inmediatamente lo que me había dicho, es decir que le profesaba mucha estimación y amistad, pero no amor. Sin embargo, como en ella no mostraba que quisiese hacer de aquella objeción un obstáculo insuperable, él estuvo más elocuente y persuasivo, mientras que ella aparentaba dejarse conmover poco á poco. Le habló en seguida de su madre, le refirió lo que ya sabemos, que la baronesa probablemente se había precipitado voluntariamente al escollo fatal para dar término á una existencia intolerable.

Después agregó, en la forma de confidencia íntima, que la aya inglesa, antes de morir, habia rendido esta declaración: una recamarera de la baronesa, que había visto á ésta en la roca de la hada pocos minutos antes de su desaparición en el remolino fatal, había observado distintamente que ella hacia el ademán de una persona que arroja algún objeto al estanque conocido con el nombre del Espejo de la hada. Este objeto, según el dicho de la aya, debía ser una cajita sellada ó un frasco que contenía un papel en el cual la pobre mujer escribió sus últimas instrucciones á su hija y algunas revelaciones sobre su marido, pero que ella había juzgado en sus últimos momentos ó presa quizá de vacilaciones ó de escrúpulos, no deber publicar. En consecuencia, la baronesa se había decidido á ocultar aquel documento en un paraje en donde, sin condenarlo del todo al olvido, sería muy difícil llegar.

—Para encontrar y retirar ese objeto, dijo Hilda, es por lo que, dos veces antes de la llegada de ustedes á estos parajes, he afrontado los riesgos de la Caldera, pero inutilmente. Y sin embargo, la caja sellada allí está, visible en el fondo del estanque, pero hay un objeto tan horroroso que habría que tocar para llegar á la caja, que nunca he tenido el valor para hundir mi brazo en el agua. Usted, Raul, conoce mi carácter un poco romancesco, añadió la pérfida sonriéndose, y así es que no le extrañará que le diga que el que quisiese obtener mi mano aumentaría mucho sus probabilidades de lograrlo trayéndome esa caja.

El pobre muchacho se había declarado inmediatamente dispuesto á hacer la tentativa, y la joven había fingido explicar muy detalladamente la maniobra que se tendría que ejecutar para llegar hasta el centro del escollo con las mejores probabilidades de éxito.

El efecto que este relato produjo en mí, antes es para imaginado que para descrito. El proyecto de aquella mujer se me apareció en toda su atrocidad, y el sueño que ella me había contado y que yo había escuchado distraídamente, como una impertinente charla, vínome derepente á la memoria con una singular claridad. Era una alegoría profética y una amenaza lo que aquella singular mujer se disponía á poner en práctica con un ingenio verdaderamente diabólico.

Déjase enteder que yo estaba absolutamente resuelto á impedir que Raul ejecutase aquella insensata tentativa, aun cuando tuviese que emplear la fuerza.

No había tren para la capital antes de las ocho. Tomé inmediatamente la resolución de partir con mi hijo en aquel tren, y, como no nos quedaba más que una noche que pasar en aquel lugar, me prometí no perder de vista á mi pobre loco, aunque pasase toda la noche en vela.

La pasamos en efecto platicando y razonando. Yo le expuse con tanta calma, como la pude afectar, las pocas probabilidades de éxito que tenía consigo por no tener ninguna experiencia de la manera de proceder para navegar en aquel río. Yo le hice ver que una mujer capaz de imponer semejantes pruebas, jugando con la vida del hombre que la amaba, no podía ser más que una mujer sin corazón é indigna de ser amada; que aun logrando traerle el objeto en cuestión nada lo autorizaba á creer que ella le otorgase su mano.

Apelé en seguida á mi afecto paternal, recordándole que él era el único sér que para mí representaba á la familia y la ventura en este mundo. ¿Tendría corazón para exponer así sus días con riesgo de emponzoñar el resto de la existencia que yo tendría aun que pasar aquí abajo?

Hablé por mucho tiempo, y con una emoción tan creciente, que acabé por conmoverlo.

Yo me reprochaba amargamente el haber dejado que las cosas llegasen á ese punto. El sentimiento de la desgracia que podía herirme me había invadido por entero, comunicando un calor y un acento de persuación á mis palabras que acabaron por hacerlo llorar.

Se echó á mis brazos y declaró por último que renunciaba á su funesto proyecto.

Era media noche, yo lo obligué entonces á que se acostara, cosa que ejecutó cuando le di la seguridad de que yo no tardaría en hacer lo mismo.

Me ocupé todavía algunos instantes en nuestro equipaje. A poco, el rumor regular de su respiración me aseguró de que se había dormido. Yo mismo estaba fatigado y me arrojé vestido en mi cama, prometiéndome velar muy bien hasta la salida del día á mi pobre hijo, hechizado por una hada maléfica, como á mí mismo me decía contemplándolo en silencio. Me parecía que se había vuelto niño. Al menos yo sentía por él, en aquellos momentos, ese sentimiento que más bien se parece al amor maternal, formado de ternura emocionada, con el cual se mira en la cuna al niñito que se ha tenido en una esposa muy amada. Yo no tenía sueño, á lo menos según me lo parecía. Exitado y agitado como estaba, me habría parecido imposible dormir.

Y sin embargo, así sucedió. Me dormí profundamente y tuve un espantoso ensueño!

Estaba sentado en la roca de la hada. Hilda estaba á mi lado, rodeándome con sus brazos el cuello. En torno del escollo, cuyo abordaje parecían custodiar, veíase como un círculo arremolinado de horrorosos cadáveres.

De repente ví aparecer, fuera de aquel círculo, á Raul, embarcado en el bajelillo azul. Hacía violentos esfuerzos para salvar el círculo fatal y llegarse hasta mí.

Yo quise tenderle las manos y dirigirle palabras de estímulo, pero en aquel mismo instante, mi compañera me enlazó tan estrechamente, que no pude hacer un sólo movimento.

Ví que el pequeño esquife hacía un supremo esfuerzo para pasar el obstáculo, pero el remolino se apoderó de él, y Raul y la barca quedaron devorados, mientras que la hada cruel, que me retenía en su poder, murmuraba á mi oído: «Está consumada la operación, tu corazón cesará de estar distraído, serás mío para siempre.»

Desperté sobresaltado. Eran cerca de las cuatro de la mañana; el sol levante iluminaba todo nuestro cuarto con sus oblícuos rayos, y cuando hube pasado la mano por mi frente ardorosa y húmeda, mi sueño se desvaneció y toda la realidad volvió á mi conciencia perturbada:

Me incorporé sobre un codo, buscando con los ojos á mi hijo dormido.

¡Su cama estaba vacía!

Una ola de sangre se me subió á la cabeza y puso como una nube ante mis ojos, mientras que un inexplicable espasmo de angustia me laceraba el corazón. Sin detenerme para tomar mi sombrero, me lancé fuera de la casa para correr en pos del desventurado. Era indudable que se había dirigido al escollo. Iba á intentar penetrar para dar gusto á aquella mujer que lo estaba engañando y que lo tenia bajo su dominio, para obedecer á ese demonio que quería arrancármelo y despacharlo á la muerte.

¡Oh! ¡Cómo la maldecía á esa pérfida sirena que lo tenía sujeto á su encanto peligroso, que lo había hechizado como por medio de un poder mágico, hasta hacerle olvidar que al arriesgar sus días, arriesgaba también la vida de su padre, ó al menos su dicha; maligna hechicera que habia hecho de mi Raul, tan cariñoso, tan abnegado, tan alegre, un desesperado egoista, un fanático del amor!

Las calles de la pequeña ciudad estaban todavía desiertas; únicamente algunos labriegos que llegaban lentamente del campo, sentados somnolientes é inertes en sus carretas, levantaron la cabeza al verme pasar de aquella manera, sin sombrero, el semblante azorado, como loco evadido de su celda.

Yo salvé en pocos minutos la distancia que separa la ciudad de la propiedad de Charlottenbourg, y llegué, sin aliento y temblando como una hoja al lugar desde donde habíamos contemplado, mi hijo y yo, la Caldera por vez primera.

El estaba ahí. Por un prodigio acababa de llegar sano y salvo á la roca de la hada y amarraba su barco, la pequeña yole azul de Hilda, antes de subir al Taburete.

Algunos segundos después, se hallaba sobre aquella roca y lo veía que se asomaba ávidamente á la cuenca para buscar alguna cosa.

Pero de repente lo ví retroceder como sobrecogido de horror, y algunos minutos pasaron antes de que fuese dueño de sí mismo para afrontar de nuevo el espectáculo que acababa de horrorizarle.

Sin embargo, el recuerdo de lo que había venido á hacer á aquellos sitios, volvióle sin duda y con él las fuerzas, porque ví que se quitaba el saco y que arremangaba sus mangas hasta el hombro. En seguida metió los brazos en aquella agua helada, tocó y volvió á tocar aquel cuerpo en descomposición registrando el fondo de la cuenca, pasando sus manos por las piedras resbaladizas, por los trapos viscosos; por las carnes flácidas y blancas de aquel cadaver cuyos cabellos debían tocarle el rostro, porque, como apenas podia tocar el fondo, se bajaba hasta el punto de que su carrillo parecía tocar la superficie del agua.

Por último se levantó, mojado, aterido y lleno de dolor, porque nada había encontrado, y quizás comprendía ahora que todo lo que aquella mujer le había dicho á propósito del objeto que él había de llevarle, no eran más que mentiras. Se sentó un momento, agotado sin duda por sus esfuerzos y por la desesperación de su fracaso.

Ya estaba allí, en la ribera, á pocos pasos de él, medio oculto por los álamos y sin atreverme á gritar, ni hacer un ademán, temiendo que mi vista le quitara la sangre fría necesaria para su vuelta.

Cuando por último, renunciando á proseguir en sus inútiles pesquizas, ví que se disponía á volver al barco para salir de la Caldera, caí de rodillas y dirigí una ferviente plegaria á Dios para que se sirviera devolverme á mi hijo sano y salvo. Yo le representé que creía haber sido un buen padre para aquel joven, que todo lo había sacrificado para hacerlo feliz, y que creía haber formado un hombre honrado. Me acusé de no haberme manifestado bastante cuidadoso respecto á sus sentimientos religiosos y me comprometí á hacerlo en lo de adelante, siempre que no me fuera arrebatado. En una palabra, recé como un hombre que ve la muerte de cerca y que lanza una mirada retrospectiva sobre su vida pasada, comparando lo que ha hecho con lo que habría podido y debido hacer. ¿Acaso no se trataba de un hijo, de una parte de mí mismo?

Pero mi plegaria no fué escuchada. Ví súbitamente que la canoa giraba sobre sí misma, como una hoja seca arrebatada por el torbellino. Vi á Raul que se erguía á medias extendiendo los brazos hacia la playa, y después todo desapareció y yo caí con la faz en el suelo.

Cuándo recobré el sentido; me encontré en la cabaña del pescador. Este había visto á mi hijo cuando se embarcaba en el yole de Hilda, pero como con tanta frecuencia los había visto juntos ó separadamente en el rio y por más que le llamase la atención de verlo tan de mañana, no fijó la atención sino cuando lo vió acercarse al escollo y penetrar en él. Era ya demasiado tarde para impedírselo.

El me había visto en la orilla, y había venido á procurarme los primeros auxilios, y después me había puesto desmayado en su barcas y me habia transladado á su morada.

Volví en mí con un violento transporte en el cerebro que puso en peligro mi vida.

Como lo hacía con todas sus víctimas, la Caldera devolvió el cuerpo de mi hijo al cabo de cinco ó seis días. Estos restos, desgarrados y cárdenos, fueron recogidos pôr mis amigos, avisados por telégrafo de lo que acababa de ocurrir. En cuanto á mí, no llegué á saber estos últimos detalles sino mucho tiempo después.

Más de veinticinco años han pasado desde que tuvieron lugar los hechos que acabo de referir. Ahora soy un viejo y rápidamente me voy acercando al término de mi carrera en este mundo. Sin embargo, debo completar este relato por algunos detalles complementarios que quizás podrán interesar al lector simpático que me ha seguido hasta este punto.

Ninguna repugnancia de amor propio tengo en decir que pasé los cinco primeros años que se siguieron á esta catástrofe, en una casa de locos.

Pero cuando sané y volví á pintar, me apercibí de que, de mi brillante carrera de artista, casi no me quedaba mas que el recuerdo, y un poquillo de reputación. Ya no volví á producir sino obras medianas. Parecía que el sentimiento de lo bello me había abandonado completamente, el idealismo me parecía ridículo y me lancé con ardor en la escuela realista que entonces estaba floresciente. Por varios años me complací en pintar el cadaver, y en la Morgue y en las clínicas iba yo á buscar mis modelos. Sin embargo, este género acabó por cansarme y lo dejé por el paisaje.

Entonces vino un violento deseo de volver á ver el valle de Molala y escribir esta narración.

Pero el dolor que yo creía, si no extinguido, por lo menos suficientemente amortiguado por el tiempo y por el prolongado vacío que mi enfermedad mental había puesto en mi existencia intelectual, para permitirme trazar estos hechos sin demasiada conmoción, se ha despertado punzante y amargo, á medida que los detalles de estos sucesos se desarrollan bajo mi pluma, y ya se me hace tarde por terminar.

Si el azar de los viajes lleva á mi lector al hermoso canal de Gœlka que ahora enlaza las dos ciudades principales de la Suecia, Stokholmo y Gothembourg, puede, dejando la barca á la salida del lago Vettern, en Motala, aprovechando un descanso de dos horas que le impone el paso de las esclusas, ir á dar un vistazo al teatro de los sucesos que acabo de contar.

El risueño valle, el pérfido río, el castillo de Charlottembourg, están ahí, ahora como antes. Solamente ha desaparecido el escollo de la Caldera. Después del fatal accidente que causó la muerte á mi hijo, las autoridades ordenaron que el perro rabioso, como lo llamaba Hilda, fuese por fin abatido. Se armó por fin una mina bajo el lecho del río y algunos cartuchos de dinamita hicieron desaparecer muy presto hasta el menor vestigio de la Caldera y de la Fuente de la hada.

¿Y Hilda? ¿Y el viejo barón?

También desaparecieron.

Las gentes de la comarca aseguran que, al siguiente día de la explosión de la mina, vieron salir del patio del castillo la vieja berlina de viaje del barón, cargada con baules y efectos de viaje.

Iba herméticamente cerrada y con los visillos echados.

Los criados recibieron á poco la noticia de que el castillo acababa de cambiar de propietario. Sin embargo, el viejo mayordomo que arregló las cuentas, no pudo dar ninguna explicación á este respecto, habiendo recibido él mismo esta noticia del banquero de la familia Hammarhielm, domiciliado en París.

V. Gaudard de Vinci.

FIN



EL MUNDO.

TOMO I. MEXICO, MARZO 14 DE 1897. NUMERO 11.



—Le contesto que si.... ó mejor me confieso....

(Dibujo de José M. Villasana.)

"EL MUNDO"
Semanario Ilustrado.

Teléfono 434.—Calle de Tiburcio núm. 20.—Apartado 87 b.

MÉXICO

Toda la correspondencia que se relacione con la Redacción, debe ser dirigida al

Director, Lic. Rafael Reyes Spíndola.

Toda la correspondencia que se relacione con la edición debe ser dirigida al

Gerente, Lic. Fausto Moguel.

La subscripción á EL MUNDO vale $1.25 centavos al mes, y se cobra por trimestes adelantados.
Números sueltos, 50 centavos.
Avisos: á razón de $30 plana por cada publicación.

Todo pago debe ser precisamente adelantado.

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE.

Notas editoriales.

Estadística siniestra.

Se está comentando por la prensa diaria un horripilante hecho social: el aumento del homicidio en la ciudad de México. Las estadísticas que con este motivo se han publicado, demuestran de un modo indiscutible que la capital de la República es una de las poblaciones más criminales del mundo. La relación entre la criminalidad homicida de París y la de México, es de *uno á treinta y seis*. Esta relación es enorme y debe sériamente preocuparnos.

El profesor Sighele de la Universidad de Piza ha dado á la estampa un instructivo trabajo sobre la criminalidad de Artena, aldea italiana, considerada como una *gusanera de delincuentes*. En comparación con las demás comarcas de Italia, Artena arroja, en efecto, un notable coeficiente de criminalidad. Así, mientras todo el reino da un término medio anual de 9.38 homicidios por cada 100,000 habitantes, la aldea citada no proporciona menos



Señor Cipriano Guerrero.
(Candidato al Gobierno de Durango.)

de 52.50 por cada 100,000. Esta cifra parece al Profesor Sighele en extremo alarmante y llama la atención sobre esta localidad infestada por el delito.

Y bien, este promedio resulta insignificante junto al contingente que el homicidio nos ofrece en el Distrito Federal, en donde el término medio es de *ciento ocho* por cada grupo de 100,000 habitantes. Cómo llamaría el Profesor Sighele á este grupo humano, cuya delicia parece ser degollarse concienzudamente?

Cuando una sociedad arroja perfiles tan negros, es que el mal se encuentra dentro de los elementos que la constituyen, que corre por su red arterial, que punza dolorosamente en cada celdilla del organismo. La extirpación del cancer no se logra entonces con una ley, ni las convulsiones sociales desaparecen con un decreto; entonces hay que mirar más hondo, que escudriñar más profundamente, sirviéndose de los hechos para hacer una desoladora inferencia. Y los hechos están allí á nuestra disposición, como materia prima, palpitante y terrible, de un atento análisis.

Precisamente en los momentos en que se debatía este obscuro problema del homicidio, la prensa de información nos hacía saber que en una de las calles de la capital un desconocido asesinaba bárbaramente á un transeunte, porque éste le había negado un cigarro. ¿No es esta una revelación aterradora de un estado social?

Un pensador ilustre ha dicho que el delincuente no es sino el instrumento de un crimen preparado por la sociedad. En el fondo de ella están los fermentos de esta descomposición. La parte sana y útil, representada por el Estado, ha salido al encuentro de esta oleada negra, y ha hecho lo que en todas las naciones del mundo: se considera eficaz para redimir conciencias: abrir escuelas y favorecer el desarrollo de los elementos económicos. En esta acción combinada está la solución de la siniestra dolencia cuyo diagnóstico nos ha revelado la estadística.

El compañerismo en la prensa.

Se ha invocado constantemente en las discusiones periodísticas, *compañerismo*. Esta hermosa palabra ha sido rimada por los gacetilleros novicios y ha servido de escudo á un grupo de vividores que se han aprovechado de la prensa para sus fines particulares.

En virtud de este principio, existe en el periodismo una solidaridad obligatoria, una responsabilidad mútua, una *masonería* necesaria, que estrecha á todas las conciencias—la del hombre honrado como la del *con totiero* del periodismo—á vestir una túnica de Neso, de la que nadie que esgrime una pluma podría desprenderse sin arrancarse pedazos de su propia carne.

Esta teoría es insostenible: el *compañerismo*, tal como se pretende reclamar de la prensa, ese *compañerismo* fundado en culpables amistades, en tolerancias vergonzosas, en sumisiones abyectas, no existe en ninguna profesión, en gremio alguno, y más se asemeja—dentro del criterio que lo sostiene—á una complicidad repugnante que á un sentimiento basado en la franca y libre investigación de los actos, que debe normar las relaciones entre los hombres honrados.

Diremos más todavía: mientras existan en la prensa nacional periodistas que se sirvan del vehículo de la hoja impresa para denigrar á otros periodistas, el decantado *compañerismo* constituye un sarcasmo irrisorio que dudamos mucho que sea aceptado por los escarnecidos.

El *compañerismo* se explica entre personas de una misma condición social, de una misma educación y que se guarden las mismas consideraciones. ¿Pero se encuentra la prensa de México en estas circunstancias?

Esa *marca de fábrica* con que se quiere sellar á todos los espíritus, es un yugo oprobioso é intolerable que es tiempo ya de despedazar.—El *compañerismo* en la prensa representa la peor y más humillante de las tiranías, impuesta por el más tenaz y arraigado de los prejuicios sociales.

La idea liberal.

Con motivo de los acontecimientos de Creta, la prensa ha comenzada á interesarse por la suerte de esta isla que lucha hace más de setenta años, por sacudir la dura dominación musulmana, y de la prensa ha pasado al público una corriente de simpatía hacia el territorio rebelde.

Es que en nuestro país se manifiesta un movimiento favorable á las ideas liberales y de independencia, y á todo pueblo que lucha por sostenerlas. Todavía, es cierto, el verdadero concepto de la libertad no ha llegado á penetrar en todas las clases, pero la tendencia existe muy marcada de uno á otro extremo del país.

Hemos dicho en más de una ocasión que el pueblo mexicano no se encuentra todavia á la altura de sus intituciones; pero también hemos manifestado que toda ley tiene un carácter educativo, este caracter ha ido penetrando poco á poco en la colectividad. Aún en las clases inferiores—masa inerte que ha servido de materia de explotación á los viejos odios de los viejos partidos antagónicos—se advierte este impulso perceptible cada vez que se presenta la oportunidad de externar sus opiniones.

La educación completará y perfeccionará estas ideas que hoy se agitan informes, pera que acaso en día no lejano tomen una dirección más util y conveniente para la causa liberal de la República.

Política General.

La insurrección de Creta y la cuestión de Oriente.

Imposible apartar la vista de ese cuadro de heroísmo que se desenvuelve en una isla legendaria, bañada por las ondas azules del mar del Archipiélago!

Un pueblo pequeño, en cuya ascendencia se cuentan los héroes y los semidioses de la Fábula, pero sobre el cual han llovido todos los horrores de la implacable Némesis, se debate en angustia suprema por sacudir el yugo ominoso que le impusiera en días de duelo, hace más de dos siglos, la barbarie y el fanatismo de los otomanos. Una y cien veces ese pueblo que parece proscrito por la deidad cruel que en la teogonía helénica preside los destinos de los hombres y de los dioses, ha intentado romper sus cadenas y arrojarlas al rostro de sus verdugos ó convertirlas en espadas para luchar por su libertad. Todo en vano: su viril esfuerzo se ha estrellado contra la fuerza inexorable que le han deparado de consuno sus crueles señores y sus despiadados amigos.

Pudo la magna Grecia resucitar al estruendo de los cañones que atronaban en Navarino y aparecer ante el mundo transfigurada y soberana al ensalmo mágico de la poesía caballeresca del mártir de Missoloughi; pudo recoger y embrazar el olvidado escudo de Palas Athenea y ostentarse bajo el pórtico derruido del Partenón, coronada con las rosas de sus canéforas y la sagrada encina de los bosques de Dodona; pudimos admirar por la acción voluntaria y concertada de Rusia, Inglaterra y Francia en el primer tercio de la presente centuria, al pueblo inmortal de Salamina y de Platea, regenerado y libre, entrando al ejercicio de sus derechos pulverizados por la brutal soldadesca romana y dispersados á los cuatro vientos al soplo devastador de los adoradores del Corán. Y vimos renacer sus glorias y brotar sus tradiciones de entre aquel montón de ruinas venerables á la humanidad entera.

Los bosques sagrados resuenan otra vez con la risa alegre y juguetona de ninfas y gnomos de luz, y se deja escuchar el canto no olvidado de Pan y de Dyonisos; las ondas del Alfeo y las aguas del Eurotas fingen de nuevo con sus arenas de oro y algas movedizas, cuerpos de driadas y formas de silfos; parece que de nuevo los dioses se mezclan con los mortales y que la tierra inmortal de la eterna belleza convida á las naciones á beber en el vaso desbordante de poesía, donde apagaron su sed las generaciones que fueron. Mas ¡ay! que si la madre común de los helenos que extendió su influencia soberana desde las remotas playas heladas de la Cólquida hasta las abrasadas regiones de la Tebaida, y desde las riberas del sagrado Ganges hasta las rocas abruptas de la fenicia Gades, pudo cobrar su libertad, aun quedan muchos de sus hijos gimiendo bajo la coyunda impía que á sangre y fuego les ataron las hordas de Bayareto y las huestes de Solimán. Todavía entre otros muchos que llevan en su frente la marca imborrable de su divino origen, el pueblo cretense sufre los vilipendios de la dominación muslímica.

No faltan en sus anales ni los heroismos de los suliotas que en la terrible *danza de la muerte* se arrojan á un abismo con sus hijos en los brazos por no caer en poder de los albaneses, ni las hazañas de los canarís que luchan desesperados por la anhelada libertad.

No faltan en sus esfuerzos sobre humanos hechos gloriosos que los acreditan á los ojos del mundo que los contempla absorto, como dignos de su raza de titanes y merecedores de la grandeza de su estirpe, vinculada en la historia de sus insurrecciones. Menos afortunados que sus predecesores del Atica y del Peloponeso, los cretenses han peleado sin esperanza y sucumbido en su demanda por virtud del que se llama concierto europeo.

No lograron nada en la guerra de independencia de... 1822, que creó la nacionalidad griega; nada en las subsecuentes insurrecciones y nada con las promesas de las potencias que aparentan socorrerlos.

Han visto con asombro constituirse los Estados balkánicos, arrebatados al territorio de sus opresores; han presenciado una y otra vez el desmembramiento del caduco Imperio de los Califas, donde cada uno de los poderosos congregados en la tarea de librar á Europa de ese cuerpo podrido, infecto y carcomido de gusanos que se llama



Don Francisco Gómez Palacio.
(Candidato al Gobierno de Durango.)

Turquía, ha ido tomando su parte de botín; han visto desgajarse, la Moldavia y la Valaquia, la Herzegovina y la Bosnia y hasta la mezquina Rumelia, y ellos no han podido hallar una mano que se tienda en su favor para sacarlos del hondo abismo de la esclavitud.

¡Pobre Creta!

Sus gritos de angustia no han encontrado eco ensu desolación, y Hécuba infeliz ha visto degollados en su presencia á sus hijos más queridos, Laoconte maldecido, la sierpe del fanatismo musulmán, los ha ahogado en sus apretados anillos ante el ara de sus altares que no había profanado; y miserable Prometeo, se ve atado con cadenas de diamante á la roca del martirio, mientras el buitre de la tiranía roe sus entrañas que sin cesar renacen, al influjo mágico de su heroismo inagotable.

Y cuando tras largas luchas y tremendos combates, en que la victoria ha estado más del lado del opresor, tras prolongadas vigilias en que ha acariciado el sueño imposible de su libertad, ha hallado en su camino la figura caballeresca del rey Jorge que como el Teseo de la antigüedad pretende libertar á la nueva Ariadna de las garras de su señor; que como los heroes medioevales se apoya no más en Dios y su derecho para hacerse el campeón de los que lloran, de los que gimen y trabajan; una nueva

cruzada se organiza por los poderosos de la tierra, se concierta una liga despiadada que hace olvidar los místicos horrores de la Santa Alianza, y no es para socorrer al débil, ni para consolar al opreso para lo que se congregan escuadras, y se levantan ejércitos y se enarbolan estandartes: estremezcámonos de santa indignación, todo ese aparato bélico y ese clamoreo es con el objeto de defender al infame Sultán que ahito de sangre y de matanza de cristianos en el Asia menor, en Creta y en las calles mismas de su imperial ciudad, olvida en las delicias del Harem, la historia inicua de sus crímenes de lesa civilización.

Las naciones se congregan por medio de sus representantes en las aguas de Canea, para oponer la égida protectora de sus acorazados á los golpes que asesta el heroismo helénico al miserable otomano; se juntan en conciliábulos y discuten en confabulaciones, no el modo de extirpar para siempre de Europa esa úlcera corrompida que se llama por un sarcasmo inconcebible la *Sombra de Dios sobre la tierra*, sino la manera de evitar que un rey digno de los tiempos legendarios, capaz de sostener en sus robustos brazos la espada de Leónidas ó de blandir la lanza de Filopemén, se apodere con buen derecho de esa isla infeliz, que ha manifestado abiertamente el deseo de constituir parte del reino helénico.

Y el Pireo es amenazado con los cañones de las potencias, y las santas playas de la divina Hélade se miran en el riesgo de verse profanadas por la planta de los que se llaman defensores del helenicismo.

Incomprensibles secretos de la diplomacia! obscuridades tenebrosas de los gabinetes. Quieren la paz, quieren prolongar con su poder una vida miserable que se acaba; quieren galvanizar un cadáver que ya apesta. Y como los Estados balkánicos se aprestan á recoger su parte de botín, y se temen levantamientos en Macedonia, insurrecciones en Albania y rebeldías en Rumelia, esperan, ilusos, conservar una paz que se desvanece, y sostener con mistificaciones que todos reprueban el artificioso andamiaje en que se asienta la ruin existencia del imperio otomano.

Asustadizas las potencias ante la perspectiva de una guerra universal, menos costosa quiza que la abrumadora paz armada, ponen el *veto* á la anexión de Creta, y le oponen como un consuelo mezquino la promesa de una autonomía, menos consistente quizá que las reformas tantas veces convertidas en humo y pavesas.

No importa: los que luchan por su libertad é independencia, tarde ó temprano alcanzan el anhelado triunfo; y los cretenses, que hoy parecen los proscritos de Europa y los cristianos griegos que en sublime arrebato se aprestan á morir por sus hermanos, llegarán á la soñada meta de verse cobijados por el mismo estandarte que el rey Jorge tremola ya en los desfiladeros de la Tesalia.

El grito del oprimido sube al fin al cielo en contra del opresor, y los asesinos de Trebizonda y de Estambul, los tigres carniceros de sangrientas fauces, hartos de carne humana, en Armenia y en Creta, se verán muy pronto expulsados, no sólo de la patria del justo Minos y del astuto Dédalo, sino también de toda tierra donde pueda fructificar la idea grandiosa de la civilización occidental. Ya es tiempo de borrar esa mancha que salpica de lodo el mapa de la culta Europa.

X. X. X.

Marzo 11 de 1897.

EN TIERRA YANKEE

NOTAS A TODO VAPOR

A NEW-YORK POR ATLANTA

Apretones de manos, sinceros y cariñosos *hasta luegos*, campanadas, humo, y vamos ya á todo escape; el arco de la *levée* se dibuja en la noche por la inmensa guirnalda de los faros eléctricos que el río reproduce y deshace en temblores diamantinos. Los *ferrys* continuan su tráfico y cuajados de farolillos, parecen góndolas colosales que se balancean sobre el Mississipi que duerme con una respiración de niño.—Calor sofocante, enfermador, africano, capaz, si durase, de convertirlo á uno en negro; y ese calor pegado á las alfombras, á los terciopelos, á las sedas del *sleeping car*, es desesperante. Salimos al balcón de nuestro carro que era el último de una larga serie y abrimos los ventanillos: un hombre estaba escondido en la escalerilla; el conductor nos dijo que estos viajeros clandestinos suelen establecerse en los techos y aun abajo, en los *trucks* de los carros; aquel incognito dió un brinco y se puso en salvo en la vía.—Una nube de polvo arenoso nos hizo entrar; los dobles cristales de las ventanillas apenas guarecían el interior del dormitorio: una hora duró aquel tormento; pudimos entonces observar la negra y espesa vegetación que bordaba la vía; todo ello lodoso, pantanoso, miasmático; el miasma se convirtió en una nube de mosquitos, peor que las de México; una de esas que envuelven y saturan las casas del noroeste de Tenoxtitlan en Agosto es una bendición, comparada con la que estaba llevando á cabo la succión de nuestra sangre y de nuestro sueño; esta nube de moscos era bíblica. Pasó—todo pasa—sólo el calor reinaba en la tierra; sólo la luna en el cielo.—Cruzamos por lagunas ó estuarios que bordan esta comarca bajísima sobre largos puentes de estacas que, en el agua inmóvil, parecían cepillos colocados por las cerdas sobre una mesa de acero. Más allá de Mobila (en donde hay un colegio de jesuitas en que se han educado en la virtud tantos jóvenes mexicanos, como Pepe Echeverría) me invadió no el sueño, sino una especie de sopor fatigoso de que me sacó la algarabia infernal de una murga de diablos, en forma de ciudadanos negros y ciudadanas negras que en la estación H (¿no era en Liberia?) celebraban el arribo feliz de un candidato para presidente municipal de la ciudad cercana. Bajó el candidato muy tieso, muy digno, muy negro; no, aquella escena no me pareció ridícula; en mi agonía (estaba muriéndome de calor) sorprendí su lado trágico y dantesco, y esa pesadilla *a priori* me trajo el sueño, un sueño deveras. Como estaba desnudo, desperté helado, á la vista de Mongomery, que es una gran ciudad pintorescamente asomada á orillas de una gran barranca en cuyo fondo corre el Alabama.—Costeamos esa barranca, pasamos el río, corrimos á todo correr por entre bosques que nos hacían suspirar de envidia (¿en la mesa central hay otro bosque que ese bosque de museo que se llama: el bosque de Chapultepec?) atravesamos plantíos de maíz perfectamente ordenados, saludamos las consabidas casitas de madera pintada y entramos en la estación de Atlanta.

***

Malo; el jefe de nuestra caravana, que ve mal, quiso penetrar de prisa en la estación en el momento en que el guarda vía, que era un agente de policía á la vez, hacía seña á los traunsentes de que se detuvieran, lo que ni vió ni podía ver nuestro compañero; entonces el agente lo empuja bruscamente, el mexicano, como era natural, le dió un bastonazo é instantaneamente se sintió asido de la mano y encerrado el puño en una cadeneta de fierro; el viejo *policeman* estaba furioso y quería llevar á su ofensor á un puesto de policía. Un amable truchimán que por ahí andaba, explicó al agente que su prisionero no veía bien y que eramos *españoles*: «Ah! dijeron los ojos del funcionario, con razón entonces; los españoles no saben lo que es la policía.» Y nos dejó en paz refunfuñando. El Estado entre los sajones, dicen los teoristas de derecho público, no es más que un juez y un gendarme. ¡Pero qué gendarme!

Malo, dijimos al entrar; peor, exclamamos al instalarnos en el Hotel, abriendo un telegrama del consul mexicano en N. Orleans: dos ó tres horas antes había muerto el Sr. Romero Rubio.—Grande y dolorosa fué mi sorpresa; pensé en un grupo de cordiales amigos míos que le eran profundamente adictos; pensé en su familia desolada, pensé en la mujer, noble entre todas, que fué la compañera de su vida y algo así como la inmaculada vestal del ara doméstica. El distinguido muerto era mi amigo también ¿de quién no lo era? Era la amabilidad misma, la exquisita aunque un poco difusa amabilidad social de México, traducida en la sonrisa, estereotipada, por decirlo así, en sus labios. No, no era un comparsa en la comedia seria de nuestra política, era un actor; la experiencia le había dado, ya en los años maduros, una aptitud singular para conocer á los hombres, facultad política de primer orden. Hombre de ambición y de placer, amaba la lucha, él combate era para el una voluptuosidad y, á pesar de eso, sabía ser tolerante y conciliador, por benevolencia y no por miedo, por que ese gran epicureista era un valiente y si creía poco, creía firmemente. En suma, la historia, que se ocupará de él, la historia en medio de sus severidades tendrá en cuenta que Romero Rubio, fué la personificación de la burguesía mundana de México, con sus defectos y sus cualidades, sus intrepideces y sus indolencias, sus complacencias y sus audacias, en el grupo de hombres de temple superior que nos dió la Reforma —Y pensando en ésto iba yo por las calles de la Capital del Estado de Georgia, muy alineadas, muy amplias, muy bien servidas por los tranvias, á encomendar al hilo telegráfico mi *pésame* al Presidente y á su familia; y pensando en ésto me dirigí al Hotel en que estaba alojado mi antiguo y fraternal compañero de colegio Carlos Diez Gutiérrez.

***

Estas ciudades americanas, que como Atlanta, tienen apenas medio siglo de vida, empezaron por unas cuantas habitaciones de palo, pero luego en su nucleo van adquiriendo robustez y el palo es reemplazado por la piedra y surgen á compás del desenvolvimiento de los recursos agrícolas de la comarca ó de la situación topográfica de la población, en la encrucijada de varias vías naturales (ambas cosas se realizan en Atlanta) los grandes edificios, el capitolio de piedra blanca, la Universidad de granito y ladrillo, el hotel monumental de ocho ó diez pisos con grandes fachadas decoradas de columnas ciclópicas, y revestidos de sillares perfectamente tallados é imperfectamente pulimentados, (lo que suele ser feo, pero fuerte y da, por ende, una especie de formidable masculinidad á las construcciones) hoteles en cuyos *halls* vastísimos y confortables se da cita, para conversar, toda la sociedad de negocios de la ciudad, entre el *Restaurant* y el *bar*; las calles se alinean, iguales unas á otras por las casas que las bordean, por los coches que las surcan, por la gente que las transita compuesta de seres que se mueven velozmente como á impulsos de un mecanismo interior, que llevan en el rostro marcada la seriedad, la preocupación, el ensimismamiento de quien está á pique de perder la fortuna ó la vida si llega cuando la manecilla del reloj haya pasado de un punto fatal. Y me explico el sillón americano, ese sillón de cuero ó de *rotin* compuesto de pequeños lechos para las piernas, para las nalgas, para las espaldas, para los brazos, para el cuello, para los zapatos, para los sombreros; esos sillones de que no quisieramos los gordos levantarnos nunca, sillones ideales, digo, reales, con la más cómoda de las realidades, y que permiten á ese terrible judío errante de su casa, que se llama el pueblo americano, descansar tanto en cinco minutos, como un emperador asirio descansaba en una noche.

***

Para irá la Exposición—tiene Atlanta su exposición nacional, que no es una feria del mundo como la de Chicago, porque Atlanta tendrá doscientos mil habitantes cuando Chicago tenga dos millones, lo que no tardará mucho, pero que sí será muy concurrida—para ir á la Exposición, decía yo, hay que recorrer seis ó siete kilómetros, por un terreno en parte ondulante y quebrado. Se llega, se paga y se entra por un torno que gira con sólo que el que se coloque en una de sus secciones eche á andar. A un lado de la entrada un boceto de barracas y sobre una estaca un letrero: *mexican village*—:muy bien, ahí habrá dentro de unos días mole y tortillas y tamales que algunos yankees dicen que son muy de su gusto; sospecho que ésto es mera urbanidad internacional.

—En la cuenca de un laguito artificial rodeado de fina arena y de un cesped bien peinado y joyante como una franja de seda verde, se levantan los edificios de la Exposición, unos casi al nivel del agua, otros en la falda de las pequeñas lomas circunstantes. Todo muy bien dispuesto, con cierto lujo de arena fina en las calzadas, y de faroles elegantes y de bancos muy cómodos y de platabandas de flores y de arbolillos muy lustrosos y frescos. Visitamos el departamento de labores de mujeres (más inferior á lo que aquí puede presentarse) y los de muebles, de carruajes, de maquinaria; el palacio de la electricidad, el pabellón chino, el japonés, etc. De todo esto tenemos muestras en las tiendas americanas de México; la exposición nuestra aun no estaba organizada, pero estaba en muy buenas manos. Sentados al borde de la rampa que rodea por un lado el lago, y sube al departamento del gobierno federal, están los edificios de algunos Estados: algo semejante á lo que las fotografías de la feria de Chicago nos dieron á conocer.

Bajamos al lago, formado por dos vasos elegantes unidos bajo un puentecillo de buen gusto; uno de los dos vasos tiene en el centro una fuente con vistosos juegos de agua.—Unas chalupas de nogal, barnizadas como un mueble de salón, y movidas eléctricamente, giran en derredor de aquel doble estanque conduciendo viajeros; entramos en una de ellas y pasamos un rato delicioso; todos los edificios de la exposición se veían en derredor, con sus fachadas pintorescas y presuntuosas, desde el templo de las Bellas artes allá arriba, con sus inmensas escalinatas y sus pórticos griegos de yeso, hasta la falsa porcelana del kiosko chino. Allá al frente la mar y todos los buques de guerra de los Estados Unidos, sombríos, torvos, con sus torres de hierro y sus cañones gigantescos y sus torpederos á uno y otro lado, ó sus mallas de hierro tendidas en derredor, para cortar el paso á los torpedos enemigos. Sí,......sí,......todo eso estaba allí, pero pintado en unos enormes tablones que prolongaban la perspectiva del lago y que remataban la exposición en algo así como un mirífico anuncio de circo.

En nuestro paseo tuvimos el gusto de recoger á bordo al Gobernador de San Luis Potosí, apuesto y campechano como siempre, que, acompañado de algunos amigos y de los comisarios de la Exposición, visitaba los edificios. Pronto lo perdimos; una chalupa en que navegaban algunas elegantes y amables señoras de Atlanta nos abordó y en un santiamen lo hicieron trasbordarse á su barquilla, y á fuerza de amabilidades y sonrisas lo retuvieron cautivo, en compañía de un intérprete, hombre muy agradable por cierto. Díaz Gutiérrez quiso arrastrarme consigo, pero resuelto como estaba *et pour cause* á no ocuparme en la gente, sino en el país, me resistí y le dije *adios*.

La iluminación del lago, de los edificios, de los árboles, fué un espectáculo encantador de veras; todo se reflejaba en el agua, que parecia hervir en diamantes y zafiros, y las notas de las músicas instaladas aquí y allá, convertían aquellas multiplicadas sensaciones, en cierta inefable emoción de placer y melancolía.

***

Volvimos en la mañana siguiente, deseábamos ver el departamento de Bellas artes. Desde la monumental escalinata que parecía tajada en la misma colina con sus magníficas balaustradas, sus estátuas de piedra artificial; desde el pórtico de simili-mármol que la corona, se domina todo el contorno de la exposición; mucha luz, gran cielo de día de fiesta aereo, los celajes como velos de tul transparente y sin color. Detrás del pórtico un vestíbulo; es el salón de escultura. Muy bien. Los dos marinos gigantescos, esbeltos y arrogantes que llamaron la atención en Chicago, ahí están, en yeso. Admiramos un busto de viejo, minucioso, pero concienzudo y real á maravilla; un Falstaff de barro, soberbio de veras, tratado á grandes planos, en la manera franca y atrevida de nuestro Jesús Contreras, y guardando en la pasta cocida la huella clara del *stic* y del dedo modelador.—En derredor del salón de escultura, los salones de pintura; primorosas acuarelas, dibujos que, vistos de prisa, parecen muy buenos y algunas espléndidas telas; muchas de estilo primitivo, pero involuntariamente modernizado y amanerado por ende; en suma el artificial pre-rafaelismo de la escuela inglesa, que causa la impresión de un arte falso, pero seductor como ninguno.

No sólo los imitadores del semi bisantinismo de los primitivos están aquí representados, hay también impresionistas; de ellos son estas pequeñas telas, sin dibujo y sin colorido, tratadas por medio de un pincel cargado con todos los colores de la caja, que manchan sin orden aparente; pero vistas de lejos y en cierto ángulo, hacen estallar ante los ojos un conjunto de objetos que procuran la sensación misma de la unidad ó hacen creer en ella; esto no es pintura, es prestidigitación óptica al oleo. ¡Cosa singular! Ví allí unos paisajes de árboles morados sobre estanques blancos en que nadaban flores azules, que era lo más irreal que puede concebirse; aquello parecia un paisaje de ensueño, pero hacía soñar. Sin embargo, había pintura de veras, en esa improvisada pinacoteca. Un bautizo de San Juan de Fairchild pasmoso de relieve y de verdad, aunque de colorido convencional; esto nos parece al menos á los que estamos acostumbrados á una luz muy cálida, pero menos matizadora que la de las regiones frías y húmedas. Una danza de niños de Mad. Dénvout-Bretou, pintada (como todo lo de esta hija de un gran artista) con la intención de traducir la realidad y no de parafrasearla; aquellas cabecitas de oro y rosa en relación con el tono verde del prado, producen un efecto sabroso de plenitud, de vida y de verdad. Una gran tela firmada ¡oh! ¡extrañeza! Madeleine Lemaire; ignoraba que la incomparable acuarelista de *L'abbé Constantin* pintara al aceite con tanto brío. Aunque bien visto, el cuadro resulta por la suave trasparencia de las tintas, algo así como una tela pintada al oleo con procedimientos de acuarela. Es una Ofelia, en escorzo, con la cabeza en el primer plano y en el último los desnudos pies de campesina flaca, que viene resbalando en su marco de yerbas locas

y de flores multicolores, por una corriente diáfana y negra, el río de la muerte. La impresión total es embargadora; intensa la sinfonía del colorido, aunque compuesta con pocas notas de la gama cromática, pero esas notas recorren todos los tonos, desde el alto hasta el velado y sordo; y aunque la tonalidad es azulosa, no resulta fría; la muerta vive. ¿Pero es de Lemaire el cuadro? Muchos bobos, yo de ellos, contemplan largamente un cuadro de Checa: *Una naumaquia*. No sé cuantas objeciones pueden hacerse al colorido, al dibujo, á la arqueología del compositor, aunque ya hoy puede restaurarse sin un sólo anacronismo una galera y un circo romano, desde la estola de las vestales hasta las acróstolas de los barcos en lucha sobre el improvisado lago. Lo que sé es que toda aquella masa enorme se movía, las olas, las velas, los combatientes feroces, los espectadores más feroces que los combatientes, todo, pero todo como presa de un vértigo convulsivo. Solo el *imperator* está inmovil, impasible, inconmovible como una institución, fastidiado como un dios. Un hallazgo este contraste.

—Se nos va el tiempo, apenas tenemos el necesario para llegar al hotel, tomar algo y marchar.

—Pero hay mucho que ver aquí todavía.......

—Bueno, pues nos alcanzarás en Nueva York.—Partí.

***

A pique estuvimos de perder el tren, unos entramos en unos wagones, en otros los demás; nos reunimos por fin y partimos hacia la Carolina meridional dejando á Atlanta, la *puerta del Sur*, como la llaman los georgianos. Con devoradora velocidad salvábamos una en pos de otra las colinas erizadas de espléndidos bosques de coníferas que forman aquí las ondulaciones más bajas de los Apalaches y me dormí narcotizado *per amica silentiæ lunæ*. Al despertar poco después, escuchando el ruido de los trenes que pasaban y pasaban como visiones espectrales de reptiles antediluvianos. El rumor de las campanas de las máquinas, llegaba vertiginosamente tocando un doble frenético y en el instante se perdía en un grito trágico como si se lo tragara un rezumadero del viento. Aquella rica comarca que alumbraba la luna:

ese nenufar de plata
en el lago de la noche,

había sido testigo de la postrera lucha, de la suprema, en la guerra de *Secesión*. Aquí se había preparado el desenlace del drama; aquí Sherman después de haber traído su ejército desde el valle del Mississipí á Atlanta por el camino de fierro que él mismo construía, había efectuado su marcha napoleónica hasta Saranah en la costa del Atlántico y había subido deshaciendo caminos é incendiando poblaciones, para impedir á los separatistas rehacerse, hasta Richmond, en donde Grant tenía acorralado al general Lee, como una jauría á un león: llegado Sherman, el león tuvo que rendirse. Aquí se jugó en esta formidable campaña el destino de la República americana y del imperio mexicano. «Señores, decía Maximiliano á tres ó cuatro de sus Consejeros de Estado, con el parte de la toma de Richmond en la mano, el imperio está vencido.»

***

Amaneció: las poblaciones, las ciudades, las estaciones con sus grandes letreros en los salones de espera: *waiting room for white people*, se sucedían con cierta rapidez. En los bosques, en los campos, en las ciudades, florecía el *anuncio*, la flor postrera de la naturaleza americana, profanándolo todo con sus enormes carteles abigarrados y sus letras hechas para ser leídas á seis leguas de distancia: *Hobb, Castoria, Malt, Nutrina*, he aquí los ejemplares más notables de esta flora de cartón pintado. ¿Será éste el objeto último de la actividad de este gran pueblo? Inventar anuncios, poner anuncios, propagar anuncios. Eso parece: las ciudades, que son aglomeraciones de palomares, ¿tienen otro objeto que mostrar anuncios en las ventanas, en los tejados, en las chimeneas? Un amigo mío, americano, me decía que muy frecuentemente la invención del anuncio precede á la de la cosa anunciada! ¡Oh! tierra del *humbug*, bendita seas!

Entre treinta anuncios de *Nutrina* y *Castoria* divisamos esfumada la *silueta* de la cúpula del Capitolio de Washington, en una niebla tan ténue, que parecía un simple deslustramiento del cristal bruñido del cielo. En el fondo de una avenida erigía el *Obelisco* su piramidión de granito. Y seguimos. Una ciudad intensamente colorada, pero enorme; con grandes manchas verdes de árboles aquí y allí: dos, tres, cinco, ochocientos, mil alineamientos de casas coloradas; las manzanas, diré *blocks*, de hoy en más, muy estrechas, como cajas de puros de 30 ó 40 varas de alto, paradas sobre uno de sus lados pequeños, y cuajadas de ventanas de arriba abajo, con sendas persianas verdes. Unas cuantas puertas de campanarios, por entre los tejados; eso es Baltimore. Hasta luego.

He aquí las selvas de Pensilvania; hijas ó nietas de las que encontró el gran cuákero Guillermo Penn. Son magníficas; aquí la lucha entre el bosque y el campo cultivado ha terminado por una transacción. Los árboles, dorados ya por los primeros besos glaciales de la estación, empiezan á no ser verdes, son rojos y amarillos, parecen flores inmensas. Un pueblito pintorescamente desbarrancado allí enfrente de las riberas del Susquehanna; más allá, á la derecha, las playas de la bahía del *Havre de Gracia*, lleno de gracia, es cierto. Pasamos el rio: debajo de nosotros los vaporcitos surcaban lentos y airosos. Más allá, Welmington, una ciudad fábrica; después Chester, y desde aquí las líneas férreas, admirablemente construidas, se multiplican y convergen hacia una formidable esplanada literalmente pavimentada de vías férreas. Arriba de nosotros pasan otros trenes como sobre teclados de gigantescos pianos; el aliento de las chimeneas, los pitazos, el campaneo incesante, forman en nuestro sensorio una especie de telón de fondo obscuro, tramado de acero y de humo. Abajo de nosotros hay otra estación mayor y más cruzada de líneas férreas, que la que atravesamos.; á su nivel se extienden las calles sin fin de Filadelfia; se ven muy bien, porque las chimeneas de las casas no humean, ni hay gente en las avenidas: es domingo.

Los barcos llenan el río, los coches eléctricos pasan como crustáceos fantásticos por las calles; la impresión de la grandeza de esta ciudad es formidable, los *bloks* rojizos, se extienden hasta el horizonte y escalan el cielo. Cúpulas, torres, chimeneas inverosímilmente altas, de fábricas mudas, remates monumentales, puentes de fierro por donde quiera, eso es lo que resalta en aquel océano arquitectural. Nuestro tren corre furiosamente media hora, para en otra estación y Filadelfia sigue, sigue, sin término.

Salimos por fin; continúa de un lado y de otro la procesión de poblaciones y casas; llegamos á Jersey-City: es la misma ciudad de siempre, lo que hemos visto en todas partes.

Tomamos el *ferry*, bogamos en dirección de un hacinamiento indefinido, que llega hasta donde llega la vista, de construcciones que manchan el cielo puro; todo eso acaba delante de nosotros en una punta; á ella nos vamos acercando. Lo que nos fija é hipnotiza, es una cúpula de de cobre dorado, muy alta ¿qué es esto, un templo, una torre? Es la cúpula de la casa del *World*, me dijo el amigo que nos había recibido. Y el *ferry* atracó en Nueva York.

JUSTO SIERRA.

Marzo de 1897.

DAMAS MEXICANAS



Señora Julia Schmidtlein de Bermejillo. (Fotografía Valleto.)

CANDIDATOS AL GOBIERNO DE DURANGO

En otro lugar publicamos los retratos de los Señores Don Francisco Gomez Palacio y Don Cipriano Guerrero, personalidades ambas muy prestigiadas, á quienes la opinión pública señala como candidatos al gobierno del Estado de Durango.

El Señor Palacio, es hijo de Don Francisco del mismo apellido, Benemérito del Estado y que desempeñó altos puestos en el país. Ha prestado el valioso auxilio de su cooperación á la marcha administrativa del Estado; es hombre de empresa, agricultor entendido, premiado en diversas exposiciones, y benefactor de los pobres. Residió en Estados Unidos, en otro tiempo, siendo miembro de nuestra Legación, y en la capital de la República, dedicó gran parte de sus energías al periodismo y al magisterio.

El señor Gómez Palacio, tiene en la actualidad cuarenta y cuatro años.

El señor Don Cipriano Guerrero, hermano de la inspirada poetisa Dolores Guerrero, es también hombre de valer y de energía, que ha servido á la política de Durango en varias épocas, mostrando siempre un noble desinterés y teniendo como solo punto de mira el bien de su patria.

El señor Guerrero nació en 1844, contando por lo mismo en la actualidad cincuenta y dos años.

Ambos caballeros son muy apreciados de la sociedad de Durango que ha sabido aquilatar sus relevantes méritos.

OTRO PAGO DE $ 10,000 DE "LA MUTUA" EN TAPACHULA.

Recibí de «The Mutual Life Insurance Company of New York la suma de ($10.000 00) diez mil pesos plata del cuño mexicano en pago total de cuantos derechos se derivan de la póliza núm. 566,701 bajo la cual y á mi favor estuvo asegurado mi finado esposo D. Agustín Escobar, y para la debida constancia, en mi carácter de beneficiaria nombrada en la póliza, extiendo el presente recibo en la misma póliza que devuelvo á la Compañía para su cancelación en Tapachula á 15 de Febrero de 1897.—*Carmen E. de Escobar.*

Luis G. Mayen, Escribano público del Estado Libre y Soberano de Chiapas, certifico que fué puesta en mi presencia la firma de la señora Doña Carmen E. de Escobar, por ella misma.

Tapachula, Febrero 15 de mil ochocientos noventa y siete.—*Luis G. Mayen.*

LA CUESTION CRETENSE.

La Heroicidad del debil.

En estos momentos, el mundo entero tiene fijos sus ojos dilatados por el asombro, en la cien vaces gloriosa y legendaria madre Grecia, y asiste con doloroso interés á un drama heroico cuyos actores pueden sucumbir de un momento á otro bajo la aplastante omnipotencia de los colosos europeos.

La historia de este drama es tan sencilla como conmovedora: Hace muchos años que un hermoso país de valientes, la isla de Creta, cuyo mapa damos en otro lugar, gime bajo el poder absolutista de los turcos. La tiranía de la media luna ha sido ahí, tan ominosa é insoportable á las veces que ese pueblo se ha levantado en armas contra sus opresores, y entonces las escenas terribles de asesinatos y matanzas cometidos por éstos, ha clamado al cielo. Las potencias europeas que anhelan hace tiempo suprimir al imperio otomano del mapa de Europa, no tanto para volver por los fueros de la civilizacion y de la humanidad ultrajadas, sino para repartirse los girones de esa tierra vasta y hermosa, cohibidas por su política sutil de gabinete y por la misma promiscuidad de sus deseos, limitáronse entonces á pedir al sultan las reformas que los cretenses legitimamente pedían, y el sultan las prometió y una paz siempre momentanea volvió á los ánimos después de las tremendas convulsiones de guerras sin cuartel.



S. M. Jorge I, Rey de Grecia.



Príncipe Nicolás.



Duque de Esparta.

Pero las reformas no vinieron nunca cual se esperaban y si fueron en auge siempre las tropelías de los turcos, hasta hacer imposible la situación de la vejada isla. Esta tornó á levantarse en armas enarbolando la bandera de la libertad, y las escenas de terror, imperan de nuevo en el sangriento campo donde no sólo se ventila la cuestión de nacionalidad y de autonomía, sino que luchan á muerte, sin tregua y sin cuartel dos credos religiosos: el Evangelio y el Korán, Cristo y Mahoma.

Escalaron los insurrectos cretenses sus altas montañas, coronaron sus profundos desfiladeros; sus mujeres y sus hijas desbandaron por todas partes, huyendo del alfanje sarraceno, despiadado y cobarde y no hubo región del país donde no llamease la lumbre del vivac, ni recóndita guarida donde no se ocultase una familia perseguida ó acechase al enemigo un patriota resuelto.

Pero ¡ay! los insurgentes, los vejados, los justos contendientes del derecho son pocos ante la formidable avalancha muslímica que pasa como las antiguas tropas de elefantes cartagineses, dejando en su camino arroyos de sangre y miembros palpitantes.

Los cretenses, que proclamaban su anexión á Grecia como único medio de salvación, sucumbían sin remedio, ante la cautelosa impasibilidad del oso ruso, cuya zarpada poderosa bastaría á aniquilar la Sublime Puerta, ante el Leviatan inglés, señor de los mares, ante el jabalí alemán de poderosos colmillos y ante el gallo de Galia de recios espolones..........

En tan angustiosas circunstancias dejóse oir una voz, y esa voz no era la del joven Czar omnipotente, no era la del Kaiser gimnasta y guerrero, ni la cascada de Lord Salisbury, ni tampoco la que ha cantado la Marsellesa en las calles de París. Era la voz de un rey pequeño, humilde y pobre, que ha poco hacía resurgir el esplendor de las olimpiadas gloriosas en el standium prestigiado donde sucumbió el guerrero de Maraton. Este rey no tiene más que dos millones de vasallos y tres hijos heroicos; no posee flotas poderosas ni ejércitos innumeros; pero debil y toda su voz llena de reproches se oyó en el Continente porque hablaba en nombre del derecho y en nombre de la humanidad.

Puesto que un pueblo de heroes sucumbía ante la faz inconmovible de la Europa civilizada, y puesto que esa Europa omnipotente, como las vestales ceñudas inclinaba el dedo...... permitiendo á los victimarios musulmanes rematar su obra odiosa, él, el pequeño, el debil, saldría á la defensa del oprimido.........

Y Grecia movilizó sus tropas, alistó su flotilla de torpederos que puso á las órdenes del príncipe Jorge, y estrechando en fraternal abrazo á su hermana opresa, salió con ella á la mitad del camino y gritó al musulman carnicero y á la Europa formidable.

¡Pasa si puedes!

En el criterio popular llevado siempre de lo noble y generoso, estaba que las potencias europeas pondrían un veto á las iniquidades de los turcos y admitirían la anexción siquiera fuese provisoria de Creta á Grecia; pero las potencias europeas piensan de otra suerte. Ante la cuestión capital de su inestable equilibrio, nada vale la agonía de un pueblo. Ay del que tome la iniciativa para desmembrar á Turquía: el oso ruso, el jabalí germano, Leviatan y el gallo galo, se contemplan y callan. Impedir la acción inopinada de Grecia era el sólo camino posible y Europa para no perder un problemático pedazo de tierra nefanda en Turquía, para no dar un choque al edificio de su política difícil, hizo causa común con los turcos......

Sus buques de guerra arrasarán á Candia y á Canea y reducirán acaso á polvo, la trunca maravilla del Partenon. Grecia que es el arte, la inteligencia; Grecia que es en estos momentos la humanidad; perecerá acaso, y el rey Jorge como un nuevo Temístocles irá á pedir hospitalidad á un enemigo lejano, después de haber asistido heroicamente á la agonía de su reino y á la ruina de su casa.

Tal sucederá si la decisión inapelable de las potencias no varía; mas entretanto, ¡qué sublime tragedia la que se desarrolla en las playas doradas, donde habitaron los dioses y se hicieron marmol! y cómo levanta las simpatías del universo, ese hombre que ha dicho á la orgullosa omnipotencia europea:

—Yo soy más grande que tú, porque soy noble y bueno!

***



El Príncipe Jorge.

La familia real de Grecia hacia la que el mundo entero vuelve ahora sus miradas, no es una de las viejas dinastías de Europa. El rey Jorge I nacido en Copenhague el 24 de Diciembre de 1845, hijo de Christian IX, rey de Dinamarca, tenía dieciocho años cuando fué llamado, por el voto de la Asamblea Nacional griega, á ocupar el trono de los helenos, en virtud del protocolo firmado el 5 de Junio en Londres, por las tres grandes potencias protectoras: Francia, Inglaterra y Rusia. El 27 de Junio, era declarado Mayor por la Asamblea Nacional, y comenzó á reinar el 30 de Octubre de 1863.

Había servido antes de su advenimiento al trono, en el regimiento de infantería rusa del Neva, del cual es ahora coronel; durante su estancia en San Petersburgo, se enamoró de la gran duquesa Olga Constantinona, nacida en 1851, y con la cual se casó en 1869.

El príncipe heredero nacido de este matrimonio el 21 de Julio de 1868, lleva el nombre y el título de Constantino, duque de Esparta; se casó en Atenas, el 27 de Octubre de 1889, con la princesa Sofía de Prusia, nacida el 14 de Junio de 1870 y católica griega desde el 2 de Mayo de 1891.

De este nacimiento nació el príncipe Jorge (19 Julio de 1890) en el castillo de Decelia, cerca de Atenas, propiedad que habita actualmente el príncipe heredero.

El segundo hijo del rey de Grecia, príncipe Jorge, nacido en Corfú, en 1869, es capitán de navío en la marina helénica; su hermano menor, príncipe Nicolas, nacido en Atenas en 1872, lleva en el ejército las funciones de capitán de artillería. La partida del príncipe Jorge para Creta, le ha dado de la noche á la mañana una popularidad muy grande en su país, y diríamos una celebridad casi universal.

Hé aquí la silueta que traza él de un periódico europeo:

«Tiene veintisiete años y es uno de los más hermosos hombres de la Hélade, como los guerreros antiguos esculpidos en los frisos del Parthenon.

Grande, sólido, ejercitado en todos los *sports*, acaso también en la palestra, está

dotado de una fuerza maravillosa, y los súbditos de su padre le llaman con admiración *athleticos prinkys* (el príncipe atlético.) No lleva barba para mayor semejanza con los antiguos; es rubio, de grandes ojos azules y frecuentemente á su paso por las calles de Atenas, aparecen discretamente hermosos ojos negros en las ventanas semi-cerradas.

Marino de corazón, ha seguido los cursos de la escuela naval y ha obtenido regularmente sus grados, aunque con rapidez. Es capitán de fragata, comandando la primera división de la defensa móvil.

El príncipe heredero de Grecia, duque de Esparta, (el *Diodaque*, como se dice ahí) es muy amado, muy apreciado por sus sólidas cualidades; el príncipe Jorge es quizá más popular, por sus ímpetus, su buen humor y su vida externa.»

***

A las notas que damos en otra parte sobre la insurrección cretense, y á los grabados de Creta y de Canea, punto de concentración de las fuerzas navales y militares puestas en movimiento, nos parece útil añadir una carta para recordar á nuestros lectores la situación geografica y la configuración de esa isla.

Los griegos que hasta aquí obedeciendo las sugestiones de Europa, habían prestado á sus compatriotas de Creta socorros puramente oficiosos, han enviado oficialmente dos acorazados, el *Hidra* y el *Psara*, seis torpederos, una corbeta y cuatro trasportes, de los cuales el *Mi Kadi* ha llegado el último á las aguas cretenses. Han desembarcado en la bahía de Kolymbari y desde el convento de Gonia, el coronel Vassos ha decretado en nombre de rey de los helenos, la ocupación de la isla, especificando que «prometía proteger la vida, el honor y los bienes de todos los habitantes de la isla sin distinción de religión.»

Francia, Rusia, Inglaterra, Italia, y Austria Hungría, disponen en las proximidades de Canea de nueve acorazados, diez cruceros y tres torpederos, sin contar con los refuerzos que están enviando.

Los periódicos europeos dicen que aun cuando se sentiría uno tentado á creer que el proceder de los griegos es una locura, quien así pensara no conocería la audacia prudente de ese pueblo. Todo lo que pueden hacer las potencias es ocupar las ciudades de la costa Septentrional, ó sea la Canea, Retimo, Candía y Sitio.

El resto de la isla escapa á su acción y el bloqueo total es imposible. Así, de una parte es probable que los insurgentes tomarán sucesivamente las plazas importantes y arrojarán de ellas á las guarniciones turcas. En cuanto á la flota griega, bien podría evitar un conflicto con las escuadras, siguiendo al *Hidra* y al *Mi Kadi* en su camino hacia el Sur y operando un nuevo desembarque sea cerca de Sphakia, sea en los alrededores de Selino-Kasteli, situado ya por los cretenses.

La cuestión cretense.—Insurgentes de Creta haciendo fuego á una columna turca en las montañas.

Refracciones extraordinarias.

Conocidas con el nombre de Hada Morgana.

(*Véase nuestro grabado.*)

M. Forel, el sabio profesor de Lausanna, ha llamado la atención sobre las diferentes refracciones que se producen en la superficie de los lagos, y una de las más extraordinarias de las cuales, observada desde hace mucho tiempo en el estrecho de Mesina, es conocida con el nombre de *Hada Morgana*.

Está, de una manera general, caracterizada por el hecho de que los objetos situados sobre la ribera opuesta del lago, parecen singularmente estirados en el sentido vertical; las rocas, los muros, las casas, parecen transformadas en inmensas construcciones, de las cuales los italianos han hecho los palacios del *Hada Morgana*.

Los *Hada Morgana* son un fenómeno extremadamente inestable y que no dura, en general, más que unos cuantos minutos.

Cuando cesa, el objeto, cuyas dimensiones verticales estaban tan agrandadas, toma frecuentemente proporciones extremadamente reducidas. Como M. Forel lo ha comprobado, los *Hada Morgana* no ocupan más que un segmento limitado y perpetuamente variable del horizonte; muy cerca de ellos se producen frecuentemente refracciones de un orden completamente diferente. Yo no los he observado en el lago Léman sino en tiempos tranquilos y cuando la temperatura del aire es notablemente más caliente que la del lago; marzo, abril y mayo son los meses en que tales fenómenos son más bellos. Reproducimos en el grabado adjunto una fotografía que fué hecha por los Señores Picard de la Chauxs-de-fonds, á fines de 1890, y que nos muestra un efecto de miraje obtenido con una barca sobre el lago Leman. Se notará la desproporción de las velas del verdadero buque y de su imagen. Cuando se tomó la fotografía, el cielo estaba un poco nublado.

Muchos sabios, entre los cuales citaré á Humboldt, Woltmann, Charles, Dufour, han hablado de los Fata



Mapa de la Isla de Creta.


La cuestión cretense. —Insurgentes encendiendo señales en los montes.

Morgana; pero hasta el presente no se ha dado, que yo sepa, explicación satisfactoria, porque en el caso en que el aire es más caliente que el agua del lago, observamos, ya los *Hada Morgana*, ya, y esto es lo más frecuente, el miraje conocido con el nombre de *miraje sobre agua fría* y que ha sido muy bien estudiado por Bravais, en este último miraje los objetivos apartados tienen sus dimensiones verticales reducidas. Parece singular que las mismas condiciones térmicas puedan dar nacimiento á dos mirajes diametralmente opuestos. He aquí cómo creo poder explicar esta anomalía aparente.

Observando muchas veces los *Hada Morgana* con una luneta poderosa, he testificado que, como en realidad, los objetos no se agrandan sino que se producen muchas imágenes superpuestas del mismo objeto, que son ya directas, ya enrevesadas. He contado hasta cinco, como esas imágenes están en general, muy aproximadas, y aún á veces tocándose unas á las otras, es muy difícil separarlas á la simple vista y producen la ilusión de un objeto agrandado. Algunas veces una parte solamente del objeto, da nacimiento á imágenes múltiples. Así, yo he visto frecuentemente barcas con dos espolones: las velas no presentaban nada de extraordinario; algunos instantes después no quedaba más que un espolón y las velas parecían gigantescas.

Parece resultar de estas observaciones que los *Hada Morgana* no son mas que un miraje de imágenes múltiples.

El análisis metálico puede por lo demas dar cuenta de los hechos observados.

En su noticia sobre el miraje, Bravais demuestra la posibilidad de tres imágenes, en el caso en que «una capa de aire caliente vaya á superponerse más ó menos bruscamente á una capa de aire frío y cuando la calma subsecuente de la atmósfera permite á esas dos capas subsistir algún tiempo en su estado.» Pero esas son precisamente las condiciones que se llenan durante la aparición de las *Hada Morgana*, puesto que, como lo he dicho más arriba, es necesario para que el fenómeno se produzca, que el aire esté muy tranquilo y notablemente más caliente que el agua. Esta existencia de tres imágenes no es más que un caso particularmente simple de las *Hada Morgana*. Yo he ensayado explicar el análisis, la producción de cinco imágenes que yo he observado, pero me he detenido por la complicación de los cálculos.

Bravais muestra también, cómo, en el caso de tres imágenes, ciertas partes solamente de un objeto, dan lugar á imágenes múltiples: este fenómeno se produce igualmente, como se ha visto.

Por último, si se reflexiona que dos capas de aire de densidades muy diferentes no pueden permanecer largo tiempo superpuestas, la una á la otra sin mezclarse, se dará uno fácilmente cuenta de la instabilidad del fenómeno y se comprenderá por qué los *Hada Morgana* y el miraje sobre agua fría pueden sucederse tan rápidamente en la misma región del lago.



PAGINAS DE ARTE

EL TEATRO FRANCES CONTEMPORANEO

SARDOU Y DUMAS

Hay un teatro contemporáneo, el francés, que algo tiene de lo que el nuevo drama necesita; pero que por vicio inveterado y de herencia en todos los teatros latinos, no puede, si continúa con los dogmas de su tradición, llegar á las condiciones necesarias de una obra dramática digna del tiempo.

En las obras de Sardou y de Dumás, se ve la vida actual de la escena. Los sucesos en que enreda sus argumentos Sardou, son una imitación exacta de la forma que los sucesos análogos siguen en la realidad; pero esta semejanza es sólo en lo superficial, en lo más somero de la forma: la verdad de estas ficciones dramáticas no está más que en el modo de las apariencias, y aún falta mucho para que el interés que sólo puede nacer ante la contemplación de la vida humana *representada*, se produzca en el público, cansado ya del hermoso juego de las tablas, donde sólo se ofrece al espectador una convencional trabazón de sucesos que, por artística combinación de fingidas cualidades, produce en breve cuadro una especie de microcosmos, representativa de mucha más vida y realidad de las que cabrían naturalmente en tan estrechos límites de espacio y tiempo, si todo aquello sucediera en el mundo real. Si esto se nota en el teatro de Sardou, que, en lo que se refiere á la verosimilidad del movimiento escénico y de las formas de la acción, es quizá el que más se acerca á las exigencias de la realidad, ¿qué diremos de los demás autores que, dando una importancia, ó exclusiva ó predominante, á los distintos elementos del drama, ora al carácter, ora á la elección moral ó la tésis filosófica y jurídica, tienen tan escaso esmero al inventar la trama de su fábula, y menos aún al darle la vida, la forma dramática? Dumás, por ejemplo, es hoy el gran maestro de cuantos entienden que el teatro puede ser escuela de trascendentales filosofías, palenque, como el Agora ó el Foro, de cuestiones de Derecho civil ó Economía política.

Para Dumás el argumento es un pretexto para la tesis; cualquier ocasión, cualquier hora, cualquier sitio le sirven para hacer hablar á sus personajes del asunto que él tenía entre ceja y ceja. Cada personaje, por ajeno que su carácter propio sea á todo discurso de probanza, va exponiendo algo de lo que el autor piensa acerca del punto de debate que traía preocupado á París por aquel entonces: sea el divorcio, la situación social de la mujer extraviada, ó......la cuestión de Oriente. Niños, ancianos, menestrales, pordioseros, cómicos ó potentados, todo el mundo tiene en los dramas de Dumas algo que decir á la sociedad para que no se olvide: y al efecto, se lo dice siempre con ingeniosa frase, en que la paradoja, la antítesis, la hipérbole ó el popular retruécano sirven para dorar la píldora que ha de tragar el respetable público, representante de la sociedad entera cerca de Alejandro Dumás.

Esta censura que escribió Zola en otros términos, es justa; y así, el teatro de Dumas se acerca á la representación de la realidad aún menos que el de Sardou. Los caracteres, las relaciones de éstos y los móviles porque obran, están mejor estudiados, con más verdad y más profundamente, en el teatro de Dumas que en el de Sardou; pero ese teatro, como tal, como imitación de la vida en forma dramática representable, es más falso que el de Sardou y más que el de Scribe: lo convencional entra por más, la abstracción se proclama, ó tácticamente se reconoce ser legítimo resorte del dramaturgo; el artificio de la acción es más transparente, la ilusión menor, y todo esto hace que ante obras de este género, el público se crea enfrente de un mundo aparte, que no es el suyo, que tiene leyes especiales de tiempo, espacio y combinación de suceses: leyes que es preciso conocer de antemano para no pasmarse al ver tanto prodigio de casos fortuitos que desempeñan providencial destino, y para poder interesarse con la suerte de aquellos comediantes disfrazados de personajes que en realidad no existen en ninguna parte. No, no existen, porque conocemos á muchos que tienen aquel carácter, que obrarían así en tal caso, pero que se diferencian de todo lo demás, porque éstos son hombres y aquéllos son personajes de Alejandro Dumás; es difícil verlos y no acordarse de la primera página del drama, que dice: «Personajes......*Actores que han creado estos papeles.*»

LEOPOLDO ALAS (Clarín.)




Una barca sobre el lago Léman.—Efecto de espejismo.



La cuestión cretense.



Panorama de Canea. Vista tomada de Halepe.



PANORAMA DEL PUERTO DE CANEA



En la fuente.



LA BELLA Y LA BESTIA

Había una vez una princesa que era hermosa como el día; era aun más hermosa que el día, por que este último no se preocupaba, de cuando en cuando, de levantarse gris y lluvioso, en tanto que la princesa se levantaba siempre blanca y riente.

Esta princesa tenía por padre á un viejo rey, muy perezoso, que se pasaba todas sus siestas en jugar pokar con su chambelan: este último no vacilaba en perder cuatro veces de cada cinco; así es que el viejo rey encontraba, al pokar el más divertido de sus juegos y al chambelan el más espiritual de sus funcionarios.

Si la princesa se hubiera fiado á su real padre para que trabajara en su educación, habría llevado el gran chasco; pero era una princesa no menos avisada que hermosa y muy á tiempo, tomó el partido de dirigirse por sí misma, rodeóse de maestros de los más ilustres, aprendió el dibujo, pintó en porcelana, ejecutó valses brillantes y se convirtió en un virtuosa de la vocalización.

Cuando hubo adquirido todas las perfecciones, inclusive, llamó á su padre y le habló en este lenguaje:

«Soy hermosa como el día, esto es cosa convenida; tengo yo sola más cualidades que todas las muchachas del reino juntas. Qué pensáis hacer dé mí?»

—Casarte! respondió distraidamente el viejo rey.

—Ah! eso es todo lo interesante que tenéis que proponerme?

—Señora!

—Señorita, si gustáis. Conque casarme, eh? y sin razón! porque no tenéis la menor razón para casarme. Responded......

—Tengo una razón excelente y es esta: He llegado á los sesenta y tres años. Tú tienes veinte; estás en la edad en que se casan las mujeres; yo, estoy en la edad en que uno las deja; no quiero dejarte sola y abandonada en este mundo, en tanto que me lanzo á conocer el otro. Eres doncella, eres núbil; no faltan por ahí príncipes herederos; serás reina; eso formará parte de tu carrera, y no podrás rehusarlo.

—Con perdón vuestro, me gusta ser reina, pero no ser la mujer de un rey que me disgustase. Aceptaré el matrimonio si se presenta bajo un aspecto seductor: lindos ojos, labios finos, discursos tiernos y elegante aspecto; pero os prevengo que no me casaré sino en esas condiciones; quiero escoger á mi amo.

—Bueno, bueno, dijo el viejo rey, obrarás á tu antojo; no has leido muchas novelas y no temo que hagas necedades. Pero si quieres darme gusto despacha pronto. Por ahora es preciso que te deje; mi chambelán me espera hace tiempo y como es más jugador que las cartas, me temo que haga una bilis y se ponga más amarillo que los limones.

Dicho esto, el viejo rey dirigióse á la cámara vecina y ganó la partida.

***

Cuando se supo en el mundo que la princesa, la que era llamada *La Bella*, estaba deseosa de contraer justas y suntuosas nupcias, todos los príncipes, duques, señores, se rascaron simultáneamente la oreja derecha, y murmuraron á coro; «Diablo!!!» La princesa constituía un admirable partido; en primer lugar era de una belleza radiante, de una belleza tal que cerca de ella, doncellas y mujeres guapas parecían feas, de tinte anémico y de ojos sin luz; en segundo lugar poseía territorios tan vastos que si las rentas hubiesen bastado para la manutención de tres pueblos; por último, era indudable que su marido no se fastidiaría jamás, porque su talento tenía dones maravillosos de sutileza y de gracia; además tocaba valses brillantes y se excedía á sí misma en la vocalización.

Tales consideraciones explican que á partir de este momento la capital del reino de *La Bella* viese acudir príncipes seguidos de escoltas deslumbrantes, señores que conducían un tren fabuloso, sultanes y emires acompañados de elefantes y de bayaderas.

Diéronse fiestas extraordinarias en que estos ilustres huéspedes disputáronse el lujo y rivalizaron en imaginación. La princesa asistió á estos regocijos con una perfecta indiferencia y cuando su padre le suplicó que determinase algo, escogiendo entre tantos distinguidos candidatos, respondió:

—Me apena no poder aún satisfaceros; pero ninguno de esos señores ha sabido distinguirse. Todos son gentes sin interés; son nécios que desean mis bienes y mi corona; no hay uno, lo he comprobado, que me haya mirado de otra manera que como á una mercancía de precio. Prefiero no casarme á ser la compañera, por no decir la esclava, de uno de esos ridículos mamarrachos. Esperad, mi querido padre, tened paciencia; acaso vendrá el famoso príncipe encantador; en todo caso, para matar el tiempo y consolaros tendréis siempre á vuestro chambelán; acaso esté, de tanto esperaros, en agonía, mas no ha de estar difunto aún.

***

Uno á uno, los príncipes despechados, se retiraron, muy heridos en su amor propio y enfadados de haber hecho gastos considerables sin el más ligero provecho. Su única consolación fué, para cada uno, haber sido rechazado como todos los otros, y no haber visto preferencia por nadie. Regresaban avinagrados del carácter y la opinión que ahora tenían de la princesa, le era á ésta mucho menos favorable que el día de su llegada. Admirábanse de que se la hubiese llamado *La Bella*, como si fuese la sola muchacha hermosa de la tierra; estimaban su talento vulgar, su conversación sin brillo, sus aptitudes líricas comunes; no tenía más que sus importantes riquezas; respecto á estas la idea de los pretendientes no había variado; persistían en juzgarla con complacencia, y habrían experimentado un placer sincero en adjudicársela.

La princesa se burlaba de las hablillas y rumores maliciosos sobre su conducta y su caracter; sabía que era demasiado bella y demasiado buena para hacer la alegría del hombre que amara y este pensamiento bastaba á mantener en sus labios una sonrisa maravillosa. Sin embargo suspiraba un poco, el príncipe encantador se hacía esperar demasiado,

Pasó un año. *La Bella* permanecía insensible; no obstante, un rey de Egipto acababa de matarse por amor á ella, después de haber cometido cierto número de locuras inverosímiles y decretado que cincuenta cocodrilos, escogidos entre los más sensibles del Nilo, siguiesen sus funerales y llorasen en cadencia; un príncipe de Hungría acababa, por despecho de ser rehusado, de casarse con una bailarina cuya reputación no era menos ligera que las gasas azules y rosadas que flotaban alrededor de su cuerpo; por último, dos condes y algunos vizcondes, seis varones, nueve chambelanes y ciento diez y ocho estudiantes (de derecho, medicina y aún de teología), se morían de amor por ella sin remedio. *La Bella* permanecía impasible aguardando á su príncipe encantador, y el viejo rey continuaba ganando á su chambelan extenuado, sin experimentar la menor sorpresa de su vena inagotable.

***

La princesa tenía el hábito, en las tardes de estio. de pasearse en el parque del castillo. Bajo el cielo claro y hormigueante de estrellas, era delicioso retardarse así cerca de los parterres y de los árboles.

Y he aquí que una noche, en tanto que recorría la calle principal tan finamente enarenada que no se escuchaba pisada alguna, vió levantarse ante ella una sombra pesada y fuerte.

«Quién está ahí? exclamó *La Bella*, quién está ahí?»

Pero ninguna voz respondió, la hermosa princesa sintió solamente dos brazos velludos y potentes al rededor de su cuello.

«Oh! Dios mío—murmuró; soy muerta! Es una bestia!»

Era en efecto una enorme bestia, de piel sedosa y suave. Estrechaba á la princesa sin hacerle daño, tiernamente.

«Acaso es una bestia enamorada de mí.» pensó inmediatamente la princesa. Y luego se tranquilizó.

Esta idea en sí nada tenía de absurda, puesto que *La Bestia*, después de haber colocado una pata respetuosamente sobre los labios de la princesa, le murmuró estas cuantas palabras llenas de sentido. «Yo pertenezco al reino animal; no lo probaré pero los hombres y todos los naturalistas dignos de fe os lo asegurarán, y creo que vos me amais, porque yo os amo como ningun hombre os amó jamás.»

La voz era melodiosa, la pata estaba perfumada y, cosa curiosa, en lugar de sentir el muego brutal, percibió ella el iris delicado. Pero *La Bella* no se detuvo en este detalle; sino que se sintió muy halagada porque una bestia tan hirsuta y formidable hubiera sentido el encanto de su hermosura, hasta el punto de ir á su propio parque á hacerle en términos espirituales, una declaración apasionada.



Así, pues, cuando *La Bestia* audaz tuvo el atrevimiento de posar sobre el rostro de la princesa un beso prolongado, *La Bella* juzgó inoportuno enfadarse y recriminarla; se dejó hacer, y cuando digo que se dejó hacer, entiendo que se lo volvió.

Este *oso* original prosiguió por muchas noches; *La Bella* estaba muy enamorada de *La Bestia* y el parque fué á la vez testigo y cómplice de escenas verdaderamente conmovedoras; así sucede que el jardín se casa á veces con el corral...... *La Bella* que había rechazado desdeñosamente á los hombres y sus homenajes, sufría muy voluntariamente á *La Bestia* y á sus bestialidades..........................

....

«Y, bien, pues que me amáis, preciosa mía, casémonos, dijo un día á la princesa, después de un dúo amoroso, el joven señor, que acababa de despojarse de su cabeza de oso y tenía entre sus manos su disfraz perfumado.

—¡Ah! respondió *La Bella*, decepcionada. Esto es horrible! Mas os hubiera valido ser bestia que fingirlo. Yo estaba del todo decidida á acordaros mi mano cuando vos me ofreciéseis vuestra pata. Pero ahora......... Todos mis cumplimientos para vuestra piel, querido mío; lo hicísteis muy bien.»

Y se fué á encontrar á su padre, que acababa de ganar su 6,003ª partida de pókar.

Román Coolus.

LA MARMOTA

I

Allá en la Auvernia, casi oculta entre las nubes, había una choza habitada por una mujer y un niño de cinco años.

Ricardo se llamaba el niño y María su madre.

Ambos carecían de lo más necesario; pasaban las noches abrazados angustiosamente: el frío era intenso y no tenían con qué abrigarse; tenían hambre y les faltaba un miserable pedazo de pan.

La madre cantaba meciendo al hijo; pero cantaba con voz dolorida; su canto era un himno funerario; un ¡ay! desgarrador del alma; extenuado por el hambre, el niño se dormía: cesaba el canto de la madre; las tinieblas lo envolvían todo, y caía la nieve y aullaba el lobo en su oscura madriguera.

Pasó el tiempo: la madre se inclinaba bajo el peso de los años y el niño crecía á su lado, como crece la verde rama junto al carcomido tronco.

Ricardo tenía una marmota á la que había enseñado mil gracias y que bailando al són de destemplado organillo, les proporcionaba el sustento.

La madre al fin murió y el niño al verse solo cogió su marmota y su instrumento y abandonó la cabaña.

Vagando errante por las montañas hacía bailar á su marmota, y cuando llegaba la noche no tenía más lecho que los copos de nieve, ni más caricias ni arrullos que el beso helado del viento y el rugir de las fieras á lo lejos.

II.

Era una tarde de invierno.

El sol ocultaba su faz dejando á las cenicientas nubes el último destello de su luz.

Ricardo vagaba por el monte; hacía un frío intenso; ocultaba entre sus harapos á la marmota y su rígida mano daba vueltas al manipulador del organillo, que dejaba oír acordes tan tristes como los últimos que vibran en la agonía, en el arpa eólica del alma.

Ricardo siguió andando, andando: nadie salía á socorrerlo; la noche avanzaba y el infeliz tenía hambre, tenía miedo.

Por fin llegó á una cabaña y con mano temblorosa llamó; nadie respondió: los golpes que daba á la puerta resonaban lúgubremente en aquella aterradora soledad.

—¡Madre mía!—murmuró débilmente.

Su vista se obscureció; flaquearon sus piernas y cayó exhalando un ¡ay! de desesperación.

....

III.

Ricardo abrió los ojos espantado.

Un hombre vestido de negro lo miraba fijamente; en sus pestañas oscilaba una lágrima, y en sus labios á intervalos, se dibujaba una amarga sonrisa.

—¿Cómo te llamas? le preguntó.

—Ricardo......

—Debes ser muy desgraciado.

—¡Mucho!—murmuró Ricardo—mirando atónito las luces que le rodeaban y el magnífico piano que había en aquella sala, cuyas teclas brillaban con mágicos destellos.

Después buscó su instrumento, y lo tenía al lado, buscó á su marmota y el animal yacía exánime á sus pies.

Ricardo la cogió en brazos, la besó, la arruyó, tocó el organillo á ver si bailaba... todo era inútil; la marmota estaba muerta.

Ricardo lloraba estrechándola entre sus brazos y besándola con delirio.

El enlutado se acercó al piano; sus dedos recorrieron al teclado arrancando notas ora tristes y conmovedoras, ora alegres y juguetonas.

Ricardo dió un grito y soltó la marmota que cayó al suelo produciendo un ruido sordo; un ruido parecido al que hacen las primeras paletadas de tierra sobre las tablas de un ataúd.

El hombre del piano seguía tocando.

Ricardo se acercó á él y cogiéndole de un brazo le preguntó entre sollozos:

—¿Qué habéis tocado?

La Marmota, los funerales de ese animal.

—¡Ah......! ¿Cómo os llamáis?

Luis Van Beethoven.

Ricardo cayó á sus plantas anegado en llanto.

M. LORENZO D'AYOT.



PENSAMIENTO

(DE EMILE DE VOS.)

Yo amo las bellas flores que no han sido
tocadas por la mano
de nadie; y me parece que es su esencia
mucho más viva cuando
no arrancadas, osténtanse aún erguidas
sobre su propio tallo.
Dejad las rosas al rosal fragante;
dentro su nido amado,
dejad los pajarillos que se arrullen,
dejad en paz los corazones castos.

¿En alguna ocasión no habéis tenido
como un espejo el claro
y profundo raudal de limpia fuente
cuyo recodo blando
selva apacible con amor sombrea?
Vuestra imagen acaso
alguna vez copiarse no habéis visto,
como en celeste lampo,
en la pupila de una joven virgen
que es de sus padres y su hogar encanto?

Si vuestra alma ha podido enternecerse
ante lo puro y casto,
sentido habrá también goce inefable
al no haber perturbado
la calma de la fuente cristalina
á que brindaba amparo
la selva con amor, ni la paz dulce
del corazón incauto
de la inocente joven, de sus padres
orgullo noble y de su hogar encanto!

* * *



LA PLEGARIA

I

No solamente tiene ángeles el cielo, también hay un angel en el corazón; el angel del corazón es la Plegaria.

II

Al caer la tarde hay espumas que se quiebran en las olas, hay nubes que se diafanizan en el eter y rayos que se desvanecen en lo alto. Esas espumas, y esas nubes, y esos rayos, ¿qué otra cosa son, sino plegarias?

III

La luna, como hostia se eleva en el Oriente; las estrellas, como lágrimas se asoman en el cielo; las olas, como quejas, sollozan en las playas. Y la luna que se eleva, y las estrellas que lloran y las olas que suspiran, ¿qué otra cosa son, sino Plegarias?

IV

El efluvio de las flores, el murmullo de los bosques, el concento de la lira, las estrofas del poeta, el humo de los incensarios; todo lo que suspira, todo lo qué solloza y todo lo que espera, todo lo que es verdad, y amor y gloria, todo se eleva á Dios: todo es Plegaria!

FELIPE TEJERA.



EN LAS NEBULOSAS

El cielo de aquella tarde era espléndido, imponente: en el horizonte abrasado de inmenso rojo, se desplomaban los escombros de un mundo incendiado la víspera.

Cerrada la noche, entré con mis amigos al Café de la Paz.

Nos proponíamos festejar el éxito favorable de un lance de amor, un *Si* mil veces esperado con anhelo infinito.

Las libaciones se sucedieron con demasiada frecuencia; la conversación expansiva, animadísima, nos elevó al mejor grado de entusiasmo; el punzante *esprit* de mis amigos, arrancaba á cada paso sabrosas carcajadas, gritos de frenética alegría: haciamos un ruido de mil demonios.

Mi cabeza era un volcán, la sentía á punto de estallar; mis ojos extraviados veían descomponerse la luz en los grandes espejos venecianos que giraban en caprichosas direcciones; todo ese rico mueblaje del Café volteaba en derredor mío; yo mismo no sabía responder de mi personal estabilidad. Las piernas se resistían á sostener el peso de un cerebro donde se agitaba la tempestad.

En pie, con la copa rebozante del champaña en la mano, grité á mis amigos: «Por ella! Por la rubia encantadora que me espera!» Sí, bebámos todos por Alice! respondieron.

Y mi mano trémula llevó á los labios la hirviente bebida; apurada hasta las heces, el vaso de bacarat rodó en pedazos sobre la mesa de mármol.

Vámonos, les dije, y salí....mi fantasía empezó á vagar por regiones vaporosas, asfixiantes; llegaron en confuso tropel no sé cuántas visiones impalpables, moviéndose vertiginosas; sentí alas de ignotos compañeros de la noche que flotaban cerca y arrojaban suave frescor sobre mis sienes cálidas.

Y contemplé luego á la joven rubia, á la blanca pensativa, objeto de mis ensueños! Cuán bella estaba con su floja bata lila, inclinada sobre una pequeña mesa, meditando delante de las páginas del libro predilecto; la espesa cabellera dorada, esparcida por sobre los hombros, cubría las soberbias formas del pecho; la fina zapatilla de Ferry dejaba á la vista la media color de carne, que oprimía las torneadas pantorrillas.

¡Jamás había visto nada más arrebatador; tenía delante la hermosura en manifestación espléndida, tentadora!

En mi ansiedad, dudaba si era ella realmente ó tal vez un ideal, una fantasía, la excelsa creación de un alma de poeta! ... Ah! sí, era ella: yo os lo aseguro.

El salón estaba bañado de una luz pálida, somnolientas, de los enormes cuadros se destacaban personajes sombríos en ademán de escuchar el diálogo de amor que iba á empezarse. Por una ventana entreabierta, el aire agitaba el cortinaje que el espejo del frente reproducía en forma de monstruo ébrio; los amorcillos del cielo raso me miraban como á intruso visitante de su encantada deidad.

Necesité algunos instantes y avancé luego hacia ella.

—El cielo, la dije, se abre delante de mis ojos. Por primera vez....

—Sí, por primera vez, repitió levantándose y tendiéndome cariñosa la mano de marfil, la constancia nos acerca.

—¡Oh! cuánto tiempo he vagado lejos, agregué, luchando con la fatalidad empeñada en retardar el cumplimiento de mi más ardiente deseo; siempre tu recuerdo ha sido el ideal, el alma de este corazón que te pertenece. Ven, dime que me amas mucho, que ya nada podrá separarnos en la vida!

Pudorosa, suavísima, la rubia cabeza se inclinó sobre mi hombro; después un beso de fuego unió nuestras almas.

Así, en dulces coloquios de amor, de promesas que consagraron las lágrimas de Alice, corrieron las horas ....

Indudablemente, ningún mortal ha sido más dichoso que yo en esos momentos supremos. Juro que existe la felicidad.

Quizá el día se acercaba.

—Tengo sed, dije, deseo tomar algo que refresque mi garganta; la fiebre me invade: ¡agua! ¡agua!

—¡Aquí no hay agua; vaya á tomarla á su casa! me gritó una voz estentorea.

Abrí los ojos profundamente asustado, y ví delante un individuo forrado en negro gabán que me miraba sin pestañar...... Era un *Gardien de la paix*.

—¿Dónde estoy? pregunté. ¿Qué me pasa? ¿Alice dónde está?

¡Ay! ¡Cuánto había delirado!

Al salir del Café, mi cuerpo no pudo resistir más: la cabeza perdió el equilibrio y dí en tierra: la policía me tomó y me depositó en el *Violín*.

Buenos días.

VICTOR LENOI



A UNA DAMA

Soberbia emperatriz de la hermosura,
áureo sol de la gracia y la alegría,
el cincel, la pintura y la poesía
enaltecen tu helénica figura.

¿Quién osará decir que tu dulzura,
tu belleza, esplendor y lozanía
cubren una alma engañadora, fría,
nido de la traición y la impostura?

¡Ah, qué risa te causa y menosprecio
la sociedad, que eleva himno sonoro
á tu falsa virtud y honor mentido!........

¡Ríe, diosa feliz; que el mundo necio
no ve en tu pedestal de bronce y oro
el blasón de mis triunfos esculpido!

MANUEL REINA.



A ULTRATUMBA

No es tu noche sin fin, helada, inerte,
Lo que me abisma en lúgubres terrores,
Sino el minuto de ásperos dolores
Do luchan brazo á brazo vida y muerte.

Dios quiso tras un velo guarecerte
Y en él pintó, con lívidos colores,
Cráneos, sombras, espectros, sangre...... horrores
Que erizan el cabello del más fuerte!

Ah! que si el hombre sin dolor muriera
O viese un dulce lecho en tus palacios,
Tu faz celeste y tu inmortal aureola.

La humanidad se suicidará entera;
Y la tierra, sin alma, en los espacios
Rodará muda, abandonada, sola!

CARLOS A. SALAVERRY.



Belén! para el amor no hay imposibles.
Lo mismo que las palmas
á veces nuestras almas
se encarnan á distancias increíbles.

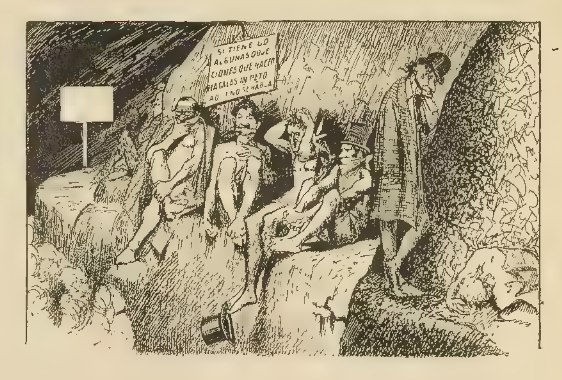
***

Te morías por él, pero es lo cierto
que pasó tiempo y tiempo, y no te has muerto.

CAMPOAMOR.



EL DANTE EN MEXICO.—Los discurseros



EL DANTE EN MEXICO.—Los licenciados.

EL DANTE EN MEXICO

VIAJE DE UN REPORTER.

(CONTINÚA.)

Un tranvía de los ferrocarriles del Distrito me condujo con parsimonia y seso á las oficinas de Satanás. La verdad es que aquel agitado viaje, comiendo en malas fondas—que esto ni en el Infierno mejora—y durmiendo en lechos más problemáticos que los de los grandes hoteles de México, me tenía calenturiento y débil.

Anhelaba un poco de reposo y conversaciones amenas con el *patrón* de aquellas regiones, que, á pesar de su aspecto vulgar, debe saber mucho, por viejo si nó por diablo, ó por diablo si nó por viejo.

—Tan pronto de vuelta, Don Matías? Qué ha visto usted de bueno por ahí?

—Diré á usted, los suplicios que he presenciado tienen más de cómico que de trágico.

—Seguimos en esto el espíritu nacional.

Cómo el espíritu nacional!

—Es claro, Don Matías, cuándo ha visto usted que los mexicanos tomen algo á lo serio?

Es un pueblo de bromistas. Porque no me negará usted que hasta sus pronunciamientos y cuartelazos han sido bromas de muy mal gusto......... ¿Qué toma á lo serio esa gente? vamos á ver: ¿La Religión? Pero si no saben ni lo que creen, Cumplido. Se va á misa lo mismo que á una logia masónica, por fantochada, por vanidad ó por costumbre....... Se habla de política por monomanía y se trabaja maquinalmente, por necesidad. ¿Dónde están los hombres de convicción? No me vaya usted á decir que en el periodismo porque le pongo una lavativa de jabón...... ¡El periodismo! ¡Bueno está el periodismo!...... Se habla mucho, pero mucho de los grandes problemas sociales, y estos se gastan de puro viejos sin que un pseudo-editorialista acierte á resolverlos; se defienden ideas descabelladas, por capricho, por necedad...... ni siquiera por interés propio, porque para el *chantage*, sépalo, Cumplido de mis entretelas, se necesita talento; se inventan mentiras burdas, se calumnia neciamente al compañero cuando gana más, *et voila tout*. Ese es su periodismo de ustedes... ¡Y qué gente recluta! Antes se decía: «Estudiante perdulario, sacristán ó boticario,» hoy hasta los sacristanes y los perpetradores de carmelitanas son periodistas lírico-embusteros-sentimentales...... Los que escriben algo que pueda leerse son pocos y tienen que defenderse de una jauría de sietemesinos que ladran á todo lo que es levita limpia y sentido común...... ¡Uff, amigo, uff!......

Y Satanás estornudó.

—Venga usted, continuó, venga usted por aquí cerca y verá el suplicio á que he condenado á todos los habladores, á los que gastan la palabra en infiernitos, á los que, desde una tribuna, desde un periódico ó desde una cátedra, pronuncian apotegmas fantásticos ó necedades sentimentales.

Y cogiéndome por el brazo me llevó en un santiamén á un salón donde muchos individuos alineados frente á otros tantos fonógrafos de bocina, escuchaban sin cesar sus propias arengas.

Allí estaban los patrioteros que excitan al populacho con estúpidas palabras altisonantes, en las fiestas cívicas; allí se hallaban los parlamentaristas en embrión, que predican jacobinismos del terror, ahora que las instituciones se basan en la conciencia del país y no se bambolean con el airecillo que agita, al pasar, una sotana; ahí se encontraban los que tras de cada banquete infligen vilipendios sangrientos á la palabra, para adular las orejas de un magnate; ahí se veían los poetas melenudos que asaltan las tribunas para rimar majaderías de cajón, ante una multitud que no sabe ni qué es patria, ni qué es libertad ni qué es derecho; allí, por último, penaban los frailes presuntuosos que envolvieron en metáforas, recortaron con elipses y estiraron con paradojas, la palabra de verdad, para proporcionar frívolo pasto á esa aristocracia romántica que exige para ir á los templos que el gendarme retire á la gentuza, porque apesta y lleva rotos los vestidos...... allí estaban todos los que han hecho del verbo infiernitos de pólvora y luces de artificio, cariacontecidos y gestosos, con excepción de Don Joaquin Redo, que escuchaba con deleite la repetición de sus brindis pintorescos, echando sólo de menos los caldos respectivos......

—Venga usted, venga usted, exclamó de nuevo el jefe, y empujando una puerta, me mostró en la cintura de una roca, al borde de un precipicio, á unas cuantas docenas de amordazados.

Estos, me dijo, son abogados, chicaneros y parlanchines, sofistiqueros y ladinos; aquí están todos los que probaron que lo blanco era negro, los que desde la barra de la acusación lanzaron anatemas contra reos inocentes por lucir la fuerza de su facundia y la energía de sus apóstrofes; los que desde la barra de la defensa, vociferaron sin convicción en bien de un pillo que les pagaba mucho; los agentes del Ministerio público que expectoraron formidables requisitorias contra cien pobres diablos, con el único fin de que el Ministro se dijese:

—«Este muchacho es de provecho»...... todos, en fin, todos los que en nombre de la elocuencia y en virtud de la ambición, conculcaron los fueros del derecho, los fueros del deber, los fueros de la conciencia!

***

De un departamento inmediato llegaba á mí un rumor como de fuente surtida por gruesa linfa de agua. Satanás leyó en mi rostro la curiosidad, y murmuró:

—Los envenenadores! Venga usted á verlos. Y fuimos.

En amplia corriente de agua se debatían, bañados por grueso chorro de.... medicinas de patente! los intoxicadores de la humanidad. Los médicos de todas las épocas. Del espacio llovían píldoras, pastillas, cápsulas, y de un gran canal de hierro, emulsiones, aceites, ungüentos, vinos, emplastos, cuanto la fantasía ha inventado para explotar, intoxicándola impunemente, á la humanidad.

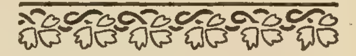


EL DANTE EN MEXICO.—Los autores de medicinas de patente.

Nunca un castigo me pareció más idóneo que aquel, y presa de una exaltación impropia de mi carácter flemático, exclamé:

—Rabiad por los siglos de los siglos!, descomponedores de estómagos, alteradores de bílis, envenenadores de sangre, casta infame de forjadores de píldoras homicidas y de dinamitas higiénicas que habéis causado más males que la Paz Europea... Rabiad por siempre!» Trás la cual antífona, Satanás y yo tomamos una taza de chocolate.

(*Continuará.*)



ETERNAS.

Quedóse para siempre
vagando mi tristeza
dentro del alma herida
por un dolor aleve:
como un huérfano aroma
de virginal pureza,
cual pájaro que agita
sus alas en la nieve.

La musa de mis versos
tornó la faz sombría
y altiva desde entonces
mis dudas no consuela:
huyó de mis estrofas
la trémula harmonía
y su himno apasionado
no canta Filomela......

De mis recuerdos gratos
al mágico conjuro,
surgieron de la sombra
mis cándidos amores:
y ví tu rostro de ángel
tan pálido y tan puro,
cubierto por las rosas
de tímidos pudores.

Y al sol de tus pupilas
hermosas y serenas
que el llanto de la ausencia
tal vez obscureció,
tornóse en blanca aurora
la noche de mis penas,
se fueron los pesares,
mas la tristeza no!

Y ha sido desde entonces
mi dulce compañera,
de todos mis ensueños
y mi dolor testigo:
y así dentro del alma
mis novias, cuando muera,
al fondo del sepulcro
podréis bajar conmigo!

F. TURCIOS.

1897.

Háblame más...... y más...... que tus acentos
me saquen de este abismo;
el dia en que no salga de mí mismo
se me van á comer mis pensamientos.

CAMPOAMOR.



ENGAÑO SUBLIME

PRIMERA PARTE.

Aquella mañana, la Señora Fourneron se sentía extremadamente dichosa.

Hacía que preparasen la mesa para la comida del bautismo, conferenciaba con la cocinera, amonestaba á las jóvenes sirvientas, dirigía todas las cosas á su antojo en la casa de su sobrino, el pintor Fernando Duvernoy.

—¡Nuestra buena tía Fourneron! ¡Esa excelente tía Fourneron!

Así exclamaban, en un concierto universal de alabanzas, no solamente sobrinos, sobrinas, primos y primas, sino los amigos, los enemigos, los extraños, la ciudad de Pontarlier toda entera. Porque era de notoreidad pública que la Señora Fourneron se mostraba para todos amigable, oficiosa, maternal, como decía ese pícaro bromista de Jacobo de Sommeres, que no le perdonaba que hubiese por tres veces pretendido casarlo.

—Tenías un complot preparado contra mí, decía, cuando lleno de confianza yo me dirigía á casa de ella para tomar una inocente taza de té.

La Señora Fourneron escuchaba levantando los hombros y amenazando con el dedo al recalcitrante.

Pasarás el trago, le decía. De más lejos he llevado á otros al pie del altar.

Y en voz baja añadía:

—¿No ves á Fernando lo feliz que vive con su Elena?

—Feliz, feliz, repetía Jacobo; no me opongo á ello, pero recuerde usted que los hebreos se dejaron de la mano celeste y echaron de menos las cebollas de Egipto.

Entonces la Señora Fourneron se enfadaba no admitiendo que se tuviese la menor duda sobre la felicidad de las uniones que ella había aconsejado.

Casar á los unos, bautizar á los otros, enterrar á estos, ver nacer á aquellos, constituía para ella un círculo de ocupaciones exquisitas que parientes y amigos estaban obligados á proporcionarle.

Ella escogiá los lutos y la ropa para el futuro niño, ella discutía con la comadrona ó con el enterrador, enloquecía á los médicos con interrogaciones múltiples y no había proyecto de matrimonio del cual no recibiese la confidencia, ni un enamorado que no implorase su socorro; sabía la cifra de las dotes, la edad de los padres en línea directa y en línea colateral.

Cuando desees casarte, acude á la tía Fourneron.

Ese incorregible bromista de Jacobo parodiaba así los mandamientos de Dios, con gran escándalo de las piadosas señoritas de Lezines; pero qué podían las bromas ó las buenas palabras contra una influencia tan bien establecida?

Los bromistas estaban con Jacobo, los serios con la señora Fourneron. Ella aconsejaba, dirigía y juzgaba en último caso.

En otro tiempo había sido casada, rica y joven; las bancarrotas se llevaron la fortuna, la enfermedad al marido; los años, la juventud; sólo los gustos por el derroche y el lujo permanecieron. Esos gustos, ella no podía satisfacerlos sino en casa de otro; en casa de otro solamente, volvía á encontrar las comidas suculentas, los caballos, los coches; pero para sentarse á esas mesas ricamente servidas, para montar á esos trenes, comprendió bien que necesitaba crearse derechos: esos derechos fueron los buenos oficios.

La oficiosidad convirtióse para ella en una profesión lucrativa; se hizo oficiosa como se hace uno abogado ó médico.

«Usted no piensa jamás en sí misma, buena tía Fournerón; usted se olvida de sí misma por los otros, decían las gentes de corta vista. Modérese usted, porque se mata.»

Ella no se moderaba en efecto, sino en las ocasiones en que un pariente pobre la llamaba á su socorro; pero entonces, á falta de su persona, tenía una reserva de buenas palabras, de buenos consejos, de afectuosas demostraciones.

Ganó una reputación de bondad, de criterio y de prudencia; se convirtió en el oráculo de los unos, la providencia de los otros y una autoridad para todos. Pero la casa que amaba con predilección, la casa donde reinaba como autócrata, era la de su sobrino Fernando Duvernoy.

Ahí la hacía de bienhechora. No había casado ella á Fernando? No fué merced á sus enérgicas reprimendas como rompió él con París donde vivía, el diablo sólo sabe cómo? No se encontró, gracias á ella, á Elena de Aubian en su camino?

Elena de Aubian, huérfana, educaba con maternal ternura á un hermano menor que ella algunos años; acaso habría rehusado casarse para consagrarse á él, si una irresistible vocación de marino no se hubiese revelado en el adolescente y si Fernando no la hubiese dicho:

—Mi casa será siempre la suya si usted me hace la gracia de aceptarla. Felipe encontrará en mí un amigo, un verdadero hermano.

Bajo la influencia de la tía Fourneron, deseaba él apasionadamente serle agradable á Elena, encontrándola como la encontraba tan linda, con sus ojos de un azul profundo, sus ligeros cabellos de oro pálido, su alta talla graciosa y fragil; y sobre todo, tan sencilla, tan dulce, tan reposada, enemiga de los caprichos, de las intrigas y de las grandes pasiones.

Elena vaciló largo tiempo, dudando de sí misma, temiendo no saber retener en la tranquila vida del hogar doméstico á ese parisiense recientemente convertido.

Por fin, después de largas indecisiones cedió y no tuvo motivos para arrepentirse. Era plenamente feliz desde hacía dos años, cuando dió á luz una niña.

El día en cuestión, era, pues, día de bautizo.

La tía Fourneron, resollando recio, atareada, corría de una pieza á la otra, abría los grandes armarios, sacando porcelanas de Saxe, los cristales y la vieja argentería.

Por donde quiera reinaba la agitación, la zambra inherente á esa clase de fiestas, pero, en la cámara de la joven madre, todo estaba tranquilo y silencioso.

De codos sobre sus blancas almohadas, miraba ella con una ternura infinita al bebé, todo envuelto en linos y encajes, que dormía á puño cerrado, en su cuna.

Por la ventana abierta, entraban la brisa de Abril y los olores de la primavera.

Elena aspiraba con delicia ese aire embalsamado. Una emoción de alegría inundaba su corazón: ¡Ah! cuán fácil es ser feliz y qué dulce es la dicha!

La sombra de una tristeza pasó por sus ojos: tres meses transcurridos ya desde el nacimiento de la querida pequeñuela y aun permanecía, ella, la madre, condenada á la reclusión y al reposo.

La ceremonia del bautizo había debido ser diferida para esperar, con las vacaciones de Pascua, la llegada del padrino, ese hermano tan amado, ese Felipe de Aubian, retenido por los estudios de la escuela naval. Oh! sobre este punto ella se mostró firme, resistiendo á las objeciones de a madrina, la Srita. Aglaé de Lezines, y á las observaciones de la tía Fourneron. No, no cedería; era preciso que Felipe sacase de pila á la preciosa chiquilla. Además, esperaba estar de pie, curada; esperaba seguir á la iglesia al dulce cortejo y tomar su parte y su sitio en aquella cara reunión de familia.

Ahora bien, Felipe había llegado la víspera; el bauti-

zo debía celebrarse dentro de algunos instantes, pero la voluntad del viejo médico la retenía aún en su lecho ó en su *chaise-longue*.

—No, no, mi querida enferma, sería una imprudencia; usted no puede aún ni salir ni andar.

Y de aquel arresto inexorable, era de lo que la joven madre se entristecía.

En aquel momento un golpe muy ligero hirió la puerta. Una voz masculina que se suavizaba al suplicar, murmuró:

—¿Puedo entrar?

—Sí, sí, dijo ella vivamente, con un rayo de alegría en los ojos; entra, Felipe.

Un joven de dieciseis años que llevaba el traje de los educandos de la Escuela naval, penetró al cuarto, de puntillas; tenía entre sus brazos un enorme haz de lilas.

—Las he cortado para tí, Elena, ¿las quieres?

Y como se aproximase al lecho, ella le tomó la cabeza entre las manos, y mirándole hasta el fondo de los ojos:

—La querrás mucho, le dijo, no es verdad?

¿A quién? preguntó él sorprendido.

Ella le indicó con un gesto á la niña.

—Ciertamente la amaré, pues que es tu hija y va á ser mi ahijada. A propósito, ¿qué nombre le pondremos? Te has decidido por alguno? El tiempo urge. Aglaé, como tu prima Lezines, su santa madrina, ó Filipina, como yo, su indigno padrino? ¡Dos nombres muy feos! Pobre chiquilla. Un nombre feo es como una etiqueta grosera que le colocan á uno sobre la frente. Yo amo los nombres de flores: Rosa, Margarita; ó más bien, pues que es bautizada en el tiempo de las lilas, si quieres, Elena, la llamaremos Lila.

Ella dijo sonriendo debilmente:

—Lila es lindo; ¿pero qué dirá nuestra tía Lezines? No hay Santa Lila en el Paraíso.

—Bah! Santa Aglaé y San Felipe bastarán para la protección celeste; déjame llenar con ella mi primer deber de padrino, que es el de ponerle en la frente una linda etiqueta, elegante y perfumada.

—¿Y la querrás? ¿no serás celoso?

—No seré celoso, aunque bien comprendo que va á robarme una parte de tu cariño; la más grande, la mejor; la amaré en tí, te amaré en ella. Bendigo á Dios porque te envió á esa niñita en el momento en que tu hijo grande va á partir.

Después, viendo el terror maternal que pasaba por los ojos de la recien parida, y reprochándose la emoción que le causaba:

—Oh! exclamó, esta partida es bien lejana; no pensemos en ella; pensemos más bien en hacer aceptar á la madrina el lindo nombre de Lila.

II

Fué llamada Lila, no en las fuentes bautismales acaso, pero en la intimidad del hogar.

Vanamente la madrina, la señorita de Lezine, insistió para que el nombre de Aglaé fuese preferido; todos los otros miembros de la familia se ligaron contra ella, sobre todo M. Duvernoy, que amando como artista todas las cosas que salieran de lo trivial, pronunció como *última ratio* que el nombre de Lila le agradaba.

—Quiero dibujarle—dijo—armas parlantes.

En efecto, cuando se decoró la camarita que la joven madre llena de gozo organizaba al lado de la suya, para instalar al niño, el artista pintó sobre las blancas tapicerías, sobre las maderas, en todas partes, graciosos ramos de lilas.

Complacíase en esta tarea de la que Elena se mostraba reconocida.

El tiempo de las vacaciones pasó para Felipe, ese año, como pasan las horas benditas de las cuales se guarda toda la vida un recuerdo conmovedor.

Aun cuando la convalescencia de la enferma fuese larga y algunas veces el viejo doctor tuviese sobre la frente un pliegue cuidadoso, nadie pensaba en inquietarse. Elena permanecía sonriente y á las preguntas de su marido y de su hermano, respondía invariablemente:

—Voy muy bien, se los aseguro á ustedes; me cuido por exceso de precaución; siento que cada día vuelven mis fuerzas; pero como soy muy prudente, no me muevo aun.

Esto es todo.

Los dos hombres se dejaron engañar.

También hizo fracasar la perspicacia de la señora Fourneron y realmente creía en su curación próxima, aún cuando sus fuerzas tardasen en volver más de lo que había supuesto.

Un poco de anemia, había dicho el médico.

Esta palabra tan dulce de anemia, que oculta cosas tan graves, adormecía las inquietudes y arrullaban las ilusiones de todos los que la amaba.

Por fin un día pudo levantarse y apoyada en el brazo de Felipe descender al jardín.

quienes la ternura fraternal sea la afección dominante: Elena era de estas.

Ese niño á quien había visto crecer cerca de ella, le era caro infinitamente, y ahora que se convertía en hombre, se sentía orgullosa de él, orgullosa de sus brillantes estudios de oficial de marina, de su belleza, de su audacia, de la franqueza de su mirada, de su conversación alegre. Le parecía ver revivir al padre tan largo tiempo llorado.

Ciertamente amaba con ternura á su marido que no la contrariaba jamás y no la comprendía; pero adoraba á



Las vacaciones del joven marino iban á espirar; unos días más y se iría; dos años más que pasaría sobre el buque escuela y luego haría su primer viaje marítimo. Entonces vendrían las largas separaciones y las angustias mortales!

¡Cómo sentía ella en ese momento toda la magnitud de su ternura y el amor casi como el que profesaba á su hija, por aquel joven que partía!

Ciertas mujeres han nacido para ser madres, otras para esposas, otras para amantes; aquellas sacrifican el hijo al marido; estas el marido al amante. Hay pocas para

Felipe que la contrariaba frecuentemente y la comprendía siempre.

El tiempo de la escuela naval transcurrió para Felipe sin incidentes notables.

Esperaba con impaciencia la orden de su primer embarque, cuando recibió de Jacobo de Sommeres la carta siguiente:

«Mi viejo Felipe:

«¿Te agradaría ser *garçon d'honneur?* ¿Sí? Pues no tienes más que decir una palabra; te prometo unas bodas capa-

ces de hacer reventar de envidia á Pantagruel de Gargantua.

«Tu me estimas demasiado, según lo espero mi querido muchacho, para pensar que es de mis bodas de lo que se trata. ¡No! ¡No! Yo he tenido la fortuna de despistar hasta hoy los satánicos complots de la tía Fourneron.

«Buenas luchas me ha hecho; el otro día me hizo acorrerla porque había caído de un coche; como comprenderás, no cayó sola; iba con ella una viuda encantadora, pero no me rendí; el expediente, de verdadera ópera comica, es ya demasiado viejo.

«Yo resisto á la viuda y resistiré á todas las huríes del profeta si me piden que las lleve á la alcaldía.

«Ese funcionario del Estado civil á quien yo venero sinceramente, me hace el efecto de un jarro de agua fría luego que una mujer me habla de él.

«Oh! esa tía Fourneron! La casamentera rabiosa! Dios padre hará bien en prohibirle la entrada al paraíso, si desea, como se afirma, que los hombres permanezcamos célibes.

«Así, pués, no es de mí de quien se trata, sino de un amigo mío, llamado Leódice Martín. Se casa en Brest con una de sus primas; debe poseer tambien alguna tía contra las maniobras de la cual no supo guardarse y me ha pedido que sea *su garçon d'honneur*.

«Con una imprudencia indigna de mi edad, instado mucho, he consentido. Parece que ese puesto glorioso de *garçon d'honneur* encuentra dificilmente candidatos. El celibatario se hace raro con esta manía que tienen todos de casarse, con la leche en los labios. Los refractarios, los que desatan todas las redes en que se les envuelve, si no se casan con la mano derecha, se casan con la izquierda. La libertad nada gana con eso. En suma, el infortunado se encontraba en grande apuro y acudió á mi solicitud.

«Es un gentil muchacho, muy *chic*, muy *high life*, uno de mis más agradables conocimientos en el mudo parisiense. Yo quería complacerlo, agradarlo, y prometí lo que quiso.

«Sí, mi pequeño, prometí: el acontecimiento era aún muy lejano; se cree neciamente que lo lejano no llegará; además, yo soy de aquellos que no detestan los proyectos, que adoran los viajes en perspectiva y que, llegado el momento...... En fin, si hay que oír la confesión entera de tu viejo y respetable primo, te diré que tengo en estos instantes una aventura imprevista cuyas probabilidades no quiero abandonar; los ausentes siempre pierden, ya lo sabes.

«Por solícito que sea yo, ya comprenderás que no voy á atravesar la Francia cuando la caza está abierta, cuando......... cuando......... cuando tengo mejores cosas que hacer aquí......... ¡demonio!

«Pílades, en ocurrencia semejante, no hubiese hecho por Orestes más de lo que yo hago en este momento; él le hubiera escrito á su pequeño Felipe:

«Ocupa mi lugar, esto, casi no te molestará; hazme el servicio de acompañar á la vicaría y al Registro á ese imbécil que se deja casar. Acaso te diviertas, acaso te adjudiquen una señorita de honor aceptable, que responderá modestamente á tus ensayos de conversación: «Sí señor; no señor,» enrrojeciendo mucho de su atrevimiento. A tu edad, se debe amar aún á esas pollitas, pero para un viejo zorro como yo......... que pobres liebres!

Envíame rápidamente tu consentimiento, espero que no tendrás el corazón demasiado desnaturalizado para rehusar á un pariente apenado, esa prueba de respetuosa deferencia.

«Te estrecha la mano.

Jacobo de Sommeres.»

P. S.—A propósito, en tu casa van bien, tu ahijada balbucea y aun cuando su vocabulario sea reducido, no por eso se admira uno menos de la elocuencia de sus discursos. Su padre la adora tanto que se vuelve idiota.»

Por el correo siguiente Felipe respondió:

«Mi querido Jacobo:

«Estoy por completo á vuestra disposición y feliz por prestar á vuestro amigo el ligerísimo servicio que reclamais de mí.

«Deseo también prestaros ese servicio á vos personalmente, cuando la hora del triunfo de la tía Fourneron haya sonado, y esa hora sonará sin duda alguna.

«En cuanto á las señoritas de honor que responden enrojeciendo: «sí señor, no señor,» constituyen en la hora presente, como los plesiosaurios antidiluvianos, una especie perdida. Las jóvenes de nuestro tiempo son sabias y amigas de disertar, capaces de ponernos en aprietos, de los cuales no siempre salimos bien.

«Si yo encuentro en el fondo de la vieja Bretaña á la ingenua de las antiguas novelas, bendeciré mi buena estrella, y me casaré y vos seréis mi *garçon d honneur*.

«Esperando esto, quedo todo vuestro: enviad á vuestro amigo. Tendrá buena acogida.

Felipe.»

La visita de San Martín no se hizo esperar y la inteligencia fué rápida entre los dos jóvenes.

—Os estoy muy agradecido Señor de Aubian, del servicio que consentís en prestarme.

Parece que nada vale ese servicio y sin embargo, entre mis numerosos amigos ninguno ha tenido la abnegación de venir á fastidiarse durante cuatro ó cinco días.

Los amigos parisienses, mi querido Señor de Aubian, son unos famosos cobardes; si les proponeis que ós sigan más allá del café Riche ó el Bosque, desertan. Es cierto que los amigos de provincia no son más valerosos. Yo tenía la promesa de vuestro primo de Sommeres; pero él, cuando menos, si falta á última hora, proporciona un reemplazo y yo no pierdo en el cambio. No lamento, pues, á los malos amigos que me han engañado y me sentiré muy orgulloso de presentaros á mi novia y á mi futuro suegro. ¿Sabéis que me caso con mi prima? ¡Oh! un matrimonio de conveniencias de familia: no soy romancesco. Además, conozco á Valeria desde la infancia; ella es dulce, sencilla, buena hija. Yo no amo á las mujeres complicadas, y vos? Solo que os pido para todos mucha indulgencia. ¡Ah, no son brillantes! Han vivido siempre en provincia. El tío Martín, todo ocupado con sus negocios, que á fé mía prosperan.........

Aquí M. Martin hizo una pausa, se frotó las manos una contra la otra, hizo sonar su lengua contra sus dientes y miró á su auditor, esperando sorprender en sus ojos algun signo de envidia. Pero no vió sino la política resignación dde un hombre que escucha una historia demasiado larga, en la cual no toma gran interés.

—He dibido fastidiaros con todos estos detalles de familia; pero vamos á vivir como amigos, casi como hermanos, durante algunos días, y es conveniente que nos conozcamos bien. Vos, señor de Aubian, vos sois de aquellos á quienes se adivina de una ojeada; la carrera que habéis abrazado tiene por divisa: «Honor, trabajo, intrepidez.»

Basta veros para comprender que no faltareis á esta divisa. Pero nosotros, gente de fiinanzas, gente de bolsa, somos más difíciles de penetrar. He aquí por qué, puesto que me haceis el honor de asistir á mi matrimonio, procuro explicarme con vos.

Yo soy lo que el mundo llama un buen muchacho, pero soy tambien un hombre honrado en todas las acepciones de la palabra. La mano presta siempre á estrechar la de un amigo ó á cruzar la espada con un adversario; [todos lo saben y me hacen justicia.

Ah! yo he tenido de esas cuestiones de amor y de esas cuestiones de hónor! En fin, todo eso ha pasado, me ordeno, puesto que me caso.

Dios mío, es fuerza que os prevenga: Valeria no es una hermosa; algunos os dirán que yo he sido tentado por los bellos ojos de su dote, pero me desolaría que me juzgase mal un hombre por quien tengo tanta simpatía y tanta estima.

Me caso por dar gusto á mi padre, en primer lugar y en segundo para estrechar los lazos que unen la casa Martín de París á la casa Martín de Brest; pero me caso, sobre todo, porque Valeria me ama: tiene por mí una adoración tan viva, tan profunda, que la pobre muchacha se moriría de seguro si yo la desdeñase. Hablo con un hombre de honor, vos me comprendéis, caballero.

Y ahora lo he dicho todo. Mi matrimonio se efectuará dentro de ocho días; se celebrará en el campo, en Keroech, donde mi suegro ha hecho construir una *villa*. Yo hubiera preferido á Brest; habría sido mas cómodo para todo el mundo, no es verdad? Pero no han querido ceder á este respecto.

Mi difunta tía está enterrada en el cementerio de Keroech y le parece á Valeria que su madre, desde el fondo de su tumba nos bendecirá.

Ideas absurdas de muchacha! Desgraciadamente mi tío, por otros motivos, se ha declarado contra mí. Ama su *villa* y tiene placer en recibir ahí á sus invitados.

En suma, querido señor, si os dignais el lunes próximo tomar el camino de fierro y descender en la estación de San Thegonnec, encontrareis un coche y á vuestro servidor que os esperarán.

Se levantó y despues de haber una vez más dado las gracias á Felipe, un poco más calurosamente de lo que las circunstancias lo exigían, se despidió.

Felipe de Aubian a la Señora Elena Duvernoy en Pontarlier.

«Mi querida hermanita.

Alea Jacta est, que quiere decir en buen francés que voy á ser *garçón d'honneur* de un señor á quien no conozco.

«Tu debes tener por Jacobo la explicación de este enigma. El me despacha á uno de sus amigos, un guapo muchacho de veintiséis años, muy *chic*, muy elegante, demasiado elegante y demasiado chic acas: muy adulador también, el cual me abordo, y me habla poco menos en este lenguaje:

¡Eh! Buenos días señor Cuervo,
Qué guapo está usted.
Qué buen mozo me parece.

Yo no tenía en mi pico un queso, pero hubiera podido tenerlo sin inconveniente alguno, porque el diablo me lleve si me dejó hablar una palabra.

«Vino luego una tentativa para deslumbrarme con la enumeración de sus hermosas relaciones en ese mundo donde no penetramos nosotros, los pobres aspirantillos de marina, destinados á vivir como salvajes en lejanos países. Viendo que no me producía deslumbramiento ni envidia, cambió de gama y entonó un himno en honor de la prosperidad de la casa Martín. Un poco más y me hubiera hecho palpar la cifra de la dote, pero no carece de finura y bruscamente se interrumpió



«Entonces se mostró buen muchacho, dedicándose á los intereses de la familia, casándose con una prima por que tiene por él una viva afección.

«Y bien, que te diré yo, hermana! Ese señor no me agrada y he lamentado haber consentido en servirle de *garçon d' honneur*.

«En fin, acabaré como he comenzado: la suerte está echada, y es demaciado tarde para desdecirme.

«Pongo á los pies de mi querida reinecita Lila toda la admiración de su padrino:

Felipe.»

Marie Lescot.

(Continuará)



La nota de la moda.



Sombrero y capota parisienses.

EL MUNDO.

TOMO I. MEXICO, MARZO 21 DE 1897. NUMERO 12



Batalla de flores.—Carro "Abanico".

1er. premio, otorgado por "El Mundo."—(Familia Navarrete.)

"EL MUNDO"

Semanario Ilustrado.

Teléfono 434.–Calle de Tiburcio núm. 20.–Apartado 87 b.

MÉXICO

Toda la correspondencia que se relacione con la Redacción, debe ser dirigida al

Director, Lic. Rafael Reyes Spíndola.

Toda la correspondencia que se relacione con la edición debe ser dirigida al

Gerente, Lic. Fausto Moguel.

La subscripción á EL MUNDO vale $1.25 centavos al mes, y se cobra por trimestres adelantados.

Números sueltos, 50 centavos.

Avisos: á razón de $30 plana por cada publicación.

Todo pago debe ser precisamente adelantado.

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE.

Notas editoriales.

Por qué vive el "chantage."

Un grupo de personas resueltas ha querido penetrar en ese pudridero que mancha la prensa de todos los países y que se llama *chantage*. Se ha pretendido realizar lo que designó un colega con la frase: *la desinfección del periodismo*, analizando actos y desentrañando hechos de dudosa moralidad social. La tarea es más trabajosa de lo que á primera vista parece, porque el mal tiene raices muy hondas, porque la planta se nutre del jugo extraído de la tierra que la rodea.

El *chantagista*, pícaro *fin de siglo*, que ha cambiado la capa raída de Guzmán de Alfarache por el traje de etiqueta del caballero de los salones, y la *rapière* de Satabadil por la pluma del publicista, encuentra en nuestro medio un apoyo real, una base sólida, un escudo que lo ampara y lo hace invulnerable, en la complacencia social, en la falta absoluta de valor civil para afrontar con energía las vociferaciones de estos asltantes de la honra, tolerados y sostenidos por las víctimas.

Esta tolerancia se traduce en una viabilidad positiva de semejantes industriales, que encuentran mercado á propósito para colocar sus productos averiados. Si el hombre amenazado con el escándalo tuviera suficiente corazón para afrontar el siniestro golpe del flamante bandolero; si se alzara á un nivel superior, penetrándose bien de que dentro de los términos de ciertos pactos, tan graves resultan para la moralidad social las proposiciones del asaltante como la aceptación de estas proposiciones por parte del asaltado, estos microbios perecerían.

La energía personal mexicana se derrocha en acciones violentas, en actos impulsivos, pero nunca en actitudes serenas y reposadas, jamás en tranquilos estados de conciencia, inspirados en el cumplimiento de un deber.—El *chantagista* puede explotar canallescamente á hombres manchados, puede fustigar á impuros, puede acometer á bribones; pero el hombre honrado que se deja envolver y extrangular en esa red infamante, y ceñir su cuello por ese dogal, es responsable de contribuir á la explotación cínica y desvergonzada de todos sus coasociados.

Es preciso fortificar ciertos músculos, vigorizar ciertas fibras, inyectar energías en nuestra voluntad, siempre dispuesta á desfallecer en actos de suprema defensa social.

¡Los hombres honrados que contribuyen al sostenimiento de los pícaros, no cumplen con su deber!

Enfermedades sociales.

Juzgan algunos que el publicista está obligado á cerrar los ojos, mostrándose ciego voluntario, á todo lo que no es agradable. Imaginan que la prensa y el libro están destinados á engañar á los espíritus con el polvillo de oro de la mentira y las elocuentes estrofas de la adulación rimada.

Para estos criterios, tener la osadía de enfrentarse con una dolencia social y escudriñarla, y diagnósticarla, constituye un delito; en la conciencia humana, hidrópica de saber, debe perpetuarse el error, antes de sembrar la alarma y mantener en constante infancia á los cerebros, arrojando sobre ellos puñados de tinieblas y suaves pétalos de rosas.

¡Y nó! El publicismo moderno se distingue precisamente por su gran tarea de analizar enfermedades orgánicas, de desentrañar miserias, de destruir prejuicios, de preparar el porvenir con el estudio concienzudo y valeroso de los hechos. La ciencia, la *gran impasible*, como la llamó Goethe, se difunde democráticamente entre las multitudes, revelándolas sus prolongadas anemias, descubriendo sus violentas convulsiones, dando á conocer al *hombre* donde los idealistas y los cortesanos habían colocado al ángel.—No es preciso que una verdad sea agradable, ha dicho el ilustre Taine; *¡basta con que sea verdad!*

Pero se nos dice, hacéis un mal á la sociedad en que vivís, haciendola saber de qué masa está fabricada. ¿Mal se llama sacar á los hombres del error, enseñarles sus vicios, sus defectos? Creemos nosotros que antes por lo contrario, hay en la sinceridad de estas revelaciones una gran enseñanza moral, un principio de alta conveniencia colectiva y de higiene social. Los pueblos se redimen de sus vicios por la ciencia, y hacer de ésta una eterna cortesana, mercenaria que respeta todas las cobardías y se inclina humildemente ante todos los caprichos, es desconocerla, prostituirla.

Pero todavía es más monstruoso el criterio que sostiene que la exhibición de estas enfermedades desprestigia á los gobiernos. ¿Qué culpa tienen los gobiernos de los productos morbosos de un estado social? Si el hijo de un alcohólico y una histérica tiene noventa probabilidades contra cien de ser candidato á un delito, ¿se puede arrojar el cargo al poder público de esta ley fatalmente necesaria, y fuera de los límites posibles del Estado?

El Estado no dispone de las facultades extraordinarias de convertir el agua en vino y la conciencia del culpable en el santuario de una virgen. La obertura del *Tannhäuser* no obtendrá gran éxito en una tribu de caníbales; nunca serán culpables los ejecutantes sino el auditorio.

Todo lo demás son extravagancias impropias de escritores serios, y que tienen en algo sus deberes de educar al público.

Política General.

RESUMEN.—La Cámara francesa en la Cuestión de Oriente.—La última esperanza.—Aislamiento de Grecia.—El acuerdo de las potencias.—Aun no es tiempo.—Conclusión.

Nube negra y sombría se cierne aún en el azul cielo de la divina Hélade. Las grandes potencias europeas en su incesante afán de mantener la paz, y desoyendo los clamores de los infelices cretenses que rechazan la autonomía ofrecida, y anhelan sólo formar parte de la nación helénica, han decretado oponerse por medio de la violencia á las aspiraciones del rey Jorge, que ya soñaba en la incorporación de la isla de Creta á sus Estados.

La actitud de la Cámara Francesa adhiriéndose, de buen grado, á la política del gabinete que preside M. Mélline, y ahogando el sentimiento público que se inclina en sus arrebatos romancescos á todo lo que es noble, á todo lo que es grande, y rinde el tributo de su admiración y ofrece el homenaje de sus simpatías á los que luchan en Creta por la santa causa de la libertad, ha venido á desvanecer las ilusiones de los helenos que esperaban encontrar si nó apoyo decidido en el pueblo francés y material auxilio en el Gobierno de la República, por lo menos una resistencia á los designios de los poderosos, que indirectamente sirviera á la causa del débil, á la aspiración justa del oprimido.

***

Según las manifestaciones ruidosas á favor de Grecia en las calles de París, según la opinión de buena parte de la prensa, más dispuesta á celebrar la desmembración de Turquía y á saludar al rey Jorge como paladín de la idea cristiana, que á secundar las exigencias del emperador Guillermo, más que ninguno empeñado en reprimir á cañonazos lo que se ha dado en llamar temeraria aventura del gobierno griego: había motivos para creer que la Cámara se interpusiera entre las potencias decididas á hacer valer la omnipotencia de sus resoluciones, y los míseros súbditos del Sultán que han pretendido desligarse de su ominoso yugo, buscando el abrigo y acogiéndose al amparo de la madre común de los helenos.

No ha sido así: cualesquiera que sean las simpatías que personalmente abriguen los diputados franceses por la causa de Creta, que es la causa de la justicia y de la libertad, han debido sofocarlas y afirmar con su voto el lugar que Francia ha obtenido en el concierto de las naciones. Han debido pesar en su conciencia, no tanto las consideraciones de amor á la noble aspiración de los cretenses y al heroísmo de los griegos, que quedan abandonados á sus propias fuerzas y expuestos á las iras fanáticas del Sultán y á la feroz barbarie de los musulmanes, como las conveniencias políticas generales, la necesidad de conservar un puesto de honor en el trabajoso equilibrio europeo, y la esperanza de atraer en favor de la República esa unidad que no debe romper, cuando se trate de la evacuación del Egipto, hoy sujeto á la tutela británica.

Parece que el sentimiento público se ha sacrificado en aras de la alianza franco-rusa; no hay tal: si algún sacrificio se ha hecho, ha sido en aras del buen nombre y del prestigio de la nación francesa, llamada á desempeñar misión muy alta en no lejano porvenir.

Por lo demás, al garantizar la autonomía de la revuelta isla, al comprometerse á su pronta pacificación, y al desprenderla del dominio directo de la Sublime Puerta, creen las potencias y con ellas Mr. Hanoteaux, ministro de relaciones de Francia, que se atiende lo bastante al clamor de los pueblos, hartos ya de la dominación muslímica.

***

Pero si la Europa juzga cumplidas sus obligaciones y llenada su misión, en pro de los esclavos cristianos que se debaten en convulsión tremenda, por darse en Creta el gobierno que ambicionan; el Rey, el gobierno y el pueblo de Grecia, inspirados por un solo aliento, empujados por la misma idea, y agnijoneados por el mismo deseo, no se someten ni quieren inclinarse ante los designios del más fuerte.

Retirarán su escuadra de las aguas cretenses, porque sería inútil la resistencia y estéril, ante los formidables buques que allí han amontonado los defensores del Sultán; pero las tropas que hace un mes alientan á los rebeldes en el interior de la Isla, y que al mando del Coronel Vassos han tomado posesión del territorio en nombre de su soberano, esas quedarán en su puesto, y sólo cederán el paso á los soldados extranjeros á quienes desafian á singular combate.

Ya se rumora seriamente el rompimiento abierto entre Grecia y Turquía; ya se anuncia esta resolución como la única que ha de dar á Grecia libertad de acción, y que espera la exima de la tutela que sobre ella han pretendido ejercer los poderosos. Vano intento: Europa que en aras de la paz ha sacrificado sus tradiciones, y, aunque solo en apariencia, ha organizado una cruzada en contra de los campeones de la fé cristiana y en defensa de la oprobiosa Media-Luna; Europa que dió vida á Bulgaria, á Servia y á la misma Grecia, segregando después la Bosnia y la Herzegovina del patrimonio de los Califas, no permitirá que Grecia quede envuelta en una guerra que tan costosa fué á Rusia en 1877; no tolerará que, después de sus gestiones y el unánime acuerdo que ahora reina, se perturbe la mentida tranquilidad de las naciones, por la aventura peligrosa de un rey que quiere apresurar con sus escasos elementos, y aun á pesar de los apuros financieros de su tesoro, la caída del secular imperio otomano, cuando todavía los augustos soberanos que lo asisten en su lecho mortuorio no han acordado en sus altos é inescrutables designios, administrarle la extremaunción:

Y habrán de ceder ante la fuerza, habrán de calmar sus ímpetus los impacientes. Hoy es la autonomía de Creta; mañana será su anexión. Todavía no está maduro el plan que ha de hacer efectiva la cláusula más importante en el testamento de Pedro el Grande; el águila moscovita aun no se decide á extender sus robustas alas sobre la basílica de la Santa Sabiduría.

X. X. X.

Marzo 18 de 1897.



EL DOCTOR JUAN B. HIJAR Y HARO

(Apuntes para un estudio.)

Acaba de morir en esta ciudad uno de esos hombres ameritados, á quien su excesiva modestia no dejó brillar tanto como merecía, en las esferas altas de la política, de las ciencias, de las letras y de la diplomacia.

Me refiero al Dr. D. Juan Bautista Hijar y Haro, nacido en Guadalajara el 24 de Febrero de 1830, muerto en México el 5 del actual.

Condiscípulo de Don Ignacio L. Vallarta, del general Ignacio R. Alatorre, del Lic. D. Emeterio Robles Gil, fué, como estudiante, de los más notables en el Seminario de Guadalajara. Cursó con brillantez la medicina, siendo uno de sus maestros más amados, el Dr. Clement. En cuanto obtuvo el título, dió la cátedra de terapéutica en el Instituto de Ciencias, é impulsado por sus convicciones, salió á campaña como Jefe del Cuerpo médico militar, á las órdenes del general D. Santos Degollado. La gravedad y muerte de Agustín Degollado, hijo del general, le retuvieron en Morelia, en los dias en que sus compañeros fueron fusilados en Tacubaya (Abril de 1859.)

Este triste suceso y el fusilamiento de su íntimo amigo Herrera y Cairo, le infundieron más brío para combatir, en unión del señor su padre, en defensa de las leyes de Reforma.

Su caracter bondadoso, su lealtad á toda prueba, le conquistaron amigos, como el heróico general Antonio Rosales y el mártir Leandro Valle, que cargó su camilla en Zapotlán, cuando Hijar y Haro, atacado por Daniel Gómez, cayó del caballo con la pierna rota en cuatro pedazos.

Siendo muy joven el general Corona, trató y estimó á Hijar y con él se fué á España, llevándolo de Primer Secretario, al reanudarse nuestras relaciones con la antigua madre patria, en 1874.

En Madrid fué donde conocí al Dr. Hijar. Tratábanlo con cariño y con respeto los literatos de más nombre, y yo, escuché la lectura de su poema «Roberto y Laura,» en la casa de D. Pedro A. de Alarcón, la noche en que allí se oyó por vez primera al gran tenor Julián Gayarre. Manuel del Palacio leyó el poema de Hijar que fué saludado con sinceros aplausos. Al conocer en España la obra «Historia del Ejército de Oriente,» que escribió por encargo del Sr. Juárez, y en la cual están descritas todas las campañas del general Corona, se le nombró «miembro honorario de la Real Academia de la Historia,» como se le nombró también por sus diversos escritos «miembro honorario de la Asociación de Escritores y Artistas españoles,» que preside Núñez de Arce.

Intimo amigo del general D. Antonio Ros de Olano, de D. Ventura Ruiz de Aguilera, de Castelar que lo distinguía constantemente, de Grillo, etc., asistía á las veladas literarias, y sus versos cautivaban á los más selectos auditorios.

Educado con exquisita delicadeza, era de los que se captaban un amigo desde el instante en que lo saludan y que logran con la buena forma seducir á los más tenaces adversarios.

Hijar fué Miembro de la Real Academia de Medicina de Roma, y Delegado de México en el Congreso de Americanistas de Madrid (1881), de Higiene y Demografía de Ginebra (1882), Penitenciario de Roma (1888) y Conferencia Sanitaria de Roma (1885).

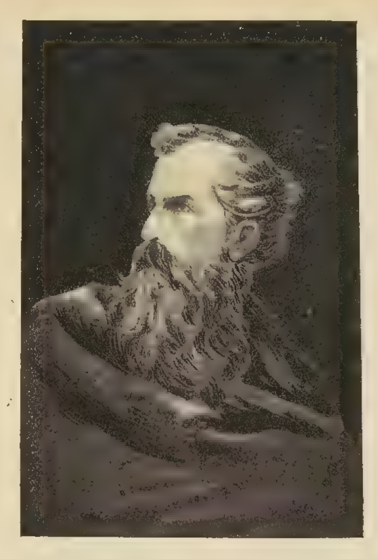
En la época en que estuvo en Italia como Encargado de Negocios, recibió muestras de consideración de la Reina Margarita, y presentes afectuosos del Rey Humberto.

Veinte años sirvió sin descanso, en nuestras Legaciones y cuando regresó á la patria fué electo, primero Vice Presidente y después presidente del Senado.

Como poeta, sus versos son dulcísimos, tiernos y delicados. Perteneciendo á la escuela subjetiva; cantor de sus propios sentimientos; admirador de la naturaleza en todas sus grandiosas manifestaciones; tienen sus rimas todos los encantos de una imaginación creadora y de una sensibilidad incomparable.

Como médico le ví hacer curaciones sorprendentes; había llegado á establecer un tratamiento para la curación de los cálculos biliosos y otro para combatir la ataxia locomotriz. Sus estudios sobre la lactancia son de interés muy grande.

Fué un hombre muy honrado y muy sano de espíritu, Idólatra de sus hijos, puso todo empeño en educarlos é



JUAN B. HIJAR Y HARO
(De retrato pintado por su hijo el Sr. Alfredo Hijar.)

ilustrarlos, y logró ver realizadas sus esperanzas, pues ellos corresponden con su talento y sus méritos á los afanes de su padre. No son estos apuntes un estudio sobre la personalidad de Hijar y Haro.—Me reservo á escribir algo más detenido y más en forma.—El dolor que me causa su muerte no me permite todavía estudiar las fases de su vida. Acabo de acompañarlo á su última morada, donde un buen amigo, Don Juan Fuentes Solís, hizo breve pero sentida sinopsis de lo que fué Hijar para su patria.

¡Duerma en paz el noble amigo! ¡Duerma tranquilo el que siempre guardó en su corazón las excelencias sublimes del sentimiento!

Hijar y Haro no deja un enemigo; practicó el bien, honró á su patria, sirvió de mil modos á sus amigos y ha legado una memoria sin tacha á cuantos le conocieron y trataron.

Vivió como sacerdote del bien y murió como un justo, —Poco antes de cerrar para siempre sus ojos,—ya privados de luz por una ceguera inesperada que abatió su espíritu y entristeció su suerte—todavía recitaba alguna estrofa de la alegría, que escribió para un poeta.

Hijar y Haro cruzó la tierra sonriendo y consolando. Ya entró á ese reino en que solo la Historia perturba el sueño con sus aplausos ó sus anatemas. ¡Dichoso él que solo encomios recibe con las coronas que cubren su tumba!

JUAN DE DIOS PEZA.

Marzo de 97.

PAGINAS ESCOGIDAS

DEL LIBRO "EL DESIERTO" DE PIERRE LOTI

Domingo 25 de Febrero.

Al espléndido amanecer; nuestro campo se despierta, se estremece, se repliega para la partida. Sobre las rocas que formaban muralla detrás de nosotros, se mantiene la luna blanca que con su apagada pupila en el cielo azul nos ve partir.

Al punto, hasta el mediodía quemante, las soledades están sembradas de guijarros negros, como espolvoreados de carbón, y estos guijarros relumbran, brillan bajo el ardiente sol dando una ilusión de humedad á los sedientos que pasan. Durante horas enteras, desfilan las negras soledades, llenas de espejeos; en algunos lugares los salitres y las eflorescencias de sales forman veteados grises. Nada canta, nada vuela, nada se mueve: Pero el silencio inmenso, está martillado á la sordina por el andar incesante y monótono de nuestros lentos camellos.

A medida que se atraviesa una región menos muerta, al borde de alguna cosa que debe ser el lecho deseado de algún torrente, crecen incoloros tamarindos, y pálidas florecitas blancas y hasta dos altas palmeras. Una golondrina gris cruza con vuelo azorado, y las moscas de nuevo se posan en los ojos llorosos de nuestros camellos! Un ensayo de vida. Y dos grandes pájaros negros, los señores del lugar despliegan sus alas arrojando su grito en el silencio.

Nuestros beduinos de escolta al ver las palmeras, olfatean que hay agua bajo su delgada sombra y conducen á las bestias. En efecto, en una hoquedad de arena, hay una poca de agua y los camellos con gruñidos de alegría, se aproximan, é intentan sumergir dos ó tres á un tiempo sus hocicos mezclando sus largos cuellos extendidos.

Después el desierto comienza de nuevo, más seco y más estéril. Nos alejamos siempre del Mar Rojo, desaparecido desde ayer, internándonos en las comarcas montañosas del interior. Cuántos valles lúgubres y grandes circos desolados atravesamos todavía antes del reposo de la tarde! Nuestros camellos siguen siempre con el mismo balanceo rítmico que adormece, siguen casi por sí solos las imperceptibles sendas del desierto, que han seguido ó trazado durante innúmeras edades bestias semejantes de las que descienden, en esa misma dirección, la única un poco frecuentada de la arabia sinaítica.

Hacia la tarde, pasan tres mujeres impenetrablemente veladas sobre camellos jóvenes de hocico al aire. Un momento después, un muchacho bronceado, que parece inquieto de su huida, sigue la misma dirección que ellas en la soledad donde nuestros ojos las han perdido. Su camello adornado con bordados, tiene franjas y borlas que flotan al viento en su carrera.

En torno nuestro, á medida que el sol se aleja, las montañas se elevan y los valles se ahondan. Las montañas son de arena de arcilla y de piedras blancas: aglomeraciones de materias vírgenes acumuladas al azar de las formaciones geológicas, jamás movidas por el hombre, y lentamente deslavadas por la lluvia, lentamente caldeadas por los soles desde el principio del mundo. Afectan las más extrañas formas y se diría que una mano ha tenido cuidado de colocarlas, de agruparlas, con aspecto casi idéntico, durante una legua son series de conos sobrepuestos, escalados como con una intención de simetría, después las puntas se aplanan y se convierten en series de mesetas cíclopes, en seguida se ven los domos y las cúpulas como restos de ciudades fósiles. Y se permanece confuso ante lo rebuscado é inútil de esas formas de las cosas, mientras que todo desfila en el silencio de la muerte, bajo la misma luz implacable, con las mismas partículas brillantes de moca de que está sembrado el desierto, en esos lugares, como un monte de parada. A ratos uno de loscamelleros canta y su voz nos saca de una somnolencia ó de un sueño. Su canto es más bien una serie de gritos de llamada, infinitamente tristes, en los que el nombre de Allah suena sin cesar y despierta en las paredes de los valles, claros ecos, sonoridades casi espantables que dominan.

En la tarde, á la hora en que la magia del poniente desciende nada más para nosotros en el desierto, acampamos en un gran circo melancólico y todavía sin nombre, y todo él de arsilla grisásea rodeada de una muralla de rocas gigantes.

El lugar carece de agua; pero para dos ó tres días todavía, tenemos con la del Nilo y el cheík, nuestro guía, promete acamparnos mañana cerca de una fuente

Tan luego como se montan nuestras tiendas, los camellos, desembarazados de su pesada carga se dispersan por el camino en busca de raras retamas y nuestros árabes de briznas secas para hacer fuegos, semejantes entonces, á brujos de luengos trajes, recojiendo yerbas, al caer la tarde, para los maleficios. Y durante una noche, nuestra pequeña ciudad nómade lleva la ilusión de la vida á ese lugar perdido donde no volvera jamás y donde mañana reinará el silencio de la muerte.

Hay una desolación más y más grandiosa, en ese lugar, á medida que el sol se abate y se apaga. Circo inmenso rodeado como de desplomes de ciudades; cosas caóticas derribadas, exfoliadas, ahondadas por fisuras y cavernas. Y todo ello como nuestras camellos, como nuestros Beduinos, como el suelo y como todo, es de esos tonos grises, cenicientos ó moreno ardientes que forman el fondo eterno, el fondo neutro y por lo mismo intensamente cálido, sobre el cual el desierto arroja y despliega todas sus fanstasmagorías de luz.

He aquí la hora del poniente, la hora mágica; sobre las cimas lejanas aparecen, en furtivos minutos, las violetas incadescentes, y los rojos de brasa; todo parece despedir fuego.

Entre tanto el sol se ha ocultado, pero aunque todo se ensombrece un fuego latente, un fuego que tarda en apagarse, incuba aún largamente bajo esos morenos y esos grises que son los verdaderos colores de las cosas. Después, pasa un estremecimiento y súbitamente el frío desciende, el inevitable frío de la tarde en el desierto.

***

Cuando la noche ha llegado, cuando las estrellas se han encendido en cielo inmenso, y nuestros beduinos, como de costumbre, se han sentado formando rueda en torno de sus luminarias de ramas—siluetas negras sobre llamaradas amarillas—doce de ellos se desprenden, vienen á colocarse ante las tiendas, rodeando á uno que toca gaita, y comienzan á cantar en coro. Y según la cadencia lenta que el gaitero les marca, balancean la cabeza. El aire es viejo y lúgubre, tal sin duda, como se oía en el desierto cuando Moisés pasó. Más triste que el silencio es la música beduina que se eleva, inesperadamente, gemebunda y que parece perderse en el aire, no habituado al ruido, ávido del sonido, como esas arenas están ávidas de rocío.

Jueves 8 de Marzo.

¡Oh, el Oned-el-Aïn, el valle de la fuente! ¿Con qué palabras, con qué imágenes de frescura tomadas de los poetas del antiguo Oriente, pintar ese Edén escondido en los granitos del desierto!

Es la mañana, la mañana luminosa y yo exploro al ocaso el oasis encantador donde nuestra pequeña ciudad de tela blanca va á permanecer uno ó dos días. En lo más hondo del valle corre un agua viva y clara en estanques de granito que tienen el pulimento del marmol trabajado y que no tienen ni una planta, ni una alga y cuyo fondo se transparenta como el de las piscinas artificiales para las abluciones de los sultanes ó de las huríes. Corre esa agua rara, esa agua preciosa, ya disimulada en los últimos repliegues rosa de los estanques, ya esparciéndose en charcos arenosos donde crecen tamarindos y soberbias palmeras desplegadas en penachos azules.

Se admira al pasar cada uno de esos salvajes jardines. Después el rinconcito paradisiaco, repentinamente desaparece tras de los blocs de granito enormes y no se ve durante algún tiempo más que las piedras pulidas donde el agua se encierra, hasta el momento en que el milagro recomienza en alguna vuelta y otra hondonada encantada sobreviene. El cielo, naturalmente es de una limpidez de cristal, como debe serlo un cielo del Edén, y los pájaros cantan en las palmas, las libélulas tiemblan posadas en los juncos y los reflejos solares á pesar de las rocas á plomo se deslizan y vienen á danzar á trechos en el hilo del agua removida.



El carnaval en Mérida
"Oriental."—Señorita Clementina Gonzalez.
(De fotografía tomada en los salones de "La Unión.")

***

En una hoya profunda de paredes pulidas, que parece algún sarcófago de rey, suspendo mi paseo para bañarme; entonces al levantar los ojos, apercibo grandes bestias de aspecto antidiluviano inclinadas al borde de las escarpaduras, hacia arriba, y mirándome con el cuello tendido, con aire de íntimo conocimiento; nuestros dromedarios que reflexionan sin duda, en el medio de bajar hasta el agua apetecida, y que gozan también quizá, á su manera, de la mañana suave.

***

Hay una paz especial, una incomparable paz de oasis no profanado, que por todos lados rodea y protege el desierto muerto. Y pasamos ahí sin prisa nuestras horas de espera.

Un solo momento de agitación en el día, á propósito de una serpiente de gran tamaño, que se ha mostrado en una palmera. Nuestros beduinos que la han visto de manera distinta que nosotros, afirman que tenía dos cabezas, que por consiguiente era Barkil, rey de las serpientes y que es necesario matarla. Y hacen una batida inútil á pedradas en las bellas palmas entrelazadas.

Pierre Loti.

A NUESTROS LECTORES

Con nuestro próximo número repartiremos *el tercer tomo de nuestra Biblioteca Miniatura*, correspondiente á Marzo, é incluiremos además, un suplemento relativo al Carnaval en Mérida, para el cual tenemos aún hermosos grabados.

El Mundo prepara una notable reforma.

OTRO PAGO DE $ 12,082 DE "LA MUTUA" EN MEXICO.

México, Marzo 11 de 1897.

Señor D. Carlos Sommer Director general de "La Mutua."—Presente.

Muy Señor mio:

Hoy he recibido de «La Mutua,» Compañía de Seguros de Vida de New York por conducto del Sr. L. Goroztiaga y en Presencia del Notario Sr. Diego Baz, la cantidad de (10,000.00) diez mil pesos importe de la póliza número 571,958, bajo la cual estuvo asegurado mi finado esposo el Sr. D. Federico Sanche.

Además, me ha sido entregada la suma de $2,082.40, importe de la devolución íntegra de todos los premios que mi citado esposo pagó á la Compañía desde hace cuatro años que solicitó el seguro, formando un total de 12 082.40.

No obstante que mi repetido esposo falleció en Francia á fines del año próximo pasado, la Compañía, con todo empeño, se ocupó de la tramitación de los documentos para comprobar el fallecimiento, evitándome toda clase de molestias y cumpliendo con toda exactitud las estipulaciones contenidas en la citada póliza.

Puede usted, señor Director, si así lo deseare, dar publicidad á la presente, y me repito de usted afma., S. S. como albacea de la testamentaría de mi finado esposo el Sr. D. Federico Sanche.—*Atase Sanche.*



Batalla de flores.—Carro "Mariposa."—3er. premio. (Familia Cireval.)

EL CARNAVAL EN MERIDA

"LA UNION" Y "EL LICEO"

La fiesta de los yucatecos es el carnaval. Durante cuatro días, en aquel lejano Estado, nadie se ocupa en otra cosa que en disfrazarse, en bailar y en el adorno de los carros. Por eso el carnaval de Mérida goza de fama en toda la República.

El Carnaval es el traje riquísimo que, durante cuatro días del año, viste la capital yucateca. El traje cuesta más de cien mil pesos, pero los hijos se proporcionan, entre alegrías y entusiasmos inenarrables, la satisfacción de contemplar embellecida á la madre amorosísima.

Pocas fiestas se celebran como ese carnaval. Aquel es un desbordamiento de alegría, un derroche de color y armonía, una hermosa competencia de ingenio y arte, que absorbe durante cuatro días, el espíritu del pueblo yucateco.

Así las familias distinguidas como las de clases populares, los consagrados á la ciencia como los humildes artesanos, en esos cuatro días, se dedican exclusivamente al placer. El carnaval es el descanso de un año de fatigosas tareas.

En Mérida, capital del Estado de Yucatán, las fiestas alcanzan rarísima animación, y en ellas se invierten sumas considerables. Toda la sociedad meridana contribuye para dar lucimiento á aquellas extrañas *solemnidades* en honor de Momo.

Desfilan en prodigiosa procesión, todas las manifestaciones del entusiasmo: aquellos son los días de locura de una gente cuerda en exceso. El serio jurisconsulto lo mismo que el travieso estudiantillo, la alegre niña, sonrisa de los cielos, y la reina del hogar, el pobre y el rico, el viejo y el niño eligen un disfraz y salen á la calle en jubiloso coro, para no volver á sus cuidados, sino cuando ya el sol del miércoles de ceniza avanza lleno de brillanteces, hacia el punto más alto del firmamento perennemente azul.

Y en medio de esa alegría, en los mayores transportes del entusiasmo, no se registra una sola riña, ni amarga el placer un leve disgusto; todos, con las manos estrechadas, como en un gran coro, bailan al rededor del dios Momo, para tornar al día siguiente, á donde los reclama la prosperidad de la patria.

Días son, los de carnaval, de reposo para un hervidero humano que fecunda con el sudor de su frente, la esterelidad de aquella región, y que ha logrado convertirla en poderosa madre.

Para organizar las fiestas existen dos sociedades «La Unión» y «Liceo de Mérida,» formadas por las clases distinguidas por sus profesiones y por su riqueza.

«La Unión» está compuesta, en su mayoría, por esa clase social, que, careciendo de dones de fortuna, busca en el estudio y en el trabajo diario, con los medios de vivir, la satisfacción de haber cumplido con el deber. De esta sociedad forman parte, abogados, médicos, escritores, ingenieros, estudiantes, propietarios de talleres, etc. etc. Reune en su seno, á los que con sus personales esfuerzos, contribuyen á la properidad del Estado.

«Liceo de Mérida,» es una sociedad formada por la clase distinguida por su riqueza, adquirida, como generalmente sucede en Yucatán, merced á largos años de trabajo. Componen, en su mayoría, esta sociedad, hacendados, banqueros, propietarios, etc,. etc.

«El Liceo de Mérida» reune en su seno á los que, con el fruto de afanes pasados, colaboran en la obra del adelanto social.

Estas dos grandes agrupaciones son las que organizan principalmente las fiestas carnavalescas que tanto llaman la atención de los hijos de otros Estados de la República, y de los extranjeros. Cada una, está presidida por una junta directiva que nombra comisiones entre los asociados, para las fiestas.

El Carnaval está formado de varias festividades. Durante esos cuatro días recorren las calles, *comparsas* de baile que toman tantos nombres como son los bailes que ejecutan: *negros, indios, jícaras, cinta*, etc., etc. Estas com-

(Sigue en la página 184.)

El carnaval en Mérida.—Batalla de flores.—Carro de "La Paloma"—Niños Ancona y Cámara. (2º Premio.)

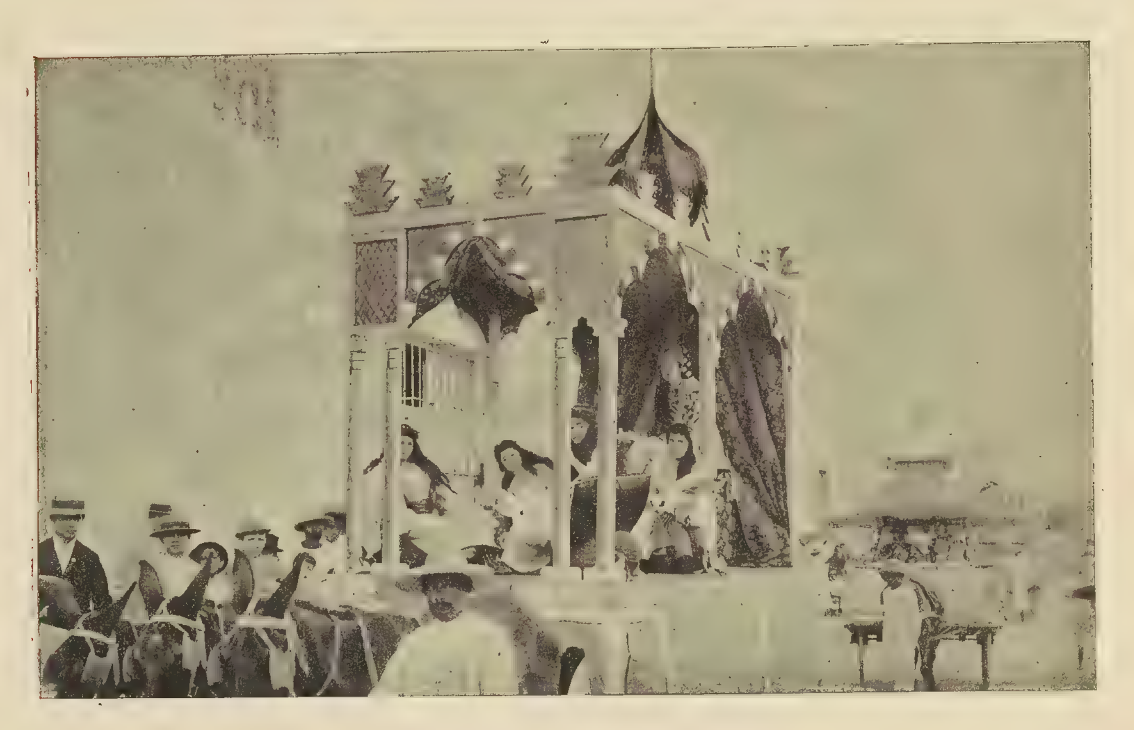


Sociedad "La Unión."—Pensamiento.—Srita. Francisca Cámara B.

El Carnaval en Mérida.



Las Ondinas. Sociedad "La Unión."—Señoritas Mercedes Peon Cisneros, Amira y Elia Evía, Elia Peón Cisneros y Celia Ruiz.



Templo Oriental.—Carro alegorico de la Sociedad "La Unión."—Sritas Gertrudis Baqueiro, Clotilde Baqueiro, Sara Tenorio y Raquel Prieto.

EL CARNAVAL EN MERIDA



"Liceo de Mérida". —Carro Japonès.—Familia Martinez de Arredondo.



Salones de la Sociedad de mestizos "Recreativa Popular."

parsas van á las casas á bailar y son recibidas allí alegremente. En las tardes, se verifican paseos carnavalescos, y se lucen los más elegantes carruajes de la ciudad, tirados por troncos valiosísimes. En la noche, se verifican bailes en el *Liceo* y en *La Unión.*

Entre estos bailes, son dignos de mencionarse, el del sábado que celebra *El Liceo*, el del domingo que se verica en *La Union* y los del martes en ambas Sociedades.

El baile del Sábado es comunmente de trajes de fantasía. Damas y caballeros asisten disfrazados con vestidos costosísimos y caprichosos, que dan aspecto verdaderamente encantador al baile. El baile del domingo, que celebra «La Unión», es, sin duda, el más concurrido de los que se verifican en Mérida: los amplios salones de aquella sociedad quedan llenos de gente; se dificulta á las parejas el baile, pero éste es notable no sólo por el número de concurrentes, sino tambien por su entusiasmo. Los del mártes son los más animados del carnaval; generalmente en «El Liceo» terminan á las cuatro y en «La Unión» á las seis de la mañana.

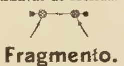
También son diversiones del carnaval *los bandos*, paseos con que se da principio á las fiestas. En estos paseos, se lucen primorosos carros alegóricos, como verá el lector, en los grabados que publicamos. Dos son *los bandos*, uno del «Liceo» y otro de la «Unión,» ambas sociedades costean los carros, que conducen hermosas señoritas.

Por último, el martes, en la mañana, se verifica la *batalla de flores*, diversión que, desde hace algunos años, organiza el «Liceo de Mérida.»—Un jurado nombrado por esta sociedad premia los tres mejores carros que se lucen durante el paseo. Es la fiesta del carnaval, de mayor costo, pues se gastan en organizarla más de veinte y cinco mil pesos.

De las sociedades de mestizos, así como de sus diversiones, nos ocuparemos en el próximo número de este semanario que dará el domingo, un suplemento en que se publicarán los demás grabados del Carnaval de Mérida.



El carnaval en Mérida.—Grupo "Cervezas.



Fragmento.

.........Todos nos formamos una ilusión del mundo, ilusión poética, sentimental, risueña, melancólica, desagradable ó triste, según el propio temperamento. Y el escritor no tiene otra misión sino reproducir fielmente esta ilusión con todos los procedimientos de arte que ha aprendido y de los que puede disponer.

Ilusión de lo hermoso que es una convención humana! Ilusión de lo feo que es una opinión que se modifica! Ilusión de lo verdadero que jamás es inmutable! Ilusión de lo innoble que atrae á tantos séres! Los grandes artistas son los que imponen á la humanidad su ilusión particular.

Guy de Maupassant.



"Liceo de Mérida".—Carro "Lira".—Srita. González.

Escenas mexicanas.



El Domingo en la Alameda.

[Dibujo de J. M. Villasana.]



CUENTOS CRIMINALES.

BLANCO Y ROJO.

Alfonso Castro, escribía por última vez en su prisión. He aquí el interesante manuscrito:

De los labios rojizos de un hombre de ley, un cualquiera con mirada vulgar y barba descuidada, ha caido lenta, pesada, mi sentencia de muerte.

En otros tiempos, cuando la enfermedad ó el fastidio me tiraban en la cama, he pasado algunas horas preguntándome ociosamente cual sería mi fin; mis ojos se abrían con toda la penetración que me era posible darles, queriendo romper lo impenetrable, escudriñar y distinguir algo del momento definitivo que lo futuro me reservaba. Las dos muertes que yo veia como más probables eran ó bien un duelo buscado estúpidamente, ó bien una bala alajada en el craneo por mi propia mano. La justicia, mas precavida y dudando tal vez de mi buena punteria, ha venido á evitarme ese trabajo: en vez de una bala, serán cinco.

Durante el proceso—ruidoso y concurrido como no lo fué nunca un estreno—apenas si he procurado defenderme. He oido vociferar, clamar venganza en nombre de la sociedad y en nombre de *ella*; mi abogado, á quien apenas conozco, un defensor de oficio, hacía lo imposible por probar mi locura, ó cuando menos atribuir mi acto á un momento de enagenación mental. Creo que ante lo imprevisto de mi caso, los médicos hubieran podido declarar en mi favor, pues efectivamente, en la conciencia de esas gentes se necesita estar irremediablemente loco para cometer un crimen como el que he cometido. Mis jurados quedaban estupefactos cuando con gran pompa de palabras y exceso de negro y rojo, el agente del ministerio público pintaba los falsos sufrimientos de la victima y lo monstruoso de mis sentimientos; verdad es que entre ellos había un dueño de dulcería, uno de tienda de abarrotes y un prestamista; el ser juzgado por estos individuos ha sido una de las mayores ironías que el destino me reservaba

Cuando se habló de locura y mis antepasados desfilaron evocados por la gangosa voz del defensor, yo, me levanté para protestar, repitiendoles que, mi razón completamente lúcida de suyo, lo estaba particularmente en el momento del crimen y puesto que no trato de excusarme—añadí— y claramente he confesado mi crimen y sus móviles, inútil me parece emplear mezquinos subterfugios.

Pasar por un asesino vulgar ó por un loco, era lo único que me sublevaba y el único cargo del que procuraba defenderme.

Mi abogado, quien tampoco comprendía que un reo no se prestara á su propia salvación, no sabía lo que pensar de mí. Durante las audiencias, al ver mi sangre fría, tachada de cinismo por los periodistas, y mi poco, ó más bien, ningún empeño en ayudarle, me tenía por el tipo acabado del insensato; á solas conmigo, cuando en mi celda me oía razonar y discutir sobre mi caso, me tenía por cuerdo. ¿Por qué decidirse pues?

Ahora bien, lo que ni jueces ni abogados han comprendido, lo que en su profunda ignorancia del ser humano y sus aberraciones no han acertado á penetrar y atribuyen á exceso de perversidad, decretando mi fin como el de un animal dañino; eso quiero dilucidarlo yo, explicármelo, estudiarme, y ponerme frente á frente de mí mismo como ante un juez, hoy que la errónea justicia humana para nada tiene que intervenir en mis asuntos.

Un loco, evidentemente no lo soy. Pienso, discurro y obro como el más común de los mortales, mejor muchas veces. Ser un enfermo, no lo niego, un enfermo pero un enfermo de refinamientos, un sediento de sensaciones nuevas.

Cuando pienso en mi crimen, veo que necesariamente debía yo llegar á él; era un predestinado; estaba marcado para seguir esa ruta, no en las mismas condiciones que la mayoría, pero mas evidentemente quizás. Enumerar todas las crisis y todas las transformaciones de alma por las que he pasado antes de llegar al extremo de mi camino, seria muy dilatado, sin embargo, ciertos hechos algunos accidentes de mi vida, hay que contarlos necesariamente, puesto que no son sino los precursores, el pedestal que se levantaba poco á poco, para colocar el más grande de todos, el más completo, el último.

Nací inquieto, de una inquietud alarmante, con avidez de ver todo, de conocer todo y de todo saciarme. Crecí entregado á la fantasía de mi capricho que en mis primeros años me llevó á la lectura, á la que golosamente me entregué devorando hojas, rellenando mi cerebro de ideas opuestas, verdaderas ó falsas, razonables ó absurdas, dejando que dentro de mi se mezclaran á su antojo tan disímbolos manjares.

Me complacian sin embargo los libros extraños, los enfermisos, libros de una Literatura viciada, ansiosa de novedad y de más allá, libros que me turbaban y que helando mi corazón, marchitando mis sentimientos, halagaban mi imaginación y despertaban mis sentidos á goces raras veces naturales. Mi espíritu, sin idea fija que le sirviera de aliento para la existencia, sin convicción ninguna, no sabia nunca adonde ir, vagaba constantemente haciendo variar mis pensamientos á la primera impresión. En realidad, en mí jamás hubo energía ni voluntad, no hubo sino eso: impresiones.

Llegué á comprenderlo y procuré buscarlas, encontrarlas, en todas partes y á cualquier precio, como busca el morfinomaniaco, la morfina, y el alcohol el borracho; fué mi vicio y fué mi placer.

Como era natural cada vez fuí siendo más difícil en mis elecciones y cada vez tenía que encontrar impresiones más rebuscadas; á meses de orgía desenfrenada, de fiebre de placer, meses durante los cuales me consumía en las locuras más imbéciles y más arriesgadas, se sucedían semanas de completa continencia y reposo; huía de mis camaradas de desorden, venían depresiones morales, que en mis desvaríos y en mi eterna peregrinación en pos de sensaciones, me arrojaban á las plantas de una imágen y me hacían matar mis días escuchando repiques, gemidos de órganos y murmullos de oraciones, con tan mala suerte, que siempre, cuando más grande era mi fervor y más creía estar cerca de la felicidad, una frase ridícula oída en un sermón, el rostro hipócrita, bestialmente irrisorio de una beata ó los defectos artísticos de una pintura, me expulsaban de ahí, lanzándome en busca de otra cosa.

Mi imaginación no podía estar quieta nunca, iba y venía disparatando, buscando siempre *algo más*, incansable.

Fueron caprichos amorosos...... sin amor; pasiones que pretendía tener, cuya pequeñísima llama frataba inútilmente de inflamar. La sequedad de mi corazón era notable; yo no sentía afecto por nada ni por nadie: me exaltaba, me esforzaba en amar con locura, en sentir pasar por mi frente algo de ese divino aliento que tan felices ha hecho á los grandes enamorados....... yo estaba imposibilitado de conocer eso; con esfuerzos me acordaba al mes de la mujer á quien jurara amor eterno y nunca pude echar de menos durante media hora á la que me afanaba por amar.

Quise refugiarme en el arte, estudiar y vibrar ante las grandes concepciones, sentir el estremecimiento creador del Poeta, el Músico ó el Pintor, pero incapaz de un trabajo sostenido, iba de la Pintura á la Música, de la Música á la Escultura y de la Escultura á la Poesía, sin lograr encadenar mi atención ni dominar la pronta lasitud, que como inquebrantable círculo, me envolvía.

Además, yo era ambicioso y algo conocedor, había estudiado á fondo los grandes maestros, había vivido una época entera en los museos más célebres y la comparación entre los grandes y mi pequeñez me asqueaba de mí mismo.

Erré en fin, entre todo aquello que podia producirme una impresión, no logrando sino excitar y hacer más sutiles mis sentidos.

Las mujeres no podían soportarme tres días por mis exigencias, los amigos, excepto unos cuantos, tan enfermos como yo, me huían temerosos de ser envueltos en el torbellino de extravagancias peligrosas que levantaba á mi paso.

Los asesinos célebres, los séres horripilantes, los diabólicos, me seducían. Yo soñaba con personajes como los de Pöe, como los de Barbey d'Aurevilly; me regocijaba con los cuentos de este maestro y particularmente con aquel en donde dos esposos que riñen, se arrojan á la cara, se abofetean con el corazón sangriento aún del hijo; pensaba en los seres que Baudelaire hubiera podido crear; los buscaba complicados como los de Bourget y refinados como los de d'Annunzio.

En tal estado, nervioso y excitable como nunca, un día, en un prado, ví por primera vez á una mujer alta, algo delgada, de andar muy lánguido y con la palidez de una margarita. En sus ojos había un poder dominante que envolvía y subyugaba. Procuré conocerla y trabar amistad con ella, lo que no me fué difícil. La traté, llegué á interesarme por ella como no me había interesado hasta entonces por mujer alguna. Había en ella y en todo cuanto la rodeaba algo tan raro, tan misterioso que yo no podía explicar ni comprender, y que me aterrorizaba al tiempo que me atraía; era la sola mujer ante la cual me sintiera temblar; la angustia, la opresión que yo sentía cuando sus ojos se clavaban en mí, no lo había conocido hasta entonces.

Su voz me sacaba fuera de mí, tenía tonos únicos, indefinibles y á veces—era también una adoradora de Baudelaire—cuando recitaba los versos del más inquietante de todos los Poetas, yo sentía un soplo helado pasar por todo mi cuerpo; existe una estrofa que nunca, nunca podré olvidar y siempre resonará, salmodiando:

Et comme d'autres par la tendresse,
sur ta vie et sur ta jeunesse
moi, je veux regner par l'effroi.

De tal manera guardo el sonido y la expresión de estos versos, que cuando las balas desgarren mi cuerpo, dominando el clamor de la detonación, gritaran imponiéndose y reinando efectivamente en mí, por el espanto.

Su casa estaba toda en harmonía con ella; ningún ruido, el rumor más leve era prontamente extinguido, las alfombras ablandaban los pasos y las puertas no crujían nunca. La rodeaban objetos valiosos, libros precisamente encuadernados, imágenes rusas en las que las vestiduras eran de metal dorado; pinturas arcaicas, angeles primitivos ó bien del más acabado modernismo, magistrales copias de Dante Gabriel Rossetti, Burne, Jones y Boklein; sobre las mesas, ligeras, delgadas, ocupando muy poco lugar, vasos de esmalte ó con Bacantes esculpidas en las redondeces del marmol y sobresaliendo, rompiendo la harmonía, gestos macabros, expresiones de pesadilla, trágicos ademanes de marfiles ó mascarones japoneses.

Junto al piano cubierto de rico tapiz bordado con oro, bajo un busto del monarca de Bayreuth, todas sus obras: el fugitivo Lohengrin, el errante Tanhäuser, las Walkirias libertadoras, los irónicos Maestros Cantores, la idílica, la sublime epopeya de Tristán é Iseult, las tinieblas del crepúsculo de los Dioses, y el esplendor del Oro del Rhin.

La nacionalidad de la que podía considerar como mi amiga me era perfectamente desconocida y á pesar de mis hábiles preguntas, nunca logré averiguarla; hablaba correctamente, sin acento ninguno, el español, cantaba el Alemán y el Italiano como una Florentina ó una hija de Hannover; su lengua favorita era el francés y su tipo se prestaba á todas las suposiciones: unas veces la creía Húngara, Polonesa otras, Eslava algunas; Francesa ó alemana evidentemente no lo era; para ser hija de la República, Imperio del Arte contemporáneo, le faltaba espíritu, locuacidad, le faltaba el sello que difiere á la Francesa de cualquiera otra mujer haciéndola enteramente personal, imposible de ocultarse; para lo alemán le faltaban los modales pesados, ligeramente bruscos, la sonrisa exclusiva, la sencillez y la expresión de hablar que caracterizan á las rubias hijas del dorado Rhin. Yo no sabía pues que pensar: italiana ó española; tampoco lo era para ser lo primero tenía demasiado gusto artístico, para lo segundo le faltaba vivacidad, fuego en los ojos y en los movimientos, ritmos y calor en la voz: las austriacas son una mezcla de Francesa y Alemana, muy poco graciosas para ser parisienses, demasiado delicadas para ser Berlinesas ó Hannoverianas ó Hamburgesas, siendo la mujer alemana generalmente la misma en todas partes.

No pudiendo sacar nada en claro, me conformé y permanecí en mi ignorancia.

Un día, después que la música de Wagner hubo caído severa, sugestiva, torturante sobre nosotros; fatigada, lánguida como nunca, se extendió sobre un diván. Sus brazos pálidos, con palideces de luna, llevaban atados unos largos lazos rojos que despues de envolver el puño caían como dos anchos hilos de sangre.

Y una idea fantástica cruzó por mi cabeza. Ví á esa mujer blanca, desnuda, extendida en ese mismo diván; la ví plástica, pictórica, escultural, un himno de la forma; la ví ir palideciendo lenta, muy lentamente, el fuego de su mirada vacilando en los ojos...... y la idea del crímen surgió.

En la noche no pude expurgarla un momento, no pensé en las consecuencias y la palabra crimen la tuve por completo olvidada—en todo caso, el temor nunca me hubiera detenido—Para mí, aquello no era sino un goce supremo, un exquisitismo como nunca me lo había pagado; pertinaz, imborrable; me aparecía en la obscuridad, blanca, desnuda, plástica, un himno de la forma; veía sobre el Paros de su cuerpo, al extremo de lo azulado de las venas, un ancho hilo saliendo, un arroyuelo rojo, de un rojo cada vez más vivo, de un rojo más vivo, más cruel, mientras más tenue y más suave era la palidez de las carnes.

Con la idea fija ya de realizar mi deseo, la inicié en los goces del eter; la ví cadavérica, sintiéndose inmediatamente ligera, volatilizada, no teniendo dentro de sí más que una pequeña luz de vida, refugiada en el cerebro, iluminando el pensamiento, haciéndole ver todo y sobre todo discernir con gran superioridad, dándole la clarividencia.

Una tarde, cuando dormía sin sentirse criatura humana, cuando dominada por profundo sueño paseaba en algún «Paraíso artificial,» mi bisturi rasgó rápidamente los puños, la sangre afluyó tiñendo las ropas que torpemente le arrancaba, y la extendí por completo en el divan.

La sangre brotaba por palpitaciones, corría manchando la mano, goteando de los cinco dedos como de cinco heridas, rápida, negruzca.

Yo la veía vaciarse, las venas se azuleaban, se aclaraban, eran abandonadas por el carmín; sus labios sobre todo, se tornaban en lívidos, mientras la sangre seguía corriendo y extendiéndose como un tapiz. Ella palidecía, palidecía como yo lo había soñado, tan tenue, tan suavemente como cruel era la herida del rojo vencedor.

Abrió los ojos, por su cuerpo pasó una convulsión, me miró, algo atravesó en su mirada como una luz que se extingue y las palpitaciones de la sangre terminaron.

Sus ojos me miraban fijos, sus labios blancos parecían decir por última vez:

Sur ta vie et sur ta jeunesse,
moi, je veux regner par l'effroi.

Y yo quedaba inmóvil, extasiado ante aquella palidez, ante aquella sinfonía en Blanco y Rojo.

Marzo de 1897.

BERNARDO COUTO CASTILLO.

He amado á esa mujer de tal manra,
que no me volví loco, porque lo era.

CAMPOAMOR.



CONFLICTO GRAVE

Que un hombre se apasione tontamente de dos mujeres, aunque parezca escandaloso, es tan natural como que á una dama le ocurra exactamente lo propio por tres varones.

Comunmente esos amadores en plural procuran disculpar su felonía alegando el recurso de los contrastes: rubia y morena, esbelta y rolliza, tonta y vivaz, pobre y rica.

Fabián no disponía de esa formulilla que solapadamente puede atenuar la infidelidad, porque las dos muchachas por quienes el hipaba, se parecían una á la otra como dos gotas de rocío.

Tenían casi la misma edad, pensaban idénticamente, fueron educadas en un solo colegio, la dote de ambas alcanzaba cifra igual, dormían en la misma alcoba, leían juntas sus novelas, y, estupendo fenómeno entre dos rivales, se amaban francamente y con ternura.

Eran hermanas.

Sin saberlo, Fabián, había acreditado una reputación de hombre singular sin que sus humorismos y genialidades fuesen por fortuna capaces de encaminarle á la casa de Orates.

No era el más jaquetón de los galanes de su barrio, ni perpetraba elegías, ni encrespaba su cabello á lo Musset, ni vestía desaliñadamente, ni desatinaba en disertaciones escabrosas delante de las señoras, hablando de escepticismo y desengaños para hacerse el interesante; nada de eso; su fama de hombre excéntrico la debía más á un exceso de cordura que á un principio de demencia, porque, aunque el concepto resulte paradójico, nadie negará que ante el criterio de la social comunidad es más fácil ganarse el título de loco siendo cuerdo, que el de cuerdo siendo loco.

Las mamás con hijas cotizables en el mercado matrimonial, le hablaban melosamente y elogiaban su figura é indumentaria riñéndole porque no hacía visitas.

Muchas señoritas vestidas á la última moda, sabedoras de que ese joven no feo y de aspecto bonachon poseía una fortuna muy bien saneada, declararon en Estado de asedio su sencillo é inofensivo corazón, el cual, (según dicho de ventrudas y casamenteras matronas) no había pertenecido á ninguna beldad.

Un caballero rico y no muy sandio que conservaba á los veinticinco años una alma virgen y un capital al que no habían abierto brecha los caprichos de una figuranta, era en verdad presa tentadora.

Por esa única y exclusiva razón el pacífico y buen mayorazgo se vió atacado ruda y encarnizadamente por una aguerrida artillería de miradas suplicantes.

Tuvo que aplicar frascos de vinagre y sales amoniacales á la picaresca naricilla de muchas desmayadas; soportó aparentando propicio talante, infinitas historias sentimentales; escuchó resignado los aullidos de muchos pianos desafinados y fué por luengos meses halagado hasta el fastidio por una parvada de solteras que le buscaban como las palomas golosas el granero.

Ante su impasibilidad las chicuelas sin dote propalaron que no tenía sentimientos; otras, monstruosamente feas, murmuraban que era un presuntuoso; las gotosas abuelas lo calumniaron sangrientamente y hasta los maridos de buena fe se permitieron desacreditarlo en los salones.

Por mucho tiempo el inocente Fabián sufrió con estoicismo de espartano la nubada de iracundias que como castigo del cielo llovía sobre su cabeza, preguntándose en el colmo del asombro, cual pudiera ser la causa de aquella mal-querencia que las amables señoritas se empeñaban en manifestarle.

En el más amargo período de su desgracia fué casualmente presentado á Sabina y á Mercedes, doncellas huerfanas, de humilde posición, bonitas, inteligentes y honradas; caso raro, aquellas niñas, no adularon al prócer; recibiéronle con expontanea camaradería, sin mostrarse tímidas; no platicaron de perifollos ó gansadas amorosas ni insinuaron en la conversación palabras de esas que obligan á un señor decente á las cortesanías que más mortificarle pueden.

Sea que la indiferencia de las hembras lastimara el vidrioso orgullo de aquel efebo que como Hilas estuvo á punto de ser raptado por las ninfas ó que derechamente se sintiese enamorado, ello fué, que cierta noche, contemplando el hermes de la luna y el chispear de los luceros, juró á las dos criaturas una pasión volcánica y trágica, á la que ellas, ignorantes de la perfidia del amador, prometieron corresponder con todas las fórmulas que en tales casos son de uso corriente y común.

Aunque las muchachas por su físico eran más gemelas que los Dióscuros, moralmente sus instintos estaban siempre en contraposición; Sabina era impetuosa y capaz de todas las locuras de una impulsiva, Mercedes, por el contrario, tenía la santa bondad de las almas impecables y en su sensitivo corazón solo germinaba una exigencia sublime: amar.

Sus temperamentos representando fuerzas é ímpetus disímbolos, estaban subyugados á la voluntad veleidosa del aturdido por las ligas de una pasión de igual intensidad aunque revelada de maneras muy diversas.

La psicología del ánimo de Fabián era curiosa y complicada.

Cuando palpitaron en sus órganos los histerismos de la pubertad, sus más próximos amigos y parientes llegaron á creer de buena fé que estaba loco, tantas y tan gordas fueron sus extravagancias.

En ese lapso de la vida en que la juventud echa á vuelo sus clamoreantes campanas y la hembra resurge ante el adolescente con todos los satanismos del pecado, por que pecadores son sus ojos, y pecadores sus labios y pecadoras sus formas, Fabián codició furiosamente á todas las pensativas que supieron dejar en su memoria la coruscante huella de una mirada de diablesa.

Se enamoró sucesivamente de una cirquera con formas de una exuberancia calipigia, de alguna gazmoña amiga de su madre, de una tía monja, de la esposa de su profesor de lógica, de su madrina de confirmación y probablemente hasta de la portera de su casa.

Como se comprenderá, en bicho de tan peregrinos antecedentes, una afeccion como la que conturbó á las jóvenes, tenia que prosperar causando sus consecuentes extragos.

Tan extraña aventura hacía trastabillear al desdichado Fabían sobre una interminable hilera de horcas caudinas,

Torturado su ingenio, logró por mucho tiempo que ninguna de las novias sospechara la infame traición de que estaban siendo víctimas, pero como por el inexorable fatalismo que determina el destino de los vivos, todas las tragedias de la existencia, tienen ineludiblemente que desenmarañarse alguna vez, llegó el día en que las burladas supieran hasta en sus más mínimos detalles todas las maquinaciones del infame.

Su estupefacción fué mayor que la del santísimo Job cuando el angel agorero fué á notificarle las tremendas nuevas

Dejándose arrebatar por los furores del momento, juraron tomar terrible venganza del perverso.

Sabina, haciendo belicosos ademanes y arrastrada por sus melodramáticos instintos, llegó á pensar en venenos y puñales. Mercedes, después de mucho cavilar, quedóse como entontecida en un aletargamiento de marmota.

Ya atenuado el colérico paroxismo, las dos lloraron copiosamente y abrazadas cayeron de hinojos ante la Madona, encareciéndole como buenas cristianas que arrancara de su pecho aquel maldito hechizo que amenazaba perturbar por siempre la paz filial de sus afectos.

Vaciaron la conciencia en la rejilla del confesonario, refiriendo todos sus escrúpulos y cuitas al padre cura, y procurando en un severo examen expiritual que ningún repliegue de sus almas pasará desapercibido á la investigación saludable del mentor; éste, que era un viejecillo experimentado y muy sabio, después de oír atentamente la novela, dijo á sus adorables penitentes: Huir muy lejos.

....

Cuando se aleja la blonda soñadora dejando plantado á un amante que sufre, es porque el olvido, ese pájaro siniestro, ha proyectado la sombra de sus alas invadiendo con sus duelos la aurora de un amor efímero.

El ave nómade, canta un día, abriga su fragil nido en el alero, arrulla á Filomela una estación, y luego, al toser el bóreas asmático y senil, escapa alijera á la tierra que florea para perderse en las caliginosas lejanías empolvando su plumaje con chispas de las fraguas del sol.

Al instante en que el fastuoso Febo chorreaba oro molido en el abismo de la sombra, llegó Fabian á la casa de sus amigas con un ramillete de violetas en cada mano y dos cartuchos de bombones en las faltriqueras de un casacón con pretensiones de chupa que usaba sólo en sus grandes aventuras.

Llamó discretamente.

Como no le contestaran, colóse á los aposentos de rondón y después de minuciosa inspección acabó por convencerse de que la jaula estaba vacía y las alondras habían volado!......

Entonces alejóse llorando de aquel lugar donde había sido dichoso tantas veces.

Las torres desgañitaban sus bronces celebrando las exequias del fastuoso Febo y la tristeza indefinible del crepúsculo llenaba el espacio, como ansiosa de impregnar su melancolía en las almas de los tristes.

CIRO B. CEBALLOS.

Marzo 12 de 1897



ALBUM

Para buscar los versos que ha de darte
Mi alma conmovida,
Necesito leer hoja por hoja,
El misterioso libro de mi vida.

Y es verdad, en sus páginas hay versos,
Pero versos que lloran...
Lirios que mueren, aves que se alejan,
Y lágrimas de amor que se evaporan.

¿A qué llevarte al triste cementerio
Que duerme en el olvido?...
No quiero que te siga el ave negra
Que en mi cerebro colocó su nido!

Tú eres feliz... y yo por otra senda
De la vida me pierdo....
Te dejo, entre las hojas de tu album
La única flor que guardó:—mi recuerdo!

México, Marzo de 1897.

JOSÉ M. BUSTILLOS.



OFRENDA

Los balcones ojivales de un convento carmelita,
Perpetúan en sus marcos, cual prodigio de cristal,
La litúrgica vidriera que á un maestro mosaíta
Encargó un prior de Hipona por decreto rectoral.

Un infolio venerable, en romance franco anuncia
Que sus goznes y sus llaves, maravilla de cincel,
Fueron la obra legendaria de un orfebre de Maguncia
Que emigró al país de Hungría, bajo el reino de Isabel.

Cuando el sol gasta su aljaba en los ónices del coro,
Asemeja la vidriera zodiacal constelación,
Sumergida en el encanto de un crepúsculo de oro
Que realza sus matices de jacinto y corindón:

Bajo el beso de mil lirios—un floral beso de seda—
Ciñe el Niño Dios un nimbo de un reflejo aurisolar;
Sus pañales son de un lino tan hermoso, que remeda
El vellón de bella espuma que en las ancas tiene el mar.

Y María—Oh alegría, oh ambrosía, oh melodía!—
Más sagrada que los óleos de la unción del rey Saúl,
En su manto azul, glaciado de menuda pedrería,
Está envuelta, como el sueño de algún astro en lago azul.

José vela en los portales con su vara de azucenas
Y su manto de gran púrpura como un viejo emperador;
A sus piés están ardiendo suaves mirras agarenas
En brasero que es la boca de un dorado aligator.

Suaves mirras que extrajeron de un jardín de mil corolas,
Los tres magos orientales cuya pompa es toda real:
Bajo un cetro de oro fino resplandecen sus estolas
Y sus mitras eminentes, de un prestigio arzobispal.

Respirando un vapor de oro por sus túmidas narices,
Descendió el Toro celeste que preside al sol de Abril;
Lleva atados en sus cuernos por guirnalda cuatro lises,
Y la estrella Sahil luce enclavada en su perfil.

Y la mística paloma, en un claro azul distinta,
Lleva en el pico una cinta de grana, como pendón;
Santa Dei Genitrix, dice en la grana de la cinta,
Decorada como el regio pectoral de Salomón.

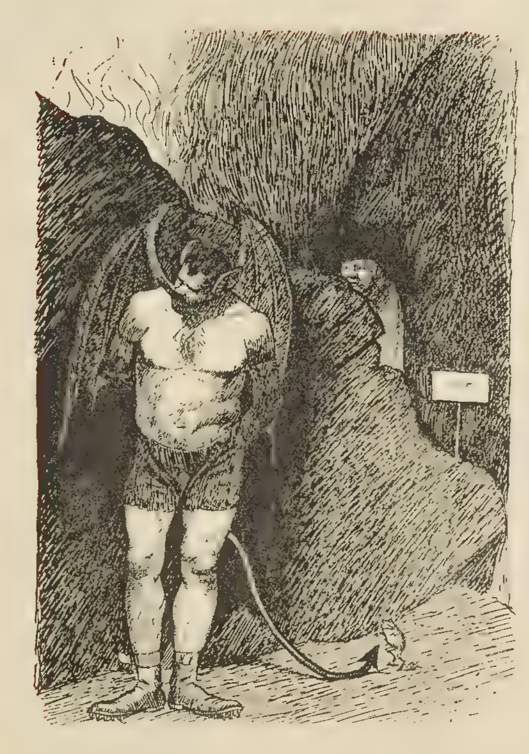
Sobre el rústico pesebre de las altas glorias, llega,
—Resonante de alabanzas su magnífico clarín—
Y á la puerta del pesebre como un cisne astral despliega
Sus dos alas, cual dos liras, un inmenso serafín.

Cuando el diácono salmodia, secundado del arpista,
Las perínclitas secuencias ante el negro facistol,
Y en los dedos abaciales centelléa la amatista,
Y la carne de las hostias resplandece como un sol,

La vidriera de colores estremécese en su hueco,
Conmovida como al paso de un armado palafrén,
Y parece que resuenan en el ámbito del eco,
Las cuarenta mil campanas de una ideal Jerusalén.

LEOPOLDO LUGONES.

Febrero de 1897.



EL DANTE EN MEXICO. -El enemigo del Exito.



EL DANTE EN MEXICO.—Pena de los poetas chirles.

EL DANTE EN MEXICO

VIAJE DE UN REPORTER.

(CONCLUYE.)

—¿Y qué dirá usted en México de su visita dantesca? me preguntó Satanás entre sorbo y sorbo de Soconusco.

—Escribiré un folleto.

—Creo más oportuno que haga usted su relato en los periódicos.

—Están muy ocupados en decirse majaderías, amigo mío.

Ha mucho tiempo que nuestro periodismo sigue ese camino, imaginándose en su estulticia que al público le importan un comino sus pleitos de comadres. El periódico mexicano, ha ganado en noticierismo extranjero: estamos hoy al tanto de la cuestión de Creta ó de la Insurrección cubana, con notable oportunismo, pero ha perdido en seriedad. El periódico honrado, decente y severo, se ve acosado perpetuamente por la jauría famélica de las hojas de comisaría y de escándalo, y, ó se mantiene sereno en su puesto haciendo oídos de mercader á los insultos, para lo cual necesita paciencia indecible, ó desciende al asqueroso campo donde sus contrarios almacenan lodo de combate, para lo cual necesitaría una desvergüenza que desnaturaliza por completo su finalidad y sus tendencias.

—¿Pero cuál es el fin de esas hojas tabernarias que se dedican al insulto verduleresco?

—¿El fin? Lo nauseabundo no ha tenido jamás otro que ensuciar; cuál es el fin de la burbuja que surge del cieno?......... Oiga usted. en México hay una cosa que no se perdona jamás: ser habil. Si funda usted una empresa y dedica á ella todas sus energías y todos sus elementos; si se aplica á ella oon todos sus empeños y la estudia y la discute y al fin, merced á su trabajo, á su paciencia y á la constante efectividad de los recursos empleados la ve coronada por el éxito, los que se consagran á labores similares le odiarán á usted con toda su alma. No entablarán una lucha leal, no implantarán mejoras para sostener con ventaja la concurrencia á que se les fuerza. No comprarán máquinas......... sencillamente dirán insultos y estos irán en crescendo proporcionalmente al éxito de usted. La envidia y la impotencia son dos grandes elementos de nuestro carácter.

Llega una empresa americana al país; gasta aquí caudales para crear una industria, lo improvisa todo, y los capitalistas impotentes y anaideáticos, se encogen de hombros con desdén, primero y después, lanzan sobre los emprendedores toda la andanada de sus vituperios. No era lógico, equitativo y justo que combatieran con mejoras y no con insultos? Pero......... *cosi va il mondo.*

¡El éxito, murmuró Satanás pensativo—el éxito!......... ¿Ve usted á aquel coloso que ahí cerca, vigila una encrucijada? Es el emblema de la Injuria, del ódio, de la calumnia, que persigue siempre á los hábiles. Lo tenemos aquí por sugestivo.

En efecto, ví á una especie de Sanson de membranosas alas de murcié ago, viendo de reojo hacia un punto ignorado,

La noche caia pesadamente y los reverberos del gas y las lámparas eléctricas. abrian sus pupilas rojizas ó lívidas con guiños misteriosos. Desde la plataforma culminante en que se encontraban las oficinas privadas de Satanás, el panorama de las regiones infernales era prodigioso por sus efectos de sombra y luz. Recortaban por todas partes el espacio. crestones irregulares, semejantes á las agujas de una catedral gótica y á los cuales se prendían fantásticamente los focos de luz, regando fulgores que se abismaban al fin en el espesor de las tinieblas. El silencio era completo, salvo los gemidos escapados de algunos réprobos á quienes se aplicaban los tormentos más disímbolos de noche y de día. Respirábase una atmósfera de misterio á pesar del exceso de temperatura y era agradable permanecer en contemplación,

Satanás, ahito de chocolate con bizcochos, se había dormido en una silla...... dormía todo......

Yo pensaba:

«Qué inmensa distancia hay, de la tremenda trilogía dantesta á este pseudo averno donde hasta el crímen se ve empequeñecido! En nuestro siglo ni el mal siquiera es grande; todo se halla afectado por la pequeñez de los espíritus y por la mezquindad de los caracteres. Nosotros que hemos hecho parodias de todo: de cristianismo y de política, merecemos un infierno así, risible en su vulgaridad.»

Aquí llegaba, cuando hirió mis oídos un ruido acompasado y seco con el cual alternaban gemidos y frases plañideras.

Como tales rumores parecían proceder de parajes cercanos, me aventuré en dirección á ellos y pronto me encontré en una especie de taller mecánico alumbrado *a giorno*, de cuyo techo formado por la pared superior de una especie de gruta, pendían, afianzados por las arcas, varios individuos, sujetos al más extraño de los suplicios......... Alineados perfectamente sobre una plataforma de resortes, habia innúmeros caballos de hierro, los cuales girando sobre sí mismos, aplicaban, con sus gigantescas pesuñas herradas, coces concienzudas en salva sea la parte. .... á quien diréis! ¡A los poetas chirles!

A lo que entendí, aquellos caballos férreos eran caricaturas de Pegazo, de Pegazo airado, que al fin se venga de quienes con burda espuela atormentaron sus ijares. Ahí estaban los poetas populares, que juzgaron morada idónea de la musa el sardinel de una pulquería y la mesa de un figón; los que disfrazaron al ideal, de charro ó de china poblana. Ahí estaban los poetas *inspirados*, los que sin decir agua va, soltaban cada aiud de versos sentimentales y se jactaban de su facilidad de parir poemas, como si el verso se midiese por kilos y bastase para ser artista la buena voluntad; ahí padecían los surcidores de madrigales para album, cantores incondicionales de las Fiéridas de vecindad...... Sus gemidos destrozaban el tímpano y su gesticulación era digna de Don Gerardo, (el decano) en Jorge el Armador.........

Cuando más absorto estaba en mi contemplación, sentí que una mano férrea me cogía por las solapas de la americana y exclamaba:

—Usted se quedará aquí; usted merece el suplicio; porque ha cometido también el feo pecado de los versos. Va usted á ser izado inmediatamente. A ver—añadió la voz dirigiéndose á un diablete—una cuerda y un Pegazo de los que herramos esta mañana para el amigo Cumplido!

Un extremecimiento espantoso me conmovió todo; dí un grito......me restregué los ojos: un empleado del Ferrocarril Interoceánico me sacudía gritándome: «¡Pachuca.........hemos llegado!»...... Mi pesadilla se desvanecía á lo lejos; venían rumores alegres de fuera y sobresalia entre todos el grito ríspido de un papelero que gritaba:

«*El¡ Globo* de acentavo! La verdad sobre el asunto de Don Emilio Ordóñez».......

¡Omnia somnum est!......pero este merecía ser cierto!

FIN



EL DANTE EN MEXICO.—El despertar.

No temas de mi amor nada imprudente;
solo se ama á las santas santamente.

***

Sí como el héroe de la Mancha, antaño
realice por tu amor grandes hazañas,
hoy sentado á la sombra de un castaño,
pensando mucho en ti, como castaaas.

CAMPOAMOR.



ENGAÑO SUBLIME—Por María Lescot.

NUMERO 2.

Villa Martín, 10 de Septiembre.

Mi querida hermanita:

«Heme aquí instalado en Villa Martín y recibido con los brazos abiertos por mis huéspedes.

«Son muy sencillos y muy buenos; tan sencillos y tan buenos que me han enamorado: el padre, el rico armador, grueso, bajo, vestido de una holapanda desteñida, de un gran sombrero de plantador, tiene más bien la apariencia de un jardinero que de un millonario. Su hija se le parece desgraciadamente: tan gruesa, tan baja y tan rubicunda como él, y casi tan mal vestida.

«La casa es sencilla; una vasta habitación de campo, sin lujo, pero confortable.

«Desde en la mañana asisto á la llegada de los padres, de los tíos, de los primos, de toda la familia, en número restringido, por lo demás: dos viejos señores con sus mujeres; el uno, Martín de Rochelle, de los trigales, según me han dicho; el otro Martín de Tarascón, de las aceiteras; una solterona flaca, pálida, de aspecto asustado, á la cual se llama la tia Eudoxia; y una prima viuda, la Señora Cleoméne Martín de Marsella. El padre de Leodice, Martín de París, como lo llaman, no llegará hasta esta noche, para la firma del contrato.

«Además de los miembros de la familia se recibirá mañana, para el momento solemne, gentes de la vecindad, relaciones y amigos.

«He acabado por comprender por qué Leodice Martín parecía tan feliz de que yo aceptara su invitación. Evidentemente no podia estar orgulloso de presentar á alguien á una familia tan sencilla, tan burguesa, tan vulgar; conmigo, esto nada sigficaba puesto que soy un humilde oficial de marina que seirá mañana.

«Verdad es, por otra parte, que enmedio de todas esas buenas gentes, desentona un poco mi amigo Leodice; las domina y las deslumbra.

«No exageró el amor admirativo que su futura siente por él; eso se ve y por instantes la transfigura. Sí, por instantes, esa muchacha fea se vuelve casi linda, cuando mira á su primo. Me recuerda á aquella heroina de la vieja comedia de Balzac que leí en tu casa el año pasado: Eugenia Grandet.

«La explicación de este matrimonio es sobrado natural: Martín de Brest es rico y Martín de Paris no lo es. El matrimonio de dinero, ese mercado de que un hombre de corazón debía enrojecer, se ha vuelto en nuestro siglo muy frecuente.

«No ha dejado Leodice de admirarme mucho ahora por su agitación, por su inquietud, por una nerviosidad que verdaderamente las circunstancias no explican; se hubiese dicho que esperaba, que temía alguna cosa; iba, venía, salía, volvía á entrar, se extremecía al menor ruido, se sobresaltaba, respondía de una manera enrevesada á las preguntas que se le hacían; en fin, tenía el aire de un hombre que está fuera de sí.

«¿Qué es lo que puede trastornarle así, Dios mío, en una unión tan apreciable donde todo marcha á la medida de sus sórdidos deseos?

«He acabado por suponer que teme acaso el instante del contrato.

«Una cosa más importante para mí fué la aparición de la señorita de honor á la cual fuí presentado hoy.

«Se llama Beltrana Meriadec: dos lindos nombres, no es verdad? Pues bien, la mujer que los lleva es cien veces más linda que esos dos nombres. Fina y blanca, de cabellos de oro rizo de un maravilloso matiz, de ojos leonados, un poco fieros, un poco salvajes, de boca pequeña, de labios delgados; pero esa boca de labios delgados, responderá tan lacónicamente como Jacques lo ha predicho ó se humanizará con largas frases? Verdaderamente yo no sé nada; hasta el momento presente no he oido aún su voz.

«Con una muda inclinación de cabeza me ha respondido, cuando su amiga me presentó á ella. No estoy ni aun seguro de que se haya dignado mirarme. Después las jóvenes se retiraron al fondo del salón á cuchichearse prolongadas y misteriosas confidencias.

«La visita de la señorita Beltrana fué corta, como te lo decía; una aparición, pero que aparición!...

«Después de su partida busqué á Leodice, que se encontraba ausente del salón. Quería tener algunos informes respecto á esa linda señorita de honor. Al pronunciar su nombre, el me mostró la extraña fisonomía que ya otra vez le había notado.

—«Como! Beltrana ha venido! Y que se ha hecho? Qué ha dicho?

—«Ha conversado largo tiempo con la señorita Valeria.

—«Conversado largo tiempo...

«Bruscamente, sin escucharme más, sin atender á mis preguntas, se alejó de ahí.

«Por la noche solamente, á la hora de la comida, habló Valeria de la visitante: es una amiga de infancia, casi su mejor amiga, aún cuando sus relaciones hayan sido interrumpidas durante muchos años.

Beltrana es hija de un oficial retirado, un viejo capitán; habita con su padre una casa aislada, no lejos de Keroeck. Las dos amigas casi no se separaban cuando eran niñas; después vino la separación debido á la entrada de Beltrana en una de esas casas de educación, donde las hijas de oficiales son gratuitamente educadas.

«La señorita Martín, habla de su amiga con ternura. Pobre Beltrana! Su vida es tan triste! me ha dicho! Por eso he querido que asistiese á mi matrimonio. He tenido la suerte de no tener primas; he podido pues escoger á mi señorita de honor.

«He insistido para que Leódice nos trajese á uno de sus amigos y le agradezco á usted, señor, que haya venido. Esta reunión de familia que le parecerá á usted tan fastidiosa, es una fiesta para ella que se divierte tan poco. Yo querría verla tan feliz!

«Y bien, decididamente hay instantes en que Valeria no es del todo fea: son los instantes en que la bondad de su corazón radía en sus ojos.

«Señora Elena, si la longitud de esta carta os sorprende, voy á daros su explicación: os escribo en mi cuarto, despues de comer, en tanto que todos los de la casa están absortos en la lectura del contrato.

«He visto claramente que la presencia de un extraño, tan extraño como yo, no era deseada. A la primer palabra de excusa discreta que pronuncié, Leodice exclamó con precipitación:

—«Como no, mi querido de Aubian, tiene usted cinco veces razón para sustraerse á esta fastidiosa tarea que yo me veo forzado á tolerar. La lectura de un contrato es abrumadora! Escriba usted sus cartas; si puedo escaparme á tiempo iré á decirle buenas noches. Acuéstese usted temprano: la jornada de mañana será ruda.

«Y ahora son las nueve; nada más tengo que contarte y no me atrapa el sueño.

«Volver al salón sería penoso. En estos momentos, al atravesar el corredor, he oído voces que parecían discutir.

«Bah! voy á pasear á la playa; no creo que el Sr. Leodice piense en venir á meterme á mi cama. La noche es soberbia, no hay luna, pero sí muchas estrellas. Allá, lejos, la mar canta; quiero ir á escucharla.

«Buenas noches una vez más, mi hermana querida; beso tus dulces ojos, estrecho la mano de Fernando, beso los lindos pies de Su Alteza mi adorada Lila.

Felipe »

Brest, 11 de Sbre.

«Elena, querida hermana mía, mi conciencia viviente, te escribo bajo el imperio de una gran emoción, te escribo para ver claro en mí.

«He hecho bien en no asistir á este matrimonio? He hecho bien en partir?

«Cuando tu respuesta me llegue ya no tendre resolución que tomar, pero querría oir, como cuando era un chicuelo, que me dijeses:

«Has hecho muy bien, has hecho muy bien Felipe, estoy contenta de ti.

«Oh! son peregrinos los amigos de Jacobo de Sommeres!

«Y ve como se conducen los hombres que se jactan de ser vividores, y cómo tenía yo razón en no sentir confianza en este...... Qué miserable!

»Oye lo que ha pasado:

«Según te escribía, salí de mi pieza, me deslicé fuera de mi casa, atravesé el parque y me dirijí al mar.

«En aquella noche toda iluminada de estrellas, experimentaba una sensación de ensueño al pasearme solo, completamente solo con el oceano, á lo largo de aquella playa desierta.

«Creo que anduve largo tiempo sin darme cuenta de la distancia recorrida. Por fin, resintiendo un poco de lasitud, me eche á tierra, sobre la arena, al pie de una de esas grandes piedras druídicas de que está salpicada la Bretaña.

«Y la mar cantaba allá lejos, ante mí, comenzando á ascender y rompiéndose en la playa.

«Yo la escuchaba embelesado: ningún concierto humano es tan bello como esa gran voz de la mar y he aquí por qué, no escuchando mas que á ella, no viendo más que á ella, olvidaba yo la hora, absorto en esa contemplación infinita.

«Un paso rápido, precipitado, nervioso, me despertó de mi ensueño. Llegaba un hombre. En el mismo instante una mujer envuelta en el manto de las campesinas bretonas, pasó ante mí como un relámpago, gritando:

—«Por fin, por fin!

....

«En la obscuridad de aquella noche sin luna, no me había percibido.

«Quiso arrojarse en los brazos de Leódice, y con un gesto brusco él la rechazó.

—«No haga usted necedades, dijo; ya es demasiado haberme hecho venir. Qué es lo que quiere usted por fin?

«Ella dijo:

—«Quiero saber si me ama usted aún. Quiero suplicar á usted que renuncie á ese matrimonio ahora que aún es tiempo. Quiero decirle á usted que eso sería mi muerte. Quiero suplicarle, rogarle, arrojarme á sus piés; tenga usted piedad de mí, Leódice!

«Se arrodilló.

—«Vamos, dijo él, levántese usted, basta de melodrama. Usted sabe bien que la amo siempre, puesto que estoy aquí, á riesgo, sí, á riesgo de descomponerlo todo si alguno nos hubiese seguido. Sea usted siquiera razonable; este matrimonio á mí tampoco me divierte. Es una calamidad! pero una calamidad necesaria. Ya le he dado á usted las razones, yo creía que como muchacha sensata me había usted comprendido. La casa Martín de París no es muy sólida; tiene necesidad de andamios y esos andamios puede proprocionárselos la casa Martín de Brest. Yo me sacrifico, mi pobre niña, pero nada cambiará en nuestro amor; por que ya comprenderás que no es la gruesa peonía de Valeria la que puede reemplazar á una rosa de Bengala como tú.

«Ella se había levantado, y el quiso abrazarla; pero ella se echo hacia atrás y con una voz feroz exclamó:

—«Me habeis prometido que os casariais conmigo, me lo habeis jurado; de otra suerte no me habría entregado á vos, no habría yo cedido; lo habeis jurado y ahora.. ....

«No pudo continuar.

«El dijo con un tono ligero:

—«Y ahora me caso con otra. Esto prueba la verdad del proverbio: «El hombre propone y Dios dispone;» Dios lo ha dispuesto de otra suerte; vamos, sed razonable; me caso, esto es indispensable, pero en el estío próximo volveré y juro que entonces el Cromleck, testigo de todas nuestras citas.. ...

—«Callaos, callaos, dijo ella con una voz áspera, no jureis ya y escuchad á vuestra vez mi juramento: Si rechazais mi suplica, me vengaré; he esperado hasta última hora; pero entanto que viva, ese matrimonio no se realizará:

«Y con los dientes apretados, repitió:

—«Me vengaré, me vengaré!

«El dijo con un tono de burla cruel:

—«Es la escena clásica, ya la conozco.

«Y declamó con enfasis:

Lleva á los pies de los altares,
El corazón que me abandona;
Anda, apresúrate, más teme
Hallar ahí de nuevo á Hermiona.

«Después añadió:

—«Que hará Hermiona, oh mi hermosa? No me disgustaría saberlo. Hombre prevenido vale por dos.

«Sin hacer caso de la ironía, sin indignarse por la burla, llena toda de su colera y de su pasión, respondió ella:

«Iré á buscar á Valeria, le diré que no la amais, que la ridiculizais con el sobrenombre de peonía, que os casais con ella únicamente por que es rica, que la abandonareis y la engañareis.

—«Bah! Bah! Valeria es una buena muchacha; me adora y me perdonará, aun cuando yo fuese cien veces más criminal; hay en su alma plácida demasiado de amor y de indulgencia para absolverme de todos los delitos del infierno.

«Pues bien, me dirijiré á M. Martín; el no es un vividor, él es un hombre honrado; y cuando sepa las promesas que me habeis hecho, los juramentos que hemos cambiado, cuando comprenda que su hija no puede ser feliz con vos.......

«Se interrumpió haciendo una mueca.

—«Y que pruebas dareis de esta acusación á ese hombre honrado! Nuestras citas? ¿Han tenido testigos?

¿No, verdad? Nuestras precauciones estaban bien tomadas; por prudencia, me cuidé de todo. Tenéis cuando menos algunas líneas de mi letra?

«Ella respondió sordamente:

—«De suerte que por eso no habeis respondido á mis cartas! Por eso fingiais temer comprometerme! lo que temiais era poner una arma entre mis manos!

—«¡Pardiez! Un sabio ha dicho: «Dadme tres líneas de escritura de un hombre y yo le haré ahorcar.» No quiero que me ahorquen, no quiero que me arruinen, no quiero que me casen á pesar mío.

—«¡Pues bien! dijo ella violentamente, diré todo á mi padre; él os matará.

«Esta última amenaza me pareció que producía sobre el espíritu de M. Martín más impresión que todas las otras. Permaneció un momento silencioso y respondió con un tono más dulce:

—«Vamos, no digas locuras; no se mata á un hombre tan impunemente como á una liebre: hay trabajos forzados y también guillotina...... Sobre todo, cuando no se tiene prueba alguna, entiendes bien? prueba alguna......

«Después con voz temblorosa:

«Hagamos las paces, querida mía, abracémonos, despidámonos, como buenos amigos, porque la luna se levanta y yo no quiero ser percibido. No te digo adios, sino hasta luego.

«Ella no respondió al principio, después, sollozando, exclamó:

«—No; no, no os perdono. Comprendo ahora de sobra como habeis jugado conmigo. Tenéis razón; ninguna venganza me es posible; pero cuando menos puedo morir dejándoos un eterno remordimiento.

«Con un paso desigual, paso de loca, la ví dirigirse al mar.

«En un segundo, me puse de pie sofocando un grito de terror.

«¿Cómo no me vió Leodice? ¿Cómo no me oyó? Estaba demasiado absorto; pero yo no quería intervenir con torpeza y no podía soportar que la dejase morir. La seguí con una mirada de terrible angustia.

«Ella no se precipitó en las olas; sea que en el momento supremo su valor hubiese flaqueado, sea que tuviese aun un resto de esperanza, se dejó caer sobre la arena ante el mar que ascendía. Y ahí envuelta en sus paños negros, parecía solo una de esos pobres leños que el océano va á arebatar.

«El tiempo huía: una ola más alta y la imprudente se perdía para siempre. Yo busqué con los ojos á Leodice; ah! esta vez tuve un sublevamiento de cólera: el cobarde huía. No vacilé, me lancé hacia la pobre niña, la tomé en mis brazos y la retiré de ahí.

«Ella dejó oir un grito de alegría:

—»¡Oh! me amas siempre, puesto que no quieres dejarme morir.

«Su error fué de corta duración. Murmuro:

—«No es él, ¡oh Dios mío! ¡no es él!

»Después se dejó caer de nuevo en tierra, se ocultó la cabeza con su manto negro y se echó á llorar amargamente.

«¿Qué podía yo hacer? Ella no me preguntaba ni aun parecía inquietarse de mi presencia.

«A la claridad de la luna, durante el minuto en que, tomándome por Leodice, había levantado su rostro hacia mí, un rostro radiante de felicidad, conocí á Beltrana Meriadec, la amiga de Valeria, la señorita de honor que me estaba destinada.

«Lloraba con la cabeza entre las manos. Yo la dejé llorar, comprendiendo que en sus lágrimas, su enérgica cólera zozobraría, que no tendría ya fuerzas para comenzar de nuevo lo que había intentado hacer; en una palabra, que no se mataría.

«No cambiamos una frase más; al fin se levantó con el rostro oculto en un pliegue de su manto; solo sus ojos aparecían, soberbios, ardiendo con un brillo sombrío. Me miró largamente sin decir una palabra, y se alejó.

«No se dirijía ya hacia el mar y no la seguí.

«Aquí es, hermana querida, donde surge el caso de conciencia. ¿Qué debía yo hacer?

«No podía conservar ilusiones respecto á los sentimientos de honor de Leodice; pero revelar á M. Martín la indignidad de su futuro yerno, era una tarea ingrata que me asustaba.

«En el fondo de mi alma se levantaba un sentimiento muy preciso: una repugnancia á asistir á ese matrimonio que me parecía odioso; yo quería evitar á la desventurada muchacha el suplicio de mi presencia, ahora que sabia su secreto. Compadecía á Valería, compadecía a Beltrana y execraba á Leodice.



«No reflexioné largo tiempo: No es acaso una dicha para los que deben ser hombres de acción no perderse en las vacilaciones del pensamiento? Volví á mi pieza, arreglé mi petaca y salí á las primeras luces del alba.

«Dejé sobre mi mesa una palabra de excusa para M. Martín. Pretextaba indisposición súbita que me forzaba á partir.

«¡Qué habrán pensado? ¡No lo sé! poco me importa!... ¿Pero tú, hermana, que piensas de tu hermano? ¿He hecho demasiado ó he hecho poco? ¿No me he lavado las manos como Pilato? O bien, al desertar, he faltado á las leyes más elementales de la hospitalidad y de la política?

«Espero impacientemente tu respuesta.

FELIPE.»

.·.

La Sra. Elena Duvernoy al Sr. Felipe Aubian.

«Mi querido hermanito:

«Todos me dicen injurias; que te he educado mal, que he hecho de tí una mujercilla, una señorita. Jacobo de Sommeres, á quien he puesto al tanto de tu carta, da libre curso á su indignación! Te trata de cándido, de bobalicón; él estaba lejos de esperar que un oficial de marina tuviese, para ciertos asuntos, severidades de capuchino. Añade que hay pocos hombres que no hayan tenido que experimentar, en vísperas de matrimonio, semejantes asaltos; que sólo los simples se dejan coger, y que Leodice no es un simple.

«Debo añadir que no he encontrado en Fernando el sólido apoyo que esperaba; sin explicarse con la cínica brutalidad de Jacobo, insinúa que hubiera sido preferible no entrometerse en este asunto y asistir al matrimonio como si nada se hubiera visto; estima que el deber de un testigo, de un *garçon d'honneur*, de un invitado, es volverse ciego y sordo. Te censura que hayas ido á vagabundear (esas son sus expresiones) durante la noche. Jamás sabe uno —dice— á qué descubrimientos se expone. He aquí la moral de los hombres, mi querido niño, y de los mejores, porque éstos son gentes honradas. ¿Habrá necesidad de decirte que no es la mía y que he sentido una profunda tristeza escuchándolos?

«Yo comprendo y apruebo el sentimiento que te hizo huir de esa casa y la aprensión de tener que estrechar aún la mano de ese miserable. Porque para tí y para mí, es un miserable, aun cuando siga siendo á los ojos de lo otros un hombre galante.

«Solamente un temor me tortura, Felipe; Jacobo pretende que las cosas no quedarán así, que tu brusca partida ha sido una afrenta, que la esquela dejada á M. Martín es insuficiente, que en el caso procede una explicación; en fin, que para evitar las consecuencias de tu incivilidad, habrá que escribirle una carta de excusa.

«Esta carta, Felipe, yo sé bien que no la escribirás, y no quiero imponértela; pero tengo la angustia en el corazón, porque nuestro primo ha añadido que ese miserable es un matón, un espadachín, un cliente de los salones de armas.

«¡Oh, mi Felipe, cuánto temo! cuán malos son los hombres y cuánto te amo!

Tu hermana—ELENA.

.·.

Felipe de Aubian á la Sra. Elena Duvernoy.

«Mi pobre hermanita, tranquilízate. Por terrible que sea ese matasiete con la espada ó con la pistola, ya habría encontrado alguno para que le respondiese; pero no

piensa casi en provocarme en duelo. La noche de su matrimonio partió para Italia y cuando regrese, hermanita, habrá entre nosotros el Mediterráneo, el mar Rojo y el Océano Indico. Acaba de llegar la orden de marcha. Hete pues contenta (cuando menos asílo espero); partimos para los mares de la China y no pienso que el feroz Leodice vaya á perseguirme hasta allá.

«Dos años de ausencia, querida, extinguen muchos rencores, calman muchas cóleras. Yo supongo que jamás me demandará ni razón ni explicación.

«Lo que si es grave y triste, es que no podré ir á abrazarte y decirte adios: Pontarlier está tan lejos y tenemos tan poco tiempo!

«Cuida mucho tu salud, hermanita querida: las últimas cartas de la tía Fourneron me inquietaron un poco. Dice que tienes mal aspecto, aun cuando te obstinas en no quejarte.

«Bien sé que la buena tía, en su fiebre de solicitud desea vernos á todos enfermos, á fin de tener el placer de cuidarnos y la gloria de salvarnos. Bien sé que tú mé afirmarás que nunca has estado mejor; ¿pero esto es verdad?

«Mi Elena querida, no tener más que una hermana en el mundo y partir tan léjos de ella, tan lejos que se necesitan meses para que sus cartas nos lleguen! Cuando pienso en esto me dan ganas de desertar ó presentar mi dimisión.

«¡Que Dios te guarde, Elena!

«Tu hermano que solo á tí ama.

Felipe.»

P. S.—Di á Jacobo mi pena por haber correspondido tan mal á sus esperanzas; dile que si los oficiales no son capuchinos tampoco son tigres y que por miserable que pueda ser una mujer, no se complacen en verla torturar.

«Mira tú, hermana. Yo no aceptaría ni una broma, ni una censura á este respecto. Yo no doy sino á ti sola el derecho, de juzgar de mi conducta y de normarla.

III.

Cuando la Sra. Duvernoy recibió esta carta, no pudo contener las lágrimas. Oprimíala la angustia, Felipe iba á partir sin que ella lo hubiese vuelto á ver; no lo vería jamás!......

Pero no eran los azares del mar lo que más temía; tampoco que no volviese, sino no estar en el mundo cuando su vuelta. Se sentía gravemente enferma.

Lo que ni Fernando ni Jocobo de Sommeres, ni el medico tal vez observaban: el debilitamiento paulatino y gradual de la joven, la tia Fourneron no había dejado de percibirlo. Asediaba á Elena á preguntas, la vigilaba desde la mañana hata la noche, entrando á su cuarto con todos los pretextos, mirándola hasta el fondo de los ojos, de tal suerte que acabó por comunicarle su convicción, quitándole también esos bienes supremos que hacen retroceder á la muerte y frecuentemente vuelven la salud: la esperanza y la ilusión. Elena, sin embargo deseaba sanar: se aferraba á la vida con la enérgica voluntad de no abandonar á los que amaba, á Fernando, á Felipe, y, sobre todo, á su pequeña Lila.

Desde la discusión con Jacobo á propósito del matrimonio de Leodice, ese deseo de vivir estaba acompañado de una inquietud moral. Llevado por la necesidad de convencer, de tener razón, de guardar para sí la última palabra, Jacobo le había dicho con su franqueza brutal: «¡Pardiez, prima Elena, si los hombres se anduviesen por las ramas para romper con su pasado y enviar al diablo á las intrigantes, no se casarían jamás. Pregunta algo de eso á vuestro marido.» Ella había vuelto hacia Duvernoy sus ojos interrogadores y lo vió vacilante, turbado hasta el fondo del alma. Herida en su pudor de mujer honrada, se abstuvo de preguntar, pero la duda se le quedó en el alma.

Algunos dias después, Jacobo tornó bruscamente á la carga; esta vez llevaba excusas:

—Estoy desolado por lo que he dicho, mi pobre prima; Fernando me ha hecho una algarada; que queréis, yo creí que estábais al corriente: ¡eso era tan público! Todos los artistas pasan por lo mismo, no hay que admirarse. Fernando es muy bueno, pero muy débil. Las mujeres lo dominan, Ah! y no fué facil escapar de esa. Sabéis el medio que yo empleé? Me puse en competencia. Yo era más joven, más rico, demasiado guapo y decidido á permanecer célibe. La tía Fourneron no había emprendido aún mi conversión; agotaba las armas de su arsenal contra vuestro marido. Ella fué la que inventó la maquiavélica combinación que logró hacer de Fernando el más feliz de los maridos. Ya veis, pues, que hay que ser indulgente con mi amigo Martín. En ese duelo que se libra siempre entre el hombre y las mujeres, ellas tienen por armas sus astucias, sus comedias, sus tragedias también. El hombre no tiene más que su egoismo. ¡Malaventura para el débil! Fernando era un débil; me temo que vuestro Felipe no sea un débil también.

Ella mostró una hermosa sonrisa de confianza:

—Oh, no! Felipe es tan firme como bueno, honrado y leal.

Y cedió la discusión, mas cuando Jacobo se hubo ido, el enfriamiento perduraba.

Conque era pues un débil el hombre á quien se había unido! A pesar del grande afecto que le profesaba, no podía impedirse juzgar severamente algunas derrotas: la imposibilidad en que él estaba, por ejemplo, de defender sus intereses, prefiriendo dejarse perjudicar á entrar en pugna. Débil, no por cobardía, no por bondad, sino por una especie de pereza; de tal suerte, que las tareas penosas venían siempre sobre ella.

Y ahora en la penumbra de su alcoba, en la tristeza del crepúsculo, con las dos manos cruzadas sobre las rodillas, pensaba: Que sería de su pobre Lila si ella moría? Vanamente trataba de reaccionar contra la impresión producida por las revelaciones de Jocobo: recordaba frases, palabras pronunciadas otras veces ante ella, eufemismos, sonrisas veladas. Entonces no había comprendido, ahora comprendia.

Lo que experimentaba no eran celos retrospectivos, era aprensión; no por ella que acaso iba á morir, sino por la huerfanita que le sobreviviría. Se dejaría sorprender por los artificios de algún intrigante ese hombre de corazón debil cuando ella no estuviese ya ahí? Oh! sí! era preciso vivir! Lo necesitaba, lo quería.

Llamado el viejo médico, se sorprendió de encontrarla tan nerviosa. Advirtió los desordenados latidos del corazón y la irregularidad de los pulsos. Ordenó numerosos medicamentos, todos los vinos generosos, todos los elíxires, todos los fortificantes, todos los anti-neurasténicos.

Ella obedeció dócilmente.

El médico da el remedio, más Dios solo da la curación.

IV.

En tanto que Felipe de Aubian bogaba, á plenas velas hacia el Japón; en tanto que Leodice paseaba chabacanamente por las playas del Adriático á la pobre fea de Valeria; en tanto que Elena miraba tristemente irse su vida, Martín de Brest se fastidiaba.

Desde el matrimonio de su hijo era presa de esa melancolía que todos los padres han experimentado, tristeza causada por la última decepción de la vida: la ingratitud del hijo. De un caracter dulce, apacible, amaba la casa, la vida de familia: Valeria, al partir, dejaba un vacío incapaz de llenarse. Mientras duró el invierno, soportó valientemente la separación; estaba en Brest, sus negocios lo distraían, además, las cartas de su hija le llegaban impregnadas todas de gozo; estaban fechadas en Niza, en Florencia, en Roma, en Venecia, y por último en Nápoles. Aquello era para la muchacha que jamás había abandonado la Bretaña, una maravilla, una embriaguez. El se asociaba á esta ventura, pero experimentaba un poco de celos. ¿Por qué no era á él, á él solo, á quien debía esta felicidad? ¿Por qué habían permanecido el uno y la otra pegados á esa casa de comercio, encerrados en los sombríos departamentos, en los escritorios polvosos? Ah! era preciso ganar millones, y ahora otro los gastaba alegremente. Sentía para su yerno una especie de rencor, ese rencor que inspiran los ladrones hábiles. Si cuando menos al robar la caja fuerte no se hubiese llevado el corazón de la muchacha!

Pasó el invierno y la primavera vino. Se había convenido antes del matrimonio que los jóvenes pasarían el estío en Kereck y que Leodice, al ojo de su suegro, se iniciaría en el funcionamiento de la casa de Brest cuya dirección debía representar. «Así casi no nos abandonaremos, tío Martín,» había dicho, y parodiando una palabra célebre: «Nada ha cambiado en vuestra vida, no tendréis sino un hijo más.» Previa esta seguridad se concluyó el matrimonio, más al regreso de los novios Leodice habló de los negocios de Paris, de la necesidad de un viaje á Alemania, y de la exigencia para su salud, de tomar aguas. A fuerza de instancias, logró el pobre hombre que Leodice partiera solo; mas fueron tantas y tales las muestras de desolación de Valeria, que un día, haciéndose un supremo esfuerzo, la dijo:

—Vete, vete á buscarlo, puesto que no amas más que á él en el mundo:

Ella se levantó de un salto y le echó los brazos al cuello:

—Gracias, padre, gracias; cuán bueno eres permitiéndome abreviar mi permanencia aquí! Mira, estoy tan inquieta, soy tan desgraciada cuando no le veo..............

Y partió alegremente al otro día.

....

En su hermosa mansión vacía, M. Martín meditaba tristemente.

¡Qué largos son esos días de Otoño! Más largas aún esas tristes tardes pasadas en un rincón y ante el fuego, solitario! Los negocios no le interesaban ya: ¿para qué ganar dinero para los ingratos? Por sus labios vagaba esa terrible palabra que resume la nada de todos los esfuerzos, la locura de todos los sueños: «¿Para qué, para qué?» repetía amargamente. Ante él pasaba su vida, una vida laboriosa: cuidados, vigilias, actividad incesante, algunas veces horribles temores que hacen correr un sudor frío por las sienes.

No se erigen las fortunas sin una lucha tenaz! Y el resultado de tantos esfuerzos era la soledad y el abandono! Un padre es tan poca cosa para el hijo, en tanto que el hijo es todo en la vida del padre! El también había sido un hijo ingrato; quería hacer fortuna. Esta idea fija había paralizado, absorvido todos los sentimientos de su corazón. El primer escalón que le había permitido alcanzar la meta, fué el matrimonio: los cincuenta mil escudos de su mujer le permitieron emprender en algunos negocios. Su mujer se asoció a él y al morir, dejándole una hija, contempló orgullosa la prosperidad de la casa.

Y todo para qué?...... .. si ahora no había una ternura femenina que calentase el frío de su vejez.........

En este momento flotó ante sus ojos una esbelta y blanca figura. Hacia muchos días que la encontraba en la playa. Estaba sentada sobre una gran pieda y contemplaba el océano. Como no amaba á los perezosos, la había mirado al principio con una extremada desaprobación. «Es esa baragana de Beltrana Meriadec,» había murmurado. Pero los ojos que encontraron los suyos, no dejaron de turbarle. Eran unos ojos leonados, de un brillo sombrío y de potente seducción.

El no era experto en belleza femenina: verdes ó azules, obscuros ó negros, los ojos de las mujeres no le preocupaban jamás; pero el recuerdo da aquellos le persiguió tanto y tan bien, que al día siguiente volvió á la playa, presa de un deseo un poco maquinal, como si hubiere ido en pos de un resto de navío ó de un objeto curioso é interesante. Los ojos estaban aún fijos en el mismo sitio, siempre ociosos, perdidos en la inmensidad. Creyó ver lucir en ellos una lágrima. Después, volvió todos los días al mismo paraje, sin razón, sin esperanza. En su vida, destituida ya de toda finalidad, este encuentro silencioso se convirtió en un hábito y en un placer.

Y he aquí que solo en su gabinete se echó á soñar con aquella muchacha, después de haber pensado, quien sabe por que extraña asociación de ideas, en una pobre sirvienta á quien sinceramente había amado: María Combier, abandonada cruelmente antes de su matrimonio, sin preocuparse de lo que sería de ella. No había cohesión posible entre los dos recuerdos y sin embargo el uno sucedía taimadamente al otro.

Un día, en el momento en que su paseo le llevaba delante de Beltrana, ella se levantó y se acercó á él. El se detuvo, más intimidado que sorprendido. No era amigo de platicar con las muchachas hermosas, pues jamás había tenido el hábito de esas conversaciones; pero tampoco había querido alejarse sin oirla. Iba sin duda á solicitar para su padre, ese viejo cazador furtivo del capitán Meriadec, algún permiso de caza en sus bosques reservados.

(Continuará.)



LA MODA



Traje parisiense para niña.

LA MODA

DOS HERMOSOS MODELOS

Ahora ninguna dama encopetada, ninguna reina de la hermosura puede considerarse satisfecha si no tiene más que su modista, su sastre. Y es que el traje femenino, en lo relativo á la elección de géneros, y aun comunmente en su factura, se masculiniza á grandes pasos. Salvo en abrigos y aplicaciones de trajes de gran soirée, están nuestras damas muy lejos ya de los buenos tiempos que precedieron á la actual etapa del figurín. Las complicaciones desaparecen insensiblemente, aunque no lo costoso de las telas, y día llegará, si el capricho femenino no opta por los extremos, en que la fisonomía dominante de la moda sea de una augusta sencillez.

De uno ó de otro modo, quien mantiene el cetro de la actualidad y la fantasía en cuestión de trajes femeninos, es Worth, el Parisiense, Worth, el único, el inimitable Worth, cuyo cerebro está en tensión perpetua, para crear cada día, cada hora, el guiñapo de actualidad que reinará en París el cual reina á su vez sobre toda la tierra.

El hermosísimo traje de casa que ilustra estas líneas, acaba de salir de su establecimiento y ha obtenido predilecciones señaladas. Hay quien lo reputa el *chef d'œuvre de la season*. Nosotros ni quitamos ni ponemos rey, limitándonos á dejar al buen gusto de nuestras lectoras la aprobación más ó menos incondicional de ese figurín y del no menos bello para niña, que aparece en visible parte de este pliego y que es factura de la propia prestigiada casa.

La entrada definitiva del verano promete primores, de que nuestras lindas abonadas estarán al tanto con la debida oportunidad.

LAS MODAS DE AYER

El segundo Imperio

El segundo imperio, aparte de su interés puramente histórico, tiene para los españoles otra especie de interés. Una de las figuras más ilustres de aquel tiempo fué la condesa de Teba, de la cual dice Bouchot que no ha habido personaje de drama tan conmovedor ni tan doloroso.

De este modo retrata el autor de «*Les elégances*» á la Emperatriz, cuando la augusta señora fué á ocupar el trono de Francia.

«Era entonces encantadora: sus rubios cabellos, casi dorados, formaban dos grandes ondas en las sienes, imitando el peinado de las antiguas milanesas. Su rostro era ovalado, de una gran pureza de líneas y un poco corta la barbilla, la nariz correcta, arqueadas las largas pestañas, ojos penetrantes y muy juntos. Su perfil semejábase al de los antiguos camafeos, sin ningún defecto de los que María Antonieta encontraba al suyo. La boca era grande, porque su sonrisa dejaba ver lindísimos dientes. De diosa era su cuello y sus hombros, y su talle ondulante y delgado, penetraba en los requiebres de la falda, como en otro tiempo el emballenado corpiño de la Reina Margarita en su miriñaque. Las manos y los piés mostraban lo aristocrático de su raza, pies de muñeca y manos largas y afiladas.

Traje parisiense para casa, del establecimiento de Worth.

Por aquel tiempo tenía ya el el andar majestuoso de las Princesas, una manera de andar propia de ella, la frente alta y cierto gracioso y distinguido movimiento....

En los primeros tiempos de su matrimonio se le permite ser bella y presentarse en las las recepciones en su pontifical de soberana. Sentíase en París cierto orgullo de poner en parangón aquella belleza altanera y romántica con otras bellezas célebres. Se reconoce su distinción y sus dignos modales La corte esta encantada de su gracia, como en otro tiempo los petimetres de las Tullerías ó del «Palais Royal» lo estaban de «la divina austríaca,» la esposa de Luis XVI. No se citan sus frases, la Emperatriz no trata de hablar para la posteridad, pero ¡saluda tan bien, en su sonrisa tan deliciosa! ....

Uno de sus primeros éxitos fué dos meses después de su boda, en el baile del Cuerpo legislativo. Allí afrontó gallardamente mil miradas que expiaban señales de desfallecimiento. Todos aquellos cortesanos inclinados ante ella trataban de encontrar alguna incorrección para publicarla en seguida. La emperatriz pasó por delante de ellos, alta la frente, sin vacilación alguna, expresando perfectamente todo lo que era propio de su rango, y olvidándolo cuando era conveniente.

Ella impuso la moda en el vestir Apenas la Emperatriz Eugenia hubo resucitado los ahuecadores, ninguna Soberana dejó de adoptarlos. Del mismo modo Josefina impuso á la Reina Luisa de Prusia los talles altos y los mantos de corte. Bien pronto fueron admiradas las actitudes de la Emperatriz, la manera de saludar á la redonda con cierta inclinación de cabeza, su modo de andar y hasta la elocuencia muda de su sonrisa y de su mirada. En pocos años, todas las señoras distinguidas iban como la Emperatriz Eugenia, con la cabeza alta, los ojos mirando vagamente, el talle ondulante.........y hasta los cabellos adoptaron uniforme......

En 1856 llega el apogeo de su triunfo; tiene ya un hijo; es en la nueva sociedad la expresión suprema de la finura francesa. No tiene ni las incoherencias de Josefina, ni las indiferencias de María Luisa, ni las tristezas de la duquesa de Angulema, ni las turbulencias de niña mimada de la duquesa de Berry. Sin embargo, de todas ha tomado algo: la sensibilidad, la dulzura, la protección á los pequeños, el gusto por lo inédito y por los refinamientos, la elegante distracción.

En la mescolanza de la corte se afirma indiscutiblemente é impone á las otras damas lo que ella ha entendido, estudiado y colocado en su verdadero punto. Si la observamos en su estricto papel de *mujer á la moda*, la consideración reina por cu'to superior en el conocimiento de los matices, de tal modo, que cosas extravagantes ó ínfimas reciben de ella una precisión más acá de lo cual todo es tonto y más allá todo es ridículo. La vemos muy á menudo en sus habitaciones, en rápidas posturas, sorprendida en *toilettes* que una nonada haría grotescas y que son, sin embargo, encantadoras. Bajo un horrible sombrero plano, que le imponen los modistos; con un traje liso cerrado en las mangas, cerrado en el talle, y desgraciadamente inflado por abajo, es, seguramente, la Emperatriz, y para convencerse de ello, basta compararla con las otras damas.

Cuando viste con las galas de las grandes recepciones, como por ejemplo, la de los embajadores de Persia (en Enero), ni la misma María Antonieta hubiera tenido aspecto más distinguido. Llevaba una corona de flores y pendía de sus hombros amplísimo manto. En pie, al lado del Emperador, sonreía á aquellos enviados de las *mil y una noches*, que conservan en la cabeza su gorro de astrakán, y sin embargo, están como cortados delante de ella.



Origen del nombre de algunas flores.

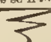
Aseguran algunos que *crisantemo*, se compone de dos palabras griegas que significan «flor de oro,» nombre que se le puso por el color de algunas de sus variedades; y otros sostienen que crisantemo significa «flor de Cristo,» alusión á que en el Oriente florece por la Noche Buena.

El nombre de la *rosa* se deriva del latín y es casi igual en todos los idiomas.

Anémona se deriva del griego y significa «flor del viento,» nombre que alude al hecho de que esta planta vive en lugares expuestos á los vientos. Según la Mitología, la anémona nació de la sangre de Adonis; pero otros sostienen que brotó de las lágrimas de Vénus, que lloraba la muerte de un amante.

El *jacinto* también tomó su nombre de la Mitología griega: refiere Ovidio que Jacinto, un muchacho muy hermoso, fué hijo de un rey de Esparta y favorito de Apolo. Zéfiro, envidioso de la amistad que unía á Jacinto y á Apolo, desvío la dirección de un tejo que tiró éste jugando, y el tejo fué á herir á Jacinto, que cayó muerto. Apolo convirtió el cuerpo de su favorito en la flor que lleva su nombre.

Mirto significa perfume. Creen algunos que este nombre le fué dado á la flor que lo lleva, en honor de *Mirtys*, poetisa griega que vivió en el siglo V antes de Cristo y de quien recibió Píndaro sus primeras lecciones de poesía. En tiempo de Plutarco existían aún algunos poemas de Mirtys, pero hoy todos se han perdido.



ALMACENES

DE

EL PALACIO DE HIERRO.

Los más grandes Almacenes de la República. Muy acreditados por tener

TODAS SUS MERCANCIAS MARCADAS CON NUMEROS CONOCIDOS

Y POR VENDER TODOS SUS EFECTOS MUY BARAFOS Y A PRECIOS INVARIABLEMENTE FIJOS,

Sistema reconocido como el que más favorece á los compradores.

Lealtad, Honradez y Eficacia, es nuestro lema.

Altas novedades para la Semana Santa

Y ESTACION DE VERANO.

Telas finas de algodón.

Museline Alexandrie, gran variedad de dibujos....$ 0.25
Nansouk en todos colores y dibujos.............. „ 0.30
Plumetis broche, clase fina..................... „ 0.45
Zephir fantasía en todos colores................ „ 0.60
Batista broche clase extra muy elegante para blusas „ 1.00

Se acaban de recibir grandes novedades en telas finas de algodón.

Telas de lana y de lana y seda.

Alpaca Glacé para vestidos 120 centímetros de ancho $ 1.75
Barege Glacé, clase extra-fina, género de gran novedad.......... „ 2.00
Lainage Luxembourg, rica tela de lana y seda 120 centímetros de ancho.......... „ 4.50

Grandes novedades en telas de lana y seda para trajes de calle.

Telas de seda.

Pongé quadrille pura seda........................$ 1.50
Venicienne género de seda para blusas novedad.. „ 2.00
Gaze Miroir, 120 centímetros de ancho............ „ 3.00
Glacé Pekin, pura seda, gran novedad.............. „ 2.00
Damas Pekin, alta novedad, pura seda.............. „ 3.00
Taffetas Regence, género de seda muy elegante, última moda.......... „ 3.75

Gran surtido de géneros negros de pura seda.

Brochès, Moiré, Peau de Soie, Satin Duchesse, Faille Française, Radtzimir, Piqué, Surah, Crepons, etc, etc. desde 2 pesos hasta 7 pesos metro.

CONFECIONES Y SOMBREROS ULTIMOS MODELOS.

CAMISAS Y CORBATAS. GRAN VARIEDAD DE ESTILOS CAMISAS SOBRE MEDIDA.

Próximos á recibir el completo de nuestro surtido de verano, para darlo á conocer á nuestros favorecedores, haremos una exposición extraordinaria que oportunamente anunciaremos.

Interesante á las personas que viven fuera de esta capital.

Enviamos á las familias que vivan fuera de esta capital las muestras que nos pidan.—Todo pedido de un valor de $50.00 cuando menos, y cuyo peso no exceda de 15 kilos será remitido á su destino FRANCO DE PORTE, siempre que para el lugar de residencia del comprador exista Ferrocarril ó Express.—Todos los pedidos que nos dirijan deberán ser pagados al contado.—Para mayor comodidad de las personas que así lo desearen y con el fin de facilitarles el pago de sus pedidos, enviaremos éstos acompañados de la factura correspondiente, cuyo valor deberá ser pagado al Express al entregar el bulto.

Mosler, Bowen y Cook, Sucesor.

Calle de la Alcaicería número 27, — Entre las calles del 5 de Mayo y Plateros.

ANTES EN LA LA 2ª CALLE DEL 5 DE MAYO NUM. 4.

Surtido completo de las afamadas cajas de seguridad "MOSLER"

CONTRA ROBO Y CONTRA INCENDIO.

Escritorios Planos, Escritorios de Cortina, Carpetas altas para tenedor de libros, Sillones giratorios de tornillo y resorte en gran variedad Archiveros, Prensas para copiar, libreros giratorios,
Libreros con cristales, Ajuares de cuero para despachos, Máquinas para escribir y demás muebles para oficinas.

La máquina para escribir "Esmith-Premier."

UNICO AGNTE EN LA REPUBLICA PARA LAS CELEBRES BICICLETAS "CLEVELAND."

El más completo surtido de accesorios para Bicicletas.



Fíjense en la SILLA DE VOLTEO, la única bicicleta que tiene esta ventaja es la VICTORIA, la más cómoda, hermosa y fuerte.

Las bicicletas VICTOR Y VICTORIA tienen más reformas modernas y exclusivas que ningunas otras.

Pídanse catálagos y pormenores,

Trachsel y Cia.
Unicos Agentes para la República.

Apartado 349 Calle de Gantenúm 8 MEXICO

Reservado.

GRAN CRISTALERIA

CALLE ALCAICERIA NUMERO 210.——APARTADO 503.

LOEB HERMANOS

La casa que tiene el surtido más completo y variado y vende más barato.

Vajillas para mesa. Juegos de Cristal. Juegos lavamanos. Cuchillería y efectos plateados. Lámparas de todos estilos y para todos usos.

Inmensa variedad de efectos de lujo.

Se reciben novedades continuamente

EL MUNDO.

TOMO I. MEXICO, MARZO 28 DE 1897. NUMERO 13

Escenas mexicanas.



Un sermón de Cuaresma.

(Dibujo de José M. Villasana.)

"EL MUNDO"
Semanario Ilustrado.
Teléfono 434.—Calle de Tiburcio núm. 20.—Apartado 87 b.
MÉXICO
Toda la correspondencia que se relacione con la Redacción, debe ser dirigida al
Director, Lic. Rafael Reyes Spíndola.
Toda la correspondencia que se relacione con la edición debe ser dirigida al
Gerente, Lic. Fausto Moguel.
La subscripción á EL MUNDO vale $1.25 centavos al mes, y se cobra por trimestres adelantados.
Números sueltos, 50 centavos.
Avisos: á razón de $30 plana por cada publicación.
Todo pago debe ser precisamente adelantado.
REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE.

Notas editoriales.

La República Mayor de Centro-América.

El jueves de la pasada se nana fué recibido oficialmente por el señor Presidente de los Estados Unidos Mexicanos, el señor Yúdice, Ministro plenipotenciario de la República Mayor de Centro-América.—Forman esta República, según pacto suscrito en Amapala por sus respectivos gobernantes, los Estados de Honduras, Nicaragua y Salvador, que han dado el primer paso positivo en pro de la unificación centro-americana, viejo pensamiento que antaño ha servido de enseña á palpitantes y sangrientas luchas.

Alguna vez ha hablado el *Mundo* de la unión centro-americana, y expuesto los obstáculos que, á nuestro juicio, se oponen á la realización de la idea. Los pueblos jóvenes de esa parte del Continente han permanecido largos años en una suerte de antagonismo latente, en una actitud recelosa, que han estorbado todas las iniciativas encaminadas á este objeto, ya procedieran de las lucubraciones del legislador ó del estadista, ó bien emanaran de los actos más incisivos y precipitados del hombre de combate.—Para destruir esta mala inteligencia, para extirpar estos fermentos y limpiar el horizonte de nubes, se ha trabajado activamente y el pacto de Amapala se nos presenta como un hecho realizado.

Es posible—queremos persuadirnos de la solidez de este reciente lazo—que la República Mayor de Centro-América constituya el germen de la futura unión de aquellos Estados; pero al mismo tiempo que expresamos estos deseos, nos llegan de Guatemala noticias que se apartan mucho del programa que debe servir de mira, según presumimos, á la definitiva agrupación de aquellas Repúblicas.

Parece, en efecto, que Guatemala está siendo objeto por parte de sus vecinos, de una política poco franca, ondulante y movediza, que poco prepara á la tan decantada unión. En el fondo, la lucha es tan sorda pero tan febril como en todos los tiempos lo ha sido. Dentro de estos términos, el pacto de Amapala acaso no esté llamado á resolver por el momento, el problema, tantas veces iniciado como fracasado, de la unificación de aquellos Estados.

De todos modos, y encerrados en la correcta neutralidad que caracteriza á la política de México, en sus relaciones con las demás naciones, sólo nos resta reconocer el nuevo Estado que acaba de ser acreditado ante nuestra República, como la expresión de la voluntad de tres naciones, con las que siempre hemos sostenido buenas relaciones, y reconocidas como independientes.

Una propaganda provechosa.

No hace todavía muchos días un periódico de esta Capital publicó un artículo humorístico, destinado á burlarse, con mayor ó menor donaire, de la activa propaganda que don Carlos Gris está llevando á cabo, de buenos años á esta parte, en favor de la agricultura nacional. Sucede á veces que el periodista militante, falto de informaciones, toma de los cabellos el primer *motivo* que se le presenta para cubrir la labor del día, á vuela pluma y con la premura impuesta por el cajista, que va arrancando cuartilla á cuartilla de la mano.

La verdad es que la tarea emprendida por el señor Gris es de aquellas que no merecen ironías. Su entusiasmo no podría causarnos risa, porque ha servido, cuando menos, para poner de relieve hechos que interesa conocer. De su pluma, nerviosa y ágil, ha ido saliendo la República como una rica materia prima sin explotar, que se ofrece á los hombres de capital y de trabajo, como un excelente mercado propicio á todas las actividades.

Esto es menos *pintoresco* que una polémica sobre la posibilidad ó no posibilidad de la *producción* de la *aristocracia* en México; pero mucho más *substancioso* para los intereses nacionales.

A ocasiones, el Sr. Gris desciende hasta el fondo de nuestras desdichas económicas y sociales, y sus palabras, de una amarga sinceridad, cortan como un puñal damasquino. El nos ha hecho saber que un *caballo americano gana más* que un *jornalero* en México; y él también quien ha puesto ante nuestra vista el desgarrador espectáculo de la *sequía* de nuestras tierras con frase punzante é incisiva.

Nó; el Sr. Gris no es un iluso, que transforma los rebaños de ovejas en valerosos ejércitos, ni los molinos de viento en gigantes descomunales: nuestras miserias y nuestros prejuicios, nuestras faltas y nuestras depresiones quedan fotografiadas en las páginas que con singular constancia esparce á los cuatro vientos de la publicidad.

En cambio ¡cuánto debemos á este propagandista infatigable de nuestras grandes empresas futuras! ¡Qué servicios los que ha prestado al ensanche de nuestra riqueza pública!

Aun reduciendo las proporciones de sus *prospectus* á los términos que hubieran de desear cuatro *flaneurs* timoratos de la calle de Plateros, siempre se habrá hecho acreedor á su saldo, que debemos satisfacerle en gratitud los mexicanos, por la persistente campaña en favor del desarrollo de las energías nacionales.

Política General.

RESUMEN,—El concierto europeo y la cuestión de Oriente.—Apariencias y realidades.—El bloqueo de Creta y la paz universal.—Los disidentes.—La opinión pública y los gobiernos.—Una cesión conseguida y otra anhelada. Conclusión.

Si fuera real y positivo el cacareado concierto de las potencias, en la actual situación de Europa, pendiente la paz de un arrebato de los soldados griegos en las fronteras de Macedonia, ó de un arranque de los soldados turcos en los lindes de Tesalia; si no fuera mentida esa aparente unión con que han acudido al acuitado Imperio otomano, amenazado de muerte por su corrupción y herido en la mitad de su poder por los atrevimientos del rey Jorge, no presenciaríamos ese ensoberbecimiento de que acaba de dar muestras el Sultán al dirigirse oficialmente á sus agentes y altos funcionarios, declarando que la presente actitud de las naciones cristianas en favor suyo, se debe á la gestión muslímica y de ningún modo á la magnanimidad de los aliados, y que contando como cuenta á discreción con los ejércitos de las potencias y sus formidables escuadras,—y le faltó agregar sus inagotables tesoros,—puede dictar cualquier medida restrictiva para sofocar las protestas y oposiciones que se levanten contra su soberana voluntad.

Si el Califa de los Creyentes hubiera visto la decantada unidad de acción en los gobiernos, para exigirle responsabilidades por los asesinatos y matanzas de cristianos que una y otra vez han ensangrentado el suelo de Turquía, y para compelerlo con violencia á cumplir las promesas que dictara el miedo y rechazara su perfidia, no veríamos hoy sancionada la iniquidad de atizar indirectamente la barbarie de los hijos de Mahoma contra los indefensos cristianos del Asia Menor, considerando rebeldes y contumaces á todos los que aspiren á ejercitar los derechos de adorar á su Dios y practicar su culto según el dictado de su conciencia, á todos los que sueñen con el aire santo de la libertad y sus tranquilos goces.

Pero á todo eso da lugar esa protección decidida que han desplegado los gobiernos á favor del turco, por sostener la integridad de sus dominios; á eso conduce la pretensión de mantener incólume el tratado de Berlín, ya roto y maltrecho por los búlgaros, cuando encendieron la insurrección de los rumeliotas orientales, que al fin quedaron unidos á los súbditos de aquel príncipe caballeresco que se llamó Alejandro de Battenberg; á eso da ocasión la cruzada anticristiana no predicada por un Pedro el Ermitaño, desnudo y hambriento, para rescatar el sepulcro de Cristo, sino impuesta en palacios y gabinetes por omnipotente monarca que no tolera que, un pueblo vigoroso y heróico por razón de raza y tradiciones, se lance sin su consentimiento á la revindicación de sus tradiciones y de su raza; eso resulta, en fin, de la preponderancia de los emperadores moscovita y germánico que han hecho prevalecer sus designios en el concejo de las naciones, para oponerse en nombre de la fuerza contra las aspiraciones de los oprimidos, para declarar inhábiles á los cretenses para obtener su anhelada independencia.

***

Afortunadamente para la causa helénica, que es la causa de los pueblos, esa soberbia del Sultán ha despertado de su letargo á los embajadores que parecían absortos en la contemplación de su obra *admirable*. No se señalan, ni como promesa mentida, castigos merecidos á los instigadores de horribles recientes matanzas en el Asia Menor; no se encuentra la sumisión que era de desearse de parte de la Sublime Puerta á las decisiones de las potencias que la defienden en inaudita unión; no se echa de ver más que el llamamiento de tropas, la acumulación de materiales de guerra, la agitación febril que precede á los grandes sacudimientos internacionales, y todo ese aparato bélico y esa manifestación de fuerza, en medio de apuros financieros y lamentables penurias, son contra Grecia, sola, desamparada, que se lanzó á la peligrosa aventura de socorrer pueblos á ella unidos por comunidad de intereses y de aspiraciones.

Por eso ya se habla de divisiones entre las potencias que han establecido el bloqueo de Creta. Si fueron precisas largas y acaloradas discusiones para decidirse á esa intervención armada, si expiró una y otra vez el plazo fijado para esa ostentación de fuerza, antes de llegar á un acuerdo, para cortar á los insurrectos cretenses y á los soldados del rey Jorge toda comunicación con el gobierno de Atenas, no es fácil que tan pronto se consiga ese acuerdo para aislar á Grecia de toda comunicación con el mundo, con el bloqueo de sus puertos principales.

Cierto que se ven oficiales alemanes mezclados en el ejército turco, dirijiendo las maniobras y levantando fortificaciones; es verdad que mucho se ha hablado de que las huestes innúmeras de Nicolás II, que en Plewna y Andrinópolis, hace veinte años, humillaron las armas musulmanas, están dispuestos ahora á defender á sus jurados y legendarios enemigos; pero también debe notarse, que la opinión pública en Inglaterra, en Francia y en el reino de Italia va acentuándose cada vez más en favor de los griegos, y al fin tendrán que ceder los gobiernos á su imprescindible presión.

***

Se teme que el mismo día en que se declare el bloqueo de los puertos de Grecia, no será posible detener á los soldados helenos, que con el arma al brazo, sólo esperan esa señal para cruzar la frontera y lanzarse contra sus aborrecidos enemigos.

Y detenido el rey Jorge en los movimientos de su marina, único modo con que podría obtener alguna ventaja sobre el turco, ¿permanecerá Europa, indiferente y sorda, ante los clamores del diminuto reino que puede ser aplastado por los ejércitos del pérfido Abdul-Hamid? Ella, que hizo brotar un pueblo libre al estruendo del cañón que tronó en Navarino ¿permitirá que ese pueblo se hunda en las sombras de la derrota? Prevalecerá hasta el fin la iniquidad sobre la justicia?

Nó, ya se habla de discensiones en el seno mismo de la escuadras que bloquean la Isla de Creta, y mientras no se decida su marcha hacia las aguas del Pireo, será tiempo todavía de prevenir la catástrofe, que comenzaría por la humillación del débil, pero que también podría terminar con la explosión terrible del universal conflicto tan temido de todos, como de ninguno deseado.

***

Como palpitante prueba de la inconsistencia de ese concierto de las grandes nacionalidades, puede presentarse la anunciada cesión que ha hecho Italia en favor de la Gran Bretaña, de una isla pequeña situada frente á las costas de Túnez, no lejos de la soberbias ruinas de Cartago, á cambio de un abrupto peñón, perdido en las aguas del Mar Rojo, no lejos de la colonia de Erythrea.

En otras circunstancias que no fueran las presentes, casi pasaría inadvertido semejante cambio; pero hay que-

notar que, cuando Inglaterra quiere adueñarse del Mediterráneo con esa nueva estación naval, y completar la cadena con que ha de ceñir las costas meridionales de Europa, extendiéndose de Gibraltar á Chipre, pasando por la Isla de Malta, Rusia también pretende un puerto en las costas del Archipiélago, á cambio de la protección que por sí y por medio de las otras potencias ha impartido al vacilante Imperio turco.

Y el gran Imperio marítimo que se siente amenazado en la India por el camino de Afganistán, y en sus influencias del remoto Oriente por el camino de Corea, se previene de ese modo, uniéndose con Italia, para entorpecer los movimientos de la escuadra francesa que parecía señora del Mediterráneo.

Francia no puede consentir en la proyectada cesión, aunque viera á su potente aliada Rusia alcanzar el puesto que ambiciona en la península de Athos, y ha de oponerse por ende á que se lleve á cabo...... Hablen después los optimistas de conciertos y uniones, y desentrañen si pueden estos misterios de la diplomacia.

X. X. X.

25 de Marzo de 1897.

El Señor Obispo de Yucatán.

Celebrabáse en la catedral de Mérida, la fiesta de San Bernabé, patrono de la ciudad. El templo estaba severo y ricamente adornado; en el altar mayor lucían millares de lámparas y cirios en medio de los cuales brillaban los diamantes y esmeraldas de la custodia. Bajo el dosel rojo, presidía la solemnidad, el santo obispo Gala, rodeado del Cabildo, y en el coro, entonaban los cánticos de la misa, angelicales señoritas. El diácono cantó la última palabra del Evangelio, cerró el libro, sentáronse los oficiantes y de su puesto en el cabildo, se levantó el canónigo más joven, deslumbrante el rostro con la más dulce sonrisa, que acompañado de algunos acólitos se dirigió al púlpito. A su paso, los asistentes cuchicheaban:

—Es el Padre Carrillo.

Así hube de conocer á quien por sus obras históricas, hacía mucho tiempo profesaba gran predilección.

Me fijé mucho en aquel semblante, no sé si para descubrir en su mirada, al autor de la historia antigua en Yucatán y de «Welina,» pero, la verdad, el sermón no me dejó tiempo para continuar el examen. Tantas vulgaridades había escuchado de labios de oradores sagrados, que, desde luego, el exordio de aquella originalísima plática, cautivó mi atención.

No recuerdo uno solo de los maravillosos conceptos, mas nunca podrán borrarse de mi memoria, los cuadros magníficos, pintados con toda la luz y el colorido de una frase extremadamente sencilla, que destacó más que en mi imaginación, ante mis ojos la batalla de Thóo, desastrosa para los valerosos mayas súbditos de Nachi Cócom, y la fundación de Mérida por Don Francisco de Montejo hijo del Adelantado.

A nadie podía caber duda en ello: quien así trataba acerca de la historia yucateca, había consagrado muchos años á su estudio. Era el mismo que guardaba documentos importantísimos, Códice Chumayl, que servirán para rehacer los tiempos primitivos de América. Bien revelaba aquel canónigo joven, de sonrisa tan dulce, que merecía las distinciones de sociedades científicas extranjeras, nombrándolo miembro suyo honorario.

Han transcurrido muchos años y aun me parece estar viendo al sacerdote de rostro cobrizo, color de la raza maya, vestido de sotana y humilde sobrepelliz, con el bonete en la mano, y aún me parece estar oyendo aquellas palabras que tanto conmovían á sus oyentes.

Más tarde, el Señor Obispo Gala lo designó para coadjutor suyo, y el Papa León XIII lo nombró obispo *in partibus* de Lero, isla del mar Egeo, con derecho de futura sucesión, en la diócesis de Yucatán.

***

El 15 de Febrero de 1887, murió el Santo Obispo Gala, y ocupó su lugar el Señor Carrillo y Ancona. Aquel había empleado su tiempo en implorar la gracia divina para regir el obispado; pasó, pues, sobre las maldades humanas y sobre el alborotado mar de los abusos clericales, sin poner los ojos en unos ni en otros. El virtuosísimo varón, creyéndose tremendo pecador, juzgaba á los demás con suma benevolencia y no pocos sacerdotes yucatecos campaban por sus respetos, en sus parroquias.



Ilmo. Señor Carrillo y Ancona, Obispo de Yucatán. Muerto la semana anterior.

El nuevo obispo se dedicó á corregir abusos y á revivir la disciplina eclesiástica, entre sus diocesanos. Nunca desmayó su energía; en un principio, la gente rica, acostumbrada á dominar sacerdotes, sintióse herida por aquella dignidad en el cumplimiento del deber, y los sacerdotes—entre ellos algunos antiguos compañeros de cabildo del nuevo obispo—protestaron dejando caer sobre él, tilde de orgulloso y amigo de los honores mundanos.

Nada importó aquella tempestad formidable que amenazaba, al Obispo de Yucatán. Acudía diligente al remedio de las necesidades de su obispado y reprimía con severidad los abusos y defectos de sus subalternos. Fué un modelo más de la entereza maya, resignada en el sufrimiento y templada hasta el apogeo de su grandeza.

Como prelado, trabajaba por un fin: la organización de su diócesi, y á los pocos años, volvió á ésta la paz deseada.

***

No, por eso, olvidó el Sr. Carrillo y Ancona sus trabajos de historiador. Diversas obras nacieron de su pluma, que si no encantan por su estilo, ofrecen grande utilidad á la ciencia y han prestado algunos servicios á la patria.

Puede citarse su opúsculo acerca de Isla Arenas, cuya propiedad disputaba el Gobierno americano al de México. La obra del Sr. Carrillo esclareció la cuestión, y en las razones aducidas por el obispo yucateco, fundose el Gobierno de México para reclamar la propiedad de la Isla. Finalmente, ésta fué devuelta por el Gobierno de los Estados Unidos.

Poco antes de morir, sostuvo con el Lic. D. Juan F. Molina Solís una polémica acerca de puntos muy interesantes de la historia yucateca. La colección de esos artículos hoy en prensa, compondrá el apéndice á su historia antigua de la península.

Como prelado, dirigió cerca de treinta cartas pastorales á sus diocesanos y á iniciativa suya fué creada recientemente la diócesi de Campeche.

***

En lo privado, el Sr. Carrillo y Ancona, se distinguió por su amabilidad. Todo el que solicitaba de él algún servicio que no amenguara el cumplimiento de su deber, salía del Palacio episcopal de Mérida, complacido.

No obstante el haber tenido que corregir graves defectos, para sus inferiores, fué afable y bondadoso.

Por tan altos méritos, Yucatán, acompaña consternado el cadáver del sábio prelado, hasta verlo desaparecer en la tumba.

Páginas de Cuaresma.

Recuerdos de Sevilla en el tiempo Santo.

Esa ciudad de Guadalquivir bullía ardorosa y sonriente como una niña feliz y candorosa que aspira el aire saturado con los suaves perfumes de la primavera.

El cielo despejado y brillante, aquel cielo tan genuinamente andaluz, de un azul sin igual, que sirve de majestuoso dosel al espléndido rey del día, enviaba sus plácidos luminares á la tierra y se miraba en el río como en espejo divino que retrata á la vez en sus cristales el conjunto de bellezas, entre cuyo exorno sobresalen, como las primeras figuras de un cuadro, la grave silueta de la Torre del Oro, los maravillosos jardínes de las Delicias y el suntuoso palacio de San Telmo.

Con el beso del sol enjugaban las flores sus lágrimas de la noche.

Las auras furtivas llevaban doquier en sus ocultos repliegues la esencia de los azahares embalsamando el ambiente, y los armoniosos trinos de las aves llenaban el espacio de alegres y deleitosas melodías.

Era una mañana de esas que son una fortuna para el que ama y un consuelo para el que llora.

El sacro tiempo de Cuaresma y en particular el de la Semana Santa en que conmemora la Iglesia Católica el sublime drama de la Redención verificado en el Calvario, imprime en los pueblos cristianos un sello de tan singular tristeza, que infiltra el espíritu y predispone el ánimo de los seres sensibles y religiosos á la contemplación de los altos misterios y de las grandezas de la suprema obra del Salvador.

Pero donde más especialmente se observa la influencia de esta época, donde puede decirse que se acentúa más, es en la capital de Andalucía, pues se respira allí en esos días una atmósfera tal de misticismo que parece no sólo visible á la retina, sino hasta que se huele como aroma divino, y que se palpa en todo lo que revela la mano de la creación.

El semblante de los sevillanos, siempre afable y risueño, se reviste en estos días de una doble aureola, de infinita dicha, de santo orgullo, de noble satisfacción, porque pasa por ellos el culto rendido á sus hermosas imágenes que ostentan rodeadas de un caudal de oro y pedrería, causando la admiración de propios y extraños, es la mayor felicidad.

Yo no podría decir cuál de aquellas archicofradías, compuestas en su mayor parte del comercio y de todas las clases de la sociedad, se distingue más por su celo y devoción, y por su afan de superar á todas en fausto y en riqueza; pero es lo cierto que los venturosos hijos de aquel suelo privilegiado pueden estar envanecidos de su Semana Santa, la más famosa del Mundo, la más bella y esplendorosa maravilla de los hombres y asombro del universo.

Multitud de seres que se agitaban sin cesar como sucede siempre en estos días sin noches para el descanso, puesto que en su ardiente entusiasmo religioso posponen el sueño á la idea de acudir presurosos á presenciar el desfile de las cofradías de madrugada con el mismo devoto fervor que lo presencian todos los años, recorrían las calles de la bética ciudad, afluyendo en mayor número por las que se dirigen á la Macarena.

Deseosa de presenciar una vez más el férvido regocijo, la indescriptible alegría de los vecinos de aquel célebre barrio, al regreso al templo de su renombrada cofradía, me confundí con la muchedumbre, y empujada por aquella oleada humana, más bien que conducida por mis pies, llegué á duras penas á colocarme en sitio á propósito, desde donde pudiera satisfacer el anhelo de mi curiosidad.

Tras un rato de espera, el movimiento de la gente, que en cortos instantes aglomeróse hacia la izquierda, formando una apretada masa de carne viviente con vaivenes de mar alborotado y murmullos de viento tempestuoso, á la vez que las voces de los que conquistaron mayores alturas encaramándose en los árboles y sobre un trozo de muro, testigo de viejos recuerdos, que aun no había demolido la piqueta del progreso, gritando con placenteros ecos «¡ya viene! ¡ya viene!» me dieron á entender que la procesión se aproximaba por aquel lado.

La masa de carne se hizo menos movible y más compacta.

Empinándome cuanto pude sobre las puntas de mis pies, miré por entre las cabezas que había delante de mí y me dispuse á no perder ni un detalle del sagrado espectáculo.

Dos individuos de la benemérita Guardia civil, haciendo caracolear los caballos, que ya alzándose de patas traseras con grave peligro de atropellar á los curiosos más cercanos, bien andando de lado como en airoso balanceo, iban despejando el camino y abriendo ancha calle para el paso de la cofradía,

La cruz divina, símbolo de la sublime epopeya de todo un Dios sacrificado por el hombre, precediendo al ceremonial, pasó infundiendo el respeto y la veneración en hombres y mujeres, que inclinaban las unas con humildad la frente y se descubrían los otros con verdadera devoción.

Numerosa fila de penitentes, deslizándose á derecha é izquierda como fantasticas visiones, durante largo rato pasaron arrastrando la casi interminable cola de su túnica blanca como vestidura de cisne; de igual color elevábase sobre sus cabezas el capirote piramidal, cubriendo el rostro que sólo se adivinaba á través de los dos agujeros por donde asomaban los ojos cual chispas de fuego, única señal de vida que al parecer animaba la marcha siempre igual y acompasada de aquellos autómatas sin otro movimiento. De sus hombros pendía el gran esca pulario de seda verde, insignia de la advocación de la Santísima Virgen que adoran los macarenos, y sobre una cadera apoyaban con mano firme, sin demostrar vacilación ni cansancio el encendido cirio monumental.

Los hermanos mayores, recogida la cola en un brazo y sosteniendo con la otra mano la bruñida vara de plata, iban y venían por el centro cuidando del orden y la debida compostura de la hermandad.

El primer paso, grande, suntuoso, magnífico de riqueza y esplendidez, apareció por fin á mi anhelante vista, y todas las miradas, como la mía, fijas en aquel punto significaron su piadosa admiración. Representaba *La sentencia de Cristo*, aquella escena indescriptible en la que Jesús, humilde y resignado como un cordero bendito, después de haber escuchado la injusta y calumniosa acusación del tirano Pontífice Caifás es conducido á presencia de Pilatos, Gobernador de la Judea, quien comprendiendo la inocencia del reo y no hallando culpa que justifique el castigo, vacila un momento, pero al fin lávase las manos, creyendo de este modo limpiar su conciencia de aquel crimen afrentoso y confirma la sentencia.

El ancho y bien decorado paso, sobre el cual se dibuja con tanta verdad dicho solemne acto de la Pasión del Señor, pasó rozando con la gente el rico paño de terciopelo que prendido en derredor bajo el tallado zócalo dorado ocultaba á los ojos curiosos las toscas figuras de los forzudos hijos de Santiago, quienes dirigidos por un inteligente capataz y vertiendo copiosas gotas de sudor caminaban sin ver, pero con suave y recto andar, sosteniendo sobre sus cabezas aquel enorme peso que hacia temblar á veces las bombas de cristal de los artísticos candelabros, cuyas luces, desvanecido su brillo al resplandor del sol, se movían como si fueran lenguas de oro hablando en mudo lenguaje con el cielo.

Vistosa escolta de soldados romanos de á pie y de á caballo siguió detrás, al mando de un Teniente y de un Capitán, espada en mano, luciendo con aire marcial la lujosa ropilla de terciopelo bordada de oro, el plumero de costosas plumas que ondean sobre el brillante casco de acero, dando á la trigueña faz de aquellos hombres, que levantan la frente poseídos de noble orgullo, verdadero aspecto de guerreros.

Nuevo desfile de penitentes llevó otra vez nuestra imaginación hacia fantásticos ideales, queriendo en vano descubrir con el pensamiento la velada fisonomía donde radicaban los expresivos ojos que sólo dejaban ver los nazarenos.

La proximidad del clero, los himnos religiosos y el humo perfumado del incienso fué indicio de que la Madre de Dios se acercaba, y la más pura alegría se dibujó en los semblantes. Era Ella, en verdad. Las cinceladas andas de plata con pabellones de tisú, que sostenían á la hermosísima virgen de la Esperanza entre profusas luces y ramos de flores, aquella imagen purísima, patrona adorada de la Macarena, apareció engalanada con sus más preciosas galas y con el espléndido manto bordado con maravillosos relieves de oro, que desde la cabeza caía por detrás de las andas hasta tocar en el suelo.

Los fulgores divinos en que venía envuelta la Reina celestial como si la gloria fuese en torno de Ella, y la expresión de profunda ternura, de santo amor, de infinita misericordia que brillaba en sus ojos, hizo exclamar á todos en regocijado grito y en coro improvisado un ¡viva la Virgen de la Esperanza! que resonó en el espacio llevando sus ecos por los aires, prolongados sonidos armoniosos cual si el arpa sagrada de David hubiera vibrado desde la altura al sentir en sus cuerdas aquel sonoroso acorde de inefable gozo. Repetidos acentos de júbilo, de tierno amor filial hacia aquella Madre generosá, de quien todo se espera, lanzaban doquier entusiasmados, inclinando la rodilla reverente cuando un acontecimiento inesperado vino á trocar en pena las muestras de contento de aquel pueblo fervoroso.

Un hombre que entregado de contínuo á frecuentes libaciones se hallaba entonces en un lastimoso periodo de embriaguez, asomó en aquel solemne instante á la puerta de la taberna, donde celebraba á su modo la santidad del día, y sintiéndose contagiado de la alegría general, dando desaforados vítores á la Virgen, levantó la mano derecha, en la que aún conservaba el vaso del vino, y sin darse cuenta de lo que hacía lo arrojó á la santa faz de la imagen divina, que al furioso golpe se desconchó, sin que por eso cambiara su dulce expresión de Madre amante y generosa, dispuesta siempre á proteger y perdonar hasta á sus más ingratos hijos, ¡Sublime demostración de humildad y de amor digna de la bendita Madre de Aquél que siendo Poderoso murió por los pecadores enclavado en un madero!

El asombro, la indignación de los que presenciaron tan inaudito, tan abominable hecho, no tuvo igual. La multitud se revolvió rugiente como fiera herida ó como hija que defiende á su madre, y arrojándose sobre el impío con enconada ira, lo hubiera exterminado en breve, castigando por su mano el sacrilegio, si los agentes de la autoridad no se hubieran apresurado á detener al malvado, ó más bien al pobre loco, que con cara de idiota, miraba á los que le atacaban, sin rechazar la agresión, como estupefacto, ó comprendiendo quizá la profanación que acababa de cometer en un arrebato de delirante entusiasmo.

El remolino de gente siguió agitado, tumultuoso, amenazante, lanzando con murmullo sordo terribles sentencias sobre el culpable, mientras éste era conducido á la prevención.

Del sitio opuesto al del suceso, una voz varonil, fresca, sonora, como chorro de agua cayendo sobre el marmol de una fuente, cantó una popular saeta de desagravio á la Virgen, y de nuevo un coro de voces gritó por doquier: «¡Viva nuestra señora de la Esperanza!» repitiendo los sentidos cantares y los fervientes vivas hasta la misma puerta del hermoso templo de San Gil, término de la procesión.

Al penetrar la sagrada imágen en su casa, vuelta de cara al pueblo, pareció echar una tierna mirada de despedida á sus hijos queridos, envuelta en lágrimas de piedad y de perdón para el desdichado, y entre las ruidosas aclamaciones del pueblo, las melodiosas notas de los instrumentos de cuerda, los salmos que entonaban los sacerdotes, vaporosas nubes de incienso, soplos de auras, fragancia de flores y rayos de luz, reflejos celestiales, fueron introduciendo suavemente á la Virgen por la nave central de la iglesia donde los católicos hijos de aquel barrio han sabido erigirle un trono resplandeciente sobre los puros cimientos de su infinito amor.

Algunos años después de aquel á que me refiero, volví á ver en la sin par y poética villa de Sevilla, las cofradías de madrugada en una de las principales calles de la carrera y al pasar la de San Gil, tuve el placer de admirar nuevamente la bellísima escultura restaurada de la Virgen de la Esperanza, llamando poderosamente mi atención un hombre que, detrás del paso, descalzo y aherreojado con grillos y cadenas, caminaba dificultosamente, con los ojos bajos y la frente inclinada, en actitud humilde, revelando en su aspecto y por el silencioso movimiento de sus labios, que iba entregado á mental oración, en cumplimiento de algún solemne voto, yendo sin duda, por ominosa culpa, poseído de la más profunda y sincera contrición.

Aquel hombre era el mismo que en años anteriores cometiera el sacrilegio referido en un momento de ciega excitación, y habiéndole encausado y juzgado severamente la justicia de la tierra por tan nefando crimen, cumplía la merecida pena impuesta á su delito, con el arrepentimiento en el alma y las lágrimas en los ojos.

CAROLINA DE SOTO Y CORRO.

DAMAS MEXICANAS



Señora Luz González Cosío de López.

OTRO PAGO DE $ 12,082 DE "LA MUTUA" EN MEXICO.

México, Marzo 11 de 1897.

Señor D. Carlos Sommer Director general de "La Mutua."
—Presente.

Muy Señor mio:

Hoy he recibido de «La Mutua,» Compañía de Seguros de Vida de New York por conducto del Sr. L. Goroztiaga y en Presencia del Notario Sr. Diego Baz, la cantidad de (10,000.00) diez mil pesos importe de la póliza número 571,958, bajo la cual estuvo asegurado mi finado esposo el Sr. D. Federico Sanche.

Además, me ha sido entregada la suma de $2,082.40, importe de la devolución íntegra de todos los premios que mi citado esposo pagó á la Compañía desde hace cuatro años que solicitó el seguro, formando un total de 12 082.40.

No obstante que mi repetido esposo falleció en Francia á fines del año próximo pasado, la Compañía, con todo empeño, se ocupó de la tramitación de los documentos para comprobar el fallecimiento, evitándome toda clase de molestias y cumpliendo con toda exactitud las estipulaciones contenidas en la citada póliza.

Puede usted, señor Director, si así lo deseare, dar publicidad á la presente, y me repito de ud. affma., S. S. como albacea de la testamentaría de mi finado esposo el Sr. D. Federico Sanche.—*Aeise Sanche.*

COMO NACIO EL CARNAVAL

El eterno enemigo del hombre y amigo eterno de la mujer, el diablo, sintió una vez hastío de su persona.

Ser un fantasma incorpóreo, siempre acompañando á la humanidad como una sombra, en sus dichas ó pesares, no le resultaba al cabo un juego muy divertido.

Quiso, pues, ser hombre por unos días. Quiso tener corazón y labios. Labios para beber la embriaguez; corazón para formar un acorde divino con el corazón de una mujer amada.

Como mozo que libre se lanza á la vida, el diablo agotó en pocas horas todos los placeres. Amó, bebió, jugó, riñó. Fué un Don Juan, un Falstaff, un Monte Cristo, un Estudiante de Salamanca.

Andaba beodo por las calles. A la locura había robado todos sus cascabeles.

Era en Febrero. A un cielo lluvioso correspondía un suelo con fango.

El diablo cayó. Cayó de cara sobre el lodo.

Probó el polvo amasado con las lágrimas de las nubes y las bajas cosas del mundo, é hizo una mueca.

Una mueca de burla, de desvergüenza y de asco.

Y al estampar allí su rostro crapuloso, quedó hecho el molde de una fisonomía de Carnaval.

Nació la primer careta.

JOSÉ DE SILES.

EL CARNAVAL EN MERIDA



Sociedad "La Unión."—Carro "El Mundo."—Señorita Clementina González.

PAGINAS ESCOGIDAS

La cuestión social y la ciencia.

La humanidad progresa por el *trabajo:* el *trabajo* es el eterno obrero de la civilización; cuanto *es* llega *á ser* por una acción *activa y trabajadora*, tres palabras que encierran la misma idea: todo sér humano que merezca el nombre de tal, será *obrero* de algo, grande ó pequeño, modesto ó sublime, según sea su fuerza creadora ó transformadora. Y no sólo el sér humano, cuanto existe, desde las grandes masas astronómicas hasta los últimos átomos, se afanan un trabajo contínuo é inacabable.

Verdades son éstas que nadie niega y que han descendido á la categoría de vulgarísimas.

Pero esta palabra *trabajo* se entiende de diversas maneras, y de torcer su sentido, de adulterar su esencia, de estrechar su círculo propio, pueden nacer en la esfera social enemigos y odios tan injustos como funestos. *Todo trabajo* es noble, respetable, fecundo, santo pudiéramos decir, si nos dejásemos arrebatar por místicas exaltaciones; pero entiéndase bien: *todo trabajo;* no éste en particular: no aquél y los demás despreciables, aborrecibles y engañosos: todos por igual.

Trabajo es *consumir* una parte de *la vida* para alcanzar *más vida*, ya para sí, ya para los suyos, para la patria ó para la humanidad, para la generación presente ó para las generaciones futuras. Poco importa la forma en que esto se realice: las exterioridades del trabajo constituyen su característica, son sus determinaciones particulares.

Trabajo es el del pobre bracero que remueve tierra para la explanación de una obra pública; el del cavador, que hunde su azada entre terruños; el del minero, que se hunde todo él en las profundidades de la negra galería; pero *trabajo* es también el del sabio, que recogiendo toda su fuerza nerviosa en el cerebro, penetra en los misterios del Cosmos; el del inventor, que tras noche y noche de desvelo, fabrica un cuerpo férreo para meter en él una fuerza natural, el del poeta, que consume su inspiración buscando harmonías y bellezas en mundos invisibles.

No es el único *trabajo* el del *esfuerzo muscular:* trabajo es también el de la vibración del sistema nervioso y el del cerebro sobre todo; y como en las condiciones humanas á todo pensamiento acompaña un desgaste de substancia encefálica, como el sistema nervioso y su gran centro superior es el organismo en que las ideas trabajan, resulta con evidencia matemática que trabaja *el que piensa* como trabaja el que cava, el que asierra, el que cepilla, el que coloca ladrillos, el que arranca bloques de carbón bajo tierra, el que empuña la caña del timón ó la palanca de la locomotora. No trabaja metafóricamente, idealmente, trabaja *con trabajo material*, dando al progreso y á la civilización pedazos de su organismo, consumiendo su máquina humana, sudando en el foco de la substancia gris como suda el obrero por la piel, agotando sus fuerzas físicas, cayendo rendido por la noche para no dormir quizá, que la vibración del músculo descansa, pero la vibración cerebral sigue terca agotando energías, espantando el sueño reparador y consumiendo todo el capital de la vida.

El trabajo físico es siempre, hablando en términos generales, *una combustión;* quema el pobre obrero su carne y su sangre cuando dobla el cuerpo y empuja contra el obstáculo la azada ó el zapapico; pero trabaja del mismo modo el que escribe, el que medita, el que discurre, el que revuelve ideas en el hueco de su cráneo: *quemando* materialmente, más que su carne y su sangre, centenares de celdulas grises; y ambas combustiones —la del trabajador y la del hombre de estudio ó de letras—*se miden del mismo modo*, por resíduos químicos y por consumo de energia material, cuando sólo bajo el punto de vista físico se consideran.

Pero he aquí una circunstancia notable, una armonía social. que entre aparentes discordias, luchas y conflictos descubre el pensador. A saber: que el trabajo del que con el cerebro y con las ideas trabaja, siempre es en beneficio del que trabaja con su fuerza muscular. Sin el pensamiento, sin el estudio, sin consumir el sistema nervioso, ni hay progreso, ni hay invenciones, ni la industria contaría hoy tantas y tantas maravillas como cuenta; ni habría ferrocarriles, ni máquinas de vapor, ni electricidad, ni teléfono; ni nuestra vida fuera cada vez más amplia, ni el problema social fuera cada vez menos difícil: no ya resolverlo ni plantearlo fuera posible. Ni sospecharía el obrero que su suerte puede mejorarse, ni por mejorarla se afanaria, ni podría comunicar siquiera con sus hermanos para hacerles partícipes de sus angustias y de sus sufrimientos.

Cada cual aislado, metido en su mina, sudando sobre el surco de su campo, aferrado á su telar, ó estremeciéndose bajo el látigo de su amo en el Asia, en Grecia, en Roma, pensaría tan sólo en el dolor del momento ó en el descanzo de la noche próxima, como suprema esperanza.

Sí; el trabajo del pensamiento ha sido y es *el redentor*, humanamente hablando, del trabajo manual. Millones de manojos de nervios y millones de cerebros se *han quemado químicamente* durante siglos y siglos para redimir millones y millones de músculos, de millones y millones de pobres seres de sus toscos y afanados esfuerzos.

¿De qué modo? Dígalo la ciencia con sus grandes leyes, que nunca son estériles para la práctica. Díganlo los inventores con sus maravillosas creaciones. Dígalo la industria con sus prodigiosos artificios. Dígalo nuestro siglo, que empieza con formidables y á veces sangrientos gritos de libertad y va acabando con himnos de triunfo al vapor y al fluído eléctrico. Pero digámoslo aún en fórmulas menos vagas, más exactas y más comprensibles. En el mundo inorgánico, el trabajo es el resultado de *la acción de una fuerza á lo largo de un camino, venciendo una resistencia;* se mide por kilogramos y metros; su unidad es el *kilográmetro*, ó el *caballo de vapor* que son 75 *kilográmetros*. Y toda la *industria material* con su variedad infinita, con su maravillosa esplendidez, no encierra otra unidad ni se compone de otra cosa; resistencias vencidas por esfuerzos á lo largo de caminos ó tendidos en kilómetros, ó recogidos en vaivén, ó contorneados en círculo. Todo obrero en la última capa social, en la más ínfima, más desdichada, y por lo tanto más digna de compasión, todo obrero que no dispone más que de su fuerza física, que no ha recibido educación, ni tiene conocimientos más ó menos extensos que hagan productivo su trabajo por el trabajo de la idea, trabaja de este modo; vence con el esfuerzo de la azada la resistencia del surco á lo largo del surco mismo: vence con el choque de la piqueta la resistencia del mineral á lo largo del filón: vence apoyando la pala del remo contra el agua la resistencia de las olas, y cuenta que aquí ya la civilización (hombres que discurrieron) le ha dado una palanca.

Pero no sólo en el mísero obrero, en el sabio más profundo, en el artista más sublime, en el inventor como en el empresario, en toda la escala humana de la actividad y en el fondo del organismo, el trabajo *material* es el mismo en su esencia: lo mismo trabaja el músculo que la celdilla gris, que la substancia blanca, el corazón que el pulmón: siempre es una fuerza venciendo una resistencia, siempre el trabajo mecánico bajo forma de calor ó de electricidad, ó de acción química

En el cerebro que piensa, como en el peón que acarrea ladrillos, bajo el *punto de vista* del consumo de energías y de la fatiga material, no hay más que *kilográmetros* ó en sus equivalentes caloríficos, eléctricos, magnéticos ó químicos. Al trabajar se consumen *kilográmetros* en las evoluciones cerebrales que vibran, como en la locomotora que salva abismos, taladra montes y contornea curvas.

No odie el obrero al que trabaja con el pensamiento en cualquiera de las esferas sociales, que identicos son y son hermanos ante la ley eterna del trabajo; y kilográmetros consumen unos y otros, y pedazos de sus organismos se queman, y día por día van consumiendo aquél y éste su existencia en la misma obra de redención.

¿Pero qué es el trabajo humano, cuál es la ley de sus evoluciones? La ciencia, mejor dicho, todas las ciencias combinadas nos lo hacen ver y nos lo demuestran con demostraciones infalibles.

Cambiar *kilográmetro* por *kilográmetro*; *una unidad* de trabajo muscular ó nervioso por *otra unidad:* un *pedazo de vida* por *otra tanta vida*, esto sería casi la inmovilidad. la negación de todo progreso, el encharcamiento perenne en las primeras charcas que dejó el diluvio al retirarse: sería el estado salvaje á perpetuidad y sería al fin, la destrucción y la muerte: allí no habría problema social, allí todos seríamos iguales: todos á ras de tierra en el bosque ó en la caverna.

No; la humanidad progresa, porque no cambia *un trabajo* por otro *trabajo igual*, sino por otro TRABAJO MAYOR: ahí está su *ganancia;* ¡esa palabra tan odiada! ahí está su interes, su beneficio, su triunfo, su gloria y su porvenir. A fuerza de *ganancias* hemos progresado y somos lo que somos.

El sabio, que consumiendo y quemando masa encefálica, como tantas veces he dicho, y desarrollando kilográmetros químicos en las profundidades de su cráneo, descubre una ley. una fuerza, una energia, pongo por caso el vapor, la electricidad, el modo de utilizar los rayos solares,, ó la palpitación de la marea; ese sabio, repito, por unos cuantos kilográmetros que consume encuentra potencias infinitas para la humanidad y para el obrero mismo; y en ese cambio de lo *menos* por lo *más*, de un consumo de energía nervioso por un aprovechamiento de millones y millones de caballos de vapor, está cifrado el maravilloso progreso material del siglo XIX y el acrecentamiento de la riqueza humana. Así se emancipa el trabajo muscular de las clases inferiores, poniendo á su servicio el trabajo de la natureleza inorgánica y las grandes fuerzas que antes se consumian estérilmente para la civilización. Asi el obrero se va elevando en el orden de la inteligencia y va poco á poco mejorando su suerte. Antes sólo trabajaban sus músculos, ahora entra á la parte su cerebro, y con mover una palanca en la locomotora ó con abrir una válvula de paso, hace trabajar á miles de kilográmetros, que es como si sus músculos se hubiesen centuplicado mil veces y fuesen los de un titán.

Pues bien: estas *ganancias* de fuerza motriz; esta suma de *beneficios* que resultan al cambiar una pequeña parte de energia orgánica y un pequeño consumo, (pequeño

relativamente) de vida por una cantidad enorme de energía inorgánica; estas fuerzas naturales, vapor electricidad, calórico, acción química ó luz, fuerzas antes ociosas y que el genio del hombre ha arrancado de su holganza, para hacerlas trabajar en miles de máquinas, aparatos é invenciones, en férreas cárceles ó sobre carriles metálicos ó en hilos de hierro; todas estas energías acumuladas, vuelvo á decirlo, constituyen ó pueden constituir, si locamente no se consumen, *el capital* de las modernas sociedades. Y he pronunciado la palabra temerosa.

¡Cómo ha de ser *el capital*, ni el mónstruo, ni el tirano, ni el vampiro, si es *en el órden físico* del trabajo y de la producción el único redentor del obrero y del hombre!

¡Ah! ¡Si de la noche á la mañana, por arte de magia se duplicasen, se triplicasen *todos los capitales* de la tierra, cómo se duplicaría y triplicaría el bienestar del obrero!

¡Esta sí que sería la inmediata solución del problema social: los salarios altos, la reducción de horas, la instrucción del obrero, su descanso, vejez tranquila, su vida moral más y más dilatada por horizontes hoy inaccesibles!

Ah! si corriesen, como dice el gran maestro, no dos capitalistas tras un obrero, sino *veinte ó treinta tras el último peón* para que llevasen una carretilla de tierra, cómo entonces el humilde peón *impondría la ley*, no por su fuerza física ó por la intervención absurda de otras fuerzas que el Estado le prestase, sino por la fuerza de su derecho y por ley de naturaleza! ¡Por fuerza y ley incontrastables!

Sin el capital, nada: la muerte, el hambre, la miseria para todos: todos iguales, pero con la igualdad de las pocilgas ó de los cementerios.

Con la *abundancia de capital*, todo: el bienestar y la esperanza; que aun las mismas desigualdades serían gérmenes de progreso. Vale más la desigualdad de *diez metros* más ó menos entre muchas torres, que la igualdad niveladora que se tienda mezquinamente sobre un rastro de hormigas.

Y bien, sólo la ciencia y sus aplicaciones prácticas, sólo el trabajo inteligente, realizan estos prodigios; no en un día todo, pero cada día algo más.

Trabájese, pues, en resolver, dentro de lo posible, el problema social ó en facilitar su solución: esto es justo noble y simpático, pero entiéndase que la solución más eficaz consiste en aumentar el capital por el trabajo, y entiéndase que el trabajo más fecundo es el de la inteligencia.

El mundo antiguo esclavizó al hombre: esclavicemos hoy los elementos: cada masa de vapor que se encierre en una caldera, cada corriente eléctrica que se lance por un hilo, cada rayo de sol que se aprisione, redimirá cien obreros. Pero ¿quien sabe? Acaso es ley histórica que el pueblo escogido odie siempre al redentor.

JOSÉ ECHEGARAY.

EL CARNAVAL EN MERIDA



"Liceo de Mérida."—Carro "Justicia."

DE EMILIO CASTELAR

I

El cielo llovía nieve sobre Varsovia en triste noche. Parecía tejer un sudario para cubrir aquel cadaver. Todo lo que reina en el sepulcro, reinaba allí: frio, silencio, soledad. Por sus calles abandonadas pasaban de vez en cuando, caballeros en pequeños caballos, los tártaros como aves de rapiña, que se lanzaban en aquella huesa.

Y sin embargo, en medio de tanta desolación, brillaba una esperanza de vida, una aspiración de amor, una de esas flores que entre las junturas de los sepulcros brotan. Veíase en espacioso salón una joven que se probaba blanca corona de azahar. Era la corona de desposada que tenía apercibida para la noche siguiente, noche de sus bodas. Apenas contaba veinte años. Largos rizos rubios caían como rayos de luz sobre sus espaldas. Brillaban como un cielo sereno sus azules ojos teñidos de melancólica felicidad. Al través de su tez veíase circular la sangre. Era tan apuesta, tan alta y tan elegante, que bien podía parecer, por lo ancho de su frente, por lo esférico de su cabeza, por el profundo azul de sus ojos, por su nariz aguileña, sus pronunciados labios, su erguido cuello y su majestuoso continente, la estátua que representaba el genio de su patria, que representaba á Polonia. Yo tengo para mí que esos pueblos esclavos, desolados, suelen dar en el tormento hermosas hijas al mundo, nacidas de las más sublimes inspiraciones, de las inspiraciones del dolor. ¿No os acordáis de aquellas hermosísimas hijas de Israel que tañían sus harpas bajo los sauces de Babilonia, que confundían sus lágrimas con las aguas del extranjero río, y que desarmaban con su hermosura á los perseguidores de su pueblo?

II

La joven dejó su corona de azahar, después de haberse cerciorado al espejo de que le sentaba bien y corrió á una ventana como para mirar si alguno que esperaba venía ya. En aquel instante vió pasar envuelto entre las ráfagas del viento, entre los remolinos de la nieve, un pelotón de cosacos que juraban y maldecían de Polonia. Retiróse la joven horrorizada, y maquinalmente se sentó al piano, dejó caer desesperada la cabeza sobre el pecho y recorrió con sus dedos las teclas. El instrumento produjo una melodía profundamente triste, una de esas melodías que son el lloro de toda una generación, la agonía del alma de todo un pueblo. Inmediatamente apareció en la puerta un anciano encorvado y vacilante, que pronunció con horror estas palabras: —«¿Qué haces? ¿no sabes que ese cántico de nuestros padres, puede costarnos la vida?»

—Es verdad, abuelo, repuso la joven, es verdad; no tenemos patria.

—Yo creo que sí, dijo el anciano; yo creo que este pueblo, apedreado ayer como San Esteban, podrido ayer como Lázaro, aún tiene esperanza.

—¿Dónde está?

—En Dios, dijo el anciano.

—¿Y cuándo nos oirá?

—Cuando le hayamos desarmado con el martirio.

—¡Aún más mártires! exclamó la joven con acento desgarrador. Dos gruesas lágrimas, dos lágimas se extendieron por su rostro, como dos amargos ríos de dolores. El anciano bajó la voz, y dijo:



Grupo de Mestizas.

El carnaval en Mérida.—Señorita Lucrecia Castellanos, en traje de fantasía.

—Aún tenemos esperanzas, si pensamos sólo en guerras.

¿Qué amor es posible cuando abrazas un cadáver? ¿Para qué engendrar cuando engendras un esclavo? Maldito el corazón que á su amor egoísta sacrifica el amor á la patria; maldito el seno que engendra hijos para que los devore el tirano. Te probabas tu velo de desposada. ¡Infeliz! Las hijas de Polonia han nacido en un sudario. Su cuna es un sepulcro. ¿Qué será su lecho nupcial? Y desapareció el anciano.

III

Después de oír estas palabras, quedóse María como muda, pasmada. Sin embargo, á los pocos minutos se recobró un tanto y se dirigio á un cuadro de la Virgen que en el testero del salón brillaba. Madre mía, dijo doblando las rodillas, Madre mía, óyeme. El navegante, cuando las nubes borran las estrellas, cuando el viento levanta las olas, cuando el huracán ruge, te invoca y le oyes, y el cielo vuelve á lucir sus estrellas, y el mar se duerme como un niño, y el huracán se convierte en brisa, y las velas se rizan como las alas de una ave, y el barco llega al puerto. ¿Por qué, por qué no has de socorrer á un pueblo que se ahoga en un mar de sangre? Nuestras casas son panteones; nuestros lechos sepulcros; los altares de sus iglesias, pesebres de los caballos tártaros; tus hijos, en su furor, despojados. Este pueblo se hunde, se sumerge en un mar de hiel; cuando le falta la voz, levanta á tí en demanda de auxilios sus manos cárdenas y ensangrentadas. Ya hemos sufrido la crucifixión. Ya hemos dormido largamente el sueño de la muerte al pie de nuestro calvario. ¿No ha de llegar la hora de resurrección para este Cristo de los pueblos?

La oración fué interrumpida por la presencia de un joven, que á pesar de traer su gorra de pieles y su capotón cubierto de nieve, sudaba. María se levantó y corrió á su encuentro. Es imposible que pudiera haber en toda Polonia una pareja más hermosa. Los dos jóvenes, los dos rubios, los dos altos, los dos de azules ojos, de blanca tez, los dos parecidos, con la diferencia que él tenía toda la fuerza, toda la austera hermosura del varón, y ella toda la gracia, toda la delicadeza, toda la hermosura de lo que llama Goethe el ideal femenino.

Juntáronse sus manos, sus ojos, su aliento, sus almas. Reinó por algunos instantes ese silencio infinito que ninguna frase humana podrá expresar, ese silencio religioso que ha sido siempre la sublime elocuencia del amor. Si aquel éxtasis se hubiera prolongado en toda la dilatación de los tiempos, sería la bienaventuranza celeste. Esta electricidad de dos miradas que se juntan en un deseo, ese choque de dos almas que se confunden en una idea, esa armonía de dos corazones que laten unísonos, ese aroma de dos suspiros que se comprenden, esa unión de dos vidas indisolublemente ligadas como el alma y el cuerpo, como el ojo y la retina, como el pecho y la respiración. ¡ah! ESO ES EL AMOR. ¿Por qué no decirlo? *El amor es siempre egoísta; siempre es el egoísmo sublime de la juventud, la concentración de la vida en sí misma, como para formar fuerza y dilatarse y extenderse en nuevos seres. Como dijo el más sublime de los poetas modernos* (Víctor Hugo), *el amor es el egoísmo de dos. Para él no hay en sus instantes de arrobamiento ni patria ni humanidad; no hay más que él mismo: toda la tierra es el espacio que el sèr amado habita y toda la humanidad está en el sèr amado compendiada.*

Y hé aquí por qué María lo olvidó todo en aquel momento: las palabras del anciano, las tristezas de su corazón, la patria desolada, los aullidos de los cosacos, su oración, sus lágrimas; no veía la tierra desde el cielo de su amor, compendiado en los azules ojos de su amante, donde se había reconcentrado toda su alma.

¡Cuán felices aquellos momentos! El joven acariciaba la idea de su bondad, como el logro de todos sus deseos, como el término de una ambición que había llenado toda su vida. Amó á aquella mujer desde niño, desde que los primeros sentimientos brotaron de su alma. Mil obstáculos inseparables, mil contrariedades le habían combatido. Su amor inmenso le llamaba á María, y el destino le apartaba de María. Por fin, después de luchar y reluchar, después de consumir años enteros en una desesperación inmensa se encontraba en vísperas de su boda. Contaba con impaciencia los minutos que faltaban para sellar con un juramento eterno la alianza de dos corazones nacidos el uno para el otro, dignos de confundirse en una sola vida. La aspiración de su ser, á los 22 años, cuando toda la imaginación es calor, toda la inteligencia luz, todo el sentimiento pasión, todas las ambiciones amor, era ¡oh! era unirse con la mujer de sus ensueños. No mira el satélite al planeta, el planeta al sol, el ruiseñor á su nido, el arroyo al cielo, ni el cielo á Dios, como aquel amante miraba á su amada. No sabría yo, pobre narrador de esta historia, no sabría decir cuanto le decía, repetir sus palabras entrecortadas. Aun no ha nacido pintor que haya retratado el fondo de unos ojos enamorados. Aun no ha nacido músico que haya trascrito la nota de un suspiro de amor. ¿Dónde está el escritor capaz de repetir las palabras de un pecho enamorado? Más fácil es repetir el rumor inmenso que levantan á las alturas las olas del Oceano. El corazón henchido de amor es el universo. De amor, de esperanza, de felicidad estaba henchido el corazón del joven Ladislao. Los dos habían olvidado el mundo. ¿Qué valía para ellos la patria, cuando el imán de su amor les alzaba al cielo?

V.

Aquel arrobamiento es interrumpido, sin embargo, por el anciano, que entra y exclama:

«Amar, amar cuando Polonia está en tierra cubierta de ceniza y de sangre, amar es un crimen. ¿No oís las hienas que machacan entre sus dientes los últimos restos del cadáver? ¡Y sois felices! Mirad, mirad, y se descubría el pecho; una, dos, tres, cuatro, cinco, seis cicatrices. Por ahí he vertido sangre de mis venas. Por ahí han soltado pedazos de mi corazón. He encanecido en Siberia, me he encorvado bajo el peso de mis cadenas. Ya no tengo fuerzas para vivir, aun tengo fuerzas para aborrecer. Polonia puede levantarse. Si hoy es el ludibrio del mundo, mañana será el angel exterminador de los tiranos. Ladislao, ve á morir á Polonia. María, envíale á la muerte. Vuestro primer beso de amor será maldecido, porque podrá dar de sí el alma de un esclavo. Si mañana Varsovia no se levanta de nuevo á pelear, pasado mañana iréis atados codo con codo á Siberia. Que vuestro pecho sea todo odio, que vuestros brazos sean lanzas, que vuestro aliento sea fuego; porque yo, anciano, yo que he caido cien veces en los campos de batalla, voy á morir por fin sobre el seno de la patria esclava.»

Y el anciano quiso erguirse y echar á correr como un joven, pero sus piernas flaquearon, y cayó de rodillas ante el cuadro de la Virgen. En tal sazón óyese una gritería confusa de *Viva Polonia*, y el ruido de una descarga cerrada.

VI.

El joven Ladislao señaló al anciano, señaló al cielo y estrechó fuertemente contra su corazón á María.

—¿Te vas? preguntó la joven.

—Me voy, María, me llama la patria.

—Es el ruido del viento, dijo María.

—Nó, es ruido del combate, le replicó Ladislao.

—Por piedad ¿y nuestro amor?

—¡Nuestro amor! ¿pues qué, preguntó el joven, nuestro amor no había de durar sino lo que dure la vida?

—¡Mañana! dijo María, ¡mañana!

—El corazón me dice, exclamó Ladislao, «el corazón me dice que mañana serás mía.»



Señoritas Mercedes y Elena Ponce Vales.

(De fotografía tomada en los salones de "La Unión.")

En tanto se oyó una descarga más cerca......

—¡Ladislao! exclamó María, por Dios.....

La joven no se atrevía á decirle que no partiera...... Pero añadía para engañarse á si misma: «Ladislao, es el viento.»

—Nó, dijo el joven; es el alma de la patria.

—Adiós: mañana de todos modos, exclamó María, será nuestra boda.

El joven se lanzó á la calle, y María fue á caer al lado de su abuelo, ante la imagen de la Virgen.

VII.

Un día entero de combate. La sangre ha corrido durante largas horas. Los hijos de Polonia han peleado de nuevo. Todos los hombres se han lanzado al campo. Todas las mujeres á los altares. María reza y llora. Del fondo del abismo de su desesperación sólo se levanta una plegaria. Sucede una nueva noche El ruido de combate ha cesado. El éxito no es dudoso. Polonia lucha sabiendo que cae. Un silencio inmenso reina sobre la ciudad. Aquella debía ser la noche de la boda de María. Su corona de azahar está allí; el velo está allí; pero su amante no está. María le llama y no responde. La joven desvaría ¿Dónde ha sido el combate? Fuera de sí, loca, se siñe la corona, se prende el velo y se apercibe á irse.

¿Dónde está Ladislao? pregunta á su abuelo que yace espirante al pie de la Virgen, espirante de dolor y de fatiga.

—¡Felices los que mueren con el Señor! contesta el anciano.

María lo comprende. La noche es obscura, la nieve cae. La joven vestida de blanco, envuelta en el velo, sola, entra en el torbellino del viento, parece la estatua de un sepulcro que anda, ó el alma de una virgen que vuelve del cielo.

Sus sienes laten, su corazón late, como si se dirigiera á su tálamo nupcial. Va á las afueras de Varsovia, al lugar del combate. Registra con sus manos anhelosa los montones de muertos. Las sombras son tan espesas que no puede distinguir los rostros.

En esto se oye un gemido, que es el último gemido de una vida que se apaga.

Es él, grita, es él.

Un rayo de luna rompe las nubes. María reconoce el rostro de Ladíslao, lívido, teñido por las sombras de la muerte. Pone la mano sobre su corazón; no late pone el oído sobre su pecho; no respira.

—Has muerto, dice sin lanzar un !ay! En esta noche debíus recibir mi primer beso de amor.

Y clavó sus labios ardientes sobre los fríos labios del cadáver. Sorvió en su beso la muerte. Al día siguiente llevaban en carros al cementerio los cadáveres de los insurrectos, y entre ellos el cadáver de una joven hermosísima envuelta en su velo de desposada.

¿Sabían los sepultureros el secreto de aquella muerte? —No lo sé.

Ignoro, pues, si los dos cadáveres se juntaron en la misma huesa.

EMILIO CASTELAR.

EL CARNAVAL EN MERIDA



Bando "Liceo"—Carro "La Mutua."—Familia Jappan.

LO QUE DICEN LAS OLAS

¡Adiós, Norte-America! ¡Adiós por siempre tal vez!

¡Adiós, selvas embalsamadas y frescos valles, como dicen en Aida!

¡Adiós, templos de piedra consagrados á la industria! ¡Adiós, ferrocarriles vertiginosos, ascensores volantes, ríos encauzados y lagos sin iguales en el mundo!

¡Adiós, sublime Niágara, estruendosa reliquia de la tierra, joya de América! No me olvidaré de tí mientras entre la luz por mis ojos y pueda reproducir tu imagen, mientras mis oídos no se cierren á los rumores y sonidos de este mundo, mientras corra la sangre por mi cerebro, friccionando mi pensamiento, mientras lata mi corazón y no cese mi aliento!

El «Britania,» de la flota White Star, sigue nadando á razón de quince millas por hora.

Hace cuatro días que nos hemos embarcado en Nueva York, en un muelle cubierto de gente.

Ha habido despedidas tiernas, abrazos, lágrimas, palabras cariñosas, expresando el deseo de feliz viaje, frases ahogadas por la emoción y variadas escenas, en que lo poético y lo doloroso de los últimos momentos previos á la separación, se mezclaba con la excitación apurada del viajero, el transporte de los bagages y los cuidados de todos por atender á sus sentimientos, á su paraguas, á sus saludos, á su capa de goma, á sus lágrimas y á sus maletas.

Luego, de lejos, cuando los hélices se han puesto á aletear ya con cierto vigor, hemos visto alzarse en el muelle y en la borda del buque un diluvio de pañuelos blancos como si los viajeros y sus amigos de la costa hubieran puesto á secar la ropa íntima de sus tristezas, mojada por el llanto de las despedidas, colgándola al viento, que se lleva más tarde ó más temprano, hacia el olvido todos los dolores y todas las satisfacciones de la vida.

Los viajeros novicios, apenas el buque ha salido, se han puesto á escribir sus impresiones de viaje, como si no tuvieran más tiempo.

Las mujeres se muestran más avanzadas en el desempeño de esta grave tarea y redactan con una letra varonil de escuela norte americana, en sendos cuadernos ú ojas volantes, las ideas penumbradas de su imaginación flotante.

Nosotros, cada día, cuando el mar no está enteramente desagradable, lo que le ocurre pocas veces en esta sección de sus dominios, nos sentamos á mirar su masa ondulante encrespada, teñida y rumorosa, como el follage de los árboles movido por el viento, escuchando *lo que dicen las olas*, según la inolvidable expresión de Dickens.

¡Lo que dicen las olas!

Ellas también cuentan sus penurias y angustias; relatan su eterno viaje por los mares, por los ríos, por las nubes, por la cumbre de las montañas, por los despeñaderos y los arrecifes.

Agitadas, anhelantes, enloquecidas, corren como el hombre, buscando su nivel sin encontrarlo jamás, y van desatinadas, un día al Norte, otro al Sud ó en cualquier rumbo, alzando su cabeza blanca de canas para mirar en el horizonte si la jornada tiene término.

Y se atropellan desatadas, trepándose sobre sus vecinas, inútil, estérilmente, hundiéndolas bajo su peso, en tanto que otras se levantan, y otras y otras crecen más adelante, siempre más adelante en el infinito océano, removiendo sus lomos hinchados y huyendo en curvas indolentes ó espumosas de cólera, hasta perderse en una confusión inacabable.

Las olas cantan en tono mortificante la leyenda de nuestros pesares, retirando nuestra mente á los lejanos tiempos de la infancia, cuando una madre desvelada mecía nuestra cuna; ó á lo menos, remotos del romance de nuestra vida, cuando la voz temerosa del amor correspondido, murmuraba sus caricias en nuestros oídos.

Traen los acentos de la patria abandonada, de la amistad insegura, del desengaño inmerecido, y se alejan llevándose nuestros suspiros y dejándonos en el pecho la amargura de sus entrañas saladas.

Allá lejos, las esperanzas como las aves blancas de los mares, aparecen en el tul de la espuma: avanzan, se acercan, y cuando les abrimos los brazos para estrecharlas contra nuestro corazon, la onda se desvanece y las burbujas de su penacho vuelan en invisible atmósfera hacia los cielos.

La historia de nuestra vida, con todos sus recuerdos confusos, anacrónicos, flota en las montañas que el viento levanta, se hunde en los valles fugaces que ellas forman, vuelve á subir en las olas siguientes y envolviéndose en sus ondulaciones, se aparta y se oscurece, engendrando una vaga sensación de martirio, de remordimiento y de duda respecto al mérito de nuestros actos pasados ó al acierto de nuestra conducta en la sucesión de los años.

—¿Por qué no fui más bueno? se pregunta el espíritu atribulado.—¿Por qué no fuiste? interrogan las olas á su turno, y nadando sobre sus flancos se escapan palmoteando con sus vértices quebrados como burlándose de nuestra miseria.

La sensación del ritmo vital se embota; las facultades embargadas por la suma de reminiscencias, languidecen, y una melancólica y suave aspiración á morirse, se extiende como un sudario sobre el alma.

¡Un sepulcro en el mar insondable, la caída sin salvación, sin amparo, la muerte sin remedio, con el consuelo de la imposibilidad calculada contra la cual toda lucha es una quimera.........! son las dos ideas indecisas, deslustradas, semidormidas que el cerebro fomenta, mientras las olas pasan, golpeando los costados del buque, que juegan con su peso y se retiran, encargando á otras olas su tarea. ¡Un sepulcro en el mar!

Las olas mecerían mucho tiempo nuestro cuerpo; sí, tiempo mucho prolongando el simulacro de la vida, con su eterno movimiento y la soledad de la tumba en un cementerio cualquiera habría desaparecido con todos sus horrores, reemplazada por el capricho bullicioso de las aguas, en el mundo infinito de la atmósfera líquida, verde ó azul, con esmeraldas ó zafiros disueltos!

Las olas dicen entre tanto: Así tus pesares y tus ensueños, negros ó teñidos por la luz de tus ilusiones, serán llevados por el tiempo y sembrados en el camino de la vida, como migajas de tus oídos ó tus amores, cuando la edad marchando sobre tu cuerpo, llegue á enfriar tu cerebro y á helar tu corazón.

Un estremecimiento nos despierta en medio de la horrible fantasía; las olas continúan su viaje interminable cantando su solemne romanza con acentos doloridos, y entre sus tonos; el oído sobrescitado percibe los nombres de las personas alojadas en nuestro corazón, las melodías que aprendimos en tal ó cual época de la vida, los pedazos de frase cariñosa, los reproches, las discusiones y, por fin, el silencio que resulta del ruido uniforme cuando el cerebro se cansa y el sueño empieza á batir sus alas,

El viento silba en el cordaje del buque, y arrebatando en la boca de las chimineas el humo negro, denso como nube de tormenta, como aliento letal, lo lleva desmenuzándolo entre sus dedos para dejarlo caer en copos lenta, perezosamente, disolviéndolo en los confines de la vista sin conservar ni el fantasma de su existencia.

Los mares entonan á la vez alegres sonatas, como música de bailes aldeanos, y la aspiración á vivir renace.—¡Vivir en el bullicio del mundo, allá en las grandes ciudades llenas de intrigas y de conflictos que acortan, disminuyen y destruyen el tiempo, envolviéndolo en los pliegues de su permanente variedad hasta dejarlo invisible!—¡Vivir sintiéndolo todo, como un curioso de las pasiones; dando valor á lo que no lo tieue ó quitándolo á las graves y trascedentales cuestiones!—¡Vivir camiuando hacia la tumba sin sospechar su proximidae, y dejarse sorprender eu medio de la despreocupación atolondrada, sin saber por dónde se va ni por dónde se ha ido, como las olas según el viento ó el calor de las corrientes marinas!—¡Vivir sufriendo las torturas como juguetes del infortunio y tomando como hambrientos un pedazo de felicidad descompuesta, para roerla hasta el hueso sin dejarle un átomo de carne!..

Las olas pasan por debajo del buque encorvando la espalda y levantáudolo en alto para mostrarlo cabeceando ó rielando sobre la superficie rugosa del Océano. El mar está áspero, según la expresión de á bordo, y yo me retiro cansado de baber hablado tanto con sus olas!

OSCAR WILDE.

EL CARNAVAL EN MERIDA—Sociedad "La Unión."—Carro "Mariposa."



EL CARNAVAL EN MERIDA

LOS MESTIZOS.

En Yucatán la clase popular está formada generalmente por los descendientes más cercanos á los mayas, que llevan el nombre de *meztizos*. De esta clase se componen diversos gremios de trabajadores que, perseverantes en sus oficios, sin grandes exigencias sociales á que atender, logran reunir modestos capitales, á veces acrecentados hasta sumas considerables.

Miembros de la clase llamada *meztiza* en aquel Estado, han sido hombres distinguidos por su talento y sú virtud, como el Sr. Obispo Carrillo y Ancona, muerto en la semana pasada. La cualidad del valor ha enaltecido también á la clase popular yucateca, en las luchas sangrientas que tristemente conmovieran al Estado.

El pueblo de Yucatán llama sobre todo la atención de los extranjeros, por su aseo. Raro es el ejemplar, tan abundante en la República, del hombre que inspira compasión á la vez que repugnancia, por su traje sucio y harapiento,

Las mujeres llevan el pelo graciosamente peinado en forma de lazo, que atan en medio con una cinta; usan camisa de lino blanco, sin mangas, con escote cuadrado y bordada al rededor del escote y de la falda, con vistosos hilos de diversos colores; esta camisa se llama *hipil*; y saya también de lino blanco, bordada, lo mismo que el *hipil*, en el borde; se cubre la parte escotada del traje, con un rebozo de lienzo ó de seda.

En la parte delantera, llevan cruzadas las extremidades del rebozo, una de las cuales, sostienen con la mano izquierda en un cuadril, dejando la derecha libre. Ostentan en el cuello gruesas cadenas do oro y de corales, y en las orejas pendientes de oro y corales ó perlas.

Los hombres usan camisa de lino blanco, de pechera bordada primorosamente, y con botonadura de oro y piedras preciosas; ancho pantalón blanco y sombrero de pajilla. Llevan la camisa fuera del pantalón y van calzados con *cacles* de charol.

Los *mestizos* han formado dos grandes agrupaciones para celebrar las fiestas de Carnaval. Estas asociaciones se llaman «Paz y Unión» y «Recreativa Popular,» que están regidas por juntas directivas electas entre los socios.

No contando con edificios propios, las dos sociedades toman anticipadamente en alquiler las mejores casas de



Batalla de Flores.—Carro "Pandero."—(Primer Premio.)—Familia Ponce Cámara.

la ciudad, las adornan lujosamente y las convierten en espaciosos salones para los bailes. Esta és la única diversión que organizan las sociedades de *mestizos* y á las cuales asisten siempre más de cuatrocientas parejas.

Las orquestas para los bailes de *mestizos* son iguales á las que tocan en los salones del «Liceo y de «La Unión.»

A veces, los *mestizos* celebran bailes de máscaras y de trajes de fantasía, pero no tienen el atractivo de los ordinarios que ofrecen aspecto encantado, pues en estos sobresale la deslumbrante blancura de los trajes y de las gasas y demás adornos de los salones.

En estas diversiones son de notarse el orden y los distinguidos modales de la clase popular yucateca, siempre correcta y respetuosa. La fraternidad es su mejor distintivo.

Durante los bailes de carnaval no acontece el menor escándalo; las comisiones para cuidar el orden resultan inútiles pues, en todo el tiempo que dura su encargo, no tienen que intervenir una sola vez para evitar la más leve discordia.

Los *mestizos* tratan á sus damas, con respetuosa galantería. Incapaces son de atreverse á pronunciar delante de ellas, una palabra descompuesta, porque sería delito gravísimo, imperdonable; quien lo comete lleva, para siempre, el estigma de mal caballero, y no vuelve á ser aceptado en reunión alguna.

Los extranjeros son acogidos con la más exquisita franqueza. Cuando un extranjero visita aquellos salones, los miembros de la junta directiva lo reciben y acompañan satisfaciendo todas sus curiosas preguntas; lo obsequian finamente y al retirarse le hacen presentes sus demostraciones de gratitud por haberlos visitado.

Por un sentimiento de dignidad que los enaltece, nunca invitan á tomar parte directa en sus reuniones á quienes no visten el traje de ellos. Tampoco pretenden participar de las diversiones que organizan las otras sociedades. El suyo es un carnaval aparte.

Las cosas pesadas tienen sus espectros como los hombres muertos.—*P. Feval.*

El pensamiento es un poder y el talento una libertad. —*Victor Hugo.*

El dolor es el artista de los artistas.—*Castelar.*

Demasiado paraíso el amor no llega á quererlo.—*Victor Hugo.*



EL CARNAVAL EN MERIDA



Sociedad "La Unión."—Carro Chinesco.



Sociedad "La Unión."—Carro alegórico "La Fuente."—Señoritas Pilar Cámara y María Cantón Horta. (Vista delantera.)



Monumento á Maria Teresa, en Viena.

Tomado directamente por el artista fotógrafo mexicano Señor Guillermo Valleto, en la capital de Austria.

CUENTO SANTO

Como los apóstoles eran pobres y rústicos y de corazón sencillo y humilde, Jesús, su divino Maestro, se ocupaba continuamente en instruirlos y prepararlos con lecciones prácticas, á su alcance y el del pueblo, para la gran misión de predicar el Evangelio de Dios á las gentes.

Un día caminaba Jesús por las riberas del Jordán en compañía de sus amados discípulos Simón y Júdas Iscariote. Dos hombres trabajaban en una heredad inmediata al camino, uno de ellos hermoso y el otro muy feo, y ambos hombres saludaron muy corteses y afectuosos á Jesús y sus discípulos. Jesús y Simón devolvieron el saludo á los dos con el mismo amor á uno que á otro; mas no así Judas que apenas contestó al saludo del hombre feo, y por el contrario, contestó muy afectuosamente al saludo del hombre hermoso. Notó Jesús esta diferencia y así que se alejaron un poco de los trabajadores preguntó á Júdas:

—Júdas, ¿por qué has saludado con más amor al hombre hermoso que al hombre feo?

—Maestro contestó Júdas: el viajero que encuentra en su camino un pedazo de oro y un pedazo de pedernal ¿cómo ha de estimar en tanto el pedernal como el oro?

Jesús calló, sonriendo á Júdas tristemente y él y sus discípulos continuaron el camino.

Como hacia mucho calor, y la jornada iba siendo larga y desabrida, sentáronse bajo unos árboles á cuyo pie brotaba una fresca y cristalina fuente, en que se refrigeraron así que habían descansado un poco.

Entreteníase Jesús conforme platicaban, en golpear con su báculo un ribazo que daba sobre la fuente, cuando desprendiéndose un gran césped, aparecieron sobre la tierra removida, un pedazo de oro y un pedazo de pedernal.

Júdas lanzó un grito de sorpresa y alegría al ver el oro y se inclinó á cogerle.

—Detente, amado Júdas, que soy yo quien ha descubierto ese pedazo de oro y ese pedazo de pedernal, y el pedernal y el oro son míos y no vuestros.

—Cierto, señor, contestó Simón, sin vacilar.

—Cierto, dijo también Judas como de mala gana.

Jesús tomó el oro y el pedernal, y después de cerciorarse de que oro puro era el primero y piedra el segundo, extendió hacia el Oriente sus brazos, suspendiendo en la diestra el pedernal y en la siniestra el oro, y dijo á sus discípulos:

—Quiero haceros dueños de este hallazgo. Tomad á un tiempo de mi mano lo que más os plazca: uno el pedazode oro y otro el pedazo de pedernal,

Y al decir Jesús esto, Simón y Judas se lanzaron á un tiempo á su diestra y á su siniestra para coger, Simón el pedazo de pedernal y Judas el pedazo de oro.

Jesús calló, sonriendo tristemente á Judas, y con alegria á Simón y los tres continuaron por las desiertas orillas del Jordán.

Maestro, dijo Judas, el sol declina ya, y apenas hemos tomado hoy alimento alguno.

—Cierto, contestó Jesus. Adquiere, amado Judas, con un poco del oro que llevas, alguna vianda con que nos remediemos los tres.

Judas miró á todas partes, y no viendo por ninguna mas que calladas soledades, replicó:

—Maestro, imposible es hallar en estos desiertos quien nos la venda.

Jesús sonrió á Judas tristemente, y dijo á Simón:

—Simón, pescador eras en el mar de Galilea.

Simón comprendió lo que el maestro deseaba. y acercándose al Jordán, arrojó á la corriente un anzuelo colocado al extremo en una cuerda, y poco después la retiró con el un pez muy grande.

Jesús y Simón sonrieron plácidamente al ver fuera del agua pez tan hermoso.

—¿De qué nos sirve ese pez, les dijo Judas, si no tenemos fuego para asarle?

Jesús y Simón callaron; pero Simón tomó un poco de yesca del tronco de un arbol, la puso sobre el pedernal, hirió el pedernal con el cuento de su báculo, la yesca se encendió, poco después el pez tomaba el color del oro sobre las ascuas de una alegre hoguera, y no mucho después Jesús y los discípulos continuaban su camino aliviados de las angustias del hambre.

Al partir envolvieron con cuidado entre los pliegues de la túnica, Judas al pedazo de oro y Simón el pedazo de pedernal, y Jesús mirándolos alternativamente, sonrió con tristeza á Judas y con alegría á Simón.

Cuando llegó la noche, que era obscura, obscura como el pecado, Jesús dijo á sus discipulos:

—Necesitamos luz y descanso para continuar nuestra jornada. Luz nos la dará el nuevo día, sueño y descanso nos dará este bosque. Descansemos y durmamos aquí hasta que despunte el alba.

Dicho esto, Jesús y sus discípulos se acostaron sobre el oloroso césped, y momentos después Jesús y Simón dormían apaciblemente, pero Judas velaba temeroso de que durante el sueño algun malhechor llegase y le arrebatase el pedazo de oro que poseía.

Bramidos de fieras comenzaron á oírse á lo lejos, cada vez se acercaban, se acercaban más. Jesús y Simón, que continuaban apaciblemente dormidos, ni las oían; pero Judas, que continuaba despierto y cada vez más aterrado, despertó á sus compañeros y les hizo notar el peligro que á todos amenazaba.

—Amado Judas, le dijo Jesús, la luz inspira terror á todos los malos, y por eso huyen de ella. Adquiere con un poco del oro que llevas un poco de luz, cuyo resplandor pueda librarnos del peligro que temes.

—Maestro, replicó Judas, ¿quién en esta soledad ha de vendérmela?

Jesús calló; tornando á reclinarse en el césped, y Simón, hiriendo el pedernal, encendió una hoguera, y tornó á dormirse, mientras las fieras se alejában espantadas de la luz y Judas velaba temeroso de que viniendo los malhechores le robasen su tesoro.

La luz del día apareció: Judas mostraba en la faz las huellas de la inquietud y el insomnio, mientras Jesús y Simón mostraban las del más apacible descanso:

Así continuaron largo tiempo y por diversas comarcas Jesús y sus discípulos, Jesús enseñando y amando á los pobres de ciencia y ricos de corazón, Simón llevando la piedra que daba luz y Judas el oro, que solo daba peso, hasta que llegó un día en que Jesús, poniendo por cimiento la piedra que llevaba Simón, á quién en memoria de esto llamó desde entónces Pedro, que quiere decir piedra, edificó una gran puerta para entrar en el cielo, cuya llave dió á Pedro, y Judas se ahorcó de un sáuce, viendo que el oro sólo servía para hacer llaves con que abrir las puertas del infierno.

A. DE TRUEBA.



DAMAS GUATEMALTECAS



Señora Carlota H. O. de Kelly. (Escritora.)

EL CERDO Y LA ABEJA

A uno de melena.

Atardecía. El poeta, sentado en una banca de piedra del bosque, se puso á monologar de la siguiente manera:

No volveré á pintar cuadros tan bellos como este que empieza á desplegar ante mis ojos, el crepúsculo. ¿Qué utilidad encuentran los lectores con ver los paisajes que bosquejo con mano de artista? Ya es tiempo de sembrar algo bueno en las almas. De hoy más mis versos encerrarán un fondo de sana moral. Me dedicaré á escribir fábulas. ¡Este género de literatura es tan provechoso! El niño á la vez que se divierte con la charla graciosa de los animales, retiene con facilidad la moraleja que, como semilla bienhechora, cae en su corazoncito para producir con el tiempo frutos riquísimos.

Principiaré, pues, por atacar la pereza que es el origen de tantos males y el más repugnante de los vicios. Hablaré del cerdo, por más que ya casi todos los fabulistas lo hayan tomado como prototipo de la flojera.

¿Qué otro animal simboliza la eterna poltronería?...... Y bien, luego que establezca un simil perfecto entre el cerdo que yace en el fango y el hombre perezoso que se revuelca en el lodo de los vicios, ¿á quién tomaré como emblema de constante laboriosidad? Indudablemente á la abeja

Y oyendo tal nombre una de las mil que se veían en la cercana floresta, y que, acurrucada en el caliz de un lirio, había escuchado atentamente al poeta, no pudo contenerse, y abriendo las temblorosas alitas de gasa, hendió el aire con la velocidad de una flecha y fué, colérica, á clavar su aguijón en la nariz amoratada del bohemio soñador.

Ay!...... dijo este—dando una fuerte palmada á la abeja, que rodó como una ebria sobre el cesped. ¿Porqué me hieres?

—Porque indigna oirte hablar en contra de la pereza y á favor del trabajo. Bien se te pudiera aplicar á tí lo que á cierto tunante: «Predica, pero no aplica.» Tú que debes ocuparte en remediar las necesidades de tu familia ¿por qué no trabajas? ¿Piensas, acaso, que escribir versos es ocupación productiva? Te engañas, amigo mío. Ocúpate de ti mismo, y deja á los demás á quienes pretendes corregir. Observa una vida laboriosa y activa, y así serás un libro abierto para los holgazanes. Es mal visto que prediques y no apliques. Vamos, remienda tu levita raida y mugrosa, y que te corten la melena que cae en lacios mechones sobre tus hombros. Ha pasado la época del romanticismo. Anda, recortate esas uñas que parecen garfios acerados, y busca de taller en taller en que ocuparte, para que alimentes á tus hijos...... á esos pobres niños, que muchas veces, como los de la leyenda alemana, hambrientos y cansados de llorar se van quedando dormidos al son del arpa......

De súbito se oyó á lo lejos el sonoro *retintin* de una campanita tiplada que llamaba al enjambre; la luna asomó en el horizonte la mitad de su disco como un trozo de cristal opaco, y la abeja cortando bruscamente el hilo de sus consejos y sin decir «adios», fuese perdiendo como punto negro en un claro del bosque.

El poeta, nervioso y febril, tornó á su hogar, y echando en saco roto las palabras de la heridora se puso á escribir, á la parpadeante luz de un farolillo, la fábula que debía titular «El Cerdo y la Abeja»! cuando Concluyó su obra, repetía con delicia:—cuanto provecho sacarán de aquí los perezosos! Y mientras él reía, loco de triunfo, su esposa, en un rincón de la buhardilla, decía al pequeñito con maternal ternura: —no llores, hijo mio, ya no llores, tan luego como amanezca iré á conseguirte el pan que me pides.

JUAN B. DELGADO.

Marzo de 1897.



Tan grande es tu virtud que estoy seguro
que es verdad lo que dicen muchas gentes,
que á fuerza de ser puro
se mueren con tu aliento las serpientes.

CAMPOAMOR.



El Consentido.



ESCRUTINIO

María Elena, la princesita de sangre azul, descaperuzó graciosamente su cabeza, y alzando las cenicientas volutas del pelo rubio, con el pie (digno de bailar pavanas en un salón del rey Luis, al ritmo de los clavicordios) empujó la puerta que franqueaba el aposento de su prometido.

Vencidas todas las dificultades, recabado el consentimiento paterno, tomados los dichos y confeccionado en París su *trousseau*, no quedaban ya trabas que impedirle pudieran hacer una furtiva visita á la estancia de su muy amado Enrique.

Estudiaba con interés todo el desorden de aquel cuartito de soltero, veía los objetos allí amontonados, con la atención investigadora de la mujer que por primera vez conoce una parte muy íntima de la existencia funambulesca del novio á quien se ha visto siempre como una figura efeba, desprendida de un *plafond* bosquejado por Lesueur; adornaban los tapices bocetos impresionistas, máscaras del Japón, armas antiguas y lorigas de la edad guerrera, perforadas por el golpe que ocasionó la muerte á sus llevadores; las revistas literarias y los libros nuevos yacían abandonados sobre los cojines de la vieja sillería y en una gran piel de oso polar extendida junto á un estante giratorio (donde asomaban los lomos de una moderne biblioteca) ronroneaba con indolencia imperial un gato blanco.

Sobre la carpeta china que como manto exótico cubría una pequeña mesa de escribir, reposaba abierto un volúmen de Gabriel d'Annunzio, al que servía de atril un busto de Palas modelado en bronce.

Flotaba en el aire, acre y penetrante, un tufillo á hombre que inflamaba sensualmente los fosos de la naricilla de la intrusa.

Sin saber por qué, experimentaba un miedo muy parecido al que debieron sentir las sabinas en los fornidos brazos de sus robadores.

Estaba sola, ahí, en la casa del que muy pronto sería su amo; podía registrar los muebles é inmiscuirse audazmente en los más exclusivos secretos de aquel calavera que la había enamorado con sus extravagancias.

De repente fijáronse sus pupilas en una historiada llavecita introducida en la minúscula cerradura de elegante arqueta laboreada con imitaciones de concha y pastorales estilo Watteau.

Instintivamente sus frágiles dedos acariciaron aquel llavín que guardaba misterios del que iba á poseerla para siempre.

Levantó con resolución la tapa y cuando aun no estaba completamente repuesta del remordimiento que esa violación causaba á su conciencia de señorita cristiana y bien educada, se encontró frente á un montón de papeles de colores y olores diversos, cosas viejas, cintajos, mechones de cabellos en todos los tonos, desde el rubio clorótico de la inglesa núbil hasta el negro azulado de la turbulenta criolla: aquello era el archivo de los amores ya idos, la cripta depositaria de las momias de mil ideales difuntos, la historia palpitante y verídica de ese joven distinguido á quien ella idolatraba solo por su fama de audaz y afortunado; tenía delante, el libro biográfico de una vida gastada con aturdimiento de neurótico en las bacanales más monstruosas, iba á conocer hasta en sus detalles más baladíes la novela de las desgraciadas que ocuparon el tiempo de un relámpago aquel corazón tan versátil.

Ya desató un legajo y contempla burlona el cerúleo listoncillo que en moño muy gracioso, ató las cartas.... ¡Cayó un retrato!... ¡Qué risa!...... ¡Una colegiala del Sagrado Corazón!....... Es muy fea. Tiene ojos de rata y trenzas de cáñamo cardado! Cuantas soserías! Fué ese amorío, un ensueño virginal, etéreo y con sentimentalismos empapados de poesía lamartiniana; el primer estremecimiento genésico en los espíritus de una pareja adolescente, perfumado con bucólicas de arcadia... El último plieguecillo está garrapateado incoherentemente, las letras borradas!........ ¡Lágrimas!....... ¡Era romántica!. . . .

Basta de niñerías, otra novia!

Es un rico medallón de oro con cristal de roca; creyérase trabajado por David; el artista pintó una soñadora de veinte años, muy linda, con grandes ojos de histérica, negros é inmensos como las pesadumbres de Luzbel.

Aquello era sério. El estilo de la enamorada hacía suponer un temperamento impetuoso y decidido, juraba como en las novelas y con fiera rebelión acusaba á los viejos insensatos que la hacían desgraciada oponiéndose contra viento y marea! No tenian corazón!

En las postreras páginas suplicaba, quejábase de los desdenes de su Enrique, imploraba perdón por una falta de la que ella no era responsable y casi borrosa estampaba una expresión sublime: Le ayudaría á trabajar!

Cuando María Elena, la princesita de sangre azul, llegó á la tercera olvidada, desahogó la cólera que la embargaba en una nerviosa explosión de carcajadas; el riso de cabellos que acompañaba á la consabida fotografía tenía muchas hebras de lino.

¡Una vieja!

Era una de esas pasiones ridículas é insensatas de las mujeres que mirando correr al galope la hermosura y la juventud se entregan al primero que atrapan, sin orgullo femenil, con humildad de siervas, arrollándolo todo, indiferentes ante preocupaciones y escrúpulos de costumbres, ajenas á pudores y prejuicios de recato.

Las vehementísimas epístolas de la inflamable cuitada hablaban hasta el fastidio de amor mal correspondido, infidelidades y honra escarnecida; había desbordamientos de una sensibilidad muy cómica, súplicas indignas, amenazas estrafalarias, ruegos, y todas las injurias de una despechada de treinta y cinco años.

La otra era una cirquera, escribía en un *patois* de volatineros, rasguñaba pliegos y más pliegos ocupándose de orgías, hacía cínico alarde de sus mas inmundas desvergüenzas, defendía á sus amigos con calor y, protestando ser una señora muy fina, pedía dinero, dinero, ¡siempre dinero!

María Elena, la princesita de sangre azul, que se había puesto de mal humor, no acabó de leer esa correspondencia por que había pasajes de una crudeza ruborizante.

Después de la saltimbanqui, una pérdida; la tímida joven busca afanosa el retrato......

¡Cuanta abominación!......¿Es posible que llegue á tan increibles extremos la impudicia?......¡Un montón de bagatelas, ligas, guantes, pagarés, pañuelos, órdenes de embargo, papeles de prestamista y facturas de comerciantes; el placer nauseabundo y efímero comprado con la ruina! billetes garrapateados!......¿Qué dirán? .....¡Ah, no los leerá. La curiosidad de la lectora se acobardó ante aquellas pornografías. ¿Se quisieron!......¡Imposible!...... El amor es una radiación de luz, y los soles nunca han calentado los antros de la miseria humana! Aborrecible criatura!

Había más, una gazmoña!

Timideces de fanática, escrúpulos é inexplicables vacilaciones, abandonos inconscientes en las capillas, coloquios junto al altar, manos que se enlazan torturándose con las cuentas de un rosario, el pecado comediando en los sueños de la devota, Mefistófeles abrazado á la cruz!.. ...

Todo un idilio con fiebres de misticismo y de carne palpitante en las pavorosas naves, la creyente conturbada en su fe por el estudiado fantasma del seductor, y por fin, el diablo oficiando en la misa de unas bodas negras; la hipocresía social entonando con la ríspida fanfarria de sus burlas el trágico epitalamio de la caída, luego, el olvido de Don Juan, la nostalgía del incurable libador de amores, produciendo ese inmortal hastío que clavará perdurablemente su venenoso aguijón en el hymen de la flor que lividece y muere.

¡Seguía el escrutinio!

Las hojas que agitaba el aire en la diestra de la novia, estaban escritas con letra varonil, eran vagas, y no precisando fechas referían al detalle una aventura terrible.

El amigo leal, un pobre hombre que no podia ser valiente, convertido en víctima, de una gran vileza, una virgen de alma pura que se pierde, el olvido de todos los deberes en uno de esos supremos instantes en que se abate el ánimo de la perseguida en lucha incesante, luego el arrepentimiento, fiebres violentas, crueles padecimientos, lágrimas, las puertas de la cárcel que se abren......! una tumba que se cierra!.........

Aunque la intrusa tenía miedo propusose llegar hasta el fin armada de una resolución que tenia algo de feroz.

Desdobló otro paquete.

Era el cuento vulgar que hace la cotidiana croniquilla de los periódicos que compra el vulgo: una obrera amando á un señorito, la víctima indefensa que sucumbe, asechanzas del vicio por todas partes, un hijo espúrio, y el Mal colgando un trofeo ensangrentado en la panoplia siniestra de sus glorias: el infanticidio, (esa venganza de los parias contra la infamia de una sociedad que conculca los derechos naturales) y como epílogo, el espectáculo de una decepcionada que se revuelca con furia insana en las más infectas letrinas.

La joven, arrebatada por verdadero furor siguió leyendo.

Había llegado al capítulo de las tragedias.

Una mujer de moda, el marido burlado, entrevistas en una casa de fama denigrante, un recien nacido de paternidad disputada, el escándalo voceando con sus cínicas trompas las verguenzas de una familia hasta entonces bien reputada, anécdotas ridículas, riñas, intrigas de culpables, una imprevista sorpresa, el amante fugándose por la ventana como casi todos los ladrones de honras, la espada de Astrea que escarba el estercolero buscando constancias para un proceso de adulterio, despues, el delito del Código, un lance y un cadéver en las planchas sanguinolentas del anfiteatro: el del marido!

María Elena, la princesita de sangre azul, retrocedió horrorizada ante las infamias consignadas en aquel catálogo galante que por sus concupiscencias era digno de los comentos de un Brantome.

Sin poder analizar con precisión las causas, sentía una inmensa piedad hácia la gran legión de mujeres infamadas é irredentes en cuyos alupiados corazones parece que se han coagulado todos los dolores de la humanidad.

Ciro B. Ceballos,

Marzo de 97.



DE MIS "VERSOS ELEGIACOS"

Soñaba en la amistad, llamé á un amigo
Que era casi un hermano,
Pues como quise á mis hermanos todos
Lo he querido tambien, ó más acaso.
Fué un sueño, hermoso sueño!
Volver hasta la vida del pasado,
Abismarse en recuerdos dolorosos
Casi perdidos, vagos.....
Olvidando que sigo mi camino,
Mi camino de siempre: el del Calvario!

***

Madre Naturaleza, ya no puedo
Sufrir martirio tanto......
He querido morir, pero la muerte
Con horrible sarcasmo
Parece que me niega el bien supremo
De dormirme por siempre en su regazo.

***

Es preciso morir; más lentamente,
Bebiéndose á diario
La gota de veneno
Que al fin ha de vencer tarde ó temprano.
Es preciso acostarse en el sepulcro;
Veré si descansando,
La podredumbre de mi propio cuerpo
Es yo no sé qué gases escapándose,
Va á enredar una yedra por mi tumba
O á fomentar la savia de algún tallo.

***

Madre Naturaleza,
A quien ferviente llamo,
La única diosa de mi siglo ..... ¡oh Madre!
Ya préstame descanso.........
Ya deja que me duerma
Con el sueño eternal en tu regazo!

Francisco Alba.

Marzo, 12 1897.



Las fieras!
Es un siniestro grupo.) Los jaguares!
En las bocas
Arden los rojos del ardiente lacre.
La zarpa retraida
como envainado alfange;
turbio el ojo felino, en donde nadan
encendidos azufres; los hijares
batidos por alientos de fatiga;
bajo una mata de bambú se placen.
Sobre el fondo de oro de las pieles
destácanse
como rosas de negro terciopelo
las manchas negras. Arboles
vestidos de hojas opulentas, echan
la sombra de sus toldos de follaje
sobre el grupo de fieras que reposan.
La Tarde,
en los ojos sangrientos del Ocaso
pone llamas de cráter.

Durmiendo,
durmiendo están los cuervos centenarios.
Abajo está la sima,
Ahí los sueños lúgubres. Abajo
están los huesos que los bravos picos
como cizallas férreas mondaron.
Las vastas excursiones por las cumbres
donde reside el Viento. Los espacios
donde escriben sus rúbricas de fuego
los deslumbrantes rayos,
cuando pasan las nubes de tormenta
como torvos rebaños.
Eso sueñan los cuervos,
— siniestros reyes calvos
envueltos en sus clámides de luto —
ante las brumas del Poniente trágico.

Leopoldo Lugones.

1897.



EN EL ALBUM
DE LA SEÑORA JOSEFINA GALLARDO DE TORNEL

Señora, los jardines encantados,
llenos de rosas y camelias blancas,
donde mi inspiración (si es que la tuve)
cantando, á veces, agitó las alas;
el paraíso de los tiernos años,
que al abrirse al amor se forja el alma,
y á cuyo umbral su misteriosa Eva,
en dulce sueño el corazón aguarda;
aquel Edén, es un eden perdido
de donde huyó, proscripta, mi esperanza!

(Perdonad el preámbulo, señora,
y no os imaginéis que no hace falta.—
Proseguiré.)

Cuando la vez me llega
de aparecer en la comedia humana,
y displicente, incomodado y hosco,
mi espíritu se viste la casaca;
cuando risueño el labio, ágil la mano,
presta á inclinarse con placer la cara
al primer necio que á la escena acude
y petulante ó zafio se nos planta;
entonces ¡oh, señora! qué consuelo
es estrechar alguna mano franca
y, complacido, entretener las horas
con las conversaciones que no engañan.
¿Y á quién, señora, al punto que os conoce,
no logran cautivar vuestras palabras?

¿Os lo habré de contar?...... Aquellos seres
que quiso hasta el delirio mi pobre alma,
desparecieron ya; los unos (pocos)
para dormir el sueño que no acaba,
otros (¡pocos también!) para perderse
del manso olvido entre la niebla parda.
......Ninguno queda? ¡Ah, no! Como una sombra,
acaso, acaso vive y no se aparta
jamás de mí, la imagen pensativa
de un sér á quien he amado, y que me ama,
y cuyo nombre musical y tenue,
no lo pudiera suspirar el aura.
De noble estirpe, virginal doncella,
para la vida inmaterial creada,
en el santuario misterioso habita
de la diosa belleza, diosa casta,
pura como la nieve de los polos,
é inconmovible cual marmórea estatua.

Sólo ante ella, el corazón, que hastiado
boga en el mar sin fin de la nostalgia,
trémulo, llameante, redivivo,
con juveniles ímpetus estalla;
sólo ante ella, mi incensario quema
la oliente mirra del amor sin mancha,
y con la fé más ardorosa, labro
versos sutiles en estrofas de ámbar;
sólo ante ella, la emoción desciende
y entre sus brazos, palpitante y pálida,
con su raudo volar me alza á los cielos
y en etéreo sopor mi ser embarga!.. ...
¡Oh, mi sacerdotiza del dios Arte!
¡Oh, Virgen!, ¡oh, Vestal!, ¡oh, Musa!, ¡oh, Maga!

(Bien cabe aquí señora, algún suspiro
tras esa descripción bastante larga;—
Y torno á proseguir.)

Tú, Josefina,
flor tropical, magnífica y lozana,
que al sol abrazador del entusiasmo,
fresca y purpúrea la corola guardas:—
tú, la canora y peregrina alondra
que á los cielos lanzó Guadalajara
porque al son musical de sus gorgeos
todos los corazones se extasiaran;
tú, la gentil, la airosa, la festiva,
la chispeante de geniales gracias,
que has aprendido á estremecer las fibras
que esconde, en lo más íntimo, cada alma;
tú, también, esos cantos, que dispersos,
del poeta en la mente, informes vagan,
sabes cristalizarlos en estrofas,
al fulgor singular de tus miradas.

Abre tus ojos, que mis versos llegan
para regar sus flores á tus plantas,
flores de los jardines encantados,
llenos de rosas y camelias blancas,
donde mi inspiración (si es que la tuve)
bajo tu encanto sacudió las alas.

Balbino Dávalos.

Marzo de 1897.



A MI PADRE

En la lucha encarnizada que sostengo
Contra el yugo inexorable del destino,
Ruedo en tierra muchas veces fatigado,
Sin alientos animosos y sin bríos.
Me repongo, me avalanzo hácia el combate
Iracundo, desdeñoso, irreflexivo,
Y la sangre que gotea y que me empapa,
Me enaltece, me provoca paroxismos.
Hay un faro que á lo lejos y entre brumas
Se dibuja cintilante en mi camino,
Una luz, que por momentos se oscurece
Y que esplende por momentos con más brillo.
Esa luz es la esperanza, ¡la esperanza!
Y por ella voy luchando con ahinco:
Pero hay algo con que paro los ataques
Continuados y tremendos del destino,
Ese algo es un escudo que me cuida,
Y ese escudo, tus consejos, padre mio!

Enrique Torres Torija.

Marzo, 1897.



Bella creatura, blanco vestita.

¡Porqué ¿cuando cansado peregrino
Las lindes toco de la selva obscura,
Surgir te veo, celestial y pura
Cual la blanca visión del florentino?

Te trajo sólo mi crüel destino,
Que persegnirme sin cesar procura,
Para hacer más intensa la negrura
De las sombras que envuelven mi camino?

En las tinieblas de mi noche fría,
Déjame sólo; me negó la suerte
Los dones de la dulce poesía.

No puedo de rodillas ofrecerte,
El canto excelso que tu nombre haría
«¡Del olvido triunfar y de la muerte!»

Rafael de Alba.

Marzo, de 1897.

RONDEL

¡Vierte en mi alma la lumbre ardiente de tu mirada,
En ella radia la gloria dulce de tu sonrisa!
¡Mi amor secreto cual golondrina de la invernada,
Ya de los hielos de sus orgullos se aleja aprisa!
Es mi esperanza dormida alondra: ¡sé tú alborada!
Son mis anhelos ocultos lirios: ¡sé tú la brisa!
¡Sobre ella vierte la lumbre ardiente de tu mirada,
Sobre ellos radia la gloria dulce de tu sonrisa!
¡Oh! qué no diera porque en mi vida, la que enlutada,
Por su camino sólo punzantes abrojos pisa,
¡Vibrar hiciera todo su acento de enamorada!
¡Porque vertieras toda la lumbre de tu mirada!
¡Porque radiaras toda la gloria de tu sonrisa!

Darío Herrera.



LA MAÑANA

Tiende el Sol cuando amanece,
gasas de oro en la esmeralda
de los campos, la humedece
con sus perlas, y parece
cada campo una guirnalda.

Caen sus nacientes fulgores
sobre el templo solitario,
y es florón de resplandores
la vidriera de colores
del esbelto campanario.

Del monte incendia el selvoso
laberinto de retamas,
y se alza el monte boscoso
como se alzara un coloso
con un turbante de llamas.

Matiza el cristal del río,
y lleva el río en sus ondas
copiando un pinar sombrío,
ramajes en que el rocío
se envuelve en doradas ondas.

De carmín tiñe el rosal,
de oro tiñe al girasol,
y es la escarcha matinal
una hamaca de cristal
bajo un velo de arrebol.

Sobre la cumbre riscosa,
En los témpanos del hielo
pinta ráfagas de rosa,
y hace de la mariposa
un íris que cruza el cielo.

Abrense cuando desata
A la fuente, cuyo rastro
es una estela de plata,
junto á adelfas de escarlata
floripondios de alabastro.

Presta al rizado plumaje
de los pájaros, colores;
da colores al encaje
de las nubes; y al paisaje,
perlas, pájaros y flores.

Todo es luz, aves, aromas,
fuego el Sol, llanto el rocío,
flores el juncal, las pomas
roja grana, las palomas
blanca nieve, espuma el río.

La oscura selva, rumores,
el torrente centelleos
de divinos resplandores,
la alameda ruiseñores,
los ruiseñores gorjeos.

Toda la naturaleza
cuando el Sol le da calor,
palpitaciones, grandeza,
es mujer cuya belleza
entra á un tálamo de amor.

Lasciva al placer arroja
del pudor los blancos velos......
Cesa su febril congoja,
y cuando ella se sonroja
ya tienen rojo los cielos,

los arroyos más cristales
y los cardos más espinas;
más flores los florestales,
más espigas los trigales,
el torreón más golondrinas.

Agustín F. Cuenca.



Paseo en Primavera.

ENGAÑO SUBLIME—Por María Lescot.

NUMERO 3.



Con gran asombro del señor Martín, no era de un permiso de caza de lo que Beltrana iba á hablarle. Había leído ella acaso en sus ojos su horror á las mujeres ociosas? Lo que solicitó fué trabajo, el medio de ganarse honradamente la vida y lo hizo con hermosísimas palabras: «El trabajo, dijo, es la verdadera nobleza y debe uno estar orgulloso del dinero ganado con probidad.»

Al escucharla sintióse él halagado en su orgullo plebeyo, el mas susceptible, el más exigente de todos los orgullor. Hablaba con una voz clara, metálica, un poco áspera, que vibraba de una manera extraña.

Para responder á su confianza, él le dió algunos buenos consejos. Caminaban el uno cerca del otro; él, examinando concienzudamente todas las posiciones que convienen á una mujer, ella escuchándole con una respetuosa deferencia, sin nada de domesticidad porque, en primer lugar, su padre no la hubiera permitido y él, el Señor Martín, no la hubiera aceptado tampoco. Qué diablo! esa joven que le consultaba tan ingenuamente se convertía á sus ojos en lo que es la cliente para el abogado, en lo que es la pupila para el tutor. El debía velar por sus intereses. Por encima de las domésticas están las institutrices, las damas de compañía! Hum! hum! La miraba más atentamente y la encontraba mucho más linda para esas situaciones inciertas, tan expuestas á la tentación y al insulto. Poco á poco, el interés que resentía se transformaba. No se trataba de una cliente, ni aún de una pupila; era de su propia hija, de otra Valeria, pero reconocida, y para la cual no podía menos que tener una viva solicitud.

Como el Sr. Martín se detuviese gesticulando, animándose; amontonando argumentos sobre las objeciones, ella pidió tímidamente el permiso de expresar sus deseos: Había una carrera notablemente independiente, interesante, útil, bella entre todas, y como él la interrogase con la mirada, ella añadió.

—El comercio, la industria, esas grandes empresas en que el nombre de «Martín» brilla con resplandor tan vivo.

Obtener que le fuese confiada la teneduría de libros de la casa, tal era el sueño que había forjado y para la realización del cual, después de muchas vacilaciones, se atrevió á solicitar su apoyo.

El movía la cabeza, con un aire de aprobación. Aun cuando las mujeres fuesen rara vez empleadas para esta tarea, era posible que ella la obtuviese, gracias á una recomendación eficaz...... Solo que la teneduría de libros es una ciencia: ¿conocía ella la parte técnica? Francamente, confesó Beltrana la insuficiencia de su saber. ¡Ah! si pudiese obtener algunos consejos, algunas lecciones!

Había fijado en él sus ojos suplicantes, cuyo fluido la envolvió del todo......

Pues bien, sí, ya que ella lo deseaba, le enseñaría la contabilidad de las casas de banco.

¿Pero dónde? ¿cómo?...... Por más buena voluntad que él tuviese no podía darle explicaciones ahí, en la playa......

—Es indispensable que vaya usted á mi casa.

Ella movió su linda cabeza, un poco perpleja, pero rápidamente tomó una de decisión.

—Mi padre irá á darle á usted las gracias, señor y me conducirá á casa de usted á la hora que usted me indique.

Desde aquel día el señor Martín cesó de deplorar la ausencia de Valeria.

....

El señor Martín a la señora Leódice Martín.

Villa Martín, en Kerock.

«Mi querida hija:

«La presente carta te llevará una importante noticia y no quiero dudar de que tu marido y tú la acogeréis como buenos hijos respetuosos de mis voluntades.

«Mira tu, mi vida era demasiado triste; me sentía demasiado solo, muy abandonado. No te hago reproches, Valeria, no se los hago á tu marido; pero es un hecho que ni uno ni otro cumplisteis vuestras promesas: él, de ponerse al frente de mi casa de Brest; tú, de pasar el estío en mi villa.

«La pequeña permanencia, tan precipitada que hiciste aquí en la primavera última, me probó de sobra que yo había acariciado una quimera. En fin, Valeria, no quiero recriminarte; os perdono con todo mi corazón vuestro abandono, diría más bien, vuestra ingratitud. Un ángel del cielo se ha dignado encargarse de consolarme. Ella quiere reemplazar á la vez á la hija olvidadiza y á la santa esposa que el cielo me arrebató; me da su juventud, su afecto y su abnegación.

«Estaremos unidos dentro de ocho días.

«Nos os pido, hijos míos, que asistais á mi matrimonio, que, por otra parte, se efectuará en la más estricta intimidad; pero me apresuro á añadir que mi casa es siempre la vuestra y que seréis bien venidos.

Tu padre que te quiere:

Martín y Compañía.»

VI

Cuando Valeria hubo acabado la lectura de esta carta arrojó un grito y toda temblorosa, la llevó á su marido.

¿Como iba él á acoger semejante revelación? Apenas si ella notó que el nombre de la futura esposa había sido omitido. Este nombre le importaba poco, por lo demás: en tal momento permanecía aterrorizada por el temor del descontento de Leodice. Viéndola toda pálida de emoción entrar en su cuarto, él creyó en una de esas escenas de celos á que estaba acostumbrado; lo creyó más aún, cuando con mano temblorosa le mostró ella la carta. Resolvióse él á llevar la cosa en paciencia y salir del paso con algún engaño ó con alguna broma. «Acaso sea preciso un regalo, gruñía él entre dientes. Ah! cuestan caro las mujeres legítimas cuando tienen el impudor de mezclarse en la conducta de sus maridos.»

Desplegó el papel, silbando un airecillo.........

—¡Qué es esto! ¡qué es esto! exclamó con una voz tonante. Qué es lo que nos cuenta ese viejo loco? ¡Volverse á casar! ¡ah!...... pero yo me opongo á ello! Esto no es leal, esto es un abuso de confianza, una picardía, una burla. ¿Qué no sabes tú que rebizo el contrato de matrimonio, no dándote más que tu legítima, los cuatrocientos mil francos de tu madre y unos miserables quinientos mil francos más? El se guardó todo el resto, los gruesos millones. ¡Y ahora se casa con otra! ¡Viejo pillo! ¡y no dice con quién! ¡No osa decirlo......... con una!.........

Ajó la carta con cólera; pero cuando iba á arrojarla al fuego, algunas líneas de finísima letra aparecieron á sus ojos. Ni ella ni él, en su turbación, las habían notado. El volvió á tomar el papel y leyó:

«Mi querida Valeria:

«Soy muy feliz en convertirme en madre vuestra, por que tengo por el Sr. Martín tanto respeto como cariño.

«Dignaos recibir y mostrar á vuestro marido la seguridad de los sentimientos que no tengo necesidad alguna de expresaros y de los cuales no deseo sino daros una prueba.

«Beltrana Meriadec.»

¡Oh! esta vez no fué un grito sino un rugido de Leodice. Sus dientes se apretaron, sus puños se crisparon y le vino un remordimiento feroz de no haberse desembarazado de ella, de no haberla arrojado al mar de un puntapie, como á una bestia venenosa, cuando se había ella acostado en la arena esperando la muerte.

«Yo me vengaré.»

»Yo me vengaré,» había dicho, Recordaba él la cruel burla con que había recibido esta amenaza...... ¡Pardiez! y se vengaba de una manera más segura que si hubiese hecho fracasar su matrimonio. Perdida Valeria, él habría buscado otra novia. Cuando un muchacho guapo se resuelve á casarse con una mujer fea, siempre halla manera de venderse á buen precio.

Pero la fortuna comprometida no se vuelve á hallar. Los Martín de París disimulaban desde hacía algún tiempo sus embarazos por falta de dinero; con la dote de Valeria se había podido pagar las deudas, levantar la casa por algún tiempo, justamente el necesario para aguardar la herencia de Martín de Brest. Pero casado Martín de Brest, los millones y la herencia, todo desaparecía, todo iba á ser presa de aquella linda muchacha que sabía aliar tan bien su venganza á sus intereses.

¿Qué podía hacer él ahora?...... Las súplicas de Valeria, sus amenazas, sus revelaciones mismas permanecían sin resultado. ¡Ah! ya había visto él esos amores, sabía que ninguna locura juvenil puede compararseles, y además recordaba el magnífico poder de sus ojos, al cual él mismo había tenido tanta pena de sustraerse, al que acaso habría cedido sin la triple coraza de avaricia, de egoismo, de libertinaje de que se envolvía. ¿No era acaso cierto que le había turbado más aquella blanca muchacha de ojos leonados que todas las cortesanas de París? ¡Cuánto tiempo había recordado á la joven, de una tan extraña belleza, en su rebelión feroz, tan apasionada, en sus súplicas! ¡Cuántas veces la había vuelto á ver prosternada á sus pies, ó acostada sobre la arena y envuelta en sus vestidos negros! ¡Cuántas penas había tenido para olvidarla! ¡Olvidarla!..... En aquellos momentos se confesaba que no la había olvidado un solo instante.

Amor, fortuna, toda se le escapaba. Era inútil la lucha. Beltrana debía estar bien segura de su victoria puesto que había permitido á M. Martín que les escribiese, puesto qua había unido á su carta aquellas líneas que resonaban como un desafío. «¡Qué necedad he hecho—repetía—quemando las cartas de que ella fué tan pródiga! Sí, ¿pero quién podría preverlo entonces?...... Soy yo quien ahora estoy sin pruebas y ella la que sobrenada.

Valeria esperaba temblando que él hablase. Leodice tuvo una irónica y maligna sonrisa:

—Escribidle, querida mía á vuestro padre; aseguradle los votos que hago para que la peste lo mate y el diablo se lleve á la fiera intrigante que va á arruinarnos.

Y cuando ella salía la siguió con una perversa mirada y añadio:

—En cuanto á tí, chiquilla, si crees que en lo de adelante voy á molestarme......

Ya solo, púsose á recorrer con paso nervioso el elegante gabinete de trabajo, donde casi no trabajaba.

Se detuvo ante un *bureau* de ébano con ricos ornamentos de cobre, hizo jugar un resorte, y abrió el cajón secreto donde por medida de precaución guardaba su correspondencia amorosa; pero en vano examinó uno á uno los billetes multicolores y perfumados: «No hay nada de ella, dijo—ya lo sabía; yo no daba importancia alguna á sus cartas, las desgarraba á medida que las recibía. Ella tenía la manía epistolar; era inútil que yo se lo prohibiese. Endiabladamente comprometedora para mí esta correspondencia, por estar casi á la vista de Valeria, hoy se vuelve preciosa, de tal suerte que daría lo que me pidiesen por uno de tales autógrafos.»

Brutalmente, arrojó de nuevo en el cajón los pobres billetes llenos de ternezas. «¡Ni una prueba!...... ni una prueba!» ......

¡De pronto, su frente se despejó! ¿Ni una prueba?

¡Quién sabe! «¡Ah! Beltrana, la hermosa, acaso habeis cantado victoria demasiado pronto!» Después entre dientes, añadió: «Esa circunstancia siempre me ha parecido extraña: Sommeres está aqui, él debe saber... apretándole él dirá todo. ¡Ah! Martín de Brest, esperad un poco, yo os haré pagar vuestra imprudencia y la linda suegra que me dais!»

***

Un domingo de Febrero, al salir de misa mayor la señora Fourneron, se detuvo cerca de la fuente del agua bendita distribuyendo ligeros saludos y ligeras sonrisas á todos los que pasaban. Por fin aparecieron las señoritas de Lezines, que, como de costumbre, habian prolongado sus oraciones......... Apenas las tres mujeres hubieron salido de la iglesia, Jacobo de Sommeres que perdía el tiempo en el atrio, se aproximó á ellas. Fué acogido con una frialdad un poco altiva por las dos Lezines, que no le perdonaban su pereza.

La Sra. Fourneron le censuraba también por otros motivos. «¿Practica?» Era la primera pregunta que hacían las madres prudentes cuando ella proponía un candidato á la mano de una heredera.

No; esa mala persona de Jacobo no practicaba; porque en buena conciencia no se puede llamar practicante á un hombre que no llega á la iglesia sino en el momento del *Ite misa est*, y cuya total devoción se limita á distraer á las piadosas devotas que salen de la santa casa.

No; Jacobo no practicaba; siempre é inutilmente le había censurado esto; pero en aquel momento otra cosa la preocupaba.

—Ya sabeis mis pobres amigos, dijo, esto no va bien. Elena no ha podido levantarse ayer; ha tenido dos síncopes y si yo no hubiese estado ahí.........

Ciertamente, noticias tales eran tristes y ninguno se hubiese atrevido á poner en duda la veracidad de las palabras de la compasiva y excelente tía Fourneron; sin embargo, el sonido de su voz era alegre ¡Bah! quién censura á un médico porque se enriquece en tiempo de epidemia; á un abogado porque se regocija cuando los hijos de un mismo padre se arrojan como lobos rapaces sobre la herencia paterna, enseñándose los dientes? ¿Por qué, pues, mostrarse más severo con aquella mujer solícita?

Ella continuó:

Sí, dos síncopes! El doctor no está tranquilizado del todo.

Yo le hablé aparte cuando salió de la pieza y no me disimuló que la situación es de las más serias. «Ah! querida señora Fournerón, me dijo, qué dicha para Duvernoy la de tener á usted cerca de él en estos crueles momentos.

Que sería de él sin la admirable abnegación de usted?»

Las señoritas de Lezínes hicieron un gesto; á pesar de su caridad bien conocida no gustaban de escuchar largo tiempo los elogios que se discernía su tía Fournerón.

Jacobo fué quien exclamó:

—Como! como! la pobre prima Elena ..... es posible que se halle tan mal? esto me apena mucho; experimento por ello un real pesar. La he visto bien poco desde hace dos años; ha habido entre nosotros un poco de resfrío con motivo de una historia de su hermano Felipe... y á propósito de Felipe, me parece que va á volver; su tiempo de mar debe haber espirado.

—Sí, muy pronto, dijo la señora Fournerón, y Dios quiera que encuentre aún á su hermana!

—Tienen el uno por el otro una ternura profunda, replicó Jacobo; sería ese un desgarrador y triste retorno. Pero, porqué diablo se ha rehusado ella obstinadamente á abandonar Pontarlier y, á pasar en el medio día la mala estación, como el doctor le aconsejaba?

—Por qué? pronunció sentenciosamente Aglaé con una indiferencia fatalista, yo encuentro que tiene razón: aquí ó ahi se cura una cuando Dios quiere.

—Pero Dios no siempre está dispuesto á hacer milagros; hay un proverbio que dice: «Ayúdate, que el cielo te ayudará»

—Yo estimo que Fernando ha errado mucho en no llevarla á fuerza.

Todos por lo demás estuvieron de acuerdo en censurar la debilidad de Fernando: se dejaba dominar por su hija y no tenía más cuidado que el de satisfacer á aquella niña chiqueada.

—Apuesto á que no ha partido, dijo Jacobo, por que Lila quería hacer bolas de nieve, y no hay nieve en el Medio día.

—Es cierto, añadió la mayor de las Lezines, la señorita Eulalia, que la debilidad de nuestra prima por esa niña, sobrepasa á todos los límites permitidos. Sabe usted que me han contado? Antes de ayer á las cuatro, Lila entró con su padre á casa del pastelero para comer una golosina. Yo censuro, bien entendido, esa moda de hacer comer pasteles á los niños, en vez de un panecillo; lo cual sería más higienico; pero no es eso todo. A traves del aparador de la casa, Lila, percibió tres pobrecillos que la miraban con ojos ávidos. Y declaró perentoriamente que no comería su pastel si no se les daba también á ellos. Fernando cede al deseo de su hija; más he aquí que otros pobrecillos llegan, y otros aún. Era la hora de la salida de la escuela: todos los niños de Pontarlier se encontraron bien pronto reunidos ante la pastelería. Lila distribuye los pasteles, despues las cremas, después los merengues, después los bizcochos; por fin les llegó su turno á los pasteles grandes, que fué preciso cortar en trozos para todos aquellos pícaros golosos. Resultó que en la noche, cuando yo iba á buscar para Aglae y para mi una rosquilla de ciruelas, ya no había nada! Ah! ella les llevará muy lejos si continúan educándola así!

—Aglae es su madrina, dijo la tía Fourneron; debería hacerle algunas observaciones.

—Lo he intentado, dijo agriamente Aglae, pero he sido muy mal acogida. Elena me ha respondido que era tan feliz con la gran ternura de su marido para su hija, que me suplicaba instantemente que no hiciese sobre el asunto observación alguna. Verdaderamente yo no la entiendo.

No, no la comprendían ni Aglaé de Lezines ni la tía Fourneron tampoco, ni Jacobo de Sommeres y sin embargo, era él, si hubiera estado dotado de penetración, sobre todo, si hubiera recordado algunas de sus propias palabras, era él quien habría debido comprender á Elena, compadecerla y no herirla. Pero esas palabras las había arrojado al viento, con su imprudente ligereza, sin inquietarse del terreno en el cual caían. Y habían caido sobre un alma doliente, debilitada por la enfermedad, pronta á la duda, á la inquietud, á la desconfianza. Se habían incrustado, habían echado raíces, habian crecido, se habían convertido en esa cosa contra la cual no pueden luchar ni la razón, ni la voluntad, ni el buen sentido: se habian trocado en idea fija. La idea fija! ese mónstruo de alas negras que os obsesiona durante el día con su incesante presencia, que se acuesta por la noche á vuestro lado, que os despierta durante la noche, que agita vuestros sueños y que por la mañana está ahí, ante vosotros, desde que abrís los ojos; mónstruo tanto más cruel, cuanto que frecuentemente estáis sin armas para luchar contra él, que no osa confesar sus ataques y disimula las heridas que os hace.

¡Ah! si Elena hubiese osado arrojarse en los brazos de su marido y decirle: «Júrame que no lamentas nada de ese pasado maldito que yo ignoro, pero que execro; júrame que te encuentras más feliz en nuestra vida tranquila de provincia, que en aquella loca existencia parisiense; en fin, júrame que si muero no darás otra madre á nuestra hija.

Pero no osaba decirle esto aun cuando fijase alguna vez en él sus grandes ojos de fiebre, aun cuando frecuentemente las frases de súplica temblasen en sus labios. ¡Decírselo!......... y si iba, con esta imprudencia á evocar el espectro del pasado y quien sabe si á hacerlo renacer! ....

Comprendía vagamente lo que es para el hombre, y sobre todo para el artista, la atracción del fruto prohibido. Era preciso callar, alejando de él el peligro y la tentación. De suerte que rehusó obstinadamente abandonar Pontarlier por una de las ciudades del Mediodía que el doctor aconsejaba. Quién sabe si Fernando se encontraría en Niza, en Pau, en Kyeres, alguna de las intrigantes de otro tiempo, de las que tanta pena le había costado separarlo? Quién sabe si viéndola tan enferma, no entraría en el corazón de esas ambiciosas una atroz esperanza? Qué podía hacer una mujer condenada lo más frecuentemente á la reclusión en su cuarto, á la inmovilidad en su sillón? No, no! era preciso permanecer en Pontarlier, donde ningún peligro podía aparecer, donde la liga de familia era una salvaguardia, donde podía ella contar con la vigilancia severa de las Lezines, con las amonestaciones de la tía Fourneron y aun con el socorro de Jacobo de Sommeres. Y además, y sobre todo, era preciso atar estrechamente el padre á la hija. Este fué su trabajo de cada hora, su estudio de todos los instantes.

Desde que Lila pudo hablar, el nombre de «papá» fué el que balbuceó; desde que sus bracitos pudieron enlazar, se suspendió zalamera, al cuello de su padre; fué á él á quien dió todos sus besos, á sus rodillas fué á donde se encaramó; después, más tarde, fué á él á quien dirigió las mil peticiones infantiles, á el á quien demandó juguetes. Se hubiese dicho que la madre no existía; de tal suerte la pobre Elena ponía su cuidado en desaparecer, tanta astucia empleaba en la importante conquista de ese corazón de hombre, por una niña. Ella, tan recta, tan franca, se echó á mentir, mostrándose herida, y á veces celosa de las preferencias de la chiquilla. Al mismo tiempo se volvía severa, para que Lila fuese á quejarse á su padre y sintiese él la necesidad de defenderla, de amarla y de protegerla.

Esta táctica tuvo pleno éxito: jamás un cortesano apareció más orgulloso de los favores de su reina ni más deseoso de ejecutar sus voluntades. Walter Raleigh, un día arrojó su capa á los pies de Isabel; pero el Señor Duvernoy arrojaba todos los días á los pies de su pequeñuela su corazón entero.

VIII.

El aviso *El Alción* acababa de entrar á la rada de Brest. Sobre el muelle de arribo, la multitud se oprimía: una zambra, un tumulto, gritos de alegría y de impaciencia, resonaban donde quiera; las mujeres agitaban sus pañuelos, los hombres sus sombreros; algunos se callaban, oprimidos por la emoción ó por la angustia; familias enteras estaban ahí: viejos padres de cabellos blancos y chicuelos en los brazos de sus madres. Impacientábanse, irritábanse de la lentitud del desembarque y por fin estallaron aclamaciones y hubo abrazos y transportes de embriaguez y de amor.

Nadie empero, se cuidaba de un grupo de jóvenes oficiales de marina que pasaban silenciosos, con esa emoción del primer regreso á la patria.

Muy cerca, muy cerca, quizá en la extremidad de Francia, pero Francia es tan pequeña cuando se acaba de dar la vuelta al mundo; muy cerca, pues, una hermana, una madre, una novia, los esperaban.

Dirigíanse hácia el Correo, y algunos salían con las manos llenas de cartas: esos eran los felices; otros expedían alegres telegramas y luego íbanse á cenar juntos, y como había baile en el almirantazgo, y se encontraron cada uno con su invitación, la aceptaron. Hacía tanto tiempo que no habían bailado en Francia! Y sentían en el corazón tanto bienestar y tanta alegría!

Felipe no fué de aquellos que salieron del Correo con las manos llenas de cartas; ninguna misiva lo esperaba. «Elena no sabe mi llegada, se decía, ¿por qué he de in-

quietarme? Es una cosa sin importancia. Se pierden tantas cartas antes de llegar á nuestras manos!.........

Telegrafió, sin embargo, y con una angustia que no era dueño de dominar, esperó la respuesta. De suerte que no cedía á las instancias de su camarada Merville y rehusó ir al baile. Se sentía con el corazón muy oprimido.........

Merville se obstinó:

—Qué diablo de Aubian! sois peor que una sensitiva; como vos, yo tampoco tengo carta, razón de más para distraernos. Os llevo de grado ó por fuerza: entendeis?

Cedió, como cedía casi siempre, cuando la cosa no valía la pena de una discusión. Después de todo, era cierto que valía más tratar de distraerse; era cierto también que parecía una sensitiva. «Jacobo Sommeres hubiera dicho «una mujercilla,» pensaba él, y le reprocharía á Elena haberme educado mal!»

....

Los jóvenes oficiales danzaron hasta en la mañana, ébrios de aquellas luces, de aquellas flores, de aquellas elegancias; después, pasada la cena, se reunieron en el hueco de una ventana y pusiéronse á conversar alegremente.

—¿Habeis visto, preguntó uno con tono desbordante de entusiasmo, habeis visto en el gran salón á una mujer con traje de satín verde claro? ¡Qué cabellos! qué hombros! qué ojos!

—Cómo no la habíamos de ver! dijo un aspirante de marina; no nos hemos vuelto ciegos al dejar el *Alción*, y se necesitaría serlo para no notarla, tanto más, cuanto que resplandecia también con todos los fuegos de sus espléndidos brillantes. ¿Es soltera, casada ó viuda?

—Si es soltera, yo me caso con ella; si es casada me la robo; si es viuda, la consuelo; declaró con fatuidad un jovencito, á quien los vapores del champagne se le subían á la cabeza.

—Es casada; pero si te la robas te robarias también al marido, por que no la abandona y permanece clavado al respaldo de su sillón.

—Uff que posma.

—Hablad con más respeto amigo mío, ese posma es ocho ó diez veces millonario, es uno de los ricos armadores de Brest.

—Psh......!

—Y su historia es divertida, con un sabor particular que la distingue del matrimonio corriente por dinero. En tanto que vosotros correis los mares, yo aprendo historias.

—Entonces comienza tu relato.

—Chut! escuchad la historia de la mujer vestida de satin verde pálido.

Había una vez un bellaco que hacia la corte á dos muchachas: la una bella y pobre, la otra fea y rica.

—Y se casó con la fea, ó el mundo ha cambiado mucho desde que navegamos.

—Sí, pero que pensais vosotros de la abandonada?

—*«Ariana refería sus penas á la roca.»*

—Eso es clásico, eso lo aprendimos en el colegio: se pretende que es uno de los más hermosos versos de Racine.

—En efecto, empezó así á lo que se dice, solo que Ariana no tardó en advertir, que las rocas son confidentes fastidiosos y monótonos. Un día, vió sobre la playa á un hombre bajo y grueso, de sesenta primaveras, que la miraba.

—Y ella le contó sus penas?

—No, creo que no; la verdad es que no se sabe lo que le contó; pero se dice que el ingenio acude á las jovenes, sobre todo á las jovenes pobres. Era una linda venganza la que el cielo le enviaba: ese sexagenario millonario, era nada menos que el padre de su rival.

—Y se casó con él?

—Si, se casó, en tanto que el bellaco paseaba á su feota por Alemania é Italia. Ya adivinareis su chasco; parece que amenazó á su suegro con su maldición

—Y el suegro se dejó maldecir?

—Creo que sí; está loco de amor y la mujer es demasiado bella, convendreis en ello, para explicar todas las locuras.

—Y no se ha arrepentido el viejo de su imprudente temeridad.? Ah! señores, señores, me haceis ruborizar.........



—Ruborízate cuanto quieras, Merville, ese traje de satín verde, es capaz de todo. En cuanto á arrepentirse de su elección, el buen hombre no piensa en ello; es tan feliz como puede serlo un mortal. Cree en ella con firme confianza que nada puede quebrantar. Esos rumorcillos que yo os he traído, pura invención acaso que un yerno cupido, frustrado en sus esperanzas, lanzó á los vientos, han llegado á sus oídos. Y piensas tú que les prestó la menor atención?. Arrepentirse! Oh! gran Dios! Puede uno arrepentirse cuando tiene en su casa un tesoro de gracia, de bondad y de sabiduría?

—Palabra de honor: estás enamorado?

—Sí, estoy enamorado, y no pienso en negarlo. Muchos otros se hallan en el mismo caso. Adonde nos llevará esto? Ella rehusa ver, rehusa danzar, rehusa platicar y rehusa coquetear; permanece impenetrable en su reserva. Pero chut! ahí viene.

Una mujer de una belleza soberana, entraba al saloncito. Andaba con un movimiento lento y gallardo y mantenía elevada, en una actitud altiva, su hermosa cabeza rubia, coronada por resplandeciente diadema de brillantes. Avanzaba, hendiendo la multitud, en tanto que un murmullo admirativo se elevaba ante sus pasos. Su marido, metido en un traje negro, la acompañaba.

—Hum! dijo el oficial letrado, se diría una sirena...... remolcando á un cachalote.

Y hubo en su rededor risas sofocadas.

—Hablais demasiado alto, dijo uno, podrían oiros.

En aquel momento, en efecto, la joven pasaba ante el grupo de oficiales. Al rumor de sus voces se volvió hacia ellos y repentinamente la altiva indiferencia de su mirada se trocó en un extremo espanto. Ellos la vieron cambiar de aspecto, palidecer y temblar. Pero por un esfuerzo de voluntad prosiguió su marcha alejándose del brazo de su marido.

—Que significa eso? exclamó el aspirante cuando ella hubo desaparecido. Si hubiésemos tenido la cabeza de Meduza á nuestras espaldas, no habría testificado más horror y espanto. Quien de nosotros, señores, ha producido ese terrible efecto?

—Es de Aubian, dijo el barón de Merville; ella no podía desprender de él sus miradas. ¿Acaso la conocéis Felipe?

—De Aubián, replicó el aspirante, esta es una traición! ¡Cómo! nos habeis dejado vociferar tanto sin advertirnos de vuestro.... de vuestro...... cómo diría yo? de vuestra intimidad con la hermosa Beltrana Martín?

—¿Habéis dicho Beltrana Martín?

—Vamos de Aubian, no hagais comedias, no negueis, vuestra emoción os traiciona. Debiais confiaros á vuestros amigos.

—Nada tengo que confiar señores; no cononzco á esta mujer. Y añado que no he oido las tristes historias á que haceis alusión. No escuchaba, estoy demasiado preocupado y demasiado triste esta noche.

—Entonces, dijo el aspirante, después de un silencio, si no la conoceis, os ha hecho mal de ojo...... Las sirenas son capaces de esto. Debeis huir, mi pobre amigo; no queda otro remedio.

—Huiré en efecto, respondió. Tan luego como esté franco, partiré para las montañas del Doubs y pasaré con mi hermana mis vacaciones.

—Yo, dijo, el baron de Merville, voy á ver á mi madre; no quise anunciarme, quiero sorprenderla; pobre mujer, será tan feliz al verme!

MARIE LESCOT.

(*Continuará*)

AGENTES GENERALES

de este periódico en Centro América, Sres. J. M. Lardizábal y Compañía, Guatemala.

Están autorizados para arreglar contratos para anuncios y suscripciones.
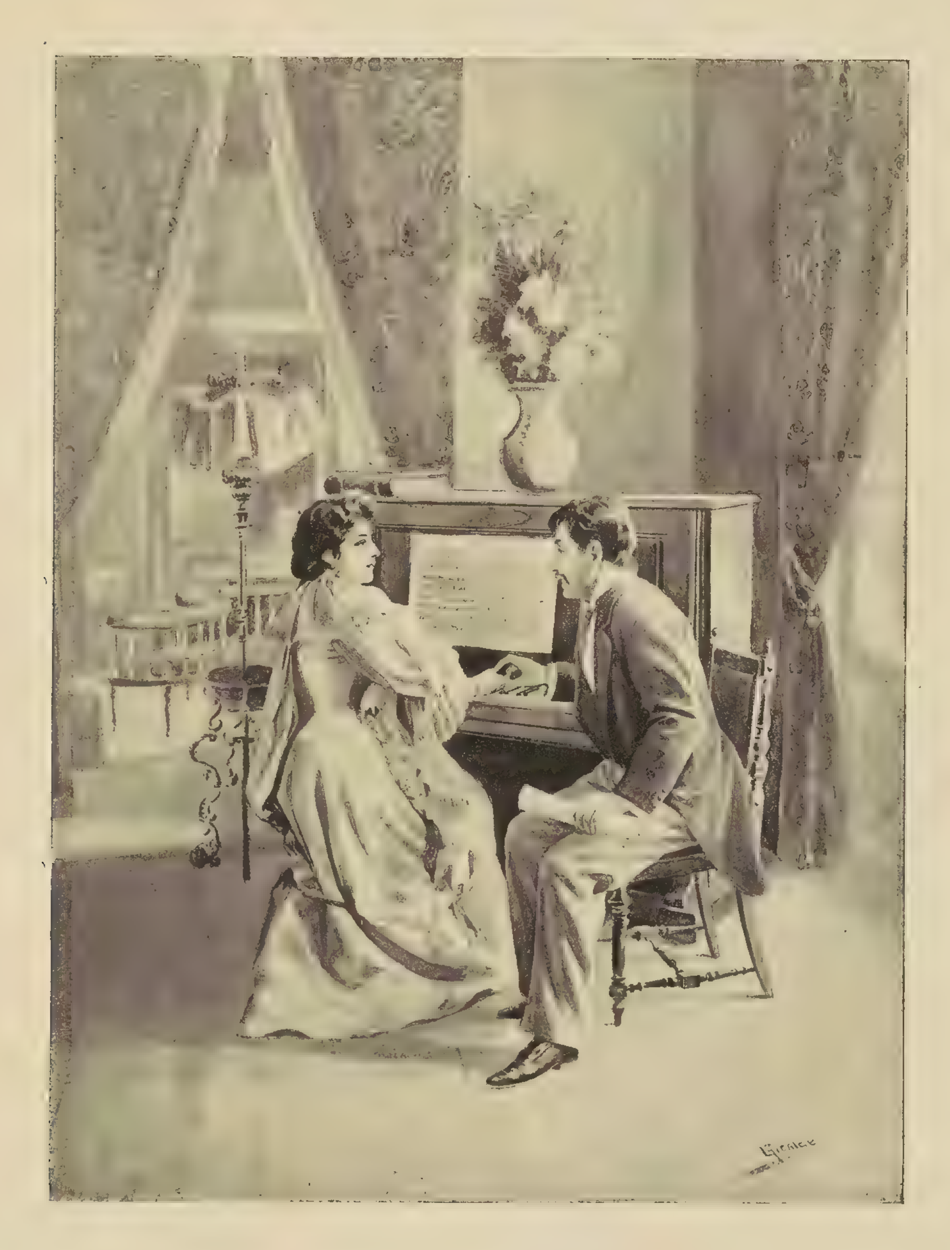
A NUESTROS LECTORES.

Cumpliendo nuestra oferta, aumentamos hoy un pliego á "El Mundo Semanario," dedicado al Carnaval de Mérida, del cual poseíamos aún hermosas fotografías, y damos, además, el tercer tomo de novela de la "Biblioteca Miniatura," correspondiente á Marzo y con el cual quedamos al corriente con nuestros abonados, hasta Abril.

EL MUNDO.

TOMO I. MEXICO, ABRIL 4 DE 1897. NUMERO 14

Escenas mexicanas.



Una lección de canto por partida doble.

(Dibujo de Carlos Alcalde.)

"EL MUNDO"

Semanario Ilustrado.

Teléfono 434.-Calle de Tiburcio núm. 20.-Apartado 87 b.

MÉXICO

Toda la correspondencia que se relacione con la Redacción, debe ser dirigida al

Director, Lic. Rafael Reyes Spíndola.

Toda la correspondencia que se relacione con la edición debe ser dirigida al

Gerente, Lic. Fausto Moguel.

La subscripción á **EL MUNDO** vale $1.25 centavos al mes, y se cobra por trimestres adelantados.
Números sueltos, 50 centavos.
Avisos: á razón de $30 plana por cada publicación.

Todo pago debe ser precisamente adelantado.

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE.

Notas editoriales.

Problema económico.

¿Estamos enfrente de una nueva baja de la plata? La prensa acaba de anunciar que el gobierno del Japón ha decretado adoptar el *monometalismo oro*, lo que detendrá inmediatamente la demanda anual que hasta ahora ha venido haciendo aquel país del metal depreciado.

Los mercados del Extremo Oriente se han considerado como el *abismo sin fondo* de la producción argentífera. Por esa enorme bocaza se han ido enormes cantidades de plata, y el Japón no ha sido de esas comarcas la menos solícita en este constante consumo. Su conversión al talón de oro, traerá pues consigo, un grave trastorno en el precio del producto. ¿Pero es posible que este flamante Estado, abierto valientemente al progreso moderno, pase sin alteraciones trascendentales de uno á otro régimen?

Una de las circunstancias económicas que más ha favorecido el desarrollo industrial del Japón, sirviendo de estímulo á la inmigración de capitales extranjeros, ha sido precisamente su base monetaria. Pagados en plata los jornales, los empresarios han encontrado una considerable rebaja en los gastos de producción: este hecho ha permitido la creación de una industria floreciente, que no sólo excluye los artículos similares de la vieja Europa, sino que se destaca en los horizontes como la amenaza de una competencia futura.

Un cambio violento de sistema monetario pondría al imperio asiático al borde de una crisis, y su gobierno es bastante ilustrado para suponer que no proceda por medio de un brusco salto que paralizaría la expansión de su riqueza social.

Por lo que á México hace, la República ha resistido con increíble fortaleza la más ruda baja de la plata, y como el descenso indicado, se anuncia de un modo gradual, siempre dará tiempo á que en la cuestión financiera se tomen las precauciones indispensables para sufrir los nuevos golpes de rechazo que nos depare el porvenir de la plata.

El Sr. General Rocha.

¡Todavía uno menos!...... Los viejos campeones de la Libertad van desertando de nuestro lado. Se alejan los que en otro tiempo pusieron sus energías al servicio de un principio que está ya germinando en nuestro joven suelo. Se llevan á la tumba recuerdos gloriosos, días de trágicas luchas, entusiasmos épicos y un gran aliento de esperanza que sopla de las actuales generaciones.

A esos veteranos del liberalismo, rígidos é inflexibles como el programa que se trazaron, pertenecía el General Rocha, muerto en los comienzos de la anterior semana. Su historia, fué la eterna, incansable lucha contra el fanatismo, que perseguía con el ardor y la cólera de un cazador á una res brava.

No se podría, en verdad, lanzar un reproche á ese acendrado sentimiento radical que informaba su criterio.

El jacobinismo del General Rocha iba enderezado á un grupo social en el que hay que buscar las sensaciones por medio de enérgicas sacudidas y poderosas reacciones: el ejército. Allí sólo el radicalismo echa raíces, sólo la idea jacobina hace estallar el sentimiento liberal.

Y para el ejército y por el ejército trabajaba el veterano general, por ese cuerpo, antaño sin alma, en el que los propagandistas del liberalismo han prendido un espíritu.

Jamás hemos negado nosotros los servicios que los jacobinos han prestado á la libertad: reacción contra reacción, había que oponer una fuerza contra otra fuerza y frente á una exaltación otra equivalente. Para que después el concepto del liberalismo haya tomado caracteres precisos, ha sido indispensable trasponer esas etapas de formación, salvar esos periodos de lucha, que tachonan la historia de todos los pueblos.

Y por esa labor útil é interesante, emprendida, como acabamos de decir, en pro de la difusión del liberalismo, tiene el General Rocha un puesto de honor en la gratitud del partido liberal, que ha visto partir con pena al soldado de la Reforma, al militar aguerrido, al corazón franco y sincero, envuelto entre los pliegues de su vieja bandera de batalla.

Política General.

RESUMEN. Muerte de Cisneros Betancourt y captura de Ruíz Rivera.—Una nueva fase en la insurrección cubana.—La táctica de guerrillas.—La marcha del General Weyler.—Creta sin esperanza.—Grecia abandonada.—La force prime le droit.—Conclusión.

Al comenzar el tercer año de esa lucha emprendida en los campos de Cuba por los que sueñan en una patria nueva, la guerra entra en una nueva fase, marcada por una derrota favorable á las armas españolas, y la prisión de un caudillo insurrecto, destinado á ser el sucesor del célebre cabecilla Antonio Maceo en la provincia de Pinar del Río, y señalada por la muerte del que funcionaba como Presidente provisional de la anhelada República, hechos acaecidos casi simultáneamente en diferentes puntos de la revuelta isla.

La desaparición de Salvador Cisneros Betancourt, ex-Marqués de Santa Lucía, investido con la suprema autoridad por voto unánime de los jefes rebeldes, con ser tan sentida en las filas insurrectas, será quizá de menos trascendencia para la causa cubana que la prisión de Ruiz Rivera por el general Velasco en los campos de San Cristóbal. El anciano que, con el título de Presidente de la República cubana, parecía encarnar los destinos de la insurrección, y se llevaba tras sí el respeto de las multitudes y la veneración de sus partidarios, más que una energía en acción y una fuerza viva, era una especie de monumento de las pasadas luchas, una personalidad que comunicaba el prestigio de su nombre á la contienda actual, una sombra gloriosa de muertas energías que recordaba á los combatientes la tenaz resistencia ofrecida á los tercios españoles en la tremenda *guerra de diez años*.

En la época presente en que nadie concibe la muelle ociosidad ni el descanso reparador; en que se han menester la actividad sin tregua, el movimiento incesante, el sacrificio inagotable, para que permanezca en pie la causa de los rebeldes; hoy que el gobierno de la Metrópoli, mientras ofrece reformas seductoras que semejan la autonomía, redobla á la vez sus ataques, concentra sus elementos de combate, y en esfuerzo supremo procura aplastar la revolución de múltiples cabezas, sofocar todo germen separatista, y desarraigar toda idea de independencia; en estos momentos de angustia infinita y decisiva lid, tiene mayor significación para lo porvenir, entre los que simpatizan y trabajan por la independencia de Cuba, la captura del cabecilla batallador que en las fértiles campiñas y agrias montañas de Pinar del Río mantenía vivo el fuego de la revolución, que la muerte de un anciano, muy ameritado y digno de respeto en las huestes insurrectas, pero ya falto de vigor por sus cansados años y sin la energía física que en otro tiempo desplegó en favor de la libertad é independencia de la Antilla.

***

En las provincias de Oriente, Máximo Gómez y sus subalternos activan la campaña; avanzan, se concentran, retroceden, se dispersan, amenazan aquí, marcan con la llama del incendio su paso por allá, y en incesantes evoluciones y movimientos, ni dan tregua á las columnas españolas lanzadas en su persecución, ni aceptan la batalla decisiva á que pretende obligarlos la estrategia de los ejércitos reales. Comprenden que su fuerza estriba, no en el vigoroso empuje que barre campamentos, asalta ciudades y desmantela fortalezas, sino en la guerrilla que molesta, la emboscada que sorprende, el golpe de audacia que desconcierta un destacamento, y por eso no abandonan su objetivo que es entorpecer la marcha de las columnas pesadas, aparentar un alto á pie firme, como esperando batalla campal, y luego dispersarse por las veredas, dividirse en grupos insignificantes, perdidos en las quebraduras de la sierra ó en las espesuras de la manigua, para volver al día siguiente á la misma carga, que repetida una y otra vez, tiene que agotar las fuerzas del enemigo, y consumir sus recursos en marchas y contramarchas que nunca acaban, en busca de invisibles sombras que se hacen palpables, cuando una colina, un bosque, un recodo del camino, una arruga del terreno les permite hacer una ó varias descargas, y dar así muestras de que no son vanos fantasmas, sino soldados reales, avesados á ese género de combates, capaz de vencer algo que no fuera la indomable tenacidad del patriotismo español.

Nutrido y aleccionado en esa táctica del débil y pequeño contra el fuerte y poderoso, el jefe insurgente Ruiz Rivera, por cerca de cuatro meses sostuvo la lucha desigual en Pinar del Río, y logró evitar batallas formales que habían de comprometer su posición; pero menos afortunado que sus colegas del Camagüey, acaba de caer en manos de los soldados del rey Alfonso, que en los campos de Cuba defienden la integridad de sus dominios.

***

Con esta pérdida, la revolución ha recibido nuevo golpe; y como quiera que, las autoridades americanas parecen más decididas que nunca á impedir las expediciones filibusteras, que á la continua partían de las costas floridanas, proporcionando armas y recursos á los defensores de la manigua, solamente les queda, á más de su tenacidad y energía, la esperanza de que la nueva estación de lluvias entorpezca los movimientos de las tropas españolas, y puedan así las dispersas partidas insurrectas, recobrar su brío en lo intrincado de la selva ó en las quebraduras de la sierra.

Uno á uno los caudillos principales de la insurrección, han ido cayendo en ese abismo que jamás se colma; uno á uno han ido desapareciendo en la ruda pelea. No se improvisan los campeones ni brotan en los momentos de prueba los paladines; es necesario que se formen en la lucha, que sean productos expontáneos del combate, que se forjen como el hierro al golpe de la derrota y al fuego del incendio.

Si aun quedan energías en les campos cubanos; si el impulso ardoroso, que ha llevado á los rebeldes á esa lucha sin cuartel donde la muerte impera, no se ha agotado aún, vendrán otros á ocupar los lugares de los que caen, y á recoger las armas de los que sucumben.

Entretanto, allá va el Capitán General, á la cabeza de sus tropas acostumbradas á vencer, sometiendo pueblos y encadenando voluntades; allá va cegando las fuentes y cercenando los recursos de que se alimentaba la insurrección; allá va ostentando en una mano su espada implacable, y en la otra el acta de reformas que ha prometido el Gobierno español.

***

No hay esperanza para los afligidos cretenses; no hay consuelo para los griegos débiles que pretendieron tomar bajo su amparo á Creta infeliz, contra la manifiesta voluntad de las potencias europeas.

Cada vez que osan los insurrectos atacar las posiciones turcas, cada vez que dan un paso hacia la independencia ó quieren acercarse á la anhelada unión con la madre Grecia, tropiezan con los acorazados de los poderosos que no se detienen en bombardear á las huestes cristianas, en defensa de la oprobiosa Media Luna.

En vano se oyen los clamores del pueblo griego que repercuten en las capitales europeas, hablando en nombre de su razón y de su tradición, y pidiendo al fuerte no protección ni apoyo, sino libertad de acción en los campos de Creta. En vano ha amontonado el Gobierno griego en un supremo esfuerzo y con heroico sacrificio, todos sus elementos de guerra en las fronteras de Tesalia, amenazando, moderno David, al gigante Imperio otomano. Las potencias siguen el plan que se han trazado: conservar intacto el patrimonio de los califas, mantener incólume la integridad del territorio turco, y guardar inmaculado el tratado de Berlín.

No valen quejas de los oprimidos ni lamentaciones de los mártires, ni hondos suspiros de los esclavos; se ha olvidado la perfidia proverbial de Abdul-Hamid; no se recuerdan las matanzas de cristianos ni las espantosas explosiones del salvajismo del turco y de la barbarie del curdo; ni siquiera se tienen presentes las sangrientas burlas sufridas por la diplomacia europea, vil juguete del Sultán...... todo desaparece ante la razón suprema de la paz universal, que se quiere conservar aun á costa de la justicia, tratando de ocultar, con forma aparatosa, el horror á la guerra que todos temen y que ninguno desea.

X. X. X.

Marzo 31 de 1897

El dique flotante de Tlacotalpan.

EL MUNDO diario y EL IMPARCIAL hablaron ampliamente de esa construcción móvil que acaba de inaugurarse y de la cual damos hoy una fotografía. Huelga por lo mismo una descripción nueva y nos limitaremos á afirmar que el Dique en cuestión constituye una gran mejora que ha tiempo venía haciéndose indispensable; pues facilita extraordinariamente la carena de los buques mercantes y de guerra de las aguas del Seno Mexicano y ahorra gran parte de las considerables cantidades que esta operación árdua demandaba por llevarse á cabo en el extranjero.

Damas distinguidas.

Las hermosas fotografías últimamente publicadas, entre las cuales está incluida la de la señora Luz González Cosío de López, nos han sido proporcionadas por el distinguido artista Don Guillermo Valleto, el cual hacemos presente en estas líneas la expresión de nuestro agradecimiento por su galante amabilidad.

LA CUESTION CRETENSE

ATENAS EN TIEMPO DE CRISIS

El año último, en el mes de Julio, cuando yo desembarcaba en el Píreo, mi Catelero, mostrándome los acorazados griegos, me dijo, no sin cólera: «Las potencias no quieren que vayan á Creta y se ven obligados á permanecer ahí.»

Y he aquí que siete meses después encuentro una situación del todo diferente, y al desembarcar me aborda el mismo Catelero y blandiendo el puño, exclama: «Las potencias no quieren, pero nosotros queremos; donde quiera que haya griegos, en Alemania, en Rusia, en Inglaterra, pondrán, si es preciso, fuego á todo, para vengarse de Europa.» Y con un gesto violento se muerde el dedo en testimonio de su sinceridad.

Esta misma frase de indignación, de desesperación y de audacia, es la que en adelante voy á oir donde quiera bajo diversas formas, según los interlocutores. Todo ese pueblo está obstigado por la idea de la guerra. Por las calles pasan grupos gritando: «La guerra,» y sobre los muros se ha inscrito en letras groseras y vacilantes:

Zitó o polemos
Viva la guerra!

Los menores incidentes son un motivo de excitación para la exasperación nacional y el espectáculo de los cretenses refugiados que recorren la ciudad en grupos, no es propio para calmar los espíritus, ni tampoco los miserables campamentos de mujeres de Creta que hacen secar en las plazas del Píreo los andrajos que les restan. Sin embargo, nada parece cambiado á primera vista en las costumbres atenienses que comprenden, como las de todas las ciudades de provincia, ciertos ritos inmutables. Todas las mañanas, á eso de las once, se va á oir la música militar ante el palacio; después, las personas elegantes se muestran en el paseo á donde volverán una hora antes de la noche. En esos minutos tradicionales, los cafés rebosan en su clientela habitual y los atenienses soñameros se abordan febrilmente y se preguntan aún: «Qué noticias hay?» como se preguntaban ayer y como hace dos mil años.

Pero de pronto un grito y un movimiento de la multitud, traicionan la sola preocupación de todos. Bandadas de niños, se precipitan, clamando:

—*¡Pavastima! ¡Pavastima! ¡Suplemento! ¡Suplemento!* Y arrebata todo el mundo los periódicos calientes, que traen los últimos telegramas: las flotas combinadas acaban de ocupar á Retimo, ó Herápetra; las tropas griegas no pueden ir á Candano á poner orden entre los cristianos y los musulmanes; el emperador de Alemania quiere que las potencias tomen medidas de rigor.........

Los comentarios no tardan en llegar y todas las censuras precedentes se unen á las recriminaciones nuevas contra Europa. La animosidad es grande, sobre todo contra Alemania; y se traduce en caricaturas en que el Emperador Guillermo está representado sosteniendo con su brazo más corto al Sultán Abdul Hamid, con esta leyenda: *¡En qué brazo se apoya el gran asesino!*

Obsérvanse asimismo otros hechos menudos no menos característicos: los barberos de Atenas se han puesto de acuerdo para no rasurar al embajador de Alemania y el propietario del *Hotel de Alemania* anuncia en los periódicos que en adelante su casa llevará el nombre de *Hotel de Mycenas!*

En las calles comerciales, otros espectáculos manifiestan ya más seriamente la idea de la guerra: las armerías están llenas de compradores; los negociantes improvisados colocan en las plazas mesas donde se alinean los fusiles; se reconocen por todas partes grupos de voluntarios que van á proveerse de armas, y los trajes europeos de los jóvenes de Atenas, se mezclan á los calzones anplios de los cretenses, que cubren su cabeza con un pañuelo negro y á las *fustanellas* blancas de los pastores de Thesalia, que llevan el fez flexible de lienzo rojo.

Si se desciende en camino de fierro al Píreo, casi no hay tren que no esté lleno de soldados; en las estaciones la multitud los aclama, los sigue sobre los muelles de embarque, y parten en la noche para Volo ó para Arta, saludados por adioses graves y casi solemnes. Porque no hay que olvidarlo, ese pequeño pueblo no se compromete al acaso en una aventura heroica; va deliberadamente para defender lo que juzga su derecho estricto en las supremas catástrofes. Sin duda el ateniense sonríe aún y se divierte por instantes; pero ha renunciado á las largas y bulliciosas alegrías del carnaval, y aun cuando se manifiesta en la calle como el 22 de Febrero ó el 4 de Marzo, lo hace con infinita calma y dignidad.

El 22 de Febrero treinta mil personas desfilaron por las calles y se dirigieron al palacio para protestar contra el bombardeo de Phroudia por los acorazados europeos. El 4 de Marzo se trataba de invitar al Gobierno á rechazar con energía la nota idéntica de las seis potencias.

Este segundo *meeting* se frustró un poco por una lluvia intempestiva: «Dios está con el Sultán,» decía alguno entre la multitud; sin embargo, millares de hombres se apiñan ante el Círculo de los estudiantes; poco á poco se cierran los establecimientos y la multitud se pone en marcha. Va primero á la Universidad; los discursos ahí la exhortan á la resistencia; después flotan las banderas á pesar de las gruesas gotas de agua que comienzan á caer, y la manifestación continúa su curso. En el camino se encuentra á un *pappas* (sacerdote cretense) Kyrillos Eustathiou; el *pappas*, feroz y bonachon á la vez, coge el asta de una bandera. Es él ahora quien va á la cabeza de la columna, en tanto que, bajo los paraguas abiertos, resuena sordamente los gritos de:

Zitó, ó polemos! Zitó! ó polemos! Zitó!

La multitud llega ante el palacio; algunos *evzôni* bastan á contenerla; sin embargo, furiosos remolinos la agitan cuando con una voz ronca, con los cabellos pegados á la frente por la lluvia, los oradores demandan la presencia del rey. Los oficiales de palacio se suceden y ensayan vanamente hablar; por fin, entre las columnas, por encima de aquella multitud de cabezas, asoman, el rostro blanco, los ojos azules y el mostacho rubio del príncipe Constantino, el príncipe atlético, como se le llama. Rumores, aclamación, silencio; el príncipe declara que en aquellos momentos el rey no puede hablar; felicita al pueblo heleno por su energía patriótica y le invita á dispersarse. La multitud se va con pena, obstinada en su sueño de guerra, y un descontento grita: «Nos representarán la misma comedia que en 1886.»

Sin embargo, como un signo de esperanza, un poco de sol ilumina por fin las ruinas santas de la Acrópolis, y á lo lejos, hacia el horizonte, baña la verdura nueva de los planes, al pie del monte Aigaleires y la ruta blanca de Eleusis.

Pedro Quillard.

Atenas, 5 de Marzo de 1897.

General de División Sóstenes Rocha.
† el miércoles último.

(Véase nuestro editorial.)

INFORMACIONES CURIOSAS

COMO VIVE IBSEN

De un interesante artículo que un crítico inglés, Mr. Sherard, acaba de publicar en la revista *Humanitarian*, tomamos estos datos acerca del famoso dramaturgo noruego Enrique Ibsen, al que tuvo ocasión de estudiar de cerca en su reciente viaje á Christiania:

Ibsen, según Mr Sherard, es pesimista en teoría y misántropo en la práctica.

Busca la soledad, y manifiesta una profunda aversión hacia los goces íntimos del hogar y de la familia.

No va jamás á ver á su hijo, que es, por otra parte tan misántropo y tan retraído como el autor de sus días.

Cuando el hijo se casó, el padre ni siquiera asistió al matrimonio.

La única distracción de Ibsen consiste en sus dos paseos cotidianos. Se dirige siempre hacia un café, entra en él, pide los periódicos y se hace servir una copa de aguardiente y un vaso de cerveza. Coloca aquella á su derecha y ésta á su izquierda, y bebe de ambos alternativamente.

Nunca va al teatro, ni á sociedad.

En una palabra, vive como un hongo.

Esta falta de sociabilidad extraña más en un país como en Noruega, donde la gente es de lo más sociable y comunicativa que se conoce; sólo puede explicarse por el orígen escocés del célebre escritor.

En sus conversaciones con Mr. Sherard—que no debieron de ser muy largas, dada la dificultad de sacarle muchas palabras del cuerpo—sólo se exaltaba y salía de sus casillas cuando el crítico inglés le hablaba de la doctrina y tendencia de sus obras.

¡Pero si mis obras no tienen tendencia ninguna!—repetía muy agitado.

—¿Cuántas veces tendré que decirlo?

Es preciso que se convenzan ustedes de que yo en mis obras no soy un profesor en su cátedra, sino un pintor en su estudio. Yo no soy partidario de nada, ni mis comedias pretenden probar nada tampoco. Yo aspiro solamente á retratar la vida como la veo á mi alrededor. Vivo en Noruega y á los noruegos saco á escena. Eso es todo.

Y, pasada esta ráfaga de animación que enrojecía el semblante de Ibsen, volvía el misántropo á su mutismo acostumbrado.

LA DIVINA COMEDIA MUSICAL

Algunos afirman que la obra maestra de Wagner es *Tannhäuser*; otros, *Los maestros cantores*; otros, *Tristán é Isolde*; los más *Lohengrin*, bautizada en Italia con el postítulo de *Divina comedia musical*.

A mi juicio, la obra maestra de Wagner es la *fusión* de todas esas grandes creaciones sonoras. Es el conjunto y no el detalle, la masa y no el fragmento.

Allí está su obra.

De la producción inmensa de Wagner, desgraciadamente, no conozco más que la última, que escuché ocho años há, en la Scala de Milán, con intérpretes sobresalientes y que dejó en mi espíritu una sensación extraña y poderosa, el recuerdo de algo sobrehumano y divino, que palpitaba en el fondo del alma y vibra todavía en el cerebro, como el eco de un arpa angélica.

***

La vida de Wagner es la odisea del genio.

El peleó como un condenado para hacer primar en el desconcierto musical del mundo, sus novísimos ideales artísticos; luchó en las sombras, solo, sin un soldado que le ayudase á saltar las barricadas, hasta que logró imponer su criterio estético.

Ese periodo de la existencia de Wagner trae á la memoria la leyenda de aquel titán que trataba de arrancar de sus brazos la férrea cadena que lo sujetaba á la roca maldita, para volar de un aletazo hasta el cielo.

Los primeros trabajos fragmentarios del músico genial fueron silbados, y su autor befado y calumniado por la turbamulta, que no llegando á comprenderlo, le decía loco, ambicioso y audaz, cuando no era sino un revolucionario en el arte. Exactamente lo que acontece en la actualidad literaria con la escuela *modernista*, que para la mayoría es *música wagneriana*. No entienden de la misa la media, y salen á pontificar periódicos y revistas contra los decadentes, sin comprender que la escuela así denominada, ha tenido, según Enrique Panzacchi, en Victor Hugo sus primeros indicios, y tiene ahora fuera del grupo francés, inteligencias de primer orden, como D'Annuncio, en Italia, y Eugenio de Castro, en Portugal.

Pero Wagner, que como todos los grandes artistas, tenía la conciencia de su valer y de sus fuerzas, continuó trabajando en el silencio y en la obscuridad de su retiro, hasta que se presentó con *Lohengrin*, es decir, con una obra perfecta desde el pie hasta la cumbre, que fué elevándose, cual tenue luz, de los muros sombríos del castillo de Bayreuth, hasta llenar el universo con fulgores de incendio, arrancando á la humanidad, atónita, en medio de cien preocupaciones constantes, un sólo inmenso grito de admiración.

***

Antes que surgiera Wagner, primaba todavía la melodía pura, las *cavaletas* y los *motivos* de la vieja «manera» italiana. Meyerbeer trajo después á la música las leyendas del Norte y fundó el *eclepticismo*, hasta que vino Wagner, como enviado por Dios, con el mandato de cumplir una misión providencial, y creó una nueva escuela, es decir, fundó la melodía en el acompañamiento orquestral estruendoso y magno; la palabra con la nota musical; el diálogo «hablado» con la frase «cantada,» y de esa armonía sonora surgió el «drama lírico,» haciendo saltar los moldes vetustos en mil fragmentos, y produciendo la revolución artística más grandiosa de este siglo.

Los espíritus bajos y perversos, que hieren por la espalda, no cejaron por esto en su «noble» misión, y á los epítetos anteriores, que le habían prodigado, agregaron un sinnúmero más para acobardarle en su empresa, hiriéndole en el alma y en sus sentimientos más delicados. Lo llamaron «compositor miserable,» «músico inepto» y «estropeador del arte.»

Wagner entregó al público desprecio á sus gratuitos ofensores, probando entonces que era de la talla de los que se imponen ó sucumben.

Lohengrin quedó sepultado bajo silbidos en París, para renacer en Bologna á la inmortalidad.

***

Cuando se trace la historia musical de este siglo, se le dará á Wagner el sitio de honor que le corresponde.

Es quizá el ejemplo más grande de fortaleza de alma, de fé en los ideales, de constancia en el credo y de firmeza de rumbos que registran los anales del teatro, desde su génesis hasta nuestra época; y *Lohengrin*, la divina comedia musical, vivirá, mientras haya seres capaces de comprender y de sentir las cosas grandes, emocionantes y sublimes; mientras haya amor y belleza, sueños y esperanzas, ilusiones y recuerdos; en una palabla: mientras haya arte y artistas en el mundo.

Luis Berisso.

COMO SE CASAN LAS INGLESAS

Todo el mundo sabe las pocas formalidades que son precisas en Inglaterra para los que quieren contraer matrimonio: una visita al Registro Civil, unos cuantos peniques de gasto, dos testigos y pocos papeles. Pero es menester examinar de cerca estas costumbres para darse cuenta exacta de la libertad que encuentra la mujer en Inglaterra.

En el mes de Enero último, dice el articulista que nos comunica tan curiosas noticias, entré en una papelería para hacer varias compras, y la hija del comerciante me indicó que volviera dentro de unos días, porque no tenía en aquel momento la clase de papel que yo necesitaba.

—Bien, volveré la semana próxima.

La señorita del mostrador vaciló un poco, y al fin contestó:

Es que yo no estaré la semana próxima, porque pienso casarme mañana.....pero le ruego á usted que no diga nada á mi padre, porque aún no está prevenido.

Y era verdad. Al padre le dió la noticia el novio mismo, momentos antes de ir á casarse, en estas ó parecidas palabras:

—Me caso con su hija dentro de una hora. Ella no quiso decir á usted nada, temiendo que usted se opusiera al matrimonio...... Todo está dispuesto, y los testigos nos aguardan abajo en el coche, y puesto que ya es inevitable, debía usted ponerse la levita y asistir á la ceremonia; sería lo más conveniente y lo más correcto.

Y el padre se puso la levita y asistió á la ceremonia, porque esto era lo más correcto.

En la Iglesia de Saint Martin's Church, ocurrio un enlace que no sorprendió á nadie, sino que, por el contrario, mereció la aprobación unánime de todos los concurrentes Casábase una muchacha de veintiún años, y en el momento en que el sacerdote preguntó, según la fórmula acostumbrada:

—¿Quién dá esta mujer á este hombre?

La joven, llamada miss Echel B......... impidió á su padre que contestara, y le dijo solemnemente al cura:

—Nadie me entrega al hombre que yo he escogido; me doy yo misma. La pregunta que usted ha formulado pertenece al tiempo. Por fortuna ya ha pasado aquel en que la mujer era considerada como una cosa, como una esclava, de quien sus parientes podían disponer á su antojo. Si yo no consintiese en unirme á mi prometido, no habría fuerza humana que pudiese obligarme. Le ruego, pues, á mi padre respetuosamente, que se abstenga de contestar, y yo le respondo á usted, ya que usted me lo pregunta, que me doy yo misma, por mi sola voluntad, al hombre que está aquí á mi lado.

El cura se inclinó sin decir una palabra, creyendo la escena terminada, pero al preguntarle á miss Echel si prometía respeto y obediencia á su marido, la miss volvió á tomar la palabra:

—Si no lo respetase no estaría yo aquí: y continuaré respetándole mientras tanto que lo merezca, pero no prometo odedecerle: acepto un esposo, no un dueño.

El novio no hacía más que sonreirse y callar. Al día siguiente los periódicos de Londres contaban el hecho sin hacer comentarios, y como si se tratara de la cosa más natural del mundo.

Conocimientos útiles para los hombres de trabajo.

Abono: para el cultivo de hortalizas es conveniente el empleo de abonos líquidos, puesto que se desean obtener productos intensos y rápidos, ayudando para ello el suelo con la reposición abundante de las pérdidas sufridas por la producción.

Los abonos sólidos duran más tiempo, pero en cambio no suministran con tanta abundancia principios fertilizantes al terreno á que se aplican. Se obtiene un abono líquido, especialmente para coles, pepinos, melones, calabazas, lechugas, etc., con excrementos descompuestos de gallina, disueltos en agua común, con lo cual se regarán las plantaciones de las huertas.

He aquí un método muy sencillo para conservar los melones.

Para la fruta tardía, se les corta cuando aún no han llegado á madurez completa; se les frota ligeramente con un trapo y se colocan durante dos días en un sitio seco.

Después se llena una barrica con ceniza, limpia de todo carbón. En esta ceniza se ponen los melones, tratando de que estén completamente cubiertos.

Teniendo cuidado de que no se hielen, se tendrá melones en perfecto estado el día que se quieran comer ó vender casi tan buenos como recién cortados de la planta.

—Las hojas de geranio tienen la propiedad de curar prontamente las cortaduras, quemaduras y rasguños de todas clases.

Se toman una ó más hojas de esta planta y se trituran sobre un pedazo de género: luego se aplican sobre la herida.

La hoja se adhiere fuertemente á la piel, junta las carnes y cicatriza la herida en poco tiempo.

—El cerdo es, á pesar de su fama, un animal muy aficionado á la limpieza si se le deja en libertad para buscar los medios de no vivir entre basura. La paja que se le pone por lecho se debe renovar con tanta frecuencia como la de los caballos y la de las vacas. Los alimentos que se le dan, deben ser sanos y nutritivos, y á ellos debe agregarse agua limpia para beber. También conviene procurarles un sitio con agua para bañarse cuando hace calor, y observando todas estas reglas, bien sencillas por cierto el que los cuide tendrá el gusto de ver que sus cerdos engordan pronto y más que los de sus vecinos que los tienen abandonados, y además la manteca y la carne de los primeros tendrá un sabor mucho más agradable.

—Se emplea el ácido bórico con éxito extraordinario para el endurecimiento del yeso, que, tratado de un tierno modo por este producto, obtiene la dureza de la piedra.

Para obtener ese resultado se junta por medio de un pincel con triborato de amoniaco el yeso reciente; también se puede amasar el yeso mezclándolo con el ácido bórico disuelto en agua, añadiéndole la cantidad de amoniaco conveniente para formar el triborato de amoniaco. Al cabo de dos ó tres días el yeso de este modo tratado es inatacable por el agua y de una dureza igual á la de la piedra.

Joyas rusas.

Los periódicos rusos, enumeran y describen las insignias imperiales que se enviaron de San Petersburgo á Moscou para las fiestas de la coronación del Czar; la joya principal es la corona, que se ejecutó según un modelo bizantino, estimándose su valor en más de 5.000,000 de francos. Se compone de dos partes que simbolizan el imperio de oriente y el de occidente; en medio se levanta un esplendido rubí en forma de pera, que tienen fijos cinco diamentes, figurando una cruz. Esta maravillosa obra de orfebrería, la encargó Catalina II cuando subió al trono, siendo un ginebrino llamado Jeremías Pauezic, el joyero imperial que la ejecutó.

El cetro que el czar Pablo encargó para el 5 de Abril de de 1897, día de su coronación, es aun más notable. Su valor proviene especialmente del magnifico diamante conocido con el nombre de Lasaref ú Orlof, siendo muy curiosa su historia. El Lasaref y el Kohi-Noor, son dos diamantes que formaban los ojos del león de oro que guardaba el trono del gran Mogol de Delhí. Durante largo tiempo, se creyó que el primero era simplemente un trozo de cristal; por último, un mercader armenio llamado Lasaref adivinó su inmenso valor, lo compró y con peligro de su vida lo llevó á San Petersburgo para ofrecerlo á Catalina II; pero la Czarina creyó exagerado el precio que pedía Lasaref, y despidió al mercader armenio, que partió para Amsterdan. Allí el conde Alejo Orlof pagó por el diamante más de 2.000,000 de francos, lo hizo tallar y lo envió como regalo á Catalina II, concediéndole al mismo tiempo cartas de nobleza á Lasaref y una renta anual de 2,000 rublos. El Orlof pesa 199 quilates y ¾, ó sean 8 quilates más que el Kohi-Noor.



Dique flotante de Tlacotalpan, inaugurado últimamente.

Sellos.

Pocas son las personas que aquí conocen todas las clases de sellos que se usan en Estados Unidos.

Los hay desde uno á diez centavos, siguen los de quince, saltan á cincuenta, y pasan luego á uno, dos y cinco pesos. Los de estos dos últimos precios apenas se usan y puede decirse que los coleccionistas de sellos son las personas que más los emplean en compras, cambios y ventas.

Existen además los sellos de periódicos, que no se venden al público, y ni aun á los editores ó publicistas, y se emplean solamente para cubrir el porte pagado de los diarios, uniéndolos á la matriz del recibo que se da á la empresa remitente. El precio de aquellos es desde un centavo hasta cien pesos.

Cierran la lista los sellos para remisiones especiales y los empleados en balancear diferencias de menos en portes deficientes.

La reserva á mano es bastante para cuantos pedidos se hagan, pues existen hoy en depósito 230.000,000 de sellos y los talleres en que se hacen, trabajan continuamente para suplir la creciente demanda. Calcúlase que al Gobierno le cuesta cinco centavos cada millar y el noventa por ciento de los vendidos son de á dos centavos.

LA MUSICA EN LONDRES

Una estadística levantada sobre los lugares de recreo en Londres, los calcula entre 550 y 600, siendo de éstos más de 450 musicales. En las otras ciudades de Inglaterra el número asciende á 1,300 de los que cerca de 160 son destinados á conciertos.

Los teatros en Londres llegan á 50, y en las otras ciudades de Inglaterra á 200. Los salones de concierto en Londres son unos 30, mientras en el resto del país llegan á la enorme cifra de 1,000.

Muchos de estos sirven también para representaciones teatrales y al mismo tiempo de capillas y punto de reuniones políticas.

El capital invertido en Londres en sitios de diversiones, es poco menos de 4 millones de libras, sin contar el Palacio de Cristal, el Albert Hall y otros.

Hay empleadas en esos establecimientos más de 15,000 personas, además de otras que lo son indirectamente.

Los teatros y salones de conciertos en Londres tienen capacidad para medio millón de espectadores.

Una bomba.

La bomba que el anarquista Panwels arrojó hace más de dos años en la iglesia de la Magdalena en París, no fué funesta solamente al autor del atentado.

La sacudida causada por la detonación fué tal, que el célebre órgano se descompuso.

Los trabajos de restauración acaban de ser terminados y su importe ascendió á la respetable suma de veinticuatro mil francos.

Notas é impresiones.

No se debe gastar más de lo que se gana; ni aun todo lo que se gana.

La economía es la previsión.

Lo que la hormiga hace por instinto, hagámoslo por razón.

No hay pequeñas economías.

Los arroyitos hacen los grandes ríos.

Todo préstamo es una pérdida, todo ahorro es una ganancia.

No dejéis ese ahorro para mañana, lo podréis hacer ahora.

La religión es el primer freno del hombre; la sabiduría no es más que el segundo.

M. Ch.

Las mejores frutas son las que han sido picadas por los pájaros; los hombres más de bien, son aquellos en quienes se ha cebado la calumnia.

Pope.

La verdadera compasión es una limosna más preciosa delante de Dios, que la del oro y la plata; porque dando nuestros bienes damos lo que es nuestro, y dando nuestra compasión, nos damos á nosotros mismos.

San Gregorio.

Cuando la fortuna eleva á un hombre de repente, si el afortunado es nécio, se yergue; si es sabio, se inclina.

Enrique Boucher.

Si los malvados supiesen lo ventajoso que es ser hombre de bien, querrian serlo aunque sólo fuese por especulación.

Franklin.

El cuerpo es el instrumento del alma, y el alma es el instrumento de Dios.

Plutarco.

Es preciso merecer las alabanzas, y huir de ellas.

Fenelón.



UNA PARABOLA DE TOLSTOI

En el *Potchine Ebovnih*, la revista moscovita que aparece una sola vez al año, ha publicado en estos dias el conde Tolstoï tres parábolas exquisitas. Ofrecemos hoy á los lectores de El Mundo, una, la más breve, pero no la menos significativa y bella de las tres. En ella el pensamiento de Tolstoï refleja en puras formas de arte su concepción cristiana de la vida:

* *

Los propietarios de un prado vieron que la cizaña crecía en él, y ocurrióseles que era lo mejor para extirparla segar sus tallos, con lo cual, naturalmente, volvió á crecer la cizaña con más vigor que antes de la siega.

Pero un propietario vecino, de mucha prudencia y sabiduría, al visitar á los dueñes del prado, dió á todos muy útiles consejos, y entre ellos el de no segar la cizaña, si es que se quería evitar que se propagara por sí misma, y que en cambio, la arrancasen de raiz.

Los propietarios del prado, bien sea porque entre el número de instrucciones recibidas del buen vecino no hubiesen reparado en la relativa á la necesidad de extirpar, arrancándola de cuajo, la cizaña, en lugar de segarla; sea que no llegaran á comprender este consejo, ó que los cálculos personales impidiesen aceptarlo, lo cierto es que siguieron segando la cizaña y consiguiendo por lo tanto, que con mayor fuerza se multiplicase.

En el curso de los años siguientes, no faltó más de un hombre que recordase á los dueños del prado el consejo del prudente y buen vecino; pero quien tal hacía no era escuchado, y tan poco caso se le hacía como si nada estuviese ocurriendo.

Vino á suceder de esta suerte que segar la cizaña desde el momento en que aparecía fué no solo un hábito, sino una tradición sagrada, con lo cual el prado llegó á estar cada vez más enfermo é invadido.

Llegó el día en que no hubo en el prado más que cizaña. Los propietarios de él gemían por tal causa, ingeniándose para encontrar el remedio de situación semejante, que, sin embargo, era uno, nada más que uno: el señalado por el vecino sabio y justo. Pero nadie lo usaba.

Sucedió, por último, que entristecido un caminante al advertir la perdición del prado, buscó las instrucciones dejadas por el vecino sabio y bueno, todas las cuales estaban olvidadas, por ver si habia entre ellas alguna con que poder remediar las causas de la afliccion general. Descubrió la que decía que no era necesario segar la cizaña, sino arrancarla de raíz. Declaró pues, á los dueños del prado que habían sido imprevisores y que de mucho tiempo atrás habían sido advertidos todos contra dicha imprevisión.

Pero en vez de comprobar lo que este hombre dec a, para que, en el caso de que fuera exacto no segar más la cizaña, ó demostrarle, por el contrario, que éstaba equivocado; en lugar de aceptar sin molestia la máxima ofrecida, los dueños del prado resolvieron en su mayor parte declararse ofendidos por la apelación que á la memoria y doctrina del antiguo varón justo había hecho el viajero, y, conformes en esto, empezaron á lanzar contra él toda especie de invectivas y de ofensas.

Decían de él que era orgulloso, que se imaginaba ser el único que había comprendido las instrucciones del antiguo vecino. Otros aseguraban que el viajero era un falso intérprete, un traidor y calumniador presuntuoso. Presintiendo los demás que no había dicho nada de su cuenta, sino que simplemente había recordado los consejos de un hombre estimado de todos, afirmaron que era un individuo perjudicial, que tan solo deseaba ver multiplicada la cizaña, de manera que el prado quedase perdido para siempre.

– Pretende – decían—que no conviene segar la cizaña; pero, de no destruirla nosotros, se multiplicará hasta el infinito; y entonces, ¡adiós nuestro prado! Es maravilloso creer que éste nos ha sido dado para que propaguemos la mala yerba.

Con la peor intención olvidaban decir que de todo había hablado el viajero menos de no destruir la cizaña, habiendo sólo afirmado que debiera ser arrancada de raíz en lugar de ser segada.

La opinión de que el caminante era un insensato ó un intérprete mentiroso, se afirmó de tal manera, que ya no se oyeron contra él más que injurias, contestándose con el silencio á las explicaciones terminantes que él ofrecía asegurando que la destrucción de la cizaña era estimada por él como uno de los principales deberes del dueño de la tierra, aunque comprendía que esta destrucción debía entenderse como el vecino sabio y justo la entendía.

....

Exactamente lo mismo me ha ocurrido cuando he hablado en favor del precepto del Evangelio, que recomienda no oponerse al mal con la violencia. Por Cristo ha sido formulada dicha regla, y sus discípulos la han repetido después de él en todos los tiempos y lugares. Pero sea que no se ha reparado en ella, sea que no se la ha comprendido, ó sea, por último, que ha parecido difícil conformarse á ella, lo cierto es que cuanto más tiempo ha pasado, más ha sido olvidada, y más el arreglo de la vida de los hombres se ha alejado. A tal punto se ha llegado, que dicha doctrina se ofrece hoy á los ojos del mundo como algo nuevo, desconocido, cuando no insensato y extraño.

Me ha sucedido como al viajero que recordaba á los dueños del prado la prescripción antigua del vecino justo, en virtud de la cual no debe ser segada la mala yerba, sino arrancada de raíz. Los dueños del prado han ocultado maliciosamente que en dicha regla se establecía no que la cizaña no fuese destruida, sino que era menester no destruirla de una manera irracional. Del propio modo cuando he afirmado que para destruir el mal es preciso conformarse al precepto de Cristo, que nos enseña no oponerle la violencia, sino extirparlo por el amor, se ha exclamado: —«No escuchemos á este insensato, que nos induce á no luchar con el mal, precisamente cuando el mal nos está ahogando.»

Y los hombres continúan tranquilamente, con el pretexto de destruir el mal, reproduciéndolo y multiplicándolo.

DAMAS MEXICANAS.

Señora Beatriz Redo de Zaldivar. (De fotografía Valleto.)

ACUARELA

Cae la tarde.

El cielo parece un mosaico inmenso que irradia luces vacilantes sobre las aguas del lago, apenas rizadas por brisas de primavera.

Lirios y azucenas, malabares y violetas derraman su aliento virginal al ledo rumor de la fuente, que dice, como en sueños, una plegaria de amor.

Los azulejos cantan en la enhiesta copa del samán; en el viejo bucare se mecen los nidos de los turpiales, y el colibrí busca su abrigo junto á la encendida flor de los granados.

Es la hora de las gasas de fuego en las lejanías del horizonte y de los penachos de neblina sobre la desnuda cresta de las montañas.

La cerca de los piñones está recién podada; y tras ella se extienden los gamelotales, verdes siempre al húmedo beso de la laguna.

El toro muje y escarba en medio á su serrallo, y el corcel indómito –de crín hirsuta y lomo brillante, ajeno á todo ultraje humano—preside altanero la yeguada, mientras la oveja bala en el alar del cobertizo.

Ella está bajo la parra, negligentemente sentada en su mecedora de juncos.

Sobre el fondo carmesí de la elegante falda se destaca la blancura de armiño de los encajes, que hacen como de búcaro de espumas al marmóreo seno y al cuello de cisne.

El pelo negro baja en ondas sobre la curva frente: la seja arqueada arroja tonos crepusculares sobre el ojo rasgado y negro como las paraparas; bajo la nariz judía, el sonrosado labio se contrae al soplo de leve sonrisa, dejando entrever dientes de perlas.

Como la brisa en las soñolientas aguas del lago, aletea en su cerebro un pensamiento que—á las indecisas claridades de la tarde—vaga inquieto del tierno niño que calienta en el regazo al apuesto cazador cuya figura de Hércules comienza á contornearse bajo las palmas de la entrada.

Llega! Es él!

Los lebreles le preceden jadeantes, y cuando el viejo mastín le saluda con sus roncos gruñidos. despierta el niño y le consagra una sonrisa; tiéndele sus manecitas sonrosadas, y evoca en su inocencia un mundo de recuerdos, de esos que parecen perdidos en las horas de lucha, que brotan en los instantes de las supremas satisfacciones.

Venid, venid, oh tardes de primavera! con vuessras gasas de fuego en las lejanías del horizonte, y vuestros penachos de neblinas en la desnuda cresta de las montañas.

M. V. Romero García.



CARICIAS MUERTAS

Sin odio, pues. queridas mías, y aunque algunas de vosotras me habéis parecido livianas criaturas, cuando llega el dia de visitar á los muertos amados, consolado por mis lágrimas sinceras, tejo para vosotras, con flores frágiles como vosotras mismas, efímeras coronas, poniendo en ellas, no siemprevivas, sino lirios blancos como vuestras frentes, sin sangre que las colore, y rosas encarnadas como vuestras bocas, sin besos que las avive, y lilas de otoño, veleidosas y delicadas como vuestras virtudes sin realidad:

No menospreciéis estas ofrendas de un obstinado con sus recuerdos en el tumulto de la vida. El bagage de la mía, el fardo lijero que durante ella arrastro, compónese de vuestras deliciosas mentiras de antaño, de la memoria fiel á vuestras carnes infieles, de todo lo vuestro que encantaba la juventud de mis sensuales fervores. ¡Adiós, amiguitas mías! Si nos encontramos un día en otro mundo, que no sea mejor que este que vivimos; porque fuimos aquí completamente dichosos, vosotras, con la felicidad de vuestras perfidias: yo, con el encanto de mis ilusiones, cuyo postrer perfume sube todavía de mi alma á vuestros pies, con el ramillete de dulces quimeras cuyos últimos pétalos revolotean alrededor de vuestras imágenes sin vida, en la caricia del viento otoñal.

Armand Silvestre.

¡Qué formas de belleza soberana
modela Dios en la escultura humana!

Campoamor.



UN JUGADOR

Al salir del teatro entré en el Círculo y me entretuve hasta muy tarde ante la mesa del baccarat, mirando el juego y montado en el respaldo de una de esas sillas altas para uso de los jugadores que no han encontrado sitio ante el tapete verde, ó de los simples curiosos como yo. Era aquella, como se dice en el lenguaje del club, una hermosa partida. El banquero, un joven guapo, con traje de *soirée* y con una gardenia en el ojal del frac, llevaba perdidos unos tres mil luises; pero en su radiante fisonomía de vividor, de veinticinco años, no se notaba la menor emoción. Unicamente el ángulo de aquella boca que pronunciaba las sacramentales frases; «Doy . ... En cartas...... Bac...... Aquí está el punto......» no habría mascado tan nerviosamente una punta de cigarro apagado, si el frío frenesí del juego no le hubiera oprimido el corazón. Enfrente de él un sujeto de cabellos blancos, jugador de toda la vida, hacía de sotabanquero, y manifestaba sin hipocresía su mal humor contra la mala sombra que de tirada en tirada iba disminuyendo el montón de fichas y tantos colocados delante de sí. En cambio, el más alegre regocijo iluminaba el rostro de los puntos, que sentados en derredor de la mesa, extendían sus puestas, y marcaban en el papel con la punta del lapiz, las alternativas de la apuesta, ese «espíritu de la talla» en que los menos supersticiosos no pueden dejar de creer en cuanto tocan una carta. Hay ciertamente en el espectáculo de toda lucha, aunque sea la de un siete con un ocho y de un rey con un as, no sé qué de fascinación que interesa profundamente la curiosidad, porque allí estábamos cincuenta personas alrededor de aquellos jugadores, siguiendo los lances de la partida, sin parar mientes en lo avanzado de la hora. ¿Qué filósofo explicará ese fenómeno, esa inercia de la madrugada, que inmoviliza en París á tanta gente, no importa dónde, pero siempre fuera de sus casas, donde descansaría del trabajo y de las diversiones? Por mi parte, no siento haber cedido aquella noche al encanto malsano de trasnochar, porque si me hubiera retirado cuerdamente á la hora regular, no hubiera encontrado en el saloncillo en que se cena, á mi amigo el pintor Miraut, solo ante su mesa, en disposición de beberse una taza de caldo; no me hubiera propuesto llevarme en su coche á mi casa, y no le hubiera oido referirme un caso del juego que á la mañana siguiente escribí, lo mejor que pude, dándome él su autorización para ello.

—¿Qué diablos estaba usted haciendo en el Círculo después de las doce—me preguntó—puesto que no cenaba usted?

—Estaba mirando jugar—le respondí—he dejado en buen camino al mocito Lautrec. Perdia en los sesenta mil.........

El coche se ponía en marcha al pronunciar yo esta frase, y veía de perfil á Miraut que encendía su cigarro con aire de Francisco I (el Francisco I del Louvre, pintado por Ticiano) aire que sus cincuenta años bien cumplidos han amplificado, dando también realce á su hermosura. ¿No es bastante singular que con sus hombros de lansquenet, su anchura de espaldas y su sensualidad refinada, casi glotona, este gigante siga siendo el más especial de nuestros pintores de flores y de retratos de mujeres? Conviene añadir que de aquel pulmón de gladiador sale una voz de una dulzura musical, y que las manos que yo examinaba de nuevo, mientras sostenía la cerilla y el cigarro, son de una finura imcomparable. Sé, además, por experiencia, que este soldadón tiene un corazón excelente, y así no me chocó mucho la melancólica confidencia involuntariamente provocada por mi frase sobre el juego. Afortunadamente tuvo tiempo bastante para contarme el caso muy por menor. A medida que nos acercábamos al Sena, la niebla se iba haciendo más espesa, y nuestro carruaje avanzaba al paso, en tanto que mi compañero daba rienda suelta al recuerdo de la historia, ya antigua, que me iba refiriendo. Algunos agentes de policía andaban de acá para allá con antorchas encendidas: otras brillaban en el ángulo del puente que atravesábamos, colocadas al rape de las piedras, por donde corría un arroyuelo de resina encendida. La fantástica silueta de los otros coches que se cruzaban con el nuestro en aquella niebla acre, casi negra, desgarrada á trechos por las móviles luces, aumentaba sin duda la impresión del pasado, que se apoderaba del artista, porque su voz se iba haciendo más dulce y más débil á medida que se alejaba en espíritu más y más de mí, que le interrumpía lo preciso para excitar sus recuerdos.

—Yo—empezó á decir—no he jugado más que dos veces, y, ¿me creeréis? hoy ni siquiera puedo ver jugar...... Hay algunas horas, ya sabeis, de esas en que uno no tiene los nervios bien templados, en que la vista sola de un naipe me obliga á salir del cuarto....... ¡Y es que ¡ay! de esas dos únicas partidas conservo tan terrible recuerdo!

—Quién no las tiene de esa clase?—dije.—¡Y yo que estaba presente cuando nuestro pobre Paul Darieu trabó cuestión en este mismo Círculo de que salimos, por una jugada dudosa, y luego surgió aquel absurdo desafío, acompañándolo al cementerio á los cuatro días de haberle estrechado la mano delante de este tapete verde. Siempre hay algo de tragedia al rededor de las cartas, de los crímenes, de las deshonras y de los suicidios. Pero todo esto no impide que se vuelva á reincidir, como se vuelve en España á las corridas de toros, á pesar del despanzurramiento de los caballos, de las heridas de los picadores y del asesinato del toro.

—Convenido—dijo Mirant—pero no debe ser uno mismo la causa de esas tragedias, y eso es lo que á mí me ha sucedido en circunstancias bien sencillas, Pero cuando os lo haya referido, comprenderéis por qué la más insignificante partida de besigue me infunde igual escalofrío de horror que sentiría al oir una detonación en el campo un hombre que hubiese dado muerte á alguno por descuido al limpiar una arma. Era precisamente el año de mi entrada en el círculo, en 1872, que fué también el de mi primer triunfo en la Exposición......

—Vuestra *Ofelia entre las flores*, me parece estarla viendo. Bien recuerdo el ramo de rosas amarillentas junto á la rubia cabellera, rosas de un amarillo tan pálido, tan delicado, y luego sobre el corazón aquellas otras rosas obscuras, como manchadas de sangre....... ¿Quién tiene ahora ese cuadro?

Un banquero de New York—contestó el pintor dando un suspiro—que ha dado por él cuarenta mil francos.

Yo le vendí en mil quinientos en época en que......... Claro, todavía no era yo el artista ofortunado de quien vuestro *alter ego*, Claudio Larcher, decía maliciosamente: «Dichoso Miraut, cuyo oficio consiste mirando todo el día á una americana, lo cual le produce quince mil francos!......» Dicho sea entre nosotros; pero podía haber hecho sus juegos de palabras á costa de otros, y no de sus antiguos amigos.... En fin, Dios le haya perdonado.—Pero si os hablo de dinero —añadió tocándome en el brazo, porque conocía que iba á contestar defendiendo la memoria de mi antiguo amigo—no vayais á creer que es por realzar el valor comercial de mis obras; no. Es sólo porque esos mil quinientos francos tienen relación con mi aventura. Figuraos que yo no había tenido nunca reunida una cantidad igual. Mis principios han sido tan penosos! Llegué á París con una subvención de mil francos que me pagaba mi pueblo, y con esa suma ó poco más he tenido que contentarme durante seis años.

—He conocido esos apuros—dije yo—pero por poco tiempo, ¿Comía usted, como nosotros, en casa de Polydoro, calle de Monsieur-le-Prince, donde por diez y ocho sueldos se lograba almorzar? Cuando encuentre usted á Jacques Molan y le aburra con sus historias mundanas y con las elegancias de su próxima novela, háblele de esa repostería, y antes de cinco minutos quedará usted libre de él.

—Nosotros habíamos resuelto el problema por medio del falansterio, replicó el pintor; algunos compañeros y yo hacíamos la comida en común. La amiga de uno de nosotros, que había sido cocinera (tales eran nuestras elegancias,) nos guisaba las dos comidas diarias por cuarenta y cinco francos al mes cada uno, El cuarto, quince francos: nada de criados; yo mismo me hacía la cama. Total, sesenta francos para lo preciso. Estaba desarrapado como un ladrón, pero no sabía lo que era ir en ómnibus. Mis compañeros vivían como yo y no ha ido mal. Allí estaban el escultor Tardif: Sucre, el pintor de animales; Rivias, el grabador, y por fin, el mejor dotado de todos, el cantinero de nuestra cantina, como le llamábamos, Ladrat.........

—¡Ladrat, Ladrat! -dije yo evocando mis recuerdos—yo conozco ese nombre.

—Le habréis leido en los periódicos -siguió diciendo Miraud, cuyo rostro se nubló—pero voy á ello. Ese Ladrat, que se llevaba todos los premios de estudio en la Academia, era ya entonces víctima del terrible vicio de la bebida. En la vida demasiado libre que llevábamos, semiobreros, y en continuo roce con modelos y trabajadores, estábamos expuestos á muchas tentaciones. y desde luego á ésta. A Ladrat le había dominado. Tengo que deciros esto para que no me juzgais dentro de un momento con demasiada severidad. Aquel triste hábito le impidió ganar la pensión de Roma. De tal manera se alcoholizó, que acabó de cualquier modo una composición que había empezado magistralmente! En una palabra, en 1872 era el único que había continuado en la vida de bohemio de la más baja estofa. Había llegado á ser lo que llamamos un petardista, ó sea de un hombre que hallamos de estudio en estudio, pidiendo prestado cien sueldos aquí; mayor cantidad allá, siempre con deliberado propósito de no pagarlos en la vida. Y los de este género duran muchos años.

—Por lo menos daba las gracias con algún insulto—repliqué yo—como ese Lagrimandet que conocí y que nunca iba á casa de Mareuil sin pedirle algo para la capillita (era su fórmula) y sin insultarle en seguida para salvaguardia de su dignidad. Un día le encontró disponiéndose á corregir las pruebas de un artículo que iba á publicarse. Pidió su limosna, y Andrés, se la dió. «Caballero—le dijo, metiéndose en el bolsillo la moneda de plata—¿queréis conocer si un escritor tiene talento? Pues no teneis más que averiguar si reciben su original en una redacción. Si la reciben, está juzgada; es una medianía. Adios...... Ahí tiene usted un pobre modelo.

—No—dijo Miraut—no era ese el género de Ladrat. Daba las gracias, se echaba á llorar, juraba que trabajaría y luego se iba al café y se envenenaba con ajenjo. Entonces le daba vergüenza y no volvía á presentarse en muchos días. Sus pedidos, por otra parte, era insignificantes; casi nunca pasaban de cien sueldos. Así es que me extrañó mucho una tarde al encontrar en mi casa una larga carta suya, en que me pedía nada menos que doscientos francos. Hacía más de seis meses que no le había visto; y me contaba en ella que todo ese tiempo había estado luchando con su vicio, que no había bebido, que había querido trabajar, que sus fuerzas le habían vendido, que su mujer estaba enferma (seguía viviendo con la cantinera); en fin, una de esas cartas de mendigo, desoladoras, cuya lectura le deja á uno disgustado.

—Cuando se les dá crédito—dije yo—porque á los diez años de vivir en París ha recibido uno tantas epístolas semejantes... y si entre el montón hubiera siquiera dos sinceras......

—Más vale exponerse á que le engañen á uno todas las demás veces, que dejar de atender á esas dos—replicó el pintor.—Por otra parte, en aquel momento no puse en duda la sinceridad de Ladrat. Quiso la casualidad que aquel día hubiese yo cobrado los mil quinientos francos de la *Ofelia*. En mis asuntos de dinero siempre he sido

muy meticuloso. Yo no tenía deudas, y guardaba en mi cajón una cantidad igual.

Tenía instalado mi estudio y provisto mi guardarropa para todo el año. Me acuerdo que hice de memoria el balance de mi situación económica al tiempo que cepillaba mi gabán para ir á uno de mis primeros convites de sociedad, una de esas comidas de triunfador á que se va con un apetito de maestro de escuela y con un amor propio de estudiante. Se tiene igual fe en la autenticidad de los vinos, que en la sinceridad de los elogios! Comparé mi situación con la de mi antiguo compañero de barrio, y tuve uno de esos impulsos generosos tan propios de la juventud como la flexibilidad y la alegría. Cogí diez luises, los metí en un sobre, escribí las señas de Ladrat y luego llamé á mi portero. Si este hombre hubiese estado allí, mi antiguo camarada hubiera recibido el dinero aquella noche misma; pero había salido á recados. Pues mañana será, dije, y salí, dejando preparado el sobre encima de mi mesa. Tenía tan bien tomada mi resolución, que experimenté de antemano ese cosquilleo de lijera vanidad que nos produce la conciencia de una acción generosa. No es muy hermosa la tal vanidad, pero es humana, y hay tantas obras que no tienen ese pretexto elevado, por ejemplo, ¡la que en mi interior sucedió á la primera casi inmediatamente! En la casa donde comía me encontré sentado entre dos mujeres muy elegantes que rivalizaron para conmigo en adulación y coquetería.

En una palabra; salí de allí á eso de las once, dominado por una de esas crisis de fatuidad en que se siente uno dueño del mundo, y me apeé en nuestro Círculo, establecido entonces en el hotel de la plaza Vendôme, á donde me había guiado uno de los convidados que se brindó á hacerme los honores de la reunión. Como casi no conocía á nadie allí, no había puesto en él los pies seis semanas después de haber sido admitido. Dos pintores me habían servido de padrinos, y sólo la perspectiva de la Exposición anual me había decidido á hacerme socio, á pesar de la cuota, que me parecía entónces muy cara. Era yo tan ingenuo, que pregunté á mi guía como se llamaba el juego que tenía reunidas alrededor de la mesa á tantas personas. Se echó á reir, y me enseñó en dos palabras las reglas del *baccarat*.

—¿No os tienta esto?—me dijo.

—¿Por qué no?—contesté algo mortificado de mi ignorancia—pero no tengo dinero.

Sin dejar de reir, me explicó cómo me bastaría firmar un pagaré para recibir sobre mi palabra hasta tres mil francos, á condicion de devolverlos dentro de las veinticuatro horas. Después comprendí que aquel mozo me había tentado para jugar él con la buena suerte de un principiante. Pero yo me hubiera bastado solo para caer en la tentación. Me encontraba en uno de esos momentos en que gritaría uno, como aquel otro, el barquero durante la tormenta: «Llevas á César y su fortuna......» ¡Oh! Un César bien pequeño y una fortuna reducidísima, porque me senté á la mesa diciendo á mi compañero:

— Voy á firmar un pagaré de cinco luises y si pierdo, me voy......

—Y perdió usted y se quedó.

¡Me acuerdo de haber formado tantas veces esas prudentes resoluciones y de no haberlas cumplido!........

—La cosa no fué tan facil—replicó Miraut.

—Mi tentador, que se había sentado junto á mí, me dijo que aguardase mi mano. Le obedecí. Tiró nueve. Yo había arriesgado mis cinco luises.

—Haga usted doble puesta me dice al oído mi consejero.

—Tiro ocho. Sigo doblando siete, y gano. En fin, de nueve en ocho y de ocho en siete, y siempre doblando, paso seis veces seguidas. A la septima tirada, y siempre inspirado por mi compañero, hago un luis tan sólo. Pierdo; pero tenía unos tres mil francos ante mí. Mi guía, que había ganado casi otro tanto, se levanta y me dice:

—Si es usted razonable, haga como yo.

Pero yo no le escuchaba. Acababa de experimentar una sensación demasiado fuerte para dejar aquello así.

No pertenezco á la escuela de los que usted llama analistas, ni me paso de listo en mirarme, y en sentir. Dispensadme, pues, si no os declaro sino en globo y por medio de imágenes lo que por mi pasaba. Durante los cortos instantes en que había ganado, había invadido repentinamente todo mi ser un embriagador orgullo. Un exaltado sentimiento de mi personalidad me agitaba y me soliviantaba. Una sensación análoga he experimentado al nadar en mar gruesa. Aquella inmensa ola movil que os amenaza, os balancea, y á la que dominais con vuestra fuerza, es ciertamente el símbolo exacto de lo que fué el juego para mi en aquel primer período, el de la ganancia; porque nuevamente gané en iguales proporciones que un momento antes, y luego más. No arriesgaba grandes apuestas sino sobre mi mano y sobre la de los demás; jugadas insignificantes; pero cada vez que tocaba las cartas, tenía un humor tan insolente, que primero callaban todos, y luego cuando tiraba, prorrumpían como en un rumor de admiración. Quizá sin aquella admiración hubiera tenido valor para dejarlo. Pero ¡ay! siempre he tenido un amor propio de todos los diablos, que me ha hecho hacer mil tonterías, y con mis canas todavía ha de hacerme cometer otras muchas sin duda. Lo conozco, me doy cuenta de ello, y luego, cuando tengo espectadores, adios mi dinero, no puedo sufrir que digan: «Se ha echado atrás.» Es sublime ser así cuando la escena pasa sobre el puente de Alcole; pero ante una mesa de bacarat, y al azar de una carta, es estúpido. Tin embargo, este orgullo infantil fué causa de que después de haberme hecho gozar de mi buena fortuna, no quise ceder ante la mala cuando se acercaba. Por que yo lo conocí. Llegó un instante en que comprendí que iba á perder, y aquella especie de lucidez victoriosa que me había hecho coger las cartas con una confianza absoluta, se eclipsó derepente. Estaba escrito que yo había de experimentar, en una misma sesión, todas las emociones que el juego produce á sus aficionados, porque después de haber sentido la borrachera de la ganancia, experimenté la seca y punzante embriaguez de la mala suerte. Porque existe. Ya conocéis la célebre frase: «En el juego, después del placer de ganar, hay el de perder.» No encuentro otra frase para explicaros esa especie de ardor emponsoñado, esa mezcla de esperanza y de desesperación, de cobardía y de encarnizamiento. Se cuenta con dominar la mala suerte, y se tiene la seguridad de que se saldrá vencido. Se pierde la facultad de raciocinar, y se hacen puestas que se sabe no son absurdas. Y la ganancia corre, primero las fichas luego los tantos encarnados, los blancos, y se firman nuevos pagarés. Después de haber tenido durante diéz años seguidos, el valor de mirarme antes de gastar los veinte centimos de un tranvía, como yo hice, se juegan quinientos y mil francos sin vacilar. Pero voy á haceros el resumen de todo en dos palabras. Había entrado en el Círculo á las once, y á las dos abría la puerta de mi casa, habiendo perdido sobre mi palabra los tres mil francos de mi crédito, que era como os lo he dicho, casi todo lo que poseía.

—Pues bien—dije yo—si después de aquella sacudida no se ha hecho usted jugador, es que no tiene usted vocación. Era para perderse para siempre.

Tiene usted razón—replicó Miraut. —Cuando me desperté al día siguiente del sueño abrumador que sigue á semejantes sensaciones, se me representó de nuevo, y ya no tuve más que dos ideas: la de tomar mi desquite aquella noche misma y la de combinar mis apuestas con arreglo á la experiencia adquirida. Reconstituí mentalmente ciertas jugadas que había perdido y que hubiera debido ganar unas, tirando y otras no tirando á cinco. De pronto mis ojos se fijaron en la carta dirigida á Ladrat y que la víspera había dejado sobre la mesa. Un cálculo involuntario me demuestra interiormente que con dar aquel dinero hacía un sacrificio insensato. Pagados los tres mil francos de mi deuda, ya no me quedaría casi nada. Para reunir una cantidad que me permitiese volver allá por la noche (y yo conocía que no podía dejar de volver,) necesitaba tomar prestado del tratante en cuadros y malbaratar algunos estudios. Así podría recojer unos cincuenta luises y de aquellos iba á distraer diez para aquel perezoso, para aquel borracho, para aquel embustero. Porque yo intenté demostrarme á mi mismo que su carta no era más que un tejido de falsedades. La cogí y la volví á leer. Su acento me desgarró nuevamente el corazón. Pero, no. No quise oir aquella voz, y me eché de la cama para escribir apresuradamente un billete negativo. Le escribí en términos breves y secos, para interponer una barrera infranqueable entre mi antiguo camarada y mi compasión. Cuando envié el billete, sentí un poco de vergüenza y de remordimiento; pero me aturdí á más y mejor con los muchos paseos que tuve que dar. Por otra parte, me decía yo para acallar mi conciencia, si gano, siempre estaré á tiempo de enviar la cantidad á Ladrat. Y ganaré.



—¿Y ganó usted?—le pregunté, viendo que se callaba.

—Sí, respondió con voz completamente alterada—y más de quinientos luises; pero al día siguiente era demasiado tarde. Inmediatamente después de haber recibido la negativa de mi billete, Ladrat, que no me había engañado se sintió poseído del frenesí de la desesperación. Su compañera y él tomaron la fatal resolución de asfixiarse. Encontráronlos muertos en su cama, y yo fuí, yo, nótelo usted bien, el que hice descerrajar la puerta. Llegué con los doscientos francos, sí, ¡era demasiado tarde! Ahí tiene usted por qué se acuerda de haber leido en los periódicos ese nombre de Ladrat. ¿Comprende usted ahora, por qué la sola vista de una carta me inspira horror?

—Vamos—le dije—si le hubiera usted enviado el dinero la vispera, le hubiera salvado un mes, dos meses; pero hubiera vuelto á caer, el vicio le hubiera dominado de nuevo, y hubiera acabado como acabó.

—Es posible—contestó el pintor—pero bien mirado en la vida, nunca debe ser uno la gota de agua que haga rebosar el vaso.

PAUL BOURGET.



MADRIGALES

Cuando el rosado velo
La aurora descorría,
Bañando en suave luz el ancho cielo,
A bañarse fué al mar la amada mía.
Estaba el mar sereno;
Pero al ver la blancura de aquel seno
Y aquellos blondos rizos
Y aquel sin fin de hechizos,
A recibir dispúsose á mi ingrata,
Por abrazarla más y más aprisa,
Con breves olas de luciente plata.
Entró en el mar: la juguetona brisa
Acarició el magnífico tesoro
De rosas, nieve y oro;
Las aguas bulliciosas
En torno se apretaban
Del oro y de la nieve y de las rosas,
Y con lascivos besos la besaban.
Y Apolo, más que nunca diligente,
Aguijó á los caballos del famoso
Gran carro, y asomó por el Oriente,
Como quien ver desea
Al cabo de cien siglos, sorprendente,
Salir del mar á Venus Citerea.

Tu sombra ser quisiera;
Que siéndolo, alma mía,
Nunca, nunca de tí me apartaría.
Pisar por tus pies breves me dejara;
Ya, como perro fiel, te seguiría;
Ya, por verte mejor, me adelantara;
Y, llegada la noche, ¡cuán dichoso
Fuera al velar tu plácido reposo,
Contemplando, á la tíbia y vacilante
Luz de tu alcoba, tu beldad radiante,
Que por lo rara asombra!.........
Pero sombra de dicha es ser tu sombra.
¡Ay, soñador amante!
¡Ay, loco desvarío!
¿Cómo del claro sol ser sombra ansío?

Pues que cantando lloras,
Pues que llorando cantas,
Y alma y oído, ruiseñor, encantas,
Ven, llora junto á mí, que estoy cantando;
Ven, canta junto á mí, que estoy llorando;
Que aquestas penas mías
No sé ya si son penas ó alegrías.
Ven, dechado de amantes,
Y en mí hallarás consuelo á mis dolores,
Ora llorando cantes,
Ora cantando llores.

FRANCISCO RODRIGUEZ MARÍN.

Marzo, de 1897.



La noche.

ENGAÑO SUBLIME—Por María Lescot.

NUMERO 4.

Y todos aquellos jóvenes de espíritu versátil, pusiéronse á hablar de sus familias con la emoción profunda del marino. Dos años de ausencia!...... Cuántos cambios ..... Niños crecidos, jóvenes casadas......... y muchos viejos, muertos!

El baile languidecía. Se retiraron los oficiales. Como era el tiempo de primavera el día comenzaba á apuntar.

Salud al primer sol sobre la tierra de Francia! Ensayaron bromear aún, pero estaban conmovidos, un poco graves; se estrecharon la mano y separáronse.

Ya solo, Felipe de Aubian tomó el camino de su hotel; pero una pesada tristeza le oprimía. Ese momento tan impacientemente esperado, la vuelta á la patria, habia llegado; era tierra francesa la que sentía bajo sus pies; pero un temor de que no podia darse cuenta alteraba su dicha. En el baile casi no habia danzado; distraido y soñador, no escuchaba las conversaciones de sus amigos, demasiado preocupado para divertirse con sus bromas. La aparición de Beltrana lo sustrajo apenas á su dolorosa abstracción; acaso ni á esto hubiera prestado atención alguna sin la persistencia de la mirada que ella fijó en él. Esa mirada, como acontece frecuentemente, atrajo la suya. Al principio no la reconoció: Era tan grande la diferencia entre aquella mujer tan espléndidamente vestida, atravesando aquellos salones de fiesta, y la pobre muchacha envuelta en su manto negro que se acostaba sobre a arena para morir! Se hubiera creido el juguete de una ilusión ó de un parecido notable, sin aquel pronombre de «Beltrana» que su compañero pronunciara. Beltrana, «la hermosa Beltrana Martín!»

Como sentia los ojos curiosos de todos aquellos jóvenes oficiales escrutando su turbación, no osó permitirse pregunta alguna: estaba de por medio el honor de una mujer. Más valía callarse, tratar de desviar las sospechas: él preguntaría, él sabría más tarde.

Era esa una aventura extraña, cuyos detalles le satisfacería mucho conocer, cuando la dura cuita que lo ahogaba, hubiese cesado. Volvió á su hotel y se arrojó en su lecho. La fatiga lo adormeció, pero tuvo en su sueño una fatiga espantosa:

Se veía en los mares lejanos, sobre un navío clavado por la calma en medio del Océano; ni un soplo de aire hinchaba las velas, y sin embargo estaba próxima una isla, una isla por completo cubierta de flores.

En la playa estaba sentada su hermana Elena. Lila jugaba á sus pies; tenía en sus manos un haz de las flores cuyo nombre llevaba.

Elena sonreía y parecía infinitamente dichosa. De pronto una mujer emergió de las ondas; distinguió una cabellera leonada, ojos de un brillo mágico, brazos de una blancura de nacar que se tendieron hacia la pequeñuela; y á los que ésta, imprudentemente, respondió con alegría, ofreciendo sus flores......... Entonces vió él una cosa espantosa: la mujer se volvía un monstruo; tenía garras de tigre, una crin de león, y cola de sirena. Salió del agua, se apoderó de la niña y la devoró en tánto que Elena irguiéndose desesperada, llamaba á su hermano en su socorro y él no podía avanzar.

Se despertó cubierto de un sudor helado. Llamaron á su puerta y entró un criado portador de un telegrama. Felipe temblaba de tal suerte que no osaba abrirlo. Permanecía inmovil con los ojos fijos en el papel azul. Por fin lo abrió y un grito ronco se escapó de su garganta, se llevó ambas manos al corazón y cayó sobre su lecho sollozando.

El telegrama no contenía más que estas palabras:

«Elena se muere; apresúrese usted.»

IX.

El tren llevaba con demasiada lentitud á Felipe, para la fiebre y angustia que le devoraban.

Elena moribunda! Su hermana adorada! El sólo ser que amaba en la tierra! El temor de llegar demasiado tarde, de no ver más aquel rostro querido, levantaban en su corazón sollozos que apenas podía comprimir; era precisa la presencia de sus compañeros de viaje, de esos indiferentes que le miraban con sus ojos distraidos, era necesario todo su orgullo de hombre para permanecer sereno, pero necesitaba tanto que le tranquilizaran!

Moribunda! Era eso posible? Se muere acaso cuando se es bella, joven, necesaria á la dicha de todos y ardientemente amada? Un recuerdo despiadado se levantaba en su mente. Se veía vestido de negro, caminando detrás de un ataud, en ese ataud estaba tendida su madre. Ella también había muerto en su belleza, en su juventud; moría con el corazón destrozado. La insignia que arrebató en Sebastopol el coronel de Aubián, hizo dos víctimas y dos huérfanos.

Fué entonces cuando Elena reemplazó para Felipe al padre y á la madre, desaparecidos; partiendo sus juegos, vigilando sus estudios; tan firme y tan abnegada.

Cuando se despertó la vocación del marino en él, ella se esforzó, en su tierna inquietud, por apartarlo de eso; pero Felipe resistió enérgicamente, mirando desde muy alto aquellos pobres terrores de mujer. Ahora, recordaba la mirada de orgullosa admiración que e la le dirijió la primera vez que le vió con su lindo uniforme de la Escuela Naval.

Fué el día del bautismo de la pequeña Lila; las menores circunstancias de este feliz momento se representaban en su espíritu. Le parecía oír la súplica de Elena: «Tú la amarás, verdad, Felipe?» ¿Aquellas sencillas palabras le llenaban de terror. No indicaban acaso los siniestros presentimientos que agitaban á la joven madre? Se sentía de nuevo presa de una angustia tan viva que inclinó la cabeza hacia la ventanilla, como si la vista de los objetos de fuera pudiera dispersar sus lúgubres ideas.

Reinaba aún la primavera; á lo largo de las alamedas, en el recinto de los parques, los mismos racimos blancos y violetas se balanceaban al soplo de la brisa, cayendo muellemente sobre el verde tierno de los follajes. Y he aquí que enmedio de sus recuerdos vió el baile de la víspera: una cabellera ardiente, dos ojos fijos sobre los suyos, una luenga falda verde de móviles reflejos; pero lo que recordó sobre todo fué la pesadilla de la noche y la impresión fue tan terrible, tan fuerte, que tuvo que acudir á todas sus energías para contenerse: «Con razón, pensaba él, se reprocha á los marinos su tendencia á la superstición; privados durante larguísimo tiempo de comunicación con el mundo, nos creamos un mundo imaginario, damos fe á nuestros sueños, y somos tan creidos como nuestros bogas. «Esa mujer no es un monstruo; como había de devorar á mi pequeña Lila? Esa palabra de *sirena* que mis compañeros repitieron, me llegó á través de mi sueño y causó esta alucinación.»

Pero pensaba también.

«Había flores, muchas flores; Aglaé de Lezines, que es muy piadosa, sin embargo, cree en los sueños. Soñar flores es nuncio de lágrimas, la he oido decir frecuentemente.»

Y murmuró entre dientes;

—Flores, lilas, había muchas flores, la isla entera estaba cubierta de ellas. ¡Oh! ¡Dios mío, Dios mío!

Pero serenándose bruscamente:

—No, soy un loco para creer en este presagio y apenarme de esta suerte.

Por fin se aproximaba. Un temor más punzante que los otros le apretaba el corazón hasta rompérselo. Tenía casi deseos de gritar para no oir resonar en su oido la palabra terrible; de huir muy lejos, á la extremidad del mundo, guardando cuando menos en el corazón la duda y la esperanza.

—Pontarlier! Pontarlier!

Descendió del vagón sosteniéndose apenas, debil, como un niño, ante aquel espantoso dolor. Un viejo criado esperaba en la estación; corrió hacia el marino, y con voz alterada dijo:

—¡Oh, señor Felipe, venid pronto; la pobre señora os espera para morir!

X

En una cámara de sobria elegancia, un poco severa, Elena se moría dulcemente.

Alrededor de ella reinaba esa mezcla de lujo y de vulgaridad, ese desorden que dice más elocuentemente que todas las palabras, que se ha perdido la esperanza. Sobre las *etagères*, al lado de las figurillas de viejo Saxe, redomas de medicamentos, acumuladas; pomos de poción, manchas de tizanas aquí y ahí, maculando el satín de los tapices. En una mesa, llevada de prisa para la administración de los últimos sacramentos, un altar. El padre acababa de retirarse con los ojos llenos de lágrimas, después de haber cumplido su ministerio, y sólo los miembros de la familia permanecían cerca de la moribunda.

Encorvado, con los codos sobre las rodillas, la cabeza entre las manos, los ojos fijos, con la estupefacción bestial que causan los dolores demasiado fuertes, el Sr. Duvernoy permanece sordo á las exhortaciones que la señora Fourneron le dirige.

—Fernando, mi querido sobrino, mi pobre amigo, ten valor! No te dejes abatir así; sal de tu entorpecimiento. Acaso aun hay esperanza.

El no responde y parece no oirla, aun cuando ella vuelve sin cesar hacia él, no abandonándole sino para preparar alguna tizana, y turbando con su burdo andar la calma de aquella hora solemne.

En el fondo de la cámara rígidamente arrodilladas, en inmovilidad de estátuas, las señoritas Lezines, recitaban en voz baja las plegarias de los agonizantes. En los marcos de las puertas, algunos criados lloraban tímidamente, en tanto que sentada al pie del lecho, una niñita miraba esa escena, con grandes ojos asombrados y temerosos. La sustrajeron á sus juegos y la llevaron de prisa para recibir la última bendición de su madre, porque aún aprieta en sus manos una muñeca que no ha querido soltar. En su alma de niño se levanta el terror de las cosas inexplicables. ¿Por qué está tan pálida su madre? ¿Por qué su padre permanece inmóvil, sin levantar los ojos? ¿Quién hace llorar á los criados y por qué las primas Lezines están de rodillas moviendo los labios sin que salga de ellos sonido alguno?

Sólo la tía Fourneron la tranquiliza. Nada ha cambiado en su aspecto habitual: va y viene á través de la cámara, desplaza las redomas de medicamentos, prepara pociones inútiles; después se aproxima al lecho, arregla las ropas y sonríe á la niña. Aun ha querido llevársela; pero con un expresivo gesto de mando, la moribunda se opuso y la pequeñuela permanece pegada al pie del edredón, con una curiosidad perezosa y en un silencio atento.

De instante en instante, la moribunda levantaba los cansados párpados y su mirada, después de haberse detenido en la niña con una expresión desgarradora de pesar y de ternura, se fijaba en la puerta de la cámara con ansiosa expectativa, como si en aquella hora suprema, algún ser humano hubiese podido llevarle la salud. La tía Fourneron entonces se aproximaba al lecho.

—Mi buena Elena, no te fatigues así; aun no ha llegado la hora; no puede venir aún. Después se dirigía á la puerta, daba una orden á un criado que se enjugaba sus ojos, se precipitaba, bajaba la escalera corriendo y volvía bien pronto, sacudiendo la cabeza negativamente. Era esta la reproducción dolorosa de la vieja fábula en que la mujer condenada á muerte esperaba la llegada del libertador. Pero ninguno puede salvar á la víctima; poco importa que la hermana Ana vea al hermano que acude. La muerte, es el Barba Azul despiadado á quien nadie desarma ni hace retroceder.

Y sin embargo, esta expectativa ansiosa de una moribunda, tiene algo tan conmovedor, que poco á poco, todos los ojos se fijan en la puerta y todos los oidos escuchan: las primas interrumpen sus fúnebres letanías, la tia Fourneron abandona sus pociones y las criadas, en continuo movimiento, descienden y suben las escaleras.

—¡Señora, señora, ya viene; aquí está!

En la escalera se oyen pasos rápidos, una respiración agitada, y en el dintel aparecen la alta talla y el rostro bronceado del marino. Un largo suspiro de alivio sale de todos los pechos, en tanto que la moribunda, reanimándose, en un supremo esfuerzo de voluntad, exclama:

—¡Hermano mio! Felipe! Por fin!.. .....

El se ha lanzado hacia ella, cubre de besos sus manos, su pálido rostro, rodeándola con sus brazos, como si pudiera defenderla, llevársela, salvarla. Entonces ella, con una voz extinguida, cuyos acordes rotos llegan apenas á su oído:

—Yo te esperaba, yo te esperaba, dice:

Y más bajo, con un murmullo:

—Júrame Felipe que protegerás á mi pobre Lila.........

Vacila aun, y luego, más bajo, tan bajo que él apenas la oye:

—......Cuando Fernando se haya vuelto á casar.

El se extremece escuchando esta sombría y extraña plegaria y busca los ojos de Fernando Duvernoy. Este no ha cambiado de actitud, acaso ni se ha percibido de la llegada del joven marino; con la mirada vaga y la boca contraída por los sollozos violentamente contenidos, permanece abrumado por la desesperación.

Conmovido á la vista de este punzante dolor, Felipe no osa responder. La previsión de un segundo matrimonio en un momento tal le parece un insulto. Pero Elena, sin hablar más, ase entre sus manos desfallecientes la mano bruna del joven oficial, la posa sobre la cabeza de la niñita y espera.

Es demasiado joven, casi un niño ese aspirante de marina de quien se reclama tan solemne juramento. Su carrera debe arrastrarle muy lejos; pero con esa presciencia que Dios da algunas veces á las madres moribundas, Elena lo implora con su mirada ansiosa y esa mirada tiene una expresión tal de súplica que él no resiste ya.

Apoyando la mano sobre la cabeza de la niña, levanta los ojos hacia el crucifijo de marfil suspendido en el fondo del lecho. Ninguna palabra es pronunciada en voz alta, sus labios no se agitan, pero en el corazón, el juramento está hecho y la madre lo escucha.

—Gracias, Felipe, dice.

Y muere.

XI.

El dolor de Fernando Duvernoy, largo tiempo comprimido, podía darse libre curso; los parientes, los amigos llegados de todos los rincones de la provincia, se habían retirado al fin. Se volvia á encontrar solo, completamente solo, en aquella cámara nupcial donde había pasado tan felices años; ella había partido aquella mañana para no volver más; en tanto que él, de pie, casi impasible á fuerza de sufrimiento, contemplaba con mirada seca y fija el ataud que los hombres se llevaban.

Oh! qué horrible día! cuán largo é interminable le pareció! Cien, docientas personas quizá murmuraron á su oído simpáticas palabras; él daba las gracias con un apretón de mano, con un signo de cabeza; pero las palabras no las oía. Ojos húmedos de lágrimas de compasión se fijaron en los suyos, en tanto que sus párpados permanecían áridos y quemantes; en medio de aquellas simpatías triviales, de aquellos sollozos de mujeres, apoderábase de él una especie de pudor celoso que le forzaba á contener su propio dolor.

Ahora, al rededor de él reinaba el gran silencio de la noche; él velaba solo en la cámara de la muerta y su desesperación se exhalaba.

Una desesperación febricitante: gritos roncos, sollozos sin lágrimas que sacudían su cuerpo en una crisis nerviosa; después una inmovilidad de estatua y algunas veces sobre sus labios un *rictus* de dolorosa rebelión. Sus manos se crispaban, desgarrando el satín de los sillones, arrancando las franjas de seda. El lujo que reinaba al rededor de él, le parecía un insulto á su pesar. Esos objetos familiares, los muebles que ornaban su pieza, todos los testigos de su dicha, avivaban sus recuerdos y aguzaban su pena. Es una especie de ironía esa inmovilidad de las cosas materiales ante la desaparición de los seres humanos. Qué? todas esas nonadas frágiles, esas estatuitas delicadas, esas bagatelas insignificantes, duraban aún y ella había desaparecido?

Contemplaba el silloncito donde tenía ella la costumbre de sentarse, la mesa de labor que contenía su bordado en embrión, el reclinatorio donde á mañana y noche se arrodillaba tan largamente. Todas las huellas de la lenta enfermedad habían desaparecido; la cámara misma ofrecía una fisonomía de fiesta, estaba adornada con un exquisito y piadoso rebuscamiento: último homenaje, limosna suprema á los que se van. Flores, flores por todas partes; cubriendo el lecho, como habían cubierto el ataud; algunas habían caido y yacían sobre la alfombra. Un viejo cristal de Venecia las reflejaba alegremente, todo parecía vivir y sonreir, y sin embargo, ella no estaba ahí.

Los labios rigidos de Fernando se entreabrieron con un desgarrador grito de llamamiento.

—Elena! Elena, mi bien amada, vuelve!

¿Qué aconteció?...... Era el juguete de una ilusión? Un suspiro querelloso le había respondido. Pálido, conmovido, se levantó y con voz temblorosa repitió su llamado. Esperaba un milagro!......... Ella no podía haberse, para siempre, perdido para él.

—Elena! Elena! Elena!......

Por segunda vez se estremeció: el mismo ruido extraño se dejaba oír y en la puerta apareció una forma blanca. Por un instante vaciló; pero de pronto Fernando sintió dos brazos que, acariciadores, se arrojaban á su cuello y la palabra «¡papá! ¡papá!» fué dos veces repetida. Sí, era ella, la pequeña Lila; ella, tristemente olvidada en aquel largo día de duelo!

Llegada la noche, como preguntase si su madre no volvería pronto, le respondieron:

—Tu mamá ha partido para el cielo; vete á dormir, Lila, como una niña buena, y los ángeles te visitarán.

Obedeció, pero su corazoncito permanecía angustiado. ¿Por qué dormirse así, sin esperar á su madre que de seguro vendría? Con la cabeza reclinada sobre las almohadas blancas, púsose á soñar en aquellos países celestes, todos constelados de pedrerías; en esos países donde corren la leche y la miel, donde maduran los frutos que la tierra no conoce. Las estrellas cintilaban en el azul sombrío del cielo. Lila, con los ojos fijos en esas constelaciones luminosas, se decía alegremente que su mamá hacía un hermosísimo viaje en el país de los ángeles, de donde sin duda le traería algún juguete maravilloso. Se durmió pero con un sueño turbado y calenturiento, á través del cual oyó una voz que decía: «Elena, Elena......» Por fin su madre estaba ahí! En qué pensaba, pues, que no iba á ver á su pobre hijita?

Se levantó sonriente, loca, y con los pies desnudos se dirijió al departamento de su madre. La joven niñera, que reposaba cerca de ella, fatigada por las recientes vigilias, dormía pesadamente y no la oyó.

Lila asió el puño de la cerradura, la puerta cedió, giró sobre sus goznes en silencio y Lila sorprendida se detuvo en el dintel: su padre solo, estaba ahi, con el rostro tan contraído, tan pálido, que al pronto ella tuvo miedo.

Sin embargo, corrió hacia él y se precipitó á su cuello con la pregunta aquella que le quemaba los labios:

—Qué, mamá no ha vuelto aún del cielo?

Al oir aquella voz de niño, aquella pregunta ingenua, el círculo de hierro que retenía las lágrimas de Fernando se rompió y el pobre hombre lloró. Lloró sobre aquella pequeñuela tan inconsciente de la desgracia que la había herido; la estrechó entre sus brazos; ¿no era acaso su último tesoro?

Largo tiempo sus lágrimas corrieron; Lila mezcló las suyas; comprendía que su madre no había vuelto y con su cabecita oculta en el seno de su padre, se durmió en medio de esta primera decepción.

Era ya tarde cuando la joven niñera despertó; sus ojos cayeron sobre la cuna vacía y un estremecimiento de terror la conmovió: En las veladas de aldea se cuentan tantas historias terribles, historias de pobres muertos que salen de su tumba y vienen á buscar á sus hijos! Se vistió persignándose y se dirigió á la cámara mortuoria: Desde el dintel, el cuadro que se ofreció á sus ojos la tranquilizó. Lila con su gran bata de noche, dormía entre los brazos de su padre, que vencido por la fatiga, dormía también.

Se alejó con paso discreto, bajó á la cocina donde la Señora Fourneron ejercía ya su formidable vigilancia, y la cual al verla gruñó:

—En fin, está usted aquí, perezosa; ¿por qué baja usted tarde?

¿Qué ha hecho usted de la niña?

—La señorita se ha dormido sobre las rodillas del Señor.

—¡Cómo! ¡cómo! va á enreumar á esa niña....... corro á decírselo......

—El Señor duerme—Señora—parece tan fatigado! Ayer noche prohibió la entrada......

—¡Ha hecho muy bien, porque hay gentes indiscretas! Pero sepa usted una vez por todas, que las consignas no me conciernen.

Subió pues y fué á mezclar sus exhortaciones vulgares á los tres soberanos consoladores que vertían su bálsamo sobre el desesperado: el sueño, el silencio y la niña.

—¡Qué locura Fernando! ¡Qué locura! ¡Pasar la noche en un cuarto lleno de flores! ¿Quiéres pues enfermarte de la cabeza? Cuando menos dame á la pequeña, voy á acostarla.

Sin decir palabra el se dejó quitar á la chicuela, pero sobre sus facciones volvió á colocarse la máscara rígida del dolor.

Las dos Señoritas de Lezines entraron. Llegaban de la iglesia donde habian oído tres misas y sus almas piadosas se desbordaban de excelentes intenciones: querían hacer comprender á su desolado primo que la prueba es enviada por Dios y debe ser soportada con resignación y valor para merecer las palmas eternas.

Eran estos altos y grandes pensamientos que tenian la sola desventaja de llegar demasiado pronto para un hombre que no podía ni escucharlos ni comprenderlos.

Las dos le habían tomado la mano, las dos hablaban con unción y aun con elocuencia, recitando pasajes de sermones y de capítulos de sus libros de horas, más él no las escuchaba; sólo de cuando en cuando sacudía la cabeza con un movimiento de rebelión: esa palabra de resignación que volvía sin cesar, le parecía sinónimo de la palabra olvido.

Despues llegó Jacobo de Sommeres, más realmente conmovido que la tía Fourneron y que las dos solteronas; pero disimulando su simpatia bajo una brusquedad afectada:

—Vamos, vamos, hay que ser hombres, mi pobre viejo. Aun cuando te rompas el corazón contemplando su cámara vacía, no la resucitarás! Todos somos mortales, que quieres tú! Ya vendrá tu turno y el mío también. Eso no tiene vuelta de hoja!

Fernando nada tenía que decir y no respondía, pero las amonestaciones de la una, las homilias de las otras y los torpes consuelos de Jacobo, herían su dolor. Ah! cómo habría deseado huir á la extremidad del mundo con su hija en los brazos! Lo que pasaba ese día, pasaría aun y más los dias siguientes, bien lo sabía.

En efecto, la Señora Fourneron volvió al día siguiente con una colección de lamentaciones nuevas.

—Que abominación, Fernando! Que horror!.. ... Todo está expuesto al pillaje!...... Felizmente estoy yo ahí para poner en orden á todo el mundo!

Y se dejó caer en un sillón, como al peso de sus gloriosas fatigas.

Al día siguiente tambien volvieron las primas Lezines. Esta vez no llegaban con las manos vacías: Aglaé llevaba un libro de meditaciones cuya lectura pretendia hacer, y Eulalia una banda de tapicería. El las vió instalarse en un rincón de la cámara, apoderarse de la mesa sobre la cual Elena trabajaba y las miró con vaga mirada no intentando oponerse á esta invasión.

Por lo demás, con que derecho se opondría? No sabía acaso que la intimidad de la vida de provincia crea en las relaciones de familia, una cadena estrecha de la cual ninguno, por fuerte que séa puede librarse? No sabía que su tía y sus primas volverían obstinadamente á consolarlo?

Era un deber, para el cumplimiento del cual ellas burlarían todos los obstáculos; así pues, con apatía, sin lucha, sin resistencia, Fernando las dejaba hacer; únicamente, por instantes, volvia los ojos hacia la ventana, como e prisionero que piensa en escapar de su calabozo.

XI.

Una noche Aglaé de Lezines dijo á su hermana:

—Eulalia, no encuentras tú bien extraña la conducta de Felipe?

Eulalia de Lezines, cuya comprensión era tarda, pero cuya alma era indulgente, respondió con placidez:

—No; yo no he notado nada de extraño; nuestro joven primo me parece animado de excelentes sentimientos.

—¡Animado! replicó Aglaé con impaciencia, ¡animado! Yo nada sé; en todo caso, esos buenos sentimientos no se manifiestan mucho que digamos. Yo estoy admirada, asombrada y aun diré, apenada, de la manera con que se conduce con ese pobre de Fernando. Lejos de rodearle de cuidados afectuosos, como nosotros lo hacemos; lejos de intentar endulzar su pena, se aparta de él y parece huirle. Temo verdaderamente que Felipe no tenga corazón.

—¡Oh, Aglaé, puedes tener semejantes ideas! ¡él amaba tanto á la pobre Elena!

—La amaba, y acaso nosotros no la amábamos? Acaso

la mejor manera de comprobarlo no es consolar á los que lloran? Qué sería de Fernando si nadie se ocupase de él? ¿Quieres que se diga todo lo que pienso?—Pues bien, ese joven nos disimula algo; debe haber cometido una falta que no osa confesar: una pérdida en el juego, tal vez. Yo le he oido decir que los oficiales de marina juegan mucho. Oso esperar que no habrá en su conducta algo más grave; él hubiera hecho á su hermana Elena su confesión; estimo que nosotros debemos reemplazarla cerca de él. Le he advertido, pues, que mañana le acordaría una entrevista particular. Te suplico que asistas á ella, y que me secundes lo mejor que puedas.

Eulalia respondió con su voz tranquila:

—Te secundaré con la mejor buena voluntad, Aglaé, confesaremos juntas á nuestro joven primo.

Docilmente, más no sin emoción, Felipe se dirigió á la cita dada por la terrible Aglaé de Lezines.

No se preguntó. «¿Qué querrá decirme?» Sino que pensó: «Lo sabe todo y es de *eso* de lo que quiere hablarme.» *Eso*, significaba su pensamiento único y constante. Desde el minuto supremo en que Elena moribunda le había hecho jurar que protegería á la huérfanita, muchas suposiciones, muchas inquietudes pululaban en su espíritu. Desde luego, la más plausible de todas: una intriga culpable sorprendida por la esposa ultrajada.

Bajo el imperio de esta convicción, miraba con ojos despiadadamente duros la desesperación de su cuñado; le juzgaba hipócrita, a menos, pensaba, que su dolor fuese causado por el remordimiento. Pero, hipocresía ó remordimiento, no le perdonaba; resentía por el culpable ese horror que inspiran los traidores y los asesinos. Demasiado joven para ser indulgente con ciertas faltas; guardaba la hermosa severidad de aquellos á quienes ninguna tentación ha hecho flaquear. Hubiera abandonado á Pontarlier la misma noche de los funerales, sin la necesidad de saberlo todo para conjurar el peligro si era tiempo aún, para vigilar la suerte de Lila si era ya demasiado tarde. Sin embargo, de diario aplazaba su investigación, porque le repugnaban los espionajes y los interrogatorios clandestinos; y le intimidaba la tarea que le incumbía.

Así pues, con el corazón palpitante, entró al gran salón donde las dos solteronas, gravemente sentadas en sillones de grandes respaldos, le esperaban, semejantes á dos jueces que esperan á un criminal. Si hubiese estado menos preocupado, se habría apercibido de que Aglaé le miraba con mirada llena de suposiciones y severidades y Eulalia con una profunda conmiseración y hubiere sonreido ante algunas reminiscencias infantiles, cuando—muy pequeño—comparaba el salón de las primas Lezines al tribunal de la inquisición oliente á auto de fe.

Era costumbre en casa de las señoritas Lezines dramatizar los menores acontecimientos y erigirse en Corte de Justicia: un desacuerdo con un proveedor, una reprimenda á un doméstico, daban lugar á un lujo de actitudes severas y á solemnes amonestaciones. Sí, él había sonreido frecuentemente de esto, mas ahora no pensaba en sonreir.

Apenas se hubo sentado en la silla que le designaron y que se parecía á un banquillo de prevenido, cuando Aglaé tomó la palabra: Oh! no tenía ella el hábito de ir por caminos undulantes, por senderos umbríos y floridos, sino que marchaba derecho á su fin, majestuosamente, sobre el camino real frio y desnudo.

—Yo decía ayer á mi hermana Eulalia que vuestra conducta, Felipe, me parece bien extraña. Fernando se ha mostrado siempre bueno para con vos, y tengo el sentimiento de deciros que le pagais mal sus beneficios y su afecto. ¿Qué os ha hecho él?

Felipe la miraba sin responder. ¿Era posible que no hubiese supuesto nada? Verdaderamente tenía el aire de un culpable y Aglaé pudo, sin correr el riesgo de ser interrumpida, pronunciar una de esas homilías á que era tan aficionada. Mezcló las negruras de la ingratitud, las amistades peligrosas para los jóvenes, la necesidad de confesar las faltas cometidas, prometiendo no reincidir y unió á esto un pequeño sermón sobre la contrición y el firme propósito.

El no la comprendió. Estaba muy lejos de creerse comprendido en tales palabras.

De suerte, dijo siguiendo su idea fija, que mi pobre Elena no era feliz.

Ellas respondieron á la vez con un grito de indignación:

—Cómo que no era feliz! Y que le faltaba si gustais? Un marido que la amaba, que la adoraba...... Sí, sí, Felipe, por eso el buen Dios se la ha llevado, porque prohíbe la idolatría y Fernando la idolatraba.

El las miró atentamente y vió que eran sinceras. «Me he desviado, pensó, no saben nada; debí presentirlo.

Estaba á la vez contento y decepcionado; por que si de una parte temía el instante en que le sería preciso romper todo comercio de amistad con su cuñado, por otra habría deseado que esta información terminase y no tener que volver á ella; pues la alianza de las Lezines hubiera sido de gran peso. Se despidió y se dirigió hacia el pequeño alojamiento de la tía Fourneron.

«Me orienté mal, se decía al andar, estas dos solteronas han restringido el circulo de su vida; se ocupan poco del projimo. Sea devoción real, sea indiferencia, no gustan como tantas otras mujeres del comadrazgo. No se habla mal en casa de ellas; además, Aglaé no transije con el mal; si se le hubiese advertido, no habría escaseado á Fernando los duros reproches á riesgo de perder con él.» Y añadió con un suspiro: «Acaso la tía Fourneron me dirá lo que tengo que saber».

(*Continuará.*)



Traje de primavera de modelo nuevo.

LAS LAGRIMAS DEL CENTAURO

Ciento veintinueve años habían pasado después de que Valeriano y Decio, crueles emperadores, mostraran la bárbara furia de sus persecuciones sacrificando á los hijos de Cristo, y sucedió que un día de claro azul, cerca de un arroyo, en la tebaida, se encontraron frente á frente un sátiro y un centauro. (La existencia de estos dos seres está comprobada con testimonio de santos y sabios, como lo demostró en su cuento *La Ninfa* un hombre ilustre del país de Francia.) Ambos iban sedientos, bajo el calor del cielo y apagaron su sed: el centauro cogiendo el agua en el hueco de la mano; el sátiro inclinándose sobre la linfa hasta saborearla.

Después hablaron de esta manera:

—«No ha mucho, dijo el primero—viniendo por el lado del norte, he visto á un ser divino, quizá Júpiter mismo, bajo el disfraz de un bello anciano. Sus ojos eran penetrantes y poderosos, su gran barba blanca le caía á la cintura; caminaba espaciosamente, apoyado en un tosco bordón. Al verme se dirigió hacia mí, hizo un signo extraño con la diestra; sentíle tan grande, como si pudiese enviar á voluntad el rayo del Olimpo. No de otro modo quedé que si tuviese ante la mía la mirada del padre de los dioses. Hablóme en una lengua extraña que no obstante comprendí. Buscaba una senda de mí ignorada, pero que, sin saber cómo, pude indicarle, obedeciendo á raro y desconocido poder. Tal miedo sentí, que antes de que el numen siguiese su camino, corrí locamente por la vasta llanura, vientre á tierra y cabellera al aire.»

«Ah, exclamó el satiro—¿tú ignoras acaso que una aurora nueva abre ya las puertas del Oriente, y que los dioses todos han caído delante de otro Dios más fuerte y más grande? El anciano que tú has visto no era Júpiter, no es ningún ser olímpico. Es un enviado del Dios nuevo.

Esta mañana, al salir el sol, estábamos en el monte cercano todos los que aún quedamos del antes inmenso ejército caprípede. Hemos clamado á los cuatro vientos llamando á Pan y apenas el eco ha respondido á nuestra voz. Nuestras zampoñas no suenan ya como en los pasados días; á través de las hojas y ramajes no hemos visto una sola ninfa, de rosa y marmol vivos, como las que eran antes nuestro encanto. La muerte nos persigue. Todos hemos tendido nuestros brazos velludos, y hemos inclinado nuestras pobres testas coronadas, pidiendo amparo al que se anuncia como único Dios inmortal. Yo también he visto á ese anciano de la barba blanca, delante del cual has sentido el influjo de un desconocido poder. A pocas horas, en el vecino valle, encontréle apoyado en su bordón, murmurando plegarias, vestido de una áspera tela, ceñidos los riñones con una cuerda. Te juro que era más hermoso que Homero, que hablaba con los dioses y tenía también larga barba de nieve. Acercóse á mí, armado de ese signo omnipotente que causó en tí misterioso espanto. Yo tenía en mis manos á la sazón miel y dátiles. Ofrecíle y gustó de ellos como un mortal. Hablóme y le comprendí sin saber su lenguaje. Quiso saber quién era yo, y díjele que enviado de mis compañeros en busca del gran Dios, y rogábale intercediese por nosotros. Lloró de gozo el anciano, y sobre todas sus palabras y gemidos, resonaba en mis oídos con armonía arcana esta palabra: ¡Cristo! Después levantó sus imprecaciones sobre Alejandría; y yo, también como tú temeroso, huí tan rápidamente como pueden ayudarme mis patas de cabra.»

Entonces el centauro sintió caer por su rostro lágrimas copiosas. Lloró por el viejo paganismo muerto; pero también lleno de una fe recién nacida, lloró conmovido al aparecimiento de la nueva Luz.

Y mientras sus lágrimas caían sobre la tierra negra y fecunda, en la cueva de Pablo el Ermitaño se saludaban en Cristo dos cabelleras blancas, dos barbas canas, dos almas señaladas por el Señor. Y como Antonio refiriese al Solitario su encuentro con los dos monstruos, y de qué manera llegase á su retiro del yermo, díjole el primero de los eremitas:

«En verdad, hermano, que ambos tendrán su premio: la mitad de ellos pertenece á las bestias, de las cuales cuida Dios solo: la otra mitad es el hombre, y la Justicia eterna lo premia ó lo castiga.»

He aquí que la siringa, la flauta pagana, crecerá y aparecerá más tarde en los tubos de los órganos de las basílicas, por premio al sátiro que buscó á Dios; y pues el centauro ha llorado, mitad por los dioses antiguos de Grecia y mitad por la nueva fe, sentenciado será á correr mientras viva sobre el haz de la tierra, hasta que de un salto portentoso en virtud de sus lágrimas, ascienda al cielo azul, para quedar para siempre luminoso en la maravilla de las constelaciones!

RUBEN DARIO.

Se ha declamado mucho contra el positivismo de las ciudades, plaga que, entre las galas y el esplendor de la cultura, corroe los cimientos morales de la sociedad; pero hay una plaga más terrible, y es el positivismo de las aldeas, que petrifica millones de séres, matando en ellos toda ambición noble y encerrándolos en el círculo de una existencia mecánica, brutal y tenebrosa. Hay en nuestras sociedades enemigos muy espantosos, á saber: la especulación, el agio, la metalización del hombre culto, el negocio; pero sobre éstos descuella un mónstruo que, á la callada, destroza más que ninguno: es la codicia del aldeano. Para el aldeano codicioso no hay ley moral, ni religión, ni nociones claras del bien; todo esto se resuelve en su alma en supersticiones y cálculos groseros, formando un todo inexplicable.

Bajo el hipócrita candor, se esconde una aritmética parda que supera en agudeza y perspicacia á cuanto idearon los matemáticos más expertos. Un aldeano que toma el gusto á los ochavos y sueña con trocarlos en plata; para convertir después la plata en oro, es la bestia más innoble que puede imaginarse; porque tiene todas las malicias y sutilezas del hombre y una sequedad de sentimientos que espanta. Su alma se va condensando hasta no ser más que un graduador de cantidades. La ignorancia, la rusticidad, la miseria en el vivir, completan esa abominable pieza, quitándole todos los medios de disimular su descarnado interior. Contando por los dedos, es capaz de reducir á números todo el orden moral, y la conciencia y el alma toda.

B. PÉREZ GALDÓS.



Traje de primavera con triple bolero.

LA MODA



Traje parisiense para "Five o'clock tea."

LA MODA

Esta mañana, al dejar mi lecho, ví á través de los cristales de mi ventana, una golondrina, charlando como una descosida en el alero del vecino patio. Parecía cantar aleluyas á la primavera y me hizo pensar en el eterno rejuvenecimiento de las cosas. No hay en este tiempo bendito una ruina que no ostente cuando menos, el aureo florón de una salvaje flor de cardo; ni llanada que no se enverdezca, ni arbol que no estrene vestido, ni flor que no se expanda, ni insecto que deje de lucir al buen sol vivificante, ó su bruñido coselete de esmeralda, ó sus palpitantes élitros de punto de seda; ni corriente que no se encrespe voluptuosa, ni bestia, en fin, que no sienta en sus arterias el desbordamiento de una sangre nueva. ¡Oh primavera, hada de la juventud, que el buen Dios te bendiga! Primavera te llamas en el húmedo campo; amor te apellidas en los espíritus. El poeta de la barba florida dijo:

Espalda del traje para "Five o'clock tea."

«Ahí donde falta todo, la naturaleza se encarga de suplirlo todo: tiene la yedra para las ruinas y el amor para los hombres.»

***

Amemos, bella señorita: abramos nuestro espíritu al amplio cielo y al excelente sol; hay muchas mariposas, flores que vuelan, en los jardines, y la buena maga que se llama la Moda, derrocha fantasías para la estación. Ahora le ha dado por los lijeros caprichos. Hay un figurín para tertulia que verá usted en la primera plana de este pliego, que parece hecho como el cisne de Rubén Darío:

De luz alba, de seda y de sueño.........

Bien sé, blanca amiga mía, que para vos pasarían inapercibidas todas las pompas primaverales, sin las pompas ó los caprichos de la moda. Salir al campo, bien está, pero salir con un hermoso traje de muselina de actualísimo modelo!

De otra suerte......

—Bueno! pues que canten los pájaros y el collado reverdezca y haya píos de zenzontles y palpitaciones de élitros de libélula y llamaradas verdes de coseletes de coleópteros y...... ¿qué más? Pues, todo eso! Ya se imaginará usted que no he de ir á saborear tanta bucólica sin un traje adecuado.........

Y dice usted muy bien y por eso le muestro esa colección de figurines salidos de las manos del mismísimo Worth (como si dijéramos de la Santísima Trinidad.)

Nada de explicaciones de modista poco diestra. ¿Le agradan á usted, lectora? Bueno, pues ahora á elegir uno y después que vea yo su lindo rostro expuesto al rubio sol de Abril y á las caricias sanas de la buena primavera!



LECTURA PARA LAS SEÑORAS

ontabilidad de la casa.

Para que una familia viva sin apuros, y cuando las circunstancias lo permitan, haga economías, es indispensable establecer un cálculo exacto entre los *ingresos* y los *gastos*, y someter éstos á aquellos, sin el cual requisito se toca en el triste escollo del malestar, que en un plazo más ó menos largo, conduce á lastimosos desastres. A fin de proceder en forma ordenada, convendría que la mujer de su casa poseyera conocimientos de *Teneduría de Libros*; pero como semejante estudio no es de los que mejor se adaptan al sexo femenino, puede suplirse su falta por medio de un sistema sencillo de contabilidad, y esta práctica debe recomendarse, puesto que ofrece resultados beneficiosos.

El sistema á que aludimos, se reduce á anotar en un cuaderno las cantidades que se reciben y los gastos que se verifican. Con este procedimiento no es posible incurrir en omisiones.

De este modo se averigua todos los meses el total de los ingresos y el de los desembolsos, y pueden hacerse las economías que demande la situación de la familia, economías irrealizables desde el punto de vista del resultado práctico, si prescindimos de tales anotaciones, porque entonces, bien que se conozca la necesidad de disminuir los gastos, es difícil señalar las partidas que importa modificar en este sentido.

En obsequio de la claridad, y por si en un mismo día se compra más de una vez un artículo, así como por si en épocas dadas hay gastos extraordinarios y transitorios, sirve de mucho el cuaderno en cuestión, de donde pasarán los apuntes á un libro general, en el que figuren los totales mensuales que arroje el cuaderno.

En una casa bien ordenada, corresponde á la mujer el manejo y la distribución del dinero destinado á los gastos interiores, y claro es que nos expresamos en esta forma, suponiendo que la mujer, por virtud de su conducta, se hace acreedora á merecer la confianza de su marido. En este caso, no hay duda que el acierto y la buena distribución serán los resultados que se obtengan en beneficio de la familia y del decoro del hogar.



FRATERNIDAD

He establecido desde hace algún tiempo, en mi casa de Guernesey, una pequeña institución de fraternidad práctica que quisiera aumentar y sobre todo propagar. Es una cosa tan pequeña que puedo hablar de ella. Es una comida semanal de niños indigentes. Cada semana algunas madres pobres llevan sus hijos á comer á mi casa. Al principio tuvo ocho, luego quince, hoy tengo veintidós. Los niños comen juntos, están confundidos, católicos, protestantes, ingleses, franceses, irlandeses, sin distinción de religión ó de nación. Los invito al goce y á la risa y les digo: ¡Sed libres! Comienzan y acaban la comida con una alabanza á Dios, sencilla y fuera de toda fórmula religiosa.



Cuerpo para traje de casa.

Mi mujer, mi hija, mi cuñada, mis hijos, mis criados y yo también, les servimos. Comen carne y beben vino, dos grandes necesidades para la infancia. Después de lo cual, juegan; van á la escuela.

En una palabra....... pero me parece que he dicho bastante para hacer comprender que esta idea, la introducción de las familias pobres en las familias menos pobres, introducción á nivel y piso llano, protegida por hombres mejores que, por el corazon de las mujeres sobre todo, no puede ser mala, la creo práctica y propia para dar buenos frutos, y hablo de ella á fin de que los que puedan y quieran la imiten.

Esto no es limosna, es *fraternidad*! Esta penetración de las familias indigentes en las nuestras, nos aprovecha, como á ellas; es un principio de solidaridad, pone en acción y movimiento y hace marchar, por decirlo así, delante de nosotros, la santa fórmula democrática: Libertad, Igualdad y Fraternidad. Es la comunión de nuestros hermanos más felices. Aprendamos á servirles y ellos aprenderán á amarnos.

Victor Hugo.





Una variante del anterior

Enfermos del Estomago

Es conveniente convencerse de que el DIGESTIVO MOJARRIETA es lo único positivo, lo único que cura radicalmente las enfermedades del Aparato Digestivo, y exigir grabado sobre cada oblea, el nombre DIGESTIVO MOJARRIETA.

DISPEPSIA, GASTRALGIA y ENTERITIS CRONICAS

con sus síntomas: Agrios después de las comidas ó Acidos del estómago, Sed, excesiva, Hinchazón ó Peso en el Vientre por poco que se coma, Digestiones lentas ó incompletas que producen Repugnancia, Mareos, Dolores de Vientre Vómitos biliosos y Diarreas crónicas.

Son enfermedades que según enseñan millares de personas bien conocidas y respetables, á quienes se vió sufrir durante MUCHOS AÑOS y además reconocen eminencias médicas de varias naciones, sólo se curan COMPLETA Y RADICALMENTE con el

Digestivo Mojarrieta.

En todas las Droguerias de Mexico.

LA CAJA DE AHORROS.

Con inversiones garantizadas.

Sociedad Anonima.

CAPITAL SOCIAL, $100,000.

Presidente: Serapión Fernández,

Gerente: Dionisio Montes de Oca.

El ahorro es la fortuna del pobre
Y la salvaguardia del rico.

"La Caja de Ahorros con Inversiones garantizadas" expide Pólizas de *cien*, de *quinientos* y de *mil pesos*, cobrando mensualmente *treinta centavos* por las de $100; *un peso* por las de $500 y *dos pesos* por las de $1,000.

Con tan pequeñas exhibiciones esta benéfica Compañía, favorece por medio de sus Pólizas el ahorro, con múltiples utilidades en todas las clases sociales, lo que proporciona asegurar una fuerte suma de dinero, para recibir la de **"La caja de ahorros"** á determinado periodo de tiempo, ó ántes, según sus estipulaciones.

"La caja de ahorros" proteje al pobre, presentándole la mejor manera de ahorrar, y ofrece al rico un negocio lucrativo y ventajoso, en que, con pequeñas inversiones, pueda obtener una gran utilidad.

Para comprar las Pólizas de **"La caja de ahorros."** ocúrrase á la Oficina Principal, calle de VERGARA NUM. 12, por medio de los Agentes de la Compañía, debidamente autorizados.

Banco Internacional é Hipotecario de México.

Giros por Cable, Depósitos, Descuentos, Cobros de letras, Cupones, etc., Cambios sobre el Extranjero Cartas Circulares de Crédito, Créditos en cuenta corriente.

CAPITAL $5.000,000

Hipotecas amortizables en veinticinco años con anualidades de 9 por 100, pagaderas por trimestres efectuando el Banco su préstamo en **Bonos Hipotecarios**, con interés de 6 por 100, y siendo potestativo para el deudor redimir el **Saldo** del capital en cualquier tiempo y con **Bonos Hipotecarios.**

Respetuosamente se llama la atención del público hacia la importancia de estos **Bonos.** No existe papel **más seguro** porque está garantizado con primera hipoteca, constituida sobre propiedades raíces por **doble valor de aquél.**

El Banco facilitará toda clase de informes escritos, relativos á las diversas operaciones de su instituto quien lo solicite en sus oficinas.

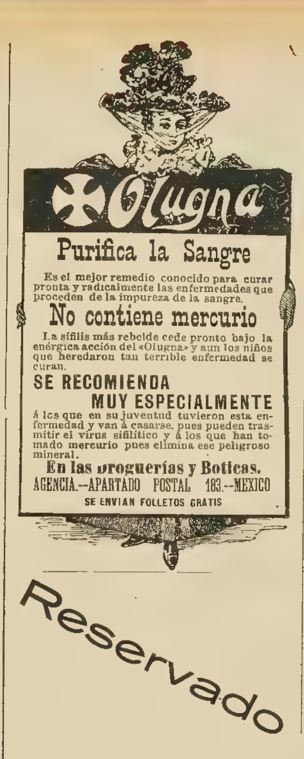
Presidente,
JOSÉ DE TERESA Y MIRANDA.

Cajero,
JOAQUIN DE TRUEBA.

CIUDAD DE MEXICO

APARTADO POSTAL, 269. **TELEFONO. NUM. 38.**

OFICINAS EN EL NUEVO EDIFICIO DEL BANCO· ESQUINA DE CADENA Y COLEGIO DE NIÑAS





La mejor preparación para conservar, restaurar y embellecer el cabello es

El Vigor del Cabello del Dr. Ayer.

Conserva la cabeza libre de caspa, sana los humores molestos ó impide la caída del cabello. Cuando el cabello se pone seco, claro, marchito ó gris, le devuelve el color original y su contextura, estimulando un nuevo y vigoroso crecimiento. Doquiera se emplea el Vigor del Cabello del Dr. Ayer, suplanta todas las demás preparaciones y pasa á ser el favorito de las señoras y caballeros.

El Vigor del Cabello del Dr. Ayer . . .

PREPARADO POR
Dr. J. C. AYER y Ca., Lowell, Mass., E. U. A.

Medallas de Oro en las Principales Exposiciones Universales.

LA FRATERNAL

Compañía de Seguros de Vida y Accidentes.

Sus polizas no tienen competencia por la variedad, ventajas y baratura que ofrecen.



LA FRATERNAL envia á todo el que lo solicite cuadernillos de explicaciones y el Boletin que edita mensualmente.

Oficinas de LA FRATERNAL:

MEXICO—Calle de S. Felipe Neri 7. Apartado Postal 750.—MEXICO

Carta interesante al público. 54 años de edad y 35 de sufrir. Horror al cuchillo y al cloroformo.

35 años justamente era la edad que llevaba de padecer una de las peores enfermedades que pueden sobrevenirle al hombre, como son las Estrecheces en el caño de la orina. El tiempo se iba pasando sin que yo resolviera á operarme por el horror tan grande que le tenia al cuchillo, el temor que me infundía el cloroformo, y por último, la dificultad de abandonar un negocio para guardar cama; pues bien, en tales circunstancias emprendí viaje desde San Gabriel Estado de Morelos; á la capital, para consultar con el reputado especialista Dr. C. Preciado de quien sabía yo curaba tales enfermedades de una *manera sencilla:* dicho faculiativo me aseguró que me operaría sin dolor, sin hacerme sangre, sin que yo guardara cama y sin cloroformo, por medio de la electricidad y en efecto, el día 13 del presente mes me operó en su consultorio particular situado en la grande avenida de las calles del Refugio, Coliseo Viejo núm. 8; duró mi operación cuatro segundos, soy un testigo viviente del buen éxito que se alcanza con tal método, y vivo eternamente agradecido al famoso especialista y como una muestra de mi gratitud doy á conocer este echo al público y si estuviera autorizado daría el nombre de más de 20 personas que en el citado consultorio ha tratado y se manifiestan como yo contentos del éxito que han alcanzado con la misma operación que á mí les ha hecho el Dr. Preciado.

Luis Manjarrés.

CARTA INTERESANTE PARA EL PUBLICO

S. C. México, Febrero 10 de 1897.

Sr. Dr. Adrián de Garay.

Presente.

Estimado amigo y compañero:

Con el fin de que llegue á noticia del público y pueda éste aprovecharse de los esfuerzos y trabajos que yo he emprendido, me es grato manifestar que vd. es único cirujano mexicano que yo conozco que sepa perfectamente mi metodo para curar las estrecheces uretrales, del esófago del recto y del utero por medio de la electrólisis lineal. Pueden, pues, los enfermos de este genero entregarse con entera confianza á vd., lo mismo que en cualquier otro asunto que se refiera á cirugía, pues estoy persuadido de sus aptitudes de su habilidad para operar y de su basta ilustración. A la vez me es grato decir una vez más que mi metodo para curar las estrecheces es inofensivo, rápido y de resultados maravillosos y que por medio de el he curado millares de enfermos en diversas partes del mundo, como lo he probado en los libros que he escrito y en diversas Academias de Medicina.

Hoy que regreso á Paris á continuar mis trabajos después de mi agradable permanencia de invierno en esta ciudad quiero que los mexicanos sigan aprovechando mis esfuerzos y por esto les recomiendo se pongan en manos de vd., seguros de que quedaran satisfechos.

Escribo á vd. la presente para que haga de ella el uso que mejor le convenga, haciendole presente una vez mas mi sincero aprecio. *Dr. J. A. Fort* profesor de Anatomía de la Facultad de Paris

El Dr. Garay ha practicado numerosas operaciones por medio de la electrólisis, *todas con éxito* y en algunas acompañado de los Doctores M. Gutiérrez, M. Aveleyra, J. Zárraga y A. Gaviño.

El Dr. Adrián de Garay es profesor de Anatomia quirúrgica en la Escuela Nacional de Medicina, Cirujano del Hospital Juarez y del Asilo Español, profesor de Higiene en la Escuela Normal de Profesores, Presidente de la Sociedad Médica "Pedro Escobedo" y director del periódico *La Escuela de Medicina*

Su consultorio está situado en la primera de la Pila Seca, número 8, y da consultas todos los días, menos los de fiesta, de 3 á 6 de la tarde.

AGENTES GENERALES

de este periódico en Centro América, Sres. J. M. Lardizábal y Compañía, Guatemala.

Están autorizados para arreglar contratos para anuncios y suscripciones.

"EL MUNDO"

introducirá próximamente grandes reformas.

Por hoy hacemos notar á nuestros lectores que el número actual lleva una página musical y algunas consagradas á las últimas fantasías de la moda.

Reservado.

EL MUNDO.

TOMO I. MEXICO, ABRIL 11 DE 1897. NUMERO 15



El Verdadero Retrato de Jesucristo.

(Propiedad artística del Señor Francisco Bustamante.)—(Vease el artículo relativo.)

"EL MUNDO"
Semanario Ilustrado.
REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE.

Notas editoriales.

La prosperidad fiscal.

La nota política dominante en estos últimos días, ha sido el substancioso cuanto consolador informe presidencial, presentado el día primero á las Cámaras. De él resultan dos hechos culminantes y cada día más plausibles: la conservación y consolidación de la paz pública, que no ha experimentado la menor alteración en el último semestre, y la creciente prosperidad del fisco.

El ejercicio fiscal pasado se saldó, según se recordará, con un excedente de importancia, y por la primera vez en la historia de nuestras finanzas, se vió constituida y depositada en las arcas del Banco Nacional, una reserva que hoy pasa de seis millones de pesos; ese resultado plausible se ha sostenido y acentuado entre Septiembre de 96 y Abril de 97. Los ingresos Federales en los seis últimos meses, pasan de veintiseis millones, en considerable aumento sobre el primer semestre del año fiscal pasado y en exceso sobre las previsiones del presupuesto vigente.

Todo permite suponer que un nuevo excedente vendrá á acrecentar las reservas actuales, tan necesarias para precaver nuevos desequilibrios que pudieran resultar de la baja que en estos momentos se vuelve á comprobar en el valor de la plata. Mientras el fisco prospere, el estado del país será satisfactorio y la paz duradera, y á la sombra del órden prosperará el país en todos sentidos.

***

El informe presidencial consigna muchas mejoras llevadas á cabo, entre ellas: quinientos kilómetros de nuevos ferrocarriles, nuevamente construidos; terminación de las obras del Desagüe del Valle; inauguraciones de faros y muelles, avance considerable de obras en los puertos, reparación de caminos y calzadas. La minería manifiesta un inmenso progreso, representado por una exportación de sesenta y un millones de pesos en el ejercicio de 95-96, sobre una exportación total de ciento cinco millones; aumento en las solicitudes de concesión de aguas para riego ó fuerza motriz, y otras más que sería prolijo enumerar.

Bonancible como es nuestra situación actual, más próspera la augura para lo futuro el Informe Presidencial, y todo buen mexicano debe felicitarse del actual estado de cosas que si se debe al buen sentido del pueblo, no se debe menos á la inteligencia y energía del Gobierno.

El General Diaz debe estar tan orgulloso de su obra, como la Nación lo está de su prosperidad material, y todos debemos hacer votos por la perpetuación de una bonanza que es prenda segura de futura grandeza para la República.

LA SEÑORA MARIA ROMO DE DIAZ DUFOO

Después de corta, pero dolorosa enfermedad, falleció el viernes último, la esposa de nuestro querido compañero Carlos Díaz Dufoo.

Ante ese dolor inmenso, ante ese hogar para siempre huérfano, ante esa frente helada hoy, y ayer nada más acariciada por auras de juventud y ráfagas de ilusiones, nuestro labio permanece mudo, impotente para expresar el sentimiento que nos embarga.

La implacable y traidora sombra ha herido muchos corazones y hace derramar muchas lágrimas. ¡Quién las podrá enjugar! ¡quién podrá ofrecer el consuelo!

Política General.

RESUMEN. Ráfagas de inquietud.—Otra vez la cuestión africana.—Egipto, Transvaal y el plan británico.—Europa y la insurrección de Creta.—Las ambiciones de cada uno. La mentira convencional de la paz.—Grecia al sacrificio.—Conclusión.

En vano llegan amenazadoras á Europa ráfagas candentes de incendio, de allá del extremo del Africa Austral, donde se alzan en formidable competencia el elemento germánico, representado por los ciudadanos del Transvaal y su orgulloso presidente Krueger, y el elemento británico, encarnado en la insaciable ambición del rey del oro, del porta-estandarte de la omnipotencia colonial, del célebre agitador Cecilio Rhodes.

En vano las arenas nubias, que hicieron retroceder espantado al héroe de Macedonia en sus legendarias conquistas, y han hecho temblar á los modernos hijos del Lacio con sus espantosas catástrofes, en vano las abrasadas comarcas de Abisinia sienten ya la impresión imborrable de los soldados de la Reina Victoria, heraldos de su grandeza y nuncios de su inagotable expansión territorial, proclamando ante el mundo, que la presa tomada por los modernos cartagineses no se arranca fácilmente, y que la posesión de Egipto será aplazada indefinidamente.

Absorta la Europa en la contemplación del drama que, iniciado en las escabrosidades de Creta, puede tener sangriento desenlace no sólo en los desfiladeros de Tesalia ó en los agrios acantilados de Macedonia, donde se hallan frente á frente dos razas y dos civilizaciones, sino en cualquiera parte del mundo occidental, en cualquier punto de las monarquías cristianas donde se dan cita todas las ambiciones y concurren en abierta pugna todas las concupiscencias: no quieren considerar las potencias otro asunto, ni atender á más conflictos que al desarrollado á favor de la barbarie musulmana y por virtud de los arrebatos líricos del pueblo helénico

Sin atender á protestas que venían de Francia de modo ostensible y de Rusia con prudente cautela, sin escuchar amenazas que provocaba su política invasora, cubriendo sus pretensiones con el pretexto de auxiliar á los italianos en los descalabros sufridos en las llanuras de Erythrea, organizaron los ingleses su expedición al Soudán que terminó por la caputra de Dongola; y tomando nuevos puntos de apoyo y adelantando siempre hacia las fuentes del sagrado Nilo; afirmando su dominio sobre las posesiones del Jedive, amenazando por una parte las colonias extrañas del Africa Central, y se aproximan á esa conjunción anhelada que ha de envolver en apretada red todo el continente negro, desde Alejandría hasta el Cabo de las Tormentas. Firme en su propósito la Gran Bretaña de adueñarse de todas las tierras del oro y del marfil y ejercer su omnipotente influjo en las fértiles comarcas africanas, ya que la primera intentona contra el Transvaal fracasó por la precipitación de sus caudillos al llevarla á cabo, se prepara á nuevas aventuras y se apresta á nuevas invasiones que la han de dar el anhelado triunfo, si las naciones interesadas en conservar sus posesiones y su influencia no acuden apresuradas en auxilio de la República del Transvaal y del Orange, unidas para su propia defensa, pero incapaces de resirtir á la abrumadora catástrofe con que se las amenaza.

***

¿Quién piensa ahora en las comarcas africanas, por más que sean ó puedan ser espacio á la expansión incesante de la población europea, y campo fecundo á la actividad de las masas que, estrujadas y comprimidas, buscan salida en las agitaciones socialistas, ó estallan formidables en las explosiones de la anarquía? Quién se ocupa en los conflictos que puedan surgir en el territorio de matabeles y zulúes, de abisinios y sudaneses, cuando la atención toda del mundo occidental está concentrada en la divina Hélade, madre de pueblos, progenitora de dioses y cuna de la civilización occidental?

Francia, á pesar de su tradición republicana, de sus aspiraciones democráticas, y de la atmósfera de radicalismo que la ha envuelto en los últimos años, vería con verdadero regocijo el advenimiento de un protectorado sobre Siria, que pusiera en su poder lugares santificados por la historia, poetizados por el misticismo y divinizados por la religión; y aplaudiría con entusiasmo la adquisición de ese botín, si lograba al mismo tiempo enseñorearse de la tierra faraónica, fin y remate de todas sus ambiciones, y hermosa realidad de sus más bellos ensueños.

Rusia oye el clamor de sus sacerdotes, que desean cantar sus salmodias y celebrar las ceremonias de su pomposo rito bajo las augustas bóvedas de Santa Sofía; escucha la voz de sus campesinos que sueñan con las fértiles llanuras de la Mesopotamia, en medio de la tristeza interminable de la estepa; y atiende al alarido del cosaco que pugna por acampar en las encantadas riberas del Bósforo y ambiciona, siguiendo la fuerza de su destino, cumplir la frase más importante del testamento de Pedro el Grande.

Austria desearía verse definitivamente instalada en Bosnia y Herzegovina sin reclamaciones ulteriores, extender su influencia directa sobre los pueblos esclavones que forman parte de los Estados Balkánicos, reinar como única soberana sobre toda la cuenca del Danubio y apoderarse del gran puerto de Salónica.

Alemania, que no tiene interés directo é inmediato en las comarcas encantadas del Oriente, y que por su alejamiento no pretende nada en el reparto del imperio bizantino de los Osmanlíes, aspira sí á poseer un puerto en el Mediterráneo, única manera de tomar ingerencia en los grandes acontecimientos que por ley histórica se han desarrollado y tienen que desarrollarse en sus costas accidentadas. Nada sería mejor para sus tendencias ni la ayudaría más en sus aspiraciones, que verse dueña de un punto de apoyo en ese campo vasto donde se han representado los más tremendos dramas de la humanidad. Arrebatar Trieste á su aliada Austria-Hungría, que lo posee con mengua de los derechos alegados por Italia, sería el colmo de sus más risueñas esperanzas.

Inglaterra no es la más modesta en sus pretensiones: afirmar legítimamente la posesión de Egipto, que ha retenido en medio de las protestas de todos y las recriminaciones de los más, no es su único anhelo, aunque es la parte principal de su programa.

A Italia no le sentaría mal encontrar compensaciones á sus desastres de Abisinia, ni vería con malos ojos el aumento de su influencia en las costas de Berbería.

Y en medio de todos estos intereses encontrados, de estas aspiraciones que entrechocan, de estas tendencias contrarias y enemigas: ¿quién no vé claramente lo que se oculta tras el decantado concierto europeo, tantas veces alegado en la cruzada anticristiana que se ha enviado á los campos de Creta? ¿Quién no mira, no el deseo de proteger al turco ni la intención de perseguir al indefenso cretense, ni el objeto de oponerse á los sueños del Rey de los Helenos, sino la manifiesta voluntad de conservar la paz, con el fin de que ninguno haga ostensibles sus ocultos designios y sus secretas miras, antes que los otros hayan madurado el plan que los ha de conducir al logro de sus ambiciones?

***

Por eso se ven esas vacilaciones en el programa impuesto á los almirantes que mandan las escuadras extranjeras en las aguas de Creta. Por eso esa rabia reconcentrada contra el gabinete de Atenas que, sabedor de las rivalidades mal encubiertas de las grandes potencias, resiste solo y abandonado á sus propios esfuerzos, la tempestad que contra Grecia se desata.

Primero fué el bloqueo de Creta, para obligar al rey Jorge á retirar sus tropas, después la amenaza del bloqueo de los puertos griegos que aun no se lleva á cabo; ahora es la conminación olímpica para el que rompa las hostilidades en las fronteras de Macedonia. Eso formó lo que pudiéramos llamar el programa de las amenazas. El programa de los halagos ha ido creciendo también: primero fué la autonomía prometida á la revuelta isla, luego la sumisión de la Turquía á las decisiones de los poderosos, y hoy es el gobierno ofrecido al príncipe Jorge de Grecia, como compensación á las impaciencias de los helenos y á los martirios de los cretenses.

Si las amenazas no han sido bastantes á sofocar el movimiento helénico, nada valdrán los fútiles halagos. La patria de Milciades y de Canarís, que aun sueña con los frescos lauros de Maratón y de Plaeat, no está dispuesta á ceder en su tenaz empeño.

¡Quién sebe hasta dónde lleguen las potencias en sus inícuas pretensiones! Ojalá no tengamos que presenciar el sacrificio de la Grecia desvalida en el altar de las rivalidades secretas ambiciones comprimidas, que se ocultan en la mentida aspiración á la paz universal!

X. X. X.

8 de Abril de 1897.

MI SEMANA SANTA

(Alcalá.—Guadalajara.)

En la corte de las Españas, siempre tendremos que echar de menos dos cosas: mar ó río —mucha agua junta! —donde recrear los ojos, refrigerando la sangre con brisas de deleitosa humedad, y un templo grande, una catedral adonde retirarse en días y horas en que el espíritu pide recogimiento y contemplación de algo muy estable, muy augusto, muy estético á la vez. De esta necesidad, más aún que de los preceptos de la higiene y las imposiciones de la moda, se originan las salidas veraniegas á respirar los aires del Cantábrico, y la costumbre, que va arraigándose tímidamente, de pasar fuera de Madrid los días de Semana Santa.

Sevilla se lleva lo granado, la gente rica y más amiga de solazarce en las tiendas de la feria, que de meditar en la Pasión. Después de Sevilla, Toledo con sus magnificencias monumentales y sus horrores posaderiles, descritos por Galdós en *Angel Guerra*...... A Toledo ya no se va únicamente por divertirse (en el sentido burdo de la palabra); se va por instinto artístico, por refinamiento religioso, y unas miajillas por costumbre. Lo que no se le ocurre a nadie, ó por lo menos se les ocurre únicamente á media docena de curiosos por año, es lo que hice yo en los días santos del 91: internarse en la Alcarria, y visitar dos joyas del arte español: el palacio del Infantado y la catedral-fortaleza de Sigüenza. Pues yo les fío á los que quieran seguir este mismo itinerario, que mejor alojados y mantenidos que en Toledo, estarán en Alcalá, Sigüenza y Guadalajara, en primer lugar, porque peor que en Toledo no cabe en los términos de lo posible; y en segundo, porque no relativamente, sino en absoluto, las fondas que he recorrido son muy aceptables y sirven comida sana y excelente. No traigo de ellas la terrible impresión, que jamás se me borrará, de cuatro días toledanos, con anguilas de río y anguilas de mazapán, sin otro alimento que ayudase á conllevar tan extraña penitencia.

Salimos de Madrid para Alcalá por la tarde, con un día alegre y delicioso, templado, límpido, de esos días castellanos en que el sol viste de gala y derrama sobre el árido y desnudo terruño, los rojos tonos de la *maremma* sienesa. Las praderías del Henares, no visitadas por la primavera todavía, aún no estrenarán su túnica de verdor, y el río espejeaba sin una mala sombra de ramaje que diese á sus aguas el encanto del velo, del misterio y de la frescura. Por eso no me pareció tan lindo como otras veces, cuando pacen sus orillas herbosas los toros libres, pacíficos en su soledad cuanto furiosos después en el sangriento anfiteatro. He ido muchas veces á Alcalá á fines de Abril y en todo el mes de Mayo, época en que celebra la vieja Compluto su famosa procesión de las *Santas formas*, y en esa estación del año es amenísimo el corto trayecto.

Poco más de las cuatro serían cuando llegamos á la estación de Alcalá, que dista de la ciudad cosa de medió kilómetro, si no me engañan las piernas, pues no hay ómnibus ni coche que lleve á los viajeros. Un chiquillo encanijado cargó con nuestros maletines y nos guió á la fonda de Hidalgo, la mejorcita del pueblo, según nuestro guía. «¿Nos enseñarás después el archivo?» le pregunté. «Yo no sé el archivo,» contestó atónita la criatura, en vista de lo cual resolvimos buscar el archivo nosotras—la empresa no era difícil y la hubiésemos realizado á no aparecerse por allí un hermano mayor de nuestro porta maletas, más enterado que él y dispuesto á servirnos de *cicerone*.—Sólo podía ahorrarnos alguna pérdida de tiempo, si nos equivocábamos en las callejas nada revueltas de Alcalá; por lo demás, el archivo es para mí sitio familiar: bastantes veces me he detenido en su afiligranado patio, al pie de su grandiosa escalinata, y recreado la vista en los prolijos y delicados modillones de la puertecilla que precede al arranque de la balaustrada. —Por cierto que en los tres años que llevo de visitar con alguna asiduidad este rico monumento donde viven tantos recuerdos y tantas glorias, nunca veo que adelanten las obras de restauración, en buena hora impulsadas, después de la visita del rey Alfonso XII, por el conde de Toreno. La muerte de este prócer debió contribuir á paralizarlas, y no hay esperanza de que las active el actual ministro de Fomento, que según propia confesión, está dispuesto á dejar arruinarse ¡el claustro de San Juan de los Reyes, nuevamente restaurado! fundándose en que «las naciones pobres, como las personas de mala posición social, no deben poseer joyas ni galas.» Aguarda con paciencia el magnífico salón de Concilios su pavimento, friso de azulejería y tapices colgades, que completen el esplendor de un recinto que por sus dimensiones y por la riqueza de sus árabes ventanas de ataurique, portadas y techo, es único en España, -según repite, entre envanecido y melancólico, el conserje.

Dedicado á archivo general, el palacio del gran arzobispo Tenorio, fué restaurado y atendido en gran parte (y lo poco que falta hace más sencible el abandono, apatía y penuria que tienen interrumpidos los trabajos.) Hállanse los legajos del archivo clasificados con esmero en limpios estantes; los techos de casetón y ensamblaje de ricas maderas al estilo renaciente ó de morisco alfarje, están como nuevos; los preciosos ventanales, rehechos conforme al modelo antiguo, no dejan que desear, y únicamente los modernos vidrios de colores y la viveza de oros y pinturas lastiman algo la pupila. El tiempo los amortiguará, y entonces todo el edificio adquirirá la armonía que hoy le falta.

Lo que nos sobró de día después del archivo, lo empleamos en echar una ojeada al patio de la antigua Universidad de Cisneros...... la Universidad donde lucieron su birrete las doctoras. Aunque ocupado el edificio por un colegio de Escolapios, bien puede su melancólico aspecto, su silencio y decadencia, autorizarnos á repetir las palabras de un entusiasta de los monumentos españoles, allá por los años de 1848: «Todo ha muerto en el interior del edificio, condenado ya á perpetuas vacaciones......... Las aulas silenciosas y vacías, cubiertos de hierbas los patios, el claustro principal destituido de la única animación y belleza que podían comunicarle alegres bandadas de estudiantes inundando á horas fijas sus tres órdenes de galerías, ó rodeando el barroco templete de la fuente que en medio brota.........» Hoy no existe la fuente: de ella supongo que se hicieron los dos graciosos pozales con cisnes y conchas que pueden verse en cada patio. ¡Pero qué triste, qué solitaria, la creación de Cisneros! En el Paraninfo se me abatió el alma, leyendo por las paredes, sobre humildes tarjetones de cartón, nombres que debieran grabarse en bronce, entre ellos el de una doctora de Alcalá. El año 9 de este siglo aún contaba la Universidad de Alcalá quinientos alumnos.........

Ya iba obscureciendo cuando entramos en la Magistral, donde algunos canónigos principiaban á entonar el rezo de maitines, y otros salían precipitadamente de la sacristía hacia el coro, para incorporarse á sus compañeros. Un sacristán, de fisonomía á la vez ladina y franca, de ojos claros y llenos de fe, legítimo paleto castellano, se encargó de abrir la cripta ó capilla baja, donde reposan las cenizas de los santos niños Justo y Pastor, tiernos mártires cantados por Prudencio y patronos de Alcalá, degollados bajo Daciano. La cripta es sombría, pero apenas el sacristán enciende un cirio, vemos el camarín, su bóveda de ahumades espejuelos, y la urna de plata que contiene los cuerpos de las dos criaturas, arrancados á la devoción de los oscenses, que no querían ni á tres tirones restituirlos. Indicando yo al sacristán cuánto me gustaría ver las reliquias de los niños, el buen hombre me las describe de un modo algo fantástico. Según él, aun se les conocen á aquellos santos cenfesores de la fe «las piernas, calzadas con su zapatito y su media blanca y su pantaloncito bordado.» Renuncio á comprender estos detalles de indumentaria en unas criaturas martirizadas en el siglo III, y oigo con singular frición imaginativa la pintura del cuerpo incorrupto del humilde lego franciscano San Diego de Alcalá, aquél á quien los ángeles con sus propias manos, ayudaban en las faenas de la cocina. El cuero—según mi sacristán—hállase en apariencia de vida, flexible, natural; su carne cede á la presión de los dedos. «Nadie de este mundo lo ve,» añade, paseando su cirio por la piedra teñida por la sangre de los mártires y que conserva la señal de sus ropillas, mientras á mí se me hace agua la boca, de ganas de admirar el cuerpo milagroso.

Dormimos en Alcalá, y á las ocho de la mañana, favorecidas por el mismo tiempo apacible y despejado, tomamos el tren que nos lleva á Guadalajara. Apenas nos apeamos en el desmantelado patio de la fonda del Norte, se me ocurre que, disponiendo de un día entero y verdadero, debiéramos alquilar un carruaje é internarnos en la Alcarria, donde nos convidan tentadoras excursiones —Pastrana, Hita, Cogolludo. La ocurrencia prueba mi ignorancia topográfica: el más cercano de estos pueblecillos dista seis leguas de Guadalajara, y la jornada nos obligaría á hacer noche en él.—Convencidos ya de que en Guadalajara teníamos que entretener todo el día de Jueves Santo, empezamos por asistir á los oficios en la iglesia de Santa María *de la fuente*. Concluida la ceremonia nos deparó la fortuna encontrar en el Gobernador de Guadalajara -ya destinado á Logroño, pero no trasladado aún—á un amigo de las juventudes de mi padre, el título mejor á mi amistad...... El señor Camacho recordaba haberme visto jugar y correr en mi casa la Coruña, siendo tan niña, que ni memoria conservo de esa época; recordaba también con veneración y ternura, á la ilustre condesa de Mina, amiga de mi padre igualmente; y su alegría al verme en Guadalajara, y la cordial y obsequiosa hospitalidad que desde aquel punto ejercitó con las tres viajeras, me probaron que le había sido gratísimo evocar aquellos recuerdos.

Con tan buen introductor, se nos abrieron de par en par las puertas de las tres curiosidades mayores que encierra Guadalajara: El palacio del Infantado, hoy asilo de huérfanos de la guerra,—el panteón de los Osunas, y la capilla de los Urbinas. Ante todo, el palacio.

Testimonio de la fenecida grandeza de una casa semiregia, que en determinadas circunstancias puso la ceniza en la frente al trono, álzase el palacio del Infantado en el punto más visible de Guadalajara. Impresión extraña causa su fachada mayor, de piedra que el tiempo tiñó con acaramelados tonos: la originalidad del recargado estilo tiene algo de decoración pomposa destinada á servir de fondo á alguna comedia del siglo XVII, algo de estrofa de poema caballeresco italiano, y nada de la severidad española ni del misticismo gótico. Increible parece que el mismo arquitecto del claustro de San Juan de los Reyes sea el del palacio de los Mendozas: él fué, sin embargo, quien recamó, á estilo de manto bárbaramente fastuoso, este edificio, testimonio del orgullo de una dinastía de magnates, que pudo ver en sueños la corona. Como tachones de pedrería, constelan la fachada gruesos clavos, las dos columnas que la sostienen están labradas lo mismo que una joya; la ojiva de la puerta luce, á modo de collar, primorosa inscripción; el testero, que remata en lindo arco rebajado, tiene la complicada labor de un relicario. Los gritos que sostienen las enjutas, el águila del yelmo, los velludos salvajes que, apoyados en gigantescas porras, sostienen los blasones, dan á la fachada un caracter que recuerda poesías del Ariosto ó del Góngora. Falta allí seriedad castellana, y hay en cambio un derroche de fantasía propiamente italiano ó portugués.

Confirmo esta idea al entrar en el patio, que tanto recuerda el claustro de los Jerónimos de Belén y el ornato excesivo y caprichoso de la arquitectura *manuelina*. Verdad que las columnas del primer cuerpo son de extremada sencillez; en desquite, las de la galería superior ofrecen el acanalado y la hojarasca del estilo plateresco más rico, y se coronan y guarnecen con dobles randas de piedra, caladas, ajedrezadas, encintadas, realzadas por alimañas quiméricas é imposibles, y tan finas, que los oficiales encargados del Asilo de Huérfanos las hacen limpiar con plumero, lo mismo que se limpia algún primoroso juguete de sobremesa.

Ni la fachada ni el patio son, sin embargo, las mejores preseas del palacio del Infantado. Destruidos los incomparables del alcázar de Segovia, juzgo sin par sus techos, sobre todo el del salón de Linajes, curiosa muestra de la escultura civil española. Nuestro arte escultórico, absorbido por la imaginería religiosa, no acostumbraba reproducir la vida social de los siglos XIV y XV. En el salón de Linajes, el techo propiamente dicho es un encrespado piélago de talla de oro, un dorado mar que se helase de repente sin perder la caprichosa oscilación de su revuelto oleaje: el suave tono mate é intenso que adquiere el dorado al pasar los años, hace más opulenta y hermosa tan rica bóveda, y la realza, alejándola, la sorprendente cornisa ó galería, cuyo adorno forman, no sólo los blazones de la estirpe de Mendoza, sostenidos por altaneros grifos, águilas y leones, sino—detalle más curioso, y cuya riqueza es indecible—góticos doscletes que cobijan á parejas de damas y caballeros, representación, según dicen, de los ascendientes de la casa; bultos de medio cuerpo y—si no me engaña la distancia—de tamaño natural, pintados, dorados, estofados, vestidos con trajes de la Edad Media, sonriendo la dama al caballero con delicada cortesía. Un sarao de nobles castellanas y guerreros, un sarao eterno, elegante, heráldico. ¿Qué sería este salón, cuando revistiesen sus paredes ricos tapices y celebrasen en él fiestas ó aparatosas ceremonias sus opulentos señores?

Hoy es capilla del Asilo. Así como los cadetes de Segovia disfrutaron del regio alcázar con sus techumbres de oro y zafiro, que no les importaba un bledo, porque el muchacho, como el salvaje, es casi siempre indiferente á las impresiones artísticas, los chicos del Asilo de Guadalajara usufructúan aquellas bóvedas de hadas, que regularmente les tendrán sin cuidado. Debo, no obstante, hacer una advertencia: el Asilo de Huérfanos, fundación nacional impulsada y llevada á feliz término por la generosa y firme iniciativa del digno marqués de Novaliches, no ha venido á profanar un admirable monumento, sino á ofrecerle las únicas garantías de conservación que tenía, al deshacerse de él, dejándole en muy deplorable estado, su dueño el duqúe de Osuna. Si allí se establece, v. gr., un casino ó una fábrica, las balconadas de encajes, los techos de estalactitas de oro habrían de sentirlo. Los inteligentes y celosos oficiales que hoy están al frente del Asilo, han comprendido que tienen dos deberes, el uno explícitamente aceptado, el otro tácito y moral, pero no menos estricto: cuidar é instruir á los huérfanitos, haciéndoles todo el bien posible en alma y cuerpo, y velar con igual cariño por el palacio de los Mendozas. Ambos deberes cumplen religiosamente, reparando los desperfectos del palacio hasta donde lo permite su limitado presupuesto.

Del palacio subimos al castillo, no sin detenernos antes en la capilla de los Urbinas, juguetillo ó monería arquitectónica, desgraciadamente convertida en depósito de carros, y no sé si en cuadra. Las telarañas trepan á su gusto por los delicados adornos de estuco, y tienden su cortina polvorienta por encima de los frescos, y á la parte exterior, uno de los torreoncillos que componen su original arquitectura mudéjar yace derruido. Por el suelo, entre paja, lodo é inmundicias, puede verse todavía el blasón de los Urbinas, el roble, esculpido sobre una lápida sepulcral. Para mayor dolor, la capilla de los Urbinas está en venta, y si la compra alguna persona ajena al arte y la derriva y levanta allí una casa de cinco pisos, al seductor estilo urbano del siglo XIX, nos lucimos como hay Dios. Bien podrían el Municipio ó la Diputación provincial de Guadalajara adquirir ese *bibelot*, ese objeto de cristalera, que no costará muy caro, ni requiere gran desembolso para restaurarlo convenientemente y devolverlo al culto, trazando alrededor un jardincillo.

El castillo, ó mejor dicho el atiguo convento de franciscanos, antes del Temple, domina, al extremo oriental de Guadalajara, la ciudad. Ocupan su recinto y grandiosa iglesia ojival los ingenieros militares, que han adornado la nave profanada y vacía con arcos de armamento y fornituras, decoración severa, casi artística, y á poco que la imaginación se exalte, grave y religiosa. De allí bajamos al panteón de los Mendozas, nuevo y formidable testimonio del poderío de una casa que se atrevió á envidiar el último descanso de los reyes, y á competencia con el panteón del Escorial, y en opinión de muchos, éclipsándolo, se labró tan ostentoso enterramiento. Parécese mucho al del Escorial, sólo que dominan en él los mármoles rojos. Hoy no duerme ningún Mendoza en las regias urnas de pórfido. El panteón fué profanado por los franceses, y los restos de tanto noble personaje, mezclados y confundidos, se trasladaron á la villa de Pastrana. Hay un contraste penoso entre la magnificencia de tan ricos mármoles y el abandono y desolación que el panteón respira, con su altar sin imágenes ni luces, con el frío glacial de su soledad de piedra. En el helado fondo de aquella tumba, recordábamos la decadencia de la casa de Osuna, en tiempo de Fernando VII, representada todavía por el magnate, de quien se refieren mil consejas asegurando que se dejaba atrás las ponderadas prodigalidades de los asentistas franceses con Luis XIV y Luis XV, ofreciendo al rey, á guisa de combustible para freir un par de huevos en sarten de plata, un fajo enorme de billetes que representaba todo el caudal del anfitrión. (1) Hoy el palacio de los Mendozas ha sido enajenado; sus escudos de armas, cantados en el *Corlo famoso*, blasonan á un colegio, y el desvastado panteón es una ironía más en tan alta ruina......

Los viajes por España son, en su mayor parte, vísitas á los muertos. Ellos se llevan la mejor de nuestras impresiones: nuestra historia está escrita en los sepulcros. El panteón de Osuna sugiere más ideas amargas sobre la desdicha de nuestra aristocracia, que puede sugerir la famosísima novela del Padre Coloma; y la verdadera curiosidad que me dejó atrás en Guadalaja, es el sarcófago donde yace depositado el cuerpo incorrupto de doña María Coronel, viuda de D. Juan de la Cerda, la que se desfiguró el rostro con un tizón ardiendo por no romper la fé conyugal.

EMILIA PARDO BAZÁN.

(1) No respondo de la exactitud de esta leyenda.

Baile de fantasia efectuado en el Casino Francés la noche del sábado 3 del actual.



Aspecto del salón.

(Dibujo de Carlos Alcalde.)

GRECIA Y EUROPA

Una manifestación.

No insistiremos sobre la cuestión cretense, preocupación actual del mundo entero, sino para dar algunas nuevas ilustraciones, que son el retrato del coronel Vassos, jefe del cuerpo expedicionario griego en Creta, el de Theodoro Delyannis, primer ministro griego; una fotografía de la manifestación habida ante el palacio del Rey Jorge, para protestar contra las medidas correctivas de las potencias; la caza de un buque griego que llevaba un contrabando de guerra para Creta, llevada á cabo por un cazatorpedos inglés, y, por último, la recidencia del Rey Jorge en Corfú.

Respecto á la cuestión cretense, nuestros lectores saben por los diarios telegramas que sin duda leen con interes, el aspecto que toma cada día, incierto en verdad, y cuya definitiva no puede preveerse. Quien dice que debido á los buenos oficios de la emperatriz viuda de Rusia, hermana del rey de Grecia, el Czar se ha comprometido á apoyar á aquel hasta donde lo permitan los intereses de su omnipotente imperio; quien afirma que hay un acuerdo secreto entre Inglaterra y Francia para dar un rumbo del todo inopinado y diverso al conflicto griego-turco; quien pretende que el temido bloqueo del Pireo por las escuadras combinadas no se llevará á efecto. Llegan rumores de guerra de la Frontera de Thesalia, donde el duque de Esparta asumió el Mundo de los ejércitos de su padre, prestos á lanzarse contra el turco que por su parte no se descuida, reclutando gente y artillando sus fuertes en la mísera isla foco de la insurrección, magüer los buenos ó malos oficios de las potencias, sigue escuchándose el gemido de las víctimas y el alarido de una guerra sin cuartel.

En tan difícil situación las previsiones todas son vanas y sin valor y no vale husmear los rumores diplomáticos de las cancillerías.

Se espera saber de un momento á otro el nuevo proyecto de M. Hanotaux, ministro de Relaciones en Francia, que deberá resolver el problema continental, así podríamos llamarle, que encarna la cuestión cretense, ó cuando menos, proponerle una resolución más efectiva, y la atención universal sigue concentrada en la Isla donde bregan tan grandes y encontrados intereses.

Que este nuevo proyecto sea eficaz ó que no lo sea, lo cierto es que la insurrección cretense es el movimiento orgánico de un pueblo, que no cesará con el paliativo de reformas y promesas. Mantiénenlo odios legendarios de raza y más que todo la convicción íntima é indestructible de que solo la unión de Creta á Grecia compadece los intereses sagrados que bregan

Es esa rebeldía tremenda contra un poder ominoso,

Llaga contra el silicio sublevada

usando la valiente expresión de uno de nuestros más grandes poetas, y sabido es que el paliativo no sana las úlceras.

Si Europa acierta á resolver la cuestión cretense de otra suerte que como los cretenses mismos lo desean, no habrá hecho más que aplazarse el choque temido por su difícil equilibrio, pero el problema quedará en pié, continuarán las iras su fermento terrible en los ánimos exaltados y mañana, la hidra surgirá de nuevo, más formidable, más tremenda, más amenazadora......

Dios proteja á los que defienden su derecho. Dios salve á Creta, que es con la Helos esplendente de los tiempos heroicos, la gloriosa abuela de la humanidad.

Cuando Dios borra es porque se prepara á escribir.

Bossuet.

En la guerra los planes abundan; lo difícil es la ejecución.

Duque de Aumale.



Una manifestación ante el palacio real de Atenas.

Un amigo os pide dinero: ved qué quereis perder: el dinero ó el amigo.

Marc-Monnier.

No hay como las gentes que hacen oficio de alegres, para estar tristes y melancólicas.

Ivette Guilbert.



La cuestión cretense.—Captura de un buque griego con contrabando de guerra, por un buque inglés.

Coronel Vassos, Jefe del Cuerpo Expedicionario griego en Creta.

Costumbres Africanas.

UNA FIESTA RELIGIOSA

Los ingleses, que han plantado su bandera en todos los rincones del orbe, están en aptitud de observar las costumbres más exóticas en los países más lejanos, y en la India y en el Africa les es dado contemplar con su flema y tranquilidad de espíritu habituales, cuadros verdaderamente pintorescos de animación popular en que lo sagrado y lo profano entran por iguales partes.

En general, en los pueblos patriarcales y primitivos, no hay más que dos grandes móviles determinantes de las conmociones populares, séan estas del género que fueren: la tendencia belicosa y la tendencia religiosa. A veces ambas se adunan, y no es lo menos frecuente, de suerte que en las grandes festividades que siempre son litúrgicas, junto á los emblemas religiosos se advierten los emblemas guerreros.

Tal acontece en la India en las grandes ferias y tal así mismo en la procesión religiosa efectuada en la ciudad de Kombakonun, del misterioso continente africano, denominada del Mahamakan, la cual se efectúa en la primer semana de Marzo.

Centenares de millares de negros desfilan por las calles, llevando colosales carros que sustentan unas torres de arquitectura extraña, las cuales constituyen símbolos religiosos.

El espectáculo de aquella muchedumbre es indescriptible, y raya en verdadera locura el entusiasmo religioso.

Pero más que todo sorprende las miradas del viajero el aspecto de aquella inmensa multitud, cuando, pasada la procesión y para purificarse según sus ritos, se lanza ávida al caudaloso é inmenso río Caudery. No es decible como invade aquella prodigiosa asemblea las turbias aguas del río, que no turbias, sino negras, permanecen después por breves momentos, y la fruición de aquella inmersión colectiva y casi simultánea...... Nuestros grabados dirán más que lo que pudiéramos decir á nuestros lectores. Ellos perpetúan la visión de una de las escenas más curiosas del arcano continente que contempló la gloria de Memphis y la gloria de Cartago.

Se necesita ser muy religioso para cambiar de religión.

Condesa Diana.

La desconfianza es el alma del régimen parlamentario.

Valbert.



Costumbres africanas.—Llegada de Mahamak: procesión religiosa por las calles de Kombakonum.

EL VERDADERO RETRATO DE CRISTO

Desde los primeros siglos de la nueva Era Cristiana, todas las más grandes y célebres notabilidades en pintura y escultura han trabajado con asiduo interes, empleando cuantos medios les ha proporcionado su grande inteligencia, para trasladar al lienzo el rostro más bien delineado posible que pudiera semejarse al de Nuestro Señor Jesucristo.

¿Pero quién, no obstante su inspiración podrá suponer se la verdad de un ideal que por perfecto que parezca, ninguno de esos grandes artistas conoció?

Hay más: en la multitud de las creaciones reproducidas por los grandes maestros, se nota, á la simple vista, que el Cristo se parece, según la nacionalidad del artista, al tipo alemán, italiano, francés ó español.

Tiberio César, Emperador de Roma, durante su reinado, (Año 32 de J. C.) habiendo oido hacer grandes elogios de Jesús, deseaba con frenética ansiedad conocerle, cuando recibió la siguiente relación que ha sido fielmente traducida por los historiadores latinos contemporáneos de la época. Dice así: Noticias al Senado de Roma relativas á Jesucristo, durante el reinado de Tiberio César, Emperador, como la que los Gobernadores de las diversas provincias sometidas á la autoridad del Senado y pueblo Romanos solían remitir al Senado á medida que los sucesos ocurrían en dichas provincias.

PUBLIUS SENTULES en aquel entonces Presidente de la Judea escribió una epístola al Senado y Pueblo de Roma, concebida en los siguientes términos:

«Apareció en estos nuestros tiempos un hombre de «gran virtud, llamado Jesucristo, que todavía vive entre «nosotros: que está reconocido por los gentiles como el «Profeta de la Verdad, pero que sus discípulos le llaman «El Hijo de Dios.»

«*El* ha resucitado á los muertos y curado todo género «de enfermedades. Es hombre de estatura algo elevada, «de buena presencia, dotado de un semblante venerable «de esos que inspiran á los que lo contemplan afecto y «temor; tiene el pelo de color de avellana madura, lacio «casi hasta las orejas; por debajo de estas algo rizado, de «color más resplandeciente y cayendo en ondas sobre «los hombros: la cabellera dividida por una raya al estilo «nazáreo: la frente muy despejada y tersa; cara sin una «sola mancha ó arruga y de un bello color rosado: la bo-«ca y nariz de formas intachables: la barba un poco es-«pesa en armonía con la cabellera en un rostro de im-«presión inocente á la par que reflexiva y juiciosa, los «ojos claros, pardos y vivos. Al reprobar es terrible, al «amonestar cortés y bien hablado: su conversación es «agradable aunque grave. Nadie recuerda haberlo visto «reirse; pero muchos le han visto llorar. El cuerpo de-«recho y de proporciones bien ordenadas: los brazos y «manos perfectas. Al hablar es tan moderado y modesto «como sensato. Un hombre que, por la singularidad de «su belleza eclipsa á todos los hijos de los hombres.»

Entonces, Tiberio César, más entusiasmado aún, por la relación antes citada y avivándose en él más el deseo de conocerle, mandó á un lapidario de los de más nombre en su época, para que dibujara en un camafeo *en esmeralda* la divina efigie de Nuestro Señor Jesucristo.

***

Las anteriores líneas y el bellísimo retrato de Jesucristo, que aparece en nuestra primera plana, debémoslos al Señor Don Francisco Bustamante, quien posee la propiedad artística de la imagen, tomada, dice del camafeo en cuestion.

Esta imagen, muestra los rasgos del tipo sirio-caldeo más puro. Así debió ser el maestro, exclamamos al contemplarla y su vista nos inspira sensaciones extrañas y misteriosas.

Damos al Señor Bustamante las gracias por su remisión.

NOTAS CICLISTICAS

Bicicletas marcadas.

El jefe de policía particular de una compañía de seguros de bicicleta, aconseja á los ciclistas que pongan en su máquina una contraseña que sirva para identificarla y probar el derecho de su propiedad cuando con motivo de un robo, haya que disputarla. Algunas de las máquinas están numeradas por el fabricante, pero esas son pocas y además tienen la numeración en lugares en que es muy facil borrarla. Y puesto que la marca para ser útil tiene que ser indestructible y secreta, no se ha de poner en la silla, en los mangos ni en ninguna de aquellas otras partes que se pueden cambiar facilmente. El lugar preferible es la armadura, donde se puede hacer de manera que sea invisible para todo el que no sepa donde se halle. El mejor procedimiento para grabarla es el siguiente. Se raspa con un cuchillo, como una pulgada cuadrada del esmalte, hasta dejar el metal descubierto y limpio. En seguida se cubre la parte raspada con una capa de grasa (el sebo puede servir) y con un punzón de acero mojado en ácido fénico se escribe en ella las iniciales ó el nombre que se quiera. El punzón pasa por la grasa hasta el metal, donde el ácido corroe la superficie descubierta y no la que está cubierta con la grasa, de modo que cuando ésta se quita, después, el nombre queda tan claro, como si se hubiera escrito en papel. Todo lo que falta después, es volver á cubrir con un poco de esmalte la parte raspada, y el nombre queda invisible hasta que convenga descubrirlo para comprobar la propiedad de la bicicleta.

Ejercicio Higiénico de la Bicicleta.

Las horas del día en que el ejercicio que se hace en las bicicletas es benéfico, depende principalmente del tiempo. En los meses de la primavera y del otoño, cuando no hace mucho calor, se puede viajar casi todo el día, pero nunca debe hacerse esto de las once á las tres en el verano. En esta estación se deben escojer las horas frescas de la mañana y de la tarde, ó si fuere preciso, por la noche cuando hace luna. En todo caso hay que tener en cuenta que la cabeza y el dorso son las partes del cuerpo más expuestas á los rayos del sol, así como también el cerebro, y que esto es precisamente lo que hace el daño, mucho más daño que el cansancio y el sudor. Al hacer un viaje largo se debe tomar antes de salir un baño de agua fria ó templada y repetirlo al terminar la jornada, antes de la comida ó la cena. Durante el viaje hay que beber poco, y si lo que se bebe es agua, se le debe añadir unas gotas de aguardiente. Para quitar la sed que produce el cansancio, nada es mejor que un vaso de leche ó agua de vichy. A falta de estos se puede tomar agua con vino ó zarzaparrilla.

Los licores fuertes no deben tomarse por ningun motivo ni tampoco el chapagne. También es perjudicial la cerveza, la que si bien parece dar fuerzas cuando se toma, pronto produce un estado de laxitud en los miembros y hace la marcha más fatigosa. Los ciclistas de profesión dicen que el tabaco es otra de las cosas que deben proscribirse ó por lo menos usarse con moderación, si se quiere correr ó viajar mucho. Por último, los principiantes cometen con frecuencia el error de ir á todo correr cuando salen de casa y olvidar que están gastando innecesariamente las fuerzas que han de necesitar para la vuelta.



Teodoro Delyannis. Primer Ministro griego.

Los Nombres de la Bicicleta.

La *Cyclits Review* pasa revisia á los diferentes nombres que ha recibido la bicicleta en los distintos países en que ha sido adoptada. En Francia se llamó primero célerifère, luego vélocipède, después bycicle, y por último, bicyclette, vélo y bécane; en Holanda snelwiel woetwiel y trapwiel; en Bélgica velocepisti: en Italia velocipede y bicicletta; en España velocípedo, bicicleta y máquina; en Alemania Hochrad y Niederrad; en China yangma (caballos extranjeros), feichai (máquinas voladoras) y tzutzan (coches que andan solos). Cuenta la *Cyclits Revie* que un chino del campo, al explicar á sus convecinos cómo era una bicicleta que había visto él en la ciudad, les dijo: «Es un borriquillo que se guía tirándolo de las orejas y que se hace andar dándole patadas en la tripa.» La *Cyclist Review* hubiera podido completar su curiosa reseña y coronarla dignamente, si á su noticia hubiese llegado á la definición de la bicicleta dada en España por un granujilla, que dijo viendo pasar á un ciclista: «¡Mirad un afilador que se ha vuelto loco!»

SUPLEMENTO MUSICAL

EL MUNDO obsequia á sus abonados con un hermoso suplemento musical y les llama la atención sobre su número de Semana Santa, al cual acompañará la novela correspondiente á Abril.

Lo que se llama ganar tiempo en política, es frecuentemente perderlo.

A. de Broglie.





Costumbres africanas. Inmersión en las aguas del Cauvery.

INFORMACIONES

La fibra de la Rhea.

Leemos en *The Times* que actualmente se ha vuelto á despertar el interés por la industria de la elaboración de la Rhea, planta de la familia de las Urtíceas, y perteneciente al mismo género que el Ramie de que se ha hablado mucho. El gobierno de la India oriental ofreció en 1869 un premio de 50.000 libras y otro en 1877 de 50.000 rupias al inventor de una máquina para hilar la fibra, que desde tiempo inmemorial sirve á los chinos, indios y egipcios para hacer redes de pescar, cuerdas, velas, carpas y aun tegidos para ropas, etc. La fibra de la Rhea es la más larga (de 6 hasta 21 centímetros) y la más gruesa (de 0 04 hasta 0.08 milímetros, diámetro de las células) que se conoce y se compone de celulosa pura, por lo cual ella se asemeja á la fibra del cañamo y del lino. La planta prospera bien en el Asia Austral, Africa, Australia y aun en la Francia meridional. China exporta anualmente más de 11 millones de kilógramos de esta hebra, lo mismo que de la fibra del Roa, ambas elaboradas penosamente á mano.

La gran dificultad de la elaboración consiste en la separación de la capa de resina en que se hallan encerradas las fibras, y por medio de la cual están tenazmente pegadas á la corteza exterior. En China y Assam, las mujeres abren la planta por lo largo con los dedos—un trabajo muy fastidioso—y después rastrillan las fibras, las juntan y las pasan por unos cilindros movidos á mano, de donde resulta que las hebras de la Rhea no son redondas como otros hilos sino achatadas. Fué la primera vez en la exposición de Londres en 1851 que se expusieron tejidos de Rhea bajo el nombre de «Grasscloth.» Durante la guerra de secesión norteamericana se principió á hilar la fibra en Alemania y en Francia, mezclada con cáñamo ó lino, dando cuerdas superiores y resistentes. pues ninguna fibra resiste mejor á la humedad que la Rhea, y ninguna es más lustrosa ni se tiñe con más facilidad.

Sin embargo, hasta hace poco no fué posible preparar esta fibra en estado sano completamente limpia, pues siempre quedaba una parte de la resina pegada á ella, y la elaboración á mano resultaba demasiado cara. En Alemania la hicieron fermentar, pero la fibra perdía mucho de sus buenas calidades en este proceso. Ultimamente, por fin, el químico Doctor Gomess después de muchos ensayos logró descubrir un nuevo método de elaboración de la Rhea, y con tanto éxito que se formó la sociedad anónima llamada *The Indian Rhea Fibre Patent Company* con un capital de seis millones de rupias que levantó una fábrica en Bombay, otras en varios puntos de Bengala y piensa fundar algunas en Madras, Burma, Assam para explotar esta industria en grande escala. El método de Gomess se funda en la eliminación de la resina por medio de soda y zinc. Las tiras de la planta se lavan bien y se colocan durante una noche en un baño ácido muy deluido. El otro día se les pasa por un baño alcalino y se hierven en una solución débil de sosa cáustica á la cual se ha agregado zinc.

Después, una vez lavadas y secadas las fibras, se presentan como una estopa blanca, lustrosa, fina, lista para el peine de la hiladora. De esta estopa se están fabricando ahora toda clase de géneros, tanto panas gruesas y lienzo barato, como los encajes más finos. De la misma cantidad de estopa de Rhea puede fabricarse un 40 por ciento más de género que del mismo peso de la estopa de lino, es decir, 100 metros de género de Rhea pesan tanto como 600 metros de hilo. Estos hilos y tegidos de Rhea son muy fuertes y pueden teñirse con todos los colores fácilmente. El gobierno de la India ha dicernido el premio acordado á la sociedad mencionada, y no cabe duda que se ha iniciado una nueva industria textil de imenso porvenir, sobre todo, en vista de que la Rhea crece en los climas subtropicales y templados y puede cultivarse y aclimatarse en muchas regiones del globo, entre las latitudes 5 y 45 grados, pues se encuentra al estado silvestre en vastas regiones situadas en esta zona terrestre, y sus exigencias en cuanto á la fertilidad y la humedad del suelo, no parecen ser muy elevadas

El ahuacate.

Por considerarlo de interés, traducimos á continuación lo que le *Courrier Française* dice respecto á esta fruta:

«Uno de los árboles más notables de la América tropical, es el ahuacate, conocido por los botánicos con el nombre de «Persea gratísima.» Pertenece á la familia de las Laurineas. Los aztecas lo llamaban «ahocacohuitl» (árbol que se parece al roble.) El nombre actual en español es, pues, una corrupción del azteca. Los tarascos le llaman «cupanda.» En algunas localidades del país lleva el nombre de 'tonalaguate.' Se le encuentra al estado silvestre en Misantla y en otras regiones de la América tropical. Se le cultiva en México. Desde mucho tiempo antes de la conquista se le empleaba en la alimentación. El fruto extendido simplemente sobre el pan y espolvoreado con sal, es de un sabor exquisito. Se sirve igualmente en algunos manjares.

«Según parece es un afrodisiaco; tiene además, al decir de algunos, la virtud de activar la supuración de las llagas, las heridas, etc. La película de este fruto, tomada en una dósis de 8 a 10 gramos, sana á los niños que padecen ataques de solitaria. El grano asado, combate eficazmente la disentería. Las señoras hacen uso de él para evitar las enfermedades del cuero cabelludo. El jugo de este grano produce una tinta indeleble que sirve para marcar el lienzo. El Dr. Grosourdy recomienda, para los ataques de gota, que se frote la parte atacada con el aceite extraído de este fruto. Según el Dr. Betancourt, la carne del ahuacate contiene: Un aceite verde, un aceite incoloro, estearina, margarina, clorofila, ácido acético y sales. Los granos están compuestos de aceite volátil, recina, ácido málico, materia extractiva, colorante, azúcar, goma, albúmina, tanino, almidón, grasa y sales; contienen además amigdalina y sinaptasa; estas sustancias en presencia del agua, producen ácido prúsico.

Arboricultura.

El detener el decaimiento de los árboles una vez que empieza es tarea bastante difícil, pero no imposible para el buen arboricultor. Hay muchos árboles que pierden su vitalidad prematuramente debido á diversas causas independientes ó reunidas. Aquellos árboles que han dado grandes cosechas de frutas por espacio de algunos años y parecen disfrutar de un vigor inagotable, son á veces los primeros en llegar á la vejez, porque agotan más pronto las materias fertilizantes que sus raíces encuentran en la tierra, mientras que aquellos que presentan desde jóvenes una apariencia raquítica que no dan más que hojas y esas en cantidad limitada, suelen vivir mucho más tiempo.

Para poder rejuvenecer aquellos, lo primero que debe hacerse es descalzarles una buena parte de las raíces y cubrirlas con tierra nueva, rica en abono, poniendo después, al rededor, aunque á cierta distancia de la madera, una buena cama de cenizas. En seguida se debe proceder á ingertar varias ramas, poniendo en ellas una nueva variedad de fruta, operación que debe continuarse poco á poco hasta hacer cambiar todo el ramaje, y por último, se ha de lavar toda la corteza vieja con lechada de cal, ácido fénico y lejía fuerte para destruir todos los parásitos que le ataquen, y para que la superficie se vuelva á poner suave y en condiciones saludables. Casi todos los árboles agradecen este tratamiento y continúan dando fruta por un número de años más ó menos largo, máxime si no se descuida el abonarlos con frecuencia para que el suelo recobre las sustancias fertilizantes que el árbol necesita.

Las Tortas de Salvado.

Sabemos hoy que la molienda del trigo por medio de cilíndros produce mayor cantidad de afrechos que la molienda antigua que se hacía por medio de muelas. Estos afrechos ó salvado, que son de gan valor nutritivo para los animales, pero desgraciadamente ofrecen el inconveniente de ser poco trasportables á causa de su densidad, que es muy debil, y además por que se alteran por fermentación con gran facildad. Mr. Millot ha logrado la transformación de este salvado, por compresión, en una especie de torta llamada fromentina, de fácil trasporte, segura conservación, de gusto agradable á los animales, debido á la mezcla de una pequeña cantidad de anís, de fácil masticación y de una riqueza que permite compararla á las mejores tortas de granos oleaginosos. Dicha torta contiene los siguientes elementos: materias azoadas, 17.50 por ciento; materias hidro-carbonadas, 55.10; materias grasas, 2.40; y ácido fosfórico, 2 60. Muchos animales de los que sobresalieron en el último concurso agrícola de París, habian sido engordados con esta nueva torta.

El Cultivo del Ruibarbo.

El Ruibarbo es una planta que se cultiva no solamente por sus propiedades medicinales, sino también porque entra en la confección de diversos platos, á los cuales comunica el saber agradable que posee. Para cultivarlo en debida forma es necesario contar con terreno en abundancia, no menos de 5 pies en diámetro para cada planta, donde no se acumule el agua en la primavera ni haya otras plantas mayores que le hagan sombra. La tierra se debe arar y abonar con liberalidad, extendiendo la labranza y la mezcla del abono hasta una profundidad de 20 pulgadas ó más si posible fuere. Luego se hace la plantación y se cuida de desyerbar el terreno hasta que las plantas pueden cuidarse por sí solas. Si algunos tallos tienden á dar flores, se cortan desde luego, pues que no son flores las que se quieren, sino muchas hojas. Estas, sin embargo, no se han de cortar el primer año. A mediados del verano se les hecha más abono, se escarba la tierra en poco y se riega en abundancia. Pasados algunos días se repite la cava y el cultivo queda terminado.

El año siguiente las plantas darán gran número de hojas, las cuales se recogen tirando de ellas para abajo con el fin de que se desprendan por su unión con el tronco. Esas hojas se pueden quitar casi todas pues la planta tiene bastante si se le dejan media docena de ellas sanas y vigorosas, El deshoje, sin embargo, no debe continuarse más que hasta principios del mes de Agosto, á fin de que las plantas puedan recobrar el vigor suficiente para dar otra cosecha en la estación próxima. Todos los cuidados que el plantío necesita después de establecido es cavar la tierra, abonarla, regarla, y volverla á cavar al fin de cosecha. Las plantas continúan produciendo por espacio de seis á ocho años, siendo de recomendarse el repetir la plantación de aquellas que van decayendo tan luego como esto se nota.

Vehículos Mecánicos.

En el concurso de París á Marsella en que se trataba de recorrer, entre ida y vuelta, una distancia de 1,680 kilómetros, ha sido vencedor el carruaje con motor de petróleo de Mr. Michelín, que ha hecho el viaje en 72 horas, ó sea a razón de 23 33 kilómetros por hora.

No nos dice esto mucho en favor de la introducción práctica de los vehículos mecánicos.

La velocidad de 23 kilómetros es excesiva, y á nada viene tampoco demostrar que se puede hacer ese viaje de 1,680 kilómetros en un carruaje abierto de cuatro asientos: nosotros preferiríamos, con mucho, hacer ese viaje en un coche Pullman y á la velocidad de 100 kilómetros por hora.



Residencia de la Reina Victoria en Cimiez. —Hotel Regina.

LA REINA DE INGLATERRA

Su entrevista con el Presidente de la República francesa.

SU VIAJE A NIZA

El acontecimiento más importante de la última semana en Francia, fué sin duda la entrevista que tuvo lugar en Noisy-le-Sec, entre el presidente de la República Francesa y la reina de Inglaterra.

Lo que se dijo en el curso de esta conversación que duró apenas diez minutos permanecerá probablemente secreto entre la reina Victoria y M. Felix Faure; cuando más las cancillerías de las dos naciones tendrán vago conocimiento de ello. Pero es indudable que este encuentro, que no autorizaba precedente alguno, ha sido motivado por consideraciones, en el número de las cuales, la cortesía ocupa un rango muy secundario.

Inglaterra y Francia se han acordado de que estuvieron aliadas en 1855, cuando esa eterna cuestión de Oriente había hecho necesaria tal alianza. Cuarenta y dos años han pasado desde entonces, y los acontecimientos cretenses han determinado una nueva aproximación.

¿Qué resultará de ella? El tiempo nos lo dirá.

Nos ha parecido interesante conservar la visión de esa entrevista. La audiencia va á terminar, el Presidente de la República se retira y besa la mano que le tiende la Reina Victoria. Esta escena que para á las seis de la tarde, en un tiempo gris de Marzo, está animada por la extensa valla que en la estación forman dos grupos distintos: los oficiales y los funcionarios de las dos naciones.

El embajador de inglaterra, de levitón negro, está al lado de los ayudas de campo de la reina. Un poco más atrás el indio que está encargado de la delicada misión de conducir de la mano á Su Graciosa Magestad, se codea con los ayudas de cámara ingleses, metidos en sus trajes rojos bordados con las armas reales.

Al contrario de lo que muchos periódicos franceses pretendían, M. Hanotaux, Ministro de Relaciones, no asistió á la entrevista.

Encantada por sus precedentes permanencias en Niza, la reina Victoria escogió por tercera vez esta ciudad para pasar sus vacaciones anuales.

Este es, dicen los periódicos parisienses, el mejor elogio que pueda hacerse del litoral francés, que los periódicos y los doctores americanos denigran con tanta malevolencia desde hace algún tiempo.

La vuelta de Su Majestad estaba subordinada al hallazgo de un inmueble capaz de poder recibir dignamente á la emperatriz de las Indias, y largas fueron las investigaciones antes de que el encargado de buscar alojamiento se entendiese con los propietarios del Excelsior Hotel Regina, cuya posición maravillosa y rica mueblería, debían tentarlo.

Hízose una instalación especial en el pabellón de la derecha del hotel, absolutamente reservado á la soberana, y del cual no podía sacarse mejor partido, tanto bajo el punto de vista de la distribución de las piezas como de la de los muebles, sencillos, pero de buen gusto.

Los departamentos de la Reina, situados en el primer piso, ábrense sobre una terraza bañada por olas de sol, desde la cual la vista se extiende sobre esa divina Niza inmortalizada por los poetas.



Entrevista de la reina Victoria y el Presidente Faure.

EL HOMBRE MOMIA

Las rarezas patológicas son frecuentemente pretextos para exhibiciones. Cada feria cuenta en el número de sus atractivos algunas monstruosidades de que el público se muestra amigo siempre. Aquí el *gigante*, «el hombre más grande del mundo;» ahí el enano, «el más pequeño del universo;» acullá, la *mujer con barbas*, la «mujer coloso,» después el *hombre tronco*, monstruo *ectrómelo*, privado de muchos ó de todos sus miembros; el «hombre pez,» atacado de esa afección cutánea que en el hospital lleva el nombre de *Icthyosis*; el *hombre esqueleto*, y en general, un caso de atrofia muscular, etc., etc.

Un clínico, recorriendo las ferias, podría reclutar más de un *specimen* referente á la patología.

París posee actualmente el *Hombre momia*, y este nuevo fenómeno cuya extraña apariencia atrae á los bobos, no es más que el ejemplo de una afección mórbida, poco frecuente, es cierto, pero bien descrita y científicamente estudiada.

El *Hombre momia* viene del país del sol, no de Egipto, como parece indicarlo su nombre, sino de Provenza, donde nació su reputación y prosperó rápidamente, sancionada por los exámenes médicos y por muchas publicaciones científicas. Examinado al principio en Marsella, por M. Patón, inspiró al Profesor Grasset una lección clínica en el hospital San Eloi, de Montpellier. La *Nueva Icónografía* de la Salpetierre, ha publicado este interesante estudio recogido por M. Vedel y acompaña lo de numerosas fotografías.



El hombre momia.

«A primera vista, dice el profesor Grasset, es un hombre disecado. El tejido celular subcutáneo, ha desaparecido los músculos y los huesos están atrofiados en extremo, la piel presenta un sclerosis de las más extensas.

Por su cabeza evoca la imagen de la Santa María Egipciaca de Rivera, todo su cuerpo está reducido al Estado de esqueleto, pero es un esqueleto vestido de una piel seca y colada como una momia (véase el grabado).

«Vedle la faz; la piel está aplicada contra los huesos, la ausencia de músculos es casi completa, el conjunto tiene un aspecto cicatricial, la boca está inmóvil, rígida y entreabierta, como tallada en un trozo de cuero, según la expresión de Charcot; los labios muy adelgazados, son sobrado pequeños para recubrir los dientes, no pueden unirse para silbar; las orejas, adelgazadas también y endurecidas, no están, por decirlo así, lobuladas. La nariz deprimida en la base, muy afilada en la punta, presenta en la parte media una salida marcada sobre todo en el lado derecho; las alas están reducidas al mínimum y no gozan de un movimiento, las pupilas, replegadas y muy cortas, no llegan á recubrir naturalmente los globos oculares y presentan por esta circunstancia un aspecto exhorbitante.

Los huesos de la faz están atrofiados, las mejillas descarnadas, la barba fruncida. No tiene barba pero los cabellos sí son abundantes y normales.

Los miembros tambien están extremadamente reducidos en todas sus dimensiones. La piel, de color amarillo, maculado de placas rojizas, parece pegada á los huesos, cuyas asperezas se dibujan todas exageradamente. En la mano los tendones aparecen salientes como las cuerdas de un violín. Las piernas tienen raro aspecto y las uñas están vueltas hacia dentro.

La piel aunque distendida y espesa en ciertos sitios, conserva aún cierta flexibilidad. Se puede pincharle impunemente entre los dedos, salvo al nivel de los piés. Pero los movimientos de los miembros son muy limitados por las retracciónes fibrosas, en particular los movimientos de extensión. Así el sujeto conserva siempre una actitud ankilosado, su pie sobre todo, parece fijado á su pierna como si fuese un pie de madera. Se vuelve como una pieza, como una estatua en la sala de un taller.

En cambio, este esqueleto ambulante tiene corazón, pulmones, estómago, que han conservado sus justas proporciones y que funcionan bien.

Tiene buen apetito, digiere bien, duerme lo mismo. Su sensibilidad está intacta. No se queja de ningún dolor.

Sus facultades intelectuales no están afectadas en modo alguno; platica con agrado y muestra conocimientos que le habrían valido en la escuela el primer premio......

Solo que su espíritu, como los de ciertos reyes egipcios, permanece preso en la momia viviente de un cuerpo que inspira horror.

Los grandes políticos se sirven de las pasiones, pero no las experimentan.

G. Rthan.

El amor perdona todo. El amor propio nada.

Carlos de Bernard.



DAMAS DISTINGUIDAS MEXICANAS.



Sra. Clara Mariscal de Moran y sus hijos. *(Fotografía de Valleto)*

LA CICATRIZ

Era un niño muy rubio, con tez de niña, venas que se traslucían debajo del cútis, frente lisa y ojos azul pálido.

Muy delicado, se le había criado al calor de la seda y de las caricias, oculto tímidamente de los resfriados, de los trastornos, del agua fría—de todo lo que mata. Así, con sus cuatro años, tenía aun la torpeza de movimiento, la admiración de equilibrio de los chiquitines á quienes una primera *diablura* acaba de llevar, titubeando de orgullo, los brazos de su nodriza á los de su madre.

Antes de dormirse pensaba largo tiempo en los cuentos de brujas y decía:

—Cierra la cortina, mamá, ciérrala con un gran alfiler, para que si la bruja llega á pasar por ahí, no divise la luz de mi lamparilla.

Creció, y con él su cobardía.

Había cambiado su cuna por uno de esos catrecitos de hierro donde duerme la inocencia, los niños, y la castidad, los frailes.

No creía ya en las brujas voladoras que llevan las guagas en sus canastas; pero los asesinos frecuentaban sus sueños, el miedo á ese monstruo que se oculta debajo de las camas, acecha la regular respiración del sueño para levantar en las tinieblas su cabeza horrorosa, alargar su mano que estrangula, su hocico que chupa.

Y hasta el chisporroteo del cañón del candelero prolongaba sus veladas de angustias. Con la frente empapada en sudor, las rodillas debajo de la barba, acechaba en el cielo la danza de las sombras crecientes.

Una noche que reabría sus ojos en su pieza medio obscura, después del entorpecimiento del primer sueño, entre su lecho y la blanca pared, vió levantarse del suelo claramente una forma decapitada. Era la sombra de un maniquí, en el cual la costurera había dejado un traje de baile. La luz moribunda lo iluminaba con una llama que, intermitente, hacía salir de la obscuridad y volver á ella la silueta de la gran muñeca.

Se levantó de su lecho para rechazar el fantasma, dió un grito horrible y se precipitó al suelo.

Lo recogieron desvanecido, mucha sangre se escapaba de su frente. El médico que se llamó, dijo:

—Tranquilizaos, no morirá: pero conservará esta cicatriz toda su vida.

En la violenta caída de su cuerpo, la frente había dado en el filo de la pala de metal que servia para echar el carbón á la chimenea. Esto daba á la cicatriz semejanza con una cortadura. En toda la extensión del choque la rotura se presentaba igualmente profunda. Y como á causa del dolor no había querido exponerse á la picazón de su costura jamás se reunieron los bordes de la herida.

La madre no se consolaba de esta avería.

—¡Yo que lo he cuidado tanto! decía.

Y se lamentaba y encontraba á su hijo desfigurado.

—¡Bah! cuando tengas veinte años, mi amigo, le dijo un día un viejo oficial de Africa, afirmarás á la mujer que te ame, que tu cicatriz es una cuchillada. No le costará trabajo creerte. Yo mismo sería capaz de engañarme. Y así esa arruga te hará más honor que perjuicio. Un sablazo á través de la frente, sienta á mil maravillas á un hombre.

Estas palabras le dejaron pensativo.

Como en la sinceridad de nuestra alma nos parecen sobre todo extraordinario esas cualidades que superan á nuestro esfuerzo personal, el valor militar se presentaba á su cobardía revestido de un brillo divino. Y una irresistible tentación se deslizaba en su corazón de hacer creer á la multitud que tenía el corazón hecho de la misma substancia que los héroes cuya historia leía y merecía compartir su fama y renombre.

Ahora bien, en secreto, delante de los espejos se probaba el kepis. Levantaba la visera sobre sus cabellos, descubría la cicatriz gloriosa......

—Ahora, se decía, sólo tengo la apariencia de un niño que ha caído sobre una pala, pero si mis bigotes hubiesen salido, si tuviese á cada lado charreteras mi levita, ciertamente que todo el mundo creería que en una refriega he recibido esta herida.

Y no se recreaba sino con los juegos de soldado, con tambores, fusiles, sables, cartucheras. Sus padres decían admirados:

—¡Era tan miedoso en su infancia! Ahora no piensa ya sino en la batalla. Con toda seguridad haremos de él un cadete.

Fué lo que sucedió.

Sin embargo, una angustia espantosa le oprimió el corazón cuando, abierto el diario, en la lista de los candidatos admitidos, leyó su nombre con todas sus letras. Pasó la noche con pesadillas, con las sábanas subidas hasta la cabeza para no ver las perspectivas espantosas de campos de batalla que se desarrollaban ante él con apariciones; se acurrucó para escapar al aplastamiento de las pesadas cargas de caballería cuyo viento creía sentir sobre su cuerpo.

Por la mañana, se arrastró hasta la pieza de su padre para confesar su cobardía. Cuando ya tenía la mano sobre el picaporte, se desvaneció su resolución.

Se dejó poner, pues, el kepis rojo.

En el acto sus compañeros creyeron olfatear su cobardía y lo embromaron. La blancura de su tez, lo rizado de sus cabellos, la palidez de sus ojos de niña, todo esto fué cruelmente ridiculizado. Una vez encontró en el dormitorio, en la cabecera de su cama, clavado en la muralla, un dibujo que lo representaba vestido con un traje de mujer, y este reto estaba escrito al pie: «¿Por qué esta niña ha dejado sus vestidos?»

Sus amigos declararon que debía batirse.

El sentía que no tendría fuérzas para vivir hasta el dia de la salida de la escuela, con esta amenaza de combate suspendida sóbre su cabeza.

Respondió como un sonámbulo:

—Podría despreciar este insulto, pues he dado mis pruebas. Pocos meses antes de entrar aquí, viajaba en Alemania. He disputado con un oficial alemán, que en alta voz hablaba mal de Francia. Nos hemos batido á sable; he sido herido; tengo todavía la señal de la herida al través de mi frente.

No se sospechó que mentía. La historia se esparció; las manos se extendieron hacía la suya; el caricaturista vino á su encuentro como los demás.

El lo perdonó.

Y debido á esta leyenda, acabó en paz su tiempo de escuela.

Cuando el regimiento en que había entrado de servicio fué designado para que partiera á una lejana colonia, contra un enemigo salvaje que resistía valientemente á los franceses, se levantó para ir donde estaba su coronel y decirle:

—Dejadme permutar. Mi padre está muy viejo, me ha suplicado que no me aleje. He tenido la debilidad de ceder á sus súplicas.

Pero desde la puerta, al ver entrar al subteniente, kepis en mano, con la frente cubierta por una bella cicatriz, el coronel exclamó:

—Ah ¡mi valiente joven! qué suerte tenéis para vuestros estrenos. Volveréis con la cruz.

Y no se atrevió á presentar su vergonzosa petición.

Se hizo al mar y recorrió con su regimiento algunas leguas en un país pantanoso. Había esperado que la fiebre lo retendría en el hospital. Esta no le hizo su presa por ironía. Una noche durmió muy cerca de las avanzadas enemigas.

Por la mañana su capitán lo llevó en reconocimiento con una débil compañía para tantear el terreno. De repente, los chinos invisibles salieron de todas partes y los franceses no tuvieron sino el tiempo de meterse en un fortín abandonado, para escapar á la matanza.

Se tendió allí al capitán gravemente herido, y que ya no podía sostenerse sobre sus piernas.

Hizo llamar al subteniente y le dijo:

—Amigo mío, atad una bandera á vuestro sable y subíd al terraplén. Haced señal de que estamos acorralados: es preciso que nos liberten. Los chinos van á disparar sobre vos. Nos alcanzarán. Y además, es el deber.

El subteniente no dijo una palabra, no palideció, pero súbitamente se puso frio como una piedra.

Con manos que no temblaban, ató su pañuelo al sable y con paso vivo subió al terraplén.

Su silueta se destacaba en claro sobre el cielo azul. Parecía de abajo de una estatura extraordinaria.

En el acto una descarga nutrida de fusilería partió del fuerte. El no parecía oirla.

—¿Y bien? dijo el capitán.

Sin darse cuenta, respondió:

—Han visto. Vienen.

—Bajad, pues, exclamó el Jefe.

¡No tuvo tiempo de responder! Abrió los brazos, se dobló sobre las rodillas y, como arrastrado hacia atrás por el peso de su cabeza, desde lo alto del terraplén rodó al foso interior haciendo desmoronarse la tierra.

Algunos soldados se precipitaron para levantarlo. Una voz exclamó:

—¿Estais herido?

Estaba tendido en tierra, con los ojos abiertos, inerte, con una bala en medio de la frente.

Los soldados le miraban consternados.

Entonces el capitán se arrastró hasta el cuerpo y después de haber mirado un instante ese rostro para siempre inmóvil, pronunció estas palabras:

—Era un valiente.

HUGUES LE ROUX.

EL MONO

No había capital de provincia donde el ilustre Pick no hubiera dejado gratísimos recuerdos.

Pick, el larguirucho Pick, el inimitable Pick.

Era un artista lúgubre y burlesco á la vez; uno de los más genuinos representantes de la escuela inglesa que, en lo que se refiere á gimnástica excéntrica, seguía fielmente los preceptos del prefacio de Cromwell, mezclando lo bufo con lo horrible.

Ser más delgado que Pick, parecía á todos cosa imposible.

Aquella delgadez aumentaba aparentemente, gracias á los artificios de la malla de color de carne. El público creía ver las costillas del clown cuando este salía á la pista.

No había otro más listo ni más agil, ni de mayor resistencia.

Cuando no estaba trabajando se le veía meditabundo, aburrido, como hombre que está fuera de su elemento.

Apenas prestaba atención á los ejercicios de las incomparables señoritas que, vestidas con trajes griegos ó escoceses, saltaban por los tradicionales aros de papel.

El público deliraba por Pick.

Pero no podia decirse lo mismo de los demás artistas del Circo Forelli, que no hacían más que tolerarle, por no haber otro clown que dignamente le pudiera reemplazar.

Y todos le adulaban, porque tenía un talento extraordinario para amenguar el mérito de los trabajos de sus compañeros.

De Pick dependía casi siempre el éxito ó el fracaso de un *debut*.

***

Pero llegó un día en que los artistas humillados vieron muy próximo el momento de la venganza.

El viejo Forelli—un hombre de muy malas intenciones—compró á un marino holandés, por una insignificante cantidad, un soberbio mono, magnífico ejemplar de la especie; un orangután, que educado á fuerza de habilidad, de ayunos y de latigazos, concluyó por adquirir todos los conocimientos necesarios para colocarse al nivel de muchos hombres, y hasta para aventajar en sabiduría á no pocos académicos.

Desde el día en que Taki—nombre con que el mono fué bautizado—apareció en la arena del Circo, la estrella de Pick comenzó á palidecer.

La inconstante muchedumbre fué fijándose cada vez más en el mono, mientras relegaba al olvido los deliciosos ratos que le proporcionaba el clown. Cuando el mono salía con uniforme de general inglés ó cubierta la cabeza con un colosal sombrero de plumas, el entusiasmo de la multitud estallaba en estruendosos aplausos y aclamaciones, y nadie se cuidaba de Pick, del inimitable Pick, que devoraba en silencio su humillación, aumentada y convertida en inaudita rabia por las miradas furibundas que el festejado animal le dirigía.

Pick agotó todos los recursos de su fuerza, de su ingenio, de su habilidad.

Pero en vano exhibía caprichosas mallas sembradas de estrellas y lunas, en vano cambiaba la forma de su tupé de crin amarillenta y se embadurnaba el rostro con latas enteras de rojo y azul......

¡Todos sus esfuerzos fueron inutiles!

El mono le había eclipsado.

Dominado por la ira y por la desesperación, herido en su vanidad de artista y de hombre, Pick, el clown que tanto había hecho reír al público, sintió invadido su cerebro por ideas horribles.

***

Y una noche, á las dos y media, cuando ni el más leve ruido interrumpía el profundo silencio del Circo, confiado á la vigilancia de un palafrenero, Pick entró en él por una puerta trasera, cuya llave había sustraído.

Pasó con rapidez por delante de las cuadras donde tranquilamente dormían los caballos de volteo y de alta escuela, y después de hacer una caricia á uno de los perros amaestrados, que empezó á gruñir, pero que en seguida le conoció, aproximóse al palafrenero de guardia, el cual roncaba tendido sobre un montón de paja y víctima de una borrachera fenomenal.

Convencido de que no se despertaría ni á tres tirones, siguió por el pasillo circular, deteniéndose ante una puerta, que empujó suavemente, acercándose luego, de puntillas á una jaula muy grande, que era el dormitorio de su rival.

Brilló en la semioscuridad que allí reinaba una hoja de acero.

Taki no se había despertado y su cuerpo, tocando casi los barrotes de la jaula, estaba en situación muy á propósito para que Pick le arrancara la vida de un solo golpe.

***

El clown, al levantar el brazo, avergonzóse del acto que iba á realizar.

Repugnábale, en aquel momento, asesinar al mono, y pensó á la vez que su cobarde acción no serviría para saciar por completo su sed de venganza. Deseaba matar á Taki, pero luchando con él, estrujándolo entre sus nervudos brazos, mordiéndole, desahogando, en fin, de un modo brutal, toda la furia, rencorosa de que se sentía poseído.

Y dominado por esta idea, mezcla extraña de instintos sanguinarios y nobles, arrojó el puñal y abrió violentamente la puerta del encierro.

Taki abrió los ojos y Pick comenzó á hostigarle para que se enfureciera.

Debió aquel comprender, indudablemente, que tenía delante un enemigo temible, porque salió de la jaula con el cuerpo encogido y los ojos brillantes y en actitud amenazadora.

De pronto alzóse sobre sus patas traseras, y hombre y mono se confundieron en estrechísimo abrazo, que había de terminar con la muerte de uno de los dos combatientes.

Pick tenía mucha fuerza y una agilidad portentosa, y las empleó bien para defenderse de Taki y para saciar en él su rabia.

Era aquel un duelo grandioso, en el cual los rivales procuraban destrozarse mutuamente sin lanzar un solo grito. Transcurridos algunos minutos, comprendió el clown que su vigor se debilitaba y que era preciso acabar.

Hizo un supremo esfuerzo y trató de derribar sobre el suelo á su contendiente.

Pero Taki, comprendiendo también que aquel era el instante decisivo, logró desasirse de los brazos que le sujetaban, deslizóse entre las piernas de su enemigo y, agarrándose á ellas, le volteó.

Al mismo tiempo oyóse un espantoso crujimiento de huesos y la angustiosa voz del hombre que gritaba:

—¡Esto es una traición! ..... ¡Dios mío!......

Así murió Pick, el larguirucho Pick, Pick el inimitable.

PAUL GINISTY.



UN ROBO

Arnoldo se paseaba agitadamente por la acera de la calle de la Esmeralda. Era indudable que estaba muy preocupado.

Me acerqué á él y le dije:

—¿Aguardas á alguien para darle una bofetada?

—No, repuso. Lo que sucede es que no tengo la conciencia tranquila.

—En ese caso te dejo solo.

—Al contrario, quédate.

Y añadió:

—Estoy devanándome los sesos para buscar el medio de que la portera de esa casa acepte doscientos pesos.

—¿Por qué no se los das sin rodeos?



—Los ha rechazado.

—¡Pues insiste!

—La insistencia sería una confesión.

—¡Una confesión!...... ¿De qué?

—De que se los he robado.

—¿Es posible?

—Como te lo digo....... Escucha.

Se detuvo un poco y continuó:

—Ya sabes que sigo enamorado de mi mujer. Esto no es muy frecuente al año de matrimonio; pero es una mujer tan simpática, de tanto entendimiento y tan impresionable, que cada día descubro en ella encantos nuevos. Cuando algunos de estos días buenos salimos de casa y vamos por la calle Florida ó por la avenida, se detiene en todos los escaparates. La pobre desearía esto y lo otro, y lo de más allá, que yo no puedo proporcionarla. Entonces da un suspirito y continuamos nuestro paseo.

Por fortuna, sus ambiciones son pasajeras. Semejante á la mariposilla de tenues alas, se posa un instante en la flor, y en seguida se aparta de ella sin dejar el más leve rastro. Pero entre todos los caprichos que he visto brotar y disiparse tantas veces, hay uno que he tenido que satisfacer forzosamente. Emma, que antes de nuestra boda vivía con su familia en esa casa, bajaba á menudo desde el piso alto á la portería para recrearse con los gorgeos de un canario maravilloso. Jamás ha habido pájaro alguno de su especie que haya modulado sonidos tan dulces, frases tan sorprendentes; en un certámen hubiera vencido al ruiseñor y al jilguero.

Cuando nos casamos, Emma se fué á vivir conmigo en una modesta casa baja de la calle Anchorena, considerándose enteramente dichosa con poseer un jardín de 40 metros cuadrados, al que daba sombra un arbol algo triste, como todos los prisioneros, pero que llenaba cumplidamente su papel. Cada vez que un rayo de sol iba á iluminar nuestros rosales y nuestras dalias, exclamaba Emma:

—¡Qué dichoso sería Tití en medio de ese follaje! Tití era el canario de la calle Esmeralda.

Arnoldo interrumpió su marcha.

Impresionado por la persistencia de aquel afecto, añadió, me encaminé á ver á la portera, hablé con ella largo rato, á guisa de proemio, y abordé resueltamente la cuestión.

—Mi mujer, la dije, habla con frecuencia de su canario de usted.

—¡Ah! Sí. La señorita Emma, le quería mucho. Estoy segura de que se recorrería toda Holanda sin encontrar ninguno igual ni parecido.

—¿No podría yo adquirir alguno semejante?

—En cuanto al plumaje, es muy posible; pero cantando no hay otro como él.

—¿Por qué no me lo vende usted?

La portera se irguió con arrogancia.

—¡Oh! ¡Caballero, eso nunca!

—¿Quiere usted 50 pesos?

—Imposible.

—¿Cien?

—No lo daré por ningún precio.

—¿Y por doscientos pesos?

La mujer dirigió una mirada á la jaula donde Tití se estaba dando un atracón de alpiste, y repuso:

—Lo sentiría mucho......... No puedo separarme de él.

El desconsuelo de Emma, fué terrible al conocer el mal éxito de mis gestiones. Transcurrió el día tristemente. Al salir, observé que mi esposa trataba de que no pasáramos por la calle de la Esmeralda.

Para concluir. Viendo que la diplomacia no daba resultado, decidí apelar á la fuerza.

Al dia siguiente pasé por la casa de la calle Esmeralda en el momento en que la portera, vestida de obscuro, se disponía á salir.

—Voy á ver, me dijo, á un primo mío que es empleado de policía. Estoy temiendo que pierda el puesto. Mi marido se queda cuidando de la portería.

Una idea diabólica cruzó por mi cerebro. Tomé un coche de plaza y me fuí á una pajarería á comprar el canario que más se pareciese al ave codiciada, por el color del plumaje y por una especie de corona negra que tenía en la cabecita. Cinco minutos después entré en la portería y rogué al portero que me hiciese una compra, para la cual le di tres pesos.

No bien hubo vuelto las espaldas, me apoderé del maravilloso cantor y metí el extraño en la jaula. Mi mujer no cabía en sí de gozo...... Sin embargo, me atormentaban los remordimientos y á los pocos días volví á ver á la portera.

—¿Conserva usted el canario?

—Sí, señor.

—¿Acepta usted mi anterior proposición de vendermelo por 200 pesos?

—¡Ah, caballero! exclamó. Ahora no lo daría ni por un tesoro. ¿Querrá usted creer que desde el último día que nos vimos no ha cantado ni una sola vez?

(El pajarero me había vendido una hembra).

UBRICK.



¿CIEGO?

Sentado en una loma, al pie de una barranca,
Con su guitarra amiga, á solas, canta un ciego,
Y notas tristes, lánguidas, al instrumento arranca,
Con la tristeza mística del solitario ruego.

Lo envuelven resplandores del sol, crepusculares;
Los vientos de la tarde su cabellera azotan,
Y al par que en el espacio se pierden sus cantares
Gotas de amargo llanto de su pupila brotan.

El sol bañó en sus rayos de resplandores rojos
El fruto de esos párpados, inmóviles y muertos,
Y yo enjugué una lágrima al ver aquellos ojos
Para el placer dormidos, para el dolor despiertos!

Para él no hay sol radiante, ni noches estrelladas,
Ni amarillenta luna que surque el firmamento;
Para él no hay cariñosas sonrisas ni miradas,
Ni pájaros errantes que crucen por el viento.

Para él no hay más que sombra. Para él nada fulgura!
Es justo que se aflija y en su aflicción implore,
Y que cuando alce un canto desde su noche obscura,
Arranque notas tristes á su guitarra y llore!......

Pero también la sombra cruzan radiantes huellas;
En negros nubarrones el rayo centellea;
En las obscuras noches fulguran las estrellas,
Y surge entre la sombra, más diáfana la idea.

Si más que luz da sombra la claridad del día
Y el mundo de la forma, la humanidad ofusca,
¿El cielo ve el impulso divino que lo guía,
Y claros los misterios en vano el hombre busca?

¿Verá en su fondo mismo de Dios la omnipotencia?
¿Traspasará los lindes del misterioso arcano,
Y con los ojos fijos por siempre en su conciencia
Conocerá el abismo del corazón humano?......

Entonces que no llore, que cante, que sonría,
Más lumbre hay en sus ojos y en su interior mas calma:
Que no abra la pupila porque la luz del día
Puede lanzar tinieblas sobre la luz de su alma.

DIEGO URIBE.

Abril de 1897.



ACUARELA

Había cerca un bello jardín, con más flores que azaleas y más violetas que rosas. Un bello y pequeño jardín con jarrones, pero sin estátuas; con una pila blanca pero sin surtidores, cerca de una casita como hecha para un cuento dulce y feliz.



En la pila un cisne se chapuzaba revolviendo el agua, sacudiendo las alas de un blancor de nieve, enarcando el cuello *en la forma del brazo de una lira ó el asa de una ánfora*, y moviendo el pico húmedo y con tal lustre como si fuese labrado con una ágata de color de rosa.

En la puerta de la casa, como extraída de una novela de Dickens, estaba una de esas viejas inglesas, únicas, solas, clásicas, con la cofia encintada, los anteojos sobre la nariz, el cuerpo encorvado, las mejillas arrugadas, más con color de manzana madura y salud rica. Sobre la saya obscura, el delantal.

Llamaba:

—¡Mary!

El poeta vió llegar una joven de un rincón del jardín, hermosa, triunfal, sonriente; y no quiso tener tiempo sino para meditar en que son adorables los cabellos dorados cuando flotan sobre las nucas marmóreas, y en que hay rostros quo valen bien por una alba.

Luego, todo era delicioso. Aquellos quince años entre las rosas—quince años, sí, lo estaban pregonando unas pupilas serenas de niña, un seno apenas erguido, una frescura primaveral, y una falda hasta el tobillo, que dejaba ver el comienzo turbador de una media de color de carne;—aquellos rosales temblorosos que hacían ondular sus arcos verdes, aquellos durazneros con sus ramilletes alegres donde se detenían al paso las mariposas errantes llenas de polvo de oro, y las libélulas de alas cristalinas é irisadas, aquel cisne en la ancha taza, esponjando el alabastro de sus plumas, zabuyéndose entre espumajeos y burbujas, con voluptuosidad, en la transparencia del agua; la casita limpia, pintada, apacible, de donde emergía como una onda de felicidad; y en la puerta la anciana, un invierno, en medio de toda aquella vida, cerca de Mary, una virginidad en flor.

Ricardo, poeta lírico, que andaba á caza de cuadros, estaba allí con la satisfacción de un goloso que paladea cosas exquisitas.

Y la anciana y la joven:

—¿Qué traes?

—Flores.

Mostraba Mary su falda llena como de iris hecho trizas, que revolvía con una de sus manos gráciles de ninfa, mientras sonriendo su linda boca purpurada, sus ojos abiertos en redondo dejaban ver un color de lapizlázuli y una humedad radiosa.

RUBÉN DARÍO

PARA UN MISAL



Diez mármoles icónicos de testas milenarias,
soportan en sus nucas la cripta medioeval
que guarda las yacentes estátuas funerarias
de monjes y adalides de gran cepa real.
Ahí por siempre moran las viejas canonesas:
al lado el firme báculo, al pecho el aurea cruz;
los áulicos primados, las graves doctoresas,
espectadores mudos de la perenne luz. ...
Ahí sus manos juntan en actitud de ruego:
Wilfredo, *el rey velludo*; Tristán, *alma de león*;
Raul. el de la roja cimera y negro escudo,
con lises en un campo de gules por blasón.
En ángulo quieto que á la plegaria invita,
en el marmóreo tálamo donde tendida está,
inmóvil, casta y bella, dúerme Margarita
(*la reina de las trenzas floridas*) de Valois.
Los mausoleos posan sus moles vetéadas
en míticas quimeras, bicornes y aladas,
de arborescentes colas y de ademán flemático,
que escrutan el silencio poblado de pavuras
y clavan en las hoscas y arcaicas esculturas
el dardo de su ojo tranquilo y enigmático.
En las paredes se abren profundas hornacinas,
donde á los besos tenues de occidua luz solar
que llueve pólen de oro de todas las vitrinas,
exhiben los doctores su túnica talar:
San Agustín, flagelo del mónstruo Maniqueo,
medita en el abismo de la honda Trinidad;
San Pablo—el fiero apóstol—escribe á Timoteo
preceptos ecuménicos de vida y de verdad;
Jerónimo, el adusto doctor, el eremita
de cuerpo esqueleteado, de gran calva senil,
en su caverna brava junto á la cruz medita,
forjando su potente dialéctica sutil.
...Y Magdalena gime, á solas con punzantes
dolores; su cabello rizado y blondo, cae
sobre sus senos, breves, agudos y distantes,
cuyos pezones fingen dos yemas rozagantes
en el trigal de oro que el viento lleva y trae...
El domo, excelso amparo de las querellas místicas,
corona un baldaquino de sobrio y rico plan,
y ostenta entre sus gajos las armas cabalísticas
de Lucas, de Mateo, de Marcos y de Juan.
Los cuatro, en hondos éxtasis, en actitud arcana,
parece que contemplan la Esencia Soberana
del Logos, hecho carne de befa y de baldón;
y en su profundo arrobo y en su expresión de artistas,
fingen un quator lírico de bardos simbolistas
que riman los rumores polífonos de Sión.........
Cuando la noche llega, velando el hemisferio
del dombo, con sus gasas de pompa sideral,
las gárgolas, los grifos, los trasgos del misterio,
penetran á la cripta volando en espiral;
Despiertan á los santos doctores en sus frías
moradas de reposo, galvanizando van
los áridos cadáveres, y en fúnebres theorías
entonan el *Trisagio* tremendo de Isaías
al isocrono y lento compás de un ademán.

Amado Nervo.

1897.

LAS INCONSTANTES

LA OLA

Allá viene la ola, la pérfida, la hija caprichosa del viejo ebrio: se estremece, es frágil como la nube, nerviosa como su hermana, la mujer. Viene rizada con su blanca blonda de espumas, cantando la canción del náufrago, y bromeando y riendo, se tiende negligentemente sobre la playa y besa la arena; pero el anciano, hecho de sal, se enfurece y la llama con su voz ronca; ella, atemorizada, se retira melancólicamente y se aleja suspirando hacia otras playas, mientras que el viejo gruñe y siente celos.

Allá va la ola, la pérfida, la caprichosa hija del viejo ebrio: ya olvidó la orilla que besó al nacer el día. Se oculta el sol, y ella sigue su marcha, bromeando y riendo, con sus cadencias melodiosas, relampagueando plata, á otra costa de cerros muy verdes, donde hay caracoles, conchas, grandes peñas, moluscos que duermen.

LA NUBE

Se despereza voluptuosamente bajo la arcada del misterio: ella ha creado el país de los sueños; es la encargada de hacer variar el panorama místico; creó las sombras y creó el amor; es la etérea errante, la bohemia mágica. forma el alba, se mancha de carmín, se envuelve en peplos de oro luminoso, se tiñe de rubio...... Es un velo de novia, luego una flecha, un león, un haz de espigas, un destello, una corona de laureles, un manto funerario; y se pierde, lejos. muy lejos, vaporosa, pálida, para aparecer en otras regiones salpicada de luz, sangrienta, tormentosa, vestida de negro.

Reina del aire: tú fecundas la madre tierra, tú adornas el traje blanco de la Aurora, tú traes la alegoría á la leyenda bíblica que formó el cielo y divinizó el color azul; tú eres sagrada porque vives en la altura, tú eres diosa porque eres adorada; pero eres variable, eres deleznable. Simbolizas lo ideal: eres la ironía.

LA MUJER

Hermosura y nervios, belleza, desdén, orgullo. Eres frágil, porque te enamoras de un perfume, de una flor, de una piel teñida.

Eres frágil. porque tus cabellos ondulan á merced del viento, porque tus ojos jamás descanzan, porque tu vaho es la brisa del pudor convertida en voluptuosidad, el mareo de una virginidad fogosa, la huella silenciosa del misterio.

El amor es tu hoguera: allí te incendias. El amor es tu altar: allí está tu cáliz. El amor es tu crepúsculo: allí están tus esplendores y tus sombras.

Tú vives del recuerdo: eres la frívola adorable, la nodriza divina que reparte la ambrosía y da el brebaje á los profanos del santo himeneo.

Tú purificas ó corrompes; tú haces ablución en los ritos misteriosos del dolor, ó caes sensual abrazada del vicio en las mudos santuarios del placer. Eres angel, eres estatua, eres esfinge.

LA MUCHEDUMBRE

La carne hecha mármol, la masa inconsciente é histérica; un ronquido de beodo que acompaña las pantomimas de un payaso, glorificando lo que ayer despreció. La entusiasma la voz potente de un tribuno ó el sonido seco de un cuerno; se embriaga con la música y con la pólvora; es un tejido enorme de nervios excitados por la impresión del momento, dominados por la mueca exagerada de un saltimbanqui. Destroza por un símbolo, arroja incienso y flores ante la espuma criminal de un lago de sangre. Desaparece la idea de humanidad ante un personalismo pasajero. Es un titán que se convierte en niño.

La animación de la fiebre, la voluntad en el decaimiento de las grandes crisis, el vértigo enervante de las agrupaciones; y después, nada, decepción; caen los falsos ídolos, y la misma masa que los elevó se alza poderosa para aplastarlos. Es la ola humana: tiene la ironía de la nube y los caprichos de la mujer.

Pedro César Dominici.

PAGINAS NUEVAS

"Oro y Negro" de Francisco M. de Olaguíbel.

PROVENZAL

A Carlos Díaz Dufoo.

El viento de la tarde trémulo agita
del plateado olivo la fronda cana,
y del mar rumoroso la voz lejana
bajo el cielo de estío canta y palpita.

Sólo turba el silencio de la infinita
soledad de esa hora, la soberana
canción que entre los tallos de mejorana,
con escalas salvajes, el viento grita.

Los himnos estridentes de las cigarras
surgen entre las anchas y verdes parras,
se oye el sordo murmullo que en los cantiles
alza, cuando se estrella, la ruda ola
y, guiada por pitos y tamboriles,
pasa, rápida y leve la farandola.

CHOPIN

Como dos mariposas sobre la nieve
vuelan tus manos blancas por el teclado,
y sollozan las notas que ha despertado
de tus ágiles dedos el soplo leve.

El ambiente está obscuro y en el nublado
cielo la luz se apaga temblando...... llueve......
como dos mariposas sobre la nieve
vagan tus manos blancas por el teclado.

Cae sobre mi espíritu un llanto helado
y el pensamiento triste, que no se atreve
á volver á los días de mi pasado,
mira volar tus manos por el teclado
como dos mariposas sobre la nieve.



PRIMAVERAL

Los huracanes de Marzo se han acabado de llevar la sábana helada con que el invierno había amortajado á la Naturaleza. Abril es mensajero de la vida, y trae el encargo de resucitarla con sus dulces besos.

Fiesta tienen los campos, y fiesta hay en los jardines, paramentados como altares, para que oficie en ellos la luz.

Jóvenes, ancianos y niños, celebran en estos momentos la renovación de la vida, el alumbramiento de la Naturaleza, la fecunda primavera.

Aquí quisiera yo ver á mi buena y querida madre, por estas calles pobladas de gente feliz, confundida con estas hermosas ancianas que lucen sus guedejas de nieve como joyas de honor, y llevan en el pecho, á la par de las jóvenes coronadas de oro, su ramillete de flores, de las primeras que brotan al sol primaveral.

Yo no sé por qué nos parece, allá por nuestras tierras, profanación ó ridículo el que una anciana lleve como aquí flores sobre el corazón, cuando con ellas adornamos las imágenes y las tumbas, la santidad y la muerte. Cualquiera diría que entre nosotros, el haber dado la vida á otras criaturas, el haber vivido para levantarlas, educarlas y verlas reproducirse, es extralimitar la medida de la humana existencia. Allá nuestras madres mueren socialmente cuando dejan de ser jóvenes. Aquí la vejez constituye ornamento venerable; es como sacra prenda de otro tiempo, que todos ponen con orgullo á la vista, para que sean bien mirada.

¿Y por qué razón han de ser, la gloria del salón, el aire de las avenidas, la sombra de los parques, el placer inocente de la vida en la sociedad y en la naturaleza, privilegio exclusivo de los que llevan todavía alta la frente y frescas las mejillas? Por qué recluir nuestras madres á la labor y á la oración? ¡Si en sus años están sumados todos los de nuestra vida! ¡Si sus cabellos blancos son la corona de plata que, junto con el tiempo, les labraron los cuidados de nuestra existencia! Sus ojos no centellean, por que velaron mucho nuestro sueño; su tez no es tersa, porque por ella corrió mucho llanto para que nosotros riésemos siempre; y si su cuerpo se inclina, mucha parte tiene en ello el hábito de extendernos los brazos para ponernos en pie sobre el planeta.

Me encanta ver estas madres con sus cabezas escarchadas, y sobre el pecho un manojo de lilas, presidiendo la animación general en las mañanas de hermosa primavera. Me parecen ellas las legítimas sacerdotisas del culto de la vida en sus renovaciones, porque han vivido mucho; porque han llevado tributarios á las densas corientes humanas; porque han ensanchado el espíritu de sus renuevos con el afán de la esperanza, que es la primavera perpetua de las almas; porque sólo ellas comparten con el Creador la divina satisfacción de sentir palpitar la vida de los seres antes que el sol los alumbre y el aire los acaricie y la naturaleza los reciba en sus brazos maternales.

Las Madonas de Rafael son cada día más hermosas y divinas, á proporción que el tiempo va fundiendo sus colores. Lo mismo sucede con nuestras madres. Aquella belleza singular que de niños se nos antojaba ideal de los cielos, no desaparece sino que á nuestra vista se transforma. El tiempo la va dorando con su maravilloso barniz, sacado de la esencia del misterio; la va dando transparencias y placideces místicas;—la va añadiendo á lo bello lo adorable. ¡Cuánto noble reposo en sus actitudes; cuánta sabia fijeza en sus ojos; cuánta dulce melancolía en sus sonrisas; cuánta augusta dignidad en todo su ser! Es que ahora el artista que anima el cuadro es el alma. Ya lo abandonó con sus últimos toques el pintor fogoso del colorido; el que pone sobre el rostro á nacer soles y á reventar claveles; ahora viene el apacible pintor de los crepúsculos, el de las noches serenas, el de la belleza tranquila, y pasa sobre el cuadro su pincel empapado en luces vespertinas y en destellos siderales.

Sí, son hermosas, muy hermosas nuestras madres. Vengan rojos labios; vengan chispeantes ojos; vengan ebúrneas frentes, y yo preferiré poner mi beso, y con mi beso toda mi alma, en esos labios pálidos que pronuncian mi nombre en sueños; en esos ojos tranquilos que me ven ausentes; en esa frente surcada en que está escrito mi nombre hace más de cincuenta años!

Aquí quisiera yo verla, en esta procesión de la primavera, confundida con estas reinas de coronas de plata, llevando también como ellas á los altares de la Naturaleza inmortal su ofrenda de flores, que yo para su pecho arrancaría á la rama de lilas más gallarda.

Nicanor Bolet Peraza.



Un buen artículo.

ENGAÑO SUBLIME—Por María Lescot.

NUMERO 5.

La Señora Fourneron se encontraba en su casa, presta á salir; pero viendo entrar á Felipe, arrojó un alegre grito:

—¡Ah! estás aquí, queridito mio! Pensaba en tí. Aglaé de Lezines pretende que nos ocultas algo. ¡He! ¡He! cosas del corazón. Apuesto á que he adivinado! Vienes á confiarte á tu tía Fourneron, sabiendo que ha hecho que se logren los matrimonios más difíciles? Eso supone una confianza plena. Dime su nombre. Había atraído á Felipe y hécholo sentar sobre un pequeño canapé. Le miraba sonriente y golosa del pequeño secreto de amor que iba á serle confiado, y alentándolo, siguió:

—Pero no respondes; temes sin duda haber llevado tus anhelos demasiado alto y que no sean acogidos? ¡Hum! será difícil no amar á un muchacho tan guapo. Y el amor, ya lo sabes, á nada resiste. Por lo demás tenemos para ofrecer una carrera poética, llena de atractivos para las almas románticas, un lindo nombre, con partícula, lo que no es para desdeñarse: una pequeña fortuna, modesta pero segura; yo no veo mas que un obstáculo; eres muy joven, pobre muchacho mío; será preciso obtener que ella sea paciente y constante: fíate para esto á la tía Fourneron. Ve tú, yo tengo buena mano; soy yo quien ha casado á la pobre Elena, y durante los siete años de su unión, no tuvo una sola pena.

El dijo ávidamente:

—¿Está usted segura, bien segura?

—Cómo segura. . poco y tanto como de la existencia del sol! no solamente ni una pena, sino ni una contrariedad, ni una nube. Fué amada como merecia serlo.

En cuanto á tí, hijo mío, tan luego como me digas su nombre......

—Yo no pienso en casarme, dijo él.

—No piensas en casarte, Felipe! en qué piensas tú, pues? Por qué pareces tan preocupado?



El se levantó y se pasó una mano por la frente:

—Nada, no es nada, y le agradezco......

No era empero á aquella mujer indiscreta y curiosa á quien podia decirle su duro tormento. Salió de ahí con paso lento, pensando: «La intriga está muy bien oculta, muy bien secreta, puesto que ni las primas Lezines, ni, sobre todo, la tía Fourneron, la conocen. Elena debió sorprender el adulterio y ocultó fieramente la injuria.

Se extremeció; una sospecha dolorosa acababa de nacer en su espíritu y crecía hasta la certidumbre; esa sospecha explicaba la ignorancia de la tía Fourneron y de las señoritas de Lezines, pero explicaba sobre todo, la ardiente súplica de Elena: «Júrame proteger á Lila.»

«Eso,» sí, «eso» debía ser, «eso!» «Eso,» es decir la seducción más vil, la que se disimula bajo la sombra de lecho doméstico, la que abusa de la dependencia de la criada para obtener de ella vergonzosos favores; sedución que deshonra á un caballero tanto como un abuso de confianza.

Rápidamente examinó el personal femenino de la casa: Mariana, la vieja cocinera, fué puesta aparte: cincuenta años de edad; pero las otras dos mujeres eran jóvenes; la una, Otilia, la recamarera, morena, pálida, un poco delgada, de modesto aspecto y correcta y afinada por el contacto diario con su ama, con actitudes de dama y el aire muy dulce; él pensó: «una hipócrita.» La otra, Marieta, la niñera de Lila, pequeña, no linda, pero fresca con la frescura de la juventud y la alegría un poco bulliciosa de las gentes de campo.........

Tornó á ver los pobres ojos moribundos que imploraban; pero la última parte de la plegaria no dejó de turbarle: «Cuando Fernando se vuelva á casar..........»

Volverse á casar!

Entonces, se casa uno con...... Y por qué no? pardiez! sí, se casa uno así. Uno de sus tíos maternos, por ejemplo, ¿no se casó á los sesenta años con su criada? Hubo un escándalo en la familia, pero resistiendo á los extrañamientos y pretendiéndose fuera de toda ley y suficientemente mayor de edad, efectuó su boda.

Y aun suponiendo que Fernando no se casase, Felipe veía en un porvenir próximo y sombrío á la pobre Lila entregada á merced de una mujer viciosa, que podría a su antojo embrutecerla y corromperla acaso.

El termino de sus vacaciones llegaría muy pronto. Partiría él llevándose esta inquietud mortal, y si partía, no faltaba á su juramento? Por tres veces, repitió en alta voz: «Qué hacer? Qué puedo yo hacer? Qué debo yo hacer? Sentía demasiado en su angustia que jamás osaría dirigir á su cuñado la insultante interrogación. Murmuró: «Seré astuto, investigaré, espiaré...... mas espiar, espiar...... yo soy su huésped, como su pan, qué vergüenza! No, es preciso tener el valor de interrogarle sobre sus proyectos para el porvenir; acaso consentirá en separarse de Lila. Yo la confiaré á las primas de Lezines, á la tía Fourneron...... Sí, sí es preciso, absolutamente hablar á Fernando.» Un sudor ligero mojaba sus sienes, en tanto que subía la escalera y que llamaba á la puerta del taller de su cuñado. Este, viéndole entrar, le tendió las dos manos con un gesto afectuoso;

—Soy muy feliz viéndoos, Felipe, os veo tan poco, querido hijo! Oh! no os hago reproche alguno; vuestro dolor, como el mío, busca la soledad y el silencio: los consuelos le importunan.

Bajó la voz, y en tono de niño que teme ser oido y reprendido, continuó:

—Me fatigan, me abruman; vos sabéis de quiénes quiero hablar. Eso es más que una persecución, es una tortura; pienso en huir para escaparles.

El joven preguntó pensativo:

—¿Por qué quereis partir?

—Quiero partir, Felipe, porque sufro demasiado aquí. ¿Qué queréis que sea de mí cuando os vayáis? Llevadme, amigo mío; llevadme...... Oh! si pudiéseis hacernos subir á Lila y á mí en uno de vuestros grandes buques! Si nos fuese posible seguiros hasta la extremidad del mundo! Sí, yo quiero partir; me muero contemplando su alcoba vacía!

Después se lamentó largamente, como pobre hombre debil que era, repitiendo:

Sufro mucho aquí.

Duramente, sin apiadarse, Felipe le interrumpió:

—Y pensais verdaderamonte llevaros á Lila á través de largos viajes?

—¡Oh! Felipe, y cómo no llevármela? ella es mi amor, mi tesoro, mi consuelo, el recuerdo viviente de la que ya no existe.

Después de un silencio, Felipe preguntó con voz que temblaba un poco.

—Pero vos no podéis ocuparos continuamente de ella y es demasiado pequeña para que se le prive de los cuidados de una mujer. ¿Es qué contais con llevaros á Marieta?

Fernando respondió sencillamente:

—Marieta es demasiado joven, demasiado niña, demasiado insuficiente, en una palabra, sin la continua vigilancia de una madre. Yo tendría más confianza en Otilia, pero, con gran pena mía, nos abandona. Una vocación religiosa, á la cual ha resistido tanto tiempo, cuanto sus cuidados han sido necesarios á su querida ama: entra dentro de un mes á las carmelitas de Besançón. Mi pobre Elena me pidió que pagase el pequeño dote necesario; es esta una deuda de reconocimiento que yo soy feliz en satisfacer.

Fernando no comprendió ni supo jamás por qué la entrada de Otilia á las carmelitas causaba á su joven cuñado una alegría tan viva, y por qué la expresión severa de sus ojos se había, de pronto, suavizado, y por qué murmuraba con voz alegre:

—A las Carmelitas! que buena criatura! cuan contento estoy! cuan contento estoy!

Otilia no comprendió y no supo jamás porqué Felipe le regaló, aquella misma noche, un rosario soberbio, el más hermoso que pudo encontrar en la mejor joyería de la ciudad.

Se sentía feliz, pero al día siguiente sus desconfianzas renacieron, tomando otro rumbo. No era en la casa donde se encontraba la enemiga; era preciso buscarla fuera, y á la primera oportunidad volvió sobre el asunto del viaje.

—No puedo sin cierta inquietud—dijo á Fernando—ver que os llevais á Lila; es tan frágil, tan delicada; además sinó he entendido mal, vuestra ausencia será larga, por que no se disipa la pena en unos meses.

Por qué no ponerla mejor en una casa de educación religiosa, bajo la vigilancia de las primas de Lezines y de la tía Fourneron? Ahí sería cuidada, amada, instruida, bien educada y vos quedaríais libre para obrar á vuestro gusto, libre para ir y venir sin ese gran embarazo de una hija.

Pero Fernando se rebeló:

—No, no, dijo con una voz violenta, yo no me separaré de ella; preferiría cien veces quedarme aquí, á riesgo de morir de consunción y de tristeza. Os lo repito, Felipe, ella es todo mi amor, el sólo bien que me une á la vida: si élla no existiese, me mataría.

Después continuó en un tono más tranquilo:

—Por qué no recurrir mejor á una aya á una institutriz que nos siguiera por todas partes, á una mujer de buen corazón, de espíritu cultivado, capaz en una palabra, de amar, de instruir y de educar á nuestra niña?

Felipe preguntó:

—Y para este puesto importante ya teneis quizá una á la vista?

Todas sus sospechas volvieron á asaltarle.

—No!—dijo Fernando—yo soy incapaz de buscarla; nuestras primas Lezines se encargarán de eso. Yo hubiera preferido recurrir al buen sentido práctico de la tía Fourneron, pero ella pediría para sí misma el puesto y tendría una admirable ocasión para sus solicitudes! Me dirigiré, pues, á las Lezines, y enseguida vos me ayudareis Felipe, á hacer entre las que se presenten una elección feliz. Vos comprendéis de que importancia serán los gustos, el caracter y el corazón de esa desconocida á quien yo deberé confiar la tarea de formar los gustos, el caracter y el corazón de Lila.

Las desconfianzas de Felipe se desvanecían; sin embargo, dijo aun:

—Por qué no escogéis una aya inglesa ó una aya alemana? Se dice que son muy expertas para los cuidados higienicos. Además podría serviros de intérprete en vuestros viajes.

—Teneis razón, Felipe; vuestra idea es excelente y, sobretodo, me libraré del peligroso concurso de la tía Fourneron

XIII.

Aquella perla de las ayas no fué fácil de descubrir. La tía Fourneron y las primas Lezines, convocadas por Fernando en conclave, se erizaron de exigencias y de prevenciones; las pobres muchachas atraidas por el anuncio inserto en los periódicos de la localidad y por sus brillantes promesas, se vieron excluidas prontamente.

Aglaé hacía pasar á las aspirantes por un exámen seologico que un doctor de la Sorbona hubiera tenido trabajo en sostener. Por poco que vacilasen sobre las diversas virtudes de la gracia actual y de la gracia santificante, eran reprendidas sin piedad. La tía Fourneron las interrogaba en seguida sobre la farmaceutica sobre las reglas de higiene, sobre los síntomas de las enfermedades y sobre los medicamentos apropiados: se hubiera dicho que se trataba de una cátedra de doctor en medicina.

Pero por severas que fuesen estas pruebas, no eran más que un juego de niños en comparación de la prueba temible de los ojos de Felipe: él tenía por un crimen el pequeño rizo de cabellos rebeldes que se escapaban del sombrero, el ponpón de cinta, el traje bien hecho, la belleza y aun la fealdad, si la fealdad era fresca, espiritual y agradable de verse.

Solo Fernando permanecía indiferente ante este importante concurso.

—Lo declino todo en vosotros, amigos mios, había dicho: para mi sería penoso recibir á esas jovenes y tedioso despedirlas.

Y caía de nuevo en su sombrío entorpecimiento, y desde que la tía y las primas, ocupadas en buscar institutriz, no lo acosaban, sus proyectos de viaje parecían abandonados.

La nacionalidad de la aya complicaba aún la cuestión.

Las señoritas de Lezines se rebelaron definitivamente contra una inglesa por temor del proselitismo protestante:

—Las que se pretenden católicas no son frecuentemente más que herejes disfrazadas. Quién sabe si algún adepto del anglicanismo, del presbiterianismo, etc, no se deslizaría en medio de nosotros?

Los duros recuerdos de la guerra estaban demasiado recientes para que se admitiese una hija de la Alemania del Norte. Se decidieron pues por una austriaca. La señora Fourneron descubrió la dirección de un convento de Viena que formaba institutrices. Esta palabra «convento» tranquilizó á las señoritas de Lezines, que se mostraron favorables á la vienesa. Solo que como no se podía hacer venir á Pontarlier todas las institutrices de Viena, Felipe ofreció ir á practicar una vista de ojos á los lugares mismos. Tan luego como obtuvo autorización para salir de Francia, partió bien provisto de instrucciones y de recomendaciones. Su viaje tuvo pleno éxito. A la sexta mujer que le fué presentada, exclamó como Arquímedes: «Eureka» y Arquímedes no sintió por su descubrimiento tanta alegría como Felipe.

No era fea la pobre Carlota Dirman; era más y mejor que fea: vulgar, insignificante. Un largo rostro de facciones regulares y groseras, los ojos redondos, la boca carnuda en los labios espesos, entreabiertos por una perpetua sonrisa; el busto cuadrado, maciso, como tallado á hachazos, y por encima de todo, un desdén de la moda, una ignorancia absoluta de la coquetería, que no disimulaba ninguna desgracia física ni trataba de embellecer fealdad alguna. Y con esto, en los grandes ojos redondos, en la boca de labios gruesos, en el menor gesto de aquella maciza persona, radiaba una indecible bondad, una de esas bondades á flor de epidermis, cuya influencia es imposible resistir, una de esas bondades que se ignoran á sí mismas, de tal suerte están hechas de abnegación.

Seguro de que la señorita Dirman debía ser instruida como lo son todas las alemanas, sin vacilar la contrató y se la llevó casi en triunfo, de tal suerte era feliz con su encuentro.

Carlota tuvo la fortuna de agradar á las primas de Lezines, porque desde el día siguiente de su llegada asistió devotamente á la primera misa. Agradó también á la Señora Fourneron por las excelentes recetas para hacer pasteles y cremas que le comunicó; pero desde el primer día, desde el primer minuto ganó el corazón de Lila. Le bastó tomar á la pequeñuela en sus brazos robustos, y estrecharla contra su corazón, para que aquella con ese instinto de animal que suple en los niños á la razón imperfecta, sintiese y comprendiese que aquel abrazo era maternal y que aquel corazón sería tierno y abnegado.

Felipe temía algunas censuras de Fernando, porque ante los ojos del artista la fealdad es un crímen; pero el pintor, realmente absorto en su dolor, se limitó á dar las gracias á su joven cuñado.

—Habéis elegido perfectamente, Felipe; la señorita Carlota parece ser una excelente persona; es en verdad el aya que mejor podría convenir á nuestra Lila. Ahora sí puedo dar continuación á mis proyectos de viaje,

Un mes más tarde partía acompañado solamente de Lila y de la aya. Otilia entraba á las Carmelitas; la señora Fourneron se encargaba de buscar á Marieta otro acomodo y Mariana se quedaba al cuidado de la casa.

Fernando, antes de su partida había cerrado con su propia mano la alcoba de la muerta; ninguna presencia

debía profanarla. Felipe tornaba á Brest para esperar un nuevo embarque. Sus temores se disipaban; no solamente no había descubierto indicio alguno de traición, sino que la actitud de su hermano, la intensidad de su tristeza, su indiferencia para todas las cosas, llevaban el sello de dolores profundos. Se necesitaría que fuese un miserable hipócrita, pensaba él, y yo lo he conocido siempre lleno de franqueza y de rectitud. El es libre ahora. ¿Para qué había de representar esta comedia?

Su adiós fué cordial y tierno.

—Adiós, mi querido hijo.

—Adiós, hermano.

XIV

Felipe al llegar á Brest no se acordaba ni de Beltrana ni de M. Martín, ni de Leodice: el dolor, las preocupaciones graves, habían borrado de su espíritu el recuerdo de la aventura, á la cual involuntariamente, encontrárase mezclado. Este olvido no fué de larga duración. Desde luego, registrando diversos papeles insignificantes, llegados durante su ausencia, prospectos de negocios, catálogos de casas de comercio, impresos de todas clases, descubrió muchas esquelas de invitación. Estaban concebidas así:

«El señor y la señora Martín, ruegan al Sr. Felipe de Aubián que les haga la honra.........»

Invitaciones para tertulias, para comidas, en aquella misma villa Martin, donde había pasado el inolvidable drama.

Tuvo un gesto de sorpresa: Beltrana lo había reconocido en aquel baile del Almirantazgo y quería recibirlo. ¿Era acaso para hacer un alarde de audacia, ó para suplicarle que guardase silencio? Se sintió ofendido: «Yo no soy un Leodice, se dijo, y esta súplica sería una injuria.»

En seguida pensó con más justicia, que habiendo sido sus tres entrevistas completamente silenciosas, Beltrana no podía conocer la delicadeza de sus sentimientos y la rigidez de su honor. «Así somos todos, murmuró, queremos que se nos adivine. Pobre mujer! el tipo masculino que lé ha sido dado ver de cerca: su hermoso Leodice, ha debido inspirarle desconfianza por la especie entera. Haría yo mal en molestarme; pero no debo ir á su casa; no quiero ser ni su cómplice ni su confidente.»

Tomó una tarjeta de visita y por encima de su nombre. «Felipe de Aubián,» escribió:

«Encuentra en su casa, á su regreso, las invitaciones que el señor y la señora Martin le hicieron el honor de dirijirle. Les suplica tengan á bien recibir la expresión de su gratitud y sus excusas que su duelo y su próximo viaje, no le permiten llevarles personalmente.»

Ella comprendería así que no quería verla.

Al día siguiente; á la hora del almuerzo con su amigo Merville, le esperaba otra prueba:

—Dime, de Aubián, le preguntó este, porqué razones misteriosas y maquiavélicas te has puesto á mistificarnos? Sí, á mistificarnos, pardiez! sosteniendo que no conocías á los Martín. Porqué entonces Martín no habla más que de tí y no se preocupa más que de tí? «Y que porqué no aceptaste sus invitaciones? Que donde estabas? Que si tu ausencia sería larga?» Si tuviese otra hija, creería yo que tenía el proyecto de hacerla tu esposa...... Ya sabes, nosotros hemos ido frecuentemente á casa de los Martín: á las fiestas de estío en su villa y hemos presenciado inusitado lujo: Iluminaciones, juegos de artificio, un cuento de las mil y una noches! despues otras fiestas en el yacht, porque tienen un yacht, sin hablar de los esplendores de su hotel de Brest. Ah! por rico que sea el viejo Martín, circulan ciertos rumores en la ciudad...... En fin, esos rumores no nos importan.

Si á él le agradase arruinarse por la hermosa Beltrana no seremos nosotros quienes lo lamentemos, verdad? .....

Qué mujer amigo mío! sorprendente, incomparable, inexplicable! Una esfinge, una quimera!......... Imagínate que atraviesa por esas fiestas como en el baile del almirantazgo donde tú la viste: indiferente á todas los homenajes, á todos los amores. Sabes? Fourquet, el vizconde de Fourquet, el hermoso Fourquet, el irresistible, ha perdido sus madrigales y sus miradas magnéticas; el pequeño de Sombres pierde su alegría, su esprit, su atractivo endiablado, y se vuelve malancólico. En cuanto á Legoleck, tengo miedo de que se vuelva loco. Qué quieres tú? á fuerza de hablar de ella todos llegamos á la obsesión: enigma, esfinge, quimera,......... será de quien la descifre. Por qué me ocultas tú lo que sabes de ella? Por qué negar que la has conocido?

Felipe respondió molesto.

—Realmente os estáis poniendo fastidiosos tú y los otros; si esa mujer no os vuelve locos como á Legoeleck, cuando menos os está volviendo idiotas, pobres amigos míos!.........

—Hum! de Aubian! No quieres responder.

Felipe movió los hombros:

—Mal haya si sé lo que vosotros imaginais:

He aquí todo lo que pasó: Yo debía reemplazar á uno de mis primos en el matrimonio de la señorita Martín. Llegué la víspera en la tarde: me puse muy malo en la noche. Me dolían horriblemente los intestinos. Temí que fuese un emponzoñamiento ó un ataque de cólera. Siempre se dan algunos casos en Brest.

Confieso que perdí la cabeza como un niño. La idea de turbar la fiesta, de consternar á mis huéspedes, de enloquecer á los convidados, me pareció tan insoportable que resolví huir, huir sin decirlo. Apenas amaneció me hice conducir á la estación y partí.

Me había alarmado de sobra, mi indisposición era leve, y lo incivil de mi conducta no podía tener mas que una excusa: La muerte...... y yo estoy vivo aun. Ahora que te he dicho la verdad, comprenderás que este asunto de conversación me sea poco agradable. Si mi aventura se supiese, sería víctima de las bromas. La señora Martín no me conoce y me admira que te haya hablado de mí.

—No, si no es ella, ella no me ha hablado jamás de tí; es su marido, no confundas. Y me ha hecho un interrogatorio en regla, por que no te lo he repetido todo. Me ha preguntado si tus camaradas te estimaban, si gozas de buena reputación, si podría uno fiarse de tu palabra, si no transigías en cuestiones de honor. ¡Ah! ¡pobre viejo! Y todo porque tuviste en su casa un ataque de colerina.....

Felipe se creía libre ya de estas molestias y desembarazado para siempre de los esposos Martín. Pero Merville que no era precisamente la discreción, no había podido resistir al maligno placer de contar á algunos amigos la aventura del pobre de Aubian. Estos bromearon *in petto* á sus expensas; más como lo querian y sabían además que era poco sufrido, no hablaron jamás del asunto en su presencia. Aun evitaron pronunciar el nombre de la señora Martín. El se percibió de ésto, adivinó las causas, y se regocijó del resultado que había obtenido. Más valía exponerse generosamente á un pequeño ridículo que correr el riesgo de comprometer á una mujer por una afectación de silencio y de aires de misterio.

Por lo demás, iba á abandonar á Brest; la orden de dirijirse á Rochefort para embarcarse, acababa de llegarle. Cerraba sus maletas y hacía de prisa sus últimos preparativos, cuando fueron á advertirle que un señor quería hablarle. Ordenó que fuese introducido y avanzó hacia el visitante. Al verlo apenas pudo contener un gesto de fastidio .. ..

Era Martín de Brest.

Martín de Brest no era ya aquel hombre mal vestido, de gran sombrero de plantador, á quien tres años antes se habría confundido con el jardinero de su *villa*, sino un hombre elegante en cuanto cabe, aunque un poco ruboso del traje que llevaba, como si le hubiese parecido impropio de su edad.

Felipe no halló en él, ni la franca simplicidad que era el distintivo de aquel millonario, ni la bonomía de su aspecto y la sencillez de su acojida. «¿Qué irá á decirme?» se preguntó ofreciendo una silla al visitante.

El Señor Martín no hablaba; fijaba en el joven sus ojos indecisos, daba vueltas entre sus manos admirablemente enguantadas, á un junco magnífico. El silencio se prolongaba y fué Felipe quien habló:

—Mucho le agradezco señor, que haya venido á mi casa; yo habría debido llevarle á usted mis excusas y mis agradecimientos.

Se sintió presa de un vago malestar ante el silencio de su interlocutor, y ante aquellos grandes ojos que le miraban fijamente.

—Señor, dijo por fin Martín de Brest, no me debe usted ninguna excusa; soy yo quien se la debo porque vengo á quitarle el tiempo. Sin embargo, era preciso, puesto que usted se va......

Y luego de pronto, como el hombre que toma un gran partido, exclamó:

—He venido para preguntarle á usted ¿por qué no asistió al matrimonio de mi hija, hace tres años?

Felipe respondió evasivamente:

—Una indisposición súbita, señor; se lo dije á usted.

Martín de Brest movió la cabeza, murmurando:

—Así lo creí al principio.

Y cambiando de tono, con una voz que suplicaba:

Señor de Aubián, lo conjuro á usted á que me diga la verdad.

Felipe tuvo piedad de aquel hombre:

—La verdad, señor, dispénseme usted de decírsela. Me cubriría de ridículo.

Gravemente el Sr. Martín insistió:

—Le conjuro á usted á que me la diga.

Ante la persistencia de este interrogatorio, ante aquellos pobres ojos inquietos, que parecían sondear hasta el fondo de su alma, se sintió turbado. Ensayó sin embargo, referirle la historia que había adormecido las suposiciones de Merville; pero aun no llegaba á la mitad de su narración, cuando M. Martín le interrumpió con un «se lo agradezco á usted, señor,» pronunciado con una voz tan triste, que comprendió la inutilidad de su engaño.

De nuevo entre los dos hombres reinó el silencio; un silencio muy largo, durante el cual Felipe vió al Sr. Martín pasar sucesivamente del rojo apopléctico á la palidez cadavérica; gotas de sudor perlaban su frente, y por fin, lágrimas que no pudo retener, cayeron de sus ojos.

Felipe se levantó de un salto.

—Usted sufre, señor; permítame que llame.

El Sr. Martín lo detuvo.

—No llame usted, se lo suplico; es cierto, sufro; ¡oh! si usted pudiese, si usted quisiese librarme de la duda que me tortura!

Le miraba con ojos extraviados; su boca estaba convulsa por un sollozo. Introdujo su diestra en la bolsa de su levita y sacó un carta que desplegó. Sin embargo, no se la tendió á Felipe.

Yo me había resuelto, dijo, á que no la leyera usted. Yo sé que en su mundo, ustedes, gentiles hombres, ponen su dignidad en el silencio, y que son capaces de morir estoicamente sin dejar escapar una palabra de queja; sé que no se van á contar los infortunios conyugales á un desconocido; sé que los débiles se callan y que los fuertes se vengan; pero yo no soy un gentil hombre, yo soy un artesano á quien el trabajo ha enriquecido... y además, yo sufro, yo sufro...... Yo la amaba demasiado, yo creía en ella como en todo lo que hay de bello y de noble sobre la tierra; yo que nunca oro, daba cada día gracias al cielo porque me la habia concedido; ella era mi alegría y mi orgullo. Yo no podía esperar que esa niña de veintidos años experimentase por un viejo como yo un amor igual al mío; sin embargo, ella pretendía amarme mucho, con un afecto reconocido y yo no pedía más. La encontraba casta y orgullosa; su infancia, su niñez habian corrido en la soledad del convento......... Pero la antevíspera de mi matrimonio, recibí la infame carta que tengo aquí.

Y dió sobre el papel que tenía en la mano un puñetazo, como si hubiese esperado aniquilar á la denuncia y al denunciador.

—Sí, una carta infame, una carta anónima, una de esas cobardías indignas de la menor creencia. Beltrana vergonzosamente es acusada de...... de...... tenga usted; lea!

Felipe leyó:

«Un amigo que quiere al Sr. Martin, cree de su deber prevenirle que la mujer con quien se va á casar, es la más vil y la más peligrosa de las intrigantes; aprovechándose de la imprudente amistad de la señorita Valeria, ha puesta en obra todos los medios para quitarle á su futuro, á quien por lo demás, ella nada ha rehusado.

«Viendo frustrados su esperanza y sus planes ambiciosos, ha dirigido contra el Sr. Martìn el terrible poder de seducción que posee.

«Por despecho y por venganza quiere casarse con él.

«Si el Sr. Martín desea asegurarse de la verdad de las cosas, contenidas en este billete, bastará preguntarle al Sr. Felipe de Aubián lo que vió en la playa la noche del 20 de Septiembre, y por qué huyó de la Villa Martin, sin asistir al matrimonio de su amigo.»

(*Continuará.*)



Las primeras flores.

LA MODA



Traje de primavera para paseo, con sombrero de nuevo modelo.



Vestido parisiense de calle.

LA MODA

Y continúan los trajes primaverales. Abril viola las yemas que mañana se multiplicarán en miriadas de flores, fingiendo en los jardines un *iris hecho trizas!* Flores para la Virgen inmaculada que viste de blanco de nieve y ciñe su cintura de azul de cielo......

La moda ha tenido hoy una coquetería. Junto á los espléndidos trajes hechos para las doncellas y las esposas jóvenes, nos muestra dos modelos de corte severo, pero agradable y aun fantaseado hasta donde las conveniencias lo permiten, para matronas.

Sí, por qué en ese concierto de vida primaveral y bulliciosa, no han de dar su nota inmaculada los blancos cabellos? Es un contraste tan hermoso el de los rizos rubios con los sedeños rizos blancos!........ Oh! son muy hermosas las graves matronas vestidas severa y elegantemente, alternando en los paseos y en las *soirés* con sus hijas, y contemplándolas con dulces miradas, que hablan de égida afectuosa, de salvaguardia, de amparo!.....

Por eso es simpática nuestra página de modas de hoy, que, por lo demás, trae deliciosos figurines para las jóvenes.



Toilette de recepción.

LECTURA PARA LAS DAMAS

LA MUJER ESPAÑOLA

Para estudiar á las mujeres de España, conviene dejar á un lado á la mujer de la aristocracia y á la burguesa y atenerse exclusivamente á la del pueblo. Allí encuéntranse todavía la tradición casi pura, los tipos verdaderos de belleza, energía, amor y pasión estampados con una nitidez de agua fuerte: los trajes que mejor se adaptan á su gracia y modo de ser, las costumbres, con esa gravedad, esa dulzura, esa pureza que han hecho y hacen del pueblo español un gran pueblo de acción.

Sin remontarse muy lejos en la historia, se sabe de qué valor, de qué heroísmo las mujeres españolas dieron prueba durante la invasión napoleónica. Unos espíritus perspicaces suponen que no sucedería otro tanto hoy. Por mi parte, estoy convencido de lo contrario y creo firmemente que, en caso necesario, las mujeres de España consagrarían la historia.

La mujer vasca ha dado numerosos ejemplos de valor, de entusiasmo y de abnegación durante el último movimiento carlista. Ha soportado con la frente serena todos los horrores de la guerra civil, alentando a los hombres, desafiando el peligro, dando sus fuerzas, su dinero, sus hijos. Pero es madre ante todo. Posee grandes virtudes caseras, el orden, la economía, una actividad incansable, y sobre todo, la lealtad, la alegría, la calma generosa de las naturalezas sanas. Son buenas compañeras para sus maridos; madres amantes y severas, partidistas temibles cada vez que se trata de su ideal religioso y político.

Tan cristiana como ella, pero de una devoción más dulce, la mujer de Toledo es la perla de Castilla la Vieja por su sencillez. Su aseo casi inverosímil puede rivalizar con la tradicional leyenda holandesa. Su casa de baldosas deslumbrantes, y su ropa de perfecta blancura, huelen suavemente á tomillo. Con su vestido de percal, sus polleras de lana roja ó azul, con su pañuelo de colores vivos en torno del pescuezo, atrae por la frescura de su cútis; aun entre las campesinas, escasas son las que andan descalzas ó con las piernas desnudas. Su vestido es á veces pobre y remendado; jamás se ve en él una mancha ó un desgarro. Graves como las montañas de su país, son un adorno para esa ciudad ... ética y melancólica de Toledo.



Sombreros de Primavera.

La chula, más graciosa que hermosa, de estatura regular, de talle flexible, de aire macareno, de tez trigueña y pálida á la que dan calor unos ojos expresivos que dicen claramente lo que quieren decir, en un idioma enérgico, es una mezcla extraña de miel y de pólvora. Dulce y paciente para con el elegido de su corazón, es por lo general de un carácter ardiente y colérico que tiene su complemento en un lenguaje que abunda en expresiones pintorescas, ligeras como flechas.

En el barrio en que vive, las reyertas son moneda corriente. No reflexiona; tan sólo obedece á su imaginación ó su corazón; esclava del primer movimiento, tiene un genio arrebatado, celoso, á veces cruel; en cambio, su bondad á veces no tiene límites para con el que sabe entenderla; es generosa y caritativa, á tal punto, que no cortaría su manto en dos pedazos como San Martín, sino que se lo sacaría todo entero para abrigar á una criatura enferma, á un mendigo ó á un anciano. En virtud de su carácter batallador, jamás puede querer á un cobarde. Es madre hasta el exceso, como en todo. Desinteresada, todo corazón y toda sangre, sigue siendo poética, encantadora, avasalladora.

La andaluza es hermana de la chula. Ambas son de la misma raza; pero la última es más dulce, más modesta, más religiosa. Tiene una imaginación ardiente y sensual. El casarse la tiene muy preocupada y cuida mucho su persona, siendo muy amante de los colores claros, vivos. Su gran elegancia reside, sobre todo, en el pañuelo con que cubre sus hombros.

El complemento de su *toilette* consiste en flores, claveles rojos, rosas blancas, que coloca artísticamente en su cabellera negra ó rubia color de oro, pues numerosas son las rubias en Sevilla, Cádiz y Málaga.

Es aficionada á cuanto reluce, y hace un enorme consumo de alhajas de dublé. Nada, sin embargo que tenga un brillo tan vivo, malicioso al mismo tiempo que lánguido como sus ojos, grades y profundos, llenos de inteligencia, aun cuando la que los posee carezca de ella. Por cierto tiene la boca fresca, la nariz hermosa, pero todo su encanto reside en sus ojos, únicos, quizás, en el mundo, y en su mirada.

Su conversación está llena de imágenes y de poéticas exageraciones. El andaluz es un pueblo que todo lo canta, pero sobre todo las dulzuras del amor, las angustias de los celos, los odios rivales. La andaluza lleva en el alma un fondo de melancolía y tristeza, que expresan la música y el ritmo de sus cantos. Una insaciable necesidad de cariño hace de ella una amante terrible; la necesidad de sacrificarse hace de ella una madre sublime.

Tiene una alta idea de su dignidad, y moriría antes de casarse contra su gusto. Además, posee el sentimiento exagerado de la justicia, y se apasiona por todo lo noble y hermoso.



Traje de seda negra y amarilla, con bandas de raso, para matrona.

Un refrán dice que en Valencia la carne vale lo que las legumbres, las legumbres lo que el agua, los hombres lo que las mujeres, y éstas nada. Dicho refrán es falso en lo que se refiere á los hombres y á las mujeres.

La verdad es que, colocada entre la andaluza y la catalana, sin tener la pasión de la primera ni las altas cualidades morales de la segunda, la valenciana tiene menos carácter propio. Con todo, sus ricos vestidos, sus cabellos en bandas, su fisonomía expresiva, la hacen típica; puede reivindicar todas las virtudes caseras, pero más suavizadas que en otras partes.

Así como Barcelona es la ciudad de España que mas se parece á una gran ciudad francesa, del mismo modo el espíritu serio y práctico, el perfecto conocimiento de la economía casera, el sentido comercial muy desarrollado de la catalana la semeja mucho á la francesa. Mas el parecido no va más allá.

Muy orgullosa con ser catalana, por nada cambiaría de provincia. El ser catalan es un título de nobleza.

La catalana es hermosa ó fea, no hay termino medio; y es admirable, cuando hermosa. Si bien no tiene el pie pequeño y la mano fina de la andaluza, es más alta; más ancha de hombros, y en el andar no le faltan gracia y nobleza. Es de una sinceridad y franqueza, á veces chocantes; es activa, y entre las mujeres de España es la que goza de más autoridad en su casa. Tiene también más libertad moral.

Es incontestable que del punto de vista del sentimiento patriotico, asaz general entre las mujeres de España, hay que colocar á la aragonesa en primer término. Ha dado pruebas varias veces, de la virilidad, fuerza y resistencia que desarrolla en ella el amor del suelo natal, vigorizado aún por el defecto capital del pueblo aragonés, su inquebrantable empecinamiento.

Cuando la aragonesa se propone algo, lo quiere deveras; nada le puede arredrar. Sus historias amorosas lo prueban. Es franca, leal; se puede tener fé en su fidelidad, si la ha prometido: sufrirá antes que faltar á su palabra, que considera como algo sagrado. Más si se le puede amar por su energía y su actividad, se la puede amar también por su sin número de encantos mujeriles; por su ternura y su delicadeza.

Es fuerte y sana, de una belleza severa.

En todos los tiempos, los españoles que no han visitado Galicia, han considerado á la gallega como un sér pesado y sin inteligencia. Nada más injusto.

Si en este incompleto boceto da las mujeres de España mencionara también sus virtudes más elevadas, no serían ya tan sólo las hermosas mujeres que son en realidad, sino que aparecerían también como las madres susceptibles de mantener las cualidades de la raza. El día en que las mujeres de España puedan desarrollarse libremente bajo su cielo sonriente, el desarrollo nacional será correlativo y continuo.

J. P. R.



Vestido de gros negro graneado, para matrona.

El Pectoral de Cereza del Dr. Ayer.

• • •

Para Resfriados, Toses, Bronquitis. Mal de Garganta, Romadizo y Tisis Incipiente no hay remedio que se aproxime al **Pectoral de Cereza del Dr. Ayer.** Calma la inflamación de la garganta, destruye las mucosidades irritantes, suaviza la tos y predispone al descanso. Como medicina casera para casos fortuitos y para el alivio y curación del garrotillo, tos ferina, mal de garganta y todos los desarreglos pulmonales á que están expuestos los jóvenes, es de un valor terapéutico inapreciable.

El Pectoral de Cereza del Dr. Ayer.

PREPARADO POR

Dr. J. C. Ayer y Ca.,

LOWELL, MASS., U. S. A.

Medallas de Oro en las Principales Exposiciones Universales.

☞ Póngase en guardia contra las imitaciones baratas. El nombre de — **Ayer's Cherry Pectoral** — aparece en la envoltura y de realce en el cristal de cada frasco.



Carta interesante al público. 54 años de edad y 35 de sufrir. Horror al cuchillo y al cloroformo.

35 años justamente era la edad que llevaba de padecer una de las peores enfermedades que pueden sobrevenirle al hombre, como son las Estrecheces en el caño de la orina. El tiempo se iba pasando sin que yo resolviera á operarme por el horror tan grande que le tenia al cuchillo, el temor que me infundia el cloroformo, y por último, la dificultad de abandonar un negocio para guardar cama; pues bien, en tales circunstancias emprendí viaje desde San Gabriel Estado de Morelos; á la capital, para consultar con el reputado especialista Dr. C. Preciado de quien sabía yo curaba tales enfermedades de una *manera sencilla:* dicho faculiativo me aseguró que me operaría sin dolor, sin hacerme sangre, sin que yo guardara cama y sin cloroformo, por medio de la electricidad y en efecto, el día 13 del presente mes me operó en su consultorio particular situado en la grande avenida de las calles del Refugio, Coliseo Viejo núm. 8; duró mi operación cuatro segundos, soy un testigo viviente del buen éxito que se alcanza con tal método, y vivo eternamente agradecido al famoso especialista y como una muestra de mi gratitud doy á conocer este echo al público y si estuviera autorizado daría el nombre de más de 20 personas que en el citado consultorio ha tratado y se manifiestan como yo contentos del éxito que han alcanzado con la misma operación que á mí les ha hecho el Dr. Preciado.

LUIS MANJARRÉS.

CARTA INTERESANTE PARA EL PUBLICO

S. C: Méxieo, Febrero 10 de 1897.

Sr. Dr. Adrián de Garay.

Presente.

Estimado amigo y compañero:

Con el fin de que llegue á noticia del público y pueda éste aprovecharse de los esfuerzos y trabajos que yo he emprendido, me es grato manifestar que vd. es único cirujano mexicano que yo conozco que sepa perfectamente mi método para curar las estrecheces uretrales, del exófago, del recto y del utero por medio de la electrólisis lineal. Pueden, pues, los enfermos de este género, entregarse con entera confianza a vd , lo mismo que en cualquier otro asunto que se refiera á cirugía, pues estoy persuadido de sus aptitudes, de su habilidad para operar y de su basta ilustración. A la vez me es grato decir una vez más que mi método para curar las estrechecs es inofensivo, rápido y de resultados maravillosos y que por medio de él he curado milláres de enfermos en diversas partes del muudo, como lo he probado en los libros que he escrito y en diversas Academias de Medicina.

Hoy que regreso á París á continuar mis trabajos después de mi agradable permanencia de invierno en esta ciudad, quiero que los mexicanos sigan aprovechando mis esfuerzos y por esto les recomiendo se pongan en manos de vd , seguros de que quedarán satisfechos.

Escribo á vd. la presente para que haga de ella el uso que mejor le convenga, naciéndole presente una vez más mi sincero aprecio. —*Dr. J. A. Fort,* profesor de Anatomia de la Facultad de París

El Dr. Garay ha practicado numerosas operaciones por medio de la electrólisis, *todas con éxito*, y en algunas acompañado de los Doctores M. Gutiérrez, M. Aveleyra, J. Zárraga y A. Gaviño.

El Dr. Adriáu de Garay es profesor de Anatomia quirúrgica en la Escuela Nacional de Medicina, Cirujano del Hospital Juárez y del Asilo Español; profesor de Higiene en la Escuela Normal de Profesores, Presidente de la Sociedad Médica "Pedro Escobedo" y director del periódico *La Escuela de Medicina*

Su consultorio está situado en la primera de la Pila Seca, número 8, y da consultas todos los dias, menos los de fiesta, de 3 á 6 de la tarde.

Reservado



Purifica la Sangre

Es el mejor remedio conocido para curar pronta y radicalmente las enfermedades que proceden de la impureza de la sangre.

No contiene mercurio

La sífilis más rebelde cede pronto bajo la enérgica acción del «Olugna» y aun los niños que heredaron tan terrible enfermedad se curan

SE RECOMIENDA MUY ESPECIALMENTE

á los que en su juventud tuvieron esta enfermedad y van á casarse, pues pueden trasmitir el virus sifilítico y á los que han tomado mercurio pues elimina ese peligroso mineral.

En las Droguerías y Boticas.

AGENCIA.—APARTADO POSTAL 183.—MEXICO

SE ENVIAN FOLLETOS GRATIS

Mosler, Bowen y Cook, Sucesor.

Calle de la Alcaicería número 27, — Entre las calles del 5 de Mayo y Plateros.

ANTES EN LA LA 2a CALLE DEL 5 DE MAYO NUM. 4.

Surtido completo de las afamadas cajas de seguridad "*MOSLER*"

CONTRA ROBO Y CONTRA INCENDIO.

Escritorios Planos, Escritorios de Cortina, Carpetas altas para tenedor de libros, Sillones giratorios de tornillo y resorte en gran variedad Archiveros, Prensas para copiar, libreros giratorios, Libreros con cristales, Ajuares de cuero para despachos, Máquinas para escribir y demás muebles para oficinas.

La máquina para escribi "Esmith-Premier."

UNICO AGNTE EN LA REPUBLICA PARA LAS CELEBRES BICICLETAS "CLEVELAND."

El más completo surtido de accesorios para Bicicletas

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye basta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en **cajas**, para la barba, y en 1/2 **cajas** para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el ***PILIVORE.*** **DUSSER. 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.**

Higiene de la Cabeza ✱ Belleza de la Cabellera

AGUA DE QUININA TONICA DE ED. PINAUD

Infalible contra las Peliculas y la Caida de los cabellos.

PARIS — 37, Boulevard de Strasbourg, 37 — PARIS

LA VELOUTINE Polvo de Arroz especial preparado con Bismuto. **HIGIENICO, ADHERENTE, INVISIBLE**

Sola Recompensada en la Exposición Universal de 1889.

CH. FAY, Perfumista, 9, Rue de la Paix, Paris

(Guardarse de las Imitaciones y Falsificaciones. — Sentencia de 8 de Mayo de 1875).

FÁBRICA ESPECIAL de AFEITES de TOCADOR para PASEO y TEATRO

CREMA CAMELIA, CREMA EMPERATRIZ.
ROJO y BLANCO en chapetas.
ROJO VEGETAL en polvo.
LÁPICES especiales para ennegrecer pestañas y cejas.
POLVOS para empolvar los cabellos. Blondo, blanco, oro, plata y diamante.
BLANCO de PERLA en polvo, blanco, róseo, Rachel.
POMADA ROJA para los labios, en botes y en rollos.

Los Productos de CH. FAY se encuentran en el Mundo entero, en casa de los Principales Perfumistas y Droguistas

EL MUNDO.

TOMO I. MEXICO, ABRIL 18 DE 1897. NUMERO 16.

Cuadro de la Estación.



LA HORCHATERA

[Dibujo de José M. Villasana.]

"EL MUNDO"

Semanario Ilustrado.

Teléfono 434.—Calle de Tiburcio núm. 20.—Apartado 87 b. MÉXICO

Toda la correspondencia que se relacione con la Redacción, debe ser dirigida al

Director, Lic. Rafael Reyes Spíndola.

Toda la correspondencia que se relacione con la edición debe ser dirigida al

Gerente, Lic. Fausto Moguel.

La subscripción á EL MUNDO vale $1.25 centavos al mes, y se cobra por trimestes adelantados.

Números sueltos, 50 centavos.

Avisos: á razón de $30 plana por cada publicación.

Todo pago debe ser precisamente adelantado.

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE.

La Semana Santa.

Todavía me acuerdo, como si lo estuviera mirando, de aquel magnífico saco de terciopelo que estrené un Jueves Santo.

¡Ya ha llovido desde entonces!

Tenía sus forros de seda, muy señores míos; y su bolsa de costado para guardar el pañuelo blanco con sus iniciales negras. La víspera del día famoso en que debía estrenarlo, no dormí en toda la noche. Sólo otra sensación parecida he experimentado: cuando el primer sombrero de copa se pavoneó con señoril donaire en mi perchero.

¡Dios mío! ¡Cómo se suspira de niño por ese Jueves Santo, esperado durante doce meses! Para los niños de la clase media es el día clásico de los estrenos. ¡Qué hermosa sería para ellos la Semana Santa, si no agriara su dicha la maldita estrechez de los botines que comprados la víspera, al obscurecer, de prisa, entre el barullo de los entrantes y salientes, aprietan el pie como un zapato chino! Para los ricos, y los que no conocen, afortunadamente esas penurias y privaciones que trae consigo la pobreza, no existe, de seguro, la infinita ansiedad con que se aguarda un día de fiesta. Mas para los pobres, enclaustrados severamente en el duro aislamiento y el trabajo, el calendario abre de trecho en trecho sus cerrados barrotes, dejando ver un pedazo de cielo azul, como el girón del firmamento que se mira por la angulosa claraboya de una cárcel. Por la abertura de esos barrotes mal unidos, entra como una bocanada de aire que refresca la sangre y comunica aliento para seguir copiando oficios en el desmantelado salón de una oficina, ó vendiendo diversas mercancías tras el pesado mostrador de una tienda. Esas francas alegrías que saludan la llegada de los días de fiesta, forman la riqueza de los pobres. Para ellos la Semana Santa no significa, como para nosotros, el trastorno, penoso siempre, de los viejos hábitos, la obstrucción del boulevard y la altura espantosa del termómetro; para ellos esos tres ó cuatro días, ungidos por la tradición cristiana, significan la libertad más amplia y prolongada de que pueden gozar durante el año, la fiesta de familia, la comida cuidadosamente aderezada, los pescados que sólo se compran para el Viernes Santo, los paseos llevando á la mujer del brazo y los niños de la mano á través de las calles y los templos, el vanidoso placer de tomar un helado en el café, el anhelado estreno de la ropa nueva, los días sin patrón, sin amo, sin ministro, las noches de largo sueño no cortado por el repique del reloj dando las seis de la mañana, ni las pesadillas en que revisten formas colosales los libros de Caja y las enormes ruedas de las fábricas.

La víspera del Jueves Santo, en cuanto dadas ya las oraciones, ciérranse las oficinas y se apagan las luces de las tiendas, el pobre esclavo dáse á recorrer las calles, llevando bien guardados los cartuchos en que tiene el dinero de su sueldo; y cuando vuelve á casa entre los gritos regocijados de los niños que salen á aguardarle en la escalera, va poco á poco descargando su provisión de encargos: latas y pasteles, el encaje que falta para el vestido nuevo de la esposa, el sombrerito de paja florentina para el hijo mayor; las provisiones para la despensa, toda la inmensa variedad de peces y mariscos que son indispensables para estas vigilias de gran gala; la empanada de ostiones, el tarro de mostaza, y cubierta por triple envoltura de papel de estraza, apenas azomando el encarnado casco de latón, la gran botella de Alicante ó Burdeos malo, que al día siguiente apurará entre aplausos la familia. Rhin, viejo Rhin, el vino de los ricos, jamás produce una alegría franca ni un placer tan grande.

***

Mi saco de terciopelo negro está ya más calvo que los académicos. Si tuviera memoria me contaría las peripepcias de aquella Semana Santa en que me hizo sudar como un acróbata. Ya han cambiado las costumbres, hemos perdido muchas diversiones, muchas fiestas. La procesión no sale ya con su cortejo devoto por las calles, ni el Centurión caracolea en su caballo color de capa vieja. Sólo firmes, resistiendo los vaivenes de la suerte y los empujes de la civilización, permanecen tres cosas eternas: las matracas, los judas y las rosquillas. Hasta las aguas frescas han adelantado. La horchata de los buenos tiempos ha desaparecido con la china poblana y los versos de Guillermo Prieto. Los puestos de aguas frescas son verdaderamente cafés de encrucijada, con sus pequeñas mesas, más ó menos limpias, sus canapés desvencijados, sus vasos de cristal y sus meseras. Ya no se toma la horchata en cantaritos nuevos. *Delenda est Carthago.*

¿En dónde están ahora aquellas tinieblas de San Agustín? Seguramente han ido á los telarañosos almacenes en donde el tiempo avaro guarda las lunas viejas y los monumentos de San Francisco. ¡San Francisco! Aquella era la grande Iglesia de la Semana Santa. En ella se lucían las mantillas negras, último resto del poder de España, los vestidos de moaré y los floridos tápalos de China. Ningún carruaje rompía con el estruendo de las ruedas el solemne silencio de las calles. Los gritos de los maromeros rasgaban el aire y los oídos también. ¡Cómo ha corrido el tiempo!

Por aquella sazón no había nacido Bejarano y no se proyectaban exposiciones de flores: Las mujeres no se exponían más que en los templos......... á ser magulladas por la muchedumbre. Ya no se toma la horchata en cantaritos nuevos.

***

La Semana Santa de nuestros días está vestida á la moderna! Los hombres pasan el día en las calles de Plateros y las mujeres se exhiben en todo género de exposiciones. Todo lo viejo desde las suegras hasta las mantillas, tienen la licencia de pasear á la luz pública. Lo primero que se piensa, viendo esos trajes de color de agua marina, esas plumas de pavo y esos botines de raso, es que el vestuario del teatro Nacional se ha vendido al menudeo. Se ven muchas caras y muchísimas caricaturas. Sombreros hechos en la casa y que de lejos ó de cerca parecen filtros abollados con los que acaba de jugar un gato; viejas que se descascaran y jovenes al oleo; levitas cuyos faldones se abren por detrás, dejando ver un pícaro remiendo; corbatas color de sangre y guantes de redecilla. Los monumentos sí han cambiado poco.

La misma profusión de naranjas plateadas y banderitas de oro volador; las velas de cera, que se tuercen y se deshacen con el calor sofocante de la iglesia, las aguas de colores repartiendo la luz en haces, los profetas de cartón muy serios y formales; Josué con un sol de nariz colorada, entre las manos. Moisés con dos mechones calumniadores de rayos, erguidos sobre la cabeza; todos los personajes de la Biblia, estropeados implacablemente por los escultores, fijos en el altar, como una guardia Palatina de la Iglesia.

MANUEL GUTIERES NAJERA



EL CERRO DEL CALVARIO

Vése una loma enfrente del egido
Que el blando influjo del Abril enerva,
Y donde envano la cansada cierva
Busca el raudal y pasto humedecido.

No hay un arbusto donde cuelgue el nido
De avecillas la gárrula caterva;
Ni un matorral, ni un tronco, ni una hierba
Donde module el céfiro un gemido.

Ruinosa, oscura, sepulcral ermita,
Corona enhiesta la caliza cumbre
Donde soberbio el vendabal se agita.

De esqueletos horrible muchedumbre,
Es fama que de allí se precipita,
El sol hermoso al esconder su lumbre.

JOAQUÍN ARCADIO PAGAZA.

Debe el bueno sentir que tiembla el suelo
como el justo de Horacio con firmeza.
y ver también que se desploma el cielo
sin inclinar siquiera la cabeza.

***

Cuando se abre la tierra estremecida,
el bueno reza, se resigna y muere,
que es el único sabio en esta vida
el que sabe querer lo que Dios quiere.

CAMPOAMOR.

EL DOMINGO DE PASCUA EN GAZA

(De "El Desierto" de Pierre Loti.)

Gaza, una de las ciudades más antiguas del mundo, mencionada ya en el Génises, en las tenebrosas épocas anteriores á Abraham, fué asaltada y vuelta á tomar, derribada y elevada por todos los viejos pueblos de la tierra; los Egipcios la poseyeron veinte veces; perteneció á los Filisteos, á *los gigantes de la raza de Enoc*, á los Asirios, á los Griegos, á los Romanos, á los Arabes y á los Cruzados. Su suelo sembrado de escombros, lleno de osamentas y de tesoros, se encuentra trabajado hasta en su profundidad. La colina de tierra que le sirve de asiento, es una colina artificial, amoldada por tiempos lejanos y vagos; sus alrededores están minados por subterráneos de todas las edades, de salidas ignoradas; sus campos están acribillados de agujeros sin fondo, en los que tienen sus madrigueras lagartos y serpientes.

A ocaciones fué espléndida, sobre todo en los tiempos del dios Marnas, que tuvo allí un célebre templo. En la actualidad, las arenas han asolvado su puerto, enterrado sus mármoles. No es ya sino un humilde mercado, á la puerta del desierto, en donde se surten las caravanas.

Su aspecto sigue siendo sarraceno; por encima del montón ruinoso de sus casas, se elevan mezquitas y kioskos funerarios de cúpulas blancas y se alzan palmeras esbeltas y grandes sicomoros.

País de ruinas y de polvo. Barriadas de arcilla de lodo seco, y aquí y allá, incrustado en viles materiales, un vetusto mármol árabe, el blasón de una cruzada, un fragmento de columna antigua, un santo ó un Baal. Restos de templos yacen esparcidos en las calles, frisos de palacios griegos, en tierra, en el dintel de la puerta.

Escasos transeuntes y ninguna huella de carruajes; dromedarios, caballos y asnos.

Algunos inmóviles turbantes, blancos ó verdes, sentados en las gradas de los templos. Todo el movimiento en el bazar, obscuro, cubierto de palmas marchitas, en el que beduinos de diferentes tríbus del desierto, compran con dinero de merodeo, arneses de camello, vainas de sables, avena y dátiles.

En una mezquita la tumba de Nebi-el-Hachen, abuelo de Mahoma y patrono actual de la ciudad.

Penetramos allí en medio de un claro rayo de sol de esta mañana de Pascua. Primeramente se ofrece á nuestra vista un amplio patio rodeado de blancos arcos. Algunos hombres se encuentran allí en oración; pero hay, sobre todo, gran cantidad de muchachos que juegan bajo este inmenso cielo azul. Es el uso de Oriente; las praderas y los patios de las mezquitas son el lugar de cita de los niños; se ven como cosa natural y conveniente esos juegos sencillos al lado de las oraciones de los ancianos prosternados.

Los más pequeños, los que apenas saben correr tienen en los tobillos un rosario de cascabeles, para que las madres puedan oír desde lejos en dónde se hallan, así como se rodean de campanillas los cuellos de las cabras en la montaña.

Este patio se comunica por medio de unas ojivas cerradas con verjas de hierro, con tranquilos cercados, sombreados por palmeras y en los que crece una yerba primaveral, alta y florida, lugares en los que sin duda duermen los muertos.

La tumba del santo se encuentra en uno de los ángulos, la maciza puerta, ornamentada de esculturas antiguas, está cerrada con llave; álguien, que rezaba allí, va en busca del viejo sacerdote guardián, y nos sentamos, en tanto, á la sombra de los arcos, en medio de una paz religiosa que lo envuelve todo.

Acude con lentitud el sacerdote, anciano de barba blanca y turbante verde; abre y entramos. Bajo una triste cúpula, horadada en su parte superior, pintarrajeada, de arabescos cuyos colores han apagado la humedad y las lluvias, se alza el gran catafalco, de paño verde; en las cuatro esquinas bolas de cobre coronadas por la media luna, y en la cabecera el turbante del muerto que vela una vieja gasa.

Pos las callejas, por los bazares, la gente va y viene, ocupada en sus asuntos cuotidianos: aquí no es domingo, ni es Pascua, sino un día cualquiera de la Egira—y nada en esta primera ciudad de Judea, despierta el recuerdo del Cristo.

Sin embargo, he aquí otra mezquita de mayores proporciones, cuya puerta gótica nos parece una puerta de Catedral, y cuyo umbral, en donde nos quitamos nuestras babuchas, es como el umbral de una iglesia. En el interior, una gran nave, en forma de cruz latina, con columnas de marmol gris; y aquí y allá, en los muros, otras cruces, que han sido arañadas, es verdad, pero que persisten en dibujarse bajo las espesas capas de cal que las cubren. Es, en efecto, una iglesia, edificada por estos Cruzados de fe ardiente que venían en otro tiempo á hacerse matar en Tierra Santa. ¡Qué fuerza poseían aquellos hombres y qué prodigios érales posible realizar! ¡Cuán bella es su iglesia para haber sido edificada en medio de las guerras, en un país de destierro! ¡Cómo sorprende verla en pie todavía!

En su blancura tranquila, iluminada por un reflejo de sol oriental que resplandece afuera, algo cristiano se encuentra aún, repentinamente en ella. Los francos que la construyeron, hace siete siglos, habían, sin embargo obscurecido ya el Jesús del Evangelio por infantiles leyendas—y ahora, lo que es más todavía—las sombrías banbanderas verdes de Mahoma ocupan la nave despojada, en el lugar de las imágenes que colocaron allí aquellos Cruzados sencillos; pero, es igual, algo de Redención se vislumbra, algo impalpable é infinitamente dulce con una vaga impresión de la fiesta del domingo, de la fiesta de la Pascua.........

Por lo demás, los Cruzados han dejado aquí huellas suyas en todos partes, y se correría el riesgo de remover sus huesos si se removiera este viejo terreno sembrado de ruinas y de muertos. La ciudadela turca, comenzada en el siglo XIII, retocada, recargada de todas las épocas

de la historia, ofrece en sus muros un conjunto de sutiles lineamientos árabes y pesados escudos de los tiempos caballerescos, en los que brotan en la actualidad los líquenes, las plantas de las ruinas.

En los barrios altos, nos detenemos en un lugar desde donde aparece todo Gaza, con sus casas de tierra, sus minaretes, sus cúpulas blancas rodeadas de palmeras, abajo los restos de sus baluartes, de tiempos desconocidos, cuyos planos no se distinguen ya y se pierden en los cementerios. Un mundo de cementerios invade la campiña; en uno de ellos, bajo un sicomoro, algunas mujeres agrupadas lloran ruidosamente algún difunto, según los actos oficiales, y sus lamentaciones rítmicas se elevan hasta nosotros. Muchos hermosos jardines cubiertos de sombra, muchos senderos bordeados de cactus y por los que suben asnos llevando á la ciudad el agua en odres. Y, por último, la mar lejana, las espigas de las siembras ondulando en rizos, y más allá las arenas del desierto; un panorama melancólico á que es difícil de asignar una fecha en el curso de las edades.



EL MISERERE DE SAN PEDRO

(Roma.)

Pero hay una ceremonia y un momento sublime: el Miserere en San Pedro. La música es de una inspiración inagotable, de un efecto sorprendente. Roma vió en el siglo XVI que el protestantismo le aventajaba en música, cuando tanto aventajaba ella al protestantismo en pintura, en escultura y en arquitectura. Naturalmente buscó un músico para contrastar esta inferioridad, y lo encontró sublime, encontró á Palestrina, ese Miguel Angel del arte lírico. El Papa prohibió que su Miserere fuera copiado, para que sólo resonase en la iglesia cuyas bóvedas gigantes se hallan completamente en armonía con las sublimes notas. Un día escuchaba fuera de sí el Miserere un niño sublime. Este niño, que debía ser el Rafael de la música, lo aprendió de memoria y lo divulgó por el mundo. Llamábase el niño, Mozart. El genio germánico vino como siempre á robar sus secretos al genio latino, en la guerra eterna de ambas razas. No hay pluma capaz de describir la solemnidad del Miserere. La noche avanza. La Basílica está á obscuras, sus altares desnudos La última vela del tenebrario se ha ocultado tras del altar. Os creeriais dentro de un túmulo inmenso á traves de cuyas tablas entrara el resplandor lejano de lámparas funerarias. La música del Miserere no tiene instrumentación. Es un coro sublime combinado de una manera admirable. Ya se oye como el rumor lejano de una tempestad ó como la vibración del viento sobre las ruinas y en los cipreses de las tumbas; ya como un lamento que se levantara del fondo de la tierra ó como un plañido que enviaran los ángeles del cielo, todo envuelto en sollozos, en una lluvia de lágrimas.

Como las estátuas de blanco marmol son de tal manera gigantescas y brillan tanto que las primeras sombras no pueden completamente ocultarlas, parecen evocaciones de otras edades que, al levantarse de su sepulcro y desceñirse de su negro sudario, entonan ese cántico de dolor y de horrible desesperación. La Basílica toda se conmueve, vibra cual si los acentos de terror salieran de cada una de sus piedras. Esta lamentación, larga, sublime, esta ola de hiel evaporada en los giros del aire, os hiere profundamente el corazón, porque es su tristeza infinita, es la voz de Roma quejándose á los cielos desde su lecho de cenizas, como si bajo sus cilicios se retorciera agonizante. Llorar así, lamentarse como los antiguos profetas bajo los sauces del Eufrates ó sobre las piedras esparcidas del templo; llorar en cadencias sublimes, conviene á una ciudad como esta, cuyo eterno dolor no ha ofendido todavía á su eterna hermosura. Así es la ciudad esclava. David sólo podría ser su poeta. Lo sublime es la nota de su cántico. Roma, Roma; eres grandes, eres inmortal hasta en tu desesperación y en tu abandono.

Tendrás eternamente en el corazón humano un altar, aunque se pierda la fé, que ha sido tu prestigio, como se perdieron las conquistas que habían sido tu fuerza. Nadie podrá robarte el dón de la inmortalidad que te confiaran tus dioses, que te han sostenido tus pontífices, y que te confirmarán eternamente tus artistas.

EMILIO CASTELAR.

EN EL COMEDOR

(Pascua de Resurrección.)

Mágico hervor que se dilata en torno
hace saltar la nota cristalino
de la ancha copa que el aldeano empina,
del carnaval por el feliz retorno......

Es un arado el singular adorno
único que hallar puede la retina;
y allá tras de la puerta se adivina
caduco, ahumado y ceniciento horno......

Hoy es Pascua. Hoy del sol al postrer lampo
bebe una misma copa con su amada
el labrador, por la salud del campo;

Y hoy á la cena la embriaguez asiste,
danzando al rededor de una colgada
ave sin plumas, retorcida y triste ....

J. S. CH.

VIA-CRUCIS

Cada vez que trato de traer á la memoria aquel camino de la Redención, reproduzco, por poder imaginativo, el grandioso lienzo de Rafael de Sanzio, *pasmo de Sicilia*, viajero errante, llevado en las lanzas de la conquista y rescatado por la piedad cristiana de entre las presas de la gran conmoción volcánica que agitara un día el suelo de la Europa.

Allá veo yo á Jesús, destacándose vagamente de entre el grupo brutal que le asedia; flota en su cabeza un luminoso rayo en que parece haberse concentrado toda la inspiración del artista: si allí hay luz, no es la que viene de lo alto, es la que irradia de aquel busto transfigurado por el dolor. Enturbia sus ojos una nube de lágrimas y de entre aquel llanto comprimido surge una mirada de infinita tristeza, mientras su boca se pliega amargamente en una sonrisa serena.

A la derecha, la Divina Madre extiende sus palpitantes brazos y dos gotas de rocío titilan en los hilos de ébano de sus pestañas. Magdalena gime arrodillada.

Al fondo, no muy lejos, en ese eterno *primer plano*, único que la pintura de la época parecía disponer para sus personajes, un montón de cabezas poseidas por la ira, muchas sombras en aquellos semblantes y muchas ironías en aquellos labios. Y en aquel conjunto, algo aéreo y sutil, algo más que la inspiración del artista: la fe de su alma, el ideal religioso, el amor divino dentro de un espíritu.

La senda del sacrificio es larga y dolorosa, pero si el martir llora no es por él, es por Sión que ya vislumbra hundida en lontananza: «No lloreis por mí, dice á las mujeres; llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos.» Y aun hay movimientos en sus miembros doloridos y con sublime entereza se dirije al lugar del suplicio: es que de allá arriba la orden de Padre ha descendido hasta El y ha penetrado en su sér, sublimado al anuncio del martirio.

Tiene este camino la punzante amargura de un dolor que no se acaba nunca: se le recorre paso á paso con el Crucificado, y en cada aspereza se va dejando un girón de carne, hasta llegar á lo alto de la cima La vida, prendida al cuerpo por invisibles ligaduras, se aleja tenuemente, sin convulsiones desesperadas. El *Via Crucis* es el comienzo de una agonía serena: de la agonía del Hombre-Dios.

Todo lo que la rabia humana ha podido amontonar, cae en esa inmortal carrera sobre la Sagrada Víctima: el escarnio, el furor, la burla, se mezclan y se confunden y en un solo eco se formulan, gritos de bestia famélica que ha encontrado su presa, la reclama, juega con ella é incita todavía su apetito y prolonga más el suplicio. Bastaría á Jesús para el martirio ese *Via Crucis*, el pesado madero á su hombro, la injuria escupida á su rostro, esa oleada brutal invadiéndolo todo, devoradora, insaciable y haciendo flotar á este Divino Mártir de la salvación de las almas.

María ha regado con su llanto cada piedra de la sombría calle: la Madre es la esencia divina, pero es Madre. Sabe que el martirio es preciso, pero sabe también que el Martir es su hijo. Y en aquella interminable senda, los mártires son dos: El y Ella.

El catolicismo se nutre con la sangre de la víctima: de generación en generación el terrible drama ha pasado con sus acentuados perfiles sin perder una sola de las impresiones que su recuerdo evoca en la historia humana. En el curso de todos los grandes hechos que han conmovido al planeta, esta dulce figura que pasa con los brazos extendidos, fulgurante de luz, derramando bendiciones, no ha desaparecido; siempre en el fondo de nuestras luchas se conserva esta hermosa visión que toca nuestro espíritu con el triple poder de la fé, de la esperanza y del amor.

Jesús no podía llegar al mundo sino para ser herido por el dolor, para el sacrificio y para la redención. Ponerse en contacto con las cosas humanas, reducirse, El, más inmenso que el espacio á los estrechos límites de nuestro breve cuerpo; tomar carne de hombre, era ya de condenarse al martirio: la nieve no se mezcla con el fuego sino para mancharse. Había de morir: nostalgia divina lo apartaba de nosotros. Arrojó en las siembras la eterna semilla, y se encaminó serenamente al patíbulo. Su vida humana fué un holocausto: los católicos se aproximan á este drama de rodillas.

Allá en el Calvario, cuando la sombra va borrando los perfiles, y el sagrado cuerpo abandonado á su propio peso, parece como vencido en la lucha contra la raza humana, llora todavía la Madre, y su silueta tiembla sobre el fondo negro de la ciudad cruel. Abajo duermen las pasiones mal extinguidas, enfríanse los odios; es el reposo de la bestia repleta. Arriba vela el dolor; se eleva hasta el Padre y busca un hilo de luz en medio de tantas tinieblas.

Y el sagrado cuerpo parece animarse, y de sus labios, una vez más, brotan frases de perdón para sus verdugos, de bienaventuranza para todos los hombres, de amor para la madre; es el único soplo de aquella alma que antes de abandonar su armazón mortal, lo ilumina con el hilo de luz pedido por la Madre. Ultimo esfuerzo de un espíritu antes de abandonar á la que tanto ama.

También las almas tienen su via crucis. A las que sufren, á las que lloran, abierto está el camino de esa otra alma inmensa, que llena el Universo, que lo vivifica todo: la de Aquel que expiró en la cruz.

E. GÓMEZ GUERRERO.

Conmueve de placer nuestras entradas,
al ver que consolando ajenos males,
va la piedad desde las casas reales
á barrer la miseria á las cabañas.

CAMPOAMOR.

LA CRUZ DE LA MONTAÑA

No tiene más adorno que las flores
Que el inocente leñador cortara,
Que los esbeltos juncos cimbradores
Para alfombrar el césped de tu ara,
O de campestres lirios la cadena
Que pastora infeliz ofreció pía,
Cuando con labio trémulo pedía
Tu protección en su amorosa pena.
Te da sus perlas la naciente aurora
En argentada lluvia de rocío,
El iris con las tintas te colora
Del sol de las montañas del estío.
La piedra de tu altar, arrulladora
Lame la blanca linfa de ese río,
Que va después, entre la selva obscura,
El soto á fecundar y la llanura.
Así te quiso el Redentor del mundo,
Que te escogió en el bosque centenario,
Para abrazarte con dolor profundo
En su santo martirio del Calvario;
Y así debes estar entre las flores,
En tus añosos bosques escondidos,
Consolando los tímidos dolores,
Aliviando los pechos oprimidos.
¡Santa y sublime Cruz! ¡Soy desdichado!
Ruge la tempestad de los pesares
Dentro mi corazón desesperado;
¡Vengo á buscar consuelo en tus altares;
Dame de mi niñez blanda el sosiego!
¡Que vuelva al corazón la antigua calma,
Consuelo del cristiano, te lo ruego!
Yo tengo mustia y dolorida el alma.
Yo quiero aquí olvidar; busco un asilo
En tí, mi dulce y única esperanza:
Aquí en tu altar descansaré tranquilo;
Aquí hallaré la paz y la bonanza!
Y cuando enlute el velo funerario
Mi triste frente y al dolor sucumba,
Tú, Cruz humilde, cubrirás mi osario,
Y tus violetas ornarán mi tumba.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.



BRONCES

MOISES

De perezosas sierpes negra trama
Finje su luenga barba retorcida,
Y es su frente á la cumbre parecida
Que el sol calcina con eterna llama.
El pensamiento que al Señor proclama
Al partir de su lengua conmovida,
Como un gigante con la sien herida
Lleno de furia se retuerce y brama!
Sus fuertes nervios el furor violenta
Cuando de Dios numera los agravios
De aterradora majestad cubierto......
Hay en sus ojos brillos de tormenta
Que parece que viene de sus labios
Un soplo retumbante del desierto

***

SAN JUAN

Asienta sobre vórtices la planta,
su frente al cielo tempestuoso toca,
el acento de fuego de su boca
torbellino de arcángeles levanta.
Entre es fragor de la trompeta santa
que á juicio los espíritus convoca,
con ruina y con estrépito de roca,
la carcel de los réprobos quebranta.
Al mandato de Dios, que él obedece,
todo en profundo y colosal abismo
por inmensa vorágine perece......
Más para gloria del humano duelo,
sobre el horror del vasto cataclismo
aurea Jerusalem erige al cielo!

JUSTO A. FACIO.

Escenas mexicanas.



Jueves Santo.—Visitando los Monumentos.

[Dibujo de José M. Villasana.]



La ultima cena.

Una Semana Santa de hace dos siglos.

Espléndido se ha mostrado el sol en este día, que á no dudarlo el padre de la luz estaba ganoso de presenciar el boato que ha desplegado el rey más galán y fastuoso del orbe para solemnizar el mayor de los misterios de nuestra sacrosanta religión.

Después del retiro que, llevado de su mucha piedad, se había impuesta recluyéndose con su augusta familia desde el viernes á los reales aposentos de San Jerónimo, en la tarde de ayer miércoles hizo su entrada en la Corte el rey nuestro señor, con gran contentamiento de sus vasallos, que viendo en su gallarda persona el más firme sustento de esta vasta monarquía, no pierden ocasión de mostrarle su amor y hacerle ver la alta estima en que tienen sus prendas.

De ese júbilo dícese que no han participado en tanta medida los reverendos de Atocha, que contando-con que á su casa asistirían SS. MM. á las tinieblas, se han creído desairados con la preferencia que el monarca dió por esta vez al templo real de la Almudena, que tal vez por su mayor proximidad al alcázar fué el elegido.

En él era tal la aglomeración de gentes, que al abrir las guardas calle á las reales personas, hubo no escaso número de heridos, y no pocos fieles fueron á dar con sus huesos en la carcel de corte, acusados de haber tenido más listas las manos para registrar faltriqueras que los ojos para admirar las galas de que se había adornado el templo.

No fué, sin embargo, esto, que por ser moneda corriente en nadie causó asombro, lo que aguó la fiesta. Otro incidente, que por haber sido muy comentado no ha de pasar en silencio, fué lo que hizo que terminara desabrida y punto menos que solitaria una solemnidad religiosa que comenzó tan animada y concurrida.

Poco después del primer salmo, la reina nuestra señora sufrió un desvanecimiento que casi la privó de sentido, y aunque su religiosidad nunca desmentida, una vez desvanecido el sopor, la hiciera instar á todos á permanecer en la iglesia, siquiera hasta la terminación del comenzado norturno, el rey, galante siempre, la acompañó al Alcázar, de donde ya no volvieron á salir.

Los más dieron por causa al incidente el sofocante calor producido por las luces, y aun hubo quien tuvo el síncope por venturoso nuncio de nueva sucesión; pero como en parte alguna no faltan lenguas maldicientes, éstas dieron otra significación al lance.

Sabida es la costumbre que tienen los lindos al uso de hacer en este día obsequios á sus damas, de matracas de ricas maderas embutidas de oro, plata y marfil y otras materias preciosas, con que armar ruido en los templos. El rey, á fuer de galán, había hecho á su augusta esposa presente de una de estas máquinas, verdadera joya, en que por haber puesto mano los más renombrados plateros recién venidos de Italia, parecía no poder tener rival en el mundo; y esta circunstancia había llenado de legítimo orgullo á la que con él comparte la soberanía de estos vastos reinos.

Dícese, sin embargo, que el contento de tan augusta señora se vió turbado desde el momento mismo en que penetró al templo, por ver que muy cerca de su estrado tenía almohada cierta dama á quien es fama que el gran Philipo galantea, no por cierto con desabrida fortuna. Sin embargo, casi es seguro que habría disimulado su enojo, á no haber reparado que la susodicha, con desacato inaudito y con objeto manifiesto de hacer más público lo que para nadie es secreto, mostraba en la mano una matraca que, por ser de mayores primores que la de nuestra soberana, harto claro revelaba la alteza de su origen.

La reina entonces, sin ser dueña de sí, hizo menudas piezas la suya, y acudiendo copiosas lágrimas á sus ojos, se vió tomada del desmayo de que ya se hizo mérito.

De esto será lo que quiera. El rey es mozo y galán, y aunque la suerte le unió con quien á nadie cede en virtud ni hermosura, la juventud es indómita, y más fácil es vencer luteranos y hugonotes que domar los fieros de una sangre bullidora é inquieta.

El hecho es, que si tormenta hubo, los primeros albores del día la disiparon, y hoy jueves ambos monarcas han asistido á los Divinos Oficios al convento de Descalzas Reales, donde no se ha sabido que admirar más, si los armoniosos sones de una orquesta digna en todo de los oídos que la escuchaban, ó la artificiosa traza del monumento con que las alcurniadas madres han logrado hacer la más bella apariencia del sublime misterio que hoy se conmemora.

Los reyes, terminado el Oficio, fueron obsequiados con un agasajo en que, sin quebrantar los preceptos del ayuno, pudieron paladear las delicadas garapiñas y las sabrosas aguas de limón, canela y bergamota, que tan alta nombradía de hábiles reposteras ha dado á las religiosas. Su Majestad mostró tal pena por no hacer brecha en las salsillas de mermeladas y jaleas que se ofrecían á sus ojos, que la superiora prometió que en la mesa de hoy correría á cargo del convento toda la parte de la confitura, y que nuevos regalos al paladar podría ofrecer si los augustos huéspedes honraban el *sarao á lo divino* con que la comunidad ha de festejar el Domingo de Resurrección.

El rey, no sólo aceptó con su cortesanía habitual el ofrecimiento, sino que se comprometió á ser pareja de la superioora en la *zarabanda mística* con que se rompiera el baile.

Con esto, y después de admirar los ricos tapices y reposteros con que se había engalanado el claustro bajo, salieron SS. MM. del monasterio para asistir en el Alcázar al *Lavatorio*, donde fueron agasajados largamente los doce pobres elegidos, entre los que el rey distinguió con palabras de afecto á un antiguo alférez de los tercios viejos, que después de servir desde los tiempos del Sr. D. Felipe el Segundo, lisiado de un tiro de Arcabuz, pide hoy limosna en las gradas de la Victoria.

Por la tarde, después de oído el *Sermón del Mandato* en la Real Capilla, salió la corte con pública ostentación á visitar los sagrarios, siendo tal el lujo que en su atavío y servidumbre desplegó el conde-duque que, aunque el rey iba bizarro en extremo, vestido de leonado con aforros de color perla y randas y sobrepuestos de plata pasada, hubo de decir con sin par donaire á uno de sus sumilleres:

—La mitad por lo menos de los memoriales que se recojan los proveerá de su bolsillo Olivares; que por lo visto anda con más holgura su casa que la mía.

La carrera no se señaló por incidente alguno notable, puesto que aunque en dos ó tres ocasiones la ostentosa comitiva estuvo á punto de verse rota por las oleadas de la plebe puesta en confusión, á tal incidente por todos los años, no dan valor sino las gentes sobrado espantadizas. Cierto es que por irreverente pudiera pasar que los puestos de bebida y golosinas obstruyan la puerta de los templos y den ocasión á que las destemplanzas de la embriaguez turben el recogimiento devoto que el día pide; pero la costumbre es costumbre, y hay que respetarla en evitación de mayores males.

Más de lamentar fué otro suceso que, llenando de consternación el ánimo de S. M., hizo que se retirase á su real morada antes de ponerse el sol.

Cuando se dirigía á Santo Domingo, que este año se ha visto concurrido como nunca por estrenar monumento, regalo del señor inquisidor general y traza del sevillano Diego Velázquez de Silva, gran bulto de gente que salía precipitadamente de la iglesia gritando: «¡Profanación, profanación,!» detuvo el paso de S. M., quien buscando refugio en las casas que habita un hijo del conde de Fuentes, mandó persona que se informara de lo ocurrido en el templo.

Esto, á lo que de público se decía, fué como sigue: A cierto consejero de Portugal, hombre de tan alta prosapia como entrado en años, hále ocurrido ha poco tiempo la idea de dar su ya sarmentosa mano á cierta doncellica á quien, no por lo que parece perdiendo su tiempo, recuestaba de amores un mayorazgo más sobrado de mala fama que de buena hacienda. El mozo no debió quedar satisfecho con gozar á medias lo que por entero pretendía, y hoy, aprovechando la confusión del mucho gentío y sin respeto á la santidad del lugar, arrebató á la esposa del brazo del propio marido y se dirigió desde cerca del presbiterio á la puerta de la iglesia, ganoso sin duda de poner en cobro su presa.

Esto hubiera conseguido si algunos criados del consejero, más avisados que su amo, viendo el juego no hubieran querido cortarle el paso, no sólo dando descompuestas voces, sino poniendo mano á las dagas. Al mozo no debía faltarle tampoco quien le guardara las espaldas, puesto que en breve espacio, donde todo era antes recogimiento y oraciones, sólo se escuchaban votos y porvidas mezclados al chocar de espadas y á los lamentos de los no pocos heridos que con su sangre manchaban las losas de la Casa del Señor.

Más de media hora tardó en ponerse remate al tumulto, cayendo, no sin trabajo, en manos de la justicia los causantes de él. Dícese que el templo se cerrará hasta que sea de nuevo purificado y que los culpables pagarán en la horca su delito. Dios Nuestro Señor sobre todo.

El rey ha tomado tal pena del suceso, que hay quien pretende que excusará su presencia en los balcones del Alcázar al paso de la *Procesión del Santo Entierro* que, como es uso, saldrá mañana. Aunque esto suceda, no por ello se verá menos concurrida la carrera, que sastre hay que lleva ya velando más de tres semanas por terminar ropillas y saboyanas que han de lucirse en el tránsito, y damas y galanes no renunciarán á ser vistos en día de tanta gala, suceda lo que suceda.

De todo informaré más por menudo en otra estafeta; que como es fácil que vengan tiempos en que la erética pravedad traiga consigo el descreimiento, bueno es que documentos escritos muestren á las generaciones venideras cuánta es la piedad de este siglo, que ha de ser citado para gloria nuestra, si no como espejo de buenas costumbres, como dechado de intachable fe y de sincera religiosidad.

ANGEL R. CHAVES.



VIERNES SANTOS

La cruz yace sobre el polvo. Duerme el templo. En los altares
ya los coros fervorosos de las vírgenes no cantan.
Secos cirios, arropados en las sombras tutelares,
con nostalgias luminosas de las sombras se levantan.

En el órgano—ese duro roncador empedernido—
duerme el cántico los sueños de sus místicos ensalmos;
y se escucha que resuenan en el fondo del oído
los gorgeos de las notas postrimeras de los salmos.

El espíritu escapándose en el verbo que aletea,
va girando por las nubes y esperando que se le abra
el gran pórtico dorado del alcázar de la Idea,
donde al pie del Padre Eterno canta gloria la Palabra!

La neurótica creyente, con fantástica ternura,
murmurando sus cortadas oraciones, se arrodilla;
y en sus labios perfumados con olores de mistura
todo llora, todo gime, todo tiembla, todo brilla.

A través del casto velo de las gotas de su llanto
ella observa el lienzo obscuro que hacia un lado se divisa:
Satanás alza los cuernos á los pies del angel santo,
con la boca dilatada por estúpida sonrisa.........

¡Oh qué pánico! ¡oh qué frío va corriendo por las venas!
¡oh qué vertigo de sombras! ¡oh qué golpes de locura!
La neurótica creyente que en su Dios pensaba apenas,
Como ha visto al diablo, salta y en sus rezos se apresura...

Ella ha visto que un fantasma gira en torno de las luces;
y teñida en los colores inflamados de la rosa,
atropeya sus palabras, con los dedos hace cruces
y va hundiéndose en las nieblas de la iglesia silenciosa....

Todo calla. La campana de las torres yace muda;
y sus cantos que ayer mismo fueron gloria hoy fuesen mengua;
taciturna, con sus sueños melancólicos de viuda,
bamboléase en las sombras, amarrada de la lengua.........

Mas enmedio del silencio filosófico y profundo,
se levanta el señor cura; y espaciando la mirada,
con la idea en los abismos, con las plantas en el mundo,
sube á lo alto del Gran Todo, baja al fondo de la Nada.

Mueve ideas, cambia rumbos; mueve frases, cambia giros;
y—á los lóbregos pasando de los tonos más serenos,—
va soltando las palabras como lánguidos suspiros,
como besos, como quejas, como gritos, como truenos......

JOSÉ S. CHOCANO.



CUENTOS EVANGELICOS

(De un evangelio inédito encontrado en la abadía de San Wolfgang.)

EL SOCORRO DE UN LADRON

I.—Una noche negra, hacia el Egipto, á través del desierto, sin ganado, sin bueyes, sin carneros y con las ánforas vacías, los viajeros caminaban impelidos por el viento, sobre las inmensas sabanas de arena.

II.—La noche estaba muy pavorosa y muy negra, y torturados por el hambre y la sed y la aflicción, los viajeros gemían, no sabiendo á quién implorar.

III.—Entre las tinieblas de la noche se distinguía un árbol, y Jesús dijo: «Yo subiré á ese árbol para ver si luce alguna ventana, sea muy lejos ó muy cerca. Y Jesús subió al árbol y María le preguntó: «¿No ves lucir ninguna ventana?» Y Jesús contestó: «Sólo veo las tinieblas de la noche.» Después de unos instantes, María volvió á preguntarle: «¿No ves lucir la ventana de ninguna casa?» Entonces Jesús contestó: «Veo una luz pequeñísima allá muy lejos; pero dudo si sea una estrella que luce entre las nubes negras, ó la luz de una ventana.»

IV.—Y era la luz de una ventana, y cuando los viajeros se hallaron frente á la casa, José llamó á la puerta y apareció una vieja llevando una lámpara.

V.—Y habló María, la madre de Jesús: «Señora, permítenos dormir bajo el techo de tu casa hasta que salga el sol; el viento del desierto ha resecado nuestros lábios y nuestra piel, y la arena ardiente nos quemó los pies; somos un anciano, una mujer y un niño de dos años, que nos hallamos sin asilo y lo imploramos de tu bondad.»

VI.—Pero la vieja: «Huid pronto, contestó; huid, porque mi marido, á quien llaman *Tito*, es el más cruel y el más terrible de todos los ladrones del desierto y se complace en asesinar á los viajeros que despoja. Huid pronto porque está comiendo, y si os escucha vendrá á mataros.»

VII.—Y acabando de decir estas palabras, *Tito* salió, mostrando su rostro negro, sus cabellos erizados y sus gritos semejaban rugidos de león. «¡Oh, noche feliz, gritó, que trajiste á mi casa estos viajeros para que los despoje, y si la cena que preparaba mi mujer no es de mi agrado, tal vez la carne de esa mujer ó de ese niño, satisfarán mi hambre!»

VIII.—Y los viajeros temblaron.

IX.—Pero cuando el bandido feroz hubo visto al divino niño, se esparció por su rostro una expresión de inefable bondad y sus miradas se trocaron de feroces en amables. «Venid, dijo al anciano y á María, entrad á mi casa y cenad y dormid; no os haré ningún daño, sólo pido como recompensa, que me permitáis tener sobre mis rodillas á ese niño, el más bello y el más encantador de los hijos de los hombres, y besarlo una vez, si acaso no tiene miedo á mi inculta barba.

X.—Y los viajeros entraron, y cenaron y durmieron y el malhechor enternecido, admiraba extasiado á su divino huésped.

XI.—Cuando salió el sol los viajeros se despidieron del bandido, y éste se desolaba y gemía, porque pensaba que jamás volvería á ver á aquel niño encantador. Pero Jesús, volteándose hacia él, le envió un beso con los dedos de su diestra infantil! «*Tito*, le dijo, terrible malhechor que con tanta bondad me has dado albergue, tú me volverás á ver, te lo prometo, en nombre de mi padre.»

XII.—Y cuando Jesús fué crucificado, *Tito* también fué crucificado á la derecha del Redentor.

CATULO MENDEZ.



Si esperamos en dios con alma honrada,
Premiará nuestra fé su providencia.
¿Qué es el temblor de nuestro globo? Nada,
al lado del temblor de la conciencia.

CAMPOAMOR.

JUEVES SANTO



El divino preso.

(Dibujo del natural, por Carlos Alcalde).

SEMANA SANTA

Los que tienen el mal gusto de pasearse en Madrid estos días señaladísimos entre todos los del año, no encuentran ninguna iglesia cuyas dimensiones, cuyo decorado y cuya majestad levanten el ánimo á la contemplación. Los templos matritenses son en general feos y reducidos, y carecen de esas artísticas maravillas que en las grandes catedrales españolas realzan el esplendor del culto ó infunden religiosidad y mueven á contrición.

No soy, sin embargo, partidaria del viaje á Sevilla. Esta es la excursión de los que quieren pasearse y divertirse, no de los que anhelan recogerse y sentir hondamente la inmortal leyenda de la Redención. Al disponer la maleta para Sevilla, se piensa en la feria, en las seguidillas bailadas por piececitos andaluces, en el olor de los azahares y de las rosas, en los toros, en las carreras, en todo, menos en las ceremonias de la austera Semana. A Sevilla va la *high life*, para volver á encontrarse allí juntos los mismos y las mismas que se reunían habitualmente en Madrid. Sevilla es lujosa y alegre, y su Semana Santa me recuerda, no sé por qué un primoroso objeto de arte que tuve ocasión de ver en cierta colección, y que no he olvidado jamás. Consistía en un Crucifijo de admirable figura, que al jugar un resorte se convertía en puñal agudo y brillador. La Semana Santa de Sevilla, con sus espléndidas é interminables procesiones, con sus Pasos, y sus Nazarenos, y sus Vírgenes, y sus cofradías, y sus melancólicas saetas, y á la vuelta de todo ello su feria regocijada y sus danzas sensuales y moriscas, y sus lances de amores y honor, evoca en mí la idea de ese crucifijo-puñal.

Las Semanas Santas graves y recogidas, las encontraréis en Toledo, en Alcalá, en Sigüenza, en Santiago de Compostela, en Salamanca; en todas las ciudades donde, sobre el arbol añoso y venerado de la tradición, no ha prendido en el ingerto de la diversión á la moderna. Llegaréis á cualquiera de esos simpáticos pueblos viejos, y desde el drimer instante comprenderéis que su centro, que su corazón es la catedral. Todavía, como en la Edad Media, las augustas bóvedas del gran templo, dan sombra, calor y abrigo á la población y á sus habitantes. No es hora ya de que sirvan de baluarte y fortaleza á los defensores de la ciudad, si el sarraceno ó el francés la asaltan; pero moralmente, la catedral protege aún á los fieles, y les aguarda, adornada, resplandeciente, cariñosa. Ya velen sus retablos esculpidos los fúnebres paños que hablan del espanto y terror del mundo cuando su Redentor expiraba en la cruz; ya se ostenten por claustros y bóvedas los tapices flamencos y las banderas y estandartes cogidas al enemigo en gloriosas batallas; ya se columpie el enorme incensario, despidiendo chorros de humo aromático; ya el órgano solloce, ya eleve al cielo una melodía de esperanza y triunfo...... la catedral tiene siempre voces que nos llaman, formas para el sentimiento que no sabríamos expresar, y es verdaderamente la *Domus aurea*, el palacio de todos, la idea más democrática y mas inspirada en la igualdad y la justicia que han conocido los siglos.

Los palacios que hoy se construyen y enriquecen con toda la magnificencia de las artes decorativas y suntuarias, sólo los ve el pueblo cuando el pobre artesano, ganándose su jornal, emploma el zinc en el tejado altísimo ó ajusta el tarugo de fina madera al pavimento de mosaico. Si el artesano no va llamado para trabajos de su oficio, jamás traspasará aquellos umbrales. Las residencias de los monarcas están cerradas hasta para la clase media y para parte de la nobleza, y sólo la grandeza penetra allí. Las mismas casas particulares no son accesibles para mucha gente, y las costumbres hacen gradualmente más rigurosa la consigna del aislamiento. Obra de arte que adquiere un particular, catadla perdida para el goce y la cultura del pueblo. Tal vez por eso el pueblo es cada día más indiferente al arte.

¿Y los museos? decís. Los museos son la necrópolis del objeto del arte; cada sala, triple hilera de nichos. Recordad, cerrando los ojos, la impresión de un museo y la de una catedral, y comparadlas. En la catedral la obra de arte ocupa su sitio y tiene su razón de sér. El camarín tallado se hizo para la efigie milagrosa, y los trajes de rico tisú, las ajorcas cinceladas de gótica labor, los broches con el águila de rubíes, los mantos historiados, las coronas de argentería, forman el guardarropa y el guardajoyas de la Virgen. Los sitiales de gran relieve, los facistoles de bronce, ¡qué hermoso conjunto presentan en el coro, y qué pena causa ver alguna de las soberbias sillas en una casa moderna, y considerar el destrozo que supone la desaparición de esos coros tan majestuosos, tan episcopales, tan seductores para el pincel de la artista! Las verjas cerrando misteriosamente las capillas ó desarrollando sus filigranas de hierro ante los altares, decoran de admirable modo el recinto; y la piedra, los mármoles, las maderas preciosas, la plata, el oro, la pintura, la orfebrería, uniéndose para embellecer y adornar á la catedral, como á desposada en el día de sus nupcias, dan por resultado esa sinfonía incomparable del arte, que admira sin fatigar, que atrae sin deslumbrar, que penetra dulcemente, insensiblemente por los sentidos y por el corazón, y causa en vez del horrible calambre y de la neurosis aguda de los museos, un delicioso estado de plácido ensueño y de beatitud espiritual......... En los palacios de Cristo, en las bellas catedrales españolas las más engalanadas, que no tienen rival en el mundo, el complemento del espectáculo religioso es el pueblo. Humildes labriegos, vestidos con sus trajes regionales, arrodillados en primera línea, lo más cerca posible del altar mayor, prontos á besar el anillo del obisdo cuando pase, nos dicen que allí es la mansión de la igualdad, que en la catedral á nadie se excluye, que para todos, y acaso más para los desheredados y los miserables, se acumularon maravillas por espacio de siglos en la *Casa dorada* de Dios.

Este goce, repito, que no puede disfrutarlo el pueblo de Madrid. No es seguro que los hoy vivos duremos lo bastante para ver concluida la catedral dedicada á nuestra Señora de la Almudena, y que por ahora no ha rebosado mucho de la cripta subterránea. Y cuando esa basílica moderna esté concluida, y abierta al culto, sin que falte ni la cuerda de una campana, ni el roquete de un monaguillo, ya se notará la diferencia entre la *intimidad* de las catedrales viejas y la sequedad y el frío de las nuevas. En templos y en aristocracias no caben innovaciones, lo que da elaborado el tiempo, es lo único que vale y sirve.

En Madrid la Semana Santa sólo ofrece una particularidad característica: que no circulan coches durante los dos días de Jueves y Viernes Santo. Ya se comprende cuanto se modifica el aspecto de la población quedándose á pie. Un silencio provinciano adormece las calles más bulliciosas y las que, no entarugadas aún, resuenan constantemente como yunques de fragua, al batir de los sonoros cascos y al estrépito de las ruedas. Los cocheros y los lacayos se pasan el año pensando en esos dos días de libertad y de reposo, que les compensan el ambiente helado de las largas esperas en las inmediaciones del teatro Real, el aburrimiento á las puertas de las casas donde se celebra la *soirée* ó el baile, las vueltas y más vueltas por el Retiro, la tarea de todo el año, sin domingos ni fiestas de guardar—porque el domingo es precisamente cuando más zarandeados suelen andar los coches.—¡Dos días de azueto! ¡Dos días en que, si los señores quieren salir, lo harán como los demás mortales, á pata galana, pisando el duro adoquinado y rompiendo zapatitos!

Pues hasta contra la venerable costumbre de no enganchar el Jueves y Viernes se ha formado una corriente de oposición. Hay quien clama porque las comunicaciones no se interrumpan, alegando los negocios, las enfermedades, mil cosas que exigen circulación de tranvías y de carruajes. En cuanto á la mantilla y al traje negro y á la visita de estaciones y al paseo después, no es posible desconocer que tampoco prosperan. Temo que llegue á caer en desuso tan graciosa y típica costumbre.

Los oficios á que concurre gente más escogida son los de las Ordenes militares. Hay en estos oficios esa atmósfera de evocación del pasado que conviene á las ceremonias religiosas. Por un instante los mantos blancos, los airosos birretes, las rojas cruces, la indumentaria arcaica de los caballeros causan una ilusión medioeval, algo que se parece á la que nos produce un drama romántico. *El Trovador* ó *Los Amantes de Teruel*. Veis desfilar, con solemne paso, á los mismos que días antes os ablaron alegremente el lenguaje de la sociedád actual, y os cuesta trabajo creer que son ellos, que no estamos en el Siglo XVII. Aparte de estas ceremonias de la Semana Santa; el resto del año ni recordais que existen las Ordenes militares, las de historia gloriosísima, las que fueron terror de los moros. Otro prestigio desvanecido, estas Ordenes militares tan artísticas y tan castizas, que sus recuerdos están escritos en las piedras de los más orgullosos castillos, en los blazones de las casas más ilustres. Hoy son únicamente honroso pretexto para ostentar un uniforme y arrastrar un manto, pues ya las órdenes militares no guerrean, ni poseen los privilegios y fueros con que antaño se enorgullecían. Y sin ley común, despojadas de su finalidad histórica, aun son bellas las Ordenes militares; todavía el recuerdo las dora, como dora el sol, al poniente, un paisaje espléndido.

De lo que no es fácil decir cosa alguna es de las procesiones madrileñas. Cualquier ciudad de provincia lleva en esto ventaja á la corte. No hablemos de Sevilla: Toledo basta. Una procesión en las calles de Toledo es cosa digna de que la describan y la pinten. En Madrid las contadas y mezquinas procesiones deberían suprimirse, pues ni edifican ni conmueven. Si quieren aprender lo que es una procesión *estética*, sin lujo alguno, hasta casi sin imágenes, vean la de la Soledad, en mi pueblo natal. Es una procesión en que no figura sino la Virgen, envuelta en luengos paños de luto. Una sola espada, aguda y reluciente, se pone en su afligido corazón. Sobre el pecho se cruzan sus manos delicadas y amarillas, como reprimiendo la ola de lágrimas que quiere desbordarse. Es conmovedora esa imagen pobremente vestida, sin bordados, sin joyas, sin más que dos gotas de llanto que al desprenderse brillan á la luz de los cirios.

La procesión recorre la ciudad de noche y en silencio...... y lleva en sí toda la elegíaca y sobrehumana poesía de la Semana dolorosa.

EMILIA PARDO BAZÁN.



Jesus en el templo.

JESUCRISTO Y EL ARTE LITERARIO(1)

(Del Lic. J. Pallares.)

Señores:

El mundo no ha sido nunca gobernado moralmente por la razón, ni por la ciencia; el mundo sólo ha podido ser subyugado y regenerado por el Arte.

La razón es el lenguaje de las altas inteligencias; y el mundo se compone de muchedumbres cuyo oído sólo entiende el sencillo y sonoro lenguaje del sentimiento y de las pasiones.

La ciencia es la percepción profunda de los hilos finísimos que forman la trama delicada é imperceptible de todos los fenómenos del mundo físico, moral y social; y el ojo del vulgo no puede seguir con su ignorante mirada las infinitas é innumerables leyes que en asombrosa unidad rigen al mundo entero.

La pupila del sabio se ha cansano en el microscopio, persiguiendo día á día al infusorio que se oculta en los pliegues de lo infinitamente pequeño; el atento é incansable oído del genio ha necesitado centenares de años para sorprender los secretos de la gama musical y las vibraciones del sonido en las ondas impalpables del espacio; el escalpelo del materialista ha desgarrado en la siniestra plancha del análisis muchos miembros palpitantes y perdídose en muchas tinieblas antes de tocar el nervio misterioso que alienta nuestra vida é inflama el pensamiento y las pasiones en lo íntimo de nuestro cerebro; el moralista y el jurisconsulto han estado muchos siglos inclinados hacia el abismo del corazón humano para poder trazar, iluminados por los relámpagos de las tempestades sociales el rudimentario y bárbaro decálogo de los derechos y deberes del amo y del esclavo.

¡Esto es la razón, esto es la ciencia!

Ella, como las religiones en sus siglos heróicos, se alimenta de existencias humanas y quiere mártires. Las más robustas organizaciones sucumben fatigadas, pues años enteros de perseverante lucha apenas alcanzan mesquino fruto. Galileo penetra con atrevida mirada en los abismos siderales; pero muere ciego. ¡En el Golgota de las ciencias el genio es mártir y verdugo de sí mismo á la vez! Y el mundo no se compone de mártires, ni de vocaciones para el sacrificio.

La verdad y la ciencia no se trasmiten de generación á generación, como las creencias, por simples abluciones de agua; el bautismo científico es largo y condena al catecúmeno á penosas iniciaciones, á la dura y severa iniciación de esclavizarse á fórmulas abstractas, á simbólicos gerogíficos que son un lenguaje enigmático para los profanos, es decir, para la humanidad entera.

¿Por qué este tristísimo é inevitable tránsito por las catacumbas del tecnicismo científico para poder escalar el capitolio de la verdad? Por que la naturaleza es avara y celosa de sus misterios, y para ocultarlos á los ojos del espíritu, jamás se le presenta desnuda, sino envuelta en el pérfido ropaje de la belleza. Jamás dice al hombre: *he aquí el gérmen secreto de las maravillas que admiras; he aquí el átomo químico que engendra la celdilla, que se transforma en tegido, que se propaga en abanico de flores, y que elabora en su majestuoso crecimiento de túnica de verdura que cobija los bosques y los valles.* No; la naturaleza no se presta á tan intimas confidencias, pues al desbordarse en formas caprichosas y divinas, embriaga la fantasía, pero extravía y obscurece las rutas de la razón. Los más simples fenómenos y las más sencillas verdades se esconden tras nimbos de oro y de nácar, y es necesaria la dura circuncisión de la fantasía y una perpetua rebelión contra el éxtasis para desgarrar esos celajes de púrpura; es preciso que el frio análisis destroce sin piedad todas las bellezas del universo para sorprender el sencillo mecanismo de sus causas.

¡Mirad si nó, á la naturaleza siempre pródiga en engaños; miradla deleitándose en cubrir bajo infinita vanidad de espectáculos el fenómeno sencillísimo de la descomposición de la luz! Aquí es el arco iris desplegando sus festones de oro y de púrpura en el dosel azul del firmamento; allá es la paleta misteriosa dibujando en los horizontes del desierto paisajes impalpables; más allá son soles que se multiplican y auroras de luz que se improvisan en los abismos del infinito.

Las matemáticas tienen cifras misteriosas, signos cabalísticos, figuras enigmáticas que pintan las más sutiles y refinadas abstracciones del espíritu; pero con esos signos y figuras, el hombre traza en un papel los destinos de los astros, de los soles y de las nebulosas. La química y la biología tienen fórmulas que parecen evocaciones de magos, tienen un lenguaje de letras y cifras que sólo los iniciados comprenden; pero con estas fórmulas posee el hombre la misteriosa predicción de la vida y de la muerte, la salud y la enfermedad responden á los conjuros de ese lenguaje y con él penetra el espíritu en los risueños albores de la cuna y en las tristes tinieblas del sepulcro. ¿Quién resiste el fatigoso lenguaje de los severos jurisconsultos y de los nebulosos publicistas? Las áridas páginas de una estadística secular serían menos voluminosas, menos gigantescas, menos aterradoras que los millares de libros que ha engendrado el primitivo y rudo código de las doce tablas de la ley; pero bajo la disciplina de esas rígidas frases, de esos ritos jurídicos, de esas inumerables glosas de legistas, la humanidad ha hecho el duro aprendizaje del orden y la obediencia para pasar al traves de los siglos desde la ergástula de la esclavitud hasta las tranfisguraciones de la democracia.

¡Ahora...... perseverantes escrutadores de la naturaleza, apóstoles de la ciencia, id á la conquista del mundo armados con el poder de vuestras fórmulas, de vuestros cálculos y de vuestras cifras; arrebatad los corazones, provocad los entusiasmos, transformad las creencias, los sentimientos y las obras con demostraciones matemáticas, con revelaciones químicas ó con predicciones biológicas; detened el ímpetu de los instintos y de las esperanzas que se desbordan con el frío análisis de *las leyes de la oferta y de la demanda*; enjugad las lágrimas de los millones de hombres que sufren hablándoles de las *condiciones sociológicas del desenvolvimiento*; inspirad el amor del hombre al hombre y la sed de justicia y mejoramiento moral, y la resolución para el martirio con las heladas frases de *supervivencia de los más aptos en la lucha por la vida!*

(1) Discurso pronunciado por el Lic. Jacinto Pallares en 19 da Enero de 1887, al inaugurarse la cátedra de oratoria forense.

¡Id hijos de la meditación, iniciados en los secretos de la naturaleza; id á la conquista del mundo con el imponente aparato de vuestras fórmulas, de vuestras cifras y de vuestros cálculos; y el mundo no entenderá vuestro idioma, y el mundo sentirá pequeña vuestra ciencia, porque cuando esa ciencia haya penetrado con su mirada en las órbitas de las nebulosas, todavía entonces el corazón humano latirá insaciable por algo que está más allá de la última nebulosa...... más allá de los abismos que puede alcanzar la pupila arrogante y atraída del cálculo matemático......!

Ese algo baja del cielo á enaltecer nuestro espíritu y á henchir nuestros pechos, no encarnándose en el simbolismo convencional del lenguaje científico, sino modulando el idioma del sentimiento, del amor y de las lágrimas; modulando el idioma eternamente divino del Arte.

Escuchadme:

Mucho tiempo antes que las playas del mar de Galilea y sus risueños valles y colinas recibieran la ambrosía de la palabra más sublime que ha escuchado el mundo, ya la filosofía griega había predicado la doctrina de la igualdad humana y erigido en preceptos el amor del hombre al hombre.

¿Porqué pues están desiertos los altares de Epicteto y de Zenón y henchidas de generaciones las bóvedas que guardan el ara misteriosa de los recuerdos del Mártir de Judea?

¿Por qué la profunda palabra del estoico se ha perdido como el eco de una débil cuerda entre el inmenso cántico que en himnos seculares repite los acentos del sublime sermón de la montaña?

Los espíritus cultivados pueden saborear las clásicas frases estampadas en las cartas de Séneca, en las disertaciones de Epicteto ó en las páginas de Marco Aurelio. A la filosofía erudita, á la filosofía de escuela, á la filosofía científica pudo escaparse como último esfuerzo de elevación moral esta bella frase de Séneca: *Todo este universo en que vivimes es uno y sujeto á un Dios, y por eso somos socios y miembros de la Divinidad y por eso naturalmente somos todos los hombres hermanos* (1) Fragmentos, como este, aparecidos aquí y allá en que es frecuente y se define el amor del hombre al hombre, en que se predica el sacrificio, la resignación y el valor en los combates de la vida, son recogidos cuidadosamente por los literatos y los eruditos y admirados por los filósofos,

Pero trasladaos con la imaginación á otra escena más grandiosa en que el arte os va a enseñar esas mismas doctrinas en lenguaje no conocido en las clásicas academias de la sabia Grecia, en que el arte tiende las alas de su inspiración sobre los sabios y los ignorantes, los poderoses y los humildes, los presentes y los futuros; en que el arte llega á esa majestuosa unidad de sentimiento que se cristaliza en monumentos seculares; en que tiene por tribuna una montaña ceñida por las nieblas de los mares, y por auditorio la humanidad entera y por idioma una cascada de notas de amor, que desdeñando ingeniosos razonamientos se comunica y entiende directamente con los corazones. La frente del joven orador está iluminada por los destellos del infinito; en sus labios tiemblan acentos de ternura desconocidos hasta entonces, y su palabra comprensiva, universal y soberana, dirigiéndose á todos los siglos y á todas las razas, deja caer sobre la tierra estas frases de fuego y de lágrimas.

«¡Malditos vosotros, ricos y opulentos, que apretáis «vuestros graneros y acrecéis tesoros con los sudores y «lágrimas de la desnudez; llegará un día en que sentiréis «hambre y pediréis al mendigo llagoso una gota de agua «con que apagar el fuego que calcine vuestra garganta!

«¡Y benditos vosotros á quienes tocó en suerte en la «tierra la pobreza y el llanto, porque llegará un día en «que cada una de vuestras lágrimas será eterno venero de «dichas inefables! ¡Bienaventurados vosotros, que padeciendo hambre y sed de justicia desafiáis las iras y las «seducciones del poder para cubrir con el calor de vuestra palabra al justo y al oprimido; porque hartos seréis «de justicia en el día de las grandes reparaciones; ¡Y «bienaventurados también vosotros que pasáis por este «mundo enjugando lágrimas y derramando misericordias, «porque el que crió los cielos y la tierra, tiene ansia de «estrecharos contra su corazón y daros el ósculo divino «de su inagotable amor!»

....

En aquellos solemnes momentos los últimos rayos del crepúsculo envolvían en vapor de oro la figura seductora de aquel tribuno del género humano, las muchedumbres que le escucharon bajaban la montaña sintiendo por vez primera en la vida de la conciencia humana que los harapos del mendigo estaban glorificados por una moral desconocida y nueva, y cuando las sombras de la noche cobijaron al mundo, éste había recibido la palabra regeneradora que debía cambiar los criterios de la justicia, de la gloria y de la felicidad. «*Haber hecho de la pobreza un objeto de amor y de deseo; haber levantado al mendigo sobre los altares y glorificado la desnudez de la miseria, es un golpe maestro de que tal vez no se dé cuenta la economía política, pero ante el cual el verdadero moralista tiene que inclinarse;* (2) y este golpe maestro, esta revolución íntima de los corazones y de las conciencias, es un discurso, una maravilla del arte en que las más altas abstracciones y

(1) "Totum hoc quo continemur unum est, et Deus et socii sumus ejus et membra. Natura nos cognatos edidit," Sen. ad, Luci 1. 91-93

(2) Las palabras subrayadas y algunas otras que no lo están en el resto de este discurso, no son de su autor, sino tomadas de varios escritores.

enseñanzas de la filosofía estóica están reducidas á estrofas de amor.

¿Qué ha sucedido después de esta escena de alta elocuencia que los siglos no han visto repetirse? ¿Qué ha sucedido con las páginas de la filosofía estóica y con esa página del sermón de la montaña no escrita, sino en el corazón de los hombre sencillos que la escucharon? ¿Qué ha sucedido?......... La clásica enseñanza de las escuelas nos ha iniciado á pocos escogidos en las concepciones del estoicismo; pero pobres y ricos, ignorantes y sabios, todos los nacidos en el mundo civilizado hemos aprendido al pecho de nuestras madres las divinas estrofas del orador del mundo. Los espíritus elevados y los hombres del poder habrán encontrado quizá en los hábiles discursos de Séneca fortaleza y valor para sus altas y aristocráticas adversidades; pero sólo la frase sencilla y pura del poeta nazareno ha pasado de labio en labio durante diez y nueve siglos, derramando dulzuras sobre millares de hombres rudos y desheredados. En el silencio de las bibliotecas el erudito, el literato y el filósofo han glosado fría y tranquilamente las doctrinas de Zenón y de Epícteto; pero el sermón de la montaña ha sido glosado con sangre......... con sangre de tres siglos de martirio en los jardines de Nerón y en las bárbaras hecatombes del Circo!.........

¡Oh! el cristianismo adora al Verbo de Dios en el tribuno sublime de Judea; la *filosofía y la crítica no pueden mirarle un poco fijamente sino de rodillas;* permitidme que lo presente á vuestra contemplación, dado mi propósito, tan sólo como el grande artista de la palabra, para pedirle el secreto del arte que llegó en sus labios á la más alta, á la más inimitable de sus manifestaciones.

Jesús, ha dicho un profundo pensador; es el genio más idealista en el fondo y más materialista en la forma: muy idealista en sus concepciones, muy materialista en la expresión. Y aquí tenéis *humanamente hablando*, todo el secreto de la magia inmortal de su palabra y el secreto del arte, de todo el arte de la palabra humana.

¡Idealista en el fondo, idealista en las concepciones! porque el ideal es la condición, es la vida, es el alma de toda obra de arte; es el encanto secreto que anima al marmol, que flota en la piedra lanzada á las alturas, que palpita en el lienzo apenas humedecido por pincel; que vibra en las estrofas del poeta y en el acento de fuego del orador; es la visión religiosa que inicia al artista en los secretos y maravillas del infinito; que le da un asiento en la mesa eucarística de la vida inmaterial y suprasensible.

Para mí, señores, el idealismo no es otra cosa que un presentimiento del infinito, y el arte la forma en que se encarna ese presentimiento.

Yo no sé si al hablar así me conquiste las irónicas sonrisas de los neófitos de modernas doctrinas; pero consuélame de esos anatemas del realismo humano, esto que os voy á decir:

El primer filósofo del siglo, el hombre que ha podido reunir en su espíritu gigante los dos más grandes poderes de la inteligencia, el poder análitico de las ciencias que convierte en ruinas todos los dogmas á *priori* y el poder creador de la filosofía que sintetiza en atrevidas y sólidas generalizaciones, todos, absolutamente todos los conocimientos humanos después de haberlos profundizado; ese genio del siglo que ha paseado su mirada escrutadora por todo el universo conocido, ha formulado refiriéndose á las religiones, un pensamiento que puede referirse, que voy á referir al arte, porque me parece que arte y religión son idénticas manifestaciones de la naturaleza humana. «El Conocimiento *real* (dice este eminente filósofo) no llena, ni llenará jamas el dominio del pensamiento, ni del espíritu. Al fin del descubrimiento más prodigioso, queda y quedará siempre esta cuestión: ¿qué hay «más alla? Hay, pues, y habrá siempre dos actividades antitéticas del espíritu, pues ahora y en lo sucesivo la actividad humana se ocupará no sólo de los fenómenos y «sus relacioneis sí que también de algo no aparente, de algo absoluto. Y el gran mérito del *Arte* es haber vislumbrado siempre lo supra sensible y no haber cesado jamás de comunicarlo al hombre con los recursos de la «materia y de lo finito; haber sido siempre fiel á su misión de impedir á los hombres absorverse por completo «en lo relativo y en lo inmediato, en lo material y grosero;» haber proclamado (agregaré yo) con todas sus fuerzas que el hombre no sólo vive de pan, sino que tiene necesidad de amar, de creer, de adorar, algo más santo que las altas y bajas de las Bolsas mercantiles.

Yo, señores, no quiero, al invocar estas conclusiones del filósofo inglés, resucitar el *magister dixit* de la filosofía dogmática; yo quiero ignorar si el idealismo es un reflejo del infinito y el arte del Divino mediador que nos inicia en la penumbra sobrenatural de lo desconocido, para redimirnos de las cadenas de la materia que tienden á envilecer nuestra especie; yo ignoro si el arte despojado del ideal no es otra cosa que un juego del ocio, una fantasía de aficionados, la menos *vana de las vanidades;* yo no sé si el idealismo será una quimera de que se alimentan sólo las almas débiles ó perturbadas por el extravío.

Lo que sé es, que persiguiendo un ideal, el de una tierra prometida á través de las áridas arenas del Desierto, fué como el pueblo hebreo iluminó al mundo con la concepción monoteísta y le redujo con la augusta moral de sus profetas; y que cuando ese mismo pueblo descendió á la vida real y edificó un templo y se encariñó con el orgullo de sus sinagogas, entonces su moral y su teología, convertidas en pedantismo de fariseos, sólo tuvieron energía para derramar el sarcasmo sobre el Verbo del amor y mancharse con la sangre de su ignominioso suplicio. Lo que sé es, que el ideal de las libertades patrias produjo las locuras de Maratón y Salamina, aquellas locuras que empujaban á los atenienses y espartanos al martirio de las Termópilas; y que una vez vendido ese ideal al oro de la corrupción mecedónica, aquellos hijos de Milciades y Temístocles, envilecidos por las dádivas y las riquezas, fueron y estuvieron contentos con serlo y se dejaron llamar por la fustigadora voz demosteniana *los viles mercenarios de Filipo.* Lo que sé es, que el pueblo de Pelayo y del Cid, inspirado por otro ideal, el de su re-

ligión y sus hogares, salió de las ásperas grutas de Covadonga, para cruzar el Gólgota de siete siglos de sangre hasta arrebatar á la media luna el cetro de Recaredo; y que ese mismo pueblo, ya sin ideales ni locuras, se convirtió en genízaro de la inquisición en su propio suelo y en traficante de carne humana en el Nuevo Mundo. Lo que sé es, que los ideales de la demencia democrática hicieron llevar á Ignacio Ramírez las cadenas del presidiario sin doblegarlo y la toga de altas magistraturas sin corromperlo, y que una vez trocados en realidad por la victoria aquellos ideales, los tirteos de la austeridad republicana colgaron su lira en los fúnebres sauces del decoro y tomaron el lapiz calculador del logrero para computar los beneficios del niquel y de la deuda inglesa!

¡Oh! si el idealismo es una quimera y un engaño, jamás engaño alguno ha sido tan fecundo para la sublime transformación de nuestra especie: y si el idealismo es el arte, jamás ha existido artista más universal y comprensivo que el que erigiendo en ideal del género humano la sed infinita de justicia y el progreso infinito del amor, ha dado el programa y la divisa inmortal á todas las revoluciones políticas y morales que han existido y pueden existir después del sermón de la montaña.

Pero el idealismo, señores, no se aprende en las escuelas; es condición del arte; pero no fruto del arte: éste, lo único que puede enseñaros es la forma de la inspiración, pero no la inspiración misma. La forma propia del arte, la que podéis adquirir con perseverante estudio, ya lo sabéis, es el materialismo en la expresión que da carne y sangre, relieves de mármol y bronce á los ideales del espíritu y del sentimiento. Este delicado y fino consorcio del idealismo en las concepciones y el materialismo en la expresión, ha hecho que la palabra del orador Divino pase de siglo en siglo, sin perder nunca su prestigio ni su popularidad, ni su belleza siempre nueva.

¿En qué página de las literaturas conocidas podéis encontrar materialismo en la expresión más enérgico que el de aquellas frases de bronce que se han fundido en la conciencia de la humanidad? Y cuenta que los narradores del Evangelio apenas han podido trasmitirnos pálidos reflejos de la sonora vibración y delicados giros de aquella palabra que siempre salía envuelta en olas de fuego, de sangre y de lágrimas; de aquella palabra que era dardo agudísimo cuando desgarraba la piel de los hipócritas, carcajada de eterno sarcasmo cuando caía sobre el rígido pedantismo de las sinagogas, lampo de nieve y guirnalda de flores cuando derramaba consuelos sobre los limpios de corazón.

Un día los eternos tartufos de la teología quisieron ridiculizar sus doctrinas de perdón y misericordia, poniéndolas en conflicto con los soberanos fueros de la justicia. «Esa mujer es adúltera (le dicen); ¿debemos lapidarla, como ordena la ley, ó perdonarla, como predican tus doctrinas?» Los procedimientos lógicos exigirían un laborioso discurso para arrancar la careta á esta pérfida y capciosa pregunta, para decir á aquellos moralistas de fórmulas que la doctrina del perdón se dirige al sentimiento, al corazón, al hombre, no á la magistratura ni á la ley. Pero el orador de Judea encuentra en las profundas penetraciones de su alma la frase mágica que en punzante ironía encarna y refleja precisas distinciones y luminosos comentarios. «El que esté limpio, que tire la primera piedra,» les dice, y esta vez toda discusión fué imposible, la palabra se convirtió en látigo y los tartufos religiosos huyeron avergonzados de su torpeza.

Otro día algunos hombres pertenecientes á ese linaje de reptiles que se arrastran en la delación y el espionaje para vengarse de las superioridades morales que les humillan, le tendieron una celada á fin de comprometer el supernaturalismo de sus enseñanzas con las susceptibilidades del poder político. «¿Debemos, le dicen, pagar el tributo al César?» Por toda respuesta, Jesucristo les pregunta: de quién es la efigie esculpida en la moneda? «Del César.» contestan aquellos esbirros, estrechados por la realidad. «Pues dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios.» Y con este finísimo tropo y antítesis luminosa, sentó las bases de la libertad religiosa, resolvió el problema de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, y sancionó los fueros de la conciencia. *No es culpa suya, si más tarde los profanadores de su doctrina le convirtieron en un Moloc ávido de carne humana.*

La parábola, esa especie de drama popular, de relieve y escultura animados de los más altos problemas de la filosofía; la parábola, género de literatura casi desconocido á los hebreos, fué en sus labios una creación espontanea y natural, un idilio perpetuo de seducción para comunicarse con las almas sencillas y hacer descender hasta el corazón de las ignorantes masas, las trascendentales concepciones de su enseñanza. ¿Quién no ha sentido en su propia historia, en la historia de su corazón y de su vida todo el vigor y valentía de aquella parábola del *hijo pródigo*? ¡Retrato admirable de todos los humanos, no menos grandioso por su universalidad, que tierno y profundo por las delicadas y enérgicas líneas con que están dibujados los inescrutables abismos del alma! Ni la rica lógica, ni la moral de observación, han seguido con tan certera mirada esos tristísimos descensos del corazón y del carácter dilapidómelo en las abyecciones de la orgía y del más refinado egoismo; toda la riqueza de sentimientos elevados, aprendidos en los primeros años de la vida. ¡Con razón la frase de hijo pródigo flota en toda la literatura moral y en todas las conciencias como un eco de remordimiento y de verguenza!

Persio, Juvenal y Molière, Tácito y Rabelais, apenas llegan á la piel con su látigo fustigador; Jesucristo hiere la carne, *penetra hasta el hueso*, rasga las fibras del corazón. *Esa túnica de Neso del ridículo que arrastran todos los tartufos y falsos devotos*; ese sambenito de oprobio que cobija eternamente á los sectarios del tanto por ciento; esas coronas de infamia que ciñen la frente de todos los avaros, fueron tejidas por Jesucristo con *artificio* divino; fué él quien creó esas obras maestras con fina ironía y sátira inmortal. «Sepulcros blanqueados por fuera y corrompidos por dentro,» les dice á los hipócritas. «Es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja, que un rico se salve,» les dice á los avaros. «Ves la pajita en el ojo del vecino, y no ves la viga en tu propio ojo,» les dice á los difamadores. «Hipócritas que devorais las casas de las viudas con largas oraciones,» les dice á los traficantes de ritos religiosos. «Hipócritas que limpiáis lo de fuera del vaso y del plato y por dentro estáis llenos de rapiña y de infamia,» les dice á los centenares de jueces que entonces, como hoy, cubren con fórmulas jurídicas sus secretas prevaricaciones á favor del amigo, del soborno ó del poder público.

Y estas frases y otras de igual riqueza literaria han quedado esculpidas en la piedra angular de la moral eterna como un estigma de fuego que atormenta perdurablemente los insomnios de todos los hipócritas, de todos los avaros, de todos los prevaricadores, de todos los opresores de la humanidad. Y esto es lo que yo llamo materialismo en la forma, esto es lo que se llama dar carne y sangre á las concepciones del espíritu, esto es lo que se llama vaciar en bronce imperecedero las más elevadas enseñanzas de la filosofía.

¿Y esto puede aprenderse? ¿Esto puede adquirirse? ¿Hay quien pueda revelarnos el secreto de las formas, el secreto de los grandes artistas de la palabra humana, ó este es un dón del cielo, concedido como privilegio á pocos escogidos?

Voy á resolver esta duda.

***

Hubo en Atenas un abogado de aspecto despreciable, flaco, de rugoso semblante, de incorrecta y grosera pronunciación y casi tartamudo. Este abogado se atrevió un día á presentarse en la tribuna ilustrada por la olímpica palabra de Pericles. ¿Adivinais lo que pasó?...... El orador fué saludado por los silbidos unánimes de la muchedumbre.

Dos veces intentó rehabilitarse y dos veces bajó las imponentes gradas del Pnix perseguido por las burlas y sarcasmos de aquel pueblo de artistas.

¿Qué va á hacer esta pobre víctima de su propio orgullo? ¿Esconder su impotencia y su vergüenza en las obscuridades del olvido? ¿Convencerse de que su vocación y sus caprichos no van acordes y apagar en los tranquilos goces de la vida privada la inmoderada sed de gloria que le devora?.........

Preguntad á las olas del mar Focio y ellas os contestarán de lo que es capaz el genio de la perseverancia; preguntad al precursor de Alejandro Magno y él os dirá mostrandoos las cicatrices de sus victorias, lo que alcanzan las tenacidades del alma.

Ese abogado despreciable, tartamudo, tres veces silbado, se condena durante largos años al aislamiento del estudio, sube frecuentemente con acelerado paso las rápidas pendientes de las montañas recitando trozos de la Iliada para robustecer su voz, declama entre el ruido de las olas tragedias enteras, llevando á la boca piedrecillas de la playa para corregir la torpeza natural de su lengua; inventa ingeniosa y ridículamente raparse el pelo de la mitad de la cabeza para verse así obligado á vivir en el retiro de tranquilas meditaciones; se entrega con frenesí á la lectura de todos los filósofos, de todos los poetas, de todos los oradores de su tiempo, y cuando cree que es llegado el momento solemne y último de la prueba, vuelve á presentarse á aquella tribuna de sus ensueños...... y entonces, con voz atronadora y elocuente despierta el patriotismo aletargado de sus compatriotas, convierte á sus oyentes en soldados, marca con estigma oprobioso la frente de los mercenarios del extranjero, esculpe en relieves inmortales los secretos designios del hipócrita invasor, y durante cuatro lustros, su palabra, nada más que su palabra, detiene en las fronteras de Atenas al potente y numerosísimo ejército de Filipo......

¿Qué más podré deciros después de esta rápida biografía de las tenacidades heroicas del vencedor de Esquino?

Una sola frase, una brevísima frase que va á eternizar en vuestros recuerdos todas las ideas y todos los sentimientos que he pretendido comunicaros.

¿Queréis, tenéis propósitos serios de poseer el arte que inmortalizó las tribunas de Grecia y de Roma?

Pues buscad lecciones de perseverancia, de mucha perseverancia, en las enseñanzas del primer tribuno de la elocuencia griega; pero buscad también sed de justicia, infinita, sed de justicia en el divino idealismo del primer tribuno de la justicia eterna!

Del Libro de los Salmos.

¡Señor! ¡Señor! ¿Por qué los que me dañan
como el acridio en mi redor pululan
y en mi tenaces sin piedad se ensañan
y mi espíritu debil atribulan?
Oye mi alma un acento que le grita:
«¡Para tí todo es mal, todo es miseria......
ni en Dios encontrarás la paz bendita
que Dios quiso negarle á la materia!»
¡Es mentira, Señor! Tú eres mi amparo;
alivias Tú mi corazón herido,
y guardó mi fe en Tí, como el avaro
guarda el oro en sus arcas escondido.
En más de una ocasión, aislado y triste,
te hablé, enturbiada mi pupila en llanto,
y amoroso, Señor, á mí veniste
desde la cumbre de tu Monte Santo.
Y me dormí tranquilo y sin angustias,
y olvidé mi congoja y mis temores,
y al despertar hallé mis flores mustias
trocadas todas en fragantes flores.
Eres Tú la salud; eres la roca
que se opone tenaz al mar bravío:
¡ayúdame en la lid, y de mi boca
aparta el caliz del dolor, Dios mio!

José Peón del Valle.

Abril de 1897

IMITACION DEL CANTAR DE LOS CANTARES.

Ven á tu huerto, amado,
que el árbol con su fruto te convida;
el céfiro callado
espera tu venida;
tú al céfiro y al huerto das la vida.

Del alba nacarada
la lumbre esquiva la purpurea rosa
á la tierra inclinada:
la abeja silenciosa
ni en torno zumba, ni en la flor se posa.

Ni á su consorte halaga,
el ruiseñor sin tí, cantando amores;
ni mariposa vaga
inquieta entre las flores,
tendiendo al sol sus alas de colores.

Ven, esposo á tu huerto
á dar vida á los céfiros y flores;
ven, que mi pecho abierto
á tus dulces amores,
sin tí, mi bien, es huerto sin olores.

Ven, y á la fresca sombra
de las cruzadas hojas del manzano,
sobre la verde alfombra,
beberás, dulce hermano,
rica leche ordeñada por mi mano.

Y á los gratos olores
de la mirra, del nardo y de la rosa,
gustarás los sabores
de rubia miel sabrosa,
y el zumo de la uva deliciosa.

Ven, que por ese prado
el sol ardiente tus mejillas tuesta:
aquí el roble copado
blanda sombra nos presta,
y en mi regazo pasarás la siesta.

Yo duermo descuidada;
mas del esposo el corazón velando,
espera la llegada;
ya oí su acento blando;
el esposo á mi puerta está llamando.

—Abre, esposa querida;
no te detengas, no, consuelo mío,
ábreme, por tu vida;
temblando estoy de frío,
mis cabellos cubiertos de rocío.

—Ay! que el desnudo pecho
tiemblo al aire sacar, esposo amado,
de mi caliente lecho!
ay! que el pie delicado
tiembla tocar el pavimento helado.

Sus dedos el esposo
entró por las rendijas de la puerta;
á su tacto amoroso
el corazón despierta,
Y toda tiemblo y me estremezco incierta

Alcéme presurosa
para abrir al amado que esperaba,
y mirra muy preciosa
mi mano destilaba
que corrió por los gonces de la aldaba.

Abrí; más ya cansado
no me esperaba, ay triste! y era ido!
Mi corazón llagado,
de cruda ausencia herido,
llámalo y no respode á mi gemido.

Lós guardas me encontraron
que la ciudad custodian, y me hirieron,
y el manto me quitrron;
como sola me vieron,
y ramerilla pobre me creyeron.

Doncellas de Judea,
si hallárades por dicha en plaza ó calle
al que el alma desea,
que torne suplicalle
y no vuelva á perderse por el valle.

Gallarda es su figura
como el cedro del Líbano eminente;
su blanca dentadura
son perlas del Oriente,
y bruñido marfil su tersa frente.

Conoceréis quien sea
si vuestro pecho palpitó al miralle,
Doncellas de Judea,
que torne suplicalle
y no vuelva á perderse por el valle.

Ventura de la Vega.

—¿Qué haremos, cuando el cielo
casas y templos con fragor derriba?
—¿Qué haremos, preguntáis, almas de hielo?
¡Tener fé en la justicia de allá arriba!

¡Nadie sabe, mortales,
por qué cuarteando el globo nos castiga
ese gran Dios, para quien son iguales
los destinos del hombre y de la hormiga.

Campoamor.

LA SEMANA SANTA EN SU ASPECTO ESTÉTICO

Que en las solemnidades religiosas de la Semana Santa quepa una parte muy principal al Arte, es cosa que sólo pueden negar las almas vulgares, que no penetrando en el sentido íntimo de lo que el culto cristiano ostenta en estos días de tan bien ordenados ritos, únicamente ven en ellos un tradicional espectáculo en ocho mortales jornadas, más ó menos desfigurado por la rutina, la negligencia y aun á veces por la poca dignidad de los actores. Bien sé que están muy distantes de pasar por gentes *del montón*, como se dice ahora, muchos que ampliamente dotados de privilegiadas facultades intelectuales, niegan sin embargo, el interés estético de la semana consagrada por la Iglesia desde los tiempos apostólicos á honrar los misterios de la Pasión y Muerte de Jesucristo, y á recordarlos á los fieles por medio de los oficios y ceremonias al efecto establecidos; pero éstos para mí sólo son *vulgo provisional é interino*, porque si no carecen de buena fe, en cuanto se les presente la ocasión de considerar detenidamente esos oficios y ceremonias y de iniciarse en la significación de sus símbolos y misterios, de seguro mudarán de parecer.

Sí; gran interés estético, gran copia de bellezas de concepto y de forma, literaria y artísticamente consideradas, ofrece la Semana Santa á toda alma dotada de delicados sentimientos y de cierta elevación de ideas. No las apreciamos por que las vemos generalmente mal presentadas, y nos sucede con ellas lo que con una hermosa colección de cuadros abandonada al polvo y las telarañas en un desván de mala luz, ó con una soberbia tragedia leída por un niño tartamudo. Desde nuestra infancia estamos viendo esos oficios enteramente desfigurados, celebrados por virtuosos, pero muy indulgentes párrocos, que aunque inmunes á nuestros ojos por su sagrada investidura, son reos de lesa estética por el descuido con que miran lo que atañe á la posible perfección de la forma; dentro de lo humano en cuanto se refiere á la adecuada decoración del templo, al mobiliario sagrado, á la indumentaria de los ministros—preste celebrante, diácono y subdiácono—turiferarios, acólitos, cantores, músicos; á la compostura y pulcritud, y hasta al paso mesurado y semblante sereno de cuantos toman parte en tan augustas ceremonias, vigilando particularmente por que no falten nunca la debida decencia en las personas y la regularidad y precisión en todos los actos de la sagrada liturgia.



Nadie es capaz de prever los defectos que á la larga pueden producir en el corazón y en las ideas de una criatura sensible, que abre por primera vez los ojos al mundo de la realidad; de una tierna educanda, por ejemplo, recien salida de un colegio de religiosas timoratas y pulcras, el espectáculo de un oficio de Domingo de Ramos cantado en una pobre y destartalada iglesia por un cura ordinario que lanza berridos de sochantre hiposo, con la cara sin afeitar, la cabeza llena de remolinos de pelo, las manos con las uñas de luto y las yemas de caoba, la capa pluvial medio caída por detrás descubriendo en el cogote un palmo de alba sucia, y los zapatos despellejados. Cuando ese cura dice la antífona: *Rocíame, oh señor, con hisopo, y seré limpio; lávame y quedaré más blanco, que la nieve*, una voz secreta, tal vez la de algún diablillo retozón y maligno, murmura al oído de la tierna doncella: *¡buena falta te hace!*

¡Ah! Si yo fuera rey absoluto de un pequeño Estado muy homogéneo y muy culto, como, por ejemplo, la Baviera de cuarenta años atrás; si pudiera yo disponer de auxiliares como los que tuvo incondicionalmente á sus órdenes el rey Luis I, bajo cuyo sabio protectorado tanto florecieron las artes, ¡qué oficios de Semana Santa se celebrarían en mis dominios! Ya me dirían entonces los indiferentes á la estética del culto católico si puede haber ó no grandes bellezas en esos oficios que ellos de buen grado mandarían suprimir por anticuados. En primer lugar, tendría yo una catedral, no como las de León, Burgos, Toledo y Sevilla, excesivamente lóbregas y excesivamente grandes para mi propósito de erigir un escenario adecuado en que poner de manifiesto con toda claridad hasta las más pequeñas peripecias y accidentes de la divina epopeya de la Pasión y Muerte del Redentor. Mi catedral sería recogida y luminosa, de estilo italiano, como la iglesia de San Luis de Munich ó como la Basílica de San Clemente de Roma, pero toda decorada con pinturas al fresco ó con mosaicos ejecutados por los más insignes artistas. Los altares, los ambones, el mobiliario del presbiterio, del coro y de la nave; las vestiduras sacerdotales; todo había de ser del más exquisito gusto; objetos de marmol, bronce ó madera, de mala forma, paño que formase malos pliegues, no se verían en mi iglesia. Ni celebrarían en ella clérigos de mala catadura, porque los ministros del altar, el preste, el diácono, el subdiácono, cuantos intervienen en los sagrados oficios, incluso los cantores, los sacristanes, los monaguillos, etc., serían por mí escrupulosamente escogidos, de manera que entre ellos no hubiese uno solo de aspecto desagradable. La música sería, exclusivamente de órgano ó de instrumentos de cuerda; trompas y clarines y demás instrumentos belicosos no entrarían en mi iglesia, como tampoco admitiría entre los cantores y coristas voces de soprano ni de becerro. Así lo que se canta como lo que se dice en tono de rezo, había de acentuarse y de articularse con la perfección debida, sin atropello ni farfulla, para que el pueblo todo lo percibiese clara y distintamente.

Y no ganaría solamente la estética del culto en que éste se celebrara de una manera digna y adecuada, sino que los mismos misterios que en la Semana Santa conmemora la Iglesia adquirirían entre el pueblo una significación y una importancia de que hoy carecen con gran perjuicio suyo. Porque las enseñanzas que se desprenden de las oraciones, salmos, profecías, lecciones, cánticos y pasajes de los evangelios que en estos días santos se rezan ó se entonan, son para él enteramente perdidas: y los sublimes dogmas (cuya fé no hay salvación) figuradas en las ceremonias simbólicas que en estos días se recuerdan, son arca cerrada para los entendimientos á quienes no se consiente percibir con claridad las explicaciones que dan de ellos los sagrados textos, relatados precipitadamente y sin sentido.

Hay que tener presente que las enseñanzas que estos días nos da la Iglesia de Jesucristo son más difíciles de aprender cuanto más se aparta de las sugestiones propias de la naturaleza humana. No es maravilla hacer un poema que cautive la atención y gane la voluntad, con la vida de un héroe en quien, á medida que se acumulan los triunfos, crecen la gloria y la fortuna; pero es superior a la razón del hombre que exista una divina epopeya en la cual el héroe vaya al triunfo y á la gloria por el camino de la abnegación, de la humildad, del propio sacrificio, del oprobio y de la ignominia, y sin embargo, esta es la epopeya de Cristo: esta la sublime enseñanza de una doctrina nunca revelada al hombre en los tiempos antiguos, y por lo mismo tan contraria á las naturales sugestiones y tendencias y tan difícil de aprender.

Esta hermosa y divina epopeya comienza con la entrada triunfal de Jesucristo en Jerusalén, montado en un jumentillo, símbolo de la humildad, que ha de ser el alma de los triunfos del cristiano. ¡Qué conmovedora sencillez la de las oraciones que se dicen durante la bendición de los ramos! «¡Oh Dios!, que reunes lo que está disperso y reunido lo conservas, que bendeciste á los pueblos que salieron con ramos á recibir á Jesús: bendice también estos ramos de palma y de olivo que tus siervos reciben fielmente en honor de tu nombre, para que consigan tu bendición los habitantes de cualquier lugar en donde fueren colocados, y ahuyentada toda adversidad, proteja tu diestra á los que redimió Jesucristo.»

«¡Oh Dios mío, que mandaste á la paloma anunciar la paz á la tierra con un ramo de olivo: suplicámoste que te dignes santificar con tu bendició celestial estos ramos para que sirvan á la salvación de todo tu pueblo.»

Los oficios del Lunes y Martes Santos son un vivo y tierno compendio de la Pasión y una continua exhortación á los fieles á no gloriarse sino en la Cruz. El día en que propiamente empieza el gran duelo de la Iglesia es el Miercoles Santo, por que en él se congregaron los príncipes de los sacerdotes, los escribas ó doctores de la ley, los ancianos y magistrados para deliberar sobre los medios de prender á Jesucristo, y en él se decretó su muerte. Recuerda la iglesia la mansedumbre de Jesús y cómo se entregó al sacrificio por el linaje humano, recitando la lección de Isaías (cap. III): «fué herido por causa de nuestras iniquidades y macerado por nuestras maldades......... Como oveja que llevan á la muerte, del mismo modo será conducido; como cordero delante del esquilador, enmudecerá y no abrirá su boca.» El Jueves Santo fué en todos los tiempos uno de los días más solemnes de la Iglesia á causa de los grandes misterios que en él se obraron. *Día de los misterios* le llamaban los griegos y los demás pueblos del Oriente. En sus ceremonias se compendian: la humildad de Jesucristo, en el *Lavatorio de los piés*, su amor incomparable, en la institución del Sacramento de la *Eucaristía*; la primera oblación de Jesús en aras de este amor, en la *Oración del huerto* y su sangrienta agonía; su voluntario sacrificio, en el *Prendimiento*. Los salmos que se cantan en este día son de una belleza incomparable, y en la traducción del *Cántico de Moisés*, tomado del cap. XV del *Exodo*, se han ejercitado las plumas de nuestros más grandes poetas. Superiores á todo elegio son por otro lado, considerados como trozos, ya de tierna, ya de alta é inspirada poesía, el himno *Pange lingua* con que el Santísimo es depositado en el Monumento; el *Magnificat* que se canta en las Vísperas, y ese hermoso vuelo del corazón, abierto á la más dulce esperanza, que lleva el nombre de *Cántico de Simeón*.

Sería interminable nuestra tarea si hubiéramos de reseñar todas las bellezas de forma y de concepto atesoradas en las augustas ceremonias que siguen á las del Jueves Santo hasta el día de la gloriosa resurrección del Señor. Muy frío de imaginación ha de ser quien oiga sin estremecimientos las tres lecciones de los capítulos II y III de las *Lamentaciones de Jeremías* con que comienzan los maitines del Viernes Santo, y quién no siente la grandeza del *Cántico de Habacúc*: «Dios vendrá del Austro, y el santo del monte Farán.—Su gloria cubrió los cielos, y la tierra está llena de sus alabanzas.—Su resplandor será como la luz, y todo el poder estará en sus manos.—Allí está la fortaleza: delante de él irá la muerte—Delante de sus pies saldrá huyendo el diablo: paróse Dios y midió la tierra.—Miró y deshizo las gentes, y los montes del siglo fueron reducidos á polvo.—Los collados del mundo se encorvaron por los caminos de su eternidad, etc.»

Sólo quien tenga el corazón de piedra podrá oír impasible los *Improperios* que luego se cantan mientras se hace la Adoración de la Cruz: «Pueblo mío, ¿qué te hice ó en qué te contristé? Respóndeme. Por que te saqué de la tierra de Egipto, preparaste una cruz á tu Salvador.—Porque te llevé cuarenta años por el Desierto, te alimenté con el maná y te entré en una tierra muy buena, tú preparaste una cruz á tu Salvador.—¿Qué más debí hacer por tí que no lo hiciese? Te planté como viña de cepas excelentes, y tu no has tenido para mí sino amargura, pues en mi sed me diste á beber vinagre y con una lanza abriste el costado de tu Salvador etc.»

No podemos, por la falta de tiempo, ocuparnos en otras manifestaciones estéticas de grande importancia que nos suministran los oficios del Viernes y Sabado Santos y del Domingo de Pascua, cuales son: el Santo Entierro; los *Pasos* que se sacan en proseción en muchas de nuestras ciudades; la admirable regeneración del mundo por el espíritu, figurada en la solemne bendición del fuego y del agua, y los cánticos con que se celebra la gloriosa Resurección de Cristo y su triunfo del pecado y de la muerte. En otra ocasión quizá las expondremos.

PEDRO DE MADRAZO.



MI AMULETO

Yo, como único remedio,
Como alivio de mis males,
Tengo una Dolorosita
Que me regaló mi madre,
Cuando por la vez primera
Llegué al pié de los altares
A gustar la Hostia sagrada
—Místico pan de los ángeles.—

Allí está! —Sus ojos negros
Vierten el llanto á raudales,
Tiene la tez mustia y pálida,
Muestra afligido el semblante,
Con infinita tristeza
Junta las manos suaves,
Y alza la frente á los cielos
Con ademán suplicante.

En llegando el mes de Mayo,
¡Oh, recuerdos inefables!
Niño aún, por la mañana
Le ponía en sus altares
Las rosas más exquisitas
Que brotan de los rosales,
Que cuajados de capullos
Luce el jardín de mi valle.

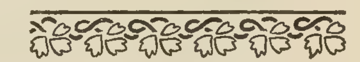
Cuando abandoné mi casa,
El dulce hogar de mis padres,
Para emprender las fatigas
De mi vida de estudiante,
La coloqué en mi cartera,
La llevé por todas partes,
Y al fin del año ella sola
Me ayudaba en mis exámenes.

¡Hoy ya soy hombre y no olvido
Los consejos de mi madre!
Le rezo cuando despierto
Y le rezo al acostarme;
Aun, llegando el mes de Mayo,
Le doy flores tropicales,
Aun me siento otra vez niño
Y me sonríe cual antes.

Por eso nunca abandono
A mi Virgen un instante;
Por eso cuando estoy triste,
Cuando siento hondos pesares,
Como consuelo de mi alma,
Como alivio de mis males,
Beso la Dolorosita
Que me regaló mi madre.

JUAN B. DELGADO.

Abril de 1897.



¡Quién de su pecho desterrar pudiera
la duda, nuestra eterna compañera!

CAMPOAMOR.



Dejad que los niños se acerquen á mí.

ENGAÑO SUBLIME—Por María Lescot.

NUMERO 6.

En tanto que leía esta carta, Felipe preparaba su respuesta; volvió á plegar el papel y dijo fríamente:

—Como usted mismo lo ha expresado, señor, toda carta anónima es una cobardía indigna de la menor fe; es el arma de los calumniadores. Yo no sé por qué me comprenden en eso, porque nada he visto.

Avidamente el Sr. Martín examinaba al joven, pero su voz conservaba aun su alteración, cuando replicó:

—Sí, mi confianza en ella era tan absoluta que esa arma de cobardes se deslizó sobre mí sin tocarme. Me dirigí á ella y le dije: «Os calumnian, hija mía.» Ella me respondió con sencillez: «No lo extraño, mi dicha presente debe hacer tantos envidiosos! pero si vos, mi único amigo, me ultrajáseis con una suposición, todo quedaría roto para siempre entre los dos.» Mi Beltrana, exclamé yo, no sabéis que os admiro tanto como os amo? cómo podría dudar de vos? Ella me tendió su querida manecita diciéndome orgullosamente: «Os lo agradezco; hacéis bien en creer en mí.»

Sí, entonces, pisotée esas acusaciones y aún me sentía feliz con la locura de darle esta prueba de mi absoluto respeto.

Fuí durante dos años feliz, muy feliz.........

Un enternecimiento al recuerdo de la dicha perdida endulzó aún el timbre de su voz que espiró en suspiro querelloso.

Felipe, nervioso, muy fastidiado y un poco pálido, respondió:

—Yo no he visto nada, no he oído nada, no sé nada. ¿Por qué no continuar creyendo? ¿Por qué no despreciar esas calumnias? ¿Por qué preocuparos de esa miserable carta? ¿Por qué emponzoñar vuestra dicha?

Hablaba aprisa, tenía ansia de que aquella terrible escena finalizase. Sentía venir el peligro y se esforzaba en escapar de él. Se levantó:

—Lo lamento mucho, señor, pero como lo ha hecho notar usted, estoy muy ocupado en este momento. Le suplico que se sirva excusarme y que me permita.......

Sin abandonar su sillón, el señor Martín respondió:

—Lo que me queda por decir no es largo, yo le suplico que me conceda aún algunos minutos: es la dicha de mi vejez la que está en juego. Sí, durante dos años yo he sido el más feliz de los hombres.

Usted no podía saberlo......... ustedes los jóvenes no pueden saber qué tesoro de ternura, de amor, de pasión se amasa en los corazones viejos que no han amado nunca. Sí, yo la adoraba con todas las fuerzas de mi corazón; pero también, con todas las fuerzas de mi sér, la desconfianza, y la duda y los celos me torturaban hacía seis meses.

Y en un tono muy bajo, como si no hubiese querido oír él mismo las palabras que iba á pronunciar, murmuró:

—Ese baile del almirantazgo......... ¿se acuerda usted?

Felipe hizo un signo de cabeza afirmativo. El Sr. Martín continuó:

—Atravesábamos los salones para partir; su mano reposaba sobre mi brazo, y yo estaba orgulloso, orgulloso de su hermosura, de sus éxitos, de su *toilette*. De pronto sobre mi brazo la pequeña mano se crispó; yo tuve conciencia de un extremecimiento. Ví á Beltrana, pálida, desfallecer y, en sus ojos un espanto indecible. Seguí la dirección de sus miradas; era usted, señor de Aubián, el que le había causado la tremenda emoción.

Eso duró apenas algunos segundos; ella prosiguió su marcha y salimos; pero la arma venenosa entró desde ese día en mi corazón. Desde ese día pensé en que la carta anónima no había mentido acaso. Recordé algunos indicios, iterrogué á mis gentes; estas me afirmaron que habían visto á usted abandonar la villa y que no tenía usted el aire ni el aspecto de un hombre enfermo. Lo he buscado y acababa de partir para las montañas del Doubs; supe por sus amigos el gran duelo que le hirió; esperé su vuelta; usted era mi última esperanza....... Me dijeron que no transigía usted en cuestiones de honor; usted no querría engañar á un viejo. ¡Oh! si pudiese usted decirme: «Por mi honor de gentil hombre juro, por el Cristo, que han mentido...... juro que nada he visto, que nade he oído; juro que esa carta entera es infamia y engaño.» Oh, amigo mío! ¡Oh mi joven amigo! Si usted quisiera, si usted pudiera decir eso........!

Esta vez fué Felipe quien palideció. Aun cuando ya temía esta exigencia, no había tenido el tiempo ni la



presencia de espíritu para tomar una resolución. La solenidad del juramento exigido y la mirada de plomo que pesaba sobre él, decían claramente que todos los subterfugios eran inútiles. No tenía más que dos alternativas: perder á una mujer ó cometer un perjurio. Y ese joven que no transigía jamás en cuestiones de honor, vaciló; extraviado, durante un segundo, ya no veía nada ni sabía nada...... Una á una penosamente las palabras salían de sus lábios, en tanto que por un movimiento del que no era dueño, sus pupilas se movían convulsivamente:

—Por mi honor le afirmo y le juro que nada he visto y que......

Un sordo gemido le interrumpió; el viejo se había levantado y con tono de autoridad dijo:

—No concluya usted: es inútil, comprendo todo. Los hombres como usted no pueden mentir, aún cuando lo quieran. Oh! Dios mío, Dios mío! He aquí la certidumbre. He aquí la verdad! Lo que usted ha oído y sorprendido en esa noche fatal debe ser muy grave puesto que es usted perjuro..... ¡Esto es horrible! ¡esto es horrible señor!...... Mi sobrino, el futuro de mi hija, antes que Beltrana lo conociera! ¡Ella sabía que Valeria amaba locamente á su primo! ¡Esto es odioso!...... esto es odioso!

Hablaba con violencia, una ola de sangre subió á su rostro, se arrancó la elegante corbata anudada con arte, se arrancó los botones de su camisa: se sofocaba. Felipe quiso aproximarse á él y socorrerlo.

—No, es inútil, dejeme usted, me voy. Estoy apenado, sí verdaderamente apenado de haber venido á molestarle. Dos veces repitió esta frase; sin embargo no se iba. Permanecía de pie ante Felipe, mirándole con ojos que suplicaban, retenido por una breve y última esperanza.

—Me voy, me voy.

Y de pronto:

—No, no es posible, ella no puede ser una miserable. Dígame usted la verdad, lo conjuro, repítame usted las palabras que ha oído, acaso interpretó usted mal, las jóvenes son á veces tan imprudentes......

Su voz temblaba, su mirada imploraba. Una inmensa piedad llenaba el corazón de Felipe......

No, jamás, no repetiría al marido las palabras oídas, esa confesión demasiado explícita: «Usted prometió que se casaría con migo, usted lo juró; sin esto no habría yo cedido, no me habría entregado á usted.»

Pero era preciso poner fin á una escena que se convertía para los dos hombres en una verdadera tortura. Con una voz tranquila que no vacilaba y aún un poco enérgica, respondió:

—Yo no he visto nada, yo no he oído nada, señor. Yo le he dado á usted mi palabra de honor, se la doy aún, nada más tengo que decirle.

Y en la rigidez de su actitud, en la firmeza de su mirada, se leía una determinación tan inflexible que el pobre Martín comprendió la inutilidad de una insistencia mayor. Dirigióse hacia la puerta con un paso que vacilaba. Salió y Felipe siguió largo tiempo con los ojos á ese mísero millonario que se alejaba, encorvado, insignificante, con la cabeza baja, como un hombre ebrio, esquivándose de los transeuntes que lo miraban con despreció! ¡Pobre vieja paveza del gran naufragio, sin gracia y sin esperanza!

XV

En el crucero *Andrómeda*, después de largos meses de navegación, Felipe meditaba, recordaba y sufría.

Había acogido con sombrío gozo la orden de embarque en otro puerto, con un cuadro de oficiales que él no conocía. No tenía alrededor de él ni un amigo, ni un camarada; nadie se inquietaba de su tristeza, ni se obstinaría en consolarlo. El *crepé* negro de su brazo les diría su duelo, le dejarían libre como el quería serlo: libre para llorar, porque verdaderamente no había llorado aún.

Después del golpe desgarrador del adiós, se había encontrado investido de todos los cargos inherentes á esos fúnebres acontecimientos. Después, Lila, asustada, contristada por el silencio de su padre, iba á él, se pegaba á él no abandonándole casi. El recogía á la pobre pequeñuela como un legado sacro, velaba por su bienestar, jugaba con ella y aun reía para hacerla reír. Había sido á la vez el hombre de negocios del padre y el ayo de la niña; pero había sido sobre todo el esbirro, el espía, el inquisidor. La necesidad de penetrar el sentido de las últimas palabras de Elena, había pesado sobre su dolor hasta el punto de paralizarlo: hombre de acción, como lo había dicho, no permitía al pensamiento que suavizase su espíritu en tanto que la acción permanecía ante el.

Ahora, sobre el puente del navío, pensaba, recordaba, meditaba. Los días son largos en medio de esa monotonía de las olas grises, de esa soledad del océano. Al rededor de él, los oficiales trataban de engañar por la lectura, por la conversación. la lentitud de las horas, la pesadez del tedio. El sólo no contaba las horas lentas, no sentía el pesado tedio; su dolor, como todos los dolores profundos, bastaba para llenar su alma y vivía de ella.

Se había llevado los objetos obsequiados por Elena, los objetos confeccionados por ella para el ornamento de su camarote y aun los pueriles juguetes medio rotos. Era ese como un museo de recuerdos en el cual gustaba encerrarse; pero sobre todo, se había llevado sus cartas, y solo, bien solo, las releía, con los ojos llenos de lágrimas que dejaba correr sin vergüenza alguna. ¡Oh! cómo le amaba! ¡Cuán dulce, cuán infinitamente dulce y tierna!

La primera que abrió era una vieja carta: diez años de fecha; él estaba enfermo en la enfermería del colegio; ella le escribía:

«Llegaré, hijo mío, casi al mismo tiempo que esta carta; me moriría de inquietud lejos de tí.»

Y aquella buena noticia, y aquella cara presencia hicieron lo que no podían hacer todos los remedios de los médicos: vencieron la fiebre y aseguraron la curación.

Una carta aun: está severa. Se encontraba él compro-

metido en una diablura de estudiante y por amor propio se obstinaba. Pero la reprensión era tan profundamente tierna que el arrepentimiento entró en el corazón del rebelado y produjo la sumisión.

Otras y otras cartas venían después: eran toda su vida que pasaba. Pero cuanto más las releía más se daba cuenta de lo que Elena había sido para él: á la vez amiga, hermana y madre, es decir, toda la dulzura, toda la poesía, todo el encanto de las ternuras femeninas.

Las cartas que releía más frecuentemente que todas las otras, eran las de los dos últimos años, recibidas en el precedente viaje en todas partes, en todes los puertos donde el *Alción* tocaba. Eran largas, llenas de esos menudos detalles tan caros á los ausentes. Hablaban de todo, de los cuadros de Fernando, de las tentativas matrimonieras de la tía Forneron, de las ligeras ridiculeces de las dos Lezines.

Elena escribía con toda la encantadora alegría maliciosa, que tan bien sabía alear á su gran bondad; él había reído entonces, ay! Ahora todas esas cosas divertidas le parecían un velo echado sobre una profunda herida, ó semejantes á esas guirnaldas de flores que ocultan un ataud. A través de las palabras, á través de las lineas, leía él. Lo que leía era el nombre de Lila unido siempre al epíteto: «pobre niña.» Porqué compadecía á esa hija feliz, mimada, adulada?

Lo que leía tambien era aquella plegaria murmurada ya en la mañana del bautismo.

«Tu la amarás, Felipe, ¿no es verdad? Y aún una vez había escrito: «Tú la protegerás.» Es cierto que había puesto sobre esta frase una larga tacha, una linea de tinta, tan negra que él no pudo leer las palabras.

Ahora si las leía; la profecía de la muerta, oculta bajo aquella lineã de tinta, le parecía sombría, explicita, amenazadora. No la había comprendido cuando aun era tiempo.! No habia suplicado á Elena que le dijese el secreto que le torturaba el corazón. Había leído aquellas pobres cartas ligeramente, dejándose sorprender por su alegría fingida, feliz de recibirlas, feliz de responder á ellas, obrando en esto como había obrado siempre, como un niño. Un niño! Verdaderamente hasta entonces no había sido otra cosa, dejándose mimar y querer!......... El dolor lo maduró; no solamente el dolor sino aquel deber de protección asumido por él.

Su pensamiento iba hacia la huerfanita; recibía con bastante regularidad noticias de ella, á veces por dos lineas breves de Fernando, lo más frecuentemente por largas cartas de la aya. Carlota gustaba de escribir en un estilo ampuloso en que acumulaba los epítetos de alabanza y las expresiones de reconocimiento.

Ya haciendo alusión á la preferencia que Felipe le había dado, lo comparaba al rey Asuero, poniendo la corona sobre la frente de la tímida Esther; ya al rey Salomón, tan célebre en la historia por la sabiduría de sus juicios.

Mas extensamente aún se apiadaba del dolor del señor Duvernoy.

«Oh! señor Felipe, decía, el gran mundo querría rodear de entusiasta admiración al eminente artista; pero él esconde su resplandeciente corona de gloria de la multitud que lo idolatra y la ha depositado en la fría tumba. Será bondadoso para con todos; pero guardará su corazón paternal para la incomparable niña que le recuerda á la esposa adorada, tan cruelmente arrebatada á su inconsolable ternura por el destino despiadado.«

Después, sin descender de las alturas líricas, hablaba de la niña, de los juguetes que prefería, de sus muñecas y de sus estudios, cuya importancia exageraba: sus progresos en la lectura, las páginas de escritura sin una mancha de tinta, las pequeñas fábulas correctamente recitadas, las frases felices de niña. Le decía esas cosas ingenuamente, con todo el orgullo de una madre. Felipe no podía ver aquello con indiferencia; hay cosas cuya verdad se impone. Carlota con todas las fuerzas de su corazón adoraba á Lila. Una pálida sonrisa iluminaba por un instante la rigidez de su joven rostro, y murmuraba:

«Es buena, muy buena y la ama.» Pero la carta no concluía aún. La aya consideraba como un deber enviar al Sr. Felipe, tan echado de menos, que debía fastidiarse solitario, perdido en un fragil navío en medio del tempestuoso océano,» el valor de un *inoctavo* en páginas manuscritas, con el loable fin de distraerle y para procurarle—decía—algunos instantes de placer. Hablaba de los países que atravesaba, de las ciudades donde permanecía. Decía tan exactamente como un manual de Geografía, el grado de latitud, la forma de gobierno, el nombre de la capital, las ciudades más notables y la cifra de la población. Decía asimismo los hoteles donde se hospedaba, los *menús* de las comidas que se le servían; se deleitaba en los recuerdos gastronómicos, emprendía una disertación sobre las diversas cocinas del globo, y Felipe, que sabía leer á través de las líneas, veia aparecer y lucir el pecadillo único de aquella mujer: golosa, muy golosa, horriblemente golosa. ¡Qué importa! Ella no se creía perfecta, y además, la gula no es un obstáculo para la bondad y la abnegación.

La carta continuaba pero él no la concluyó. Por perdido que estuviese sobre el «frágil navío,» tenía horror á las descripciones fastidiosas hechas con ojos que no sabían ver, á las apreciaciones de un espíritu limitado que no comprendía ni la poesía de la naturaleza ni la filosofía de la vida de los pueblos. Doblaba pues la extensa misiva, hacía con ella una bola y la enviaba á flotar sobre la cima de las olas. Después volvía á las cartas de la muerta, á esas cartas que ya no recibiría más, que tocaban todas las cuerdas sensible de su alma y las hacían vibrar.

Hay empero un recuerdo que pone en fuga los pensamientos de duelo y de amor, que hace subir el rubor á su frente, crugir sus dientes, relampaguear sus ojos, y es el recuerdo de su última entrevista con Martin de Brest, el recuerdo del juramento que hizo en el cual Martín de Brest no creyó. Y Martin de Brest tuvo razón.

El probó que los maridos no se dejan engañar tan fácilmente, que los viejos negociantes conocen bien el mundo. No creyó y lo dijo con claridad. Felipe no pudo airarse contra ese viejo, por que Felipe mentía. Mint ó, sí, y mintió con juramento.

El momento de la acción ha pasado, ese momento que le conmueve siempre y le arrastra, sin que pueda juzgar, deliberar, discutir, y ahora, piensa, delibera, discute, se juzga. Una vez más ha obrado como un niño. Ha obedecido á un sentimiento caballeresco, no deshonrar á una mujer; á un movimiento de piedad, tranquilizar á un anciano...... No lo ha logrado y sí se hizo perjuro. Martín de Brest dijo la palabra de la situación: «Hay hombres que no pueden mentir aun cuando lo quieran, y el era de esos.» He aquí porqué obró como un niño, tratando de hacer una cosa de la que no era capaz. Perdió á aquella mujer con más seguridad que si lo hubiese confesado todo, y desesperó á aquel viejo.

Su hermana Elena, en las graves lecciones que le daba en otro tiempo para formar su joven conciencia, repetía frecuentemente: «No hay que hacer jamás el mal con la loca esperanza de que de él se derive un bien. Dios no tiene ninguna necesidad de nosotros para arreglar los acontecimientos futuros; el porvenir es de El, el presente solo nos pertenece, y en el presente no debemos cometer acción ninguna que sea mala, no debemos transgredir ninguno de los mandamientos divinos. En uno de esos mandamientos, no está escrito acaso: «¿No mentirás?» Y él desobedeció á Dios y á Elena; él mintió:

La irritación crece en él hasta la cólera: reprocha á Martin de Brest por haberlo llevado á ese falso juramento, censura á Beltrana y no experimenta ya con respecto á ella esa simpatía llena de piedad resentida en la playa por la pobre muchacha abandonada. Las últimas palabras de M. Martín alumbran aquella escena trágica con una horrible luz.

«Mi sobrino era ya el futuro de mi hija, cuando Beltrana lo vió por primera vez; ella lo sabía, ella sabía como amaba Valeria á su primo.»

Ella lo sabía! Ella lo sabía. Sí, lo sabía! Como pudo ignorar ese amor que Valeria no pensaba casi en disimular, ese amor que transfiguraba su fealdad, volviéndola casi linda y que se advertía en sus menores frases. Como no había de confiarse á su amiga?...... Para él, á quien toda deslealtad rebelaba, Beltrana no era ya la interesante víctima de la seducción, sino la mujer artificiosa que trata de quitar á su amiga el corazón de su futuro. No le perdonaba tampoco su matrimonio con ese pobre Martín de Brest...... y por no deshonrar á aquella ambiciosa, á aquella intrigante, fué por lo que mintió! Pero Leodice es el sér más execrado sobre el cual se encarniza toda su ira. Oh! si no estuviese encadenado sobre el puente de su buque...... Oh! si pudiese arrojarle al rostro todo su desprecio! Paciencia, ese día llegará. Por largas que sean las navegaciones tienen un término. Si las montañas no se encuentran, los hombres si se encuentran cuando se buscan. El buscará al traidor, él le gritará su infamia, él le abofeteará.

No se viven los meses enteros con los ojos fijos en un problema sin llegar á resolverlo. Felipe encontró la pista que buscaba. Y á las amadas cartas de Elena debió este nuevo beneficio. En una de ellas, para siempre preciosa, donde aprobaba tan plenamente su conducta cuando la huida de la villa Martín, añadía que Jacobo de Sommers lo censuraba. Jacobo de Sommers sin duda alguna había contado todo á su amigo y éste, abusando de tal confidencia se permitió comprender á Felipe en la cuestión para la atisfacción de sus iras, de su avaricia y de sus impurezas.

Si Felipe hubiera vivido entonces en uno de esos medios en que abundan las distracciones, la impresión de su encuentro con M. Martín se hubiera acaso borrado ó aminorado; si hubiese tenido más edad y hubiese sido más aguerrido contra la malignidad de los hombres, habría acaso visto este incidente con una filosofía resignada y dejado á la Providencia el cuidado de castigar á los pérfidos, pero estaba en la edad de las indignaciones generosas y de las resoluciones caballerescas. Sin embargo, los meses y los años se deslizan, el viaje es largo, y aun cuando no se distraiga de su determinación, Felipe resiente á pesar suyo un poco de ese apaciguamiento que producen el tiempo y la distancia.

Cuando la *Andrómeda* entra á la bahía de Rochefort, no es en Leodice en quien piensa desde luego; es en Lila y aun en Fernando. Su corazón dolorido siente la necesidad ardiente de encontrar un poco de amistad y de bienvenida, quiere verlos, abrazarlos. Estan en Bucharest. Irá antes que todo hacia ellos y se ocupará de Leodice en seguida.

Otro pensamiento lo decide. Jacobo dijo á Elena que Martín es un duelista, un matasiete, la más fina espada de París. Felipe podría morir; se ven estas cosas injustas; el duelo no es un juicio de Dios y él no quiere morir sin haberse asegurado de la felicidad de Lila. No tendría derecho de disponer de su vida si encontrase sufriendo á la niña.

XVI

«Olvida uno como se consuela, ha dicho La Bruyere; no hay en el corazón fuerza para amar ó llorar siempre.»

Fernando Duvernoy olvidaba, y, sin creerlo, se consolaba.

Al principio, en su dolor sombrío, había recorrido sin detenerse los sitios más célebres de Europa.

Apenas llegado, partía de nuevo, fatigado por la barbulla de los hoteles, por el tumulto, por la animación alegre y loca de los viajeros. No podia soportar la vista de esos felices que marchaban de dos en dos á través de la vida, cuando él se encontraba solo. Odiaba á esos indiferentes que ignoraban su pena, á esos jóvenes en viaje de bodas, mostrando insolentemente su dicha, á las viejas parejas también, que paseaban con apacible aspecto de gentes satisfechas; reprochaba á las jóvenes que existiesen, á las viejas que no hubiesen muerto.

Habría querido vivir en los cementerios, buscaba el dolor de otro, pero en esa vida errante los dolores de otro eran raros y casi imposibles de encontrar.

Decidió que en lugar de descender en los hoteles buscaría instalaciones temporales por un mes y aun por una semana; quería estar en su casa.

Carlota le fué, en estas ocurrencias infinitamente preciosa: ella discutía los precios con los propietarios demasiado ávidos, amaba la economía y no quería renunciar al amo á quien servía. El reconocía sus buenos servicios con gratificaciones, con obsequios, obsequios y gratificaciones que pasaban ciertamente del precio que los propietarios habrían exigido por sus alojamientos, pero Carlota se mostraba reconocida, ingeniándose en mil delicadas atenciones.

Un día, sin que nadie hubiese podido comprender como aconteció aquello, el pintor encontró en su cámara una tela, una caja de colores y pinceles.

El había dicho á su arte un eterno adios, ese adios no fué empero más que un corto «hasta luego.» El artista se sentía lleno de un ardor nuevo; jamás había comprendido tan bien la misteriosa hermosura de las cosas y jamás, tampoco las había interpretado tan bien. Sin embargo, rehusaba enviar sus telas á las exposiciones. Felizmente Carlota estaba ahí, é insistía y suplicaba.

—El muy honorable señor Duvernoy no tiene el dere-

cho de privar á su patria de la vista de sus obras maestras.

El cedió y no tuvo por qué arrepentirse; sus cuadros fueron notados; algunos periódicos hablaron de ellos con elogio. Se ofreció un precio elevado. Carlota triunfaba, pero Duvernoy movía desdeñosamente los hombros.

—Qué importa la gloria, puesto que ella no vive ya para aplaudir mis éxitos.

Y decía esto seriamente, sin hipocrecía, no creyendo disminuida su pena. La respetuosa admiración de Carlota lo entretenía en esta ilusión. Cada día, á la hora del desayuno, ella le ofrecía el bálsamo del consuelo. Fernando escuchaba voluntariamente las lamentaciones de la aya. Ellas eternizaban su duelo; y además, como artista, amaba la alabanza.

Protestó al principio cuando ella le comparó á los maestros ilustres. Poco á poco se acostumbró, complaciéndose en su papel de ídolo, respirando á plenas narices aquella espesa humareda de incienso; pero jamás pensó que bajo las hipérboles de la pobre muchacha se ocultaba un ardiente amor.

Felipe que creía saber leer entre las líneas, no lo pensó tampoco. No se imaginó que la perla de las ayas, tan bien escogida por él, era romancesca y sentimental, que era una de esas alemanas que sueñan con un Werther, que toda la vida lo han esperado vanamente, guardando en el fondo más profundo de su espíritu tesoros de quienes nadie ha hecho caso; que había llegado á su trigésimo sexto año, siempre sentimental, siempre romancesca y jamás comprendida. Si él hubiese pensado estas cosas, se habría asustado, porque más que la gula, los sentimientos romancescos no excluyen la devoción y la bondad.

Los instintos maternales se despertaron en el corazón de Carlota, al mismo tiempo que la pasión: ambos amores se confundieron y la institutriz adoró á su educanda con toda la ternura de su corazón sentimental.

A los ocho años Lila se parecía á su madre: fina, flexible, rubia y blanca, y en aquella rubia y blanca figura de niña, se abrían en toda su extensión dos grandes ojos serios, dos ojos de un azul sombrío, graves, con esa gravedad de los niños educados en medio de las lágrimas, por gentes que no ríen jamás. Los ojos de Lila eran de ordinario tranquilos y dulces, pero la menor contrariedad los hacía brillar de cólera. La niñita entraba entonces en accesos de ira, á los cuales nadie osaba resistir. Otro defecto era su excesiva sensibilidad; la más ligera reprimenda la hacía llorar indefinidamente.

Su padre y su aya temían los accesos de lágrimas más aun que los accesos de cólera; si la salud de la pobre pequeña iba á sufrir! Cedían pues, cedían siempre, Carlota no osaba aventurar reprensión alguna, viendo con terror erizarse delante de ella dos dificultades temibles: poner á Lila enferma y disgustar al señor Duvernoy. El temor de ser despedida la asustaba y ante esta horrible desgracia, qué significaban las lecciones mal aprendidas ó los caprichos de una niña de ocho años?

La educación de Lila presentaba pues en muchos puntos lamentables lagunas, cuando Felipe, obtenidas sus vacaciones, fué á reunirséle en Bucarest.

Estaban instalados desde hacía cerca de un mes en una linda casa; el pintor encontraba amplios asuntos para sus cuadros en aquel país nuevo para él y prolongaba más y más su permanencia en los sitios que visitaba, no sintiéndose ya impelido á vagar por el aguijón del dolor.

Felipe se percibió bien pronto de las modificaciones habidas en el dolor de su cuñado y sufrió con ellas. Le censuraba injustamente que hubiese continuado sus quehaceres, que se complaciese en su obra, de la semisonrisa con que la contemplaba hallándola buena y sintiéndose en gran progreso; y le censuraba por último que hubiese cesado de llorar. Era injusto, como se suele ser en casos semejantes.

El vacío que resentía Fernando desde hacía cerca de tres años, había agotado la amargura; se había acostumbrado á la ausencia de la bien amada. La costumbre había hecho su obra, pero el marino sobre su navío, no podía experimentar estos beneficios. Jamás Elena le había seguido, era él quien partía y este primer retorno en que no la encontraba, avivaba su pena dándole la impresión del implacable y eterno adios.

Pero si él acusaba sin razón á su cuñado, por otra parte le hacía plena justicia en cuanto á su fidelidad, retractándose interiormente de sus antiguas y odiosas suposiciones.

Cerca de tres años habían transcurrido y no solamente el viudo no se había casado, sino que ni pensado había en ello. En cuanto á una intriga clandestina, cómo habría sido posible á través de tan continuados viajes? Además, por limitada que fuese la experiencia de la señorita Carlota en cuanto á estos asuntos, hubiera sorprendido algún encuentro, algún indicio revelador. No disimula uno durante cerca de tres años cuando es absolutamente libre. Ahora bien, la convicción de la señorita Carlota respecto de la virtud de Fernando, permanecía absoluta; esto se veía en los elogios que ella prodigaba á su ídolo, en el culto admirativo que le dedicaba.

Otra prueba más parecía al joven perentoria: el pintor se hacía leer sus cartas por la aya. Muy cuidadoso de su vista, de la que sufría un poco y que reservaba toda entera para su pintura; muy perezoso también, suprimía todas las pequeñas fatigas. Después del desayuno, en tanto que fumaba una larga pipa, Carlota abría delante de él su correspondencia y leía cartas y periódicos. Fernando vió el asombro de Felipe acerca de esto y dijo:

—Yo no tengo secreto alguno, mi querido amigo; algunas cartas de negocios de esa horrible escritura de los empleados ministeriales; otras de la tía Fourneron, con sus garrapatos; de cuando en cuando algunas patas de mosca de las primas Lezines; verdaderamente esto no vale la pena de fatigar mis pobres ojos. Carlota es discreta y abnegada: una perla, mi querido Felipe, una perla que vos habéis pescado para mí!

Felipe, más exigente, encontraba que bajo muchos aspectos, la perla de las ayas dejaba mucho que desear. Ocho días después de su llegada oyó gritos furiosos que salían del cuarto de Lila. Inquieto, se levantó; pero el Sr. Duvernoy le retuvo con un gesto:

—No es nada, Felipe, no os molestéis, es Lila que se encoleriza.

Un poco sorprendido él, preguntó:

—¿Y qué le acontece frecuentemente esto?

—Oh! muy frecuentemente; sólo que desde que vos estáis aquí se ha contenido, y por eso es la primera vez que la oís.

—Y la señorita Carlota no trata de corregirla de este terrible defecto?

—Carlota!...... Es posible que lo haya ensayado; pero sin éxito.

Algunos días después, una escena de género diferente, inspiró al marino nuevas inquietudes, respecto al caracter de la niña. Lila, á la hora del almuerzo se levantó con aire misterioso, salió de la pieza y volvió trayendo en sus manos una frutera de donde se exhalaba un delicioso perfume. Eran confituras de rosas, tan apreciadas en los países de Oriente. La chiquilla aproximándose á Felipe, se las ofreció.

—Gracias, hijita, dijo éste, no me gustan las confituras.

Ella tuvo una mueca de despecho.

—Pero éstas! oh! éstas! Vos no habéis comido jamás éstas. Tomadlas; yo lo quiero. Soy yo quien las ha hecho para vos.

Y con un movimiento autoritario acumuló en el plato vacío cuatro ó cinco grandes cucharadas. El, complacientemente la seguía con los ojos y las gustó apenas con los lábios.

—Qué tal? Qué tal, eh?

Y con una vanidad pueril, la chiquilla repitió;

—Soy yo quien las ha hecho para vos.

Pero Felipe á pesar de su buena voluntad sintió claramente que no podía llevar más allá su heroísmo.

—Los confituras son excelentes, querida, dijo, pero es preciso que le gusten á uno y á mí no me gustan.

—Oh! exclamó ella.

Sus grandes ojos se llenaron de lágrimas; volvió á tomar la frutera y salió del comedor llorando. Carlota la siguió.

—Estoy desolado, dijo Felipe.

El pintor respondió después de un silencio:

—Sí, habría sido mejor no violentarla, otra vez no la contrariéis.

Lila estuvo triste durante todo el día, triste tambien el día siguiente.

—Uf! Lila, díjole el marino, que feo es enfadarse.

Ella replicó con aire doloroso.

—Me habéis hecho sufrir mucho; si me quisiérais, padrino Felipe, habríais comido las confituras, puesto que yo las había hecho para voz.

El se asustó de esta extrema sensibilidad de corazón.

—No es una prueba de amor, Lila, obligar á las gentes que se aman á hacer lo que no les conviene; pero sí lo es y grande, no dudar de su cariño. Comprendes esto, hija mía?

Ella le echó al cuello sus bracitos acariciadores y tuteándole por primera vez:

—Sí, lo comprendo, y créo que me amas, padrino Felipe.

Aquel día hicieron las paces, pero la tranquilidad no fué de larga duración.

Los caprichos de la niña eran frecuentes y no siempre acertaba Felipe á llevarla por el buen camino.

Un día, preguntóle:

—Quiéres recitarme tus lecciones, Lila?

Y el desengaño fué completo. La ignorancia de la niña era mas absoluta aun que lo que él esperaba. Confundía los lugares y los países; colocaba á Clovis en la torre de Babel y á Jerusalem al pie del monte Blanco. El quiso hacerla leer y se percibió bien pronto de que no sabía leer absolutamente; pero como se había prestado dócilmente á este exámen humillante, él le dió las gracias y la besó.

Por la noche, solo en el jardín, reflexionaba.

Ciertamente el grado de instrucción de una niña de ocho años, no ofrece aún más que una debil importancia; sólo que lo que él censuraba era la educación toda entera y aquella debilidad ante los caprichos. El oficial de marina sujeto desde temprano á las reglas saludables de la disciplina, no admitía ni la desobediencia ni la rebelión.

¿Pero qué podía hacer? El Señor Duvernoy no consentiría jamás en separarse de su hija para ponerla en pensión! Por otra parte, la presencia de la niña, ¿no era una salvaguardia? Sin embargo, crecería así, mal educada, y ante ella se abriría la vida con sus probabilidades de desventura y sus tremendos arcanos. Crecería igualmente adulada y mimada por dos corazones débiles, egoístas y buenos.

En ese momento, una ligera sombra se deslizó cerca de él y oyó una voz muy dulce que murmuraba:

—¿Por qué habéis dicho, padrino Felipe, que si mi mamá viviera me pondría en un colegio? ¿Acaso mamá no me quería?

El la sentó en sus rodillas y estrechándola tiernamente contra su corazón, respondió:

—Sí, chiquita, tu madre te quería, te quería con toda su alma y por eso hubiera querido verte bien educada, porque los niños mal educados son raras veces felices.

Ella sorprendida preguntó:

—¿Es que yo estoy mal educada?

—Sí, dijo él con franqueza; te quieren demasiado aquí, y te quieren mal; no resisten á tus caprichos, no castigan tus cóleras.

Ella replicó.

—¿Y acaso mi mamá era mejor que yo cuando tenía ocho años?

Felipe se vió embarazado para responder verídicamente á esa pregunta, porque cuando Elena tenía ocho años, él acababa apenas de nacer; pero no vaciló:

—Ciertamente, á los ocho años mamá Elena leía muy bien.

—Entonces, dijo ella, yo aprenderé. Yo querría parecerme mucho á mi pobre mamá, á quien mi papá ama tanto. Yo quisiera verla......

—Ay! mi pobre niña, eso no es posible, por que tu madre está en el cielo.

—Sí, pero su retrato, cuando menos; yo no me acuerdo nada de ella y sin embargo pienso en ella muchas veces, papá no habla de eso nunca. Si tú quisieras, padrino Felipe, decirme lo que ella hacía, lo que ella decía.........

Entonces, largamente, él le habló de su madre, entrando en los menores detalles de su vida de niños, refiriéndole á la pequeña, cuán dulce había sido siempre Elena, cuán buena y cuán prudente. Ella le escuchaba atentamente y cuando él concluyó, dijo en voz baja:

—Voy á hacer todo lo posible por parecerme á mi mamá.

Y Felipe comprendió que acababa de darle la más saludable de todas las lecciones; pero que acababa así mismo de hacer surgir en ese corazón de niña una especie de culto sagrado por la madre difunta, una afección sombría, tal cual la experimentaba él mismo; un cuidado celoso de guardar de todo olvido la querida memoria como si el olvido hubiese sido una profanación.

XVII.

El tiempo volaba. Felipe, á instancias de Duvernoy, le acompañó hasta Venecia, donde se despidió afectuosamente dirigiéndose luego á Portarlier donde le urgía ver á Jacobo de Sommers, quien le confesó paladinamente, que él había confiado á Leódice lo relativo á la presencia del joven marino en la playa la noche del drama......

—Con que vos se lo habéis dicho, exclamó el joven con cierta exaltación.

—Yo se lo he dicho, es claro, respondió Jacobo. Tenía el derecho de saberlo; pero he alegado también en favor tuyo las circunstancias atenuantes: que eras demasiado niño, un chiquillo, una especie de señorita con uniforme de aspirante de marina.

—Y él se dignó perdonarme? preguntó Felipe irónicamente. ... ...

—Sí, pero se hizo rogar mucho; estuviste en peligro de tener una querella con él, á no haberte encontrado en los mares del Japón...... Ahora ya lo ha olvidado todo y yo desearía que no lo viéses.

—Está en París?

—Sí, en el hotel de la avenida de Antin.

Felipe se levantó.

—Cómo, exclamó Jacobo, y eso era todo lo que tenías que decirme?

—Nada más; quería platicar contigo.

—Vaya! eres un guapo mozo, un si es no es misterioso...... Cuánto apostamos á que traes algún negocito entre manos—guiñó el ojo—un negocillo que quieres guardar para tí solo, pícaro egoista......... Qué te vaya bien, eh?

—Primo, respondió Felipe, tengo en efecto un asunto del que no quiero hablarte ahora, pero que te confiaré probablemente mañana.

XVII

En el suntuoso hotel de la avenida de Antin, Leodice, terminado el almuerzo se abandonaba á las dulzuras del *farniente*, cuando entró á su habitación un ayuda de cámara:

—Un señor, desea ver al señor, dijo.

—Qué señor, ha dicho su nombre?

—Me dió su tarjeta.

Leodice leyó, no sin cierta sorpresa:

FELIPE DE AUBIAN.
Oficial de Marina.

El repitió:

—¡Felipe de Aubian! ¿qué diablos me querra?

Esta visita evidentemente no le agradaba por los importunos recuerdos que le traía.

Acaso viene á darme excusas por su deserción de mi boda, pensó, y dirigiéndose al ayuda de cámara:

—Hazlo entrar, ordenó.

Pero apenas dada la orden, se arrepintió de ella; en fin por más que el vino fuera amargo había que beberlo, sin dejar suponer que repugnaba.



Cuando Felipe apareció, Leódice de una ojeada se convenció de que no era una señorita disfrazada de marino, ni mucho menos. Jacobo de Sommer lo había visto con ojos poco fieles. Aquel joven erguido y firme, de faz severa y de tez bruñida por el mar, le inspiraba respeto.

—Querido señor, encantado de veros, exclamó, sentaos. Habéis hecho muy bien en pasarme vuestra tarjeta; yo no recibía por estar muy ocupado. Y designó con un gesto el *bureau* donde estaban depositados algunos papeles.

—Pero para vos me he apresurado á hacer una excepción. No siempre se os ve en París, ¿verdad? Pero ¿por qué diablos no os sentáis?

—Señor, dijo Felipe, luego que Leódice le dejó hablar; he venido á Paris con el único fin de tener con vos una explicación.

—¡Una explicación! pero diez, veinte, las que querais, yo no rehuso nunca explicarme porque las malas inteligencias me disgustan. ¿Qué explicación deseais?

—Quiero que me expliquéis, dijo Felipe dominando lo mejor que podía la irritación y el disgusto que le causaba el personaje, por qué os habéis permitido poner mi nombre en el anónimo que escribísteis al Señor Martin?

Sin duda Leódice había previsto esta pregunta y no le convenía mostrarse herido. Continuó, pues, balanceándose en su mecedora, mostrando en sus labios una sonrisa de misericordia y de piedad.

—¡Oh! mi querido señor, dijo con un tono irónico; si la carta de que hablais era anónima, ¿por qué me hacéis la injuria de atribuírmela? ¿Habéis reconocido mi letra?

—Yo no conozco vuestra letra, dijo Felipe cuya irritación crecía; pero el hecho relatado en esa carta, de mi presencia en la playa durante la noche que precedió á vuestro matrimonio, no era conocido más que de Jacobo de Sommers, y Jacobo de Sommers no habló de él más que á vos.

—Entonces, querido señor, respondió Leódice sin cambiar de actitud, ¿durante la noche que precedió á mi matrimonio me hicísteis la gracia de espiarme? ¿Es esta la conducta de un hombre cuyo honor es tan quisquilloso?

—Yo no os espiaba, bien lo sabéis, replicó Felipe á quien la burla de Leódice hacía perder su sangre fria, pero os he oído, os he visto y he sido testigo de vuestra infamia y de vuestra cobardía.

—Verdaderamente, dijo Leódice sonriendo, siempre vos habéis sido testigo de eso. Me agrada oír tal confesión de vuestra boca! Entónces mentísteis cuando el señor Martín os interrogó? De suerte que vos, tan puntilloso en cuestiones de honor, hicísteis un juramento falso?

—Sí, dijo Felipe, cuya cólera se desbordaba ya, hiriendo con su puño el buró; sí, juré en falso para no deshonrar á una mujer, y también forzado por vos, que sois un miserable.

Esta vez Leodice se levantó.

—Creo, señor, que os permitís venir á insultarme á mi casa. Salid, ú os hago arrojar por mis criados. En cuanto á daros explicaciones, oid mi respuesta. Yo no me bato con un hombre, que según confesión propia se ha deshonrado con un espionaje y con un perjurio.

—Ah! conque así es, rugió Felipe, pues bien, yo os forzaré, yo os insultaré en público y os insulto aquí.

Y con su guante le abofeteó el rostro.

Leodice había palidecido.

—En efecto, dijo, me forzais; dadme vuestra dirección y mañane recibiréis mis sestigos.

XVIII.

Una hora más tarde Felipe llamaba á la puerta de Jacobo. Este le recibió con su cordialidad alegre.

—Hete aquí muchacho, tienes palabra. Vienes á hacerme la relación de la aventurilla? te escucho y soy todo orejas querido.

—La aventura, dijo Felipe que no pudo impedir una sonsonrisa, no es tal como vos la imagináis.

Acabo de insultar á Leódice, Martín, y os suplico que me sirvais de testigo.

(Continuará.)



LA MODA

Los lindos sombreros siguen siendo la nota predilecta para los fantaseadores parisienses, y por eso les damos la preferencia entre los figurines que publicamos. El que aparece en esta plana, es sobre todo, un encantador capricho y de una suprema elegancia. Lo recomendamos especialmente á nuestras bellas lectoras.

El pleno estío traerá modelos que prometen mucho, y de los cuales haremos la reproducción con la oportunidad que acostumbramos.



Sombrero nicole.

LIVIA COLUMBA

Escucha, amiga mia, una verdadera y triste historia que voy á referirte. No es un *cuento de camino*, ni una de esas narraciones fantásticas que las madres contaban de noche á sus pequeñuelos en aquellos tiempos en que las madres hallaban placer en ese entretenimiento; no, es, como te he dicho, una historia, y te salgo garante de su autenticidad, porque tengo fe en la veracidad del hombre que me la refirió.

Hubo un tiempo en que se apoderó de mí la afición bárbara de la caza, con una intensidad verdaderamente horrible, por lo menos á los ojos de mi actual conciencia. Cuando pienso en las pobres víctimas de mi pasión cijenética de otros días, paréceme que era otro sér que había entonces en mí quien consumaba aquellos injustificables atentados. Hágome esa ilusión, porque solo así consigo acallar una secreta voz que me acusa, y poder en mis paseos por la campiña contemplar las avecillas en sus variados movimientos en la copa de los árboles, sin sentir profundo malestar cuando fijan en mí sus redondos ojos, y pían los pichones y cantan ó chirrian las madres. De otro modo, pareceríame que me dirijen miradas de reconvención y que en su sencillo lenguaje me llaman con un nombre que hiere mis oídos como hiere el blanco la zaeta disparada por habil arquero.

¡Cuantas veces ha turbado mi sueño la sangrienta imágen de un montón de cadáveres de inofensivas avecillas! Allí he visto tórtolas y verderones, con las alas rotas, ruiseñores y *carpinteros* con el pecho destrozado, y ciguas, cernícalos y pájaros bobos, que luchan por tender el vuelo cuando ya la muerte ha inutilizado sus alas parasiempre.

¿Qué placer esperimentaba yo en privar de la vida á los pobres pajaritos que se atravesaban en mi camino, ó que descubría en el follage tupido de los corpulentos mangos, y en las enhiestas hojas nuevas de las esbeltas palmeras? ¿Quieres saberlo amiga mía? Pues bien; te lo diré. Ninguno me causaba la muerte de los indefensos animalitos; lo que me causaba una satisfacción profunda era mi destreza de novel cazador. Cuando tendía el cañon de mi buena escopeta vizcaina, estaba seguro de no errar el tiro; y cuando veía flotar por el aire las plumas que el plomo había arrancado á la avecilla que había elegido para blanco, ó sentía el choque de su cuerpo inerte contra las ramas y las hojas, apoderabáse de mí una grata emoción que borraba por completo de mi mente toda idea de compasión hacia los seres destruidos tan sin razón ni provecho.

Ese es el único crimen que pesa sobre mi conciencia. Te lo he confesado sin jactancia, y espero que mi franqueza y mi sincero arrepentimiento me obtendrán tu perdón. ¿No es así, mi buena amiga?

Pienso que después de todo, yo soy una ardiente, convencida y leal partidaria de la pena de muerte: que para mí, la vida humana es sagrada é inviolable, por la naturaleza, y que por nada en este mundo querría ser juez, pues á la hora de firmar una sentencia de muerte, preferiría faltar á mi deber para con la sociedad, á traicionar mis convicciones.

Absuelta por ella y por tí, de mi más grave delito, comienzo la histórica naración.

En una nebulosa y obscura mañana del mes de Noviembre de no importa que año, tornaba yo de mi escurción matutina por uno de los estrechos y sombríos senderos de la selva de Galindo, que conducen de la *ciénega* á la ciudad, y viceversa, cuando la espesa neblina que desde muy temprano se estendiera por la cuenca del Ozama se deshizo en fuerte lluvia; lo que me obligó á buscar abrigo al pié de unas altísimas rocas en cuya cima forman las copeyes y peronilas como un tupido solio, que no permite el paso ni á las gruesas gotas de un aguacero.

En pos de mí llegó un viejo cazador á quien sólo conocía yo de nombre y de fama, y que también venía á guarecerse allí de la lluvia. A otros cazadores había oído hablar de él como de un buen hombre, pero de muy mal genio: nadie se atrevía á usar de su *palo*, aún sabiendo que él no iría á ocuparlo, por esta ó la otra razón. Más que respeto, era miedo lo que inspiraba á sus compañeros de profesión.

A decir verdad, estas noticias y su aspecto, que no predisponía en su favor, me hicieron al pronto ver con muy malos ojos su llegada. Dióme los buenos días en tono bastante áspero, y se puso á verter un torrente de palabras. Habló del tiempo, de lo malo de los caminos, de la mala situación del país, diciendo pestes del gobierno (con razón, dicho sea en acatamiento á la verdad) de la caza, contra las fincas de caña, y por último, contra las mujeres. Al llegar aquí, sus expresiones fueron tan duras que no pude contenerme, y le interrumpí diciendole: pero viejo, ¿qué le han hecho á usted las pobres mujeres para que tan mal las trate?

Me miró fijamente, como si hasta entonces no se hubiera dado cuenta de mi presencia allí: sacudió el cachimbo, tosió; y cuando yo esperaba que se desatara en improperios contra mí, con una voz suave que nunca hubiera supuesto fuera capaz de poseer, me habló así:

Vea usted joven; yo no soy sabio como usted; no soy más que un pobre viejo ignorante, pero, eso sí, que no ha vivido de más en el mundo, que tiene muchísima experiencia. Me casé muy joven, y enviudé, quedándome una hija á la cual crié con mucho trabajo; á los quince años me abandonó por un perdido que no tardó en deshacerse de ella. La recogí para que muriera en mis brazos, muy tarde arrepentida. Me dejó una chicuela que ya cuenta doce años, á la que quiero como á nadie he querido. Por ella es que desde la una de la mañana vengo aquí á ganar el pan con este perro oficio de cazador, cuando no me voy mar afuera en un *cayuco* á echar el anzuelo. La muchacha me quiere y es muy docil; pero siempre estoy pensando en que cuando sea más entrada en años me la haga también. Al llegar aquí, la emoción lo obligó á detenerse, y se pasó una mano por los ojos para limpiarse las lágrimas que brotaban de ellos, expontaneas como todas las que surgen del corazón.

En siendo hembras, continuó, todas son iguales! Vea usted. Esa chicula, mi nieta, tenía una palomita que le llevé un día ligeramente herida, y ella la curó. Crióla como á una criatura; no probaba bocado que con ella no compartiera, la ponía á dormir en su misma cama y no la perdía de vista por miedo á los gavilanes. La llamaba Livia Columba porque ella se llama Livia, y en no se qué lengua llaman *columbas* á las palomas. Porque debe usted saber que mi nieta está á la escuela en la ciudad, y sabe cosas que cuando me las cuenta me quedo haciendo cruces. Pero volviendo á su palomita, el animal correspondía al cariño de su ama como un sér inteligente. Se posaba en sus hombros, andaba detrás de ella, y al anochecer la buscaba para que la llevara á la cama. A la verdad ó á la mentira de mi nieta, ambas se hablaban y se entendían perfectamente, con palabras la una, la otra con arrullos. No hace muchos días me dijo mi nieta que había sorprendido un joven gavilán en un árbol del patio mirando fija y tiernamente á Livia Columba que á su vez, posada en el respaldo de una silla en el comedor, no quitaba los ojos del extraño huésped. Por más que aceché al malvado avechucho no pude verlo; parece que escogía las horas en que yo estaba fuera para acercarse á la casa.

A mi nieta que pasa de ladina, se le encalavernó que el gavilucho estaba enamorado de Columba, y que ésta no lo miraba con malos ojos. Una vez que se le metió eso en la cabeza, cogió á su paloma por las dos patitas, y mirándola de frente y besándole el pico le dijo: Columbita mía, estoy muy sentida contigo porque te estoy mirando y no te conozco. ¿Qué se ha hecho el juicio que



Grupo de sombreros de primavera.

iempre alabé en tí? ¿Cómo te extasías contemplando á ese maldito gavilán, enemigo mortal de toda tu raza? ¿Cómo has podido imaginarte que esas figuras que te hace y esos piropos que te endilga tienen otro propósito que atraerte á donde pueda clavarte las garras y destrozarte á picotazos! Con no poca sorpresa de la chica, contéstale Columba: No comprendo, amita mía, cómo puedes tener semejante idea de ese apuesto y gallardo animal, que traspira bondad. Yo te aseguro que mientras más lo miro, más me gusta, y que estoy convencida de que me quiere y me hará feliz! Ola! exclamó mi nieta. ¿Conque á tal extremo han llegado las cosas? ¿Conque vas derechita, por tus pasos contados, por el camino de tu irremisible perdición? Pues mal que te pese, yo te salvaré. Y no la soltó hasta que con sus propias manos construyó una jaula de bambú muy capaz, y la metió dentro. Cerró sólidamente la puerta, y muy satisfecha de su obra colocó la jaula en el patio y se entregó, como de costumbre á sus quehaceres.

Por la tarde dormía yo la siesta en mi *chinchorro* y desperté sobresaltado á los gritos de mi nieta: papá, papá! corre que Columba se ha escapado!

En un decir Jesús, ya estaba yo con la escopeta al hombro, bajando la colina en dirección á un grupo de *javillas* en donde sabía que acostumbraba reunirse una banda de gavilanes; percibí el ruido que hacían entre los árboles; acerquéme con mucho tiento y no tardé en ver en una rama al gavilán enamorado de *Columba*, que con el pico le arrancaba las entrañas, mientras otros dos, jóvenes como él, trataban á la vez de meter el suyo por la ancha herida que tenía en el pecho el cadáver aún palpitante de la imprudente. Iba á hacer fuego sobre el grupo de animales, pero reflexioné, y volviendo á echarme al hombro la escopeta volví á mi casa, pensando en que aquel drama no era acaso más que un anuncio de lo que pueda suceder más tarde. Ya usted ve si tengo razón en lo que digo. Todas son iguales; cuando se enamoran, van lo más satisfechas á su perdición, como las mariposas á las llamas.

Cesó la lluvia, me despedí del viejo cazador, y tomé el camino de la ciudad.

Mientras lo recorría, no dejé de pensar en el cuento que acababa de oír, ni de preguntarme ¿tendrá razón?

R. J. Castillo.



LA PLUMA.

¡Pluma! cuando considero
los agravios y mercedes,
el mal y bien que tú puedes
causar en el mundo entero,
que un rasgo tuyo severo
puede matar á un tirano
y que otro torpe ó liviano,
manchar puede un alma pura,
me estremezco de pavura
al alargarte la mano.

Abelardo Lopez de Ayala.



Vestido de recepción.

No repares sólo en la belleza de la mujer.
No desees la mujer por su belleza.
No es la belleza física la que une los corazone, sino la virtud.

***

La bellesa es cosa fugaz.
¿Quién podrá confiar en un bien tan fragil?
Es el primer dón que nos hace la naturaleza, y el primero qu nos arrebata.

Arroniz.

Al darnos la postrera despedida,
me lanzó una mirada
que en el pecho clavada
la llevé todo el resto de mi vida.

***

¡Es un sueño de amor su triste historia!
Nació; fué amable, candorosa y bella.
Amó; reinó; murió; se abrió la gloria,
entró, y el cielo se cerró tras ella.

Campoamor

LA FRATERNAL

Y SUS PROGRESOS

Con verdadero interes hemos leído un artículo de fondo publicado en el número correspondiente al día último del mes próximo pasado, por la compañía de seguros de Vida y Accidentes denominada *La Fraternal*.

Insertamos el expresado artículo en las columnas de nuestro semanario, por que además de que en él se da á conocer el progreso de la Institución del seguro, el cual se acentúa más y más en la República, los honores de ese progreso corresponden de una manera muy especial á la compañía de que hemos hecho mención, lo cual satisface, pues tratándose de una Sociedad Nacional nos es grato palpar que prospere.

No añadiremos elogios que puedan considerarse apasionados, y por lo tanto, nos circunscribimos á reproducir el referido artículo, cuya lectura recomendamos á nuestros lectores:

UNA NOVEDAD

Seguro con inversión.—Planes en graduación y dotales.

«¿Cómo corresponder á la confianza que día á día dispensa el público á *La Fraternal?*»

«Empeñándonos con toda asiduidad en mejorar los planes que emite la Compañía, en ampliar su esfera de acción, rompiendo con la rutina para sustituirla con los nuevos elementos que proporciona el progreso científico, del cual deben dimanar todas las combinaciones, á fin de que ellas descansen sobre base sólida.»

«Hemos procurado nunca precipitarnos: las conquistas alcanzadas, los triunfos obtenidos, no nos han envanecido, por el contrario, obligan nuestras responsabilidades y por lo mismo aguzamos nuestro ingenio, estudiando, previendo y cimentando todo lo que puede dar un resultado benéfico á la institución del seguro, y por consiguiente al público á que está consagrado.»

«Constantemente hemos dado á luz los actos que norman nuestra conducta, hemos llevado á la conciencia pública la persuación de la honradez con que nos producimos, porque sobre este punto no caben falsas modestias, y en cuanto á la bondad de los principios que han formado el Código de *La Fraternal*, nos cabe la satisfacción de que hasta ahora no ha habido causa justificada que pueda motivar, pero ni siquiera sospechar arrepentimiento por haber acatado esos principios.»

«Si en nuestros primeros pasos usamos de la mayor cautela, si nuestras operaciones las limitábamos á su expresión más sencilla, con esto acusamos cordura, absteniéndonos de abarcar lo que nuestras fuerzas no nos permitían, lo que la experiencia no podía aconsejarnos, puesto que carecíamos de ella; pero por fortuna en nuestra marcha, que no ha estado exenta de obstáculos, hemos podido seguirla, haciendo á un lado los últimos y alcanzando el adelanto anhelado. Estacionarnos ahora equivaldría á retrogradar, y una conducta de tal naturaleza daría motivo sobrado para que se nos censurase. Esto no puede entrar en nuestro propósito, y por lo mismo multiplicamos los factores que deben conducirnos al logro de nuestras legítimas aspiraciones, sin que esto quiera decir que abandonamos la prudencia, entregándonos á locas ilusiones que traerían dolorosísima decepción. Marchamos en busca de nuestro engrandecimiento, escogemos terreno firme, y con planta segura llegaremos á la cima donde irradian nuestros ideales»

***

«Hemos mencionado una novedad y tal es la póliza que emite *La Fraternal* bajo condiciones que hasta ahora nunca se habían conocido en la República, porque ninguna de las Compañías que actualmente actúan en ella las estipulan en sus contratos.»

«*Seguro con inversión* se denomina el plan referido, y en él están adunadas una serie de opciones que permiten al asegurado obtener un verdadero y positivo beneficio, cualesquiera que sean las circunstancias porque tenga que atravesar en lo futuro, pues se ha procurado preveer al mayor número de contingencias.»

«Ordenemos nuestras apreciaciones para mejor comprención de los contratos relativos, tanto en la forma como en el fondo. A toda persona que solicite la referida póliza se le presentará un documento, en el cual en terminos bien claros y concisos se detallan todas las circunstancias de su pretensión contandose entre estas una *tabla de opciones garantizadas préviamente* en la que se fijarán los valores que importan, pues estando calculados de antemano, el solicitante conocerá desde luego todos los derechos que puede adquirir.»

«El nuevo plan está exento de problemas más ó menos ventajosos, sujetos á fluctuaciones: se halla combinado de manera que en números concretos se estipulan en la póliza, de conformidad y con entera exactitud á lo solicitado, las sumas que importan cada una de dichas opciones. De esta manera, extirpamos cualquier abuso ó engaño que pudiera cometerse, evitamos malas ó confusas apreciaciones, y por lo mismo nuestros contratos serán lisos y llanos, teniendo por norma principal la más absoluta buena fe.»

«Las solicitudes empleadas para el caso las componen dos documentos enteramente iguales, es decir, hay un *principal* y un *duplicado* que, firmados ambos por el solicitante y el Agente, sirven, el primero para enviarse á la Oficina central de la Compañía á fin de que sirva de base del contrato, y el segundo queda en poder del interesado para su propio resguardo, permitiéndole este ejemplar efectuar el cotejo con la poliza que se le expida, la que tanto en datos como en cifras deben guardar absoluta identidad con los de la solicitud. Bajo esta forma no cabe duda acerca de las cláusulas del contato que se pretende, cesa por completo toda interpretación errónea, y los asegurados en todo tiempo saben á qué atenerse, sin que pueda temerse la más pequeña decepción.

***

«*El Seguro con Inversión* queda dividido en dos planes, uno denominado *Dotal en graduación* y el otro simplemente *Dotal*. En ambos la obligación de pagos por parte del asegurado no es indefinida, sino que se limita á un período que él elige voluntad entre los tres que ha adoptado la Compañía y los cuales se fijan en 10, 15 ó 20 años. Se llama *Dotal en graduación*, porque el plazo para que perciba el asegurado personalmente por haber sobrevivido á aquel, depende de la edad en que se solicita la póliza. Esta es incontestable desde el segundo año de su vigencia, no habiendo más excepción que la prevenida por el Código de Comercio en sus artículos 393 y 433. En el tercer año el asegurado puede hacer ya uso de las opciones estipuladas y éstas consisten en saldar la póliza, en cederla á la Compañía por un valor en efectivo, en obtener un préstamo que causa un rédito del 8 por ciento al año, en obtener un seguro extendido ó sea la prolongación por determinado tiempo del riesgo que debe correr la Compañía para pagar el Seguro. Puede también comprarse una renta vitalicia, y finalmente, si el asegurado sufre alguna invalidación, tiene derecho á percibir en el acto el 50 por ciento del valor á que ha ascendido su póliza cuando sobreviene esa circunstancia. Debemos agregar que el valor de la póliza en caso de fallecimiento aumenta en proporción á los años que se ha vivido, de modo que sin alterarse en lo más mínimo las obligaciones del asegurado, con una misma cuota compra año á año un seguro siempre ascendente en su valor»

«Completaremos los anteriores asertos y consideraciones copiando aquí la tarifa correspondiente á tres edades, y por ella se palpará que de antemano *La Fraternal* de á conocer y *garantiza* el valor de cada una de las opciones que, como hemos dicho, se enumeran en el contrato. La repetida tarifa es como sigue:

(Omitimos la publicación de la tarifa por ser demasiado extensa y servir á los interesados para consultarla en caso necesario)

En el Seguro con Inversión, *Plan Dotal*, las estipulaciones son iguales, con la sola diferencia de que el plazo para percibir en vida el valor de la póliza no depende de la edad del asegurado, sino que éste lo fija, escogiéndolo entre los de diez, quince ó veinte años."

***

"Reasumiendo todo lo expuesto, la repetida póliza es incomparable por las siguientes razones:

1ª Las obligaciones del asegurado no son indefinidas, sino limitadas á plazo determinado.

2ª La póliza es incontestable desde el segundo año.

3ª A medida que sobreviva el asegurado aumenta el valor de su póliza.

4ª Puede cuando lo desee saldarla en proporción verdaderamente equitativa.

5ª Puede cederla á la Compañía por un precio en dinero efectivo, convenido de antemano.

6ª En circunstancias aflictivas tiene derecho á que se le hagan préstamos sobre su misma póliza, y de esos préstamos también se estipula el monto á que pueden ascender.

7ª Cabe también comprar un seguro extendido por tiempo previamente calculado, sin que cause obligaciones posteriores.

8ª Puede entrar en los cálculos del asegurado comprar con lo exhibido una renta vitalicia.

9ª En el caso fortuito de una invalidación, si no ha optado por cualquiera de los derechos anteriores, la Compañía paga la mitad del valor de la póliza en la fecha en que acaece tal suceso.

10ª y última. Si el asegurado no opta por alguno de los derechos anteriores y sobrevive al plazo dotal, recibirá en efectivo el valor total de la póliza.

Ahora bien, en qué caso no está debidamente recompensado el asegurado? En todos lo está.

Cuándo es caducable la póliza aludida? Nunca, porque además de que desde el tercer año cualquiera de las opciones le dan pleno vigor, en todo tiempo si se hubiere omitido por olvido ó alguna otra circunstancia hacer uso de ese derecho, la póliza en cuestión puede revalidarse.

Hemos procurado concretar de una manera somera todo aquello que puede dar una idea exacta de la bondad de los nobilísimos fines que encierra el nuevo plan, que desde hoy ponemos á disposición del público; y confiamos que la posteridad nos hará justicia, que los hechos vendrán á corroborar todas nuestras exposiciones, y que *La Fraternal* será objeto de las bendiciones de todos los que reporten sus beneficios, porque hubo una mano previsora que depositase en ella y en tiempo oportuno sus ahorros para provecho propio ó de sus deudos, y para engrandecimiento de una institución Nacional, que contribuirá á la honra y gloria de nuestra patria.

Cualquiera explicación ó dato que se nos pida sobre el particular, puede recabarse directamente de nuestros Agentes ó de la Dirección General, que radica en la ciudad de México."



Reservado

LA CAJA DE AHRS.

Con inversiones garantizadas.

Sociedad Anonima.

CAPITAL SOCIAL, $100,000.

Presidente: Serapión Fernández.

Gerente: Dionisio Montes de Oca.

El ahorro es la fortuna del pobre

Y la salvaguardia del rico.

"La Caja de Ahorros con Inversiones garantizadas" expide Pólizas de *cien*, de *quinientos* y de *mil pesos*, cobrando mensualmente *treinta centavos* por las de $100 *un peso* por las de $500 y *dos pesos* por las de $1,000.

Con tan pequeñas exhibiciones esta benéfica Compañía, favorece por medio de sus Pólizas el ahorro, con múltiples utilidades en todas las clases sociales, lo que proporciona asegurar una fuerte suma de dinero, para recibir la de **"La caja de ahorros"** á determinado periodo de tiempo, ó ántes, según sus estipulaciones.

"La caja de ahorros" proteje al pobre, presentándole la mejor manera de ahorrar, y ofrece al rico un negocio lucrativo y ventajoso, en que, con pequeñas inversiones, pueda obtener una gran utilidad.

Para comprar las Pólizas de **"La caja de ahorros."** ocúrrase á la Oficina Principal, calle de VERGARA NUM. 12, por medio de los Agentes de la Compañía, debidamente autorizados.

Banco Internacional é Hipotecario de México.

Giros por Cable, Depósitos, Descuentos, Cobros de letras, Cupones, etc., Cambios sobre el Extranjero Cartas Circulares de Crédito, Créditos en cuenta corriente

CAPITAL $5.000,000

Hipotecas amortizables en veinticinco años con anualidades de 9 por 100, pagaderas por trimestres efectuando el Banco su préstamo en **Bonos Hipotecarios,** con interés de 6 por 100, y siendo potestativo para el deudor redimir el **Saldo** del capital en cualquier tiempo y con **Bonos Hipotecarios.**

Respetuosamente se llama la atención del público hacia la importancia de estos **Bonos.** No existe papel **más seguro** porque está garantizado con primera hipoteca, constituida sobre propiedades raíces por **doble valor de aquél.**

El Banco facilitará toda clase de informes escritos, relativos á las diversas operaciones de su instituto quien lo solicite en sus oficinas.

Presidente, José de Teresa y Miranda. — Cajero Joaquin de Trueba

CIUDAD DE MEXICO
APARTADO POSTAL, 269. TELEFONO. NUM. 38.
OFICINAS EN EL NUEVO EDIFICIO DEL BANCO ESQUINA DE CADENA Y COLEGIO DE NIÑAS

GRAN CRISTALERIA

CALLE ALCAICERIA NUMERO 210. ——APARTADO 503.

LOEB HERMANOS

La casa que tiene el surtido más completo y variado y vende más barato.

Vajillas para mesa. Juegos de Cristal. Juegos lavamanos. Cuchillería y efectos plateados. Lámparas de todos estilos y para todos usos.

Inmensa variedad de efectos de lujo.

Se reciben novedades continuamente



Olugna

Purifica la Sangre

Es el mejor remedio conocido para curar pronta y radicalmente las enfermedades que proceden de la impureza de la sangre.

No contiene mercurio

La sifilis más rebelde cede pronto bajo la enérgica acción del «Olugna» y aun los niños que heredaron tan terrible enfermedad se curan.

SE RECOMIENDA MUY ESPECIALMENTE

á los que en su juventud tuvieron esta enfermedad y van á casarse, pues pueden trasmitir el virus sifilítico y á los que han tomado mercurio pues elimina ese peligroso mineral.

En las Droguerías y Boticas.

AGENCIA.—APARTADO POSTAL 163.—MEXICO

SE ENVIAN FOLLETOS GRATIS



CIUDAD DE MÉXICO.

El próximo sorteo, con premio mayor de

$10,000

se verificará en el Pabellón Morisco, á las tres de la tarde, el Jueves

13 DE MAYO DE 1897.

bajo el plan siguiente:

14,000 Billetes á $2.00 cada uno, divididos en vigésimos de á 10 centavos.

Fondo: $ 28,000.

PREMIOS:

1	Premio de....	$10,000....	$ 10,000
1	" " "	1,000....,	1,000
1	" " "	500....,	500
1	" " "	200....,	200
2	" " "	100....,	200
10	" " "	50....,	500
25	" " "	40....,	1,000
100	" " "	20....,	2,000
200	" " "	10.....	2,000
2	Aproximaciones de á $ 100; una anterior y otra posterior al número premiado con los $10.000	....$	200
2	Aproximaciones de á $50; una anterior y otra posterior al número premiado con los $ 1.000	....$	100
345	Premios que hacen un total de		$ 17.700

El próximo sorteo, con premio mayor de

$ 60,000

se verificará en el Pabellón Morisco á las 11 a. m., el Jueves

22 de Abril de 1897.

bajo el plan siguiente:

16,000 BILLETES. FONDO: $ 320,000.

PRECIO DE LOS BILLETES:
Enteros: $ 4.00.—Medios: $ 2.00. Cuartos: $ 1.00.—Décimos: 40 cents. Vigesimos: 20 cents.

PREMIOS:

1	Premio mayor de.........$	60,000
1	Premio principal de.......,	20,000
1	Premio principal de.......,	10,000
5	Premios de $ 1,000......,	5,000
10	Premios de „ 500......,	5,000
25	Premios de „ 200......,	5,000
100	Premios de „ 100......,	10,000
260	Premios de „ 40......,	10,400
460	Premios de „ 20......,	9,200
100	Premios de $ 60, aproximaciones al premio de $ 60,000............$	6.000
100	Premios de $ 40, aproximaciones al premio de $ 20,000............$	4.000
100	Premios de $ 20, aproximaciones al premio de $ 10.000............$	2.000
799	Terminales de $ 20, que se determinarán por las dos últimas cifras del billete que obtenga el premio mayor de $ 60,000......$	15.980
799	Terminales de $ 20, que se determinarán por las dos últimas cifras del billete que obtenga el premio principal de $ 20,000....$	15.980
2.761	Premios que hacen un Total de..$	178.560

Todos los sorteos están bajo la vigilancia y dirección personales del Sr. D. Apolinar Castillo, interventor del Gobierno, y de un empleado de la Tesorería General de la Nación.

Oficinas: 1ª San Francisco núm. 12.
U. BASSETTI, Gerente.

EL MUNDO.

TOMO I. MEXICO, ABRIL 25 DE 1897. NUMERO 17.



¡Ynfraganti!.....

[Dibujo de José M. Villasana.]

"EL MUNDO"

Semanario Ilustrado.

Teléfono 434.—Calle de Tiburcio núm. 20.—Apartado 87 b.

MÉXICO

Toda la correspondencia que se relacione con la Redacción, debe ser dirigida al

Director, Lic. Rafael Reyes Spíndola.

Toda la correspondencia que se relacione con la edición debe ser dirigida al

Gerente, Lic. Fausto Moguel.

La subscripción á **EL MUNDO** vale $1.25 centavos al mes, y se cobra por trimestes adelantados.

Números sueltos, 50 centavos.

Avisos: á razón de $30 plana por cada publicación.

Todo pago debe ser precisamente adelantado.

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE.

Notas editoriales.

México y la Gran Bretaña.

La Cámara de Senadores ha aprobado, en la anterior semana, el tratado de límites entre el territorio mexicano y la colonia de Belice, perteneciente á la Cran Bretaña. Este tratado causó hace tres años una cierta sensación, muy especialmente, como sucede á menudo, entre las personas ajenas á la cuestión. Fué necesario que se exhibieran autorizados documentos y se hiciera uso de una cerrada lógica para destruir vulgaridades de *grueso calibre* que habían hallado eco en buen numero de espíritus.

En aquella época quedó demostrado:

Primero: que Inglaterra posee incuestionables derechos sobre la posesión de Belice.

Segundo: que el Gobierno de México ha reconocido estos derechos, acreditando cónsules nacionales en la colonia británica.

Tercero: que el *statu quo* en el asunto de límites entre Belice y el territorio mexicano, es altamente perjudicial para los intereses de la República, por la amenaza de una expansión constante de la colonia; los peligros de un tráfico entre los indios rebeldes y los habitantes de la colonia, que proporcionaban á aquellos elementos de conservación y resistencia; y por último, el tráfico fraudulento entre unos y otros, realizado con graves pérdidas para el Erario Federal.

Se imponía, pues, la aprobación del tratado, y después de tres años, en los que los espíritus más saturados de patriotismo han podido meditar atentamente acerca de la materia, y los publicistas cultivadores del género efectista no se creen obligados á reproducir sus insignificantes altisonancias, se ha acudido, por fin, á cubrir esta laguna, dando solución á un problema trascendental, y que no sólo por los males que ocasionaba en la actualidad, sino también por los riesgos que entrañaba en lo porvenir, era indispensable terminar.

En estos últimos tiempos hemos visto, en efecto, que un asunto de límites ha estado á punto de traer serias complicaciones á una de las repúblicas del continente; y este hecho ha podido servir de saludable advertencia á todos los Estados de la América latina para dejar arregladas sus cuestiones de derecho internacional.

La aprobación del tratado entre el gobierno de México y el de Inglaterra, relativo á los límites de Belice, es de suma conveniencia y nosotros celebramos que, vencidos los primeros obstáculos que se elevaron en un principio en la Cámara de Senadores, este alto cuerpo haya apoyado con su voto una convención que no puede menos de sernos favorable.

La política y la justicia.

La prensa diaria ha proporcionado, en estos días, abundantes detalles acerca de un tenebroso crimen cometido en la ciudad de Jalapa, y en el que se encuentran comprometidas personalidades de algún relieve social, acusadas de haber favorecido con actos delictuosos la ejecución del repugnante delito.

Generalmente el cuadro de la criminalidad nacional arroja pocos casos semejantes. La gran suma de la delincuencia, representa la característica de un grupo humano hundido en los horrores del salvagismo. Crímenes *refinados*, en los que intervienen unidades de una clase superior; planes siniestros desarrollados hábilmente por personas de cierto nivel social, se anotan en corta cantidad en los negros registros de la criminalogía mexicana.

En el caso presente, se trata de un delito en el que, como ya queda dicho, intervienen personalidades de categoría, que ocupan puestos distinguidos en el cuadro de una administración. Si el gobierno del Estado de Veracruz hubiera cerrado los ojos y los oídos á los clamores de una opinión fuertemente impresionada, habría caído en el más terrible desprestigio. Pero afortunadamente para la sociedad y para el gobierno se ha procedido con energía, y los sospechosos de esta trama, despojados de sus atributos oficiales, figurarán como simples reos en el escandaloso proceso abierto por la justicia veracruzana.

No es el momento de preguntar cómo hombres semejantes han podido tener acceso á prominentes puestos públicos. En política se impone, á las veces, la necesidad de utilizar elementos poco limpios en el desempeño de determinadas funciones. De estos sacrificios están llenas las páginas de nuestra historia contemporánea, y en más de una ocasión hemos señalado, en estas columnas, el extraño fenómeno.—Pero lo que la política crea, la justicia lo destruye, y ante escándalos como el de Jalapa, hemos visto aniquilarse reputaciones y desaparecer personalidades, que un golpe de maza derribó de sus altivos pedestales.

Ejemplos como el que la administración de Veracruz ha dado, necesitan meditarse atentamente.

Política General.

LA GUERRA DE ORIENTE Y LAS GRANDES POTENCIAS.

¡Qué inmensa responsabilidad pesa sobre las grandes potencias europeas! qué risible aparece ante el mundo su decantado concierto, y cuán tremendos serán los cargos que les resulten ante la historia por la guerra greco-turca que acaba de estallar!

Se oponen en nombre de la fuerza á la expansión del helenismo y á sus manifestaciones civilizadoras; siegan con mano aleve la aspiración de libertad que empuja á los cretenses á lucha desesperada; se asientan al lado de la iniquidad, interponiéndose como un escudo entre el esclavo que anhela su manumisión y el orgulloso señor que sueña en la perpetua servidumbre; en nombre del tratado de Berlín que ha podido ser desgarrado y roto varias veces por el fuerte, proclaman la integridad de un imperio que se desmorona, enfermizo y caduco, cuando del tronco carcomido las desprendidas ramas pudieran dar nacimiento á nuevas y vigorosas nacionalidades, inyectando en ellas savia de libertad, y se habrían de formar pueblos robustos, ingertando en sus podridos organismos gérmenes de democracia y sembrando en su fecundo suelo la semilla de las nuevas ideas; con inaudita crueldad se han colocado en el conflicto de Oriente del lado del Sultán que significa la perfidia, el fanatismo, la superstición y el estancamiento, para combatir á los helenos que, cualesquiera que hayan sido sus errores, sus arrebatos y delirios, han escrito en su bandera la palabra «¡adelante!» y sublimes como sus héroes legendarios, creyendo poseer las armas divinas de Aquiles y la égida inquebrantable de Pallas Athenea, se levantan más soberbios á cada golpe que reciben; y cuando después del bloqueo de Creta, han visto sus inútiles esfuerzos por sofocar la insurrección y pacificar la revuelta isla de Minos, ven ahora á los griegos marchando al sacrificio; sienten los estremecimientos del sagrado monte Parnaso, sacudido por la artillería musulmana, y contemplan las aguas encantadas del Cefiso, que ayer arrastraba arenas de oro, donde los rayos de Apolo fingían siluetas de ninfas y perfiles de gnomos, que lleva ahora en sus ondas ensangrentados cadáveres de patriotas, melladas armas y yelmos destrozados; cuando todo esto pueden ver, cuando en su mano y poder estaba haber evitado esas escenas de horror y de matanza, que hasta hoy parecen representar la derrota de los cristianos y el triunfo de los hijos de Mahoma, la humillación de los que pelean por la libertad y la victoria de los que luchan por la opresión: declaran con inconcebible calma, que están dispuestas á observar la más estricta neutralidad en la contienda de Grecia y de Turquía, ante la explosión del odio secular del turcomán que se venga en el griego, aislado del mundo y abandonado por los que se titulan sus protectores, se venga de la humillación en que ha vivido, con el horror de sus iras agarenas.

***

¡Escarnio cruel, sangrienta ironía! Declarar la neutralidad ahora, para abandonar á la divina Hélade en poder de las hordas muslímicas, para que la autoridad moral de Rusia que apoya al aborrecido Abdul Hamid, harto de sangre y ahito de ferocidad, y la ayuda material de Alemania que manda sus oficiales para que se mezclen en las filas de los adoradores de la Media Luna, sirvan eficazmente á la derrota de las armas helénicas!

Declarar la neutralidad, después de haber maniatado al rey Jorge, cuando trataba de arrebatar á los cretenses de la ominosa dominación de Turquía; cuando emprendía la reconquista del mundo griego en beneficio de la idea cristiana y á favor de la libertad de los pueblos, por quien siempre se ha ofrecido en holocausto el pueblo de los dioses y de los héroes!

Extraña imparcialidad la que amenaza con sus iras olímpicas á los Estados semi soberanos de los Balkanes, si osan adherirse al movimiento insurreccional contra la Sublime Puerta, y se atreven á prestar auxilio, á los acuitados ejércitos ya rechazados en Millona, acaso en Turnavo, y tal vez en inminente peligro de ser aplastados en las llanuras históricas de Tesalia, de donde partieron las falanjes macedónicas para ir á llevar el verbo de la cultura griega hasta las remotas riberas del sagrado Ganges!

***

Despertad, vosotros que os llamáis dueños de los pueblos y directores de las naciones, vosotros que os cubrís orgullosos con el pomposo manto del derecho divino y creéis gobernar en nombre del Arbitro Supremo de las sociedades; despertad poderosos de la tierra! No más complacencias con la iniquidad, no más impías contemplaciones con la injusticia: la cuna del arte y de la gloria está amenazada de caer en poder de las huestes mongólicas, que los siglos y el contacto con la civilización occidental no han podido transformar.

Entre la Turquía, herida de muerte, podrida hasta la médula de los huesos y corroída de infamia y de miseria, y Grecia, la eterna y fecunda madre del ideal y de la belleza, progenitora infatigable de la libertad y la justicia: la elección no es dudosa. La humanidad que piensa y que siente estará por la divina Hélade.

Pero ¡ay! que en los tiempos de la melinita y de los cañones Krupp, no bastan para vencer las bendiciones de las almas de buena voluntad y las simpatías de las multitudes: se necesita algo más positivo. A vosotros los poderosos de la tierra os toca intervenir á tiempo, y no esperar á que Grecia infeliz, desangrada, exánime, expirante, si es vencida en las trincheras de Larissa, vuelva hacia vosotros los ojos moribundos.

Que desaparezca una y mil veces del mapa de Europa esa mancha de baldón que se llama el Imperio Otomano, antes que ver menoscabado en un ápice el territorio del heroico y esforzado reino de los Helenos.

22 de Abril de 1897. X. X. X.

EN TIERRA YANKEE

NOTAS A TODO VAPOR

LA CIUDAD IMPERIO

El paso del *Ferry* á la tierra firme se hace insensiblemente: cree uno pisar el barco todavía y ya va andando sobre el pavimento de madera de una estación. De mí sé decir que hasta que no salí á una calle y subí á un carruaje dispuesto de antemano por un viejo y buen amigo nuestro, no desapareció la sensación, á un tiempo angustiosa y voluptuosa, que resiente todo el que *va sobre las aguas*.

Persistió más todavía en mi cerebro la imagen de la cúpula de cobre del *World* (el gran tocayo del periódico que da amable hospitalidad á estos apuntes); la veía dominando el ilimitado picadillo de construcciones que en una masa clara, hecha de ángulos de piedra encaramados unos sobre otros, se extendía hasta más allá del alcance de nuestra vista. Con trabajo y sin éxito, mientras nos distribuíamos en los carruajes, procuraba fijarme en detalles y quitar de delante de mi ocular aquella placa en que se había fijado el total instantaneo de esta monstruosa Nueva York que, en poco más de medio siglo, ha devorado ochenta ó noventa millares de kilómetros cuadrados de su isla de *Manhattam* para amontonar dos millones de habitantes.

Por fin nos pusimos en marcha; dejamos atrás un laberinto de tortuosas callejas, empaquetadas entre muros, cuyas cornisas superiores era imposible ver desde el coche, pero que con frecuencia nos mostraban en bruscos y grandiosos relieves, ya una sucesión sombría de columnatas romanas, ya de pórticos griegos, ya de pilastras góticas, ora de basalto, ora de pórfido, de granito ó marmol; pero todo obscuro, todo silencioso, todo triste. —Broadway, me dijo mi compañero de carruaje, un méxico-germano aclimatado en N. York —¡Broadway! Una de las primeras arterias mercantiles del mundo ¿este es Broadway? (literalmente *vía ancha*)—Cierto, esto es muy grande y muy extraño. Estrecho algunas veces, anchísimo otras, cortado por parques ingleses alfombrados de verde, sombreados por árboles muy altos, muy grácíles, muy melancólicos, y sembrados de estatuas de bronce muy serias y muy insignificantes. Broadway *diagona* la ciudad de un vértice á otro perturbando graciosamente la regularidad matemática de sus calles y avenidas y engendrando aquí *blocks* de casas en forma trapezoidal, y más allá, en diminutos y ridículos prismas triangulares. ¡Qué enormidad! Una, tres, cinco millas y la sesgada y silenciosa vía no acaba; y es monótona al cabo. Por todas partes pequeñas tiendas cerradas, embutidas en altísimos muros; á cada momento estátuas de madera pintarrajeadas, junto de las puertas bajas en que se expende tabaco; frecuentemente empinados sitiales colocados en la acera en donde los transeuntes se hacen dar betún con una formalidad monumental, y todo ello sigue y sigue. Porque nada acaba aquí; se perciben sin cesar los montones de *blocks* que comprimen la vía por donde transitamos. ¡Y qué altura la de esos *blocks!* Parece la superposición de dos ó tres ciudades de varios pisos cada una.

¡Y qué soledad! En los wagones funiculares (arrastrados por un cable de acero escondido en el piso) y allá arriba, en los *elevados*, transita alguna gente; pero en la calle casi nadie. ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué está abandonada esta ciudad? ¿En donde están los habitantes? preguntaba en tono elegiaco. ¿Se los ha tragado la tierra?—No, respondía mi compañero: la cuarta parte de la población está en el campo, la segunda cuarta parte está en el templo, la tercera en su casa y el resto en las cantinas, (que están cerradas.) Es domingo.

***

Después de más de dos horas de carruaje llegamos aburridos y tristes á nuestro confortable y elegante hotel en la 7ª avenida, muy cerca del Parque Central (Grenoble hotel). Comimos, charlamos, nos istalamos, y hundidos en sendos lechos mullidos y calientes, cada uno de nosotros se encerró en sus recuerdos, rumió sus impresiones y durmió ó no durmió. Yo á las tres de la mañana tomé un baño de agua fría, á las cinco otro de agua tibia, y así lo hice casi todos los días. Poco después llevando ya en el estómago el zumo de dos ó tres racimos de esas uvas californianas, tan largas, tan apretadas, tan cristalinas y de tan lustroso envero, y medio litro de leche helada, salí á vaguear con mis compañeros. Programa: bajaremos por la 5ª avenida hasta donde podamos; tomaremos ahí el ELEVADO (*the Lo*, dicen los *yankees*, que son una máquina de simplificar, en movimiento perpetuo) y loncharemos en *Down-Town*, en la Ciudad baja.

***

La delicia de perderse en una gran ciudad desconocida, no es dada á un viajero en N. York. Las avenidas cortan la ciudad á lo largo, 9 ó 10, no recuerdo; y las calles á lo ancho, en número de más de doscientas, ya comenzando la primera en los límites de la ciudad vieja, allá abajo en la base del triángulo que forma la punta de la isla. Nadie puede perderse; le basta leer en la cinta de los antiguos faroles de gas, de que apenas los armazones quedan, el número de la calle y de la avenida, para orientarse. ¡Es singular que en este municipio de N. York, uno de los más ricos del Mundo y en donde se ha gastado y robado tanto, no haya sobrado un millar ó dos de *dollars* para placas indicadoras!

Las calles se parecen todas; he aquí el tipo que más se reproduce: grandes edificios, monumentales por sus dimensiones; ocho ó diez pisos con frecuencia. Ningun balcón; ventanas todas, con dos bastidores de cristal que suben ó bajan deslizándose por correderas paralelas: nunca puede abrirse más que media ventana, ó la parte de arriba ó la de abajo. A unos dos ó tres metros sobre el nivel de la acera, una serie de bonitas y pequeñas vidrieras: son las puertecillas de aquellas casas enormes, que tienen casi uniformemente un ancho de siete á ocho metros; resultan, pues, series de torreones contiguos, mas como todos están construidos segun el mismo patrón, parecen palacios del tamaño de un block cada uno. De la puerte-

cilla se baja á la calle por una escalinata de piedra con grandes balaustradas. Todo, casas y escaleras de color de chocolate claro. Entre dos escaleras, el fondo de la acera está abierto y por ahí recibe luz, cuando la recibe, el primer piso subterraneo en donde están el comedor y otras dependencias domésticas. El segundo piso subterráneo, siempre iluminado con gas, á veces recibe luz, por el anden de la acera, en donde suelen substituir á las losas grandes placas de vidrio; á través de ellas puede el transeunte ver las cocinas, las calderas de los elevadores, calefactores, etc.

Desembocamos en una vía anchísima y que la altura y la robustez de los edificios que la bordan hacen parecer estrecha. Estábamos en el centro de la *Quinta Avenida*. Empieza allá abajo, más allá de nuestro horizonte, sube á lo largo del Parque Central y no termina; terminará donde termine New York—que ya rebasó su isla; pero N. York terminará en alguna parte?; ó seguirá á lo largo del Hudson y hará del Champlam uno de los lagos de su futuro *Central Parck* y desembocará en el Canadá, que será entonces parte de la confederación americana? Quién sabe; pero cuando esto suceda, los Estados Unidos después de un tempestuoso periodo de monarquia, ó, mejor dicho, de cesarismos socialistas y demagógicos, habrán vuelto á su equilibrio republicano formando una confederación compuesta de grupos federales independientes, de verdaderas naciones; entonces nosotros, que habremos crecido más lenta, ¡oh! sí, más lenta, pero más sanamente (*chi va piano va sano*) veremos qué partido tomamos; ¡oh! lo hemos de pensar mucho. Si alguno no cree en esta profesía, tómese el trabajo de vivir cuatrocientos años.

***

No se puede negar; la primera impresión es soberbia: ¡Ah! si vieras la calle de Rivoli; ¡oh! si conocieses la Avenida de los Campos Eliseos; si hubieses recorrido el *Ring strasse* de Viena, me decían mis compañeros...... Entretanto yo que no conocía más que la «Avenida de los hombres ilustres» hacía un esfuerzo para no permanecer boquiabierto, mientras mis amigos iban á rezar á San Patricio. Es un encanto esta iglesia de San Patricio, la catedral católica, viuda, en aquellos días, de su Arzobispo que estaba en México coronando á Nuestra Señora de Guadalupe y sirviendo de corista en el apoteósis de Juan Diego, personaje tan real, gracias al poder creador de la imaginación del pueblo, el supremo poeta anónimo, como el Guillermo Tell de los suizos. A éste y á aquel los inventaron los monges; pero á éste, á Juan Diego, en la actitud en que querían los misioneros eternizar á la raza conquistada; protegida por la reina de los cielos, que convirtió la tilma indígena en una égida fulgurante, capaz de embotar todas las codicias y avideces de los encomenderos y de rodillas ante los frailes sus bienhechores.

En el centro de amplísimo andito tapizado con la felpa verde de deliciosa gramínea inglesa, se alza solo, soberbio y puro el templo gótico que la piedad fastuosa de los irlandeses, que ayer se disputaban unas patatas y hoy derrochan millones, ha erigido á su patrono nacional, al santo misionero que es la personificación legendaria de su fe y su esperanza, de la religión y de la patria. La blancura del marmol, la elegante sobriedad de los apoyos exteriores de las bóvedas ogivales, la fantasía de la ornamentación, la fragilidad aerea de los muros diafanizados por vitrales gigantescos, la elevación sublime de las flechas orladas de marmoreo encaje, obligan á poner en olvido la extraña forma de monstruosa arácnida de piedra que tienen los templos góticos. Lo verdaderamente encantador en esta iglesia de San Patricio, es la suavidad con que las líneas converjen todas desde la base al extremo de la flecha, que la imaginación continúa en una línea ideal en lo infinito. Es una plegaria, como se ha dicho de estas maravillosas creaciones de la arquitectura ogival, pero una plegaria mansa y serena; no es un doloroso miserere, es un plácido y solemne *tedeum*. Los arquitectos que ésto ejecutaron no eran esos monges inquietos y llenos de fé mística, pero en perpetua lucha con el infierno en el interior de su alma; no eran esos arquitectos de atormentado espíritu que intentaron hacer de un edificio inmenso una pirámide aérea maravillosamente calada y ornamentada con todas las quimeras, y todos los demonios, y todas las deformidades del pecado, trepando en forma de esculturas convulsivas por los arbotantes y abriendo sus fauces sobre el abismo en las gárgolas y riendo en los doseletes de los santos, mientras adentro se sucedían en una mirífica epopeya, todas las faces del combate entre la luz y la sombra; ensangrentado aquí, divinizado allá, por las claridades que filtraban del rubí y del zafiro de los vitrales. No, aquí no; en esta catedral hecha con lo mejor de todos los estilos del arte gótico, no hay lucha, hay triunfo; la luz que domina en el interior es la de la amatista episcopal ó la del topacio que rodea de oros de apoteosis las madonas, los tabernáculos y hasta las cabezas argentadas y los rostros floridos de dos ó tres irlandesas que hacen crujir los reclinatorios bajo el peso de sus cuerpos atiborrados de roasbeefs y de margarina de Chicago. ¿Qué es lo que falta aquí, ¡oh! San Patricio? Nada, todo; falta el tiempo, falta la pátina de los siglos, esa que quitará á esta catedral magnífica, su aire de haber salido ayer de una fábrica de catedrales ¿qué sé yo? La historia, en suma; esto es lo que falta aquí; dentro de ochenta años, cuando los anarquistas y los negros hayan degollado cien ó dos cientas familias de millonarios irlandeses en las gradas de San Patricio, el vapor de sangre que suba por estos muros dando al marmol un tinte color de rosa, trágico y delicioso á un tiempo, habrá convertido este costoso ejemplar de la industria humana, en una obra de arte.

***

Líbrenos el cielo de que horrores como este que acabo de profetizar, esmalten de rojo algún día el libro de oro de San Patricio. Me tranquiliza que ninguna profecía mía ha salido cierta, porque no he sabido vaticinar *después*, que es la mejor receta para predecir lo futuro.—Pensaba en ésto viendo sucederse las magníficas *casas altas* de la «Quinta Avenida,» en dos rayas paralelas, á mis lados. Hay en ellas más estilo, mejor dicho, hay en ellas, todos los estilos, y todos esos estilos se suceden horizontal ó verticalmente. Aquí hay una puerta profunda como la de una basílica gótica, allá un primer cuerpo románico, más allá triunfa el Renacimiento; enfrente se pavonea el pórfido negro en grandes columnas, más allá el rojo veteado de blanco; encima de estos pisos bajos hay también una sucesión vertical de estilos, Pelión sobre Osa; lo bizantino sobre lo árabe, lo italiano de los *quatrocenti* sobre arcadas ogivas lanceoladas ó floridas, etc., etc. Entre todo este *pot pourri* de arte, los grandes escaparates donde se muestran ó carruajes, ó mobiliarios espléndidos, ó artículos de moda lujosísimos, ó ejemplares de arte, pinturas, grabados de alto precio, y así, sin cesar. La monotonía viene de lo igual en lo enorme, no de lo igual en la forma, porque todas las formas del arte del diseño, chocan aquí y desorientan la vista y desmenuzan la atención. Probablemente depende ésto de mis ojos poco educados por el momento y habituados casi exclusivamente á la estampa y al estereoscopio.

Rompen este alineamiento de caserones con bases de palacio y cuerpos de fábrica y coronamientos de templo ó de fortaleza, una que otra iglesia protestante, obscura de fachada, y cubierta de parietarias, ó un estanque gigantesco (*reservoir*) encerrado en muros ciclópicos, totalmente vestidos por la primorosa hojilla lanceolada de una hiedra japonesa, muy de moda aquí.

Llegamos á *Madisson Square*; y me senté rodeado de italianillos nacidos en New York y que hacen un curioso mosaico anglo-napolitano al conversar con sus clientes latinos, mientras dan lustre á los botines. Hermoso parque inglés éste, decorado por un monumento á la gloria de los triunfadores en la guerra de México, del que es permitido no hacer caso, en segundo lugar, porque no vale nada. Más agradable es contemplar la gran estatua sedente de Mr. Seward, de un parecido sorprendente; un buen viejo era éste; yo le dije unos versos muy tontos, cuando era colegial, en el salón de Embajadores. Y como no los comprendió (¿los comprendía yo?) lo conmovieron, á juzgar por un sonoro y húmedo beso que me



María Joséfa Ortiz de Domínguez.

(Corregidora de Querétaro.—Véase el párrafo relativo.)

estampó en una mejilla. *Good by Mr. Seward.* Y tomamos en seguida la próxima estación del *elevado*; yo habría tomado mejor el próximo restaurant.

***

Tiene toda mi aprobación este invento de los ferrocarriles elevados, ó como aquí dicen todos: el *elevado* ó *the L*, sencillamente, conduciendo por término medio un millón de pasajeros diariamente, los trenes del *elevado* que se siguen con intervalos de dos á tres minutos en el día, y de cada diez por la noche, van y vienen á lo largo de varias Avenidas desde lo más alto de la ciudad, desde el río Harlem y de más allá, hasta la punta de la isla, hasta lo que se llama *la batería*. La vía de hierro y madera está construida sobre columnas fundidas á la altura de los primeros pisos en la ciudad baja, y á los de los más altos, á veces, en la superior; allí, hacia el Harlem, los trenes van al nivel de los tejados de casas de doce y quince pisos, sobre tinglados de fierro que parecen nacidos de la torre Eiffel; desde allí se domina el Parque Central y gran parte de la ciudad; hay que verlo. A veces, en una sola avenida, se alinean dos vías separadas; suelen, sin embargo, ir juntas en una armazón sola que sirve de techo casi al pavimento inferior, por donde discurre otro millón de pasajeros en wagones funiculares ó de tracción animal y en toda clase de vehículos; nadie anda á pie, sino el menor espacio posible, y cuando estos señores van á pie, van corriendo á buscar la escalera del *elevado* ó á subir en la primera bocacalle á la plataforma de un wagon de cable. *Et sic semper*.

Llegamos á *Down-town* que es un laberinto de callejas tortuosas, la antigua *Nueva Amsterdam* de los holandeses, circundada y penetrada por la vieja Nueva York. Es un triángulo erizado de muelles (*docks*) en sus catetos; los trasatlanticos, los ferry, y mil embarcaciones de toda especie zumban en deredor de esos *docks*, ó inmóviles como cetáceos colosales hacen sus formidables digestiones de artículos de exportación en cambio de baratijas ó de emigrantes. —En este triángulo, el mundo entero está presente en vertiginosas transacciones comerciales, y todos los representantes del comercio del mundo han querido tener un despacho, un mostrador, un libro de cuentas; por eso el terreno tuvo una demanda enorme y todo quedó distribuido en porciones de siete metros y medio de frente; entonces para dar cabida á esta enorme población diurna de la transacción y del lucro, sobre un piso vino otro y otro y veinte más y los arquitectos americanos, preocupados bien poco del arte, y gobernados por la necesidad de conquistar en el aire lo que no era lícito tener en el suelo y de buscar en sus construcciones mucha resistencia contra el viento y contra lo deleznable del piso, han hecho maravillas de solidez fragil y, empeñados en tener en sus fantásticas torres todo el *confort*, toda la comodidad característica de la cultura yankee, inventaron los *elevadores* y otra porcion de cosas que es preciso que nuestros arquitectos vayan á estudiar ahí, *sur le terrain*, por que cada una de ellas significa una dificultad vencida á fuerza de cálculo, un problema resuelto á fuerza de ingenio. Y así es como se han puesto de moda en N. York y en toda la Unión, estas casas que los americanos llaman con cierto orgullo «rasca nubes» *sky-scrapers*. Pronto estas torres serán de acero, ó de vidrio, ó de aluminio, y subirán (hay una en construcción de 25 pisos y otra de 32 en proyecto para el *Sun*, popular periódico de aquí) á 140 metros. Supongo que habrá que tener entonces encendida la luz eléctrica todo el día en las calles de esta Babilonia.

***

D. Juan Navarro, consul general de México en New York, ha situado su despacho en uno de esos edificios de oficinas, que, como todos, en esta parte de la ciudad, tienen las bases acribilladas de cantinas y restaurants y gabinetes para lonchar rápidamente; Don Juan Navarro, ha visto crecer rumbo al Norte y rumbo al cielo, esta ciudad hipertrofiada de gentes y de dinero que él encontró modestamente instalada entre *Madisson Square* y la Batería. ¿Qué es tan viejo el Señor Consul? ¡Oh! no; tiene la coquetería de dejarse decir que ha pasado de los cincuenta; yo creo que no. Habla y discurre como cuando estudiaba *en Medicina*, tan jovial, tan franco y tan *cuentista* como un estudiante, y anda todos los días dos ó tres leguas por *Broadway*, bebe poco, usa el agua fría y se acuesta temprano. El consul verá celebrar el segundo centenario de la Independencia de los Estados Unidos. *Amèn*.

Una hora habíamos empleado en ir y venir por *Wall-Street* (este era el límite de la vetusta ciudad) y comenzaban á aburrirme infinitamente los movimientos rápidos, mecánicos y silenciosos de aquella multitud sin solución de continuidad, y me parecian tontas las columnatas de la sub-tesorería de los Estados Unidos y sin gracia la Bolsa, y soso el cielo gris y la atmósfera que mojaba los vestidos casi sin lluvia, cuando nos encontramos con una iglesia amarillenta, de un gótico serio y viejo, junto á un cementerio lleno de piedras sepulcrales. Aquí estaba la antítesis, luego la poesía; y sí, aquí estaba la poesía, allí está *Trinity Church*, como si dejeramos, la catedral protestante de N. York. Me pareció mucho menos bonita que San Patricio; aquellas naves espléndidas, aquellos *vitrales* inmensos regalados por los ricos irlandeses, aquel *altar mayor*, que me hizo tan agradable impresión y del que ya no me acuerdo, no pueden compararse á este interior de la Trinidad. Este me gusta más; es más viejo ¡oh! sí: las vidrieras son más pequeñas, los órganos no son tan soberbios, todo es más pequeño ¡y tan desnudo! En el ábside una gran vetusta sillería tallada en nogal ó encino, y su camposanto al lado y *Wall-Street* en frente. Esta impresión se filtra hasta el fondo del alma; hay algo allí que hace resonar dulcemente la cuerda de harpa de los sueños ya no soñados, de las esperanzas lloradas secretamente hace tiempo, y entonces el órgano, que todos llevamos en la abandonada capilla de nuestro sentimiento religioso, canta el cántico lejano de las primeras creencias, de los humildes altares de la iglesia natal y veinte generaciones de creyentes surgen en nuestro corazón y se postran ante Jesús, el fundador de los templos pobres, el maestro de los apóstoles sin brocado, sin oro.

Abril de 97.

Justo Sierra.

UN RETRATO DE LA CORREGIDORA

El retrato de la benemérita Doña María Josefa Ortiz de Domínguez que publicamos en otro lugar, está sacado de un busto auténtico y fué obsequiado por los Señores Juan Iglesias Domínguez, José Iglesias, Francisco Iglesias Domínguez, Mariano B. Soto, José E. Durán y Mariano Solorzano—nietos de la conspicua dama, con motivo de la translación de sus restos á Querétaro, donde se conservan con los debidos honores.

Ahora que está muy próximo á inaugurarse el monumento que en el hermoso jardín de Santo Domingo perpetuará la memoria de la que tan grandes servicios prestó á la causa de nuestra autonomía, juzgamos oportuna la publicación de ese retrato, digno de conservarse con afecto y agradecimiento.

GRECIA

Salud ¡oh Grecia! madre del genio; salud, tierra de la inspiración y de la hermosura.

El mar celeste se repliega en tus doradas costas de marmol, sobre cuyas arquitectónicas líneas tienden sus hojas los laureles y los mirtos, gratos á la gloria y á la inmortalidad.

Las ondas del Egeo te arrullan; las brisas del Asia, perfumadas en los pebeteros de aromosas esencias, que forman las islas de tus archipiélagos, te orean; el sol embota sus rayos para no encender tu bienhadado suelo, templo antiquísimo de la sabiduría.

En tus auras van los coros de las nueve musas, que trenzan sus divinas lanzas sobre las alfombras de tus nubes teñidas por alboradas y arreboles de una luz sin igual.

Todos cuantos hacen de la estética su religión, desean verte rodeada de tu cintura de islas; cubierta de tus rojos granados y de tus cipreses obscuros, de tus pámpanos verdes y de tus olivos negros; cortada por tus altas cordilleras, donde se refugian los dioses, y por tus colinas, á cuyos pies, desde los senos que las ninfas llenan, salen murmuradores arroyos cantando.

Entre los troncos de tus árboles corren los caballos en pelo, entre las ramas de tus bosques gorjean los ruiseñores enamorados, mientras los sátiros de largas pezuñas y hendidos pies vierten á la voz de Baco, por doquier voluptuoso regocijo.

Todos quieren beber el agua del Cefiso, cantada por Sófocles; coronarse con las purpureas y gualdas hebras del azafrán y los ramos del oliente narciso, antigua guirnalda de las diosas; seguir las procesiones celebradas con carreras de mozos que fueron modelos para Fidias y con bailes de vírgenes que inspiraron divina embriaguez al dulce Anacreonte; contemplar el Egeo, cruzado por las naves doradas, donde los sacerdotes celebran flotantes sacrificios entre los conciertos de las cítaras y los hexámetros de los poetas que despiden á las brisas inmortales canciones.

DAMAS DISTINGUIDAS MEXICANAS



Señorita María Watson, en traje de fantasía. (De fotografía Valleto.)

***

Tal poesía y tal retórica empleaban los filohelenos antiguos, al comenzar el poema de la independencia griega. El filohelenismo llegó á constituir una religion, y de esta religión fué poeta y mártir el inmortal Byron. Este inspiradísimo genio, al ver los combates empeñados por Grecia, no se contentó con dedicarle su inspiración, consagróle también su vida, corriendo á pelear y morir en sus Aras. El pueblo de los Termópilas y de Platea; el que ha enseñado á leer á la humanidad; el que ha puesto la cuerda del arte divino en todos los corazones; el que ha cincelado la forma humana en su escultura severa; el que ha guardado todavía el calor de la inspiración en sus vivificadoras cenizas, bien mereció contar entre sus mártires al primer poeta que Inglaterra poseyó en nuestro siglo. Era el mes de Abril y la mañana siguiente al día de Pascua. La naturaleza resucitaba con sus mariposas, con su tibio calor tan delicioso en la primavera de los climas meridionales. El clero griego cantaba la resurrección de Cristo.

Byron presentía y profetizaba la resurrección de Grecia. Sin embargo, el combate, la incertidumbre, los choques con la realidad en que su alma se malhería, el dolor, una peste mortífera, consecuencia de la guerra exterminadora, lo gastaron y lo hicieron doblegarse hasta caer exánime sobre el pabellón de la libertad, en cuyos pliegues quiso envolver su agonía para morir á la sombra de su Grecia, como Catón y Bruto habían muerto á la sombra de su República. No tenía treinta y seis años Byron al morir. Y se inclinaba el inmortal hacia la muerte, como el arbol que herido por el rayo se abrasa en la terrible fulminación, aunque lo adornen flores y lo santifiquen frutos. Era una hermosa mañana, el sol deslizaba sus primeros rayos entre las últimas gotas de rocío, y las aves entonaban sus coros, como si la naturaleza consagrase un himno á la victoria del poeta. En su delirio de muerte se imaginaba el cuitado asaltar los muros de Lepanto cuando en realidad se precipitaba por los fosos del sepulcro. Decía en sus agonías y extertores «Adiós, adiós» como perdiéndose allá en riberas misteriosas. Y su palabra última fué «adelante,» como si consolase á sus soldados llorosos y á sus amigos desolados, asegurándoles la continuación de su vida en otros horizontes más claros y en otro mundo mejor.

EMILIO CASTELAR.

Llamamos la atención de nuestros lectores sobre la hermosa página musical que acompaña á este número. Frecuentemente nos proponemos obsequiar á nuestros abonados suplementos de esta naturaleza y el próximo será una preciosa *Ave María,* escrita especialmente para *El Mundo.*

PORVENIR DE BELLEZA



Cristina Terreros. María Luisa Guzmán. Paz Algara y Terreros. Lupe Terreros. Concepción Malo. Lupe Rincón Gallardo. Rosita Guzmán. Pepita Algara y Terreros.
(De fotografía Valleto.)

La crisis de Oriente.



Soldado cretense plantando su cruz en un olivo para resguardarlo de la destrucción de los cristianos.

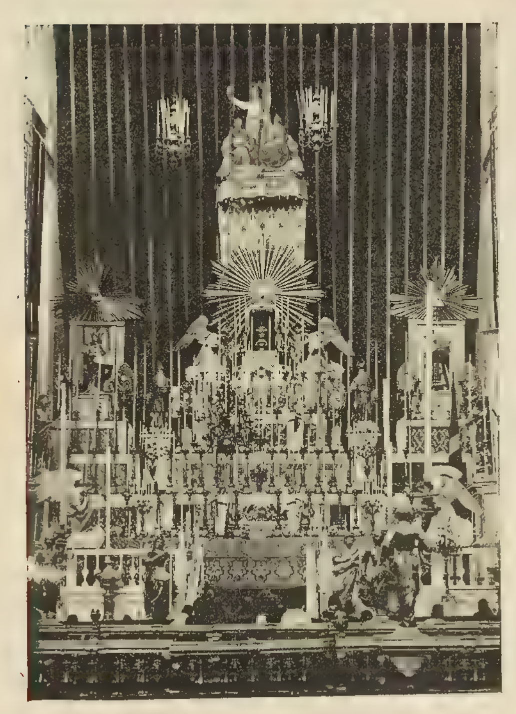
Recuerdos de la Semana Santa.—Los principales Monumentos.



San Francisco.



Santo Domingo.



Catedral.—(Altar del costado.)



San Cosme.

Fotografía Artística, 1ª Rivera de San Cosme número 8. –(Obsequio del Señor Ricardo Contla.)



Novicia en el coro.

LA NUEVA TEMPORADA DE OPERA DEL NACIONAL

ALGUNAS DE LAS PRINCIPALES ARTISTAS



Malle. Savine.—1er. Dugazon.



Mme. Fœdor. "Sigurd."



Malle. de Biazı. 1er. Danzante, medio caracter.

LA NUEVA TEMPORADA DEL NACIONAL

Avido estaba nuestro público de Opera, más que ávido, famélico, y se explica que con tanta facilidad se haya cubierto en la contaduría del Nacional la suma que la Compañía francesa exigía para trasladarse á México.

Desde que la hermosa Libia Drog paseó sus enfermisas nerviosidades por la escena de nuestro teatro metropolitano, ya dardeando tras el *impertinente* la luz de sus ojos orientales en la *Manon* de Puccini, ya paseando triunfal al glorioso ritmo del *rittorna Vincitor;* desde que Ughettó desplegó toda la gama de sus recursos artísticos en *Hugonotes*, y Baldini hizo alarde en el divinamente ingenuo *Don Juan* de Mozart de la flexibilidad y la graciosa travesura de su ingenio, no sé que hada antimusical nos había condenado á la plástica del circo y á la pepitoria zarzuelera, sin esperanza.

La Compañía francesa fué el Mesías, congregó al *todo México dilettanti* (en su mayor parte de un dilettantismo intuitivo) y le dijo: «goza hasta que quieras.»

Empero ese público ávido no quiso capitular desde luego con el aplauso y ha ido concediendo su aprobación palmo á palmo; pero esto que supone una cautela más ó menos justa, aquilatará el valor de la compañía, que cuenta en su seno artistas verdaderamente hábiles, discretos y bien educados y que se nos ha revelado en las primeras representaciones como un conjunto armónico y homogeneo.

Mad. Fœdor, joven y simpática, poseee una voz de agradabilisimo timbre y se empeña en agradar. El Sr. Albers es un completo artista y domina con mucho desenfado la escena. Su voz es bien timbrada. Madame Benatti (Mezzo soprano) es discretísima y habilidosa en el juego de su voz y, por último, Massart, el tenor vale mucho como voz y como escuela.



Mme. Lafeuillade.—Dugazon.



Mme. Benatti. Contralto.

Estos artistas y otros que no mencionamos por ahora, pero cuyas fotografías ilustran estas notas, constituyen sin duda un idóneo cuadro que hará agradable y animada la temporada que se inicia en el Nacional.

Entendemos que esta se prolongará más ó menos según el éxito que alcance, y la verdad es que debemos deseárselo completo y cumplido, no tanto ya en bien de los artistas que integran la compañía, cuanto en propio beneficio.

En efecto, el fracaso de una *troupe* es siempre obstáculo para la formación de otras, y el desvío de nuestro público, un gran inconveniente para que nos visiten buenos artistas y ambas cosas pueden llevarnos ó á la total carencia de espectáculos, que valgan la pena, ó á ser víctimas del exclusivista monopolio de tales ó cuales empresas más ó menos cimentadas ó más ó menos conocedoras de los recursos que aquí pueden hallarse y del público con que cuentan.

La prolongada penuria, la inmensa serie de dificultades con que Maggi tuvo que luchar, y que al fin, no obstante su filosofía y su buena voluntad lo obligaron á levantar el campo, influiran sin duda en las compañías dramaticas que hayan puesto los ojos en nosotros y que pretendad visitarnos y tanto más influiran en ellas cuanto más notables sean.—No vengais á México, se les dirá, es el país clásico de las disoluciones de las compañías y de las quiebras de los empresarios.

Ese público es todo de zarzuela, de *Don Luis el Tumbon* y de *La Vuelta del Vivero*. Salvo raras excepciones el dilettantismo, está en el periódo terciario y las representaciones se hacen en familia, una familia reducida, un cenáculo en que por cada pagano hay cinco periodistas que discuten las tendencias de una música que suele ya no tenerlas. Críticos inofensivos que se inspiran mutuamente para llevar á cabo al día siguiente la anodina labor de sus crónicas gacetillieriles. Todo ese mundo de las letras que mal digiere las crónicas de Lemaitre, es insolvente, y á ese solo tendreis por espectador.........

***

No ha faltado quien, tras haber asistido á las primeras representaciones dadas por la compañía, moteja á ésta de poco vivaz y apasionada, más tal cargo ha sido rebatido con habilidad por el inteligente cronista del *Mundo* diario.

La escuela francesa no es la de los derroches de sentimentalismo y de voz; mantiene diestramente á esta última en los tonos medios que son los que se prestan mejor para los matices, economiza sus fuerzas para el derroche capital y necesario y busca ante todo la verdad. La escuela italiana es toda pasión, hecha para el grito trágico, para la nota formidable, descuida los deliciosos tonos medios, proscribe casi la acción en la ópera y se acerca mucho á esos cantores que el proselitismo Wagneriano anima en el místico *Walhalla* de Bayreuth y á los cuales no les permite sino unos cuantos movimientos acompasados como conviene á la augusta magnitud de la obra y á la inmutable y serena grandeza del incomprensible Dios germano.........



Melle. Berthet. 1ª Cantante ligera.



ENGAÑO SUBLIME

Por María Lescot.

NUMERO 7.

—Martín! Leódice Martín! tú has insultado á Leódice Martín? Estás loco, mi pobre Felipe? ¿Pero por qué? ¿con qué motivo? Nada te ha hecho ese hombre. Te invita á su matrimonio y tú crees conveniente escaparte; en esto la culpa es tuya, yo te lo dije; pero en fin, es una vieja historia y no hay que pensar en ella. Y ahora me dices que has ido á insultarlo......

—Pero tengo un motivo, dijo Felipe, gravemente; un motivo que no es mi huida de la villa Martín, aun cuando se derive de ella. Escúchame, Jacobo, voy á referírselo todo. Y le contó la visita de Martín de Brest, la carta anónima y el juramento que se le había pedido.

Jacobo de Sommeres recorrió á grandes pasos su pequeño salón, visiblemente agitado como una bestia brava.

—Diablo, diablo, jurar por el honor una cosa falsa, y por el otro lado deshonrar á una mujer cuyo secreto se ha sorprendido! Oh! mi pobre Felipe! Y tú crees que Leódice es quien ha escrito esa carta anónima?

—A menos que seais vos, Jacobo, ó Fernando; pues que nadie más lo sabía.

—Fernando! Qué necedad! Conocía él acaso á M. Martín? Y además, qué quieres que le importara á él el matrimonio de esa mujer? En cuanto á mí, qué?... El y yo, por otra parte, te amamos demasiado para crearte un embarazo. Elena, por lo demás, nos ha hecho jurar que guardaríamos el secreto, y si yo he violado mi promesa, refiriéndoselo á Leódice, es porque creí obrar en interés tuyo.

Después, bajando la voz, en el tono humilde de una confesión:

—No tengo reparo en confesarlo; yo no estaba muy en mi acuerdo......... él me asediaba, y ahora comprendo su insistencia y sus preguntas.

—Entonces como yo, vos, Jacobo, no dudais que haya escrito esta carta anónima?

—Ay! hijo mío, no lo dudo; él la habrá escrito ó la ha hecho escribir. Tenía un interés demasiado poderoso en hacer fracasar ese matrimonio, y no es de aquellos á quienes detienen los escrúpulos. Pobre hijo mío! pobre hijo mío! Yo tengo la culpa de que haya acontecido todo eso...... Oh! las acciones, las acciones insignificantes! como habría que desconfiar de ellas! Se inicia una intriguilla necia que no se quiere abandonar y escribe uno á su primo: «Hacedme el servicio de reemplazarme y de asistir á ese matrimonio.........» y lo envía uno á la muerte!...... Un duelo!......... y qué duelo!......... Con qué adversario! . Eres tú fuerte en la esgrima, cuando menos?......... qué arma va él á escoger?......... Oh! Dios mío, Dios mío!

Y de pronto, bruscamente, cambiando de tono:

—Escucha, Felipe, es preciso tener confianza en mí y dejarme arreglar esto. Yo voy á ver á Martín. Qué diablo! él también ha cometido con respecto á mí sus errores. Le diré que por consideración á nuestra vieja amistad, olvide una palabra un poco viva. Le explicaré que tú no podías estar contento de haber sido forzado á comprometer tu honor, que él debe comprenderlo; en fin, que si es necesario un encuentro, sea un ligero encuentro benigno, á primera sangre. Déjame ir á hablarle antes del envío de testigos. Después de todo, no ha habido entre vosotros más que palabras un poco vivas.........

—Perdonadme, dijo Felipe, pero le he abofeteado con mi guante.

—Abofeteado! replicó Jacobo......... Abofeteado!......... entonces ya nada puede hacerse! .... Oh, hijo mío! pobre hijo mío! y todo porque una vieja bestia, como yo, se ha divertido en una intriga!

Y al decir estas palabras, presa del remordimiento que le oprimía el corazón, asustada por el encuentro que juzgaba inevitable, aquella «vieja bestia» de Jacobo, se echó á llorar.

***

Felipe esperaba los testigos de Leódice; pero pasó el día sin que los viese aparecer. Un poco asombrado cuando llegó la noche, íbase á la casa de Jacobo, cuando éste llegó á la suya. Una alegría vivísima que no pensaba en disimular, radiaba en sus ojos.

-Oh! mi pequeñuelo! ¡Qué coincidencia! No han venido los testigos, verdad?...... No vendrán; por ahora cuando menos......... y acaso nunca, porque la señora Valeria Martín está moribunda......... Toma, lee la carta que acabo de recibir de ese pobre Martín:

Felipe leyó:

«Mi querido Sommeres:

«Bien sabéis, sin duda, que yo debía enviar dos de mis amigos á vuestro joven primo, para arreglar las condiciones de la leccioncilla que ha reclamado de mí. Vos me conocéis demasiado para saber que no rehuso jamás dar lecciones de éstas; pero en los actuales momentos un imperioso deber me obliga á diferir un poco el placer de

mi encuentro con ese señorito rabioso. Espero que él tendrá á bien darme credito por algunos dias. He aquí el hecho, amigo mío:

«Mi pobre mujer está muy enferma en Niza, tan enferma, que los médicos no me dejan esperanza alguna de curación: una crísis fatal puede de un momento á otro arrebatarla á mi ternura. No finjo con vos, querido amigo, en cuanto á fidelidad conyugal; vos habéis conocido buen número de mis diabluras; pero sois un hombre, pardiez! y sabéis que esas cosas nada significan. Valeria es, no solamente mi mujer, es mi prima y mi amiguita de infancia, la querida criatura que siempre me ha amado. En el momento de perderla, siento los lazos potentísimos que han ligado nuestros corazones.

«Ahora bien, esta crísis fatal que los médicos temen, puede ser provocada por una emoción. Valeria me espera, porque estaba yo á punto de correr á su lado, me llama, me desea con una impaciencia febril; os convenceréis de ello al leer la carta que de ella recibí esta mañana, y que os incluyo. Me amenaza con abandonar Niza y volver á París por poco que yo tarde. Ahora bien, volver á París en esta época del año, sería para ella un peligro de muerte, y la pobre alma es capaz de todas las locuras.

«Yo bien querría que me matasen; pero no quiero matar á mi querida moribunda. He aquí por qué voy á ir desde luego; adormeceré sus desconfianzas, calmaré su inquietud, pretextaré un viaje de negocios, y así, habiendo arreglado todo, regresaré con el espíritu tranquilo y la mano firme á ponerme á la disposición de ese joven tigre, sediento de mi sangre. Cinco ó seis días me bastarán; lo que se difiere no es cosa perdida.

«Vuestro de corazón, querido amigo,

Leódice Martín.»

Cuando Felipe hubo concluido la lectura de esta carta, rechazó con un gesto el sobre timbrado en Niza, que Jacobo le tendía.

—No, no, es inútil. Me quedan aún diez días de vacaciones; es suficiente, esperaré.

Pero habiéndo pasado el sexto dia sin noticias, suplicó á Jacobo que volviese á casa del Sr. Martín; el tiempo urgía; dentro de cuatro días debía él volver á su puesto. A la respuesta del portero de que el Sr. Martín no había vuelto aún, Felipe insistió cerca de Jacobo para el envío de un telegrama. La contestación no se hizo esperar.

«Moribunda, crísis tarrible; imposible part ir.»

—Acaso, dijo Felipe, podría yo obtener algunos días más de licencia y dirigirme á Niza.

Jacobo exclamó:

—¿Y piensas tú en eso? Eres, pues, como él pretende, un tigre sediento de sangre? Con qué derecho irías tú á turbar el legítimo dolor de ese muchacho? El también tiene corazón, ¡demonio! Ama á su mujer, á su amiguita de infancia! Yo me he sentido enternecido al leer su carta, siendo una vieja bestia, como soy; y tú un joven, un niño, te has de mostrar feroz?... No, no, tú no irás á Niza, y no pedirás licencia. Me opongo á ello. Te irás prudentemente á tu puesto, y á tu vuelta arreglaremos tu negocio. He aquí todo.

Bueno, dijo Felipe, moviendo los hombros, si conviene á M. Martín guardar durante dos años la huella de mi guante, no tengo el derecho de oponerme á ello.

XIX

Felipe había tornado ya á su puesto en el buque, cuando un día, en el bulevar Jacobo vió pasar á Leódice Martín. Corrió hacia él con las dos manos tendidas, balbuceando palabras de condolencia.

—Pobre amigo. Dolorosa perdida......... ¡Todos mortales!... .....

Leódice lo detuvo con un gesto; después, con un poco de embarazo:

—No, no, eso no ha acabado aún, la crísis ha sido larga y mi presencia la ha salvado. El médico lo ha dicho. Gracias á nuestros cuidados está en estos momentos un poco mejor, tranquila. Me he aprovechado de esta calma, para acudir al arreglo del negocio que sabéis. Iba á buscaros, Haremos eso rápidamente, porque he prometido volver dentro de tres días. ¿Está aún aquí ese endiablado?

—No, dijo Jacobo que no pudo impedir frotarse las manos, partió, está muy lejos.

—No se habrá embarcado cuando menos, gruñó Leódice.

—Embarcado, puede ser, no lo sé........ Pues bien, sin duda, debe haberse embarcado. Pero, véamos, Martín; vos, un hombre serio, vos que habeis dado tantas pruebas de valor, no vais á buscar á ese galopín cuando tenéis tan crueles cuidados. Pensad en vuestra mujer, no penseis más que en ella; es preciso cuidarla, curarla, salvarla. Después ese pillín vendrá y arreglaremos el asunto en condiciones razonables. Vamos, vamos, Martín, vuestra bravura es demasiado conocida; podeis ser generoso.

Y con lágrimas en la voz, añadió:

—Hacedlo por mí, os lo suplico, soy yo la causa de todo.

—Vamos, sea, dijo Leódice con magnanimidad, por la pobre moribunda y por vos esperaré; pero á condición de que me prevendréis cuando vuestro primo haya puesto el pie en tierra francesa.

—Os lo prometo, os lo juro, mi pobre Martín.

En el momento de embarcarse, Felipe recibió un carta de Jacobo de Sommeres, haciéndole saber que Leódice había abandonado la cabecera de su mujer moribunda para ir á arreglar su querella, y que en su contrariedad de no haber encontrado á su adversario en París, manifestó la intención de perseguirlo por mar y tierra; que sin embargo se había rendido á los prudentes consejos de Jacobo, bajo la condición formal de ser advertido de la vuelta á Francia del marino.

Mi querido muchacho, añadía Jacobo, no te ocultaré que lo he encontrado muy irritado contra tí; si el duelo hubiese tenido lugar, habría sido, de fijo, un duelo á muerte; pero él se calmará y espero que tú también serás conciliador. ¡Qué diablo! sería demasiado necio hacerse alojar en pleno pecho la punta de una espada ó una bala de pistola porque le plugo á una doña representar en la playa una escena de tragedia de la que se ha sido involuntario testigo.

Felipe leyó esta carta con una sonrisa; y se permitió tener una duda sobre la ternura conyugal de M. Leódice Martín y aún se preguntó si la más fina espada de París no sería también la más prudente.

Respondió:

«Mi querido primo.

«Yo agradezco vuestros buenos oficios. Estoy desolado de que las necesidades de mi servicio no me hayan permitido permanecer más largo tiempo á la disposición de M. Martín. Mi ausencia esta vez no será muy larga: Quince meses cuando más.

«Aseguradle á M. Martín que me apresuraré á prevenirle de mi vuelta.

«Recibid la expresión de mi reconocimiento y todos mis excusas por las molestias que os he causado.»

Después partió con el corazón ligero, casi contento, iba de nuevo á afrontar los peligros, las tempestades, pero no dejaba cuidado alguno detrás de sí. Que Leódice se batiese ó no se batiese, esa era cuestión suya: La explicación había tenido lugar, la ruda lección había sido dada. En fin, se había conducido como un hombre y no como un niño?

La parte de amor le satisfacía también. No había dejado á Lilas feliz, amada, chiqueada? Demasiado chiqueada por cierto, había sido preciso que él se erigiese en censor! Pero podía censurar al padre y á la aya que quisiesen demasiado á la querida niña?

En el curso de su viaje recibía noticias, y ya Lila le escribía por su mano. Oh! la letra no era por cierto un modelo de caligrafía. El estilo, y sobre todo la ortografía dejaban mucho que desear, pero tal cual eran sus cartas, las leía con gusto. Había, sobre todo, una pequeña frase, que se le quedó en la memoria:

«Padrino Felipe, mi mamá Elena escribía mejor que yo á mi edad? No cometía faltas en sus dictados? No se encolerizaba jamás? No rompía sus muñecas?

Un día escribió:

«Estoy muy contenta, padrino Felipe, porque papá me ha dicho esta mañana que tengo los ojos, los verdaderos ojos de mamá.»

Evidentemente la madre era para la niña un ideal al cual se esforzaba en parecerse.

El leía y releía aquellas líneas queridas, tan mal escritas, tan llenas de faltas; después las besaba y las encerraba en el cofre en que se encontraban las cartas de la muerta.

XX

M. Duvernoy realizaba punto por punto la primera parte de su programa recorriendo en pequeñas jornadas aquella maravillosa Italia, no permaneciendo mucho en ninguna parte. Por ricos que fuesen los museos, por admirables que fuesen los monumentos, el pintor los miraba apenas, dejando los entusiasmos á la exhuberante Carlota. Pasaba, no se detenía, sentíase asido por primera vez, por la nostalgia del hogar.

Y sin embargo, qué era la pequeña villa de Pontarlier cerca de esas ciudades espléndidas? Y su clima tan rudo, sus largos inviernos, sus cortos estíos, cerca de esos paises que gozan de una primavera eterna?

Hubiera vuelto directamente á su ciudad sin el temor de fatigar á la niña y también de encontrarse de nuevo con su sufrimiento, de sentir el dolor adormecido levantarse vivaz y cruel.

Desde que hubo franqueado el San Gothardo y puesto los pies en tierra suiza, desde que se sintió cerca de Francia, esa impresión se volvió preponderante y apresuró su marcha.

En Lausanne se detuvo.

Muy cerca de Duchy, al borde del lago, una linda casa le agradó al pintor; la alquiló y se instaló.

—Esperaremos aquí la llegada de Felipe dijo será un mes de retardo cuando más.

Pero había contado sin la fatalidad.

Quince días después de esta instalación, Lila, despertándose en la noche, lanzó un grito de dolor; le parecía que una mano de fierro le oprimía la garganta, impidiéndole respirar, sofocándola.

En un segundo, el aya se puso en pie, y de prisa llamó á M. Duvernoy. Este corrió á buscar un médico: la palabra terrible de *difteria* le martillaba el cerebro.

Iba á perder su último tesoro?

El diagnóstico fué menos terrible que lo que había creído.

—No, no, dijo el doctor, no es la difteria: una fiebre eruptiva quizá.

Escribió su receta y recomendó los mayores cuidados y las mayores precauciones.

Durante tres días, durante tres noches, el padre y la aya, sin tomar reposo ni alimento, permanecieron ansiosos cerca del pequeño lecho en que la niña se quejaba, en el delirio de la fiebre, llamando á su padre y á su madre también.

—Ah! decia el desgraciado torciéndose las manos, Elena viene á arrebatármela.

Al tercer día la escarlatina se declaró, el doctor al advertir las placas rojas en el cuerpecito de la niña, mostró por primera vez una tranquilizadora sonrisa.

—Va eso bien; una erupción soberbia!

Después, volviéndose hacia Carlota:

—Sólo que hay que impedir los resfriamentos, nada de imprudencias, precauciones excesivas, una reclusión de tres semanas poco más ó menos:

Mi papel está casi terminado, el papel de la enfermera debe continuar, más atento aún quizá.

Cuando hubo partido, Carlota lloró de felicidad.

Duvernoy, profundamente conmovido, tomó entre las suyas las manos de la excelente muchacha.

—Vos reemplazais cerca de mi pobre niña á la madre que ha perdido—le dijo—Ella no habría podido ser más abnegada Qué puedo yo hacer para probaros mi inmenso reconocimiento?

Ella bajó los ojos, presa de un embarazo púdico, no osando responderle: «Amadme, porque yo os amo» y murmuró ruborizándose:

—La humilde aya sólo cumple con su deber; pero si el honorable señor Duvernoy quiere hacerla incomparablemente feliz, en lo futuro, la llamará Carlota.

— Carlota, dijo él sonriendo, Carlota, querida Carlota, el angel bueno de mi pobre hija!

Ocho días más tarde, la franca convalescencia comenzaba. Carlota, encerrada en la cámara de la enfermita, comía y dormía cerca de ella, se ingeniaba para divertirla y distraerla, le contaba maravillosas historias, inventaba juegos; pero insistía para que el pintor diese algunos paseos y respirase el aire puro del exterior.

El obedecía dócilmente, y en esa alegría del peligro conjurado, sentía el corazón ligero y ebrio de alegría.

—Salvada! Salvada! estaba salvada!

El nombre de «Carlota» reclamado por la aya y que él continuaba dándole, no podía bastar á su reconocimiento.

Pasaba por una de las calles de Laussanne, cuando en el aparador de un almacén de orfebrería, un soberbio corazón de oro enriquecido de turquesas y esmeraldas atrajo sus miradas. Estaba colocado en un estuche de terciopelo azul. M. Duvernoy compró la joya y fué á ofrecérsela á la aya.

—Es vuestro emblema, querida señorita Carlota, por que vos sois también un carazón de oro.

El quiso ponerle por su propia mano el brazalete que acompañaba al corazón, después besó la mano engalanada que había tomado entre la suya:

—Un corazón de oro y nuestro buen angel, eso sois, repitió.

Era demasiado feliz para pesar mucho las expresiones de su gratitud, y en ese momento una mujer astuta y habil hubiera podido obtener todo de él.

Por la noche, cuando la niña se durmió, cuando Carlota se encontró sola, cubrió la joya de cien besos.

—Un corazón, murmuraba; un emblema, ah! yo no habría osado jamás esperar esto! Es la confesión discreta de su amor, la que ha querido hacerme de esta delicada manera.

Se dice que los incendios persisten durante años bajo la ceniza, pero que el menor soplo de aire desencadena su formidable violencia; el amor de Carlota hubiera acaso vivido siempre oculto, casi ignorado de ella misma, sin el soplo de esperanza que las imprudentes palabras del artista hicieron surgir de pronto. Ella le había adorado por su dolor, por su inconsolable tristeza; adorado con admiración, convencida de que no olvidaria jamás á esa Elena tan amada, convencida ingenuamente de que ninguna mujer borraría este recuerdo invencible. Se había dicho que sería infinitamente feliz en morir por él. Morir por él...... Los sueños ambiciosos de la pobre Carlota no habían hasta entonces traspasado este límite, y aún para llegar á tal resultado érale preciso recurrir á todos los expedientes de su poderosa imaginación romancesca.

Un paseo por el mar, hecho bajo un cielo sin nubes, le sugería la idea de una tempestad, con el barco legendario de sobra cargado y la obligatoria abnegación de uno de los pasajeros por la salvación de todos. Entónces Carlota, grande y sublime se arrojaba voluntariamente á las olas y él comprendía bien, que ella moría por asegurar su salvación. Ay! el paseo concluia, sin tempestad, sin barca demasiado cargada, sin incidentes dramáticos.

Carlota, al volver al puerto, reconocía melancólica, que en el curso ordinario de las cosas no es tan facil morir por el que se ama.

Un poco más tarde, la travesía da los Apeninos le daba la esperanza de un ataque de bandidos. Ya los veía feroces, armados hasta los dientes, deteniendo los trenes, desbalijando los viajeros, poniendo al pecho del bien amado Duvernoy el arma homicida. Felizmente ella estaba ahí, ella, Carlota, y ante el arma homicida arrojaba su propio corazón; el tiro salía y ella caía muerta; pero él la recibía en sus brazos y la bendecía. Oh! cuán idealmente bello era morir así.

Cien veces repitió estas escenas burlescas, acumulando todos los tesoros de su devoción. Ahora la escena cambiaba; no se trataba ya de morir, era preciso vivir puesto que él le había dado su corazón.

Ciertamente la amada y hermosísima novela tendría aún muchas peripecias, antes de llegar al último capítulo. La apoteosis del matrimonio. Ella debería aún probarle que era digna de ocupar el lugar de la bien amada Elena: haber cuidado á Lila con toda la ternura de una madre no bastaba, qué podía hacer aún?

Hubiera deseado por ejemplo que el señor Duvernoy fuese herido de ceguera para ser su Antígona, ó arruinado por un depositario infiel á la hora precisa en que un tío de América la instituía su legataria universal, dejándole algunos millones. Hubiera sido dudar de la Providencia, no contar con alguno de estos acontecimientos. Pero acordaba á la herencia de América todas sus preferencias porque nada probaria mejor el desinterés y la generosidad de su cariño.

Se sentía indeciblemente feliz durante esos tristes días pasados á la cabecera de una niña enferma, tan feliz que se preguntaba algunas veces si la dicha de los cielos era tan grande.

Felipe de Aubian á Leódice Martín.

Rochefort 24 de Mayo.

«Señor:»

«Desembarco en Francia este mismo día y tengo el honor de hacéroslo saber.

«Felipe de Aubian.

Oficial de Marina. En rada de Rochefort.
A bordo del Neptuno

Felipe á Fernando:

Rochefort, 24 de Mayo.

Mi querido Fernando:

«Encuentro al llegar á Rochefort la carta que me hace saber á la vez la enfermedad y la curación de nuestra querida niña

«Ninguna necesidad tengo de deciros mi emoción á la idea del peligro que ha corrido, ni mi reconocimiento por la excelente muchacha que parte con vos vuestra angustia y vuestras penas.

«Tengo ansia de veros: desgraciadamente algunas cuestiones del servicio van á retenerme durante un tiempo cuya duración no puedo fijar.

«Tan pronto como esté libre iré á vos y tomaremos juntos, coma lo deseais, el camino de la pobre casa vacía.

P. S. «Os he dicho alguna vez que mi testamento está depositado en Besançon en el estudio de M. Colard y que dejo á Lilas mi pequeña fortuna?

Hay algunos legados insignificantes para viejos servidores de mi madre. Yo os suplicaría además, mi querido Fernando, que retiráseis de mi haber una suma de la cual vos mismo fijaríais la cantidad y la ofreceriais, sea en forma de dinero sea bajo otra forma á la excelente muchacha cuyos cuidados—según me decís—han salvado á nuestra niña. No os admiréis mucho de este *post scriptum* fúnebre; parece una anomalía que yo os distraiga con previsiones de muerte, cuando vuelvo á Francia y está conjurado todo peligro, pero todos nosotros somos así; para nosotros los marinos, el mar es un amigo que no tememos, la tierra, al contrario, nos parece llena de emboscadas.

«Os acordaréis sin duda de Dumont d'Urville, muerto en un accidente de camino de fierro después de haber dado la vuelta al mundo.

«Una vez más hasta luego.»

Felipe de Aubian á Jacobo de Sommeres,

Rochefort, 31 de Mayo

Mi querido primo:

«Estoy desde hace ocho días en rada de Rochefort, y desde luego dí aviso de mi retorno al Señor Martín. Yo contaba con una respuesta suya, y esperaba no fastidiaros más con este asunto atendiendo al cuidado y á la desolación que os causa. Pero el señor Martín no me responde, y su silencio me fuerza á poner aún á contribución vuestro afecto por mí.

«He pedido unas vacaciones que pueden serme acordadas de un momento á otro. Yo querría acabar con esto é ir á Lausanne á encontrar á Fernando. Sería muy desagradable para mí que obtenidas mis vacaciones, permaneciese clavado en Rochefort para esperar la determinación de un señor que no se apresura; por otra parte no me gusta que mi adversario pueda pensar y decir que mi paciencia ha sido de corta duración.

«Os suplico pues, que le veais y le preguntéis si ha recibido mi carta y qué decisión le conviene tomar, os doy carta blanca para arreglar las condiciones del combate.

«Gracias de nuevo, y perdón.

Felipe.

Jacobo á Felipe.

Pontarlier, 2 de Junio

Querido muchacho:

Recibí tu carta; no estoy en París, sino clavado en este maldito Pontarlier por un satánico ataque de gota que dura hace seis meses y que me entrega atado de pies y manos á esta terrible tía Fourneron.

Sí, hijito, la «vieja bestia» de tu primo Jacobo, vacila, tergiversa, capitula; ya no tiene fuerza para hacer frente al enemigo.

Sabes tú que seis meses de enfermedad son, en manos de la tía, un gran argumento para el matrimonio?

Con quién piensas que me quiere casar? pues nada menos que con la prima Eulalia de Lezines, no es muy joven, verdad; pero sí muy buena, en fin aun no estoy decidido.

En cuanto á tu negocio, ¿qué quieres que te diga? no puedo ver á Martín, á quien por lo demás, mi visita fastidiaría, perdió á su mujer y, en dos años todas las cóleras se calman; deja este asunto, ve á tus negocios y no te ocupes más de él; que llore en calma ese pobre diablo y ven pronto á hacer una visita á la pobre bestia vieja de tu primo.

Jacobo,

(Continuará.)



LAS TRES MANERAS

En la exposición de pinturas me detuve con un pintor modernista amigo mío, ante un cuadro de M. Garnoteau, miembro del instituto.

El lienzo, admirablemente trazado, representaba á Diana y sus ninfas, en medio de un hermoso paisaje.

Mas á pesar de todo, una circunstancia especial me llamó extraordinariamente la atención.

—No lo entiendo, dije á mi compañero, pero el caso es que esas mujeres sólo me gustan hasta la cintura, porque las piernas son detestables.

—Ese mismo defecto, me contestó mi amigo, lo encontrarás en todos los cuadros que Garnoteau ha pintado de treinta años á esta parte. Pero la cosa se explica perfectamente, pues has de saber que todas esas piernas son copia fiel y exacta de las de Madame Garnoteau.

Sentémonos y te contaré la historia completa.

Y he aquí lo que me refirió mi amigo, el pintor modernista:

Ya conoces los comienzos de Garnoteau cuando vino á París, pensionado por el municipio de Limognes. El pobre trabajó como un caballo, y al cabo de cinco años ganó el premio de Roma por su *Temistocles entre los persas.*

Cierto día descubrió Garnoteau su vocación: el desnudo y los cuadros de ninfas; y desde entonces no ha pintado otra cosa.

A su regreso de Roma, trabó el pintor relaciones en su país natal con una joven bien educada, ni bonita ni fea, alta y flaca, quizás en demasía, con la que contrajo matrimonio, á pesar de las dificultades que ponían los padres, ricos industriales de Limognes, á que su hija se casase con......... *¡un artista!*

—¡Dios mío! decía la madre, antes de otorgar la mano de la niña. Casar á mi Celestina con un hombre que no pinta más que mujeres desnudas! Pero Garnoteau alegó que el arte lo purifica todo y que sus cuadros se vendían bien, y al fin se realizó la boda.

—El día anterior á la ceremonia, llamó Celestina aparte á su futuro y le dijo:

—¿Es verdad que no pintas más que mujeres sin vestir?

—Sí, hija mía.

—¿Y no podrías pintarlas sin modelo?

Garnoteau le demostró que esto era cosa irrealizable y la novia no volvió, por lo pronto, á hablar más del asunto.

Pero al día siguiente del matrimonio, Celestina murmuró al oído de su esposo:

—Prométeme hacer lo que voy á pedirte.—Tolero que copies el cuerpo de otras mujeres, la cara y los brazos; pero en lo tocante á las piernas, no tendrás más modelo que yo, si no quieres verme morir de angustia.

Garnoteau pasó por todo, sin preever las consecuencias de su debilidad de caracter.

Al llegar á este punto interrumpí á mi compañero, y le dije:

—¿Y cómo has podido saber?.........

—Nada más sencillo. Garnoteau se lo dijo á su amigo Carbonnel, el cual se lo comunicó á Micada, una modelo, que á su vez me lo dijo á mí.

Y ahora prosigo:

Garnoteau fué fiel á su promesa; y de ahí procede esa interminable serie de ninfas, gruesas en su parte superior y flacas en su parte inferior.

Mientras Celestina fué jóven, todo era tolerable, gracias á la frescura de la forma y hasta un crítico influyente llegó á descubrir que aquel modo de comprender y de pintar á la mujer, era eminentemente espiritual.

A poco tiempo, Garnoteau entró en el Instituto.

Pero Celestina, al envejecer, iba adelgazándose á toda prisa, lo cual influía, como era natural, en las piernas de las ninfas de Garnoteau.

El público acabó por notar el contraste, y la venta bajó de un modo extraordinario.

En vista de esto, el artista se dedicó á pintar sirenas, para evitar las piernas de su esposa, pero las sirenas pasaron inadvertidas.

Celestina quiso que su marido volviera á pintar ninfas, y como esta era la especialidad de Garnoteau, volviéronse á vender algunos cuadros.

—Gracias á mí, le decía Celestina, se venden otra vez tus lienzos!

El pobre Garnoteau, condenado á pintar eternamente las tibias de su mujer, acabó por aborrecerlas.

—Acompañadme ahora, repuso mi interlocutor, y te contaré el final de mi historia.

El pintor modernista me llevó á casa de Durand y me enseñó una *Danza de ninfas*, muy notables todas ellas, no sólo por sus cuerpos, sino también por sus piernas, robustas y macizas como pilares de iglesia.

—¿De quién es ese cuadro?—le pregunté.

—De Garnoteau.

—¡No es posible!

Sí, hombre, me dijo mi amigo. Madame Garnoteau ha muerto hace dos meses y ahora el artista no pinta más que piernas enormes, como para desquitarse del pasado. En la actualidad no encuentra el pintor modelo alguno cuyas piernas le parezcan bastante sólidas.

En cambio los cuerpos y las caderas se adelgazan y se espiritualizan, volviendo á formar otro contraste en sentido inverso al anterior.

Así, pues, Garnoteau, á imitación de Rafael, ha tenido también tres maneras; pintó primero figuras muy armónicas en conjunto; despues cuerpos hermosísimos con piernas delgadísimas, y finalmente piernas en extremo voluminosas con cuerpos sumamente delgados.

Y estas tres maneras corresponden á los tres períodos de su vida: antes de Celestina, en tiempo de Celestina y después de Celestina.

JULIO LEMAITRE.

Tan grande fué que ante él todo es pequeño,
«un delito el nacer,» la vida un sueño »

CAMPOAMOR.

EL ULTIMO POETA.

En la nevada cumbre de un monte fabuloso
que anublan los crepúsculos, y encienden las auroras,
y escalan sin estrépito las voces triunfadoras
que con su augusta calma serenizó el Reposo;

habita (solitaria, de un mundo misterioso
que tú, divino Ensueño, conformas y coloras,)
girón de nebulosa mental que va por horas
centripetando el germen de un genio silencioso.

Ya el Cosmos adivina la gestación del numen
que del sublime anhelo dará el postrer resumen.

Ya se estremece el Eter al presentir el ritmo
del eviterno número, supremo logaritmo.

Serán de esa magnífica y mater Iliada,
la Muerte, Aldo Manuncio; el rápsoda, la Nada!

BALBINO DÁVALOS.

México, Febrero de 1897.

EN EL LAGO.

Se pone el sol: el agria cordillera
sobre el confín de oro se destaca;
arden las nubes de carmín, y un vivo
reflejo de volcán alumbra el agua.
Abren ya las estrellas en el cielo
su pupila de luz, y se levanta
la luna, sobre un pico de la sierra,
como un disco de nácar.

Ya vuelven las gaviotas á sus nidos,
ocultos en las peñas solitarias;
y á la orilla también, cual las gaviotas,
sobre la onda azul vuelan las barcas.
Hincha el viento sus olas que parecen
de lejos unas alas
níveas como el plumón de la paloma,
y como el aire de las cumbres, raudas.

Comienza el lago á levantar sus olas,
que van luego á morir sobre la playa,
y que—¡así como el alma del poeta!—
cuando se rompen cantan.
El rumor de colmena de la vida
ante el misterio de la sombra, calla;
y bajo el cielo constelado y limpio,
como una virgen se arrodilla el alma.

Se puso el sol: de los enhiestos montes,
á las desiertas playas
bajan ya las tinieblas, como una
procesión silenciosa de fantasmas.
¡Se avivan los recuerdos!...... ¡la tristeza
se difunde en las cosas y en las almas!
¡y en el silencio augusto de la noche
se estremece la voz de la plegaria!

JOSÉ BECERRA.

Chapala, Abril 11 de 1897.



A MIS AMIGOS.

¡La he de amar, ¿por qué no? si las escalas
Accesibles están, y si el ascenso
Es tan facil, contando con las alas
De mi amor, que es inmenso!

¡La he de amar! ¿por qué no? si su belleza
Es un símbolo augusto de poesía;
Y en sus pupilas reina una tristeza
Hermana de la mía.

¡Dejadme! ¿qué es mi mal? ¡pues lo deseo!
¡Ya de ilusiones! La razón es obvia:
Si he de ser otro nuevo Prometeo,
Que me mate mi novia!

¡Que me mate! ¡lo anhelo! Si con sólo
Que me amague el pesar de sus desdenes,
Me parece sentir que el frío del Polo
Atenacea mis sienes.

¡Dejadme, mis amigos bienhechores!
Si no me ama será mortal la herida,
Y, en señal de perdón, regad con flores
La tumba del suicida.

QUIRINO ORDAZ.

Abril de 97.

La muerte de Vargas Vila.

HISTORIA ROMÁNTICA.

Trágico ha sido el fin de este veterano en las justas del pensamiento.

Dotado por la Naturaleza de un espíritu sensible á la abstracción artística, y ávido de profundizar sus estudios históricos y arqueológicos, no vacila en sustraerse el bullicio atrayente de las grandes capitales europeas, para irse á engolfar en el seno de antiguas razas y civilizaciones antiguas, y beber, en las fuentes mismas de Hipocrene, aquellas aguas maravillosas que rejuvenecen el alma y la llevan á la contemplación de los grandes ideales que encarna el arte en sus múltiples manifestaciones.

Si en su viaje anterior al Viejo Mundo recorrió la Italia y arrancó luego á su númen notas vibradoras para descubrir sus variadas impresiones sobre la patria del Dante y de Savonarola, ahora preparaba sus *Helénicaz*, libro que se nos antoja rico en detalles, deducciones y gusto literario. Refrescado por las brisas del Mar Jónico, bajo ese mismo cielo cantado por Homero y por Menandro, recorriendo quizá los mismos campos que ilustró Agamenón hace más de 30 siglos. Vargas Vila, ha debido escribir cosas bellísimas, que ojalá manos amigas se encarguen de salvar de la lepra del olvido, para aumentar el acervo de la literatura americana y contribuir á la gloria del joven escritor.

Después de visitar á Atenas, de escudriñar sus apolillados archivos y admirar sus gloriosos monumentos, testigos aún de la pujanza todavía no aventajada de Fidias y Praxiteles, fué Vargas Vila á Siracusa, célebre, no tanto por haber mecido la cuna de Dionisio, cuanto por la admirable cepa que se cultiva en sus campos y destila ese caldo que los peritos confunden con el néctar de los dioses.

Relacionóse en Siracusa con una joven artista, griega de nacimiento, pero sarda por su origen y sus afecciones. Ifigenia era una chica de cuatro lustros escasos, y, como la soñada virgen de Judea, robó á las hadas sus vestiduras de armiño, á la aurora sus tintas y celajes, y al querub que arrulla los sueños de Jehová, robó las armonías que hacían de su voz catarata de arpegios y de ritmos.

Vargas Vila, también artista por idiosincracia, apenas conoció á Ifigenia sintióse avasallado por aquellas explosiones de hermosura; y como Numa, cuando encontró á Egeria exornando el agreste fondo de una gruta, el pecho del prosista colombiano se dilató ante la influencia estética, y de sus labios, ungidos con la miel de las abejas de Hesodio, brotaron raudales de ternura que fueron á arrullar en el alma de la virgen las primeras sensaciones de la pasión que nace.

Oh! aquí de las estrofas dantescas, ó del pincel que inmortalizó á la hermosa viuda de Pescara! Que si el genio del vate florentino, en su creadora fantasía, bajó al vientre de Tártaro á buscar á su Beatriz, y la paleta de Miguel Angel; acaba sus creaciones de los torrentes de luz que lanzaban las pupilas de Victoria Colonna, de no menores alas se valdría el poeta para ascender á espacios aquilinos en busca de nuevos coloridos con que delinear las palpitantes formas de Ifigenia.

Sin que pretendamos abordar cuestiones metafísicas, es evidente que la simpatía, al fecundar el corazón humano, fecunda también y viste con ropajes de nácar y zafir el ambiente en que nace y se desarrolla. Porque la misma ley que en el mundo material impulsa las moléculas á recíproca atracción, hasta formar cuerpos de gran vitalidad, produce en lo moral iguales fenómenos y resultados. La simpatía—dijo Dumas, padre—es llama divina que ilumina el corazón y dispensa á los verdaderos amantes del uso de la palabra.

De ahí ese idilio que enloquece á Vargas Vila, idilio engendrado con miradas y sonrisas, amamantado después con besos y caricias y palabras de ambrosía, crecido en seguida al fuego de dos naturalezas en el apogeo de su plenitud y su virilidad y para morir temprano entre sombras y misterios.

Ifigenia y Vargas Vila, luego de haber unido sus corazones y hecho votos de eternal amor, se fueron á la quinta *Andrómaca*, pequeña propiedad rural que aquella poseía inmediata á Siracusa, con cuyo nombre quiso recordar al ilustre trágico ateniense.

Seis semanas llevarían de vida conyugal, cuando en una de las alamedas que rodean el parque de la quinta, estrechados en amoroso abrazo y contraídos aún sus labios por el ritmo del postrer beso, se hallaron sus cadáveres, tibios todavía, sobre un colchón de musgo, que sombreaban castaños corpulentos.

La causa de este doble suicidio que hiela la sangre por lo insólito, tratándose de seres que inician una vida de fruiciones y delicias, es verdaderamente incomprensible. No quedó un solo rastro que pueda guiarnos á descubrir la clave del enigma, pues en los cortos renglones que se hallaron escritos en francés en la cartera de Vargas Vila, precedidos de este epígrafe de Ninon de Lenclos en los últimos momentos de su vida:

Qu'un vain espoir ne vienne point s'offrir
Qui puissi ébranler moun courage,

....

en esos cortos renglones, decimos, apenas si nos cuenta el infortunado compatriota, que sólo por un acto de expontánea y mutua voluntad se despiden ambos del «mundo de los vivos» para entrar en el «mundo de los muertos.»

Bella estación! Todo á gozar convida
del placer sin medida.........
—Mas, ¿qué es eso que vuela?
Una hoja que cae, y nos revela
la nada de las cosas de la vida.

CAMPOAMOR.



Fué una noche del invierno último, en el rincón del fuego; porque había llovido todo el día durante nuestra visita á esa maravilla de las maravillas que se llama *Baalbek*, cuando oí referir por un árabe llegado con nosotros de Damas, la leyenda que transcribo, releyendo mi carnet de viaje:

El león soberbio....... y generoso acababa de ser muerto, dejando cerca de él para honrar su memoria y perpetuar su raza, á su leona y á un joven leoncillo.

Este noble retoño ardía en deseos de recorrer el mundo.

—Por qué, le decía su madre cubriéndole de caricias, por qué quieres abandonarme? No estás bien aquí?........ Ten cuidado, hijo mío, más allá de esas vastas soledades que forman tu imperio, encontrarás, entre muchos peligros, al más terrible, al más cruel de tus enemigos! al que te ha hecho huérfano......... ese temible sér que se llama el hombre!

Fatigado de oir cada día esta eterna amenaza, y no tomando consejo más que de su valor, el *heredero del señor de la gran cabeza*, partía una hermosa noche, diciendo á su madre:

—Nada temas, soy joven, soy fuerte, soy valiente como lo era mi padre.........

Nada tengo que temer, y si encuentro al hombre........ pues bien, nos veremos.

Partió.

El primer día vió á un buey en su camino.

—Tú eres el hombre? le preguntó.

—No, respondió el apacible rumiante, aquel de quien tú hablas es mi señor; me ata al arado y si mi paso le parece demasiado lento, para activar mi marcha me hunde en la carne una punta de acero, que según creo, llama aguijón!

El leoncillo se alejó pensativo.

Al día siguiente vió á un caballo en la pradera, con los pies entrabados por cuerdas.

—Tú eres el hombre? le preguntó el feroz viajero.

—Es mi señor, respondió temblando el corcel. Yo soy su servidor y le sirvo de montura. Cuando no avanzo á medida de su deseo, me hiere los flancos con una especie de ruedecilla ó estrella guarnecida de láminas agudas.

Después de haber sacudido largamente su crín, el león, rechinando los dientes, siguió su camino, preguntándose con sorda rabia quién podía ser el que en el mundo parecía haber sometido todo á su capricho á su fuerza y á su voluntad. Algún tiempo después llegó á la India.

Su mirada descubrió inmediatamente un animal de monstruosa corpulencia, que parecía dotado de una fuerza invencible.

—Esta vez no me equivoco, se dijo aproximándose.—¿Eres tú el hombre?

—Estás en un error, yo soy el elefante, y aquel cuyo nombre acabas de pronunciar, es mi amo y señor. Yo le llevo sobre mis lomos cuando desea viajar ó cazar al tigre........ y como tiene completa confianza en mí...... frecuentemente me deja al cuidado de sus hijuelos.

Oyendo estas palabras, el joven león se alejó más y más pensativo.

De pronto, ruidos sordos con intervalos regulares interrumpieron su meditación.

Del fondo del bosque era de donde aquellos ruidos surgían.

Avanzó, y en un vasto claro vió una encina próxima á desprenderse de su tronco, herida por el hacha de un sér en el cual el joven viajero no se fijó de pronto.



Y dirigiéndose á la encina:

—Serías tú acaso el hombre? preguntóle.

—No, respondió abatiéndose el coloso, el hombre es ese que acaba de derribarme y muero de los golpes que su mano me ha dado.

Sólo entonces el joven león se dignó fijar su mirada en aquel á quien acababa de designar la encina, pero á la vista de un sér tan fragil y de proporciones tan delicadas, dejó desdeñosamente caer estas palabras:

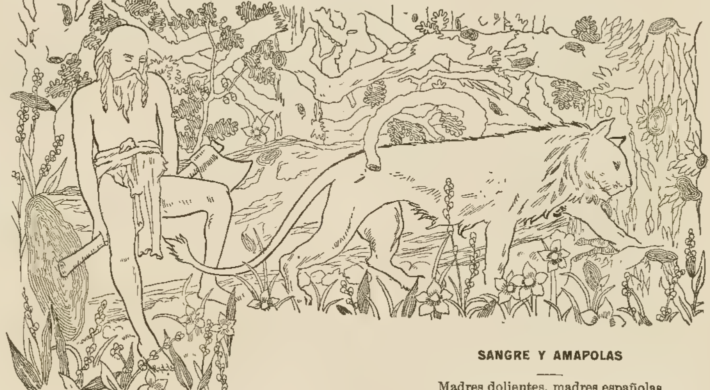
—¿Cómo, eres tú aquel de quien mi madre me habló con tal espanto? Uno de tus semejantes fué el que osó herir á mi padre?...... Tú eres al que por prudencia debería yo esquivar?

—Soy yo, respondió sencillamente el leñador.

—Pero, desgraciado, tú eres la imágen de la debilidad, sólo mi nombre te haría palidecer, y con un golpe de mi potente garra te tendería á mis pies!

El hombre sin dignarse responder luego, hizo una profunda hendidura en el tronco de la encina que acababa de espirar; después, volviéndose hacia el leoncillo:

—Te parezco debil, le dijo. Mira esa encina orgullosa de su fuerza...... estaba erguida y robusta......... y sin embargo, hela tendida en tierra; ya ves lo que puede mi brazo. En cuanto á tu nombre, no podría hacerme palidecer, yo conozco uno más terrible: ¡la miseria!...... y tu



grito es menos espantoso á mi oído que el de mi cachorro cuando me pide pan......... No son mis débiles músculos los que puedo oponer á tu fuerza......... es el pensamiento! él me ha hecho tu amo......... ¿lo dudas aún? Pues bien, mete la pata en esta hendidura, si te atreves! añadió mostrando la grieta mantenida abierta por el hacha.

Al oír estas palabras, *si te atreves!* el joven león no vaciló y obedeció.

Entonces el leñador retiró el arma sangrienta aún de la savia del gigante de los bosques. La fiera estaba aprisionada.

Y bien, ahora soy yo el hombre? dijo gravemente el leñador. Soy yo tu amo?

Aniquilado por tanta audacia, el leon había inclinado la cabeza y guardaba el silencio que conviene al que se confiesa vencido.

Luego que le fué devuelta su libertad, se extendió en el musgo y se puso á lamer tristemente su pata, manchada toda de sangre.

El hombre entonces se inclinó sobre el herido y después de haber lavado cuidadosamente la llaga, sin añadir una palabra, sin volver siquiera la cabeza, el hacha á la espalda, emprendió con tranquilo paso el camino de su cabaña.

Largo tiempo la fiera le siguió con la mirada...... Cuando se vió sola, abrevada de verguenza, dudando en adelante de su fuerza y de su poder, dos gruesas lágrimas obscurecieron sus ojos, se levantó, y cojeando tornó lentamente al desierto.........

TRADUCCION DEL ITALIANO.

(L. STECHETTI.)

Cuando mires que rueden las hojas
Al soplo del cierzo
Y recuerdes que yo, como ellas,
Al abismo caí de los muertos;
Ve al panteón á buscar mi sepulcro
De flores cubierto,
Y de él, de la cruz olvidada
Que levanta los brazos al cielo,
Una á una recoje esas flores
Que brota mi pecho,
Y con ellas, gentil y amorosa,
Engalana tus rubios cabellos:
Son los cantos de amor de mi alma,
Los himnos, los versos
Que olvidé consagrarte en la vida,
Que no pude decirte en secreto!!

JOSE VAZQUEZ.

Zacatecas, Abril 1º de 1897.

RELIEVE.

A un poeta.

Musa regia! No la envidia, no la mofa ni el espanto
La detienen; forja el verso y con rápido ademán,
Al erguirse siempre altiva, funde un rayo en cada canto
Y lo arroja y lo hace trizas contra el rostro del rufián.
Musa triste! Ya solloza con amargo desencanto
Y se eleva hasta los cielos impelida por su afán,
O preludia el himno eterno del amor ferviente y santo
Arrancando ardientes notas á la flauta del dios Pán.
Que no hay dique que contenga su pujanza de coloso;
Del inmenso espacio dueño bate el bardo, majestuoso,
Las potentes ígneas alas de su audaz inspiración.
Y al sentir sobre su frente la aureola de la fama,
Y al mirarse rodeado por el pueblo que le aclama,
Se debate en la tribuna cual indómito león.

AURELIO G. CARRASCO.

México, Marzo 24 de 97.

SANGRE Y AMAPOLAS

Madres dolientes, madres españolas
que en las olas mirais vuestros pesares,
con qué dolor contemplaréis los mares,
los mares de sangrientas amapolas!

Cuando Julio desate sus corolas
á los rayos del sol caniculares,
derramaréis suspiros á millares,
viendo temblar sus incendiadas olas.

Pensando en vuestros hijos adorados
sangre veréis, tiñendo los collados,
sangre en el monte que la altura escala,
sangre en el mar y en el espacio terso,
¡como si el sol que alumbra el Universo
fuese una luz inmensa de bengala!

SALVADOR RUEDA.



No le gusta el placer sin violencia:
Y por eso ya cree la desgraciada
que ni es pasión, ni es nada,
el amor que no turba la conciencia.

CAMPOAMOR.

LA MODA.

Ahora toca su turno á los niños: la sonrisa del hogar y los soles en cuyos rostros la vida sonríe franca é ingenuamente, porque nada sabe aún.

No reclaman ellos por cierto su parte en las caprichosas fantasías mundanas: les basta con su alegría y con sus juguetes; mas las madres solícitas, las perfectas elegantes, no permitirían que allí donde ellas lucen el primor de un traje, mostrasen sus hijos el desaliño. Y los engalanan con toda la fantasía de su propia cosecha y la de las modistas. En nuestras planas de hoy se hallarán á este propósito encantadores trajes infantiles, que no dudamos aprovecharán para sus hijos algunas de nuestras discretas lectoras.

Lecturas para las damas

INES SOREL

Ese montón de ruinas solitarias, de paredes expuestas á la intemperie y de torres destruidas; con flores salvajes en las ventanas, abrojos en los salones, yedra por tapicería, y por alfombra la triste y larga yerba que crece sobre los sepulcros, fué en otro tiempo la famosa abadía de Jumieges. Sus escombros son como un monumento erigido á su pasada gloria.

El gusto de los monjes para elegir buenos locales, es incontestable. Hay quienes digan que el lugar de que nos ocupamos, era originalmente un yermo cubierto de bosques y pantanos, y que su fecundidad fué debida á la infatigable dedicación de los benditos hermanos; pero la única prueba que hay de esta opinión, es la obscura etimología de la palabra latina *Gemmeticus*, tomada de *iwen* ó *guen*, que en Celta significa pantano. Corroboran esto con el hecho de que los alrededores son pantanosos. Parece, sin embargo, mucho más probable, que los monjes eligiesen para reposar un oasis en medio del desierto, y no un pantano en medio de pantanos. A más de esto, los cronistas antiguos convienen unánimemente en describir á Jumieges como un lugar de delicias y especialmente como mansión favorita de la viña.

Esta abadía fué fundada por Dagoberto, según unos; pero según otros, cuarenta años después, es decir, á mediados del siglo VII, por Batilde, esposa de Clovis II, y San Filiberto, fué su primer abad. Al principio no contaba éste más que con sesenta monjes; pero supo aprovecharse del tiempo con tal cordura, que su sucesor llegó á tener novecientos. Cuatrocientos, juntamente con el abad, fueron transladados al cielo en un mismo día; y quinientos huyeron de los normandos, que arruinaron el monasterio en 851. Fué reedificado gradualmente, y en el siglo XI llegó al apogeo de su esplendor. Cayó de nuevo, pero con más lentitud, y la revolución francesa vino á completar la obra de destrucción.



Toilette de ciudad para señora joven.

Las ruinas, según hoy están, tienen un aspecto muy imponente. El techo de la nave ha desaparecido, pero las paredes que aún existen, dan idea, acaso exagerada, del tamaño y proporciones del edificio. Las torres de la parte occidental están casi completas también, y desde ellas se disfruta de una grandiosa perspectiva. Las aguas majestuosas del Sena se extienden al frente; á la derecha, la negra selva de Brotonne; á la izquierda, la de Mauny; y á la espalda, los bosques y precipicios de Duclair.

En medio de todos estos objetos, las ruinas que ve uno á sus piés, imprimen al cuadro un aire de solemnidad y grandeza sombría. Muy lejos de la superficie de la tierra para poder oír la voz de sus habitantes, os imagináis que un silencio sobrenatural reina en la escena; silencio no interrumpido, sino antes bien hecho más sensible por el gemir del viento al pasar por los derruidos monumentos de los siglos anteriores. Entre las aéreas fantasmas con que poblais la nave, distinguís, al verlos aparecer por un momento, para sepultarse después bajo los arcos de las bóvedas laterales (como las sombras que interrumpían el sueño de Macbeth) al rey Dagoberto, al segundo Clovis, á su consorte Batilde, á San Filiberto, al Escandinavo Rollo; á Guillermo Longue-Epée, y á Carlos VII, el protegido real de la Doncella de Orleans.

Mas ¿quién es aquella señora de los tiempos pasados, que deslizándose de las ruinas, parece tomar el sendero que conduce al cercano y pequeño castillo de Menil? Flores brotan bajo sus piés, suaves y fantásticas flores, que se marchitan luego que ella pasa; el aire á su derredor está lleno de fragancia; los arbustos mismos, al retirar las ramas para dejarla pasar, parece que conocen la marcha magestuosa de la beldad. Es Inés Sorel, la noble, la generosa, la honrada, sí, la virtuosa Inés Sorel, amante de Carlos VII. Esta mujer admirable, no queriendo desempeñar el papel de heroína, se contentó con hacer un héroe á su amante. «Si el honor, le dijo, no os puede hacer desistir del amor, éste os conducirá á aquel.»

Los cronistas contemporáneos describen á Inés Sorel, como «la más bella de las bellas;» dulce, amable, humilde y devota. Llevaba la caridad hasta el exceso, y su generosidad y buena índole no conocían límites. Su corazón era sobre todo sensible á las impresiones religiosas, y cuando el angel de la muerte la arrebató á la mitad de la carrera, en medio de la prosperidad, la elevación y el brillo de una belleza sin igual, el único error de su vida



Traje de casa veraniego.



Cuerpo de seda con bordados de batista.

se le presentó como pecado mortal, y derramó lágrimas de remordimiento por aquel amor heroico, á que debió su patria tal vez la libertad. En vano había corrido en los campos de batalla la sangre de la doncella de Orleans: en vano su alma angélica habría subido al cielo entre las llamas de su pira funeral, si Inés no hubiera quedado de angel de guarda de su real amante para inspirarle el honor por medio del amor, é infundirle apego á las virtudes propias de un rey, con sus caricias femeniles.

A su grande mansedumbre y dulzura reunía á veces bastante energía. Los ingleses inundaban la Francia con sus huestes vencedoras, mientras que Carlos se entregaba á todo género de placeres en sus castillos de Loches y Chinon. En vano le había exhortado su esposa María de Anjou, á que sacudiese el yugo de la molicie y repeliese la invasión. Estaba resuelto á perder la corona lo más alegremente que pudiera.

Presentóse un astrólogo en la corte, y preguntado por Inés, sobre su suerte futura, respondió: «Que estaba destinada á fijar por largo tiempo el corazón de un gran rey.» La favorita se levantó al oir esto, y hacindo al soberano una profunda reverencia, le pidió permiso para pasar á la corte del rey de Inglaterra, con el objeto de cumplir su destino, añadiendo: «Señor, sólo á Enrique VI puede aplicarse la predicción, puesto que vos vais á perder vuestra corona, y él la vá á agregar á la suya.»

Llegó por fin el momento en que este sér radioso debía desaparecer de los ojos de su real adorador. Después de la toma de Rouen, Carlos se estableció en Jumieges é Inés, en el pequeño señorío de Menil, á poca distancia de la abadía. Aun se ve, ó se congetura por lo menos, el camino que tomaba el rey al dirigirse á la mansión de su amada. Allí fué atacada por una enfermedad mortal, casi en los brazos de su amante, y en medio de la carrera de gloria que ella misma le había iniciado á seguir. Varias son las opiniones sobre la causa de su muerte: algunos dicen que fué víctima de los celos de la reina; pero nada interesante es por cierto esta disputa: había desempeñado su alta misión, su destino se había cumplido, y murió.

Su corazón fué sepultado en la capilla de la Vírgen, en Jumieges, bajo de un magnífico y elevado túmulo de marmol negro. Representaba á Inés arrodillada, ofreciendo un corazón á la madre de misericordia. Al pie de la tumba estaba otro corazón de marmol blanco. Todo esto ha desaparecido, pero la lápida que cubría el cenotafio, todavía se ve en Rouen, embutida en la pared de una casa de la calle de Saint-Maur, arrabal Canchoise. Parte de la inscripción esta borrada, mas lo que falta se suple con la de la tumba que recibió el resto de su cuerpo en Loches, parece haber sido un *fac-simile* de la de Jumieges.



Trajes para niños, de última novedad.

CYGIST.
NOBLE DAMOISELLE AGNES DE SOREL.
EN SON VIVANT DAME DE BEAUTE.
ROCHERIE, &C.

PITEUSE ENVERS TOUTES GENS,
ET QUI LARGEMENT DONNOIT SON BIEN
AUX EGLISES ET AUX PAUVRES.

LAQUELLE TREPASSA LE NEUVIEME JOUR
DE FEVRIER 1449.

PRIEZ DIEU POUR LE REPOS DE L'AME D'ELLE.
AMEN!

AQUI YACE LA NOBLE
SEÑORA INES DE SOREL,
DURANTE SU VIDA
SEÑORA DE BEAUTE,
ROCHERIE &C.
PIADOSA PARA CON TODOS, Y
QUE GENEROSAMENTE
REPARTIA SUS BIENES A
LAS IGLESIAS
Y A LOS POBRES.
LA CUAL MURIO EL DIA NUEVE
DE FEBRERO DE 1449.
ROGAD A DIOS POR
EL REPOSO DE SU ALMA.
AMEN!

Los monges de Loches, á quienes había cedido gran parte de sus riquezas, recibieron sus despojos mortales con respeto y gratitud; pero luego que murió Carlos VII (doce años después), atacaron á su conciencia verdaderamente monacal escrúpulos, religiosos sobre si debían haber dado ó no sepultura en lugar sagrado á la amiga de un rey......... *difunto*. Sabían que el monarca reinante, Luis XI, había sido el mayor enemigo de su padre, y aun había tomado las armas contra él; puede también haber sucedido que comenzase á dar pruebas de aquella devoción ardiente que agobió pocos años después á su sombrero con medallas de santos. No vacilaron, pues, aquellos santos hombres en pedir con unanimidad licencia para trasladar los restos impuros á un lugar más mundano.

Difícil sería adivinar los sentimientos que inspirara esta petición á Luis XI, al amigo y compadre de Tristán el ermitaño, al que cortaba las cabezas de sus nobles, ó les encerraba en jaulas de hierro, y colgaba á sus vasallos de más baja esfera, á guisa de bellotas, de los árboles de Plessis. Puede ser que Luis tuviese algo de hombre en su naturaleza, así como era escelente rey en casi todo, ménos en el excesivo afecto que profesaba al hacha y al cordel. Sea lo que fuere, respondió que el deseo de los monjes era muy racional, y que *en devolviendo los regalos de la difunta*, podían hacer lo que quisieran con su cuerpo. Una luz repentina vino á iluminar á los siervos de Dios. Una mujer que había dado dos mil escudos de oro á la abadía de Loches, no podía ser tan *excesivamente* mala como decían; y á esta donación la pobre Inés había añadido tapicerías; -y no sólo tapicerías, sino también pinturas;—y no sólo pinturas, sino también alhajas. ¡Mala! vay, vaya, era una santa positivamente.

¿Qué espíritu maligno les había infundido la perversa idea de arrojar sus cenizas? Determinaron, pues, para compensar su error, redoblar sus cuidados tiernos y respetuosos. La señora de Beauté, permaneció tranquila durante trescientos años, hasta que la revolución estalló, y destruyendo los monumentos, esparció sobre la faz de la tierra á los monges que los guardaban.

La capilla de la Virgen, donde estaba sepultado el corazón de Ines, forma una parte considerable de las ruinas. Entramos á ella por la sala de guardias, bóveda desmantelada y sombría, que resonó en otro tiempo con las pisadas de los caballeros de Cárlos VII.

Un estremecimiento supersticioso nos sobrecogió al penetrar á la capilla, y ver sombras y rayos del sol deslizarse como espectros á lo largo de las paredes. Una piedra engastada en la pared, á manera de nicho, nos informó de que allí estaba encerrado el corazón en otro tiempo ardiente y generoso de Ines Sorel.

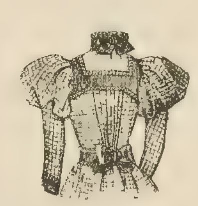
¡Oh si pudiera sentir
Cual otro tiempo he sentido,
O bien ser lo que ya he sido!
¡Oh si pudiera gemir
Sobre escenas del vivir
Que ya se han desvanecido!

Pero no, pasó ya la época (aunque no hace mucho) en que sombrero en mano y la rodilla en tierra, hubiéramos saludado con corazón palpitante y labio trémulo la tumba de Ines Sorel. Tal cual estábamos, no pudimos menos de fijar una larga y silenciosa mirada sobre el lu-



Jaquet para niñas.

Espalda del traje marinero.



Espalda del Jaquet para niñas.



Traje marinero para niñas.

gar, recordando su alma herioca y elevada, su gloriosa belleza, y su desinteresado amor. No nos avergonzamos de confesar que nuestro pecho se oprimió y nuestros ojos se llenaron de lágrimas al leer por fin esta línea:

"Hic jacet in tumba, mitis simplexque columba."
Sencillo, puro, bajo de esta losa,
De una paloma el corazón reposa.

Sentimientos son estos que siempre nos gloriaremos de tener. Basta decir que hasta Mr. Dibdin, célebre bibliógrafo inglés, se sintió algo conmovido en este lugar, aunque á decir verdad, estaba refrigerando su estómago al mismo tiempo. Según él nos refiere con gran *naueté*, el artista que le acompañaba se fué á tomar vistas, en tanto que él, afectado de una misteriosa simpatía, no podía separarse de los fragmentos de la tumba y de la comida. Hay cosas que Salomón confesaba francamente que no entendía, y después de tal ejemplo de humildad, no vacilamos en hacer la misma declaración. Entre las pocas cuestiones que nos confunden se halla esta: *¿Cómo ha podido haber hombre capaz de comer asado frio sobre la tumba de Ines Sorel?*

EL ARTE DE SALUDAR.

En el siglo pasado, los maestros de baile enseñaban principalmente el arte de saludar y de bien expresar las cosas con la mirada.

Había diversas modulaciones en los cumplimientos y reverencias del tiempo.

Saludando á una emperatriz, era preciso quedar inclinado *tres cuartos de segundo*. Al enderezarse, debíase dirigir ligera y modestamente la cabeza hacia la mano derecha de la augusta persona, y se recomendaba que se besase la mano sin osar levantar la vista hacia el rostro de la soberana. Era de rigurosa etiqueta que no se diese expresión de especie alguna á la fisonomía, como no fuera la de respeto y hasta temor.

Representábanse todas las grandezas, todas las coronas, todos los siglos de esplendor que brillaban en el rostro de la Majestad Imperial, y así se hallaba la actitud que convenía más.

Para saludar á una *landgrabe*, era de etiqueta no inclinar mucho el cuerpo, como si estuviese una reina. Había entre ellas cuatro pulgadas de diferencia.

Era conveniente que un gentil hombre mirase á la dama de honor presente en la audiencia, de manera á darle á entender por su sonrisa, que si no fuera por la etiqueta rigurosa, le rendiría los homenajes que le eran debidos.

Admitido en presencia de la esposa de un gran personaje, un hombre de abolengo no podía hacerle reverencias *sumisas*, como si hubiera sido un simple campesino.

Los hidalgos se abordaban mutuamente con un aire amable que decía sin que hablaran: «Estoy encantado de hallar á usted, deseo su amistad y le ofrezco la mía.»

Para salvaguardar la dignidad de todos bastaba la buena crianza de todos, y á la más insignificante injuria respondíase locamente con espada en mano.

Enseñábase á saludar hasta á los artistas, y cuando el maestro de baile no hallaba bastante perfecto, bastante profundo el saludo que le dirigían, era de verse con qué acento insistía.

«¡Un poco más bajo, señor!»

Los niños usaban por largo tiempo, chaquetas ajustadas que no les agradaban, á causa de los saludos y genuflexiones, á manera de las mujeres.

Debían de saber saludar de acuerdo con el ceremonial, según se destinaran á vestir el manto de caballero de San Luis, ó la toga de magistrado. Por ahí puede verse qué consideración é importancia se daba en otra época á la perfección del gesto y del porte.

Gustábase tanto de las bellas maneras en los siglos XVII y XVIII, que todas ellas significaban belleza y nobles cualidades. La corte y ciudad consideraban como un regalo ver á la encantadora condesa de Egmont hacer las reverencias de etiqueta, en gran *toilette*, y con todas las perlas hereditarias de su casa.

Otras dos mujeres tenían la distinción que ella en el saludo á la «Fontanges»: la reina María Antonieta y Mll. Clairón, de la Comedia Francesa. Todos decían que no podía haber espectáculo más delicioso, que el de aquellos saludos hechos con toda gracia y nobleza.



Dos hermosos modelos.

Pero no llores! Si el rigor del mundo
A dominar mi espíritu no llega.
Bajo el influjo de mi amor profundo,
Una lágrima tuya, me doblega.

No estaremos ausentes. De las palmas
Para juntar los besos está el viento,
Y para unir los besos de las almas,
Mensajero de amor, el pensamiento.

Resígnate y aguarda: en el combate
Saldrá triunfante mi constancia fiera;
Quien ama como yo, nunca se abate,
Quien ama como tú, no desespera.

Aguarda, el día del amor eterno
Nos brindará muy pronto sus fulgores;
Recuerda que á las nieves del invierno
Sigue la primavera con sus flores.

MAXIMO SOTO HALL.



MUERTE DE ARTISTA

En sus últimas tardes presurosas,
listo á morir, y con la tumba lista,
el músico vibraba como arista,
entre nubes de ideales mariposas......
Cada vez que las músicas nerviosas
llegaban al oído del artista,
danzaban en tropel, ante su vista,
sueltas guirnaldas de impalpables rosas......
Súbita idea iluminó su mente:
buscó el piano, en las teclas puso un dedo,
y sin moverlo......... dobleg6 la frente.
Por la alfombra después rodó perdido!
y la nota siguió clara y sin miedo,
y vivió más que el músico...... el sonido.

JOSÉ CHOCANO.

¡Necio soy! Con inútiles medidas
te quise sorprender, más tú eres de esas
que para ser de pronto sorprendidas
se preparan con tiempo las sorpresas,

CAMPOAMOR.

La misantropía no es frecuentemente más que una preferencia que nos damos sobre nuestros semejantes.

Chantavoine.

***

Se tiene sed de lo sobrenatural: los que no creen ya en los dogmas se dedican á las prácticas de la magia.

Mme. Clemence Royer.

***

Yo no temo sino á los que amo; estos solo pueden hacerme sufrir.

Mme. Blanchelokttе.

***

Nada envejece tanto como lo nuevo, nada se rejuvenece como lo viejo.

Guy Decafopeste.



Traje de calle con blusa de sarga.



ESPERA

Es forzoso partir, romper el broche
Que nos ha unido con su lazo estrecho;
Ya las tranquilas horas de la noche
No te verán dormir sobre mi pecho.

Al separarme de tus brazos siento
Que despedaza mi alma la congoja,
Mas quien resiste? Cuando arrecia el viento,
Del amado árbol se desprende la hoja.

No lo he querido yo, Dios lo ha querido,
Cúmplase su designio soberano:
El ave deja abandonado el nido
Para ir en busca del precioso grano.

Suframos ambos nuestro mal á solas
Ya que lo manda nuestra suerte avara:
Un beso de la brisa une dos olas,
Y un golpe del oleaje las separa,

Al desprenderme de tu amante lado,
Sólo á la voz de mi deber escucho;
Cuida tú del hogar abandonado
Mientras yo lejos, te recuerdo y lucho.

Si sólo piso en mi camino abrojos,
Y hallo la muerte en pos de mi quebranto,
Honra con tu constancia mis despojos
Y riega mi sepulcro con tu llanto.

Mas si se cumple tu feliz presagio
Y el cielo senda más feliz me marca,
Volveré á tí, cual libre del naufragio
Al puerto que dejó vuelve la barca.



Traje "Tailor" y sombrero de paja.

EL MUNDO.

TOMO I. MEXICO, MAYO 2 DE 1897. NUMERO 18.

Un tiro por carambola.



Preciosa criatura.........
[Dibujo de José M. Villasana.]

"EL MUNDO"
Semanario Ilustrado.
Teléfono 434.—Calle de Tiburcio núm. 20.—Apartado 87 b.

MÉXICO

Toda la correspondencia que se relacione con la Redacción, debe ser dirigida al

Director, Lic. Rafael Reyes Spíndola.

Toda la correspondencia que se relacione con la edición debe ser dirigida al

Gerente, Lic. Fausto Moguel.

La subscripción á **EL MUNDO** vale $1.25 centavos al mes, y se cobra por trimestes adelantados.
Números sueltos, 50 centavos.
Avisos: á razón de $30 plana por cada publicación.
Todo pago debe ser precisamente adelantado.

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE.

Notas editoriales.

Una ley sociológica.

Así como los *muertos siempre tienen razón*—según la frase de un escritor contemporaneo—los gobiernos que tienen la desgracia de ser vencidos en luchas de armas contra un Estado enemigo, siempre resultan culpables á los ojos de los pueblos.—Esta ley sociológica formulada por El Mundo, con motivo de las probabilidades de una guerra con Guatemala, acaba de ser comprobada por los hechos; y á riesgo de que se nos tache de inmodestos, llamamos la atención sobre este hecho que demuestra, no nuestra extraordinaria clarividencia de augures politicos, sino la solidez del *método* que empleamos en nuestros estudios sociales.

El cable nos ha anunciado, en efecto, que como consecuencia de las últimas derrotas sufridas por los ejércitos griegos, el pueblo de la doble península ha manifestado su indignación contra el rey Jorge, produciéndose un movimiento en favor de la República. La gran culpa del entusiasta monarca consiste en ser impotente contra el triunfo de las huestes enemigas, y su enorme delito el de no haber cubierto á los soldados helenos con la aureola de la victoria.

Y sin embargo, no hace tres semanas la Grecia se conmovía ante la actitud heroica del soberano, y en loor suyo entonaba himnos épicos. ¿Qué ha sido preciso para cambiar la conciencia de un pueblo? Lo inevitable: la acción ruda y poderosa de un ejército más numeroso, sobre las enérgicas huestes griegas, cuyo valor ha luchado en vano contra la superioridad incontrastable de sus adversarios.—Ser vencido en esta contienda, equivale á ser traidor.

El rey Jorge, á semejanza de Lear, puede ahora meditar amargamente sobre la ingratitud de los pueblos: una oleada de entusiasmo lo convirtió en el ídolo de las multitudes; otra oleada lo derribó de su pedestal. La historia recojerá esta nueva página de las injusticias humanas.

Los presupuestos y el problema fiscal.

Durante la semana, la Cámara de Diputados se ha estado ocupando en el examen y aprobación de las iniciativas de presupuestos para el año de 1897-98.—El resultado de la comparación entre las cantidades probables de ingresos y las de gastos, arroja un *superabit* de algo más de *quince mil pesos*, suma que, en realidad, debe estimarse como mucho más considerable, en razón de la sólida timidez con que están calculados los rendimientos de las rentas federales.

Continúa, pues, la nivelación en este importante ramo de la Hacienda Pública, hecho económico de gran trascendencia para el país, en otras épocas sometido á un deficiente constante, al que parecía estar condenado sin apelación. El gran esfuerzo que la República ha desarrollado, cooperando vigorosamente á la obra financiera, inaugurada en momentos de pavorosa crisis, da una muestra de la elasticidad de sus elementos. Y todavía la nación ha comenzado apenas á dar las primeras muestras de su energía productora, aun nos falta mucho para poder presentarnos ante el mundo del trabajo como un mercado activo y resistente de la actividad humana.

No hace muchos años un aficionado á los asuntos estadísticos, nos demostraba, midiendo el monto de la riqueza producida por el valor de las exportaciones, que México ocupa un lugar muy secundario en la lista de las repúblicas latino-americanas. Para exportar en proporción de lo que el pequeño Estado de Costa Rica envía al exterior, necesitaríamos que nuestras remesas representaran una cantidad igual á *559 millones* de pesos, en números redondos. Para compararnos con la Argentina, *312 millones*, y para rivalizar con Chile, *299 millones*.

He aquí todo el problema fiscal en breves términos: una masa imponible de riqueza creada, muy inferior á las necesidades públicas de un país lanzado á todo vapor en el camino del progreso.—Por eso es de aplaudirse el resultado obtenido en la elaboración del presupuesto, cuando la necesidad de conservar el crédito acrecentaba la fuerte partida destinada al servicio de la deuda.

Felizmente sobre el vasto campo de la producción nacional se han arrojado abundantes puñados de semillas que comienzan á estallar en el surco. Sobre la esperanza de un ensanche de labor social, deben descansar todas nuestras probabilidades halagüeñas para lo futuro. En la antigüedad, las agrupaciones sociales vivían de la conquista y del despojo. Actualmente, los Estados viven del trabajo y del tráfico. Ahí está vinculado el porvenir nacional, porque, como se ha dicho y repetido hasta la saciedad en estos últimos tiempos, solo los pueblos ricos se encuentran en condición de ser libres.

Perfiles de un estado social.

Una casualidad nos ha dado á conocer este hecho que merece atenta meditación. Durante las veinticuatro horas correspondientes al domingo de la semana anterior, fueron consignados á una Comisaría *cuatrocientos* individuos acusados y responsables de diversos delitos y faltas de policía. Tal dato es altamente revelador de un estado social, con insistencia delineado en estas páginas. Así, mientras un diario idealista dilapida su tiempo y su tinta en mariposear en torno de las *costumbres democráticas*, el «gigante luminoso»—como lo llamó un orador—se abandona en la vía pública ó en la atmósfera pestilente de la pulquería á los actos más asquerosos, hasta llegar á la alarmante estadística de que acabamos de hacer mención.

Un partidario del *Estado todopoderoso*, reclamaría el apoyo del gobierno, aprovechando la oportunidad de vociferar elocuentemente contra el poder público, del que decía una publicación no hace muchos meses que ha debido modificar al pueblo física y moralmente. Por desgracia, esas *cuatrocientas* unidades humanas afectas á las expansiones dominicales, no se modifican con un decreto, y las lobregueces de semejantes espíritus no se disipan al golpe de una ley providencial: «háganse los malos, buenos!»

No faltan publicistas que de tiempo en tiempo se esfuerzan en destruir las causas de todos los malos efectos, creando una situación artificial, que si no remediaría dolencias de gravedad latentes en el organismo, estorbaría la satisfacción de necesidades legitimas. ¿Quién no ha oído proponer un fuerte impuesto sobre las bebidas alcohólicas como medio de desterrar la embriaguez? A los partidarios de este extraño programa, les diríamos, con Musset, que no hay que confundir el vino con la embriaguez. Semejante impuesto, que la práctica ha condenado en otros países, no perjudicaría al vicioso—siempre interesado en eludir la ley—sino al que ha menester, para el cumplimiento de exigencias fisiológicas, de la materia objeto del gravámen.

Como en todos los casos análogos al que señalamos, no son las medidas directas y radicales las encargadas de establecer el equilibrio; la salud está en la adopción de un tratamiento tónico que comunique vigor al organismo. La higiene antes que la terapéutica.

Esos *cuatrocientos* seres humanos representan la ola negra de una colectividad elevada á las más altas funciones sociales. Allí, en ese abismo de ignorancias y depresiones, de vicios y apetitos, se recluta el pensamiento que la prensa metafísica se ha complacido en hacer brotar, como una flor de aroma exquisito en medio de las emanaciones de un pantano. Allí está vinculado, para ciertos publicistas, el porvenir y la salvación de la República. Con esta brillante materia prima elaboran muchos cándidos sus boletines sobre las *costumbres democráticas*!

Sucede á veces que uno de estos escritores, fatigado un día de sus juegos de imaginación, arroja una mirada al medio que lo rodea, y al ver la enorme distancia que existe entre la realidad y el ensueño, olvida por un instante su papel apocalíptico, y deja caer sobre la conciencia asombrada de su público, declaraciones que resuenan como barretazos en el pedestal del ídolo que reverencian.—Así aconteció con el difunto *Monitor Republicano*, en el triste amanecer de un 16 de Septiembre, en el que, al hacer el viejo campeón del expirante jacobinismo, el balance de sus ideales, se encontró con que la cuenta corriente presentaba un saldo en su contra de algunos centenares de beodos, arrastrados enérgicamente á las comisarías.

Para modificar esencialmente los elementos constitutivos de nuestro organismo social, hay que afrontar con valor el cuadro de síntomas de nuestras dolencias nacionales, puesto que para curar una enfermedad es preciso, antes que nada, diagnosticarla.

Política General.

RESUMEN.—La guerra de Oriente.—La derrota de los griegos y la agitación popular.—Inconsecuencia de las masas.—La monarquía y la demagogia.—El rey Jorge en peligro.—La responsabilidad de las Potencias.—La última promesa.—Conclusión.

No eran vanos nuestros temores ni infundadas nuestras zozobras, por la suerte lamentable que amenazaba á Grecia en la lucha que tiene empeñada con su antigua dominadora y poderosa dueña, la imperial Turquía. Sea falta de pericia en los generales ó inexperiencia en el joven Constantino, colocado en el primer puesto del ejército, no obstante sus floridos años, por el acendrado patriotismo que ha manifestado y su ardiente amor á la tradición helénica; sea que las huestes griegas, animadas de un deseo vehemente de vengar en el turco añejos rencores y tradicionales odios, han sido impotentes para resistir el empuje de las tropas que manda Edhem Pachá; ó que los bravos otomanos orgullosos, con sus laureles que no pudieron arrebatarles los ejércitos griegos en los reductos de Plewna, á pesar de su derrota; fieros con sus tradiciones que en otro tiempo los hicieron dueños del mundo civilizado; ebrios con sus fanatismos que los empujan inconscientes en lo más reñido de las batallas, alucinados con sus ideales que los arrastran á buscar muerte gloriosa por la defensa del estandarte verde del Profeta: ello es que los súbditos del rey Jorge, rechazados en Macedonia, arrollados en los desfiladeros de Milona, rotos dentro de las murallas de Matti, casi aplastados bajo los muros de Turnavo, han abandonado á toda prisa, en medio de terrible confusión, presa de pánico terror, no en retirada honrosa, sino en palpable desconsoladora fuga, han abandonado la plaza forticada de Larrissa, refugiándose unos en la ciudad de Volo, donde pueden ser socorridos por la escuadra, y haciéndose fuertes otros en Farsala, donde intentan resistir el peso de las fuerzas mahometanas.

***

Inmensa ha sido la resonancia de esta derrota en todo el territorio helénico; tempestuosa la agitación popular que en olas turbulentas amenaza hundir la monarquía; inaudita la excitación de las masas, fáciles de ser arrebatadas por la tronante voz de los demagogos, dócil instrumento en manos de los agitadores de oficio, materia prima elaborable en poder de los que viven al ruido de la asonada y al concierto áspero del motín, blanda cera para los que pretenden usarla como medio de escalar las alturas del poder. Los pueblos que ayer atizaban el odio al mahometano, obligaban al Gobierno de Atenas á declarar la guerra, constreñían al rey Jorge á asumir enérgica actitud en la frontera macedónica; las masas inconscientes que no ha mucho todavía levantaban arcos triunfales al paso del príncipe Constantino, porque, alentado por su juventud y en alas de su ingente patriotismo, volaba á la cabeza de los ejércitos que habían de disputar el paso á los adoradores de la Media Luna; las que ayer frente al Palacio real aclamaban al rey Jorge, cada vez que con energía y virilidad interpretaba el sentimiento popular; las que embriagadas con sus recuerdos históricos y soñando con los lauros de Maratón y Salamina, sin comprender la hostilidad de todas las potencias, sin medir el número ni la fuerza de sus enemigos, se preparaban á celebrar fácil victoria, ahora se vuelven contra el Gobierno, maldicen al rey Jorge, reniegan de la dinastía, dejan escuchar la fatídica palabra de *traición*, y

sin reconocer sus propios errores, achacan toda la catástrofe á la impericia ó mala fe de los que dirigen la cosa pública.

Pueblos tornadizos, cambiantes masas, volubles multitudes, siempre derribarán al ídolo de un día, y levantarán sobre el pavés á los que halaguen sus pasiones, acaricien sus instintos y por cualquier medio los conduzcan á satisfacer sus ambiciones.

***

Y no es que veamos con indiferencia la derrota del griego, que significa la libertad y el triunfo del turco, producto extemporáneo de una civilización caduca y enfermiza, fruto tardío de una época petrificada, indigna de la cultura moderna; no es que nos regocijemos al ver la herida profunda que ha recibido el helenismo en los desfiladeros de Macedonia y en las llanuras de Tesalia; no es que dejemos de considerar el retardo que sufrirá la expansión griega, llamada como en otros tiempos, á llevar el verbo encarnado de sus ideales, á toda la región en donde brillaron sus dioses, fulminaron sus héroes y se consagraron sus poetas y sus sacerdotes.

Duélenos ver á la que en la historia fué antorcha para todas las tinieblas, libertad para todos los oprimidos, consuelo para todos los que lloran, inspiración para todos los artistas, onda eólica para todas las harpas, duélenos ver á Grecia, virgen ofrecida en holocausto por la civilización de todos los pueblos, abandonada por las naciones fuertes, desamparada de los que debieron socorrerla, sola y afligida, entregada á la crueldad de sus señores, expuesta á las terribles venganzas de sus antiguos tiranos, que al intentar hacer la redención de Creta, sangre de su sangre y médula de sus huesos, se ve sacrificada, no por la crueldad de Abdul-Hamid, no por el salvajismo de los otomanos, no por la fiereza tradicional de los rudos Osmanlies, sino por el miedo impío, por el temor inconsiderado de las potencias europeas, que hablan á voz en cuello de acuerdos unánimes y conciertos pacíficos, en tanto que el odio y el rencor y las rivalidades corroen sus entrañas en revuelta y confusa fermentación

No se conmovieron con las lágrimas del cretense, que reclamaba libertad, y emprendieron horrenda cruzada anticristiana, para oponerse á las aspiraciones de Grecia, que intentaba romper las cadenas que por dos siglos ataron la sagrada Isla, al carro de la barbarie muslímica; no se estremecieron con el canto guerrero de los tesaliotas, que anhelaban vengar en sus altivos señores el odio de cuatro centurias, y creyeron que la nación griega retrocedería espantada de su propia obra, pensando que la tierra que ha producido Leónidas y Temístocles, Arístides y Filopemén, retrocedería con pavura ante la posible derrota. Y dejaron hacer, y permitieron que las hostilidades quedaran rotas y toleraron que los turcos acuchillaran á los soldados bisoños del príncipe Constantino, y reservaron su intervención para el momento en que la bandera de Edem Pachá, flotara orgullosa sobre las fortalezas de Larissa.

Ha llegado ese momento, y las potencias indiferentes y crueles, cruzadas de brazos, aplazan nuevamente su intervención. Ven vacilar el trono del rey Jorge, al soplo huracanado del pueblo griego á quien excita la demagogia, y no acuden en su auxilio sus augustos primos, los soberanos de la tierra: ven á Grecia infeliz, humillada y rota, bajo la espada vencedora del turco, y no van en ayuda de la acuitada.

¿Para cuándo guardan sus decantados favores? ¿Para cuándo reservan sus tareas en pro de la civilización cristiana?

X. X. X.

Abril 29 de 1897.

EN TIERRA YANKEE

NOTAS A TODO VAPOR

DESDE ARRIBA

Yo creo que el elevador, esta caja de fierro ó madera, elegantísima á veces, que sube y baja sin cesar, por medio de un sencillísimo mecanismo, se inventó sólo, surgió un día del anhelo de encaramarse por la atmósfera, que sintieron Nueva York, Filadelfia ó Boston, qué sé yo, de la necesidad de establecer pirámides humanas en estrechísimo recinto, caro como una acción de mina en bonanza, de hacer inmensos alojamientos verticales, por la imposibilidad de hacerlos horizontales, de todo esto; pero hay que pensar que sin el elevador, todo esto habría sido imposible, y como era indispensable, el elevador nació. Y como el agua del río sube por medio de una bomba de vapor á los más altos niveles, así aquel río de gente que en wagones, y carruajes y á pie corre durante el día por las calles de la gran ciudad, se distribuye en infinitos canales vivos, que ascienden y descienden incesantemente dentro de aquellos edificios, donde hierve el esfuerzo humano, á lo largo de cables de acero que por la ligereza, pero perenne conmoción que producen, parecen hechos con nuestros nervios. Pero así es este pueblo; derrocha tal cantidad de fuerza nerviosa, que si se pudiera trasmutar en eléctrica, bastaría para alimentar un fanal que alumbrase un cuarto del planeta.

Estas reflexiones hacía para mis adentros visitando á algunos amigos en sus nichos del tercero, del quinto, del octavo piso de esas enormes casas de oficinas, *building*, de la ciudad-baja. Uno de los mozos que conducen los ascensores de la casa en que está nuestro consulado, sabe algunas palabras en *mejicano*, como él dice; su vocabulario se compone de diez ó doce palabras, pero muy expresivas; son desvergüenzas en español muy castizo.

A las once del día subíamos una escalinata de fierro, tomábamos nuestros billetes, y á Brooklyn......... Lo que más admiré en Nueva York fue, primero Nueva York, no me habría cansado de verla un año entero, siempre encontraba yo algo nuevo, y si no algo bello, sí siempre interesante; me gustaba más aquella Nueva York de bulto, que París ó Londres......... en estereoscopio, que es como he visto ¡ay! á Londres y París......... Pero Nueva York tiene sus detalles que son maravillas; duodécima maravilla del mundo (la 13ª es la Torre Eiffel): ¡el puente de Brooklyn! Por supuesto que la tal maravilla tan cacareada y tan elogiada......... lo es en realidad. No es un *humbug*, no es un *borrego* este puente. *Allez y voir*, como dicen los galos. Anduvimos como medio kilómetro sobre aéreo tablero de fierro, por encima de la ciudad, antes de llegar á la orilla del *East-River*, que la separa de Brooklin; en cada orilla se levantan sendas pilas soberbias, macizas hasta la altura en que el tablero colosal del puente se lanza sobre el río y clareadas en su estructura superior por un doble arco ogivo. Y es indecible la elegancia de esta cosa enorme (que me perdone el lector los epitetazos, no hay otros en mi *carnet* de viaje.) Hay una gracia de encaje metálico en la onda espléndida que traza esta hamaca de cuatro cables de acero kilométricos, que partiendo de otras curvas amplísimas sobre la tierra firme, atraviesan las cornizas superiores de las pilas y sostienen á cuarenta metros de altura sobre el agua, una mesa tramada de metal de 450 metros de largo, cuyos bordes están unidos á la curva por varillas de acero que se cruzan con las que parten en abanico de las cornizas al puente, formando una red que da fuerza, aumentando la gracilidad aérea de la construcción.

Veinte mil personas por ahora atraviesan este fragil paso sobre el abismo, unas en las líneas férreas, otras en carruajes y sobre una amplia calzada los de á pie, viendo bajo sus pies las puntas de los masteleros de los barcos que pasan y pasan, sin lograr tocar con sus penachos de humo el levísimo arco de fierro trazado en su cielo.

Por las ventanas de nuestro wagon vimos iluminarse y desvanecerse como ilusión de óptica la bahía, bordada acá y allá de una movible mies de mástiles y surcada por buques enormes de cerca, pero que parecían juguetes de niños sobre aquella límpida plancha de cristal azulosa que se angostaba y canalizaba lentamente para pasar debajo de nosotros.

Llegamos á Brooklyn, «una ciudad hermosa» que pegada á Nueva York no es mas que un suburbio enfático de la *Empire-City*. Por aquí corren y corren los coches eléctricos, que en Nueva York no ha permitido el Ayuntamiento; pero nosotros tomamos una especie de wagonete que nos condujo al cementerio, á *Greenwood*. Es un parque inmenso; las amplias calles suben y bajan en comodísimas rampas en torno de camellones vestidos de una moqueta espesa y sedosa de grama inglesa de un verde ideal. Los árboles que parecían haber detenido gotas de sol en sus frondas de oro otoñal, sombreaban aquellos montículos que convidaban no á dormir, ni siquiera á dormir el último sueño, sino á sentarse sobre ellos con una cesta repleta de provisiones al lado. ¡Diantre! Así es la vida:

en verso todo empieza; todo acaba en prosa

aquello era melancólico, monótono, delicioso como el «*Cementerio de Aldea*» de Gray:

Bajo de aquellos álamos nudosos,
del tejo melancólico á la sombra
donde se alza en mogotes numerosos
el césped verde en desigual alfombra.
(*Trad Heria.*)

y sin embargo: ¡ay! de mí, no me quitaba el hambre. Ni había por qué; el cefirillo era glacial, el paseo largo, la muerte es larga, es muy larga; un poeta latino de la decadencia, es decir, de la edad en que las razas sanas empiezan á volverse histéricas, Balbino Dávalos, lo debe de haber dicho: *mors longa, vita brevis*. No, ni había porque perder el apetito ahí; ahí la naturaleza es solemne, pero la muerte es industrial. Torrecillas góticas, sepulcros ingeniosos, ostentosos algunos, sin gusto todos; aquí está el sepulcro del inventor H., del filántropo R, del General M., del fabricante de pianos Steinway, del inventor de la *soda water*. Pues bien ¡cómo perder el apetito, á fuerza de tristeza, delante de la tumba singular del inventor del agua gaseosa! Dejé, pues, aquel magnífico jardín, suspirando por un buen roast-beef y una taza de leche. Logramos satisfacer nuestro irreverente deseo y volvimos á pie por el puente. Dejábamos la muerte atrás, esta es la vida; los hombres desaparecen, pero el hombre no, el hombre es eterno—eterno en términos hábiles, como dicen los abogados, una eternidad de un par de millones de años, una eternidad de bolsillo; pero á esa eternidad acomoda sus obras. Esta es una de ellas.

Nos comprime el panorama; á nuestra derecha el río ó el brazo de mar que baña por el Este la isla de Manhattan, corre y se pierde, literalmente cuajado de embarcaciones, de todas las formas, de todos los tamaños; navíos de guerra que pasan debajo de nosotros, chatos, con sus torres de fierro por donde asoma la trompa siniestra del cañón monstruo, sus marinos y oficiales muy tiesos y muy indiferentes, cada uno en su puesto, como soldados de plomo de un metro de alto, rumbo al arsenal de Brooklyn; navíos mercantes donde todo es movimiento y ruido, y mil otros en perpetuo vaivén; todo se ve muy claro desde arriba, no se pierde detalle y se abarca el conjunto, sin embargo, y esta es una diversión superior. Ahora, si se separa la vista del East-river, encerrado en un doble cantil formado de edificios monumentales de Brooklyn y Nueva York y se dirige al otro lado del puente, á la bahía, grande como un golfo, viviente como una ciudad flotante, sembrada de islas, y unida en el horizonte con el Oceano y desvanecida en el espacio, entonces...... Aquí tienen ustedes un espectáculo que no cambiaría yo por todos los lonches del mundo; pensaba esto con toda sinceridad; ¿sería porque ya había lonchado? Puede ser; lo que quiere decir que ya no soy poeta.

***

Sería curioso que me metiese ahora en la empresa de describir el *Post-office*; la casa de Correos de México, no se le parece.—Ni la fachada de vieja casa española, remozada por nuestro estilo arquitectónico oficial, que es *banalísimo*, como diría yo si no perteneciera a la Academia, tiene puntos de comparación con esta fachada suntuosa y fría, terminada por *mansardas* ó buhardillas como las del Louvre ó de Versalles; ni el patio en que se recibe al público en México, en derredor de casilleros de poca importancia, puede dar idea de esta amplísima nave, techada de cristal, sostenida por altísimas columnas de estilo noble, rodeada por altísimas galerías de fierro, mucho mejor iluminada por la electricidad que por el sol las calles de la ciudad y en donde las mesas y los escaparates forman como un plano en relieve de edificios de madera y calles y plazas por donde discurren centenares de personas......

¡Y por qué habíamos de tener aquí una casa de correos, si no la hemos hecho! Si aquí ha sido necesario apropiar los macizos edificios coloniales, todos de estilo conventual y adecuados para la vida interior de silencio y recogimiento, á la vida moderna que es toda exterior, toda actividad, toda fiebre...... Eso llegará y espero que llegará mejor; entretanto no nos conformemos con lo que tenemos, no, *go a head*.

***

¿Y aquella cúpula de cobre que se me incrustó como un clavo en el cerebro cuando divisé á N. York por primera vez en esta supuesta isla de Manhattan, que en realidad no es más que una lengua de roca arenosa, erizados de docks los bordes como la defensa de un peje-sierra? Aquí está, sobre una de estas torres angulosas en que vive esta gente, su frenética vida de negocios y que no es posible llamar casas; son los templos del *business*. Arriba pues; pagamos unos cuantos centavos, entramos en nuestra jaula...... Sólo el tiro de una mina puede dar idea de estos pozos, por donde vuelan los ascensores...... Llegamos, subimos una escalerilla de hierro y henos aquí instalados en una ventanilla de la cúpula.

Ya sabía yo que así era N. York; no había cesado de figurármela así y ¡qué sorpresa! Cómo dar idea de este apeñuzcamiento de edificios aquí abajo de nosotros, que un poco más allá se calma, se serena, se regulariza y se escapa en macizos regulares de casas rojas, rojizas ó enrojecidas, que no dejan de ser grises sin embargo, y se va, se va por la estrecha isla y se pierde en nuestros horizontes en un salpicamiento de manchas verdosas de árboles, por entre girones de nubes de carbón de piedra. Desde esta altura se ve á nuestra derecha la línea de Brooklyn y el puente en un escorzo maravilloso; por entre los ángulos de las casas se ven cruzar las velas, las chimeneas, los árboles desnudos de los barcos; aquí abajo se distinguen los ramales de fierro del *elevado* sobre el cual arrastran sus enormes eslabones los trenes, que pasan y pasan, tragando y vomitando gente en las estaciones. Más abajo los coches funiculares surcan ríos de viandantes y de carruajes que forman gruesos nudos vivos en las boca calles, que se disuelven y se forman instantáneamente. Broadway, como una serpiente negra de multitud, corta al sesgo las otras corrientes y casas y calles y avenidas y plazas y se pierde quién sabe dónde. Aquí no surgen los campanarios, como en nuestras ciudades, una que otra aguja gótica, que nunca se sabe si es de una iglesia ú oficina pública, ó colegio ó compañía de seguros; las que descuellan como torres son las casas altas, las de quince ó veinte ó veinticinco pisos, como esta azulosa y aun no rematada que vemos aquí á un lado. Los penachos de humo espesos cerca y tenues y blancos á medida que se alejan y que se escapan de todas las chimeneas, dan á todo esto cierto aspecto de inmensa estación de carros fúnebres, inmóviles bajo sus plumeros ondeando en una sola dirección.

Corrimos á otra ventana. Oh! el agua, el agua, las tendidas, las interminables planicies de agua, este es el panorama supremo, este es el espectáculo que nunca sacia, que hipnotiza, pero que no cansa, que absorve la mirada primero, y el pensamiento luego, y la emoción después y lo deja á uno sin conciencia como el fragmento de madera que flota á merced de las olas...... Cada contemplación del mar es un naufragio, es un desvanecimiento infinitamante voluptuoso en el no ser, el *nirvana* de los budistas aquí está, de aquí brotó la imagen que se tornó en idea, que se volvió sistema en el cerebro de los filósofos ascetas de la India............

La bahía se ve desde aquí admirablemente recostada en la luz de esta tarde clara; está gris como el cielo, parece formada de cielo líquido; las islas cargadas de edificios y espinadas de mástiles la pueblan sin disminuirla; todos los monstruos que surcaban el oceano en los tiempos terciarios han vuelto á la superficie en forma de navíos, de ferrys, qué sé yo, en todas formas; pero rigidos en sus inarticulados carapachos de fierro, con sus caudas rotatorias ó sus formidables aletas que transforman las olas en lúminas explosiones de diamantes y topacios......... Allá enfrente, en una isleta, se ve una figura que parece la vigilante pastora de estos mostruos marinos; la libertad de Bertholdy. «Nos queda un segmento de tarde y de luz: vamos allá.»

***

En el vaporcillo que tomamos para ir á *Bedloes-Island*, en donde alza la estatua de la libertad su antorcha que ilumina al mundo, nos divertimos bastante: una murga más ó menos húngara, tocaba valses y polkas sin tomar resuello, más que para enviar al primer violín de la orquesta á recoger los medios dolars de los pasajeros, y una parvada de muchachas que parecía escapada de un colegio del Sagrado Corazón protestante, bailaba incansable, sin mamá ni tía que la vigilase, y cuidada sólo por el pabellón de las estrellas que estampa sus barras rojas en el rostro del que insulta á una mujer y por los grandes ojos de bronce de la *Libertad* que va viniendo colosal y rígida hacia nosotros.

Mis lectores saben de memoria la estátua de la libertad, regalada por la República Francesa á la Norte-Americana; se la encuentra reproducida en simili-bronce, en aluminio ó nikel en todas las tiendas de baratijas exóticas. El original es aterrador; quiero decir que la primera impresión que en mí produjo, fué el terror, exactamente igual á la que reciente un niño frente á un toro. Esta sensación es fugaz: acercándose al pedestal, que es una torre, la impresión se desvanece casi por un detalle que la dispersa y la disuelve; aquel coloso está hecho (á la vista, naturalmente) de pequeñas placas clavadas artísticamente; muy difícil es que se funda toda aquella multitud de fragmentos en una sola figura. Cuando esta reaparece á nuestros ojos, ya es más serena la imágen. Es de una serenidad sublime; toda la estatua viene de Grecia; parece salida del Taller de Scopas. El busto recuerda á la Juno-Ludovisi, la diadema de rayos y la clámide y el *epomis* son apolíneos; la escultura helénica es una fuente de eterna juventud; el artista necesita no copiarla, sino dejarse sugestionar infinitamente por ella; así Bartholdy. Y era natural, la libertad, la política, la civil, es una invención helénica, mejor dicho, es un producto del intelecto de los helenos, como la ciudad, como la civilización; mejor dicho, es la civilización misma; esta libertad iluminando al mundo, es el geroglífico gigantesco de la civilización humana.

Precedidos por nuestras intrepidas compañeras de viaje subimos la escalera altísima del pedestal; luego ví la estrecha espiral de fierro que por dentro de la estatua misma sube á la diadema y á la antorcha, y teniendo en cuenta mi volumen, vacilé y me quedé; mis compañeros, fuerte y ágil el uno y delgado como una fibra de ramié el otro, treparon en pos de las mises. Yo pude á mis anchas ver (no me cansaba de ello nunca) la esplendida bahía de Nueva-York.

La ciudad enfrente derramada en tropel en larguísima isla; á mi izquierda el Hudson á donde, entre un centenar de embarcaciones, penetraba un magnífico *paquete* rojo y negro de la Trasatlántica francesa; en la otra orilla del Hudson, N. Jersey, una reducción en ladrillo y fierro de la gran ciudad; del otro lado de esta, aquí cerca de nosotros, la isla del gobernador cubierta de pesadas construcciones; más allá el diluvio de casas de Brooklin, sobre el Eastriver, como trazado en gris con la punta de un pincel mojado en tinta de China; el puente de Brooklyn, entre cuya onda inmensa pasaba silbante y hermoso un tren de vapor; deliciosamente dulce el paisaje hacia aquel lado, una acuarela á dos tintas que habría sido firmada por un maestro holandés—Del balcón opuesto se veía la boca del estrecho (*los Narrons*) que comunica la bahía interior con la exterior que se pierde en el Atlántico. Una isla cuya separación de la tierra firme no se advierte (*Staten--Island*) recorta nuestro horizonte con su costa parda sembrada de poblacioncillas de recreo. El cielo estaba pintado con una sola tinta pizarrosa que se degradaba hasta el lila tierno en un amplio arco del Sudeste y parecía reflejar un oculto crisol de oro en fusión, allá donde el Hudson vierte en la Bahía su lenta corriente de ametista.

Vimos concienzudamente la estatua haciendo estaciones en los ángulos de la esplanada en que descansa el severo pedestal. A esta distancia, por el frente, tiene la Libertad un aspecto augusto, pero parece demasiado robusta y se ve corta por maciza. Del lado del brazo que erige la antorcha, un poco atrás, el ángulo de vista es admirable; se ve todo el desenvolvimiento de la figura, lanzada, como un unísono cantado por un pueblo ó por un oceano, hacia lo alto, en un *gloria in excelsis* de bronce y de vida. Es inexpresable, visto desde aquí, el movimiento que, transformando la fuerza en gracia y harmonía, recorre la estatua de linea en linea, ondulando desde el pie echado hacia atrás, por los pliegues de la túnica, hasta el gálibo divino del rostro, y el perfil del brazo hasta el balcón y la flama inmóbil de la antorcha. Sentimos el golpe en plena alma, nuestras miradas quedaron como cristalizadas al contacto de la mujer de bronce y la sangre se agolpó á nuestro corazón.

Junto del pedestal hay un *bar*, en donde sirve á los turistas cerveza ó soda un enorme mocetón que por la estatura y la hermosura, parece hijo de la estatua. Caía la tarde cuando navegamos de vuelta á la ciudad; la misma música, las mismas muchachas bailadoras, las mismas baratijas, reproduccioncilla de la estatua (estaño, cobre, cristal etc.) Pero música y baile y comercio todo quedó repentinamente en suspenso; los pasajeros éramos todo ojos; ¿cómo evitar un choque antes de llegar á nuestro desembarcadero? Sobre las olas color de violeta formaban una verdadera malla de espuma las estelas de treinta ó cuarenta barcos que surcaban en todas direcciones. Con una precisión admirable pasamos tocando la hélice de un navío inglés y sintiendo á la espalda el vaho de hulla quemada de un *ferry* que con sus faroles encendidos parecía flotante pirámide de luz.

Sentados en una banca de fierro del *Square* que borda la Batería, pegamos nuestro oído al salmo melancólico de nuestro espíritu; ¡oh! libertad, reina aquí sobre inconmovible asiento, allá ideal muy puro, sí, puro ideal. ¿Qué eres, por qué no nos conformamos con vivir sin tí, con ser dichosos sin tí? ¿Por qué para apellidarte apuramos los vocablos de admiración y amor de nuestro idioma? ¿Por qué te llamamos augusta, y santa y tres veces santa y más aún, te llamamos madre? ¿Madre de qué eres tú? Madre de violencias, de tumultos, de manos armadas, de multitudes ebrias, de sociedades histéricas, de pueblos que se bambolean y se desmoronan, eso eres en la historia! ¡Oh! manía incurable de nuestro corazón. Pero si no esperásemos en tí, no creeríamos en la vida moral, nos sabría á ceniza el placer más noble; se apagaría como una llama en el fanal neumático, nuestra fe en el porvenir. ¿Te veremos los hombres de mi generación aunque sea sentada al borde de nuestra tumba? ¡Te hemos llamado, te hemos amado tanto!...... Mi generación creyó entreveer un día tu aurora política! Fué una visión juvenil? No importa; moriremos gritando como el Berlichingen de Goethe: Aire celeste......... libertad, libertad!

En la impenetrable tiniebla, rodeada de una corona de diamantes eléctricos, la antorcha de la estatua constelaba la noche.

Justo Sierra.

Abril 29 de 97.

La Jamáica efectuada en Mixcoac el domingo último.

Los organizadores de esta fiesta de la hermosura y de las flores, deben estar satisfechos. El espectáculo que la tarde del domingo último ofrecía la plaza de San Juan de Mixcoac, era delicioso. Llegaban los trenes henchidos de gente, y la concurrencia, formada en su mayoría de guapas señoritas, desparramábase gárrula y feliz por las enarenadas calles flanqueadas por *puestos* monisimos, dignos de una acuarela de mano maestra.

Descollaban entre éstos una taberna alemana que el Sr. Ingeniero D. Salvador Echegaray hizo construir con una propiedad absoluta, que hace completa la ilusión de un paseo por el alto Rhin; un kiosko japonés de elegantísima forma, debido á la incansable fantasía del mismo caballero; el primoroso puesto de flores. el de café y el de dulces. El primero y el segundo de los mencionados, obtuvieron, si no nos equivocamos, primeros premios, otorgados por un jurado, en el que pesaba la autorizada y culta opinión del Sr. Gobernador del Distrito.

Aquel espectáculo de animación indescriptible, prolongóse hasta entrada la noche, y dejará sin duda á los organizadores y á los que asistieron un recuerdo.

Constantemente leemos en los periódicos: «El crimen era indudable, pero gracias á la elocuencia del abogado *Tal*, el reo fué declarado inocente.» Si es verdad que un defensor puede ejercer tanta influencia, es necesario suprimir á los tribunales ó á los abogados.

Alfonso Karr.

***

Las cosas pasadas tienen sus espectros como los hombres muertos.

P. Feval.



¿De quién será?

UNA CONFESION

(Traducción para "El Mundo."

I

El abate Cheminat estaba sentado en su confesionario desde hacia ya dos horas, y el digno sacerdote se sentía muy cansado de haber escuchado la larga serie de mezquinas faltas y de pecadillos, á menudo imaginarios, que pesan en la conciencia de las jóvenes y viejas devotas de un cura de provincia. Este era conocido por su profunda y paternal indulgencia, por su paciencia en escuchar los interminables detalles de escrúpulos, así como por su elevada virtud, de suerte que su piadosa clientela se hacía cada año más numerosa, más exigente, en tanto que él ¡ay! no se rejuvenecía. Era un hombre como de unos cincuenta años, que nunca había sido muy robusto y que una existencia llena de austeridades, en un clima demasiado duro, había gastado prematuramente. En aquella noche de fines del mes de Febrero, se estremecía de frío en el fondo de aquella capilla de los Mínimos que todos los habitantes de Clermont Ferrand conocían muy bien y que alza su fachada gris en el ángulo de aquella espaciosa y melancólica plaza de Jaude, en la que se puede ver, la mitad del año, la cima del Puy-de-Dome, blanca de nieve.

Por fin se encontraba solo. Cinco minutos más y subiría á la habitación que le servía de presbiterio; allí se caldearía al calor de la chimenea, en su biblioteca, y proseguiría su largo trabajo sobre la historia del clero de Auvernia, al que pensaba consagrar su ancianidad, una vez retirado en la más pacífica canongía que le prometía Monseñor en una época cercana.

Sin embargo, por apremiado que se encontrase por instalarse en su buen sillón y frente á sus legajos, como confesaba hasta las cinco de la tarde y no había dado aun la primera campanada, permanecía en su puesto como un centinela, escuchando con delicia el silencio de tumba interrumpido por alguna silla que se movía y que llenaba el santuario. Este silencio era la mejor prueba de que nadie tenía ya necesidad de su ministerio y que podía separarse. Así á pesar de su habitual dominio sobre sí mismo, no pudo reprimir un movimiento de mal humor cuando, con esa finura de oído de un sacerdote que conoce los ruidos de su iglesia como una ama de casa los ruidos de su hogar, oyó la puerta de entrada abrirse y unos pasos rápidos aproximarse y luego detenerse ante el confesionario. Alguien se arrodilló y tocó suavemente en la rejilla, detrás de la cual una tabla movible formaba una especie de tabique.

En la nerviosidad á la vez tímida y presurosa de este acto, como en el roce de telas de que fué acompañada, el abate Cheminat adivinó á una mujer. Imaginó que estaba obligado á escuchar una vez más todo un largo relato de faltas veniales, de pequeñas mentiras, de cóleras, de intemperancias, narración como las que le hacían por centenares y que le obligaban á asistir imaginativamente á tantas inocentes y medianas existencias. Dijose que esta última devota hubiese podido muy bien esperar hasta el día siguiente. Después, echándose en cara inmediatamente esta contrariedad poco caritativa, hizo una oración mental y abrió la hoja del confesionario.

En medio de la sombra que se espesaba, reconoció en la silueta de la mujer arrodillada ante él, una joven, y en su mirada que brillaba á través de un doble velo, que se encontraba presa de la más dolorosa agitación. Desde aquel momento, la contrariedad de Cheminat dió lugar á una idea del todo profesional. Sucede con el verdadero sacerdote,—y él era uno de ellos,—como con el verdadero médico:

Uno y otro ante un enfermo de cuerpo ó de alma, nulifican en ellos todo lo que está fuera de sus funciones profesionales.

El viejo cura había escuchado en su vida millares de confesiones. Aquel mismo día había oído más de diez! Pero cuando inclinó su cabeza gris para no perder una palabra de lo que iba á decirle la penitente, dejó ver á través de la rejilla un perfil tan profundamente piadoso y atento, como si la recien llegada hubiese sido la primera que se arrodillara ante él:

El aspecto ascético de este rostro, surcado de arrugas y que iluminaban dos pupilas negras de una cándida severidad, -si se pueden unir estas dos palabras,—hicieron que el corazón de la joven latiese apresuradamente. ¿De esperanza ó de amor? Quien sabe. Su respiración se hizo más corta y recitó la oración: «Me confieso á Dios.........»

II

—Padre mío—principió con voz casi convulsiva, después de que el sacerdote dirigió algunas preguntas á las cuales apenas respondió.—Recurro á usted en una hora terrible de mi existencia......... Estoy en vísperas de cometer un crímen, al que no sobreviviré......... No me pregunte usted qué crimen. No se lo diria. Pero lo cometeré. Debo cometerlo,—añadió insistiendo sobre esta palabra: *Debo.*—Y á pesar de esto, padre mío, no soy mala, ya lo veis; aun tengo fe. Vengo á suplicar á usted que me conceda de antemano la absolución de lo que voy á hacer, para que no muera en pecado mortal......... Ya comprendo que este paso parecerá á usted insensato, porque sé que es un crímen, porque lo confieso. No lo cometa usted, va usted á decirme......... Si pudiese referirle todo, padre mío, mediría usted mi miseria, la compadecería, y sabría que esto es inevitable.........

¡Ah! suspiró, apoyando su frente contra la rejilla, como incapaz de soportar el fardo de dolor que sobre ella pesaba, y un sollozo la conmovió en todo su sér, mientras repetía aquel Ah! desesperado, añadiendo: «¡Dios mío, tened piedad de mí!......»

Aunque el abate Cheminat hubiese siempre ejercido su ministerio en un medio en que las faltas son de un orden muy mediocre, había escuchado muchas veces extrañas confidencias. El alma humana removida en sus profundidades, hace oir siempre el mismo eco siniestro de locura y de desgracia, aun entre las más deprimentes pobrezas! Y después el sacerdote se parece al médico, todavía en este particular: no admirarse nunca de cualquier anomalía que para otro sería monstruosa.

Sin embargo, el viejo confesor quedó espantado ante la aberración moral que revelaban las palabras de la joven. ¿Cómo, aquella desgraciada criatura cuya respiración anhelante manifestaba su agonía, podía unir tanta piedad á tanto extravío: creer en el perdón de Dios, buscarlo, implorarlo, y al mismo tiempo hablar de un crímen y de un suicidio? porque esto era lo que significaba su confesión: quería cometer un crimen y matarse en seguida.

¿Pero cuál crimen?

La primera idea del sacerdote fue que se trataba de un drama de celos. La joven había sido engañada. Por quién? Por un marido? Por un amante? Que importaba! Había sido engañada y se preparaba á vengarse. En estas crisis agudas de la pasión, el único remedio es ganar tiempo. El sacerdote no lo ignoraba, así fué que comenzó á responderla con la más penetrante unción:

—Hija mía, lo que usted me pide es imposible. Ya sabe usted bien, que la sola idea de una falta es ya la falta, cuando esta idea ha sido aceptada, usted lo sabe bien puesto que dice que es cristiana. Si la misericordia de Dios significa exigir nuestro arrepentimiento y volver sobre nuestros pasos......... la idea que ha tenido Ud. de venir á este tribunal es una gracia, una gran gracia. No la deje escapar. Arrepiéntase de haber premeditado una acción que Ud. misma califica de criminal. Dé gracias al Señor unicamente por haberla premeditado, renuncie Ud. á ella de toda voluntad, con todo corazón, y diga conmigo: No nos induzcais en tentaciones...............

Vió que movía la cabeza con un movimiento de rebeldía, y con un acento en que ya vibraba una voluntad indomable, respondió:

No padre mío, es inútil......... mi resolución está tomada, haré lo que tengo resuelto y moriré después, moriré condenada. Y repitió: ¡Condenada! ¡Condenada!.. ....

—Vuelva Ud. mañana, dijo el sacerdote, á quien esta exaltación asustó todavía más, consultaré con mis superiores eclesiásticos, continuó prudentemente, y tal vez.....

—¿Y si no puedo volver? Interrumpió la joven. ¿Y si mañana ya sucedió la desgracia?...... Me he arrastrado hasta aquí esta tarde, merced á un último esfuerzo, para no cometer esta acción horrorosa sin haber sido perdonada de antemano. No, prosiguió casi desfallecida, no tengo salvación, Dios me rechaza como los demás......... ¡en donde encontraré un apoyo! ¡Cómo sufro!.........

El abate Cheminat permaneció unos instantes silencioso. Miraba de nuevo á la extraña devota, tratando de sorprender alguna señal de lo que ahora sospechaba. La descomposición de las facciones de la penitente, no se debía únicamente á su emoción. Vió en ella esa mirada ansiosa y contraida que la maternidad pone en las mujeres. El chal que envolvía á la desconocida se había entreabierto en el abandono de su último movimiento, y apareció muy clara la deformación del talle. La juventud de la desgraciada, la pobreza decente de su vestido, lo espeso de su velo, la hora elegida para deslizarse á la iglesia, todo revelaba que la verdadera causa de su angustia era, no los celos, como el confesor había creído en un principio, sino la vergüenza de una muchacha en vísperas de ser madre.

El sacerdote al hacer este descubrimiento, fué presa de una angustia horrible. Toda la responsabilidad del sacerdocio se conmovió en él. Tuvo una intuicion ó más bien la evidencia de que si trataba de saber más, el violento sobresalto de la vergüenza precipitaría á esta criatura enferma del alma más que del cuerpo, á alguna determinación inmediata. Al mismo tiempo, la idea de la decisión audaz, casi herética, que era necesario tomar, lo hacía temblar de los pies á la cabeza.

Pero este sencillo y noble cura de provincia era un hombre de fe profunda, uno de esos creyentes á cuyos labios sube expontaneamente. en las grandes pruebas, la suplica suprema: «In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum.» Elevó su alma á Dios! con todo el ardor de que era capáz, para obtener una luz, una inspiración que le permitiese descubrir la palabra bienhechora para esta alma desolada, que impidiese el doble crimen que esta suprema desesperación había resuelto Le pareció que un soplo de gracia de lo alto había en efecto conducido á él aquella joven. En el rápido y terrible resplandor de esta meditación, comprendió que el amor á la vida y la esperanza no habían sido arrancadas del todo de aquel corazón. La joven madre amaba aun la vida, puesto que no se había matado á los primeros síntomas de su maternidad, y amaba ya á la criatura puesto que no había intentado matarla en su seno. El sacerdote oró de nuevo con un fervor que redoblaba sus escrúpulos, y con voz tierna y severa dijo:

—Voy á pedir á Dios, hija mía, que le perdone de antemano lo que va á hacer......

Unicamente pongo una condición irrevocable.

—¿Cuál, padre mío?

—Antes de matarlo, déle usted de mamar.

Y como si tuviera miedo de sus propias palabras, murmuró más bien que recitó, la fórmula de absolución: «In nomine......» y su vieja mano temblorosa volvió á cerrar la hoja del confesionario.

III

La desconocida permanecía allí incapaz de moverse; á tal grado la había aterrado la perspicacia del sacerdote. Lo oyó salir de su confesionario y se extremeció de terror ante la idea de que iba á detenerla, á esperarla, á hablarla. Pero no: se alejó del lado de la sacristía.

Díjose que acaso regresaría dentro de algunos minutos, después de que hubiese tenido tiempo de quitarse sus habitos. La idea de cruzarse en la sombra de los pilares con este hombre que conocía su secreto, la dió fuerza para levantarse.

Antes de matarlo, había dicho el confesor, «déle usted de mamar,» y el pobre niño, que todavía no había nacido, habíase removido en el seno de la infanticida, como si él también comprendiese lo terrible de esta resolución.

Tuvo la energía de llegar á la puerta, apoyándose en las paredes, de llamar en la calle á un carruaje vacío, una de esas malas berlinas montadas sobre ruedas y de vidrios plegadizos, que sirven de vehículos en el centro de la Francia. Subió; las ruedas sacudidas sobre el pavimento impregnado de guijarros puntiagudos, fueron para ella un dolor físico, hasta hacerla gritar. No encontró algún bienestar, si tal nombre puede aplicarsele á tal miseria, sino una vez acostada en el lecho de la pobre recámara de un hotel de última categoría en que se había refugiado, cinco semanas antes, cuando había sido ya imposible ocultar su estado.

La luz que encendió iluminaba con una claridad movediza el papel manchado de las paredes, los muebles de caoba usados, en otro tiempo rojos; la alfombra rapada que apenas cubría los ladrillos del piso. Este rincón de angustia y de pobreza, era, sin embargo, un abrigo. Tiritando se deslizó Julieta (ese era su nombre) entre las telas de algodón usadas y bajo las delgadas colchas, sobre las cuales arrojó sus vestidos para aumentar el abrigo.

Afuera los transeuntes caminaban, escuchábanse voces y risas: era la hora de la cena en la mesa del restaurant; alguien trató de penetrar en la pieza: era un hombre que se engañaba de puerta, y que lanzó un juramento al reconocer el número. La enferma tembló, al imaginar que el cerrojo no fuera tal vez suficiente, y se levantó para arrastrar su maleta sobre la puerta. Volvióse á acostar casi helada, y se echó á llorar silenciosamente.

La calentura había hecho presa en ella, sus ideas iban y venían en su cerebro y sus venas palpitaban al extremo de creer que su cabeza iba á estallar. Uno por uno surgieron en su memoria sobre-excitada, los episodios de la fatal aventura que la había conducido á aquella hora siniestra. Como los moribundos recuerdan su existencia entera desplegada ante ellos, recordó su infancia en París, en el último piso de una triste casa de la calle de

DAMAS DISTINGUIDAS



Srita. Juana Torres Rivas.—(*De fotografía Valleto y Comp.*)

Santiago, cerca del Liceo de «Luis el Grande,» en donde su padre era profesor.

Eran cuatro hijos que vivían del pequeño sueldo de aquella clase. ¡Cuánta angustia! Hacer el papel de una señorita, cuando su dote era menor que la de la hija de un arrendador, que una sana y robusta campesina que no ha recibido instrucción, que no ha aprendido el piano, ni la historia, ni los idiomas; pero que tampoco ha tenido sueños imposibles y peligrosos; luego Julieta volvió á ver la muerte de su madre y sucesivamente, la de su hermano menor, su hermano segundo, y por último, su padre...... A dónde dirigirse? Ya no había casa, y por toda su fortuna poseía un título de institutriz.

Con la protección de uno de los colegas del muerto, había entrado como aya en la casa de una familia rica...... ¿Cómo se dejó seducir por el joven Barón de Querne, una de las visitas de la casa? ¿Lo sabía ella acaso? En una atmósfera de lujo flotan siempre los gérmenes de las más funestas tentaciones. No obstante la benevolencia de aquella familia ¡cuántas humillaciones había sufrido, que la habían hecho mala! ¡Que involuntaria é irresistible oleada de perversos sentimientos se había formado en ella sólo á la aproximación de las jovenes de su edad, que, al venir de visita, subían muchas veces á su pieza de estudio, en el último piso, para abrazar á sus pequeñas alumnas. Respirar el perfume de sus tocados, adivinar su libre y hermosa vida de placer, de fantasía, y en algunas de ellas, los amores secretos, la ulceraban el corazón.

Luego, cuando en el salón á donde bajaba por las noches, el señor de Querne había comenzado á fijar su atención en ella. ¿Dónde hubiera encontrado la fuerza necesaria para contrarrestar esta seducción, como ella hubiera debido? Este cortejo adulaba su amor propio; era amada como una de estas mujeres demasiado envidiadas, por un joven cuyas conquistas conocía. Creyó ser amada, creyó en este hombre que sin embargo nunca le había hablado de casarse con ella, y un día, de debilidad en debilidad, de concesión en concesión, se había convertido en su amante. Dos meses de embriaguez, de alegría profunda, insensata, únicamenta para ella; si él la hubiese querido, aun cuando no hubiese sido más que una hora, no hubiera tenido la crueldad de abandonarla súbitamente, infiriéndole este ultraje tan atroz como implacable: No te quiero, no es culpa mía. ¡Ah, qué frase! ¿Y cómo esta boca que le había hecho tan ardorosos juramentos, había podido pronunciarla?

Las imágenes se hacían más claras, más terribles. Julieta se volvía á ver en la época en que la terrible perspectiva se había descubierto, y luego impuesto á su espíritu: ¡era madre!

En su espanto, no tuvo por un momento la idea de recurrir al seductor, demasiado orgullosa para sufrir las dudas denigrantes de aquel hombre que ni aún había creído que era su primer amor. Se lo había dicho en los momentos de su ruptura, se había atrevido á decírselo y Julieta había callado. Días y días se habían sucedido, y ella en una terrible angustia.

Mientras pudo, disimuló su estado á las miradas de los padres de sus alumnas. Cuando comprendió que su secreto iba á ser conocido, pretestó la enfermedad de un hermano suyo, entonces profesor primario en el Liceo Clermond y se dirigió, en efecto, á esta ciudad. Pero al llegar á la estación, no había tenido el valor de ir á ver á este hermano. Habíase hecho llevar á un hotel extraviado, al azar; se había inscrito con un nombre falso y allí esperaba desde hacía seis semanas, hipnotizada por la idea de este crimen, del que habría deseado pedir perdón anticipado al sacerdote. Si el destino quería que la criatura no viviese, ella viviría: su honor estaba salvado. Podía rehacer su existencia, después de esta falta única. Si el niño vivía, ella y el niño morirían. ¿Por qué si era una niña, la iba á exponer á una suerte semejante á la suya; tal vez peor? Si era un hombre, á la suerte de su padre y de su hermano, cuyas miserias de esforzados burgueses había conocido?

Para los desgraciados que carecen de recursos y que no son obreros ó labradores, vale más no nacer, ó morir inmediatamente.........

A través del torbellino de estas ideas, sus dolores se iniciaron agudos, tan crueles, que para no gritar, Julieta mordía sus almohadas, retorciendo su pobre cuerpo. ¿Cuánto tiempo duró esta agonía que tuvo el valor de soportar sin que un gemido franqueara el dintel de aquella pieza que debía guardar su secreto? Nunca hubiera podido decirlo, y el niño nació.

IV

Era por la mañana, una mañana fría y gris de Auvernia, que filtraba su claridad tenue á través de las vidrieras. Julieta tenía allí á la criatura junto á ella, la sentía vivir, y sin embargo, no había extendido aun sus manos para tocarla. El horrible proyecto se había apoderado de nuevo de su cerebro, bastaría apoderarse de ella inmediatamente, cerrarle la boca con una mano y ahogarla. Un movimiento bastaba, ¡y qué movimiento tan sencillo! Pero no tenía la energía de hacerlo. Un cansancio inmenso se había apoderado de ella, como si su voluntad se hubiera apartado de su lado. De pronto, en el silencio de la casa y de la calle, se hizo escuchar un grito agudo y debil á la vez, que la sacó bruscamente del letargo en que yacía. Pensó que era necesario proceder. Cogió al niño con un extremecimiento, sus dedos recorrieron al fragil cuerpecito. Quiso ver á la criatura y á la luz naciente del día la miró......... Era una niña. La inocente criatura movía sus piernecitas, plegaba sus párpados, abría sus labios. Repentinamente Julieta escuchó en imaginación la voz del sacerdote: «Antes de matarlo dele usted de mamar».......... Y docilmente, casi servilmente, apartó su camisa, descubrió su delgado seno y lo aplicó á esta boquita que vaciló un momento y luego comenzó á absorver con avidez. Y á medida que las gotas de su leche pasaban á esta carne nacida de su carne, las lágrimas subían á sus ojos, lágrimas dulces, bienhechoras, en que se ahogaba su desesperación, hasta que se puso á sollozar exclamando: «Hija mía, hija mía.» Y en lugar de ahogar á la debil y miserable criatura, la mecía amorosamente. El sacerdote había hecho bien en absolverla.

¡Había sido salvada de su doble crimen!

PAUL BOURGET.

DAMAS DISTINGUIDAS



Srita. Leonor Torres Rivas. (*De fotografía Valleto y Cª.*).



VESPERTINA

Roja puesta de sol.
Bordando el domo
del crepúsculo ígneo, se destaca
la obscura ramazón de un árbol, como
la sombra de una mano abierta y flaca.
Cruza el incendio un pájaro; parece
pincelada de sepia fugitiva;
ya en lo alto el fulgor se desvanece
en un lúgubre azul, donde cautiva
y engastada en penumbras, se estremece
una pálida estrella pensativa.
Por el gris é intrincado varillaje
del bosque, la tiniebla silenciosa
va tejiendo el sutil y negro encaje;
pero aun quedan prendidos al follaje
ampos de luz cansada y perezosa
entre los oros muertos del paisaje.
Estoy solo y medito;
y mientras sueño, y sobre mi cabeza
comienza á constelarse lo infinito,
abro mi corazón á la tristeza:
una tristeza santa que me viene
¡oh mi Madre, de tí, Naturaleza,
de tí que me haces soñador y artista,
y dejas que mi espíritu se llene
con un vago delirio panteísta!......
¡Santa y dulce tristeza que me vino
sin que yo la llamase! ...
Cuelga en tanto
su lámpara la luna, en el divino
silencio de la noche. Y me imagino
que es una celestial gota de llanto.

LUIS G. URBINA.

Abril de 1897.

Silueta ducal.

Aureo copo de sol el cabello
En su pálida frente corrrecta,
Como un halo de suave destello
Tornasoles de nácar proyecta.

A su rostro de virgen no iguala,
Al abrir su capullo la risa,
El perfil exquisito de Onfala,
Ni la triste expresión de Eloisa.

Su belleza ideal sugestiona,
Tiene albor de nevada camelia,
Celestial beatitud de Madona
Y el encanto inefable de Ofelia.

En sus límpidos ojos engasta
El zafiro de tonos risueños,
Ignea hoya que explende la casta
Lumbre azul de los místicos sueños.

Son ilustres sus timbres preclaros,
Su blasón voluptuoso embelesa,
Blancas pomas ardientes de Paros
Coronadas con nimbos de fresa.

En su egregio poder absoluto,
Reprimiendo amorosos arranques,
Cortesanos le ofrendan tributo
Níveos cisnes en glaucos estanques.

Ella extiende su mágico imperio
Que fascina y enerva y arroba,
Donde finje el tupido misterio
De las selvas, penumbras de alcoba.

En su armónica voz que subyuga
Como el eco de liras remotas,
Rima trémolos dulces de fuga,
En tropel, de vibrátiles notas,

Y después que al deleite apostrofa,
Vencedora en idílica lucha,
De una extraña, romántica estrofa,
Los pausados acordes escucha.

En los tiempos galantes, su porte
Conquistase el amor de un monarca:
Fuera Harum-al-Rashid su consorte
O su heráldico paje Petrarca.

Ella sueña ser novia de un bardo,
De un poeta que fuese un bohemio,
De la Lírica, heroico Bayardo,
Que cantase aguardando su premio.

Imponente en su tierno abandono,
Regia norma de esbelta elegancia,
Que llevara esplendores al trono,
Del Rey Sol Luis catorce de Francia.

CARLOS PIO URBACH.



OJOS NEGROS

Ojos de tímida virgen,
Ojos azules, serenos,
Los que infundís en las almas
De la esperanza los sueños;
Ojos que hicisteis poeta
Al que una vez logró veros,
Ojos color de zafiro
Enamorados del cielo:
No despertéis en mi mente
De aquel amor el recuerdo;
No me miréis compasivos,
No os quiero mirar, no quiero......

Ojos de púbera virgen,
Ojos traidores, protervos,
Los que absorvisteis mi alma.
Los que incendiasteis mi pecho;
Ojos que hacéis desdichado
Al que una vez logró veros,
Ojos cólor de tiniebla,
Grandes, profundos y negros:
No os apartéis despiadados
Que estoy muriendo por veros;
Sed una vez compasivos,
Miradme una vez al menos!

FERNANGRANA.

Abril de 1897.



Al campo voy como á mi hogar primero,
pues, al ir desde el valle hasta el otero,
de distancia en distancia
el olor á tomillo y á romero
me recuerdan las dichas de mi infancia.

***

Le eres fiel, mas ya cuenta cierta historia
que entre él y tú se acuesta otra memoria.

CAMPOAMOR.

LA KERMESSE DEL DOMINGO ULTIMO EN MIXCOAC



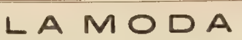
1. [illegible] de flores. Servido por la Sra. [illegible] y la Señorita Emilia Gonzalez Cosío.

2. Kiosco Chino. Servido por la Sra. [illegible] de Aza[illegible] su hermana y la Srita. María Teresa Limantour.

3. [illegible]. Servida por las Sras. [illegible] de Delezé de Bravo y las Srtas. [illegible] Zayas Enriquez, Matilde Beserer, María Rangel, Magdalena Delezé y Enriqueta Bravo.

4. Venta de tabacos. Servida por las Srtas. [illegible] y Laura Paz, Eva y Esther Romo y Clara Gamboa.

5. Taberna Alemana. Construida por el señor [illegible]. Servida por la Sra. [illegible] de Echegaray, Sra. [illegible] Wolf y Srtas. María [illegible] y Matilde y Sara Velazquez.



Espalda de las figuras 3 y 4.

Bata con tres volantes, de satin claro. 1. Granadina con aplicaciones. 2. Jaquet bordado, con falda de satin negro. 3. Traje de seda India floreado. 4.

Traje parisiense de Primavera.

LA MODA

Estamos en pleno *sport*; iníciase la temporada de carreras siempre concurridas por lo mejor de nuestra sociedad y la moda, que so pena de no vivir ha de ser oportuna, forja ya y confecciona modelos del mejor gusto. De estos hemos escogido los mejores para presentarlos á nuestras lectoras, añadiendo algunos corsés de última novedad.

Para detalles completos, relativos á los últimos caprichos parisienses, véase la amplia crónica que publicamosá continuación.

CRONICA DE PARIS

El concurso hípico, que se abrirá en breve, no es solamente interesante bajo el punto de vista de la lucha y destreza entre los que se disputan el premio; mas todavía creo lo es mirado por lo que concierne al movimiento que produce entre nuestras elegantes para lucir en él los más bellos y ricos atavíos.

Es, en efecto, el concurso hípico con el que comienza la expresión de las novedades más principales que van á dar el tono á la estación.

Estas son muy deliciosas; todas las cosas que este acontecimiento, frívolo al parecer, ha hecho surgir de los más renombrados talleres, serán las que harán declarar una vez más que la indstria de París, la reina en el mundo de la moda, sabe buscar en sus designios los grandes acontecimientos que darán la nota principal en el mundo elegante.

Los adornos nuevos se muestran en montón y se los admira con interés y curiosidad; todo cuanto se desea de más nuevo en formas y colores lo encontramos hoy; los vestidos sencillos en líneas, pero que dejan una impresión tal de elegancia seductora y distinguida que no se borra fácilmente. Hay afortunadamente mezclas en telas y adornos, combinaciones de cortes y de colores, que hacen una harmonía perfecta y agradable á la vista. Pero hace algunos años, de tal manera ha escudriñado la moda en los recuerdos de grabados de otras épocas, y tan bien ha imitado todos los estilos, que es poco menos que imposible crear tipos de trajes absolutamente nuevos. Gracias, por lo tanto, al gusto tan seguro y á la imaginación tan fecunda de nuestras costureras, á fin de que cada estación traiga algunos cambios en el arreglo de los trajes, ellas les saben dar una elegancia muy refinada, conservando siempre el estilo sencillo y correcte, que es el tono saliente de la moda actual. Con el estinto innato de lo bello que les caracteriza, ellas han creado para los trajes de media estación muy bellas formas, haciendo resaltar la gracia de las señoras que los llevan.

Voy á describir en este género dos ó tres encantadores vestidos que he admirado en una excelente casa, y en los cuales está bien marcada la nota del día. Uno, en paño cachemir color mastic bordado de aplicaciones de raso. El cuerpo es un bolero, todo bordado de aplicacienes sobre un delantero de muselina de seda crema. Como tocado una toca de terciopelo rubí hecha de gruesos bullones de terciopelo con cresta de puntilla antigua y ramillete de rosas té.

Otro, en lindo paño gris azulado. La falda muy bien cortada, lisa enteramente, y el cuerpo está formado de pliegues escalonados los unos sobre los otros, delante y atrás, teniendo como ornamento un doble plissée de tafetán de dos tonos, formando sobre el costado izquierdo del cuerpo. Cintura drapeada y cuello alto vuelto, adornado de un pequeño plissée de dos tonos. Toca de terciopelo verde *follaje*, bullonada en birrete; sobre el costado un gran bouquet de violetas blancas, y al pie de ellas dos pequeñas touffes de violetas del bosque de varios tonos de color.

No es posible en esta estación ir bien vestida, siguiendo las exigencias de la moda, si alguno de los trajes no se adorna con bordados mate ó galón; los bordados de todos géneros están en boga y no puede imaginarse nadie la cantidad de ornamentos en soutache fino, pastillas de azabache y de otras clases que adornan y realzan los trajes de hoy, siendo todos de un gusto sin igual. Faldas y cuerpos están cubiertos por ellos, y puedo citar uno que he visto en este género para que pueda servir de modelo. Es en paño-cachemir rojo brique adornado en lo alto de la falda y el corselete de un fino soutache negro, enlazándose en dibujos irregulares y de un efecto muy original.

En el momento actual mil chucherías á cual más lindas encantan la vista con sus coquetones adornos y preparación, que, si bien no varían en el fondo las líneas del traje, ellas le dan un tono elegante y original. En este género citaré las corbatas de muselina de seda y encaje, que tan bien adornan los cuerpos; se hacen también ruches elegantes en cinta Pompadour, para rodear el cuello con nudo atrás y pequeña ruche del mismo, plegada en el borde; en el delantero caen en forma de chorrera en gasa plegada adornada de encaje ó puntilla fina formando paños hasta el talle. Estos cuellos, de una fantasía muy nueva, son altos y se adornan la mayor parte de ellos de una lista de perlas de color con paños de corbata en surah orlados de encaje.

Las pedrerías negras seducen esta temporada, y sobre los cuerpos, así como en sombreros y tocas, las lentejuelas y bocachons son empleados de diversas maneras y su favor va siempre en aumento.

Hoy el reinado de las flores está en su apogeo, y como todas las mujeres, por lo general, les rinden verdadero culto, es el reinado más duradero. En esta bella estación los salones de las modistas son comparables á un parterre



Traje parisiense de paseo.



Modelo de corsé.



Modelo de corsé.

donde la flor de seda é terciopelo, tan decorativa como linda, montada por habil artista, lucha en verdad con la flor natural. Ella da á nuestros sombreros el adorno más bello y elegante, y esta estación será la que le conceda todo su favor. La cinta que se ha tratado de resucitar, no podrá jamás dar á nuestros sombreros la nota elegante que ellos reclaman y que es tan necesaria para complemento de un bello traje. La flor que goza la primacía en estos momentos es la violeta; ella se encuentra por todas partes, en touffes, en ramilletes, en cubrepuntas y afectando todos los tonos desde la violeta negra hasta la blanca, pasando por todos los colores de su escala. Se la ve en todos los sombreros, sea cual fuere su forma; esta pequeña flor con su lindo follaje, montada sobre su tronco, forma una delicada y linda cresta; así que, una vez conocido este adorno, al cual no es posible resistir, no hay señora que deje de ostentar en su sombrero la modesta violeta que, sin embargo, pasa sin hacerse notar.

Para ser fiel á mi promesa de hablaros algo respecto á los sombreros de novedad, citaré alguno á fin de poder formar idea de ellos. En sombreros, el birrete y el canotier son siempre los más apreciados; se ven tambien tricornios y el gran sombrero, al cual se le hace honor siempre, y como fantasía se hacen muchos con copas altas y anchas con pequeño borde plano levantado en un costado para dejar pasar el adorno. Como ejemplo, citaré uno en paja de arroz negra, con doble draperie de tul de lentejuelas rodeando la copa, y ramas de lilas mezcladas con un nudo de terciopelo verde musgo; á la izquierda la pasada está retorcida por un grupo de lilas de muchos tonos y prendidas en una lazada de terciopelo. Imposible comprender á no verlo la gracia y elegancia de este sombrero, verdadero adorno para una jovencita.

Otro, redondo en paillasson negro, muy ligero, es una verdadera constelación de azabache. Este sombrero, de una distinción absoluta, puede convenir á todas las edades. Como adornos, plumas con draperie de tul bordado de lentejuelas, que forma abanico delante. Atrás, sobre el moño, dos pequeños grupos de violetas y choux de tul sembrado de lentejuelas de azabache.

Entre las novedades de la estación, citaré también las flores gigantes, que hacen ellas solas todo el sombrero. Hé aquí uno de estos modelos: con gruesos pétalos de rosas formando como una inmensa flor; atras touffe de plumas negras. En todas hay las más selectas monerías que es posible imaginar; se hacen todavía en terciopelo del color del traje ó del adorno de él; se adornan con plumas negras y gran grupo de violetas.

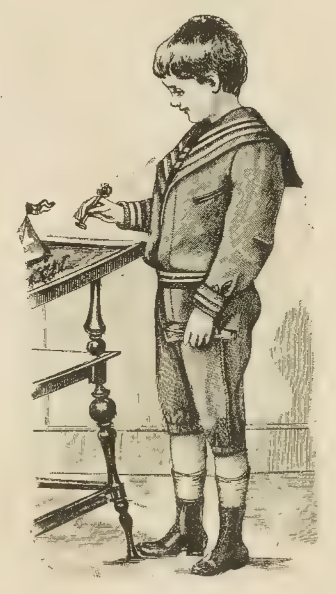
En las casas de costura se amontonan las telas más maravillosas destinadas ya á la estación estival, que ha de llegar en breve. La industria lyonesa ejecuta en el momento importantes pedidos, que son prueba de que las telas de seda han de gozar de gran favor, del cual triunían hace algunos años. Nada, en efecto, viste mejor que estas ricas telas, que dan una elegancia tan marcada al traje sin buscarla tanto en su hechura y sin complicaciones de adornos. Los tintes admirables de las bellas sederías de Lyon, la delicadeza de sus dibujos en que la composición artística es tan maravillosa, tiene para toda señora de buen gusto un atractivo lleno de seducción. El tafetán tendrá este año una boga creciente: es una tela de estío muy linda y práctica, en la cual la ligereza y solidez pueden desafiar todos los tiempos y circunstancias; según su color obscuro ó claro, él constituye el traje sencillo de paseo ó el traje más elegante, con el cual se puede asistir á un concierto, comida ó misa de casamiento, y es siempre el traje clásico por excelencia, sólo con variar su forma ó sencillamente sus adornos.



Bata de satín, frente y espalda.



Traje para niños de 3 á 4 años.



Traje para niños de 5 á 6 años,

LA EDUCACION DE LA MUJER

I

Iluminarse con el fulgor de las auroras, recoger en su caliz el rocío de las lágrimas, endulzar de este valle la ámargura y embellecer la soledad, he aquí el destino de esa flor viviente en brazos del jardín social.

La niña es un botón de rosa que al abrirse exhala delicioso aliento. Todo en ella respira virginal esencia: la pureza de su mirada, la dulzura de sus labios, la expresión de su sonrisa y su genial candor.

La joven ha nacido como la estrella en su espacio para lucir.

¡Cuán hermosa se levanta en su esfera!

Amar y ser amada, es el delirio que compendia su historia terrenal. Por eso se educa mejor en el regazo materno.

La educación es obra de las madres; y no hay afecto tan puro como el cariño maternal.

La maternidad es providencial maestra que, desvelándose desde la cuna, ilumina hasta el sepulcro con la antorcha de la sensibilidad.

Saludables ejemplos recibe la madre que crece aprendiendo la enseñanza de la virtud.

Quien cultiva una campiña virgen, espera verla florecer.

La semilla que se riega en buen cercado, ofrece muy sabroso grano.

¡Qué dulce es á la ruda labradora saborear el delicado fruto de la planta que sembró!

II

Instruir es educar. Educando «á la más cara mitad» se depositan en su seno gérmenes de esperanza y de ventura. Por la juventud—que es la maga del tiempo—debemos convertir en encanto el estudio, el libro en oráculo, la edad en sacerdocio y la patria en santuario del porvenir.

La inteligencia es la obrera del siglo; y la niñez vuela como mariposa que busca en la floresta miel.

La generación pasa como abeja pensadora nutriendo su panal.

La instrucción civiliza como el talento ilustra.

La ilustración es la lumbrera del orbe y sirve de faro á la República, dirigiéndola por el sendero de las naciones ilustradas.

La ilustración hace de los pueblos templos donde la libertad inspira culto, es la ídolo paz pública y el patriotismo, levantando altares á la sabiduría, festeja los triunfos del progreso, celebra las glorias del genio, tributa incienso á la belleza moral y canta en inmortal poesía himnos de civilización y de contento. La ilustración es el movimiento de la época en el oleaje de la corriente universal.

III

La mujer ejerce en el mundo un poder irresistible: su imperio es el amor y no hay hombre que ella no sepa avasallar: por eso allí donde brilla el sexo hermoso con la apacible luz del pensamiento,

la vida se embellece y el espíritu domina sobre el corazón.

Cuando el angel de la educación abre sus alas hay un cielo espiritual.

Las niñas no son solamente pimpollos de los padres, sino también flores de salón y adornos de la sociedad; animan el suelo, engalanan el festín y perfuman el tálamo. Instruirse para reinar es su misión.

Princesa en su alcázar, la mujer instruida ciñe preciosa guirnalda que el soplo de los años no marchita y que ni la misma furia de la desgracia se atreve á desgajar.

El amante se convierte en esposo de la pretendiente educada; y la mujer halla en la educación un lazo para aprisionar al marido.

La educación es la misteriosa cadena para unir las voluntades.

Debe educarse la vestal que se consagra al templo, la novia que prepara su velo y la desposada que tiene en su dedo el anillo nupcial; la soltera y la casada, porque todas han de poetizar su vivienda con ese libro que refleja las almas coronadas de celeste resplandor.

La educación es aureola de la sabiduría del hogar.

IV

En el campo intelectual se alza la palma de la ciencia, á cuya sombra encuentra abrigo el sentimiento y se deleita la imaginación.

Si luce en el camino de la existencia, el desierto es un oasis; y cuando el sol de la casa resplandece esparce en torno claridades.

La educación es el ambiente de la felicidad conyugal.

El cristianismo ha proclamado la santificación de la familia. y la religión es fuego celestial en que han de encender divinas lámparas las vírgenes de la tierra.

Con primorosos y angelicales dones ha favorecido Dios á las mujeres; El las ha hecho imágenes buenas, dulces y amorosas, como semblanzas del Edén: las ha enriquecido con espirituales galas, colmándolas de maravillosas virtudes; pero con lo que más las ha coronado de gracia, rediméndolas de la tiranía del pecado, ha sido con la santidad del matrimonio instituido desde la creación en el sublime misterio del Paraíso.

La esposa es la amable compañera formada de la costilla de Adán.

Los primeros amores divinizan y la mujer ha sido criada para delicia del hombre.

La humanidad es la pareja enamorada puesta por el Supremo Hacedor en el recinto del Edén.

La mujer educada simboliza la alegría doméstica, como la paloma es el emblema de la consorte fiel.

NUESTRA COCINA

Patatas.

El cocinero ó la persona encargada del régimen de la cocina, ha de tener en cuenta que la patata es un artículo importantísimo y del que puede sacarse grandísimo provecho, pues se presta á infinita variedad de guisos, todos agradables y nutritivos en sumo grado. Por consiguiente, para cada guiso es necesario escoger las patatas, porque la elección de ellas entra por mucho en el resultado del uso que ha de hacerse de este tubérculo.

Así, pues, las patatas amarillas y encarnadas han de usarse para los guisos en que se cuecen enteras, porque dichas patatas no pierden su forma; y cuando se han de emplear en purés ó en el ramo de pastelería, deben buscarse las clases harinosas.

Las patatas de secano son de la mejor clase, pues tienen menos parte acuosa que las de huerta.

Las patatas nuevas, cuando no tienen todavía el volúmen que deben tener, según su clase, son malsanas, de difícil digestión y sólo deben emplearse por pura necesidad, pues no estando maduras y en todo su desarrollo, no son las más apropósito para la alimentación.

Para todos los guisos en que hayan de emplearse las patatas, ha de comenzarse por pelarlas y cocerlas en agua al vapor.

Para cocerlas al vapor no hay necesidad de tener un aparato especial, pues puede conseguirse el objeto de la manera más sencilla, echando agua en una olla ó marmita; en la boca de ésta se coloca una cubierta de mimbres dispuesta de modo que no toque el agua; las patatas se ponen encima de dicha cubierta, la cual se cubre también con una tapadera de madera ó barro, guarnecida de un lienzo blanco de dos ó tres dobleces, para que contenga el vapor, y se coloca la olla ó marmita sobre el fuego y se la hace hervir lo suficiente para cocer las patatas.

Cocidas de este modo son muy agradables, pues no pierden nada de su aroma ni de su gusto especial.

Las patatas cocidas al vapor ó en agua, para servirse enteras, no deben pelarse.

Solo deben mondarse cuando hayan de servirse en cualquier otro guiso ó condimentarse de cualquier otra manera.

Calamares.

Muy conocido es el guiso de este pescado, pero el que vamos á dar hoy á conocer es el que supera á todos por lo bien que dice á estos, haciéndolos agradables hasta á las personas de paladar más delicado.

Estos se sirven bien asados á la parrilla, con tinta ó sin ella, después de emparrillados con un polvo de harina y yemas de huevo, pimienta molida, sal y agrio de limón de modo que resulte una masa muy ligera. También se rehogan con aceite ó manteca de vaca y se sirven con una salsa hecha con agua, sal, miga de pan, azafrán y un poco de nuez moscada.

Cuando una enfermedad está de moda es muy difícil á una parisiense no tenerla.

Emmanuel Arene.

***

Este fin de Siglo pertenece á los «insexuales»: la mujer reclama á la vez su derecho al voto y á la esterilidad. La maternidad da miedo.

Jules Claretie.



Trajes de Sport.



Blusa de pongee.

LO MEJOR DE LA VIRGEN

Lo mejor de la Virgen, hija mía,
dice el padre vicario á Rosalía,
lo mejor de María,
sin género de duda, es la pureza.
Rosalía, que unida al hombre amado,
siente el primer latido
del fruto de su amor santificado,
le contesta con rostro enrojecido:
Perdonad, señor cura, si os enoja
mi opinión en tal punto, que vos, padre,
tomareis como extraña paradoja:
lo mejor de la Virgen,...... es ser madre.

SALVANY.



Abrigo para niño de 9 á 10 años.



ENGAÑO SUBLIME

Por María Lescot.

NUMERO 8.

¡Tres días en París!...... Qué gentil advertencia! Corría yo el riesgo de encontrarme cara á cara en el boulevard con ese bebedor de sangre. Me fiaba neciamente á la promesa de ese diablo de X......, que me había jurado que le sería rehusada la licencia........ ¡Y cuente usted ahora con los amigos! Nada, que será preciso ausentarme y eso es lo que yo no quería...... Pero habrá que hacerlo. El irá el 26 en camino para el polo y ahí que los osos blancos lo devoren......!

«*Felipe á Fernando.*

«Rochefort 6 de Junio.

«Me fué rehusada la licencia, Fernando. Recibo al mismo tiempo aviso de que estoy designado para la expedición al Polo Norte, de la que habéis oido hablar sin duda.

«Paso como teniente á bordo del *Intrépido*. Parto dentro de tres semanas. Estoy sorprendido de mi nombramiento; no se designa ordinariamente para largas travesías—tres años cuando menos—sino á oficiales que lo han solicitado. Bajo el punto de vista del progreso en la carrera, esto es soberbio; pero no soy ambicioso. Yo amo el mar por sí mismo, por sus peligros, lo imprevisto y las grandes y misteriosas impresiones que me brinda. Lo amo como amante desinteresado y no como amante ávido.

«No, yo nada he solicitado; sin embargo, acepto, bien entendido. Sólo que no puedo resignarme á partir sin ir á veros. A falta de la larga licencia que solicitaba, no obtengo más que un permiso de algunos días, el tiempo necesario apenas para besar á Lila y daros un apretón de manos.

FELIPE.»

«*Felipe de Aubián á Leódice Martin.*

«Señor:

«Tengo el honor de preveniros que abandono Rochefort. Pasaré en París los días 10, 11 y 12 de Junio. Pararé en el Círculo militar. Volveré á Brest el 18 de Junio y el 25 me embarcaré.

«FELIPE DE AUBIAN.»

—Y ahora, dijo Felipe, las cosas están perfectamente en regla; ya no me ocuparé más de ese indecente.

Ese indecente, cuando recibió tal carta, se levantó lleno de cólera.

—¡Ah! vaya, vaya!...... pero ese hombrecillo rabioso, no quiere, pues, dejarme en paz!......

¡Y decir que yo soy el benefactor de ese muchacho! ¡que yo lo he hecho nombrar teniente! Un ingrato...... ¡Y eso me ha costado caro! Y el diputado X no ha hecho nada de provecho.

Sonó el timbre.

—Preparadme mi saco de viaje y traed un coche. Parto al instante.

Antes de abandonar el hotel, dió al conserge la consigna de responder, á todas las personas que fuesen á buscarlo, que había partido para Arkangel desde hacía un mes y que allí pasaría el estío.

IX

Felipe no pudo obtener más que un permiso de ocho días.

Eso era bien poco y había infinitas cosas que hacer durante tan corto lapso de tiempo. Llegado á París esperó durante los tres días que había designado, más no le llegó mensaje alguno. Para no correr el riesgo de estar ausente cuando le buscasen los testigos de su adversario, si es que su adversario le enviaba testigos, lo cual comenzaba ya á poner en duda, no se atrevía á abandonar el Círculo militar, pasando las horas del día en leer las revistas y periódicos. Solamente en la noche salía.

Ahora bien, una noche, al pasar, ante el café Riche, una voz bien conocida le llamó.

—De Aubián! Pardiez! de Aubián con que sois vos! Qué hacéis aquí?

—Sin duda lo que hacéis vos, Merville, paso.

—Y bien, yo no hago eso, yo no paso, yo digo como Mac-mahon: Aquí estoy y aquí me quedo.

Sencillamente, heme agregado al Ministerio.

A fe mía comenzaba ya á fastidiarme del mar; es monótono; y además París...... sabéis, Paris...... cuando uno ha mordido...... Y vos, veamos, de dónde venís? A dónde vais? qué hacéis?

—Yo, yo dejo el *Neptuno* y me voy al *Intrépido*. Ocho días de permiso, eso es todo, para abrazar á los míos. Después vuelvo á Brest.

—A Brest! Y sabéis acaso que ya no *la* encontraréis? qué ha partido?

—Quién ha partido? Preguntó Felipe aparentando no comprender aunque la respuesta para él no fuese dudosa,

—Quién! pues Beltrana, hombre, Beltrana Martin! creo que no la habréis olvidado. Sin embargo, hace largo tiempo que vos y yo no hablamos de ella. Cerca de cuatro años!

Cómo vuela el tiempo! Paréceme que fué ayer cuando nos separamos. Yo no me olvido de Brest y estoy siempre al corriente de lo que pasa. Le Goëleck y el hermoso Forquet hablaban sin cesar de ella. Ahora ya no hablarén.

—Pero en fin, qué es lo que ha pasado? preguntó Félipe con una curiosidad impaciente.

—En primer lugar que la hija del Señor Martín se murió: la joven á cuyo matrimonio vos habéis......... cómo decir? en fin, vos habeis debido asistir!

—Adelante, dijo Felipe sonriendo, continuad, os lo suplico.

—Ah! no os gusta la broma! Bueno no insistiré. Conque Valeria Martin murió primero. Su padre no la había vuelto á ver. Permanecía disgustado con sus hijos desde el matrimonio. Aun ignoraba que estuviese enferma y brutalmente le comunicó su yerno por medio de un telegrama la fatal noticia. Parece que el pobre Martín estaba muy cambiado desde hacía tiempo: ya no tenía goces ni jovialidades; una actitud de viejo sauce llorón...... El golpe fué mortal: un ataque de apoplegía fulminante y ya no volvió á su conocimiento.

—Pobre hombre, exclamó Felipe con una piedad profunda.

Volvía á ver en su mente al anciano saliendo de la entrevista con él y alejándose desesperado, herido en el corazón.

—Sí, pobre hombre, repitió Mervill, pero también pobre mujer, por que de la cumbre de aquella riqueza y de aquel lujo ha caído al precipicio de la miseria.

—Oh! de la miseria......... dijo Felipe incrédulo.

—Si señor, una miseria relativa, se entiende. Yo no digo que esté reducida á mendigar su pan. Los diamantes con que se adornaba bastarían solos para ponerla al abrigo de la mendicidad cruel. Pero cuando se ha vivido bajo un pie de gastos de dos á trescientas mil libras, es penoso verse reducida á la mediocridad de algunos millares de francos. En todo caso ella no ha querido dar á sus admiradores ese triste y lamentable espectáculo. Adónde ha ido? ¿Qué ha sido de ella?

Nadie lo sabe. Algunos pretenden haberla encontrado en Monte-Carlo, otros en Biarritz, en Vichy y aun en Constantinopla. En suma, esos son cuentos y nada de positivo se sabe.

—Quién ha heredado, pues, al Señor Martin?

—Su yerno, que era al mismo tiempo, su propio sobri-

no, y en consecuencia su heredero más próximo. Un señor demasiado inaceptable, entre paréntesis, que se ha conducido con la viuda de su suegro, atrozmente. La obligó por medio de sus agentes á abandonar el hotel y la población, y todo fué vendido!

—Y—dijo Felipe con un poco de ironía—ni Le Goëleck, ni el hermoso Forquet, ni vos Merville, ni ninguno de los adoradores de la señora Martin se ofreció para reemplazar al esposo perdido.

—Ah! diablo! diablo! de Aubián, cómo sois...... Uno se enamora, pero con ciertos fines.........

Además, reemplazar á un hombre que tiene ocho ó diez millones, no es cosa facil.

Yo no tenía más que un corazón y dudo que Beltrana lo hubiese aceptado, como no habría aceptado los de los otros...... Con que os embarcáis en el «Intrépido»?

Pues bien, felicidades, querido amigo. Acaso no sea muy cómoda la travesía. Yo que comienzo á hacerme viejo, prefiero decididamente el Ministerio al puente de un navío.

Sacó su reloj.

—Es preciso que os deje. Tengo una cita. Siempre hay citas en este país.. ......

Y estrechando la mano de Felipe, partió tarareando:

Hay un lugar en Sevilla.........

Habiendo pasado los tres días, durante los cuales Leódice no había dado señal alguna de vida, Felipe partió para Lausanne.

Besó con viva emoción á la pobre Lila, muy pálida y debil aún. Su visita, muy corta, dos días apenas, fué grave, casi triste. A las preguntas reiteradas de su cuñado, respondió:

—Sí, es cierto, mi expedición será larga; sí, es cierto... me temo.........

Fernando exclamó:

—Pero vos, Felipe, tan aventurero y tan valiente......

Una melancólica sonrisa pasó por el hermoso rostro del joven oficial:

—Oh! no es lo largo de la expedición lo que me asusta, no son tampoco sus peligros; pero conservo en el corazón la impresión terrible de mi primer desembarque. Yo no soy siempre feliz al volver! Me la cuidaréis mucho, no es verdad, Fernando?

Y bruscamente, sin transición:

—¿Habéis pensado alguna vez en volveros á casar?

—Casarme! exclamó el viudo con asombro sincero; cómo podría pensar en casarme, Felipe? Mi corazón está muerto y no volverá á palpitar ya más.

Y enérgicamente repitió:

—Jamás! jamás! jamás!

En el momento en que se proponía esta cuestión, el aya entraba á la sala para tomar un libro que la niña reclamaba. Salió inmediatamente con una precipitación de conmovida, mas no demasiado pronto para que la mirada penetrante del marino no pudiese advertir el vivo rubor que súbitamente invadió su plácido rostro, coloreándolo de púrpura hasta la raíz de los cabellos.

—¡Ah! pensó él, acaso Carlota!.........

Pero esta suposición, esta duda no le inspiraba temor alguno. Miró atentamente á su cuñado; éste no había prestado atención alguna á aquella escena muda: la pobre Carlota no era para él mas que una especie de mueble ó de animal familiar; habituado, como estaba, á no notar ni su presencia ni su ausencia, continuaba sus protestas de eterna viudez y de eterno dolor.

—El nada sospecha de este amor, se dijo Felipe, y no le halagaría mucho por cierto; la pobre muchacha es tan fea! Pero una mujer sinceramente enamorada ejerce tarde ó temprano su imperio sobre un hombre débil; él es muy débil y se dejará cazar. Por qué había yo de oponerme? Más vale ésta que otra. Esta es dulce, buena, facil para vivir y adora á Lila.

Por la noche, cuando la niña se hubo dormido, él provocó las confidencias de la aya. Ella temía la oposición del joven y que tuviera bastante influencia para que se la despidiese. Con rubores juveniles seguidos de palideces mortales, después de haber negado largo tiempo, acabó por confesar el secreto que él había sorprendido.

—Oh! compasivo señor Felipe, sed bueno con la humilde aya, ella no podría sobrevivir á la separación, ella es la débil planta que está atada á la encina magestuosa, ella es el pajarillo débil que el menor rayo del radiante sol hace cantar y vivir.

El sonrió y la tranquilizó. No solamente no pediría que se la despidiese, sino que sería su amigo y su aliado.

—Yo sé, dijo, que puedo sin temor confiaros el porvenir de Lila; sé que la amais con maternal ternura; sé que seréis siempre indulgente con la huerfanita. Hé leído todo eso en las cartas que me hicísteis el honor de escribirme: en ellas he leído que tenéis un sencillo corazón, abnegado y generoso. Os doy, pues, á mi querida niña, y deseo con todo mi corazón que su padre piense en casarse con vos. Cuento con vos y con vos sola, señorita Carlota; continuaréis escribiéndome, enviándome noticias suyas, verdad? Lila es olvidadiza, como todos los niños, Fernando es inexacto, como todos los artistas; pero vos, en cambio, sois la exactitud y la regularidad. No os dejéis, pues, desanimar ni por la falta de contestación, ni por la incertidumbre de esta correspondencia. Aun cuando lleguen á vos las noticias más siniestras, prometedme que seguiréis escribiéndome.

—Compasivo señor Felipe, respondió ella con cierta solemnidad, mientras la pobre aya sepa escribir, su corazón reconocido os escribirá.

Y jamás promesa de novio, jamás juramento de caballero, jamás voto hecho á la madona fué más religiosamente cumplido. Carlota escribía en una especie de diario los menudos acontecimientos de la vida de familia, que todos los meses, al azar de los vientos y las olas, le enviaba á través del océano.

El abandonó á Lausanne más tranquilo.

—Algún día volveré del Polo, se decía; además esta plácida y sentimental alemana es la más inofensiva criatura del universo entero. Una especie de buena bestia sin malignidad, sin traición, sin astucia. Madrastra ó institutriz, ha nacido para obedecer y dócilmente, obedecerá.

Pasó por Pontarlier, deteniéndose sólo algunas horas. El tiempo urgía. Jacobo le recibió con una avalancha de lamentaciones.

—¡Esto acaba, muchacho!...... ¡Que mi ejemplo te sirva!...... ¡Hay que casarse! ¿Ves tú el resultado de no hacerlo? ¡La gota! ¡Una satánica gota que no deja su presa! Cásate, muchacho; oye los consejos de la tía Fourneron; pues que ha de hacerse eso, más vale pronto que tarde.

—Pero más vale tarde que nunca, dijo Felipe riéndo. Yo lamento, mi querido primo, no poder ya solicitar las funciones de *garçon d'honneur*.

—¡Oh! ¡oh! muchacho! No estoy todavía en ese caso, pero voy para allá, aunque cojea cojeando. Eulalia consiente en casarse con esta vieja bestia. Es muy buena, es un angel de abnegación. La bondad es la primera belleza de una mujer. Los jóvenes no saben esto.

Felipe dejó á su infortunado primo, después de haber aprobado enérgicamente sus disposiciones nuevas, y se dirigió á casa de las primas Lézines. Inmediatamente notó algunos cambios. Eulalia tenía aires púdicos de desposada, confusiones de virgencita. Habló de Jacobo ruborizándose.

—Nuestro pobre primo Sommeres, vos le habeis visto sin duda, Felipe. El Dios de misericordia y de perdón le ha enviado la prueba de la enfermedad, pero es por su bien, su dicha y su salud eterna.

—Amen, prima, dijo Felipe. Espero tambien que servirá eso para su conversión á las ideas del matrimonio y que encontraré á mi vuelta alguna modificación en el estado civil de los miembros de nuestra familia.

—Yo no sé lo que queréis decir, respondió ella bajando los ojos.

En cuanto á la tía Fourneron, más ocupada, más atareada que jamás, quiso sin embargo conducir á Felipe hasta el camino de fierro, diciéndole con un tono misterioso y confidencial el gran triunfo de su perseverancia.

—Aprende de mí, Felipe amigo, que no debe uno desesperar jamás de nada. Oh! este si que me dió que hacer. Es un burlón, un bromista terrible. Más de veinte entrevistas, por culpa suya, no dieron resultado. El señor amaba su libertad. Oh.......! su libertad! Siempre la ha tenido y ahora no puede dar un paso. Felipe, amigo, yo aguardo á todos esos obstinados para cuando les da el primer ataque de gota! entonces ya no resisten......

Ya sabes el nombre de la que será su esposa? Hum! Habrías tú creido que esa devota tendría el corazón tan tierno?...... Ahora le ama como una colegiala.

—Y que dice Aglaé?

—Aglaé no está descontenta, es una hermosa presa para su proselitismo.

Encadenado en su sillón, cómo podría sustraerse á sus sermones?

Pero hablemos de tí. Qué lástima que te vayas...... Yo iba á proponerte un negocio soberbio: rubia, veinte años, linda, una dote de.........

Felipe no supo jamás la cifra de la dote de ese «negocio» que era soberbio y rubio y que tenía veinte años.

Un silbido estridente, desgarrando el aire, impidió á la tía Fourneron concluir la frase tentadora. El tren se movió: Felipe, inclinado en la ventanilla, oyó aún resonar estas palabras:

—Reflexiona, ocasión única!.........

Después, en un último grito:

—Rubia! Rubia!!

SEGUNDA PARTE.

XXI.

No lejos de la habitación del pintor, al borde del lago, se encontraba un modesto chalet. Habitábalo, sola, una mujer joven. Percibiasela en el jardín, lánguidamente recostada, con la cabeza cubierta con un velo negro. Vivía en el más absoluto aislamiento. Solamente en la noche, á la hora del crepúsculo, deteníase un coche á la puerta del chalet. La extranjera, vestida de un luengo traje de duelo, atravesaba el jardincillo con paso lento, pareciendo sostenerse con pena, subía al coche y no volvía sino por la noche.

Lila y Carlota en la reclusión forzada en que las órdenes del médico las retenían, se ocupaban demasiado de esta vecina misteriosa, á la cual apellidaban la «princesa negra.» La aya inventó respecto de esta desconocida las más fantásticas suposiciones: ya, que era una criminal que huía de la justicia de su país, ya que una ilustre desterrada.

Todas las mañanas, á la hora del desayuno, preguntaba al pintor:

—El honorable señor Duvernoy no ha visto á la princesa negra?

El respondía con indiferencia, pero ella insistía:

—Estoy cierta de que es una reina. ¡Hay tantas reinas desterradas! Oh! ¡cómo desearía verla de cerca!

Este inocente deseo no tardó en cumplirse; una noche las dos reclusas no oyeron el ruido del coche que iba á buscar á la princesa, y Carlota en observación detrás de la vidriera, exclamó:

—Sale á pie! sale sola! Oh, Lila, si quisiéseis prometerme ser juiciosa, yo podría seguirla, unirme á ella, entrever su rostro; sería yo tan feliz!......... y después vendría á contaros.

—Sí. sí, id pronto, exclamó la pequeñuela á quien la misma curiosidad pueril agitaba.

Una hora más tarde volvió Carlota,

—La he visto! me ha hablado! es un dama excelsa! Una Majestad tan imponente! Es tan bella!

Después comenzó su relato. No había tenido trabajo para reunirse con la desconocida, por que ésta estaba sentada al borde del lago en una actitud de melancólico ensueño. Un libro qun no leía, permanecía abierto sobre sus rodillas. En el momento en que el aya pasó frente á ella, la extranjera se levantó y el libro cayó. Carlota apresuradamente lo levantó acumulando las excusas por el extremecimiento que involuntariamente le había causado, solicitando su perdón. Benévolamente la princesa afirmó que perdonaba, y para comprobarlo consintió en dar con la aya, un paseo de algunos pasos. Pero deteniendose: «No, no, estoy muy fatigada, muy enferma, dijo. No, estoy demasiado fatigada, demasiado sufriente.» Corlota ofreció su brazo robusto cuyo apoyo fué aceptado.

—Oh! querida mía, ella ha tenido á bien apoyarse en mí, además me permitió ir á ofrecerle mi respetuoso homenaje. Iré desde mañana, no es verdad, Lila? lo queréis?

Desde aquel momento, se establecieron relaciones de intimidad entre las dos mujeres: condescendencia de una parte, respetuosa deferencia de la otra. El corazón sensible de Carlota se ingenió en las atenciones delicadas, en los pequeños cuidados. Pidió al pintor la autorización de prestar á su vecina los libros, revistas y periódicos. Cada mañana también le llevaba algunas flores; poco á poco llegó á las preguntas y á las confidencias. Al principio la extranjera fué sobria en explicaciones.



—Yo no hablo del pasado, dijo, sino con una dolorosa tristeza; pero á vuestras preguntas, querida señorita, responderé en algunas palabras. Nací en Bretaña, de una antiquísima familia: los Meriadec. Un Meriadec, según se dice, reinó en otro tiempo sobre la Armórica. Yo tenía 20 años cuando mi padre me hizo casarme con el Sr. Martín.

No dijo otra cosa; la romancesca alemana se encargó de colmar las lagunas de esta relación demasiado lacónica. Si la noble mano de una Meriadec se había unido á la de un comerciante fué sin duda por salvar la vida de su padre gravemente comprometido en una conspiración realista y que estaba á punto de dejar su cabeza en la guillotina. Se conspira siempre en Francia. En cuanto á la guillotina, qué importa! La aya no se detenía por tan poco. Le gustaban todavía las historias trágicas del Terror, Francia republicana era, á sus ojos, el país en que las mujeres, para salvar á sus padres, son condenadas á beber vasos de sangre.

Apenas hubo ella compuesto esta lamentable historia, cuando se la refirió á la misma señora Martín. Esta la escuchó con un silencio lleno de aprobación.

—Estáis dotada de una penetración maravillosa, señorita, dijo dulcemente, de la penetración de una alma compasiva.

Después dejó caer sobre el respaldo de la silla su cabeza fatigada:

—Sí, yo he sufrido, yo he sufrido mucho en mi triste vida; mis fuerzas se han usado en las luchas incesantes y crueles; pero ya vendrá el eterno reposo. Espero la ve-

nida del consolador supremo, del novio que se llama la muerte.

Estaba tan pálida que la alemana creyó de buena fe en la llegada del novio lúgubre. Ella se aproximó con un frasco de sales en la mano. La señora Martín lo apartó con un gesto.

—He removido, por complaceros, todos esos dolorosos recuerdos, cuyo peso me abruma; no los evocaremos ya más. Si deseais verme aún, será preciso no hablarme más que de vos, de vos que tenéis la salud, la juventud, y sin duda la esperanza. Yo os he dado el ejemplo de la confianza, decidme vuestro pasado.

La excelente muchacha hubiera sido feliz de tener alguna historia trágica que contar; un robo, un rapto mismo no la hubiera asustado. Pero su vida monótona no ofrecía ningún acontecimiento interesante. Después de haber confiado á la princesa que se llamaba Carlota como la célebre heroina de Goethe, se interrumpió un poco avergonzada de la insignificancia de esta revelación.

Pero si el pasado era poco fertil en peripecias, el presente felizmente ofrecía más amplia cosecha. Nada más propio de lo romancesco que el amor melancólico y desinteresado: enamorarse de una alma sublime y solitaria, adorarla en secreto, en el silencio de la abnegación, ser el aya humilde y bienhechora que vela por su bienestar, sin esperar reconocimiento, constituye una situación del más sentimental interés.

Ella se extendía con alguna complacencia sobre el inconsolable dolor del pintor y sobre la poesía de su desesperación. El positivismo de la alemana reaparecía solamente cuando le dijo el precio á que habían sido pagadas las últimas telas.

La señora Martín escuchó al principio con atención pulida. Poco á poco interrogó. Los detalles más vulgares no parecían desnudos de interés. Ella supo bien pronto por el menudo estado de la casa del pintor el monto de sus gastos y de sus ingresos.

En este punto importante el entusiasmo de la alemana se traducía prosaicamente en billetes de banco.

—Un pintor tan grande, el más grande maestro de Francia, si quisiese pintar vírgenes y no árboles, lagos y rocas. Yo le digo siempre: Honorable señor Duvernoy, por qué no pintais santas vírgenes y asuntos de pie de piadosa devoción como Rafael y Murillo? Ganaría millones si escuchase los respetuosos consejos de la humilde aya. Pero es ya tan rico! tiene en su taller cuadros soberbios que valen el tesoro de un rey.

La señora Martín movida sin duda por esta admiración, murmuró pensativa:

—Ver esas obras maestras......... Sí, yo desearía ver esas obras maestras.

Era la primera vez que sus labios tristes expresaban un deseo. El aya se conmovió:

—Yo se lo haré presente, dijo, él es muy bueno y no me lo rehusará.

Por la noche, á la hora de la comida, ella hizo la súplica al pintor; sus grandes ojos azules suplicaban.

—De qué ilustre extranjera hablais? preguntó él.

La respuesta fué prolija. Carlota mezcló sus quimeras á la realidad; la princesa de incógnito, el padre gentil hombre y el horrible Martín.

Es una fragil y tierna flor, muy compasiva, señor Duvernoy, una tierna y delicada flor, destrozada por cruel tempestad. Esperaba la visita del lúgubre esposo, pero desearía antes admirar las hermosas obras maestras del gran artista, lleno de gloria y de celebridad.

—Alguna aventurera, dijo él, encogiéndose de hombros.

Carlota juntó sus manos con un gesto de desesperación y pareció tan desolada, que él añadió con más dulzura:

—Aun cuando yo rehuso la entrada á mi taller á los ociosos, vuestros amigos serán siempre bien recibidos.

Apenas tuvo ella tiempo de abrumarlo con sus expresiones de gratitud, tanta prisa tenía de llevar á su querida princesa esta buena respuesta. Partió corriendo, á pesar de la hora avanzada. El deseo de la señora Martín, parecía haber desaparecido, verdaderamente ya no se acordaba de haber formulado ese deseo. Dió las gracias con breves palabras.

—Dígnese llevarle al Sr. Duvernoy la expresión de mi reconocimiento; pero sufro mucho y no sé cuándo me será posible aprovecharme de su permiso.

Carlota volvió avergonzada:

—Cuando guste, dijo el pintor secamente.

La curiosidad de la extranjera lo había dejado indiferente; su indiferencia le hirió. Los relatos de Carlota despertaron su interés.

«Una aventurera» había dicho él; pero esta aventurera se adornaba con todos los encantos del misterio.

Un día la percibió sentada sobre una piedra, al borde del lago, con los ojos perdidos en el infinito de las vagas lejanías. Avanzó y el ruido de sus pasos traicionó su presencia. Ella se levantó y, lentamente, muy lentamente, con un movimiento de una indolencia y de una morbidez exquisita, continuó el camino del chalet silencioso.

El admiró como artista la gracia de su actitud, aquella ciencia de la postura, aquella perfección de la línea tan difícil y tan rara.

Fernando, durante los días que siguieron, presa de uno de esos caprichos intensos que los artistas experimentan como los niños, más de una vez corrió hacia la ventana; pero no percibió más que á la aya paseando amorosamente ante el taller su silueta maciza, en tanto que Lila perseguía mariposas.

Durante los cuatro años de su viudez, ninguna de las mujeres encontradas en los azares de sus viajes, había obtenido de él más atención que la que acordaba á las estatuas y á los cuadros de las galerías y de los museos. Sin duda hubiera al día siguiente olvidado á su hermosa vecina, sin la pequeña herida hecha por ella á su amor propio al transferir la visita esperada, simplemente por indiferencia. Por otra parte, Carlota no tenía más que un asunto de conversación: los infortunios de la princesa llamada la señora Martín. Día por día añadía al drama algún capítulo palpitante; la perversidad del cruel Martín no tardó en sobrepasar á todas las perversidades más célebres; en tanto que las virtudes de su víctima hubieran proporcionado un apéndice á las Actas de los mártires.

Sin tener conciencia de ello, Fernando se interesaba en este melodrama; acaso la gran soledad en que vivía y de la cual comenzaba á sentirse cansado, le volvía más accesible á la curiosidad. Era él ahora quien interrogaba á la institutriz sobre la salud de la princesa, sobre lo que ella hacía ó decía, y algunas veces aun solía preguntarle:

—Y de la visita al taller, piensa todavía en ella?

Ay! Carlota no osaba ya hablar de la visita al taller á la triste viuda. Un día, á sus instancias reiteradas ésta respondió no sin alguna sequedad y alguna altivez:

—Los cuadros serán muy bellos, señorita Carlota pero qué me importa. Yo no amo más que una cosa en el mundo, señorita Carlota, y es mi soledad. Si ésta debiera ser turbada por obsequiosidades indiscretas, mañana abandonaría á Ouchy. Oyendo esta amonestación severa, Corlota bajó la cabeza y no volvió á insistir á este respecto.

Por qué Lila no amaba á la princesa negra? Por qué rehusaba oír hablar de ella? A estas preguntas que la pobre Carlota proponía sin cesar, sea á sí misma, sea á su educanda, sea á M. Duvernoy, nadie podía responder y Lila menos que cualquier otra. La niña no hubiera podido analizar ni sus amores ni sus odios. El hecho se había producido después de la única visita que la pequeña había hecho con su aya á su interesante vecina.

Cómo y por qué á la curiosidad llena de atractivo, sucedió una especie de terror y de aversión? Existen esos fenómenos cuyas causas permanecen misteriosas. Jamás sin embargo la señora Martín prodigó más halagos, más alabanzas, más sonrisas. Lila, que se había puesto seria de punto, fijaba en la viuda una mirada de desafío, penetrándola y aun intimidándola, y no respondía sino con repugnancia á sus benévolas preguntas. Fué en vano que ella admirase su larga trenza rubia y sus profundos ojos de violeta, en vano que repitiese que era feliz conociendo á una personita de quien su amiga Carlota hacía tantos elogios. La niña permanecía muda. Cuando salió de su visita, dijo severamente á su aya:

—Cómo no me habías dicho que es una malvada y que no os ama? Yo no quiero volverla á ver.

—Malvada! Oh! Lila querida, no es malvada y tiene por mí una afección tan tierna!

Pero Lila, hiriendo el suelo con su piececito, exclamó: —Es malvada, es mentirosa; dice que soy linda y eso no es cierto.

—Sí es cierto, sí es cierto, gimió la aya. Sois linda, Lila, cuando sois juiciosa y buena, y no habléis mal de una hermosa princesa que es la indulgencia misma, la bondad, la verdad.

—Entonces yo no seré jamás linda, declaró Lila.

Ninguna conquista es más difícil que la conquista de un corazón de niña. La habilidad, las astucias, las combinaciones más sabias, se estrellan ante su instintiva fineza. Una palabra franca, y frecuentemente una reprensión, entreabren la almita á quien las adulaciones y los cumplimientos han dejado cerrada. Hacerse amar de los niños, lo mismo que hacerse amar de las bestias, es un dón que no se adquiere. El animal y el niño poseen un instinto que burla toda la diplomacia del hombre. Para ser amado es preciso amar. El hombre puede dejarse coger en la comedia del amor; el niño nunca. Así, pues, Lila no creyó en la comedia que representaba la señora Martín. Sentía el miedo que causa el peligro entrevisto. Esta impresión, mal definida al principio, fué creciendo y con ella el deseo de apartar á su aya Carlota de una mujer que en su alma infantil asimilaba á los ogros de los cuentos de hadas.

Ahora que el periodo de convalescencia había terminado, Lila iba todos los días á su padre en busca de un nuevo permiso:

—Pasearemos hoy en lancha, papá, subiremos á un paquebot, y partiremos lejos, muy lejos.

Durante tan largo tiempo, á través de las ventanas de la *villa*, como á través de las claraboyas de una carcel había contemplado el hermoso lago azul y visto con tanta envidia deslizarse sobre aquel espejo tranquilo las largas barcas de velas blancas!

El pintor accedía siempre, feliz de encontrar la sonrisa de su hija. Esas excursiones ocupaban el día entero é impedían á Carlota hacer á su amiga sus interminables visitas. Pobre Carlota. Su tierno corazón sangraba un poco. Pero cómo habría podido tener el valor de abandonar al muy honorable señor Duvernoy á los azares de las excursiones y de las travesías peligrosas? Quien sabe si el naufragio, la barca demasiado llena, la reventazón pérfida, abriéndose bajo un pie imprudente le darían ocasión para la abnegación sublime en que tanto había soñado.

Partían de mañana y volvían tarde, comían sobre el paquebot, pero, á pesar del placer de esas excursiones, Lila preguntaba á veces:

—Papá, cuándo partiremos para Pontarlier?

—Muy pronto, hijita, espero sólo tres días de bruma; pero el sol se obstina en brillar. Había comenzado, en efecto, un día de bruma un estudio del lago; quería encontrar su coloración grisácea, su misma impresión de penetrante tristeza. El estudio le parecía muy bueno y hubiera lamentado no concluirlo. Además, estaba en su naturaleza eso de dejar todas las cosas para mañana.

XXIII

Esperando la bruma, la partida y la determinación de su padre, Lila recurría á otros medios para salvar á su aya de los maleficios de la perversa princesa. Cuando no debía ocuparlas alguna excursión, se instalaba en el cuarto de estudio con la actitud seria de una discípula atenta. Sentada á su pupitre, ante Carlota, sufría sin murmurar los dictados, los análisis, las recitaciones, y cuando la campana del almuerzo sonaba, arrojaba á su aya una mirada de triunfo.

—Soy juiciosa, no es verdad, señorita?

—Muy juiciosa, Lila, muy dócil, decía la pobre Carlota con un suspiro, un poco desolada interiormente de aquel juicio que tampoco á propósito venía.

Concluido el almuerzo, Carlota, durante una hora hacía al Sr. Duvernoy la lectura de los diferentes periódicos; no hubiera faltado por nada del mundo á este deber sagrado, la niña podía estar tranquila, pero apenas terminada la lectura, Lila acudía:

—Vamos á tomar el funicular, señorita, iremos á Lausanne, nos pasearemos por las calles é iremos á ver al pastelero.

El paseo duraba hasta la comida de la noche. Esa ciudad de Lausanne, es tan curiosa y de un aspecto tan variado! Desde luego, arrojadas por todas partes en el flanco de la colina, las *villas* suntuosas, con nombres de flores, ocultando sus reales esplendores detrás de una avenida de árboles soberbios, y como vírgenes púdicas y soñadoras, no dejando percibir más que la corona almenada de alguna torre ó la altiva flecha de un techo puntiagudo.

(*Continuará*).

EL MUNDO.

TOMO I. MEXICO, MAYO 9 DE 1897. NUMERO 19.



Flor entre flores.

[Dibujo de José M. Villasana.]

"EL MUNDO"
Semanario Ilustrado.
Teléfono 434.-Calle de Tiburcio núm. 20.-Apartado 87 b.
MEXICO

Toda la correspondencia que se relacione con la Redacción, debe ser dirigida al
Director, Lic. Rafael Reyes Spíndola.
Toda la correspondencia que se relacione con la edición debe ser dirigida al
Gerente, Lic. Fausto Moguel.
La subscripción a EL MUNDO vale $1.25 centavos al mes, y se cobra por trimestes adelantados.
Números sueltos, 50 centavos.
Avisos: á razón de $30 plana por cada publicación.
Todo pago debe ser precisamente adelantado.
REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE.

Notas editoriales.

La carestía de la vida.

Un diario acaba de rozar con vuelo de ave uno de los problemas que más ocupan la atención de los publicistas y hombres de Estado: la carestía constante de la vida moderna Es en efecto, una dolorosa nota escapada del progreso contemporáneo, la que se refiere á este desequilibrio entre el cuadro de necesidades, cada día dotado de mayor amplitud, y las posibilidades de satisfacerlas. Aquí, el pensador, el político, el economista, se detienen alarmados ante la suprema angustia que se eleva de una humanidad sedienta de alcanzar el supremo bien que la civilización le ha prometido.

Y ¡cosa extraña! el economista, el pensador y el político, están de acuerdo en que las condiciones económicas de esta humanidad han mejorado visiblemente en estas últimas épocas, y que á una baja, siempre continua de de los productos indispensables para la existencia, corresponden un aumento en los salarios. ¿A qué obedece, pues, esta crísis latente, este estado de malestar que á ocasiones encuentra espaciosa salida en las agitaciones de los grupos socialistas ó en las disolvencias desoladoras del programa anarquista? La explicación debe buscarse en un hecho que hemos delineado á la ligera: el desarrollo ilimitado de las necesidades, como una consecuencia lógica de esa misma civilización, de la que, aunque quisiéramos, no podríamos nunca renegar.

Un obrero de nuestros días satisface, en realidad, un número mayor de necesidades que un señor feudal de los tiempos medioevales. Su vida está llena de más cantidad de comodidades, y, sin embargo, todavía no se considera feliz, y reclama una parte mas considerable en la distribución de la riqueza social. El libro y el periódico han desarrollado ante su vista deslumbrada un panorama nuevo, y hacia esta *tierra prometida* se encaminan sus deseos y se encauzan sus aspiraciones, ¡La vida encarecel se prorrumpe entonces, y mientras en la pluma de Tolstoi este sentimiento, idealizado, se convierte en una tendencia hacia el misticismo, en la boca de Bakoonine se trueca en un movimiento de rebeldía.

Aquí mismo, en México, en donde el *problema social* está muy lejos de hacer explosión, se ha anotado posteriormente un hecho que vale la pena de ser examinado: un empleado público se lanza á operaciones fraudulentas contra el Erario. Es hábil y su maniobra puede pasar inadvertida durante cierto tiempo; se sorprende la estafa y el interesado es sometido á un proceso, en el que al ser requerido para que manifieste las causas de su delito, contesta con la convicción de un hombre que cree haber encontrado el menos indestructible razonamiento: mi sueldo no bastaba para atender á mis necesidades!

Por fortuna nos encontramos muy lejos de semejantes idealismos; el tipo de Juan Valjean no obtiene gran éxito, y todos sabemos que ha pasado el periodo del sentimentalismo penal, y que un delito no puede jamás ser excusable á título de una buena acción, de una obra filantrópica ó de un hecho de alto y trascedental altruismo. El hombre que comete un asesinato con objeto de apoderarse de los bienes de la víctima, no podría jamás alegar como exculpante, que con esos bienes trataba de fundar un establecimiento de beneficencia pública. Precisamente en los momentos en que el señor Navarrete, empleado de la Tesorería á que aludimos, presentaba su programa de *necesidades no satisfechas*, el Jurado Popular condenaba á un reo de robo en casa habitada, cuyo defensor esgrimía en favor de su defendido, argumentos análogos.—No prejuzgamos la cuestión; examinamos un sofisma, bastante generalizado, y que es necesario destruir.

El asunto de la carestía de la vida reclama, no obstante, toda la atención del estadista. Es cierto que el legislador puede intervenir en esta crísis, de la que sufren las clases menos favorecidas, en el reparto del bienestar social. Hace tres ó cuatro años, en un documento oficial, se iniciaba la idea de mejorar la condición del empleado mexicano mediante un aumento de la cifra de sus honorarios, que, á pesar de las nuevas exigencias, continúan siendo los mismos que hace veinte ó veinticinco años. El bello ideal á este respecto es tener menos empleados y más bien retribuidos, ideal á que se opone el carácter nacional, que ha convertido el presupuesto en un frondoso árbol á cuya sombra desea descansar cada ciudadano.

Como sucede siempre, la explicación de todos los fenómenos de orden económico y político que se descubren en los tejidos de nuestra estructura nacional, proceden de ocultas dolencias de un organismo que no nos cansaremos de repetirlo, es necesario fortificar.

Las fiestas nacionales y los extranjeros.

Hemos, como todos los años, celebrado el aniversario del triunfo obtenido por el ejército mexicano contra los expedicionarios franceses, en la época de la intervención. Y como todos los años también, los miembros de las colonias extranjeras, residentes en esta capital, se han esforzado en tomar una parte muy activa en la histórica festividad.

Significa un avance notable en el espíritu nacional la ausencia de movimientos agresivos contra las colonias, hecho desagradable que antaño constituía una de las notas más picantes del programa. Y dado este estado de conciencia, es de esperarse que en lo futuro presida un elevado criterio en la interpretación de aniversarios semejantes.

No hay razón para despertar una mañana con sedimentos de viejo odio hacia Estados amigos, con quienes estamos trescientos sesenta y cuatro días en las más cordiales relaciones. Estos aniversarios no están destinados á despertar olvidados rencores, ni á atizar apagadas hogueras. Han podido las naciones desgarrarse en la larga historia de la humanidad las unas á las otras, sin que en el estado actual de los espíritus se imponga la necesidad de sostener este *prospecto* de guerra permanente.—Las tribus primitivas vivian de la agresión y por la agresión; las modernas nacianalidades de la solidaridad y del cambio.



Monumento á la memoria de Donato Guerra levantado sobre su sepulcro en la Rotonda de los Hombres Ilustres.
(Mármol de Orizaba combinado con mármol blanco.)

La República Mexicana no puede querer mal á la Francia; su espíritu ha pasado á las arterias de la intelectualidad nacional, y de esta nación nos nutrimos copiosamente. Y este movimiento no es un dilentanttismo de actualidad: estudiando las ideas de los personajes más prominentes de la Independencia patria, se descubren huellas de los principios que informaban á los revolucionarios franceses. Los textos de los discursos de la Asamblea Constituyente, las grandilocuencias metafísicas de los hombres de 1789, deslizadas en las conciencias de los insurgentes mexicanos, proporcionaron mayor cantidad de materia prima que las austeridades de los fundadores de la nacionalidad americana. Y estos hechos transfundidos de generación en generación, no pueden desvanecerse ante el recuerdo de un acontecimiento que la misma Francia ha condenado.

Estamos muy lejos de las utopías de la paz universal, inaceptable dentro de los inflexibles egoísmos de los Estados. La guerra de Oriente en Europa es un palpitante ejemplo de lo que puede y debe esperarse de las hermosas estrofas sobre confraternidad universal. Pero los intereses que antaño desunían á los pueblos tienden hoy á estrecharlos.

Por eso en aniversarios como el del Cinco de Mayo, antes de la celebración de una victoria contra un país amigo, se conmemora la total desaparición de añejos agravios enterrados ya en la fosa del olvido.

Política General.

RESUMEN Estados Unidos y Gran Bretaña—El Senado rechaza el tratado de arbitraje—El interés y el amor propio—Un desencanto—La guerra Sud africana y la paz europea—Alianzas imposibles.

Por cuarenta y tres votos contra veintiséis, ha sido rechazado en el Senado americano el tratado general de arbitraje, concluido no ha mucho entre el ministro de la Gran Bretaña y el secretario de Relaciones de la unión americana, en los últimos meses de la administración de Cleveland. Necesitándose para la aprobación de los tratados y convenciones internacionales del voto de dos terceras partes de los senadores presentes, faltaron cuatro que asintieran á las bases acordadas por Mr. Olney y Sir Julián Pauncefote, para que el tratado recibiera la debida sanción.

Ni el entusiasmo manifestado en todas las clases sociales de las dos grandes naciones, que veían, y con razón, la solución pacífica de todas las dificultades que pudieran sobrevenir en lo futuro, obviando choques y evitando diferencias entre los dos países de habla inglesa; ni la manifiesta adhesión de Mc Kinley á un contrato en el que parecían de acuerdo los diversos partidos políticos; ni la influencia preponderante de los republicanos que habían comprendido esa determinación en su *plataforma* electoral; ni la consideración de la influencia benéfica que había de tener un tratado semejante en las relaciones diplomáticas de los pueblos civilizados, que en aquél veían la posibilidad de mantener la paz por medios racionales entre dos naciones poderosas, y por ende, había de modificar en algo las ideas generales que sobre el equilibrio profesan los partidarios de la paz armada; ni la esperanza de que una convención así concluida, no entre temores y sobresaltos, no por amagos y amenazas, sino por espontáneo convencimiento entre dos nacionalidades fuertes, y con la conciencia de su poderío: nada bastó á crear la mayoría que reclamaba en el Senado el ministro Sherman, prestigiado como el que más en el Gabinete americano.

Habló la negra honrilla que se creyó ultrajada en el tratado; se escucharon las insinuaciones del amor propio mal aconsejado, que se juzgó humillado en algunas cláusulas, porque se pretendía someter á juicio de árbitros, asuntos que se pensaran indiscutibles; resonaron en los ámbitos de la alta Cámara las declamaciones de los que no toleran ni el más pequeño é insignificante sacrificio: se habló de imposiciones soñadas por la Gran Bretaña y de pretensiones que lastimaban el decoro, y se propusieron enmiendas que convertían el tratado en una simple convención para instituir un tribunal de arbitraje, que dirimiera las reclamaciones mútuas, alejando la idea primitiva de gran alcance y humanitarios sentimientos que lo habían inspirado.

El resultado era de preverse: divididos así los ánimos y guiados por otras miras que turbaban la tranquilidad del sereno razonamiento, fácilmente se comprendía que al fin la pasión prevalecería sobre el criterio; y los que soñábamos en que se iba á dar un paso firme en la vía de la paz universal, invitando los pueblos anglo-sajones á las naciones civilizadas á dirimir sus posibles diferencias por esos medios que aconseja la razón y apoya la conciencia del propio valimiento, hemos sufrido verdadero desencanto.

En vano tratan los hombres de buena voluntad de hacer prevalecer la razón sobre la fuerza; en el fondo de las aspiraciones mejores y más nobles y bajo las tendencias más laudables, rugirán encarnizados rencores y rivalidades, envidias y odios reconcentrados, que han de separar aun á los pueblos de la misma raza, alentados por idénticos ideales de paz y de progreso.

***

Además del volcán en horrísona erupción que ha reventado entre los desfiladeros de Macedonia y las llanuras de Tesalia, amenazando con general conflagración el suelo europeo, derribando ídolos de un día y arrastrando en fiero cataclismo á la nación helénica, rota y maltrecha bajo la espada triunfadora de Edehm Pachá, desangrada y moribunda bajo la avalancha asoladora de las huestes del Sultán, en medio del universal abandono y casi culpable desamparo en que la han dejado los poderosos de la tierra, acallando los impulsos de su propio corazón y oyendo sólo la torpe sugestión del miedo de verse envueltos en complicaciones violentas, hay allá en el extremo sur del Continente Negro una nube de tormenta que como el conflicto de Oriente, como la insurrección de Creta, como la desastrosa guerra greco-turca, puede en un momento sumir á las naciones de Europa, á las grandes potencias que tanto recelan un rompimiento, en despiadada lucha por el predominio á que cada cual aspira por su parte sobre las regiones ecuatoriales.

Siempre guiada por sus ideas de expansión incesante y desmedida que la han de hacer dueña absoluta de todo el continente; siempre arrastrada por sus insaciables ambiciones que la han de colocar como señora desde la desembocadura del sagrado Nilo hasta el Cabo de las Tormentas, desde las riberas del Senegal donde se oculta traidora la muerte para todos los colonos, hasta las costas ricas que baña el canal de Mozambique y las codiciadas regiones de Madagascar; la Gran Bretaña no retrocede en sus planes de absorción y marcha siempre adelante en la realización de sus designios.

Ayer sublevó á los invasores del Transvaal, hoy se prepara al amparo del prestigio inagotable de Cecilio Rhodes, intérprete de sus designios, á declarar la guerra á la República sud africana. Pero como el Presidente Krüeger no esta solo como Grecia infeliz; como en caso de ser vencido por los batallones británicos, padecerían hondamente los intereses de las naciones que allá están comprometidos, ya se habla aun de imposibles alianzas entre Francia y Alemania unidas á la omnipotente Rusia, para detener las insaciables ambiciones de Inglaterra.

Existirán ó nó tales alianzas que juzgamos muy difíciles; pero demuestran esos rumores, que hay otro punto sobre el que se fija la atención de las potencias, y que si lograra zanjarse el conflicto de Oriente, sacrificando á Grecia en aras de la paz europea, pudiera surgir por causas no atendidas, algo más serio que la humillación del pueblo helénico, que pusieran en peligro el trabajoso equilibrio europeo: la guerra sud africana.

X. X. X.

Mayo 6 de 1897.

La vida es pesada; hay que levantarla á veces con alas, aunque éstas alas sean de mariposa: el tiempo tan corto en su duración, se con frecuencia demasiado largo cuando pasa, muy lento, en el curso desigual de las horas; hay que ayudarla á pasar con más rapidez y más agradablemente, desde la aurora hasta la puesta del sol.

Lamartine.

Ecos de las fiestas del 5 de Mayo



Revista Presidencial á las tropas de la Guarnición.—Carruaje del General Díaz.



Los alumnos del Colegio Militar en la Avenida Juárez.



CONCURSO DE BICICLETAS EN ATZCAPOTZALCO.

El palco de las reinas.—Grupo frente á la casa del Sr. Zimbrón.

Francisco Rocha.—1er. Premio.

Concurso de bicicletas
EN ATZCAPOTZALCO.

Pintoresca la cercana villa, empeñosas sus autoridades y entusiastas y distinguidos sus habitantes, nada de extraño tiene que la fiesta que organizó la Junta Patriótica de Atzcapotzalco y que se verificó el día 5 del actual, haya resultado una de las más animadas, entre aquellas con que se celebró la fecha gloriosa para el Ejército mexicano y el triunfo que tanta trascendencia tuvo en la vida de la República y la reconquista de nuestra autonomía.

***

La tarde estaba nublada, pero la lluvia fué galante y no se atrevió á descender, por no deshojar las flores, descolorar las banderas nacionales y manchar las cortinas que constituían el principal adorno de la calzada de los Reyes, sitio que se eligió para el certámen de bicicletas, adornadas con flores al cual acudieron las principales familias de Tacuba, Popotla, Atzcapotzalco, San Cosme y no pocas de México, para divertirse y dar animación á aquella fiesta.

Las señoritas vistiendo el traje de campo que tanto realza su belleza, ocupaban la numerosa sillería que se colocó bajo una *vela* á mitad de la calzada, donde también se levantaba, adornado con el mejor buen gusto, el palco destinado á las reinas; los caballeros paseaban por los espacios libres y al frente de varias casas, en improvisadas tribunas, se veían los más admirables grupos formados por las familias que habitan en Atzcapotzalco, haciendo bonito contraste con los de la gente del pueblo que con todo orden asistían á la fiesta, enteramente nueva para ellos.



Concurso de bicicletas en Atzcapotzalco.—Grupo formado por los niños Carmelita, Federico é Ignacio Méndez Rivas y Jorge Cordero.

***

Poco antes de las cuatro de la tarde los miembros del Ayuntamiento, el Sr. Lic. Angel Zimbrón y demás autoridades, se presentaron en el palco de honor, acompañando á las preciosas señoritas Rosario Ordoñez, Teresa Zimbron, Sofía de la Vega, Celia Velasco, Carmen Maza, y Ana María de la Torre, reinas del concurso, que vestían magníficos trajes.

Momentos después comenzaron á recorrer la calzada más de cien jóvenes afectos al *sport*, que teniendo conocimiento de que iba á verificarse el concurso, emprendieron el viaje desde México y lucían allí sus buenas máquinas y su habilidad para manejarlas.

Muchas de las bicicletas adornadas llamaban la atención por la originalidad y buen gusto del adorno; pero se llevaron la palma las que hoy publicamos en nuestros grabados, y las siguientes:

El Sr. Pascual M. Dávila presentó su máquina adornada con flores blancas y rojas que formaban esta inscripción: «5 de Mayo 1862.»

Los jóvenes Elías Chávez y Leopoldo P. de León, montaban una bicicleta de dos asientos en cuya parte posterior se formó un gran concha con flores y papel plateado que servía de sombra á los ciclistas.

Jorge Cordero, precioso niñito de cinco á seis años de edad, vestido con un traje de seda de los colores nacionales, montaba pequeño velocípedo, adornado con flores y raso color de rosa, figurando una cuna.

Carmelita Méndez Rivas, de no mayor edad que Jorge, lució su bicicleta adornada con raso blanco y lazos de listones blancos y azules.

Federico Méndez Rivas, además del adorno floral de su maquina, se presentó vestido de torero, llevando entre los manubrios una bien imitada cabeza de toro, que movía con gracia al manejar la bicicleta.

Carlevaris y Aguilera, dos caballeros de conocido buen humor, provocaron la hilaridad de los concurrentes, presentando sus máquinas y vestidos adornados con zanahorias, cebollas, lechugas, coles, etc., y dieron, con sus chistes de ingenio, animación al concurso.

***

Después de varios paseos, los bicicletistas formaron frente al palco de honor; las estimables *reinas* arrojaron gran cantidad de *conffetti* y multicolores serpentinas á los concursantes, y entre aplausos del público que quedó satisfecho del fallo del jurado, procedieron á la repartición de premios, que fué como sigue:

Primer premio de $50: señor Francisco Rocha, cuya bicicleta adornada con gardenias, claveles y listones, producía magnífico efecto: la parte posterior de la máquina formaba un junco; en el manubrio se veían bonitos escudos, los rayos de las ruedas estaban tapizados completamente con flores escojidas, y del centro de la barra que une el asiento y el manubrio, se elevaba un gran ramo que cubría al señor Rocha, quien vestía un magnífico traje compuesto de pantalón corto blanco, blusa de surah lila y gorra de jokey de los mismos colores.

El 2º premio de 25 pesos lo recibió el señor Salvador Sanciprián, quien exhibió una máquina sencillamente adornada con flores exquisitas y vestía magnífico traje de seda blanco y azul.

El 3er premio de 15 pesos, les tocó á los jóvenes Leonardo Zimbrón y Ciro Castillo, que lucían un magnífico tandem perfectamente adornado.

***

Terminado el concurso, se improvisaron unas carreras que estuvieron verdaderamente lucidas por la habilidad de los corredores que en ellas tomaron parte.



Salvador Sanciprián. —2º Premio.

Leonardo Zimbrón y Ciro Castillo. —3er. Premio.

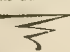
Señores Carlevaris y Aguilera.

El pensamiento es un poder y el talento una libertad.

VICTOR HUGO.

He conocido hombres dotados de buenas cualidades, muy útiles para los demás y sin utilidad para sí mismos, así como un reloj de sol en la fachada de una casa, que indica las horas á los vecinos y á los transeuntes, pero no al propietario.

CHATEAUBRIAND.



FRANCISCO M. DE OLAGUIBEL

"ORO Y NEGRO"

No hace mucho que con su habitual florido lenguaje de poeta, escribía Amado Nervo un artículo en el que manifestaba sus muy legítimos deseos de ver impresos y corriendo por el mundo los libros para él predilectos de algunos amigos suyos.

León Cladel ha dicho que los odios de los poetas son sagrados y parece haber en ellos algo de hechizo malhechor que hace concluir mal á aquellos á quienes el poeta lanza los rayos de sus iras; entre otros ejemplos cita á Napoleón III.

Ignoro si Nervo odiará, pero sus buenos deseos se cumplen. Después de el «Claro obscuro» de Ceballos, después del libro cruel, áspero y desnudo como la carne desgarrada sobre la plancha del anfiteatro, después de las miserias bien vistas y expresadas en saliente y enérgica prosa, nos viene, glorioso príncipe llegando de lejanas comarcas el «Oro y negro» del muy alto y señorial poeta Francisco M. de Olaguibel.

Con qué unción, con qué extremecimiento de manos, abrí el joyero brusco, tosca caja encontrada al azar tan pobre ay! como rico su contenido. Ya, y para mi ventura, la pureza de los diamantes y el oriente de las perlas me era conocido. Sabía de antemano todo cuanto debía encontrar: primero las joyas sencillas, perlas muy pequeñas y anillos muy diminutos, piedras delicadas que se regalan á las mujeres cuando son niñas. Sabía bien que el oro de esa Rimas temblaba en carnes muy pálidas, que su brillo serpenteaba tras la filigrana de los encajes, entre pechos nacientes apenas y que los ligeros brazaletes ceñirían puños bien frágiles.

Los versos de juventud de Olaguibel son vírgenes que llevan; ya el presentimiento de sus futuros duelos podía exclamarse de ellos con Casal, llevan «la tristeza de los séres que deben morir temprano.» Sus sueños son «albeantes» pero en esa blancura vive ya el temor de lo negro. La provenzal, la arlesiana que pasa entre las espigas, bajo su cofia, al canto zumbador de las cigarras, se aleja de la Farandola, y aunque el sol sea radianae y azul el cielo, ella tiembla y piensa en el mistral que se acerca y silba y sacude y extremece.

Los «Croquis modernos» y las «Baladas negras» son las dos partes de la obra que tal vez prefiera yo.

En la primera, en los «Croquis modernos» tiene Olaguíbel notas únicas, leed su «Obsesión,» desesperante, lóbrega balada que solloza brotando del vaso donde se buscó el olvido. «El amor moderno» en el que quiero detenerme más tarde y la «alcoba» y la «mística.» En las Baladas negras cantan todos los tonos. Balada roja del crimen, donde la sangre brota de los senos rasgados de la amada. Balada rubia donde el cognac gorgea y dice al triste «el tesoro de sus campánulas de oro». Balada donde la enfermedad—«madona sombría y pálida»—abraza y da sus besos de fiebre al poeta, la Balada de las almas tristes y la de las «Perlas Negras,» baladas sencillas, baladas sombrías, baladas donde sonríe la piedad, baladas donde llora la tristeza y bosteza el tedio, el soberano tedio, el invencible tedio.

Al leer los versos de Olaguíbel pienso necesariamente en los modernos maestros belgas, leed á Huysmans, á Verhaeren, á Rodembach, á Maeterlink, mirad «Las aguas fuertes» de Feliciano Rojas y decidme si en el autor del «Oro y Negro,» no flota la melancolía, lo lúbrico y lo místico, de los jóvenes maestros de este fin de literatura. Decidme si el «Amor moderno,» del que va he hablado antes, no parece salido de la pluma de Huysmans antes que la trapa y la brujería lo hubieran conquistado, ó actualmente de Rachilde:

No castas hermosuras ni rostro de princesa
Ni ojos endonde brilla la luz de la ilusión:
Satánicas beldades, perfiles de faunesa
y trágicas pupilas de angel en rebelión,

No bocas ideales de sonrosada fresa,
En donde tiembla el ósculo gentil de la pasión,
Boca sensual y lúbrica que muerde cuando besa
Con labios encendidos,—flores de tentación,

Amores ardorosos, vibrantes y soberbios
De donde brota el canto sonoro de los nervios
—Hechos de fibra y fósforo, de médula y de luz—
Y sea nuestra musa como un sucubo pálido
que ahógue nuestras vidas entre su abrazo cálido
mientras sucumbe el Sueño clavado en una cruz.

Si no conociera tanto á Olaguibel, al leer sus versos lo creería de raza blanca, habiendo habitado largo tiempo Bruges la villa muerta que inspiró á Rodembach. Ahí en medio de la tristeza de las calles desiertas, en la soledad de los viejos barrios tapiados por conventos, en su alma se hubieran despertado el recuerdo de los viejos hechizos de las noches sabáticas, y tal vez subiendo á algun viejo campanario hubiera visto desfilar ante él cercándolo y envolviéndolo en sus macabricas caricias las roncas Eumenides de que nos habla en su «Remordimiento.»

No creáis sin embargo al leer á Olaguíbel y sus clamores y sus llamamientos hacia el Nirvana, sus eternos bostezos de doloroso tedio, que para siempre ha bebido la amarga hiel de la desesperanza; al final de su volumen, el último de sus magistrales «Rondeles,» es todavía un grito de esperanzas, un canto claro y vibrante entre los gemidos de los organos, un sol esplendente brotando raudo enmedio del crepúsculo.

"Entre un aureo repique de cascabeles,
La adorada á buscarme vendrá algún día,
Y tenderá á sus plantas la poesía
Las enfermizas flores de mis rondeles.

Le ahuyentará la negra melancolía
Y alumbrado del tedio, las sombras crueles
Entre un aureo repique de cascabeles
La adorada á buscarme vendrá algún día.

No me llaméis entonces; la amada mía
Me llevará á las filas de sus tropeles,
Y mi mano en las suyas, pálida y fría
Iremos por la inmensa ruta sombría
Entre un aureo repique de cascabeles.

Ahora, si queréis después del poeta conocer al hombre, os diré que Paco ó el *gosse* como le llamamos, es el más joven de los que hoy tienen un nombre en las letras. Vive arrinconado en Provincia, lejos de sus amigos y de toda producción literaria, lejos de todas las elegancias y los refinamientos que son innatos en él.—Singular contraste propio de los grandes artistas: Balzac, el hombre que más mujeres y más mundanos ha pintado, nunca pudo salir del cuartucho donde sudaba, engendrando su inmensa «Comedia Humana.»

DAMAS DISTINGUIDAS MEXICANAS



Sra. María Luisa Romero Rubio de Teresa. (De fotografía Valleto y Cª)

Olaguíbel, sin embargo, se ha formado en un medio esencialmente literario, hijo de Manuel Olaguíbel, su infancia pasó entre las resonancias y las preocupaciones estériles del romanticismo: sobrino de Tablada, bebió desde temprano en las fuentes del modernismo, en cuyos pequeños grupos en nuestro país había de ocupar con Nervo y con Dávalos puesto tan prominente.

Y ahora, amigo Nervo, á quien cupo la honra de poner al frente del «Oro y negro» tan artístico Propileo, estáis contento? se levanta la *gosserie?* Dejad que las pelucas académicas se estremezcan, no temáis más á los Canibalescos artículos de los jóvenes, no; que los poetas populares, los cantores del Cinco de Mayo y de los listoncitos y los cielitos y las virgencitas produzcan mucho, muchísimo, cada día más, es mi mejor deseo; en el día no lejano de las compensaciones, cuando Gutiérrez Nájera tenga una estátua y se haya olvidado á Guillermo Prieto, entonces, decidme, ¿qué pesará más, todas las obras del más popular de nuestros poetas ó el pequeño volúmen titulado «Oro y negro?

Y ahora esperemos los versos del maestro Balbino Dávalos el «Florilegio» de Tablada, las «Místicas» de Nervo y la «Carne» del doloroso Ceballos.

BERNARDO COUTO CASTILLO.

Mayo de 1897.



¿Oyes, Concha, los céfiros alados
que agitan tu abanico en derredor?
Pues son todos suspiros ó recados
que te manda al óido

CAMPOAMOR.

SERENATA

Como aves
viajeras
que buscan
un nido
lejano,
Se pierden
huyendo
las notas
extrañas
del piano......
Y en breves, undosos y rápidos giros,
Se llevan los vientos.
Los ecos llorosos, de vagos suspiros,
Y vagos lamentos.

Y se oyen
Canciones profanas
Que giran errantes
Como caravanas
Corriendo hacia allá......
Canciones que imprimen
Su huella temblando,
Y gime y gimen,
Y siguen andando,
Sin norte ni guía, ni rumbo, ni plan......

Y vago,
Y lejano,
Diciendo tristezas
ignotas
Se anima el teclado
del piano,
Como un mar de nácar:
las notas,
Que hirió una borrasca:
la mano.

Aprestan los bajeles
sus quillas de armonía,
Despierta en los rabeles
la nota que dormía
Y entre las algas frescas
renace la canción,
En un torrente ciego
se esfuman las escalas;
Los ojos tienen fuego,
los dedos tienen alas,
Y un buitre misterioso
desangra el corazón.
Desangra el corazón!

Y mientras las notas
Derraman sus gotas
De llanto en la mano,

Como aves
viajeras
que buscan
un nido
lejano,
Se pierden
huyendo
los ecos
extraños
del piano.....

***

Esas voces mi adorada,
Con su lúgubre balada
Me recuerdan la aventura
De tus fingidos desvíos
Y los mudos desafíos
—Discusiones de ternura—
De tus ojos con los míos.
Me recuerdan que ayer, loca
Rió mi boca con tu boca,
Y los besos, como altivas
Ilusiones de colores,
A libar fueron amores
—Mariposas fugitivas—
De tus labios en las flores.

Tú te has ido,
Tu te has ido......
Y aunque muerta no te olvido:
Sobre mi hondo desconsuelo
Tu recuerdo flota y flota
Como nube, como nota,
Como el sol y como el cielo.

MANUEL B. UGARTE.

Buenos Aires, 1897.

—Se dice siempre: Si yo hubiese vivido hace cien años. Se olvida que hace cien años no se habría sido el mismo, que no se habrían tenido las mismas ideas, ni los mismos gustos, ni las mismas necesidades. Es como si se tuviera la pretensión de imaginar lo que se pensaría siendo ave ó serpiente.

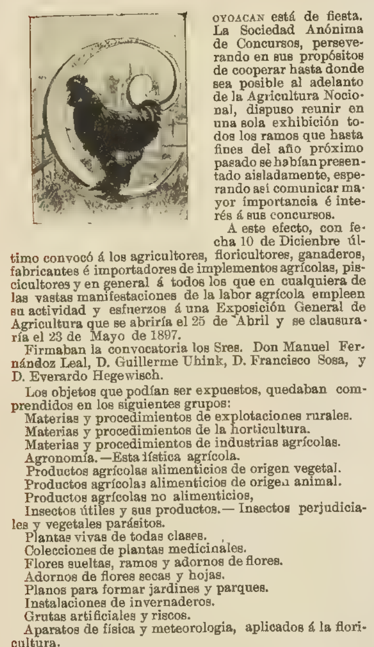
—Hay una cosa infame en amor: la mentira.

—No hay monstruo absoluto en la naturaleza moral como en la física.

PAUL BOURGET.



LA FERIA AGRICOLA EN COYOACAN



COYOACAN está de fiesta. La Sociedad Anónima de Concursos, perseverando en sus propósitos de cooperar hasta donde sea posible al adelanto de la Agricultura Nocional, dispuso reunir en una sola exhibición todos los ramos que hasta fines del año próximo pasado se habían presentado aisladamente, esperando así comunicar mayor importancia é interés á sus concursos.

A este efecto, con fecha 10 de Diciembre último convocó á los agricultores, floricultores, ganaderos, fabricantes é importadores de implementos agrícolas, piscicultores y en general á todos los que en cualquiera de las vastas manifestaciones de la labor agrícola empleen su actividad y esfuerzos á una Exposición General de Agricultura que se abriría el 25 de Abril y se clausuraría el 23 de Mayo de 1897.

Firmaban la convocatoria los Sres. Don Manuel Fernández Leal, D. Guillerme Uhink, D. Francisco Sosa, y D. Everardo Hegewisch.

Los objetos que podían ser expuestos, quedaban comprendidos en los siguientes grupos:

Materias y procedimientos de explotaciones rurales.
Materias y procedimientos de la horticultura.
Materias y procedimientos de industrias agrícolas.
Agronomía.—Estadística agrícola.
Productos agrícolas alimenticios de origen vegetal.
Productos agrícolas alimenticios de origen animal.
Productos agrícolas no alimenticios,
Insectos útiles y sus productos.— Insectos perjudiciales y vegetales parásitos.
Plantas vivas de todas clases.
Colecciones de plantas medicinales.
Flores sueltas, ramos y adornos de flores.
Adornos de flores secas y hojas.
Planos para formar jardines y parques.
Instalaciones de invernaderos.
Grutas artificiales y riscos.
Aparatos de física y meteorología, aplicados á la floricultura.
Instrumentos y aparatos de floricultura en general.
Macetas, floreros y demás objetos de cerámica propios para jardines.
Proyectos de jardines zoológicos.
Pájaros y peces vivos.
Frutas secas.
Legumbres, tubérculos y raíces alimenticias.
Dulces de frutas.
Féculas.
Colecciones de modelos de frutas.
Arboles frutales.
Ganadería.

La inauguración de esta interesantísima feria se verificó, tal como estaba anunciado, el domingo 25 de Abril, habiendo presidido el acto la distinguida Sra. Dª Luz Acosta de González Cosío, á quien acompañaban los Sres. Ministros de Fomento y Gobernación.

El programa consistió en una poesía admirablemente pronunciada por la niña Clotilde Quijano, de la Escuela Normal, y un interesante discurso del Sr. Ingeniero D. Ezequiel Ordoñez.

Es costumbre que el Sr. Presidente de la República visite la Exposición de Coyoacán en los primeros días siguientes á la inauguración. La visita presidencial se verificó el domingo 2 del presente mes.

El Sr. Presidente, con su puntualidad acostumbrada, llegó á las diez en punto de la mañana á la plaza de la Constitución, donde esperaban dos trenes especiales de la línea de Tlálpam.

Recibieron al señor General Díaz los señores Ministros de Justicia, Fomento, Gobernación, Guerra y Marina, el señor Gobernador del Distrito, el señor Oficial Mayor de Fomento, el señor Director de la Escuela de Agricultura y otras personas distinguidas, todas las cuales ocuparon el último carro. En el otro iba la señora Rafaela Suárez, Directora de la Escuela Normal, y algunas alumnas de esta institución.

La comitiva presidencial fué recibida en Churubusco por el Prefecto de Tlalpam y por el Presidente Municipal de Coyoacán, á quienes acompañaba el Señor General Alatorre y otras personas.

A las 11 menos cuarto llegaron los carros á la Exposición. Un escuadrón del 2º Regimiento con banda y música hizo los honores al Señor Presidente.

Tan pronto como el Primer Magistrado ocupó el puesto de honor en la rotonda del patio central del edificio el Señor D. Everardo Hegewisch, Secretario del Consejo de Administración ofreció el brazo á la señorita Concepción de la Fuente, alumna de la Escuela Normal, quien iba á leer un trabajo escrito por ella acerca de «La Vida del Acuario.»

La señorita de la Fuente impresionó desde luego agradablemente al auditorio. Es una joven morena de grandes y hermosos ojos negros, su voz es dulce y harmoniosa y su dicción facil. La joven oradora vestía elegante traje de raso blanco adornado con listones de igual color. La señorita de la Fuente hizo un bonito estudio de los acuarios para salón, jardín é invernadero y fué muy aplaudida. En seguida el señor Alcocér, del Instituto Médico dió lectura á un brillante trabajo sobre exportación de frutas, que interesó vivamente al auditorio. Terminaba el señor Alcocér de leer un trabajo, cuando llegó el señor Limantour, Ministro de Hacienda, acompañado de Don José V. del Collado.

El señor Presidente visitó en en seguida todos los departamentos de la Exposición. Son dignos de mencionarse la colección de aves de corral del señor Zayas Enríquez, quien presentó también un libro utilísimo acerca de cría de esos animales; la interesante exhibición de cría de gusanos de seda é hilado de esta materia, exhibición hecha por el conocido y afamado sericicultor Don Hipólito Chambón; el ganado de San Salvador el Seco; los instrumentos agrícolas de la Escuela de Agricultura; los instrumentos de Meteorología y un precioso acuario de la Escuela Normal para Profesoras, y los carneros del señor Méndez.



Fachada del Edificio de la Exposición.



El General Diaz y sus acompañantes.

El General Díaz, se mostró muy satisfecho, y regresó á México á la una de la tarde.

Hoy disertará en la Exposición la señorita María Laine, el domingo próximo la señorita Ana María Castro, y la distribución de premios se verificará el domingo veintitres del presente mes.

El Consejo de Administración de la Sociedad Anónima de Concursos de Coyoacán debe estar satisfecha del buen éxito de sus trabajos.



EL CUENTO DE CRETA

El Doctor Briján consumado latino, insigne helenista, verdadero erudito y autor de un trabajo histórico que tiene por título *Incitato y su tiempo*, no ha muchos días que viajaba por la isla de Creta en busca de inspiraciones, é falta de materiales, para componer un libro consagrado á Epiménides de Gnossos, aquel poeta y filósofo de quien refiere la leyenda que, siendo pastor y mozo, harto de andar por breñas y malezas, en una tarde de riguroso estío, convidado por la frescura, el silencio y la obscuridad del lugar, y rendido al deseo del natural descanso, entró en una agreste y profunda cueva, y muy á su gusto y placer se echó una siesta de cincuenta y siete años, día más, día menos.

No gusta el Doctor Briján de compañías—le basta la de la sabiduría subjetiva, —y por lo tanto no es de extrañar que viajase solo y á pie, sin más guía que una brújula y una carta alemana, y, para curarse en salud, provisto de dos salvoconductos, uno del Gobernador otomano y otro de Papamalekos, principal caudillo de los insurrectos cretenses.

Gracias á dichos documentos pudo recorrer sin dificultad ni tropiezo, una buena parte de la isla, y admirar sus hermosos valles y elevadas montañas, su vegetación lozana y exuberante y sus pintorescos paisajes; pero apenas encontró vestigios de los antiguos monumentos, arrasados por la barbarie de la conquista, menos piadosa y clemente que la mano destructora de los siglos.

Los restos del célebre Laberinto, que se hallan en Gorthina, al sur del Monte Ida, fueron objeto de sus concienzudas investigaciones, y bien á pesar suyo, porque tiene afición á todo lo peregrino y maravilloso, hubo de convencerse y persuadirse, conforme con la opinión de la crítica, constante demoledora de la leyenda, que aquellas intrincadas galerías, labradas en roca viva, no son más que profundísimas canteras abandonadas, de donde debió extraerse la piedra para la construcción, si no de las cien famosas ciudades, de muchas de ellas.

Subió á la cumbre del Monte Ida, donde recreó la vista en uno de los más grandiosos é imponentes panoramas que ofrecerse pueden; pues á los encantos naturales de la tierra, á la perspectiva del mar Egeo, poblado de islas, que se pierde en el horizonte, y al cielo casi siempre puro, claro y transparente, se unen los recuerdos históricos de la civilización helénica, capaces por sí solos, de encender el ánimo y arrebatarle á las sublimes regiones de la eternal belleza, merced al grande y poderoso influjo que ejerce en nosotros la sugestión estética del tiempo ó de la distancia.

Visitó á Candía ó *Heraclión*, puerto que fué de *Gnossos* ó *Cnossos*, situada á cinco kilómetros de aquel; á Rethimo, la antigua *Rithimnos*, que se asienta cerca del Ida, en la parte Occidental de esta elevada montaña; y de camino á la Canea, la *Kydonie* de los griegos, hallándose cer-

ca de la ciudad y á orillas del mar, descargas de fusilería, estampidos de cañón, el silbar de las balas y los gritos de los combatientes, le obligaron á detener sus pasos.

—¡Cáspita!—exclamó para sí el Doctor en correcto griego antiguo, porque se adaptaba al medio ambiente.—¡Vaya un modo de hacer fuego! ¡Qué cañonazos!......... ¡Parece que disparan con dinamita!...... ¡Ya estoy en plena civilización moderna!.. ......

Y tendiendo una mirada al mar, lo vió cuajado de formidables buques acorazados, cruceros, cañoneros, torpederos, cazatorpederos, avisos y transportes de guerra, en cuyos topos ondeaban sendas banderas de las grandes potencias de Europa.

—Aquellos barcos—prosiguió Briján—no se entretienen en hacer salvas, pues advierto el terrible efecto de las granadas en ese promontorio donde se alzan tiendas de campaña y estandartes coronados de cruces, que acusan la presencia de un campamento cristiano. Por lo visto, los Gobiernos europeos mandan aquí sus poderosas escuadras en calidad de amigables componedores en la contienda de turcos y cretenses, y tratan de persuadir á los últimos de la necesidad de la concordia. ¡Inclinemos la frente ante estos irrefutables y atronadores argumentos y busquemos un refugio que nos ponga á cubierto de lógica tan contundente y abrumadora!

Y alejándose de la playa, dió con un estrecho y corto valle que se hacía entre montañuelas rodeadas de abruptos riscos, al extremo del cual, cubierta de espesos matorrales, se formaba una gran cavidad al pie de un cerro.

A ella se acogió el sabio helenista á tiempo que reventaba en el valle un enorme proyectil cargado con melinita.

—¡Jesús me valga!—gritó nuestro viajero; pero su voz fué ahogada por el eco de la formidable detonación, que con pavoroso estruendo repercutía en aquellas cavernosas profundidades.—¡De buena me he librado! Forzoso será permanecer aquí hasta que cese el chaparrón de acero y dinamita, que según lo que arrecia, parece que las grandes potencias están haciendo la apoteosis de la paz armada.

Y acomodándose lo mejor que pudo en la entrada de la cueva, se quedó largo rato pensativo, sentado en el suelo, con una mano en la frente y el codo en la rodilla: reflexionaba sobre los progresos de la balística y de la diplomacia.

De pronto, cuando se extinguían los últimos ecos del tremendo estampido, se oyó una voz que desde el fondo de la caverna gritaba:

—¿Quién va allá? ¿Quién turba mi reposo? Quienquiera que seas tú que profanas este sagrado recinto, respetado hasta por los dioses inmortales, pagarás caro el sacrílego atrevimiento! ¡Caigan sobre tí las iras de las furias infernales!

Los pretéritos cabellos del insigne erudito debieron ponerse de punta, porque daba diente con diente, temblaba de los pies á la cabeza y sentía escalofríos en todo su cuerpo. ¿Era sueño ó realidad? ¿Alucinación de la mente, ó verdadera percepción de los sentidos? No: el Doctor estaba despierto, en perfecto estado de conciencia; no le cabía duda. Aquellas extrañas palabras le infundían espanto; pero al propio tiempo sentíase poseído de asombro y estupor que le robaban el vital aliento y helaban la sangre de sus venas; porque la voz misteriosa había hablado en griego, en el más puro y harmonioso griego del Atica antigua.

—¿Quién anda ahí?—repitió aquella más cerca.—¿Quién eres, mísero mortal, que te presentas con tan grotesca y ridícula vestidura? ¿Histrión acaso que apela á semejante indumentaria para solaz y recreo de los ojos? ¡Ni el mismo Dios de la risa pudo ofender de tal suerte las leyes de la belleza y la majestad de la forma humana! Habla, ¿quién eres?

—Sañor- balbuceó el doctor en el mejor griego que sabía;—sorprendido por violenta tempestad, me refugié en esa cueva. Soy extranjero......

—Harto lo dice y corrobora la aspereza de tu lengua; mas ¿por qué has turbado mi sueño con tanto estrépito?

—No me culpes á mí, que soy hombre naturalmente pacífico y enemigo de todo ruido, y más del que causan y producen los explosivos modernos. Culpa á la civilizada Europa, representada por las escuadras que no lejos de este sitio puedes ver y admirar en medio del mar espacioso.

Y Briján, cuyas pupilas contraidas por la claridad no le habían permitido hacerse cargo de su interlocutor, vió salir del fondo de la cueva y dirigirse al valle á un decrépito anciano de venerables canas y larga barba que le llegaba á la cintura, vestido de quitón y clámide y calzando cáligas.

El cual, sin reparar en el asombro del Doctor, que seguía sus pasos, se encaminó á la playa, y abarcando con la vista al mar, que en grande extensión se mostraba, sorprendido de tan numerosos, diversos y para él extraños buques, exclamó:

—¡Naves que surcan el imperio de Neptuno, sin remos ni velas, vomitando penachos de humo y estremecen el aire, la tierra y el firmamento con sus truenos!....... ¡Estoy soñando! ¡Qué maravilla!

—Son buques—contestó el Doctor—que se mueven á impulsos del vapor que engendra el sueño.

—¡Vapor, fuego! Pluton domeñando á Neptuno, usurpando el poder de Eolo?—exclamó el anciano.

—¿Tan ajeno vives á las cosas del mundo para ignorarlas de tal suerte? ¿No has visto nunca el mar?

—Cerca de sus orillas se meció mi cuna: soy de Gnosos.

—¡Gnosos! ¡Ni vestigios se encuentran de la ciudad!

—Extranjero, si no has perdido la razón, Baco turba tus sentidos. Dices que Gnossos no existe, cuando há tres días que estaba yo allí.

—¿Há tres días que dejaste una población de la cuál no queda más que el recuerdo? Quién eres, extraña visión, pues cuando más te miro más dudo de tu realidad corpórea?

—Soy Epiménides, hijo de Doríades, el favorito de los dioses.........

—¿Epiménides, el filósofo cretense que estuvo dormido en una caverna más de medio siglo?

—Sí; abrumado por los años, harto de la ingratitud de los hombres y de la crueldad de la muerte que me condenaba á vivir, me encerré de nuevo en la cueva con el propósito de entregarme el descanso; pero es tanta mi desventura y tan mala mi estrella, que cuando me quedaba traspuesto, vino á despertarme el ruido infernal de estos navíos.

—¡Un breve sueño de veinticinco siglos! ¡625 olimpíadas!

—¡Seiscientas veinticinco olimpíadas! ¡Desvarío! ¡No es posible! ¡Si fué ayer cuando me refugié en la cueva y quedé dormido!

—¿Acaso la nada es susceptible de tiempo ni medida?

—¿Te consagras también al estudio de la filosofía?

—¿Quién no la estudia; pero ¿quién saca verdadero fruto de sus enseñanzas?

—¿Ha contribuido al perfecionamiento humano!

—El rebaño, la multitud anónima, el vulgo es casi el mismo que conociste. Eterno niño, se entretiene en romper los libros cuando no se burla de sus maestros. Ni aprende, ni se corrige, ni le escarmientan las lecciones de la experiencia. Candoroso de suyo, se deja seducir facilmente por cuantos saben halagar sus gustos pueriles. Versátil é inconsciente, hace á veces pedazos sus juguetes favoritos para llorar luego su pérdida. No carece del concepto de la moral; pero suele fallar más con la pasión que con la justicia. No soporta la contradicción, olvida los favores y paga casi siempre con negra ingratitud á quien mejor les sirve.

—Reconozco al pueblo que me llevó en triunfo cuando le libré de la peste, y pasado el peligro me obligó á refugiarme en la cueva; pero no dudo que los que tienen la misión de encaminar y dirigir sus pasos, merced á las enseñanzas de la historia y al natural progreso y el desenvolvimiento de los principios morales y sociales, habrán perfeccionado el arte del gobierno, cimentándolo sobre el derecho y la justicia en su concepto más puro y elevado.

—¿El derecho? Mira los navíos que arrojan sobre la playa instrumentos de muerte y de ruina: pues ése es el derecho. ¿La justicia? Héla allí en aquel campamento de patriotas cretenses, rodando ensangrentada por el suelo.

—¡La fuerza, siempre la fuerza, soberana del mundo! Mas ¿quién usurpa el cetro á Júpiter? ¿Quién de tal suerte se apodera del principal atributo de su divinidad y fulmina sobre la tierra los rayos destructores?

—Há muchos siglos que Júpiter perdió la corona. Ahora reina Pluto y gobierna Mercurio.

—¿Y Minerva, mi querida Minerva?

—Sobornada por ambos no se desdeña de servir á Marte. Gracias á ella las naves navegan sin velas ni remos; llevan el huracán en sus entrañas, y le menosprecian si se opone á su marcha; se alumbran de noche con la claridad del día; amparan y protegen á sus tripulantes con



Exhibición de la Escuela Normal para Profesoras.



Aspecto de la rotonda en el monmento de la conferencia.



La señorita Concepción de la Fuente pronunciando su discurso.

Exhibición de Sericicultura de don Hipólito Chambón.

murallas de acero, y disparan á mansalva enormes artefactos de metal, que encierran en su seno el exterminio.

—¿Mas que causa mueve é incita á estos extranjeros á hacer guerra á mi patria?

—La común envidia y el temor del bien ajeno. Tu patria es una doncella eternamente hermosa que arrastra las cadenas de larga y cruenta esclavitud. Por romperlas ha vencido á Penélope en la constancia, á Hércules en los trabajos y á Aquiles en el valor y el ardimiento. Espera al fin sacudirlas; pero los grandes Estados de Europa, codiciosos de la posesión y cobardes para la disputa, le ofrecen á manos llenas la libertad, si en cambio sacrifica el firme y acendrado amor que profesa al pueblo helénico. Ella resiste pensando sólo en el elegido de su corazón, y los rivales se unen y congregan aquí para imponer su voluntad con la fuerza bruta. Así, la diplomacia, resumen y compendio de bajas pasiones, sin alteza de miras para alentar y servir los más nobles ideales, haciendo hasta ostentoso alarde de tenerlos en poco, dispone á su antojo de la suerte de los Estados débiles, y busca su justificación en la conveniencia de prolongar una paz vacilante y siempre en peligro; paz más costosa é inicua que la misma guerra, porque las naciones se arruinan al peso de las armas que acopian la mutua desconfianza, la torpe emulación y el constante recelo. De esta manera obran y proceden las potencias que se jactan de marchar al frente de la civilización,

—¡Esto no es la civilización—exclamó Epiménides alejándose de la orilla del mar,—sino la barbarie ilustrada!.........

—¿Adónde vas? —preguntó el doctor.

—¡A mi soledad, á olvidarlo todo, á dormir en lo más hondo de la caverna, donde no puedan despertarme los rugidos de la fiera humana!

Nilo María Fabra.



Imita á aquella nueva Galatea,
pues, al ver que algún hombre la subyuga,
para no ser vencida siempre emplea
la gran estratagema de la fuga.

Campoamor.



Toro y becerro de la exhibición "Mundy."

AMARGURAS

Estaba triste, macilenta, con el alma sumida en el dolor, sin esperanzas para el porvenir.

Todo la hastiaba, hasta la religión.

Una vez amó; pero con un amor puro y sin límites, y la engañaron. Al verse burlada, rompió con la sociedad. *Se reconcentró* en el reducido espacio de su pequeño hogar. Hogar frío donde no encontraba afecciones.........
Después cobró odio invencible á los hombres. Ellos eran los culpables de su desgracia.

Pensó en el suicidio; pero ¡ay! únicamente se valen de este medio los pobres de espíritu...... Ella no podía soportar más el desencanto de la vida.

No, nos más ver aquel sol que alumbró los bellos días de su pasada felicidad. No más abismarse en amargas meditaciones á orillas del mar.........

......¡Ah, cuántas ilusiones perdidas!.........
.........¡Cuántas venturas frustradas!.........

Era una noche tempestuosa y obscura en que se oían retumbar los atronadores ecos de las nubes; ella que no creía en Dios, lo imploró frenética con todas las fuerzas de su alma para que le quitara la horrible excitación que la dominaba.

Se efectuó un milagro. Cayó en profunda meditación y oró. Repitió las oraciones que cuando tierna niña le enseñaron sus padres.

El bálsamo dulcísimo de la religión, de la religión que todo lo purifica, fué un gran lenitivo para aquella *alma sedienta de consuelo y marchita por los dolores.*

Rosario Armenteros de Herrera.



Se asombra con muchísima inocencia
de cosas que aprendió por experiencia,

***

Como todo es igual, siempre he tenido
un pesar verdadero
por el tiempo precioso que he perdido,
por no haber conocido
que el que ve un corazón ve el mundo entero.

Campoamor.





Grande fué la tristeza en Burgos cuando se supo la muerte de la bella Encarnación, la de las mejillas sonrosadas como los laureles rosas que florecen en Granada, en los palacios de los moros. Se la había visto la víspera entrar á la casa del judío Ismael, el usurero á quien la miseria de sus viejos padres no había podido entonces conmover, y cuando hubo salido de la casa del judío inmundo, huyó en medio de la noche que venía; sus ojos purísimos permanecían fijos en tierra y un duelo de vergüenza la envolvía. Al alba, los monjes del monasterio de Miraflores encontraron su cuerpo inerte sobre las riberas del Arlanzón. Y de todas las calles, y de todas las plazas de la ciudad, subía un grito de ira contra aquel que la había impulsado á la muerte. Las jóvenes lloraban, recordando su compañía; las viejas prodigaban sus maldiciones con locuacidad; en tanto que los hombres se miraban con mirada sombría y juraban entre dientes

Los campesinos, encaramados con dignidad en sus mulas, al bajar de la montaña, se admiraban de ese rumor, y preguntaban si los paganos habían aprisionado los estandartes de Castilla. Y cuando sabían el nuevo crimen del usurero maldito, unían su cólera á la cólera pública, porque casi todos le debían de antemano todo el dinero de su cosecha.

Y todos estaban de acuerdo en que la hora de la venganza había llegado.

«Ese judío ha merecido el suplicio; es preciso colgarlo con un puerco!»

Los caballeros jóvenes jugaban en una plaza. Uno de ellos exclamó: «Reclamo la cabeza del judío para suspenderla á la puerta de mi casa.»

El otro dijo: «Y yo quiero su piel para hacer una aljaba.»

«Yo también la reclamo, dijo un tercero, porque he hecho voto de ofrecer á las damas de las Huelgas, un crucifijo recubierto de la piel de un pagano.»

La piel de un guerrero, sea; pero sería un sacrilegio revestir la divina figura del Cristo con la piel de ese vil usurero. Yo la tomaré, pues, por mi parte y mandaré hacer la imagen de un júdas, que expondré en la plaza pública, detrás de una reja, á fin de que los paseantes lo cubran con sus salivas.

—Para poner á todo el mundo de acuerdo, juguemos sus despojos; el más diestro guardará la cabeza y la piel; los otros se partirán las riquezas.

—¡Silencio! exclamó un caballero cubierto de una armadura toda blanca, y á quien nadie conocía; silencio! malos caballeros que queréis mancillar vuestras manos con el oro inmundo! Soy yo quien dará el castigo en nombre de la justicia. Y que niguno pretenda disputar mi privilegio!»

Un monje revestido de una vestidura blanca y negra, avanzó: «Reclamo á este hombre! El Evangelio ha dicho: «No matarás.» Sólo Dios puede disponer de la vida de los hombres. Así, pues, este no puede ser condenado sin un juicio de nuestro tribunal, pues somos inquisidores de Castilla!»

El caballero se inclinó, puso una rodilla en tierra y besó el hábito del monje:

—«Padre mío, dijo, tus palabras son justas; pero ese hombre, en otro tiempo me ha traicionado y me ha entregado á los paganos. Concédeme ser el instrumento de tu justicia.

—Quién eres tú, á quien nadie conoce?

—Soy el caballero Pedro de Miranda.

Entonces todos retrocedieron un paso, como ante un fantasma.

Recordaron que en otro tiempo un paladín de este nombre hacía temblar por sus empresas á los paganos del reino de Granada. Un día ese caballero había sido traicionado por su amada, que le hizo beber un brevaje de muerte.

Habiendo desaparecido su cadaver, se creyó que había sido entregado á los musulmanes. Y ninguno oyó hablar más de él.

....

El monje le bendijo y le dijo: Este es un milagro del cielo. Caballero, que la paz sea contigo! Te concedemos lo que deseas!

En verdad, el judío Ismael no había dormido con un sueño apacible. No porque hubiese conocido jamás los remordimientos; pero la joven le había lanzado, al partir, extraños anatemas que despertaron en su alma los terrores de la superstición. Y visiones inquietantes turbaron su noche. De suerte que experimentó la necesidad de levantarse antes de los primeros rayos del dia. Con la prudencia de un gato se deslizó fuera de la ciudad y se dirigió á lo largo del Arlanzón, hacia el camino de Miraflores, para ir de ese lado á reclamar algún pago á un deudor.

Mas he aquí que sobre la arena de la ribera, Ismael percibió una forma negra. Y habiéndose aproximado, reconoció el cadáver de Encarnación. Entonces el judío sintió que el temor le hacía un nudo en la garganta y huyó rápidamente. Mas como se volviese una tercera vez hacia el lugar donde yacía el cuerpo de la joven, percibió muchas luces que la rodeaban y que erraban misteriosamente. Eran los monjes á los cuales se había señalado el cadaver y que venían para enterrarlo. Pero Ismael creyó inmediatamente en una ronda diabólica de espíritus engendrados en la sangre de su víctima. Reconoció pues que la venganza estaba próxima y corrió, lleno de espanto, hacia su casa. Ahí descendió á toda prisa hacia la cueva donde ocultaba sus cofres llenos de oro, y sumergió, febriscitante, sus manos entre los doblones. Porque sabía por los árabes que el sonido del metal tiene sólo la propiedad de poner en huida á los fantasmas.

Bien pronto los gritos de fuera llegaron hasta él. Y he aquí que á la extremidad del largo corredor que conducía á su refugio subterráneo, en la sombra apareció una luz. Ismael se precipitó de nuevo hacia el cofre para hacer sonar sus piezas de oro. Pero la luz vengadora se aproximaba siempre.

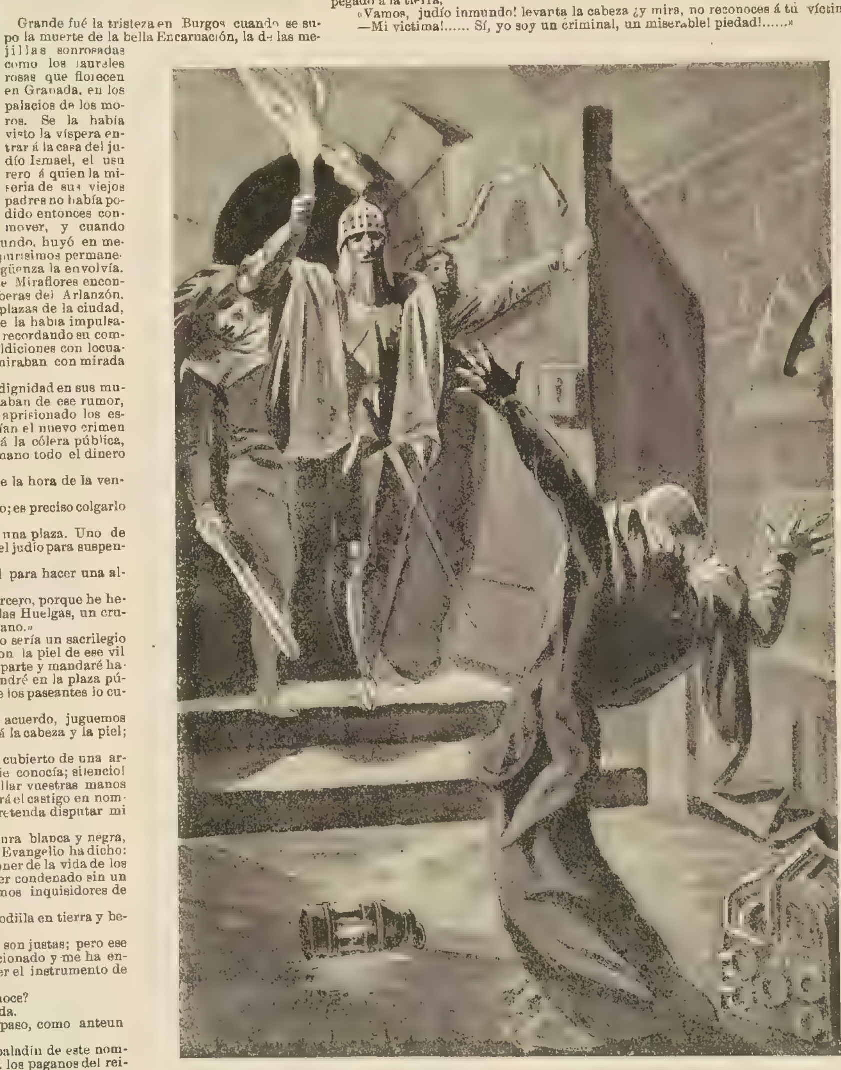
Y en el dintel de su guarida, irguióse un fantasma gigantesco, cubierto de una armadura blanca y con una antorcha en la mano.

El judío tuvo apenas fuerzas para murmurar:

«Gracia!» La palabra salió de su garganta como un estertor y cayó con el rostro pegado á la tierra.

«Vamos, judío inmundo! levanta la cabeza ¿y mira, no reconoces á tú víctima?

—Mi victima!...... Sí, yo soy un criminal, un miserable! piedad!......»



Se irguió un fantasma gigantesco con una antorcha en la mano.

Y el judío permanecía tendido sin osar levantar los ojos, y temblando como una hoja al soplo del viento.

«Y bien! eres mudo, judío hocico de puerco, que te arrastras así sobre tus cuatro patas como un brut.?

—Por Javeh!...... Encarnación! .... piedad!.. . mira!...... He aquí toda mi fortuna. Hay en ese cofre doblones y doblones...... Toma lo que quieras...... O más bien, déjame que lleve á los tuyos bastante oro para llenar de dicha su vejez.»

Detrás del caballero habían llegado muchas gentes á quienes Ismael no había visto.

Una voz grave habló:

«Este hombre ha confesado su crímen, es pues inútil interrogarle. Ahora, nos compete á nosotros, inquisidor de Estado, pronunciar el juicio y vamos á hacerlo en nuestra solicitud, para bien de todos, ante el pueblo reunido. Que los esbirros aten ese judío con ligas sólidas. Que lo hagan en seguida comparecer ante nuestro tribunal y que se prepare á oír su condenación.»

Y cuando el pueblo percibió la faz lívida de Ismael, las vociferaciones redoblaron y el usurero se sintió aplastado bajo la ira de toda una ciudad.

Entonces el inquisidor pronunció estas palabras: «El Evangelio ha dicho: «El que hiere por el fierro, perecerá por el fierro. Es pues justo que el que ha causado la muerte de su semejante por el oro, perezca por su oro.

Esta sentencia fué acogida por los aplausos del pueblo, y un escribano leyó un juicio en latín, que Ismael no comprendió.

Despues fué arrastrado á la prisión.

Al día siguiente el carcelero introdujo al verdugo seguido por dos hombres que llevaban tierra en canastas.

El judío pensó que había llegado su última hora. Fué despojado de sus vestidos y extendido en el suelo, temblando de terror y de frío.

Su angustia se acrecía por la ignorancia del suplicio á que se le destinaba. Cerró los ojos y sintió que posaban sobre su cuerpo una sustancia húmeda, algo que se asemejaba al yeso mojado, y en el cual se le cubriría vivo.

Recubrieron primero sus pies y sus piernas, después su vientre y su pecho fueron oprimidos como por el plomo; por último su cabeza quedó encerrada en una máscara de lodo é Ismaél esperó la muerte.

Pero bien pronto se desvaneció, y cuando volvió en sí, sintió que sus miembros estaban libres.

Sólo el carcelero se mantenía cerca de él. Y creyó que una pesadilla había alucinado su espíritu extraviado por el terror.

Pasaron muchos días.

Una mañana la puerta del calabozo se abrió aun, y habiendo entrado los esbirros le arrancarron sus vestidos, lo ligaron con cuerdas, le ocultaron la cabeza en un saco y lo empujaron fuera de la prisión.

De nuevo Ismael, espantado, oyó en su rededor las imprecaciones de la ciudad, y cuando estuvo en el lugar del suplicio, se le quitó el saco que le ocultaba los ojos.

Entonces vió sobre un estrado al inquisidor de castilla con sus asesores, después, abajo, al caballero blanco sobre su caballo, metido en su armadura de fantásma, después á los penitentes con sus coguyas, que esperaban su cadaver, y por fin, aullando y amenazando, al rededor de él, á la multitud. En lugar del suplicio se había dispuesto un zócalo de marmol en medio de la plaza, y sobre ese zócalo se levantaba, resplandeciente bajo la luz del sol, una estatua toda de oro. Ismael notó que esa estatua extraordinaria estaba separada por en medio en dos trozos. El verdugo le dijo: «Mira bien esa estatua; se ha empleado para fundirla todo el oro de tu tesoro.» El judío se sintió desfallecer.

Y el verdugo añadió: «Esta estatua va á ser tu ataud.»

Un predicador arengó al condenado, excitándolo á convertirse. Pero el judió ya nada oía.

Percibía á lo lejos el curso del Arlanzon y el sitio en que vió tendido el cadaver de Encarnación. Por fin el verdugo lo asió. Por última vez Ismael vió el cielo y la luz del día. Después fué colocado dentro de la estatua, se sellaron las dos partes y las tinieblas eternas cayeron sobre el suplicia do, en tanto que la estatua radiaba á los ojos de los hombres al igual que el sol.

Así fué como se vió durante muchos años una estatua de oro á las puertas de Burgos.

....

Una mañana, sin embargo, se percibieron de que el hombre de oro había desaparecido

Algunos campesinos pretendieron que los ladrones se lo habían llevado para venderlo á los musulmanes y que se les había visto arrastrando la estatua en un carromato, tirado por más de treinta mulas.

El pueblo de Burgos no se dignó perseguirlos. Además nunca creyó en este relato, que le pareció inverosímil.

Pues todos reconocieron que sólo el diablo pudo tener interes en robar á los cristianos el ataud de un judío.

Enrique Guerlin.



LA NUEVA PRIMAVERA

Es la gran fiesta de la Naturaleza! Una oleada de luz ha despertado á las cosas tristes, á los gérmenes dormidos, y la Impasible, la eterna Impasible abre sus ojos para contemplar la vida.—Eres tú, mi vieja amiga, mi buena confidenta de otros tiempos, eres tú siempre, triunfante Primavera! Ayer llamaste con tu pálida claridad de virgen anémica á mi ventana y prendiste una nota rojiza en las temblorosas hojas del rosal olvidado. La noche, la pérfida, la callada, la que asecha su presa y oprime los espíritus, ha sido vencida, y en los espacios canta la creación su himno inmortal, vibra y palpita. Ya llegaste, triunfante Primavera, ya estas aquí, fiesta de vida, preludio de juventud!...... «¡Vida! ¡Juventud! ¡Primavera! ¿Para qué?».........

No, mi vieja amiga, mi buena confidenta de otros tiempos, ya no eres la misma. Me engañas. Tus alientos nuevos no arrastran las mismas impresiones, el aire sano y fresco de la mañana no lleva las mismas promesas. En vano despliegas tu estandarte victorioso. ¿Qué importa que revistas iguales líneas y te cobijes dentro de idénticas formas? Lo que de tí amamos, lo que nos hacía penetrar calladamente bajo tus arcadas floridas, la vaga aspiración, el misterio ansiado, la sensación exquisita, el desbordante anhelo, la invisible escala por donde se sube al ideal, toda esa cohorte divina ha pasado, todo se lo llevó la ley indeclinable, la que redime y mata, la que pone la plegaria en los lábios del incrédulo y la blasfemia en la boca del creyente, la ley de la vida que preside la muerte.

¿Cuántas primaveras ¡oh Dios! han rozado con sus alitas diáfanas cada existencia humana, para comprender que no hay Primavera? Acaso una sola, una noche, una hora, un minuto...... Y después, en vano llamarás á esas ventanas con la pálida claridad de virgen anémica y prenderá una nota rojiza en las temblorosas hojas del rosal olvidado......... Ya no serás la misma vencedora, y tú Impasible, eternamente Impasible ya no abrirás los ojos para contemplar la vida.—Aquella, la nuestra, la que hacía estallar en nuestra alma locos anhelos y florecer radiosas excelsitudes, se fué para no volver ya nunca, allá se hundió en el ala inmensa de lo Desconocido.

***

¿A dónde van los muertos, nuestros muertos? pregunta Paul Bourget en la postrera página de su *Idilio trágico*.—¿Los que nos han amado y hemos amado, los que se apartan de nosotros no tendrán ya nunca contacto con nuestra alma; ó acaso vivirán á nuestro lado, con una vida que se escapa á nuestros sentidos, una vida confusa y misteriosa de que no logramos penetrarnos, esparcida en el Infinito, y que es perfume en la flor, luz en el astro, vibración imperecedera en el ritmo del movimiento en los espacios? El eterno grito de angustia que se escapa de una humanidad triste y adolorida ¿es el desesperado grito de un náufrago que antes de rodar en el abismo movible de las ondas, ha encerrado en el marco de su mirada la soledad inapelable del Océano? Y si no es así, si en el viaje incesante de las moléculas, los espíritus regresan, como la Primavera, y se asoman á las conciencias de los abandonados, como las estrellas se asoman á la superficie de los lagos, ¿en qué nota perdida hacen oir sus imperecederos lamentos, en qué punto del espacio ocultan sus nostálgicas tristezas?......... Y la vida cruza indiferente, en medio del eterno misterio, desbordando himnos y rebosando rosas, y la nueva Primavera teje guirnaldas con las recienabiertas flores de los campos.

Allá, en el «antiguo bosque,» el ruiseñor canta siempre en el granado. ¿Qué sabe él de estas desgarradoras tragedias de las almas? Para él la existencia con todas sus palpitaciones, se encierra en estas estrofas que surgen sin esfuerzo, sin dolor y que se nos antojan impregnadas de incurable amargura. ¡Quién sabe! Acaso vaya en ellas disueltas algo inmaterial de lo que en lo material buscamos: lágrimas, miradas, ecos, remembranzas.......

¡Cruel ironía! La vida se ríe sardónicamente de nuestras rebeldías y sigue su marcha triunfal, su alegre camino, la incesante resurrección de las cosas.

***

¿No eras tú, joven poeta el que un día devorabas en la apoteosis de la Primavera las páginas del *Intermezzo*, y en tu garganta pugnaba el sollozo por abrirse paso? Ahora evocas tu dolorosa crísis, el primer desfallecimiento, cuando todavía la dura ley de la lucha no se te había aparecido como un espectro en el umbral de tu morada. Ahora buscas el verso sarcástico, el punzante epigrama, la vibradora saeta que penetraba en tu lacerado espíritu, en aquella reveladora floración de la juventud primera. ¿En dónde estás, buena sensación ya perdida, que te hacía ver un claro redondel de cielo á través de tu tempestad de lágrimas? Piedad suprema que redimías todos los dolores y sublimabas todas las tristezas, la que con una frase de esperanza agitaba hasta el loco heroismo, en una excelsa serenidad compasiva, los buenos impulsos, ¿dónde te ocultas? Noches estrelladas, claras noches de insomnio, en las que el espasmo hincaba su garra en tu palpitante cuerpo, mientras afuera algún genio invisible dejaba caer el polvillo de oro de sus ensueños sobre el fecundo seno de la naturaleza y la hacía palpitar con su beso de amor......... ¡qué lejos y qué cerca! ¡qué profunda la huella que dejó en la conciencia y qué empalidecida en el marco que la encerró breves momentos!

***

En la noche, cuando el silencio se restablece y la Naturaleza se prepara á su gran fiesta de Primavera y la vaga aspiración de buscar en los espacios el luminoso rastro del espíritu ausente, mientras canta el ruiseñor en el granado y las fuerzas de la tierra se estremecen en su labor inacabable, y todo canta y germina; de puntillas, sigilosamente, me acerco temblando á una amada camita y pongo mi cabeza sobre las alas de dos angeles...... y entonces ¡oh Dios! ya entró en todo mi sér la Primavera......... la nueva Primavera de mi vida.

Carlos Díaz Dufoo.

Mayo de 1897.



LA ULTIMA ESPERANZA

De pié, sobre la cresta de una elevada cumbre,
do á desleirse bajan los ampos de la lumbre
que arroja el sol, cuando hace su fragua en el cenit,
un joven descendiente de los antiguos bardos,
que ha hallado en su camino vegetación de cardos,
está con la mirada fija en el porvenir ....
El cielo invaden masas enormes de tinieblas,
la atmósfera enrarecen ejército de nieblas,
vendando las pupilas sin rumbo, el sueño va;
y él, sin que nada amengüe su sobrehumano temple
sin que nadie su estoica resolución contemple,
mira á través de todo lo que puede cegar!.........
El rayo al enemigo de sus arranques busca,
el hálito del noto los sentidos ofusca,
emboca el Angel Negro su funeral clarin;
y él, como si tuviera su cuerpo una coraza,
ó como vástago último de la ciclópea raza,
mira impasible, todo lo que le puede herir!
El Destino le presta sus ojos insondables,
Vulcano le remacha los biceps formidables,
para que, armado púgil, se cuadre ante Sansón;
y el paladín no graba terribles predicciones,
ni mide con su fuerza la fuerza de los leones,
porque de su atalaya quiere retar á Dios.........
¿Será el Ajax que piensa fingirse en Estilita,
el mismo que, en sus raptos de cólera, medita
hundirse en el pantano de la noche social?.........
¿Será ese que en los labios de Rabelais coloca,

sonrisas, que trasmigran de una boca á otra boca,
como almas condenadas á un eterno *avatar!*.........
El es el que, sin capa, quiso librar la dosis
que segregan los nervios, por eso la neurosis
le escupe en las entrañas una sustancia gris;
ustancia que disuelve los entusiasmos bélicos
que ayer le hicieron digno de los soldados gaélicos
que aun vagan en los yermos de la cautiva Erin!
¡El es!...... En su cerebro vacilan los enigmas,
que pesan como fardos, que duelen como estigmas,
que acíbar nos ofrecen y nos ofrecen miel......
Sobre las verdes aguas del mar de su memoria,
caminan los ilustres fantasmas de la Historia,
—conciencia de los siglos pretéritos.—¡El es!......
Palpando con los ojos la bóveda celeste,
mientras los vientos inflan su desceñida veste,
sigue el audaz proscrito de la morada azul,
sigue mientras errantes emanaciones cálidas
abrigan, como madres, á las Ninfas Cusálidas,
mientras los girasoles se tornan á la luz!.. ...
Espera, espera, espera......... Los huracanes ruedan,
las olas se levantan, los ecos se remedan,
el vértigo le empuja, no le hace vacilar.........
Avanza, avanza, avanza, con pasos inseguros:
no verá derribarse los dilatados muros,
centinelas que guardan la nueva Jericó.........
Avanza, avanza, avanza; y al borde del abismo
exclama con estruendo como de cataclismo:
«¡Ya perdí la esperanza de provocar á Dios!»

DOMINGO MARTÍNEZ LUJÁN.



LA CABRA DEL SEÑOR SEGUIN

Siempre serás el mismo, mi pobre Gringoire!

¡Conque te ofrecen plaza de cronista en un buen periódico de París, y tienes el cuajo de no aceptar!......... ¡Mírate á tí mismo, infeliz mancebo! Mira ese jubón lleno de sietes, esas calzas derrotadas, ese flaco rostro pregón del hambre. ¡He ahí á dónde te ha conducido la pasión por las bellas rimas! He ahí lo que te han proporcionado diez años de leales servicios entre los pajes del Sr. Apolo......... ¿No te da ya vergüenza?

¡Hazte cronista, imbécil! ¡Hazte cronista! Ganarás buenos escudos contantes y sonantes de mogollón, tendrás tu cubierto en casa de Blévant y podrás pavonearte los días de estreno con una pluma nueva en el birrete.........

¿No? ¿No quieres?......... Pretendes permanecer libre á tu antojo hasta el final...... Pues bien, oye un poco la historia de *La cabra del Sr. Seguin*. Verás lo que se gana queriendo vivir libre:

El señor Seguin jamás había tenido suerte con sus cabras. Todas las perdía del mismo modo: una mañanita, la menos pensada, rompían la soga, escapábanse al monte, y allá arriba comíaselas el lobo. Ni las caricias de su amo, ni el miedo al lobo, nada las contenía. Parece ser que eran cabras independientes, que anhelaban á toda costa aire libre y libertad.

El bueno del señor Seguin, que no comprendía una jota del caracter de sus animales, estaba afligidísimo, y decía:

Se acabó; mis cabras se aburren en mi casa, no conservaré ni una sola.

Sin embargo, no se desalentó; y después de haber perdido de idéntica manera seis cabras, compró la séptima; sólo que esta vez tuvo el cuidado de que fuese muy joven, para que se acostumbrara mejor á permanecer en casa.

¡Ah Gringoire, qué linda era la cabrita del señor ñor Seguin! ¡Qué linda, con sus dulces ojos, su perilla de sargento, sus cascos negros y relucientes, sus cuernos á rayas y sus largos pelos blancos, que la vestían de gabán! Era casi tan hechicera como el cabrito de Esmeralda (¿te acuerdas, Gringoire?); y además, dócil, zalamera, y se dejaba ordeñar sin menearse, sin meter la pata en la escudilla. ¡Una monada de cabrita!.. .....

El señor Seguin tenía detrás de su casa un cercado de espinos. En él puso á su nueva huéspeda. En medio de la praderita clavó una estaca cuidó de que tuviese cuerda larga, y de vez en cuando iba á ver si estaba bien. La cabra era muy feliz; y rumiaba la hierba con tan buena gana, que el señor Seguin estaba extático.

—¡Gracias á Dios -pensó el pobre hombre—que á la postre hay una que no se hastiará en mi casa!

El señor Seguin se engañaba: su cabra se hastió.

Cierto día dijo ésta mirando al monte:

—¡Qué bien se debe de estar allá arriba! ¡Ay que gusto triscar entre malezas, sin esta maldita soga que me despelleja el cuello!...... ¡Quédese para el asno ó para el buey eso de pastar en un cercado!...... A las cabras nos hace falta mucho espacio.

A partir de este momento, parecióle insípida la hierba del cercado. Le entró tedio. Enflaquecía y se iba quedando sin gota de leche. Daba lástima verla todo el santo día tirar de la soga, abriendo los agujeros de la nariz, y balando con tristeza *¡Bée!*

El señor Seguin advirtió que á su cabra le pasaba algo, pero no sabía qué...... Una mañana, al concluir de ordeñarla, volvióse la cabra y le dijo en su patué:

—Oiga, señor Seguin, me aburro en su casa; déjeme usted ir al monte.

—¡Ah, Dios mío!...... ¡También ella!—gritó estupefacto el señor Seguin, y de la impresión cayósele la escudilla y luego, sentándose en la hierba, junto á su cabra, la dijo:

—¡Cómo es eso, Blanquita! ¿Conque me quieres abandonar?

Y respondió Blanquita:

—Sí, señor Seguin.

—Pero ¿te falta aquí la hierba?

—¡Oh, no, señor Seguin!

—¡Quizá te habré atado corto! ¿Quiéres que te dé soga larga?

—No vale la pena, señor Seguin.

—Entonces, ¿qué te falta, qué quieres?

—Quiero ir al monte.

—No sabes, infeliz, que en el monte está el lobo?...... ¿Qué harás cuando se te presente?

—Le daré de cornadas, señor Seguin.

—¡Valiente comino le importan tus cuernos al lobo! Chivas mejor encornadas que tú me ha comido. ¿Sabes lo que pasó á la pobre Renata, una señora cabra vieja que estaba aquí el año atrás, fuerte y astuta como un lobo? Se las tuvo tiesas con el lobo toda la noche...... y despues, á la madrugada, el lobo se la comió.

—¡Caramba, pobre Renata! Eso no le hace, señor Seguin; déjeme usted ir al monte.

—¡Bondad divina!—exclamó el señor Seguin.—¿Pero qué les pasa á mis cabras? Otra más que el lobo me va á comer...... Pues bien; ¡yo te salvaré á despecho tuyo, bribona! Y para que no rompas la cuerda, voy á encerrarte en el establo y no saldrás nunca de allí.

En seguida, el señor Seguin llevó la cabra á un establo muy obscuro y cerró la puerta de él con dos vueltas de llave.

Por desgracia, se había olvidado de la ventana; y, apenas se volvió de espalda, marchóse de allá la pequeña.........

¿Te ries, Gringoire? ¡Pardiez! Ya lo creo; eres del partido de las cabras, en contra de ese buen señor Seguin.... Vamos á ver si pronto te ries.

Cuando la cabra blanca llegó al monte, aquello fué un arrobamiento general. Los añosos pinabetes no habían visto nunca nada más bonito. La recibieron como á una reinecita. Los castaños bajaban hasta el suelo sus copas para acariciarla con las puntas del ramaje. Las áureas retamas entreabiertas á su paso, exhalaban todo el mejor aroma que podían. El monte entero la festejó.

¡Figúrate Gringoire, si estaría contenta nuestra cabra! No más cuerda, no más estaca...... nada que le impidiese triscar y pacer á su antojo...... ¡Allí sí que había hierba! ¡Hasta por encima de los cuernos, querido!...... ¡Y qué hierba! Sabrosa, fina, dentellada, constituida por mil plantas...... ¡Diferencia del césped del cercado! Pues, ¿y las flores?...... ¡Grandes campanillas azules, digitales purpúreas de largos cálices, todo un bosque de flores silvestres llenas de jugos bien olientes y que se subían á la cabeza!

La cabra blanca, medio borracha, revolcábase allá adentro patas al aire y rodaba á lo largo de las escarpas, revuelta con las hojas y las castañas caídas. Luego, de un salto, se ponía en cuatro pies de repente; y cátala disparada de cabeza, á travez de brezos y chaparros, ya en lo alto de un picacho, ya en el fondo de una torrentera, arriba, abajo, por todas partes......... Hubiérase dicho que en la montaña había diez cabras del señor Seguin.

Y es que á nada tenía miedo la Blanquita.

Pasaba de un salto grandes torrentes que la salpicaban de humedo polvo y espuma. Entonces, chorreando toda, iba á tumbarse á la larga sobre una roca plana y poníase á secar al sol. Una vez, al avanzar hasta el borde de una meseta, con una flor de citiso entre los dientes, vió abajo, allá abajo, en el llano, la casa del señor Seguin con el cercado de atrás. Eso la hizo reír hasta llorar.

¡Qué pequeño es todo eso! -dijo—¿Cómo habré podido caber allí dentro?

¡Pobrecilla! Al verse encaramada tan alto, creíase por lo menos tan grande como el mundo.........

En resumen: aquel fué un gran día para la cabra del señor Seguin. A la mitad de él, mientras corría á diestro y siniestro, vino á dar con una manada de gamos, dispuestos á mascar con buen diente una lambrusca. Nuestra pequeña andariega de traje blanco, produjo gran impresión. Diéronla el mejor sitio junto á la lambrusca, y todos aquellos señores estuvieron muy galantes......Hasta parece ser (quédese esto entre nosotros, Gringoire) que un joven gamo de pelo negro tuvo la suerte de agradar á Blanquita. Ambos novios se perdieron una o dos horas entre el bosque; y si quieres saber de lo que trataron, anda y pregúntaselo á los parleros arroyos que corren invisibles por entre el musgo.

De pronto refrescó el viento. La montaña se puso de color de violeta: era la noche.

—¡Ya!—dijo la Cabrita; y se detuvo muy pasmada.

Allá abajo, la campiña estaba envuelta en brumas. El cercado del señor Seguin desaparecía entre la niebla, y ya no se veía más que la techumbre de la casita, con un poco de humo. Oyó las esquilas de un rebaño que iba á recogerse en el redil, y sintió profunda tristeza en su alma...... Un gerifalte, de regreso, la rozó con las alas al pasar. Estremecióse ella...... Luego olló un aullido en el monte.

—¡Guau, guau!

Pensó en el lobo; la loquilla no había pensado en ello en todo el día...... En el mismo momento sonó muy lejos, en el valle, una trompa. Era que el bueno del señor Seguin intentaba el último esfuerzo.

—¡Guau, guau!...... decía el lobo.

—¡Vuélvete, vuélvete!......—gritaba la trompa.

Ganas le dieron á Blanquita de volverse; mas al recordar la estaca, la soga, el seto vivo del cercado, pensó que ahora ya no podría acostumbrarse á aquella vida, y que más valía quedarse en el monte.

Ya no sonaba la trompa......

La cabra oyó tras de sí un ruido de hojas. Volvió la cabeza y vió entre la sombra dos orejas cortas y tiezas, con dos ojos relucientes...... Era el lobo.

Enorme; inmóvil, sentado sobre el cuarto trasero, estaba allí mirando á la cabrita blanca y soboreándola de antemano. Como sabía bien que se la comería, el lobo no se apresuraba; solamente cuando ella se volvió; rióse él con sarcasmo.

—¡Ja, ja! La cabra del señor Seguin!

Y se pasó la roja y gruesa lengua por sus labios suaves como la yesca.

Comprendió Blanquita que estaba perdida. Al recordar un momento la historia de la vieja Renata, que se había batido toda la noche para ser devorada por la mañana, díjose que quizá fuese mejor dejarse devorar en seguida; luego, cambiando de parecer, se puso en guardia, con la cabeza baja y los cuernos hacia adelante, como una valiente cabra que era del señor Seguin; y no porque tuviese esperanza de matar al lobo (las cabras no matan á los lobos), sino nada más que por ver si podría resistirse por tan largo tiempo como la Renata.......

Entonces avanzó el monstruo, y los cuernecillos entraron en danza

¡Ah, valerosa cabrita; con qué bríos acometía! Más de diez veces (no miento, Gringoire) obligó al lobo á retroceder para tomar aliento. Durante esas treguas de un minuto, la golosuela cogía á escape otra brizna de sus caras hierbas; después, tornaba al combate, llena la boca...... Aquello duró toda la noche. De vez en cuando, la cabra del señor Seguin miraba danzar á las estrellas en el claro cielo, y decía para sí:

—¡Oh! ¡Con tal de que resista hasta el alba!... .....

Apagáronse las estrellas unas tras otras. Blanquita redobló las cornadas, y el lobo los mordiscos...... Un resplandor pálido apareció en el horizonte.. . Desde un cortijo subió el cántico de un gallo enronquecido.

—¡Al fin!—exclamó el pobre cuadrúpedo, que sólo al dia esperaba para morir; y tendióse en el suelo, con su hermosa piel blanca, toda manchada de sangre......

Entonces el lobo arrojóse encima de la cabrita y se la comió.

¡Adios, Gringoire!

La historia que has oído no es un cuento de mi invención. Si alguna vez vienes á Provenza, nuestros caseros te hablarán á menudo de *la cabra del señor Seguin, que se batió toda la noche con el lobo, y al cabo, por la mañana, el lobo se la comió.*

Oyeme bien, Gringoire: *E pieu lon matin lon loup la mange.*

ALFONSO DAUDET.



RELIEVES

AMADO NERVO

¡El templo! La luz tibia derrama sus fulgores,
Y en áureos tonos rico su mágico pincel,
Abrillantando el alta ventana de colores
Recorta á un tiempo el ovio de un jonio capitel.

Desata oculto genio la voz de mil rumores,
Chasquean las doradas molduras del cancel,
Y eleva el Cristo exangue los ojos soñadores
Llorando el ateismo del pueblo de Israel.

Silente forma diáfana, se yergue: es la propicia
Tespíade del bardo, la pálida novicia
Que yerra por el lóbrego recinto monacal,

Y va soñando en épocas de contrición bendita
Y en castos desposorios con el Jesús, que invita,
Los brazos extendidos, al místico ideal.

SALVADOR RUEDA

Radiante musa vierte sus alegrías,
Juguetona, locuela y enamorada,
Y lleva en el abismo de su mirada
Luz de extrañas pasiones y nostalgías.

Negras las arqueadas cejas sombrías,
En mármoles y rosas la tez tallada,
Y es su boca riente fresca granada
Do vierte el labio rojo mil ambrosías.

El mantón coruscante, la zapatilla,
La burbuja en la caña de manzanilla
Y del rojo corpiño las ricas telas,

Esmaltan las estrofas, tendiendo el ala.
La zambra se despierta, y el aire escala
Bullicio de panderos y castañuelas.

AURELIO G. CARRASCO.

Mayo de 1897.



No te ablandes oyendo sus acentos,
que el diablo en ocasiones
acalora los buenos sentimientos
para hacer cometer malas acciones.

Yo suelo con tu nombre, niña hermosa,
por más que el curso de mi edad avanza
hacer mi alma dichosa.
¡Sabe tan bien el pan de la Esperanza
que ya no me alimento de otra cosa!

CAMPOAMOR.



Grecia inmortal.

Cuadro de H. Siemiradzki



ENGAÑO SUBLIME

Por María Lescot.

NUMERO 9.

Después, á lo largo de un gran bulevar, otras *villas*, provocativas como cortesanas, mostrando complacientes á los ojos de los paseantes, á través de verjas coquetas, su traje multicolor y la gran línea de verdura que corta la *villa* en dos, luciendo, en medio de las lujosas elegancias, la nota de los rústicos cultivos. Por fin, franqueado el viaducto, he ahí la vieja Lausanne con sus calles estrechas entre taludes cortados á pico ó en descensos vertiginosos, sus altas casas que parecen encerrar al paseante en un vericueto sin salida; pero las casas se separan, una de ellas se sobaja formando plataforma ó terraza, y el lago aparece de improviso, y es cada vez la misma impresión de sorpresa, admirativa cada vez, un placer intenso como si se temiese no verlo más y no se recordase ya su hermosura!

Lila no dejaba de correr en aquellas calles tortuosas, discurriendo por las rápidas pendientes con alegre precipitación de niña, en tanto que detrás de ella el aya se sofocaba por seguirla. Después caminaban rehusando preguntar, encantadas de perderse, embelesadas cuando el azar de su paseo las llevaba de pronto al pie de un monumento

Un día visitaron la catedral con ese sentimiento de intensa curiosidad y de vago terror que los cultos extranjeros inspiran; pero la antigua basílica permanece profundamente católica con sus altos pilares, sus naves profundas, la obscuridad de sus bóvedas, y sobre todo, ese hálito de antiguas edades que nada podría extinguir en el lugar santo.

Las dos mujeres se detuvieron en el sitio vacío de la

agua bendita, buscando esta y con un gesto involuntario hicieron la señal de la cruz; después se dirigieron hacia las grandes bancas de encino para arrodillarse: como el agua bendita, los reclinatorios no estaban ahí.

Se pasearon con pasos tímidos á través de la iglesia desierta con el alma presa de una misteriosa melancolía.

La niña no podía comprender la importancia de esta gran derrota religiosa, pero la desnudez de los muros la impresionaba: ya no había cuadros, ya no había estatuas, ni santos con vasos de flores á sus pies; ya no había capillas ricamente ornadas, no más *ex-votos* ni cirios arrojando en las tinieblas la nota alegre de las iluminaciones; no más madonas blancas tendiendo á los fieles sus brazos de misericordia y de amor. Sólo dos hombres de piedra, rígidamente acostados sobre las tumbas en dos rincones sombríos, las miraban con sus ojos graves. Pasaban frente á ellos suavizando sus pisadas.

Cuando llegaron frente al santuario encontraron solamente las mesas de marmol de las comuniones calvinistas. La niña dijo en voz muy baja:

—Ya no hay lámpara.

Y la ausencia de esta lámpara del santuario, que arde día y noche al pie de nuestros altares, penetró el alma católica de Carlota de un dolor tan punzante, que se arrodilló sobre las piedras, y como los ancianos de Israel ante el templo perdido, se puso á llorar.

Al salir de la iglesia se encontraron al pintor que venía á unírseles. El admiró en un grave silencio la imponente belleza del paisaje que se extendía á sus ojos: las montañas de un hermoso negro, hundían su base en el sombrío lago, sus cimas con sus blancas manchas de nieve se recortaban sobre el azul claro y comenzaban á elevarse vapores ligeros como flecos de pluma.

—Esto es admirablemente bello. murmuró el pintor.

Alguien cerca de ellos dijo:

—Sí, el tiempo es muy bello ahora, pero mañana, sin duda, tendremos bruma.

Lila exclamó gozosa:

—Oh! papá! la bruma, que felicidad! Tú acabarás tu estudio y nos iremos, no es verdad?

A pesar de todo el placer que sentía en aquellas excursiones, á pesar del encanto de Lausanne, Lila permanecía inquieta; su enemiga estaba ahí, como los ogros de los cuentos de hadas,emboscada en el chalet de persianas cerradas, presta á devorar alguna presa.

La inquietud de la niña persistía, aun cuando nada viniese á molestarla.

—Qué dicha!—repetía—partiremos muy pronto.

Cuando los tres paseantes volvían á la villa, la criada suiza fué á su encuentro con un aire un poco inquieto.

—La dama vestida de negro, del chalet ha venido á ver al señor. Estaba muy fatigada y pidió permiso para entrar al taller del señor; dijo que el señor le había enviado su autorización por intermedio de la señorita Carlota. Yo la dejé entrar, no osé rehusarme. Espero que el señor no estará descontento.

Carlota arrojó un grito de alegría.

—Querido señor Duvernoy, cuan feliz soy!

Hace cerca de ocho dias que no la veo. Quiere el señor permitirme que vaya á recibirla?

—No, dijo él secamente.

No le agradaba que entrasen á su taller en su ausencia. Además, le reprochaba á esa extranjera que por tanto tiempo hubiese diferido su visita.

—Es preciso correrla, dijo francamente Lila, frunciendo sus lindas cejas. Es preciso ponerla á la puerta.

—Así lo haré, pero con las formas de costumbre, dijo él sonriendo.

Subió la escalera con paso lento; el deseo que había tenido de conocer á esta mujer, se desvanecía; volvía á tener desconfianza, y el epíteto de aventurera encontrábase de nuevo sobre sus labios; pero apenas abrió la puerta, cuando sus disposiciones hostiles se modificaron sensiblemente. Y de hecho, para un artista, el espectáculo que se ofrecía á sus ojos, superaba al de las aguas cambiantes del lago y á los esplendores de los picos nivosos. La extranjera, ante el paisaje de bruma, parecía en éxtasis, medio tendida en un sillón, con la mirada fija, tan absorta por su admiración, que no oyó la puerta girar sobre sus goznes. Este homenaje mudo, tan sincero, tan inopinado, halagó el amor propio del pintor, más y mejor que ningún cumplido pudiera hacerlo. Vió una mujer de unos treinta años, de ojos tristes, de boca seria, de actitud fría y reservada.

—Señora, dijo avanzando.

Ella se estremeció ligeramente, y sin embarazo alguno se excusó:

—Perdonadme, señor, esta obra es tan bella! Me olvidé de todo al admirarla. Le debo el primer instante de placer que he gustado desde hace tiempo. Temo haber sido demasiado indiscreta entrando á esta casa en ausencia vuestra; pero mi triste salud me prohibe tan frecuentemente salir de mi cuarto y tenía tan gran deseo de esta visita......

Se detenía ante las diversas telas esparcidas en el salón, y sin exageración, sin adulación vulgar, con palabras muy sencillas, las alababa delicadamente. El incienso bajo esta forma discreta, guardaba un perfume exquisito. El pintor se inclinó dando las gracias. Comenzaba á sentirse obligado á esta admiradora; no pensaba ya en censurarla porque había violado su consigna. De sus cartones, de sus cajas, de sus armarios, sacó todos sus estudios, todos sus esbozos, insaciable de los elogios que ella, sin fatiga, continuaba prodigándole. Ella dijo visiblemente embelesada:

—Esto es todo, señor? Debéis tener todavía algo más. Esto es tan hermoso, que desearía uno admirarlo siempre!......

Al fin, dijo con un tono grave:

—El deseo de contemplar todas estas hermosas obras, no es la sola razón de mi visita.

Sus ojos se inclinaron, se detuvo vacilante; pero dominando su emoción, continuó con una sencillez altiva:

—¿Por qué avergonzarme de confesar á un hombre de corazón una pobreza de que no debo ruborizarme? Soy viuda, mis débiles recursos no bastan á mis necesidades. Y como no quiero aceptar nada de nadie en el mundo, ni socorros, ni limosnas, he pensado en trabajar. Me han dicho que tengo muchas disposiciones para la pintura, mis profesores afirmaban que yo podría, en caso necesario, utilizar mis débiles talentos. Es esta vuestra opinión, señor?

Los ojos bajos parecían retener las lágrimas, la boca de labios delgados, comprimía algún sollozo; el timbre metálico de la voz sentaba bien á cada palabra de aquella súplica á la vez humilde y fiera. Permanecía de pie, manteniendo en una mano temblorosa, un álbum de pequeñas dimensiones. Fernando Duvernoy empezaba á encontrarla tan seductora, que se apoderaba de él cierto terror, y lejos de avanzar la mano para recibir el álbum, retrocedió un paso. Después, con un tono poco alentador, casi duro, el tono de un poltrón que siente venir el peligro:

—La pintura, señora, en la época actual, respondió, es una carrera poco lucrativa; tenemos un exceso tal de producciones, de todo género, que nuestros grandes maestros mismos, tienen trabajo para colocar sus obras. Ciertamente yo no osaría aconsejaros que entráseis en esta vía. Encontraréis, así me lo temo, muchas penalidades, pero debéis tener una familia, amigos, que se apresurarán á ayudaros.

Ella respondió con penoso esfuerzo:

—Los Meriadec son pobres y yo no quiero servirles de carga; en cuanto á la familia de mi marido, en cuanto á los Sres. Martín.........

Pasó una llama por sus ojos; era el resentimiento de alguna humillante negativa ó la rebelión de una indomable fuerza.

—.........En cuanto á los Sres. Martin, moriría de hambre antes que dirigirme á ellos. En otro tiempo tenía amigos, ahora ya no los tengo.

Después, con una voz firme, repitió:

—No quiero aceptar nada de nadie en el mundo; ni socorros, ni limosna.

Decididamente esa aventurera daba pruebas de una impecable dignidad. El sintió por ella más respeto.

—Disponed de mí, señora, dijo con un tono resignado, estoy á vuestras órdenes. Tomó el album y lo hojeó. Había acuarelas, después crayons, paisajes, estudios de árboles, flores y aun algunas figuras. Nada de eso lo deslumbró: no esperaba tampoco deslumbrarse y disimuló sin mucha pena su falta de admiración, limitándose á cumplidos de una trivialidad cortés. Verdaderamente después de todos los elogios que ella acababa de prodigarle, hubiera sido demasiado impolítico no admirararse él á su vez.

—Muy lindo ciertamente, disposiciones felices, mucho gusto, composición fácil, hermosos rasgos de lápiz......

Ella le miraba con sus grandes ojos serios que dilataba la angustia.

—Oh señor, la verdad, decidme la verdad, os lo suplico. Vale más para mí no alentar una quimérica esperanza.

Entonces él cambió de tono, y devolviéndole el album:

—Lo que he dicho, señora, lo sostengo; tenéis disposiciones felices, pero os ha faltado trabajo, y ahora sin un trabajo arduo, taimado, no se llega.........

—Entónces esas acuarelas, mi última esperanza, no tienen valor alguno, nadie las comprará?

El tuvo un movimiento de hombros que expresaba su pena y su impotencia. Encontraba demasiado duro repetir una segunda vez la cruel opinión.

Vió á la Sra. Martín desfallecer ante está decepción, le pareció que su pálido rostro palidecía aún; pero ella no profirió una queja y él tuvo gran piedad de esta emoción tan valientemente comprimida.

—Gran Dios, Señora, no tiene usted otros recursos? Es posible que haya esperado usted.........

Ella sonrió vagamente, dolorosamente.

—No os inquieteis señor, respondió, tengo ciertamente otros recursos; ellos me bastarán.

El comprendió bien que le mentía. Mas sin dejarle tiempo de protestar, ella continuó:

—Adios, dignaos escusar mi indiscreta visita y perdonad que os haya importunado.

No, no, cien veces no; él no consentiría en dejarla partir así. ¿Qué valían algunos billetes de banco más ó menos en su cartera? No había dado muchas veces dinero á los artistas pobres que solicitaban su generosidad? Jamás un infortunado le pareció más interesante. Hubiera querido decirla: «Pretendéis no tener amigos, y he aquí uno que viene á vos, aceptad de él el dinero que os sea necesario: él tendría un goce tan grande en prestaros este servicio!» Pero tales palabras morían en sus labios sin que osase pronunciarlas. «Yo no quiero aceptar nada de nadie, ni socorros, ni limosna,» había dicho ella. Este derecho que ella rehusaba de una manera tan absoluta á sus parientes, ¿cómo se lo acordaría á un desconocido? Un ofrecimiento de este género, ¿no era acaso un insulto? ¡Es tan dificil dar limosna á aquellos que rehusan tender la mano!

En tanto que ella atravesaba el taller para retirarse, él la seguía, presa de sentimientos complexos de pena, de despecho y de timidez, balbuceando palabras sin conexión en que se confundían torpemente su embarazo y su buena voluntad. «En verdad, señora, os aseguro...... estoy desolado...... ciertamente las acuarelas...... pero yo no pido sino...... yo sería feliz...... excelentes disposiciones, sin embargo...... muy lamentable, sí, muy lamentable.. ...

Después, con más firmeza:

—Es imposible que os vayais así.

Ella murmuró en tono humilde y bajo.

—Os he comprendido perfectamente, señor; las disposiciones más felices son inútiles sin una dirección acertada. Nosotras teníamos en el colegio un profesor demasiado facil de contentar. ¡Ah! si yo hubiese recibido entonces las lecciones de un maestro como vos, ahora estaría salvada, en tanto que...... No concluyó la frase. El la interrumpió con un grito de triunfo. ¡Lecciones! Pardiez, sí, lecciones. ¡Cómo no había pensado en eso! ¡El podía darle lecciones! Es decir, retocar esas deplorables acuarelas, y hacerlas vender en seguida por sus agentes.

En todo caso, á favor de esta estratagema, le haría aceptar algunas sumas de dinero. Este hermoso expediente le pareció que conciliaba todos los intereses y ponía en salvaguardia todas las susceptibilidades.

Ella volvió lentamente la cabeza. El permaneció un instante sin hablar, contemplándola.

Cómo sus ojos de artista hubieran podido no admirar aquella incontestable belleza! los cabellos leonados ante el reflejo del sol poniente, iluminándose de cobre y de oro; los grandes ojos irradiando fulgores profundos, la vaga sonrisa, en fin, tenían ese encanto extraño que inquieta, atrae y fascina. Beltrana comenzaba desde aquella hora á ejercer sobre él el ascendiente de dominación que una mujer de firme voluntad ejercerá siempre sobre un hombre de corazón bueno, de imaginación viva y de voluntad debil.

Con largas perífrasis él le expuso su proyecto, escogiendo las palabras más corteses, suavizando sus expresiones; él hubiera querido hacerla creer que ella le obligaría aceptando sus lecciones. Temía que ella rehusase, rompiendo así todo lazo de unión entre ellos.

Ella escuchaba sin que emoción alguna de descontento ó de alegría se revelase en su rostro. Su respuesta fué breve, ningún arranque imprudente se dejaba percibir en ella.

—Vuestra delicadeza, señor, me ofrece la sola limosna que yo puedo aceptar.

Fué él quien prodigo las gracias con una gratitud cuyas causas facilmente habría descifrado un psicólogo

—Pobre mujer! murmuró él cuando ella se hubo retirado, verdaderamente es muy interesante! Además, este servicio de mi parte causará tanto placer á mi buena Carlota! Exelente Carlota. Bien le debo esto. Ha sido tan abnegada!

Cuando la señora Martín volvió á su casa, una risa sardónica reemplazó en sus labios á la pálida sonrisa de resignación:

«Todos son lo mismo—pensó ella; todos faciles de seducir por los mismos medios: halagar su vanidad, pedir su protección.»

Se había puesto de codos en la ventana de su chalet, más no era ni el hermoso y tranquilo espejo del lago con sus barcas de velas blancas, ni las sombrías montañas de Saboya lo que miraba. Lo que volvía á ver era una página de su vida, cuando, sobre una playa bretona, se había dirigido á un anciano para obtener de él consejos y lecciones. Después esos largos meses de invierno, durante los cuales se dirigía á su casa todos los días; la pena que había tenido en vencer sus timideces; las desconfianzas de aquel enamorado sexagenario, hasta llevarlo por fin á solicitar temblando una mano que ella le tendía desde hacía largo tiempo. Y esa era la misma escena representada esta vez con la habilidad que da la experiencia. Acababa de ganar la primera escaramuza más facilmente de lo que había esperado.

Se pasó la mano por la frente.

«Sin embargo, no debo aun cantar el *Te Deum*, por que la victoria definitiva será vivamente disputada. Tengo en el sitio una temible enemiga. A través de las reticencias de Carlota he comprendido perfectamente que la niña me es hostil: ella defiende contra mí á su aya y defenderá á su padre más aún.»

Ante ella, sobre la zona que borda el lago, pasaban en esa hora del crepúsculo bandadas de paseantes, familias enteras con hermosos niños elegantemente vestidos.

Ella los seguía con los ojos.

«Yo no amo á los niños, dijo con tono duro, á los niños ricos, á los niños mimados. Yo jamás he sido mimada:»

Recordó su triste infancia en la pobre casa de Bretaña, la envidia que le inspiraba su pequeña amiga Valeria Martín, á quien sus padres amaban y chiqueban.

«Sin duda, pensaba ella, yo habría sido menos mala si hubiese sido amada.»

Un poco de vacilación pasó por sus ojos: libraría la lucha contra esa niña? el fin valdría la pena? Pero recordó las confidencias de Carlota; el taller con sus bronces y sus mármoles preciosos amontónados en desorden, la balumba de las grandes cajas llenas de maravillas adquiridas por el pintor en sus diferentes viajes. Sí, la partida valía la pena de ser jugada. No se trataba por cierto de amor, el amor no era para ella mas que un engaño infernal, una trampa donde el más débil, el más ingenioso de los dos, se deja cojer. En esa trampa ella había caido una vez y había sufrido hasta desear la muerte. No caería ya en adelante.

En tanto que así pensaba, había llegado la noche. Ella permanecía de codos en su ventana, en un ensueño profundo; no oyó ni la arena de las calles crujir bajo unos pasos rápidos, ni el timbre de la campanilla. Se estremeció cuando la voz de Carlota le llegó de lejos; la alemana se dirigía á la criada, preguntando si la señora Martín podía recibirla.

«Ah! pensó Beltrana, una contra orden, sin duda, la niña habrá vencido y van á partir.»

Pero no era de una contra orden de lo que se trataba, muy al contrario, Carlota, jubilosa, llevaba á su querida princesa el entusiasmo de su alegría.

—Os va á dar lecciones! Os volverá una gran artista como él! Oh! querida amiga, cuán feliz soy! Cuán bueno es, verdad? Y qué dulce recompensa para la aya por sus cuidados y su abnegación! El me ha dicho: «Yo no puedo rehusar nada á una amiga de mi querida señorita Carlota!» Yo le pedí que me llamase Carlota el día que me dió su corazón.

—El día en que os dió su corazón! replicó la Sra. Martín, cuyas finas cejas se fruncieron. Os ha dado su corazón! Y por qué haciais de eso un misterio?

Carlota enrojeció:

—Oh! Yo esperaba......... yo pensaba...... Yo creía que el Sr. Duvernoy estaría contento de mi discreción! y además, era un placer tan grande tener un secreto con él solo! Perdonadme!

—Entonces él quiere casarse con vos? Os lo ha dicho? Será eso muy pronto?

—Muy pronto! Oh! no, querida amiga. Cómo había de ser eso muy pronto? El gran patriarca Jacob no guardó acaso durante catorce años los rebaños de Laban para casarse con su querida Raquel? Cómo testificaría yo menos paciencia, cuando no tengo menos amor? La recompensa es demasiado bella para no ser esperada.

—Pero vos decís que os ha dado su corazón!..... .. Cuándo? .... Cómo?...... en qué términos?.........

Fué desdués de la enfermedad de Lila. Un corazón soberbio, todo de oro, enriquecido de turquesas y diamantes. Pero los diamantes y las terquesas nada significan, el corazón lo es todo! El me ha dicho: «Es vuestro emblema, señorita Carlota, vos sois un corazón de oro.»

La Sra. Martín disimuló con trabajo la irónica sonrisa que plegaba sus labios.

Cuando Carlota hubo partido:

—Imbécil, exclamó. Me ha dado miedo. Vamos, decididamente intentaré la aventura. La niña me hacía vacilar, Carlota me decide.

Y sintió una alegría malsana en derribar el fragil castillo de cartas de la imprudente Carlota; una alegría de corazón helado, una perfidia femenina, celos de ese inocente amor que amenazaba con elevarse tan alto.

XXIV

Al día siguiente, al despertar, Lila arrojó un grito alegre. Una bruma ligera se extendía, á través de la cual las montañas de Saboya parecían como veladas de gasa. Llegaba, por fin, el efecto tan vanamente esperado por el pintor hacía tantos días.

—Oh! exclamó ella, qué felicidad! papá acabará su estudio y partiremos.

Se asombró de no ver á Carlota sentada, como de ordinario, al pie de su lecho, pero la alegria de la próxima partida la volvía filósofa:

Apuesto á que está en casa de la «princesa negra,» sin duda para decirle adios, puesto que vamos á partir. Oyó rumores que partían del taller; su convicción se afirmó: eran movimientos de cajas y golpes de martillo.

Están empacando—pensó—¡que felicidad!

Se levantó sola, se vistió apresuradamente, corrió llena de gozo al taller y se arrojó entre las piernas de su padre, manifestándole ardientemente su alegría. El la recibió con impaciencia, casi con cólera.

—¡Eres insoportable, déjame tranquilo, por poco me haces caer!

Tenía entre sus manos una soberbia ánfora que acababa de salir de una caja y que llevaba con infinitas precauciones. Descontenta y sorprendida, ella retrocedió, después miró en su derredor. No se trataba de empacar sino de desempacar; las cajas no se cerraban, se abrían. De sus flancos salían hermosos objetos, que la niña, en cualquier otro caso hubiera visto desaparecer con gusto; ante esos primores habría alegremente batido palmas; pero permanecía inmóvil, inquieta, no osando cuestionar, temiendo la respuesta, mirando con sus grandes ojos, llenos de ese terror de las cosas de la vida que los niños presienten y que no comprenden.

La víspera, despues de la partida de su visitante, el señor Duvernoy se había percibido de que su taller, esa gran coquetería de los pintores, se encontraba en el más espantoso desorden. No se había tomado el trabajo de ornarlo para aquella instalación temporal, limitándose á colocar su caballete, su caja de colores y algunas telas; las estatuitas, los bronces, adquiridos recientemente, se encontraban depositados en desorden aquí y ahí. Desde en la mañana había dicho á la aya:

—Si queréis ayudarme, señorita Carlota; haremos esta cámara más digna de la visita de vuestra amiga. Bastar abrir mis cajas y sacar de ellas algunas telas y algunos bibelots.

Alegremente, ella le prestó su concurso y estos preparativos eran los que Lila acababa de sorprender. Ella dijo con insistencia:

—Pero si hay bruma en el lago, papá.

—Sí, sí, respondió él, lo sé, pero eso no tiene ya la misma importancia puesto que no partimos.

Herida en el corazón, ella repuso:

—No partimos, por qué, por qué?

Por que yo encontré ayer una discípula á quien he prometido lecciones: la princesa negra.

Oh! á la primera mirada en el taller había temido ella esta respuesta. Sin embargo, hacía tantos dias que aguardaba aquella bruma que debía permitir la partida! Tantos días que al despertar corría á la ventana, irritándose contra el sol radioso! Y he aquí que la bruma extendía sobre el gran lago su manto de gasa, y cuando Lila corría á llevar esta dichosa nueva, se le respondía distraidamente que aquello no tenía importancia por que no se quería ya partir. Y era él, su padre, quien decía esas cosas lamentables! El sabía bien no obstante la pena que le causaría.

No partiría ya! Y por qué odiosa razón? La princesa negra, la maldita, la execrada, el ogro de los cuentos de hadas! Su padre, su padre le daría lecciones á esa fiera, sería todo de ella y no se acuparía ya de su pequeña Lila! La cólera de la niña se mezclaba con el terror; hirió el suelo con el pié exclamando:

—Yo te lo prohibo, yo no lo quiero!

Por la primera vez él resistió á esa imperiosa voluntad, y respondió:

—Lo quiero yo.

Carlota á Felipe.

«Excelente Sr. Felipe, la aya, fiel á su promesa, va á dar cuenta á su bienhechor de los acontecimientos que pasan en esta casa, donde, gracias á su protección ha sido recibida para encontrar la pura afección que desearía su corazón sensible. Cómo podría ella olvidar aquellos hermosos acentos paternales? «Vuestros sueños se realizarán, señorita Carlota, conta l conmigo, soy vuestro aliado.» Magnánimas palabras que Carlota lleva cocidas en un saquito azul sobre su corazón reconocido y que resonarán en sus oidos más melodiosamente que los concentos de los serafines que cantan ante el Señor.

«Vos sois bueno, señor Felipe, pero os diría yo el temor de mi alma?......... Oh! sí, pues que sois el confidente de vuestra humilde amiga. Ahora bien, temo que Lila no sea misericordiosa. Quiero pintaros la escena conmovedora que ha tenido verificativo ayer. Ah! si vos hubiéseis estado ahí, vos, á quien ella honra con un temor tan tierno, habríais hecho entrar la benevolencia en su corazón rebelado.

«Yo no he hablado aún al Sr. Felipe de la noble amiga que la Providencia me ha hecho encontrar en este camino de la vida, donde se halla, en medio de tantas palomas blancas, tantos gavilanes de garra cruel, tantos rapaces carnivoros, tantas fieras de terrible rugido. Así ha sucedido, señor Felipe, que esta noble hija de los reyes de Armórica, se ha visto condenada por la ferocidad de un esposo indigno de su mano y por su orgullo en no condescender á humillantes limosnas, á ganar por el trabajo una modesta vida que los favores de la fortuna embellecian en otro tiempo; pero que parece mil veces conmovedora en las pruebas de una pobreza soportada con tanta magnanimidad.

«El generoso Sr. Duvernoy ha tenido á bien consentir en dar á la desterrada preciosas lecciones para aumentar aún su talento en el arte tan hermoso de la pintura al aceite. Ayer el hermoso taller se adornaba bajo la dirección del gran artista. ¡Oh, qué hermoso es ese taller! los magníficos mármoles que el Sr. Duvernoy ha adquirido de los grandes estatuarios de Italia, salieron de sus envolturas, felices de instalarse sobre las consolas para festejar á la visitante. Las ánforas, los vasos preciosos, se colmaron de flores de colores variados. La pobre Carlota quiso llevar un hermoso cojin de perlas que recibió de Baviera, donde *Vergissmein nicht* se extendían sobre un fondo blanco de seda preciosa.

«Lila, sólo, tengo el dolor de decirlo, contemplaba estos preparativos con ojos entristecidos. Sentada en un

rincón, huraña Rehusó ayudar á su aya en el trabajo delicado de poner las flores en los vasos.

No respondió á su querido papá, cuando él la llamó á su lado y aún hirió el suelo con el pie, encolerizada; osaría yo repetir á su padrino sus propias palabras? Ella dijo: «No quiero:» Pero su padre, en su bondad enérgica y segura, respondió con fiereza: «Yo lo quiero.»

Cuando la princesa desterrada apareció, semejante á una reina, cuando el señor Duvernoy avanzó para ofrecerle la mano, cuando la hubo instalado ante su propio caballete, ese caballete en que él compone sus obras maestras, que harán para siempre la admiración de la posteridad, en tanto que el aya se apresuraba á depositar sobre el sillón el espléndido cojin ornado por la flor del recuerdo, he aquí que en el silencio retembló de pronto un gran sollozo.

«Ah! señor Felipe, que puñalada recibió Carlota en su corazón sensible, viendo llorar á la bien amada Lila.

«Corrí á ella con los brazos abiertos, ella huyó rechazándome. Yo la busqué vanamente en el jardín; por fin pensé en visitar su cuarto. La pobre Lila, tendida en tierra lloraba muy fuerte. Se esforzó en escapárseme, pero yo la había asido. «Qué tenéis Lila querida?» Ella no quería responderme; poco á poco llegué á calmarla, pero rehusó ir á presentar sus excusas á la visita. ¿Por qué la habéis traido? decía. Bien sabéis que no la amo. Es preciso que parta. «No quiero que esté aquí.»

«Fué en vano que yo me esforzara en hacerla ruborizarse de la dureza de su corazón. Ella sacudía la cabeza con una obstinación muy culpable. Viéndola más tranquila, la dejé para volver al taller, habiéndomelo ordenado así el señor Duvernoy.

«Oh generoso señor Felipe, hay en la vida horas bellas y preciosas! Cuando le es dado al alma contemplar la magnanimidad, y este es el bello espectáculo que se ofrece á los ojos de la pobrecilla aya. La infortunada víctima de la injusticia, había enjugado los pinceles y dejado el caballete y se mantenía de pie en la actitud de la grandeza.

«No, decía, no quiero hacer llorar á vuestra hija; id «pronto á consolarla y decidle que no volveré más» Pero él, como conviene á los corazones generosos, se obstinaba: «Estas lecciones os son necesarias, no debéis hacer caso alguno de un capricho de niño.»—«Yo no quiero que vuestra hija llore, repetía ella mirándole dulcemente. Era ese un noble combate de grandes almas, y las lágrimas de ternura mojaban mis pupilas al considerarlo.

«Fué entonces cuando la humilde aya se permitió elevar la voz. Lo que ella nó osó hacer por sí misma lo hizo por la tranquilidad de su hija de adopción. Osó pedir al gran artista que diese sus lecciones en la morada de su amiga, pues que la generosidad le haría salir de su taller. El señor Duvernoy quedó muy contento de mi idea, porque me tomó la mano diciéndome: «Verdaderamente sois una excelente persona, señorita Carlota.»

«¡Oh! ¡qué dulces palabras! Y cuán orgullosa se sentía Carlota por haber merecido ese elogio. Pero la hija de los reyes, ¡qué altiva! «Yo no aceptaré eso jamás,» decía. El señor Duvernoy unía sus súplicas á las de Carlota. Por fin la noble armoricana cedió, vencida. Ví una lágrima de reconocimiento brillar en sus ojos. Quedó convenido que el señor iría diariamente á darle una lección durante las horas de paseo que yo doy con la bien amada Lila.

«Acaso censuréis vos mi debilidad, señor Felipe, pero yo jamás he castigado aun á la querida niña, y sería demasiado duro comenzar á propósito de una amiga mía! ¡Oh, señor Felipe, cuán dulce es amar. Pero también qué suplicio afligir á aquellos á quienes se ama!

«Yo creo que el señor Duvernoy está contento de que las cosas se hayan arreglado de esta manera, porque me ha testificado que mi pequeña combinación le agradaba.»

«Pues que el Sr. Felipe ha tenido á bien permitir á Carlota que le abra su corazón, me excusará que le diga que espero haber probado hoy al Sr. Duvernoy que su humilde amiga sabe mostrarse util y segura, y que así me he elevado en la escala de su afección. Jamás al hablarme ha tenido un aire más satisfecho, ni aun cuando me dió su hermoso corazón de oro. Siento, estoy segura, que he hecho un feliz progreso en el camino que me conducirá á la felicidad.



«Suplico al Sr. Felipe crea siempre en el eterno reconocimiento de su devota

«Carlota.»

Lila á Felipe.

«Padrino Felipe, padrino Felipe, soy muy desgraciada, soy muy desgraciada, más desgraciada que todos. No te he dicho que la princesa negra quería quitarme á mi buena Carlota; si tú supieras, padrino Felipe, cuanto trabajo me ha costado impedirlo! Yo tomaba mi lección todas las mañanas, aun cuando casi no tenía deseos de ello. ¡Tú lo sabes, jamás tiene uno deseos de tomar sus lecciones! Y después, á la siesta, íbamos de paseo, pero es igual, yo no estaba muy tranquila y tarde se me hacía volver á Pontarlier.»

«Y bien, adivinarás lo que ha hecho ella? Ha venido al taller de papá y le ha pedido lecciones de pintura. Ella quería, ya comprenderás, venir todos los días; entonces me habría robado á mi papá y también á mi buena Carlota, y yo no habría tenido ya nadie que me amase puesto que tu no estás aquí.»

Tú no sabes cómo papá me regañó injustamente; no era sin embargo una necedad decirle que había bruma en el lago. Ya no me quieren como antes, y es la princesa negra quien lo impide; yo he leído eso en un cuento.»

«Había una vez una niñita cuya mamá había muerto y á quien una hada malvada atormentaba. En primer lugar no es del todo una princesa por que no es negra. Se quitó el sombrero; vi sus cabellos, son rojos, son muy feos los cabellos rojos.»

«Y bien! papá sostiene que son de «un matiz soberbio, muy raro, como del cobre en fusión.»

«Oh! Padrino Felipe, yo no se ya ahora cuando volveremos á la casa de mi pobre mamá.

«Papá me ha prometido que la mujer roja no volvería ya á su taller, pero yo insisto en partir y quién sabe porqué él no quiere. Además, veo bien que está descontento de mí.

«Padrino Felipe, yo soy muy desgraciada.

«Tu pequeña Lila que piensa mucho en ti.»

P. S. Has visto ya los osos blancos? Si pudieras traerme uno pequeñito, yo lo mantendría, y cuando fuese grande, le haría devorar á la mujer roja.

«Ya sé su nombre, se llama Beltrana; no es lindo ese nombre como el de Lila, verdad? pues bien, papá pretende que es un bellísimo nombre, de un sonido guerrero. Admira todo en ella y Carlota también.

Fernando á Felipe.

«Mi querido amigo.

No tengais cuidado por la salud de la enfermita. Va bien, gracias á Dios. Sólo que, si su salud es buena, su caracter deja mucho que desear; está muy chiqueada y sus pretensiones al despotismo no tienen límite.

«Hé aquí un ejemplo:

«Tiene la idea fija de volver á Pontarlier y yo la tengo también por cierto. Mi permanencia en Lausanne no es más que provisional; más creo ser el amo y fijar según mi conveniencia el momento de la partida. Ahora bien, diariamente hay pequeñas escenas á propósito de la eterna pregunta: ¿cuándo partimos? ¿cuándo partimos? Después ojos llenos de lágrimas y flatos ante mi respuesta de que no quiero partir aún.

«Oh! sí, la he mimado mucho y ya es tiempo de darle algunas lecciones más exactas de la autoridad paterna y de la sumisión filial. Vuestra presencia me sería muy util para enseñar á esa niña caprichosa, que los padres no deben obediencia á los hijos.

«Acaso me deje llevar un poco de la cólera; pero á la larga es difícil no resentir alguna irritación.

«Nada más tengo que deciros de nosotros. Tengo en venta algunos cuadros que encuentran buenos. Este país me proporciona excelentes estudios y no tengo gran prisa en irme á enterrar á Pontarlier.

«Se me hace tarde recibir noticias vuestras, mi querido Felipe, y sobre todo veros volver de esa expedición demasiado larga para lo que desearía vuestro hermano

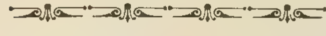
«Duvernoy.»

Continuará.



LA MODA

¿Conocéis una joven tan encantadora cuanto veleidosa? tan linda como exigente y tan dulce y seductora, que atrae y subyuga á todos cuantos la miran?......... pues esa joven hechicera, esa engañadora sirena es la Moda, hija única de un matrimonio extraño contraído entre el Buentono y la Locura; sacó del primero la gentileza y la arrogancia, y de la madre, la gracia y veleidad; á su presencia los corazones jóvenes se sienten atraídos por una invencible simpatía, y el padre de familia, por rústico que sea, tiene que ceder ante la incógnita deidad, viendo á sus tiernas hijas embellecidas por los encantos que ella derrama á manos llenas. Así, pues, no extrañarán nuestras queridas lectoras que consagremos un espacio mayor en nuestras columnas á tan graciosa coquetuela.



Figuras 1 y 2.—Trajes de recepción y de paseo.

1º—Chaqueta estrecha de encaje grueso, adornada únicamente por dos solapas de piel de seda azul. Las mangas muy ajustadas están adornadas por cuatro bucles de la misma tela, con encaje y botones de concha. Este mismo adorno se ejecuta en el borde inferior de la chaqueta y mangas. La falda plegada en pliegues gruesos, va adornada con dos tiras del mismo encaje en forma de quillas.

2º—Este traje lleva un cuerpo blusa con grandes hombreras y abrochado en el lado izquierdo con gruesos botones de cuerno. Falda y mangas de fular Pompadour. Sombrero de paja, color crema, con penacho de plumas blancas y cintas Pompadour.

Figuras 3 y 4.—Dos trajes de paseo.

1º—Vestido de seda azul claro. La falda va adornada con ocho cintas de terciopelo azul muy obscuro, de un centímetro de ancho, y dispuestas en semicírculos hasta llegar al borde de la enagua. Talle-blusa cubierto con muselina de seda crema, adornada con terciopelo azul y encajes crema, espalda lisa, manga con bullón muy alto, adornada con cinta y encaje en el borde.

2º—Este traje es de alpaca color vert estilo sastre, muy propio para el verano; va adornado con trencilla color mordoré y botones de fantasía. Mangas de pernil con plisé en el borde; cuello vuelto de falla.

Figuras 5 y 6.—Trajes de Visita y recepcion.

1º.—Este elegante traje se compone de un cuerpo de muselina de seda acordeón, terminando en punta. Coselete y mangas de encaje guipure. Gran cuello de seda á rayas diagonales y cuello recto adornado con un finisimo encaje. La falda del mismo listado diagonal.

Sombrero negro, con flores de seda color de oro, agrupadas á un lado,

2º—Vestido primavera de bengalina glacé, enteramenliso, cruza al abrocharse sobre el lado derecho y se abre en el talle, encima de un cuerpo de muselina de seda, adornándolo con cocas de listón broché, lo mismo que el cuello. Cinturón de encaje. Manga muy abullonada y fruncida.



Figuras 1 y 2. —Trajes de recepción y de paseo.



Figuras 3 y 4.—Dos trajes de paseo.

ACUARELA

Rirrí! Rirrí! gritaba la pobre viejecita, que no se atrevía á dar un paso por temor de tropezar en un trebejo é ir á limpiar el suelo con su cuerpecillo amojamado: Pero Rirrí no contestaba, y la abuelita empezaba á amostazarse con la desatención de la chiquilla. ¿Dónde diablos estaría Rirrí?

La casucha en que vivía Rirrí era un nido de urraca, donde pudiera hallarse desde la celada de Don Quijote, hasta el gorro encascabelado de Polichinelo ó la camisa astrosa de Pasquino.

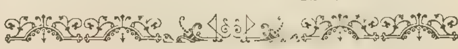
Rirrí era la perla, ella la ruda concha que la guardaba. Los quince años habían deshojado todas las flores de sus primaveras en aquella carita fresca, olorosa y risueña. De su seno, hecho para servir al Amor de cabezal, surgían redondeces tímidas y palpitantes, que obligaban á pegar en ellas las miradas. Era como una corderilla de las que en otro tiempo se apacentaban en las repuestas praderas de Engadí; flor hermosísima, digna de ornar la frente de una reina, zagaleja peregrina merecedora de aquellas estrofas voluptuosas y ardientes que preludió en su arpa el apasionado autor del Cantar de los Cantares. Brillaba en sus ojos la llama celestial del pudor, en su boca palpitaban los besos, ganosos de desplegar las alas y enloquecer almas, y en su espíritu espumaban la malicia amable de la mujer y la candidez angélica de la niña, fundiéndose ambas en maridaje cariñoso. Aurora, cuando asoma su rostro luminoso en el Oriente, no es ni más adorable ni más bella

Rirrí profesaba amor ardiente á las flores, tanto, que muchas veces iba al jardincillo que engalanaban sus gentiles hermanas, y allí se estaba horas enteras mirándolas, oliéndolas, besándolas, acariciándolas como si fueren criaturas humanas. Aquella mañana Rirrí cazaba mariposas, acompañada de Andresillo, un buen muchacho, tímido, esquivo y melancólico, que la quería mucho Sudorosa, jadeante, rojas las mejillas, en desorden los sedosos cabellos, medio. abierta la boca, donde se asomaban unos dientitos finos y blancos, y desabrochado el corpiño, Rirrí se detuvo unos momentos para tomar aliento y saltar un arroyo. Andresillo la contemplaba con extraña insistencia desde el opuesto lado. Estaba hermosísima Rirrí!

Ella inclinó el cuerpo hacia adelante y algo potente, eléctrico, enloquecedor y grandioso sintió su compañero, porque el vértigo le empujó, fuese á donde ella, la apretó en fuerte nudo entre sus brazos y luego estampó en aquella boca, nido de fragancias y armonías, un par de besos, ruidosos, sonoros, largos y quemantes, que hicieron estremecer á las flores de celos y de envidia.

Y mientras la abuelita se desgañitaba gritando: Rirrí! Rirrí!, ella decía sonriendo á Andresillo: Mañana te espero para que cacemos mariposas!......

Pedro Montesinos.



Los ojos del espíritu, como los del cuerpo, se fatigan cuando quieren ver más allá de cierto límite.—*Alfonso Karr.*

Cuando uno se queja de la vida, es, casi siempre, porque se le ha pedido lo imposible. —*Ernesto Renán.*

IDILIO ETERNO

Ruge el mar y se encrespa y se agiganta;
La luna, ave de luz, prepara el vuelo,
Y en el momento en que la faz levanta,
Da un beso al mar y se remonta al cielo.

Y aquel mónstruo indomable que respira
Tempestades y sube y baja y crece,
Al sentir aquel ósculo, suspira.........
Y en su cárcel de rocas...... se estremece!

Hace siglos de siglos que de lejos
Tiemblan de amor en noches estivales:
Ella le da sus límpidos reflejos,
El le ofrece sus perlas y corales!

Con orgullo se expresan sus amores
Estos viejos amantes afligidos;
Ella le dice: "¡te amo!" en sus fulgores,
Y *él* responde: "¡te adoro!" en sus rugidos.

Ella lo aduerme con su lumbre pura,
Y el mar la arrulla con su eterno grito,
Y le cuenta su afán y su amargura
Con una voz que truena en lo infinito!

Ella pálida y triste lo oye y sube
Por el espacio en que su luz desploma,
Y velando la faz tras de la nube,
Le oculta el duelo que á su frente asoma.

Camprende que su amor es imposible,
Que el mar la copia en su profundo seno,
Y se contempla en el cristal movible
Del mónstruo azul en que retumba el trueno.

Y al descender tras de la sierra fría,
Le grita el mar: «¡en tu fulgor me abraso!
No desciéndas tan pronto, estrella mía!
¡Estrella de mi amor... detén el paso!......

Un instante!... mitiga mi amargura
Ya que en tu lumbre sideral me bañas;
No te alejes!...... No ves tu imágen pura
Brillar en el azul de mis entrañas?»

Y *ella* exclama en su loco desvarío:
«Por doquiera la muerte me circunda!
Detenerme no puedo, mónstruo mío!
Compadece á tu pobre moribunda!......

Mi último beso de pasión te envío;
Mi casto brillo á tu semblante junto!»......
Y en las hondas tinieblas del vacío
Hecha cadáver se desploma al punto!

Entonce el mar de un polo al otro polo,
Al encrespar sus ondas plañideras,
Inmenso, triste, desvalido y solo,
Cubre con sus sollozos las riberas!

Y al contemplar los luminosos rastros
De la alba luna en el oscuro velo,
Tiemblan de amor los soñolientos astros
En la profunda soledad del cielo!

Todo calla...... el mar duerme y no importuna
Con sus gritos salvajes de reproche,
Y sueña que se besa con la luna
En el tálamo negro de la noche!

JULIO FLORES.

Te advierto, ángel caído,
que ya has perdido en la opinión las alas,
y que el olor de santidad que exhalas
ya sólo lo percibe tu marido.

CAMPOAMOR.



El Club Atlético de Tampico —Grupo de socios.



Figuras 5 y 6.—Trajes de visita y recepción.

CLUB ATLETICO DE TAMPICO.

Dada la importancia que día á día adquiere el puerto de Tampico, no es de extrañarse que una institución que como el «Club Atlético,» requiere grandes centros de población, haya podido desarrollarse y prosperar, en medio de un pueblo corto, es cierto, pero cuya mayoría de habitantes goza de cierto bienestar.

El elemento principal con que ha contado para su prosperidad y desarrollo el Club de Tampico, ha sido las colonias extranjeras, muy numerosas y ricas en aquel puerto del Golfo, así como el empeño y entusiasmo con que ha trabajado el presidente del mismo, Sr. Griffith, cónsul de S. M. Británica.

Cuenta la Sociedad con un amplio edificio, en el que tiene instalados salones de gimnasio, esgrima, box y un baño de regadera para el uso de sus miembros. El aspecto que de noche presenta, es muy animado y original, entregados la mayor parte de los concurrentes á diversos ejercicios atléticos y al mismo tiempo parece aquello una torre de Babel, pues se escuchan animadas conversaciones en inglés, francés, alemán y español. Esta variedad de lenguas da al Club cierto caracter de cosmopolitismo que lo hace más agradable.

La sala de esgrima está á cargó del profesor francés Sr. Des-Essarts, quien está sacando discípulos muy aventajados. Nuestro grabado representa un grupo de socios, teniendo por fondo una de las cabeceras de la sala de esgrima; ésta se halla decorada *ad hoc* con trofeos de armas y los escudos de las naciones cuyos hijos forman la sociedad.

El lunes último tuvo verificativo el primer asalto público, que constituyó una fiesta muy agradable. El señor Des-Essarts presentó un grupo de sus discípulos más aventajados, quienes por sorteo fueron saliendo al combate, siendo el último vencedor el Sr. Ollerhead, y su inmediato *champion* el Sr. Bourdolin. Ambos fueron premiados, el primero con un juego completo de esgrima y el segundo con un puñal. Algunos asaltos posteriores de sable y espada, entre el profesor Des-Essarts y el Sr. Carlos Matienzo, y un asalto de pugilato entre los señores Willson y Barr, dieron mayor animación á la fiesta que terminó con un espléndido baile con que fueron obsequiadas las señoras de Tampico. En la actualidad es el Club el centro de reunión de las familias más distinguidas de aquel puerto.

CONSEJOS

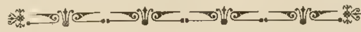
—Es muy malo para la salud tomar el relente ó sereno, ó recibir la humedad que cae de noche, como tambien el frecuentar después de anochecido, los bosques, jardines, alamedas ó paseos muy poblados de árboles ó de plantas; pues habéis de saber que las plantas y las flores durante el día embalsaman y purifican el aire, pero luego que el sol se pone, despiden un vapor ó gas que corrompe el aire, dando dolor de cabeza, y á veces hasta desmayos, á quien lo respira.

—Nunca os laveis las manos, y mucho menos la cara, con agua caliente ó tibia, aunque este helando. Si no seguís este precepto, tendréis mucho más frío después de haberos lavado con el agua tibia ó calentada, se os marchitará y arrugará el cutis.

—Los baños de limpieza no han de pasar de un cuarto de hora, y el cuerpo ha de encontrarse á gusto en ellos, es decir, que el agua no debe incomodar por su calor ni por su frialdad.

—Es muy malo comer dentro del baño. Si sentís apetito, esperad á comer después del baño: entonces comeréis más á gusto, y os hará más provecho.

—Los artículos de despensa deben comprarse, si es posible, en épocas determinadas del año, que generalmente son las de la cosecha respectiva. Entónces abunda más el artículo y, por consiguiente, está más barato; entonces está más fresco y, por consiguiente, es más fácil su conservación.



NOCTURNA

Yokohama. El mar, á sus pies, yace gimiente é indefinido.

Hasta la arenosa ribera se extiende la terraza del viejo palacio. Sus balaustres de venerable cedro matizan con nota bruna el fondo blanco. La villa, muy abajo, duerme sombría y solemne. Solo palpitan, melancólicos, errabundos farolillos; algunos retardados concurrentes de las casas de té regresando á sus moradas.

Bicorne, sangrienta, de frágil apariencia, la luna se desliza cerca del horizonte, haciendo pensar en una avecilla herida que se debate en los postreros espasmos......

Hôhitzoú, fantasista vigoroso, apoyado en la baranda contempla el mar gimiente é indefinido.

Los bajeles titubean sobre las ondas revoltosas, cambiantes, sanguinolentas......

De sus bandas fluye la luz desanimada, medrosa, sobrenadante. Las bocinas envían, imperativas, órdenes de mando. El cordaje temblorea escalado por enormes insectos: los silenciosos marineros.

Las aves marinas parduzcas, chilladoras, vuelan hacia lo alto en dirección de las grises nubes.

Paisaje instable. Llreve cadenciosamente, y el tisú metálico, radioso, parece encerrar el cuadro en un vasto fanal de vidrio......

Hôhitzoú deja escapar de su pipa algodonadas espirales de humo ascendentes, embrumadoras......

En tanto que piensa, *amateur* furioso de su arte, en una acuarela de ejecución impresionista, rasgos geniales y húmedas brillanteces, donde se vean una luna sangrienta, un mar pluvioso y buques que titubean sobre las ondas revoltosas, cambiantes y sanguinolentas......!

José Antonio Roman.



EN EL CONFESIONARIO

Cerca al confesionario
La ví llorosa en las desiertas gradas
Del templo solitario,
Las manos engarzadas
En el coral y el nácar del rosario.
Llena de virginal melancolía,
De devoción y de ternura ejemplo,
De su plegaria el murmurar se oía,
Y una estátua de mármol parecía
Llevada allí para adornar el templo.
Símbolo de la cándida inocencia,
Con sus culpas á solas bataliaba,
Y del sublime altar en la presencia
La pudorosa frente reclinaba
Temblando ante la voz de su conciencia.
Su corazón contrito
Con inquietud latía:
Tal vez del ángel el mayor delito
Era llorar en éxtasis bendito
Por cosas que ignoraba todavía.
Del incienso la nube fugitiva
A intervalos velaba su belleza,
Y del sol una ráfaga cautiva
En la calada ogiva
Iluminaba su gentil cabeza.
¡Ay! calma ya tu corazón contrito:
Que un ángel como tú, de fé modelo,
Está de Dios bendito
Si antes de confesarse su delito
Sus culpas llora y le ilumina el cielo.

A. F. Grilo.

CROQUIS

La noche se va. El perfil
De la áspera serranía
Asoma tras la sutil
Gasa de la niebla fría.

El céfiro, notas mil
Trae de la arboleda umbría
Do el coro alado y gentil
Preludia una sinfonía.

Y mientras el rutilante
Sol asciende y reverbera
Rasgando el diáfano tul,

Va mi alma delirante
Cabalgando en la Quimera
Por el ancho cielo azul!

Estéban Flores.

Mayo de 1897.

EL MUNDO.

TOMO I. MEXICO, MAYO 16 DE 1897. NUMERO 20.



¿Qué le diré.....?

[Dibujo de José M. Villasana.]

"EL MUNDO"
Semanario Ilustrado.

Teléfono 434.-Calle de Tiburcio núm. 20.-Apartado 87 b.

MÉXICO

Toda la correspondencia que se relacione con la Redacción, debe ser dirigida al

Director, Lic. Rafael Reyes Spíndola.

Toda la correspondencia que se relacione con la edición debe ser dirigida al

Gerente, Lic. Fausto Moguel.

La subscripción á EL MUNDO vale $1.25 centavos al mes, y se cobra por trimestres adelantados.
Números sueltos, 50 centavos.
Avisos: á razón de $30 plana por cada publicación.

Todo pago debe ser precisamente adelantado.

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE.

Notas editoriales.

Los altos funcionarios y los chicos de la prensa.

Refiriéndose un diario de esta capital al estado bonancible de la hacienda pública, se muestra poco satisfecho con el aumento de sueldos á altos funcionarios federales —aumento que, bueno es recordarlo, ha coincidido con la supresión del descuento que durante tantos años había pesado sobre los servidores de la Nación.

Parece que existe un determinado número de espíritus que se complacen en colocar fuera de las leyes del trabajo á los altos funcionarios, por el sólo hecho de que son funcionarios y son altos. Un periodista, del género del que nos ocupa, gana mal que bien cinco pesos por la fabricación á vuela pluma de un artículos trufado de *lugares*, y en el que emplea media hora. Este hombre que truena contra los *abusos* y pide reducción de impuestos durante una columna, llena sus modestas necesidades de *joven que promete* con una labor de *quince ó veinte horas al mes*, en las cuales su preciosa substancia gris continúa incólume,

Tratándose de un alto funcionario, uno de estos chicos de la prensa está dispuesto á dilapidar todas sus nociones de historia griega, ante el hecho escandaloso de que un Ministro perciba un sueldo *diez y ocho veces mayor al suyo*, con un trabajo diez y ocho mil veces mayor en *calidad, cantidad y responsabilidad*, y una representación social correspondiente á sus elevadas tareas. Pero este chico de la prensa, impregnado de *espíritu democrático*, apenas concibe que á un *alto funcionario* le recompense la nación en la forma decorosa, y se caldea como una fragua al ver en «lo que se invierte el *superábit*» del último ejercicio fiscal.

La verdad es que el *superábit* no se ha *invertido* en semejante cosa, puesto que los aumentos de sueldo á que se refiere el diario á que aludimos, han comenzado á estar en vigor desde el 1º de Enero del corriente año,—es decir, que entran en el ejercicio fiscal de 1896 -97,—y el sobrante corresponde al de 1895—96. El colega tiene sus finanzas atrasadas.

***

Toda la prensa, haciendo abstracción de ideas y banderías, aplaudió las declaraciones de Don Matías Romero hace algunos años, en un informe oficial, en el que se dejaba asentado el principio, propuesto por todos los hombres de Estado extranjeros, de que es preferible tener pocos empleados bien pagados, á tener muchos mal pagados. Este principio es aceptable por lo visto á los funcionarios de baja categoría, pero digno de reprobación si se trata de los de alta categoría.

Se clama por el aumento en el sueldo de un escribiente con buena letra inglesa, porque este modesto ciudadano no puede con sus honorarios atender á sus necesidades. Más, cuando las funciones, cada día más complicadas y difíciles de desempeñar, de la administración pública, reclaman una personalidad inteligente, apta y pronta á gastar todas sus energías—cualidades que se traducen en una condición económica superior, otorgada por la sociedad en que vive—las cosas pasan de distinto modo, y el reproche enderezado á un gobierno que no dota á un escribiente de elementos para poder deglutir una docena de ostiones rociada con pasable Sauterne, se convierte en envenenada saeta, al consignar que ese mismo gobierno coloca á los *altos funcionarios* en situación de no presentarse con una levita raida.

¿Por qué? Ya lo hemos dicho: porque son *altos*, y esto es lo que disgusta á los chicos de la prensa!

Política General.

RESUMEN Las derrotas de Grecia.—Su humillación.—Errores del pueblo y errores del Soberano.—Las grandes potencias y el Imperio Turco.—¿Por qué prorrogan su agonía?—Aislamiento del rey Jorge.—¿Se habrá perdido todo, menos el honor?

No bastaba á Grecia infeliz mirar abiertos los desfiladeros de Macedonia al paso de los ejércitos de Edhem-Pachá, entregadas las plazas fortificadas de Matti y de Tirnavo, abandonados los cuarteles de Larissa, y derrotados por todas partes sus hijos en las llanuras de Tesalia, para sentir el hondo desaliento, la amarga desolación á que la ha conducido su aventura. Era preciso que á los clamores insensatos del pueblo ateniense, á las protestas de las masas contra el Rey y su gobierno responsable, que derribaron un ministerio y lo aventaron con desdén como haz de frágiles aristas, siguiera la necesidad real ó temida de abandonar los campos fortificados de Farsala, la catástrofe de Velestino, disputado con encarnizamiento por ambas partes beligerantes, el desamparo voluntario de Volo, por donde el ejército griego recibía provisiones y refuerzos, el aislamiento en que han quedado las fuerzas del comandante Manos que operaban en Epiro, y la concentración del cuartel general en Domokos y Almyros, para sembrar por todas partes el desaliento, y llevar á los ánimos más esforzados la convicción profunda, de que es en vano luchar contra el destino que tan magnánimo se ha manifestado esta vez con los sectarios del Profeta, como esquivo y cruel con los cristianos.

***

¿Qué importa que la idea helénica enardezca los espíritus y flote como la columna de fuego en el desierto, sobre los que aspiran á extender los dominios griegos hasta sus naturales límites é históricas fronteras? ¿qué importa que los soñadores helenos, con su temperamento meridional, evoquen las glorias legendarias de los pasados días, recuerden los sacrificios de las pasadas luchas, y aduzcan á la consideración de los poderosos los merecimientos de Grecia inmortal á reinar sobre sus hijos, ella madre común de la cultura, progenitora del arte y eterna creadora de la belleza? ¿qué importa que sus admiradores y devotos sientan entusiasmos de pitonisa, y anuncien en arrebatos delirantes, la posibilidad de triunfos comparables á los que perpetuaron la grandeza histórica del pueblo de las Termópilas y de Platea, y formulen predicciones para no lejano porvenir, presintiendo lauros inmarcesibles, como los cosechados en la epopeya gloriosa de la guerra de Independencia?...... ¡Qué importa todo eso!

La triste realidad responde con voz de enseñanza á tales fantaseos y nos muestra los errores sublimes en que caen á las veces, pueblos y naciones, reyes y potencias, cuando solo escuchan las indicaciones de la imaginación y se dejan guiar por las sugestiones del sentimiento, que finge espléndidos espejismos y crea tentadores mirajes, en vez de atender á las rudas pero provechosas lecciones de la razón y la experiencia.

***

Con un pueblo fanático por su gloria tradicional, pero incapaz de emularla en gigantesco empuje; con un pueblo que soportó las cadenas del mahometano por luengos siglos, como había soportado el yugo de los romanos, sintiendo las afeminaciones de la esclavitud, y donde pueden alguna vez descubrirse las huellas de la servidumbre; con una masa social, inflamable y dispuesta á las alucinaciones del lirismo y ocasionada á sufrir las agitaciones de la demagogia que la canta seductoras canciones de sirena, sin indicarle siquiera los abismos á que la arrastra; en medio de una agregación social donde se echan de ver las llamaradas olímpicas del heroismo y los relampagueos hermosos de los grandes ideales, pero donde también se notan los desmayos del que todo lo espera de lo desconocido y lo inesperado, y la indolencia de las razas orientales: no debió el rey Jorge, por más que su inclinación romántica lo arrastrase á novelescas aventuras, no debió seguir las indicaciones de los que locamente proclamaban la guerra al musulmán, ni prestarse solícito á ser instrumento dócil de los agitadores populares.

Agotado y exhausto el público tesoro, falto de crédito en los mercados europeos, sin elementos en el interior para cubrir los cuantiosos gastos que había de exigir una guerra en la presente época, solamente un doloroso error pudo conducirlo al estado lamentable en que ahora se halla.

Si las ligas de familia y los regios parentescos pudieran en nuestros tiempos pesar un ápice en la razón de Estado; si los soberanos de la tierra pudieran resolver las cuestiones trascendentales de sus pueblos, atendiendo á las reclamaciones de sus parientes y á las voces de la sangre, más que á los intereses de sus súbditos, indudablemente que el Rey de los Helenos, por su estrecha unión con las principales casas reinantes de Europa, tendría derecho á encontrar apoyo en todos partes y á que secundaran sus aspiraciones las grandes potencias.

Desgraciadamente hay algo más positivo en todo esto, y el rey Jorge se ha visto abandonado de todos, y en su afán de gloria, en su ansia de dilatar sus dominios, al sufrir las primeras derrotas, se ha visto desamparado hasta de su pueblo mismo.

***

No comprendió que ese imperio caduco y carcomido que se llama Turquía, sostenido por la conmiseración de las potencias, podía en un momento dado despertar muertas energías, capaces de recordar los tiempos de Solimán y Bayaceto; no vió que los mismos empeñados en el aniquilamiento del poder de los Califas, é interesados en arrojar á los Osmanlies, mas allá de las riberas del Bósforo, son ahora sus principales defensores.

Rusia, la enemiga tradicional del mundo musulmán, que ansía la hora risueña en que se asienten sus águilas triunfantes sobre la gran basílica de la Santa Sabiduría, ni quiere apresurar la hora deseada, por temor de encender general conflagración, ni puede provocarla, antes de terminar las obras gigantescas que ha emprendido, para unir con cintas de acero las riberas encantadas del Ponto Euxino, con las remotas playas del Mar Amarillo. Formada también por agregaciones heterogéneas, donde se agitan todas las razas y se discuten todas las creencias y se buscan todos los ideales, no puede mirar con buenos ojos las insurrecciones, ya se llamen de cretenses, que buscan la libertad política, ó de armenios que buscan la libertad religiosa. Nada más contagioso y pegadizo que el espíritu de insurrección; por eso cauta y astuta, ayuda á sostener el difícil andamiaje de la Sublime Puerta, temiendo que en su caída arrastre los fragmentos de que se compone el dilatado imperio moscovita.

La Gran Bretaña, que por mucho tiempo ha sido en su propio interés defensora del otomano, mírase ahora constreñida á seguir esa tradición, aunque el grupo liberal haya soñado más de una vez en volver, por medio de la violencia y aun á riesgo de provocar la guerra continental, por los fueros de la civilización, tantas veces escarnecidos por el fanatismo y la superstición, que en espantosas matanzas han hollado el nombre cristiano en Anatolia y Asia Menor, con mengua de la cultura occidental.

Alemania, que como dice un estadista, pudo ser campeón del helenismo cuando era gobernada por filósofos y pensadores, pero no hoy que ebria de sus conquistas está á devoción de sus conquistadores y de sus sargentos; Alemania también se coloca al lado del Sultán, y abre las puertas de hierro de sus tesoros, manda las máquinas de guerra de sus arsenales, envía oficiales de su ejército á mezclarse en las filas musulmanas, por más que Grecia clame al cielo en su miseria, pidiendo libertad para Creta y manumisión para Macedonia.

***

Error, profundo error el del rey Jorge, al creer que con el polvillo de oro de los juegos olímpicos durante la primavera pasada, podía atraerse el apoyo de los fuertes; error creer que las simpatías de los pueblos eran los intereses de las naciones; pensar que las aspiraciones nobles, los arrebatos sublimes, los fantásticos deseos, podrían hacer brotar ejércitos de entre las multitudes indisciplinadas, crear tesoros de entre la miseria y la bancarrota, atraer adhesiones de entre los odios y rencores. Hubiérase conformado con ver á Creta autónoma quizá bajo la soberanía de su hijo predilecto; hubiérase resignado á esperar tranquilamente el día del reparto del territorio turco: y hoy no se viera humillado ante los propios y los extraños, vencido ante la fuerza incontrastable de las huestes asoladoras que guía Edhem Pachá. No vería ahora á su pueblo herido de muerte y de miseria, desnudo y hambriento, pobre y con los desmayos de la derrota, lanzar tremenda maldición sobre su cabeza.

El que orgulloso ayer desdeñaba en sublime heroismo

las insinuaciones de las grandes potencias, el que á la primera sonrisa de la fortuna veleidosa, lanzando el grito de Medea. «yo me basto á mí mismo!» se creyó capaz de empinarse por encima de las olas encrespadas de todas las tormentas, se ve ahora obligado á solicitar humildemente la protección de aquellos á quienes antes desdeñaba.

¿De qué le ha servido el nuevo Ministerio impuesto entre el fragor de las iras populares? La suerte está echada, y apenas sí con auxilio de los poderosos, podrá repetir la célebre frase: «¡Todo se ha perdido, menos el honor!»

Lamentable pero elocuente lección, para los que abriendo el alma al cielo de la fantasía, cierran voluntariamente los ojos á las enseñanzas de la realidad.

X. X. X.

13 de Mayo de 1897.

EDGARD POE

(Escrito para "El Mundo.")

¡Es verdad! Soy muy nervioso, espantosamente nervioso, siempre lo fuí; pero ¿por qué pretendéis que esté loco? La enfermedad ha aguzado mis sentidos, mas sin destruirlos ni embotarlos. Tenía el oído muy fino, ninguno le igualaba, he escuchado todas las cosas del cielo y de la tierra y no pocas del infierno... ¿cómo he de estar loco?—EDGARD POE. *El Corazón Delator.*

Entre las teorías palpitantes y de actualidad, entre las arduas cuestiones psíquicas á discusión, existen dos que hieren profundamente la inteligencia y conducen á la meditación, primero, y después á las más extravagantes deducciones que, no por ser hipotéticas todavía, dejan de hacer convenir en ciertos hechos resultantes de una lógica que espanta: me refiero á la «locura del crimen» y á la «locura del genio.» ¿Todos esos hombres extraordinarios que se separan de la vulgaridad, ya por sus concepciones, ya por su manera de ser intelectual ó física, ya por lo que el mundo llama «rarezas» merecen los nombres de «neuróticos», «desequilibrados» ó «locos»? ¿La historia de esas grandes personalidades es una especie de manicomio póstumo de los genios? ¡Quién sabe! ¡Pero si Cooper, Hamilton, Müller, Hoffman, Poe, Chateaubriand, Lord Byron, Musset, Nerval, Demóstenes, Davy, Edisson, etc., han sido «desequilibrados,» yo bendigo con toda el alma ese glorioso desequilibrio de la inteligencia que ha hecho la inmortalidad de tantos eminentes espíritus!

Nadie ha marcado todavía la línea divisoria entre la locura y el genio.

¿Edgard Poe era un genio, ó un loco?

Este poeta sombrío era un sér extraño, un intruso en la atmósfera en que vivía, y probablemente esa lucha titánica entre lo eterno y absoluto de sus éxtasis contemplativos y el círculo mezquino donde giraban sus contemporáneos, los hijos de su país, produjeron en él, como resultante, el desequilibrio en su cerebro, demasiado saturado de fantasía y de pensamientos, el desequilibrio de lo grande y de lo bello que lo lanzó al martirologio de los soñadores, á través de las frías ráfagas de la indiferencia «yankee» y sobre las oleadas de sangre de la historia.

Aquel espíritu delicado y sutil que llevaba en todo su sér el sentimiento estético; aquel soñador, ávido de remontarse á las inmensas alturas de la imaginación, aquel proscrito, huérfano desde niño y precoz desde la alborada de su existencia, que ni admitía las cadenas de la subordinación, ni se adunaba con las fórmulas que regulan el modo de ser en la vida del egoísmo; aquel poeta errático que, como expresa uno de sus biógrafos, era un planeta sin órbita, que giraba sin cesar desde Baltimore á Nueva York, desde aquí á Filadelfia, desde Filadelfia á Boston y desde Boston á Baltimore ó á Richmond; aquel poeta debía, como Lord Byron en Inglaterra, cansarse al fin de una sociedad satírica y prosaica que le llamaba *loco* y *degenerado*, y lanzarle al rostro el guante del desprecio. Esto era natural y era justo, y Poe hizo mal en negarlo inútilmente.

Atravesó por el pantano de los vicios con una especie de locura impulsiva; pero su corazón inundado de luz, salió intacto, como el plumaje blanco azulado de los cisnes.

Bien pudo decir con Urbina:

Soy una ave caida en los inmundos
Fangos del mal, desde las altas frondas,
Llevo en el alma abismos muy profundas
Y tristezas muy hondas

Edgard Poe no era un demonio, como el se complacía en pintarse. En sus obras se enzaña contra sí mismo; pero en esas obras, donde con rasgos prominentes refiere sus gritos de angustia, sus maldiciones de réprobo y las manchas de su vida pasada, su pluma se desliza y deja traducir pensamientos buenos y aspiraciones nobles que surgen espontaneas como el perfume en los lirios.

Oídlo en Guillermo Wilson:

«¡Oh! de todas los proscritos, yo soy el más abandonado. ¿No he muerto para este mundo, para sus honores, sus galas y sus doradas aspiraciones? ¿No está enteramente suspendida, entre mis esperanzas y el cielo, una nube espesa, nube siniestra y sin límites? Aunque pudiese hacerlo, no quiero consignar hoy en estas páginas el recuerdo de mis últimos años de miseria y de crimen, por que ese período reciente de mi vida se caracterizó repentinamente por un grado de entorpecimiento, del que sólo quiero determinar el orígen: este es, por ahora, mi objeto. Los hombres se envilecen generalmente por grados; pero de mí, se desprendió toda virtud en un minuto, de un sólo golpe, como una capa.

«Siendo mi perversidad relativamente común, un paso de gigante me condujo á enormidades más que heliogabálicas. La muerte se aproxima, y la sombra que la precede ha infiltrado en mi corazón una influencia que la dulcifica; suspiro al pasar á través del sombrío valle en pos de la simpatía—iba á decir piedad—de mis semejantes.

«Quisiera persuadirlos de que he sido, en cierto modo, esclavo de circunstancias que no ceden á ningún dominio humano; quisiera descubriesen para mí, en los detalles que voy á referirles, algún pequeño oasis de «Fatalidad» en un Sahara de errores; desearía que me concediesen, pues no pueden rehusármelo, que, aunque en este mundo haya muchas grandes tentaciones, jamás ningún hombre fué tentado ni sucumbió como yo. ¿Será esta la causa de que no haya conocido nunca iguales padecimientos? A decir verdad, ?no he vivido yo un sueño? ¿No muero por ventura víctima del horror ó del misterio y de las más extrañas visiones sublunares? Soy descendiente de una raza que en todo tiempo se distinguió por su viva imaginación fácilmente excitable.........» Esta es una de las fases sombrías del poeta que se pinta como enemigo de sí propio. Pero á través de ella puede descubrirse una ley humana, mitad fatalista, mitad providencial, que las circunstancias, mejor dicho, el *medio viviente*, constituyen para el hombre la causa determinante de su destino, que ya le levanta y le dignifica, ó ya, atrofiando su razón le abre abismos.........

Poe confiesa sus faltas y se disculpa. La fatalidad es una cadena de innumerables eslabones enlazados como los anillos de una serpiente. ¿Quién puede saber cuando lleva al cuello el primero de esos anillos? El hombre no los siente, sino cuando el peso de ellos parece extrangularle y le detiene atado, atado para siempre, á la roca ávida donde las virtudes—hijas de la voluntad—no pueden ya colgar sus nidos; donde las miradas del cielo penetran en el alma como en la tumba las miradas del sol, y donde los buitres de la tierra despedazan la carne y quebrantan los huesos. Entonces hay que exclamar con el poeta...... «Algún hombre desgraciado á quien la inexorable fatalidad persiguió con encono, cada vez con más encono, hasta que sus cantares, hasta que los cantares fúnebres de su esperanza tuvieron por único estribillo: *nunca, nunca más.*

....

No sé cómo podría clasificar este artículo sobre Edgar Poe. No es crítico, porque yo estudio al poeta más bien psicológicamente en su personalidad que en sus obras; no es psicológico, *por que no lo es;* contiene mejor mis impresiones sobre el autor de las *Historias extraordinarias.*»

Necesítanse, en efecto, cualidades excepcionales para juzgar acertadamente al extravagante autor de «El Cuervo.» «En Poe—dice Charles Baudelaire—toda entrada en materia atrae sin violencia como un torbellino; su solemnidad sorprende, manteniendo el espíritu despierto; presiéntese, desde luego, que se trata de alguna cosa grave, poco á poco desarróllase una historia cuyo interés se funda en una imperceptible desviación del espíritu, en una hipótesis audaz, en una extralimitación de la naturaleza, en la amalgama de facultades. El lector, presa del vértigo, tiene que seguir al poeta en sus arrebatadoras deducciones. Lo repito: ningún hombre ha explicado con tanta magia las *excepciones* de la vida humana y la naturaleza, los ardimientos de curiosidad de la convalascencia, el fin de las estaciones con sus esplendores enervantes, el tiempo cálido, húmedo y brumoso, en el cual el viento ablanda y distiende los nervios como las cuerdas de un instrumento, y los ojos se llenan de lágrimas que no provienen del corazón. Las alucinaciones, dejando al pronto un lugar á la duda, parecen resto de una realidad; lo absurdo se apodera de la inteligencia y gobiérnala con espantosa lógica; la historia usurpa su puesto á la voluntad; prodúcese la contradicción entre los nervios y el espíritu, y el hombre se desconcierta hasta el punto de expresar su dolor con la risa. El poeta analiza lo que hay más fugitivo; pesa lo imponderable, y describe de esa manera minuciosa y científica, cuyos efectos son terribles, todo lo imaginario que flota al rededor del hombre nervioso y lo conduce al mal......... Y sus mujeres, enfermas y que mueren de males extraños y hablan con una voz cuyo acento se asemeja á la música, son representación de Poe, ó, por lo menos, dadas sus singulares aspiraciones ó su saber y su irremediable melancolía, participan en mucho de la naturaleza de su creador.» Todos los que han leído las obras de Poe, convienen en la admirable facilidad que tenía de amalgamar sus facultades esencialmente poéticas con las facultades del más singular y severo análisis.

Pero yo no podría seguir al poeta ni explicarme claramente su vida y sus excentricidades. De niño recorre, con sus padres adoptivos, Inglaterra, Escocia é Irlanda; se siente sobrecogido, como águila cautiva, en el Colegio del Dr. Bramby, en Londres; vuelve á América; ingresa en la Universidad de Charlottes-Ville, de donde es expulsado al fin; ya joven y de hermoso continente, huye de la casa paterna, y perseguido por la miseria abraza la carrera militar; después se le ve en Grecia, recorre las legendarias playas del Mediterráneo, se encuentra sin saber cómo, en Rusia, San Petersburgo; regresa á América, se tambalea de ebriedad en las calles de Baltimore, y no obstante, pretende ingresar en alguna sociedad de temperancia; escribe en los periódicos, deslumbra con sus luminosos artículos y, presa, al fin, del *delirium tremens*, muere en un hospital, pronunciando acaso su trágica frase:

¡Qué enfermedad es comparable con el alcohol!

¡Oh! el poeta en su «Ligeia» es una lira que solloza. No sé qué estilo tiene que es inolvidable. ¡Qué ojos aquellos de Ligeia que hacen ver insignificantes todos los ojos humanos!

Yo he soñado con aquella mujer excepcional y he repetido en mis sueños aquellas candentes palabras de José Granvill, que Poe toma por epígrafe de su poema, y pone en labios de Ligeia:

«¿Quién conoce los misterios de la voluntad así como su vigor? Dios no es otra cosa sino una gran voluntad que penetra todas las cosas con la intensidad que le es propia. El hombre no cede á los ángeles ni se entrega del todo á la muerte sino por el achaque de su propia voluntad.»

....








Impuesto patriótico español.—Timbre móvil para la Colonia Española en México.

Cielo profundo en que la noche, como viuda del sol, despliega su túnica de tinieblas, y los puntos luminosos de los astros semejan lágrimas de plata...... amontonamiento de aguas brillantes y pesadas donde, como áureas partículas, nadan los resplandores del firmamento...... ilimitada extensión sin árboles, á veces, á veces cuajada de frondas.... santuario en ruinas, cuyas bóvedas agrietadas parecen desplomarse sobre los pilares bordados de arabescos, de arabescos negros por el aliento de los siglos, pero bastante fuertes todavía para que en ellos se pose el ave de las tumbas y cante tristemente el *miserere* elegiaco de los monjes enterrados bajo el suelo y cubiertos de hortigas y reptiles.... sala de disección donde la marmórea plancha ensangrentada aún, espera algo que debe caer bajo el bisturí analítico de un *desequilibrado* por exceso de genio...... región desconocida, región inesperada hacia donde vuela el espíritu entre las espirales del opio, ó el pensamiento,—como el vapor escapado de una válvula,—se escapa del cerebro congestionado por las caricias del éter......... harmonías y enormidades...... ángeles y vestigios...... auroras boreales y tinieblas sin límites......... pero genio, siempre genio, eso fué EDGAR POE!

Miguel Bolaños Cacho.

Mayo de 1897.

UN SUICIDIO ROMANTICO

JOSE M. VARGAS VILA

En Siracusa, Grecia.

Era José M. Vargas Vila un joven colombiano, de gran talento, al cual obligaron á salir de su país las cosas de la política. Pertenecía al partido liberal. Liberal colombiano, vale decir rojo al rojo blanco. Sabido es cómo en aquel bello país hierven los hombres al fuego de los partidos.

Si son conservadores, se acorazan de tradición, viven de pasado, no transijen. Si son liberales, van hasta aquella platónica constitución de Río Negro que hizo escribir á Victor Hugo una de sus sonoras cartas internacionales: Un saludo á los ciudadanos del país de Utopía.

Suben al poder los liberales, los conservadores de valía parten; ascienden los conservadores, los liberales de valía huyen. ¿La revolución es inminente siempre? Así parece. Los liberales en los últimos tiempos, después de la muerte del Doctor Núñez, han intentado repetidas veces reconquistar el Gobierno de la nación. Las tentativas han fracasado. Y el mundo está regado de emigrados liberales colombianos. Hombres de pensamiento y de acción, audaces, vibrantes; ilustres como Santiago Pérez, como el poeta Conto, que murió en Guatemala; brillantes y vivaces como José M. Vargas Vila.

Este era un corazón llameante y una mente violenta. Había nacido con dotes de verdadero artista, pero la política se las vició—cosa que en aquellos países latinos del Norte de América sucede con mucha frecuencia.

En vida de luchas de intereses civiles, mal podía consagrarse al arte puro y soberano.

Hugo, que tanto mal ha hecho con la atracción de su abismo, le poseyó. Vargas Vila hugueaba, ¡ay,! hermosamente. Tenía su pequeño Tabor; clamaba contra los tiranos, especialmente contra dos poetas que el calificaba como á dos crueles y terribles Nerones: Rafael Núñez y Miguel Antonio Caro.

Enemigo mío fué aquel hombre de tanto talento, porque hice una visita, en su retiro de Cartagena, al Presidente Núñez, y éste tuvo á bien ofrecerme, «por no haber vacante en el cuerpo diplomático,» el consulado general de Colombia en Buenos Aires.

Yo admiro al poeta fuerte y viejo: Vargas Vila aborrecía á su enemigo político. Y Vargas Vila me hirió injusta y duramente sin saber que para mí, todos los presidentes, todas las políticas, todas las patrias, no valen uno solo de los rayos del arte, prodigioso y divino.

En la emigración produjo dos libros: *Los providenciales* —que tuvieron orígen en *Los presidentes en el destierro*, cuyo primer capítulo publiqué en la *Revista Ilustrada* de Nueva York,—y *Copos de espuma*, cuentos, según tengo entendido, y pequeños poemas en prosa. En el primero, trata de los varios tiranos americanos que han montepinizado nuestra historia.

Emplea ese estilo á lingotes que Hugo empleaba, ladrillo de oro y hierro, de sus construcciones. La sugestión llega á tal punto en Vargas Vila, que hay fragmento de páginas suyas que podría intercalarse buenamente en la Obra del Poeta. Aquellos admirables revoltillos de historia ó mitología, que Renouvier ha analizado y hecho notar en la obra de Hugo, aquellas metáforas inauditas y antítesis peregrinas, el mecanismo, la manera hugeana, los encontraréis en *Los providenciales* y en todos los escritos políticos del malogrado colombiano.

Algunos cuentos de *Copos de espuma*, publicados por revistas de Nueva York, México y Colombia, dan á entender que en sus recientes producciones tenía la obsesión de los «nuevos,» á quienes atacara tan apasionadamente él también; y á pesar suyo era uno de los «nuevos»........:

Peregrinaba, como la mayor parte de sus compañeros de partido, casi todos dotados del dón de las letras: en cada colombiano hay un literato que dormita.

Permaneció en Nueva York algún tiempo; luego hizo un viaje á Europa, después de la última tentativa revolucionaria que se descubrió en Colombia, volvió ó á los Estados Unidos á continuar su campaña periodística contra el Presidente Caro.

Pero en aquel hombre de política había un romántico; se revelaba en sus gestos de estilo, en su *pose* profética; en sus predicaciones y clamores. Su liberalismo, muy siglo diez yocho, estalló en Roma en una serie de impresiones llenas de rasgos bellos, de declamaciones y de sonantes epifodemas.

Nueva edición de *Jesucristo en el Vaticano*. A veces he pensado que había mucho en Vargas Vila del iluminado chileno Bilbao; y quizá, fijándose un poco en ambos casos, se encontraría la sospechada relación.

De Nueva York vuelve á dirigirse á Europa; había pensado en escribir otro libro, *Helénicas:* partió para Grecia. Estad seguros de que, si hubiera retardado su viaje, estaría ahora en Creta, luchando al lado de los griegos. ¡Dioses! ¡renovar á Byron! ¿creeis que sería para él poca cosa? Habría, sí, corrido á ofrecerse, visionario, víctima propiciatoria, en aras de su sueño; pues quien comprendió la locura del amor, comprendía la locura de la gloria.

Y he aquí como comprendió la locura del amor:

Después de permanecer algún tiempo en Atenas, pasó á Siracusa. Una noche conoce á una joven artista, griega, muy bella y de un caracter extraño y caprichoso. Se aman, el *collage* viene fatalmente y en los brazos divinos de su querida, el colombiano se llena de la locura del amor. Más de un mes habían pasado en una quinta de la artista, en una vida sublimemente furiosa de sueños y besos, cuando una mañana fueron encontrados, abrazados, muertos, en una de las alamedas de la *villa*.

Vargas Vila dejó escrito en su cartera, algo en francés, encabezado por una frase de Ninón de Lenclos. Este suicidio de los amantes, igual en un todo al del príncipe Rodolfo, pone á la memoria del poeta una rosada gloria.

¡Amable enemigo mío! como en la tumba de la «Aphrodita» de Pierre Louis, pondría un conmemorativo y sonoro epígrama, en un griego de Nacianzo; y dejaría para tí y para tu bella desconocida—¡así, tendría á Vénus propicia!—¡rosas, rosas, muchas rosas!

RUBÉN DARÍO.

Marzo de 1897.

No hay nada tan peligroso como un mal sentimiento de cuya existencia no nos hacemos el cargo debido. Para satisfacerle apelamos á toda especie de pretextos, que nos permitan saciar nuestro odio sin dejar de estimarnos.

PAUL BOURGET.



DAMAS DISTINGUIDAS MEXICANAS



Mercedes Ascorve (**de Veracruz**) **Mercedes de Landero** (**de Jalapa.**)
(Fotografía de Torres Hermanos, México.)

IMPUESTO PATRIOTICO ESPAÑOL

Timbre móvil.

Nuestros lectores hallarán en otro lugar algunos facsímiles del Timbre Móvil que la Colonia Española en México—á semejanza de la de la Argentina—acaba de crear con el fin de que sus productos se destinen para ayuda de la madre patria.

Fluctúa el valor de estos timbres entre cinco centavos y un peso, y se aplicarán voluntariamente por los españoles, al papel en que escriben sus cartas, á los sobres, á los documentos privados, etc.

El tamaño de los mencionados sellos, es semejante al de los postales mexicanos.

OTRO PAGO DE $3,420 DE "LA MUTUA" EN MORELIA.

Morelia, Mayo 6 de 1897.

Señor D. Carlos Sommer, Director general de "La Mutua."—México.

Muy señor mío:

Tengo la satisfacción de manifestar á usted que hoy ante el Sr. Notario Público D. Antonio de P. Gutiérrez, y con la intervención del Sr. D. Enrique Hernández Alba, Agente de «LA MUTUA» he recibido del Sr. D. Antonio Bizet, banquero de dicha Compañía, la suma de tres mil cuatrocientos veinte pesos, treinta cts.: ($3,420.30), valor total de la póliza núm. 611,926, bajo la cual estuvo asegurado mi finado hermano el Sr. Lic. D. Francisco Huerta Cañedo, en favor de sus hijos María Soledad y José Huerta Cañedo, en cuya representación como su tutor firmo el correspondiente recibo.

Debo advertir que la cantidad por la que se aseguró mi expresado hermano fué la de tres mil pesos y que los cuatro cientos veinte pesos treinta centavos excedentes, forman la devolución íntegra de los premios pagados á «LA MUTUA» por la expresada póliza.

Esta circunstancia me hace recomendar ante las personas de buen criterio las Pólizas con devolución de premios que expide la compañía que tan acertadamente dirige usted en nuestro país!

Réstame enviar á usted mi voto de gracias por la eficacia y actividad con que se corrieron los trámites conducentes á este pago.

Quedo de usted affo. atto. y S. S.

ALBERTO HUERTA CAÑEDO.



Srita. Carmen Gonzáles Olivares (de Guadalajara.) Srita. Maria Teresa Portillo (de León,) Srita. Victoria Tapia (de Mazatlán.)

(De fotografía Lupercio.)

"ORO Y NEGRO"

FRANCISCO M. DE OLAGUIBEL

"Et tandis que mes vers pleins de brume et de fiel
"Ont des parfums de mort de debauche et de crime."
MAURICE ROLLINAT.

Francisco M. de Olaguíbel, el Benjamín, el *gosse* poeta del grupo modernista literario, ha arrojado su volúmen de versos, como una suntuosa ofrenda, á los pies de la Belleza.........

Ya sé que un *Monsieur Machin* se anonadó al ver ese aereolito que radioso y triunfal caía del cielo del Arte.

Ya sé que un burgués jabalí, erizó sus cerdas y frunció su hocico y dejó oír su porcino gruñido al encontrar en su floresta esa soberbia flor luctuosa de erectos y dorados pistilos.

Ya sé que ante ese altar de negro jaspe, imbricado de suntuosos arabescos, pasarán sin reverencias ni salutaciones, Mr. Bonhomet y sus secuaces filisteos.

Sé que á la aparición de «Oro y Negro» las manos académicas se crisparán sobre las clásicas pelucas, que el Viejo Precepto lanzará anatemas desde su sillón de inválido y que la Musa vulgar ululará despechada porque este poeta ha tenido asco de su tálamo.

Sé todo eso porque conozco la «via scelerata,» que tiene que atravesar todo númen que se irgue, porque en ese camino mis plantas han sangrado, porque en ese «spollarium» hemos sido escarnecidos y atormentados y martirizados. El turanio Richepín lo ha dicho: hay ojos que quisieran ver al águila sin garras, al león sin melenas y al cometa sin cauda.........

***

Las sombrías, las luctuosas, las tremendas aguas fuertes de un Piranéso contenidas por las áureas y afiligranadas planchas de un eucologio bizantino. Una laca de Korin el magno artífice nipón, en donde sobre el fondo tenebroso, se contorsionan dibujadas con un pincel empapado en oro, las fabulosas quimeras y las mujeres del Yoshivara, donde brilla la simbólica garza y abre la crisantema el sol radioso de sus pétalos. Una esfinge de basalto negro estriada de oro como los tigres y las zebras. Y una musa triste ¡oh! tan triste que llora con la infinita desesperación de una Niobé, que tiene la amargura de la Melancolía de Albrecht. Durero y que se tiende hastiada de la vida en la cámara ardiente que fué alcoba nupcial de la Ligeia. Todas esas imaginaciones negras y rayadas de oros luminosos me ha sugerido el tomo de Olaguíbel. Ese «Oro y Negro» es para mí un campo satánico y sabático, una inmensa llanura desolada, donde crecen en infernal Primavera muchas flores, cuyos pétalos están hechos de fuegos fatuos, de fosforescencias felinas, de miradas cabrías y de pupilas de buho........

¡Oh, y ese sollozo, y ese suspiro y esa queja que cantan su tremendo «De Profundis» en la obra de un poeta que sólo tiene veintiún años! Ese lamento de *trauenmarsh*, ese redoble de marcha fúnebre, ese sordo cañonazo de duelo obstinadamente disparado, que al principio os conmueve, que después os entristece y que al fin, llega á causaros una profunda y dolorosa obsesión!

Olaguíbel, que adjetiva brillantemente, como debe hacerlo todo poeta artista, usa por una necesidad de su temperamento estas palabras: *torvo, triste, taciturno, fúnebre, sombrío, melancólico*. Y esas palabras tristes y depresivas se asoman como dolientes vírgenes, á la arcada soberbia del soneto, se proyectan en la luminosa vidriera del Rondel, son monjes encapuchados y sombríos como los de la tumba de Felipe Pott. *Triste, Torvo, Tedio;* Taciturno *lied motive* del «*De profundis Clamavi*» que desde el fondo de tu cripta entonas ¡oh poeta efebo cubierto de cenizas y coronado de hiedras!

***

Y sin embargo, hay azahares y hostias, hay armiños y nieves, hay esponsales y eucaristías, y diáfanos témpanos, y cándidas alas y repiques argentinos en tu «Oro y Negro,» poeta! Tus «rimas de Oro,» tu «Alma en Primavera,» tu «Juvenilia,» son gradas inmaculadas, inviolada, *marmorizadas* que nos conducen al gineceo de tus amores, á las gemonías de tus duelos y á la necrópolis de tus pesares. Primero, agua lustral y azahares; luego *acua toffana* y flores de mandrágora ....

«Rimas de Oro» son los aurorales presagios de un sol que tiembla indeciso......... «Cróquis Modernos» es el zenit de un sol polar que brilla sin rayos, solitario y trágico y tenebroso.

«Baladas Negras» es un eclipse en medio de tu cielo radioso, un eclipse desesperante y tremendo que nubla al astro y entristece á las flores y hace callar á los pájaros.

Y luego los «Rondeles,» el ocaso trágico y melancólico, el Poniente que brilla y que sangra, el hastiado sol; que se derrumba y se sepulta, hundiéndose en el mausoleo de la tiniebla y arrojando los esplendores de su joyero en la bóveda negra de la noche estrellada......

¿Verdad, Amado Nervo, sabio artífice del «Propileo,» tú que redondeas y doras y esculpes tus estrofas como los dombos bizantinos, tú que abrigas tu idea piadosa bajo la fulgurante hornacina de tus hieráticas estrofas; verdad, Nervo, que los versos de Olaguíbel van hacia el azul, como las agujas góticas de tus sagrarios; verdad que si tú has hecho radiosas vitrinas de catedrales, él es un artista digno de ocupar un puesto honorífico en la «Mesa Redonda» de los Caballeros del Arte?

¡Oh Amado, *Amadís*, Amadísimo Nervo, tú, á quien nosotros los *gosses* tenemos en olor de santidad, tú, Fray Amado, más beato que Rabelais el *bon curé* de Meudon, no crees que pueda terminar esta apología diciendo que el «Oro y Negro» de nuestro querido poeta pueda sintetizarse así:

Un crespón sobre una custodia,
Una nube procelosa sobre un sol?

JOSÉ JUAN TABLADA.



ESPEJISMO

Los verdaderos artistas llevan dentro de ellos mismos un ideal de mujer que se asemeja á sus sueños. A menudo ¡ay! la suerte no pone en su camino esta mujer. Cuando su corazón se apasiona, adora en la que encuentra, á la que ha soñado.

El vulgo no comprende estas pasiones violentas, repentinamente encendidas en el cerebro y en el sentido de los séres que viven, sobre todo, por la imaginación. Se dice: ¡Tanto amor por una seductora tan mediocre!

Pero es que el poeta no ve á su amada tal como es, sino tal como él desearía que fuese.

Y ¡qué importa! El placer gozado ¿no es el mismo? Indudablemente que sí, porque este placer no es nunca absoluto, sino relativo siempre al concepto que de él nos hemos formado.

ALBERTO DELPIT.



Hay muchos que creen imitar el estilo de Víctor Hugo, cuando en realidad solo imitan el de sus traductores.

Clarín.

ENGAÑO SUBLIME

Por María Lescot.

NUMERO 10.

XXV

Felipe estaba lejos, en camino para el polo, hambriento ya de noticias, cuando le llegaron estas cartas. Leyó primero la de su cuñado: era la nota exacta, precisa, que le inquietaba ó le tranquilizaba. Venía después la misiva de la aya, con su énfasis y sus exageración. Por último, guardaba para los postres, como él decía, los ingenuos garrapatos de Lila. Los saboreaba á pesar del trabajo que frecuentemente le costaba descifrarlos á través de los borrones, de las tachas y de las faltas de ortografía. Esta vez obró también así.

Leyendo la carta de Fernando, hizo el gesto de un profeta, cuyas advertencias no se habían escuchado.

Casi no se inquietó de la disención sobrevenida entre el padre y la hija: estaba bien seguro de que la mimaban mucho, de que la volvían déspota, voluntariosa, insoportable, y que sería preciso reaccionar! Aun era tiempo, pero debía aprovecharse. La salud plena, las fuerzas habían vuelto, los largos paseos, el vigor, la actividad infatigable!...... excelente todo eso. Sonreía doblando la carta.

Venía en seguida la voluminosa epístola de Carlota. Habituado como estaba á sus largas frases obscuras y ampulosas, á su amor por la hipérbole, no dejó, sin embargo, de sorprenderse. ¿Quién era esa hija de los antiguos reyes de Armórica, arrojada de su país por un cruel destino? ¿Qué significaba esa intrusión en el taller y esa demanda de lecciones de pintura? El se respondió á sí mismo con la palabra pronunciada ya por Fernando: «Una aventurera.» Esta palabra de aventurera despertó inmediatamente esa inquietud que jamás había podido arrojar de su espíritu. ¡Una aventurera! ¿Esos países cosmopolitas que se parecen á las estaciones balnearias, no son acaso un medio propicio para las artimañas de una intrigante? Adivinaba el lazo grosero que se ocultaba bajo ese pretexto de las lecciones ó tal vez de un retrato para el cual serían necesarias numerosas *poses*. Sabía que esas astucias casi siempre se logran.

Releyó la carta más lentamente:

Carlota no decía el nombre de la extranjera: ya la llamaba una desterrada ilustre, ya una gran armoricana y aun una hija de los antiguos reyes. Un hecho hería á Felipe; el pintor no hacía alusión alguna á esa mujer. ¿Era esto indiferencia? ¿Entonces cómo había podido consentir en abrirle su taller? ¿El enemigo tan temido iba á aparecer en el momento en que todos los temores parecían proscritos?

La irritación del pintor contra Lila, tomó á los ojos de Felipe una significación precisa y redobló su inquietud, tan grande, tan viva en ese momento, que descuidó leer la carta de la niña. Qué esclarecimiento podía esperarse de una niña! Mas cuando la hubo abierto, apenas recorrió las primeras líneas, cuando todo se esclareció para él: con una palabra viva y precisa Lila establecía la situación. «Ella á querido robarme á mi buena Carlota, y ahora quiere robarme á mi papá.»

Siguió leyendo, y he aqui que en el *post scriptum*, de pronto el nombre de Beltrana relampagueó como un golpe de luz. Una gran angustia lo oprimió. En la lejanía parecióle oir la voz de la chiquilla y la queja de su carta: «Yo soy desgraciada! Oh! tan desgraciada!»

En la siniestra claridad de esta noche polar, recorría con fiebre el puente del navío. Al rededor de él se rompían las olas pesadamente, lúgubremente, en su eterna lamentación.

De pronto un recuerdo se apoderó de su espiritu, con la precisión de una escena vivida cuya huella es imborrable, y sin embargo no era mas que un sueño, un espantoso sueño, jamás olvidado.

Había flores—pensó—el presagio no ha mentido. Las lágrimas han seguido á las flores muy de cerca; pero había también otra cosa. Una mujer de cabellera roja salía de la onda, devoraba á la niña y yo no podía defenderla, clavado sobre un navío inmovil en medio del océano.

Esta última parte del espantoso sueño va también á realizarse? Y qué puedo yo hacer, Dios mío? El peligro comienza, abandonar mi puesto sería una defección.

No podía alejar de sí la visión terrible. Cien proyectos insensatos, inmediatamente abandonados, apenas se concebían atropellándose en su espíritu.

Entró de nuevo á su camarote, se sentó frente á su mesa, tomó la pluma, y vaciló. Lo que había que decir á Fernando, no era cosa fácil. Dos ó tres veces recomenzó su carta, percibiendo al fin de pronto, que mostrar el peligro es algunas veces hacerlo surgir y que una intervención torpe, puede, con los hombres de un caracter débil, precipitar el desenlace. Después de maduras reflecciones resolvió no hacer vibrar más que la ternura paternal, esa ternura de la cual no podía dudar.

Entonces escribió:

«Me acusaréis de instabilidad en las ideas, Fernando? Yo que os he reprochado muchas veces vuestra debilidad con respecto á Lila, os reprocho ahora vuestra severidad; á pesar de la apariencia de salud, la enfermedad deja grandes desórdenes en el sistema nervioso, la sensibilidad es más excesiva, la irritabilidad también.

«Sed paciente y dulce, hermano mío, con la pobre niña, como lo habéis sido siempre. La hora de la corrección sería mal escogida, imprudentemente acaso. Hay tallos demasiado débiles, que se rompen cuando se les quiere enderezar.

«Sí, soy yo, el padrino Felipe, el tío gruñón, quien os suplica que no la contrariéis, que la miméis un poco aún.

«En cuanto á su idea fija de volver á Pontarlier no penséis, Fernando, que es un resultado de su enfermedad?

«No habéis oído decir jamás, que los convalescientes tienen prisa por abandonar los lugares en que han sufrido? Y Lila no experimenta acaso, en sus fatigantes instancias, una impresión de esta naturaleza?

«Por qué le rehusais esta satisfacción, vos que no le rehusais nada...... Sin duda alguna ella se cansará pronto de la permanencia monótona en nuestro pobre pueblecillo y será la primera en pediros que volváis á partir.

«Las fantasías de una enferma, aun las más faltas de razón, tienen á veces fuerza de ley.»

Dirigió á Lila tiernos y paternales consejos:

«Tu no eres desgraciada, mi pequeña Lila, ó cuando menos, si eres desgraciada, es por que te créas penas imaginarias.

«Si no fueses desconfiada y celosa, no dudarías del afecto de tu padre ni de el de la buena Carlota. No creerías que una princesa negra ó roja iba á robartelos. Cómo quieres que amen á una extrangera más que á tí?

«Te concedo, sin embargo, que es de desearse que volvais lo más pronto posible á la querida casa donde tu madre vivió. Pero esto, mi niña, hay que pedírselo dulcemente á tu padre, sin cóleras, con gentiles zalamerías que tendrán mejor éxito.........»

La carta á Carlota fué más severa.

«Os dejais llevar demasiado, señorita Carlota, por la bondad de vuestro corazón. Vuestra princesa armorica-



na podría ser muy bien una intrigante, capaz de hacer zozobrar en puerto, vuestras esperanzas. Yo soy vuestro aliado, vos lo sabéis, vuestro amigo devoto; escuchad pues mis consejos y, por gracia, seguidlos ciegamente.

«Sea cual fuere la tristeza que podais resentir, romped todo comercio con esa mujer, menos conmovedora, menos interesante, menos inofensiva, sobre todo, de lo que imaginais.

Si fuera tiempo aún, yo os diría:»

«No la hagais entrar á la casa bajo ningún pretexto, no la aproximeis al hombre á quien amais;» pero es ya demasiado tarde, puesto que, con una imprevisión que hace más honor á vuestra bondad que á vuestro juicio, la habeis introducido al taller. Dejad al menos el campo libre á los celos de Lila! Ni engaños ni subterfugios; no encubrais con vuestra complicidad, entrevistas que podrían muy bien volverse peligrosas y culpables citas.

«No todas las mujeres son como vos, sencillas y buenas. Creo poder afirmar que esta es del número de esas criaturas peligrosas que disimulan bajo una engañosa dignidad, bajo un nombre, bajo un título usurpado, las más pérfidas maquinaciones.

«Seria de la mayor importancia abandonar Lausanne para volver á Pontarlier. Guardaos de combatir el vivo deseo que Lila testifica y aun unid vuestras instancias á las suyas. En nombre de la felicidad de la niña que os está confiada, en nombre de la felicidad del hombre que amais, en nombre de vuestra propia felicidad, señorita Carlota, cerrad vuestro corazón á las celadas sentimentales y romancescas, desconfiad de las desconocidas, de las intrigantes y de las mujeres de la Armórica.

«Cuento con vuestra docilidad absoluta para seguir los consejos, y aun diría las órdenes de aquel á quien llamais vuestro benefactor, y que es vuestro mejor amigo.

F. de Aubian.»

P. S.—Una súplica aún, señorita Carlota. Sed suficientemente buena en lo sucesivo para designar á las gentes por su nombre y dignaos decirme si vuestra princesa armoricana no se llama simplemente la señora Martín.

Cuando hubo cerrado esta carta, se quedó pensativo, reflexionando:

«¿Qué más puedo hacer? ¿Qué puedó decir aún? Obtener que Fernando vuelva á Pontarlier, sería la salvación! Esa mujer no podría seguirlo y si se atreviese, Jacobo que conoce todos los detalles de mi aventura, sabría desenmascararla.»

Pero después de madura reflexión, la intervención de la tía Fourneron le pareció más eficaz. La tía era activa, ingeniosa; ella encontraría un pretexto.

Y sobre la hoja blanca escribió:

«Buena y querida tía:

«Me llegan informes que me hacen temer que Fernando está en manos de una intrigante peligrosa que intentará atraerlo al matrimonio.

«Bajo un pretexto cualquiera, cuestión de sentimientos ó de salud, llamadlo á Pontarlier. Y cuando lo hayáis reconquistado, rodeadle, ocupadle, divertidle, no le dejéis un instante de soledad ni de respiro.

«Poned de acuerdo á Jacobo, á las primas Lezines, á toda la familia, es decir, una de las mayores fuerzas que hay en el mundo. Triunfaréis; la enemiga está á las puertas; pero será derrotada; vosotros no la dejaréis entrar.

«Sé que puedo dirigirme á vos y contar con vuestra inteligencia, con vuestra energía y con vuestra adhesión. Y si desgraciadamente, á pesar vuestro, á pesar de todo, ese matrimonio se efectúa, velad bien por Lila hasta mi vuelta...

....

«Felipe.»

XXVI

Esas cuatro cartas partieron, franquearon los espacios, atravesaron las tempestades y llegaron á su destino.

Después de haber leído la suya, Fernando llamó á Lila, la tomó en sus brazos y la besó tiernamente. Desde hacía cerca de ocho días no la besaba, irritado por la actitud sombría de la niña, por sus miradas inquisidoras, por sus palabras de desconfianza. La observó con atención y le chocó su palidez y su aire triste.

«Felipe tiene razón, pensó, he sido demasiado severo con la pobre niña.»

Lila también había leído su carta. La amonestación seria y dulce tomaba una vez más el camino de su corazón. Reconoció sus errores, devolvió á su padre sus caricias echándole como en otro tiempo los brazos al cuello y no habló más de partida: la harmonía mas perfecta reinó ese día entre el padre y la hija.

Durante este tiempo, Lolotte, encerrada en su cuarto, levantaba hacia la cornisa del artesonado sus ojos de vidrio y exclamaba con voz querellosa:

—¡Oh, generoso señor Felipe! ¿cómo habéis podido prestar oído á las calumnias? ¿Cómo habéis podido creer que Carlota se dejaría engañar por una intrigante? ¿Cómo no tenéis más confianza en su sagacidad y en su juicio? ¿Cómo podéis aconsejarle que vuelva á Pontarlier y que abandone á su noble amiga? ¡No reconozco vuestro corazón tan tierno y tan compasivo!

No puso un instante en duda que los infames Martin hubiesen apostado espías en el camino del polo para rodear á Felipe y extraviar su bondad. En cuanto á temer la rivalidad de la princesa armoricana, no lo pensó un momento. Era de esas mujeres felices á quienes ninguna decepción puede desilusionar, que guardan á través de todos los deberes una inalterable confianza. El honorable señor Duvernoy ¿no le había dado su corazón? No se casaría con ella cuando los catorce años, generosamente consagrados por el patriarca Jacob á la guarda de los rebaños de Laban hubiesen pasado? es decir, cuando Lila, su querida niña, su dulce angelito hubiese concluido su educación y abandonado á su padre por un marido. Que el señor Duvernoy prefiriese la mujer descepcionada y enferma á la robusta alemana, eso ni siquiera se le ocurrió.

Llegó la hora del paseo. Con el corazón ligero y el alma serena, se llevó á Lila á un sitio lejano, á fin de permitir al pintor que se dirigiese al chalet habitado por «la hija de los reyes de Armórica.»

Desde hacía más de dos meses que obraba así casi cada día, y esas dos ó tres horas furtivamente robadas á la inquieta vigilancia de Lila, constituían para el señor Duvernoy el más grande interés de su vida solitaria. Desde en la mañana interrogaba ansiosamente el estado del cielo para saber si el paseo podría efectuarse. Hubo dias de lluvia en que la salida fué imposible; dias de capricho en que la niña rehusó obstinadamente abandonar la casa, resistiendo á las órdenes y á las súplicas; días de inquietud en que se pegó á su padre sufriendo con resignación paciente sus regaños sin dejarse apartar.

Aun cuando el nombre de la señora Martin no fuese pronunciado jamás ante ella, aunque la viuda hubiese dejado de mostrarse en el taller, aun cuando Carlota misma no permitiese ya, la menor alusión á su querida princesa, la niñita permanecía inquieta en su victoria.

No veía ya el peligro, pero el peligro estaba ahí, muy cerca, lo sentía. Esta vigilancia celosa hacía más preciosas aún para el pintor las horas de libertad; no perdía un minuto. Desde que Lila partía, volaba á casa de Beltrana y el tiempo de su visita huía rápido. Muchas veces se hubiera retardado si ella no le recordara la hora en que debía volver á su casa.

De suerte que diariamente la abandonaba con pena, teniendo—así le parecía—cien cosas aún que decirle. Ella sabía escucharle tan bien! medio tendida sobre su *chaise-longue*, ó bien inclinada hacia adelante, con el codo sobre las rodillas, la cabeza sobre la mano, en actitud de una extremaatención, pero siempre con ese silencio de la *pose* gracia exquisita de la linea que él había admirado en ella desde el primer día.

Algunas veces cesaba de hablar y la contemplaba. Un dia le pidió permiso para hacer de ella un croquis. Ella consintió sonriendo. El croquis se convirtió en un verdadero retrato. Para este retrato tuvo ella que cambiar más de veinte veces sus posturas, que se encontraron todas, tan perfectamente graciosas, que no sabía él por cual decidirse. En algunos intervalos de tiempo le daba algunas lecciones de pintura, ejecutando él mismo las acuarelas, más que corrigiéndolas.

Cuando la primera estuvo terminada, él se la llevó á su casa. Ocho días más tarde, entregaba á Beltrana, con el aire satisfecho de un hombre que hace una buena acción á la sordina, un sobre sellado. Ella lo abrió; tres billetes de banco salieron.

—Qué es eso? preguntó con sorpresa.

El bajó los ojos, y respondió:

—Es el precio de vuestra obra, querida señora. Yo lo recibí esta mañana de mi comprador de cuadros.

Esperaba agradecimientos y exclamaciones alegres y triunfaba ya de su feliz estratagema; pero ella hizo una mueca de desdén.

—Trescientos francos, solamente! Cómo habéis aceptado tan mezquina suma? Luego no firmáistes vuestra tela?

Sorprendido él, guardaba silencio.

—Si, continuó ella, por qué no habéis firmado esta acuarela, pues que fué hecha por vos? Y por qué traerme este dinero que no he ganado? Tomadlo, amigo mío; no os he dicho que no aceptaría limosna alguna? Dejadme la sola cosa que me resta: mi orgullo.

—Ah! sois demasiado orgullosa, dijo él; no podéis permitir á un amigo que os haga un ligero servicio! No podéis hacerme el sacrificio de vuestra susceptibilidad excesiva y darme esta prueba de estimación y de amistad?

—Precisamente en nombre de esta amistad, dijo ella gravemente, rehuso. Acepto vuestras preciosas lecciones, no aceptaré otra cosa, y ya es demasiado para crearos un derecho á todo mi reconocimiento.

El no osó insistir y recogió los billetes de banco con aire de perro que recibe un puntapié cuando esperaba una caricia; pero no podía censurarla, y verdaderamente la admiraba más por su indomable orgullo. Al día siguiente volvió ella sobre el asunto, dándole algunas explicaciones que él no habría osado pedir. Ciertamente ella no mentía cuando decía en su primera entrevista, que sus medios de existencia eran muy débiles; pero no quería que él se inquietase más de ella: sus modestos recursos en aquel país de vida barata, podrían bastarle.

—Se habitúa uno á todo, continuaba ella con melancolía, á todo, excepto á la soledad. ¡Qué sería de mí si vos no estuviéseis aquí, amigo mío? Vuestras caras visitas son para mí un inapreciable beneficio.

Si los progresos de la discípula eran lentos, la intimidad crecía rápidamente. El llegó á referirle todo como á la mejor amiga que hubiese tenido en el mundo. Aun cuando ella nada le preguntase jamás, él le confesó toda su vida, aun las cosas más íntimas, por ejemplo, sus largas relaciones con la parisiense, la pena que le había dado romper con ella—á pesar de su traición—retenido por la fuerza de la costumbre. Después le refirió su matrimonio con Elena, con aquella Elena tan locamente amada, tan locamente lamentada. Y añadió ingenuamente:

—Si vos la hubiéseis conocido, amiga mía, comprenderíais mi inconsolable dolor. Era digna de vos.

La amiga escuchaba, aprobando algunas veces con una palabra, á veces con un signo de cabeza, pero siempre con la acariciadora mirada de sus grandes ojos. De sí misma hablaba poco. Muy al principio de su intimidad, en algunas palabras sencillas y breves, muy apartadas de la fraseología dramática de la aya, le había dicho su infancia triste, en una playa bretona; su juventud solitaria; después la ruina de su casa, las privaciones diarias en su familia. Un día se presentó un marido rico, tenía sesenta años; ella consintió en casarse con ese viejo para dar á su padre un poco de bienestar y de seguridad. Para ella misma nada aceptó.

—Es por esto, añadió orgullosamente, por lo que ahora soy pobre.

Ni una alusión á «ese monstruo de Martín;» mas algo no dicho, algo irasible, un pliegue de los labios, más amargo, una flama sombría que atravesaba la mirada, un gesto de cansancio, una actitud más abandonada, hacían comprender á su interlocutor, que aquella unión no había sido dichosa.

Complacíase ella sobre todo en hablarle de sus obras, de él, de sus telas tan hermosas. Escuchaba sin cansarse jamás las lamentaciones eternas que todo artista, pintor, músico ó literato, cree tener el derecho de formular contra sus ineptos contemporáneos: odios, rencores.

Ciertamente las telas de Duvernoy se vendían honorablemente, pero el precio que alcanzaban era bien poca cosa comparado con el precio de las obras de los maestros.

—Para llegar á la celebridad, decía él amargamente, se necesita mucho charlatanismo y yo no soy charlatán.

Ella se asociaba á sus indignaciones contra ciertos artistas, cuya gloria estaba fuera de toda duda, que habían reemplazado el clarín del renombre por el grueso organillo del saltimbanqui, y cambiado por una barraca vil el templo de las artes.

—¡Qué lástima que no os tenga siempre cerca de mí, para alentarme, para reprenderme, para dirigirme, concluía él.

XXVII

El día en que el pintor recibió la carta de Felipe se dirigió, como de ordinario, á la casa de su amiga. Ella no tardó en reconocer que estaba preocupado. Demasiado habil para interrogarle, esperó la confidencia, que no se hizo esperar.

—Recibí ahora una carta de mi cuñado. El va en camino para el polo; una larga, una peligrosa expedición.

—¡Ah! dijo ella.

Y en esa interjección había todo un poema de tierno interés. Añadió para consolar:

—En la actualidad ya no hay expediciones muy peligrosas.

—¡Oh! no es eso lo que me preocupa; yo amo ciertamente mucho á Felipe, pero no puede uno inquietarse de todo; la vida no sería posible así! Mi molestia presente es con respecto á Lila. Me habla de ella, y él, que hasta ahora me ha reprochado mi debilidad, me reprocha mi severidad. Se creería ciertamente que yo la brutalizo y que soy un padre bárbaro. Vos habéis sido testigo, señora, de una de las ridículas escenas de celos de la pobre niña. Si yo la escuchase, me pondría en tutela; escondiéndome, ya os lo he dicho, es como vengo á veros cada día. ¿Qué diablos quiere él que yo haga todavía?

En cuanto á cesar de veros, en cuanto á volver á Pontarlier, me niego á ello. Felipe dirá lo que quiera; y aun cuando toda la tribu de los de Aubian se uniera á él, resistiría aún.

—De Aubián! vos habéis dicho de Aubián!

—Sí, de Aubián, Felipe de Aubián es el nombre de mi cuñado, un guapo mozo, un oficial de marina, de gran porvenir.

Estaba tan acostumbrado á oírla aprobar todas sus palabras, que la respuesta fué para él un asombro.

—Yo no sé... Sería preciso reflexionar. Acaso en efecto, sería prudente no contradecir á esa pobre niña y no disgustar á vuestro cuñado......

Hablaba lentamente, con vacilación, como con miedo. El lo notó.

—Se creería que teméis á esa niña.

—Sí, dijo ella con una mirada enigmática, convengo en ello, la temo. Ved, me parece que valdría más vernos menos seguido, eso no nos impediría querernos, no es verdad?

—Menos seguido! exclamó él aterrado, no, ciertamente, no consentiría en imponerme esta privación.

—Reflexionaremos. Y levantando el dedo designó el reloj.

—De todos modos, ya es hora de que os vayáis.

—Ya es hora! Si apenas hemos hablado! Yo tenía muchas cosas que deciros y no he dicho nada importante.

Nada importante! La señora Martín no era de esa opinión. Tenía prisa de estar sola, de examinar la situación, de reflexionar maduramente. Ese nombre «de Aubián» cómo habría podido olvidarlo, ligado como estaba á las horas más sombrías de su vida? Recordaba la presentación hecha por Valeria, la víspera del matrimonio en la villa Martín:

«El señor Felipe de Aubián, tu *garçon d'honneur*, Beltrana.»

Demasiado ocupada del drama de pasión que desgarraba entonces su alma, había mirado apenas al joven oficial y aun apenas lo había reconocido cuando la arrancó á la muerte. Cómo, por qué se encontraba él ahí? No quiso inquirirlo. Fué en medio de un baile cuando vió á Felipe por segunda vez. Un baile del cual era la reina sinduda alguna. Cuando percibió en el grupo de jóvenes oficiales al testigo de su deshonor, sintió un terror del cual no fué dueña.

Y he aquí que por la tercera vez Felipe de Aubián aparecía en su vida como una ave de siniestro augurio. Esperimentaba de pronto la sensación del jugador que ve que se le vuelve la suerte, á despecho de sus sabias maquinaciones-

....

Al día siguiente cuando el pintor, á la hora acostumbrada se dirigió al chalet vecino, encontróse ante una puerta cerrada y ante una consigna severa.

La señora Martín, más delicada que de costumbre, rehusaba recibir á nadie.

El insistió, se inquietó, se desoló, hizo pasar su tarjeta con una palabra de súplica. Todo fue en vano......

Lo mismo pasó durante tres días, el pobre Fernando erraba al rededor del chalet como Adan debió errar al rededor del paraíso perdido. El angel de espada de fuego, bajo la forma de una suiza, impedía la entrada. Inútilmente intentó ablandarla. Ella permaneció incorruptible.

El casi no creía en esa enfermedad, pero temía haber herido á su amiga; pesaba, una después de otra, cada palabra de su última conversación, tratando de descubrir el crímen por el cual era arrojado. Su casa se volvía un infierno; regañaba á Carlota, se exhaltaba contra los criados á la menor negligencia del servicio. Hubiera acusado al universo entero de haberle robado el corazón de Beltrana.



En fin, al cuarto día de este suplicio, ella juzgó oportuna no mostrarse demasiado cruel. El arcangel colocado á las puertas del edén, respondió con una amplia sonrisa que la señora había dado orden de que se recibiese al señor.

Al entrar, el pintor creyó notar que el saloncito había perdido su aspecto de intimidad, que los sillones tomaban un aspecto huraño, que la ama de la casa era menos hospitalaria y menos amigable, en fin, que algo se había deslizado entre ella y él. Pidió una explicación.

—¿Por qué haberme desterra lo tan largo tiempo? Si estabais enferma ¿por qué no haber permitido á vuestro devoto amigo prodigaros sus cuidados? Pero se trata deveras de una enfermedad, ó más bien de un cuidado, de una preocupación que queréis ocultarme?

—No, no tengo nada, dijo ella.

Y de pronto, cambiando de tono, con una voz grave y triste:

—Pues bien, sí tengo algo, tengo la pena de vuestra hija. He pensado mucho en ella durante estos tres días. Me he dicho que sería odioso hacerla sufrir inútilmente. ¿Qué soy yo en vuestra vida? ¡bien poca cosa! una mujer encontrada en el azar de un viaje, una relación de un día que se abandonará mañana. Ciertamente no vale esto la pena de herir el corazón de vuestra hija, de indisponer á vuestra familia. Más vale para los dos que nos digamos adiós; más tarde la separación sería aún más cruel, vos sois de aquellos á quienes se apega uno demasiado para poderlos dejar sin que el corazón se rompa.

El saltó de su silla y se arrojó casi á sus pies:

—Pero si yo no quiero abandonaros, pero si yo no quiero deciros adiós, pero si vos no sois para mí una simple relación encontrada al azar de un viaje! vos sois la amiga querida entre todas, aquella sin la cual yo no podría pasarme.

Ella suplicó con aire pensativo:

—Ah! es preciso, sin embargo escoger entre vuestra hija ó yo. No comprendeis que este misterio de que rodeais vuestras visitas es para ella una ternura? Ella siente que le mentís.

—Pues bien, yo la haré entrar en razón......... yo le diré......

—Ella admitirá y nadie podría admitir que una desconocida, una extraña, os fuese hasta este punto necesaria. Ah! si nos uniese á vos y á mí algún lazo, si yo fuese vuestra hermana, siquiera vuestra prima.........

El la interrumpió:

—Vos no podéis ser ni mi hermana ni mi prima; sois mi amiga, mi mejor amiga, y este título me basta para que nadie pueda separarme de vos.

No la había comprendido, ó bien no quería comprenderla. Demasiado habil para insistir, ella le tendió la mano con un gesto de caricia.

Cuando hubo salido, exclamó:

—Es aun demasiado pronto......... no he anclado aun en su vida.

Sonrió desdeñosamente:

—Me cree enferma, añadió, herida de muerte. Este sillón y estos velos de luto son poco propicios á su pasión; sería acaso bueno desembarazarme de ellos. Felipe de Aubián, me dará tiempo?

XXVIII.

La señora Fourneron, sin embargo, no permanecía inactiva. La carta de Felipe le llegó en plena holganza: ni un entierro, ni un nacimiento, ni un matrimonio en el horizonte. Eso era para desesperar á la humanidad entera. Ese mal sujeto de Jacobo no respondía ya á sus esperanzas; se curaba, los accesos de gota le dejaban algún respiro, y desde que no marchaba á arrastra pie hacia el matrimonio, no marchaba del todo. A las recriminaciones de la tía Fourneron respondía riendo.

—Era un marido gotoso el que quería casarse con Eulalia de Lezines; yo no soy ya gotoso y habría fraude, substitución de persona, un caso de nulidad previsto por la corte de Roma! Verdaderamente mi conciencia no me permite abusar del candor de esa ingenua niña.

Ya no soy el gotoso que ella había soñado.

Continuará.



¡¡IMPOSIBLE!!

(Traducido expresamente para "El Mundo.")

I

Magdalena Guérande oyó que se alejaba su última visita con discretos pasos; la puerta se cerró con un golpe seco.

La joven se volvió sonriente hacia Jacobo Desroches, que estaba de pie cerca de la chimenea y también sonreía con risa confiada.

—El mundo es para los que sufren, dijo.

—Pobre amigo mío! ¡Cuánto valor ha tenido usted para resistir esa ola de gente molesta! A cada nuevo visitante, creí que se iba.

—Quise merecer mi recompensa.

—Me parece feo que sea usted interesado.

Tendióle las manos; ella abandonó las suyas, y lenta y apasionadamente las besó el joven, las besó con devoción, como algo sagrado, y muy dulcemente deslizó sus labios sobre cada una de las uñas sonrosadas.

Magdalena no dijo nada. Con la cabeza un poco erguida, lanzaba á Jacobo, bajo los párpados entornados, una mirada ardiente que lo hacía estremecer.

Comprendió cuánto lo amaba y cómo se hacía cada día más suya, y se sentía orgullosa de aquel amor que había conquistado para siempre.

En su derredor las violetas pálidas morían en vasos frágiles; sus corolas delicadas, marchitas, parecían languidecer de amor; las rosas té se deshojaban sobre el terciopelo de las mesas; una sola lámpara velada con pantalla malva, derramaba una claridad tenue, y Magdalena, rubia, fina, vestida de malva, del color de la pantalla y del color de las violetas, parecía á Jacobo más agitada y encantadora en la harmonía de aquella estancia.

El timbre de un péndulo colocado entre los juguetes de la mesa, desgranó las seis en notas argentinas.

Jacobo dijo:

—Ya es necesario partir.

—¿Ya?

Magdalena dejó de sonreír, triste por aquella partida; se ponía así cada vez que él se alejaba, como si se alejara para siempre.

—Voy á comer en casa de las de George.

—Alguna vez, exclamó ella, alguna vez me dejará usted......... como esta noche, y todo habrá acabado, ¡ya no volverá!

—¡Qué niñerías!

—¿Niñerías? Por lo contrario, soy previsora y razonable, muy razonable...... y si usted me dejase para......

—No diga usted tonterías!......

II

Otra vez oyó Magdalena el ruido de la puerta que se cerraba, y luego lentamente comenzó á recorrer el salón.

Puso las manos ardorosas en los objetos que Jacobo había tocado, buscando la huella de sus dedos; hojeó el libro que él había hojeado, se sentó en el sillón en que él se había sentado y puso los labios en el respaldo de seda pálida, donde un momento antes se había apoyado la cabeza del joven.

Entonces advirtió que lloraba. La sensación de amor que la envolvía era demasiado fuerte; su misma dulzura la atormentaba.

¡Su Jacobo! Todo lo había sacrificado á una señal suya; su talento de escultor, la profunda embriaguez que la producía su arte, todo lo había sacrificado á su amor.

Pero él nada exigía. La había encontrado en el grupo de artistas que frecuentaba, y pronto pareció conmovido. El joven, al ver á aquella muchacha de veintisiete años vivir absolutamente sola, libre de todo lazo, sin protección, sin quien la infundiera respeto, la creyó fácil de conquistar.

Pronto comprendió su error. Hacía cuatro años, desde la muerte de su padre, que conservaba Magdalena el mismo género de vida, sin cerrar sus salones, haciendo ella sola los honores, y recibiendo á aquellos á quienes consideraba aceptables.

Su fortuna la permitía no sacrificar el arte al oficio. Pasaba la mayor parte de su vida en su taller, vasto y elegante, con maravillas heredadas de su padre, escultor como ella.

Fué éste quien la educó, haciendo de ella una criatura exquisita, un poco romántica, como él mismo, pero dándola por regla suprema el amor á lo *bello*.

III

Hace como dos meses, Jacobo habló de su amor á Magdalena. Cuando la dijo las primeras palabras, era una lluviosa mañana de invierno; como seguro de su triunfo, su declaración fué casi atrevida.

Ante la franqueza con que fué contestada su solicitud, Jacobo se sintió tímido.

Por primera vez en su vida galante, tropezaba con el invencible obstáculo de una honradez demasiado altiva para comprender el mal ó para aceptarlo.

Con frases acariciantes, con ojos de niña enamorada, Magdalena le contó toda su historia, y Jacobo adquirió la convicción de que la joven no había amado nunca.

Entonces cesaron todos sus atrevimientos, se encontró mortificado, ridículo y torpe, ante aquel candor inesperado.

Pero como ella también lo amaba, no tuvo valor de huir, se embriagó con las caricias de sus ojos, con la dulzura de las frases de amor con que lo arrullaba su argentina voz.

Iba á casa de Magdalena diariamente, y cada día la amaba más.

No definía el objeto de su amor por extraordinario que parezca; las efusiones mismas de sus entrevistas tenían la impecable reserva del amor legítimo de los prometidos.

¡Prometidos! Un instante no más había soñado Magdalena en que era posible pasar la vida, toda la vida con él, su amigo elegido, su único amor. Y los dos, con la frente erguida, ella orgullosa de él, él orgulloso de su talento, (porque en efecto, ya sentía la joven las palpitaciones del genio, y sobre todo, desde que amaba y era amada, se afirmaba más en sus creaciones) cruzar unidos por enmedio de la multitud.

Después comprendió que un obstáculo existía entre sus sueños y la realidad; que aquella ilusión que formaba su vida, tendría un término cruel, quizá muy pronto.

Entonces, no queriendo ver la sima, cerró los ojos y se abismó en su amor; se prohibió pensar en lo porvenir, meciéndose en el eterno *quién sabe!* de las esperanzas arraigadas.

IV

Una cosa la hacía sufrir inevitablemente, pero sin su consentimiento: la vida de Jacobo le era desconocida. Educada en lo que se llama la alta bohemia, la sociedad, la verdadera sociedad burguesa é inexorable, donde Jacobo vivía, estaba cerrada ante su paso.

Podía ciertamente frecuentar los salones donde era recibida; dar fiestas á que muchas mujeres la hacían el honor de asistir; pero entre aquellas multitudes permanecía extraña, extraña notable, á quien se lisonjea recibiendo, pero de quien no se frecuenta la amistad. Aquel era el obstáculo, así lo comprendía.

¡Qué felicidad no tener ni talento ni gloria, y ser semejante á la hermana de Jacobo, de quien la hablaba algunas veces! Severamente educada por una madre rígida, pasaba largas y tristes horas en una ociosidad de buen tono: ¡qué dulce habría sido para ella aquella vida que la hubiera permitido aspirar legítamente á Jacobo, y ser acogida con los brazos abiertos por su madre y tratada como amiga por su hermana!

Sin embargo, aunque hace dos meses que la habla de amor, no se ha atrevido todavía Jacobo á solicitar alguna vez favores indignos.

¡Cómo bendecía la joven aquellas complacencias! Por que ¿habría tenido la fuerza bastante de alejarse de su amado, en horas como aquella en que lloraba de amor, al sentir todavía y al aspirar el perfume de su presencia cara?

V

La voz gangosa de un criado vino á arrancarla de sus pensamientos, para anunciarle que la mesa estaba servida.

Aquella noche, soñando en que terminada la pesada recepción, podría detener á Desroches, no había invitado á ninguno.

Estaba, pues, sola en el comedor resplandeciente, triste en su vasta soledad; sola ante los manjares exquisitos que había preparado para él, conociendo sus aficiones.

Y no tocó ningún platillo; su espíritu vagaba lejos, allá en otro comedor de la calle de Varenne, donde sin duda, á la misma hora, Jacobo estaba sentado á la mesa entre dos mujeres.

Un celo insensato la apretaba la garganta. Incapaz de soportar aquella angustiosa soledad, poblada de sombras y fantasmas vanos, se levantó de la mesa.

Pidió un coche y se dirigió al Teatro Francés.

VI

Se representaba algo de su repertorio escogido.

Los hermosos versos de *Hernani*, tantas veces oídos, la arrullaron como una música apacible.

Cuando cayó el telón, al terminar el segundo acto, Magdalena quedó sorprendida de verse alegre y gozosa, con un gozo tranquilo, nacido de cuanto la rodeaba.

Por vez primera, después de dos meses, disfrutaba de un placer inocente, sin compartirlo con Jacobo.

Así como el que olvida un instante el agudo dolor que padece, Magdalena se asombró de sí misma, y buscó en vano donde se había ocultado el sufrimiento suyo.

¿Bastaba tan poco, para alejar de *él* su pensamiento? Si dejaba de amarlo ¿había de tener todavía horas plácidas y sensaciones artísticas?

A la vez se sintió asombrada y satisfecha.

Cuando volvió á su casa, llena de recuerdos que flotaban en el aire, la volvió á atacar la misma turbación.

VII

Al día siguiente la hora de la conversación llegó como siempre.

Jacobo se había fastidiado en el banquete, dijo á Magdalena, y también que la única alegría de la velada había sido hablar de ella con una dama, una señora entrada en años.

—¡Una vieja! ¡Cómo llegó usted á hablar de mí con una vieja!

—Hablando de arte llegamos á la escultura; es inevitable para mí ahora.

Magdalena tuvo como un acceso de risa tierna y confiada. ¡Cómo se burlaba de sus insensatos celo por la vieja!



—Entonces ¿se ha entretenido usted hablando de escultura por cuenta de mi amor?

—Completamente; la señora de Chault me manifestó que había admirado la *Ninfa miedosa* que presentó usted en la última exposición. El asunto le parece atrevido.

—¿Sí?......

—Pero la cabeza de la niña, exquisita.

—Esto la ha sugerido la idea de tener un busto de su hija, y me ha preguntado si hacía usted retratos.

—¿Y usted ha dicho......?

—Que sí...... algunas veces.

—Muy raras, bien sabe usted que no me divierte eso.

—He prometido que haría usted el busto de la señorita de Chault; lo prometí...... en nombre de usted.

—¡En mi nombre! ¿Con qué derecho, caballero?

Jacobo la rodeó en un abrazo afectuoso.

—Con el derecho que tengo sobre tí, puesto que tú me amas......

VIII

Magdalena cerró los ojos. Ah, sí! tenía derechos sobre ella, todos los derechos.

Quizá él mismo no lo comprendía

La joven dijo en voz muy baja:

—Todo lo que quieras.

—Gracias, ahora llevaré á esas señoras la respuesta que de usted me han pedido.

—¡Ah! ¿Ha visto usted á la joven?

—Naturalmente.

—¿Es bonita?

—Si y nó...... más bien sí. Ojos claros, muy claros.

—No será muy bonita; los ojos claros......

—Eso varía. Estos son muy grandes, además tiene cabellos rubios, no como los de usted, más cenicientos, como apagados.

—Ya me parece la Margarita de *Fausto*.

Jacobo se sonrió.

—Se llama Margarita

—Cuadro completo. Escuche usted: ya me fastidio pensando en esas sesiones futuras; usted asistirá á ellas.

—¿Con qué pretexto?

—Me parece muy sencillo: usted es quien trae á las señoras. ¿Les ha dicho que es usted...... mi amigo?

—Sí, y que conocí á su padre.

—Pero eso no es cierto.

—Eso me da derecho ante su vista á cierta intimidad con usted.

IX

Magdalena se sintió de nuevo muy triste, con tristeza mortal.

Los compromisos, la prudencia que desdeñaba ¿los sentiría Jacobo también, si estaba decidido á casarse con ella?

Al día siguiente comenzaron las sesiones.

Magdalena halló á su modelo de una gracia encantadora, muy joven, pero delicada; sus ojos eran magníficos á pesar de su tinte pálido un poco gris de lino; el óvalo alargado ofrecía líneas muy correctas. Pronto comprendió la artista todo el partido que podía obtener del conjunto.

Margarita, en el ardor de los diez y ocho años, sintió desde la primera sesión admiración apasionada por Magdalena; á la segunda ya eran amigas.

Como lo había pedido Magdalena, Jacobo asistía al taller. Conversaba con la Sra. Chault, y bromeaba con Margarita desbordante de alegría.

Para él tambien los ojos grises de color de lino, se iluminaron pronto de ardientes claridades. Magdalena lo vió y le cayó en gracia. ¿Qué temor podía inspirar aquella niña?

Aun llegó á cometer un día la imprudencia de decir á Desroches:

—Esa chiquilla está en vías de enamorarse de usted.

—¡Qué locura!

Y habló de otro asunto, pero á poco dijo:

—¿En qué lo conoce usted?

Y quiso saber desde cuando había sorprendido Magdalena las miradas tiernas de Margarita.

Al día siguiente, Jocobo estuvo inquieto y hasta serio con la joven. Magdalena distraída no pudo trabajar, y cuando se fué la modelo, tuvo intenciones de reprochar á Jacobo su inútil coquetería.

¿Con qué fin hacerse amar de aquella jovencita? para hacerla sufrir y para apartarse de Magdalena? Pero se calló, comprendiendo que era un error hablar de la niña y darla alguna importancia.

X

Pocos días despues la señora de Chault, hallándose enferma, mandó á Margarita con una criada, que la dejó en el taller para volver por ella á la hora indicada.

No estando ya la madre que le servía como de freno, Jacobo no supo qué hacer. Permaneció de pie un rato, pretextó una cita, y dejó á las dos jovenes en amorosa compañía.

Magdalena trabajaba en silencio; no se oía más que el crugir del cincel, y el ruido seco que producían al caer las partículas de tierra.

Margarita, con la mirada vaga, tenía la inmovilidad de una estatua.

—¿En que piensa usted? preguntó casi con dureza Magdalena.

—En nada.

—Es poco......

Margarita se ruborizó.

—¡Qué tonta he de parecer á usted! Quisiera ser como usted, bella, artista, inteligente........ Creo que todos han de adorarla.

—¡Quién sabe! con tal que me amen aquellos á quienes yo amo.........

—Sí, dijo Margarita pensativa. Eso es bastante. ¿Usted está contenta de.........?

—De qué? Venga usted acá, Margarita, explíquese con claridad, chiquilla. La aseguro que puede confiar en mí,

Arrastró á la joven á un diván y la hizo sentar muy cerca de ella.

—Ah, señorita, dijo la niña en un arranque, yo amo á usted, á usted también!

—¡A mí *también!*

Magdalena sintió terror de lo que iba á oír, y sin embargo, quería saberlo. Margarita ocultó el rostro en el seno de su compañera y comenzó á llorar tiernamente.

—Mire usted, dijo al fin, ¡nunca seré nada... para... *él!*

Era la confesión completa, la confesión tan temida.

Magdalena tuvo impulsos de rechazar á aquella niña que se permitía alzar los ojos hacia *su bien*, y al mismo tiempo una honda compasión la enternecía. ¡Pobre niña!

Magdalena sabía, por experiencia, lo que se sufre con amar; aun compartido el amor, es un sufrimiento. Se compadecía de su rival con un sentimiento tanto más sincera, cuanto que sabía que Jacobo no la amaría nunca. Nó, nunca la amaría; y sin embargo.........

Escuchó á la joven hacerla, entre lágrimas y sollozos, la confidencia de aquel amor tan grande.

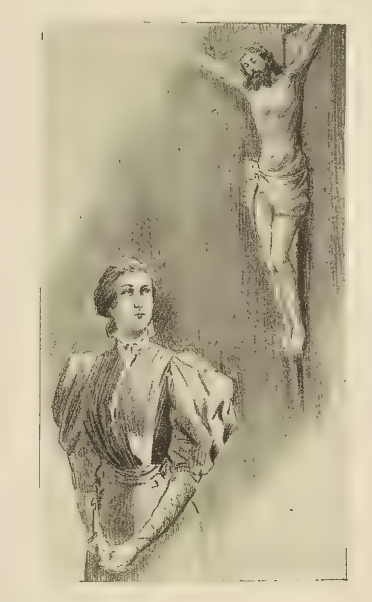
¡Como había venido tan pronto, casi derrepente.!

Magdalena dijo: eso no es serio; pero Margarita se irritó, se alejó de su amiga, y con toda gravedad, con mirada de mujer en sus ojos de niña, confirmó su amor.

Me dijo usted, señorita, que podía tener confianza en usted. ¿No es cierto?

Y Magdalena comprendiendo que había avanzado mucho quizá, al querer abrir aquel corazón tan joven, tuvo fuerzas para sonreir, á pesar de la angustia creciente que experimentaba.

—Sí, dijo lentamente, seré para usted una amiga, se lo prometo



—Pues bien, señorita, ayúdeme. Usted lo conoce bien, trate de saber si.... si le soy enteramente.... indiferente. ¿No la ha hablado nunca de mí?

Había tanta desolación en las miradas que en ella se clavaban, que Magdalena sintió deseos de dar algún consuelo á aquella niña.

La dijo que la encontraba bonita...... que la gustaban sus ojos...... y se detuvo ante el resplandor súbito que transfiguró el pálido rostro de la chiquilla.

—Pero entonces, si me juzga bonita... acaso algún día... Ah! yo le suplico que prolongue las sesiones, que trabaje despacio...... Cuando el trabajo haya concluído, ¿dónde podré verlo todos los días!

XI

¡Acabar, acabar de una vez ó romper la obra comenzada. Despedir á Margarita y recobrar á su Jacobo! Alejar de él aquel amor inocente que tanto la inquietaba por su misma sencillez! Así pensaba Magdalena, y tan fuerte era la tentación, que se levantó bruscamente para obrar en seguida, inmediatamente, creyendo que era tiempo todavía.

—Vea usted, exclamó Margarita, yo rezo como nunca he rezado.

—Bah!... Usted reza?

Aquella oración era una fuerza más, conjurada contra Magdalena; fuerza en la que creía, sin encontrar recurso para resistirla.

—Es preciso orar conmigo por mí todos los días, suplicaba Margarita.

Magdalena contestó con dureza:

—Yo no rezo nunca.

—¡Oh!......—Había un poco de reproche y una gran lástima, sobre todo, en su voz, cuando replicó:—¿Usted no reza? ¿Y ésto?

E indicaba en un tapiz obscuro un hermoso cristo de marfil, del siglo XIII.

—¿Eso? Es un objeto de arte..........

Magdalena recordaba que su padre refería aquella maravilla á una de sus excursiones entre los vendedores de antigüedades; la trajo y la colgó en aquel sitio, de donde no la habían movido desde entonces.

¡Cuánto tiempo había pasado! Fué un poco antes de su primera comunión, durante aquella temporada de piedad que había dejado en el alma de Magdalena un perfume de alegrías místicas, desvanecidas ahora.

Ella también había orado entonces.... pero después....

Dijo en alta voz:

—¡Hace tanto tiempo! no sé nada!

Tímidamente, con ademanes que acariciaban, Margarita la arrastró á los pies del gran Cristo impasible.

—Las oraciones de usted, dijo, no por eso tendrán menos valor. Haga usted aquí una por mí todos los días..... ¡prométamelo!

—Se lo prometo á usted.

XII

Honda agonía fué para Magdalena la noche siguiente. Sabía que amaba á Jacobo; ¿pero él? iba á olvidar su ternura por aquella muchachita insignificante? preferiría un capricho de niña á su amor de mujer poderoso y lleno de pasión?

Se resolvió á conocer la verdad.

La señora de Chault seguía enferma, y Margarita fué llevada á los umbrales del taller por una criada. Jacobo entró inmediatamente después.

Con la atención minuciosa de un juez, Magdalena examinó las menores palabras, los más imperceptibles ademanes de los jóvenes.

¡Ah, si el miserable la amara...... si la amara!...... ¿Qué haría ella? ¿Acaso no tenía también la culpa? ¿No era ella quien los había unido?

¡Oh, la realidad! era preciso conocer la realidad.

Con un pretexto cualquiera, salió del taller, y avergonzada de sí misma, se quedó tras de la puerta entreabierta; y vió á Jacobo aproximarse á Margarita, los vió sonreirse, con risa de escolapios á quienes el maestro deja solos...... y huyó, sin volver la vista hacia atrás.

XIII

Cuando volvió al taller, los jóvenes reían, charlaban alegremente, muy cerca uno del otro.

Margarita dirigió á Magdalena una mirada de inteligencia, mientras que él, atolondrado, se apartó como si lo hubieran sorprendido en una falta.

Como adelantándose á la hora convenida, entró á poco la criada de Margarita.

—Mi querida niña, dijo Magdalena, asombrada de encontrarse con fuerzas para hablar, devuelvo á usted su libertad; me siento cansada, y no haría nada de provecho. Hasta mañana, ¿le parece á usted?

Antes de marchar, la niña corrió á abrazarla, y la susurró al oido:

—¡Si usted supiera! Creo que verdaderamente me encuentra el hermosa.

Cuando hubo salido, Magdalena se volvió hacia Desroches.

—¿Conoce la familia de usted á la de Chault?

—Sí, ¿por qué?

—¿Conoce sus recursos?

—Sí...... pero ¿por qué? por qué?

—Porque Margarita ama á usted.

—¿Se lo ha dicho?

—Me lo ha dicho, y usted también, usted la ama.

¡Magdalena! Pero si es á usted...... á usted......

Ella lo interrumpió:

—No, no es á mí; á ella es á quien usted quiere, y la quiere usted no como me ha amado á mí.

—¡Te amo todavía!

—Cómo, me ama usted todavía! sea! Pero la amará usted con el único amor posible y duradero; con un amor en relación con las ideas, las conveniencias, las preocupaciones de la sociedad en que usted vive; la amará usted lo bastante para ser felices, se lo aseguro á usted.

—¡Es una locura, Magdalena!

—Nó...... es prudencia......

Y como intentase aproximarse á ella, la joven se apartó, le hizo señas de que saliera, dulcemente, con una sonrisa triste en que todo su amor agonizaba.

XIV

Quedó sola en el taller lleno de luz, sola con sus ensueños que acababa de destrozar por sus propias manos.

¡Ay! nunca había previsto el fin tan triste y desolado de la corta novela de su amor.

¿Qué era para Jacobo? Uno de esos amores pasajeros en que se cree encontrar todos los encantos del ensueño, que dejan quizá en la vida un recuerdo de alegrías perdidas, pero sin quebrantar su curso ordinario.

Frente á Magdalena, el gran Cristo de marfil sonreía con una sonrisa crispada de dolor.

Juntó las manos, y pensando que siquiera Jacobo la había respetado lo bastante, para que pudiera quedar como su amiga y confidente de la niña á quien dedicaba su cariño, sintió una tranquilidad indecible, y fué un voto de gracias lo que ascendió del fondo de su corazón dolorido y chorreando sangre, hacia ese Dios de todos los sacrificios y de todas las resignaciones.

MARÍA THIERY.



Lleva el bien del palacio á la cabaña
cual la inmortal *Santa Isabel de Hungría;*
y puesta en los altares, algún día
la llamarán *Santa Isabel de España.*

CAMPOAMOR.

SERENATA

El piano se encrespa, sus rudos acordes
Son rachas de viento corriendo en la selva,
Son olas terribles bregando en el mar:
Dominan, desgajan y en medio del vértigo
Secreto acicate las bate con fuerza......
Corcel desbocado, furioso huracán!

Y hay algo de terrible en sus arranques,
Hay algo de siniestro en sus furores,
Su grito de maldad húmedo en lágrimas
Es más que de maldad, es mucho más!
Son labios que maldicen sollozando,
Son ojos que fulminan y que imploran,
Son ademanes de crueldad que ruegan:
Bondades impelidas hacia el mal!

Y crujen las notas, rechinan y escupen
Palabras impías con rumbo hacia Dios;
Al alma del bueno la hirió la injusticia,
Y el bueno es hoy malo, y el astro cayó.

El piano se encrespa. Sus rudos acordes
Son rachas de viento corriendo en la selva,
Son olas terribles bregando en el mar;
Dominan, desgajan y en medio del vértigo
Secreto acicate las bate con fuerza......
Corcel desbocado, furioso huracán!

***

Se despiertan temblando las iras
Como negro turbión de borrascas
Y, en los labios blandiendo el insulto,
Al Dios de los Dioses le cruzan la cara.
Si teñido de sangre está el cielo,
Si teñida de sangre está el alma
Con aquella que dejan las víctimas
Del crimen eterno del viejo monarca,
¿Cómo no han de surgir maldiciones
De los pechos que hirió con su espada?
¿Cómo no han de flotar en los vientos
Proyectos ignotos de ignotas venganzas?
. . . .

La tumba está abierta,
dos cirios la alumbran...
La noche es sombría
y ha huido la luna...

Me acerco al cadáver,
Lo estrecho en mis brazos;
Sus manos son frías,
Y yertos sus labios.
La llamo su nombre,
«¡Mi diosa!» la llamo,
Y no me contesta,
Se anegan mis párpados,
Se hielan mis venas,
Y corro los campos
Alzando hacia el cielo
Los puños crispados...

Y *Ha ¡muerto!* repiten
los ecos lejanos,
Y *¡Ha muerto!* repiten
¡Ha muerto! mis labios...

MANUEL B. UGARTE.

Buenos Aires, 1897.



CUENTOS CRIMINALES

EL DERECHO DE VIDA

Para Balbino Dávalos.

Cuando ella me anunció bruscamente su estado, mi garganta sintió como si la oprimieran, mi lengua se enroscó rehusando articular las palabras que como un torrente afluian á ella.

En cinta! Un hijo! Estas dos palabras representaban para mí algo absurdo, extraño, algo solemnemente disparatado que nunca había pasado por mi imaginación desde que vivía al lado de ella! ¡Un hijo!

Durante todo el día, estas tres sílabas dieron vueltas en mi cabeza sin que me fuera posible expulsarlas. Parecían tres insectos, tres moscones entrados ahí para azotar constantemente con su voltigeo las paredes de mi cerebro.

Luego dudé, era evidente que ella se equivocaba; en mi razón aquello no podía ser, no podía ser, ¿por qué? yo mismo no lo sabía; pero *no podía ser*. Ella tal vez lo deseaba, lo esperaba tal vez, y de ahí la razón de su engaño.

En la noche la interrogué.

—Sí, ahora sí, estoy segura, lo siento. Verás, será muy mono y se llamará como tú.

Sus palabras me hacían daño, me sonaban, me golpeaban con choque de martillo......... Estaba segura, lo sentía!.........

Su vientre fué deformándose lentamente, tomaba redondeces repugnantes; sus caderas, líneas de perfección, se descomponían. Su andar fué torpe, su cútis se llenó de pequeños puntos amarillos. Yo, aunque procuraba disimularlo, sentía asco y sentía cólera; aquella deformidad era á mi ver, una profanación de la naturaleza, un atentado contra lo hermoso de su cuerpo, que me había seducido, que amaba únicamente por la harmonía de sus formas.

Ella tuvo ternezas anticipadas para esa criatura que lentamente tomaba forma dentro de su seno, despojado para mí de todo encanto desde que no era estéril; lo acariciaba, creyendo acariciar á su hijo, y en sus conversaciones no hacía sino hablar de *él*, excitando la irritabilidad que se había apoderado de mí, desde que ese sér á quien nadie llamaba, llegaba reinando, alterando nuestra paz, descomponiéndola, robándome algo del cariño de que antes era absoluto, único dueño.

Y también sentía piedad, lástima por el que iba á llegar sin pedirlo, por el que sin darse cuenta, sin saber cómo, caia en una existencia, que ignoraba. Durante toda mi vida, y debido tal vez á lo azaroso de ella, me había propuesto nunca tener un hijo, no reproducir ni legar todos los infortunios, todos los gérmenes de desgracia ó de corrupción que en mí pudiera haber. Durante mis años de juventud, las pruebas, las rudezas, las decepciones, habían sido tan grandes, que más de una vez reproché á la memoria de mis padres el haberme arrojado á una lucha vana, para la que indudablemente yo no había nacido. En mis horas más negras, cuando en mi ánimo había tempestad y mi estómago clamaba hambre, cómo envidié á los que no son! Todas las torturas que veía á mi alrededor, los hijos abandonados, los leprosos, los criminales, despertaban en mí infinita tristeza. Hubiera querido ir á abrazarlos como hermanos, decirles: «Tú, pobre abandonado, debes maldecir el recuerdo del que, sin saber lo que hacía, te mandó aquí para desconocerte; tú debes mostrarle tus llagas punzantes, tus fístulas infestadas, tu cuerpo corroído por el mal; tú eres tal vez un inconsciente; veniste al mundo sin saber cómo, y has matado sin saber por qué; si hasta las más secretas fibras de tu sér pudieran verse, quién sabe quien resultara asesino.» Mi razonamiento podría resultar monstruoso, yo lo creía muy lógico.

Tuve temporadas, durante mis años de negrura, de huir de la mujer, de odiarla por haber recibido la misión de concebir.

A mi alrededor veía lechos de contubernio ó lechos autorizados por un representante de Dios, donde la obra—obra de lágrimas y desolación—se llevaba á cabo diariamente, con la mayor sencillez, como si lanzar desgraciados, que atar al pesado carro de la vida, como si propagar la miseria y el dolor, fuera lo más lícito y lo más honesto del mundo.

Llegué á temer como á bestias peligrosas las miradas que se clavan, las bocas que se juntan, los pensamientos que palpitan acordes, porque del brillo de esas miradas, de la humedad de esos labios y de la comunidad de esos pensamientos y de esas voluntades, brotaría la planta raquítica ó exuberante que el sol debía tostar, helar el frío, azotar la lluvia, perseguir la escacez! De dos palabras de amor cruzadas, de la pasajera unión organizada en la obscuridad de la noche, nacería una existencia llena también de tinieblas y más de un beso es el culpable de muchos crímenes.

Así, pues, en mi conciencia había llegado á formularse clara, precisa, la convicción de que el lanzamiento impune á la vida de algo que nada siente ni nada comprende, ni nada quiere, era simplemente tan infamante y tan cruel, como el dar tormento á un inocente.

Nació. Ese esbozo de criatura contorsionó sobre un lecho; su pequeña garganta prorrumpió en gritos, sus ojos, entreabiertos apenas, derramaron lágrimas, como si des de la luz que los hería, fuese ya un sufrimiento.

Yo lo vi, fijé en él mi vista contrariada, no sintiendo sino desprecio por mí mismo.

Eso era yo, era ella, éramos ambos unidos, lo que había surgido de nuestro cariño y de nuestras caricias. Yo y ella, ese pequeño animal que gemía, que se desgarraba los pulmones por gritar, por protestar tal vez contra nosotros. Lo ví crecer; lo vi, muerta la madre y muerto yo, arrastrado, maltratado por la existencia á la que llegaba llorando. Sus puños, crispados como al nacer, se levantaban hacia el cielo, su corazón sangraba, sus labios maldecían. Lo ví de otras muchas maneras y mientras ella, rota, aturdida aún, sollozaba en el lecho manchado, á mí los remordimientos me acosaban.

El cuarto estaba casi á obscuras; la madre dormía profundamente; yo, sentado, meditaba en la sombra.

De mi egoismo, de aquello en lo que yo no buscaba sino placer, la consecuencia era *él*, la consecuencia sus años buenos ó malos, seguramente opacados por el pesar. Yo era el responsable de todo cuanto cometiera en la vida; yo indirectamente ponía en su mano el fusil con el que, en nombre de la patria, mataría á sus hermanos; yo el responsable, si heredando mi profundo disgusto por todo cuanto me rodea, ponía en su mano la bomba homicida que le atrajera la venganza de un pueblo; yo el culpable, si legándole mi sensibilidad envenenaba sus años por los impulsos del corazón; yo el responsable de sus actos, yo á quien él podría decir:

«¿Con qué derecho, por decreto de quién has ido á sacarme de la nada donde yo me perdía, por qué me has arrancado á la profunda obscuridad y la absoluta ignorancia en la que yo me hallaba? ¿Ha sido acaso para traerme á un lugar de regocijo, de recompensa y de paz, donde se encuentran hermanos buenos que me ayuden, donde la caricia no oculte la garra, donde el pensamiento que me has dado no sea un verdugo, donde viva sin cuidados? ¿No, verdad, entonces para qué? ¿El objeto de tu obra, cuál es?»

Y estas palabras, resonando en mí como un grito de acusación, me trastornaban. En la sombra parecía gesticular un hombre, mi hijo; parecía verme con ojos de cólera, con ojos en los que yo leía todos los pesares, todas las inquietudes, todo lo pecaminoso que yo llevo en mí.

Entonces fuí á la cama donde mi cómplice dormía; á través de los cristales de la ventana miraba brillar las miradas frías de las estrellas; contemplé fijamente al hijo, pensando en las noches errantes que tal vez le esperaban, cuando sus ojos se volviesen inútilmente hacia la indiferente obscuridad de ese mismo cielo, y en mi mente quedó inquebrantable la idea de que cuanto antes y á la primera ocasión, debía libertarlo quitándole la vida.

BERNARDO COUTO CASTILLO.

Mayo de 1897.

RELIEVES

RUBEN DARIO

Grata poesía de tersura llena
Que el vocablo airoso de fulgores baña,
Vestal de celeste pupila serena,
Espléndida musa que bebe champaña.
De vibrantes notas ideal cadena
Repite en la estrofa su cadencia extraña,
Cadencia en que nunca solloza una pena,
Que jamás espinas en su forma entraña.
Cuando vierte el bardo las perlas sonoras
De sus concepciones en las vibradoras
Anforas del verso de rara elegancia,
La ilusión bosqueja descotes y encajes,
Y aventuras locas de reyes y pajes
En la edad galante de la vieja Francia.

MANUEL J. OTHON

En la exúbera selva, el acento
Del poeta, es un ritmo armonioso,
Y es su música el himno grandioso
Que conciertan las frondas y el viento.

Rimador de ideal sentimiento,
Da Natura á su numen coloso
Luz radiante, y Orfeo amoroso
Sopla en él su benéfico aliento.

Oh la grata, sin par poesía
Que á la selva y al cielo levanta
Su oración, que es un trino que encanta!

Oh el laúd en que ardiente y bravía,
Embebida en agreste armonía,
La bucólica agitase y canta!......

A. G. CARRASCO.

Mayo de 97.



¡RIVALES!

Es también un recuerdo de los tiempos de la guerra lo que voy á evocar, recuerdo trágico como todos aquellos de que me he ocupado, rigurosamente verdadero, aunque novelesco en alto grado.

En 1870 figuraba en la sociedad parisiense una joven viuda, prodigiosamente rica, y sirviéndonos de una expresión usada en los cuentos de hadas, bella como la luz. La llamaremos, si os parece bien, madame Renée.

Libre, sin hijos, y habiéndose consolado pronto de la muerte de su esposo, con el que se había casado más bien por conveniencia que por amor, se hizo pronto el objetivo de una docena de buscadores de dotes y causa de vehementes competencias.

En el Bosque, en el teatro, en el baile, en cualquier parte en que, después de haber pasado dos años de severo luto, se presentaba, iba seguida de una escolta de adoradores que ella retenía á cierta distancia, menos preocupada de la idea de desanimarlos que cuidadosa de justificar su reputación de mujer impecable.

Entre sus pretendientes declarados se contaba un joven oficial de húsares, el capitán Didier, hijo único de un banquero de París, quien poseía sobre todos sus rivales la doble ventaja de ser amigo de madame Renée desde su infancia, por cuyo motivo la viuda se había fijado en los méritos del húsar y en la circunstancia de que éste era heredero de una fortuna, igual al menos á la suya, lo cual impedía que se creyera que tenía miras interesadas en sus pretensiones.

Guapo, de buen carácter, franco y alegre, y además bien emparentado, él era, según todos reconocían, el que marchaba al frente de esta *steeple chasse* de enamorados.

Pero he aquí que un día se modificó esta situación, y se modificó por causa suya. ¿No fué él quien presentó en casa de su amiga uno de sus camaradas del regimiento, distinguido, noble, el Capitán Elié, joven como él, y siendo un bello tipo del apasionado silencioso y sombrío, uno de esos conquistadores de corazones por los que las mujeres enloquecen?

Bajo un aspecto frío ocultaba un alma ardiente, y se hizo para Didier un rival tanto más temible, cuanto que este último no había desconfiado de él.

Cuando se percibió del peligro que él mismo había formado, era ya demasiado tarde para conjurarle, y sólo pudo tener la certeza de que desde entonces había dos sitiadores delante de la plaza, ambos con las mismas probabilidades de apoderarse de ella.

***

«Dos gallos habían vivido en paz; llegó una gallina y estalló la guerra.»

Esta historia es tan vieja como el mundo; sin embargo, se desarrolla diariamente, y esto ocurrió una noche en casa de Mad. Renée.

Un poco seducida por los homenajes de que era objeto por parte de aquellos dos jóvenes, que definitivamente había distinguido entre los demás, la joven dijo de repente, subrayando con una linda sonrisa sus palabras:

—Tratad de arreglaros, señores, puesto que no puedo casarme con los dos; que se retire uno, ahorrándome así la molestia de tener que escoger.

Sería ó no esta frase provocadora la que constituía una despedida para uno de los dos, sin que pudiesen adivinar á cuál de ellos iba dirigida; tuvo resultados súbitos y terribles. A Didier, de quien hasta aquel momento se había pensado que era el favorecido, manifestaba que se

había engañado, que tenía un rival, en tanto que revelaba á éste que sus pretensiones estaban en camino mejor que el que él se hubiera atrevido á esperar.

La violencia de sus recíprocos sentimientos estalló en cuanto se encontraron solos.

—¿Le has dicho que le amas?—preguntó Didier.

—¿No tenía derecho á obrar así? ¿Podría yo adivinar que tú estabas enamorado de ella? ¿Por qué no me lo has dicho?

—Ahora que lo sabes, debes retirarte lealmente.

—¡Retirarme! ¡es demasiado tarde! Estoy enamorado, enamorado hasta el extremo de matar al que se atreva á disputármela!

—¿Hasta á aquel á quien ella prefiriera?

—Sobre todo, á aquel.

—¿Hablas seriamente?

—Mírame, Didier ¿tengo aspecto de estar bromeando?

—¿Luego sobra uno de nosotros dos?

—¡Ya lo creo!

Esto fué brutal y rápido como un choque de espadas. Algunos instantes después se decidió que hubiera un encuentro entre aquellos dos hombres que hasta entonces habían vivido fraternalmente unidos, y al día siguiente nombraron sus testigos.

Pero aquel mismo día—corría entonces el mes de Julio—llegaron á París graves noticias de Alemania; aún no se habían avistado los testigos cuando estalló la guerra, y el regimiento de que formaban parte los rivales salió para la frontera.

Antes de partir, cada uno de ellos rogó á madame Renée se dignara concederle una entrevista, ella accedió, pero á condición de que los había de recibir simultáneamente. Una indiscreción la había puesto al corriente de lo que ocurría, y estaba desesperada.

Cuando estuvieron en su presencia, les censuró por no haber pensado, puesto que decían que se amaban, en el eterno remordimiento con que amargaría su existencia el resultado de un mortal encuentro, del cual el mundo la hubiera hecho responsable.

Luego exigió de ambos que se comprometieran á renunciar á todo proyecto de homicidio.

Y como vacilaban, añadió:

—No sé si volveré á casarme; tampoco sé si será con uno de vosotros: lo que sí puedo asegurar, es que no me casaré con el que venga manchado con la sangre de su amigo.

—Es asunto aplazado—dijo Elié á Didier, cuando se separaron de madame Renée.

—Volveremos á ocuparnos de él cuando quieras—repuso Didier.

Y aquel día no ocurrió más.

***

Seis semanas después, 1º de septiembre, los dos oficiales que habían hecho juntos la campaña desde que empezó la guerra, sin hablar nada acerca de la cuestion que los separaba, se encontraron en la batalla de Sedan.

El momento era trágico, y la lucha, en el lugar en que se hallaban los dos oficiales con su regimiento, se hacía cada vez más sangrienta.

Al sur de la selva de Garenne en el espacio relativamente reducido y atacado por los fuegos de las baterías alemanas, establecidas en unas alturas cubiertas de bosques, la división Flebert disputaba palmo á palmo el terreno.

La Caballería del General Margueritte recibió orden de socorrerla. Acudieron nueve regimientos, húsares, cazadores y lanceros, que se prepararon para dar una carga, y cuando iban á ponerse en movimiento fué herido el General Margueritte.

Entonces el General Calliffet se puso al frente de ellos y la pesada masa partió á escape. Elié y Didier se encontraban en primera línea de sus soldados.

Desde los primeros momentos esta primera línea fué diezmada por la artillería del enemigo y por los fuegos de fila de la Infantería apostada á lo largo de las pendientes; pero tal fué la violencia con que partieron los ginetes franceses, que parte de ellos, atravesando como un huracán por entre el ejército alemán, no se detuvo hasta el desfiladero de Saint-Albert, donde repentinamente se presentaron otros batallones enemigos.

Aquel fué un momento de locura y de furia, de matanza terrible.

Cuando nuestros dos oficiales pudieron verse, estaban en el fondo de un barranco, entre muertos y heridos, y viendo pasar por encima de ellos una lluvia de balas y de metralla que iba á caer más lejos, haciendo claros en las masas francesas, ya arrolladas.

Didier había visto morir á su caballo, y lleno de contusiones acababa de levantarse, apoyándose vacilante contra una roca.

—¿Estás herido? gritó Elié echando pie á tierra y corriendo hacia él.

Didier respondió negativamente. Miraron entonces en torno suyo y pronto comprendieron que les era imposible salir de aquella profundidad sin quedar prisioneros, á menos que la muerte no fuera á buscarlos ahí.

—Estamos...... perdidos—murmuró Didier con acento indiferente y resignado.

Entonces Elié vió que se sentaba y que, metiendo la mano bajo su uniforme, por la parte del corazón, sacaba una carta, la abrió, la leyó y después la besó con ademán calenturiento.

Aguijoneado por brusca sospecha, Elié adelantó un paso, puso la mano sobre el hombro de su camarada y le dijo:

—¿Te ha escrito?

—¿Por qué no había de escribirme? ¿No soy su compañero de infancia?

Naturalmente sombrío el rostro de Elié se había obscurecido más. Muy frío en apariencia, pero con el alma torturada y llena de rabia, replicó con ironía:

—¿Qué te dice? Sin duda te anuncia que tú eres el que escoje para esposo...... Sin duda te encarga que no me lo comuniques......

—Estás loco—replicó Didier arrugando la carta entre sus dedos.

—Júrame por tu honor que me engaño...... ya ves que no te atreves...... vivía confiado en la fe de tu tregua, y en tanto vosotros os entendíais para engañarme; terminaremos pronto, coge tu sable.

—¿Un duelo? ¿No ha dicho ella que jamás se casaría con el que de nosotros matara al otro?

—El que sobreviva podrá callarle la verdad y atribuir á una bala la muerte del vencido......... En guardia te digo, es preciso que uno de nosotros no salga de aquí.

—¿No ves que no saldremos ni uno ni otro?

—¡Bah! ¿Quién sabe? Estás tan extraño...... ¿Vas á defenderte ó no?

—¡Tú lo quieres!—exclamó Didier levantándose.

Se precipitaron uno sobre el otro y cruzaron los sables; pero derrepente un furioso clamor estalló al borde del precipicio y bajó una granizada de proyectiles, un pelotón de jinetes cayó al barranco; hombres y caballos iban revueltos, y las armas al chocar producían formidable estrépito. Alcanzado por el choque de esta avalancha humana, Elié rodó sin conocimiento sobre un montón de cadáveres, en tanto que una bala, hiriendo á Didier en la frente, le hizo caer muerto al lado de su rival.

....

Aquel sobrevivió y se casó con Mme. Reneé, quien, aunque su corazón pertenecía á Didier, no se atrevió á negar su mano al valiente soldado que la amaba y cuya esperanza ella había tenido la lijereza de alentar.

Pero el recuerdo del otro no podía borrarse de su memoria, de él está fijo como un puñal desde el día en que su marido cometió la lijereza de contarle las circunstancias que precedieron á la muerte de Didier, y le ama tanto como si hubiese sucumbido en el duelo que ella había tratado de impedir, concibiendo al mismo tiempo tanto odio hacia el hombre que la había dado su nombre, como si en realidad hubiese sido un asesino.

¿No es tan culpable la intención como el hecho?

ERNESTO DAUDET.



ANTE UNA MUERTA

El sol, desde el cenit resplandeciente,
Disparando las flechas de su frente
En campo abierto, azul, limpio de galas,
Cual si hubiesen barrido los querubes
Los obscuros encajes de las nubes
Con los blancos plumones de sus alas;
El aire quieto—allá en la lejanía
Muda la gigantesca serranía;
Abajo, el verde mar de la Sabana;
Y, en medio á tanta luz, áspera y fuerte,
Anunciando en los ámbitos tu muerte,
La monótona voz de una campana.
¡Tú, muerta, en los carmines de la vida!
Sin una decepción, sin una herida,
Tú, la hermosa, la flor no deshojada,
Tú, la virgen, la tímida, la pura,
¿Cayendo en la medrosa sepultura?
¿Ser luz, ser fuego, y convertirse en nada?
¡Imposible! ¡jamás! si tu moriste,
El Cielo no es un mito, el Cielo existe
Y hacia él alzaste, al espirar, el vuelo.
No se concibe el sol sin sus fulgores
No se concibe el mundo sin sus flores,
No se concibe el angel sin el Cielo.
Allá te veo; allá miro tus huellas
Como un surco formado con estrellas!
Allá te miro con tus mismas galas,
Quizas por eso alegres los querubes,
Barrieron los encajes de las nubes
Con los blancos plumones de sus alas.

JULIO FLÓREZ.



EL VELO DE LA REINA MAB

La reina Mab, en su carro hecho de una sola perla, tirado por cuatro coleópteros de petos dorados y alas de pedrería, caminando sobre un rayo de sol, se coló por la ventana de una buhardilla donde estaban cuatro hombres flacos, barbudos é impertinentes, lamentándose como unos desdichados.

Por aquel tiempo las hadas habían repartido sus dones á los mortales. A unos habían dado las varitas misteriosas que llenan de oro las pesadas cajas del comercio; á otros unas espigas maravillosas que al desgranarlas colmaban las trojes de riqueza; á otros unos cristales que hacían ver en el riñón de la madre tierra, oro y piedras preciosas; á quienes cabelleras espesas y músculos de Goliat, y mazas enormes para machacar el hierro encendido; y á quienes talones fuertes y piernas ágiles para montar en las rápidas caballerías que se beben el viento y que tienden las crines en la carrera.

Los cuatro hombres se quejaban. Al uno le había tocado en suerte una cantera, al otro el iris, al otro el ritmo, al otro el cielo azul.

—

La reina Mab oyó sus palabras. Decía el primero.—Y bien! ¡Heme aquí en la gran lucha de mis sueños de mármol! Yo he arrancado el bloque y tengo el cincel. Todos tenéis, unos el oro, otros la harmonía, otros la luz; yo pienso en la blanca y divina Venus que muestra su desnudez bajo el plafond color de cielo. Yo quiero dar á la masa la línea y la hermosura plástica, y que circule por las venas de la estatua una sangre incolora como la de los dioses. Yo tengo el espíritu de Grecia en el cerebro, y amo los desnudos en que la ninfa huye y el fauno tiende los brazos. ¡Oh Fidias! Tú eres para mí soberbio y augusto como un semidiós, en el recinto de la eterna belleza, rey ante un ejército de hermosuras que á tus ojos arrojan el magnífico *chitón*, mostrando la esplendidez de la forma, en sus cuerpos de rosa y de nieve. Tú golpeas, hieres y domas el marmol, y suena el golpe armónico como un verso, y te adula la cigarra, amante del sol, oculta entre los pámpanos de la viña virgen. Por tí son los Apolos rubios y luminosos, las Minervas severas y soberanas.

Tú, como un mago, conviertes la roca en simulacro y el colmillo del elefante en copa del festín. Y al ver tu grandeza siento el martirio de mi pequeñez. Porque pasaron los tiempos gloriosos. Porque tiemblo ante las miradas de hoy. Porque contemplo el ideal inmenso y las fuerzas exhaustas. Porque á medida que cincelo el bloque me ataraza el desaliento.

—

Y decía el otro:—Lo que es hoy romperé mis pinceles. ¿Para qué quiero el iris, y esta gran paleta del campo florido, si á la postre mi cuadro no será admitido en el salón? ¿Qué abordaré? He recorrido todas las escuelas, todas las inspiraciones artísticas. He pintade el dorso de Diana y el rostro de la Madona. He pedido á las campiñas sus colores, sus matices; he adulado á la luz como á una amada, y la he abrazado como á una querida. He sido adorador del desnudo, con sus magnificencias, con los tonos de sus carnaciones y con sus fugaces medias tintas. He trazado en mis lienzos los nimbos de los santos y las alas de los querubines. ¡Ah, pero siempre el terrible desencanto! ¡El porvenir! ¡Vender una Cleopatra en dos pesetas para poder almorzar!

Y yo, que podría en el estremecimiento de mi inspiración, trazar el gran cuadro que tengo aquí adentro!.........

—

Y decía el otro:—Perdida mi alma en la gran ilusión de mis sinfonías, temo todas las decepciones. Yo escucho todas las harmonías, desde la lira de Terpando hasta las fantasías orquestales de Wagner. Mis ideales brillan en medio de mis audacias de inspirado. Yo tengo la percepción del filósofo que oyó la música de los astros. Todos los ruidos pueden aprisionarse, todos los ecos son susceptibles de combinaciones. Todo cabe en la línea de mis escalas cromáticas.

La luz vibrante es himno, y la melodía de la selva halla un eco en mi corazón. Desde el ruido de la tempestad hasta el canto del pájaro, todo se confunde y enlaza en la infinita cadencia. Entre tanto, no diviso sino la muchedumbre que befa y la celda del manicomio.

—

Y el último:—Todos bebemos el agua clara de la fuente de Jonia. Pero el ideal flota en el azul: y para que los espíritus gocen de su luz suprema, es preciso que asciendan. Yo tengo el verso que es de miel y el que es de oro, y el que es de hierro candente. Yo soy el ánfora del celeste perfume; tengo el amor. Paloma, estrella, nido, lirio, vosotros conocéis mi morada. Para los vuelos inconmensurables tengo alas de águila, que parten á golpes mágicos el huracán. Y para hallar consonantes, los busco en dos bocas que se juntan; y estalla el beso, y escribo la estrofa, y entonces si veis mi alma, conoceréis á mi Musa. Amo las epopeyas, porque de ellas brota el soplo heroico que agita las banderas que ondean sobre las lanzas y los penachos que tiemblan sobre los cascos; los cantos líricos, porque hablan de las diosas y de los amores; y las églogas, porque son olorosas á verbena y á tomillo y al sano aliento del buey coronado de rosas. Yo escribiría algo inmortal; más me abruma un porvenir de miseria y de hambre.

—

Entonces la Reina Mab, del fondo de su carro hecho de una sola perla, tomó un velo azul, casi impalpable, como formado de suspiros, ó de miradas de angeles rubios y pensativos. Y aquel velo era el velo de los sueños, de los dulces sueños que hacen ver la vida de color de rosa. Y con él envolvió á los cuatro hombres flacos, barbudos é impertinentes. Los cuales cesaron de estar tristes, por que penetró en su pecho la esperanza, y en su cabeza el sol alegre, con el diablillo de la vanidad, que consuela en sus profundas decepciones á los pobres artistas.

Y desde entonces, en las buhardillas de los brillantes infelices, donde flota el sueño azul, se piensa en el porvenir como en la aurora, y se oyen risas que quitan la tristeza, y se bailan estrañas farandolas al rededor de un blanco Apolo, de un lindo paisaje, de un violín viejo, de un amarillento manuscrito.

RUBÉN DARÍO.



Su gracia de angel pasará á la historia,
pues al ver de la risa los fulgores,
la copian encantada los pintores
Para hacer las rompientes de la gloria.

***

A mis ruegos el céfiro sonoro
contándote estará toda tu vida
lo que dijo un autor á su querida:
«¡Maldito sea yo sino te adoro!»

CAMPOAMOR.



Trajes de entretiempo para paseo. (Figuras 1 y 2.)

Figuras 1 y 2.—Trajes de entretiempo para paseo.

1º—Cuerpo y falda lisa de bengalina gris, adornado únicamente por cintas y botones de fantasía. Sombrero de paja americano.

2º—Cuerpo sastre, de alpaca á rayas tornasol, abierto sobre un chaleco de la misma tela, el cual lleva un rizado de encaje que sube hasta el cuello. Manga entera con vuelta y encaje que cae sobre la mano. Sombrero paja crema con listón de terciopelo negro y cuchillos de pluma.

Delantal para niñas de 5 á 7 años.—(Figura 3.)

Este delantal es de percal floreado de azul y blanco, con bandas bordadas sobre fondo azul.



Delantal para niñas de 5 á 7 años. (Figura 3.)

Traje para señorita. (Figura 4.)

Este traje, de un exquisito gusto, se compone de una falda y blusa de fular rameado, adornado por un bolero de encaje terminado en puntas y abierto sobre un cuerpo de muselina de seda, dispuesto en pliegues: cuello y cinturón de raso negro, manga aclarinada.

Traje para señora. (Figura 5)

Chaqueta fígaro de fular escocés. Esta chaquetilla está hecha de alforzones, cerrada al lado derecho con un volante de muselina azul obscuro. La falda y mangas de alpaca azul. Cinturón de seda fruncido. Cuello fruncido de fular escocés con rouget y lazo de muselina de seda.

Vestido princesa. (Figura 6.)

El vestido que nuestro figurín representa, es de moaré color resedá y de forma princesa, torrado con diagonal del mismo color, abrochado en caido sobre el lado izquierdo y abriéndose en el pecho con dos solapas que dejan ver un plastrón de diagonal cubierto por túl blanco goteado. Un volante de diagonal con adorno de avalorio cae sobre las solapas y espaldilla. Cuello de túl, manga entera de corto bullón.

Matiné de muselina.—(Figura 7.)

Es de color pálido, adornado con bordados y entredos, sobre lienzo y lazos de listón de raso de un tono más obscuro.

Sombreros de verano. (Figuras 8 y 9.)

1º—Este sombrero es uno de los que parecen apropiarse á todos los tipos, y se llevan de todos colores; los que hoy ofrecemos á la cultura de nuestras suscritoras son de paja burda, adornados el uno con listón de moaré negro, encajes y con abastecido grupo de violetas.

2º—El otro, que es claro, lleva el adorno de tul y encajes y una profusión de rosas.

Traje de verano. (Figura 10.)

Vestido de seda de la India color claro, cuello ancho, sobrepuesto, de seda, punteado y adornado con encajes y galones de fantasía y corazón de muselina de seda, manga abierta con encajes y cinturón de listón. La falda lleva tres volantes de 10 centímetros y adornados con cinta negra de terciopelo, lo mismo el cinturón y cuello.

Tres cuerpos bordados. (Figura 11.)

Estos tres cuerpos son de mucho efecto y elegancia.

El primero es una blusa de muselina de seda crema con manga fruncida en toda su longitud, con dos volantes pequeños sobre el globo, muy alto. Pequeño fígaro negro, bordado. Cinturón de raso negro fruncido y en forma de pico. Lazo y encaje en el cuello.

2º—Talle de satín negro con collar y lazo de encajes, chaleco figurado de pasamanería. Mangas estrechas con banda recogida, cuello médicis.

3º—Vestido para señora de media edad.

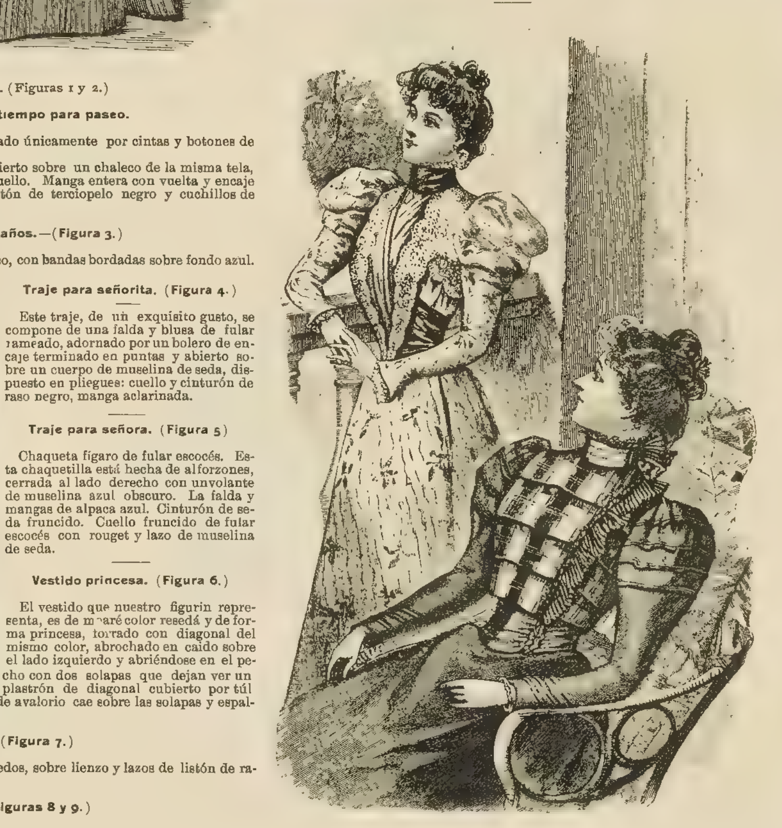
Cuerpo de seda negro terminado en punta, recogido en el borde, y abierto sobre un chaleco de seda negro ó violeta, cuello y espaldilla de la misma tela. Adorno y cinturón de pasamanería. La manga va adornada también con seda violeta y encajes negros.

Saco de abrigo, de paño con cuello de terciopelo.

Abrigo para niñas de diez años.—(Figura 12.)

Este abrigo es de tela escocesa, abrochado sobre el lado izquierdo, con doble botonadura de fantasía, y pequeñas cantineras en los lados. Cuello vuelto con fleco grueso.

Mangas con puño ancho.



Trajes para y señorita señora. (Figuras 4 y 5.)



Vestido princesa. (Figura 6.)

CASTELAR

Hermanas de la Caridad.

Aquellas débiles mujeres, en medio del horror del combate, parecían como ángeles de salvación, como la palabra divina deslizándose majestuosa y serena como el caos. El rumor de la guerra y los gritos de los moribundos, el humo de la pólvora, el hedor de la sangre vertida, no eran parte á detenerlas en su audaz carrera, en su gigante empresa. Parecía que, confiadas en lo divino del ministerio de paz y amor que ejercían, allí donde sólo reinaba el odio y la guerra, tenían conciencia en que Dios las amparaba á todas bajo su manto protector, y las libertaba del odio de los hombres como las había libertado del odio de los elementos. Doquier hallaban un herido, ora fuese moro, ora cristiano, sin preguntarle por su religión ni por su bandera, se detenían, derramaban bálsamo en aquella herida, y ofrecían consuelos á su alma, alivios á su cuerpo. ¡Cuántos infelices, al ver en medio del combate aproximarse aquellas mujeres desafiando la muerte, al verlas inclinarse sobre su pecho, estancar la sangre, cerrar la herida, refrescarla y después bendecirlos, como si fueran hermanos, veían en sus ojos, en sus dulces labios, la primera luz de la fe cristiana que nunca hubieran visto sin el fuego asolador de las guerras!

El bien, la virtud, se reproducen con gran fuerza como llenos siempre de generosa vida; el bien que se derrama en la tierra es á un tiempo mismo un bálsamo, un ejemplo, una semilla, la tierra, da ciento por uno. La misma fecundidad que tiene la naturaleza física tiene la naturaleza moral. De una semilla nace un arbol que dá millares de flores, millares de sabrosos frutos, pureza al aire, grata sombra al cansado viajero, y que levantando su copa á las alturas, resiste y vence el torbellino de los siglos, viviendo largo tiempo fuertemente arraigado en la tierra. Y de una virtud, sencilla, pobre, que deposita en el corazón humano, y por la cual se logra que el hombre ame al hombre y confíe en Dios; de una virtud nacen millares de virtudes que hermosean y fortifican nuestra naturaleza.



Matiné de muselina. (Figura 7.)

MUJERES Y ARTE

EN LA ERA MERCANTIL

La mujer fué la «carne palpitante» en el siglo de Pericles; cuando la Grecia se vestía, en la mañana de su arte divino, con el manto de púrpura que preservó del polvo de los siglos, para maravilla de las futuras generaciones, los dioses del Paternón. La mujer salió trémula de lascivia del cincel de Fidias; Praxiteles la enseñó la sonrisa con que Juno embriagaba al padre de los dioses en las faldas del Ida. El arte romano hizo una vacante de la diosa: con los ascetas del cristianismo la diosa y la vacante quedaron convertidas en momias; con la sola diferencia, que á la primera se la colocó en las alturas bajo advocaciones diversas, y para las segundas se hicieron las fiestas del Carnaval, á falta de las extintas lupercales: el arte había muerto; *sicut femina!*

LECTURAS PARA LAS DAMAS

Mes de María en el templo del S. C. de Jesús

Vosotros, los que no sabéis á que dedicar estas mañanas, los que hastiados y decepcionados del mundo sentís el corazón seco y desierto, los que no halláis cosa digna de vuestro agrado, venid, que yo os conduciré á donde se olvidan los pesares, el alma se expacía se encantan los sentidos, el corazón se dilata y nuestro sér se siente transformado.

Venid, y al escuchar los dulces acordes de las músicas, las robustas ó delicadas voces que bendicen al Supremo Hacedor, al Dios de las misericordias y bondades, sentiréis que la inspiración desciende sobre vuestro desfallecido espíritu y que os inunda de dulce bienestar. ¡Escuchad!...... oís esos sublimes ecos?.... véis ese trono de la Divinidad cubierto con multitud de luces?

Véis ese sagrado recinto plenamente ocupado por el piadoso sexo, que engalanado con profusión de flores parece que se empeña en formar parte del adorno del templo?...... ¡Ah! pero aun os falta la parte principal; ese enjambre de angeles de la tierra, esas blancas mariposillas, veladas con encanto por el flotante túl y la diáfana gasa .... vedlas; sus peregrinos rostros de sinpar belleza se ven iluminados por un sublime resplandor, sus manecitas juntas nos demuestran que ruegan por los que manchados por la culpa no nos atrevemos á pedir mercedes. Y sin embargo, la santa inspiración desciende sobre nuestro agotado sér, nuestro espíritu que antes yacía postrado, sentimos que se eleva gradualmente en alas de la devoción y el misticismo. Ya podemos orar......... qué pediremos?... ...... comenzaremos por decir: «Hablad, Señor, que vuestro siervo escucha.» Ahora, recojed vuestro espíritu y orad......

Los grandes trabajadores aman á sus hijos con esa idolatría que es una de las formas de la ternura paternal, cuando la lucidez de la madre no corrige las debilidades. Amar así á sus hijos es amarlos por sí propio y no por ellos.

PAUL BOURGET.





Sombreros de verano. (Figuras 8 y 9.)



Traje de verano. (Figura 10.)

DE CASTELAR

¡Qué imagen tan verdadera de nuestra vida! Abandonamos la virtud, solemos desdeñarla, parécenos ingrata, y cuando en un amargo trance de la vida nos vemos, la virtud herida nos consuela, y sólo la virtud nos hace venturosos. Porque al fin el mal engendra el mal, y el bien engendra el bien; que en el espíritu, en la naturaleza, cada cosa engendra á á su semejante; y el mal nos parece hermoso cuando no es sino extremo de fealdad; y el bien feo, cuando compendia toda la hermosura. Por el amor de un instante solemos perder el eterno amor; por nuestro individuo de hoy, la eterna individualidad del alma, su eterna felicidad.

—Las mujeres gimen cuando debieran luchar, luchan cuando debieran obedecer, y obedecen cuando debieran matar.

—Perfecciona la máquina para que sea más sumisa á la voluntad del hombre, y perfecciona á la humanidad para que sea menos esclava de él.

—Hay hombres que sólo hacen el bien á otro, cuando con esto perjudican á un tercero.

—Para tus cálculos en las luchas de la vida, no tomes como factor á los hombres, sino á las pasiones.

—¡Cuántos hombres luchan con la tiranía de otros, porque ellos no pueden ser tiranos!

Abrigo para niña de 10 años. (Figura 12.)

—Los envidiosos solo saben disparar sus dardos hacia arriba, y los ruines hacia abaja.

—¿El amor es hijo sólo de Vénus ó de todos los dioses? Yo sólo podre decir que amo muchas cosas que no son las mujeres.

—El hombre tiende la mano compasiva á sus semejantes, sólo cuando cree que valen menos que él.

—Hay vividoros que odian el amor, ya porque hayan sufrido mucho por él ó porque lo sientan demasiado.

—Cuando se llega á amar una vez ¿no parece que se ha amado ya siempre?

P. Bourget.



Tres cuerpos bordados. (Figura 11.)

Y á decir que desde entonces la mujer, como tipo de la plástica, del arte, de la forma, ó clásico, quedó bien muerta, casi nos atreveríamos; pero asunto es este que por ahora no nos preocupa; otro aspecto de la cuestión es el que pretendemos reflejar en el «cuadro disolvente.» Apenas la adoración y poesía masculinas habían colocado en los altares á la mujer-Virgen, mujer-Santa, los castillos y los conventos se abrieron, ó mejor dicho, se cerraron para la mujer-Angel. La hidalguía de los siglos medios creó las mujeres trashumantes y aventureras, que principian con Angélica, y cierran su peregrinación con Juana de Arco; más ya á fines del siglo XV empieza á diseñarse un nuevo tipo secular, ó armillar, de mujer, que sustenta todo el edificio poético de muchas generaciones; la noble ha hecho casta, ha hecho poesía, ha conquistado el mundo. Para ella las liras de los poetas resuenan dulces y sentidas, por ella la espada del caballero degüella infieles y cristianos en el campo de batalla, para ella la ciencia inventa filtros y conjuros que hacen de las cortes de los reyes verdaderas cortes de milagros; merced á ella el Siglo del Rey Sol, despierta la envidia del resto del mundo por su cortesanía, y gracias á ella, todavía el reino de Luis XV puede brillar por algo, aunque sólo sea por la prostitución aristocrática.

Más fué el caso (y comenzó á serlo un siglo atrás) que no siempre á la categoría de marquesas ó duquesas, ni siquiera á la de reinas, iba aparejada una honorable fortuna,» como se suele decir, sino que precisamente solía acontecer todo lo contrario. Y tambien sucedía que de las últimas clases sociales, señaladamente de las cortes del judaismo, solían surgir encantadores renuevos, en la forma de guapas doncellas, bien provistas del metal maldecido de los poetas. Entre nobles mendicantes y judías hermosas y ricas, establecióse desde entonces un comercio cada día más floreciente, que ha llegado hasta nosotros y trazas lleva de no parar en todo el primer tercio del siglo futuro.

Sólo que los descendientes de los patriarcas han perdido á últimas fechas el monopolio, pues ya se sabe que existen sindicatos (ó cosa parecida) de opulentas jóvenes, cristianas y todo, en la Nación de las fortunas fabulosas, que han puesto en alza á los afortunados descendientes de los cruzados. Lo que vale decir, que los nobles valen todavía en el mercado de las vanidades humanas; en cambio, las duquesas y marquesas sólo valen quince centavos, como tales, en las novelas por entregas.

¡Y así ha caminado, la encantadora mitad de la raza humana! ¡Y así caminará en los siglos futuros: cambiando papeles con veleidosa instabilidad; haciéndose adorar en diversas actitudes con desenfado y coquetería; idealizando con femenil talento y embelleciendo todas las locuras de los hombres; sonriendo en la aurora de sus felicidades, y arrodillada en el sepulcro de sus esperanzas! ¡De ellas es el reinado de la Tierra!





Sendero de Espinas.

Cuadro de Federico Stachiewicz.

EL CIRCULO MERCANTIL DE ZACATECAS

Publicamos dos fotografías de este hermoso centro de reunión inaugurado en Zacatecas el 18 del pasado, y que acrecerá sin duda en mucho la animación social en aquella hermosa tierra.

Tal inauguración fué verdaderamente espléndida, y para que nuestros lectores se formen una idea de ella así como de la disposición del nuevo club, reproducimos á continuación la completa y detallada crónica que publica el *Observador Zacatecano*, interesante y bien escrito periódico de aquella ciudad.

«A las diez de la citada noche, dice el colega, hora fijada para el principio del sarao, el local del «Círculo Mercantil» esperaba, radiante, á los numerosos invitados.

La impresión que en el ánimo despertaba la fachada artística del edificio, presagiaba algo inusitado y espléndido, algo que se escapaba del recinto por la entallada puerta principal y por las ventanas del gran salón, en torrentes de luz vivísima, y en ráfagas tibias impregnadas de perfume.

En efecto, desde la entrada del edificio, y apenas traspuesto el dintel, despertábase gratísima sorpresa: desde allí la estética se revelaba con todos sus caracteres, aunada á la severa sencillez que constituía la nota dominante del adorno.

Sobre vistosa alfombra, extendíase, en el pequeño vestíbulo que precede á la gradería, profusa cantidad de flores que perfumaban el ambiente y matizaban el pavimento, haciendo resaltar el verde obscuro de las multiformes plantas, que en modelados tiestos alineábanse á uno y otro lado de la entrada.

El efecto de esta parte del edificio era sorprendente y de fantástico aspecto, con sus numerosos festones y guirnaldas verde claro sembradas de rosas, que se entrelazaban en simétricos grupos, ya pendiendo del techo, ya colocados en los laterales y columnas. La luz de arco, difundida con tonos pálidos en los perfumados ámbitos, se recortaba en mil sombras diminutas, llenando el sitio del vestíbulo de misterioso encanto.

En el fondo, la gradería que conduce á la planta superior, estaba adornada con el mismo exquisito gusto.

Los pasos de los atildados concurrentes se apagaban sobre montones de flores, cuyos tiernos pétalos, dispersos, formaban surcos perfumados, barridos por sedosas faldas: aquí los festones y guirnaldas que cubrían á lleno las paredes y el dorado balaustre, se multiplicaban en variadas formas caprichosas, reflejados, en primoroso espejismo, por las plateadas lunas colocadas en cada tramo de la escalera.

Al terminar la escalinata, presentábase admirable la crujía que daba paso al salón de baile, ornada con verdes lazos de follaje que festoneaban también las paredes y contrastaban con el pavimento rojo. Este espacio, sencillamente alegre, con su profusión de lazos decorativos, su artísticos espejos superpuestos simétricamente en consolas que soportaban primorosos búcaros, anegando en la argentada luz de sus focos de arco, sostenía la gradación del efecto estético que seguía dominante, con singular atractivo. Todos encontramos aquel sitio hermoso y cautivador como digno precursor del salón que, en el fondo, ostentaba sus puertas de entrada, llamativas, que atraían con magnífica fuerza, y tras de cuyos umbrales, preludiaba la orquesta magnífica del maestro Villalpando.

Como era de esperarse, el aspecto del salón completó el efecto, ostentándose imponente con la artística severidad que cautiva.

Espacioso y tapizadas las paredes de oro en fondo obscuro, destacaba su rasa techumbre de esmerada pintura al oleo, en la cual pendían cuatro focos de luz de arco y varios lujosos candiles cubiertos de bujías. La luz plateada de los focos difundíase por los ámbitos del salón, intensa y uniforme, sin la menor intermitencia, reflejando en sus numerosos espejos, que pendían simétricos de las paredes, y produciendo bulliciosos reverberos en el dorado metal de los profusos candelabros, colocados en soportes de madera brillante de color café obscuro. Completaban el adorno de la sala, cortinajes de afelpada tela roja, con vistosos lambrequines, en cuyos pliegues, los rayos de luz imitaban caprichosos trazos que realzaban la severidad del conjunto.

A las diez y minutos, en la vasta sala resonaron los melodiosos acordes del primer vals, y las parejas, anhelantes, se lanzaron al vertiginoso baile, deslizándose abstraidas y gozosas, sobre el anchuroso pavimento.

A las once y minutos la concurrencia era ya numerosa, y pronto el sarao alcanzó su auge, animado y espléndido como lo estuvo hasta su terminación, que fué á las cinco y minutos de la mañana, hora en que los concurrentes desalojaron los salones del «Círculo,» llevando inolvidables recuerdos del correcto baile y de la finura y cortesía de los Señores Escobedo y Villalpando, á quienes tocó hacer los honores.

Tan agradable fiesta viene á demostrar, en nuestro concepto, cuánto distan de la verdad algunas desfavorables apreciaciones, hechas con respecto á la sociedad zacatecana, quien ha probado una vez más, que no es extraña á las imperiosas exigencias de la cultura y del progreso moderno, en sus diversas manifestaciones.



Edificio del "Círculo Mercantil" de Zacatecas.—La crujía.



Edificio del "Círculo Mercantil" de Zacatecas.—Salón donde se verificó el baile el 18 de Abril de 1897.

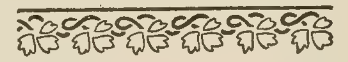
FRAGMENTO.

La edad no es un instrumento que regula invariablemente nuestra temperatura espiritual? Hay organizaciones que á los ochenta años, conservan un calor primaveral, mientras hay otras que, á los veinte, se sienten heladas por los rigores del invierno más crudo, del invierno que no termina jamás.

No es preciso haber vivido mucho para calcular la suma de dichas que podemos esperar. La historia del mundo nos lo demuestra en sus páginas.

Hojeando cualquiera de ellas, se comprende en seguida que tanto los bienes como los males, han sido siempre los mismos, pudiendo afirmarse que, no ambicionando los unos ni temiendo los otros, es lógico prescindir en absoluto de todos,

JULIAN DEL CASAL.



Como todo es igual, siempre he tenido
un pesar verdadero
por el tiempo precioso que he perdido,
por no haber conocido
que el que ve un corazón ve el mundo entero.

CAMPOAMOR.



Las lecciones del mundo están escritas en un idioma del cual no se pueden traducir: el de la experiencia. El inexperto las sabe de memoria, pero no las entiende.

CLARÍN.

EL MUNDO.

TOMO I. MEXICO, MAYO 23 DE 1897. NUMERO 21.



El novio oficial.

[Dibujo de José M. Villasana.]

"EL MUNDO"
Semanario Ilustrado.

Teléfono 434.—Calle de Tiburcio núm. 20. Apartado 87 b.
MEXICO

Toda la correspondencia que se relacione con la Redacción, debe ser dirigida al

Director, Lic. Rafael Reyes Spíndola.

Toda la correspondencia que se relacione con la edición debe ser dirigida al

Gerente, Lic. Fausto Moguel.

La subscripción á EL MUNDO vale $1.25 centavos al mes, y se cobra por trimestres adelantados.
Números sueltos, 50 centavos.
Avisos: á razón de $30 plana por cada publicación.
Todo pago debe ser precisamente adelantado.

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE.

Notas editoriales.

La terminación de la guerra del Yaqui.

Acaban de sofocarse los últimos gérmenes revolucionarios que se agitaban en el país en este largo periodo de fecunda paz nacional: la fatigosa lucha emprendida contra los indios rebeldes en las márgenes del Yaqui

Esta campaña ha sido sostenida merced á ventajas estratégicas procedentes de la configuración especial del terreno, del conocimiento práctico de éste, del disimulo y la emboscada, elementos al servicio de las tribus insurrectas, que las habían hecho casi invencibles. El impulso de las armas iba á estrellarse contra estos enemigos invisibles que á fuerza de alfilerazos lograron detener la corriente de las generales aspiraciones: la total extirpación de las revueltas públicas.

La paz del Yaqui es un prodigio de sagacidad y de energía al mismo tiempo, una feliz tentativa de energía heroica; se combate al león en la llanura y se caza al lobo en su madriguera. Frente á la refinada astucia del indio rebelde, fué necesario oponer la diplomacia complaciente del hombre civilizado y junto á la bravura indómita del feroz guerrero inconquistado, la calma serena del jefe disciplinado.

Un acto de resolución fué bastante para deslumbrar á esos grupos dispersos; una línea de conducta apoyada en la suavidad, hizo caer las armas de sus crispados brazos. Todo el plan del coronel Peinado es de una profunda sencillez humana: vencer á estos pacientes por la paciencia, asombrar á estos frenéticos del valor por un ejemplo de resuelta valentía. El coronel Peinado, rodeando al indio cautivo, que le sirvió de lazo de unión con el jefe de la tribu rebelde, de afables consideraciones, doblegando su fiereza con la dulzura, es un modelo acabado de político consumado; pero al presentarse solo y sin armas en el campo enemigo se impone como un hombre de extraordinaria pujanza. A estas dos causas combinadas se debe la terminación de la campaña,

Pacificada la guerra de castas en Yucatán y sometido el Yaqui, han dado término dos viejas complicaciones, que parecían haberse arraigado eternamente, y que al cesar, no sólo eliminan los gastos inherentes, sino también hacen entrar en el marco de la civilización á unidades humanas, hostiles hasta el día á los grandes intereses sociales.

Política General.

RESUMEN—El Emperador Guillermo y el Bazar de Caridad.—Odios y rivalidades.—Abismo que no se colma.—El patriotismo y la cortesía.—Altivez de la Sublime Puerta.—El Consejo del Sultán.—Las embriagueces del triunfo.—La humillación de Grecia.—Esperanzas desvanecidas.—Conclusión: la omnipotencia de Rusia.

Es tan hondo el abismo que separa á franceses y alemanes, tan profunda la rivalidad que los divide, tan reconcentrados los odios que los apartan; está tan vivo todavía el sentimiento que provocara en el pueblo del Sena la humillación de Sedán, que algunos órganos de la prensa parisiense, se han atrevido á censurar el acto magnánimo del emperador Guillermo, de enviar cuantioso donativo en favor del Bazar de Caridad, destruido por las llamas en los primeros días del presente mes.

Nó, dicen; no debemos tolerar nada que signifique una inteligencia con el gobierno de Berlín, y no falta algún fanático, que en arrebato delirante, pretenda que no se acepte el imperial donativo.

Cuando el duelo y el pesar ha acallado las fiestas, marchitado las flores, apagado las luces resplandecientes en los salones aristocráticos de la gran Capital; cuando visten de luto las familias de la *élite*, que vieron á muchos de sus miembros distinguidos perecer en espantosos tormentos, durante la catástrofe de la calle de *Jean Goujon*, y el pueblo mismo que recibía inmensos beneficios de manos de las víctimas, el pueblo que sentía con las ternuras del agradecimiento cómo bajaba de los palacios la onda bienhechora que iba á alegrar los tugurios, derramando consuelos y esparciendo bondades: sí, no nos extraña que los diarios socialistas y los periódicos que sostienen el fermento tenebroso de la anarquía, hayan permanecido impasibles y fríos, sin lanzar una nota armónica, en medio del universal dolor que ha afligido á la Francia entera por el infausto acontecimiento, sí llama y mucho la atención que haya representantes de la opinión pública, que aticen odios antiguos y renueven con saña rencillas no olvidadas, porque el poderoso Hohenzollern se dignó desde su olímpica grandeza, volver la vista al pueblo-sol y ofrecerle un obsequio de sus fondos particulares.

***

Háblase mucho de concierto europeo; repítese hasta la saciedad la unión de los embajadores extranjeros para contener las rapacidades de Turquía y hacer lo posible por dar pacífica solución á la enmarañada cuestión de Oriente; murmúrase por lo bajo de las maquinaciones británicas, para rodear en círculo de hierro el continente africano; cuchichéase en los gabinetes sobre la alianza formidable que se necesita para poner coto á las tendencias absorbentes, inagotables y perpetuas, de la Gran Bretaña; Francia es la primera que toma parte en ese concierto y se asocia á esas murmuraciones, y sería también la primera por sus pingües colonias africanas, por los inmensos intereses que ahí radican, por sus ambiciones sobre el Egipto que juzga legítimas, sería la primera en entrar y tomar la iniciativa en esa cruzada anti-británica; pero que no se la hable de Alemania, que no se la miente al nieto del conquistador que se coronó en Versalles, que no se la haga suponer un posible avenimiento con los detentadores de Alsacia y de Lorena; ante esa idea todo lo olvida, colonias, intereses, misión civilizadora, todo, hasta su proverbial cortesía.

Afortunadamente Francia no está constituida por la prensa socialista ni por algún periódico intransigente; si guarda secretamente el inextinto impulso del desquite, sabe guiarse sabiamente por las inspiraciones del público interés y del sentimiento nacional.

***

Orgullosa de su fuerza, y engreída con sus triunfos, presentábase Turquía ante la asombrada Europa. Débil la resistencia que ofrecieron los griegos parapetados en su ingente patriotismo y atrincherados tras de sus sueños de grandeza; fuerte el empuje de los turcos que lograron encontrar á última hora dinero bastante á sus necesidades en los Bancos europeos, y apoyo suficiente en el emperador Guillermo que inesperadamente abrió los tesoros de su simpatía á favor de la causa musulmana y en el autócrata moscovita, que, contrariando las tradiciones de su familia y de su raza, se ha inclinado más del lado de la iniquidad que representa Abdul-Hamid, que de parte del rey Jorge que encarna los arranques caballerescos de otras edades, el resultado de la lucha no era dudoso; si en un principio los helenos lograron pequeñas ventajas en las costas de Epiro, y soñaron aprovecharse de la preponderancia de su armada sobre los viejos buques otomanos, muy pronto se convenció el mundo y con él los soñadores griegos, que era en vano oponerse á la fuerza incontrastable de las huestes guiadas por Edhem-Pachá.

Ebrios los ministros del Yieldiz-Kiosk con el vapor de la sangre, deslumbrados con el esplendor de sus fáciles victorias, sintiendo removerse en sus almas de agareno, los fermentos del odio secular contra el nombre cristiano; acosados por las masas fanáticas, que cien veces han ensangrentado sus yataganes hasta el puño en las carnes indefensas de los míseros armenios; atentos al clamor salvaje que se levanta en general protesta contra la sujeción en que ha vivido el imperio de los Osmanlíes, por gracia y virtud de las potencias occidentales; pretendiendo romper las ligaduras que han atado por tantos años á la nación caduca, enfermo, desahuciado de Europa, oprobio de la civilización moderna, mancha asquerosa entre los pueblos regenerados por la revolución, manumitidos por la filosofía, y engrandecidos por la ciencia: intentaron un punto, imponer al Sultán sus maquinaciones torpes de grandeza, obligarlo á desdeñar individual y colectivamente á las potencias europeas, y recojer con voracidad inaudita, los frutos de la guerra con Grecia, entre humillaciones odiosas é inicuas exacciones contra los helenos vencidos, á quienes creyeron desamparados de Dios y de los hombres.

***

A la primera intimación de los embajadores, solicitando un armisticio para tratar de los preliminares de la paz, contestaron con soberano desprecio; á los clamores angustiados del gabinete de Atenas, que ponía la suerte del pueblo y de la nación confiados á su cuidado en manos de los fuertes, y se abandonaba á la magnanimidad de los poderosos, respondió el sombrío consejo que rodea al pérfido Sultán con desmedidas exigencias, y en vez de ceder ante la suplica, envió órdenes terminantes de ocupar á sangre y fuego la ciudad sagrada que se reclina sobre las faldas del Himeto, se arrulla entre las ondas del Cefiso, y sueña á veces á la sombra de la divina Acrópolis, dormida sobre el polvo venerado del Parthenon.

Sin aparentar siquiera intenciones de tratar de paz, pide la entrega de Tesalia, santificada con la sangre de millares de mártires, rompiendo abierta y audazmente el tratado de Berlín; exije cuantiosa indemnización, muy por encima de los recursos todos de Grecia; aspira á retener la armada del rey Jorge como garantía de paz, y á borrar de una plumada los derechos y preeminencias concedidas á los helenos en convenciones anteriores; y si no pidió quedar en posesión de todo el territorio conquistado, fué tal vez por un resabio de mentido pudor en sus iniquidades.

***

Absortos los representantes de las naciones occidentales ante tamaña audacia, ellos que veían sin inmutarse cómo se degollaban cristianos en los desfiladeros de Milona, en las fortalezas de Larissa y en las llanuras de Farsala, y que no pudieron impedir la sangrienta batalla de Domokos, donde había de recibir el golpe de gracia el ejército helénico, discutían entre sí la manera de obligar á Turquía á firmar el armisticio. Todo en vano, la camarilla del Sultán prevalecía en sus consejos de exterminio, y la fuerza, la abrumadora fuerza, caía como pesada mole sobre los helenos, arrebatándoles sin piedad toda esperanza.

Pero habló el omnipotente Czar, y su voz de trueno como la de Júpiter tonante, se impuso á las ciegas multitudes, levantó en armas á los búlgaros, encendió un iris de esperanza en el límpido cielo de Hélade, y fué á despertar de su letargo de muerte y de venganza al sombrío Abdul-Hamid, arrullado por las canciones de sus odaliscas, adormecido por las adulaciones de sus genízaros y embriagado con el vapor de sangre derramada en las llanuras de Tesalia

Se ha salvado la Grecia: la intimación del Emperador de todas las Rusias, árbitro soberano de Europa, ha sido acogida por todos y por todos acatada. El Sultán ordena la suspensión de hostilidades; el potente Hohenzollern afloja los lazos de inexplicable simpatía que lo arrastraban en favor de la Sublime Puerta; Inglaterra se extremece, Francia se regocija, Austria apoya abiertamente los intentos del Czar, é Italia mira con placer alejarse la desencadenada tempestad que amenazaba la patria de sus abuelos los helenos.

Dura ha sido la lección para el rey Jorge; ojalá que la aprovechen él y su pueblo que se dejaron arrebatar por líricos espejismos y hermosas utopías.

X. X. X.

Mayo 20 de 1897.

Las gentes son tales que en un salón puede uno estar cubierto de lodo en todo su cuerpo y en toda su alma; para ser allí bien acogido no se exije sino una cosa irreprochable...... ¿La conciencia? ¡No! las botas.

—El que no ha visto sino la miseria del hombre, no ha visto nada; es preciso que vea la miseria de la mujer; el que no ha visto sino la miseria de la mujer, no ha visto nada aún; es menester que vea la miseria del niño.

VICTOR HUGO.

Noche rústica de Walpurgis.

(SINFONIA DRAMATICA.)

A JOSÉ PEÓN Y CONTRERAS.

INVITACIÓN AL POETA

Coje la lira de oro y abandona
el tabardo, descálzate la espuela,
deja las armas, que para esta vela
no has menester ni daga ni tizona.

Si tu voz melancólica no entona
ya sus himnos de amor, conmigo vuela
á esta región que asombra y que consuela;
pero antes ciñe la triunfal corona.

Tú, que de Pan comprendes el lenguaje,
ven de un drama admirable á ser testigo.
Ya el campo eleva su canción salvaje;

Venus se prende el luminoso broche......
Sube al agrio peñón, y oirás conmigo
lo que dicen las cosas en la noche.

II

INTEMPESTA NOX

Media noche.—Se inundan las montañas
en la luz de la luna transparente
que vaga por los valles tristemente
y cobija, á lo lejos, las cabañas.

Lanzas de plata en el maizal las cañas
parecen al temblar, nieve el torrente,
y se cuaja el pavor trágicamente
del barranco en las lóbregas entrañas......

Noche profunda, noche de la selva,
de quimeras poblada y de rumores,
sumérgenos en tí; que nos envuelva

el rey de tus fantásticos imperios
en la clámide azul de sus vapores
y en el sagrado horror de tus misterios.

III

EL HARPA

Hay en medio del rústico boscaje
un tronco retorcido y corpulento:
enorme roca sírvele de asiento
y frondas opulentas de ropaje.

Cuando, como á través de fino encaje,
el rayo de la luna tremulento
pasa, desde el azul del firmamento,
la verde filigrana del follaje,

desbarátase en haz de vibradores
hilos de luz que tiemblan cual tañidos
por un plectro que el céfiro menea.

¡Harpa inmensa del campo!, no hay cantores
que á tus himnos respondan, no hay oídos
que comprendan tu estrofa gigantea.

IV

EL BOSQUE

Bajo las frondas trémulas é inquietas
que forman mi basílica sagrada,
ha de escucharse la oración alada,
no el canto celestial de los poetas.

Albergue fuí de druidas. Los ascetas
en mis troncos de crústula rugada
infligieron su frente macerada
y colgaron sus harpas los profetas.

Y en tremenda ocasión, el errabundo
viento espantado suspendió su vuelo,
al escuchar de mi interior profundo

brotar, con infinito desconsuelo,
la más grande oración que desde el mundo
se ha alzado hasta la cúpula del cielo.

V

EL RUISEÑOR

Oíd la campanita, cómo suena,
el toque del clarín, cómo arrebata,
las quejas en que el viento se desata
y del agua el correr sobre la arena.

Escuchad la amorosa cantilena
de Favonio rendido á Flora ingrata
y la inmensa y divina serenata
que Pan modula en la silvestre avena.

Todo eso hay en mis cantos. Me enamora
la noche; de los hombres soy delicia
y paz; y entre los árboles cubierto,

sólo yo alcé mi voz consoladora,
como una blanda y celestial caricia,
cuando mi Dios agonizó en el huerto.

VI

EL RÍO

Triscad, ¡oh linfas! con la grácil onda;
gorgoritas, alzad vuestras canciones;
y vosotros, parleros borbollones,
dialogad con el viento y con la fronda.

Chorro garrulador, sobre la honda
cóncava quiebra, rómpete en girones
y estrella contra riscos y peñones
tus diamantes y perlas de Golconda.

Soy vuestro padre el río. Mis cabellos
son de la luna pálidos destellos,
cristal mis ojos del cerúleo manto.

Es de musgo mi barba transparente,
ópalos desleídos son mi frente
y risas de las náyades mi canto.

VII

LAS ESTRELLAS

¿Quién dice que los hombres nos parecen,
desde el profundo mar del firmamento,
átomos agitados por el viento,
gusanos que se arrastran y perecen?

¡No! Sus cráneos que heróicos se extremecen
son el más grande asombrador portento:
¡fraguas donde se forja el pensamiento
y que más que nosotras resplandecen!

Bajo la estrecha cavidad caliza,
las ideas, en ígnea llamarada
contemplamos arder, y es, ante ellas,

toda la creación polvo y ceniza......
¡Los astros son materia inanimada
y las humanas frentes son estrellas!

VII

EL GRILLO

¿Dónde hallar, oh mortal, las alegrías
que con mi canto acompañé en tu infancia?
¿Quién mide la enormísima distancia
que éstos separa de tan castos días?.........

Luces, flores, perfumes, harmonías,
sueños de poderosa exuberancia
que llenaron de albura y de fragancia
la vida ardiente con que tú vivías,

Ya nunca volverán; pero cantando,
cabe la triste moribunda hoguera,
de tu destruida tienda bajo el toldo,

hasta morir te seguiré mostrando
la ilusión en la llama postrimera,
el recuerdo en el último rescoldo.

IX

LAS AVES NOCTURNAS

¡A infundir con el vuelo y los chirridos
mas horror en la noche, más negrura
en los antros del monte y más pavura
en las ruinas de sótanos hendidos!

¡A seguir á los pájaros perdidos
de la arboleda entre la sombra obscura,
y con la garra ensangrentada y dura
á darles muerte y á asolar sus nidos!

¡Desde la cruz del viejo campanario,
á lanzar tan horrísonos acentos
que el valor más indómito se quiebre!

¡De dientes estridor, crujir de osario
á remedar, y trágicos lamentos,
y espasmódicos gritos de la fiebre!......

X

LOS MUERTOS

¡Piedad! ¡misericordia!...... Fueron vanos
tanto soberbio afán y lucha tanta.
¡Ay! por nosotros vuestra queja santa
levantad al Señor. ¡Orad, hermanos!

Si oyerais el roer de los gusanos
en el hondo silencio, cómo espanta,
sintiérais oprimida la garganta
por invisibles y asquerosas manos.

Mas no podeis imaginar los otros
tormentos que hay bajo la losa fría:
¡la falta, la carencia de vosotros;

la soledad, la soledad impía!......
¡Ay, que llegue, oh Señor, para nosotros
de la resurrección el claro día!

XI

EL POETA

Vamos al aquelarre.—En la sombria
cuenca de la montaña, las inertes
osamentas se animan á los fuertes
gritos que arroja la caterva impía.

Van llegando *sin Dios y sin María*,
présagos de catástrofes y muertes......
Pienso que el cielo llora,...... ¿no lo adviertes?
La luna es una lágrima muy fría.—

Tras nahuales y brujas, el coyote
aulla feroz y lúgubre corea
tan monstruoso concierto el tecolote;

la lechuza con silbo horripilante
se junta á la fatídica ralea,
¡y el *Vaquero Marcial* (*) llega triunfante!

XII

LAS BRUJAS

—Todas las noches me convierto en cabra;
Para servir á mi señor el chivo,
pues, vieja ya, del hombre no recibo
ni una muestra de amor, ni una palabra.

—Mientras mi esposo está labra que labra
el terrón, otras artes yo cultivo.
¿Ves? traigo un niño ensangrentado y vivo
Para la cena trágica y macabra.

—Sin ojos, pues así se ve en lo obscuro
como ven los murciélagos, yo vuelo
hasta escalar del camposanto el muro.

—Tráe un cadáver frío como el hielo.
Yo á los hombres daré del vino impuro
que arranca la esperanza y el consuelo.

XIII

LOS NAHUALES

¡Sús, Vaquero Marcial! De nuestra boca
los conjuros oirás: aunque en la brega
quedaste vencedor, siempre á tí llega
de los hombres la voz que te provoca.

Por donde quiera el mal! Tu mano toca
las campiñas también.—Ya en ronda ciega
el coro de las brujas se despliega
de tí en redor, sobre la abrupta roca.

Hijas sois de la víbora y el sapo:
de vuestro hediondo seno sacad presto
las efigies ridículas de trapo.

¡Oh, representación de los mortales!
mostrad aquí vuestro asombrado gesto
en la danza infernal de los nahuales.

XIV

EL GALLO

Hombre, descansa. De tu hogar ahuyento
el nocturno terror y estoy en vela.
Sombras de muerte cuyo soplo hiela,
con mi agudo clarín os amedrento.

Huya la luz y te descuide el viento
por preludiar su dulce pastorela.
Contra el mal, poderoso centinela,
á su paso espectral estoy atento.

No te inquiete el horrísono alarido
que escuches en tu sueño, por la vana
pesadilla maléfica oprimido.

Ya pondrá fin á su croar la rana,
y yo con alegrísimo sonido
entonaré la vencedora diana.

XV

LA CAMPANA

¿Qué te dice mi voz á la primera
luz auroral? «La muerte está vencida,
ya en todo se oye palpitar la vida,
ya el surco abierto la simiente espera.»

Y de la tarde en la hora postrimera:
«Descansa ya. La lumbre está encendida
en el hogar»...... Y siempre te convida
mi acento, y te persigue donde quiera.

Convoco á la oración á los vivientes,
plaño á los muertos con el triste y hondo
són de sollozo en que mi duelo explayo.

Y al tremendo tronar de los torrentes
en pavorosa tempestad, respondo
con férrea voz que despedaza el rayo.

(*) Nombre con que, generalmente, es designado el demonio por la gente pobre del campo.

XVI

UN TIRO

Duda mortal del alma se apodera,
al oír en la noche la lejana
detonación, que turba y que profana
el silencio del bosque y la pradera.

¿Será la bala rápida y certera
que pone fin á la existencia humana,
ó el golpe salvador que en lucha insana
asesta el montañes sobre la fiera?.........

Ese ruido mortífero y tonante
hace temblar el alma sorprendida,
cuando está de lo incógnito delante.

Para arrancar ó defender la vida,
lo producen lo mismo el caminante
y el guarda, el asesino y el suicida.

XVII

EL PERRO

No temas, mi señor: estoy alerta
mientras tú de la tierra te desligas
y con el sueño tu dolor mitigas,
dejando el alma á la esperanza abierta.

Vendrá la aurora y te diré: «despierta:
huyeron ya las sombras enemigas.»
Soy compañero fiel en tus fatigas
y celoso guardián junto á tu puerta.

Te avisaré del rondador nocturno,
del amigo traidor, del lobo fiero
que siempre anhelan encontrarte inerme.

Y si llega con paso taciturno
la muerte, con mi aullido lastimero
también te avisaré...... ¡Descansa y duerme!

XVIII

LA SEMENTERA

Escucha el ruido místico y profundo
con que acompaña el alma Primavera
esta labor enorme que se opera
en mi seno fructífero y fecundo.

Oye cuál se hincha el grano rubicundo
que el sol ardiente calentó en la era.
Vendrá Otoño que en mieses exubera
y en él me mostraré gala del mundo.

La madre tierra soy: vives conmigo,
á tu paso doblego mis abrojos,
te doy el alimento y el abrigo.

Y cuando estén en mi regazo opresos
de tu vencida carne los despojos,
¡con cuanto amor abrigaré tus huesos!

XIX

¡LUMEN!

Las sombras palidecen. Es la hora
en que fresca y gentil la madrugada
va á empaparse en el agua sonrosada
que ya muy pronto verterá la aurora.

El cielo débilmente se colora
de virginal blancura inmaculada,
y hace del firmamento su morada
la luz, de las tinieblas vencedora.

Sobre las níveas cumbres del oriente
en ópalos y perlas se deslíe,
que desbarata en su cristal la fuente.

Del vaho matinal se extiende el velo,
y todo juguetea y todo ríe,
en la tierra lo mismo que en el cielo.

XX

ADIOS AL POETA

¡Santa Naturaleza, madre mía!
me has cobijado en tu regazo inmenso
y disipaste con tu soplo intenso
la nube del dolor que me envolvía.

Mas ¡ay! vuelve la vida ingrata y fría;
mi sueño celestial quedó suspenso......
Ya alza la tierra su divino incienso
y en su carro triunfal asoma el día.

Poeta: es fuerza abandonar el monte.
Bajemos, pues ya al ras del horizonte
Venus agonizante parpadea;

tú al teatro, á la clínica, al Senado,
yo á vejetar tranquilo y olvidado
en el rincón obscuro de mi aldea.

Cerritos, Abril–Mayo de 1897.

MANUEL JOSÉ OTHÓN.



—Hay una cosa infame en amor: la mentira.
—No hay monstruo absoluto en la naturaleza moral como en la física

PAUL BOURGET.

—El pensamiento es un poder y el talento una libertad.

Victor Hugo.

FABULAS EN PROSA

EL CUERPO Y LA SOMBRA

El cuerpo estaba muy disgustado de la compañía de la sombra: Caminaba hacia el sol, y la sombra le seguía: volvía la espalda al sol cuando andaba, y la sombra iba delante. Un día no pudo más y dijo á la sombra con tono descortés:

—Retírate de una vez. Quiero estar solo.

—No puedo dejarte: tengo obligación de ir contigo á donde vayas.

—Me retiraré de tí.

—No lo conseguirás: soy tu compañera de camino en este mundo.

—Saldré al sol cuando éste caiga sobre mí verticalmente desde el zenit.

—Y estaré bajo tus plantas.

—Pasaré siempre en el crepúsculo.

—Y te seguiré disimuladamente en la penumbra.

—Cerraré de noche mis puertas y ventanas y no encenderé luz en mi alcoba.

—Entonces serás mío por completo y te estrecharé tan íntimamente, que no habrá un sólo punto de tus formas libre de mi abrazo.

—Me mataré.

—Y me acostaré al lado de tu cadáver: y si te entierran te envolveré en el sepulcro, y cuando exhumen tus restos me dividiré en tantas partes como ellos; y rodaré con tu cráneo y haré guardia á tus últimos despojos mientras existan sobre la tierra.

—¿Y mi alma?

—Esa te abandonará para irse al mundo de la luz: tú eres esclavo de la sombra.

LA FALSA DELICADEZA

—¡Sucio! ¿no ves que me estás manchando y me pones perdida?—dijo al rosal la calle enarenada de un jardín.

—¿No te pisan las gentes y no te quejas?—respondió el rosal.—Singular delicadeza la tuya. Sufres con calma que te manchen con la suela del calzado, y te ofende que caigan sobre tí hojas de rosa delicadas y aromáticas.

EL CEREZO

Cuando Pedro era un chiquillo, le dijo su abuelo:

—Hoy que es tu santo, planta un árbol en la huerta, y cuando seas mayor, te dará fruto y sombra y será una propiedad.

Perico, que era un chico obediente, plantó un cerezo, y le regaba y cuidada con esmero, pero era un desgraciado.

—¿Se secó el árbol?

—Al contrario, prosperó como ninguno; y dió cerezas tan ricas, que el padre del muchacho hizo con ellas un regalo al alcalde: al año siguiente, Perico no las pudo probar por que cayó soldado: cuando volvió á su pueblo, después de rodar por el mundo muchos años, era casi un viejo, y nunca pudo evitar que los muchachos se le comieran la fruta antes de estar madura.

Quiso un año defenderla, y los mozos del lugar le dieron tal paliza, que quedó baldado para siempre: los mozos que lo baldaron, todos llevaban varas del cerezo que plantó.

EL AVISPERO Y LA COLMENA

Anidaron las avispas en un corcho de colmena, y revoloteaban sin cesar alrededor, y entraban y salían y defendían su casa como hacen las abejas.

—¿Qué os parece nuestra casa? —dijo una avispa á una abeja vecina.

—Es de igual construcción y tamaño que la nuestra; pero, ¿tenéis muchos panales, cera y miel?

—¿Qué son cera y miel?

—Son la riqueza que elaboramos con nuestro trabajo.

—No; nuestra casa está vacía......

—¿Y para eso tenéis tanta casa? Yo creo que os bastaría un agujero.

Entre el pueblo que produce y el que imita sin producir, hay la diferencia que entre el avispero y la colmena.

LA BALA Y EL BLANCO

—Sí, sois perversas y dañinas por instinto, y me detestais y gozais en magullarme—dijo á la bala el blanco dolorido, alzando de mala gana la bandera que indicaba el acierto y buena puntería del tirador.

¿Qué sería de tí— repuso la aplastada bala con voz triste—si tuviéramos la mala intención que nos atribuyes? ¿No sabes que en las batallas pasamos la mayor parte entre los ejércitos sin hacer ningún daño, resistiéndonos á matar? ¿No ves que nos dirigen contra tí, y hacemos todo lo posible por no darte? Sin nuestra naturaleza pacífica ¿quedarían muchos hombres? ¿No estarías deshecho?

Y silbaban entretanto muchas balas sin dar nunca en el blanco, pero á cada momento caían ramas heridas, saltaban del suelo piedras rotas y se desconchaban las paredes. Cesó por fin el ejercicio del fuego, sin que el blanco alzara la bandera por segunda vez.

—¿Te convences de tu injusticia? le dijo la bala magullada.—Mira cuanto destrozo en todas partes, y que intacto te dejan los disparos. Siempre se han de quejar los que menos daños sufren. A nadie respetamos tanto las balas como al blanco.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

EL PERRO MUERTO

Jesús llegó una tarde á las puertas de una villa é hizo adelantarse á sus discípulos para preparar la cena. El, impelido al bien y la caridad, internóse por las calles hasta la plaza del mercado.

Allí vió en un rincón algunas personas agrupadas que contemplaban un objeto en el suelo, y acercóse para ver qué cosa podía llamarles la atención.

Era un perro muerto, atado al cuello por la cuerda que había servido para arrastrarlo por el lodo. Jamás cosa más vil, más repugnante, más impura: se había ofrecido á los ojos de los hombres.

Y todos los que estaban en el grupo junto á la carroña, miraban con asco.

—Esto emponzoña el aire, dijo uno de los presentes, tapándose la nariz.

—Cuanto tiempo aún, este animal putrefacto estorbará la vía.

—Mirad su piel dijo un tercero; no hay un trozo en ella que pudiera aprovecharse para cortar unas sandalias.

—Y sus orejas, exclamó un cuarto, asquerosas y llenas de sangre.

—Habrá sido ahorcado por ladrón, añadió otro.

Jesús les escuchó, y echando una mirada de compasión sobre el animal inmundo:

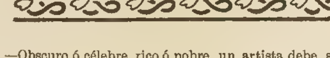
—Sus dientes son más blancos y hermosos que las perlas! dijo:

Entonces, el pueblo admirado, volvióse hacia él, exclamando:

—¿Quién es éste? ¿Será Jesús de Nazaret? El sólo podía encontrar alguna cosa de que condolerse y hasta algo que alabar en un perro muerto!.........

Y cada uno, avergonzado, siguió su camino, inclinando la cabeza delante del Hijo de Dios.

LEON TOLSTOI.



—Obscuro ó célebre, rico ó pobre, un artista debe ser, ante todo, un artesano y practicar las virtudes fecundas de éste: la aplicación paciente, la labor concienzuda, la absorción modesta en la tarea.

PAUL BOURGET.

En la Reforma.



Brisas de Mayo.

(Del natural por C. Alcalde.)

ATENTADO CONTRA EL REY HUMBERTO

El cable con su notoria oportunidad hizo saber á los lectores de EL MUNDO diario, que uno de estos últimos días al dirijirse el rey Humberto de Italia en landau descubierto á las carreras de Campanella, fué agredido por un obrero llamado Pietro Acciaretto, quien haciendo ademán de presentar un memorial á S. M. blandió agudo puñal, que afortunadamente fué desviado por un hábil movimiento del monarca. Este pareció no conceder gran importancia al suceso, exclamando en son de broma ante los asustados cortesanos que en Campanella le rodeaban:

—Son percances del oficio.

Mas de todas suertes el atentado de que nos ocupamos, viene á añadirse á una serie no pequeña registrada en los últimos años y que con razón alarma á las gentes que se preocupan por el actual estado social, por que es la manifestación aguda de una morbosidad latente y formidable, hija de las disolventes teorías que han hecho presa en los débiles cerebros de los hombres infereriores.

Por desgracia el *microbio del crimen* es prolífico y se revela por una manía imitativa de fatales resultados.

Quiera la buena estrella de los poderosos, que la locura de Acciarette no fructifique.

El grabado relativo que publicamos es una fiel reconstrución de la escena única del terrible drama de que iba á ser víctima el rey Humberto.



Atentado contra el rey Humberto



LA CUESTION DE ORIENTE

Ornamos hoy las breves páginas que regularmente consagramos á los asuntos extranjeros, con algunos fotograbados—muy sugestivos todos—que se refieren á la cuestión cretense.

Representan dos de ellos primorosas perspectivas de los desfiladeros de Tesalia, todos erizados de rocas que fingen góticas agujas, coronados algunos por monasterios, con tal atrevimiento erguidos á la orilla del abismo, que semejan nidos de águila, puestos ahí como avanzadas del cielo.

Muestra un fotograbado al almirance Canevaro, decano de los almirantes de las escuadras surtas en las aguas de Creta, y uno más, al príncipe Constantino á la vanguardia de su ejército.

En cuanto al asunto capital que inspira esos grabados toma para Grecia un cariz fatal que recuerda aquella irónica copla:

Vinieron los sarracenos
y nos molieron á palos,
que Dios protege á los malos
cuando son más que los buenos.

Sí, ese es el caso; por ahora los buenos son pocos y pierden maguer la providencial intervención que en su favor debiera suponerse. Pierden, y su derrota amenaza barrer con la actual dinastía, corroborando aquel aforismo político:

«Los pueblos se vengan en sus gobiernos de sus fracasos y de sus caídas.»

Ciertamente, con Grecia, á la cual no se le escatiman los ditirambos, están *todas las simpatías;* más hay que convenir en que las simpatías valen en estos tiempos de la paz armada bien poco.

Si estuviesen con ella las potencias?

Pero las potencias esgrimidoras de la *suprema ratio* que hoy ergotiza en los cañones rayados, están con la media luna.

La estrella de Pericles desciende al Ocaso.

Ohe! l'hellenisme,
Ohe!......



La cuestión de Oriente.—Panorama en la frontera griega.—Monasterio de Todos Santos.



Contra almirante Canevaro.
Decano de los Jefes de las escuadras surtas en las aguas de Creta.

LOS MIOPES DEL OIDO

Con el título de *Los Sordos de la Escuela* ha publicado la *Revista Pedagógica* un artículo en extremo curioso, y cuyas conclusiones interesa conocer á los maestros y á los padres de los alumnos.

Inútil es que digamos que se trata aquí de los niños sordos de nacimiento, ni de los que han perdido por completo el oído, pues con referencia á unos y á otros el único consejo que puede darse á sus padres es que los envíen á uno de los establecimientos especiales donde esas pobres criaturas reciben educación. En una escuela ordinaria no servirían de otra cosa que de estorbo á los demás alumnos.

A ninguno de esos nos referimos; el autor del artículo, doctor Gilles, se refiere á aquellos que son duros de oído, enfermedad que se haya mucho más extendida de lo que algunos piensan, oscilando en las escuelas, según datos suministrados por varios médicos, en la proporción de un 22 á 28 por 100, lo cual da un promedio de 25 por 100, ó sea la cuarta parte.

Verdad es que ha contribuido no poco á elevar este promedio la circunstancia de haber elegido los médicos como campo de sus observaciones, las escuelas de las aldeas, preferentemente á las de las ciudades. Existe una razón para que en las orejas de los niños que viven en el campo no penetren tan fácilmente los ruidos del exterior. ¿Cuál es esta razón?

Preguntábanle en cierta ocasión á un médico especialista en enfermedades del oído, cómo se las había arreglado para obtener tantas curaciones.

—Gran parte de mi fama y mi fortuna la he ganado, contestó sonriendo, desobstruyendo y limpiando las orejas de mis contemporáneos.

En efecto, basta muchas veces un chorro de agua tibia y un limpia-orejas para hacer el milagro de restituir el oído á los niños sordos, sólo que es necesario aplicar sobre la marcha el remedio, pues el oído adquiere el hábito de no oir y se vuelve perezoso y tardío, menguando al mismo tiempo la atención, que no se halla entonces tan vivamente solicitada por los ruidos del exterior.

El doctor Gilles no nos dice cómo ha de hacerse para curar la sordera, ó mejor, la miopía del oído, á ese 25 por 100 de criaturas; lo que sí afirma es que entre los discípulos de una clase las orejas más torpes de los últimos son mejores que las más sensibles de los primeros; en otras palabras, asegura «que no sólo tiene la sordera una relación general con los puestos que ocupan los alumnos en la escuela, sino que acerca del particular puede establecerse una gradación que corresponde al grado de miopía del oído de cada uno de ellos.»

No es que la miopía de oídos indique un estado de decadencia en las facultades intelectuales, es que un niño duro de oreja oye mal las lecciones del maestro, y perdiendo poco á poco el gusto de escucharle no se aprovecha gran cosa de ellas.

La miopia de la vista ofrece síntomas tan marcados, tan evidentes, que un maestro la advierte en seguida; coloca al alumno que padece esta enfermedad cerca del encerado y da aviso á los padres, los cuales obligan al niño á llevar lentes á propósito para corregir aquel defecto.

El miope del oído oculta á los demás y hasta á sí misma el secreto de su falta. Si está en el último banco de la clase, allí se queda; si se queja de que no oye la explicación, el maestro le contestará: «Porque no me habéis escuchado.» Y tendrá razón á menudo; pero el niño podría replicarle: «Si que os he escuchado, es que oigo mal, ó que no oigo nada.»

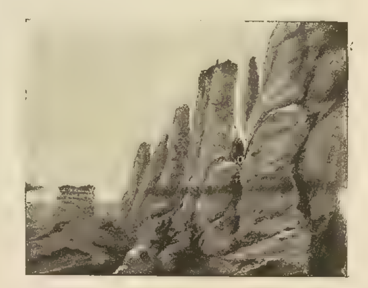
Cierto que el profesor en clases muy numerosas se ve imposibilitado de ocuparse particularmente de cada uno de los alumnos, y que á causa del tiempo limitado de que dispone y de la uniformidad que debe dar á la enseñanza, se ve obligado á exigir de todos la misma suma de atención y de esfuerzos.

Para él, los últimos son todos incapaces ó perezosos, cuando, en realidad no son otra cosa, en algunos casos, se entiende, más que duros de oído.

Confiar esta misión á maestros, sería tarea inutil; por ello es que propone M. Gilles que se exija, de conformidad con lo que piden algunos médicos otólogos que se han ocupado de este particular, desde el punto de vista pedagógico, que se someta el aparato auditivo de los alumnos á un exámen tanto más riguroso cuanto el niño está más distraído.

Esta medida, excelente en teoría, tropieza en la práctica con algunas dificultades; es la principal que el número de médicos auristas no es ni con mucho tan numeroso como el de escuelas, por lo cual creo que lo mejor es dirigirse á las familias para que miren con mayor interés y solicitud este asunto, al cual hoy tan poca importancia conceden. En efecto; una madre cuyo hijo es tardo de oído, alza instintivamente la voz para que le oiga, y si no entiende las palabras que le dirige algún conocido, achaca la culpa á que este no se expresa con claridad; y es que la madre, en su amor por aquel pedazo de sus entrañas, se resiste á creer que su hijo adolezca de ningún defecto.

Hay que decirla y repetirla que no se trata de un defecto, ó que si lo es, se encuentra en muchas criaturas, como ocurre con la miopía de la vista; hay que hablar claro para que el niño pueda curarse.



La cuestión de Oriente.—Panorama en la frontera griega.—Monasterio de San Nicolás.—Tesalia.

A propósito de este punto, escribe M. Gilles:

«Sabed que en la infancia, entiéndase bien, solamente en la infancia, las afecciones que perturban el oído son TODAS *curables* cuando la sordera está en sus comienzos.»

Y añade después:

«El sentido del oído que como los demás se desarrolla y fortifica mediante un ejercicio progresivo y metódico; y por consiguiente, cuanto en este sentido se haga en la escuela, servirá de poderoso auxiliar al tratamiento ordenado por el médico, quien entonces encontrará en el maestro, un colaborador.»

Y á buen entendedor con media palabra le basta, como dice el refrán, pues es de esperar que cuantas madres vean este artículo, tendrán presentes las prescripciones del dorctor Gilles. Advertiré, por mi parte, que la costumbre que tienen ciertos niños de respirar con la boca abierta, es señal de que estan enfermos del oído. El primer cuidado de la madre debe ser no reñirles, sino llevarlos en seguida á casa de un médico. Muchas veces una ligera operación que no ofrece peligro bastará para librarlos de la sordera.

FRANCISCO SARCEY.

LA ELECTRICIDAD MOTORA

«La emacipación universal ha sido y es la obra constante del progreso,» se emanciparon los esclavos del mundo antiguo. Se emanciparon los siervos de la gleba. Se emancipó el Estado llano. Y, digan lo que quieran los pesimistas, se va emancipando poco á poco la clase obrera, ó sea, el cuarto Estado. La fatalidad retrocede; lo mismo la fatalidad del mundo físico que la fatalidad social. ¿Por qué se ha de detener el progreso en su camino? ¿Por qué ha de decir hasta aquí llega la emancipación y de aquí no pasa? Ni ha dicho tal herejía, ni puede decirla: y la prueba es, que ha llegado la hora de la emancipación hasta para los caballos de los tranvías, incluyendo los caballos de los encuartes. Al tranvía de fuerza animal se va sustituyendo en toda Europa, aunque con cierta lentitud, el tranvía mecánico. Ya es la fuerza motora el vapor; ya lo es el aire comprimido; ya lo es, en fin, el fluido eléctrico.

«Y acabamos de decirlo: En Europa la transformación es lenta; apenas hay 800 á 1.000 kilómetros de tranvías eléctricos.

«En América se cuenta ya de 17 á 20,000 kilómetros, y de año en año va creciendo este número con rapidez vertiginosa. Es más: si algunos tranvías tirados por caballos existen en la República americana, el espíritu de emancipación se ha impuesto y se trata á las pobres bestias con toda la consideración debida á todo sér que vive cuando es modesto y trabajador. Casi puede decirse que los caballos van dentro del tranvía ni más ni menos que los pasajeros. Me explicaré. Cuando el tranvía va de cuesta abajo, hacer trabajar á los pobres animales es una torpeza y una crueldad. Basta soltar el freno para que el coche descienda; la gravedad se encarga de poner en movimiento el vehículo. Pues bien, en casos tales, se coloca un carretón delante del tranvía, los caballos entran en él, y el carretón con los caballos dentro, y el coche con los viajeros, descienden con toda tranquilidad por la pendiente. Personas y animales van cuesta abajo en amistosa compañía y encantadora fraternidad. Aseguran observadores imparciales y verídicos, que al principio los caballos se asombraban un poco y aguzaban las orejas, como si les asaltase cierto místico terror ante la novedad del lance. Pero á los pocos viajes se hicieron cargo de la sustitución; y hoy, cuando suben á la plataforma de su vehículo y se sienten llevar dulcemente, levantan la cabeza y relinchan de gusto.

«Estos relinchos son un himno de gratitud á la humanidad inteligente y compasiva. Sin embargo, la emancipación no es completa; porque en las cuestas arriba tienen que afianzar los cascos, que encorvar el lomo y que tirar del coche del tranvía y del carretón juntamente. La verdadera emancipación está en el caballo eléctrico tirando del tranvía eléctrico también. Hay muchos sistemas de tranvías eléctricos; pero si prescindimos del de acumuladores, todos los demás no son más que variedades de una idea, se reducen á esta sencillísima combinación. A lo largo de la vía corre un hilo, ó sea un conductor metálico, y por ese hilo circula constantemente una corriente eléctrica, engendrada en estaciones ó puntos fijos de la red. Es poner una potencia á lo largo del camino: es como hacer que el camino se extienda paralelamente á un río de fluido eléctrico. Y con esto queda resuelto el problema, ó con muy poco más. Porque, en efecto, si en el coche del tranvía van uno á varios dinamos, y supondremos que sea uno solo, para simplificar la explicación, bastará tender un hilo ó aplicar una palanca ó una pieza metálica cualquiera desde el dinamo del coche al conductor general, para que la corriente pase al dinamo del vehículo y le ponga en movimiento. Con transmitir este movimiento á las ruedas del coche, este avanzará cobre los carriles con velocidad de 20, 30 y si se quiere hasta 40 kilómetros por hora.

«Vemos pués, que el mecanismo de los tranvías eléctricos no puede ser más sencillo. En una estación central, se engendra la corriente eléctrica, ni más ni menos que se engendra la que sirve para el alumbrado. Esta corriente se precipita por un conductor que va paralelo á la vía. Cualquier coche-tranvía situado en esta, se halla en comunicación constante con dicho conductor por medio de una pieza metálica que sobre él se apoya y sobre él desliza cuando el coche avanza. Por esta pieza metálica—que no es, en rigor, más que una toma de eléctricidad—pasa la corriente al dinamo del vehículo. El dinamo gira, hace girar las ruedas, y el coche avanza. Y la corriente después de haber hecho trabajar al dinamo, vuelve al polo negativo de la fabrica, ó por un conductor especial ó por los mismos carriles, cerrando de este modo el circuito eléctrico cuya parte móvil precisamente, es el coche del tranvía. Nada más sencillo, nada más elemental. Y, por lo demás, la fuerza que engendra la corriente eléctrica en la fábrica, puede ser cualquiera; porque sabemos que en el dinamo, toda fuerza se convierte en eléctricidad.

«Puede ser, por ejemplo, una caída de agua, si hay cataratas disponibles: puede ser en último análisis, una máquina de vapor. Y en verdad que tales resultados son admirables y curiosos á la vez

Allá en las primitivas edades geológicas, un rayo de sol penetrando en espesísimo bosque hizo vibrar el ácido carbónico, de que la atmósfera estaba impregnada en la proximidad, pongo por caso, de una masa de verdura. Y se descompuso el ácido carbónico por la fuerza de la vibración. Y el carbono se depositó en la planta. Y en ella fué acumulándose bajo diversas combinaciones químicas. Más tarde vinieron grandes trastornos de la corteza sólida del globo; estremecimientos titánicos del planeta. Y la masa vegetal se hundió bajo tierra, y pasó al estado fósil, y se condensó el carbono y allá estuvo el negro filón durante siglos y siglos. Pero un día la industria lo sacó de su tumba geológica; lo trajo á una fábrica; lo echó en el hogar de una caldera y en él ardió con llamas de alegría, al unirse otra vez á aquel oxígeno de que le separaron violentamente en el bosque primitivo de las viejas edades geológicas. El calor de aquellas llamas se comunicó al agua de la caldera y la hizo vapor. Oprimió este los émbolos de los cilindros, los puso en movimiento, transmitiendo el movimiento al dinamo con rapidez vertiginosa, y al girar éste, en presencia de los imanes, por su ovillo de alambre circuló la corriente eléctrica. Y corriente eléctrica se puso á correr á lo largo de la vía, la cogió el paso de una pieza metálica, el «trolley,» por ejemplo, la llevó al dinamo del coche que giró rápido é hizo girar las ruedas del vehículo, y que le obligó á avanzar con los viajeros que llavaba á to lo lo largo de los carriles.

«He aquí cómo por qué un rayo de luz jugueteo, hace muchos siglos en un bosque geológico y sobre unas verdes hojas, hoy van unas cuantas personas en tranvía eléctrico, á sus quehaceres unos, á sus placeres otros, y á donde quieran ir todos, sin esfuerzo ni fatiga de su parte. Para ahorrarles esfuerzo y fatiga, trabajaron el sol, el bosque y el ácido carbónico de aquellos siglos remotos. Hemos dicho, y perdónesenos la presente digresión, que un conductor metálico, un hilo, por ejemplo, corre á lo largo de la vía, pero puede correr de muchos modos, y de aquí diversos sistemas de tranvías eléctricos. Enumerarlos y describirlos todos, no sería propio de estos artículos. Limitémonos á consignar, que unas veces el hilo es aéreo y va sostenido por columnas ó postes como los hilos del telégrafo; entonces la comunicación entre el carruaje en marcha y el hilo conductor se efectúa por una percha que lleva en su parte alta una ruedecilla de bronce, ó «trolley,» el cual rueda constantemente sobre dicho conductor. O bien se sustituye al «trolley,» un grueso hilo de cobre, según el sistema de la casa Siemens. Estos tranvías de cable aéreo han sido hasta aquí los predilectos de los americanos. En Europa las exigencias estéticas del público y la resistencia de los municipios se han opuesto tenazmente á su establecimiento. O algunas veces se coloca el conductor eléctrice bajo tierra y tenemos los tranvías de conductores subterráneos. Sobre el conductor corre una especie de hendidura, y la corriente se toma por una varilla metálica aislada que baja por la hendidura para conectar con el conductor electrico.

Existe todavía otro tercer sistema en que el conductor va al nivel del suelo. Pero este sistema exije disposiciones para evitar la dispersión de la corriente. La índole de este artículo nos impide entrar en más pormenores técnicos. Pero el principio en que todos los tranvías eléctricos se fundan, exceptuando los de acumuladores, es siempre el mismo. Establecer una corriente eléctrica á lo largo de la vía, y tomar desde el coche en marcha esa corriente para hacerla trabajar en el interior del vehículo.

JOSE ECHEGARAY.



El Principe Constantino á la vanguardia de su ejército.

Nada sucede en la vida ni como se espera ni como se teme.

Alfonso Karr.

Se ha dicho que ya no hay niños...... Es que ya no se cuenta á los ancianos.

Alfonso Daudet.

EL CASO EN CUESTION

Para "El Mundo" Ilustrado.

Sentados en contorno de una mesita del *bar*, apenas si á largos intervalos nos dirigíamos la palabra, preocupados como lo estábamos con la discusión sostenida, y para la cual había dado tema el *caso* decidido en aquella misma mañana por el tribunal. El doctor apuraba lentamente su *cocktail* cuotidiano, con el aire de un suficientista que puede encajonar cualquiera tésis en un vulgar caso patológico; frente á él, mi buen amigo el irlandés Patrik fumaba, siguiendo con la vista y distraidamente el incesante rodar de coches y bicicletas, á través del grueso cristal que nos separaba de la calle; él, como buen sajón hubiera querido hallar una fórmula matemática para decidir la razón del *caso*. El viejo abogado Céspedes hacia con el mojado asiento de una copa círculos tangentes sobre el marmol de la mesa, y yo, mohino por la derrota, trataba de procurarme la justicia de aquellas tres opiniones, ya que no había obtenido la de los jueces.

No cabe réplica, decia yo.—Se salva la ley que es la justicia, y salvandose ésta se salva la moral que es base de la ley. Y sin embargo de esta conclusión que debería satisfacer, queda en pie el hecho de que por no agraviar á la ley se aherrojan dos facultades disímbolas que, no pudiendo obrar acordes para la consecución del fin preconcebido, tienen que existir estériles ó propensas á la consumación de choques capaces de producir un delito......

—Todo es producto de deficiencias—contestó el doctor—Llegará, ha de llegar por fuerza, un día en que los progresos sociológicos establezcan una selección absolutamente indispensable...... porque ¿quién duda que es un crìmen la union de dos neurotas? y la ley que autoriza eso, se hace cómplice.

—¡Imposible!...... ¡imposible!—dijo á su vez Patrik.—esto no tiene remedio......... La ley no puede reglamentar el amor, base del matrimonio......... El amor que es afinidad de ideas, de volición, de sensaciones......... Afinidad hermosa, inmensa.........

—Pero finita—concluyó el doctor—¡Ay amigo mío! Si se pudieran hallar dos cosas ó dos seres exactamente iguales en la naturaleza!

—En total, la razón es mía—dije.—La ley es la moral en acción, según buenos definidores. ¿Y puede ser moral la ley que, por no romper un molde, acaso imperfecto, por temor á la presuncion de que la separación absoluta desquiciaria la sociedad, hostiga para que se odien á dos séres desligados de *facto* por lo que funda el matrimonio, como lo es la voluntad? La gran razón de los que contrarian la tésis, es un sofisma infcuo......... ¡El desquiciamiento social! ¡Cómo si la sociabilidad, principio absoluto que se impone donde quiera y en todo caso, no hubiera existido y no pudiera existir sin esa liga declarada inquebrantable! La medida de un apartamiento relativo es insuficiente, perjudicial á la condición biológica humana, é inmoral......... Sí señor, inmoral...... El vínculo queda subsistente y el carácter adquirido no se pierde, de donde resulta que al agraviado se le da por satisfacción una afrenta, la de no privarlo de un epíteto que le causa bochorno, y que la ley autoriza el adulterio.........

—Pero ¿y los hijos? arguyó Céspedes.

Lo brusco de su ataque (comprendí bien cuánto encerraba esa pregunta) y el grado de excitación en que me hallaba, me hicieron ser rudo en la contestación.

—Los cobijaría el amor, el cariño, ó el instinto paternal del conyuge que lo tuviera; y si en ninguno existía, los hijos gozarian de la misma condición con el matrimonio indisoluble que sin él......

—¡Oh!

—No...... no...... Convengamos en que todo es cuestión del *caso*...... Yo no repuguaría el divorcio absoluto en ciertos casos...... el adulterio, los vicios que agravian al hogar...... Pero en el *caso* de su cliente, no hay razón.

—Parece no haberla, y sin embargo la hay, y trascendentalísima, pero fuera de la ley. Ustedes no lo conocen bien y por èso juzgan así. Es preciso convenir que en toda sociedad acontece lo que en la atmósfera y el mar. Estos tienen sus cambios térmicos y dinámicos, y las otras sus cambiós llamémosles psíquicos. Una dislocación pequeñísima produce una onda encontrada, esta un movimiento, este una perturbación y esta una catástrofe. Basta, para convencesce de esto, el *caso* de mi patrocinado.

X, mi protagonista, de modesto origen, se crió robusto y sano, sin ningún mal atavico; se educo y se ilustró, sinó perfecta, sí bastantemente bien; de joven se distinguió por su buena índole, y de hombre nadie puede reprocharle nada: á costa de laboriosidad y honradez ha formado un capital y es, en fin, un hombre de bien y de juicio: un hombre tipo. Y sin embargo, este hombre se halló precipitado al divorcio y hoy se halla el más infeliz por no haberlo alcanzado. Os referiré, en resumen, lo que él me dijo después de mucho tiempo que dejamos de vernos, ignorando yo qué era de él......

—¡Bah! La eterna historia de Posdnichiff .. ..

—Sí...... sin adulterios, sin insultos ni procacidades, sin arrebatos de imaginación, sin raptos producto de mala educación...... «Usted sabe—me decía mi cliente—con cuanto esfuerzo llegué á reunir una bonita fortuna. Cuando me ví dueño de ella y solo entonces, me sentí solo y me vino la obsesión del matrimonio. Pensé en casarme: pero conociendo que para la felicidad en el matrimonio se necesita antes que todo buena elección en la compañera, creí deber buscar una que se me asemejara lo posible, en aspiraciones, ideas, educación y posición: la hallé, nos simpatizamos y concluimos por amarnos...... Sí, indudablemente: nos amamos mucho, con un amor que perduró mucho tiempo, más del señalado para que el amor conyugal se convierta en amistad pura y desinteresada. ¿Qué cosa originó la primera nube? Lo ignoro: acaso fué la falta de prole en los primeros años de matrimonio. Yo quise desde luego tener hijos y concluí por desearlos ardientemente; sentía la necesidad de tenerlos; en mitad de mi dicha, me parecía que en mi hogar faltaba *algo*. ¿Para quién sería mi fortuna? ¿No perpetuaría mi nombre? Y sobre todo, el placer, el dulce placer de acariciar un niño, sangre de nuestra sangre......... Ella parecía no preocuparse ni sentir aquella falta, y aunque con tal motivo nos hicimos reproches, simples reproches, yo seguía amándola entrañablemente y ella más apasionada de mí cada dia.

¡Qué regocijo cuando supe que iba á ser madre! Y sin embargo, en mitad de mi alegría, hubo una sombra. Me causó una dolorosa impresión, una extrañeza penosa ver que ella parecía estar molesta con ser madre.

Nació una niña, una pobrecita niña, enfermiza y endeble; un sér que demandaba imperiosamente el calor maternal, el jugo de los senos de ella y toda su ternura y todos sus cuidados...... Y sin embargo, ella apenas si la amamantó un poco de tiempo con manifiesta repulsión, entregándola con beneplácito á los cuidados de una nodriza. La niña, la pobrecita raquítica, no tuvo otras caricias que las mias, hechas con la pusilanimidad del que cree lastimar acariciando y hechas á hurtadillas, para no provocar en la madre extraños enojos por mis cuídados hacia aquella criatura que parecía pedirme con sus miradas de angel protección y ternura. Jamás ví que ella diera un beso á la niña, ni que se afiijiera por su estado, y aquella indiferencia, aquella falta de amor, aquella carencia de aptitud, de sensibilidad y de educación para la maternidad, empezaron por disgustarme y concluyeron por enojarme. Y sin embargo, la veía enamorada de mí como en el día de la boda.

DAMAS DISTINGUIDAS MEXICANAS



Srita. Susana Traikil, de Puebla.

(De fotografia de Cosio y Cª)

La niña enfermita y lánguida, murió por fin en brazos de la nodriza......... ¡Qué de extraño que se volviera al cielo si aquí no la amaban! Ella soportó indolentemente aquella pérdida que á mi me torturó el alma. Hasta creí notar que en su egoísmo, la contentaba la desaparición de aquel sér que se interponía entre su cariño hacia mí que era el *todo* para ella, y un cariño que se recreaba en la perspectiva de la florescencia de nuestra unión.........

Cuando en otra vez se sintió madre, ya no tuvo obstáculo en manifestar su repulsión para la maternidad. Comprendi perfectamente que en ella vivía atrofiado ese afán que forma la dicha conyugal. Mi idea se confirmó al advenimiento de un niño tan débil y enfermizo como la hermanita muerta, y que se conquistó todo mi afecto, por que en el veía cumplidas todas mis esperanzas. Entonces estalló la lucha; una lucha pertinaz y agotadora, que se caldeaba con aquel pobre niño, que reclamaba amor y auxilio......... ¿Es imaginable que un padre tenga *celos* de un hijo? Sólo así se comprende lo que ella decía, por que en el conflicto yo me colocaba de la banda del débil. Yo veía crecer delicado y achacoso al niño, y pensaba que, si se moría, sería inútil desear más descendencia......... ¿Para qué?...... Y el niño murió también víctima, no me cabe duda, de la crueldad de ella, á quien torné á ver contenta, satisfecha......; la recriminé injuriosamente y recibió impasible mis recriminaciones, y entonces, ante aquella impasibilidad de estatua, en aquellos aciagos momentos, la abofetee...... ¿por qué negarlo? sentí placer en aquello que ella llamó *cobardía*......... Hoy no es posible que vivamos juntos...... Y no obstante, cómo habría yo de amar á los hijos de ella y mios, a los que pudieran sin mengua llevar mi nombre! ¿Porqué, porqué no es posible que yo los tenga *así*? ¡Por qué? ¿Qué crimen es el mío para no poderlo?

—Y sin embargo, amigo X—le dije—eso es imposible. Apenas si de las trece prevenciones del Código, podremos apoyarnos en la sevicia.........» Y en eso basé la demanda, y ustedes saben cómo ella no quizo afirmar los malostratamientos de él, y entonces yo tuve que apelar á cualquier otro expediente, concluyendo por perder la demanda......... Pérdida que condena a X á vida terrible al lado de esa mujer.........

—Lo dicho—dijo el doctor.—Deficiencias de la ley...... el caso no es más que la resultante de la unión de una erotomaniaca con un buen hombre.........

—Pues que se adicione el Código—dijo Patrik.

—Insisto en que todo es cuestión de educación y de *circunstancias*—añadió Céspedes.

—Eso...... de *circustancias*...... dijeron en coro.

ESTEBAN MAQUÉO CASTELLANOS.

Oaxaca, Mayo de 1897.

SERENATA

III

De vaga laxitud siente la nota
La mano misteriosa que doblega
Y rota su energía, también rota,
Rueda su voz y á la quietud se entrega.

Las brisas de piano
dominan
Las almas su giro
refrenan:
Las frentes vencidas
se inclinan;
Y vuelan,
y vuelan,

Sobre la antigua hoguera de furores
Todas las aves de bondad del alma,
Y allí do estuvo la tormenta, hay calma
Y allí do estuvo el exterminio, hay flores.
La fiebre decrece, la mano tranquila
Maneja los dedos con vaga quietud,
La noche se aclara, la luna aparece,
Se aquietan las olas y surge la luz......

Inciertas y convulsas
las lágrimas del piano
Nos hablan de otro mundo
que en el confín lejano
Delinea los contornos
soñados del ideal;
Nos cuentan los misterios
de las melancolías,
Nos hablan de las brumas
eternas y sombrías,
Y, en medio á los escombros
de los pasados días,
Agitan los recuerdos
sus alas de cristal.

Y ruedan lentamente
Las notas, cual torrente
Que al tiempo se agotó...

***

Mariposa venturosa,
Si tus alas tienen galas
Y blasonas de tus alas
Y tus galas mariposa,
Y si la muerte te advierte
No la temas, mi querida,
No es eterna despedida,
Ni la vida, ni la muerte.

Y hay voces extrañas que bajan del cielo
Tañendo consuelo,
Y dice en las notas el leve gemido:
«Yo nunca te olvido...!»
Se apagan
los ecos,
La tarde
declina,
Y el piano
modula
Su canto
dormido,
Con voz
cristalina:
«Yo nunca
Te olvido...!»

***

Y en tanto que el piano de notas ligeras
Deshoja soñado sus voces postreras,
De climas lejanos se allega en los vientos
La estrofa perdida de un canto boreal;
Se esfuman las frases, más se oye distinto
Que dicen las voces: *¡Allá, más allá!*
Y el alma
suspira
promesas
cercanas
Y cruzan
el cielo
dos nubes
hermanas....
Se allega en los vientos
El canto boreal,
Y siempre
Las voces
Repiten:
¡Allá!

Buenos Aires, 1897.

[MANUEL B. UGARTE.

EL SAPO

Cuando á verme viene un escritor bisoño, un principiante, por mejor decir (tengo á menudo esa visita y la recibo perfectamente bien), el primer consejo que se me ocurre dar, es el siguiente:

—Trabaje usted mucho, con la mayor regularidad posible y el mismo número de horas cada mañana. No se impaciente usted, espere diez años el éxito y la venta. Sobre todo, cuide muy especialmente de no imitar nunca, y...... eche en olvido á sus primogénitos.

Después, mi segunda recomendación, es invariablemente esta:

—¿Tiene usted un estómago literario; es decir, un estómago fuerte, capaz de digerir todas las necedades, todas las abominaciones que se van á escribir sobre usted, y respecto á sus obras?...... No; por el rubor y la emoción de usted, veo que es muy joven, muy delicado todavía y su disgusto, muy natural, le va á causar graves desazones...... Nada; todas las mañanas, al levantarse y en ayunas, coma usted un sapo vivo. Se vende en los mercados, y el cocinero puede conseguírselo á usted. El gasto es de poca monta: tres sueldos vale cada uno si se compran por docena. Pasados algunos años de prueba, usted mismo se formará un estómago literario, listo para echar en él los peores artículos de la crítica contemporánea, sin que las nauseas lo mortifiquen.

El literato novel se queda mirándome con inquietud mal reprimida, miéntras yo le acompaño hasta la puerta, insistiendo acerca de la eficacia del método, que tan excelente me ha salido.

—¡Ah, señorito, yo no quiero decirle á usted que en los primeros días sea esto muy agradable. Pero al fin se consigue, se consigue, apreciable joven. Un buen sapo vivo, ejercita á usted, lo habitúa á todas las ignominias, á todos los horrores, á todos los venenos. Con él queda usted vacunado durante el día contra todas las inmundicias imaginables. Un hombre que diariamente come su sapo, es un hombre fuerte, al que nada es capaz de sublevar. ¡Vaya usted!, ¡vaya usted, joven, almuércese su sapo cuotidiano y tendrá que agradecérmelo más tarde......!

***

Aquí estoy yo, que hace treinta años, sin faltar un solo día, antes de entregarme por las mañanas á mis ordinarias tareas, me engullo mi sapo respectivo, al abrir los siete ú ocho periódicos que me esperan sobre mi mesa de trabajo; recorro con la vista las columnas de los diarios, y es raro que yo no lo encuentre. En el ataque grosero, o la especie injuriosa, bordada siempre de sandeces ó embustes, se ostenta el sapo de marras, ya en éste, ya en el otro periódico, y yo me lo trago con verdadera complacencia.

Como se lo advierto á los escritores primerizos que me hacen el honor de visitarme; esto no es muy delicioso en los comienzos. Debo confesar, sin embargo, que de seguro yo sentía especial vocación para la carrera, porque vencí muy pronto mi repugnancia y logré acostumbrarme sin mucho esfuerzo. Si hice algunos gestos la primera vez, en la tercera y cuarta docenas, ya pude después manifestar más entereza.

¡Ahora, con la edad, pasan y pasan que es una maravilla! Las cosas han llegado á ponerse de tal modo, que si yo no tuviese al desayunarme el consabido sapo, me haría una gran falta. ¡Es claro!, me parecería yo á esos ancianos á quienes si se les suprime por la mañana el café, la leche o el chocolate de costumbre, se les condena á marasmo por todo el día. ¡Ah! si yo no tuviese alguna vez el dichoso sapo, permanecería silencioso, inquieto, melancólico, sin ningún aliento, lo que se entiende, por inútil. Nadie se puede imaginar el vigor que tal animalito me comunica después que ha entrado en mi economía (según el decir de algunas buenas gentes) ese alimento, seguro que tonifica mi estómago.

Nunca trabajo con mejor voluntad que cuando lo veo más horroroso y ha sudado más veneno. Siento una cosa así como golpe de fuete en el cerebro, un impulso que me reanima y decide á ocuparme con verdadero entuciasmo, en mi diaria labor, experimentando punzadoras ansias de tener genio. Sí, no solamente me torna el estómago sólido y apto para resistir y pasar bien la injusticia y la infamia, como si fuesen golosinas, sino que me produce el efecto de un buen excitante para mis quehaceres matinales y ensancha y fortifica mi entendimiento, y le da la vivacidad y la luz á que debo las mejores páginas que he escrito.

Y no es precisamente el sapo á que me refiero el sólo que entra en mi desayuno, pues hay muchos manjares de la propia naturaleza. Hace más de veinte años que mi editor, mi antiguo y buen amigo Charpantier me dirige cada dos ó tres semanas un paquete que guarda todos los artículos publicados sobre mis libros. Está abonado á una agencia de publicaciones, y distribuye los sueltos alusivos á cada uno de sus autores favoritos. De suerte que fuera de las producciones que yo encuentro y leo en mis diarios de la mañana, el resto me llega por esa vía casi del todo completo. No se trata, pues, de un sapo aislado, sino de un mar de sapos de la «sapería» entera en su más horripilante hormigueo.

¡Qué enternecimiento me sobreviene cuando pienso en los paquetes del buen Charpantier! Ellos han sido á la vez mi delicia y uno de los ejercicios más saludables de mi vida. Por ellos he aprendido altas lecciones de prudencia y me he perfeccionado en el valor, la paciencia, la resignación y el amor á la verdad y á la justicia.

Yo no los acuso de haberme dado algo de presunción, lo que sí no se puede poner en duda es que encierran odio, injusticia y horror. Hay en ellos, sobre todo, mucha tontera y mucha frivolidad. Yo quisiera exhibir al público el contenido de uno de esos paquetes y mostrar cómo el ataque lanzado por uno de los diarios más leídos, pasa á las provincias y vuelve más tarde en la prensa extranjera, repetido bajo todas las formas imaginables.

Viejos enemigos míos, se han tornado mis amigos, algunos amigos por lo contrario, han ido á engrosar la fila de mis adversarios. Después queda el sobrante, las escorias excusas que datan de veinte años; croniquillas que viven de las leyendas socorridas, falsas acusaciones, estereotipadas, cuya publicación se paga á tanto la línea.

Es preciso saber vivir.

Hace un cuarto de siglo que el contenido de los paquetes no ha variado, forma hoy el montón mismo que en los primeros días de mi carrera, mucho papel desperdiciado inútilmente sin que yo haya podido sacar de él ni el más insignificante provecho.

En otro tiempo, (quince años hace) me vino la idea de publicar un volumen con este título: «Sus injurias,» una colección escogida y delicada de los cumplimientos y lisonjas que la crítica me había dirigido. Aseguro á ustedes que dicha recopilación, hubiera servido perfectamente bien de manual completo para los venideros carnavales.

¡Fácilmente se imaginará lo que el montón ha debido crecer más tarde!

Mi granero de Medán está colmado hasta las vigas, y la corriente llega hoy con la misma furia que ayer; nada la calma, ni mi trabajo, ni mi edad. Decididamente la tempestad no tiene fin; están abiertas las cataratas del cielo y llueven sapos que es una bendición.

***

Habría que hacer con toda seriedad un trabajo muy interesante sobre la masa verdaderamente espantosa de artículos que la prensa publica día á día á propósito de algunos escritores.

No hablo de aquellos estudios, ¡ya muy raros! escritos concienzudamente é inspirados por el amor y el respeto á la literatura.

Hablo de toda la inquina baja, de la estupidez revuelta, de la cólera envidiosa, que hace salir á la espectación general el buen éxito de algun escritor, y más que, eso su provecho pecuniario.

Puede ser que algún día pruebe yo hacer un análisis de ese terreno cenagoso que determina un hombre de letras desde el punto en que legítimamente adquiere alguna nombradía. Hoy me concretaré á señalar tres géneros de artículos de los que son más frecuentes.

Desde luego tenemos el artículo bestia, que es el más perdonable. Es costumbre que lo escriba un joven cándido á menos que se deba á cualquier afeminado caduco y amigo de niñerías. De todos modos, este crítico ni siente nada ni comprende la obra de que se ocupa, y desatina con la mayor serenidad, sin tener la menor idea de aquello á que se refiere. Deja á un lado las intenciones del autor, lo acusa de crímenes que no ha cometido y le presta cuantas perversidades pueden caber en su propia imaginación, siempre fértil en toda clase de villanías. Yo lo respeto por bestia y no por ruin. Pero cómo produce inquietudes esta dichosa estupidez y se convierte en orígen de falsedades y pareceres tantos. Yo citaría veinte ejemplos en que ha sido suficiente un mentecato nomás, para impedir que una obra salga hermosa y sana, hasta el día en que la tardía verdad se abre paso.

Muchas veces me acuerdo de la frase que Taine repetia delante de mí (ya hace tiempo de esto) cuando encargado de las publicaciones en la casa Hachette, le enviaba yo los artículos que aparecían sobre su «Historia de la Literatura Inglesa,» recientemente salida á luz. Lo atacaban violentamente, y con especialidad los periódicos religiosos le dedicaban censuras llenas de furor y de encono. El se encogía de hombros á cada ataque de aquellos, más provenidos de la pasión que del talento, y decía sonriendo con dulzura: —«Es un artículo de cura de aldea.» Entiéndase por esto, el artículo de un hombre bravo en el fondo, pero un bravo impedido, cegado, que no entiende palabra de lo que dice. En suma, un buen sapo.

Viene, en seguida, el artículo emponzoñado. Este demanda algún talento á su autor, y es con frecuencia la obra de un hombre inteligente, de un literato, en fin, porque es menester algo de erudición y arte para envenenar hasta los puntos y comas de un escrito. El toque estriba en poner todo lo que pueda herir, todo lo que lastime y dañe, exhumar las frases olvidadas del autor, conociendo que le son desagradables; coordinar los textos discordantes para darles un sentido mortal, aceptar en las opiniones lo que ellas pueden tener de pernicioso; tender su lazo á propósito de cada frase; hacer que corra entre las líneas impresas todo un caudal de abominaciones mal encubiertas; ocultar bajo cada frase la flecha del caribe que debe matar con la menor picadura.

Conozco á dos ó tres de estos críticos que no pueden amar ni admirar, cuyos artículos, de una apariencia cariñosa, son nidos de víboras bajo flores. Sudan naturalmente la perfidia, como los pinos su resina. ¿Qué rabia tienen mezclada en la sangre de sus venas, qué conciencia de su impotente genio para manchar así toda creación?

Se piensa en bajezas ignoradas, en almas viles y negras, propias de hombres ruines, que, avergonzados por la mediocridad de sus obras, se solazan manchando las de los otros.

Un artículo de estos es, según mi sentir, el mejor de los sapos; lo cubren las pústulas de la envidia, y está hinchado por el veneno de todos los rencores. Cuando un escritor tiene la buena suerte de saborear uno de estos, sin duda que tiene inmunidad para dos meses, y queda insensible para los más sangrientos ultrajes.

Queda, por último, el artículo que llamamos «loco.» Yo entiendo por tal el artículo de un sectario, de un desequilibrado en materias de fe ó de política. ¡Ah! miserias de la intolerancia ó la pasión que le vuelven el juicio al hombre y matan toda virtud y toda justicia. Los conoces, ¿verdad?

Se lanzan ellos al combate en nombre de esa justicia y de esa verdad, y realizan la más execrable de las tareas, la difamación, la delación, condenando al prójimo sin prueba alguna, inventando demostraciones á su sabor, aceptando como cosas evidentes las bajas murmuraciones, encarnizándose en las mujeres y los niños, sin ese simple buen sentido que nos induce á perdonar en los otros las debilidades propias de nuestra frágil humanidad. ¡De ese modo la obra que ellos pasan es la que se imaginan que puede ser justiciera y redentora......! ¿Verá alguno, diez años después de muerto, al audaz buscador descender al albañal de la injuria, donde se adormece al oleaje de todas las invectivas, pronto á desbordarse al primer acceso de locura manifiesta?

Hoy todavía nos lo explicamos, pero más tarde, ¿cómo se podrá comprender ese cúmulo de ignominias, y cuanta saliva se escupe á la cara de los más nobles y de los más grandes?

Nuestros nietos harán una obra de merecida y verdadera justicia, poniendo cada obra del siglo en el lugar que le corresponda, y una horca para los que no han sabido hacer otra cosa que insultar nuestras brillantes glorias de mañana. ¡Ah! estos sapos horribles, verdosos, son para mí dulces, como las pastillas de ambrosía que nos hacen probar de antemano el gusto divino de la inmortalidad.

***

Francamente, me pasman esos críticos infatigables, proveedores de sapos. ¿Por qué se dedican á tan vil oficio?

Para perjudicar á los autores que de esa manera injurian? Pero ese cálculo es absurdo, puesto que no los dañan, sino por el contrario, los benefician. ¿Cómo no echan de ver la verdad probada, indiscutible, de que un escritor se engrandece con los ataques?

Los más grandes son los más atacados, y desde el momento en que cesan los golpes que se les dirigen, parece también que ellos declinan. La prueba es infalible: ¿se me ataca siempre, luego estoy todavía en mi puesto.

La verdadera muerte literaria, comienza por el silencio que rodea á las obras del hombre.

Los insultadores no son en realidad otra cosa que las resonantes trompetas de la gloria del escritor, cuyos triunfos se empeñan en proclamar.

En caso de que ellos quisieran dañar verdaderamente, la táctica más adecuada sería el silencio. Pero en esto resplandece, sin duda, la justicia inmanente de las cosas. No pueden callar, porque necesitan ladrar, como hace el perro cuando pasa la caravana. Estoy convencido de que la Providencia, en la cual quiero creer en estos momentos, ha dado el viento á las velas, para impeler al navío al puerto glorioso del porvenir.

¡Dios mío! ¡Se dañan á sí mismos! Las páginas legadas por la crítica, son un testimonio terrible en su contra; porque si ella se engaña al juzgar una obra, la prueba de su error será perdurable, y ya pueden imaginarse ustedes el papel que hará en adelante, su sentencia vana y convicta de inbecilidad ante la obra triunfante.

Pienso á menudo en Saint Beuve, cuya memoria tiene por cierto mucho de que podamos consolarnos, porque á dejado juicios definitivos, inspirados en verdadera y circunspecta rectitud, pero si resucitara ¡cuál no sería su bochorno al contemplar la talla formidable de Balzac y el dominio indiscutible que ejerce sobre la novela moderna! Este autor tan combatido y negado por él, y Barbey d' Aurevilly y Planche mismo mejor equilibrado, qué bien hacen en permanecer en sus tumbas para no ver la mayor parte de sus sentencias casadas, y los escritores que ellos han elogiado ó deprimido, sobrevivir en la perpetua renovación del genero humano.

Hablaba yo hace poco de la inmunda cloaca que se formara, con el montón de artículos legados por los censores que tienen la manía de injuriar. Pero sin descender á casos excepcionales, de certidumbre evidente, con grande extrañeza afirmo que la mayor parte de los críticos no se preocupan mucho del proceso que se instruirá más tarde ante las generaciones venideras, sobre sus sentencias y las otras que hayan juzgado. En esta materia, sólo la razón y la justicia serán las soberanas, de modo que toda crítica fuera de ellas, estará mal cimentada y servirá para verguenza del que la haya escrito. La única excusa podrá ser la buena fe que tomará tal vez el nombre de la inteligencia. En cuanto á los otros, los que se hayan inspirado en propósitos poco nobles, y escrito por pasión, por envidia ó por ira, resultarán convictos á la postre, de su vileza y ruindad. Jamás he leído uno de esos artículos impregnados de hiel y de cólera sobre uno de mis libros, sin sentir en el fondo verdadera compasión por el pobre autor á quien se los debo. Es uno que pretende ser vil, bajo la piedra de su sepulcro, cuando los dos hayamos muerto, mientras que yo dormiré en mi fosa muy tranquilo después de haber concluido mi tarea de honrado obrero.

***

Cae, cae en mi humilde casa, bienhechora lluvia de sapos. Sigue trayéndome el valor y la entereza para ver de frente á los hombres, sin sentir ningún desaliento.

Cada mañana, antes de mi trabajo, haz que no me falte en la mesa y entre mis diarios el sapo vivo de costumbre, que hace tanto tiempo me ayuda á sobrellevar nuestra vida literaria. Creo que esta medicina higiénica es indispensable todavía para conservar mi vigor. Y el día en que me faltare mi sapo, sospecharía que mi fin estaba próximo y ya había escrito mi última página buena.

¡Vamos, un sapo ayer, y un sapo hoy, y en espera de el sapo de mañana, para bien de mi salud y de mi alegría!

EMILIO ZOLÁ.



No escribo versos aquí
porque mi nombre recuerdes,
sinó para que te acuerdes
que yo me acuerdo de tí.

CAMPOAMOR.

ILDA

CUENTO MEXICANO

I

La tribu chichimeca se ufana de tener en su seno á la hermosa Ilda, la hija de su viejo rey, cuyos ascendientes han ocupado el trono de oro y ceñido á su frente la diadema de plumas color de fris, durante seis generaciones.

El pueblo la respeta, y desea que sus hijos hereden si nó su maravillosa hermosura, su bondad.

Quince años cuenta; todos sus ensueños son color de rosa, y entre ellos ve destacarse la figura vigorosa del mancebo que por primera vez ha hecho palpitar su corazón de virgen.

Los poetas la cantan y comparan su divino busto con el de la mujer que habita de noche las mansas aguas del río, ó el de Atonantirch, la diosa de la cauda azul;—su rostro resplandece cual el de la pálida metztli cuando en noche serena ilumina los bosques de ahuehuetes, ó hace quebrar, en los acuosos prismas de las olas del mar del sur sus refulgentes rayos;—menos gentileza tiene la palomita del collar negro, y voz más áspera el pito-real.

II

Todo está en silencio—las sombras han cubierto con su negro crespón la ciudad, y la baja silueta del palacio se confunde con la de los árboles que la circundan.

El silencio sepulcral es interrumpido de cuando en cuando por el canto agorero de los pájaros nocturnos, ó el suave aleteo de las alas sedosas de algún buho;—atraviesan en rápidos giros las estrechas calles los murciélagos que se cuelgan de los troncos secos de los plátanos, cuyas hojas macilentas se desparraman por el suelo.

III

El padre duerme y la hija vela;—espera la señal convenida para unirse con su amante y buscar, muy lejos, un pedazo de paraíso, en el cual se deslicen silenciosamente las horas dulcísimas que pasen juntos, soñando en su porvenir, lleno de ilusiones.

La señal convenida suena, y poco después, dos siluetas caminan cautelosamente, amparadas por la sombra.

Pobre viejo! ya nunca peinará tus canas la hija amada, ni sentirás sobre tus mejillas sus labios ardientes!

IV

Triste resuena el *teponaxtl*, y el rey se dirige vacilante al templo: sus cabellos caen en desorden, desceñidos de la corona de plumas color de fris;—el *cactli* bordado de oro, no se ajusta á su pié, y el *matemecatl* no ciñe su busto;—la ciudad está triste y hace sacrificios á *Huitzilopochtli* por el regreso de la princesa;—el gran sacerdote riega la sangre de las víctimas á los cuatro vientos, la piedra de los sacrificios, *techcatl*, mana sangre y el *cuauxicalli* rebosa de corazones. Después viene la orgía, el pulque corre por los vasos de coco labrado, pero el monarca no toma parte en ella.

Las noches vuelven, pero el sueño no visita los párpados lacrimosos del viejo rey, á quien consume una fiebre devoradora.

El anciano se agita en su lecho de estera y en su delirio ve la hija por quien muere que lo llama, con los brazos abiertos, enseñándole como emblema de la otra vida, la refulgente aureola que circunda su hermosa cabeza. Las ligaduras que mantienen su alma atada á la vieja materia, son todavía bastante fuertes, lo que lo desespera—¿no ve á su hija que lo llama?

V

Ilda murió antes que su padre, una flecha errada por *Yacánex*, buscó abrigo en su corazón, lleno de sangre ardiente y roja; —*Yacánex*, el descendiente de los incas de alma de hierro, abrió con su cuchillo de obsidiana el pecho; poco después dos cadáveres reposaban juntos, teniendo por sepulcro una tupida alfombra de *yolosóchitls*, las flores del corazón, y por bóveda el inmenso pálio azul del cielo.

JOSÉ ASCÁRRAGA C.

San Salvador.



PERSPECTIVAS

ANTES DEL VALS

Jirón de cielo ó mar—dos infinitos,—
la saya azul que en tu escarpín se acota
esfuma entre los pliegues sus contornos
de la doble columna en que te apoyas;
roja como la flor del amaranto,
la cinta que tus crenchas aprisiona
finge un halo de fuego
en torno á un haz de rayos de la aurora;
las suaves líneas de tu torso cubre
blanca almilla gaseosa,
á la que, por la espalda, inunda en oro
tu destrenzada cabellera blonda;
hasta ascender á tí, tónica aguda,
cada mujer de este concurso es nota
con que el capricho del azar escribe
una escala cromática de hermosas:
escueta de oropeles
y de atavíos sobria
fuerte en el pedestal de tus encantos,
con tus gracias por únicas fiadoras,
miras en derredor, como queriendo
contestar un saludo á la victoria;
verde esplendor se escapa de tus ojos,
y ¡todos te proclaman vencedora!

TORBELLINO

El vals y mi emoción á un tiempo vibran:
luces y ritmos por el aire ondean,
colores y fragancias se confunden,
arpegios y fulgores se entremezclan.
Hay boda: del pincel y del pentágrama.
Hay besos: los del tinte y la cadencia.
Gentil como tú sola,
como tú sola bella,
al leve impulso que mi mano imprime
sobre tu esbelto talle de Minerva,
giras por el amplísimo rectángulo
y en pos de tí, la envidia que despiertas.
Yo, como el ave herida
en la natal floresta,
giro también...... en busca
de mi nido de sueños de poeta:
voltaica sacudida
precipita la sangre en mis arterias;
chocan en mi cerebro
rotas en mil pedazos, las ideas;
Eros quiere encarnar en mi palabra,
y torpe, el labio á balbucir se niega;
rendido, hipnotizado
bajo la sujestión de tu presencia,
voy dando como autómata
la circular acompasada vuelta;
y cuando la brillante catarata
de melodías cesa,
busco un sitial en que la calma logres,
quedas en él como en tu solio ¡oh reina!
y al fin resucitando de aquel vértigo,
me acuerdo de que estoy sobre la tierra......

MI INVERNÁCULO.

Yo sé que en torno á mí nieva y escarcha;
yo sé que el bóreas ronco
cuaja el cristal de hielo en mis alféizares;
desde estas salas oigo
la gota que á compás en mi techumbre
cayendo está con su caer monótono;
hay en la acera gélidos carámbanos;
hay frío......, mucho frio...... en el arroyo;
pero no llega acá: no lo consiente
esta fiebre, este foco
que se nutre de sangre de mis músculos,
que en mis venas agota el nectar rojo,
que atiranta mis nervios y que es árbitro
de mis sentidos todos.
No lo quiere esta llama que ilumina
el ara oculto en que por tí me inmolo;
no lo permites tú, mi casta Venus,
¡mies que para mis campos ambiciono!
Tú, de quien traigo á mi escondida cámara
ese calor de Agosto
que por mi ser difunden
las verdes llamaradas de tus ojos,

JOSÉ A. NEGRÓN SANJURJO.

(Puerto Rico).

DAMAS DISTINGUIDAS MEXICANAS



Señorita Emilia González Cosío y Acosta. (De fotografía Valleto y C.ª)



A GOYA

Poderoso visionario,
raro ingenio temerario,
por tí enciendo mi incensario.
Por tí cuya gran paleta,
caprichosa, brusca, inquieta,
debe amar todo poeta;
por tus lóbregas visiones,
tus blancas irradiaciones,
tus negros y bermellones;
por tus colores dantescos,
por tus majos pintorescos
y las glorias de tus frescos.
Porque entra en tu gran tesoro
el diestro que mata al toro,
la niña de rizos de oro,
y con el bravo torero,
el infante, el caballero,
la mantilla y el pandero.
Tu loca mano dibuja
la silueta de la bruja
que en la sombra se arrebuja,
y aprende una abracadabra
del diablo patas de cabra
que hace una mueca macabra.
Musa soberbia y confusa,
ángel, espectro, medusa,
tal aparece tu musa.
Tu pincel asombra, hechiza;
ya en sus claros electriza,
ya en sus sombras sinfoniza,
con las manolas amables,
los reyes, los miserables,
ó los Cristos lamentables.
En tu claroscuro brilla
la luz muerta y amarilla
de la horrenda pesadilla,
ó hace encender tu pincel
los rojos labios de miel
ó la sangre del clavel.
Tienen ojos asesinos
en sus semblantes divinos
tus ángeles femeninos.
Tu caprichosa alegría
mezclaba la luz del día
con la noche obscura y fría.
Así es de ver y admirar
tu misteriosa y sin par
pintura crepuscular,
de lo que dan testimonio:
por tus frescos, San Antonio;
por tus brujas, el demonio.

RUBÉN DARÍO.



EVOLUCION

La Fiebre—amante llena de caricias secretas—
Unió sus labios de áscua con mis labios marchitos
Y pobló los insomnios de mis noches inquietas
De caricias absurdas y de besos malditos;

La tristeza—una amante sombría, taciturna—
Fué, después, compañera de mis noches glaciales
Y en las horas tediosas de mi pena nocturna
Arrulló mis dolores con sus cantos nupciales;

Hoy se apagan y duermen mis cansadas pupilas
Y, tendida á lo largo de mi cuerpo insensible,
Vela el sueño incoloro de mis noches tranquilas
La Indiferencia—amante sin nervios, impasible—

ANTENOR LESCANO.



En cuanto al bien y al mal nada hay lejano:
todo se halla al alcance de la mano.

CAMPOAMOR.

RONDÓS VAGOS

Pasas por el abismo de mis tristezas

Pasas por el abismo de mis tristezas
como un rayo de luna sobre los mares
ungiendo lo infinito de mis pesares
con el nardo y la mirra de tus ternezas

Ya tramonta mi vida la tuya empiezas
mas salvando del tiempo los valladares
como un rayo de luna sobre los mares
pasas por el abismo de mis tristezas

No más en la tersura de mis cantares
dejará el desencanto sus asperezas
pues Dios que dió á los cielos sus luminares
quiso que atravesaras por mis tristezas
como un rayo de luna sobre los mares

Como blanca theoría por el desierto

Como blanca theoría por el desierto
desfilan silenciosas mis ilusiones
sin arbol que les preste sus ramazones
ni gruta que les brinde refugio cierto

La luna se levanta del campo yerto
y al claror de sus rojas fulguraciones
como blanca theoría mis ilusiones
desfilan silenciosas por el desierto

En vano al cielo piden revelaciones
—Son esfinges los astros Edipo ha muerto—
y á la faz de las viejas constelaciones
desfilan silenciosas mis ilusiones
como blanca theoría por el desierto

AMADO NERVO.



SUINDA

I

Volvámonos, señor. Cuando Pombero á nuestro lado silba y se escucha el ruido de las alas del Suindá, alguna desgracia sucede al caminante. Volvámonos, señor. Así mi guía, presa de supersticioso pavor, dice y se detiene en medio del camino.

¿Y quién es Pombero? -Invisible se encuentra á nuestro lado, adivina nuestros pensamientos; -no hay misterios ni arcanos para él.—¿Y Suindá?—Es Suindá el compañero de las sombras, el profeta de la muerte que busca entre las tumbas la tumba de su hermano, sin jamás encontrarla. Escucha *carai* la leyenda de Suindá.

II

Nunca mas puros los rayos de la luna platizaron las hojas del *guapay*, jamás más bellas las gotas de rocío, cual líquidos diamantes, brillaron en las flores del *tagí*, sólo esa vez el Ñeembucú besó con ósculo de amor al turbulento río que lo absorbe en su corriente; flores y aromas, amores y sonrisas, ecos de dulcísimos arpegios, recuerdos de suavísima salmodia, ténue luz, brisa tibia, harmonías indefinibles, embalsaman, aduermen é iluminan la cuna de Suindá.

III

No nació solo. Vino gemelo al mundo, á su hermano unido en amoroso abrazo, y al estrecharlos la madre contra su amante seno, angélica sonrisa se dibujó en los labios de esos pedazos queridos de su alma. A cuál besar primero? Instintivamente la madre posa sus labios en los labios del hermano de Suindá, ya que á la vez no era posible besar á los dos. Gérmenes de la ira, embriones de odio, semillas de venganza, envidia y celos, tiñen de rojo cárdeno el rostro de Suindá.

IV

Los celos ¿son acaso ellos la más poderosa de las pasiones humanas? Envenenan la existencia; enemigos del hogar, destierran de él la paz, descienden á la choza pajiza del pastor y suben al palacio de los reyes; deslízanse cual reptiles entre flores y enroscan sus anillos en el corazón del hombre y allí matan despiadados las más nobles afecciones.

Amor conyugal, dichoso porvenir, sueños é ilusiones, aspiraciones nobles, elevados ideales, abnegación y vida, todo cae envuelto entre la negra sombra de los celos, tras el alud de la rastrera envidia.

V

Cinco lustros han pasado desde el nacimiento de Suindá. Escondida entre lilas y diamelas, á orillas del Ñeembucú, guarda la rustica morada de un pastor la joven bella; sueño dorado del hermano de Suindá. Es trigueña como hija de los trópicos, tienen sus ojos el color de la noche y los destellos de sus astros. Sabe Suindá que ella y su hermano se aman; pero él también siente latir su corazón con sensación extraña. Y ese secreto amor que nace y se agiganta, en combate con las afecciones fraternales, las ve al fin caer vencidas cuando la mano del criminal prepara la fraticida flecha.

VI

Dulce trova de amor se escucha al pie de la ventana de la hija del pastor; dulcísimos idilios, eternos juramentos, ruidos de besos, y brazos que se estrechan, corazones que laten movidos por el amor más puro.

Brillan como carbunclos en el vecino bosque los ojos de Suindá, encendidos por el odio y por los celos. Dispara la envenenada flecha que atraviesa el cuerpo de la bella y de su hermano, dejando unidos sus dos cadáveres como unidas salieron al cielo sus dos almas. Lleva en seguida su nervuda mano al afilado dardo y hasta la empuñadura lo hunde en su corazón.

VII

Una ave misteriosa de hosca mirada y cesgo vuelo, desde entonces recorre las tumbas olvidadas, cuando las sombras de la noche se extienden sobre el mundo; y si en nuestro hogar se escucha su graznido ó el ruido de sus alas, cual profeta de muerte anuncia una desgracia. Es el alma vagamunda de Suindá que expía su pecado huyendo de las luces y de las aves.

Calló mi guía. ¿Me refirió acaso la leyenda de Abel y de Caín? La leyenda bíblica habla de celos del amor divino, la guaraní de celos del amor mundano.

NOÉ TABORDA.

Paraguay.



ULTIMOS MOMENTOS

Lo amarillo de la lamparilla veladora y la blancura de las ropas de la cama, era lo único que de pronto se distinguía en la vasta estancia.

Cuando los ojos se hacían á esa media obscuridad, sobre el lecho se veía el rostro flaco, de amarillentas lívideces, de ojos angustiados y humedos, que con toda la vida que en ellos quedaba, se fijaban ansiosamente en la puerta del cuarto, y unas manos largas, huesosas, que se clavaban en las sábanas, se agitaban, tarántulas desquebrajadas, y con mecánico é instintivo movimiento, atraían constantemente las sábanas al rostro, como queriendo, según la frase de un célebre psicólogo contemporáneo, revestirse ya del sudario.

En la puerta apareció la silueta del médico, larga figura envuelta en larga levita; los ojos del enfermo chispearon; los pasos graves del enlutado personaje fueron hacia un sillón mecedor, donde un joven, imberbe todavía, bostezaba con aire fastidiado; unas cuantas palabras dichas á media voz se cruzaron, y los pasos fueron hacia la cama donde los ojos se dilataron y una voz perceptible apenas, balbuceo:

—Vi ..... viviré...... un año...... dos, nada más Doctor.

El Doctor nada contestó, pero en su rostro de impecable impasibilidad, hubo una involuntaria mueca de lástima que hizo saltar las inquietas manos y agitarse el cuerpo esqueleteal del enfermo.

El médico permanecía inmovil, viendo al desechado con ese aire de piedad y de curiosidad que aún los más acostumbrados á ver pasar la fatal línea, toman ante los forzados viajeros. El Desgraciado leía su sentencia en esa actitud y, haciendo un esfuerzo pretendía dominarse, darse valor y su cabeza monologueaba:

—¡Ya!...... ¡se acabó todo!...... tenía que suceder....... ¿y qué?........ ¿qué es la vida? á quien dejo, que extraño, qué podré echar de menos después de muerto? y en vano se convencía de que era viejo, de que no tenía ni un hijo, ni un hermano, ni una mujer; en su corazón no había nada, ni siquiera recuerdos. ¿Había querido algo en este mundo, fuera de su egoista tranquilidad? No, ¿verdad? Otros van llevándose aunque sea ruinas, y en el momento de la muerte ven dibujarse rostros que sonríen ó que lloran, figuras de amigos que pasan, recuerdos de buenos ratos que se esfuman; para él, nada, nada, el más completo de los vacíos; y, sin embargo, y sin embargo se aferraba á la vida, se aferraba con ansias, con su voluntad y sus fuerzas todas, si las fuerzas fueran capaces de vencer á la muerte......... y repasaba lo que había sido su vida, la más vulgar, la más escasa de sucesos, la más monótona de las existencias, capaz de desesperar al más contentadizo de los novelistas.

Su infancia: unos cuantos años de timidez; él no tenía ecos de carcajadas, ni de carreras, ni de porrazos; él no sentía en ese momento gritos infantiles, gorgeos de traviesas aves que lo llamaban ó lo picotearan; en su juventud, dos sucesos: la muerte de su padre y casi inmediatamente después, la de la madre; todo lo que para él representaban estos dos lechos, eran dos noches pasadas al lado de los cadáveres, cuidando las ceras que ardían chisporroteando, y desde entonces, comer solo, dos lugares menos en la mesa común; pero fuera de esto, nada cambiaba, las mismas criadas, la misma casa, los mismos hechos y las mismas palabras.

El veía turbas de jóvenes yendo rientes, á su ruina tal vez, pero una ruina precedida de choques de cristales y resonancias de risas; veía mujeres espléndidas y mujeres sonrientes, proclamaciones ruidosas de los veinte años y huía, huía temeroso de los gastos, de los movimientos, del abandono de su enmohecida concha de vieja tortuga.

Nunca quiso formar un hogar por horror también á los gastos y á las discusiones; el número de cabecitas rubias y trajes claros que rodean las mesas y los lechos y animan las estancias como parlantes ramilletes de flores, no era] para él sino un cierto número de bocas, de trajes, de profesores, un sin fin de pesos que se van, que huyen, y huyen con asombrosa rapidez.

Colocar una cierta cantidad de dinero, el cambiar ama de llaves, eran las penas de su vida; sus placeres ir á un jardín público determinado día de la semana, dar las mismas vueltas, oír las mismas estridencias de una misma fanfarria, encontrar las mismas caras y contemplar los mismos *idilios plebeyos*.

De cuando en cuando y para descargo de su conciencia, ó más bien con la esperanza de ser ampliamente pagado en otra vida, colocaba algunas monedas en una de esas manos trémulas, agarrotadas y sucias que se extienden suplicantes al pasante, y en esos días recordaba su acción á cada instante, se encomiaba á sí mismo y aun si hubiera podido decírselo al mismo Dios, repitiéndoselo, haciéndole apuntario en un libro, cobrar recibo casi, de mil amores lo hubiera hecho.

En sus últimos años algo se arrepentía de no haberse casado, pero únicamente para encontrar en la mujer una enfermera solícita, una mujer que tal vez hubiera con sus cuidados prolongado sus días, y como el médico permaneciera aún ahí, le decía:

Tres años, doctor, nada más eso, me casaré y mi mujer me cuidará bien, no es verdad que......

Hizo un gesto de espanto, las manos se agitaron nerviosas, las sábanas subieron más aún, y haciendo nuevo gesto sus ojos tomaron la inmovilidad de ágata de los ojos de muerto.

—¡Ya está! dijo el galeno tomando el pulso.

—¡Al fin! exclamó el imberbe sobrino que heredaba los dineros del tío, sin poder contener su indiscreta alegría.

Y esta fué la oración fúnebre y las únicas palabras que la muerte del buen señor hizo salir de humana boca.

BERNARDO COUTO CASTILLO.

Mayo de 1897.



DE CAMPOAMOR

SU ULTIMA DOLORA

Se intitula *Lo inimitable* la última Dolora que ha escrito el insigne poeta don Ramón de Campoamor. La dedicó al celebrado actor Emilio Mario, y la reproducimos en seguida:

A una actriz que llegó á ser
famosa por sus laureles,
le dió Mario dos papeles,
de *Angel y Furia* á escoger.
—Qué duda puede caber?
—dijo la actriz, impasible,—
«cualquiera mujer sensible,
haciendo al sexo una injuria,
puede imitar una furia,
pero un ángel ¡imposible!»

PINCELADAS

I

Parece que suspenso en su carrera,
Quedóse el sol en el cenit clavado,
Sigue el agua su curso fatigado
Y la arena del margen reverbera.

En el bosque cercano, desespera
El silencio de muerte que ha reinado,
Y apenas se oye el canto desolado
De la torcaz medrosa y plañidera.

Salta un ciervo: á los vientos interroga,
Hunde sus secas fauces con anhelo
En la corriente que su sed ahoga;

Asustada una garza tiende el vuelo
Y como nube solitaria boga
Por el azul espléndido del cielo.

II

Orando acaso por el sér que adora,
Imágen muda del dolor sombrío,
El funerario sauce sobre el río
Cuelga su cabellera protectora.

Tenaz conserva su actitud traidora
Un martín-pescador hosco y bravío
Y, al parecer, durmiéndose de hastío
Está en la rama que se inclina y llora.

Por fin en el remanso un pez blanquea,
Rápido se derrumba de repente
Y el agua con violencia chapotea;

Vuelve á posarse en el saúz doliente
Y parece al bañarse en luz febea
Que llevara en el pico una azcua ardiente.

RODOLFO FIGUEROA.

1897.





Belleza alemana.

ENGAÑO SUBLIME

Por María Lescot.

NUMERO 10.



La tía Fourneron se enfadaba:

—Me he avanzado mucho, Jacobo, he hecho en tu nombre demandas, promesas; he entablado negociaciones.

—Pues bien, tía Fourneron, si habeis avanzado retrocederéis, he ahí todo.

—Pero Eulalia te ama, era ella tan feliz!

El reía de la mejor manera.

—Si me ama, me perdonará! Feliz ella—así lo creo—es una orgullosa dicha, amar! Yo bien querría estar en su caso.

—La gota volverá, pícaro, perdido, malvado!

Todo su arsenal de injurias pasaba. Entonces la hilaridad de Jacobo no conocía límites.

—Pícaro, pícaro, repetía.

—Me adula usted—el epíteto es demasiado para mi edad...... Si creería usted que me iba á dejar bloquear en esa satánica nevera de Pontarlier! Desde el mes próximo me elimino y voy á instalarme á Niza.

La tía lanzaba un largo suspiro. Lo que es con ese ya todo había concluido.

Lo que la contrariaba sobre todo, era el descontento de las dos Lezines que ya no la recibían sin mezclar á la miel algún vinagre.

Eulalia hubiera perdonado cristianamente, pero Aglaé no perdonaba, reprochando amargamente á la interventora la imprudencia de su conducta, que había comprometido la tranquilidad de el alma de su hermana con pasos inconsiderados.

La tía Fourneron pasaba la pena negra para calmar ese resentimiento. Un disgusto en una familia tan bien unida...... que escandalo! Y por su culpa...... que desolación! Ella, que servía siempre de lazo de unión, que tan bien se ingeniaba para unir, para aproximar los corazones! Así es que la carta de Felipe fué una diversión feliz para su pena. Desde las primeras palabras, su energía se encontró de pie.

Cerrar la puerta á la intrigante, no dejarla penetrar en el arca santa de la familia, proteger á la huerfanita, salvar al viudo. Qué maravilloso programa! Ya le parecia oír á los panegiristas exclamar á coro: «Gracias á la energía, á la solicitud, á la inteligencia de la señora Fourneron.........» No, jamás se había sentido con tanto aliento!

La solicitud en la señora Fourneron no era una de esas fiebres benignas de raros accesos intermitentes, sino una enfermedad de intensidad temible, que necesitaba una erupción constante de buenos oficios. El deber absoluto de mantener vivas, sin reposo alguno, por medio de catástrofes sucesivas, las fuerzas de su alma, incumbía á sus parientes y á sus amigos. Deber riguroso al cual nadie debía sustraerse. Unicamente Felipe se había exceptuado: podía morir en los mares lejanos sin que ella tuviera el inefable consuelo de atar á sus pies la bala fatal. Podía naufragar sin que ella se encargara de arrojarle el aparato de salvamento. Imposible llevar más lejos el olvido de toda deferencia. Ni aun siquiera había tenido él jamás el menor secreto que confiarle. De suerte que en su testamento le trataba ella demasiado mal. Más he aquí que de pronto ese sobrino desnaturalizado abría á la solicitud de su tía, los más grandiosos horizontes, y le proporcionaba al mismo tiempo la ocasión de aproximar se á los corazones agriados,

Sin perder un instante corrió á casa de las señoritas Lezines y á casa de Jacobo de Sommeres, les convocó para la misma noche en su pequeña sala y se hizo la misteriosa, rehusando explicarse.

—No, no, es un asunto demasiado grave, demasiado importante, está en juego el honor de la familia: más vale esperar para hablar á que estemos todos reunidos. Consultaremos, discutiremos. Para decidir á las Lezines, añadió:

—Va en ello la salvación de una alma.

Para decidir á Jacobo, dijo:

—Va en ello el honor de un hombre.

Prometieron ir, y ella les leyó desde luego la carta del marino.

—Y ahora, preguntó alegremente ¿debo partir para Lausanne?

Aglaé de Lezines respondió con su voz fría:

—Yo, que no tengo vuestra solicitud, me abstengo de ocuparme de cosas que no me conciernen, y he tenido oportunidad de lamentar que cierta persona se haya apartado de esta regla de prudencia. Fernando ya está en edad de saber conducirse; puede volverse á casar si le parece, yo no veo en qué pueda peligrar la salud de su alma, unico caso en que deba intervenir una cristiana.

¿Pero y si se casa con una pícara, con una aventurera? rugió la tía indignada.

—La caridad nos prohibe los juicios temerarios. ¿Qué sabéis vos de esa mujer?

La discordia estaba en el campo. Jacobo de Sommeres, deseoso de volver á la gracia de la tía Fournerón, intervino, llevando la discusión á un terreno en que todos debían encontrarse de acuerdo.

—La opinión de Felipe, dijo, es de un gran peso á mis ojos. Es él un muchacho muy recto, muy probo, un poco exaltado, un poco caballeresco, pero que marcha siempre por el camino del honor. Debe tener serias razones para temer este matrimonio, aun cuando no las explique demasiado. Yo desearía, cuando menos, que nos hiciese conocer el nombre de esa mujer.

Aglaé movió los hombros:

—Persisto en sostener que Fernando no es ya un niño.

—Aglaé, replicó la tía Fourneron, cuando se trata de pícaras, los hombres son niños eternamente.

Jacobo estalló en una risa sonora, en tanto que las dos Lezines, halagadas en sus odios de solteronas, declararon que si verdaderamente la moral desaprobaba esta unión, si aquella mujer era una criatura perversa, sería, en efecto, más prudente oponerse á su entrada en la familia.

Estando netamente definido el fin de la cruzada, se pasó á examinar los planes de combate y las máquinas de sitio.

—Yo vuelo á Lausanne, dijo la tía, partiré desde mañana, representaré á Fernando......... le haré comprender......... le exhortaré, le suplicaré, le sermonearé.

Ta, ta, ta! interrumpió Jacobo irreverentemente, se tapará las orejas. Mas valo no ponerlo en guardia, tía; esas mujeres, yo las conozco.........

Frotó con melancolía su pierna enferma donde se hacían sentir aún, por instantes, agudos dolores.

—Si esa pícara se percibe de alguna cosa, se pegará á nuestro primo y no dejará ya su presa. Y entonces tía Fourneron, bien podéis gritar como Casandra, nadie os hará caso.

El temor de un chasco puso pensativa á la tía Fourneron.

—Yo soy siempre facil de convencer, dijo ella; no trato de hacer triunfar mi opinión. No tengo otro deseo que el de ser útil á los míos; qué aconsejas tú?

—Pues hacer exactamente lo que Felipe nos pide, escribir á Fernando para comprometerlo á que vuelva aquí.

—¿Bajo qué pretexto?

—¡Oh! dijo Jacobo, los pretextos no faltan: Su gran bosque de los Lannes está ya en tiempo de ser explotado, sería oportuno que viniese él mismo á dirigir los cortes.

—Se podía prevenirle también que el techo de su casa amenaza ruina.

—También se le puede representar que la época de la primera comunión se aproxima, y que sería una dicha que la pobre Lila hiciese esta grande y bella acción bajo la dirección habil de nuestro venerable pastor.

—Todo esto es perfecto, objetó Jacobo, pero admite

retardos, tergiversaciones. Y es preciso gritar fuego. Teníamos la quiebra de los Minoret; ese pretexto hubiera sido excelente, sólo que ya no existe, porque sus primos los Daclan han respondido por ellos.

—¿Qué importa? dijo resueltamente la señora Fourneron, lo importante no es que los Minoret estén en quiebra, sino que Fernando vuelva á Pontarlier. El ha depositado la fortuna de Lila en esa casa que se creía tan sólida, y nada le retendrá. Y cuando esté aquí, mis amigos, cuento con vuestra ayuda para guardarlo. Le haremos comprender que las afecciones de familia son las mejores, lás más consoladoras y las más dulces, y que si desea casarse...... (su mirada llena de seductoras promesas se fijó en las dos Lezines) no hay necesidad de dirigirse á las aventureras.

—Podéis contar con mi concurso tanto tiempo cuanto yo esté aquí, dijo Jacobo. Yo organizaré cacerías si la gota lo permite.

Yo le pediré para nuestra capilla el retrato de Santa Rufelia, dijo Aglae; esa será una ocupación agradable al Señor.

—Yo, dijo la tía, yo os invitaré á venir por la noche á tomar una taza de té; jugaremos un poco, y veréis cómo se divierte y habremos así preservado de una mancha el honor de la familia,

—Y acaso asegurado la salvación de esa alma, murmuró Aglaé.

Los cuatro conjurados se separaron con esa dulce satisfacción de las gentes virtuosas que van á lanzar contra la corrupción moderna un golpe temible.

XXIX

Blandamente reclinado en un gran sillón, con el cigarro en los labios, Fernando Duvernoy saboreaba la quietud de un hombre á quien ningún cuidado obscurece el horizonte. Acababa de terminar el almuerzo, Lila salía del comedor para prepararse al paseo; un cielo sin nubes, el barómetro en buen tiempo fijo.

La alemana permanecía frente al pintor, con las manos cruzadas sobre las rodillas, mirándolo con sus grandes ojos transparentes, en una admiración beatífica. Este incienso, estas alabanzas, esta adoración mezcladas al humo del excelente lóndres, constituían después de todo una dósis de felicidad muy envidiable.

—De suerte, señorita Carlota que puedo contar con tres horas de libertad ahora. Nuestra amiga me parece desde hace algunos días mucho más triste, agitada de lúgubres presentimientos. Habla de separación y parece temer que cesemos de verla. Yo quería tranquilizarla, prolongando á su lado el tiempo de mis visitas. ¿Podréis hacer entrar en razón á Lila?

-Eso se hace cada día más difícil, muy honorable señor Duvernoy, pero la humilde aya hará cuanto pueda por asegurar la tranquilidad de su amo y de su noble amiga. Pobre señora Beltrana, la caída de las hojas le da miedo.

—¿Pensáis qua esté tísica? preguntó él con emoción.

¡Ay! me lo temo, porque un día me pidió que le leyese esa linda poesía que lleva por título *La caída de las hojas*, y cuando leí:

Fatal oracle d' Epidaure,
Tu m'as dit: "Les feuilles des bois
A tes yeux jauniront encore,
Mais c'est pour la derniere fois!"

ocultó ella la cabeza entre sus manos para desimularme sus lágrimas.

—Oh, dijo él, pobre mujer, yo no la creía tan enferma. Verdaderamente me causa mucha pena.

En ese momento un criado entró y depositó sobre la mesa las cartas y los periódicos. Este incidente cambió el fúnebre curso de su conversación.

—Señorita Carlota, antes de salir, le suplico que abra ese molesto correo.

Cada día se descargaba más en ella de los fastidios de su correspondencia, viéndola tan solícita y discreta. Abría ella las cartas, indicando la procedencia, leía la firma, después esperaba las órdenes.

—De Pontarlier, y firmada tía Fourneron. ¿Debo leerla? señor.

—De mi excelente tía Fourneron! Ciertamente, os escucho, señorita Carlota.

Pero pensaba en Beltrana, había visto frecuentemente tísicas. Era, pues, cierto que estaba atacada de esta terrible enfermedad? ¿No exageraba ella acaso la gravedad de su estado?

Carlota, con su áspera voz de alemana, de inflecciones guturales, comenzó la lectura. Habitualmente se divertía él con ciertas dificultades de pronunciación que jamás la buena aya había podido vencer, con ciertas sílabas que no acertaba á decir correctamente, pero esta vez, desde la primera página saltó de su silla, arrojó su puro, y con una brusquedad que la asustó, arrancóle la carta de las manos

—¡Los Minoret! ¡Los Minoret en quiebra!

Buscó con los ojos el nombre, se mordió los labios, é hirió el suelo con el pié.

—Es exacto......... Entonces no hay un instante que perder, es preciso que partamos para Pontarlier.

Su trastorno era tan expresivo, que ella lo comprendió todo y le miró aterrada. Tantas veces, en sus absurdos ensueños, había compuesto esta escena, esa ruina imprevista y repentina. La primera parte del programa se cumplía, pero el tío de América, del cual debía ser ella la legataria universal, en qué pensaba que no se apresuraba á morir? Y si no moría, ella qué podía hacer. No poseía nada en el mundo fuera de una pobre casuca en Bohemia; poseía, sí, un corazón fiel, y esto es un tesoro inapreciable que ningún depositario puede robarnos, mas para ofrecerlo, se necesita una palabra, un gesto, una mirada, una voz de aliento. Ella esperaba, esperaba tímida, ansiosa, levantando hacia él sus ojazos llenos de bondad.

¡Ay! él no la miraba, releía la carta, febriscitante, rabioso, con las cejas fruncidas. Algunas exclamaciones silbaban entre sus dientes. La quiebra sin ser absolutamente cierta, era por desgracia muy temida; las gentes prudentes retiraban sus capitales, avisos que creía de segura fuente, le llegaban á la señora Fourneron, y ella consideraba como un imperioso deber de parentesco advertir á su sobrino. No sabía exactamente la importancia de las sumas depositadas por él en aquella casa, acaso se alarmaba demasiado, pero en ese caso no vería él en el paso que ella daba más que una prueba de su interés. Pero se decía inminente la catástofe, y he aquí por qué sin tomarse tiempo para más amplias informaciones, ella le escribía.

—Vamos, dijo él, vamos, es preciso partir lo más pronto posible; mañana á primera hora. Un día de retardo sería un crímen; es la pequeña fortuna dejada por Elena á su hija la que he depositado ahí.

Pero de pronto sintió en su corazón una tristeza aguda, un desgarramiento.

¡Era yo tan feliz aquí! He pasado tan dulces horas. ¡Oh! señorita Carlota, qué sería sin nosotros de nuestra pobre amiga?

La alemana juntó sus manos, exclamando:

—¡Magnanimidad de un gran corazón! En medio del desastre de su fortuna no piensa más que en la amiga de su humilde aya.

—Cuando menos, continuó él sin escucharla, quiero pasar con ella este último día. Quiero llevarle yo mismo con toda la prudencia que su salud exige, la noticia de la separación absolutamente necesaria, pero que espero no será de larga duración. Cuidad de que se empaque bien todo, señorita, haced cerrar la casa.

Dió algunas órdenes que ella escuchó con su deferencia ordinaria, aun cuando no pudo impedir un movimiento de decepción.

No la había llamado él su angel consolador, ni aún la había mirado. Cómo hubiera osado ofrecerle su casuca de Bohemia!

En cuanto á Lila, oyendo estas palabras mágicas: «Partimos mañana,» arrojó un grito de alegría, que repercutió en toda la casa, y después se precipitó loca de gozo en los brazos de su padre.

—¡Qué dicha, papá, qué dicha!

—Pero no, mi pobrecita, no es una dicha, al contrario, es un lamentable accidente, una pérdida de dinero.

Ella, sacudió su linda cabeza con un gesto, que significaba bien que todas las pérdidas de dinero no podían disminuir esa felicidad. Sólo que como acababa de encerrar á Carlota saltando al rededor de ella como una cabra salvaje, el pintor tuvo miedo de sus mármoles preciosos, de sus finas estátuas; de los hermosos bibelots esparcidos en el taller.

—Es mejor que yo mismo acomode todas estas cosas antes de salir, dijo.

Y se puso en obra y ellas le ayudaron, pero las gruesas manos de Carlota temblaban de tal suerte, que dejaron escapar una porcelana de Saxe, que se hizo astillas.

El pintor reprimió una exclamación de impaciencia, y dijo secamente:

Sírvase ocuparse de otros embalajes, señorita, Lila bastará para éste.

Y en efecto, la niñita se mostraba habil y prudente; en el exceso de su alegria, tocaba todo y no rompía nada.

La pobre Carlota, con el corazón lleno de pena, había subido á su cuarto, donde acomodaba con mano febril sus más hermosos trajes: Rodaban las lágrimas por sus mejillas.

—Es verdad que he sido muy torpe, pero tengo tanta pena......... abandonar á mi noble amiga en el momento en que el fatal oráculo le ha dicho que la hoja de los bosques del otoño no amarillaería ya ante sus ojos, y saber que mi generoso amo está arruinado por un depositario infiel y no poder hacer nada para ir en su socorro!

De pronto una esperanza secó sus lágrimas.

—Quién sabe, dijo, está acaso *ahí* y me espera. No puedo partir sin haberme asegurado. Voy en un momento, en tanto que Lila y el muy honorable señor Duvernoy concluyen el embalaje del taller.

Púsose como quiera el sombrero, tomándose apenas tiempo para sujetarlo, y partió á grandes pasos.

Ahí, era el correo. Una de las inocentes manías de Carlota era dirigirse al correo una vez al mes con la esperanza inveterada y persistente de que podía muy bien hallar alguna cosa.

Latíale fuertemente el corazón cuando hizo la pregunta de costumbre; después de la respuesta negativa, salió con la cabeza baja y volvió lentamente á la casa, decepcionada. Decididamente nada podía hacer por los que amaba. La suerte y el tío de América se mostraban muy crueles.

Al subir la escalera, se admiró de no oír el ruido de los martillazos que clavaban las cajas, ni los gritos de alegría de la niña. El taller estaba vacío, vacío también el resto de la casa con excepción de la cocina, donde los criados charlaban.

Se informó:

—El señor Duvernoy salió?

—Sí, señorita.

—Y la señorita Lila?

Una de las mujeres respondió:

—La señorita siguió al señor.

Sin duda, pensó Carlota, para algunos arreglos; no tardarán en volver. Se sintió tentada á correr á casa de la princesa, pero no osó abandonar su puesto y se resignó á esperar. Esperó largo tiempo.

XXX

El embalaje del taller habia marchado con mucha rapidez, pues el pintor tenía prisa por desocuparse para correr á casa de su amiga.

—Lila, hijita, dijo, hemos acabado; vete á buscar á la señorita Carlota, yo voy á salir.

La besó en la frente, la despidió con un gesto, después con el aspecto ansioso del hombre cuyos instantes de dicha están contados, se dirigió al chalet. Habíase prometido no decir á la pobre enferma la triste noticia sino con el mayor cuidado quería prepararla para este rudo golpe, con protestas de cariño eterno; pero había contado sin la huespeda, sin el dón de adivinación que ella poseía, para leer en el fondo de los corazones. Aun no se había sentado frente de ella, cuando bruscamente ella le decia.

—Me ocultais algo. ¿Qué ha pasado?

El respondió olvidando los preparativos y las precauciones oratorias:

—Una cosa horrible, mi pobre amiga, parto mañana.

Ella se irguió cuan alta era, pálida, temblorosa, temiendo que hubiese él adivinado la verdad sobre su pasado.

—Acaban de escribirme, dijo él, para hacerme saber...

—¿Qué? interrogó ella ansiosa, olvidando su habitual prudencia.

—Los Minoret.........

—Los Minoret! qué es eso de los Minoret!

Entonces él le explicó:

—Los Minoret! la primera casa del país, banqueros de padre á hijo desde hace tres generaciones, están mal en sus negocios. Nadie podía prever esta catástrofe. De quien fiarse en lo sucesivo?

—Ella le miraba á la cara, desconfiada aún, pero él sostuvo con la calma de una conciencia pura ese exámen

escrutador, desolado verdaderamente de separarse de ella.

—Volveré, os lo juro, mi muy querida amiga.

Ella le tendió la mano. El la tomó, la besó, y como ella no pensaba en retirarla, la guardó entre las suyas.

—¿Ese informe que os ha llegado, es del todo exacto?

—¡Ay! de cualquiera otra fuente podría yo dudar; pero de mi tía Fourneron...... es la mujer mejor informada del mundo

habido de mi parte, lo confieso, un poco de imprudencia. Absorbido por mi dolor, no he tenido la fuerza de ocuparme de todas esas cuestiones de dinero. Vos comprendéis esto, amiga mía, vos que comprendéis tan bien todas las cosas del corazón.

Ella le dirigió una mirada dura que él no comprendió. Se sentía dominada por una cólera sorda contra él y contra su dolor. ¡Qué importaba que la amase si se había arruinado!

presencia de usted para la pobre mujer abandonada que morirá si ya no le vuelve á ver.

—Pero yo volveré, exclamó él. Ocho días me bastarán para arreglar este negocio. Dejaré á Lila en mi familia, con su aya, y volveré al lado de usted.

—¡Qué bueno es usted! dijo ella con voz conmovida.

Ensayó protestar contra esta calificación de bondad; mas con su pequeña mano, ella le cerró la boca.

—Sí, usted es bueno, y de esa bondad voy á solicitar



—¿Estáis bien seguro de que vuestra tía no tiene ningún interés en haceros volver á Pontarlier?

—Un interés...... ¿Por qué había ella de desear mi vuelta?

—¿Quién sabe? dijo Beltrana.

Pero una apreensión de otro orden la dominaba:

—¿Ha depositado usted en esa casa de banca capitales importantes?

—La fortuna personal de Lila y algunas sumas mías. Yo creí á los Minoret de una solidez á toda prueba. Ha

—Pues que se trata de la fortuna de vuestra hija, dijo ella, esta partida tan dolorosa no puede ser puesta en cuestión.

Esta vez él la atrajo contra su corazón. Ella se dejó deslizar entre sus brazos. Respetuosamente, casi religiosamente, él posó sus labios sobre la frente que ella le tendía. Ella apoyó la cabeza sobre su hombro y con una voz triste y dulce, dijo:

—¿Qué va á ser de mí sin vos, mi único amigo? ¿Sabe usted, puede usted comprender que beneficio ha sido la

una prueba aún. Prométame, júreme que si alguna circunstancia me obligase á abandonar este país, donde gracias á usted he sido tan feliz, acudirá usted á mi llamado, vendrá usted á decirme adiós. Y más bajo, añadió:

—Un último adiós.

Siempre las hojas del otoño, siempre las confidencias de Carlota. ¿Estaba verdaderamente enferma? Una infinita piedad se apoderó de él:

—Volveré, se lo juro á usted; pero no será para un triste adiós, sino para un alegre saludo.

Inconscientemente, él había estrechado su abrazo y sus labios ávidos se extraviaban en besos repetidos, cuando ella se desprendió dulcemente de sus brazos. El no osó retenerla, aun cuando experimentaba una viva tentación.

—Una última súplica, amigo mío, y usted que tan bien comprende todas las delicadezas del alma, aprobará sin duda alguna el sentimiento que me hace hablar. La amistad como el amor, usted lo sabe, tiene sus pudores y sus celos; he aquí por qué le suplico con la más instante súplica, que jamás hable de mí á sus amigos, á sus parientes, ni de viva voz ni por cartas. No haga alusión alguna á la pobre mujer para quien ha sido usted un socorro tan poderoso. Yo sé como en las pequeñas ciudades de provincia se muestra una fácilmente hostil á toda intrusión extraña. Tratarían de apartarlo á usted de esta desconocida que no estaría ahí para defenderse. Sé que su corazón generoso rechazará esos ataques, pero los sufrirá sin duda.

Ella no había retirado sus manos al hablar así, y las estrechaba con una presión dulce, como para hacer entrar en él el ardor de su voluntad.

Se hará como usted lo desea, dijo él, no hablaré de usted, aun cuando sea para mí una privación grande; pero no permitiría á nadie que ultrajase á usted con una sospecha. ¿No sé yo acaso que es usted la más noble y la más encantadora de las mujeres?

Un postrer beso respetuoso, un abrazo último, una última promesa, y una última mirada, y con el corazón turbado, Fernando se alejó.

Por grande que fuese su ceguera, su emoción era demasiado viva para que pudiese ilusionarse. Esta emoción ardiente y áspera la había resentido en otro tiempo, cuando antes de su matrimonio una implacable pasión lo tenía encadenado. Iba, pues, á amar de esa terrible manera á una enferma, cuya vida estaba condenada? ¿Iba, á favor de la intimidad que reinaba entre ellos, á envilecer esa alma que el cielo reclamaba? Que Beltrana experimentaba por él una afección profunda, no podía ponerlo en duda. ¿No acababa de dejar ver simplemente y sin falsa vergüenza el dolor que le causaba la perdida de su amigo? Pero esta afección era casta, depurada por el sufrimiento. ¿Tendría él el monstruoso egoísmo de importunar á una moribunda con sus groseros deseos? Además, si debía perderla en un plazo, ¡ay! muy próximo, no valía más cesar de verla á fin de disminuir la pena de su pérdida.

—Soy, pensaba él ingenuamente, de aquellos que no se consuelan y que no olvidan jamás.

Y por encima de todo se decía que no podría ya verla de nuevo sin traicionar el secreto de deseo y de amor que él creía también tener oculto.

Andaba con vacilación, absorto en sus nuevos pensamientos, con la cabeza inclinada sobre su pecho. De pronto una personita rubia salió de entre los jardines vecinos y fué resueltamente á colocarse junto á él.

—Tú, Lila, tú, mi querida, ¿cómo es que estás aquí? ¿desde qué hora?

Desde que entraste ahí, dijo ella, designando el chalet con su brazo, rígidamente tendido.

El se extremeció de esta larga espera; más de dos horas habían pasado. Permanecía embarazado ante su hija, como un hombre sorprendido en flagrante delito de traición. Ensayó cambiar de conversación.

—¿Has olvidado, pues, que partimos mañana para Pontarlier?

—No, dijo ella.

Y con una voz que la inquietud hacía temblar:

—¿Es que te la llevas también?

—No, no me la llevo, dijo él sonriendo débilmente.

Después, respondiendo á su pensamiento íntimo, añadió:

—Está demasiado enferma para abandonar Lausanne.

—Pues bien, tanto mejor, dijo la señorita que escuchó con una filosófica tranquilidad una severa mercurial sobre la falta de caridad para con el prójimo.

Carlota, consternada, escuchó los reproches del señor Duvernoy.

Si hubiéseis estado en la casa, Lila, hubiese sido mejor cuidada.

Pero viendo la desolación de la pobre muchacha, añadió más dulcemente:

—Id á decir adiós á vuestra amiga, desea veros.

La última entrevista de las dos mujeres fué nutrida de cambios, de lamentaciones y de recomendaciones.

—Me escribiréis, mi buena Carlota, me diréis si ha podido ser conjurada esa quiebra, me tendréis al corriente de todo lo que concierna á nuestro querido y gran amigo; si parece más triste y más desgraciado de lo que estaba aquí; me hablaréis de sus amigos, de los miembros de su familia, de esa tía Fourneron, de sus primas de Lezines, y también.........

Vaciló.

De ese joven cuñado á quien parece amar mucho, el señor Felipe de Aubián; además y sobre todo, mi buena Carlota, me hablaréis de vos, largamente, muy largamente, vuestras cartas no serán jamás demasiado largas para el deseo de vuestra triste amiga.

Como lo había hecho con el pintor, añadió:

—La amistad, Carlota, tiene sus pudores y sus celos. Prometedme no pronunciar más mi nombre ante esa familia extraña que me sería hostil; ya es demasiado que vuestra pequeña educanda sea mi enemiga. No quiero que se liguen todos contra mí.

—Oh! exclamó Carlota indignada, nadie osaría permitirse...... Si os conocieran...... Que no pueda llevaros conmigo!

Bajó la voz:

—Si un día el honorable señor Duvernoy—según mi dulce esperanza—cree deber recompensar la solicitud de su fiel Carlota con el precioso dón de su mano, habrá una habitación en nuestra casa para mi noble amiga.

—Gracias, dijo Beltrana disimulando una sonrisa, me conmueve vuestra confiada afección; pero dadme la seguridad que reclamo.

—No hablaré á nadie de mi querida princesa, por grande que sea el anhelo de mi corazón.

Partieron al día siguiente. Carlota lloraba sin tratar de ocultar sus lágrimas. Lila permanecía inquieta como si esperase ver á su padre huir ó á su enemiga surgir de improviso.

Solo al aproximarse á Pontarlier se tranquilizó: no solo la enemiga no había aparecido sino que el afligido rostro de su padre se iluminaba con sonrisas tiernas.

Reconocía los sitios familiares y se los nombraba á su hija.

En la estación, la señora Fourneron, Jacobo de Sommeres y las señoritas de Lezines, esperaban no sin cierta ansiedad.

—¿Es seguro que llega? Si ella le retuviese.........

Aglae de Lezines, toda penetrada de las escenas bíblicas, murmuraba con terror:

—Debe ser una Dalila, ¿y Dalila no dominó acaso á Samsón?

—Las mujeres de ahora, dijo Jacobo de Sommeres, son más bien Danaes que Dalilas. Yo las conozco mejor que vos, prima Aglaé.

—Danae ó Dalila, respondió audazmente la señora Fourneron, no tendrá el descoco de venir á buscarle á Pontarlier.

—No, sin duda, pero no lo dejará abandonar Lausanne. Es facil que de un momento á otro recibamos un telegrama .....

El tren llegaba á la estación y gritos alegres estallaron. Todas las aprehensiones se desvanecieron: Fernando, inclinado en la portezuela, agitaba la mano, con la emoción del retorno que sigue á una larga ausencia. Saltó á tierra, las abrazó con efusión, después presentó á su hija. Ella permanecía en segundo término como intimidada.

—Vuestra pequeña Lila, tía Fourneron, su hijita Aglaé. Soy muy feliz al veros, amigos míos.

Mas de pronto pensó en aquella Elena á quien había llorado tanto, y aun cuando su pena se hubiese disipado hacía mucho tiempo, creyó sin embargo, de su deber, afirmar una vez más su inconsolable dolor:

—Oh! amigos míos, no podía decidirme á volver; es tan duro, tan duro que ella no esté ya aquí.

La tía Fourneron cortó por lo sano estos enternecimientos.

—Te llevo á mi casa Fernando; te he hecho preparar un pequeño almuerzo que te gustará mucho...... No te ocupes de maletas, Jacobo tendrá cuidado de ellas; vente conmigo, tú también Lila, vos también, señorita Carlota; almorzaremos juntos y beberemos por vuestro feliz retorno, una vieja botella de vino de la Estrella.

Ella se arrastraba triunfante, abrumándose á preguntas y no esperando casi nunca respuesta; no quería dejarle tiempo de reflexionar, de acordarse, de entristecerse. Adivinaba él también su intención, y se la agradecía.

Cuando fué instalado en el pequeño comedor de la tía Fourneron, ante la mesa servida de manjares de provincia que no había comido hacía tiempo, Fernando se frotó las manos en un espancimiento de satisfacción.

—¡Qué bien se está en vuestra casa, tía Fourneron, y qué dulce es la familia!

Terminado alegremente el desayuno bajo la impresión de la vieja botella de vino de la Estrella, se recondujo al pintor á su casa.

Esta vez la señora Fourneron no hablaba ya, sintiendo que había ganado su causa y no queriendo hacerse importuna:

—Te dejamos con tu hija, amigo mio, volveré mas tarde á asegurarme de que nada falta para tu bienestar.

Fernando entró á su casa.

¿Donde estaba, pues, la emoción dolorosa que tanto había temido?

Deteníase á cada paso, encontrando las cosas de otro tiempo, todas en el mismo sitio, retardándose en mirar los viejos muebles con un infinito placer. Mariana los había cuidado bien; no solamente nada faltaba, sino que el orden y la limpieza reinaban en todas partes. La tía Fourneron practicaba, desde hacía dos días, inspecciones severas: el taller, sobre todo, atraía sus cuidados. Ella sabía bien que ahí era donde él se dirigiría desde luego.

El taller no parecía haber sido abandonado, una tela comenzada se encontraba sobre el caballete; por donde quiera había un aire de bien venida.

El artista resentía ese lazo tan fuerte de la casa familiar, del techo que le había visto nacer, que sin duda le vería morir. Comprendía la fuerza de esta palabra: el *home*.

Estaba solo; ni Lila ni Carlota le habían seguido. En volvió todos los objetos con una larga mirada circular y murmuró:

—Todo igual, que contento estoy de haber tornado. Ah! si ella estuviese aquí!

Y verdaderamente, no sabía bien él mismo si en ese momento era en Elena ó en Beltrana en quien pensaba.

Pasos rápidos, precipitados, una pequeña respiración ansiosa, le sacaron de su ensueño: Lila llegaba loca de gusto.

—¡Oh papá! ¡qué lindo está mi cuarto lleno de ramas de lilas! Ven conmigo, papá, ven á verlo.

—Ya lo conozco, hijita, yo lo pinté.

—¿Tú? oh qué bueno! Pero es igual. Ven á verla, quieres.

El la siguió.

Es cierto que estaba todavía encantadora aquella fresca camarita. Parecía que un perfume se exhalaba de aquellas ramas de flores: él las miraba moviendo la cabeza con un aire de aprobación.

—Sí, sí, no está mal, sin embargo, creo que las haría mejor ahora.

Entonces Lila se aproximó á él muy cerca, muy cerca, y tomándole la mano, murmuró:

—Yo querría ver el cuarto de mamá.
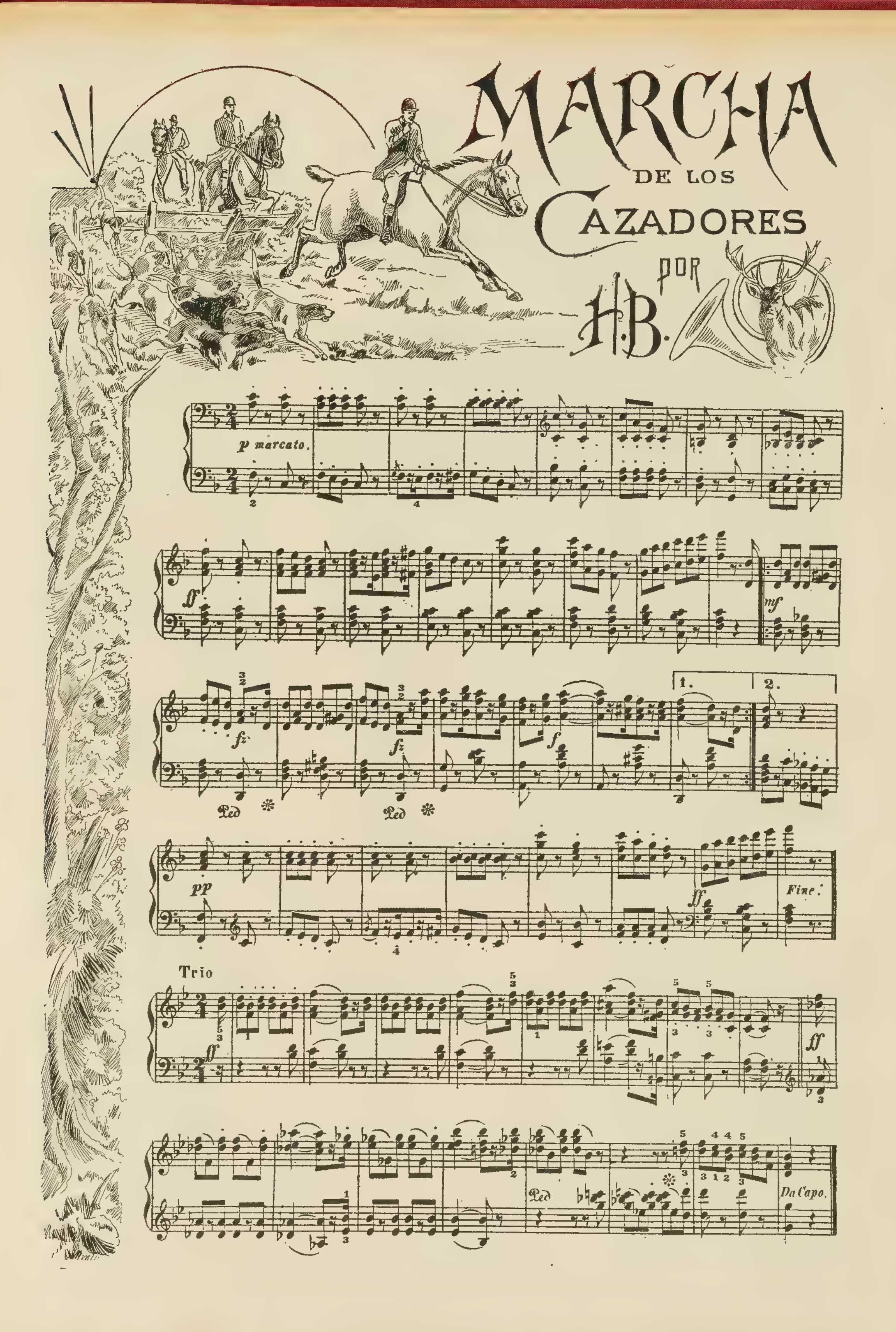
El vaciló:

—Es cierto, es preciso, dijo, no podemos dejarlo siempre cerrado; entremos juntos, hija mía.

De toda la casa, sólo aquella cámara, cerrada por él y cuya entrada había prohibido, no había podido ser ventilada y abierta. Reinaba allí la tristeza solemne de las iglesias y de las tumbas. Esto impresionó á la niña, que se echó á llorar; él permanecía de pie, frente al lecho mortuorio, con el corazón oprimido. Entonces el presente desapareció y el pasado volvió á estrecharlo con la cadena melancólica de sus indestructibles anillos.

Jamás se escapa al pasado; el hombre le da una parte de su sér y se une á él por un lazo que cada día parece aminorar, pero que nada rompe. Como lo había dicho Beltrana, él era un hombre de costumbres, y las costumbres de sus años felices en esa apacible casa, le asían de nuevo, y se enredaban al rededor de él. El sentía su corazón apegarse de nuevo á todas esas niñadas que su existencia errante le había hecho olvidar.

Continuará.


MARCHA
DE LOS
CAZADORES
POR
H.B.
p marcato.
ff
mf
fz
Ped
1.
2.
pp
Fine.
Trio
Da Capo.



Figuras 1 y 2.

LA PARTIDA DE BILLAR

Los soldados están rendidos de cansancio: como quellevan batiéndose dos días y han pasado la noche con la mochila á cuestas bajo una lluvia torrencial. Y eso no obstante, van ya tres horas que se les deja consumirse «en su lugar, descansen,» metidos dentro de los charcos en las carreteras, dentró de los barrizales en los campos empapados.

Sin fuerzas por la fatiga y por las malas noches anteriores, y con los uniformes choreando agua, arrímanse unos contra otros para calentarse, para sostenerse. Los hay que duermen de pie, apoyados en la mochila de su vecino y en esos rostros inmóviles, con el abandono del sueño, es donde mejor se ven la laxitud y las privaciones. La lluvia, el fango, la falta de fuego, la falta de rancho, el cielo cerrado y obscuro, el enemigo á quien se siente en derredor. Esto es lúgubre.........

¿Qué hacen allí? ¿Qué pasa?

Los cañones, con la boca apuntando hacia la selva, tienen el aspecto de acechar á alguna cosa. Las ametralladoras emboscadas miran con fijeza al horizonte. Todo parece dispuestó para un combate. ¿Por qué no se ataca? ¿A qué se espera?

Se esperan órdenes, y el Cuartel general no las envía.

Sin embargo, no está lejos el Cuartel general. Es ese hermoso castillo, estilo Luis XIII, cuyos rojos ladrillos, lavados por la lluvia, relucen á media ladera entre los matorrales.

Morada propiamente de Príncipes, muy digna de engalanarse con el pabellón de seda de un Mariscal de Francia. Detrás de un gran foso y una rampa de piedra que los separan del camino, suben los prados artificiales, lisos, verdes y festoneados por macetas de flores, en derechura hasta la escalinata de ingreso. Al otro lado, hacia las habitaciones de confianza, las alamedas forman calles de arboles luminosas; el estanque donde nadan los cisnes aparece como un espejo; y bajo la techumbre, como de pagoda, de una inmensa pajarera, aletean y hacen la rueda los faisanes dorados y los pavos reales lanzando agudos gritos entre el follaje. Aun cuando los dueños están ausentes, no se nota allí el abandono, ese gran «dejadlo todo» de la guerra! El oriflama del Jefe del Ejército ha preservado hasta las menores florecillas de los prados artificiales; hay algo de extrañeza al encontrar tan cerca del campo de batalla esa tranquilidad opulenta originada en el orden de las cosas, le correcta alineación de las masas arbóreas, la profundidad silenciosa de los pasos.

La lluvia, que amontona allá abajo tan súcio barro en los caminos y excava roderas tan profundas, aquí no es más que un chaparrón elegante, aristocrático, que aviva el rojo de los ladrillos y el verde de las praderas, que da lustre á las hojas de los naranjos y á las blancas plumas de los cisnes. Todo reluce, todo está apacible. Verdaderamente, sin la bandera que flota en la crestería de la techumbre, sin los dos centinelas que hay de guardia sobre la verja, nadie pensaría que estaba en el Cuartel general. Los coballos descansan en las cuadras. Acá y allá se encuentran asistentes y ordenanzas con traje de cuartel dando vueltas á los alrededores de las cocinas, ó algún jardinero con pantalón encarnado, paseando tranquilamente su rastrillo sobre la arena de las grandes calles de árboles.

El comedor, cuyas ventanas dan á la escalinata, permite ver una mesa á medio levantar, botellas destapadas, vasos llenos y vacíos sobre el mantel arrugado, todo un final de banquete después de irse los comensales. En la estancia inmediata óyense voces altas, risas, bolas de-

Traje de seda gris perla. (Figura 1.)

Vestido gris perla de seda indesplegable, sumamente sencillo, con cinturón y cuello de tela de seda escocesa azul. Manga fruncida.

Traje de recepción. (Figura 2.)

Traje de recepción de fular crema con abanicos de muselina de seda, cuerpo de raso verde, con afiliaciones bordadas, escote redondo abierto sobre unas bandas de muselina, cuello de raso con plicé de muselina, manga de fular y con pequeño volante en la falda.

Sombrero Melinda. (Figura 3.)

Este precioso sombrero es de paja fantasía, verde junco y plata, adornado de encajes y gaza, con una punta que cae graciosamente sobre el lado izquierdo, saliendo de un gran nudo de encajes y listones color violado, que detienen aigrette de lilas con follaje natural.

Traje de batista moteado frente y espalda.

(Figuras 4 y 5.)

Este traje es de batista, moteado crema. Cuerpo blusa con bolera de la misma tela adornado de encajes y entredos. Cinturón de raso verde hoja con campana abierta y siguiendo el adorno del bolero. Cuello de raso con encaes. Manga entera, fruncida.

Bata de batista azul y blanca. (Figura 6.)

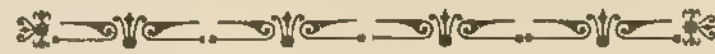
Este vestido de batista, azul marino y blanco, es muy propio para la estación, y de muy fácil confección. Cuerpo blusa, adornado con tiras bordadas y rouget angostas, bajándose en los delanteros y sobre las mangas que llevan en su borde inferior pequeñas aldetas con rouget. Cinturón con lazo de moaré. La falda va adornada en su borde inferior con una tira bordada y un pequeño rouget.

Sombrero Regina. (Figura 7.)

Este sombrero también de paja, va todo cubierto de primavera, de distintos tonos, y adornado con buclecillos de listón angosto, y grandes cocas de color violeta, oro viejo, rojo, malva y verde pálido.

Manga novedad. (Número 8).

1º—Forro de la manga.
2º—Bata de encima entera.



En materia de flores y de amores,
estoy por los amores y las flores.

CAMPOAMOR.



Figura 3.

marfil que ruedan, copas de cristal que chocan entre sí. El Mariscal está ocupado en jugar su partidita, y he ahí por qué espera sus órdenes el ejército. Cuando el Mariscal ha comenzado la partida, ya puede hundirse el firmamento, nada en el mundo podría impedirle que la concluya.

¡El billar! es el flaco de ese guerrero. Vedlo, como en la batalla, de gran uniforme, con el pecho cubierto de placas, la mirada brillante, los pómulos encendidos, con la animación que dan la comida, el juego, los *grogs*. Rodeándole sus ayudantes, serviciales, respetuosos, pasmándose de admiración á cada uno de sus tacazos. Cuando el Mariscal hace un tanto se precipitan todos hacia el contador; cuando el Mariscal tiene sed, todos quieren predararle el *grogs*. ¡Es una de tropezarse charreteras y plumeros, un entrechocamiento ruidoso de cruces y cordones! Esto, y el ver todas esas lindas sonrisas, esas finas reverencias de cortesanos, tantos galones bordados y uniformes nuevos, en aquel salón alto con maderaje de roble en las paredes, con vistas á grandes jardines y patios de honor, toda esto recuerda los otoños de Compiegne y distrae reposadamente de la vista de los capotes sucios que se aburren allá abajo á lo largo de los caminos, y forman grupos tan sombríos bajo la lluvia.

El compañero de partida del Mariscal es un Capitán de Estado Mayor, encorsetado, con el pelito rizo, con guantes claros, de primera fuerza en el billar y capaz de vencer á todos los Mariscales de la tierra; pero que sabe mantenerse á una respetuosa distancia de su Jefe y pone todo su empeño en no ganar, cuidándose de no perder con excesiva facilidad tampoco. Es lo que se llama un oficial de porvenir....

Atención joven, fijarse bien: el Mariscal tiene quince tantos y usted tiene diez. Se trata de ir llevando así la partida hasta concluirla; y esto servirá más para los ascensos de usted que si estuviese ahí fueracon los otros, bajo esos torrentes de agua que anegan el horizonte, ocupado en manchar el bonito uniforme de usted, en deslustrar el oro de sus cordones y esperar órdenes que nunca llegan.

Es una partida interesante de verdad. Corren las bolas, se rozan, cruzan sus colores. Las bandas devuelven bien la bola el tapete se calienta.... De pronto ilumina el cielo el fogonazo de un cañón. Un ruido sordo hace retemblar las vidrieras. Todo el mundo se estremece; míranse con inquietud. Por supuesto, el Mariscal es el único que no ha visto nada, ni oído nada: inclinado en la mesa de billar esta absorto preparando un retroceso. ¡Son su fuerte los retrocesos!......

Ved: un nuevo fogonazo, luego otro. Los estampidos de cañón se suceden, se precipitan. Los ayudantes corren hacia las ventanas. ¿Será que los prusianos atacan?

—Pues bueno, que ataquen, dice el Mariscal dando tiza al taco.—Capitán, á usted le toca tirar.

El estado Mayor tiembla de admiración. Turena, dormido sobre su cureña, no es nada junto á este Mariscal, delante de la mesa de billar en el momento del combate...... entretanto, redobla el estrépito. A los estampidos del cañón siguen los desgarramentos de las ametralladoras, los redobles del fuego por compañías. Al final de las praderas artificiales suben unos vapores rojos con bordes negros. Todo el fondo del parque está abrasado. Los pavos reales y los faisanes despavoridos, claman en la pajarera; los caballos árabes, al oler la pólvora, se encabritan dentro de sus cuadras. El cuartel general comienza á conmoverse. Partes sobre partes. Los portapliegos llegan á rienda suelta. Piden que vaya el Mariscal.



Figuras 4 5



Figura 6.

No hay quien se acerque al Mariscal. ¡Cuando les decía yo á ustedes que nada podría impedirle que acabase su mesa!

—«Capitán, á usted le toca tirar.

Pero el Capitán sufre distracciones. ¡A pesar de todo, lo que es ser joven! Hétele que pierde la cabeza, olvida el juego y hace de un tirón dos series, que casi le dan ganada la partida. La sorpresa, la indignación estallan en su rostro varonil. Precisamente entonces cae reventando en el patio un caballo á todo galope. Un Ayudante, cubierto de barro fuerza la consigna y sube de un salto la escalinata: ¡Mariscal, Mariscal!...... Hay que ver como se le recibe...... Hinchado de cólera y rojo como un gallo, el Mariscal aparece en la ventana, con su taco en la manó:

—¿Qué hay?...... ¿Qué pasa?.... ¿Es que no hay centinela aquí?

—Pero, Mariscal......

—Bueno..... En seguida Que esperen mis órdenes,.............

Y la ventana se vuelve á cerrar con violencia.

—¡Que esperen sus órdenes!

Eso es lo que hacen los infelices. El viento les arroja la lluvia y la metralla á rostro descubierto. Batallones enteros son aplastados, mientras otros permanecen inútiles, arma al brazo, sin poder darse cuenta de su inacción. No se hace nada. Se esperan órdenes. Mas como no hacen falta órdenes para morir, caen hombres á centenares tras de las malezas, dentro de los fosos, frenten al gran castilló en silencio. Hasta caídos aún los destroza la metralla; y por sus abiertas heridas corre sin ruido la sangre generosa de los soldados...... Allí arriba, en la sala de billar, también se baten con calor, terriblemente: el Mariscal ha vuelto á avanzar, pero el capitán se defiende como un león......

¡Diez y siete! ¡Diez y ocho! ¡Diez y nueve!......

Apenas hay tiempo de marcar los tantos Se acerca el estruendo de la batalla. Al Mariscal no le falta más que uno para ganar. Empiezan á caer granadas en el jardín. Estalla una encima del estanque. El espejo se hiende; un cisne despavorido nada entre un remolino de plumas ensangrentadas. Es el último cañonazo.

Ahora, un gran silencio. Nada más que la lluvia que cae en los sotillos, un atronamiento confuso en la falda de la colina y por los caminos empapados, algo así como el pateo de un rebaño que marcha á escape...... El ejército va en plena derrota.

El Mariscal ha ganado la partida.

ALFONSO DAUDET.

NUESTRA SEÑORA DE LA FAMILIA

Leyenda.

Amel el pastor, y Fenora la rubia, su mujer, vivían en la parroquia de San Viñol, hoy anegada, en la bahía de Caucale.

Fenora era buena y bonita, Amel fuerte y bueno. El llevaba la estatua de la Virgen en la procesión del 15 de Agosto. No tenían hijos, y esto les entristecía.

Cierto día que Amel volvía pensativo del monte, encontró á Fenora llorando, y comprendiendo el motivo, le dijo:—Querida mía, teje un hermoso velo á la Virgen María; ya verás como en recompensa te envía un angelito á tu cuna para que lo mezcas.

¿Pero cuándo ha discurrido un hombre una cosa antes que su mujer.

Fenora tenía ya tejido el velo, más blanco que la nieve y tan transparente como las nubes de verano.

La Virgen de San Viñol era riquísima, porque las gentes del país la colmaban de regalos; pero al ver aquel velo precioso que había puesto allí la piedad, se alegró y lo aceptó. Amel y Fenora tuvieron un niño, y la dicha se meció en su cuna.

Cuando cumplió el niño nueve días, Fenora, que aun estaba debil, lo cogió en sus brazos y lo llevó al altar dela Virgen.

—María, le dijo arrodillándose, he aquí el hijito que me habéis dado. Os lo devolvemos, ¡oh madre! sea para vos y que crezca siempre vesti-



Figura 7.

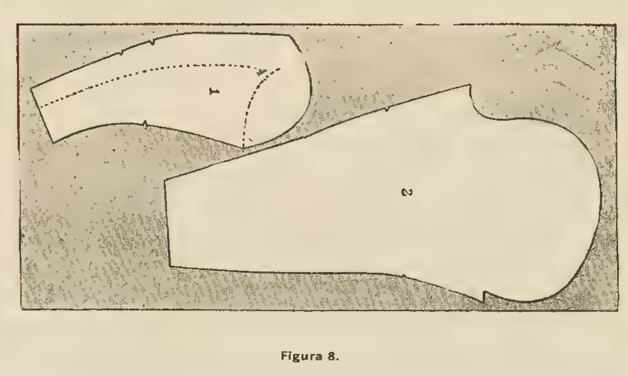


Figura 8.

do con vuestro traje celeste. Miradle bien, Virgen bendita! Lo hemos llamado Raúl, como se llamaba el padre de su padre. Miradle, miradle para que lo conozcáis el día que os necesite.

Y Amel respondió.—Así sea.

Y el niño creció, vestido siempre con los colores celestes.

No se sabe si á causa de los pecados de los feligreses de San Viñol, ó á causa de los de las otras parroquias de la costa, una noche de horrible desgracia, el río creció como la leche hirviente que se escapa del vaso; el viento soplaba, la lluvia caía y la tierra temblaba; toda la llanura estaba cubierta de agua, y al amanecer se vió que no era el río el que se había desbordado, sino el mar.

Llegaba sombrío, impetuoso, revuelto. Rotas las barreras con que Dios contenía sus ímpetus, llegaba, ya no como mar, sino como diluvio. La iglesia de San Viñol estaba situada en una altura.

Los inundados se refugiaron en ella; pero Amel y Fenora se quedaron en la puerta de su casa, más alta aún que la iglesia.

Cuando les llegó el agua á la puerta, subieron al primer piso con el niño Raúl; cuando llegó allí el agua, subieron al techo; pero también allí les siguió.

—¡Esposo mío! exclamó Fenora, alabado sea Dios; todos vamos á morir juntos.

—No, respondió Amel.

—¡Cómo! ¿piensas abandonarnos?

El agua le tocaba ya, entonces añadió poniéndose en la punta del tejado.

—Coje á nuestro hijo, súbete con él encima de mí, que yo te ayudaré, pon tus pies en mis hombros y tente firme.

Fenora comprendió y se hechó á llorar.

—¡No! ¡eso nunca! exclamó.

—Date prisa, lo mando, dijo el padre. Salvemos al niño, sosteniéndote sobre mí, durarás un instante más, quizá se detenga el agua. Adios, mujer mía, si muero y te salvas, dile que se acuerde de su padre.

Fenora obedeció, y cuando subió á los hombros de su marido, el agua cubría la cabesa de éste.

Fenora, exhalando el corazón por los ojos, agarraba al niño.

Cuando el agua llegó á su cintura, elevó al pequeño Raúl, y después de estrecharle contra su pecho, dijo:

—Súbete encima de mí; pon los pies sobre mis hombros y tente firme.

—¡Oh, madre, dijo el niño, nó, nó!

—Date prisa, lo mando; quizá el agua se detenga. Sosteniendote sobre mí, quizá dures un instante más, y si te salvas me alegraré infinito. Adios hijo mío, corazón mío, acuérdate de tu padre y de tu madre.

No habló más por que el agua le tapó la boca.

Solo quedaba por encima de las olas la rubia cabecita de Raúl, y un pliegue de su traje celeste que flotaba sobre las aguas.

Pero en aquel instante, la Virgen de Viñol salía de la iglesia por la ventana más alta, abandonando su pedestal anegado, para huir al cielo. Llevaba consigo todas las ofrendas que había recibido.

Al emprender el vuelo vió la cabeza de Raúl y el pliegue de su vestido.

La Virgen se detuvo, y exclamó:

Este niño es mío, quiero llevármelo también.

Y en efecto, lo tomó por los cabellos creyendo llevárselo fácilmente; pero el niño pesaba tanto que la Virgen tuvo que soltar todas las ofrendas para cojerle con ambas manos.

Cuando dejó todo, telas, coronas y alhajas, pudo levantar al niño, y comprendió por qué pesaba tanto.

Su madre Fenora, lo agarraba con sus dedos moribundos, y el padre con sus dedos crispados agarraba á la madre.

¡Oh! dijo la Virgen contenta y conmovida al ver aquel racimo de corazones; ¡que cosas tan hermosas hace Dios en la tierra!

Y en un pliegue de su manto estrellado puso al padre con la madre y el niño, tres amores en uno, pues que no tiene más que un nombre: LA FAMILIA, nombre bendito en la tierra y en el cielo.

Esta historia se cuenta entre Caucale y Pontorson, ambos colocados frente al monte de San Miguel.

PAUL FEVAL.

CURIOSIDADES

LA HORA NUEVA

Es acaso la influencia del fin de siglo? Lo cierto es que nosotros amamos el cambio; para tales y cuales espíritus un poco inquietos, el cambio es el progreso! No son sin embargo la misma cosa y así lo comprueba la experiencia de todos los días. De cualquier modo que sea, hace algún tiempo que el mundo se preocupa de la cuestión de la hora. La hora de otro tiempo se ha vuelto vieja.

No podría darse otra á la gente del Siglo XX? Y se propone demoler la hora actual para ofrecernos una completamente nueva.

Desde luego, cómo la nación que ha imaginado el sistema métrico ha tenido el mal gusto de servirse aún de la hora duodécima? Este es un contrasentido. Necesitamos la hora decimal, la división del día, no ya en 24 partes sino en 20 ó un múltiplo de 10. Entonces seremos consecuentes con nosotros mismos y estaremos más adelantados.

La proposición de la adopción de la hora decimal debe ser llevada á la Cámara de Diputados. Y el tiempo urge, hay que estar listos para 1900.

Ahora bien, qué es lo que se quiere? Se quiere suprimir las horas de la mañana y las horas de la noche. Se propone contar en adelante las horas de 1 á 24. Media noche, 0 hora; 1 hora; 2 horas; 3 horas; después, medio dia, 12 horas; 13 horas; 14 horas; 15 horas, etc. Desde entonces ya no hay confusión posible. «Tendrá usted la bondad de venir á comer conmigo á las 19? El invitado que reciba esta esquela, se pondrá á reflexionar: á las diecinueve horas?... ¡Diecinueve horas! En fin, buscando, acabará por dar con el quid. Se formará un idioma nuevo. Pero así como se ha necesitado un siglo para comprender lo que es un metro y servirse de él, se necesitará algún tiempo para habituarse á las 16 horas; 13 horas; 18 horas, etc. «Los unos dirán, hasta luego, nos veremos á las diez.» Los otros responderán: «A las 22 horas.» Y aquello será la torre de Babel.

Veamos, son las diez de la mañana ó las diez de la noche? La simplificación propuesta engendrará dificultades en todos los usos durante algunos años. Y los horarios! ¡Qué paciencia para oir 17, 18, 19, 20 y 24 horas!

Y qué complicaciones en los movimientos de la maquinaria! Se perderá tiempo en escuchar á un cucú cantar.......... ... 24 veces.

Pero en fin esta es cuestión de gusto. Los innovadores no me recibirían bien acaso que yo formulase una opinión contraria á su reforma. Debe sin embargo, en honor de la verdad, declarar: que esta modificación en la manera de contar las horas, data de 1884 del congreso de Washington y que fué rejuvenecida en 1895 por el congreso de caminos de fierro habido en Londres. Por lo demás, en Italia se usan tiempo ha, horarios de doble cuadrante divididos por los signos zodiacales, tales como el que ilustra este artículo.

De todos modos la revolución horaria, causará ruido.



Torre del reloj, plaza de San Marcos en Venecia.

EL MUNDO.

TOMO I. MEXICO, MAYO 30 DE 1897. NUMERO 22.

Mes de María.



La ofrenda más pura.

[Dibujo de José M. Villasana.]

"EL MUNDO"

Semanario Ilustrado.

Teléfono 434.—Calle de Tiburcio núm. 20.—Apartado 87 b.

MÉXICO

Toda la correspondencia que se relacione con la Redacción, debe ser dirigida al

Director, Lic. Rafael Reyes Spíndola.

Toda la correspondencia que se relacione con la edición debe ser dirigida al

Gerente, Lic. Fausto Moguel.

La subscripción á EL MUNDO vale $1.25 centavos al mes, y se cobra por trimestes adelantados.
Números sueltos, 50 centavos.
Avisos: á razón de $30 plana por cada publicación.
Todo pago debe ser precisamente adelantado.

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE.

Notas editoriales.

Una Exposición Internacional.

Se anuncia que una compañía americana tomará á su cargo el abandonado proyecto de exposición internacional, y reanudará en breve los trabajos iniciados en el Rancho de Anzúres de esta ciudad. La noticia no ha podido menos de satisfacernos, por creer ya fracasada esta empresa, de la que esperábamos para nuestro país positivas ventajas.

Una exposición, ha dicho alguien, es un *aviso en movimiento*, un incisivo *prospectus* de la riqueza de un pueblo y de las perspectivas que ofrece á los grandes negocios. Y México necesita de esta útil propaganda, ya lanzada la nación en el camino de su desarrollo económico.

Para nosotros ha llegado el tiempo de dar á conocer los elementos de que disponemos, aun yacentes y sin catalogar todavía, la enorme suma de fuerzas vivas utilizables en dirección conveniente para el ensanche del bienestar social. Es una propaganda de resultados seguros y que han adoptado con éxito las nacionalidades modernas.

La República tiene sobre su cabeza un mercado de más de setenta millones de productores activos, siempre dispuestos á consumir nuestras abundantes reservas de materias primas, excelente posición que debemos aprovechar á toda costa. Semejante estímulo ha de influir necesariamente en nuestras energías, venciendo invencibles perezas tradicionales, comunicando ardor á nuestro trabajo nacional, todavía débil y sin elevados rendimientos.

Y una exposición no sólo servirá como repleto *muestrario* de nuestra riqueza pública, sino también de instructivo ejemplo del esfuerzo extraño conducido hábilmente por derroteros industriales. Al país le es conveniente cambiar una buena parte de sus viejos útiles, desechar añejos procedimientos, para extraer de sus elementos naturales la mayor utilidad posible. Al ponernos en contacto con el avanzado industrialismo de otras naciones, al tomar nota de los progresos de la ciencia moderna, recibiremos una buena bocanada de aire vivificante que reanimará nuestros pulmones.

Por otra parte, la Capital posee buenas condiciones para hacer de ella un lugar de recreo para los *touristes* americanos, que ya hoy vienen en respetable número. Estas parvadas de viajeros llegarán un día á ser nube, y de su paso por la República recibirá ésta un fuerte impulso en todas sus actividades.

Así la proyectada Exposición Internacional es una empresa que debe contar con todas las simpatías de los interesados en el progreso del país.

Incendios y bomberos.

Ahora que con motivo de la catástrofe del Bazar de Caridad de París, tanto se preocupa la atención del público en este orden de siniestros, no es ocioso examinar con frialdad los elementos con que contamos para hacer frente á semejante categoría de peligros. Precisamente un incendio, estallado en estos días en la ciudad, ha puesto de relieve deficiencias, indispensables de subsanar, en el cuerpo de bomberos. La reorganización se impone como una medida trascendente, y según informes que encontramos en la prensa diaria, la Secretaría de Gobernación ha comenzado á trabajar en tal sentido.

La verdad es que hasta el día no se habían registrado en la Capital de la República grandes incendios, y para las *modestas proporciones* de los que se han producido, los servicios prestados por el Cuerpo han sido suficientes. Así como el *músculo* se desarrolla en el *ejercicio*, toda función se amplifica y mejora á influjo de las exigencias del aparato que dirige. Se concibe que en Nueva York, donde los incendios revisten un carácter colosal, la organización de los bomberos haya llegado á ser irreprochable. Una vez más, queda demostrado que las necesidades son las que determinan el progreso en cualquiera dirección del organismo social.

En México, las añejas construcciones de la dominación española han persistido á la acción de los años. Los caserones virreinales, con sus gruesos muros, sus macizas bóvedas y sus graníticos asientos, han permanecido firmes, á trechos cubiertos de parches que disimulan sus heridas de viejos combatientes, ya sostenido algún fatigado miembro con un soporte que le sirve de muleta, bien adhiriendo al encorvado esqueleto una ligera capa de pintura que le da apariencia de joven tejido arterial. Y así, fraccionados, divididos, compuestos y aderezados, los conventos y los palacios, los cuarteles y las bodegas, nos han proporcionado durante largos años habitaciones, un poco caras, es verdad, pero, por contra, un mucho incómodas.

Pero estos gigantes van sintiéndose cansados, se desmoronan con lentitud, marchan pesadamente, hasta que una mañana un robusto piquetazo de la Obrería Mayor los hace rodar en el polvo.

Es un hecho innegable que el vecindario necesita habitaciones, y se señala como un excelente negocio para los hombres de empresa la construcción de viviendas cómodas, dentro de la existencia moderna, sin olvidar, naturalmente, las reglas higiénicas. Pero si se necesitan casas, también se hace indispensable que el alquiler de estas se reduzca considerablemente, dado el promedio de sueldos en nuestra clase media. En México se consagra al alquiler de las habitaciones un *tanto por ciento* más elevado del total de los ingresos particulares del que los economistas señalan en la distribución de un presupuesto doméstico.

No es posible, sin embargo, rebajar el tipo del alquiler, cuando en las construcciones se emplean materiales que hacen subir considerablemente el dinero invertido. Una casa que tenga para cada recámara una cúpula, y cuya sala ofrezca muros tan espesos como el Monasterio del Escorial, soporta un fuerte capital inutil, pero siempre digno de atención por parte del propietario.

De aquí lógicamente se desprende que las nuevas habitaciones que en plazo no muy lejano, substituirán á las mansiones feudales en que habitamos, habrán de tener un menor costo. Es decir, serán habitaciones mucho más ligeras, más reñidas tal vez con la tradición, pero seguramente más al alcance de las posibilidades del vecindario. Ya han comenzado á levantarse algunas de estas construcciones en los afueras de la ciudad y en los pueblos de los alrededores.

Esas casas se hallan, no obstante, expuestas á mayores peligros que las que hoy nos albergan, y entre esos peligros debemos colocar en primera línea la facilidad de los grandes incendios. Para entonces—y este *entonces* es de actualidad inmediata—se hace preciso dotar á la ciudad de un buen servicio de bomberos, destinado á apartar de nuestros espíritus toda idea de un riesgo semejante, salvas las proporciones, al que ha determinado la tragedia de París, que tan dolorosamente ha impresionado al mundo entero.

El dón de la vida para el escritor, es la inmortalidad de sus obras, sean cuales fueren las condiciones en que se hayan producido. Y el dón de la vida no es otro que el don de la verdad. Cuando un personaje es verdadero, es eterno; poco importa que esté mal vestido, que presente líneas defectuosas; basta que por los agujeros de su traje pueda verse la carne desnuda y viviente. Ya está levantado para muchos siglos.

En esto ha de tener—y tiene efectivamente—mucha parte el temperamento del escritor, temperamento que es quien decide de la vitalidad de las creaciones literarias. Hay entre los artistas manos creadoras, como hay también manos que no pueden animar nunca la materia que tocan, por preciosa que esa materia sea.

EMILIO ZOLÁ.

Política General.

RESUMEN.—El Senado Americano.—Reconocimiento de beligerantes á los insurrectos cubanos.—Su resonancia en América.—Las Repúblicas latino-americanas.—Su probable marcha en lo porvenir.—El estado político de España.—El incidente del Duque de Tetuán.—Escándalo en el Senado.—Conservadores y liberales.—Un abismo abierto.—Temores de guerra.—Conclusión.

Cuando todo anunciaba calma y serenidad en las regiones oficiales, y las reiteradas declaraciones, así del gabinete español, como del gobierno de la Isla de Cuba, proclamaban la cuasi total conclusión del movimiento insurreccional que por más de dos años ha llenado de luto y desolación, de ruinas calcinadas y destrozados cadáveres el territorio todo de la Isla *siempre fiel*, el Senado americano en quien debemos suponer, y con justicia, la respetabilidad que le corresponde en el funcionamiento político de la gran República, después de haber aplazado una y otra vez la discusión de la cuestión cubana, después de haber hecho resonar las bóvedas del augusto recinto, con discursos incendiarios é increpaciones terribles contra la política española en la dirección de la Isla, y de levantar una y otra vez la voz autorizada de sus senadores, en favor de los que combaten en la manigua por su soñada patria, acaba de aprobar por gran mayoría de votos, la proposición de Morgan, en que se declara el estado de guerra existente en Cuba, y como consecuencia necesaria, la estricta neutralidad á que ha de sujetarse el gobierno americano respecto á las dos partes beligerantes.

Si el Senado americano, en donde tiene tanta influencia Mr. Sherman, jefe del gabinete de Mc Kinley, no ha podido libertarse de la acción, que en él ejercen las manifestaciones públicas de simpatía, y á pesar de sus discutidas facultades á intervenir en el asunto sin el consentimiento del Ejecutivo, se ha visto obligado á aprobar la proposición de Morgan, no es dudoso que, aprobada la declaración en la Cámara de Representantes y sancionada por el Presidente, el reconocimiento de la beligerancia, y la concesión de derechos á este anexos, sea secundada por los gobiernos de las demás repúblicas americanas. La gran República del Sur, los Estados Unidos del Brasil, así lo ha prometido, y á nadie extrañaría que los gobiernos de naciones fuertes y débiles, grandes y pequeñas, pero que en más ó en menos recuerdan en la lucha antillana su propia guerra de independencia, fueran una á una reconociendo los mismos derechos, y concediendo idénticas prerrogativas á las que ha concedido el Senado de los Estados Unidos de Norte-América.

***

No menos influencia que en América ha tenido en España la declaración; pero allí no ha producido las exaltaciones que en los pasados días ocasionaba el simple rumor de que el asunto preocupaba á los legisladores de Washington. En general, ha sido recibida con frialdad la decisión del Senado, y no ha faltado en las altos círculos políticos, quien, después de considerarla extemporanea y fuera de lugar, la crea una bella coyuntura para conocer mejor las intenciones que animan á la República americana, y una ocasión favorable para dar fin y remate á los trabajos de la pacificación.

Declarada la beligerancia, dicen, se hará efectivo el bloqueo más estrecho en las costas cubanas, se cerrarán los puertos al comercio americano, y los cruceros españoles que guardan las aguas antillanas, podrán perseguir á los buques filibusteros fuera de las aguas territoriales. Acosados en el interior de la Isla los grupos insurrectos, rechazados á lo más enmarañado de las selvas y alejados de los centros de población; consumidos los elementos que pudieran favorecerlos al rededor de las guaridas que ocupan, y sin recibir del exterior ninguna clase de auxilios; faltos de víveres, de armas y de municiones, tendrán que sucumbir al esfuerzo de los ejércitos que los persiguen dentro, y á la acción combinada de las escuadras que los aislan completamente de todo el mundo.

***

No juzgan lo mismo que esos optimistas, ni el jefe del partido liberal español, ni todos los que con él trabajan en la prensa de oposición y en la tribuna parlamentaria.

Muy graves han sido las declaraciones del señor Sagasta en la reunión que tuvieron los liberales antes de la reciente apertura de las Córtes. Su misma gravedad los impelía á agruparse en torno del gabinete conservador, para llevar al gobierno responsable, los elementos sanos del partido, y cooperar de consuno en la conjuración de las dificultades originadas en las guerras de Cuba y Filipinas.

No lo comprendió así el ministro de Relaciones Exteriores, que, rechazando de modo inconveniente una interpelación del señor Comas, senador liberal, dió al mundo el espectáculo de un alto personaje, de un noble de abolengo, de un ministro de la Corona, de un diplomático respetable, dando y recibiendo golpes, en presencia de los estirados senadores del reino y en el seno mismo de la alta Cámara legisladora. Este incidente ha venido á agregar algo como una sombra en medio de la situación; según la declaración de los liberales, muy lejos de ser satisfactoria y tranquilizadora, ha venido á abrir como un abismo entre los dos partidos militantes que, ni quiere colmar Cánovas con una amplia satisfacción á los liberales que con razón se consideran ofendidos, ni quieren traspasar los devotos partidarios del señor Sagasta, si no se les tiende como puente la renuncia del Duque de Tetuán y su separación del alto puesto que ocupa.

***

La crísis aumenta, crece amenazadora con la tenacidad de los unos y la persistencia de los otros. Los diputados y senadores de la fracción política que acaudilla el señor Sagasta han abandonado sus tareas parlamentarias, casi arrastrando, de rechazo, á la minoría conservadora que rodea al señor Silvela; y en medio de ese aislamiento, el Presidente del Consejo, que cuenta con la mayoría ministerial, sigue imperturbable su tarea, presentando los presupuestos ordinarios y solicitando arbitrios y recursos nuevos, para acudir á colmar ese tonel sin fondo que han abierto las guerras coloniales.

Los resultados próximos y remotos del escándalo parlamentario no pueden darse por terminados; negras nubes se ciernen en el horizonte político de la nación, que aún no gobierna Don Alfonso XIII; esa excisión, esa abierta pugna de los partidos, no puede ser indiferente á los que buscan el bien positivo del país, á los que quieren verlo libre de zozobras y ajeno de dificultades, á los que ansían encontrarlo próspero y feliz; no puede ser indiferente á los que desearían ver unidos á todos los españoles, animados por el mismo sentimiento y electrizados por el mismo patriotismo, para salvar todas las sirtes y conjurar todas las tormentas, precisamente en los momentos en que la declaración del Senado americano, si encuentra eco en la Cámara de Representantes y á ella no se opone el presidente Mc Kinley, amenaza á España tal vez con una guerra cuyos resultados no son fáciles de prever.

27 de Mayo de 1897.

X. X. X.

OTRO PAGO DE $3,420 DE "LA MUTUA" EN MORELIA.

Morelia, Mayo 6 de 1897.

Señor D. Carlos Sommer, Director general de "La Mutua."—México.

Muy señor mío:

Tengo la satisfacción de manifestar á usted que hoy ante el Sr. Notario Público D. Antonio de P. Gutiérrez, y con la intervención del Sr. D. Enrique Hernández Alba, Agente de «La Mutua» he recibido del Sr. D. Antonio Bizet, banquero de dicha Compañía, la suma de tres mil cuatrocientos veinte pesos, treinta cts.: ($3,420.30), valor total de la póliza núm. 611,926, bajo la cual estuvo asegurado mi finado hermano el Sr. Lic. D. Francisco Huerta Cañedo, en favor de sus hijos María Soledad y José Huerta Cañedo, en cuya representación como su tutor firmo el correspondiente recibo.

Debo advertir que la cantidad por la que se aseguró mi expresado hermano fué la de tres mil pesos y que los cuatro cientos veinte pesos treinta centavos excedentes, forman la devolución íntegra de los premios pagados á »La Mutua» por la expresada póliza.

Esta circunstancia me hace recomendar ante las personas de buen criterio las Pólizas con devolución de premios que expide la compañía que tan acertadamente dirige usted en nuestro país!

Réstame enviar á usted mi voto de gracias por la eficacia y actividad con que se corrieron los trámites conducentes á este pago.

Quedo de usted affo. atto. y S. S.

Alberto Huerta Cañedo.

POETAS AMERICANOS

Al Sr. D. A. Gómez Restrepo.—En Santa Fé de Bogotá.

¿Qué no podrá esperar, si en algún día
los fragmentos dispersos de su raza,
en la patria común del patrio idioma,
dan á las letras y al saber morada?
Se abrirá nuevo campo á sus conquistas,
de otros lauros será su sien orlada,
lucirán en su cielo otras estrellas
y ecos sin fin pregonarán su fama.

(Lorenzo M. Lleras, *Origen de la lengua castellana*)

Estos versos, medianos por la forma, nobilísimos por el sentimiento que los inspiró, debieran grabarlos en la memoria todo español que hable de poetas y escritores americanos, y todo americano que, de algún modo, se refiera á las cosas de España. Importa mucho que unos y otros se fijen para siempre en ese conepto amplísimo y generoso de la *patria común del patrio idioma*, concepto positivo, cierto científicamente, como han reconocido los maestros de la crítica filológica en Alemania, y los de la crítica filosófica en Inglaterra: concepto nada retórico, nada artificial, del que puede y debe brotar un sentimiento grande, fuerte, humanísimo: el amor de la Metrópoli á sus antiguas colonias, hoy emancipadas, y la piedad filial de éstas para la madre que supo roturar aquellos fértiles terrenos incultos, rozar aquellos matorrales inhospitalarios, chapear aquellas selvas vírgenes, iluminar aquellos cerebros salvajes, levantar aquellos rudos corazones. Conviene que en la tragi-comedia de las

DAMAS GUATEMALTECAS



Srita. Olivia Santa Cruz.

[De fotografía de Eug. Pirou, París.]

relaciones entre España y América, se llegue, por fin, á la situación que los griegos llamaban *anagnórisis*, que nos reconozcan y reconozcamos, que olviden y nos olvidemos de lo que fué culpa de ellos y de nosotros. Conviene, sobre todo, que, pues en América aun los más ciegos y exaltados detractores de España en lo político, la reconocen autoridad y potencia directiva en lo literario, apliquemos tal potencia y ejerzamos tal autoridad, y para ello lo principal es saber á quiénes se ha de encaminar y dirigir, conocerlos como á gente de casa, como á parientes muy cercanos, y estudiarlos con simpático interés, y hacer más que esto, vulgarizar sus obras y extender sus nombres de manera que no suenen á extraños apellidos que son los nuestros propios, ni parezcan exóticas ideas y sensaciones de las cuales nosotros dimos la raíz, el eterno protoplasma.

La Academia Española, empleando el más luminoso cerebro y la más brillante pluma con que hoy cuenta, comenzó este trabajo tan provechoso; pero guiada por el criterio rutinario y ultraconservador que siempre ha distinguido á estas corporaciones, se detuvo en la mitad del camino.

La Academia, como las agencias funerarias, sólo concede valor á los muertos: impuso, por consiguiente al ilustre Menéndez y Pelayo la obligación de que en la *Antología de poetas americanos*, figurasen solo nombres y obras de escritores difuntos, como si la muerte fuera una consagración literaria, y quedaron tronchados los troncos más ó menos robustos de la poesía americana, sin que nadie pudiese juzgar de su lozanía y de su frondosidad, pues que en todos ellos apenas han comenzado á salir los brotes y á trocarse éstos en ramas, cuya consideración quizá, y sin quizá, es más importante que la del tronco mismo. Además, casi todos los poetas americanos difuntos, conservaban todavía en los oídos los ecos dolorosos y vibrantes de la lucha con la Metrópoli, y en algunos, como en Olmedo, los acentos más vigorosos eran los de la pasión contra la patria madre. Los poetas de la *Antología*, en su mayor parte, fueron testigos de la que ellos contaban como guerra homérica, mientras el propio *Libertador*, el ídolo Simón Bolívar, la calificaba con toda exactitud, llamándola *nuestra pobre farza*.........

Añádese á esto las condiciones, un tanto......... *aristocráticas* (ó al menos poco accesibles á la mayoría de los lectores), en que se publicaron los cuatro tomos de la *Antología*, y se comprenderá que, sino del todo inútil, la obra de la Academia Española no ha sido fructífera, ni ha respondido sino á medias, al buen deseo que la inspiró.

Más interés y mayores consecuencias han tenido algunos trabajos sueltos de los señores Valera y Pí y Margall, acerca de los escritores americanos; pero el clásico empaque del primero y la incurable frialdad del segundo de dichos ilustres autores, han estorbado grandemente para que el tema llegase á tener popularidad y resonancia, aun entre los mismos literatos.

Muchos de estos afirman todavía que no existen poetas americanos de valor, ó miden á todos ellos con el mismo almud, echándoles olímpicamente el rasero de cuatro frases hechas, como la *rimbombancia*, la *palabrería insubstancial*, la *dicción oratoria más que poética*, etc., etc., defectos, á la verdad frecuentes en los poetas del Nuevo Mundo. Para los *lectores* y para los *letrados*, falanje nada numerosa en España, pero que poco á poco va creciendo, siguen sin existencia, y sin *consistencia plástica*, por decirlo así, los que ya pueden llamarse poetas clásicos de las Indias Occidentales; Bello, Heredia, Olmedo, Caro el viejo, figuras de tan marcado relieve y de tan hermosas proporciones. Y no hay que decir lo que significarán ni á qué sonarán los nombres de los jóvenes poetas americanos, más numerosos y, por lo general, mejor encaminados que los de la Península. Claro está, no hay entre ellos un Campoamor, porque, si bien se considera, Campoamor, más que un poeta, es la resultante, el remate feliz y esplendoroso de una larguísima tradición poética y filosófica, llegada al término más refinado y exquisito de su vida. No pueden salir poetas como Campoamor en literaturas núbiles apenas. Pero salen, sí, poetas semejantes, salva la diferencia de los tiempos, á Zorrilla, á Bácquer y aun á Núñez de Arce.

Por lo poquísimo que de ellos conozco, juzgo que estos poetas jovenes americanos, merecen reflexiva atención por parte de la crítica, un mucho descuidada en este punto, y á la cual me permitiré señalarlos, para que ella, que puede y sabe, convierta en estudio serio mis profanas y ligeras observaciones.

***

De tierra de Colombia, *en esmeraldas y oro rica*, según el archisimpático beneficiado de Tunja, Juan de Castellanos, ha llegado hace poco un volumen de *Poesías*, sin otro título que ese, el más sencillo de todos. El autor, *Ismael Enrique Arciniegas*, es muy joven á lo que parece, por el retrato, y por unas notas biográfico-críticas, muy discretamente aderezadas por D. Ricardo Becerra, en Caracas, donde está impreso el libro.

Declaro francamente no conocer otros poetas colombianos que los incluidos en la *Antología*; casi todos ellos figuraban ya en la farragosa y desordenada recopilación hecha en París con el título de *La América poética*. De las dos colecciones reunidas por el Sr. Rivas Groot, bajo los nombres de *El parnaso colombiano* y *La lira nueva*, so-

DAMAS MEXICANAS



Srita. Carolina Rodríguez y Gómez. (De Saltillo, Coahuila.)
[Fotografía de Torres Hermanos, México.]



Srita. Nancy Canseco. (De Oaxaca.)
[Fotografía Monroy y Rico, de Oaxaca.]

lo he visto los títulos citados, repetidas veces. De este modo, solamente puedo afirmar que Ismael Enrique Arcienagas no se parece, como poeta lírico, á ninguno de los que en Colombia son reputados como clásicos. Ni tiene la reposada severidad de don José Eusebio Caro, ni la pomposa altanería de Arboleda, ni el naturalism *o local* de Gutiérez Gonzáles, ni la entonación quintanesca de don José Joaquín Ortíz, quien pudo enseñar Historia y otras disciplinas á Arciniegas (como dice el biógrafo de este), pero de fijo nada le enseñó de poesía.

Cabalmente, lo más amable del ingenio de Arciniegas, lo más característico de él, es su cuidado escrupuloso de evitar los lugares comunes de la poesía americana, las constantes alusiones á nuestra *ominosa* dominación, y al tan acreditado y descolorido *sacudir del yugo*, así como los elogios hiperbólicos á esos tiranuelos con quienes algunos inspirados vates de América han hecho lo que Velázquez con los bobos y pícaros de la corte de Felipe IV: inmortalizarlos por el contraste entre la ruindad de ellos, y el sublime arte con que están pintados. De igual modo, huye Arciniegas de las descripciones enfadosas de la naturaleza americana, de las cuales todos las poetas han quedado muy por bajo de Humboldt.

Arciniegas sólo describe cuando es necesario y lo hace de una manera no superada, en mi humilde opinión, por ningun poeta contemporáneo.

¿Pruebas? Ahí va ese admirable fragmento:

En la orilla, debajo de las frondas,
se ve el plumaje de las garzas blancas,
y allá, del pasto entre las verdes ondas,
los toros muestran sus lucientes ancas.
....

Se ven del tigre en el fangal las marcas;
y en la vaga penumbra entre las quiebras,
junto á las negras charcas,
yacen aletargadas las culebras.
Remolinean vírgenes efluvios;
el humo de la rosa azul y blanco
sube de la montaña por el flanco,
y alzan las cañas sus airones rubios,
del sol a los fulgores,
como penachos de indios vencedores;
y traen á la vega, bulliciosos,
los vientos tropicales,
el ruido de los plátanos hojosos
y el lejano rumor de los maizales.
Y en la playa desierta
sobre la seca arena perezosos,
cual negros troncos con la jeta abierta,
descansan los caimanes escamosos.
....

En la cercana loma,
en un recodo del camino asoma
feliz pareja de labriegos. Ella,
núbil, fornida y bella,
de ojos negros y ardientes, y de roja
boca virgínea y apretado seno
que forma curva en la camisa floja:
y él, atlético y lleno
de juventud y vida, musculoso,
con muñecas de recia contextura,
hechas como muñecas de coloso
de alguna raza extraña,
para domar el potro en la llanura,
para tumbar el roble en la montaña.
Y la feliz pareja al fin se pierde
entre la selva enmarañada y verde.
....

Quien acierta á describir con tan castiza y severa sobriedad la bochornosa naturaleza americana, hace muy bien prescindiendo en absoluto de condores, colibríes, pájaros-moscas y demás inaguantables tópicos de la fauna poética, empleada habitualmente en este género de cuadros. Así, no de otra manera, debe ser el poeta americano, y por ese camino debe seguir quien, como Arciniegas, marcha ya con seguro y firme paso.

En cambio, debe olvidarse por completo de que existe el Rhin y de que hubo hace algunos siglos trovadores y *minnesingere*, los cuales bien se están muertos, sin necesidad de que intente resucitarlos quien tiene alientos propios para mayores cosas. Tanto como disonaría y causaría molestia el ver junto al salto del Tequendama una catedral gótica, ó en las orillas del Cauca ó del Magdalena, la taberna de Auerbach, disuena y desencanta el contemplar ingenios frescos, lozanos y originales, como el de Arciniegas, metiéndose en los moldes de Heine ó Bécquer, ó de sus mal disimulados imitadores y rápsodas.

Es preciso imponerse y resistir á esas tentaciones imitativas, tanto más alucinadoras cuanto más facilidad hay en el *hacer*. Quien puede ser el vate de su tierra, de una tierra esplendorosa y magnífica, y que en otros tiempos cubría á sus caciques

de oro molido
desde los bajos pies hasta la frente,
como rayo del sol resplandeciente,

según el beneficiado Castellanos, obligado está á no recorrer carreteras pataleadas por todo el mundo, y á abrirse triunfalmente paso por entre la maleza nativa del país, con el propio esfuerzo. ¿A qué viene ahora hablar de bohemios parisienses y de estudiantes tudescos, hartos de cerveza, quien nació allá entre bosques inexplorados, junto á las bravas corrientes, bajo los Andes inmensos? Hable en buena hora de flores del trópico y de amoríos tropicales también, y aun cuando parezcan, tal vez, una miaja quejumbrosos, nadie se quejará de ello: pinte, como sabe hacerlo, cuanto al rededor tiene, ya que es tan hermoso, y déjese de castillos feudales y de trovas á media noche, que son la cosa más expuesta para que un escritor caiga en la cursilería.

Porque Arciniegas es un poeta excelente, deben hacérsele observaciones como estas y otras más, por quien se halle investido del sacerdocio de la crítica y elevado en el *oportuno* trípode. En cuanto á la forma, creo sinceramente que nada se le puede tachar. En Colombia, la patria del insigne Don Rufino José Cuervo, se habla y se escribe el castellano con pulcritud insuperable. Arciniegas demuestra poseer muy á fondo la gramática, y su vocabulario, no excesivamente numeroso, es muy expresivo. La versificación, en todos los metros, resulta igualmente fácil, suelta y animosa, y en ella se notan, á veces, recursos fónicos que acreditan oido magistral.

En suma: Ismael Enrique Arciniegas merece algo más que esta simple mención, que yo no acierto á hacer interesante y atractiva.

Ese algo, hágalo quien pueda.

F. Navarro y Ledesma.

Del hombre que duda al que niega, no hay mucha distancia. Todo ateo ha sido filósofo antes.

A. de Musset.

La mujer amada es como la religión: se lo hace creer á uno todo.

Eusebio Blasco.

La catastrofe de la calle de Jean Goujon en Paris.



Un brasero de carne humana.

4 DE MAYO, A LAS 5 DE LA TARDE





LA CATASTROFE DE LA CALLE JEAN GOUJON EN PARIS

El Bazar á las cuatro y cuarto de la tarde.—La fiesta en su plenitud. Cinco minutos después.—Entre el muro y la hornaza.

LA CATASTROFE DE LA CALLE JEAN GOUJON EN PARIS

El incendio del 4 de Mayo de 1897 se contará entre esas terribles catástrofes, que, después de haber hundido numerosas familias en el luto y á los contemporáneos en la consternación, dejan un imborrable recuerdo transmitido de generación en generación como un ejemplo de la potencia destructiva de ciertas plagas. La fatalidad parece, por otra parte, haber acumulado esta vez, en un singular concurso, todas las circunstancias propias para llevar al supremo grado el horror de la catástrofe: la rapidez fulminante del siniestro, lo ineficaz de los socorros, el número de las víctimas, los contrastes trágicos y hasta el motivo de la reunión—una fiesta de beneficencia.

Institución bien conocida en París, destinada á sostener diversas obras importantes y patrocinada por la alta sociedad parisiense; el Bazar de Caridad acababa de abrir su venta anual. Este año, pensando con razón que aumentar la afluencia de los visitantes es engrosar la parte de los pobres, los principales organizadores. M. Henry Blounť y el barón de Mackau, habían querido solicitar la curiosidad por el atractivo de una innovación original.

El Comité adquirió una «calle del viejo París,» notada en otro tiempo en el Palacio de la Industria, en la exposición del teatro y de la música, y en pleno barrio de los campos Elíseos, calle de Jean Goujon sobre un terreno vacante; puesto á su disposición, graciosamente por M. Michel Heine, hizo plantar una decoración de tela pintada. Un muro imitado completaba el frágil edificio del cual damos aquí el plano, tomado de la *Ilustración Francesa*. Teniendo su fachada hacia la calle limitada por otra parte por los altos muros de las casas vecinas con un espacio libre en los dos lados, medía 80 metros de longitud y 13 metros de anchura.

Así un símil medioeval debía servir de cuadro á la asamblea mundana. Los puestos de venta fueron instalados en tiendas pintorescas, ofreciendo dos líneas paralelas de techos puntiagudos, de aleros coronados de enseñas legendarias: *A la torre de Nesle*, *Al leon de oro*, *Al gato con botas*, etc. Un inmenso *velum* estaba tendido de un lado á otro de la galería. Ahí fué donde el *Bazar de Caridad* inauguró su «saison.»

Desde el principio, el programa de los organizadores cumplía sus promesas. Una afluencia enorme en que dominaba el contingente de la aristocracia, se agolpaba á los puestos servidos por damas y señoritas, que llevaban los mas grandes nombres de Francia. Los compradores vaciaban generosamente sus bolsas sin regatear, adquiriendo los menudos bibelots; muchas damas sobre todo, con hermosos toilettes de primavera; niños empinándose con gestos de avidez hacia un pequeño globo cautivo cuya canastilla estaba colmada de juguetes; comisarios celosos luciendo en el ojal sus cintas; todo un público de elección divertido con la ingeniosa *mise en scene*; y luego, nota austera, pasando entre toda aquella alegría llena sol, entre aquellas apariencias un poco frívolas, como para recordar á la concurrencia el caracter y el fin de la reunión—el hábito de paño gris, el escapulario y la corneta blanca de la hermana de la caridad.

Tal es el cuadro que se ofreció á los parisienses desde el primer día sin dejar prever, que, ¡ay! bien pronto iba á trocarse en un cuadro fúnebre y terrible.

Al día siguiente, martes, el aspecto del interior del Bazar era idéntico; acaso también la visita del nuncio apostólico había atraído más mundo aun que la víspera. A eso de las cuatro de la tarde, la fiesta, siguiendo la expresión consagrada, llegaba á su plenitud, cuando retembló de pronto el grito siniestro, «fuego.» La explosión de una lampara de un cinematógrafo instalado en una pequeña sala que daba á la galería, acababa de inflamar el velum transformándolo instantaneamente en una inmensa sabana de fuego cuyos fragmentos caían sobre las vendedoras y sobre los visitantes, en tanto que las llamas rápidamente propagadas alcanzaban las colgaduras ligeras, el maderamen resinoso, el piso, las telas y demás decoraciones, encontrando un alimento demasiado propicio en todas estas materias combustibles.

Cinco minutos después del primer grito de alarma, todo estaba consumado. No quedaba de la construcción más que los postes medio calcinados que habían servido para soportar el lienzo que daba á la calle Jean Goujon y un brasero humeante al ras del suelo, como el que dejarían en un campo las chozas incendiadas.

Fuego de paja, hubiera podido decirse, á no saberse que en aquellos momentos el recinto incendiado contenía más de mil doscientas personas, de las cuales una centena, cuando menos, no había tenido tiempo de escapar de la hornaza; si aquí y ahí montículos de aspecto característico, no hubiesen revelado la obra de la muerte.

En efecto, los bomberos, á pesar de toda diligencia, llegados demasiado tarde para evitar ó atenuar el desastre, y reducidos á la tarea de bañar los escombros, es decir, los ínfimos residuos del brasero, descubrían, en algunos sitios, cadáveres amontonados. El golpe vigoroso de sus lanzas pronto arrojó la capa de brasa y de ceniza de que estaban recubiertos los miembros informes, poniendo al desnudo los cuerpos tumefactos, contraídos, carbonizados; huesos calcinados, craneos vivos, cabezas inconocibles, que ya no tenían figura humana. Cubrióse como se pudo esos cadáveres, en tanto que se proveía á su transporte, sea al domicilio reconocido, sea al Palacio de la Industria transformado en deposito mortuorio y bajo un grosero lienzo provisional donde yacía aquello que fué juventud, belleza, vida feliz; los relieves, los pliegues dejaban aun adivinar restos de humanidad.

Los diarios han referido en detalle los episodios del incendio, el pánico inevitable, el funesto atropellamiento sobre las puertas estrechas, la huida loca hacia sitios de escapatoria problemáticos de mujeres infortunadas, semidesnudas ya por la llama fijada á sus trajes, ó medio muertas de espanto, y también los actos de salvamento realizados. Entre esos episodios hay uno del cual nuestros dibujos reconstruyen la fisonomía particularmente dramática.

Como nuestro plano lo indica, el fondo del terreno en que se elevaba el Bazar de Caridad está limitado por el muro posterior del hotel del palacio, perteneciente á M. Roche Sautier y que tiene su entrada sobre el Patio de la Reina. Ese muro está taladrado por una sola abertura, un día de sufrimiento, guarnecida de cinto fuertes barrotes de hierro. Esta salida estrecha ofrecia una pro-



La catástrofe de la calle Jean Goujon.—Después del siniestro. Parte derecha del terreno donde se encontraba el principal amontonamiento de cadáveres.

babilidad de salvación, la multitud, enloquecida, se lanza, se arrolla; choca desesperadamente con el obstáculo que parece burlar su angustia. Entonces, armándose de un cuchillo y desplegando un vigor que aumenta el sentimiento del deber, M. Gomery, cocinero del hotel, logra en algunos intantes desprender tres de las barras.. El paso queda libre, mas no se ha conjurado todo el peligro, porque la abertura no puede dar paso más que á una persona, á la vez, y bajo la influencia del terror, empieza un escalamiento insensato que á duras penas puede regularizarse en la medida de lo posible. ¡Cuántos debieron la vida á este oportuno auxilio!

El plano que en otro lugar reproducimos es el sólo que muestra la disposición y las dimensiones rigurosamente exactas del terreno y de las construcciones. Haciendo constar que el espacio que quedaba libre detrás del Bazar, tenía cerca de 100 metros de longitud por una anchura mínima de 32 metros, se comprenderá cuál debió ser la intensidad de un incendio que causó tantas víctimas, sumiendo en la desolación á lo mejor de la Francia.


La catástrofe de la calle Jean Goujon.—La extracción de las Joyas.

PAGINAS INSTRUCTIVAS

DIAMANTES DE ACERO

Contando como cuenta la química práctica, con el procedimiento de Moissan para la fusión del carbono con la masa de hierro fundido, y para la obtención de los cristales de grafito, que se ha demostrado son verdaderos diamantes, ha podido la ciencia experimental, con esa enseñanza, obtener del acero de hierro y boro, el boro cristalizado, y fundir, además, el carbono en el manganeso, en el níquel, en el cobalto, en el itrio, en el torio, en el zirconio, en el vanadio, en el rodio, iridio y paladio. Del mismo modo se ha conseguido disolver el silico y cristalizarlo después por enfriamiento en las masas fundidas de plomo, estaño, antimonio, bismuto, oro, plata, potasio y sodio, los cuales no forman siliciuros; pero sí el hierro, cromo, níquel, cobalto, manganeso, cobre y platino. De manera que queda establecido que los metales fundidos son, en general, apropiados disolventes de algunos metaloides que se consideran infusibles ó poco menos, generalizándose la idea que se tenía de que esa propiedad era exclusiva de la fundición de hierro.

Como consecuencia de estos trabajos de Moissan, y de los que siguen sus huellas, después de estudiar el eminente químico la naturaleza de las rocas y minerales que acompañan al diamante en sus yacimientos, y después de haber observado que en ciertos meteoritos se encuentra también el diamante, ha formulado la siguiente teoría acerca de la génesis del diamante natural: Las capas internas de la tierra, compuestas probablemente de metales en estado fundido con carbono en disolución, al aparecer en la superficie por el empuje de las fuerzas eruptivas, se enfriaron y solidificaron, cristalizándose al carbono en estado de diamante.

Semejante teoría, y los hechos más atrás consignados, hacían presumible el creer que en la fabricación de los aceros en los altos hornos y fábricas de fundición se debían producir verdaderos diamantes, porque el procedimiento que se sigue es, en la esencia, el que con más facilidad, en muy reducido espacio y á mayores temperaturas, practica M. Moissan con su horno de corriente eléctrica. En efecto, así se han encargado de demostrarlo el muy reputado profesor de química inorgánica de la universidad de Berna, Mr. Rossel, y su compañero de laboratorio, Mr. León Franck, obteniendo los resultados siguientes:

Tomando un ejemplar de acero de 300 gramos, de un trozo bien compacto, se trata por el ácido nítrico; el residuo insoluble, compuesto de carbono cristalizado, silicatos y otras substancias análogas, se lava hasta que desaparezcan de la reacción las sales de hierro, y después se hierve en ácido nítrico concentrado. El resto que quede, lavado de nuevo, se somete á la acción del ácido fluorhídrico y después á la del sulfúrico fumante, con lo que desaparece gran parte del residuo; dilúyese la disolución obtenida hasta que presente la densidad $\frac{1}{3}$, y quede en su superficie una porción flotante de carbón que puede separarse. No queda ya como residuo más que grafito, que se lava, deseca y funde con clorato de potasa, volviéndose á lavar y á tratarlo de nuevo como queda dicho. Tras el tratamiento por el ácido sulfúrico en ebullición, ya no queda más que un residuo inatacable. Este residuo, puesto en un líquido relativamente denso, como el ioduro de metileno, cae al fondo de la vasija en que se coloca. Si se examina con un microscopio de gran aumento, se ven muy bien los cristales octaédricos transparentes que, puestos en combustión sobre una hoja de platino y con una corriente de oxígeno, desaparecen sin dejar cenizas y dan ácido carbónico.

Los cristales tienen, pues, todos los caracteres del diamante. Repetidas las experiencias con más de 50 ejemplares, han dado resultados análogos. Obsérvase que los aceros que han sido forjados y laminados, dan cristales incompletos, destruidos por los efectos mecánicos, y que los aceros que no han sido sometidos á esas operaciones dan octaedros perfectos. Un acero contiene tanto más carbono cristalizado, cuanto mayor haya sido la temperatura de su fabricación, y es probable que el acero sea tanto más duro cuanto más diamante contenga. De un núcleo encontrado por Mr. Rossel en un acero procedente de los altos hornos de Esch-sur l'Alzette (en Luxemburgo), que contenía entre otros compuestos, fósforo, arseniuro y siliciuro de hierro, siliciuro de manganeso, carburo de silicio y de titano y un cianuro de titano y mucho grafito cristalizado, obtuvo dicho químico, por el procedimiento que queda expuesto, entre gran cantidad de diamantes microscópicos, el mayor de cuantas artificialmente se han obtenido hasta hoy, y de un grueso de cinco decimas de milímetro, al cual han denominado en el laboratorio de la fábrica, la estrella de Luxemburgo. Como hay disolventes del carbono mucho mejores que el hierro, es de esperar, dice Mr. Franck, que empleando alguno de ellos, el que lo sea más á gran presión y temperatura, se obtendrán diamantes artificiales de mayor tamaño que los producidos hasta ahora y que, una vez emprendido con éxito positivo ese camino, llegará la química á resolver el problema de su fabricación fácil y económica.



LOS PRIMEROS VAPORES

Grande es el abismo que separa la época en que el hombre primitivo desafió las ondas del río que cruzaba su camino, en una embarcación hecha de fragmentes de corteza de arbol amarrados por tiras de cuero crudo; y aquella en que atravesó el Atlántico en un vapor de hierro de 22,500 toneladas ó sea el Great Eastern. Este abismo ha sido cruzado de una manera completa y últimamente espléndida, gracias á la fuerza del vapor. Encontramos algunos interesantes detalles respecto á este punto en un número reciente de nuestro colega, *The Morning Post*, dice así:

«Es esta la temporada del año en que los elementos se combinan para favorecer el tránsito rápido á través del Atlántico y como un año después de otro, nos hemos ido acostumbrando á ver eclipsado todo lo que se había hecho hasta el día, no habrá sorprendido á nadie saber que en el mes de Agosto de 1896 se hizo lo que nunca se había alcanzado antes. Los vapores de la línea americana están rebajando el tiempo de las travesías desde Southampton, y los famosos vapores de la línea Cunard, el Campania y el Lucania, han logrado sobrepujarse á sí mismos de modo que hoy es un hecho realizado que el viaje de Londres á Nueva York se puede hacer en seis días; en cuyo viaje nuestros antepasados se creían dichosos cuando invertían solamente tres meses. La velocidad media del Campania, en su último viaje de Queenstown á Sandy Hook fué de veintiuna y media millas náuticas por hora, y no sólo pudo hacer el viaje apesar del viento que soplaba, sino que hubiese sido mejor aún, si hubiese tenido un poco de viento de proa; en los tiempos antiguos de los buques de vela, el viento de proa era fatal á toda navegación, y los capitanes se veían obligados á buscar un puerto cercano para esperar una brisa favorable.

En 1833 el Capitán Back despachado á toda prisa en busca de una expedición ártica extraviada, hizo el notable viaje de Liverpool á Nueva York, desde allí por el Hudson y Albany, y después por tierra á Montreal, en dos meses, enorgulleciéndose de haberlo hecho en un día menos de lo que había calculado. Hoy hacemos el mismo viaje en cosa de una semana.

«En la ocasión de proclamarse Su Majestad la Reina Victoria, el día 20 de Junio de 1838, el Almirantazgo envió un buque rápido para que llevase la noticia á Halifax en la Nueva Escocia, llegó á su destino el día 10 de Agosto siguiente, ó sea después de más de siete semanas de luchar contra mar y viento en su acelerado viaje al través del Atlántico. ¡Qué cambio más completo se ha verificado desde entonces!

«El Atlántico ha quedado reducido de un vasto océano que era á un insignificante estanque que se puede atravesar con tanta facilidad y seguridad, como se atraviesa un río, y á una velocidad mayor, que muchos trenes de ferrocarril. Pero, aunque puede considerarse que los vapores han sido virtualmente desarrollados por completo, en la época actual, su verdadero origen nos lleva mucho más atrás aún que la mitad del siglo dieciocho, pues fué en el año de 1736, que una llamado Jonathan Hull sacó cartas de patente, por una embarcación, en la proa de la cual había una rueda giratoria que fucionaba por medio de una máquina Newcomen.

«El objeto de la invención era poder remolcar los docks de Londres, pero no encontramos ninguna referencia al uso práctico del aparato, hasta que cerca de medio siglo después, se volvió á tratar del asunto.

«Entonces se hicieron experimentos en el mismo sentido de ambos lados del Atlántico, y se creyó que se había adelantado tanto, que en 1788 Fitch hizo un vapor de ruedas, según su patente, que marchó muy bien á una velocidad de cuatro millas por hora, por una corta distancia, estallando entonces la caldera. En el mismo año Miller y Taylor tuvieron mayor éxito, viéndose que una rueda de paletas, colocada entre dos barcos, marchaba de una manera asombrosa. Al año siguiente probaron una embarcación de esta clase, sólo que con una maquinaria más fuerte en el canal del Forth y del Clyde, y dió los magníficos resultados de una marcha maravillosa de unos once kilómetros por hora.

«Algunos años después, el Conde Stanhope probó también la construcción de buques de vapor según un sistema muy original, poniéndose las ruedas en el fondo del buque y funcionando de modo de representar el movimiento de los pies de un pato. Todas estas pruebas preliminares, fracasaron, sin embargo, en algún sentido, pero aunque no se podía decir que tuviesen ningún éxito en sí, formaron la base de los satisfactorios resultados que se obtuvieron después.

«Eran probablemente feas y desairadas construcciones, pero sirvieron al objeto de hacer fijar á los ingenieros la atención en el inmenso valor del vapor como fuerza motriz para los buques. Desde esto tuvo lugar la construcción del Charlotte Dundas por Smyngton. Se botó en el canal de Clyde en 1803, pero no pudo seguir allí, pues su velocidad era tal que amenazaba destruir los taludes con


La catástrofe de la calle Jean Goujon en París.—Después del siniestro.—Lo que quedaba del Bazar de Caridad á las seis de la tarde.



Al iniciarse la catástrofe de la calle de Jean Goujon.—Bosquejo impresionista.

el oleaje que ocasionaba. Fulton, un americano, reconociendo el gran porvenir que había para los buques de vapor, consiguió una copia de los planos del Charlotte Dundas, compró una máquina de 20 caballos á los señores Bulton & Watt, cruzó á Nueva York y en 1807 tuvo su vapor Clermot haciendo la travesía entre Nueva York y Albany, por el Hudson. Ya se había obtenido experiencia sobrada para probar sin que se pudiese dudar que el vapor podía aplicarse á la propulsión de los buques, pero no se notaba ninguna gran impaciencia por ver el mar cubierto de vapores siendo, según parece, el segundo de esta serie el Comet que se puso en el Clyde en 1811. Aunque como hemos visto, Londres fué el orígen y punto de partida de la utilización del vapor para la propulsión de los buques, no se notaba ninguno de estos en el Támesis, hasta el verano de 1815 siendo, según parece, enteramente inesperado el extraño y desgarbado monstruo.

«Al bajar el río el correo para Ramsgate (un buque de velas) se declaró una gran alarma entre cuantos á bordo estaban al ver más adelante un objeto que parecía estar ardiendo. Al acercarse, el capitán tranquilizó á sus pasajeros, asegurándoles que lo que estaban mirando tan azorados debía ser un buque impulsado por el vapor, y así resultó, pues este era el vapor Margery, que había venido desde el Clyde por la vía Dublin. «Pudimos darle fácilmente la vuelta, dijo el capitán del correo, pues su maquinaria no era bastante fuerte y era además un modelo feo y pesado. Su máquina tenía la fuerza de 14 caballos. Nada podía igualar las expresiones de ridículo con que mis pasajeros colmaron al desgraciado buque; unos lo comparaban á un asno cansado, con unos grandes serones de cada lado y otros á un monstruo mitológico, etc. Yo, á la verdad me avergoncé de la burla que hacían y seguí mi viaje.» Afortunadamente el Margery ignoraba completamente la impresión que había producido en los divertidos londoneses. Siguió río arriba, fué tomado para hacer la travesía de Margate y en un mes era el favorito de todos. La emulación sirvió para asegurarle su complemento de pasajeros, pues á los londoneses les parecía una tan gran cosa hacer un viaje por el vapor, como si hubieran regresado sin chamuscarse del reino de Plutón.

«Después vino un vapor gigantesco, el Majestic, de 25 caballos de fuerza, construido en Ramsgate en 1816. Hizo la maravillosa hazaña de llevar 200 pasajeros á Calais y volverlos á traer sin percance. No hay que extrañar que después de esto hubiese una gran demanda de vapores, en particular cuando se vió que marchaban independientemente de viento y marea. En una ocasión el Majestic entró serenamente en el puerto de Margate, cuando cuatro de los mejores correos de Margate y dos de Ramsgate, habían estado acalmados fuera del puerto durante dos días, y muy maltratados por un temporal de viento del Norte al tercero En aquellos días los pasajeros llevaban cada cual sus propias proviciones de boca, y como en estas largas demoras sin poderse comunicar con la tierra, se agotaban pronto, los desgraciados pasajeros molestaban al capitán con sus interminables y frívolas quejas.

«Había, como se verá, sobradas razones para que los vapores aumentasen y se multiplicasen, y los dueños vieron muy pronto que para cada cien pasajeros que tenían sus buques de vela, se podría contar con miles en los vapores más seguros.

«Lo mismo en Europa que en América, los vapores comenzaron á verse en los ríos principales para el cabotaje y para remolcar, haciéndose esto en un principio solamente por los «docks,» trasladando de una parte á otra los buques navales y mercantiles. Por medio del uso del vapor á veces en épocas de calma, el Savaanah vino de Nueva York á Liverpool en 1819, pero era un buque de vela por esencia. El primer vapor que intentara hacer un viaje transocéanico fué el Victory, que salió del varadero de Woolwich el 23 de Mayo de 1823, bajo el mando de Sir John Ross, en su segundo viaje de descubrimiento ártico. Antes de esto, el Victory había hecho el trayecto entre Liverpool y la isla de Man, pero para el viaje al desconocido Norte, se le pusieron máquinas y ruedas nuevas. Desgraciadamente la obra se hizo tan atrozmente, que la maquinaria no cesó de dar trabajo á los exploradores desde el momento que zarparon de Woolwich, tardando cuatro días para llegar á Land's End y diez y seis en arribarar al Firth de Clide. La historia del viaje á Boothia Felix, en donde se abandonó el Victory y en Mayo de 1832 está costantemente interrumpida por alguna referencia á la rotura de la maquinaria en una parte ó en otra, y á la necesidad de recurrir á las velas para seguir la marcha.

«En este viaje Sir John Ross nos cuenta, que «los fuegos se mantuvieron vivos á fuerza del trabajo de los fuelles,» sistema que no surtiría mucho efecto hoy en el Compania ó en el Magnificent de la Armada Real. En 1831 el Royal Williams hizo el viaje del Canadá á Inglaterra, casi enteramente al vapor, pero no fué sino en Abril de 1838, que el Sirius, de Cork, y el Great Western, de Bristol, hicieran la travesía completa al vapor todo el tiempo.

«Desde entonces los ingenieros marítimos se han esmerado, y el «asno cansado» de 1815, se ha convertido en una vivienda elegante, comoda y bien equipada, más veloz y más incansable que un caballo árabe de pura raza, y excita en vez de mofa y ridículo, nuestra más sincera admiración.»

LOS EFECTOS ECONOMICOS DEL CICLISMO

Un escritor norteamericano, Mr. Bishop, públicó hace un mes próximamente, un curioso libro en el que hace resaltar las ventajas morales y sociales que reporta el ciclismo. El autor confiesa, sin embargo, que los progresos del ciclismo han traído como consecuencia la ruina de varias industrias y ramos del comercio.

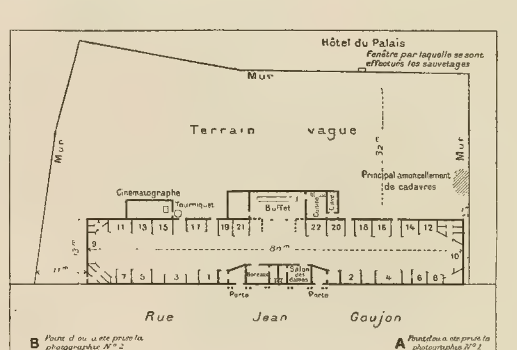
Para comprobar esta última aseveración, un economista inglés, Mr. Shadwell ha celebrado conferencias con los principales comerciantes é industriales de Londres, y de sus investigaciones ha obtenido datos interesantes.

Manifiesta Mr. Shadwell que el ciclismo ha alcanzado en Inglaterra tan considerable desarroyo, que en la actualidad el hombre, la mujer y el niño que no se entregan al citado sport, son considerados como personas extravagantes y excéntricas.

Desde los comienzos del año pasado han sido construidas en Birmingham y Conventry 750,000 máquinas. En la primera de las citadas poblaciones existen 150 fábricas destinadas á este objeto y 100 en Conventry, sin contar las que existen en otros puntos de Inglaterra. Además, hay que tener en cuenta la importación procedente de los Estados Unidos.

Un comerciante de coches, dijo á Mr. Shadwell: «Hasta ahora sigue siendo moda que las damas vayan en carruaje á hacer visitas,» no está admitida para estos casos la bicicleta. En la ciudad seguimos vendiendo lo mismo que antes. Pero en el campo es otra cosa. La bicicleta es allí la señora absoluta. En el comercio de música, caballos y joyería es donde más profundamente se hace sentir las consecuencias del ciclismo. Los profesores de música han visto en un año diminuida hasta la mitad de la lista de sus discípulos.

La industria de pianos de lujo no ha sufrido variación sensible, pero sí la de pianos de estudio, á módicos precios. Es, pues, un hecho que las inglesas han preferido la bicicleta á la música. Algo así sucede con los caballos. Bastó que este año en Brighton la duquesa de Fife saliera á la calle montada en bicicleta, para que nadie piense ya en el «sport hípico» En Londres, el número de caballos ha disminuido en 252,000 próximamente. Las señoras más acomodadas venden los suyos para comprar bicicletas. En cuanto á la relojería y joyería, Mr. Shadwell ha notado que este negocio está muy mal. Son pocos los que en Londres compran relojes de oro ni de plata, los cuales son sustituidos por sólidos cronómetros, capaces de soportar los accidentes propios del ciclismo.



La catástrofe de la calle de Jean Goujon.—Plano del Bazar de Caridad.



LA MUERTE DE LA EMPERATRIZ DE CHINA

Al Duque Job, de México.

Delicada y fina como una joya humana, vivía aquella muchachita, de carne rosada, en la pequeña casa que tenía un saloncito con los tapices de color azul desfalleciente. Era su estuche.

¿Quién era el dueño de aquél delicioso pájaro alegre, de ojos negros y de boca roja? ¿Para quién cantaba su canción divina, cuando la señorita Primavera mostraba en el triunfo del sol su bello rostro riente, y abría las flores del campo, y alborotaba la nidada? Susette se llamaba la avecita que había puesto en jaula de seda, peluches y encajes, un soñador artista cazador, que la había cazado una mañana de Mayo, en que había mucha luz en el aire y muchas rosas abiertas.

Recaredo!—capricho paternal. El no tenía la culpa de llamarse Recaredo! —se había casado hacía año y medio. ¿Me amas? Te amo. ¿Y tú? Con toda el alma. ¡Hermoso el día dorado después de lo del cura! Habían ido luego al campo nuevo, á gozar libres, del gozo del amor. Murmuraban allá en sus ventanas de hojas verdes, las campanillas y las violetas silvestres que olían cerca del riachuelo, cuando pasaban los dos amantes, el brazo de él en la cintura de ella, el brazo de ella en la cintura de él, los rojos labios en flor dejando escapar los besos. Después fué la vuelta á la gran ciudad, al nido de perfume lleno de juventud y de calor dichoso.

¿Dije ya que Recaredo era escultor? Pues si no lo he dicho, sabedlo.

***

Era escultor. En la pequeña casa tenía su taller, con profusión de mármoles, yesos, bronces y terracotas. A veces, los que pasaban oían á través de las rejas y persianas una voz que cantaba y un martilléo vibrante y metálico. Susette, Recaredo; la boca que emergía el cántico, y el golpe del cincel.

Luego el incesante idilio nupcial. En puntillas, en puntillas; llegar donde él trabaja, é inundándole de cabellos la nuca, besarlo rápidamente.

Quieto, quietecito, llegar donde ella duerme en su chaise-longue, los piecesitos calzados, y con medias negras, uno sobre otro, el libro abierto sobre el regazo, medio dormida; y allí, el beso en los labios, beso que sorbe el aliento y hace que se abran los ojos, inefablemente luminosos. Y á todo esto, las carcajadas del mirlo enjaulado que cuando Susette canta Chopin, se pone triste y no canta. ¡Las carcajadas del mirlo! No era poca cosa.—¿Me quieres?—¿No lo sabes?—¿Me amas?—Te adoro. Ya estaba el animalito echando toda la risa del pico. Se le sacaba de la jaula, revolaba por el saloncito azulado, se detenía en la cabeza de un Apolo de yeso, ó en la frámea de un viejo germano de bronce obscuro: Tiiiiiirit......... rrrrrrtch fiiii......... Vaya que á veces era malcriado é insolente en su algarabía! Pero era lindo sobre la mano de Susette que le mimaba, le apretaba el pico entre sus dientes hasta hacerlo desesperar, y le decía á veces, con una voz severa que temblaba de terneza: «Señor mirlo, es usted un picarón!»

Cuando los dos amados estaban juntos, se arreglaban uno á otro el cabello. «Canta,» decía él. Y ella cantaba lentamente, lentamente; y aunque no eran sino pobres muchachos enamorados, se veían hermosos, gloriosos y reales; él la miraba como á una Elsa, y ella lo miraba como á un Lohengrin. Porque el Amor, ¡oh jóvenes llenos de sangre y de sueños! pone un azul cristal ante los ojos, y da las infinitas alegrías.

¡Cómo se amaban! El la contemplaba sobre las estrellas de Dios; su amor recorría toda la escala de la pasión, y era ya contenido, ya tempestuoso en su querer, á veces casi místico. En ocasiones dijérase aquel artista un theósofo, que veía en la amada mujer algo supremo y extrahumano, como la Ayesha de Rider Hagard; la aspiraba como una flor, le sonreía como á un astro, y se sentía soberbiamente vencedor al estrechar contra su pecho aquella adorable cabeza, que cuando estaba pensativa y quieta era comparable al perfil hierático de la medalla de una emperatriz bizantina.

***

Recaredo amaba su arte. Tenía la pasión de la forma; hacía brotar del marmol gallardas diosas desnudas, de ojos blancos, serenos y sin pupilas; su taller estaba poblado por un pueblo de estátuas silenciosas, animales de metal, gárgolas terroríficas, grifos de largas colas vegetales, creaciones góticas quizas inspiradas por el ocultismo, Y sobre todo, ¡la gran afición! japonerías y chinerías. Recaredo en esto un original. No sé qué habría dado por hablar chino ó japonés. Conocía los mejores álbums; había leído buenos exotistas, adoraba á Loti y á Judith Gautier, y hacía sacrificios por adquirir trabajos legítimos, de Yokoama, de Negasaki, de Kioto, ó de Nankin ó Pekin; los cuchillos, las pitas, las máscaras feas y misteriosas como las caras de los sueños hípnicos, los mandarinitos enanos con panzas de cucurbitáceos y ojos circunflejos, los monstruos de grandes bocas de bactracios, abiertas y dentadas, y diminutos soldados de Tartaria, con faces de focas.

—¡Oh, le decía Susette, aborrezco tu casa de brujo, ese terrible taller, arca extraña que te roba á mis caricias. El sonreía, dejaba su lugar de labor, su templo de raras chucherías, y corría al pequeño salón azul, á ver y mirar su gracioso dije vivo, y oir cantar y reir al loco mirlo jovial.

Aquella mañana, cuando entró, vió que estaba su dulce Susette, soñolienta y tendida cerca de un tazón de rosas que sostenía un trípode. ¿Era la Bella del bosque durmiente? Medio dormida, el delicado cuerpo modelado bajo una bata blanca, la cabellera castaña apelotonada sobre uno de los hombros, toda ella exhalando su suave olor femenino, era como una deliciosa figura de los amables cuentos que empiezan: Este era un rey.......

La despertó.

—¡Susette, mi bella!

Traía la cara alegre; le brillaban los ojos negros bajo su faz roja de labor; llevaba una carta en la mano.

—Carta de Robert, Susette. ¡El bribonazo está en la China! Hong Kong, 18 de Enero..........

Susette, un tanto amodorrada se había sentado y le había quitado el papel. ¡Con que aquel andariego había llegado tan lejos! Hong Kong, 18 de Enero......... Era gracioso. Un excelente muchacho, el tal Robert, con la manía de viajar! Llegaría al fin del mundo. Robert, un grande amigo. Le veían como de la familia. Había partido hacía dos años para San Francisco de California. ¡Habráse visto loco igual!

Comenzó á leer.

***

Hon Kong, 18 de Enero de 1888.

Mi buen Recaredo:

Vine y ví. No he vencido aún.

En San Francisco supe vuestro matrimonio y me alegré. Di un salto y caí en la China. He venido como agente de una casa californiana, importadora de sedas, lanas, marfiles y demás chinerías. Junto con esta carta, debes recibir un regalo mío, que dada tu afición por las cosas de este país amarillo, te llegará de perlas. Ponme á los pies de tu Susette, y conserva el obsequio en memoria de tu

ROBERT.

Ni más, ni menos. Ambos soltaron la carcajada. El mirlo á su vez hizo estallar la jaula en una explosión de gritos musicales.

La caja había llegado, una caja de regular tamaño, llena de marchamos, de números y de letras negras que hacían y daban á entender que el contenido era muy frágil. Cuando la caja se abrió, apareció el misterio. Era un fino busto de porcelana, un admirable busto de mujer sonriente, pálido y encantador. En la base tenía dos inscripciones, una en caracteres chinéscos, otra en inglés y otra en francés. *La Emperatriz de la China.* La Emperatriz de la China! ¿Qué manos de artista asiático habían modelado aquellas formas atrayentes de misterio? Era una cabellera recogida y apartada, una faz enigmática, ojos bajos y extraños, de princesa celeste, sonrisa de esfinge, cuello erguido sobre los hombros columbinos, cubiertos por una honda de seda bórdada de dragones; todo dando magia á la porcelana blanca, con tonos de cera inmaculada y cándida.

La emperatriz de la China! Susette pasaba sus dedos de rosa sobre los ojos de aquella graciosa soberana, un tanto inclinados, con sus curvos epicantus bajo los puros y nobles arcos de las cejas: estaba contenta. Y Recaredo sentía orgullo de poseer su porcelana.—Le haría un gabinete especial; para que viviese y reinase sola, como en el Louvre la Venus de Milo, triunfadora, cobijada imperialmente por el plafond de su cuarto azul.

Así lo hizo. En un extremo del taller formó un gabinete minúsculo, con biombos cubiertos de arrozales y de grullas. Predominaba la nota amarilla. Toda la gama, oro, fuego, ocre de oriente, hoja de otoño, hasta el pálido que agoniza fundido en la blancura. En el centro, sobre un pedestal dorado y negro, se alzaba sonriendo la exótica imperial. Al rededor de ella había colocado Recaredo todas sus japonerías y curiosidades chinas. La cubría un gran quitasol nippon, pintado de camelias y de anchas rosas sangrientas. Era cosa de risa, cuando el artista soñador después de dejar la pipa y los cinceles llegaba frente á la emperatriz, con las manos cruzadas sobre el pecho, á hacer zalemas. Una, dos, diez, veinte veces la visitaba. Era una pasión. En un plato de laca yokoamesa le ponía flores frescas, todos los días. Tenía en momentos verdaderos arrobos delante del busto asiático que le conmovía en su deleitable é inmóvil majestad Estudiaba sus menores detalles, el caracol de la oreja, el arco del labio, la nariz pulida, el epicantus del párpado. Un ídolo, la famosa emperatriz! Susette le llamaba de lejos:—Recaredo!—Voy!—Y seguía en la contemplación de su obra de arte. Hasta que Susette llegaba á llevarselo á rastras y á besos.

Un día las flores del plato de laca desaparecieron como por encanto.

—¿Qién ha quitado esas flores?—gritó el artista desde el taller.

—Yo,—dijo una voz vibradora.

Era Susette que entreabría una cortina, toda sonrosada y haciendo relampaguear sus ojos negros.

***

Allá, en lo hondo de su cerebro, se decía el señor Recaredo, artista escultor:—¿Qué tendrá mi mujercita? No comía casi. Aquellos buenos libros desflorados por su espátula de marfil, estaban en el pequeño estante negro, con sus hojas cerradas, sufriendo la nostalgía de las blandas manos de rosa, y del tibio regazo perfumado. El señor Recaredo la veía triste. ¿Qué tendrá mi mujercita? en la mesa no quería comer. Estaba seria; ¡qué seria! Le miraba á veces con el rabo del ojo, y el marido veía aquellas pupilas obscuras, húmedas, como que querían llorar. Y ella, al responder hablaba como los niños á quienes se, ha negado un dulce. ¿Qué tendrá mi mujercita? ¡Nada! aquel «nada» lo decía ella con voz de queja, y entre sílaba y sílaba había lágrimas.

¡Oh, señor Recaredo! lo que tiene vuestra mujercita, es que sois un hombre abominable. ¿No habéis notado que desde que esa buena de la Emperatriz de la China ha llegado á vuestra casa, el saloncito azul se ha entristecido, y el mirlo no canta, no ríe con su risa perlada? Susette despierta á Chopín y lentamente hace brotar la melodía enferma y melancólica del negro piano sonoro. ¡Tiene celos, señor Recaredo! Tiene el mal de los celos, ahogador y quemante, como una serpiente encendida que aprieta el alma. ¡Celos! Quizás él comprendió, porque una tarde, dijo á la muchachita de su corazón estas palabras frente á frente:—Eres demasiado injusta. ¿Acaso no te amo con toda mi alma; acaso no sabes leer en mis ojos lo que hay dentro de mi corazón?

Susette rompió á llorar. ¡Que la amaba! No, ya no la amaba. Habían huído las buenas y radiantes horas, y los besos que chasqueaban, también eran oídos como pájaros en fuga. Ya no la quería. Y á ella, á la que veía en él su religión, su delicia, su ensueño, su rey, á ella, á su Susette, la había dejado por la otra.

¡La otra! Recaredo dió un salto. Estaba engañada. ¿Lo diría por la rubia Eulogia á quien en un tiempo había dirigido madrigales?

Ella movía la cabeza:—No.

¿Por la ricachoua Gabriela, de largos cabellos negros, blanca como un alabastro y cuyo busto había hecho? ¿O por aquella Luisa, la danzarina, que tenía una cintura de avispa, un seno de buena nodriza y unos ojos incendiarios? ¿O por la viudita Andrea, que al reír sacaba la punta de la lengua, roja y felina, entre sus dientes brillantes y amarfilados?

No, no era ninguna de esas, Recaredo se quedó con gran asombro.

—Mira, chiquilla, dime la verdad. ¿Quién es ella? Sabes cuánto te adoro. Mi Elsa, mi Julieta, alma, luz, amor mío......

Temblaba tanta verdad de amor en aquellas palabras, entrecortadas y trémulas, que Susette, con los ojos enrojecidos, secos ya de lágrimas, se levantó irguiendo su linda cabeza heráldica.

—¿Me amas?

—¡Bien lo sabés!

—Deja, pues, que me vengue de mi rival. Ella ó yo: escoje. Si es cierto que me adoras, ¿querras permitir que la aparte para siempre de tu camino, que quede yo sola, confiada á tu pasión?

—Sea, dijo Recaredo. Y viendo irse á su avecita celosa y terca, prosiguió sorbiendo el café tan negro como la tinta.

No había tomado tres sorbos, cuando oyó un gran ruido de fracaso en el recinto de su taller:

Fué. ¿Qué miraron sus ojos? El busto había desaparecido del pedestal de negro y oro, y entre minúsculos mandarines caídos y descolgados abanicos, se veían por el suelo pedazos de porcelana que crujían bajo los pequeños zapatos de Susette, quien toda encendida y con el cabello suelto, aguardaba los besos, y decía entre carcajadas argentinas al maridito asustado:

—¡Estoy vengada! ¡Ha muerto ya para tí la Emperatriz de la China!

Y cuando comenzó la ardiente reconciliación de los labios, en el saloncito azul, todo lleno de regocijo, el mirlo en su jaula primorosa, se moría de risa.

RUBÉN DARÍO.



¡Oh! ¡Qué cosas tan tiernas te diría,
al contarte Enriqueta, mis pesares,
si esta alma que es tan tuya como mía.
estuviese en la edad en que tenía
el ardor del cantar de los cantares!

CAMPOAMOR.



AL AGUA FUERTE

Era á la caída de la tarde, y elegantes carruajes de los opulentos llenaban «La Reforma.» Pasaban al trote los caballos, sacudiendo al extremo de las lanzas cascabeles de plata; y las damitas, en el fondo de los coches, entre cojines y pieles—porqué hacía frío—saludaban con sus manecitas enguantadas á los amigos, á los *lagartijos*, á los admiradores de sus gracias.

En el «Café Colón» las mesas estaban todas ocupadas, y en las mesas el ajenjo remedaba líquidos ópalos de verdosos fuegos.

Allá lejos, las nieves del Popocatepetl, tomaban tintes tornasolados; en el cielo pálido corría una nube blanca y el sol amarillento como un enfermo, y sin púrpuras como un rey destronado, bajaba lentamente hacia Chapultepec. Un momento se detuvo el disco de oro detrás de la estátua de Cuauhtemoc, formando á su cabeza, adornada de plumas rígidas, una aureola, como las que pintaban en sus lienzos los viejos maestros italianos; puso un polvo de oro sobre las hojas lánguidas de los «ahuehuetes,» cuyas siluetas escuálidas se dibujaban en el cielo anémico, y por fin, como un dios que cae, se ocultó tras el castillo que cierra la calzada á caballo sobre la roca. De las copas de los árboles cayó—como una bruma negra—la noche; el Café quedó desierto y en la sombra las estátuas tomaban proporciones fantasticas y los *jaranos* de los aurigas, con sus anchas alas, fingían siniestros murciélagos volando sobre los carruajes, que se alejaban, con rumbo á la ciudad, al largo trote de los hermosos caballos que sacudían al extremo de las lanzas los cascabeles de plata......

Hacía frío, un frío madrileño. El aire que besaba el rostro había refrescado sus labios en las cumbres eternamente heladas..
....

»¡Mi cajita de cerillos, señor! ¡Un centavito para mi pan! ¿Sí, mi niño?»

¿De dónde había salido aquella chicuela de dos palmos de estatura? ¡De la sombra, donde mora la miseria!

Corría con sus piececitos descalzos, temblando de frío...... del frío del hambre tal vez! Medio desnudo su pobre cuerpecito y delgaducho, delgaducho.......

La vocecita tenía algo de triste, algo de rajado, como el sonido extraño que producen las cañas cuando las azota el viento. ....

Y allá, por la amplia Avenida Juárez, iban en el fondo de los coches, entre cojines y pieles, las damitas elegantes; y los caballos, trotando largo, hacían sonar al extremo de las lanzas los cascabeles de plata.

RAOUL CAY.

RELIEVES

LUIS G. URBINA

Ya pulsa su áureo plectro la cuerda enamorada,
Y en vibración ardiente despierta al corazón;
Ya arranca de la herida la flecha envenenada
Abriendo sobre el verso la flor de la ilusión.
Ya pinta en el análisis del alma encenegada
La voz de las pasiones que ofuscan la razón,
O el paternal instinto, piedad dulce y sagrada
Que vierte sobre el labio la frase de perdón.
Como fecundo cármen su lira emerge flores.
El odio no le inspira, le inspiran los amores,
Del huérfano contrístale la triste juventud:
Y al viento dando altivo su aliento soberano,
El vate insigne pasa, llevando en una mano
La mano del pequeño y en la otra su laúd.

AURELIO G. CARRASCO.

Mayo de 1897.

DE UN ALBUM

En florestal. Mañana transparente,
Cielo azul, aire puro que se empapa
En el fragante olor de las gardenias,
Que fingen una espléndida nevada.

—Yo soy arrullo—la paloma dijo
Meciendose en las ramas;
—Yó soy modesto adorno de la virgen,
El perfume es mi alma,
—Exclamó la violeta:
—Soy luz, vida,
—Clamó un rayo de sol, flecha dorada,
—Y yo vago rumor—prorrumpió alegre
Rodando una onda de agua.
—Ah! Callad ante mí, que sois bien poco,
—Altiva dijo Laura,—
Soy la estrofa hecha carne, la Belleza
Modelo de estatuaria!
....
....
Y la paloma se alejo á su nido
Y allí plegó las alas;
La violeta ocultose entre las hojas
Temblando de rubor, avergonzada.........
Y se apagó al instante el rayo de oro,
Y la onda murió deshecha en lágrimas!

JUAN B. DELGADO.

Mayo de 1897.

REDENCION

La perla es el dolor.—Quedó apresado
en camarín de nácar un latido......
y el mar rodó revuelto y lacerado,
en convulsiones de titán herido.

Y durmió aquel dolor.—Durmió en la obscura,
olvidada quietud,—gota de lloro—
el buzo la arrancó de su envoltura
para arrojarla en el festín sonoro.

Sufrir es ascender.—Van hacia el cielo
de la flor el aroma, en los altares
el himno y la oración, del ave el vuelo
y el rumor de las selvas seculares.

La cruz es ascención. Cual doble puente
que atraviesa el dolor con sus flechazos,
—de Norte á Sur y de Occidente á Oriente,—
abre inflexible el símbolo sus brazos.

CÁRLOS DÍAZ DUFOO.

Mayo de 1897.

CUENTOS COLOR DE HUMO.

DAME DE CŒUR

Allá, bajo los altos árboles del Panteón Francés, duerme la pobrecilla de cabellos rubios, á quien yo quise durante una semana...... ¡todo un siglo!...... y se casó con otro.

Muchas veces, cuando cansado y aburrido del bullicio, escojo para mis paseos vespertinos las calles pintorescas del Panteón, encuentro la delicada urna de marmol en que reposa la que nunca volverá. Ayer me sorprendió la noche en esos sitios. Camenzaba á llover y un aire helado movía las flores del Camposanto. Buscando á toda prisa la salida, dí con la tumba de la muertecita. Detúveme un instante, y al mirar las losas humedecidas por la lluvia, dije con profundísima tristeza:

—«¡Pobrecita!» ¡Que frío tendrá en el mármol de su lecho!

Rosa-Thé era, en efecto, tan friolenta coma un criolla de la Habana. ¡Cuantas veces me apresuré á echar sobre sus hombros blancos y desnudos, á la salida de algún baile, la capota de pieles! ¡Cuántás veces la ví en un rincón del canapé, escondiendo los brazos, entumida, bajar los pliegues de su abrigo de lana! ¡Y ahora allí está bajo la lápida de mármol que la lluvia moja sin cesar! ¡Pobrecita!

Cuando Rosa-Thé se casó creyeron sus padres que iba á ser muy dichosa. Yo nunca lo creí, pero reservaba mis opiniones temeroso de que lo achacaran al despecho. La verdad es que cuando Rosa-The se casó, yo había dejado de quereria, por lo menos con la viveza de los primeros días. Sin embargo, nunca nos hace mucha gracia el casamiento de de una antigua novia. Es como si nos sacaran una muela.

Sobre todo, lo que aumentaba mi disgusto era el convencimiento profundo de que iba á ser desgraciada. Me ponía como una furia al escuchar las profecías risueñas de su familia. ¡Cómo! ¿Qué iba á ser Pedro un buen marido? Pero ¿no saben esas gentes—decia yo para mí—que Pedro juega? Atribuyen á la funesta ociosidad tan serio vicio; creen que una vez casado va á enmendarse......... pero los jugadores no se enmiendan.

Y—en descargo de mi conciencia, lo diré—yo habría visto, si no con alegría, con resignación á lo menos, el casamiento de Rosa-Thé con un buen chico. Pero lo contrario de un pozo es una torre; lo contrario de un puente un acueducto; lo contrario de un buen marido eso era Pedro. No porque le faltasen prendas personales, ni salud, ni dinero, ni cariño á la pobre Rosa-Thé, pero sí

porque aquel pícaro vicio había de seguirlo eternamente como un acreedor á quien nunca acaba de pagársele.

Rosa-Thé no sabía que Pedro jugaba. En los primeros meses de matrimonio fué, con efecto, lo más sumiso y obediente que puede apetecerse para la vida quieta del hogar. Pero ¡ay! á poco tiempo la pícara costumbre le arrastró al tapete verde. Comenzaron entonces los pretextos para pasar las noches fuera de la casa, la acritud de carácter, los ahogos y las súbitas desapariciones del dinero. Cierta vez, Rosa se preparaba para asistir á un baile. Pedro estaba ya de frac, esperando en el gabinete á su señora. Mas como estaba embebida aún en su *toilette*, tardóse todavía muy largo rato. Pedro entornó la puerta del tocador, y dijo á Rosa:

—Mira, mientras acabas de peinarte, voy á fumar al aire libre. Dentro de media hora volveré. Eran las nueve y media. En punto de las diez, Rosa estaba dispuesta para el baile. Sentóse en un sillóncito y esperó. Sonó el cuarto, la media, los tres cuartos, y Pedro no volvía. Entonces comenzó á entrar en cuidado. ¿Qué le habría sucedido? A cada instante se asomaba al balcón, estrujando los guantes y el pañuelo. ¿Le habría atropellado un coche ¡anda tan embobado! —decía Rosa. ¿Habrá tenido riña con alguno? ¡Nadie está libre de enemigos! Sobre todo, ¡hay tantos malhechores en la calle! Y adelantando los sucesos con la impaciente imaginación, se figuraba ver entrar á su marido en angarillas con una pierna rota ó muerto acaso. Y cada vez era más aguda su congoja, tanto que al dar las once, mandó á un mozo á que fuera á buscarle por las calles, y luego á otro, en seguida á tres, hasta que el camarista y el lacayo, el cochero, el portero y cuantos hombres había en la servidumbre, se emplearon en buscarle por calles y cafés sin dejar punto de reunión por registrar, ni detuvieron un instante sus pesquisas.

Llegaban los sirvientes fatigados y sin noticia alguna de su amo; salían después con nuevas órdenes y siempre regresaban lo mismo que se iban. Por fin, pasada ya la media noche, Rosa ordenó que se pusiera el coche. Iba á buscar á Pedro. A todo escape los caballos partieron del zaguán. Llamó Rosa á la puerta de muchas casas; apeábase el lacayo presuroso, y después de conferenciar con los porteros, subía luego al pescante, y el carruaje se lanzaba de nuevo por las calles con la mayor velocidad posible. A cosa de la una, pasó Rosa por una calle y vió abiertos é iluminados los balcones de una casa. Aquello debía ser un club ó cosa así. ¿Estaría Pedro en ese lugar? Paróse el coche, y el lacallo, sin necesidad de llamar, porque estaba entornada la puerta, entró al patio; subió las escaleras y, á poco rato, volvió á bajarlas más aprisa todavía. Llegó á la portezuela del carruaje, por la que asomaba el semblante lívido de Rosa, y dijo, con la satisfacción del que trae una noticia largamente esperada:

—El amo está arriba; está jugando......... Dice que no puede venir .... que irá luego á la casa.

Y, efectivamente, á las seis de la mañana Pedro se presentó en las habitaciones de la señora. La infeliz había pasado la noche en claro, sentada allí en aquel sillón, viendo, con la mirada fija de una loca, las manecitas del reloj que giraban al rededor de la carátula, vestida aún con su traje de baile, con flores en el cabello y en el pecho. Cada vez que sonaban pasos en la calle, Rosa-Thé se asomaba al balcón. Pero eran los pasos del gendarme ó de algún ebrio que volvía tambaleando á su casa. Y las estrellas fueron brillando menos y los gallos cantando más. De rato en rato, Rosa escuchaba el ruido de un carruaje: era el de alguna de sus amigas que volvía del baile. Poco á poco, la luz, primero tímida y blanquizca, se fué diseminando en todo el cielo. Pasó una diligencia por la esquina y se oyeron las campanas de la profesa llamando á misa. Rosa no quiso entonces permanecer más tiempo en el balcón. ¿Qué dirían los que la vieran? Además, sus dientes chocaban unos con otros, y un desagradable escalofrío culebreaba en su cuerpo. Rosa, tan débil, tan cobarde y tan friolenta, había pasado una buena parte de la madrugada en el balcón, y, lo que es peor, en traje de baile, con los hombros y la garganta descubierta.

Tan poseída de dolor estaba, que no observó la ligereza de su traje. Sólo cuando la luz, entrando brusca por las puertas emparejadas del balcón, fué á retratarla en el espejo del armario, Rosa se vió ataviada por la fiesta y cubierta de flores, como una virgen á quien llevan á enterrar. Entonces, acurrucada en el sillón y cubiertos los hombros por un tápalo, soltó á llorar. ¡Había pensado en divertirse tanto en aquel baile! Porque Rosa era al fin y al cabo una chiquilla. ¡Se había puesto tan linda, no para cautivar á los demás, sino para que Pedro la llevase con orgullo! Y en lugar de la fiesta, las congojas, la angustia, y luego......... luego la certidumbre horrible de que su esposo, sin tener piedad de sus dolores, la dejaba á las puertas de una casa de juego, *donde probablemente se arruinaba.* Rosa lloraba como una niña y poco á poco iba arrancando de sus cabellos aquellas flores que tan primorosamente la adornaban. Y así pasó todavía una hora, oyendo el ruido de las escobas y las conversaciones de los barrenderos que barrían la calle.

Por fin conoció los pasos de Pedro. ¡Sí, era él! secó sus lágrimas precipitadamente, tuvo vergüenza de haber llorado, la cólera venció en su ánimo al dolor y se dispuso á reñir, á desahogarse, á increpar con justicia á su marido. Pero......... ¡en vano! la vista de Pedro la desarmó; venía lívido, derrengado, con los ojos de un hombre que ha perdido la razón, deshecho el lazo de la corbata blanca y erizado el pelo del sombrero, apenas pudo hablar!

—Tienes razón......... soy un miserable......... He perdido todo......... tus coches, tus alhajas......... mis caballos, ¡nada tenemos! ¡Te he arruinado! ¡Te he arruinado! ¡Soy un canalla!

La cólera de Rosa-Thé se disipó como las sombras cuando viene el alba. Ante aquella desgracia inmensa, quiso recuperar su sangre fría. ¡Era tan buena! Una ternura inmensa reemplazó las frases duras con que se proponía recibir á su marido. Y abrazando su cuello, acercando la cabeza descompuesta de Pedro á su seno, le atrajo á sí y lloraron juntos, largo rato, mientras la luz, indiferente á todo, saltaba alborozada y se veía en los espejos, en los muebles y vidrieras.

Rosa aceptó la pobreza con mucho valor. Tuvieron que buscar una casa humilde, quitar el coche, despedir á casi todos los criados, reemplazar el raso de los muebles con cretona é indiana; vivir, en suma, como la familia de un pobre empleado que gana ochenta pesos cada mes. Pero Rosa ponía tal arte en todo, economizaba tanto con su vigilancia y su trabajo, era tan decidora y tan alegre, que Pedro sentía menos el terrible peso de la pobreza. Al principio, Pedro, avergonzado de sí mismo y orgulloso de su mujer, se dedicó con alma y vida á trabajar. Y rosa estaba más contenta que antes, porque ya no se iba por las noches y porque siempre le veía á su lado.

Sin embargo, no fué muy duradera esta ventura. Pedro volvió á juntarse con ciertos amigos que le arrastraron nuevamente al juego. Ya no podía apostar grandes cantidades como antes; pero sí dos, cinco ó diez pesos. Primero se escusaba así mismo, diciendo en su conciencia —no hago mal. Ahora que nada tengo, es cuando debo jugar. Es preciso que busque á toda costa el medio de sacar á mi mujer de la situación precaria en que vivimos. El juego me debe toda mi fortuna. Voy por ella.

Y comenzó de nuevo á fingir ocupaciones perentorias, y á pasar buena parte de las noches fuera de su casa. No tardó Rosa en descubrir la verdad.—Las exiguas cantidades que ganaba Pedro—y eran antes suficientes para cubrir su reducido presupuesto, no lo fueron después. Convencida de que aquel vicio era incurable y radical en su marido, cayó en el más profundo abatimiento. ¿A qué luchar? Sin atender á sus consejos, ni oir sus súplicas, ni apreciar sus cuidados y trabajos, Pedro la abandonaba por los naipes.

Una terrible consunción se fué apoderando de ella. Ya no reía, ya no cantaba, perdió los colores frescos de su cutis, el brillo de sus ojos, la gracia de sus desembarazados movimientos, y se fué adelgazando poco á poco. Al cabo de algunos meses cayó en cama.

Los médicos dijeron que no atinaban con la cura de su mal: y con efecto, el único capaz de aliviarla era el marido. Este, instintivamente comprendiendo que era la causa de la enfermedad, se enmendó en esos días, y buscando dinero á premio, pidiendo prestado á sus amigos, se allegó los recursos necesarios para atender á la enfermita. La llevaba los mejores médicos y compraba todas las medicinas, por caras que fuesen. Un doctor dió en el clavo, al parecer (ahorro á mis lectores la descripción minuciosa de la enfermedad) y dijo: «esto se cura nada más con tales y cuales medicinas.»

Las compró Pedro y con efecto, Rosa-Thé se mejoraba visiblemente. ¿Por qué empeoró después? He aquí lo que ni Pedro ni el doctor se explican. Las medicinas eran infalibles y habían surtido al principio un efecto maravilloso. ¿De qué provenía pues, la recaída? Sólo yo lo sé y voy á contarlo. Rosita me lo dijo la noche en que murió, mientras yo la velaba, porque habíamos vuelto á ser buenos amigos.

—No quiero aliviarme, me decía. Tú sabes todo, las tristezas y las angustias que he pasado, la invencible fuerza de ese vicio que detesto y que domina á Pedro, mi amor á éste y mi despego de la vida. ¡Estoy tan contenta así enfermita! Pedro no juega, pasa los días á la cabecera de mi cama, y cuando estoy mala y cierro los ojos fingiendo que duermo, oigo que solloza y siento la humedad de sus lágrimas en mi mano. Ahora me quiere ahora no me abandona, ahora me cuida con las tiernas solicitudes de una madre. Si me alivio, volverá á escaparse, volverá á buscar, lejos de mí, las emociones del juego. Ya no le tendré á mi lado, ni sentiré sus labios en mi frente. Se irá como se ha ido tantas veces, dejándome muy triste y solitaria. Si me muero, tal vez el recuerdo de la pobre víctima le aparte del camino por que vá. No, no quiero aliviarme. Quiero estar enfermita mucha tiempo. Por eso, cuando me trae la medicina, recurro á algún pretexto para quedarme sola, y derramo el elixir en el suelo.........!

Allá, bajo los altos árboles del Panteón Francés, duerme la pobrecita de cabellos rubios á quien yo quise durante una semana...... ¡todo un siglo!......... y se casó con otro.

El Duque Job.



MEDALLON

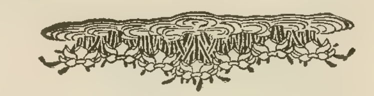
Bajo el rico dosel de tu cabello,
tu semblante moreno y sonrosado
es suave crepúsculo bañado
por el pálido nácar de un destello.
Hermanas lo apacible con lo bello
y ostentas la dulzura y el agrado
con que tiende al sentirse acariciado,
el cervatillo tímido su cuello.
Sangre de rosa por Abril nacida
en tus mejilas difundir parece
una savia magnífica de vida,
bajo cuya virtud germinadora
tu alma de virgen á la par florece
como un botón de pétalos de aurora.

Justo A. Facio.

FILOSOFIA

La fuente se une al arroyo,
el arroyo se une al mar
y las brisas y las auras
unidas vienen y van.
Si por ley del Universo
no hay un ser en soledad;
si todo se une con algo,
¿por qué unida á mí no estás?
Los montes besan al cielo,
besos las olas se dan,
la flor desdeña las flores
que no besan á su igual;
rayos de sol y de luna
besan la tierra y el mar:
y ¿qué vale tanto beso
si no me besas jamás?

Manuel González Prada.



EL BUSTO DE NIEVE

De amor tentado un penitente un día
con nieve un busto de mujer formaba
y el cuerpo al busto con furor juntaba
templando el fuego que en su pecho ardía,

Cuanto más con el busto el cuerpo unía,
más la nieve con fuego se mezclaba,
y de aquel santo el corazón se helaba
y el busto de mujer se deshacía.

En tus luchas, ¡oh amor!, de quién reniego,
siempre se unen invierno con estío,
y si uno ama sin fe, quiere otro ciego.

Así te pasa á tí corazón mío,
que uniendo ella su nieve con tu fuego,
por matar de calor mueres de frío.

Campoamor.



SPIRITA

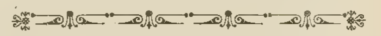
Como flor que, de noche to la vía,
el cáliz tiende á la invisible aurora,
así vuelves tu frente soñadora
al sol oculto del incierto día.

¿Por qué huyendo del siglo en agonía
buscas, joven sibila encantadora,
en la sombra la luz reveladora
y la vida en la muerte muda y fría?

De allí, de donde lo irreal empalma
con la verdad, caerás á este planeta;
que aun de tu cielo místico en la calma,

Al contagio invencible estás sujeta
de esa neurosis mágica del alma
llamada *amor* por el primer poeta.

Justo Sierra.



AL CRUCIFICADO

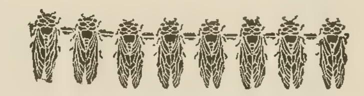
Al través de los siglos aun perdura
la magia incomprensible de tu acento,
que se propaga de uno en otro viento,
impregnado de mística dulzura.

El Cedrón en sus márgenes murmura
tus enseñanzas, y el Tabor, atento,
destacado en el limpio firmamento,
en antorcha inmortal se transfigura.

De la Tebaida á Roma, y desde Roma
á todo el mundo, tu palabra toma
fuerza mayor, y soberana, impera;

Y cruza peregrina las edades
sobre pueblos y bastas soledades
hasta llegar al cielo que la espera.

M. A. Suárez.



Sabiendo mi virtud ¿por qué te extraña
que me encuentre á mi edad alegre y sano?
De remiendo en remiendo una cabaña
vive más que Pompeya y Herculano.

Campoamor.



Un viejo maestro.

Cuadro de Kaulbach.

ENGAÑO SUBLIME

Por María Lescot.

NUMERO 11.

—Que edad tenía Santa Rafelia, prima Aglaé? Dadme algunos datos. Rubia ó morena? Joven ó vieja? Virgen ó viuda? En qué tiempo? en que país? Es un poco ignorada vuestra Santa, convenid en ello. Preferiría pintaros una Santa Ines tomando por modelo á Lila.

Aglaé no se rindió sin alguna dificultad. Una de las inocentes manías de la vieja señorita era la continua investigación de los santos y las santas menos conocidos.

Son los más desocupados, decía, y por lo mismo tienen más tiempo para velar por nuestros intereses.

Sin embargo se resignó y Lila consintió en servir de modelo; hubiera consentido en todo la pobre niña con el fin de detener á su padre en Pontarlier no pudiendo arrojar de su corazoncito celoso, el horrible temor.

El retrato comenzó entre un concierto de alabanzas. tiempo á quienes Elena socorría. Algunas veces en las calles de la pequeña ciadad entraba á las casas de comercio y hacía compras inútiles á fin de ver á los comerciantes detras de sus viejos mostradores.

En medio de su trabajo y de sus recuerdos, pasabánse los días dulcemente; en cuanto á las veladas, ese tiempo tan difícil de llenar en las pequeñas ciudades, la señora Fourneron había pensado en ellas, no siendo de esas generosas imprevisoras que dejan en la ciudadela un punto vulnerable. No había que contar con las señoritas de Lezines que, levantándose á buena hora para las misas matinales, gustaban de acostarse temprano; ni con Jacobo de Sommeres á quien el temor de la humedad retenía en su casa; ella obtuvo que el presidente del tribunal y el doctor fuesen á jugar al whist con el señor Duvernoy.



Era tan linda esa niñita! Personificaba tan bién á la angelical y conmovedora niña que murió mártir á los trece años. En tanto que servía de modelo con su gravedad de santita, la tía, Jácobo y las primas se instalaban en el taller, llevando la una las noticias de afuera, los comadrazgos, y las otras los ligeros cancanes piadosos, anodinos y embalsamados de incienso; las señoritas de Lezines no gustaban de criticar, solo que era preciso divertir á Fernando, asegurar el triunfo de la buena causa y la derrota de la Dalila de marras.

El pintor se interesaba por todo y por todos: los cambios sobrevenidos en el seno de sus amigos viejos, el matrimonio de los unos, el divorcio de los otros. Había muchas cosas que contarle; se interesaba aun por los obreros, por la gente del pueblo, por los pobres de otro

Carlota compuso el centésimo capítulo de su novela:

Si el honorable señor Duvernoy la había llevado á Pontarlier, era á fin de permitirle conquistar los corazones de toda la familia, antes que anunciase su proyecto de matrimonio. Así es que se aplicaba lo mejor que podía á agradar; procuraba ganar las simpatías, levantando con inalterable paciencia las mallas que los dedos endurecidos de la vieja tía dejaban caer; oyendo con ávida deferencia las piadosas homilías de Aglaé, riendo con todos sus dientes largos y blancos las bromas de Jacobo aun cuando no siempre las comprendiese, y sobre todo, amando á todos, inclusive la pobre difunta. Sobre la tumba tan largamente abandonada, colocaba coronas donde las palabras de «Recuerdo eterno,» en perlas blancas, se leían sobre un fondo de perlas azules: ingenuos *ex-voto* en que la excelente muchacha exhalaba á la vez su reconocimiento y su gusto germánico por las divisas sentimentales.

Los temores sobre la solidez de los Minoret se habian disipado hacía algún tiempo y sin embargo, Fernando no pensaba en partir de nuevo. No había olvidado la promesa hecha á Beltrana, pero difería su ejecución. Frecuentemente hablaba con Carlota de su amiga.

—Ciertamente, señorita Carlota, volveremos á verla muy pronto. Decídselo cuando le escribais. Pero ese bien pronto se transfería de semana en semana.

Jacobo de Sommeres demostró sin mucha dificultad la necesidad de tomar medidas para la explotación del bosque de los Lannes. La señora Fourneron no fué mal acogida cuando habló de reparaciones urgentes en el techo de la casa, reparaciones que el ojo del amo debía dirigir. No se le dejaba respiro, contribuyendo grandemente á esto el retrato de Santa Inés que le retenía cautivo por el lazo misterioso que une el artista á su obra.

Los cuatro conjurados se felicitaban en voz baja, mas una nevada prematura hizo que Jacobo apresurase su preparativos de partida.

Hubo en casa de la señora Fourneron un postrer conciliábulo y como ella se desolase de la pérdida de un aliado tan precioso, él emitió una duda:

—Por mi fe, tía Fourneron, estais segura de que existe esa mujer satánica? Por mi parte comienzo á creer que hemos emprendido una cruzada contra los molinos de viento. He ensayado confesar á Fernando. Yo no soy un director de conciencia bien experimentado, pero entre hombres, ya lo sabéis, se habla con franqueza...... ¡Oh! no os tapeis las orejas, primas Lezines, nada aventuraré...... Pues bien, Fernando á mis preguntas solapadas ó directas, ha respondido con el más grande candor de alma, bosquejando como artista, mas no como enamorado, las diversas beldades femeninas encontradas á través de sus viajes: la turca, la rumana, la montenegrina, la italiana, pero el diablo me lleve si su voz temblaba ó si brillaba su mirada.

—Yo, dijo Aglaé, hablé á la señorita Carlota y pude convencerme de que nada sabe. Ella proclama á Fernando el más virtuoso de los hombres.

—¿Si interrogasemos á Lila? propuso la señora Fourneron.

Los otros tres protestaron.

—De ninguna manera. ¿Pensais que le haga confidencias á su hija y la conduzca consigo á casa de las perdidas?

Además, como los cuatro eran gentes honradas, repugnaron esta información con la niña.

—Pero entonces, dijo Aglaé, resumiendo la situación, no valía la pena de ligarnos contra una enemiga que no existe.

Se sentían abochornados, y censuraban un poco á Fernando su conducta y su virtud.

—A fe mía, tanto mejor, dijo la señora Fourneron, yo podría suprimir las partidas de whist. Me agradaríe acostarme á buena hora.

—Además, añadió Aglaé, van á llegar los grandes fríos. Hay vientos colados en su taller; yo he tiritado tres veces ayer al volver á mi casa. ¿No es verdad, Eulalia?

—Entonces, declaró Jacobo, la liga de familia esta disuelta; renunciamos á salvar al que no está en peligro.

Los cuatro conjurados se separaron.

El porvenir debía, empero, demostrarles que es imprudente desarmarse demasiado pronto.

XXXII

Sin embargo, no era una criatura absolutamente perversa esa Beltrana Meriadec. En otro medio, en otro siglo, hubiera sido buena quizás, mas era de este tiempo de ambición y de avidez. El hombre que debía ejercer tanta influencia en sus destinos, así como en los de Valeria, su amiga de infancia y coterránea, no había contribuido por cierto á mejorarla. Leódice era uno de esos productos de la civilización parisiense, que acaso serian

hombres sinó les faltase el corazón. Ninguno conducía más brillantemente un cotillón ni decía mejor un monólogo, ni cantaba con más finura una copla, ni guiaba con más habilidad el rondó loco de una orgía. Grande, ancho de espaldas, con la barba y los cabellos negros, de alegre humor, tenía con las mujeres numerosos éxitos, pero no hacía locuras.

Su padre le había inculcado desde temprano los principios de la economía y de la cordura.

Esos consejos habían caído en buen terreno; ninguna mujer podía preciarse de haber conquistado á Leódice, porque ninguna flor de amor había germinado en su corazón.

No se resignó á cargar la cruz del matrimonio sin gruñir un poco. Fué preciso que su padre le pusiese ante los ojos un cierto documento importante, que abriese ante él cierto libro de cuentas en que el debe y el haber no se eqilibraban de una manera satisfactoria. El hizo una mueca.

—¡Diablo! ¡Diablo! pero casarse con una prima tan fea, es duro, papá, sabe usted.

—Menos duro que la ruina, hijo mío.

—Entonces lo haré ya que es preciso. Mas para qué hacerme ir á la Bretaña? Yo conozco bien á Valeria y ya tendré tiempo de verla. La mujer con quien uno se casa es la sola á quien no se tiene interés en cortejar.

—No, no, hay que darse prisa y obrar en eso francamente. Tenemos necesidad de la dote y no hay que andarse por las ramas.

—Perfectamente papá. Iré, aunque no con mucho gusto.

Y había ido á Bretaña muy contra su gusto: abandonar el boulevar aun cuando fuera por dos meses, hacer la corte á una muchacha fea, le parecía á la vez un destierro penoso y una insoportable molestia. Se fastidiaba demasiado en aquella villa Martín á donde había ido á buscar mujer, y sin una carta más perentoria y más inquietante de su padre, al cabo de tres días hubiera desertado.

Valeria entregada por completo á su dicha, había olvidado á Beltrana; pero Beltrana no había olvidado á Valeria.

Una mañana los dos novios la vieron aparecer en la puerta del salón de la villa Martín. Llegaba tímida, excusandose y no quería molestar á nadie. Sólo tenía una palabra que decir á su amiga, un informe que pedir, después se iría.

La buena Valeria la retuvo afectuosamente.

—No, no, es preciso que conozcas á mi futuro marido, dejame presentartelo; quedate á almorzar con nosotros, quieres?

Leódice miraba á la recien llegada como los hebreos debieron ver el maná cayendo en el desierto ante sus hambrientos estómagos. Sus ojos repetían pero mucho más elocuentemente la invitación de Valeria: «Quédese, quedese.»

Beltrana se quedó!

Y volvió al día sigeiente y todos los días que siguieron. Valeriá misma le hacía instancias. La excelente muchacha experimentaba como un escrúpulo de ser tan feliz cuando su amiga lo era tan poco, y habría querido dar le una parte de su dicha. La invitaba á paseos y se la atraía sin la menor desconfianza.

El triunfo de Beltrana fué más rápido de lo que ella se esperaba; desde el momento en que Leódice la miró, una corriente magnética se estableció entre ambos. Entonces ella pensó en que los cuentos de hadas, las novelas y la historia no mentían, en que la belleza era realmente el poder supremo, y en que la rica Valeria Martin sería vencida por la pobre Beltrana Meriadec.

La primera vez que Leódice le estrechó la mano, dándole uno de esos apretones largos y expresivos en los que parece que el corazón se entrega, ella se ruborizó con orgullosa alegría. Algunas miradas amorosas, algunas presiones furtivas de manos, eran ya como el principio del camino; desgraciadamente Beltrana nunca lo veía solo...... siempre Valeria se encontraba entonces entrambos; la música les sirvió de intérprete: Leódice poseía una voz fuerte, vibrante, algo pastosa, y cantaba romanzas apasionadas que Valeria le acompañaba en el piano, y en esos momentos, él, de pié, un poco detrás de Valeria, miraba a su sabor á Beltrana, quien comprendía perfectamente que aquellas melodiosas y ardientes declaraciones á ella sola eran dirigidas, en tanto que Valéria, entregada por completo á las dificultades de los acompañamientos, sudaba la gota gorda temiendo á cada paso perder el compás ó comerse alguna nota.

En verdad Beltrana no saboreaba sin placer esos lindos preliminares de amor: sin embargo, al cabo de tres semanas se inquietó. Era muy bello cantar con ojos incandescentes: «Leonora, amor mío»...... pero poco práctico. Ella había esperado algo y ese algo no venía. Por qué Leódice tardaba tanto en decir: «Es Beltrana la que yo amo, es ella con quien quiero casarme?»

Y á nadie podía pedir consejo para apresurar esta solución feliz.

Había en el granero de su casa, una caja llena de novelas compradas por el capitán durante sus ocios en las ciudades de guarnición. En ellas buscó la experiencia de que tenía necesidad.

Los cuentos de hadas y la historia le habían enseñado muchas cosas, las novelas le enseñaron otras. Ellas también proclamaban la omnipotencia de la mujer, pero añadian que la fortuna amaba á las audaces, y que el hombre no resistía jamás á dos hermosos ojos. Le enseñaron algunas astucias de guerra: huir para que os persigan, reservarse para hacerse desear; sólo que en esta vez las astucias de nada le sirvieron.

Fué en vano que un día apenas llegada, diera trazas de irse; él no la siguió. Otra vez dejó pasar la hora de su visita cuotidiana; el no acudió á buscarla. Penetraba con mucha facilidad esta coquetería elemental y se divertía sin preocuparse de ella.

Entonces creyó haber perdido la batalla y resintió dura pena. Su corazón sufría más que su vanidad: la tristeza que no trataba de ocultar la volvió más seductora y la prudencia de Leódice recibió una primer herida.

—Dónde puedo veros sola?

Estas breves palabras murmuradas muy bajo, la hicieron extremecerse. No tuvo tiempo de responder. Valeria se aproximaba sin la menor sospecha, pero con ese deseo de una mujer enamorada de no perder ni una sola palabra del que ama, de encontrarse siempre ante sus ojos.

Leódice no podía repetir su pregunta delante de aquel oyente. Las novelas le habían enseñado á Beltrana que la ocasión perdida no se vuelve á encontrar; sin perder el tiempo en vanos escrúpulos, tomó un album colocado sobre la mesa, lo hojeó, se detuvo ante una acuarela que representaba una piedra druídica al borde del mar. Valeria había agotado para la ejecución de esa obra maestra todas las riquezas de su paleta: la piedra era verde, la arena anaranjada, el cielo rojo y el mar índigo. Abajo se leía esta leyenda explicativa: «La roca de las Hadas.» Beltrana pareció absorverse en la contemplación de esta página notable, y de pronto deslizó hacia el joven una mirada furtiva. El, atuzándose el bigote sonrió con linda sonrisa de fatuidad; había comprendido.

—¡Qué colección de preciosos talentos poseis, prima mía! pero el cielo es muy rojo: ¿son esos los fulgores del alba ó los fuegos del crepúsculo?

—Son los los fulgores del alba, dijo ella; me había levantado muy temprano esa mañana. Dibujé esa roca á los primeros rayos del sol levante.

—¡Oh, muy bien! dijo él; después repitió mirando á Beltrana: «A los primeros rayos del sol levante.»

Esta vez á ella le tocó sonreír.

Beltrana no durmió en toda la noche. Una alegría culpable, loca, intensa, la tenía en vela. No pudo permanecer en el lecho. Si iba á sorprenderla el sueño! Si iba á llegar demasiado tarde á esa primera cita! Se levantó, se vistió, se sentó cerca de la ventana. Vió desaparecer las constelaciones; un tinte palido alumbró el cielo sombrío; entonces descendió con paso furtivo la escalera, abrió la puerta y salió con el corazón palpitante de temor y de alegría loca.

Corrió más que marchó hacia el dolmen que lleva el nombre de «Roca de las Hadas.» La noche estaba aun obscura, el cielo y el mar se confundían; apenas si del lado del Este un fulgor pálido dibujaba el horizonte. No surgían aún los primeros rayos del sol levante; sin embargo, descepcionose de no encontrar en la cita, habiéndose como ella anticipado á la hora, al que amaba.

Para tomar paciencia, trató de recordar el hermoso discurso compuesto por ella con briznas de novela y que debía infaliblemente llevar á Leódice á pedir su mano. Mas he aquí que todas las palabras del discurso volaron sin que ella acertase á asirlas; la poesía de esa hora matinal la penetraba de una suave y blanda influencia: oía el mar que cantaba dulcemente. Sus sueños de ambición se desvanecían para dar sitio á un hermoso ensueño de amor. Sí, ella amaba con todas las fuerzas de su alma. Y el que amaba iba á venir. Esa fugitiva y súbita esperanza fué el instante más dichoso de su vida.

Una cortina de púrpura reemplazó en el Oriente la delgada banda pálida, levantóse el sol y sus primeros rayos acariciaron el dolmen. Leódice no venía. La joven se había puesto de pie, ansiosa, interrogando la extensión desierta.

....

El hermoso Leódice durmió perfectamente bien aquella noche: por un amorcillo no perdía él su sueño. Los primeros rayos del sol levante no ofrecieron á su espíritu de parisiense más que una figura de retórica. El creyó levantarse á tiempo poniendo la aguja de su despertador á las seis de la mañana. Después se acostó con el alma tranquila, murmurando:

—Para una primera cita hay que demostrar apresuramiento y exactitud. ¡Muy inteligente esa chica y llena de buena voluntad! ¡Cómo reventaría aquí yo de fastidio sin ella!

Dicho esto, se durmió á puño cerrado.

Cuando el despertador sonó, se estiró, se levantó, hizo su toilette, pidió su chocolate y salió de la casa todavía medio despierto. Apenas hubo puesto los pies en el dintel, llegó á su oído una exclamación.

—Magnífico, muchacho, magnífico. Hete levantado antes del medio día, te perfeccionas. Sabe conmigo; recibí una carta de tu padre y querría platicar contigo.

Leódice hizo un gesto de despecho.

—Sí, tío, sólo que yo tenía la intención...... Mi prima me hizo admirar una acuarela; yo quería ver si el color era exacto, á las primeras luces del sol levante.

—¿Del sol levante? ¡Pero si hace media hora que el sol se levantó! Sin embargo, si insistes en dar el paseo, te acompaño. ¿A dónde vas?

«Diablo, diablo, pensó Leódice, que posma de hombre.»

Y en voz alta añadió:

—Yo iba tío...... yo iba...... ¡Diablo! voy mejor á sentarme con vos en vuestro gabinete. Para platicar, sabéis. está uno mejor sentado.

Por fin el señor Martin se explicó:

—Mi querido sobrino, adivinarás sin duda el objeto de esta conversación. Tu padre al enviarte á Bretaña te comunicó sin duda su proyecto. Me ha pedido para tí la mano de tu prima. Yo he transferido mi respuesta; no soy un padre bárbaro y quiero dejar á mi hija libre para elegir. Ya hace tres semanas que estás aquí; tu padre me urge para que tome una resolución. De parte de Valeria nada hay que temer; tu eres un muchacho demasiado guapo para volver la cabeza á una doncella, en eso no hierras. Pero, ¿te gusta ella igualmente? ¿la amas?

Pronunció esta última frase con una evidente vacilación. Leódice enderezándose en su sillón dejó oír un murmullo poco respetuoso.

—Tío mio, dijo en tono de reproche; yo os creía un hombre serio, estamos tratando de negocios y me contais farándulas romancescas. Mi prima es encantadora y yo estoy dispuesto á casarme con ella, puesto que la he pedido en matrimonio. ¿Pero qué dote me aportará?

Desde ese momento la conversación se volvió tan interesante para Leódice, que olvidó su cita.

—Yo entrego á Valeria, dijo el señor Martin, con la herencia materna, es decir: 1º, 50,000 escudos llevados como dote por mi difunta mujer; 2º, 200,000 escudos de comunidad establecidos por inventario á su muerte; y añadiré 50,000 escudos como rendimientos de mis cuentas de tutela.

—Que la peste caiga sobre vuestros escudos, tío mío; eso hace apenas un total de 900,000 francos. ¿Que no podríais llegar hasta el millón? ¿Y qué le dejaréis á vuestra muerte?

—¿A mi muerte? Hombre, no te coses por cierto la boca para hablar.

—Decididamente, dijo Leódice con una gravedad desdeñosa, no sois un hombre serio como yo pensaba, nada de sensiblerías. Es natural que os fastidie hacer delante de mí el balance de vuestros fondos, pero cuando casa uno á su hija hay que resignarse á ello.

—Pues bien, dijo el señor Martin después de algunos instantes de vacilación, dejaré á Valeria ocho millones.

—¿Sin contar los 900,000 francos de su dote?

—Sin contarlos.

Entonces eso alcanza una fortuna de 8 millones 900,000 francos. Muy linda suma, lo confieso; las esperanzas son suficientes, pero la dote casi no lo es. No podría aumentarse la una con detrimento de las otras?

El tío sacudió con firmeza la frente:

—No, no, muchacho, basta con 900,000 francos. Yo quiero un yerno que trabaje como yo he trabajado y que no tenga por única ocupación hacer que tiren las mujerzuelas el dinero de su esposa. He recibido acerca de tí informes que me inquietan: te diviertes y entretienes perdidas.

Leódice se levanto de un salto, y exclamó con un movimiento de indignación no fingida:

El señor Martín rió francamente.

—Farzante, quieres que ande en eso á los sesenta años, y á los diez de viudo?

—Hum! ya se ha visto eso; pero debo decir en alabanza vuestra que los informes que tengo sobre vos son excelentes; sois cuerdo. No en balde las muchachas de Brest os han apellidado el «oso Martín.» Yo creo en vuestra virtud, tío mio, y os doy una brillante prueba casandome con mi prima; pero si me engañais.........

—Puedes dormir en paz, mal burlón: anda á buscar á tu prima, está en el jardín. Tengo la ida de que será feliz sabiendo por tu conducto el resultado de nuestra entrevista.

Leódice se dirigió hacia la playa afectando la actitud de un paseante perezoso, temiendo que le siguiesen. Cuando percibió á Beltrana, sentada al pie del viejo dolmen, con las manos cruzadas sobre las rodillas; en la actitud de las esperas vanas y largas, experimentó una alegría en que no sólo jugaba el amor propio.

—Pobre muchacha, sería demasido cruel dejarla pasar así todo el día.

Aproximóse á ella, le tomó las dos manos, las cubrió de besos. Ella, por su parte, no pensó ya en disimular su alegría radiosa. Estaba tan linda, que él olvidó á Valeria á Martín de Brest y aun sus nueve millones, y solicitó ardientemente otra cita pero una cita, á la hora en que duermen los futuros suegros.

Continuará.



—Me han calumniado, tio mío; jamás las he pagado, bien se lo que tragan.

—Entonces, dijo el tío ya tranquilizado, me juras hacer feliz á Valeria?

—La haré feliz, naturalmente.

Y en tanto que hablaba, examinaba á su tio con desconfianza:

—Y vos, no le comeréis sus ocho millones?

—Puedes tranquilizarte, estan más seguros en mis manos que en en las tuyas.

—Y no os volveréis á casar? Eso no sería un juego leal.

Traje de verano. (Figura 1.)

Este ligero traje es de tela de lino, rojo, claro y blanco. Talle blusa, levemente cruzado y adornado con encajes blancos y un cinturón de listón rojo. La falda lleva cinco volantes, siendo el del borde, de 12 centímetros de alto.

Abrigo de paño. (Figuras 2 y 3.)

Estos dos grabados representan el delantero y espalda de un bonito saco de abrigo de paño, color de gamuza, con mangas de capelina, forro de seda verde, grandes botones de concha y adorno de cinta acordonada negra.

Cuerpo blusa. (Figura 4.)

Cuerpo blusa de tafetán azul graciosamente adornado con cintas de terciopelo negro, cuello y cinturón del mismo tafetán. Manga de pico, adornada con la misma cinta.



LAS MUJERES PROFESORAS

En 1890, la población de los Estados Unidos se elevaba á cerca de 63 millones de habitantes. De este número, como unos 23 millones están ocupados en profesiones lucrativas, á saber: 19 millones varones y 4 millones hembras. Resulta de estos guarismos, comparados con los de las estadísticas de otros países, que no existe un solo pueblo, en toda la redondez de la tierra, donde se encuentre tan reducida proporción de mujeres obligadas á demandar al trabajo los medios de subsistencia. Esto—¿no es verdad mis bellas lectoras?—redunda en honor de los *yankees*.

Si se analiza en detalle el género de profesiones ejercidas por mujeres norte-americanas, vese que hay entre ellas: 447,088 agricultoras, 4,734 lecheras, 2,415 horticultoras, 342 mineras, 2,825 «barberas y peluqueras,» 86,802 amas de llaves de hoteles, 283 agentes de policía secreta, 504 banqueras, 237 carretoneras, 325 mozas de cordel, 12 empleadas de tranvías, 4 mecánicas, 29 marineras, 1 práctica de mar, 1,438 empleadas de telégrafo, teléfono, etc., etc.

La industria de la ropa, en los Estados Unidos, está casi enteramente reservada á las mujeres, al revés de lo que sucede en Europa, donde se ven á jóvenes fornidos haciendo de «señoritas de almacén.»

Los *yankees*, por otra parte, no se han contentado con dejar á las mujeres el campo libre en cuanto á las ocupaciones que les son especialmente apropiadas; también les han abierto todas las carreras mercantiles y liberales, y hasta ciertas funciones públicas. Así es que los Estados Unidos cuentan hoy: 4,000 actrices, 22 arquitectas, 11,000 pintoras y escultoras, 3,000 literatas, 12,000 clérigas, 337 mujeres dentistas, 900 periodistas femeninas, 35,000 músicas ó profesoras de música, 245,000 institutrices, 634 empresarias de teatro, etc., etc.

Y precisamente cuando tan considerados se manifiestan los hombres para con las damas, es que pretende una de ellas prescindir de los hombres......... por completo! Apuesto cualquir cosa que al cabo del tiempo las discípulas de Miss Walker, devoradas por el hastío, exclamarán: «¡Los hombres, eh los hombres, no hay como ellos!» Este será el condigno castigo de su utopía.



Figura 2.



Figura 1.

CAPRICHOS DE LA MODA.

Las damas sajonas llevaban una túnica que bajaba hasta los pies, y sobre ésta una amplia manta que les cubría el cuerpo y la cabeza.

Los griegos de ambos sexos no se cubrían la cabeza sino cuando salían de su casa.

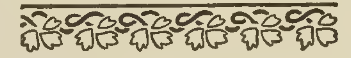
Durante el reinado de Enrique VII las solteras llevaban el pelo suelto sobre las espaldas.

Los sajones nunca se presentaban en público sin la capucha que les cubría la cabellera y gran parte del rostro.

Tanto las mujeres griegas como las romanas, se pintaban la cara: para blanquearla, usaban blanco de plomo, y para arrebatarla, el zumo de una planta desconocida.

El turbante turco entró en moda durante el reinado de Juan de Francia. A veces tenía tres pies de alto y era tamaño como un barril.

A Enrique II de Inglaterra lo representan luciendo botas verdes, espuelas ajustadas con correas de cuero encarnado, guantes de piel negra, con sortijas colocadas exteriormente en cada uno de los dedos, y una estrella de brillantes sobre el reverso del guante.



LECTURA PARA LAS DAMAS

Administración y aumento de la renta en la familia.

CONOCER BIEN LA RENTA Y ARREGLAR EL GASTO SEGUN EL TOTAL

Esta es la sabia precaución que toma en el Evangelio aquel hombre prudente que quiere edificar una casa y que merece los elogios de Jesucristo.

«Se sienta, dice San Lúcas, y mira á ver si tiene los recursos suficientes para terminar el edificio que quiere comenzar, por temor de que no pudiendo acabarlo, después de haber echado los cimientos, quede en el ridículo.»



Figura 3.

Así, pues, el primer mueble que debe procurarse, aun cuando no se trate más que de sí mismo, es un libro de cuentas en el cual inscriba sus rentas en primer lugar, después sus entradas y sus gastos, y cuyo libro venga á ser el regulador de la vida material. (*)

Pero tened cuidado al calcular vuestras rentas, de no dejarlos alucinar por la esperanza de ser más rica.

No contéis como cosa que ya os pertenece aquello que sólo se funda en un *puede ser;* arreglad vuestros gastos según lo que en realidad *tenéis*, y no según lo que *esperáis tener*.

Y sobre la página en que debéis hacer el asiento de esos gastos, escribid como encabezamiento, para tenerlos siempre presentes, aquellos preceptos del libro que no engaña, el Evangelio:

«Atesorad vuestras riquezas en el cielo, donde ni la polilla ni el gusano las destruye; donde los ladrones no las pueden robar.»

«Buscad en primer lugar el reino de Dios, y todo lo demás se os dará por añadidura.»

Y aquellos otros axiomas frutos de la experiencia:

«Hay algo más esencial que lo que causa placer, lo que es necesario.»

«El verdadero medio de ser rico y de poder ser caritativo, es saber pasársela sin aquello que falta.»

«Para no ser pobre, es necesario gastar algo menos de lo que se tiene.»

LA PARTE DE LOS POBRES

Cuando ya sepáis el haber con que contéis para vuestros gastos, en un año, ó en un mes, ó en una semana, comenzad por señalar la parte que corresponde á los pobres, que es la del buen Dios.

El que ellos sean servidos los primeros, es poder contar con que las bendiciones del cielo caerán abundantes sobre los demás.

Que esta parte sea bien amplia: nunca llegaréis á pobre por haber dado limosna. Proponeos, como dije antes, dar tanto por semana, ó tanto por mes, y que ese dinero sea sagrado para vosotras.

Habrá circunstancias tal vez, en que esa parte no será suficiente; sois libres para aumentarla, cercenando de aquello que os está destinado, pero no para disminuirla.

Dar á los pobres, se ha dicho, *es prestarle á Dios*, y cada vez que el mendigo recibe vuestra limosna os dice, aunque sea por costumbre: *¡Dios os lo pague!* estad seguras que Dios suscribe ese compromiso de uno de sus hijos.

DIVISIÓN DE LAS RENTAS.—NO PASAR DE ELLAS.

Una vez bien determinada la parte de los pobres,

Dividid exactamente vuestro haber y ved, de aquello que os queda, cuánto podéis gastar cada mes, cada semana ó cada día; según este cálculo, fijad la cantidad que podéis gastar en habitación, en alimentos, en vestidos, y tened cuidado de no traspasarla.

Si vuestras rentas fijas no son suficientes para cubrir vuestras necesidades, trabajad «Una persona no es pobre, dice un economista, porque no tiene nada, sino porque no trabaja.»

El trabajo alimenta y sostiene al que lo hace con asiduidad, y además, destruye el amor al lujo y hace amar el interior de la casa, donde se vive tan económicamente cuando se quiere.

[*] El libro de las entradas y de los gastos se llama, en lengua técnica, *presupuesto*. No os asustéis por esta palabra; el presupuesto doméstico nada tiene de común con la partida doble de los libros de comercio.



Sé firme en esperar, que de este modo
algo le espera al que le llega todo.

***

Poniéndose y quitándose alfileres
hacen sitio de Troya las mujeres.

CAMPOAMOR.



Figura 4.

EL MUNDO.

TOMO I. MEXICO, JUNIO 6 DE 1897. NUMERO 23.



Confidencias.

[Dibujo de José M. Villasana.]

"EL MUNDO"

Semanario Ilustrado.

Teléfono 434.–Calle de Tiburcio núm. 20.–Apartado 87 b.

MÉXICO

Toda la correspondencia que se relacione con la Redacción, debe ser dirigida al

Director, Lic. Rafael Reyes Spíndola.

Toda la correspondencia que se relacione con la edición debe ser dirigida al

Gerente, Lic. Fausto Moguel.

La subscripción á EL MUNDO vale $1.25 centavos al mes, y se cobra por trimestes adelantados.

Números sueltos, 50 centavos.

Avisos: á razón de $30 plana por cada publicación.

Todo pago debe ser precisamente adelantado.

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE.

Notas editoriales.

Un martirio necesario.

Acaban de ser colocados los restos de Melchor Ocampo en la Rotonda de los Hombres Ilustres, y con este motivo la figura del inflexible demócrata, depurada por los años, ha surgido del pasado en toda su severa grandeza. Es necesario penetrar en esta serena personalidad, extraña mezcla de filósofo y revolucionario, espíritu disciplinado en medio de las agitaciones de su época, y descubrir la decisiva influencia que su martirio ha tenido en el triunfo de la idea liberal mexicana. Meditemos á la sombra de este augusto sepulcro.

A la terminación de la guerra de Reforma, los vencedores de Calpulálpam habían caído en una somnolencia enervante. Después de tres años de lucha sostenida, la victoria derramó, sobre aquellas energías de acero el polvillo de oro de los ensueños. Los combatientes de ayer descansaban sus gloriosas cabezas en el regazo del ideal, y en él dejaban alaciar sus miembros y quebrantar sus voluntades.

La *política deductiva* había provocado una *embriaguez mental* en aquellos espíritus inquietos, desbordantes de entusiasmos, dispuestos á cambiar un dogma por otro y substituir una por otra utopía, y á los que podía aplicarse la frase de Mirabeau al abate Sieyes: *metafísico que viaja en un mapa mundi*. Todos los procedimientos que informaban el criterio de los revolucionarios franceses, encontraron entonces eco en el partido liberal mexicano, y el *comité de salvación pública* y la contratación de un gran empréstito con el *menor gravamen posible*, ocupaban la atención de esos hombres, patriotas y esforzados, que salieron del combate recitando estrofas de Lamartine ó con el libro de Juan Jacobo debajo del brazo, mientras que la reacción, aprovechando aquella tregua, se lanzaba nuevamente á la pelea.

El partido liberal luchaba en Oaxaca y en Puebla, en San Luis y en Guanajuato, pero la capital yacía en un marasmo prolongado, y mientras la facción adversa descargaba golpes de armas sobre la coraza de las instituciones recién conquistadas, el gabinete respondía con *golpes de palabras* y abstrusas sublimidades. En la Cámara, los oradores improvisaban arengas, y la prensa arrojaba llamaradas de elocuencia. Pero á través de este *entusiasmo de atrezzo*, en el fondo de esta brillante *mise en scene* se resentía una ausencia de vigor, como si el nuevo organismo creado no arrastrara por su sistema arterial los glóbulos rojos de la vida.

Tal era la situación cuando la noticia de la captura y el fusilamiento de Ocampo vino á herir fibras atrofiadas, á estremecer músculos adormecidos, á poner un rayo de luz en medio de aquel morboso crepúsculo. La sacudida tuvo toda la intensidad indispensable para hacer cesar una postración precursora de la muerte, y alzar á los abatidos y fortificar á los débiles. Y aquel *martirio indispensable* para la causa liberal, provocando una reacción poderosa, extendió sus alas salvadoras en el anublado horizonte de la República. Aquel hombre tranquilo é inflexible, que entró en el sepulcro con la serenidad de un estoico, sin un grito ni una protexta, creyendo haber *cumplido con su deber*—según la frase sencillamente épica del Almirante inglés—trasfundió su espíritu superior al alma de un grupo vigoroso, sumergido por un momento en el festín del triunfo.

Y un delirio sublime se apoderó entonces de los postrados, un frenesí de muerte se adueñó de todos los ánimos, y Degollado y Leandro Valle, satélites del astro, se arrojaron al fondo de aquella sima que reclamaba nuevas víctimas con que saciar su siniestro apetito.

Ocampo, muriendo, hizo vivir á la Libertad, como Cristo en la cruz salvó al Cristianismo. Las grandes ideas necesitan ser selladas con la sangre de sus mártires. Por eso la familia liberal se agrupa hoy en torno de esta amada sombra, á la que la muerte ha hecho eternamente inmortal!

¡No ha muerto Melchor Ocampo, puesto que alienta la idea que constituyó su existencia!

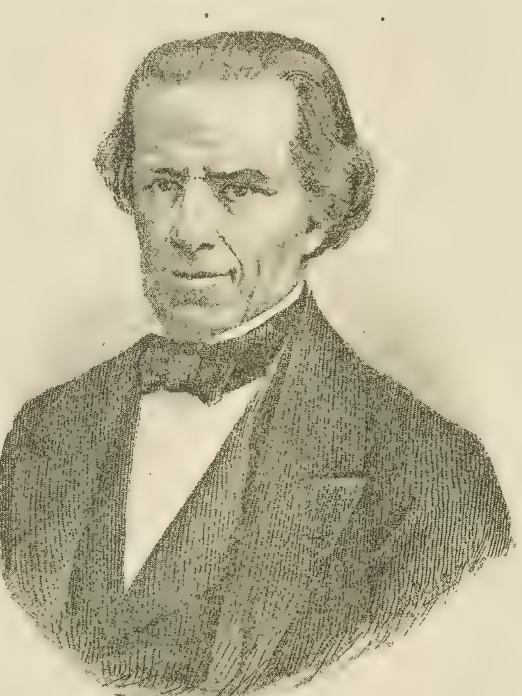
Política General.

RESUMEN.—La experiencia del Sultán.—Los asesinatos de Armenia y la guerra de Grecia.—El concierto europeo y sus amargos frutos.—La resurrección de un pueblo.—La revelación de una raza.—Muertas energías y olvidadas glorias.—Una nueva potencia.—La crisis española.—La misión de Sagasta.

No bastó como se creía en el primer momento, la intervención del autócrata moscovita en favor de Grecia, para apresurar la conclusión del tratado de paz entre las potencias beligerantes que han medido sus armas en los desfiladeros de Tesalia. Si la intimación del Czar sirvió para que los turcos victoriosos aceptaran el armisticio propuesto y consintieran en tratar de los preliminares de la paz, temerosos de ver encenderse la insurrección en Bulgaria, fácil de comunicarse á los otros Estados balkánicos, no logró, á pesar de la aparente sumisión del Sultán y de sus consejeros, que éstos abandonaran su política pérfida y escurridiza, de que tan buenos resultados han obtenido durante todo el tiempo que llevan de estar bajo las miradas del mundo civilizado, absorto ante tanta barbarie y estupefacto ante tan inauditas crueldades.

¿Quién detuvo el brazo armado del fanatismo musulmán, cuando se agitaba cruel, cercenando cabezas de cristianos en Trebisonda y Diarbekir ¿quién impidió que los feroces kurdos se entregaran á la violencia, al incendio y al asesinato, en poblaciones indefensas, cuyo único delito eran sus creencias en Cristo? ¿quién pudo marcar el hasta aquí á los infames que arrancaban convercciones falsas á filo de espada de los ancianos miserables y las débiles mujeres?.........

¡Nadie! Las protestas de los embajadores y las reclamaciones de los gabinetes se perdían como ecos vanos entre la grita de los muesines que proclamaban, como en los tiempos medioevales, el exterminio de los infieles; la santa ira en que ardían los pueblos occidentales se desvanecía ante las razones de Estado, que alejaban á las potencias de toda intervención armada, de toda medida violenta que pudiera adelantar un minuto la caída del carcomido turco; los lamentos desgarradores de las víctimas, los ayes conmovedores de los oprimidos, y la algarada salvaje de los verdugos, se perdían entre las disonantes discusiones de los que habían tomado sobre sí la tarea de reivindicar los fueros de la civilización, villanamente conculcados, y las prerrogativas de la humanidad, atrozmente vilipendiadas.



Melchor Ocamp.
† en Tepeji del Río, (Michoacán) el 3 de Junio de 1861.

La Gran Bretaña que intentó por su propia cuenta la ardua empresa de someter al turco, y pretendió obligar á la Sublime Puerta, cesara en su inicua obra de desolación y de ruina, aislada enmedio del universal concierto de las potencias, engañada en sus esperanzas de encontrar aliados contra el turco pérfido, acaso seducida por alguna promesa formal, y más que todo, cauta para no provocar discusiones sobre la posesión de Egipto, cejó en sus procedimientos, convirtiendo en platónica conminación retórica la amenaza de forzar el paso de los Dardanelos.

El fracaso diplomático de Inglaterra fué la señal de nuevas matanzas y atrocidades nuevas; las promesas de reformas y libertad á los súbditos cristianos, arrancadas al Sultán, fueron letra muerta; y el perjurio, la mentira y el engaño á la Europa, no encontraron más castigo que algunas notas salpicadas de flores oratorias y de tropos diplomáticos, muy buenos para ser leídos á Abdul-Hamid en las delicias del harem, entre las contorsiones, báquicas de las bayaderas y las canciones voluptuosas de las odaliscas.

***

Con tales antecedentes, que todos recuerdan y hacen estremecer de alegría á los sectarios del profeta, no es extraño que el Sultán, orgulloso de sus triunfos, se ufane por humillar á sus enemigos, no cercene una sola de sus exigencias, y aprovechando la debilidad material en que ha quedado Grecia, y la desmoralización en que se agita el pueblo heleno en explosiones de odio contra la dinastía reinante, trate de burlar una vez más las esperanzas de Europa, que ha apelado, ilusa, á los sentimientos humanitarios de los otomanos, como si alguna vez se hubieran conmovido las entrañas feroces de la bestia hirsuta del desierto.

Y como además cuentan con la protección cada vez más franca y decidida del Emperador Guillermo; como la misma Rusia, que ahora pretende cortar las uñas á la hiena de Stambul, en favor de Grecia desangrada y rota en desastrosa contienda, fué quien ayer se empeñó más por convocar la cruzada anti-cristiana contra los insurrectos cretenses, y aun ahora mismo ahoga los clamores de independencia al estallido de los cañones siempre dirigidos á las costas de Creta, vese con toda evidencia la preponderancia que ha tomado y toma cada día el nombre musulmán con mengua y oprobio de la civilización occidental.

No ha mucho que se consideraba al imperio de los califas como una institución caduca, como un organismo carcomido que nadie podría galvanizar; se esperaba solamente el golpe de gracia lanzado al moribundo para comenzar el reparto de sus despojos. Pretendieron prolongar artificialmente su vida de corrupción y de ignominia, porque era la debil Hélade quien provocaba la crisis, y los resultados del artificio han sido sorprendentes.

Lázaro yacente en el sepulcro, envuelto en la tiniebla de la ignorancia y la hediondez del fanatismo, las complacencias de Europa han sido la voz de la resurrección; el cadáver ha roto sus ligaduras, se ha erguido fuerte, cobrando nuevo aliento; sus miembros ateridos han recobrado su vigor, y recordando sus olvidadas glorias de Plewna y Adrianópolis, levanta ejércitos que siembran el terror de la Media-Luna entre las filas cristianas.

***

No es la humillación de Grecia el único fruto amargo del último conflicto de Oriente; no se detiene su alcance en la sangrienta burla jugada á la diplomacia europea, ni se han contentar los vencedores con una rectificación del tratado de Berlín, que ponga en sus manos la rica provincia de Tesalia, ya minada por los apóstoles del Islam y sujeta á las autoridades turcas que van recorriendo las poblaciones en busca de adhesiones á la Sublime Puerta, arrancadas por la violencia y concedidas por el terror pánico, que parece haberse apoderado de los defensores de Larissa y de los fugitivos de Farsalia; nó: la lucha ha servido para revelar la existencia de un Estado que se creía muerto, la cruzada en favor del estandarte verde del Profeta, que intentaban humillar los griegos en tierra cretense, ha servido también para dar á conocer á la asombrada Europa, que aun hay latentes energías en los pueblos mahometanos, que un tiempo fueron árbitros del mundo occidental y emporio de una civilización propia, cuando las naciones cristianas yacían en el letargo de la Edad Media.

Fruto será de las rivalidades hondas y odios reconcentrados que apartaban á las grandes potencias en su decantado concierto, esa resurrección inesperada que levanta y hace andar al desahuciado *enfermo* de la monárquica Europa. Ya no se decidirá sin su consentimiento la suerte que le aguarda; aún hay fuerza y vigor en su atrofiado brazo; los triunfos de Edhem Pachá, recuerdan y hacen reverdecer los lauros inmarcesibles del cautivo de Plewna. Nueva vida han transfundido en sus venas las últimas victorias; de hoy en más no sólo contará con su perfidia que lo ha salvado; puede apoyarse en su fuerza que lo defiende.

***

La crisis que amenazaba al Gabinete español ha llegado á su período agudo, y la renuncia del señor Cánovas y sus colaboradores que acaba de aceptar la Reina Regente pone en graves riesgos á quienes les sucedan en el poder.

Indomable el partido liberal, que se sintió lastimado por el incidente en el Senado entre el duque de Tetuán y el Senador Comas, se apartó de las labores parlamentarias, poniendo por condición para cooperar en las tareas una satisfacción decorosa de parte del ofensor.

Inflexible el jefe del partido conservador, no quiso ce-

der á éstas que él llamaba exigencias, y el resultado no se ha hecho esperar: el gabinete conservador se retira á los bancos de la oposición.

Difícil es, en verdad, la situación para sortearla con buen éxito, en los momentos precisos en que más necesaria se hacía la cooperación de todos los hombres de buena voluntad y la concurrencia patriótica de todos los partidos, para salvar á España de las dificultades que la amenazan en el interior, de parte de cantonales y tradicionalistas, y la amagan en el exterior, del lado de los Estados Unidos, que de un día á otro pudieran decidirse á intervenir directamente en los asuntos de Cuba.

Anúnciase como muy probable la formación de un gabinete liberal, presidido por el señor Sagasta: dura es la brega que le corresponderá al experimentado estadista. Puedan sus dotes y energías conjurar todas las tormentas y serenar el cielo político de la nación hispana, donde cruzan negras nubes á ocasiones iluminadas por el cárdeno resplandor del relámpago.

X. X. X.

Junio 3 de 1897.

LA PACIFICACION DEL YAQUI

Notas ilustradas.

Precisamente en el número anterior de este semanario, hablábamos de la capital importancia que para México tiene la pacificación de los bravos y aguerridos indios sonorenses, y de los inmensos beneficios que para el progreso de una exúbera y bella zona del Norte, derivaría la definitiva capitulación de la potente tribu, consagrando vigorosas y fértiles energías á tareas mejores que las de esgrimir el arma de la rebelión y de la fratricida reyerta.

No insistiremos más sobre esto, máxime cuando los diarios de esta casa, tras pormenorizar todos los hechos que antecedieron á la definitiva pacificación de los indios han discurrido acerca de las ventajas que hecho de tal significación aporta. Mas sí nos compete, si el MUNDO ha de mostrar la fisonomía de los principales sucesos nacionales, sintetizar, en breve colección de grabados, el hecho culminante á que venimos refiriéndonos.

Publicamos, pues, cuatro ilustraciones importantes en lugar preferente, de las cuales figura el retrato del Coronel Peinado, habilísimo colaboaador del Señor General Luis E. Torres y uno de los héroes de la satisfactoria empresa.

El Coronel Peinado, presentándose solo y sin armas en el campo enemigo, y pactando con empeño conciliador con el temerario Jefe yaqui *Tetabiate*, merece nuestro sincero aplauso que hacemos extensivo, antes que á todos, al Señor General Torres, alma de todas las operaciones, y después, á los oficiales de nuestro ejército operante en las lejanas regiones sonorenses que siempre han sabido unir, con brillo, la cordura al indómito valor.



Coronel Francisco Peinado.

DIAS NUBLADOS

El sol anda á picos pardos. Desde hace cuatro días los astros de la corte se presentan, según lo exige la etiqueta, en la antecámara del soberano y la puerta de la alcoba real no se abre para darles paso. Su Majestad el sol no se levanta.

Los cortesanos murmuran y cuchichean en la antesala. ¿Qué ha pasado? *El Lince* asegura que vió salir al sol, pero antes de las oraciones, acompañado de Mercurio. El sol iba embozado hasta las cejas. La *Osa Mayor*, que como dueña y vieja, es cavilosa, asegura que por extraña coincidencia, la *Cruz Austral* ha desaparecido. El *Boyero* y *Rengifero* sonríen, como diciendo: ¡va lo veremos brillar hoy ó mañana en el cuello de *Andrómeda* ó en el cuello de *Berenice!* Su Majestad el sol no se levanta.

El *Cochero* se impacienta en el pescante de oro. *Pegaso* piafa en la caballeriza. Los *Lebreles* quieren echar á correr, y el *Perro Mayor* ladra sin descanso mirando de reojo al *Ave indiana*. Su Majestad no irá de caza hoy.

Puede el *Augila* atravesar sin miedo la montaña; el *Cisne* deslizarse por el lago y la *Girafa* recorrer los campos. En vano *Hércules*, que es el montero de su Majestad, limpia y bruñe el *escudo de Sobioski*. En vano *Sagitario* tiene listo el carcax con flechas áureas. La *Copa* permanece intacta. Su Majestad no se ha desayunado. En el *altar* ya pavonean agonizantes los blancos cirios. Su Majestad el sol no ha dicho misa.

¿Qué ha pasado? Su Majestad la luna está de viaje. Con sus damas de honor y sus meninas, se embarcó en el *Navío* rumbo á Alemania. Mientras vuelve, el sol se oculta ó anda en aventuras. ¿Quién le ha visto? No está de diario en el laboratorio, porque el *Hornillo químico* no despide llama alguna. El *Buril* y el *Caballete del Pintor* permanecen ociosos. ¿Qué ha pasado? El venerable *Paniatowski* calla, y el madrugador *Orión* afirma en voz baja, que esta mañana salió *Venus* algo pálida.

Las dueñas refunfuñan. El *Delfín* se pasea muy pensativo. Los cortesanos cuchichean en la antesala. Su Majestad el sol no se levanta.

Dos gorriones que me acompañan á almorzar todos los días, se ponen de puntillas en el nido y me dicen por señas que hoy no salen. Desde aquí escucho su conversación. Los pobrecillos cuentan que un amigo suyo murió anteayer de pulmonía. A no ser porque están muy constipados, asistirían puntuales al entierro. No tendrían que vestirse para ello; como es público, los gorriones á guisa de hombres graves, andan siempre de luto.

Por desgracia, la atmósfera está fría. Gotas de lluvia resbalan titilando por las hojas del fresno. No, no irán al entierro los gorriones. Friolentos se acurrucan en el nido y hablan con voz llorosa del compañero que murió. Su pobre novia no ha de hallar consuelo. Tal vez en este instante la desgraciada alondra da el último beso en el pico de su amante. Ya el ruiseñor estará entonando el *Pie Jesu*, y los canarios, esos monaguillos de las aves, se agruparán en el altar mayor, columpiando los incensarios de filigrana. Como el gorrión era un gorrión aristocrático, un cardenal canta la misa de difuntos. Los gorrioncitos, mis amigos, no la oirán. Tienen miedo de morirse porque están enamorados.

¿Os acordáis de aquellas golondrinas que colgaron su nido, un año hará, en la cornisa de mi ventana? Las coquetas salían muy de mañana cantando el *Pit Onit* y el *Ne me chatouillez pas*. Donairosas y esbeltas, lucían el talle, taconeando con gracia parisiense en los alambres del telégrafo. Mis gorrioncitos se enamoraron de esas dos locuelas. Pero como eran artistas, cuando acabó la temporada de ópera, que llaman ellas primavera, se marcharon. Mis gorrioncitos las esperan impacientes. Más como la mañana está muy fría, como ayer se murió su compañero, y como están los dos apasionados, con profunda tristeza hablan así.

—Las pobrecillas vienen en busca de calor, y el viejo invierno, casi paralítico, no ha podido moverse del sillón.

—No te preocupes. Verás que bien las abrigamos. Llevaremos al nido de nuestras vecinas todas las plumas que tenemos en el nuestro. Al fin nosotros somos hombres! Además, quién sabe si mañana venga la primavera ó si la traigan ellas, puesto que las muy traviesas se la llevaron!

—Tengo miedo, hermanito, mucho miedo! Bien sabes que la mía esta un poco anémica. ¡Si se muriera de tisis!......

Después del gorrión habla un enamorado:

—Está cerrado su balcón. Paso y vuelvo á pasar; pero la cortina de encajes no se mueve. Pocos transeuntes cruzan por la acera: unos embozados en sus capas, otros con las manos hundidas en los bolsillos del sobretodo. Los caballos resbalan en la humedad lodosa de las piedras. De rato en rato, alguna amiga pasa en su carruaje, con los cristales cerrados, y distingo apenas una mano enguantada que saluda.

La lluvia cae en hilos muy delgados y parece que dice cuando cae: «Hoy te burlamos: hoy no la verás!» «Yo me enfado y siento impulsos de reñir contra ella. Pero la lluvia se escapa de mis manos y se ríe de mi cólera y hace mofa de mí, brincando en la hojalata del tejado: «Hoy te burlamos; hoy no la verás.»

Yo pido al cielo que disipe estas nublazones y ponga fin á este invierno.

Mis amigos buscan calor jugando á los bolos en el Tívoli, ó se entregan al pockart en un capitonado gabinete. En otro tiempo les habría seguido. Hoy sólo pienso en mi friolenta amada, que no entorna las puertas del balcón.

¿Qué hace en estos momentos? Mi fantasía la finge recostada y cubierta por la pesada piel de búfalo. Sus grandes pupilas que á veces bajan el embozo negro para verme, se detienen ahora en las páginas de un libro. Siente celos del fantástico D. Juan, que figura en esa novela y cuyas aventuras la entretienen. Querría ocultarme entre los anchos pliegues de esa piel de búfalo y contemplarla acurrucado y en silencio. Si tú quisieras.........! En el cupecito acolchonado, cuyos cristales no dan paso al aire, iríamos juntos al bosque. ¿No te halaga el olor de la tierra húmeda? Solo las gotas, gruesas y redondas, nos verían con sus ojos de diamante, al resbalar por los cristales del coupé......... del coupé muy estrecho, tan estrecho, que el frío no podría caber entre nuestros cuerpos.

La cortina de encaje no se mueve. Las gotas de la lluvia, brincando en la hojalata del tejado me dicen: «¡No la verás! ¡No la verás!»

***

La mujer de marmol que duerme en el Ixtacihualt, aparece como la estátua yacente de un sepulcro enorme.

¡También como ella, duermes tú, mi perezosa. La nave de la iglesia está sombría. La banca que prefieres está desierta. Algunos devotos rezan y tosen. La misa ha comenzado...... y tú no vienes!

Acaso, oculta todavía entre las olas blancas de tus colchas, extiendes apenas el brazo de alabastro para tomar el libro que tenías anoche, y colocándolo en el pecho junto á tí, te acurrucas y sigues su lectura. Hoy ¡impía! no vendrás á la misa de las nueve.

Este sí qué es el invierno para mí! Porque el invierno no es la helada ráfaga que se desprende, como inmensa flecha, de las urnas inaccesibles de la nieve y baja rápidamente á la llanura; porque el invierno no es el agua inmóvil, ni el niño muerto en los umbrales de un palacio: el invierno es estar lejos de tí, es no sentir la intensidad de tu mirada, es lo que yo seré si tú no me amas.

***

Y aquí calló el enamorado, se fué el gorrión y abrí yo mi paraguas!

EL DUQUE JOB.



Recuerdos de la pacificación de los yaquis.

Coronel Francisco Peinado. Capitán Joaquín Téllez, Secretario del Coronel Peinado. Juan Maldonado. Julián Espinosa, Secretario de Maldonado.

LA CANADA DE QUERETARO

Ocho kilómetros al Noroeste de la capital de Querétaro, existe un pueblecillo risueño y pintoresco, que ha sido y es —desde hace tiempo —el sitio de recreo de las familias y la curiosidad de los viajeros. Entre dos inmensos cerros cortados á pico por la mano de la Naturaleza, se ve blanquear como un ave dormida entre el frondaje, la iglesia parroquial, adonde los creyentes indígenas acuden en masa con frecuencia. San Pedro es el santo que allí se venera, y el patrón del lugar; de aquí que el pueblo lleve el nombre de San Pedro de la Cañada.

Las calles son rectas y de pavimento desigual; las casas de aspecto humilde, con techumbres rojas y puertas de romerillo, sin que por esto deje de haber, en el centro de la población, algunas pintadas con colores chillantes y con sus zaguancitos abiertos de par en par, dejando ver el piso almagreado, los tiestos de exquisitas flores y las jaulas que se columpian á los brincos de los pájaros.

La plaza, de forma cuadrangular, tiene banquetas de losas muy tersas, y está adornada de trecho en trecho por columnas de ladrillo y por naranjos y limoneros que, cuando están en flor, parecen cubiertos por un manto de nieve. Al Oriente de la plaza se levanta la Parroquia, pequeño templo de construcción sencilla, que yergue su torre sobre un bosque de lujosa vegetación tropical.

A dos cuadras de la Parroquia y hacia el Norte, están los baños de aguas termales, solicitados con avidez por enfermos y sanos, y el Piojo, estanque anchuroso y poco profundo, donde millares de pescaditos acosan á los nadadores, como flechas de plata.

Por los alrededores del pueblo, el río se desparrama, ora formando apacible remanso rodeado de sauces melancólicos, inmensa pupila que parpadea al ser herida por los rayos del sol; ora cascadas que descienden estrepitosas, atronadoras, quebrando sus cristales en las afiladas rocas y formando capelos que salpican gotas de iris.

¡Qué cuadro tan poéticamente encantador! Las huertas de aguacates frondosos y chirimoyos fragantes, que en la estación de las lluvias se cuajan de frutos; la multitud de pájaros de vistoso plumaje, que parlotean saltando de rama en rama; las hortalizas que fingen polícromas telas bordadas, y el río sonoroso que se desliza sobre arenales, que á través de las ondas se antojan regueros de lentejuelas, dan al paisaje tintes tan bellos y raros, que apénas si puede arrancarlos el artista á su paleta.....

El río á veces se arrastra con molicie entre muros formados por cantiles bermejos, de donde cuelgan á trechos hierbecillas trepadoras que arraigan y medran en el granito. De los festones de esas parásitas y de las marañas de raíces y ramazones que brotan entre las grietas de los peñascos, se filtra constantemente una menuda lluvia de gotas que, como un desgrane de diamantes, cae estremeciendo la corriente.

Cuando los rayos del sol descienden á plomo colándose por entre la red hojosa, que como un toldo cubre las huertas, tíñense las ondas de glauco y relampaguean con un verde hechiceresco y fosforescente que hace recordar al espíritu soñador, los divinos ojos de las náyades.

Y en las márgenes del río, la vegetación se desarrolla exhúbera: crecen dalias azules y moradas enredando sus guías en los troncos y culebreando entre apretados haces de azucenas y floripondios de hiperbórea blancura; las margaritas abren sus estrellas titilantes sobre el terciopelo verdinegro de los musgos, y la espadaña se balancea al fresco aletazo del céfiro.

Cuán espléndido el crepúsculo vespertino en aquellos campos! A esa hora, las brisas húmedas del río abanican el rostro, esparciendo efluvios orientales; las nubes se amontonan en la occidua cordillera, como copos de espuma tintos en los resplandores del sol. del sol poniente que poco á poco va escondiendo su faz de un rojo irritante.

Y es de ver en esos momentos el paisaje: cisnes y garzotas nadan sobre la superficie tranquila de las linfas que sin reflejar la luz del astro, parecen, ya no como poco antes, cobre fundido en amplios crisoles, sino cintas de acero que se encarrujan cuando las aguadoras introducen el cántaro, ó el buey, con gravedad olímpica baja en tal hora á abrevar después de las faenas campestres.

Y es de ver también, allá, lejos, las espirales de humo algonado que emerge de las cabañas, y oir el canto tipludo y lastimero de los indios, mezclado al rasgueo de la vihuela y al llorar desgarrador de la chirimía.

No he presenciado crepúsculos más bellos! Allí, todo en esos momentos se pinta de un color ambarino; todos los objetos parecen bañarse en una ola de oro que va desvaneciéndose á medida que concluye el triunfal apoteósis del sol, á medida que se oculta en la gloria del Ocaso, y la noche vuelca silenciosamente su rico joyero para constelar la clámide negra del infinito.

En la cañada no dominan más que dos estaciones durante el año: el Estío con sus copiosos aguaceros y una anticipada, una alegre, una prodiga Primavera que extiende su alfombra de variados tonos verdes, salpicada de lirios y campánulas y rosas. Tal parece que Flora ha establecido en esa comarca sus dominios, y que sólo emigra de allí para ír á fecundar durante breve ausencia, los campos inmediatos.

Bello es contemplar en la Cañada la salida de la aurora; observar como la luz va punzando lentamente el Orto, hasta agujerearlo, hasta romperlo, hasta hacer surgir el gran disco de lumbre; hermoso mirar á la hora enervante de la siesta, esparcidos y somnolientos sobre los gramales, los rebaños de Carretas; ver como chorrea entre las copas de los árboles, el fuego que cae del cenit en redondeles luminosos; encantador presenciar en una noche inundada de luna, de pie sobre el cerro de la Cruz, el paso de la locomotora bajo uno de los grandes arcos del acueducto; grato mirar desde allì la fábrica de Hércules como un poético castillo feudal, y oír en el silencio nocturno el ruido incesante de las maquinarias que se eleva al cielo como un himno santo al trabajo; pero aún es más grato, aún es más hermoso y encantador contemplar en ese apartamiento agreste, el cuadro que presenta ante los ojos la Naturaleza, en el momento solemne en que el día y la noche, como dos enamorados se juntan, se confunden en un abrazo pasional é inmenso.

JUAN B. DELGADO

Junio de 1897.



Recuerdo de la pacificación de los Yaquis.—Grupo de indios.



Jefes yaquis.—Villa. Tetabiate. Amarillas.

SANGUINA

Esta tarde ha sido toda de rosa. El cielo ha puesto en la enorme concha de su gran paleta, todas las rosas posibles. Ha sido el rojo el rey sangriento; un rojo estallante y furioso que desde el foco agonizante del sol teñía el mar de sangre. Después que se hubo hundido la rueda de fuego púrpura, de fuego condensado y vibrante, de fuego único y occidental, calló la fantasía de los rojos, se alejaron las claridades de los candentes y ofensivos amarillos. Los cardenales fueron poco á poco fundiéndose en una suave disolución de carmín, que gradualmente llegaba, en tonos desfallecientes y cromáticos, al grano de granada, al ala de flamenco, al rosa de una uña, al anémico y dulce rosa té. El mar reflejaba la gloria del poniente.

En el horizonte, la línea curva que marca á la vista el límite, no se veía inundada en llamas. Una espesa nube obscura se partió en dos rotondas, dos rotondas sustentadas por una arquitectura inaudita y visionaria. Había una balaustrada gigantesca sobre un pavimento manchado como por una luminosa y reciente degollación.

Pájaro de la hecatombe, un águila anaranjada, cual si hubiese pasado por un iris, extendía las alas, cuyos extremos parecían aún húmedos de una agua de rubí. En un punto del cielo, en donde la decadencia del tinte llegaba al desmayo, el suave color trajo á mi memoria un lejano recuerdo.

¿Fué el de una hoja exangüe y olvidada, entre las hojas de un libro de horas. Era el libro impreso en Bruselas y de antigua factura. La página donde descansaba aquella reliquia, quizás de un amor de romanza, tenía una mayúscula roja, de una exquisita belleza arcaica, á manera de las que ornan los misales y los antifonarios.

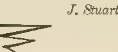
De pronto el parpadeo rápido y blanco de un foco electrico me sacó de mi vago pensamiento. Tras las colinas cercanas, brumas crepusculares anunciaban la noche. La ciudad encendía sus luces. La última vibración de la agonía de la tarde, fué de rosa muriente y desolada.

RUBÉN DARÍO.



Los placeres de la vida bastan para hacerla agradable, si se recogen de *paso*, sin hacer de ellos el objeto principal de la existencia. Trátese de convertirlos en el fin principal de la vida y al punto resultarán insuficientes. No resisten á un examen rigurroso. Basta pensar en si es uno feliz, para dejar de serlo. Para ser feliz no hay más que un medio, que consiste en buscar como fin de la vida, no la felicidad, sino un fin extraño á la felicidad. Que la inteligencia, que el análisis, que el examen de la conciencia se absorba en este fin, y se respirará la dicha como el aire, sin notarla, sin pensar en ella, sin pedir á la imaginacion que se la represente anticipadamente y también sin hacerla huir por la fatal manía de preocuparse de ella.

J. Stuart Mill.



HACIA EL POLO.



El explorador Fridtjof Nansen.

HACIA EL POLO

POR

FRIDTJOF NANSEN.

Traducción para "EL MUNDO." (1)——Ilustraciones tomadas de las fotografías hechas en el curso de la expedición.

AL LECTOR

La expedición polar llevada á cabo con singular temeridad por un noruego de inmensas energías, de invencible constancia y de supremo vigor, el Doctor Nansen, es el gran acontecimiento científico de esta última década maravillosa y da asunto á todas las revistas europeas que ocupan sendos espacios con detalladas narraciones y sugestivos grabados; unas y otros de fantástico interés por las arcanas regiones á que se refieren.

El Mundo ha creído oportuno, agradable é interesantísima, la tarea de popularizar en México á su vez la sorprendente hazaña geográfica de Nansen y empieza hoy la publicación de una de esas reseñas, la más bella y hábilmente ilustrada, con la cual llenará algunas páginas de sus números de Junio, seguro de que proporciona á sus lectores la más amena é instructiva lectura que puede darse, y sacia su natural avidez de saber hasta qué punto la Esfinge ártica, perpetuamente inviolada, llena de blancas arcanidades, reveló su secreto al heroico navegante.

EL PLAN DEL DOCTOR NANSEN

«Nuestros antepasados los viejos Vikings, fueron los primeros exploradores de las regiones árticas.» Así se expresa, al iniciar el relato de su expedición al polo, el Dr. Fridtjof Nansen, intrépido navegante de los mares hiperbóreos y noruego irredentista.

De la época de los Vikings á la de Nansen, hay gran distancia, y en el intervalo las tentativas mas variadas han sido hechas para arrebatar á las blancuras polares su secreto. Sin embargo, sólo en el curso de este siglo fueron alcanzadas las altas latitudes y se estrechó al rededor de la extremidad septentrional del eje de nuestro globo el círculo de las regiones inexploradas.

Antes de Nansen, que fué en la estrategia ártica un inovador atrevido, dos modos de penetración en la zona polar habían sido empleados: el navío y el trineo.........

Usó Nansen de otros medios de locomoción?—No; pero usó aquellos de otra suerte que se habían usado hasta entonces, y he aquí por qué.

Cuando en 1820 el oficial inglés Parry logró avanzar con trineos hasta el Norte del Spitzber, hasta el 82° 45, de latitud, debió reconocer, después de un mes de fatiga la inutilidad de un esfuerzo más prolongado. No avanzaba ya. Los bancos huían bajo de él, derivando lentamente hacia el Sur, en tanto que él no marchaba casi hacia el Norte. Se detuvo á 804 kilómetros del Polo.

En 1872-74, cuando la expedición húngara de Payer y Weyprecht descubrió la tierra de Francisco José, fué gracias á una derivación hacia el Norte de su navío, el *Tegethoff*, aprisionado en los hielos. En trineo, Payer llegó á la latitud de 82°5, é sea á 880 kilómetros del Polo. Pero el *Tegethoff* no pudo ser desprendido y fué abandonado.

Cuando, en 1876, en el estrecho de Smith, entre Groenlandia y el archipiélago polar americano, el comandante, almirante ahora Markham, de la expedición americana Nares, después de haber dejado su navío el *Alert*, que se había fijado entre los bancos á los 82° de latitud, alcanzó en trineo el 83° 20″ (á 740 kilómetros del polo,) no obtuvo este resultado sino al precio de un esfuerzo heróico.

Cuando siete años más tarde, el teniente Lockwood, de la misión americana Greely se lanzó á su vez sobre la ruta abierta por Markham, no pudo sino á gran pena pasar de 5 kilómetros ½ la latitud á la cual su predecesor había llegado. No por eso pudo negársele el honor de mantener, hasta el viaje de Nansen, el *record* polar: 735 kilómetros del polo; estaba de él tan cerca como de París á Avignon.

Por último—para recordar las más célebres tentativas—cuando en 1879-81, en el oceano glacial de Siberia, la *Jeannette* salida del estrecho de Bering, cogida entre los hielos cerca de la tierra de Wrangel, hubo sido arrastrada dos años hacia el Noroeste por su prisión flotante, fué rota por los bancos al norte de las islas de la nueva Siberia y sólo algunos de los miembros de la expedición escaparon al desastre.

En resumen, los más felices resultados habían sido fracasos. Por donde quiera, en todas las direcciones los bancos se habían levantado ante los exploradores, deteniendo los navíos, cuando no los asían para aplastarlos ó llevarlos quién sabe dónde y haciendo retroceder los trineos ante una misteriosa prominencia que anulaba sus esfuerzos.

Parecía que, como lo escribió Nordens Kiold en 1884, el polo debía ser considerado en lo de adelante como inaccesible, cuando el joven doctor Fridtjof Nansen, en el mes de Febrero de 1890, en una comunicación á la Sociedad de Geografía de Christianía, declaró que él conocía el camino del Polo Norte y que estaba dispuesto á recorrerio.

De todas las expediciones que hemos enumerado, la más desastrosa fué incontestablemente la de la *Jeannette*. Fué esta, no obstante, la que Nansen se propuso tomar como modelo, á lo menos en cuanto á la dirección que debía seguirse.

En efecto, tres años después de la pérdida de la *Jeannette*, se hizo un descubrimiento muy inesperado en la costa sud-este de la Groenladia, cerca de Julianehaal, por los esquimales. Apresurémonos á decir que se trataba nada menos que de los restos del buque perdido en 1881 cerca de la Nueva Siberia, ó más exactamente, de los objetos provinientes de ese buque: una lista de provisiones, firmada con el nombre del capitán De Long, que mandaba la *Jeannette*.

La autenticidad del hallazgo de los esquimales de Julianehaab, ha sido, es cierto, combatida. Si esos restos son apocrifos, hay que convenir, sin embargo, en que la mistificación imaginada por un Lemice-Terrieux yankee, tuvo para la ciencia resultados singularmente felices, pues que se le debe el glorioso viaje de Nansen.

Era en 1884. El profesor Mohn de cristianía, escribió inmediatamente en un periódico noruego, el Morgenblad, un artícuo consagrado al descubrimiento de Julianehaab artículo en el cual emitió la hipótesis de que los restos de la *Jeannette* habían debido atravesar el océano ártico de Siberia en dirección del Noroeste, después pasar entre el Spitzberg y el Polo para descender de nuevo al Sur, á lo largo de la costa oriental de la Groenlandia. En el estado de nuestros conocimientos hidrográficos ese era el solo itinerario plausible.

El artículo del profesor Mohn fué para Nansen un rayo de luz. El plan audaz, insensato, que él debía ejecutar nueve años después, había, desde ese momento, surgido en su cerebro. Durante seis años, reunió la hipótesis y el proyecto; acumuló, menos por convencerse él mismo—su resolución estaba tomada—que por convencer á sus compatriotas, numerosas pruebas científicas demasiado complicadas, para ser expuestas aquí, en apoyo de su sueño, hasta que en fin, á la vuelta de una expedición á Groenlandia, se decidió á principios de 1890, á ir á decir lo que sigue, á la Sociedad de Geografía de Cristianía:

«Hay un camino para llegar, sinó al polo matemático, cuando menos á su vecindad inmediata: el de la *Jeannette*.

«Si la *Jeannette* hubiese sido un buque capaz de resistir á los asaltos del hielo; si al mismo tiempo hubiese tenido á bordo provisiones en cantidad suficiente, en tres años habría alcanzado el polo para volver en seguida, sana y salva, á las riberas de Groenlandia, el mundo habitable y civilizado.

«La prueba es que frágiles restos de ese buque han hecho el trayecto. Los fondos, los cascos, los papeles amontonados sobre un témpano cerca de Juliane haab han visto el polo de más cerca que la vieron Markham y Lockwood y que lo verán jamás los que se obstinen en adoptar el mismo camino que ellos. Porque los bancos de hielo árticos no son una inmóvil masa helada: derivan lenta y regularmente del océano ártico siberiano, al mar de Groenlandia, bajo la doble influencia de una corriente marina y de vientos, sinó constantes, dominantes cuando menos, que siguen la misma dirección. Y es esta derivación la que hizo retroceder á Parry, la que ha detenido á Locewood, Markham y tantos otros partidos de Groenlandia.

«Dadme un buque apto para esta navegación, no ensayada aún; un buque que sea en algún modo anfibio, especialmente construido para el mar congelado como los buques ordinarios lo son para el mar líquido; susceptible de luchar victoriosamente contra las convulsiones y las presiones de los hielos, como las construcciones más vulgares se defienden contra los choques de las olas y de la tempestad,—y ese navío no es un mito, estoy dispuesto á construirlo;—dadme una tripulación elegida, poco numerosa, pero de un vigor á toda prueba; dadme el equipo y las provisiones indispensables; dadme botes, trineos y perros para prevenir toda eventualidad,—porque ninguno, cuando se embarca, para viajar sobre el hielo y sobre la mar libre, puede responder de que no naufragará;—dadme, en una palabra, los medios de partir en las condiciones favorables requeridas, y los colores noruegos flotarán sobre el mar ó sobre la tierra polar, más lejos de lo que han flotado jamás los colores de país alguno y, nosotros volveremos después de haber cubierto de gloria á nuestra patria, todos sanos y salvos, el buque, la tripulación y yo mismo.»

Los que no han conservado el recuerdo, imaginarán cuando menos facilmente el ruido que hicieron en el mundo las palabras del Doctor Nansen. En tanto que en Europa y en América, geógrafos, meteorologistas y almirantes, discutían, objetaban, protestaban, Noruega se entusiasmó.

El 30 de Junio de 1890 el *Storthing* noruego votó un crédito de 277,800 francos (200,000 *kroners*.) que llegó un poco más tarde á 389 000 francos. El rey de Noruega (el rey de Suecia y de Noruega es para los noruegos rey de Noruega solamente, como el emperador de Austria para los húngaros no es más que rey de Hungría,) el rey Oscar II dió 20,000 kroners (más de cinco mil pesos.) El entusiasmo y el patriotismo hicieron el resto, y sólo fué aceptado el dinero noruego.

Finalmente, el total de las subscripciones y los gastos se equilabraron con la cifra de 617,186 francos, representando el precio del buque las tres quintas partes de esta suma.

EL «FRAM» (2)

Cuando Balzac escribía una novela, no dejaba jamás, antes de entrar en la relación de los hechos, de evocar el escenario, en el cual sus heroes iban á moverse; de describir con abundancia de detalles la casa en la cual iba á hacerlos vivir y obrar. El viaje del Doctor Nansen es una novela «vivida» mas pasional que todas las que fueren imaginadas jamás; el *Fram* fué el principal escenario; en esa habitación flotante y errante, trece de nuestros semejantes vivieron durante tres años una existencia extraña, casi incomprensible: no es pues inoportuno dar la descripción de este buque tan diferente de todos los otros.

Se desprende claramente, por lo expuesto del plan del Doctor Nansen, que la primera condición que debía llenarse para la ejecución de él, era la construcción de un buque capaz de realizar, en las regiones polares, el viaje sin precedente á que estaba destinado. El constructor Colin Archer, á quien se dirigió Fridtjof Nansen, com-



La ruta del Polo.

[*] La traducción al francés de la relación completa del viaje del Doctor Nansen, fué emprendida por Carlos Rabot, uno de los raros escritores de Francia que por su experiencia personal de las exploraciones árticas y por su conocimiento de la lengua neruega fué capaz de llevarla á cabo

El Mundo traduce á su vez al castellano este relato de un interés escepcional, no pensando en darlo *in extenso* porque en el original abundan las observaciones científicas que suspenderían el interés de una historia que queremos hacer amena para todos.

[2] Deseando que esta narración sea instructiva, sin dejar de ser amena, suprimimos algunos datos demasiado técnicos, relativos á la estructura del *Fram*.

[En nuestro número próximo publicaremos una carta detallada del viaje del *Fram* y de la marcha de Nansen hacia el polo. La carta que calzan estas líneas tiene por principal objeto traducir de una manera diriamos material la hipótesis y el plan de Nansen y de mostrar al mismo tiempo que la derivación del *Fram* ha justificado la una y casi realizado el otro.]

prendió lo que se le pedía y después de largos tanteos lo realizó. El buque salido de sus talleres fué lo que debía ser: una fortaleza caliente y segura para la extensa derivación entre los hielos y no un fino velero ó un vapor rápido.

«El punto importante, escribe Nansen, era dar á nuestra construcción flancos tales, que pudiera facilmente ser levantada durante la presión del hielo y no aplastada entre los bancos. Greely, Nares, etc., tienen muy justa razón al decir que no había ahí nada de nuevo. Yo había tenido simplemente en cuenta las tristes experiencias del pasado. Lo que no obstante, puede ser considerado como nuevo, es el hecho de que no solamente reconocimos nosotros que el buque debía tener tal forma, sino que se la dimos......»

Una carena que no ofreciese sino el mínimum de presión á los estrechamientos del hielo, un casco de tal suerte construido que pudiese resistir cuando no lograr escapar á las más fuertes presiones exteriores, en cualquier dirección que se produjesen; he aquí lo que quería Nansen y lo que Colín Archer le dió.

El buque debía ser tan pequeño cuanto fuese posible. Un pequeño navío es más ligero que uno grande, y puede hacérsele más robusto proporcionalmente á su peso. Además, un pequeño buque es más propio para la navegacion en los hielos: la maniobra es más fácil en los momentos críticos y el buque halla comodamente un refugio entre los témpanos. Nansen estimaba que una construcción de 170 toneladas sería suficiente. Se decidió, por fin de cuentas, por un tonelaje mucho más considerable aunque todavía débil: 402 toneladas bruto y 307 toneladas neto. En fin y siempre para facilitar la maniobra en medio de los bancos de hielo y también por que una gran longitud hubiese sido una fuente de debilidad en el momento de las presiones, importaba que el buque fuese corto.

Pequeño y corto, con los flancos muy oblícuos, el buque de Nansen, para poseer una capacidad suficiente, estaba obligado á ser estremadamente ancho: le fué dada una anchura igual á la tercera parte de su longitud.

Estando determinadas estas diversas proporciones, comenzó la construcción y después el arreglo del *Fram* (la palabra significa *adelante*, y jamás un buque fué mejor denominado.)

La obra asi en conjunto como en detalle, fué ejecutada con igual cuidado.

Exteriormente, era necesario para que el *Fram* pudiese, deslizándose como una anguila, escapar á los témpanos enormes que podrian oprimirlo, que las asperezas, así como las superficies planas, fuesen evitadas. Con este fin, la proa, la popa, la quilla, todo fué redondeado, y esta última se dispuso de suerte que no formara más que una salida de 8 centímetros apenas.

Fué dado al buque un lujo de protección en mil detalles, fué provisto de una instalación eléctrica, de una biblioteca, de víveres para tres años, escogidos con el mayor cuidado para evitar el escorbuto; de todos los instrumentos indispensables para las observaciones metereológicas, astronómicas, magnéticas, etc.; y por último, de siete aparatos fotográficos.

Debido á sus excelentes relaciones, pudo Nansen procurarse buenos perros y hacer instalar tres depósitos de víveres en tres puntos determinados de las islas de Nueva Siberia, para que en caso de que el *Fram* se perdiera, la expedición pudiese alcanzar la costa.

En fin, en la primavera de 1893, Nansen, á fin de poder renovar su provisión de carbón antes de penetrar definitivamente en los hielos, fletó el *sloop Urancia*, de Brœnœn sund, para que llevase un cargamento de carbón á Khabarova.

No solamente todo estaba listo, sino que todo estaba previsto cuando vino el estío de 1893, época fijada para la partida de la expedición. El doctor Nansen no había consagrado menos de tres años á sus preparativos, de los cuales dependía el éxito del proyecto que había madurado durante nueve años.

EL PERSONAL DE LA EXPEDICION.

Apenas fué conocido el plan de la expedición de Fridtjof Nansen cuando le llegaron solicitudes por centenares de todas partes del mundo,—de Europa, de América y aun de Australia—á despecho de las predicciones siniestras que habían dejado oir tantos sábios geógrafos ó marinos y también de la decisión tomada de no admitir á bordo del *Fram*, más que noruegos y en número de doce. «No era cosa facil, escribe Nansen hacer una elección entre todas las buenas voluntades.»

Mas de esta emulación, la expedición obtuvo una inapreciable ventaja: que todas las funciones, aun las más humildes, fuesen llenadas por gentes que poseían conocimientos variados y algunas veces extensos, buenos observadores al mismo tiempo que excelentes marinos.

Sería enojoso hacer sus biografías; baste lo anterior para expresar sus méritos, que lo futuro habrá de aquilatarlos y contentémonos con publicar sus retratos, sus nombres, y algunas breves notas empezando por el jefe de la expedición.

El doctor Fridtjof Nansen, nació en 1861; era conocido ya por sus exploraciones en el Spiztberg y en Groenlandia. Se casó y es padre de una niñita;—ha dedicada la relación de su viaje, «á aquella que bautizó el buque y tuvo el valor de esperarlo.»

(Por encima del expresivo retrato que reproducimos, el artista evocó en siluetas delicadas y simétricas las dos pasiones que existen en el corazón del hombre. Entre su amor y su quimera, Nansen no tuvo que elegir. Jamás la mujer cuyo ligero croquis revela el alma enérgica, lo desalentó ni trató de hacerlo desistir de su empresa; y en su largo camino hacia lo desconocido polar, él, en ningún momento cesó de pensar en aquellas cuyos nombres aparecen tan frecuentemente en sus notas de viaje. Eva, la mujer digna de él, y Liv, la querida bebé. A su partida, Eva bautizó el *Fram;* en la primera etapa del retorno, Nansen bautizó con los nombres de isla Eva é isla Liv, las dos primeras tierras que aparecieron á su vista.)

He aquí los nombres de los tripulantes:

1º Otto Neumann Sverdrup, comandante del *Fram* nacido en Bindal en 1855, marino desde la edad de diez y siete años; casado y padre de un niño;

2º Sigurd Scott-Hansen, primer teniente de marina, encargado de las observaciones científicas; nacido en 1868 en Cristianía;

3º Henrik Greve Blessing, médico y botánico de la expedición, nacido en Drammen en 1866; acababa de recibir, en la primavera de 1893, sus grados en medicina;

4º Theodoro Claudius Jacobsen, segundo del *Fram*, nacido en Tromsœ en 1855, que se hizo marinero á los quinceaños, casado y con un hijo;

5º Anton Amundsen, jefe mecánico del *Fram*, nacido en Horten en 1853, casado y con seis hijos;

6º Adolfo Juell, cocinero de la expedición, nacido en 1860 en Skatœ, cerca de Kragerœ; hijo de un armador; capitán de navío durante muchos años; casado, padre de cuatro hijos;

7º Lars Pettersen, segundo mecánico, nacido en 1860 en Suecia, pero de padres noruegos; habilísimo herrero y ajustador, había servido en esta calidad en la marina noruega; casado y padre de muchos hijos.

8º Frederik Hjalmar Johansen, teniente en la reserva. nacido en Skien en 1867; saldo de la escuela militar como oficial supernumerario; estaba tan deseoso de tomar parte en la expedición que aceptó el empleo de fogonero;

9º Peter Leonard Henriksen, nacido cerca de Tromsœ en 1859; no había cesado desde la edad de catorce años de hacer viajes en el mar ártico como «harponero» y patrón; casado y con cinco hijos;

10º Bernhard Nordhal, nacido en Cristianía; cañonero de la marina noruega, después ingeniero electricista y con cinco hijos.

11º Ivar Otto Irgens Mogstad, nacido en 1856; era desde 1882 guardián jefe en el hospital de locos de Gaustad;

Y por último, Bernt Bentzen, nacido en 1860, que fué el 13º de la expedición y sin embargo no se portó mal; fué contratado en Fromsœ en el momento de la partida.

Una suma de 7,500 francos, extra de los gastos generales de la expedición, fué consagrada á pagar primas de seguros sobre la vida, contraídos en favor de los compañeros de Nansen que eran casados. Como á las mujeres bretonas, el mar disputa sin cesar á las mujeres noruegas sus maridos: cuando el *Fram* levó anclas, su tripulación dejaba detrás de sí ocho esposas y veintidós niños.



La partida del "Fram" de Bergen (Noruega).

DE CHRISTIANÍA AL MAR DE KARA.

Nansen dejó Christianía el 24 de Junio de 1893

El día era sombrío y triste. El salió solo, con el corazón oprimido de su casa, atravesó su jardín, pudo ver, volviendo los ojos, á la pequeña Liv agitando sus manos, hizo una reflexion melancólica y ganó la playa donde lo esperaba una embarcación para conducirlo á bordo del *Fram*.

Un instante después, amigos y parientes de los diversos miembros de la expedición, abandonaban el navío, cuyo puente invadieran hasta el último momento y entre las riberas, negras de multitud, palpitantes de sombreros y de pañuelos agitados, el *Fram* se dirijió hacia la salida del golfo. Largamente, durante las semanas que siguieron, el navío que llevaba hacia el Norte á Nansen y sus compañeros se retardó en las costas de Noruega. En Laurvik, el 25 de Junio, Colín Archer dijo un último adios, conmovido, pero lleno de confianza, al buque que construyera y que tanto había amado.

En Bergen los turistas invadieron de improviso la embarcación para ver á Nansen, hablarle, tocarle. Por la noche hubo un banquete, y al día siguiente el *Fram* prosiguió su marcha, en «un inolvidable día de verano,» dice el diario del jefe de la expedición.

Continuará.


OTTO NEUMANN SVERDRUP, comandante.


SIGURD SCOTT-HANSEN, astrónomo.


HENRIK GREVE BLESSING, médico.


THEDORO CL. JACOBSEN, segundo.


ANTON AMUNDSEN, jefe mecánico.


ADOLF JUELL, cocinero.


LARS PETTERSEN, segundo mecánico.


HJALMAR JOHANSEN, fogonero.


PETER HENRIKSEN, harponero.


BERNHARD NORDAHL, electricista.


IVAR MOGSTAD, marinero,


BERNT BENTZEN, marinero.



A CHACHALACA

Allá por los últimos días de Junio cumpliré cuarenta años, y lo que voy á referirte, amigo mío, acaeció cuando era yo un rapaz, un doctrino que no hubiera podido recitar de coro, sin tropiezo ni punto, los diez preceptos del Decálogo. Sin embargo, el recuerdo de la pobre avecilla no se aparta de mi memoria, ni creo que se aparte de ella en los días de la vida......

. . el pensamiento humano
como el mar, sus cadáveres arroja.

Así dijo el poeta en su admirable poema. Ciertamente, el cerebro es un oceano siempre agitado, con frecuencia tempestuoso, cuyas olas arrojan implacables hacia las playas del olvido los despojos del pasado: esperanzas desvanecidas, ilusiones malogradas, sueños azules, ardorosos anhelos, vagas aspiraciones, nobles ideas, recuerdos regocijados, recuerdos tristes. Pero ¡ah! este de la infeliz avecilla, lleva años, seis lustros de flotar en altamar, juguete de las olas, sin que los turbiones de la adolescencia ni las tormentas de la juventud, ni las terribles y sombrías tempestades de la edad madura hayan conseguido arrojarle á la costa.

Allí está, allí, siempre flotando sobre las crestas de las olas, lo mismo en las noches tenebrosas que en los días luminosos y serenos. Es como una gota de tinta en la página más blanca del libro de mi vida.

I

Una tarde calurosa, ardiente, una tarde primaveral. Un cielo sin nubes, pero inundado de Norte á Sud y de Oriente á Poniente por la calina como si humaredas lejanas, diseminadas en los campos, hubiesen espesado la atmósfera y extendiendo en la sabana, sobre las arboledas, sobre los planteles de caña de azucar un velo de azulino crespón. A lo lejos el río que nos enviaba de cuando en cuando con el rumor sordo de sus aguas, aire fresco y vivificante. A un lado, el viejo trapiche con su ruido monótono. Al otro el sendero rojizo, quemado por el sol, bordado de amarillenta grama de escobillares polvorosos, de estramonios marchitos que suspiraban por las lluvias de Mayo. Delante de la casa, en el césped, húmedo y fresco por el riego reciente, sobre el verde tapiz, la abuela venerable y cariñosa, calados los anteojos, repasaba las páginas de no sé qué libro piadoso; junto á ella nuestra madre haciendo labor, y en la natural y mullida alfombra, Ernesto, haciendo un papelote; la chiquitina, la blonda Niní, muy entretenida con un rorro, y yo, el pacífico Rodolfo, sacando de una arca de Noe, juguete en boga, elefantes, camellos, cabras, osos, panteras, jirafas, gallos, gallinas, y unos hermosos y envanecidos pavos reales, cuya brillante cola de vidrio hilado se quebraba entre mis dedos... Frente á nosotros, uno á uno, lentos pacíficos, sedientos, pasaban los bueyes camino del corral.

¡Hermoso cuadro de la vida rústica! ¡Amable grupo doméstico que nadie hubiera contemplado sin envidia!

Al trazar estas líneas, al consignar en estas hojas fugitivas tan dulces y tiernas memorias, descubro por el balcón, que tengo al frente, la casa de mis padres, la heredad de mis abuelos. Veo los campos, el bosque, la dehesa, la vieja chimenea, de la cual asciende lentamente al cielo una columna de humo azul, y repito los versos de Gutiérrez González:

Ya ese fuego lo enciende mano extraña,
Ya es ajena la casa paternal .... ..

II

Obscurece. El cielo brilla con sus mil luceros, y fulguran en las chozas lejanas las llamas del hogar.

Ruido de caballerías, voces de fieles servidores, una sonrisa en los lábios de mi abuela, una exclamación regocijada de mi madre; Niní que se olvida de su bebé, Ernesto que se levanta arrojando los carrizos y la navaja......... ¡Es mi padre que vuelve de caza! ¡Mi padre, con la escopeta al hombro y el morral repleto!

Corrí á recibirle. Detras de él venía Andrés, el criado diligente, el bondadoso amigo, el fiel Andrés, á quien mi padre, sin mengua de su autoridad ni menoscabo de su decoro, estimaba y quería como á un hermano.

—¡Al comedor! decía mi padre tomando la mano de Niní.—¡Al comedor! Les traigo muchas cosas.........

La curiosidad y la impaciencia nos hicieron correr. A poco entraba el feliz cazador, enlazando dulcemente con el brazo la cintura de la dichosa compañera de su vida.

Pronto el morral estuvo vacío, y extendiendo en la mesa el producto de la jornada: un gazapo y media docena de perdices.

El conejillo estaba tibio aún: las aves yertas. De nieve parecían aquellas patitas rojas como el coral.

Se hablaba de los incidentes de la caza; pero nosotros no oíamos nada, en espera de las maravillas que nos habían prometido. Niní se atrevió al fin á preguntar:

—¿Y para nosotros? ¿Y para mí?

Sonrió mi padre con aquella apasible sonrisa de sus delgados labios; brilló en sus ojos claros y siempre benévolos un relámpago de alegría, y sacó del morral colgado en bandolera un ramo de frutos morados, casi azules, un racimo de granadillas silvestres, y mostrándolo por lo alto decía:

—Para la señorita Niní.........

La blonda niña dió un salto, queriendo atrapar las frutas que al punto cayeron en sus manos.

—Para el caballero don Ernesto.........

—¿Qué?—dijimos á una.

—Para el caballero don Ernesto y para Rodolfo, una cosi a muy linda......... Adivinen...... ¿Qué será?

—¡Un nido de chupamirtos!

—¡Un pajarito herido!

—No.

—Caracolitos del almácigo.........

Mi madre sonreía; mi padre se gozaba en atormentar nuestra curiosidad.

Al fin hundió la mano en las profundidades del moral; y nos mostró, cerca de la lampara, un huevo, un lindo huevo blanco, tinto en la sangre de las perdices.

—¡Un huevo de chachalaca! De la puesta de hoy...... Cuando le cogimos estaba tibio. La ponedora se fué herida......—Y pasándolo á manos de mi madre, agregó:—Límpialo.........

Ernesto y yo nos disputamos el huevo.

La autoridad materna puso término á nuestra discusión.

—Le guardaremos, para ver si la copetona blanca, que es buena sacadora, consigue empollarle.

Y ya nos parecía ver á la chachalaca que de aquel huevo naciera, ir y venir por el corral gritando: *Hay cacao, hay cacao*......... Y que desde el bosque vecino le respondía el macho: *No hay cacao, no hay cacao*.........

III

A las tres semanas, ó poco más, cierto día, al despertar, nos dieron una alegre noticia. La copetona blanca tenía catorce polluelos, y muy orgullosa de su nidada iba y venía por el corral, luciendo entre sus chiquitines, uno de extraño aspecto que sus hermanos miraban de reojo, las demás gallinas con extrañeza y el señor del harém con altivez y menosprecio. La chachalaca, fea, cubierta de obscuro vello, torpe, muy distinta de sus vivarachitos hermanos, fué desde entonces objeto de nuestros cuidados, nuestra constante ocupación, el tema inagotable de nuestras pláticas. ¿Cuándo sería grande? ¿Cuándo la veríamos logradita? ¿No la oiríamos nunca gritar y revolver el gallinero? ¡Qué de idas y venidas! ¡Qué de viajes! ¡Cómo gritábamos todo el santo día: *hay cacao...... no hay cacao!*

La avecilla plumó; un plumaje pardo, triste, luctuoso, que hacía contraste con la blancura nítida de los polluelos nacidos en el mismo nido. No tardó en dejar á la madre adoptiva, y campar por sus respetos, y, chiquita como era, ni buscaba abrigo por la noche ni gustaba de los cuidados maternales.

Cierto día le dije á Ernesto:

—¿La cogemos?

—No, porque huirá; es arisca y huraña, ¿no lo ves? Los pollitos nos conocen y nos quieren, vienen á comer arroz en nuestra mano, mientras esa prieta asustadiza y canallona......... ¡No la quieras!

Me quedé solo é intenté atraparla......... En vano. La avecilla huía......... Hice del corral un pueblo revuelto, y no sin pena hube de renunciar á mis propósitos. Tenía yo tantas ganas de acariciar y jugar con la chachalaquita!

Algunos días después renové la intentona, pero sin éxito feliz. En la brega me encontró Ernesto, y por la noche, á la hora de la cena, cuando menos me lo esperaba yo, prorrumpió:

—Papá: Rodolfo anda queriendo coger la chachalaquita.........

No hará tal;—dijo mi padre—no lo hará, porque yo se lo prohibo. ¿Lo has oído?

Con mi padre no se jugaba; una sola vez decía las cosas; nunca repetía sus mandatos.

¡Ah, Dios mío! ¡Qué tentación aquella! De día, de noche, á todas horas me perseguía. En vano quería yo pensar en otra cosa. Aquel deseo iba creciendo, creciendo, dominándome, subyugándome. Así debe suceder á esos hombres que de abismo en abismo van á dar al crímen.

—¿Y por qué no? -pensé,—¡A la obra!

Busqué un cesto grande, el mayor que había en la casa, y corrí hacia el gallinero.

Eran las diez de la mañana. Los gallos escarbaban en la tierra floja, buscando alimañas; las gallinas se bañaban en el polvo; otras estaban echadas, poniendo, y la copetona cacareaba alegremente á pico abierto: *Pos.... pos.... pos posporeso!*

La chachalaquita, al verme, huyó y fué á refugiarse en el último rincón del corral......... Allá fuí yo con el cesto en alto......... Sí, sin duda, llegar y atruparla sería cosa de un minuto.........

No fué así. Al acercarme corrió al otro extremo del patio, saltó sobre unas matas, dió un brinco, consiguió escapar.

—¿Te burlas de mí?—murmuré. -¡Ya lo verás!

Y empezó el ataque. La avecilla, azorada, iba de aquí para allá, sin detenerse un instante. Las gallinas espantadas, volaban ó se agrupaban medrosas á la puerta del patio. Yo, en campo abierto, jadeante, rojo, quemado por el sol, redoblando el brío, seguía en pos del animalito, el cual, cansado, rendido, cuando yo daba tregua á mi perecaución, recobraba fuerza, y luego escapaba victorioso. Aquello era un vértigo......... Por fin, en momentos en que él animal se detuvo, lancé el cesto y...... ¡Chás! ¡Presa!

Me detuve á gozar de mi triunfo.

Cuando yo me incliné, doblando una rodilla, para echar mano á mi cautiva, oí la voz de mi padre, severa y reprensiva:

—¡Rodolfo!

Estaba á la puerta del corral. Todo lo había visto. De pronto quedé sin movimiento. Me repuse y huí por la bodega. Desde allí, mientras mi padre iba á libertar á la prisionera, pude ver con espanto que mi chachalaquita, laxo el cuello, se agitaba moribunda.........

IV

Mi padre no chistó. A la hora de comer, al servirme el primer platillo, llamó al criado, y en voz baja le dijo algo que no pude oir. Estaba yo avergonzado y trémulo, con los ojos llenos de lágrimas; me latía el corazón como si fuera á salírseme del pecho; era yo un criminal que merecía la horca.

Andrés volvió, trayendo una fuente cubierta con una servilleta. Entonces mi padre, como nunca severo, dejó su asiento y vino á colocarse á mi lado.

—Rodolfo.........

No me atreví á levantar los ojos ni á responder.

—Rodolfo,—repitió con dureza hasta entonces desconocida en él,—descubre esa fuente!

Obedecí temblando......... y ¡Dios santo! allí estaba el cadáver, con el pico abierto, destilando sangre.........

De codos en la mesa, oculté el rostro entre las manos, sentí que me ahogaba y me eché á llorar.

Ernesto y Niní lloraban también.

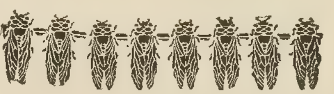
Papá y mamá comían silenciosos, y, sin duda, apenados y tristes.........

Esta es la historia, amigo mío. Cuando la recuerdo, y la recuerdo todos los días, y siempre con dolor y remordimientos crueles, me pregunto:

—¿Qué sentirá el asesino cuando le ponen delante de su víctima?

RAFAEL DELGADO.

C. de la R. Academia Española,



AUTUMNAL

Ero Vitæ Lumen.

En las pálidas tardes
yerran nubes tranquilas
en el azul; en las ardientes manos
se posan las cabezas pensativas.
¡Ah los suspiros! ¡Ah los dulces sueños!
¡Ah las tristezas íntimas!
¡Ah el polvo de oro que en el aire flota,
tras cuyas ondas trémulas se miran
los ojos tiernos y húmedos,
las bocas inundadas de sonrisas,
las crespas cabelleras
y los dedos de rosa que acarician!

En las pálidas tardes
me cuenta una hada amiga
las historias secretas
llenas de poesía;
lo que cantan los pájaros,
lo que llevan las brisas,
lo que vaga en las nieblas,
lo que sueñan las niñas.

Una vez sentí el ansia
de una sed infinita.
Dije al hada amorosa:
—Quiero en el alma mía
tener la inspiración honda, profunda,
inmensa; luz, calor, aroma, vida.
Ella me dijo: -¡Ven! con el acento
con que hablaría una harpa. En el había
un divino idïoma de esperanza.
¡Oh sed del ideal! -Sobre la cima
de un monte, á media noche,
me mostró las estrellas encendidas.
Era un jardín de oro
con pétalos de llamas que titilan.
Exclamé: —más...... La aurora
vino después. La aurora sonreía,
con la luz en la frente,
como la joven tímida
que abre la reja y la sorprenden luego
ciertas curiosas, mágicas pupilas.
Y dije: —Más...... Sonriendo
la celeste hada amiga
prorrumpió:—Y bien...... ¡Las flores!
y las flores estaban frescas, lindas,
empapadas de olor, la rosa virgen,
la blanca margarita,
la azucena gentil, y las volúbilis
que cuelgan de la rama estremecida.
Y dije: —Más...... El viento
sólo arrastra rumores, ecos, risas,
murmullos misteriosos, aleteos;
músicas nunca oídas.
El hada entonces me llevó hasta el velo
que nos cubre las ansias infinitas,
la inspiración profunda,
y el alma de las liras.
Y lo rasgó. Y allí todo era aurora.
En el fondo se vía
un bello rostro de mujer. ¡Oh, nunca,
Piérides, diréis, sacias las dichas
que en el alma sintiera!
con su vaga sonrisa,
—¿Más?...... dijo el hada. Y yo tenía entonces
clavadas las pupilas
en el azul; y en mis ardientes manos
se posó mi cabeza pensativa!

RUBÉN DARÍO.

SONETOS DE JOSÉ MARÍA DE HEREDIA

LA VIDA DE LOS MUERTOS

Al poeta Armand Silvestre.

Cuando la tumba del olvido asiento,
Haya nuestros despojos sepultado,
Tú serás como lirio inmaculado,
Yo como rosa de matiz sangriento.

La divina meürte, á quien tu acento
En melodiosas rimas ha cantado,
Nos llevará risueña en giro alado
Por la bóveda azul del firmamento.

Llegaremos al sol, y allí en su lumbre
Nuestras almas amantes, confundidas,
Alcanzarán venturas soberanas;

Mientras el tiempo, desde su alta cumbre
En la historia verá de nuestras vidas
Dos sombras que en la lira son hermanas.

A LA PUERTA DEL TEMPLO

Sales del Templo y tu limosna tiendes
Al mendigo que humilde te saluda:
Que el dón de tu piedad viene en ayuda
Del infeliz cuya plegaria entiendes.

Pronta luego y solícita pretendes
Bajar el manto que tu frente escuda;
Y arrebozada en él severa y muda,
Por las gradas del pórtico desciendes.

Pero el hado, en mi suerte compasivo,
No permite que escondas á mi anhelo
La luz de tu mirada encantadora,

Y yo también tu dádiva recibo,
Pues ya me otorgas, levantando el velo,
La gracia que mi amor del tuyo implora.

DESPUES DE CANNAS

Un cónsul muere en la batalla dura;
El otro en fuga sigue su camino;
Y ya sin fuerzas el poder latino
Aguarda más terrible desventura.

En vano el gran Pontífice procura
Rasgar el velo inmoble del destino;
Sólo hay lamentos de dolor contino,
Y Roma tiembla en mísera pavura.

En la tarde, revuelta muchedumbre
Ansiosa y muda inquiere el horizonte,
Con más hondo terror á cada instante,

Creyendo ver sobre la inquieta cumbre
Azul y clara del sabino monte,
Al fiero Aníbal hosco en su elefante.

JACINTO GUTIÉRREZ COLL.

FABULA EN PROSA

Estaba en las orillas de la Estigia, cuando ví pasar un hombre perseguido por una legión de sombras descabezadas que arrojaban, al parecer, caños de sangre por sus cuellos tronchados.

—¿A quién persiguen esas sombras? dije á Caronte.

—A un bienhechor: al que sustituyó el suplicio insegnro del hacha y la de horca por otro más rápido y humano: al que inventó la guillotina.

—Y ¿quiénes son los que le acometen?

—Los guillotinados.

—¡Imposible! el Cerbero tiembla al verle, y no se atreve á acercársele: ¿Cómo ha de aproximarse al inventor de la guillotina un perro que tiene tres cabezas?

—Veo otras turbas como de braceros que acosan á varios fugitivos.

—Esa es mayor injusticia: persiguen á los inventores de las máquinas.

Lo comprendo: la máquina de matar suprime dolores, pero mata: la máquina de trabajar, alivia al hombre, «pero disminuye los jornales. ¡Silencio! Oigo una algarabía de muchachos: veo un viejecillo rodeado de legiones de chiquillos que la aclaman, deshojan flores á su paso y trepan familiarmente por sus hombros. ¿Quién es ese viejecillo.

—Es el que inventó la pajarita de papel.

—No digas más: el juguete eterno de cándida ye ncantadora sencillez: la primera obra de arte que ejecutamos en la infancia; el único juguete de los niños enfermos. ¡Cuántas sonrisas ha hecho brotar y cuántas lágrimas secado en los rostros infantiles ese viejecillo!

Yo lo veo, lector, los juguetes son cosas á la vez muy risueñas y muy serias.

JOSÉ FERNANDEZ BREMÀN.

A TRAVES DE LA LLUVIA

A Ramón Valle.

Llueve.—Del sol glorioso
los rayos fulgurantes
refléjanse en el agua,
cual sobre níveo tul.
Topacios encendidos
y líquidos diamantes
destilan temblorosos,
rayando el cielo azul.

El oro de la tarde
bañado por la lluvia,
inunda todo el éter,
espléndido y triunfal;
sacude sobre el campo
su cabellera rubia,
para empaparlo en gotas
de fúlgido cristal.

La aldea, á lo lejos,
detrás del sembradío,
del velo que desciende
muy diáfano, al través,
su blanca torre muestra,
su alegre caserío;
enamorada siempre
del aire montañés.

Se escapan del ardiente
fogon de los jacales
penachos criniformes
de cándido algodón
que luego desmenuzan
los vientos boreales,
prendiéndolos al pico
más alto del peñón.

Agita gravemente,
sobre la verde falda,
sus cien robustos brazos
el índico nopal,
y siente coronarse
sus pencas de esmeralda
por tunas cremesinas
de grana y de coral.

Para pintar las cumbres
el sol, divino artista,
aglomeró colores
de audaz entonación:
azul de lapislázuli,
violáceo de amatista
y rojo flameante
de ardiente bermellón.

La lluvia que chorrea
en líquidos cristales,
enciende más los vívidos
matices de la luz:
el sepia en los troncones,
el flavo en los jacales
y el glauco en la colgante
melena del saúz.

Son carne las canteras,
las lajas obsidiana,
es mármol y alabastro
la aguja del crestón
y son gigantes bloques
de tersa porcelana
los riscos de la sierra,
que descuajó el turbión.

La tarde va cayendo,
y aun llueve. Ya reclina
el sol en la montaña
su coruscante sien,
con ópalos y perlas
esmalta la colina,
irisa las alturas
con ópalos tambien.

El iris, sobre el cielo
que el sol poniente dora,
estalla en luminosa
policroma explosión.
De rosa y amarillo
las cúspides colora,
y canta en el espacio
la universal canción.

Tendido tras la sierra,
cruzado por las gotas
de la sonante lluvia
que cae sin cesar,
es una lira etérea
de cristalinas notas
que se oye con los vientos
unísona vibrar.

Y llueve.—El sol oculta
su agonizante disco
dejando un horizonte
perlino y flor de lis;
se van desvaneciendo
la cúpula, y el risco,
y el sauce, sobre un vago
y enorme fondo gris.

A los arroyos mansos
el agua pura y fresca
desciende borbollante
del limpio manantial;
se quiebra con las gotas
que en danza hechiceresca
palpitan, bullen, saltan
sobre el azul cristal.

Y en torno del pantano
que á poco se ennegrece,
bajo la red hojosa
que el saucedal tejió,
el fuego fátuo corre,
fulgura, palidece;
travieso duendecillo
que el fósforo engendró......

¡Oh, lluvia alegre y buenal
tras tu fulgente velo,
ébria de luz y vida
ve el alma aparecer,
el aire alborozado,
y esplendoroso el cielo,
y el campo rebosante
de amor y de placer.

Y puede, tras tus gasas
flotantes y ligeras,
mirar, allá á lo lejos,
el labrador feliz,
cubiertas las campiñas
de blondas sementeras;
repletos los graneros
de trigo y de maíz.

¡Oh, lluvia, no decrezcas!
Fecunda las simientes
que bajo el hondo surco
ya germinando están......
Que son tus hechiceros
aljófares lucientes,
para los campos, gloria;
para los pobres pan.

MANUEL JOSÈ OTHÓN.

Cerritos, Mayo de 1879.



TRANSPOSICIONES

I

AL CARBON

La luz fría que entra por la hoja entreabierta de la ventana del fondo, al través de cuyos barrotes de hierro se ven á contra luz las ramazones de unos árboles que se cortan sobre el cielo claro y descolorido, rayado por la llovizna, aclara el cuarto desmantelado, blanqueado con cal, y el piso de ladrillos desteñidos por el polvo. Al pie de la ventana, hay una cama vieja con unos colchones tirados en desorden; á la izquierda un armario abierto y vacío; á la derecha una tina de zinc, y sobre el piso, con un montón de botellas de champaña, vacías también, una aglomeración de trastos desvencijados é inútiles; un sillón de cuero, sin brazos, una sartén, dos cacerolas y una regadera de lata. El hollín de la cocina cercana y el polvo del carbón mineral han suavizado la blancura de las paredes, se han acumulado en las desigualdades del pañete y en los rincones tenebrosos. En el primer plano, un burro viejo levanta la cabeza pensativa de entre el canasto de ollejos y desperdicios que tiene al frente; la luz que llega por detrás le platea el contorno del cuerpo, las piernas delgadas y el pelo largo de las orejas enormes; el animal se perfila obscuro sobre la claridad debil de la pared del frente, y parece el cuarto de trastos viejos, alumbrado así por la luz sin color de la mañana lloviznosa de Noviembre, un estudio al carbón, hecho con imperceptibles transiciones de lo blanco á lo gris, de lo gris claro á lo gris obscuro, de lo gris obscuro á lo negro suave, de lo negro suave á la sombra intensa; un estudio al carbón en que la penumbra domina el conjunto; en que la luz brilla en el zinc de la tina, en la lata de la regadera, en el borde de las cacerolas, en el tique blanco de una botella de champaña, y en que la sombra se acumula en el espaldar del sillón, en el mango de la sartén, en un pliegue de los colchones, en el interior del armario vacío, debajo de las botellas y en tres puntos de la cabeza del burro, en la nariz entreabierta, en el fondo de la oreja peluda y en el ojo grande y redondo, sobre el cual brillan las pestañas plateadas y finísimas como rayas blancas que un dibujante, enamorado del detalle, hubiera trazado con la punta afilada y dura de un lápiz de tiza sobre la negrura mate y grasa de una sombra reteñida con carbón Conté.

II

PASTEL

Han estado jugando un juego de prendas, nuevo en que nadie acierta, y en que la dueña de la casa, para castigar á las perdidosas, inventa penitencias absurdas. Las ha hecho comer huevos crudos, marcarse en la frente con

ceniza, arrodillarse para decir versos grotescos y predicar sermones por mano ajena. Una de las jugadoras, una muchacha de quince años, muy vulgar, vestida de muselina blanca con ramos de flores azules, dos lazos de cintas rosadas en los hombros y una rosa roja en el seno, no acertó una adivinanza, y en penitencia le pintaron con la punta de un corcho quemado, una cruz en la frente, otra en la mejilla derecha y otra en el oyuelo de la barba. Después, para quitar el carbón, se frotó la cara con una toalla de lino; le quedaron las tres manchitas negras, y en cambio la fricción, le enrojeció las mejillas con el bermellón de la sangre, atraída á flor de piel. Ahora, para colmo de males, le tocó otra penitencia más difícil que la anterior: sacar con los dientes de entre la harina de trigo puesta en un plato hondo, una sortija de oro. Al tratar de hacerlo, una mano atrevida le empujo la cabeza contra el plato y la hizo enharinarse toda. Tiene cubiertos de harina los cabellos, de visos rojos y blanqueada la cara; no puede lavarse porque está agitada por el juego, y para refrescarse un poco antes de salir, se pasa el pañuelo por las mejillas, y va á sentarse, allá lejos, en un rincón, donde hay poca luz, dándose aire con un abanico de raso amarillo.

Al envolverlos la penumbra, aquellos colores violentos que chillaban á la claridad brutal de la lámpra de petróleo, el blanco y el rojo del pelo enharinado, el blanco de la harina sobre la cara, el bermellón de las mejillas, el negro de las tres manchas del carbón, el azul de las ramazones del vestido, el rojo de la rosa, el rosado de las cintas, el amarillo del abanico, se destiñen, se suavizan, se esfuminan, se entreopelan, se funden uno en otro, como sumergidos en un baño de leche, como velados por una niebla, y es la jugadora retozona de juegos de prendas, vista así de lejos, en el rincón obscuro, un pastel adorable de la marquesa del siglo XVIII, uno de aquellos pasteles del gran maestro de los lápices de color, de la pintura delicada como el esmalte de las alas de las mariposas, del inimitable Latour; uno de aquellos pasteles que, a la caída del crepúsculo, sonríen suavísimamente en la galería de Saint-Quintin.

José A. Silva.

NOCTURNO

NOCHE TEMPESTUOSA

Murió la luna; el angel de las nieblas
Su cadáver recoje en blanca gasa;
Y en un manto de rayos y tinieblas
El Dios del huracán envuelto pasa.

Llueve y torna á llover; el hondo seno
Rasga la nube en conmoción violenta,
Y en las sendas incógnitas del trueno
Combate la legión de la tormenta,

¡Qué obscuridad! ¡qué negros horizontes!
Hora fatal de angustias y pesares!
Ay de aquellos que viajan por los montes!
Ay de aquellos que van sobre los mares!

Cuantos niños habrá sin pan ni techo
Que se lamenten de dolor profundo!
Cuánto enfermo infeliz sin luz ni lecho!
Cuánta pobre mujer sola en el mundo!

Salta preñado el río sobre el llano
Y amenaza á los pobres labradores,
Y encuentran los insectos un océano
En el agua que corra entre las flores.

Cansado el marinero se arrodilla
En la cubierta del bajel errante,
Y en vano busca en la lejana orilla
El faro salvador del navegante.

Qué triste noche y en mi hogar en tanto
Todo en el orden y en la paz reposa;
Duerme mi niña en el silencio santo,
Y se entretiene en su labor mi esposa.

Sentimos ella y yo las agonías
Que sufre el hombre de diversos modos,
Me acuerdo yo de mis revueltos días,
Y nos ponemos á rogar por todos.

Juan Clemente Zenea.



EL CAMALOTE

¡Oh, si en tus tallos pensamiento hubiera
y un corazón sensible como el mío,
¡cuánta tristeza en tí, hierba viajera,
hierba amada del río!

¡Cuánta tristeza en tí, bajo el ardiente
sol de mi tierra que en tus flores brilla,
mientras vas á merced de la corriente
como leda barquilla!

¿Por qué el aire tus hojas inclinadas
acaricia al pasar en vuelo errante?
¿por qué mueve tus hojas azuladas,
ciega, vas adelante?

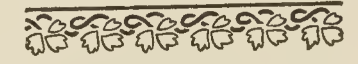
¡Si pudieras oír de los zarzales
(tan argentinos como son) las quejas
si pudieran decirte los pencales:
«¡Te asustas y nos dejas!»

Acaso por tu amor te detendrías;
y arraigando en tu suelo americano,
con impulso fatal no correrías,
á la muerte, el Oceano.

Yo no te culpo á tí, hierba inocente,
ni eres ingrata huyendo á los fulgores
de la lámina azul de esa corriente
que te vistió de flores.

Otros olvidan por extraño cielo
los viejas astros del hogar, la calma;
otros olvidan su paterno suelo,
¡otros que tienen alma!......

Rafael Obligado.



¿QUIEN SERA EL POETA?

Para "El Mundo"

Para pintar con su sello local las bellezas de la naturaleza americana en toda su salvaje riqueza, se ha necesitado el genio literario de un Zorrilla de San Martín, que tomando por sublime asunto el acabamiento de una raza, ha legado en su inimitable poema «Tabaré» junto con la triunfal música de sus versos el tipo clásico de una literatura nueva.

Los ondulantes abanicos de las palmeras rasgando con su gigante silueta un cielo rojo, que todo lo abrasa con sus fulguraciones dantescas, piden un Pierre Lotti que dejando un momento «El Desierto,» mojara la misma pluma en la misma tinta para que, sujetando la forma á la idea, hiciera una verdad de lo que otros hacen una ficción.

Al pisar por la primera vez las costas mexicanas, se siente algo nuevo, algo infiltrado por una naturaleza siempre con fiebre, siempre grande, siempre libre Se puede soñar mucho, se puede con el dorado acicate del clima costeño, hacer encabritar una imaginación, haciéndola saltar como jaca de circo por sobre todo lo imposible; ni aun así se llega á la verdad. La flora americana tiene secretos inmensos y sublimes. Atravesar los seculares bosques de la costa es algo como hojear un gran libro que tuviera en páginas de oro, rimas de todos los poetas y cuadros de todos los artistas. Las noches tropicales tienen algo solemne en esos ruidos cuya causa no se adivina; concierto inmenso que surge de la sombra, rompiendo sus tenebrosidades, para llegar hasta el oído como triunfal sonata. Miles de coleópteros luminosos que se prenden en todas las rugosidades y que se dejan llevar por el viento, ayudados de sus minúsculas alas, son emigradoras fosforescencias que en fantástico vuelo siembran el suelo de luces y el aire de estrellas. Hay algo pavoroso pero inmensamente bello en esas soledades que el hombre no ha profanado; yo he sentido placer cuando he oído el golpe del hacha que derriba un arbol para alimentar el fuego de una caldera; pero he sentido también secreto dolor al ver aparecer en la selva virgen al hombre civilizado. Se me figura ver al sátiro levantar las blancas cortinas de una alcoba de niña.

Cuando expedicioné en las montañas de Oaxaca, entonces vírgenes y ahora convertidas en gran parte en ricas fincas cafeteras, me seducía ese silencio de claustro de las grandes selvas, tan sólo interrumpido por hojas que se besan ó pájaros que vuelan; parecía el silencio que precede á las grandes tempestades. Allí la voz del hombre era una nota extraña, no se le hubiera encontrado un acorde. ¿Por qué—decía—tocar esta naturaleza que parece sagrada? ¿Por qué el hombre ha de destruir para producir? Y sin embargo así es.

He sentido dentro de mí la vida, he creido que la sangre al golpear en mis arterias iba á romperlas, cuando dominado por la salvaje poesía de las selvas americanas, he pensado en el bardo que llevara á su lira todas las inspiraciones de la musa costeña. Se adivina, se siente la apoteosis del poeta.

¿No pensáis, que así como las selvas uruguayas tuvieron un plectro que hizo con cada magnificencia una nota y con cada impresión un verso, las mexicanas deben tener también un cantor que las describa?

Novel pléyade de poetas valientes ha surgido de improviso en la literatura nacional, ha prendido sus estrofas en las columnas de los periódicos y sin tocar, muchas veces, los peldaños de las tribunas, las ha abordado precipitando desde ellas la lluvia de oro de sus rimas. ¿Por qué no pedirles que, dejando por un momento la pálida lamentación hecha con lágrimas y nacida en la cuna opalina del ajenjo, busquen en otra escuela menos siniestra antídoto á sus neurosis y asuntos para sus versos? La vida de ciudad cobijando en sus sombras todos los crímenes y enredando en su tela todas las imaginaciones, mata en la pubertad las actividades y pone junto á lo trágico lo innoble y junto á lo sarcástico lo estúpido.

Cuánto se desea y con cuánto entusiasmo se vería aparecer una obra que, tomando un asunto cualquiera como tema, pintara con el brillante colorido que merecen las bellezas poco conocidas de la naturaleza mexicana. Sería joya de preciado mérito que llenaría un vacío para aquellos que se contentan, no tan sólo con la literatura exótica que echa grandes raíses en rimadores y prosistas mexicanos, sino que piden á gritos algo netamente nacional.

¿Vendrá un poema? Al que intente escribirlo, le digo desde ahora con el poeta:

"..

Y vosotros aun más, bardos amigos
Trovadores galantes de mi tierra,
Vírgenes de mi patria y de mi raza
Que templais el laud de los poetas:

Seguidme juntos á escuchar las notas
De una elegía que en la patria nuestra
El bosque entona cuando queda sólo
Y todo duerme entre las ramas quietas;

Crecen laureles, hijos de la noche
Que esperan liras para asirse á ellas,
Allá en la obscuridad en que aun palpita
El grito del desierto y de la selva."

Manuel Pardo.
Ingeniero,

Záltipan, Veracruz. Mayo de 1897.



EL REINO DE LO AZUL

¡Oh reino de lo azul! ¡Oh reino de la luz, de la juventud, y de la felicidad, que he visto en sueños!

Ibamos varios en una hermosa lancha, ricamente empavesada. Una gran vela redondeábase en forma de pecho de cisne, bajo los ondulantes gallardetes. No sabía quiénes eran mis compañeros; más todo mi sér sentía que eran tan jóvenes, tan alegres, tan felices como yo. Sin embargo, mi atención no se paraba en ellos. Solamente veía en torno mío el mar infinito, el mar azul salpicado de escamitas doradas; y sobre mi cabeza, un cielo azul también, tan azul como el otro, y encima de ese cielo rodaba alegremente, en triunfo, radiosa, la caricia del sol.

Y también entre nosotros alzábase de vez en cuando una risa sonora y alegre, como la risa de los inmortales. O bien, derrepente, surgían palabras de algunos labios, versos henchidos de una fuerza inspirada.

El cielo mismo y el mar vibrante y harmonioso, contestábanos, y otra vez imperaba el silencio, ese silencio de la ventura.

Calando ligera en plácidas ondas, nuestra rápida barca bogaba.

No era el viento quien la arrastraba: dirigida por nuestros propios corazones regocijados, lánzábase á donde queríamos, docil, cual un ser viviente.

Encontrábamos mágicas islas, semi transparentes, con reflejos de piedras preciosas, de esmeralda y ópalo. Desde sus bordes redondeados, llegaban hasta nosotros embriagadores perfumes. Unas llovían sobre nosotros lirios del valle y rosas blancas; de las otras se alzaban de pronto aves irisadas. Giraban las aves sobre nosotros; convalaritas y rosas caían al mar, y fundíanse en la nacarina espuma que resbalaba á lo largo de las lisas bordas de nuestra barca.

Con las flores y los pájaros, volaban hasta nosotros sonidos de una dulzura inefable...... ¿Eran voces femeninas?...... Y en torno nuestro, el cielo, el mar, la ondulación de la vela, el murmullo del surco que hacía nuestra proa...... todo hablaba de amor, de un amor afortunado.

Y allí estaba, invisible y presente, aquella á quien cada cual de nosotros amábamos...... Un instante no más y su sonrisa se despliega, sus ojos iluminan, su mano se apodera de la mía...... y en pos de sí me conduce al paraíso inmortal.

¡Oh reino de lo azul, te he visto sólo en sueños!

Tourgueneff.



SERENATAS

I

En la sombra, poblada de astros sangrientos,
Ya Selene la pálida resplandece;
Como pájaros locos vuelan los vientos
Y una turba de airados remordimientos
Crucifica á mi espíritu y lo escarnece;

Clavado, en el patíbulo, desfallece
Y agoniza con bruscos sacudimientos;
En la sombra, poblada de astros sangrientos,
Lo apostrofa y maldice mientras perece
Una turba de airados remordimientos.

¡Oh, Tiniebla, en tus reinos el mal florece!
Tu ofreciste á mis ojos calenturientos
Esas flores infames y hoy te obedece
Una turba de airados remordimientos
Que iza en cruz á mi espíritu y lo escarnece
En la sombra, poblada de astros sangrientos....

Antenor Lescano.

1897.

DESDE LA CUMBRE

I

Estoy en pie en la cumbre: absorta queda
fija en el precipicio, la mirada......
¡Qué años negros contiene esta jornada
Más allá de los treinta de Esprnoceda!
Cuando este día ante la noche ceda
¿quién disipa las sombras de la nada?
¡La fé quizás, que anuncia otra alborada,
como el pájaro oculto en la arboleda!
Mas ¿quién baja sin miedo al hondo arcano?
¿Quién no teme el abismo en la caída,
buscando al sol tras de la noche bruna?
¡Ah, si posible fuera al sér humano
Volver desde la cumbre de la vida
á morir niño en su primera cuna!

II

¡Si hubiera sido así! ¡Cuán bello fuera
volver al seno de la madre amada!
¡El véspero fundirse en la alborada,
la alborada en el sol, su luz primera!
Tornar el tiempo en su veloz carrera,
tornar la vida donde fué empezada,
y al Paraiso, en que se halló creada,
retroceder la humanidad entera.
Del Edén al Nirvana misterioso,
donde las leyes del silencio rigen,
llegar con el primero el primer día
y caer lo absoluto en el reposo,
Eva en Adán, Adán en su almo orígen,
Dios en su propia eternidad sombría......

III

Estoy en pie en la cumbre: atrás, el llano;
debajo la honda vertical pendiente;
arriba esta la bóveda esplendente
donde se interna el ideal humano.
Firme la planta, gélida la mano,
hay que bajar por la áspera vertiente,
al suelo, vuelta la humillada frente
y puesto en Dios el corazón cristiano.
Cuando el cuerpo en la tierra se derrumba,
sube el alma en la atmósfera serena......
Puede venir la muerte no temida.
Yo sé que esta la fe tras de la tumba,
y en plena luz, tras de la sombre plena,
la eterna fuente de la eterna vida.

JOSÉ DE DIEGO.



BESO A PUCK

Anoche, cuando la luna irisaba la gota de rocío, te ví, mirando de soslayo, sonriéndote con picardía, y haciendo crugir los dedos como si fueran castañuelas andaluzas. Ibas vestido de rojo.

En el pecho llevabas la cruz que te bordó Shakespeare. Tú no me viste. Las campánulas amarillas sombreaban mi cuerpo. ¿Dónde ibas?

De espaldas aparecías del alto de una espiga, y tu joroba deforme parecia el dorso de una moneda asiria. Eres descuidado hasta el exceso, Puck, pues no llevabas abierta la hebilla de una de tus espuelas de plata.

Con sólo tu presencia, los nenúfares hundieron sus hojas dentro del agua, y los *vergis-meinnicht* cerraron sus cálices, haciendo buena provisión de rocío para toda la noche. ¡Lo que es el miedo!

Te ví leer sentado sobre un mustio crisantemo, aquel trozo tan lindo de prosa que te dedicó Hopsek, hijo de la vieja Irlanda, y que se embriagó la noche del santo de Lía, tu pasión silvestre! ¡Calavera! ¿Adónde ibas anoche? Cerraste el librito que está empastado con hojas de violetas—asesinadas por tí—y deslizándote con las puntas de las calzas amarillas, arrojaste una bocanada de humo por la nariz de macho cabrío, volaste, volaste, volaste....

***

Ya lo supe, diablo rojo; aquí sobre mi mesilla, junto á la pipa cargada de tabaco, está una esquelita de Titania, la rubia más bella del bosque de Herold, la reina augusta que viste de verde Nilo.

Estoy orgulloso...... ¡me carteo con reinas!

Sí, mal servidor, Titania se queja tristemente de tí, libélula malvada; anoche brincaste el muro, y riéndote cabalgabas en un tallo de azucenas.

Como los celos son tan tontos, la sorprendiste con la cabeza apoyada sobre el hombro de su amante y los ojos te giraron en las cuencas, y tu labio inferior estuvo bailando hasta que una nube cubrió la luna.

Y entonces tuviste la estúpida venganza de matar sus luciérnagas, sus tristes arañas, y el moscardón violáceo que Arstud, tu rival en el arte de hacer maldades, le regaló el año nuevo.

Y como un coro de carcajadas te acompañó en tu terrible chasco; juramentando y diciendo insolencias, regresaste á tu habitación tapizada de rojo—tu color favorito—y hundiste la cabeza en el almohadón de pétalos, que antes olias con tu sensual nariz.

Hijo de cervecero, borracho de instinto, ya se dónde fuiste anoche, cuando la brisa mecía las hojas de las campánulas y hacía sonrojar las fresas.

Y con esta bocanada de humo te excomulgo......

FRANCISCO GARCÍA CISNEROS.



Gitana.

Los niños no son hombres, sino niños; pero las niñas no son niñas, sino mujeres pequeñas.

Alfonso Karr.

***

Sucede con la felicidad lo que con el horizonte; siempre se haya á nuestra vista y nunca á nuestro alcance.

Julio Favre.

El amor habla más cuando puede hacer menos; la mayor prueba de la pureza con que quería el Petrarca es la multitud de sus sonetos; en cambio, el impuro Don Juan reduce la literatura de sus amores...... á una lista de sus víctimas.

Clarín.



ENGANO SUBLIME

Por María Lescot.

NUMERO 12.



Leódice explicó su retardo.

—Creí que no me dejaría él venir, que me seguiría, que me forzaría á ir á buscar á Valeria.

—Pero, dijo ella, puesto que me amais y yo os amo, para qué esos misterios? Por qué no habéis dicho á vuestro tío que no os casais con su hija, y por qué pedir su mano?

Después, sencillamente añadió ella:

—Mi padre es muy violento, de un honor rígido, un oficial; os mataría si nos sorprendiese juntos.

Había dicho ella muy bien esta pequeña frase, con el tono que se toma para advertir á un imprudente de que no debe avanzar hacia el borde del precipicio. Leódice sintió correr sobre su frente un ligero extremecimiento.

«Vamos, pensó, no hay que llevar muy lejos esta intriga, y es lástima, pero el oso Martín de una parte y ese javalí de capitán Meriadec de la otra......

Como se mantenía de pie ante Beltrana, presto á abandonarla, he aquí que con gran asombro suyo las palabras de despedida no pudieron salir de sus labios; se aproximó á ella cubriéndola con palabras de deseo, embriagándola con lisonjas, enumerando en una letanía ardiente todas las bellezas de la joven. Ella, encantada, le escuchaba. Entonces, viéndola conquistada, él sacó su reloj.

—Diablo! me olvido, dijo, de que en la mañana las citas son imposibles. Esta noche, á la media noche, no es verdad?......... No tenemos otro medio de vernos solos.

Ella se decía que las reinas de la mano derecha y las reinas de la mano izquierda no debieron mostrarse demasiado austeras y que los enamorados eran raros en Keroech...... Consintió pues en la cita.

Se vieron casi cada noche. El, sin embargo, permanecía fiel á su aparente respeto.

Pero vividor egoista como era, le hubiera parecido despreciable aceptar, sin segunda intención ese idilio. Minaba el alma de aquella virgen cuya pureza parecía respetar: ya hacía brillar á sus ojos las imágenes excitantes de la vida parisiense, contándole algunas aventuras de baile de mascara; ya con su voz insinuante de boulevardier; ponía en irrición la virtud y sus santas creencias: «viejas guitarras!» La iniciaba asimismo en investigaciones de elegancia, haciéndola ruborizarse del trabajo y de la pobreza. Una mañana el viejo Meriadec sintió gran estupor viendo á su hija desempeñar las labores de la casa con las manos enguantadas.

Leódice sembraba á manos llenas en una tierra fecunda y el grano germinaba. Cuando juzgó la espiga madura, se decidió á cosechar. Por lo demás, el tiempo urgía. Para precipitar el desenlace anunció su partida.

—Voy á ver á mi padre. Solamente que, Beltrana, añadió, es preciso que yo esté bien seguro de no haber sido el juguete de una muchacha ambiciosa y coqueta; necesito de tu amor una prueba irrefutable; me comprendes?

Las muchachas educadas en el campo y que han leído novelas, no son completamente ignorantes. La parte decisiva se adivinaba, pero el problema era tan importante, que Beltrana tuvo miedo.

—Si fuéseis á casaros con vuestra prima? murmuró.

El trató desde luego de tranquilizarla con una de sus habituales bromas.

—Seré yo por ventura un agricultor tan malo que vaya á poner en mi jardín una gruesa peonía roja, en lugar de la linda rosa blanca que tengo aquí?

El quiso atraerla; ella retrocedió:

—Si me engañáseis?......... Si me abandonárais?

Esta vez dejó él su actitud, tomando el aspecto de un caballero á quien se le atribuye una infamia:

—Si no tenéis por mi estimación alguna, señorita Meriadec, más valiera no volvernos á ver.

Temiendo haberle herido ella, balbuceó excusas:

—Yo quería decir que, acaso vuestro padre rehusara obstinadamente su consentimiento, y que vos no osaríais.........

—Pardiez! rehusará, estoy casi seguro; pero hay una ley que permite á los hijos burlar la prohibición de los padres. Yo pleitiaría. Sólo que has de comprender querida mía, que este tedioso asunto bien vale la pena de la concesión que yo solicito. Yo te juro que nada me separará de tí, te juro que serás mi mujer si me das una prueba de tu amor.

Beltrana se retiró satisfecha de aquella cita.

El primer domingo de Septiembre, en la misa parroquial, los habitantes de Keroeck oyeron estas palabras lanzadas de lo alto del púlpito:

«Hay promesa de matrimonio entre Leódice Martín, hijo mayor de Pedro Alejandro Martín, banquero de París, y de la señora Aurelia Meyer, su esposa, de una parte; y Lorenza Luisa Valeria Martín, menor de edad.......

XXXIII

Muchos años habían pasado desde aquella hora de inolvidable desesperación y de tristeza. Jamás Beltrana había perdido el recuerdo de ella. Y ahora de codos sobre el parapeto, contemplaba el gran lago cuyas ondas se hacían gruesas bajo ese cielo de otoño. Una bruma espesa ocultaba la ribera, dando la ilusión de horizontes infinitos. Se hubiera dicho el océano bretón.

La mujer que miraba pensativa las brumas del Leman, tenía un corazón ambicioso, pero no un corazón muerto.

Ese gran drama de amor no fué la sola descepción de su vida; otra vino menos dolorosa, pero menos cruel. Releía otra página de su penoso pasado, se volvía á ver en la pequeña iglesia bretona, representando su triste papel de señorita de honor, siguiendo á la radiosa Valeria como esos pobres vencidos encadenados al carro del vencedor. Oía el juramento solemne proferido por el traidor, volvía á ver el cambio de anillos, símbolo del indisoluble lazo; después, durante las interminables salutaciones en la sacristía, se retiraba aparte y su corazón se rompía de celos y de cólera.

Detrás de ella, Martín de la Rochela y Martín de Lyon conversaban.

—Y bien, decía uno, Martín de Brest es aun más rico de lo que yo hubiera supuesto. No se ha quedado encueros al casar á su hija; Martín de París llevaría el gran chasco si á éste le diese la fantasía de volverse á casar.

—Volverse á casar, respondió Martín de la Rochela, el no piensa en casarse; míralo.

A lo cual el otro, aparentemente un psicólogo, replicó:

—Hum! muchas veces son los más tranquilos quienes se vuelven más fogosos. Si una mujer supiese enamorarlo.........

En aquel momento Beltrana, toda entregada á su ira, se preguntaba, si ella había amado, en efecto, á ese egoista, que, sin piedad de su sufrimiento, acababa de comprometerse con otra. Ella le odiaba. Ella odiaba á Valeria con una rabia impotente y estéril. Y de pronto las palabras de Martín de la Rochela hacían lucir á sus ojos la esperanza de una venganza. Pero esta venganza era de aquellas ante las cuales retrocede un corazón de veinte años.

Ay, tan poco seductor que era el pobre viejo Martín!

Más de un año tardó en resolverse; poco á poco llegó á examinar la situación bajo otro aspecto. No se trataba ya solamente de venganza, sino de fortuna. Casarse con M. Martín era á la vez vengarse y ser rica, dejar Kerœch, habitar en Brest, asistir á los bailes y á las fiestas, cambiar sus pobres ropas de lana por toilettes más suntuosas. La cosa valía la pena de ser intentada, ella la intentó y tuvo éxito.

Desde hacía tres años saboreaba su lujo y su riqueza y encontraba mayores goces que los que había supuesto, tolerando la presencia de ese marido senil que la idolatraba y satisfacía todos sus caprichos. No se preocupaba del porvenir. No le había él mostrado un pliego sellado en el cajón secreto de su bureau? No le había dicho:

—Esto, mi querida niña, es mi testamento. Os doy toda la parte de fortuna de que la ley me permite disponer, es decir, cuatro millones, porque espero que seréis siempre para conmigo, buena, amante y fiel.

¡Fiel! Sí, ella lo había sido, rígidamente, absolutamente, no sólo por interés y por deber, sino por un amargo desdén del amor. No podía olvidar la traición de aquel en quien había creído tan locamente. Englobaba en un rencor implacable á todos sus adoradores, que le parecían bandidos disfrazados de mendigos. Se preocupaba de su lujo como de su reputación. No por lirismos sentimentales iba á comprometer su porvenir, á enajenar las buenas disposiciones de su marido.

Y sin embargo, cuando después de la muerte de Martín de Brest abrió ella el bureau, é hizo jugar el resorte como él la había enseñado á hacerlo, el doble fondo se encontró vacío: el testamento no estaba ahí. ¡Robado! Imposible. Desde que la apoplegía atacó á su marido, puso en lugar seguro la llave del secretaire. Nadie conocía el escondite. Era preciso que el marido, por sí mismo, hubiese quemado ó destruido su testamento. También él la había engañado! Todos eran pues, traidores, ladrones todos, todos mentirosos!

Beltrana—esto se comprende—no se creyó obligada á llorar al hombre que la dejaba pobre. Arrojó de sí las tocas de duelo y paseó, desde las riberas mediterráneas hasta las playas normandas; desde los Alpes á los Pirineos; de las Cevennes hasta el Bosque Negro, en fin, en todas partes donde uno se divierte, los esplendores de su cabellera roja y los magnéticos efluvios de su ojos leonados, siempre en busca de una presa, pero queriéndola rica y tendiendo muy alto sus hilos.

Un noble lord se dejó cojer, pero retrocedió ante la austera palabra de matrimonio. En Biarritz un señor español se enamoró de ella y quiso casarse; pero hecha la verificación, resultó que no era poseedor más que de diez ó doce nombres sonoros y del derecho de permanecer cubierto ante el rey. Ella juzgó que esto no era suficiente en un tiempo en que la carestía de víveres preocupaba con justo título los cerebros de todas los economistas. En Montecarlo fué un príncipe ruso quien le pagó el tributo de su admiración. Desgraciadamente se había casado en alguna parte, en Rusia, muy lejos, pero esto bastaba para aniquilar todas sus ambiciosas esperanzas.

Ella siguió aun otras falsas pistas, una de las cuales la llevó á Lausanne, descorazonada y decepcionada. Alquiló un chalet y se instaló ahí para tomar aliento y reposar un poco, lejos de las mesas de los hoteles, de las pensiones de familia y de las ciudades balnearias. Se volvía fatalista, determinándose á esperar y á ver venir.

El horizonte más próximo era, sin contradicción, una *villa* muy elegante, habitada desde hacía muy poco tiempo. Ella vió salir tres personas de la *villa:* un hombre, una mujer y una niña.

Ya se sabe como, informada por Carlota, tendió sus hilos: el aya al principio, el pintor después, dejáronse cojer; la niña, sombría y desconfiada, rozó la trampa y escapó.

Ante esta hostilidad no equívoca, la indiferencia de Beltrana se transformó en aversión. Sintió por la peque-

ña ese sentimiento de temor y de cólera que inspira el enemigo en emboscada, resuelto á barrer el camino.

La señora Beltrana Martin no era de esas mujeres que se pierden en la indecisión; sin embargo, después de la partida del pintor se quedó perpleja, semejante á un pescador que después de haber sentido al pez palpitar en el anzuelo, reconoce qué el astuto no se ha dejado cojer y se pregunta si vale más quedarse en el mismo sitio ó buscar fortuna más lejos.

Mirando las persianas cerradas de la *villa*, sentía en su corazón una impresión extraña: no el amor, no tampoco la amistad, sino la amargura. Comprendía que había contado con este matrimonio; comprendía que no renunciaría en tanto que le quedara una sola esperanza. Se resolvió, pues, á esperar, no sin impaciencia.

«Pierdo mi tiempo,» murmuraba.

Para ella el tiempo era la juventud que huía; pero ¿á dónde ir en esta estación de otoño? Demasiado pronto para las estaciones invernales, demasiado tarde para el borde de la mar y para la mayor parte de villas de aguas.

Era entonces, cierto es, el tiempo de las cacerías y de las permanencias en los castillos; mas ninguna ama de casa la había convidado: no se abre la morada de la familia á una desconocida encontrada en una mesa de hotel.

Comenzaba á reconocer que si la intriga es facil, el matrimonio es difícil. Pesaba sobre ella el cansancio; ciertamente era ambiciosa, pero de año en año el fin de tal ambición disminuía. Ibase ya convenciendo de que los hijos de los reyes no andan ya en busca de pobres cenicientas; que los parisienses jóvenes, hermosos, ricos, cortejan pero no se casan; que los Martín de Brest, se casan pero no testan; que los lores de Inglaterra piden á sus esposas respetabilidad y que los señores españoles tienen frecuentemente la bolsa vacía.

Así es que de decepción en decepción llegó á desear ese matrimonio honorable, pero poco brillante; esa amplia comodidad burguesa, esas sesenta mil libras de renta del pintor Fernando Duvernoy.

XXXIII.

Aun cuando eran apenas los últimos días de Octubre, el rudo invierno de las montañas del Doubs helaba á Pontarlier; una nieve precoz cubría el suelo y el cierzo soplaba agudo. Jacobo, á pesar de sus resoluciones de cordura, se había dejado sorprender por ese primer frío; de suerte que hacía sus maletas á toda prisa, echando pestes más que nunca contra esa satánica bicoca, contra la gota, contra la tía Fourneron que por sus instancias había retardado su partida.

Fernando Duvernoy, después de haber ido á la estación á estrechar la mano de su primo y desearle buen viaje, volvió á su casa tiritando. Su hogar calentado por un calorífero y la dulce temperatura del taller, le llenaron de satisfacción.

«¡Ah! que bien se siente uno aquí y qué dicha no tener que partir. Lamento verdaderamente á ese pobre de Jacobo. Al diablo vayan los viajes. Veámos ahora cómo hemos de llenar el dia: á las dos, últimas sesiones para el retrato de santa Inés; á las cuatro, cita en la casa de mi notario; no es muy divertida, pero es útil; y después, esta noche, comida en casa del presidente; en seguida nuestro pequeño whist.»

Se aproximó á la ventana, contempló las ramas de los árboles cubiertas de escarcha, y murmuró:

«Ya no hay hojas. ¿Qué será de ella? Carlota está sin noticias; me decía ayer que no había recibido respuesta á sus dos últimas cartas. ¿Estará más enferma? Iré á verla ciertamente cuando haya concluido con......»

Repitió por tres veces la palabra «con» buscando buenas razones que darse á sí mismo; después, desesperando de no encontrarlas, encendió un cigarro y se instaló ante su caballete. Guiñaba los ojos, se apartaba, se aproximaba, movía la cabeza; decididamente no estaba descontento!

Llamaron á la puerta. Mariana entró con un telegrama en la mano. El telegrama estaba concebido así:

«Apelo á vuestro juramento, venid, tengo necesidad de vos.

Beltrana.»

Leyó y releyó estas dos líneas, cuyo laconismo forzado no dejó de inquietarle. ¿Por qué un telegrama en vez de una carta? ¿Por qué este llamamiento tan poco explícito?

Sondeó los repliegues de su concienєia y encontró muchas vilezas. No le había dicho Beltrana al despedirse: «Si me abandonais, si no os vuelvo á ver, moriré?»

No podía disimularse á sí mismo que no la hubiese abandonado un poco; no solamente no había vuelto á Lausanne, pasados los ocho días, sino que sus cartas se hacían más y más raras. Ella no había proferido ni una queja, ni un reproche, no apartándose de su soberana indulgencia, pero iba á abandonar este mundo destrozada por ese brutal olvido.

Para atenuar sus remordimientos él se impuso una explicación: Partir inmediatamente, sin una hora de retardo. Consultó el indicador, miró su reloj. Tenía apenas tiempo. Llamó, pidió su petaca y con una prisa torpe, la llenó de los objetos más disparatados y más mal apropiados; á veces arrojaba una mirada de tristeza al retrato de santa Inés, del cual se separaba con pena, dejándolo sin concluir.

Terminaba estos preparativos cuando Lila apareció en el dintel de la puerta, mostrando un poco de nieve en sus manecitas enrojecidas por el frío.

—Padre—exclamó—nieve, nieve ya, qué hermoso.

Percibió la petaca, palideció y con voz ronca:

—¿Es qué partes? ¿A dónde vas?

—Parto por algunos días, querida mía, volveré pronto. Tú te quedarás con la señorita Carlota.

Ella pareció no entenderlo y repitió:

—¿A dónde vas?

Ante esta insistente interrogación, el padre se turbó, balbuceando:

—Mi querida niña, se razonable; un negocio importante, que no puedo descuidar......... Pero sin escucharlo-sin creerlo, más pálida que la nieve que se fundía entre sus dedos helados, repetía con una voz sorda, baja, ardiente.

—¿Dónde vas, dónde vas, dónde vas?

En ese momento el aya se unió á su educanda; fué á ella á quien Fernando se dirigió:

—Un negocio urgente me obliga á partir, señorita Carlota. Mi ausencia será corta, os confío á Lila.

Después, para abreviar toda explicación, tomó su petaca y se aproximó á la puerta. La niña lanzó un grito, juntó las manos y se dejó caer á sus piés.

—Padre, ¡oh¡ padre, yo te conjuro, no me abandones! Ella no te dejará volver.

No era ya una niñita la que hablaba, era una mujer que defendía su hogar; se pegaba al traje de su padre; pero comprendiendo de pronto la inutilidad de sus súplicas, furiosa, loca, se levantó, y con los brazos extendidos á través de la puerta, le impidió el paso.

—No saldrás, exclamó, yo no quiero, yo......

A una señal de su amo, la robusta alemana se llevó á Lila en sus brazos.

Fernando, ya libre, salió rápidamente. No oyó un grito de angustia; no vió el extremecimiento doloroso que agitaba un cuerpecillo fragil, en tanto que una cabeza de niña caía hacia atrás sobre los brazos que la sostenían.

Cuando la niñita abrió los ojos, después de un desvanecimiento de algunos segundos, estaba en su lecho y su aya la miraba con ansiedad.

—¿Se fué? deveras se fué? preguntó.

—Se fué, querida mía, pero volverá pronto, no te apenes.

Bruscamente Lila se enderezó en su lecho mirando á la pobre aya en los ojos.

—¿Sabe usted adónde se ha ido? interrogó.

—Mi querida niña, tu honorable papá tiene ciertamente la mayor confianza en la humilde aya, pero......

Ella la interrumpió con una risa estridente:

—Se ha ido á buscarla; la traerá y entonces os arrojará á vos y á mí también.

—Pobre Lila, deliras; cuando tu papá se case (una amplia sonrisa de triunfo entreabrió los labios espesos de la institutriz) nadie nos arrojará ni á tí ni á mí.

Sin responder, la niña movió los hombros; después, dejando caer sobre la almohada su cabeza triste, se echó á llorar amargamente.

XXXV

En el chalet de Lausanne, Beltrana, con las cejas fruncidas y la mirada dura, trataba de atravesar las tinieblas que el crepúsculo de otoño espesaba en rededor.

«¿Vendrá? Quien sabe. He errado dejándolo apartarse Si Carlota fuese más habil le retendría facilmente...... La verdadera rival temible es la niña; ella sólo ha penetrado mi designio......

No concluyó. Su mirada se ensombreció y se fijó durante algunos minutos sobre las ondas agitadas del gran lago que, bajo aquel cielo de Octubre, tenían un siniestro aspecto. Pero era una mujer enérgica y valerosa; se reprochó esta debilidad, se apartó de la ventana y se aproximó á la chimenea.

Un fuego brillante flameaba en la chimenea, las bujías de los candelabros llameaban alegremente; á pesar de la estación avanzada, flores de perfumes vivos se abrían en las jardineras; el boudoir tomaba un aire de fiesta y la *chaise longue* de los malos días desaparecía para dar sitio á un estrecho *tête á tête*.

Una sonrisa pasó sobre sus labios; después, atentamente, minuciosamente, como si se hubiese tratado de una desconocida, examinó su propia imagen que se reflejaba en el espejo. Una desconocida, en efecto. Lo mismo que la chaise longue, los crepés lúgubres habían desaparecido. Una bata de un azul palido sábiamente cortada, donde la indolencia de los peinadores de la mañana se aliaba á la elegante indiscreción de las toilettes, de en la noche dejaba entrever, fundidos en el tul y el encaje, los brazos de una forma exquisita y una garganta de una blancura nacarada. La viuda doliente, la triste enferma, desaparecía; una mujer de hermoso aspecto, alerta, deliciosamente linda, surgía de pronto. La señora Martín tenía razón en sonreir. Ella libraba su última batalla con la habilidad de un general experimentado. El duelo, la melancolía, semejantes á tropas agotadas cedían el terreno á nuevos y potentes refuerzos.

Se dirigió hacia un pequeño bureau y tomó una carta, la releyó, la examinó minuciosamente, como hubiera podido hacerlo un inexperto en escritura; después, con un gesto satisfecho, volvió á colocar el papel en el cajón. Todo se encontraba listo; podía él llegar.

La hora transcurría. Muchas veces levantó los ojos hacia el péndulo con mirada impaciente, muchas veces fué hacia la ventana en una ansiedad que no dominaba. Por fin el rodar de un coche se hizo oir, el trote lejano de un caballo. El ruido se aproximó; después, ante la puerta, detúvose bruscamente.

Una triunfal sonrisa alumbró el rostro de Beltrana. Bien pronto Fernando apareció en el dintel del salón, con el deslumbramiento un poco torpe del hombre que sale de las tinieblas y á quien las luces deslumbraban. Entonces, con las dos manos tendidas, ella fué á él. El golpe fué teatral, y la maga que lo había preparado podía gozar del éxito de su *mise en scene*. Embelesado, Fernando la miraba con sus ojos ardientes.

Durante el trayecto de Pontarlier á Lausanne, él se había preparado á escenas más dramáticas, á recibir los adioses de aquella incomparable amiga. Se había golpeado el pecho murmurando un *mea culpa* mezclado de contrición y de fatuidad.

Contrición, fatuidad, todo desaparecía para dar sitio á un deseo loco de tomar á la bien amada entre sus brazos y estrecharla contra su corazón.

Ella le atrajo hasta la medianía del salón, bajo la luz de las bujías, á fin de que él pudiese mejor mirarla; le miraba con una dulzura pérfida, con la cabeza echada un poco hacia atrás, como si tendiese los labios á sus besos.

—¿No me reconocéis ya? preguntó ella con una voz súbitamente entristecida, me censurais entonces, mi único amigo, que no sea una lamentable moribunda? Yo gozaba tanto de antemano con vuestra sorpresa y con vuestra alegría; tantas veces habíais deseado mi curación!

Ella se había aproximado muy cerca de él, tan cerca, que respiraba el perfume que exhalaba de su cabellera.

—Y ahora que me véis curada, lanzó estas palabras como un himno de alegría, parecéis apenado y descontento.

El había llegado á dominar su emoción.

—¿Por qué ese llamamiento tan lacónico? Dijo severamente.

—¡Ah! exclamó ella, ya hablaremos más tarde; reposad por ahora, calentaos, después platicaremos como en otro tiempo.

Y le llevó hacia el *tête á tête* sentándose cerca de él.

—Pobre amigo, que rapido viaje acabais de hacer por mí, con este tiempo de nevada!

Y como si ella hubiese comprendido que ese rápido

viaje merecía una recompensa, le puso en las manos sus dos manecitas, y repitió:

—¿Me censurais?

¿De qué hubiera él osado censurarla? Acababa de hacer, es cierto, con la nieve y el frío un desagradable viaje. Y estaba aterido y un mucho medroso por su presentimiento de un eterno adiós; la alegría de no haber sido un asesino debió inundar su alma; pero permanecía cauteloso y á la defensiva, sentía que el peligro estaba próximo y que la tierra temblaba bajo sus pasos.

Ella le explicaba su curación. ¡Oh! muy sencilla: un homeópata encontrado por casualidad le había dado algunos glóbulos. El resultado fué sorprendente. Entonces le vino el pensamiento de dar una sorpresa al sólo sér que se interesaba por ella en el mundo, al sólo amigo que tenía en la vida.

A menos de tener un corazón de tigre y aun de tigre alópata, no se puede censurar á una mujer porque un homeópata la haya curado.

La influencia del buen fuego que flameaba en la chimenea, y la influencia más penetrante de dos manos que oprimían las de Fernando, comenzando á hacerse sentir, le hicieron inquirir el nombre del médico que habí operado este prodigio. Ella respondió con complacencia, discurriendo acerca de la medicina homeopática, y sobre su maravilloso poder; después le preguntó á su vez.

No había pasado un cuarto de hora cuando habían vuelto ya á la intimidad de otro tiempo. El le contaba por menudo sus negocios desde la explotación del bosque de los Lannes hasta el retrato de Santa Inés.

—Decís entonces que los Minoret no han quebrado.

—No, sus primos los Daclan han respondido: son cincuenta veces millonarios. Por lo demás, era facil preveer eso; mi tía Fourneron se alarmó demasiado. La quiebra estaba casi conjurada cuando llegué á Pontarlier.

—¡Ah! dijo ella.

Comenzaba á presentir la liga de familia urdida contra ella y qué urgente era intervenir.

Fué anunciada la comida, y ella tomó el brazo de su huésped, con una gracia zalamera.

—Comeremos juntos esta noche para festejar mi resurrección.

Esta comida naturalmente fué exquisita. Cómo pudo ella averiguar los manjares y los vinos que él prefería?

Un intenso bienestar, una especie de beatitud lo invadían: después del frío, ese calor tibio de una pieza toda impregnada del olor de los manjares suculentos. Después de las fastidiosas comidas de familia, esa deliciosa comida en *tête-á-tête*; después del rostro inexpresivo de la aya, esa linda cabeza fina que le sonreía. Se volvía optimista y cesaba de censurar á Beltrana que no se hubiese muerto por su abandono.

Continuará.



La risa.

Cuadro de St. George Hare, R. I.

Una hermosa escuela en Jerez (Zacatecas.)

Cumpliendo nuestro programa de dar á conocer á nuestros lectores todo aquello que signifique un esfuerzo progresista en México, así sea en la capital como en la población más pequeña del vasto territorio, publicamos hoy la fotografía de un hermoso edificio que en el partido de Jerez, Estado de Zacatecas, se inauguró, y que por múltiples razones merece que le consagremos algunas líneas; y el retrato del Jefe Político del mencionado partido, al cual se debió la importante mejora.

La relación de los trabajos emprendidos hasta el coronamiento del edificio, ofrece notas instructivas é interesantes, así por la perfección del trabajo en un medio en que se carece de numerosos elementos familiares en los grandes centros, como por la notable economía con que se llevó á cabo la obra y la energía de que su iniciador debió dar pruebas.

El edificio en cuestión, está fincado en el terreno donde existía la primera escuela pública que se estableció en Jerez, y una vez acordado por la asamblea municipal la nueva construcción, se derribó la ruinosa y antigua finca que ahí había, y el señor Atenógenes Cabrera, hermano del Jefe Político Don Pedro Cabrera, hizo la distribución y el plano para la nueva, y el maestro albañil y cantero, Dámaso Muñetón, el diseño del edificio, cuya construcción fué llevada á cabo por el mismo Muñetón, que es un modesto, entendido y honradísimo artesano, á cuyo cargo corrió la dirección de las obras de cantería y la de albañilería.

Comenzóse á abrir los cimientos el día 18 de Junio de '94, dándoles una profundidad de 2 metros que se colmaron con piedra y mezcla, y el 17 de Julio siguiente se colocó la primera piedra de sillar.

Toda la construcción es de cal y canto, y de sillería la parte exterior, teniendo una altura de 13 metros 10 centímetros del piso al extremo de las almenas; treinta metros de frente y diez y seis sus costados.

El orden del edificio es gótico puro, con ricas y vistosas almenas. Tiene dos pisos, y multitud de ventanas lo circundan dándole bellísimo aspecto.

El interior tiene tres corredores, á los que corresponden tres puertas del salón, dos de otras tantas piezas, una del excusado y el arco de entrada, siendo iguales los departamentos de uno y otro piso, en los cuales están instaladas las escuelas números 1 y 2 de niñas.

El costo del edificio en dinero fué de $11,794 31 centavos, lo cual supone una admirable economía, aun cuando falte que valorizar el eficaz concurso prestado por el ayuntamiento en diversas formas.

Sr. Pedro Cabrera, Jefe Político del Partido de Jerez (Zacatecas.)

[Véase el artículo relativo]

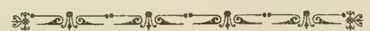
La inauguración se efectuó el 9 de Agosto del año próximo pasado, conforme á un bonito programa, y la fiesta resultó tan solemne y animada como no hay memoria en aquella localidad de ninguna otra, por que toda la población se prestó con gusto á cooperar á ella en cuanto fué necesario, habiendo estado concurridísimos así el baile que para los particulares se dió en el salón de la escuela, como el que para el pueblo tuvo verificativo en el teatro.

Es digno de todo encomio el celo y eficaz empeño del Jefe Político, señor Cabrera, al cual se le debe, entre otras muchas é importante obras públicas realizadas en breve periodo de tiempo, esta mejora que por todos conceptos merece encomio.

Para terminar, transcribimos las siguientes frases en que un cronista zacatecano da cuenta de la impresión general que causó el edificio.

Al descubrirse la fachada, dice, no obstante la poca perspectiva que ofrece por su situación, se reveló en todos los rostros de los visitantes la más viva y grata sorpresa, manifestando que la impresión que sentían á la vista de tan grandioso edificio, era verdaderamente inesperada, pues les parecía ver alguno de los hermosos y gallardos edificios con que se engalanan las pintorescas capitales de Europa.

E relieve de cantera es exquisito, y su decorado interior y su pintura espléndidos: tiene dos espaciosos salones como para contener cada uno trescientos alumnos, y no obstante que su construcción se hizo con la mayor economía posible, que la piedra es demasiado barata por encontrarse en las cercanías de la ciudad, y que la mayor parte de manufactura se hizo con el trabajo de los correccionales, su costo fue de gran valor, según la cuenta rendida por el Jefe Político.

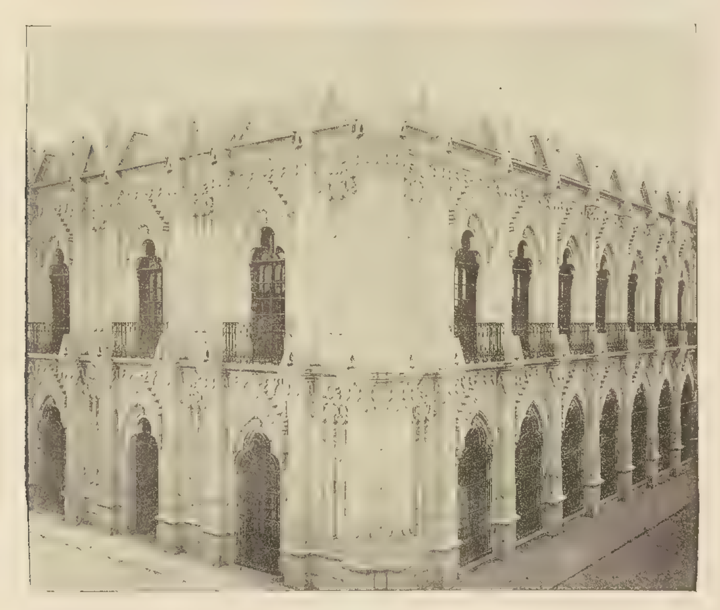


—El *es necesario* es duro, pero es únicamente por la práctica de este *es necesario*, como podemos atestiguar nuestro valor moral. Vivir al capricho no supone ninguna superioridad,

Gœthe.

El extremo dolor tiene su misterio de pudor como el extremo amor.

Lamartine.



Una escuela primaria en Jerez (Zacatecas). Exterior del edificio.

[Véase el artículo relativo.]

Notas de la moda.

Blusa de seda pompadour. (Figura I.)

Está adornada por seis galones de lentejuela. Cuello médicis abierto hasta la cintura, sobre una chorrera de encaje de seda cruda, cinturón de listón guinda.

Traje de calle. (Figura 2)

Este traje, cuyo correcto estilo embellece el cuerpo, es de diagonal de lana negro, y se abre sobre un chaleco de raso blanco con un pequeño volante en la cerradura; este chaleco se adorna con cintitas de terciopelo negro y botoncillos de concha quemada. Cuello de raso con cin-



Figura I.

tas y encaje. Cinturón y solapas de moiré. Manga entera, de corto bullón y encajes negros en el borde. La falda va adornada en el lado izquierdo, por media quilla de cintas negras con botones de concha quemada.

Dos trajes de paseo. (Figura 3.)

Hermoso traje de sarga blanca adornado con terciopelo azul obscuro. Cuerpo blusa, abierto sobre un talle de sarga rayada de azul y blanco. Unos picos de terciopelo azul, formando el bolero, y cintas azules lo completan. Vueltas y puños de terciopelo azul con cintas blancas. Manga con dos volantes adornados por cintas angostas de terciopelo azul.

Traje de cheviot perla. (Figura 4.)

Este traje, que tanta acogida ha tenido, es de suma sencillez pero mucho gusto; pues todo su adorno consiste en cintas negras acordonadas y dispuestas en la forma que nuestro grabado indica. En lo alto del talle, una serie de alforzas cruzadas, y un rizado de muselina de seda en el cuello.

Cuerpo blusa para jovencita. (Figura 5.)

Este vistoso traje es de tela escocesa color de rosa, adornado con un cinturón á dos picos, de terciopelo verde, cuello de terciopelo con una rosácea por detrás.

Blusa larga. (Figura 6.)

Esta blusa es de tela indesplegable encarnada, y va adornada con listón de raso negro. Cuello y cinturón con lazo negro.

Blusa con fígaro. (Eigura 7.)

Este ele_ante traje es de seda china blanca, con cuatro bulloncitos formando canezú. Manga alforceada de la misma tela. La chaquetilla es de cachemir blanco y cintas de lentejuela.



LECTURA PARA LAS DAMAS

Administración y aumento de la renta en la familia.

EL TRABAJO —LAS DEUDAS

Queremos suponeros al abrigo de las necesidades y aun en cierta comodidad y descanso; esta será una razón para que este consejo de trabajar no sea para vosotras.

Tened cuidado: si no tenéis necesidad de trabajar para vivir actualmente, sí tenéis necesidad *para ocuparos*, para no dejaros devorar por el fastidio, invadir por la maledicencia y dominar por la sensualidad.

Cuando el angel del trabajo es lanzado, ó por lo menos abandonado, es el demonio de la ociosidad y de la fan-

Figura 2.

Figura 3.

Figura 4.

tasía quien ocupa su lugar; y la ociosidad y la fantasía arruinan á las familias más opulentas.

Tenéis necesidad de trabajar para obedecer el precepto de Dios, que quiere que toda creatura trabaje.

Tenéis, en fin, necesidad del trabajo, *para no caer en la miesria.*

Sin duda que habrá quien trabaje y reuna lo necesario para vosotras, y nosotros no os consideramos por ahora, sino como encargadas de la conservación de una renta que se os suministra; pero si perdéis el amor al trabajo, perdéis la vig ilancia, la exactitud, el amor al orden, que os sontan neces arios.

Dejaréis así *algunos vacíos* introducirse en vuestra casa, y para cubrir *esos huecos* recurriréis á los préstamos y á las deudas.

¡Desgraciadas de vosotras entonces!

Viene á nuestra memoria una madre de familia, moribunda, que en sus últimos momentos daba este último consejo, como el más importante de todos: *¡Al menos, hija mía, que no haya deudas!*

Y esto es, sin embargo, en lo que vienen á parar las personas que desprecian esa regla tan sencilla y tan elemental, de la división precisa y escrupulosa de las rentas, y que no saben limitarse para no traspasarlas.

No hagais, pues, adquisición alguna, por insignificante que sea, sin saber bien si podéis hacerla con la renta que tenéis. Esperad, economizad, calculad,

Obligaos estrictamente, *al fin de cada mes,* no me atrevo á decir *al fin de cada semana,* á poner en regla vuestras cuentas, á practicar la balanza de vuestras entradas y de vuestros gastos, para deteneros á tiempo, sobre una pendiente tan resbaladiza como las de las necesidades facticias ó de los atractivos de la vanidad.

Si apercibís un déficit ó una deuda, no dilatéis ni ten-



Figuara 5.



Figura 6.



Figura 7.

gais descanso, hasta no haberla cubierto. Os diremos después, cómo puede hacerse esto.

Una deuda en la economía doméstica, es como un desgarrón en un vestido: va haciéndose más grande si no se le repara inmediatamente.

APARTAR UNA CANTIDAD FIJA DE ANTEMANO

Velad no sólo en no traspasar vuestras rentas, sino también en buscar el medio de apartar, cada año ó cada mes, una pequeña suma.

Esta es la parte que debe subvenir á los accidentes imprevistos, á las enfermedades algo largas, á las pérdidas de los bienes ó del dinero.

Esta es también la parte que proporciona los goces íntimos del alma y del corazón, que es necesario no ver con indiferencia en una familia.

«Si alguno quiere, dice Bacón, ponerse á nivel en sus negocios, su gasto no debe pasar de la mitad de sus rentas, y si quiere llegar á ser rico, no debe pasar de la tercera parte.»

Esto es algo exigente, y yo no quiero que vayais hasta allá; pero sí desearía que en un rincón de vuestra caja hubiese una bolsita oculta que llenarais lo más que pudiéseis, cercenando de algunos objetos de fantasía y de puro lujo, según os lo permitiese vuestra posición, y cuya privación no turbara, ni vuestro sueño de en la noche, ni vuestro buen humor del día.

No me fijaré aquí ni insistiré, sobre las desgracias que suelen ocurrir, las quiebras que de improviso vienen sobre la economía doméstica, y destruye toda el bienestar de una casa, si no hay alguna reserva para hacer frente á las necesidades primeras; ni sobre los gastos ocasionados por una larga enfermedad, que impide el aumento de la renta que proporciona el trabajo, y absorve una gran parte de los recursos ordinarios.

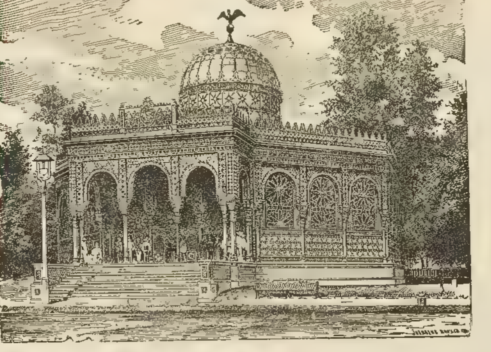
Estas reflexiones serían menos comprendidas á vuestra edad; pero ¿no es cierto que hay momentos en la vida en que es necesario mostrarse más generoso?

Bordado festoneado para sábanas de niños pequeños.

UTILIDAD DE LA SUMA APARTADA

Cuando dichoso se considera uno con tener algunos ahorros y poder sacar de allí con amplitud, sin que nadie, en torno nuestro sufra por ello, gastando de ese fondo reunido con nuestras ligeras privaciones, cuando se trata por ejemplo, de una buena obra imprevista que salva el honor, la libertad, y algunas veces la vida á una familia, y obliga hacia nosotros, para siempre, algunos corazones agradecidos, ó cuando se trata de un placer inocente que se presenta y nos deja gratos recuerdos de alegría: ó de un viaje por largo tiempo soñado y que arroja una deliciosa variedad en la monotonía de la vida; ó de recibir á aquellos antiguos amigos de otro tiempo, que se detienen en la casa tanto cuanto ellos quieren permanecer y cuya presencia regocija el corazón: ó ya, en fin si se trata de un precioso ó útil regalo hecho á un miembro de la familia que hacía tiempo lo deseaba y que no podía adquirirlo: tal puede ser un vestido conveniente para una anciana pariente; un cómodo sillón para el abuelo enfermo; unas flores exquisitas, ó un cuadro de buen gusto y de valor para un hermano.

Ahorrar algo para tener estos goces del alma, no es privarse de algo, sino procurar la dicha; y vosotras podeis decir cada vez que aumenteis vuestro peculio de reserva: Esto es para comprar la dicha.





LOTERIA DE LA Beneficencia Pública

CIUDAD DE MEXICO.

El próximo sorteo, con premio mayor de

$10,000

se verificará en el Pabellón Morisco, á las tres de la tarde,

EL JUEVES 10 DE JUNIO DE 1897.

bajo el plan siguiente:

14,000 Billetes á $2.00 cada uno, divididos en décimos de á 20 centavos.

Fondo: $28,000.

1	Premio de	$ 10,000	$ 10,000
1	,, ,,	,, 1,000	,, 1,000
1	,, ,,	,, 500	,, 500
1	,, ,,	,, 200	,, 200
2	,, ,,	,, 100	,, 200
10	,, ,,	,, 50	,, 500
25	,, ,,	,, 40	,, 1,000
100	,, ,,	,, 20	,, 2,000
200	,, ,,	,, 10	,, 2,000
2	Aproximaciones de á $100; una anterior y otra posterior al número premiado con los $10,000		200
2	Aproximaciones de á $50; una anterior y otra posterior al número premiado con los $1,000		100
345	Premios que hacen un total de		$ 17,700

El próximo sorteo, con premio mayor de

$60,000

severificará en el Pabellón Morisco á las 11 a. m.

EL JUEVES 24 de JUNIO DE 1897.

bajo el plan siguiente:

80,000 BILLETES. **FONDO: $320,000**

PRECIO DE LOS BILLETES.—Enteros $4.00.—Medios: $2.00.—Cuartos: $1.00.—Décimos 40 centavos. Vigésimos: 20 centavos.

1	Premio mayor de	$ 60,000
1	Premio principal de	,, 20,000
1	Premio principal de	,, 10,000
5	Premios de $ 1,000	,, 5,000
10	Premios de ,, 500	,, 5,000
25	Premios de ,, 200	,, 5,000
100	Premios de ,, 100	,, 10,000
260	Premios de ,, 40	,, 10,400
460	Premios de ,, 20	,, 9,200
100	Premios de $60, aproximaciones al premio de $60,000	$ 6,000
100	Premios de $40, aproximaciones al premio de $20,000	$ 4,000
100	Premios de $20, aproximaciones al premio de $10,000	2,000
799	Terminales de $20, que se determinarán por las dos últimas cifras del billete que obtenga el premio mayor de $60,000	$ 15,980
799	Terminales de $20, que se determinarán por las dos últimas cifras del billete que obtenga el premio principal de $20,000	$ 15,980
2,761	Premios que hacen un total de	$ 178,560

☞ Todos los sorteos están bajo la vigilancia y dirección personales del Sr. D. Apolinar Castilo, Interventor del Gobierno, y de un empleado de la Tesorería General de la Nación.

Oficinas: 1ª San Francisco núm. 12.

U. BASSETTI, Gerente.

JULES ROBIN & Cº
COGNAC
VOP

JULES ROBIN & Cº
COGNAC

ESTADISTICA GRAFICA NY

JOSÉ WOLF
UNICO REPRESENTANTE
EN LA REPUBLICA
MÉXICANA.

EL MUNDO.

TOMO I. MEXICO, JUNIO 13 DE 1897. NUMERO 24.

La catástrofe de Puebla.



Después del siniestro. (Fotografia de Lorenzo Becerril.—Puebla.)

LA CATASTROFE DE PUEBLA

El Mundo Ilustrado da hoy el lugar preferente á algunos grabados relativos al tremendo siniestro que sembró la consternación en la ciudad angelopolitana.

Los elementos que el hombre crea para vencer y encadenar la fuerza se vuelven contra él. Prodúcese constantemente la rebelión de los cosas contra los seres, y la tremenda desgracia en que nos ocupamos es una prueba más de esto. ¡Oh! la lucha perenne de la inteligencia con la fuerza! Vino el hombre al misterio de no sé qué selva terciaria, inerme y rudo; sin más armas que sus músculos, menos formidables ¡ay!, que los de la fiera, y la epopeya de su vida empezó desde entonces. Arrancó al árbol sus ramas, al sílex sus guijarros agudos, á las plantas sus venenos, en pos siempre de una fuerza que se aliara á su fuerza, de una unidad que se sumase con su unidad, y cuando el vigor misterioso de una cosa vino en su auxilio, soñó en conquistar el vigor de la otra. Fué una soberbia brega, cuyos fines paulatinamente se engrandecieron. Después de las fuerzas inertes, las fuerzas vivas de la tierra, que se mueven, se compenetran y obran. Después de la saeta y de la rama descuajada, del bronce y del hierro, la electricidad y el vapor, la pólvora ciega y el rayo inteligente......

Mas no están del todo vencidas las cosas. Hanse reservado. en medio de la sumisión aparente, el derecho de rebelión, y en inopinado esfuerzo, la corriente encauzada mata, el vapor desparrama en briznas homicidas los proyectiles de las calderas.

***

Una caldera vieja, sometida á una tensión máxima, que estalla en una fábrica angelopolitana, y he ahí la catástrofe. La fatalidad escoge el momento oportuno en que pueden caer más vidas. Y saltan informes, impulsados por loco impulso los miembros convulsos, óyese un grito, el grito unánime del terror y la desolación, cae todo en derredor convertido en escombros. Los muros vacilan y se desploman, y pocos minutos después, la multitud dolorosamente ávida se agolpa al borde de los escombros humeantes donde han hallado sepulcro innúmeros obreros!

¡Lloremos sobre la desgracia de nuestros hermanos, los pobres, y únase nuestra conmiseración al llanto del obrero!

"EL MUNDO"
Semanario Ilustrado.
Teléfono 434.–Calle de Tiburcio núm. 20.–Apartado 87 b.
MÉXICO

Toda la correspondencia que se relacione con la Redacción, debe ser dirigida al
Director, Lic. Rafael Reyes Spindola.
Toda la correspondencia que se relacione con la edición debe ser dirigida al
Gerente, Lic. Fausto Moguel.
La subscripción á EL MUNDO vale $1.25 centavos al mes, y se cobra por trimestes adelantados.
Números sueltos, 50 centavos.
Avisos: á razón de $30 plana por cada publicación.
Todo pago debe ser precisamente adelantado.
REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE.

Notas editoriales.

Una nota incomprensible.

No nos podemos explicar las agresiones de que está siendo objeto el progreso periodístico nacional. Parece que lo que debiera ser objeto de sinceros plácemes por parte de las personas amantes del avance de una industria, provoca un sentimiento opuesto y no es raro tropezar con artículos vehementes contra el abaratamiento de la hoja impresa.

Mucho se ha combatido en favor de la reducción en el precio del papel para la prensa, pero cuando una empresa decide convertir el diario de *artículo de lujo* en producto de *primera necesidad*, se alarman los ánimos y se escriben artículos formidables contra tamaño atentado.

La verdad es que el periodismo nacional ha sufrido una provechosa transformación de hace diez años á esta parte, y los primeros que debieran congratularse son los mismos que se indignan y protestan: los periodistas. Verdad es que el actual progreso de la prensa reclama por parte del escritor público energías y actividades á las que antaño no estaba acostumbrado.

Y esto es lógico, porque la prensa mexicana no se hallaba constituida en aquella época por periodistas, sino por hombres consagrados á la política y que hacían del periodismo un medio para alcanzar determinados fines. En la actualidad, el periodismo es un medio de vivir, que permite, por lo tanto, que el iniciado en esta tarea se consagre totalmente á ella, haciendo abstracción de toda otra dirección del espíritu.

Semejante hecho indica que ya ha habido una *diferenciación* muy sensible en la labor periodística, que el público ha apreciado en todo su valer, ya que él ha sido el que por una demanda más activa, ha impulsado á las empresas editoriales á mejorar la mercancía. Así, las censuras que se enderezan á estas empresas, deberían dirigirse al público, que ha dado la razón á los editores de periódicos que se han lanzado á la *gran circulación*.

Por lo demás, es sencillamente infantil sostener que el periódico ha de tener un precio elevado en un país en que los salarios son bajos. *Seis centavos*, gastados en un periódico, representan para un trabajador mexicano un promedio de más de un *diez por ciento* del jornal pagado, poco menos de lo que un obrero de otros países (*tipo alsaciano*) gasta *en carne*.

Cierto que el asalariado mexicano casi no come carne, por cuya causa los periodistas que lamentan á diario este hecho siniestro, no tienen inconveniente en proponer que el periódico sustituya á la alimentación.

El *periódico barato* triunfará, sin embargo, de sus adversarios, como han triunfado todos los progresos industriales á través de los tiempos y en medio de las tempestades de odios que su aparición ha provocado.

Combatir la disminución en el precio de un artículo, es ir contra los fines de la civilización, circunscritos sólidamente en una ley económica: el mayor número de necesidades satisfechas, á costa del menor esfuerzo realizado.

La catástrofe de Puebla y el trabajo nacional.

La catástrofe de Puebla ha llenado la semana con los fúnebres estertores de los moribundos y el golpe seco de la piqueta removiendo los escombros. La impresión ha sido tan violenta que, pasado el primer momento de estupor, los espíritus, por una tendencia muy humana, han pretendido buscar al responsable de esta tragedia para amontonar sobre él los cargos más severos, las más tremendas inculpaciones. Hay en el fondo de la multitud—y á la multitud pertenecemos todos—un oculto propagador de la inflexible ley de Talión: ojo por ojo y diente por diente.

La penosa sensación que la lectura de este drama nos provocó, sólo se hubiera aplacado fijando la responsabilidad, haciendo comparecer á un acusado ante el revuelto tribunal de la opinión pública. Y de aquí la persistencia con que se ha señalado á los dueños de la fábrica en que se produjo el lamentable incidente como los culpables, criterio que, pasando de los comentarios del aire libre, ha tenido el privilegio de ser acogido en las columnas de la prensa.

Para nosotros el caso no es nuevo, y al ocuparnos de la catástrofe de Puebla aplicamos el mismo principio que, con gran escándalo de algunos—, sostuvimos al examinar el siniestro de Temamatla: dramas como éstos son el tributo pagado á la civilización, y las víctimas anotadas en lista representan la pérdida necesaria en toda gran empresa que tiene como base el progreso. Semejante aserto no debe tomarse como el producto de un implacable fatalismo, sino como el resultado indiscutible de un estado social, base en que están sostenidas todas nuestras aspiraciones.

No hace muchos años que un inteligente escritor extranjero que residía en la República, organizó una campaña en forma para abogar por una *ley de responsabilidad industrial* que, en desgracias como la de ahora, estableciera fuertes indemnizaciones. Esta legislación existe en algunos países extranjeros, en donde los fabricantes son los que satisfacen la *pérdida necesaria* aparecida en la suma total de las *utilidades* sociales. Pero lo que sucede en otros países no ocurriría, desgraciadamente, en México, cuyas condiciones económicas son muy distintas á las de los Estados á que se alude. La propuesta *ley de responsabilidades* constituiría un gravamen que habría de soportar el asalariado, ya bastante deprimido por la baratura de los jornales. Tal legislación no vendría á ser más que una de tantas medidas inspiradas por una plausible filantropía, pero que, solo expiden para dañar hondamente á las clases que se trata de favorecer.

En Europa y los Estados Unidos, la tarifa de los salarios sigue hace años una marcha ascensional y el capitalista va reduciendo sus utilidades. En México, los jornales permanecen estacionarios hace buen número de años, y al amparo del proteccionismo los industriales ponen precio al trabajo nacional. El ilustre economista Cobden, formuló un principio para dejar establecido el monto de los salarios: Cuando dos obreros corren detrás de un patrón, los jornales bajan; cuando dos patrones corren detrás de un obrero, los jornales suben. Pero en México hay abundante demanda de brazos, y el tipo del jornal permanece invariable y pasa de padres á hijos, como la maldición bíblica, de generación en generación.

Y este hecho que ha persistido en contra de una necesidad económica, no podría ser destruido en virtud de una disposición legislativa. Para el trabajo de las fábricas sobran fuerzas sometidas á la ruda condición económica que pesa sobre ellas como una plancha de plomo. Una legislación sobre *responsabilidades*, aprovecharía á un pequeño grupo, pero perjudicaría á la gran masa de los trabajadores nacionales.

Los pueblos compran su progreso con dinero ó sangre —ha dicho un escritor. México no puede comprar con oro todas las ventajas que la civilización ha difundido en sus arterias; por eso está obligado á pagar, algunas veces, con sangre.

Esto es siniestro, pero es verdadero!

NO es el femenino de SI.

Proverbio húngaro.

La música es la literatura del corazón, comienza donde concluye la palabra.

Lamartine.

La hipocresía es el homenaje tributado por el vicio á la virtud.

Lord Beaconsfield.

La miseria es una furia enamorada del genio.

Victor Hugo.

Política General.

RESUMEN.—Las repúblicas latino-americanas.—Su estructura político-social.—Sus convulsiones periódicas.—La dimisión del Presidente del Brasil.—Luchas de los partidos.—Guerra sin cuartel.—Defeccion anti-patriótica.—La crisis española.—Conservadores y liberales.—Cánovas y Sagasta.—El peligro se aplaza.—Conclusión.

Asentadas en suelo volcánico, frecuentemente sacudido por convulsiones genésicas, las repúblicas latino-americanas sienten y experimentan á menudo los estremecimientos de ese fenómeno, y se miran agitadas por convulsiones políticas, semejantes á las que agitan las entrañas de su tierra virgen.

Nacidas ayer apenas, entre los dolores agudos y los cruentos sacrificios de la guerra de independencia, han recorrido, en relativamente breve espacio, la distancia que separa la colonia sierva de la nacionalidad soberana, anhelante de progreso y bienestar. Pero en las luchas que han debido sostener para alcanzar esa meta, en los combates que han debido librar para despojarse de sus vicios tradicionales y acomodarse á las condiciones de su nueva vida, no habría sido posible que desde luego obtuvieran la estabilidad que caracteriza á los viejos organismos sociales, curtidos en la brega y amaestrados por las enseñanzas de su experiencia diez veces secular.

Por eso se las ve moverse con todo el vigor de sus sueños juveniles, buscando hermosos ideales, postrándose á veces, insensatas, ante los que llamaba monstruos el día anterior, y derribando, impías, los ídolos que veneró con ciega adoración. Es que los elementos de esos complicados organismos aun no alcanzan su verdadero equilibrio, y pugnan todavía en ruda competencia por obtener su propia colocación sociológica, á fin de adaptarse empíricamente á la función que á cada cual corresponde en el complicado mecanismo de las nuevas sociedades, tan difícil de señalar en los pueblos jóvenes, donde los apetitos son más desenfrenados, las pasiones más violentas, y la concurrencia vital más encarnizada entre las agrupaciones que con tendencias políticas tratan de adueñarse de la situacion para convertirse, no en los directores, sino en los explotadores de las nacionales energías.

***

Acosado el Presidente de los Estados Unidos del Brasil por las luchas de los partidos, que han abandonado los sangrientos campos de batalla para buscar la palestra de los gabinetes; cansado del combate diario con los impacientes que todo lo esperan del trabajo de un día, con los jacobinos que pretenden levantar grandiosos edificios ideales sobre las humeantes ruinas del pasado, sin atender más que á sus hermosas concepciones, y olvidándose enteramente del medio en que se agitan; con los tradicionalistas que sueñan con la inmovilidad petrificada de los tiempos que fueron, cerrando los ojos á la luz y los oídos a los clamores de los pueblos que piden con ansia la satisfacción de sus necesidades; con todos, porque no se contentan con la prudente marcha que ha seguido en su política: dicen que acaba de presentar renuncia de su alta investidura.

Cuando ascendió al poder el señor Da Moraes por el voto general de los pueblos brasileros, acababa de ser vencida la reacción que acaudillaba Saldanha da Gama, la restauración monárquica había recibido mortal golpe en la provincia de San Pedro del Sur, y los radicales más avanzados se pavoneaban orgullosos de poder, con ese motivo, desarrollar y dar vuelo á sus fanatismos odiosos, arrasando viejas instituciones, desarraigando tradicionalismos añejos, y rompiendo con todo el pasado sin respetar siquiera lo que merece veneración á la luz de un criterio sano.

Vencida la reacción, más no domada, ha espiado la oportunidad de volver con provecho al combate, ha dejado sus armas melladas, y, acomodándose á las nuevas exigencias del nuevo orden de cosas, ha buscado en los parlamentos y en los gabinetes el camino del triunfo. Mas como para esta facción, con tal de llegar al fin apetecido, son justificables todos los medios, por reprobados que parezcan, no ha cesado de soplar en la hoguera que encendió el fanático Conselheiro, cuyas hordas salvajes



LA CATASTROFE DE PUEBLA.—En busca de cadáveres. (Fotografía de Lorenzo Becerril.—Puebla.)

han agitado hasta hace poco la tea de la discordia, mostrando sus melenas hirsutas al fatídico resplandor de los incendios.

***

En esta situación, sin poder satisfacer las aspiraciones de los unos ni ceder cobarde á las exigencias de los otros, el presidente Da Moraes quiere retirarse del honroso puesto en que lo ha colocado el voto público, acaso por indecisiones, más que por cansancio. No importa que las tropas fieles del Gobierno hayan dado hace poco terrible golpe á los fanáticos de Conselheiro, que rotos y maltrechos, los que no perecieron en el campo de batalla, buscaron su salvación en precipitada fuga: el conflicto constante de los partidos, la competencia inagotable de las agrupaciones políticas quedan en pie, y en pié la perplejidad á que está sujeto el Presidente del Brasil.

Cuando Casimiro Perier presentó su dimisión ante las Cámaras francesas, creyéndose impotente para obsequiar los clamores de los partidos que alzaban sus múltiples cabezas, todos consideraron su retirada como una verdadera deserción al frente del enemigo. Si Da Moraes, en situación semejante, pero en distintos climas, en medios diferentes, en el suelo volcánico de la joven América, comete la misma defección que el estadista francés, será responsable ante la historia y ante la sociedad, de las conmociones que agiten la tierra brasilera, como consecuencia de su retirada.

La República Francesa pudo pacíficamente salvar tan tremenda crisis; los Estados Unidos del Brasil, donde todavía las pasiones se sobreponen al público bienestar y las ambiciones personales á los intereses de la comunidad, tal vez sean impotentes para conjurar la tormenta que puede ocasionar ese acto imprudente. En nombre del patriotismo, en nombre de la salud pública, puede pedirse al señor Da Moraes, que permanezca en su alto puesto.

En las grandes crísis, en los sacudimientos sociales, el cobarde se escurre, el héroe muere.

***

Contra todas las previsiones, contra todas las esperanzas, contra todos los temores, la crisis española en vez de resolverse en un cambio radical del gabinete conservador, ha sido como aplazada, quedando al frente del Gobierno el señor Cánovas del Castillo y, sin que haya, por ende, el más ligero cambio, la más pequeña alteración en la política que ha informado al gabinete de Madrid, para la solución del conflicto cubano.

Las conferencias con el señor Sagasta, jefe del partido liberal, las consultas con el general Martínez Campos, candidato posible para formar un ministerio de transición, los parlamentos con los generales López Domínguez y Blanco, altas personalidades en el ejército y posibles candidatos también á la capitanía general de la Isla de Cuba, todo ha sido infructuoso, y ha prevalecido en el ánimo de la Reina Regente la conveniencia de depositar su confianza, toda su confianza, en el partido conservador que en más de dos años que lleva de estar en el poder, durante las grandes crísis ocasionadas por las guerras coloniales, ha sabido sortear hábilmente los escollos y dificultades sin número que ha encontrado á su paso.

Pero si los conservadores quedan satisfechos, no obstante la gran responsabilidad que sobre ellos gravita con inmensa pesadumbre, no así los liberales que parecían correr ilusos en busca del poder, sin alcanzar siquiera la gravísima situación porque atraviesa el país, y en cuyas azarosas circunstancias se iban á hacer cargo de la cosa pública, teniendo que vencer dificultades de que no eran responsables.

Clama la prensa liberal contra su jefe, acusándolo hasta de cobarde, porque retrocedió ante la magnitud de la empresa de acoger una situación erizada de espinas y salpicada de escollos; no comprenden que hábil en extremo y cuidadosamente cauto, el señor Sagasta no ha querido comprometer á su partido, embarcándolo en peligrosas aventuras. Sostiene la actitud reservada de los últimos días, decreta su abstención en las presentes luchas parlamentarias, considera aplazada pero no resuelta la crisis, y espera tranquilamente el momento en que el patriotismo lo llame y la necesidad lo coloque al frente del Gobierno.

Pueda la habilidad nunca desmentida de don Antonio Cánovas del Castillo sacarlo victorioso de en medio de la tormenta que sobre él se cierne.

X. X. X.

10 de Junio de 1897.

Nuestro folletín.

Con este número recibirán nuestros lectores la segúnda parte de

"LOS TESTAFERROS"

para completo del folletín correspondiente á Mayo.

Dividimos en dos entregas esta novela por que es demasiado voluminosa, pero nótese que cumplimos nuestra promesa de dar

UNA NOVELA POR MES

Con los últimos números de este mes repartiremos, dividida también, en dos entregas en razón de su extensión, la novela

"EL DINERO DE LOS OTROS"

como folletín correspondiente á Junio.

La obra completa vale $ 2.50 en las librerías de la capital.

HIGIENE MORAL

Pocas madres de familia se han penetrado lo bastante de la correlación que existe entre el cuerpo y el alma, de la estrecha conexión de las funciones fisiológicas y de los estados del espíritu, de la necesidad imperiosa y existente de conservar la salud y el vigor de sus hijos si quieren que las pasiones tengan freno, equilibrio el carácter, ponderación el juicio, benevolencia y generosidad los sentimientos, energía y norte la voluntad. Un niño sano, vigoroso, con pétalos de rosa en las mejillas, hilos de coral en los labios, luz astral en los ojos, nácares en la frente, circuidos los puños de brazaletes de piel sonrosada, todo hoyuelos y todo curvas, es no sólo un ejemplar admirable de una amamantación generosa y esmerada y de una vigilancia materna solícita y amante, es además una esperanza de inteligencia, una probabilidad de virtud y de honor, una promesa de rectitud y de energía.

Los extravíos morales, la irascibilidad, el rencor, la hipocresía, que más tarde, en la juventud y en la edad madura, se traducirán en vicios y hasta en crímenes, tienen, en general, su origen en la organización física, debilitada ó enferma, y en errores de educación que de esos vicios físicos se derivan.

El niño en los primeros meses de la vida no tiene personalidad intelectual ni moral; si esta sano y bien nutrido, si su vestido es confortable y limpio, si nada físico ó material lo importuna y hostiga, está siempre contento y sonriente, es confiado y apacible, no se irrita ni enfurece, duerme profundamente y despierta gorgeando. Inaccesible á las influencias de orden moral, á las preocupaciones de interés, á las peripecias de la política, á cas vicisitudes de los negocios y á los sacudimientos de las pasiones, se deja vivir, come, duerme, sonríe; no se oyen en la casa sino sus arrullos de tórtola y sus grititos de regocijo; pasa las horas mirando frente á sí y á su alrededor volar las mariposas; chupando sin descanso sus propias manecitas, agitando con afán pies y brazos, sin necesitar de nadie, sin extrañar nada, sin exigencias y sin caprichos. Esa placidez y esa tranquilidad son su estado normal, la atmósfera que respira, la esencia misma de su vida vegetativa.

Si en un momento dado se agita ó llora, si está taciturno ó irascible, si quiere cambiar de brazos, de lugar, si no puede conciliar el sueño, no puede caber duda, el origen de su malestar tiene que ser físico y no moral, La ropa mal fajada ó mojada; una sabandija que lo importuna, el frío ó el calor, ó bien una indisposición repentina, el meteorismo, la indigestión, son la sola causa probable y la única posible de su desazón. A diferencia del hombre que, en plena salud y en pleno vigor, sin que la arruga de un pétalo hostigue sus carnes, sin que la zarza del camino hiera su planta, puede verse atenaceado por el sufrimiento moral, y por consiguiente, encontrarse sombrío en medio del bullicio, y melancólico en medio de la alegría de los demás é irritado y colérico en el seno de la más profunda calma exterior; el niño, ajeno é insencible á las tormentas morales, no puede tener en los primeros meses de la vida otras causas de irritación, de contrariedad y de desconfianza que las de orden naturalmente físico.

Si las madres se penetraran de esta verdad de evidencia palmaria, si ajustaran á ella su conducta y normaran en consecuencia, sus procedimientos de educación de la infancia; la niñez se pasaría tranquila y serena sin tempestades y sin agitaciones, y los niños no se entregarian, como hoy sucede y desde bien temprano, á esa gimnástica de las malas pasiones, de la cólera, de la rebeldía, del recelo y de otras más á cuya virtud el uso de la razón los sorprende, ya moralmente defectuosos y á veces perversos.

Esa gimnástica de las malas pasiones es, por desgracia un hecho; á fuerza de enojar á un niño ó de no remediar á tiempo sus causas de enojo, se le vuelve irascible é ingobernable; á fuerza de contrariarlo se le desamora y se le vuelve egoísta; á fuerza de asustarlo se le hace cobarde, y á fuerza de contrariarlo se le vuelve rebelde. Las causas ocasionales que despiertan sus primeros arrebatos de pasión y que repetidas después, hacen del niño un ser malévolo son, en los primeros meses de la vida, las incomodidades y las enfermedades agravadas por los errores de la educación. En ese orden de ideas hay momentos críticos, la dentición y el destete, durante los cuales el recién nacido puede adquirir, fortificar y arraigar las pasiones que han de perderlo y de hacer la desgracia de los suyos.

La inmensa mayoría de las madres desconocen, si no estos hechos, por lo menos sus causas; descuidan el remedio, dejan acrecentarse el mal moral incipiente, y cuando vuelven la cara no hayan cómo explicarse los malos hábitos y las malas pasiones de sus hijos. Si el niño llora mucho, se dice que está *chipil;* si hace *berrinches,* le llaman impertinente; si es tímido y receloso, le llaman *marica* y se conforman con poner una etiqueta al mal en vez de aplicarle un remedio. Y no es esto lo peor; en muchos casos el remedio es peor que el mal; juzgando que el niño tiene causas morales de desazon, y creyendo que estas influencias morales mismas, no tienen causa, én vez de examinarlo, de asistirlo, de consolarlo, suelen regañarlo, pegarle, asustarle para que calle, se calme ó duerma, y agregan leña al fuego de la mala pasión que estalla en el niño.

Las madres no tienen tanta responsabilidad en estos errores como sus consejeras. Hay médicos, hombres graves y mujeres de experiencia que aconsejan á las madres jóvenes dejar llorar á los niños, «hasta que se cansen;» que les prohiben tener luz ó encenderla de noche en la alcoba para no mal acostumbrarlos, que les prohiben cambiarles la ropa á las altas horas, etc., etc. Estos consejos son desastrosos. Un niño no llora nunca *por que sí,* y si en vez de evitar que llore buscando y suprimiendo la causa física de su llanto, se le deja llorar, y si como es general, el hecho se repite durante algún tiempo, el caracter se agria, las malas pasiones germinan y crecen y acaba por hacerse perverso y mal inclinado á un niño, en el fondo bondadoso y docil.

Siempre que un niño llora, ó se enoja; siempre que esté triste ó insano, siempre que se manifieste receloso, huraño, descontentadizo, lejos de abandonarlo ó de castigarlo, hay que buscar la causa física de su contrariedad, que averiguar si nada extraño lo importuna, si ningún trastorno interior lo amaga. Hay que desnudarlo, cambiarle la ropa mojada, aflojarlo, expulgarlo; sino se encuentra ahí la causa, hay que averiguar si sus funciones se desempeñan correctamente, si su vientre está ó no abultado y doloroso, si su lengua está blanca, si hay calentura; raro, rarísimo será dejar de encontrar la manifestación de un trastorno de su salud, causa de sus tristezas ó de sus cóleras, y poniendo inmediato remedio, ya con los cuidados maternales, ya si es necesario, con la asistencia médica, se ve como por encanto renacer en el niño la tranquilidad y la alegría, disiparse la ira y reaparecer el buen humor, el sueño, el apetito que revelan que el mecanismo interior ha recobrado el equilibrio.

Hay, pues, una higiene moral dentro de la higiene corporal; á la vez que se suprimen en el niño causas de incomodidad ó de enfermedad, se precave el ejercicio, y por consiguiente el desenvolvimiento de las malas pasiones. Una noche de insomnio, una hora de incomodidad ó de enfermedad, son un leño á la hoguera pasional. Estas influencias, por pasajeras que parezcan, se agregan la una á la otra como las moléculas en el cristal y como las gotas en el torrente; más tarde, con el uso de la razón, con la edad nubil, nuevas necesidades y nuevas pasiones sobrevienen, y si encuentran al niño predispuesto á la cólera, al rencor, á la venganza, á la hipocresía, acaban por hacer de la infancia malévola una virilidad criminal. Las pasiones se forman en el corazón como las nubes tempestuosas en el cielo: comienzan por un copo imperceptible y acaban por invadir todo el espacio y por devastar toda la naturaleza.

Las madres deben impedir la formación del copo para precaver la tempestad. No deben arredrarlas la atención meticulosa, el desvelo perenne, el afan infatigable que la salud y el vigor del niño exigen é imponen. Deben vivir atentas al cuerpecito de sus hijos como el marino vive, fijos los ojos en la brújula; deben incesantemente precaver é impedir que estalle el mal físico, para que no sobrevenga el mal moral y remediarlo en cuanto sobrevenga para impedir que germine.

Mucho trabajo, mucha asiduidad, mucho artificio y mucha perseverancia son necesarios á la madre, para impedir la invasión de ese microbio que corroe y destruye; pero ese afan y ese anhelo les ahorran tormentos más crueles y menos remediables. Cada cuidado impartido al niño, es una lágrima economizada á la madre.

Doctor M. Flores.

Junio de 1897.

MONSEÑOR NORBERTO DOMINGUEZ

Circula la noticia de que ha sido nombrado Obispo de Yucatán el actual Vicario, Monseñor Norberto Domínguez, hombre de gran virtud y sabiduría, generalmente estimado por la sociedad yucateca.

Monseñor Domínguez ha prestado servicios considerables á la causa de la enseñanza en su Estado natal. El implantó el estudio de las ciencias exactas en el antiguo Seminario de San Ildefonso, único plantel de instrucción superior con que contaba la península.

Durante muchos años, Monseñor Domínguez fué profesor de Física en el Seminario, hasta que la enseñanza laica arrancó su prestigio al antiguo colegio, fundando el Instituto Civil.

El *Padre Domínguez*—como cariñosomente le llaman sus numerosos discípulos—tiene cualidades de carácter verdaderamente excepcionales. Así lo demuestra el hecho de haber convertido sin más recursos que los acopiados por él, una desmantelada Escuela, como en sus comienzos fué el «Colegio Católico,» un plantel de instrucción dotado de los mejores gabinetes de Física y Química, en Yucatan, y de una magnífica biblioteca.

Su voluntad de fierro es ya proverbial entre los yucatecos. Merced á esa brillante cualidad, nunca se le vió doblegarse al peso del infortunio en su niñez y ha sido exaltado á los más prominentes puestos de la diócesis.

De Roma, mereció hace algunos años, la distinción de ser elevado á la categoría de Protonotario Apostólico, habiéndore solicitado entónces su nombramiento de Obispo.

Muerto el señor Carrillo y Ancona, Monseñor Domínguez es, entre los sacerdotes yucatecos, el que mejores títulos presenta para ocupar la vacante. Bien lo demuestra la energía con que ha sabido reprimir los abusos de aquel clero, destituyendo á los párrocos indignos de ejercer el ministerio eclesiástico.

Por esta conducta, y los innegables méritos de Monseñor Domínguez, la sociedad yucateca ha aplaudido que á él se confiera el gobierno de aquella iglesia.



Monseñor Norberto Dominguez, próximo Obispo de Yucatán.

DAMAS DISTINGUIDAS.



Señora Clara Sinibaldi, esposa del Ministro de Hacienda, D. José María González.—Guatemala.—(*Fotografía de Valdeavellano, Guatemala.*)



Señorita Herminia Peña, de Saltillo (Coahuila)—México.
(*Fotografía de Rovell.*)

LOS TRISTES.

Para nosotros, la generación que ha nacido al arrullo de la fusilería, adormecida con la leyenda trágica de los grandes héroes, nutrida con todas las dudas que roen este hecho inmenso que se llama él Progreso; para nosotros, hijos de la Revolución y del Enciclopedismo del siglo XVIII, que hemos pasado del sangriento *lied* alemán á las blasfemias de Shelley; que hemos derribado muchos ídolos de sus pedestales, que hemos arrojado una mirada rápida á las investigaciones de la ciencia moderna; para nosotros los que entramos en la lucha por la vida con un poco de veneno allá en el fondo, es algo asombroso, algo que sale de los límites de lo posible, encontrar en este desquiciamiento de ideales un guerrero que conserva blanca su armadura, abollada por los golpes del combate, pero firme todavía sobre una cabeza altiva y gloriosa. Pero ¡ay! esta excelsa calma, esta radiosa puesta de sol, tras un día azul y sereno, no se descubre en nuestros horizontes repletos de tempestades, anublados y sombríos.

Nuestra generación es una generación de tristes; parece—según la frase de un poeta—que arrastramos los dolores de muchos siglos: nada tenemos porque padecer, y no obstante, padecemos por todo; llevamos dentro de nosotros esperanzas sin ideal, sufrimientos sin causa; nos sentimos infinitamente fatigados, y las sensaciones que recibimos son tan profundas, tan intensas, nos conmueven por tan hondo modo, que semejan heridas que manan eternamente sangre: somos «una alma enferma que soporta un cadáver.» ¿Hemos nacido demasiado pronto ó demasiado tarde?

Un poeta inmortal, que acaba de morir, ha escrito esta estrofa, que es le grito de un ideal que se refugia en el pasado, como esas aves viajeras del espacio que cuelgan sus nidos en las ruinas de un viejo torreón feudal:

> J'ai goûté peu de joie et j'ai l'âme assouvie
> Des jours nouveaux non moins que des siècles anciens.
> Dans le sable stérile où dorment tous les miens
> Que ne puis-je finir le songe de ma vie.

Tenemos la visión de las edades pasadas y suspiramos por aquella época de energía salvaje y de fe profunda.

El hombre del siglo XIX, educado en el Cristianismo, ha substituido la creencia en Dios por la creencia en la Libertad, en la Ciencia, en la Democracia,—no importa en qué;—pero ha conservado en el fondo de su espíritu un vago sentimiento del misticismo, un amor al misterio, que flota en este mar de locas tempestades en que su conciencia ha ido á perderse. ¿En dónde se encuentra ese Paros ideal, poblado de apariciones consoladoras; en dónde el lugar de los ensueños vagos y de las nobles aspiraciones? Y la esperanza se vuelve hacia esa corriente de supremo aniquilamiento de la idea—de la idea de la que ha dicho Balzac que si es un elemento social, es también un elemento destructor—á ese reposo de toda sensación. Y el sueño del anacoreta de la Tebaida se eleva ante nosotros como un término consolador: «¡Quisiera tener alas, un caparazón, una corteza, esparcir humo, llevar una trompa, torcer mi cuerpo, dividirme en todas partes, estar en todo, emanarme con los olores, desarrollarme como las plantas, correr como el agua, vibrar como el sonido, brillar como la luz, asimilarme á todas las formas, penetrar en cada átomo, descender hasta el fondo de la naturaleza, ser la materia!»—(Gustavo Flaubert.)

Todo es doloroso en la vida moderna. Nuestras lecturas, nuestras impresiones, nuestras mismas alegrías se *padecen*: se ha quintaesenciado la existencia y el zumbido de un cínife llega á nuestros oídos como el estampido de un cañonazo. ¿Os acordais de aquel Mr. Joyeuse del *Nabad* de Alfonso Daudet? Aquellas angustias imaginarias, aquellos terrores de fantasía se han apoderado de nuestras almas.

Reina en esta nuestra extrema civilización un sentimiento de pavor infinito; es una humanidad que tiene miedo. Nuestra literatura contemporánea está herida de esta dolencia extraña que invade nuestros espíritus como una onda amarga. Nuestras lecturas complicadas é incisivas nos hacen sufrir: no hay placer en las páginas del libro que recorremos. En los versos de nuestros poetas favoritos vemos palpitante la llaga: á Leconte de Lisle la naturaleza se le aparece como un conjunto «constituido por una serie de formas que se engendran unas á otras y desaparecen tan pronto como han sido constituidas:» algo así como la manifestación psíquica de la doctrina que expone Taine en el prefacio de su *Inteligencia:* «una infinidad de fuegos de artificio que á diversos grados de altura se complican, se elevan y descienden, incesante, eternamente, en las negruras de la vida.» De aquí á Cárlos Vogt y Stirner no hay una gran distancia.

Y el mal arranca de lejos. Alfredo de Musset, Byron, Goethe habían sido invadidos hasta la médula de sus huesos. El mismo Chateaubriand, el creyente del *Genio del cristianismo*, había sentido en su frente el viento de la época. *René* lleva en su espíritu el virus incurable de una enfermedad desconocida. La contemplación de la naturaleza sólo despierta en el alma del poeta cristiano—como en la de nuestros modernos neopesimistas—una melancolía soñadora. Parece, dice un crítico—como si la fraternidad que se ensancha hasta los árboles y las hojas caídas; como si ese amor tierno de lo creado, como si la contemplación nueva de los horizontes llevasen la turbación al alma del hombre é hiciesen salir hasta sus ojos todos los vagos dolores de su sér. Chateaubriand realiza ese tipo del poeta sentado en una roca y derramando, mientras admira una hermosa noche, lágrimas que él mismo no siente deslizarse. Contemplando bosques, montañas, ríos, en que por vez primera encuentra interés, siempre dominado por un cansancio sincero, muy dulce, sin embargo; por una necesidad de sueños en cuyo fondo celebraría morir.

Del espectáculo de la naturaleza el hombre ha pasado á la ciencia. Pero la ciencia, como la naturaleza, es una eterna impasible y el hombre no ha encontrado el perseguido, anhelado manantial con que calmar su sed. De la fé intensa á la verdad severa, los espíritus no han podido pasar sin una violenta crisis. Esta crisis es la que estamos sufriendo. ¿Hemos corrido con demasiada rapidez hacia la Verdad? ¿Nos encontramos todavía mal preparados para penetrar en el interior de ese templo? ¿Somos ciegos á quienes de improviso se nos ha hecho ver la luz? Recuerdo que Stuart Mill se pregunta si para el hombre, en un escalón superior, no sería una inmensa desdicha la inmortalidad. Pero faltale al hombre haber alcanzado ese nivel y la duda de Hamlet ha clavado la garra en su corazón:

> ¡Ah! tout cela, jeunesse, amour, joie et pensée,
> Chants de la mer et des forêts, souffles du ciel,
> Emportant à plein vol, l'espérance insensée,
> Qu'est ce que tout cela qui n'est pas eternel?

El abate Pierre de *Lourdes*, es el símbolo del espíritu de una época: como el personaje de Zolá, corremos presurosos al lugar del misterio y salimos de allí más vacilantes, más adoloridos, con más sombras que antes de esta peregrinación en pos del eterno, perseguido ideal. Somos acaso—según la frase de Flaubert—productos de una civilización fatigada, que habríamos alcanzado todo nuestro vigor de desarrollo, si hubiésemos nacido en un mundo más joven. El anhelo persistente, el inagotable deseo, la nostalgía de esta misteriosa dolencia, agita á esta generación de tristes.

Los hombres que nos han precedido, han elaborado lentamente nuestros punzantes sufrimientos: ellos han gastado todas las alegrías de la vida humana y nos han transmitido un legado de incurable tristeza. Dichosos los que no han sentido en su frente este helado aliento de infinito desconsuelo y han caído de pie, serenos, altivos, conservando en la diestra el acero del combate, con la cólera en los ojos y el brío en el corazón!

CARLOS DÍAZ DUFOO.



Siempre es para vosotras peligroso
un ánimo aguerrido
y un uniforme hermoso.
El fausto militar ¡sexo precioso!
siempre ha sido y será tu prometido.

CAMPOAMOR.



HACIA EL POLO

POR

FRIDTJOF NANSEN.

Traducción para "EL MUNDO."—Ilustraciones tomadas de las fotografías hechas en el curso de la expedición.



Una observación con el teodolito.

LA LUCHA CONTRA LOS HIELOS DEL MAR DE KARA

Nansen, un día en que el *Fram* estaba inmovilizado entre las brumas y los hielos del mar de Kara, escribió en su diario esta frase sentenciosa: «La paciencia es uno de los medicamentos de que toda expedición polar debe estar más abundantemente provista.» Al bordo del *Fram* casi no se usó más que de este medicamento durante tres años, pero se usó ampliamente, y sobre todo, al principio.

El 4 de Agosto de 1893, fué doblado el cabo Tcheliouskine. Treinta y siete días de un tiempo precioso habían sido consagrados á la travesía de 840 millas marinas, (1,555 kilómetros) á vuelo de pájaro........ *A vuelo de pájaro.*

Imaginaos un pájaro que ha penetrado en una estufa: en su vuelo loco, á cada impulso hacia el aire libre, encuentra en todos los sentidos el obstáculo de su prisión de vidrio. En el mar de Kara, el *Fram* estaba en una situación semejante: chocaba contra los límites de su prisión de hielo á cada tentativa para evadirse hacia el agua libre.

Del estrecho del Yougor al cabo Tcheliouskine, qué de zig-zags, qué de vueltas, qué de idas y venidas!

.Al día siguiente mismo de la partida de Khabarova, después de veinticuatro horas de navegación entre la costa y los bancos, fué preciso detenerse una primera vez: la tierra al este, al norte los bancos, y, envolviéndolo todo, una bruma espesa. Durante cuatro días, el *Fram* estuvo así bloqueado cerca de la playa de la península Yaimal, triste y desolada. Había samoyedos acampados en los alrededores y la expedición recibió la visita de dos de entre ellos: fueron los últimos séres humanos encontrados en el camino.

El 9 de Agosto el *Fram* pudo al fin poner la capa al norte. A pesar del viento contrario y de los hielos flotantes, viró en seguida hacia el este, después de haber doblado el cabo Skaratof y la isla Blanca. Camina caminando, Nansen y Sverdrup pudieron reconocer cierto número de islas no reveladas por Nordenskiol, en tanto que otras tierras puestas en la carta del ilustre navegante de los mares siberianos, no existían: detalle que prueba cuan incompleta es la geografía de esas regiones.

El *Fram* debía arribar á la isla Dickson para permitir á los miembros de la expedición dejar cartas bajo un *cairn:* el capitán Wiggins había prometido recogerlas al dirigirse á la embocadura del Yenisei. Pero el viento que había—desde hacía algunos días—hecho derivar al *Fram* hacia el Sur y luego hacia el Sur-oeste, había cedido. Demasiado tiempo habían perdido. Para aprovecharse de la calma, Nansen y sus compañeros sacrificaron esta suprema ocasión de dar noticias suyas á aquellos que les eran caros, y quemaron en la rápidez de su curso vuelto á encontrar hacia el Este, el buzon de la isla de Dickson.

En las islas Kjellman, semejantes á rocas que hubiesen sido pulidas por los *glaciers* cuaternarios, fué al contrario, preciso detenerse para una reparación en la caldera. El mar estaba azul, el cielo brillante, la brisa ligera, y Jacobsen, el segundo de abordo, acurrucado en el nido de cuervo, había percibido renos. Se imponía una partida de caza. Esta fué accidentada y penosa; cuando llegó la hora del regreso, la tempestad se había levantado; los cazadores no pudieron volver al navió, sino después de muchas horas de esfuerzos. Habían matado dos renos y dos osos: pero como no era caza á propósito para cargarse y subirse en un buque que danzaba sobre las olas, la abandonaron.

Era el 22 de Agosto. En el canal estrecho, abierto á lo largo de las riberas, la corriente era rápida como un río, y el *Fram* la tenía en contra. Fué lentamente, tanto más lentamente cuanto que el agua era poco profunda y que la más elemental prudencia aconsejaba sondéos repetidos,—fué muy lenta y penosamente como el navío de Nansen hizo ruta hacia el Nordeste en medio de un verdadero archipiélago de islotes desconocidos. Habría sobrado ahí quehacer para un navegante que tuviera tiempo para entregarse á la rectificación de la carta. Pero el *Fram* bogaba hacia otro fin.

He aquí el invierno; la nieve ha caído abundantemente: sobre la fealdad de esta región de brumas ha extendido el encanto de su resplandeciente blancura......

Para la realización del plan de Nansen, no es acaso inquietante que llegue ya el invierno y que sorprenda al *Fram* más acá del cabo Tcheliouskine, tan lejos de la longitud que vió la pérdida de la *Jeannette* y que debe ver la partida del *Fram* para su glorioso viaje de derivación hacia el norte?

Esta costa siberiana, bordada de islas, cortada en penínsulas, es muy poco propicia á la navegación: la plena mar no existe, puesto que el hielo la cubre y es preciso abrirse paso á la fuerza y ensayar continuos tanteos para hallar estrechos. El de Taimyr no fué posible encontrarlo durante diez días (del 27 de Agosto al 6 de Septiembre.) Ahí Nansen pudo creer que su viaje iba á ser interrumpido por un año cuando menos: «Yo ensayo, escribió él el 5 de Septiembre, familiarizarme con la idea de invernar en esta costa...... Hay bastantes problemas que resolver aquí: no sería un año perdido para la geografía y la geología...... Pero no, yo no puedo aceptar esta eventualidad. Un año de la vida de un hombre es un año, y nuestra expedición promete ser demasiado larga.»

Por fin, el 10 de Septiembre, el cabo Tcheliouskine estaba vencido.

(1)......«El sol había, desde hacía algún tiempo, descendido detrás del mar, y el cielo crepuscular era amarillo y oro. No se veía ni una estrella. Justamente por encima del cabo Tcheliouskine, su fulgor melancólico brillaba en el cielo pálido. Aun cuando, á consecuencia de las maniobras la orientación del cabo se modificase con relación á nosotros, el astro estaba siempre encima de él... Era esa mi estrella? Era esa el alma del hogar y del país, que me seguía y me sonreia ahora? Cuántos pensamientos despertaba en mí, en tanto que el *Fram* trazaba su estela en la noche, más allá del punto más septentrional del viejo mundo.»

A las 4 de la mañana, los pabellones fueron izados y tres cañonazos saludaron el cabo Tcheliouskine, doblado después de tantas tribulaciones.

LA PRISION DEL «FRAM» ENTRE LOS HIELOS.

Desde entonces pareció que, como lo había anunciado Nansen, «lo más estaba hecho.» Si el mar de Nordens-

(1) Todos los pasajes entrecomados, sin otra indicación, son citas del diario del Doctor Nansen.

kiold no estaba demasiado libre de hielo, para permitir al *Fram* cortar por lo más corto, cuando menos la navegación era facil, siguiendo la ribera. Después de haber harponeado al pasar, algunas morsas, en la costa oriental en la península de Saimyr, Nansen conducía rápidamente su navío hacia el paraje donde podía esperar encontrar y donde encontró, en efecto, el mar casi libre: al norte del delta de la Lena, cuyo enorme caudal de agua, relativamente caliente, impulsaba de algún modo los bancos, acaso dando nacimiento á una corriente, y ciertamente, elevando la temperatura del mar en un radio escondido.

El 18 de Septiembre, al oeste de la isla Belkov, la más oriental del archipiélago de la Nueva Siberia, el *Fram* encontró al norte el marlibre y la ruta abierta. Era un encanto: ya no había invierno, en la siesta brillaba el sol, y, en la noche, Nansen y sus compañeros bogaban tan rápidamente como el vapor y la vela podían llevarlos, hacia las regiones desconocidas, sobre un mar inmenso que jamás había surcado antes que ellos navío alguno. Podían creerse á muchos centenares de millas más al Sur, tan dulce era el aire y tan lejanos parecían los bancos.

«¿Cuánto tiempo durará esta feliz navegación? La mirada se vuelve siempre hacia el norte...... Mirar allá es mirar hacia el porvenir. Siempre en el horizonte el mismo cielo sombrío, que quiere decir mar libre: hemos casi alcanzado el 77° de latitud. ¿Hasta dónde iremos así? Yo he dicho siempre que estaría satisfecho de llegar al 78°. Pero Sverdrup es más dificil: habla de 80°, acaso de 84°, tal vez de 85°. Habla también seriamente del mar libre del polo, del cual se trata en libros que ha leído; é insiste sin cesar á despecho de mis burlas.»

Sin embargo, el 20 de Septiembre, con una mañana de brumas, el *Fram* se encontró bruscamente frente á los bancos de hielo. Estos eran compactos, y cuando apareció el sol, Nansen pudo ver que se extendían del este al oeste, hasta perderse de vista. Fué imposible avanzar y el buque se arrimó á un témpano enorme. «Flotamos aún libremente, escribió Nansen el 22 de Septiembre; pero tengo el presentimiento de que invernaremos en el hielo que nos rodea.»

El jueves 22 de Septiembre de 1893, la expedición polar del doctor Nansen entró pues, en su segunda fase. La fecha es de importancia; pero como todo es contraste en este mundo, la tripulación del *Fram* consagró la siesta de aquella jornada capital á la más vulgar de las tareas: á una guerra de exterminación contra las chinches que habían desde hacía algunos días invadido el buque.



El "Fram" en una zona de agua libre.

LA PRIMER INVERNADA

Según todas las apariencias, el *Fram*, detrás del cual la mar libre que acababa de recorrer se había súbitamente congelado, estaba bloqueado por largo tiempo. Nansen contaba bien con que no saldría del hielo antes de haber sido arrastrado con él del otro lado del polo, hacia el Océano Atlántico. Cada día el sol declinaba en el cielo; la temperatura bajaba constantemente. Era realmente el invierno esta vez, que se aproximaba á grandes pasos: el invierno ártico, la larga noche polar, la noche temida. La expedición no tenía más que hacer que prepararse para estos extremos fríos y en eso se ocupó, trabajando en poner el buque en las condiciones más confortables é inspeccionándolo cuidadosamente. Todos examinaron su traje y cada marino fué su propio zapatero, confeccionándose calzado de gruesa tela, provisto de calientes y espesas zuelas de madera, según un nuevo modelo creado por Sverdrup y que fué objeto de regocijadas caricaturas en el *Framsjaa*, las cuales pueden ver en otro lugar nuestros lectores.

Á Scott-Hansen, asistido por Johansen (hasta el mes de Marzo de 1895) después por Nordhal, incumbieron las observaciones metereológicas y magnéticas. Todos los días, cuando el tiempo era claro, Hansen y su compañero determinaban la posición del navío. Nada interesaba más á los miembros de la expedición, y no era raro ver el camarote de Nansen sitiado, en tanto que él hacía sus cálculos, por todos los que estaban ansiosos de saber si se había derivado hacia el Norte ó hacía el Sur y cuánto. El estado de ánimos á bordo, dependía en mucho de ese resultado.

Nansen se había reservado las investigaciones científicas que le interesaban particularmente: temperatura del agua, su grado de sal á las diferentes profundidades, modos de formación del hielo, corrientes, orígen de las presiones, etc., etc. En cuanto al médico, doctor Blessing, hubiera sido por falta de enfermos, el más desocupado, si no se hubiese resignado al empleo de veterinario, cuando los perros reclamaban sus cuidados. Una vez por mes procedía á pesar á cada miembro de la expedición y á una ligera sangría, anodina vivisección que le permitía contar los corpúsculos rojos y determinar la proporción de la hemoglobina de cada uno. Apresurémonos á añadir que el doctor Blessing se reveló bien pronto como el poeta de la expedición y que, durante tres años, sus versos de circunstancias, ya líricos, ya humorísticos, no cesaron jamás de ser apreciados en su justo valor.

He aquí cual fué el *modus vivendi* establecido desde el principio á bordo del *Fram*. No era modificado más que el domingo y los días feriados. Pero el lector se percibirá pronto de que ningún día feriado se olvidó jamás, y que sobre los bancos errantes, numerosas semanas fueron, literalmente, «semanas de cuatro jueves.»

Hora de levantarse, á las 8; desayuno de pan duro, de queso, de buey ó de carnero salado, de jamón, lengua ahumada, caviar ó anchoas; además, bizcochos de harina de avena ó bizcochos de mar ingleses con mermelada de naranja ó alguna compota. Tres veces por semana pan fresco y frecuentemente pasteles. Como bebidas, chocolate, té ó café.

Después del desayuno, trabajos diversos; cuidados que consagrar á los perros, asistencia al cocinero para la comida de la una, etc. Una vuelta por los bancos á manera de aperitivo, y se ponían á la mesa. Tres platos: sopa, carne y postre; ó pescado carne y postre; ó bien, sopa pescado y carne— ó todavía, pescado, carne y postre. Con la carne, patatas, y además legumbres verdes ó ma-



Una observación de eclipse de sol, el 6 de Abril de 1894.

carroni. Bebida: cerveza y más tarde jugo de cidra. «Yo creo, escribe Nansen al dar estos detalles, que todos encontrábamos buena la mesa ..... Nos asemejábamos á cerdos gordos: uno ó dos de entre nosotros echaron vientre ó papada.»

Absorbida la pitanza, muy alegremente en general, se pasaba á la cocina que se convertía en salón de fumar: salvo en las grandes ocasiones, el tabaco estaba proscrito de los camarotes y del salón. Después de una siesta más ó menos larga, cada uno volvía á su trabajo hasta la hora de cenar: las seis. El *menú* de la cena se parecía al del desayuno.

Para concluir la jornada, se fumaba en la cocina, conversando y discutiendo, después se volvía al salón, para sumergirse, sea en la lectura, sea en las partidas de cartas, siempre animadas, ó donde los más encarnizados y los menos felices, perdían, sino su camisa, cuando menos sus raciones de pan fresco,—sea en interminables conciertos. Uno ú otro se ponía al órgano (os digo que nada faltaba á bordo del *Fram*) y con ayuda de la manivela se divertía en morder algun trozo lleno de arranque, á menos que Johansen no tomase el acordeón para tocar *Oh! Susana!* ó la *Marcha de Napoleón á través de los Alpes en un navío!* sus más grandes triunfos.

A media noche, cama y reposo, interrumpido sólo por el cuarto de centinela que cada hombre tomaba á su turno, durante una hora.

Esta regularidad y, sobre todo esta comunidad de hábitos, esta vida de familia casi, sin desigualdad en el tratamiento desde ningun punto de vista, sin demarcación trazada entre el jefe de la expedición, el comandante del buque y el último marinero, fueron del más feliz efecto. La disciplina no se relajó, y ¿quién de la tripulación del *Fram* hubiera osado quejarse de su suerte, semejante bajo todos aspectos á la de Nansen, y hubiera mostrado algún desaliento, cuando Nansen, que á veces lo experimentaba, no lo mostraba nunca?

———

LA DERIVACIÓN Y LAS PRESIONES DE LOS HIELOS DURANTE EL INVIERNO DE 1893-94.—LAS NOCHES ÁRTICAS.—ALMA ESCANDINAVA.

———

Que el personal de la expedición viviese de buen humor y en buena salud, era un punto importante para el éxito final de la empresa de Nansen. Pero otras condiciones, no menos esenciales, debían realizarse, á saber: que los hielos sin romper el *Fram*, con sus contracciones lo condujesen *hacia el polo*.

Cómo se portó el *Fram* en medio de las presiones durante el invierno de 1893-94—en qué dirección y como derivó, en el curso de este mismo periodo,—esto es lo que van á decirnos las notas redactadas cuotidianamente por Nansen. Este diario de Nansen, al mismo tiempo nos hará penetrar mejor en la intimidad de la existiencia tan sencilla, y sin embargo tan anormal de los trece prisioneros voluntarios de los bancos árticos. Y Nansen mismo aparecerá con un aspecto acaso inesperado. Se conoce su energía; pero se ignora su complexidad.

No son solamente los geógrafos los que deberian leer apasionadamente las páginas escritas día á día por Nansen durante su expedición polar: son también esos escritores de la nuevas revistas, que han trabajado tanto, desde hace muchos años, por analizar, á través de las fábulas dramáticas, los «estados de alma» escandinavos. Una alma escandinava...... he aquí una y de buenos quilates.

Las hojas del diario de Nansen son, desgraciadamente, más numerosas que las columnas de que disponemos aquí:

Martes 26 de Septiembre.—Ahora, el sol estaba á 9° por encima del horizonte, á media día. La noche y el invierno están próximos. Estamos inmóviles á los 78° 50′ de latitud Norte......

«He descendido á los bancos hoy tarde. Nada hay más maravillosamente bello que esta noche ártica. Este es un país de ensueño, coloreado por los más delicados tintes que pueden imaginarse: es el color *etcrealizado*. Un matiz se funde en el otro sin que se pueda decir donde comienza el uno y acaba el otro. Y sin embargo, todos los matices están ahí...... Toda la belleza de la vida, no es acaso excelsa, delicada y pura como esta noche? Dadle colores más brillantes y ya no será tan bella. El cielo se parece á una inmensa cúpula azul en el cenit, degradándose hasta el verde, después hasta el lila y el violeta en los bordes.

Sobre los espacios helados, caen sombras de un frío violeta azul, con tintes rosas más claros, cuando la arista aquí y ahí reflejan los ultimos fulgores del día moribundo. En lo alto de la cúpula, las estrellas brillan, hablando de paz, como lo hacen siempre esas inmutables amigas. Al Sur aparece una gran luna de un rojo amarillento, rodeada de un círculo amarillo y de nubes de oro claro, flotando en el horizonte azul. Y ahora la aurora boreal extiende sobre la bóveda del cielo su velo de plata brillante, que se vuelve amarillo, luego verde, luego rojo. Se extiende, se contrae, cambia incesantemente, y, por fin se desgarra en círculos ondulosos de plata deslumbradora, de donde surgen rayos flameantes como láminas de metal. Después toda esta gloria se desvanece...... Pero bien pronto nuevas claridades aparecen y sus juegos sin fin recomienzan de una manera más bella. Y durante este tiempo, el silencio es profundo, impresionador como la sinfonía del infinito. Yo no he podido acostumbrarme jamás á la idea de que este mundo acabará en la desolación y la nada. Por qué entonces tanta esta belleza, sin una criatura para gozarla? Comienzo ahora ha adivinarlo: he aquí la tierra prometida, que une la belleza la muerte. Pero con que fin? Ah! cuál es el porqué de todas estas esferas? Leed la respuesta, si podéis, en el azul firmamento estrellado.»

El 29 de Septiembre, la primera gran fiesta (cuántas otras debían seguirla!) tuvo lugar á bordo en honor del Doctor Blessing; y del paso del 79 grado de latitud Hubo comida-concierto. El *menú* redactado en francés, fué *pantagruélico*. En cuanto al programa musical no contaba con menos de veinte trozos, y comenzaba por *Valse Myosotic* para terminar con la *Plegaria del «Freischütz»*

La tripulación del *Fram* festejó sucesivamente de una manera análoga, durante el invierno: el aniversario del lanzamiento del *Fram*, el del nacimiento de Sverdrud, las fiestas de Noël y del 1° de Enero, el aniversario de rey Oscar, el paso del 80°, la aparición del sol y por fin su verdadera ascensión.

Lunes 9 de Octubre.—......En la siesta, cuando conversábamos, de pronto un ruido ensordecedor se dejó oir, y todo el buque se estremeció. Era la primera presión de los hielos. Todo el mundo corrió al puente para asistir al espectáculo. El *Fram*, como yo lo había esperado, se conducía admirablemente. El hielo avanzaba con una presión sostenida, pero necesitaba deslizarse por debajo de nosotros y éramos lentamente levantados. Esos empujes se produjeron muchas veces en la siesta y fueron demasiado fuertes para levantar el *Fram* á más de un metro. Pero el hielo, incapaz de soportar una carga tal, se rompió bien pronto bajo el navío. Por la tarde hubo como un movimiento de retirada de los hielos, y nos encontramos en una vasta zona de agua libre......

Miércoles 11 de Octubre.......—La mar está agitada, y hemos sufrido de nuevo ahora fuertes presiones. Esta comienza por un ligero crujido, y un gemido contra el flanco del navío. Después, el ruido aumenta gradualmente y recorre una verdadera gama: sucesivamente es una queja, un gruñido, un rugido y el buque se estremece. El estruendo redobla hasta asemejarse al vocerío que podrían causar todos los tubos de un órgano. El buque tiembla, es sacudido, se eleva algunas veces dulcemente, algunas veces con saltos. Experimentamos una sensación agradable y reconfortante en estar ahí, escuchando todo ese estruendo y conociendo la fuerza de nuestro buque. Más de uno se habría roto desde hace largo tiempo. Más afuera el hielo se rompe contra los flancos del *Fram* y sus briznas, penetrando bajo su casco duro é invulnerable, le forman un lecho sobre el cual nosotros reposamos. A nuestro rededor, en muchos sitios, los témpanos están amontonados. Llegada la noche, hay un descanso, y nos volvemos á encontrar á flote.

Viernes 13 de Octubre.—La noche última, se produjo una presión formidable al rededor de los viejos bancos, sobre los cuales están encadenados nuestros perros. Los témpanos se habían amontonado más alto que el punto más elevado de los bancos, y se habían descuajado por debajo, recubriendo nuestra áncora de hielo, y su cable nuestras planchas y nuestros trineos, y amenazando á los perros. Estos pudieron ser desatados y salvados á tiempo. Pero esta mañana, á pleno sol, la confusión es indescriptible. Nosotros lamentamos la pérdida de una áncora, de un trozo de cable de acero, que nos hemos visto obligados á cortar, de algunas piezas de madera y de la mitad de un trineo samoyedo. Acaso todo pudo ser salvado, si hubiésemos tomado precauciones, pero los hombres se han vuelto indiferentes á las presiones......

«...... Esta lucha del hielo contra el hielo es un prodigioso espectáculo. Se siente uno en presencia de fuerzas titánicas, y cuando el gran empuje comienza, parece que no puede encontrarse un paraje sobre la tierra, que no sea quebrantado.

Miércoles 25 de Octubre.—Hemos tenido una terrible presión la noche última. Yo me desperté. Sentí que el *Fram* era levantado, sacudido, removido en todos sentidos; yo oí el ruido del hielo que se rompía contra su casco. Después de haber escuchado un momento, torné á dormirme con la sensación agradable de que se sentía un bienestar grande á bordo del *Fram*. Sería verdaderamente terrible verse obligado á hacer un paseo fuera, cada vez que una pequeña presión se produce ó huir con nuestro bagage á la espaida como los del *Tegethoff*...»

Conviene mencionar aquí que durante esta primera invernada la expedición, tan grande era su confianza en el *Fram*, no hizo jamás los menores preparativos en vista de un accidente que todos juzgaban imposible.

«......Admirable claro de luna esta noche. En medio de ese mundo de hielo, argentado y silencioso, el molino del viento que trajimos, hace girar sus alas sombrías sobre el cielo de un azul profundo. Es un contraste extraño: una repentina incursión de la civilizaciónen esta región fantástica y helada.»

El 26 de Octubre fué celebrado á bordo el aniversario del *Fram*. Nansen evoca el recuerdo del bautizo del *Fram* y de aquella que lo bautizó. «Estábamos de pie sobre la plataforma, ella arrojó el champagne sobre la serviola, exclamando: «*Fram* es tu nombre» y el pesado casco empezó á deslizarse dulcemente. Yo tenía estrechada su mano; me subieron las lágrimas á los ojos; ni una palabra pudo salir de mi garganta. El casco entró en el agua centilante: una bruma asoleada envolvía el cuadro......»

«Hemos dicho ahora un solemne adiós al sol. La mitad de su disco apareció al medio día por la última vez por encima del límite del hielo, en el Sur. Entramos en la noche del invierno. ¿Qué nos traerá éste? ¿Dónde estaremos cuando el sol retorne?

Pasan los días, el *Fram*, al antojo del viento, avanza ó retrocede con los bancos á la suerte de los cuales está ligada su propia suerte, en todas direcciones. De derivación regular hacia el Norte, de corrientes, no hay trazas...... Ese palacio de teorías que yo había levantado, lleno de orgullo y de confianza en mí mismo, muy alto, por encima de todas las objeciones necias, ha caído, se ha quebrantado como un castillo de naipes, al menor soplo del viento.»

Nansen, en presencia no solamente de la inmovilidad del *Fram*, sino también de la profundidad inesperada del mar que lo lleva, parece efectivamente haber renunciado—cuando menos momentáneamente—á su teoría de una gran corriente marina que atravesaría el Océano polar de la Nueva Siberia á la Groenlandia. Son los vientos, los vientos solamente los que implora: «Yo me absorbo en el estudio de la ciencia de los hindus. Yo admiro su fe dichosa en los poderes trascendentales, en las facultades sobrenaturales del espíritu, en una vida futura. ¡Oh! si fuese posible usar de una potencia sobrenatural para obligar á los vientos á soplar siempre del Sur!»

La vida á bordo sigue su curso monótono, sin embargo. La aparición de un oso al cual se mata ó al cual se le hierra después de peripecias variadas, crea de cuando en cuando una diversión. El 10 de Diciembre el Dr. Blessing, al cual el ejercicio de la medicina en ese vehículo privilegiado, deja decididamente horas libres, funda un periódico humorístico, el *Framsjaa*. El 13, en ese navío que lleva trece personas, una perra siberiana da á luz trece perritos: la coincidencia es singular, pero los perritos, de los cuales no se puede conservar más que ocho, son útiles. Tanto más útiles cuanto que las sangrientas luchas intestinas han hecho algunas víctimas en la trahilla embarcada en Khabarova.

El 20 de Diciembre, Sverdrup y Lars levantan, no lejos del buque un cepo para osos, de su invención; pero ni el más pequeño cachorro se deja jamás prender.

«Henos en el día más corto del año, escribe Nansen el 21 de Diciembre...... aun cuando ya no tengamos día» Noël, después el primer día del año, son celebrados alegremente, á despecho de la entristecedora lentitud de los progresos de la expedición hacia el Norte. El 25 de Diciembre—sin desdeñar las confituras del cocinero Juell—fué la apertura de los regalos ofrecidos en el momento de la partida, el uno por la madre de Scott Hansen, el otro por su novia, miss Fougner. Cada uno recibió con alegría de niño el presente que le estaba destinado: pipa, cuchillo ú otra bagatela. Después apareció un número excepcional del *Framsjaa* ilustrado con dibujos debidos á nuestro famoso dibujante ártico Hutletu, y que hacían alusión á diversos incidentes de la vida entre los hielos.

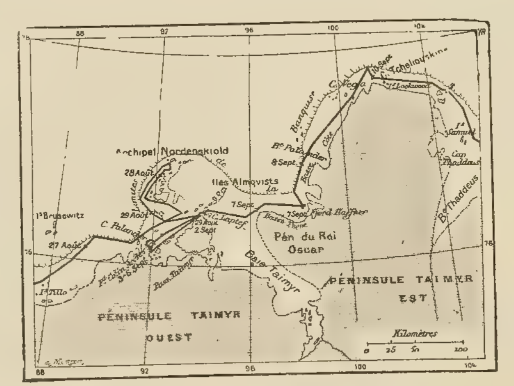
Domingo 31 de Diciembre.—He aquí que ha llegado el último día del año. Fué un largo año que trajo á la vez mucho bien y mucho mal. Comenzó por el bien, trayéndome á la pequeña Liv, (1) una dicha tan nueva, tan extraña, que al principio yo apenas podía creerla. Pero la separación que vino más tarde fué indeciblemente dolorosa. Ningún año me había traído una pena más grande que esta.........

«Y vos nos habéis engañado al fin, viejo año: apenas nos llevasteis tan lejos como debíais. Sin embargo, podíais haber sido peor. No habéis sido tan malo después de todo? No habremos tenido acaso razón en nuestras esperanzas y en nuestros cálculos y no seremos arrastrados hasta donde lo deseamos y esperamos serlo? Una sola cosa en definitiva nos ha contrariado: yo no pensaba que la derivación tendría tantos zig zags.

Jueves 4 de Enero.—...... Estoy de buen humor, aunque derivamos de nuevo hacia el Sur. Después de todo, qué importa? Acaso la ciencia ganará lo mismo, y yo supongo que ese deseo de alcanzar el Polo, es una sugestión del demonio de la vanidad....»

Y Nansen analiza la situación de la manera siguiente:

«Todos mis cálculos, con excepción de uno solo, se han encontrado justos. Hemos—á despecho de los pronósticos desfavorables,—seguido nuestro camino á lo largo de la costa de Asia. Hemos llegado al Norte, más lejos de lo que yo había osado esperar y al Este tan lejos como yo lo deseaba. Hemos sido como yo lo deseaba aprisionados por los hielos.



El trayecto del "Fram" á lo largo de las costas siberianas.

(1) Nombre de la niña de Nansen, nacida el 8 de Enero de 1893.



El "Fram" en medio de los hielos.

«El *Fram* ha soportado sin romperse las más fuertes presiones. El confort á bordo, sobrepasa nuestras esperanzas. Viviremos sobre los bancos la vida de invierno, como si nos hubiésemos traído con nosotros un fragmento de la Noruega ó de la Europa. Somos una pequeña parte de la tierra natal. En un sólo punto han salido

Caricaturas tomadas del "Framsjaa"



[illegible] en tiempo de paz, con el calzado patentado Sverdrup



Los compañeros del *Fram* en el sendero de la guerra: diferencia entre el calzado Sverdrup y el calzado Lapon.



Los compañeros del *Fram* están aún en el campo de la guerra.

mis cálculos fallidos, desgraciadamente en uno de los más importantes.

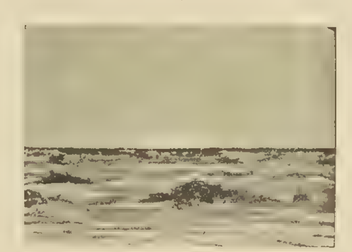
«Yo suponía una mar polar poco profunda, siendo la mayor profundidad hallada en estas regiones la de 146 metros, reconocida por la *Jeannette*. Yo había supuesto que todas las corrientes tendrían en esta mar poco profunda, una influencia apreciable, y que en particular, las corrientes nacidas en la embocadura de los rios asiáticos, se encontrarían demasiado fuertes para impulsar el hielo hacia el norte. Ahora bien, encontré una profundidad que mis sondas no pueden medir, y que estimo ahora en 1,800 metros cuando menos, y acaso el doble. Toda mi fe en la existencia de esa corriente, se ha destruido: no existe ó es extremadamente débil; mi sola esperanza ahora está en los vientos. Cristobal Colón descubrió la América como consecuencia de un falso cálculo, que tampoco era el suyo; el Cielo sabe donde me conducirá mi error: el bosque flotante siberiano (2) encontrado en la costa de Groenlandia, no puede mentir, y debemos seguir el camino que él ha seguido.»

Pero algunos dias más tarde, desalentado de nuevo, aun cuando se había alcanzado el 80°, Nansen se entregaba á un cálculo poco tranquilizador del cual resultaba que al paso con que el *Fram* avanzaba hasta entonces, no necesitaría menos de cuatro años para alcanzar el polo y ocho años para estar de regreso en Noruega. «Me acuerdo de lo que escribió Brogger antes de mi partida, cuando yo plantaba pequeños arbustos y árboles jovenes en mi jardín para las generaciones futuras: Nadie, decía él, sabia cual seria la amplitud de su sombra cuando yo volviese. Ahora están bajo la nieve, pero en primavera comenzarán de nuevo á palpitar y á crecer: cuántas veces?......»

En tanto que Nansen sueña ó razona, á bordo del *Fram* continúa el mismo modo de existencia fácil, higiénica, sin cuidados, feliz, confiada á la estrella del jefe. Desde el 1.° de Enero, cada uno se ha puesto, despues de algunos días de reposo completo, á desempeñar sus quehaceres de costumbre. El termómetro ha descendido hasta 50° centígrados sin parecer afectar á los robustos noruegos. ¿No se vió acaso con 40 grados de frío á Scott Hansen correr sobre el puente en camiseta y en calzoncillos para anotar una observación? «Estoy convencido, dice Nansen, de que 10 20 y aun treinta grados más bajo, hubieran sido aun soportables.» Casi todos han engordado, y el grueso de las mejillas de Juell, sin hablar de otra parte de su individuo, se vuelve alarmante.» En ninguno de los talleres primero instalados, se guardan las fiestas. El doctor Blessing se ha vuelto encuadernador y repara los volúmenes maltratados. Se ha abierto una galeria fotográfica. Una manufactura de agendas prospera mucho. En suma, no hay nada entre el cielo y la onda que los compañeros del *Fram* no puedan proporcionar, excepto buenos vientos constantes.

(2) Ramas y troncos flotantes, de provenencia siberiana, han sido recogidos cerca de las riberas de Groenlandia, en las mismas condiciones que los restos de la *Jeannette*.

El gran acontecimiento ha sido la vuelta del sol, que fué precedida en algunos días por un miraje extraño. El 16 de Febrero fué cuando la imagen del sol apareció por primera vez. Una larga banda de fuego rojo brillante, se mostró al principio en el horizonte. Un momento después se distinguieron dos rayas semejantes, superpuestas y separadas por un intervalo más sombrío. Por fin, al cabo de algunos instantes y después de haber ascendido á lo alto del gran mástil, Nansen pudo contar y dibujar hasta cinco de esas rayas horizontales de igual longitud. El conjunto daba la impresión de un extraordinario sol rectangular de un rojo extinto, dividido en bandas horizontales alternativamente más claras y más sombrías. El sol que anunciaba así su próxima vuelta, estaba aún,



Aparición de la imágen refractada del sol, al fin del invierno.

á mediodía, á 2° 22′ por encima del horizonte. Diez días después, emergió por fin, y el 16 de Abril, Nansen, Scott-Hansen y Johansen, pudieron observar un eclipse de sol, que, al producirse con algunos instantes de diferencia en el momento exacto calculado por Nansen, les probó, con gran satisfacción suya, que sus cronómetros estaban tan bien arreglados cuanto era posible.

El 30 de Abril, bajo la influencia de los vientos regulares del sur y del sur-este, el *Fram* alcanzaba 80° 44 ½. La derivación de la primavera se anunciaba así bajo auspicios satisfactorios. Si la primer invernada no había llevado sino á resultados poco favorables bajo el punto de vista de la marcha hacia el polo, según el plan de Nansen, cuando menos había demostrado la resistencia del explorador, la de sus compañeros y la de su navío.

Continuará.

HACIA EL POLO.



Carta de viaje de Nansen. Julio de 1893—Agosto de 1896

AL VOLVER A MI PUEBLO NATAL

¡Pino locuaz de blonda cabellera,
Aun das fragancia á mi nativo prado
Y frescor al flexible y argentado
Arroyo que retoza en la ribera!

Ciérnese aún el águila altanera
Encima el risco; vuela en el cercado
El zorzal; y arrebólase el nublado
En la occídua selvosa cordillera.

Y aun ostenta su brillo y lozanía
Aqueste madroñal...... ¡oh Dios! en donde
Mi buen padre al encuentro me salía.

¡Y hoy que retorno él solo se me esconde!
¡No hay huella de su báculo en la vía......
Y por más que le llamo...... no responde!

José M. Roa Bárcena.

EL AMOR

¿Por qué, Amor, cuando expiro desarmado,
de mí te burlas? Llévate esa hermosa
doncella, tan ardiente, tan graciosa,
que por mi obscuro asilo has asomado.

En tiempo más feliz yo supe, osado,
extender mi palabra artificiosa
como una red, y en ella, temblorosa,
más de una de tus aves he cazado.

Hoy de mí mis rivales hacen juego,
cobardes atacándome en gavilla;
y libre ya mi presa al aire entrego.

Al inerme león el asno humilla;
vuélveme, amor, mi juventud, y luego
tú mismo á mis rivales acaudilla.

Ignacio Ramírez.

AL SOL

¿Quién alimenta tu hervorosa hoguera
que así, siempre fecundo y encendido,
has alumbrado el tiempo que ha vivido
como un minuto la terrestre esfera?

¿Qué fuerza rige la inmortal carrera
con que vas á un poder desconocido,
á la atracción universal ceñido,
como si centro de tu centro fuera?

Dios, que los astros vívidos derrama,
cuando se acerque tu postrero día
apagará esa luz que nos inflama:

Y una pavesa vagabunda y fría
serás, ya muerta tu esplendente llama,
en la callada inmensidad sombría.

Juan Ramón Molina.

¡PRESENTEN ARMAS!

La noche llegaba á su fin; un débil resplandor en Oriente anunciaba el día. El campamento empezaba á despertar, pero silenciosamente; se sabía que la batalla iba á ser reñida. Cada hombre se preguntaba si esta sería la última aurora que contemplaría. El instante que precede á un combate sangriento es siempre solemne; no hay en ese instante, viejos ni jovenes, todos los hombres son de igual edad: tan cerca de la muerte se siente el uno como el otro. Antes de la embriaguez de la pólvora se apodera del ejército un sobrecogimiento casi religioso.

Los dos regimientos que componían la brigada del general Maurice, formaban el ala izquierda. Hasta la media noche habían marchado la víspera, efectuando un movimiento de flanco, con el objeto de caer sobre el enemigo en un momento dado. Los soldados estaban rendidos, pero llenos de ardor: comprendían el papel decisivo que desempeñarían para asegurar la victoria.

El tiempo era agradable y hermoso. El general apenas había dormido una hora. Sentado en una silla de paja, secaba sus grandes botas enlodadas, al fuego del vivac, sus ayudantes acudían presurosos á su lado; ensillaban los caballos.

Era la aurora de un día histórico, de gloria para la Francia.

Un joven subteniente, imberbe aún, recién salido de la escuela de Saint-Cyr, se presentó en ese momento.

—¿Eres tú, Juan?—dijo el general tendiéndole la mano con cariño.—¿Qué quieres hijo mío?

—Padre, besaros antes de ir á la pelea.

—No hay para qué—respondió el general bruscamente, disimulando mal la emoción que invadía su corazón.—Hoy no soy tu padre, sino tu general; no tengo ninguna orden que darte: ve á reunirte con tu regimiento.

El joven oficial se ruborizó ligeramente, hizo el saludo militar y desapareció. Su padre le siguió con la mirada amorosa por algunos segundos: después, volviéndose á su jefe de Estado Mayor, un viejo comandante de bigote gris, exclamó:

—Pobre hijo, lo he recibido con indiferencia, pero no es ésta la hora para enternecerse; esta tarde, si estamos vivos los dos, lo besaré por su madre y por mí!

Un toque de corneta repercutió: era la diana. Lentamente las tropas se alinearon. Detrás de la brigada había un pequeño bosque, donde se estableció el hospital de sangre; los regimientos se colocaron en línea de batalla, ofreciendo á los cañones el menor volumen posible, y se aguardó.

Ya era pleno día. Como sombra se dibujaba la infantería, maniobrando para tomar sus posiciones. A los rayos oblicuos del sol, chispeaban á lo lejos los cascos de una división de caballería; los sables relampagueaban.

El cañón comenzó á tronar: una bomba pasó silbando por sobre sus cabezas; después otra estalló á unos centenares de pasos delante de ellos. La artillería enemiga calculaba con más acierto su puntería; sus primeros disparos aislados, sirvieron para fijar la distancia. Los proyectiles reventaban ahora en medio de las filas francesas; tres hombres cayeron sin vida: la tierra bebió su primera sangre.

Imperturbable, montado en su caballo que paraba las orejas, el general escudriñaba el horizonte con sus gemelos: esperaba la señal convenida para avanzar. Su alta silueta se destacaba en el extenso llano: tan tranquilo, tan satisfecho paracía, que los soldados, contemplándole, no tenían el más mínimo temor; sus miradas fijas en él, instintivamente sentían que sus vidas se hallaban ligadas con la de su jefe por un lazo misterioso.

Al oír el ruido de las bombas, el general había vuelto la cabeza.

—Id y decidles á los cornetas—ordenó á un ayudante—que echen á tierra á su gente; así estarán menos expuestos á las balas.

El oficial partió á galope.

II

El valor en la inacción, es el más meritorio de todos. Cuando se avanza, embriagado por la pólvora, no se apercibe uno del fantasma de la muerte que se agita sobre los ejércitos; la carrera furiosa hacia el enemigo destruye la pasión de vivir que crece en el corazón humano á medida que aumenta el peligro. En el reposo, al contrario, viendo al rededor los heridos, la energía se afloja; se tiembla al oír silbar las balas, toda la fuerza de alma de que se es capaz, se necesita para esperar, sin moverse el desenlace desconocido y terrible, el porvenir que puede durar solamente unos segundos.

A la orden de echarse en tierra, los soldados obedecieron: se agacharon levantando apenas la cabeza para ver así al enemigo. Los que pertenecían á las familas del campo, encontrando apacible aquella especie de lecho, aspiraban de cerca el olor punzante de la tierra recién movida por las carretas, soñaban con sus hogares: su pensamiento nostálgico retornaba al pueblo humilde que habían dejado sin saber si lo volverían á ver jamás!

Los oficiales de pie, reflejaban en sus rostros la calma. Delante de cada compañía, el capitán, el teniente el subteniente, se paseaban con paso lento pero firme; algunas veces se detenían y con la punta del sable hacían saltar los guijarros: la dignidad, la responsabilidad se revelaban en ellos; sus almas heroicas estaban orgullosas de dar la vida por la patria.

El general buscaba siempre la señal para lanzar la brigada. Con su antejo seguía las peripecias del combate que se libraba en una casucha de campo situada á poca distancia.



Una columna la asaltaba, esforzándose por quitar al enemigo aquel baluarte defendido con el furor de la desesperación. Como racimos de hombres parecían los soldados; escalaban el muro aspillerado que vomitaba metralla mortífera. De este punto pendía la decisión de la fortuna.

Tantas luchas diplomáticas antes de la guerra, tantos preparativos militares, tantos soldados, tantos cañones, tantos esfuerzos intelectuales y materiales, para que todo se resolviese en esta pregunta: «¿Será ó no conquistado el muro?» El albañil modesto cuya mano inconsciente construyó aquella casucha, no podía adivinar que su obra tosca tendría un lugar en la historia de los pueblos, y que su cuchara de obrero había sido uno de los instrumentos que decidirían los destinos del mundo.

De pronto el general hizo un gesto. Acababa de distinguir la señal convenida.

—¡En pie! ordenó. Los regimientos saltaron como si fuesen un solo hombre. Al fin iba á hablar la pólvora. Los soldados, excitados, encontraban el paso de carga demasiado lento.

III

El general Maurice miró hacia donde el sabía que estaba su hijo, para convencerse de que no lo habían herido.

Lo contempló radiante, en espera de la gloria, espada en mano, y se enorgulleció de aquel hijo heredero de su nombre y de sus estrellas. En su mente volvió á presentársele el pasado: vivió otra vez su juventud, su primavera. Entre las brumas de los recuerdos, sonreía la cuna de su hijo tan amado: la emoción se le agolpaba al pecho.

Abrió los labios y exclamó:—¡Adelante!—Fijó otra vez sus ojos sobre el subteniente. Clavados por el horror, no pudo apartarlos. Una bala de cañón acababa de llevarle las dos piernas al joven oficial, que sin dar un ¡ay! cayó moribundo.

El general era mudo espectador de aquella escena terrible; moría su hijo, y él sin poder siquiera ir á besarle; seis mil hombres exigían que su semblante, para darles valor, conservara su impasibilidad.

Gruesas lágrimas corrían por las mejillas del viejo soldado, el cariño de padre vencía al estoicismo del jefe. Dos enfermeros conducían al moribundo, el padre inmóvil le veía acercarse. Cuando la fúnebre procesión pasó cerca de él, se descubrió ante el subteniente, y con acento terrible que no parecía humano, ordenó:

—¡Presenten armas!

—¡Presenten armas!—repitieron los coroneles.

La brigada entera rendía al joven oficial que expiraba, los honores debidos á su grado. Aquel que iba á morir por su patria, recibía de ella el saludo más solemne. Después, el general, irguiéndose sobre sus estribos, ébrio de dolor y de sangre, como un rugido gritó:

—¡Adelante, á la bayoneta!

La brigada frenética se lanzó contra el enemigo.

Feliciano Nadal.



PALOMAS

Ave de prístinas galas,
de aterciopeladas plumas;
blancas como las espumas
son las plumas de tus alas.
El vuelo
Lo tiendes paloma al cielo?
ó aspirar vas el aroma
de los árboles en flores?
—Quieres oír mis amores—
te los contaré, paloma!

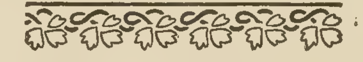
Ave de tierna garganta
y que parece que implora,
que no se sabe si llora
ó si ríe cuando canta.
—Escucha:
Tiempo hace que mi alma lucha
por el amor de una dama,
por eso mi alma se muere
por que no sé si me quiere,
porque ignoro si me ama.

¡Ay paloma! tú que sientes,
sin saber lo que es falsía,
tú que llevas la poesía
en tus cantos inocentes.
Vuela'
Donde el pensamiento vela,
vuela ostentando tus galas,
donde ella tiene sus rejas,
quiero le lleves mis quejas
en las plumas de tus alas.

¿Quieres saber como es ella?
si por intuición lo sabes!
pues nunca ignoran las aves
quién es la mujer más bella.
Sus ojos......
Allá en los perfiles rojos
de su faz encantadora
parecen lilas agrestes,
pues son sus ojos celestes
como un rayo de la aurora.

Ya con esto que te diga,
y con que aspires su aroma
la conocerás, paloma
y serás su buena amiga.
....
Ya sube......!
Ya se esconde entre la nube,
ya no se miran sus galas,
ya se perdió en las brumas.
Mi alma? la llevan sus plumas,
mi pensamiento? sus alas!

Carlos Meany y Meany.



Aunque el hombre se aterra
al ver temblar bajo sus pies el suelo,
quién sabe si en el cielo
será ordenar el trastornar la tierra?

Campoamor.



"SAVIA ENFERMA"

Brotes mustios.

I

Expone la índole del libro.

Hay savia joven: la de potentes glóbulos rica,
que las arterias del tronco púber invade y llena
y en policromo florón de pétalos se magnifica.

Tórrida savia, jugo del Cáncer, que en la serena
noche de luna, crepita y cruje de fuerza plena,
en el misterio *donde la flauta de Pan resuena*

Hay savia enferma,—sangre doliente,—savia tardía,
que cuando brota, las ramazones del arbol cubre
con hojas mate, con hojas ténues...... Tal es la mía

¡Tal es la mía! Savia del yermo que sólo encubre
gérmenes locos de la futura yema insalubre
y tiene pompa, más es la pompa solemne y triste del viejo Octubre!

II

Androgyna.

Por tí, por tí clamaba, cuando surgiste,
infernal arquetipo, del hondo erebo,
con tus sobrios encantos, tu faz de efebo,
tus senos pectorales, y á mí veniste.

Sombra y luz, yema y polen á un tiempo, fuiste
despertando en las almas el crimen nuevo,
ya con virilidades de Dios mancebo,
ya con mustios halagos de carne triste.

Yo te amé, porque á trueque de ingenuas gracias,
tenías las supremas aristocracias

Sangre azul, alma huraña, vientre infecundo!
porque sabías mucho y amabas poco
y eras síntesis rara de un siglo loco
y floración malsana de un viejo mundo.

AMADO NERVO.



EL SEÑOR DUQUE

I

Hace tres ó cuatro años que llegó á París un joven bretón, con objeto de conocer la capital y de adquirir relaciones en el gran mundo, donde contaba con varios primos lejanos, á quienes nunca había tratado.

Al llegar á París se hizo hacer tarjetas por primera vez en su vida, y eso que había cumplido ya treinta años.

Cuando tuvo en su poder las tarjetas, en las cuales se leían su nombre y apellido de Eugenio y de Kercado, repartió una docena de ellas en casa de las personas cuyos nombres había tomado de una lista del parentesco de su familia.

El gran mundo no cerró sus puertas al joven bretón; pero la cosa no pasó de aquí, pues nadie hizo aprecio de él en los salones.

Los hombres no le hicieron caso y los mujeres se burlaron de su manera de bailar y de su torpeza en el trato de las gentes.

Eugenio no tardó en darse cuenta de su fracaso, y dijo para sí:

—Ya que la buena sociedad me acoge de ese modo, trataré de alternar con la otra.

II

Kercado cumplió su palabra, y al cabo de un mes era un jugador desenfrenado y un vicioso, que tuteaba á varias personas, á quienes al llegar á París no hubiera confiado ni dos francos en sellos de correos.

Arruinado por completo al cabo de medio año, comprendió al fin que no tenía más remedio que elegir entre el suicidio y el matrimonio. Sus principios religiosos no le permitieron vacilar y se decidió por el segundo extremo.

Consultó el caso con su amigo el barón Anatolio de la Canche, hombre de experiencia y gran vividor, que conocía medio París y afectaba conocer el otro medio.

Comenzaron las entrevistas con las herederas ricas y en ninguna de ellas logró triufar el pobre Eugenio.

En vista del fracaso, díjole un día el barón:

—El mal consiste, no en tu persona, sino en tu nombre.

—Pero Eugenio de Kercado.........

—Lo que te falta es un título.

—No todos tenemos, como tú, la fortuna de descender del boticario de Luis Felipe.

—No te rías; pero, te lo repito, mientras no poseas un título de nobleza, no pienses en casarte con una mujer rica.

—Pero, si no lo tengo.

—Invéntalo.

Al fin cedió Eugenio y consintió en ser duque de algo, cuyo nombre no recuerdo, y el barón Anatolio reanudó sus tareas en busca de un buen partido para Kercado.

Durante las primeras veinticuatro horas de su encumbramiento, reconoció ya el pobre bretón la sabiduría de los consejos de su amigo.

Todo el mundo le prestaba crédito y no encontró obstáculo alguno en los principales establecimientos de París, para que lo proveyeran de cuanto necesitaba.

Al cabo de dos meses Eugenio no podía asistir á todos los convites que se le hacían ni á las pretensiones de las madres de familia que tenían hijas casaderas.

Pero, en medio de su ventura, perseguíale la desgracia, pues ni él ni su amigo Anatolio lograban dar con una mujer bastante rica para las exigencias de entrambos.

Al fin, la casualidad vino en ayuda de Kercado.

Un cronista publicó en un periódico un artículo contra el nuevo ducado, y Eugenio provocó al escritor, fué herido y dispuso de seis semanas de descanso obligatorio para poder reflexionar acerca de su situacion.

Un día se le presentó su confidente y le dijo:

Ahí tienes una cesta llena de cartas y de tarjetas. Entre ellas está el nombre de la futura duquesa. Sólo falta averiguar quién es, y para ello no hay más que poner manos á la obra.

III

La primera salida del convaleciente fué para el médico que le había curado.

En la sala de espera encontró Eugenio á una joven, antigua conocida suya, á quien le habían presentado á los pocos días de haber llegado á París.

Llamábase la joven Enriqueta Estibo, y era hija de un acreditado Notario de París, el cual, al morir, le había legado una cuantiosa fortuna.

Es de advertir, que Enriqueta era una de las pocas mujeres que no se habían burlado de Eugenio.

Los dos jóvenes hablaron extensamente, y desde luego se estableció entre ellos una corriente de mútua simpatía.

La señorita Estibo ignoraba que Eugenio hubiese cambiado de nombre, y tuviera un título nobiliario.

Kercado supo que el padre de Enriqueta había muerto hacía dos años y que la mujer á quien ya amaba vivía retirada del mundo, en compañía de una parienta ya entrada en años y de su tío y tutor, viejo reumático, acerca de cuya enfermedad iba á consultar con el doctor.

Sin embargo, la familia recibía todos los sábados á algunos de sus amigos.

A los pocos días, Enriqueta presentó á su amigo bajo el nombre de Kercado, acerca de lo cual nada dijo el señor duque, por un sentimiento de pudor, natural en el hombre que cree amar de veras por primera vez en su vida.

Anatolio descubrió que la huérfana tenía tres millones de dote y obligó á Eugenio á que activara sus operaciones, para llegar cuanto antes al logro de sus deseos.

Cuando las cosas estuvieron á punto, y toda la familia convino en el futuro casamiento, presentóse el barón en casa del tío, con objeto de pedir en nombre de su amigo la mano de Enriqueta.

El tutor se mostró satisfecho de la demanda y, dijo al embajador, que no tardaría en contestarla á la mayor brevedad.

—Mi sobrina es mayor de edad—añadió—y á ella toca resolver este asunto. Además, debo manifestar á usted que Enriqueta tiene tres millones.

—No ha llegado el momento de discutir acerca de las dos fortunas—interrumpió Anatolio—pero sepa usted que mi amigo ha ocultado una importante cualidad que le distingue.

—¿Cuál?

—¿Qué diría usted si yo le asegurase que va usted á ser tío de una duquesa?

—Pues bien—replicó el buen señor—tenga usted la bondad de decir al señor duque que no he de tardar en comunicarle la contestación de Enriqueta.

Así terminó la conferencia entre el tutor y el barón Anatolio.

Al día siguiente llegó la contestación á manos de Eugenio, en un momento en que éste se hallaba acompañado del barón.

He aquí la carta del tío, que los dos leyeron á un tiempo:

«Señor duque: Mi sobrina y pupila habría aceptado gustosa el nombre de Kercado, con el cual tuvimos el placer de conocerle.

Pero, educada modestamente, y siendo sencillísimos sus gustos, la hija de mi hermano cree no haber nacido para llevar un gran título, que la podría hacer objeto de graves comentarios, cuya malignidad puede usted apreciar fácilmente.

Me encarga, pues, que me haga intérprete de su pensamiento, con el cual está del todo conforme el que estas líneas escribe.

Reciba usted, señor duque, la expresión de la amistad sincera con que le distingue etc., etc.

LEÓN DE TINSAU.





Francisco M. de Olaguíbel

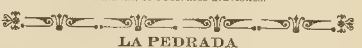
LAS CABELLERAS.

De "Oro y Negro."

Cabelleras desatadas, sois obscuros aluviones
descendiendo sobre campos inundados de blancura
y extendéis sobre la carne vuestra fúnebre negrura
como flámulas sombrías de ondulantes pabellones.

Vuestras ondas encrespadas no han sentido la dulzura
de las manos que acarician como pálidos plumones......
Cabelleras desatadas, sois obscuros aluviones
descendiendo sobre campos inundados de blancura.

Cuando el alma tenebrosa se extremece de tristura,
cuando gimen y sollozan los heridos corazones
y el espíritu se embriaga con la hiel de la amargura,
dolorosas, funerarias, como un manto de pavura,
cabelleras desatadas, sois obscuros aluviones.



LA PEDRADA

Era una tarde y sobre el verde prado
Corría entusiasmado,
Cerca del bosque, candoroso niño,
Contemplando los valles y las lomas,
Las inquietas palomas,
Los arbustos y flores con cariño.

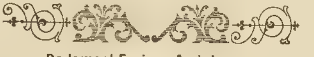
Poco á poco las nubes nacaradas,
De reflejos bañadas,
Se tornaron en genios iracundos;
No eran ya nubes, eran nubarrones
Que huían cual legiones
De fantasmas terribles de otros mundos.

Todo estaba sin luz, todo sombrío:
El pavoroso río
Resonaba á lo lejos con violencia;
El niño lo escuchó quedo, muy quedo,
Sintió profundo miedo......
Como vago estertor en la conciencia.

Horrible tempestad se preparaba,
Y el niño que miraba
El hondo espacio por las nubes lleno,
Lanzó arriba una piedra, y al instante
Una chispa brillante
Surgió de allí con formidable trueno.

El niño huyó. Bien pronto en el regazo,
Con frenético abrazo
Estrechaba á su madre con anhelo;
Esta afanada preguntóle:—Hijo!
¿Qué tienes? Y él la dijo:
—Escóndeme por Dios!..... que he roto el cielo!

JULIO FLORÉZ.



De Ismael Enrique Arciniegas.

EDAD MEDIA

¡Llévame, pensamiento, á aquellos días
De torneos, y músicas, y flores;
A esa edad del valor y los amores
Y de las citas en las noches frías!
Transpórtame á esos tiempos de alegrías,
De empresas y de sueños tentadores,
Cuando iban á cantar los trovadores
Al pie de las talladas celosías.
Quiero ver á la hermosa castellana
De codos en la reja, cuando flota
Su pensamiento en la extensión lejana.
Mientras llega al castillo el caballero,
Con su penacho azul, su recia cota,
Y en sangre tinto el toledano acero.

EL CAFE

De mi tierra en los ásperos breñales
He visto abrirse sus fragantes flores,
Que parecen, del sol á los fulgores,
Nieve sobre los verdes cafetales.
Y después, como fúlgidos corales,
En explosión de vírgenes olores,
Lo he visto entre los gajos tembladores,
A la sombra de bosques tropicales.
Ahora ..... humea! Riega tu perfume;
Del ideal las alas desentume
Y agita en rauda conmoción mis nervios.
En mí la inspiración sus rayos quiebre;
Mi frente nimbe, y en sagrada fiebre,
Mis versos surjan graves y soberbios.

ENGANO SUBLIME

Por Maria Lescot.

NUMERO 13.

Después de la comida, volvieron al salón. Al rededor de él todas las cosas parecían transformadas. Era ese verdaderamente el salón de aspecto melancólica donde tantas veces había pasado horas de graves y serias conversaciones? De dónde le venía ese aire de fiesta? Del fuego del hogar, de la luz de las bugías, del perfume de las flores ó de la sonrisa de la mujer que lo alumbraba con iluminaciones de sus vivientes bellezas? Bajo la influencia de los vinos capciosos, su cabezas se exaltaba. Era tan fácil aquella dicha! tan cerca de su mano! Por qué no asirla? Estábale pues prohibido ocultar á los ojos de su familia una parte tan larga de su existencia? No podía él, crearse á hurtadillas de su hija y de todos, un retiro misterioso donde gustaría toda la dicha del amor?

Tantos hombres la habían hecho antes de él.

Estos pensamientos, un poco confusos, hacían pasar por sus ojos las flamas rojas del deseo. Su afecto por Beltrana sufría una postrera metamórfosis; deseaba su perpetua compañía.

Las palabras que ella veía flotar en sus labios y que él balbuceaba ya, preocupaban empero á Beltrana. Hablaría él de matrimonio?

No habló, hablaba solo de amor, pintando las delicias de una vida de afecto, sin oposiciones y sin molestias.

Ella creyó conveniente hablar.

—Si, amigo mío, esta vida que pintais tan dulcemente intima, es la dicha. No tener ni un secreto el uno para el otro, confiarse sus cuidados, sus penas, con la seguridad de un afecto experimentado, sentir cerca de sí á toda hora una solicitud á la cual pueda apelarse con toda confianza; esas son vuestras palabras, no es verdad? Pues bien, ese gran tratado de amistad, por bello, por ideal que parezca, existe entre nosotros, y yo conocía ya su potencia, puesto que teniendo necesidad de vuestros consejos, no he vacilado en llamaros cerca de mí.

Se interrumpió, hizo una pausa para dejar á su interlocutor tiempo de responderle. Como él se callaba, ella continuó:

—Este llamamiento tan lacónico, del que hace un momento me pediais explicación, tenía una causa muy seria .. ....

Se volvió á callar esperando una preguuta que él no hizo.

Se levantó; con paso rápido atravesó el salón, abrió un secretaire y tomó un papel que puso en sus manos.

—Leed esto, dijo, y aconsejadme.

Era una suplica ardiente y humilde, una larga parafrasis de la célebre carta de Ruy Blas:

«Soy un gusano enamorado de una estrella.»

La estrella se llamaba Beltrana, y el gusano, conde Ives Le Goëleck. Este, en una prosa conmovedora, le decía como, desde el primer día, desde la primera hora, la había adorado de lejos, desconocido de ella, sin esperanza alguna. Aquí la carta de Ruy Blas dejaba aparecer algunas reminiscencias del soneto de Arvers. El enamorado guardaba su secreto; su alma tenía su misterio; y de este amor eterno, se había jurado que ella jamás sabría nada. Pero á la vuelta de una expedición acababa de saber su viudez y su partida. No añadía, en su delicadeza, que sabía al mismo tiempo el fracaso de su fortuna, pero la peroración lo dejaba adivinar.

Ofrecía á la reina de su corazón un nombre sin mancha, una vieja casa de familia y cuarenta mil libras de renta. Se sentía avergonzado da no poder poner á sus pies una corona real y una fortuna de príncipe. Se dignaría ella contentarse con tau poco?

Si por encima de los hombros de M. Duvernoy, Ives Le Goëleck hubiese podido releer esta carta, escrita con toda la pasión de su corazón dos años antes, se habría sorprendido del súbito medro de su modesta fortuna y de verse llegado, promovido, sin especulación y sin golpe de bolsa, á la dignidad de millonario.

Si por encima de los hombros de Fernando, un experto en escritura hubiese examinado las cifras enormes, sin duda habría descubierto un fraude y la adición de tal ó cual cero.

El pintor Fernando Duvernoy no era un experto en escritura, sino un hombre de corazón leal, incapaz de suponer falsa ó engañadora á la que amaba. Leía cada palabra mordiendo su bigote, presa de cólera, de celos y de tristeza.



Encontrar al alcance de sus labios ávidos un fruto sabroso y verlo devorar por otro, constituye una agravación al suplicio de Tántalo, que los antiguos debieron tomar en cuenta.

Se sentía encolerizado contra ese conde Le Goëleck que le robaba la dicha entrevista. Marchaba á grandes pasos á través del estrecho salón.

Beltrana lo observaba con sus ojos fríos, que iluminaban malignos fulgores. Con una voz tranquila, impasible, despiadada, exponía las ventajas del matrimonio propuesto.

Con la salud le llegaba al corazón el horror de la soledad. Pues que no debía morir era preciso que viviera, y vivir así, sola, no tenía valor para ello. Es buena, después de todo, la familia, y vale la pena de pensarse. Los amigos se van, la amistad es un lazo fragil; ella lo había experimentado durante esos dos meses de abandono.

¿Qué podía responder M. Duvernoy; qué podía él objetar sin faltar á su papel de consejero?

—Casaos, le dijo él, con una voz opaca.

Continuaba su marcha más y más rápida, nervioso y agitado. Representar el papel de árbitro en este asunto. ¡Qué irrisión!

Así pues, iba ella á irse, á poner esa linda manecita blanca en la mano de aquel oficial de marina, de aquel conde bretón que la amaba desde hacía tan largo tiempo; él la perdería para siempre.

Como su paseo le llevaba hacia Beltrana, sus ojos se encontraron y se sintió mordido en el corazón por uno de esos deseos intensos que se burlan de las más firmes resoluciones, que explican todas las locuras. Comprendió que podía resignarse á su muerte, pero no á verla en brazos de otro.

Ella se había aproximado; dulcemente y con una voz tan baja que él tuvo que inclinarse para oirla, murmuró:

—¿Debo rehusar? ¿Lo deseais verdaderamente, amigo mío?

—Sí, exclamó él tomándola en sus brazos.

Estrechaba á la joven contra su corazón, loco, fuera de sí, con los ojos extraviados, la cabeza erguida, como si desafiase al universo á que se la arrancara. Ella se abandonaba tranquila y sonriente. Por su habil táctica acababa de restablecer las distancias y de reconquistar su posición; el enemigo estaba vencido sin ser aniquilado. Se rendía á discreción, se podía encadenarlo al carro triunfal.

Un caballero no ofrece la existencia precaria de una unión clandestina á una mujer que acaba de rehusar por él cuarenta mil libras de renta y el título de condesa.

Fué en efecto de matrimonio de lo que Fernando habló y jamás se le ocurrió que ese rival noble y rico no era más que un pobre y obscuro oficial de marina á quien ella había rehusado desdeñosamente dos años antes.

XXXV

El señor Duvernoy volvió á su hotel bajo el imperio de aquella escena. Durmió poco, y esperó con impaciencia que la hora le permitiese presentarse en casa de Beltrana. No pensaba más que en la alegría infinita de volverla á ver así, libremente; sin temor, sin réplicas, sin contraórdenes. Cuando se hubo instalado de nuevo sobre el pequeño canapé, exclamó:

—¡Qué feliz soy mi bien amada, qué dicha la de haberos encontrado así!

Ella estaba alegre, risueña, muy otra de como él la había visto hasta entonces; no se enternecía empero como él, y le dijo con un tono de cariñosa gravedad:

—Contadme desde luego qué habéis hecho esta mañana.

—¡Esta mañana! é indicándole con un gesto el pendulo:

—He esperado, pensando en vos que me fuese permitido volver.

Ella hizo una linda mueca de desdén.

—¡Oh! el perezoso! Yo, señor, he hecho algo mejor. ¿Será bueno daros cuenta? Antes que todo escribí al señor Le Goelëck. Yo debía una respuesta á ese caballero, ¿no es verdad?

—Sin duda, sin duda, era preciso sifinificarle que no queríais casaros con él. Espero que él lo tendrá por dicho

Ella sonrió debilmente:

—No sois celoso...... al menos así lo espero.

—¿Celoso, celoso, mi bien amada? No podía estarlo desde el momento en que tuviese la absoluta seguridad de mi ventura. Temo siempre que os arrebaten á mi cariño.

Y para afirmar mejor su temor, quiso, como la víspera, tomarla en sus brazos, pero ella se echó hacia atrás.

—No he acabado aun de hablar. ¿Qué veis sobre esa consola?

—¿Sobre esa consola? Un indicador de camino de fierro y una «guía Joanne,» según me parece.

—Os parece muy bien. ¿Comprendéis lo que significan ese indicador y ese guía?

Y como él guardaba silencio, ella continuó con un tono firme.

—Eso significa, amigo mío, que no somos unos niños, que no nos son permitidas las faltas, que vuestra mujer no debe enrojecer mañana de las debilidades de vuestra futura; en fin, que nos amamos demasiado y que es preciso casarnos lo más pronto posible.

El murmuró:

—Pero ¿por qué partir?

No amaba las decisiones imprevistas y encontraba que desde la víspera los acontecimientos marchaban con una rapidez inquietante.

—Por qué partir? dijo ella dulcemente, pues por que mi corazón se hiela al solo pensamiento de unirme á vos en esta fría ciudad protestante, donde nuestro culto es apenas tolerado. Solo que como yo no tengo familia que pueda recibirme, ni padre ni hermano que me conduzcan al altar, quería dirigirme á Roma. Me parece que un juramento es doblemente sagrado, doblemente solemne en esa gran capital del mundo cristiano.

Y con una voz más triste y más grave, añadió:

—Tengo además otra razón. Vuestra hija no me ama. Me tiene miedo la pobre niña; en tanto que nuestra unión no sea indisoluble, sufrirá y tratará por todos los medios de separaros de mí. Yo sé que vos resistiriais; pero qué lucha para vos, Fernando, y qué sufrimiento. Cuando yo sea vuestra mujer, Lila se inclinará ante el hecho consumado, y además, me será permitido ir á su lado y con mi ternura, destruir sus prevenciones. Queréis que partamos á Roma, no es verdad?

Como habría el resistido cuando ella le miraba con sus hermosos ojos suplicantes; además ella tocaba en su temor secreto en la oposición que él temía. Tenía razón, Lila se resignaría ante lo irrevocable!

Ella vió su victoria, y levantandose alegre, batió palmas.

Y ahora, hagamos nuestras maletas, dijo.

En Pontarlier, la desaparición del señor Duvernoy no podia pasar desapercibida. Apenas subía el señor Duvernoy al tren, cuando la tía Fourneron recibía informes. Charlaba en casa de su tendero, haciéndose pesar una sabia mezcla de moka de bourbon y de martinica, é informándose de la noticias del día cuando el tendero le dijo:

—Acabo de ver al señor Duvernoy pasar frente á la puerta; llevaba una petaca en su coche; de seguro iba á tomar el tren.

La señora Fourneron movió los hombros:

—Estais en un error; mi sobrino no piensa en salir. Yo le ví ayer noche y me decía cuán contento estaba de haber vuelto á su casa.

Una cliente intervino:

—Oh, acaso hay algo. Yo he visto al empleado del telégrafo que llamaba á la puerta, llevaba un telegrama.

La tía Fourneron no oyó más, y olvidando sobre el mostrador todas sus pequeñas compras, echó á correr.

Sin tomarse el tiempo de interrogar á los domésticos, subió la escalera con una presteza juvenil, se precipitó á la cámara en que Carlota, desolada, se esforzaba en vano en consolar y tranquilizar á Lila.

—¿Dónde está mi sobrino? interrogó la tía Fourneron.

—Sintiendo que le llegaba una aliada, Lila se enderezó en su camita.

—Tía Fourneron, yo sé, yo, dónde ha ido papá; ha ido á buscar á la mujer roja.

Y juntando sus manecitas añadió:

—Impedídselo, tía Fourneron, ella es malvada, no hay que dejar á papá que se junte con ella.

Después tornaron sus sollozos, en tanto que la señora Fourneron dirigía á la aya preguntas múltiples y precisas. ¡Ay! las respuestas casi no dejaban duda: el pintor había contraído en Lausanne un peligroso lazo. Felipe de Aubián no había arrojado en vano un grito de alarma y la liga de familia se había desarmado demasiado pronto.

La vieja dama corrió á casa de las señoritas Lézines.

—En, algunas palabras fueron ellas puestas al corriende de aquel inopinado viaje. El peligro era grande, preciso era meditar.

—¡Ah! ¡si Jocobo estuviese aquí! murmuró Eulalia!

—¡Ah! Si no hubiésemos hecho á Santa Rufelia el insulto de preferir á Santa Inés! exclamó Aglaé.

La señora Fourneron, que no gustaba de las jeremiadas inútiles, interrumpió con energía:

—Jacobo está en Niza y Santa Rufelia en el paraíso: esto quiere decir que ni el uno ni la otra se dirigirán á Lausanne para amonestar á Fernando, hacerlo ruborizarse de su vergonzosa conducta y llevarlo por el camino recto, pero yo estoy dispuesta á partir. Si hubieséis oído á la pobre Lila suplicarme que salvara á su padre, comprenderíais que no debo retroceder ante ninguna abnegación.

No, no retrocedía la señora Fourneron, pero se complació en consultas, yendo del Notario al Presidente del Tribunal, del médico al ingeniero de puentes y calzadas y de éste al capitán de gendarmería. Todos, los prudentes y los belicosos, la disuadieron de intentar la aventura. El presidente del Tribunal le representó que una tía se encontraba sin autoridad sobre un sobrino de cual no era tutora y se ofreció á leerle los artículos del Código. El notario, que conocía á Lausanne, le objetó que en esa ciudad el número de hoteles era tan grande, que sería casi imposible encontrar á M. Duvernoy y opinó que debía ella esperar cuando menos á que él escribiese dando su dirección. El capitán de gendarmería afirmó que el derecho absoluto de la señora Martín sería de cerrar su puerta á la visita y rehusar recibirla.

En tanto que ella tersgiversaba, llegó un telegrama fechado en Verona, al cual siguió una carta.

El artista exaltaba la pintoresca belleza de esta ciudad que guarda tan fuerte la huella de ese tiempo á la vez bárbaro y refinado, de la época heroica de los Scaliger. Después una carta de Venecia hablando del gran canal, de San Marcos, de las laguas: se hubiera dicho que se trataba de un turista sin más deseo que el de admirar la Italia.

La señora Fourneron se tranquilizó; ciertamente en en ese viaje había algo—una intriga sin duda,—pero las intrigas pasan. A todo pecado misericordia. Huido el capricho él volvería arrepentido. Las señoritas de Lézines dejaban oír, á propósito de esta moral un poco amplia, severas protestas. El presidente del tribunal, el capitán de gendarmería y el notario, participaban de la opinión de la señora Fourneron. Lila se tranquilizaba, pues que su padre no estaba en Lausanne, es que ya no pensaba en la mujer roja y que no se uniría á ella.

XXXV

Cuando se fijó definitivamente el día del matrimonio, Beltrana dijo al pintor:

—Habeis escrito, segun creo, á vuestra familia, para dar le parte de nuestras intenciones.

—No, no había escrito! Cómo habria podido hacerlo y cuando le había dejado ella tiempo!

Se había apoderado de él, no dejandole la posibilidad de reflexionar ni de volverse atras. Multiplicábanse las visitas á los museos, las estaciones en las iglesias, los paseos á pie ó en coche; almorzaban y comían juntos y cuando Fernando la abandonaba en la noche para volver á su hotel, se sentía tan cansado que se dormía casi luego.

Así pues, no había escrito, y lo confesó. Ella preparó sobre una pequeña mesa, papel, plumas, tinta y dijo graciosamente:

—Escribamos.

Y escribieron juntos, por que si era Fernando quien tenía la pluma, Beltrana era quien dictaba. Como él tenía horror por toda clase de correspondencia, le agradeció que le evitase el fastidio de aquella, más cuando se trataba de una causa perdida de antemano.

—A mi tía Fourneron, desde luego. Qué le diré?

—Pues que le pedís para mí su protección y su patronato, que yo seré feliz si me guía con su consejos.

—Y á las primas de Lézines?

—Que solicitais sus oraciones.

—Y á Jacabo?

—Quién es ese Jacobo?

—El primo hermano de Elena, un hombre muy amable que adora á las mujeres bonitas, que las ha adorado demasiado acaso. En la actualidad, está en Niza.

—Pues bien, decidle que venga á vernos; que estoy muy impaciente por conocerle.

—No, no, os haría la corte y yo quiero guardar para mí vuestras miradas y todas vuestras sonrisas.

Ella le amenazó con el dedo.

—Oh! que pícaro celoso!

Concluidas estas tres cartas, él se quedó indeciso.

—Qué diré á Lila?

—A Lila, que ahora seremos dos para amarla.

Ante una última hoja de papel, se quedó perplejo.

—Esta carta, dijo, me cuesta mucho trabajo escribirla; es para mi cuñado Felipe. No puedo casarme sin darle parte, y le he afirmado tantas veces que no olvidaría jamás á su hermana.......

—Pero, dijo ella dulcemente, no la olvidaréis, hablaremos de ella frecuentemente.

Después, con un ligero temblor de voz:

—Qué, vuestro cuñado volverá pronto á Francia?

—Qué sé yo! dijo él con un suspiro, estamos sin noticias de él, su buque está preso entre los hielos. Oh! esas invernadas en el Polo......

—Entonces, dijo ella, para que escribirle, puesto que os es tan penoso y que vuestra carta no le llegará? Cuando nos hayamos casado, Fernando, yo reclamaré el placer de ser vuestra secretaria, por que sería gran lástima que una pluma usurpase el puesto de vuestros pinceles.

Fernando recibió á estas tres diferentes cartas las respuestas previstas; una severa mercurial de la señora Fourneron contra los imprudentes, que fiándose á sus propias luces, no consultan á nadie; una piadosa amonestación de las primas, estas imploraban por él, al Dios de misericordia; Carlota escribió una larga y conmovedora carta en que el corazón hecho pedazos de la pobre muchacha, no dejaba escapar amargura alguna y se difundía en votos de felicidad. Jacobo dirigió calurosas felicitaciones.

Fué buena fortuna para Beltrana que él se encontrase en Niza y no en Pontarlier cuando le llegó la carta de Fernando. Un *flirt* con una elegante americana ocupaba todos sus ocios.

—Toma, dijo filosoficamente, parece que ese pobre Fernando se ha dejado engaratuzar por su picarilla y que se casa con ella. ¡Qué barbaridad, gran Dios, qué barbaridad! No hay como las gentes serias para cometer esa clase de tonterías. Querría ver la cara que pone la tía Fourneron y los gestos de escándalo de las Lézines. Pagaría un boleto...... y si el viaje no fuese largo...... ¡Cómo se modifican y cambian las cosas, sin embargo, según el país y las latitudes! En Pontarlier yo formaba parte de la santa liga, aquí, á fe mía, aquí estoy por la picarilla. Esto es más divertido; las reuniones de familia eran tristes allá......

Tomó de nuevo la carta y la releyó. De pronto el nombre de Beltrana, que al principio no había notado, despertó algún recuerdo en su espíritu.

—«¡Beltrana, Beltrana!» Un bonito nombre, nada común, nada vulgar! ¿Dónde diablos conocí yo una Beltrana? ¿Fué en París? No me acuerdo.

En su memoria debilitada de viejo vividor, se confundían demasiados nombres de mujeres.

—Beltrana, Beltrada, Berta, Bertilda, ¿donde, dónde

diablos conocí yo *eso?* ¡Oh! pardiez! ¡Beltrada! Beltrada la de las Variedades, una pequeña actriz muy graciosa, una linda picarona. Pero Beltrada no es Beltrana y yo estoy seguro de haber conocido una Beltrana.

De pronto se estremeció:

—¡Beltrana Martin! La satánica Beltrana de Leódice y de ese pobre Felipillo, la doncella del melodrama al borde del Oceano! ¡Beltrana! Me acuerdo muy bien. Y he aquí que Fernando se casa con esa comedianta! ¿Qué dirá Felipe á su regreso? ¿Y yo qué voy á hacer? Pícara, pícara, pícara...... pero esto es atroz!

Reflexionó:

—Lo mejor, según creo, es no meterse en eso. Ya hice demasiado y no es asunto que me importe.»

Con estas disposiciones de sabia cordura, escribió su carta de felicitación. Gracias á la americana, el corazón de Jacobo en ese momento desbordaba de indulgencia para todos los enamorados.

En cuanto á Lila, resistió á las súplicas de Carlota y rehusó obstinadamente responder á su padre. A Felipe fué á quien dirigió un grito de súplica.

«Vuelve, vuelve, padrino Felipe, te lo suplico, ten piedad de la pobre Lila, papá quiere casarse con la mujer roja, me lo ha escrito él mismo; ya vez que yo no me equivocaba al decirte que me lo tomaría.

«Si yo pudiese ir á Roma, cerca de él, le suplicaría muy dulcemente y con instancia, y acaso no se casaría, pero la maligna Carlota rehusa venir conmigo, mis primas Lézines, mi tia Fourneron, también lo rehusan. ¡Oh! padrino, si tu estuvieras aquí, me llevarías; papá te escucharia, tú le dirías que eso te causa mucha pena. Y también á mamá Elena en el paraíso.

«La señorita Carlota dice que tu buque está preso entre los hielos. Entonces es muy facil, no tienes más que llegar á tierra, patinando, y en seguida subirás al tren y me enviarás un telegrama para que yo vaya á esperarte á la estación; partiremos inmediatamente para Roma, no hay tiempo que perder para que lleguemos á tiempo.

«Hasta luego, padrino Felipe, no diré que soy desgraciada, puesto que tú no lo quieres, pero si papá trajese aquí á la mujer malvada, yo moriría de pena.»

Esta fué la última carta que Lila escribió á su joven padrino.

XXXVII

Se casaron una vez que hubo pasado el tiempo de las formalidades legales. Beltrana no era tan loca para comprometer con vanos retardos una victoria tan difícilmente alcanzada. El invierno pasó para Fernando como un sueño encantado. Gozaba de la hora presente como enamorado y como artista. Hubiera querido prolongar su permanencia en Roma, olvidar el resto del mundo, las discusiónes, las censuras y los celos: la tía, las primas, la niña misma; no abandonar á Beltrana sino por las madonas de Rafael, admirar las unas, adorar la otra, contemplar y amar.

Pero las visitas interminables á los museos, los éxtasis ante las obras maestras, no tardaron en cansar á la joven. Tenía prisa de abandonar la vida nómada, de volver á encontrar lo confortable de la casa, el bienestar del hogar, ese lujo supremo de que estaba privada hacia tanto tiempo: el *home*.

—¿Cuándo partimos? preguntó ella un día.

El se turbó.

—¿No somos felices aquí, mi bien amada?

—Gozamos de una dicha egoísta y abandonamos á vuestra hija. Mi deber es reemplazar á la madre que ella perdió y de tratar de conquistar su afecto; cada día que pasa añade aun algo á las prevenciones que le inspiran contra mí.

—¿Quién se permite entonces?...... exclamó él con cólera.

—Todos, murmuró ella con el acento resignado, de una martir; todos, los mejores y los peores, vuestra tía, vuestras primas, y sobre todos Carlota.

—¡Oh! en cuanto á esta, dijo él, yo protesto; os venera y os adora!

Ella sonrió irónicamente:

—Vos habeis sido la víctima de esa comedianta; no sabéis que quería casarse con vos?

Esta idea pareció tan cómica á M. Duvernoy que respondió con una carcajada, pero Beltrana no sonreía. Le hizo, desnaturalizándolas, las ingenuas confidencias de la Alemana, citando hechos, trozos de frases; la pintó como una criatura ávida, astuta, que ocultaba bajo una simplicidad aparente los más hábiles cálculos.

Un hombre menos enamorado no se hubiera dejado convencer: pero Fernando estaba cegado por los rayos de la luna de miel, y cuando aquella adorable mujer se dignó confesarse celosa, él se sintió excesivamente halagado.

—La despediréis, no es verdad, Fernando? Haréis este sacrificio á mi amor. Por lo demás, ella educa muy mal á nuestra querida niña.

En aquello, le fué forzoso convenir.

—Es muy debil, dijo él, como para excusarla.

—Decid, muy habil, replicó Beltrana.

El señor Duvernoy defendió á la aya de una manera timida, perdiendo pie á cada palabra, temiendo una acusación de complicidad en un amor que ignoraba.

Beltrana insistió.

—Yo deseo que se vaya antes de mi llegada.

Al cabo de su valor, él cedió; no habría en adelante más voluntad que la de aquella mujer. El primer acto de debilidad abre la puerta á todas las concesiones cobardes. Quiso ella llevar hasta el fin su victoria.

—Es preciso despedirla inmediatamente.

—Escribid vos misma, os lo suplico; yo no tendría valor para significarle esa dura despedida.

Eso era lo que ella había esperado; su carta fué una obra maestra de gracia felina; cada palabra acariciaba y ensangrentaba. Esa frase única: «Llego y os despido,» fué enguirnaldada con los más tiernos circunloquios. Se vengó en ese momento de los temores que la imprudente Carlota le había inspirado, del papel de confidente que le había impuesto. Juntó á su carta, como regalo de boda, una letra contra el banquer del señor Duvernoy.

El rayo cayendo á los pies de la plácida alemana la hubiera aterrorizado menos que la carta de Beltrana. No sintió ni la dulce perfidia de las frases tiernas, ni la humillante limosna del regalo en dinero; todas esas finezas se embotaron en su robusto corazón; pero el golpe que la alcanzó en pleno pecho, fué la orden de abandonarlo á él, á su ídolo, al más grande amor de su vida. Qué crímen había cometido ella?

Vanamente examinaba su conciencia, nada encontraba que pudiera explicar tal desgracia. Al saber el matrimonio de su querida princesa, no había pensado ni en asombrarse ni en quejarse, y su imperturbable optimismo, no se había desmentido. Ninguna tristeza celosa había ensombrecido su alegría; el castillo de naipes que levantaba desde hacía cuatro años, se había venido á tierra; reconstruiría otro, cambiando un poco sus planes, modificando sus materiales de arquitectura.

Se sabe que las alemanas llevan el misticismo sentimental más allá de todos los límites del buen sentido y de la razón. Como la heroina de Valdemar, se puso á soñar la unión perfecta de las almas en una trinidad platónica donde se reservaba el papel sublime de la abnegación. En cuanto á volver á Bohemia, ni lo había pensado siquiera; la Bohemia era la vida pobre, los pobres almuerzos, y Carlota amaba los goces del lujo tanto como las situaciones romancescas. Se hubiera humillado, hubiera solicitado su perdón por la falta desconocida que se le hacía expiar si la señora Fourneron no la hubiera disuadido.

—Para que vuestro destierro no sea sino temporal, señorita Carlota, ceded sin resistencia. Contad con mi influencia para obtener de mi sobrino que os vuelva á llamar; nos ligaremos todos para vuestra causa.

Ella siguió este consejo, pero antes de partir, escribió á su ídolo:

«Muy honorable señor:

«Soy tan poco habil para las bellas finezas de la lengua francesa, que no puedo adivinar por qué razón soy despedida por vos, pero se comprenderá que mi presencia os es odiosa y que no hay ya sitio en vuestro techo doméstico para la pobre aya.

«Mi corazón se destroza al dejar á mi bien querida Lila; yo habría querido esperar vuestra vuelta, pero no oso disgustaros, habiendo siempre obedecido á vuestras órdenes; obedezco aún por la última vez.

«¡Oh, señor! osaría yo cuando menos suplicar á vuestro corazón paternal que fuese dulce y paciente para la pobre niña? Está tan triste y es tan infortunada!

«Agradezco al señor el generoso obsequio de bodas y le suplico á mi bien amado amo acoja los votos tan sinceros que forma por su felicidad el alma reconocida de la humilde aya, y se sirva transmitirlos á la señora Beltrana con mis agradecimientos por su bondad al haber endulzado, escribiéndome tan tiernamente, el dolor de mi condenación.

«Dejo á Dios el cuidado de defender mi inocencia, y soy para siempre, muy honorable señor, vuestra humilde y devota sierva.

«Carlota.»

Después se fué, arrojada como una sirvienta infiel, pero componiendo una conmovedora historia que hacía palidecer la leyenda de los más ilustres perseguidos.

Cuando estrechó contra su corazón á Lila sollozante:

—Estad tranquila—querida mía—murmuró; no tengais pena, mi inocencia será reconocida y yo haré mi entrada en esta ciudad en una soberbia carroza, tirada por seis caballos caparazonados.

Dijo adios sin demasiada debilidad á su cámara confortable, á la excelente cocina francesa, de la que sabía apreciar los rebuscados manjares, y con el generoso don de bodas, puesto sentimentalmente sobre su corazón, volvió á la triste casa de Bohemia, pero la esperanza y la ilusión, esas dos magas que siembran de flores las rutas más aridas, la acompañaban.

XXXVIII

Nadie fué á encontrar á los esposos á la estación de Pontarlier; el pueblo entero estaba escandalizado con la partida de la aya, y hacía duros comentarios contra Beltrana. Solos descendieron los esposos del tren, y solos se dirigieron á la casa.

Beltrana elogiaba todo al paso y Fernando, silencioso, lamentaba á la pobre muchacha que había sabido apartar de su camino los abrojos y las espinas, hacerle la vida larga y dulce, velar por su bienestar y prevenir todos sus deseos; pero vió fruncirse las cejas de Beltrana y comprendió que su pena no hallaba eco.

—¿Vuestra casa está situada en este lindo boulevard? preguntó ella designando la calle real de Pontarlier.

—Sí, ya llegamos.

Se detuvo ante una puerta cochera, empotrada en burdo arco.

—El alojamiento principal está en el fondo del patio, explicó él.

Llamó, nadie acudió á abrirle. Llamó por segunda vez, después, con mano nerviosa é impaciente púsose á repicar. Un paso lento se hizo oír sobre las piedras, fué Mariana quien abrió.

—¿Dónde está Claudio? preguntó él con una impaciencia de que no era dueño, por qué no abre él? ¿Por qué no ha llevado un coche á la estación?

La vieja criada respondió en tono gruñón:

—Yo no soy la causa de que Claudio se haya retardado, por ir al camino de fierro, yo no soy la causa de que no me haga caso, yo no soy la causa de que la señorita Carlota se haya ido y de que todo ande mal en la casa. Yo tengo bastante con estar tras de mis hornillas.

Y los siguió á través del patio, cojeando y rezongando. El señor Duvernoy se arrepintió de su movimiento de impaciencia: Mariana era una potencia á quien había que tratar con cuidado.

—Tiene usted razón, he hecho mal en dirigirme á usted.

Después, con un tono más dulce, casi humilde:

—La señora es su nueva ama de usted; yo espero que la servirá con el celo y la solicitud que tenía usted para......

Se mordió los labios.

Se había embarcado mal en su frase; el nombre de Elena llegaba fatalmente y no quería pronunciarlo.

Los ojos llenos de reproches de la vieja sirvienta lo avergonzaban y le intimidaban. El continuó:

—Que ha tenido siempre para mí.

Beltrana vino á su socorro y dijo graciosamente:

—El señor Duvernoy me ha hablado mucho de vos, Mariana; me ha dicho el cariño que tenéis á vuestros amos y espero que me amaréis un poco.

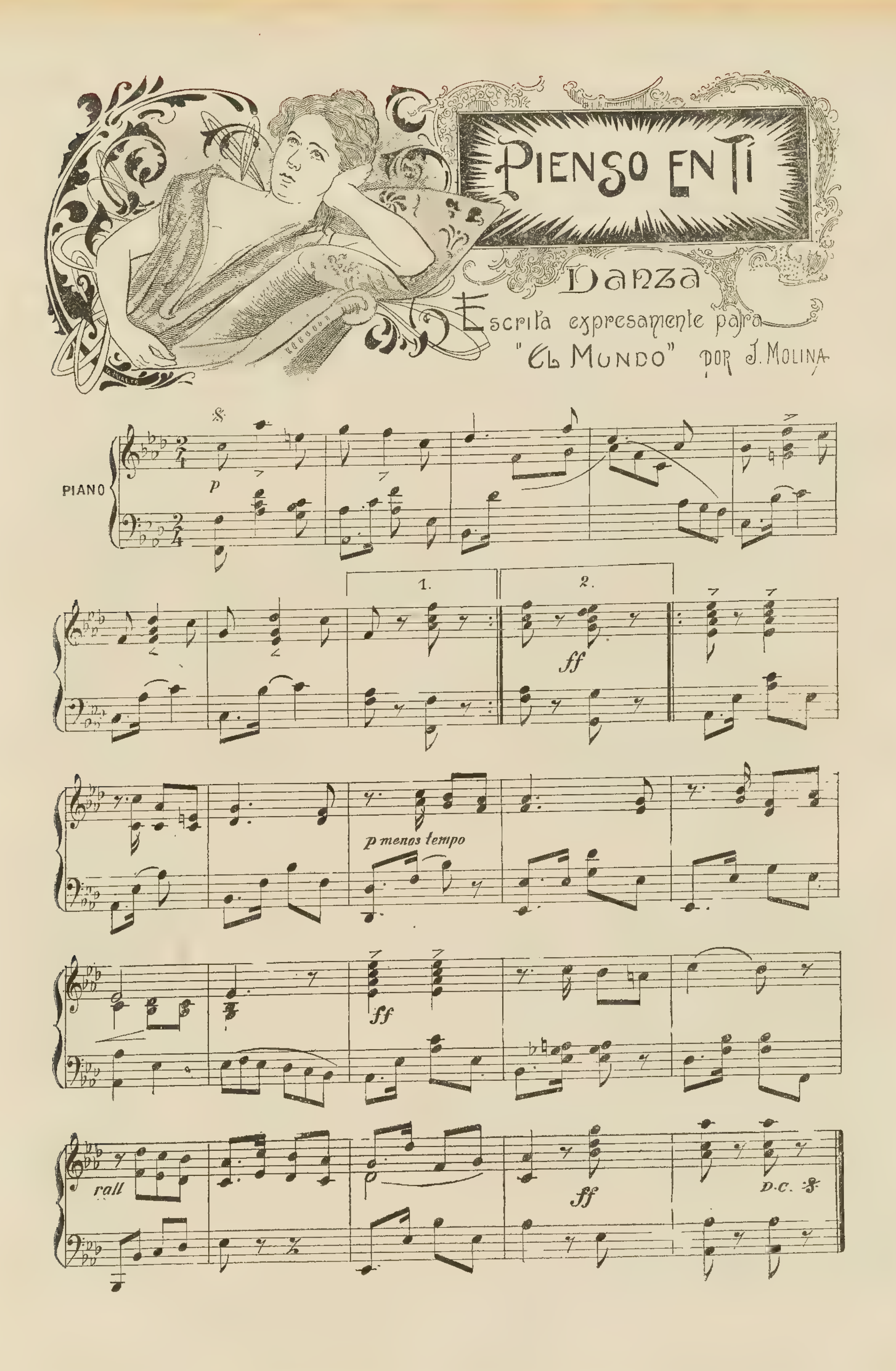
Continuará.





Nuestras abuelas [1795].

Cuadro de Gaston Linden.


PIENSO EN TI
Danza
Escrita expresamente para
"EL MUNDO" POR J. MOLINA
PIANO
p
1.
2.
ff
p menos tempo
ff
rall
ff
D.C.



Proyecto de reconstrucción del Palacio Municipal de Puebla, premiado con medalla de oro.

Carlos J. S. Hall, Arquitecto.

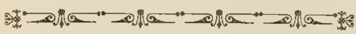
PROYECTO DE RECONSTRUCCION

DEL PALACIO MUNICIPAL DE PUEBLA

El grabado anterior representa el proyecto que acaba de ser premiado con medadalla de oro, para la reconstrucción del Palacio Municipal de la ciudad de Puebla. El autor lo es el joven arquitecto inglés Don Carlos J. S. Hall, que hace tiempo está radicado en el país.

El señor Hall es además de arquitecto un buen escritor y los lectores de EL MUNDO recordarán que hace pocos meses criticó las obras de reconstrucción de la catedral de Jalapa y del Hospicio de Puebla. El señor Hall hizo sus estudios al lado de notables arquitectos de Europa, y durante tres años estuvo como dibujante particular en el despacho de Don Roberto Gayol, ingeniero de esta ciudad.

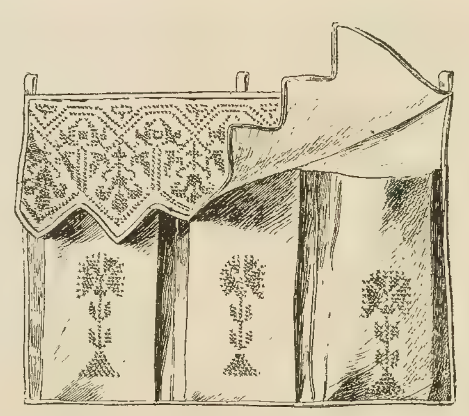
Puebla está de plácemes por haber obtenido un proyecto digno de su cultura y adelanto.



NOTA DE LA MODA.

Traje para carreras.

Este vistoso y elegante traje es de folar tornasol. La blusa y manga llevan unas tiras de alforcitas alternadas con entredos de encaje negro. Estos mismos encajes se desprendenꞌá los lados del cinturón, cayendo hasta el borde de la falda. Un risado de encaje termina el adorno. Cinturón y cuello ancho de blonda festoneada. Sombrero de paja fantasía con listones tornasol y plumas negras.



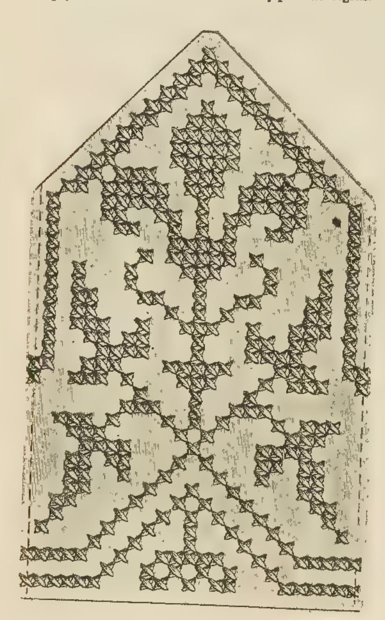
Número 1.

BORDADOS

Bolsa para ropa de noche ó calzado usado.

Los números 1, 2 y 3 de nuestros grabados representan la bolsa y sus detalles. El fondo de esta bolsa se hace de dril crudo fuerte, de 61 centímetros de largo por 41 de alto. Para las bolsas se corta una tira de etamina, cruda, de 84 centímetros de largo por 35 centímetros de alto, bordada con algodón rojo. La cubierta que cae, es de 61 centímetros de largo, y de alto tiene, en el extremo del pico, 21 centímetros; en la cruz del centro tiene 16 centímetros. Se borda al punto de la cruz.

Después se unen las bolsas al fondo, por medio de costuras, quedando separada la del centro de la de los lados por cuatro centímetros de distancia. Estas piezas se forran con raso de algodón rojo, se ribetean de blanco, y se pone, en lo alto de la bolsa, tres gazas de cinta para colgarla.



Número 2.

LECTURA PARA LAS DAMAS.

MEDIOS DE CUBRIR EL DÉFICIT.

Aprended á restablecer el equilibrio entre vuestras entradas y vuestros gastos, cuando notéis un déficit.

Así como la parte de los pobres, también la parte de los goces íntimos debe ser sagrada y no servir fuera de su destino, más que para cubrir los vacíos que una enfermedad, ó una pérdida dejaría en el presupuesto.

Pero hay momentos en que el dinero puesto de reserva, puede no ser suficiente para cubrir esos vacíos; entonces poned en práctica el recurso de los cercenamientos.

¡Oh! este arte de los cercenamientos es admirable, cuando es practicado con el corazón. Una vez que se le ensaya, se ve que es bastante en todo y por todo.

Ved, en primer lugar, con mucha claridad vuestra posición y repartid proporcionalmente, en todos los ramos, las economías que podáis introducir en ellos, de manera que podáis decir: *En todo este mes me pondré al corriente;* después, manos á la obra.

No cercenéis sobre la cantidad de los alimentos, sino sobre su calidad, que puede ser siempre buena, dejando de ser exquisita. Con hacer uso, durante algunos días por semana, de viandas ordinarias, pronto se verifica una verdadera economía.

Además, ¿no hay muchas superfluidades en la mesa, que sólo pertenecen al sazón y al gusto, ó bien á los postres que sólo sirven para sobreexitar el gusto sin procurar la nutrición? Cercenadlas sin piedad, para no dejarlas aparecer sino en las grandes fiestas. El vino ordinario y del país es menos caro y más útil á la salud que los vinos extranjeros, y las pastelerías no hacen más que sobrecargar el estómago.

¿No hay también muchas *superfluidades en el tocador,* tales como las esencias finas, los perfumes de precio subido, que serían ventajosamente reemplazados por el vinagre ordinario y las plantas aromáticas de los campos?

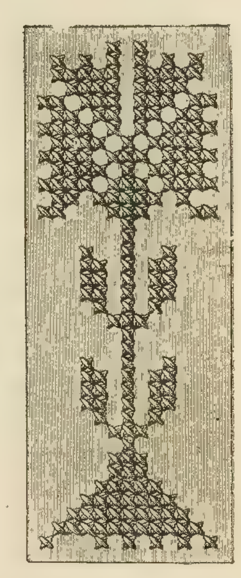
¿No hay también *superfluidades de vanidad literaria,* tales como las subscripciones á las obras fútiles, á los periódicos, ó á los diarios de modas, que apenas se leen y que á menudo se reciben sólo por hacer de ello alarde?

Dejad esas suscriciones por seis meses y tendréis una economía de tiempo y de dinero.

¿No hay *superfluidades aún en el trabajo?* En lugar de poneros á hacer un lujoso bordado, unos adornos, ó un vistoso tejido que os dejaría llenas de ilusiones y le vanidad, tomad la ropa para remendaria, cortad y haced vosotras mismas vuestros vestidos; así economizáis el dinero que pagáis á una costurera, y quedaréis al menos, contenta de vuestro trabajo.

Sabed esperar un mes más para procuraros un mueble ó un objeto de tocador, sin el que os habéis pasado un año. Este es un punto importante para los gastos que no son obligatorios, saber ganar el tiempo.





Número 3.

Nota de la Moda.



VESTIDO PARA CARRERAS.

Véase el texto.

Llevad todavía un mes más ese vestido que ya teníais propósito de dejar por que ya está algo desteñido, ó por que ha pasado la moda, y que alguna ligera compostura lo pondrá servible.

Permaneced un poco más en vuestra casa, y ahorraréis los gastos de tocador que exigen las tertulias á las que concurriréis impulsada por la vanidad, y de las que saldréis acompañada del despecho y de los remordimientos.

Ved poco las cosas bellas, de lujo y atractivas, para desearlas poco y procurad estar seriamente ocupada, para no dar lugar á vuestra imaginación de crearos necesidades facticias.

En resumen, no cercenemos de lo necesario, sino de lo superfluo; y siempre que se quiere, se encuentra algo superfluo en torno de sí.

Y si alguna vez nos vemos obligados á quitar algo aun de lo necesario, ¡oh! tratemos de ocultar el mayor tiempo posible esta dura necesidad á las personas á quienes amamos.

Suframos doblemente, si fuere necesario, porque ellas no sufran.

¡Se vive tan bien con poco, cuando es uno abnegado!

¿Es necesario ir más allá é indicar, para cubrir ese déficit el trabajo que sea necesario emprender para ganar el dinero?

¡Ay! existe más de una casa tranquila y con comodidad en la apariencia y obligada á cierta representación en la sociedad que no puede sostenerse con los recursos que le suministran, cada mes ó cada año uno ó dos miembros de la familia.

Entonces, pobre mujer, á vos es á quien corresponde el imponeros, todos los dias y algunas veces aún por las noches, algunas horas de trabajo serio, asiduo, penoso, para poder aumentar algunas monedas más al presupuesto insuficiente.

Velar, trabajar, gastar la vista, esto es nada para la abnegación, y aún bajo la aspiración del corazón, el trabajo parece multiplicarse y viene, en cierta manera, á ser más agradable.

Pero *vender es trabajo*, ¡oh! ¡esto es bien duro!

Es necesario pasar por ciertas pruebas para comprenderlo; es necesario haber sentido enrojecerse el rostro al veros obligadas á ofrecer el producto de largas semanas de desvelo, á un indiferente comprador, que con desdeñosa sonrisa sobre los labios, parece deciros, al ofreceros una módica suma: «¿Una gran señora como vos, tiene necesidad de tanto dinero?»

Todavía si esto no fuese más que euro, y, permitid la expresión que no es cristiana, porque la pobreza nunca humilla, si esto no fuese más que humillante! pero es tan difícil encontrar un comprador, y un comprador discreto!

Oh, hijas mías! si alguna vez el buen Dios os sujeta á tales pruebas, dejad, dejad á vuestro corazón trayendo el recuerdo de vuestros años juveniles, que vaya á pedir un consejo ó un consuelo á vuestras maestras, que harán más que lo que pueda hacer una madre por venir en vuestra ayuda!

Y en ese colegio, en esa casa de vuestra educacion, ¿no habrá un corazón que os sea adicto, á quien vengais á confiar las penas de vuestro corazón?

Si el buen Dios aún no ha llamado al cielo á aquel sacerdote amigo de vuestra alma, id á confiárselas á él.

Mientras que fuísteis dichosa, él os permitió que lo olvidaseis; pero ahora que la desgracia ha venido sobre vosotras, él se acordará, estad seguro de ello, que por largo tiempo os llamasteis *Padre mío*.

En el rejuvenecimiento de los libertinos por un amor romántico, un principio poderoso, aunque contrario á este romanticismo, reside en la repentina interrupción de sus constantes excesos. Una especie de convalecencia anormal se produce entonces en toda su fisiología. El agotante cansancio del placer diario queda reemplazado por una economía de las fuerzas, que renueva todas las energías del hombre, y—tal es la ironía de la naturaleza—esta renovación es sentida, lo más á menudo, por aquel en quien se realiza, bajo la forma de una alegría sentimental.

P. Bourget.

No pretendas mi cantar
Isabella-Roma oír.
¿Por qué quieres ver llorar
hoy que te toca reir?

***

Ama con furia y odia con tal ira
que clava sus ideas cuando mira.

CAMPOAMOR.



Cosmopolitan Troupe que debió estrenarse anoche en el Principal.—Grupo de bailarinas.





EL MUNDO.

TOMO I. MEXICO, JUNIO 20 DE 1897. NUMERO 25.



Después de la lluvia.

Dibujo de J. M. Villasana.

"EL MUNDO"

Semanario Ilustrado.

Teléfono 434.–Calle de Tiburcio núm. 20.–Apartado 87 b.

MÉXICO

Toda la correspondencia que se relacione con la Redacción, debe ser dirigida al

Director, Lic. Rafael Reyes Spíndola.

Toda la correspondencia que se relacione con la edición debe ser dirigida al

Gerente, Lic. Fausto Moguel.

La subscripción á **EL MUNDO** vale $1.25 centavos al mes, y se cobra por trimestres adelantados.

Números sueltos, 50 centavos.

Avisos: á razón de $30 plana por cada publicación.

Todo pago debe ser precisamente adelantado.

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE.

Notas editoriales.

La moralidad periodística.

Con motivo de una polémica suscitada en la prensa diaria apropósito del periodismo de información, hemos visto sostener la teoría de que no deben servirse al público aquellos sucedidos desagradables que se producen en el seno de la sociedad. Dentro de este criterio, el periodista no es sino un cortesano de la multitud y jamás está obligado á presentar acontecimientos ocurridos á la vista de todo el mundo y que al ser trasladados á letras de molde, constituyen una propaganda maléfica en los espíritus de las mismas personas que los determinan.

Hay, pues, que ocultar cuidadosamente las *verdades amargas*, que serán sustituidas por *mentiras dulces*, para evitar el riesgo de destruir el hermoso palacio encantado en donde habitan nuestras ilusiones nacionales.

Lo raro del caso es que esta teoría encuentra acceso en un grupo de liberales, que, después de proclamar la *libertad de investigación, la libertad de pensamiento, la libertad de conciencia*, todas las libertades, se cubre asustado el rostro con las manos cuando un hombre de corazón tiene el valor de tomar un puñado de hechos del medio que lo rodea para arrojarlo á la consideración popular. No valía la pena de haber lanzado al surco la semilla de la libertad, para después adoptar el procedimiento de la vieja escuela reaccionaria, creando la *ignorancia obligatoria* como un medio de procurar la *tranquilidad de las conciencias*, principios que no figuran en el programa de partidos adaptables á las necesidades de los hombres libres.

¿Qué otra cosa ha hecho el reaccionarismo en todas partes del mundo, sino ocultar la verdad, encubrir los hechos, adulterar un estado social, *falsificar la historia*, en una palabra?

Frente á este sistema, nutrido por la hipocresía y alentado por el engaño, se alza un nucleo de espíritus que juzga más util y conveniente fotografiar á la sociedad tal como existe, y que estima que no es necesario que una verdad sea agradable, sino que basta con que sea verdad. Para estos escritores, la inmoralidad consiste en engañar al público, en prostituir la pluma del observador convirtiéndola en el abanico de de una *demi-mondaine!*

La sociedad actual tiene hambre de sinceridad. Por bastante tiempo se la tuvo, en pasadas edades, en opresiva tutela. Hoy ya quiere saberlo todo, verlo todo, escudriñarlo todo. Y para eso se abren escuelas y se escriben libros y se hacen circular periódicos: para que todo lo vea: lo mismo el bien que el mal, lo mismo la virtud que el crimen.

La moralidad de un grupo que no sabe lo que es inmoral, se nos antoja algo semejante á la virtud de una jamona de cuarenta y cinco años, picada de viruelas, ó á la honradez de un dependiente de tienda de abarrotes que en su vida ha manejado un centavo. Nadie tiene inconveniente en creer en ellas, porque jamás han estado á prueba.

Pero la moral que difunden los publicistas modernos está más alta: se basa en el *conocimiento* y se fortifica con esos mismos hechos que tanto alarman á los pudibundos de la prensa. Esparce puñados de luz y no montones de tinieblas. Del *dato* brutal de la historia sopla un gran aliento de moralidad. ¡No importa á la moral social saber que se cometen *cien crímenes*, pero sí importa saber que hay *cien criminales* que serán castigados.

Negar esos hechos, que, por otra parte y como ya hemos dicho, se realizan á la vista del público, es sencillamente hacerse reo de una mentira inutil y malsana, porque en ciertas dolencias sociales, conocer el mal, es estar á dos pasos de encontrar los elementos de curación.

¿Qué se diría de un médico que á la cabecera de un enfermo grave, decidiera ocultar su estado para no alarmar á la familia y que en vez de destruir, infundiera esperanzas? Se diría indudablemente que no habría cumplido con su deber.

Y el publicista moderno, sin estar investido de *misiones sagradas*, tiene algo del médico, si su función ha de ser útil para la sociedad en que vive, y á la que debe tomar el pulso en cada momento histórico.

Ese loco deseo de información que invade al público, y que pasa de la hoja diaria á la revista literaria y científica, responde á una aspiración: la de conocerse hasta en sus más recónditos parajes, la de estudiarse hasta en sus depresiones y miserias, la de analizarse hasta en sus más secretas enfermedades: ansia de verdad, que caracteriza á la época moderna.

Y no es solamente el periodista, sino el hombre de Estado y el pensador y el económista, los que se preocupan por estos *sucedidos* de los que emana el *dato*, que concienzudamente interpretado, sirve para formular la *ley*. De *informaciones* está repleto el arsenal de la ciencia, y los gobiernos no temen lanzar sus *estadísticas* á la publicidad porque saben que ellas son la abundante materia prima que ha de aprovechar la industria legislativa.

¡Se alarman cuatro señores de que un diario dé cuenta en su crónica callejera de tres robos domésticos, cuando la Secretaría de Justicia hace publicar anualmente las estadísticas de la Criminalidad de la República! ¡Desean ocultar el sol con un cubilete cuando los rayos del astro se difunden á través de los espacios!

¡La *moralidad* del engaño! ¡Qué moralidad tan inmoral!

La ola negra.

En estos días se han producido nuevos casos de suicidio que demuestran el desarrollo que va adquiriendo esta extraña enfermedad en todas las capas del agregado social.

No se trata ya de un grupo de intelectuales sujeto á bruscas depresiones; todas las clases, particularmente las menos elevadas, tienen sus representantes en la lista de desertoreo de la existencia. La ola negra arrastra náufragos de todas condiciones, mece en sus siniestros vaivenes miembros de todos los caminantes.

¿Por qué este inmenso fracaso en la cúspide de una civilización avanzada? ¿Por qué estas muestras de cansancio en mitad de la altiva ascensión?

Es que el suicidia no procede de determinados moldes de una condición social: viene como el Dante, del Infierno, y lleva dentro de su organismo el germen morboso que antecede al acto.

Los que imaginan medidas legislativas para sofocar el suicidio, debieran pensar que todavía el Estado no ha encontrado el medio de poner un dique á la tuberculosis en aumento, y que una enfermedad no se extirpa con un decreto.

El progreso no ha podido salvar á estas víctimas; y como el agricultor al arrojar la semilla al surco sabe de antemano el número de granos que quedarán bajo tierra sin germinación, lo que no impide la cosecha, así la civilización al arrojar su germen de humanidad á las edades venideras, no se detiene por los vencidos en la obra redentora de la especie.

Política General.

El anarquismo en Francia y sus últimas manifestaciones.

Por segunda vez Mr. Faure, Presidente de la República francesa ha sido víctima de uno de esos atentados sin nombre con que de tiempo en tiempo manifiesta su tenebrosa actividad el anarquismo, levantando su cabeza triangular de víbora y pretendiendo herir en el corazón á las modernas sociedades.

Fruto de esas maquinaciones que se fraguan en las sombras, en los antros pavorosos del crimen donde toda pasión bastarda tiene su asiento, todo sentimiento de rencor tiene guarida y abrigo cariñoso toda idea disolvente, el atentado contra la vida del presidente Faure viene á poner en evidencia ese estado latente de rebeldía contra el orden existente, esa morbosidad permanente de las capas inferiores, pugnando por romper las ligaduras que atan á los grupos sociales y los constituyen en cuerpos vivientes sujetos á leyes inmutables.

Arrojada por un desequilibrado ó encendida por un fanático, la bomba homicida que el domingo pasado estalló con intentos nada tranquilizadores y estuvo á punto de llenar de luto y de dolor á la gran república latina del viejo continente, es el indicio tremendo de un estado social donde germinan odios de clase y fermentan las quejas de los que padecen, las lamentaciones de los que sufren, los rugidos de los que sustentan sobre sus hombros la pesadumbre de un andamiaje trabajoso; es la protesta elocuente, pero brutalmente salvaje, de los que han experimentado los amargos dejos del desengaño, porque confiados con exceso en las promesas halagadoras de la demagogia y acariciados por las deslumbrantes ficciones de los utopistas, han visto rotos sus ídolos, desiertos sus altares, atrofiadas sus creencias, desvanecidos sus viejos ideales, sin que nuevas formas hayan venido á sustituir á las antiguas, en la estruendosa caída de todo un mundo, al golpe implacable de la piqueta revolucionaria.

***

En vano se quiere presentar el episodio del domingo como un hecho aislado y sin importancia, realizado por un hombre obscuro, sin cómplices, sin tendencias, sin intención dañada, casi; en vano se trata de presentarlo al mundo como una ¡mera manifestación neurótica de un loco infeliz, ciego instrumento de impulsos irresponsables: nó, ¿quién es capaz de señalar las fronteras del crímen? dónde termina el impulsivo que obra á influjo de movimientos atávicos y comienza el criminal á quien arrastran la perversidad, las venganzas, los odios sombríos y las miserias desoladoras? En el fondo de toda alma que se hunde en el mal, hay siempre, á no dudarlo, cierto desequilibrio más ó menos morboso; pero esa morbosidad no puede considerarse como sinónimo de irresponsabilidad. Si así fuera, habría que cerrar las cárceles y multiplicar los asilos y manicomios.

Para comprender que el atentado del domingo fué fraguado en los tugurios ruines donde se refugia la podredumbre y corrupción de los fanatismos ignorantes y ciegos, basta recordar que otras bombas también han sido encontradas en diversas partes de París, dispuestas á ser lanzadas para sembrar el exterminio y la muerte. Pero es preciso presentarse ante la Europa como ¡libres de esa carcoma que se llama anarquismo, es necesario dar á las multitudes la tranquilidad que desean, y en la apoteosis de la República ofrecerla ante el universo como protegida por la égida invulnerable de su autoridad no discutida.

***

No cuadrando bien al autócrata moscovita esa movilidad, esa pasmosa sucesión de gabinetes que cruzan con vertiginosa rapidez en el gobierno de Francia, donde domina el parlamentarismo, han sacrificado los franceses casi todas sus aficiones latinas, han refrenado sus arrebatos meridionales, y con gran asombro de todos, el ministerio que preside Mr. Meline, ha podido durar más de un año. ¿Qué sería de la confianza que han podido inspirar en los concejos de San Petersburgo, si se demostrara que esas rebeldías latentes que engendran las explosiones anárquicas tomaban cuerpo en el seno de la capital del mundo y ponían en peligro la existencia del augusto magistrado que personifica á la nación? ¿Qué sería de la alianza franco-rusa, prenda de paz, en lo ostensible y esperanza del anhelado desquite en el fondo?

¡Y á esas erupciones violentas del odio implacable al orden establecido se las llama también patriotismo! á esos productos repugnantes del fanatismo ciego y la torpe ignorancia se les llaman revelaciones de hermoso porvenir! Error, profundo error!

Pueda el buen sentido de los que dirigen á la Republica y la encauzan en su engrandecimiento, iluminar esas sombras, derribar esos vestigios, cegar esas simas para que, próspera y feliz la tierra transfigurada por Hugo y santificada por Carnot, marche á llenar la misión que tiene encomendada en el concierto de los pueblos modernos.

17 de Junio de 1897. X. X. X.

EN TIERRA YANKEE

NOTAS A TODO VAPOR

POR ABAJO

¿Cómo se traduce en castellano el verbo francés *flâner?* Lo ignoro, palabra de académico; pero traduciendo ese verbo en la mínima dosis de actividad corporal que me permiten mis copiosos kilógramos de peso, fué como pasé algunas horas deliciosas en Nueva York, desesperando á mi *cicerone* que se levantaba á las doce en punto y que pretendía atrapar las cuatro horas pérdidas de la mañana en el tiempo que empleaba un sibarítico puro veracruzano en convertirse en espirales de humo.........

Vaguear caprichosamente con la seguridad de no ser cazado por el pensamiento interior, como una mosca por una araña; vaguear con la certeza de la perpetua distracción para los ojos, con la certeza de objetivar siempre, de no caer en poder de lo subjetivo, el insaciable verdugo del placer y la esperanza; vaguear basculado por la gente, afianzándose á los cristales de los escaparates (un yucateco, según me dicen, es capaz de afianzarse de un cristal y por eso no borro el disparate) mirando al interior de las casas, husmeando los almacenes, anclando en las tiendas, embobándose delante de los edificios seguidos con los ojos de piso en piso, con peligro de una entorsis del cuello, hasta las balaustradas ó las buhardillas que los rematan, y recortan encima de cada calle ó avenida, una cinta estrecha de cielo entintado de gris húmedo por el otoño. ¡Qué olímpico placer! ¿Quién ha dicho que *el tiempo es oro?* Todo el pueblo yankee, me replica mi compañero; este apotegma *time's money*, corre las calles de Nueva York, de Chicago, de Fil......—Pues es una mentira del tamaño de esa masa colosal que tenemos enfrente, donde tres ó seis pisos ornamentados al estilo del Renacimiento, se encaraman sobre cuatro ó cinco románicos que aplastan á una planta baja con hondísimas puertas, chatas y obscuras, vagamente bizantinas: de este tamaño, sí; en primer lugar no es oro el tiempo, ¡ojalá! todos seríamos ricos, lo que equivale á decir que todos seríamos pobres, y en quinto lugar, todo tiempo que no se emplea en proporcionarse un gran placer para el espíritu, á través de los sentidos ó no, es cobre; todo montón de oro que no se gasta en eso, es cobre, se cambia por centavos.........

Una llovizna fría nos hacía marchar, en una perenne ráfaga de agua pulverizada por el Norte; así pasamos por el parque Bryant. ¡Ah! cómo me acuerdo de este patriarca de la poesía anglo-americana, tan popular aquí, en otro tiempo, como el divino Longfellow, cuya *Evangelina* ha traducido Joaquín Casasús con admirable intuición poética á veces. ¡Bryant! Muy presente lo tengo, con su tez de mujer de veinte años á los setenta, su gran nariz bondadosa, su barba inmensa que parecía hecha con hebras de luna, sus ojillos de llama azulosa, dulcemente irónicos......... Recuerdo su lento y *accidentado* castellano, su cariño por todo lo nuestro y su adoración, es la palabra, por Guillermo Prieto, este homérida, casi desconocido por la generación de hoy, y destinado á una resurrección espléndida......... ¡Bryant! Y recordaba algunos versos suyos, elegantemente vestidos por el señor Mariscal: *Thanatopsis, el Ave acuatil.*

De *el Ave acuatil* son estas estrofas aladas.........

¿A dónde, entre esos húmedos celajes,
perdida vas en el confín del cielo?
¿A dó se tiende, al espirar el día,
tu solitario vuelo?

....

La mano amiga que de zona en zona
por el desierto azul tus alas guía,
guiará mi paso en el revuelto mundo
hasta la tumba fría!

***

Es una sorpresa en medio de estas ciclópicas arquitecturas, en que las proporciones se ahogan en las dimensiones, la casa del *Herald.* Empieza, naturalmente, debajo de la calle, pero muy abajo, y surge á la luz, pasa sobre los inmensos cristales que almacenan en sus entrañas un poco de la claridad de la calle, y se eleva, apenas, á la altura de los primeros pisos de los edificios circunstantes, con un aire elegante y artístico de palacio italiano, de columnas esbeltas y arcos de fáciles curvas, tales como los erigían en Toscana ó Lombardía los incomparables maestros del *cuatrocento.* En la amplia acera, recargado en un apoyo metálico, puede ver el transeunte el tiro del gigantesco diario y desarrollarse en torno de los formidables tambores de acero la tira kilométrica, que cortada en fragmentos infinitos pone en comunión, al través del espíritu embebido en tinta de un grupo de periodistas, anónimo y casi irresponsable, el alma de una ciudad y el alma de un mundo. Solo el poder de la Iglesia en la Edad Media ó el del Consejo del Príncipe en el Alto Imperio, puede dar una idea de este poder que todo lo comprime y todo lo difunde, confuso, difuso é ilimitado por ende, de que es un órgano magnífico este *New-York Herald.* El *periódico*, matador del libro (el matador de *Notre Dame*) que va haciendo de la literatura un reportazgo, que convierte á la poesía en el análisis químico de la orina de un poeta, que reemplaza *las noches* de Musset con un detalle secreto de la alcoba de Jorge Sand, que ha hecho de la elocuencia un telegrama, que disuelve y homeopatiza todo sentimiento, toda pasión, todo arranque, trasmutándolos en glóbulos de sensaciones; que ha dado al valor el aspecto de una empresa teatral y á la guerra el de una corrida de toros; que ha sentado á la humanidad entera en un circo romano desmedido, desde donde se ven pelear y morir, al reñidor en la puerta de la taberna, al duelista junto á la tapia del cementerio, á la horda africana que busca con el hocico morrudo la yugular tronchada del enemigo para beber su sangre á grandes tragos voluptuosos, al español, amarillo de fiebre, que espía en la *manigua* el reflejo del machete y mata y mata, para salir del infierno cubano por la escala de la muerte; al italiano......... ¿Pero á dónde voy á parar con este arranque de pesimismo? No sé; lo engendra en mí un sentimiento angustioso de inquietud, de horror, ante una fuerza que crece y lo llena todo y cuyo neutralizador ni conozco ni adivino. Se me figura que un mundo va á ser esclavo de otro, en el Siglo futuro, y aquí veo al amo en pañales de papel. Se me figura que hacer de la precocidad, de la curiosidad, del furor de sensaciones, del dilettantismo infinito, las supremas necesidades de la vida, que reemplazar el alimento con el excitante perpetuo, que reducir todo vicio, toda virtud, toda ciencia, toda creencia, todo ideal, todo arte en anuncios, es un mal de muerte, y los millares de millones de caracteres impresos en este papel sin fin, me parecían microbios, los baccilos y los esporos de la civilización.

En la azotea del *Herald* hay, sobre la puerta principal, un par de hércules, el Tiempo y el Trabajo quizás, figurones soberbios de bronce negro que aplastan al edificio volviéndolo pedestal, y en las almenas sendas lechuzas, cuyos ojos se iluminan con luz eléctrica de noche. ¡Muy ingenioso, muy interesante, muy feo!

La lluvia que empapa las baldosas de la acera impide andar, por miedo de los resbalones, á todo aquel que no esté provisto de un sobrecalzado de cautchuc. En busca de este artículo indispensable entramos en un almacen de calzado, porque no me atrevo á llamar zapatería á esta especie de basílica con sus naves, sus departamentos de hombres y de mujeres, sus oficiantes ó dependientes en perpetua genuflexión ante los marchantes que, repantigados en muelles banquetas, les entregan sus articuladas bases (anchas, enormes las de ellos, como de elefantes adolescentes, y largas y romboidales las de ellas) para que las hagan caber en uno de los centenares de pares de zapatos de todas las formas, dimensiones, pieles y barnices, que pronto quedan amontonados en pirámide gigantesca al lado del cliente. Dos cosas, vayan tres, me llamaron la atención: la cantidad de zapatos de piel amarilla que aquí se consume; todo el mundo los usa durante el día y sólo los reemplaza con el *zapato de charol* para la comida, el teatro ó la tertulia; costumbre excelente que irá acabando con el odioso reinado del betún: la cantidad de zapatos viejos que en estos emporios del calzado se renueva; por una canal vertical veíamos subir á los pisos altos un verdadero río (¿suben los ríos?) de ejemplares, llenos de deformidades teratológicas, de arrugas épicas, de leprosidades inverosímiles, de denuncios de fatigas crueles, de carreras incesantes, de inmersiones odiosas, de frotamientos con todas las piedras, con todos los clavos, con todas las miserias, y esta repugnancia era vencida por nuestra curiosidad; creíamos ver en aquellos zapatos la huella, el molde, el hieroglifo, el símbolo de la actividad de este pueblo que todo lo deforma, lo gasta, lo contrae...... y lo renueva, agregaba yo para mis adentros, viendo otro río de zapatos compuestos, brillantes, nuevos, que bajaban en sendas cajas de papel satinado, distribuidas en el acto á cien repartidores. Con razón el americano en cuanto puede apoya la cabeza en cualquier respaldo y lanza á la mayor altura posible (generalmente á la cabeza del vecino) sus dos pies gigantescos; son su emblema, los enarbola como un estandarte, los muestra como un escudo, son su orgullo y su fundamento; como los pies son tan sólidos, el movimiento ha sido tan continuado; esos pies fuertes quieren decir progreso, dicen *go a head.*—La tercera cosa que llamó nuestra atención es el ejército de muchachas que hay en cada uno de estos almacenes. Al margen del trabajo que requiere fuerza muscular y esfuerzo prolongado, el americano ha dejado á la americana (irlandesa, alemana, canadense etc.) un espacio en que va creciendo todos los días; el margen devora ya la página.

***

Si yo fuera el Califa de Bagdad, tendría en medio de un zafiro líquido, sobre una roca del color de rosa de las perlas color de rosa, una cabaña con su sombrero de paja dorada, al lado de la cual descollase esbelta y sonora, una sola palma, cuya compañera de amor se irguiese en la lejana orilla del estanque; me gustaría ver el reflejo de mi palma en la diafanidad del abismo azul del agua, de improviso plegada como un velo de seda por las procesiones rítmicas de los cisnes eucarísticos de Rubén Darío, el poeta que ha encontrado en el fondo de la gruta de fierro y oro del idioma español, no se qué música abscondita é inefable, como el goteo de cristal de una fuente misteriosa. Habría un sol en mi cielo, eso sí; pero le pondría un *abat-jour* del color verde-nilo de la sonrisa de la momia que fué la novia de Teófilo; habría nubes en mi cielo, un cielo sin nubes es un dormir sin sueños, y en esas nubes reelería yo, reducidos á realidades espectrales, todos los versos de todos los poetas, todas las visiones de todos los inspirados y el aire filtraría en mi alma al través de mis tímpanos todas las notas sonoras de las liras, los ritmos de todas las arpas, los plañidos de todas las flautas, desde la de Pan hasta la de Verlaine.—Habría una luna en mi cielo, la dejaría yo con su color de oro nocturno, afeminado y azul, la dejaría nadar en el estanque etereo, siguiendo la punta de la varilla de marfil de mis ensueños...... ¿Y la lámpara del hogar? Esa, con su corona de cabezas rubias, quedaría encendida, con mi vida por aceite, en el fondo de mi corazón.

Todas las mañanas bajaría yo mi escalera de marmol blanco, tallada en las estrofas de Leconte de Lisle; pasearía mis miradas de esmalte con la hierática majestad de un mito, por el horizonte, de día entenebrecido y de noche iluminado por la formidable montaña Hugo, en erupción perenne; en seguida me embarcaría en la trirreme de ebano, incrustada de plata de la reina Cleopatra y en la orilla opuesta amarraría la galera á un muelle, y saltaría en tierra y entraría en una casa de aspecto un poco sombrío y ferruginoso y esta casa, resultaría un palacio de cristales, mármoles, bronces y pedrería sobre cuyas ventanas y vitrinas se leería este letrero «*Tiffany.*»

Invito á ustedes á pasar por entre estos interminables *muestrarios* horizontales, debajo de cuyos combos cristales se aglomeran en confusión artística todas las baratijar posibles, desde la sombrilla de puño de oro esmaltado y el libro de misa ideal y los gemelos de teatro hechos para las manos de las hijas de los Vanderbildt y los Gould, hasta las joyas más ó menos artísticas y ricas que abren sus ojos de diamantes, entreabriendo su doble valva de seda y peluche acariciadora. Aquí no está el arte; es decir, es un arte delicioso aunque apicotillado, vulgarizado, el único que está al alcance de un poeta, pero en el que no puede parar mientes un Califa de Bagdad. Aquí en esta otra sala, hay objetos de arte verdadero: vagillas viejas de plata, estatuillas de oro, admirablemente forjadas, reliquias ricas de grandes hombres, de Jorge Washington, sobre todo; están los espléndidos vasos de porcelana y cristal que valieron á esta casa las primeras medallas de la última exposición de París, enormes flores caprichosas en que parece circular una densa savia de vida y de color.—Un espectáculo sugestivo; en grandes tazas de cristal montones de diamantes, de rubíes, de esmeraldas, de zafiros, que se yo, de esos fragmentos de materias transparentes que caen como lluvias de estrellas *filantes* en los ensueños de las mujeres y que Eva vió lucir por vez primera en los ojos de la serpiente del Paraíso. Es una voluptuosidad muy distinguida esta de cojer un puñado de diamantes rojos que representa una fortuna, y dejarlos caer por entre los dedos en gotas de luz de aurora y apagarse en un pequeño lago hirviente con relampagueos de sangre y reflejos de sonrisa de mujer joven. ¡Y como quisiera uno llevárselo todo, nada se lleva!

Tome usted esta jaula de oro y seda; descúbrase usted, una guapa señora envuelta en pieles nos acompaña, y visite usted los diversos pisos; el de las estátuas y figurinas de todos los mármoles, de todos los metales, de todas las pastas; el de los vasos, de los relojes, de las vajillas. ¿Qué se yo? ¡Cuánta *bisutería* ideal; cómo rebosaban los escaparates y las credencias de artefactos bonitos, y alguna vez bellos y siempre interesantes! Todo es una tentación, una provocación, un inapagable fuego artificial del industrialismo artístico, una *feeria*, como habría dicho el pobre Pancho Schiaffino, un vaporizador de diamantes en las nubes. Todos los talleres de Europa han mandado aquí sus más ricas muestras...... y las más caras. En los anaqueles de una monumental vitrina acerté á descubrir un vaso cúbico de Gallé, el gran poeta del cristal. ¡Qué precio! El Califato de Bagdad, aun cuando hubiera sido administrado por el taumaturgo Limantour, habría quebrado comprando unos cuantos cacharros de éstos, que parecen flores de un país de brujas, vitrificadas en una noche de aquelarre. Pero qué forma, qué matices, y qué armonía entre matices y forma! Dichosos quienes puedan llenar sus vasares y sus retretes con cristales y maderas esculpidas de Gallé; de ellos es, en la Tierra, el reino de los cielos.

Hablando en serio y dejando á un lado los califatos de «las mil y una noches» no me perdonaría el no haber expresado mi admiración por el gusto y explendor de estos salones de la casa Tiffany y por sus admirables talleres de cristalería y esmalte. Para visitarlos basta, en primer lugar, saber admirar como yo, que todo lo admiro, hasta la bisutería, hasta las cháchara de oro falso y los *bibelotes* de exportación, con tal que juegue en ellos un reflejo aunque lejano, del sol del arte; y, en segundo lugar, (y ésto no gustaría á los amables jefes de la casa) no llevar dinero, también como yo, por varias razones. Con no llevar dinero lo ve uno todo y lo saborea todo sin la angustia y el tormento de tener que elejir por valor de mil pesos cuando comodamente puede escogerse por valor de cien mil. De los productos de la casa, de lo no importado, lo que más me gustó fué, la colección de floreros formados cada uno de un cáliz inmenso de cristal de colores indefinibles de mágicos visos y que en las salas americanas se ponen sobre el piso y se coronan de crisantemas y de peonias, y los vasos de formas extrañas como las de las flores asiáticas y de reflejos metálicos. El cristal es tan puro que, llenos de agua limpia, parecen vacíos y la luz arranca de sus vientres redondos, de sus cuellos císnicos, de sus azas elegantes y puras, no se qué llamaradas de oro, no se qué cambiantes y tornasoles suavísimos y exquisitos; aquello es el triunfo del matiz, es la poesía en cristal de los decadentes, cuando son poetas; aquello no es el color, es

la nuance!
¡Oh! la nuance seule fiance
le rêve au rêve et la flûte au cor,

***

En una tarde como ésta en que la lluvia ha lavado el humo de la atmósfera y el claro azul polar del cielo, después de la fuga de las nubes, impregnado del oro muerto de un ocaso de otoño, parece un domo de cristal metálico, como los de Tiffany, es un punto de vista incomparable la estación del *Elevado*, cercana á *Unión Square*, en el punto en que el ferrocarril aereo corta la Calle Catorce. En toda la extensión de la calle, hasta donde la vista alcanza, corre ondeante y rumoroso un doble río de plumas, de sedas, de armiños, de todos los azules, de todos los grises, de todos los blancos, de todos los púpuras, de todos los negros; aquella policromía que hace en la vista el efecto de una larga caricia de terciopelo y besa los oidos con el interminable frufrú de las sedas que se tocan y de las risas que se encienden en las bocas en flor de lás razas sanguineas, da un atractivo paralizador al espectáculo; no quisiera uno dejar de ver.

Fuimos á ver más de cerca y nos mezclamos á aquellas dos ó tres mil mujeres, casi todas elegantes, que *tendéan* como aquí dicen, en los lujosos almacenes de la Calle Catorce. Se cuenta en N. York que un abogado mexicano, muy serio y muy devoto, decía á un compatriota que lo veía vagar frente á los templos protestantes ó católicos, un domingo en la Quinta Avenida: estoy buscando una mujer fea.—Probablemente no todas estas mujeres que recorren la Calle Catorce tan ligeras, tan risueñas, tan jovenes, tan elegantes, tan fuera de la idea que nosotros nos formamos de la *yankee*, por los ejempleres enórmes, desváídos, anémicos y de espejuelos que suelen llegarnos del Oeste, probablemente, decimos, no todas son bonitas, ni tienen todas el porte parisiense, ni...... Pero lo parecen. Es una multitud cosmopolita en que campean

los productos de todas las latitudes y de todos los cruzamientos, rebosando fuerza y savia, saturada de caldo rojo de roas beef, y de jugo dorado de uva y de calor psíquico de te que la excita y la lanza al través de este aire frío que busca la tez para morderla tras el velo de punto, es una multitud semi enloquecida por el aspecto de los artículos de lujo, que tiene una fisonomía colectiva, hermosa, gallarda y brava.

Pararse, cosa muy mexicana; aquí nadie se para, yo no conozco parados en las calles de N. York mas que á Washington en las gradas de la Sub-Tesorería en Wal-St., al general Lafayette por aquí cerca y al gran periodista Horace Greeley en una de estas esquinas agudas que forman Broadway y las Avenidas; dicen que Franklin, un admirable y fastidioso grande hombre, Lincoln, el supremo leñador que hizo leña de la esclavitud, y el heróico condotiero Garibaldi, están parados, por ahí también; pero para lograrlo han necesitado ser de bronce, si no, los habrían obligado á andar ó a meterse en un jardín cualquiera. Pararse, decía yo, junto á la inmensa vidriera de un aparador de éstos, tras de la cual se amontonan y desmoronan las pirámides de pieles ricas, de sedas, de peluches, de encajes, en una decoración multiplicadora de espejos de inverosímil tamaño, y ver pasar aquella interminable teoría, de mujeres crujientes y perfumadas bajo sus plumones de avestruz ó de feider, de ojos encendidos como gemas vivas, de bocas entreabiertas, y todas ellas entre un relampagueo de raso y terciopelo reflejado, como un vuelo de pájaros en el agua, por el cristal del escaparate próximo, es un impagable espectáculo, es un codeo voluptuoso con la civilización vestida con el arlequinesco traje de la moda y sacudiendo los cascabeles de oro, ebria de lujo y de placer.

***

Estos *yankees* se pagan unos gustos capaces de hacer estremecer de envidia en sus tumbas académicas á todos los puercos de la piara de Epicuro de Grecia y Roma, entre quienes descollaba el poeta favorito de los antiguos magistrados, de las antiguas supremas cortes de justicia, *el Venusino*, como se le llamaba siempre al gotoso y divino Horacio. Sí, les daría envidia esto de ingurgitar, como lo hacíamos mi compañero y yo una cantidad respetable de ostras de N. York (*blue points*) regadas por un autentico y caro y deleitosamente acidulado vino del Rhin, en *Hoffman house*, una regia taberna en esta ciudad en que las tabernas son tan lujosas como los gabinetes dentales. Figúrense nuestros lectores que cuando nos repantigamos frente á las ostras consabidas, habíamos admirado, colgados en los muros de este emporio de la cerveza y de el *manhattan-coktail*, algunos cuadros bellísimos de la antigua escuela italiana y que, delante de nosotros, en un altar de plantas exóticas, rodeado de guirnaldas de las flores eléctricas de Edison, brillaba un gran cuadro de Bouguereau, primoroso, indefecto, un poco sordo y marfilino de colorido, *las ninfas y el sátiro*, y entre una y otra docena de estos delicados moluscos, que aquí echan á perder con una salsa blanca que sabe á yodo, observabamos cuán agradable y hermoso es todo en el famoso maestro francés: plantas, mujeres desnudas, lontananzas húmidas y sombrosas, agua transparente, movimiento admirable del gran orangután cornudo, con patas de chivo y rostro de viejo lúbrico que se deja arrastrar al estanque por las ninfas traviesas y reidoras; todo es encantador, todo bonito y poco después empalagoso......... ¿Por qué es empalagoso? No lo quiero decir y eso que soy terriblemente dulcero; ésto me empalaga. ¿La razón? No me lo pregunteis, os digo, por que lo ignoro.

Cuando regresamos á nuestro hotel encontré algunas amables invitaciones, una entre ellas, del señor general Fr., tan conocido en la sociedad elegante de México; pero ¡ay! tenia tanto cansancio en los pies, tanto grillo en la cabeza y tan poco inglés en la punta de la lengua que...... aprovecho esta oportunidad para darles las más repetidas gracias.

Justo Sierra.

MONUMENTO A LOS HEROES SIN NOMBRE

La idea es bella, es justa, y hace recordar la estrofa del poeta: dirigida á esos héroes sin nombre.

La ingratitud de vuestro sino aterra
la musa de los himnos elegiacos;
en las cruentas labores de la guerra
sembradora de lauros, fuisteis sacos
de estiércol, ¡ay! para abonar la tierra.

Para los héroes sin nombre de México, florece, empero, la gratitud.

A iniciativa del señor General don Francisco O. Arce, se levantará en su honor un monumento, cuya ilustración damos; su parte artística está á cargo del escultor Enrique Alciati, y su costo sera de $55,000. Esta cantidad está reunida y para la erección se aprovechará la base del monumento que con distinto objeto iba á levantarse en Bucareli.

El señor General Arce cuenta con el apoyo del señor Presidente y de otros distinguidos personajes.

NUESTRO FOLLETIN

Con este número acompañamos la primera parte de

"EL DINERO DE LOS OTROS"

novela cuya segúnda parte repartiremos con el próximo número, formando el todo la prima correspondiente á Junio.



Monumento á los héroes sin nombre.

Para mí la naturaleza es enemiga, el campo me parece mortuorio. Esa tierra verde me parece un grande cementerio que espera. Esa hierba pace al hombre. Esos árboles crecen y verdeguean de lo que muere. Ese sol que luce tan claro, impasible y pacífico, es el gran putrefactor. Arboles, agua, cielo, todo eso me hace el efecto de una concesión á perpetuidad en que el jardinero renovará un poco las flores en Primavera.

Italia tiene la melancolía de una ciudad del pasado. Sus hombres, sus mujeres, sus monumentos, tienen líneas de historia antigua. Las casas os miran como de las lejanías de un recuerdo. Todo lo viviente que se ve, tiene el aspecto de haber vivido ya Y aquí y acullá hermosos y grandes ojos alumbrados por la *malaria* y semejantes á esos lagos donde confusamente, en el fondo, se divisan sombras de ciudades muertas.

E. Y J. DE GONCOURT.



HACIA EL POLO

POR

FRIDTJOF NANSEN.

Traducción para "EL MUNDO."—Ilustraciones tomadas de las fotografías hechas en el curso de la expedición.



Fridtjof Nansen y su esposa Eva.



El "Fram," después de las presiones de hielo de Enero de 1895.

LA PRIMAVERA Y EL ESTÍO DE 1894.[1]

A juzgar por los primeros meses de la derivación, la permanencia del *Fram* entre los hielos polares, prometía estar casi completamente exenta de aventuras sensacionales y de episodios dramáticos. Lo más frecuentemente. Nansen se felicitaba; pero algunas veces lo deploraba. «Tengo casi verguenza, escribía el 28 de Diciembre de 1893, de la vida que llevamos, al abrigo de los sufrimientos de la larga noche invernal que se pinta con los más sombríos colores, y sin los cuales una expedición ártica, carece por completo de refinamiento; á nuestra vuelta, nada tendremos que contar......» Más esta queja era injusta: Nansen no podía desconocer que al contrario, sería su gloria llevar á buen fin su expedición por la sola infatibilidad de sus previsiones—sinó de sus cálculos— y no en triunfo, día por día, de dificultades imprevistas.

Había tenido, al confiarse voluntariamente á los bancos, terror de los marinos, cementerio de tantos buques, tanto heroismo como los predecesores de Fridtjof Nansen no habían desplegado jamás, para huir ante ellos, luchando al mismo tiempo, brazo á brazo contra los peligros indomables que temerariamente habían abordado.

Aun los héroes imaginarios de Julio Verne, cuando se encerraban en una bala enorme que un formidable cañonazo debía, á través del espacio, enviar matemáticamente á la luna, apenas si emprendían un viaje más extraño que la tripulación del *Fram* cuando éste, por su plena voluntad había penetrado entre las mandíbulas del hielo siempre listas á devorar y á cerrarse de nuevo, á fin de ser llevado por ellas hasta el polo Norte.

Tanto como el éxito final, la seguridad durante toda la derivación, debía pues ser la justificación de la audacia razonada de Nansen. Pero él no hubiera sido hombre de acción si no se hubiera quejado alguna vez de que...... la desposada fuese demasiado bella,—el *Fram* sobrado confortable, la alimentación, sobrado suculenta, los osos blancos demasiado útiles—y no lo atormentase la impaciencia de ir muy presto hacia adelante. Algunos días después de haber escrito en su diario esta frase un poco *splinítica*. «......... A nuestra vuelta nada tendremos que contar...» se formulaba á sí mismo por primera vez el gran proyecto que comenzaba á acosarlo. «Peter Henriksen y yo hemos dado un largo paseo en la dirección del N. N. E. El hielo estaba liso y plano, perfecto para el trineo; cuanto más avanzábamos hacia el Norte, mejor estaba...... *Sería posible con perros y trineos ir sobre este hielo hasta el polo*, á condición de abandonar el buque sin esperanza de volver á encontrarlo, y de batirse en retirada cuando llegase el momento del retorno, en la dirección de la tierra de Francisco-José, del Spitsberg ó de Groenlandia. Podría casi decirse que para dos hombres la expedición sería fácil. Pero había que precipitarse mucho para emprenderla en la primavera próxima, antes de saber qué suerte de derivación nos reserva el estío. Y además, reflexionando, me pregunto si obraría yo bien abandonando á los otros. Imagínese mi vuelta sin ellos al país! Sin embargo, para explorar las regiones desconocidas del polo, es para lo que yo he venido aquí, para esta exploración es para lo que el pueblo noruego ha dado su dinero: es incontestable que mi primer deber es intentarlo todo para alcanzar ese fin. Yo debo conceder un crédito un poco más largo al «plan de derivación;» pero si nos lleva en una falsa dirección, ya no se podrá ensayar la otra, y llegue quien pueda.»

Nueve años habían sido consagrados por Nansen á madurar su plan de expedición polar, nacido de todas las deducciones lógicas. Durante todo el año de 1894, pesó él el pro y el contra de este proyecto de marcha en trineo hacia el polo, nacido de las circunstancias, y del cual, la primavera de 1895 debía ver la ejecución.

«*Abril de 1894*.—...... He aquí que ha llegado la estación que en el país llamamos la primavera, la estación de la alegría, de la savia y de los brotes, —en que la naturaleza se despierta después de su largo sueño invernal...... Las puertas y las ventanas, están allá, abiertas cuan grandes son, al aire y al sol primaverales......... Nadie puede ya permanecer en reposo y quiera ó no quiera, cada uno se siente impulsado hacia afuera para aspirar á pulmón pleno los efluvios de las selvas y de los campos; el buen olor de la tierra fecunda frescamente removida, y para ver el *fjord*, libre de hielos, relampaguear ante el sol...... —Más aquí los rayos del sol no caen ni sobre bosques ni sobre montañas ni sobre valles: no iluminan más que la blancura deslumbradora de la nieve recién caída. Apenas invita ese astro á salir del retiro donde se pasa el invierno......... Yo no siento ninguna de las impaciencias de la primavera y vivo confinado en la concha de caracol de mis trabajos......»

Desde el principió de la primavera, Nansen y sus compañeros tuvieron la satisfacción de comprobar que el progreso de la derivación del *Fram* era un poco menos lento que durante la invernada. Pero en suma, se trataba siempre del mismo género de locomoción. El *Fram* avanzaba á la manera de un cangrejo. Cada vez que había sido impulsado de lleno hacía el Norte, seguía una reculada. Era esta, si hemos de creer la ingeniosa explicación del mecánico Amundsen, político en sus horas perdidas, una lucha perpetua entre la Izquierda y la Derecha, entre los Progresistas y los Reaccionarios. Cuando el viento Progresista, el viento de la extrema Izquierda, soplaba, él *Fram* derivaba soberbiamente en la dirección del Norte; pero he aquí que la extrema Derecha tomaba la barra, y el navío permanecía en su sitio, á menos que no retrocediese, con gran desesperación de Amundsen.

Detalle sobrado singular: durante toda la derivación, la proa del *Fram* estuvo vuelta hacia el sur. «Iba á reculones, dice Nansen, hacia el Norte, donde estaba su fin, con la nariz dirigida siempre hacia el sur. Parecía rehusarse á poner más distancia entre él y el mundo habitado; y se hubiese dicho que suspiraba por las playas meridionales, en tanto que una potencia invisible lo arrastraba á lo desconocido......»

El primero de Mayo, el *Fram* estaba á los 80° 46′ de latitud norte. Al fin de Junio, había alcanzada el 81° 52′. Pero entonces sopló un viento de *reacción*, según la expresión del político Amundsen, y, al fin del estío, el 5 de Septiembre, el buque se volvió á encontrar á los 81° 14′ después de haber recorrido desde el principio del mes de Mayo, más de seis grados de longitud del Este al Oeste.

Lo mismo que en el invierno, el *Fram* y el hielo que lo llevaba habían, durante este periodo, obedecido á los vientos.

Descepcionado en sus esperanzas de derivación regular, Nansen había tratado largo tiempo de explicar la resistencia que parecían experimentar los bancos, y las reacciones y los impulsos que recibían, por la existencia de una tierra más septentrional que todas las halladas antes de él en esos parajes.

Tras diversas investigaciones creyó reconocer, por signos repetidos, que esta tierra estaba próxima; muchas veces el vigía señaló su apariencia; pero jamás ninguno de los indicios que á bordo habían parecido grandes comprobantes, se verificó, y bien pronto se modificó la forma de las nubes que habían revestido un instante, en el horizonte, el aspecto de una ribera lejana.

Al contrario, un hecho positivo indicaba de la manera más absoluta, que si había una tierra al norte, no podía estar próxima. Convencido antes de su partida de que el mar polar era uniformemente poco profundo, Nansen, ya se sabe, no se había provisto de cuerdas de sonda de una gran longitud. Ahora bien, desde la entrada del *Fram* en los bancos, no había podido, con los medios de que disponía, encontrar el fondo. Se decidió pues, al fin del invierno, á sacrificar uno de los cables de acero del navío para hacer una sonda de las dimensiones necesarias. No faltaba el espacio en el hielo para establecer una cordelería. El cable fué desmadejado—con una temperatura de 30 á 40 grados de frío, la manipulación era de las menos agradables—y fué obtenida una cuerda flexible y delgada de 4 á 5,000 metros. Desde entonces Nansen pudo hacer efectuar los sondeos y no cesó de encontrar profundidades superiores á 3,300 metros, llegando á veces hasta 3,900. Era difícil esperar para lo de adelante encontrar una tierra.

Con facilidad se imaginará que el hielo polar es susceptible de aumentar indefinidamente de espesor por el sólo efecto de la congelación sucesiva de las capas de agua; se extrañará, pues, que el espesor extremo alcanzado por la sola congelación y medido por Nansen, fué de 3 m. 17. Hecho más curioso aún es que tal máximum fué notado con fecha 10 de Agosto, en pleno estío: en efecto, en tanto que el viejo hielo se funde en la superficie, el agua dulce proveniente de las nieves corre por todas las hendiduras, se instala por efecto de su menor densidad, sobre el agua salada, se congela y forma bajo la antigua una nueva capa de hielo.

Si los bancos alcanzan, sin embargo, un espesor frecuentemente mucho más considerable, hay que atribuirlo á los efectos de las presiones que detienen los hielos. Cuando se superponen muchas capas, viene la helada que forma del todo una masa compacta, en la cual es imposible encontrar la huella de formaciones diferentes; eso era lo que se había producido en el *Fram*.

......Pero lo que apasionaba á Nansen más que todas las otras investigaciones, era el estudio microscópico de un mundo nuevo, el de las plantas y de los animálculos que descubría en todos los depósitos de agua dulce, formados sobre los bancos por la fusión de las nieves.

«Desde la mañana hasta la noche y de la noche á la mañana, me absorbo en mis contemplaciones microscópicas y no veo á nadie alrededor de mí. Vivo con esos seres minúsculos en su universo aparte, donde nacen y mueren, generación tras generación, donde se persiguen sin descanso en su lucha por la vida y donde sus amores están hechos de las mismas sensaciones, de los mismos sufrimientos y de las mismas alegrías que los amores de todos los seres vivientes, desde ellos, los infinitamente rudimentarios, hasta el hombre. Preservarse, propagar se, esta es la historia universal...... Sus luchas no son menores que las nuestras, y, en cuanto al amor, veo con qué pasión se buscan! Con todas las células de nuestros cerebros, nosotros no lo sentimos más fuertemente que ellos.........»

LOS BANCOS DURANTE EL ESTÍO.

Largas y frecuentes excursiones eran emprendidas por el doctor Blessing, en busca de algas; y por el doctor Nansen que, por ocupado que estuviese con sus trabajos científicos del momento, pensaba sin cesar en el porvenir. El porvenir era el viaje en trineo que proyectaba para el año siguiente. Seguir las transformaciones de la superficie del hielo, en el curso de la primavera y del estío, era pues del más alto interés, para él que, en la próxima primavera, contaba con lanzarse sobre aquel hielo á la conquista del Polo.

Durante el mes de Abril, los bancos fueron excepcionalmente practicables para los trineos y para los hombres provistos de raquetas. En Mayo se produjeron numerosas rupturas por el viento, y dieron nacimiento á otros tantos canales ó grietas en la superficie de los cuales, elevándose progresivamente la temperatura, el hielo no se reformaba sino más y más lentamente y cada vez menos completamente. En Junio la superficie púsose muy mala. Por donde quiera había agua, sobre todo al Sur y al Oeste. Si un accidente sobrevenía por desgracia al buque en ese momento, la retirada hubiera sido casi imposible. Pero quién pensaba en la eventualidad de una retirada?...... «Ninguno de nuestros hombres, dice Nansen con admiración, se alarma de sumergirse siempre más en el Norte y en lo desconocido. Cuando somos arrojados al Sur ó demasiado al Oeste, es cuando se ponen tristes; pero si marchamos rectos hacia el Norte, radian de placer: *cuanto más lejos, mejor*. Sin embargo, ninguno de ellos ignora que esta es una cuestión de vida ó muerte, si como casi todo el mundo lo ha predicho, el *Fram* se rompe ó se desliza—como le pasó á la *Jeannette*» sin que nos sea posible salvar las provisiones suficientes para continuar la derivación sobre los bancos. Tendríamos entonces que dirijirnos hacia el Sur, y poca duda cabría sobre nuestra suerte. La *Jeannette* se perdió á los 77° Norte, y se sabe ya lo que fué de la tripulación. En nuestro caso, la tierra más proxima está á una distancia incomparablemente más grande que el suyo. Estamos á más de 70 millas del cabo Tcheliouskine por no decir nada de nuestro alejamiento de toda la tierra habitada.........

«Pero el *Fram* no será destrozado y nadie cree aquí en la posibilidad de un acontecimiento semejante. Estamos como el remador en un kayak; él sabe bien que un falso golpe de canalete bastaría para hacerlo zozobrar, y enviarlo á la eternidad: sin embargo, prosigue sereno su camino, porque sabe que no dará ese falso golpe de canalete......»

Al principio de Julio, una presión demasiado fuerte se produjo como para recordar á Nansen que fué en el corazón del estío, en Junio, cuando se rompió la *Jeannette*. Al mismo tiempo, la superficie del hielo empeoró aún: se hundían hasta medio cuerpo en la nieve, fundida á medias, el mismo *ski* y las raquetas no bastaban á sostener á aquellos que se aventuraban. Solo con la fusión completa de la nieve, sobrevenida á fines del mes, los bancos, desembarazados, quedaron propios para la circulación.

En todas las depresiones del hielo formáronse entonces grandes mares de agua dulce, casi estanques. El *Fram* estaba rodeado de ellos. Había uno á estribor, demasiado grande para permitir excursiones en lancha, al remo ó á la vela. Esta fué la diversión de las veladas—esas veladas del estío polar que no tienen noche. ¡A bordo de la embarcación que había quedado á flote, el estado mayor era completo: capitán, segundo, cuartel maestre—pero nada de simples marineros. De pie, al borde del pequeño lago, los «compañeros del *Fram*» y Nansen, el primero, se divertían en bombardear el Océano y los chapoteos de las pequeñas olas eran un eco alegre para los oídos de esos hombres, á quienes recordaban los *fjords* azules y los lagos de Noruega, de ondas rizadas en estío por los vientos ligeros. Una mañana, la consternación fué general: el estanque estaba seco. Habíase producido una grieta en el fondo de su lecho de hielo, y el agua dulce había huido hasta la última gota.

Además de estos depósitos llenos por la fuente de la nieve, los bancos se abrían en todos sentidos en grietas más ó menos profundas. Estos canales no eran demasiado amplios para dar paso al *Fram*, y por otra parte no eran demasiado extensos para llevarlo á más de algunos cables más al Norte. Fué, sin embargo, durante algunas semanas una esperanza común á todos los miembros de la expedición, salvo Sverdrup y Nansen, de que antes del otoño el mar estaría libre y el *Fram* á flote.

«En cuanto á mí, dijo Nansen, deseo solamente, á la inversa de todos los viajeros que me han precedido, que el hielo permanezca suficientemente coherente y que se apresure á derivar hasta el Norte. Todo depende en este mundo del partido al cual se resuelve uno. El que parte con intención de ir á la vela en mar libre hasta el polo, se lamenta de estar bloqueado por los hielos, más el que se ha preparado para el aprisionamiento en los bancos, no murmurará lo mismo si se encuentra con el agua potable: es siempre preferible tener el mínimum de exigencias y de deseos; quien pide lo menos, obtiene frecuentemente lo más.»

LOS PERROS DEL «FRAM»

Antes que Nansen se hubiese decidido á servirse de ellos para alcanzar un impulso más hacia el Polo, los perros, considerados unicamente como auxiliadores de una retirada improbable, eran sin embargo ya, por su parte, objeto de una solicitud especial. Desde el día en que él vió en ellos los indispensables instrumentos de la realización de su nuevo plan, le interesaron más particularmente aún. En ellos estaban fundadas todas sus esperanzas. No los perdía de vista, y á cada paso se encuentran en su diario notas relativas á su instalación, á su cultivo y á su medro.

LOS MENUDOS INCIDENTES DE LA VIDA ESTIVAL

La visita de volátiles numerosos y variados, había sido el gran acontecimiento del estío. La gaviota de Ross es el pájaro raro—en el sentido propio de la palabra—de las regiones polares. El 3 de Agosto, Nansen tuvo la suerte de matar tres ejemplares en un solo día...... «Este raro y misterioso habitante del desconocido Norte que no se percibe sino por casualidad, y de quien nadie sabe de dónde viene ni á donde va...... desde que llegó á estos parajes fué perseguido por mí sin tregua, cuando mis ojos erraban sobre la soledad de los espacios helados. Y he aquí que se me ha aparecido cuando yo menos lo esperaba......»

Menos entusiastas por las gaviotas raras, las plantas y los seres microscópicos, los compañeros de Fridtjof Nansen tenían otros placeres—en los cuales el jefe de la expedición no dejaba por lo demás de tomar parte; largos partidos de cartas en el puente, concursos de tiro, y sobre todo celebración de las fiestas y de los aniversarios, —ocasiones estas de regocijo, tanto más frecuentes cuanto que no se dejaban pasar los aniversarios nuevos, tales como la partida del *Fram*, el paso del cabo Tcheliouskine, la entrada en los bancos, etc.

La fiesta nacional del 17 de Mayo (aniversario de la constitución) dió lugar á manifestaciones tales como de seguro no se habían visto jamás en el 81° de latitud: despertáronse al són del órgano; comieron salmón ahumado, lengua de buey, etc; moños de cinta fueron enarbolados por cada uno, aun por el viejo Suggen, el decano de los perros, que mostraba uno en la cola...... á las 11 procesión, á banderas desplegadas, con Nansen á la cabeza agitando el pabellón noruego, «puro» es decir, sin el signo de la unión con la Suecia. (los 50 grados de frío del invierno no habían resfriado las convicciones políticas de la tripulación del *Fram*,)...... Esta procesión era el *clou* de la fiesta: la gran flámula del *Fram* estaba fijada á una asta que mantenía Sverdrup; Johansen y su acordeón, en un trinéo que conducía Mogstad, representaban el carro de la música; Jacobsen y Henriksen llevaban fusiles y harpones; Amundsen y Nordahl, banderas rojas; el doctor Blessing, seguía con una bandera de manifestante, reclamando un día de trabajo normal—bandera que consistía en un jersey de lana con las letras *N. A.* (1) bordadas sobre el pecho: al cabo de un largo palo y que era de un bellísimo efecto. Juell llevaba las cacerolas sobre las espaldas y los meteorologistas cerraban la marcha con un gran escudo de armas de fierro blanco, atravesado por una banda roja sobre la cual se distinguían estas letras: Al. St. significando en noruego: Sufragio Universal.

Este cortejo imponente dió por dos ó tres veces la vuelta al navío; los mismos perros marchaban gravemente, como si jamás hubiesen hecho otra cosa. Cuando volvieron á bordo, un saludo formidable (seis tiros de fusil sucesivos) retembló y tuvo por principal efecto asustar á los perros, media docena de los cuales huyeron á esconderse detrás de los *hummok* y los amontonamientos de hielos, donde estuvieron escondidos durante muchas horas...... Mas ya toda la compañía estaba instalada en la mesa para el festín que tuvo un *menú* espléndido con intermedios musicales. En una palabra, fué aquel un 17 de Mayo muy alegre.

En seguida vino la fiesta de San Juan, pero fué triste.... «La víspera de San Juan, escribe Nansen, habríamos debido encender, según la costumbre, un fuego de alegría; mas consultando mi diario no me parece que hayamos tenido el viento conveniente...........» Acaso también faltaba la leña......... «Hemos visto muchas veladas de San Juan

(1) *Normal Arbeidsdage*: día de trabajo normal: reclamación fundada de un médico que jamás tenía que hacer.



Un sondeo de 3,850 metros.



El "Fram" en agua libre

bajo cielos diversos, pero nunca semejante á esta. Tan lejos, lejos de todos aquellos á quienes se reune en esa noche! Pienso en la alegría que reina al rededor de los fuegos alegres, allá, lejos, en el país; oigo el reclame de los violines, las carcajadas, las salvas de fusilería, los ecos repercutidos por las montañas empurpuradas. Después miro alrededor de mí esta extensión sin límites, blanca en medio de la bruma y la escarcha, y escucho el silbido del viento.

«La fiesta de San Juan ha pasado; se enlazan de nuevo los días y de nuevo la larga noche de invierno comienza á aproximarse: acaso nos encuentre tan avanzados como nos dejó.

«.........Y yo deseo casi la vuelta de la noche polar con su mundo feerico de estrellas, sus luces boreales y el brillo de la luna en el profundo silencio......... El día eterno me obsesiona y me oprime.

«La paz de la vida ha sido encontrada, se dice, por los santos en el desierto. Aquí es un desierto también; pero la paz yo no la conozco: supongo que lo que falta es la santidad.»

Era sobre todo la ocasión de obrar la que faltaba á Nansen......... «Con qué alegría, dice, me lanzara en medio de la vida real, para abrirme un camino sobre el hielo y el mar, con trineos, buques y kayaks! Es bien cierto que es facil vivir una vida de batalla; pero aquí no hay tempestad ni batallas; y yo suspiro por ellas.........»

Sin embargo, sin que Nansen hubiese aún confiado sus proyectos á sus compañeros salvo algunas palabras dichas á Sverdrup, todo se preparaba, así para una expedición posible como en previsión de las eventualidades que hicieran necesario el abandono del navío. Los trineos de mano, semejantes á juguetes de niños, y ligeros como ellos, habían sido visitados y reparados con esmero; los kayaks, recubiertos de piel ó de lona de vela, fáciles de transportar sobre el hielo en caso de retirada sobre los trineos de mano que se estiran á retaguardia, habían sido construidos, lo mismo que los trineos de perros.

—«Siento, escribía Nansen—que tenemos, ó mejor dicho, que tendremos todo lo que es necesario para una retirada brillante. Yo desearía de buen grado la derrota, la derrota decisiva, á fin de poder mostrar qué recursos poseemos y poner fin á esta fatigosa inacción.»

Pasaba el tiempo en estos preparativos y Nansen no podia menos que admirar la serena confianza y la resistencia de sus compañeros. Una noche, al fin del estío, platicaba con Peterson el herrero. Los dos discurrían acerca de lo que harían cuando estuviesen de vuelta en el país.

—«Oh! vos, decía Lars Petterson, ireis al Polo Sur!

—Y vos, replicaba Nansen, levantaréis vuestras mangas y os pondréis á trabajar?

—Muy probablemente; solo que querría antes tomarme una semana de vacaciones. Después de un viaje tal, tendría necesidad de ellas, antes de ponerme de nuevo al yunque.

LA SEGUNDA INVERNADA

Sucediánse las estaciónes y el partido de Nansen estaba tomado: al fin del invierno de 1894-95 dejaría el *Fram*, con los perros, los trineos y los kayaks y marcharía tan lejos cuanto posible fuese hacia el polo.

—«Esto es pura vanidad—se decía—juego de niños, en comparación de lo que hacemos y de lo que esperamos hacer; más á pesar de todo debo confesar que soy demasiado loco para ensayar la llegada al polo durante el tiempo de que dispongo.»

El 22 de Septiembre hacía justamente un año que el *Fram* había sido amarrado á los bancos que ya no había dejado. Había sido sacudido un poco por las presiones, se había hundido un poco en el estío, más en suma, ahí estaba siempre: y bancos y navío, los unos llevando siempre al otro, habían en definitiva recorrido, durante el año trascurrido, no flaca parte de camino. Que distancia exactamente? Esto es lo que Scott-Hansen estableció levantando una carta del viaje efectuado.

Del 22 de Septiembre de 1893 á la fecha correspondiente en 1894, la derivación había sido de 189 millas, ó 3° 9′ de latitud. Pero á contar del punto más meridional alcanzado en el momento de la gran reculada del *Fram* el 7 de Noviembre de 1893 hasta el más septentrional alcanzado en el curso del estío, la derivación era de 189 millas ó sean 5° 5′.

Del Sur al Norte el *Fram* había ganado cuatro grados plenos, de 77° 43′ á 81° 63′. Continuando la línea de esta derivación, se testificaba que había cortado la tierra del Noreste del Spitzberg, después de haber sobrepasado un poco el 81° por 75° de longitud Este al N. N. E. de la tierra de Francisco José. (1)

A razón de 305 millas por año, se necesitarían dos años siete meses para recorrer esta distancia: en dos años siete meses el *Fram* volvería á encontrar el agua libre. Pero diversas consideraciones permitían á Nansen esperar que la línea general de la derivación, se corregiría un poco hacia el Norte y que el desplazamiento sería un poco más rápido: de suerte que el *Fram* podría llegar hasta el 85° y estar de vuelta en Noruega dentro de dos años.

Pasando así las cosas, estaba demostrada la hipótesis de Nansen y su plan realizado con una exactitud rigurosa......

(1) Ver la carta publicada en el número anterior.



Nansen de paseo sobre los bancos.

En realidad iban á pasar así.

Dejar al *Fram* seguir triunfalmente el camino que se le había asignado metódicamente, dejar á sus compañeros proseguir las observaciones científicas que juntos habían emprendido, y con uno solo de entre ellos, intentar una marcha rápida y directa hacia el Polo mismo ó hacia su vecindad inmediata, he aquí lo que Nansen quería hacer.

Además de la expedición del *Fram* que en algún modo tenía menos atractivo para él desde que el éxito le parecía seguro, quería una segunda expedición, más semejante á las exploraciones árticas anteriores, más aventurada pero preparada con el mismo sentido práctico con el mismo cuidado por los menores detalles de organización que la primera.

La segunda invernada del *Fram* fué consagrada á organizar la expedición nueva.

«*Jueves 4 de Octubre*—...... Un estado de ánimo muy satisfactorio reina á bordo en el momento en que entramos en nuestra segunda noche ártica, que será, debemos esperarlo, (1) más larga y más fría que todas las que otros viajeros han pasado antes que nosotros. La luz declina cada día, bien pronto habrá desparecido; pero el buen humor no se desvanece con el día. Paréceme que nos hallamos más uniformemente satisfechos que lo hemos estado hasta el presente. No sabré decir la razón: acaso la costumbre. Debo manifestar también que nadamos en la abundancia del bienestar......... Tenemos petróleo para diez años, sin privarnos de luz, y lo que podemos quemar de carbón en la chimenea del salón, será una bagatela con relación á las cien toneladas que poseemos y de las cuales haremos uso al encontrar de nuevo la mar libre...... Tendremos más calor este invierno, porque hemos arrojado una tienda sobre el *Fram*, cuya popa sólo está descubierta.........

«*Martes 10 de Octubre* —Cumplo *exactamente treinta y tres años*.

Qué decir, si no que la vida huye y no vuelve jamás sobre sus pasos? Todos me han festejado ahora con una solicitud que conmueve. El navío estaba empavesado y cuando entré al salón, ellos me expresaron calurosos votos...... El termómetro marca esta noche 31° centígrados: Este es seguramente el más frío aniversario que yo haya tenido jamás. Comida suntuosa.........

«*Domingo 31 de Octubre*.—......Un gran banquete ha celebrado el ochenta y dos grado. *Menú* explendido........ Después de la cena, exquisita como la comida, pedimos música, que nos fué otorgada liberalmente toda la velada, por los artistas hábiles en el órgano. Bentzen se distinguió especialmente, habiéndole dado sus recientes experimentos con la manivela de la cuerda de sonda, un buen mecanismo. Por instantes, la música se arrastraba un poco cual si subiese de un abismo de 1,000 á 1,500 brazas; después se avivaba y alegraba como si hubiese llegado muy cerca de la superficie. Al fin el entusiasmo fué tal, que Peterson y yo nos levantamos y danzamos un vals y una ó dos polkas.

«Ejecutamos también graciosimos *pasos dobles* sobre el estrado un poco estrecho del salón.

(1) Por que será este el resultado de una latitud más septentrional.

«Después Amundsen entró á su vez á la danza, en tanto que los otros *encuadernaban*.

De cuando en cuando circulaban refrescos bajo la forma de albérchigos en conserva, de bananas secas, etc., etc.

«*Sábado 26 de Octubre.*—Ayer estabamos en el 82° 8′. Ahora el *Fram* cumple dos años. Comida exqui...... Bebimos á la salud del *Fram*...... Si yo hubiera expresado todo lo que tenía en el corazón, mi brindis no hubiera sido tan mesurado; por que para decir toda la verdad, nosotros amamos tanto al buque cuanto se puede amar una cosa impersonal. Ycomo no habíamos de amarlo? Ninguna madre puede dar más calor y seguridad bajo sus alas.»

El 4 de Noviembre en el curso de un paseo con raquetas, fueron muertos una osa y dos osillos. «Los dos cachorros nos proporcionaron un delicioso plato de Navidad.»

«*Martes 13 de Noviembre.*—38° de frío...... Una expedición con raquetas, llena de encantos, al fulgor del plenilunio. ¿La vida es un valle de lágrimas? ¿Constituye acaso una suerte deplorable, lanzarse, rápido como el viento, rodeado de perros que saltan, sobre el hielo sin fin, á través de una noche como esta? La helada pincha y hostiga. Las raquetas y los *ski* se deslizan sobre la superficie unida, á penas sabéis si tocais el suelo, y las estrellas cintilan allá arriba, en la bóveda azul. Esto es verdaderamente más de lo que se tiene derecho á esperar de la vida...... es un cuento de hadas de otro mundo, de una existencia futura......»

Después de haber deliberado con Sverdrup y tras maduras reflexiones, Nansen había escogido á Hansen para ser su compañero de viaje en su marcha hacia el Polo. Este, desde que se le hizo la proposición, aceptó con entusiasmo. Al día siguiente (20 de Noviembre) Fridtjof Nansen anunció su resolución y expuso su plan á toda la tripulación reunida.

«Creo sentir—leemos en su diario—que todos estaban profundamente interesados por mi proyecto de expedición y que unánimente pensaban que la tentativa debía hacerse. La principal objeción, según pienso, que hubieran puesto si yo les hubiese interrogado, habría sido que ellos mismos no podían formar parte. Yo los convencí no obstante, de que si era deseable ir tan lejos cuanto fuese posible hacia el norte, no era menos noble empresa la de llevar al *Fram*, sano y salvo al otro lado del mar polar—y sinó al *Fram* cuando menos á ellos mismos, sin que ninguno faltase al llamado...... Espero que habran comprendido la fuerza de mi razonamiento y que estarán satisfechos. Ahora la suerte está echada.»

Construir los *kayaks* y los trineos especiales, escoger los trajes más practicos á la vez, para no entorpecer la marcha de los viajeros y para preservarlos del frío, determinar la naturaleza y la cantidad de provisiones que habría que llevar...... etc., etc. Estos trabajos y cuidados diversos ocuparon desde entonces todos los instantes de los miembros de la expedición. Sverdrup confeccionaba lechos portátiles; Juell, promovido á sastre de los perros, fabricaba y ensayaba abrigos. Blessing componía una farmacia de viaje, surtida; Hansen ponía en limpio las observaciones anteriores y preparaba los instrumentos que debían llevar Nansen y Johansen; una copia de todos los diarios y de todas las observaciones, que Nansen debía guardar por precaución, ejecutada en papel delgado.

El invierno era rudo. Por la primera vez había un enfermo á bordo del *Fram*: Sverdrup, atacado de una especie de catarro intestinal.

El 13 de Diciembre, gran fiesta: la latitud de 82° 30′ había sido alcanzada y el *Fram* hacía el *record* de la más alta latitud á la cual un navío hubiese llegado jamás. 833 kilómetros (la distancia de París á Marsella es de 860) lo separaban del polo ese día.

Doce días después, la fiesta de Noël—la segunda Noël en los bancos—fué celebrada con más entusiasmo aún que el año precedente. El viento hacía extragos afuera, más era un alegre viento del sur-este; las danzas fueron endiabladas adentro. Nansen y Scott Hansen hacían de mujeres.

Los días que siguieron, el *Fram* resintió choques más y más violentos. Producíanse al rededor formidables presiones y más formidables se preparaban.

LA GRAN PRESION DEL MES DE ENERO DE 1895.

«*Miércoles 2 de Enero* de 1895.—Jamás he tenido sentimientos tan extraños al principio del año nuevo. Este será sin duda uno de los más notables de mi vida, ya me conduzca al éxito, ya á la muerte. Los años pasan en este mundo de hielo y aquí ya ni sabemos lo que le traen á la humanidad, ni conocemos lo que el porvenir nos reserva. En esta silenciosa naturaleza no hay acontecimientos.........

«...... El día primero del año ha llegado con el mismo viento, las mismas estrellas y las mismas tinieblas que el anterior .... Pero esta noche hemos tenido una admirable aurora boreal. El cielo encendió su antorcha el día de año nuevo.........

«*Jueves 3 de Enero.*—Un día inquieto....... Ayer abrigábamos planes para el futuro, y hoy cuán poco ha faltado para que nos quedáramos sobre el hielo, sin un techo para abrigarnos. Cuando me desperté, á las ocho, oí rechinidos y crujidos, como si la presión comenzase. Un ligero estremecimiento agitó todo el navío, en tanto que un rugido retemblaba fuera. Subí y no me sorprendí poco de encontrar una enorme cima de presión á lo largo del canal, á babor, á treinta pasos del *Fram;* de ese lado extendíanse algunas hendiduras hasta menos de veinte pasos de nosotros.

«Todos los objetos que se encontraban esparcidos sobre el hielo: planchas, vigas, materiales preciosos para nosotros, fueron montados sobre el puente. La cuerda de sonda que había sido dejada en los pozos, fué abandonada á los hielos movedizos. Un poco antes de medio día volvimos á ganar el borde. Pero la presión volvió á comenzar repentinamente, aproximándose más y más! La situación era alarmante para el *Fram*.

«Durante la siesta fueron hechos diversos preparativos para abandoner el buque, si empeoraban las cosas. Todos los trineos y los kayaks fueron colocados en el puente; veinticinco cajas de galleta para los perros, se bajaron al hielo á estribor; diez y nueve cajas de pan y cuatro recipientes conteniendo en conjunto veintidós galones de petroleo, se depositaron en la proa, etc. Cuando estábamos comiendo, los ruidos habituales de la presión se hicieron oír de nuevo, siempre más cerca y repentinamente un crujido de violencia inaudita estalló exactamente por encima de nosotros. Yo me lancé afuera.»

Una grieta en el hielo que sostenía al *Fram* se extendía hasta el buque. De pronto percibióse que el agua invadía las perreras. El salvamento de los perros estaba lleno de dificultades: fué preciso, con el agua hasta las rodillas, sacar afuerza á los animales, asustados, de los rincones donde se agrupaban.

Sacáronse de la cala provisiones de toda especie, calculadas para nutrir á toda la expedición durante doscientos dias, y se subieron al puente, se les agregaron las tiendas, los aparatos de cocina y otras cosas. Era más de media noche cuando se tomaron todas estas precauciones.

El 4 de Enero, después de una noche relativamente tranquila, la presión volvió á su obra. Todos los esfuerzos de los hielos parecían dirigidos contra el *Fram*, que desgraciadamente no se desprendía del lecho en el cual



Cuadro de estío (Julio de 1894).



Sobre el puente del "Fram" (Octubre de 1894).

estaba empotrado. Así, los témpanos lo dominaban y amenazaban caer sobre él, cuando, si llegaba á escurrirse de los bancos, se elevara inmediatamente, según las previsiones de los constructores, por encima del amontonamiento.

Felizmente la luna brilla y permite vigilar los asaltos del hielo.

El 5 de Enero la situación no se ha mejorado. Todo mundo ha dormido vestido, con los objetos más indispensables, sea al alcance de la mano, sea atados al rededor del cuerpo. Al primer alerta todos estarán sobre el hielo. Todo está listo y el orden es perfecto. Los mugidos, los rugidos de la presión, continúan sin tregua. Es un incesante y ensordecedor estruendo.

La montaña de hielo movediza, se levanta á babor sobre el flanco del navío, que se inclina más y más, y deja caer sobre el puente témpanos y moles enormes de nieve...... «Peter, que estaba conmigo, cogió una azada y corrió hasta proa, hiriendo la aglomeración que nos invadía y arrojándola á paletadas. Yo lo había seguido para ver donde estábamos y ví que era inutil trabajar: era una locura luchar contra enemigo tal con una azada. Llamé á Peter y le dije: «Mejor haríamos transportando todo al hielo.» Apenas había pronunciado estas palabras, cuando un nuevo asalto se produjo, acompañado de un ruido de trueno.

—«Creí que era enviado al diablo con todo y azada» exclamó Peter. «Yo reculé á toda prisa hacia el puente y detuve á Mogstad, que se preparaba á seguir el ejemplo de Peter. La tienda se plegaba con el peso de la nieve y de los témpanos. Descendí y llamé á todo el mundo al puente, recomendando que no se saliesen por la puerta de babor sino por la cámara de las cartas, á estribor. Temía que si las puertas de babor no se mantenían cerradas, el hielo, haciendo súbitamente irrupción, se precipitarara en el pasadizo y nos encerraras como á ratones en una trampa, en tanto que reuníamos los sacos de efectos personales que estaban en el salón.

«Subí yo mismo para desatar á los perros, que, después de la inundación de sus perreras estaban instalados en el puente, bajo la tienda, donde después de haber escapado al ahogo, podían ser sepultados vivos. Abrí la puerta cortando los lazos y ellos escaparon con presteza, aullando, hacia estribor.

«Durante este tiempo se comenzaba á subir sacos y petacas. No era necesario precipitar á los hombres: el hielo se encargaba de estimularlos rugiendo contra los flancos del navío.

«Era aquello una terrible barbulla en medio de las tinieblas, tanto más espesas cuanto que para coronarlo todo, el segundo, en medio de la general confusión había dejado apagarse las linternas. Debí bajar de nuevo para buscar calzado: mis zapatos finlandeses estaban secándose en la cocina. Cuando llegué, la presión rabiaba y las vigas del entrepuente crujían por encima de mi cabeza, hasta hacerme creer que iban á derrumbarse.

«El salón, los camarotes y el puente fueron bien pronto desembarazados de sacos y nos pusimos en marcha hacia los bancos. El estruendo del hielo que resbalaba y se rompía, como una ola furiosa contra el casco del navío, era tal, que podíamos apenas oír nuestras voces: mas bien pronto estuvo todo en seguridad.

«Por lo demás, en tanto que arrastrabamos los sacos, la presión se detuvo por fin, y todo se quedó tranquilo. Pero qué espectáculo! La banda de babor del *Fram*, desparecía casi bajo la nieve.........»

El peligro estaba conjurado, pero la alerta había sido viva. Nansen y sus compañeros decidieron dejar en lo de adelante, mientras durase el invierno, sus provisiones, su equipo, los trineos, los kayaks, los instrumentos, en depósito sobre el gran *hummock* que no se deslizaba jamás. Ciertamente, el *Fram* había probado que su solidez era realmente excepcional, y, en su situación, ningún otro buque hubiera resistido. Pero Nansen tenía razón en pensar que «por consciente que se esté de su propia fuerza, conviene respetar á un antagonista tal como el hielo!»



En la mesa. Nansen arenga á la tripulación.

«*Domingo 6 de Enero.*—Día tranquilo......... Esta siesta Hansen ha tomado una observación. Estamos en 84° 34' y hemos sobrepasado la latitud más septentrional que antes de nosotros se haya alcanzado......... Todo el estruendo de estos días no ha sido acaso, después de todo, más que un cañonéo para festejar tan alta latitud. Si es así, hay que convenir en que el hielo sabe hacer muchas cosas......... No hemos podido descubrir en el *Fram* otro desgaste que un puntal de cubierta de la borda, que saltó, y sin embargo, cada hombre dormirá esta noche, listo para alcanzar el hielo»

«*Lunes 7 de Enero.*—......Nos ponemos ahora á escombrar el *Fram*......

Esta mañana Sverdrup y yo hemos dado una vuelta por el hielo. A una debil distancia del navío, vimos que aquel estaba tan unido y compacto como antes. Así la presión se limitó á un espacio restringido, del este al oeste, y el *Fram* se encontró justamente en el paraje más malo......»



Música de cámara en el salón del "Fram."

«*Martes 8 de Enero.*—......Ensayé fotografiar al *Fram* á la luz de la luna; los resultados han sobrepasado á mi esperanza (véase el grabado relativo) pero la cima de la montaña de hielo formada por la presión, ya está disminuida por nuestras azadas, y no da una idea exacta de la manera con que amenazaba al navío......

«......Liv cumple ahora dos años......»

Continuará.



EL NUMERO 339

(Historia absurda.)

I

Estudiando una vez Histología,
Del anfiteatro en el salón desierto,
Una historia encontré, grave y sombría,
En la substancia cerebral de un muerto.
¿Cómo la descifré? Yo la atribuyo
A extraña aberración del microscopio;
Dejo al lector con el criterio suyo,
La someto á su juicio y se la copio.

II

«Sabes el nombre que sin pompa y gala
Usé muy poco en la existencia breve,
Tanto que me llamaban en tu sala
El número trescientos treinta y nueve.
Mi profesión, mi edad, mi patria hermosa,
Todo lo viste en el cartel estrecho
Que colocó la Hermana cariñosa
Bajo el número negro de mi lecho.
Me llevó al hospital la dura suerte
Que en ser adversa al infeliz se aferra;
No lo creerás, pero encontré la muerte
Por enfermarme en extranjera tierra.
Por orden del Doctor me examinaste
Con esa falsa gravedad que ensayas,
Y en tu libro de errores anotaste
La enfermedad que en mi cerebro no hallas.
Lo recuerdo muy bien: no hubo ninguno
Que no inquiriese por mis males fieros,
Y ante mí desfilaron, uno á uno,
Con orden singular, tus compañeros.
Me tomaron el pulso, me auscultaron,
Me oprimieron el cuerpo dolorido,
Y todos con afán me interrogaron
Cosas que ha tiempo relegué al olvido.
Y á pesar de que tanto martiriza
Ese cuadro tan triste y tan doliente,
Siempre hallaba mi labio una sonrisa
Para cada pregunta impertinente.
¡Qué quieres! fuí con mis verdugos bueno
Por no morir con la esperanza en guera:
¡La caridad me recogió en su seno,
Y así es la caridad aquí en la tierra!
¡Desgraciado de aquel que sin consuelo
Llegue á buscar sus descarnados brazos!
¡Hay que pasar, para llegar al cielo,
Por la sala anatómica en pedazos!.........
....
....
....
....
Fué, en verdad, el Doctor, muy bondadoso
Cuando hablaba de mí por vez primera:
—«Es un caso, señores, muy curioso
«Que estudiarán cuando el enfermo muera.
«El diagnóstico es fácil...... la necropsia
«Dirá después cuanto explicar me resta;
«Jamás me canso de elogiar la autopsia
«Por los grandes servicios que nos presta.
«En la substancia gris, al microscopio,
«Esto y aquello encontrarán ustedes......»
Y, de lógica haciendo extenso acopio,
Habló el Doctor de lo que hablar no puedes.
Después mi extraño mal fué más complejo,
Más implacable y fiero cada día,
Hasta que vino al fin, con su cortejo
De tremendos dolores, la agonía.........
Así lo comprendí, porque á mi lado
Puso la Hermana, por llenar su oficio,
Un alto crucifijo ensangrentado
Que remedó, implacable, mi suplicio.
Ay! á tan noble corazón avisa
Que esa imágen ni alivia ni consuela,
Que es horrible dejar al que agoniza
Junto á ese Cristo que de espanto hiela!
¡Cómo se sufre cuando en danza loca
Giran en torno del fatal madero,
Un rostro envuelto en su virgínea toca
Y la cara brutal de un enfermero!.........
En ese instante en que la vida siente
Que su organismo á disgregarse empieza,
Por mi familia y por mi patria ausente
Una lágrima tuve de tristeza.
Llorar así por los que más me hicieron
Llevaderas del mundo las espinas,
Fué el postrer pensamiento que tuvieron
Estas células muertas que examinas.
¡Mi postrer pensamiento!...... Me propuse
Decir verdad y sin querer te engaño:
¡Mi postrer pensamiento lo traduce
Sólo un ser que me adora y no un extraño!
¡Cuántos adioses por doquier hallaran
De mis últimas horas intranquilas,
Si á ese ocular obscuro se acercaran
De la hermosa que adoro las pupilas!
Aquel largo estertor de agonizante
Hubiera sido pasajero y breve,
Si ella hubiese podido en ese instante
Cerrar mis ojos con su mano leve.
Ah! cuando tuve esa ilusión que alegra
Como rayo de sol tras noche obscura,
Vi dibujarse como mancha negra
La silueta fatídica del cura!
No recuerdo qué dijo: solamente
Perdidos ecos de su voz cristiana
Llegaron hasta mí confusamente,
Mezclados con los rezos de la Hermana.
Como ave prisionera en el vacío
Que al asfixiarse con horror se agita,
Así mi ser se extremeció de frío
Al sentirse rociar de agua bendita.
Con galvánicas fuerzas combatieron
Todos mis nervios por la vida hermosa
Y al concluirse esa lucha, me trajeron
De esta sala anatómica á la losa.
Después rompiste sin temor mis sienes
Por que sabes muy bien que mis dolores
Se acabaron por fin...... y aquí me tienes
Trasladado á estos mundos inferiores!
Aquí me tienes con la extraña marca
De este nuevo organismo que me apropio,
Tan pequeño que á veces no me abarca
En su campo visual el microscopio.
Confieso que hice tan penoso viaje
Atormentado por dolor profundo,
Pues como carga pertinaz me traje
Las rastreras pasiones de ese mundo.
Aquí donde me ves no estoy proscrito
De las miserias de la vida humana,
Y tal vez, dividido al infinito,
Sus mismas penas lloraré mañana.
Y mañana tal vez, en cumplimiento
De los destinos de mi vida errante,
Pensaré con tu mismo pensamiento
Y formaré de tí parte integrante.
Buscaré con afán á la que adoro,
Objeto de mis hondos embelesos,
Iré en las flores como polvo de oro
Y sentirá el perfume de mis besos.
Iré á vivir en la fragante rosa
Que orne su seno de purpureas galas,
Y estaré en la nocturna mariposa
Que le roce la frente con sus alas.
Estaré en cada lágrima que vierta
Todas las veces que por mí suspire,
Y á cada instante mi caricia yerta
La envolverá en el aire que respire.
Y esperando con ansia su venida
Yo seré quien mitigue sus agravios;
Me infiltraré en la copa de su vida
Y sin cesar endulzaré sus labios.
¡Que si tanto la adoro!...... Me sorprende
Tu pregunta tan llena de miseria:
¿No sabes tú que por amor se entiende
Esa eterna atracción de la materia?
¿No sabes que dos gotas de rocío
Si se funden en una es porque se aman,
Que hasta en el seno del sepulcro frío
Los átomos se buscan y se llaman?
Y ella al fin morirá...... cortos instantes
Dura en el mundo la existencia breve,
Y se unirá á las células errantes
Del número trescientos treinta y nueve......!»

III

Dejo al lector con el criterio suyo
Al concluir esta historia que le copio;
¡Yo de mí sé decir que la atribuyo
A extraña aberración del microscopio!

RODULFO FIGUEROA.

Junio de 1897.

LA CRISIS

La moza hizo un gesto de cólera y con el semblante enrojecido por las candentes lágrimas que vertía, entró á su alcoba, sentóse al borde del lecho y estrujando el pañuelo con las manos:

—¡Pues sí, aunque te enojes, lo quiero......!

—Es un cualquiera.

—No me importa.

El señor Valenzuela, tembloroso y demudado, haciendo ademanes melodramáticos y protestando á regañadientes, dejóse caer medio muerto en la butaca.

¡La chiquilla!

No podía comprender el intempestivo arrebato de esa dócil colegiala que siempre obedeció sus mandatos con los ojos bajos.

Como á una evocación fatídica, aparecía ante su cansada retina el cuadro triste y monótono del pasado; romance vulgar, sin peripecias, desarrollado con lentitud desesperante en medio de las exigencias de una labor estúpida, la del burgues que agota sus mediocres energías en la lucha continua por las monedas.

Después de embrutecerse veinte años tras el mostrador, comerciando en alhajuelas de miriñaque y perlas de vidrio azogado, era dueño al fin de un capital cuya cifra hacía las veces de tarjeta de visita en los salones de la aristocracia del dinero, que á la sazón comenzaba á frecuentar.

El desahogo de su posición le permitía vestir á Luisa como una duquesa de Saint-Germain; con su orgullete de palurdo enriquecido, veíala cortejada por toda la garzonía del gran tono, y con su astucia de villano testarudo, sabía ponerla siempre á cubierto de las acechanzas de los cazadores de dotes.

Llegaba á la senectud como hundido en un aletargamiento de animal cansado, sin lamentarse de la existencia, gozando en lo muy interno con la filial solicitud de esa adorable compañera que le había sido otorgada por el destino como una recompensa de los tiempos malos, y, de improviso, cuando nada faltaba á su dicha, un extraño, un nadie, venía de la calle y sin preámbulos le arrebataba el corazón de su muy amada Luisa.

......¿Era eso justo......?......

Avejarse bajo el yugo del trabajo, fabricar una alma piadosa y buena, cultivarla como planta de invernáculo, edificar con paciencia de hormiga el alcázar de la felicidad, y, cuando después de copiosos sudores y prolijos afanes se levanta airoso el soñado monumento, llega un novio petimetre, con su florecilla en el ojal, y á título de candidato á matrimonio, se lleva impunemente la postrera alegría del viejo laborioso.

¡Ah!... el ladrón no tenía respetos que invocar para el logro de sus fines...... ¡pero ella!...... ¡ella!.. ... la voluntaria y dócil cómplice de sus manejos!...... ¡ingratitud sin ejemplo!......descastarse, renegar de un padre bueno y amoroso por el primer zascandil que llega, entregarse á trueque de unas cuantas epístolas eróticas, olvidar así los sacrificios y desvelos de un pobre hombre, valetudinario ya, que apresuró su ancianidad trabajando rudamente, y por ella perdió la salud y el vigor...... ¡por ella!...... ¡sí!...... por ella sólo!

No; su enemigo, el intruso, tenía que sucumbir, él, viejo y todo, sentía surgir arrogante y redivivo el valor juvenil; aun estaba vigoroso y bravo, pelearía como leon mutilado, hasta vencer ó estrellarse!...... ¡Ah!...... si él supiese matar, con que indecible placer precipitaría en la fosa al seductor.........!

Sus lividecidos labios se arrugaron en las comisuras por amarga sonrisa; frente á sus pupilas inyectadas volatineaba la silueta esbozada y riente del rival; su boca balbuciente por la rabia contenida, se ahogaba con un vómito de vocablos insolentes, sus instintos malvados despertaban con ímpetus de bestia, el odio, el siniestro demonio, hacía correr veneno por sus arterias y el deseo de la venganza se adueñaba instantáneamente de sus potencias.

¡Aniquilarle!......... ¡humillarle!

¿Para qué si ella lo quería?

Esa reflexión lo humillaba.

¿Aquellos corazones estaban realmente vinculados por los inrompibles ligamentos de un cariño?

¿Atormentando uno perecerían los dos?

Aquellos corazones estaban realmente vinculados por los inrompibles ligamentos de un cariño.

Atormentado uno perecerían los dos.

Entonces, él, Valenzuela, era un pobre iluso, un maniático que en su anormal obcecación hacía sufrir á los seres acreedores á la ventura.

¿Padeciendo su hija, podía él experimentar placer alguno?

¿Muerta ella, él viviría?

Debía consentir, le ordenaba el deber, la tranquilidad de todos, la moral, la religión, la sociedad.

¡Consentir!

Y volvía más tenaz y provocadora su primera idea.

¡Un hortera que ni siquiera disculpaba su osadía con un talego repleto de doblones, un polichinela que paseaba su insolente y minúscula personalidad por las baldosas de la calle, un sietemesino que osaba sobornar lacayos, mientras él, Valenzuela, que fué siempre bueno y nunca dañó á nadie, se metamorfoseaba en un perverso vulgar, y urdía proyectos monstruosos, y blasfemaba contorsionándose, nuevo Laocoonte, para sacudir las serpientes que le ahogaban.........

¿Y de un cariño paterno, santo y lleno de abnegaciones, nacían aquellas rebeliones tan mezquinas?...... ¡misterio!......... ¡arcano!......... ¿transigir?......... ¡nunca!...... Entonces se casarían, se irían muy lejos, perdería las carantoñas de su Luisa, trastabillearía sólo por los barrios y plazuelas......... ¿Serían ellos felices!......... ¡ellos!......... y él, el poseedor legítimo del talismán disputado, quedaba en el olvido, solo, y moriría de tristeza y de abandono......... ¡Eso no!......... ¡jamás!......... ¡jamás!.........

¿Qué voz era esa que con zumbido de cigarra hablaba así á su oído?

—¡Hombre al fin! por la ley atávica de tu linaje, eres

cobarde y no puedes desprenderte del barro de la tierra; no intentes dignificar tus miserias; á las pasiones humanas no puede ennoblecerlas ningún título, ni el de padre, que es augusto; interroga á la conciencia y dime: tu empeño, por ser el exclusivo efecto de esa pobre Luisa, no es idéntico al del odioso Arpagón que guarda en lóbrega cueva su tesoro?...... No es el amor que santifica y redime, el sentimiento que te conturba, sino el yo, el bien propio, un egoísmo feroz; quieres conservarla por que la necesitas, en tu infame desvarío intentas sacrificar dos juventudes, por satisfacer tu loco antojo, obstruyes el natural desenvolvimiento de un impulso que es sagrado, violas y conculcas leyes morales preceptos religiosos, fueros de la sociedad que temes, de la familia que has creado, de la naturaleza sapientísima!......... ¿Pretendes hacer de esa criatura una solterona camandulera y deslenguada?......... ¿La hermana de la caridad que cuide tus achaques y amortaje tu cuerpo esqueleteado?......... ¿Con qué derecho das muerte súbita á las pristinas florescencias de su juvenila y le impides que sea esposa y madre?......... ¿Eso es amor?........., sacrílego!......... sembraste la planta, vivió y creció, y al aproximarse la estación exúbera, cuando espolvoreados de sol brotan los botones......... ¡tronchas el tallo impidiendo que florezcan!......... Y todo por que el perfume de esos pétalos hace daño á tu olfato porcino...... ¿en que código se castiga tan nefando delito.........?

¡Drama sin solución! misteriosa é interminable cadena eslabonada con lo vil y lo sublime.

Volvía el problema á su punto de partida, robustecido en su sarcasmo, más cruel, más implacable, mas abstruso.

El señor Valenzuela cayó en una de esas torvas meditaciones que enlobreguecen el espíritu con las tinieblas del Erebo ó lo alumbran con las claridades del Empíreo.

Junio de 1897. CIRO B. CEBALLOS

TRES SONETOS.

PREOCUPACION

Cual labrador que con punzante brío,
Del sol naciente á los fulgores rojos,
Devastando del campo los abrojos
Granos siembra en el surco á su albedrío,

Y en la noche, al oír el viento frío,
Se le llenan de lágrimas los ojos,
Por que teme encontrar solo rastrojos
Donde soñó la mies en el Estío;

Así yo, que en mis verdes primaveras
Riego por mi camino las quimeras
Engendradas en días halagüeños,

Al sentir los rigores de la suerte,
Temo que el soplo de temprana muerte
Destruya la cosecha de mis sueños.

JULIÁN DEL CASAL.

JULIETA Y ROMEO

Pronto á marchar, temiendo que la aurora
á sus contrarios delatarle pueda,
de pie en la escala de torcida seda
suspira el joven con pesar:—¡Ya es hora!—

Y envuelta en la hojarasca trepadora
que por los hierros del balcón se enreda,
con voz, la dama, entristecida y queda,
retiene al dulce bien que la enamora.

Tan sólo el canto, precursor del día,
de la impaciente alondra, quebrar pudo
del furtivo coloquio el embeleso.

—Ya va el alba á llegar; vete, alma mía.—
Ella gimió, y en el silencio mudo
de la vencida noche estalló un beso.

G. NUÑEZ DE ARCE.

NOVIEMBRE

Pesadez en el aire... brumas... llueve...
el cielo ostenta un manto de ceniza
y ni un soplo en las cumbres se desliza
ni la ancha copa de los sauces mueve.

Vese el espacio iluminado en breve
por una extraña claridad pajiza
y el viento á ratos las palmeras riza
con ritmo tardo, melodioso y leve.

De la neblina descorriendo el velo,
el astro rey, fulgente la corona,
recupera orgulloso el poderío.

Bajo su palio azul recorre el cielo
y con ala invisible y juguetona
los rostros besa y acaricia el frío.

JUSTO A. FACIO.

EL AGUACERO DE ORO

Los confusos edificios de la ciudad, apiñados y conteniendo en su seno los seres humanos, mostrábanse á la luz del sol animados con sus terribles tragedias y luchas desenfrenadas. Cada persona estudiaba su intriga y combinaba su estratagema. El ansioso de posición, urdía su novela y ponía en movimiento sus personajes para procurar el coche que había de sacarlo á la superficie. El, ofuscado por irresistible deseo de mando, sembraba de obstáculos el camino á los demás, para saltar por cima de los cuerpos hacinados en la caída. Otro que pretextando amor, puso los ojos en el oro y la fortuna, antes que el alma en los ideales, ensayaba sonrisa engañadora con que ocultar el dolo y la perfidia. El avaro aplicaba el oído cauteloso para percibir el rumor metálico de las monedas, con el cual se aceleraban los latidos de su corazón, cerrado á todo humano sentimiento. La especie entera procuraba para sí completo bienestar y producía ese son confuso de seres que elaboraban en un mismo punto y se disputan lugar y conveniencia.

Sobre la ciudad rodaban las masas de nubes, combinando en su seno la extraña lluvia que habría de saciar la sórdida ambición de los hombres. Era un océano de oro el que se cernía sobre las cabezas, sometidas á la acción desenfrenada del delirio.

Un celaje encendido avanzaba relampagueando del lado de Oriente y hacía saltar de su seno inflamadas aristas que ondulaban como sierpes metálicas.

Del Norte subía una nube inmensa que traía en ebullición la luz, la cual borbotaba impaciente como si fuera á desbordarse en mortales ríos de fuego. El crespón de vapores adquiría por momentos espesor y consistencia, y ocultaba la faz del cielo, que poco á poco se cubría de su gigantesco velo de púrpura, tras el cual seguían su curso maravilloso los astros.

Las nubes se amontonaron impelidas por el huracán, sonó un hondo trueno en que pareció oirse el chocar de grandes moles metálicas, y cuando la población esparcía su gente por las calles y se entregaba á las luchas titánicas del día, unos puntos luminosos semejantes al menudo polvo de nieve que el invierno mece en los aires, cubrió como dorado velo la tierra y dió la señal de que empezaba el tremendo y amenazador aguacero.

A la llovizna luminosa, que caía engrosando sus átomos de oro, sucedieron las grandes y pesadas gotas que anteceden al chubasco, las cuales, ya dando en la veleta que sirve de coronamiento á la iglesia, ya hiriendo el agudo pararrayos que hundía su afilada aguja en los cielos, ya promoviendo argentino ruido en las monteras de cristales, llamaron la atención de los humanos, que con brusca sacudida y espantosa sorpresa miraron bajar el torrente de oro de los cielos.

Fueron entonces de ver los contenidos sentimientos estallar en explosión avasalladora; las ambiciones desordenadas surgir con la violencia de la madera hundida en el azogue; los secretos pensamientos manifestarse en toda su pujanza y salir á la vida como los cuervos que huyen de la llama. Entonces destrozó con golpe de puñal el aneurisma al entregado á la avaricia; arrancóse la venda de los ojos la que se deleitaba en el amor dulcemente mentido; irguiéronse los clavos, ejecutando el mayor acto de justicia del mundo, y el hermano halló mortal desengaño en el hermano, y el padre perdió en un sólo momento sus hijos, y la igualdad pasó su rasero sobre las cabezas, dejando constituida la ley de los hombres en la fuerza brutal de los instintos.

El apedreo de las gotas dando en los misteriosos cristales de la celda, dejó rota como blanco lirio la oración en los labios de la monja; en el altar del templo quedó suspensa la misa por la furia del temporal, que pasando con flechas de oro las ojivas, fué á preludiar en el órgano; haciendo lanzar á la trompetería el soberano himno de la riqueza.

La lluvia, en tanto, caía deslumbradora por todas partes, ya dejando sus cables de oro tendidos en el aire, semejantes á ofuscadoras rayas de fuego, ya formando remolinos ó cascadas que se despeñan de lo alto de las torres con ensordecedor estruendo.

Por las calles corría el metal líquido formando grandes trenzas de oro, que huían temerarias á perderse en los hondos subterráneos de la ciudad. Las tejas cubríanse de un magnífico manto, que al desgarrarse en las puntas de las canales, colgaba de ellas grandes cortinas de un nunca imaginado esplendor. En los charcos hervían las gotas como batalla de seres extraños, alargando las diminutas cabezas de oro para contemplar el gran espectáculo del mundo.

Cada persona, febril con la excitación de la locura, acarreaba como bestia la carga de tesoro cogida en el primer punto de la calle.

Cada hombre era un rey que anhelaba imponer su voluntad á los mortales. Nadie osaría revelarse á su mandato. La pereza colgaría su soñolienta hamaca de elegantes columnas de oro para mecer las cabezas atestadas de sueños orientales.

El aguacero fuese alejando paulatinamente.

De los húmedos edificios sólo caían ya con pesadumbre grandes gotas, que antes de rodar á las piedras lucían como vistosos collares de la ciudad, engalanada á la luz del sol con todas las riquezas de la odalisca.

Luego congelóse el precioso metal, bruñendo con inusitado esmalte techumbres y repisas, y pasada que fué por completo la lluvia, quedó la inmensa desventura humana cubierta por un esplendoroso manto de oro.

***

Una gota que pendiente de la cruz de un campanario resistióse, engrosando cada vez más su dorada pupila, cayó como nota última del aguacero, sobre una desvalida paloma, que recibiendo en el craneo el impensado proyectil, rodó con bruscos aleteos de muerte por el rico escalonamiento de las canales.

SALVADOR RUEDA.



Por tí y para tí, ¡oh mujer! nacen las obras inmortales y se producen los esfuerzos sublimes! Tú la recompensa de nuestros trabajos, y la corona de nuestra vida. Nada consuela á aquel que te ha perdido; nada entristece á los que te poseen. Irradias como la dicha y tienes alas como la esperanza. En vano un rey habló de tu inconstancia, y un poeta de tu perfidia. Tú eres el fin á que todo tiende y el sueño en que bogamos. Necesidad sentimos de buscarte, y deleite en soñarte y gloria en conquistarte!

¿Qué sueño más suave que el de alcanzar que tu compartas nuestro amor, y que tu amor, por siempre nos sea fiel?

¡Felices los que descienden, estrechamente enlazados, la corriente de la vida, cual dos cisnes que no abren jamás sus níveas alas, sino para salvar unidos el paso de la vida á la muerte, del tiempo á la eternidad!

G. GOSTKOWSKI



SITIOS DE APASEO

LA CUEVA DEL CEDAZO

Del cerro más hermoso, que rodea
á un puebleciIlo de eternal verdura,
garruladora baja el agua pura
que en hondo manantial gorgoritea.

Ora por los peñascos culebrea,
los líquenes llenando de frescura,
ora se precipita en una obscura
cueva, donde desgránase y gotea.

Allí á los ojos el encanto crece:
es de ver á curiosos caminantes,
bajo la sombra que la gruta ofrece,

observar cómo pasa entre gigantes
trozos de roca, el agua, que parece
una lluvia de fúlgidos diamantes.

EL NACIMIENTO

Allá...... en la fértil villa de Apaseo,
enmedio á un bosque siempre florecido,
un lago transparente y adormido
al alma brinda celestial recreo.

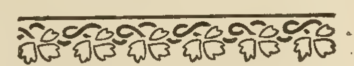
El cisne, con pausado bamboleo,
cruza la clara linfa, el cuello erguido,
como un esquife blanco, que impelido,
deja estelas de plata en su paseo.

Allí ofrece el tzentzontli, delicado
trino, y la placidez de la floresta,
«el sueño más tranquilo y regalado;»

allí el zagal, á la hora de la siesta,
mientras pace disperso su ganado,
bajo el sabino umbroso se recuesta.

JUAN B. DELGADO.

Junio de 1897.



MAXIMAS TRADUCIDAS

La moral es un corsé
que, en ciertos casos, usamos;
pero en otros lo colgamos
de un clavo...... (y Dios guarde á usté.)

En eso de temblar ante el peligro
solo un distingo encuentro:
Cobarde es el que tiembla por afuera.
Valiente es el que tiembla por adentro.

RICARDO PALMA.

Te vas á confesar, y el cura dice
que á tí, en vez de absolverte te bendice.

***

Si la codicia de pedir es mucha,
el hombre reza, pero Dios no escucha.

CAMPOAMOR.



ESTE cuento yo no lo ví; pero creo que lo soñé.

Qué cosas ven los ojos cuando están cerrados! Parece imposible que tengamos tanta gente y tantas cosas adentro..... porque, cuando los párpados caen, la mirada, como una señora que cierra su balcón, entra á ver lo que hay en su casa. Pues bien, esta casa mía, esta casa de la señora mirada que yo tengo, ó que me tiene, es un palacio, es una quinta, es una ciudad, es un mundo, es el universo,......... pero un universo en el que siempre están presentes el presente, el pasado y el futuro. A juzgar por lo que miro cuando duermo, pienso para mí, y hasta para ustedes, mis lectores:—¡Jesús! ¡que de cosas han de ver los ciegos! Esos que siempre están dormidos ¿qué verán? El amor es ciego, según cuentan. Y el amor es el único que ve á Dios.

¿De quién es la leyenda de *Rip-Rip?* Entiendo que la recogió Washington Irving, para darle forma literaria en alguno de sus libros. Sé que hay una ópera cómica con el propia título y con el mismo argumento. Pero no he leído el cuento del novelador é historiador norteamericano, ni he oído la ópera......... pero he visto á Rip-Rip.

Si no fuera pecaminosa la suposición, diría yo que Rip-Rip ha de haber sido hijo del monge Alfeo. Este monge era alemán, cachazudo, flemático y hasta presumo que algo sordo; pasó cien años, sin sentirlos, oyendo el canto de un pájaro. Rip-Rip fué más yankee, menos aficionado á músicas y más bebedor de wiskey: durmió durante muchos años.

Rip-Rip, el que yo vi, se durmió, no sé por qué, en alguna caverna á la que entró......... quién sabe por qué.

Pero no durmió como el Rip Rip de la leyenda. Creo que durmió diez años... tal vez cinco... acaso uno...... en fin, su sueño fué bastante corto: durmió mal. Pero el caso es que envejeció dormido, por que eso pasa á los que sueñan mucho. Y como Rip-Rip no tenía reloj, y como aunque lo hubiera tenido no le habría dado cuerda cada veinticuatro horas; como no se habían inventado aun los calendarios, y como en los bosques no hay espejos, RipRip no pudo darse cuenta de las horas, los días y los meses que habían pasado mientras el dormía, ni de enterarse de que era ya un anciano. Sucede casi siempre: mucho tiempo antes de que uno sepa que es viejo, los demás lo saben y lo dicen.

Rip-Rip todavía algo soñoliento y sintiendo vergüenza por haber pasado una noche fuera de su casa—él que era esposo creyente y practicante—se dijo no sin sobresalto:—¡Vamos al hogar!

¡Y allá va Rip-Rip con su barba muy cana (que él creía muy rubia) cruzando á duras penas aquellas veredas casi inaccesibles! Las piernas flaquearon: pera el decía:—¡Es efecto del sueño! !Y no, era efecto de la vejez, que no es suma de años, sino suma de sueños!

Caminando, caminando, pensaba Rip-Rip:—¡Pobre mujercita mía! ¡Qué alarmada estará! Yo no me explico lo que ha pasado. Debo de estar enfermo...... muy enfermo. Salí al amanecer...... ahora está amaneciendo...... de modo que el día y la noche los pasé fuera de casa. Pero ¿qué hice? Yo no voy á la taberna; yo no bebo...... Sin duda me sorprendió la enfermedad en el monte y caí sin sentido en esa gruta...... Ella me habrá buscado por todas partes...... ¿Cómo no, si me quiere tanto y es tan buena? No ha de haber dormido...... Estará llorando...... ¡Y venir sola, en la noche, por estos vericuetos! Aunque sola...... no, no ha de haber venido sola. En el pueblo me quieren bien, tengo muchos amigos...... principalmente Juan el del molino. De seguro que viendo la aflicción de ella, todos la habrán ayudado á buscarme.... Juan principalmente. Pero ¿y la chiquita? ¿y mi hija? ¿La traerán? ¿A tales horas? ¿Con este frío? Bien puede ser, porque ella me quiere tanto y quiere tanto á su hija y quiere tanto á los dos, que no dejaría por nadie sola á ella, ni dejaría por nadie de buscarme. ¡Qué imprudencia! ¿Le hará daño?...... En fin, lo primero es ella...... dero ¿cuál es ella?......

Y Rip Rip andaba y andaba...... y no podía correr.

Llegó, por fin, al pueblo, que era casi el mismo...... pero que no era el mismo. La torre de la parroquia le pareció como más blanca: la casa del Alcalde como más alta; la tienda principal, como con otra puerta; y las gentes que veía, como con otras caras. Estaría aún medio dormido? ¿Seguiría enfermo?

Al primer amigo á quien halló fué al señor Cura. Era él con su paraguas verde; con su sombrero alto que era lo más alto de todo el vecindario; con su Breviario siempre cerrado; con su leviton que siempre era sotana.

—Señor Cura, buenos días.

—Perdona, hijo.

—No tuve yo la culpa, señor Cura...... no me he embriagado...... no he hecho nada malo...... La pobrecita de mi mujer......

—Te dije ya que perdonaras. Y anda ve á otra parte porque aquí sobran limosneros.

¿Limosneros? ¿Por qué le hablaba así el Cura? Jamás había pedido limosna. No daba para el culto porque no tenía dinero. No asistía á los sermones de cuaresma porque trabajaba en todo tiempo de la noche á la mañana. Pero iba á la misa de siete todos los días de fiesta, y confesaba y comulgaba cada año. No había razón para que el Cura lo tratase con desprecio. ¡No la había!

Y lo dejó ir, sin decirle nada, porque sentía tentaciones de pegarle y era el Cura.

Con paso aligerado por la ira siguió Rip-Rip su camino. Afortunadamente la casa estaba muy cerca...... Ya veía la luz de sus ventanas...... Y como la puerta estaba más lejos que las ventanas, acercóse á la primera de estas para llamar, para decirle á Luz:—¡Aquí estoy! ¡Ya no te apures!

No hubo necesidad de que llamara. La ventana estaba abierta: Luz cosía tranquilamente, y en el momento en que Rip-Rip llegó, Juan—Juan el del molino—la besaba en los labios.

-¿Vuelves pronto hijito?

Rip Rip, sintió que todo era rojo en torno suyo. ¡Miserable!......... ¡Miserable!...... Temblando como un ebrio ó como un viejo entró á la casa: Quería matar; pero estaba tan debil, que al llegar á la sala en que hablaban ellos, cayó al suelo. No podía levantarse, no podía hablar; pero sí podía tener los ojos abiertos, muy abiertos, para ver cómo palidecían de espanto la esposa adúltera y el amigo traidor.

Y los dos palidecieron. ¡Un grito de ella—el mismo grito que el pobre Rip había oído cuando un ladrón entró á la casa!—y luego los brazos de Juan que lo enlazaban, pero no para ahogarlo, sino piadosos, caritativos, para alzarlo del suelo.

Rip-Rip hubiera dado su vida, su alma también por poder decir una palabra, una blasfemia.

– No esta borracho, Luz: es un enfermo.

Y Luz, aunque con miedo todavía, se aproximó al desconocido vagabundo.

—¡Pobre viejo! ¿qué tendrá? Tal vez venía á pedir limosna y se cayó desfallecido de hambre

—Pero si algo le damos, podría hacerle daño. Lo llevaré primero á mi cama.

—No, á tu cama no, que está muy sucio el infeliz. Llamaré al mozo, y entre tú y él lo llevarán á la botica.

La niña entró en esos momentos.

—¡Mamá, mamá!

—No te asustes, mi vida, si es un hombre

—¡Qué feo, mama! ¡Qué miedo! Es como el *coco!*

Y Rip oía.

Veía también; pero no estaba seguro de que veía. Esa salita era la misma......... la de él. En ese sillón de cuero y otate se sentaba por las noches cuando volvía cansado, después de haber vendido el trigo de su tierrita en el molino de que Juan era administrador. Esas cortinas de la ventana eran su lujo. Las compró á costa de muchos ahorros y de muchos sacrificios. Aquel era Juan, aquella Luz......... pero no eran los mismos. ¡Y la chiquita no era la chiquita!

¿Se había muerto? ¿Estaría loco? ¡Pero él sentía que estaba vivo! Escuchaba......... veía......... como se oye y se ve en las pesadillas.

Lo llevaron á la botica en hombros, y allí lo dejaron porque la niña se asustaba de él. Luz fué con Juan...... y á nadie le extrañó que fuera del brazo y que ella abandonara casi moribundo, á su marido. ¡No podía moverse, no podía gritar, decir: Soy Rip!

Por fin, lo dijo, después de muchas horas, tal vez de muchos años, ó quizá de muchos siglos. Pero no lo conocieron, no lo quisieron conocer.

—¡Desgraciado! ¡Es un loco! dijo el boticario.

—Hay que llevárselo al señor alcalde, porque puede ser furioso—dijo otro.

Sí, es verdad, lo amarraremos si resiste.

Y ya iban á liarlo; pero el dolor y la cólera habían devuelto á Rip sus fuerzas. Como rabioso can acometió á sus verdugos, consiguió desasirse de sus brazos, y echó á correr. Iba á su casa......... ¡iba á matar! Pero la gente lo seguía, lo acorralaba. Era aquello una cacería y era él la fiera.

El instinto de la propia conservación se sobrepuso á todo. Lo primero era salir del pueblo, ganar el monte, esconderse y volver más tarde, con la noche, á vengarse, á hacer justicia.

Logró por fin burlar á sus perseguidores. ¡Allá va Rip como lobo hambriento! ¡Allá va por lo más intrincado de la selva! Tenía sed......... la sed que han de sentir los incendios. Y se fué derecho al manantial...... á beber, á hundirse en el agua y golpearla con los brazos...... acaso, acaso á ahogarse. Acercóse al arroyo, y allí, á la superficie, salió la muerte á recibirlo. ¡Sí; porque era la muerte en figura de hombre, la imágen de aquel decrépito que se asomaba en el cristal de la onda! Sin duda venía por él ese lívido espectro. No era de carne y hueso, ciertamente; no era un hombre, porque se movía á la vez que Rip, y esos movimientos no agitaban el agua. No era un cadáver, porque sus manos y sus brazos se torcían y retorcían. ¡Y no era Rip, no era él! Era como uno de sus abuelos que se le aparecía para llevarlo con el padre muerto.—Pero ¿y mi sombra?—pensaba Rip.—¿Por qué no se retrata mi cuerpo en ese espejo? ¿Por qué veo y grito, y el eco de esa montaña no repite mi voz sino otra voz desconocida?

¡Y allá fué Rip á buscarse en el seno de las ondas! Y el viejo, seguramente, se lo llevó con el padre muerto, porque Rip no ha vuelto!

***

¿Verdad que este es un sueño extravagante?

Yo veía á Rip muy pobre, lo veía rico, lo miraba joven, lo miraba viejo; á ratos en una choza de leñador, á veces en una casa cuyas ventanas lucían cortinas blancas; ya sentado en aquel sillón de otate y cuero; ya en un sofá de ébano y raso...... no era un hombre, eran muchos hombres...... tal vez todos los hombres. No me explico cómo Rip no pudo hablar, ni cómo su mujer y su amigo no lo conocieron, á pesar de que estaba tan viejo; ni por qué antes se escapó de los que se proponían atarlo como á loco; ni sé cuántos años estuvo dormido ó aletargado en esa gruta

¿Cuánto tiempo durmió? ¿Cuánto tiempo se necesita para que los séres que amamos y que nos aman nos olviden? ¿Olvidar es delito? ¿Los que olvidan son malos? Ya veis qué buenos fueron Luz y Juan cuando socorrieron al pobre Rip que se moría; la niña se asustó; pero no podemos culparla: no se acordaba de su padre. Todos eran inocentes, todos eran buenos...... y sin embargo, todo esto da mucha tristeza

Hizo muy bien Jesús de Nazareno en no resucitar más que á un solo hombre, y eso á un hombre que no tenía mujer, que no tenía hijas y que acababa de morir. Es bueno echar mucha tierra sobre los cadáveres.

M. Gutiérrez Nájera.

"SAVIA ENFERMA"

IV

Noche ártica.

En la última página del diario de Nansen.

En el zenit, azul; blanco, en el yerto
y triste plan de la sabana escueta;
en los nítidos témpanos, violeta,
y en el confin del cielo, rosa muerto.
Despréndese la luna del incierto
Sur, amarilla, y en la noche quieta,
de un buque abandonado la silueta
medrosa, se destaca en el desierto.
Ni un rumor...... el Silencio y la Blancura
celebraron, ha mucho, en la infinita
soledad sus arcanos esponsales;
y el espíritu sueña en la ventura
de un connubio inmortal con Seraphita,
al claror de las albas boreales.

V

Los difuntos viejos.

Yo no amo á los que viven: *putrefacción andante!*
Yo busco á los que moran de la ciudad muy lejos,
en el panteón; y adoro la calva deslumbrante
de los bruñidos cráneos de los difuntos viejos!

Cadáveres seniles! qué calma semejante
hallar á vuestra calma! ni contracción, ni dejos
de angustias infinitas mostrais en el *semblante*,
que alumbra en el osario la luz agonizante
del sol, dándole nimbos de cárdenos reflejos......

Oh, Muerte!, oh Paz!... Yo adoro la calva deslumbrante
de los bruñidos cráneos de los difuntos viejos!

Amado Nervo.



RELIEVES

JOSE JUAN TABLADA

¡Oriente! El bello país soñado,
Muestra radiante su floración:
Ya es un esbelto biombo dorado,
Con la cigüeña y el raudo alción;

Ya ostenta el muelle cojín bordado
Los chrisantemos del gran Japón,
Donde la mushma tiende el velado
Cuerpo, que aviva la tentación......

El ritmo brota, revuela, sube,
Pasa ligero como una nube,
Vertiendo clara luz auroral......

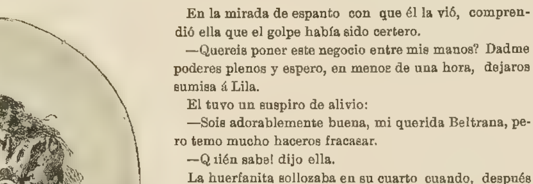
Y va la musa cantando airosa,
Fresca y lozana como una rosa
Que estalla al beso de un sol triunfal.

Aurelio G. Carrasco.

ENGANO SUBLIME

Por María Lescot.

NUMERO 13.



Más no eran algunas buenas palabras las que podían amansar á la irascible Mariana. Esta dirigió á la intrusa una mirada hostil.

—Por lo que ve al cariño, dijo, si se me manda que olvide á mi difunta ama, no puedo hacerlo; por lo que ve al servicio, yo conozco mis deberes; pero si la señora no está contenta de mí, no se moleste para decirlo, mi maleta no está lejos.

Después de esta última palabra, lanzada como la flecha de los partos, se alejó. Hacía mucho tiempo que tal amenaza era entre los Duvernoy asunto de broma. Treinta años llevaba ya la buena mujer, de servicio en la casa, sin poder dejarla; y casi no había estación en que no amenazase con bajar del granero esa famosa maleta, por los más fútiles motivos. Más esta vez el señor Duvernoy no rió de la ocurrencia; sentía que la amenaza era seria.

Dijo tristemente:

—Ya lo veis, Beltrana, tenía razón para demandar vuestra indulgencia; esta mujer tiene el humor agrio, pero es buena, abnegada y fiel.

Ella dijo dulcemente:

—Haré lo que me sea posible para ganar la buena voluntad de Mariana, pero temo no obtener nada. Carlota no ha perdido el tiempo......

Cómo, suponeis que Carlota.........

Ella movió los hombros, llena de mansedumbre.

—Que queréis? la pobre muchacha ha quedado tan descepcionada en su ambiciosa esperanza! No debemos censurarla mucho, yo le perdono de todo corazón las dificultades que me ha creado.

—Que buena sois, Beltrana!

Y con una voz dura, añadió:

—Yo, yo no le perdono.

—Entonces no hablemos más de ella. Dejadme admirar. Que linda es vuestra casa!

—Nuestra casa, dijo él tiernamente.

Ella repitió:

—Nuestra casa. Y añadió, visitada yo lo principal:

—Es un verdadero paraíso, Fernando, y yo voy á ser aquí dichosa como una reina.

Ay! él no podía asociarse á este impulso de alegría, habiendo llegado la hora tan temida. Lila no se había presentado á su llegada. En otro tiempo, después de la menor ausencia, corría alegremente hacia él. No podía esperar más sin informarse de ella. Tocó el timbre y se presentó una joven recamarera,

—Donde está la señorita? preguntó:

—La señorita está encerrada en sus habitaciones.

—Prevenidle que la espero aquí.

La joven criada volvió sola, Lila rehusaba obedecer. El señor Duvernoy sentía la necesidad de domar á aquella rebelde; pero vacilaba en comparecer ante su hija; esperaba sus violencias, sus rebeliones...... Habría que corregir y castigar. Que triste retorno! La mano de Beltrana se posó sobre su brazo:

—Mi bien amado, si mi presencia en vuestra casa debe causaros tan gran molestia, me iré para no volver jamás.

En la mirada de espanto con que él la vió, comprendió ella que el golpe había sido certero.

—Quereis poner este negocio entre mis manos? Dadme poderes plenos y espero, en menos de una hora, dejaros sumisa á Lila.

El tuvo un suspiro de alivio:

—Sois adorablemente buena, mi querida Beltrana, pero temo mucho haceros fracasar.

—Quién sabe! dijo ella.

La huerfanita sollozaba en su cuarto cuando, después de un golpe ligero dado á la puerta, una voz baja pronunció estas palabras:

—Abrid Lila, yo lo quiero.

Esta voz contenida tenía un acento tan autoritario, que la niña enjugó sus lágrimas y obedeció. Abierta la puerta, Beltrana entró con la actitud felina que le era peculiar. Tomó á la niña de la mano, y mirándola bien á la cara, en los ojos francos, donde se leía una indiscutible aversión:

—¿Queréis amarme y os place que yo os ame?

Con un movimiento violento, Lila se echó hacia atrás.

—Os odio, os odio, dijo con vehemencia. Habéis despedido á la buena Carlota, me habéis tomado á Papá, os odio, os odiaré siempre.

Una sonrisa desdeñosa pasó por los delgados labios de Beltrana. Esa explosión apasionada de ira, le agradaba; una enemiga apasionada es más fácil de vencer. Se sentó, haciendo con la mano un movimiento que mandaba el silencio, y friamente, sin una palabra de reproche ó de queja:

—Mi pobre niña, dijo, desde que nos conocemos, hace seis meses, ha habido siempre entre nosotros una sorda hostilidad, ¿no es cierto? Vos queríais cerrarme la puerta de esta casa. Para ello pusísteis en obra vuestras lágrimas, vuestras súplicas, vuestra cólera; habéis sido vencida; no teneis aun ni la edad ni la fuerza para luchar contra mí. Es preciso pues que os resigneis, Lila. Yo he entrado aquí á pesar vuestro, y á pesar vuestro permaneceré, y si no sois obediente......... (La voz tomó las notas breves del martillo cayendo sobre el yunque), podría muy bien arrojaros de aquí, como arrojé á vuestra aya. Os hablo como á una niña inteligente que pue de comprenderme. ¡Escuchadme! Mi deseo es vivir aquí en buena harmonía con todos y sobretodo con vos. Vos me odiais, así me lo habeis dicho; pero yo no reclamo vuestra ternura. No reemplazaré á la madre que habeis perdido, ni siquiera á vuestra aya. Cuando estemos solas, podreis mirarme como me veis en este momento, con ojos cargados de rencorosa cólera; pero ante los extraños, ante los domésticos, ante vuestro padre, sobre todo, os exijo que me deis muestras de deferencia y de respeto; exijo que me dirijais el título de madre.

Su voz imperiosa se había vuelto más y más dura; hizo una pausa, después continuó con tono súbitamente dulce:

—Ese sacrificio, ó más bien dicho, ese disimulo, no lo pido por mí sola, sino por la dicha de vuestro padre á quien decís que adorais y á quien torturais cruelmente. Es para que él sea feliz entre vos y yo, para lo que llegué la primera á tenderos la mano. Yo no exijo una respuesta inmediata: la llamada para la comida sonará dentro de una hora; emplead este tiempo en reflexionar; si consentís en aceptar lo que es ya un hecho consumado, cuando nos encontremos ante vuestro padre, me daréis un beso, el solo que os pediré jamás.

Diciendo esto se levantó, y como había entrado, salió, con la misma mirada y la misma sonrisa. Las lágrimas de la huerfanita volvieron á correr más abundantes y más amargas.

Una extraña hablaba como soberana en la casa de su padre, y le dictaba leyes; predecía desdeñosamente su derrota y le ofrecía un insultante perdón.

No era propio del caracter de la impetuosa niña resignarse sin combatir. ¿Para qué reflexionar? ¿Para qué esa hora de espera?

Su padre estaba ahí, el amo, el juez, el protector, al cual jamás había recurrido ella en vano. El la defendería y, con una palabra haría comprender á esa madrastra que el amor de padre es más potente que el amor de esposo. Enjugó sus ojos de prisa, y resueltamente se dirigió á la cámara de su padre.

¡Ay! á la primera mirada que puso en él, se desvanecieron sus ilusiones. El pintor inquieto, presa de un evidente malestar, veía á la pobre niña con una expresión á la vez dura y temerosa, que ella no había visto jamás en su rostro. Beltrana, al contrario, se aproximó, zalamera y maternal.

—Venid, mi querida hija, ¿queréis besarme, no es verdad?

Y Lila desfalleciente dejó que los labios de su madrastra se posaran fríamente sobre su frente, en tanto que M. Duvernoy exclamaba con voz alegre:

—Sois una maga, mi querida Beltrana; en verdad es un milagro el que habéis operado.

Un poco más tarde, sola en su cuarto, la niña se abandonaba á su amarga desesperación. No escribía ya á su padrino Felipe, tampoco á su aya Carlota: Una humillación pesaba sobre ella, sentía en su alma la vergüenza de las capitulaciones. Se decía que había sido debil y cobarde, que al aceptar ese beso había desertado de la causa de la aya y renegado de su madre; pero creía también, y eso lo comprendía perfectamente, que sucedería lo mismo al día siguiente, y los días, los meses y los años que iban á seguir; que estaba vencida, que no tendría el valor de la rebelión y que no tenía tampoco el valor de la resignación.

XXXIX

La señora Beltrana Duvernoy acababa de obtener una victoria sin duda, pero bien menguada en resultados: un reino únicamente compuesto de esclavos sumisos por el terror ó de súbditos rebeldes, no daría envidia á soberano alguno.

La liga de familia se dibujaba temible. Beltrana, desde sus primeros pasos en Pontarlier, reconoció su existencia. Por donde quiera resonaba en su oido el nombre de la tan lamentada, de la tan simpática Carlota; aquí, alegremente, como una fanfarria guerrera; ahí lúgubremente, como un toque de muerto. La señora Fourneron exhaló sus rencores; las primas acentuaron como una muralla infranqueable su política glacial, los amigos hicieron gala de su agresiva acogida: la tía y las primas habían puesto en obra todas sus influencias contra Duvernoy. En las pequeñas ciudades la neutralidad no es posible, hay que declararse en pro ó en contra y contra Beltrana se declaraba evidentemente Pontarlier entero.

La señora Duvernoy volvió á su casa desalentada. Cualquiera otra mujer hubiese abandonado la lucha y vuelto á su vida errante ó buscado un lugar de permanencia más hospitalaria. Ella examinó las dos alternativas y encontró graves objeciones.

Para la administración de las fortunas territoriales, es necesario el ojo del amo; la renovación de esto, el mantenimiento de aquello, la explotación de los otro, demandan una vigilancia casi constante. Los intereses materiales, descuidados por largo tiempo por el pintor, habían sufrido demasiado. Por otra parte, la existencia errante tenía á los ojos de Beltrana el peor defecto. «Piedra que rueda, no cría moho,» dice el proverbio, y ella quería criar moho. Era de aquellas á quienes la experiencia instruye. Había sido cigarra en la primavera de su vida y le había ido mal; llegado el estío, la cigarra se volvía hormiga y pretendía llenar sus graneros. Las rentas de Fernando, esas sesenta mil libras, sábiamente administradas, podrían permitir amplias economías. Ella estudió este asunto, testificó que la mitad de esta suma debía bastar para asegurar una vida cómoda y fácil y aun la supremacía en ese medio restringido; el resto de las rentas se acumularía.

Beltrana conocía ya la significación de esas palabras inscritas en los contratos de matrimonio: comunidad de bienes reducidos á las adquisiciones nuevas. Mas para hacer esto, era preciso vivir en Pontarlier durante la mayor parte del año, desarmar las iras, destruir las prevenciones, luchar con su talento, su belleza, su finura, su astucia, contra una ciudad hostil, contra una familia que

la rechazaba. Se decidió, y, para construir su plan de campaña, se confinó en el retiro, observó y esperó. La liga todavía no obraba con decisión, se había jurado rechazar al enemigo, pero todavía faltaba que se diese el asalto.

Para todas esas curiosidades ásperas de provincia, reducidas á flaca pitanza, Beltrana era una presa ardientemente codiciada. Se quería, es cierto, abrebarla de ultrajes, más para abrebarla era preciso que ella extendiese su vaso. Ahora bien, la presa no se exponía ni á los ultrajes ni á las sátiras; se encerraba en su casa; solamente el domingo salía para asistir á la misa parroquial, y el resto de la semana se absorbía en los cuidados de la casa. como hubiera podido hacerlo una burguesita modestamente educada en un convento.

No se porta por cierto una Dalila ó una Danaé de tan edificante manera. Decididamente esa mujer que decepcionaba á todos los que esperaban de ella malos actos, carecía de la más elemental probidad. Envano se interrogaba á Mariana. Esta á pesar de su evidente malhumor, no podia articular una queja contra su nueva ama. Lila, fría y triste, se limitaba á responder:

—Ni la amo, ni la amaré jamás.

La señora Fourneron enrojecía de cólera y las dos Lezines palidecían de indignación. Ya no se encontraban sin dirijirse la misma pregunta: «La has visto?» y siempre la negativa respuesta uniforme y desoladora: La señora Duvernoy no hacía tentativa de forzar las puertas que se habían cerrado para ella.

Las cosas no podían quedarse en ese estado; después de un conciliábulo secreto en casa de la señora Fourneron, se decidió que Jacobo de Sommers cuya vuelta era esperada, sería enviado á un reconocimiento para tantear las astucias del enemigo y sondear sus planes.

Jacobo volvió por fin á esa que él llamaba satánica bicoca de pueblecillo. No estaba de buen humor; el *flirt* con la americana lo había llevado muy lejos en el pais de lo tierno, retardándolo en la ciudad de las pequeñas solicitudes, haciéndolo resbalar por la pendiente de los menudos favores, llavándole ante el gran rio que debía franquear sobre el puente del matrimonio, para llegar al oasis de la dicha perpetua. Pero ahí el viejo corcel rehacio se había encabritado, rehusándose á enfilar el puente. Hubo una discusión viva y después la ruptura: la americana tuvo que buscar un amado menos recalcitrante.

Volvió pues él á su casa de mal humor, maldiciendo los puentes, los ríos, el flirt y las americanas. Fué enmedio de imprecaciones donde la señora Fourneron le cayó, no dejándole tiempo ni de abrir sus maletas.

—Y bien, mi pobre amigo, tú sabes lo que ha pasado? El se ha casado con ella.

Jacobo exclamó con una voz tonante:

—Cómo lo sabeis? Quién se ha casado con ella, el ruso ó el inglés?

No pensaba en Beltrana.

—¡Quién se ha casado con ella, Jacobo! Luego Fernando no te anunció su matrimonio?

¡Ah! es de Fernando de quien hablais!

Y recordando sus cuerdas resoluciones:

—Pues bien! qué quereis que yo haga! yo me lavo las manos!

—Mostrabas más celo antes de tu partida, por los intereses de nuestra familia. Contábamos contigo para reconocer qué especie de mujer es. Tú que conoces á las pícaras......

—Para eso, tía Fourneron, dijo Jacobo extremadamente halagado, podéis decir que me pinto solo; pero he jurado no ocuparme de esa.

—¿Y por qué, Jacobo?

—Por qué...... por qué...... Qué es lo que tenéis que reprocharle!

La señora Fourneron buscó algún cargo:

—No ves que ha hecho que tu primo se case con ella?

—¿Cómo, tía Fourneron, vos que sois el apostol del matrimonio habláis así?......... Hacer que se casen con ellas, es la inocente manía de todas esas malignas gentecillas, desde esa Santa Nitouche de Eulalia, hasta ese malvado demonio de Miss Megg.

—Ella exigió que se despidiese á la excelente señorita Carlota.

—Ha hecho bien, Carlota era muy fea.

—¿Crees tú acaso en ese primer marido, en ese rico armador de Brest? Yo estoy segura de que no ha existido jamás.

—¡Cómo! que si creo en Martín de Brest?

Se mordió los labios para no decir más.

—Entonces desertas de nuestra causa?

—Yo no deserto, pero prefiero permanecer neutral en esas historias; no quiero romper con Fernando.

—Cuando menos irás á ver á esa mujer.

—Iré á verla, naturalmente; debo una visita á esa nueva prima.

A pesar de sus disposiciones conciliadoras, pasó una semana sin que Jacobo pusiese en ejecución su proyecto. Era de los que experimentan las influencias inmediatas. Sin embargo, pasada la semana, juzgó inconveniente diferir por más tiempo un deber de política, y después de haber procedido largamente á una toilette conveniente, fué á llamar á las puertas de los Duvernoy.

Cuando fué anunciado el nombre del visitante á Beltrana, tuvo ella una de esas sonrisas que aclaraban por instantes la impasibilidad de su rostro; ese primo de que su marido le había hablado tanto y que amaba á las lindas mujeres, debía ser una facil conquista. La necesidad de un aliado se hacía sentir mucho.

Aquella misma mañana, la terrible petaca de Mariana había franqueado por fin el dintel del granero, bajado la escalera con un ruido siniestro, y ahora, en la cocina, se abría, espantosamente como un ataúd. Mariana cumplía su quincuágesima promesa

A la hora del almuerzo, Lila, con los ojos rojos de lágrimas, rehusó comer. El señor Duvernoy parecía consternado. Mariana, con una coquetería de cocinera que quiere que la echen de menos, había aderezado el mejor platillo de su repertorio.

El señor Duvernoy, al saborearlo, dijo:

—Jamás la reemplazaremos.

Beltrana respondió dulcemente:

—Estoy desolada, Fernando, yo no he hecho observación alguna á Mariana, no hay culpa de mi parte. Desde mi entrada en la casa, busca un pretexto para salir.

El dijo con un tono que disimulaba mal un reproche:

—Es lamentable en verdad; yo habría preferido perder una suma de dinero mejor que los servicios de Mariana.

Sí, urgía que un aliado viniese en ayuda de Beltrana, porque en medio de aquella casa, de aquella familia y de aquella ciudad hostil, se apoderaban de ella el desaliento y la irritación. A veces hasta lamentaba la partida de Carlota. La pobre buena muchacha hubiese defendido su causa y combatido por ella; ninguno es demasiado fuerte para luchar solo.

El cielo le enviaba un campeón, pero era necesario que este campeón estuviese bien convencido de la bondad de la causa que iba á sostener. Era preciso que fuese conquistado y subyugado; para esto eran de temerse dos extremos: una amabilidad demasiado sonriente ó una dignidad demasiado austera. Era preciso que él adorase, pero *á dos rodillas*. Sin tener en la sociedad de Pontarlier la alta preponderancia de la señora Fourneron ó de las señoritas de Lezines, el señor de Sommeres no carecía de influencia. Primo hermano de Elena, si él declaraba que la segunda señora Duvernoy era digna de todos los respetos, su opinión haría ley.

La acogida que hizo á Jocobo fue una obra maestra de habilidad; una emperatriz de los antiguos días, recibiendo á un gran vasallo, no hubiera podido mostrar una actitud más noble y real. Ella leyó su triunfo en la rápida sorpresa que él no pudo disimular enteramente.

La mujer que recibía á Jacobo de Sommeres, que lo acogía con una dignidad serena, con una gracia tan correcta, no podía tener un lazo de parentesco, por debil que fuese, con la pícara vividora de Leódice, con la astuta esposa del viejo Martin, con la maligna, la habil intrigante de Fernando Duvernoy. El conocía á las vividoras, él conocía á las pícaras, él conocía tambien á las mujeres honradas; esta era una mujer honrada, infinitamente bella, distinguida, imponente y digna de todos los respetos.

Cuando Beltrana estuvo cierta de esta primer victoria, marcó un punto y cambió el juego. Se puso graciosa y sonriente escuchando á Jacobo, interrogándole acerca de sus gustos, de sus ocupaciones; daba un precio infinito á los menores detalles que él tenía á bien revelar sobre sí mismo. Parecía deslumbrada de saber que él amaba á Niza, que adoraba á París y que no detestaba á Pontarlier; que pasaba el estío en su casa y el invierno en el mediodía. El decía los nombres de los hoteles donde bajaba, de los restaurants donde iba por la mañana. Todos esos detalles de una perfecta insignificancia, eran escuchados por ella al igual de importantes secretos de Estado. De cuando en cuando, con mucha habilidad, arrojaba ella en la conversación algunos nombres ilustres. Le preguntaba si conocía á lord X......... si había encontrado á su íntima amiga la princesa K......... off. Por fin, á su vez ella habló de sí misma, haciendo notar con humor, sus rudos principios en Pontarlier, desde la maleta de Mariana que se obstinaba en salir de la casa, hasta las señoritas de Lézines que se obstinaban en no entrar. Y esto sin amargura, con un lindo matiz de burla, con el tono de superioridad indulgente de una mujer que está por encima de todas estas pequeñeces, con un ligero desdén por todos esos rigores de provincia, desdén que él debía compartir y comprender, él, huesped de las grandes ciudades, él, superior por su esprit, su inteligencia y sus relaciones mundanas, á ese medio estrecho y limitado.

Cómo hubiera podido Jacobo permanecer fiel á la liga Cómo hubiera apechugado ante la amiga de la princesa K......off y de lord X...... con el ridículo de ser tratado de provinciano? El antiguo jefe de la conjuración desertó vergonzosamente, con armas y bagajes, y no descubrió las asturias del enemigo, pero si confió las de sus aliados. Beltrana tenía una manera tan cautivadora de escuchar que él tuvo que decirle:

—Ellas no os quieren mucho que digamos, prima, están furiosas porque no intentais nada para aplacarlas; pero vos habéis elegido un buen partido; permaneced en vuestra casa; ellas vendran. Se fastidian tanto!

XL

Una mañana, la señora Fourneron, después de haber oído dos misas, visitado tres familias pobres, explorado cuatro almacenes, acomodado seis armarios y escrito siete cartas, se encontró un poco escasa de ocupación y cayó en una abstracción melancólica: las noticias que en su ir y venir de en la mañana había recogido, le daban en que pensar. Resultaba de esas diferentes informaciones que los Duvernoy tenían proyectos.

Tener proyectos, se llama en Pontarlier la intención de dar fiestas. Habían sido contratados algunos obreros y cierto comerciante había recibido un importante pedido de velas esteáricas. Ahora bien, si había algo penoso en el mundo para la señora Fourneron, era estar en términos fríos con personas que tenían proyectos. Su aversión por Beltrana fué conmovida en lo más profundo, su humor se endulzó como una plaza que va á capitular.

Después de todo, qué le reprochaban á esta mujer? Era joven, bella y cuerda; nada en su conducta dejaba sitio para la más ligera crítica. Fernando la amaba: no se puede imputar como crimen el amor de un marido.

Ella había, es cierto, despedido con algo de brusquedad á la tan simpática señorita Carlota, pero eso era porque quería ocuparse ella misma de la educación de Lila. Este motivo también era loable. ¿Cómo la señora Fourneron, cuyo juicio era tan seguro, se había dejado extraviar por ese chisme de Felipe de Aubian? Cómo no había ella comprendido que su papel, al contrario, debía ser del todo maternal: acoger á esa nueva sobrina, abrirle los brazos, dirigir sus pasos, ser su consejo, su apoyo, y pues que tenía proyectos, ayudarle en esos graves asuntos. Por último, sería miserable cosa, desde que uno ha reconocido su error, obstinarse en el mal camino; ella no era, gracias á Dios, de esos espíritus estrechos como las Lézines; ella iría derechito á su cara sobrina Beltrana y le diría...

....

La señora Duvernoy estaba en su toilette cuando la señora Fourneron entró sin hacerse anunciar. Beltrana comprendió inmediatamente en qué condiciones le era ofrecida la paz; no tuvo ni un gesto de sopresa ante esta intrusión matinal, ni aun la enigmática sonrisa con que había acogido á Jacobo de Sommeres. Las condiciones serían duras: ponerse en tutela, aceptar la dirección de la vieja tía en su familiaridad; sin embargo, no vaciló.

—¿Mi tía, dijo ella con su voz metálica, os agradaría darnos algunos consejos para amueblar nuestro comedor?

De mil amores, dijo la señora Fourneron, cuyo rostro se iluminó.

Los Duvernoy, en efecto, tenían proyectos y fué la venturosa tía Fourneron la que compuso el menú de la

comida, la lista de los convidados y las canastillas de flores y de frutas.

La conquista de las Lézines fué más laboriosa pero era más importante aún. Su casa fastidiosa, pero altamente honorable, daba el tono á la mejor sociedad de Pontarlier. Se decía: Ser recibido en casa de las Lézines como se decía en otro tiempo: Ir al faubourg Saint Germain. El saloncito de la señora Fourneron se abría á todos; el gran salón de las Lézines se entreabría solamente para algunos. Tanto como la una se prodigaba en todas las ocasiones, las otras se encerraban, se reservaban.

Ante la deserción de sus dos aliados, habían tenido ellas una palabra severa:

—No es á nosotras á quienes se seduce con las pompas de Satán.

Beltrana á pesar de su habilidad se sentía vencida: las dos solteronas, acompasadas, ceremoniosas, eran para ella adversarias mucho más temibles que el tarambana de Jacobo de Sommeres ó la activa tía Fourneron. Ella comprendía que su triunfo no sería completo sino el día en que Aglaé condescendiera en llamarla mi prima, el día en que aquella puerta tan rígidamente cerrada, se abriera ante ella ampliamente.

Ninguna fortaleza es inaccesible: la habilidad del sitiador consiste en descubrir el punto vulnerable, donde el asalto debe ser dado. Beltrana estudió y descubrió. Las pompas de Satanás son de diversas naturalezas. El demonio del orgullo tiene más de una manzana en su árbol. Esas solteronas á quienes no tentaban ni los placeres del mundo, ni el lujo, ni la gala, estaban devoradas por una de esas ambiciones de que los parisienses sonreirán acaso, pero que aquellos que han habitado la provincia, comprenderán fácilmente.

Ser nombrada presidenta de una de esas asociaciones piadosas que pululan ahora, gozar de los honores que van unidos á esta dignidad, conferenciar con Monseñor el arzobispo en sus visitas episcopales; tratar de igual á igual á los miembros del clero; ser un alto personaje, no atareado, de pie activo, perdido entre la multitud, sino sentado majestuosamente en su sillón, como conviene á los grandes dignatarios, tal era la ambición que devoraba el corazón piadoso de Aglaé de Lézines.

Continuará.



NOTAS DE LA MODA.



Capelina de una pieza.

Bata de mañana para niñas de 2 á 3 años.

Esta batita muy amplia, se hace de franela obscura, adornando el cuello con cinta inglesa.

La otra batita, que es para niños de un año, se ejecuta con tafetán color de rosa y encajes blancos.

Vestido de bebé.

Este vestido es de cachemira crema, el cuerpo del vestido va escotado, la espalda y delanteros están recogidos con tres ajaretados en el talle; la falda va adornada con tres hileras de gaviados con seda crema. En el borde del escote y las mangas, lleva un volante bordado con seda en la misma cachemira.

Varias piezas de ropa para niños pequeños.

En estaplana encontrarán nuestras bellas lectoras modelos de todas clases para engalanar á los bebés, ya bordándoles sobre la misma tela ó acomodándoles bordados apropiados.



Una dama muy coqueta que escribe sus memorias:

«...... Tantos sufrimientos, tan continuados pesares habían alterado profundamente mi salud; en dos años había envejecido lo menos seis meses......»



Bata de mañana para siñas de 2 á 3 años.



Gorrita de tul con encajes y listón muy angosto, azul pálido.



Abrigo bordado para niños pequeños.



Almohadon bordado sobre lienzo y adornado con un volante bordado.



Vestido de bebé.



Varias piezas de ropa para niños pequeños.

LA FRATERNAL.

Compañía de Seguros de Vida y accidentes

Sus pólizas no tienen competencia por la variedad, ventajas y baratura que ofrecen.



LA FRATERNAL envía á todo el que lo solicite cuadernillos de explicaciones y el Boletín que edita mensualmente.

Oficinas de LA FRATERNAL:

MEXICO—Calle de S. Felipe Neri 7. Apartado Postal 750.—MEXICO

PÍLDORAS del Dr. AYER

Curan la Dispepsia,

Estreñimiento,

Jaqueca y Desarreglos

—DEL—

ESTÓMAGO,

HÍGADO y VIENTRE

Son puramente vegetales,
Son azucaradas,
Son purgantes.

Nadie debe estar sin un pomito de **Píldoras Catárticas del Dr. Ayer,** para poder tomar una pequeña dosis, á los primeros síntomas de indigestión, y evitar así un sinnúmero de enfermedades.

Preparadas por el Dr. J. C. Ayer y Ca., Lowell. Mass., E. U. A.

PRIMER PREMIO EN LAS Exposiciones Universales de Barcelona y Chicago

---

MAS DE CIEN

personas han sido curadas de estrechez uretral, sin el menor accidente, sin dolor, sin cloroformo y en menos de un minuto, empleando el Dr. Garay la electrolisis. Por el mismo método cura las estrecheses del recto, exófago y útero. Practica toda clase de operaciones quirúrgicas y es especialista en vías urinarias.

LA VELOUTINE

Polvo de Arroz especial preparado con Bismuto.
HIGIÉNICO, ADHERENTE, INVISIBLE

Sola Recompensada en la Exposición Universal de 1889.

CH. FAY, Perfumista, 9, Rue de la Paix, Paris

(Guardarse de las Imitaciones y Falsificaciones. — Sentencia de 8 de Mayo de 1875).

FÁBRICA ESPECIAL de AFEITES de TOCADOR para PASEO y TEATRO

CREMA CAMELIA, CREMA EMPERATRIZ.
ROJO y BLANCO en chapetas.
ROJO VEGETAL en polvo.
LÁPICES especiales para ennegrecer pestañas y cejas.
POLVOS para empolvar los cabellos, Blondo, blanco, oro, plata y diamante.
BLANCO de PERLA en polvo, blanco, róseo, Rachel.
POMADA ROJA para los labios en botes y en rollos.

Los Productos de CH. FAY se encuentran en el Mundo entero, en casa de los Principales Perfumistas y Droguistas

---

ALMACENES

DE

EL PALACIO DE HIERRO.

LA CASA MAS IMPORTANTE DE LA REPUBLICA.

Constantemente recibe las últimas novedades de París.

Completo surtido de

BONETERIA

Para Caballeros, Señoras y Niños.

LENCERIA FINA, ENTREFINA Y CORRIENTE.

GENEROS BLANCOS DE TODAS CLASES, DÉ LINO Y DE ALGODON.



Manteles, Servilletas.

Juegos para 12, 18 y 24 cubiertos.

Juegos de manteles y servilletas para the.

Toallas afelpadas, de lino y bordadas

SABANA Y BATAS PARA BAÑO.

Generos para vestidos de seda, de lana y seda, de lana, y finos de algodón.——Surtido renovado constantemente.

PERFUMERIA FINA, LEGITIMA FRANCESA.

Casimires, Corbatas, Camisas, Bastones, Paraguas, Sombrillas, Sacos de alpaca y de seda.——Artículos para viaje.

Departamento especial de sombreros y confecciones para señoras. Sombreros y confecciones modelo.

DEPARTAMENTO DE TAPICERIA Y MUEBLES FINOS DE FANTASIA.

Blondas, encajes, galones, aplicaciones y toda clase de adornos para vestidos y sombreros.

Guantes, Pañuelos, Mascadas, Sevillanas, Chales, Tápalos, Velos, Tirantes, Vestidos de todas clases para niños y niñas, Ropa para bebés, Ropones, Layettes, Gorros, Pelisse. —— ARTICULOS DE PARIS, Etc Etc.

PRECIOS SUMAMENTE COMODOS E INVARIABLEMENTE FIJOS.

EL MUNDO.

TOMO I. MEXICO, JUNIO 27 DE 1897. NUMERO 26.



S. M. La Reina Victoria,

Con motivo de su jubileo, celebrado el 20 de Junio de 1897.

"EL MUNDO"

Semanario Ilustrado.

Teléfono 434.-Calle de Tiburcio núm. 20.-Apartado 87 b.

MÉXICO

Toda la correspondencia que se relacione con la Redacción, debe ser dirigida al

Director, Lic. Rafael Reyes Spíndola.

Secretario de Redacción,

Amado Nervo.

Toda la correspondencia que se relacione con la edición debe ser dirigida al

Gerente, Lic. Fausto Moguel.

La subscripción á **EL MUNDO** vale $1.25 centavos al mes, y se cobra por trimestes adelantados.

Números sueltos, 50 centavos.

Avisos: á razón de $30 plana por cada publicación.

Todo pago debe ser precisamente adelantado.

RÉGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE.

Notas editoriales.

Treinta años de República.

Acaban de cumplirse treinta años del triunfo de la causa republicana, y es ya tiempo de estudiar el avance que han tenido en el país las ideas sembradas con la sangre y con el fuego en la extensión del territorio nacional. Nuevas generaciones han venido á agruparse en rededor de los campeones de aquella época y á continuar la obra emprendida con tanta tenacidad como patriotismo. Podemos, pues, hacer el *balance* de un periodo de tiempo, suficiente para apreciar el progreso del país dentro del régimen democrático.

Consolidada la República, la idea democrática encontró un fuerte apoyo en una ley de dinámica social que quiere que las reacciones sean proporcionales á las acciones; y en ella se sustentó el principio vencedor para difundirse extensamente en los espíritus. Fué aquel un periodo de entusiasmo republicano, algo como un himno entonado en loor de un dios reconquistado de manos enemigas y que triunfalmente se llevara á su desierto santuario.

Aquel sentimiento tenía, en efecto, lineamientos místicos; había mucho de éxtasis en el fervor que se prestaba á los principios de la democracia, una suerte de culto indiscutible, propio más bien del ardor de un apasionado que de la fría calma de un convencido; hecho muy natural, por otra parte, en aquellas circunstancias.

***

Juárez fué un espíritu sereno operando en un medio de agitadores entusiastas. Al bajar al sepulcro, dejó un problema sin resolver: el del progreso nacional limpio de los prejuicios dominantes, informándose en criterio más amplio, en contacto con la ley de solidaridad universal que preside á la vida y desenvolvimiento de las nacionalidades modernas. Pero el poder publico que substituyó al Benemérito, no se penetró del momento histórico, y equivocando el camino, se alzó como un obstáculo inesperado á la nueva fuerza expansiva que extremecía la República.

Lerdo de Tejada fué arrollado por una corriente impetuosa que pretendió esterilizar en los límites de una charca. La revolución de Tuxtepec, como se ha dicho muchas veces, nació como la resultante de intereses nacionales, que era indispensable dar desarrollo; fué el producto de una época que en vano se pretendía borrar de las páginas de la historia, y en este movimiento tomaron parte todas las energías y todas las actividades de la nación.

La idea democrática pasaba de su periodo metafísico al positivo; de la etapa neo-mística á la de los intereses materiales; del régimen jacobino al del industrialismo, entrando, de este modo, al gran concierto del progreso contemporáneo.

***

Pero no ha sido este el único refuerzo que ha tenido el principio republicano.

En estos últimos tiempos la Democracia ha sido sometida á un profundo y escrupuloso análisis. Se señalan sus imperfecciones, se buscan materiales con que colmar sus lagunas, se estudian las deficiencias de ruedas que entran á funcionar en el aparato. ¿Qué provecho obtendrá la política del porvenir de esta crítica, que algunos pretenden no conocer, al modo de esos pusilánimes que rechazan las ideas que les desagradan?

Un provecho enorme: el de reformar y reconstruir piezas que estorban á la marcha de la maquinaria, que si ha de ser útil á nuestras generaciones y las venideras, necesita de este severo é irreprochable exámen.

Entre los lunares que se pretende haber encontrado en el flamante sol de la Democracia, uno de ellos es el de que el sistema perturba, con sus cambios, á la existencia nacional. La primera necesidad de un Estado es ser duradero, y las repúblicas, por razón de estructura política, no ofrecen esta garantía. Países de régimen democrático en que el poder público pasa de una mano á otra, sin trastornos sociales, económicos ó políticos, representan un avance muy grande, un nivel superior en sus elementos constitutivos. Una República siempre se halla expuesta á bruscos cambios que ponen en peligro las instituciones y con ellas la vida del país.

Un gobierno sólido, dotado de suficiente fuerza para salvar la democracia de este riesgo, será un auxiliar poderoso, no sólo del régimen republicano, sino de la misma nacionalidad.

Y este servicio lo ha prestado á la nación el poder público emanado de la postrera guerra civil.

Los principios de la Democracia, exparcidos profusamente en el territorio durante treinta años, difundidos en la sociedad en alas de las instituciones —y no hay que perder de vista la función educativa de toda ley—forman parte de nuestro bagaje político, se encuentran como cuerpo de doctrina en todos los espíritus.

Podemos, pues, decir, que la República ha salvado su primer peligro, para entrar de lleno en el periodo de perfeccionamiento después de haber alcanzado el de su consolidación.

Política General.

RESUMEN.—La coronación del Czar y el jubileo de la Reina de Inglaterra.—Victoria I y Nicolás II.—Los festivales de la paz.—Su efímera influencia en la universal concordia.—La marina alemana.—El retiro del príncipe de Hohenlohe.—Puede estar tranquilo.—El deber cumplido.—Las islas Sandwich.—Ojeada retrospectiva.—Su anexión á los Estados Unidos.—Sus peligros.—Política de aventuras.—Conclusión.

Hace un año la capital legendaria del gran imperio moscovita era centro de atracción, á donde concurrían de todas partes de su dilatado territorio los representantes de esas agregaciones múltiples que forman los dominios del Czar. A la sombra del Kremlin que guarda en sus muros venerables los recuerdos santos de la poderosa monarquía eslava, se congregaron los príncipes y señores de la tierra para dar más brillo con su presencia á la ceremonia más pomposa que ha contemplado el siglo XIX: la coronación de Nicolás II.

Aun no se extinguen los ecos de la grandiosa fiesta, tristemente interrumpida tan sólo por los ayes desgarradores de las víctimas de Kodijnsky, y un nuevo festival convoca á los pueblos cultos en la metrópoli británica para asistir á la imponente solemnidad del jubileo de la reina Victoria, gloriosamente sentada en el trono de sus mayores por un periodo de tiempo que sobrepuja al de todos los soberanos de la tierra.

Ayer recibía pleito homenaje de sus millones de súbditos un joven lleno de esperanzas y teniendo delante de sus ojos abierto el tiempo porvenir; ayer los labios se abrían y las almas se ensanchaban en mística oración, pidiendo para el augusto monarca las bendiciones del cielo, é implorando acierto para el reino que se inauguraba. Hoy los himnos que se cantan, las voces que se alzan, entre las nubes perfumadas del incienso y las aclamaciones de la multitud, son en acción de gracias por el dilatado y glorioso reinado, que en sesenta años ha conducido al heterogéneo imperio británico por el camino siempre amplio de su progreso y engrandecimiento no interrumpido.

***

En las actuales circunstancias porque atraviesan las naciones de la vieja Europa, siempre apartadas por odios profundos, divididas por añejas rivalidades y alejadas por ciegas competencias; en el período presente en que la paz armada es la máscara hipócrita á través de la cual se espían mutuamente, buscando el momento oportuno para saciar su encono y mitigar sus envidias: estas fiestas son como floridos oasis donde el ánimo fatigado se sienta á descansar de la constante brega, como dulce *intermezzo* en que el alma, harta de escenas de sangre y luchas despiadadas, halla pacífico esparcimiento y regalada calma.

Ah, si esas reuniones de paz y de concordia tuvieran efectos duraderos más allá de las fronteras de los pueblos que las convocan! Ah, si la alegría desbordante en las ceremoniosas recepciones y suntuosos banquetes fueran lazos de unión y prendas de amistad para los pueblos, como aparentan serlo para los individuos! Pero, nó; desgraciadamente quedan en pie las causas que provocan las gigantescas luchas, y tras esos iris de paz, que resplandecen entre los arcos de triunfo y á la claridad de los cirios encendidos en los templos, continúa la lucha subterránea, la competencia sin tregua, el choque de opuestos intereses, y las razas y las gentes y los pueblos y las naciones, un momento confundidos en fraternal abrazo, vuelven al día siguiente á contar sus acorazados y á pasar revista á sus innúmeros ejércitos, siempre listos á entrar en singular combate que ha de asombrar á los siglos venideros.

***

Ahí está, sin ir más lejos, el implacable Hohenzollern, que decidido á hacer de la marina alemana un ariete formidable de su poderoso imperio, resuelto á que ha de figurar la moderna Germania como potencia marítima de primer orden, ya que se juzga invencible en tierra por su admirable y sabia organización militar, no retrocede ante el sacrificio del príncipe Hohenlohe, su hábil consejero, á quien obliga á dimitir porque no supo contrarrestar la influencia de los círculos oposicionistas del Reischtag, que rechazaron con vigor los créditos solicitados en nombre de la dignidad nacional, para proveer al desarrollo de la fuerza naval con que ahora cuenta.

Nada valieron los méritos adquiridos por el viejo Canciller en defensa y en servicio de la patria alemana; nada sus recientes triunfos diplomáticos en el embrollo oriental; nada la voz del Emperador llevada en los concejos europeos, que ha levantado de su tumba á un caduco imperio y ha revelado por la augusta soberana voluntad de Guillermo II, la fuerza latente en el carcomido pueblo mahometano, herido de muerte y roido de podredumbre: había algo que se oponía á los designios del hijo de Federico el Noble, algo que resistía á su omnipotente avasalladora voluntad, y por todo ha pasado, provocando una crisis que sin sacudimientos, sin violencias, cambia la faz del imperio germánico.

El Príncipe de Hohenlohe se retira; pero puede llevar tranquila su conciencia, pues ha querido evitar al pueblo los nuevos sacrificios que exigirá la marina de guerra, tanto más costosos cuanto que ya pesa sobre él la organización militar del vasto imperio, convertido en dilatado campamento.

***

Apartándose un poco de su ordinaria política que los aleja de las conquistas y los separa de la expansión colonial, hanse lanzado los Estados Unidos á una aventura que, además de las naturales peripecias que trae aparejadas, puede conducirlos á dificultades y roces imposibles de prever en los primeros momentos del aparente triunfo.

Hay, allá en las soledades del Océano Pacífico, un grupo de rocas abruptas y dilatadas que constituye el archipiélago de las Islas Sandwich. Malayo por su orígen, cuasi americano por su situación geográfica, el antiguo reino de Hawaii allí establecido, ha venido pasando por diversas fases, hasta convertirse poco ha en una república moderna, gracias á las intrigas y maquinaciones de los colonos norte-americanos que han llegado á posesionarse de la dirección política y económica del país.

Sus misioneros protestantes primero, sus comerciantes y agentes financieros luego, y sus políticos y agitadores después, han influido notablemente en la evolución de las tierras hawayanas, á despecho de los elementos primitivos del país, apegados á sus propias tradiciones, y no obstante la labor no escasa de los súbditos del Mikado, que trataban de hacer prevalecer la influencia del Japón, que con mirada codiciosa consideraba el país destinado á caer á la postre en su esfera de atracción. Allí se habían dado cita aventureros de todas las regiones del globo y negociantes de todos los países, pero ningún grupo ha adquirido la preponderancia que han sabido alcanzar los anglosajones americanos y los japoneses.

***

Transfundido el espíritu moderno en aquel pueblo, abierto á las corrientes de la civilización, y que se manifiesta en la actividad de su vida social y política; robustecida la población con el elemento extraño que en oleadas incesantes afluye á las hospitalarias playas, llevando con su trabajo y sus enseñanzas nuevas y poderosas energías, pero haciendo predominar sobre los grupos autóctonos las agregaciones de otras razas, y sobre las tradiciones indígenas, las tendencias de los extranjeros: no es de extrañar que desde hace cerca de medio siglo se hayan hecho las primeras tentativas de anexión á los Estados Unidos.

No fueron muy favorables entonces y hallaron fuerte y tenaz oposición en todas las clases del reino; pero derribado el régimen monárquico, desvanecido el prestigio del trono por la extinción de la dinastía de los Kamekameka, dedicados al mejoramiento y progreso del país; ingertada la democracia americana en aquellas apartadas islas, dispuestas como campo fecundo á la fructificación de las prácticas repúblicanas, y predominante el elemento americano, dueño de la instrucción, del comercio, del culto, y de todo lo que significa fuerza viva en aquella sociedad, por natural sucesión de los acontecimentos, han venido á caer en la esfera de atracción del coloso del Norte, y decidido formar parte de la Unión Americana.

***

¿Qué importa la protesta sentimental y platónica de la ex-reina Lilioukulani, desposeída de su trono por las maquinaciones de los comerciantes á quienes ostensiblemente apoyaban los cónsules americanos? Será una voz perdida y ahogada por el himno con que los negociantes saludarán el nuevo régimen.

Pero si no causa efecto la protesta de una infeliz mujer, alegando derechos que prescribieron ya en nombre de la democracia, sí debe preocupar al Senado americano, antes de decidirse á aprobar el tratado de anexión, la ingerencia que pretende tomar el Japón en el asunto, en virtud de los intereses que posee en las islas.

Orgulloso después del ruidoso triunfo que obtuvo sobre el Celeste Imperio; ebrio con sus legítimas victorias que le dieron honra, prestigio y riqueza, y un tanto contrariado por el *veto* que interpuso Europa á la extensión de sus conquistas, puede el pueblo del *sol naciente* buscar en otra parte la compensación, siquiera sea con mengua del buen nombre de la Gran República.

Pesen bien, pues, los estadistas de Washington la actitud del Japón, y no se insinúen temerariamente en una política de aventuras, contraria á su buena tradición de paz y de grandeza.

X. X. X.

Junio 24 de 1897.

Lo que algunos hombres de Estado han llamado el bien público no es un fantasma de su cerebro, un poema quimérico fabricado en los vuelos de su imaginación, por sus pasiones, su ambición y su orgullo personales. Fuera de ellos hay una cosa real, sólida y de superior importancia, el Estado, el cuerpo social, el vasto organismo que dura indefinidamente por la serie continua de generaciones solidarias.

H. TAINE.



EN TIERRA YANKEE

NOTAS A TODO VAPOR

LA VITA BUONA

Mi propósito ¿no lo he dicho ya? es consignar en rápidas noticias las sensaciones causadas únicamente por el aspecto exterior de las cosas en este país interminable. A lo demás renuncio; no me meteré en honduras; acaso más tarde—¡oh! nada vale tanto la pena como este estudio para nosotros los mexicanos!—acaso más tarde me sea dado intentar, después de un nuevo viaje más lento, penetrar en busca del alma del coloso más allá de las facciones y de la epidermis. Ahora no; ahora me paso el tiempo queriendo entender lo que anuncian los conductores de los wagones del *elevado* cada vez que va á hacer alto el tren, es decir, cada tres minutos, y nunca logro entenderlos, con la agravante de que sé lo que van á pronunciar.

Lo que es para mí una tentación suprema son las escuelas. Un día que iba solo, rumbo al *Central-Park*, muy temprano, me colé en una; ¡cuánto bueno entreví en cinco minutos! El edificio me pareció muy pintoresco, pero muy alto; en estas elevadísimas y graciosas torrecillas espía á los niños el duende feroz del incendio; es verdad que todo está previsto, escaleras de fierro bien aisladas que sirven unas para que los alumnos suban y para que bajen otras; por donde quiera en los pasillos, bocas de agua listas, con sus servicios de mangas, etc., sin embargo, el pánico echa por tierra todas las precauciones. Aquí en la escuela primaria superior ó *high school*, lo mismo que en el *kindergarten* (esa deliciosa institución frebeliana por la que tienen pasión aquí y que entre nosotros apenas ha podido prosperar, por la viejísima preocupacion del alfabeto y los palotes) y en toda la enseñanza, como en la sociedad entera predomina, reina, triunfa la mujer. Esta es una escuela mixta, y aunque la coeducación, no sea tan absoluta como creemos, pues muchachos y muchachas juegan y salen aparte, el hecho es que existe sin inconvenientes. ¡Ay! del rapaz que faltara al respeto á una *girl*; sus compañeros se encargarían del castigo. Dirección y profesorado aquí son femeninos; las mujeres obtienen diez veces más que los hombres en cuanto á aplicación y disciplina.

La sala de asambleas, como aquí llaman al aula, es capaz de contener mucha gente; es un gran espacio dividido por tabiques de madera que se doblan y desaparecen; sirve, pues, para clases y para reuniones; en el fondo el estrado y el magnífico órgano. Lo que encanta es el aseo, la elegancia, el confort; aquí no hay pupitres para dos personas siquiera; cada alumno tiene su silla con un brazo movible á la derecha que es también mesa y atril. Todo esto me daba envidia. Figúrense mis lectores que en la gran escuela (?) en que yo sirvo como profesor y donde se han gastado considerable número de millares de pesos en los últimos años, son contadas las clases en que los alumnos pueden estar bien sentados y no hay una en que puedan tomar notas como no sea sobre sus rodillas! Parece mentira.

Decía yo que las mujeres son aquí las reinas; los reyes son los niños; salen en bandadas risueñas y se derraman por las aceras, los parques, los terrenos sin edificios, y en todas partes son los dueños. Ví en la *Quinta avenida*, cierta ocasión, una lucha épica entre un enjambre de estos blondos y colorados saltabardales y el guardián de un jardincillo de una casa suntuosa, que no quería dejar penetrar á los invasores. No pude ver el resultado de esta campaña, pero el hombre estaba desesperado. Lo que á estos diabletes encanta y fascina es el *sport* atlético en todas sus formas; en cuanto pueden saltan los maderos de un terreno cercado y ahondado, para la parte subterránea del edificio, é improvisan un partido de *foot-ball*, en que se golpean, se arrastran, se magullan y hasta suelen ensengrentarse con tanto encarnizamiento como en los duelos homéricos anuales entre los alumnos-atletas de las grandes universidades del Massachussetts. Los combates entre los Fitz-Simons, los Sullivans, etc., apasionan tanto aquí á los niños, como á las mujeres y los viejos. En N. Orleans y en Atlanta observaba yo el ademán estático de los chicuelos y de las misses ante los retratos de los púgiles que iban á disputarse el campeonato del mundo; así debían de haber mirado los helenos de Elea la estatua de Korebos el primer triunfador en los juegos olímpicos.

***

Es dificil ir á comer á las siete de la noche, no digo en el suntuosísimo restaurant del Waldorf, que es un jardín de oro, seda, plantas exóticas y espaldas desnudas más ó menos bien *satinadas*, ó en el elegante y aristocrático del Brunswick-hotel, ó en el esplendido Delmónico—en donde se come el mejor *camembert* del nuevo-mundo—sino en otros de segundo orden, sin vestir el uniforme nocturno de la cultura humana frac, corbata blanca y, aqui, una opulenta crisántema en el ojal. En cambio al teatro nadie va, sino en traje de calle, como no sea á la ópera, que aun no comenzaba cuando estuve allí.

Mis compañeros y yo nos pasábamos la primera mitad de la noche en los teatros; para un mexicano todo en ellos es extraño; la distribución que es una mezcla de circo y teatro; la comodidad que allí generalmente es refinada y aquí no existe; el decorado, allí compuesto de telas más o menos lujosas, lo que es absolutamente diverso del semi decorado de nuestras escuetas salas del Nacional, Principal, etc., y, por último, el espectáculo.

Mi impresión es esta; toda pieza representada en los teatros americanos necesita dos cosas para tener éxito, 1º una dosis considerable de clownismo, 2º una tercera parte, por lo menos de cirquismo; lo demás puede ser lírico, dramático ó nada de esto; con los primeros elementos basta.

¡Oh! sí, *las tandas*, como por acá decimos, triunfan en N. York y en toda la Unión, como es de suponerse. Una tanda empieza en *Proctor*, v. g. á las tres de la tarde y acaba á las seis, otra acaba á las nueve y á las doce la tercera. La diversión se compone, invariablemente, de canciones negro-yankees; yankees, sobre aires de valses ó polkas á la moda, como el eterno *after the ball*; francesas, irlandesas, etc.; conciertos musicales, es decir, piezas de música tocadas per un señor y su simpática familia, en vasijas de cocina como cacerolas y cafeteras; sainetes rudimentarios y jocosos representados por ótra familia más simpática que la anterior, compuesta de un elefante padre, dos elefantes madres y tres niños, siempre elefantes. Los elefantes son edificios de piel de rata arrugada y colgante, que hacen cosas indeciblemente chistosas con una cara absolutamente seria, lo que las hace más chistosas todavía; son de esos graciosos que los franceses llaman *pince-sans-rire*. Admirables; lo que más admiré en ellos fué la elegancia con que trabajan en bicicleta; yo que adoro este *sport* como adoro todo lo que no puedo ser ni hacer, al ver á uno de estos amables paquidermos describir sobre el escenario irreprochables curvas y pedalear rápidamente, concebí la tímida esperanza de acompañar un día á Rafael Rebollar, ciclista convicto y confeso, en sus excursiones de veintitres kilómetros por hora.

Otras exhibiciones del mismo género zoológico, cuatro ó cinco pantomimas, nueve ó diez hércules y cuatro ó seis prestidigitadores, cierran este artístico espectáculo; ¡oh! el arte, el arte! Cierto, esto no es ni Hamlet ni la Valkiria, y suele perderse aquí el recuerdo de Sarah Bernhardt y de Coquelin, de Dumás y de Ibsen; pero el arte es relativo tambien; hay arte y arte: y yo me divertí; es una diversión que no llega al cerebro ni al corazón, ¡oh! esto la hace deliciosa: es una diversión epidérmica, la emoción y la inteligencia duermen. Verdad es que se siente uno ligeramente idiota delante de esos pobres elefantes que han necesitado más esfuerzo para escribir 25 en un pizarrón con la trompa, que Newton para descubrir la gravitación universal; pero esto es bueno para rebajar el orgullo humano.

¿Sin emoción? No enteramente; una cosa me conmovió: oir cantar á Mlle. Polaire, una estrella de las *Folies-Bergère* de Paris, sus cancioncillas picarescas y militarunas, remedando las trompetas y los pasos marciales, con una vocecilla y unas piernecillas delgadas, que hacía subir á las notas más altas, todo ello delante de un auditorio espeso, frío como una banquisa polar, silencioso como un domingo protestante, compuesto de hombres y mujeres que evidentemente se creían robados por la pobre alondra parisiense, que no acertaba á extraer un solo rayo de luz de los charcos de agua azulosa dormida en las pupilas de aquellos hijos de la cerveza y de la Biblia. Uno que otro *snob* bosquejaba un aplauso que se apagaba en el ambiente glacial de donde emergían doscientas ó trescientas cabezas atónitas que se volvían hacia el manifestante con una expresión profundamente aburrida y venerablemente estúpida. Pobre Polaire; si con mensajeros de su ralea cuenta Francia para sostener en la América Sajona su influencia artística, gran chasco va á llevar. Para estas gentes no hay medias tintas como esta semibailarina de café-concierto; de una vez hay que enviarles á Sarah Bernhardt que es la aguja sublime de la catedral del arte escénico, o á esas grandes flores venenosas del pantano inmenso de París: la *Goulue, grille d' Egout*, etc. Y tampoco les gustarán, á no ser estas dos últimas señoritas desde el punto de vista gimnástico en el *grand ecart;* pero las pagarán; váyase lo uno por lo otro.

***

Cierta noche en *The Academy*, feo teatro por fuera y muy lujoso por dentro, en que se representan dramas de espectáculo, cuando no hay ópera italiana, ví una pieza que hacía furor en N. York, la *Sporting duchesse*, desempeñada por regulares artistas. La compañía estaba á la altura exactamente de esas españolas ó italianas de exportación que suelen apostar por México. Ni una sola personalidad, pero si copias más ó menos felices de los movimientos y ademanes, de los defectos, sobre todo, de los grandes artistas; en suma, reproduciones de cuadros buenos en cromo-litografías: con eso nos contentamos los pobres.

Un drama patético en alto grado; de esos de llanto, de compasión, obligatorios en el segundo acto; de susto inevitable, en el tercero; de coraje irrepresible, en el cuarto y de nuevo llanto, pero de gusto en el quinto. Un matrimonio feliz, un infame que quiere ultrajar á la esposa, que no lo logra, pero que destruye la felicidad conyugal; separación, enfermedad del hijo, tribulación y abnegación de la señora, vacilación del señor, un joven *jockey* que demuestra la infamia general del traidor, un borrachín muy buen chico que descubre la trama, la reconciliación al fin y al través de todo una encantadora duquesa, reina del mundo del *sport*, que es el angel bueno de aquellas buenas gentes. Pero qué bueno! Y qué buen público! Yo que comprendía mejor este inglés que el de los conductores del *Elevado*, observé bien al público. Excelente. Yo deliro por los públicos que se dejan conmover. ¡Oh! las señoras detrás de sus abaniquillos ó de sus binoclos, disimulaban; pero en cuanto había un cambio de decoración, y sala y escenario quedaban en un minuto en la más densa obscuridad; qué de sonadores y de toses y *gimoteos*, *rimiqueos* rápidos, y cuántas narices rojas y ojos llorosos cuando la luz implacable de Edisson tornaba á alumbrarnos.

Pero aquella multitud no había venido á llorar, no; había venido á ver *la feria de los caballos* y las carreras en que se veían desaparecer los caballos con sus jockeys del escenario, arrebatados por una carrera vertiginosa que seguía en el segundo plano y continuaba por toda la pista, y los aplausos del gentío y la vuelta del vencedor y las apuestas y todo muy bien arreglado; la ilusión era casi completa. En nuestro tiempo todo lo salva una buena decoración, lo mismo un melodrama de brocha gorda, que una comedia política.

***

Una ciudad civilizada es una especie de jardín ideal de Epicuro en que pueden realizarse todos los placeres y satisfacerse todos los gustos; lo mismo los del alma que los otros, lo mismo los morales que los no morales, y un pueblo civilizado es el que prefiere los primeros á los segundos, ó mejor dicho, que los unimisma en la sensación y la emoción estéticas, en el arte. Este pueblo tiene su modo especial de concebir el arte; hasta ahora es una concepción eminentemente industrial y utilitaria, cifra su vanidad en lo enorme y su ideal en lo confortable; pero es un pueblo que se está haciendo todavía, todo es aún rudimentario y frustraneo quizás; pero tiene derecho de exijir que se suspendan los juicios definitivos, tiene razón de emplazar la crítica; todo él tiende, con una tensión inmensa, á producir algo definitivo y sorprendente en el porvenir; pues ese algo ó nó será ó será un arte. Mas dejemos lucubraciones transcendentes y vamos á oir algo digno de ser oído, puesto que de arte se trata.

La afición de estos pueblos de orígen germánico á la música que, al través de los sentidos, busca el alma, es clásica; los latinos nos contentamos con una conmoción nerviosa producida por la melodía; lágrimas, risas, cosquilleos voluptuosos, eso nos basta y toda nuestra música cabe en esos tres órdenes de excitación néurica. Todo cabe en ellos desde el *stabat* de Palestrina hasta el *giojose comare de Windsor*, *e l'ora—e l ora d alzar la risata sonora* del Falstaff de Verdi, esa composición reveladora de la enorme cantidad de juventud que puede almacenar el corazon de un viejo.

La música de los germanos es más *psíquica* ¿me permiten ustedes el vocablo? Eso proviene de que, el germano es por excelencia el animal metafísico; nace con unos anteojos que se empeñan en ver *mas allá*. Más allá ven visiones, convenido; pero ¿algo hay que no sea visión en este mundo? A ver; que el que tenga una realidad bien agarrada se levante y lo diga. ¿Pues qué la música de los germanos hace pensar? No, hace imaginar, pero proyecta la imaginación como un rayo de luz palida en dirección del abismo donde se vuelve luz difusa y se confunde con la tiniebla; es decir, hace soñar, se rodea de ensueño como la naturaleza de misterio. Así es; ó así se me figura á mí que es; pero yo no tengo obligación de decir otra cosa que lo que se me figura y no lo que se le figura á usted, lector amigo, como solía decir ese insigne filósofo que cambiaba su oro por el níquel de los cuentecillos colorados, el doctor Peredo.

He aquí que así razonaba yo para mi coleto una noche que, arrellanado en una muelle butaca de un espléndido salón de conciertos—un *music hall*, escuchaba, entre el silencio de un auditorio devoto, una sinfonía de Bethoven, del genio sobrehumano que ha hecho decir su última palabra á la música instrumental, según Wagner. Oyendo una sonata de este señor, puede decirse que se oye la música pura, la música al fin de su evolución comenzada en la palabra rítmica, salmodiada, cantada; de ese tronco brotó por un lado la poesía y por el otro lado la música; como de la pictografía primitiva surgió por un lado la escritura fonética hasta el alfabeto actual, y por el otro la pintura hasta Rembrandt, un oceano de sombra y de luz en que navega todo el moderno arte pictórico.

Y como hace soñar esta música, tiene un fondo religioso ¿no es, en suma, el sentimiento religioso una interrogación del alma al eterno misterio que nos rodea?

Los anglo-sajones son el único pueblo germánico que no ha producido un gran músico, á pesar de las deliciosas operetas de Sullivan. Pero su aficion á la música es inmensa y su dón de transformar en religioso cualquier canto, es sorprendente. Algunas pruebas curiosas tuve de ello en Nueva York y Chicago; esto es propio del alma de esta raza; puede decirse que así como no hay salón de lujo aquí que no tenga un vago aire de gabinete dental, hasta los gabinetes dentales tienen cierto aspecto de oratorio.

La música de Beethoven no es siempre religiosa, pero siempre produce esa emoción que se llama religiosa; sus sinfonías son alas, el alma vuela con ellas. Aquí y en todas las ciudades hay grupos considerables de fieles á su culto. Tambien Wagner tiene sus fieles; pero éste va llegando al periodo sereno, en el fondo del anfora de cristal del arte se va depositando el oro de sus creacciones. ¡Ay! por qué en México no le conocemos todavía? Toda una faz y la más expresiva del arte moderno nos es ignorada así; el gobierno ¿debía considerarse obligado á iniciar á los grupos sociales en ciertas manifestaciones superiores de la cultura humana...... En el *music-hall* se oyen grandes fragmentos de Wagner, ejecutados por musicos alemanes, en su mayor parte, y cantados por muy buenos solistas y por coros muy bien educados. Cuando en el programa se resume no sólo el episodio de la ópera que se va á ejecutar, sino se da idea de la decoración que debe acompañarlo, es muy fácil notar el poder con que este hombre singular hace ver con la música el cuadro en que el drama se desenvuelve. De la audición á la visión interna, la transición es indefectible. Este poeta que pretendía reunir el drama lírico y sintetizar en él todo el arte, traduce y concreta con fuerza singular en notas, todo la realidad objetiva; un incendio, una erupción volcánica, un océano en conmoción; todo eso se oye y se ve en su obra; pero agrandado hasta lo fantástico, sin ser por ello *irreal*.

Schumann (oí en el *music hall* una romanza suya: *Traumerei* de un inexpresable encanto) tiene aquí sus fieles ¿y en dónde no? Y sobre todo, su discípulo Brahms, igual quizás al maestro. Con todo esto se regalaban los buenos *yankees* neoyorquinos, los domingos por la noche; regalos de rey. ¡Y nosotros que los tenemos por zafios en achaques de arte! Somos unos tontos.

***

Acabemos nuestra jornada teatral.

En un lindo teatrillo de la *Quinta Avenida*, si mis recuerdos no me son infieles, ví una opereta alemana de Humperdink: *Hentzel y Gretel*. Es primorosa; llena de episodios fantásticos, de selvas pobladas de silfos y duendes y admirablemente decorada con cascatelas y arroyos y vericuetos sombríos, en que se pierden los protagonistas, que son dos chicuelos (una tiple y un contralto de frescas y argentinas voces) de telones de cielos nocturnos de cuyo infito y profundo azul desciende la escala

de oro de los angeles que, vestidos de luz blanca, cuidan el sueño de los niños; de coros diabólicos, de aquelarres espeluznantes, de brujas, etc.—No sé por qué en México no se ha explotado esta obrilla, que tiene algunos numeros que harían furor, á pesar de nuestra sistemática educación zarzuelera.

Lo que quiere decir que aquí no sólo hay teatros-circos, sino que los hay de todos los géneros y que puede uno divertirse á su guisa. En algunos de estos espectáculos, encuentran los actores ó los empresarios el modo de deslizar sátiras casi aristofanescas contra algún grupo social; p. e., oí á un mal cantante, pero expresivo actor, repetir hasta el fastidio, enmedio de los aplausos delirantes del público, una canción popularísima en aquel año en toda la Unión, que terminaba con una sangrienta caricatura de los ricos advenedizos de Chicago. En otro teatro ví terminar una serie de cuadros plásticos admirablemente compuestos é iluminados, con uno que se llamaba: «Exportación de oro;» ahí se veía el momento en que subían al buque que los debía de conducir á Europa al Conde de Castellane y á su esposa (la hija del archimillonario Jay Gould) Este cuadro también era repetido y aplaudido.

Para conocer la afición al lujo ostentoso de las americanas, no hay más que verlas en sus palcos en alguno de los teatros aristocráticos. En una nebulosa de encajes y de gasas, aparecen como verdaderas constelaciones de gemas fulgurantes; se nota en la mujer como una tendencia á desaparecer detrás del diamante. ¡Qué diademas, qué nimbos, qué petos, qué collares! En suma, aquí el hombre es el esclavo de la mujer, y la mujer lo es de la joya; aquí el becerro de oro es femenino, es una ternera, como diría el Antón Antúnez de Fígaro.

***

Salir del teatro á media noche, abrirse paso entre la turba de *papeleros*, asaltar un coche del funicular, hacer alto ante un limpísimo restaurant de la sociedad de temperancia en que se come muy bien una suculenta y pecaminosa ensalada de langosta y se bebe té ó leche en lugar de vino; entrar ahí, cenar y después emprenderla a pie para llegar á casa á las dos de la mañana, es un programa que aconsejo á las personas de buena conciencia. Una noche que lo ejecutabamos al pié de la letra, y andabamos deprisa envueltos en una neblina glacial, precursora de los grandes fríos del invierno, al atravesar de un vértice á otro de los ángulos que forman al cortarse Brodway y la 7ª Avenida, acerté á oír cerca de mí un ruido infernal, un campaneo formidable en *crescendo* fantástico, y vacilé y me detuve azorado. Un hombre me empujó hacia atrás, y en ese segundo de estupor, ví entre la niebla esfumarse una sombra indecisa y enorme, negra con un ojo de luz roja, como el de Polifemo; me parecía la catedral de San Patricio que corría sobre mí, con su campanario á cuestas. Instantáneamente la visión apocalíptica pasó del estado de sombra al de realidad; era un carro de bomberos tirado por ocho caballos que corría como huracan ¡Ay! del que no oía la campana, pasaba en un santiamen al papel de individuo sacrificado á la especie; esa iba a ser mi suerte. ¿Pero no es esa la suerte de todos?

Justo Sierra.

Junio de 1897.

EL TEATRO CALDERON DE ZACATECAS

Acaba de inaugurarse en la capital de Zacatecas un bellísimo teatro, que, con el Degollado en Guadalajara, el de la Paz en San Luis y el soberbio teatro de Guanajuato, hacen un total de cuatro templos del arte, dignos en todo de la cultura mexicana y notables en la República.

El Teatro de Zacatecas honra la memoria del eximio dramaturgo, poeta y soldado liberal don Fernando Calderón, hijo del Estado, y cuyo nombre lleva el coliseo.

Cinco años duró su construcción, demandando un costo de trescientos mil pesos y un personal de dos mil obreros.

El primer contratista de la obra fué el conde Fernando M. de Prest, quien murió en Nueva York.

El año de 1892 incendióse el teatro que había en Zacatecas, y el 16 de Septiembre de 1895, era la fecha designada para la inauguración del actual, que no pudo efectuarse.

El Teatro Calderón fué terminado por el arquitecto Geo. E. King y recibido por el ingeniero Luis G. Córdova.

El moviliario de su *foyer* ha costado 18,000 pesos. De la belleza y disposición del edificio situado en la calle Principal de Zacatecas, frente al Mercado, pueden formarse idea nuestros lectores por las diversas fotografías que publicamos.



Teatro Calderón de Zacatecas, inaugurado recientemente.—Foro.

Una nación no será nada si no pretende nada.

Baron Brenier.

Las penas son, como las alegrías, las ocupaciones de la vida.

A. Gennerraye.

El retiro no es la tumba, pero es cuando menos el olvido, lo que equivale casi á aquella.

Georges Clement.

Hay una ciencia nueva, el cultivo del yo, que poco más ó menos viene á ser el culto de sí mismo.

Ludovic Halevy.

Egoísmo y desinterés en dósis iguales en dos corazones: ese se llama amor. Extraña harmonía.

Victor de Swarte.

LAS PRIMAS DE "EL MUNDO"

Con este número repartiremos la segunda parte de

"EL DINERO DE LOS OTROS"

que completa el folletín correspondiente á Junio. Para Julio, preparamos un hermoso novela ademas de las reformas, que siguiendo nuestra costumbre de variación amena y sugestiva, nos proponemos hacer.

Desde luego, con el primer número de Julio obsequiaremos á nuestros lectores un bellísimo grabado á colores

En los números de ese mes vamos á publicar también la segunda parte del maravilloso viaje de Fridtjof Nansen, ó sea

La vuelta del Polo,

en que las peripecias extraordinarias sucédense sin interrupción, y la tercera parte de ENGAÑO SUBLIME, muy breve ya y á la cual va á seguir una novela cuidadosamente escogida é ilustrada, que tenemos en revisión.



La actualidad da á las obras de arte, como el tinte á los rostros, un falso aire de juventud que les presagia una decrepitud rápida.

Crítica de otro, elogio de sí mismo.

G. M. Valtour.

OTRO PAGO DE $5,619 DE "LA MUTUA"

EN TAMPICO

Recibí de «The Mutual Life Ins. Co of New-York,» la cantidad de $5,619.75, cinco mil seiscientos diez y nueve pesos, setenta y cinco centavos.

$5,000.00 suma asegurada
619 75 premios devueltos } en pago total de cuantos derechos se derivan de la Póliza número 597,361 bajo la cual estuvo asegurado el finado SEÑOR DANIEL DE LEÓN.

Y para la debida constancia, en mi caracter de tutor de los menores, hijos del finado, que son: Daniel, Francisca, Alberto, Carolina, Josefa, Manuel, Virginia, María, Soledad, José Patricio y León de Jesús de León, como beneficiarios nombrados en la póliza, extiendo el presente recibo en esta misma póliza, la cual se devuelve á la compañía para su cancelación, en tampico, á 10 de Junio de 1897.

Firmado, LAUREANO DE LA SOTA.

El Licenciado Ricardo López y Parra, Escribano Público, en ejercicio, en este Puerto,

Certifico: Que en mi presencia, entregó hoy el señor Federico M. Suhutz, Banquero de «The Mutual Life Insurance Company of New-York,» al señor Laureano de la Sota, Tutor de los menores hijos del finado señor Daniel de León, que son: Daniel, Francisca, Alberto, Carolina, Josefa, Manuel y Virginia, María Soledad, José Patricio y León de Jesús de León, beneficiarios de esta póliza número 597,361, la suma de cinco mil seiscientos diez y nueve pesos, setenta y cinco centavos, que expresa el recibo que precede, firmado ante mí por el citado señor de la Sota.

Para constancia sello, signo y firmo la presente, en Tampico de Tamaulipas, á los diez dias del mes de Junio de mil ochocientos noventa y siete.

Firmado, RICARDO LÓPEZ Y PARRA, E. P.

HACIA EL POLO

POR

FRIDTJOF NANSEN.

Traducción para "EL MUNDO."—Ilustraciones tomadas de las fotografías hechas en el curso de la expedición.

LA PARTIDA DE NANSEN Y DE JOHANSEN

Después de dos falsas partidas que habían tenido lugar el 26 de Febrero de 1895, Nansen y Johansen abandonaron definitivamente el *Fram* el 14 de Marzo (1). Nansen dejaba á Sverdrup el mando de la expedición. Si el *Fram* no llevaba ya á Nansen sí llevaba su fortuna. Nansen podía fracasar en su aventurada expedición en trineo, podía perecer, mas el *Fram* debía hacer triunfar hasta el fin el plan de derivación.»

En sus instrucciones á Sverdrup, Nansen le confiaba: en primer lugar la vida de la tripulación; en segundo lugar el buque; en tercer lugar el cuidado de continuar con Scott Hansen, Blessing, Henriksen y los otros, las investigaciones científicas.

El 26 de Febrero, Nansen y su compañero se habían puesto en camino con cuatro trineos. Pero las cargas eran demasiado pesadas y se produjo un accidente, obligando á los viajeros á volver sobre sus pasos.

sibles, provistos de dobles patines y cargados solamente de lo estrictamente necesario. ¿Qué llevan consigo los viajeros, que se lanzan á la más temeraria de los exploraciones, quemando, detras de ellos las naves, y sin otra línea de retirada que las desoladas playas de la tierra de Francisco José? El inventario sucinto de la carga de los trineos, muestra, qué suma de recursos habían logrado reunir en un volumen excesivamente pequeño.

Dos kayaks son su bien más precioso. Solamente con estos kayakes pueden contar Nansen y Hansen para batirse en retirada durante el estío, á través de las grietas de los bancos, después, á través del mar libre. La forma es menos alargada que la adoptada generalmente para este género de embarcaciones; así serán menos rápidos, pero más estables. La corteza es de bambú, la envoltura de lona de vela, hecha impermeable por un endurecimiento de cera y de sebo. Pesan poco más ó menos 18 kilos y medio.

Como vestidos, Nansen y su compañero, después de ensayos varios, renunciaron á la piel de lobo: es demasiado caliente para 40° y más bajo cero.

Están vestidos de la manera siguiente: para el torso dos camisas de franela, un chaleco de piel de camello, un jersey; para las piernas, calzones de lana, *knickerbockers* (calzones) y botines forrados de un tejido de lana noruego. Por encima de todo esto, para protegerse del viento, y sobre todo de la nieve que penetra como polvo en los tejidos de lana, llevan un *paletot* de capuchón y un vasto pantalón de tela de un tejido fino y apretado que los abriga.

En lugar de largas botas han adoptado calzas y cubiertas de pierna separadas. Las calzas son de lana de carnero y de cabellos humanos, más cómodas para quitarse en la noche, á fin de ser colocadas sobre el pecho y secadas así al calor del cuerpo. «Cuando se viaja continuamente sobre la nieve, con una temperatura muy baja ya sea con *ski* (2) ó no, los mocasines lapones, hechos con la piel de los cuartos traseros del reno macho, sin los



El último campamento antes de la separación.

El 28 de Febrero habían vuelto á partir con seis trineos. Era demasiado para veintiocho perros que había. La marcha fué más lenta de lo que Nansen había previsto. Por la noche la caravana no había llegado á más de cuatro millas del *Fram*, que encendió su gran lámpara de arco y paséo sobre los bancos los rayos de su luz eléctrica, á la vez que en honor de los dos conquistadores del Polo, para guiar la vuelta á aquellos que los acompañaban algún espacio como despedida. Estos se despidieron de Nansen y de Johansen el primero de Marzo. Los adioses fueron efusivos, más de una pupila se humedeció: «¿Pensáis, á la vuelta, ir al Polo Sur? había dicho Sverdrup. En ese caso, juzgo que me esperaréis.» Nansen, seguido del solo compañero elegido, emprendió su marcha hacia el Norte.

La superficie del hielo era accidentada. Sus trineos eran demasiado, no solamente para veintiocho perros, sino también para dos hombres. Además, el frío de la noche era demasiado vivo para las bestias. El 3 de Marzo Nansen y Johansen habían vuelto de nuevo al *Fram*, á fin de reducir el número de trineos y su carga, y de esperar que la primavera estuviese más avanzada.

Durante este tiempo la derivación hacia el Norte había continuado, de suerte que no se había perdido el tiempo. El 14 de Marzo, día irrevocable de partida, el *Fram* había alcanzado el 81 grado de latitud Norte.

Después de las dos experiencias del 26 y del 28 de Febrero, Nansen había resuelto contentarse con tres trineos consolidados y reforzados por todos los medios po-



En marcha.

más á propósito. Es indispensable, sin embargo, secarlos después de la marcha. Para lograrlo, cuando el tiempo no es seco y no brilla el sol, el único medio es llenarlos de leche después de haberlos lavado...... Para las manos tenemos mitones de lana y guantes de piel de lobo que secaremos, llegada la noche, como nuestro calzado y nuestros zapatos...... El calor de un pobre cuerpo se gasta así enteramente en secar sus trajes; y dormiremos entre compresas mojadas á fin de estar un poco más confortablemente vestidos al día siguiente.. .....

«Por la noche, en lugar de un lecho-saco para cada uno, tenemos un lecho, doble hecho de una piel de reno adulto; así nos calentaremos mutuamente; dormiremos mejor...... Nuestra tienda es ligera y fuer-

(1) El general americano Greely, jefe de la infortunada expedición que lleva su nombre, había combatido en 1891, con rara violencia, el plan de Nansen. Después de la vuelta del explorador noruego, tuvo que reconocer lo mal fundado de sus críticas y de sus predicciones, pero reprochó á Nansen en términos de una extrema violencia, haber faltado á su deber más sagrado, abandonando su buque y sus compañeros. Fridtjof Nansen, en la introducción de la relación de viaje, pone cierta coquetería en citar la apreciación del general Greely, sin añadir una sola palabra para responder y defenderse. Encontramos sin embargo, en su diario, la exposición de los móviles que lo han guiado y la huella de los combates que se han librado en su conciencia.

La expedición en trineo le parecía necesaria. Había examinado todas las dificultades ciertas ó solamente eventuales; se había dedicado á preveerlas, á fin de triunfar: "Cuando se han tomado todas las precauciones posibles, el deber es marchar hacia adelante." Pero entonces propúsose á su espíritu una cuestión: ¿tenía él derecho de privar al buque y á los que quedaban á bordo de los recursos preciosos, y en primer lugar de los perros? Su inquebrantable confianza en la solidez del *Fram*, le responde que el buque mismo será el que lleve al país, después de la larga derivación, á los que queden á bordo, Y si el accidente en el cual no puede creer se produjese, once hombres, abundantemente provistos de víveres, en trineos á brazo y en embarcaciones, se verían demasiado apurados para franquear los 300 ó 400 kilometros que separan el 85 grado de latitud (punto extremo que puede alcanzar el *Fram*) de la tierra de Francisco José ó del Spitzberg? Para los qus debian quedarse eran la seguridad casi absoluta, la continuación del bienestar de que la expedición había gozado hasta entonces; para los que debían partir, los peligros, las fatigas, los azares las privaciones, la muerte quizá...... He aquí por qué Nansen se resolvió á partir.

"Cuáles serán los miembros de la expedición? leemos en su relato: Es evidente que no podemos los dos, Sverdrup y yo, abandonar el buque Uno de ambos debe quedarse para asumir la responsabilidad de llevar á los otros sanos y salvos á Noruega; pero es igualmente indiscutible que uno de nosotros es quien debe conducir la expedición en trineo, por que tenemos [por nuestro viaje anterior á Groenlandia] la experiencia necesaria Sverdrup tiene gran deseo de partir, pero hay más peligro en abandonar el *Fram* que en quedarse á bordo. Si yo lo dejara partir le encargaría la tarea más peligrosa y guardaría para mí la más facil.... Además, el verdadero comandante del buque es Sverdrup, el es capitán y no debe abandonar su navío .... Mi deber es partir y el suyo quedarse; por lo demás, él así lo reconoce."

[2] Patines de madera de gran longitud,



Partida de Nansen y de Johansen, el 14 de Marzo de 1895.

te. Por delgada que sea una tienda, es siempre un abrigo. Cuando la instalemos por la noche, un *ski* plantado en el hielo servirá de apoyo. No pesa ni dos kilos y nos será hasta el otoño un caro refugio.........

La calentadera que Nansen y Johansen llevan, tiene la ventaja de sacar el mayor partido del combustible de que se servirán. En poquísimo tiempo podrán cocer sus alimentos, obteniendo al mismo tiempo dulce calor en abundancia. Una mirada al dibujo que en otro lugar publicamos, hará comprender el funcionamiento del aparato. Veinte libras de petroleo alimentarán estas lámparas durante más de cien días.

Nansen ha tenido cuidado, por lo demás, de escoger los alimentos que lleva (carne y pescado no solamente secos sino pulverizados, harina pasada al vapor, patatas hervidas y secas, etc.), de tal manera que si el combustible faltase, podrían ser absorvidos sin cocimiento. Todos estos alimentos, en efecto, no demandan, hablando propiamente, ser cocidos, sino simplemente ser recalentados. Pueden, pues, en último caso, comerse fríos; y además, tienen la ventaja continua de no exigir un gran dispendio de combustible.

Gastadas las provisiones (deben durar *cien días*). Nansen y Johansen, no tendrían otro recurso para subsistir que la caza. Como armas han elegido dos fusiles de la mejor calidad y van provistos de suficiente parque. Un pequeño teodolito, un sextante de bolsa y un horizonte artificial, un compás *azimuth* de aluminio, dos brújulas ordinarias, dos barómetros aneroides, y dos termómetros mínima de alcohol, componen su bagaje científico. Y los lectores del MUNDO deben agradecer á Nansen que no haya omitido cargar con un aparato de fotografía instantánea.

El doctor Blessing proveyó la farmacia de viaje de sus dos compañeros de la manera más terrorífica: ligaduras, vendajes, yeso quirúrgico para fracturas de brazo ó de pierna; cloroformo para el caso en que fuera necesaria la amputación de un miembro helado; gotas para el dolor de dientes: agujas curvas y seda para coser las heridas, un escalpelo, etc., etc. Todo esto, felizmente servirá poco, apresurémonos á decirlo, excepto las ligaduras y los vendajes, que serán tan útiles en el invierno siguiente, para hacer mechas á las lamparas de aceite de foca y los emplastos de Nicolaysen, cuya capa da cera proporcionará un excelente alquitrán para calafatear los kayaks.

«Total, 650 kilos de provisiones y de objetos diversos, agrupados en sacos ó envolturas, están repartidos en los tres trineos. Los alimentos destinados á los perros, les bastarán durante treinta días. Pero Nansen lo ha previsto todo. Ha pesado á los perros y ha comprobado que podrá nutrir á los unos con los otros; —matándolos sucesivamente y reduciéndolos á medida que la carga de cada trineo disminuya por la absorción de los víveres — durante *cincuenta días*. En *ochenta días* se habrá recorrido mucho camino y «se habrá llegado á alguna parte.»



Nansen se dirige solo hacia adelante.

LA MARCHA HACIA EL POLO

Las dos falsas partidas no habían moderado en la tripulación del *Fram* la emoción de las separaciones. «Cuando dejamos el navío, sonó una salva. Por tercera vez fueron cambiados adioses y buenos deseos recíprocos. Algunos de nuestros camaradas nos acompañaron, pero Sverdrup se volvió bien pronto para estar á bordo á la hora de la comida, (la una.) En la cima de un *hummok* nos dimos el último adiós. Yo lo miré largamente—lo recuerdo—marchar con habilidad hacia el buque, con *ski*. Deseaba casi tornar con él......»

Entretanto los trineos avanzan rápidamente. Hansen, Henriksen y Petersen se apuran para continuar sobre el hielo unído. Pero bien pronto comienzan las asperezas y la marcha se hace lenta; es preciso literalmente llevar los trineos por encima de una arista de hielo. «Vais á encontrar otras muchas como esta,» dice Peter Henriksen, alarmado y moviendo la cabeza llena de tristes pensamientos. Hacia la tarde, felizmente, la superficie se pone mejor y cuando se hace alto á las seis, la caravana ha recorrido 7 millas, lo que no es del todo malo para una primera jornada.

La noche es fría. Con la mañana viene la hora de la última separación. «Tomamos juntos nuestro último desayuno, preparamos nuestros trineos, atamos los perros, damos á nuestros compañeros un expresivo apretón de manos, y sin muchas palabras ni de una parte ni de la otra, nos hundimos en la soledad.

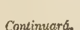
«Recorremos rápidamente grandes espacios de hielo unido, y nos apartamos más y más de nuestros compañeros para penetrar en lo desconocido, donde, los dos solos, con los perros, debemos errar durante meses. La arboladura del *Fram* ha desaparecido hace largo tiempo en el horizonte de hielo. A veces encontramos abruptos amontonamientos: en esos pasos difíciles hay que acudir en socorro de los trineos, izarlos y empujarlos. Frecuentemente se vuelcan y no los enderezamos sino con penosos esfuerzos.

«Un poco fatigados de esta ruda labor, hacemos alto á las seis de la tarde. Hemos recorrido nueve millas en el día. No es todo lo que contabamos recorrer, pero, ya se aligerarán los trineos y el hielo se pondrá mejor.»

El 17 de Marzo, Nansen escribe en su pariódico: «Cuanto mas avanzamos hacia el Norte, menos desigual es el hielo.» Ese día, sin embargo, los viajeros encontraron una grieta que los obliga á largo rodeo. En efecto, no sería prudente servirse de los kayaks cuando la temperatura es tan baja (es de 42° bajo cero). Podría el agua que hendieran congelarse en su derredor y aprisionarlos, y sería imposible desembarazarlos del hielo.

Los días siguientes, la superficie se pone más y más practicable y la pequeña caravana, hace catorce millas diarias y aun más.

«......Vamos siempre derecho al Norte, á través de los inmensos planos helados, que parece que se extenderán hasta el Polo. Luego el paisaje se quiebra y toma el aspecto de un campo onduloso cubierto de nieve.



Continuará.

Teatro Calderón de Zacatecas, inaugurado recientemente.



Fachada.



Foyer.

Teatro Calderón de Zacatecas, inaugurado recientemente.



Interior.



Vestíbulo.



I

Pasa la escena en un jardín Watteau, bañado por luz de Luna. Parques simétricos ojaranzos. La Luna, llena y redonda, se mira, desde el centro de la decoración, en un estanque azulado sobre el cual se tiende una blanca balaustrada. En el primer plano, á la derecha, un altar del Amor, enguirnaldado de rosas, se alza en medio de la claridad. En el pedestal, la estatua del Amor-niño armado con el arco y con el carcax, se destaca, blanca y sonrosada, sobre el cielo pálido.

Pierrot llega corriendo, como si lo persiguieran. Trae, no el casaquín flotante de Debureau, sino el vestido un poco amplio del hermoso Gilles; además enharinado el pelo que cae debajo de su sombrero pequeño. Huye de Colombina como de una abeja importuna, é imita su zumbido. Así lo persigue. ¿No lo cree loco porque está enamorado de la Luna? Y ¿por qué no había de estarlo? Es ella tan hermosa, tan tersa, tan brillante...... Y luego es tan pura como el lirio, tan resplandeciente como una rosa...... Cae en contemplación y la admira con éxtasis.

Le canta una balada.

Le consagra, de rodillas, una oración.

La llama, le dirige toda suerte de halagos. La implora. Nada.

Quiere ir á ella, puesto que ella no viene á él. Al borde del estanque está amarrada una barquilla. Entra y, á riesgo de volcarse, levanta los brazos á la Luna, trepa al puente y cae. Quiere tenerla en el agua, donde brilla su reflejo, y se tiende, para besarla, consiguiendo sólo mojarse.

II

Llega Colombina con enagua rayada y jubón lila. Le dirige á Pierrot amargos reproches. ¿Por qué huye de ella? ¿No lo cuida tanto? ¿No le sirve los manjares que le agradan? ¿Olvidó ya las piernas deliciosas que dan vueltas en el asador, los jamones macizos? ¿Olvidó los vinos suaves que enardecen, el champaña que salta y espuma? ¿La olvidó á ella, que es el regalo más sabroso? Y... aquí mirase con juguetona vanidad las manos sonrosadas los piesecitos leves; y comba el cuerpode tal modo que la enagüilla se distiende.

Pierrot queda insensible.

—¡Ah! Amenaza ella; lo dejará por Arlequín.

Pierrot permanece frío.

—Entonces, lo engañará con un capitán de bigote retorcido y porte insolente.

Pierrot sonríe, incrédulo.

—Pues será con un financiero, de cuyo vientre, como de un tonel, salten monedas de oro.

Pierrot se encoje de hombros.

Colombina llega á la desesperación.

—Está bien, me mataré.

Perfectamente, dice Pierrot, y le da valor. ¿Qué escojerás? ¿La navaja, la cuerda, el fuego, el veneno?

—¡Ah! solloza Colombina. ¡Qué desgraciada soy! Y todo por esa luna! Te has enamorado de esa máscara de yeso, de esa Luna maldita, horrorosa, vieja y decrepita. ¡Uh! ¡Qué horror!

Y le enseña el puño á su rival, y la escupe en el estanque. Pierrot, indignado, la amenaza. Colombina se ríe de él. La persigue. Se oculta ella tras del altar del amor.

III

Pierrot, vuelve jadeante de su inutil carrera. Profiere vagas amenazas contra la invisible Colombina, y sofocado, se acuesta en una banca de flores y se duerme.

IV

Colombina sale de su escondite. Está desesperada porque ama á Pierrot. En su desesperación se desata el lazo de su cuello para ahorcarse. Vuélvese, y percibe al Amor-niño de pié sobre el altar, corre á arrodillarse frente á él, le implora con fervor.

El dios sale de la inmovilidad, se anima, sonríe, se espereza, cambia de actitud y le dice en una copla:

—Puesto que siempre me serviste bien, y puesto que Pierrot te abandona, te daré el medio de que lo castigues. Te prefiere á la luna porque no sabe cuán insensato es ese amor. Búrlate de él, y para que lo cures se cambiada en

HADA DE LA LUNA.

Suenan los címbalos. Cae el vestido de Colombina y aparece, ella, en cuarto creciente, con enagüilla corta, de gasa azulosa, adornada de pedrería que chispea, y con una media luna prendida en la cabellera. El rostro, los brazos, las piernas, tienen la suave claridad del astro.

La luz nocturna ha disminuido.

La luna llena del cielo, por un efecto de transparencia queda reducida á una luz pálida.

Se oye el suspiro de un scherzo.

Es primavera.

V

Pierrot despierta, y absorto, admira á la Hada de la Luna. ¡Como! ¿Es ella? Sí, es ella que bajó á la Tierra, y que baila, simbolizando la juventud de la Luna y su propia juventud. Pierrot quiere abrazarla; pero, ella, virginal, se escapa con ligeros saltos, y le opone como una cabrilla, la punta de los cuernos luminosos, prendidos en su cabellera, y con los cuales se rasguña.

Suenan los címbalos.

La Hada se cambia en luna llena; y en su frente un disco diamantino que sustituye al creciente, evoca la imágen del plenilunio. La hoz del cielo se transforma tambien en disco.

Se oye un andante:

Es el estío.

La luz penetra por todas partes,

Baile absolutamente lánguido.

Es la madurez de la Luna, la Luna mujer, Pierrot corre á abrazarla; pero su frialdad lo hiela. ¡Brrr!

Suenan los címbalos.

La Hada se metamorfosea. En su frente lleva un segmento pálido, sus cabellos se han vuelto grises como en ántes. La luna del cielo está ya en menguante. Se tiende la sombra.

Suspira un adagio.

Es el otoño. Así lo expresa la danza de la Hada. El otoño de la Luna, el otoño de la Mujer.

Pierrot se siente gastado como ella, que lo rechaza con ademanes melancólicos.

Suenan los címbalos.

La Luna desaparece. La sombra lo invade todo. Nieva. Ya no hay media luna en la frente de la hada; y ésta, con la lamentación de un secherzo, se aleja entre la sombra y desaparece. Pierrot queda inmóvil y aterrado.

VI

Asoma el alba, fría y triste.

Pierrot se restrega los ojos. ¿Habrá soñado? Se siente entumecido. El frío de la mañana lo asalta. Viénenle reflexiones caseras. En la casa de Colombina no tendría frío, comería bien, bebería mejor. Lo amarían. Aquí hiela. ¿Es esto racional? Ya no ama á la Luna. Además; llueve, sopla el cierzo. ¿Y Colombina? ¿Dónde está? ¿Fué á buscar á Arlequín? ¿Al Capitán? ¿Al Financiero? ¿Se mató? Sí, probablemente. Todo ha concluido. Ahora, á ahorcarse. Y fijándose en el lazo de Colombina, hace un nudo corredizo y busca un árbol para colgarse.

Entonces el amor, desde su altar, extiende el brazo, y en una copla le reprocha su inconstancia. Fué él, quien á fin de curarlo de su enfermedad, transformó en Hada á Colombina.

Que Pierrot prometa ser bueno, y se la devolverá.

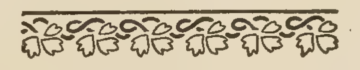
Reaparece Colombina con la enaguilla rayada, la carita radiante, blancos los senos y redondas las piernas.

—Amala ahora; ordena el Amor.

Juramentos apasionados de Pierrot. El Amor bendice á los dos amantes.

Luces de bengala.

PAUL MARGUERITTE.



"SAVIA ENFERMA"

V

Madrigal Luis XIX.

(Aliteración al gusto de Duplessis.)

Tu blancura es reina,
tu blancura reina,
¡oh nacarada! ¡oh alba como el alba que sus oros despeina!
*
Tu piel, oh mi Blanca,
como el ala blanca
del niveo albatros que adora las espumas, luce franca....
**
¡Oh Blanca de Nieve!
haz que en mi alma nieve
el cándido fulgor de tu imagen casta y leve......
***
Solitaria estrella,
Mis noches estrella
con esa pensativa luz ideal, tan bella......

Dicanda.

Margarita de oro,
Altar en que oro,
la sutil rima brote como brote otoñal,
y á tu alma se prenda
Y en amor la prenda
Y sea la prenda
De vida inmortal!

AMADO NERVO.

LA MUSICA

ALEMANA

Es el rumor de hirviente catarata
Que en los abismos sus cristales quiebra;
Del lúgubre cañón el estampido;
El sublime fragor de la tormenta;
El colérico grito de los mares
«Cansados de luchar con sus cadenas.»
El acerado choque de las armas;
Del belico clarín la voz guerrera;
El gigante concierto de los mundos;
El són valiente de la tropa épica;
Y el ritmo eterno harmónico y grandioso
De la máquina inmensa de la tierra.

ITALIANA

Es el rumor del beso apasionado;
Del aura los dulcísimos poemas;
Las notas que del lago se levantan
En las noches azules y serenas;
La canción de los silfos á las flores;
De las arpas de oro las cadencias;
El ¡ay! desgarrador del moribundo;
El canto seductor de las sirenas;
El suspiro amoroso de las vírgenes;
De las aves canoras las endechas;
Y las mil harmonías de los bosques
Que los espacios infinitos pueb an.

FRANCESA

Es el rumor ardiente de la orgía;
La barcarola rítmica y ligera
Que las náyades cantan recostadas
En sus esquifes de coral y perlas,
El canto del amor y los placeres;
El crujir del raso y de la seda,
El «allegro» monotono que entono
La bola de marfil en la ruleta;
Las sonoras y alegres carcajadas
De Paul de Kock; la voz de las grisetas;
De Beranger los cantos populares,
Y el choque de las copas de Bohemia.

MANUEL REINA.

DE GEORGE SAND A SAITE-BEUVE

Qué escribís ahora? Haced un libro que me pruebe evidentemente cómo es que hay algo posible y bueno á mi alcance y os protesto bajo mi palabra que aun cuando sea ir á conquistar á China, lo haré. Pero, Dios mío, ¿qué hacer de nuestra fuerza? ¿Dónde ponerla? ¿Qué empleo habéis encontrado para la vuestra? Decídmelo, decídmelo pronto. No sois de los que pueden responder:

—Carezco de ella; no tengo deseos de correr porque me faltan los pies.

Habéis puesto en alguna parte, en algún tabernáculo sagrado, en algún astro misterioso, vuestra juventud, vuestras dudas. ¿Ese lugar está en la religión cristiana? Si está ¿qué he de hacer para entrar al templo? Cada vez que paso frente á la puerta, me arrodillo ante esa poesía, divina, vista desde lejos, porque si me acerco ya no veo lo que yo creía que allí estaba exclusivamente. Percibo solo una faz de lo que busco. Quisiera encontrar á Dios yo misma, envuelto en su majestad y en su gloria; no que otros, semejantes á mí, vinieran á decirme: ¡Es él! porque, entonces, dudaría.

¡Ah! Qué feliz sois! ¿Qué crimen habré cometido para que así se me condene al papel de Judío Errante? Decís que sufrís y que sabéis sufrir. Lo sé tan bien como vos, y aun apuesto que vuestros dolores serían en mí mucho más ligeros, si tuviera lo que tenéis para consolaros, si pudiera recogerme una vez, un solo instante al día, y decir, adorando en algo:—He allí de lo que no puedo dudar.

¡Ah! Me contestaréis que habéis logrado, al menos para vuestro espíritu, una vida mejor que la mía; que no habéis prodigado ni gastado vuestro corazón, que no habéis descendido al antro de los leones. Los que de allí salen semi-devorados ¿quedarán mutilados y débiles para toda la vida? Ved, me ocurre con frecuencia, y esta es una especie de consuelo que me permito, que la causa por la cual las almas apasionadas sufren martirios, es una causa noble y santa. Amar, en todo lo que conocemos, es lo más amplio y lo que más ennoblece. Allí es donde se encuentran la voluntad y la fuerza para sacrificarse. ¡Desgraciados los que rechazan el sacrificio y los que obligan á una alma ardiente á apagarse! Esas son las bestias feroces que desgarran al mortal; pero ese Dios por quien se soporta el martirio, no es ménos digno de bendiciones, y los que reniegan de él, cuando mueren, son cobardes.

¡Bah! viva el amor *á pesar de todo!* Nuestros dolores nada prueban contra el amor, como nada prueban las nubes de la noche, contra la existencia y la belleza de las estrellas.

Adiós, mi querido director. Dícese que vais á ordenaros de sacerdote. A decir verdad, lo quisiera; iría á confesarme con vos y por más que os fastidiara, estaríais obligado, en virtud de vuestro ministerio, á oírme y á consolarme. A fe mía, vuestro ejemplo me daría el deseo de hacerme monja; bien que tendría el cuidado de que me encerraran bien, porque no respondería de saltar algunas veces por las ventajas, si oia sonar el cuerno de caza y el galope de los caballos.

Adiós mi excelente amigo. Escribidme.

Vuestra de corazón,



DE JUAN DE DIOS PEZA

Corazón, corazón pálido y yerto
que en lóbrega prisión lates vacío,
el mundo es para tí campo desierto,
sin límites, sin luz, estéril, frío......

Nunca podrás ornar con frases huecas
la triste historia del dolor humano,......
¿que son las ilusiones? flores secas,
¿que son tus ilusiones? humo vano.

Sigue marcando rítmico latido
que á la vida automática acompaña......
fuiste trono, volcán, búcaro y nido......
Hoy eres, corazón, solo una entraña.



DE MANUEL M. FLORES

Adiós para siempre, mitad de mi vida,
un alma tan sólo teníamos los dos:
mas hoy es preciso que esta alma divida
la amarga palabra del último adiós.

¿Por qué nos separan? ¿No saben acaso
que pasa la vida cual pasa la flor?
Cruzamos el mundo como aves de paso......
Mañana la tumba, ¿por qué hoy el dolor?

¿La dicha secreta de dos que se adoran
enoja á los cielos y es fuerza sufrir?
Tan solo son gratas las almas que lloran
al torvo destino?...... ¿La ley es morir?

¿Quién es el destino?... Te arroja á mis brazos,
en mi alma te imprime, te infunde en mi sér,
y bárbaro luego, me arranca á pedazos
el alma y la vida contigo... ¿Por qué?

Adios..., es preciso. No llores... y parte;
La dicha de vernos nos quitan no más;
pero un solo instante dejar de adorarte,
hacer que te olvide, ¿lo pueden?... ¡Jamás!

Con lazos eternos nos hemos unido;
en vano el destino nos hiere á los dos......
¡Las almas que se aman no tienen olvido,
no tienen ausencia, no tienen adiós!

DE JAVIER SANTA MARIA

Cuando están rotas las entrañas mías
Tu vil puñal despedazarlas quiere.........
No te importen mis rudas agonías.........
Hiere, destino, hiere!

Soy una sombra que con brazo yerto
Su propia tumba sollozando cava......
Valiente heroicidad! Herir á un muerto!
Sigue destino, acaba......

Vampiro, si es mi sangre la que ansías,
Ya de mis venas lívidas no brota......
Profundiza, penetra, están vacías,
No queda ni una gota.........

Mas aun estoy de pie; si me odias tanto,
Puesto que á todo tu maldad se atreve,
Aun quedan los raudales de mi llanto,
Esa es mi sangre......... bebe.



DE IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO

De antiguo templo en la desierta nave,
donde silencio es todo y soledad,
la paloma un asilo buscar suele
para vivir en paz.

Y aquí, en mi corazón callado y triste,
que el culto de otro amor no turba ya,
refugio á tu inocencia hallar podrías
sobre el desierto altar.

Ni el nombre de los númenes que un día
efímeros vivieron hallarás;
que una sombra siquiera en mis recuerdos
que te lastime no hay.

Así, tranquila flor, tú resguardada
serás del mundo por mi tierno afán;
yo en cambio aspiraré dichoso y mudo
tu aroma virginal.



DE JORGE ISAACS

«No duermas, suplicante me decía;
escúchame, despierta!»
cuando haciendo cojín de su regazo,
soñándome besarla me dormía.

Más tarde...... ¡horror!, en convulsivo abrazo,
la oprimí al corazón...... rígida y yerta.
En vano la besé......, ¡no sonreía!
En vano la llamaba......, ¡no me oía!
La llamo en su sepulcro......, ¡y no despierta!



AL RIO CAUTO

Naces ¡oh Cauto! en empinadas lomas;
bello desciendes por el valle; ufano
saltas y bulles, juguetón, lozano,
peinando lirios y esparciendo aromas.

Luego el arranque bullicioso domas
y hondo y lento y callado, por el llano
te vas á hundir en el inmenso oceano......
Tu nombre pierdes y sus aguas tomas.

Así es el hombre: entre caricias nace,
risueño el mundo al goce le convida.........
¡Todo es amor y movimiento, y vida!

Mas el tiempo sus impetus deshace,
y grave, serio, silencioso, umbrío,
baja y se esconde en el sepulcro frío.

CARLOS MANUEL CÈSPEDES.

ANSIEDAD.

Tantálico delirio me devora
al ver como se pierde en lontananza,
con atrevido rumbo la esperanza
volando infatigable y soñadora......

En mi perpetua noche amo la aurora;
y en los molinos clavaré mi lanza:
no importa que el grotesco Sancho Panza
se ría del ideal que me enamora......

En el mar de las hoscas muchedumbres
floto, clavando en las lejanas cumbres
una mirada temblorosa y vaga;

y me hundo entre las almas sollozantes,
como un Colon desventurado que antes
de llegar á la América, naufraga.

JOSÉ S. CHOCANO.

LA PUESTA DEL SOL

La tarde muere ya; la noche parda
va tendiendo las orlas de su manto,
la Natura enmudece de quebranto
y Vénus nace nítida y gallarda.

Hermoso como el angel de la guarda
un pequeñuelo vierte dulce llanto;
de la choza al umbral humilde y santo
la esposa inquieta al labrador aguarda.

Por fin, entre las sombras del camino
se divisa el andar del campesino
que busca del hogar los dulces lazos;

llega cansado del trabajo rudo
y, como un gladiador toma su escudo,
sostiene al pequeñuelo entre sus brazos!

ARMANDO GODOY.

EL ANOCHECER

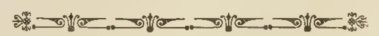
La tarde huyó como invertida aurora,
arrastrando su túnica de fuego,
y fué extendiendo por los campos luego
el crespón de la noche soñadora.

Los verdes prados que el Abril colora,
entregaron su espíritu al sosiego,
y volvió de los montes el labriego,
echando al aire su canción sonora.

Vibraron en los valles las esquilas,
el grillo preludió bajo la mata
y las auras quedáronse tranquilas.

Murió la luz sobre la cumbre grata,
y al entornar el cielo sus pupilas
se deslizó una lágrima de plata.

SALVADOR RUEDA.



Cuando oigo tus acentos
se vuelven mis ideas sentimientos

Tus ojos, con que el alma nos sondeas,
son dos soles que alumbran con ideas.

CAMPOAMOR.



DE FRANCISCO M. DE OLAGUIBEL

Tu rubia cabellera con esplendor de aurora
Brilla en mi obscura noche y luce y reverbera,
Y anuncia el claro día, el alba soñadora,
Que el duelo taciturno en su ansiedad espera.

En sus guedejas rubias vertió su encantadora
Luz de fulgores de ambar la joven primavera;
Y es mágica corona, diadema vencedora,
Tu rubia cabellera.

¡Oh, musa pensativa, el alma que te adora
Persigue en la existencia como triunfal bandera
Que todos los presagios divinos atesora,
Tu rubia cabellera.



DE RUBEN DARIO

En el libro lujoso se advierten
las rimas triunfales;
bizantinos mosaicos, pulidos
y raros esmaltes;
fino estuche de artísticas joyas,
ideas brillantes;
los vocablos unidos á modo
de ricos collares;
las ideas formando en el ritmo
sus bellos engarces;
y los versos como hilo de oro
do irisadas tiemblan
perlas orientales.
¡Y mirad! En las mil filigranas
hallaréis alfileres punzantes,
y en la pedrería
trémulas facetas
de color de sangre.



DE JOSE JUAN TABLADA

ONIX

Torvo fraile del templo solitario
que á la luz de nocturno lampadario
ó á la pálida luz de las auroras
desgranas de tus culpas el rosario:
yo quisiera llorar como tu lloras!;

Porque la fe en mi pecho solitario
se extinguió, cual nocturno lampadario,
entre la roja luz de las auroras
y mi vida es un fúnebre rosario
más triste que las lágrimas que lloras.

Casto amador de pálida hermosura
ó torpe amante de sensual impura,
que vas, novio feliz ó amante ciego,
llena el alma de amor ó de amargura:
yo quisiera abrazarme con tu fuego!;

por que no me conmueve la hermosura
ni el casto amor ni la pasión impura;
por que en mi corazón, dormido y ciego,
ha pasado un gran soplo de amargura,
que tambien pudo ser lluvia de fuego.

Oh guerrero de lírica memoria
que al asir el laurel de la victoria
caiste herido, con el pecho abierto,
para vivir la vida de la gloria:
yo quisiera morir como tú has muerto!

Porque al templo sin luz de mi memoria
tus escudos triunfales la victoria
no ha llegado á colgar, porque no ha abierto
el relámpago de oro de la gloria
mi corazón entumecido y yerto......

Fraile, amante, guerrero, yo quisiera
saber que obscuro advenimiento espera
la ternura infinita de mi alma,
pues de mi vida en la tediosa calma
no hay un Dios, ni un Amor, ni una Bandera!



DE BALBINO DAVALOS

¿De que cárcel no huye el recuerdo?
¿Cuáles son las más fuertes cadenas
Que al rebelde detienen sumiso
Del cerebro en las íntimas celdas?

¿En qué fraguas habrán de forjarse
Las consútiles redes que envuelvan
Con sus mallas de acero infrangible
Al titán que tenaz forcejéa?

¡Oh recuerdo! mi fiera enjaulada
Que en romper sus prisiones se obceca,
El deber te ha ordenado:—¡Reposa!—
Y aun al mismo deber te rebelas.

¡Caprichoso errabundo! ¿qué buscas
Que así avanzas, y corres, y vuelas,
Y abandonas mi oscura tebaida,
Yendo en pos de imposibles quimeras?

Caprichoso errabundo, te has ido
A abreviar voluntarias ausencias........
¡Oh recuerdo que vas de un ingrato!—
¡Oh recuerdo leal!—vuela, vuela!

EL AMIGO DE LA LOGICA

.........No negaré yo que quise robar; sí, quise robar, pero no matar. Y luego ¿es cierto que yo lo maté?

Le encontraron muerto cerca de mí, y á pesar de que yo tenía la pistola en la mano......... lo afirmo; propiamente hablando, ni yo lo maté, ni él se mató, ni nadie lo mató.

Sé que desde entonces estoy loco, y que la afirmación de un loco nada significa. Tontería. Ninguno es más lúcido que un loco en los momentos en que no está loco. Y hay que advertir que desde el colegio me llamaban *El Amigo de la Lógica.*

¡De qué modo tan extraño pasó todo! Desde el principio, al poner mi mano en el botón de la puerta, tuve la horrorosa convicción de que el hombre veía el botón correspondiente del otro lado de la misma puerta. Yo adivinaba que eso hacía sentado en un sillón, á ocho pasos, frente á mí. ¿Cómo, era ese hombre á quien iba á robar? ¿Era joven, viejo? ¿Cuál es su naturaleza? Sobre todo, ¿por qué pensaba al ver girar ese botón? Porque yo le daba vuelta y me decía:

Esto tiene que girar del otro lado: pero el punto luminoso que su lámpara proyecta sobre el marfil ha de estar inmóvil, y él debe sentirse muy perplejo.

Comprendí lo que había de experimentar y tuve piedad para él. Empujé la hoja. Había luz. Aguardé un grito. No; y sin embargo, tenía la convicción de que él había visto moverse la puerta.

Continué empujándola con movimiento imperceptible. Pude distinguir, así, de lado, una parte de la pared. Esa parte aumentaba. Repentinamente, vi, colgado, un puñal.

En ese momento, me vino la intención de huir; pero la intención se manifestó por un ademán brusco, *hacia adelante.* ¡Huir! ¿Acaso podía yo hacerlo? Si hubiera podido huir, habría podido también no ir.

Cuando mi vacilación cesó, vi que había espacio para que pasara mi cabeza, y mi cabeza se inclinó. Listo. Hasta ese momento el hombre tenía derecho para imaginarse que la puerta se abría por sí sola; pero veía ya una porción de mi frente......... y ¡qué frente! Como estoy completamente calvo, me dije:

—No ha de comprender qué es esto luciente que se desliza como un caparacho de tortuga?

¡Qué largo fué este tiempo! Créese que todos los segundos son iguales. ¡Ah, nó! yo os lo aseguro: hay segundos que duran mucho, sí, mucho más que otros. Lo sabía porque el tic-tac del reloj se aminoraba, indefinidamente, á medida que yo avanzaba.

Dió la hora. Tenía que pasar mi ceja. Esperé que concluyera de sonar la campana. Conté las trece; sí, las trece......... Estoy seguro de ello.

No tuve tiempo para asombrarme porque en el momento mismo en que sonó la décima tercera campanada, entró mi ojo, el ojo izquierdo, que recibió inmediatamente el choque de los dos suyos.

Estaba allí, á ocho pasos, recostado en un sillón, inmóvil y viéndome. Nos miramos.

Percibí que era bastante joven y bastante hermoso; pero, en realidad, yo ví sólo sus ojos. Me horrorizaban, no porque pertenecieran á un vivo capaz de defenderse, sino por el miedo que despedían. Y me pregunté: ¿de estos ojos cuáles tienen más miedo, los suyos ó el mío? Digo, el *mío*, porque como el otro estaba oculto, debía creer él que yo nada más tenía un ojo.

Esto acabó por darme no sé qué inferioridad en la lucha. Luego, la situación me pareció ridícula. Yo me he fijado siempre en el lado cómico de las situaciones. ¿No parecía que representábamos alguna escena de chiquillos? Me dieron ganas de gritar:

—¡Aquí está el coco!

Resolví irme; pero, repentinamente, me fijé en sus manos. Desgraciadas manos, temblaban como pajaritos que tienen frío. Y al examinarlo mejor, advertí que lo mismo temblaba todo su cuerpo,

Entónces, cayó de mis hombros el sudario de miedo, y entré.

Dí andazmente siete pasos y me detuve. No se movió. Me habría sido fácil tocarlo. A pesar de todo, mi corazón latía como si hubiese tenido una campanilla en el pecho. Escuché al suyo. ¡Qué corazón tan pobre, tan infortunado!...... Con su latir sacudía al cuerpo, como si fuese una de esas grandes campanas que con sus repiques cimbran las piedras de los campanarios.

¿Cómo temerle á semejante cobarde? Me tranquilizé por completo, aun me burlé; y añado que por broma, no con intención formal, saqué mi revólver.

El desgraciado quiso gritar con todas sus fuerzas. No lo temí. Era visible que un dogal de hierro le apretaba la garganta y que tenía como cadenas en todos sus miembros. Sólo las manos continuaban moviéndose estremecidas.

Y como yo levantara, siempre por broma, mi pistola, sus cabellos sé enderezaron, como si fueran tallos de yerbas. Estuve á punto de estallar en una carcajada. ¡Son posibles los milagros? ¡Qué estupidez! Y me acordé de la cabellera de un buzo que ví zabullirse en un café cantante, en el fondo de un acuario.

Al fin, me dió lástima. Tanto más cuanto que sus ojos, aparte de que no cesaban de aullar de espanto, murmuraban poco á poco algo muy triste. Los míos no se apartaban de los suyos. Para lograr que se apartaran, me ví precisado á hacer un esfuerzo prodigioso. En la separación, algo se rompió. ¿Qué? ¡Oh Dios mío, Dios mío!

Dejé mi arma sobre la chimenea. Allí estaba un manojo de llaves. A un lado, el ropero. Lo abrí. Ni siquiera miré hacia atrás. ¿Para qué había de inquietarme con aquel manequí? Registré. Vacié los cajones.

Entónces pasó un fenómeno extraño. Cesaron todos los ruidos. Aun en el silencio hay ruido, y aquí no lo

había. Ví el reloj. Misterio inexplicable. El péndulo se movía pero sin hacer ruido, Ni había ruido tampoco en nuestro derredor.

Me volví hacia el hombre casi para interrogarle......... ¡El silencio salía de él!

Sí, salía de él, en espesas bocanadas como el humo que llena una recámara. Sus manos no temblaban ya. Me acerqué á él, y oí que su corazón, aquel corazón que sonaba como campana, no latía.

Me incliné sobre sus ojos abiertos. El vértigo me sobrecogió. En sus pupilas huecas ví un abismo de silencio. Sudor frío me heló. Comprendí que ese era el silencio de la muerte.

De allí data mi locura. Me dije entonces.—Luego estoy loco.

Había muerto por sí solo; por sí mismo. No me atreví á moverme. Mis ojos se reanudaron con los suyos. El ruido del espacio comenzó de nuevo. Escuché el tic-tac del reló; y sobre todo, mi corazón volvió á latir. La gran campana del muerto repicaba ahora dentro de mi pecho, á todo vuelo.

Tuve miedo, un miedo formidable, y advertí que ese miedo era el suyo. Sí, abandonado ahora, pasaba á mí y se manifestaba por los mismos síntomas. Mis manos temblaban como pajaritos que tienen frío. Mis cabellos se enderezaron como la cabellera del buzo, y dentro de mi ser, algo estuvo á punto de desiquilibrarse.

A punto nada más, por que mi extraordinaria lucidez decuplicada ya por la locura, me advirtió el peligro. Con un violento esfuerzo volví á poner las cosas en su lugar. Se me quitó el miedo.

Dueño de mí mismo, me dije:

—Después de todo, yo no tengo la prueba de que esté muerto. Quizá esto no pase de un simple desvanecimiento.

Le tomé el pulso. Algo se agitó bajo mi dedo. Pero ¿ese algo no era mío, lo que palpita en la extremidad de cada uno de nuestros dedos? No pude averiguarlo. Me invadió una verdadera esperanza. Había en el tocador un frasco de sales, y agua de colonia. Le hice respirar las sales y le empapé las sienes. Su curación me habría causado mucho placer.

Yo no dudaba de que estuviera vivo, por más que nada lo indicase, pero su brazo cayó; y os lo aseguro, el movimiento no era natural. Puesto que vivía ¿por qué se empeñaba en fingirse muerto?

—¡Eh, pardiez! pensé; se hace el muerto como una araña se encoje frente al enemigo.

No, aquello me ofendió. Me animaban los mejores sentimientos...... ¡y ese fulano se burlaba de mí! Honda cólera me entró. Lo sacudí con todas mis fuerzas. No se movió. Lo alcé en peso, lo estreché contra mí y bailamos como dos títeres, á través de la habitacion.

Nos reflejó un espejo. Rompí á reír. Esas cosas se ven únicamente en las pantomimas del circo. Lo dejé caer en un sillón.

¡Odioso cadaver! No se es imbécil hasta ese extremo, y le dije:

—¡Eres un bestia! No tuve la intención de matarte, y hé ahí que te mueres y me transformas en tu asesino, estúpidamente, contra mi deseo, sin que mi voluntad sea tu cómplice. ¡Habrá idiota!

Me puse rabioso. Ser asesino cuando se ha matado, en buena hora; pero cuando no se ha matado...... Eso no era justo. Mi lógica se rebelaba. Encadené mis raciocinios para saber si era culpable de ese crimen: sí ó no. Pues bien ¡nó! Una vez más quedaban corroborados los absurdos de la Naturaleza. El hombre sensato era víctima del ilogismo del azar.

Eso no podía ser. Urgía combatir la injusticia, colocar los hechos en su verdadero sitio, en su sentido real, según lo normal, según la Lógica. Urgía. Urgía. Fué por esto por lo que procedí, y tan legítimamente, como hombre de talento.

Y lo hice con alegría. Con alegría un poco irónica, pero también deliciosa. Tomé el revólver y le apunté al cadáver. ¿Cadáver? En el fondo subsistía alguna duda; pero ¿qué medio mejor para disiparla? Le dí tiempo para que resucitara; y aun le dije:

—Después de tres, disparo.

Y conté:

—Una...... dos.... .

No hizo el menor movimiento. Experimentaba el placer del buen tirador que está frente á un blanco espléndido. ¡Qué divertido era aquello!

—......Tres......

Un agujero pequeño, en medio de la frente, y un hilo de sangre...... ¡Ah, imbécil! Esta vez si era cadáver. Sin embargo, continué como *diletantti*, y le decía:

—Una...... dos...... tres......

Desapareció el ojo derecho, luego el izquierdo; después le rompí la barba. La Lógica se vengaba...... ¡Qué revancha!...... ¡Qué sublime papel de enderezador de entuertos!...... Estaba yo admirable, de pie frente á él y con la pistola en el puño...... Y él, él...... tan hermoso, era ahora una masa informe. ¡Ah! sí, yo lo había matado...... Al muerto, yo lo había matado.

MAURICE LEBLANC.

DAMAS DISTINGUIDAS



Señorita Paz Guerra, de San Luis Potosí.

DEL NATURAL

I

Amanece. Se ciñe la aurora
vaporosos cendales de gasa,
como novia gentil, que á su amante
con los brazos abiertos aguarda.
Retozando se van del alero
las palomas azules y blancas,
y atraviesan el límpido espacio
como castos ensueños de infancia.
Brilla el cielo, fulgura el rocío,
brotan flores, los pájaros cantan,
y á las rudas fatigas del campo
el feliz labrador se prepara
Tras las altas montañas de Oriente
surge el sol entre un golfo de llamas,
y en hirviente explosión se desborda
arrojando corrientes de lava.
Tañe el viento las ramas, el río
vibra un himno al creador en su arpa
de cristal, y de nidos y frondas
misteriosos rumores se alzan.
Entre tanto, el doliente poeta,
con la pálida frente inclinada,
elabora la idéa en su mente
y prorrumpe en estrofas aladas.

II

Medio-día. De Febo se inyecta
la pupila brillante de fuego
en el áureo cenit; con bochorno
las torcazas los picos abriendo,
van llegando al aguaje, y desfloran
el cristal en que tremen los cielos.
El rebaño descansa á la sombra
de follajes tupidos y frescos,
y semejan puñado de cuentas,
al zumbar y bullir, los insectos.
Se recatan temblando los mirtos
—rojos labios que esquivan los besos—
al cariño estival de la Siesta,
que desnuda se tiende en el huerto.
Reina un hondo silencio; tan sólo
del audaz cazador se oye el cuerno,
que en la augusta quietud de la selva
vagar deja imponente su eco.........
Todo está aletargado: los ríos,
las florestas, las aves, el viento......
y tendida indolente en su hamaca
la mulata de obscuros cabellos,
va cerrando sus ojos de abismo
al pausado y sensual balanceo.

Junio de 1897. JUAN B. DELGADO.

¡IMPOSIBLE!

¿Qué mejor galardón, qué mayor gloria
Que al siniestro adversario haber vencido,
Haciendo que no exista en tu memoria
La mancha negra que se llama *olvido!*

Desde que el vuelo triunfador tendiste
De otro nido á buscar el grato asilo,
Ya debes de saber que estoy muy triste,
Pero sabe también que estoy tranquilo.

Tranquilo como el águila bravía
Que sube audaz sin que el turbión le importe,
Como el nauta sereno que confía
En una estrella que le marca el Norte.

Y tú misma te asustas porque mides
El férreo pacto á que te ves unida,
Porque vas á olvidarme cuando olvides
El recuerdo más santo de tu vida.

¡Oh! cuántas veces por borrar en vano
De tu memoria el indeleble rastro,
Con febril inquietud tu blanca mano
Pasarás por tu frente de alabastro!

Como el ave aterida por la lluvia
Que se acoge á la selva rumorosa,
Sacudirás tu cabecita rubia
Por dejar mi recuerdo que te acosa.

¡Pero no puede ser! Bajo tu abrigo
Pasaré mi existencia con orgullo,
Y porque siempre viviré contigo,
Tengo la gloria de llamarme tuyo!

RODULFO FIGUEROA.

1897.

ENGANO SUBLIME

Por María Lescot.

NUMERO 15.

Ahora bien, sólo una asociación piadosa existía entonces en Pontarler y era la obra maternal de Santa Ana, para socorrer á las mujeres en cinta. Sólo las viudas y las mujeres casadas podían ser presidentas. La señora Fourneron acababa de obtener esta alta dignidad. Aglaé de Lézines maldijo entonces esa virginidad de la que hasta ese día había estado tan justamente orgullosa. Su deseo exasperado por la imposibilidad de satisfacerlo, llegaba á la crisis aguda, cuando Beltrana fué á habitar Pontarlier.

Algunas burletas de Jacobo de Sommeres, los aires triunfantes de la señora Fourneron cuando enunció pomposamente su título de presidenta, pero sobre todo, la sonrisa violenta, envidiosa, amarga, que plegaba los labios delgados de Aglaé de Lézines, fué para la señora Duvernoy una revelación.

Púsose inmediatamente en obra. Había anudado durante su permanencia en Roma, algunas relaciones que podían ser utilizadas. Puso pues su celo á contribución.

Los estatutos de las innumerables asociaciones que estos últimos tiempos han visto aparecer, llegaron á sus manos. Se trataba de hacer una elección juiciosa. Rechazar desde luego esas asociaciones vulgares que se ocupan de las necesidades del pobre y ofrecen á los ojos delicados sus miserias y sus llagas. No era de abnegación de lo que se trataba. Había que descubrir una misión limpia, más fértil en convocaciones que en resultados sociales. Era preciso que consistiese sobre todo en conversaciones piadosas, salpicadas con una taza de té; nada que pudiera llevar al salón metódico de las Lézines el desorden ó la perturbación. Se necesitaba una obra económica que no fuese asunto de dinero; los provincianos son más pródigos de su tiempo que de su bolsa; una obra, en fin, que pudiesen patrocinar sin rubor, dos viejas solteronas púdicas, donde no se tratase de nacimientos ni de matrimonios, ni de seducción ni de niños abandonados.

Después de largas vacilaciones, su elección se fijó en la obra de las viejas condecoradas. Esta asociación eminentemente inútil, tuvo el mayor éxito en Pontarlier. Todas las mujeres se apuntaron, felices de ese pretexto para desertar de su casa.

Las reuniones eran semanarias, la cotización proporcionada.

La obra tuvo su tesorera, su secretaria, su presidenta. Beltrana dirigía todas las cosas con su espíritu de intriga finamente disimulado; rehusó ella las distinciones honoríficas, hizo que fuesen discernidas á las dos hermanas deslumbradas. Aglaé de Lézines fué nombrada presidenta y á su hermana fué confiada la guarda del tesoro. Estas innovaciones hicieron á Beltrana mucho honor.

—La señora Duvernoy está verdaderamente animada de muy buenos sentimientos.

—Nuestra excelente prima Beltrana es para su familia una fuente de bendiciones.

Estas dos frases marcaron las dos fases del éxito de Beltrana. Hábilmente disimulada, la plaza capitulaba.

A partir de esta época fué una verdadera soberanía la que la señora Duvernoy ejerció en Pontarlier. Nadie resistió á sus halagos, la señora Fourneron fué definitivamente conquistada. Carlota, para conciliarse las buenas gracias de la vieja dama, no había imaginado nada más maquiavélico que levantar pacientemente los tejidos que se caían. Beltrana solicitó consejos y lecciones. Quiso aprender á hacer muchas obras de mano. Se fingió inhábil, torpe, á fin de dejar toda la superioridad á la institutriz. Consagró más de un mes á ese fastidioso aprendizaje, pero pasado ese tiempo, el alma y el corazón de la señora Fourneron le pertenecían decididamente.

El amor de Fernando á su mujer crecía á proporción de estos éxitos; sus ojos de artista, que fácilmente se apasionaban del color y de la forma, no se cansaban de admirar aquel talle esbelto, aquellos cabellos de oro, aquellos ojos de mutable mirada. Jamás Elena, aquella dulce hija del Franco-Condado, había levantado en su corazón esas tempestades de amor. Además, le agradecía á Beltrana, perezoso como era, que apartase de su camino las dificultades, los cuidados, las querellas. Esas alabanzas que todos repetían en rededor de él, obraban sobre su espíritu. Su mujer era á sus ojos una maravillosa criatura, un tesoro que él se creía indigno de poseer. Solo una cosa turbaba esta ventura, la frialdad que Lila testificaba á aquella incomparable madrastra.

Más de una vez, en la intimidad de la familia, las miradas, el sonido de la voz, habían traducido una hostilidad sorda; la corteza de dulzura que recubría las relaciones de las dos mujeres, no era más que aparente. El señor Duvernoy lo comprendía y no osaba inquirir, pero se sentía irritado contra la niña. Estaba á punto de deslizarse por la pendiente que conduce de la debilidad á la injusticia, y de la injusticia á la crueldad. Su amor paternal sucumbía en medio de ese malestar, y cuando ella se apartaba, experimentaba un alivio que no escapaba al corazón clarividente de la jovencita.

La pobre pequeña sufría horriblemente, enmedio de esta indiferencia. Todos los corazones que la amaban se habían apartado de ella, dejándola en el abandono. Beltrana no tenía el alma ni demasiado generosa ni demasiado alta, para darle un poco de piedad; siendo de aquellas que casi no perdonan, continuaba haciendo expiar á la joven las injustas rebeliones de la hija mimada. Mantenía empero su palabra y no perseguía á la vencida; pero la persecusión le hubiera parecido menos penosa á Lila, que la atmósfera indiferente que la rodeaba; nadie reclamaba sus caricias, nadie tenía necesidad de su afecto. Demasiado adulada, demasiado adorada en su infancia, había adquirido esa sensibilidad exquisita que poseen las mujeres tiernamente educadas. Su pobre corazón sangraba ahora, ante todos los martirios. Se volvió tan triste como alegre había sido; tan concentrada como expansiva en otro tiempo.

En la monotonía de esta vida de familia, tomó sitio uno de esos accidentes pueriles de que nadie sabe prever las consecuencias.

La casa, mal amueblada, como la mayor parte de las casas de provincia, necesitaba algunas reparaciones, y la señora Duvernoy se divertía bastante con estos cambios; con un lápiz y un libro de notas en la mano, seguida de su marido y de un arquitecto, iba y venía, quitaba, reformaba, llenando de los frufrus de su peinador de seda esas cámaras de aspecto severo, que la grave Elena recorría silenciosamente. Desde su casa desmantelada de Bretaña, Beltrana había conservado el horror de las vastas piezas construidas por las generaciones potentes que parecían siempre temer que el aire y el espación fuesen á faltarles. Un departamento coqueto, forrado de tapices, lleno de muebles, de portieres, constituía para ella la habitación ideal. Había modificado ya el comedor, tallado un budoir en el gran salón, desplazado la escalera, disminuido el vestíbulo, cuando llegó á su cuarto de dormir...

—Aquí, dijo, tendremos muchos cambios que hacer.

Era una de esas habitaciones de otro tiempo, vastas, espaciosas, de techo elevado, de muros regulares, pero desprovistas de esos rincones íntimos, de esos anexos, que forman ahora parte integrante de un departamento confortable. Muebles numerosos, armarios esculpidos, cómodas con ornato de cobre, servían para encerrar los trajes, la ropa interior y las cien bagatelas necesarias á una mujer. En un rincón, un mueble Luis XV mostraba su vajilla de viejo Sévres, en tanto que en el opuesto, un reclinatorio de ébano se arrodillaba al pie de un crucifijo de marfil. Beltrana, desdeñosamente sacaba á luz todos estos muebles defectuosos; después indicaba las reformas necesarias y enumeraba sus deseos.

—Un gabinete de toilette desde luego, amplio, bien alumbrado; después un saloncito de vestirse, dividido en dos partes; una para los trajes de ciudad, la otra para los de tertulia. Por fin, un oratorio: la plegaria se eleva mejor hacia Dios en un lugar especialmente consagrado.

Se volvió hacia su marido con su más dulce sonrisa, y añadió:

—Vos os encargaréis de su decoración, ¿no es verdad, Fernando?

Por la primera vez desde su matrimonio, él no le respondió. ¿Por qué la pobre muerta, tan olvidada, acababa de levantarse en su corazón? ¿Por qué experimentaba una tristeza vecina del remordimiento? No había sabido decirlo. ¿Era esa palabra de oratorio la que evocaba de pronto sus recuerdos? ¿Para qué un oratorio para esa mujer que no era piadosa, que fuera de los oficios á los cuales asistía por buen parecer, no oraba jamás? Se puede engañar al mundo, á la tía Fourneron, á las primas de Lézines; pero no se engaña á un testigo de todos los instantes. Elena jamás había pensado que fuese necesario un oratorio, y sin embargo, mañana y tarde se arrodillaba sobre el gran reclinatorio de ébano, y en su sencillez de cristiana, oraba ante los ojos de su marido. Le pareció que Elena estaba ahí, que iba á levantarse de su oratorio y á ir hacia él con su paso lento, con su mirada toda llena de súplicas temerosas y de ardientes esperanzas.

Súplicas, esperanzas, todo era en vano. Había muerto ella sin que él le hubiese dado esa suprema alegría de arrodillarse á su lado.

Su ensueño lo había absorvido de una manera tan completa que no se percibió de que estaba solo ya.

El arquitecto y Beltrana habían pasado á la pieza vecina, pero la discusión continuaba. Era el arquitecto quien hablaba.

—Sin duda, señora, podríamos colocár aquí el gabinete de toilette y el oratorio, si no fuese la cámara de la señorita Duvernoy, pero.........

No concluyó el buen arquitecto, Lila se pone de pie, tan pálida, tan desolada, que él esperimenta un sentimiento de piedad. La voz de Beltrana se eleva, las palabras son dulces pero el tono es autoritario.

—Mi hija política es demasiado razonable para rehusarse á un cambio que las circunstancias imponen. Ella escojerá en la casa otro departamento que vos adornaréis según sus deseos.

El arquitecto se inclinó en signo de asentimiento. Qué le importaban después de todo aquellos ojos desolados fijos en los suyos?

Pero el señor Duvernoy, á pesar de su debilidad, llegó esta vez en socorro de su hija.

Aquel cuarto lo había exornado él personalmente con ramilletes de lilas para la niña......

—Ignoraba este detalle, dijo entonces Beltrana; perdón, amigo mío.........

Lila conservó su cuarto; pero desde aquel día la aversión que la señora Duvernoy experimentaba por su hija política, creció.

Aquel acceso de valentía, fué por lo demás, el único que el pintor tuvo jamás: desde el día siguiente, por su sumisión absoluta, trató de hacerlo olvidar.

XLI

Han pasado muchos años. Lila Duvernoy se ha convertido en una hermosa joven de continente grave, de ojos tristes.

Muy aislada en el salón de su padre, cuyo imperio exclusivo pertenece á Beltrana, lleva á la sociedad que la rodea una fría reserva que aparta las simpatías.

—La señorita Duvernoy es demasiado original, dicen los íntimos de la casa; tan poco amable con un modelo tal ante los ojos! La pobre madre política tiene en verdad mucha virtud para soportar cerca de ella á esa mal encarada.

La ingratitud de Lila y las virtudes de Beltrana son asuntos preferidos por los comadrazgos de Pontarlier.

Nada, á decir verdad, en esa existencia común de todos los instantes, ha aproximado á las dos mujeres. La tía Fourneron y las dos Lézines, acosan á la pobre niña con amonestaciones incesantes. Lila deja sin respuesta los vehementes reproches de ingratitud que le dirige la señora Fourneron, pero un día, ante las frías amonestaciones de las viejas primas, su pobre corazón ha estallado. Lo que ella reprochaba á su enemiga, es, sobre todo, haber enajenado el amor que su padre le tenía.



—Ya no me ama, dijo llorando, entre él y yo se levanta ella, ella se interpone alejándolo de mí; es tan habil, tan malvada y tan falsa, no ama más que á sí misma, se burla de todos vosotros; pero á mí me odia.

Entonces Aglae de Lézines, espantada por esta explosión de cólers, con una voz severa respondió:

—Sois vos quien la odiais y el odio conduce al crímen. La calumniais hija mía.

Desde aquel día nadie oyó á Lila quejarse. Algunas veces escribió á su aya, á esa buena Carlota, que no podía dejar de adorarla. Las respuestas de la plácida criatura, dejaban desbordar la mansedumbre que llenaba su alma; creía siempre, á pesar de tantos años transcurridos, en su vuelta próxima y en la bondad de su querida princesa.

Una sola persona en Pontarlier se declara por la huerfanita, y es el viejo cura que asistió á Elena en sus últimos momentos.

Cuando la jovencita, arrodillada ante él se acusa de odiar, el padre la reprende. Ese odio vivaz le inspira inquietudes por el alma de la niña y se resuelve á intervenir, aun cuando no sea el director espiritual de Beltrana. La señora Duvernoy ha recibido al viejo sacerdote como á un mensajero de lo alto. Jamás en ninguna circunstancia de su vida ha representado su papel con arte más consumado. Ha deplorado la antipatía que le muestra su hijastra, en términos en que va impresa la más conmovedora humildad.

—Es culpa mía, señor cura, no he sabido ganar ese corazón rebelde. Dios me ha rehusado la dicha de ser madre, ella habría sido mi hija si lo hubiese querido.

Pasa sobre sus ojos secos un pañuelo perfumado, y continua con voz ahogada:

—Aconsejadme, dirigidme ¿qué debo hacer?

El no ha respondido. El hábito del confesionario da al sacerdote una sagacidad que nada puede hacer fallar. Las frases, las lágrimas, la docilidad, todo le ha parecido una máscara; ni una sola palabra de corazón ha vibrado ahí.

—Es una comedianta, pensó él; á pesar de su tono dulce, tiene en el alma más amargura y rebelión que mi pobre Lila en todas sus violencias. Desgraciadamente yo nada puedo.

¿Pero dónde está ese protector dado por Elena moribunda á su hija, ese oficial de marina que ha jurado guardar á la niña?

Ay! los hielos del Norte lo han sepultado en su frío sudario. Un año después del matrimonio de Fernando, llegó una siniestra noticia; *el Intrépido* se perdió por completo. Nadie sobrevivió al desastre, nadie refirió las peripecias. Los balleneros encontraron en la costa el buque despedazado; pero los marinos que lo dirigían, ¿qué fué de ellos? Fueron enviados algunos buques para intentar salvarlos, pero todos volvieron sin resultado.

Lila recuerda con emoción á ese hermoso joven, de alegre sonrisa; si estuviese aún en este mundo, huiría á buscarle, no importa dónde, á las costas de Africa ó á las regiones polares. Los rugidos de los tigres le parecerían más dulces que la voz metálica de su madrastra, y las montañas de hielo ménos frías que los corazones que la rodean.

XLII

El banquero, señor Leódice Martín—ya nadie decía el hermoso Leódice—era contado entre los financieros más ricos y más influentes de París. Los nueve millones de Martín de Brest, se habían, entre sus manos, doblado, triplicado, cuadruplicado; bien sabido es que sólo el pri-

mer millón cuesta trabajo. Esta gran fortuna, este crecimiento contínuo de su dinero, bastaba á llenar de una satisfacción intensa el alma del banquero. No se había vuelto á casar; puesto que ya no tenía necesidad de dotes, para qué embarazarse con una mujer que hubiere puesto trabas á su libertad y molestado su egoísmo? Vivía, pues, solo, no amando más que los placeres fáciles, estimando que nada vale la pena de ser deseado, perseguido ó pagado caro.

Pero no hay en este mundo alegría estable, y el señor Banquero Leódice Martín, lo comprobó. Un día supo que acababa, en un golpe de bolsa, de perder dos millones. Dos millones no son la muerte de un hombre, no son el hundimiento de una fortuna, pero son una brecha, sin embargo, y el señor Martín no gustaba de las brechas; se decía, no sin razón, que siempre por una brecha entra el enemigo. Como hombre avisado, inteligente, positivo, se complacía en remontarse de los efectos á las causas.

Así fué como se remontó de los dos millones perdidos, á los falsos informes que lo habían extraviado: una proposición ministerial, cuyo rechazo se le había asegurado y que no fué rechazada. Un falso informe, debía también tener su causa. El vino á concluir que se imponía una necesidad: hacerse nombrar legislador en el más breve plazo; entonces estaría cerca de la fuente, y podría entrevistar á los ministros á su antojo. Un financiero que no es diputado, es poca cosa; un diputado que no es financiero es menos aún: el uno unido al otro, presenta una situación envidiable, con la cual los poderosos del día debían contar.

Este hombre positivo se perdió en ensueños de oro.

Todas las ambiciones son permitidas ahora, y aún legítimas. Ya no hay Luis XIV para condenar á eterna prisión á los escuderos imprudentes que se permiten decir: «¿No subiré?» Sí, todas las ambiciones pueden realizarse y entonces no más falsos informes, no más millones perdidos, no más efectos cuyas causa hay que deplorar.

Llegado á este punto de los debates, el señor Martín buscó un colegio electoral. No tenía ligas con ningún partido, con ninguna opinión. París estaba lleno de concurrentes, y pensó en la provincia.

Cuando estaba en vías de sondear hacia el norte, hacia el mediodía, hacia el este, hacia el oeste, asustado por la competencia, por los grandes gastos que exige una candidatura; encontrando la tarea muy dura para los pobres banqueros millonarios, preguntándose si el objeto valía la pena de trabajar y si no sería preferible correr el riesgo de algunas brechas falsas ó de algunos falsos informes, uno de sus más hábiles agentes de negocios vino á proponerle una combinación que le agradó.

Este agente había descubierto en las montañas del Doubs, cerca de la frontera suiza, una fábrica abandonada por sus propietarios, los cuales acababan de transportar más allá de los montes, su industria. La fábrica, sus dependencias, sus alojamientos para obreros, casi toda una aldea, se encontraba en venta; se compraría, se instalaría una fábrica de destilación de ajenjo. Es preciso ser filántropo y proporcionar veneno á quien desea emponzoñarse. No hay industrias más prósperas que las industrias perjudiciales; así se adquiriría en el país una popularidad bien merecida.

Precisamente iba á encontrarse vacante una curul de diputado en la demarcación, y era indudable que las poblaciones reconocidas enviarían al benefactor al cuerpo legislativo. Durante este tiempo, las acciones de la fábrica de destilación subirían, los beneficios cubrirían los gastos de la elección, se beneficiaría á la vez á sí mismo y al país. El señor Martín aprobó este programa, y partió para Pontarlier; quería examinar la cosa de cerca, antes de tomar un partido definitivo.

Fué en la misma época cuando Beltrana resintió los primeros ataques de la enfermedad de los círculos restringidos: el tedio. No más enemigos que vencer, no más conquistas que hacer, las señoritas de Lézines, la señora Fourneron, Jacobo de Sommerès, el presidente del tribunal, el capitán de la gendarmería, todo Pontarlier, en fin, se ataba á su carro victorioso. Lila, domada, lo seguía sin rebelión aparente.

En verdad, Beltrana no podía pedir más, y sin embargo, se fastidiaba. Envidiaba á Aglaé de Lézines, tan perfectamente feliz en la presidencia de las viejas condecoradas, dulcemente ocupada, entregada á proyectos de beneficencia. Envidiaba tambien á la señora Fourneron, con sus eternas negociaciones de matrimonio. Ahora era de Lila de quien la buena dama se ocupaba; casi no se pasaba un mes sin que le hiciese proposiciones aunque sin resultado.

Lila tenía á la sazon diez y ocho años.

Una noche, en los salones de Beltrana, el capitán de gendarmería, que cantaba agradablemente, tarareó querelloso, mirando á Beltrana, una vieja y sentimental romanza.

Dejé caer mi corazón en la playa.......

Ella tambien había dejado caer su corazón en la playa y las olas del mar se lo llevaron. Desde aquella hora lejana no amó á ninguno, ni aun á ese pobre Fernando á quien no perdonó del todo sus largas indecisiones. Pero es bien difícil á quien nada ama, ocupar su vida, y Beltrana lo experimentaba. A pesar de sus comidas mensuales, de sus veladas semanarias, de sus recepciones gandes ó pequeñas, se fastidiaba en Pontarlier.

Abandonar ese pueblo y llevar más lejos sus penates, no dejaba de ofrecer obstáculos y dificultades. El señor Duvernoy se hacía más y más, esclavo de sus costumbres. Las graves razones que habían determinado á la joven á elegir domicilio en la pequeña ciudad, subsistían aún. Cada año veía la cartera engrosar á fuerza de acciones y de valores, la mitad de los cuales le pertenecían legitimamente, más eso no era una fortuna aún. Por fin, última consideración de extrema importancia, en qué otra ciudad fijar su elección? Sería en una gran ciudad de provincia, Besançon por ejemplo? Pero los oficiales de artillería á quienes cada año llevan á Pontarlier los ejercicios del tiro, le pintaban aquella ciudad como triste y monótona. En cuanto á Paris, no osaba ni pensarlo; mas cuando supo que había vacante una curul de diputado y despertaron en su corazón súbitas esperanzas.

Obtener que Fernando se presentase á la diputación, poner en juego para asegurar su éxito todas sus influencias y en seguida, quién sabe...... quién sabe á qué cima puede llegar el marido de una mujer cuyos ojos son leonados y cuya cabellera es roja.

Modificó, pues, su salón, que se convirtió en un salón político, muy serio. El capitán de gendarmería no cantó más sus cancioncillas; el presidente del tribunal, al cual se suponía ligado al régimen caido, fué acogido con más frialdad. En cambio, el subprefecto M. Metroz, republicano de un celo ardiente, se vió halagado. Fué á él á quien Beltrana mostró desde luego sus proyectos. Ella quiso preparar el camino antes de hablar á su marido. Metroz respondió con prudencia y circunspección, tuvo sus reservas é hizo sus observaciones: la obra de las viejas condecoradas dirigida por las primas de Lézines, no dejaba de preocupar al gobierno. Se temía una conspiración monárquica, disimulada bajo una asociación sencilla. Si la señora Duvernoy quería asegurar el triunfo de la causa republicana y probar su civismo, no sería poco á propósito poner la presidencia de la Obra en manos más seguras, en las de la señora Ribaudet, por ejemplo, cuyas opiniones republicanas bien conocidas, tranquilizaban á la autoridad. Terrible sacrificio se le imponía á Beltrana: quebrar con sus primas Lézines, era quebrar con la mitad de Pontarlier.

Pidió algunos días para reflexionar. Al día siguiente, en la noche, cuando reflexionaba aún sin hallar solución, el notario entró agitadamente, exclamando:

—Un nuevo candidato á la diputación, que acaba de surgir; debuta como un rey, adquiriendo la fábrica de los Trichard. Va á llenarla de obreros, famoso reclame electoral! Es un banquero parisiense, millonario; ninguno sería demasiado loco para luchar con él.

—¿Y se llama? interrogó la tía Fourneron, picada.

Pretendía el monopolio de las noticias y no gustaba de que otro fuese informado antes que ella de un asunto importante.

—Se llama Martín, el señor Leódice Martin.

En el fondo del salón retembló un grito doloroso. Beltrana acababa de verter en la mano del infortunado capitán de gendarmería el té hirviente. Excusóse de su torpeza; pero el notario, á quien la turbación de la señora Duvernoy no había escapado, preguntó:

—¿Le conocéis acaso, señora? ¿Sería por ventura uno de vuestros parientes?

—No lo sé, dijo ella esforzándose en recobrar su serenidad, he conocido poco á la familia del señor Martin.

—Pardiez, dijo el receptor de rentas, riendo con risa sonora, hay más de un asno en la feria que se llama Martin.

—Os pido, señora, permiso para presentároslo, dijo el notario.

Ella fijó en él sus ojos duros, cuya singular expresión no pudo él comprender.

—Traedmelo, dijo después de un minuto de vacilación.

Una vez idos los invitados, la señora Duvernoy permaneció largo rato absorta y meditabunda...... con las dos manos sobre las rodillas, abrumada bajo aquel golpe imprevisto que volvía á la nada su sueño de ambición política y amenazaba derribar el edificio de respetabilidad construido tan laboriosamente. El resentimiento de otro tiempo se despertaba vivaz. Había olvidado á aquel hombre sin perdonarle jamás. Por qué venía él á desafiarla á aquel rinconcito aislado, casi perdido, donde ella vivía? ¿Qué fatalidad lo llevaba á su presencia? ¡Qué era preciso hacer! Ah! si ella estuviese segura de su victoria! Si estuviese segura de poder aniquilar al miserable, impedir su elección, destruir su fortuna, con cuánto gozo habría aceptado la lucha! Pero el sentido práctico que no la abandonaba jamás, le decía que la lucha no tendría para ella otro resultado que una gran derrota. No quería ser vencida por él. Sabía bien que en él no había ni generosidad, ni bondad, ni honor; que la destrozaría si se colocaba en su camino, como la había destrozado en otra ocasión. Sabía bien que él hablaría y ella no quería que hablase.

XLIII

El señor banquero Martín realizaba redondamente sus asuntos, siendo de opinión que la celeridad es un elemento de éxito.

Al dejar á París se había hecho dar cartas de recomendación por los grandes jefes del partido. Después de haber consagrado el primer día á examinar la fábrica y testificado que la adquisición sería ventajosa y remuneradora, dedicó el segundo día á la elección. Desde luego visitó al subprefecto. Aun cuando ya no haya—propiamente hablando—candidatura oficial, aún cuando todos los republicanos sean iguales—como se dice—ante el Señor, no carece de importancia eso de conciliarse los buenos oficios de los agentes del gobierno.

A la primera palabra, sin dejar de leer las cartas, el subprefecto se sobresaltó.

—Diablo, diablo, el caso es que anda en el asunto la señora Duvernoy..... Yo me he comprometido un poco con ella; su candidato es republicano también, republicano moderado, respetuoso con el poder, con la autoridad, bien relacionado en el país, rico, cuando menos para la provincia; nuestras fortunas de provincia no se parecen en nada á vuestras fortunas parisienses, señor banquero; la elección habría sido casi segura, si vos no hubiéseis venido á poneros entre las filas. Diablo, diablo, es preciso que uno de vosotros dos se desista; de otra manera, dividiréis al partido, al partido cuerdo, haréis pasar á un radical ó á un reaccionario, he aquí todo.

El señor Martin dijo con precisión:

—No me desistiré; si el partido moderado no me quiere por candidato, me presentaré á los radicales ó á los reaccionarios.

Muy embarazado el subprefecto, se frotaba la frente.

—Pues bien, yo veré á la señora Duvernoy; trataré de hacerle comprender que los grandes intereses sociales, la salud de la República......... trataré de obtener.........

—Ajá, exclamó el señor Martín, y quién es esa señora Duvernoy? que vos enviais á hora á las mujeres á la cámara?

El subprefecto se echó á reir.

—¡Ah! no es ella la que se sentará en la curul, pero es ella la que inspirará el voto. Una gran mujer, os respondo de ello. Ejerce su influencia sobre toda la ciudad de Pontarlier; si estuviese contra vos, yo no respondería de nada: pero si está por vos, vuestro éxito será indudable.

Una hora más tarde, el señor Martín discutía con la señora Ribaudet alguna cláusula de la adquisición de la fábrica, ella le dijo de pronto:

—A propósito, señor, tendría usted algún inconveniente en venir conmigo esta noche al salón más influente de la población? Os presentaré á una mujer que podrá mucho para vuestra decisión, á la señora Duvernoy.

—¡A mi rival! el subprefecto acaba de decirme que el señor Duvernoy contaba con presentarse ante los electores.

Continuará.

NOTA DE LA MODA.

Traje para señoritas. (Figura I.)

Este vestido es de barech cuadriculado color rosa. Cuerpo blusa marina; se abre sobre un chaleco de raso, color rosa pálido, dispuesto en tres tablas sujetas por botonaduras de fantasía, el cuello recto y el ancho anillo van adornados con entredos á picos, corbata y cinturón de listón rosa. Manga apretada fingiéndole bullón por medio de un ancho plisé recogido en forma de conchas, y en su borde el mismo entredós y encaje.



Figura 2.



Figura 1.

Collet, delantero y espalda. (Figura 7.)

Este ligero abrigo se hace de tafetán mordoré y listones de raso, de un tono más obscuro. Canezú redondo, cuello roujet del mismo tafetán cerrado por un choux.

Cuerpo blusa de piqué. (Figura 2.)

Este cuerpo cae sobre la falda y lleva una ancha vuelta de piqué rayado y adornado con chorrera de finos bordados blancos. Cuerpo interior de batista. Cuello fruncido con bordado. Mangas enteras, cinturón angosto.

Traje de cachemir color fresa. (Figura 3.)

Es de bellísimo efecto y sencillez, se abre sobre un chaleco de raso crema. Corbata formada por un ancho encaje de seda que se sujeta al chaleco por tres presillas de cinta de lentejuela de la misma que adorna la blusa. Cinturón y cuello de terciopelo negro. Manga entera con encajes. Toque fantasía con anchas gasas de listón y ramos de violetas intercalados.

Traje de recepción estilo princesa. (Figura 4.)

He aquí un elegantísimo vestido de raso color gris perla, adornado en su delantero por ricos entredós de seda negro y cubierto todo lo demás con encaje chantillí negro. Las mangas ajaretadas de encaje, llevan el bullón de raso con jockey de encaje. Un encaje muy plegado á los lados del delantero termina con el adorno. Cinturón de raso y hebilla de diamantes. Impertinentes con largo mango de concha.

Dos trajes de calle. Figuras 5 y 6.

Vestido de muselina serpentina verde; cuerpo blusa que se abre sobre un peto de nipiz y se cruza en la cintura, que se sujeta por un listón de fantasía callendo en largas cocas.

Este otro vestido es de piqué blanco con una cotilla del mismo piqué, cerrada en un lado con gruesos botones de concha y dos volantitos, adornados con cinta negra, cinturón y cuello negro. Sombrero de paja rizada.



Figura 4.

LECTURA PARA LAS DAMAS

COMPRAR

El comprar exige tino, discernimiento, talento de observación, paciencia y un poco de fortuna.

Se ve por esto que no es una ciencia fácil.

Sin el desarrollo de las cualidades que acabamos de indicar, debemos simplemente decir, que el saber comprar consiste en el conocimiento de la calidad y el precio de las cosas.



Figura 3.

Esta ciencia no puede ser adquirida, sino lentamente por las lecciones de la experiencia; por esto aprobamos mucho la conduca de algunas madres de familia, que yendo por sí mismas á hacer su mercado con la criada, llevan consigo á su hija para iniciarla en el mecanismo de las compras, acostumbrarla á la charlatanería de los vendedores, é instruirla en el arte de no dejarse engañar de ellos.

¿ES NECESARIO REGATEAR?

Regularmente se dice como en tono de queja, que las mujeres regatean; pero ciertamente, á ello se ven obligadas, á causa de la mala fe de los vendedores.

Sin embargo, se regatearía menos, si se estuviese más al corriente de la calidad y del valor de los objetos que se quieren comprar.

¿Queréis que el vendedor no os entretenga mucho tiempo? hacedle una oferta razonable, resistid políticamente á sus instancias, y después idos á otra parte.

El vendedor de ordinario tiene muy fino conocimiento; desde luego ve si tiene que habérselas con una novicia ó con alguna que ya entiende de compras; solo vuestro modo de pedirle, de examinar la mercancía, de escogerla, lo pone al corriente de vuestra pericia, y si el observa que no sois de las que se están ensayando, si os mostrais ingenua y atenta, tratará menos de engañaros que á otra.

Desde luego conocerá también en vuestro aire, en vuestro lenguaje, sobre todo, si tiene que habérselas con una de esas mujeres ignorantes y maniacas, que acostumbran y tienen necesidad de regatearlo todo, á cualquier precio que sea, que no están satisfechas de nada, que tienen la costumbre de examinarlo todo, de hacer que se les muestre todo, y que regularmente no vienen al mostrador, sino por pasatiempo. Muy raro será que no seáis engañada en este caso.

O tenéis necesidad de comprar, ó no. Si lo primero procurad de antemano informaros y conocer bien lo que queréis. Si no tenéis necesidad de comprar, ¿á qué vais entonces al mercado ó á casa de un comerciante? A fastidiarlo y á gastar mal vuestro dinero.

CASAS DE PRECIOS FIJOS

Las casas de precios fijos simplifican mucho las compras, este es un verdadero progreso; pero es necesario fijar bien la atención en los efectos que venden.



Figuras 5 y 6.

Es·s almacenes *de precio uniforme*, eso: bizares que no tienen más que dos ó tres precios para todas sus mercancías, son espectáculos deslumbrantes de variedad y tientan fácilmente; es muy raro que allí no se engañe. Ningún objeto, cualquiera que sea su apariencia, vale más de la suma fijada; las dos terceras partes valen menos, y con mayor comodidad podrían comprarse en otra parte.

En cuanto os sea posible, dirigíos á las casas conocidas y mejor provistas; allí no pagaréis muy caro lo que queráis, y lo que allí compráreis será de mejor calidad.

Antes de ocurrir á los proveedores titulados, ensayad lo que os ofrecen aquellos que están más á vuestro alcance; pero una vez hecha vuestra elección, no cambiéis sino rara vez.

Las buenas casas tienen ya sentadas su reputación y sus prácticas propias.

Pagad al contado ó en plazos fijos, dos ó tres veces por año; seréis así mejor servidas y os costará menos.

Los comerciantes saben bien, estad seguras de ello, cargar á los efectos que venden, el interés del dinero que no se les paga inmediatamente.

La misma regla puede darse para los obreros si queréis ser servidas. Una costurera, por ejemplo, no os hará esperar vuestros vestidos más allá del día fijado, si sabe que su dinero está pronto y le será remitido luego en cambio de su trabajo.

Elegid siempre los almacenes ó mercados que estén más cercanos á vuestra casa, aun cuando tengáis que pagar algunos centavos más: así economizaréis el tiempo, y hay veces en que el tiempo es más precioso que el dinero, evitais á vuestros criados largos viajes que repetidos, no hacen más que fatigarlos, y alejais de ellos la ocasión de contraer amistades y conocimientos que suelen serles funestos, y que son favorecidos por el largo trayecto por las mismas calles y á las mismas horas. Qué bueno sería si desde vuestra ventana pudiéseis siempre seguirlos con la vista!

LOS COMERCIANTES EN PEQUEÑO

Al recomendar los ricos y bien provistos almacenes, no hemos querido hablar sino de las compras por mayor, de las provisiones para el menaje de la casa, de los objetos de lujo ó de otras cosas de importancia que no se encuentran donde quiera; pero para pequeños antojos, para las cosas que se ofrecen del momento, para muchos objetos minuciosos que se necesitan con frecuencia: agujas, alfileres, hilo, seda, cordón, ¿no sería un acto de beneficencia comprarlos á esos comerciantes en pequeño, que tienen sus pequeñas tiendas en todas las calles, ó que extienden sus puestos en las plazas y en las esquinas, ó que pasan por vuestra puerta, llevando consigo toda su fortuna?

El centavo que les hagais ganar los hará felices sin empobreceros; lo recibirán santiguándose con él, si fuese el primero en su venta del día, y tal vez si la hora fuese ya avanzada, os dirán dandoos las gracias: voy á comprar pan.

Además, los centavos que damos á ganar á esos honrados comerciantes en pequeño, son las migajas de nuestra fortuna, que el buen Dios nos manda dejar caer en el camino para los pobres viajeros.

COMPRAR CADA COSA Á SU TIEMPO.—LAS PROVISIONES.

Saber comprar cada cosa á su tiempo no puede ser más que el resultado de la experiencia, y viene á ser una fuente fecunda de economía.

Provisión es profusión, dice un provervio, y la casa que no tiene provisiones, corre riesgo, á cada instante, de faltarle todo.

Lo que es muy necesario antes que todo, es el conocimiento de las cosas que se conservan sin deteriorarse y de aquellas que no se deben comprar sino cada vez que de ellas se tiene necesidad.

La chismografía convierte el ojo de una cerradura en una tronera.

Hay coleccionadores de objetos de arte que no manifiestan ni una pasión, ni un gusto, ni una inteligencia, nada más que la victoria brutal de la riqueza.

E. y J. de Goncourt.

LA CONCIENCIA

(De Victor Hugo.)

Airada tempestad se desataba
cuando de toscas pieles revestido,
Caín con su familia caminaba
huyendo á la justicia de Jehova.
La noche iba á caer. Lenta la marcha
al pie de una montaña detuvieron,
y á aquel hombre fatídico dijeron
sus tristes hijos:—Descansemos ya.
Duermen todos, excepto el fratricida,
que alzando sus miradas hacia el monte,
vió en el fondo del fúnebre horizonte
un ojo fijo en él.
Se estremeció Caín, y despertando
á su familia del dormir rescio,
cual siniestros fantasmas del espacio,
retornaron á huir: ¡suerte crüel!
Corrieron treinta noches y sus días,
y pálido, callado, sin reposo,
sin mirar hacia atrás y pavoroso,
tierra de Assur pisó.
—Reposemos aquí...... Dénos asilo
esta región espléndida del suelo.—
Y, al sentarse, la frente elevó al cielo,
y allí el ojo encontró.
Entonces á Jabel, padre de aquellos
que en el desierto habitan:—Haz, le dijo,
que se arme aquí una tienda.—Y el buen hijo
armó tienda común.
—¿Todavía lo veis?—preguntó Tsila,
la niña de la blonda cabellera,
la de faz como el alba placentera,
y Caín respondió:—Lo veo aún.
Jubal entonces dijo:—Una barrera
de bronce construiré: tras de su muro,
padre, estarás de la visión seguro;
ten confianza en mí.—
Una muralla se elevó altanera,
y el ojo estaba allí.
Tubalcaín á fabricar se puso
Una ciudad, gigante de la tierra;
y, en tanto, sus hermanos daban guerra
á las tribus de Seth y á la de Enós.
Poblando de tinieblas la campiña
la sombra de las torres se estendía,
y en la puerta grabó su altanería:
—*Prohibo entrar á Dios.*—
Un castillo de piedra, cuyo muro
á la altitud de una montaña asciende,
de la ciudad en medio se desprende,
y allí Caín entró.
Tsila llega hasta él y, palpitante,
—Padre, le dice, ¿aún no ha desparecido?
Y el anciano; aterrado y conmovido,
la responde:—¡No!, ¡no!
De hoy más quiero habitar bajo la tierra,
como en su tumba el muerto.—Y presurosa
su familia cabole una ancha fosa,
y á ella desendió al fin.
Mas debajo esa bóveda sombría,
debajo de esa tumba inhabitable,
el ojo estaba fiero, inexorable,
y miraba á Caín.

Ricardo Palma.

Me suelo preguntar de dudas lleno:
—¿Son mejores los buenos ó los justos?
Y la elección va en gustos:
yo doy todos los justos por un bueno.

Campoamor.



Figura 7.



UN SELLO QUE DICE

Gobierno del Estado Libre y Soberano de Zacatecas.

SECCION SEGUNDA NUMERO 706

Habiendo recibido ya los muebles, estilo Luis XVI, las decoraciones, etc., que les había comprado á ustedes para el Teatro Calderón de esta Capital, tengo verdadero gusto en manifestarles que he quedado en alto grado complacido con la excelente y artística ejecución de todas las obras de su fábrica.

No puedo menos que felicitar á ustedes por el señalado progreso de sus manufacturas, que bien pueden competir con las primeras fábricas europeas. Para todo mexicano debe ser una satisfacción contar en su país con una industria como la de su casa.

Libertad y Constitución. Zacatecas, 14 de Mayo de 1897.

Firmado, *Jesús Aréchiga.*—P. L. D. S. —Firmado *Ismael Ortíz.*—Oficial primero.

A los señores Jorge Unna y Cª, San Luis Potosí.



Estos Muebles

Fueron construidos por los Sres.

Jorge Unna y Compañía

DE SAN LUIS POTOSI,

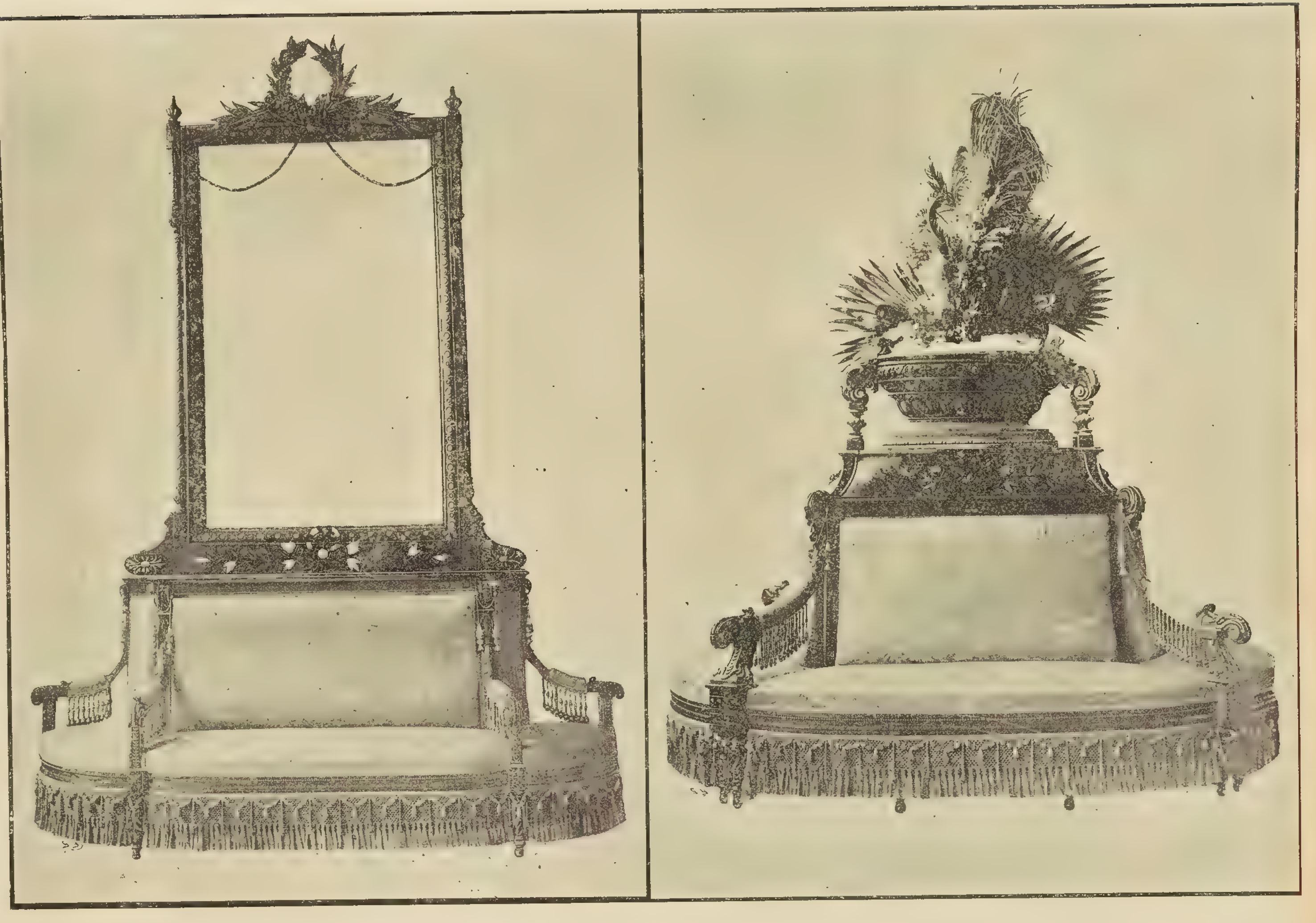
PARA EL FOYER

DEL TEATRO CALDERON

DE ZACATECAS.







Muebles fabricados por los Sres. Jorge Unna y y Compañía, de San Luis Potosí, para el foyer del Teatro Calderón de Zacatecas.
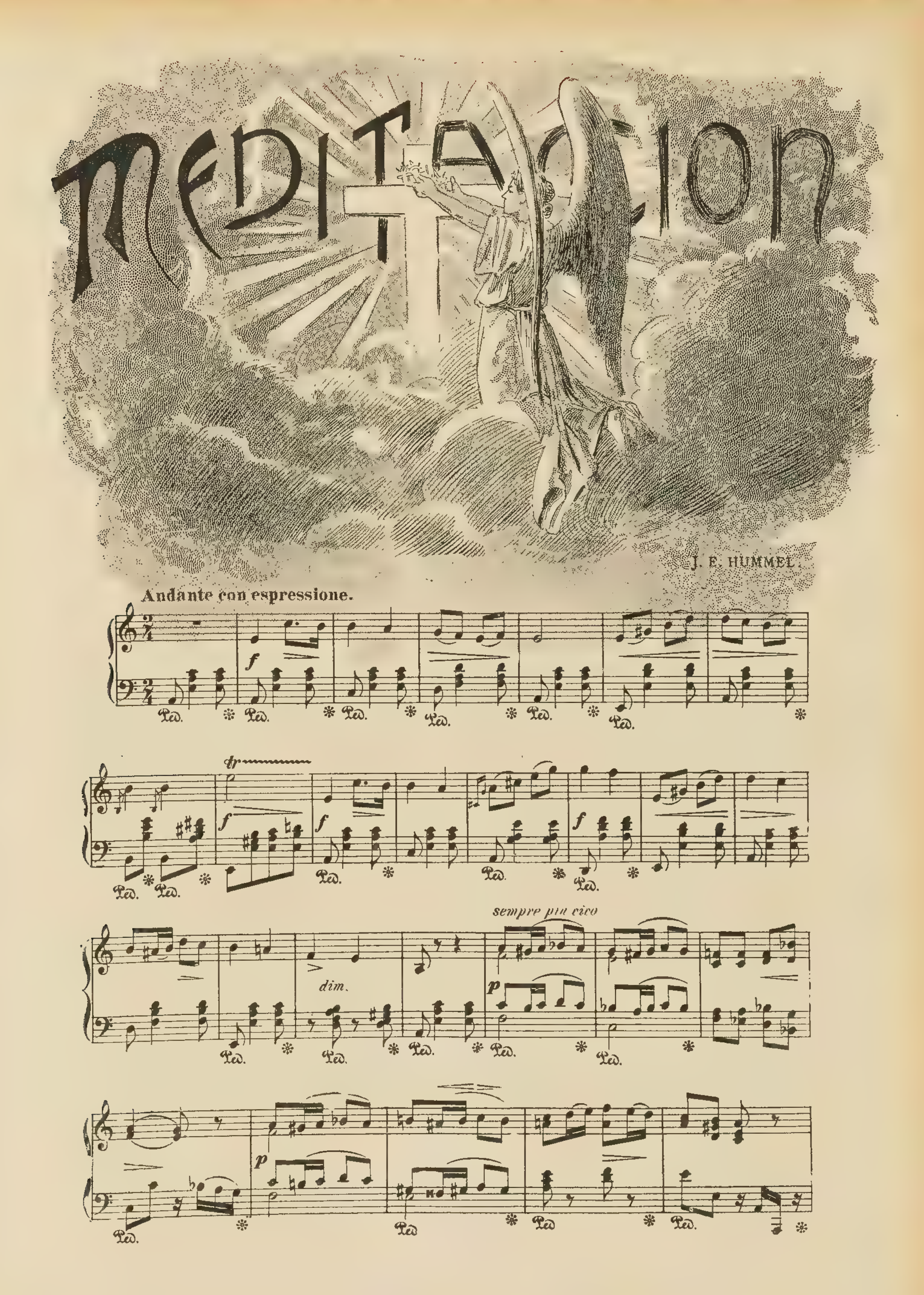


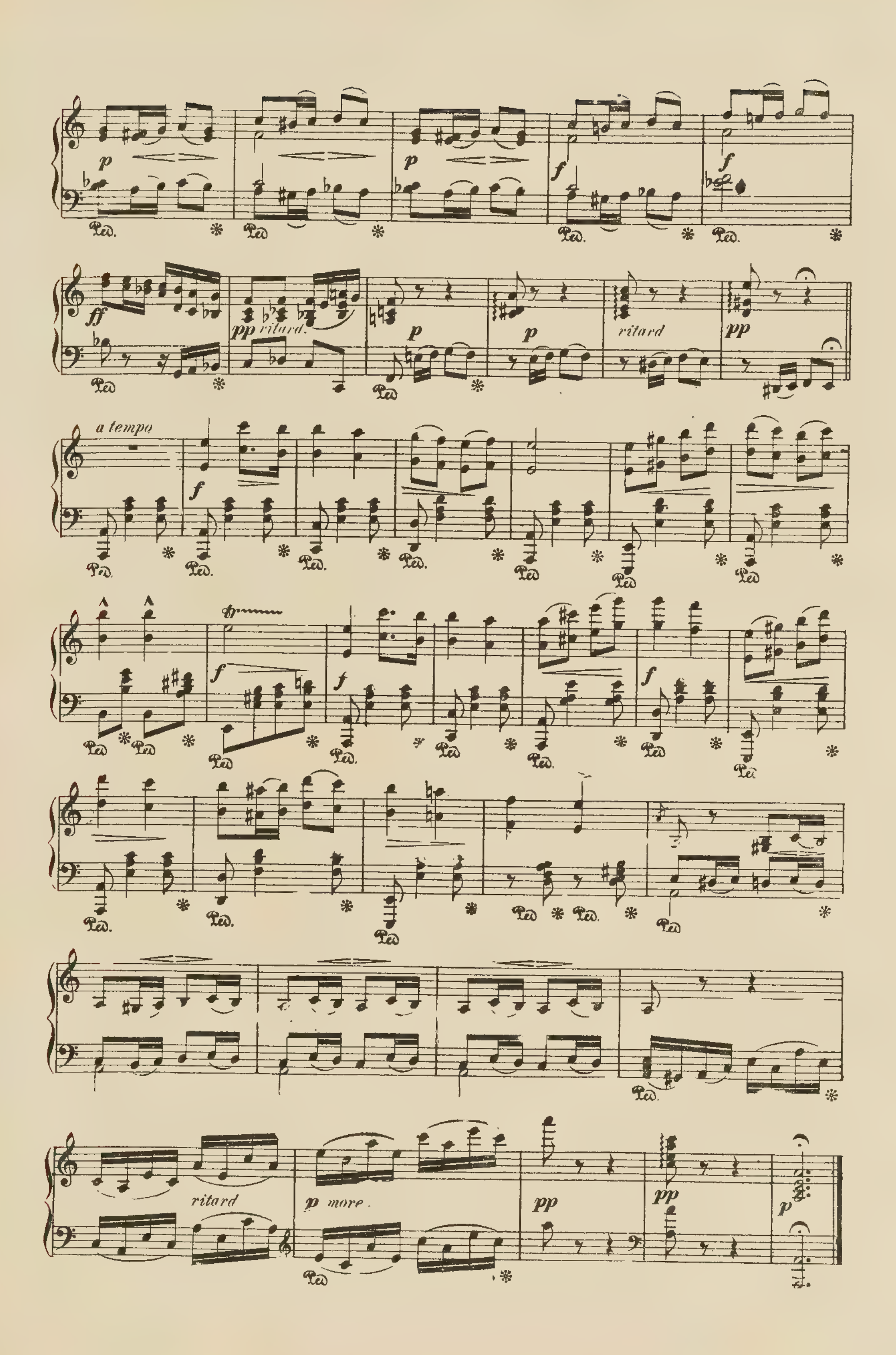
ESCRITA EXPRESAMENTE PARA

"El Mundo Ilustrado"

Por Julio V. Manzanares.

PIANO.

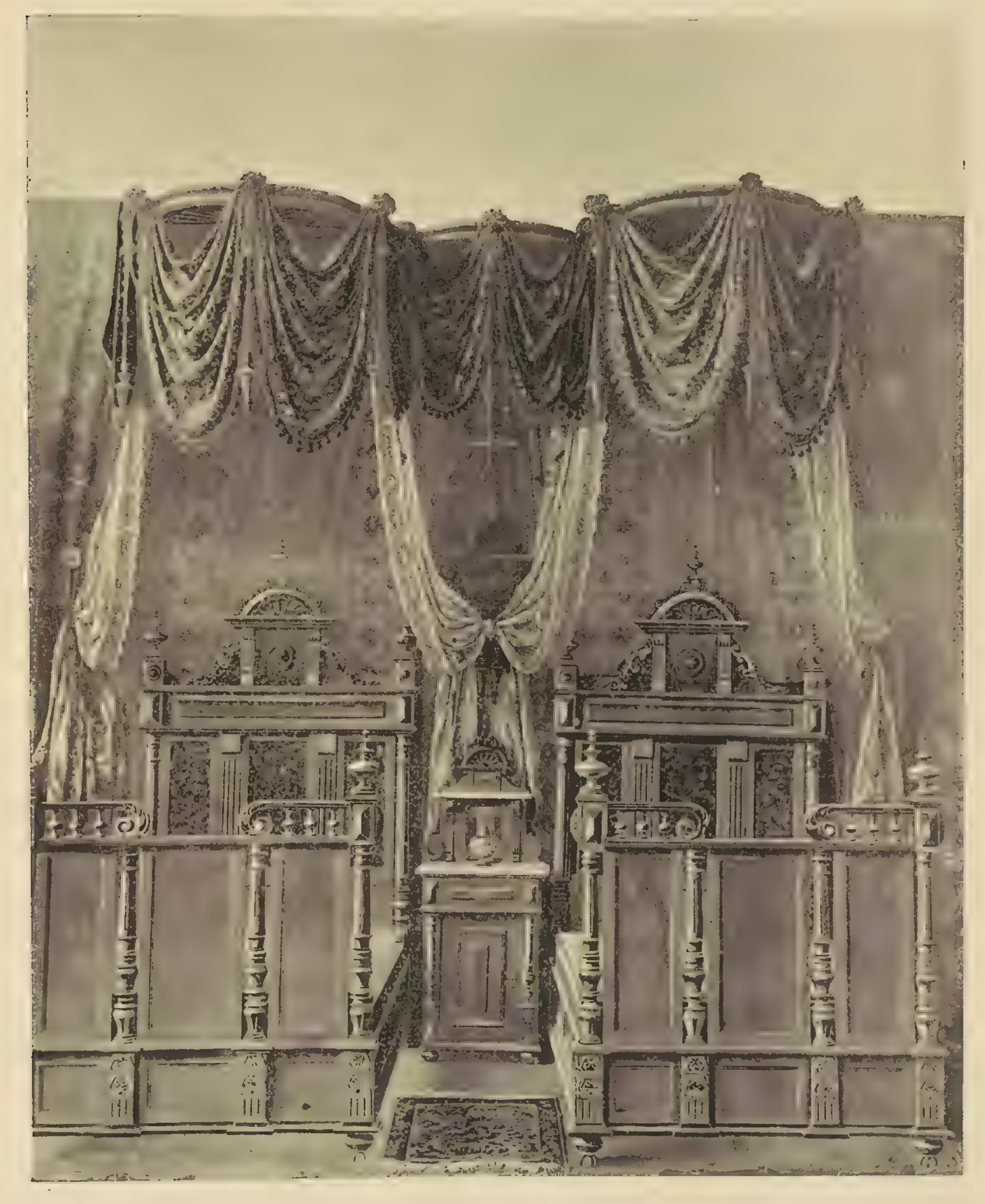

MEDITACION
J. E. HUMMEL.
Andante con espressione.
sempre piu vivo
dim.



ritard.
ritard
a tempo
ritard
p more

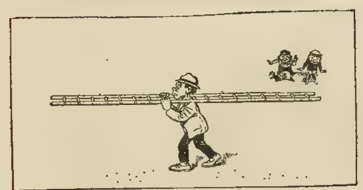
Combinación de dos camas

DE MADERA DE NOGAL, ESTILO RENACIMIENTO, CON SU DOCEL DE BROCATEL Y FELPADE SEDA.



Ejecutada para una de las Recámaras del Sr. D. Vicente Pliego y Carmona, de Toluca,

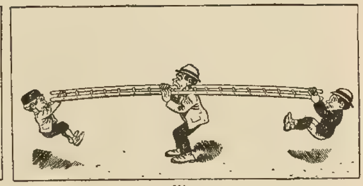
En la Fábrica de Jorge Unna y Compañía, San Luis Potosí.



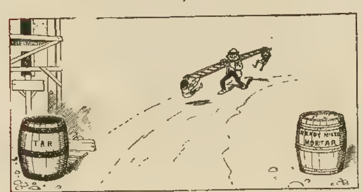
I



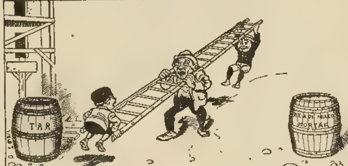
II.



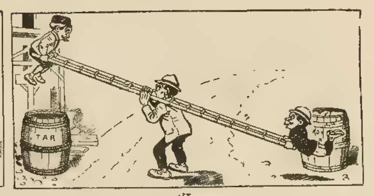
III



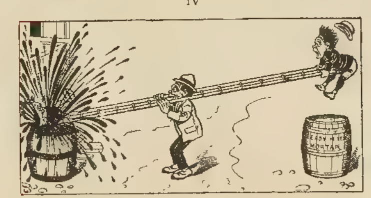
IV



V



VI.
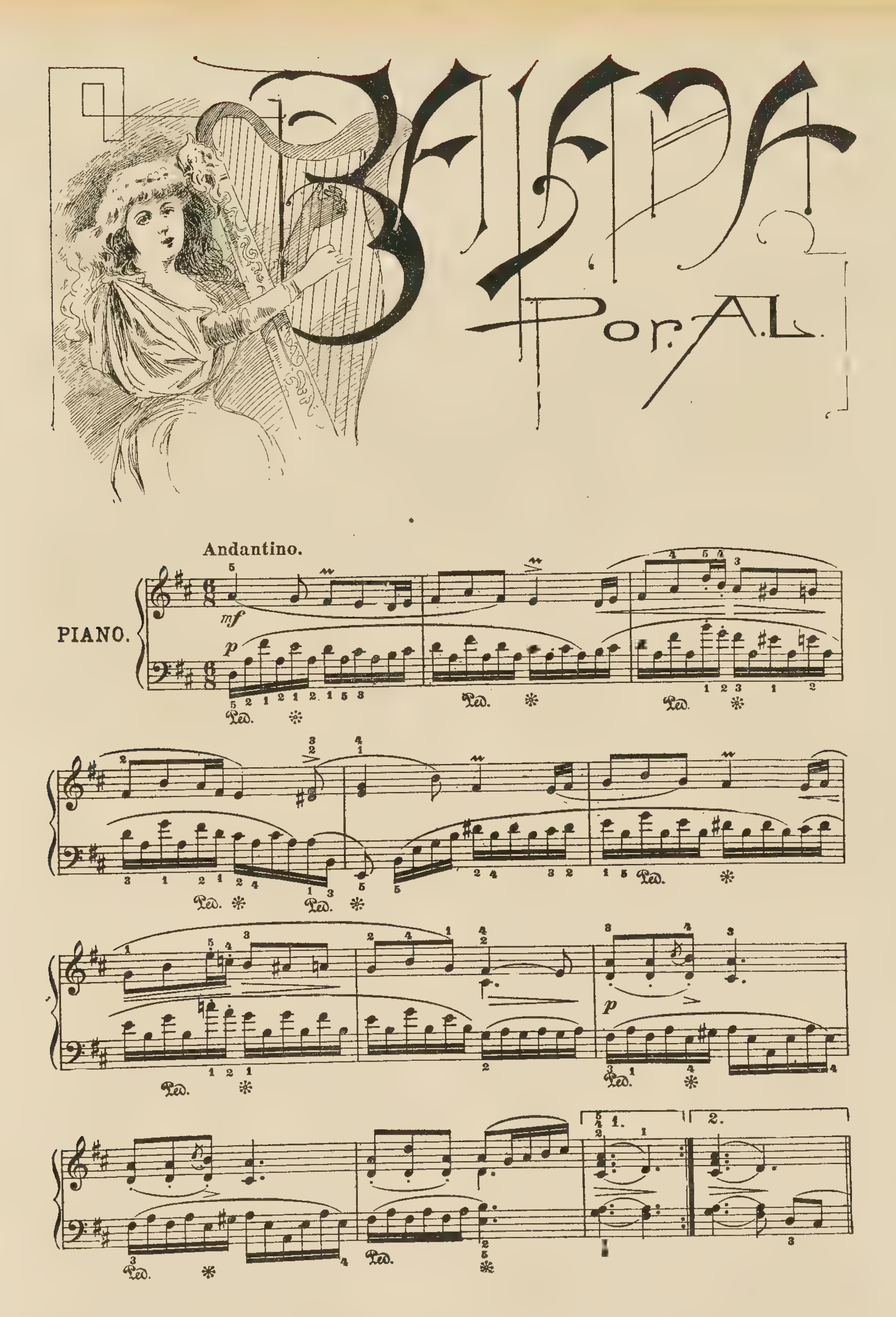


VII.



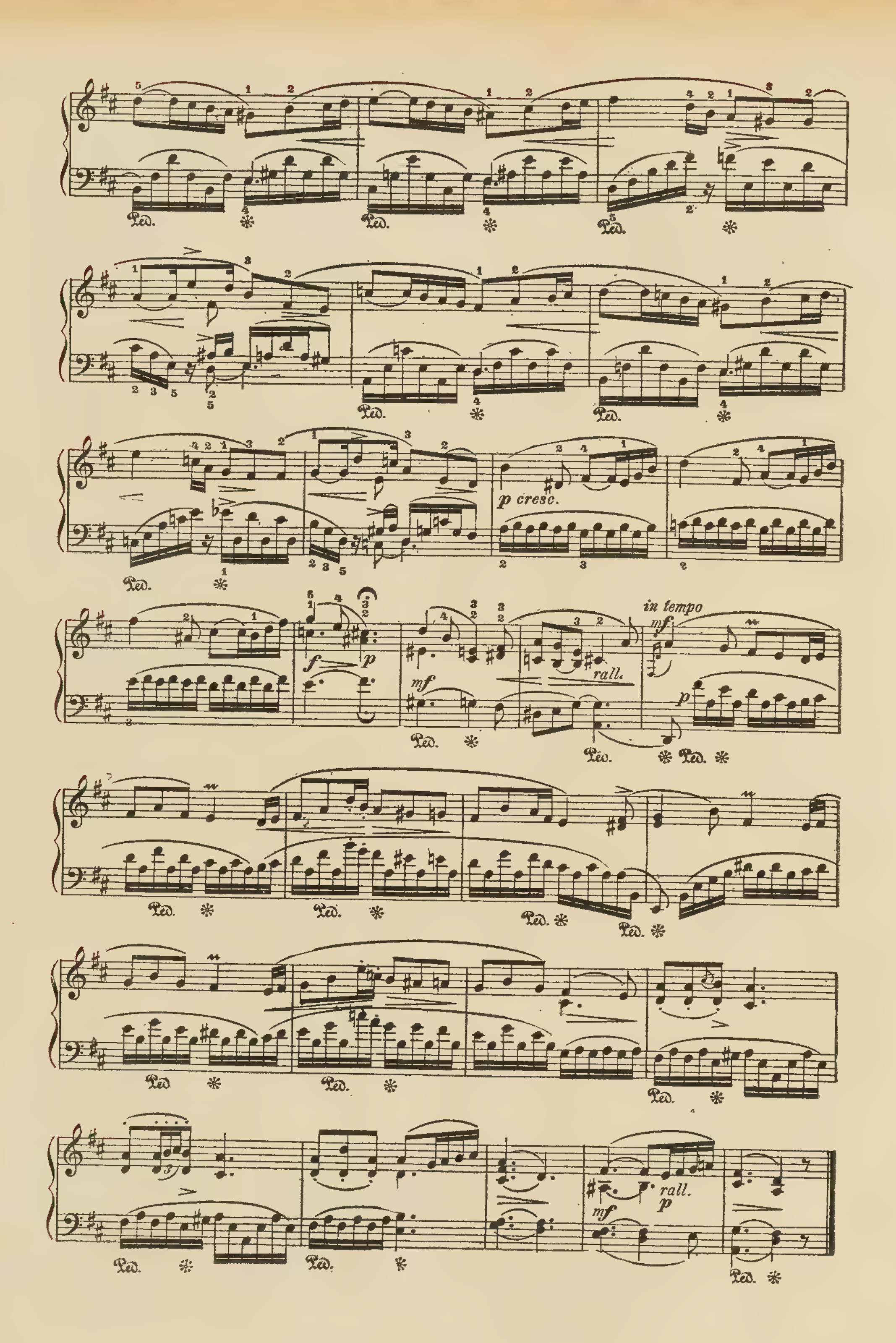
VIII.



IX



BALADA
Por A.L.
Andantino.
PIANO.
mf
p
Ped.
1.
2.



p cresc.
in tempo
mf
f
p
rall.
Ped.



AL PUERTO DE VERACRUZ



GRAN ALMACEN DE ROPA Y NOVEDADES

ESQUINA 2a. MONTERILLA Y CAPUCHINAS. — MEXICO

GRAN TALLER DE SOMBREROS
PARA SEÑORAS Y NIÑOS
MODELOS DE PARIS



Taller de paraguas y sombrillas
EL MEJOR SURTIDO
—DE LA CAPITAL—

— DEPARTAMENTO ESPECIAL —
DE PAÑOS Y CASIMIRES
Surtido sin rival en México.

PRECIOS
INVARIABLEMENTE FIJOS.





Importante departamento
de géneros para luto en seda, lana y algodón.



SE MANDAN MUESTRAS
Y LISTAS DE PRECIOS

Remitimos por Express
libre de flete, todo pedido que exceda de $ 25.00 y cuyo peso no pase de 5 kilógramos.

Signoret Honorat y Co.



LA CAJA DE AHORROS.

Con inversiones garantizadas.

Sociedad Anonima.

CAPITAL SOCIAL, $100,000.

Presidente: Serapión Fernández,

Gerente: Dionisio Montes de Oca.

El ahorro es la fortuna del pobre

Y la salvaguardia del rico.

"La Caja de Ahorros con Inversiones garantizadas" expide Pólizas de *cien*, de *quinientos* y de *mil pesos*, cobrando mensualmente *treinta centavos* por las de $100 *un peso* por las de $500 y *dos pesos* por las de $1,000.

Con tan pequeñas exhibiciones esta benéfica Compañía, favorece por medio de sus Pólizas el ahorro, con múltiples utilidades en todas las clases sociales, lo que proporciona asegurar una fuerte suma de dinero, para recibir la de "La caja de ahorros" á determinado periodo de tiempo, ó ántes, según sus estipulaciones.

"La caja de ahorros" proteje al pobre, presentándole la mejor manera de ahorrar, y ofrece al rico un negocio lucrativo y ventajoso, en que, con pequeñas inversiones, pueda obtener una gran utilidad.

Para comprar las Pólizas de **"La caja de ahorros."** ocúrrase á la Oficina Principal, calle de VERGARA NUM. 12, por medio de los Agentes de la Compañía, debidamente autorizados.

Banco Internacional é Hipotecario de México.

Giros por Cable, Depósitos, Descuentos,
Cobros de letras, Cupones, etc., Cambios sobre el Extranjero.
Cartas Circulares de Crédito, Créditos en cuenta corriente.

CAPITAL $5.000,000

Hipotecas amortizables en veinticinco años con anualidades de 9 por 100, pagaderas por trimestres efectuando el Banco su préstamo en **Bonos Hipotecarios**, con interés de 6 por 100, y siendo potestativo para el deudor redimir el **Saldo** del capital en cualquier tiempo y con **Bonos Hipotecarios.**

Respetuosamente se llama la atención del público hacia la importancia de estos **Bonos.** No existe papel **más seguro** porque está garantizado con primera hipoteca, constituida sobre propiedades raíces por **doble valor de aquél.**

El Banco facilitará toda clase de informes escritos, relativos á las diversas operaciones de su instituto quien lo solicite en sus oficinas.

Presidente, JOSÉ DE TERESA Y MIRANDA.

Cajero, JOAQUIN DE TRUEBA.

CIUDAD DE MEXICO
APARTADO POSTAL. 269. TELEFONO NUM. 38
OFICINAS EN EL NUEVO EDIFICIO DEL BANCO: ESQUINA DE CADENA Y COLEGIO DE NIÑAS

LA VELOUTINE

Polvo de Arroz especial preparado con Bismuto
HIGIENICO, ADHERENTE, INVISIBLE

Sola Recompensada en la Exposicion Universal de 1889.

CH. FAY, Perfumista, 9, Rue de la Paix, Paris

(Guardarse de las Imitaciones y Falsificaciones. — Sentencia de 8 de Mayo de 1875).

FÁBRICA ESPECIAL de AFEITES de TOCADOR para PASEO y TEATRO

CREMA CAMELIA, CREMA EMPERATRIZ.	***POLVOS*** para empolvar los cabellos. Blondo, blanco, oro, plata y diamante.
ROJO y BLANCO en chapetas.	***BLANCO de PERLA*** en polvo, blanco, róseo, Rachel.
ROJO VEGETAL en polvo.	***POMADA ROJA*** para los labios, en botes y en rollos.
LÁPICES especiales para ennegrecer pestañas y cejas.	

Los Productos de CH. FAY se encuentran en el Mundo entero, en casa de los Principales Perfumistas y Droguistas.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en **cajas**, para la barba, y en **1/2 cajas** para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el ***PILIVORE***. **DUSSER**. 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

AGENTES GENERALES

de este periódico en Centro América, Sres. J. M. Lardizábal y Compañía, Guatemala.

Están autorizados para arreglar contratos para anuncios y suscripciones.

RESERVADO

Llamamos la atención á nuestros lectores sobre la doble página musical que acompañamos á nuestro número de hoy y que contiene una hermosa AVE MARIA muy á propósito para este mes y un ESTUDIO POÉTICO de indiscutible belleza.



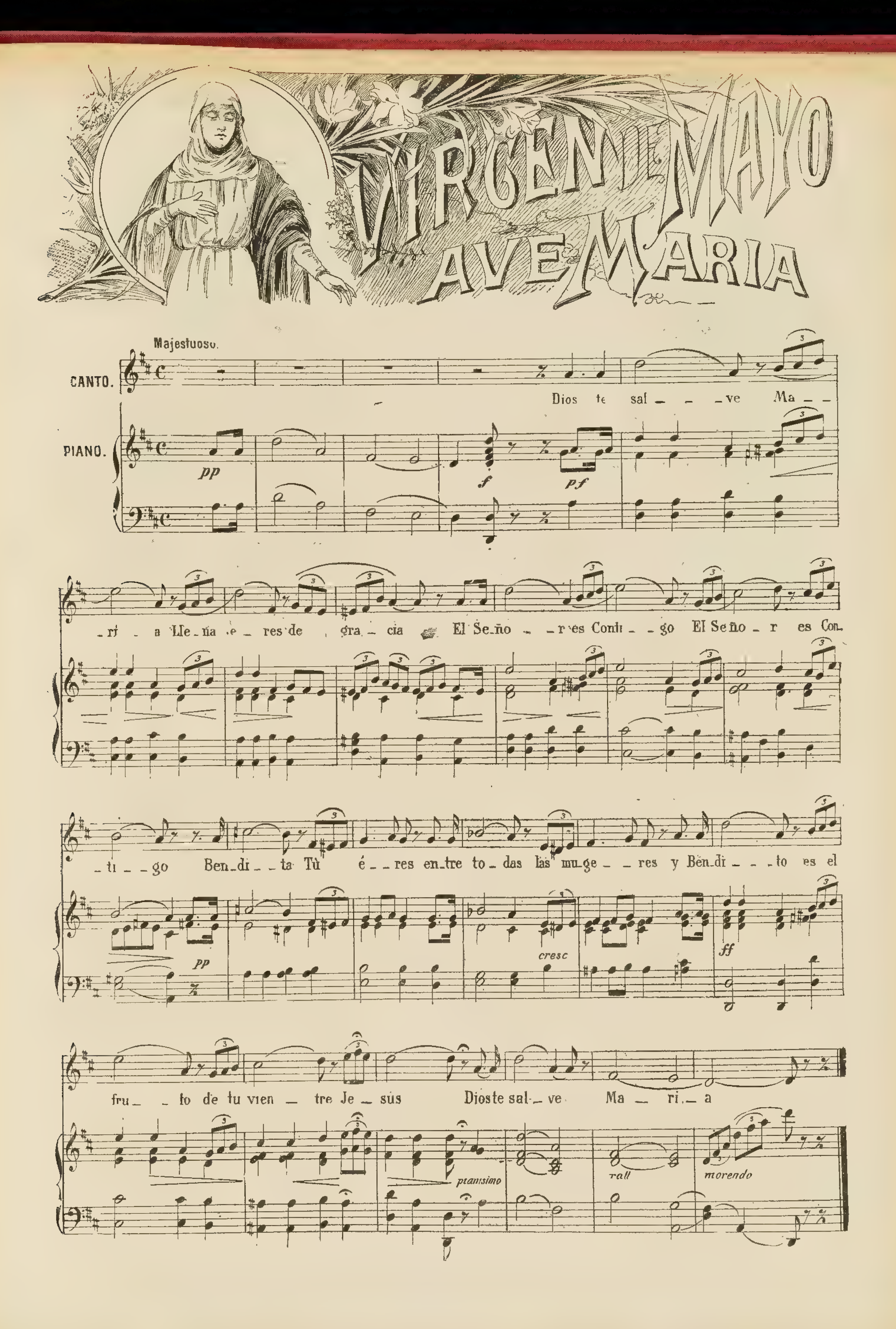


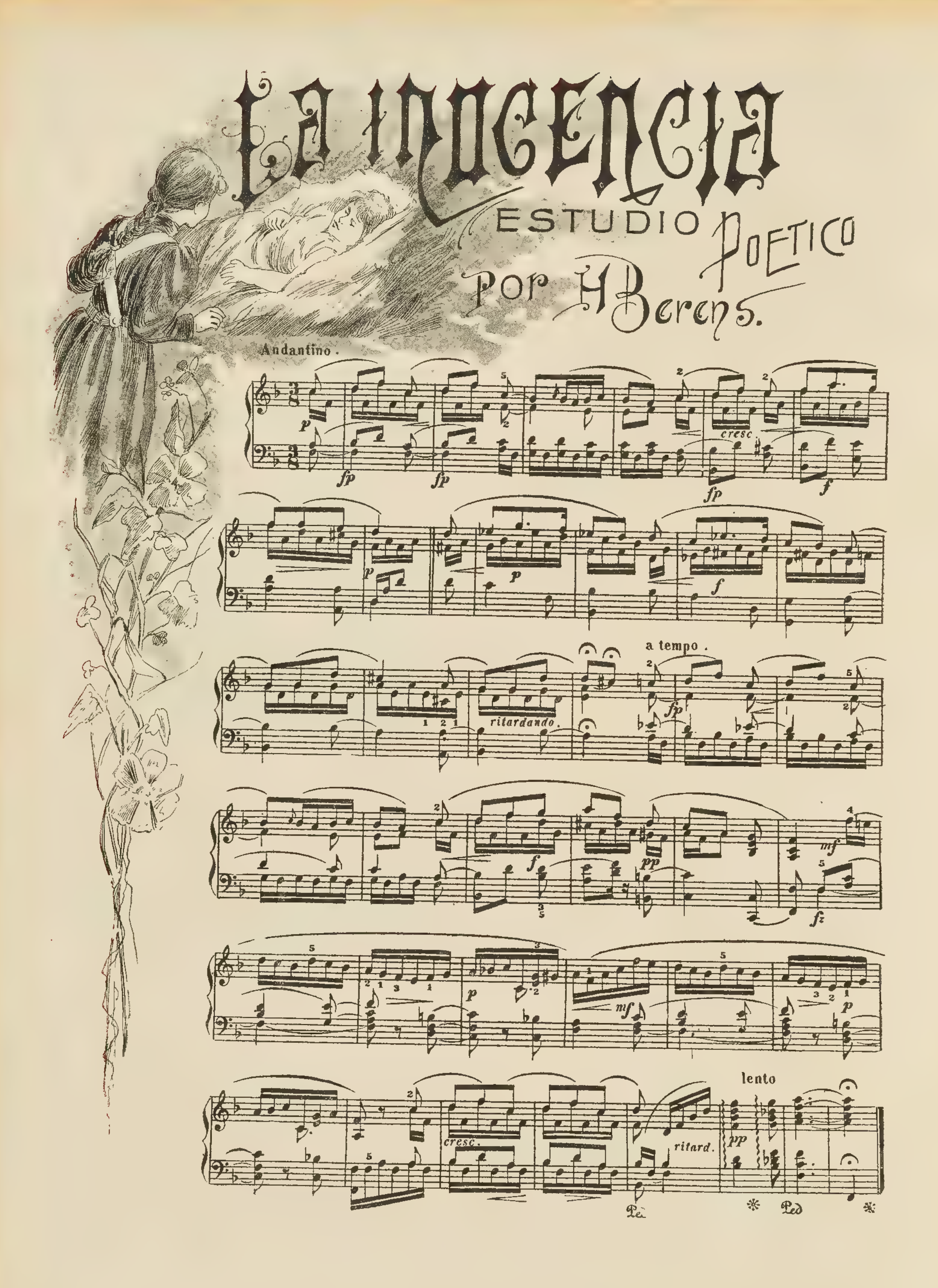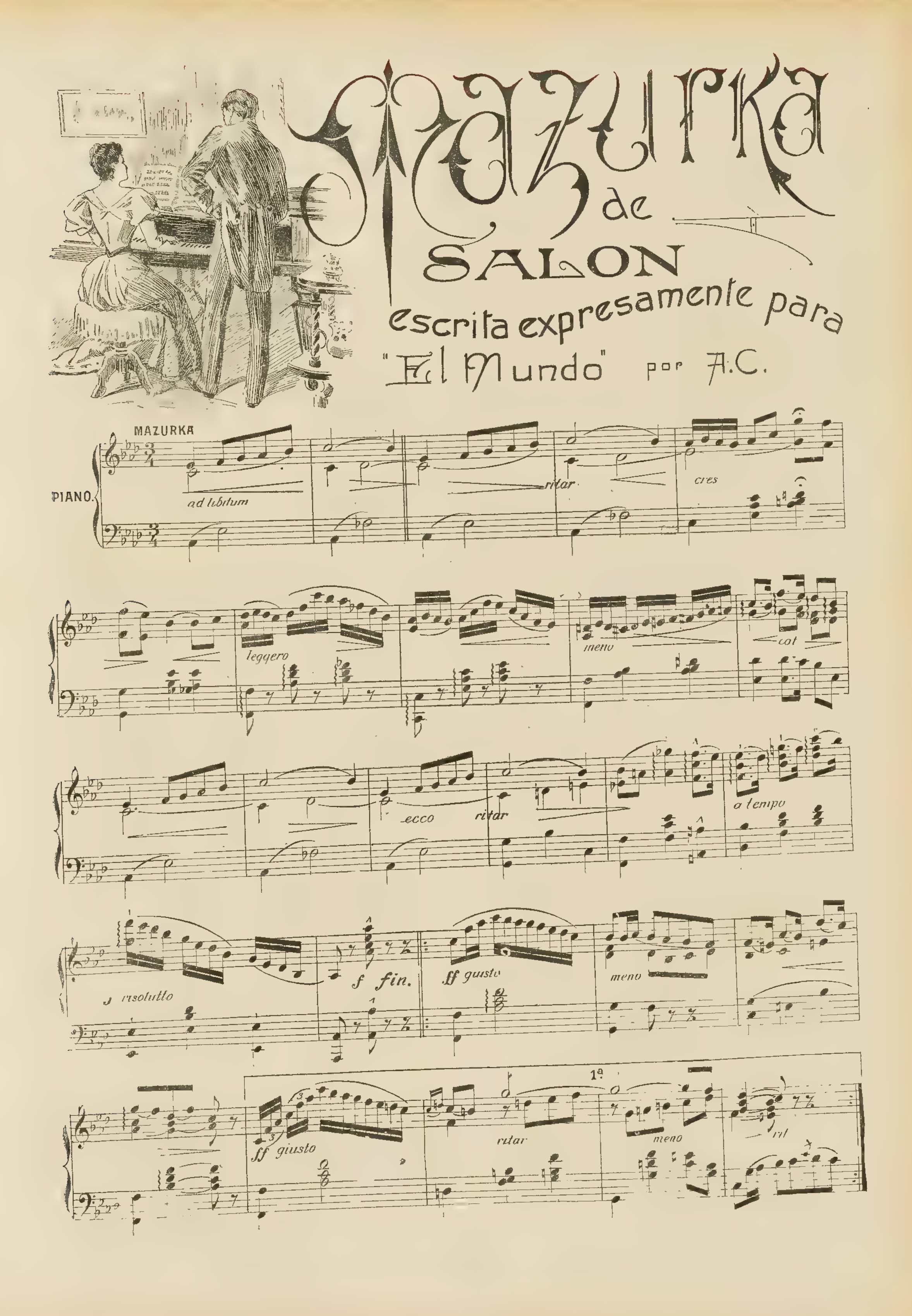




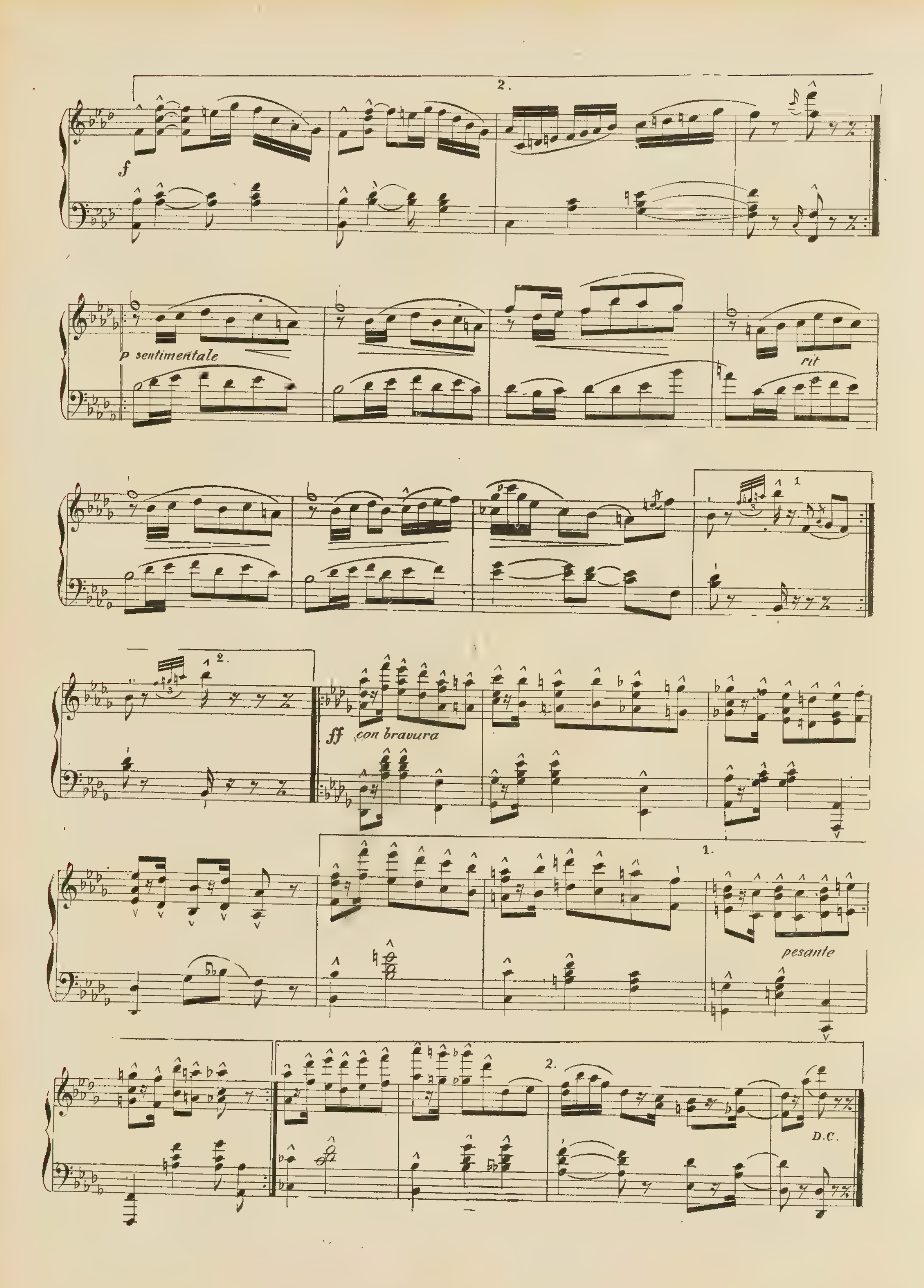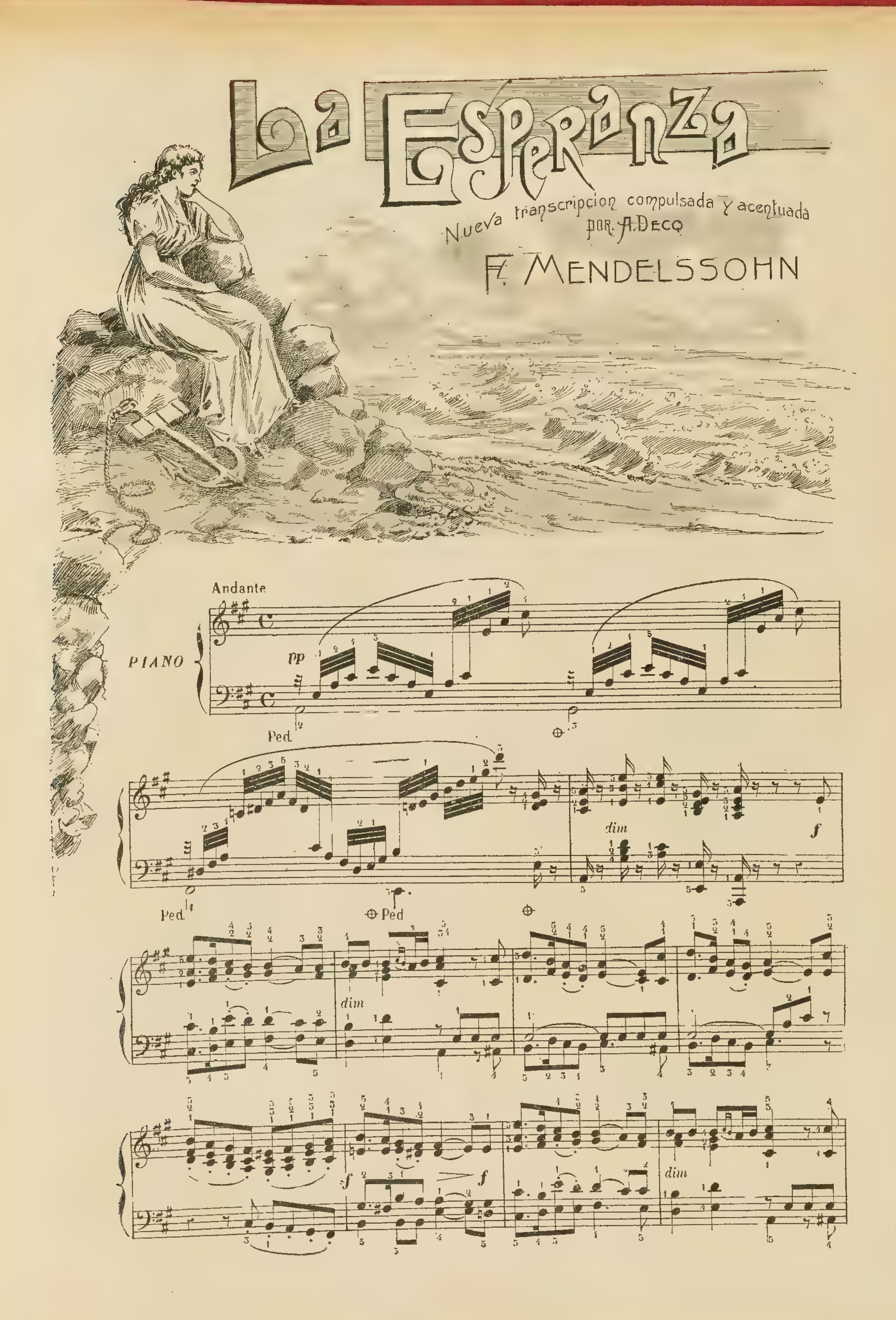





VIRGEN DE MAYO
AVE MARIA
Majestuoso.
CANTO.
PIANO.
Dios te sal — ve Ma — ri — a Lle_na e_res de gra_cia El Se_ño — r es Conti — go El Se_ño — r es Con_ti — go Ben_di — ta Tú é — res en_tre to_das las muge — res y Ben_di — to es el fru — to de tu vien — tre Je — sús Dioste sal_ve Ma — ri_a
pp
f
pf
cresc
ff
pp
pianisimo
rall
morendo


LA INOCENCIA
ESTUDIO POETICO
POR H. BERENS.
Andantino.
cresc.
a tempo.
ritardando.
lento
ritard.
Ped

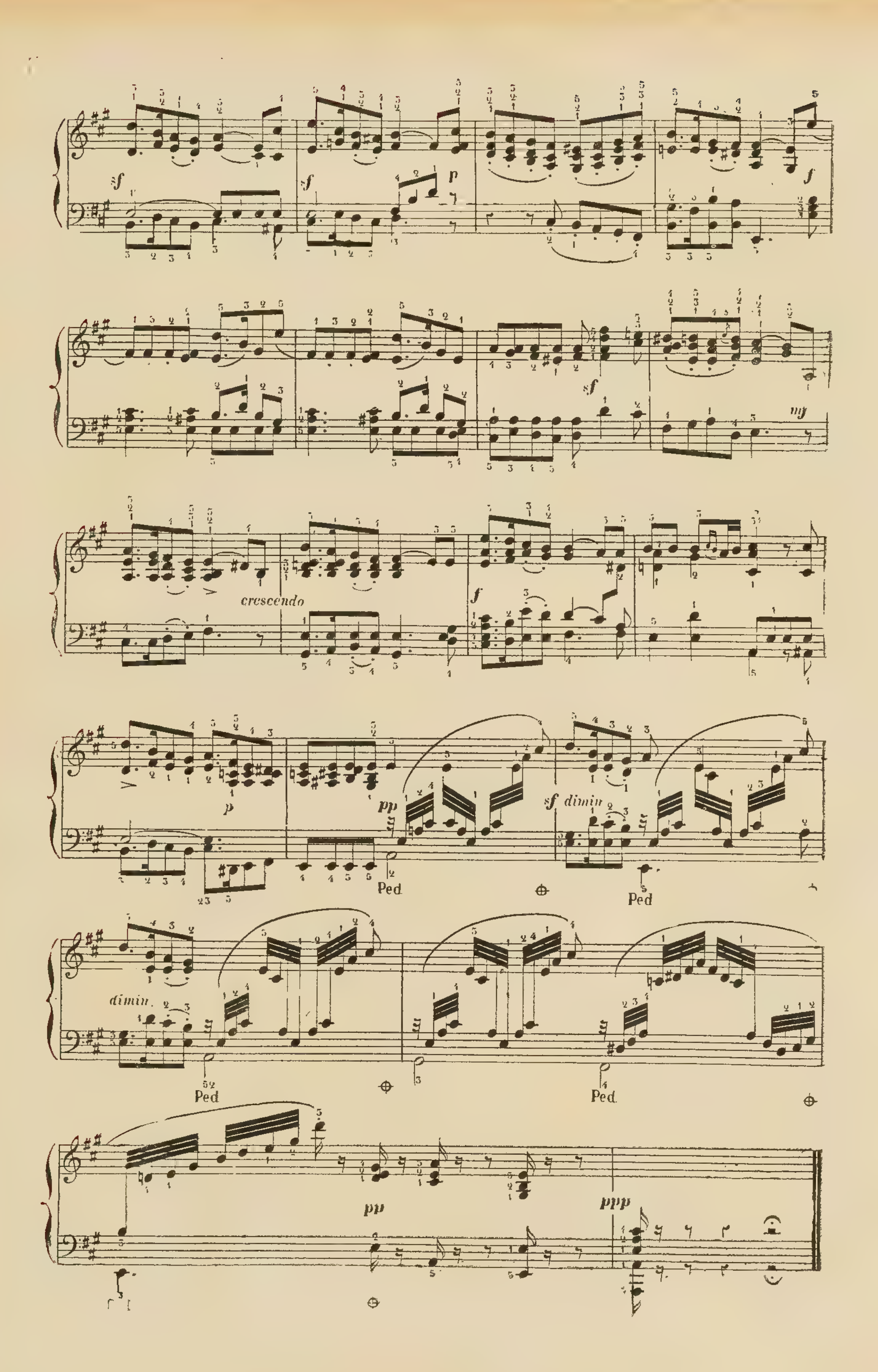

Mazurka
de
SALON
escrita expresamente para
"El Mundo" por A.C.
MAZURKA
PIANO.
ad libitum
ritar
cres
leggero
meno
a tempo
risolutto
f fin.
ff giusto
meno
1a
ff giusto
ritar
meno
rit



2.
f
p sentimentale
rit
1
2.
ff con bravura
1.
pesante
2.
D.C.



La Esperanza
Nueva transcripcion compulsada y acentuada
por. A. Deco
F. Mendelssohn
Andante
PIANO
pp
Ped.
Ped.
dim
f
dim
f
f
dim



crescendo
dimin.
Ped
Ped
dimin.
Ped
Ped

RESERVADO

EL MULO, EL BURRO Y EL CABALLO

Para mí, el mulo es inferior al burro, y mucho más burro que él, pues es un burro con pretensiones de caballo.

Yo amo al burro......... ¿y cómo no he de amarlo?—Su modestia, su mansedumbre, su resignación, su docilidad me lo recomiendan como á un sér bueno, pero desgraciado, que conoce su ineptitud y se conforma con ella; que no es presumido, ni ambicioso, ni aspira á dominar á nadie; que se somete, en fin, á la humilde condición de su destino.

Y yo amo al caballo; yo lo admiro; yo le tolero su soberbia, su jactancia, su osadía tan propia de su exquisita naturaleza, de su hermosura, de su ardor guerrero, de su generoso instinto, de su noble *caballerosidad*.

¡Pero el mulo!......... el mulo me irrita, el mulo no es grande ni por el genio; no sirve para mandar ni para ser mandado; es inútil y díscolo, improductivo y vanidoso, estúpido y rebelde, incapaz y temerario.........

Y lo mismo en la especie bípeda implume. También consta de tres familias. También hay en ella hombres-mulos y hombres-caballos.

De esats tres familias yo preferiré siempre la de los hombres burros y la amaré con infinita ternura. Asimismo toleraré y respetaré al hombre-caballo......... ¡Pero líbreme Dios del hombre mulo, del tonto con pretensiones, del necio cuya necedad empieza por no conocerse á sí mismo, del sandio ingobernable, del burro con pretensiones de caballo.

P. A. de Alarcón.

El genio no reconoce gramática; lleva su doctrina á su obra. En vez de someterse á la ley del pasado, escribe la ley del porvenir.

Arsenio Houssaye.

***

El amor es el que nos inspira las grandes cosas y el que nos impide realizarlas.

A. Dumás (hijo.)



